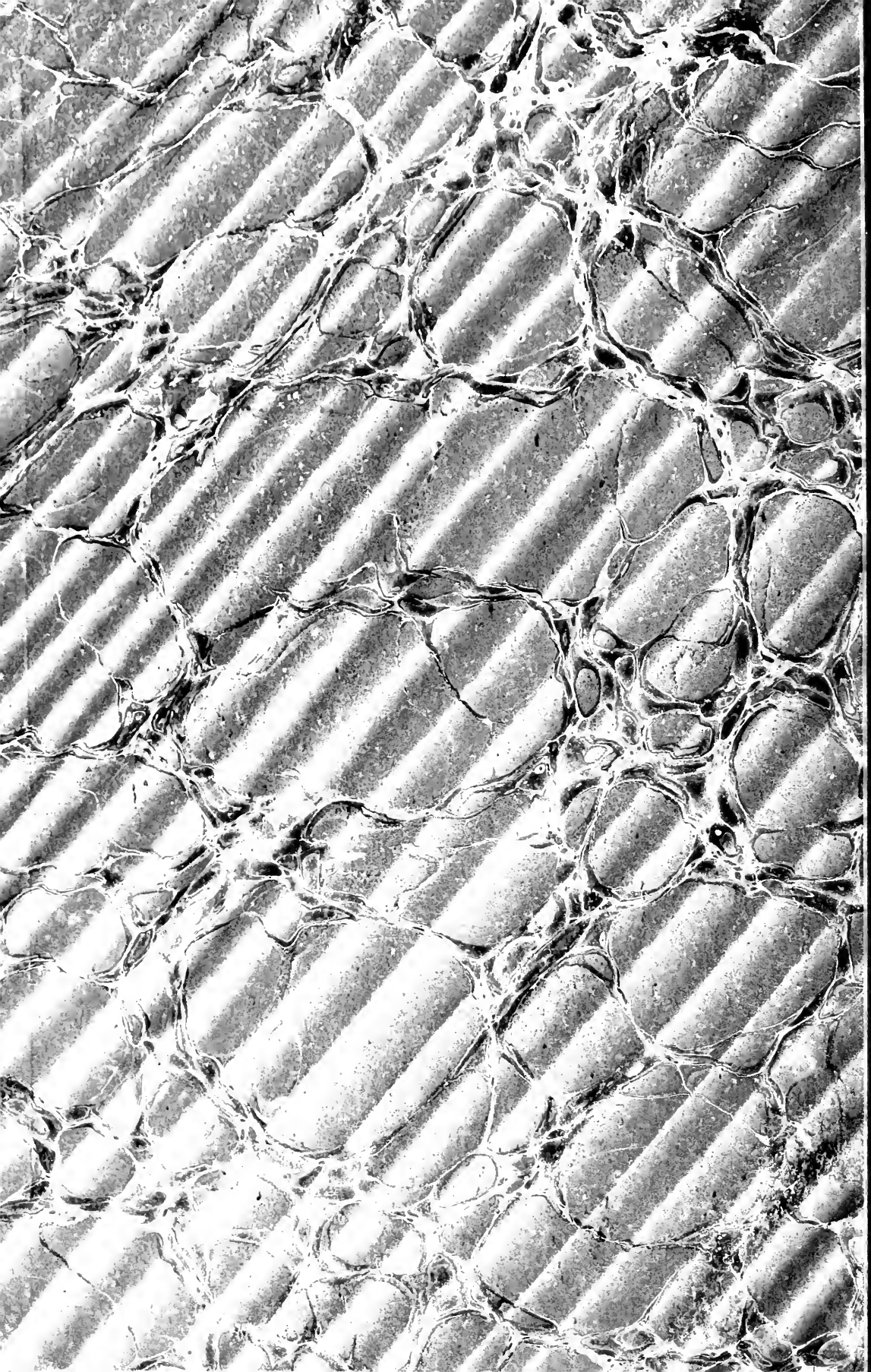
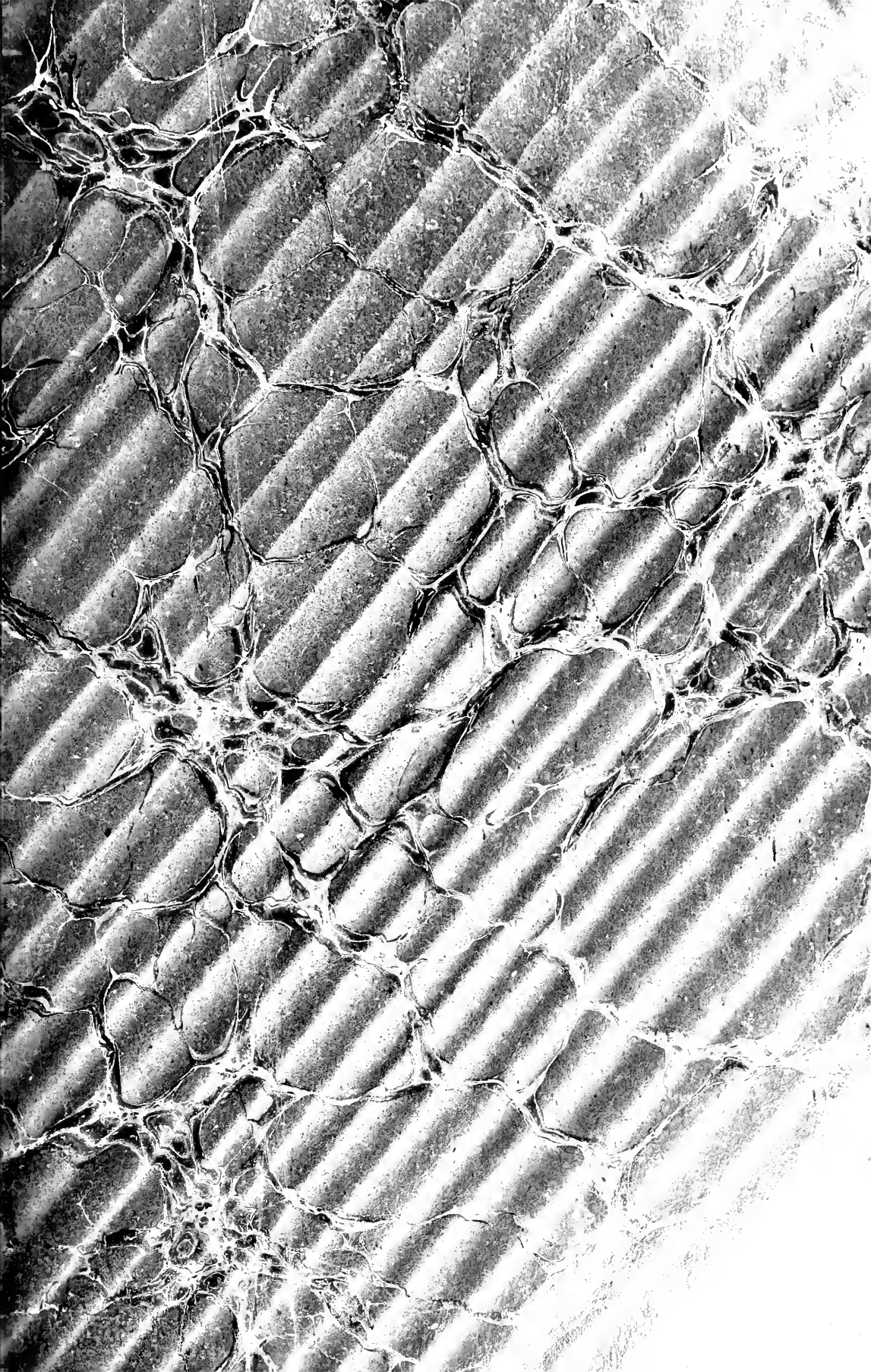
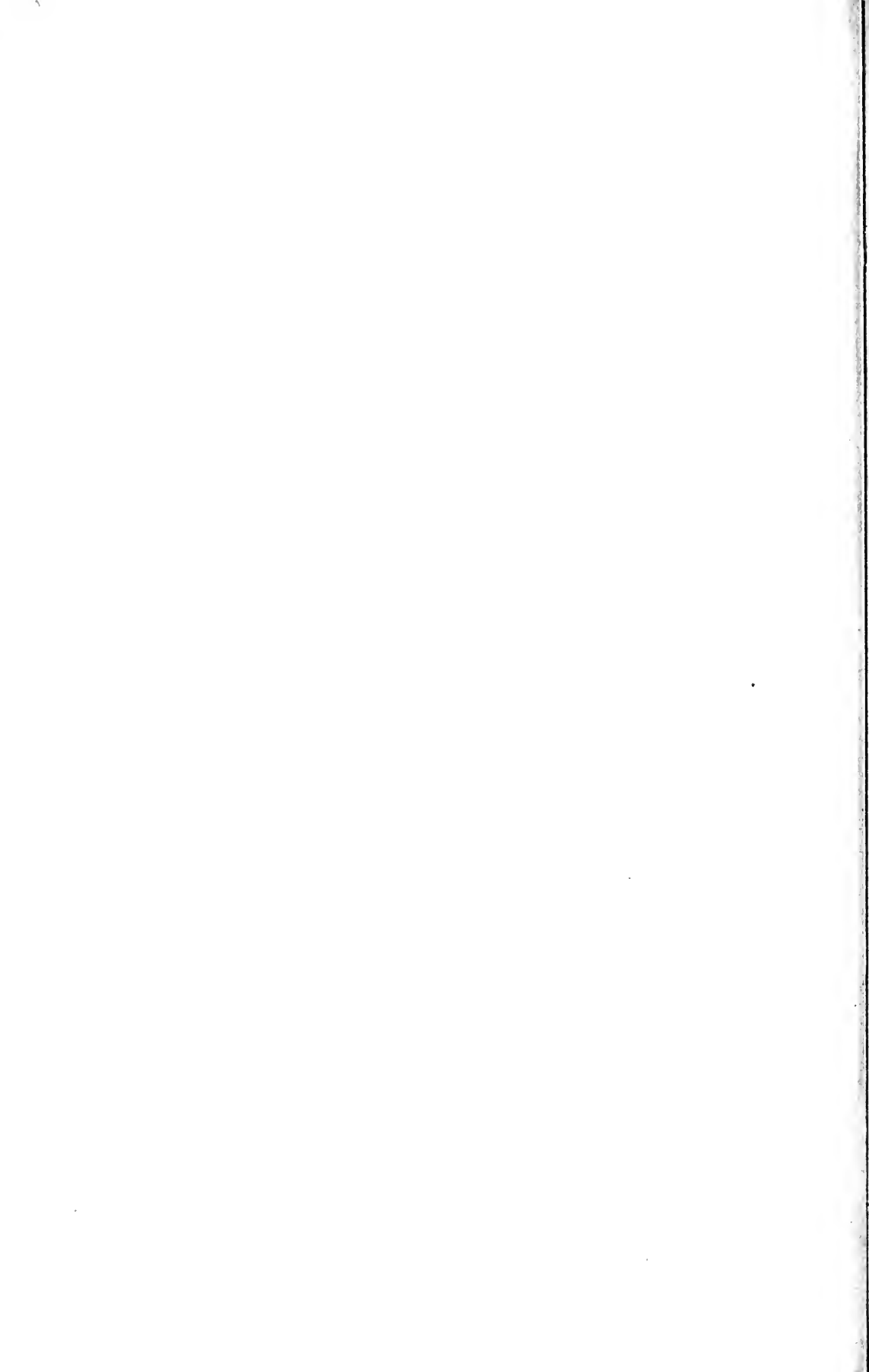


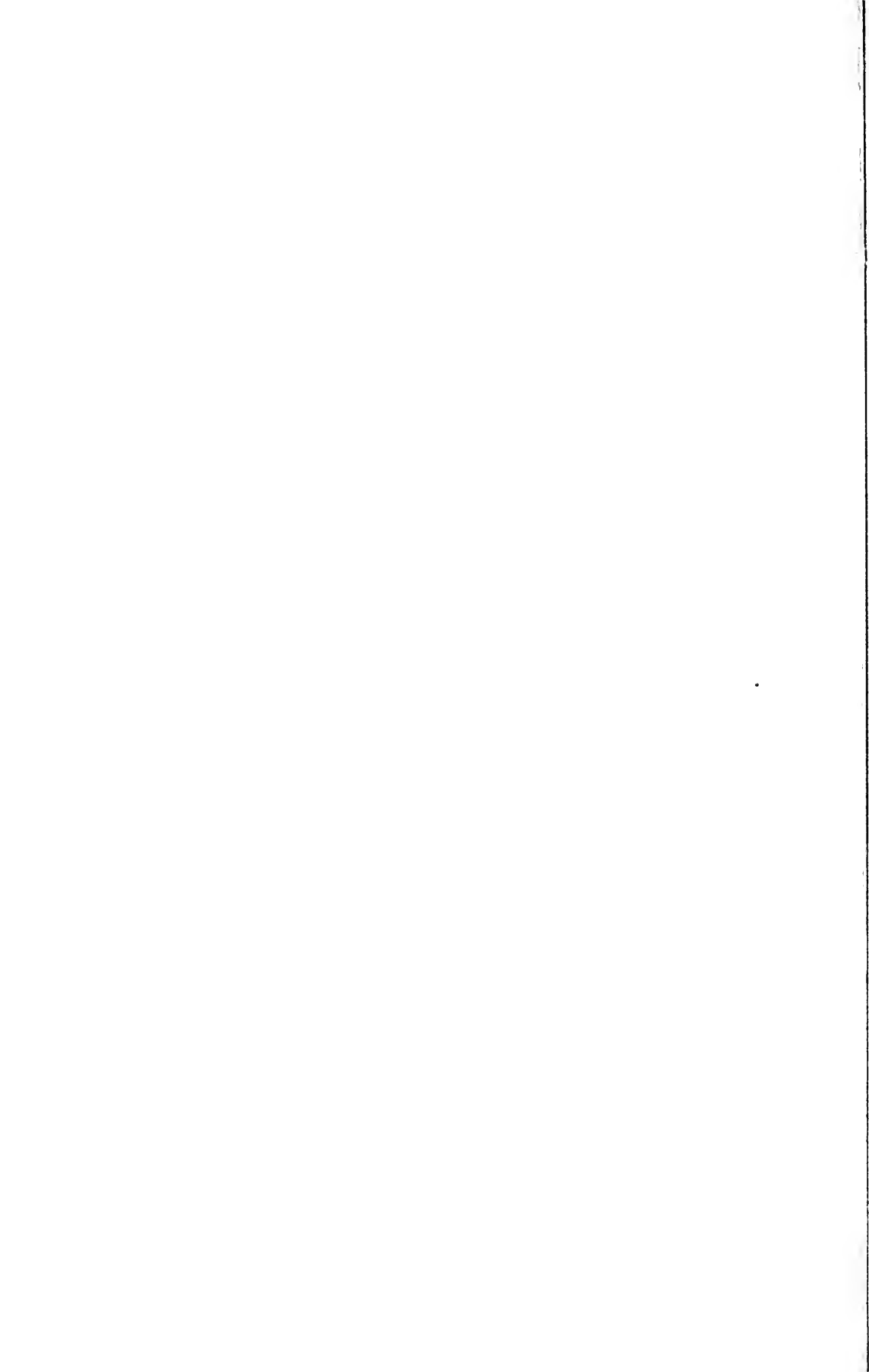
UNIV. OF  
TORONTO  
LIBRARY







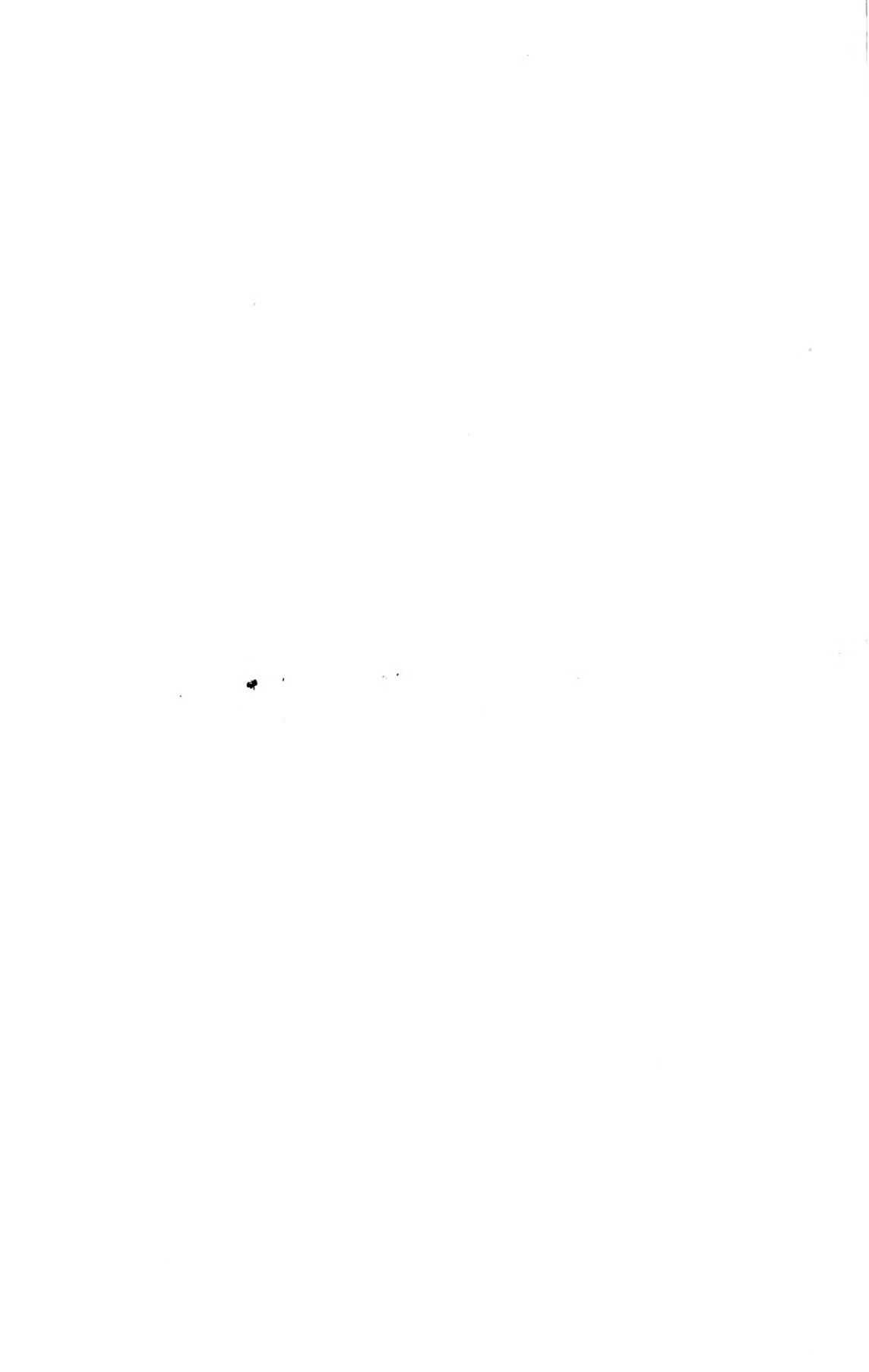




**BIBLIOTECA**

**DE**

**AUTORES ESPAÑOLES.**





L.S.C.  
B5823

# BIBLIOTECA

DE

# AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

---

## POETAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII,

COLECCION ORDENADA

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

---

TOMO PRIMERO.

---

*Secund p. 1. 1*  
*Vol. 12 92*

---



MADRID.

M. RIVADENEYRA — EDITOR — IMPRESOR.

SALON DEL PRADO, 8.

1854.

Pa  
6171  
4535  
4.22

2047  
6

# PROLOGO.

---

Los poetas líricos españoles de los siglos XVI y XVII, cuyas obras se encierran en este volúmen, son :

GARCILASO DE LA VEGA.  
GUTIERRE DE CETINA.  
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.  
CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.  
FERNANDO DE HERRERA.  
DON FRANCISCO DE MEDRANO.  
PAULO DE CÉSPEDES.

FRANCISCO PACHECO.  
FRANCISCO DE RIOJA.  
DON JUAN DE ARGUJO.  
PEDRO DE QUIRÓS.  
JUAN DE SALINAS.  
BALTASAR DEL ALCÁZAR.  
DON LUIS DE GÓNGORA.

El segundo tomo de esta coleccion contendrá las composiciones de Jáuregui , de Espinosa , de Trillo , de los dos hermanos Leonardos , de Villégas , de Jacinto Polo , del conde de Rebolledo y de otros ingenios no menos ilustres , terminando con una florista de varia poesía, donde se hallarán los escritos mas selectos de Boscan , de Aldana , de Figueroa , de Acuña , de Gil Polo , de Solís , de Cancer , de Salazar y demás autores distinguidos en aquellos tiempos.

Aunque de poetas de los siglos XVI y XVII, no forman parte de esta coleccion las obras líricas del bachiller Francisco de la Torre , de fray Luis de Leon , de santa Teresa , de san Juan de la Cruz , de Lope de Vega y de don Francisco de Quevedo. En otros tomos de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES se encontrarán con sus demás escritos ó con los de sus primitivos editores.

En el presente volúmen se ha procurado guardar el mejor órden posible. GARCILASO con CETINA y DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA , sus imitadores en seguir la forma artística de los griegos, latinos é italianos, ocupa el lugar preferente. CASTILLEJO, el sustentador de la antigua y encantadora manera de la poesía castellana , va en pos de estos autores , como protesta contra la nueva escuela literaria. HERRERA , que quiso perfeccionar la obra de GARCILASO dando un lenguaje poético á España, así como dieron á Italia el suyo felicísimos ingenios, va acompañado de sus discípulos ó imitadores, CÉSPEDES, PACHECO, MEDRANO, RIOJA , ARGUJO y QUIRÓS. ALCAZAR y SALINAS pertenecieron á la escuela de HERRERA, RIOJA y ARGUJO; por eso van sus obras en este volúmen, si bien sus formas no pueden ser iguales á las que tienen las poesías de sus maestros, los cuales se dedicaron á asuntos filosóficos ó amatorios, y no á festivos y

ligeros. GÓNGORA, gran admirador de GARCILASO y deseoso de adquirir, como HERRERA, un lenguaje poético para que en él hablasen las musas españolas, cierra, y no se diga con llave de oro, el primer volumen de los poetas líricos de los siglos XVI y XVII.

Al frente de casi todas las colecciones de poesías se leen juicios críticos de autores notables. No son todos los que existen, sino tan solo los que he juzgado mas importantes á mi propósito. Creo que el lector verá con agrado los pareceres de HERRERA, de Lope, de Jauregui, de ROA, de Saavedra y de otros críticos no menos insignes, tales como Velazquez, Jovellanos, Várgas-Ponce y Marchena.

He procurado huir de los vicios en que incurrimos facilísimamente los que nos dedicamos á estudios bibliográficos. Por muy mala que sea la obra inédita de un autor, nunca nos parece tanto, que la reputemos indigna de ver la luz pública; antes queremos parecer noticiosos en papeles antiguos que amadores leales del honor literario del hombre ilustre cuyas obras damos nuevamente á la estampa. Muy parco hesido en la publicacion de poesías inéditas; porque, si de los yerros en los escritos que se han impreso por el autor alcanza á este, y solo á este, el descrédito, de los que se hallan en trabajos no publicados solo al editor debe pertenecer el vituperio. Un escrito inédito es un secreto confiado ó adquirido que existe entre muchas ó pocas personas. Quien lo hace patente al público, sabiendo que puede redundar en mengua de su autor, no merece el nombre de amigo que cela nuestra honra, sino de amigo que la vende con el género de traicion que se llama imprudencia. Parco he sido tambien en las notas con que he intentado ilustrar los textos. Las muchas que los acompañan no son hijas de un deseo de afectar erudicion, pues, como se verá, casi todas se reducen á variantes en ediciones y códices. La purificacion de los textos ha sido el objeto especial de mis investigaciones y diligencias. Viciados en las ediciones primitivas, han corrido y aun corren llenos de errores de gramática y faltos de sentido en muchos lugares.

Ya no se leerá, por ejemplo, en GARCILASO:

¡Oh náyades de aquesta mi ribera  
Corriente moradoras! oh napeas,  
Guarda del verde bosque verdadera!  
Alce una de vosotras, blancas deas,  
Del agua la cabeza rubia un poco;  
Así ninfa jamás en tal te veas,

sino el texto corregido, tal como lo escribió ó debió escribirlo su autor:

¡Oh náyades de aquesta mi ribera,  
Corrientes moradoras! oh napea,  
Guarda del verde bosque verdadera!  
Alce una de vosotras, blanca dea,  
Del agua la cabeza rubia un poco;  
Así ninfa jamás en tal se vea.

El famoso madrigal de GETTERBE DE CETINA, que empieza:

Ojos claros serenos,

ha corrido hasta ahora impreso con falta de dos versos, por lo cual estaba oscurísimo en el concepto. Se han restituido estos á su lugar, y la poesía gana doblemente en mérito.

GÓNGORA, cuyos pensamientos á veces se presentan mas impenetrables de lo que su

autor pretendió, á causa de los yerros de los impresores, podrá leerse ya con mayor provecho. No se hace decir al ilustre cordobés, como los demás editores :

Si eres del amor cautivo,  
Desde aquí puedes volverte ;  
Que me pedirán por *voto*  
Lo que entendí que era suerte ;

en vez de leer con Gracian y el buen sentido :

Que me pedirán por *hurto*  
Lo que entendí que era suerte ;

ó por *voto*, segun la edicion de Pedro Verges.

Ya no se afea un romance bellissimo con poner estos cuatro versos faltos de un relativo, sin el cual forman solo un laberinto de palabras :

Resiste al viento la encina  
Mas con el villano pié ;  
Que con las hojas corteses  
A cualquier céfiro cree ;

habiendo escrito su autor :

Que con las hojas corteses,  
Que á cualquier céfiro creen.

Donde puso el descuido :

Que á todas ellas hacen  
Igual sombra la fuerza,  
Lo dulce de la voz  
La razon de las quejas,

se lee hoy *igual sabrosa fuerza*.

Por último, GÓNGORA dice contra su voluntad :

Llegáis á orealla ;  
Pero no tan cerca,  
Que lleveis suspiros,  
Y ha corrido á ella ;

cuando escribió :

Pero no tan cerca,  
Que lleveis suspiros  
Que han corrido á ella.

En el lugar respectivo de las obras de CASTILLEJO se pone lo que mandó la Inquisicion que se borrara en el *Diálogo de las mujeres* y en el *Sermon de amores*, si bien en este no con toda la perfeccion que fuera de desear, por ser tan malas y estar tan contrariamente adulteradas las ediciones primeras que hemos visto.

En HERRERA se sigue el texto tal como lo corrigió su autor en los últimos años de su vida. Pónense, sin embargo, las variantes de todas las poesías que publicó en su coleccion y en las notas á las obras de GARCILASO. Así verán los curiosos la manera con que el divino poeta castigaba sus versos.

Aunque es mucho lo que he trabajado y aun conseguido en la purificacion de los textos, algo queda todavía para los que con talento, erudicion y práctica se dediquen á restaurar las obras de los ilustres poetas líricos españoles. Sus advertencias tendrán para mí un valor grandísimo, pues con ellas podré rectificar en el segundo volumen de esta coleccion los errores que no haya observado al formar el presente. En ello no hago abstraccion de mi amor propio, porque el amor propio de un colector de

obras de autores antiguos debe consistir en presentarlas libres de yerros, consiga el objeto por sí solo, consígalo con el auxilio de los que mas saben.

Preceden á las poesías incluidas en este tomo algunas noticias de vidas de poetas, varias como fueron los caractéres y las profesiones de los mismos. La de GARCILASO DE LA VEGA es propia de un perfecto caballero andante; la de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, de uno de los primeros políticos de Europa en los modernos siglos; la de GÓNGORA, de uno de los satíricos mas maldicientes.

De otros poetas muy poco se sabe; sus noticias apenas pasan de lo que declaran sus escritos. Si algun curioso tuviere algunas para mí no conocidas, adonde no haya llegado mi diligencia, allí pueden ejercitarse sus conocimientos y estudios en pro de la historia literaria de España. Pronto estoy á enmendar yerros y mi falta de noticias.

Antes de concluir este prólogo no debo pasar en silencio los favores que he debido á varios de mis ilustrados amigos, y especialmente á los señores don José María de Alava, catedrático de la universidad de Sevilla, don Juan José Bueno, ilustre poeta sevillano, y don Joaquin Rubio, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia; el primero poniendo en mi poder un antiguo códice de las poesías de GUTIERRE DE CETINA, el segundo prestándose á evacuar citas en manuscritos de la biblioteca Colombina, y el tercero facilitándome con mano franca los inagotables tesoros de su excelente librería.

El señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, erudito ilustrador de las obras de Quevedo, tambien me ha hourado con noticias de un códice que conserva, en el cual declara GÓNGORA las poesías que fueron hijas de su ingenio, excluyendo las que la ignorancia le atribuyó en manuscritos.

He hecho cuanto he podido para la perfeccion de la obra. Si no ha logrado alcanzarla mi diligencia, otras serán las causas, no mi buen deseo.

Cádiz, 12 de julio de 1854.

ADOLFO DE CASTRO.

---

# APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS

## AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

### GARCILASO DE LA VEGA.

CUNA de GARCILASO DE LA VEGA, caballero del orden de Alcántara y príncipe de los poetas líricos de España, fué la ciudad de Toledo; su linaje, de lo mas ilustre. Hijo del famoso Garcilaso, segundo del conde de Feria, comendador mayor de Leon, del orden de Santiago, señor de las villas de los Arcos, Cuerva y Bátres, del consejo de Estado de los reyes don Fernando y doña Isabel, y embajador en Roma cerca de Alejandro VI, heredó de su madre doña Sancha de Guzman los blasones todos de la antigua casa de Toral (luego de los duques de Medina de las Torres).

Las artes liberales, las buenas letras y las lenguas griega, latina, toscana y francesa ocuparon su ánimo en los años de su niñez, en los primeros de su juventud florida. La corte le brindaba con la privanza, las armas con los laureles, las letras con el aplauso de los siglos. Dejó las riberas del Tajo por seguir á Carlos V, en cuya corte ganó amigos entre los buenos, atrayendo á su estimacion las voluntades por su destreza singular en el manejo de espadas y caballos, en el tañer el arpa y la vihuela, y en el cantar con regalado acento los mismos versos que escribía. Era de aspecto hermosamente varonil, de grandes y vivos ojos, de rostro apacible, de frente despejada, dulce en los sentimientos de amor, vehementísimo en los de amistad, noble en las palabras, cortesano en las acciones, igual en resistir el peso de la seda que el del hierro, y no sé si mas caballero en la ciudad ó si mas caballero en la guerra (1).

(1) «En el hábito del cuerpo tuvo justa proporcion, porque fué mas grande que mediano, respondiendo los lineamentos y compostura á la grandeza. Fué muy diestro en la música y en la vihuela y arpa, con mucha ventaja, y ejercitadísimo en la disciplina militar, cuya natural inclinacion lo arrojaba en los peligros, porque el brio de su animoso corazon lo traía muy deseoso de la gloria que se alcanza en la milicia.» — Herrera, *Vida*.

«La trabazon de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivisimos con sosiego, y todo el talle tal, que aun los que no le conocian, viéndole, le juzgaran fácilmente por hombre principal y esforzado, porque resultaba de

él una hermosura verdaderamente viril; era prudentemente cortés y galan sin afectacion y naturalmente sin cuidado, el mas lucido en todos los géneros de ejercicios de la corte y uno de los caballeros mas queridos de su tiempo; honrado del Emperador, estimado de sus iguales, favorecido de las damas, alabado de los extraños y de todos en general.» — Tamayo de Vargas, *Vida*.

«Era garboso y cortesano, con no sé qué majestad envuelta en el agrado del rostro, que le hacia dueño de los corazones no mas que con saludarlos, y luego entraban su elocuencia y su trato á rendir lo que su afabilidad y su gentileza habian dejado por conquistar.» — Cienfuegos, *Vida de san Francisco de Borja*.

De edad de veinte y cuatro años, ó poco mas, tomó por esposa á doña Elena de Zúñiga, señora de ilustre linaje y de altísimas prendas, hija de don Diego Lopez de Zúñiga, primo hermano del conde de Miranda, y dama de Leonor, reina de Francia. Los hijos que hubo en este matrimonio GARCILASO fueron: uno igual al padre en el nombre y el valor, y muerto desdichadamente casi al cumplir los veinte y cinco años de edad en la defensa de Ulpiano contra franceses; el segundo llamado don Francisco, que trocando el nombre y además el hábito de Alcántara por los de santo Domingo, tuvo la flaqueza de querer competir en vano con fray Luis de Leon en el clarísimo ingenio y en la saliduría (1). Doña Sancha de Guzman ocupa el lugar tercero entre los hijos de

(1) Parece que este fray Domingo de Guzman compitió con fray Luis de Leon, según Gienfuegos en la *Vida de san Francisco de Borja*. En este caso el hijo de nuestro célebre poeta no alcanzó cosa alguna del buen ingenio de GARCILASO, como lo declara el siguiente suceso, que en otra ocasion escribí.

Sabido es que el célebre poeta español fray Luis de Leon estuvo preso por espacio de mucho tiempo en las cárceles secretas del Santo Oficio como reo sospechoso del crimen de herejía. Aflijido este varon eminente con los rigores de una persecucion injusta, y desengañado de las vanidades del mundo y de la perversa política que dominaba en su siglo, escribió en la pared de su calabozo las dos quintillas siguientes, que sin epigrafe andan impresas en la coleccion de sus obras.

Aquí la envidia y mentira  
Me tuvieron encerrado.  
¡Dichoso el humilde estado  
Del sabio que se retira  
De aqueste mundo malvado,  
Y con pobre mesa y casa  
En el campo deleitoso  
A solas su vida pasa;  
Con solo Dios se compasa,  
Ni envidiado ni envidioso!

Luego que fray Luis de Leon recobró su libertad con el triunfo de su inocencia corrieron entre sus amigos y émulos, en unos con aplauso y en otros con ironía y detraction maligna, las quintillas copiadas. Entonces un fray Domingo de Guzman se encargó de defender al Santo Oficio y de insultar á fray Luis de Leon en una glosa de aquellos versos, la cual se halla en el códice M, 245, de la Biblioteca Nacional, y es así:

Porque las dañosas leyes  
Y sectas de perdicion  
No estragasen su nacion,  
Nuestros Católicos Reyes  
Fundaron la Inquisicion;  
La cual, como fué trazada  
Estando Dios á la mira,  
Salió tan bien acertada,  
Que jamás pudieron nada  
*Aquí la envidia y mentira.*  
Es su justicia tan reta,  
Que ningun falso testigo  
Ni disimulado amigo  
Emprendió hacer treta  
Que quedase sin castigo.  
Ansi que, es temeridad  
Decir el mas descargado  
En la cárcel de verdad,  
Con mentira y falsedad,  
*Me tuvieron encerrado.*

Que muy poquitos han preso  
Que no estén por sus pecados,  
Si no quemados, tiznados,  
Porque juzgan con grau peso  
En estos sacros estados.

Otro melindre gracioso,  
Que diga un pobre privado,  
Siendo un pobre religioso,  
Con un modo muy brioso:  
*Dichoso el humilde estado.*

¿Qué don Alvaro de Luna?  
Qué Anibal cartaginés?  
Qué Francisco, rey francés,  
Se queja de la fortuna  
Que le ha traído á sus pies?  
La religiosa pobreza  
Con un mesmo rostro mira  
La cordura y aspereza;  
Porque esta es la fortaleza  
*Del sabio que se retira.*

Retiráos con reverencia,  
Y no con tanto desaire;  
No tireis piedras al aire,  
*Deo gratias*, padre, paciencia,  
Mirad que sois hombre y fraire;  
Y en cuanto á fraire, subjecto  
A lo que habeis profesado  
Para el estado perfecto;  
Cuanto á hombre, á cualquier defecto  
*De aqueste mundo malvado.*

En la corte de los reyes  
Ambicion juega sus tretas;  
Mas entre gentes perletas  
No se conocian leyes  
Ni se temian sus setas;

Que el sabio que se desvia  
Del mundo y del se descaja,  
Tal enemistad le cria,  
Que, yendo en su compañía,  
*A solas su vida pasa.*

No le levanta el honor,  
Ni el deshonor le entristece,  
Ni jamás le desvanece  
La voz del adulador,  
Ni la del mal fin le empeece.

Al tener y al no tener  
Con una tasa le tasa;  
No estima el ser y el no ser,  
Y en hacer y deshacer  
*Con solo Dios se compasa.*

Nada le desasosiega  
Al que vive con llanzeza,  
Porque la simple pobreza  
Muy pocas veces le ciega  
Con vaguidos de cabeza.  
Ansi que, si pretendéis  
Acá y acullá reposo,  
Humilláos, no os empineis;  
De esta suerte viviréis  
*Ni envidiado ni envidioso.*

No sé ciertamente cuál fué la vida y cuáles las costumbres del autor de estos versos. En aquel tiempo vivía un fray Domingo de Guzman, que se vió preso por la Inquisicion como sospechoso de luteranismo, al mismo tiempo que el canónigo protestante de Sevilla Cons-



GARCILASO. Casó esta señora con don Antonio Portocarrero y de la Vega, hijo primogénito del conde de Palma. Don Lorenzo, el postrero, heredó el ingenio paterno y tristemente se malogró en edad temprana, pues habiendo sido desterrado á Oran en castigo de cierto dicho satírico, la muerte en el camino heló los labios para siempre de este hijo, que aunque no legitimo de GARCILASO, por el talento no desmentia á su generoso progenitor ni era indigno de la proteccion del célebre obispo don Antonio Agustín.

Hallóse GARCILASO en el socorro de Viena contra Soliman (1532) y en la toma de la Goleta. A la vista de Túnez (1533) peleó como buen caballero en el ejército que Carlos V dirigió en persona para castigar la temeridad de Barbaroja, terror del cristianismo y orgullo de las Innas otomanas. Cercado de muchedumbre de moros en una escaramuza, fué herido de dos lanzadas, una en la boca y otra en el brazo derecho. Federico Carrafa, napolitano, acudió en su socorro con valerosa tropa, que salvó de la esclavitud ó de la muerte al príncipe de los poetas castellanos. El mismo Emperador se aventuró en esta empresa, llevado del deseo de que GARCILASO no fuese despojo de sus enemigos.

El cuidado de sus heridas en los campos donde la gran Cartago tuvo su asiento le ocasionó otra mayor, y si bien no mortal, tristísima en los efectos. Encendido en amores de una señora á quien él llamó en sus versos Sirena del mar napolitano, ni el estruendo de las armas, ni los padecimientos del cuerpo, ni la gloria adquirida en jornada tan memorable, consiguieron apartar de su violenta pasión aquel ánimo que en la guerra no parecía apto para los sentimientos delicados, ni en las delicias del amor apto para los trabajos ó el esfuerzo que reclama la guerra.

En Nápoles, adonde se encaminó, siguiendo el objeto á quien amaba, dió motivos á que el Emperador desease alejarlo de una ciudad toda peligrosa para GARCILASO. Una ocasion se presentó á Carlos para conseguir con pretexto verosímil su principal objeto. Habiendo GARCILASO favorecido á un sobrino suyo para ser secreto galán de palacio sirviendo á doña Isabel de la Cueva, dama entonces de la Emperatriz, y esposa despues del conde de Santi-Estéban, Carlos V lo envió á una isla que forma el Danubio para que llorase en ella sus errores (1).

Levantado el destierro, desempañó con la honra que de él debía esperarse una empresa que le confió el Emperador. Cierta señora napolitana se veia afligida porque uno de sus parientes, deseoso de usurparle sus estados, se entraba en ellos con las fuerzas bastantes á oprimirlos.

GARCILASO, con poderes de Carlos V, puso á raya la soberbia de este caballero, dejando en quieta posesion de sus tierras á la señora que con legítimo derecho las habia heredado. En vez de tomar la vuelta de Nápoles, se dirigió á Roma, don le el Emperador ya se encontraba. En el camino, yendo solo en compañía de un su escudero, fué asaltado cerca de Veletri por unos foragidos que en las selvas tenian albergue. Defendióse GARCILASO cual cumplia á su valor, ahuyentando á los malhechores, despues de castigarlos ó con la muerte ó con heridas peligrosas, y libertando á su escudero, á quien dejaron desnudo y colgado de un árbol (2).

tantino Ponce de la Fuente. Es fama que Carlos V al saber en Yuste ambas prisiones, dijo: «Si Constantino es hereje, será gran hereje.» Y hablando de fray Domingo de Guzman, exclamó: «A ese por lobo le pueden prender.» Si este fué el autor de los versos contra fray Luis de Leon, nunca anduvo en sus juicios mas acertado aquel gran conquistador de Europa.

(1) Creo que Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, se engaña cuando afirma que los amores del sobrino de GARCILASO acabieron en Viena, y no en Italia. Todos los escritores españoles que hablan de este suceso dicen lo que se ve en el texto.

(2) No sé si esta aventura es encarecimiento poético de don Luis Zapata, autor del *Carlo famoso*. Véanse algunas de las octavas en donde este suceso se describe:

Y contaré una cosa en mis poesías  
Que acció á GARCILASO en estos días.

Cuando el Emperador, como he contado,  
De Nápoles partió, él estaba ausente,  
Que con una duena él le habia enviado  
A le encendar un tuerto alegremente,  
Y así, se quedó atras; él fue de grado,  
Y de un mal caballero su pariente,  
Que le entraba en su tierra á su despecho,  
Le dio á su gran peligro su derecho;

De que muy mal herido, en casa della  
Ocho ó diez días paso en curar sus llagas;  
Mas, siguiendo de Carlo la querrela,  
Partió aun no bien guarido de sus llagas;  
Entró en la via de Roma, ni de aquella  
No quiso recibir mas otras pagas  
Que un caballo por otro, en tal andanza  
Buerto, y por una rota allí otra lanza;

La cual dando á llevar á su escudero,  
Se metió en el camino el acelante,  
En que hubo los albergues pasajero  
Que suele haber un caballero andante:

En 1536 fué la desdichada jornada de Provenza. Carlos V asistió en ella con su ejército, y en él GARCILASO DE LA VEGA como maestre de campo. Cerca de la villa de Frejus, al volverse los imperiales á Italia, hallaron una torre defendida por cincuenta arcabuceros franceses segun unos, ó trece villanos segun otros. Carlos mandó batirla. Abierta una brecha, GARCILASO, que se hallaba sin casco, tomó el de un soldado, y embrazando la rodela, empezó á subir por una de las escalas arriadas á la torre, seguido así de don Antonio Portocarrero de la Vega, yerno que fué luego suyo, como de un capitán de infantería española. Una gran piedra le hirió en la cabeza con la rodela misma que llevaba, haciéndole descender al foso y arrastrando en su caída á los dos que animosamente le seguían.

Carlos, indignado, mandó asaltar con mas vigor la torre, y á don Luis de la Cueva que, despues de ahorcar á los que la defendían, la arrasase para que permaneciese su memoria con la del castigo. Bien quisiera don Luis perdonar á todos menos á los dos ó tres mas culpados en la resistencia; pero las órdenes del Emperador fueron cumplidas (1).

Unas veces sin cama, otras recuerdo  
Al lado, otras de cosas abundante;  
Tal vez mirando al norte y al sereno,  
Teniendo sus caballos por el freno.

Dicho esto, despidióse cortesmente,  
Y prosiguió cada uno su camino,  
Y la noche de aquel y el día siguiente  
A albergar á una pobre venta vino,  
Donde el huésped supo juntamente  
(Que con la doncella él también convino)  
Qu'el peligro del mundo mayor era  
Proseguir y andar solo esta carrera.

No la deja por eso, ni mas mira  
Que aquel en cuyo pecho no entra miedo,  
Del cual otro mejor nunca á la mira  
Nació en las altas cumbres de Toledo;  
Mas, en rayando el sol, por su via tira  
Su escudero, en quien no hay tanto denuedo;  
Caminando por sitio de tal suelo,  
Erizado llevaba y alto el pelo.

Pues un día entre Veltre atravesando,  
De las selvas propineas y vecinas,  
Su escudero de aqueste le avisando,  
Salir humos vió sobre las encinas;  
De acá y de allá los bosques resonando,  
Oyó chiflos y cuernos y bocinas,  
Que parecía el rumor qu'en torno oían  
Que los bosques del todo se hundían,  
Como cuando algún oso los monteros  
O algún jabalí ven de las armadas,  
Que á los otros señal por los oteros  
Dan con cuernos y chiflos y alumadas;  
Así los crudos salteadores fieros,  
Viendo por las forestas tan dudadas  
A GARCILASO entrar con vocería,  
Conciertan como ois la montería.

Se juntan en un llano, y muy armados  
Vienen á le buscar mas de trecientos,  
Con tal desórden Bara ensañados,  
Que beber casi se querían los vientos;  
Su lanza echa en el ristre sin cuidados  
De ver venir á tantos tan hambrientos;  
Parte firme en la silla el caballero,  
Y se aparta á mirarle su escudero.

Como suele un cañon por la apretada  
Gente de un escuadron entrar por medio,  
A cuál tiende, á cuál mal descalabrada  
La cabeza le deja sin remedio;  
Pues GARCILASO allí, su lanza echada  
En el ristre, así entró de golpe en medio,  
Mató uno y tendió tres, y extrañamente  
Dejó de sí heridos mas de veinte.

Y sin qu'él en el fin de la carrera  
Espere á revolver peloteando,

Revuelve mas que una onza muy ligera,  
Su reluciente espada desnudando;  
Con la que á aquel y aqueste de manera  
Pasa, hiende y deshace golpeando,  
Qu'ellos ya vían que no se les hacia  
Como pensado habían la montería.

Ni le podía empecer mas esta gente,  
Que ya allegar á él nadie se osaba,  
Que á la barba de Atlante, alto y valiente,  
El mar que con tormenta al pié le lava;  
El á unos los hendía hasta la frente,  
Y las cabezas á otros les quitaba,  
Y á otros partía por medio en la apretura,  
O desde arriba al pié ó por la cintura.

Y los hacia quedar puestos encima  
De los caballos aun por la pretina;  
Que á su espada, que baja con tal clima,  
No le impide ni arnés ni capellina;  
Vuelan brazos y manos por encima,  
Y así la gente ruin vino á ruina,  
Y con nueva virtud á golpes fieros  
Se libró destes lobos carníceros.

Que las espaldas vueltas entre tanto  
El, que de quedar vivo hubo ventura,  
Se dan á huir dél todos con espanto,  
Procurando esconderse en la espesura;  
El rostro alzó pues GARCILASO un tanto,  
Que de seguir ya aquellos no se cura,  
Y desnudo, sin mas ropa que el cuero,  
Yió estar de un pié colgado á su escudero.

Fuè allá con su caballo, y descolgado,  
Le dió de uno de aquellos un vestido;  
Así GARCILASO, esto que he contado  
Le acaesció en el camino referido;  
Y con grandes rebatos asaltado,  
Aunque dellos mas no fué acometido,  
Llegó en salvo, con fama y sin carcoma,  
Donde el Emperador estaba en Roma.

(1) Herrera, Tamayo de Vargas, Cienfuegos y Zapata. Este último describe así en su poema la muerte de GARCILASO :

Y así, con gran enojo luego manda  
Que se combata aquel turron roquero;  
Pusiéronle dos piezas, y á una banda  
Le hicieron en medio un agujero;  
Estaba esto mirando á cada banda  
Mucho señor, soldado y caballero,  
Y en una rueda de alta compañía  
GARCILASO batir la torre había.

Y burlándose, dijo: «Desdichado  
Será el qu'en una empresa tan vil muera.»  
Lo oyó la hada, el diablo, el caso, el hado,  
Y corrió á tomar luego la tijera:  
Corrió luego un mormullo, que enojado

Recibió á GARCILASO en sus brazos uno de los mas leales de sus amigos, el marqués de Lombay, que mas tarde renunció su título por el hábito de jesuita y alcanzó de la Iglesia católica veneracion bajo el nombre de san Francisco de Borja. Del lugar de tan infeliz suceso este varon lo hizo trasladar á Niza, donde, asistido de los médicos del Emperador y visitado del Emperador mismo, GARCILASO no pudo vencer lo mortal de sus heridas. Antes de rendir el último aliento aun pudo llorar con dulce voz sus desengaños en aquel soneto que empieza :

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,  
Dulces y alegres cuando Dios queria.

En brazos del marqués de Lombay, y á los veinte y un dias despues del golpe segun unos, ó á los diez y siete segun otros, espiró, dejando en la mas grande afliccion á cuantos tuvieron la ventura de conocerlo. Fué depositado su cadáver en Santo Domingo de Niza. Su esposa, doña Elena de Zúñiga, hallábase en Toledo, y no bien supo el triste fin de su amado consorte dispuso trasladar sus cenizas á San Pedro Mártir de Toledo, donde estaba el sepulero de los señores de Bâtres. En 1538 guardó una misma tumba los despojos de GARCILASO y del hijo que heredó con su nombre su desdicha.

Fué GARCILASO amigo de muchos de los hombres mas ilustres de aquel siglo, tales como el célebre protestante español Juan de Valdés (1), de Hernando de Acuña, de Bembo, de Transillo y de Juan Boscan, cuyo gusto literario signió enteramente. El embajador de Venecia, Andrea Navagiero, habiendo conocido á Boscan, le indujo á escribir en lengua castellana sonetos y canciones á la manera de Italia. Hizolo así este poeta ; pero sus composiciones en este género son de tan poco valor, que por sí solas jamás hubieran logrado dar una nueva forma á la poesia española. Sus ensayos no habrian tenido imitadores, como no los tuvo el marqués de Santillana y algunos que antes de él escribieron trovas al itálico modo. GARCILASO merece el titulo de fundador de la escuela artistica de nuestra poesia. Su nombre suele correr unido al de Boscan, mas no porque en merecimientos haya igualdad perfecta, sino por accidente. La viuda de Boscan, que halló entre los papeles de su esposo algunos versos de GARCILASO, no quiso que se escondiesen en el olvido.

Rugia el Emperador en gran manera  
De que, batida así de un solo encuentro,  
No hubiesen á la torre entrado dentro.

Y así, escalas pedidas con voz clara,  
Fueron por todo el campo encontinente;  
GARCILASO, cual si esto le tocara,  
Por ser maese de campo de su gente,  
De la rueda movió, y puso la cara  
En subir á la torre osadamente;  
Teniente sus amigos abrazado,  
Porque le vian qu'estaba desarmado.

Soltóse, y corrió allá y subió ligero  
Por la escala que al muro se arrimaba,  
Tomando una ruin gorra antes de acero  
De un su soldado acaso que pasaba;  
Llegaba casi al escalon postrero,  
Cuando una grande almena que bajaba,  
Con gran dolor del campo allí presente,  
Le envió mortal á tierra finalmente.

La fama, qu'estas cosas trae y lleva,  
De GARCILASO el caso esparce y suena;  
Pues ¿quién ahora será que dé esta nueva  
A su querida esposa doña Elena?  
Cómo ella supo el caso desta prueba  
Para otro tiempo lo dirá mi vena;  
Que no conviene que ahora, á aquesto atento,  
De su ordenado curso saque el cuento.

Pasó de allí el ejército, y poniendo  
Lo que convenia ir con su persona,  
De Génova á la mar Carlo saliendo  
Con su armada, á parar fué á Barcelona,  
Y fué á Valladolid, donde atendiendo

Era la emperatriz con su corona,  
Bonde fué rescebido en aquel dia,  
Que no podre decir tanta alegría.

Y juntamente cuantos por los mares  
Con su rey victorioso acá volvieron,  
De que unos á Sevilla, á sus lugares  
Otros, y á Toledo aun otros se fueron;  
Humean con el encienso los altares,  
Y á los templos de Dios mil dones dieron  
Las matronas d'España, que traídos  
Asi fueron en salvo sus maridos.

Al suyo doña Elena, á GARCILASO,  
En vano con plaacer grande l'espera;  
Se adereza, y su casa en son no escasa  
La adorna, porqu'esté muy placentera;  
Sabe Toledo todo el triste paso,  
Y anda el dolor y angustia por defuera,  
Y tan alegre verla de d'ajo ajena  
Da á todos los que la aman mayor pena.

Como el qu'está en la cárcel condenado  
A muerte, sin saber el su dolencia,  
Que antes de libertad muy confiado,  
Da de alegría y plaacer grande apariencia,  
Los suyos, que le ven tan engañado  
En esto, y saben todos la sentencia,  
Resciben mas dolor de tal manera,  
Cuanto á él mas de su daño le ven fuera.

(1) «Huélgome que os satisfaga, pero mas quisiera satisfacer á GARCILASO DE LA VEGA, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.» — Valdés, *Diálogo de las lenguas*.

Imprimiédlos en pos de los de Boscan, y desde entonces las obras de ambos poetas corrieron juntas por espacio de mucho tiempo (1).

Entre las armas del sangriento Marte  
Hurté del tiempo aquesta breve suma,  
Tomando ahora la espada, ahora la pluma,

dice de sí GARCILASO. Sus obras no parecen escritas entre el estruendo de la guerra. La paz de un corazón todo entregado á las delicias del amor y del campo respiran todas sus poesías. GARCILASO, según Marchena, es acaso el único de nuestros poetas clásicos que no haya compuesto versos devotos. Los suyos se tienen por los mas suaves que existen en lengua española. La italiana y la portuguesa, que tanto lo son para los versos, algo tienen que envidiar á la nuestra cuando GARCILASO es quien la habla. Sus églogas igualan, si no exceden, en cultura á las de Virgilio. Su canción á la flor de Gnido tiene todo el arrebato propio del entusiasmo que ha inspirado á los mayores ingenios. Tal vez en alguna de sus églogas suele decaer de la sencillez poética del estilo, alma de todas sus composiciones; pero en lo mucho bueno que forma lo demás de la obra se halla compensación á mas de lo que se lamenta por perdido.

No para cantar el amor solamente tenia encendido el ánimo este insigne poeta. Filósofo profundo, conocía los yerros de los hombres, y descubría en lo porvenir los daños que amenazaban á su patria por el vano deseo de las conquistas, que tanto atormentaba á los soberanos de su tiempo para destrucción de la humanidad y para vergüenza de los que sustentaban la guerra por extender su señorío. Al ver la sangre esparcida en los campos de Italia, en los de Alemania, en los de Francia y en los de Africa, donde militó bajo las banderas de Carlos V; al ver estragar la tierra al hombre enemigo del hombre, al ver sacrificarse á la ambicion de su príncipe las vidas de los españoles, que ningun beneficio conseguian de que ciñese á sus sienes tranquilamente la corona del imperio, prorumpió en estas verdícas palabras:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?  
Algunos premios ó aborrecimiento?  
Sabrálo quien leyere nuestra historia:  
Veráse allí que, como el humo al viento,  
Así se deshará nuestra fatiga.

El mérito de GARCILASO fué celebrado por Paulo Jovio, por Pedro Bembo, por Honorato Fasitelo, por Laura Terracina, por Luis Tansillo, por el Marino, por el Cámoes y otros entre los extraños. Conti tradujo en lengua italiana alguna de sus poesías, algunas en la francesa Mauri, todas en la inglesa J. H. Wiffen, y en estos y otros idiomas algunos otros cuyos nombres no han llegado á mi noticia.

Francisco Sanchez, conocido por el Brocense, publicó en 1574 una edicion de las obras de GARCILASO con comentario, en el cual apenas se dejaba al poeta pensamiento propio; casi todos aparecen tomados de autores griegos, latinos ó italianos. Fernando de Herrera en 1580 publicó otra con mas extenso comentario, en competencia, según se cree, de la del Brocense, por la emulacion que habia entre las escuelas salmantina y sevillana. Uno y otro mas quisieron ostentar emulcion propia que la verdadera honra del poeta, pues donde GARCILASO pone una frase sencilla y sin estudio, allí los comentadores no ven un pensamiento original fácil de ocurrir á cualquiera, sino una imitacion servilísima de algunos versos de Virgilio, que en nada se asemejan (2). Don Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, escribió un juguete llamado

(1) Ticknor dice que la viuda de Boscan imprimió el año de 1544 las poesías de Boscan y GARCILASO en Barcelona. No conozco esta edicion, sino la de Medina del Campo en 1544, la de Venecia, por Alonso de Ulloa, y otra de Barcelona de 1554, etc. Lope decia en la novela *Las fortunas de Diana* que un día cantaron los músicos de un señor grande unos versos, donde se hallaban estos:

Las obras de Boscan y GARCILASO  
No valen dos reales,  
Y no las haréis tales  
Aunque os precieis de aquello del Parnaso.

El mismo Lope repite este pensamiento en *La Dama bobal*.

(2) «Herrera solo hace ostentacion de doctrina propia en el poeta; Sanchez de imitacion ajena. Este afectó lo

*El prete Jacopin*, en defensa de GARCILASO contra Herrera, por los yerros en que este decía haber incurrido el cisne de Toledo. Este opúsculo para deprimir el mérito de Herrera á fin de que resplandeciese el del Brocense, mas fué efecto de parcialidad que hijo de la justicia. Los dos comentarios, dignos de aprecio por la ciencia de sus autores, no cumplen con el verdadero objeto de ilustrar el texto de GARCILASO. Arbitro voluntario de esta cuestion se hizo Lope de Vega: ni dió la palma al Brocense ni dió la palma á Herrera. «Deseo (dijo en *La Dorotea*) quien escriba sobre GARCILASO; que hasta ahora no lo tenemos.»

Don Tomás Tamayo de Várgas ordenó, despues de escrita, aunque no publicada, la sentencia de Lope de Vega, otro comentario (1622), apreciable por su buen juicio en muchas cosas, y en 1765 don José Nicolás Azara recopiló lo que tuvo por excelente en los trabajos de aquellos que le habian precedido en la misma tarea.

Un hombre muy temeroso de Dios, pero nada poeta, indignado de ver el aplauso que se habian granjeado los versos de GARCILASO, en los cuales no habia pensamientos de devocion cristiana, quiso convertirlos en obras ascéticas, juntamente con los de su amigo Boscan. Doce años desperdió Sebastian de Córdoba en el trabajo de dar á materias religiosas las poesías que Boscan y GARCILASO habian escrito por el amor y para el amor de la mujer. Sacrilegios se han visto de lo humano á lo divino. Este fué sacrilegio que con color de divino se hizo á lo humano. La infeliz tarea de Córdoba salió á luz en Zaragoza el año de 1577 en el elogio de un doctor Fernando de Herrera, canónigo magistral que era en Ubeda, y que solo tenia del divino Herrera el nombre y el apellido, pues su manera de pensar y de decir correspondia de todo en todo al autor elogiado (1).

que Macrobio y despues Fulvio Ursino en los hurtos honestos de Virgilio; aquel lo que todo el vulgo de comentadores de sus obras; ambos, por cierto, justamente dignos de loa por su cuidado, como de menos aplauso por su demasia. Si Herrera se persuadió que GARCILASO no usó color retórico en sus versos de que antes no hubiese consultado su memoria ó sus libros, engañóse sin duda, porque los afectos naturales en hombres de ingenio, y mas en materias amorosas, no requieren estudio particular ó para su expresion ó para su perfeccion. La naturaleza sola, que ayudada de la causa que los excitó, los representa, y el disenso, favorecido de las circunstancias, los pule. Los dilata, los perficiona; como también Sanchez, si creyó que las mutaciones que entre GARCILASO y otros confiere fueron siempre cuidadosas y advertidamente hechas, de ajenas, propias; porque las que propriamente lo son, ellas mismas con facilidad se dejan entender. En muchas de las demás, ¿quién creará que tuvo necesidad de guia el ingenio felicísimo de nuestro poeta, ni tiempo su corta vida, tan bien ocupada, para imitar con tanta particularidad cosas que, sin dificultad, á cualquiera se ofrecieran, y aun indignas de otros? Fuera de que muchas veces son solo lugares comunes, y en que siendo la sentencia, aunque general en todos, allí especial, las palabras son diversísimas.» — Tamayo de Várgas.

El mismo dice: «El soneto xxxviii, que Sanchez pone por de GARCILASO, por ser incierto ó por haberle faltado la última lima, no me atrevi á ponerle en el texto, y por haber andado en nombre de GARCILASO lo dejo aquí:

Mi lengua va por do el dolor la guia,  
Ya yo con mi dolor sin guia camino;  
Entrambos hemos de ir con puro tino,  
Cada uno va á parar do no querria;  
Yo porque voy sin otra compañía  
Sino la que me hace el desatino;  
Ella porque la lleve aquel que vino  
A hacella decir mas que queria.

Y es para mí la ley tan desigual,  
Que, aunque inocencia siempre en mí conoce,  
Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.  
¿Qué culpa tengo yo del desvario  
De mi lengua, si estoy en tanto mal,  
Que el sufrimiento ya me desconoce?

Por esa misma causa no le he dado lugar en el texto.

(1) «Viendo cuán comun y manual andaba en el mundo el libro de las obras de Boscan y GARCILASO DE LA VEGA, que, aunque sutiles y artificiosas, son dañosas y pestilenciales para el ánima, y debajo la suavidad y dulzura del estilo, tan alto en su modo, está la serpiente engañosa, como dice, cubierta de aquellas flores y habilidad, y el acibar amargo cubierto del oro de sus embalmientos y palabras, ó verdaderamente en el dulce y sabroso vino de sus altos y profanos conceptos la pestilencial ponzoña que no para hasta lo mas noble del ánima; así que, viendo, como habemos dicho, leccion tan dañosa y nociva, etc.» Un juicio tan estúpido formó de las obras de GARCILASO y Boscan el tal doctor Herrera, canónigo en Ubeda. No es por cierto mas gentil el alio del poeta para convertir las flores humanas de GARCILASO en menos que humanas, si bien con nombre de divinas. Véase esta triste muestra:

El dulce lamentar de dos pastores,  
Cristo y el pecador triste y lloroso,  
He de cantar, sus quejas imitando;  
El uno, soberano y amoroso,  
Del ánima se queja y sus amores,  
Que en vanas afecciones va empleando;  
Y el pecado llorando,  
Porque la carne y mundo  
Y el otro sin segundo  
Trayéndole sin seso levantado,  
Con ilusiones falsas engañado;  
Y el desdichado, vuelto ya á su parte,  
El bien que Dios le ha dado  
De gracia se le muere y se le parte.

Esta obra, si fué recibida por los devotos con aprecio, por la erudicion se miró con el desden que merecia. Tan infeliz ejemplo no sirvió de aviso á otro escritor que en 1628 publicó un poema con el título de *Cristo nuestro Señor en la cruz, hallado en los versos de GARCILASO* (1).

Las obras de GARCILASO han servido constantemente de estudio á los mas grandes poetas que han honrado las musas españolas, á los que han querido dirigirse á la inmortalidad por el camino del buen gusto literario. Fernando de Herrera fué admirador de GARCILASO; admirador de GARCILASO, Mignel de Cervántes Saavedra; admirador de GARCILASO, don Luis de Góngora y Argote; admirador de GARCILASO, en fin, Lope Félix de Vega Carpio.

Cuando ardía en guerras el Parnaso español entre los poetas cultos y no cultos, el nombre de GARCILASO iba inserito en los pendones de uno y otro bando. Si por GARCILASO peleaba Lope de Vega, tambien por GARCILASO peleaba el portentoso ingenio de don Luis de Góngora (2).

## GUTIERRE DE CETINA.

Pocas noticias de la vida de este ilustre poeta han llegado hasta nosotros; pocas, pero las que bastan para conocer su carácter. Patria fué de GUTIERRE DE CETINA la ciudad de Sevilla, y alguno de los primeros años del siglo xvi el de su nacimiento. Las armas y las letras movieron su aficion, ya para buscar por las unas los laureles de Marte, ya para conseguir por las otras los laureles de Apolo.

Asistió primeramente en las guerras de Italia, no sé si como capitán ó como soldado, ó si con fortuna próspera ó con fortuna adversa. Hallóse con Carlos V en la jornada sobre Túnez contra Barbaroja, y con Fernando de Austria en las campañas de Flándes contra franceses. Crédito debió granjear en estas empresas; crédito que le alcanzó la amistad y proteccion del príncipe de Aseoli, á quien dedicó muchos de sus versos.

Amigo de Boscán, amigo de Garcilaso, amigo de don Diego Hurtado de Mendoza, amigo de don Jerónimo de Urrea, signió la escuela literaria imitadora de los italianos. Aficionadísimo á las nobles y bellas artes, deseó ardientemente poseer un cuadro del Ticiano; un cuadro que representase la primavera, ornada de todos sus floridos atavios; un cuadro, en fin, que esperó como merced de la bizzarria de don Diego de Mendoza cuando este se hallaba de embajador por Carlos V cerca de la señoría de Venecia.

*Vandalio* fué su nombre poético, *Dorida* el de su dama, quejas ó glorias de amor el objeto de sus poesias. Las ausencias de Dorida, dulcemente sentidas y mas dulcemente lloradas en las márgenes del Po ó del Eridano, y el recelo de que las del Bétis viesen á su hermosa ninfa rendida á otro afecto, mucho inquietaban el ánimo vehementísimo del poeta. Así, su amigo don Jerónimo de Urrea le escribía :

Creo que te dará contentamiento  
El haberte traído á la memoria  
Lo mismo que te suele dar tormento.  
La bellad de tu ninfa, aquella gloria  
Que las béticas ondas han gozado  
Cuando cantabas á su son tu historia,

Soltando allí las riendas al cuidado,  
En el silencio de la noche oscura  
Le dejarias correr mas desmandado.  
El dulce imaginar en tu tristura  
Era alivio á tu mal mientras templaba  
Con la contemplacion su desventura (3).

(1) Llamábase este autor don Juan de Andosilla Larremendi.

(2) Se han tenido á la vista para ordenar estos apuntes de la vida de GARCILASO lo que escribieron acerca de ella Fernando de Herrera, Luis Briceño, don Nicolás Antonio, don Tomás Tamayo de Vargas, el cardenal don Alvaro Cienfuegos y otros autores. Modernamente se ha publicado una vida escrita por don Eustaquio Fernan-

dez de Navarrete en uno de los tomos de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, por los señores don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda. Las buenas noticias que allí pone su docto autor, como debidas á su diligencia, pueden leerse en la obra citada.

(3) Manuscrito de don José Maria de Alava.

Así se lamentaba CETINA, respondiendo á los acentos de su amigo :

Tan llenos de mi mal tus versos veo,  
Tan de una calidad los accidentes,  
Que casi en tu dolor mi historia leo.  
De tanto amor nos hizo diferentes;  
Que tú lloras el bien que ya gozaste,  
Yo el mal de que padescen los ausentes.

Misero yo, que estoy desconfiado,  
No solo de gozar, mas aun diria  
Que lo estoy de agradarle mi cuidado (1).

Al príncipe de Ascoli, á cuyas órdenes militó algun tiempo, dirigió CETINA un soneto sobre los peligros de entregarse el hombre á los riesgos de una pasion amorosa. De este modo los describe el poeta :

Este andar y tornar, ir y volverte,  
Lavino, el caminar y no mudarte;  
Este incierto partir y no apartarte,  
Y el irte á despedir y detenerte,  
Tengo miedo, pastor, que han de encenderte,  
Como á la mariposa, aquella parte  
De libertad que amor quiso dejarte  
Sana por descuidarte y ofenderte.

Lo mejor del nadar es no ahogarse,  
Jugar y no perder es buen aviso,  
Si lo puede excusar quien busca abrojos;  
Mas ¿quién podrá, quién bastará á guardarse  
De la hermosa vuelta de unos ojos,  
De una boca que os muestra un paraíso? (2).

El heredero de las glorias del famoso Antonio de Leyva no amaba la poesía por solo amarla. En su cultivo solia ejercitar aquellos momentos consentidos, mas que por alguna pequeña ociosidad de las armas de Carlos V, por la precision de descanso. El gusto literario del príncipe de Ascoli concuerda con el de CETINA, segun aparece del siguiente soneto, escrito en respuesta del que va antes trasladado :

Vandalio, mi destino y fiero hado  
Con tan grande rigor me ha perseguido,  
Que del paterno monte me ha traído  
A aqueste valle triste y despoblado.

De mi lira y rebaño despojado,  
De duros infortunios oprimido,  
Do presto seré en llanto consumido,  
Si no vivo por mas vivir penado.

El alma y libertad dejé en las manos  
De aquella que podrá su hermosura  
Librarme de otra mas sangrienta guerra;

A otros mas que yo libres y sanos  
Podrán las castas ninfas de esta tierra  
Sujetar con amores y blandura (3).

Cuando la muerte arrebató en flor al príncipe de Ascoli, CETINA no vió desaparecer de sobre la haz de la tierra á su magnánimo y leal amigo sin manifestar á todos la pena que sus lágrimas á algunos habian revelado. La musa, que en diversas ocasiones cantó sus triunfos de amor y sus glorias militares, depuso la corona de rosas y jazmines enlazados con laureles, desciñó el cabello, y con voz dolorida prorumpió en estos acentos :

Deje el estilo ya la usada vena,  
Mude el suave en doloroso canto,

(1) Manuscrito de don José Maria de Alava.

(2) Id. id.

(3) Id. id.

Mudar conviene el llanto en mayor llanto,  
Y pasar de una grande á mayor pena.

Muerto es el que hacer solia serena  
La vida, y nuestra edad alegre tanto;  
Muerta es virtud y muerto el vivir santo;  
No viva puede haber ya cosa buena.

Eterno lamentar, lloroso verso,  
Lágrimas de dolor, oscuro luto  
Hagan al mundo fe de comun daño;

Lloran, príncipe invicto, á quien adverso  
Hado cortó en el dar el primer fruto  
El árbol mas hermoso. ¡Ay fiero engaño! (1).

Tal fué el elogio funeral del malogrado príncipe de Ascoli, tal el adiós de CETINA á la tumba de su protector generoso, y tal el que dirigió á Italia. Las orillas del patrio Bétis, los recuerdos de las sombrías alamedas donde admiró á su encantadora Dorida, donde vió nacer tras una y otra primavera la de su juventud, que habian de consumir los soles de extrañas tierras, le ofrecian desde lèjos esperanza de consuelo y de descanso.

Los objetos de su amor, los de su amistad, los bienes de fortuna, vanamente buscados en el trabajoso ejercicio de la guerra, todos huyeron de él, ó para no volver ó para jamás labrar su ventura. Estéril fué para CETINA Italia, estériles los campos donde Cartago estuvo, y estéril como su terreno la Flándes toda. El desengaño le llevó á buscar la melancólica dicha que ofrecen los recuerdos de lejanas infelicidades para mitigar los tormentos de las que nos oprimen. Extranjero en su patria, Sevilla no era la Sevilla de su juventud; los recuerdos de sus amores se trocaron en un duplicado dolor del mal presente. Méjico, donde asistia con cargo en el gobierno un hermano de CETINA, le ofreció con los atractivos del cariño fraternal la esperanza de adquirir los bienes que hasta entonces la fortuna le habia negado obstinadamente. De Méjico tornó de nuevo á su patria, para que el lugar de su cuna fuese el lugar de su sepulcro (2).

De sus poesías solamente vieron la luz pública en su siglo los cuatro sonetos que se leen en las anotaciones de Herrera á las obras de Garcilaso (3). Sin embargo, los elogios del cantor de Eliodora, los de Argote y los de Saavedra Fajardo bastaron para el crédito de CETINA.

Distinguense las obras de este esclarecido ingenio, antes por la agradable sencillez de sus formas que por la vigorosa entonacion ó por el brillante colorido. Sin ser CETINA desmayado é inculto, carece de la fogosidad y ternura del que cantó la flor de Gnido; pero sus poesías siempre se leerán con aprecio mientras se hable la lengua española, así por el buen gusto que respiran, como por la delicadeza en la expresion de los afectos.

(1) Manuscrito de don José María de Alava.

(2) Algunos señalan el año de 1560 como el de la muerte de CETINA.

Gonzalo Argote de Molina decia en el *Discurso de la poesia*, al fin del *Conde Lucanor* (1575): «Y el ingenioso Irazzo y el terso CETINA, que de lo que escribieron, tenemos buena muestra de lo que pudieran mas hacer, y lástima de lo que se perdió en su muerte.»

(3) El códice que posee el señor don José María de Alava es en 4.º y consta de 258 fojas. Lleva este título: *Algunas de las obras de GUTIERRE DE CETINA, sacadas de su proprio original, que él dejó de su mano escrito. — Parte primera.*

Sedano, en el *Parnaso español*, publicó solamente cinco de las poesías de CETINA, las cuales varian del texto del códice del señor de Alava en algunas cosas. Por ejemplo: si en este se leen así unos versos de un madrigal:

Así que, aunque pensastes  
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,

el texto de Sedano dice:

Así pues sucedió cuando intentasteis  
De tus ojos cubrir la luz inmensa.

El siguiente soneto, publicado en el *Parnaso español*, no se halla en el códice del señor de Alava:

En un florido campo está tendido,  
A voces su fortuna lamentando,  
Su pena con suspiros declarando,  
De su pastora Silvio despedido;  
De cuyo llanto y queja conmovido,  
Le dijo otro pastor: «No estés llorando,  
Silvio; pues que aborreces tenga mando  
Amor en tí, llorar no es buen partido.  
» Aparta la ocasion que tu alma hiere;  
Mira que el suspirar remedio es vano;  
No cures en culpar mas la fortuna;  
» Que en el arena estéril sembrar quiere,  
Y arar piensa en el agua con su mano,  
El que pone esperanza en hembra alguna.»

El mismo Sedano afirma equivocadamente ser GUTIERRE DE CETINA un doctor Gutierrez de Cetina, vicario de Madrid, cuyo nombre se lee en las aprobaciones de muchos libros,



## DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA es la gran figura histórica de la España del siglo de Carlos V. La vida y el elogio que escribo de tan insigne autor á su tiempo verá la luz pública. En este lugar solo me cumple decir de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA como poeta lírico.

Dos ingenios se pueden considerar en autor tan insigne: uno el amigo de Boscan y Garcilaso, el imitador de su escuela, el que la autorizó con la importancia de su persona y nombre; otro el que siguió el estilo de las antiguas coplas castellanas.

Como lo primero es DON DIEGO, si bien feliz en las imitaciones de griegos, latinos é italianos, duro en los versos, sin nervio en el decir y sin dar un colorido brillante á los rasgos de su imaginacion; como lo segundo, es DON DIEGO uno de los trovadores castellanos mas ingeniosos y cultos. Sus coplas amorosas están llenas de delicados pensamientos, y seguramente DON DIEGO aventaja á los que le precedieron en revestir de sencillas y elegantes formas los afectos del alma.

«¿Qué cosa aventaja á una redondilla de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA?» exclamaba Lope de Vega.

## CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Carlos V, para perseguir los escritos que no estaban conformes con su manera de pensar en asuntos, así religiosos como políticos, mandó á la universidad de Lovayna que formase un catálogo ó índice exacto de todos los libros heréticos y de aquellos que contuviesen doctrinas sospechosas de herejía, á fin de saber cuáles deberian ser tenidos por dignos de prohibicion y de fuego. Desde entonces la inquisicion de España adoptó el catálogo de la universidad é hizo de él muchas ediciones, aumentándolo de tiempo en tiempo.

Las obras de los mejores ingenios de la nacion española se vieron prohibidas. Bartolomé de Torres Naharro, eclesiástico que habia morado algunos años en Roma, imprimió en Italia, con el título de *Propaladia*, una coleccion de sus sátiras y comedias. Sobre todas cayeron los anatemas de la Inquisicion para alligir con ellos á cuantos se ocupasen en su lectura. Con la misma libertad que Nicolás Machiavelo, el famoso secretario de la república florentina, escribió su comedia la *Mandrágola* en detestacion y afrenta de los desórdenes que manchaban las costumbres de los religiosos de su siglo, Torres Naharro esparció en sus obras dramáticas mil pensamientos agudos para castigar con su sátira á los que, en vez de ser espejo de los seglares por la sinceridad de vida, servian de escándalo á la virtud y de torpe ejemplo á los vicios.

Los ingenios españoles obedecian aquella secreta voz que á principios del siglo xvi hacia despertar los entendimientos contra el poder de los eclesiásticos y contra los yerros ó crímenes que cometian; aquella voz que en Francia animaba á Francisco Rabelais, á Clemente Marot y á Buenaventura Desperiers, validos de la discreta princesa Margarita de Navarra, y en la florida Italia al docto Machiavelo y al rico en malicias y agudezas de decir Pedro Aretino.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO, poeta muy semejante á este festivo hijo de las musas italianas, compuso en fáciles versos castellanos un *Sermon de amores*, donde incluía á los eclesiásticos de su tiempo entre los llagados de la violenta pasion que sepultó á Safo en los abismos del mar de Léucades, que postró á Hércules á los piés de Deyanira y que abrasó los muros de la soberbia Troya en justa venganza de la ofendida Grecia.

Tambien en un *Diálogo de las condiciones de las mujeres* describió con satirico pincel el

fuego oculto que ardía en los conventos de monjas de su siglo, retraídas de los engaños del mundo, pero combatidas de la agradable memoria de sus deleites.

Don Diego Hurtado de Mendoza, ó el que compuso la ingeniosa novela intitulada *Lazarillo de Tórmes*, retrató las astucias de que se servían los expendedores de bulas en España para despertar la devocion de la gente, fugiendo milagros debidos á la santidad de lo que trataban como mercadería.

La Inquisicion persiguió todos estos libros, temerosa de que en el vulgo hallasen buen acogimiento. Pero el cuidado y la diligencia de los inquisidores lograron poco fruto, pues las obras citadas fueron impresas en otras naciones y traídas con secreto á España. Entonces los jueces de aquel tribunal determinaron que con su permiso se diesen nuevamente á luz los libros de Naharro, CASTILLEJO y Mendoza; pero corregidos, para evitar los daños que pudieran sobrevenir por su lectura. Los calificadores del Santo Oficio, con osada mano, destruyeron los pensamientos ajenos, como si los pensamientos no fueran una propiedad digna del respeto de los hombres y la proteccion de las leyes. En su lugar pusieron algunas veces razones que el autor nunca hubiera empleado; lo cual prueba que en España estaba el entendimiento bajo la mas odiosa tutela. No solo se perseguía lo pensado, sino que se variaba por lo que se debió pensar segun el querer de los principes y los ministros eclesiásticos.

La ciencia era incompatible con el exterminio de la verdad, decretado por los reyes en nombre del bien público. «Todos los tiranos se cubren siempre con el manto de la religion», exclamaba Antonio de Herrera, historiador de las Indias Occidentales en tiempos de Felipe III, no hablando de los monarcas de Europa, sino de uno de los Incas del Perú (1), para que el decir una verdad no le costase la vida, y sus palabras corriesen libremente sin levantar contra sí las sospechas de los enemigos de la razon humana.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO nació en Ciudad-Rodrigo, segun quiere Moratin, por los años de 1494. Desde muy jóven asistió en la corte de Fernando de Austria, que luego fué rey de Bohemia y de romanos, y aun emperador. Cuando este se retiró de España, CASTILLEJO se hizo eclesiástico. De su habilidad y concepto da testimonio el pasaje siguiente de una carta dirigida al tesorero Salamanca por Martin de Salinas, desde Madrid á 8 de febrero de 1525 (Biblioteca de la Academia de la Historia, códice C 71):

«Quiere que le envíe un secretario que no solamente sepa escribir la letra, pero excusalle la ordenacion. Hágole saber que los que tal habilidad tienen, cualquiera les hace buen partido sin salir fuera de su naturaleza. Yo terné cargo de le buscar, y sabido, le advertir de ello; pero al presente me parece que si lo pudiese acabar, os podria enviar el mejor recado conforme á vuestro deseo; que en España hay para mas de lo que me enviáis á pedir, porque es visto y reconocido en experiencia; y es que su alteza, cuando acá estuvo, tuvo un secretario que se llamaba CASTILLEJO, el cual era muy hábil en lengua castellana y tambien latina, tal, que por su habilidad hallaba grandes partidos; y como se fué su alteza, se metió en religion, de manera que es eclesiástico. Páreceme que si este quisiese aceptar en irós á servir, tendriades en él gran descanso, y aun parecer y consejo, y el hábito cristiano para le hacer bien, sin que por mucha pluma tuviédes obligacion de le contentar; si entre tanto que busco otras personas, deste os parece, escribidmelo, y enviarlo he á buscar, y procuraré de os lo enviar; porque conforme á vuestra demanda es el mas conveniente que yo podria hallar. Envía á demandar de dónde es y qué señas tiene; digo que es buen hidalgo y de Ciudad-Rodrigo, y de su habilidad y de todo lo demás que se quiera informar, al señor Infante y á todos esos señores me remito.»

CASTILLEJO volvió á ser secretario de don Fernando de Austria; pero siempre con poco próspera fortuna, segun declaran sus escritos, donde se lamenta frecuentemente del mal pago que suelen obtener los méritos en las cortes de los reyes.

Algunas veces estuvo en Venecia, lugar de la impresion de los *Diálogos de las condiciones de las mujeres*, del *Sermon de amores* y otros opúsculos.

(1) *Historia de las Indias Occidentales*, década v, lib. 3.º, cap. 8.º

Aunque se afirma que CASTILLEJO murió monje en la cartuja de Valdeiglesias, teniendo la edad de ciento diez años, su muerte acaeció en un monasterio cerca de Viena, en 1556.

CASTILLEJO fué el que sustentó la antigua escuela de las coplas castellanas contra las obras de Boscán y Garcilaso, y en verdad que en este género pocos le aventajan. Como poeta lírico es superior en la fábula de Galatea y en la anaecrónica del amor preso; como satírico, en sus *Diálogos* y el *Sermon de amores* nada tiene que envidiar en sencillez y gracejo á los mas excelentes ingenios de la docta antigüedad, griega y latina. Tal vez es demasiado libre en sus escritos; pero, aunque la Inquisición anduvo muy severa en borrar de las obras de CASTILLEJO todos los pasajes en que censuraba los vicios de los eclesiásticos, no tachó cosa alguna en lo que tocaba á la pintura de las costumbres, hecha con mas desenvoltura de lo que la decencia permite.

A CASTILLEJO siguieron varios en sustentar el gusto de las antiguas coplas: Gregorio Silvestre, Luis Galvez de Montalvo, Jorge de Montemayor, Joaquin Romero de Cepeda y algun otro.

Mas tarde Lope de Vega se propuso resucitar el gusto antiguo con el poema *El Isidro*. Su gran talento, feliz en otras composiciones, nada pudo conseguir. La victoria de la escuela de Garcilaso habia sido completa.

---

## FERNANDO DE HERRERA (EL DIVINO).

«Quisiera remitir la descripción de este elogio de HERRERA á quien le fuera igual en las fuerzas, conociendo de las mías ser poco suficientes, adonde se requerian las de Quintiliano y Demóstenes, junto con la divinidad de Apolo; de que dan testimonio sus felices obras en la una y otra facultad, pues mereció por ellas ser llamado *El Divino*. Tuvo por patria esta noble ciudad, fué de honrados padres, dotado de grande virtud, de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, no tuvo orden sacro, pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida, sin apeteer mayor renta; y aunque el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, deseó tenello en su casa y acrecentalle en dignidad y hacienda, no pudieron el licenciado Francisco Pacheco ni el racionero Pablo de Céspedes (intimos amigos suyos) persuadille que le viesse. Tuvo FERNANDO DE HERRERA, demás de los dos, otros muchos amigos: al maestro Francisco de Medina, á Diego Jiron, á don Pedro Vélez de Guevara, al conde de Gelves, don Alvaro de Portugal, al marqués de Tarifa, á los insignes predicadores fray Agustin Salucio y fray Juan de Espinosa, y otros muchos que parecen por sus escritos; amólos tan fiel y desinteresadamente, que á los mas ricos y poderosos no solo no les pidió, pero ni recibió nada dellos, aunque le ofrecieron cosas de mucho precio; antes por esta causa se retiraba de comunicarlos. La profesion de sus estudios se compone de muchas partes, aunque muchas veces se indignó contra el vulgo porque le llamaba *El Poeta*, no ignorando las prendas que para serlo perfectamente se requieren; pero sabia la significacion vulgar de este apellido; y constándonos su voluntad, parece conveniente darle la poesía por una parte, y no la mayor, como lo hiciéramos con Tito Livio, si las obras filosóficas que escribió no se hubieran perdido, con la mayor parte de su historia. Leyó FERNANDO DE HERRERA con particular atención todo lo que la antigüedad romana y griega nos dejó en sus mas corregidos ejemplares, y de los autores posteriores lo mas; porque supo la lengua latina y griega con perfección, y las vulgares como los mas cortesanos dellas; tuvo lección particular de los santos, supo las matemáticas y la geografía, como parte principal, con gran eminencia; no fué menor el cuidado con que habló y trató nuestra lengua castellana. Los versos que hizo fueron frutos de su juventud, y porque del juicio de ellos habla-

con doctos varones, digo solamente que no sé cuál de los poetas españoles se pueda con mas razon leer como maestro, ni que así guarde sin descaecer la igualdad y alteza de estilo. Los amosos en alabanza de su Luz (aunque de su modestia y recato no se pudo saber), es cierto que los dedicó á doña Leonor de Milan, condesa de Gélves, nobilísima y principal señora, como lo manifiesta la cancion y del libro segundo, que yo saqué á luz año 1619, que comienza: *Esporce en estas flores*; la cual, con aprobacion del Conde, su marido, aceptó ser celebrada de tanto ingenio. Fué FERNANDO DE HERRERA muy sujeto á corregir sus escritos cuando sus amigos, á quien los leía, le advertian, aunque fuese reprobando una obra entera, la cual rompía sin duelo. Fué templado en comer y beber, no bebió vino; fué honestísimo en todas sus conversaciones y amador del honor de sus prójimos; nunca trató de vidas ajenas ni se halló donde se tratase de ellas; fué modesto y cortés con todos, pero enemigo de lisonjas, ni las admitió ni las dijo á nadie (que le causó opinion de áspero y mal acondicionado); vivió sin hacer injuria á alguno y sin dar mal ejemplo. Las obras que escribió son: las *Anotaciones sobre Garcilaso*; contra ellas salió una apologia (ajena de la candidez de su ánimo), á que respondió doctamente; escribió la *Guerra de Chipre y victoria de Lepanto, del señor don Juan de Austria*; *Elogio de la vida y muerte de Tomás Moro*. Estos tres libros se estamparon, y un breve tratado de versos, que está contenido en el que yo hice imprimir; demás desto, hizo muchos romances, glosas y coplas castellanas, que pensaba manifestar; acabó un poema trágico de los *Amores de Lausino y Corona*, compuso algunas ilustres églogas, escribió la *Guerra de los gigantes*, que intituló la *Gigantomaquia*; tradujo en verso suelto el *Rapto de Proserpina* de Claudiano, y fué la mejor de sus obras deste género; todo esto no solo no se imprimió, pero se perdió ó usurpó, con la *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Carlos V*, que particularmente trataba las acciones donde concurrieron las armas españolas, que escribieron con injuria ó envidia los escritores extranjeros; la cual mostró acabada y escrita en limpio á algunos amigos suyos el año 1590; en ella repetia segunda vez la batalla naval, y preguntado por qué, respondió que la impresa era una relacion simple, y que esta otra era historia, dando á entender que tenia las partes y calidades convenientes; al fin, remitiéndome á sus obras, cesarán mis cortas alabanzas, y á las objeciones de los envidiosos de su gloria no parecerá demasia lo que habemos referido, viendo el sugeto presente no solo estimado, pero celebrado con encarecidas palabras en los escritos de los mejores ingenios de España, pues sus versos, que es lo menos (como referia Alonso de Salinas), los ponía el Torcuato Tasso sobre su cabeza, admirando en ellos la grandeza de nuestra lengua; cuya elocuencia es propia de FERNANDO DE HERRERA, pues fué el primero que la puso en tan alto estado, y por haberle seguido tantos y tan excelentes hombres, dijo con razon el maestro Francisco de Medina en la carta al principio del comento de Garcilaso, *que podrá España poner á FERNANDO DE HERRERA en competencia con los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa*; al cual, habiendo sido de sana y robusta salud, llevó el Señor á mejor vida en esta ciudad á los sesenta y tres años de edad, el de 1597.»

Tal fué la relacion de la vida de FERNANDO DE HERRERA que nos dejó escrita su amigo y admirador el ilustre artista Francisco Pacheco.

Tuvo HERRERA un gran talento poético y una erudicion vastísima, tal vez mas de la que necesitaba para la composicion de sus obras. Deseoso de llevar adelante la empresa de conseguir para su patria lo que Garcilaso habia tan felizmente comenzado, se dedicó á la perfeccion del lenguaje poético, imitando en mucho así á los griegos y latinos como á los italianos. Algunas veces incurre en afectacion, otras en oscuridad. Celebró en muchos de sus sonetos y en varias de sus elegías á una dama con el nombre de Luz, de *Eliodora*, de *Lucero* y de *Lumbre*, por lo cual se cree que estaba enamorado de ella. La poca vehemencia con que están escritos estos versos revela que en el poeta no habia la pasion que nos cuentan los que han tratado de su vida. No creo que HERRERA tuviese amor sensual, y aun estoy por decir que ni platónico. En sus versos amorios todo es arte; todo arte, nada entusiasmo.

Arte tienen sus versos heróicos, arte sus canciones á la muerte del rey don Sebastian y á la

batalla de Lepanto, arte aquella poesía donde se leen estos versos, magníficos por la dicción y por el pensamiento filosófico que encierran :

Aquel que libre tiene  
De engaño el corazón, y solo estima  
Lo que á virtud conviene,  
Y sobre cuanto precia  
El vulgo incierto su intención sublime,  
Y el miedo menosprecia,  
Y sabe mejorarse,  
Solo señor merece y rey llamarse.

Indudablemente algunas de las canciones y algunos de los sonetos y tal cual elegía de HERRERA son y serán monumentos de grandilocuencia, modelos de sublime decir y espejo de los ingenios que quieran presentar de un modo admirable los rasgos que la imaginación les inspire.

Desconfiado de todo lo que escribía, nunca hallaba HERRERA la perfección en sus obras; así compuso de nuevo la *Historia de la batalla naval*, así muchas de sus poesías. Sin embargo, HERRERA sustentaba la opinión de que el no acertar era de cualquiera de los hombres (1).

Severo consigo mismo, severo fué también con los demás; lo cual le atrajo odios, que despreciaba con la moderación del sabio. Amigo de sus amigos y buen maestro de buenos discípulos, su fama hubiera tal vez perecido ó quedado en la oscuridad si después de su muerte no hubieran Pacheco, Rioja, Duarte y otros salvado por medio de la imprenta aquellas obras que sus émulos ocultaron ó destruyeron. De su poema *La Gigantomaquia*, que escribió en los primeros años de su juventud, solo se conservan estos dos versos, famosos por su armonía imitativa :

Un profundo murmurio léjos suena,  
Que el hondo ponto en torno todo atruena.

Conti, Mauri, Henschel y otros han traducido al italiano, al francés y al alemán algunas de las obras de HERRERA.

---

## DON FRANCISCO DE MEDRANO.

Apenas hay noticias de este ingenioso poeta. De nuestros críticos solo Nicolás Antonio y Velazquez hablan de sus escritos. Floreció en el siglo XVI, tuvo por patria á Sevilla, visitó á Italia, y Roma fué la ciudad adonde lo llevaron pretensiones que, según denotan algunos de sus versos, no alcanzaron el dichoso fin á que aspiraban. Regresó á su patria, sin que se sepa el año ni el lugar de su muerte. En 1617 vieron la luz pública sus obras en Palermo al fin de los libros *De los remedios de amor*, imitación de Ovidio hecha por el sevillano Pedro Venégas de Saavedra.

DON FRANCISCO DE MEDRANO fué el mejor de los imitadores de Horacio. Sin duda compete igualmente con fray Luis de León en seguir las huellas del famoso lírico venusino; poeta filosófico, dotado de excelente gusto literario, conocedor de la lengua castellana, y siguiendo los excelentes modelos de Horacio y otros ingenios latinos, sus odas y sus sonetos merecen el aprecio de los que aman las glorias literarias de la nación española.

Para mí la verdadera poesía es la filosófica, porque se encamina al noble fin de enseñar y de engrandecer al hombre. Por eso tengo en tan alta estima las obras de MEDRANO. Muchas de sus odas son imitaciones de Horacio, pero dirigidas á algunos de sus amigos. Así en la pluma de MEDRANO se convierte Licinio Murena en don Antonio Rosel, Cayo Crispo Salustio, nieto del

(1) Pacheco, *Arte de la pintura*.

historiador del mismo nombre, que no me atrevo á pronunciar sin respeto, en el licenciado Francisco Flores; Mecénas en Juan Antonio del Alcázar, Póstumo en Fernando de Soria, Pompeyo Grosfo en el cardenal arzobispo de Sevilla, Niño de Guevara.

Entre las odas de MEDRANO hay una, que se intitula *La profecía del Tajo*, muy semejante á la que fray Luis de Leon compuso con igual epigrafe. Uno y otro ingenio tomaron de la oda que Horacio escribió á Marco Antonio proponiéndole el ejemplo de París para separarlo de Cleopatra y de la guerra civil, el pensamiento de amenazar á Rodrigo con las huestes de la media luna, á fin de desviarlo de los amorosos lazos de Florinda. Hay, sin embargo, una gran diferencia. La oda de fray Luis de Leon se aparta bastante de la de Horacio; la de MEDRANO es una imitacion de esta, tal y tan grande, que á veces mas se asemeja á traduccion. Una y otra, sin embargo, merecen estudiarse como joyas literarias de España.

---

### PABLO DE CÉSPEDES.

Fué natural de Córdoba el racionero PABLO DE CÉSPEDES, hijo de Alonso y de doña Francisca de Mora. Estuvo en su patria desde el año de 1538, en que nació, hasta el de 1556, en que se trasladó á Alcalá de Henáres para estudiar las facultades mayores y las lenguas orientales.

Estuvo dos veces en Roma, donde se perfeccionó en la pintura y arquitectura al lado de grandes maestros que Italia entonces tenia.

Fué procesado por la inquisicion de Valladolid en 1560 por haberse hallado entre los papeles del arzobispo de Toledo, don fray Bartolomé de Carranza, una carta escrita por CÉSPEDES en Roma el año anterior, donde hablaba con gran libertad en contra del Santo Oficio y del inquisidor general don Fernando de Valdés. Durante el proceso CÉSPEDES permaneció en Roma, burlando la saña de sus perseguidores. No consta cómo pudo amansarla. En setiembre de 1577, habiendo poco antes, segun parece, regresado á su patria, tomó posesion de una prebenda en la catedral de Córdoba, ciudad donde vivió y murió muy amado de todos por su saber y por sus virtudes.

Dedicado á las letras y á la pintura, trató á los hombres mas doctos de su siglo, bien de persona á persona, bien por escrito. En diferentes ocasiones pasó á Sevilla á morar en compañía de su ilustre amigo el pintor Francisco Pacheco, el cual lo tenia en tan alta estima, que para él era uno de los mejores coloristas de España.

Escribió varios opúsculos; de algunos solo se conservan fragmentos, de otros solamente la memoria (1).

Del *Arte de la pintura*, poema que compuso del todo ó que dejó á medio escribir, existen algunos pasajes de gran valor literario, salvados del olvido por Pacheco. Las valientes octavas, la sencilla y docta elegancia en el decir, la grandiosidad de las ideas, la famosa prosopopeya de Miguel Angel y la pintura del caballo, hacen de esta obra la mejor de las didácticas que hay en lengua castellana. Nada tiene que envidiar CÉSPEDES en el *Arte de la pintura* á Virgilio en las *Geórgicas*. En estrecha amistad con Pacheco, Herrera, Medina y otros poetas de la escuela sevillana, sus versos son hijos del ingenio y del buen gusto.

---

(1) *Discurso sobre la antigüedad de la catedral de Córdoba; Tratado de perspectiva teórica y práctica; Discurso sobre el templo de Salomon; De la comparacion de la antigua y moderna pintura y escultura.*

## FRANCISCO PACHECO.

Nació FRANCISCO PACHECO el año de 1571 en la ciudad de Sevilla. Fué excelente pintor, pero mas teórico que práctico. Compuso un *Arte de la pintura*, que vió la luz pública en 1619, y además unos reparos contra el memorial de don Francisco de Quevedo, sustentador del patronato de Santiago en oposicion de los que querian hacer compatrona de España á Santa Teresa. Casó á su hija Juana con el célebre pintor y discípulo suyo don Diego Velazquez, y murió el año de 1654. FRANCISCO PACHECO, que dió á la pintura un arte, acompañó sus preceptos con sus obras. En su casa vió la morisea Sevilla, madre de poetas pintores y de pintores poetas, academia de ciencias, academia de artes. Rioja, el que immortalizó en sus cantos las ruinas de Itálica; el sabio maestro Medina, el grandilocuente Arguijo, prestaron los auxilios de sus ingenios poderosos á PACHECO para vencer las dificultades del arte. PACHECO á Arguijo, al maestro Medina y al mismo Francisco de Rioja prestó tambien los suyos para vencer los de las letras. No fué el último que ornó con flores salpicadas de sus lágrimas la tumba del ingenioso Montalvan. Para enseñar á su yerno Velazquez puso el cielo el pincel en sus manos; para cantar sus glorias no le negó la pluma.

Al morir el cisne divino del divino Bétis, Céspedes cedió á PACHECO el lauro de eternizar el semblante de su amigo, y en sonoros versos pintó á la reina del amor y la hermosura, despues de abandonar en su carro de oro los mares, surcando las auras de Andalucía por entre una niebla trasparente y pura, y repitiendo en voz dolorida el nombre de Fernando de Herrera; de Fernando de Herrera, cuyas obras en vano el injurioso desden de sus contemporáneos pretendió entregar al olvido. PACHECO las cubrió con el manto de su inmortalidad, dándolas á la estampa con la imágen de su autor insigne, aquel que *temió* y *osó*, pero en quien *pudo mas la osadía*, para gloria de las letras españolas.

PACHECO, en lo poco que de sus poesias ha llegado hasta nuestro siglo, se muestra ingenioso y correcto imitador de Fernando de Herrera, si bien aparece con mas sencillez al manifestar los pensamientos.

Sus dos epigramas son muy apreciables, y el asunto de uno de ellos ha quedado como proverbio.

---

## DON FRANCISCO DE RIOJA (1).

El licenciado DON FRANCISCO DE RIOJA, racionero ó canónigo en la iglesia de Sevilla, fué natural de esta misma ciudad, segun se afirma. Estudió leyes, y en tal facultad tomó el grado de licenciado. Sus graves estudios y su claro talento le granjearon la estimacion de las personas doctas ó aficionadas á las buenas letras.

Moraba en su patria cerca del convento de San Clemente el Real, en una casa cuyo hermoso jardin fué visto y cantado por el célebre Lope de Vega Carpio.

Cuando el rey Felipe IV bajó á Andalucía, en el año de 1624, su valido el conde-duque de Olivares, que antes habia tratado mucho á RIOJA, bajo el pretexto de ocupaciones literarias (2),

(1) Sedano describe así el semblante de Rioja :

«El licenciado DON FRANCISCO DE RIOJA fué bien proporcionado de cuerpo, la cabeza grande y prolongada, el semblante modesto, apacible y meditador; el color blanco, los ojos rasgados, penetrantes y vivos; las cejas grandes, eminentes y triangulares, y el cabello, bigote y barba crespo, no muy poblado y bien puesto.»

(2) Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, escribe :

«DON FRANCISCO DE RIOJA, canónigo, inquisidor del tribunal santo de Sevilla y del Supremo, logró merecido valimiento con el conde-duque don Gaspar de Guzman, á quien supo tratar mas verdades que lisonjas, y seguirle igual en ambas fortunas, con crédito siempre de varon entero en intencion y en dictámenes. No me consta de

lo sacó de su retiro para llevarlo á la corte. En ella fué (segun Sedano) abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario del Rey y su cronista.

En la biblioteca formó un buen indice, loado por Lope (encubierto con el nombre de Burguillos):

El indice que á su mano  
Traiga el libro sin congoja,  
Fué cuidado de Rioja  
Nuestro docto sevillano.

Obtuvo despues la plaza de inquisidor de Sevilla, y mas tarde la de la suprema y general Inquisicion. En 1636, dia 10 de noviembre, tomó posesion de la silla de racionero en la catedral de Sevilla, sin que conste el año en que recibió las órdenes sacerdotales.

Sedano cuenta que por haberle atribuido la corte ciertas sátiras decayó en el valimiento del conde-duque de Olivares, y que padeció los rigores de una estrechísima prision por espacio de mucho tiempo. Ignoro los fundamentos de esta noticia (1).

RIOJA, por encargo del Conde-Duque, escribió contra los catalanes, rebeldes á Felipe IV, el papel llamado *Aristarco*; RIOJA permaneció á su lado en las prosperidades del valido del Rey; RIOJA acompañó en un coche al Conde-Duque cuando este, perdida la gracia del Soberano, tomó el camino de Loeches con su confesor solamente.

Muerto su protector y amigo, RIOJA, desengañado del mundo, retiróse á su patria hasta que el cabildo eclesiástico de Sevilla lo nombró su agente en la corte.

RIOJA murió en Madrid el viérnes 28 de agosto de 1659. Debió nacer á fines del siglo XVI, pues ya en 1617, por encargo del pintor Francisco Pacheco, su fiel amigo y admirador, escribió el prólogo de las poesías de Fernando de Herrera, que andaban casi perdidas por no haber querido darlas á luz correctamente su autor ilustre (2).

Escribió RIOJA varias poesías de asuntos amatorios ó filosóficos. Las primeras se asemejan tanto á las de Herrera, que pueden con ellas confundirse, pues unas y otras son iguales en los defectos y en las bellezas. Las poesías filosóficas tienen gran mérito y están reconocidas por las primeras de su género en España. La cancion á las ruinas de Itálica, si bien imitacion de la de Rodrigo Caro al mismo asunto, es grandiosa en la entonacion, grandiosa en los pensamientos. La epístola moral á Fabio puede colocarse sin desventaja al lado de los mas perfectos modelos de la poesía latina. ¡Lástima ciertamente que, quien tan sublimes preceptos de moralidad filosó-

cierto si fué natural de Sevilla. De ella le sacó la perspicacia del Conde ó su confianza, con pretexto de ocupaciones literarias, y su modestia se contentó con crecer poco en las mayores.»

(1) En 1657 fué RIOJA juez de un certámen, segun resulta de esta noticia:

«No me puedo detener á otras muchas razones que quizás le parecieran de poco baco; solo quisiera ver qué asiento le hace la de aquella Real Academia que mereció en el paraíso de la tierra (en el Buen Retiro) la presencia de su majestad, año de 1657, donde en un asunto burlesco que se escribió con este metro (piés quebrados diez), v. gr., á Martin de Figueira se le dió el primer premio y á Pedro Mendez el segundo, porque los mas piés quebrados fueron de cinco sílabas, habiendo de ser de cuatro. Dírasele el primero si se ajustara al ritmo. Pues vámonos hácia los jueces, que no lo entenderán; fuéronlo no menos que el príncipe de Esquilache, el señor Luis Mendez de Haro, el conde de la Monclova, don Francisco de Calatayud, don Antonio de Mendoza, FRANCISCO DE RIOJA y don Gaspar Bonifaz. Presidió Luis Vélez de Guevara, fué secretario Alonso de Batres, y fiscal don Francisco de Rojas.»

(Templo panegírico al certámen poético que celebró la hermandad del Santísimo Sacramento, estrenando la

grande fabrica del Sagrario Nuevo de la metrópoli de Sevilla, por don Fernando de la Torre Farfan, Sevilla, 1665.)

García Coronel, en sus *Cristales de Helicon*, segunda parte, refiere así á una dama la academia que se hizo en un jardín del Prado de Madrid, en el soneto que sigue:

El teatro un jardín con varias flores,  
Luz poca, en muchas velas prevenida;  
Hermosura, ignorada de escondida,  
De par en par ministros y señores.  
Secretario un poeta de menores,  
Oracion escuchada, no entendida;  
La gracia en un vejamen mal vestida,  
Y con menos vergüenza que primores.  
A cuatro solamente reducidos  
Los poetas por un pedante lego,  
En su mesma ignorancia disculpado.  
Muchos versos, y pocos aprendidos,  
Torpe rumor, llorar cantando un ciego,  
Fué la academia, oh Lisida, del Prado.

(2) Segun Rodrigo Caro, dijo un satírico de aquel tiempo:

Esto hace que valga tan de balde  
El millar de las rimas y sonetos,  
Que el divino Herrera escribe en balde.



fica nos dió en estas obras y en sus excelentes silvas, fuese consultor, y aun mas que consultor, amigo estrecho del conde-duque de Olivares! Al leer las máximas de RIOJA no puedo menos de recordar las de Séneca y sentir que la sabiduría se haya asociado alguna vez á los Nerones y á los condes de Olivares (1).

## DON JUAN DE ARGUIJO.

DON JUAN DE ARGUIJO nació á mediados del siglo XVI en Sevilla, y fué hijo del veinticuatro de la misma ciudad don Gaspar y de doña Petronila Manuel, ambos de claro linaje. Aprendió humanidades y dedicóse á la poesía y á la música. Tomó por nombre poético el de Arcicio. No ocupó en Sevilla el cargo de veinticuatro, despues de la muerte de su padre, en su vacante misma, sino en la que dejó por renuncia un Lope Zapata. El 7 de abril de 1590 tomó posesion de su cargo DON JUAN DE ARGUIJO. Su celo y honradez le atrajeron el respeto del cabildo; por eso las principales comisiones le fueron siempre confiadas. En 1600 examinó con Cristóbal Nuñez el poema que de la conquista de la Bética compuso y dedicó á la ciudad de Sevilla el famoso ingenio Juan de la Cueva. Antes de esto fué nombrado procurador en Cortes para las convocadas por Felipe III en 1598, si bien dos veinticuatros se opusieron á la manera con que la eleccion habia sido hecha.

ARGUIJO renunció el cargo de procurador, no en alguno de los que lo contradijeron ni por los que lo contradijeron, sino en don Juan de Zúñiga, y desempeñó durante la estancia de este en la corte la administracion que este mismo tenia de los almojarifazgos. Amante de las letras, fué ARGUIJO uno de los protectores mas incansables que tuvieron estas. Lope de Vega se confiesa agradecido á la proteccion de ARGUIJO, segun se colige de las dedicatorias de *La hermosa de Angélica*, *La Dragontea* y las *Rimas*.

En 1595, cuando pasó por Sevilla la marquesa de Denia, esposa del duque de Lerma, valido del rey Felipe III, gastó ARGUIJO en su obsequio la cantidad de cuatro mil ducados.

Tales fueron los dones y las limosnas de ARGUIJO, que llegaron á disminuir sus rentas, de modo que, mas que con las suyas propias, tuvo que mantenerse en los últimos dias de su vida con las de su consorte.

ARGUIJO escribió una relacion de las fiestas de toros y cañas con que en 1617 se celebró en Sevilla la pureza de Maria. Ortiz de Zúñiga, en los *Anales de esta ciudad*, copia un largo pasaje de descripcion tan curiosa.

Tambien escribió cartas de gran valor literario. Lope habla de ellas en su comedia *La Dama boba*.

En 1622 renunció el oficio de veinticuatro, y desde esta fecha ningunas noticias mas se saben de este ingenio.

ARGUIJO fué excelente poeta; correcto, ingenioso y noble en los pensamientos. Pocas obras se conservan suyas; la mayor parte sonetos, en los cuales aventaja á los de Lope, á los de Quedo y á los de los Argensolas. Una grandilocuencia notabilísima, unos pensamientos vigorosos y una moralidad filosófica son los caracteres de los sonetos de ARGUIJO. Tal vez suele imitar á algunos epigramas latinos ó griegos; pero nunca la imitacion deja de ser superior al original. Aun serian mas apreciables y apreciados los sonetos de ARGUIJO por la generacion presente si no hubiera buscado el poeta casi todos sus asuntos en las historias griega y romana y en la mitolo-

(1) Escribió RIOJA el *Aristarco, ó censura de la proclamacion católica de los catalanes*.—El *Idelfonso, ó tratado de la purísima concepcion de nuestra Señora*.—*Carta sobre el título de la Cruz* (léase al fin del *Arte de pin-*

*tura* de Pacheco).—*Avisos á predicadores*.—Se atribuye falsisimamente á RIOJA un papel satirico en verso con el título de *La cueva de Meliso*.

gía. Muchos habia en la Europa de su siglo y del anterior, muchos donde el filósofo hubiera podido enseñar con mas fruto: mas ARCEBUO, como todos los sabios de su tiempo, estudiaba solo en los autores de la antigua Grecia y de la antigua Roma. Los nombres griegos y romanos sonaban mejor á sus oídos que los de sus contemporáneos ó mas inmediatos antecesores.

### BALTASAR DEL ALCAZAR.

BALTASAR DEL ALCAZAR nació en Sevilla por los años de 1530. Sus padres fueron don Luis y doña Leonor Leon. Dedicóse en edad conveniente ALCAZAR á la carrera de las armas. Militó en las naves del famoso marqués de Santa-Cruz, hallándose en jornadas contra franceses y peleando como bueno hasta conseguir la victoria. Prisionero por haber llevado su valor á mas de lo que la prudencia consentia, consiguió su rescate. Hurtó á las armas algunos ratos que dedicó á la geografía, á las lenguas vulgares y á la latina, y por último á la historia natural.

Unos autores dicen que estuvo casado con doña Luisa Fajardo, hija de un veinticuatro de Sevilla; otros afirman que su esposa se llamaba doña María de Aguilera, hija del mariscal de Leon, del hábito de Santiago.

Residió algun tiempo en Ronda y Jaen, fué alcalde de la hermandad de los hijosdalgo y tesoroero de la casa de moneda.

Cuentan que sirvió muy bien cerca de veinte años, en la villa de los Molares, á los segundos duques de Alcalá, don Fernando Enriquez de Rivera y doña Juana Cortés, en los cargos de alcaide y de alcaide mayor.

Fué gran músico, y no menor en la composicion, hasta el punto de dar regalado tono á algunos de sus madrigales.

Aficionado á la pintura, trabó amistad con Francisco Pacheco y le regaló un libro que en los floridos dias de su lozana juventud habia formado de dibujos de paisaje.

Tuvo por hermano á don Melchor del Alcázar, alcaide de los alcázares reales de Sevilla, el cual fué padre de un Baltasar, señor de Puñana.

Amó mucho á su hermano, cuyo retrato, entre los de otros ilustres sevillanos, se debió al pincel del gran Pacheco. ALCAZAR escribió á esta obra unos versos que dicen:

Fuése al cielo, y trocá á gloria  
 Todo este mundano trato;  
 Quedó su antiguo retrato  
 Que eternice su memoria.  
 Hecho este felice trueco,  
 Dió al retrato nueva luz  
 Protógenes andaluz,  
 Por otro nombre Pacheco.

Murió ALCAZAR en 1606, el dia 16 de enero, á los setenta y seis años de edad.

Estudió con gran aprovechamiento los epigramas de Marcial y la lengua española. Sus versos son puros, dulces y elegantes; su ingenio para los chistes sazoadísimo, y tal la sencillez de su manera de expresar los pensamientos, que parecen trasladados al papel del mismo modo que se han concebido, sin que el arte se haya usado por el poeta.

Fué muy dado ALCAZAR á copiarse. Así se ve, por ejemplo, que su famosa poesia *La Cena* tiene el mismo pensamiento que aquellos epigramas que empiezan:

Revelóme ayer Luisa....  
 Donde el sacro Bétis baña....

Tambien con el mismo pensamiento se halla este epigrama, que no está incluso en el texto (1):

Oyeme, así Dios te guarde,  
Que te quiero, Inés, contar  
Un cuento bien de gustar  
Que me sucedió esta tarde.  
Has de saber que un francés  
Pasó vendiendo calderas;  
Estáme atenta, no quieras  
Que lo cuente en balde, Inés.

Llamélo, y desde que me vido...  
Escúchame con reposo,  
Que es el cuento mas donoso  
De cuantos habrás oido.  
Díjeme, amigo, á contento,  
¿Cuánto por esta caldera...?  
No me escuchas; pues yo muera  
Sin oílo si te lo cuento.

La condicion festiva y maleante de ALCÁZAR se halla retratada con toda fidelidad en el siguiente epigrama inédito:

De Carmona el eco es *mona*,  
De Guadalajara, *jara*,  
Y de Barcelona, *lona*:  
Destos tres ecos tomara  
Ser yo el eco de Carmona;

Y así, acuerdo pretendello,  
Pues tengo andado ya en ello  
Hasta llegar á bellaco;  
Cumpla el generoso Baco  
Lo que falta para sello.

Entre las muchas finezas de amigo que tributó al pintor y poeta Francisco Pacheco, deben contarse las redondillas siguientes:

El que sustentar quisiere  
Vuestra amistad, buen Pacheco,  
Ha de hacer un gran truceo,  
De sus cosas, si pudiere.  
El deseo, porque afloje,  
Enviallo á Gibraltar,  
Y poner en su lugar  
Otro que menos congoje.  
La voluntad, que se estima  
Con razon por don divino,  
Trocala con el vecino,  
Bando dineros encima.  
Procurai que el corazon,  
Si no hay á quien, dallo á lérias;  
Haga callo en sus miserias,  
Donde dé la sinrazon;

Pero, como no naci  
Tan libre que pasar pueda  
Lo que debo en la moneda  
Con que vos comprais de mí,  
Duéleme que se suspenda  
Sin causa el venirme á ver,  
Porque no quiero entender  
Lo que no es razon que entienda.  
No mas; gozad en buen hora,  
Sin torcer la voluntad,  
La gustosa libertad,  
Pues es en vos tan señora.  
Yo pasaré en vuestra ausencia  
Bien ó mal con mi deseo;  
Alegrarme si os veo,  
Si no, prestaré paciencia.

La última composicion que escribió ALCÁZAR fué una intitulada *Tribeo*. Dedicóla á su amigo Pacheco, pidiéndole su parecer acerca de los medios que proponia para vivir ajeno de la malicia humana. Concluia sus versos ALCÁZAR diciendo:

Dadme parecer en esto,  
Porque voy con presupuesto  
Que si os pareciere á vos  
Que el mundo se quede á Dios,  
Ponello por obra presto.

Francisco Pacheco le respondió en los términos siguientes:

Prudente acuerdo es dejar  
El mundo cuando podeis;  
Que podrá ser, si quereis  
Otra vez, no le alcanzar.  
Con esto obligais á Dios  
Que no forme de vos queja,  
Diciendo que el mundo os deja,  
Y que no lo dejais vos.

Juntamente es mi consejo  
Hagais lo que habeis escrito;  
Que yo tambien me remito  
A tenerlo por espejo;  
Y á guardar con esperanza,  
Por premio de esta victoria,  
Para conseguir la gloria  
El medio por do se alcanza.

(1) Así de BALTASAR DEL ALCÁZAR como de Salinas y otros he adquirido poesías inéditas. Impreso ya el texto. Al fin del segundo tomo de esta coleccion irán como apéndice.

## EL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

El doctor JUAN DE SALINAS, ó Salinas de Castro, nació (segun se cree) en Sevilla en el último tercio del siglo XVI. Abrazó el estado eclesiástico; estuvo en Roma, donde compuso un poemita burlesco sobre los *Ejercicios de san Ignacio*, que se ha impreso con muchas y desacertadas alteraciones, y hallóse en los últimos años de su vida sirviendo la plaza de capellan del hospital de San Cosme y San Damian en su patria Sevilla. Murió por los años de 1640 (1).

En el *Romancero general* hay muchas obras de SALINAS, impresas como de él, y tambien anónimas (2). Entre las de Góngora se hallan algunas que pertenecen al mismo doctor.

SALINAS en sus primeros tiempos fué poeta de muy buen gusto literario; en los últimos se convirtió en conceptista, y en todos demostró un gran ingenio, sazonado en las burlas, y de gran delicadeza en la expresion de afectos amorosos.

Ni aun á sus amigos dejaba de castigar con sus donaires. En la justa poética que celebró Sevilla á san Juan de Dios puso un jeroglífico don Diego Jimenez Enciso, caballero de Santiago, alcaide del Alcázar de Sevilla, y autor de *Los Médicis de Florencia* y *el príncipe don Carlos*, comedias que entre las suyas le han granjeado algun crédito. Al pié del jeroglífico se leía esta quintilla:

*En si son olas del mundo  
Las glorias con que ofreéis  
A Juan con mayor profundo;  
En ciso, no lo dudeis,  
Ciento por uno tendréis.*

Cuando vió el jeroglífico y leyó la copla hizo SALINAS esta décima:

Los misterios que en el viento  
Fundar vuestra musa quiso,  
Como en ciso no es Enciso,  
*En si son* sin fundamento.  
Dad al tercer elemento  
Su lugar, que es necio asunto  
Subir conceptos de punto  
Sobre supuesto tan vano,  
Y sin saber canto llano  
Meteros á contrapunto...

---

## PEDRO DE QUIROS.

El PADRE PEDRO DE QUIRÓS fué natural de Sevilla y perteneció á la órden de los clérigos menores. Se ignora el año de su nacimiento, así como el de su muerte, si bien por conjeturas se cree que este último debió ser el de 1670. Pasó parte de su vida en la villa de Umbrete. Cuando murió Felipe IV se hallaba de prepósito en el colegio de San Carlos en Salamanca (3), donde publicó una obra sobre las honras que aquella universidad habia hecho á la memoria del Monarca (1666).

Escribió varios libros históricos y teológicos, de que apenas se conserva memoria, así como

(1) Yo tenia copia de la partida de defuncion del doctor SALINAS; pero la he perdido. Esta cita es de memoria.

(2) En el *Romancero* de Duran hay algunas obras de SALINAS, las cuales no se repiten en este tomo.

(3) Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, dice:

«El PADRE PEDRO DE QUIRÓS, de los clérigos menores,

publicó la relacion, que intituló *Parentacion real*, de las honras que al rey don Felipe IV hizo la universidad de Salamanca, en que se hallaba prepósito de su colegio de San Carlos. Otras grandes obras en teologia, escritura y historia dejó sin perfeccion su muerte.»

de una comedia que se intitula *La Remediadora*, si bien pudo esta ser obra de un don Francisco Bernardo de Quirós, poeta sevillano y autor de otras obras dramáticas, entre ellas *La batalla del Tagarete*.

Las líricas de PEDRO DE QUIRÓS son bastante apreciables, no solo por el vivaz ingenio con que están eseritadas, propio de los poetas andaluces, sino tambien porque, á vueltas de alguno que otro resabio de mal gusto, se muestra el autor digno discípulo de los Herreras, Arguijos y Riojas (1).

## DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

Nació DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE en la ciudad de Córdoba, el juéves 11 de julio del año de 1561 (2). Tuvo por padre á don Francisco de Argote, letrado de gran concepto y corregidor de Madrid y algunas ciudades. Su madre fué doña Leonor de Góngora. Como se ve, don Luis dió la preferencia al apellido materno, haciéndose llamar GÓNGORA primeramente.

Dicen que nació en la misma calle en que respiró el aura primera de la vida el famoso Marcial (3). De quince años pasó á estudiar en Salamanca el derecho, al propio tiempo que las matemáticas, la música y la esgrima. Su carácter inquieto y su edad juvenil, empleada en amores, le acarrearón una pendencia con don Rodrigo de Vargas y don Pedro de Hocés, señor de la Albaida, teniendo por padrino á su primo don Pedro de Augulo, el cual recibió gravísimas heridas. Don Luis apenas experimentó daño.

En Salamanca compuso la mayor parte de sus poesías amorosas y satíricas. Abrazó el estado eclesiástico, no sin haber seguido por espacio de once años pretensiones en la corte, sin mas frutos que un desengaño y sin mas premio que un beneficio en la iglesia de Córdoba. En 1593 fué con el canónigo don Alonso Venégas á Salamanca á prestar obediencia en nombre del cabildo al obispo don Jerónimo de Aguayo y Manrique. Enfermó de tal modo en esta ciudad, que fué tenido por muerto durante tres dias.

Treinta años dicen que asistió despues en la corte con poco próspera fortuna. Solo por protección del duque de Lerma y del marqués de Siete-Iglesias consiguió una capellanía de honor del rey Felipe III. El Conde-Duque, que apreciaba mucho su talento, concedió á dos de sus sobrinos el hábito de Santiago.

En 1626 hallóse GÓNGORA en la jornada que á Aragon hizo el rey Felipe IV, y en ella enfermó de tal manera, que la reina Isabel de Borbon, que estimaba su ingenio, le envió los médicos de su cámara á fin de que fuese asistido como su persona misma.

Cuando recobró la salud volvió GÓNGORA á su patria. La dolencia le habia arrebatado la memoria; no quiso dejar sin estragos la presa que habia elegido. GÓNGORA se retrajo del trato de las gentes, y murió al poco tiempo, en la tarde del lúnes 23 de mayo del 1627. Recibió sepultura en la capilla de San Bartolomé de la iglesia catedral, patronato de la casa de GÓNGORA.

Este ilustre ingenio fué bastante escaso en bienes de fortuna. Cartas se conservan dirigidas á Tamayo de Vargas, al licenciado Cristóbal de Heredia y á otros caballeros, lamentándose de la falta del dinero de sus alimentos.

GÓNGORA fundó la secta de los llamados *cultos* (4). Quiso dar, como Herrera, á España un

(1) En la Biblioteca Colombina se halla un códice de poesías de Quirós. Se han escogido las mejores para este tomo.

Compuso además en prosa la *Vida y virtudes del venerable padre Bartolomé Sinorilli*, y una *Exposicion sobre el profeta Jonás (La Jonam prophetam commentaria)*.

(2) Pellicer, *Lecciones solenes*.

(3) El autor anónimo del *Panegírico por la poesia* dice: «DON LUIS DE GÓNGORA nació en la calle de Marcial, y sin ninguna duda, con mayor sal y no menores nervios en las veras que agudeza en las burlas.»

Mi amigo el erudito cordobés don Luis Maria Ramirez

y las Casas Beza escribe en el prólogo de las poesías de GÓNGORA: «Para que se conserve la memoria entre sus patrios no queremos dejar de notar aquí que las casas que habitó DON LUIS son unas principales en la colacion de San Juan y Todos los Santos situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas.

(4) Don Félix de Arteaga, ó mas bien el padre Paravicino, dice de GÓNGORA:

Hijo de Córdoba grande,  
Padre mayor de las musas,  
Por quien las voces de España  
Se ven, de bárbaras, *cultos*.

lenguaje poético. Con los ejemplos antiguos de Juan de Mena y Juan de Padilla (el cartujano), con los de los poetas cordobeses Lucano y Séneca, anteriores á aquellos en la Roma de los Césares, y por último, con los del caballero Marini en Italia y don Luis Carrillo en su patria misma, introdujo voces y giros de la lengua latina, entre estos las mas violentas trasposiciones, á fin de que las musas hablasen en un idioma distinto del vulgar. A esta manera de expresar las ideas, el docto humanista Bartolomé Jimenez Paton dió el nombre de *culteranismo* (1).

Tuvo GÓNGORA grandes admiradores y grandes contrarios. El padre Paravicino y el conde de Villamediana fueron los que primeramente se dedicaron á imitar el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas escritos en la nueva lengua. Se escribieron apologías, impugnaciones y sátiras (2). GÓNGORA agradeció las primeras, hizo responder á las segundas, y se encargó de castigar á los autores de las terceras. En esto último no sé si obró con prudencia; pero, como en la sátira se creía invencible, sin duda imaginó que no era bien que se ejercitasen en su contra armas en las cuales ninguno podia fácilmente aventajarle.

GÓNGORA y sus discípulos enriquecieron la lengua española con muchos modos de decir, á cuál mas elegante (3); tambien hicieron los últimos el grave mal de corromper el idioma hasta el punto de escribir llamando en su auxilio, mas que á la razon, á la demencia.

Los enemigos de GÓNGORA, los que en vida tan violentamente le combatieron, al fin se dejaron arrastrar del portentoso ingenio de aquel grande hombre, á quien desearon humillar por cuantos medios estaban á sus alcances. Culto llegó á ser Quevedo, culto llegó á ser Jáuregui, y aun no estuvo immune del culteranismo en ciertas ocasiones el que mas puro se mantuvo hasta la muerte en oposicion de la escuela de GÓNGORA: el gran Lope de Vega. De GÓNGORA puede decirse con razon que fué como el Cid, que ganó batallas despues de muerto.

El mayor de sus enemigos fué Lope, no obstante que este aparece como su admirador en muchas de sus obras: ardid que el gran poeta dramático solia ejercitar con los que no queria bien. Aficionado á Cervántes aparece Lope, y Lope en algunos de sus escritos revela el poco aprecio ó afecto con que miraba al autor de *Don Quijote*, con perdon sea dicho de Clemencin y otros que no han notado que Lope reprobaba la idea del libro que tanta fama ha dado al ilustre Cervántes. Aficionado aparece tambien de GÓNGORA Lope; pero Lope en lo oculto y aun en lo público revelaba siempre la enemistad de que se hallaba poseido.

Muchos de los elogios que da Lope á los poetas en la *Laurel de Apolo*, mas son irónicos que verdaderos. Por eso, en respuesta al lema que puso en 1630 á este libro, *Summa felicitas inviãere nemini*, Pellicer escribió en la portada de las lecciones á GÓNGORA el mismo año, *Summa infelicitas invideri à nemine*.

GÓNGORA siempre reconoció á Lope como el caudillo de sus contrarios:

Mosa mia, sed hoy Muza,  
Si espada, si adarga acaso  
Empuña ó abraza el Parnaso,

Defended el honor mio,  
Aunque no está, yo lo fio  
En la Vega Garcilaso.

La guerra de sátiras se hizo violentisima. Véase esta quintilla de GÓNGORA contra Lope:

Dicenme que hace *Lopico*  
Contra mí versos adversos;  
Pero, si yo versifico,  
Con el *pico* de mis versos  
A este *Lopico lo pico* (4).

(1) Gente ciega, vulgar y que profana  
Lo que llamó Paton *culteranismo*.

(Lope de Vega).

(2) Apologistas de GÓNGORA fueron el conde de Villamediana, don Francisco de Córdoba, abad de Rute, don José Antonio de Salas, el maestro don Francisco del Villar, Martín Vazquez Ciruela, don Juan Andrés Uztarroz, don Martín de Angulo y Pulgar, etc.

Quevedo, Argensola, Lope, Jáuregui, Cascales y otros impugnaron el nuevo estilo.

(5) Calderon refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela, por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*.

Moreto cuenta entre las voces eultas  
*Libidinosa, crédula y obtusa*.

*Penúltima, libidinosa, crédula y obtusa*, voces son usadas hoy sin que el que las profiera ó escriba pase por afectado.

(4) Biblioteca Nacional, códice X, 87.

GÓNGORA escribió contra los parciales de Lope el soneto siguiente :

Patos del aguachirle castellana,  
De cuyo rudo origen fácil riega,  
Y tal vez dulce inunda vuestra *vega*,  
Con razon *vega* por lo siempre llana ;  
Pisad graznando la corriente cana  
Del antiguo idioma, y turba lega,  
Las ondas acusad cuantas os niega  
Alico estilo, erudicion romana.  
Los eisnes venerad cultos, no aquellos  
Que escuchan su canoro fin los rios ;  
Aquellos sí que de su docta espuma  
Vistió Aganipe. ¿ Huis? ¿ No quereis vellos,  
Palustres aves? Vuestra vulgar pluma  
No borre, no; mas, patos, zabullíos (1).

De Lope ó de uno de sus amigos y discípulos parece ser la respuesta que va á continuacion :

Pues en tu error impertinente aspiras,  
Zabúllome de pato por no verte,  
¡ Oh calavera cisne, que en la muerte  
Quieres cantar y por detrás respiras!  
Con las visiones que llegando admiras  
Al tránsito fatal que te divierte,  
Tu ya feliz ingenio está de suerte  
Que en verso macarrónico deliras.  
Hermanos, turba lega, zabullíos;  
Venid de Anton Martin, que ya os espera  
Cadáver vivo de sus versos frios.  
Aun no se le ha cerrado la mollera  
Al padre de los cultos desvaríos;  
Rogad á Dios que con su lengua muera (2).

CONTRA LOPE, POR LA ARCADIA.

Por tu vida, Lopillo, que me borres  
Las diez y nueve torres del escudo,  
Porque, aunque tienes mucho viento, dudo  
Que tengas viento para tantas torres.  
¡ Válgame los de Arcadia! ¿ No te corres,  
Armar de un pavés noble un pastor rudo?  
¡ Oh troncho de Micol! ¡ Nabal barbudo!  
¡ Oh brazos leganeses y vinorres!  
No le dejes en el blason almeua;  
Vuelva á su oficio y al rocín alado  
En el teatro sáquele los reznos.  
No tabíque mas torres sobre arena,  
Si no es que, ya segunda vez casado,  
Nos convierta los torres en torreznos.

Á LOPE, EN OCASION DE LOS LIBROS QUE ESCRIBIÓ.

¡ Aquí del conde Claros! dijo, y luego  
Se agregaron á Lope sus secuaces,  
Con la estrella de Vénus cien rapaces,  
Y con mil soloquios solo un ciego.  
Con la epopeya un laudazo lego,  
Con la *Arcadia* dos dueñas incapaces,  
Tres monjas con la *Angélica* locuaces,  
Y con el *Peregrino* un fray Borrogo.  
Con el *Isidro* un cura de una aldea,  
Con los *Pastores de Belen* Burguillos (3)  
Y con la *Filomena* un idiota.  
Vinorres, Tifis de la *Dragontea*,  
Candil, farol de la estampada flota  
De las comedias, siguen su caudillo.

(1) Biblioteca Nacional, códice M, 152.

(2) Códice M, 152, de la Biblioteca Nacional.

Hay tambien un soneto que se dice de GÓNGORA contra Lope en ocasion de haber escrito este la *Jerusalen*. Finge el autor que hablan negros:

Vimo, señora Lopa, su epopeya,  
E por Diosa, aunque sa mucho lagante,  
Que no hay neglo poeta que se pante,  
E si se panta, no sa negla eya, etc.

(3) Tomé Burguillos fué el nombre con que Lope compuso y publicó varias poesías festivas, y con ellas la *Gatomaquia*. Su amigo Salcedo Coronel declara de un modo indudable en los *Cristales de Helicon* ser Lope el ver-

dadero autor. El mismo Lope lo descubrió por un olvido. En las *Flores de poetas ilustres* se halla con su nombre una cancion. Corrigiöla y diöla de nuevo á luz como de *Burguillos*. Un Tomé de Burguillos existió, como probaré en la vida de Lope. Era un loco famoso en Madrid y semejante á otro llamado Vinorres, que se cita en este y otro soneto de GÓNGORA. Calderon en una de sus comedias habla de él.

A Tomé Burguillos el loco se atribuye aquella copla:

Hoy hacen amistad nueva,  
Mas por Baco que por Febo,  
Don Francisco de *Que-bebo*  
Y el grande Lope de *beba*.

MOTILIA DE BEBEDOR Á LOPE Y QUE COMUNICABA CON UNA DAMA  
LLAMADA MARTA.

Dicho me han por una carta  
Que es tu cónica persona  
Sobre los manteles mona,  
Y entre las sábanas marta.  
Agudeza tiene harta  
Lo que me advierten despues:  
Que tu nombre del reves,  
Siendo *Lope* de la haz,  
En haz del mundo y en paz  
Pelo de esta Marta es.

CONTRA LOPE.

En vuestras manos ya creo  
El plectro, *Lope*, mas grave,  
Y aun la violencia snave  
Que á los bosques hizo Orfeo,  
Pues cuando en vuestro museo  
A lo blando y cebellin  
Cuerdas rascáis al violin,  
No un árbol os sigue ó dos,  
Mas descenden sobre vos  
Las piedras de Balsain (1).

Contra el padre Pineda, de la compañía de Jesus, autor de la *Monarquía eclesiástica*, por no haber dado á GÓNGORA el primer premio en el certámen de la canonizacion de san Ignacio de Loyola, este poeta escribió contra su juez el soneto siguiente, si es verdad lo que en un códice de mi amigo don José María de Alava se dice :

¿ Yo en justa injusta expuesto á la sentencia  
De un positivo padre azafranado?  
Paciencia, Job, si alguna os han dejado  
Los prolijos escritos de su ciencia.  
Consuelo me daréis, si no paciencia,  
Pnes en suertes entré y fui desgraciado  
En el mes que perdió el apostolado  
Un justo por divina providencia.  
¿ Quién justa do la tela es pinavete,  
Y no muy de Segura, aunque sea pino,  
Que ayer fué pino y hoy podrá ser vete?  
No mas judicatura de teatino,  
Cofre, digo, overo con bonete,  
Que tiene mas de tea que de tino.

GÓNGORA no consintió que viesen la luz pública sus obras durante su vida. Despues de su muerte recogiólas de manuscritos, mezcladas con las de otros autores, don Jerónimo de Hoces (Madrid, 1639). En Sevilla, Brusélas, Lisboa, Zaragoza y otras partes se repitió la edicion primera, mas ó menos corrompida.

Don José de Pellicer comentó las *Soledades*, el *Polifemo* y el *Panegírico del duque de Lerma*, á mas del romance de *Píramo y Tisbe*; García de Salcedo Coronel, las obras de versos largos; don Francisco de Amaya, la soledad primera; el licenciado Pedro de Ribas, la primera y la segunda; don Cristóbal de Salazar Mardones, el romance de *Píramo y Tisbe*.

GÓNGORA, en mi opinion, ha sido muy mal juzgado por los criticos. Tenia mas vehemencia y estro poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito. Indudablemente es el primero de los poetas españoles. Ninguno, cuando GÓNGORA va por el camino del buen gusto, le aventaja en ingenio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado de la razon, tiene rasgos mas sublimes y mas brillante colorido poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados mas por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarian á los poetas mas famosos de cualquiera de los siglos, de cualquiera de las naciones.

Dejo aparte el grandioso pensamiento, digno de competir con el de Lucrecio y Estacio: *Primus in orbe deos fecit timor*.

Mudo mil veces yo, la deidad niego,  
No el esplendor á tu materia dura;  
Idolos á los troncos la escultura,  
Dioses hace á los ídolos el ruego.

(1) De los versos de GÓNGORA contra Quevedo nada digo. El erudito señor Guerra y Orbe ya los tiene ofrecidos para uno de los tomos de la BIBLIOTECA.



Dejo igualmente otros que se hallan en sus sonetos. ¿Con qué es comparable la pintura de aquella

Infame turba de nocturnas aves,  
Gimiendo tristes y volando graves?

¿Con qué la del horror que ocasionaba la música del Cíclope?

La selva se confunde, el mar se altera,  
Rompe Triton su caracol torcido,  
Huye sordo el bajel á vela y remo:  
Tal la música es de Polifemo.

Así describe el poeta á Galatea, enamorada de Acis aun antes de haberlo conocido:

Llamarálo, aunque muda, mas no sabe  
El nombre articular que mas queria,  
Ni lo ha visto, si bien pincel suave  
Lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Galatea al ver dormido á Acis,

No solo para, mas el dulce estruendo  
Del lento arroyo enmudecer querría.

De este modo Galatea, en brazos de Acis, se turba al escuchar los instrumentos músicos de Polifemo, su desdeñado y temible amante:

La ninfa los oyó; ser mas quisiera  
Breve flor, yerba humilde y tierra poca,  
Que de su nuevo tronco vid lasciva,  
Muerta de amor, y de temor no viva.

El canto de Polifemo es de esta manera:

¡Oh bella Galatea, mas suave  
Que los claveles que tronchó la aurora,  
Blanca mas que las plumas de aquel ave  
Que dulce muere y en las aguas mora!

. . . . .  
Sorda hija del mar, cuyas orejas  
A mis gemidos son rocas al viento,  
O dormida te hurten á mis quejas  
Purpúreos troncos de corales ciento,  
O al disonante número de almejas,  
Marino, si agradable no instrumento,  
Coros tejiendo estés, escucha un día  
Mi voz por dulce, cuando no por mia.

Pastor soy, mas tan rico de ganados,  
Que los valles impido mas vacíos,  
Los cerros desparezco levantados,  
Y los raudales seco de los ríos.

. . . . .  
. . . . . iguales  
En número á mis bienes son mis males.  
Sentado, á la alta palma no perdona  
Su dulce fruto mi robusta mano;  
En pié, sombra capaz es mi persona  
De innumerables vacas el verano.

¿Qué mucho, si de nubes se corona,  
Por igualarme, esta montaña en vano,  
Y en los cielos desde esta roca puedo  
Escribir mis desdichas con el dedo?

Con mas afectacion escritas las *Soledades*, no dejan de tener algunos magníficos rasgos poéticos dignos de estudio. Tal es el canto en alabanza del pobre albergue :

¡ Oh bienaventurado  
 Albergue á cualquier hora !  
 . . . . .  
 No en tí la ambicion mora.  
 Retamas sobre robre  
 Tu fábrica son pobre,  
 Do guarda, en vez de acero,  
 La ignorancia al cabrero  
 Mas que el silbo al ganado.

En las *Soledades* se halla la pintura de una culebra :

Y lúbrica no tanto,  
 Culebra se desliza tortuosa  
 Por un pendiente escollo.

Como poeta satirico aventaja á todos en sus romances y letrillas; no pueden ser mas lindas sus maliciosas ingeniosidades, ni mas puro su estilo, ni mas la sencillez elegante de sus versos. En sus romances, bien sean pastoriles, bien caballerescos, bien moriscos, está llevada á la perfeccion el estudio de las cadencias. Muchos de los buenos que hay en lengua española no tienen tan hermosa armonía como los de GÓNGORA; los de GÓNGORA, verdadera piedra de toque para conocer hasta el punto á que puede llegar la grandilocuencia.

GÓNGORA, si en todas sus obras se hubiera dejado llevar mas del ingenio que del estudio, seria reputado como el mas perfecto modelo de los poetas españoles. Aun algunas de sus mas excelentes composiciones no se hallan inmunes de afectaciones y oscuridades.

Jusepe Martinez comparaba al Quevedo, autor de los *Sueños*, con el artista Jerónimo Bosco, y Jovellanos á Lope de Vega con Lucas Jordan, que con su facilidad pervirtió el arte. GÓNGORA, que lloró en tenebrosos versos la muerte del pintor Dominico Greco, merece el nombre del Greco de la poesía.

---

# POESIAS

DE

## GARCILASO DE LA VEGA.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE FERNANDO DE HERRERA.

(*En la vida de GARCILASO que precede á las anotaciones de la edicion de Sevilla por Alonso de la Barrera, año de 1580.*)

Es el estilo de GARCILASO infectado (como se dijo de Jenofon), ó por mas cierto, que ninguna afectacion lo puede alcanzar. Habia con agudeza y perspicacia, dispone con arte y juicio, con grande copia y gravedad de palabras y concetos; que no podrá, aunque escriba cosas humildes, inclinar su ánimo á oracion humilde. Está lleno de lumbres y colores y ornato poético donde lo piden el lugar y la materia... Los sentidos, ó son nuevos, ó si son comunes, los declara con cierto modo proprio solo dél, que los hace suyos, y parece que pone duda si ellos dan el ornato ó lo reciben. Lôs versos no son revueltos ni forzados, mas llanos, abiertos y corrientes, que no hacen dificultad á la inteligencia sino es por historia ó fabula..... Es tanta la facilidad de la dicion, que apenas parece que puede admitir números, y tanto el sonido de los números, que apenas parece puede admitir lenidad alguna, etc.

*En una anotacion al soneto primero escribe el mismo autor:* GARCILASO es dulce y grave (la cual mezcla estima Tulio por muy difícil), y con la puridad de las voces resplandece en esta parte la blandura de sus sentimientos, porque es muy afetuoso y suave; pero no iguala á sus canciones y elegías, que en ellas se excede de suerte, que con grandísima ventaja queda superior de si mismo, porque es todo elegante y puro y terso y generoso y dulecísimo, y admirable en mover los afectos, y lo que mas se debe admirar en todos sus versos, cuantos han escrito en materia de amor le son con gran desigualdad inferiores en la honestidad y templanza de los deseos, porque no descubre un pequeño sentimiento de los deleites *moderados* (¿mundanos?), antes se embebece todo en los gozos ó en las tristezas del ánimo.

---

#### DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En su República Literaria, impresa en 1665.*)

Ya en tiempos mas cultos escribió GARCILASO, y con la fuerza de su ingenio y natural y la comunicacion con los extranjeros puso en un grado muy levantado la poesía. Fué principe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces descubrió los sentimientos del alma; y como estos son tan propios de las canciones y elogios, por eso en ella se venció á si mismo, declarando con elegancia los afectos y moviéndolos á lo que pretendia. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes y de palabras cándidas, que saben al campo y á la rusticidad de la aldea; pero no sin gracia ni con profunda ignorancia y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas, porque templa lo rústico con la pureza de voces propias, imitando á Virgilio.

## DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

(En su declamacion contra los abusos introducidos en el castellano. Madrid, 1793.)

Boscan, por las exhortaciones del embajador de Venecia, Navajero y GARCILASO, á causa de sus viajes y estrecha amistad con el otro, y Mendoza por singularizarse, y Cetina en imitacion de ellos, se dedicaron con ardor á seguir la bella poesia italiana. El suceso fué harto, pero no completamente feliz, pues en medio de tanta belleza y discernimiento y gusto como manifestaron, ó por haber sido los primeros, ó porque la lengua no estaba entonces formada del todo ni el oido tan castigado como el de sus maestros, sus versos no son, ni de mucho, tan armoniosos. Hay cierta dureza en los de don Diego y Boscan; mezclan con frecuencia las rimas agudas con las graves, mal grado las delicadas orejas; defecto que ya les notó Herrera. Y el mismo GARCILASO, á quien la naturaleza se complació en distinguir por su dulzura y lindeza de metrificar, tiene ciertos trozos asonantados, que lastimosamente amortiguan su superior mérito. Oigase, entre otros, aquel de la elegía á su grande amigo, donde parece que este noble ingenio vaticinaba su fin desgraciado:

¡Oh crudo, oh rigoroso, oh fiero Marte,  
De túnica cubierto de diamante  
Y endurecido siempre en toda parte!  
¡Ejecutando por mi mal tu oficio,  
Soy reducido á términos, que muerte  
Será mi postrimero beneficio!

## DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En el discurso que precede á sus Lecciones de filosofia moral. Burdeos, 1820.)

En los primeros años del reinado de Carlos V, GARCILASO DE LA VEGA y Juan Boscan, convencidos de la analogía que en la índole, y mas aun en la prosodia, de los idiomas toscano y castellano reinaba, trasladaron á España el metro florentino; y al fastidioso sonsonete de las coplas de arte mayor, al insípido ritornelo de las trovas de tres ó cinco versos de siete y cinco sílabas, se sucedieron las variadas estancias, las majestuosas octavas, el severo y dificultoso terceto. Oyóse entonces con melodía encantadora

El dulce lamentar de dos pastores;

la sonante cítara del amador de la flor de Gnido exhaló sus tristes querellas y pintó el merecido castigo de la cruda Anaxarte, convertida en piedra, en pena de su desamor, con no menos brio que el lirico latino habia cantado los tormentos de las hijas de Danao, que con la sangre de sus esposos habian manchado el lecho conyugal.

Como en la égloga, habia presentado GARCILASO una de las mas hermosas, si no la mas hermosa, de las poesias pastorales de nuestra lengua. Su cancion á la flor de Gnido es tambien una de las mas bellas odas eróticas. Se ha de notar que las canciones de nuestros poetas clásicos son odas verdaderas, sin que se pueda entre ellas señalar diferencia ninguna. No pintó Horacio el castigo de las Danaides ni los desesperados lamentos de Europa con mas fuerza y brio que el poeta español la metamorfosis de la cruda Anaxarte,

En duro mármol vuelta y trasformada.

Las exhortaciones que de ablandar su fiereza hace á la despiadada *flor de Gnido* nacen naturalmente del asunto: primero le ha pintado la pasion que todo entero á su amador posee, y que cual ya á Sibaris, de Lidia prendado, le ha traído á paso tal, que *huye de la palestra polvorosa*, y ya

Como solia,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

POESIAS

DE GARCILASO DE LA VEGA.

EGLOGA PRIMERA.

A don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,  
virey de Nápoles (1).

SALICIO, NEMOROSO.

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
He de cantar, sus quejas imitando (2);  
Cuyas ovejas al cantar sabroso  
Estaban muy atentas, los amores,  
De pacer olvidadas, escuchando.  
Tú, que ganaste obrando  
Un nombre en todo el mundo,  
Y un grado sin segundo,  
Agora estés atento, solo y dado  
Al inclito gobierno del estado  
Albano; agora vuelto á la otra parte,  
Resplandeciente, armado,  
Representando en tierra el fiero Marte;  
Agora de cuidados enojosos  
Y de negocios libre, por ventura  
Andes á caza, el monte fatigando (3)  
En ardiente jinete, que apresura  
El curso tras los ciervos temerosos,  
Que en vanó su morir van dilatando;  
Espera, que en tornando  
A ser restituido  
Al ocio ya perdido,  
Luego verás ejercitar mi pluma  
Por la infinita innumerable suma  
De tus virtudes y famosas obras;  
Antes que me consuma,  
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.  
En tanto que este tiempo que adivino  
Viene á sacarme de la deuda un día,  
Que se debe á tu fama y á tu gloria;  
Que es deuda general, no solo mía,  
Mas de cualquier ingenio peregrino  
Que celebra lo digno de memoria;  
El árbol de victoria  
Que ciñe estrechamente  
Tu gloriosa frente  
Dé lugar á la hiedra que se planta  
Debajo de tu sombra, y se levanta

(1) Se introducen en ella dos pastores, uno celoso que se queja por ver á otro preferido en su amor. Este se llama *Salicio*, y es ya comun opinion que se entiende por GARCILASO mismo. El otro, que llora la muerte de su ninfa, es *Nemoroso*, y no, como piensan algunos, es *Boscan*, aludiendo al hombre, porque *nemus* es *bosque*; pues vemos en la égloga segunda, donde refiere *Nemoroso* á *Salicio* la historia que mostró *Tormes* á *Severo*, que el mismo *Nemoroso* alaba á *Boscan*, y en la tercera lloró *Nemoroso* la muerte de *Elisa*,

Entre la verde yerba degollada,  
la cual es *doña Isabel Freyre*, que murió de parto; y así se deja entender, si no me engaño, que este pastor es su marido, *don Antonio Fonseca*. Tal dice *Fernando de Herrera*.

(2) He de contar, sus quejas imitando.—*Texto de Herrera*. Así me parece que debiera leerse.

(3) *Andas* dice la edicion de *Alonso de Ulloa*.

Poco á poco, arrimada á tus loores;  
Y en cuanto esto se canta,  
Escucha tú el cantar de mis pastores.  
Salido de las ondas encendido,  
Rayaba de los montes el altura  
El sol, cuando *Salicio*, recostado  
Al pié de una alta haya, en la verdura,  
Por donde una agua clara con sonido  
Atravesaba el fresco y verde prado;  
El, con canto acordado  
Al rumor que sonaba,  
Del agua que pasaba,  
Se quejaba tan dulce y blandamente  
Como si no estuviera de allí ausente (4)  
La que de su doctor culpa tenia;  
Y así, como presente,  
Razonando con ella, le decia.

SALICIO.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas (5),  
Y al encendido fuego en que me quemo  
Mas helada que nieve, *Galatea*!  
Estoy muriendo, y aun la vida temo;  
Témola con razon, pues tú me dejas;  
Que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.  
Vergüenza he que me vea  
Ninguno en tal estado,  
De ti desamparado,  
Y de mi mismo yo me corro agora.  
¿De un alma te desdenas ser señora,  
Donde siempre moraste, no pudiendo  
Bella salir un hora? (6)  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
El sol tiende los rayos de su lumbrera  
Por montes y por valles, despertando  
Las aves y animales y la gente:  
Cuál por el aire claro va volando (7),  
Cuál por el verde valle ó alta cumbre  
Paciendo va segura y libremente,  
Cuál con el sol presente  
Va de nuevo al oficio,  
Y al usado ejercicio  
De su natura ó menester le inclina.  
Siempre está en llanto esta ánima mezcquina  
Cuando la sombra el mundo va cubriendo  
O la luz se avecina.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,  
Sin mostrar un pequeño sentimiento  
De que por ti *Salicio* triste muera,  
Dejas llevar, desconocida, al viento  
El amor y la fe que ser guardada  
Eternamente solo á mí debiera?  
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,  
Pues ves desde tu altura  
Esta falsa perjura  
Causar la muerte de un estrecho amigo,  
No recibe del cielo algun castigo?  
Si en pago del amor yo estoy muriendo,

(4) Como si no estuviera de allí ausente.—*Texto de Tamayo*.

(5) *Marmor*.—*Texto de Ulloa*.

(6) Bella salir una hora.—*Id.*

(7) Cual por el aire claro va hablando.—*Id.*

¿Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

Por ti la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba;

Por ti la verde yerba, el fresco viento,

El blanco lirio y colorada rosa

Y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

Ay, cuán diferente era

Y cuán de otra manera

Lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

La siniestra corneja, repitiendo

La desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,

Reputándolo yo por desvarío,

Vi mi mal entre sueños, desdichado!

Soñaba que en el tiempo del estío

Llevaba, por pasar allí la siesta,

A beber en el Tajo mi ganado;

Y después de llegado,

Sin saber de cuál arte,

Por desusada parte

Y por nuevo camino el agua se iba;

Ardiendo ya con la calor estiva,

El curso enajenado iba siguiendo

Del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?

Tus claros ojos ¿á quién los volviste?

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?

¿Cuál es el cuello que como en cadena

De tus hermosos brazos anudaste? (8)

No hay corazón que baste,

Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada hiedra,

De mi arrancada, en otro muro asida,

Y mi parra en otro olmo entretejida,

Que no se esté con llanto deshaciendo

Hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperara de aquí adelante,

Por difícil que sea y por incierto?

O ¿qué discordia no será juntada?

Y juntamente ¿qué tendrá por cierto (9),

O qué de hoy más no temerá el amante,

Siendo á todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada

De mí, cuitado, fuiste (10),

Notable causa diste

Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,

Que el más seguro tema con recelo

Perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza

De alcanzar lo imposible y no pensado,

Y de hacer juntar lo diferente,

Dando á quien diste el corazón malvado,

Quitándolo de mí con tal mudanza,

Que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente

Con el lobo hambriento

Hará su ayuntamiento,

Y con las simples aves sin ruido

Harán las bravas sierpes ya su nido;

Que mayor diferencia comprendo

De ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano

Y en el invierno abundo; en mi majada

La manteca y el queso está sobrado (11);

De mi cantar pues yo te vi agradada (12),

Tanto, que no pudiera el mantuano

Titiro ser de tí más alahado.

No soy pues, bien mirado,

Tan disforme ni feo;

Que aun agora me veo

En esta agua que corre clara y pura,

Y cierto no trocará mi figura

Con ese que de mí se está riendo (13);

Trocara mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fui tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,

Siempre fuera tenido de tí en precio,

Y no viera de tí este apartamiento (14).

¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío

Mis ovejas el frío

De la sierra de Cuenca, y el gobierno

Del abrigado Extremo en el invierno?

Más; que vale el tener, si derritiendo

Me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mí llorar las piedras enternecen

Su natural dureza y la quebrantan,

Los árboles parece que se inclinan,

Las aves que me escuchan; cuando cantan,

Con diferente voz se condolecen,

Y mí morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan

Su cuerpo fatigado,

Dejan el sosegado

Sueño por escuchar mí llanto triste.

Tú sola contra mí te endureciste,

Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú hiciste (15).

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Más ya que á socorrerme aquí no vienes,

No dejes el lugar que tanto amaste;

Que bien podrás venir de mí segura;

Yo dejaré el lugar do me dejaste;

Ven, si por solo esto te detienes.

Ves aquí un prado lleno de verdura,

Ves aquí una espesura,

Ves aquí una agua clara,

En otro tiempo cara,

A quien de tí con lágrimas me quejo.

Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,

Al que todo mí bien quitarme puede;

Que pues el bien le dejas,

No es mucho que lugar también le quede.—

Aquí dió fin á su cantar Salicio,

Y suspirando en el postrero acento,

Soltó de llanto una profunda vena.

Queriendo el monte al grave sentimiento

De aquel dolor en algo ser propicio,

Con la pasada voz reumba y suena.

La blanda Filomena (16),

Casi como dolida

Y á compasión movida,

Dulcemente responde al son lloroso.

Lo que cantó tras esto Nemoroso (17)

Decidlo vos, Pierides; que tanto

No puedo yo ni oso,

Que siento enlaquecer mí débil canto.

#### NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;

Árboles que os estáis mirando en ellas,

Y en el invierno abundo en mí majada;

La manteca y el queso está sobrado.

(12) De mi cantar pues yo te via agradada.—*Texto de Ulloa.*

(13) Con ese que de mí se está reyendo.—*Id.*

(14) Y no viera tan triste apartamiento.—*Texto de Azara.*

(15) Así en Tamayo y Azara; Ulloa, Herrera y otros ponen:

A los que tú heciste.

(16) Sanchez el Brocense y Azara leen *blanca*; Ulloa y Herrera, *blanca*; Tamayo opina en favor de la primera lección.

(17) Del nombre *Nemoroso* se formó un adjetivo, que poéticamen-

(8) De tus hermosos brazos añudaste.—*Textos antiguos*, y también el de Tamayo y Marchena.

9. Así Herrera. *Textos antiguos* y el de Azara y Marchena dicen *terna*.

(10) De mí cuidado fuiste.—*Texto de Herrera.*

(11) Herrera lee:

Siempre de nueva leche en el verano

Verde prado de fresca sombra lleno,  
 Aves que aquí sembráis vuestras querellas,  
 Hedra que por los árboles caminas,  
 Torciendo el paso por su verde seno;  
 Yo me vi tan ajeno  
 Del grave mal que siento,  
 Que de puro contento  
 Con vuestra soledad me recreaba,  
 Donde con dulce sueño reposaba,  
 O con el pensamiento discurría  
 Por donde no hallaba  
 Sino memorias llenas de alegría:

Y en este mismo valle, donde agora  
 Me entristezco y me canso, en el reposo  
 Estuve ya contento y descansado (18).

¡Oh bien caduco, vano y presuroso!  
 Acuérdomo durmiendo aquí algún hora,  
 Que despertando, á Elisa vi á mi lado.  
 ¡Oh miserable hado!

Oh tela delicada,  
 Antes de tiempo dada  
 A los agudos filos de la muerte!

Mas conveniente fuera aquesta suerte (19)  
 A los cansados años de mi vida,  
 Que es mas que el hierro fuerte,

Pues no la ha quebrantado tu partida (20).  
 ¿Dó están agora aquellos claros ojos

Que llevaban tras sí como colgada  
 Mi ánima do quier que se volvían? (21)

Dó está la blanca mano delicada,  
 Llena de vencimientos y despojos  
 Que de mí mis sentidos le ofrecen?

Los cabellos que vian  
 Con gran desprecio al oro,  
 Como á menor tesoro,

¿Adónde están? Adónde el blanco pecho? (22)  
 ¿Dó la columna que el dorado techo

Con presunción graciosa sostenía?  
 Aquesto todo agora ya se encierra,  
 Por desventura mia,

En la fria, desierta y dura tierra.  
 ¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,  
 Cuando en aqueste valle al fresco viento

te se ha aplicado á las cosas propias de bosques, al lugar lleno  
 de bosques, y aun á lo que tiene mucha frondosidad.

Cairasco de Figueroa, en su *Templo militante*, al tratar de los  
 reyes magos, dice :

Ya del rico Oriente van dejando  
 Atrás el *memoroso* sitio ameno.

Lope de Vega, en la *Arcadia*, escribe : Donde con leche de cabras  
 montesas, *memorosas ciervas* y silvestres osas fué criado.

(18) Estuve yo contento y descansado.—*Texto de Azara*.

(19) Mas conveniente suerte.—Así Ulloa, así la edición de Anvers  
 de 1576 y otros. Debe ser verso endecasílabo.

(20) Pues que no la ha quebrantado tu partida.—*Texto de Ulloa*.

(21) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen :

    Mi alma do quier que ellos se volvían.

(22) El texto de Ulloa dice :

    ¿Adónde están? Adónde el blanco pecho  
 De la columna que el dorado techo.

El de Herrera :

    ¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?  
 ¿Dó la columna que el dorado techo.

Segun la enmienda que propone el mismo Herrera, debería leerse :

    ¿Adónde están? Adónde el blanco pecho?  
 ¿Dó la columna que el dorado techo  
 Sostenía? Todo esto ya se cierra  
 Sombra y ceniza hecho.

También propone este verso :

    En ceniza deshecho.

Tamayo nos dice que Luis Tribaldos de Toledo creía evitar los  
 yerros que se advierten en esta estancia con decir :

    Los cabellos que vian  
 Con gran desprecio el oro,  
 Como á menor tesoro,  
 ¿Dó están? dó la columna que algún día  
 Con presunción su gloria sostenía?  
 Aquesto todo, etc.

Andábamos cogiendo tiernas flores,  
 Que habia de ver con largo apartamiento  
 Venir el triste y solitario día  
 Que diese amargo fin á mis amores?  
 El cielo en mis dolores  
 Cargó la mano tanto,  
 Que á sempiterno llanto  
 Y á triste soledad me ha condenado;  
 Y lo que siento mas es verme atado  
 A la pesada vida y enojosa,  
 Solo, desamparado,  
 Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Despues que nos dejaste, nunca paze

En hartura el ganado ya, ni acude (23)  
 El campo al labrador con mano llena.  
 No hay bien que en mal no se convierta y mude (24);

La mala yerba al trigo ahoga, y nace  
 En lugar suyo la infelice avena;  
 La tierra, que de buena

Gana nos producía  
 Flores con que solía

Quitar en solo vellás mil enojos,  
 Produce agora en cambio estos abrojos,  
 Ya de rigor de espinas intratable ;  
 Y yo hago con mis ojos

Crecer, horando, el fruto miserable (25).

    Como al partir del sol la sombra crece,

Y en cayendo su rayo se levanta  
 La negra escuridad que el mundo cubre,

De do viene el temor que nos espanta,

Y la medrosa forma en que se ofrece

Aquello que la noche nos encubre,

Hasta que el sol descubre

Su luz pura y hermosa ;

Tal es la tenebrosa

Noche de tu partir, en que he quedado

De sombra y de temor atormentado,

Hasta que muerte el tiempo determine

Que á ver el deseado

Sol de tu clara vista me encamine.

    Cual suele el ruiseñor con triste canto

Quejarse, entre las hojas escondido,

Del duro labrador, que cautamente

Le despojó su caro y dulce nido

De los tiernos hijuelos entre tanto

Que del amado ramo estaba ausente,

Y aquel dolor que siente

Con diferencia tanta

Por la dulce garganta

Despide, y á su canto el aire suena,

Y la callada noche no refrena

Su lamentable oficio y sus querellas,

Trayendo de su pena

Al cielo por testigo y las estrellas ;

    Desta manera suelto yo la rienda (26)

A mi dolor, y así me quejo en vano

De la dureza de la muerte airada.

Ella en mi corazón metió la mano,

Y de allí me llevó mi dulce prenda ;

Que aquel era su nido y su morada.

¡Ay muerte arrebatada!

Por ti me estoy quejando

Al cielo y enojando

Con importuno llanto al mundo todo :

Tan desigual dolor no sufre modo (27).

No me podrán quitar el dolorido

Sentir, si ya del todo

Primero no me quitan el sentido.

    Una parte guardé de tus cabellos (28),

Elisa, envueltos en un blanco paño.

Que nunca de mi seno se me apartan ;

(23) En hartura el ganado, ya ni acude  
 El campo al labrador con mano llena.—*Texto de Ulloa*.

(24) Lope se sirvió de este verso en el segundo terceto de un soneto  
 escrito con versos del Camoens, de Ariosto, de Horacio, etc.

(25) Así Sanchez y Azara; Ulloa, Herrera y Tamayo ponen *llorando*  
 por *llorando*.

(26) Desta manera suelto ya la rienda.—Así Ulloa, Sanchez, Her-  
 rera y Tamayo. Azara siguió la enmienda propuesta por este.

(27) El desigual dolor no sufre modo.—*Texto de Herrera*.

(28) Tengo una parte aquí de tus cabellos.—*Textos de Ulloa y*  
*Herrera*.

Descójolos, y de un dolor tamaño  
 Entenebrerme siento, que sobre ellos  
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.  
 Sin que de allí se partan,  
 Con suspiros calientes,  
 Mas que la llama ardientes,  
 Los enjugo del llanto, y de consuno  
 Casi los paso y cuento uno á uno;  
 Juntándolos, con un cordón los ato.  
 Tras esto el importuno  
 Dolor me deja descansar un rato.  
 Mas luego á la memoria se me ofrece  
 Aquella noche tenebrosa, oscura,  
 Que siempre aflige esta ánima mezquina (29)  
 Con la memoria de mi desventura.  
 Verte presente agora me parece  
 En aquel duro trance de Lucina,  
 Y aquella voz divina,  
 Con cuyo son y acentos  
 A los airados vientos  
 Pudieras amansar, que agora es muda (50);  
 Me parece que oigo que a la cruda,  
 E exorable diosa demandabas  
 En aquel paso ayuda;  
 Y tú, rustica diosa, ¿dónde estabas?  
 ¿Hate tanto en perseguir las fieras?  
 ¿Hate tanto en un pastor dormido?  
 ¿Cosa pudo bastar á tal cueza,  
 Que, conmovida á compasión, oído  
 A los votos y lágrimas no dieras  
 Por no ver hecha tierra tal belleza,  
 O no ver la tristeza  
 En que tu Nemoroso  
 Queda, que su reposo  
 Era seguir tu oficio, persiguiendo (51)  
 Las fieras por los montes, y ofreciendo  
 A tus sagradas aras los despojos?  
 ¿Y tú, ingrata, riendo  
 Dejas morir mi bien ante mis ojos? (52)  
 Divina Elisa, pues agora el ciclo  
 Con inmortales piés pisas y mides,  
 Y su mudanza ves, estando queda,  
 ¿Por qué de mí te olvidas, y no pides  
 Que se apresure el tiempo en que este velo  
 Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,  
 Y en la tercera rueda  
 Contigo mano á mano  
 Busquemos otro llano.  
 Busquemos otros montes y otros ríos,  
 Otros valles floridos y sombríos,  
 Donde descanse y siempre pueda verte (53)  
 Ante los ojos míos,  
 Sin miedo y sobresalto de perderte?—  
 Nunca pusieran fin al triste lloro  
 Los pastores, ni fueran acabadas  
 Las canciones que solo el monte oía,  
 Si mirando las nubes coloradas,  
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,  
 No vieran que era ya pasado el día.  
 La sombra se veía  
 Venir corriendo apriesa  
 Ya por la falda espesa  
 Del altísimo monte, y recordando  
 Ambos como de sueño, y acabando  
 El fugitivo sol, de luz escaso,  
 Su ganado llevando,  
 Se fueron recogiendo paso á paso.

(29) Que tanto aflige esta ánima mezquina.—*Texto de Herrera.*

(50) El texto de Ulloa dice erradamente:

Con cuyo son y acentos  
 Y los airados vientos  
 Pudieron amansar, etc.

El de la edición de Anvers se asemeja al que sigo. Solo en vez de *pudieras* dice *podieron*.

(51) Sigo el texto de Herrera, Ulloa y Tamayo. Azara pone:  
 Era seguir su oficio persiguiendo.

(52) Dejas morir mi bien ante los ojos.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

(53) Sigo el texto de Herrera; Tamayo, Azara y Marchena ponen:  
 Do descansar y siempre pueda verte.

Ulloa:  
 Donde descansar y siempre pueda verte.

## EGLOGA II.

ALBANO, SALICIO, CAMILO, NEMOROSO.

ALBANO.

En medio del invierno está templada  
 El agua dulce desta clara fuente (1),  
 Y en el verano mas que nieve helada.  
 ;Oh claras ondas, cómo veo presente,  
 En viéndoos, la memoria de aquel día  
 De que el alma temblar y arder se siente!  
 En vuestra claridad ví mi alegría  
 Escurecerse toda y enturbiarse;  
 Cuando os cobré perdi mi compañía.  
 ¿A quién pudiera igual tormento darse,  
 Que con lo que descansa otro afligido  
 Venga mi corazón á atormentarse?  
 El dulce murmurar de este ruido,  
 El mover de los árboles al viento,  
 El suave olor del prado florecido,  
 Podrían tornar, de enfumo y descontento,  
 Cualquier pastor del mundo, alegre y sano;  
 Yo solo en tanto bien morir me siento.  
 ;Oh hermosura sobre el ser humano!  
 Oh claros ojos! Oh cabellos de oro!  
 Oh cuello de marfil! Oh blanca mano!  
 ;Cómo puede ora ser que en triste lloro  
 Se convirtiese tan alegre vida,  
 Y en tal pobreza todo mi tesoro?  
 Quiero mudar lugar, y á la partida  
 Quizá me dejará parte del dño  
 que tiene el alma casi consumida.  
 ;Cuán vano imaginar, cuán claro engaño  
 Es darme yo á entender que con partirme,  
 De mí se ha de partir un mal tamaño!  
 ;Ay miembros fatigados, y cuán firme  
 Es el dolor que os cansa y enflaquece!  
 ;Oh si pudiese un rato aquí adormirme! (2)  
 Al que velando el bien nunca se ofrece,  
 Quizá que el sueño le dará durmiendo  
 Algun placer, que presto desaparece (3).  
 En tus manos ;oh sueño! me encontrando.

SALICIO.

;Cuán bienaventurado (4)  
 Aquel puede llamarse  
 Que con la dulce soledad se abraza,  
 Y vive desnudado,  
 Y lejos de empaclarse  
 En lo que al alma impide y embaraza!  
 No ve la llena plaza,  
 Ni la soberbia puerta

(1) Hoy tiene en Batres, antigua posesion de los señores desta casa, el nombre de GARCILASO, y como illustre monumento de sus escritas se venera.—*Don Tomás Tamayo de Vargas.*

Artieda, en su *Artemidoro*, dice: Y de ahí viene que siendo el artículo masculino, le propone á palabras femeninas, como son: *el alma, el agua*, segun se ve en la égloga segunda.

En medio del invierno está templada  
 El agua dulce desta clara fuente,  
 Y en el verano mas que nieve helada.

Lo que sin duda debió hacer por evitar el hiato ó quiebra que hay siempre y cuando la palabra femenina comienza con vocal, porque entonces precediendo el artículo *el* suena muy mejor al oído.

(2) Así Ulloa.

(3) Algun placer, que presto desfallece.—*Texto de Herrera.*

(4) Imitacion de la sabida oda de Horacio: *Beatus ille qui procul negotibus*.

Este principio de GARCILASO ha sido tambien muy imitado. Lope en una cancion entra diciendo:

;Cuán bienaventurado  
 Aquel puede llamarse justamente!

En la comedia *Los Tellos de Meneses* hay una relacion con este principio:

;Cuán bienaventurado  
 Puede llamarse el hombre!

Hay muchísimas mas imitaciones, que no es del caso enumerar.



De los grandes señores,  
Ni los adulares  
A quien la hambre del favor despierta;  
No le será forzoso

Rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando  
De un alto pino ó robre,  
O de alguna robusta y verde encina,

El ganado contando  
De su manada pobre;  
Que por la verde selva se avecina,  
Plata cendraña y fina,

Oro luciente y puro,  
Bajo y vil le parece,  
Y tanto lo aborrece,  
Que aun no piensa que dello está seguro;

Y como está en su seso,  
Rehuye la cerviz del grave peso.

Convida á dulce sueño  
Aquel manso ruido  
Del agua que la clara fuente envía,  
Y las aves sin dueño

Con canto no aprendido  
Híchen el aire de dulce armonía;

Háceles compañía,  
A la sombra volando,  
Y entre varios olores

Gustando tiernas flores,  
La solícita abeja susurrando;  
Los árboles y el viento

Al sueño ayudan con su movimiento.  
¿Quién duerme aquí? ¿Dónde está que no le veo?

¡Oh! líelo allí. Dichoso tú, que alhojas  
La cuerda al pensamiento ó al deseo.

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas  
En el mundo son hechas por tu mano!  
Creciendo el bien, menguando las congojas,

El sueño diste al corazón humano  
Para que al despertar mas se alegrase

Del estado gozoso, alegre y sano (5);  
Que, como si de nuevo le hallase,

Hace aquel intervalo que ha pasado  
Que el nuevo gusto nunca al bien se pase (6).

Y al que de pensamiento fatigado  
El sueño baña con licor piadoso,

Curando el corazón despedazado,  
Aquel breve descanso, aquel reposo

Basta para cobrar de nuevo aliento,  
Con que se pasa el curso trabajado.

Llegarme quiero cerca con buen tiento,  
Y ver, si de mí fuere conocido,

Si es del número triste ó del contento.  
Albanio es este que está aquí dormido,

O yo conozco mal. Albanio, es cierto.  
Duerme, garzon cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto  
Que acaba el curso de la vida humana

Y es reducido á mas seguro puerto (7).  
Que el que, viviendo acá, de vida ufana

Y de estado gozoso, noble y alto,  
Es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto:  
Que de amorosos bienes fué abundante,

Y agora es pobre, miserable y falto.  
No sé la historia bien; mas quien delante

Se halló al duelo me contó algun poco  
Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO.

¿Es esto sueño, ó ciertamente toco  
La blanca mano? ¡Ah sueño! ¿estás burlando? (8)

(5) Segun Tamayo, se leía en uno de los manuscritos:  
Del estado gustoso, alegre, ufano.

(6) El mismo Tamayo, tratando de este verso, dice:  
«Don Francisco Gomez de Quevedo, ejemplo de las ingeniosidades de los nobles de nuestra nacion, me escribe que le parece que se ha de leer así:

Que en nuevo gusto nunca el bien se pase.

Basta su parecer para que se siga.»

(7) Sigo á Herrera; otros dicen *conducido*.

(8) Azara dice:

¿La blanca mano? Sueño, ¿cállas burlando?

Yo estábate creyendo como loco.

¡Oh enitudo de mí! Tú vas volando (9)

Con prestas alas por la ebúrnea puerta;

Yo quédome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta

El alma vive, ó por mejor decillo,  
Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO.

Albanio, deja el llanto, que en oílo  
Me aflijo.

ALBANIO.

¿Quién presente está á mi duelo?

SALICIO.

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO.

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo  
Me fuera en cualquier mal tu compañía;  
Mas tengo en esto por contrario al cielo.

SALICIO.

Parte de tu trabajo ya me había  
Contado Galafron, que fué presente

En aqueste lugar el mismo día;

Mas no supo decir del accidente

La causa principal; bien que pensaba

Que era mal que decir no se consiente;

Y á la sazón en la ciudad yo estaba,

Como tú sabes bien, aparejando

Aquel largo camino que esperaba;

Y esto que digo me contaron cuando

Torné á volver; mas yo te ruego agora,

Si esto no es enojoso por tu demanda,

Que particularmente el punto y hora,

La causa, el daño cuentes y el proceso;

Que el mal comunicado se mejora (10).

ALBANIO:

Con un amigo tal verdad es eso,

Cuando el mal sufre cura, mi Salicio;

Mas este ha penetrado hasta el hueso.

Verdad es que la vida y ejercicio

Comun, y el amistad que á ti me ayunta,

Mandan que complacerte sea mi oficio;

Mas ¿qué haré? que el alma ya barrunta,

Que quiero renovar en la memoria

La herida mortal de aguda punta;

Y póneme delante aquella gloria

Pasada, y la presente desventura.

Para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte, pienso que es cordura

Renovar tanto el mal que me atormenta,

Que á morir venga de tristeza pura.

Y por esto, Salicio, entera cuenta

Te daré de mi mal como pudiere,

Aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigiere

Aquestos miembros el espíritu mio,

Aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvario,

Ni le traté, como otros, con engaños,

Ni fué por eleccion de mi albedrio.

Desde mis tiernos y primeros años

A aquella parte me inclinó mi estrella,

Y á aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella,

De mi sangre y abuelos decendida,

Mas que la misma hermosura bella.

En su verde niñez, siendo ofrecida

Por montes y por selvas á Diana,

Ejercitaba allí su edad florida.

Yo, que desde la noche á la mañana

Y del un sol al otro, sin cansarme,

Seguía la caza con estudio y gana,

(9) Segun Homero y Virgilio al sueño se daban dos puertas: la de marfil, por donde salían los sueños falsos; la de cuerno, por donde salían los verdaderos.

(10) Uilco dice:

Que el mal comunicado se mejora,

Por deudo y ejercicio á conformarme  
Vine con ella en tal domestichezza,  
Que della un punto no sabia apartarme.  
Iba de un hora en otra la estrecheza  
Haciéndose mayor, acompañada  
Le un amor sano y lleno de pureza (11).  
¿Qué montaña dejó de ser pisada  
De nuestros piés? Qué bosque ó selva umbrosa  
No fué de nuestra caza fatigada?  
Siempre con mano larga y abundosa  
Con parte de la caza visitando  
El sacro altar de nuestra santa diosa.  
La colmilluda testa ora llevando (12)  
Del puerco jabali cerdoso y fiero,  
Del peligro pasado razonando;  
Ora clavando del ciervo ligero  
En algun sacro pino los ganchosos  
Cuernos, con puro corazon sincero  
Tornábamos contentos y gozosos,  
Y al disponer de lo que nos quedaba,  
Jamás me acuerdo de quedar quejosos.  
Cualquiera caza á entrambos agradaba;  
Pero la de las simples avecillas  
Menos trabajo y mas placer nos daba.  
En mostrando el aurora sus mejillas  
De rosa, y sus cabellos de oro fino  
Humedeciendo ya las florecillas,  
Nosotros, yendo fuera de camino,  
Buscábamos un valle, el mas secreto  
Y de conversacion menos vecino;  
Aqui con una red, de muy perfeto  
Verde teñida, aquel valle atajábamos  
Muy sin rumor, con paso muy quieto.  
De dos árboles altos la colgábamos,  
Y habiéndonos un poco lejos ido,  
Hacia la red armada nos tornábamos,  
Y por lo mas espeso y escondido  
Los árboles y matas sacudiendo,  
Turbábamos el valle con ruido.  
Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo  
Delante de nosotros, espantados  
Del peligro menor, iban huyendo,  
Daban en el mayor, desatinados,  
Quedando en la sutil red engañosa  
Confusamente todos enredados.  
Y entonces era vellos una cosa  
Extraña y agradable, dando gritos,  
Y con voz lamentándose quejosa.  
Algunos dellos, que eran infinitos,  
Su libertad buscaban revolando;  
Otros estaban miseros y afritos.  
Al fin las cuerdas de la red tirando,  
Llevábamosla juntos casi llena,  
La caza á cuestras y la red cargando (15).  
Cuando el húmido otoño ya refrena  
Del seco estio el gran calor ardiente,  
Y va faltando sombra á Filomena,  
Con otra caza desta diferente,  
Aunque tambien de vida ociosa y blanda,  
Pasábamos el tiempo alegremente.  
Entonces sienpre, como sabes, anda  
De estorninos volando á cada parte  
Acá y allá la espesa y negra fanda.  
Y cierto aquesto es cosa de contarte,  
Como con los que andaban por el viento  
Usábamos tambien de astucia y arte.  
Uno vivo primero de aquel cuento  
Tomábamos, y en esto sin fatiga  
Era cumplido luego nuestro intento;  
Al pié del cual un hilo, untado en liga,  
Atado, le soltábamos al punto  
Que via volar aquella banda amiga.

(11) Ulloa escribe :

De un amor llano y lleno de pureza.

(12) Pacheco, en su *Arte de la pintura*, al citar este verso, dice: «Tambien los desta calidad, alabando una cabeza pintada, dicen en italiano que es *buena testa*; pero en español *testa* es la del jabali, como lo dijo elegantemente nuest. o poeta.»

(15) Así Ulloa y Herrera, á mas de otras antiguas ediciones; Tamayo y Azara leen :

La caza á cuestras y la red colgando.

Apenas era suelto, cuando junto  
Estaba con los otros y mezclado,  
Secutando el efecto de su asunto.  
A cuantos era el hilo enmarañado  
Por alas ó por piés ó por cabeza,  
Todos venian al suelo mal su grado.  
Andaban forcejando una gran pieza  
A su pesar y á mucho placer nuestro;  
Que así de un mal ajeno bien se empieza.

Acuérdaseme agora que el siniestro  
Canto de la corneja y el agüero  
Para escaparse no le fué maestro.  
Cuando una dellas, como es muy ligero,  
A nuestras manos viva nos venia,  
Era prision de mas de un prisionero.

La cual á un llano grande yo traia,  
A do muchas cornejas andar juntas  
O por el suelo ó por el aire via;  
Clavándola en la tierra por las puntas  
Extremas de las alas, sin rompellas,  
Seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecia que mirando á las estrellas,  
Clavada boca arriba en aquel suelo,  
Estaba contemplando el curso dellas (14).  
De allí nos alejábamos, y el cielo  
Rompió con gritos ella, y convocaba (15)  
De las cornejas el superno vuelo.

En un solo momento se ayuntaba  
Una gran muchedumbre presturosa  
A socorrer la que en el suelo estaba.  
Cercábanla, y alguna, mas piadosa  
Del mal ajeno de la compañera  
Que del suyo avisada ó temerosa (16),

Llegábase muy cerca, y la primera  
Que esto hacia, pagaba su inocencia  
Con prision ó con muerte lastimera.  
Con tal fuerza la presa y tal violencia  
Se engarrafaba de la que venia,  
Que no se despidiera sin licencia.

Ya puedes ver cuán gran placer seria  
Ver, de una por soltarse y desairarse,  
De otra por socorrerse, la parfia.

Al fin la fiera lucha al despartirse  
Venia por nuestra mano, y la cuitada  
Del bien hecho empezaba á arrepentirse.

¿Qué me dirás si con la mano alzada  
Haciendo la nocturna centinela,  
La grulla de nosotros fué engañada? (17)  
No aprovechaba al ánsar la cautela (18),  
Ni ser siempre sagaz descubridora  
De nocturnos engaños con su vela.

Ni al blanco cisne que en las aguas mora  
Por no morir como Faeton en fuego,  
Del cual el triste caso canta y llora.

Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego  
Que en huyendo del techo estás segura?  
En el campo turbamos tu sosiego.

A ningún ave ó animal natura  
Dotó de tanta astucia, que no fuese  
Vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contarte hubiese  
De aquesta vida cada partecilla,  
Temo que antes del fin anocheiese.

Basta saber que aquesta tan sencilla  
Y tan pura amistad, quiso mi hado  
En diferente especie convertilla :

En un amor tan fuerte y tan sobrado,  
Y en un desasosiego no creíble,  
Tal, que no me conozco, de trocado.  
El placer de miralla, con terrible  
Y fiero desear senti mezclarse,  
Que siempre me llevaba á lo imposible.

La pena de su ausencia vi mudarse,

(14) Así ponen este terceto Ulloa, Herrera y Tamayo. Azara lo escribe de este modo :

Parecia mirando á las estrellas,  
Clavada boca arriba en aquel suelo,  
Que estaba contemplando el curso dellas.

(15) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone *Rompia á gritos*.

(16) Que del suyo avisada y temerosa.—Así Herrera.

(17) La grua de nosotros fué engañada.—*Texto de Herrera*.

(18) No aprovechaba alcanzar la cautela.—*Texto de Ulloa*.

No en pena, no en congoja, en cruda muerte,  
Y en fuego eterno el alma atormentarse.  
A aqueste estado en fin mi dura suerte  
Me trujo poco á poco, y no pensara  
Que contra mi pudiera ser mas fuerte,  
Si con mi grave daño no probara  
Que, en comparacion de esta, aquella vida  
Cualquiera por descanso la juzgara.  
Ser debe aquesta historia aborrecida  
De tus orejas ya, que así atormenta (19)  
Mi lengua y mi memoria entristecida.  
Decir ya mas no es bien que se consienta;  
Junto todo mi bien perdí en una hora,  
Y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta (20).

SALICIO.

Albanio, si tu mal comunicaras  
Con otro, que pensaras que tu pena  
Juzgaba como ajena, ó que este fuego  
Nunca probó, ni el juego peligroso  
De que tú estás quejoso, yo confieso  
Que fuera bueno aqueso que hora haces (21);  
Mas si tú me deshaces con tus quejas,  
¿Por qué agora me dejas como a extraño,  
Sin dar de aqueste daño fin al cuento?  
¿Piensas que tu tormento como nieve  
Escucho, y que no pruebo, por mi suerte,  
Aquesta viva muerte en las entrañas?  
Si no con todas mañas ó experiencia (22)  
Esta grave dolencia se desecha,  
Al menos aprovecha, yo te digo,  
Para que de un amigo que adolezca  
Otro se condolezca, que ha llegado  
De bien acuchillado á ser maestro (23).  
Así que, pues te muestro abiertamente  
Que no estoy inocente destes males,  
Que aun traigo las señales de las llagas,  
No es bien que tú te hagas tan esquivo;  
Que mientras estás vivo, ser podría  
Que por alguna via te avisase,  
Ó contigo llorase; que no es malo  
Tener al pié del palo quien se duela (24)  
Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO.

Tú quieres que forceje y que contraste  
Con quien al fin no basta á derrocalte.  
Amor quiere que calle; yo no puedo  
Mover el paso un dedo sin gran mengua.  
El tiene de mi lengua el movimiento;  
Así que no me siento ser bastante.

SALICIO.

¿Qué te pone delante que te impida  
El descubrir tu vida al que librarte  
Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO.

Amor quiere que muera sin reparo;  
Y conociendo claro que bastaba  
Lo que yo descansaba en este llanto  
Contigo, á que entre tanto me aliviase,  
Y aquel tiempo probase á sostenerme;  
Por mas presto perderme, como injusto,  
Me ha ya quitado el gusto que tenia  
De echar la pena mia por la boca.  
Así que ya no toca nada dello  
A ti querer sabello, ni contallo  
A quien solo pasallo le conviene,  
Y muerte solo por alivio tiene.

SALICIO.

¿Quién es contra su sér tan inhumano,

(19) Así Herrera; otros leen:

De tus orejas, ya que así atormenta.

(20) Sigo á Herrera; otros ponen:

Y esta es la suma, en fin, de aquella cuenta.

(21) Otros ponen *ahora*; sigo á Herrera.(22) Si no con mañas ni experiencia.—*Texto de Herrera.*(23) *No hay mejor cirujano que el bien acuchillado*; proverbio antiguo.(24) *Al pié del palo*; término vulgar. Equivale al pié de la horca.

Que al enemigo entrega su despojo,  
Y pone su poder en otra mano?  
¿Cómo, y no tienes ora algun enojo  
De ver que amor tu misma lengua ataje,  
Ó la desate por su solo autojo?

ALBANIO.

Salicio amigo, cese este lenguaje;  
Cierra tu boca, y mas aqui no la abras;  
Yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.  
¿Para qué son magnificas palabras?  
¿Quién te hizo filosofo elocuente (25),  
Siendo pastor de ovejas y de cabras?  
¿Oh cuidado de mí, cuán facilmente  
Con expedida lengua y rigurosa  
El sano da consejos al doliente!

SALICIO.

No te aconsejo yo, ni digo cosa  
Para que debas tú por ella darme  
Respuesta tan aceda y tan odiosa.  
Ruégote que tu mal quieras contarme,  
Porque dél pueda tanto entristecerme,  
Cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO.

Pues ya de tí no puedo defenderme,  
Yo tornaré á mi cuento cuando bayas  
Prometido una gracia concederme;  
Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas  
Y me dejes llorar mi desventura  
Entre estos pinos solo y estas bayas.

SALICIO.

Aunque pedir tú eso no es cordura,  
Yo seré dulce mas que sano amigo,  
Y daré bien lugar á tu tristura.

ALBANIO.

Hora, Salicio, escucha lo que digo;  
Y vos, oh ninfas deste bosque umbroso,  
A do quiera que estéis, estad conmigo (26).  
Ya te conté el estado tan dichoso

A do me puso amor, si en él yo firme  
Pudiera sostenerme con reposo;

Mas, como de callar y de encubrirme  
De aquella por quien vivo me encendia,  
Llegué ya casi al punto de morirme,  
Mil véces ella preguntó qué habia,  
Y me rogó que el mal le descubriese,  
Que mi rostro y color le descubria.

Mas no acabó con cuanto me dijese,  
Que de mí á su pregunta otra respuesta  
Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Acontecio que en una ardiente siesta,  
Viniedo de la caza fatigados,  
En el mejor lugar desta ll resta,

Que es este donde estamos asentados,  
A la sombra de un árbol aflojamos  
Las cuerdas á los arcos trabajados.

En aquel prado alli nos reclinamos,  
Y del céñiro fresco recogiendo  
El agradable espíritu, respiramos.

Las flores, á los ojos ofreciendo  
Diversidad extraña de pintura,  
Diversamente así estaban oliendo.

Y en medio aquesta fuente clara y pura,  
Que como de cristal resplandecia,  
Mostrando abiertamente su hondura,

El arena, que de oro parecia,  
De blancas pedrezuelas variada,  
Por do manaba el agua, se bullia.

En derredor ni sola una pisada  
De fiera ó de pastor ó de ganado  
A la sazón estaba señalada.

Despues que con el agua resfriado  
Hubimos el calor, y juntamente

(25) El licenciado Cristóbal de Mesa queria que se leyese *retórico* en vez de *filósofo*, por ser la elocuencia mas propia de aquel que de este.(26) *A do quiera que estéis, estad conmigo*.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

La sed de todo punto mitigado,  
Ella, que con cuidado diligente  
A conocer mi mal tenia el intento,  
Y á escudriñar el ánimo doliente,  
Con nuevo ruego y firme juramento  
Me conjuró y rogó que le contase  
La causa de mi grave pensamiento ;  
Y si era amor, que no me recelase  
De hacelle mi caso manifiesto,  
Y demostralle aquella que yo amase,  
Que me juraba que también en esto  
El verdadero amor que me tenia  
Con pura voluntad estaba presto.  
Yo, que tanto callar ya no podia,  
Y claro descubrir menos osaba  
Lo que en el alma triste se sentia,  
Le dije que en aquella fuente clara  
Veria de aquella que yo tanto amaba  
Abiertamente la hermosa cara.  
Ella, que ver aquesta deseaba,  
Con menos diligencia discerniendo  
De aquella con que el paso apresuraba,  
A la pura fontana fué corriendo,  
Y en viendo el agua, toda fué alterada,  
En ella su figura sola viendo.  
Yo de otra manera, arrebatada,  
Del agua rehuyó, que si estuviera  
De la rabiosa enfermedad tocada.  
Y sin mirarme, desdenosa y fiera,  
No sé qué allá entre dientes murmurando,  
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.  
Quedé yo triste y solo allí, culpando  
Mi temerario osar, mi desvario,  
La pérdida del bien considerando.  
Creció de tal manera el dolor mio,  
Y de mi loco error el desconuelo,  
Que hice de mis lágrimas un río.  
Fijos los ojos en el alto cielo,  
Estuve boca arriba una gran pieza  
Tendido, sin moverme en este suelo (27).  
Y como de un dolor otro se empieza,  
El largo llanto, el desvaucimiento,  
El vano imaginar de la cabeza,  
De mi gran culpa aquel remordimiento,  
Verme de todo al fin sin esperanza,  
Me trastornaron casi el sentimiento.  
Cómo deste lugar hice mudanza  
No sé, ni quién de aquí me condujese  
Al triste albergue y a mi pobre estancia.  
Se que tornando en mí, como estuviere  
Sin comer y dormir bien cuatro días,  
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,  
Las ya desamparadas vacas mías  
Por otro tanto tiempo no gustaron  
Las verdes yerbas ni las aguas frías.  
Los pequeños hijuelos, que hallaron  
Las tetas secas ya de las hambrientas  
Madres, bramando al cielo se quejaron.  
Las selvas, á su voz también atentas,  
Bramando pareció que respondian,  
Condolidas del daño y descontentas.  
Aquestas cosas nada me movian,  
Antes con mi llorar hacia espantados  
Todos cuantos á verme allí venian.  
Vinieron los pastores de ganados,  
Vinieron de los sotos los vaqueros,  
Para ser de mi mal de mí informados.  
Y todos con los gestos lastimeros  
Me preguntaban cuales habian sido  
Los accidentes de mi mal primeros.  
A los cuales, en tierra yo tendido,  
Ninguna otra respuesta dar sabia,  
Rompiendo con sollozos mi gemido,  
Sino de rato en rato les decia :  
« Vosotros, los de Tajo en su ribera (28),  
Cantareis la mi muerte cada día.

(27) Tendido sin mudarme en este suelo. — *Textos de Herrera y Ulloa.*

(28) Tamayo dice : « Este fué como presagio del oficio que hacen ahora sus ciudadanos en su ilustración, y el que espero mejorarán las mas felices plumas de los cisnes del Tajo en todos tiempos. »

» Este descanso llevaré aunque muera,  
Que cada día cantaréis mi muerte  
Vosotros, los de Tajo, en su ribera. »  
La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,  
Queriéndome llevar do se rompiese  
Aquesta tela de la vida fuerte,  
Hizo que de mi choza me saliese  
Por el silencio de la noche escura  
A buscar un lugar donde muriese.  
Y caminando por do mi ventura  
Y mis enfermos piés me condujeron,  
Llegué á un barranco de muy gran altura.  
Luego mis ojos le reconocieron,  
Que pende sobre el agua, y su cimiento  
Las ondas poco á poco le comieron.  
Al pié de un olmo hice allí mi asiento,  
Y acordéme que ya con ella estuve  
Pasando allí la siesta al fresco viento.  
Y con esta memoria me detuve,  
Como si aquesta fuera medicina  
De mi fuor y cuanto mal sostuve.  
Denunciaba el aurora ya vecina  
La venida del sol resplandeciente,  
A quien la tierra, á quien la mar se inclina.  
Entonces, como cuando el cisne siente  
El ansia postrimera que le aqueja,  
Y tiente el cuerpo misero y doliente,  
Con triste y lamentable son se queja,  
Y se despide con funesto canto  
Del espíritu vital que dél se aleja ;  
Así, aquejado yo de dolor tanto,  
Que el alma abandonaba ya la humana  
Carne, solté la rienda al triste llanto.  
« ¡ Oh fiera, dije, mas que tigre hircano,  
Y mas sorda á mis quejas que el ruido  
Embravecido de la mar insana !  
» Héme entregado, héme aquí rendido,  
Hé aquí vences: toma los despojos  
De un cuerpo miserable y afligido.  
» Yo pondré fin del todo á tus enojos (29),  
Ya no te ofenderá mi rostro triste,  
Mi temerosa voz y húmidos ojos.  
» Quizá tú, que en mi vida no moviste  
El paso á consolarme en tal estado,  
Ni tu dureza cruda enterneciste,  
» Viendo mi cuerpo aquí desamparado,  
Vendrás á arrepentirte y lastimarte (30);  
Mas tu socorro tarde habrá llegado.  
» ¿ Como pudiste tan presto olvidarte  
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos  
Nudos en sola una hora desligarte?  
» No se te acuerda de los dulces juegos  
Ya de nuestra niñez, que fueron leña  
Destos dañosos y encendidos fuegos,  
» Cuando la encina desta espesa broña  
De sus bellotas dulces despojaba,  
Que íbamos á comer sobre esta peña ?  
» ¿ Quién las castañas tiernas derrocaba  
Del árbol al subir dificultoso?  
Quién en su limpia falda las llevaba?  
» ¿ Cuándo en valle florido, espeso, umbroso  
Meti jamás el pié, que dél no fuese  
Cargado á ti de flores y oloroso ?  
» Jurábasme, si ausente yo estuviere,  
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,  
Ni el prado yerba para ti tuviese.  
» ¿ A quién me quejó, que no escuchase cosa  
De cuantas digo, quien debería escucharme?  
Eco sola me muestra ser piadosa ;  
» Respondiéndome pedia conhortarme,  
Como quien probó mal tan importuno ;  
Mas no quiere mostrarse y consolarme.  
» ¡ Oh dioses! si allá juntos de consuno  
De los amantes el cuidado os toca ;  
¡ Oh tú solo! si toca á solo uno (31),  
» Recibid las palabras que la boca

(29) Sigo á Herrera ; otros dicen :

Yo pondré fin del todo á tus enojos.

(30) Sigo á Herrera ; otros dicen :

Vendrás á arrepentirte y lastimarte.

(31) Sigo á Herrera ; otros ponen :

¡ Oh tú solo, si toca solo á uno.

Echa con la doliente ánima fuera,  
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.

» ¡Oh náyades, de aquesta mi ribera  
Corrientes moradoras! Oh napea (52)

Guarda del verde bosque verdadera!

» Alce una de vosotras, blanca dea,  
Del agua su cabeza rubia un poco,  
Así, ninfa, jamás en tal se vea (53).

» Podré decir que con mis quejas toco  
Las divinas orejas, no pudiendo  
Las humanas tocar, cuando ni loco.

» ¡Oh hermosas oreçadas, que teniendo  
El gobierno de selvas y montañas,  
A caza andáis por ellas discuriendo!

» Dejad de perseguir las alimañas;  
Venid á ver un hombre perseguido,  
A quien no valen fuerza ya ni mañas.

» ¡Oh driades, de amor hermoso nido,  
Dulces y graciosísimas doncellas,  
Que á la tarde salís de lo escondido,

» Con los cabellos rubios, que las bellas  
Espaldas dejan de oro cobijadas,  
Parad mientes un rato á mis querellas;

» Y si con mi ventura conjuradas  
No estáis, haced que sean las ocasiones  
De mi muerte aquí siempre celebradas.

» ¡Oh lobos, oh osos, que, por los rincones  
Destas fieras cavernas escondidos,  
Estáis oyendo agora mis razones!

» Quedaos adios; que ya vuestros oídos  
De mi zampona fueron halagados,  
Y alguna vez de amor enternecidos.

» Adios, montañas, adios, verdes prados,  
Adios, corrientes ríos espumosos,  
Vivid sin mí con siglos prolongados;

» Y mientras en el curso presurosos  
Iréis al mar á darle su tributo,  
Corriendo por los valles pedregosos,

» Haced que aquí se muestre triste luto  
Por quien, viviendo alegre, os alegraba  
Con agradable son y viso enjuto.

» Por quien aquí sus vacas abrevaba,  
Por quien, ramos de lauro entretejiendo,  
Aquí sus fuertes toros coronaba.»

Estas palabras tales en diciendo,  
En pié me alcé por dar ya fin al duro  
Dolor que en vida estaba padeciendo.

Y por el paso en que me ves te juro  
Que ya me iba á arrojar de do te cuento,  
Con paso largo y corazón seguro.

» Cuando una fuerza súbita de viento  
Vino con tal furor, que de una sierra  
Pudiera remover el firme asiento.

» De espaldas, como atónito, en la tierra  
Desde á gran rato me hallé tendido;  
Que así se halla siempre aquel que yerra.

» Con mas sano discurso en mi sentido,  
Comencé de culpar el presupuesto  
Y temerario error que había seguido,

» En querer dar con triste muerte al resto  
De aquesta breve vida fin amargo,  
No siendo por los hados aun dispuesto.

» De allí me fui con corazón mas largo  
Para esperar la muerte, cuando venga  
A relevarme deste largo cargo.

» Bien has ya visto cuánto me convenga,  
Que pues buscalla á mí no se consiente,  
Ella en buscarme á mí no se detenga.

(52) Sigo á Tamayo; Herrera y Azara leen:

» ¡Oh náyades, de aquesta mi ribera  
Corriente moradoras!

Donde corriente apela sobre ribera, en vez de apelar sobre las náyades.

(53) Creo que así deben leerse estos tercetos. En todas las ediciones se hallan de este modo, con sentido contrario á la gramática.

» ¡Oh napeas,  
Guarda del verde bosque verdadera  
Alce una de vosotras, blancas deas,  
Del agua su cabeza rubia un poco:  
Así, ninfa, jamás en tal te veas.

Tamayo pone este último verso:

Así, ninfa, jamás en sol te veas.

» Contado te he la causa, el accidente,  
El daño y el proceso todo entero;  
Cúmpleme tu promesa prestamente.  
Y si mi amigo cierto y verdadero  
Eres, como yo pienso, véte agora;  
No estorbes un dolor acendo y fiero  
Al afligido y triste cuando llora.

SALICIO.

» Tratará de una parte  
Que agora solo siento,  
Si no pensarás que era dar consuelo.  
Quisiera preguntarte  
Cómo tu pensamiento  
Se derribó tan presto en ese suelo,  
O se cubrió de velo,  
Para que no mirase  
Que quien tan luengamente  
Amó, no se consiente  
Que tan presto del todo te olvidase.  
¿Que sabes si ella ahora  
Juntamente su mal y el tuyo llora?»

ALBANIO.

» Cese ya el artificio  
De la maestra mano;  
No me hagas pasar tan grave pena.  
Hárase tú, Salicio,  
Ir do nunca pié humano  
Estampó su pisada en el arena.  
Ella está tan ajena  
De estar desa manera  
Como tú de pensallo,  
Aunque quieres mostrallo  
Con razon aparente ó verdadera (54).  
Ejercita aquí el arte  
A solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO.

» No es tiempo de curalle,  
Hasta que menos tema  
La cura del maestro y su cruzeta.  
Solo quiero dejalle;  
Que aun está el apostema  
Intratable, á mi ver, por su dureza.  
Quebrante la braveza  
Del pecho empedernido  
Con largo y tierno llanto;  
Írme yo entre tanto  
A requerir de un ruiseñor el nido,  
Que está en un alta encina,  
Y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA.

» Si desta tierra no he perdido el tino,  
Por aquí el corzo vino que ha traído,  
Después que fué herido, atrás el viento.  
¿Qué recio movimiento en la corrida  
Lleva, de tal herida lastimado?  
En el siniestro lado soterrada  
La flecha enverholada va mostrando (55),  
Las plumas blanqueando solas fuera.  
Y házeme que muera con buscallo.  
No paso deste valle; aquí está cierto,  
Y por ventura muerto. ¿Quién me diese  
Alguno que siguiese el rastro agora,  
Mientras la herviente hora de la siesta  
En aquesta floresta yo descanso!  
¿Ay viento fresco, manso y amoroso,  
Almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza  
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente  
Del alto sol ardiente hora quebranta;  
Que ya la tierna planta del pié mio  
Auda á buscar el frío desta yerba.  
A los hombres reserva tú, Diana,  
En esta siesta insana tu ejercicio;  
Por agora tu oficio desamparo,  
Que me ha costado caro en este día.  
¿Ay dulce fuente mia, y de cuán alto

(54) Con razon aparente á verdadero, dicen muchas ediciones.

(55) La flecha envervolada iba mostrando.—Textos de Sanchez, Tamayo y Azara.

Con solo un sobresalto me arrojaste!  
 ¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?  
 Los ojos de la cara, que no quiero  
 Menos un compañero que yo amaba;  
 Mas no como él pensaba. Dios ya quiera  
 Que antes Camila muera que padezca  
 Culpa por do merezca ser echada  
 De la selva sagrada de Diana.  
 ¡Oh cuán de mala gana mi memoria  
 Renueva aquesta historia! Mas la culpa  
 Ajena me desculpa; que si fuera  
 Yo la causa primera desta ausencia,  
 Yo diera la sentencia en mi contrario.  
 El fué muy voluntario y sin respeto.  
 Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?  
 Quiero vivir contenta y olvidallo,  
 Y aquí donde me halló recrearme.  
 Aquí quiero acostarme, y en cayendo  
 La siesta iré siguiendo mi corcillo,  
 Que yo me maravillo ya y me espanto  
 Cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO.

Si mi turbada vista no me miente,  
 Paréceme que vi entre rama y rama  
 Una ninfa llegar á aquella fuente.  
 Quiero llegar allá; quizá, si ella ama,  
 Me dirá alguna cosa con que engañe  
 Con algun falso alivio aquesta llama.  
 Y no se me da nada que desbañe (56)  
 Mi alma, si es contrario á lo que creo:  
 Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.  
 ¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?  
 ¿Es error de fantasma convertida  
 En forma de mi amor y mi deseo?  
 Camila es esta que está aquí dormida;  
 No puede de otra ser su hermosura;  
 La razon está clara y conocida.  
 Una obra sola quiso la natura  
 Hacer como esta, y rompió luego apresia  
 La estampa do fué hecha tal figura.  
 ¿Quién podrá luego de su forma expresa  
 El traslado sacar, si la maestra  
 Misma no basta, y ella lo confiesa?  
 Mas ya que es cierto el bien que á mí se muestra  
 ¿Cómo podré llegar á despertalla,  
 Temiendo yo la luz que á ella me adiestra?  
 ¿Si solamente de poder tocalla  
 Perdiere el miedo vo? Mas ¿si despierta?  
 Si despierta, tenella y no soltalla.  
 Esta osadía temo que no es cierta.  
 Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme.  
 En fin, ella está agora como muerta.  
 Cabe ella por lo menos asentarme  
 Bien puedo; mas no ya como solia.  
 ¡Oh mano poderosa de matarme!  
 ¿Viste cuánto tu fuerza en mí podía?  
 ¿Por qué para sanarme no la pruebas?  
 Que su poder á todo bastaría.

CAMILA.

Sócórreme, Diana.

(56. Dice Azara en una de sus notas: «Desbañar: Esta voz es tan extraña en castellano, que con dificultad se puede saber lo que quiere decir. El maestro Sanchez no la explica, y Herrera nos nuncle con una pesada digresión sobre el uso de las voces nuevas, sin decirnos lo que significa esta, sin duda porque no lo supo, pues quien amontonó tantas impertinencias no hubiera omitido una cosa tan esencial. El *Diccionario de la lengua* ni hace mención de ella. Tamayo de Vargas es el único que se aventura á interpretarla. Segun él, *desbañar* quiere decir aligir, congojar, deducido de las lenguas griega y latina, en que *bañar* se toma muchas veces por aliviar, refocilar, quitar cuidados.»  
 A esto se puede añadir que en igual significacion la tomó el poeta que cita Tamayo, cuando escribió estos versos:

He guardado de tí por prenda cierta  
 Este retrato, que humildemente adoro,  
 Que tambien como tú linge y engaña,  
 Y tanto se desbaña,  
 Pensando que me ayuda,  
 Que el color pierde y muda.

ALBANIO.

No te he de soltar; escucha un poco.

CAMILA.

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?  
 Ninfas del verde bosque, á vos invoco,  
 A vos pido socorro en esta fuerza (57).  
 ¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

ALBANIO.

Locura debe ser la que me fuerza  
 A querer mas que el alma y que la vida  
 A la que á aborrecerme así se esfuerza.

CAMILA.

Yo debo ser de tí la aborrecida,  
 Pues me quieres tratar de tal manera,  
 Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO.

¿Yo culpa contra tí? Si la primera  
 No está por cometer, Camila mia,  
 En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA.

¿Tú no violaste nuestra compañía,  
 Queriéndola torcer por el camino  
 Que de la vida honesta se desvia?

ALBANIO.

¿Cómo de sola una hora el desatino  
 Ha de perder mil años de servicio,  
 Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA.

Aqueste es de los hombres el oficio,  
 Tentar el mal, y si es malo el suceso,  
 Pedir con humildad perdon del vicio.

ALBANIO.

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA.

Bueno es eso.  
 Esta fuente lo diga, que ha quedado  
 Por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO.

Si puede ser mi yerro castigado  
 Con muerte, con deshonra ó con tormento,  
 Vesme aquí, estoy á todo aparejado.

CAMILA.

Suélteme ya la mano, que el aliento  
 Me falta de congoja.

ALBANIO.

He muy gran miedo  
 Que te me irás, que corres mas que el viento (58).

CAMILA.

No estoy como solia, que no puedo  
 Moverme ya, de mal ejercitada.  
 Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO.

¿Estarás, si te suelto, sosegada,  
 Mientras con razon clara yo te muestro  
 Que fuistes sin razon de mi enojada?

CAMILA.

Eres tú de razones gran maestro.  
 Suelta, que si estaré.

(57) A vos pido socorro desta fuerza.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

Sigo el texto de Azara.

(58) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Que corras mas que viento.

ALBANIO.

Primero jura  
Por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA.

Yo juro por la ley sincera y pura  
De la amistad pasada, de sentarme,  
Y de escuchar tus quejas muy segura.  
¿Cuál me tienes la mano, de apretarme  
Con esa dura mano, descreído!

ALBANIO.

¿Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA.

Mi prendedero de oro ¿sí es perdido?  
¿Oh cuitada de mí! Mi prendedero  
Desde aquel valle aquí se me ha caído.

ALBANIO.

Mira no se cayese allá primero,  
Antes de aqueste al val de la hortiga.

CAMILA.

Do quiera que cayó, buscallo quiero (39).

ALBANIO.

Yo iré á buscallo, excusa esa fatiga;  
Que no puedo sufrir que aquesta arena  
Abrase el blanco pié de mi enemiga.

CAMILA.

Pues que quieres tomar por mi esta pena,  
Derecho vé primero á aquellas hayas;  
Que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO.

Yo voy; mas entre tanto no te vayas.

CAMILA.

Seguro vé, que antes verás mi muerte  
Que tú me cobres ni á tus manos hayas.

ALBANIO.

¡Ah, ninfa desleal! Y ¿desa suerte  
Se guarda el juramento que me diste?  
¿Oh condicion de vida dura y fuerte!  
¿Oh falso amor, de nuevo me hiciste  
Revivir con un poco de esperanza!  
Oh modo de matar penoso y triste!

Oh muerte llena de mortal tardanza!  
Podré por ti llamar injusto el cielo,  
Injusta su medida y su balanza.

Recibe tú, terreno y duro suelo,  
Este rebelde cuerpo, que detiene  
Del alma el expedido y presto vuelo (40).

Yo me daré la muerte, y aun si viene  
Alguno á resistirme... ¿A resistirme?  
El verá que á su vida no conviene.

¿No puedo yo morir, no puedoirme  
Por aquí, por allí, por do quisiere,  
Desnudo espíritu ó carne y hueso firme?

SALICIO.

Escueha, que algun mal hacerse quiere,  
O cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO.

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.

Descargado me siento de un gran peso;  
Páreceme que vuelo, despreciando  
Monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquestos piés? Con ellos ando.  
Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;  
Solo el espíritu es este que hora mando.

¿Hale hurtado alguno ó escondido  
Mientras mirando estaba yo otra cosa?  
¿O si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa

Estaba allí durmiendo; ¿sí es aquella  
Mi cuerpo? No, que aquella es muy hermosa.

NEMOROSO.

Gentil cabeza; no daría por ella  
Yo para mi traer solo un cornado.

ALBANIO.

¿A quién iré del hurto á dar querrela?

SALICIO.

Extraño ejemplo es ver en qué ha parado  
Este gentil mancebo, Nemoroso,  
Y á nosotros que le hemos mas tratado.  
Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,  
Sufrido, conversable, buen amigo,  
Y con un alto ingenio gran reposo (41).

ALBANIO.

Yo podré poco, ó hallaré testigo  
De quien hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,  
Yo le perseguiré como enemigo.

¿Sabrásme decir del, mi clara fuente?

Dimelo, si lo sabes; así Febo  
Nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en lo hondo está un mancebo (42)

De laurel coronado, y en la mano

Un palo propio, como yo, de acebo.

Hola, ¿quién está allá? Responde, hermano.

¿Válame Dios! O tú eres sordo ó mudo,

O enemigo mortal del trato humano.

Espirtu soy, de carne ya desnudo,

Que busco el cuerpo mio, que me ha hurtado

Algun ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hásmese escuchado?

¿Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo,

O yo tengo el sentido trastornado.

¿Oh cuerpo! Hete hallado, y no lo creo;

Tanto sin ti me hallo descontento.

Pon fin á tu destierro y mi deseo (43).

ALBANIO.

NEMOROSO.

Sospecho que el continuo pensamiento  
Que tuvo de morir antes de agora,  
Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO.

Como del que velando siempre llora,  
Quedan durmiendo las especies llenas  
Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO.

Si no estás en cadenas, sal ya fuera  
A darme verdadera forma de hombre,  
Que agora solo el nombre me ha quedado.

Y si allá estás forzado en ese suelo (44),

Dimelo; que si al cielo que me oyere,

Con quejas no moviere y llanto tierno,

Convocaré el infierno y reino oscuro,

Y romperé su muro de diamante,

Como hizo el amante blandiente

Por la consorte ausente, que cantando

Estuvo halagando las culebras

De las hermanas negras mal peinadas (45).

NEMOROSO.

¿De cuán desvariadas opiniones  
Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO.

El curso acostumbrado del ingenio,

Aunque le falte el genio que lo mueva,

Con la fuga que lleva, corre un poco;

Y aunque este está hora loco, no por eso (46)

(41) Así Herrera y Tamayo; Azara pone: *con un grato ingenio.*

(42) *En lo fondo*, dice Herrera.

(43) Pon fin ya á tu destierro y mi deseo.—*Texto de Herrera.*

(44) Y si no estás forzado en ese suelo.—*Id.*

(45) *Negras* no es consonante de *culebras*.

(46) Sigo á Herrera y Tamayo, si bien Azara pone con mas claridad:

Y aunque está agora loco, no por eso.

(39) Azara dice *buscallo*.

(40) Del alma el expedido y leve vuelo.—*Texto de Herrera.*

Ha de dar al travieso su sentido,  
En todo habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO.

No mas, no me le alabes, qué por cierto,  
De vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO.

Estaba contemplando qué tormento  
Es este apartamiento. A lo que pienso  
No nos aparta inmenso mar airado,  
No torres de fosado rodeadas,  
No montañas cerradas y sin vía,  
No ajena compañía, dulce y cara;  
Un poco de agua clara nos detiene;  
Por ella no conviene lo que entramos (47)  
Con ansia deseamos; porque al punto  
Que á ti me acerco y junto, no te apartas;  
Antes nunca te hartas de mirarme,  
Y de significarme en tu menso  
Que tienes gran desco de juntarte  
Con esta media parte. Daca, hermano,  
Echame acá esa mano, y como buenos  
Amigos á lo menos nos juntemos,  
Y aquí nos abracemos. Ah ¿burlaste?  
¿Así te me escapaste? Yo te digo  
Que no es obra de amigo hacer eso.  
¿Quedo yo, don Travieso, remojado,  
Y tu estás enojado? ¿Cuán apriesa  
Mueves ¿qué cosa es esa? tu figura!  
¿Aun esa desventura me quedaba?  
Ya yo me consolaba en ver serena  
Tu imagen, y tan buena y amorosa.  
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO.

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO.

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO.

¡Oh Dios! ¿por qué no pruebo á echarme dentro  
Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO.

¿Qué es esto, Albanio? Tente.

ALBANIO.

¡Oh manifiesto  
Ladron! Mas ¿qué es aquesto? Y ¿es muy bueno  
Vestidos de lo ajeno, y ante el dueño,  
Como si fuese un leño sin sentido,  
Venir muy revestido de mi carne?  
Yo haré que descarne esa alma osada  
Aquesta mano airada.

SALICIO.

Estáte quedo (48).—  
Llega tú, que no puedo detenelle.

NEMOROSO.

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO.

¿Yo? dejalle,  
Si desenclavijalle yo acabase  
La mano, á que escapase mi garganta (49).

NEMOROSO.

No tiene fuerza tanta; solo puedes  
Hacer tú lo que debes á quien eres (50).

SALICIO.

¿Qué tiempo de placeres y de burlas!  
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?  
Ven ya, no estés donoso.

NEMOROSO.

Luego vengo,  
En cuanto me detengo yo aquí un poco.  
Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO.

¡Ay! paso, que me matas.

ALBANIO.

Aunque mueras..

NEMOROSO.

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO.

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO.

Suelta ya.

ALBANIO.

¿Qué te hago? (51)

NEMOROSO.

¿A mí? No, nada.

ALBANIO.

Pues véte tu jornada, y nunca entiendas  
En aquestas contiendas.

SALICIO.

¡Ah, furioso!

Aferra, Nemoroso, y tenle fuerte (52).  
Yo te daré la muerte, don Perdidó.  
Ténmele tú tendido mientras lo ato;  
Probemos así un rato á castigarlo.  
Quizá con espantallo habrá algún mieló.

ALBANIO.

Señores, si estoy quedo ¿dejaréisme?

SALICIO.

No.

ALBANIO.

¿Pues qué! ¿mataréisme?

SALICIO.

Si.

ALBANIO.

¿Sin falta?

Mira cuánto mas alta aquella sierra  
Está que la otra tierra.

NEMOROSO.

Bueno es esto.

Él olvidará presto la braveza.

SALICIO.

Calla, que así se aveza á tener seso.

ALBANIO.

¿Cómo? ¿Azotado y preso!

SALICIO.

Calla, escucha.

ALBANIO.

Negra fué aquella lucha que contigo  
Hice, que tal castigo dan tus manos.  
¿No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO.

Albanio, compañero, calla agora,  
Y duerme aquí algun hora, y no te muevas.

ALBANIO.

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO.

Loco.

(47) Por entrambos. Es arcaismo.

(48) Herrera dice: *Está quedo*.

(49) La mano y escapase mi garganta.—Dicen Tamayo y Azara.

(50) *Debes* no es consonante de *puedes*.

(51) *Hago* no es consonante de *cubo*.

(52) *Aferra*, Nemoroso, tenle fuerte.—*Texto de Herrera*.



ALBANIO.

Paso, que duermo un poco.

SALICIO.

¿Duermes cierto?

ALBANIO.

¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?

SALICIO.

Este te dará el pago, si despiertas,  
En esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO.

Algo está mas quieto y reposado  
Que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?  
Parece que puede ser curado?

SALICIO.

En procurar cualquiera beneficio  
A la vida y salud de un tal amigo,  
Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO.

Escucha pues un poco lo que digo;  
Contaré una extraña y nueva cosa,  
De que yo fui la parte y el testigo.En la ribera verde y deleitosa  
Del sacro Tórmes, dulce y claro río,  
Hay una vega grande y espaciosa,  
Verde en el medio del invierno frío,  
En el otoño verde y primavera,  
Verde en la fuerza del ardiente estío.  
Levántase al fin della una ladera  
Con proporcion graciosa en el altura,  
Que sojuzga la vega y la ribera.Allí esta sobrepuesta la espesura  
De las hermosas torres, levantadas  
Al cielo con extraña hermosura.No tanto por la fábrica estimadas,  
Aunque extraña labor allí se vea,  
Cuanto por sus señores ensalzadas.Allí se halla lo que se desea:  
Virtud, linaje, haber y todo cuanto  
Bien de natura ó de fortuna sea.Un hombre mora allí de ingenio tanto,  
Que toda la ribera adonde el vino  
Nunca se harta de escuchar su canto.Nacido fué en el campo placentino,  
Que con estrago y destrucion romana  
En el antiguo tiempo fué sanguino;Y en este, con la propia, la inhumana  
Furia infernal, por otro nombre guerra,  
Lo tiñe, lo arruina y lo profana (53).Él, viendo aquesto, abandonó su tierra,  
Por ser mas del reposo compañero  
Que de la patria que el furor atierra.Llevóle á aquella parte el buen agüero  
De aquella tierra de Alba tan nombrada,  
Que este es el nombre della, y del Severo (54).A aqueste Febo no le escondió nada;  
Antes de piedras, yerbas y animales  
Diz que le fué noticia entera dada.Este, cuando le place, á los caudales  
Ríos el curso presuroso enfrena  
Con fuerza de palabras y señales.La negra tempestad en muy serena  
Y clara luz convierte, y aqnel día,  
Si quiere revolvello, el mundo atruena.La luna de allá arriba bajaría  
Si al son de las palabras no impidiere  
El son del carro que la mueve y guía.Temo que si decirte presumiere  
De su saber la fuerza con loores (55),  
Que en lugar de alaballe, le ofendiere.Mas no te callaré que los amores  
Con un tan eficaz remedio cura,

Cual sé conviene á tristes amadores.

En un punto remueve la tristura,  
Convierte en odio aquel amor insano,  
Y restituye el alma á su natura.No te sabré decir, Salicio hermano,  
La órden de mi cura y la manera:  
Mas sé que me parti dél libre y sano.Acuérdaseme bien que en la ribera  
De Tórmes le hallé solo cantando,  
Tan dulce, que una piedra entreciebra.Como me me vido, adivinando  
La causa y la razon de mi venida,  
Suspensó un rato estuvo allí callando;Y luego con voz clara y expedida  
Soltó la rienda al verso numeroso  
En alabanzas de la libre vida.Yo estaba embebecido y vergonzoso,  
Atento al son, y viéndome del todo  
Fuera de libertad y de reposo,No sé decir sino que en fin de modo  
Aplicó á mi dolor la medicina,  
Que el mal desarraigó de todo en todo.Quedé yo entonces como quien camina  
De noche por caminos enriscados,  
Sin ver dónde la senda ó paso inclina,Que venida la luz, y contemplados,  
Del peligro pasado nace un miedo,  
Que deja los cabellos erizados.Así estaba mirando atento y quedo  
Aquel peligro yo que atrás dejaba,  
Que nunca sin temor pensallo puedo.Tras esto luego se me presentaba,  
Sin antojos delante, la vileza  
De lo que antes ardiendo deseaba.Así curó mi mal con tal destreza  
El sabio viejo, como te he contado,  
Que volvió el alma á su naturaleza,  
Y soltó el corazón aherrojado.

SALICIO.

;Oh gran saber! Oh viejo fructuoso!  
Que el perdido reposo al alma vuelve,  
Y lo que la revuelve y leva á tierra  
Del corazón destierra incontinentemente.  
Con esto solamente que contaste,  
Así lo reputaste acá conmigo,  
Que sin otro testigo, á descalze  
Ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO.

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?  
De mas te daré juicio manifiesto,  
Si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO.

¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa  
Puede ser tan sabrosa en otra parte  
A mí, como escucharte? No la siento,  
Cuanto mas este cuento de Severo;  
Dimelo por entero, por tu vida.  
Pues no hay quien nos impida ni embarace.  
Nuestro ganado pae, el viento espira,  
Filomena sospira en dulce canto,  
Y en amoroso llanto se amaneilla;  
Gime la tortolilla sobre el olmo,  
Presentanos á como el prado flores,  
Y esmalta en mil colores su verdura;  
La fuente clara y pura murmurando  
Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO.

Escucha pues un rato, y diré cosas  
Extrañas y espantosas poco á poco.  
Ninfas, á vos invoco; verdes faunos (56),  
Sátiros y silvanos, soldad todos  
Mi lengua en dulces modos y sutiles;  
Que ni los pastoriles ni el avena  
Ni la zampoña suena como quiero.  
Este nuestro Severo ¡udo tanto  
Con el suave canto y dulce lira,  
Que, revueltos en ira y torbellino,(53) Así Herrera; otros dicen *lo ruina*.

(54) Nombre del maestro del duque de Alba Fernando.

(55) De su saber su fuerza con loores, dicen Tamayo y Azara, Sigue á Herrera.

(56) Faunos no es consonante de silvanos.

En medio del camino se pararon  
 Los vientos, y escucharon muy atentos  
 La voz y los acentos, muy bastantes  
 A que los repunantes y contrarios  
 Se hiciesen voluntarios y conformes.  
 A aqueste el viejo Tórmes como á hijo  
 Lo metió al escondrijo de su fuente,  
 De do va su corriente comenzada.  
 Mostróle una labrada y cristalina  
 Urna, donde él rechina el diestro lado;  
 Y en ella vió entallado y esculpido  
 Lo que antes de haber sido, el sacro vicio  
 Por divino consejo puso en arte,  
 Labrando á cada parte las extrañas  
 Virtudes y hazañas de los hombres  
 Que con sus claros nombres ilustraron  
 Cuanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brio desdñoso,  
 Con pecho corajoso, aquel valiente  
 Que contra un rey potente y de gran seso (57),  
 Quel viejo padre preso le tenía,  
 Cruda guerra movía, despertando  
 Su ilustre y claro bando al ejercicio  
 De aquel piadoso oficio. A aqueste junto  
 La gran labor al punto señalaba  
 Al hijo, que mostraba acá en la tierra (58)  
 Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.  
 Mostrábase mancebo en las señales  
 Del rostro, que eran tales, que esperanza  
 Y cierta confianza claro daban  
 A cuantos le miraban, que él sería  
 En quien se informaría un sér divino.  
 Al campo sarracino en tiempos años (59)  
 Daba con graves daños á sentillo;  
 Que, como fué caudillo del cristiano,  
 Ejerció la mano y el maduro  
 Seso y aquel seguro y firme pecho.  
 En otra parte, hecho ya mas hombre (60),  
 Con mas ilustre nombre los arneses  
 De los lieros franceses abollaba.  
 Junto tras esto estaba figurado  
 Con el arnés manchado de otra sangre (61),  
 Sosteniendo la hambre en el asedio,  
 Siendo él solo remedio del combate,  
 Que con fiero rebate y con ruido  
 Por el muro batido le ofrecían.  
 Tantos, al fin, morían por su espada,  
 A tantos la jornada puso espanto,  
 Que no hay labor que tanto notifique  
 Cuanto el fiero Fadrique de Toledo  
 Puso terror y miedo al enemigo.

Tras aqueste que digo se veía  
 El hijo don García, que en el mundo (62)  
 Sin par y sin segundo solo fuera,  
 Si hijo no tuviera. ¿Quién mirara  
 De su hermosa cara el rayo ardiente,  
 Quién su resplandeciente y clara vista,  
 Que no diera por vista su grandeza?  
 Estaban de cruzeta vista armadas  
 Las tres inicuas hadas, cruda guerra  
 Haciendo allí á la tierra con quitalle  
 Este, que en alcanzalle fué dichosa.  
 ¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves (63)  
 Los ojos á los Gelves, sospirando!  
 El está ejercitando el duro oficio,  
 Y con tal artificio la pintura  
 Mostraba su figura, que dijeras,  
 Si pintado le vieras, que hablaba.

(57) Azara dice en este lugar: «El rey don Juan II puso preso á don Fernando Alvarez de Toledo, conde de Alba; y su hijo don García, que despues fué primer duque de Alba, le hizo mucha guerra desde Piedrahita y demás fortalezas de su padre, procurando su libertad; pero no la pudo conseguir hasta muerto el rey don Juan, que su hijo don Enrique le sottó voluntariamente.»

(58) Don Fadrique de Toledo, duque segundo de Alba.

(59) Fué generat de los cristianos en la frontera de Granada durante sus mocedades.

(60) En la guerra de Navarra.

(61) *Sangre* no es consonante de *hambre*.

(62) Don García de Toledo, padre de don Fernando, el gran duque.

(63) Rota de los Gelves, en la cual pereció don García.

El arena quemaba, el sol ardia,  
 La gente se caía medio muerta;  
 El solo con despierta vigilancia  
 Dañaba la tardanza floja, inerte,  
 Y alababa la muerte gloriosa.  
 Luego la polvorosa muchedumbre  
 Gritando á su costumbre le cercaba;  
 Mas él, que se llegaba al fiero mozo,  
 Llevaba con destrozo y con tormento  
 Del loco atrevimiento el justo pago.  
 Unos en bruto lago de su sangre (64),  
 Cortado ya el estambre de la vida,  
 La cabeza partida revolcaban;  
 Otros claro mostraban espirando,  
 De fuera palpitando las entrañas.  
 Por las lieras y extrañas enchilladas  
 De aquella mano dadas. Mas el hado  
 Acerbo, triste, airado, fué venido;  
 Y al fin él, confundido de alboroto,  
 Atravesado y roto de mil hierros,  
 Pidiendo de sus yerros vénia al cielo,  
 Puso en el duro suelo la hermosa  
 Cara, como la rosa matutina,  
 Cuando ya el sol declina al mediodía,  
 Que pierde su alegría, y marchitando  
 Va la color mudando; ó en el campo (65)  
 Cual queda el lirio blanco, que el arado  
 Gradamente cortado al pasar deja,  
 Del cual aun no se aleja presuroso  
 Aquel color hermoso, ó se destierra;  
 Mas ya la madre tierra, descuidada,  
 No le administra nada de su aliento,  
 Que era el sustentamiento y vigor sayo;  
 Tal está el rostro tuyo en el arena,  
 Fresca rosa, azucena blanca y pura.

Tras esto una pintura extraña tira (66)  
 Los ojos de quien mira, y los detiene  
 Tanto, que no conviene mirar cosa  
 Extraña ni hermosa, sino aquella.  
 De vestidura bella allí vestidas  
 Las gracias esculpidas se veían;  
 Solamente traían un delgado  
 Velo, que el delicado cuerpo viste,  
 Mas tal, que no resiste á nuestra vista.  
 Su diligencia en vista demostraban;  
 Todas tres ayudaban en una hora  
 A una muy gran señora que paría.  
 Un infante se vía ya nacido,  
 Tal, cual jamás salido de otro parto,  
 Del primer siglo al cuarto vió la luna.  
 En la pequeña cuna se leía  
 Un nombre que decía *don Fernando*.

Bajaban, dél hablando, de dos cumbres  
 Aquellas nueve lumbres de la vida;  
 Con ligera corrida iba con ellas,  
 Cual luna con estrellas, el mancebo  
 Intonso y rubio Febo; y en llegando,  
 Por órden abrazando todas fueron  
 Al niño, que tuvieron luengamente.  
 Vido cómo presente de otra parte (67)  
 Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero,  
 Viendo el gran caballero, que encogido  
 En el recién nacido cuerpo estaba.  
 Entónces lugar daba mesurado  
 A Venus, que á su lado estaba puesta.  
 Ella con mano presta y abundante  
 Néctar sobre el infante desparcía;  
 Mas Febo la desvia de aquel tierno  
 Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.

Del cargo están ufanas todas nueve.  
 El tiempo el paso mueve, el niño crece,  
 Y en tierna edad florece, y se levanta  
 Como felice planta en buen terreno.  
 Ya sin precepto ajeno daba tales  
 De su ingenio señales, que espantaban  
 A los que le criaban. Luego estaba  
 Cómo una le entregaba á un gran maestro,

(64) *Sangre* no es consonante de *estambre*.

(65) *Campo* no es consonante de *blanco*.

(66) Así Herrera; otros dicen *esta*.

(67) Herrera pone:

Viste cómo presente de otra parte.

Que con ingenio diestro y vida honesta  
 Hiciese manifiesta al mundo y clara  
 Aquella ánima rara que allí via.  
 Al niño recibía con respeto  
 Un viejo, en cuyo aspeo se via junto  
 Severidad á un punto con dulzura.  
 Quedó desta figura como helado  
 Severo, y espantado viendo al viejo,  
 Que, como si en espejo se mirara.  
 En cuerpo, edad y cara eran conformes.  
 En esto, el rostro á Tórrmes revolviendo,  
 Vió que estaba riendo de su espanto.  
 «¿De qué te espantas tanto? dijo el río.  
 ¿No basta el saber mio á que primero  
 Que naciese Severo, yo supiese  
 Que habia de ser quien diese la doctrina  
 Al ánima divina deste mozo?»  
 El, lleno de alborozo y de alegría,  
 Sus ojos mantenía de pintura.  
 Miraba otra figura de un mancebo,  
 El cual venia con Febo mano á mano,  
 Al modo cortesano. En su manera,  
 Juzgáralo cualquiera, viendo el gesto  
 Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,  
 Por un hombre perfecto en la alta parte  
 De la difícil arte cortesana,  
 Maestra de la humana y dulce vida.  
 Luego fué conocida de Severo  
 La imágen por entero fácilmente  
 Deste que allí presente era pintado.  
 Vió que era el que habia dado á don Fernando,  
 Su ánimo formando en lengua usanza,  
 El trato, la crianza y gentileza,  
 La dulzura y llaneza acomodada,  
 La virtud apartada y generosa (68),  
 Y en fin, cualquiera cosa que se via  
 En la cortesania, de que lleno  
 Fernando tuvo el seno y bastecido.  
 Despues de conocido, leyó el nombre  
 Severo de aqueste hombre, que se llama  
 Boscan, de cuya llama clara y pura  
 Sale el fuego que apura sus escritos,  
 Que en siglos infinitos tendrán vida (69).

De algo mas crecida edad miraba  
 Al niño que escuchaba sus consejos,  
 Luego los aparejos ya de Marte  
 Estotro puesto aparte le traía.  
 Así les convenia á todos ellos,  
 Que no pudiera dellos dar noticia  
 A otro la milicia en muchos años.  
 Obraba los engaños de la lucha:  
 La maña y fuerza mucha y ejercicio  
 Con el robusto oficio está mezclada.

Allí con rostro blando y amoroso  
 Vénus aquel hermoso mozo mira,  
 Y luego le retira por un rato  
 De aquel áspero trato y son de hierro.  
 Mostrárale ser yerro y ser mal hecho  
 Armar continuo el pecho de dureza,  
 No dando á la terneza alguna puerta.  
 Entrada en una huerta, con él siendo,  
 Una ninfa durmiendo le mostraba.  
 El mozo la miraba, y juntamente  
 De súbito accidente acometido,  
 Estaba embebecido, y á la diosa,  
 Que á la ninfa hermosa se allegase  
 Mostraba que rogase, y parecia  
 Que la diosa temia de llegarse.  
 El no podia hartarse de miralla,  
 Eternamente amalla proponiendo (70).

Luego venia corriendo Marte airado,  
 Mostrándose alterado en la persona,  
 Y daba una corona á don Fernando;  
 Y estábale mostrando un caballero  
 Que con semblante fiero amenazaba  
 Al mozo que quitaba el nombre á todos.  
 Con atentados modos se movía  
 Contra el que le atendía (71) en una puente

Mostraba claramente la pintura  
 Que acaso noche oscura entonces era.  
 De la batalla fiera era testigo  
 Marte, que al enemigo condenaba  
 Y al mozo coronaba en el fin della;  
 El cual como la estrella relumbrante  
 Que el sol envía delante, resplandece.  
 De allí su nombre crece, y se derrama  
 Su valerosa fama á todas partes.  
 Luego con nuevas artes se convierte  
 A hurtar á la muerte y á su abismo  
 Gran parte de sí mismo y quedar vivo  
 Cuando el vulgo cautivo le llorare,  
 Y muerto le llamare con deseo.  
 Estaba el Ilimeo allí pintado,  
 El diestro pié calzado en lazos de oro (72).

De virgenes un coro está cantando,  
 Partidas alternando y respondiendo,  
 Y en un lecho poniendo una doncella,  
 Que quien atento aquella bien mirase,  
 Y bien la cotejase en su sentido  
 Con la que el mozo vido allá en la huerta,  
 Verá que la despierta y la dormida  
 Por una es conocida de presente.  
 Mostraba juntamente ser señora  
 Digna y merecedora del tal hombre.  
 El almohada el nombre contenía,  
 El cual doña Maria Enriquez era.  
 Apenas tienen fuera á don Fernando,  
 Ardiendo y deseando estar ya ceñado.  
 Al fin era dejado con su esposa,  
 Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pié estaba puesta la fortuna,  
 Nunca estable ni una, que llamaba  
 A Fernando, que estaba en vida ociosa,  
 Que por dificultosa y ardua via  
 Quisiera ser su guía y ser primera;  
 Mas él por compañera toma aquella,  
 Siguiendo á la que es bella descubierta,  
 Y juzgada cubierta por disforme:  
 El nombre era conforme á aquesta fama:  
 Virtud esta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella la guiara igual en curso,  
 Sino este, que el discurso de su lumbre  
 Forzaba la costumbre de sus años,  
 No recibiendo engaños sus deseos?  
 Los montes Pirineos (que se estima  
 De abajo que la cima está en el cielo,  
 Y desde arriba el suelo en el infierno)  
 En medio del invierno atravésaba.  
 La nieve blanqueaba, y las corrientes  
 Por debajo de puentes cristalinas  
 Y por heladas minas van calladas.  
 El aire las cargadas ramas mueve,  
 Que el peso de la nieve las desgaja.  
 Por aquí se trabaja el Duque osado,  
 Del tiempo contrastado y de la via,  
 Con clara compañía de ir delante.  
 El trabajo constante y tan loable  
 Por la Francia mudable en fin le lleva,  
 La fama en él renueva la presteza;  
 La cual con ligereza iba volando,  
 Y con el gran Fernando se paraba,  
 Y le significaba en modo y gesto  
 Que el caminar muy presto convenia.  
 De todos escogía el Duque uno,  
 Y entrambos de consuno cabalgaban;  
 Los caballos mudaban fatigados;  
 Mas á la fin llegados á los muros  
 Del gran Paris seguros, la dolencia,  
 Con su débil presencia y amarilla,  
 Bajaba de la silla al Duque sano,

de San Pablo de Búrgos con otro caballero, que se habla pleado por una zumba que le dijo delante de una señora á quien ambos servían. Despues de la prudencia se hicieron amigos, prometiendo guardar secreto el lance; pero aquella noche se descubrió en palacio, porque al partir trocarán las capas, y la del contrario de don Fernando tenía la cruz de Santiago.»

(72) El Broicense explica esto diciendo que «el diestro pié calzado significa buen agüero para que el casamiento dure, porque la reina Dido, para desatar el casamiento de Eneas, tenía un pié descalzo».

(68) Así Herrera; otros omiten la y.

(69) Así Herrera; otros ponen *ternán*.

(70) Azara pone *prometiendo*.

(71) El mismo dice: «Don Fernando rió una noche en el puente

Y con pesada mano le tocaba.  
 El luego comenzaba á demudarse,  
 Y amarillo pararse y á dolerse.  
 Luego pudiera verse de travieso  
 Venir por un espeso bosque ameno,  
 De buenas yerbas lleno y medicina,  
 Esculapio, y camina, no parando,  
 Hasta donde Fernando está en el lecho.  
 Entro con pié derecho, y parecia  
 Que le restituía en tanta fuerza,  
 Que á proseguir se esfuerza su viaje,  
 Que le llevo al pasaje del gran Reno.  
 Tomábase en su seno el caudaloso  
 Y claro río, gozoso de tal gloria,  
 Trayendo á la memoria cuándo vino  
 El vencedor latino al mismo paso.  
 No se mostraba escaso de sus ondas;  
 Antes con aguas hondas que engendraba,  
 Los bajos igualaba y al liviano  
 Barco daba de mano, el cual, volando,  
 Atrás iba dejando muros, torres,  
 Con tanta priesa corres, naverrilla,  
 Que llegas do amancilla una doncella,  
 Y once mil mas con ella, y mancha el suelo  
 De sangre, que en el cielo está esmaltada:  
 Ursula, desposada y virgen pura,  
 Mostraba su figura, en una pieza  
 Pintada su cabeza. Allí se via  
 Que los ojos volvía ya espirando,  
 Y estábala mirando aquel tirano  
 Que con acerba mano llevó á hecho  
 De tierno en tierno pecho su compañía (75).

Por la fiera Alemaña de aquí parte  
 El Duque, á aquella parte enderezado  
 Donde el cristiano estado estaba en dubio.  
 En fin al gran Danubio se encomienda;  
 Por él suelta la rienda á su navio,  
 Que con poco desvío de la tierra,  
 Entre una y otra sierra el agua liende.  
 El remo, que deciendo en fuerza sumia,  
 Mueve la blanca espuma como argento.  
 El veloz movimiento parecia  
 Que pintado se via ante los ojos.  
 Con amorosos ojos adelante  
 Carlo, César triunfante, le abrazaba  
 Cuando desembarcaba en Ratisbona.  
 Allí por la corona del imperio  
 Estaba el magisterio de la tierra  
 Convocado á la guerra que esperaban.  
 Todos ellos estaban enlavando  
 Los ojos en Fernando, y en el punto  
 Que así le vieron junto, se prometen  
 De cuanto allí acometen la victoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,  
 Con bárbara jactancia allí se via  
 A los fines de Hungria el campo puesto  
 De aquel que fué molesto en tanto grado (74)  
 Al hungaro cuitado y afligido;  
 Las armas y el vestido á su costumbre.  
 Era la muchedumbre tan extraña,  
 Que apenas la campaña la abrazaba,  
 Ni á dar pasto bastaba, ni agua el río.

César con celo pio y con valiente  
 Animo aquella gente despreciaba;  
 La suya convocaba, y en un punto  
 Vieras un campo junto de naciones  
 Diversas y razones (75); mas de un celo  
 No ocupaba el suelo en tanto grado  
 Con número sol ralo y infinito  
 Como el campo maldito; mas mostraban  
 Virtud, con que sobaban su contrario,  
 Animo voluntario, industria y maña;  
 Con generosa saña y viva fuerza  
 Fernando los esfuerza y los recoge,  
 Y á sueldo suyo coge muchos de ellos.  
 De un arte usaba entre ellos admirable:  
 Con el disciplinable aleman fiero  
 A su manera y fuero conversaba;  
 A todo se aplicaba de manera,

Que el flamenco dijera que nacido  
 En Flándes habia sido, y el osado  
 Español y sobrado, imaginando  
 Ser suyo don Fernando y de su suelo,  
 Demanda sin recelo la batalla.  
 Quien mas cerca se halla del gran hombre  
 Piensa que crece el nombre por su mano.  
 El cauto italiano nota y mira,  
 Los ojos nunca tira del guerrero,  
 Y aquel valor primero de su gente  
 Junto en este y presente considera.  
 En él ve la manera misma y maña  
 Del que pasó en España sin tardanza,  
 Siendo solo esperanza de su tierra,  
 Y acabó aquella guerra peligrosa  
 Con mano poderosa y con estrago  
 De la fiera Cartago y de su muro,  
 Y del terrible y duro su caudillo,  
 Cuyo agudo cuchillo á las gargantas  
 Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida  
 La envidia carcomida, á sí molesta;  
 Contra Fernando puesta frente á frente,  
 La desvalida gente convocaba,  
 Y contra aquel la armaba, y con sus artes  
 Busca por todas partes daño y mengua.  
 El con su mansa lengua y largas manos  
 Los tumultos livianos asentando,  
 Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,  
 Que la envidia en el cielo le miraba;  
 Y como no bastaba á la conquista,  
 Vencida ya su vista de tal lumbre,  
 Forzaba su costumbre, y parecia  
 Que perdon le pedía, en tierra echada.  
 Él, despues de pisada, descansando  
 Quedaba y aliviado de este enojo;  
 Y lleno del despojo desta fiera,  
 Hallaba en la ribera del gran río,  
 De noche, al puro frio del sereno,  
 A César, que en su seno está pensoso (76),  
 Del suceso dudoso desta guerra;  
 Que, aunque de sí destierra la tristeza,  
 Del caso la grandeza trae consigo  
 El pensamiento amigo del remedio.  
 Entrambos buscan medio conveniente  
 Para que aquel terrible furor loco  
 Les empeciese poco, y recibiese  
 Tal estrago, que fuese destrozado.

Despues de haber hablado, ya cansados,  
 En la yerba acostados se dormían;  
 El gran Danubio oían ir sonando,  
 Casi como aprobando aquel consejo.  
 En esto el claro viejo río se via  
 Que del agua salía muy callado,  
 De sauces coronado y de un vestido  
 De las ovas tejido mal cubierto,  
 Y en aquel sueño incierto les mostraba  
 Todo cuanto tocaba al gran negocio.  
 Parecia que el ocio sin provecho  
 Les sacaba del pecho; porque luego,  
 Como si en vivo fuego se quemara  
 Alguna cosa cara, se levantan  
 Del gran sueño y se espantan, alegrando  
 El ánimo y alzando la esperanza.

El río sin tardanza parecia  
 Que el agua disponía al gran viaje;  
 Allanaba el pasaje y la corriente,  
 Para que fácilmente aquella armada  
 Que habia de ser guiada por su mano,  
 En el remar liviano y dulce viese  
 Cuánto el Danubio fuese favorable.  
 Con presteza admirable vieras junto  
 Un ejército á punto denodado;  
 Y despues de embarcado, el remo lento,  
 El duro movimiento de los brazos,  
 Los pocos embarazos de las ondas  
 Llevaban por las ondas aguas presta  
 El armada, molesta al gran tirano.  
 El artificio humano no hiciera  
 Pintura que exprimiera vivamente  
 El armada, la gente, el curso, el agua;

(75) El texto de Herrera dice *tu compañía*.

(74) El gran Turco.

(75) Otros leen *opiniones* en vez de *razones*.(76) Así Herrera; otros leen *pensoso*.

Y apenas en la fragua (donde sudan  
Los cíclopes y mudan fatigados  
Los brazos, ya cansados del martillo)  
Pudiera así exprimillo el gran maestro.

Quien viera el curso diestro por la clara  
Corriente, bien jurara á aquellas horas  
Que las agudas proras dividían  
El agua y la hendían con sonido,  
Y el rastró iba seguido. Luego vieras  
Al viento las banderas trenolando,  
Las ondas imitando en el moverse.  
Pudiera también verse casi viva  
La otra gente esquivá y descreída,  
Que, de ensoberbecida y arrogante,  
Pensaba que delante no hallaran  
Hombres que se pararan á su furia.  
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,  
Remos iban metiendo con tal gana,  
Que iba de espuma cana el agua llena.

El temor enajena al otro bando;  
El sentido, volando de uno en uno,  
Entrábase importuno por la puerta  
De la opinión incierta, y siendo dentro,  
En el íntimo centro allá del pecho  
Les dejaba deshecho un hielo frío,  
El cual, como un gran río en flujos gruesos,  
Por médulas y huesos discurría.  
Todo el campo se vía conturbado  
Y con arrebatado movimiento;  
Solo del salvamento platicaban.

Luego se levantaban con desórden,  
Confusos y sin órden caminando,  
Atrás iban dejando con recelo,  
Tendida por el suelo, su riqueza.  
Las tiendas, de pereza y de fornicio (77),  
Con todo bruto vicio obrar solían,  
Sin ellas se partían. Así armadas,  
Eran desamparadas de sus dueños.  
A grandes y pequeños juntamente  
Era el temor presente por testigo,  
Y el áspero enemigo á las espaldas,  
Que les iba las faldas ya mordiendo.

César estar teniendo allí se vía  
A Fernando, que ardía sin tardanza  
Por colorar su lanza en turca sangre.  
Con animosa hambre y con denuedo (78)  
Forceja con quien quedo estar le manda.  
Como lebel de Irlanda generoso  
Que el jabali cerdoso y fiero mira,  
Rebátase, sospira, fuerza y riñe,  
Y apenas le constrñe el atadura,  
Que el dueño con cordura mas aprieta;  
Así estaba perfeta y bien labrada  
La imágen figurada de Fernando,  
Que quien allí mirándola estuviera,  
Que era desta manera bien juzgara (79).

Resplandeciente y clara de su gloria  
Pintada la vitoria se mostraba;  
A César abrazaba, y no parando,  
Los brazos á Fernando echaba al cuello.  
El mostraba de aquello sentimiento,  
Por ser el vencimiento tan holgado.  
Estaba figurado un carro extraño  
Con el despojo y daño de la gente  
Bárbara, y juntamente allí pintados  
Cautivos amarrados á las ruedas,  
Con hábitos y sedas variadas;  
Lanzas rotas, celadas y banderas,  
Armaduras ligeras de los brazos,  
Escudos en pedazos divididos,  
Vieras allí cogidos en trofeo,  
Con que el comun deseo y voluntades  
De tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba faldá y seno  
Con velas al Tirreno de la armada  
Sublime y ensalzada y gloriosa.  
Con la prora espumosa las galeras (83),  
Como nadantes fieras, el mar cortan,

Hasta que en fin aportan con corona  
De lauro á Barcelona, do cumplidos  
Los votos ofrecidos y deseos,  
Y los grandes trofeos ya repuestos,  
Con movimientos prestos de allí luego,  
En amoroso fuego todo ardiendo,  
El buque iba corriendo, y no paraba.  
Cataluña pasaba, atrás la deja;  
Ya de Aragon se aleja, y en Castilla,  
Sin bajar de la silla, los piés pone.  
El corazón dispone al alegría  
Que vecina tenía, y reserena  
Su rostro, y enajena de sus ojos  
Muerte, daños, enojos, sangre y guerra.  
Con solo amor se encierra sin respeto,  
Y el amoroso afeto y celo ardiente  
Figurado y presente está en la cara;  
Y la consorte cara, presurosa,  
De un tal placer dudosa, aunque lo vía,  
El cuello le ceñía en nudo estrecho,  
De aquellos brazos hecho delicadas;  
De lágrimas preñados relumbaban  
Los ojos que sobraban al sol claro.

Con su Fernando caro y señor pio  
La tierra, el campo, el río, el monte, el llano,  
Alegres á una mano estaban todos,  
Mas con diversos modos lo decían.  
Los muros parecían de otra altura;  
El campo en hermosura de otras flores  
Pintaba mil colores disconformes;  
Estaba el mismo Tórmes figurado,  
En torno rodeado de sus niñas,  
Vertiendo claras linfas con instancia,  
En mayor abundancia que solía;  
Del monte se veía el verde seno  
De ciervos todo lleno, corzos, gamos,  
Que de los tiernos ramos van rumiando;  
El llano está mostrando su verdura,  
Tendiendo su llanura así espaciosa,  
Que á la vida curiosa nada empece,  
Ni deja en qué tropiece el ojo vago.  
Bañados en un lago, no de olvido,  
Mas de un embebecido gozo, estaban  
Cuantos consideraban la presencia  
Deste, cuya excelencia el mundo canta,  
Cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vió Severo por sus ojos,  
Y no fueron antojos ni ficciones;  
Si oyeras sus razones, yo te digo  
Que como buen testigo lo creyeras.  
Contaba muy de veras que, mirando  
Atento y contemplando las pinturas,  
Hallaba en las figuras tal destreza,  
Que con mayor viveza no pudieran  
Estar si sér les dieran vivo y puro.  
Lo que dellas oscuro allí hallaba,  
Y el ojo no bastaba á recogerlo,  
El río le daba dello gran noticia.

—Este de la milicia, dijo el río (81),  
La cumbre y señorío tendrá solo (82)  
Del uno al otro polo, y porque espantes  
A todos cuantos cantes los famosos  
Hechos tan gloriosos, tan ilustres,  
Sabe que en cinco lustres de sus años  
Hará tantos engaños á la muerte,  
Que con ánimo fuerte habrá pasado  
Por cuanto aquí pintado dél has visto (85).  
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,  
Dejarte he en la ribera do estar sueles.—  
Quiero que me reveles tú primero,  
Le replicó Severo, qué es aquello;  
Que de mirar en ello se me ofusca  
La vista; así corusca y resplandece,  
Y tan claro parece allá en la urna,  
Como en hora nocturna la cometa.—  
Amigo, no se meta, dijo el viejo,  
Ninguno, le aconsejo, en este suelo  
En saber mas que el cielo le otorgare;  
Y si no te mostrare lo que pides,

(77) Así Herrera; otros dicen *y el fornicio*.

(78) *Sangre* no es consonante de *hambre*.

(79) Así Herrera; otros dicen *lo juzgara*.

(80) Otros dicen *la proa*. Sigo á Herrera.

(81) Así Herrera; otros leen: *Dijo al río*.

(82) Así Herrera; *terná* dicen otros.

(85) Herrera dice: *Della has visto*.

Tú mismo me lo impides, porque en tanto  
Que el mortal velo y manto el alma cubren,  
Mil cosas se te encubren, que no bastan  
Tus ojos, que contrastan, á mirallas.  
No pude yo pintallas con menores  
Luces y resplandores, porque sabe,  
Y aquesto en ti bien cabe, que esto todo  
Que en excesivo modo resplandece  
Tanto, que no parece ni se muestra.  
Es lo que aquella diestra mano usada  
Y virtud sublimada de Fernando  
Acabarán entrando mas los días.  
Lo cual, con lo que vias comparado,  
Es como con nublado muy escuro  
El sol ardiente, puro y relumbrante (84).  
Tu vista no es bastante á tanta lumbre,  
Hasta que la costumbre de miralla  
Tu ver al contemplalla no confunda.  
Como en carcel profunda el encerrado,  
Que, súbito sacado, le atormenta  
El sol que se presenta á sus tinieblas;  
Así tú, que las nieblas y honduras,  
Medido en estrechuras, contemplabas  
Que era cuanto mirabas otra gente,  
Viendo tan diferente suerte de hombre,  
No es rrucho que te asombre luz tamaña;  
Pero véte, que baña el sol hermoso  
Su carro presuroso ya en las ondas,  
Y antes que me respondas será puesto. —

Diciendo así, con gesto muy humano  
Tomóle por la mano. ¡Oh admirable  
Caso y cierto espantable! Que en saliendo,  
Se fueron restringiendo de una parte  
Y de otra de tal arte aquellas ondas,  
Que las aguas, que hondas ser solian,  
El suelo descubrian, y dejaban  
Seca por do pasaban la carrera,  
Hasta que en la ribera se hallaron;  
Y como se pararon en un alto,  
El viejo de allí un salto dió con brío,  
Y levantó del río espuma al cielo,  
Y conmovió del suelo negra arena.

Severo, ya de ajena ciencia instruto,  
Fué á coger el fruto sin tardanza  
De futura esperanza; y escribiendo  
Las cosas fué exprimiendo muy conformes  
A las que habia de Tórmes aprendido;  
Y aunque de mi sentido él bien juzgase  
Que no las alcanzase, no por eso  
Este largo proceso sin pereza  
Dejó, por su nobleza, de mostrarme.  
Yo no podía hartarme allí leyendo,  
Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO.

Espantado me tienes  
Con tan extraño cuento,  
Y al son de tu hablar embebecido;  
Acá dentro me siento,  
Oyendo tantos bienes  
Y el valor deste principe escogido,  
Bullir con el sentido  
Y arder con el deseo,  
Por contemplar presente  
Aquel que, estando ansente;  
Por tu divina relacion ya veo.  
¡Quién viese la escritura,  
Ya que no puede verse la pintura!  
Por firme y verdadero,  
Después que te he escuchado,  
Tengo que ha de sanar Albanio cierto;  
Que, según me has contado,  
Bastará tu Severo  
A dar salud á un vivo y vida á un muerto;  
Que á quien fué descubierto  
Un tamaño secreto,  
Razon es que se crea  
Que, cualquiera que sea,  
Alcanzará con su saber perfeto,  
Y á las enfermedades  
Aplicará contrarias calidades.

(84) Herrera omite la y.

NEMOROSO.

Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio,  
Acerca deste enfermo compañero?

SALICIO.

En que hagamos el debido oficio.

Luego de aquí partamos, y primero  
Que haga curso el mal y se envejezca,  
Así le presentemos á Severo.

NEMOROSO.

Yo soy contento, y antes que amanezca  
Y que del sol el claro rayo ardiente  
Sobre las altas cumbres se parezca,  
El compañero misero y doliente  
Llevemos luego donde cierto entiendo  
Que será guarecido fácilmente.

SALICIO.

Recoge tu ganado, que cayendo  
Ya de los altos montes las mayores  
Sombras, con ligereza van corriendo.  
Mira en torno, y verás por los alcoces  
Salir el humo de las caserías  
De aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mias,  
Y véte tú con ellas poco á poco  
Por aquel mismo valle que solias.

Yo solo me avernó con nuestro loco,  
Que pues que hasta aquí no se ha movido,  
La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO.

Si llegas antes, no te estés dormido;  
Apareja la cena, que sospecho  
Que aun fuego Galafron no habrá encendido.

SALICIO.

Yo lo haré, que al bato iré derecho,  
Si no me lleva á despeñar consigo  
De algun barranco Albanio á mi despecho.  
Adios, hermano.

NEMOROSO.

Adios, Salicio amigo.

### EGLOGA III.

TIRRENO, ALCINO (1).

Aquella voluntad honesta y pura,  
Ilustre y hermosísima Maria,  
Que en mí de celebrar tu hermosura,  
Tu ingenio y tu valor estar solía,  
A despecho y pesar de la ventura  
Que por otro camino me desvía,  
Está y estará en mí tanto clavada,  
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca  
Aqueste oficio solamente en vida;  
Mas con la lengua muerta y fria la boca (2)  
Pienso mover la voz á tí debida.  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
Por el Estigio lago conducida,  
Celebrándote irá, y aquel sonido

(1) «Piensan algunos que fué dirigida á la duquesa de Alba, otros á doña Maria de Cardona, marquesa de la Pádula; pero lo cierto, segun la afirmacion de don Antonio Puertocarrero, es á la señora doña Maria de la Cueva, condesa de Ureña, madre de don Pedro Giron, primer duque de Osuna.»—Fernando de Herrera.

Esta señora falleció en Madrid en el palacio real el año de 1566, siendo de edad muy avanzada. Véase á Gudiel, *Compendio de algunas historias de España*. Alcalá, 1577.

(2) Así entiende Tamayo que debe leerse este verso, y no como creen todos:

Mas con la lengua muerta y fria en la boca;  
porque dice con razon: «Parece demasia sin fruto decir que la lengua está en la boca, pues ¿dónde habia de estar?»

Hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,  
Me affige y de un trabajo en otro lleva:  
Ya de la patria, ya del bien me aparta;  
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;  
Y lo que siento mas, es que la carta (3),  
Donde mi pluma tu alabanza mueva,  
Poniendo en su lugar cuidados vanos,  
Me quita y me arrebatada de las manos.

Pero, por mas que en mi su fuerza pruebe,  
No tornará mi corazon mudable;  
Nunca dirán jamás que me renueve  
Fortuna de un estudio tan loable.  
Apolo y las hermanas, todas nueve,  
Me darán ocio y lengua con que habe  
Lo menos de lo que en tu ser cupiere,  
Que esto será lo mas que yo pudiere (4).

En tanto no te ofenda ni te harte  
Tratar del campo y soledad que amaste,  
Ni desdeñes aquesta inculta parte  
De mi estilo, que en algo ya estimaste.  
Entre las armas del sangriento Marte,  
Do apenas hay quien su furor contraste,  
Hurté de tiempo aquesta breve suma,  
Tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica pues un rato los sentidos  
Al bajo son de mi zampona ruda,  
Indigna de llegar á tus oidos,  
Pues de ornamento y gracia va desnuda;  
Mas á las veces son mejor oidos  
El puro ingenio y lengua casi muda,  
Testigos limpios de ánimo inocente,  
Que la curiosidad del eloquente.

Por aquesta razon de ti escuchado,  
Aunque me falten otras, ser merezco.  
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,  
Con recibillo tú yo me enriquezco.  
De cuatro ninfas que del Tajo amado  
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,  
Filódoce, Dinámene y Climene,  
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo en soledad amena,  
De verdes sauces hay una espesura,  
Toda de hiedra revestida y llena,  
Que por el tronco va hasta la altura,  
Y así la teje arriba y encadena,  
Que el sol no halla paso á la verdura;  
El agua baña el prado, con sonido  
Alegrando la yerba y el oido.

Con tanta mansedumbre el cristalino  
Tajo en aquella parte caminaba,  
Que pudieran los ojos el camino  
Determinar apenas que llevaba.  
Peinando sus cabellos de oro fino,  
Una ninfa del agua, do moraba,  
La cabeza sacó, y el prado ameno  
Vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,  
El suave olor de aquel florido suelo.  
Las aves en el fresco apartamiento  
Vió descansar del trabajosos vuelo.  
Secaba entonces el terreno aliento  
El sol subido en la mitad del cielo.  
En el silencio solo se escuchaba  
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza  
Atentamente aquel lugar sombrío,  
Somorgujó de nuevo su cabeza,  
Y al fondo se dejó calar del rio.  
A sus hermanas á contar empieza  
Del verde sitio el agradable frio,  
Y que vayan las ruegas y amonesta  
Allí con su labor á estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,  
Que las tres dellas su labor tomaron,  
Y en mirando de fuera, vieron luego  
El prado, hácia el cual enderezaron.  
El agua clara con lascivo juego  
Nadando dividieron y cortaron,  
Hasta que el blanco pié tocó mojado,  
Saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,  
Escurrieron del agua sus cabellos,  
Los cuales espereciendo, cobijadas  
Las hermosas espaldas fueron dellos.  
Luego sacando telas delicadas,  
Que en delgadeza competian con ellos,  
En lo mas escondido se metieron,  
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas  
Del oro que el felice Tajo envia,  
Apurado, despues de bien cernidas  
Las menudas arenas do se cria.  
Y de las verdes hojas reducidas  
En estambre sutil, qual convenia  
Para seguir el delicado estilo  
Del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta  
De las colores que antes le habian dado  
Con la fineza de la varia tinta  
Que se halla en las conchas del pescado.  
Tanto artificio muestra en lo que pinta  
Y teje cada ninfa en su labrado,  
Cuanto mostraron en sus tablas antes  
El celebrado Apeles y Timantes.

Filódoce, que así de aquellas era  
Llamada la mayor, con diestra mano  
Tenia figurada la ribera  
De Estrimon, de una parte el verde llano,  
Y de otra el monte de aspereza fiera,  
Pisado tarde ó nunca de pié humano,  
Donde el amor movió con tanta gracia  
La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa  
Euridice, en el blanco pié mordida  
De la pequeña sierpe ponzoñosa,  
Entre la yerba y flores escondida;  
Descolorida estaba como rosa  
Que ha sido fuera de sazón cogida,  
Y el ánima, los ojos ya volviendo,  
De la hermosa carne despidiendo.

Figurado se via extensamente  
El osado marido que hajaba  
Al triste reino de la escura gente,  
Y la mujer perdida recobraba;  
Y cómo despues desto él, impaciente  
Por mirarla de nuevo, la tornaba  
A perder otra vez, y del tirano  
Se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no menos artificio  
Mostraba en la labor que habia tejido,  
Pintando á Apolo en el robusto oficio  
De la silvestre caza enbebecido.  
Mudar presto le hace el ejercicio  
La vengativa mano de Cupido,  
Que hizo á Apolo consumirse en lloro  
Despues que le enclavó con punta de oro.

Dafne con el cabello suelto al viento,  
Sin perdonar al blanco pié, corria  
Por áspero camino tan sin tiento,  
Que Apolo en la pintura parecia  
Que, porque ella templase el movimiento,  
Con menos ligereza la seguia.

El va siguiendo, y ella huye como  
Quien siente al pecho el odioso plomo (5).

Mas á la fin los brazos le crecian,  
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,  
Y los cabellos, que vencer solian  
Al oro fino, en hojas se tornaban;  
En torcidas raíces se extendian  
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.

(3) Carta por el papel, en significacion latina ó italiana.—Azara.  
(4) En Boscan se hallan en una estancia de una cancion los versos que dicen:

Hablaré ya lo menos que tuviere,  
Que esto será lo mas que yo pudiere.

¿Quién tomó á quién este último verso? Boscan á GARCILASO, ó GARCILASO á Boscan? Tamayo afirma que Boscan aprovechó de este verso como de hacienda de amigo. Ignoro en qué se fundó para decir lo que dijo.

(5) Azara observa que los poetas dicen que Cupido hiere con dos géneros de saetas: unas de oro al amor firme y correspondido, y otras de plomo, que lo apartan y engendran los desdenes. No sé si esto se puede aplicar al verso de GARCILASO.

Llora el amante, y busca el sér primero,  
Besando y abrazando aquel madero.

Glimene, llena de destreza y maña,  
El oro y las colores matizando,  
Iba de hayas una gran montaña  
De robles y de peñas variando.  
Un puercu entre ellas, de braveza extraña,  
Estaba los colmillos aguzando  
Contra un mozo, no menos animoso,  
Con su venablo en mano, que hermoso.

Trasesto, el puercu allí se via herido  
De aquel mancebo por su mal valiente,  
Y el mozo en tierra estaba ya tendido,  
Abierto el pecho del rabioso diente;  
Con el cabello de oro desaparecido  
Barriendo el suelo miserablemente,  
Las rosas blancas por allí sembradas  
Tornaba con su sangre coloradas.

Adónis este se mostraba que era;  
Segun se muestra Vénus dolorida,  
Que viendo la herida abierta y fiera,  
Sobre él estaba casi amortecida (6).  
Boca con boca coge la postrera  
Parte del aire que solía dar vida  
Al cuerpo, por quien ella en este suelo  
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo  
De los pasados casos la memoria,  
Y en la labor de su sutil trabajo  
No quiso entretener antigua historia;  
Antes mostrando de su claro Tajo  
En su labor la celebrada gloria,  
Lo figuró en la parte donde baña  
La mas felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,  
Que, en áspera estrechez reducido,  
Un monte casi al rededor ceñía,  
Con impetu corriendo y con ruido;  
Querer cercarle todo parecía  
En su volver; mas era afan perdido;  
Dejábase correr, en fin, derecho,  
Contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre  
Del monte, y desde allí por él sembrada,  
Aquella ilustre y clara pesadumbre  
De antiguos edificios adornada.  
De allí con agradable mansedumbre  
El Tajo va siguiendo su jornada,  
Y regando los campos y arboledas  
Con artificio de las altas ruedas (7).

En la hermosa tela se veían  
Entretejidas las silvestres diosas  
Salir de la espesura, y que venían  
Todas á las riberas presurosas,  
En el semblante tristes, y trajían  
Cestillos blancos de purpúreas rosas,  
Las cuales esparciendo, derramaban  
Sobre una ninfa muerta que lloraban (8).

Todas con el cabello desparcido  
Lloraban una ninfa delicada,  
Cuya vida mostraba que había sido  
Antes de tiempo y casi en flor cortada.  
Cerca del agua, en un lugar florido,  
Estaba entre las yerbas degollada (9),  
Cual queda el blanco cisne cuando pierde  
La dulce vida entre la yerba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,  
Al parecer, á todas excedía,  
Mostrando en el semblante la tristeza

Que del funesto y triste caso había,  
Apartada algun tanto, en la corteza  
De un álamo unas letras escribía,  
Como epitafio de la ninfa bella,  
Que hablaban así por parte della.

«Elisa soy, en cuyo nombre suena  
Y se lamenta el monte cavernoso,  
Testigo del dolor y grave pena  
En que por mí se allige Nemoroso,  
Y llama á Elisa; Elisa á boca llena  
Responde el Tajo, y lleva presuroso  
Al mar de Lusitania el nombre mio,  
Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en esta tela artificiosa  
Toda la historia estaba figurada,  
Que en aquella ribera deleitosa  
De Nemoroso fué tan celebrada;  
Porque de todo aquesto y cada cosa  
Estaba Nise ya tan informada,  
Que llorando el pastor, mil veces ella  
Se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento  
No solo entre las selvas se contase,  
Mas dentro de las ondas sentiniento  
Con la noticia de esto se mostrase,  
Quiso que de su tela el argumento  
La bella ninfa muerta señalase,  
Y así se publicase de uno en uno  
Por el humido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas  
Eran las telas de las cuatro hermanas,  
Las cuales, con colores matizadas  
Y claras luces de las sombras vanas (10),  
Mostraban á los ojos relevadas  
Las cosas y figuras que eran llanas;  
Tanto, que al parecer el cuerpo vano  
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,  
Escondiendo su luz, al mundo cara,  
Tras altos montes, y á la luna daban  
Lugar para mostrar su blanca cara;  
Los peces á menudo ya saltaban,  
Con la cola azotando el agua clara,  
Cuando las ninfas, la labor dejando,  
Hacía el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos  
Tenían los piés, y reclinan querían  
Los blancos cuerpos, cuando sus oídos  
Fueron de dos zampoñas que tenían  
Suave y dulcemente, detenidos;  
Tanto, que sin mudarse las oían,  
Y al son de las zampoñas escuchaban  
Dos pastores á veces que cantaban.

Mas claro cada vez el son se oía  
De los pastores, que venían cantando  
Tras el ganado, que tambien venía  
Por aquel verde soto caminando,  
Y á la majada, ya pasado el dia,  
Recogido llevaban, alegrando (11)  
Las verdes selvas con el son suave,  
Haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno destos dos el uno era,  
Alcino el otro, entrambos estimados,  
Y sobre cuantos pacen la ribera (12)  
Del Tajo con sus vacas enseñados,  
Mancebos de una edad, de una manera  
A cantar juntamente aparejados,  
Y á responder. Aquesto van diciendo,  
Cantando el uno, el otro van diciendo.

#### TIRRENO.

Flérida, para mi dulce y sabrosa  
Mas que la fruta del cereado ajeno,  
Mas blanca que la leche y mas hermosa  
Que el prado por abril, de flores lleno;

(10) Claras las luces de las sombras vanas.—Así el texto de Ulloa y el de Herrera; así Francisco Pacheco en su *Arte de la pintura*, al citar esta octava de Garcilaso en su libro primero.

(11) Herrera y Tamayo; Azara pone:

Recogido le llevan, alegrando.

(12) Ulloa y otros leen:

Y sobre cuantos pacen la ribera.

(6) Estaba sobre él casi amortecida.—*Texto de Herrera.*

(7) Las azudas.

(8) Doña Isabel Freyre, portuguesa.

(9) Así Herrera; Sanchez dice que halló en un libro antiguo, en vez de *degollada*, *igualada*, que significa *amortajada*.

Herrera afirma que *degollada* se tomaba por *desagrada*; «como decimos cuando sangran mucho á uno, que lo *degolló* el barbero.» Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, escribe: «Cuando saacan á uno mucha sangre por las venas, solemos decir que conviene *degollarle*, si el accidente requiere tanta evacuacion.»

Azara dice que mas natural era que se leyese en el verso *desagrada*, puesto que doña Isabel murió de sobreparto. Tamayo acepta la voz *degollada*, siguiendo á Herrera.



Si tú respondes pura y amorosa  
Al verdadero amor de tu Tirreno,  
A mi majada arribarás primero  
Que el cielo nos amuestre su lucero (15).

## ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea  
Amargo al gusto mas que la retama,  
Y de ti despojado yo me vea,  
Cual queda el tronco de su verde rama,  
Si mas que yo el murciélagos desea  
La oscuridad, ni mas la luz desama,  
Por ver el fin de un término tamaño  
Deste día, para mi mayor que un año.

## TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando  
Aparecer la dulce primavera,  
Cuando Favonio y Céforo soplando (14),  
Al campo tornan su beldad primera,  
Y van artificiosos esmaltando  
De rojo, azul y blanco la ribera;  
En tal manera á mi, Flérida mía,  
Viniendo, reverdece mi alegría.

## ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,  
Embravecido en la fragosa sierra,  
Que los antiguos robles ciento á ciento  
Y los pinos altísimos atierra,  
Y de tanto destrozo aun no contento,  
Al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
A la de Filis, con Alcino airada.

## TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,  
Produce el campo en abundancia tierno  
Pasto al ganado, el verde monte ofrece  
A las fieras salvajes su gobierno;  
A do quiera que miro me parece  
Que derrama la copia todo el uerno;  
Mas todo se convertirá en abrojos  
Si dello aparta Flérida sus ojos.

## ALCINO.

De la esterilidad es oprimido  
El monte, el campo, el soto y el ganado;  
La malicia del aire corrompido  
Hace morir la yerba mal su grado;  
Las aves ven su descubierta nido,  
Que ya de verdes hojas fué cercado;  
Pero si Filis por aqui tornare,  
Hará reverdecer cuanto mirare.

## TIRRENO.

El álamo de Alcides escogió  
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;  
De la hermosa Vénus fué tenido  
En precio y en estima el mirto solo;  
El verde sauz de Flérida es querido,  
Y por suyo entre todos escogiólo (15);

(15) Así Ulloa y Herrera, cuya opinión sigo, por mas conforme á la lengua. El Brocense, Tamayo y Azara dicen *demuestre*.

(14) Nota el Brocense que aquí GARCILASO hizo de un viento dos. Herrera observa lo mismo, y cree enmendarlo con decir que el uno será epíteto del otro, como pusieron Homero y Virgilio en sus poemas *Fébo Apolo*. En tal caso debería leerse:

Cuando Favonio Céforo soplando,  
Al campo torna la beldad primera.

Mas esto no puede ser, pues á continuación se lee:  
Y van artificiosos esmaltando.

Creo que ó GARCILASO se engañó, segun entiende el Brocense, ó puso el nombre de otro viento, que equivocaron los escribientes ó los impresores.

(15) Andrés Rey de Artieda, en sus *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro* (Zaragoza, 1605), dice «Escogiólo fué lo mismo que decir *escogió el salce que tanto agrado á Filis*. En la cual imitación mostró descuidarse GARCILASO, porque adonde dice *escogiólo* debió decir *escogióle*, hablando congruamente español; porque, como este nombre *salce* sea masculino, el artículo *lo* había de

Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,  
El álamo, el laurel y el mirto callen.

## ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura  
Sabemos ya que sobre todos vaya,  
Y en aspezeza y monte de espesura  
Se aventaja la verde y alta haya;  
Mas el que la beldad de tu figura  
Donde quiera mirado, Filis, haya,  
Al fresno y á la haya en su aspezeza  
Confesará que vence tu belleza.—  
Esto cantó Tirreno, y esto Alcino  
Le respondió; y habiendo ya acabado  
El dulce son, siguieron su camino  
Con paso un poco mas apresurado.  
Siendo á las niñas ya el rumor vecino,  
Juntas se arrojan por el agua á nado (16),  
Y de la blanca espuma que movieron,  
Las cristalinas hondas se cubrieron.

## ELEGIA

## al duque de Alba.

EN LA MUERTE DE DON BERNARDINO DE TOLEDO, SU NEZEMANO.

Aunque este grave caso haya tocado  
Con tanto sentimiento el alma mía,  
Que de consuelo estoy necesitado,  
Con que de su dolor mi fantasia  
Se descargase un poco, y se acabase  
De mi continuo llanto la porfia;  
Quise pero probar si me bastase  
El ingenio á escribirte algun consuelo,  
Estando cual estoy, que aprovechase  
Para que tu reciente desconuelo  
La furia mitigase, si las musas  
Pueden un corazon alzar del suelo,  
Y poner fin á las querellas que usas,  
Con que de Pindo ya las moradoras  
Se muestran lastimadas y confusas;  
Que, segun he sabido, ni á las horas  
Que el sol se muestra ni en el mar se esconde,  
De tu lloroso estado no mejoras;  
Antes en él permaneciendo, donde  
Quiera que estás tus ojos siempre bañas,  
Y el llanto á tu dolor así responde,  
Que temo ver deshechas tus entrañas  
En lágrimas, como al lluvioso viento  
Se derrite la nieve en las montañas.  
Si acaso el trabajado pensamiento  
En el comun reposo se adormeece,  
Por tornar al dolor con nuevo aliento,  
En aquel breve sueño te aparece  
La imágen amarilla del hermano,  
Que de la dulce vida desfallece;  
Y tú, tendiendo la piadosa mano,  
Probando á levantar el cuerpo amado,

ser tambien; para inteligencia de lo cual digo que en la lengua española no hay ninguna palabra neutra, solo son masculinas ó femeninas, las cuales se señalan con el artículo *el* ó con el artículo *la*; pero con todo, hay oraciones que tienen fuerza de nombre, y estas tales son neutras, y se señalan con el artículo *lo*, conforme la doctrina de Antonio. Conforme esto, decimos: *Yo dije esto*, y *entendílo Pedro*. *Lo que yo digo es verdad*. Donde *lo* es artículo neutro, y toda aquella oracion *que yo digo* sirve de nombre. Entenderse ha claro en estos tres versos:

Iba Laura delante, conoella;  
Iba detrás don Félix y llaméle;  
Lo demás del suceso callarélo.

Donde *Laura* (como feménina) tiene el artículo *la*; *don Félix* (como masculino) el artículo *le*. *Lo demás del suceso* (que es neutro) el artículo *lo*. Si no es que disculpemos á GARCILASO con decir que trocar los artículos está ya puesto en uso, verdadero legislador de lo que se habla, segun Horacio.»

(16) Ulloa pone:

Juntas se echaron en el agua á nado.  
Y Herrera lee:  
Todas juntas se arrojan por el vado.

Levantas solamente el aire vano;  
Y del dolor el sueño desterrado  
Con ansia vas buscando, el que partido  
Era ya con el sueño y alogado.  
Así desfalleciendo en tu sentido,  
Como fuera de ti, por la ribera  
De Trápana con llanto y con gemido  
El caro hermano buscas, que sola era  
La mitad de tu alma, el cual muriendo,  
No quedará tu alma toda entera (1).  
Y no de otra manera repitiendo  
Vas el amado nombre, en desusada  
Figura á todas partes revolviendo,  
Que cerca del Eridano aquejada,  
Lloró y llamó Lampezia el nombre en vano,  
Con la fraternia muerte lastimada:  
«Ondas, tornadme ya mi dulce hermano  
Facton; si no, aquí veréis mi muerte,  
Regando con mis ojos este llano.  
¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte  
Avivadas las fuerzas, renovaba  
Las quejas de su cruda y dura suerte!  
Y cuantas otras, cuando se acababa  
Aquel furor, en la ribera umbrosa,  
Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba (2) !  
Bien te confieso que si alguna cosa  
Entre la humana puede y mortal gente  
Entristecer un alma generosa,  
Con gran razon podrá ser la presente,  
Pues te ha privado de un tan dulce amigo,  
No solamente hermano, un accidente;  
El cual, no solo siempre fué testigo  
De tus consejos é intimos secretos,  
Mas de cuanto lo fuiste tú contigo.  
En él se reclinaban tus discretos  
Y honestos pareceres, y hacian  
Conformes al asiento sus efectos.  
En él ya se mostraban y leían  
Tus gracias y virtudes una á una;  
Y con hermosa luz resplandecian,  
Como en luciente de cristal columna (3),  
Que no encubre de cuanto se avvicina  
A su viveza pura cosa alguna.  
¡Oh miserables hados! Oh mezquina  
Suerte la del estado humano, y dura,  
Do por tantos trabajos se camina!  
Y agora muy mayor la desventura  
De aquesta nuestra edad, cuyo progreso  
Muda de un mal en otro su figura.  
¿A quién ya de nosotros el exceso  
De guerras, de peligros y destierro  
No toca, y no ha causado el gran proceso?  
¿Quien no vió desaparecer su sangre al hierro  
Del enemigo? Quien no vió su vida  
Perder mil veces y escapar por yerro?  
¿De cuántos queda y quedará perdida  
La casa y la mujer y la memoria,  
Y de otros la hacienda despedida?  
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?  
Algunos premios ó agradecimientos?  
Sabrálo quien leyere nuestra historia.  
Veráse allí que como polvo al viento,  
Así se deshará nuestra fatiga  
Ante quien se endereza nuestro intento.  
No contenta con esto la enemiga  
Del humano linaje, que envidiosa  
Coge sin tiempo el grano de la espiga,  
Nos ha querido ser tan rigurosa,

(1) Ulloa, Sanchez y Herrera ponen :

No quedará ya tu alma entera.

Este último dice : «Algunos, pareciéndoles que está falta este verso de GARCILASO, no considerando la diéresis, lo han enmendado ó dañado de esta suerte :

No quedará ya tu alma toda entera.

«Pero GARCILASO conocía mejor los números, porque, demás de significar así la falta del alma, que él pretendió mostrar, no es lojo número de verso, sino artificioso y no ajeno de suavidad.»

(2) Tamayo observa que menos parece que dice en *cansada* que en *muerta*.

(3) Según Herrera, reprendió Juan de Malara por duro este verso, á causa de la trasposición.

Que ni á tu juventud, don Bernardino,  
Ni ha sido á nuestra pérdida piadosa.  
¿Quién pudiera de tal ser adivino?  
¿A quién no le engañara la esperanza,  
Viéndole caminar por el camino?  
¿Quién no se prometiera en abastanza  
Seguridad entera de tus años,  
Sin temer de natura tal mudanza?  
Nunca los tuyos, mas los propios daños,  
Dolernos deben; que la muerte amarga  
Nos muestra claros ya mil desengaños:  
Hanos mostrado ya que en vida larga  
Apenas de tormentos y de enojos  
Llevar podemos la pesada carga;  
Hanos mostrado en ti que claros ojos  
Y juventud y gracia y hermosura,  
Son tambien, cuando quiere, sus despojos.  
Mas no puede hacer que tu figura,  
Despues de ser de vida ya privada,  
No muestre el artificio de natura.  
Bien es verdad que no está acompañada  
De la color de rosa que solía  
Con la blanca azucena ser mezclada;  
Porque el calor templado que encendia  
La blanca nieve de tu rostro puro,  
Robado ya la muerte te lo habia.  
En todo lo demás, como en seguro  
Y reposado sueño descansabas,  
Indicio dando del vivir futuro.  
Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,  
De quien perdidamente eras amado,  
A quien la vida con la tuya dabas?  
Aqui se me figura que ha llegado  
De su lamento el son, que con su fuerza  
Rompe el aire vecino y apartado;  
Tras el cual á venir tambien se esfuerza  
El de las cuatro hermanas, que teniendo  
Va con el de la madre viva fuerza.  
A todas las contemplo desparciendo  
De su cabello luengo el fino oro,  
Al cual ultraje y daño están haciendo.  
El viejo Tórmes con el blanco coro  
De sus hermosas ninfas seca el rio,  
Y humedece la tierra con su lloro.  
No recostado en urna al dulce frio  
De su caverna umbrosa, mas tendido  
Por el arena en el ardiente estio,  
Con ronco son de llanto y de gemido,  
Los cabellos y barbas mal paradas (4)  
Se despedaza, y el sutil vestido.  
En torno dél sus ninfas, desmayadas,  
Llorando en tierra están sin ornamento,  
Con las cabezas de oro despeinadas.  
Cese ya del dolor el sentimiento,  
Hermosas moradoras del undoso  
Tórmes; tened mas provechoso intento;  
Consolad á la madre, que el piadoso  
Dolor la tiene puesta en tal estado,  
Que es menester socorro presuroso.  
Presto será que el cuerpo, sepultado  
En un perpetuo mármol, de las ondas  
Podrá de vuestro Tórmes ser bañado.  
Y tú, hermoso coro, allá en las hondas  
Aguas metido, podrá ser que al llanto  
De mi dolor te muevas y respondas.  
Vos, altos promontorios, entre tanto  
Con toda la Tinacia enristrecida  
Buscad alivio en desconsuelo tanto.  
Satiros, faunos, ninfas, cuya vida  
Sin enojos se pasa, moradores  
De la parte repuesta y escondida,  
Con luenga experiencia sabidores,  
Buscad para consuelo de Fernando  
Yerbas de propiedad oculta y flores;  
Así en el escondido bosque, cuando  
Ardiendo en vivo y agradable fuego  
Las fugitivas ninfas vais buscando,  
Ellas se inclinen al piadoso ruego,  
Y en reciproco lazo estén ligadas,  
Sin esquivar el amoroso juego.

(4) En un códice de don Diego de Mendoza se leía:  
Los cabellos y barbas mal rapadas.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas  
Y tus presentes obras resplandeces,  
Y á mayor fama están por tí obligadas,

Contempla donde estás; que si falleces  
Al nombre que has ganado entre la gente,  
De tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varon no se conciesc  
No resistir los casos de fortuna  
Con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,  
Con proceso cruel y riguroso,  
Con revolver del sol, de cielo y luna

Mover no debe un pecho generoso,  
Ni entristecello con funesto duelo (5),  
Turbandlo con molestia su reposo;

Mas si toda la máquina del cielo  
Con espantable son y con ruido,  
Hecha pedazos, se viniere al suelo (6),

Debe ser aterrado y oprimido  
Del grave peso y de la gran ruina,  
Primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina  
De la inmortalidad al alto asierito,  
Do nunca arriba quien de aquí declina.

En fin, Señor, tornando al movimiento  
De la humana natura, bien permito  
A nuestra flaca parte un sentimiento;

Mas el exceso en esto vedo y quito,  
Si alguna cosa puedo, que parece  
Que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que descrece  
Y muda de las cosas el estado,  
Debe bastar, si la razon fallece.

No fué el troyano príncipe llorado  
Siempre del viejo padre dolorido,  
Ni siempre de la madre lamentado;

Antes, despues del cuerpo redimidlo  
Con lágrimas humildes y con oro,  
Que fué del fiero Aquiles concedido,

Y reprimido el lamentable coro (7)  
Del frigio llanto, dieron fin al vano  
Y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,  
De Venus ¿qué sintió, su Adónis viendo  
De su sangre regar el verde llano?

Mas desde vido bien que corrompiendo  
Con lágrimas sus ojos no hacia  
Sino en su llanto estarse deshaciendo,

Y que tornar llorando no podia  
Su caro y dulce amigo de la escura  
Y tenebrosa noche al claro dia.

Los ojos enjugó, y la frente pura  
Mostró con algo mas contentamiento,  
Dejando con el muerto la tristura;

Y luego con gracioso movimiento  
Se finó su paso por el verde suelo,  
Con su guirnalda usada y su ornamento.

Desordenaba con lascivo vuelo  
El viento sus cabellos, y su vista  
Alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razon que es tan prevista,  
Con fortaleza y ser que en ti contemplo,  
A la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo  
Donde la muerte pierde su derecho,  
Te haste, sin mostrarte yo otro ejemplo.

Alli verás cuán poco mal ha hecho  
La muerte en la memoria y clara fama  
De los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama  
La suprema esperanza, do perfecta  
Sube y purgada el alma en pura llama.

¿Píensas que es otro el luego que en Oeta  
De Alcides consumió la mortal parte?  
Cuando voló el espíritu al alta meta?

Destá manera aquel por quien reparte

(5) Así pone Tamayo este verso, y con razon. Ulloa, Sanchez, Herrera y Azara leen:

Ni entristecello con funesto vuelo.

(6) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone:

Hecha pedazos se viniere al suelo.

(7) Así Herrera; Sanchez y Azara leen, con Ulloa, reprimiendo.

Tu corazón sospiros mil al día,  
Y resuena tu llanto en cada parte,  
Subió por la difícil y alta vía,

De la carne mortal purgado y puro,  
En la dulce region del alegría;

Do con discurso libre ya y seguro  
Mira la vanidad de los mortales,  
Ciegos, errados en el aire escuro;

Y viendo y contemplando nuestros males,  
Alégrase de haber alzado el vuelo  
A gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo (8),  
Teniendo puestos de una y de otra mano  
El claro padre y el sublime abuelo (9).

El uno ve de su proceso humano  
Sus virtudes estar allí presentes,  
Que el áspero camino hacen llano;

El otro, que acá hizo entre las gentes  
En la vida mortal menor tardanza,  
Sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza;  
Porque del enemigo no conviene  
Procurar en el cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,  
Todo lo cual por un pequeño punto  
A respeto del cielo juzga y tiene.

Puesta la vista en aquel gran trasunto  
Y espejo, do se muestra lo pasado  
Con lo futuro y lo presente junto.

El tiempo que á tu vida limitado  
De allá arriba te está, Fernando, mira,  
Y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado! que sin ira,  
Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,  
Con quien acá se muere y se sospira;

Y en eterna holganza y en sosiego  
Vives, y vivirás cuanto encendiere  
Las almas del divino amor el fuego!

Y si el cielo piadoso y largo diere (10)  
Luenga vida á la voz deste mi llanto,  
Lo cual tú sabes que pretende y quiere,

Yo te prometo, amigo, que entre tanto  
Que el sol al mundo alumbre, y que la escura  
Noche cubra la tierra con su manto,

Y en tanto que los peces la hondura  
Húmeda habitarán del mar profundo,  
Y las fieras del monte la espesura,

Se cantará de tí por todo el mundo;  
Que en cuanto se discurre, nunca visto  
De tus años jamás otro segundo

Será desde el Antártico á Calisto (11).

## ELEGIA II.

A Boscan.

Aquí, Boscan, donde del buen troyano  
Anquises con eterno nombre y vida  
Conserva la ceniza el Mantuano,  
Debajo de la seña esclarecida  
De César Africano nos hallamos,

(8) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; otros creyeron que estaria mejor *suelo*, imaginando haberse engañado GARCILASO en llamar *crystalino cielo*, que era, segun los antiguos, el nono, al undécimo, que es el empíreo donde tenían asiento los bienaventurados. Tamayo, contra los que tal dijeron, escribe:

«No hizo tales truceos aquí GARCILASO. Solamente añadió al cielo aquella aposición ó atribución de *crystalino*, que puede á cualquiera de los cielos, por su claridad, acomodarse. Decir que cómo pisa el cristalino quien está en el empíreo, hace la misma risa que si se preguntase cómo en él se pisa sin piés.»

(9) Alude á don García de Toledo, que murió en la rota de los Gelves, y á don Fadrique, duque de Alba, aquel padre, y este abuelo del don Bernardino.

(10) Si el cielo piadoso y largo diere.—*Texto de Herrera.*

(11) Segun los comentadores, esta elegía es imitada de la que en lengua latina compuso Jerónimo Frascator á Juan Bautista de la Torre, veronés, para consolarlo de la muerte de su hermano Marco Antonio de la Torre.

La vencedora gente recogida (1).  
 Diversos en estudio; que unos vamos  
 Muriendo por coger de la fatiga  
 El fruto que con el sudor sembramos;  
 Otros, que hacen la virtud amiga  
 Y premio de sus obras, y así quieren  
 Que la gente lo piense y que lo diga,  
 Destotros en lo publico difieren,  
 Y en lo secreto sabe Dios en cuento  
 Se contradicen en lo que proliferen (2).  
 Yo voy por medio, porque nunca tanto  
 Quise obligarme á procurar hacienda;  
 Que un poco mas que aquellos me levanto.  
 Ni voy tampoco por la estrecha senda  
 De los que cierto se que á la otra via  
 Vuelven de noche al caminar la rienda.  
 Mas ¿dónde me llevó la pluma mia,  
 Que a satira me voy mi paso á paso,  
 Y aquesta que os escribo es elegia?  
 Yo enderezo, Señor, en fin, mi paso  
 Por donde vos sabéis, que su proceso  
 Siempre ha llevado y lleva Garcilaso;  
 Y así, en mitad de aqueste monte espeso  
 De las diversidades me sostengo,  
 No sin dificultad, mas no por eso  
 Dejo las musas, antes torno y vengo  
 De las al negociar, y variando  
 Con ellas dulcemente me entretengo.  
 Así se van las horas engañando,  
 Así del duro afan y grave pena  
 Estamos algun hora descansando.  
 De aquí iremos á ver de la sirena  
 La patria, que bien muestra haber ya side (3)  
 De ocio y de amor antiguamente llena.  
 Allí mi corazon tuvo su nido  
 Un tiempo ya; mas no sé ¡triste! agora  
 O si estará ocupado ó desaparecido.  
 Besto un frio temor así á desbora  
 Por mis huesos discurre en tal manera,  
 Que no puedo vivir con él un hora.  
 Si ¡triste! de mi bien estado hubiera  
 Un breve tiempo ausente, yo no niego  
 Que con mayor seguridad viviera.  
 La breve ausencia hace el mismo juego  
 En la fragua de amor, que en fragua ardiente  
 El agua moderada hace al fuego;  
 La cual verás que no tan solamente  
 No le suele matar, mas aun le esfuerza  
 Con ardor mas intenso y eminente;  
 Porque un contrario con la poca fuerza  
 De su contrario, por vencer la lucha,  
 Su brazo aviva y su valor esfuerza;  
 Pero si el agua en abundancia mucha  
 Sobre el fuego se esparce y se derrama,  
 El humo sube al cielo, el son se escucha,  
 Y el claro resplandor de viva llama,  
 En polvo y en ceniza convertido,  
 Apenas queda del sino la fana.  
 Así el ausencia larga, que ha esparcido  
 En abundancia su licor, que amata  
 El fuego que el amor tenia encendido,  
 De tal suerte lo deja, que lo trata  
 La mano sin peligro en el momento  
 Que en ajarnencia y son se desbarata.  
 Yo solo fuera voy de aqueste cuento;  
 Porque el amor me affige y me atormenta,  
 Y en el ausencia crece el mal que siento;  
 Y pienso yo que la razon consentia  
 Y permita la causa de este efecto,  
 Que á mi solo entre todos se presenta;  
 Porque, como del cielo yo sujeto  
 Estaba eternamente y deputado  
 Al amoroso fuego en que me meto,  
 Así para poder ser amado,  
 El ausencia sin término infinita  
 Debe ser, y sin tiempo limitado;

Lo cual no habrá razon que lo permita;  
 Porque, por mas y mas que ausencia dure,  
 Con la vida se acaba, que es finita.  
 Mas á mi ¿quién labrá que me asegure  
 Que mi mala fortuna con mudanza  
 Y olvido contra mi no se conjure?

Este temor persigue la esperanza  
 Y oprime y enflaquece el gran deseo  
 Con que mis ojos van de su holganza.

Con ellos solamente agora veo  
 Este dolor que el corazon me parte,  
 Y con él y conmigo aqui peleo.

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,  
 De tunica cubierto de diamante,  
 Y endurecido siempre en toda parte!  
 ¿Qué tiene que hacer el tierno amante  
 Con tu dureza y áspero ejercicio,  
 Llevado siempre del furor delante?

Ejercitando, por mi mal, tu oficio,  
 Soy reducido á términos, que muerte  
 Será mi postrimero beneficio.

Y esta no permitió mi dura suerte  
 Que me sobreviniere peleando,  
 De hierro traspasado agudo y fuerte,  
 Porque me consumiése contemplando  
 Mi amado y dulce fruto en mano ajena,  
 Y el duro poseedor de mi burlando.

Mas ¿dónde me trasporta y enajena  
 De mi proprio sentido el triste miedo?  
 ¿A parte de vergüenza y dolor llena,  
 Donde si el mal yo viese, ya no puedo,  
 Segun con esperalle estoy perdido,  
 Acrecentar en la miseria un dedo?

Así lo pienso agora, y si él venido  
 Fuese en su misma forma y su figura,  
 Tendría el presente por mejor partido (4),  
 Y agradeciera siempre á la ventura  
 Mostrarme de mi mal solo el retrato,  
 Que pintan mi temor y mi tristura (5).

Yo sé qué cosa es esperar un rato  
 El bien del propio engaño, y solamente  
 Tener con él inteligencia y trato.  
 Como acontece al misero doliente,  
 Que del un cabo el cierto amigo y sano  
 Le muestra el grave mal de su accidente (6),  
 Y le amonesta que del cuerpo humano  
 Comience á levantar á mejor parte  
 El alma suelta con volar liviano;

Mas la tierna mujer, de la otra parte,  
 No se puede entregar á desengaño (7),  
 Y encubrele del alma la mayor parte;  
 El, abrazado con su dulce engaño,  
 Vuelve los ojos á la voz piadosa,  
 Y alégrase muriendo con su daño;

Así los quito yo de toda cosa,  
 Y póngolos en solo el pensamiento  
 De la esperanza cierta ó mentirosa (8).

En este dulce error muero contento;  
 Porque ver claro y conocer mi estado  
 No puede ya curar el mal que siento;

Y acabo como aquel que en un templado  
 Baño metido, sin sentido muere,  
 Las venas dulcemente desatado.

Tú, que en la patria entre quien bien te quiere  
 La deleitosa playa estás mirando,  
 Y oyendo el son del mar que en ella hiere,  
 Y sin impedimento contemplando  
 La misma á quien tú vas eterna fama  
 En tus vivos escritos procurando (9);

Alégrate, que mas hermosa llama  
 Que aquella que el troyano encendimiento  
 Pudo causar, el corazon te inflama.

No tienes que temer el movimiento  
 De la fortuna con soplar contrario;

(4) Así Herrera; Azara pone *ternia*.

(5) Que pinta mi temor y mi tristura.—*Texto de Azara.*

(6) Le muestra el duro mal de su accidente.—*Id.*

(7) No se puede entregar al desengaño.—*Textos de Tamayo y Azara.* Sigo el de Herrera.

(8) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *Instimosa*.

(9) Doña Ana Giron de Rebolledo, mujer de Boscan.

(1) Escrita en Trápani despues de la empresa de Túnez por Cárlos V, á quien llama el *Africano*, á semejanza de Escipion, el vencedor de Cartago.

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *refieren*.

(3) Nápoles, donde se decia haberse hallado el sepulcro de la sirena Partenope.

Que el puro resplandor serena el viento.

Yo, como conducido mercenario,  
Voy do fortuna á mi pesar me envia,  
Si no á morir; que aquesto es voluntario.

Solo sostiene la esperanza mia  
Un tan débil engaño, que de nuevo  
Es menester hacelle cada dia;

Y si no lo fabrico y lo renuevo,  
Da consigo en el suelo mi esperanza;  
Tanto, que en vano á levantalla pruebo.

Aqueste premio mi servir alcanza,  
Que en solo la miseria de mi vida  
Negó fortuna su comun mudanza.

¿Dónde podré huir que sacudida  
Un rato sea de mí la grave carga  
Que oprime mi cerviz enlaquecida?

Mas ¡ay! que la distancia no descarga  
El triste corazon, y el mal, do quiera  
Que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga (10).

Si donde el sol ardiente reverbera  
En la arenosa Libia, engendradora  
De toda cosa ponzoñosa y fiera;

O adonde es el vencido á cualquiera hora  
De la rígida nieve y viento frío,  
Parte do no se vive ni se mora;

Si en esta ó en aquella el desvarío  
O la fortuna me llevase un dia,  
Y allí gastase todo el tiempo mio;

El celoso temor con mano fria  
En medio del calor y ardiente arena (11)  
El triste corazon me apretaria;

Y en el rigor del hielo, en la serena  
Noche, soplando el viento agudo y puro,  
Que el veloce correr del agua enfrena.

De aqueste vivo fuego en que me apuro  
Y consumirme poco á poco espero,  
Sé que aun allí no podré estar seguro;  
Y así, diverso entre contrarios muero.

## EPISTOLA

á Boscan.

Señor Boscan, quien tanto gusto tiene  
De daros cuenta de los pensamientos  
Hasta en las cosas que no tienen nombre,  
No le podrá con vos faltar materia (1),  
Ni será menester buscar estilo  
Presto, distinto, de ornamento puro,  
Tal cual á culta epístola conviene.

Entre muy grandes bienes que consigo  
El amistad perfeta nos concede,  
Es aqueste descuido suelto y puro,  
Léjos de la curiosa pesadumbre;  
Y así, de aquesta libertad gozando,  
Digo que vine, cuanto á lo primero,  
Tan sano como aquel que en doce dias  
Lo que solo veréis ha caminado  
Cuando el fin de la carta os lo mostrare:

Alargo y suelto á su placer la rienda,  
Mucho mas que al caballo, al pensamiento,  
Y llévame á las veces por camino  
Tan dulce y agradable, que me hace  
Olvidar el trabajo del pasado.

Otras me lleva por tan duros pasos,  
Que con la fuerza del afan presente,  
Tambien de los pasados se me olvida.  
A veces sigo un agradable medio

(10) Herrera pone, segun las ediciones antiguas, *el vuelo alarga*. Yo lo sigo por ser término mas poético, contra la opinion de Sanchez, que leia:

Para alcanzarme *el brazo alarga*.

Así como se dice *acortar el vuelo*, tambien se escribe elegantemente *alargar el vuelo*.

(11) De medio del calor y ardiente arena. — *Textos de Sanchez, Tamayo y Azara*.

(1) Sigo á Herrera; Tamayo dice con Ulloa:

No le podrá faltar con vos materia.

Y Azara:

No le podrá faltar en vos materia.

Honesto y reposado, en que el discurso  
Del gusto y del ingenio se ejercita.

Iba pensando y discurrendo un dia  
A cuántos bienes alargó la mano  
El que de la amistad mostró el camino;  
Y luego vos, de la amistad ejemplo,  
Os me ofrecéis en estos pensamientos.  
Y con vos á lo menos me acontece  
Una gran cosa, al parecer extraña;  
Y porque lo sepais en pocos versos,  
Es que, considerando los provechos,  
Las honras y los gustos que me vienen  
Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,  
Ninguna cosa en mayor precio estimo,  
Ni me hace gustar del dulce estado,  
Tanto como el amor de parte mia.

Este conmigo tiene tanta fuerza,  
Que sabiendo muy bien las otras partes  
De la amistad y la estrechez nuestra,  
Con solo aqueste el alma se enternece;  
Y yo sé que otra mente me aprovecha,  
Que el deleite, que suele ser postpuesto  
A las útiles cosas y á las graves.  
Llévame á escudriñar la causa desto  
Ver contino tan recio en mí el efeto,  
Y hallo que el provecho, el ornamento,  
El gusto y el placer que se me sigue  
Del vinculo de amor que nuestro genio  
Enredó sobre nuestros corazones,  
Son cosas que de mi no salen fuera,  
Y en mí el provecho solo se convierte.  
Mas el amor, de donde por ventura  
Nacen todas las cosas, si hay algunas  
Que á vuestra utilidad y gusto miren (2),  
Es gran razon que en muy mayor estima (3)  
Teuido sea de mí, que todo el resto,  
Cuanto mas generosa y alta parte  
Es el hacer el bien que el recibillo (4);  
Así que amando me deleito, y hallo  
Que no es locura este deleite mio.

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido  
De haberos alabado el tratamiento  
Del camino de Francia y las posadas;  
Corrido de que ya por mentiroso  
Con razon me tendréis, arrepentido  
De haber perdido tiempo en alabaros  
Cosa tan digna ya de vituperio;  
Donde no hallaréis sino mentiras,  
Vinos acedos, camareras feas,  
Barletes codiciosos, malas postas,  
Gran paga, poco argen, largo camino;  
Llegar al fin á Nápoles no habiendo  
Dejado allá enterrado algun tesoro,  
Salvo si no decís que es enterrado  
Lo que nunca se hallaba ni se tiene.  
A mi señor Dural estrechamente (5)  
Abrazad de mi parte, si pudierdes.  
Doce del mes de otubre, de la tierra  
Do nació el claro fuego del Petrarca (6),  
Y donde están del fuego las cenizas.

## CANCION PRIMERA.

Si á la region desierta, inhabitable  
Por el hervor del sol demasiado,  
Y sequedad de aquella arena ardiente;  
O á la que por el hielo congelado  
Y rigorosa nieve es intratable,  
Del todo inhabitada de la gente,  
Por algun accidente

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Nacen todas las cosas, si hay alguna  
Que á vuestra utilidad y gusto mire.

(3) Herrera y Tamayo leen:

Es razon grande que en mayor estima.

(4) Sigo á Herrera y Ulloa; Azara pone:

Es el hacer el bien que recibille.

(5) Mosen Dural, maestro racional ó contador en Barcelona.

(6) Valclusa, donde nació Laura, la dama que tanto celebró Petrarca.

O caso de fortuna desastrada,  
 Me fuédes llevada,  
 Y supiese que allá vuestra dureza  
 Estaba en su crueza,  
 Allá os iría á buscar, como perdido (1),  
 Hasta morir á vuestros piés tendido (2).  
 Vuestra soberbia y condicion esquivá  
 Acabe ya, pues es tan acabada  
 La fuerza de en quien ha de ejecutarse.  
 Mirad bien que el amor se desagrada (3)  
 Deso, pues quiere que el amante viva  
 Y se convierta á do piense salvarse.  
 El tiempo ha de pasarse,  
 Y de mis males arrepentimiento,  
 Confusion y tormento  
 Sé que os ha de quedar, y esto recelo;  
 Que aunque de mi me duelo (4),  
 Como en mi vuestros males son de otra arte,  
 Duélenme en mas sensible y tierna parte (5).  
 Así paso la vida, acrecentando  
 Materia de dolor á mis sentidos,  
 Como si la que tengo no bastase;  
 Los cuales para todo están perdidos,  
 Sino para mostrarme á mi cuál ando.  
 Pluguiése á Dios que aquesto aprovechase  
 Para que yo pensase  
 Un rato en mi remedio, pues os veo  
 Siempre con un deseo (6)  
 De perseguir al triste y al caído;  
 Yo estoy aquí tendido,  
 Mostrándoos de mi muerte las señales,  
 Y vos viviendo solo de mis males.  
 Si aquella amarillez y los sospiros  
 Salidos sin licencia de su dueño;  
 Si aquel hondo silencio no han podido  
 Un sentimiento grande ni pequeño  
 Mover en vos, que hasté á convertiros  
 A siquiera saber que soy nacido,  
 Baste ya haber sufrido  
 Tanto tiempo, á pesar de lo que basto;  
 Que á mi mismo contraste,  
 Dándome á entender que mi flaqueza  
 Me tiene en la estrechez (7)  
 En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;  
 Así que con flaqueza me defiendo.  
 Cancion, no has de tener  
 Conmigo mas que ver en malo ó bueno (8);  
 Trátame como ajeno,  
 Que no te faltará de quien lo aprendas.  
 Si has miedo que me ofendas,  
 No quieras hacer mas por mi derecho  
 De lo que hice yo, que mal me he hecho.

## CANCION II.

La soledad siguiendo,  
 Rendido á mi fortuna,  
 Me voy por los caminos que se ofrecen,  
 Por ellos esparciendo  
 Mil quejas de una en una  
 Al viento, que las lleva do perecen;  
 Puesto que no merecen (9)

(1) Tamayo nota que es frase particular de las ponderaciones de GARCILASO decir *como perdido*. Así en el soneto octavo:

Salen fuera de sí *como perdidos*.

(2) Don Diego de Mendoza leyó, y creo que con razon:  
 Hasta morir á vuestros piés rendido.

(3) Sigo á Herrera. Tamayo dice que en vez de *mira*, como se lee en otras ediciones, debe ponerse *miré*. Azara puso *mira*.

(4) Así Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera lee:  
 Que aun de aquesto me duelo.

Ulloa dice:  
 Que aun de esto me duelo.

(5) Duélenme en mas sensible y tierna parte.—*Texto de Herrera*.

(6) Siempre ir con un deseo.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

(7) Me tiene en la tristeza.—*Id.*

(8) Conmigo que ver mas en malo ó bueno.—*Texto de Ulloa*.

Conmigo que ver mas en malo ó bueno.—*Texto de Herrera*.

(9) Puesto que ellas merecen.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

Ser de vos escuchadas  
 Ni solo un hora oídas (2),  
 lle lástima de ver que van perdidas (3)  
 Por donde suelen ir las remediadas.  
 A mí se han de tornar,  
 Adonde para siempre habrán de estar.  
 Mas ¿qué haré, Señora,  
 En tanta desventura?  
 ¿Adónde iré, si á vos no voy con ella?  
 ¿De quién podré yo agora  
 Valerme en mi tristura,  
 Si en vos no halla abrigo mi querella?  
 Vos sola sois aquella  
 Con quien mi voluntad  
 Recibe tal engaño,  
 Que viéndoos holgar siempre con mi daño,  
 Me quejo á vos, como si en la verdad  
 Vuestra condicion fuerte  
 Tuviese alguna cuenta con mi muerte.  
 Los árboles presento  
 Entre las duras peñas  
 Por testigos de cuanto os he encubierto;  
 De lo que entre ellos cuento (4)  
 Podrán dar buenas señas,  
 Si señas pueden dar del desconcierto.  
 Mas ¿quién tendrá concierto  
 En contar el dolor,  
 Que es de órden enemigo?  
 No me dén pena, no, porque lo digo (5);  
 Que va no me refrenará el temor.  
 ¿Quién pudiese hartarse  
 De no esperar remedio y de quejarse!  
 Mas esto me es vedado  
 Con unas obras tales  
 Con que nunca fué á nadie defendido;  
 Que si otros han dejado  
 De publicar sus males,  
 Llorando el mal estado á que han venido,  
 Señora, no habrá sido  
 Sino con mejoría  
 Y alivio en su tormento;  
 Mas ha venido en mí á ser lo que siento  
 De tal arte, que ya en mi fantasia  
 No cabe; y así, quedo  
 Sufriendo aquello que decir no puedo.  
 Si por ventura extiendo  
 Alguna vez mis ojos  
 Por el proceso luengo de mis daños,  
 Con lo que me defiendo  
 De tan grandes enojos,  
 Solamente es allí con mis engaños;  
 Mas vuestros desengaños  
 Vencen mi desvario  
 Y apocan mis defensas.

(2) Pues son tan bien vertidas,  
 He lástima que todas van perdidas.

Así Herrera, siguiendo un códice que halló, antiguo, sin hacer exámen de si son de GARCILASO ó añadidos por otro.

En la edicion de Anvers de 1576 se lee:

Ser de vos escuchadas,  
 De lástima que van perdidas.

El Brocense, y con él Azara, dicen lo que va en el texto. Segun Tamayo, otros leían:

Y aun no mal recibidas.

(3) Herrera decía que algunos leían así:  
 He lástima que asina van perdidas.

Segun Tamayo, leían en su tiempo con las siguientes variantes este verso:

He lástima que ahora van perdidas,  
 He lástima que van tambien perdidas,  
 He lástima que van perdidas.

El proponía esta leccion:

Puesto que no merecen  
 Ser de vos escuchadas,  
 Puesto que bien vertidas,  
 Es lástima de ver que van perdidas.

(4) De lo que entre ellas cuento.—*Textos de Herrera y Ulloa*.

(5) No me dén pena pues por lo que digo.—*Texto de Herrera*.  
 No me dén pena por lo que ahora digo.—*Texto de Anvers*.

No hallo que os he hecho otras ofensas (6),  
Sino que, siendo vuestro mas que mio,  
Quise perderme así,  
Por vengarme de vos, Señora, en mí.

Cancion, yo he dicho mas que me mandaron,  
Y menos que pensé;  
No me pregunten mas, que lo diré.

### CANCION III.

Con un manso ruido  
De agua corriente y clara,  
Cerca el Danubio, una isla que pudiera  
Ser lugar escogido  
Para que descansara  
Quien como yo estó agora, no estuviera;  
Do siempre primavera  
Parece en la verdura  
Sembrada de las flores;  
Hacen los ruiseñores  
Renovar el placer ó la tristura  
Con sus blandas querellas,  
Que nunca dia y noche cesan dellas (1).

Aquí estuve yo puesto,  
O por mejor decillo,  
Preso, forzado y solo en tierra ajena;  
Bien pueden hacer esto  
En quien puede sufrillo  
Y en quien él á sí mismo se condena.  
Tengo sola una pena (2),  
Si muero desterrado  
Y en tanta desventura,  
Que piensen por ventura  
Que juntos tantos males me han llevado;  
Y sé yo bien que muero  
Por solo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder  
Y en manos de quien puede  
Hacer á su placer lo que quisiere;  
Mas no podrá hacer  
Que mal librado quede,  
Mientras de mí otra prenda no tuviere.  
Cuando ya el mal viniere  
Y la postrera suerte,  
Aquí me ha de hallar,  
En el mismo lugar;  
Que otra cosa mas dura que la muerte  
Me halla y ha hallado (3);  
Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora  
Hablar mas sin provecho,  
Que es mi necesidad muy apretada;  
Pues ha sido en un hora  
Todo aquello deshecho  
En que toda mi vida fué gastada.  
¿Y al fin de tal jornada  
Presumen espantarme (4)?  
Sepan que ya no puedo  
Morir sino sin miedo;  
Que aun nunca qué temer quiso dejarme  
La desventura mia,  
Que el bien y el miedo me quitó en un dia.

Danubio, rio divino,  
Que por fieras naciones  
Vas con tus claras ondas discurriendo,  
Pues no hay otro camino  
Por donde mis razones  
Vayan fuera de aquí, sino corriendo  
Por tus aguas y siendo  
En ellas anegadas;

(6) Sin yo poder dar otras recompensas.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

Y no hallé que os he hecho otras ofensas.—*Manuscritos consultados por Tamayo.*

(1) Que nunca dia ni noche cesan dellas.—*Texto de Herrera.*

(2) Tengo solo una pena.—*Id.*

(3) Me halla y me ha hallado.—*Texto de Ulloa.*

(4) Sigo á Herrera y Tamayo; Azara pone:

Presumen de espantarme,

Si en tierra tan ajena (5)  
En la desierta arena (6)  
Fueren de alguno acaso en fin halladas (7),  
Entiérrelas, siquiera  
Porque su error se acabe en tu ribera.  
Aunque en el agua mueras,  
Cancion, no has de quejarte;  
Que yo he mirado bien lo que te toca.  
Menos vida tuvieras  
Si hubieras de igualarte (8)  
Con otras que se me han muerto en la boca.  
Quien tiene culpa desto,  
Allá lo entenderás de mí muy presto.

### CANCION IV.

El aspereza de mis males quiero  
Que se muestre tambien en mis razones,  
Como ya en los efectos se ha mostrado.  
Lloraré de mi mal las ocasiones,  
Sabrá el mundo la causa por que muero,  
Y moriré á lo menos confesado.  
Pues soy por los cabellos arrastrado  
De un tan desatinado pensamiento,  
Que por agudas peñas peligrosas,  
Por matas espinosas,  
Corre con ligereza mas que el viento,  
Bañando de mi sangre la carrera;  
Y para mas despacio atormentarme,  
Llévame alguna vez por entre flores,  
A dó de mis tormentos y dolores  
Descanso, y dellos vengo á no acordarme;  
Mas él á mas descanso no me espera;  
Antes, como me ve desta manera,  
Con un nuevo furor y desatino  
Torna á seguir el áspero camino.

No vine por mis piés á tantos daños;  
Fuerzas de mi destino me trajeron,  
Y á la que me atormenta me entregaron.  
Mi razon y juicio bien creyeron  
Guardarme, como en los pasados años  
De otros graves peligros me guardaron;  
Mas cuando los pasados compararon  
Con los que venir vieron, no sabian  
Lo que hacer de si ni dó meterse;  
Que luego empezó á verse  
La fuerza y el rigor con que venian.  
Mas de pura vergüenza constreñida,  
Con tardo paso y corazon medroso  
Al fin ya mi razon salió al camino.  
Cuanto era el enemigo más vecino,  
Tanto mas el recelo temeroso  
Le mostraba el peligro de su vida,  
Pensar en el temor de ser vencida.  
La sangre alguna vez le calentaba,  
Mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo á mirar, y pelearlo  
En mi defensa mi razon estaba  
Cansada, y en mil partes ya herida;  
Y sin ver yo quién dentro me incitaba,  
Ni saber cómo, estaba deseando  
Que allí quedase mi razon vencida.  
Nunca en todo el proceso de mi vida  
Cosa se me cumplió que desease  
Tan presto como aquesta; que á la hora  
Se rindió la señora,  
Y al sirvo consintió que gobernase  
Y usase de la ley del vencimiento.  
Entonces yo sentime saltado  
De una vergüenza libre y generosa;

(5) Sigo á Herrera y Ulloa; Sanchez, Tamayo y Azara dicen:  
Si en esa tierra ajena.

(6) Sigo á Ulloa y Herrera; Tamayo dice:  
Por tu desierta arena.

Azara:  
Por la desierta arena.

(7) De alguno fueren á la fin halladas.—*Textos del Brocense y Tamayo.*

Fueren de alguno en fin halladas.—*Texto de Ulloa.*

(8) Si hubiera de igualarte.—*Texto de Herrera.*

Corrimo gravemente que una cosa  
Tan sin razon hubiese así pasado.  
Luego siguió el dolor al corrimiento  
De ver mi reino en mano de quien cuento  
Que me da vida y muerte cada día,  
Y es la mas moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbré bien pudiera  
Tomar clara la noche tenebrosa,  
Y escurecer el sol á mediodía,  
Me convirtieron luego en otra cosa.  
En volviéndose á mí la vez primera  
Con la calor del rayo que salía  
De su vista, que en mí se difundía,  
Y de mis ojos la abundante vena  
De lágrimas, al sol que me inflamaba,  
No menos ayudaba  
A hacer mi natura en todo ajena  
De lo que era primero. Corromperse  
Sentí el sosiego y libertad pasada,  
Y el mal de que muriendo estó, engendrarse,  
Y en tierra sus raíces ahondarse  
Tanto cuanto su cima levantada  
Sobre cualquier altura hace verse.  
El fruto que de aquí suele cogerse,  
Mil es amargo, alguna vez sabroso (1);  
Mas mortifero siempre y ponzoñoso.

De mi agora huyendo, voy buscando  
A quien huye de mí como enemiga;  
Que al un error añado el otro yerro,  
Y en medio del trabajo y la fatiga  
Estoy cantando yo, y está sonando  
De mis atados pies el grave hierro;  
Mas poco dura el canto si me encierro  
Acá dentro de mí, porque allí veo  
Un campo lleno de desconfianza.  
Muéstrame la esperanza  
De léjos su vestido y su meneo;  
Mas ver su rostro nunca me consiente.  
Torno a llorar mis daños, porque entiendo  
Que es un crudo linaje de tormento  
Para matar aquel que está sediento,  
Mostralle el agua por que está muriendo;  
De la cual el cuidado juntamente  
La claridad contempla, el ruido siente;  
Mas cuando llega ya para bebella,  
Gran espacio se halla léjos della.

De los cabellos de oro fué tejida  
La red que fabricó mi sentimiento,  
Do mi razon revuelta y enredada  
Con gran vergüenza suya y corrimiento,  
Sujeta al apetito y sometida,  
En público adulterio fué tomada,  
Del cielo y de la tierra contemplada.  
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,  
Pues no tengo con qué considerallo,  
Y en tal punto me hallo,  
Que estoy sin armas en el campo puesto,  
Y el paso ya cerrado y la huida.  
¿Quien no se espantará de lo que digo?  
Que es cierto que he venido á tal extremo,  
Que del grave dolor que huyo y temo,  
Me hallo algunas veces tan amigo,  
Que en medio dél, si vuelvo á ver la vida  
E libertad, la juzgo por perdida,  
Y maldigo las horas y momentos  
Gastadas mal en libres pensamientos.  
No reina siempre aquesta fantasia,  
Que en imaginacion tan variable  
No se reposa una hora el pensamiento.  
Vienen con un rigor tan intratable  
A tiempos el rigor, que al alma mía  
Desampara, huvendo, el sufrimiento,  
Lo que dura la furia del tormento (2).  
No hay parte en mí que no se me trastorne  
Y que en torno de mí no esté llorando;  
De nuevo protestando  
Que de la via espantosa atrás me torne.  
Esto ya por razon no va fundado,  
Ni le dan parte dello á mi juicio,  
Que este discurso todo es ya perdido;

(1) Mas es amargo, alguna vez sabroso.—*Texto de Ulloa.*

(2) Lo que dura la fuerza del tormento.—*Texto de Herrera.*

Mas es en tanto daño del sentido  
Este dolor, y en tanto perjuicio,  
Que todo lo sensible atormentado,  
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado  
Está de todo punto, y solo siente  
La furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento  
Una sombra de bien se me presenta,  
Do el fiero ardor un poco se mitiga.  
Figúraseme cierto á mí que siento  
Alguna parte de lo que yo siento  
Aquella tan amada mi enemiga.  
Es tan incomportable la fatiga (6),  
Que si con algo yo no me engañase  
Para poder lleválla, moriría;  
Y así, me acabaría  
Sin que de mí en el mundo se hablase.  
Así que, del estado mas perdido  
Saco algun bien; mas luego en mí la suerte  
Trueca y revuelve el órden; que algun hora,  
Si el mal acaso un poco en mí mejora,  
Aquel descanso luego se convierte  
En un temor que me ha puesto en olvido  
Aquella por quien sola me he perdido.  
Así del bien que un rato satisface,  
Nace el dolor que el alma me deshace.  
Cancion, si quien te viere se espantare  
De la instabilidad y ligereza  
Y revuelta del vago pensamiento;  
Estable, grave y firme es el tormento  
Le di, que es causa; cuya fortaleza  
Es tal, que en cualquier parte que tocare (7),  
La hará revolver hasta que pare  
En aquel fin de lo terrible y fuerte,  
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

## CANCION V.

### A la flor de Gnido (1).

Si de mi baja lira (2)  
Tanto pudiese el son, que en un momento  
Aplacase la ira  
Del animoso viento,  
Y la furia del mar y el movimiento;  
Y en ásperas montañas  
Con el suave canto enterneciese  
Las fieras alimañas,  
Los árboles moviese,  
Y al son confusamente los trajese (3);  
No pienses que cantado  
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,  
El fiero Marte airado,  
A muerte convertido,  
De polvo y sangre y de sudor teñido;  
Ni aquellos capitanes  
En las sublimes ruedas colocados (4),

(6) Así leo en Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara puso *incomparable*.

(7) Sigo á Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera dice, con Ulloa:  
Es tal, que cualquier parte en que tocare.

(1) Segun unos, esta cancion fué escrita á Violante Sanseverino, en nombre de Fabio Galeota. Herrera dice que el yerno de GARCILASO le aseguró haberse hecho en el de Mario Galeota á Catalina Sanseverino.

(2) Estas estrofas tomaron el nombre de *liras*, por empezar GARCILASO diciendo:

Si de mi baja lira.

Acuña fué uno de los primeros que siguieron á GARCILASO en escribir en tales *liras* sus canciones, segun aquella que comienza:

Si Apolo tanta gracia  
En mi rústica cítara pusiese,  
Como en la del de Tracia, etc.

(3) Sigo á Herrera, á Tamayo y á Marchena. *Trujese* dicen los textos de Ulloa, de Sanchez, de Sedano y de Azara.

(4) En la sublime rueda colocados.—*Texto de Azara.*

Herrera afirma que por *ruedas sublimes* se deben entender *carros triunfales*, lo cual confirman los tres versos siguientes. Tamayo alega en autoridad de la leccion de Herrera la opinion de don Juan



Por quien los alemanes  
 El fiero cuello atados (5),  
 Y los franceses van domesticados.  
 Mas solamente aquella  
 Fuerza de tu heldad sería cantada,  
 Y alguna vez con ella  
 También sería notada  
 El aspereza de que estás armada ;  
 Y cómo por ti sola,  
 Y por tu gran valor y hermosura,  
 Convertida en viola (6),  
 Lloro su desventura  
 El miserable amante en tu figura.  
 Hablo de aquel cativo,  
 De quien tener se debe mas cuidado,  
 Que está muriendo vivo,  
 Al remo condenado,  
 En la concha de Vénus amarrado.  
 Por ti, como solía,  
 Del áspero caballo no corrige  
 La furia y gallardía,  
 Ni con freno le rige,  
 Ni con vivas espuelas ya le aflige.  
 Por ti, con diestra mano  
 No revuelve la espada presurosa,  
 Y en el dudoso llano  
 Huye la polvorosa  
 Palestra como sierpe ponzoñosa (7).  
 Por ti, su blanda musa,  
 En lugar de la cítara sonante,  
 Tristes querellas usa,  
 Que con llanto abundante  
 Hacén bañar el rostro del amante.  
 Por ti, el mayor amigo  
 Le es importuno, grave y enojoso (8);  
 Yo puedo ser testigo,  
 Que ya del peligroso  
 Naufragio fui su puerto y su reposo.  
 Y agora en tal manera  
 Vence el dolor á la razon perdida,  
 Que ponzoñosa fiera  
 Nunca fué aborrecida  
 Tanto como yo dél, ni tan temida.  
 No fuiste tú engendrada  
 Ni producida de la dura tierra;  
 No debe ser notada  
 Que ingratamente yerra

Quien todo el otro error de sí destierra.  
 Hagate temerosa  
 El caso de Anaxarete, y cobarde (9),  
 Que de ser desdenosa  
 Se arrepintió muy tarde;  
 Y así, su alma con su mármol arde.  
 Estábase alegrando  
 Del mal ajeno el pecho empedernido,  
 Cuando abajo mirando,  
 El cuerpo muerto vido  
 Del miserable amante, allí tendido.  
 Y al cuello el lazo atado,  
 Con que desenlazó de la cadena  
 El corazon cuitado,  
 Que con su breve pena  
 Compró la eterna punición ajena.  
 Sintió allí convertirse  
 En piedad amorosa el aspereza.  
 ¡Oh tarde arrepentirse!  
 ¡Oh última terneza!  
 ¿Cómo te sucedió mayor dureza?  
 Los ojos se enclavaron  
 En el tendido cuerpo que allí vieron,  
 Los huesos se tornaron  
 Mas duros y crecieron,  
 Y en sí toda la carne convirtieron ;  
 Las entrañas heladas  
 Tornaron poco á poco en piedra dura;  
 Por las venas cuitadas  
 La sangre su figura  
 Iba desconociendo y su natura (10);  
 Hasta que finalmente,  
 En duro mármol vuelta y trasformada,  
 I hizo de sí la gente  
 No tan maravillada  
 Cuanto de aquella ingratitude vengada.  
 No quieras tú, Señora,  
 De Némesis airada las saetas  
 Probar, por Dios, agora ;  
 Baste que tus perfitas (11)  
 Obras y hermosura á los poetas  
 Déis inmortal materia,  
 Sin que también en verso lamentable  
 Celebren la miseria  
 De algun caso notable  
 Que por ti pase triste y miserable.

de Jáuregui. Sebastian de Córdoba, en su *Boscan y Garcilaso á lo divino*, conserva el verso :

En las sublimes ruedas colocados.

(5) Hoy se diría :

El fiero cuello atado.

Teniendo por contrario á la gramática este modo de decir, el cual es uno de los mas elegantes y usados por los buenos escritores.

*Desnuda* el pecho anda *ella*,

Dice Góngora, en vez de *desnudo*. En otra poesia repite y aumenta el mismo autor :

*Desnuda* el brazo, el pecho descubierta.

Herrera, en su cancion á don Juan de Austria :

Febo, autor de la lumbre,  
 Cantó suavemente,  
*Revuelto* en oro la encrespada frente.

Ercilla en la Araucana :

Turbó la fiesta un caso no pensado,  
 Y la celeridad del juez fué tanta,  
 Que estuve en el lápete, ya *entregado*  
 Al agudo cuchillo la garganta.

Dofia Cristobalina Fernandez de Alarcon, décima musa antequerana, dijo en sus encantadoras quintillas á santa Teresa :

El cuerpo de nieve pura,  
 Que excede toda blancura,  
*Vestido* del sol los rayos,  
 Vertiendo abriles y mayos  
 De la blanca vestidura.

(6) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen :

Convertido en viola.

(7) En ediciones antiguas se leía *siempre* por *sierpe*. Sanchez enmendó el yerro.

(8) Lo es importuno, grave y enojoso.—*Texto de Asara*.

(9) El caso de Anaxarete, y muy cobarde.—*Texto de Ulloa*.

(10) *Por las venas cuitadas*  
*La sangre su figura*  
*Iba desconociendo y su natura.*

Son palabras que indican haber tenido conocimiento de la circulación de la sangre GARCILASO. Entre los españoles dedicados al estudio de la naturaleza en el siglo xvi se hallan pruebas de lo conocido que era este fenómeno, que mas tarde dio como descubrimiento suyo Harveo. A mas de Servet y de Reina, Lovera de Avila, Sanchez Valdés y otros médicos lo describieron minuciosamente en aquella edad; segun se puede ver en sus obras.

Como un documento interesantísimo para la historia de la medicina española, traslado á continuación unos versos del capitán Francisco de Aldana, tomados de la edicion de sus obras, hecha en Milan el año de 1589; en los cuales se describe la circulación de la sangre. Esto, cuando menos, prueba lo vulgar de la noticia, que luego fué cayendo en olvido :

Así en medio del pecho ha colocado  
 Aquel cuerpo vital, cuya figura  
 Imita á las pirámides de Egipto,  
 Que por su nombre *corazon* se llama,  
 Y en quien, así como en la esfera octava,  
 Miramos tanta viva luminaia  
 De estrellas á la vista plateadas,  
 Que van con el reglado movimiento  
 De quien las lleva, dando ley á todo ;  
 Y dentro este, colocado en medio,  
 Cuerpo piramidal, como en su centro,  
*Exhalan mil espiritus vitales,*  
*Que en circulo despues yendo y viniendo,*  
*Ministran al pulmon aire de vida*  
*Y á las arterias incesable pulso.*

Herrera copia en nota al pasaje de GARCILASO todos los yerros de Aristóteles y Galeno acerca de la sangre.

(11) Marchena, siguiendo á Tamayo de Vargas, lee *basta* por *basie*.

## SONETOS.

## PRIMERO (1).

Cuando me paro á contemplar mi estado,  
Y á ver los pasos por do me ha traído,  
Hallo, segun por do anduve perdido,  
Que á mayor mal pudiera haber llegado;  
Mas cuando del camino está olvidado,  
A tanto mal no sé por do he venido;  
Sé que me acabo, y mas he yo sentido  
Ver acabar conmigo mi cuidado.  
Yo acabaré, que me entregué sin arte  
A quien sabrá perderme y acabarme,  
Si ella quisiere, y aun sabrá querello;  
Que pues mi voluntad puede matarme (2),  
La suya, que no es tanto de mi parte,  
Pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

## II.

En fin, á vuestras manos he venido,  
Do sé que he de morir tan apretado,  
Que aun aliviar con quejas mi cuidado,  
Como remedio, me es ya defendido.  
Mi vida no sé en qué se ha sostenido,  
Si no es en haber sido yo guardado  
Para que solo en mi fuese probado.  
Cuánto corta la espada en un rendido (3).  
Mis lágrimas han sido derramadas  
Donde la secueidad y la pereza  
Dieron mal fruto dellas y mi suerte.  
Basten las que por vos tengo lloradas,  
No os vengueis mas de mi con mi flaqueza;  
Allá os vengad, Señora, con mi muerte.

## III.

La mar en medio y tierras he dejado  
De cuanto bien, cuidado, yo tenia;  
Y yéndome alejando cada día (4),  
Gentes, costumbres, lenguas he pasado.  
Ya de volver estoy desconfiado;  
Pienso remedios en mi fantasia;  
Y el que mas cierto espero es aquel día  
Que acabará la vida y el cuidado.  
De cualquier mal pudiera socorrerme  
Con veros yo, Señora, ó esperallo,  
Si esperallo pudiera sin perdello.  
Mas no de veros ya para valerme,  
Si no es morir, ningun remedio hallo;  
Y si este lo es, tanipoco podré habello.

## IV.

Un rato se levanta mi esperanza;  
Mas, cansada de haberse levantado (5),  
Torna á caer, y deja, mal mi grado (6),  
Libre el lugar á la desconfianza.  
¿Quién sufrirá tan áspera mudanza  
Del bien al mal? ¡Oh corazón cansado!  
Esfuerzo en la miseria de tu estado;  
Que tras fortuna suele haber bonanza.

(1) Imitó Lope este soneto en el primero de sus *Rimas sacras*, diciendo:

Cuando me paro á contemplar mi estado,  
Y á ver los pasos por donde he venido,  
Me espanto de que un hombre tan perdido  
A conocer su error haya llegado.

(2) Tamayo propone esta enmienda que Luis Barahona de Soto hizo:

Que pues mi voluntad quiere matarme.

(3) La leccion es de don Diego Hurtado de Mendoza.

El texto de Ulloa, Herrera y Tamayo dice:

Cuánto corta una espada en un rendido.

Así tambien, entre otras ediciones, la de Barcelona de 1534, por la viuda de Carlos Amorosa.

(4) Yéndome alejando cada día.—*Textos de Ulloa y Herrera.*

(5) Mas tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Ulloa.*

Tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Herrera.*

(6) Torna á caer que deja á mal mi grado.—*Texto de Ulloa.*

Torna á caer que deja mal mi grado.—*Texto de Herrera.*

Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos  
Romper un monte, que otro no rompiera,  
De mil inconvenientes muy espeso.

Muerte, prision no pueden, ni embarazos,  
Quitarne de ir á veros, como quiera,  
Desnudo espíritu ó hombre en carne y hueso.

## V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,  
Y cuanto yo escribir de vos desco,  
Vos sola lo escribiste, yo lo leo  
Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;  
Que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,  
De tanto bien lo que no entiendo creo,  
Tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quererlos;  
Mi mal os ha cortado á su medida;  
Por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;  
Por vos nací, por vos tengo la vida,  
Por vos he de morir, y por vos muero.

## VI.

Por ásperos caminos he llegado  
A parte que de miedo no me muevo;  
Y si á mudarme ó dar un paso pruebo,  
Allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la muerte al lado  
Busco de mí vivir consejo nuevo;  
Conozco lo mejor, lo peor apruebo (7),  
O por costumbre mala ó por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mio  
Y el errado proceso de mis años (8),  
En su primer principio y en su medio,  
Mi inclinacion, con quien ya no porfio,  
La cierta muerte, fin de tantos daños,  
Me hacen descuidar de mi remedio.

## VII.

No pierda mas quien ha tanto perdido;  
Bástete, amor, lo que por ti he pasado (9);  
Válgame agora nunca haber probado  
A defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido (10)  
De mis mojadas ropas, y adornado,  
Como acontece á quien ha ya escapado  
Libre de la tormenta en que se vido.

Yo habia jurado nunca mas meterme,  
A poder mio y mi consentimiento (11),  
En otro tal peligro, como vano.

Mas del que viene no podré valerme;  
Y en esto no voy contra el juramento;  
Que ni es como los otros ni en mi mano.

## VIII.

De aquella vista buena y excelente  
Salen espíritus vivos y encendidos,  
Y siendo por mis ojos recibidos,

(7) Y conozco el mejor, y el peor apruebo.—*Texto de Herrera.* Así cree Tamayo que debe leerse, porque se refiere á consejo.

(8) Francisco de Figueroa creía que sonaba mejor:

Y el amargo proceso de mis daños.

Mas Tamayo observa que en tal caso era preciso variar el siguiente verso:

La cierta muerte fin de tantos daños.

(9) Así se lee en un códice de don Diego de Mendoza; Ulloa y Herrera ponen:

Bástete, amor, lo que ha por mí pasado.

El último dice:

Válgame agora haber jamás probado.

(10) Tu templo y tus paredes he vestido.—*Texto de Asara.*

Gracian dice:

Tu templo y tus paredes he ya visto

De mis mojadas ropas adornado.

(11) Ulloa dice:

A poder mio y á mi consentimiento.

Y Gracian:

A poder mio, á mi consentimiento.

Me pasan hasta donde el mal se siente (12).  
 Encuéntrase el camino fácilmente (15).  
 Con los míos, que, de tal calor movidos (14),  
 Salen fuera de mí como perdidos,  
 Llamados de aquel bien que está presente.  
 Ausente en mí, memoria la imagino;  
 Mis espíritus, pensando que la van.  
 Se mueven y se encienden sin medida;  
 Mas no hallando fácil el camino,  
 Que los suyos entrando detenían (15),  
 Revientan por salir de no hay salida.

## IX.

Señora mía, si de vos yo ausente (16)  
 En esta vida turo y no me muero,  
 Paréceme que ofendo á lo que os quiero,  
 Y al bien de que gozaba en ser presente.  
 Tras este, luego siento otro accidente,  
 Y es ver que si de vida desespero,  
 Yo pierdo cuanto bien viendo os espero (17);  
 Y así estoy en mis males diferente (18).  
 En esta diferencia mis sentidos  
 Combaten con tan áspera porfía (19),  
 Que no sé qué hacerme en tal tamaño.  
 Nunca entre si los veo sino reñidos;  
 De tal arte pelean noche y día,  
 Que solo se conciertan en mi daño (20).

## X.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,  
 Dulces y alegres cuando Dios quería! (21)  
 Juntas estáis en la memoria mía,  
 Y con ella en mi muerte conjuradas.  
 ¿Quién me dijera, cuando en las pasadas (22)  
 Horas en tanto bien por vos me vía (23),  
 Que me habíais de ser en algún día  
 Con tan grave dolor representadas?  
 Pues en un hora junto me llevastes  
 Todo el bien que por términos me distes,  
 Llevadme junto el mal que me dejastes.  
 Si no, sospecharé que me pusistes

(12) Así Ulloa; el Brocense, Tamayo y Azara ponen  
 No paran hasta donde el mal se siente.

Herrera escribe:

No pasan hasta donde el mal se siente.

(13) Sigo en el texto á Tamayo, que se apoya en el verso del ter-  
 ceto segundo, que dice:

Y no hallando fácil el camino.

El Brocense puso con poco acierto:

Encuéntrase en camino fácilmente.

Herrera con igual infelicidad:

Encuéntrase al camino fácilmente.

(14) Así enmiendan el texto antiguo el maestro Medina y Herre-  
 ra; Ulloa y Tamayo leen:

Por do los míos de tal calor movidos.

Por do los míos del calor movidos.

(15) En el texto de Ulloa y en el de Herrera se ve:

Que los suyos entrando detrietan.

(16) Señora mía, si yo de vos ausente.—*Texto de Tamayo.*

(17) He perdido cuanto bien de vos espero.—*Texto de Ulloa.*

Yo pierdo cuanto bien de vos espero.—*Texto de Tamayo.*

(18) Y así ando, con lo que siento, diferente.—*Texto de Ulloa.*

(19) Están en vuestra ausencia y en porfía;

No sé ya qué hacerme en mal tamaño.—*Textos de Ulloa y  
 Herrera.*

(20) Que solo se conciertan en mi daño.—*Ulloa.*

(21) Conocida imitación de aquello de Virgilio en el libro cuarto  
 de la *Éncida*:

*Dulces exuviae, dum fata Deusque sinebant.*

Lo cual tradujo así Gregorio Hernandez de Velasco:

¡Oh dulces prendas, cuando Dios quería

Y me era amigo mi infelice hado!

Cristóbal de Virués, en su *Monsercate*, dijo:

¡Oh tristes ropas, cuando Dios quería,

Alegres á mis ojos lastimados!

Cervantes, Lope y otros recordaron en sus escritos el *cundo  
 Dios quería* de GARCILASO.

(22) Quién me dijera cuando las pasadas.—*Texto de Azara.*

(23) Horas que en tanto bien por vos me vía.—*Texto de Ulloa.*

En tantos bienes, porque deseastes  
 Verme morir entre memorias tristes.

## XI.

Hermosas ninfas, que en el río metidas,  
 Contentas habitáis en las moradas  
 De relucientes piedras fabricadas  
 Y en columnas de vidrio sostenidas;  
 Agora estéis labrando embebecidas,  
 O tejiendo las telas delicadas;  
 Agora unas con otras apartadas,  
 Contándoos los amores y las vidas;  
 Dejad un rato la labor, alzando  
 Vuestras rabias cabezas á mirarme,  
 Y no os detendréis mucho segun ando;  
 Que no podréis de lástima escencharme (24),  
 O convertido en agua aquí llorando,  
 Podréis allá despacio consolarme.

## XII.

Si para refrenar este deseo  
 Loco, imposible, vano, temeroso;  
 Y guarecer de mal tan peligroso (25),  
 Que es darme á entender yo lo que no creo,  
 No me aprovecha verme cual me veo,  
 O muy aventurado ó muy medroso.  
 En tanta confusion, que ya no oso (26)  
 Fiar el mal de mí que lo poseo,  
 ¿Qué me ha de aprovechar ver la pintura  
 De aquel que con las alas derretidas  
 Cayendo, fama y nombre al mar ha dado;  
 Ni la del que su fuego y su locura  
 Lloro entre aquellas plantas conocidas;  
 Apenas en el agua resfriado?

## XIII.

A Dafne ya los brazos le crecían,  
 Y en luengos ramos vueltos se mostraban;  
 En verdes hojas vi que se tornaban  
 Los cabellos que al oro escurecían.  
 De áspera corteza se cubrían  
 Los tiernos miembros, que aun bullendo estaban;  
 Los blancos piés en tierra se hincaban (27),  
 Y en torcidas raíces se volvían.  
 Aquel que fué la causa de tal daño,  
 A fuerza de llorar, crecer hacía  
 Este árbol que con lágrimas regaba.  
 ¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,  
 Que con llorarla crezca cada día  
 La causa y la razón por que lloraba!

## XIV.

Como la tierna madre que el doliente  
 Hijo le está con lágrimas pidiendo  
 Alguna cosa, de la cual comiendo,  
 Sabe que ha de doblarse el mal que siente,  
 Y aquel piadoso amor no le consiente  
 Que considere el daño que haciendo  
 Lo que le pide hace, va corriendo,  
 Aplaca el llanto y dobla el accidente (23);

(24) Gracian en su *Agudeza y Arte de ingenio* pone este verso así:  
 Que ó no podréis de lástima escuecharme.

Y así tambien Alonso de Ulloa.

(25) Y guarecer de un mal tan peligroso.—*Textos de Ulloa, Her-  
 rera y Tamayo.*

(26) En tanta confusion que nunca oso.—*Textos de Herrera y  
 Ulloa.*

(27) Los blandos piés en tierra se hincaban.—*Textos de Ulloa,  
 Herrera y Tamayo.*

(28) Así el texto de Azara; Ulloa y el Brocense dicen, y con ellos  
 Gracian, en su *Arte de ingenio*:

Y aplaca el mal y dobla el accidente.

Medina, y con el Herrera, cree que debe leerse:

Y dobla el mal y aplaca el accidente.

Fundándose, segun Tamayo, en lo que Garcilaso pone antes:

Sabe que ha de doblarse el mal que siente.

Así á mi enfermo y loco pensamiento,  
Que en su daño os me pide, yo querría  
Quitalle este mortal mantenimiento (29).  
Mas pídemelo, y llora cada día  
Tanto, que cuanto quiere le consiento (30),  
Olvidando su muerte y aun la mía.

## XV.

Si quejas y lamentos pueden tanto,  
Que enfrenaron el curso de los ríos (31),  
Y en los desiertos montes y sombríos (32)  
Los árboles movieron con su canto;  
Si convirtieron á escuchar su llanto  
Los teros tigres y peñascos fríos (33);  
Si, en fin, con menos casos que los míos  
Bajaron á los reinos del espanto;  
¿Por qué no ablandará mi trabajosa (34)  
Vida, en miseria y lágrimas pasada,  
Un corazón conmigo endurecido?  
Con mas piedad debía ser escuchada  
La voz del que se llora por perdido  
Que la del que perdió y llora otra cosa.

## XVI.

**A la sepultura de don Fernando de Guzman, su hermano, que murió de pestilencia á los veinte años de su edad, estando en el ejército de nuestro César contra franceses, en Nápoles.**

No las francesas armas odiosas,  
En contra puestas del airado pecho,  
Ni en los guardados muros con petrecho  
Los tiros y saetas ponzoñosas;  
No las escaramuzas peligrosas,  
Ni aquel fiero ruido contrahecho  
De aquel que para Júpiter fue hecho  
Por manos de Vulcano artificiosas,  
Pudieron, aunque yo mas me ofrecía (35)  
A los peligros de la dura guerra,  
Quitar un hora sola de mi hado.  
Mas inflicion del aire en solo un día (36)  
Me quitó al mundo, y me ha en tí sepultado,  
Parténope, tan léjos de mi tierra.

## XVII.

Pensando que el camino iba derecho,  
Vine á parar en tanta desventura,  
Que imaginar no puedo, aun con locura,  
Algo de que esté un rato satisfecho.  
El ancho campo me parece estrecho,  
La noche clara para mí es oscura,  
La dulce compañía amarga y dura,  
Y duro campo de batalla el lecho.  
Del sueño, si hay alguno, aquella parte  
Sola que es ser imagen de la muerte  
Se aviene con el alma fatigada.  
En fin, que como quiera estoy de arte,  
Que juzgo ya por hora menos fuerte,  
Aunque en ella me vi, la que es pasada (37).

(29) Quitalle á este mal mantenimiento.—*Texto de Ulloa.*

Quitar este mortal mantenimiento.—*Texto de Herrera.*

(30) Así Ulloa, Herrera y Gracian; Azara pone:

Tanto, que cuanto quiero le consiento.

(31) Que el curso refrenaron de los ríos.—*Id.*

(32) Y en los diversos montes y sombríos.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

(33) Las fieras tigres y peñascos fríos.—*Texto de Herrera.*

(34) ¿Por qué no ablandaría mi trabajosa.—*Texto de Ulloa.*

(35) Pudieron, aunque mas yo me ofrecía.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

(36) Mas inflicion de aire en solo un día.—*Id.*

(37) Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*:

Aunque en ella me vi, la que es espada.

Pero esto debe ser yerro de imprenta.

## XVIII.

Si á vuestra voluntad yo soy de cera,  
Y por sol tengo solo vuestra vista,  
La cual á quien no inflama ó no conquista  
Con su mirar, es de sentido fuera;  
De do viene una cosa, que si fuera  
Menos veces de mí probada y vista,  
Segun parece que á razon resista,  
A mi sentido mismo no creyera,  
Y es, que yo soy de léjos inflamado  
De vuestra ardiente vista, y encendido  
Tanto, que en vida me sostengo apenas.  
Mas si de cerca soy acometido  
De vuestros ojos, luego siento helado  
Cuajármese la sangre por las venas.

## XIX.

Julio, despues que me partí llorando  
De quien jamás mi pensamiento parte,  
Y dejé de mi alma aquella parte  
Que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,  
De mí bien á mí mismo voy tomando  
Estrecha cuenta, y siento de tal arte  
Faltarme todo el bien, que temo en parte  
Que ha de faltarme el aire suspirando;  
Y con este temor, mi lengua prueba  
A razonar con vos ¡oh dulce amigo!  
De la amarga memoria de aquel día  
En que yo comencé como testigo  
A poder dar del alma vuestra nueva,  
Y á sabella de vos el alma mía (38).

## XX.

Con tal fuerza y vigor son concertados  
Para mi perdicion los duros vientos,  
Que cortaron mis tiernos pensamientos  
Luego que sobre mí fueron mostrados.  
El mal es que me quedan los cuidados  
En salvo destes acontecimientos,  
Que son duros, y tienen fundamentos  
En todos mis sentidos bien echados.  
Aunque por otra parte no me duelo,  
Ya que el bien me dejó con su partida  
El grave mal que en mí está de continuo (39);  
Antes con él me abrazo y me consuelo;  
Porque en proceso de tan dura vida  
Ataje la largueza del camino (40).

## XXI.

**Al marqués de Villafranca, segun unos,  
ó al del Basto, segun otros.**

Clarísimo Marqués, en quien derrama  
El cielo cuanto bien conoce el mundo;  
Si al gran valor en que el sugeto fundo,  
Y al claro resplandor de vuestra llama  
Arribare mi pluma, y do la llama  
La voz de vuestro nombre alto y profundo,  
Seréis vos solo eterno y sin segundo,  
Y por vos inmortal quien tanto os ama.  
Cuanto del largo cielo se desea,  
Cuanto sobre la tierra se procura,  
Todo se halla en vos de parte á parte;  
Y en fin, de solo vos formó natura  
Una extraña y no vista al mundo idea,  
Y hizo igual al pensamiento el arte.

(38) Y á sabella de vos del alma mía.—*Textos de Ulloa, Herrera y Tamayo.*

(39) Del grave mal que en mí está de continuo.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

Otros antiguos dicen *Del grande mal*.

(40) Atajará la guerra del camino.—*Texto de Herrera.*

## XXII.

Con ansia extrema de mirar qué tiene  
Vuestro pecho escondido allá en su centro,  
Y ver si á lo de fuera lo de dentro  
En apariencia y ser igual conviene,  
Que en él puse la vista; mas detiene  
De vuestra hermosura el duro encuentro  
Mis ojos, y no pasan tan adentro,  
Que miren lo que el alma en sí contiene.  
Y así, se quedan tristes en la puerta  
Hecha por mi dolor con esa mano,  
Que aun á su mismo pecho no perdona;  
Donde vi claro mi esperanza muerta,  
Y el golpe que os hizo amor en vano  
*Non esservi passato oltra la gonna* (41).

## XXIII.

En tanto que de rosa y azucena  
Se muestra la color en vuestro gesto,  
Y que vuestro mirar ardiente, honesto,  
Enciende el corazon y lo refrena (42);  
Y en tanto que el cabello, que en la vena  
Del oro se escogió, con vuelo presto,  
Por el hermoso cuello blanco enhiesto,  
El viento mueve, esparce y desordena;  
Coged de vuestra alegre primavera  
El dulce fruto, antes que el tiempo airado  
Cubra de nieve la hermosa cumbre.  
Marchitará la rosa el viento helado (43),  
Todo lo mudará la edad ligera,  
Por no hacer mudanza en su costumbre.

## XXIV.

**A la marquesa de Padula, doña Maria de Cardona.**

Ilustre honor del nombre de Cardona,  
Décima moradora del Parnaso,  
A Tansilo, á Minturno, al culto Taso  
Sugeto noble de inmortal corona;  
Si en medio del camino no abandona  
La fuerza y el espíritu á vuestro Laso,  
Por vos me llevará mi osado paso  
A la cumbre difícil de Helicon.  
Podré llevar entonces sin trabajo  
Con dulce son que el curso al agua enfrena,  
Por un camino hasta agora enjuto,  
El patrio celebrado y rico Tajo,  
Que del valor de su luciente arena  
A vuestro nombre pague el gran tributo.

## XXV.

¡Oh hado ejecutivo en mis dolores,  
Cómo sentí tus leyes rigurosas!  
Cortaste el árbol con manos dañosas,  
Y esparciste por tierra fruta y flores.  
En poco espacio yacen los amores  
Y toda la esperanza de mis cosas,  
Tornados en cenizas desdenosas,  
Y sordas á mis quejas y clamores.  
Las lágrimas que en esta sepultura  
Se vierten hoy en día y se vertieron  
Recibe, aunque sin fruto allá te sean,  
Hasta que aquella eterna noche escurea  
Me cierre aquestos ojos que te vieron,  
Dejándome con otros que te vean.

## XXVI.

Echado está por tierra el fundamento  
Que mi vivir cansado sostenía.  
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día! (44)

(41) Verso de una canción de Petrarca.

(42) Así apunta este verso el Broense, así lo pone Herrera, así Tamayo; Azara escribe, siguiendo á Ulloa:

Con clara luz la tempestad serena.

(43) Tamayo cree que estaría mejor *viento atado* en vez de *helado*.(44) ¡Oh cuánto se acabó en un solo día!—*Texto de Tamayo*.

Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

Oh cuán ocioso está mi pensamiento  
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!  
A mi esperanza, así como a baldía,  
Mil veces la castiga mi tormento.

Las mas veces me entrego, otras resisto  
Con tal furor, con una fuerza nueva,  
Que un monte puesto encima rompería.  
Aqueste es el deseo que me lleva  
A que desee tornar á ver un día  
A quien fuera mejor nunca haber visto.

## XXVII.

Amor, amor, un hábito he vestido  
Del paño de tu tienda, bien cortado;  
Al vestir le hallé ancho y holgado,  
Pero despues estrecho y desabrido (45).

Despues acá de haberlo consentido,  
Tal arrepentimiento me ha tomado,  
Que pruebo alguna vez, de congojado,  
A romper deste paño este vestido (46).  
Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,  
Teniendo tan contraria su natura,  
Que con él ha venido á conformarse?  
Si alguna parte queda por ventura  
De mi razon, por mí no osa mostrarse;  
Que en tal contradiccion no está segura.

## XXVIII.

Boscan, vengado estáis, con mengua mía,  
De mi rigor pasado y mi aspereza,  
Con que reprehenderos la terneza  
De vuestro blando corazon solía.

Ahora me castigo cada día  
De tal selvaticueza y tal torpeza;  
Mas es á tiempo que de mi bajaza  
Correrme y castigar me bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad y armado,  
Con mis ojos abiertos me he rendido  
Al niño que sabeis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido  
Nunca fué corazon. Si preguntado  
Soy lo demás, en lo demás soy mudo.

## XXIX.

**Imitacion de Marcial (47).**

Pasando el mar Leandro el animoso,  
En amoroso fuego todo ardiendo,  
Esforzó el viento, y fuese embraveciendo  
El agua con un impetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso,  
Contrastar á las ondas no pudiendo,  
Y mas del bien que allí perdía muriendo,  
Que de su propia muerte congojoso,  
Como pudo esforzó su voz cansada,  
Y á las ondas habló desta manera  
(Mas nunca fué la voz dellas oída):

(45) Herrera, siguiendo ediciones antiguas, pone:

Amor, amor, un hábito vestí,  
El cual de vuestro paño fué cortado.  
Al vestir ancho fué mas apretado.  
Y estrecho cuando estubo sobre mí.

(46) El texto de ediciones primitivas, seguido por Herrera, dice:

Despues acá de lo que consentí,  
Tal arrepentimiento me ha tomado,  
Que pruebo alguna vez, de congojado,  
A romper esto en que yo me metí.

Tamayo afirma que en un manuscrito del Escorial se leía este último verso:

A romper de tu paño este vestido:

lo cual queria enmendar, diciendo:

A romper este paño, este vestido.

(47) Ulloa no pone este soneto ni los demás que siguen.

La edición de las obras de Boscan y Garcilaso hecha en Anvers por Pedro Bello, en 1576, hace á aquel poeta autor de este soneto, colocándolo antes de la fábula de Leandro y Hero.

En la impresión de Barcelona de 1554 se encuentra á la cabe-

«Oadas, pues no se excusa que yo muera,  
 Píjame alla llegar, y á la tornada (18)  
 Vuestro furor ejecuta en mi vida.»

## XXX.

Sospechas, que en mi triste fantasia  
 Puestas, haceis la guerra á mi sentido,  
 Volviendo y revolviendo el aligido  
 Pecho, con dura mano, noche y dia;  
 Ya se acabo la resistencia mia  
 Y la fuerza del alma; ya reuido  
 Vencer de vos me dejo, arrepentido  
 De haberos contrastado en tal porfia.  
 Llévame á aquel lugar tan espantado,  
 Que por no ver mi muerte allí esculpida,  
 Cerrados hasta aquí tuve los ojos.  
 Las armas pongo ya; que concedida  
 No es tan larga defensa al miserable;  
 Colgad en vuestro carro mis despojos.

## XXXI.

Dentro de mi alma fué de mi engendrado  
 Un dulce amor, y de mi sentimiento  
 Tan aprobado fué su nacimiento  
 Como de un solo hijo deseado;  
 Mas luego nació del quien ha estragado  
 Del todo el amoroso pensamiento;  
 En áspero rigor y en gran tormento  
 Los primeros deleites ha trocado (19).  
 ¡Oh crudo nieto, que das vida al padre  
 Y matas al abuelo! ¿por qué creces  
 Tan desconforme á aquel de que has nacido?  
 ¡Oh celoso temor! ¿á quien pareces?  
 ¡Que aun la invidia, tu propia y fierá madre,  
 Se espanta en ver el monstró que ha parido!

## XXXII.

Mi lengua va por do el dolor la guía;  
 Ya yo con mi dolor sin guía camino;  
 Entrambos hemos de ir con puro tino,  
 Cada uno á parar do no quería,  
 Yo, porque voy sin otra compañía,  
 Sino la que me hace el desatino;  
 Ella, porque la lleve aquel que vino  
 A hacerla decir mas que querria.  
 Y es para mí la ley tan desigual,  
 Que aunque inocencia siempre en mi conoce,  
 Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.  
 ¿Qué culpa tengo yo del desvario  
 De mi lengua, si estoy en tanto mal,  
 Que el sacrificio ya me desconoce? (20)

## XXXIII.

## A Boscan desde la Goleta.

Boscan, las armas y el furor de Marte,  
 Que con su propia sangre el africano  
 Suelo regando, hacen que el romano  
 Imperio reverdeza en esta parte,  
 Han reducido á la memoria el arte  
 Y el antiguo valor italiano,  
 Por cuya fuerza y valerosa mano

za del libro con este epigrafe: *Soneto de GARCILASO, que se olvidó poner á la fin con sus obras.*

(18) Lope, despues de citar en su novela *Las fortunas de Diana* el verso, *Oadas pues no se excusa que yo muera*, dice:

«Yaquí de paso advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben espanta que con tales vocablos se de á GARCILASO el nombre de príncipe de los poetas en España. *Tornada* y otros vocablos que se ven en sus obras era lo que se usaba entones; y así, ninguno de esta edad debe bachillerear tanto, que le parezca que si GARCILASO naciera en esta no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua.»

(19) Sigú el texto de Herrera; Tamayo, Gracian y Azara dicen: Los primeros deleites ha tornado.

(20) Tamayo cree que no es de GARCILASO este soneto. Herrera debió creer lo mismo, pues no lo incluye en su edicion. Sanchez lo tiene por autentico, y lo mismo Azara.

Africa se aterró de parte á parte.

Aquí donde el romano entendimiento,  
 Donde el fuego y la llama licenciosa  
 Solo el nombre dejaron á Cartago,  
 Vuelve y revuelve amor mi pensamiento,  
 Hiere y enciende el alma temerosa,  
 Y en llanto y en ceniza me deshago.

## XXXIV.

Gracias al cielo doy que ya del cuello  
 Del todo el grave yugo he sacudido,  
 Y que del viento el mar embravecido  
 Veré desde la tierra sin temello.  
 Veré colgada de un sutil cabello  
 La vida del amante embebecido  
 En su error, y en su engaño adormecido,  
 Sordo á las voces que le avisan dello.  
 Alegrárame el mal de los mortales (21);  
 Mas no es mi corazon tan inhumano  
 En aqueste mi error como parece,  
 Porque yo huelgo, como huelga el sano,  
 No de ver á los otros en los males,  
 Sino de ver que dellos él carece.

## XXXV.

## A Mario Galeota.

Mario, el ingrato amor, como testigo  
 De mi fe pura y de mi gran firmeza,  
 Usando en mi su vil naturaleza,  
 Que es hacer mas ofensa al mas amigo;  
 Teniendo miedo que si escribo y digo  
 Su condicion abato su grandeza (22),  
 No bastando su esfuerzo á su cruzeza,  
 Ha esforzado la mano á mi enemigo.  
 Y así, en la parte que la diestra mano  
 Gobierna y en aquella que declara  
 Los concetos del alma, fui herido (23).  
 Mas yo haré que aquesta ofensa cara  
 Le cueste al ofensor, ya que estoy sano (24),  
 Libre, desesperado y ofendido.

## XXXVI.

A la entrada de un valle, en un desierto,  
 Do nadie atravessaba ni se via,  
 Vi que con estrañeza un can hacia  
 Extremos de dolor con desconcierto;  
 Agora suelta el llanto al cielo abierto,  
 Ora va rastreando por la via;  
 Camina, vuelve, para, y todavia  
 Quedaba desmayado como muerto.  
 Y fué que se apartó de su presencia  
 Su amo, y no le hallaba, y esto siente:  
 Mirad hasta dó llega el mal de ausencia.  
 Moviome á compasion ver su accidente;  
 Díjele lastimado: «Ten paciencia,  
 Que yo alcanzo razon, y estoy ausente (25).»

## XXXVII.

Estoy contino en lágrimas bañado,  
 Rompiendo siempre el aire con sospiros;  
 Y mas me duele el no osar deciros  
 Que he llegado por vos á tal estado,  
 Que viéndome do estoy y lo que he andado  
 Por el camino estrecho de seguuros,

(21) Así pone este verso Azara; Mayans en su *Retórica* lo escribe así:

Alegrárame el mal de los mortales.

(22) Así Tamayo y Azara. Herrera pone:

Teniendo miedo que si escribo ó digo  
 Su condicion, abajo su grandeza.

(23) El conceto del alma, fui herido. — *Texto de Herrera.*

(24) Le cueste al ofensor; que ya estoy sano. — *Id.*

(25) No debió tener Herrera por de GARCILASO este soneto. Tamayo, siguiendo á Sanchez, y á mas Gracian y Azara, lo tienen por del mismo autor.

Si me quiero tornar para huiros,  
 Desmayo viendo atrás lo que he dejado;  
 Y si quiero subir á la alta cumbre,  
 A cada paso espántanme en la via  
 Ejemplos tristes de los que han caído.  
 Sobre todo, me falta ya la lumbro  
 De la esperanza, con que andar solía  
 Por la escura region de vuestro olvido.

XXXVIII.

Siento el dolor menguarme poco á poco,  
 No porque ser le sienta mas sencillo,  
 Mas fallece el sentir para sentillo,  
 Despues que de sentillo estoy tan loco.  
 Ni en sello pienso que en locura toco,  
 Antes voy tan ufano con oïllo,  
 Que no dejaré el sello y el sufrillo,  
 Que si dejo de sello el seso apoco.  
 Todo me empece, el seso y la locura;  
 Privame este de si por ser tan mio;  
 Mátame estotra por ser yo tan suyo.  
 Parecerá á la gente desvario  
 Preciarme deste mal, pues me destruyo;  
 Yo lo tengo por única ventura (56).

CANCIONES.

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA (1).

Culpa debe ser quereros,  
 Segun lo que en mi haceis;  
 Mas allá lo pagaréis,  
 Do no sabrán conoceros,  
 Por mal que me conocéis.  
 Por quereros, ser perdido  
 Pensaba, que no culpado;  
 Mas que todo lo haya sido  
 Así me lo habeis mostrado,  
 Que lo tengo bien sabido.  
 ¿Quién pudiese no quereros  
 Tanto como vos sabeis,  
 Por holgarme que pagueis  
 Lo que no han de conoceros  
 Con lo que no conocéis!

OTRA.

Yo dejaré desde aqui  
 De ofenderos mas hablando;  
 Porque mi morir callando  
 Os ha de hablar por mí (2).  
 Gran ofensa os tengo hecha  
 Hasta aqui en haber hablado,  
 Pues en cosa os he enojado  
 Que tampoco me aprovecha.  
 Derramaré desde aqui  
 Mis lágrimas no hablando;  
 Porque quien muere callando  
 Tiene quien hable por sí.

Á UNA PARTIDA.

Acaso supo, á mi ver,  
 Y por acierto quereros,  
 Quien tal hierro fué á hacer,  
 Como partirse de veros  
 Donde os dejase de ver.  
 Imposible es que este tal,  
 Pensando que os conocia,  
 Supiese lo que hacia,

(56) Sanchez y Tamayo tienen por de GARCILASO este soneto. Herrera y Azara lo omiten en sus colecciones. Yo lo tengo por indigno de GARCILASO.

(1) En un manuscrito de Iriarte tiene este epigrafe:  
*A doña Isabel Freyra, porque se casó con un hombre fuera de su condicion.*

(2) Sé que os ha de hablar por mí.—*Texto de Tamayo.*

Cuando su bien y su mal  
 Junto os entregó en un día.  
 Acertó acaso á hacer  
 Lo que si por conoceros  
 Hiciera, no podía ser  
 Partirse, y con solo veros  
 Dejaros siempre de ver.

Á UNA SEÑORA,

QUE ANDÁNDOSE ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPÉZADA Y UN HUSO COMENZADO Á HILAR EN ÉL, Y DIJO QUE AQUELLO HABIA TRABAJADO TODO EL DÍA (3):

De la red y del hilado  
 Hemos de tomar, Señora (4),  
 Que echais de vos en un hora  
 Todo el trabajo pasado  
 Y si el vuestro se ha de dar  
 A los que se pasearen,  
 Lo que por vos trabajaren  
 ¿Dónde lo pensais echar?

TRADUCCION DE CUATRO VERSOS DE OVIDIO.

Pues este nombre perdí,  
 Dido, mujer de Siqueo,  
 En mi muerte esto deseo  
 Que se escriba sobre mí:  
 «El peor de los troyanos  
 Dió la causa y el espada;  
 Dido, á tal punto llegada,  
 No puso mas de las manos (5).»

Á BOSCAN,

PORQUE ESTANDO EN ALEMAÑA DANZÓ EN UNAS BODAS:

La gente se espanta toda  
 Que hablar á todos distes,  
 Que un milagro que hecistes,  
 Hubo de ser en la boda.  
 Pienso que habeis de venir,  
 Si vais por este camino,  
 A tornar el agua en vino.  
 Como el danzar en reir (6).

VILLANCICO.

Nadie puede ser dichoso;  
 Señora, ni desdichado,  
 Sino que os haya mirado.  
 Porque la gloria de veros  
 En ese punto se quita  
 Que se piensa mereceros.  
 Así que, sin conoceros,  
 Nadie puede ser dichoso,  
 Señora, ni desdichado,  
 Sino que os haya mirado (7).

(3) En el citado manuscrito de Iriarte tiene este epigrafe:  
*A doña Mencía de la Cerda, que le dió una red y dijole que aquello habia hilado aquel día.*

(4) Hemos de sacar, Señora.—*Texto de Tamayo.*

(5) En las obras de don Diego de Mendoza (Madrid, 1610) se hallan como de este caballero los ocho versos siguientes, iguales á los que en el texto aparecen como de GARCILASO, segun Tamayo y Azara.

Dido, mujer de Sicheo,  
 Pues que tal nombre perdí,  
 Que se escriba sobre mí  
 Este título deseo:  
 «El peor de los troyanos  
 Dió la causa y el espada;  
 Dido, á tal punto llegada,  
 Puso la muerte y las manos.»

(6) No se halla esta canción en las ediciones de GARCILASO, sino en el citado manuscrito de Iriarte. Publicola Gayangos en el tomo II de la *Historia de la literatura española*, por Ticknor.

(7) No se halla en ediciones de GARCILASO, sino en el códice de Iriarte. Publicólo Gayangos en el tomo II de la *Historia literaria de España*, por Ticknor.

## COPLA SOBRE ESTE VILLANCICO.

¿Qué testimonios son estos  
Que le quereis levantar?  
Que no fué sino bailar.

¿Esta tienen por gran culpa?  
No lo fué á mi parecer,  
Porque tiene por disculpa  
Que lo hizo la mujer.  
Esta le hizo caer,  
Mucho mas que no el saltar  
Que hizo con el bailar (8).

(8) Según se ve en las obras de Boscan, esta copla fué escrita á don Luis de la Cueva porque bailó en palacio con una dama que llamaban la Pajara. También escribieron al mismo asunto Boscan, el duque de Alba, el prior de San Juan, don Hernando Alvarez de Toledo, el clavero de Alcántara, don Luis Osorio, don García de Toledo, Gutierre Lopez de Padilla y el marqués de Villafranca: todos glosando el villancico.

GARCIAE LASI DE LA VEGA  
AD FERDINANDUM DE ACUÑA.

## EPIGRAMMA.

*Dum Reges, Fernandè, canis, dum Caesaris altam  
Progeniem nostri, claraque facta ducum,  
Dum hispana memoras fractas sub cupide gentes,  
Obstupere homines, obstupere Dii;  
Extollensque caput sacri de vertice Pindi  
Calliope blandis vocibus haec retulit:  
Macte puer, geminâ praeciunctus tempora lauro,  
Qui nova nunc Martis gloria solus eras,  
Haec tibi dat Bacchusque pater, dat Phoebus Apollo;  
Nympharumque leves, castalidumque chori,  
Ut, quos divino celebrasti carmine Reges,  
Teque simul curvâ qui canis alma lyrà,  
Saepe legant, laudent, celebrent post fata nepotes:  
Nullaque perpetuos nox fuget atra dies (9).*

(9) Hállase este epigrama en la traducción de *El Caballero determinado*, hecha por Acuña. (Anvers, 1533; Salamanca, 1575; Anvers, 1591, etc.)



---

---

# POESIAS

DE

## GUTIERRE DE CETINA.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE FERNANDO DE HERRERA.

(*En las Anotaciones á las obras de Garcilaso de la Vega.*)

En CETINA, quanto á los sonetos particularmente, se conoce la hermosura y gracia de Italia; y en número, lengua, terneza y afectos ninguno le negará lugar con los primeros; mas fáltale el espíritu y vigor, que tan importante es en la poesía; y así, dice muchas cosas dulcemente, pero sin fuerzas. Y paréceme que se ve en él y en otros lo que en los pintores y maestros de labrar piedra y metal, que afectando la blandura y policia de un cuerpo hermoso de un mancebo, se contentan con la dulzura y terneza, no mostrando alguna señal de nervios y músculos, como si no fuese tanto mas diferente y apartada la belleza de la mujer de la hermosura y generosidad del hombre, que quanto dista el rio Ipanis del Eridano; porque no se ha de enternecer y humillar el estilo de suerte que le fallezca la vivacidad y venga á ser todo desmayado y sin aliento, aunque CETINA muchas veces, ó sea causa la imitacion ó otra cualquiera, es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí. Y si acompañara la erudicion y destreza del arte al ingenio y trabajo, y pusiera intencion en la fuerza como en la suavidad y pureza, ninguno le fuera aventajado.

---

#### DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la República Literaria.*)

Casi en aquellos tiempos floreció CETINA, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni nervio (1).

(1) Así en este juicio de CETINA, como en el de Garcilaso y Hurtado de Mendoza, siguió Saavedra Fajardo á Fernando de Herrera.

---

## POESIAS

# DE GUTIERRE DE CETINA.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SONETO PRIMERO.

Como garza real, alta en el cielo,  
Entre halcones puesta y rodeada,  
Que siendo de los unos remontada,  
De los otros seguirse deja á vuelo;  
Viendo su muerte acó bajo en el suelo,  
Por oculta virtud manifestada,  
No tan presto será de él aquejada,  
Que á voces mostrará su desconsuelo.  
Las pasadas locuras, los ardores  
Que por otras senti, fueron. Señora,  
Para me levantar remontadores.  
Pero viéndoos á vos, mi matadora,  
El alma dió señal en sus temores  
De la muerte que paso cada hora.

#### SONETO II.

Si tras de tanto mal me está guardado  
Algun bien de que estoy tan fuera agora,  
Aun espero por vos cantar, Señora,  
Con estilo mas alto que he llorado.  
Entonces será el bien mas estimado,  
Por no haber de él jamás sabido un hora,  
Cual madre que por muerto al hijo llora,  
Se alegra en verlo vivo á sí tornado.  
Entonces contaré de la tormenta,  
Seguro de zozobras en el puerto,  
Y placérame la pasada afrenta.  
Desterrará al dolor, que sin concierto  
Me suele fatigar, do nunca sienta  
Nueva, ni sepa de él si es vivo ó muerto.

#### SONETO III.

Como está el alma á nuestra carne unida,  
En los miembros las partes igualmente,  
Y como cada miembro el alma siente  
Entera en sí y en todos repartida,  
Y como si una parte es dividida  
Del cuerpo por algun inconveniente,  
El alma queda entera y tan potente  
Cual siempre, sin que pueda ser partida.  
Así el amor en mí no se acrecienta  
Por mas favor, ni cuando mas padece  
El triste corazon muda el estado.  
Muéstrase amor en mí como tormenta  
De mar, que cuando mas con furia crece,  
Su término no pasa limitado.

#### SONETO IV.

Si no fuese juzgado atrevimiento,  
Si vuestra crueldad lo comportase,  
Que vuestro servidor llamarme osase,  
De solo el nombre viviria contento.  
Tal os pinta en mí alma el pensamiento,  
Que no os miré jamás que no juzgase  
Temeridad el bien que desease;  
Y de tal desvario me arrepiento.  
Enójome de haber mas deseado,  
Y acusando á mí mismo mi locura,  
De cuanto deseé no quiero nada.  
Solo en veros consiste mi ventura,  
Todo lo porvenir me desagrada;  
El bien presente es mas que el mal pasado.

#### SONETO V.

Contento con el mal de amor vivia,

Habiendo el alma en él hábito hecho;  
Su daño principal ni su provecho  
No me alteraba ya ni lo sentia.

Flora ha querido la desdicha mia  
Con otro nuevo mal herirme el pecho;  
Este me desbarata y me ha deshecho,  
Mientras menos del otro me temia.

Como enfermo que está ya confiado  
Que no puede morir de un mal que tiene,  
Por haberse en el uso así guardado,

Cualquier nuevo accidente que le viene  
Diferente de aquel que habia pensado,  
Le hace recelar mas que conviene.

#### SONETO VI.

Para ver si sus ojos eran cuales  
La fama entre pastores extendia,  
En una fuente los miraba un día  
Dórida, y dice así, viéndolos tales:

«Ojos, cuya beldad entre mortales  
Hace inmortal la hermosura mia,  
¿Cuáles bienes el mundo perderia  
Que á los males que dais fuesen iguales?»

»Tenia antes de os ver por atrevidos,  
Por locos temerarios los pastores  
Que se osaban llamar vuestros vencidos.

»Mas hora, viendo en vos tantos primores,  
Por mas locos los tengo y mas perdidos  
Los que os vieron, si no mueren de amores.»

#### SONETO VII.

En un olmo Vandalio escribió un día,  
Do la corteza estaba menos dura,  
El nombre y la ocasion de su tristura;  
Despues mirando al cielo, así decia:

«Tanto crezcas, ¡oh bella planta mia!  
Que al mas alto ciprés venzas de altura,  
Y tanta sea mayor tu hermosura  
Cuanta aquella de Dórida seria.»

»Crezcan á par del olmo en su grandeza  
Las letras del amado y dulce nombre,  
Y en él hagan perpetua su memoria;

»Porque los que vendrán sepan que un hombre  
Levantó el pensamiento á tanta alteza,  
Que es digno al menos de inmortal renombre.»

#### SONETO VIII.

Remedio incierto que en el alma eria  
La ponzoña que da vida al tormento;  
Madrasta del cuitado sufrimiento,  
De nuestros bienes robadora arpia;

Oscura luz, que por tinieblas guía,  
Falso esfuerzo del loco pensamiento,  
Difícultoso bien del sentimiento,  
Peligroso manjar de la porfia;

Siempre fiera con rostro de doncella,  
Fuego que blandamente nos consume,  
Jarabe dulce de alargar los males;

Bien do el daño mayor se anida y sella,  
¿Quién será tal que tus maldades sume?  
¡Oh misera esperanza de mortales! (1)

#### SONETO IX.

Poñozña que se bebe por los ojos,  
Dura prision, sabrosa al pensamiento,

(1) Fernando de Herrera publicó este soneto en las *Anotaciones á las obras de Garcilaso*. Hállase también en el código del señor don José María de Alaya.

Lazo de oro cruel, dulce tormento,  
 Confusion de locuras y de antojos;  
 Bellas flores mezcladas con abrojos,  
 Manjar que al corazon trae hambriento,  
 Daño que siempre huye el escarmiento,  
 Minero de placer, lleno de enojos;  
 Esperanzas inciertas, engañosas,  
 Tesoro que entre el sueño se parece,  
 Bien que no tiene en sí mas que la sombra,  
 Inútiles riquezas, trabajosas,  
 Puerto que no se halla, aunque parece,  
 Son efectos de aquel que Amor se nombra.

## SONETO X.

Si de una piedra fria enamorado,  
 Pudo Pigmaleon mover el cielo;  
 Si pudo á tanto ardor poner consuelo  
 Falso espíritu, en ella transformado;  
 Siendo retrato vos tan bien sacado  
 De la mayor beldad que hay en el suelo,  
 Y siendo ante mi ardor el suyo un hielo,  
 ¿Por qué no me ha el Amor á mi engañado?  
 ¡Ay de mí! ¿Para qué? ¿Qué es lo que pido?  
 Si espíritu tuviese esta pintura  
 ¿Podría mejorarse mi partido?  
 No, porque en caso tal ¿quién me asegura  
 Se os hubiese en las mañas parecido  
 Tanto como os parece en la hermosura?

## CANCION PRIMERA.

Guardando su ganado  
 Cerca el Bético rio,  
 Vandalio al pié de un álamo sombroso,  
 En la yerba sentado,  
 Que llena de rocío,  
 Mostraba el verde prado mas hermoso,  
 En un acto lloroso  
 La zampoña sonaba,  
 Y en las grutas oscuras  
 De sus desaventuras  
 Eco el último acento discantaba;  
 Y en voz baja cantando,  
 Decía de cuando en cuando:  
 «Dórida, tus cabellos  
 Mas rubios son que el oro,  
 Y mas claros que el sol de mediodía;  
 Mas cara prenda que ellos  
 Ni mas rico tesoro  
 No lo alcanza á pensar la fantasía.  
 La triste vida mia  
 Colgada de ellos veo.  
 Ved si está bien librada,  
 De un cabello colgada,  
 Faltando la esperanza á mi deseo;  
 Pues se llaman cabellos  
 Porque estoy léjos dellos.  
 En sutil velo envueltos,  
 En trenzas por la frente,  
 O debajo de red tal vez guardados,  
 O prendados ó sueltos,  
 Si el sol está presente,  
 De invidioso, se esconde en los nublados.  
 ¡Ay rabiosos cuidados!  
 ¡Oh trabajosa suerte!  
 Cuando los veo muero,  
 Cuando no, desespero,  
 Y en morir el deseo se convierte.  
 ¡Oh dichosos cabellos!  
 Y mas quien puede vellos.  
 A veces imitando  
 A la sacra Diana,  
 Los orna con guirnaldas de mil flores;  
 Y Amor, que está mirando  
 La beldad soberana,  
 Se enciende en el amor de sus amores.  
 Mil celosos temores  
 Tengo de enamorado.  
 Digo: «Si Amor la hiere,  
 Si para sí la quiere,  
 ¿Para qué es mi pasion y mi cuidado?  
 Si Amor se inflama dellos,  
 ¿Para qué quiero vellos?  
 Pensar poder gozillos,

Gran locura parece,  
 Que su valor cualquier valor apoca.  
 En vano es descallos,  
 Pues sola los merece  
 La mano delicada que los toca.  
 ¡Ay esperanza loca!  
 Ay tristes ansias mías!  
 Si gozar no se puede  
 Bien que al mayor excede,  
 Desdichado desco, ¿en qué confías?  
 Ni puedes gozar dellos  
 Ni dejar de querellos.  
 De cabellos tejida  
 Fué la bella cadena  
 En que mi corazon se halla envuelto;  
 Con tal cautela urdida,  
 Que entonces da mas pena  
 Cuando pienso que estoy della mas suelto.  
 Si desta pena absuelto  
 Alguna vez me viese,  
 No prisión trabajosa,  
 Mas libertad dichosa,  
 Seria para mi cuando así fuesco;  
 Mas el no merecellos  
 Es el mal que hay en ellos.  
 Para el arco homicida  
 Hizo Amor con gran arte,  
 De tus cabellos, Dórida, la cuerda,  
 Por hacer que la vida,  
 Mientra del alma parte,  
 La gana de morir del todo pierda;  
 Que como se me acuerda  
 De aquel color divino,  
 Luego al vivir el paso  
 Suelto, cansado y laso,  
 Do la contem.placion muestra el camino.  
 Mas ¿quién podrá con ellos,  
 Si el Amor se arma dellos?  
 Aquel oro extremado,  
 Resplandeciente y puro,  
 Que el aurora nos muestra antes del día,  
 Dicen que no es hurtado;  
 Pero yo afirmo y juro  
 De tus cabellos ser, Dórida mia.  
 La Aurora, que sabia  
 Tu beldad extremada,  
 Te los robó durmiendo,  
 Y agora va huyendo  
 De aquel de quien fué ya tal vez burlada.  
 Febo sigue tras ellos;  
 Yo me pierdo por ellos.  
 En la esfera del fuego,  
 De su calor mas fuerte,  
 De tus cabellos fué el color sacado,  
 Cuya calidad luego  
 Dió nuevas de mi muerte  
 Al hielo que en tu pecho está encerrado.  
 Así será forzado,  
 Entre contrarios puesto,  
 Que mi vivir se acabe,  
 Porque en razon no cabe  
 Sufrir la crueldad quien vió tu gesto.  
 Si hay fuego y hielo entre ellos,  
 ¿Quién se guardará dellos?  
 Cabellos, mientras os miro,  
 De la cruel Medusa  
 La bella forma y el peligro veo.  
 Ardo, hielo y suspiro,  
 Y el alma, de confusa,  
 En los brazos se deja del desco.  
 ¡Oh escudo de Perseo!  
 ¡Amor, si por hazaña  
 llora yo lo tuviese,  
 Porque Dórida viese  
 De sus cabellos la beldad extraña!  
 Mas si se vence dellos,  
 ¿Cómo podré mas vellos?  
 Cancion, si en los cabellos,  
 Siendo la menor parte  
 De su beldad, hay tanta hermosura;  
 Si la señora dellos  
 Te llama, baja á darte,  
 Pues no cabe tal bien en tal ventura.

Dile que para amallos  
Te sobra lo que falta en alabalos.

## SONETO XI.

¿En cuál region, en cuál parte del suelo,  
En cuál bosque, en cuál monte, en cuál poblado,  
En cuál lugar remoto y apartado,  
Puede ya mi dolor hallar consuelo?  
Cuanto se puede ver debajo el cielo,  
Todo lo tengo visto y rodeado;  
Y un medio que á mi mal habia hallado,  
Hace en parte mayor mi desconsuelo.  
Para curar el daño de la ausencia  
Pintoos cual siempre os vi, dura y proterva;  
Mas Amor os me muestra de otra suerte.  
No querais á mi mal mas experiencia,  
Sino que ya, como herida cierva,  
Do quier que voy, conmigo va mi muerte.

## SONETO XII.

Con ansia que del alma le salia,  
La mente del morir hecha adivina,  
Contemplando Vandadio la marina  
De la rihera bética, decia:  
«Pues vano desear, loca porfia  
A la rabiosa muerte me destina,  
Mientras la triste hora se avvicina,  
Oye mi llanto tú, Dórida mia.  
» ¡Oh si tu crueldad contenta fuese,  
Por premio de esta fe firme y constante,  
Que sobre mi sepulcro se leysse,  
» No en letras de metal, mas de diamante:  
Dórida ha sido causa que muriese  
El mas leal y el mas sufrido amante!»

## SONETO XIII.

¡Ay sabrosa ilusion, sueño suave!  
¿Quién te ha enviado á mi? ¿Cómo viniste?  
¿Por dónde entraste al alma, ó qué le diste  
Á mi secreto por guardar la llave?  
¿Quién pudo á mi dolor fiero, tan grave,  
El remedio poner que tú pusiste?  
Si el ramo tinto en Lete en mi esparciste,  
Ten la mano al velar que no se acabe.  
Bien conozco que duermo y que me engaño  
Mientras envuelto en un bien falso, dudoso,  
Manifiesto mi mal se muestra cierto.  
Pero, pues excusar no puedo un daño,  
Hazme sentir ¡oh sueño piadoso!  
Antes durmiendo el bien que el mal despierto.

## SONETO XIV.

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,  
Refugio al caluroso ardiente estio,  
Adonde la hieldad del idol mio  
Hizo tu claridad mas transparente.  
¿Qué ley permite, qué razon consente  
Un pecho refrescar helado y frio,  
En quien fuego de amor, fuerza ni brio  
Ni muestra de piedad jamás se siente?  
¡Cuánto mejor harias si lavases  
De este mi corazon tantas mancillas,  
Y el dolor que lo abraza mitigases!  
Aqui serian, Amor, tus maravillas  
Si en estas ondas un señal mostrases  
De mis penas á quien no quiere oillas.

## MADRIGAL PRIMERO.

Ojos claros, serenos,  
Si de un dulce mirar sois alabados,  
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?  
Si cuando mas piadosos,  
Mas bellos pareceis á aquel que os mira,  
No me mireis con ira,  
Porque no parezcai menos hermosos.  
¡Ay tormentos rabiosos!  
Ojos claros, serenos,  
Ya que asi me mirais, miradme al menos (2).

(2) Así se lee este madrigal en el código del señor don José María de Alava. Sedano, en el *Paraiso español*, lo imprimió de esta suerte, que es como hasta hoy se ha conocido:

Ojos claros serenos,

## MADRIGAL II.

Cubrir los bellos ojos  
Con la mano que ya me tiene muerto,  
Cantela fué por cierto;  
Que así doblar pensastes mis enojos.  
Pero de tal cautela  
Harto mayor ha sido el bien que el daño;  
Que el resplandor extraño  
Del sol se puede ver mientras se cela.  
Así que, aunque pensastes  
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,  
Yo os perdono la ofensa,  
Pues, cubiertos, mejor verlos dejastes.

## SONETO XV.

Leandro, que de amor en fuego ardia,  
Puesto que á su desco contrastaba,  
Al fortunoso mar, que no cesaba,  
Nadando á su pesar, vencer queria.  
Mas viendo ya que el fin de su osadía  
A la rabiosa muerte lo tiraba,  
Mirando aquella torre en donde estaba  
Ero, á las fieras ondas se volvía,  
A las cuales con ansia enamorada  
Dijo: «Pues aplacar furor divino,  
Enamorado ardor no puede nada,  
» Dejadme al fin llegar de este camino,  
Pues poco he de tardar, y á la tornada  
Secudad vuestra saña y mi destino (3).»

## SONETO XVI.

Padre Oceano, que del bel Tirreno  
Gozas los amorosos abrazados  
De gloria, si sintieses mis cuidados,  
Cuánto yo de pesar estarias lleno.  
En la parte del cielo mas sereno,  
Para colmar la cima de tus hados,  
Vi á tu hijo bañar los delicados  
Piés de una ninfa que nació en su seno.  
«¡Ay! ¿Quién fuese ora tú?» yo le decia;  
Y de puro celoso, lo enturbiaba  
Con llanto que del alma me salía.  
Mas él, que tanto bien comunicaba  
Mientras con mi llorar lo revolvia,  
Claro en sus ondas mi dolor mostraba.

## SONETO XVII.

¡Dichoso desear, dichosa pena,  
Dichosa fe, dichoso pensamiento,  
Dichosa tal pasion y tal tormento,  
Dichosa sujecion de tal cadena;  
Dichosa fantasia, de gloria llena,  
Dichoso aquel que siente lo que siento,  
Dichoso el obstinado sufrimiento,  
Dichoso mal, que tanto bien ordena;  
Dichoso el tiempo que de vos escribo,  
Dichoso aquel dolor que de vos viene,  
Dichosa aquella fe que á vos me tira;  
Dichoso quien por vos vive cual vivo,  
Dichoso quien por vos tal ansia tiene,  
Felice el alma que por vos suspira!

## SONETO XVIII.

La vibora cruel, segun se escribe,  
Si á alguno muerde, es ya caso sabido  
Que no escapa de muerto el tal mordido,  
Por poco que el veneno en él se avive;  
Pero, si por ventura acaso vive,  
Que aunque es dificultoso, ya se vido,

Si de dulce mirar sois alabados,  
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?  
Si cuanto mas piadosos,  
Mas bellos pareceis á quien os mira,  
¿Por qué á mi solo me mirais con ira?  
Ojos claros serenos,  
Ya que asi me mirais, miradme al menos.

(3) Hállase este soneto tambien impreso en las *Anotaciones á Garcilaso* por Fernando de Herrera, el cual dice: «CETINA, quo parece quiso contender con Garcilaso en algunos sonetos, hizo este mesmo desta suerte.»

Queda de otro veneno defendido,  
 Que ni le empece ni hay por qué lo esquivo.  
 Ya que por mayor mal quiso ventura  
 Que no muriese yo, despues que el cielo  
 Me dejó ver en vos su hermosura,  
 No tengais en mi fe, dama, recelo;  
 Que el ser sujeto vuestro os asegura  
 Que no me encenderá beldad del suelo.

## CANCION II.

## A la esperanza.

¡Ay, misera esperanza!  
 ¿Qué me aprovecha andar desvanecido  
 Contra toda razon, sin fundamento,  
 Haciendo confianza  
 De cosas do jamás certeza ha habido,  
 Engañando al cuitado entendimiento?  
 ¡Tristes torres de viento,  
 Cuán cerca llega ya vuestra caída,  
 Pues no puedo esperar ni quiero vida!  
 ¡Esperanza engañosa,  
 Que con promesas falsas, aparentes,  
 Me has tenido suspenso, embarazado!  
 ¡Ay, alma deseosa  
 De salir ya de mil inconvenientes!  
 ¿No es tiempo que se acabe este cuidado?  
 ¡Ay, cuán desengañado  
 Está quien sabe bien que es mal que espere  
 El que por menos mal la muerte quiere!  
 ¡Esperanza perdida!  
 ¿Qué me puedes poner delante ahora?  
 Qué te puede quedar ya por mostrarme,  
 Si yo no quiero vida,  
 Que cuanto dura mas, mas empeora?  
 ¿Pensas me la alargar para matarme?  
 ¡Ay! que no hay que mostrarme  
 Razones mal fundadas; que es locura  
 Hablar de vida al que morir procura.  
 ¡Ay, esperanza incierta!  
 ¿Cuánto fuera menor mi desventura  
 Si razon de esperar jamás tuviera!  
 Viera mi duda cierta;  
 Y pues no basta amor do no hay ventura,  
 Con mi fortuna el desear midiera.  
 ¡Ay, cuánto mejor fuera  
 Que la razon del esperar faltara,  
 Y en lugar de esperar, desesperara!  
 ¡Ay, esperanza loca!  
 En fuerza de tu fe solo pensabas  
 Salvarte de un engaño que así engaña.  
 Ya la vida se apoca;  
 Que aquel mismo manjar que antes le dabas  
 De su pasado error la desengaña.  
 ¡Ay, pena fiera extraña!  
 ¿Qué puedes ya hacer para dañarme  
 Ni para entretenerme ni engañarme?  
 ¡Esperanza traidora!  
 Debajo de amistad me has engañado;  
 Súfrese pues prender sobre seguro,  
 Si mi mal no mejora,  
 Ni lo sufre un dolor de un tal cuidado,  
 ¿Cómo tarda el morir, pues lo procuro?  
 ¡Ay, hado triste y duro!  
 Que es el mismo morir quien me entretiene,  
 Porque donde hay vivir muerte no viene.  
 ¡Esperanza grosera,  
 De seso falta, falta de experiencia!  
 ¿Sobre qué estribas ya, qué te sustenta,  
 Vida rabiosa y fiera?  
 Acábame á lo menos la paciencia;  
 Ya que acabaste tú, no se consienta.  
 ¡Ay, peligrosa afrenta!  
 Si la esperanza ha visto el desengaño,  
 ¿Qué puede ya esperar sino mas daño?  
 ¡Esperanza cuitada!  
 ¡Ay, si supieses bien cuán caro cuesta  
 El manjar de que vives trabajos!  
 ¡Cuánto mas descansada  
 Te seria una muerte alegre y presta  
 Que un vivir tan cansado y enojoso!  
 ¡Ay, último reposo,  
 No se dilate mas nuestra partida;

Que al que se ha de morir, muerte le es vida!  
 Cancion, permita el cielo  
 Que sea esta del cisne; y pues alcanza  
 De cuenta mi dolor á la esperanza,  
 Alcance ya el recelo  
 Que se acabe el vivir y el desconsuelo.

## SONETO XIX.

## Al secretario Gonzalo Perez.

«No mas, como solia, jocundo y vago  
 Te veo correr dorando tu ribera;  
 Mas turbio de mis lágrimas, la fiera  
 Llama crecer, que yo llorando apago.  
 »Ya no te muestra el cielo aquel halago  
 Con que suele adornar tu primavera;  
 Ya no es tu claridad la que antes era»,  
 Decia Pireno contemplando el Tago.  
 «¿Qué será de tí, misero Pireno,  
 Tornó á decir llorando, si el pasado  
 Tiempo no torna alegre cual solia?»  
 Vandalio, que el dolor de mal ajeno  
 Hacía recordar su propio estado,  
 Lloraba de piedad mientras le oia.

## SONETO XX.

## A la princesa de Molfeta.

Como al rayo del sol nueva serpiente  
 En virtud del calor sale y se aviva,  
 Muéstrase mas lozana y mas altiva,  
 Y el esfuerzo y valor doblado siente;  
 Y como mientras el sol no es tan caliente,  
 La falta del calor hace que viva  
 Timida, solitaria, oscura, esquivada,  
 Do ni la pueda ver ni vea la gente;  
 Tal ha sido de mí, señora mia,  
 Que en virtud del calor de los favores,  
 Mientras el sol me duró, ledo vivia,  
 Hasta que los helados disfavores  
 Hicieron encoger mi fantasia,  
 Esconderme y huir de los amores.

## SONETO XXI.

Como se turba el sol y se escurece  
 Si nube se interpone ó turbio el cielo,  
 Dejando oscuro y triste acá en el suelo  
 Todo cuanto con él claro parece;  
 Y como estando así nos aparece  
 Fuera de aquella nube y de aquel velo,  
 Y llevando lo oscuro el aire á vuelo,  
 La claridad del sol mas resplandece;  
 Tales me son á mi vuestros enojos;  
 Que mirándoos airada ó descontenta,  
 Se torna oscura noche el claro día;  
 Mas en viendo la luz de vuestros ojos,  
 Alegre luego el alma os me presenta  
 Mil veces mas hermosa que solia.

## SONETO XXII.

## Al principe de Ascoli.

Cuando algun hecho grande y glorioso  
 O victoria de ejército alcanzaban,  
 Arcos, colosos, mármoles alzaban  
 Los romanos al que era victorioso.  
 Quedaba el nombre así de aquel famoso,  
 Y de una envidia honesta despertaban  
 Los ánimos de aquellos que aspiraban  
 Venir á un fin tan alto y glorioso.  
 Estos escudos de armas, los trofeos,  
 Las memorias que veis en cada parte,  
 Principe digno de inmortal historia,  
 Despertadores son de los deseos  
 Que á un hijo tal, cual vos, del nuevo Marte  
 Harán subir á la paterna gloria.

## ANACREONTICA.

De tus rubios cabellos,  
 Dórida ingrata mia,  
 Hizo el Amor la cuerda  
 Para el arco homicida.  
 «Ahora verás si burlas

De mi poder», decía,  
Y tomando una flecha,  
Quiso á mi dirigirla.  
Yo le dije: «Machacho,  
Arco y arpon retira;  
Con esas nuevas armas,  
¿Quién hay que te resista?»

#### EPÍSTOLA PRIMERA.

##### A don Diego Hurtado de Mendoza.

Si aquella servitud, señor don Diego,  
Que con vos tuve, agora no tuviese,  
Sería de saber muy alto y ciego.  
Aquel amor que solo de interese  
Nace, fué por divina providencia  
Ordenado que á tiempo pereciese:  
Mas el de la virtud, el de la ciencia  
No puede perecer, porque es tesoro  
Que muestra siempre en si mas excelencia;  
Yo observo en el amaro el decoro,  
Y como enamorado, es amo tanto,  
Que casi como á un idolo os adoro.  
Anegada en el mar de un luengo llanto  
Ha estado hasta aquí la musa mía,  
Sin poder acordar la lira al canto.  
El cielo de mi dulce fantasia  
Vi todo revolver y escurrecerse  
Cuando pensé que comenzaba el día.  
Y el sentido, que apenas condolerse  
Podía de su mal, siendo infinito,  
No pudo en otra cosa entremeterse.  
Esto causó, Señor, que no os he escrito,  
Como os prometí, cuando de Trento,  
Partisteis tan mohino y tan afrito,  
Hasta agora, que el puro descontento  
Puso al furor las armas en la mano,  
No al poético, no, mas al tormento.  
Y aunque parezca especie de liviano  
Lo que Febo hallar dificultoso  
Suele, la indignacion ha hecho llano.  
En una confusion estoy dudoso,  
Que no sé qué os escriba que os agrade,  
Que pueda al gusto vuestro ser sabroso.  
De esta guerra he temor que os desagrade;  
Del suceso de corte no hay qué escriba;  
De amor; qué diré yo qué no os enfade?  
La imagen de Boscán, que casi viva  
Debeis tener, hará en vuestra memoria  
La mas hermosa para ser esquivo.  
Y el Laso de la Vega, cuya historia  
Sabeis, de piedad y envidia llena,  
Digo de invidiosos de su gloria.  
Yo, que á volar he comenzado apenas,  
Apenas oso alzarme tanto á vuelo,  
Que no lleve los piés por el arena.  
Vos, remontado allá casi en el cielo,  
Paciendo el alma del manjar divino,  
¿Quién sabe si quereis mirar al suelo?  
Mas ante que volverme del camino,  
Acuerdo de decir alguna cosa  
En estilo grosero ó peregrino.  
Será el sugeto pues aquella honrosa  
Empresa que en este año ha César hecho,  
Tanto quanto difícil, gloriosa.  
Ver un tirano en dos horas deshecho,  
Tan fuerte y atrevido, que hacía  
A los mayores que él temer el pecho.  
No vencido de amor ni cortesía,  
Ni fortuna en vencerle tuvo parte,  
Mas de solo valor y gallardia.  
Allí era de notar el nuevo Marte,  
Fernando, capitán de aquesta guerra,  
El ánimo, el valor, ingenio y arte;  
Allí se vió en el sitio de una tierra,  
Dura de nombre, asaz dura y extraña,  
Si en ánimo español virtud se encierra.  
Con razon memorar puedes, ¡oh España!  
Entre las otras tantas memorables  
Esta, que no sera menor hazaña  
Profundos fosos, muros impugnables  
Hierro, lanzas, saetas, piedras, fuego,  
Ánimos de leones indomables,

En un asalto, sin tomar sosiego;  
El cual duró cuatro horas, poco menos,  
Fueron domados á la fin del fuego.  
Allí de cuerpos muertos se vian llenos  
Los fosos, palpitando las heridas,  
Lastimero espectáculo á los buenos;  
Allí perdieron las honradas vidas  
Doseientos alemanes caballeros,  
De quien los nuestros fueron homicidas;  
Sin otros paisanos y extranjeros,  
Al número de mil, á quien la suerte  
Tocó á pasar por tan extraños fueros.  
El incendio cruel, la fiera muerte,  
El robo, el mal que en Dura hacer vieron,  
Junto con expungnar plaza tan fuerte,  
Hizo que los demás merced pidieron,  
Y con su Duque mal aconsejados  
En las manos de César se pusieron.  
Ellos absueltos, él fué perdonado;  
Y el ejército nuestro victorioso,  
De Gueldres en lleno presto pasado,  
Do en llegando, llegó tempestuoso  
Juntamente el invierno, y tan esquivo,  
Que hizo el campear dificultoso.  
Así fué fuerza de mudar motivo  
Y contentarnos con menor ganancia,  
Dejando el pensamiento mas altivo.  
Opuso, Señor, cerca el rey de Francia,  
Por si socorrer podía la villa,  
Que á él era de honor y de importancia.  
Y porque publicaba á maravilla  
Deseo de hacer jornada cierta,  
Nuestro César no quiso diferilla;  
Antes se puso en la campaña abierta,  
Y á tiro de cañon se le presenta,  
Mostrándole, si quiere entrar, la puerta.  
Mas él, que verse en semejante afrenta  
No quiso, ni tentar mas su ventura,  
Con socorrer su villa se contenta.  
Carlo Quinto lo llama y lo importuna  
Y ofrece la batalla, de que habia  
El francés poca gana ó no ninguna.  
Y bien nos lo mostró el tercero día,  
Que nuestro campo cerca de él pusimos,  
Cuál era su intencion y á qué venia;  
Fuéenos una noche, y no le vimos  
Apenas ir, y al fin de la jornada  
El veló bien, nosotros nos dormimos.  
César dejó despues holgar la espada,  
Que en las francesas armas fiera mella  
Ha hecho, sin quedar escarmentada.  
Y si bien de la fin de esta querrela  
Cada cual á su gusto ordeña y trata,  
Y sobre la verdad la pasion sella,  
Yo querría decir, pues no me mata  
Nadie, que hizo el Rey la bella empresa  
*Mala rima mi fuerza á dir cacata.*  
Por abreviar, nuestro César tenia presa  
Fortuna por el pelo, y hásele ido;  
Piadosamente pienso que le pesa.  
El Rey se fué; digo que se ha huido  
Sin daño y con vergüenza, y ha quedado  
Quien lo dejó huir muy mas corrido.  
La culpa cuya fué no he procurado  
Ni procuro saber; mas cierto veo  
A César en tal caso disculpado.  
Ya me parece que tendréis desco  
De saber los que mas se señalaron  
Y quién llevó la gloria y el torneo.  
Algunos caballeros se hallaron  
En las escaramuzas, que de España  
La fama gloriosa conservaron.  
Los demás, y aun los mas, en una extraña  
Escuadra ó escuadron contino puestos,  
No pudieron de sí mostrar hazaña.  
De la disposicion y de los gestos  
Cómo las armas les estaban colto,  
Pues va todos á nos son manifiestos.  
Lo bueno yo no sé sino alaballo;  
Si algo hubo de mal, que nunca falta,  
A la presencia pienso reservallo.  
Mas quisiera decir, sino que salta  
El furor por seguir otra materia,

Si no mas agradable, al fin mas alta.  
 Pensé deciros del novel de FERIA  
 Cómo con su valor ha desterrado  
 Desta corte los vicios y miseria.  
 Y cómo en cuatro pasos ha alcanzado  
 Los que primero del corrieron tanto,  
 Y algunos ó los mas atrás dejado.  
 Pero, tornando al comenzado canto,  
 El humo y vanidad de aquesta corte  
 Me tiene puesto en confusion y espanto.  
 No pienso decir mas sin pasaporte;  
 De la corte murmuro y della digo,  
 Mas de ninguno nada que le importe.  
 Yo pienso que es á Dios y á si enemigo  
 Quien niega la verdad, y por favores,  
 Por amor ni temor de algun castigo.  
 ¿Qué os parece, Señor, destes señores?  
 De su ambicion y envidia ¿qué os parece?  
 Qué de la multitud de servidores?  
 ¿Qué decís de la pena que padece  
 Un grande si otro le ha pasado en nada,  
 Y cómo la igualdad mal compadece?  
 ¿Qué decís del tener mesa parada  
 Todas horas á todos, do hay algunos  
 Que desean probar en él su espada?  
 ¿Qué decís del sufrir mil importunos?  
 Qué de la adulacion que así los ciega,  
 Sin que della escapar puedan ningunos?  
 Del cortesano triste que se allega  
 A demandar al Rey alguna cosa,  
 ¿Cuál queda, me decid, si se la niega?  
 Y el otro que ni duerme ni reposa  
 Por llegar á aquel grado que desea,  
 ¿Qué vida tan estrecha y trabajosa!  
 El otro con envidia urde y no deja  
 Cómo podrá sacar de su privanza  
 A tal que en hacer toda la emplea.  
 ¿Qué os parece, Señor, de la esperanza  
 Que grande se le muestra en perspectiva?  
 ¡Cuán poco fruto al fin della se alcanza!  
 ¡Qué extraña presuncion vana y altiva  
 Se halla en corte de un privado injusto,  
 Y qué conversacion, seca y esquiva!  
 ¿Cómo toma otro ser, muda otro gusto,  
 El que, siendo ayer pobre, hoy se ve rico!  
 Tirano es hoy aquel que era ayer justo.  
 ¿Qué os parece cuál es tratado el chico  
 Del grande hecho á fuerza de fortuna,  
 Del poderoso el triste pobrecico?  
 ¿Qué juzgais de la turba que importuna  
 A quien hacelle bien tan poco cuesta,  
 Sin poder del haber merced ninguna?  
 Del ansia por salir en una fiesta  
 Mas galan que no el otro y mas costoso,  
 Tanto gasto y trabajo ¿qué le presta?  
 El otro va trotando presuroso  
 A acompañar al Duque, si cabalga,  
 Como si sin él fuera peligroso.  
 Aquel está esperando que el Rey salga  
 En sala por hacer antes presencia;  
 Si esta no es ignorancia, que no valga.  
 ¿Qué decís del que teme haber sentencia  
 En contra el sobornar de su letrado  
 Cual del uno y del otro la conciencia?  
 El cortesano cuerdo y avisado  
 Que no quiere nadar con la corriente  
 Del vulgo, me decid, ¿cómo es tratado?  
 Dicen que es impoituno el diligente,  
 Mentir y trampear es benéfico,  
 El cauteloso dicen que es prudente.  
 Han convertido el juego en ejercicio  
 Comun; juegan los grandes, los plebeos;  
 Armas y letras van ya en precipicio.  
 Ya cesaron las justas y torneos;  
 La erápula y lascivia en lugar destes  
 Entraron, con mil otros actos feos.  
 ¿Cuántos veréis en alto asiento puestos,  
 Soberbios, insolentes, desleales,  
 Hipócritas, viciosos, deshonestos!  
 ¿Por qué hizo fortuna desiguales  
 Sus leyes? Por qué es rico un avariento?  
 Por qué mendigan tanto liberales?  
 ¿Por qué no viviria yo contento,

Y el que mejor que yo vivir podria  
 En casa y del paterno nutrimento?  
 ¿Para qué es ocupar la fantasia  
 En desear mandar, y en grandes cargos  
 Andar embebecidos noche y dia?  
 Los años de los ricos ¿son mas largos,  
 Por aventura, ó viven mas quietos,  
 O muertos no han de dar de si descargos?  
 ¿No son, como los pobres, tan sujetos  
 Los ricos á mil casos desastrosos,  
 Si bien no corresponden los efetos?  
 ¿Cuál rico hay que no tenga mil cuidados  
 Mas que yo, que el temor de caso adverso  
 No interrumpe mis sueños reposados?  
 ¿Oh cuánto es su vivir del mio diverso!  
 ¡Cuán to es la mia mas alegre vida!  
 ¡En qué piélago está ciego y submerso!  
 Yo, que por experiencia conocia  
 Tengo la corte ya, voyme riendo  
 De quien sigue tras cosa tan perdida.  
 Y digo que es la corte, si la entiendo,  
 Una cierta ilusion, una apariencia  
 Que se va poco á poco deshaciendo.  
 De la corte no hago diferencia  
 Al espejo, que muestra algunas cosas  
 Graves, que nada son en existencia.  
 Ciertas honras inútiles, costosas,  
 Ansioso desear, vivir inquieto,  
 Esperanzas inciertas, trabajosas,  
 Un nunca responder con el efeto  
 El pensamiento, que continuo hace  
 Mil torres en el aire, de indiscreto.  
 Pero, porque he temor que no os aplaco  
 Tan luenga historia, aqui harémos punto,  
 Pues que tampoco á mi me satisface.  
 Y de todas las cosas que pregunto,  
 Con el primero me enviad respuesta  
 Cual la deseo yo, cual la barrunto;  
 Que pues mi servitud está tan presta  
 A vuestra voluntad para serviros,  
 Cualquier demanda se me debe honesta.  
 Olvidado me habia de pedirros  
 Una cosa que mucho he codiciado,  
 Y he pensado mil veces escribiros.  
 Y es que de ver gran tiempo he deseado  
 Del famoso Ticiano una pintura,  
 A quien yo he sido siempre aficionado.  
 Entre flores y rosas y verdura  
 Deseo ver pintada primavera  
 Con cuanto de beldad le dió natura.  
 Mucho pido, Señor; mas no debiera  
 Pedir menos á quien fuera muy poco,  
 Si cuanto puede dar fortuna os diera.  
 En este punto que postero loco  
 De pedirros, veréis que soy poeta,  
 Si no lo habiades visto en que soy loco.  
 Llegado ha ya mi canto á aquella meía  
 Do pienso poner fin á mi camino,  
 Si, como temo, á vos no fuere aceta,  
 Haced de ella un presente al Aretino.

EPÍSTOLA II.

Al príncipe de Ascoli.

Señor, mas de cien veces he tomado  
 La pluma y el papel para escribiros,  
 Y tantas no sé cómo lo he dejado.  
 Y no os maravilleis, porque son tiros  
 Que del pasado mal de los amores  
 Quedaron en lugar de los suspiros.  
 Ya no canto, Señor, por los temores  
 Que solia cantar, ya mudo verso,  
 Ya se pasó el furor de los fureros.  
 Un modo de escribir nuevo y diverso  
 Me hallé, poco há, para holgarme,  
 Y por huir del otro tan perverso  
 Solia cantar de amor y desvelarme;  
 Andar fantasticando mil dulzuras,  
 Que paraban despues en degollarme.  
 Ya no escribo, Señor, delicaduras;  
 Escríbalas quien es mas delicado;  
 Yo soy loco y me agrado de locuras.  
 Ya no pretendo mas ser laureado;

Antes por solo el nombre tomaria  
De andarme sin bonete y trasquilado.  
Pasais, Señor, por la desgracia mia,  
Como vino entre lurlas á mudarse  
El nombre de que tanto yo huvia.

Vaya fuera Satan; no ha de tratarse  
Cosa sin lauro aquí, como taberna;  
Que en todo ha de meterse y demostrarse.

Tornando pues, Señor, á la moderna  
Manera de vivir, digo que estamos  
Como le place á aquel que nos gobierna.

Paz y salud hay mas que deseamos,  
Mil cosas que comprar, pocos dineros,  
Aunque tantos, que hasta que vivamos.

Las damas, el amor, los caballeros  
Andan hechos tasajos; yo me rio.  
Que si yo no lo soy, son majaderos.

Anda, Señor, tan flaco Juan del Rio,  
Que es una compasion, porque su dama  
Ha apostado con él cual es mas frio.

No viene á la ciudad, y desta trama  
Temo no ha de quedar al triste hilo  
Mas de sola la voz con que le llama.

Baste del galan flaco y amarillo  
Lo dicho; de otro gordo y rubicundo  
Diré, que os holgaréis vos mas de oïllo.

Don Manuel va sin luto y tan jocundo,  
Que solo es el galan de los galaes.  
¿Queréis que diga mas? Que triunfa el mundo.

El premio no sé yo de sus afanes  
Cuál es mas; sé os decir que muestra el juego  
Por ganado en las muestras y ademanes.

Diréis que yo no veo y que estoy ciego,  
Que no puedo dar fe; mas yo me atengo  
Á que no sale luz donde no hay fuego.

Don Jorge, harto mas anecho que luengo,  
Espera con deseo la camarada;  
Yo con las esperanzas lo entretengo.

Va el cuidado á palacio, y no se agrada  
De cosa que en él vea, ausente aquella  
Luz que ni se la da ni le da nada.

Ella está en su lugar, y está con ella  
La bella camarada por mostrarse  
Entre tanto beldad tanto mas bella.

Don Antonio ha dejado de quejarse;  
Despues que os fuisteis vos no pierde punto,  
Si la dama no viene á importunarse.

Gonzalo Giron va medio difunto,  
Que su dama no sale ni se muestra,  
Y no por culpa dél, segun harrunto.

Está el triste de cosa tan siniestra  
Harto mas coreobado que sofía;  
Fortuna lo enderece, que es maestra.

Aquel embajador que no se via  
Salió ayer á volar con pluma nueva,  
Y la que lo peló sigue su via.

Ludovica se ha puesto en hacer prueba  
Si se puede afeitar mas que su ama,  
Y no hay de quien tal yerro la remueva.

Suspira por el Príncipe y lo llama;  
Dice que era su bien, y yo lo creo;  
Mas no caerá de amor doliente en cama.

Olvidado me habia un gran torneo  
Que una noche hicimos en palacio  
Por cumplir de una dama un mal deseo.

Fué muy pobre de galas y muy lacio,  
Armados mucho bien, muy mal vestidos;  
Combatíose muy bien, aunque despacio.

Todos vuestros amigos conocidos  
Torneamos, y veinte italianos,  
Que fueron de nosotros escogidos.

Andanse aparejando entre las manos  
Estas Carnestolendas grandes fiestas.  
¡Ved qué alivio de pobres cortesanos!

Esperánnos, Señor, las mesas puestas,  
Como suelen decir, porque en llegando  
Tomeis de ellas el gasto á vuestras cuestras;

Entre tanto que yo vo adivinando  
Que estáis en esa tierra ya de asiento,  
Y que la nuestra acá vais olvidando.

Y es harto indicio desto, á lo que siento,  
No escribir ni acordaros á lo menos  
De hacer con alguno un cumplimiento.

Todos nuestros caballos están buenos;  
Vuestras bestias de casa se pasean  
Sin vos por estas calles como ajenos.

Algunas damas sé yo que os desean,  
Bien que por varios casos todavia;  
Venid, si no por ver, para que os vean.

El dibujo que aquel darne debia  
Del moderno castillo de Plasencia  
Para enviar á vuestra señoría,

No me ha dado; mas jura en su conciencia  
Que el principio está hecho y no acabado,  
Por habello estorbado la excelencia.

No os quejaréis, Señor, que no os he dado  
Particular aviso de mil cosas,  
Y en estilo mas fácil que el pasado.

Vuestras armas están las mas hermosas  
Que se pueden pintar, y yo no quiero  
Pintaros con palabras enfadosas  
Lo que sabeis de mi, del dia primero.

#### ESTANCIA.

#### Sobre la cubierta de un retrato.

El que el alma encender de honesto celo  
Quiere, y hacer mejor la mejor parte,  
Es que por levantarse en alto vuelo  
Busca sugeto tal, que excede al arte;  
El que procura ver beldad del cielo,  
Y junta la que en todas se reparte,  
Para ver todo el bien de la edad nuestra  
Mire, si sabe ver, sola esta muestra.

#### SONETO XXIII.

#### Al monte donde fué Cartago (4).

Excelso monte, do el romano estrago  
Eterna mostrará vuestra memoria;  
Soberbios edificios, do la gloria  
Aun resplandece de la gran Cartago;  
Desierta playa, que apacible lago  
Fuiste lleno de triunfos y vitoria (5);  
Despedazados mármoles, historia  
En que se lee cuál es del mundo el pago (6);  
Arcos, anfiteatros, baños, templo,  
Que fuisteis edificios celebrados,  
Y agora apenas vemos las señales;  
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo,  
Que si del tiempo fuistes derribados,  
El tiempo derribar podrá mis males.

#### SONETO XXIV.

#### A una dama que Horaba un su servidor muerto.

De Menalea, pastor, la ninfa Flora  
Lloraba el duro caso extraño y fuerte,  
Y del hermoso rostro dura suerte  
Las rosas escurece y descolorea.

Ya se hace llorar, ya vuelve y llora  
Y en dulces perlas su llorar convierte;  
Ya queda muerta y fria, y si la muerte  
La deja respirar, dice algun hora:  
«Parea, si de mi bien te enamoraste,  
Cortaras de mi vida el hilo incierto;  
Gozaras del poder, yo del engaño.

»Mas ¡ay! que digo yo que no acertaste;

(4) Hállase este soneto impreso en las *Anotaciones á Garcilaso*, ya citadas. Herrera dice que el soneto es imitacion del que á Roma compuso en lengua italiana el conde Baltasar Castiglioni con este principio:

*Superbi colli et voi sacre ruine.*

Y luego añade: «CETINA pasó todo este aparato y ornamento de edificios y fábricas romanas á Cartago, donde él por ventura no vió rastro de algunas dellas, ni las debió leer en escritor alguno; pero cuando esto se condene, será error de accidente, y por eso liviano. Basta que lo trasladó ilustremente y que es uno de los buenos sonetos que tiene la lengua española.

(5) El manuscrito del señor Alava dice:

Desierta playa, que apacible lago  
Lleno fuiste de triunfos y vitoria.

(6) El referido manuscrito pone:

En quien se ve cuál es del mundo el pago.



Que por matarle á él, á mí me has muerto;  
El golpe has hecho en él, yo siento el daño.

## SONETO XXV.

¡Ay vivo fuego! Ay fiero pensamiento!  
Ay rabioso dolor, pasos cansados!  
Ay recelos de amor desesperados!  
Ay triste, congajoso sentimiento!  
¡Ay alto desear sin fundamento!  
Ay vana empresa, llena de cuidados!  
Ay rios, fuentes, selvas, bosques, prados!  
Ay esquivia ocasion de mi tormento!  
¡Ay verdes huertas, árboles hermosos!  
Ay lugar que ya fué ledo y jocundo,  
Do gastaba mi tiempo en dulce canto!  
Espiritus alegres y amorosos,  
Si alguno vive acá en el bajo mundo,  
Muévaos hora á piedad mi triste llanto.

## SONETO XXVI.

Hiere el puerco montes, cerdoso y fiero,  
Y la alterada sangre, detenida,  
Tarda del corazon á la herida,  
Y una blanca señal muestra primero.  
Así del amador que es verdadero,  
En lágrimas la sangre convertida,  
No llegan así presto á su salida  
En llorando un pesar muy lastimero.  
Da el corazon señal que está alterado,  
Hace que de dolor el fiero diente  
En lo vivo del alma ha penetrado.  
Entonces muestra el daño el accidente,  
Y la blanca señal de estar turbado  
Matiza con el llanto el mal que siente.

## SONETO XXVII.

Como la oscura noche al claro dia  
Sigue con inefable movimiento,  
Así sigue al contento el descontento  
De amor, y á la tristeza la alegría.  
Sigue al breve gozar lengua porfia,  
Al dulce imaginar sigue el tormento,  
Y al alcanzado bien el sentimiento  
Del perdido favor que lo desvia.  
De contrarios está su fuerza hecha,  
Sus tormentas he visto y sus bonanzas,  
Y nada puedo ver que me castigue.  
Ya sé qué es lo que daña y aprovecha;  
Mas ¿cómo excusará tantas mudanzas  
Quien ciego tras un ciego á ciegas anda?

## SONETO XXVIII.

Mientras el fiero dolor de su tormento  
Con mayor soledad Vandalio llora,  
Con voz de su morir denunciadora  
Dijo triste, lloroso y descontento:  
«¡Oh gloria de estas selvas y ornamento,  
Sombras que tanto ardor templais agora!  
¡Oh tú, Eco, perpetua habitadora  
Del bosque que este llanto escucha atento!  
»Quédese para vos solas guardado  
Mi tan secreto bien, mi buena suerte,  
Que tanto me costó por no mostralle.  
»Y si tanto favor me niega el hado,  
Ya que á alguno contar querais mi muerte,  
Digase solo el mal, el bien se calle.»

## SONETO XXIX.

Golfo de mar con gran fortuna airado  
Se puede comparar la vida mia:  
Van las ondas do el viento las envia,  
Y las de mi vivir do quier el hado.  
No hallan suelo al golfo, ni hallado  
Será cabo jamás en mi porfia;  
En el golfo hay mil monstruos que el mar cria;  
Mi recelo mil monstruos ha criado.  
En el mar guia el Norte, á mi una estrella;  
Nadie se fia del mar, de nada fio;  
Vase allí con temor, yo temeroso.  
Por mi cuidados van, naves por ella;  
Y si en algo difiere el vivir mio,  
Es que se aplaca el mar, yo no reposo.

## CANCION III.

Animal venturoso,  
Que con gozo tan alto  
El morir limitó tu buena suerte,  
¡Cuál vivir tan sabroso  
No será pobre y falto  
Ante la dulce causa de tu muerte?  
Cuál ánimo tan fuerte,  
Cuál alto atrevimiento  
Al tuyo igualar puede,  
Si tu atrever excede  
Al mas desenfrenado pensamiento?  
Cuál ingenio, cuál arte  
De tu gloria dirá la menor parte?  
¡Animal atrevido,  
Tan bien afortunado,  
Que osaste así llegar (¡ furioso hecho!)  
Al amoroso nido,  
Al seno regalado  
De Amor, al mas hermoso y casto pecho!  
De ser muerto y deshecho  
Allí luego improviso,  
Mayor bien se te sigue,  
Porque el morir mitigue  
La gloria que á si solo Amor dar quiso,  
Que el morir en tal punto  
Fué un no sentir el mal al bien tan junto.  
Cosa es clara y sabida,  
Que de tan gran locura  
Había de seguir un mal extraño.  
Pagaste con la vida  
Tu sobrada ventura,  
Y á respecto del bien fué poco el daño.  
¡Ay qué sabroso engaño!  
Ay qué muerte sabrosa!  
Que mientras contemplabas  
El favor y gozabas  
Pasó disimulada y presurosa,  
Con el bien tan mezclada,  
Que cuando mas dolió, no dolió nada.  
¡Quién hay tan sin sentido,  
Que á trueque de tu suerte  
Su sér por el sér tuyo no trocara?  
Por un bien tan subido  
Con venturosa muerte  
¡Quién de su voluntad no la tomara?  
¡Ay gloria única y rara!  
¡Quién agora sintiera  
Lo que sentias muriendo,  
Tanto gozo sintiendo,  
Que mal puede sentirse! Aunque muriera,  
Tengo por cosa cierta  
Que allí la muerte en vida se convierta.  
Fætotante no se alabe  
Mas de su atrevimiento,  
Pues él ni nadie al tuyo igualar puede.  
No en pecho humano cabe  
Tan gran contentamiento,  
Que ante el bien de tu mal bajo no quede.  
De un sol que al sol excede,  
Donde aun el pensar loco  
Apenas llegar osa,  
Cama dulce y sabrosa  
Hiciste, el mayor bien teniendo en poco,  
Porque haga la fama  
En memoria inmortal muerto en tal cama.  
No puede ser pagado  
Un atrever tan alto  
Con castigo menor que de tal muerte;  
Ni pudo ser mezclado  
Con menor sobresalto  
Porque el bien engañase un mal tan fuerte.  
Solo faltó á su suerte  
Tal autor, que escribiera  
Tu vida, muerte y gloria;  
Y que para memoria  
Perpetua en tu sepulcro se leyera:  
«Aquí contento yace  
Quien por tal ocasion morir le place.»  
No pases adelante,  
Cancion, pues á los dos nos cabe en suerte  
Llorar de envidia de tan dulce muerte.

## SONETO XXX.

Ilustre honor del nombre de Cardona,  
 No décima á las nueve de Parnaso,  
 Mas la primera del oriente á ocaso,  
 A quien rara haldad honra y corona,  
 Y á quien la fama por síu par pregona,  
 De virtudes colmado y rico vaso,  
 Por eleccion, y no por snerte ó caso,  
 Dignísima de cetro y de corona;  
 Perderia la pena y el trabajo  
 Donde la invidia su malicia enfrena,  
 Si cantase de tí aun el mas instruto,  
 Pues tu santa virtud tomó á destajo,  
 Con pura castidad de afetos llena,  
 Producir para el cielo eterno fruto (7).

## SONETO XXXI.

Ni la alta pira que de César cierra  
 Las reliquias soberbias en el suelo,  
 Ni aquel famoso templo por quien Belo  
 Vivirá siempre en cuanto el mar encierra;  
 Ni todos los honores que en la tierra  
 Pueden de gloria alzarse en alto vuelo,  
 Os dieran tanto honor, héroes del cielo,  
 Cuanto os dan estas piedras y esta tierra.  
 De huesos de enemigos mayor pira,  
 Do los vuestros á guisa de trofeo  
 Se muestran, fabricando fabricastes.  
 El templo que á los otros mas admira,  
 Y el honor muy mas grande que el deseo,  
 Cristo os lo dió y vosotros lo ganastes.

## SONETO XXXII.

**A una dama que le pidió alguna cosa suya  
 para cantar.**

No es sabrosa la música ni es buena,  
 Aunque se cante bien, señora mía,  
 Si de la letra el punto se desvia;  
 Antes causa disgusto, enfado y pena.  
 Mas si á lo que se canta acaso suena  
 La música conforme á su armonía,  
 En lugar del pesar que el alma cria,  
 De un dulce imaginar la deja llena.  
 Vos, que podeis mover al son del canto  
 Los montes, no querais cantar enojos  
 Ni el secreto dolor de mi cuidado.  
 Quédese para mí solo mi llanto;  
 Vos cantad la beldad de vuestros ojos:  
 Conformará el cantar con lo cantado.

## SONETO XXXIII.

Si el justo desear, padre Silvano,  
 Jamás pudo moverte entre pastores;  
 Si del rabioso mal de los amores  
 El corazon salvaje has hecho humano,  
 Ruega al nûmen celeste que la mano  
 De su piedad extienda á los clamores  
 Que Dórida le hace en los ardores  
 De una fiebre cruel, llorando en vano.  
 Si alcanzo de los dos tanta ventura,  
 Vuestra gloria será mas verdadera,  
 Y mas para sufrir mi desventura.  
 Y cuando lo contrario el hado quiera,  
 No perezca, Señor, tal hermosura;  
 Menor mal es que yo en su lugar muera.

## SONETO XXXIV.

Pincel divino, venturosa mano,  
 Perfecta habilidad, única y rara,  
 Concepto altivo do la envidia avara,  
 Si te piensa enmendar, presume en vano.

(7) Este soneto no se halla en el manuscrito del señor don José María de Alava. Publicólo Herrera en la *Anotacion al soneto vigésimoquinto de Garcilaso*, diciendo: «Este soneto contrahizo, según se dice, CETINA; no sé si tambien que mereciese alabanza por ello. Quien lo leyere con atencion verá claramente el efeto que consiguió, porque yo no tengo por ingenio obligarse á cosas semejantes, que tienen mas dificultad que arte, y despues de trabajadas no alcanzan en alguna parte á la imágen que escogieron por ejemplo.»

Delicado matiz, que el sér humano  
 Nos muestra cual el cielo lo mostrara;  
 Beldad cuya beldad se ve tan clara,  
 Que al ojo engaña el arte soberano.  
 Artifice ingenioso, que sentiste  
 Cuando tan cuerdamente contemplabas  
 El sugeto que muestran tus colores,  
 Dime: si como yo la vi la viste,  
 El pincel y la tabla en que pintabas  
 Y tú ¿como no ardeis, cual yo, de amores?

## SONETO XXXV.

**Al conde de Feria.**

Mientras el franco furor fiero se muestra,  
 En uno con el bárbaro tremiendo;  
 Mientras el consorcio protestante horrendo  
 Turbar piensa la fe y la patria nuestra,  
 Marte os arma, Señor, la mano diestra,  
 A la cual la victoria está atendiendo,  
 A aquel vestigio de valor siguiendo  
 Qué á la inmortalidad virtud adiestra.  
 Ya me parece ver de vuestra gloria  
 El alto resplandor ilustrar tanto,  
 Que al paterno poder hará la vista.  
 Solo tengo temor que tanta historia  
 Puesta no quedará en eterno canto,  
 Si vos de vos no sois el coronista.

## SONETO XXXVI.

Cercado de terror, lleno de espanto,  
 En la barca del triste pensamiento,  
 Los remos en las manos del tormento,  
 Por las ondas del mar del propio llanto  
 Navegaba Vandalio, y si algun tanto  
 La esperanza le da propicio el viento,  
 La imposibilidad en un momento  
 Le cubre el corazon de oscuro manto.  
 «Vandalio, ¿qué harás ora? decía.  
 Fortuna te ha privado de la estrella  
 Que era en el golfo de la mar tu guía.»  
 Y andándola á buscar ciego sin ella,  
 Cuando por mas perdido se tenia,  
 Vióla ante los nublados ir mas bella.

## SONETO XXXVII.

De sola la ocasion ledo y gozoso,  
 Dijo Vandalio á Amor: «Por un halago  
 Corra en cama dorada el rico Tago,  
 Pactolo sea de perlas abundoso;  
 «Deseo con su virtud quedar famoso  
 El que el sacro laurel quiere por pago,  
 Vaya arando la mar, cual hizo Lago,  
 Aquel que de riquezas es cuidadoso;  
 «Gobierne el reino aquel que lo procura,  
 Sea el mundo de aquel que lo conquista,  
 Y cada cual se goce con su estado.  
 «Yo no pido ni quiero mas ventura,  
 Salvo que pueda de una dulce vista  
 Solamente mirar y ser mirado.»

## SONETO XXXVIII.

**Al duque de Sesá.**

Como al salir del sol se muestra el cielo  
 Mas claro y mas alegre y mas gozoso,  
 Y como en el venir de abril hermoso  
 De flores se matiza y lustra el cielo,  
 Tal, movido por vos de honesto celo,  
 Se muestra ufano el mundo, deseoso  
 De veros ya llegar al glorioso  
 Término á que llegó el único abuelo.  
 Solo en veros salir solo del nombre  
 De Gonzalo Fernandez tiene espanto  
 Cuanto cine Apenin, Adria y Tirreno.  
 ¿Cuál será pues, Señor, que no se asombre  
 Viéndoos volver con el honrado manto  
 De palmas, de trofeos, de glorias lleno?

## SONETO XXXIX.

**Al emperador.**

No fuera Alcides, no, famoso tanto,

Ni durara en el mundo hoy su memoria,  
Si menos cara hubiera la victoria  
De los monstruos que aun hoy causan espanto.

La fuerte emulacion con todo cuanto  
Contrasta casi al par con vuestra gloria,  
Harán al fin, Señor, que vuestra historia  
Nos dure con eterno é inmortal canto.

El vencer tan soberbios enemigos,  
Sujetar tantos monstruos, tanta gente  
Con el valor que el cielo en vos derrama.

Al siglo por venir serán testigos  
Del honor que dará perpetuamente  
A Cárlos Quinto Máximo la fama.

## SONETO XL.

## A la marquesa del Gasto.

Cual en la deseada primavera  
Suelen venir á nos Favonio y Flora,  
Cual se suele mostrar la bella aurora  
Ante el rector de la celeste esfera,  
Cual en aquella dulce edad primera  
Diana en selva se mostró á deshora;  
Tal vos, excelentísima Señora.

Parecéis á este pueblo que os espera.  
Alégrate hora pues, Liguria mia,  
Que si grande ocasiou para gozar te  
Deseabas hallar, hoy es el dia.

Si de dolor te queda alguna parte,  
Sea por no haber visto en compañía  
De la nueva Diana al nuevo Marte.

## SONETO XLII.

Está en mi alma mi opinion escrita  
Con tal fuerza de amor, tan bien guardada,  
Que si de vuestra saña no es borrada,  
A la par con la vida en ella habita.

Bien me podeis vos dar pena infinita;  
Amor os da el poder como le agrada;  
Mas excusar que no seais amada  
De mi con tal beldad ¿quién me lo quita?

Aborrecerme vos podeis, Señora,  
Afecto tan contrario al ardor mio,  
Y aun desearme, si quereis, la muerte;  
Mas que no os ame esta alma que os adora,  
Ni vos ni vuestra saña, yo lo to,  
Podeis borrar lo que me cupo en suerte.

## SONETO XLIII.

¡Ay dulce tiempo, por mi mal pasado,  
En el cual me vi yo de amor contento!  
¿Cómo se fué volando con el viento,  
Y sola la memoria en mi ha quedado!

¡Ay triste tiempo, lleno de cuidado,  
De pesar y dolor, pena y tormento!  
¿Quién hace así tardar tu movimiento?  
¿Cómo vas tan de espacio y tan pesado?

Si tanto bien no merecí mi suerte,  
¿Cuál desdicha ordenó que lo gustase?  
Y si era bien, ¿para qué fué mudable?

Y si había de venir un mal tan presto  
Tras él para que mas me lastimase,  
¿Por qué es mi mal mas que mi bien estable?

## MADRIGAL III.

No miréis mas, Señora,  
Con tan grande atencion esa figura,  
No os mate vuestra propia hermosura.  
Huid, dama, la prueba  
De lo que puede en vos la beldad vuestra.  
Y no haga la nuestra  
Venganza de mi mal piadosa y nueva.  
El triste caso os mueva  
Del mozo convertido entre las flores  
En flor, muerto de amor de sus amores.

## CANCION IV.

## Al rio Bétis.

Bétis, rio famoso, amado padre,  
Que con paso tardio  
Haces tu curso al mar acostumbrado,  
Mientras así oscura está la antigua madre,

Oye en el canto mio  
Las quejas de un pastor desventurado,  
De un hijo que algun tiempo ha celebrado  
(A pesar del grueso y bajo estilo)  
Del hulo al Tago y del Baambio al Nilo.  
Ove pues mi pesar, mi desconuelo,  
Mi temor y recelo;

Lleve consigo el viento embravecido  
La memoria del mal fiero, rabioso,  
Y mientras dura el son de mi gemido,  
*Llora, padre piadoso,*

*Y si el tributo usado al mar envias,  
Do tus lágrimas van vagau las mias.*

Lleve el viento la voz, como se lleva  
La misera esperanza;  
El llanto lleva tú, y el sentimiento  
Quede solo conmigo, y haga prueba  
Si la desconfianza

Pudiese destruirme el sufrimiento.  
Mas ¡ay! que este vencido pensamiento  
La fuerza de mi fe, la del deseo

Lo rebacen de nuevo y lo levantan  
Cuando los males mas, mas me quebrantan  
(Haciendo del sentido un otro Anteo).

A todo cuanto veo,  
Los ganados, las verbas y las fuentes,  
A todo soy molesto y enojoso,  
A las fieras, al cielo y á las gentes.

*Llora, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envias,  
Do tus lágrimas van vagau las mias.*

No quiero perder tiempo en recontarte  
Mis pasados ardores;

No pienso recitar viejas historias.  
Estas riberas pueden acordarse,  
Tus niñas, tus pastores,  
De mi perdido bien tristes memorias.

Los vencimientos sabes, las victorias  
Que Amor hubo de mí, yo de él he habido;  
Mas no son estos causa de este llanto;

No fué entonces el mal tan grave cuanto  
Fué la alteza del bien no merecido  
El haberlo perdido.

Y el acordarme de él, sin él agora,  
Me hacen de la muerte deseoso;

Pero mientras su daño el alma llora,  
*Llora, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envias,  
Do tus lágrimas van vagau las mias.*

Bien se que deste mal la mayor culpa  
Querrás atribuirme,  
Porque estando tan bien osé mudarme;

Mas si aquella beldad no me disculpa,  
Que pudo destruirme,  
Baste el hado cruel para excusarme.

No me valió huir, no el alejarme;  
No aproveché el disuero y la cordura;

No el hacerme yo fuerza resistiendo;  
Todo lo fué gastando y deshaciendo  
De Amarilida el trato y la blandura.

Quiso mi desventura  
Ponerme nuevo yugo,  
Tan facil al principio y tan sabroso  
Cuanto ha sido despues pesado y grave.

*Llora, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envias,  
Do tus lágrimas van vagau las mias.*

Contento de mi suerte tal cual era,  
Por no andar peregrino  
Buscando mejor pasto á mi ganado,  
Pasaba yo mi vida en tu ribera,  
Cuando nuevo camino  
Para nuevo pesar me mostró el hado.

De la bella Amarilida avisado  
Fui que el amado rio atrás dejaba  
Libre de sujecion, y que queria  
Mudar patria, costumbre y fantasía,

De lo cual me juró que se alejaba  
Por ver que se acercaba  
A tus hermosas ondas, do tenerme  
Cerca de si queria y con reposo,

Segura para siempre de perderme.  
*Llora, padre piadoso,*

*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
¡Cuántas veces la vi certificarne  
Que dejaba aquel río,  
Y el Tago, do vivir tambien podia,  
Por tenerme mas cerca y por tratarme,  
Porque el ganado mio  
Gozase su pastor siquiera un día!  
Jurar la vi tambien que ya tenia  
De Pisuerga tan libres los cuidados,  
que no dejaba atrás rastro ninguno;  
Que deseaba ver paciendo en uno,  
Por tu ribera andar nuestros ganados.  
Los ardores pasados  
Veniamos mil veces acordando  
Por hacer el camino mas sabroso.  
¿Para qué mi dolor voy relatando?

*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
¡Ay Dios! si me durara aquel camino  
Cuanto dura la vida,  
O la vida con él se me acabara!  
Si de mi trato tan blando y tan continuo  
Huia de dar caída,  
¿Plugiera á Dios que nunca lo gustara!  
Mas ¿quién creyera tal, quién lo pensara.  
Viéndose así tratar tan blandamente?  
Quién se vió como yo que no creyese  
Que tal contentamiento eterno fuese,  
Siendo eterno el autor que el alma siente?  
¿Cuál piadoso bosque ó fuente  
Vimos en el pasar que no haya sido  
Castigo de mi bien? ¡Ay qué rabioso  
Es el acuerdo. Amor, del bien perdido!

*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
Pisuerga sabe bien que fue testigo  
De mi dolor primero,  
Si de todo mi mal recibe el pago;  
Y si fuere mayor del mal que digo,  
Tambien lo sabe Duero,  
Tórmes lo sabe bien, sábelo Tago,  
Que la vieron pasar. ¿Con cuál halago  
Me regaló viniendo ora por verte?  
Y aun tu, Bétis, tambien viste una parte  
De mi felicidad, mientras con arte  
Simulaba el engaño de mi muerte.  
Pues quien tan buena suerte  
Perdío viéndose tal, sin ella agora,  
Mira si con razon vive quejoso  
Del cielo, del amor de su pastora.  
*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
No descubrió en llegando las cantelas  
Que agora ha descubierto  
Por abrasarme mas, por encenderme;  
Mas atenta á pacer sus ovejuelas,  
Con mañoso concierto  
Se comenzó á tratar y á entretenerme;  
Ni mostraba solltarme  
Ni dar vida á mi mal ni nueva muerte.  
Quando estaba mas blanda y cuando dura,  
Yo, que andaba engañado en mi locura,  
Todo lo atribuía á buena suerte;  
El nudo estrecho y fuerte,  
Que solo entre los dos ligó Himeneo,  
Y en verme en posesion, menos cuidados  
Me hicieron del daño que hora veo.  
*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,*

*Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
Agora ni me trata ni entretiene  
Ni mi vivir le agrada  
Antes huye de mi como de fiera;  
Y si donde yo estoy acaso viene,  
Se muestra tan trocada,  
Que no parece ser la que antes era.  
No la puedo entender ni sé qué quiera;  
Lo mesmo que me hiela, eso me enciende,  
Y lo que mas me ofende  
Es no saber de qué se satisface.  
Eso es pues el dolor fiero, rabioso,  
Que en llanto me consume y me deshace.  
*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*  
Bétis, río famoso,  
Recibe esta cancion en tus honduras,  
Y mientras lloro aqui mis desventuras,  
*Lloro, padre piadoso,*  
*Y si el tributo usado al mar envías,  
Do tus lágrimas van vayan las mias.*

## SONETO XLIII.

## Al duque de Alba.

Señor, mientras el valor que en vos contemplo  
El ánimo, el saber alabar quiero,  
Con el bajo decir torpe y grosero  
Del alto desear la furia tiempo.  
Vuestras obras serán pues vuestro ejemplo,  
Vos vuestro coronista verdadero,  
Vuestra virtud será el mas cierto Homero  
Que á la inmortalidad os abre el templo.  
No dejaréis, Señor, ser alabado;  
Mas al principio que llevais tan alto  
Dad en lo porvenir alegre efeto;  
Que si el triunfo del mundo es pobre y falto,  
Si corresponde mal con tal sugeto,  
Allá os le tiene el cielo aparejado.

## MADRIGAL IV.

¡Ay qué contraste fiero,  
Señora, hay entre el alma y los sentidos  
Por decir que os dolais de los gemidos!  
Ninguno de ellos osa;  
Cada cual se acobarda y se le excusa  
Al alma deseosa,  
Que de su turbacion la lengua acusa.  
Ella dice confusa  
Que os dirá el dolor mio,  
Si la deja el temor de algun desvio;  
Pero de un miedo frio  
La causa el corazon, y de turbada,  
Quando algo os va á decir, no dice nada.  
Al corazon no agrada  
La excusa, y dice que es della la mengua;  
Que el quejarse es afecto de la lengua.  
El uno al otro amengua;  
El vano pensamiento  
No sabe dar consejo al desatiento.  
La razon sierva sienta,  
Que solia un tiempo entre ellos ser señora,  
Y el esfuerzo enflaquece de hora en hora.  
La mano no usa agora  
Del medio que solia;  
Que el temor la acobarda y la desvia.  
La sangre corre fria  
A la parte mas flaca, y de turbado,  
El triste cuerpo tiembla y suda helado.  
¡Ay rabioso cuidado!  
Pues si el alma contrasta á los sentidos,  
¿Quién dirá que os dolais de mis gemidos?

---

# POESÍAS

DE

## DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE FERNANDO DE HERRERA

(*En las Anotaciones á Garcilaso*).

DON DIEGO DE MENDOZA habló maravillosamente y trató sus concetos, que llaman del ánimo, y todas sus perturbaciones con mas espíritu que cuidado, y alcanzó con novedad lo que pretendió siempre, que fué apartarse de la comun senda de los otros poetas, y satisfecho en ello, se olvidó de las demás cosas; porque, si como tuvo en todo lo que escribió erudicion y espíritu y abundancia de sentimientos, quisiera servirse de la pureza y elegancia en la lengua, y componer el número y suavidad de los versos, no tuviéramos invidia á los mejores de otras lenguas peregrinas. Y no se puede dejar de conceder que cuando reparó con algun cuidado, ninguno le hizo ventaja; pero, como él se ejercitó por ocupar horas ociosas ó librar el ánimo de otros cuidados molestos, así la grandeza de sentimientos y consideraciones y el natural donaire y viveza de sus versos lo desvian, como tengo dicho, de la poesía comun.

---

#### DE LOPE DE VEGA

(*En el prólogo del Isidro; Madrid, 1599*).

¿Qué cosa iguala á una redondilla de Garci Sanchez ó DON DIEGO DE MENDOZA?

---

#### DE DON TOMAS TAMAYO DE VARGAS

(*En las Anotaciones á Garcilaso*).

El ingenioso caballero DON DIEGO DE MENDOZA ¿qué quiso decir que no pudiese en sus coplas castellanas?

---

#### DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

(*En la República Literaria, siguiendo á Herrera*).

Sucedió á estos DON DIEGO DE MENDOZA, el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo é inculto.

---

# POESIAS

DE

## DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### ÉGLOGA.

En la ribera del dorado Tajo,  
Cuando el sol tiene el cielo mas ardiente,  
Y á la tierra sus rayos dan trabajo,  
Orilla de una limpia y clara fuente,  
Cantar vi á Melibeo y á Damon,  
Guardados de la siesta y de la gente,  
Entrambos aquejados de pasion,  
Iguales en cantar y responder,  
Iguales en quejarse con razon.  
Olvidan los ganados el pacer,  
Y los montes inclinan el altura,  
Y detienen los rios el correr.  
Yo tambien me escondo entre la espesura  
Por oír aquel canto, que esculpido  
Quedó con hierro duro en piedra dura.  
Melibeo, que estaba mas sentido,  
Llamando el cielo cruel y matador,  
Comenzó con un canto dolorido :

«¿Qué he de hacer? Qué me aconseja amor?  
Tiempo es ya de morir;  
Mas tarde que quisiera en estos hados;  
Muerta es, y llevó mi corazon;  
El alma se me sale de dolor,  
No la puedo seguir.  
Conviene que os rompáis, años cansados,  
Pues rompéis á lo menos con razon;  
Mi desesperacion  
Es que no la he de ver, y el esperar  
Acá es mayor pesar;  
Que mi descanso ha vuelto su partida  
En llanto y amargura dolorida.

»Tú sientes bien, amor, de qué me duelo,  
Cuanto mi mal es grave;  
Duélete deste daño, que á tí toca;  
Que el mal es tuyo y mio todo junto.  
Á entrambos se mostró cruel el cielo,  
Y juntos nuestra nave  
Rompimos y perdimos á una roca,  
Y juntos nos faltó el sol en un punto;  
¿Qué ingenio tan á punto  
Podrá dar á entender mi mal un rato?  
Mundo huérfano, ingrato,  
Razon tendras conmigo de llorar  
La que'l bien que habia en tí pudo llevar.

»Caida es ya tu gloria y no la vees;  
No eres digno, cuando ella  
En tí vivia, de hacer su conciencia,  
Ni merecias tú tan gran vitoria,  
Que fueses tocado de sus santos piés,  
Porque cosa tan bella  
Debia el cielo alegrar con su presencia  
Y entristecer á tí con su memoria.  
Mezquino sin tal gloria,

Ni la vida mortal ni á mí mismo amo.  
Llorando me la llamo;  
Solo de mi esperanza esto me queda,  
Con que el vivir en tí sostener pueda.

»Aquella hermosura en tierra es vuelta,  
Como solia del cielo  
Y de todo el bien de arriba ser dechado;  
En paraíso está su gran beldad,  
Ya del pesado cuerpo y ñudo suelta,  
Suelta ya de aquel velo  
Que el mas que humano sér tuvo encerrado,  
Haciendo sombra á su florida edad.  
De nueva humildad  
Vestida, y de una eterna vestidura,  
Te verá yo, alma pura,  
Tan hermosa cuanto es mas divinal  
Perpetua hermosura que mortal.

»Mas ufana que nunca, mas hermosa  
Me vienes al sentido,  
Como cuando mas tu vista me agradó;  
Y esta es una coltuna de mi gloria;  
Mas como sombras huye, y no reposa.  
Tu nombre esclarecido  
Es obra que en mi pecho se fundó,  
Do siempre estaré vivo y con vitoria  
Si traigo á la memoria  
Que murió mi esperanza en aquel día  
Que ella mas florecia.  
Bien siente amor cual quedo, y tú, Señora,  
Que á la verdad mas cerca estás ahora.

»Pastores, vos que vistis su beldad  
Y su angélica vida,  
Y aquella celestial manera en tierra  
Que deshacia todo el bien humano,  
Doleros de mí, pues quedo en soledad.  
No della, que es ya ida  
A tanta paz y me ha dejado en guerra;  
De mi os doled, que muero y lloro en vano,  
Aunque si ajena mano  
De seguilla el camino me estorbara,  
Lo que amor me hablara  
Me hiciera que no cortara el hilo,  
Y sé que me hablara en tal estilo :

»—Pon freno al gran dolor que así te aqueja;  
Que por querer y enojos  
Podra perder el cielo tu deseo,  
Dónde vive quien muerta acá parece;  
Por si tiene descanso, por tí queja.  
Del cuerpo y sus despojos  
Se rie, y por tí llora Melibeo;  
Por tí, que solo quedas, se entristece  
Su fama, que florece  
En muchas tierras; por tu ingenio y arte  
No le falta esta parte;  
Y tu voz á tu nombre torne clara,  
Si algun hora su vista te fué cara. —

»Huye la claridad  
Y el lugar donde hubiere risa y canto,  
Cancion; pues eres llanto,  
No es para tí la gente que se alegra;  
Busca la obscuridad,  
Viuda desconsolada en veste negra.»

Como hubo acabado de cantar,  
Con tan gran agonía suspiró,  
Que también hizo el valle suspirar.  
El río con sus lágrimas creció,  
Las ninfas le ayudaron á dolerse,  
Y el monte con sus valles respondió.  
Damon comenzó luego á entristecerse  
Como el que mal sospecha y no lo alcanza,  
Y ni puede excusalle ni valerse.  
Bien fuera que, mudando su esperanza,  
Diera nuevo lugar á su deseo;  
Mas hay amor en parte que hay mudanza.  
Pues tomandola flauta á Melibeo,  
La flauta, ya mostrada al mismo canto,  
Comenzó con el mismo arte y meneo:

«¡Oh cielos, que cubris con vuestro manto  
Los ciegos elementos,  
Que dáis y quitáis sombra y claridad  
Con movimientos de eternal firmeza!  
Movéos á compasion del triste canto,  
Pues para mis tormentos  
No hay lugar en la tierra de piedad,  
No hay en ella consuelo á mi tristeza;  
Hay harta ligereza  
Que esparciste, Señora, con tus manos,  
Hartos placeres vanos,  
Y todos van en lloro y en pesar;  
Mas todos á la fin se han de acabar.

»En las postreras horas de mis años,  
Que pensé tener buenas,  
Me negó el claro sol su clara lumbre,  
Y entrególa á quien no la merecía;  
No me quejo, Señora, de mis daños,  
Porque tú los ordenas,  
No por arte ó razon, mas por costumbre;  
Mas como lo perdí todo en un día,  
Junto con la mi gloria,  
Pues no hay razon ni arte que le ayude,  
Puede ser que se mude  
Quien no puede durar en un estado,  
Cosa que tantas veces se ha mudado.

»Antes quiero se esté como se está,  
Porque de tí no venga  
Otro tal bien, quedando yo sin él;  
Estése, pues está en tu voluntad.  
La mia sé que no se mudará  
Aunque el bien se detenga;  
Mas que en mí se detuvo, ahora en él  
Mas presto sentirá tu crueldad;  
Que tu inhumanidad  
No la podrá sufrir hombre nacido  
Si no está aborrecido,  
Y sé que no será su bien durable;  
Que él también, como tú, siempre es mudable.

»Vos, noches, que seguís los días claros;  
Vos, que la noche obscura  
Huis en torno, claros días, corriendo;  
Vos, sol, cielo, estrellas, que contino  
Andáis en una orden sin mudaros;  
Vos, obras de natura;  
Vos, árboles y plantas, que viviendo  
Camináis siempre un eternal camino,  
Pues que con tanto tino  
Vuestro sér sosteneis y lo acabais,  
Ruégos no consintais  
Quebrar á las discretas y hermosas  
La orden con que guardáis todas las cosas.

»Mas ya que todas ellas la guardasen,  
Esta lo quebraría,  
Porque su hermosura y discrecion

No se puede encerrar en ley ninguna.  
Quisiese Dios que todas se trocassen  
Y fuesen por tu vía;  
Quizá tú seguirías otra razon  
Por apartarte de ellas y ser una.  
¿Qué tigres en la cuna  
Te dieron á mamar su leche hrava?  
Qué fiera te criaba,  
Que tan blanda saliste al parecer,  
Y tan brava al oír y responder?

»Si en los hados hay parte de venganza,  
Yo sé que he de vengarme,  
Aunque todo á la fin es por mi daño,  
Que quieras ó aborrezcas á otro ó á mí,  
Y no cabe en caído confianza.  
Quiero solo alegrarme  
Con que te veo recibir engaño  
Y suspirar cuando otro no por tí;  
Las ninfas por ahí  
Se rien del amigo que escogiste,  
Y no hay pastor tan triste,  
Que trocarse con ese que has tomado  
Su seso y parecer ni su ganado.

»Aretusa, aunque no es muy avisada,  
Mas hermosa pastora,  
Me dijo: — Mi Damon, aquí estoy yo;  
Si me amas y sabes conocerme,  
Deja á Marfira, y no perderás nada.—  
Yo le dije: — Señora,  
Pues ella por el otro me dejó,  
No debo yo de ser para escogerme. —  
Bien pudo no entenderme  
Aretusa, mas bien le di á entender  
Que humano parecer  
Después del tuyo en mí no tiene parte;  
Procura cuanto puedes extrañarte.

»Como una vestidura  
Ancha y dulce al vestir, y á la salida  
Estrecha y desabrida,  
Así es amor, y tú, que le has seguido;  
Pues no seas tan dura,  
Que pienses que no hay Dios para el caído. »  
Esto cantó Damon, yo lo aprendí,  
Señora, y lo escribí por tu mandado;  
Tiempo vendrá que cante yo por tí,  
Y aun fuera ya razon de haber cantado;  
Mas no quisiste tú ni quiso amor  
Subir mi fantasia á tal estado.  
Cuando quisieres, cual pobre pastor,  
Con mas subida pluma y diestra mano  
Comenzaré en tu nombre otra labor  
Que no la olvide el mundo tan temprano.

#### CANCION.

¿Cómo podré cantar en tierra extraña  
Cantar que darme pueda algun consuelo?  
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?  
Mi mal es fuerza, tu voluntad maña;  
A la seguridad vence el recelo,  
La desesperacion á la paciencia.  
Si pienso que me veo en tu presencia,  
Mi pensamiento va tan abatido,  
Que siempre finge cosas de pesar:  
Tu soberbia, tu saña, tu desvio;  
Y en la ocasion me falta el alhedrio,  
Pues cuando quiero no puedo hablar;  
Que pierdo la razon, mas no el sentido.

En tu presencia estoy, y está en tu olvido;  
Que nunca habrá mudanza,  
Y acuérdate de mí para dañarme;  
No te acuerdas de mí, mas es costumbre  
Ser en esto cruel tu mansedumbre,  
Y yo de diligente condenarme  
En tu descuido y mi desconfianza.  
Amor, amor, que quitas la esperanza,  
Y en su lugar das vana fantasia,

¿Qué bien tiene el morir, si no lo siente  
 Quien es la causadora deste daño?  
 No quiero que deshagas el engaño;  
 Quiero que sea razon, y no accidente,  
 Lo que pueda vencer á tu porfia.

Si yo, Señora, viese que algun dia  
 Volvías tus dos soles á mirarme  
 Por voluntad, y no por ocasion,  
 Pensaría que estaba en tu memoria;  
 Mas ¿cómo bastaré á sufrir tal gloria,  
 Que un punto della es mas que mi pasion?  
 Con tanto bien no puedo remediarne.  
 Querría del pensamiento yo ayudarme,  
 Si él me obedeciese á mi contento;  
 Mas no para pensar cosa liviana,  
 O que esta vida pueda darte enojos;  
 Pensaré, como muero ante tus ojos,  
 Que procede mi pena de tu gana,  
 Que das alguna causa á mi tormento.

La vida pasaría en este cuento  
 En espera de alguna buena suerte;  
 Mas ¡ay de mí! que no puede venir,  
 Ni cabe en mi juicio tal locura;  
 De mi cuidado hago sepultura,  
 Y en soledá y tristeza mi vivir,  
 No vida, sino sombra de la muerte.  
 ¡Oh Señora! Si yo pudiese verte,  
 Ó quisieses saber tu cuál estoy,  
 Harto alivio sería para mí  
 En tan extraño mal como padezco.  
 Las noches y los dias aborrezco,  
 Maldigome en la noche porque fui,  
 Y cuando viene el dia, porque soy.

Tambien maldigo el lugar donde voy,  
 Y el tiempo porque pasa y no te veo  
 A la hora que te vi, y á la sazón,  
 Que siempre la procreo y no la hallo;  
 La voluntad maldigo y mi razon,  
 Y á tu aborrecimiento y mi deseo;  
 Cuantos males sospecho, tantos creo,  
 Juzgo lo que ha de ser por lo que fué,  
 Revolviendo mis quejas de continuo  
 Por vos, si tiene medio ó le ha temido;  
 Mas como ni lo espero ni lo pillo,  
 Como ciego que va por el camino,  
 Ni veo dónde voy ni dónde iré.

Mueve el deseo y ciéggame la fe;  
 Muchas veces querría disimular,  
 Pero descubro mas disimulando;  
 Liviano es el cuidado que decirse  
 Puede, y el que no puede sufrirse  
 El mismo se descubrirá callando;  
 Que no presta ser mudo ni hablar,  
 Ni reposo ni dormir ni con velar:  
 Velando pienso en lo peor que puedo,  
 Paso cosas que no puedo creer;  
 Durmiendo sueño aquello que he pensado,  
 Como el hombre que duerme de cansado:  
 Sueño que caigo, y no puedo caer,  
 Y en lo mas alto estoy con aquel miedo.

Muero cuando me mudo, y si estoy quedo  
 Busco piedad, y caigo en la sospecha,  
 Y no hay de qué tener este cuidado;  
 Que todos son contigo lo que soy;  
 Mas ellos, si no van por donde voy,  
 Podrá ser el hallarse en buen estado,  
 Pues lo que á uno daña á otro aprovecha.  
 Llamo la muerte como cosa hecha,  
 Y viene, mas no llega á su lugar;  
 Que no consiente amor, ni lleva medio  
 En tanta soledad morir por ruego;  
 Fuerza querría que fuese, y fuese luego;  
 Que el mayor bien es el postrer remedio  
 En mal que no se puede remediar.

A Marfira Damon salud envia,  
 Si la puede enviar quien no la tiene;  
 El la espera tener por otra via.  
 El tiempo es corto, la ocasion no viene,  
 La esperanza es dudosa, y esperar  
 En mal desesperado no conviene.  
 Amor manda escribir, y no hablar;  
 A mal agudo sea el remedio presto,  
 Si turba á la razon el desear.

Yo quisiera dejar de hacer esto;  
 Mas despreciar á amor es peligroso.  
 Que reina en mis entrañas y tu gesto.  
 Tú contenta, Señora, y yo dichoso,  
 O me mata ó acaba de valerme;  
 Que en la muerte ó la vida está el reposo.  
 En ningun medio puedo sostenerme,  
 Estando los extremos tan llegados,  
 Que me hayas de valer ó aborrecerme.

Si quisiese contarte mis cuidados,  
 No sé si mi paciencia bastaría,  
 Que aun para dichos son desesperados.

La tuya sé que no lo sufriría,  
 Pues no podrás mudar tu condicion,  
 Que es jamás agradarte cosa mia.

Otro tiempo valiera mi razon,  
 Y pudiera quejarme y ser oido,  
 Aun que nunca me vino la ocasion.

Ni vino, ni la espero, ni la pido;  
 Antes la dejaría, si viniese,  
 Por no perderme en ella, de atrevido.

Mas ¿qué perdería yo aunque me perdiere,  
 Que no ganase mas en la experiencia,  
 Si tu merced, Señora, lo entendiese?

Amor, amor, esfuerzos son de ausencia  
 Que fuíjo yo entre mi solo coamigo,  
 Y todos me fallecen en presencia.

Tú serás, aunque parte, buen testigo  
 Cuántas veces me vi determinado  
 A decirte, Señora, lo que digo.

Allí muriera yo desesperado,  
 Cuando vi que pudieras entender  
 Lo que yo no te dije, de turbado.

Desde aquel punto comenzó á caer  
 Del todo mi esperanza y tu memoria;  
 Ni yo supe hablar ni tú creer.

Bien sabes que es crueza mas que gloria  
 Perseguir al que sigue la fortuna,  
 Y vencer al vencido no es vitoria.

La sentencia me dieron en la cuna  
 Que fuese en tu escoger mi vida ó muerte,  
 Y yo que no escogiese otra pingua.

Marfira, si trocásemos la suerte,  
 Y fítese yo el contento y tú quejosa,  
 Tú á seguirme, yo siempre á aborrecerte,

Siendo tú, como eres, tan hermosa,  
 Tan lejos estarias de olvidada,  
 Cuanto ahora lo estás de piadosa.

¿Como puedes salir aderezada?  
 Cómo coger en oro tus cabellos?  
 Cómo mirar alguno y ser mirada?

Si los miras á todos por vencillos,  
 Y olvidallos despues que son vencidos,  
 Lo que ha sido de mí podrá ser dellos.

Mas ¡ay de mí! que no va en los vestidos,  
 Sino en ser tan cruel tu voluntad  
 Y en tener tan cerrados los oidos.

¿Para qué te demando yo piedad,  
 Que no valga la pena del desvio,  
 Ni merezco tener tu crueldad?

Mas ¿qué haré, que place al alhedrio,  
 Por quien mi corazon es gobernado,  
 Que viva en opinion y desvario?

Fortuna, que me puso en tal estado,  
 Quizá se mudará, pues es mudable,  
 Que yo nunca saldré de este cuidado.

Cuanto mal hace amor es razonable  
 Si el remedio va fuera de esperanza,  
 Y no se puede ver, aunque se habie.

No sé por qué deseo esta mudanza,  
 Que siempre lo que espero es lo peor;



Ved qué léjos estoy de confianza.

Contrastan en mi pecho odio y amor,

El uno con el otro de su parte;

Mas todos contra mí por mi dolor.

Ya yo sería contento de mirarte,

Si no perdiese el seso y la paciencia

Con el miedo que tengo de enojarte.

Mas es de tal manera mi dolencia,

Que con cualquier remedio crece el daño,

Y con medio ninguno tu clemencia.

Andando entre sospecha y desengaño,

Me ciego y desvario en la certeza,

Y en lo que mejor veo mas me engaño.

Mudese amor, que yo terné firmeza;

Aguce y emponzoñe bien sus flechas

En aborrecimiento y ligereza.

Al corazon me vengan bien derechas,

Pasadas (porque hieran al caer)

Por importunidades y sospechas.

Y tú, Señora, muestra tu poder

En perseguir del todo un misero hombre,

Que no tiene ya cosa por perder.

No ganarás en ello gran renombre;

Que del enitadado cuerpo y sus porfias

No me ha quedado mas de sombra y nombre.

Tú vences, y yo doy fin á mis dias;

Tú vences, mas no huelgas con mi muerte;

Porque hago en morir lo que querias,

Y esto tengo por vida y buena suerte.

## CARTA II.

El no maravillarse hombre de nada,

Me parece, Boscan, ser una cosa

Que hasta á darnos vida descansada.

Esta órden del cielo presurosa,

El tiempo que nos huye por momentos,

Las estrellas y el sol, que no reposa,

Tales hay que lo miran muy exentos,

Y el miedo no les trae falsas visiones

Ni piensan en contrarios movimientos.

¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,

Del espacioso mar, que así enriquece

Los apartados indios con sus dones?

Qué dices del que por subir padece

La ira del soberbio cortesano

Y el desden del privado cuando crece?

Qué del gallardo mozo que, liviano,

Piensa sabello todo, y entender

Lo que tú dejarias por temprano?

¿Cómo se han de tomar, cómo entender

Las cosas altas? Y á las que son menos

¿Qué gesto les debíamos hacer?

Esta tierra nos trata como ajenos,

Y aunque la otra esconde sus secretos,

Pienso que para ella somos buenos.

El que teme y espera están sujetos

A una misma mudanza, un sentimiento;

De entrambos son los actos imperfectos.

Entrambos sienten un remordimiento,

Maravillanse entrambos de que quiera,

A entrambos turba un miedo el pensamiento.

Si le duele, si duda ó ya si espera,

Si teme, todo es uno, pues están

A esperar mal ó bien de una manera.

En cualquier novedad que se verán,

Sea menos ó mas que su esperanza,

Con ánimo elevados estarán.

El cuerpo y ojos sin hacer mudanza,

Con las manos delante por tomar

O excusar lo que huye ó no se alcanza.

El sabio se podrá loco llamar,

Y el justo injusto, el dia que forzase

A pasar la virtud de su lugar.

Dime; ¿quién sería el hombre que alcanzase

A ver su incomparable fortaleza,

Que mas de lo que basta la buscarse?

Admirate, Boscan, de la riqueza

Del rubio bronce, de la blanca piedra,

Entallados con fuerza y sutileza.

Maravílate de esa verde hiedra

Que tu frente con tanta razon cñe,

Con cuánta de la mia hora se arriedra;

Del rosado color que ansina tiñe

La blanca seda y lana delicada,

Del contrario de aquel que la destiñe;

La verde joya, que es de amor vedada,

Porque en el fin su grado rompe luego

La transparente piedra bien tallada,

Y la que en color vence al rojo fuego,

El muy duro diamante, que al sol claro

Turba la luz y al hombre torna ciego.

Aquella hermosa que tan caro

Te cuesta, y que holgabas tanto en vella,

Contra cuya herida no hay reparo,

Admiróte otro tiempo ver enán bella,

Cuán sabia, cuán gentil y enán cortés.

Ya un quizá ahora mas te admiras de ella.

Tu lengua, que debajo de los piés

Trae el sugeto, y nos lo va mostrando

Como tú quieres, y no como ellos.

Admirente mil hombres que escuchando

Tu canto están, y el pueblo que te mira,

Siempre mayores cosas esperando.

Con la primera noche te retira,

Y con la luz dudosa te levanta

A escribir lo que todo el mundo admira.

¿Cuál es aquel cautivo que se espanta

Que el año fértil hñcha los graneros,

Al que fortuna, y no razon, levanta?

¿Por qué quieren que hagan los dineros

Que yo me admire de él, y él no de mí,

Pues yo ni él le hubimos de herederos?

Lo que la tierra esconde dentro en sí,

La edad y el tiempo lo han de descubrir,

Y encubrir lo que vuela por ahí.

En fin, señor Boscan, pues hemos de ir

Los unos y los otros un camino,

Trabaje el que pu liere de vivir.

Si en la cabeza algun dolor te vino

Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,

Procura huir y ten buen tin.

Si te puede sacar de esa contienda

La virtud, como viene simple y pura,

Al resto del deleite ten la rienda.

Por los desiertos montes va segura,

No teme las saetas venenosas,

No el fuego, que no para en armadura;

No entrar en las batallas peligrosas,

No la cruda importuna y larga guerra,

No el loco mar con ondas furiosas;

No la ira del cielo, que á la tierra

Ha ce temer con terrible sonido,

Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.

El hombre justo y bueno no es movido

Por ninguna destreza de ejercicios,

Por oro ni metal bien esculpido.

No por las pesadumbres de edificios,

Adonde la grandeza vence el arte,

Y es natura sacada de sus quicios.

No por el que procura vana parte,

Y con el ojo gobernar el mundo,

Forzando á la fortuna, aunque le aparte.

No por la pena eterna del profundo,

No por la vida larga ó presta muerte,

No por ser uno solo, sin segundo.

Siempre vive contento con su suerte,

Buena ó mediana, como se la hace,

Y nunca estará mas ni menos fuerte.

Cualquier tiempo que llegue, aquel le place,

Si no puede huir la triste vez,

Y hírlase de aquel á quien desplace.

Todo se mide, á si mismo es juez,

Reposado en su vida está y seguro,

Uno en la juventud y en la vejez.

Es por de dentro y por defuera puro,

Piensa en si lo que dice y lo que ha hecho,

Duro en temer, y en esperar mas duro.

En cualquier medio vive satisfecho,

Procura de ordenar, en cuanto puede,

Que en todo la razon venza al provecho.

Esto no signe tanto, que él no quede

Dulce en humano trato y conversable,

Ni dé á entender al mundo que le hiede.

Pónese en un estado razonable,  
Nunca teme ni espera, ni se cura  
De lo que le parece que es mudable.

Jamas de todo en todo se asegura,  
Ni se da tanto a la riguridad,  
Que por sequilla olvide la blandura.

Leja á veces vencer la voluntad,  
Mezclando de lo dulce con lo amargo,  
Y el d'leite con la severidad.

De lo menos que puede se hace cargo,  
Haña á ninguno, á todos aprovecha,  
No hace por que deba dar descargo.

Este va por la via mas derecha,  
De todo lo que tiene hace bueno,  
De nada se ensaucede o se despecha.

Si la mano metiese hombre en su seno,  
Y hubiese de llorar lo que no viene,  
Ni parará en lo suyo ni en lo ajeno.

El gran rey de Marruecos, dicen, tiene  
Gran numero de esclavos y ganados,  
Pero nunca el dinero que conviene.

Algunos en la guerra son guardados  
Con las riquezas, y otros con varones,  
Y algunos con los montes encumbrados,

Otros con elegancias de razones;  
Mas el que lo tuviere todo junto,  
Será dichoso y libre de pasiones.

¡Oh, quién pudiera verse en este punto,  
Cuanto al ánimo, y no cuante al poder,  
Y tuvieseme el mundo por dilunto!

Conmigo se acabase mi valer,  
Y tan poca memoria de mí hubiese  
Como si nunca hubiera de nacer.

La noche del olvido me cubriese  
En esta mediania comedia,  
Y el vano vulgo no me conociese.

Entonces haria yo sabrosa vida,  
Libre de las mareas del gobierno  
Y de loca esperauza de cabida.

Arderia mi fuego en el invierno  
Contino y claro, y el manjar seria  
Rústico, pero muy mas dulce y tierno.

El vino antiguo nunca faltaria,  
Que los pies y la lengua me trabase,  
Mezclado con el agua clara y fria.

Y cuando el año se desinvernase,  
Vendria de pacer manso el ganado,  
A que la gruesa leche le ordeñase.

Llevarlo-ia al espacioso prado,  
Volverlo-ia despues á la majada,  
Donde fuese seguro y sosegado.

Otras veces á mano rodeada  
Españerria tras los tardos luyes  
El rubio trigo ó el áspera cebada.

A la noche estaria dando leyes,  
Al fuego, á los cansados labradores,  
Que veniesen las de los grandes reyes.

Oiria sus cuestiones, sus amores,  
Gustaria sus nuevas eloquencias,  
Y sus descubrimientos y favores,

Sus cantos, sus donaires, sus sentencias,  
Sus enojos, sus fueros, su motin,  
Sus celos, sus ciudades, diferencias.

Vendrias tú y Jerónimo Agustín,  
Partes del alma mia, á descansar  
De vuestro pensamiento y de su fin.

Cansados de la vida del lugar,  
Llenos de turbulencia y de pasion,  
Uno de pleitos y otro de juzgar.

Vendria con bondad de corazon  
Toda vida sabrosa, con Dural  
Traerades tambien á Monteleon.

Allí se reiria el bien y el mal,  
Y cada uno hablaria á su guisa,  
Y escucharia el que no tiene caudal.

De contar mal no se pagaria sisa,  
Y podria ser venir otro Cetina,  
Que la paciencia nos tornase en risa.

O si lo que mi alma no adivina,  
Lo que ahora me persigue y de mí huye;  
Y en quererme dañar es tan continua,

Con aquella pasion que me destruye,  
Tornada en compasion, y su cruel ira  
En mansedumbre, que ella mas rehuye,

Te hallases presente, oh tú, Marfira,  
Pues mi corazon, vengas ó no vengas,  
Siempre ha de suspirar como suspira,

Ruégate este cautivo que no tengas  
Tan duro animo en pecho tan hermoso,  
Ni tu inmortal presencia nos detengas.

Por tí me place este lugar sabroso,  
Por tí el olvido dulce con concierto,  
Por tí querría la vida y el reposo;

Por tí el ardiente arena en el desierto,  
Por tí la nieve helada en la montaña,  
Por tí tambien me place el de concierto.

Mira el sabroso olor de la campaña,  
Que dan las flores nuevas y suaves,  
Cubriénlo el snelo de color extraña.

Escucha el dulce canto que las aves  
En la verde arbole-ia están haciendo  
Con voces ora agudas, ora graves.

Mira las limpias aguas, que riendo  
Corren por los arroyos, y estorbadas  
Por las pintadas guijas, van huyendo.

Las sombras que al sol quitan sus entradas  
Con los verdes y entrojidos ramos,  
Y las frutas que están dellos colgadas.

Paréceme, Marfira, que ya estamos  
En todo, y que no finge mi deseo  
Lo que querría, sino lo que pasamos.

Tú la verás, Boscan, y yo la veo,  
Que los que amamos vemos mas temprano:  
Héla en cabello negro y blanco arreo.

Ella te cogerá con blanda mano  
Las raras uvas y la fruta cana,  
Dulces y frescos dones del verano.

Mira qué diligencia, con qué gana  
Viene al nuevo servicio, qué pompa  
Está con el trabajo, y cuán ufana.

En blanca leche colorada rosa  
Nunca para su amigo vi al pastor  
Mezclar, que pareciese tan hermosa.

El verde arrayan tuere en derredor  
De tu sagrada frente con las flores,  
Mezclando oro inmortal á la labor.

Por cima van y vienen los amores,  
Con las alas en vino remojadas;  
Suenan en el careax los pasadores.

Remedie quien quisiere las pisadas  
De los grandes que el mundo gobernaron,  
Cuyas obras quizá están olvidadas.

Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,  
Duerma descolorido sobre el oro,  
Que no les quedará mas que llevaron.

Yo, Boscan, no procuro otro tesoro  
Sino poder vivir medianamente,  
Ni escondo la riqueza ni la adoro.

Si aquí hallas algun inconveniente;  
Como discreto, y no como yo soy,  
Me desengaña luego incontinente,  
Y si no, ven conmigo adonde voy.

### CARTA III.

A don Luis de Zúñiga.

Cuantos hay, don Luis, que, sobre nada  
Haciendo sumtoso fundamento,  
Tienen la buena suerte por llegada.

Causanse con un vano pensamiento;  
Hechas sus conjeturas y razones,  
Hacen torres vacias en el viento.

Ensanchan al pensar los corazones,  
Creen tener en el puño la fortuna,  
Y toman por el pie las ocasiones.

Como los simples niños, que en la cuna  
No saben conocer otro cuidado  
Sino contar las vigas una á una;

Así pasan la vida en descuidado,  
Y ternán por el mismo, sin mas duda,  
El tiempo por venir con el pasado;

Mas si el viento delante se les muda

Y arranca las arenas del profundo,  
No por eso harán vida sesuda.

No les podrá quitar hombre del mundo  
El comer, el dormir, el pasear.  
El tenerse por solos, sin segundo.

No les queda ya mas que desear;  
Todo está descaído y todo habido,  
Y cada cosa puesta en su lugar.

No se cura de bueno ó mal partido  
Que hacen con el turco venecianos,  
Ni que venza el Sofí ó que sea vencido.

No es esto porque estima por livianos  
Los negocios del mundo, ó los alza  
Vieco que no se puede dar á manos.

El por qué no lo entiende ni lo alcanza,  
Ni piensa de verdad que hay otra via  
Sino la que le da su confianza.

Con la mujer de Seneca vivía  
Una loca, que Hasparte se llamaba,  
Nacida en medio del Andalucía;

Vino á cegar de estúpido, y pensaba  
Que la falta no fuese ceguedad,  
Sino la casa que sin lumbre estaba.

Ora salía á buscar la claridad,  
Ora pedía candelas muy despacio,  
Decía estar á oscuras la ciudad.

Enrizo mi cabello, y vó á palacio,  
Gorra calada y capa de rodeo,  
Gualdrapa estrecha sobre rocín lacio.

No subo el pensamiento á do yo veo,  
No sé que haya otro día, ni le quiero,  
Y así como lo pienso, así lo creo.

Si hago una simpleza, echo primero  
La culpa al mudo y á su desconcierto,  
Y cuando mas no sé, á mi compañero.

Mi pura ceguedad, tengo por cierto  
Que sea del tiempo, y no de mi cosecha,  
Y á él tengo por ciego, y yo soy tuerto.

Este género de hombres no aprovecha  
A sí ni á otros, ni es malo ni bueno,  
Ni mira ni prohibe ni sospecha.

Otros hay que revuelven en el seno  
El tiempo que es pasado y el que tienen,  
Consideran lo suyo por lo ajeno.

Toman las ocasiones que les vienen,  
Y las que no les vienen van buscando,  
Y con cualquiera tiempo se entretienen.

El mundo punto á punto van pasando,  
Los hombres por de dentro y por de fuera,  
Como en anatomía, examinando.

Ponen la diligencia en delantera,  
El seso y la razón por el guarismo;  
Quieren que todo venga á su manera.

No tienen otra ley ni otro bautismo  
Sino lo que les cumple, y por solo esto  
Irá hasta el profundo del abismo.

Agudos en el cuerpo y en el gesto,  
Mal ceñidos, las capas arrastradas,  
El ojo abierto y el caminar presto.

Si les suceden cosas desastradas,  
Escogen y proveen lo peor,  
Nadie puede topar con sus pisadas.

No toman el camino que es mejor,  
Llano y trillado; antes, al revés,  
Engañanse en el arte y la labor.

Así que por debajo de los piés  
Les pasan los negocios, que ninguno  
Se sube á imaginar lo que no es.

Ni le puede valer ser importuno,  
Ni pensar ni mirar ni estar alerta,  
Ni ponderar los casos uno á uno.

Arrástranle durmiendo y aun despierto,  
Y tiranle tras sí por los cabellos,  
Sin que le valga seso ni concierto.

Forzado ha de venir donde van ellos,  
Trabados uno de otro, que no hay medio  
Saltarse cuando quieren, y tenellos.

En la que dicho tengo no hay remedio,  
Que cada uno dellos me parece  
Dos extremos que están lejos del medio.

Tomemos el camino que se ofrece,  
Ni maderos espesos sin sentido,

Ni fuego que en la llama desvanece.

Tú sirve al gran señor que has escogido,  
Acompaña en presencia sus victorias,  
Y el nombre por las gentes extendido.

Mira cómo nos muestra las memorias  
De los que todo el mundo sojuzgaron,  
Imitando sus títulos y glorias.

Él pasará por donde no pasaran  
Las banderas y griegos escuadrones,  
Y volverá por donde no tornaron.

Había entre los griegos disensiones:  
Cada uno quería reposar,  
La gente era suspensa en opiniones.

Comenzóles el cielo á amenazar,  
Mostrándose turbado y espantoso,  
Con truenos y con rayos á la par.

El Ganges les corría mas furioso,  
Con las ondas el cielo amenazaba,  
Turbó, fuera de madre, desdenguoso.

Debajo de las aguas encerraba  
Troncos de gruesos árboles, adonde  
A las naves rompía ó zozobraba.

El tempestuoso viento le responde,  
Que sacaba la mar de sus asientos,  
Revolviendo la arena que ella escorrió.

Juntáronse á vencer los pensamientos  
De un hombre que de carne era y aun tierno,  
Con todo su poder los elementos.

La grita de la gente sin gobierno,  
El rumor que en las cuerdas se hacia,  
Las nubes con el fuego del infierno,

Arrebatan el cielo, con el día,  
De la vista de Grecia en un instante,  
Y cúbrenlos de noche oscura y fría.

Una nave que quiso ser constante  
Y tenerse á las olas, aunque en vano,  
Volvió el monte de agua por delante.

No le valió al piloto diestra mano,  
Que cayó de la popa boca arriba  
Delante de los ojos del tirano.

La nave se sumió en el agua viva,  
Tragándola un torcido remolino,  
Cubierta en toruo de finísima esquivia.

Vense pocos con mucho desatino  
Nadando, y en el piélago ahogados,  
A quien la muerte antes del tiempo vino.

Las armas de varones señalados,  
Los escudos, almetes relucientes,  
Los despojos de Persia remojados.

Pues viéndose crecer inconvenientes  
Aquel grande Alejandro, que ganó  
Eterna fama y nombre entre las gentes,

Al cielo y á los hados se rindió,  
No queriendo por fuerza procurrar  
Lo que Dios de su grado le quitó.

Otro mundo es el mio, otro lugar,  
Otro tiempo el que busco, y la ocasion  
De venirme á mi casa á descansar.

Yo viviré la vida sin pasión,  
Fuera de descontento y turbulencia,  
Sirviendo al Rey por mi satisfacion.

Si conmigo se extiende mi clemencia,  
Dándome con que viva en medianeja,  
Holgaréme, y si no, terné paciencia.

El descanso mezclado con pereza,  
El comer desceñidado, y á su hora  
El dormir sueño libre de tristeza.

Sentiré que con mano vencedora  
Rodea por Levante las enseñadas  
La escuadra de Poniente domadora.

Los niños, las doncellas y las dueñas,  
Los clérigos, cobarde carruaje  
Estarán escuchando, hechos peñas.

Vendrá un embajador de gran linaje,  
Por ventura cansado del camino,  
Y ponerse ha á contarnos el viaje.

Pintará las jornadas con el vino  
En la mesa, y dirános sus hazañas,  
Y tendrá muy secreto á lo que vino.

No le podréis sacar con dos mil mañas  
Lo que hombre querria que hablase,  
Aunque le escudriñeis por las entrañas.

El vino antiguo allí se derramase,  
Y abriese yo la cuba de cien años.  
Que la lengua y los pasos me trabase.  
Allí me placieran los engaños  
De Marfira, su loca travessura.  
Sus despechos, sus iras, desengaños.  
Saldriame á gozar de la verdura,  
Paseando con ella á las mañanas,  
Recogerme á la siesta á la espesura.  
Cogeríamos juntos las manzanas,  
Las coloradas uvas, y mezclada  
El agua clara con las frutas canas.  
Cuando el sol inclinase la jornada  
Volvería contento y sin dolor  
Por el heredamiento á la posada.  
Vería cómo torna mi pastor  
Las ovejas del prado al tardo abrigo,  
Y hallaría cansado al cavador.  
Tomariame gana á mi conmigo  
De ayudarle á acabar sus embarazos,  
Doblaríame el ánimo el testigo.  
Haría aquella hazada mil pedrazos,  
Mirándome Marfira, en su servicio,  
Con qué gana, con qué fuerza de brazos.  
A todos está bien hacer su oficio  
Y gastar do quisieren su hacienda,  
Si viven como deben y sin vicio.  
Yo, señor don Luis, tendré la rienda,  
Y aun de comer también, como pudiere,  
Habido con limpieza y sin contienda.  
Si no, contentarme ha lo que tuviere,  
Y no me meteré en partir el cielo  
Con el que compañero no sufiere.  
Arrojaré mis libros por el suelo,  
Abriré ó cerraré aquel que me place,  
Y andaré salpicado como suelo,  
Pues es vida que mas me satisface.

## CARTA IV.

¿Qué hace el gran señor de los romanos,  
Don Luis, cuando se parte de Alemania?  
¿Puedese en esta tierra dar á manos?  
Acá ya le embarcamos para España,  
Y ya le hacemos ir á Berbería,  
Y él á todos, callando, nos engaña.  
Argel y la Morea y la Siria  
Son de esta vuestra empresa los terrores  
A quien se tira en esta señoría.  
¡Oh embajadores, puros majaderos,  
Que si los reyes quieren engañar,  
Comieuzan por nosotros los primeros!  
Nuestro mayor negocio es no dañar,  
Y jamás hacer cosa ni deçilla  
Que no corramos riesgo de enseñar.  
Si hace algun bien por maravilla  
La persona que está cerca del Rey,  
Nos ensilla el negocio ó desensilla.  
Escrita con el dedo os da la ley;  
El la entiende á su modo ó la deshace,  
Llevándoos por el cuerno como á buey.  
Jamás embajador se satisface,  
Por bien que en el negocio llegue al centro,  
Mas siempre piensa en algo que desplace.  
Siempre teme ó recibe algun encuento  
Del pueblo ó de la parte ó del patron,  
Que le da por defuera ó por dedentro.  
No te sabría decir la alteracion  
Con que se abre el despacho cuando llega,  
Temiendo que traerá reprehension.  
El primero capitulo nos ciega:  
«Loamos vuestra fe, vuestra prudencia  
En tratar los negocios; luego pega,  
»Y siempre os encargamos la paciencia,  
Y en lo que en la pasada os escribimos  
Debiérades poner mas diligencia.»  
¡Oh tristes de nosotros, que vivimos  
Los años siete y siete arrepentidos,  
Y nos hacen merced en que salimos.  
Abre bien, don Luis, esos odios;  
Apolo y todas nueve sus hermanas  
Publiquen los secretos escondidos.

Si cien lenguas tuviese mas que humanas,  
Y la boca y la voz fuesen de hierro,  
No podrían bastarme una hora sanas.  
Echenos á Virgilio para perro,  
Con su navegacion de cinco millas,  
Y tratemos á Homero de encerro.  
Contaré con verdad las maravillas,  
Los escollos, tormentos y nublados  
Que pasamos sentados en las sillas.  
La primera fortuna que los hados  
Nos ordenan al dar de la instruccion,  
Es que seamos indios de privados.  
La otra, que en etalquiera mutacion  
Tememos lo peor, y lo esperamos  
Comiendo con sudor y alteracion.  
Si por caso escribimos ó hablamos  
Algun negocio grave, al digerir,  
Aun antes del error nos disculpamos;  
Y despues procuramos escribir,  
No aquello que dijimos, si es simpleza,  
Sino lo que debieramos decir.  
En negocios ajenos gran pereza,  
Y en los propios mayor solicitud,  
Juntado con el arte la destreza.  
Magnificas palabras de virtud,  
Profesion de decir siempre lo cierto,  
Y á nuestro modo templar siempre el laud.  
Vendráme á visitar un encubierto,  
La capa por la vista rodeada.  
Pobre, quebrado, rohador, desierto,  
Todo cuanto dirá no importa nada,  
Y haráme entender que se ha hallado  
A conjurar la hostia consagrada.  
Creerlo punto á punto soy forzado,  
Y yo en ninguna cosa soy creído.  
Aunque dijese el Credo en estampado.  
Cuanto al gasto de casa soy salido,  
Y cuanto á las mercedes un castron,  
Cuanto al holgarme, un hombre empedernido.  
En fin, que cuando no hay negociacion,  
O el hombre queda estatua muy hermosa,  
O gentil escribano ó espion.  
Si os carga alguna ira furiosa,  
Habeisla de sufrir, y es vuestro oficio  
Entretener, que es una gentil cosa.  
Yo ni tengo ni sé ya otro ejercicio  
Sino es con maestro Petro, cocinero,  
Jugar y conversar, como por vicio.  
Con el solo platico y á él quiero,  
Y váyase á anegar el veneciano;  
Que no pienso hacer otro heredero.  
No me curo del etro del tirano,  
Que amenaza la muerte ó da riqueza,  
Ni de ir en triunfo en carro soberano.  
He de vivir en una maneja,  
Vida humilde, segura y reposada,  
De amor y de sabor y de dulzura.  
Vivase hoy, que mañana será nada;  
Procuremos el bien con alegría,  
Y acabemos con ella la jornada.  
Procuremos la dulce compañía  
Del bien, que no se acaba en los primeros,  
Gozando desta vida cada dia.  
Tú, Vulcano, señor de los plateros,  
Poderoso en fuego y en metal,  
A quien también adoran los herreros.  
Hazme un vaso de plata, hondo y tal,  
Que mida san Martin ocho cuartillos,  
Y otro santo, si hay, con su caudal.  
En él no entalles rayos amarillos,  
El cielo cuando truena, ni el infierno  
En humosos caballos y morcillos;  
No las heladas nieves del invierno  
Ni los ardientes soles del verano,  
Ni las mareas en igual gobierno;  
No el carretero que con diestra mano  
Gobierna siete estrellas, sin mudallas,  
Saliedo, ahora tarde, ora temprano.  
No el sangriento señor de las batallas;  
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,  
Con los rayos, los tiempos ó las mallas?  
Quédense en cielo y tierra ellos y ellas,

Duren por muchos años ordenadas,  
 Y yo que tarde y viejo vaya á vellás.  
 Entalla muchas uvas coloradas  
 Con sus vides, que en torno las rodean,  
 Con las revueltas hiedras enricadas.  
 Los amores estén que se meneaen,  
 Espareciendo aquel fuego glorioso  
 Cuyas llamas ardiendo no se veen.  
 El dios Baco, borracho y dormiloso,  
 Las horas todas doce al derredor,  
 El tiempo sano y mozo y con reposo.  
 Tal será la razon de la labor,  
 Padre Vulcano, que me has de hacer,  
 Y á tí te cabrá parte del sabor.  
 Harás sentar á tabla tu mujer,  
 Que no pesará dello á don Luis;  
 Tú entrarás á lo hondo en el beber.  
 Nunca estímeis en dos maravedis  
 Que al ojo y pié se acuerden los cornudos,  
 Ni mirais lo que pasa ni sentis.  
 Todos serémos ciegos, sordos, mudos,  
 Y tú haz la labor que sea divina,  
 Que te la pagarémos en escudos.  
 Si yo puedo salir desta mohina,  
 Don Luis, y vivir holgadamente,  
 Parecer me ha que el mundo se me inclina.  
 Daré catorce bigas á la gente,  
 Serviré á mi señor toda la vida  
 Sin recibir ningun inconveniente.  
 Dejaré la esperanza de cabida  
 Y la razon de mejorarne en alto,  
 Vana fatiga y ambicion perdida.  
 Mi pensamiento, hermano, si no falto,  
 Es ir llano y seguro de reproches,  
 Sin quebrarme las piernas en el salto,  
 Y que digan: «Quedáos á buenas noches.»

## CARTA V.

Tómame en esta tierra una dolencia  
 Que en Cataluña llaman melarguía,  
 La cual me acaba el seso y la paciencia.  
 Y como no me deja noche y dia,  
 Menos me da lugar para hablar,  
 Señora Peña, con vuestra señoría.  
 Pero, pues que podeis sola mandar  
 Donde es caso tan justo y tan sabido,  
 Hacedme esta merced de perdonar.  
 Que á cabo de cuatro años de partido  
 Os demando perdon, si se perdona  
 Escribiros tan corto y desabrido  
 Que, como desaparece Barcelona  
 Y huye aquella playa gloriosa,  
 Así va enllaqueciendo la persona.  
 Comiénzase la vida trabajosa  
 Con el mar, con el viento y la galera,  
 Triste, turbada, malenciosa.  
 Con solo esta disculpa que yo diera,  
 Hallándome tan mal como me hallo,  
 Bastaba á ser creído de cualquiera.  
 Mas á vos, de quien fui siempre vasallo,  
 Y nunca á la erriada de otra dama,  
 Me conviene dar cuenta por qué callo.  
 Para decir verdad, esta vuestra ama  
 Tiene tan olvidados sus amigos,  
 Que está mejor aquel que menos la ama.  
 No es menester traer largos testigos,  
 Mostrándose el descaído de su mano,  
 Que la hace cobrar mil enemigos.  
 ¿Qué le enesta escribir á un veneciano  
 Una letra, un borron, una crucera,  
 Y tratarme despues como á villano?  
 El ganar los amigos á estafeta,  
 Y perderlos á soplos, no es camino  
 De quien por cabo quiere ser perfeta.  
 Al Señor que tenemos por divino,  
 Y da y quita á su modo la ventura,  
 Demandaré venganza de continuo.  
 No que pierda la flor de su hermosura,  
 Que esto será excusado tan ahina,  
 Y perderia lo que ella menos cura.  
 Deseo que le venga una mohina,

Creyendo que algun dia ha de nacer  
 En este mundo otra doña Marina.  
 Y que ella misma vea en el crecer  
 En gracia y en valor y en discrecion  
 Alguna que le pueda parecer.  
 Aconsejalle mude la opinion,  
 Así os veais con Torres desposada,  
 Porque el pueblo es de mala condicion.  
 No sea tan bizarra y confiada;  
 Que no es siempre seguro el caminar  
 Por encima del filo de la espada.  
 Y para que podais determinar  
 Si os doy tan buen consejo como suelo,  
 Quiero con vos un poco razonar.  
 Cuando fuimos nacidos en el suelo  
 Se trabó una cuestion tan furiosa,  
 Que puso en armas casi todo el cielo:  
 Si debía de ser Eva hermosa  
 O fea, y aquel dia en solo el gesto  
 Se habló, sin hablarse de otra cosa.  
 Cargaron tantos votos en el puesto  
 De los que la querian para fea,  
 Que fué forzado resolverse en esto:  
 La que saliere fea, que lo sea,  
 Y que siga, y de nadie sea seguida,  
 Hasta que de remedio se provea.  
 La que fuere hermosa conocida,  
 Que le dure esta flor por accidente  
 Parte de un solo tercio de la vida.  
 No que lo feo sea inconveniente,  
 Mas sirva lo hermoso en vez de sal,  
 Como para apetito de la gente;  
 Antes digo que es cosa natural,  
 Por ser principio y fin de nuestra edad,  
 Y lo hermoso es forzado y desigual.  
 ¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad  
 En la vida del mundo fué asolada,  
 Qué mujer se ahorcó por fealdad?  
 ¿Trac flaca ó amarilla ó espantada  
 Por ventura la gente, deseando,  
 Loca, celosa y desasosegada,  
 Por medio de la calle suspirando,  
 O confiada, ó arrepentida luego,  
 O fuera de propósito cantando?  
 La fealdad no teme el niño ciego,  
 Ni hace ni recibe aquella guerra  
 Que solemos decir á sangre y fuego.  
 De todos va segura por la tierra,  
 No la quiere ninguno mal ni bien,  
 Ni mira cuando acierta ó cuando yerra  
 De ninguna ocasion toma desden,  
 Llana, fuera de humo y altiveza:  
 Si os place, bien está; si no, tambien.  
 Con galas disimula su flaqueza,  
 Y hñelga de mostrarse en todo humana,  
 Encubriendo la falta con destreza.  
 Conviene que á la noche ó á la mañana  
 Le dé la hermosura la obediencia,  
 O á lo menos al mes una semana.  
 El animo y constancia y elocuencia,  
 Y otras virtudes mil, á esta señora  
 Snelen acompañar, con la demencia.  
 Siempre está en una forma duradora,  
 A lo claro, á lo obscuro, dia y tarde,  
 Y no se va mudando de hora en hora.  
 Ningun hombre la mira que se guarde;  
 Claridad que recibe y no da pena,  
 Y que sin encender se enciende y arde.  
 A la comida fea y á la cena,  
 Al dormir, al soñar y al despertarse,  
 Sea en luna menguante y luna llena.  
 Gran cosa es que no pueda cursarse  
 La dolencia y siniestros en que queda  
 La hermosura cuando va á acabarse.  
 Gestos, meneos, vueltas como en rueda,  
 El descontentamiento en el espejo,  
 Animal que recibe á ninguna deja leda.  
 Como si en nuestra tierra el mozo, el viejo  
 Fuesen tan solamente diferentes  
 En la edad, en el pelo, en el pellejo.  
 La hermosura no tiene parientes  
 Ni Dios ni ley ni rey, ni tierra ó casa,

Ni vecinos ni amigos bien hacientes.  
 Quemamos el corazón como una brasa,  
 Con ojo ó con palabra ó con menceo,  
 Y trompicaos si os toma á silla rasa.  
 Absoluta, tirana del deseo,  
 ¡Cuanta esperanza enhiela ó desbarata  
 Con un tienes razón ó no te creo!  
 Hácese mortecina como gata,  
 Después saca una furia del diablo,  
 Que á cada paso os corre la zapata.  
 Pensad, señora Peña, en lo que hablo,  
 Y en ser fea también, pues es posible,  
 Sin espantaros nada del vocablo.  
 Mirad que es ser hermosa aborrecible,  
 Y si á mí me dejasen á mi modo,  
 Antes escogeré ser invisible.  
 He queriendo decirlo esto todo  
 Porque pedais á vuestra ama aconsejar  
 Que no nos ponga á todos tan del lado.  
 Mire que el verdegar se ha de acabar,  
 Dado que ella lo estime harto poco.  
 Pues tiene lo que siempre ha de durar.  
 La negra dama, fea como un coco,  
 Siendo, como ella es, discreta y diestra,  
 Piensa tornar el mundo casi loco.  
 Y ella, tan estimada como muestra,  
 De saber, de virtud, valor y gloria,  
 Que en los ojos nos dé con la sinistra.  
 Aunque vea yo horrada su memoria  
 Del libro de la gente, y en sus ojos  
 Volar á mano ajena la victoria;  
 Los triunfos cogidos á manojos  
 Por otro nuevo nombre levantados,  
 Y en carro ajeno puestos sus despojos,  
 No sea en penitencia de pecados  
 Y en venganza que alguno le desea,  
 Sino en pena de amigos olvidados.  
 ¿Cómo quereis, Señora, que lo crea  
 Quien viere su memoria vacilando,  
 Y no tener amigo que no vea?  
 Mas pienso que ira siempre mejorando,  
 Y que pondrá el cuidado todo entero  
 En ganar los ausentes de su bando.  
 En esta cuenta yo seré el primero,  
 Pues que siempre lo fui, y de su bondad  
 Tratado como amigo verdadero.  
 Entonces, puesta aparte la humildad,  
 Levantaré una voz que durará  
 Por el tiempo de la inmortalidad.  
 Sus loores el Ebro llevará  
 Con las hermejas ondas en oriente,  
 Donde el primero sol las oirá.  
 Y por el rubio Tajo al occidente  
 Oirá el postrero sol llevar su nombre  
 En lenguas y memorias de la gente.  
 Ella tendrá la fama y el renombre;  
 Yo estaré de lo hecho tan ufano,  
 Que me parezca ser muy mas que hombre.  
 Y donde Guadarrama, manso y llano,  
 Con espaciosas vueltas se desvia,  
 Pareciendo, ora tarde, ora temprano,  
 A la orilla del agua clara y fria  
 De mármol alzaré un soberbio templo  
 En la extendida y verde praderia.  
 En medio estará ella, á quien contemplo  
 Tan hermosa, tan grave y adornada  
 Como quien es nacida por ejemplo.  
 Yo, primer vencedor desta jornada,  
 Visto en púrpura clara de levante  
 En aquella llanura despachada,  
 Revolveré cien carros por delante,  
 Con cada cuatro blancos corredores  
 Que vencerán al viento, aunque pujante.  
 Cantando entre la yerba, entre las flores,  
 Mil veces á su nombre llamarán,  
 Y responderá el cielo á sus loores.  
 Las Españas al Tajo dejarán  
 Con los bosques del gran Guadalquivir,  
 Y en dorados arneses se verán,  
 Fuos con duras lanzas embestir,  
 Esparciendo en el aire las astillas,  
 Y con limpias espadas combatir;

Otros con vestes blancas y sencillas,  
 Mezcladas de color vario y vistoso,  
 Harán por aquel prado marayillas,  
 Después yo, todo vanaglorioso,  
 Con guirnalda de oliva coronado,  
 En veste roja y hábito pomposo,  
 Visitaré su templo consagrado,  
 Sacrificando humanos corazones  
 Y deseos mezclados con cuidado,  
 Voluntarias cadenas y prisiones,  
 Con muchos que merced le irán pidiendo,  
 Reuidos sus despojos y pedones.  
 En blancas piedras se verán viviendo  
 Los reyes sus abuelos entallados,  
 Cuyos nombres la fama va extendiendo.  
 La triste envidia, los contrarios hados,  
 El rencor de las lenguas maliciosas  
 Caerán en el profundo desterrados.  
 Mas porque al comenzar tan altas cosas  
 El seso y la razón no se desmande,  
 Tú me ayuda, pues puedes, ves y osas.  
 Sin tí no puede haber principio grande;  
 Y así, doña Marina, llamaré  
 Hasta que tu grandeza me lo mande.  
 A vos, señora Peña, bajaré;  
 Que hablar con vuestra ama no se puede  
 Sin tocar en misterios y por fe.  
 Si lo que yo escribiere ella concede,  
 Llevarme há tras sí con media seña,  
 Y hará de nosotros cuanto puede.  
 Infortunada bien, señora Peña;  
 Que yo sé cuánto vos podeis con ella:  
 Así os pueda ver yo tan buena dueña  
 Como ahora á mis ojos sois doncella.

## CARTA VI.

El pobre peregrino, cuando viene  
 A Roma ó á Santiago en romería  
 Por voto expreso ó devoción que tiene,  
 Va entre sí discurrendo por la vía  
 La gloria, religion y piedad  
 Del propósito santo que le guía.  
 No le mueve grandeza de ciudad,  
 Edificios, dinero ni manjares  
 No le hacen mudar de voluntad.  
 Llegando se presenta á los lugares  
 Sagrados y de mas veneracion;  
 Desde lejos adora los altares.  
 Porque, siendo de humilde condicion,  
 Ni se atreve, ni puede, ya que quiera,  
 Ofrecer de mas cerca su oracion.  
 Escoge en las imágenes de fuera  
 A una para rezar lo que le place,  
 Indigno de tocar á la primera.  
 Y donde á su propósito mas hace  
 Cuelga una tabla escrita ó el vestido,  
 Y sin mas, de mandar se satisface.  
 Pues yo, señora Peña, conocido  
 El valor de vuestra ama, como indino,  
 Me contento con ser de vos oido.  
 No es empresa de humilde peregrino  
 Allegar con sus votos á ofrecer  
 Al principal sagrario de continuo.  
 Gracia, favor y ayuda y parecer  
 Me dad, pues que sabeis cuánto os desea  
 Mi voluntad en todo obedecer,  
 Haciendo de manera que se vea  
 Allegar esta carta torpe y necia  
 A manos de vuestra ama, y que la lea.  
 Que si saber extrañas cosas precia,  
 En ella verá escrita la verdad  
 Del principio y costumbres de Venecia.  
 En el año de la Natividad  
 De cuatrocientos y cincuenta y uno,  
 Tiempo de general adversidad,  
 Atila, rey de ostrogodos y humno,  
 Que el azote de Dios era llamado,  
 Por no hallarse mas cruel otro alguno,  
 Vino con grueso ejército y armado  
 A Italia, y todo el mundo amenazando,

Sin perdonar profano ni sagrado.

Llegan sobre Aquileya braveando,  
Y á fuerza de combates la asolaron,  
Una piedra sobre otra no dejando.

Los que en Padua y Altino se hallaron,  
Por excusar las bárbaras sactas,  
Con otros que de Italia se juntaron,

Vinieron á poblar ciertas isletas  
Entre el Sil y la Brenta, y los pantanos  
Que antiguamente se decían Venetas.

Con pobres caballeros los villanos,  
Revueltos los criados con señores,  
Todos fueron llamados venecianos.

Todos eran ya hechos pescadores,  
Mostrados á beber los lietos duros  
Y á comer pan mezclado con dolores.

Las ondas les servian como muros  
De las humildes casas y tejado,  
Y la pobreza los tenia seguros.

Cubierto de carrizos el Senado,  
Hecho de duras conchas el asiento,  
Trabábase de redes por estrado.

Un cuerno ó caracol por instrumento  
Los llamaba á la misa ó al concejo,  
Que á veces no se oía con el viento.

El marido, mujer, el mozo, el viejo  
Se juntaban confusos al sonido,  
Y á dar sus pareceres en concejo.

Pues si alguna doncella iba á marido,  
Haciase de peces el banquete  
Y de juncos tejidos el vestido.

En toda la ciudad no habia bonete  
Sino por jubileo, y aun soez  
Y entallado á manera de casquete.

Acaso se juntó el pueblo una vez,  
Y eligieron señor el mas prudente,  
Que les servia de duque y de juez.

Algun pescador, que era su pariente,  
Viéndole la cabeza descubierta,  
Se descosió una manga en continente,

Y por donde ella estaba mas abierta  
Se la encajó hasta dar en las orejas,  
Adelante lo estrecho y toda tuerta.

Por esto dicen las historias viejas  
Que le llamaron cuerno, y este nombre  
Le quedó hasta hoy entre las cejas.

Continuóse el reino de hombre en hombre,  
Bajaban los estados comarcanos,  
Perdiendo con discordia fuerza y nombre.

Crecian de continuo venecianos,  
Metiéndose á la mar y mercancia  
Con moros y judios y cristianos.

Fabricaban navios á porfía,  
Concurrían naciones forasteras,  
Reformando el gobierno cada día.

Era ya la república de veras,  
La gente mas tratable, mas humana  
Que cuando se criaban en pesqueras.

Comenzóse á vivir de mejor gana,  
Ordenar por razon los edificios  
Y á vestirse de paño fino y grana.

A tenerse mas cuenta con los vicios,  
A platicar de guerras y de amor,  
Y á tratar de mas nobles ejercicios.

Traíase de seda ya el señor,  
Y el palacio creció sobre columnas,  
Y el mármol adornaba la labor.

Espantáronse el mar y sus lagunas  
De ver subir tan altas las moradas  
Y el crecer de tan súbitas fortunas.

Revolviendo entre sí cosas pasadas  
Del tiempo que á la tierra y su pujanza  
Sojuzgaron las ondas siempre airadas.

Tenían que en tan grande y tal mudanza  
La tierra se tornase á rehacer,  
Y tomase del agua la venganza.

Desde allí se juntaron á crecer  
Cuatro veces al día, y apartar  
Las cosas que pudiesen empecer.

Pero, en fin, por sospechas apartar,  
Juntar un matrimonio pareció  
Del duque de Venecia con la mar.

Todo el pueblo al contrato consintió;  
Las conchas y pescados por su parte  
El arena y el viento confirmó.

Aconteció hallarse á aquella parte,  
El día que la esposa se llevaba,  
La diosa enamorada del dios Marte.

Acaso sus cabellos ordenaba  
Tejiéndolos con cuerdas de oro fino,  
Y en blanca vestidura se adornaba.

Aun no era bien compuesta, cuando vino  
El niño que con arco y pasadores  
Hace guerra á los hombres de continuo.

Con él venian otros mil amores,  
Todos con arco y flechas, mas no tales;  
Todos hermanos suyos, mas menores.

Estos hieren los brutos animales,  
Las plantas y pescados y avecillas;  
Mas aquel corazones de mortales.

Mostraba haber rendido de rodillas  
A Júpiter, y hecho humanar,  
Otra vez á pacer con las novillas,

O con húmidas noches abajar  
La plateada luna desde el cielo  
En rústicas cabañas á morar.

Allegando á la madre con el vuelo,  
Le dijo que Venecia celebraba  
Una gran fiesta en este húmedo suelo,

Donde era tanta gente, que él estaba  
Cansado de herir, no de otra cosa,  
Sin perder solo un tiro del aljaba.

Determinó venir la á ver la Diosa,  
Y encima de su concha, aderezada  
De púrpura encendida y luminosa,

Por ligeros deltones fué tirada  
Hasta entrar por la boca del canal,  
Donde era ya la fiesta comenzada.

Nunca Vénus pensó que fuera tal;  
Tanta dama hermosa, tan vestida,  
Tantos hombres tan ricos de caudal.

Salió la á recibir la mas ardida;  
Aunque harto invidiosas, mas contentas,  
La juran por hermana de la vida.

Tambien ella las trata de parientas;  
Que eran todas nacidas de la mar,  
Y por ella halladas en afrontas.

Estaban tan atentas al mirar  
La lumbré, juventud y hermosaura,  
Que nadie se acordaba de hablar.

Cada uno loaba la postura  
De los pechos y manos y cabeza,  
El arte del tocado y apostura.

Notábase la vuelta y la belleza  
Del recoger en oro los cabellos,  
Y dónde acaba el rizo y dónde empieza;

En tan varias maneras retorcellos,  
Que sería prolijo el escribirlas,  
Porque cierto son mas que no son ellas;

Las ropas transparentes y sencillas  
Dar color á los pechos, y á la cara  
El peine, partidur y redomillas.

Desde allí les quedó Vénus tan cara,  
Que arriscarán por ella las personas  
En cualquier ocasion que se hallara.

Consagráronle altares y coronas,  
Cantares, sacrificios y oraciones,  
Las doncellas, casadas y matronas.

Aunque duran algunas condiciones,  
Puede entonces usadas hasta ahora,  
Por las fiestas y tiempos y perdones.

Parecióle tan bien á esta señora  
La tierra, que viniendo solo á vella,  
Se quedó por vecina y moradora.

Y otras veces había estado en ella;  
Mas no que la tuviese en la memoria,  
Ni tanto procurase conocella.

Tras ella vino luego la Vitoria,  
En la mano dos remos y vogando,  
Armada de virtud, valor y gloria.

Mostró extenderse el pueblo peleando  
Por las partes que el sol suele nacer,  
Con la fuerza y esfuerço de su bando.

Hizo luego vestidos parecer

En púrpura á los padres y togados  
 En senado á decir su parecer,  
 Y gobernar ejércitos pagados,  
 A tener otros pueblos por vasallos,  
 Príncipes por sujetos y aliados.  
 Venir varias naciones á buscarlos,  
 Pedir, ora socorro, ora justicia;  
 Tambien otros por gloria á provocarlos.  
 Reinaban la prudencia y la malicia,  
 Partes que le han traido donde está;  
 La templanza, modestia y la justicia.  
 Es de ver cuán humildé y cómo va  
 Solo en tanta grandeza por la calle  
 El mayor ciudadano que será.  
 Si venis á su casa por hablarle,  
 No topareis á otro sino á él,  
 Y aun topado, querréis ir á buscarle.  
 Cogida la cintura de tropel,  
 La ropa cuanto luenga la querais,  
 Atestadas las mangas de papel.  
 Una beca de paño por través,  
 Un bonete á manera de sarten,  
 Con medias chineletas en los piés.  
 No mudan este traje en mal ó bien  
 El mozo, viejo, rico, el que no tiene;  
 Todos viven y van por un conven.  
 ¡Oh ninfas de la mar! ¿cuál de vos viene  
 A darme algun favor para que pueda  
 Cantar á esta sazón como conviene?  
 Ya la gente se ordena como en rueda,  
 Ya comienza la novia á reducir  
 En blanco y oro, vergonzosa y leda.  
 Tráela de las manos al salir  
 Un chico vejezuelo, bailador;  
 Ya las damas la van á recibir.  
 Dentro ha hecho experiencia en la labor  
 Enhilando una aguja, y mas desnuda,  
 Amostrando si el vientre es paridor.  
 Si es llaca, gorda ó floja, ó si es nervuda,  
 Coja, manca, contrechá de algun vicio,  
 Loca, simple, atronada, sorda ó muda.  
 La madre y las parientas del novicio,  
 Por conocer mejor si era de prueba,  
 La mandaron hacer este ejercicio.  
 Las demás se apercihen, y se lleva  
 A sentar cada cual, segun usanza,  
 Con escofia y gorguera, saya nueva.  
 No se habla palabra, ni mudanza  
 De hablar se hará en toda la fiesta,  
 O la que está asentada ó la que danza.  
 Si alguno les pregunta, á la propuesta  
 Responden de cabeza, sonriendo,  
 Y no se espere hacer otra respuesta.  
 Un baile acaba y otro va siguiendo;  
 No mudarán propósito ó manera  
 Mas de lo que al principio iban teniendo.  
 Los galanes, vestidos, que qualquiera  
 Por el traje dirá ser escolares,  
 Y aberre llaman á la forastera.  
 Tasados á la cena los manjares,  
 Aquel está mejor que viene antes,  
 Y no curan de asientos ni lugares.  
 Sirvense de Barberos por trinchantes,  
 Que teniendo la carne con el paño,  
 La pican con cuchillos muy tajantes.  
 Otros hay que la cortan de rasguño,  
 Otros la despedazan arrastrando,  
 Y todos los bocados por un cuño.  
 La gente que á la tabla está mirando,  
 Nunca Jérjes en Grecia tuvo tanta,  
 Y ellos comer sentados y callando.  
 Este se sienta y este se levanta,  
 Este gana el mirar por ocasiones,  
 Este alarga, este tuerce la garganta.  
 No hay otra cortesia ni razones  
 Sino amparar las damas de la guerra  
 Que se les hace á voces y empujones.  
 A la fin el servir todo se encierra  
 En darles á la cena un mondadientes  
 O una gruesa y gentil tirna de tierra,  
 Los mayores amigos y parientes.

## CARTA VII.

Ilustre capitán vitorioso,  
 Dulce hermano y señor, don Bernardino,  
 Salud, honra y hacienda con reposo.  
 A veces lleva el hombre buen camino,  
 Y si por caso un paso se le estrecha,  
 Piensa que errado va y que pierde el tino.  
 Desviase á otra vía mas derecha,  
 Trillada de carretas y pisadas,  
 Dejando gobernar á la sospecha.  
 Primero pasará por las aradas,  
 A una mano y á otra los collados,  
 Con algunas encinas desmochadas.  
 Sale despues por extendidos prados,  
 Entre el agua corriente y yerba verde,  
 Hasta dar en los bosques apartados.  
 Entonces le parece que se pierde;  
 Mas vase espoleando embebecido,  
 Sin que de revolver atrás se acuerde,  
 Hasta que la verdad y el conocido  
 Error á la opinion muestra y enseña  
 Cómo no hay que fiar en el sentido.  
 Echó por un carril de cargar leña,  
 Que se muere en las manos, y le deja  
 Sin camino, sin guía, rastro ó seña.  
 En vano se maldice, enoja y queja,  
 Y procura salir por tal tenor,  
 Que cuanto mas porfia mas se deja.  
 Tu sigues el camino que es mejor;  
 Vé derecho por él, sin empacharte  
 Con otro que quizá será peor.  
 No te turbe el mal paso, ni te aparte  
 El carril que atraviesa ó el que sale,  
 Ni te dé con el seso en otra parte.  
 No hay elemento alguno que se iguale  
 Con el agua corriente, simple y pura,  
 Por quien el mundo vive, crece y vale.  
 Como fuego encendido en noche obscura,  
 Entre todos metales se parece  
 El oro, y nos alegra su figura  
 Ensalza el que lo tiene, y enriquece  
 En fausto, en abundancia y alegría,  
 Colocado en lugar que resplandece.  
 Nunca busques estrella á mediodía  
 Tan clara como el sol resplandeciente,  
 Que por el cielo yermo se desvia.  
 La opinion de los pocos y la gente  
 Es el que bien se halla no mudarse  
 Por desvio, ocasion ó inconveniente.  
 No digo yo que no puede engañarse  
 Alguno en el propósito que lleva;  
 Mas que debe, si es bueno, contentarse.  
 No es dado á todos hombres hacer prueba,  
 Ni la orden de amor tiene por cierto  
 Que cada hora muden ropa nueva.  
 Dejar lo que se tiene por lo incierto,  
 Si se tiene, ó dejar lo que se espera  
 Por lo que no se espera, es desconcierto.  
 Amor te dió la ley á su manera  
 Y el sugeto mejor que darte pudo,  
 Guardado por de dentro y por defuera.  
 No vale contra ella el fuerte escudo  
 De saber y templanza, y la elocuencia  
 En la necesidad, que torna mudo.  
 Aprende de tu hermano la paciencia  
 Y el no mudar, ausente, la fortuna  
 De otros, de ti mismo la prudencia.  
 Mostróme el sufrimiento de la cuna  
 A durar en un firme devaneo,  
 Como suele hacer Maria de Luna,  
 Las imaginaciones del desseo.  
 Me burlan de continua por delante,  
 Y cuanto espero y pienso, tanto creo,  
 Ya me finjo en hábito triunfante,  
 Ora hago cuestion, ora me acuerdo,  
 Y me hieren y hiero en un instante.  
 Celoso por el cabo, bramo y muerdo  
 Al que veo llegarse á quien bien quiero  
 Y en esto solo me parezco cuerdo.  
 Finjome con Andrés el cerrajero,  
 Tomás Lopez al lado, y asi estamos



Quemando papeleos al brasero.

A veces los espíritus alzamos  
Sobre el cielo, y medimos tierra y mares,  
Y la arena sin número contamos.

Otras veces nos damos de pesares,  
Recogiendo la sangre en la palilla,  
A sus tiempos, sazones y lugares.

Llamamos á la aguda Cerrajilla,  
A Francisca Rodríguez, y don Lucio  
Bracamonte, Marquillos y Frechilla.

Convidame á comer el desvario,  
Siéntame cabe si la contecica,  
Que gobierna la mesa á su albedrío.

Traigole presentada su copica,  
Y todos le hacemos la razon;  
Ella bebe por una pajarica.

Ilago mis carbonadas al patron  
De queso, de aceitunas; luego anda  
San Martin en colmada posesion.

Por milagro don Diego se desmanda  
A buscar vario pasto al pensamiento  
O mudar otra suerte de vianda.

Plácceme de hacer torres en el viento  
Y dejar la locura resolverse;  
Mas nunca sobre nuevo pensamiento.

Tu merced se contente de tenerse  
En el mejor lugar sin se mover,  
Y callando, entre sí solo entenderse.

Yo, sin bien, sin fortuna y parecer,  
Conténtome con solo imaginar,  
No lo que es, mas lo que pudiera ser.

En el cielo estrellado hay un lugar  
Guarnecido de acero relumbrante,  
Las puertas de marfil de par en par.

A una mano y á otra están delante,  
Por divino artificio fabricados,  
Dos cántaros de duro diamante:

El siniestro colmado de envidados,  
De trabajos humanos, duras penas,  
Que en la muerte descargan sus nublados;

El diestro lleno de venturas llenas,  
Dulce contentamiento, eterna gloria,  
Ventura en cosas propias y en ajenas.

Cuando Dios alcanzó la gran vitoria,  
Y la comunidad echó del cielo,  
Se dice que los puso por memoria.

Las ánimas que bajan á este suelo  
Para dar á los cuerpos forma humana  
Comienzan por aquí su primer vuelo,

A salir cada cual según ha gana,  
Prueba del uno y otro cuanto quiere  
Y puede recibir la sombra vana.

Bebida, como el vaso que bebiere,  
Así halla la suerte aparejada,  
Dende que nace acá hasta que muere.

Yo, mezquino, al entrar desta jornada,  
Llegué con sed al vaso del dolor,  
El cual todo bebi, sin dejar nada,

Y á vueltas la paciencia, que es peor.

## CARTA VIII.

Doña Guiomar Enriquez sea loada  
Ante todo principio; que sin esto  
Obra no puede ser bien comenzada.

Quedándome tal fe por presupuesto  
Imprimida de ti cuando partiste,  
Quisiera haber mostrádolo mas presto.

«Escribe, pues que puedes, me dijiste,  
Con libertad, seguro de la muerte;  
Escribe, y deja suspirar al triste.»

En el comienzo tuve á buena suerte  
Caberme un tan subido y gran sugeto;  
Después me pareció empresa muy fuerte.

Porque nadie imagina un bien perfeto,  
Si no con el sentido lo describe,  
Ni lo entiende ó declara, si es discreto.

Y así, pues mi juicio no recibe  
Percepcion que el sentido no recibiera,  
Diré lo que de tu dolor concibe.

Por el efeto es fácil á cualquiera

Entender y hablar de teología;  
Mas no al cielo subir sin escalera:

Tú padeces en tanta demasia,  
Que ó esta no es mujer imaginable,  
O tus envidados son hipocresia.

A juicio comun lo que es loable  
Cualquier humano seso lo divisa,  
Pero no como cosa perdurable.

Al comienzo cayóme muy gran risa  
De ver que aun no sentabas en la silla,  
Y ya el mundo pintabas á tu guisa.

Enlodado y quebrada una castilla,  
No partido, y pensabas ya hallarte  
Fuera de Italia y Francia y de Castilla.

Dije entre mí: «Si hace esto con arte  
Don Simon, aunque no sería tanto,  
Que no le fallciese alguna parte,

»Un envidado que á todos pone espanto,  
¡Oh incredulidad! si hay duda en ello,  
No debe ser el cómo, sino el cuánto.

»No me doy una punta de cabello  
Que tanto el hombre cuerdo se desmande,  
Sino que tenga causa de hacerlo.

»Sugeto debe ser menor que grande  
El que turba eleccion y sentimiento  
Sin que el sentido ó la razon lo mande.»

Vino, y libróme de este pensamiento  
Amor, mostrando claro en la apariencia  
Ser la fuerza mayor que el sufrimiento.

Dijome que era poca reverencia  
Poner duda en aquella hermosura,  
Que vencia cualquier humana ciencia.

Y que esto ni era caso ni ventura,  
Sino pura razon, y necesaria,  
Que tal valor cupiese en tal figura.

Cuanto á mí, no hallé cosa contraria  
A lo que me dictaba la conciencia,  
Ni tu pena juzgué por voluntaria.

Un contraste hallaba á tu dolencia:  
Que dolor que tan largo se sufría  
Venía á ser costumbre, y no paciencia.

Otro, que siendo tal su señoría,  
Mejor estaba á oscuras ó invisible,  
Que no haciendo tan mala compañía.

En fin, que tú deseas lo imposible,  
Y ella está como causa ó fundamento  
Que mueve el universo, y no es movible.

Yo, que tengo somero el pensamiento,  
Si amo, es donde amor podría dar luego  
Tras el servicio el agradecimiento.

No que piense por esto entrar en juego;  
Mas porque es bueno amar con presupuesto  
Que se puede encender quien hace el fuego.

Cuello corto, y redondo un poco el gesto,  
Blanca y rubia, y el aire veneçiano,  
Y fácil al querer de todo el resto,

Me terná para siempre de su mano,  
En esperanza libre y atrevido,  
Sin sospecha, temor, alegre y sano.

Cuando te vi ir de Sena á Malpartido,  
Dije: «Misero amante y sospechoso,  
Despachado eres antes que partido.

»No te veo manera de reposo,  
Aunque digas que no puede olvidarte  
Un ánimo tan limpio y generoso.

»Porque si verte piensas que es mirarte,  
Engañaste; que acaso mira y calla  
Como había de mirar en otra parte.

»No te busca su vista, mas te halla;  
Ni te nombra su voz sino como eco,  
Que lo da y no lo siente la muralla.»

Perdóname, Cupido, aunque no pecco,  
Yo me vi, como tú, perdido el brio,  
Triste, penoso, espantadizo y seco.

Todo mal me cansaba sino el mío,  
Perdí el conocimiento, el cómo y cuándo;  
Vivia siempre en error y desvario.

Disimulando y no disimulando,  
Me perseguía amor á pecho abierto,  
Como si fuera de contrario bando.

Cuando disimulaba era hombre muerto,  
Que no sentía el bien ó amaba poco;

Si no disimulaba, descubierta.

De aquí me fui saliendo poco á poco

A una libertad, que hago y digo

Cuanto quieren, y quiero como loco.

No me viene á decir algún amigo:

«Mal estás, bien te va, yo te lo veo.»

Ni de bien ni de mal hallo testigo.

Callo y vivo con este devaneo.

¡Oh ambicioso dolor! Oh desengaño!

Que aun no oso descubrir lo que desseo.

Entré por apariencia con engaño,

Y vi la causa ser tan en la cumbre,

Que luce, como el sol, sin hacer daño.

Amo y callo con tanta mansedumbre,

Que no sabiéndolo, diria cualquiera

Que el mio no es amor, sino costumbre.

Dos montes dicen que hay de una manera

Que arden en fuego vivo del infierno,

Dedentro uno, y otro por deluera.

El uno y otro fuego como eterno,

De una causa uno y otro decendiente,

Igneales en verano y en invierno.

Llamaron Etna al uno antiguamente,

Festion al otro, que al encuentro

Es del Etna, en el fuego diferente.

Etna trae las llamas por dentro;

Cuerpo oscuro, pendiente, cavernoso,

Que funde las arenas en el centro.

Con sonante murmullo y furioso

Revuelve en el hondon de sus entrañas

El fuego, á los mortales temeroso,

Ahora lanza tal nube de marañas

Del humo espeso con pavesa ardiendo,

Que tumba el cielo y arde las montañas;

Ahora levanta en alto, revolviendo

Colpes de vivas llamas extendidas,

Que las claras estrellas van hiriendo;

Ahora lanza las peñas derretidas

Y escollos, con gemidos regoldando

Del monte las entrañas encendidas.

Quedan el fuego y viento murmurando

En el hondon obscuro del profundo,

Y otra nueva materia rodeando.

Pecho sé yo que encierra otro segundo

Etna, con humo y fuego mas caliente;

No vive solo Encelado en el mundo.

Efestion se enciende tan paciente,

Que alumbra toda Licia á la redonda,

Dando calor templado solamente.

Puesto que tenga la raíz tan honda,

Vese lento venir, claro y suave,

Sin que ruido ó furia dentro resonda.

Templase al fin como registro ó llave;

A veces muestra el monte cuanto quiere,

Y otras veces encierra cuanto cabe.

Dende *ab initio* arde, y nunca muere;

Por todas partes en el monte espira,

La verde yerba viva llama hiere.

Bien como cuando sale ó se retira

El rubio sol en el dudoso día,

Que tierra juntamente y cielo mira,

Al comenzar ó dar fin á la vía,

Ora sea á la tarde ó á la mañana,

Con templanza su lumbré nos envía.

Hace el fuego la yerba húmida y sana,

Vemos á un mismo tiempo envuelta junto

La yerba con el fuego, y queda sana.

Ilustre y blando fuego, que en buen punto

Entraste donde no sera tu llama

Consumida, aunque el cuerpo sea difunto.

En el alma creciste, ella te ama,

Ahora de esperanza mantenido,

Y despues de perpetua gloria y fama,

No acabara tu ser desvanecido,

No faltará materia que te encienda,

No serás de otro fuego consumido.

Que la inmortalidad, eterna prenda,

La frente de perpetuo oro ceñida,

Te conservará vivo y sin contienda.

Entonces se tornará mas larga vida;

Cuando este cuerpo deje libre al hombre,

Mi voz volará á pluma tendida.

Pocos gozan presentes de su nombre,

Admirando continuo el que es ajeno;

Mas siguenlos la gloria y el renombre.

Midamos entre tanto el justo, el bueno;

Contemplemos el bien que solo encierra

Todos los movimientos en un seno;

Cómo se junta el cielo con la tierra,

Cómo muda el tiempo lo encubierto,

Cómo cria, corrompe y nunca yerba.

Si viese cada cual el pecho abierto

Que fué causa de tanta vanagloria,

Y á las veces de tanto desconcierto,

Para tanta miseria mucha gloria

Seria, don Simon, muy grande afrenta;

Bastaria haber un poco de memoria.

Y aunque amor pocas veces se contenta,

Mas siempre en algo quiere mejorarse;

Harto es que lo pensemos sin tormenta.

Quien no escoge debria contentarse

Con sacar por razon cualquier indicio

Que pueda su dolor representarse.

Amar sin algun fin es tan gran vicio,

Que nunca yo lo vea en quien bien quiero,

Aunque muchos lo tengan por oficio.

Tornemos al propósito primero:

¿Cómo hallaste aquella bien andanza

Que te solia traer al retortero?

Creo que estaba en filo la balanza,

Sin torcerse en la ausencia del camino,

Pues do no hay qué se muda, no hay mudanza.

Lanzarote de Lago, cuando vino

La vez primera en posta de Bretaña,

Damas curaban del y su rocino.

Mas, si el conocimiento no me engaña,

En España no son tan venturosas

Ni se dan á curar tan buenas maña.

Bien puede ser que todas sean hermosas;

Pero agradezco á Dios que me ha guiado

A vivir entre blandas y piadosas.

Como el hombre que tiene en estampado

Salir á la mañana y á la tarde,

Y vivir gordo y sano y concertado,

Asi se enciende acá, y asi se arde

Amar por la salud ó autoridad,

Cualquiera acometer, aunque cobarde.

Doña Guiomar, debria tu deidad

Hacer algun regalo á don Simon,

Pues lo merece bien su voluntad.

No tan misera ser de compasion,

Que el pobre haya por caso ó por dieta

El favor, y no á fuerza de razon.

Ya volando, por verte, á la estafeta,

Y halla que á la fin tanto ganara

Si viniera al rodar de una carreta.

Suave cosa es servir mujer muy rara,

Suave cosa mirar cuanto hiciere,

Suave cosa en verdad, mas cuesta cara.

La que siempre amenaza y nunca hiere,

Trayéndote debajo del espada,

Es tirana absoluta en cuanto quiere.

¡Oh ausencia! que eres burla muy pesada

Para quien mucho ama, si no deja

Caudal con que tornar á la posada.

Espantome del hombre que se aleja

De su dama por mal que le parece,

Y despues de tornado, que se queja;

Mas muy mayor reprehension merece

El que, antes de llegado, teme y siente

El dolor que no tiene y va padece.

Porque primero que se viese ausente,

Debria considerar el mal doblado,

Temer ó sospechar de nueva gente.

Fama es que se junta en un gran prado

En Esparta la gente vencedora,

Como á baile, á luchar en el mercado.

La dueña, la doncella, la señora,

Cada cual procuraba en los primeros

Parecer mas hermosa aquella hora.

Despues los mas robustos y ligeros,

Y entre ellas la que mas fuerza tenia,

Salia al corro desnuda en vivos cueros.

A la lucha de manos se venia;

De allí á brazo partido y zapeadilla:  
Esa era mas amada, que venia.  
No tenia ninguno á maravilla  
Que el uso á la vergüenza desterrase,  
Y gozar la virtud pura y sencilla.  
Que mal pareceria si probase  
La fuerza cada uno á la tornada  
En la plaza, y el mundo se quemase;  
Que todas las ausencias serian nada.

## CARTA IX.

Tal edad hay del tiempo endurecida,  
Que á su primer principio se revuelve,  
El término pasando de la vida.  
La voz, de áspera, en blanda se resuelve,  
En dientes el encia se levanta,  
La lengua y blanca barba en negra vuelve.  
Tal árbol que de antiguo nos espanta,  
Se perdió viejo tronco so la tierra,  
Y ahora sale encima nueva planta.  
Una virtud secreta que se encierra  
En todos los sugetos que contemplo,  
La cual tarde ó temprano nunca yerra.  
Colgadas ya las armas en el templo,  
Torna el viejo soldado la porfia  
Por ira, por virtud ó por ejemplo.  
Dos fuegos nacen juntos, y los eria  
El alma desde el punto que es criada;  
Crecen con ella juntos á porfia.  
Prosiguen juntamente la jornada,  
Y muévense el principio juntamente,  
Sin órden ó razon determinada.  
Truécase cada cual por accidente  
Y por ciega ocasion en pecho ciego,  
Sin causa, voluntad ó inconveniente.  
Pero nunca se acaba tanto el fuego,  
Que no deje secreta una centella  
Dentro del corazon, señor don Diego.  
Dios te libre de mal y de movella,  
Pues levanta la llama tan crecida,  
Que el lugar donde está se abrasa en ella.  
Quien la trae se piensa que escondida  
En el hondon del pecho la retiene,  
Aunque todos la vemos encendida.  
El un fuego mas blando se detiene  
Poco á poco en crecer y en arraigarse;  
Este es mas peligroso cuando viene.  
Ciertas partes comienzan á mostrarse,  
Que mueven el sentido y el desseo  
Antes que la razon pueda firmarse.  
Sale contraminando de rodeo  
Con determinacion blanda y dndosa;  
Emprende si le veo ó no le veo.  
Esta es una ponzoña muy sabrosa,  
Que entre conversacion sorda camina,  
Sin parecer á nadie sospechosa.  
Poco á poco el favor se contramina,  
Siéntese en tu señora otro gobierno,  
Con cualquier golpe amor te desatina.  
Hállase de amistad el pecho tierno  
Mostrando querer bien, mas no desta arte,  
Y abrázase en un fuego del infierno.  
Entra en el corazon por cada parte,  
Contrasta la razon con el sentido,  
Y no osas rendirte ni guardarte.  
A cabo se da el hombre por vencido,  
Descubre la dolencia en puridad,  
Dejándose llevar á mal partido.  
Este fuego es amor y fué amistad;  
Suele prender tan recio al pobre amante  
Porque funda su sér sobre verdad.  
Ocasiones me vuelan por delante  
Que perdí cuando desta suerte amaba,  
Que me quise aborcar en el instante.  
Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;  
A lo menos tenia bueno un punto,  
Que la conversacion no me faltaba.  
El otro fuego vuelve todo junto  
En furia, que os revienta el corazon,  
Y á cada paso os tiene por difunto.

Si se mueve con causa ó con razon,  
Aunque se enciende presto, nunca deja,  
Y este nos da mayor aliteracion.

Está léjos la causa y no se aleja;  
Antes la ves presente, y de manera  
Que sin ser ofendida se te queja.

A tiento se camina por defuera,  
Si tu servicio en algo descontenta,  
Siempre estás deseando lo que fuera.

No viene de otro cabo esta tormenta,  
Ni como la otra, sube poco á poco,  
Junto se sienta el golpe y el afrenta.

Dure cuanto durare, nunca es poco,  
Porque tanta abundancia sale y crece,  
Que antes de ser sentido torna loco.

Muy léjos este fuego se parece;  
El ruido y el humo que del sale  
A los vecinos ciega y ensordece.

El caso le despierta y del se vale,  
Y signe la eleccion tuerto ó derecho;  
Mas con cualquier sospecha se desvale.

Revienta echando chispas por el pecho,  
Del celoso temor ó sobresalto,  
Aunque todo favor le entra en provecho.

Cuando pienso encambrarme en lo mas alto,  
Da conmigo en el suelo en un momento,  
Tal, que me deja atónito del salto.

Dulce ver es de tierra un bravo viento,  
Que levanta la mar alta y hinchada,  
Sacando las arenas del cimienta.

Entre las altas ondas trabajada,  
Una pequeña fusta abandonarse,  
Que en breve será rota ó anegada.

Ver sin peligro nuestro menearse  
Y caminar con fiero continente,  
Dos fieros escuadrones afrontarse.

No porque el mal ajeno te contente,  
Mas porque en la verdad es dulce cosa  
Carecer del dolor que el otro siente.

Tú, fuera desta llama peligrosa,  
Si algun fuego te quema, es como paja,  
Que en un instante crece y se reposa.

Poca es la diligencia que lo ataja,  
Y su furor se apaga y desencena  
Por arrojar en el cualquier alhaja.

Corroie de mi sér como una mona,  
Que en esta libertad me vi primero,  
Cual nunca se ha hallado otra persona.

Acúsome de puro majadero,  
Porque no hay cosa firme en este mundo,  
Que el tiempo no la traiga al retortero.

En la cuenca del cielo y del profando,  
Donde todo de un arte se rodea,  
No hallarás primero sin segundo.

El año nos mantiene y nos recrea,  
Mas muda cuatro cosas en el cielo,  
Y el Océano siempre se menca.

El manto de los cielos con su vuelo  
Los mueve á todos siete, y el se mueve  
Con todo cuanto tierra en este suelo.

El sol á la mañana el Ebro bebe,  
Y á la noche reposa dentro en Tajo,  
Y no hay parte que á ser otro nos lleve.

Contar lo que se muda es gran trabajo;  
Pues que todo se muda tarde ó cedo,  
Mejor es el camino que el atajo.

Solo yo soy un hombre que estoy quedo,  
Que nunca trocaré la fantasia,  
Ni el cielo me hará mudar ni dedo.

Torne la noche oscura en claro dia,  
Vuelva el dia despues en noche oscura,  
Siempre seré, Señora, el que solia.

Amor puso en tu mano mi ven ura,  
Nací á tu voluntad prede tinado,  
Aunque esta snele ser de poca dura.

Sea por eleccion ó sea por hado,  
Jamás te vi en un sér para conmigo,  
Como á todas las cosas que he contado.

Yo sin bica, sin favor y sin abrigo,  
Aunque á tus fuerzas hago resistencia,  
Mas nunca pude contrastar contigo.

Las penas venceré con la paciencia,

Y tú las romperás con la aspereza,  
 Sin que se pueda en tí hallar clemencia.  
 Tanto es, que yo nací para firmeza,  
 Y todo lo demás para mudanza,  
 Sino solo el rigor de tu cruzera.  
 Porque siendo contrario á mi esperanza,  
 Y ella a mi fin que no llega enderezándose,  
 Ha de tener en filo esta balanza.  
 Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,  
 Que yo estaré en un punto siempre firme,  
 Y si ser andaré siempre mudándose.  
 Con cualquier fuego puede amor decirme  
 Que me ha abrasado el alma como escribo,  
 Aunque me ha sentenciado sin oírme.  
 Al principio sin duda estaba vivo,  
 Aunque alónto viéndome tirar,  
 Sin conocer este dolor esquivo.  
 Amando na sentía qué era amar,  
 Iban mi bien y mal juntos confino,  
 Miraban, y respondíamlo al mirar.  
 Si no me respondían por el tino  
 Que yo me concebía ó me soñaba,  
 El aliento faltaba en el camio.  
 Disimulaba y no disimulaba,  
 Parecía en mi alma estar secreto  
 Lo que en la plaza el mundo publicaba.  
 Andaban lo acabado y lo imperfecto,  
 Lo cierto y lo dudoso contrastando,  
 Y otros contrarios mi en sugeto.  
 Cuántas veces me dijo amor, burlando:  
 «Guárdate, no des paso mas adentro,  
 Antes procura entrar, sabio, tentando.»  
 Mas yo, que no sentí el primer encuentro,  
 Pensé que todos fueran tan livianos,  
 Haía que me hallé puesto en el centro.  
 Vinieron mis amigos, mis hermanos,  
 Y todos me decían: «Que te engañas;  
 Amor es el que traes entre las manos.»  
 Holgara de guardarme de sus mañas,  
 Mas no pude; que vino á parecer  
 Cuando estaba bien dentro en las entrañas.  
 Comenzáronse luego á recrecer  
 Muchas cosas que antes no veía,  
 Aunque de aquí vinieron á nacer.  
 En fin, Señor, el duro mal crecía;  
 Amor armaba lazos en lo raro,  
 En que el simple amador daba y caía.  
 Entró en casa vacía, y puso vaso,  
 Y ocupó de manera el aposento,  
 Que no le sacará elección ni caso.  
 Siempre amo, y amor es tan sin tiento,  
 Y me embiste con tanta pesadumbre,  
 Cuanto á cerrada selva erado viento.  
 Cae el rayo, y amenazanos su lumbre  
 Dentro en lo mas oscuro del nublado,  
 Y hiere en lo mas alto de la cumbre.  
 Todo pecho se halla aparejado  
 A sentir este fuego, mas no guarda  
 Todo pecho el amor en na estado.  
 Haz tú, si me creyeres, buena guarda,  
 Sin acogello mas de una semana;  
 Que se hace mas huéspedes quanto tarda.  
 Como suele un espejo, cosa llana,  
 Recibir en la haz una figura,  
 Y tornarla á volver de forma sana;  
 Así muchos alcanzan tal ventura,  
 Que cualquiera en su pecho se repara,  
 Sin atarse con una hermosura.  
 El ama, la doncella y la mas cara,  
 Todas hallan un norte y expediente,  
 Y á todas recogeis con una cara.  
 Fama es, cuando mató la gran serpiente  
 Cadmo, que con esteva y aguijada  
 Esparciese los dientes por simiente.  
 Vieras salir en medio del arado,  
 En un punto crecer hombres y arneses,  
 Y producir la tierra gente armada.  
 Con agudas espadas y paveses  
 Vinieron á encontrarlo de tropel,  
 Amenazando tajos y reveses.  
 Cadmo, que vió la gente así cruel,  
 De ira y de furor llena y sangrienta,

Tornar armas y pechos contra él,  
 No se olvidó el amor en el afrenta,  
 Ni quiso castigarlos con su mano,  
 Por no dar de sus obras mala cuenta.  
 Apartóse, y dejólos en el llano;  
 Ellos, como se ven de furia ardiendo,  
 Cada cual se volvió contra su hermano;  
 Tanto, que entre sí mismos combatiendo,  
 Allí donde nacieron acabaron,  
 Matando unos á otros y muriendo.  
 Los que desta jornada se escaparon  
 Y le fueron amigos cordiales,  
 En todos sus trabajos le ayudaron.  
 Y yo, en el hondo centro de mis males,  
 En el cielo sembré mis pensamientos,  
 De quien nacieron penas inmortales.  
 Mis hijos me persiguen á tormentos  
 Y traban entre sí brava contienda,  
 Cada cual por vencer los sentimientos.  
 Dudosos pensamientos, ¿no hay emienda  
 Al daño que haceis dentro en mi pecho,  
 Ni puede la pasión tirar la rienda?  
 Pensé haber acabado todo el hecho,  
 Y que la llama ardiente desta espada  
 Era muerta, aunque fuese á mi despecho.  
 Della nació la guerra guerra-la  
 Que amor crió en el alma y la fecunda,  
 Y sin mi muerte no será acabada.  
 Aquella fué primera, esta segunda;  
 De aquella fué el principio mal cubierto,  
 Y esta se cria en parte mas profunda.  
 Tal hora piensa el hombre estar en puerto;  
 Revólvese del cielo un viento vario,  
 Y alcanza le en el mar, hondo desierto.  
 Tal hora nos engaña un letuario,  
 Tenémosle por bueno, y no se alcanza  
 Cómo es del todo á la salud contrario.  
 No puede estar un cuerpo sin mudanza,  
 Ni el tiempo suele siempre estar sereno,  
 Ni veréis en la mar siempre bonanza.  
 Cuando creí que estaba mas ajeno  
 De cuidados de amor, libre y quieto,  
 Y de viejo deseo sano y bueno,  
 Vime por otra parte mal sujeto,  
 Tanto mas quanto mas era velando  
 Que amor no pudiese en lo secreto.  
 Sin saber por qué parte, cómo ó cuándo,  
 Descubrió contra mi su fuerza y maña,  
 Y mis sentidos fueron de su bando:  
 Tal, que si el sufrimiento no me engaña,  
 La llama que en mi pecho es ordinaria,  
 Seria en otro incomportable, extraña.  
 Yo querria que fuese voluntaria,  
 Por mayor gloria mía; mas no quiere  
 Que sea sino fuerza, mi adversaria.  
 Hagan fuego y amor cuanto quisiere,  
 Que sobre fundamento y causa tal  
 Amor crece, y el fuego nunca muere.  
 En esta parte me verá inmortal,  
 Y llevaré del tiempo la victoria  
 Que no puede alcanzar de tanto mal.  
 Puede ser que te venga á la memoria,  
 Señora, del engaño que pasaba,  
 Cuanto por gloria dabas vanagloria.  
 Mi mal es bravo, mas la causa es brava,  
 Por ventura mas brava que se piensa,  
 Y el deseo ni causa ni se acaba.  
 Sea hado ó razon lo que dispensa,  
 Que en fin yo sacaré desta partida  
 La inmortalidad por recompensa,  
 Que es la mas larga y descansada vida.

ELEGÍA.

Si no puede razon ó entendimiento  
 El cuidado aliviar á quien lo tiene,  
 Siempre queda mayor el sentimiento.  
 Es mi mal sin remedio, y no conviene  
 Pensar de refrenarlo con prudencia,  
 Sino soltar la rienda á quanto viene.  
 Por demás es la fuerza ni la ciencia;

Que la pasión no escucha la cordura,  
Y acrecienta el dolor la resistencia.  
En él, como en la flor de la hermosura,  
De arrebatada suerte saltada,  
Que falleció la vida y la ventura,  
Fuíste, doña Marina, tan florada,  
Cuanto el poco que en esta luz viviste  
Tu vista mereció ser alabada.  
Lo que la redondez del cielo viste,  
Todo siente en extremo tu partida,  
En extremo se duele y queda triste.  
¿Quién fué mas admirada y mas servida?  
Quién con mayor razón lo merecía?  
Quién lo estimó tan poco en esta vida?  
Esa lumbre, que al sol escurecía,  
Yace ahora tan bajo so la tierra.  
Cuanto de claro entonces la venecía.  
Antigua, inexcusable, cruda guerra  
Entre el huero y el hombre, tan forzosa  
Es la necesidad que en ti se encierra.  
¿Quién vió á doña Marina tan hermosa  
Cuanto viva la vi y la vi difunta,  
Que piensa en el durar de alguna cosa?  
Nunca se excusa y siempre se barrunta  
Aquel paso cruel en que dejaste  
Triste y á oscuras toda España junta.  
¿Qué hado, qué fortuna, qué contraste  
Te arrebató delante nuestros ojos  
En el tiempo que menos lo pensaste?  
Muerte dura, que gozas los despojos  
De todo nuestro bien y dura suerte,  
Venida para dar males y enojos;  
Contra quien no hay razón ni escudo fuerte,  
Siempre contigo estamos de conquista,  
Amargas con la vida y das la muerte.  
Si el trigo no es maduro en el arista,  
No corta el segador la mies en berza  
Antes de la sazón venida y vista.  
No pone en verde rama, aunque se fuerza,  
La hoz antes de tiempo el hortelano,  
Hasta que se endurece y toma fuerza.  
Y tú, hada importuna, tan temprano  
Cortas el hilo cuando no maduro;  
¡Oh cruda ejecución, oh dura mano!  
El sol, que vemos ir alto y seguro,  
Muere, y á las estrellas da su lumbre,  
Por no dejar el mundo en todo oscuro.  
Mas despues de caer, como es costumbre,  
Zabulle sus callosos en poniente,  
Y vémosle otra vez subir la cumbre.  
Pero la sorda muerte no consiente  
Que quien gusta una vez la agua profunda,  
Otra torne á ser visto de la gente.  
No hay designio que al cabo no confunda  
La noche eterna y hora del espanto,  
Ni se espera nacer la vez segunda.  
Si es posible que lágrimas y llanto  
Hagan volver acá la sombra vana,  
Ningun hombre lloró que pueda tanto.  
Mas la necesidad, que tan temprano  
Se te mostró enemiga y envidiosa,  
No dejó de mostrarse á mi inhumana.  
Quedáranos siquiera alguna cosa  
Que ablandara el rigor desta cruzada,  
Por muestra de una imagen tan hermosa.  
El agrio escollo puesto en aspeza,  
Del bravo mar y vientos combatido,  
En fin ablanda el sér de su dureza.  
Poco valen suspiros y gemido  
Para abrir la cerrada y sorda vía;  
Antes es el quejar tiempo perdido.  
Y ya no torna el mundo, cual solía,  
De hermosura en sí aquella pujanza,  
Ni el ejemplar que della se tenía.  
Gran parte fué de bienaventuranza  
Tener en sí un extremo de verdad,  
Mas el perderlo fué gran malandanza.  
¡Oh hermosura sin contrariedad,  
Ni envidia ni zozobra, que te veo  
Cubierta de perpetua oscuridad!  
¡Oh castísimo objeto del deseo!  
¿Quién te vió, que sujeto no quedase

Y metido en un dulce devaneo?  
¿Quién te trató, que no desesperase,  
Apartado con manso desengaño,  
O quien desesperó, que no te amase?  
A ninguno tu vista hizo daño,  
Que tu bondad no fuese el instrumento  
A reparar la culpa del engaño.  
El ánimo y manera, el pensamiento  
Igual con la grandeza y con la gloria  
De tus antecesoros, que no cuento.  
Sería ennoblecerte con historia,  
Y hacer á tus méritos gran tuerto  
El traer tanto rey á la memoria.  
¿Qué descuido en el habla, qué concierto,  
Qué aviso, qué prudencia, qué llaneza!  
Parecíanos traer el pecho abierto.  
Sali triste de mi nauqueza  
A buscar en provincias apartadas  
Mayor reputacion, mayor grandeza.  
Tíeneme ahora los hados tan cortadas  
Las alas de la gloria, que me canso;  
Mejor fuera adorar en tus pisadas.  
Correr con la fortuna bajo y manso,  
Y no temer por fin merecer verte,  
Mas en verte poner fin y descanso.  
¿Cuán bienaventurada fué la suerte  
De aquellos que presentes se hallaron  
A ayudarte á salir del paso fuerte!  
Tus manos con sus lágrimas bañaron,  
Cerráronte los ojos, y presentes  
En tu faz, que moría, contemplaron.  
Dulce oficio de amigos y parientes,  
Confortar al amigo en hora triste;  
Dulce, mas rehusado entre las gentes.  
¡Bendito aquel de quien te despediste,  
Que sintió las palabras que decías,  
Y al que post-eramente adios dijiste!  
Infinitos trabajos, pocos dias,  
Continuo contrastar con la fortuna,  
Y salir al revés cuanto querías;  
El favor de los cielos en la cuna,  
La gente que por diosa te adoraba,  
Caminar por do nunca fué ninguna,  
Cualquiera otra mujer que te miraba,  
Quisiera parecerte; mas probando,  
En vano lo quería, y te admiraba.  
¿Cuántas veces me vi, como soñando,  
Triste, verte y hablarte en esta ausencia!  
Despues halléme solo y suspirando.  
Venias con aquella reverencia  
Que siempre mereció ser acatada  
De cuanto se hablaba en tu presencia.  
Aun no era tu figura bien formada,  
Cuando el aire en mirar se desparcía;  
Yo quedaba suspenso, sin ver nada.  
Entonces á mi mismo maldecía,  
Adivino del mal, y no sabiendo  
Cuánto daño la muerte me hacía.  
Al cabo quedaré triste no viendo  
Tu hermosura; vino á maldecirme,  
Porque vivo he quedado, tú muriendo.  
A lo menos pudiera despedirme  
En sombra y en verdad, y entonces fuera  
Mas consolado el mal, y no mas firme.  
En pérdida comun poco sirviera  
Remedio que á uno solo da consuelo,  
Si en todos no fué el mal de una manera.  
Comun era un ardiente honesto celo,  
Con que á cuantos te veían obligabas  
A ensalzarte y subirte hasta el cielo.  
¿Qué creerás de los que tú mirabas  
Por gracia ó por favor mas que por arte,  
Si en tanta obligacion á estos dejabas?  
España se cubrió de parte á parte  
De negra vestidura y de quebranto,  
Señora, por el duelo de dejarte.  
Nunca el rio creció con lluvia tanto,  
Ni con nieve deshecha en la montaña,  
Cuanto con vuestras lágrimas y llanto.  
Fortuna, contra nos precha tu saña  
Y fuerza juntamente, si nos quieres  
Tentar en una pérdida tamaña.

Que pues en tan sensibles partes hieres,  
Y tu mano tan cruda nos castiga,  
Buscaremos huir lo que hicieres.

Procurarse ha con arte y con fatiga  
Dejar viva su imagen y memoria,  
Con que el ingenio y mano la consiga.

Pero ¿quien gozara desta victoria?  
Que no hay color ni piedra ni metal,  
Ni hay ingenio que alcance tanta gloria.

¡Oh cuñado del loco perenal,  
Querer con artificio dar la vida  
A quien, viva, ganó ser inmortal!

Sea la esperanza vana, ó sea perdido,  
De verte en viva forma, ya tu muestra  
En mi alma estara siempre esculpida.

Pudo Orfeo con voz y mano diestra  
Penetrar á los reinos del infierno,  
Y la gente mover que no se muestra.

La cruzeza vencer del mundo eterno,  
Volver la ley escrita en diamante,  
Y al oscuro señor, de duro, en tierno.

Procedió en el cantar duro y constante,  
Estorbando el cruel y triste oficio  
Hasta que vió á su Euridice delante;

Mas no esperó á gozar del beneficio  
El misero amador y mal sufrido;  
Y así se mudó en llanto su ejercicio.

Por los desiertos montes va perdido  
Siete noches arreo y siete dias,  
De lágrimas y quejas mantenido.

¡Ah, mezquino amador! ¿en qué porfias?  
Cegóte la esperanza y el deseo,  
Y hiciste que nuera por dos vidas.

¡Ah, constante amador, misero Orfeo,  
A los hielos y nieve condenado!  
¡Cuán conforme á tu mal el nuestro veo!

Tú vas ahora por Tracia desterrado,  
Hinchendo tierra y cielos con tu queja,  
Y suspiros mezclando con cuñado.

Ella, vuelta en espíritu, se aleja  
Por extendido campo ó yerba verde,  
Aunque no sin dolor porque te deja;

Pero no que tornar á ti se acuerde;  
Porque el que pasa el agua del olvido,  
En vano lo desea quien lo pierde.

No la llares con llanto ó con gemido,  
Con ruegos, sacrificios y oraciones;  
Que todo le será tiempo perdido.

No con luego discurso de razones,  
Ni con favor, destreza ó violencia,  
No con oro, con plata ó ricos dones,  
Como una vez que es dada la sentencia.

## FÁBULA

DE ADÓNIS, HIPÓMENES Y ATALANTA.

El tierno pecho, de cruel herida  
Por la dura salvaje liebra abierto,  
La madre del amor toda afligida,  
Que con lágrimas baña el jóven muerto;  
Y tú, virgen de Hipómenes vencida,  
Entre gloria dudosa y miedo ciego,  
Seréis el argumento desta historia,  
Que presente hará vuestra memoria.

A ti, doña Marina de Aragon,  
A quien naturaleza estudiosa  
La obra sin tener comparacion  
Hizo, sobrando á sí y á cualquier cosa,  
Hermosa sobre todas cuantas son,  
Y es lo menos que tienes ser hermosa;  
A ti llamo, que alargues tu favor  
Dando principio y fin á esta labor.

La honesta y clara lumbre de tus ojos,  
Que á todo humano sér tiene rendido;  
La blanca mano llena de despojos  
De almas y voluntades que has prendido;  
Las gracias en ti unidas á manojos,  
Tu grandeza y dolor nunca vencido,  
Mas vencedor de humanos corazones,  
Enderecen y quien mis razones.

Y porque con la voz mas dulce y para,  
Y espíritu mas alto que el humano,  
Pueda apartarme de la niebla oscura,  
Despreciando el comun vulgo profano;  
Tú, Señora, me sube en el altura  
Do no puede llevarme ajena mano,  
Y gnúa mis sentidos á tu modo;  
Que no pueden todas hacer todo.

En la mar, donde el sol resplandecer  
Se ve primero con durada lumbre,  
Y por las bravas ondas extender  
Los rayos de templada mansa lumbre;  
Dónde suele dejar ya de correr  
La rosada mañana en alta cumbre,  
Y tomarse risueño el dulce lecho,  
Con rostro tierno y delicado pecho;

Arabia la felice, allí bañada  
Del manso mar, por todo reverdece;  
El dulce fresco y la calor templada  
Se mezclan por la tierra que florece;  
Con el bálsamo y esasia delicada,  
Con mirra, cuyo olor nunca perece,  
Mirra que, enamorada de su padre,  
Fué de su mismo hijo hermana y madre.

Dire de Mirra, que á esta tierra vino  
La ira del cruel padre escuchando,  
Por bravos montes y áspero camino,  
Siempre la aguda espada recelando;  
Y al fin, de aborrecible convino,  
La verde yerba en lágrimas bañando,  
En lugar de perdón y de piedad,  
Pedir castigo á Dios de su maldad.

Las manos extendidas contra el cielo,  
Decía con vergüenza y ira movida:  
«Yo ensucie, yo rompí el virginal velo,  
Yo el íslamo violé en que fui nacida;  
Hice á mi padre de su hijo abuelo,  
Y á mi madre hurté la honra debida.  
¡Oh hija, de tu padre torpe amiga,  
De tu madre comezla y enemiga!

»Si el hombre que coaltesa mal hacer  
Es oido en sazón desesperada;  
Si el castigo que puede merecer,  
Respeto del delito será nada;  
Si sé que todos me han de aborrecer,  
Vivos y muertos, viva ó sepultada,  
Ruego á Dios que me saque de este mundo  
De manera que no ensucie el profundo.»

Oyóla Dios en su deseo postrado,  
Y á sus ruegos piadosos se movió;  
La carne y huesos convirtió en madero,  
Y los piés en raíces retorció;  
En rayada corteza el blanco cuero,  
Los dos brazos en ramas extendió,  
Y ella misma, de empacho y de graveza,  
Dejó sumir el rostro en la corteza.

Las lágrimas quedaban solamente,  
Y estas se convirtieron en licor,  
Que, endurecido con el sol ardiente,  
El aire mezcla de suave olor;  
Vive su nombre en boca de la gente,  
Porque quiso la madre del Amor  
Que la planta de Mirra se llamase,  
Y la memoria el nombre conservase.

Un niño tierno, en carne concebido,  
Crecía dentro del madero oscuro;  
Crecía, y deseaba ser venido,  
Por huir de su madre, al aire puro;  
Y al tiempo de nacer constituido,  
El árbol se doblaba, aunque era duro;  
Faltáronle las quejas del parir,  
Mas no dejó por eso de gemir.

El mismo parecía se apretaba,  
Y callando mostraba su tormento;  
El tronco en nuevas lágrimas bañaba;  
Y movía la tierra de cimientto;  
Lucina, diosa del parir, que estaba  
Presente á tan extraño nacimiento,  
Viendo abrirse el madero por delante,  
En sus manos recibe al tierno infante.

Las ninfas le tomaron á criar,  
Y Adónis el hermoso le llamaron,

Por ser su hermosura tan sin par,  
Que ellas, como de extremo, se espantaron;  
Y muchos que los van á la par,  
Por el hijo de Vénus le tomaron;  
Si del costado el arco Amor dejaba,  
Adónis del costado le llevaba.

No hay cosa mas ligera que los días :

Pasa una edad corriendo y otra mana,  
Este que niño tierno hora veñas,  
Nacido de su abuelo y de su hermana,  
Ya es muchacho, ya es hombre de porñas,  
Ya le miran las niñas de su gana;  
Enamoró á la madre de Cupido,  
Y venga el fuego en que la suya ha ardidido.

En el Arabia es fama que, cansada  
La diosa Vénus por la tierra yendo,  
Fel murmullo de una agua convidada  
Que entre la verde yerba iba corriendo,  
Con el sol y el trabajo acolorada,  
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,  
Cubierta de una tela transparente,  
Se sentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adónis por allí venia,  
De correr el venado temeroso,  
No de otra arte que el sol cuando volvía  
En Lidia los ganados al reposo;  
El polvo que en el rostro se veía  
Y el sudor le hacían mas hermoso;  
Como con el rocío húmida y caua  
Se ve la fresca rosa en la mañana.

Queriendo defenderse del calor,  
Y con el agua clara refrescarse,  
Vido sola á la madre del Amor  
Sobre la verde yerba reposarse;  
El espejo y el peine y partidor,  
La ropa con que suele ataviarse,  
Todo lo vió esparcido sin concierto,  
Y su hermoso cuerpo descubierta.

En torno estaban las silvestres diosas  
Puestas en ejercicio delicado:  
Cuál teje en oro coloradas rosas,  
Quién coge varias flores por el prado;  
Poniéndose á acechar las mas hermosas,  
Han sátiros traviesos escuchado,  
Declarando por señas sus deseos,  
Y apartábanlos ellas con meneos.

La libertad andaba desceñida,  
Y las iras ligeras á moverse,  
El simple llanto, la razon vencida,  
Y los rabiosos celos sin valerse;  
La disimulacion ya conocida,  
El turbado temor en atreverse,  
Los livianos perjuros y promesas,  
Los cortos sobresaltos y las prisas.

Echaban la sultura y inocedad  
A la corva vejez de la campaña;  
Con ellas va la ciega libertad,  
La risa y juego y el dulce que daña;  
El herbor de seguir la novedad,  
La esperanza sin causa, que se engaña,  
Y otras gentes que siguen á esta diosa,  
Andaban por la yerba deleitosa.

Entre todas volaba el niño ciego,  
Tirando mil maneras de saetas;  
A quién abraza en valeroso fuego,  
A quién hace heridas imperfeitas;  
Engaña algunos entre burla y juego,  
Hace mas libres y hace otras sujetas,  
Y al fin, á todas vence el albedrio  
Por fuerza ó por razon ó desvario.

Este, que vió venir tan sin recelo  
A Adónis con sus canes, por el llano  
A la madre huyo con presto vuelo,  
Apretando las flechas en la mano;  
Y ella, que se sintió llegar al suelo,  
Los brazos le tendió con rostro humano;  
Al abrazar, el niño descuidado  
La hirió de una flecha en el costado.

Luego con mano y pecho, todo junto,  
Herida, desvió de sí al infante;  
Estaba la saeta tan á punto,  
Que el hierro penetró bien adelante;

Y como alzó los ojos en el punto  
Que sintió la herida, vió al amante;  
Vió al amante, y quedó en la yerba verde,  
Como la mansa cierva que se pierde.

El niño, echado de la madre aparte,  
Se sintió de lo hecho tan de veras,  
Que probó en el tirar su fuerza y arto  
Con una flecha de las mas ligeras;  
Corvando el arco de una y otra parte  
Hasta juntar entrambas empulgueras,  
Tocó el rostro la cuerda á man derecha,  
Y á la izquierda la punta de la flecha.

Hizo la cuerda al desarmar sonido,  
Y voló la saeta por derecho,  
Con la cual el mancocho fué herido  
De cruel golpe en el siniestro pecho,  
Y del tiro quedó todo aturdido,  
Y Amor se alzó en el aire satisfecho:  
Iba vanaglorioso en su volar,  
De haber herido entrambos á la par.

No fueron menester largas historias  
Ni muchos andamientos de razones;  
Que quien habia juntado las memorias,  
Tubo juntar tambien los corazones;  
Las niñas se alegraron de sus glorias,  
Y los cubrieron de suaves dones:  
Rosas blancas y rojas, y otras flores  
Que nueueu y acrecientan los amores.

La Diosa está de sí tan olvidada,  
Que huye la rihera cetera  
Y Guido, de pescados abastada,  
A Pafo, que la mar casi rodea;  
A Matunta se deja despreciada  
Por mas oro y metales que posea;  
Desdeña cielo y tierra y no le quiere;  
A solo Adónis precia y por el muere.

Ni toma el peine ni el espejo mas,  
Ni de las haclas amorosas cura,  
Ni adorna su cabello por compás,  
Ni descege la blanca vestidura;  
El reposo y el juego deja atrás,  
Ni se halla contenta ni segura.  
Ni sale aderezada ni compuesta,  
Como cuando á los hombres hace fiesta.

El dorado caballo, que es bastante  
A deshaçar el sol, al viento suelta;  
En el hombro el careax de oro sonante,  
La blanca ropa en oro trae revuelta;  
En la mano arco y flecha penetrante,  
Un perro de trailla, otro de suelta,  
Hallá la caza y hiere en esa hora,  
Y pensando matalla, la enamora.

A mansos animales se presenta,  
Y de las fieras á quien menos daña,  
A las medrosas liebres ahuyenta  
Y al ciervo corredor por la campo á;  
A quién hiere parada, y á quien tienta  
Con fuerza, á quien rodea, á quien engaña,  
Parando ahora lazos, ahora liga,  
De las seguras aves enemiga.

Huye al rojo leon, que con la muerte  
Se echa y harta de la res paciente;  
Al lobo nunca barto, el oso fuerte,  
Y del furioso puercó el corvo dicante;  
Y temiendo celosa de tu muerte,  
A ti tambien aparta este accidente,  
Y te aconsejo, Adónis, que no quieras  
Ofrecerte á la ira de las fieras.

Con lágrimas le ruega y compasion;  
Mas poco le aprovecha este cuidado;  
«Huye, Adónis, le dice, la ocasion;  
No seas con mi daño tan osado.  
Ni lo sufre el peligro ni razon  
Ser contra los valientes esforzado;  
Acometer las bestias es locura,  
A quien armas tan bravas dió natura.

«Mil desastres que suelen ofrecerse  
Entre el deseo ardiente y la victoria  
A quien en los peligros va á ponerse,  
Me turban y revuelven la memoria;  
Si tu ánimo no puede ya moverse,  
No me cueste tan cara esta tu gloria,

Que por seguir un puerco, y no un venado,  
Te vea yo a eligro condenado.

»Tu floreciente edad, tu hermosura,

Tu gracia, tu saber y tu destreza,

De que yo me venci, siendo segura,

No la puede entender bestial bruteza;

Ni querrán perdonar en la espesura

El oso, el puerco, el lobo, esa belleza.

No vencen recto y ojos celestiales

La fuerza de los brutos animales.

»En el corvo collallo el puerco lleva

El rayo de su fuerza, y el leon

Con impetu amenaza y furor prueba

Su saña, sin hallar contradicción;

Ningun animal hay que tanto mueva

Y altere contra mí su condicion

Como el cruel leon y dañador,

Por haber sido ingrato a mí y Amor.»

Adónis, deseoso de sentir

La causa de tan grande enemistad,

Le comenzó con ruegos á pedir

Le ciente de aquel hecho la verdad.

«Soy contenta, dijo ella, de decir

Cuan mal agradecieron mi piedad,

Contándole el milagro y caso extraño

Que á mí causó vergüenza y á ellos daño.

»Mas el aliento, de correr vencido,

Y el des acostumbrado trabajar,

Con la sombra deste árbol tan tendido,

Que á los rayos del sol no da lugar,

El verde prado al derredor ceñido

Destos olmos que crecen á la par,

El agua clara y limpia en que nos vemos,

Convidan á que un poco descansemos.»

Tan mansa y sosegada cercando iba

La fuente el fresco prado y alameda,

Que aunque corriese presurosa y viva,

Á la vista mostraba estarse queda;

El junco agudo ni la caña esquiva,

Ni la ova tejida y vuelta en rueda,

Estorbaban al agua que corriese,

Ni al suelo que lo hondo no se viese.

De césped vivo, de alta yerba verde

Se cercaba la margen por deluera,

Con un césped inmortal, que nunca pierde

La verde en invierno y primavera,

Esta es la flor, que nunca acuerde

El caso de Jacinto en la ribera,

Con otras flores varias y hermosas,

Suaves yerbas y plantas olorosas.

Los árboles ramosos y cerrados,

Que amenazan al cielo con la cima,

Ceñían el lugar tan apretados

Como tejida mimbre en tela prima;

Veense los prados, montes apartados,

Y las dudosas fieras por encima,

Los cerros con los valles desiguales,

Albergue de los brutos animales.

Luego en medio del prado se sentaban,

Y trabándose estrecho con los brazos

La yerba, y asimismo se apretaron,

Mezclando las palabras con abrazos.

Nunca revueltas vides rodearon

El álamo con tantos embarazos,

Ni la verde y entretejida hiedra

Se pegó tanto al árbol ó á la piedra.

#### RETIERE LA DIOSA VÉNUS LA FÁBULA DE ATALANTA Á ADÓNIS.

Así estando la Diosa, comenzó  
La preguntada historia á proponer,  
Diciendo: «Adónis, no sé si llegó  
Por fama á tu noticia una mujer  
Que en la soltura dicen que venció  
Á los mas sueltos hombres á correr;  
Tanto, que por milagro de natura  
Tenia toda Grecia su soltura.

»Atalanta por nombre se decía,  
Y era virgen de tanta gentileza,  
Que estábamos en duda si tenia  
Mas parte de hermosura ó ligereza:  
A esta vino acaso en fantasia

De consultar á Apolo la certeza

Si viviera casada ó al contrario;

Deseo entre doncellas ordinario.

»Respondióle con voz turbada, obscura,

Harto obscuras palabras al sentido:

—Deja, Atalanta, estar tu hermosura;

No procures gozalla con marido;

Pero no excusarás esta ventura;

Que tu hado está escrito, aunque escondido.

Tiempo verná en el cual te casarás,

Y viviendo, de ti carecerás.—

»Espantada Atalanta así dudaba

La ira del oráculo y respuesta,

Y con temor huyendo, se encerraba

En la apartada y aspera floresta.

Si alguno por mujer la demandaba,

Respondia feroz á la propuesta

Que ninguno la habria que la pidiese,

Si primero á correr no la venciese.

»—Yo mesma seré el premio al vencedor,

Decia, y no es pequeño, ya lo veis;

El vuestro sé que no será mayor,

Por mucho que engañarme aventureis.

Veráse la soltura y el amor

De los que por amiga me quereis:

Cada uno se esfuerce á la corrida,

Porque el vencido perderá la vida.—

»Divulgase por Grecia este concierto;

Y puesto que la ley era tan dura

Que el vencido al instante fuese muerto,

Tan grande es su valor y hermosura,

Que determinan por el campo abierto

Muchos poner la vida en aventura;

Y así, camino y tierra se hincaba

De quien por ver ó por correr venia.

»Entre los que á mirar allí vinieron,

Hipómenes fue uno, el cual estaba

Asentado á juzgar los que corrieren,

Y de las bravas leyes se espantaba.

Condenando entre sí cuantos quisieron

Mujer que tal peligro les costaba,

Decia entre sí:—No puede tolerarse

Que así tuieran los hombres por casarse.—

»Mas como ve ponerse á la doncella

En campo y parecer casi desnuda,

Juzga no haber visto otra mas bella;

Súbito la opinión del todo muda:

Da por honesta y justa la querella,

Y turbada la lengua y casi muda,

Las manos altas, pide allí perdón

A los que habia ofendido sin razon.

»Quería que corriesen, mas desea

Que ninguno alcanzase el vencimiento;

Después ha envidia que el vencido sea

Muerto por tan valido pensamiento.

Entre temor y gloria devanea,

Crece el deseo y falta el sufrimiento;

Ya correria; mas teme de perder,

Mas que la vida, el premio del correr.

»Penoso y triste, en voluntad confusa,

Revuelve mil porfias entre sí;

Ya teme, ya se esfuerza, ya se acusa.

Y dice:—;Torpe yo! ¿qué hago aquí?

Amor y hermosura, que me excusa,

Me harán vencedor; quiero por mí

Ponerme á la fortuna que se ofrece;

Que amor al atrevido favorece.—

»El que consigo estaba así á decir,

Moviendo y apartando inconvenientes,

Alzando la cabeza, vió venir

Un hombre por correr entre las gentes;

Pártese la doncella, y al salir,

Va como los arroyos muy corrientes,

Por honda y llana madre sin sonido,

Que vencié á la vista y al oído.

»Mas puesto que correr viese á Atalanta

Con tan ligero paso y volador,

Que los livianos vientos adelanta

Y la presta saeta ó pasador,

Su hermosura y gracia mas le espanta,

Que con correr es siempre muy mayor;

A cada paso que ella da, la mira,



Alza y baja los ojos y suspira.

»El aire junto con los blancos piés  
El vestido desvian y le allegan;  
Los cabellos, cogidos al través,  
Que en parte al viento fresco se desplegan;  
La clara lumbre que en los ojos es,  
Con cuyo resplandor los hombres ciegan;  
El blanco pecho visto por el oro,  
Hacen mas extremado su tesoro.

»La color de la carne se veia tal,  
Con el trabajo del correr mezclada,  
Cual suete el rojo velo en el cristal  
Hacer sombra entre blanca y colorada;  
La pura leche no parece igual  
Sobre las vivas rosas derramada,  
Ni en el limpio alabastro transparente  
Esparecida la púrpura de Oriente.

»El que estaba en mirar embebecido  
La carrera cruel que se acababa,  
Y con dolor del misero vencido,  
Ejecutar la ley y pena brava;  
Vuelve Atalanta al puesto conocido,  
Quién se alegra con ella, y la alababa  
Vencedora, y contenta con la gloria,  
Con corona de fiesta y de victoria.

»Hipómenes, llegando algo mas junto,  
Cuando la ve venir con la corona,  
Sale fuera de sí de todo punto,  
Como quien por amores se abandona;  
Ni le espanta la pena del difunto  
Ni la ley que á la muerte no perdona;  
Así que, de afición turbado y ciego,  
Sin miedo se adelanta, y habla luego:

«—Pues que en victorias fáciles te empleas,  
Venciendo á perezosos, Atalanta,  
Ponte á correr conmigo si deseas  
Ver dónde tu presteza se adelanta;  
Por mucha ligereza que poseas,  
Tu belleza nos turba y nos espanta;  
En tus piés puede estar el bien correr,  
Mas en tu vista Amor puso el vencer.

»Si puedes ser vencida por alguno,  
No te será desdén de vencerte  
Por mí, que soy biznieto de Neptuno,  
Que al mar tempestuoso da la suerte;  
Y si tú me vencieres, no hay ninguno  
Que te dé tanta gloria con su muerte,  
Pues nunca esconderá nube de olvido  
La memoria de Hipómenes vencido.—

»La doncella, que vió al jóven hermoso  
Ofrecerse á la muerte de su grado,  
Mirale con un rostro piadoso,  
Y pésale de verle tan osado.

—¿Qué dios, á los hermosos envidioso,  
Dijo entre sí, qué suerte ó duro hado  
Te enciende en este error la fantasía?  
O ¿es dios á cada uno su agonía?

»¿Quién con peligro de la dulce vida  
Le hace procurar mi compañía?  
Si yo fuese juez de esta partida,  
No estimo tanto la belleza mia;  
Estimo bien la suya, que ofrecida  
A la muerte, condena, y que porfia  
No me toca ni mueve su beldad,  
Aunque podrá moverme, á la verdad.

»Aunque es mezo y en años floreciente,  
No me muevo por él, mas por su estado,  
Por su valor y ánimo valiente,  
Que desprecia la muerte de su grado;  
Su linaje, de dioses descendiente  
Por línea de Neptuno en cuarto grado,  
Que me ama y me compra con morir,  
Si victoria no puede conseguir.—

»Respondióle: — Si huelgas de partirte,  
Deja estar este tálamo sangriento;  
Que aun puedes todavía arrepentirte  
De tan caro y esquivo casamiento;  
»No cures por lo dicho de affigirte,  
Que yo te libro, siendo tú contento,  
Y otra cualquier doncella, á mi pensar,  
Te puede con derecho desear.

»Mas ¿qué cuidado tengo yo de tí,

llabiendo muerto tantos hasta ahora?  
Viva ó muera, decía luego entre sí,  
Pague, pues que á su daño se enamora;  
Que si muerdes de tantos que por mí  
Pierden vidas y honras en un hora  
No le mueven y apartan, bien pareco  
Que le pesa esta vida y la aborrece.

»¿Qué disculpa de mi inhumanidad  
Daré á Grecia, que tenga por testigo,  
Si mato con furor y crueldad  
A este porque osó vivir conmigo?

Si el premio del amor y piedad  
Ha de ser dura muerte y cruel castigo,  
No podrá comportar hombre que viva  
El odio de victoria tan esquiva.

»¿Qué culpa tengo yo? ¿Oh si quisieras  
Dejar la peligrosa empresa y dura!  
Que en mas livianos y de menos veras  
Se pudiera emplear tu hermosura;  
O ya que te determinaste, fueras  
El mas ligero y de mas ventura;  
Huésped, no ganarás en mí, venciendo,  
Cuanto arriesgas en tí á perder corriendo.

»¿Oh qué aire de rostro y qué meo  
Entre virgen honesta y jóven fuerte!  
Oh Hipómenes mezquino, que te veo  
Ofrecer por mi causa á cruela muerte!  
O no me hubieras visto, ó tu deseo  
Fuera mas conveniente.—Y desta suerte  
Hablabá entre sí mesma la doncella,  
Y maldecía el fin de la querella:

«—Si yo fuera tan bienaventurada,  
Que el importuno hado no negara  
Á mi suerte la vida descansada,  
Uno solo eres tú á quien deseara.—  
Esto dijo, y de nuevo amor tocada,  
Revnelta la color toda en la cara,  
Sin entender la fuerza del dolor,  
Arde y ama, y no siente que es amor.

»Ya el padre, que al correr era presente,  
Y el pueblo la carrera demandaba,  
Ordénase en mirar toda la gente,  
Y solo en medio Hipómenes quedaba,  
El cual con voz soñeíta y ardiente,  
Mi santo nombre en su favor lamaba,  
Iticiendo: — Favorece mi osadía  
Tú, Diosa, que encenliste el alma mia.

»Tú, sobre todas soberana diosa,  
Alumbras los mortales en el suelo;  
Tú venciste en la tierra, de hermosa,  
La que, de clara, vences en el cielo;  
Por tí se aplaca el viento, el mar reposa;  
Tú del género humano eres consuelo,  
Por tí nos abre el año nuevas flores,  
Do das principio y fin á los amores.

»¿Quién á las simples y ligeras aves;  
Cuando acuciosas edifican nidos,  
Hace con voces dulces y suaves  
Declarar sus cuidados encendidos?  
Quién á los otros animales graves  
Mueve con nueva furia los sentidos,  
Correr ásperos valles y sombríos,  
Y nadar presurosos hondos rios?

»¿Quién da fuerzas al jóven que de hecho  
Le enciende amor y le resuelve en fuego,  
En noche obscura el tempestuoso estrecho  
Atravesar con lluvia y tiempo ciego,  
Cortar las bravas olas con el pecho?  
Truena y ábrese el cielo, y el mar luego  
Rompe las altas peñas resonando;  
Mas él con su furor pasa nadando.

»No le tienen turbados elementos,  
No los padres con lágrimas y llanto,  
El mar negro sacado de cimientos  
No le aparta el deseo ó pone espanto;  
No la virgen que en ausias y tormentos  
Suspensa pasará aquel entretanto,  
Y al fin morirá muerte lastimera  
Sobre el cuerpo tendida en la ribera.

»En la parte mas fértil y abastada  
De la tierra del Cipro, una heredad  
Por los antiguos padres consagrada

Fué á mi templo en señal de piedad;  
En medio resplandee una dorada  
Planta con hojas de oro, á quien la edad  
Ni el año seco, estéril, destemplado  
Lstolba que no de el fruto donado.  
»Besta huerta llegaba cuando digo  
Que Hipómenes estaba en agonía;  
Delibere ayudalle como amigo  
Con tres manzanas de oro que trala;  
Y tomándole aparte sin testigo,  
Le declaró a que riesgo se ponía.  
Dile el fruto, consejo y el favor  
Para vencer por arte y por amor.

»La trempa dió señal: cada cual sale  
Recogiendo el aliento con el pecho,  
Ni avenida ni viento hay que se iguale,  
Ahora corre extendido, ahora estrecho;  
La fuerza y ligereza es la que vale,  
Y el no perder el ánimo en el hecho;  
Corre el uno y el otro cuanto puede,  
Y no hay vista que atrás no se les quede.

»Volarán por encima de la lista  
En las nubes que crecen á la par,  
Y venciendo al juicio y á la vista,  
Por las hinchadas ondas de la mar,  
Sin abajar la punta de la arista  
Ni bañarse las plantas al pasar;  
Nunca fué tan ligero el pensamiento,  
Ni el tiempo cuando huye del momento.

»El favor de la gente, que infinita  
Acudia con palabras y meollo,  
La torpeza del ánimo les quita,  
Y acrecienta el esfuerzo y el deseo;  
Cada cual dice: — Hipómenes (con grita),  
Es fuerza, es fuerza, Hipómenes, que veo  
Quedar por ti la plaza y la querrela,  
Alcanzando la gloria y la doncella. —

»No sé cuál de los dos mas se holgaba,  
Atalanta ó Hipómenes, con esto,  
¡Oh cuantas veces ella le pesaba,  
Trada de la gloria y de lo honroso!  
Mas, volviendo á miralle, se paraba  
Por no quitar los ojos de su gesto;  
A cada uno el aliento fallecía,  
Y el puesto muy de lejos se veía.

»Viendo Hipómenes que iba por vencerse,  
Féhole de través una manzana,  
Ella, como vió el fruto revolverse,  
Suspensa reparó entre miedo y gana;  
Mas al cabo la alzó sin detenerse,  
Tomando á la carrera mas liviana;  
Pasa el jóven por ella con esta arte,  
Y el pueblo favorece de su parte.

»Atalanta, que vió la gran presteza  
Con que se levantaba tan ardido,  
Es fuerza por cobrar con ligereza  
El tiempo y el espacio que ha perdido;  
Pasó otra vez delante sin pereza.  
El jóven, que se vió otra vez vencido,  
La segunda manzana echó delante,  
Llala alcanza, y pasa en un instante.

»La última jornada y mas dudosa  
Quedaba por pasar de la carrera,  
Cuando Hipómenes dice: — ¡Oh eterna Dios!  
Tu me trajiste el don y la manera;  
No me niegues tu ayuda poderosa. —  
Y arrojó la manzana tan afuera,  
Que en caso que Atalanta la quisiese,  
En el ir y volver se detuyese.

»Parecióme dudar cuál seguiría,  
El fruto ó la carrera; y así estando,  
Al oro le incliné la fantasia  
Con mucho resplandor, el cual alzando,  
Añadi nuevo peso al que tenía,  
Nuevo estolbo y graveza acrecentando,  
Armé al jóven de fuerza y ligereza,  
A ella de desmayo y de torpeza.

»Y por no ser mas larga yo en contarlo  
El proceso que fué de la corrida,  
Fué vencida Atalanta con esta arte,  
Sin la cual no pudiera ser vencida;  
Quien quiera juzgará por cada parte

Si la gloria de entrambos fué crecida:  
Dél, que su muerte vió en vida trocada,  
Y ella en verse vencer del que era amala.  
»Aquel podrá sentir lo que ha pasado,  
Si terminó no vida salrosa,  
Venir por tal peligro á tal estado,  
Verse juntos hermoso con hermosa,  
Dulce amiga con dulce enamorado,  
Nuevo esposo yacer con nueva esposa:  
¿Qué estado puede haber mas apacible  
Debajo de la luna en lo visible?

»Parece que fuera conveniente  
Que agradeceran este beneficio,  
Primero con devoto continente,  
Después con oracion y sacrificio?  
Ni de mí se acordaron al presente,  
Ni me adoraron con debido oficio;  
Antes menospreciaron mi deidad,  
Llevados de soberbia y vanidad.

»Con súbito furor y nueva saña,  
Sintiendo el menosprecio que te digo,  
Revolvi contra ellos fuerza y maña,  
Por mostrar nuevo ejemplo de castigo,  
Dándoles á entender que quien engaña  
A Dios, le hallará bravo enemigo,  
Sin faltarle cruel pena y tormento,  
En que los otros tomen escarmiento.

»Pues gustando de su felicidad,  
Por mostrarse á los pueblos de continuo,  
En colmo de tan gran prosperidad,  
Como usasen espeso andar continuo,  
Un templo de perpetua antigüedad  
Descubrieron, que al paso era vicino,  
Tan cubierto de hiedras y ocupado,  
Que bien mostraba ser lugar sagrado.

»Eguion fustre y glorioso,  
La madre de los dioses aplacando,  
Fidificó aquel templo santuoso  
Por voto ó por tenella de su bando;  
Donde ellos, por toñar alguna reposo,  
Entraron, el camino rodeando;  
Y yo, por castigar su mal ejemplo,  
Las furias les movi dentro del templo.

»Un lugar apartado en una cueva,  
Adonde el sacerdote colocalos  
Me dió, dando lugar á otra el re nueva,  
Los ídolos de dioses apartados;  
Aqui la tope abominable prueba  
Comenzaron por malos de pecados:  
Abrieron con el acto de-honesto  
Las sacrilegas puertas del incesto.

»Los ídolos, del caso aborrecidos,  
Revolvieron los ojos á la tierra;  
La madre de los dioses no nacidas  
A la infernal laguna los destierra;  
Mas pareció á los que eran oendidos  
Que esta muerte seria liviana guerra,  
Dándoles el lugar de los abisnos,  
Que viviendo carezem de sí mismos.

»En vedijas torcidas y leonadas  
Sintieron sus gargantas ascorder,  
Y en los dedos las uñas encorvadas,  
Los hombros en espaldas extender;  
Todo el peso en los pechos, y pisadas  
Por la tierra las colas revolver,  
En el rostro la ira y el ensaño,  
Y en lugar de la voz, bramido extraño.

»Por talamo las ásperas montañas  
Usan, y ponen miedo de crueldes;  
Que muertos, á las otras alimañas  
Aun espanta el ruido de sus piñes;  
Enfrenados la boca y crudas sañas,  
Tiran juntos el carro de Cibéles.  
Destos te ruego, Adónis, que te guardes,  
Y cometas á los que son cobardes.»

»Ansi dijo, y al jóven abrazando,  
Va serena en el aire y levantada,  
Por el cóncavo cielo rodeando,  
De cuatro cisnes blancos fué tirada;  
Y el viento iba el carro tropezando,  
Y la rueda en el eje embarazado;  
Cualquier nube le da contrariedad,

## Señal de venidera adversidad.

Adónis de la pena de Atalanta  
 Quedaba entre sí maravillándose,  
 Cuando un ventor la voz sorda levanta,  
 En rastro de un gran puercro rodeándose;  
 Conoce el redoblar en la garganta  
 De la voz, que venía ya acercándose,  
 Y ve la fiera de bestial braveza  
 Por un campo romper de la maleza.  
 Apresurando el paso por un llano,  
 Se fué á ella derecho cuanto pudo,  
 Apretando con una y otra mano  
 El agudo venablo por el nudo;  
 Hirióla con gran fuerza, mas en vano,  
 En el siniestro lado del escudo.  
 El arma penetró tan poco adentro,  
 Que reparó en el hueso, del encuentro.  
 Gobernaban el ánimo y ardor  
 Las juveniles fuerzas y experiencia;  
 Mas no pudicron tanto, que al furor  
 De la fiera hiciesen resistencia;  
 Así que, el golpe dado con error,  
 El ímpetu bestial y la violencia  
 Al jóven corajoso enamorado  
 Causaron dura muerte en aquel prado;  
 Porque el puercro herido en continente  
 Se recogió en la trompa por derecho,  
 Y desarmando en él su duro diente,  
 Abrió de cabo á cabo el tierno pecho;  
 Y con la misma furia y accidente,  
 No contento del daño que habia hecho,  
 Acuchilló de paso en un instante  
 Cuantos canes topó al lado y delante.  
 En la yerba quedó el cuerpo tendido;  
 El alma salió envuelta en sangre y viento,  
 La Diosa, aunque iba ya á vuelo tendido,  
 Temerosa de algun acacamiento,  
 Todo junto sintió el golpe y gemido,  
 Muerto el jóven, y el prado vió sangriento;  
 Deja el carro con furia y desconcierto,  
 Y derribóse sobre el cuerpo muerto.  
 Tal lo halló cual la flor de primavera,  
 Que poco antes honraba el verde prado,  
 Fresca, alta, y en órden la primera,  
 Mas fué al pasar tocada del arado;  
 Cual el blanco jazmín ó adormidera,  
 Cogido en un instante y arrojado,  
 La tez y resplandor y hermosura  
 Vueltas en sombra eterna y noche obscura.  
 Como en el ser perfecto y el camino  
 Inmortal del mortal difiere tanto,  
 Los sentimientos de ánimo divino  
 No los puede cantar humano canto;  
 Pues ¿qué haré yo, nuevo peregrino?  
 ¿Cómo declararé el divino llanto,  
 Si no puedo entenderlo ni gustallo?  
 El partido mejor será callallo.  
 Solamente diré que en remembranza  
 De tan triste memoria y tal dolor  
 Quiso Véus hacer nueva mudanza,  
 Convirtiendo la sangre en roja flor;  
 Y ella tomar de Amor justa venganza,  
 No llamándose madre del Amor,  
 Antes con rayos de oro y clara lumbre  
 Sigue la casta luna en alta cumbre.

## CARTA EN REDONDILLAS.

Amor, amor, que consientes  
 Que los dias se me alarguen,  
 Para que juntos me carguen  
 Todos tus inconvenientes;  
 Pues de tan recia porfia  
 No se puede dar la vuelta,  
 Corramos á rienda suelta  
 Por donde el caso nos guia.  
 Y tú, que eres sin zozobra  
 Valor de cantos hoy viven,  
 Y el mayor bien que recibes  
 Es el menor que en ti sobra;  
 Tú, reina de corazones,

Tú, para siempre hermosa,  
 Tú, que vences cualquier cosa  
 Con vista, gracia y razones;  
 Vence tu voluntad dura  
 A ver en esta mi carta  
 Cómo tu cruzeza aparta  
 Lo que mi fe me asegura.  
 No juzgando á desvarlo  
 Que sin licencia te escribe  
 Quien por tu voluntad vive,  
 Y nunca por su albedrio.  
 No dudo que mi tormento  
 A compasion te moviese,  
 Si seso de hombre pudiese  
 Comprender lo que yo siento.  
 Mas en dolor tan crecido  
 (Que no cabe en piedad)  
 No llega la voluntad  
 Donde no llega el sentido;  
 Tu condicion ordinaria  
 Me ha faltado con el bien;  
 Que era defender á quien  
 Es la fortuna contraria.  
 Y aunque la razon te obligue  
 En mi favor á mostrarte,  
 Siempre te ve de su parte  
 Cualquiera que me persigue.  
 ¿Dirélo ó reventaré?  
 Como alongada te viste,  
 Mis enemigos pusiste  
 Por pilares de tu fe.  
 Yo, que callo, sufro y veo,  
 Seré bienaventurado  
 Si no imputas á pecado  
 Por qué escribirte deseo.  
 Menos digo aun de lo que es,  
 Y niémbrete, que en mi daño  
 Me pusiste por escabio  
 En que pusieses los piés.  
 Con tus manos me hundaste  
 Y disteme á escarnecer,  
 Quisiste desvanecer  
 La obra que levantaste.  
 Pensando que era ayudarme,  
 No curé de apercibirme;  
 Primero sentí herirme,  
 Y despues amenazarme.  
 Vine tan en el profundo,  
 Que desé por abrigo  
 Que te hundieses conmigo,  
 Y con nosotros el mundo.  
 Mas soy como el navegante,  
 De viento y mar trabajado,  
 Que no te pone cuidado  
 Tener la muerte delante.  
 Perdido seso y concierto,  
 Despojado de razon,  
 En la desesperacion  
 Hallo el mas seguro puerto.  
 Traigo la vida por carga,  
 Y es para mí tan pesada,  
 Que, aunque corta la jornada,  
 Me sobra y parece larga.  
 Siendo el remedio la muerte,  
 Ha llegado mi locura  
 A tener por buena cura  
 Lo que me aparta de verte.  
 El descanso de mi lecho  
 Es entre espinas y abrojos,  
 Y entre congijas y enojos  
 Allí vivo satisfecho.  
 Gasto la noche y el dia  
 En el tormento que digo:  
 Yo de mi alma enemigo,  
 Mi alma enemiga mía.  
 Este yugo tan pesado  
 Querria echar de mi cuello;  
 Pero ¿quién podrá hacello?  
 Que una vez le haya probado?  
 Si resuelvo en un instante  
 De mudarme y apartarte,  
 No puedo huir á parte,

Que no te lleve adelante.

A todo busco remedio,  
Y cualquier remedio temo;  
Quiero venir al extremo  
Sin que pase por el medio.

La razón sierva se halla,  
Que había de ser señora,  
Y el alma, donde ella mora,  
Hecho campo de batalla.

Entre la ocasión y el miedo  
Pasa toda la querrela;  
Tu fuiste la causa della,  
Y yo el que vencido quedo.

Pero como á mi enemigo  
Llégame á quien me destruye,  
Porque la ocasión me haze,  
Y el miedo queda conmigo.

Sabiendo que el desvario  
Me llevaba ya vencido,  
Quisiste darme el vestido  
A la medida del fío.

Dijisteme: «Sufrir y muere,  
Que harta paga te dan;  
No te quejes del afán

Si quien lo causa lo quiere.»  
¡Oh ley hecha por venganza,

Confirmada por crueldad!  
¿Mandáste tener firmeza,  
Y quitáste la esperanza?

Soy de tan flaco sugeto,  
Que, mostrándome el camino,  
Apenas me determino

Si es de consejo ó precepto.  
¿Quieres que vayan perdidos  
Suspiros bien empleados,  
Y se vean acabados

Pensamientos tan validos?  
Y ¿quieres ejecutar  
El poder de redimir

En perder y consumir  
A quien pudieras salvar?  
Mi voluntad no merece  
Darme remedio con velo;  
El bien puede ser consuelo,  
Mas castigo me parece.

Pero sea y no se tuerza  
Lo que de mí se te antoja,  
Pues nunca dan en que escoja  
Al que castigan por fuerza.

Ni he de esperar ni pedir  
Otro alivio á mi cuidado,  
Aunque como lo pasado  
Me venga lo por venir.

Obedezco la sentencia  
Y tomo lo que me das;  
Que en el alma donde estás  
No cabe desobediencia.

Véate libre en la cumbre,  
A mi cubierto de nieblas,  
Hasta que entre las tinieblas  
Nunca supe que era lumbre.

Yo comencé poco á poco  
Que igualmente obra ninguna  
En hermosura y fortuna  
Es pensamiento de loco.

Cualquier cosa que mandares  
Daré por bien empleada;  
Mas mira que la jornada  
No vaya toda en pesares.

Mas vaya, pues así quieres;  
Que no tengo por tan buenos  
Todos los bienes ajenos  
Como el mal que tu me dieres.

Quien no tiene libertad,  
¿Por qué teme ni responde?  
Algun beneficio esconde  
Tan preciosa voluntad.

Tu mandas que pene y muera,  
Y aunque dichoso me hallo,  
Si lo mandas, por mandallo,  
Será la merced entera.

Mil torres en tu servicio

Araño sobre este cimicento;  
Harto chico fundamento  
Para tan grande edificio.

La gloria y el devaneo  
La obra suben arriba;  
Mas tu voluntad derriba  
Cuanto levanta el descao.

Y paso toda la vida  
En continuo sobresalto  
De no mejorarme en alto  
Por no dar mayor caída.

Aunque tras esto me place  
Venir puesto en tal afrenta,  
Donde el caer no escarmienta,  
Y el subir me satisface.

¡Oh larga esperanza vana,  
Cuántos días há que voy  
Engañando el día de hoy  
Y esperando el de mañana!

Tu merced no se detenga,  
Pues mi sér está en tu mano;  
Que nunca vendrá temprano  
Ningun remedio que venga.

Aun la memoria es hoy viva  
De Anajrete, que quiso  
Dejar con su hierro aviso  
A cualquier persona esquiva.

Esta fué reina y hermosa,  
En toda Cipro estimada;  
También fué la mas culpada  
De traición y desdoroosa.

El triste de Ili la vió,  
Y en vella quedó tan ciego,  
Que el desventurado fuego  
En los huesos se embeció.

Gran tiempo contra el amor  
Se quiso fortalecer;  
Pero no pudo vencer  
Con la razón el furor.

Visitaba cada día  
La puerta, humilde y penoso;  
Que el amador sin reposo  
Por mas que puerta tenía.

A la tuta y el papel  
Encomienda su secreto,  
Porque con menos respeto  
Lo vea la causa del.

Al ama que le dió leche  
Descubrió su pensamiento,  
Aunque para este tormento  
No há remedio que aproveche.

Por la esperanza le jura  
Del valor de su criada,  
Que en cosa tan deseada  
No quiera mostrarse dura.

Procuró tener ganados  
Con muchos amigos della,  
A quien cuente su querrela,  
Que remedie sus cuidados.

Demandándole favor  
Con voz solícita, ardiente,  
Quiere decir lo que s'ente  
Sin descubrir que es an or.

Aquellos tiempos usaban  
Los que trataban amores  
Colgar guirnaldas de flores  
En casa de las que amaban.

¿Cuántas guirnaldas bañadas  
Con rocío de sus ojos,  
A manera de despojos,  
Tuvo á la puerta colgadas?

Y ¿cuántas veces causado,  
Por descansar de su mal,  
Acostó en el duro umbral  
El siniestro y tierno lado?

¿Cuántas veces dió á las puertas  
De la mano con enojo?  
Cuántas maldijo el cerrojo,  
Porque no estaban abiertas?

Ella, mas cruda y exenta  
Que hierro y acero hecho,  
Y mas brava que el estrecho

Que le embravece tormenta.

Jamás dobló la cerviz,  
Siempre tan dura y uraña  
Como piedra en la montaña,  
Que aun se traba en su raíz.

Si alguna ocasión se ofrece  
De mostrar con él el cuerpe,  
En ausencia y en presencia  
Le desdén y escarnece.

Y pasa mas adelante;  
Que á tan las obras esquivas  
Junta palabrás altivas,  
Dichas con fiero semblante.

Algunas veces le halaga  
Y engaña con esperanza,  
Porque despues la mudanza  
Mayor impresion le haga.

Detúvose muchos años  
En tormento tan cruel,  
Que nunca se acuerdo del  
Sino para estos engaños.

Ya no pudiendo sufrir  
Dolor de tanta fatiga,  
A la puerta de su amiga  
Llís comenzó á decir :

«Anajerete, venciste,  
Pon aparte este cuidado;  
Morirá desesperado  
El que siempre vivió triste.

Jamás te dará hastio  
Cosa que de mí proceda;  
Fortuna paró la rueda  
Con mi daño y tu desvío.

«Apareja gran trofeo,  
Cúñete esa hermosa frente  
De laurel, que represente  
Que triunfas de mi deseo.

»Tú vences, y lo deseas,  
Yo muero y hueigo en havello;  
No te pesará de vello.  
Aunque mas de hierro seas.

»Serás forzada á loar  
Quizá alguna cosa mía:  
Esto me causa alegría,  
Lo demas todo pesar.

»La vanagloria que muero,  
Señora, por tu servicio,  
Será el primer beneficio,  
Aunque en el paso postrero.

»Y la mi muerte testigo  
Que en algo te contentase,  
Y tú misma, que llevase  
Tan gran mérito conmigo.

»Acuérdate que la vida  
Me dejó antes que la pena;  
Si tú la tienes por buena,  
Yo contento y tú servida.

»Una y otra luz me falta,  
Y con ambas me condeno,  
La en que vivo y por que peno,  
Que me hace mayor falta.

»No tomaré deste mal  
La fama por mensajero;  
De mí sabrás el primero,  
Cruel, cómo soy mortal.

»Allí herirás tu vista  
El cuerpo frío mirando,  
Pues no le miraste cuando  
De mí pudieras ser vista.

»¡Oh tú, Dios, que los mortales  
Y sus hados ves presente!  
Haz que dure eternamente  
La memoria de mis males.

»Y en pago destas porfias  
Y escarmiento de quien ama,  
Da tanto tiempo á mi fama  
Como quitaste á mis dias.»

Despues la casa mirando,  
Levanta las manos juntas;  
En la color ya difuntas,  
Y en ambos ojos llorando,  
Como si fueran personas,

A los umbrales habló,  
Que en otro tiempo adornó

Tantas veces de coronas.

Y como el lazo trabase  
A la puerta en una viga,  
Tornó á hablar con su amiga

Antes que al cuello le echase :

«¡Oh cruel, sin piedad!  
Tales guirnaldas te placen;  
Pues tanto te satisfacen,  
Harta tu inhumanidad.»

Esto decía, y corriendo

Por la garganta el cordel,

Apretó el lazo cruel,

Y quedó el triste muriendo.

Mas no pudo el agonía

Hacer tanto, que impidiese

Que muerto no revolviere

Adonde vivo la vía.

Llevan al desventurado

Adonde la madre estaba,

Que sospechosa esperaba

Este semejante hado.

La cual, despues de haber hecho

Las exequias y lloralle,

Por la desdichada calle

Pasó acompañando el lecho.

Anajerete lo vió,

Algo mas blanda y humana,

Y paróse á una ventana

Por ver la muerte que dió.

Dios y su desconfianza

La traían ya turbada,

Toda desasosegada

Con temores de venganza.

Y dijo con rostro esquivo,

Mas con algun sentimiento:

«¿Quiero ver su enterramiento,

Pues no le quise ver vivo.»

Apenas vió que traían

A llís muerto y tendido,

Ya los ojos y el sentido

Sintió que se endurecían,

Y la sangre colorada,

Huyendo del claro gesto,

Lo dejó amarillo presto,

Y tornó blanca y helada.

Ella procuró volverse,

Mas los piés se le trabaron (1),

Y todo el cuerpo dejaron

Sin fuerza para moverse (2).

Quiso tornar la cabeza;

Tanpoco pudo havello,

Que la persona y el cuello

Era todo de una pieza.

Y poco á poco muriendo,

En viva piedra tornada (3),

Aun no pareció mudada

De lo que fuera viviendo.

## CARTA EN REDONBILLAS,

ESTANDO PRESO.

Triste y áspera fortuna

Un preso tiene afligido,

Mas no por eso vencido

Con la fuerza de ninguna.

Entre sus cuidados vive,

Ellos mismos le atormentan;

Mil muertes le representan,

Y las mas dellas recibe.

Y aunque no se rinde al peso

De tantas penas y enojos,

Rinde á Filis los despojos

De sus entrañas y seso.

Tristezas y soledades,

Y quejas muy apretadas,

(1) Herrera, en las notas á Garcilaso, lee :

Mas los piés se le turbaron.

(2) Sin fuerzas para tenerse.—*Texto de Herrera.*

(3) En dura piedra tornada.—*Id.*

Que si no son declaradas,  
A lo menos son verdades.  
Bien puede estar en prisión  
El cuerpo, y puesto en cadena;  
Mas el alma, que es ajena,  
Fuera ya desta ocasion.  
¿Qué aprovecha hacer prueba  
Con guardas y encerramiento,  
Si la lleva el pensamiento,  
Y él sabe dónde la lleva?  
Señera, corta es la vida  
Para tan larga jornada,  
Porque esta es muy apartada,  
Y ella va muy aligada.  
Mas yo lo del podrimo,  
Que la guie como debe,  
Y que a tus manos la lleve  
Por el mas llano camino.  
Tu preda la detenta  
Y asegure en su servi- to,  
Cuando en este her cicio  
No haya cosa que te ofenda.  
Por ventura por ser mia  
Pide lo que no merece;  
Mas la razon el dice,  
Y non la fantasia.  
Ella diga con resp eto,  
Si fere tu voluntad,  
Cómo tan alta verdad  
Cabe en tan bfo sugeto.  
Y por mi escita a la pluma  
Lo mas de lo que paso;  
Que escribir de paso en paso  
Fuera una prolija suma.  
Ya fué tiempo que miraba,  
Y entre las gentes se via,  
Aunque mirando perdía  
Como si viendo gana.  
Mas nunca osara emprender  
Tan notorio desvario,  
Si el seso y el alhedio  
No estuviera en tu poder.  
Mi buena fortuna quiso,  
Filiis, tenerme obligado  
A tan dichoso cuidado,  
Aunque andaba sobre aviso.  
Yo jamás habé en mi mal  
Son bra ni lumbre de bien,  
Si no fué servir á quien  
Ni tener ni tener ni mal.  
El que hubo alguna ventura,  
Y despues vino á perdella,  
Alabe la causa della  
Y maldiga su locura.  
Pero yo, que no me vi  
Mejor tratado que hoy,  
Ni maldiré lo que soy  
Ni alabaré lo que fui.  
¿Qué fui yo porque me alabe?  
Que soy porque me congoje?  
Harto hago en que se alioje  
El menor mal que en mi cabe,  
Y que en estas ocasiones  
Pueda callar y ser firme,  
Si t'entan pecho tan firme  
Con tantas tribu'aciones.  
No trato en miedos que asoman  
Con destierros y con muertes;  
Porque estos y otros mas fuertes  
Con el animo se doman.  
Ni que el tiempo se comience  
En tristeza y soledades;  
Porque son adversidades  
Que el mismo tiempo las vence.  
Abra la boca el que osa,  
Que á mi el miedo me lo niega,  
Que la razon tiene ciega  
Y la opinion temerosa.  
Dios guarde á quica se entristece  
Cuando le cuentan mis culpas,  
Y en no recibir disculpas,  
Que me paga me parece.

Nadie hay que no me persiga  
Si eree que me destruyes,  
Y aunque de obligarte buyes,  
¿Quién no piensa que obliga?  
Yo con todos me concierto;  
Pero enéstame bien caro  
Ir por camino tan claro  
A gusto tan encubierto.  
De lo que fortuna enlaza  
Contra mí no hago cuenta;  
Mas solo me desatenta  
Si tu callar me amenaza.  
Esta es la mayor fatiga  
Que al triste alige y da pena,  
Porque el callar le condena,  
Y acozaza le castiga.  
Aqui se encierran y esconden  
Sospechas y disfavores,  
Y otros cuidados mayores,  
Que se entienden y responden.  
Todas las otras porfias  
Han sido como señales  
Del comienzo de mis males,  
Y esta del fin de mis dias.  
Aun si fuera para dalla  
El que publicó mi muerte;  
Pero no se halla fuerte  
Sino para publicalla.  
Pues yo sé, y cierto, aunque luya  
Quién muchas veces tropieza,  
Que vive alguna cabeza  
Para que pague la suya.  
Harta mucho á mi caso  
Cualquiera mal que llegase,  
Si tu mereced lo causase  
Por voluntad, y no acoso.  
Mas veo, por mi desdicha,  
Estorbos que me contrastan,  
Y mis servicios no bastan  
A subir á tan gran dicha.  
Y tu, enemiga, demuestras,  
Cuando mis males entiendes,  
Si te causas ó te ofendes,  
Solo á tu pecho lo muestras.  
Este es morir verdadero,  
Que en el morir no hay milagro;  
Este es el paso mas agro,  
La muerte es paso posirero.  
Siempre me vas persiguiendo,  
Y yo nunca reparando,  
Ni vi tu brazo tan blando,  
Que no saliese hiriendo.  
Mas por peligro que traya  
Vivir en ley tan oscura,  
Solo mi fe me asegura  
Que no tropiece y me caya.  
En la fe que no se niega  
No hay escrupulo ni duda,  
Ni condicion que se muda,  
Ni galardón que no llega.  
No le turban sobresantos,  
No le desesperan sañas;  
Puede abajar las montañas,  
Y los vales hacer altos.  
Asegurada y segura  
Vive encima de la suerte;  
Tiene en tan poco la muerte,  
Que de la vida no cura.  
A to lo halla salida,  
No se engaña con ninguno,  
Ni busca tiempo oportuno,  
Ni ocasion descomedia.  
Ella se juzga y comide,  
Sufre mil contrariedades,  
Sin descubrir sus verdades,  
Si el tiempo no se las pide.  
Haye del que la desecha,  
Y al que la sigue se inclina,  
Y solamente la indigna  
Quien tiene della sospecha.  
Su fin es ir adelante,  
Y donde va es donde viene;

En un fiel se mantiene,  
 Sin mudar ser ni semb' ante.  
 Trae de blanco el vesti'lo,  
 Rostro y pecho descubiertos,  
 Medio corazón abierto,  
 Y el otro medio escondido.  
 Dicen que amor fué su padre,  
 Y su hermano el desengaño,  
 Que siempre excusa algún daño  
 A la esperanza, su madre.  
 Junto con ella nació  
 Su padre, madre y hermano;  
 Crióla el alma en su mano,  
 Su blanca leche le dió.  
 La fealdad confiada  
 Y la constante firmeza,  
 Y la honra sin pereza,  
 Y la verdad apurada,  
 Toda junta esta compañía  
 Sigue y sirve esta señora,  
 Cada cual dellas la adora;  
 Nada la miente y engaña.  
 Su casa es hecha de espejos,  
 En que se conoce y mira,  
 Que no le dicen mentira  
 Ni dan fúgidos consejos.  
 Ninguna puerta se cierra,  
 Descubierta por el cielo,  
 De blanco marañel el suelo,  
 Pero no llega á la tierra.  
 ¡Oh firme fe sin zozobra!  
 Venganza de mí te pido  
 Cuando te hubiere ofendido  
 En pensamiento ó en obra.  
 Si en corazón tan sencillo  
 Hallares algún doblez,  
 Sea Filis el juez,  
 Aunque haya sido el cuchillo.  
 Tú, que en el tronco te asientas,  
 Miras, conoces y mandas  
 Las entrañas en que andas,  
 Y los pensamientos cuentas,  
 Mostrarás claro algún día  
 Cómo, si males padezco,  
 Puesto que no los merezco,  
 Hazo dellos compañía.  
 No porque piense ayudarme  
 Para que el dolor amanse,  
 No porque el alma descanse,  
 Pues que el descanso es quejarme;  
 Pero esta en menos el daflo;  
 Que si algún descanso espero,  
 El descanso verdadero  
 Es morir sin demandarlo.  
 En el mar de novedades  
 Y en las ondas de mudanza  
 Tengo firme la balanza  
 En que pesan mis verdades.  
 En mí fe no cabe enojo  
 Ni en mí voluntad aynda,  
 Con ver que todo se muda,  
 Aunque se mude en mí daño.  
 Señora, ¿de qué te causas?  
 En mí fe ¿qué culpa hallas,  
 Ó por qué a mis quejas callas,  
 Ya que tu saña no amansas?  
 El quejarme yo lo pago,  
 Escribir caro me cuesta,  
 Si el callar dan por respuesta,  
 Siendo lo mejor que hago.

### Definición de los celos,

#### EN QUINTILLAS.

Dama de gran perfeccion,  
 Valor y merecimiento,  
 Aquí, Señora, os presento  
 Aquesta difinicion  
 De celos y su tormento.  
 Y aunque no sea de mi oficio

Ni toque á mi profesion,  
 Con entrañable afeccion  
 De fierrosos alguna servicio,  
 Diré que son y no son.  
 No es padre, suegro ni yerno,  
 Ni es hijo, hermano ni tío,  
 Ni el mar, arroyo ni río,  
 Ni es verano ni es invierno,  
 Ni es otoño ni es estío.  
 No es ave ni es animal,  
 Ni es luna, sombra ni sol,  
 Escudrado ni bemoil,  
 Piedra, p'anta ni metal,  
 Ni nece ni caracol.  
 Tampoco es noche ni día,  
 Ni hora ni mes ni año,  
 Ni es lienzo, seda ni paño,  
 Ni es latín ni algarabía,  
 Ni es ogaño ni fue amaño.  
 Y por mas no ir dilatando,  
 Ni proceder a infinito,  
 Mil cosas de decir quito,  
 Y ahora iré declarando  
 Lo que dellos hallo escrito.  
 Son celos exhalaciones  
 Que nacen del corazón,  
 Sofística presuncion,  
 Que pare imaginations  
 De muy pequeña ocasion.  
 Es envidia conocida,  
 Que no sabe contentarse;  
 Una paz interrumpida,  
 Verba en el alma inocia,  
 Muy difícil de arrancarse.  
 Es jura en verba tocada,  
 Alfaba que pare flechas,  
 Una traicion embozada,  
 De contrarios rodeada,  
 Carcel de dos mil sospechas.  
 Sello, que donde se sella,  
 Tarde ó nunca se desmolda,  
 Purga que mata belleza,  
 Y es un fuego que se enciende  
 E muy pequeña centella.  
 Es una fuente de enojos,  
 Río de muchas corrientes,  
 Camisa hecha de abrojos,  
 Rejaldar para los ojos,  
 Neaño para los dientes.  
 Es una hiera muy brava,  
 Que allá en las entrañas mora;  
 Casa do siempre se mora,  
 Y la verdad es esclava  
 Y la sospecha señora.  
 Manjar de ruin digestion,  
 Que mandan que no se coma;  
 Es un pasquin que hay en Roma,  
 Un doméstico ladrón,  
 De las entrañas carcoma.  
 Dice un devoto señor,  
 A quien esta plaga alcanza,  
 Que celos nacen de amor;  
 Y respóndele un decior:  
 «No hay amor sin confianza.»  
 Ellos son que es cosa, y cosa  
 Que no se deja entender:  
 Un querer y no querer;  
 No es rosa ni mariposa,  
 Ni son comer ni bel'er.  
 Pero si pensar queréis  
 Mas de lo que digo yo,  
 Veréis que no es si ni no,  
 Ni cosa que hallaréis,  
 Porque sola se erió.  
 No les puso nombre Adán,  
 Ni ellos tienen haz ni envés;  
 Pero si hallarlos queréis,  
 Sabed, Señora, que están  
 Donde vos teneis los piés.

## RECONBILLAS.

Pesares, no me matéis;  
Cuidados, gran priesa os dáis;  
Mira que si me acabáis,  
Que conmigo moriréis.

Haime dicho que una fiera  
Cria dentro en sus entrañas  
A quien tiene tales mañas,  
Que al salir hace que muera.

Mas yo de contraria suerte  
Crio en mí seno cuidados,  
Que, de muchos y callados,  
Sin salir me dan la muerte.

No dirán que por engaño  
Los aposente en mi pecho,  
Que bien conocí el provecho,  
Y quisé escoger el daño.

Entregué la voluntad,  
Sin que me quejas e nada,  
Y aunque libre la pasada,  
Me quitian la libertad.

## OTRAS.

Cuidados, pues que tenéis  
Sugeto y libre albedrío,  
Ningun estorbo es el mío,  
Acabadme si queréis.

Llego á la hora entendi  
Que era menester guardarme,  
Y comencé á recatarme  
De todos sino de mí.

Bien seguro estaba yo  
De tal enemigo en casa,  
Y desta escolpada brasa  
Todo el fuego se encendió.

Oyo, veo, sufro y calló;  
Que en todos estos sentidos  
Hay cuidados conocidos,  
Mas sin ellos no me hallo.

Veo mi daño venir,  
Oyo luego el bien ajeno,  
Y sufro dentro en mí seno  
Lo que no eso descubrir.

## OTRAS.

Pues que tanta priesa os dáis,  
Y yo tan poco me quejo,  
Pesares, libres os dejo,  
Quiero ver si me acabáis.

En tan peligroso trago,  
Aunque yo no lo procure,  
No habra un bien que me asegure  
De este daño que me hago.

No, que no quiera valerme  
Mis cuidados como hermanos,  
Sino darne de las manos  
Cuando pueden ofenderme.

Siempre ofenderme descan,  
Y yo con ellos me junto  
Cada y cuando que harrmito  
Cosas que contra mí sean.

Remedio yo no le pido,  
Consejo no le recibo;  
Que á mí mismo, porque vivo,  
Me tengo ya aborrecido.

## OTRAS.

Cuidados, que me traéis  
Convencido al retortero,  
Acabad, que acabar quiero  
Porque vos os acabéis.

El ave que el pecho hiere,  
Y tanto á sus hijos ama,  
Con la sangre que derrama  
Les da vida, aunque ella muere.

Los pesares me maltratan,  
Dentro en el alma los tengo,  
Y con ella los mantengo,  
Y ellos consigo me matan.

No es cuidado el que me manda  
Ni quien me hace la guerra,  
Mas pesar, que me destierra,  
Y placer, que en otros anda.  
Siempre doblada la pena,  
Siempre muerte ante los ojos  
Por mis pesares y enojos  
Y por la holganza ajena.

## OTRAS.

Pesares, si me acabáis,  
Teudreis en mi buen testigo  
Que os acogí como amigo,  
Y como á tal me batáis.

La que me manda y consiente  
Contar mis males en suma,  
Dará licencia á la pluma  
Que mis ternezas te cuente.

Las lágrimas y suspiros  
Son armas desta contienda,  
Ponde la ofensa y la emienda  
Para, Señora, en serviras.

Vime libre de afición,  
Véome cautivo ahora,  
Y el alma, que era señora,  
Puesta en mayor sujecion.

¿Quién se alabara que tiene  
Contra amor vida segura,  
Si donde mas se asegura  
Mayor peligro le viene?

Al principio de mis penas  
Tentatalas por suaves;  
Sin saber que eran tan graves,  
Burlaba de las ajenas.

Decia en mi pirridad:  
«Prueben todos lo que prueho;  
Esto que siento de nuevo  
¿Es amor, ó es amistad?»

Donde no paraba mientes  
Comencé á tener recato,  
A mirar de rato en rato  
Y guardarme de las gentes.

Por no caer en la red,  
De vos misma me guardaba;  
Mirad cuán poco pensaba  
En demandaros merced.

De turbado y encogido,  
Vine á confesar, negando  
Lo que ahora estoy llorando  
Porque verdad ha salido.

De aquí ha subido, haciendo  
Amor en mí tantas pruebas,  
Que, de encubiertas y nuevas,  
Las sufro y no las entiendo.

Parece imaginacion  
Que tenga puestas yo mismo  
La humildad en el abismo,  
Y en el cielo la aficion.

Para tanta hermostura  
Pequeña pena es la mía,  
Y muy alta fantasia  
Para tan baja ventura.

De la vida no me acnerdo,  
De la muerte curo poco;  
Que si pequé como loco,  
Ya pagaré como cuerdo.

Quien aborrece la vida  
No muere de sobresalto,  
Pero subiendo mas alto,  
Puede dar mayor caída.

Si quisiere arrepentirme,  
Hallaré que es imposible  
Que mi pena sea movable,  
Siendo la causa tan firme.

No sabré mudar, ni puedo,  
Esta vida que me queda;  
Vuelva fortuna la rueda,  
Que yo siempre estaré quedo.

¿Oh quién pudiese, pues muero,  
Hablar con mi matadora;  
Quizá le diria en un hora



Lo que en mil años no espero.

Pero ¿de qué me aprovecha  
Descubrirle mi fatiga?

Que si encubre como amiga,  
Como enemiga sospecha.

Mucho deja á la fortuna

El que se resuelve presto,  
Donde el daño es manifiesto,  
Y la ganancia ninguna.

Esta manera padezco,  
Que en mas tengo no enojaros,  
Aunque pudiese hablaros,  
Que cuanto espero y merezco.

Quien por vos perdiere el seso,  
No ha de ser de confianza;  
Que tan pequeña balanza  
Mal sufrirá tan gran peso.

Mas piérdase imaginando  
Cómo mi deseo puse  
Donde no hay razon que excuse,  
Sino la muerte y calando.

No teniendo en mi poder  
Seso, libertad ni vida,  
Trate de cosa perdida  
Como cosa por perder.

Cuanto el seso desatina,  
Pago yo como cobarde,  
Porque le perdi tan tarde,  
Conociéndoos tan arriba.

Suspense, turbado y ciego,  
Triste, importuno, quejoso,  
Cuando esperaba reposo  
Me vino desasosiego.

Prueba amor por tantos modos  
Afirmarme y trabajarme,  
Que será bueno guardarme  
De vos y de mi y de todos.

Todo me parece nada  
Cuanto propongo y resuelvo;  
A mis cuidados me vuelvo,  
Pues es suya la jornada.

En el centro de mi alma  
Los pesares me acompañan,  
Mas por mucho que me dañan,  
Tengo la vida en su palma.

Entre las gentes se entiende  
Que anda un animal tan ciego,  
Que dentro del mismo fuego  
En que se cria se enciende.

Es amor fuego en que ardo,  
Cuidado es el que lo atiza,  
Y pesar torna ceniza  
Cuanto yo en mi pecho guardo.

## OTRAS.

Pesares, gran priesa os dáis;  
Dadme espacio que me queje  
Hasta que este cuerpo deje  
Libre el alma donde estáis.

Los cuidados aprovechan  
Para remediar los males;  
Mis cuidados no son tales,  
Que ellos mismos males echan.

Dicen que hay pesar que suete  
Dar alivio al que padece;  
Pero el pesar que me empeece  
Mas que el propio mal me duele.

El bien y mal me persigue,  
Y cada cual me destruye;  
El bien que sigo me huye,  
Y el mal que huyo me sigue.

Los cuidados llamo mal,  
Y los pesares tambien.  
Y á los mismos llamo bien,  
Y vos los teneis por tal.

## OTRAS.

Cuidados, no me acabéis,  
Pues conmigo os acabáis,  
Y si el vivir me quitáis,  
La gloria no me quiteis.

Del pesar nace cuidado,  
Del cuidado pesar viene;  
Todo se cria y mantiene  
Entre sí junto y mezclado.

Con el alma se contentan,  
Sirvelos el pensamiento,  
Nunca entró contentamiento  
Adonde ellos se aposentan.

Donde el descanso es ninguno,  
Donde el premio es tan dudoso,  
Mas quiero callar quejoso  
Que no hablar importuno.

Dicen que el dolor amansa,  
Porque el quejar es descanso;  
Debe ser el dolor manso,  
Que el mio nunca descansa.

## REDONDILLAS Y QUINTILLAS.

Desdichas, si me acabáis,  
¡Cuán buena dicha sería!  
Si haréis, si no os causáis,  
Por mayor desdicha mía.

Poco os queda por hacer,  
Segun lo que teneis hecho,  
En que os podais detener  
En un hombre tan deshecho,  
Y tan hecho á padecer.

La costumbre dicen que es  
Muy gran remedio á los males;  
Yo digo que es al revés,  
Que los hace mas mortales.

Veid á lo que me han traído  
La costumbre y sufrimiento,  
Que, de puro ser sufrido,  
Vengo á decir lo que siento,  
Cuando estoy ya sin sentido.

Los que vienen que porfio  
A quejarme de mi suerte,  
Pensarán que es desvario,  
Con la rabia de la muerte.  
Mas con todo, bien verán  
Que no es tiempo de mentir;  
Muy grande agravio me harán,  
Viéndome para morir,  
Los que no me creerán.

Todo lo tengo probado:  
Hasta el bien me hace mal,  
El no me hallar confiado  
Era mi peor señal.

Temblaba el alma en los pechos  
En ver sombras de alegría;  
Bienes eran contrahechos,  
Que siempre el placer venia  
Vispera de mil despechos.

Si acaso estaba contento,  
Que pocas veces sería,  
Venia un remordimiento  
Que el alma me deshacía.

Profecias eran estas  
Del mal en que hora me veo,  
Mil cosas llevaba a cuestas,  
Que las llevaba el desseo  
Sobre mi cabeza puestas.

Y aun me parecia á mi  
Tan ligeras de llevar,  
Que nunca tanto sentí  
Como habellas de dejar.

Esto ya que era pasado,  
Si el dejallo me dió pena,  
Juzgue!o quien lo ha probado.  
Si alguna hora tuve buena,  
¡Cuán caro me ha costado!

## VILLANCIICO.

Pastora, si alguno quieres,  
Y deseas apartarme,  
Bien lo muestras con mirarme.  
Contigo tienes testigos,  
Señora, de estos ojos;

Que el corazón y los ojos  
Nunca fueron enemigos.  
Huyen de ti tus amigos,  
Y tu luyes de mirarme,  
Que yo no puedo apartarme.  
Nadie ponga el afición  
En voluntad ocupada,  
Que al cabo de la jornada  
Para en desesperación;  
Yo busco mi perdición,  
Y tu quieres ayudarme.  
Pastora, con mal mirarme,  
Doblada lleva la queja  
El pastor que por ti muere,  
Si quieres á quien te deja,  
Y dejas á quien te quiere;  
Vaya amor adonde fuere,  
Que aunque quieras apartarme,  
No podrás con no mirarme.

## DIÁLOGO ENTRE FÍLIS Y PASCUAL.

FÍLIS.

Esfuerza y sirve, Pascual,  
No te mudes por desden.  
Porque, si me quieres mal,  
Esfuerece al que tratas bien.

PASCUAL.

¡Ay, Filis! que no hay esfuerzo  
Cuando reina la sospecha;  
Sufro y vivo y nunca tuerozo,  
Callo y muero, y no aprovecha.  
De dolencia tan mortal  
La señal es el desden;  
Cura no la hay en mi mal,  
Pues á otro quieres bien.

FÍLIS.

Hablando y desconfiado  
Solias mostrar buca gesto;  
Mas véote que has mudado  
Gusto y condicion de presto.

PASCUAL.

Tuerce tu ser natural,  
Tú sola sabes por quien;  
Que yo nunca diré mal  
Del que tú tratas bien.  
Filis, las mansas ovejas  
Dan lana y son apriscadas,  
Las solteitas ahejas  
Dan miel y son regaladas.  
Aprovecha cada cual,  
Y aprovéchanles también,  
Muere sirviendo Pascual  
Sin esperanza del bien.  
Si vos, mas no para vos,  
Bueyes sufris los arados,  
Conformámonos los dos  
En la paciencia y los hados.  
Nuestro trabajo es igual,  
Y nuestro premio también;  
Que cuando nos tratan mal,  
Entonces nos cargan bien.  
Nunca, apostara, pastor  
Sirvió mejor hasta ahora;  
Nunca tratado peor  
Se vió pastor de pastora.  
Diras que no pasa tal,  
Y que me enoja un vaiven;  
Filis, golpe es immortal,  
Sufrir mal y servir bien.

FÍLIS.

Pascual, mira que te engañan  
Y te ceban de sospechas;  
Los mismos que te enmarañan  
Te dan las cosas por hechas.  
Procura, aunque sirvas mal  
Y desesperes del bien;

Mas corazón tan leal  
No se muda por desden.

PASCUAL.

Pastora, ¡cuánta licencia  
Me das que de ti me queje!  
Acábasme la paciencia,  
Y mandas que no te deje.  
Es la dolencia mortal,  
Y enrasla con desden;  
Déjame quejar mi mal,  
Que ya no pido otro bien.  
Estaba libre y exento  
Fuera de tu condicion;  
Robaste mi entendimiento,  
Persististe en sujecion.  
Prometisteme: «Pascual,  
Sirve, y trataréte bien.»  
Sirvi, y tratáronme mal,  
Sin por qué y aun sin por quién.

FÍLIS.

De mal acondicionado  
Te viene ser sospechoso;  
¿Piensas que Filis ha errado  
Porque Pascual es celoso?  
Que verre Filis también  
En darte celos, Pascual,  
Será de entrambos el mal,  
Pero tuyo solo el bien.  
Contra mi ya, como ausente,  
Te juntas con la fortuna  
Para el mal mas inocente  
Que hay debajo de la luna.  
Y quizá no fuera tal  
Tratándote con desden;  
Mira, si me quieres mal,  
Cómo lo conozco bien.

PASCUAL.

¡Oh gran premio con que pagas  
Al que servirte desea!  
En mi presencia halagas  
A quien mi daño recrea.  
Pastora, tan desigual  
No te venga otro desden,  
Sino mudarse el zagal  
Cuando tú le quieras bien.

FÍLIS.

Nunca yo pensé que fueras,  
Pascual, desagradecido,  
Ni tampoco que anduvieras  
Buscando nuevo partido.  
Pero, visto que eres tal,  
Yo quiero buscar á quien,  
Ya que tu agradeeces mal,  
Sirva y agradezca bien.

PASCUAL.

Resucite inconvenientes,  
Levante demostraciones,  
Para que digan las gentes  
Que eres niña de opiniones.  
Mañana tratarás mal  
A quien hoy tratas bien;  
Pues alégrese el zagal,  
Que él suspirará también.  
Si y adversario tan feroz,  
Que puedes sin recatarte  
Cargar juntos como en saco  
Los favores a una parte.  
Echa todo tu caudal  
En favorecer á quien,  
Cuando le quisieres mal,  
Ni te quiere mal ni bien.

FÍLIS.

Quejas de lo-rite hago,  
Y tu no me dices nada;  
¿Y qué suerte de halago  
Piensas tenerme obligada?  
Dices trocarás tu mal  
Porque á otro quiero bien;

Guarda no mudes, Pascual,  
Que mudaré yo tambien.

## PASCUAL.

Medias noches, alboradas,  
Lugar buscado y postizo,  
Comidas, cenas y entradas,  
Espesas como granizo;  
Todo parece señal  
De favorecer á quien,  
Porque á mí me quieres mal,  
Huelgas de tratarle bien.  
Por quejas tomas enmiendas,  
Tragar remoques pasados,  
Tener palabras por prendas,  
Dar enojos concertados.

Quien tal hace pague tal,  
Y quien lo sufre tambien,  
Sufra que la sirvan mal,  
Finjan que la quieren bien.

En tí todo es á la clara  
Vario y por una medida;  
Al que muestras buena cara,  
A ese quitas la vida.

Tus obras por un igual,  
Y tus palabras tambien;  
Mas el pobre de Pascual  
Nunca supo qué era bien.

## OTRAS.

Aquí cantaba Silvano  
Con mas placer que no ahora,  
Dolorido del que llora  
Pesar firme y bien liviano.

Pues vengan los males llenos  
Do están los bienes vacios,  
Que mis ojos no son rios,  
Ni mis sentidos ajenos.

Y si lo fueran, tambien  
Se agotara su caudal;  
Tal es el daño del mal  
Y la soledad del bien.

Y si de una piedra dura  
Fueran todos mis sentidos,  
Ya los viera fenecidos  
En memoria de ventura.

Pero ya tarde será,  
Segun pasó aquesta vida;  
Que á quien pierde y nunca olvida,  
La muerte mejor le está.

Y por solo aquesto ereo  
Que se hace sorda y muda;  
Hasta el daño pone en duda  
Si soy yo el que lo poseo.

No solia ser así  
Un tiempo que Dios queria;  
Mas si el bien es de solia,  
Mas vale pesar por sí.

¡Ojalá diera amor  
O la fortuna por él  
Una fatiga liel,  
Y no un descanso traidor!

## OTRAS.

*Va y viene mi pensamiento  
Como el mar seguro y manso;  
¿Cuándo tendrá algun descanso?  
Tan continuo movimiento?*

## GLOSA.

Parte el pensamiento mio  
Cargado de mil dolores,  
Y vuélveme con mayores  
De la parte do le envío.

Aunque desto en la memoria  
Se engendra tanto contento,  
Cargado de pena y gloria  
*Va y viene mi pensamiento.*

Como el mar muy sosegado  
Se regala con la calma,  
Así se regala el alma  
Con tan dichoso cuidado.

P. XVI-1.

Mas allí mudauza alguna  
No puede haber, pues descanso  
Con el mal que me importuna,  
Que no es segura fortuna,  
*Como el mar seguro y manso.*

Si el cielo se muestra airado,  
La mar luego se embravece,  
Y mientras el mar mas crece,  
Está mas firme en su estado.

Ni á mí me causa el penar,  
Ni yo con el mal me canso;  
Si algo me podrá causar,  
Es venir á imaginar

*Cuándo tendrá algun descanso.*

Que aunque en el mas firme amor  
Mil mudanzas puede haber,  
Como es de pena á placer  
Y de descanso á dolor,

Solo en mí está reservado  
En su fijo y firme asiento;  
Que sin poder ser mudado,  
Está quedo y sosegado  
*Tan continuo movimiento.*

## VILLANCICO.

Olvida, Blas, á Constanza,  
Librate de su cadena,  
No lies en esperanza;  
Que no hay esperanza buena.

Poquito entiendes de amores,  
Blas, y muy mucho porfias;  
Tras esta engaña-pastores  
Pierdes el seso y los dias?

Tú fias en su taudauza,  
Y ella misma te condena,  
Pues un punto de esperanza  
Te cuesta un siglo de pena.

Estando libre y señera,  
Desasosiegas la vida,  
Como una causa primera,  
Que mueve sin ser movida.

Triste el que busca mudanza,  
Que á sí mismo se condena,  
Si confia en esperanza  
De quien nunca la dió buena.

Si se te ofrece, carillo,  
Alguna buena ocasion,  
Esta la torna cuchillo  
Para tu condenacion.

En la fraena de esperanza  
Forja una larga cadena  
De eslabones de mudanza  
Y duro hierro de pena.

El corazon que te ofrece  
Ausente, venido el hecho,  
Ella lo arranca del pecho  
Y da á cuantos le parece.

No esperes, Blas, de Constanza  
Obra ni palabra buena,  
Que á dedos da la esperanza,  
Y el tormento á mano llena.

Si ha de ser bien y cierta  
El esperanza otorgada,  
Blas, la tuya es cosa muerta,  
Que la fundas sobre nada.

No hay tan ligera mudanza,  
Que no te parezca buena;  
Mal conoces á Constanza,  
Poco sabes desta pena.

Esta tu esperanza, amigo,  
De miedo tiene una parte,  
Pues que trae pena consigo  
De que no puedes guardarte.

Quien pone su confianza,  
Blas, en voluntad ajena,  
Ni en pena espere mudanza,  
Ni tema en mudanza pena.

Pastora, tu hermosura,  
Tu gracia, habla y semblante,  
Promete buena ventura  
Al que no mire adelante.

Y al que con buena esperanza  
Se pusiese en tu cadena,  
Cuchillos de confianza  
Son ministros de la pena.

## REDONDILLAS.

Nadie fie en alegría,  
Porque ninguna hay tan cierta,  
A quien no cierre algún día  
Fortuna ó amor la puerta.  
Yo vi leche reposada  
Tornar cortada y aceda,  
Y vi voluntad trocada  
Cuando pudiera estar queda.  
Yo vi la mar en bonanza  
Levantarse hasta el cielo,  
Y vi firme confianza  
Derribada por el suelo.  
Amistad hay que se muestra  
Sola y clara y sin ofensa,  
Y cuando pensais que es vuestra  
Hallaisla turbia y suspensa.  
Tal os tiene hoy por amigo,  
Que mañana, si le place,  
Os tomará por testigo  
De los agravios que os hace.  
Dulce y vano atrevimiento,  
Poner confianza alguna  
Sobre tan flaco cimiento  
Como esperanza y fortuna.  
Adonde un bien se concierta  
Hay un mal que lo desvia;  
Mas el bien viene y no acierta,  
Y el mal acierta y porfia.

## SONETOS.

## I.

Días cansados, duras horas tristes,  
Crudos momentos en mi mal gastados,  
El tiempo que pensé veros mudados  
En años de pesar os me volvistes.  
En mi faltó la órden de los hados,  
En vos tambien faltó, pues tales fuistes,  
Que podréis en el tiempo que vivistes  
Contar largas edades de cuidados.  
Largas son de sufrir cuanto á su dueño,  
Y cortas cuando hubiese de quejar;  
Mas en mi este remedio no ha lugar;  
Que la razon me huye como sueño,  
Y no hay punto, Señora, tan pequeño,  
Que no se os haga un año al escuchar.

## II.

Como el triste que á muerte es condenado  
Gran tiempo há, y lo sabe y se consuela,  
Que el uso de vivir siempre en cuidado  
Hace que no se sienta ni se duela,  
Si le hacen creer que es perdonado  
De morir cuando menos se recela,  
La congoja y dolor siente doblado,  
Y mas el sobresalto lo desvela;  
Así yo, que en miserias hice callo,  
Si alguna vanagloria me era dada (4),  
Presto me vi sin ella y olvidado.  
Amor lo dió y amor pudo quitallo;  
La vida congojosa toda es nada,  
Y ríese la muerte del cuidado.

## III.

Vuelve el cielo, y el tiempo huye y calla,  
Y despierta callando tu tardanza;  
Crece el deseo y mengua la esperanza  
Tanto mas cuanto mas léjos te halla.  
Mi alma es hecha campo de batalla,  
Combaten el recelo y confianza,

Asegura la fe toda mudanza,  
Aunque sospechas andan por mudalla.  
Yo sufro y mureto, y dijete, Señora:  
¿Cuándo será aquel día que estaré  
Libre desta contienda en tu presencia? »  
Respóndeme tu saña matadora:  
¿Juzga lo que ha de ser por lo que fué,  
Que menos son tus males en ausencia. »

## IV.

En la fuente mas clara y apartada  
Del monte al casto coro consagrado,  
Vi entre las nueve hermanas asentada  
Una hermosa niñfa al diestro lado.  
En cabello se estaba, coronada  
De verde hiedra y arrayan mezclado,  
En traje extraño y lengua desusada,  
Dando y quitando leyes á su grado.  
Vi cómo sobre todas parecia;  
Que no fué poco ver hombre mortal  
Humortal hermosura y voz divina.  
Y conocíla ser doña Marina (5),  
La que el cielo dió al mundo por señal  
De la parte mejor que en sí tenía.

## V.

Gasto en males la vida, y amor crece,  
En males crece amor y allí se cria,  
Esfuerza el alma, y á hacer se ofrece  
De la pena costumbre y compañía.  
No me espanto de vida que padece  
Tan brava servidumbre y que porfia;  
Mas espántome cómo no enloquece  
Con el bien que ve en otros cada día.  
En dura ley, en conocido engaño,  
Huelga el triste, Señora, de vivir,  
Y tú, que le persigas la paciencia.  
¿Oh cruda tema! Oh áspera sentencia!  
Que por fuerza me fuerzas á sufrir  
Los placeres ajenos y mi daño.

## VI.

Como el hombre que huelga de soñar,  
Y nace su holganza de locura,  
Me viene á mí con este imaginar;  
Que no hay en mi dolencia mejor cura.  
Puso amor en mi mano mi ventura,  
Mas puso lo peor, pues el pensar  
Me hace por razon desvariar,  
Como el que viendo, vive en noche oscura.  
Veo venir el mal, no sé huir;  
Esojo lo peor cuando es llegado,  
Cualquier tiempo me estorba la jornada.  
¿Qué puedo yo esperar del porvenir,  
Si el pasado es mejor, por ser pasado?  
Que en mi siempre es mejor lo que no es nada.

## VII.

Tiempo vi yo que amor puso un deseo  
Honesto en un honesto corazón;  
Tiempo vi yo, que ahora no lo veo,  
Que era gloria, y no pena, mi pasión.  
Tiempo vi yo que por una ocasion,  
Dura angustia y congoja, y si venia,  
Señora, en tu presencia, la razon  
Me faltaba y la lengua emudecía.  
Mas que quisiera he visto, pues amor  
Quiere que hore el bien y sufra el daño,  
Mas por razon que no por accidente.  
Crece mi mal, y crece en lo peor,  
En arrepentimiento y desengaño,  
Pena del bien pasado y mal presente.

## VIII.

Lenguas extrañas y diversa gente  
A esta fiera cruel amando sigue;  
Ella huye de todos, y persigue  
A cada cual por donde mas lo siente.  
Da á gustar el corazón caliente  
A unos de otros, porque nos obligue;

(4) El texto de Hidalgo dice:

Si alguna vana gloria me fundaba.

(5) Doña Marina de Aragon, hija del conde de Rivagorza.

Ninguno lo entendi6 que no castigue,  
Aunque nadie lo prueba que escarmiente.

Su gloria es encubrir pechos abiertos  
Y publicar entrañas escondidas.  
¡Oh compuesto de varios desconciertos,  
Que á nuestra propia carne nos convidas,  
Y despues que á tus piés nos tienes muertos,  
Por los que llegan sanos nos olvidas!

## IX.

Tráeme amor de pensamiento vano  
A cuidado y enojo verdadero,  
Y muéstrame el comienzo hacedero  
Y todo inconveniente muy liviano.  
Y si con él me veo mano á mano,  
Hálole ser de mi tan extranjero,  
Que él, que parecia mas ligero,  
Me parece pesado y inhumano.  
Yo me vi tan melido en la celada,  
Que deseé pagarlo con la vida;  
Mas el alma, que fuera de sí estaba,  
Como para la muerte no hay salida,  
Volviese á comenzar otra jornada;  
Mas esta para mí nunca se acaba.

## X.

Amor me dijo en mi primera edad:  
«Si amares, no te cures de razon.»  
Siguió su voluntad mi corazon;  
Mas él nunca siguió mi voluntad.  
Tráeme ciego de verdá en verdá,  
Ya yo seria contento en mi pasion,  
Que con falsa esperanza de ocasion  
Me sostenga, siquiera en vanidad.  
Tanto seria de vana esta esperanza,  
Que no podria haber en mi sentido  
Ni en consejo de amor ni en vanagloria.  
Que linja yo que estoy en tu memoria,  
Señora, ni lo espero ni lo pido;  
Que no es bien de afligidos confianza.

## XI.

¡Si fuese muerto ya mi pensamiento,  
Y pasase mi vida así durmiendo  
Sueño de eterno olvido, no sintiendo  
Pena ó gloria, descanso ni tormento!  
Triste vida es tener el sentimiento  
Tal, que huye sentir lo que desea.  
Su pensamiento á otros lisonjea;  
Yo enemigo de mí siempre lo siento.  
Con elismerias de enojo y de cuidado  
Me viene, que es peor que cuanto peno;  
Si algun placer me trae, con él me va,  
Como á madre con hijo regalado,  
Que si llorando pide algun veneno,  
Tan ciega está de amor, que se le da.

## XII.

El hombre que doliente está de muerte  
Y vecino á aquel trago temeroso,  
Cualquiera beneficio le es dañoso  
Y en la causa del mal se le convierte.  
Así mi alma triste en solo verte  
Hallá daño, si busca haber reposo,  
Viniendo del bien cierto el mal dudoso,  
Del dulce verte, el duro conocerte.  
La vana fantasia y confianza  
En desesperacion se torna luego  
Que el seso reconoce la ocasion.  
Donde vence el remedio la pasion  
Sobrado ver es luz que torna ciego,  
Y confiado vivir sin esperanza.

## XIII.

Tibio en amores no sea yo jamás,  
Frio, ó caliente en fuego todo ardido;  
Cuando amor saca el seso de compás,  
Ni el mal es mal ni el bien es conocido.  
Poco ama él que no pierde el sentido  
Y el seso, y la paciencia deja atrás;  
Y no muera de amor, sino de olvido,  
El que en amores piensa saber mas.

Como nave que corre en noche oscura  
Por brava playa en recio temporal,  
Déjase al viento y métese á la mar;  
Así yo en el peligro del penar,  
Añadiendo mas males á mi mal,  
En desesperacion busco ventura.

## XIV.

Planta enemiga al mundo, y aun al cielo,  
Que nos encubres tanta hermosura,  
Véate yo perdida la verdura  
Y esparcidas las hojas por el suelo.  
Si la escondes movida con buen celo,  
Porque no pueda verse tal figura  
Sin muerte y conocida sepultura,  
Aunque en miralla no falta consuelo.  
El ser della vencido es la vitoria,  
Y la muerte peor es el no vella;  
Mas ya que porque no mueran los vivos  
Acuerdas de engañarnos y escudella,  
A los que somos muertos y cautivos  
¿Por qué quieres quitarnos esta gloria?

## XV.

A la ribera de la mar sentada,  
Sobre el sepulcro de Ajax Telamon,  
La Fortaleza estaba despechada,  
Moviendo contra Grecia indignacion.  
Los cabellos de hierro y la acerada  
Veste rompía al flauto y turbacion;  
La gente se alteró, y aunque espantada,  
Quiso della entender su alteracion.  
Respondió, vuelto el rostro á los troyanos:  
«Aun por haceros Grecia mayor mengua,  
Contra Ajax por Ulises sentenció,  
Desposeyendo aquellas fuertes manos,  
Y entregando á la vit y flaca lengua  
Las armas con que Aquiles os venció.»

## XVI.

El escudo de Aquiles, que bañado  
En la sangre de Héctor, con afrenta  
De Grecia y Asia fué mal entregado  
A Ulises, por varon de mayor cuenta,  
Sobre el sepulcro de Ajax fué hallado;  
Que Ulises, levantándose tormenta,  
Entre las otras tropas lo habia echado  
En la mar, por dejar la nave exenta.  
Alguno, visto el nuevo acaecimiento,  
Dijo, quizá movido en su conciencia:  
«¡Oh juez sin razon ni fundamento!  
¿Que el conocido error de tu imprudencia  
Vean la ciega fortuna y ciego viento,  
Y el loco mar entienda tu sentencian?»

## XVII.

Aleó los ojos, de llorar cansados,  
Por tornar al descanso que solia;  
Y como no lo vi donde solia,  
Abajélos con lágrimas bañados.  
Si algun bien yo hallaba en mis cuidados,  
Cuando por mas contento me tenia,  
Pues que ya le perdí por culpa mia,  
Razon es que los lloro ahora doblados.  
Tendi todas las velas en honanza,  
Sin recelar humano entendimiento;  
Alzóse una borrasca de mudanza,  
Como si tierra y mar y fuego y viento  
No me fueran en contra mi esperanza,  
Y castigaron solo el sufrimiento.

## XVIII.

Domado ya el Oriente, Saladino;  
Desplegando las bárbaras banderas  
Por la orilla del Nho, le convino  
Asentar su real en las riveras.  
Lenguas le rodeaban lisonjeras,  
Compañá que á los reyes de continuo  
Sola signe en las burlas y en las veras,  
Loándole el bueno y mal camino.  
Contaban el Egipto sojuzgado,  
Francia rota y el mar Rojo en cadena  
Mostrándole su ejército y poder.

Respondiôles : «Aquí se puede ver  
Dónde acabó su gloria , en esta arena .  
El gran Pompeo, muerto y no enterrado. »

## XIX.

¿Qué cuerpo yace en esta sepultura?  
¿Quién eres tú, que encima estas sentada  
Desando tus cabellos, la figura,  
Sombricenta de tus mías, y rasgada?  
Los huesos y ceniza consagrada  
De Anibal, que ha pagado á la natura  
La denda postrimera , y yo la armada  
Diosa que en las batallas da ventura.

Quejome de los hados inhumanos,  
Que á tal varon hicieron tanto mal,  
Y del miedo y vileza de Cartago;  
Mas quédame un consuelo en lo que hago;  
Que el mismo se mató, porque á Anibal  
No pudieran vencer sino sus manos.

## XX.

Tu gracia, tu valor, tu hermosura,  
Muestra de todo el cielo, retirada,  
Como cosa que está sobre natura,  
Ni pudiera ser vista ni pintada.

Pero yo, que en el alma tu figura  
Tengo, en humana forma abreviada,  
Tal lice retratarte de pintura,  
Que el amor te dejó en ella estampada.  
No por ambición vana ó por memoria  
Tuya, ó ya por manifestar mis males;  
Mas por verte mas veces que te veo,  
Y por solo gozar de tanta gloria,  
Señora, con los ojos corporales,  
Como con los del alma y del deseo.

## XXI.

Hame traído amor á tal partido,  
Que no puedo ni quiero conocerme;  
Cuantas armas tenia le he rendido,  
Pues le di la razon para vencerme.

Hombre nací y por hombre era tenido;  
Pudieran seso y arte socorrerme,  
El tiempo, la experiencia y el sentido;  
Mas todo lo dejé, y quise perderme.

Gran mal, Señora, es que el hombre entiende  
Cuanto aparta de sí, y no se arrepiente,  
Y que sabe cuán poco bien espera;  
Que vive y morirá desta manera,  
Fuera de humana forma ó accidente,  
Sino de querer bien; que no se aprende.

## XXII.

Gracias te pide, amor; no las merece  
Quien las pide, ni tanto bien espera,  
Sea limosa ó sea piedad siquiera,  
Y sea á la ocasion que ahora se ofrece.

Cualquiera beneficio mengua ó crece  
Con el lugar, el tiempo y la manera;  
Pero la diferencia verdadera  
Es dar y socorrer á quien padece.

Lo que una vez la fuerza ó la destreza  
No pueden acabar, aquello mismo  
Acaba una palabra desentada.

Señora, considera tu grandeza  
Y el tiempo; que ahora puedes con nonada  
Levantarme del hondo del abismo.

## XXIII.

Por tan difícil parte me han llevado  
Los importunos años que he vivido,  
Que aun bien el medio dellos no he cumplido,  
Y mil veces el fin he deseado.

Y toda la esperanza por do he andado,  
De mi mal á otro mayor siempre he venido;  
En fin, á tal extremo soy traído,  
Que no puedo temer más triste estado.

Ansi que, ya sin bien, sin confianza,  
Estoy de aqueste mal, que ahora muero,  
Podría ya muy bien hacer mudanza;

Mas tanto por la causa mi mal quiero,  
Que siento que me estraga la esperanza,  
Y estoy harío mejor si desespero.

## XXIV.

Yo soy, cruel amor, el que has traído  
Con vanas esperanzas engañado,  
Y quien habia de haber escarmentado.  
Ya en los propios males que ha sufrido.

Yo soy quien tus mentiras ha creído,  
Y aquel que por creellas ha llegado  
A ser contigo el mas desventurado  
De cuantos tus banderas han seguido.

Pero si en todo el tiempo que viviere  
Tornare á tu poder, que en él me vea  
Muriedo por quien mas aborreciere.

Y porque mi jurar mas firme sea,  
Que si jamás, amor, yo te creyere,  
Quien causare mi mal no me lo crea.

## XXV.

Salid, lágrimas mías, ya cansadas  
De estar en mi paciencia detenidas;  
Y siendo por mis pechos espareidas,  
Serán mis penas tristes mitigadas.

De mil suspiros vais acompañadas,  
Y por tan gran razon seréis vertidas,  
Que si mi vida dura por mil vidas,  
Jamás espero veros acabadas.

Y si despues, llegado el final día  
Do por la muerte dejaré de veros,  
Hallase algun lugar mi fantasia,

La alma, que aun en la muerte ha de quereros,  
A solas sin el cuerpo llorará  
Lo que en vida ha llorado sin moveros.

## XXVI.

Hoy deja todo el bien un desdichado  
A quien quejas ni llanto no han valido;  
Hoy parte quien tomara por partido  
Tambien de su vivir ser apartado.

Hoy es cuando mis ojos han trocado  
El veros por un llanto dolorido;  
Hoy vuestro desear será cumplido,  
Pues voy do he de morir desesperado.

Hoy parto y llego á la postrer jornada,  
La cual deseo ya mas que ninguna.  
Por verme en alguna hora deseausada.

Y porque con mi muerte mi fortuna  
Os quite á vos de ser importunada,  
Y a mi quite el vivir, que me importuna.

## XXVII.

Ahora en la dulce ciencia embebecido (6),  
Ora en el uso de la ardiente espada,  
Ahora esté la mano y el sentido

Puesto en seguir la caza levantada;  
Ora el pesado cuerpo esté dormido,  
Ahora el alma atenta y desvelada,  
Siempre mi corazon tendrá esculpido  
Tu ser y hermosura entretallada.

Entre gentes extrañas, do se encierra  
El sol fuera del mundo y se desvia,  
Viviré y moriré siempre desta arte.

En el mar y en el cielo y en la tierra  
Contemplaré la gloria de aquel día  
Que mi vista te vió, y en toda parte.

## XXVIII.

Mil veces callo que mover deseo  
El cielo á gritos, y mil otras tiento  
Dar á mi lengua voz y movimiento,  
Que en silencio mortal yacer la veo.

Anda enal velocísimo correo  
Por dentro el alma el suelto pensamiento,  
De llanto y de dolor lloroso acento,  
Y casi en el infierno un nuevo Orfeo.

No tiene la memoria á la esperanza  
Rastro de imágen dulce ó deleitable  
Con que la voluntad viva segura.

Cuanto en mi hallo es maldicion que alcanza,  
Muerte que tarda, llanto inconsolable,  
Desden del cielo, error de la ventura.

(6) Este soneto está repetido bajo el número xxx en la colación de Hidalgo, con variantes de ningún valor.

## XXIX.

Aquestos vientos ásperos y claros,  
De espesas nubes y tinieblas llenos,  
De ardientes rayos y terribles truenos  
Con súbitos relámpagos rasgados,  
Aunque en mi daño siempre conjurados,  
Ya fueron tiempos claros y serenos,  
De mi dudoso bien terceros buenos,  
Y en esperar mi gloria prosperados.  
¡Cuán presto pasa un temple del verano,  
Y cuán despacio destemplados tiempos,  
Y cuánto cuesta un bien no conocido!  
¡Ay buena suerte y venturosa! en vano  
Triste la larga en breves pasatiempos  
Del tiempo bien llorado y mal perdido.

## XXX.

Pedís, Reina, un soneto; ya le hago;  
Ya el primer verso y el segundo es hecho;  
Si el tercero me sale de provecho,  
Con otro verso el un cuarteto os pago.  
Ya llego al quinto; ¡España! ¡Santiago!  
Fuera, que entro en el sexto. ¡Sus, buen pecho!  
Si del sétimo salgo, gran derecho  
Tengo á salir con vida deste trago.  
Ya tenemos á un cabo los cuartetos;  
¿Qué me decís, Señora? ¿No ando bravo?  
Mas sabe Dios si temo los tercetos.  
Y si con bien este soneto acabo,  
Nunca en toda mi vida mas sonetos;  
Ya deste, gloria á Dios, he visto el cabo (7).

## XXXI.

## A Luis Barahona de Soto (8).

Un claro ingenio, un vivo entendimiento,  
Un sentido profundo, un raro aviso,  
Una varia lección y un decir liso,  
Cual, señor Soto, en vuestros versos siento;  
Pocas veces el claro firmamento  
A los mortales concederlos quiso,  
Y con razon aquel pastor de Anrísio  
Os llama para algun notable intento;  
Porque de vuestro ingenio é invención  
Piensa hacer industria por do pueda  
Subir la tosca rima á perfección.  
Tenga la Parca el hilo, y en su rueda  
Rijase la fortuna por razon;  
Que puesto donde estáis, muy poco os queda.

## CANCION.

Tiempo bien empleado  
Y vida descansada,  
Bien que á pocos y tarde se consiente  
Olvidar lo pasado,  
Holgar con lo presente,  
Y de lo por venir no curar nada;  
Hora falta y menguada  
La del que nunca olvida  
Un cuidado que siempre le da pena,  
Cortado á su medida,  
Tan importuna y llena,  
Que ni otro halla entrada ni él salida;  
Mas tiene por testigo  
Su pensamiento, y este es su enemigo.  
En tal punto me veo  
De fortuna traído  
Hasta el postrer abismo de su rueda,  
Donde ruego y deseo  
Que esté segura y queda,

(7) Lope imitó este soneto en aquel que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante.

Hállase el de MENDOZA, no en la coleccion de Hidalgo, sino en las Flores de Poetas ilustres de Espinosa, cuyo texto sigo.

Sedano lee así el último verso:

Pues de este, gloria á Dios, ya he visto el cabo.

(8) Este soneto no está en la coleccion de Hidalgo. Entre las obras de Gregorio Silvestre se encuentra. (Granada, 1599.)

Porque á peor no venga que he venido;  
A tan flaco partido  
Me atrego y lo porfío,  
Que en él no habrá quien de mí se acuerde;  
Piérdase el albedrío,  
Ya que el seso se pierde,  
Y lo uno y lo otro por ser mio;  
Pues decir que se guarde  
Es consejo importuno, vano y tarde.  
Dichoso el que á sus solas,  
Con ánimo constante,  
De buena ó mala suerte se contenta,  
Y las mudables olas  
De amor y su tormenta  
No le truecan propósito ó semblante;  
Dichoso el que en instante,  
Alegre ó descontento,  
Desasosiega el miedo ó la esperanza;  
Mas ¡ay de mí! que siento  
En cualquiera mudanza,  
Con nuevo disfavor, nuevo tormento,  
Y escogilo por bueno  
Cuando crié la vibora en mi seno.  
¡Oh envidia sin sosiego!  
Oh fiera sospechosa,  
Que siempre estás atenta á trabar guerra!  
¿Cuál es el pecho ciego  
Que dentro en sí te encierra?  
¿Por qué el mundo te llama perezosa?  
Con lengua furiosa,  
Mas con sospecha vana,  
Atajaste los pasos á mi gloria,  
Que tan humilde y llana  
Vivia en la memoria  
Del que nunca pensó cosa liviana;  
¿Cómo entras diligente  
A heber honra y sangre á un inocente?  
Filis, blanda y hermosa,  
¿Con qué te he yo enojado,  
Que tanto mi servicio y fe te cansa?  
Coamigo estás quejosa  
Y con otros muy mansa.  
Donde nunca tus fuerzas han llegado  
Venga el injusto hado,  
Venga el tibio desdeño,  
Que oprimen la humildad y la paciencia;  
Persigan á su dueño  
Servicios en presencia,  
Que en tu memoria sean como sueño,  
Pues con la fe te enfadas  
De quien sigue y adora tus pisadas.  
¿Fie de mi ventura  
Algun deseo vano?  
¿Quise igualar contigo mi osadía?  
¿Puse tu hermosura  
En duda ó en porfía,  
O resisti heridas de tu mano,  
Que tan claro y temprano  
Me vino el desengaño  
A tocar en el intimo del pecho,  
Y aun no sé si es engaño?  
El daño que está hecho  
Viene por amenaza de otro daño  
A mostrarme que sienta  
En la bonanza ajena mi tormenta.  
¿Para qué estoy en duda,  
Pues no hay otro camino  
Sino sufrir á quien me haga fuerza?  
Sea mi lengua muda,  
Tu voluntad no fuerza,  
Y pague yo, que fui mal adivino;  
Llegó mi desatino  
A pensar que sirviera  
En lo que cualquier otro se servia,  
Y cierto se hiciera  
Si la desdicha mia  
Y el caso me ordenaran que yo fuera;  
Mas no hay peor librado  
Que el desfavorecido y obligado.  
Quiero callar mi queja,  
Si es posible sufrirme,  
Donde vence el agravio á la paciencia;

Que pues Filis me deja ,  
La mas cruda sentencia  
Es haberme dejado sin oirme.  
Un proposito firme,  
Una fe muy entera  
Y un no mudar camino por tibieza  
Serán hasta que muera  
Muestras de mi limpieza ,  
Am que envidia y pasion me tengan fuera,  
Y aunque otro bien no espero  
Sino morir sirviendo y por quien muero.  
Mas templaré la vela  
Por no decir tan claro que estoy loco ,  
Pues aunque mucho duela  
Será el quejarme poco,  
Y sola una esperanza me consuela:  
Que en ocasion ninguna  
He de huir el rostro á la fortuna.

## CANCION.

Si alguna vanagloria  
En corazon humano  
Ludo caer, Señora, de pensar  
Que nunca ajena mano  
Desvolvió la memoria  
A otro, ni su sér pudo mudar;  
Si algun gozo ha de dar  
La limpia pura fe,  
Gaiada sin engaño;  
Y el no usar mal de la verdad en daño  
De otro, con decir lo que no fué,  
Por mi ha todo pasado,  
Despues que sin dejarte me has dejado.  
Dijisteme que fuese  
Seguro por do quiera,  
Que nunca tu favor me faltaria.  
Sañi, que no debiera,  
Porque de mi no fuese  
Lo que muchos dijeron que seria.  
Entonces te queria  
Como al querido hijo,  
Como á la dulce amiga;  
Y aquel amor ardiente sin fatiga  
Sañia de mi pecho, y ya colijo  
Que todo quedó atrás:  
Quérote menos bien y ámote mas.  
Viene mezclado amor  
Con aborrecimiento,  
Y no se puede creer si no se siente,  
Ni hay mas grave tormento  
Que sentir con dolor  
Contrario á la dolencia el accidente;  
Pero no se arrepiente  
Mi seso, y va venciendo  
Siempre la voluntad.  
Yo me rindo, pues desta ceguedad  
La mayor parte se ha cobrado, viendo  
Cómo la fe tuviste  
Mas liviana que el viento, á quien la diste.  
En amor tan ingrato,  
En tan larga carrera  
De tiempo y de dolor como esta ha sido,  
Muchas partes hubiera  
Que á descansar un rato  
Ese pudiera cautivo haber traído;  
Mas mi seso vencido,  
Que entiende lo mejor,  
Y lo peor escoge,  
Cualquier discurso de razon acoge,  
Aunque al determinarse vence amor,  
Y quedo imaginando  
Qué pudiera ayudarme, cómo y cuándo  
Hartos consuelos tengo,  
Y es el remedio vano;  
Crece el mal cuanto mas junto me hallo,  
Y á otro fuera sano  
Si de lo que sostengo  
Dijese lo que yo por burla callo;  
¿Qué misero vasallo  
Con tan mansa paciencia

Sufrió tanta braveza?  
Dar mal por bien, mudanza por firmeza,  
; Oh áspera, cruel, dura sentencia!  
Pues no hay dolor tan fuerte,  
Que no se venza al cabo con la muerte.

; Oh libertad forzosa  
De mi dura fatiga,  
Que das fin al dolor cuando te ofreces;  
Descenda enemiga,  
; Oh muerte! que rabiosa  
A otros, y á mi dulce me pareces,  
Tú, que sola mereces  
Desatar este nudo  
Y hacer inmortal  
Al que por hacer bien padece mal,  
Ven, y harás lo que hacer no pudo  
La que probó en un dia  
A deshacer la pena y gloria mia.

Quisieras tú, Señora,  
Con uno y otro enojo  
Cansar mi fe y forzalla á que faltase,  
Tomando cada hora  
Novedad por antojo,  
Yatar mi muda lengua á que callase,  
Y cuando me esforzase  
A quejarme de ti,  
Embarazarme el seso;  
Así que, no pudiendo echar el peso,  
No pudiese valerme yo por mi,  
Estando aqui el morir,  
Que es remedio comun y ha de venir.

En querer tan seguro,  
En ser tan obediente,  
Una mansa paciencia tan extraña,  
Un ánimo tan puro,  
Una fe tan ardiente,  
Que bastará á mover una montaña,  
Que no mude tu saña,  
Y zosa tan liviana  
Te mueva contra mí, siendo segura?  
; Oh voluntad humana  
En divino saber y hermosura!  
¿Quieres que no me queje,  
Y porque me has dejado, que te deje?

Cancion mia, yo temo  
Que quien te ha de leer  
Me quiera dar consejo por remedio;  
Y pues no puede ser,  
Siendo mi mal extremo,  
Que se pueda curar con ningun medio,  
Mirásle que no quiero  
Sino morir por ella, como muero.

## CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno  
Los ligeros caballos nuestra vía,  
Acabando la mas corta carrera;  
Ya caliente, ya da nueva alegría  
De la estrella mas fria al tibio seno;  
Ya las nubes esparce por defuera,  
Ya parte mas afuera  
Del cielo, y apartada  
Ve luz demasiada;  
Yo cautivo, que muero, quiere amor  
Que luya de mi el claro resplandor,  
Y que siempre le siga como loco,  
Teniendo al sol en poco,  
Y que muriendo busque mi dolor.  
La ira del cruel y duro invierno  
Huye so tierra, y los rabiosos vientos  
No suenan ya por bosque ni montaña;  
El cielo da los dias ya contentos,  
Ya muestra la montaña el rostro tierno,  
Ya sale á retozar por la campaña  
La sabrosa compañía  
Del viento delicado;  
Yo, ausente y olvidado,  
No mengua mi tristeza y desconsuelo,  
Autes rompo las peñas con mi duelo,



Y los montes, de duelo suspirando;  
Mas poco cura el cielo  
Que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene  
De varias flores la pintada tierra,  
Que al estrellado cielo se parece;  
Los tiernos ramos no tienen mas guerra  
Con el soberbio viento, ni conviene  
Temer del duro hielo, que entorpece;  
Ya ninguna parece  
De las espesas hojas;  
Y tú, fortuna, arrojas  
Tanto dolor en mí, tanta agonía,  
Cuanto ellos ahora tienen de alegría;  
Cada cosa en su tiempo fin alcanza,  
Y en la tristeza mía  
No hay tiempo que remedie mi esperanza.

En el mar sosegado al manso viento  
Tiende la vela, alegre, el marinero,  
Seguro ya de la cruel tormenta;  
En alta popa con navio ligero  
Corta el agua espumosa, y va contento,  
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,  
Ni espera mas afrenta;  
Y en mi vida importuna  
Cualquier tiempo es fortuna;  
Siempre me veo cubierto de cuidados,  
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.  
¡Oh enemiga fortuna! Oh cruda suerte!  
No son unos pasados,  
Cuando me llevan otros á la muerte.

El pastor amoroso, embebecido,  
En la cumbre del monte está cantando,  
O en la fresca arboleda y verde prado,  
Y con sabrosa flauta remedando  
La viva voz ó ya el dulce sonido  
Del agua clara y viento delicado,  
Presente su ganado,  
Que escucha sus querellas;  
Yo, triste, que con ellas  
Vivo solo en lugar adonde oídas  
No pueden ser de nadie ni sentidas,  
Paso mi vida en doloroso llanto,  
Y si hubiese mil vidas,  
Todas las pasaria en otro tanto.

Bien sabes tú, canción, qué primavera,  
Qué sol es el que espera  
Mi alma en esta ausencia;  
Qué males en presencia  
Me pueden dar mas conocido daño;  
Qué es vivir en sospecha y desengaño,  
Y en tanta soledad aborrecer,  
Huyendo como extraño  
Todo aquello que á todos da placer.

#### QUINTILLAS.

##### A la desesperacion de su amor.

Salga, pues amor lo quiere,  
La historia de mi fatiga,  
Y por do quiera que fuere  
Todas mis pasiones diga  
A quien oirlas quisiere;  
Que oyendo los males della  
En mi daño acontecidos,  
Se ataparán los oídos;  
Que sólo en pensar en ella  
Tiemblan los cinco sentidos.  
Y no haya mas sufrimiento;  
Descúbranse los cuidados  
De mi vano pensamiento,  
De puro miedo encerrados  
Dentro de mi pensamiento.  
Sepa el mundo en el estado  
Que me han puesto tantos males,  
Pues de ser tan desiguales  
De continuo, me han llegado  
Hasta el alma las señales.  
No hay esperanza de vida,  
Ni yo la tendré jamás,

Con males tan sin medida,  
Pues há mil años, y mas,  
Que me llevan de vencida.

Examinó la memoria,  
Y viendo el notorio estrago,  
Y que es dellos la vitoria,  
Hago mucho, si lo hago,  
De ponerlos en historia.  
Y sepan quién es amor,  
Porque viendo el sufrimiento  
Que he tenido en su rigor,  
Tomarán buen escarmiento  
Si creyeren mi dolor.

Verán casos nunca oídos,  
Con no decir la mitad  
Dellos, en mi sucedidos,  
Servicios de voluntad  
Y muy mal agradecidos.

#### REDONDILLAS.

##### A su pensamiento desfavorecido.

Decid, alto pensamiento:  
¿Cuál fué el infelice hado  
Que de tan dichoso estado  
Os derribó en un momento?

De amor tan honesto y puro  
Me halardonado fuistes,  
Porque cuando os atrevistes  
Fué con carta de seguro.

Sin razon morir os vea,  
Y fuera justo el tormento  
A no ser mi atrevimiento  
Nacido de tal deseo.

Pero vos de recatado  
Teneis mas que de atrevido,  
Como si eso hubiera sido  
Alivio de mi cuidado.

Mas, pensamientos dichosos,  
No os corrais de ser vencidos,  
Que vivis en mis sentidos,  
Aunque os matan envidiosos.

¿Qué ocasiones de mudanzas,  
Qué montes de inconvenientes,  
Qué mortales accidentes  
Y qué muertas esperanzas!

¿Qué sospechas mal regidas,  
Qué siniestras voluntades,  
Las que engañan las verdades  
Tan á costa de las vidas!

¿Qué temores sin provecho,  
Qué recelos con antojos,  
Qué vivos al mal los ojos,  
Sin ver el daño que han hecho!

¿Qué celadas encubiertas,  
Qué apasionados testigos,  
Qué encubiertos enemigos,  
Y qué mañas descubiertas!

¿Qué dobladas tercerías,  
Qué sinrazones de amor!  
Desdichado el amador  
Que sigue, amor, tus porfías.

Mas no es culpa tuya, no,  
Ni mía, porque es ajena;  
Mas padezco yo la pena  
Sin tener la culpa yo.

Dirá el tiempo la verdad  
Si cesaren sus consejas,  
Antes que mueran mis quejas  
A manos de su crueldad.

Y aun yo tambien la dijera  
Si acaso se me escuchara;  
Mas ¿qué verdad hay tan clara,  
Que sin su dueño no muera?

Por do será menos mengua  
Que en mí acaben mis genidos;  
Que á los que no dan oídos  
¿De qué les presta la lengua?

Mis ojos podrán prestar  
En tan alto padecer;  
Que si no pudieren ver,  
Al menos podrán llorar.

## QUINTILLAS.

## Al silencio de sus quejas.

De los tormentos de amor,  
Que hacen desesperar,  
El que tengo por mayor  
Es no poderse quejar  
El hombre de su dolor.  
Cualquier mal es duro y fuerte,  
Y tiene su furor loco;  
Mas el mio es de tal suerte,  
Que consume poco á poco,  
Hasta llegar á la muerte.

No hay mal que con publica'llo  
No se acabe, aunque sea fiero;  
Mas yo, cuitado, que callo,  
¿Cómo es posible pasallo,  
Si de entrambas cosas muero?

Di, Filis: ¿quién me ha revuelto,  
Que tal me ha puesto contigo?  
O es demonio que anda suelto  
O venganza de enemigo  
Que anda en amistad envuelto.  
¿Qué te pueden haber dicho,  
Con que tanto mal me han hecho?  
¿Quién puso saña en tu pecho,  
Que al trato ha puesto endrechelo,  
Y á mi vida en tanto estrecho?

Digante cuanto desees,  
Hágante en ello servicio;  
Pero tú nunca lo creas,  
Ni me juzgues por indicio,  
Hasta que claro lo veas.

¿Oh tiempo para llorarse,  
Donde se sufre y se espera,  
Y aun para desesperarse,  
Pues quieres que un triste muera  
Sin el gusto de quejarse!

Y pues en todo reciblo  
Agravo con daño cierto,  
Hagan bien á este cautivo,  
Que está, de medroso, muerto,  
Y desesperado vivo.

## ENDECHAS.

## A su pensamiento.

Pensamiento mio,  
No me deis tal guerra,  
Pues sois en la tierra  
De quien solo fio;  
Que si en tal altura  
No vais poco á poco,  
Quedaré por loco,  
Y vos por locura.

Con alas deshechas  
Vais dando ocasiones  
Que vuestras canciones  
Se vuelvan endechas.

Y no es el aprieto  
De mi cobardia  
Por vuestra osadia,  
Mas por mi respeto.

Vuestra es ya la palma,  
Mio es el tormento,  
Pues de pensamiento  
Sois prision del alma.

La disculpa hago,  
Porque amor la haga,  
Y lleva la paga,  
Pero yo lo pago.

Aun pudiera ser  
Temer donde osais,  
Si como pensais,  
Pudiérades ver.

Mirad si se encarga  
Mi poco sosiego,  
Pensamiento ciego,  
Por senda tan larga.  
Con todo, recibo

Un bien tan inmenso,  
Que cuando lo pienso,  
No pienso que vivo.

Mis fieros tormentos  
Serán aliviados  
Si son sepultados  
En mis pensamientos.  
Honrada y dichosa  
Es vuestra subida;  
Pero la caída  
Muy mas peligrosa.

¿Qué buen fin espera  
Quien va sin recelo  
Subiendo en el cielo  
Con alas de cera?

De vuestros antojos  
Vencido el volar,  
Daréis nombre al mar  
Que han hecho mis ojos.

Y el luto despues  
Traerás en venganza  
Por mí, y la esperanza,  
Y yo por los tres.

Podréis responderme,  
Si doy en culparos,  
Que sé aconsejaros,  
Y no socorrerme.

Y en estos errores  
Veréis lo que soy,  
Consejos os doy,  
Y tomo dolores.

## ENDECHAS,

## ENCARECIENDO SU MAL PAGADO AMOR.

¿Quién entenderá  
Esto que aquí digo,  
Que parecerá

Que me contradigo?  
Secretos divinos,  
A vosotros quiero;  
No voy por caminos,  
Sino por sendero.

Hágame lugar  
El placer un día,  
Déjeme contar  
Esta pena mía.

Siempre he de ser triste,  
Sin ser desdichado,  
No sé en qué consiste,  
Todo lo he probado.

No digo el contento,  
Que no sé á qué sabe;  
Parece escarmiento  
Porque no me alabe.

¿Qué es de las mudanzas  
Que hace fortuna,  
Que en mis esperanzas  
No veo ninguna?

¿Qué es de las promesas,  
De que persevera,  
Que si faltan estas  
No hay ley verdadera?

¿Quién habrá que acierte  
Cuando no son tales?  
¿Qué hace la muerte  
Tras penas mortales?

Dasme á buena cuenta,  
Cielo mio avaro,  
Rayos y tormenta,  
Y nunca sol claro.

Háganme saber  
Qué llaman favores;  
Daré yo á entender  
Qué llaman dolores;

Que si no se ofenden  
De lo que me ofendo,  
Ellos no lo entienden,  
Y yo no lo entiendo.

Tambien he gozado  
Yo de un mirar tierno;

Mas hame causado  
Penas del infierno.

Y aunque sé qué es  
Habla regalada,  
Del bien de despues  
No sé si sé nada.

¿De qué me aprovecha  
Blanda condicion?  
De llevar la flecha  
Hácia el corazon.

Piensa que he alcanzado  
El fin de su gusto,  
Que queda pagado  
Un amor al justo.

¡Que breve alegría!  
¡Ojalá si fuera!  
Que quizá algun dia  
Contento viviera.

Ellos nunca ven,  
Con o yo bien veo,  
En medio del bien  
Rabiar el deseo.

Si un punto me falta  
De su pensamiento,  
La gloria mas alta  
Me será tormento.

Dura voluntad,  
Mal intencionada,  
Contigo verdad  
No aprovecha nada.

No el ver otros nombres  
Me quita el sosiego,  
Mas saber los hombres  
Del agua y del fuego.

Tanto sobresalta  
Amor cuando excede,  
No porque el bien falta,  
Pero porque puede;

Que no ha de tener  
Mas de liberal,  
Ni hay mas que saber  
Que saber amar.

Ya sé adónde llegan  
Encarecimientos,  
Y dónde se ciegan  
Los entendimientos.

Fáltenme los cielos,  
Dios me sea enemigo,  
Si me mueven celos  
A lo que aquí digo;

Sino que te acate  
Como se encarece,  
Y que amor se trate  
Como lo merece.

Quieroos preguntar,  
Bien de mis pasiones,  
Estas condiciones  
¿Podránse guardar?

Esta luz de palma  
¿Podré yo ganalla?  
¿Podréis darme el alma,  
Para no quitalla?

Sigo este camino,  
Que es el acertado;  
Que amor es divino,  
Aunque esté humanado.

Porque esotra gente  
Vive con rudeza,  
Siente vulgarmente  
De tanta grandeza.

Nunca amor te ofenda,  
Ni tanto mal haga,  
Que me dé la prenda  
Si no da la paga;

Porque este es un daño  
Que no hay quien lo sienta;  
Piensas que es engaño,  
Y no es sino alventa.

## QUINTILLAS.

## Al desengaño de amor.

Ya no mas casos pasados,  
Descríbase el pensamiento;  
Servicios bien empleados  
Cesen, como mas culpados  
En mi mayor perdimiento.

Mentiras, falsos engaños,  
Ejemplos nuevos y extraños,  
Escarmientos cada hora,  
¿Quién los sufrirá, Señora,  
Con muchos ni pocos años?  
¡Oh fuerzas bien empleadas  
De belleza y discrecion!  
Contra mí fuisteis criadas,  
Dende tiernas enseñadas  
Para mi condenacion.

Con el daño que habeis hecho  
Contentad el fiero pecho;  
Que huir, aunque sea tarde,  
De escarmiento y cobarde,  
Será ya honra y provecho.

Todo mal se hace mas blando  
Con publicalloy decillo;  
Mas yo solo suspirando,  
Mas quiero vivir callando,  
Que viviendo descubriendo.

Quéjase uno de un dolor,  
Otro que mil no le dejan,  
Otro que el suyo es mayor;  
Mas, al fin, como es de amor,  
Señora, todos se quejan.

Pues lo quiso así mi suerte,  
Callará mi fe sufrida  
Hasta el fin de mas no verte,  
Y publicará la muerte  
Lo que callata la vida.

Y si de mí poco aliento  
No lo sufre mi fe,  
Quéjense todos al viento;  
Que, aunque pese al sufrimiento,  
Yo callando moriré.

## REDONDILLAS DE PIÉ QUEBRADO.

ESTANIO PRESO POR UNA PENDERIA QUE TUVO EN PALACIO (9).

Estoy en una prision,  
En un fuego y confusion,  
Sin pensallo;  
Que aunque me sobra razon  
Para decir mi pasion,  
Sufro y callo.

¡Oh, cuánto tiempo he callado,  
Por gustar quien lo ha mandado,  
De mandallo!  
Sufrido y disimulado,  
Y aunque estoy en este estado,  
Sufro y callo.

El amor es quien ordena  
Esta tan terrible pena  
En que me hallo.  
Sea muy enhorabuena;  
Por ser la causa tan buena  
Sufro y callo.

En este mal que me empleo,  
Me deleito y me recro  
En contemplallo;  
Que aunque me aprieta el desco,  
Por el tiempo en que me veo  
Sufro y callo.

Espero agradecimiento,  
Pues vemos que su contento  
Es dilatallo.  
Por ser grave el fundamento,

(9) Tal título puso Hidalgo, creo que erradamente. El autor alude á la prision en que está su amoroso pensamiento.

Dice siempre el pensamiento :  
Sufro y callo.

Mostré con pecho fingido  
Estar libre y ofendido  
Sin estallo;

Y mas en mi daño ha sido,  
Porque ahora ya rendido,  
Sufro y callo.

Procuré encubrir del alma  
El dolor que me desalma,  
Con negallo;  
Mas, viendo mi bien en calma,  
Y que otro goza la palma,  
Sufro y callo.

El error de mi paciencia  
Hiciera ya diligencia  
En remediallo;  
Mas, por ver que en tu inlemeacia  
Está dada la sentencia,  
Sufro y callo.

Sé que aumenta tu contento  
La causa de mi tormento,  
Por causallo.  
Dios sabe mi sentimiento,  
Mas, pues remedio no siento,  
Sufro y callo.

Hacerme ofensas injustas,  
Tu rabia y tu enojo ajustas,  
Por vengallo;  
Y aunque sé que no son justas,  
Viendo que tú dello gustas,  
Sufro y callo.

Considera que el que rabia,  
Con el dolor nunca agravia  
En publicallo;  
Y yo, que sé que eres sabia,  
Por si esto te desagravia,  
Sufro y callo.

No es mi mal para creer,  
Ni menos para poder  
Disimulallo;  
Mas solamente por ver  
Cuándo se ha de fenecer,  
Sufro y callo.

#### REDONDILLAS,

VIÉNDOSE SUJETO AL AMOR.

Lloremos, ojos cansados,  
Los daños que padecemos;  
Que no es razon que dejemos  
Quejosos á mis cuidados.

Yo soy aquel que vivía  
El mas lejos del amor,  
Burlaba de su dolor,  
De su poder me reía.

Siempre de su trato hní,  
Vanos fueron mis consejos;  
Pensé que estaba de lejos,  
Y halléle dentro de mí.

De ver tanto atrevimiento  
Toda el alma se alteró,  
Y su gravedad perdió,  
Turbado, el entendimiento.

Mandóme al primero dia  
Que lágrimas le ofreciera;  
Obeceente quisiera,  
Mas yo llorar no sabía.

El que no puede pasar  
Sin llantos y desconsuelos,  
Envie al alma unos celos  
Que la enseñen á llorar.

Tomé esta lección de coro,  
Tanto en ella repitiendo,  
Que hasta cuando estoy durmiendo  
Estoy soñando que lloro.

De aquesto llegué á enfermar,  
Y amor, que mi mal sintió,

A la esperanza mandó  
Que me viniese á curar.  
Quien poco alcanza su ciencia,  
A mas daño le encamina,  
Pues su mayor medicina  
Es aplicar la paciencia.

Del mal á que estoy sujeto,  
Tanto vivo atormentado,  
Que el corazón ha llorado  
Sus lágrimas en secreto.

Tanto ha llegado á sentir  
Su riguroso desden,  
Que ha llegado á estarme bien  
El desearme morir.

Y con ser tal mi dolor,  
Aquella ingrata, homicida,  
Para animarme la vida  
Aun no me ha dado un favor.

Bella Filis, llegó el dia  
En que ha llegado mi suerte,  
Que vengo á buscar la muerte,  
Y hallar la muerte querria.

#### VILLANCICO.

Esta es la justicia  
Que mandan hacer  
Al que por amores  
Se quiso prender.

Engañó al mezuquino  
Mucha hermosura,  
Faltó la ventura,  
Sobró el desatino;  
Errado el camino,  
No puede volver  
El que por amores  
Se quiso prender.

Mandante escribir,  
Aunque no contente,  
Y si se arrepiente,  
Que no ha de huir,  
Que quiera morir,  
Y no pueda ser;  
Esta es la justicia  
Que mandan hacer.

Entro simple y ciego,  
Mas no sin razon;  
Hizose aficion  
De lo que era juego;  
El encendió el fuego  
En que había de arder,  
Cuando por amores  
Se quiso prender.

Sufra disfavores  
Hechos por autojo,  
Háganse del ojo  
Sus competidores,  
Y los miradores  
Echenlo de ver;  
Que esta es la justicia  
Que mandan hacer  
Al que por amores  
Se quiso prender.

Si acaso algun dia  
Habla con su dama,  
Mire ella al que ama,  
Y con él se ria;  
De envidia y porfia  
Se ha de mantener  
El que por amores  
Se quiso prender.

Diga su cuidado,  
Mas no sea creído;  
Antes que sea oído  
Sea condenado;  
Quiera ser mirado;  
No le quieran ver  
Al que por amores  
Se dejó prender.

## VILLANCICO.

*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y á mi alma.*

Amor es de condicion,  
Que cuando se encubre crece,  
Y una terrible aficion  
Claro y léjos se parece;  
Si la causa lo merece,  
No encubras mal que no sana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

En tu semblante y meneo,  
Pastor, estás asombrado;  
Mezquino el enamorado  
Que pierde el tiempo y desseo.  
Nunca hables de roceo,  
Sino claro y á la llana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Tiéneme el mal tan sujeto,  
Y el sugeto es tan subido,  
Que no calto de secreto,  
Sino de puro aturdido;  
Accidente es de vencido  
Estar entre miedo y gana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Entre querer bien y amar  
La diferencia es dudosa:  
Quiero bien la que es sin par,  
Y amo la que es hermosa:  
Querer bien es mayor cosa,  
Y amar cosa mas humana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Pequeña prenda es la vida  
Cuando el alma está obligada  
Por voluntad tan valida,  
Y pena bien empleada;  
Vida y alma seria nada  
Si quisiese esta tirana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Ruede el mundo, y siempre crezca  
Su hermosura mas y mas;  
Nunca nacerá jamás  
Ninguna que le parezca,  
Ni otra que tanto merezca  
Habrá como esta villana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Por razon nos enamora,  
Por voluntad nos destruye  
La que del vencido huye,  
Siendo libre y vencedora;  
Yo el firme, mas la traidora  
Voluntaria y inhumana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

Turbadora de reposo,  
Anzuelo de voluntades,  
Pecho de contrariedades,  
Aunque en extremo hermoso;  
Solo aquel será dichoso  
Que la quiere, si ella ha gana.  
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?  
Como á mi vida y mi alma.*

## QUINTILLAS,

QUEJÁNDOSE DE QUE LE CASTIGAN SIN ORLEZ.

Tiempo turbado y perdido,  
Sin sazón para quejarme,  
¿Quién seguirá mi partido,  
Si antes que me hayan oído  
Se inclinan á condenarme?  
¡Oh padre del desengaño,  
Para mí oscuro y extraño!  
¿Por qué no alumbra á quien  
Jamás supo hacer bien  
Sino á quien me hizo daño?

Filís, ¿con quién te aco quejas,  
Que así contrastas mis días?  
¿Es venganza ó son porfías  
El atapar tus orejas  
A mis quejas, por ser mías?  
Di, ¿por qué miras mis males  
Con ojos tan desiguales,  
Y mis penas como culpas,  
Que me haces dar disculpas  
De servicios tan leales?

Algún alivio tuviera  
Siendo oído y condenado;  
Mas quiere mi triste hado  
Que á manos del tiempo mnera,  
Que es cuchillo mas pesado.  
Miera yo en esta contienda  
Sin que mi razón se entienda.  
¿A quién contaré mis quejas?  
Que pues tú, Filís me dejas,  
¿Quién habrá que me deñeada?

Tal me veo en tal fatiga,  
Sin reparo que me guarde;  
Desamparado y cobarde,  
No hay mal que no me persiga,  
Ni bien que no llegue tarde.

Sufriendo desconfianza,  
Pesden, olvido, mudanza;  
Que otro descanso no teogo,  
Sino es la fe que mantengo,  
Y aun esta sin esperanza.

Cáigaseme de la mano  
La pluma y falte el sugeto,  
Salga mi voz sin efecto,  
Vayan mis quejas en vano,  
Pierda su ley el secreto.

Fatigueme el pensamiento,  
Dáme congoja y tormento  
Lo que á todos aprovecha;  
Viva siervo de sospecha,  
Falto de conocimiento.

## VILLANCICO.

Pues no me vale servir,  
Amar ni bien querer,  
¿Qué me ha de valer?

Servicios bien empleados,  
Aunque mal agradecidos,  
Tal soy yo, que vais perdidos  
Por donde otros van ganados;  
Que mi ventura menguada  
Y enemiga de mi bien  
Os ha traído ante quien  
Poco es mucho, y mucho nada.  
Pues al fin de la jornada  
Y tiempo del merecer,  
El servir no vale nada,  
El amar ¿qué ha de valer?

## CARTA EN REDONDILLAS

Á SU DAMA, ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido  
De alguno puede llamarse,  
De sí mismo aborrecido,  
A tí envía á encomendarse.

No juzgues á presunción  
Que te escribía lo que siento,  
Sino sobra de afición  
Y falta de sufrimiento.

Y aunque esta carta cerrada  
Te parezca como quiera,  
Con mis lágrimas bañada  
Se imprimió el sello en la cera.

En ella toda veras  
De mis congojas la muestra,  
Por donde conocerás  
Cuanto mas siento que muestra.

¿Por ventura has olvidado  
Esta tierra en que moraste,  
Que aun esperan tu mandado  
Los amigos que dejaste?

Por cierto, si es en tu mano  
De escribir como solias,  
Que nos haces de temprano  
Contar y esperar los dias.

A los que lejos estamos,  
Si el amor es verdadero,  
Todo cuanto imaginamos  
Nos parece haecederlo.

Puede ser que, de contenta,  
Nos tienes por olvidados,  
Y que pones en tu cuenta  
Los ausencias por pagados.

A hermosura tan alta  
No contentara morar  
Dónde lo menos que falta  
Es ser vista y adorada.

¿Que te aprovecha la maña?  
La discreción que te vale  
Entre esa gente uraña,  
Para quien el sol no sale?

De mi puedes entender  
Que desesperando espero,  
Y esperaré hasta ver  
Si tornas como primero.

Mas la miedo que el reproso  
Te cohiba á descansar,  
O quizá acun envidioso  
Te letiene á mi pesar.

Vivo los dias pensando  
Si tiene mi mal emienda;  
Las noches, no la hallando,  
A llorar suelto la rienda.

Y paso atónito y loco  
Mi tiempo en esta zozobra;  
Que para llorar es poco,  
Mas para vivir me sobra.

Cuando linjo que te veo,  
O que algun tiempo me viste,  
Es con el rostro y memo  
Con que de aqui te partiste.

¿Qué bien hay que no sea malo?  
Qué mal, que no me persiga?  
¿Dónde buscaré regalo,  
Si el regalo me castiga?

Procuró quien te parezca,  
Y como ninguna hallo  
Que tanta gloria merezca,  
Bajo los ojos y callo.

Ya no estoy en mi poder;  
Que el desatino me lleva,  
Viendo que no puede ser  
Haer tan falsa la prueba.

Si duermo, soñando pienso  
Que te hablo, al mismo instante  
Huyes, y quedo suspenso,  
La voz y mano adelante.

Sueño, quien de vos se ceba,  
No se acuerda del reuante;  
Entrais haciendo gran prueba,  
Y salís por disparate.

Una imágen tengo tuya  
Puesta delante mis ojos,  
Que aunque he miedo que me huya  
Y pruebe hacermec enojos,  
Háblola y hállola muda,  
Mírola y hállola esquiva;

Tanto, que me pone duda  
Si es la pintada ó la viva.

Revuelvo de cuando en cuando,  
Y acuso mi ceguedad;  
Después digo suspirando:  
¿Por qué tanta crueldad?

Es la viva mi deudora,  
Y la pintada me paga;  
De manera que empeora  
Con el remedio mi llaga.

En otro tiempo holgara  
De tratar con tus amigos,  
Y ahora huyo la cara,  
Como de falsos testigos.

Que trayendo á la memoria  
Lo que fui y lo que ellos son,  
No me causan vanagloria,  
Sino desesperación.

Quien llamó á la muerte ausencia  
No estaba bien en lo cierto;  
Que no ha menester paciencia  
El hombre después de muerto.

Yo, que sufro, callo y creo  
Ausente y mal satisfecho,  
¿Con cuántas muertes peleo  
Entre la boca y el pecho!

Tal me veo en tal afrenta,  
Señora, como te escribo,  
Que no me recibo en cuenta  
Las horas que sin ti vivo;

Preguntando de hombre en hombre  
Si volveras ó si engañas,  
En la voz siempre tu nombre,  
Y tu vista en las entrañas.

Y por carrera tan larga  
Voy de mí mismo huyendo,  
Que, como el alma es la carga,  
Deseo el fin, no lo viendo.

Mas espero en mal tan grave  
De tan contrarios extremos,  
Que se mude ó que me acabe,  
Como en otras cosas vemos.

El cielo que está nublado  
Desecha la oscuridad,  
La luna y sol eclipsado  
Vueltven á su claridad.

Tras el invierno el verano,  
Tras la noche el dia claro,  
Y tras lo enfermo lo sano,  
Tras el mal viene el reparo.

El duro roble en la sierra,  
De fuerte rayo herido,  
Vemos levantar de tierra  
Mas alto y mas extendido.

Y la mar, que, de turbada,  
Hizo miedo á las estrellas,  
Torna clara y sosegada,  
Como á competir con ellas.

Cualquier mudanza llegase,  
Y llegase con presteza,  
O el mal en bien se trocase,  
O cesase su braveza.

Piensa lo que sentiría  
Viéndote como te vi;

Tan gran colmo de alegría  
No podría caber en mí.

Si no viniera á este punto  
De ausencia ni despedida,  
No perdiera todo junto  
El alma, el mundo y la vida.

El alma, que desespero,  
El mundo, que le ahorezco,  
La vida, ya que no muero,  
Que muerte en vida parezco.

Cuando de haber tú partido  
Culpa alguna yo tuviese,  
Mas querría no haber sido  
O la tierra me sumiese.

Tan áspera adversidad  
No hay hombre que la consuele,  
Pues no alcanza la piedad  
A lo menos que ella duele.

Entre lo que vida alcanza,  
Y entre los muertos, busqué  
Remedio á esta malandanza,  
Pero nunca le hallé.

Uno, que no siente nada;  
Calla otro, aunque lo siente;  
En fin, no hay hora menguada  
Sino para el que está ausente.

Mas ¿qué haré, si te gasta  
Contra mi algún importuno?  
Para dañar uno basta,  
Para aprovechar ninguno.

Con voluntad invidiosa  
Vió mi mal y tu llaneza;  
Parecete otra cosa,  
Si procura tu aspereza.

Tal medicina hay, que daña,  
Aunque al médico le place,  
Y tal ingenio, que engaña  
Al maestro que le hace.

A tirano antojadizo  
Dieron maestro cruel;  
El toro de alambre hizo  
Quien murió encerrado en él.

Presto se le tornó en lloro  
Cuanto comenzó por juego;  
El mismo dentro del toro  
Probó el tormento del fuego.

Era el son de los gemidos,  
Con la fuerza de la llama,  
Cual suena á nuestros oídos  
Un bravo toro que brama.

El suceso y la ambicion,  
El caso y la maravilla,  
Movieron admiracion,  
Mas no movieron mancilla.

¡Oh cruel! En este caso  
¿Qué te dolió el bien ajeno?  
La invidia te hinchó el vaso  
Cuando me diste el veneno.

Y como inocente dello,  
Bebilo hasta acaballo;  
En mi mano fué bebello,  
Aunque no fué remediallo.

Si tú, Señora, no quieres  
Tomar de mí la conquista,  
Procura ya, si pudieres,  
De sanarme con tu vista.

### CARTA EN REDONDILLAS,

QUEJÁNDOSE DE SU DAMA Y DE SUS ENEMIGOS,  
QUE SON CAUSA DE QUE ELLA LE OLVIDE.

Gloria y descanso perdido,  
Puesto que, si gloria tuve,  
No fué por bien que hubo,  
Sino de haber el bien servido,

Ya que os perdi por mi suerte,  
Y he de callar y sufrillo,  
Adoro y beso el cuchillo  
Que me viene á dar la muerte.

No lo perdi como loco,  
Ni con fantasia vana,  
Sino con intencion sana,  
Y apartado poco á poco.

¿Quién habrá que no me acabe,  
Y quién que no se envanezca,  
Cuando en mi ya se parezca  
Lo que en mi paciencia cabe?

Y tú, á quien el mundo tiene  
Por otro ejemplo en la tierra,  
Si cuanto bien en sí encierra  
Es el que de ti le viene,

Dame ánimo y fortuna,  
Filis, para suplicarte  
Que, si por mí no soy parte,  
Por ser tuyo soy alguna.

Aunque mejor es que diga  
La carta lo que no oso,  
Pues no hallo, de medroso,

Tiempo que no me persiga.

Y si acaso no te place,  
O te importuna leella,  
Puedes quemalla sin vella,  
Que es lo que de mí se hace.

Siempre bendigo la hora,  
Cuando alegre y cuando triste,  
Que por tuyo me quisiste,  
Y te adoré por señora;

Pues vengo á ser envidiado  
Y corrido sin por qué,  
Como mártir de tu fe,  
En mi sangre confirmado.

Persecuciones y penas  
Son para mi gran victoria,  
Pues con sola tu memoria  
Las sufro y tengo por buenas.

Remedio no se te pide,  
Premio, ni le hay ni le espero;  
Bástame solo, si me oyes,  
Que mi muerte no se olvide.

Y con tu gracia se entienda,  
Como se enciende este fuego,  
Ya que, de turbado y ciego,  
No basté á regir la rienda.

Mas si para tanto peso  
Mis versos no fueron buenos,  
Sepan que tuve á lo menos  
Causas de perder el seso;

Que vivi contento, ufano  
Y seguro de tormenta,  
Pensando que en un afrenta  
Me defendiera tu mano.

Luego entre los derribados  
Me vi por malos oficios,  
Y vi todos mis servicios,  
Antes de hechos, culpados.

La disimulada cara,  
La intencion vuelta al provecho  
Movieron tu blando pecho,  
Que de sí no se mudara.

Vino y cerró la mudanza  
A mis méritos la puerta,  
Cerróla y dejóla abierta  
Para castigo y venganza.

Cargó la fúgida lengua  
Contra mi inocencia muda,  
Aunque en fe no cabe duda  
Ni cabe en paciencia mengua.

La fe me alumbró y defende,  
Me adelanta y me confirma,  
Y la paciencia me afirma  
A sufrir cuanto me ofende.

Nada pudiera dañarme  
Si no entrara en mi cuenta  
Una voluntad atenta  
Solamente á condenarme.

Condename y no me escuchas,  
Atrévete á mi inocencia,  
Porque es quien tiene paciencia,  
Que á todos parece necia.

Hannme dicho tus amigos,  
No lo tengo por verdad,  
Que mudas la voluntad  
Por relacion de testigos.

Estos que contigo privan,  
Y contra mí se conciernan,  
Quizá en otra parte aciertan,  
Pensando que me derriban.

Servir callando y sufriendo  
Solo soy el que lo puede,  
Y ya que mas no me queda,  
Quedarme he á morir sirviendo.

Acabáranse mis días,  
Seguro, aunque me derruequen,  
Que por otro no me truequen,  
Porque estas señas son mías.

Mucho lian de sus artes  
Los que conversan contigo,  
Si porque alguno es tu amigo  
Te aconsejan que lo apartes.

De pura malicia chisma

Quien habla lo que no entiende,  
Porque ó tu valor ofende,  
O habla contra sí misma.  
Mis enemigos me dañan,  
Mis amigos no me ayudan,  
Cuando faltan ó se mudan,  
Si me mienten, no me engañan.  
Soy obligado á creer,  
Aunque mas lenguas me empecen,  
Hasta que juntas tropiecen  
Puede yo vine á caer.  
Pordonde su juego entablan  
Estos que son en dañarme,  
Es que trate de excusarme  
Con cuantos hablo y me hablan.  
Mas yo callo, aunque importuno,  
Y huigo de dar excusa,  
Porque quien la da se acusa,  
Si no se la pide alguno.  
Han procurado que pierdas  
Una voluntad sujeta,  
Amistad limpia y perfecta,  
De la cual ya no te acuerdas;  
Con un ánimo constante  
De tenerte por señora.  
Como he hecho hasta ahora  
Y haré de aquí adelante.  
Pregúntame si es amor,  
Y levántame que rabio,  
Pues no es tan chico el agravio,  
Que á fiento le busque autor.  
Dicen que no me declaro,  
Que hablo y escribo oscuro;  
Aun así no me aseguro,  
¿Qué haria hablando claro?  
Venganza pido que salga,  
Y esta sea á instancia mía;  
Tengan envidia y porfia  
Con quien menos que yo valga.  
Traten con desabrimiento,  
Y sea yo el que lo haga;  
Siempre sirvan á quien paga  
Con desagrado y descontento.  
No me conviene ni toca  
Hablar con atrevimiento,  
Porque no pague la boca,  
Pues no peca el pensamiento.  
La paciencia es la que vale,  
Si alguna paciencia hallo;  
Que de lo que sufro y callo,  
A la menor parte igualé.  
Ya todo el mundo se mueve  
A conjurar en mi daño,  
Y que sea en este engaño  
La que menos me lo debe.  
¡Oh amiga cierta, escogida,  
De mis pensamientos suma,  
¿Por qué me ofendió tu pluma  
Firmando contra mi vida?  
No es hombre el que me disculpa,  
Ni acierta el que no hiere;  
Pero el que á Filis sirviere,  
Sé que no me dará culpa.  
De lo que ahora se espanta  
Huirá cuando no pueda,  
Y verse ha en la polvareda  
Sin ver de qué se levanta.  
¡Oh miedo! si no lo hubiese,  
¡Oh cuánto me atreveria!  
En quejarme gastaria  
Todo el tiempo que viviese.  
Y aunque mis dias se alargan,  
Seria breve el proceso,  
Y poco lo que confieso,  
Segun las quejas me cargan.  
No me diga este y aquel:  
« Amor es el que te engaña »  
Que otro accidente me daña,  
Mas poderoso y cruel.  
Vos, fantasías extrañas,  
Vos, invidias y sospechas,  
Sois las verdaderas flechas

Que atravéisais mis entrañas.  
Si hay culpa, yo me la cargo;  
Si hay daño, sobre mí llueve,  
Porque al entender fui breve,  
Y al obedecer fui largo.  
Levantáronme de vuelo  
Con el manarme tan presto:  
Yo desvanécime de esto,  
Y di conmigo en el suelo.  
Cual manda en esta querella,  
Que manda como enemiga,  
Si cuando razon castiga,  
La voluntad atropella.  
Como á razon te obedezco,  
Señora, y llamo en mi pecho,  
No quedando satisfecho  
Que mayor mal no merezco.  
Y aunque esta razon me obligue  
A huir de mi enemigo,  
Sola tu voluntad sigo,  
Y ella es la que me persigue.  
Ya que el juzgarme te plugo,  
Tu juicio no se tuerza,  
Mas no pongas tanta fuerza  
En las manos del verdugo.  
No debes, aunque lo quiere,  
Dar á la voluntad tanto,  
Que cobijes con tu manto  
Cuantos agravios hiciere.  
Si pudiese, acordartehia  
Por cuán loable se tiene  
Mandar nueva fantasía  
Por nueva causa que viene.  
Mas lo que temo y me duele,  
Es que tu merced me crea,  
Y que esta mudanza sea  
Siempre en peor, como suele.  
Será cansar el juicio  
Quien con Filis procurare  
Que todo cuanto mandare  
No sea en mi perjuicio.  
Y mudar lo que acostumbra,  
Empresa tan imposible  
Como hacer invisible  
Este sol que nos alumbra.  
Y así, tomaré por medio,  
Si dello se satisface,  
Loar lo que dice y hace,  
Sin buscar nuevo remedio.  
Sin querer que me halague  
O procure complacerme,  
Antes con no conocerme  
Desearé que me pague.  
Por esas manos fui hecho,  
Y por ellas descompuesto,  
Y de que no fué mas presto  
Que lo alegre y satisfecho.  
En ellas adoro y beso,  
Que tanto me sustentaron,  
Y porque me descargaron,  
No pudiendo con el peso.  
En fin, lo que el hombre quiere  
Es no verse en otra afrenta,  
Y escapar de la tormenta  
A nado ó como pudiere.  
Fuera del inconviniente  
Colgar las mojadas prentas  
Dónde las veas, y estienlas  
Que hay alguno que escarmiente.  
Las palabras de agravios,  
Filis, no han de ser creídas,  
Que son mas encarecidas  
Cuando están mas apretadas.  
Yo he de tenerme por tuyo,  
Preso ó libre, vivo ó muerto,  
Y entonces será mas cierto  
Cuando pienses que huyo.



## CARTA EN REDONDILLAS.

Vivo en tierras apartadas,  
 Léjos de tu hermosura;  
 Si yo hice mi ventura,  
 Ella me castiga a osadas.  
 La culpa deste pecado  
 Fué miedo de importunarte,  
 Y la pena es no mirarte:  
 Ved si estoy bien castigado.  
 Querría ahora valerme,  
 Aunque fuese importunando,  
 Y lo que has de responderme  
 Será vengarte callando.  
 Mas ¿qué sentirá la carta,  
 Que ni responde ni calla?  
 O si te enoja ó te harta,  
 Puedes rompella ó quemalla.  
 Pagará su atrevimiento,  
 Pues quiso hablar con quien  
 Nunca tuvo mal ni bien  
 Contra tu consentimiento.  
 Que mudar tu condicion  
 Es afan vano y perdido,  
 Y dar nueva alteracion  
 En el reino del olvido.  
 Por ventura la piedad  
 Templará algo deste daño,  
 Aunque cualquier novedad  
 Como cautivo me engaño.  
 ¿Cómo he de tener certeza  
 Que una tan clara mudanza  
 Es de olvido, ó si es tibieza  
 Quizá de desconfianza?  
 Quien no lo puede excusar,  
 Y manda lo que se ofrece,  
 A las veces ha pesar  
 Si el que es mandado obedece.  
 Y así, no me quejaré  
 De nadie sino de mí,  
 Que soy el que pagaré  
 Porque tan mal entendí.  
 Duélete del que sintió  
 Pena de penas mortales;  
 Duélete del que sufrió  
 El postrer mal de los males.  
 Oye y cree lo que digo,  
 Qué no sientas lo que siento;  
 Porque, aunque tomes castigo,  
 No tonarás escarmiento.  
 Yo me vi puesto en la cumbre,  
 Y vime en lo hondo luego,  
 Y vi demasiada lumbre,  
 Y vime, de vella, ciego.  
 ¿Cuán presto mudan estado  
 Amor y tiempo y fortuna!  
 Cuánto fué mejor librado  
 El que no probó ninguna!  
 ¿Qué puede un hombre gozar  
 Por mayor buenaventura,  
 Que de tu gana mirar,  
 Señora, tu hermosura?  
 Como de penas en pena,  
 Como de muertes en muerte;  
 Que por voluntad ajena  
 Quien te vió no puede verte.  
 Nadie viva en confianza  
 Que siempre dure lo que es,  
 Pues que toda bienandanza  
 Trae consigo el revés.  
 Amor, el que te bendice  
 No pasó por este trago;  
 No me pagan lo que hice,  
 Y lo que no hice pago.  
 Vi dar á toda la gente  
 Al justo por condenado,  
 Vi llorar al inocente,  
 Y reir del al culpado.  
 Y ¿quién sabe si esta vez,  
 Segun la desdicha mía,  
 Fuiste, Señora, el juez,

Y también el que reía?

Y á mí, que tanto me loca  
 Que disimule este engaño,  
 Y calle ó abra la boca  
 Para agradecer mi daño,  
 En el mundo la virtud  
 Antes se pierda y acabe,  
 Que yo diga que en ti cabe  
 Tal suerte de ingratitude.  
 Ni tus pechos son de hierro,  
 Ni tu condicion tan dura,  
 Que pueda eaber tal yerro  
 Donde hay tanta hermosura.  
 No es de ánimo valeroso  
 Tomar tan bajo camino,  
 En que mostrarse quejoso  
 Vale menos que mezcquino.  
 ¿De quién me puedo quejar  
 Que yo mismo me engaño,  
 Cuando quisiera trocar  
 Por confianza la fe?  
 Esperanza probó alzarme,  
 Tú bajástemé á la hora,  
 Porque presumí igualarme  
 Contigo, mi hacedora.  
 La paciencia en tal dolor  
 Fuera un remedio sencillo;  
 Menester había valor  
 Y ánimo para sufrillo.  
 Mi daño busque yo mismo  
 Si tú hallas el consuelo;  
 Del cielo vine al abismo,  
 Iré del abismo al cielo.

## CARTA EN REDONDILLAS.

Cuando al hombre sin abrigo  
 Gran adversidad viniere,  
 No se turbe, y considere  
 Si trae algun bien consigo;  
 Que teniendo en la memoria  
 Lo que le salva y condena,  
 Si el uno le diere pena,  
 El otro le dará gloria.  
 Quizá por caso movida,  
 Señora, de mi afeicion,  
 Trocaste tu conlicion,  
 Mostrándote agradecida.  
 Muy bien sé que el tal conceto  
 Es presumir demasiado;  
 Que no pones tu cuidado  
 En tan pequeño sugeto,  
 Y que el tiempo que á ti place  
 Es el caso y lo haya hecho;  
 Haga alguna vez provecho  
 A quien tanto daño hace.  
 Si te hablo alguna cosa,  
 Tú piensas que devaneo;  
 Mas la fe rige el deseo,  
 Y el deseo es el que osa.  
 Pues sea el medio la carta,  
 Y ella en mi nombre te diga  
 Si vive, y con qué fatiga,  
 Quien te vió y de ti se aparta.  
 Y aunque escribir mis cuidados  
 Parecen pasos perdidos,  
 Que apenas serán leidos,  
 Cuanto mas ser remedados,  
 Básteme para olvidallos,  
 Sin pedir que te arrepientas,  
 Señora, que los consientas  
 Como causa, por causallos.  
 Contemplar penas pasadas  
 Presente dolor amansa,  
 Y á veces hombre descansa  
 Contemplando sus pisadas.  
 Mas á mí, que el bien me huye,  
 Y de mal en peor vengo,  
 Antes que pase el que tengo,  
 El que viene me destruye.  
 Partime triste muriendo,

Y dirán que partí bueno,  
 Pues muchos comen veneno,  
 Que he visto morir riendo;  
 Porque una dolencia tal,  
 Cuando se cubre un instante,  
 Toma fuerzas adelante,  
 Y tanto mas crece el mal.  
 Fuera como si no fuera,  
 Pues quise partir en punto  
 Que me viese todo junto  
 Hecho menos de lo que era.  
 La razon de hombre mudada,  
 Perdido el seso y concierto;  
 Mas me quisiera ver muerto  
 Que vivir y verme nada.  
 Los que presentes estaban  
 Jurara que me entendían,  
 Que las entrañas me vian,  
 Mis pensamientos contaban.  
 ¡Oh sospechas y respetos,  
 Y cuántos males causais  
 Siempre que os apoderais  
 En corazones sujetos!  
 Tan alónto quedé,  
 Que salí como adormido,  
 Y cuando me vi partido  
 Dije en mí: «Esto ¿cómo fué?»  
 Quise volver del camino,  
 Mas la razon me impidió,  
 Porque pudo mas que yo,  
 Y templo mi desatino.  
 Lugar propiamente mio  
 Es el lugar donde estoy;  
 Todo es mañana sin hoy,  
 Todo es invierno ó estío.  
 El tiempo os pasa adelante,  
 Sentíslo y no lo veréis,  
 Con la mano tocaréis  
 El poniente y el levante.  
 Vaya el hombre por do fuere,  
 No ve sino abismo y cumbre;  
 Aun el día no da lumbré  
 Cuanto en los ojos se mueve.  
 Y si alguna liedra verde  
 Su naturaleza trueca,  
 No es nacida cuando es seca,  
 O de viciosa se pierde.  
 Llanos y montes y sierras  
 Nombres son y devaneo;  
 Oydolos y no los creo,  
 Como cientos de otras tierras.  
 Dícese que hay río y puente,  
 Vemos casas por defuera,  
 Que hay calles y corredera;  
 Pero no vemos la gente.  
 Lugar solo y desconsuelo,  
 De pensamientos misterio,  
 No hay en tí otro refrigerio  
 Sino peñascos y cielo.  
 De imaginaciones nido,  
 Triste abrigo de sospechas,  
 Las que el hombre trujo hechas,  
 Y despues han sucedido.  
 Pease hallar algun medio  
 Buscando la soledad;  
 Hizoseme enfermedad  
 Lo que tomé por remedio.  
 Como médico y paciente  
 Siento el despecho y el daño:  
 Despecho por el engaño,  
 Daño por el accidente.  
 ¿Qué seso de hombre podrá  
 Juntar palabras y arte  
 Que declaren una parte  
 De lo que en el alma está?  
 Mas ella misma se esfuerza  
 Viendo que de tí se aleja,  
 Y de mí solo se queja  
 Que en partir te hice fuerza.  
 Fué muy justa la querrela;  
 Que un alma tan descontenta  
 Cualquier pesar la atormenta,

Y muchos caben en ella.  
 Maltratan á cada uno,  
 Y ausencia la desbarata,  
 Porque el dolor que nos mata  
 Es apartar lo que es uno.  
 En contrariedades vive,  
 Y ellas mismas le destruyen;  
 Cuan lo del sentido huyen  
 Dentro de sí las recibe.  
 Conciértanse estos lugares,  
 Aunque hay tanta diferencia:  
 Pone el alma la paciencia  
 Y el sentido los pesares.  
 Pues ¿qué haré en el extremo  
 De vida tan trabajosa,  
 Doade mi voluntad osa  
 A aquello solo que temo?  
 Del medio no me contento,  
 Contra los fines guerrore;  
 Voy y vengo del deseo  
 Hasta el arrepentimiento.  
 Solo era dado á mí suerte  
 Sufrir tan pesada carga,  
 Porque una ausencia que es larga  
 No es ausencia, sino muerte.  
 Muerte pues que causa olvido,  
 Que el amador apartado  
 Es muerto si es olvidado;  
 Muerto, mas tiene sentido.  
 Sospechas que siempre crecen  
 Mi seso turban y espantan,  
 Que de poco se levantan  
 Y de lejos se parecen.  
 No hallo razon que fuerza  
 La imaginacion contina  
 Que á mí despecho me inclina,  
 Aunque no me hace fuerza.  
 En ningun consejo eayo;  
 Solo el quejarme conviene  
 Por lo que de fuera viene  
 Y por lo que dentro traigo.  
 El alivio es siempre menos  
 Y los trabajos doblados,  
 Porque lloro mis cuidados  
 Y los placeres ajenos.  
 Y tú, que en me ver perdido  
 Quizá eres en condenarme,  
 ¿No te basta derribarme,  
 Sino pisarme caído?  
 Conmigo serás cruel,  
 Que jamás te di embarazo,  
 Y antes me rendí á tu brazo  
 Que vieses la fuerza del.  
 Quebranta fueros y leyes,  
 Huella amigos y parientes,  
 Que mataste muchas gentes  
 Y venciste fuertes reyes.  
 Nadie te vió que viviese,  
 Nunca amenazaste en vano;  
 Pero ¿quién sintió tu mano  
 Que dello se arrepentiese?  
 Habla, valor, discrecion,  
 Gracia, hermosura eterna;  
 Sojuzga, doma y gobierna  
 Cualquier brava condicion.  
 Mujer que á muchos venció  
 Tuvo alguno de estos bienes;  
 Mas tú, que todos los tienes,  
 ¿Cuál nunca te resistió?  
 ¿Qué ley en que nos salvemos  
 Nos das? Que esta que nos diste  
 Con tus manos la hiciste  
 Para que nos condenemos;  
 Porque tú, en todo perfeta,  
 De nadie te satisfaces,  
 En lo que dices y haces  
 Tan varia como discreta.  
 Amadores, enojáos;  
 Pero no queráis pecar,  
 Y en la fuerza del penar,  
 Cuando os quejeis, humilláos.  
 Abrid vuestros corazones

Y mostrad vuestra inocencia;  
Hable por vos la paciencia,  
Cuando os faltaren razones.

Mas humildad y secreto  
Ante ti son como nada;  
Que al cabo de la jornada  
Caen en mayor defeto.

Mira cómo te resuelves,  
Que estas virtudes unidas,  
Si no son agradecidas,  
En su contrario las vuelves.

Una gran necesidad  
Turba y aflige un grau seso,  
Y siempre procura el preso,  
Por bien que esté, libertad.

Yo mismo cuando me acuerdo  
Que soy cautivo, aunque tuyo,  
De entre las gentes me huyo  
Y entre las gentes me pierdo.

Sabes que soy fugitivo;  
No me culparás por ello,  
Que la forma del hacello  
Suele excusar el cautivo.

Cuando con miedo ó desdén  
Algun sobresalto tomo,  
Hayome, mas no sé cómo,  
Que huyo para mi dueño.

Tal me veo en tal lugar,  
Y tal de ti me aparté;  
Allá me lleva la fe,  
Detiéneme acá el pesar.

Mas con estar aquí pago  
La locura del partirme,  
Y paro en arrepentirme  
Por lo que hice y no hago.

Pasen el tiempo y fortuna,  
Que yo siempre estaré quedo;  
Conocerás tarde ó cedo,  
Que mi voluntad es una,

Y que habiéndote servido  
Por hado ó por albedrio,  
Dos veces al mismo rio  
He venido y no he bebido.

#### CARTA EN REDONDILLAS.

Amor me manda escribir,  
Temor me fuerza á callar;  
¿Qué medio podré hallar  
Seguro para vivir?

Mejor es morir así,  
No diciendo lo que siento,  
Si es de amor el mandamiento,  
Y el temor viene de ti.

De ti es menester que venga,  
Que amor no tiene caudal;  
Porque mujer tan cabal  
Con solo callar se venga.

Siempre callarás conmigo,  
Y yo siempre penaré;  
Pero nunca entenderé  
Si es por costumbre ó castigo.

¿Quién sabe si me conviene  
El callar ó la disculpa?  
Quizá me cargó la culpa  
Que sabes tú quién la tiene;

Mas á tanta confusion  
Me ha traído el desatino,  
Que ya no me determino  
Sino fuera de ocasion.

Un destierro voluntario,  
Sino es por inconveniente,  
El que lo escoge lo siente,  
Pues no tiene otro contrario.

Y por esta enemistad  
Que yo no puedo negar,  
Me desterré del lugar,  
Mas no de la voluntad.

Ella, que siempre fué tuya,  
Lo será cuanto yo fuere;  
Que el alma es la que te quiere,

Aunque el cuerpo se destruya,  
Y pues esta no va aparte,  
Que no te lleve presente,  
Bien puedes juzgar que sienté;  
Quien te ve y de ti se parte.

Yo me procuré este engaño  
Con determinarme presto,  
Y volveré por el resto  
Si en partirme hice daño.

Quejarne he de mi locura,  
Y no de tu condicion;  
Que tú obras por razon,  
Yo atribuyolo á ventura.

Eusqué salvar á mi mismo,  
Pensé huir para valermé;  
Somero para esconderme,  
Vi lo hondo del abismo.

Volvi tan desconfiado  
De ti, y de mi tan corrido,  
Que conmigo ando sumido  
Y con todos sobreguado.

Como siervo que se suelta  
Y que su dueño le olvida,  
Ni le signe en la huida  
Ni le convida á la vuelta;

Yo, ciego, sin albedrio,  
¿Dónde voy, de quién me huyo?  
Tú no me tienes por tuyo,  
Y yo no puedo ser mio.

Vuelvo a demandar clemencia  
Y perdón para mis yerros  
En aquellos mismos hierros  
Que parti de tu presencia.

Mas no con poco cuidado,  
Pues tu merced me condena  
Que otro goce con mi pena,  
Yo pague como culpado.

#### QUINTAS.

##### A una despedida.

Yo parto, y muero en partirme;  
Yo lo procure y lo pago;  
No me dejes en el trago,  
Señora, del despedirme,  
Por el servicio que os hago.

Mas temo que al despedir,  
Aunque me veais morir,  
Habeis de quedar quejosa  
Porque acerté alguna cosa  
En que os pudiese servir.

Yo me parto de os mirar,  
Donde no me podréis ver;  
Contenta debeis quedar,  
Que no es menester hacer  
Fuerza para me olvidar.

No pido que si me fuese  
Vuestra merced se sintiese,  
Pues cuando yo mas penaba  
No mirastes si os miraba,  
Ni se os dió nada que os viese.

Quedará con mi ventura  
El lugar adonde os via;  
Pero vuestra hermosura  
Partirá en mi fantasia,  
Donde siempre vive y dura.

En ella se representa  
Vuestra belleza y asienta;  
Mas témome de una cosa,  
Que siempre os verá quejosa,  
Pues que nunca os vi contenta.

No entrará en ella placer,  
Sino siempre padecer  
Y silencio de difunto;  
Que el placer se junta junto  
Para cuando os torne a ver.

Pues cuando desta partida  
Fuese de vos conocida  
Cualquier liviana memoria,  
Mas haré en sufrir la gloria  
Que hago en tener la vida.

## REDONDILLAS,

ESTANDO AUSENTE.

Viéndome de vos ausente,  
 Todos los males que siento  
 Me traen al pensamiento  
 El que allá tuve presente.

Y si algun bien se me ofrece  
 En esta triste memoria,  
 Háceme llorar la gloria  
 Que ya tuve y no parece.

Juntáronse á perseguirme  
 El tiempo, el lugar y el punto;  
 Yo también me hallé junto  
 Al tiempo de despedirme.

En daros este placer  
 Todos fueron contra mí,  
 Y yo mismo, que partí  
 Donde ya no os puedo ver.

No parece inconveniente  
 Dos contrarios en mi mal,  
 Si el pesar es natural  
 Y el placer por accidente.

Quien como yo calla y muere  
 Con miedo y desconfianza,  
 Si tiene alguna holganza,  
 ¿Es ser vos la que lo quiere?

Mas si vuestra mano siente  
 Como yo, y quedare tal,  
 Contará siendo mortal  
 Que vive por accidente.

## HIMNO

EN LOOR DEL CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA.

Mi pluma se levante,  
 Que con suave canto  
 Celebre el rojo manto  
 Del hábito triunfante,  
 Y ensalce esta jornada  
 En ocasion tan bienaventurada.

¿Cuál fué la estrella clara  
 Que con dichosa lumbre  
 Desde la octava cumbre  
 Miró con dulce cara  
 Al niño dedicado  
 A la justicia, religion y estado?

Las tres le recibieron  
 Luego como nació;  
 En sus brazos creció,  
 Y ellas le mantuvieron  
 Dándole de su seno  
 La leche de lo honesto y de lo bueno (10).

Profetizó el camino  
 En ocasion dudosa  
 A la madre cuidosa  
 Un ciego peregrino,  
 Y el dueño del altura  
 Por medio humilde muestra gran ventura.

En los años creciendo,  
 Crecía en la virtud,  
 La verde juventud  
 Fué en letras floreciendo,  
 Y todo juntamente  
 Conforme á la madura edad presente.

¡Oh de fe norte y guía,  
 Ejemplo de la vida!  
 Oh columna encendida,  
 Que nos sustenta y guía,  
 Maestro de prudencia!  
 Oh pecho lleno de piedad y ciencia!

Tú, alma de la ley,  
 Consejo libre y sano;

(10) Así Sedano, el texto de Hidalgo dice:

Con leche de su seno  
 Y lumbre de lo honesto y de lo bueno.

Tú, incorruptible mano,  
 Sagrario en que tu rey  
 Tiene depositados  
 Sus altos pensamientos y cuidados.

Virtud que nos sustenta,  
 Sér cumplido y perfecto,  
 De admiracion sugeto,  
 Que á nadie descontenta,  
 A quien el gran monarca  
 Encomienda el gobierno de su barco;

Cual honra el alto cielo  
 El sol resplandeciente  
 De nube transparente,  
 Como purpúreo velo  
 Tornó el sumo Pastor  
 En púrpura ilustrísima de honor.

Quien deseaba verte  
 Donde ocasion alguna  
 De súpita fortuna  
 No pudiese empecerte,  
 Te vió seguro presto,  
 Fuera de humana envidia y rencor puesto.

Es admirable cosa  
 Que la fortuna y seso  
 Se igualan en un peso:  
 Don Diego de Espinosa  
 Con su merecimiento  
 La fortuna igualó al entendimiento.

Revuelve, oh padre claro  
 Y senador del mundo,  
 Ese camino profundo  
 A este amigo caro,  
 Que otra lumbre no quiere  
 Sino la que tu resplandor le diere.

## VILLANCICO.

A doña Leonor de Toledo.

Ten ya de mí compasión,  
 Zagaleja,  
 Y ablanda tu condicion;  
 Que el que te hizo leon  
 Te pudiera hacer oveja.

Si el que servirte desea  
 Es el primero ofendido,  
 ¿Quién seguirá tu partido,  
 Que otro como yo no sea?  
 En lo que me ví se vea,  
 Cuando ponga su aficion,  
 Zagaleja,  
 En la ira del leon  
 Y mudanza de la oveja.

Haber, zagala, victoria  
 De un siervo sin libertad  
 Es dar al vencido gloria  
 Y al vencedor poquedad;  
 Trata con humanidad  
 A quien vences con razon,  
 Zagaleja,  
 Siendo con bravos leon  
 Y con humildes oveja.

Quien fuere mas á la llana,  
 Menos errará el camino;  
 Que el amor es cosa humana,  
 Aunque le llaman divino.  
 No venzas por desatino,  
 Ya que vences por razon,  
 Zagaleja;  
 Sé leona con leon,  
 Y con carneros oveja.

Si quien huye y no te quiere  
 Sigues tú como perdida,  
 El pastor que por tí muere  
 Cornudo va á la otra vida.  
 Siempre andarás de partida;  
 Mas nunca en una opinion,  
 Zagaleja,

Siendo con leon oveja,  
Y con oveja leon.

Das ligas al que agradece  
Por mercedes los pesares,  
Y das favores á pares  
Al que no te los merece;  
Pues ese que te parece  
Conforme á tu condicion,  
Zagaleja,  
Tú le tienes por leon  
Y nosotros por oveja.

## ESTANCIAS.

Amor, amor, quien de tus glorias cura,  
Busque el aire y apríetelo en la mano,  
Conocerá el placer cómo es liviano,  
Y el pesar cómo es grave y cuánto dura;  
Goce el misero amante su ventura  
Como el que es convidado del tirano,  
Que ve sobre el cabello estar colgada  
De un frágil pelo una tajante espada.

Abrase el corazon, mas por de dentro,  
Como no me condene por mi hoca;  
Siéntalo el alma sola que le toca,  
Pues allá recibió el mayor encuentro.  
Cualquiera confianza, aunque sea poca,  
Me pondria en lo mas hondo del centro.  
El goloso que come y que revienta  
No se espante, si ayuna, que lo sienta.

Yo me vi en otro tiempo de alegría  
Por voluntad ajena ó por mi hado,  
Mas poco me duró este dulce estado,  
Porque mi alma no lo merecía.  
Alzóse un ciego y súbito nublado,  
Que hizo noche oscura el claro día,  
En que vivo, Señora, y vivir quiero,  
Hasta volverte á ver como primero.

Quien desea mas bien del que conviene,  
Y si posee mas del que merece,  
Cualquier cosa le turba y entristece  
Que fuera de propósito le viene;  
Mas el pobre que sufre y que padece,  
Contento con el mal ó bien que tiene,  
El que mal le tratara será ingrato,  
Y aun él, si no se queja, un insensato.

Mostróme el bien y mal de su gobierno  
Amor, y endurecióme de la cuna,  
Y subitas mudanzas de fortuna.  
Que hacen impresion en pecho tierno;  
Vine asido en un cuerno de la luna,  
Y ahora en las aldabas del infierno.  
Otro se fia en arte y en prudencia;  
Mas yo, Señora, en solo tu clemencia.

Bemándote la muerte de pielad,  
Que por tu voluntad me concediste,  
Y es la que debes dar á cualquier triste,  
Si te llamare en gran adversidad,  
Que vea y que contemple ese beldad,  
Con que lo vences todo y lo venciste.  
Consiente que me vuelvan lo que es mio,  
El seso, la razon y el albedrio.

El justo, cuando muere por sentencia,  
Si algun tiempo esperó que fuese bueno,  
Y le ofrecen que muera con veneno,  
Piensa que del morir hace dolencia;  
Mas yo, que en el remedio me condeneo,  
Pido tiempo, Señora, y darme ausencia.  
Si médico hallé yo por mi suerte,  
Cura el mal con peor muerte que muerte.

## La bella mal maridada (11).

GLOSA Á UNA MUJER FEA Y DISCRETA.

Al tiempo que el cielo quiso  
Haceros, dama graciosa,  
Su mano muy poderosa  
Todo lo que os dió de aviso  
Os quitó de ser hermosa.

Asi que, sois avisada,  
Pero de mal parecer;  
No os dé, Señora, nada;  
Que habiendo de ser casada,  
Imposible será ser  
«La bella mal maridada».

Tened contento, Señora,  
Con cualquier cosa que sea;  
Que no siendo matadora,  
Para los gastos de ahora  
Es gran descanso ser fea;  
Que muchas hermosas vi  
Volverse feas despues,  
Mas no avisadas asi;  
Mayormente que no es  
«De las mas lindas que vi».

En el quinto mandamiento  
No tendreis qué confesar;  
Del gasto tened contento;  
Que de obra ni pensamiento  
Con él no haréis pecar.

No tengais estos favores  
De Dios, mi señora, en poco;  
Que entre cien mil servidores,  
Nadie se os volverá loco,  
«Si habeis de tomar amores».

Renegad de Policena,  
De la Cara y de Hipermestra,  
La reina Dido y Elena;  
Mas vale una faicion vuestra,  
Que se deja ver sin pena.

Y pues veis que nadie os quiere,  
Por ser la mas fea que vi,  
Al primero que viere  
Cerrad con él, si dijere:  
«Vida no dejéis á mi.»

## ESTANCIAS VIZCAINAS.

A Dios juras, hermoso Catalina;  
El tu beldá, el tu extraño hermosura  
En corazon de Joaicho muy abina  
Hecho han un crudo y bravo matadura.  
Buscado has una y otra medicina,  
Al mi llago cruel y á mi tristura;  
Llora mi alma siempre desdeque vióte,  
Haya mal, Catalina, quien parióte.

Cada siempre te tiene en mi memoria,  
Mucho mas que no tú te piensas, quiero,  
Merced vuestro mi pena es y mi glorio,  
Por esos tuyos ojos yo me muero;  
El mi firmeza hecho has ya notorio,  
Y el fe que yo le tienes verdadero.  
Joaicho, yo mas te quiero que no todos;  
Si quieres, vido mio, hagamos bodos.

Hidalgo eres de todo mucho honrado,  
Hombre gentil mas cuanto que querrias,  
Machete traes continuo puesto al lado,  
En corto tienes yo parientes mias;  
Jubon con calzas traes cañiveteado,  
Zapatos nuevos vistes los mas dias;  
Vizcaino eres, no en razones corto,  
Sabiedo mas que tienes todo el Corto.

Jugaban al mas certero  
Interés y el Amor franco;  
Interés daba en el blanco,  
Y Amor erraba el terrero.

## GLOSA.

Estando Amor enojado,  
Alcanzado de paciencia,  
El Interés ha llamado  
Tanto, que le fué forzado  
De venir en competencia.  
Amor, como caballero,  
Tomó flechas de aficion;  
Interés solo al dinero,  
Y en mi libre corazon  
Jugaban al mas certero.

(11) Véanse en Castillejo otras glosas de la bella mal maridada.

Fué libre porque sintico  
 La mas sabrosa herida;  
 Libre porque no torciese  
 La justicia conocida  
 A quien mejor la tuviese.  
 Y despues que hubieron puesto  
 En el terrero su blanco,  
 Armaron los arcos presto,  
 Y juntos se van al puesto  
*Interés y el Amor franco.*

Amor no quiere tirar  
 Porque le estorba el temor,  
 Que le hace recelar;  
 ¿Quién vido jamás ganar  
 El Interés al Amor?  
 Pero al fin tiró una flecha,  
 Y apenas llegó al barranco,  
 En el aire fué deshecha;  
 Con otra, de oro hecha.  
*Interés daba en el blanco.*

Amor estaba corrido  
 De ver su gloria al revés,  
 Y ruégale al Interés  
 Que vuelvan á su partido,  
 A ver si pierde otra vez.  
 Vuelven al puesto primero,  
 Y juntos en un nivel,  
 Con un tiro de dinero  
 Interés dio en medio dél,  
 Y Amor erraba el terrero.

*Ser vieja y arrebolarse  
 No puede tragarse.*

## GLOSA.

El ponerse el arrebol  
 Y lo blanco y colorado  
 En un rostro endemoniado,  
 Con mas arrugas que col,  
 Y en las cejas alcohol,  
 Porque pueda devisarse,  
*No puede tragarse.*

El encubrir con afeite  
 Hueso que entre hueco y hueco  
 Puede resonar un eco,  
 Y el tenello por deleite,  
 Y el relucir como aceite,  
 Rostro que era justo hollarse,  
*No puede tragarse.*

El colorir la mañana (12)  
 Los cabellos con afan  
 Y dar tez de cordoban  
 A lo que de sí es badana,  
 Y el ponerse á la ventana,  
 Siendo mejor encerrarse,  
*No puede tragarse.*

El decir que le sslieron  
 Las canas en la niñez,  
 Y que de un golpe otra vez,  
 Los dientes se le cayeron,  
 Y atestiguar que lo vieron  
 Quien en tal no pudo hallarse,  
*No puede tragarse.*

## CARTA.

Queria contar mi vida,  
 Pues no se cansa mi suerte;  
 Mas para contada es muerte,  
 ¿Qué será para sufrida?  
 Si de mis adversidades,  
 Filis, tuvieses manecilla,  
 Seria una maravilla  
 Entre muchas novedades.

Cuando los hados porñan,  
 Arrastran por los cabellos  
 Al que no quiere ir con ellos;  
 Pero si quiere, le guian.  
 Yo soy aquel sin abrigo,  
 Esclavo de mis cuidados.  
 A quien arrastran los hados  
 Porque los quiero y los sigo.  
 ¡Pluguiera Dios que yo hubiera  
 Entre serpientes nacido,  
 Y aunque no fuera querido,  
 Que alguna dellas quisiera!  
 Por ventura habria respuesta,  
 Cuando mis males contase,  
 Con que algo se reparase  
 Vida que tan caro cuesta.  
 El tiempo me hace guerra,  
 La piedad me desampara,  
 Nadie me mira á la cara  
 Que no le suma la tierra.

Remedio que me consuele,  
 Ni le procuro ni hallo;  
 Antes pedillo ó buscallo  
 Mas que el propio mal me duele.  
 Si no le buseo, me daña,  
 Porque de olvidado muero;  
 Y si le busco ó le espero,  
 Luego me hierre tu saña.  
 En tan peligrosa empresa  
 El sufrimiento me basta;  
 Mas tu voluntad contrasta,  
 Que aun de que sufra le pesa.

Sentimientos y razones  
 Hacen muy poco á mi caso,  
 Porque por el mismo caso  
 Las tienen por opiniones.  
 Dichoso el que fué escuchado,  
 Aunque creido no sea,  
 Si dijo lo que desea  
 Sin que esté nadie á su lado.

Cuando amor alguno hierre,  
 No hay deseo que no cebe;  
 Que no trata como debe  
 El ciego, mas como quiere.  
 Pues veráse en mi dolor,  
 Si á dar mi descuento llego,  
 Cómo no es amor el ciego,  
 Sino quien manda al amor.

Ya fui libre desta carga,  
 Y vi comenzar el daño;  
 Mas fué tan breve el engaño  
 Como la salida larga.

Ayer juzgaba imposible  
 Tener mal de que me queje,  
 Y hoy deseo que me deje  
 Todo este mundo visible.  
 El fuego mi pecho enciende,  
 El aire mis quejas lleva,  
 El agua mis ojos ceba,  
 La tierra presto me atiende.

Pues ya que los elementos  
 Que en el mundo nos sostienen  
 Se juntan y me condenen,  
 Me salvan mis pensamientos.

Culpame porque me atlijo  
 El mundo, aunque me desecha,  
 Mas fuése lo que sospecha,  
 Y no lo que yo colijo.

El que siempre fué celoso,  
 Pues de tomar cuenta gusta,  
 Cuenta le daré muy justa  
 A trueque de algun reposo.

Cuantas maneras de enojo  
 Y cuantos inconvenientes  
 Desasosiegan las gentes,  
 En mi alma los acejo.

Que, de acostumbra y hecha  
 A tan triste compañía,  
 Si se ofende no porña,  
 Ni se guarda si sospecha.

Ya no hay fuerza que me ayude  
 Ni consejo sin engaño,

(12) Así Sedano; el texto de Hidalgo dice:  
 El encubrir la mañana.

Porque es procurar mi daño  
 Procurar que algo se mude.  
 Dichoso ante todas suertes,  
 Y sobre todos dichoso,  
 El que murió con reposo,  
 No como yo, tantas muertes.

Esta es la cuenta que puede  
 Dársele de lo que dice,  
 Que menos le escandalice,  
 Y yo mas seguro quede.

Muestra que le pesa de ello,  
 Y aconsejarme desea;  
 Conéjame porque vea  
 Cuán imposible es hacello.

Si mis razones se vuelven  
 Entre escrúpulos y dudas,  
 Que como flechas agudas  
 A mi pecho se revuelven,

¿Qué consejo se le ofrece  
 En ocasion tan perdida,  
 A que yo no dé salida,  
 Que contra mí se enderece?

Quéjome de la fortuna,  
 Que me hiere al descubierto;  
 Dícme que busque puerto  
 Ponde no hiera ninguna.

Poco sabe de esta cuenta  
 Quien da consejo tan ciego;  
 Que en el mar donde navego  
 Ningun puerto hay sin tormenta.

¿Oh suspiros sin licencia!  
 Mejor moris en el seno;  
 Que para nada fué bueno  
 Muestra de poca paciencia.

Dicen piense en vanidades  
 Como en descontentamientos;  
 Aquellos son fingimientos,  
 Mas estos puras verdades.

Mi alma no comprehende  
 Tan peligroso consuelo;  
 Antes vive con recelo  
 De que te cansa y ofende;  
 Que regale de buen arte  
 Y entretenga tus amigos,  
 A todos como á testigos,  
 Y á ninguno como á parte.

Sería en gran menoscprecio  
 Una presuncion tan alta,  
 Si redimiese mi falta  
 Por tan apocado precio;

Que veo ese claro gesto,  
 Vitoria de hermosuras,  
 Que á todas las deja ascuras  
 Ó las destierra del puesto.  
 ¿Cómo la veré contenta,  
 Que siempre la vi con ira,  
 Y jamás acaso mira,  
 Que adrede no se arrepienta?

¿Qué me acerco á esos oidos?  
 Que si escucharme no tienen,  
 No querrán que se condenen  
 Pensamientos tan validos.

No hay discrecion que no ciegue,  
 No hay color que no demude,  
 Y no hay lengua que no mude  
 Antes que á hablarla llegue.

Y que esas manos te pido,  
 Que no merezco besallas,  
 Ni me atrevo á demandallas,  
 Por lo poco que he servido.

Sería paso muy duro  
 Si fingiese que las beso,  
 Y no quedara mi seso,  
 Cuando las finja, seguro.

Fingiré que prometieron  
 Eseribirme y consolarme;  
 Mas para desampararme  
 Como cautivo me vieron.

No confesará mi boca,  
 Ni la fantasia imagine  
 Que mi ánimo se incline  
 Á una esperanza tan loca.

Diligencia es defendida

Y causa de rompimiento

Reprochar el cumplimiento

Aun de merced prometida.

Yo, que en muchos yerros caigo,

Ninguno que á este parezca,

Antes sin vella perezca,

Que finja que la retraigo.

Mundo, el que no te conosco

Ni entiendo tus aparejos,

Con estos y otros consejos

Puede ser que se alboroce.

Todos tus consejos ciegan,

Tus consuelos son inciertos,

Y están en manos los ciertos

Que al mejor tiempo los niegan.

El servir sin esperanza

Y el desear de continuo,

Suelen andar el camino

Del miedo á la confianza.

Mas no tiene en qué se funde

En mi pecho ni en ajeno,

Porque el miedo, que es su freno,

La escarmienta y la confunde.

Mucho puede la costumbre

En dolor que viene mauso;

Pero el nio, sin descanso,

¿Qué consejo hay que le alumbre?

Desterrado en el abismo,

Siento crecer mi deseo,

Y ningun descanso veo,

Sino buscallo en mí mismo.

Si el deseo se adelanta,

El pensamiento barrunta,

Y á la fin nunca se junta

Con miedo, que no me espanta.

¿Quién hay que mis quejas mande?

De tu saña ¿quién se guarda?

Que si la razon es grande,

El ánimo se acobarda.

La esperanza es sobre nada,

Y aunque la lengua se esfuerce,

Cualquiera punto la tierce,

Como está desamparada.

Ocasion no puede habella,

Y la opinion está presa;

Cuenta dóila á quien me pesa

Donde verán poco della.

La gente va me escarnece,

No quiere el tiempo valerme;

Yo no acierto á socorrerme,

Y tu piedad me fallece.

El descanso es sin provecho,

El remedio no tenelle,

Si está en las manos ponelle,

Que las heridas han hecho.

La vida es la que sostengo

Cual soy yo, que la sostiene;

Siempre peor la que viene,

Por mala que es la que tengo.

Y si compañía quiero,

Téngola con mi enemigo,

Porque la tengo conmigo;

Ved cuál es el compañero.

## CARTA.

Noche turbia y oscura,  
 A quien faltó el claro día,  
 Siempre está en mi fantasia  
 Tu tristísima figura.

No hay adversidad que baste  
 Ni crueldad que me espante,  
 Despues que tengo delante  
 Cual me viste y me dejaste.

Juez riguroso y crudo  
 Fuese, mas fuese en presencia  
 Mas áspera tu sentencia,  
 Tu cuchillo mas agudo.

¿Qué te costaba que fuera,  
 Cuando mandaste partirme,

Ya que fué sin despedirme,  
Por donde á Filis yo viera?

Y viera quizá pasando,  
Y fuera en esta ocasion  
Menos dura mi pasion  
Y tu cuchillo mas blando.

No digo que ella se mueva  
Por ocasion tan liviana,  
Pero acaso ó de su gana,  
Como por ver cosa nueva.

Nadie sienta lo que siente  
Mi alma en esta jornada,  
Pues vió la gloria pasada  
Y vee la pena presente.

Era la gloria hablarte  
Y contemplar en tu gesto,  
Filis, juntando con esto  
Otra mas divina parte.

Tu ánimo no vencido,  
Discrecion que nos da lumbré,  
Tu valor puesto en la cumbre,  
Y tu sér nunca ofendido.

Esto nos obliga y vence,  
Y sin ello, ser hermosa  
Es como temprana rosa,  
Que pasa antes que comience.

La pena jamás acaba,  
Porque tu saña no amansa,  
Y porque de mí te cansa  
Cuanto en los otros alaba.

Veo cómo el tiempo huye,  
Y que mi pena no muda,  
Y ni tu favor me ayuda  
Ni tu saña me destruye.

Si acaso tienes despecho  
Y quieres probar tu lanza,  
De mí te pido venganza  
Por el yerro que no he hecho.

Mas no querrás, yo lo lio,  
Diciendo que devanco,  
Cumplir este mi deseo,  
Por ser deseo y ser mio.

No es un valor que en ti cabe  
Para tan haja contienda;  
Castigueme el que me entienda,  
Ya que mira mas que sabe.

Léjos irá deste cuento  
Quien me conoce y te entiende,  
Pues tu valor no deciendo,  
Ni sube mi atrevimiento.

Beluchar con la fortuna  
Tengo las fuerzas perdidas,  
Y dame tantas caidas,  
Que ya no temo ninguna.

Después, como se me acuerda  
Que por tu causa me atrevo,  
Crécenme fuerzas de nuevo,  
Con que luchar, aunque pierda.

Pero ver cuán poco puedo  
Me detiene y acobarda;  
Y así, mi alma se guarda  
De sacar fuerzas del miedo.

El remedio que no entiendo  
Estoy suspenso esperando,  
No cayendo y levantando,  
Mas de continuo cayendo.

Aquí me veo olvidado,  
Sin tener quien por mí haga;  
Este es el mundo y su paga,  
Y aun quizá el mayor pecado.

Solo, sin abrigo y preso,  
Desamparado, aunque firme,  
Ni puedo desahogirme  
Ni quiero dejar el peso.

¿Quién ayudará al ausente,  
Si todos son en culpalle?  
Pues á quien sale á ayudarle,  
Que en saliendo se arrepiente.

La que sabe por qué muere,  
Como testigo de vista,  
Déle fuerza que resista  
Y sufrimiento que espere.

Soledad libre, apartada,  
De mis cuidados misterio,  
Dicen que eres refrigerio,  
Escogida, y no forzada.

Y pues forzada veniste,  
Da en mis males algun medio;  
Que tambien eres remedio,  
Aunque el remedio mas triste.

En tí hay libertad sencilla,  
En tí hay voluntad exenta,  
En tí no hay quien pida cuenta,  
Ni crueldad ni mancella.

En tí los deseos valen,  
Y vuelan los pensamientos;  
Engañanse por momentos  
Las esperanzas que salen.

En tí se esfuerza el amante  
Y osa hablar su lenguaje,  
Sin que le estorbe ó le ataje  
Dulce ó áspero semblante.

Duros casos se contemplan  
Que fáciles nos parecen,  
Grandes quejas se enternecen  
Y recias iras se templan.

Mil bienes desta manera  
Podría decir, y callo,  
Porque en estado me hallo,  
Que él mismo me desespera.

Mas contra ausencia y olvido  
¿Qué remedio es el que basta,  
Si firmeza no contrasta,  
Y el envidioso es creído?

¿A quién volveré mis ojos,  
Que mis lágrimas entienda,  
Pues tú, que mandas la rienda,  
La sueltas á mis ojos?

¿Dónde volveré mis quejas,  
Que puedan ser remediadas,  
Tanto menos escuchadas,  
Cuanto mas libres las dejas?

Abre ese pecho, Señora,  
Quita dél esa tibieza  
Mira que es mayor cruera  
El ser tibia y matadora.

Y aunque en pedillo me alargo,  
Ya que el cuerpo se destruya,  
El alma quede por tuya,  
Y el pensamiento á mi cargo.

Asegúralo en tu seno  
Siquiera, y no lo aproveches;  
Bástame que me deseches  
Con propósito tan bueno.

Si juzgar á confianza,  
Que revuelva en mi memoria  
Tan alto estado de gloria,  
Que no cabe en la esperanza.

Aun en locura tan clara  
No se le puede dar nombre,  
Sino castigar al hombre  
Que se atreve y lo declara.

Y así, quedaré con miedo  
Que tu ira me condene  
Adonde mi alma pene  
Lo que pecó mi denuedo.

Cualquier castigo es liviano,  
Segun yo debo ofenderte,  
Mas no que en tiempo tan fuerte  
Me desampare tu mano.

Ni te causes que procure,  
Pues la razon lo requiere,  
Si tu justicia me hiere,  
Que tu clemencia me cure.

#### A Vénus.

Vénus se vistió una vez  
En hábito de soldado;  
Páris, ya parte y juez,  
Dijo, de vella espantado:  
« Hermosa confirmada  
Con ningun traje se muda;



¿Veisla cómo vence armada?  
Mejor vencerá desnuda.»

#### A Lais.

Lais, que ya fui hermosa,  
Este mi espejo consagro  
A ti, Vénus, como á diosa  
De hermosura y milagro.  
Ya yo no lo he menester  
Si no tornas á bacermé,  
Pues cual fui no puedo ser,  
Y cual soy no quiero verme.

#### A la misma.

De otra arte me parecías,  
Lais, que ahora me pareces;  
Yo te vi que amanecías,  
Y véote que amocieces.  
Y agora, de antojadiza,  
Quiéresme encender la vida  
Con una hacha caída  
En medio de la ceniza.

#### A los hijos de Pompeyo.

El Asia y Europa encierra  
Los dos hijos de Pompeo,  
Y al padre mató en la tierra  
De Egipto el rey Tolomeo.  
El mundo todo á tropel  
Se juntó á dalles caída;  
Que para tan gran caída  
No bastó una parte dél.

#### SONETO.

ATRIBUIDO Á DON DIEGO DE MENDOZA (13).

Dentro de un santo templo un hombre honrado  
Con grande devocion rezando estaba;  
Sus ojos hechos fuentes, enviaba  
Mil suspiros del pecho apasionado.

(13) Publicó Sedano este soneto en el tomo viii del *Parnaso*. El asunto que dió origen á él sirvió á Gaspar Lucas Hidalgo para el siguiente cuento, que se lee en los *Dialogos de apacible entretenimiento* (Barcelona, 1605): «Una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia no podia un hombre que estaba detrás della besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus propias asentaderas: *Aquí podreis besar, hermano; que todo es tierra, y aun peor.*»

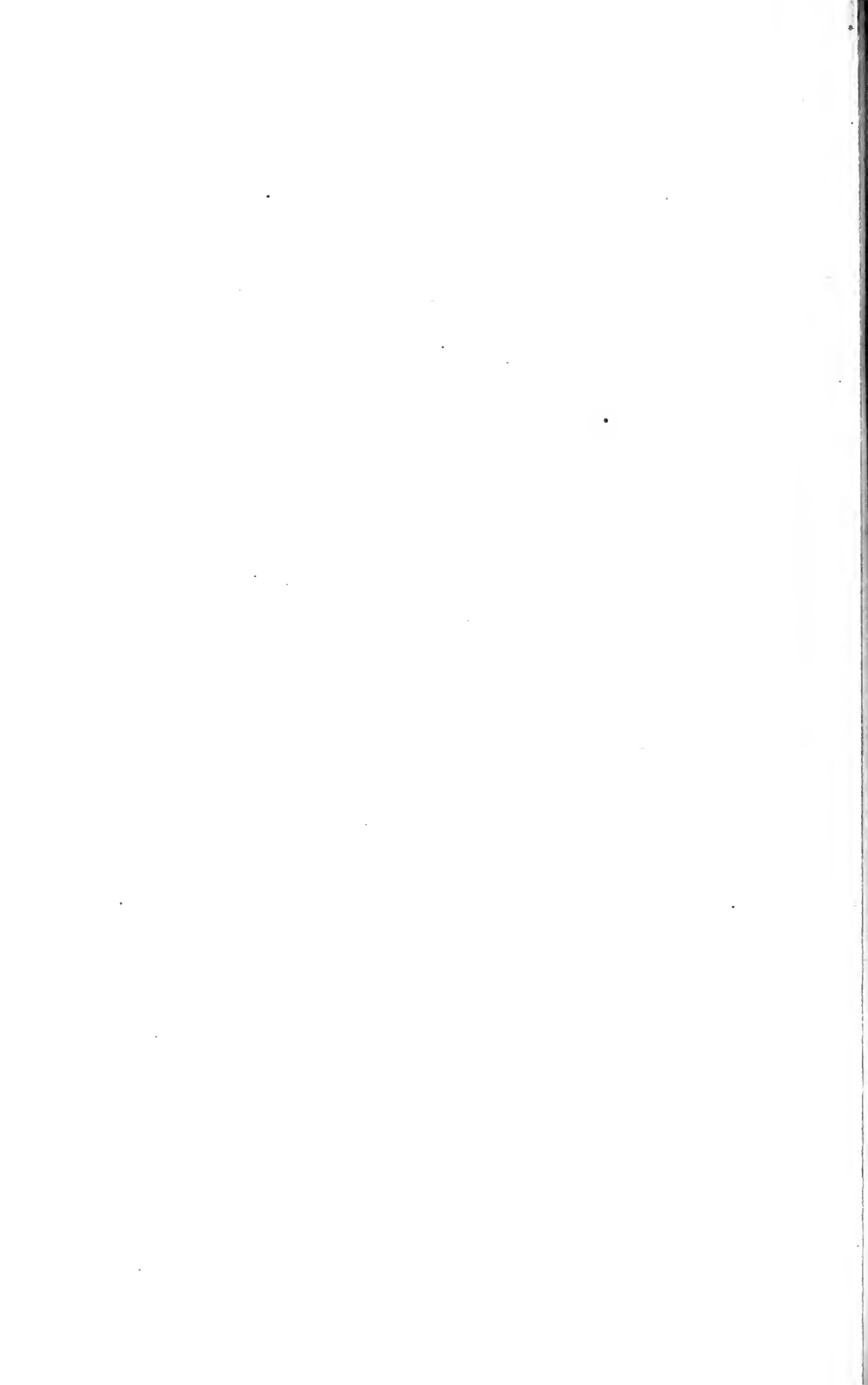
Después que por gran rato hubo besado  
Las religiosas cuentas que llevaba,  
Con ellas el buen hombre se tocaba  
Los ojos, boca, sienes y costado.  
Creció la devocion, y pretendiendo  
Besar el suelo al fin, porque creia  
Que mayor humildad en esto encierra,  
Lugar pide á una vieja; ella, volviendo,  
El salvo honor le muestra, y le decia:  
«Besad aquí, Señor, que todo es tierra.»

TRADUCCION DE HORACIO (14).

(Oda 4.<sup>a</sup> del libro I.)

Ya comienza el invierno riguroso  
A templar su furor con la venida  
De Favonio suave y amoroso,  
Que nuevo ser da al cuerpo y nueva vida;  
Y viendo el mercadante bullicioso  
Que á navegar el tiempo le convida,  
Con máquinas al mar sus naves echa,  
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.  
Ya no quiere el ganado en los cercados  
Establos recogerse, ni el villano  
Huelga de estar al fuego, ni en los prados  
Blanquea ya el rocío helado y cano;  
Ya Vénus con sus niñas concertados  
Bailes ordena, mientras su Vulcano  
Con sus ciclopes en la fragua ardiente  
Está, al trabajo atento y diligente.  
Ya de verde arravan y varias flores,  
Que á producir el campo alegre empieza,  
Podemos componer de mil colores  
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza;  
Ya conviene que al Dios de los pastores  
Demos en sacrificio una cabeza  
De nuestro lato, ó sea corderillo,  
O si él lo quiere mas, un cabritillo.  
Que bien tienes ¡oh Sexto! ya entendido  
Que la muerte amarilla va igualmente  
Á la choza del pobre desvalido  
Y al alcázar real del rey potente.  
La vida es tan incierta, y tan medido  
Su término, que debe el que es prudente  
En frenar el deseo y la esperanza  
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.  
¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte  
Al reino de Pluton, donde ni al dado  
Jugaras si te cabe á ti la suerte  
De ser el del banquete ó convidado,  
Ni te consentiran entretenerse  
Con el hermoso Licido, tu amado,  
De cuyo rostro saltarán centellas  
Que enciendan presto el rostro á mil doncellas?

(14) Hállanse estos versos en las *Flores de poetas ilustres* por Pedro de Espinosa. Llevan el nombre de DON DIEGO DE MENDOZA, lo mismo que el soneto *Pedis, reina, un soneto; ya te hago.*



---

# POESIAS

DE

## CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

(En el Pastor de Filida. Madrid, 1582.)

Eso tienen las coplas, dijo Silvia, que por parecer de uno, aplacen á muchos; pero si á mí no me agradan, poco me mueve que grandes poetas las alaben, que por la mayor parte gustan de cosas que no son buenas para nada. ¿Qué poesía ó ficción puede llegar á una copla de la *Propaladia*, de *Alecio* y *Fileno* (1), de las *Audiencias de Amor*, que todos son verdaderamente ingenios de mucha estima; y los demás, ni ellos se entienden ni quien se le da.

---

#### DE LOPE DE VEGA.

(En la Dorotea.)

Así, el que rimare hallará lo mas perfecto; que de hallar se llamaron los versos *trovas*. Y por eso dijo el otro poeta:

Dios perdone á CASTILLEJO,  
Que bien habló de estas trovas.

De ese poeta aun viven sus obras. Fué secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos (2).

---

#### DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(En los Orígenes de la Poesía castellana. Málaga, 1754.)

El traje extranjero de que empezó á usar nuestra poesía, con el ritmo italiano, hizo no muy acepta esta novedad á los mismos que no carecian de los talentos necesarios para distinguirse en esta empresa, como sucedió con CRISTÓBAL DE CASTILLEJO y otros poetas de aquel tiempo, de quienes todavía se leen vivísimas invectivas contra los principales autores de esta gran revolu-

(1) *Didlogo de las mujeres*, por CASTILLEJO.

(2) Lope en el *Isidro* ya había dicho: «Perdone el divino Garcilaso, que tanta ocasion dió para que se lamentase CASTILLEJO, festivo é ingenioso poeta castellano.»

cion.... Padilla supo unir á la facilidad y hermosura de su estilo una igual fecundidad en la invencion. En esto fué igual á Padilla CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, su contemporáneo, cuyas poesias, además de la sal de que abundan, merecen una estimacion particular, por ser su autor el que escribió las coplas castellanas con mas gracia y espíritu. Las sátiras de Bartolomé de Torres Naharro deben leerse, y mucho mas las de CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, que tenia genio particular para esta casta de poesia. Entre sus demás composiciones satíricas, se distinguen las coplas escritas contra los que en su tiempo dejaban los metros castellanos por los italianos, el diálogo de las condiciones de las mujeres, el de la vida de corte, el del autor y su pluma, y el diálogo de la verdad y la lisonja. Estas y otras composiciones de CASTILLEJO abundan de una gracia y un *domaire* inimitables, y es menester confesar que ninguno hasta su tiempo poseyó en el grado que el arte de hacer ridiculo el vicio.

---

## DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

(*En la Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano.*)

Ambos géneros siguiéronse cultivándose dichosamente, segun es de ver en las coplas del último y mejor poeta de esta medida, el festivo y natural CASTILLEJO. Criado este en el palacio de don Fernando, y enriquecido de feliz númen, hizo lincapié en retener el metrificar antiguo y en zaherir sin razon, aunque chistosamente, y por dicha nuestra sin éxito, la plausible moda que renació y cobró vuelo en sus dias.

---

## POESIAS

# DE CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

### LIBRO PRIMERO.

#### DE LAS OBRAS DE AMORES.

##### AL AMOR.

Amor dulce y poderoso,  
No te puedo resistir,  
Y acuerdo de me rendir;  
Que defenderme no oso  
Sin obligarme á morir.  
Y pues de nuestra pasion  
Eres absoluto rey,  
Mi penado corazon ,  
Tornado ya de tu ley,  
Sigue tu fe y opinion.

Doyme por siervo y vasallo  
De tu querer y poder,  
Sin darte qué agradecer,  
Pues aunque busco, no hallo  
Otra cosa que escoger.  
Poner á tus demasias  
Reparo ni defension  
Son ya muy vanas porfias,  
Pues tengo visto que son  
Tus fuerzas sobre las mias.

Por do queda conocido  
Que ponerme es lo mejor  
En las tus manos, Amor,  
Como se pone el vencido  
En las de su vencedor ;  
No porque estoy bien contigo,  
Pues tanto mal me conciertas,  
Mas porque tan mal conmigo,  
Que me meto por las puertas  
De mi mortal enemigo.

Aunque es flaqueza vencerme  
De ti, mayor lo seria  
El no usar de cobardia  
Contra quien , para valerme,  
No me vale valentia.  
No porque tu ingratitud  
Tenga yo por conocer,  
Mas la falta de salud  
Me fuerza para hacer  
De necesidad virtud.

Y lo que recelo mas  
Y me pone turbacion  
(Porque sé tu condicion),  
Es que no me tomarás  
A muerte, sino á prision.

Mas haz tú lo que quisieres,  
Que yo á merced te me doy,  
Y he de querer lo que quierres ;  
No mio, mas tuyo soy,  
Y de ser lo que tú fueres.

##### OYRAS COPLAS AL AMOR.

Luchan en mi pensamiento  
Y pónenme en confusion  
Mi penado corazon,  
Amor y aborrecimiento,  
Contrarios en opinion.  
Es una brava batalla,  
Porque cada parte halla  
Mil armas en su defensa ;  
Mas al fin, segun se piensa,  
Amor habrá de ganalla.

Despues de lo cual yo quedo  
Por esclavo aherrojado,  
Y de muy apasionado,  
Aborreceré si puedo,  
Y si no, amaré forzado,  
Sufriendo lo que padece  
(Pues en esto me parece)  
El miserable del buey,  
Que trae á cuestras por ley  
El yugo, aunque lo aborrece.

Entre estas dos disensiones  
Anda mi cabeza loca,  
Que huyo (porque me toca)  
Vuestras malas condiciones ,  
Mas el gesto me revoca.  
Aborrezco en demasia,  
Pero menos que debria ,  
Vuestras obras de leona ;  
Mas amo vuestra persona  
Mil veces mas que querria.

Y otras tantas determino,  
Viendo vuestra crueldad ,  
De ponerme en libertad ;  
Mas tórname del camino  
Por fuerza vuestra beldad.  
Y propongo de no veros,  
Haciendo (por no quereros)  
De las tripas corazon ;

Mas al cabo todos son  
Lanza de paja mis fieros.

Porque tornándoos á ver  
Estos mis ojos avaros,  
Son forzados á miraros,  
Y mirándoos, á quereros,  
Y queriendo, á deseáros.  
Luego todos mis cuidados  
Y propósitos mudados,  
Huyen de la imágen vuestra,  
Como cuando el sol se muestra,  
Que derrama los nublados.

Y quedame solamente  
La figura gloriosa  
De vuestra vista hermosa,  
Para que mas me atormente,  
Quedando victoriosa.  
Pero, pues amor lo quiere,  
Cúmpleme mientras viviere,  
Siendo yo su prisionero,  
Si no puedo lo que quiero,  
Que quiera lo que pudiere.

Á UNA DAMA LLAMADA ANA.

A NADIE mirais, Señora,  
Que, si no le falta el seso,  
No quede luego á la hora  
De vuestros amores preso;  
Que os hizo Dios soberano  
Tan hermosa y escogida,  
Que es partido muy mas sano  
La muerte de vuestra mano  
Que de otra mano la vida.

Y con tal conocimiento,  
Después que yo triste os vi,  
Sin placer vivo contento,  
Pues que por vos lo perdí;  
Y tengo por buena audanza  
El dolor que se me ordena;  
Que aunque me falte esperanza,  
Harto es bienaventuranza  
Ser vos causa de mi pena.

AL NOMBRE DE ANA.

Los misterios escondidos  
Destas letras que se siguen  
A NADIE de los nacidos  
Podrán mostrar sus sentidos,  
Que mostrar no les obliguen  
Sentimiento.  
Yo, por mi parte, ya siento  
Lo mucho que amor os debe,  
Pues en un nombre tan breve  
Encerrais tanto tormento.

Y porque de fenecer  
Tenga mas razon el hombre,  
Acordastes de poner  
Mil letras al parecer,  
Y solas tres en el nombre;  
Con las cuales  
Haceis tiros tan mortales  
Al que se os pone delante,  
Que una sola consonante  
Hierre mas que dos vocales.

Acabado comenzó  
Vuestro nombre y mi deseo,  
Y comienzo do acabó,  
Porque nunca acaba yo  
De desear lo que veo.  
Mi pasión  
Da voces al afición  
Que tras la red se le esconde,  
Y en tres letras le responde  
Vuestra esquiva condicion.

A *ni*, dice la primera;  
No *hay*, dice la segunda;  
Amor, dice la tercera:

Ved que sin haber espera  
Quien en tales piedras funda  
Su esperanza,  
Que puestas en ordenanza,  
Respondiendo á mi dolor,  
Dicen: *Aquí No hay Amor*  
*Que asegure de mudanza.*

Mi alma, que penas tiene,  
Da voces, diciendo A,  
Y porque de veras pene,  
Responde luego la A,  
Que junto con ella está:  
«No os quejeis;  
Que pues en medio me veis,  
Claro está que soy el medio,  
Y que el mas cierto remedio  
Es que dél desespereis.»

Vuestra merced me le dé,  
Pues vuestro nombre le quita;  
Que aunque servido no os he,  
A NADIE mas que á mi fe  
Debeis, porque es infinita.  
Libertad  
Para amor y caridad  
Sóbrale á vuesa merced,  
Porque no hay carcel ni red  
Que prenda la voluntad.

Á LA MISMA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,  
¡Quién me dejase gozállos,  
Y tantas veces besállos  
Cuantas me pide la gana  
Con que vivo de mirállos!  
Darlles hía  
Cien mil besos cada día;  
Y aunque fuesen un millon,  
Mi penado corazon  
Nunca hartó se vería.

¡Oh cuán bienaventurado  
Es aquel que puede estar  
Do os pueda ver y hablar  
Sin perderse de turbado,  
Como yo suelo quedar!  
¡Ay de mí!  
Que ante vos, después que os vi  
Y quedé de vos herido,  
No hay en mí ningún sentido  
Que sepa parte de sí.

La lengua se me entorpece,  
Y de locos aturridos  
Me retienen los oídos,  
Y la lumbre se oscurece  
A mis ojos doloridos.  
Viva llama  
Por mi cuerpo se derrama,  
Y hago con piés y manos  
Mil ademanes livianos,  
Ajenos del que no ama.

Mi alma os quiere y adora,  
Mas su pasión y fatiga  
Le dan causa que os maldiga,  
Y amándoos como á señora,  
Os tenga por enemiga.  
Amo y quiero,  
Aborrezco y desespero  
Todo junto, y el por qué  
Preguntado, no lo sé,  
Mas siento que es así, y muero.

¡Circe diz que convertía  
Los hombres en animales;  
Y es creíble que eran tales,  
Porque yo en mi fantasía  
Halló las mismas señales.  
Entender  
No me sé, ni conocer,  
Cuando cabe vos estoy,  
Porque sin duda no soy  
El mesmo que suelo ser.

¿Quereis por ejemplo desto

Otro donaire mayor?  
Si acaso me dáis favor,  
Parezcome bien dispuesto,  
Y hágame un ruiñeñor;  
Mas despues,  
Con el mas chico revés,  
Ninguna gloria me queda,  
Porque, deshecha la rueda,  
Quedo mirando los piés.

De suerte que en vuestra mano  
Es trastocar el ser mio;  
Con mi mismo desvario  
Estoy gracioso y ufano,  
Y otras veces necio y frio.  
Y ando á tienta,  
Buscando contentamiento,  
Pero no acierto á tomallo;  
Piérdolo donde lo hallo,  
Despues lo busco en el viento.

Muy hacadero me muestra  
Amor, con su liviandad,  
El fin de mi voluntad;  
Mas la falta de la vuestra  
Muestra la dificultad.  
Mil razones,  
Estorbos y dilaciones  
Hallais porque no quereis;  
Quered, y no hallaréis  
Nada destas ocasiones.

Tenedme cuidado vos  
Solo de serme obediente;  
Que yo haré seguramente  
Lo que cumple á ambos á dos,  
Sin ningún inconveniente.  
Descuidada  
Estad de ser olvidada  
Aunque vos os olvidéis,  
Porque no sois ni seréis  
De vos misma tan amada.

Si segun lo que padezco,  
Pudiéndolo yo decir,  
Merced os he de pedir,  
Mucho mayor la merezco  
Que la puedo recibir.  
Mas no pido  
Pago tan descomedido,  
Que es demandar golorías;  
Porque no diré en mis dias  
Lo que esta noche he sufrido.

No quiero que hagáis nada,  
Sino que solo queráis;  
Que si vos aqui llegais,  
Yo doy fin á la jornada  
Donde vos la comenzais.  
Yo os espero,  
Porque llegando primero  
Do vos habeis de llegar,  
Vamos despues á la par,  
Que es trabajo placentero.

No se cuenten mis suspiros,  
Porque al favor de miraros,  
Ya que no puedo gozaros,  
Buen galardón es serviros  
En pago de desaros.  
Reña mia,  
Cara llena de alegría,  
Donde mana mi tristeza,  
Sufra vuestra gentileza  
En paciencia esta porfia.

TORRE DE VIENTO HECHA Á LA MISMA ANA.

AN Acordado mis ojos,  
Movidos á compasion,  
De ayudar al corazon  
A padecer sus enojos;  
No guiados por antojos  
Ni locura,  
Sino por conciencia pura

Del daño que le causaron  
Quando en veros se obligaron  
A vivir en amargura,  
En sola vuestra figura  
Trasformados,  
Y agora determinados  
De fundar en tierra ajena  
Una gran torre de pena,  
Do aposenten sus cuidados.  
Háusele muchos mostrado  
Muy leales  
Amigos para sus males,  
Compadeciéndose dél,  
Ayudándole á ser cruel  
Contra sí con materiales;  
En vivos manantiales  
De tormento  
Le da su contentamiento  
Sitio para el edificio,  
Porque comience el oficio  
En vuestro merecimiento,  
Sobre tan firme cimiento  
Situada,  
Con cava honda chapada (1);  
Ya que la labor empieza,  
La he probado en mi cabeza,  
De piedra azul y morada.  
Y de verse aprisionada  
Mi garganta  
Debajo de vuestra planta,  
Porque son altos los piés,  
No se conoce quién es,  
Ufana de gloria tanta.  
El cimiento se levanta  
Muy real,  
Para la labor del cual,  
Por apretar mi cadena,  
Mis entrañas dan arena,  
Mi alma pone la cal.  
La obra será inmortal  
Sin mi muerte,  
Porque es la mezcla tan fuerte,  
Que en un momento se fragua,  
Amasada con el agua  
Que de mis ojos se vierte.  
No es menester quien despierte  
Oficiales,  
Porque son tantos y tales,  
Que siempre pasan de ciento;  
Pónelos mi pensamiento  
De los mismos naturales.  
No se paga por jornales  
Su porfia;  
Trabajan con alegría,  
Porque labran á destajo,  
Y es muy mejor su trabajo  
En la noche que en el dia.  
Es obra de silleria  
Sin labores,  
Pero llena de primores,  
Rica, soberbia y exenta;  
Ninguna piedra se asienta,  
Que no cueste mil dolores.  
Es afrenta de amadores  
Su grandeza,  
Cámbrela de gentileza  
El resplandor de la vuestra;  
Por donde menos se muestra  
Tiene mayor fortaleza.  
Por parte de mi firmeza  
Va tan dura,  
Tan fuerte, firme y segura,  
Y tan recia la muralla,  
Que nadie basta á minalla  
Sino mi gran desventura.  
A tan extremada altura  
Va pujando,  
Por ir siguiendo y buscando  
La causa de mi conquista,

(1) La edicion de Anvers dice:

Con cada honda chopada.

Que me desmaya la vista  
 Cuando bien la estoy mirando.  
 Hoy la estuyé contemplando  
 Que es cuadrada,  
 A esquina viva sacada,  
 Y todas sus cuatro esquinas  
 Son tan agudas y finas,  
 Que cortan como una espada.  
 En la una va labrada  
 En perfeccion  
 La medalla, mi aficion,  
 En otra mi lealtad,  
 En otra mi voluntad,  
 Y en la cuarta mi razon.  
 Lo hueco hóvedas son,  
 Do se cree  
 Que nadie vivir desee,  
 No siendo amador perfecto;  
 Lo encarecé mi secreto,  
 Que hombre vivo no lo ve.  
 Ya que tal fuerza posea  
 Mi cuidado,  
 No teme ser escalado  
 Ni en mil años ofendido;  
 Que el descuido y el olvido  
 Ya, de muerto, es olvidado.  
 Sus despojos ha llevado  
 Mi memoria;  
 Ganó de él honra notoria  
 Sin celada ni encubierta,  
 Y cerró tras sí la puerta,  
 Quedando llena de gloria.  
 Y alcanzada esta victoria  
 Muy de veras,  
 Por vos levanta banderas,  
 Y en esta torre metida,  
 No teme que en esta vida  
 Hay quien llegue á sus barreras.  
 Mil reveses y troneras  
 De favor  
 La cercan en rededor,  
 Por do juega artilleria;  
 Artillero es mi porfia,  
 Y el fuego pone el amor.  
 Resistencia á su calor  
 Hay muy poca  
 En mis pechos, donde toca,  
 De los cuales hago tiros;  
 La pólvora son suspiros,  
 Que disparan por la boca.  
 No se excusa, de muy loca,  
 Mi osadia  
 Fundar en mi fantasia  
 Torre de pena tan alta,  
 Viendo que en merecer falta  
 Gran parte de parte mia.  
 Mas la estrella que me guía  
 A que muera,  
 De nada me desespera,  
 Siendo la voluntad una;  
 Porque amor, muerte y fortuna  
 Díz que igualan á qualquiera.  
 Ya la labor por defuera  
 Va perfeta;  
 Entremos á la secreta  
 A labrar el aposento,  
 Do mi corazon sangriento  
 A guarecerse se meta (2).  
 La pasion, aunque le aprieta,  
 De penada,  
 Socorre, de bien criada,  
 Con muy hermosa madera,  
 Sana, durable y entera,  
 Toda parda y leonada,  
 De la qual quedó labrada  
 Luego luego  
 Una sala, do el sosiego  
 Vive con cien mil cosquillas;  
 Y sobró de las astillas  
 Un gran monton para el fuego,

Al cual ardiendo me llevo  
 Sin guardarme,  
 Y pensando calentarme,  
 No miré por dó huir,  
 Y es imposible salir  
 Sin acabar de quemarme.  
 Tormento que no me arme  
 No lo veo,  
 Y el cruel de mi desco,  
 Por mas labrar mi pasion,  
 Sirve con la clavazon  
 Negra de color guineo.  
 No porque tenga desco  
 Le escuridad,  
 Pero vuestra claridad  
 Hace que los clavos sean  
 Escuros porque no vean  
 El fin de su voluntad.  
 Hacen en la humanidad  
 Agujero;  
 Costra su temple de acero  
 No valen fuerzas ni mañas,  
 Porque enclavan las entrañas  
 Antes que rompan el cuero. \*  
 Barrenadas van primero  
 A mano llena;  
 La esta labor que suena  
 Sentimiento es el cepillo,  
 Es sufrimiento el martillo,  
 La triste carne harrena.  
 Pues mirando cómo es buena  
 La morada,  
 Mi juicio, que no es nada  
 Negligente en policia,  
 Dio luego tapiçeria,  
 Con que está mas adornada.  
 Es verde, pero mojada  
 Con mi lloro,  
 Entretejida de oro,  
 Tan rica de seda y lana,  
 Que aun para pagar una Ana  
 No basta niugun tesoro.  
 Una imagen, en que adoro,  
 Paso en ella,  
 Tan extrañamente bella,  
 Hecha de tan buena mano,  
 Que el corazon queda sano  
 De sus dolores en vella.  
 El norte, que es clara estrella  
 De excelencia,  
 A quien mira su presencia,  
 Alumbrar es su costumbre;  
 Mas esta da tambien lumbre  
 A los ojos en ausencia.  
 Por hacerle reverencia  
 Cada hora  
 Como á su reina y señora,  
 Mi sentido, diligente,  
 Este paño colgó enfrente  
 De la cámara do mora.  
 Mis prosigamos agora  
 El viaje:  
 Subamos al homenaje;  
 Háganse cien mil almenas  
 De las angustias y penas  
 De tan dulce vasallaje.  
 Si no basta mi lenguaje  
 A contallas,  
 Debeis, dama, contemplallas,  
 Pues que debistes hacellas;  
 Porque mio es padecellas  
 Y vuestro considerallas.  
 Encima de estas murallas  
 Veladores  
 Son mis continuos clamores,  
 Mensajeros del dolor;  
 No son contra mi tenor,  
 Todos son tipos mayores.  
 En oidos dormidores  
 Dan sus gritos  
 Mis gemidos infinitos,  
 Que penando son consuelo;

(2) Otras ediciones dicen: *me meta*.



Sin sonar rompen el cielo,  
 Y con sangre van escritos.  
 Gloriosos y benditos  
 Son mis males ;  
 Las angustias desiguales ;  
 Aunque amargas, son sabrosas,  
 Y las llagas piadosas  
 Que dejan tales señales.  
 Los tormentos mas mortales  
 Son dulzura,  
 Las congojas de amargura  
 Con lagrimas las amanso,  
 El dolor hallo á descanso  
 Y el morir es gran ventura.  
 La pena causa holgura  
 Do se emplea ;  
 Mil ansias por atarea  
 Tengo por renta real ;  
 Pero bendito es el mal  
 Que tanto bien acarrea.  
 No se espera ni desea  
 Ser tomada  
 Ni á fuerza de armas entrada  
 Esta fortissima torre,  
 Ningun peligro le corre  
 De ser jamás escalada ;  
 Dentro tiene aherrrojada  
 Quien la suele  
 Combatir, porque le duele,  
 Que es su misma libertad,  
 Con larga seguridad  
 Que nunca se le rebelé.  
 Cúmplele que se consuele  
 Aunque muera,  
 Pues que se ve prisionera  
 En manos de bienes llenas,  
 Do son gloria las cadenas  
 Y dama la carcelera.  
 Es una leona liera,  
 No mujer ;  
 Mas de tanto merecer,  
 Que á los mismos que atormenta,  
 Con mirarlos acrecienta  
 La gana del padecer.  
 Ya yo no puedo prender (5)  
 Sin prenderme,  
 Ni tengo miedo de verme  
 Sin esta torre, porque  
 Es el alcaide mi fe,  
 Que nunca cansa ni duerme.

Á LA MISMA, CON UN SEBO DE MANOS.

Pues sola vuestra heldad  
 Es cárcel de los humanos,  
 Ablandad la libertad ;  
 Que poca necesidad  
 Tienen desto vuestras manos.  
 Mas curadlas de manera,  
 Pues que sobran de hermosas,  
 Que el que lo merece mitera,  
 Y el leal que en vos espera  
 Las sienta muy piadosas.

Á LA MISMA, CON UN CIERTO PAN QUE LE ENVIÓ.

El pan bendito que ayer  
 Vuesamerced me envió  
 Todos mis males volvió  
 En gran descanso y placer ;  
 Porque, si no me engaãais  
 Con las señales de fuera,  
 Pues pan, Señora, me dais,  
 Señal es que me mandais  
 Que coma porque no muera.  
 Y el aceite con que en medio  
 Lo masastes y envolvisteis,  
 Esperanza es que me disteis  
 De consuelo ó de remedio.

Y pues sin obligacion  
 El cuerpo habeis socorrido,  
 Movida de compasion,  
 Dad socorro al corazon,  
 De vuestra mano herido.

Á LA MISMA, ENVIÁNDOLE UN ESPEJO.

Angel nacido en la tierra,  
 Sin par ni comparacion,  
 En quien tal heldad se encierra,  
 Que hace continua guerra  
 A mi triste corazon ;  
 Viendo aqui la perfeccion  
 Extremada que os dió Dios,  
 Aunque es grande mi pasion,  
 Vereis cuán justa razon  
 Es que se sufra por vos.

Á LA MISMA, ESTANDO MALA.

Ese mal que da tormento  
 A vuestra merced, Señora,  
 En vos tiene el aposento ;  
 Mas yo soy el que lo siento,  
 Y mi alma quien lo llora ;  
 Y de pura compasion  
 De veros sin alegría,  
 Se me quiebra el corazon.  
 Vos sentis vuestra pasion,  
 Mas yo la vuestra y la mía.

Á LA MISMA, CON UNOS CORALES.

Ya el pecado corazon  
 Que vos herís cada día,  
 Si tiene alguna pasion,  
 Estos, de su condicion,  
 Le procuran alegría ;  
 Mas el mio es tan leal,  
 Que se huelga con los tristes,  
 Porque es pecado mortal  
 Querer remediar el mal  
 Que vos, Señora, hicistes.

Á LA MISMA, ESTÁNDOLA ESPERANDO.

Esperando la venida  
 Vuestra, mi bien soberano,  
 Pierdo á mas andar la vida,  
 Porque siente la herida  
 El tardarse el cirujano.  
 Pues si compasion habeis  
 Deste mi dolor esquivo,  
 Suplicoos que no tardeis ;  
 Que si mucho os deteneis,  
 Quizá no me vereis vivo.

VILLANCICO.

La vida se gana,  
 Perdida por Ana.

Alegre y contento  
 Me hallo en morir ;  
 No puedo decir  
 La gloria que siento ;  
 Un mismo tormento  
 Me enferma y me sana,  
 Sufrido por Ana.

Do nace mi mal  
 Se causa mi bien ;  
 Padezo por quien  
 Nació sin igual.  
 Por ser ella tal,  
 Mi muerte se ufana,  
 Sufrida por Ana.

Remedio no espero  
 De mi pena grave ;

(5) Algunas ediciones dicen: *perder y perderme*.

Perdióse la llave  
Do está lo que quiero  
Si vivo, si muero,  
De mucha fe mana  
Que tengo con Ana.

Á UNA DAMA QUE TENIA MUCHOS SERVIDORES.

Don Francisco muere y mira;  
Mas la señora Luisa  
Con un poquito de risa  
Le paga cuanto suspira.  
No sé yo qué razon halla  
Ella de dalle desvío,  
Viéndole morir de frío  
Por solamente miralla.

Tórnase moro Calvete  
Por mostrarse servidor,  
Y siendo competidor,  
Le tienen por alcabute.  
Don Francisco haya paciencia;  
Vedalle quiere la entrada;  
Que no sufre en su posada  
Sobre enemos penitencia.

Por alabarse Horozco,  
Como Lucifer cayó,  
Y á sus orejas oyó:  
«Vade, que no te conozco.»  
Y queda claro de aquí  
Que á quien ventura desecha,  
Ni damasco le aprovecha,  
Ni le vale carmesi.

Es grande su ingratitud,  
¡Qué placer para Barrasa!  
Que en verla desde su casa  
Concibió en su senectud.  
Y escribe cartas de amores,  
Con que su mal satisface;  
¡Ved qué no hará quien hace  
L'evar á diciembre flores!

Castillejo en su pasión  
Hace como hombre discreto;  
Mas do el fuego es mas secreto,  
Mas se quema el corazón.  
El muere sin publicallo,  
Y ella, sin cuidado dello,  
Bien se huelga de entendello,  
Pero no de remediallo.

A hurto sirve hurtado  
Por la ventana trasera;  
Mas sana cosa le fuera  
Un privilegio rodado.  
Tanto le duele el afrenta  
Casi como el disfavor;  
Porque, siendo contador,  
Diz que le han tomado cuenta.

Castillo, por ser letrado,  
No es mucho que entre en audiencia;  
Pero no basta su ciencia  
A no vivir engañado;  
Que en las leyes del amor  
El pleito con mal está  
Cuando el abogado va  
A cas del procurador.

Melendez á pasearse  
Gran rato há se levantó,  
Y si perro le ladró,  
No tiene de qué quejarse.  
Cernió sin echar harina,  
Y no se debe espantar;  
Que por mucho madrugar  
No amanece mas ahina.

Ya Sepúlveda se deja  
De serle mas importuno;  
Porque antes que ninguno  
Tuvo de sus culpas queja.  
Mas la causa de su enojo  
¡Justa la hallo yo;  
Y pues el cuervo crió,  
Bien es que le saque el ojo.

Quéjase Verastegni,  
Que diz que le aborreció;  
Por una vez que le vió  
Enlodado el boreegni.  
No le vale el amistad  
Con que entra disimulado;  
Que de verle mal peinado  
Le niega la voluntad.

Morejon gran pena siente,  
No sé qué tal es el pago;  
Camino de Santiago  
Todos andan igualmente.  
No sé si trabaja en vano;  
Mucho la guarda y rodea;  
Menor mal sera que sea  
El perro del hortelano.

A estos y mas que tiene  
Esta dama que aqui va,  
Con falsas mañas que ha,  
De solo aire los mantiene.  
Sin pasión destas pasiones,  
Yo me espanto, y con razon,  
De cómo en un corazón  
Caben tantas aficiones.

Á UNA DAMA.

Con nuevas llamas de amor  
Mi corazón encendido,  
Fallezco tanto dolor,  
Que tuviera por mejor  
Nunca ser jamás nacido;  
Porque mi nuevo cuidado,  
En que vuestra hermosura  
Me ha metido,  
Todo mi placer pasado  
Ha por ves en anargura  
Convertido.

Y en ser fresca la herida  
Y pesada la cadena,  
Mi pasión es tan crecida,  
Que no me sirve la vida  
Mas de para sentir pena:  
La grandeza de la enal  
Bien basta para acabarme  
Brevemente;  
Mas la causa de mi mal,  
Por mas de espacio penarme,  
No consiente.

Yo de nuevo en el tormento,  
Tras quien corro, tras quien sigo  
Por fuerza, pero contento,  
No sé decir lo que siento,  
Aunque siento lo que digo.  
Y con esta novedad  
Confuso y embarzado  
Mi sentido,  
Voi me tras la voluntad,  
Como bisoño soldado  
De Cupido.

Bien que quiero confesaros  
Un pecado, aunque liviano,  
El cual no puedo negaros,  
Pues quedo por desearos  
Con la candela en la mano.  
Y es que cuando me prendistes  
Procuré de defenderme  
Muchos días,  
Hasta que tanto pudistes,  
Que no pudieron valerme  
Mis porfias.

Y desta suerte viniendo  
A pedir os piedad,  
Ningun derecho pretendo,  
Pues os me rindo haciendo  
Virtud de necesidad.  
Ansias y mortal deseo,  
Amor y vuestra beldad,  
Gran guerrera,  
Al fin fin, mientras peleo,

Han hecho mi libertad  
Prisionera.

Mas ni por eso, Señora,  
Os debéis mostrar cruel;  
Bien os basta por agora  
El nombre de vencedora,  
Pues yo soy la causa del.  
Antes, pues sois generosa,  
Hagamos ambos oficio  
Digno de ello:  
Vos de reina piadosa,  
Yo de siervo que codicio  
Merecello.

Porque quien supo miraros  
No puede sino quereros,  
Y queriéndoo, contemplaros,  
Contempládoos, adoraros,  
Y adorando, obedeceros.  
Obedeciendo, querer,  
No querer nada de aquello  
Que quisiere;  
Mas por ley justa tener  
El bien amar que por ello  
Le viniere.

Por lo cual esta prision  
En que vuesa merced tiene  
Cautivo mi corazon,  
Es para mi religion,  
Do hice voto solene  
De con toda lealtad,  
Fe, cuidado y diligencia,  
Sin pereza,  
Manteneros humildad,  
Y con humildad, paciencia  
Con firmeza.

Humildad en siempre ser  
Con mi fortuna contento;  
Paciencia del padecer  
(Porque vos hayais placer)  
Muy alegre mi tormento;  
Firmeza de ser constante  
En amaros sin medida,  
Y en serviros  
Como limpio diamante,  
Hasta que acabe la vida  
Con suspiros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA MENCIA.

Si mi voluntad erraba  
Gozando de libertad,  
Luego vi la ceguedad  
Y tinieblas en que estaba,  
En viendo vuestra beldad.  
Peno porque no pené,  
No pené mientras no os vi;  
Mas en viéndoos conocí  
La gloria que agora sé  
Que en veros tarde perdí.

Porque vuestra hermosura,  
Gracias y merecimiento  
Dan tanto contentamiento,  
Que fué falta de ventura  
La falta deste tormento.  
Y aunque ya mi vida espere  
Por amaros peligrar,  
La tengo de aventurar;  
Que si por vos la perdiere,  
Tal perder será ganar.

Á LA MISMA, ENCOMENDÁNDOSE Á ELLA, Y HABIENDO  
SIDO ANTES ENEMIGOS.

Señora, quien ha de amar,  
Don es harto conocido,  
Para ser favorecido,  
Tener quien pueda ayudar  
A sostener su partido.  
Pero yo, cuya ventura

P.XVI-I.

Fuera teneros servida;  
Teniéndoo tan ofendida,  
¿Cómo dejaré segura  
En vuestras manos la vida?

Mas si mi yerro me daña,  
Imploro á vuestra piedad;  
No mireis á mi maldad  
Ni me mostréis vuestra saña  
En tan gran necesidad.  
Mas con corazon tocado  
Del dolor que el mio siente,  
Tratadme benignamente,  
Perdonando lo pasado  
Y ayudando en lo presente.

Que si de lo que pequé  
Os queréis vengar agora,  
Ya pluguiera á Dios, Señora,  
Que cuando yo lo pensé  
Muriera luego á deshora.  
Y de aqui para ante Dios,  
Al cual pongo por testigo,  
Yo me reniego y desdigo;  
Que por estar bien con vos  
Huelgo de estar mal conmigo.

Á OTRA SEÑORA, SU COMPAÑERA, CUYO SOBRENOMBRE VA AQUÍ.

Mi triste vivir amargo,  
Mezclado con mi pesar,  
Me fuerza que ande á buscar  
Quien quiera tenerme en cargo,  
Si es parte de me salvar.  
Pues ¿adónde iré mejor  
Que á vuesa merced, Señora,  
En quien tanta virtud mora,  
Que os oso de mi dolor  
Dar la llave desde agora?

Y por esto, si holgais  
Que yo cautivo no muera,  
Pues es la merced primera,  
Os suplico me seais  
Tercera con mi tercera,  
Y que le queráis rogar,  
Entre los otros cuidados,  
Que mis culpas y pecados  
Le plega de perdonar  
Solamente los pasados;

Porque en los de por venir  
Yo haré tan clara enmienda,  
Como su merced entienda  
Que en lo que podré servir  
No tendré corta la rienda;  
Y por el tiempo que he estado  
Rebelde de su servicio,  
Haga de mi sacrificio  
Tal, que yo quede purgado  
De todo mi maleficio.

Lo cual me será mas sano,  
Aunque muera por lo hecho,  
Pues quedaré satisfecho,  
Y en ser muerto de tal mano  
No hay por qué llevar despecho.  
Mas yo, Señora, estoy tal  
Con el dolor que me hiere,  
Que quedara, si quisiere,  
Mas vengada con mi mal  
Que en la muerte que me diere.

Á LAS MISMAS.

Discretas damas hermosas,  
Devotas, castas, honestas,  
En quien están todas estas  
Y otras mil gracias y cosas  
Excelentes manifestas;  
Virtudes tan escogidas  
Merecian ser servidas  
De todos enantos mirais;  
Salvo que las afeais  
Con ser desagradecidas;

Que de vuestra gentileza,  
Que Dios á su semejanza  
Hacer quiso, no se alcanza  
Sino cansamos tristeza  
Y quitarnos esperanza;  
Por lo cual, aunque sabemos  
Mil causas por que os debemos  
Continuamente loar,  
Callamos por nos vengar  
De la rabia que tenemos.

Á UNA DE LAS SOBRENICHAS, QUE SE ENOJÓ HABIÉNDOLA  
MIRADO MUCHO.

Si en mirar con atención  
Mis ojos os ofendieron,  
Ved la razón que tuvieron,  
Y el mal que á mi corazón  
Principalmente hicieron.  
Y aunque yo de pesar muera,  
Por ser causa de enojaros  
Esto quiero confesaros:  
Que por mas daño tuviera  
Si dejara de miraros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA INÉS.

Sin espada ni puñal  
Me habeis herido, Señora,  
Y aunque afuera no hay señal,  
Dentro es la llaga mortal,  
Y yo lo estoy cada hora.  
Hirióme vuestra beldad  
Con armas á su medida,  
Por la cual, siendo servida,  
Podeis saber la verdad  
De cuán grande es la herida.

Mas no se debe entender  
Que me agravio de lo hecho,  
Pues cuanto podeis hacer  
Yo lo debo padecer,  
Siendo vuestro de derecho.  
Cuanto mas que de tal mano,  
Si bastare el sufrimiento,  
No puede venir tormento  
Que no lo haga liviano  
Vuestro gran merecimiento.

De do nace, de do viene  
Que este mi dolor cruel,  
Con cuantas lástimas tiene,  
No hay causa por que me pene,  
Con tal que os pene á vos del.  
Y así, de verse tan llena  
De amores mi voluntad,  
Se atreve con humildad  
A pedir que de mi pena  
Os movais á piedad.

Que de mi mal y pasión,  
De que vos la causa fuistes,  
Dolores manda razón,  
Siquiera por compasión (4);  
Si no, porque lo hicistes;  
Y para no descuidaros  
Del cuidado en que me veis,  
Si remediarle quereis,  
Debeis, Señora, acordaros  
Que vos sola lo podeis.

Á UN AMIGO SUYO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN UNOS  
AMORES ALDEANOS.

Heredero principal  
Del discreto Cartagena,  
Pues vuestro saber es tal,  
Quiéross descubrir mi mal  
Porque remediéis mi pena.  
Sabed que muero de amores  
Rústicos y labradores,  
Groseros y desahridos;

Mas lozanos y pulidos,  
Y lindos como unas flores.

Es una moza aldeana,  
Zahareña, desdenosa,  
Muy grave sobre liviana,  
Hermosa, pero villana,  
Villana, pero hermosa.  
Bien dispuesta á maravilla,  
Rubia, blanca y colorada;  
Pero tan desamorada,  
Que querella ni servilla  
Es cosa muy excusada.

Y esta gran contrariedad  
Acrecienta mi fatiga,  
Porque su mucha beldad  
Convida mi voluntad;  
Mas ella me es enemiga,  
Y no solo no agradece  
Lo que por ella padece  
Mi penado corazón,  
Mas por la misma razón  
Me desama y aborrece.

Y magner simple pastora,  
No deja de conocer  
Lo que es, ni menos ignora  
La beldad que en ella mora,  
Que no se puede asconder.  
Do viene que su limpieza  
Al olor de su lindeza  
La hace doblado esquivia,  
Despreciadora y altiva,  
Preciando su gentileza.

Vila por deslucha mía  
El día de Santiago;  
Que, aunque es santísimo día,  
Segua yo peno, diria  
Que fué para mi aciago.  
Un corro de mozas bellas,  
Y esta traidora con ellas,  
Bañaban en unas bodas;  
Mas sobrábalas á todas  
Como el sol á las estrellas.

Miré que estaba vestida,  
Por ser fiesta señalada,  
De saya verde fanceida,  
Con un tejillo ceñida  
Y una albanega balrada.  
Sus zapatas coloradas  
A media pierna arrugadas,  
Su cabezón y gorguera,  
Camisa blanca grosera,  
Con las mangas apuntadas.

Bailaba con gran primor,  
Cantando con gentil arte  
Sus cantares á sabor,  
A fuer de Villanavor,  
Seis á seis de cada parte.  
Yo, cuitado, por gozar  
Lo que debiera exensar,  
A mirallas me paré,  
Y al punto que allí llegué  
Decían este cantar:

«Aquí no hay  
Sino ver y desear;  
Aquí no veo  
Sino morir con deseo.

»Madre, un caballero  
Que estaba en este corro  
A cada vuelta  
Haciame del ojo.  
Yo, como era bonica,  
Teniaselo en poco.

»Madre, un escudero  
Que estaba en esta baila  
A cada vuelta  
Asiame de la manga;  
Yo, como soy bonica,  
Teniaselo en nada.»

Yo, que bailar la miraba,  
De que gran placer habia,

(4) Otras ediciones dicen: *Si fuerc.*

En la moza contemplaba,  
Y cada velta que daba,  
El corazon me heria.  
Y no bien amonestado  
Del cantar atrás contado,  
Pueso de su hermosura,  
Queriéndolo así ventura,  
Acordé de ser penado.

Y por mas no dilatar  
Lo que el amor me pedía,  
Determiné de esperar  
Alli para la hablar  
Cuando á su casa volvía.  
Y dijele: «A fe, Señora,  
Que sois gentil bailadora;  
Dichoso quien os habrá»  
Respondiome: «Dios, que ha,  
La eso pensaba agora.»

Dende adelante siguiendo  
La conquista comenzada,  
Cuanto mas la voy queriendo,  
Menos con ella me entiendo,  
Ni ella quiere entender nada.  
Mas, caso que lo quisiese,  
Y yo con ella pudiese  
Platicar, lo cual no puedo,  
Téngole cobrado miedo,  
Y he miedo que me entendiese.

Y como de mis dolores  
Esté tan libre y ajena,  
Aunque le digi primores,  
Sient tan poco de amores,  
Que se burla de mi pena,  
Y en pago de cuanto afano,  
Por ser el padre villano,  
Acusando mi porfia,  
Dice que no es igual mia,  
Siende mayor una mano.

Mira, Señora, en mi mal,  
Que es extraño y al revés  
De otros amores; el cual,  
Si fuera mas general,  
Mal de muchos gozo es;  
Mas este, cualquier que sea,  
Por el lugar do se emplea  
Es tal, que si sin morir  
Del me deja Dios salir,  
Nunca mas amor de aldeano.

Pero no puedo hacer,  
Segun amo, ya mudanza;  
Y pensar jamás vencer  
Tan ignorante mujer  
Es una vana esperanza.  
Pues vivir con tal dolor  
No lo consiente el amor,  
Si no me quiero tornar  
Garzon del mesmo lugar,  
Y me hago labrador.

Contempla pues mi tormento  
Y el trabajo con que vivo;  
Y creed que lo que siento  
Es para mi, que lo cuento,  
Mucho mas de lo que escribo;  
Y viendo cuál puede ser  
Lo que debo padecer,  
Si os doleis de mi cuidado,  
Venga el remedio esperado  
Conforme á vuestro saber.

RESPUESTA DEL AMIGO SOBRE LOS DICHS AMORES.

Mas con gana de serviros  
Que con sobra de saber,  
Quiero, mi señor, deciros  
De vuestros nuevos suspiros  
De amores mi parecer;  
Aunque ser yo trovador  
Va tan fuera de razon,  
Que sois en cargo, Señor:  
Siendo vos el causador,  
De hacer restitucion.

Pero pues me habeis mandado,  
Y es forzado obedeceros,  
Sintiendo vuestro cuidado  
Tanto, que me ha lastimado,  
He por bien de obedeceros;  
Y si el remedio no fuere  
Tal que alivie la pasion,  
Pues pedis vida á quien muere,  
De quien lo que queréis quiere  
Recibiréis la intencion.

Y por ser vuestros amores  
De calidad tan contraria,  
Temo mas vuestros dolores,  
Y los tengo por mayores,  
Pues es pena extraordinaria;  
Que, segun do se ha empleado  
El amor que os apasiona,  
Es hablar en lo excusado  
Pensar de ser remediado,  
Si no mudais la persona.

Que, pues con tan cruda mano  
Os ha herido el amor,  
Pienso ser consejo sano  
Habla como aldeano;  
Quizá sentirá el doctor,  
Porque, siendo tan grosero  
Su traje con su vivir,  
El estio verdadero  
Le parecerá extranjero,  
Aunque llegéis á morir.

Y si en vos, Señor, hubiera  
Poder de poder libraros,  
El mejor remedio fuera  
Besa cruel pena ficra  
Tener medio de apartaros;  
Mas, pues no podeis haber  
Libertad de vuestro mal,  
So enmienda de mas saber,  
Si queréis querido ser,  
Mudad vuestro natural.

AL MISMO AMIGO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN OTRO TRABAJO.

Pues sois homenaje do quisó el saber  
Hacer su morada, teniendo por cierto  
Ponerse en lugar de mas merecer,  
Suplicoos me deis vuestro parecer,  
Si queréis á vida tornarme, de muerto.  
Una ansia cruel de amores poseo  
Por una señora á quien cedo el dolor;  
Muerdo por vella, y cuando la veo,  
Segun me atormenta mi grave deseo,  
Deseo no vella, creyendo es mejor.

Estoy tan cautivo, de mi tan ajeno,  
Que ella me tiene y yo no soy pelo;  
Ni sé qué me es malo ni sé qué me es bueno,  
Porque es tan errcida la pena que peno,  
Que de ella ser libre yo ya desconfo;  
Y temo que siendo por ella sabida  
Mi pasion rabiosa, de que es causadora,  
Será tan cruel y tan descorrida,  
Que aunque padezca mil muertes en vida,  
No querrá nombre de remediadora.

RESPUESTA DEL AMIGO.

Siempre oí decir, Señor,  
Y así lo tengo por cierto,  
Que cualquier mal y dolor  
Tanto crece y es mayor  
Cuanto mas anda encubierto.  
Especial el mal de amores,  
Que es de fuego, y desde empieza  
A confirmar sus ardores,  
Luego envía sus vapores  
Al seso y á la cabeza.

Pues si callándolo crece,  
Y publicándolo mengua,

Necesario me parece  
Lo que el corazón padece  
Que lo descubra la lengua;  
Cuanto mas que el mal y afrenta  
Que por mujeres pasamos  
Tan poco las atormenta,  
Que aun no reciben en cuenta  
Aquello que publicamos.

Pues si nuestro mal quejando  
No se nos guarda justicia,  
Y andamos siempre llorando,  
¿Qué esperamos dellas cuando  
No ha llegado á su noticia?  
Así que, según razón,  
Vivir el hombre penado  
Sin revelar su pasión  
Es morir sin confesión,  
Para siempre condenado.

Y pues que mi parecer  
Demandais, Señor, agora,  
Digo que debéis tener  
Medio de dar á entender  
Vuestro mal á esa señora;  
Y si quejándoos á ella  
No se doliere de vos,  
Oída vuestra querella,  
Mas vale quejaros della  
Que no de entrambos á dos.

Mas si vuestro padecer  
Os quita el airevimiento,  
Vuestra fe, vuestro saber,  
Vuestro amor y merecer  
Os deben poner aliento.  
Descubrid vuestra tristura,  
Y no esperéis á mas tarde;  
Que cosa muy mas segura  
Es probar nueva ventura  
Que no morir de cobarde.

#### Á UNA DAMA, Á CIERTO PROPÓSITO.

Mi memoria y vuestro olvido  
Se juntan á guerrear me;  
Han jurado de negarme  
El remedio que les pido,  
Por acabar de matarme.  
Caro me costó miraros,  
Porque así me hechizastes,  
Que despues que supe amaros,  
Aunque sé que me olvidastes,  
No sé jamas olvidaros.

Vuestro olvido, que no acuerda,  
Mi memoria, que no olvida,  
Porque vos seáis servida,  
Han acordado que pierda  
Por vuestra causa la vida;  
Y aunque es justa mi querella,  
Consiento en esta sentencia;  
Que, pues vos fuistes en ella,  
No me da pena paciencia,  
Ni me causo de tenella.

Hechiceros deben ser  
Vuestros ojos, reina mia:  
Cruñan y dan alegría,  
Cruñan y ponen placer,  
Y todo en un misuo dia.  
Aquel en que me prendistes,  
Con los vuestros me mirastes;  
Los niños adolecistes,  
Porque, según los tratastes,  
Contino vivirán tristes.

Destos me duelo, Señora,  
Que no reciben hartura  
De ver vuestra hermosura,  
Cozan de veros un hora,  
Y parten con amargura;  
Que el cautivo corazón,  
Aunque hace penitencia

Con hallarse en su prision,  
En vuestra linda presencia  
Da descanso á su pasión.

Mas este tambien se queja,  
Viendo que á morir se va,  
Porque tan llagado está,  
Si vuesamerced le deja,  
Que sin duda morirá.  
Y si no le dais favor,  
Cual os pide su dolencia,  
Y le tratais con amor,  
No espero menos de ausencia  
Con que acabe mi dolor.

#### Á LA MISMA, POR CIERTA COBARDÍA QUE HIZO EN UNA COSA QUE PROMETIÓ.

De ningun trance se espanta  
La virtud de fortaleza,  
Ni por rigor se quebranta,  
Ni se vence de flaqueza,  
El cuchillo á la garganta.  
Escudo viste de acero,  
En que los golpes espera:  
No desmaya de ligero,  
Porque el amor verdadero  
Al temor lanza defuera.

Fuerza y amor fallciendo  
En vuesamerced, Señora,  
Distes la vuelta huyendo;  
No pudistes sola un hora  
Velar conmigo sufriendo.  
El esfuerzo y osadía  
Entregastes al temor,  
Padecestes cobardía,  
Dejastes á la osadía  
Y negastes el amor.

El cual, de vos afrentado,  
Manda que de aquí adelante  
Vuestro nombre su privado  
Sea, por ser inconstante,  
De sus libros rematado;  
Pero quiere que se os dé  
Todo vuestro acostamiento,  
Habiendo respeto á que  
Lo que faltastes en fe  
Sobrais en merecimiento.

Item mas, mandan llorar  
Todos vuestros servidores  
Este yerro sin cesar;  
Que, pues no fué por amores,  
No es digno de perdonar;  
Y que sientan esta llaga  
En llegando á su noticia,  
Y pechen para la paga,  
Porque amor se satisfaga  
Por el fin de su justicia.

Lo cual, caso que os condena,  
Mas porque en algo os disculpa,  
Que seáis libre se ordena  
De la pena de la culpa,  
Mas no de la de la pena.  
Y en enmienda de lo hecho,  
Por cuanto sois acusada  
Por parte de mi despecho,  
Manda que toméis mi pecho  
Por carcel y por posada.

En el cual hasta que muera,  
Como persona de estima,  
Quedareis por prisionera,  
Con mas letras encima  
Que digan desta manera:  
«En este sepulcro fuerte  
Está cerrada y metida  
Una dama de gran suerte,  
Que por temor de la muerte  
Negó el amor de la vida.»

Á LA MISMA.

Un nuevo dolor me aqueja,  
Y no sé dónde nació,  
Sino que me apareció  
Un ángel por una reja,  
Y con su gran claridad  
Hizo tanta novedad  
En mi alma descuidada,  
Que luego senti mudada  
Contra mi mi voluntad.

Mas, según su hermosura,  
Cuanto se pierde se gana:  
Que tiene menos de humana  
Que de angélica figura.  
El resplandor de su cara  
A ninguno se compara  
Sino a su mismo pintor,  
Y su gesto es fiador  
De lo que el nombre declara.

Á LA MISMA.

Esa cuartana enojosa  
Repartámosla, Señora;  
Porque en vos es malhechora,  
Y en mí será gloriosa.  
Cierto tuvo muy ufanos  
Pensamientos vuestro mal,  
Pues osó poner las manos  
En un ángel celestial.

Á LA MISMA, TORNÁNDOLE Á ENVIAR UNA IMÁGEN DE UN MUERTO.

Este muerto se ha tardado  
Por tenerme compañía;  
No sea por causa mía  
De vuesamerced culpado.  
Mil veces se quiso ir;  
Mis manos le detuvieron,  
Y mis ojos no pudieron,  
Sin llorar, verle partir.

Y siendo muerta su cara,  
Si fuera de carne pura  
Como fué de piedra dura,  
A mi voz se despertara.  
El podrá decir lo cierto  
De mí, pues durmió conmigo;  
Que bien vale por testigo  
Un difunto de otro muerto.

Á LA MISMA, PORQUE QUEMÓ UNAS CUENTAS  
QUE LE HADIAN DADO.

Cuantas veces me da cuenta  
Vuesamerced de mis cuentas,  
Tantas me mandais que sienta  
Los martirios, las afrentas  
Del fuego que las calienta.  
Ellas pagaron así  
Por contaros mis querellas;  
Yo me quemé en sus centellas;  
Que bien basta para mí  
La brasa que sale dellas.

Pero ya que padecian  
Las cuentas sin ofenderos,  
Porque mi mal os decian,  
Los extremos de quereros,  
Pecidme, ¿qué merecían?  
Estrecha la deis á Dios  
En aquel contado día  
Por su muerte y por la mía,  
Pues que nunca contra vos  
Cometimos herejía.

Á LA MISMA, POR CIERTA FALTA QUE HIZO EN UN CONCIERTO.

Como mi mal es ajeno,  
Bien es que de pelo cuelgue  
Y que vuesamerced huelgue  
Y duerma cuando yo peno.  
No es la poca libertad  
La que fué causa del daño;  
Que bien sé que está el engaño  
En sola la voluntad.

Á UNA DAMA, TORNÁNDOLE EN ESTUCHE CON UN CUCUILLO MENOS.

Pues al cabo he de morir  
A manos de quien me ofiende,  
Partido será rendir  
El arma que me defiende.  
Vuesamerced la reciba,  
Pues aborrezco ser sano;  
Que el herido de tal mano  
Nunca plegue a bíos que viva.

No se dirá que le sobra,  
Antes le falta una pieza;  
Que en vos no tiene mas obra  
Que cortarme la cabeza.  
Si esta fuera menester,  
Prostada tengo la vida;  
Cada que por vos se pida  
Os la tengo de volver.

Á UNA DAMA LLAMADA ÁNGELA.

Sobre la piedra sembré,  
Vana fué mi confianza;  
Sobre polvo edificué;  
Revés recibió mi fe  
Y desvió mi esperanza.  
Vuestro nombre me engañó,  
Mas el sobrenombre no;  
Que con obras deseaguña.  
Tras el ángel iba yo;  
Diablo se me torció  
Al entrar de la montaña.

OTRAS Á LA MISMA.

La gran fe, de mí fe muestra,  
Vivirá siempre jamás;  
Mas yo no viviré mas  
De cuanto viva la vuestra;  
Que en mostrarse deservida  
Vuesamerced de mi gloria,  
Condenastes mi memoria  
A pesarle con la vida.

Pues si se ha de sustentar  
Mi vida sobre esta fe,  
Claro está que moriré  
En quitando este pilar.  
Pagaré con las penas  
Aquel sabroso bocado,  
De nuevo siendo obligado  
A cien mil cuantos de penas.

OTRAS Á LA TERCERA.

Las mercedes recibidas  
De la vuestra cada hora,  
Ser pagadas ni servidas  
Es imposible, Señora,  
Aunque tuviese mil vidas.  
Una tengo, que no tiene  
Mas bien del que de vos viene,  
Con el cual vive contenta,  
Asentada á vuestra cuenta,  
Pues que por vos se sostiene.

Y si justa piedad  
Os mueve de mi gemido,

Inclinad la voluntad  
A no ponerme en olvido  
En tan gran necesidad.  
Si vuesamerced me olvidá,  
Cuenta daréis de mi vida;  
Porque está puesta en estado  
Que con caldo refuzado  
Por horas es sostenida.

Asi vuesamerced sea  
Librada de mis dolores,  
O presa, porque los crea;  
No sufráis competidores,  
Ni yo los oya ni vea.  
Desánmolo en extremo,  
Y querria, porque tengo,  
Si mi señora mandase,  
Que ninguno se quemase  
En el fuego en que me quemo.

Á UNA SEÑORA LLAMADA GRACIA.

Placer es cualquier dolor  
Que por vos viene, Señora,  
Pues juzgando sin error,  
Os podeis llamar la flor  
De cuantas viven agora.  
Que de justicia y razon,  
Sin que reciban ultraje,  
Vista vuestra perfeccion,  
Cuanitas hoy nacidas son  
Os debien el homenaje;

Porque sois tan extremada  
En gracia sobre manera,  
Que la mas, mas acabada,  
Delante de vos mirada,  
Se juzgará por grosera.  
Y todas las mas de quien  
Hemos ya visto la muestra,  
Vistas y juzgadas bien,  
Tode es ropa de almacen,  
Cotejada con la vuestra.

No es de balde, pues teneis  
Gracia, Señora, por nombre;  
Porque tanta poseis,  
Que con sola ella podeis  
Dar la vida á cualquier hombre.  
Gran parte teneis las dos,  
Ella de vos, y vos de ella;  
Pues ¡or la gracia de Dios,  
La nuncia que puso en vos  
El mismo nombre la sella.

Los que vuestra gracia vemos  
La gracia nos alcanzo:  
Preses de gracia serémos;  
Gracia sois para que demos  
Gracias á quien os crió.  
Gracia hubistes y ventura  
Fegura, que jamás falte;  
En vos la gracia se apura,  
Pues sobre la Lermosura,  
Ella teneis el esmalte.

En estas gracias orreda,  
Si lealdad y querellas  
Es gracia muy señalada,  
Ved si la terná doblada  
Cuien llegare á gozar de ellas;  
Pero vos, dama hermosa,  
Tambien habeis de mirar  
Que, demás de ser graciosa,  
Convieni, siendo piadosa,  
No preciaros de matar.

Por vuestro nombre guiado,  
Voy á buscar gracia en vos,  
A ser vuestro soy forzado;  
Si en ello vivo engañado,  
Mal os lo demande Dios.  
Yo confieso que podeis  
Darme la muerte y la vida,  
Mas matarme no debeis;

Que con mi vida seréis  
Mejor, Señora, servida.

Á OTRA DAMA.

Flor de todas las doncellas,  
Que así como el sol ataja  
La lumbré de las estrellas,  
Asi vos sobre las bellas  
Teneis clara la ventaja;  
Descanso de mi enuidado,  
Gloria de mi pensamiento,  
¿Por qué me habeis olvidado  
Quando mas y mas penalo  
Por vuestra causa me sieato?

Ya mi ventura enemiga  
No me quiere ni consiente  
Dar lugar para que os diga,  
Como sueño, la fatiga  
Que sufro continuamente.  
Y si vos quereis que así  
Descopere quien espera,  
¿Qué es de cuanto yo os servi?  
¿Porque os quiero mas que á mi  
Holgáis, Señora, que meña?

Verdad es que me preñistes  
Con condicion de peñarme  
Y de darme noches tristes;  
Pero nunca me dijistes  
Que era para desdenarme.  
Y agora, despues de un año,  
Porque conoceis mi le,  
Haceis de mí del extraño  
Para que me llame á engaño;  
Sabed que no lo haré.

Ya sé que soy obligado,  
Sin que nadie me socorra,  
Siendo esclavo, á estar atado,  
Entre día herrojado,  
Y de noche en la mazmorra.  
Ya sé las tribuñciones  
Que me conviende sufrir,  
Las angustias á montones,  
Congejas, ansias, pñsiones  
Coo que tengo de vivir.

Ya sé que al mejor librar,  
Palos y pan con dolor,  
Y despechos y pesar  
No pueden jamás faltar  
En la casa del amor.  
Un poco de favor pido  
Para pensar como debo,  
Viéndome favorecido:  
Que por la ley de Cupido  
Es como darlo á remeivo.

No os precieis de matadora,  
Cosa de vos tan ajena,  
Ni digan por vos agora:  
A modo muerto, Señora,  
Gran lanzada á mano llena.  
Y pues de mi fealdad  
Teneis ya conocimiento,  
Haced de mí piedad,  
Salvo si la crueldad  
Os da mas contentamiento.

Mas venga, señora mía,  
Veiga cuanto mal quisiere;  
Que con esta mi porfia  
Viviré con alegría  
Quando mas pena tuviere;  
La cual, aunque me convida  
A dar mortales suspiros,  
Sois vos tal, que ya en mi vida,  
Mientras vos fuerdes servida,  
No dejaré de servirles.



Á OTRA, CON UN CORAZON DE AZABACHE ENGASTADO EN ORO.

En su color verdadero  
Estaba mi corazón,  
Y el fuego de su pasión,  
Abrazándolo primero,  
Al fin lo hizo carbon;  
Y ha quedado  
En esta forma y estado  
Que ante vuesamerced va,  
Traslado del que acá está  
En mi pecho sepultado.

Y por daros cuenta dél,  
Por la fe de vasallaje  
Le envió con mi mensaje  
Para acudir con él  
Como alcaide de homenaje;  
Que, aunque es muerto,  
De nueva vida va cierto,  
Pues que la perdío en oficio  
Yo para vuestro servicio  
Muriendo, queda despierto.

Y mirando que se alcanza  
Gloria donde este murió,  
De oro le cerqué yo,  
En memoria y alabanza  
Del fuego que le quemó.  
Su tristora  
Le mató, mas su ventura  
Le guarneció desta suerte,  
Porque tal enal fué la muerte,  
Tal fuese la sepultura.

Y así, le debéis tener  
Por reliquia de valor,  
Pues es de mártir de amor,  
Que holgó de padecer  
Por la causa su dolor;  
Y en descuento,  
En parte de su tormento  
Mercedió, porque tal fué,  
Que se engastase su fe  
En vuestro merecimiento.

AL NOMBRE DE FRANCISCA.

Fué ventura conoceros,  
Razon me manda servirlos,  
Amor me manda quererlos;  
No se excusan mis suspiros.  
Causas hay para dolerme,  
Y la mayor es partirme;  
Soy vuestro para ser firme;  
Camino voy de perderme,  
Aunque nó de arrepentirme.

A UNA QUE LE MINTIÓ.

Vuestras obras me decían  
A vuestro si no dar fe;  
Díscela, pensando que  
Los ángeles no mentían.  
Si pequé porque os creí,  
Harto caro me costó;  
Pues ya, desdichado yo,  
Me va peor con el si  
Que me iba con el no.

Á LA MISMA.

Cruel, desagradecida,  
Sin verdad y sin piedad,  
Vuestra mala voluntad  
Ya está clara y conocida;  
Y en tratarme vos así  
No hacéis lo que debéis,  
Pues el mal que me hacéis  
Nunca yo os lo merecí.

Á LA MISMA, PORQUE SE IMPORTUNABA DE ÉL.

Si mi vida no os es buena,  
Mi muerte á Dios demandemos,  
Y así nos excusáremos,  
Vos de enojo, yo de pena;  
Que dejaros de servir,  
Viviendo, no puedo, no;  
Porque es ley quererlos yo,  
En que tengo de morir.

Á UNA DAMA QUE ENVIÓ CIERTA FRUTA Y GUANTES.

Vuesamerced lo miró  
Como discreta y astuta,  
Pues de guantés proveyó  
Porque mereciese yo  
Tocar con ellos tal fruta.  
Merced que tan alto toca  
Deja mis dedos nfanos:  
Necesidad, y no poca,  
Tiene de dulce mi boca  
Y de lo blando mis manos.

Á UNA SEÑORA LLAMADA DE LERMA.

Con vuestra gracia y hieldad,  
Hermosa dama de Lerma,  
Dejastes del todo yerma  
Mi vida de libertad;  
Y de prision de tal suerte  
Mi sentido quedó tal,  
Que lo menos de mí mal  
Es gustar siempre la muerte.

Ante las muy extremadas  
Gracias, y muy excelentes,  
De quien matá mi vivir,  
Olvídanse las pasadas,  
Han envidia las presentes,  
Penarán las por venir;  
Porque quiso Dios hacella  
En hermosura sin par,  
Y en valor tan sola una,  
Que mirando bien á ella,  
Todos pueden excusar  
De mirar otra ninguna.

Á UNA DAMA, QUE FUÉ EN ROMERÍA Á SANTA CRUZ.

En partiros, clara estrella,  
Partióse de mí la luz;  
Así que, yendo á la cruz,  
Me dejastes puesto en ella.

Vos ganastes los perdones  
Desta santa romería;  
Yo gané cien mil pasiones,  
Quedando sin alegría.  
Y en veros á vos partida,  
Partióse de mí la luz:  
Así que, quedo en la cruz  
Hasta ver vuestra venida.

SIENDO PREGUNTADO.

De tan secreto cimientó  
Nace mi pena de amor;  
Que, aunque llagado me sientó,  
Á mi propio pensamiento  
No descubro mi dolor.  
Callando meuro dicho so,  
Sin descubrir mi herida;  
El hablar es peligroso;  
Aun pedir muerte no oso,  
¿Cómo demandaré vida?

## Á CIERTO AMIGO, QUEJÁNDOSELE.

Con dolor de amor esquivo  
Estoy dormido y despierto;  
Siendo libre, soy cautivo:  
Es lo público de vivo,  
Y lo secreto de muerto.  
Y la muerte, según creo  
De razón, no tardará,  
Que casi venir la veo;  
Mas en ver que la deseo,  
Quizá se encarecera.

Á UNA DAMA QUE HABIÉNDOLE DADO UNAS CUENTAS, Y ELLA  
DÁDOLAS Á OTRO, LE TORNÓ Á ENVIAR OTRAS CON UN CORDON  
PARDO Y VERDE.

Aunque contiro receís,  
De Dios recibiréis penas:  
Pues que ya distes las buenas,  
Malas cuentas le daréis.  
Y de tan grave desvío  
La pena con que mas peno,  
Es ver que es lo verde ajeno,  
Y lo pardo todo mío.

Á OTRA, ENVIÁNDOLE UNAS CUENTAS DE INGLATERRA  
GUARNECIDAS.

Estas, aunque ciertas son,  
Tratadas como á extranjeras;  
Las cuentas de mi pasión  
Son mucho mas verdaderas,  
Por salir del corazón.  
Y destas colores dos  
Yo quedaré bien pagado  
Si tal pena y tal cuidado  
Tenéis de mi verde vos  
Cual yo de vuestro morado.

Á DOÑA ANA DE ARAGON, ESTANDO EN SANTA CLARA.

Justamente se metió  
En prisión vuesamerced,  
Por las muchas que causó,  
Y bendita es esa red,  
Que tal presa mereció;  
Por la cual en libertad  
Ya todo el mundo estuviera,  
Si con el cuerpo pudiera  
Prenderse la voluntad.

De aqueste agravio conviene  
Que nos llamemos á engaño,  
Pues es mas justo que pene  
Quien causaba nuestro daño  
Que no quien culpa no tiene;  
Que con encerraros vos  
Nuestra suerte quedó tal,  
Que, en vez de sanar de un mal,  
Adolecimos de dos.

Porque el dichoso que os vía,  
Aunque á muerte se obligaba,  
Y en vivir la recibía,  
Con veros se le pagaba  
Lo que por veros sufría.  
Mas todo se desbarata  
Dejando vuestra partida  
Preso lo que daba vida,  
Y suelto lo que la mata.

Y deste agravio terrible  
Esperar enmienda alguna  
Es cosa muy creíble,  
Pues con lo hecho fortuna  
Hizo mas de lo posible.  
Que ya que el cuerpo se ofenda,  
Ese corazón real  
No puede, que es de metal;  
Que no hay prisión que le prenda.

## EN LOOR DE UNA DAMA.

De ser la mas acabada  
Una gran falta tenéis,  
Señora, que no podeis  
Ser servida ni loada  
El quinto que mereceis.  
Tantas gracias en ninguna  
Lengua sola, aunque importuna,  
Es imposible caber;  
Pues son muchas menester  
Para alabaros de una.

Á UNA DAMA QUE PIDÓ EL CANCIONERO GENERAL, Y ÉL, POR NO  
COMPRARLE, LA ENVIÓ UNAS COPLAS SUYAS MUY OSCURAS.

Escuras las envió  
Sus coplas el caballero;  
Pero muy bien acortó  
En no dar el Cancionero  
Que vuesamerced pidió;  
Porque, según os he oído  
De matarnos cada día,  
Daros lo que demandáis,  
A mi parecer sería  
Meter armas en Turquía.

Y vuesamerced, Señora,  
Contenta de la estar  
Con los muertos hasta agora,  
Sin nuevas muertes buscar  
Al triste que se enamora;  
Que para darnos pasión,  
Hizoos Dios, Señora, tal  
Y de tanta perfección,  
Que os basta lo natural,  
Sin buscar lo artificial.

Así que, dama hermosa,  
De que gran parte tenéis (5),  
Mucho mas que de piadosa,  
Avisada quedaéis  
De pedir injusta cosa;  
Que, si bien queréis sentillo,  
Daros lo que os he oído  
Era poner el cuchillo  
En vuestra mano cruel  
Para matarnos con él.

Mas ni por eso de pena  
Aquel señor se excusó;  
Que, si su intención fue buena,  
Y á nosotros nos salvó,  
A si mismo se condena;  
Pues por vuestras escogidas  
Gracias, si bien lo ha mirado,  
Aventurar vuestras vidas  
Era muy menor pecado  
Que quebrar vuestro mandado.

Que por tan graciosa dama  
El que la vida perdiera  
Bástele dejar tal fama,  
Y el que la muerte temiere  
Ba señal que bien no ama.  
Y pues por esta razón  
El no dar el Cancionero  
Es prueba de mi intención,  
Condénese el caballero,  
Que su amor no es valedero.

Y así, si bien lo mirais,  
Nunca, dama, servidor  
Tendréis en quien conozcais  
Que por daño ni temor  
No cumple lo que mandais.  
Y si veis que yo merezco  
Ser vuestro, como codicio,  
Desde aquí la vida ofrezco,  
Que muera en vuestro servicio,  
Porque acabe en buen olicio.

(5) En algunas ediciones se lee:

De que mas parte tenéis.

AL AMOR PRESO.

Por unas huertas hermosas  
Vagando muy linda Lida,  
Tejió de lirios y rosas  
Blancas, frescas y olorosas,  
Una guirnalda florida;  
Y andando en esta labor,  
Viendo á deshora al Amor  
En las rosas escondido,  
Con las que ella había tejido,  
Le prendió, como á traidor.

El mochacho no domado,  
Que nunca pensó prenderse,  
Viéndose preso y atado,  
Al principio muy airado  
Lugnaba por defenderse;  
Y en sus alas estribando,  
Forecejaba peleando,  
Y tentaba, aunque desnudo,  
De desatarse del lino,  
Para valerse volando.

Pero viendo la blancura  
Que sus tetas descubrían,  
Como leche fresca y pura,  
Que a su madre en hermosura  
Ventaja no conocían;  
Y su rostro, que encender  
Era bastante y mover  
Con su mueha lozania  
Los mismos dioses, pedia  
Para dejarse vencer.

Vuelto á Vénus á la Lora,  
Hablándole desde allí,  
Dijo: «Madre emperadora,  
Desde hoy mas busca, Señora,  
Un nuevo amor para ti.  
Y esta nueva, con oílla,  
No te mueva ó dé manciella;  
Que habiendo yo de reinar,  
Este es el propio lugar  
En que se ponga mi silla.»

Á UNA DAMA QUE SE DECIA JULIA.

Con la blanca nieve fría  
Me tiró Julia certera;  
Yo, loco, nunca creyera  
Que en la nieve fuego había;  
Mas aquella fuego era.  
Y por fría y por helada,  
Que así suele ser de hecho,  
De nieve fuego tornada,  
Bien pudo quemar mi pecho,  
De tus manos arrojada.

¿Qué lugar ó parte habrá  
De las insidias segura,  
Que amor para mi procura,  
Si el fuego metido está  
En el agua helada dura?  
Tú, Julia, sola mejor  
Puedes, teniéndome duelo,  
Matar mis llamas de amor;  
No con nieve ni con hielo,  
Sino con igual ardor.

GLOSA

DEL ROMANCE *Tiempo bueno.*

¡Oh vida dulce y sabrosa,  
Si no fueses ya pasada;  
Sazon bienaventurada,  
Temporada venturosa!  
Oh descanso en que me vi!  
Oh bien de mil bienes lleno!  
*Tiempo bueno, tiempo bueno,*  
*¿Quién te me apartó de mí?*

Ya que llevabas mi gloria  
Cuando de mí te apartaste,  
Dime, ¿por qué no llevaste

Juntamente su memoria?  
Por que dejaste en mi seno  
Bastro del bien que perdí  
*Que en acordarme de tí*  
*Todo placer me es ajeno.*

Siendo pues la flaga tal,  
Nadie culpe mi dolor.  
¿Cuál es el bruto pastor  
Que no le dueña su mal?  
¿Quién es así negligente,  
Que desentida en su cuidado?  
*¿Quién no llora lo pasado*  
*Viendo cuál va lo presente?*

Si la vida se acabara  
Do se acabó la ventura,  
Aun la misma sepultura  
De dulce carne gozara;  
Mas quedando fastidiado,  
Yiviendo vida doliente,  
*¿Quién es aquel que no si nte*  
*Lo que ventura ha quitado?*

Que, aunque así sin alegría  
Me veis rico de pesar  
Y abajado á desechar  
Lo que desechar solía;  
Aunque me veis sin estima,  
Tras un rincón olvidado,  
*Yo me vi ser bien amado,*  
*Mi deseo en alta cima.*

El tiempo hizo mudanza,  
Dándome revés tamaño,  
Que, no contento del daño,  
Mató también la esperanza.  
Y de verme, estando encima,  
Por el suelo derribado,  
*Contemplant en lo pasado*  
*La memoria me lastima.*

El olvido, porque es medio,  
Húyete mi fantasía;  
La muerte, que yo quería,  
Húyeme porque es remedio.  
Lo bueno que se me antoja  
Mi dicha no lo consistente,  
*Y pues todo me es ausente,*  
*No sé cuál extremo escoja.*

De nada vivo contento,  
Y con todo vivo triste;  
Ausencia, tú me herciste  
De todos bienes ausente.  
El mas ligero amante  
De mi salud me despoja;  
*Bien y mal, todo me enoja,*  
*¿Cuálado de quien lo siente!*

May grande fué mi favor,  
Grande mi prosperidad;  
A sola mi voluntad  
Reconoci por señor;  
En mis brazos se acostaron  
Esperanzas, y no vanas;  
*Tiempo fué y horas afanas*  
*Las que mi vida gozaron.*

Y agora no gozan della  
Sino solos mis enojos,  
Que manando por los ojos,  
Satisfacen su querella.  
Verdes nacieron, tempranas,  
Que sin tiempo maduraron;  
*Donde, tristes, se sembraron*  
*Las simientes de mis canas.*

Y lo que mas grave siento  
Es que, teniendo pasiones,  
Me fuerzan las ocasiones  
A mostrar contentamiento.  
Que el mayor mal que hay aquí  
Es que solo sé que peno;  
*Y pues se tiene por bueno,*  
*Bien puedo decir así:*

Tiempo bienaventurado,  
En tiempo no conocido,  
Antes de tiempo perdido,

Y en todo tiempo llorado;  
Yo navegaba por tí  
En tiempo manso y sereno;  
*Tiempo bueno, tiempo bueno,*  
*¿Quién te me apartó de mí?*

## Final.

Si no remedia la muerte  
Los trabajos de mi vida,  
Va perdida.  
Quede con esta dolencia  
Del bien que de mí se fué;  
Que va creciendo la fe  
Y menguando la paciencia.  
Y así, maldigo mi suerte,  
Viénlola que va perdida  
Con la vida.

## CANTO DE POLIFEMO,

TRADUCCION DE OVIDIO.

Hola, gentil Galatea,  
Mas alba, linda, aguilieña  
Que la hoja del alieña,  
Que como nieve blanquea;  
Mas florida  
Que el prado, verde y crecida  
Mucho mas, y bien dispuesta,  
Que el olmo de la floresta  
Fe la mas alta medida;  
Mas fulgente  
Que el vidrio resplandeciente,  
Mas lozana que el cabrito  
Felicado, ternecito,  
Rezoador, diligente;  
Mas polida,  
Lampiña, limpia, bruñida  
Que con las de la marina,  
Fregadas de la cantina  
Marea, nunca rendida;  
Gracia y brio  
Agradable al gusto mio,  
Y del sabor dulce y tierno,  
Mas que soles del invierno  
Y que sombra del estio;  
En color  
Muy mas noble, y en olor,  
Que manzanas del labrado,  
Mas vistosa que el preciado  
Alto plátano mayor.  
En blancura  
Mas reluciente y mas pura  
Que el hielo claro, y lustroso,  
Mas dulce que la sabrosa  
Moscatel uva madura.  
Felicada  
Y blanda, siendo tocada,  
Mas que la pluma sutil  
Del blanco cisne gentil  
Y que la leche cuajada;  
Y aun diria,  
Si no luyeses á porfia,  
Como sueles, desdenosa,  
Que eres mas fresca y hermosa  
Que la huerta regadia.  
Sus, pues ea,  
Tú, la misma Galatea,  
Mas feroz que los novillos  
No domados y bravillos,  
Que nunca vieron aldea  
Par á par;  
Muy mas dura de domar  
Que la encina cuvejecida,  
Mas Edaz y reloreida  
Que las ondas de la mar,  
Mas de blada,  
Con el salce comparada,  
Que sus varas delicadas  
Y que las vides delgadas,  
No sufridoras de nada;  
Y á mi ver,  
Muy mas dura de mover

Que estas peñas do me crio,  
Y furiosa mas que el rio  
A todo todo correr.  
Mas señora  
Soberbia, desdeñadora,  
Que el pavo siendo alabado,  
Mas fuerte que el fuego airado,  
En que me quemas agora,  
Desmedida,  
Mas áspera y desabrida  
Que los abrijos do quiera,  
Mas cruel que la muy liera  
Osa terrible parida;  
Mas callada  
Y sorda, siendo llamada,  
Que este mar de soledad;  
Muy mas falta de piedad  
Que la serpiente pisada  
De accidente (6).

G. Luis Galvez de Montayo, en el *Pastor de Filida*, tiene un canto anécdoto, escrito, según parece, á imitación de estos versos de CASTILLEJO. Véase:

SERVALVO.

¡Oh, mas hermosa á mis ojos  
Que el florido mes de abril,  
Mas agradable y gentil  
Que la rosa en los abrojos,  
Mas lozana  
Que parra fértil temprana,  
Mas clara y resplandeciente  
Que al parecer del oriente  
La mañana!

ALFEO.

¡Oh, mas contrario á mi vida  
Que el pedrisco á las espigas,  
Mas que las viejas horugas  
Intratable y desabrida,  
Mas pujante  
Que herida penetrante,  
Mas soberbia que el pavon,  
Mas duca de corazon  
Que el diamante!

SERVALVO.

¡Mas dulce y apacible  
Que la manzana primera,  
Mas graciosa y placentera  
Que la fuente budiciosa,  
Mas serena  
Que la luna clara y llona,  
Mas blanca y mas colorada  
Que clavellina esmalhada  
De azucena!

ALFEO.

¡Mas fuerte que cuvejecida  
Montaña, al mar contrapuesta;  
Mas liera que en la floresta  
La brava osa herida,  
Mas exenta  
Que fortuna, mas violenta  
Que rayo del cielo airado;  
Mas sorda que el mar turbado  
Con tormenta!

SERVALVO.

¡Mas alegre, si bre grave,  
Que el sol tras la tempestad,  
Y de mayor suavidad  
Que el viento fresco y suave;  
Mas que goma  
Tierna y blanda, cuando asoma;  
Mas vigilante y mienca  
Que la grulla, y mas sincera  
Que paloma!

ALFEO.

¡Mas fugaz que la corriente  
Entre la menuda yerba,  
Y mas veloz que la tierra  
Que los cazadores sieufe;  
Mas helada  
Que la nieve soterrada  
En los senetos de la tierra,  
Mas áspera que la tierra  
No labrada!

SERVALVO.

Filida, tu gran bellad,  
Porque agraviada no quede,  
Ser comparada no puede  
Sino sola á tu bellad;  
Ser tan buena

Y lo que principalmente,  
Si pudiese, te querría  
Quitar de tu compañía.  
Es, que eres, no solamente  
Toda vía  
En huir menos tardía  
Que el ciervo con sus oídos,  
Despertado á los ladridos  
De la clara vocería  
Tras la tela;  
Mas aun, porque mas duela  
Tu huírme en mis tormentos,  
Mas ligera que los vientos  
Y mas que el aire que vuela.  
Pero si  
Tuvieses ya desde aquí  
La noticia que debrias,  
Sé que te arrepentirias  
De andar huyendo de mí,  
Y sin verme,  
Te pesara de perderme,  
Haciendo de ti mudanza,  
Y culpando tu tardanza,  
Trabajaras de tenerme;  
Porque tengo  
Cuevas donde agora vengo,  
Rechas en la peña viva,  
Sobre que gran parte estriba  
De aqueste monte tan luengo;  
En las cuales  
No se sienten las señales  
Del sol en medio la siesta,  
Ni el invierno las molesta  
Con sus tristes temporales.  
Tengo mas:  
Manzanas cuantas querrás,  
Que hacen doblar las ramas;  
De las cuales, si me amas,  
A tu plaacer comerás  
Cuando quieras;  
Y uvas de dos maneras  
En sus parras de continuo;  
Las uvas como oro fino,  
Sabrosas y comederas,  
Si las ví,  
Y otras como carmesí,  
Que son en extremo bellas:  
Estas, Señora, y aquellas  
Guardo todas para ti,  
Con tu mano  
Tú misma, tarde y temprano,  
Gogerás las blandas fresas  
En las selvas y dehesas,  
A la sombra en el verano  
Cada mes;  
Y en el otoño despues  
Las cerezas montesinas,  
Y no solamente endrinas,  
Morenas por el envés  
Y defuera,  
Mas tambien otra manera  
De ciruelas generosas,  
Amarillas y hermosas,  
De color de nueva cera.  
Si me oyeres,  
Y por marido tuvieres,  
No te faltarán castañas  
Por estas frescas montañas,

Por ley y razon se ordena,  
Y en razon ni en ley no siento  
Quien tenga merecimiento  
De tu pena.

ALFEO.

Andria, contra mí se esmalta  
Cuanta virtud hay en ti,  
Donde solo para mí  
Lo que sobra es lo que falta;  
Y porñas,  
Si te sigo te desvías,  
Persiguesme si me guardo,  
Y cuando yo mas me ardo,  
Mas te enfrias.

Y madroños, si los quieres,  
En gran vicio;  
Que, pues servierte codicio  
Con todo cuanto hay acá,  
Cuantos árboles habrá  
Estaran á tu servicio  
Y señorio.  
Todo este ganado es mio  
Cuanto miras, si me esenchas;  
Con otras ovejas nuellas,  
Que andan por lo baldio.  
Por los valles  
Yo te prometo que halles  
Otras muchas no sé dónde,  
Que la selva las esconde,  
Y en los establos y calles  
De las cuevas;  
Tantas son, que si me pruebas  
Y pides dellas razon  
Para decir cuántas son,  
No sabré dar dello nuevas  
Ni recado;  
Que nunca las he contado,  
Ni visto tan mala vez;  
Que de pobres hombres es  
Poder contar su ganado.  
Pues contarte  
Loores, parte por parte,  
De aquestas ovejas mías  
No debo, porque podrias  
Pensar que hablo con arte  
Falsamente.  
Para que mas te contente,  
No quiero que á mi me creas;  
Mas que tú misma las veas.  
Cuando estuvieres presente  
Podrás ver  
Que apenas pueden mover  
Las piernas esparraneadas,  
Con las tetas retesadas,  
Que mas no pueden caber.  
Por tal vía  
Hay tambien la nueva cria  
En tibios apriscaderos,  
Tanta copia de carneros,  
Que decir la no sabria.  
Tal y tal,  
De tiempo y edad igual,  
En otros apriscos tales,  
Hay cabritos recentales,  
Regocijado animal.  
Y de aquí  
Viene que cerea de mí  
Hay leche continuamente,  
Blanca, fresca y excelente,  
Que me sobra por allí;  
De la cual  
Una parte en especial  
Se guarda para beber;  
La otra para hacer  
Queso, que es lo principal.  
Iem mas,  
Que no solo gozarás  
Destos deleites ligeros  
Y destos dones caseros  
Y comunes, que ternás  
Infinitos,  
Sino de otros exquisitos  
Que menos veces gozamos,  
Como son liebres y gamos,  
Gamuzas y pajaritos  
Muy continos.  
Cualque par de palominos  
En su tiempo señalado,  
Y qualque nido tomado  
De la cumbre de los pinos.  
Dos ositos  
Hermanos, melgos chiquitos,  
Que pueden jugar contigo;  
Los cuales traje conmigo,  
Y he hallado muy bonitos.  
Ambos ellos

Tan semejantes y bellos  
 En lo menos y en lo mas,  
 Que apenas conocí rás,  
 La diferencia de entre ellos,  
 Porque engaña;  
 Hijos de una muy extraña  
 Osa, hermosa y oscura.  
 Hallélos en la espesura  
 De la mas alta montaña,  
 De ella mora;  
 Y en viéndolos á deshora,  
 Que de tí se me acordó,  
 Dije: «¡Oh! Aquestos quiero yo  
 Guardar para mi señora.»  
 Sus pues ya,  
 Vuélve tus ojos acá,  
 Tu voluntad endereza;  
 Sacá tu linda cabeza  
 De la mar adonde está,  
 Con que ponés  
 Mi vida en estas pasiones.  
 Ven ya, Galatea, vén;  
 No me trates con desden  
 Ni menosprecies mis dones;  
 Que yo sé  
 Que tú no tienes por qué  
 Me menosprecies así;  
 Que yo me conozco á mí,  
 Y há poco que me mire  
 A ventura,  
 Para ver mi Lermosura,  
 Y me ví en el agua clara  
 Todo mi cuerpo y mi cara,  
 Y me plugo mi figura.  
 Mira, amor,  
 Ni persona en derredor,  
 Cuan grande soy desde el suelo,  
 Que Jupiter en el cielo  
 No será cierto mayor;  
 Porque vos  
 Soleds contar entre nos  
 Un Jupiter, no sé cuál,  
 Reinár como principal  
 Y mas poderoso dios.  
 Pues con esto,  
 Mira, Señora, de presto  
 Encima de esta estatura  
 La muy gran cabelladura  
 Que cuelga sobre mi gesto  
 Denodado,  
 Y al uno y al otro lado  
 Por los hombros se levanta,  
 Y les hace sombra tanta  
 Como un bosque muy cerrado.  
 Ni se vea,  
 Que porque mi cuerpo sea  
 Horrible con estas gruesas  
 Cerdas, ásperas y espesas,  
 Lo tengo por cosa fea  
 Ni mal puesta,  
 Pues es cosa manifiesta,  
 Si de oírlo no te enojas,  
 Que estar el árbol sin hojas  
 Es vista muy deshonestá.  
 Y yo hallo  
 Parecer mal el caballo  
 Si las crines ó el cabello  
 No le cubriesen el cuello,  
 Para mejor adornallo.  
 Por librea  
 Que las cubre y las arrea  
 Tienen las aves la pluma,  
 Y las ovejas en suma  
 Su lana las hermosa.  
 Y así son  
 En el cuerpo del varon  
 La barba y sus aposturas,  
 Y cerdas yertas y duras  
 Para dalles perfeccion.  
 Solamente  
 Tengo en medio de la frente  
 Un ojo; mas aquel es

De un grandísimo pavés,  
 En grandor no diferente.  
 Pero ¿qué?  
 Si aun el sol mirando de  
 Arriba del alto cielo,  
 Muy bien ve acá en el suelo  
 Cuan to hay y cuan to fué,  
 Do llegó;  
 Que no se le encubre, no,  
 Lo que va ni lo que viene;  
 Y si lo miras, no tiene  
 Mas de un ojo, como yo.  
 Pues andar,  
 A esto debes juntar  
 Que mi padre, el dios Neptun.o.  
 Como señor solo mio,  
 Reina en ese vuestro mar  
 Extendido.  
 Si me tomas por marido,  
 Con el en el nombre me alegre.  
 A este te doy por suegro,  
 Y solamente te pido  
 Que de mí  
 Hayas merced, que me dí,  
 Y oyas sin mas baldones  
 Mis humildes peticiones,  
 Pues me inclino á sola tí  
 Por amor.  
 Y siendo tan sin pavor,  
 Que al dios Jupiter provoqué  
 Y á sus cielos tengo en poco,  
 Y al rayo penetrador,  
 Con desmayo  
 A tí, niufa, adoro y travo  
 En mas estima que á él;  
 Tu saña me es mas cruel  
 Que ningun golpe de rayo  
 Ni furor.  
 Y aunque siento el disfavor  
 De verme así desdeñado,  
 Sufriria mas pagado  
 Este tu gran desamor  
 Si tu fueses  
 Tan esquivá, que huyeses  
 A todos como á mí huyes,  
 Y á los tristes que destruyes  
 Por un rasero midieses.  
 Mas ¿por qué,  
 Dimelo, que no lo sé,  
 El Cielope desechado,  
 A Acis amas de grado  
 Y le tienes tanta fe,  
 Y en tus brazos  
 No le pones embarazos.  
 Y en mi despecho le quieres?  
 O ¿por qué razon prefieres  
 Sus besos á mis abrazos?  
 Mas consiento  
 Que él viva de sí contento,  
 Y á tí, lo que no querria,  
 Para mas afrenta mia,  
 Dé tambien contentamiento,  
 Pues le tiene;  
 Pero si á mis manos tiene,  
 El sentirá que hay en ellas  
 Las fuerzas y las querellas  
 Que á tan gran cuerpo conviene.  
 Con mil sañas  
 Le arrancaré las entrañas  
 Vivas, rompiendo sus pechos,  
 Y los sus miembros deshechos  
 Sembraré por las campañas  
 Sin abrigo,  
 Como mortal enemigo;  
 Y por esas mismas ondas  
 Do moras, bravas y hondas,  
 Si se mezclare contigo;  
 Porque vivo  
 Me quemó, y el fuego esquivo  
 Que me abrasa y atormenta  
 Mas hierve y más se acrecienta  
 Con la injuria que recibo.

Y á mi ver,  
Tan grave de padecer  
Es el fuego que me inflama  
Y la pasión que me llama,  
Que me parece traer  
Encerrado  
El Etna, monte pesado,  
Con sus fuerzas muy crecidas  
Y sus llamas encendidas  
En mi pecho trasladado.  
Tu beldad  
No promete crueldad,  
Mas ni por esas un hora  
Tú, Galatea, Señora,  
Te muevas á piedad.

CARTA DE DESAFIO Á UNA DAMA.

Señora, pues de continuo  
Holgais de me maltratar,  
Yo propongo y determino  
De buscar algún camino  
Como me pueda vengar.  
Mire cada cual por sí  
Y guarde bien su persona,  
Porque de hoy mas desde aquí  
Entre vos, Señora, y mi  
Cruda guerra se pregona.  
De la cual no puede haber  
Paz ni tregua ni concierto,  
Sino morir ó vencer,  
Pues yo no puedo perder,  
Tomándome sobre muerto.  
Por eso mirad que andeis  
Armada, sin faltar pieza,  
De las armas que sabéis;  
Si no, quizá volveréis  
Las manos en la cabeza.

UNA CARTA ECHADIZA

PARA QUE UNA DAMA FEA LA TOMASE.

*Decia el sobrescrito:*

«Quien me tomare, si es fea,  
»No me abra ni me lea.»

*Dentro.*

«No sois vos á quien yo vengo;  
»Dejadme, no me leáis.  
»Vos, Señora, ¿no miráis  
»El sobrescrito que tengo?  
»Tornadme presto á cerrar,  
»Y no llegue nadie á mí;  
»Que no debe haber aquí  
»Lo que yo vengo á buscar.»

CARTA Á UNA DAMA EN ELLA CONTENIDA.

Aunque no me conozcáis,  
Reina de las hoy nacidas,  
Suplicoos que recibáis  
Esta carta, pues causáis  
La muerte de nuestras vidas  
Acabadas,  
Pero bienaventuradas  
Por las causas que les quita  
El dolor de ser penadas,  
Viéndose bien empleadas  
En beldad tan infinita:  
De quien mana  
Una pasión tan ufana  
A los ojos que os miraron,  
Que la padecen de gana,  
Y confiesan por villana  
Otra cualquier que tomaron.  
Y se olvida  
Que la memoria, herida

De vos, en vos se convierte,  
Y tiene, de vos vencida,  
Por vos la muerte por vida,  
Sin vos la vida por muerte.  
¡Oh princesa!  
Vos sois peso en que se pesa  
De una parte mi tormento,  
El cual traigo por empresa;  
De la otra, aunque me pesa,  
Vuestro gran merecimiento;  
Y al alzar,  
Levántase sin parar  
Mi pesa hasta do alcanza  
Con la vuestra; á mi pesar  
Queda, sin se levantar,  
En el suelo la balanza.  
Mas agora  
No habeis de mirar, Señora,  
Vuestro valor por el cabo,  
Ni que sois merecedora  
De ser vos emperadora  
Mejor que yo vuestro esclavo;  
Que beldad  
Engastada en humildad  
Os dará mayor corona;  
Recibid con piedad  
En mi rica voluntad  
Las faltas de mi persona,  
Si en loaros  
No pudiere levantaros  
Ni supiere encareceros  
Tan bien como sé miraros,  
Y mirando contemplaros,  
Y contemplando quererlos;  
Porque fuimos  
Dichosos los que nacimos  
En tiempo de tal ventura,  
Que con nuestros ojos vimos,  
Y vemos por do morimos,  
Tan extraña hermosura.  
Ya es tomada  
La edad florida, dorada,  
Que cuentan antiguamente  
En ser en esta criada,  
Persona tan señalada  
Y dama tan excelente.  
No llegó  
A vos con mil leguas, no,  
Aquella de vuestro nombre,  
Por quien Troya se perdió;  
Ved qué debo sentir yo,  
Fragil y pecador hombre.  
Otra Elena,  
Reina de virtudes llena,  
Halló la cruz gloriosa;  
Yos halláis la de mi pena:  
Aquella fué toda buena,  
La mía toda penosa.  
Yo, cautivo,  
Que nuevamente os escribo,  
Mil años há que os adoro  
Congojoso y pensativo,  
Por gozar de ese tesoro  
Deseado;  
Y por no seros pesado,  
No quiero mas escribiros,  
Que he temor que os he enojado,  
Hasta ver cómo es tomado  
Mi deseo de serviros.  
Ni diré  
Aquí mi nombre, porque  
No es nadie merecedor  
Que sepáis quién es ni fué,  
Sin que mediante su fe  
Le deis primero favor.  
Mas, pues veis  
Cuán vencido me teneis,  
A vuesamerced suplico  
Esta fe no desecheis;  
Que es menor que merecéis,  
Pero mayor que publico.

## CARTA Á LA MISMA.

Mirá que muero por vos,  
 Y vuesamerced lo sabe;  
 Si suplicar yo no cabe,  
 Pidoos por amor de Dios  
 Que vuesamerced acabe  
 De acabarme.  
 Y si pensais remediarne,  
 Sea desde hoy á mañana;  
 Que si pasa esta semana,  
 Podréis mandar sepultarme.  
 Y si muero,  
 Solamente de vos quiero,  
 Porque mi gloria no cese,  
 Que vuesamerced confiese  
 Que fui vuestro verdadero  
 Servidor;  
 Y con solo este favor  
 Allá viviré contento,  
 Libre, seguro y exento  
 De las angustias de amor;  
 De las cuales,  
 Rematadas las señales,  
 El alma será librada;  
 Pero la carne enitada  
 Acá pagará sus males  
 En la tierra;  
 Escapada de la guerra  
 De vuestras crueles manos,  
 Aunque no de los guanos,  
 En cuyo reino se encierra  
 Mal lograda.  
 Y desque fuere gastada,  
 Suplicoos, si sois servida,  
 Pues que fui vuestro en la vida,  
 Esta merced señalada  
 Me hagais:  
 Que mi cabeza pongais,  
 En pago de sus afrentas,  
 Por extremo de las cuentas  
 De muertos en que rezais.  
 Puesta así,  
 Por fuerza llegando allí,  
 Cuando rezardes en ellas,  
 A la voz de mis querellas  
 Os acordaréis de mí  
 Justamente.  
 Mas menor inconveniente  
 Es agora, que soy vivo,  
 Acordaros que recibo  
 La muerte continuamente  
 De tarlanza.  
 Si mi dolor os alcanza,  
 En mis ansias proveed.  
 Pues sabe vuesamerced  
 Cuánto allige la esperanza  
 Que se alarga;  
 Que vos teneis por gran carga  
 Esperar un mozo un hora;  
 Yo, que espero á mi señora,  
 Ved si es pena mas amarga.

## Á LA MISMA, Á OTRO PROPÓSITO, CONTRA UN JUEGO

## MAL TRABADO.

Mal se lo demande Dios  
 A persona tan errada,  
 Atrevida y mal criada,  
 Que á una reina como vos  
 Vistió de ropa alquilada.  
 Bien sé yo  
 Que aquel sastrero no tomó  
 A vuesamerced medida;  
 Que no érades nacida  
 Al tiempo que se cortó.  
 Es una antigua conseja  
 Esto que os han presentado,  
 Capuz del tiempo pasado,  
 Que en varal de ropa vieja

Me acuerdo verle colgado.  
 Yo me afrento  
 De tan grande atrevimiento:  
 A persona tan hermosa  
 Osarte servir con cosa  
 Que ya voló por el viento.  
 Y ya que aquel caballero  
 Quiso remediar sus males  
 Con dar cosas generales,  
 Enviara un Cancionero,  
 Que cuesta cinco reales;  
 Que loar  
 A dama tan singular  
 Con los que andan por las plazaz,  
 Es nadar con calabazas  
 En lo hondo de la mar.  
 Señora, para alabaros  
 No se sufre cada cual,  
 Que es menester oficial  
 Primo, que sepa pintaros  
 En el propio natural;  
 Y que sea  
 La labor que en vos se emplea  
 Tan vuestra, tan de vos uua,  
 Que jamás otra ninguna  
 No la merezca ni vea.  
 Y vuesamerced ¿qué tiene?  
 Tiene allá mi corazón  
 En tan sabrosa prisión,  
 Que, aunque padezca pena,  
 No le tendré compasión.  
 Su excelencia  
 De toda esa diferencia  
 Tiene en sus manos mi vida,  
 Que está agora suspendida,  
 Esperando su sentencia.  
 ¿Qué mas tiene, si sabeis?  
 Tiene mi señora un peso  
 En que se pesa mi seso.  
 Y pesa mas que otros seis,  
 Porque quiso ser su preso.  
 Tiene buena  
 Otra cosa que enajena  
 El sentido y la memoria:  
 Tiene que vos mezeza gloria  
 En lo grave de la pena.

## OTRA EPÍSTOLA EXCLAMATORIA.

Contra mi los elementos,  
 El aire, fuego, agua y tierra,  
 Conciertan sus movimientos,  
 Y á solos mis pensamientos  
 Se juntan á hacer guerra.  
 Aire paro,  
 Adrede tornas escuro  
 El cielo con tus nublados,  
 Porque mis penas de juro  
 No tengan punto seguro,  
 Ni descuido mis cuidados.  
 Y tú, fuego,  
 Padrastro de mi sosiego,  
 Padre de mis desventuras,  
 Con tus relámpagos luego  
 Desharatate mi juego,  
 Y tu luz me dejó á oscuras.  
 ¡Oh traidora  
 Agua turbia, estorbadora  
 De mi descanso y placer!  
 ¿Para qué veniste agora,  
 Que á mi reina y mi señora  
 Por tí la dejo de ver?  
 Tierra dura,  
 Ablandóte mi ventura  
 Porque quedases templada  
 Para darme sepultura,  
 Pues se secó mi holgura  
 Por estar hoy tú mojada.  
 ¡Oh traidores  
 Elementos, causadores



De mi pesar y tormento!  
 Soais con nuevos ardores  
 Heidos de mal de amores,  
 Porque sintais lo que siento.  
 ¡Oh nublados!  
 Aun os vea yo enamorados  
 Y en el paso en que me veo;  
 Que cuando mas alterados,  
 Os hara ser sosegados  
 La fuerza de mi deseo.  
 Reina mia,  
 Si sentis vos de erte dia  
 Lo mismo que siento del;  
 Si turba vuestra alegria,  
 Si os enoja su porfia,  
 Si le culpais de cruel  
 Sin cesar;  
 Si levantais á mirar  
 Los vuestros ojos apriesa  
 Por ver si quiere escampar;  
 Si los tornais á bajar,  
 Tristes de ver que no cesa;  
 Si se da  
 Vucamerced desde allá  
 Congoja de mi despecho;  
 Si pensais, como yo acá,  
 Por el dia que se va  
 Sin entrarnos en provecho;  
 Cuanto llueve  
 Se aposenta donde debe,  
 Que en mi sangre se convierte,  
 Y en mis entrañas se ombbe.  
 Frio estoy como la nieve,  
 Con mil angustias de muerte  
 Que he tenido;  
 Y cuanto veis que ha llovido,  
 Mis propias lágrimas son;  
 Que, segun lo que he sentido,  
 Cuantas gotas han caido  
 Me han dado en el corazon.

## VILLANCICOS Y GLOSAS.

*Las ansias y penas mías  
 Tan graves son de sufrir,  
 Que es el remedio morir.*

La sobra de mi tormento,  
 Mi deseo y vuestro olvido  
 Han, Señora, enflaquecido  
 Las fuerzas del sufrimiento;  
 Tan lastimado me siento  
 Del mal, que no sé decir  
*Que es el remedio morir.*

Porque vuestra voluntad,  
 Segun se me muestra esquivá,  
 En mandarme que no viva  
 Usa de gran piedad.  
 Pues, ya que á tanta crueldad  
 Yo no basto á resistir,  
*Remedio será morir.*

LETRA.

*Olvidar és lo mejor.*

GLOSA.

*En las dolencias de amor,  
 De pesar ó de placer,  
 Al que lo puede hacer,  
 Olvidar es lo mejor.*

Es amor una locura  
 De tristeza ó de alegría,  
 Que con memoria se ería  
 Y con olvidar se cura;  
 El urgalle es lo peor,  
 Porque para guarecer  
 Al que lo puede hacer,  
*Olvidar es lo mejor.*

LETRA.

*Fallóme el contentamiento  
 Al tiempo que mas quisiera.*

GLOSA.

*Par darme conocimiento  
 Que todo lo que se espera,  
 Alcanzado es como viento,  
 Fallóme el contentamiento  
 Al tiempo que mas quisiera.*

Quiso fortuna salirme  
 Al cabo de mi querer,  
 No por hacerme placer,  
 Sino por mejor herirme  
 Do mas pudiese doler.  
 Burlóse mi pensamiento  
 Porque al fin de la carrera,  
 Do pensé quedar contento,  
*Fallóme el contentamiento  
 Al tiempo que mas quisiera.*

LETRA.

*No tengo contentamiento  
 En saber cuán poco dura.*

GLOSA.

*Porque sé que me arrepiento  
 En fiar de mi ventura  
 Cuando me hallo contento,  
 No tengo contentamiento  
 En saber cuán poco dura.*

Cuando viene el alegría,  
 Tan fuera de mi se halla,  
 Que, de pura cobardia,  
 Apenas oso tocalla,  
 Porque pienso que no es mia;  
 Por uno le pago ciento  
 Ese rato que asegura,  
 Y cuando mas gloria siento,  
*No tengo contentamiento  
 En saber cuán poco dura.*

LETRA.

*Lo que quiero me es contrario.*

GLOSA.

*De pura necesidad  
 Me es el morir necesario,  
 Y será mas piedad,  
 Porque en esta enfermedad  
 Lo que quiero me es contrario.*

De nunca ser guarecido  
 Es la causa muy notoria;  
 Cuantos médicos ha habido  
 Me mandan tomar olvido;  
 Yo siempre tomo memoria.  
 Este engaño y falsedad  
 Todo va en el boticario,  
 Que es mi propia voluntad;  
*Porque en esta enfermedad  
 Lo que quiero me es contrario.*

LETRA.

*Por el trabajo navego,  
 Sin le poder ver el fin.*

GLOSA.

*A bien ninguno me llego,  
 Que no saiga al gallarin,  
 Pensando hallar sosiego;  
 Por el trabajo navego,  
 Sin le poder ver el fin.*

Confiado en la bonanza,  
 Yo mismo me hice guerra;

Embarqueme en esperanza,  
Y en asomado á la tierra,  
Dent, o del golfo me lanza.  
A cada paso me auego,  
Por ser la barca tan ruin;  
Y esperando surgir luego,  
*Por el trabajo navego,  
Sia le poder ver el fin.*

LETRA.

*Yo misma fui contra mí,  
Y contenta de lo ser.*

GLOSA.

*Aunque con razon abrí  
Las puertas al bien querer,  
En darlas como las di  
Yo misma fui contra mí,  
Y contenta de lo ser.*

Si por dar consentimiento  
Al amor, que es mi enemigo,  
Ha sido cruel conmigo,  
Mi mismo contentamiento  
Será mi mismo castigo.  
Con gran causa me ofendi,  
No me debo de ofender;  
Que en dar las puertas así  
*Yo misma fui contra mí,  
Y contenta de lo ser.*

LETRA.

*Defiéndame Dios de mí.*

GLOSA.

*En el campo me metí  
A lidiar con mi deseo,  
Contra mi mismo peleo (7);  
Defiéndame Dios de mí.*

A tan mortal enemigo  
Yo no hasta á resistir,  
Ni menos puedo huir,  
Porque le llevo conmigo.  
Rendirmele luego allí  
Es un ejemplo muy feo.  
En gran estrecho me veo;  
*Defiéndame Dios de mí.*

La razon que me endereza,  
Porfia con mi porfia;  
Pero vuelve todavía  
Las manos en la cabeza.  
Y esperar socorro aquí  
De ninguno es devanco:  
Pues soy yo con quien peleo,  
*Defiéndame Dios de mí.*

LETRA.

*Contento de mí y de vos.*

GLOSA.

*Ved qué milagro de Dios  
Que pretendo yo de aquí:  
Voy sin vos y voy sin mí,  
Contento de mí y de vos.*

Por lo mucho que debéis,  
Mis servicios os ofrezco,  
Y lo poco que merezco  
Manda que lo desecheis;  
Y pues cumplimos los dos  
Lo que debemos así,  
*Yo voy sin vos y sin mí,  
Contento de mí y de vos.*

VILLANCICO.

*Alguna vez,  
Oh pensamiento,  
Serás contento.*

Si amor cruel  
Me hace la guerra,  
Seis piés de la tierra  
Podrán mas que él;  
Allí sin él  
Y sin tormento  
*Serás contento.*

Lo no alcanzado  
En esta vida,  
Ella perdida,  
Será hallado;  
Que sin cuidado  
Del mal que sientio,  
*Serás contento.*

VILLANCICO DE UNA DAMA.

*Pues es tiempo de acabar  
La mas próspera ventura,  
Buscar quiero lo que dura.*

Pocas veces el amor  
Fortuna bien satisface,  
Porque ella misma deshace  
Al que abraza y da favor;  
Mas ser vuestro servidor  
La plaza tiene segura  
*En el campo de ventura;*

Porque en mí será la gloria  
De serviros tan crecida,  
Que acabándose mi vida,  
Comenzará mi memoria;  
Y pues morir es vitoria  
A quien tan bien lo aventura,  
*Buscar quiero lo que dura.*

VILLANCICO.

*No hay mayor mal en la vida  
Que tenella  
Al que le cumple perdella.*

Malo es mi mal de sufrir,  
Mas podriase pasar  
Si del pensase escapar  
O esperase de sanar;  
Pero mi mortal herida  
Tal es ella,  
*Que la muerte huye della.*

LETRA.

*Con esperanza de ver  
Al revés lo que deseo.*

GLOSA.

Las ansias con que peleo  
Nunca las sintió mujer;  
Desesperada me veo,  
*Con esperanza de ver  
Al revés lo que deseo.*

Para ser yo redimida  
Es necesaria mudanza;  
Pero temo su venida.  
Porque he miedo á mi esperanza,  
Tras la cual ando perdida.  
No es atajo, mas rodeo,  
Esperar de haber placer;  
Porque estoy, cuando lo creo,  
*Con esperanza de ver  
Al revés lo que deseo.*

(7) Otros leen esta copia:  
Conmigo mismo peleo.

LETRA.

*No me quereis ver ni oír;  
Quiérome ir.*

GLOSA.

Es cosa muy excusada  
Perder tiempo con tal hembra,  
Pues de lo que en vos se siembra  
No se puede coger nada;  
Sois una desamorada,  
No sabeis sino gruñir.  
*Quiérome ir.*

VILLANCICO

DE UN CABALLERO EN UNA PARTIDA DE UNA DAMA DE LÚCGOS  
PARA ARAGON.

*Vos, Señora, en Aragon,  
Y no en Castilla,  
¿Quién habrá de mí mancilla?*

Si vuesamerced se va,  
Aunque irá con vos mi fe,  
Yo, Señora, ¿qué haré?  
Mi corazon quedará  
Con la soledad de acá;  
Pues yo no basto á sufrilla,  
*¿Quién habrá de mí mancilla?*

Sola vuestra compasion,  
Segun lo que he de sentir,  
Pudiera darme al partir  
Alguna consolacion;  
Mas estando en Aragon,  
Donde no podeis sentilla,  
*¿Quién habrá de mí mancilla?*

Pues viviendo tan penada  
Mi vida en vuestra presencia,  
Ved agora en vuestra ausencia  
Cómo quedará librada;  
Al menos será doblada  
Mi pena, que era sencilla,  
*Estando vos en Castilla.*

Mas suplicoo, pues os vais,  
Cuando muy despacio estéis,  
Señora, que os aordeis  
Cuán llagado me dejais;  
Y si vivo me hallais,  
Tenedlo por maravilla,  
*Quedando con tal mancilla.*

GLOSA DE LAS VACAS.

*Guárdame las vacas,  
Carillejo, y besarte he;  
Si no, bésame tú á mí,  
Que yo te las guardaré.*

En el troque que te pido,  
Gil, no recibes engaño:  
No te me muestres extraño  
Por ser de mi requerido.  
Tan ventajoso partido  
No sé yo quién te lo dé;  
*Si no, bésame tú á mí,  
Que yo te las guardaré.*

Por un poco de cuidado  
Ganarás de parte mía  
Lo que á ninguno daría  
Sino por don señalado.  
No vale tanto el ganado  
Como lo que te daré;  
*Si no, dámele tú á mí,  
Que yo te las guardare.*

—No tengo necesidad  
De hacerte este favor,  
Sino sola la en que amor

Ha puesto mi voluntad,  
Y negarte la verdad  
No lo consiente mi fe;  
*Si no, quiéreme tú así,  
Que yo te las guardaré.*

—Oh, cuántos me pedirian  
Lo que yo te pido á ti,  
Y en alcanzarlo de mí  
Por dichosos se teudrian.  
Toma lo que ellos querrian,  
Haz lo que te mandaré;  
*Si no, mándame tú á mí,  
Que yo te las guardaré.*

Mas tú, Gil, si por ventura  
Quieres ser tan perezoso,  
Que precias mas tu reposo  
Que gozar de esta dulzura,  
Yo por darte á ti holgura  
El cuidado tomaré  
*Que tú me beses á mí,  
Que yo te las guardaré.*

Yo seré mas diligente  
Que tu sin darme pasion,  
Porque con el galardón  
El trabajo no se siente;  
Y haré que se contente  
Mi pena con el porqué,  
*Que es que me beses tú á mí,  
Que yo te las guardaré.*

VILLANCICO.

*Allá miran ojos,  
A do quieren bien.*

Y bien que mirando  
Buscan su dolor,  
Fuérzalos amor  
Que estén de su bando  
Y digan callando  
La causa por quién,  
*A do quieren bien.*

Es fuerza mirar  
Donde hay aficion,  
Y el que sin pasion  
Lo puede dejar  
Podrase llamar  
Amor de almacén,  
*Pues no quieren bien.*

Amor lisojero  
No puede forzarse,  
Ni no declararse  
Si es falso y ligero;  
Mas el verdadero  
No sufre desden  
*Con quien quiere bien.*

Que amor es la prueba  
De la piedra iman:  
Los ojos se van;  
Despues que los ceba,  
Tras si se los lleva,  
Y el alma tambien,  
*A do quieren bien.*

De aquí mil enojos  
Nos suelen hacer,  
Por poco placer  
De solos los ojos,  
Y que sus antojos  
Tormento nos den  
Por quien quiere bien,  
Señora, los dos  
Erramos el tiro,  
Y siempre á vos miro,  
Y nunca á mi vos.  
Maldígame Dios  
*Si no os quiero bien.*

## VILLANCICO.

*No pueden dormir mis ojos,  
No pueden dormir.*

Pero ¿cómo dormirán  
Cercados en derredor  
De soldados de dolor,  
Que siempre en armas están?  
Los combates que les dan,  
No los pudiendo sufrir,  
*No pueden dormir.*

Alguna vez, de cansados  
Del angustia y del tormento,  
Se duermen que no lo siento;  
Que los hallo trasportados;  
Pero los sueños pesados  
No les quieren consentir  
*Que puedan dormir.*

Mas ya que duerman un poco,  
Están tan desvanecidos,  
Que ellos quedan aturridos,  
Yo poco menos de loco;  
Y si los muevo y provocho  
Con cerrar y con abrir,  
*No pueden dormir.*

## CANCION.

*Mis ojos, ¿qué os merecí,  
Que buscáis ambos á dos  
Alegria para vos  
Y congoja para mí?*

Vosotros vivís mirando,  
Yo muero porque miráis;  
Cuanto vosotros gozáis  
Yo lo pago deseando.  
Claro me parece aquí  
Que tiene ordenado Dios  
Que no podáis vivir vos  
*Sin que me mateis á mí.*

## CANCION.

*Consuélate, corazón,  
Puesto que tengas gran pena;  
Que, aunque es tuya la pasión,  
La culpa della es ajena.*

Si el no quererte tu amiga (8)  
Es causa que vivas triste,  
Consuélese tu fatiga  
Con que no la mereciste.  
Ventura, que no es razon,  
Es quien tu pesar ordena;  
Ruín es la consolacion,  
Pero tómalala por buena.

## CANCION.

*Aquel caballero, madre,  
Como á mí le quiero yo,  
Y remedio no le dó.*

Él me quiere mas que á sí,  
Yo le mató de cruel;  
Mas en serlo contra él  
Tambien lo soy contra mí.  
De verle penar así  
Muy penada vivo yo,  
*Y remedio no le dó.*

## CANCION.

*No se excusa la pasión  
Que se gana de miraros;  
Porque veros y olvidaros  
Imposibles cosas son.*

Caro nos cuesta la gloria

(8) Otras ediciones dicen:  
Si dejarte tu amiga.

De ver vuestros ojos bellos,  
Pues nos queda á causa dello  
Lastimada la memoria,  
Y el cuitado corazón  
En perpetua obligacion  
De penar y deseáros;  
*Porque veros y olvidaros  
Imposibles cosas son.*

## CANCION.

*La causa de mis enojos  
Es tan dulce, que me suele  
Consolar cuando mas duele.*

Contra mi triste ventura  
La razon tanto porfia,  
Que en la mas grave tristura  
Siento mayor alegría;  
Crece mi mal cada día,  
Mas la causa del me suele  
*Consolar cuando mas duele.*

## CANCION.

*No debe nadie fiar  
En el amor lisonjero,  
Pues el que es más verdadero  
No puede mucho durar.*

No es muy plático en amores  
Quien de amor recibe daño,  
Pues pocos cumplen el año  
Sino á costa de dolores;  
Y el que se quiere engañar,  
Apercíbese primero  
Que el falso ni el verdadero  
*No puede mucho durar.*

## GLOSA

DE LA BELLA MAL MARIDADA (9).

Mal casada sin ventura,  
¿Qué te vale tu lindeza?

(9) Muchas son las glosas que se han hecho del romance de la *Bella mal maridada*. Entre ellas están las que se leen en las obras de Gregorio Silvestre, imitador de CASTILLEJO. Véase una de estas glosas:

¿Qué desventura ha venido  
Por la triste de la bella,  
Que como en las del partido  
Hacen ya todos en ella,  
Tentando propio marido!  
No hacen sino arrojar  
Una y otra badajada;  
Como quien no dice nada,  
Se ponen luego á glosar  
*La bella mal maridada.*  
Luego va la glosa perra  
Tal, que no vale tres ligos,  
Dando en la bella, y no en tierra  
Como en atabal de guerra  
Puesto en real de enemigos.  
Veréis disparar allí  
Las trece de la hermandad,  
Y el que mas mira por sí  
Arroja una necesidad  
*De las mas lindas que ri.*  
Pues no es de tener querella  
Que en sirviendo á una casada,  
Aunque no lo sea ella,  
A la segunda embajada  
Va la glosa de la bella.  
Pregüntoos, decid, señores,  
¿No tomara gran fatiga  
Con tan falsos servidores  
La que fuere vuestra amiga,  
*Si habéis de tomar amores?*  
¿Oh bella mal maridada,  
Ya que á manos has venido  
Mal casada y mal glosada,  
De los poetas tratada  
Peor que de tu marido;  
Si ello va por mas errar,  
Y vos lo queréis así,  
Ventaja hago yo aquí;  
Y así, para mal glosar,  
*Vida no dejéis á mí.*

Ocasiones de tristeza  
 Tu beldad y hermosura.  
 Para ser mal empleada  
 Mas te valiera ser fea,  
 Pues se ve y se desea  
*La bella mal maridada.*

Por tiempo tan mal perdido  
 Es muy justa tu pasión,  
 A la cual dan ocasion  
 Las faltas de tu marido.  
 Lástima tengo de ti,  
 Que te fué cruel amor,  
 Siendo la rosa y la flor  
*De las lindas que yo vi.*

Yo de verme en tu cadena  
 Ya no me duelo, porque  
 Sé que presto moriré,  
 Segun me pena tu pena.  
 Bastas tú, siendo mirada,  
 Para excusarme la muerte;  
 Mas cuando alcanzo de verte  
*Véote triste y enojada;*

Por lo cual quedan mis ojos,  
 Con la sobra del pesar,  
 Obligados á llorar  
 Los nublados de tus enojos.  
 Tú penas en verte así,  
 Yo muero por tus amores,  
 Y el menor de tus dolores  
*Es gran dolor para mí.*

MOTES.

Á UN CABALLERO QUE HABIÉNDOSELE CASADO SU DAMA,  
 POR DISIMULAR SU PESAR SACÓ ESTA LETRA.

*Rompiéronse las cadenas  
 Y acabáronse mis penas.*

Estos grillos ó cadenas  
 Que decís que se quebraron,  
 Es verdad, pues que cortaron  
 La esperanza; mas las penas  
 En su lugar se quedaron.  
 Y el ser libre es que dejastes  
 Mal con fin por mal eterno,  
 De suerte que no os soltastes,  
 Como escribís, mas trocastes  
 Purgatorio por infierno.

Mas si, como lo decís,  
 No se os da por ello nada,  
 Ya mostráis y descubris  
 Haber vivido engañada;  
 Con vos está á quien servís.  
 De lo cual bien se vengó  
 Hiriéndoos de tiro franco,  
 Pues luego que lo sintió,  
 Como á rebelde, os dejó  
 Al tiempo mejor en blanco.

¿Deste lazo así quebrado  
 No sabéis qué digo yo?  
 Que quebró lo mas delgado,  
 Y que la dama os soltó  
 Por hombre ya sentenciado.  
 Huistes de las pasiones  
 Por aquel mismo lugar  
 Por do huyen los ladrones,  
 Que les quitan las prisiones  
 Al tiempo del justiciar.

MOTE DE UNA DAMA, EN PORTUGUÉS.

*O erro meu dano tein,  
 O acertamento tambem.*

Si meu mal e mal sobejo,  
 A gloria delle sobeja  
 Si son dondo meu desejo,  
 A causa del ó deseja,

Si e mortal miña feida.  
 No me chote e ya ninguém,  
 Si erre en ser omicida;  
 Acerté en perder a vida.  
*O erro meu dano tein,  
 O acertamento tambem.*

EN CASTELLANO.

De cuanto daña y estraga  
 Amor y vuestro desden,  
 De fe que tan mal se paga,  
 De mi fiera y cruda llaga  
*O erro meu dano ten.*

Pero visto que se gana  
 Una pena tan ufana  
 Cual es la causa por quien  
 La misma culpa me sana,  
 Porque es yerro de do mana  
*O acertamento tambien.*

MOTE DE UN CABALLERO.

*Dame, Dios, con que me olvide.*

Mi seso cuenta me pide  
 Porque me olvidé de mí (10);  
 Mas yo le respondo así:

*Dame, Dios, con que me olvide.*

Hame dado tal porfia  
 En mi cuidado mi pena,  
 Que por la memoria ajena  
 Hago ajena de la mia;  
 Mas si con esto se mide  
 El bien que nace de aquí,  
 Muy justamente de mí  
*Me da Dios con que me olvide.*

DE DOÑA PETRONILA.

*De mí sola no quejosa.*

Aunque guerra peligrosa  
 Muy sin peligro me deja  
 Con queja de quien me queja,  
*De mí sola no quejosa.*

De infinitos combatida  
 Y de mí solo guardada,  
 Cuanto mas mas guerreada,  
 Dos tanto menos vencida.  
 El que mas cerca se osa  
 Llegar á mí, mas se aleja,  
 Y del quejosa me deja,  
*De mí sola no quejosa.*

MOTE DE UNA DAMA.

*¿Quien de amores se mantiene,  
 Como yo?*

No pensé que tal mal era  
 Cuando por vuestra me dí;  
 Mas ya que lo consentí,  
 Aunque por mi culpa muera,  
 No tengo queja de mí.  
 Mas, aunque deste mal viene  
 Descanso á quien lo buscó,  
 Harta desventura tiene  
*Quien de amores se mantiene,  
 Como yo.*

DE OTRA DAMA.

*Lo imposible quiero yo,  
 Porque sé que no ha de ser.*

Cuanto por mí se desea  
 Huye do jamás se vee;

(10) En otras ediciones se lee:  
 Porque me olvidó á mí.

Basta que yo lo desee  
Para que nunca lo vea.  
Y pues tengo cierto el no  
En cuanto puedo querer,  
*Lo imposible quiero yo  
Porque sé que no ha de ser.*

## MOTE DE OTRA LOCA.

*Lo que yo quiero es posible;  
Imposible pues no es.*

Grave se hace y terrible  
Cuanto por mí se procura;  
Que para quien se aventura  
Lo que yo quiero es posible.  
Para mí da de través  
Todo, pues nunca sucede.  
Es posible, pues ser puede,  
*Imposible pues no es.*

## MOTE DE UN CABALLERO.

*Quien calla y sirve,  
Mucho pide.*

## GLOSA DE UN COMPETIDOR, POR MANDADO DE LA DAMA.

*Tibio parece que está  
El corazón que no clama;  
Que el que calla y sirve dama,  
Mucho pide y poco da.*

La verdadera pasión  
Mal se calla si no es poca,  
Porque es el caño la boca  
Y alquitara el corazón.  
Del dolor que queda allá  
Da voces el que bien ama;  
*Que el que calla y sirve dama,  
Mucho pide y poco da.*

Y aunque reclame después,  
Jamás debe ser oído,  
Porque el tormento fingido  
Luego se muestra quién es.  
Lo que fuere sonará  
Desde la primera llama;  
*Que el que calla y sirve dama,  
Mucho pide y poco da.*

## Á UNA LIBREA DE VERDE OSCURO Y LEONADO.

En colores se declara  
El color de mi ventura;  
Que la esperanza es oscura,  
Pero la congoja clara.  
Vestime, como merezco,  
De dos paños, en que veo  
Oscuro lo que deseo  
Y claro lo que padezco.  
Pero bien considerado  
Lo que se gana y se pierde,  
Cuanto pierdo con lo verde  
Cobro con lo leonado.  
Así que, quedo contento  
Con la suerte que me alcanza;  
Porque á falta de esperanza,  
Muy honroso es mi tormento.

## CON OTRA LIBREA VERDE Y AMARILLA.

*En la mayor esperanza  
Nació desesperación  
A mi triste corazón.*

Como mancha que cayó  
En la mas preciada ropa,  
Como la nave que topa  
En el puerto, y se perdió;  
Así, sin pensarlo yo,

Fuí causa de perdición  
*A mi mismo corazón.*

La cosa que mas amé  
Y que mas me quiso á mí,  
En un punto la perdí  
Cuando menos lo pensé.  
Por no temer lo que fué  
He dado mortal pasión  
*A mi triste corazón.*

## MOTE.

Saldrá, Dios enhorabuena,  
El triste cuidado mío  
Deste monte que se ordena,  
Vestido de un atavío,  
De que le viste mi pena.  
De seda parda porná,  
Por do trabajo empieza,  
Caperuza en la cabeza,  
Con un mote que dirá:  
*Porque no pueda huillo.*

De raso pardo será  
Y de terciopelo verde,  
En que aforrado vendrá  
El sayo, pues que se pierde  
La esperanza que en él va.

*Con solo el trabajo  
Voy á caza;  
Que la esperanza  
Déjame, porque no alcanza.*

De raso verde el capote,  
De pelo verde aforrado,  
El de encima acuchillado,  
Y por su causa este mote:  
*Pues ya me faltó la una,  
No hay que esperar en ninguna.*

La cinta de terciopelo  
Verde con cabos colgados,  
Que muestran su desconsuelo,  
De esmalte negro esmaltados,  
Con esta letra de duelo:  
*Acabóse mi esperanza.*

Lleva también un puñal  
Con cabos de su mancuilla,  
Verdes con borla amarilla,  
En que declara su mal:  
*Matóme quien te mató,  
Cuando viro me dejó.*

De la ballesta el tablero  
De color de mi congoja,  
La verga de negro acero,  
La cuerda de seda floja  
Verde, con que desespero.  
Verde aljaba llevará,  
Dentro tiros amarillos,  
Erbolados los casquillos,  
Con letra que sonará:  
*Solos dos palmos alcanza  
Cuando tira, y estos son  
Desde el ojo al corazón.*

## LETRA.

## AL ALJABA.

*No es engaño lo de fuera;  
Que dentro va con que muera.*

Serán verdes los calzones,  
Zapatos de verde seda,  
Do mis desesperaciones  
Bien por el cabo ver pueda  
Quien bien sabe de pasiones.  
Y porque no os espanteis  
Si esperanza le calzó,  
La razón que le movió  
En el mote la vereis:  
*Porque huya de tenella.*

## SUEÑO.

Yo, Señora, me soñaba  
Un sueño que no debiera:  
Que por mayo me hallaba  
En un lugar do miraba  
Una muy linda ribera,  
Tan verde, florida y bella,  
Que de miralla y de vella  
Mil cuidados deseché,  
Y con solo nno quedé  
Muy grande, por gozar della.

Sin temer que allí podría  
Haber pesares ni enojos,  
Cuanto mas dentro me via,  
Tanto mas me parecia  
Que se gozaban mis ojos.  
Entre las rosas y flores  
Cantaban los ruiseñores,  
Las calandrias y otras aves,  
Con sonos dulces, suaves,  
Pregonando sus amores.

Agua muy clara corria,  
Muy serena al parecer,  
Tan dulce si se bebia,  
Que mayor sed me ponía  
Acabada de beber.  
Si á los árboles llegaba,  
Entre las ramas andaba  
Un airecico sereno,  
Todo manso, todo bueno,  
Que las hojas meneaba.

Buscando dónde me echar,  
Apartéme del camino,  
Y hallé para holgar  
Un muy sabroso lugar  
A la sombra de un espino;  
Do tanto placer senti  
Y tan contento me vi,  
Que diré que sus espinas  
En rosas y clavellinas  
Se volvieron para mí.

En fin, que ninguna cosa  
De placer y de alegría,  
Agradable ni sabrosa,  
En esta fresca y hermosa  
Ribera me fallecía.  
Yo, con sueño no liviano,  
Tan alegre y tan ufano  
Y seguro me sentía,  
Que nunca pensé que había  
De acabarse allí el verano.

Léjos de mi pensamiento  
Desde á poco me hallé,  
Que así durmiendo contento,  
A la voz de mi tormento  
El dulce sueño quebré;  
Y hallé que la ribera  
Es una montaña fiera,  
Muy áspera de subir,  
Donde no espero salir  
De cautivo hasta que muera.

## AUSENCIAS.

En el punto que me distes  
La vida me la quitastes,  
Pues el corazon llevastes  
Del cuerpo que despedistes.  
Allí nacieron las penas  
Do la gloria se sembró,  
La cual quedó, triste yo,  
Pagando con las setenas.

## EN UNA PARTIDA FUERA DE ESPAÑA.

¡Oh cruel de mi conmigo!  
¿Dónde voy? ¿Dónde me alejo,  
Lastimado?  
¿Cómo soy tan mi enemigo,  
Que me parto de do dejo

Mi cuidado?

¡Oh pies míos! ¿dónde vais  
Sin mí por tierras ajenas,  
Tan extrañas?  
Decí, ¿adónde me lleváis,  
Dejándome allá en cadenas  
Las entrañas?

Ojos míos corporales,  
Que no veis á quien os suele  
Consolar,  
Verted lágrimas leales,  
Porque en algo se consuele  
Mi pesar.  
Ojos del entendimiento,  
Que lleváis siempre presente  
Mi deseo,  
Gozad sin impedimento  
De la imágen excelente  
Que no veo.

¡Oh pecho donde se encierra  
Mi dolor y penas tantas,  
Tan sangrientas,  
Pues dentro tienes tal guerra,  
Dí, ¿por qué no te quebrantas  
Y revientas?

¡Oh pensamiento cuidadoso,  
Que un momento solamente  
No me dejas,  
Dame un poco de reposo;  
No seas tan diligente  
Con tus quejas.

¡Oh suspiros engendrados  
De las ansias y pasión  
Del sentido!  
Salid, salid aquejados;  
Dad descanso al corazon  
Afligido.  
Tristezas y angustias mías,  
Que yo de mi voluntad  
Busco y llamo,  
Ayudadme en estos dias  
A sentir la soledad  
De quien amo.

¡Oh partida acelerada!  
Oh cuchillo de dolor  
Lastimero!  
Partirás, por ser forzada,  
La vida, mas no el amor  
Verdadero.  
Este cuerpo miserable  
Podrá, por ser tú cruel,  
Apartarse;  
Que el ánima no mudable  
Antes quedará sin él  
Que mudarse.

Vos, mi fe, que comenzaís  
En la letra que comienzan  
Mis amores,  
Pues en su poder quedaís,  
Suplicalde que la vengán  
Mis dolores.  
Y selde tan importuna,  
Pues sois con justo derecho  
Su cautiva,  
Que otra fe jamás alguna  
No se aposente en su pecho  
Mientras viva.

¡Oh muy fiel corazon mio,  
Que quedas allá en servicio  
De mi dueño,  
En tu lealtad confío  
Que harás bien el oficio  
Que te enseño!  
No te dolerás de tí,  
Pues quedas donde el tormento  
Se te paga;  
Pero duelete de mí,  
Que do quiera que estoy siento  
Cruda llaga.

¡Oh descanso en que me vi,  
Que un día solo en mi mano

Reposaste!  
 Cierto no te merecí,  
 Pues veniste, y tan temprano  
 Me dejaste.  
 Día de mayo postrero,  
 Que fin y comienzo fuiste  
 De mi gloria,  
 Cuanto entonces placentero,  
 Tanto me es agora triste  
 Tu memoria.

¡Oh mi reina y mi señora!  
 Pues os he sido en presencia  
 Fiel amante,  
 Sedme vos también agora  
 En los peligros de ausencia  
 Muy constante.  
 Por la fe que me debeis,  
 Y por el fuego encendido  
 Que en mí arde,  
 Os suplico que os guardéis  
 De ofenderme con olvido,  
 Aunque así de.

Con vos queda mi ventura,  
 Mi descanso y mi placer  
 Y mi alegría;  
 Ya conmigo mi amargura  
 Para siempre me tener  
 Compañía.  
 Muy buena conversación  
 Llevo en iros deseando  
 De continuo;  
 Que en vuestra contemplación  
 Con vos me voy razonando  
 De camino.

Á UNA DAMA QUE SE ENOJÓ PORQUE NO FUÉ VISITADA

EN UNA PARTIDA.

Vuestro enojo, reina mía,  
 Merced fué, pues que me fué  
 Mensajero de la fe  
 Que vuesamerced tenía.  
 Y aunque con él me pusistes  
 En tinieblas de dolor,  
 Extremado es el favor  
 Que en tomarlo me hicistes.

Mi culpa no me dolió,  
 Pues de culpa estaba ajena;  
 Mas lastimóme la pena  
 Que vuesamerced tomó.  
 Cruel fuistes en ser hirava  
 Con quien no sabe ofenderos;  
 Que el pecado de no veros  
 Con él mismo se pagaba.

Mas, con enojo ó sin él,  
 Siempre mana de vos gloria,  
 Pues vuestra dulce memoria  
 Cuando amarga tiene miel.  
 Si estando sañuda y grave  
 Hacéis obras de señora,  
 ¿Que tales serán agora,  
 Que os mostráis dulce y suave?

Tras hablado de braveza  
 Amaneció claro día,  
 Por lo cual es mi alegría  
 Mayor que fué la tristeza.  
 Y en fin, de tanta amargura  
 Quedo, en verme perdonado,  
 El mas bienaventurado  
 De cuantos tienen ventura.

Por bienes tan soberanos,  
 Do se lavan mis manecillas,  
 Cuiero besar de redillas  
 Esas angélicas manos;  
 En las cuales apesento  
 El fin del bien que poseo,  
 Porque de vuestro deseo  
 Quedó lleno el pensamiento.

Á UNA DAMA QUE ESTANDO ÉL MALO SE VIÑO Á MADRID.

En mas peligro dejáis  
 Mi vida que la ballastes;  
 De una muerte me librástes,  
 Y en mil juntas me dejáis.  
 La salud que en la venida  
 De vuesamerced cobré,  
 Prestada diré que fué,  
 Pues la pierdo en la partida.  
 Así que, podré loarme  
 Que sané para morir,  
 Y me hicistes vivir  
 Para de nuevo matarme.  
 Pero yo quedo contento  
 Con mi muerte que sea así;  
 Que en venir después que os vi  
 Tan dulce es, que no la siento.

EN UNA PARTIDA DE LA CORTE PARA MADRID.

*A las tierras de Madrid  
 Hemos de ir;  
 Todos hemos de morir.*

Apercibid, cortesanos,  
 Las armas del sufrimiento;  
 Que el peligro y el tormento  
 Ya los tenemos cercanos.  
 He sus poderosas manos  
 Es yerro pensar huir;  
 Todos hemos de morir.

Por condenadas tener,  
 Si el corazón no es muy fuerte,  
 Las vidas para la muerte,  
 Las entrañas á merced,  
 En las almas proveed;  
 Que á la hora del partir  
 Todos hemos de morir.

En esta guerra mortal  
 Soldados son los dolores,  
 Y el amor, con sus amores,  
 Es capitán general;  
 Puestos en un memorial  
 Tiene los que ha de herir.  
 Todos hemos de morir.

En el trance que se espera,  
 Decid, ¿morirá Escalante?  
 Ya no, porque mucho ante  
 Pagó la deuda postrera.  
 Si muriera si viviera,  
 Mas murió para vivir.  
 Los vivos han de morir.

¿Figueroa morirá  
 Cuando esta nueva se cuente?  
 Si, si la pena que siente  
 Le deja llegar allá;  
 Ausencia le matará,  
 Que no la podrá sufrir  
 Sin matarse ó sin morir.

El Rey está de partida,  
 Dicen que para Madrid;  
 Parte de Valladolid,  
 Yo partiré de la vida.  
 Moriré de recaída,  
 Partiendo para partir  
 Segunda vez á morir.

La primera vez morí  
 Muerte de sola mudanza,  
 Y en virtud de la esperanza  
 He vivido hasta aquí,  
 Alejándome de ahí;  
 Ansias que no sé decir  
 Me condenan á morir.

Dentro me abraso de fuego,  
 Defuera muero de frío;  
 Cuanto de vos me desvío,  
 Tanto á la muerte me llevo.



De tan peligroso juego  
Es imposible salir  
*Menos que para morir.*

Mi desco vivirá,  
Que va por otro camino  
Caminando de continuo,  
Do vuesamerced está.  
El cuerpo quedará acá,  
Que es pesado para ir  
*Y propio para morir.*

DON JORGE MANRIQUE, DE LAS CONDICIONES DE AUSENCIA.

*Quien no estuviere en presencia,  
No tenga en fe confianza (11),  
Pues son olvido y mudanza  
Las condiciones de ausencia.*

*Quien quisiere ser amado  
Trabaje por ser presente;  
Que cuan presto fuere ausente,  
Tan presto será olvidado.  
Y pierda toda esperanza  
Quien no estuviere en presencia;  
Pues son olvido y mudanza  
Las condiciones de ausencia.*

GLOSA DE LA PRECEDENTE, Á UNA DAMA DESAGRADECIDA.

La muy sobrada razon  
Que tengo de estar quejoso  
Me hace ser malicioso,  
Sin ser de mi condicion.  
Y si merezco por ello,  
Por ser mérito hacello,  
Merced delante de Dios,  
Dénse las gracias á vos,  
Que habeis sido causa dello.

(11) El texto mas autorizado de Jorge Manrique dice:

No tenga fe en esperanza.

Gregorio Silvestre, que parece que quiso competir con CASTILLO, glosó tambien esta copla del modo siguiente:

Quien ama, sirve y padece,  
Gana favor y adición  
Si portia y permanece;  
Y por la misma razon  
Quien no parece perece.  
Así que, en esta dolencia,  
Por bien que haya sido amado,  
Puede aparejar paciencia  
Y darse por olvidado  
*Quien no estuviere en presencia.*

Haga el que ama su cuenta  
A cuenta de estar presente,  
Y si quita o acrecienta,  
Perdone; que estando ausente,  
El amor tambien se ausenta.

Juntos andan en la danza  
Olvido y apartamiento;  
Por eso quien seso alcanza,  
Si quiere vivir contento,  
*No tenga fe en confianza.*

Como el natural calor  
Es causa de nuestro ser,  
La vista lo es del querer;  
Y así, se acaba el amor  
En acabándose el ver.

Memoria y dulce esperanza  
Se parten si os partís vos,  
Y á suplir esta tardanza  
Entran otras cosas dos,  
*Que son olvido y mudanza.*

No hay otro tan mal partido  
En todos los del amor  
Como ser aborrecido  
Y tener competidor  
Presciado y favorecido.

De competenera y ausencia,  
Mirados bien los tenores,  
Sin ninguna conferencia  
Se verán que son peores  
*Las condiciones de ausencia.*

Comienza.

Si algun favor alcanzamos  
De la dama á quien servimos,  
Muy seguros nos partimos,  
Mas muy peligrosos vamos;  
Porque todas en ausencia  
Son de tan buena conciencia,  
Que está seguro á lo menos  
De llorar duelos ajenos  
*Quien no estuviere en presencia.*

Y aunque así va declarado  
Por perdido el que se va,  
No por eso el que se está  
Se ha de contar por ganado;  
Mas guarde tal ordenanza  
Cualquiera que seso alcanza:  
Si está ausente desespere,  
Y si presente estuviere,  
*No tenga en fe confianza.*

Porque así Dios las crió  
Sujetas á liviandad,  
Que no hay mas seguridad  
Con su *sí* que con su *no*.  
Y en su mudable prianza  
Los principios dan holganza  
Mientras el daño no está claro;  
Mas los fines cuestan caro,  
*Pues son olvido y mudanza.*

Olvido de lo servido,  
Mudanza de lo alcanzado,  
Engaño de lo esperado,  
Falta de lo prometido,  
Nuevo enojo y diferencia,  
Sobre cuernos penitencia:  
Estas y otras tales son,  
Puestas ya por condicion,  
*Las condiciones de ausencia.*

Mas con todos estos males  
Con que dan causa de pena,  
Una cosa tienen buena,  
Que no son interesantes.  
Gentil hombre el requebrado,  
Muy galán y bien hablado,  
Méritos son muy livianos;  
Que ha de ser largo de manos  
*Quien quisiere ser amado.*

No que el dar haga mas sana  
La intención de la mujer;  
Que lo que se le dió ayer  
Ya es olvidado mañana.  
Mas que luego incontinente  
Que algo les dan nuevamente,  
El que con ello ha servido,  
Antes que venga en olvido,  
*Trabaje por ser presente.*

Porque burlan sin temor  
Al que un poco se desvia,  
Y no tienen cortesía  
Con quien no tienen amor.  
La mas verdadera miente,  
Y el que de burlas se siente,  
De ser burlado se guarde;  
Que no lo será mas tarde  
*Que cuan presto fuere ausente.*

Y es engaño de amadores  
Fundarse en cosa pasada;  
Que ellas no tienen en nada  
Cuanto hacen por amores.  
Y así olvidan lo pasado,  
Que, aunque sea haber llegado  
Al fin del mayor estrecho,  
Tan presto como fué hecho  
*Tan presto será olvidado.*

Y lo que es mas de reir,  
Hay muchas que piden celos  
Por quitarnos los recelos  
De su burlar y mentir.

Pero de haber buena andanza,  
Habiendo alguna tardanza,  
Ni de haber firme favor,  
Desconlie el amador  
*Y pierda toda esperanza.*

No que aficion les fallezca,  
Porque muchas quieren bien  
Mientras no se ofrece quien  
Mas y mejor les parezca;  
Mas habiendo competencia,  
Tienen tan ancha licencia  
En mudarse y en negar,  
Que las ha de perdonar  
*Quien no estuviere en presencia.*

No nos niegan por bondad  
La merced que les pedimos,  
Sino porque no cupimos  
En suerte á su voluntad;  
Y aunque quepa la libranza,  
No hagáis dello confianza.  
Querellas, mas no creellas;  
Sus obras aborrecellas,  
*Pues son olvido y mudanza.*

Ser verdad que no hay amigos  
Al muerto y al que se va,  
Harto bien probado está  
Con tan mudables testigos;  
Que en vestirse de paciencia  
Pone luego diligencia,  
La que mayor pena siente,  
Por guardar con el ausente  
*Las condiciones de ausencia.*

Veis aquí va la verdad,  
Sin que della un punto salga,  
Y ella, Señora, me valga  
Como no va la mitad.  
Y si algunas he ofendido  
Por haberme así atrevido,  
De vos deben ser quejosas,  
De quien todas estas cosas  
A mi costa he aprendido.

## AL AMOR.

Dame, Amor, besos sin cuento,  
Asido de mis cabellos,  
Y mil y ciento tras ellos,  
Y tras ellos mil y ciento,  
Y despues  
De muchos millares, tres;  
Y porque nadie lo sienta (12),  
Desbaratemos la cuenta  
Y contemos al revés.

## HISTORIA DE PIRAMO Y TISBE,

TRADUCIDA DE OVIDIO, PARA LA SEÑORA ANA DE NOMBURG.

Generosa y magnífica Señora: Con el deseo que siempre he tenido, y agora mas que nunca, de hacer algun servicio á vuesamerced, he mirado y revuelto mi recámara, y no hallo en toda ella para ello sino palabras y plumas, y no todas verdaderas ni de mucha autoridad; de las cuales, por no dilatar mas años mi propósito, he acordado de dar, en este de 28, alguna parte á vuesamerced, y presentarle la historia ó fábula de Piramo y Tisbe, antiguos y leales amadores, y tan leales, que si es verdad lo que Ovidio escribe de ellos y lo que yo he trasladado de él, les costó la vida á ambos, segun vuesamerced podrá ver por el desastrado suceso de sus penados amores. Simples fueron, á mi parecer, en matarse así con el calor del amor y de la edad; porque pudieran esperar á resfriarse y envejecerse, especialmente si vinieran á palacio y á Alemania, como yo;

(12) «Porque ninguno lo sienta,» dicen otros ejemplares manuscritos de esta poesia.

pero quisieron perder la vida á trueco de la fama. Y pues es hecho,\* y no podemos ayudarles con consejo, obra piadosa y justa será acordarnos de ellos. Vuesamerced haga en el caso por su parte lo que le pareciere segun su limpia conciencia; que no quiero ponerla en obligacion, ni pedir otra merced de mi trabajo, sino que, no pudiendo bien leer ó entender estas locuras de amor, tome un acompañado para ello que le ayude de mala, el cual quede á voluntad y eleccion de vuesamerced, cuyas manos beso.

## HISTORIA (15).

Grandes, muy grandes, Amor,  
Son tus hechos por do vas,  
Y fueron siempre jamás;  
Sabido fué tu dolor  
Cinco mil años atrás.  
Con tus flechas triunfantes  
Los morales, que de antes  
Blanco nos daban el fruto,  
Tú los cubriste de luto  
Con sangre de dos amantes.  
Piramo, gentil galan,  
Y Tisbe, muy linda dama,  
Los cuales al que bien ama  
Puestos por ejemplo están  
En los libros de la fama;  
Siendo entrambos igualmente,  
Entre la florida gente  
De mancebos y doncellas,  
Las dos personas mas bellas  
Que nunca tuvo el Oriente,  
Acertaron á tener  
Las casas de sus moradas  
Pared en medio pegadas;  
Pero, como suele ser,  
Con fuerte muro cerradas,

(15) La fábula de Piramo y Tisbe ha sido muy tratada por los poetas españoles. Gregorio Silvestre, tan imitador de CASTILLEJO, si bien muy inferior á este ingenio, escribió igualmente en quintillas los amores de Piramo y Tisbe. Véanse estas muestras:

A los tristes amadores  
Es una sombra de gloria,  
Y un alivio á sus dolores,  
Recontar alguna historia  
De otros que mueren de amores.  
Ocupase el pensamiento  
Del triste que está en tormento,  
Oyendo la ajena impresa,  
Y su mal hace represa  
De falso contentamiento;  
Y puesto que se declare  
Ser tan flaco este edificio,  
Aunque el mal no se repare,  
Aplicuese el beneficio,  
Y dure lo que durare.  
Porque á cualquier amador  
Que esta fábula leyere,  
Viendo los fines de amor,  
Si consuelo no le fuere,  
Será ejemplo, que es mejor.

Piramo y Tisbe nacieron  
Tan sin par en hermosura,  
Que muestran por lo que fueron,  
Ser por fuerza de natura  
El amor que se tuvieron.  
Ambos fueron de un metal,  
Tan iguales sin igual,  
Que si amor no los juntara,  
Naturaleza quedara  
En sus obras desigual.

Mientras no supieron qué era,  
Gozaban del conversar;  
Pero un bien de tal manera  
No lo pudiera gozar  
Quien entenderlo supiera;  
Porque el falso del amor  
Tan caro vende el favor,  
Que suele dar la victoria  
Para que mate la gloria  
Cuando no puede el dolor.

En aquella muy nombrada  
 Y ciudad mas señalada  
 Que Semiramis cercó.  
 Donde amor siempre reinó,  
 Gran Babilonia llamada.  
 Su primer conocimiento  
 Manó de la vecindad;  
 Y con el tiempo y edad,  
 Con igual contentamiento  
 Fué creciendo el amistad.  
 Y si libertad tuvieran,  
 De buena gana quisieran  
 Juntarse por casamiento;  
 Mas vedáronlo sin tiento  
 Sus padres, que no debieran.  
 Mas no pudieron vedar  
 Que la amorosa porfia  
 Que en sus entrañas ardía  
 Los dejase de quemar,  
 Amando mas cada día;  
 Antes el defendimiento  
 Y nuevo encarecimiento,  
 Segun suele acaecer,  
 Puso espuelas al querer  
 Y velas al pensamiento.  
 Medianero no tenían  
 Ni de nadie se fiaban;  
 Solamente se miraban,  
 Y por señas se entendían  
 Y con los ojos hablaban;  
 Mediante lo cual crecía  
 Su tormento toda vía,  
 Y el fuego que los quemaba,  
 Cuanto mas cubierto andaba,  
 Dos tantos mas se encendía.  
 De suerte que estas pasiones,  
 El mayor de sus cuidados  
 Era, viéndose penados,  
 No serles sus corazones  
 A boca comunicados.  
 Y no pudiendo hallar  
 Camino para hablar,  
 Penaban sin resistencia  
 Hasta que la diligencia  
 Al cabo halló lugar.  
 La pared á la ventura  
 Que las casas dividía,  
 De luengo tiempo tenia  
 Un resquicio ó hendedura  
 Desde cuando se hacia.  
 Este vicio señalado,  
 Que en tanto tiempo pasado,  
 Aunque no estaba escondido,  
 Hasta allí nunca habia sido  
 Jamas de nadie notado,  
 Entonces se echó de ver  
 ¡Oh gran Dios omnipotente!  
 ¿Qué es lo que el amor no siente,  
 Ó qué se puede esconder  
 A su calor diligente?  
 Vosotros, amantes, fuistes  
 Los que primero lo visteis,  
 Ambos por un mismo tino,  
 Y dél hicistes camino  
 Para vuestras voces tristes.  
 Por aquel lugar estrecho  
 Pasaban despues seguras  
 Las caricias y dulzuras  
 De su lastimado pecho,  
 Mezcladas con amarguras.  
 Por allí dentro entraban  
 Del fuego en que se quemaban,  
 Muy pasito, las centellas,  
 Y las sabrosas querellas  
 Que el uno al otro se daban.  
 Los suspiros afligidos  
 Y halagos delicados,  
 De ambas partes enviados,  
 De ambas partes recibidos,  
 Han por allí guiados,  
 Y muchas veces así  
 A hablarse por allí

Tisbe y Piramo venian,  
 Y daban y recibian  
 El dulce aliento de sí.  
 Aumentándose la sed,  
 Con ello, de sus amores,  
 Y creciendo sus ardiores,  
 Maldicean la pared,  
 Dándole tales clamores:  
 «¡Oh cruel muro envidioso,  
 Que estorbas nuestro reposo!  
 ¿Qué te costaba dejar  
 De todo punto juntar  
 Nuestro cuerpo descoso?»  
 »¿Por qué se nos encarcece  
 Por ti lo que deseamos?  
 Y si lo que demandamos  
 Muy gran cosa te parece,  
 Así te lo confesamos.  
 Deberias, pues es mas poca,  
 Si nuestra angustia te toca,  
 Abrirte y darnos lugar  
 Siquiera para gozar  
 De la fruta de la boca.  
 »Pero no debemos serte  
 Ingratos, ni lo queremos;  
 Antes claro conocemos  
 Y confesamos deberte  
 El bien que agora tenemos.  
 Pues que por ti nos fué dado  
 Paso franco libertado  
 Para que nuestras fatigas  
 A las orejas amigas  
 Llevasen nuestro mandado.»  
 Habiendo hecho deste art  
 En vano, sin galardón,  
 Su triste lamentación,  
 Cada uno por su parte,  
 Ambos por un corazón,  
 Ya que la noche llegaba,  
 Que el tiempo los apartaba,  
 Se despiden suspirando,  
 Cada cual dellos besando  
 La parte por donde estaba.  
 Mas la mañana siguiente,  
 Despues que del cielo habia  
 Quitado el alba del día  
 Las lumbres generalmente  
 De la oscura noche y fria;  
 Y habiendo el sol colorado  
 Con sus rayos enjugado  
 Las verdes yerbas heladas,  
 Y las tinieblas pasadas  
 De todo el mundo alumbrado,  
 Los dos amantes leales,  
 No habiendo mucho dormido,  
 Vuelven al lugar sabido  
 A comunicar sus males  
 Con muy pequeño ruido;  
 Y habiendo primero dado  
 Ambos con igual cuidado  
 Muchas quejas, todas llenas  
 De las angustias y penas  
 De su vivir afanado;  
 No pudiendo mas sufrir  
 Las batallas y torneos  
 De sus ansias y deseos,  
 Ni para los conseguir  
 Andar por tantos rodeos,  
 Acuerdan, sin mas terceros,  
 Letrados y consejeros,  
 Que deben ambos tentar  
 En la noche de engañar  
 Las guardas y los porteros,  
 Y salir secretamente  
 De casa sin claridad,  
 Y en la misma oscuridad,  
 Por huir mas de la gente,  
 Desamparar la ciudad;  
 Y que fuesen á juntarse,  
 Sin torcer ni desmandarse  
 Por el campo y sin camino,  
 Al sepulcro del rey Nino,

Porque no puedan errarse ;  
Y que despues de llegados ,  
Para que menos pudiesen ,  
Si acaso gentes viniesen ,  
Ser de ninguno mirados ,  
Ordenan que se escondiesen  
So la cubierta sombría  
De un gran moral que cubría  
Parte del campo labrado ,  
De moras blancas cargado ,  
Cerca de una fuente fría .

El concierto les agrada ,  
Cuando ya les parecia  
Que caminaba tardía ,  
Tanto que ya los enfada ,  
La luz del sol de aquel día ,  
La cual , sin se detener ,  
Da prisa por se meter  
En las mismas aguas , donde  
Tambien la noche se esconde ,  
Y dellas torna á nacer .

Pues la noche ya venida ,  
Y siendo el tiempo llegado ,  
Por ambos tan deseado ,  
A Tisbe no se le olvida  
Lo que estaba concertado ;  
Y aunque era dama encerrada ,  
De padre y madre guardada ,  
Personas de autoridad ,  
No halla dificultad

Para cumplir su jornada  
No da por inconveniente  
Haber sido su salida  
Antes de tiempo sentida ,  
Ni haber estado doliente ,  
Ocupada ó impedida ;  
Ni compone haber estado  
Toda la noche á su lado  
Su madre , siempre despierta ,  
Ni haber quedado la puerta  
Cerrada con el candado .

Guárdeos Dios que amor atice  
El fuego que él mismo hace ;  
Que aunque temor amenace ,  
El hace en fin lo que dice ,  
Y dice lo que os aplice .  
De achaques anda desnudo ,  
De manera que no dudo ,  
Antes lo doy por aviso ,  
Que aquella pudo que quiso ,  
Y si no quiso , no pudo .

Así que , Tisbe primera  
Los de su casa desmiente ,  
Y á oscuras muy diestramente  
Vuelve el quicio y sale fuera ,  
Que ninguno no la sienta ;  
Y con un velo delgado  
Su lindo rostro tapado ,  
Al gran sepulero llegó ,  
Y á la sombra se sentó  
Del árbol atrás contado .

Amor le daba osadía ,  
Alicion la acompañaba ,  
Deseo la apresuraba ,  
Su fe la favorecía ;  
Mas fortuna contrastaba .  
A deshora , sin mas cuenta ,  
Ella estando muy contenta  
De ver allí su persona ,  
Vió venir una leona ,  
La boca toda sangrienta .

La cual , habiendo aquel día  
Hecho carne frescamente ,  
Con la hartura reciamente  
A matar la sed venía  
A aquella vecina fuente ;  
Y como Tisbe la vió  
De léjcs , y conoció  
A los rayos de la luna ,  
Gota de sangre ninguna  
En su cuerpo le quedó .

Así , con vista tan nueva ,

Casi muerta , de espantada ,  
Fué corriendo apresurada  
A meterse en una cueva ,  
De allí no muy apartada ;  
Pero mientras así huía ,  
El manto que le cubría  
Se le cayó por detrás ;  
Y ella nó curó dél mas ,  
Con el temor que tenía .

La cruel leona brava ,  
Desque con agua infinita  
Refrenó su sed maldita  
Cuando al monte se tornaba  
Por do su furia la incita ,  
Hallando acaso allí echada  
Aquella ropa delgada  
Sin la que allí la dejó ,  
Toda la despedazó  
Con su boca ensangrentada .

Piramo , que mas tarde era  
Salido , cuando llegó ,  
Y en el polvo claras vió  
Las pisadas de la fiera ,  
Toda la color perdió ;  
Y como tambien caída  
Viese , y en sangre teñida ,  
La ropa de la inocente ,  
Suspirando fieramente ,  
Dijo con voz dolorida :

«Pues el manto tal está ,  
Muerta es Tisbe ; y pues los hados  
Así se muestran airados ,  
Esta noche acabará  
A entrambos enamorados ;  
De los cuales ella fuera ,  
Si ley en la vida hubiera ,  
Digna de muy larga vida ;  
Que mi alma , su homicida ,  
Es la que es justo que muera .

»Yo , yo , triste , miserable ,  
Triste de mí ! te maté ,  
Y de noche ir te mandé  
A lugar tan espantable ,  
Y antes que tú no llegué .  
¡ Oh leones ! Oh alimañas  
Que estáis en estas montañas !  
Mi cuerpo despedazad  
Y á bocados arrancad  
Estas malditas entrañas .

»Pero de hombre de vil suerto ,  
Temeroso y menos fiel  
Es en caso tan cruel  
Desear de otro la muerte ,  
Pudiendo dársela él .»  
Esto dicho , levantó  
El manto que allí halló  
De la su Tisbe leal ,  
Y á la sombra del moral  
Del concierto lo llevó .

Y despues de haber mojado  
Con lágrimas á hartura  
La sangrienta vestidura ,  
Y muchas veces besado ,  
Dijole con amargura :  
«Oh ropa sin alegría !  
Pues gustaste en compañía  
La sangre de tu señora ,  
Recibe tambien agora  
Algun gusto de la mía .»

Luego con su misma espada ,  
De su propia voluntad ,  
Se hirió sin piedad ,  
Metiéndola por la hijada  
Con extraña crueldad ;  
Mas tornó súbitamente  
A sacarla encontinentemente ,  
Ya muriendo desmayado ,  
Y cayó allí trastornado  
Sobre la tierra caliente .

La sangre surte muy alta ,  
Ni mas ni menos que un caño  
Que acaso recibe daño

Y se rompe por la falta  
Del plomo, hierro ó estaño,  
Y por un resquicio estrecho  
Arroja muy largo trecho  
Las aguas, que van con pena,  
Y con sus golpes barrena  
Y rompe el aire derecho.

La fruta del árbol, siendo  
Con la sangre rociada,  
La raíz también mojada,  
Luego se fité convirtiendo  
En forma negra mudada.  
Y las moras á deshora,  
Siendo la muerte pintora,  
Se tiñeron desde allí  
En color de carmesí,  
Como las vemos agora.

Tishe en este mismo instante,  
Aun no habiendo despedido  
El gran miedo recibido,  
Por no burlar al amante,  
Vuelve al puesto conocido;  
Y con ojos y cuidado  
Buscaba su enamorado,  
Deseándole hallar  
Para poderle contar  
Su gran peligro pasado;  
Y como más se acercó,  
Aunque el lugar conocía,  
Y el árbol también, que había  
Bien visto cuando llegó,  
Y en memoria lo tenía,  
La nueva color trocada  
De la fruta en él hallada  
La desatina y altera;  
Que no sabe si aquel era  
Adonde estuvo sentada.

Más estando de esta suerte  
Dudosa, toda temblando,  
Vió estar el cuerpo sangrando  
Con la basea de la muerte  
En el suelo golpeando;  
Y vista cosa tan fiera,  
Retiróse para afuera,  
Con el espanto, de puesto,  
Llevando su blanco gesto  
Más amarillo que cera;

Y más fría que la nieve,  
Del pavor espeluzada,  
Quedó tremiendo turbada,  
Como se estremece y mueve  
La brava mar alterada  
Cuando algun viento delgado,  
De ella misma levantado,  
A deshora la lastima,  
Apremiandola por cima  
Con rigor demasiado.

Más después que reparó,  
Y conoció sus amores,  
Con claros llantos mayores  
Sus lindos pechos hirió,  
Dello no merecedores;  
Y sus cabellos mesando,  
El cuerpo amado abrazando,  
Con sus lágrimas suplia  
En la herida vacía

La sangre que iba faltando;  
Y mezclándola con ellas,  
Y con muy grande agonía,  
Besando la boca fría,  
Clama y da tales querellas  
Al alma que se salta:  
«¡Oh Piramo descaído!  
¿Qué caso tan desastrado,  
¿Qué desastre tan cruel  
Ha sido, Señor, aquel  
Que así de mí te ha quitado?»

«Responde, Piramo mío,  
Tu amada Tishe te llama;  
Oye y mira á quien te ama,  
Levanta tu rostro frío,  
Echado en tan dura cama.»

Piramo, cuando esto oyó,  
Al nombre de Tishe alzó  
Sus ojos mortificados;  
Mas luego fueron tomadas  
A cerrar, desde la vío.  
Y ella, como conociese  
Allí su ropa sutil,  
Y la vaina de marfil  
De Piramo también viese  
Sin el espada gentil,  
Conociendo el mal recado,  
Dijo luego: «¡Oh desdichado!  
Tu misma mano, Señor,  
Y la sobra del amor  
Son los que te han acabado

»Pues también tengo yo en mí  
Manos fuertes y atrevidas,  
Y amor á velas tendidas,  
Que me darán, como á tí,  
Fuerza para las heridas.  
Muerto de muerte tan fiera,  
Te seguire por do quiera;  
Y si hui, porque no huya  
Causa de la muerte tuya,  
También seré compañera.

»Y tú, que con soía aquella  
Podías ser apartado  
De mí, mas no de mi grado,  
No lo serás ni con ella,  
Pues irás acompañado;  
Mas vosotros, muy honrados  
Padres desaventurados,  
Sayo y mío en compañía,  
De su parte y de la mía  
Holgad de quedar rogados

»Que aquellos á quien así  
Amor y fe verdadera  
Y la hora postrimera  
Ayuntaron hoy aquí  
Con voluntad tan entera;  
Porque su fuerte ventura,  
Que en vida les fué tan dura,  
Aun después de ella convenga,  
No hayais por mal que los tenga  
Una misma sepultura.

»Y tú, moral, que al presente  
Cubres aquí donde estás  
Un cuerpo muerto, y no mas  
Del uno, y eñoncinente  
Los de los dos cubrirás,  
Guarda muy bien las señales  
Y los indicios mortales  
De nuestra cruda matanza,  
Pues tanta parte te alcanza  
De nuestros últimos males.

»Y siempre tu fruta sea,  
Cual es mi triste tesoro,  
Negra de color de moro,  
Que es comunmente librea  
Para luto y para lloro;  
Del cual tu vista adornada,  
Tu tristeza señalada  
A todos será notoria,  
En remembranza y memoria  
De la sangre en tí juntada.»

Esto dicho, levantó  
Del suelo la triste espada,  
Que aun no estaba resfriada  
Del calor que recibió  
En la matanza pasada;  
Y poniéndola de hecho  
En lo bajo de su pecho,  
Dejóse caer sobre ella,  
Dando fin á su querella  
Y á sus angustias de hecho.

Más su demanda á la hora  
Fué por los dioses oída  
Y por sus padres cumplida,  
Como vemos ser la mora  
Negra, su sazón venida;  
Y lo que dellos sobró  
Del fuego que los quemó,

Una sombra lo cobija  
En una misma vasija,  
Donde guardado quedó.

**Final.**

*No hay temor  
Que no le prive el amor.*

El peligro de la vida,  
Y á veces el de la fama,  
Al que bien de veras ama  
A mas osar le convida.  
Si la llama está encendida  
Del amor,  
*También se quema el temor.*

**CONTRA EL AMOR.**

Al reclamo del deseo  
Me llevas, Amor, tras tí,  
Perdido tras lo que veo,  
Engañado en lo que creo  
Y enajenado de mí.  
Bien burlado,  
Pero mal escarmentado;  
Mil veces preso y vendido,  
Y algunas arrepentido,  
Pero jamás enmendado (14).

Dime, Amor, perseguidor  
Del flaco poder humano,  
¿Cuándo habrá fin tu furor  
Para sentir el error  
Con que causas mi liviano  
Desatino?  
¿El apetito malino  
Cuándo dormirá su sueño,  
Que á despecho de su dueño  
Está ladrando continuo?  
¿Cuándo me tengo de ver  
Libre deste desvario?  
Que pienso no puede ser,  
Pues nunca puede hacer  
Que dejase de ser mío,  
Ni yo suyo.  
Entonces mas me destruyo  
Cuando mas lo contradigo,

(14) Gregorio Silvestre, en la *Residencia de amor*, dice lo siguiente:

Y luego, entre sí pensando,  
Salió triste y suspirando  
Torres Naharro, admirado,  
Y de sus penas turbado,  
Desta manera hablando:  
«¿Es posible que por vas  
Aun suspirar no me vague?  
¿Ay que sí, que es ley de Dios  
Quien tal hace, que tal pague!  
Mas, Señora,  
¿Es posible pues ahora  
Que me priveis de sosiego?  
¿Ay que sí, que al que os adora,  
Como hereje busca el fuego!»  
Dijo el juez: «Este tal,  
El se acusa y se condena;  
Muy bien conoce su mal:  
El merece bien su pena,  
Aunque no le verná igual.

CASTILLEJO, que lo oyó,  
En su compañía salió;  
Que aunque enemigo de amor,  
Por este mismo tenor  
Igual culpa confesó:

«Al reclamo del deseo  
Me llevas, amor, tras tí,  
Perdido tras lo que veo, etc.»  
«Con tus insolencias vanas  
No me catas cortesía  
Ni me las muestras mas llanas, etc.»

Pasó el viejo con dolor  
Y dijo el juez: «Bien, basta  
Para libralle su error,  
Porque con la edad se gasta  
La fuerza y poder de amor.»

Y mas de cerca lo sigo  
Cuando pienso que lo luyo.  
Bien como el fuego encendido,  
Que, con el agua rociado,  
Queda, sin ser resistido,  
Muy mas ensoberbecido,  
Con su contrario curado.  
Y la ciencia,  
En tan rebelde dolencia  
No la bastando á curar,  
Es fuerza de acrecentar  
Las fuerzas de su potencia.

Amor ciego, tú me ciegas,  
Tú me alliges, tú me aquejas;  
Pidesme lo que me niegas,  
Para herirme me allegas,  
Para curarme me dejas  
En poder  
Y á manos de una mujer,  
De quien, en lugar de cura,  
Cien mil tragos de amargura  
Me es forzado padecer.

Miedo he que esta importuna  
Cruel guerra de natura,  
Do no hay paz cierta ninguna,  
Tuvo comienzo en la cuna  
Y el fin en la sepultura;  
Y el reposo  
Aun allí será dudoso  
Al espíritu penado,  
Que siempre fué enamorado  
Y de beldad deseoso.

Contra lo cual no han valido  
El seso ni la bondad,  
Ni contigo amor podido  
Hacer trato ni partido  
Que les dé seguridad  
Verdadera;  
Y la tregua lisonjera  
Que algunas veces han hecho,  
Tú no la has por tu derecho  
Tenido por valedera.

Fué mi suerte, fué mi hado  
Dolencia casi continua  
De amor á mal de mi grado,  
De mi natura forzado,  
Que, sin yo querer, me inclina  
A querer

Y á no poderme abstener  
De mirar y desear  
Lo que sé que me ha de dar  
Mas tormento que placer.

Con tus insolencias vanas  
No me catas cortesía,  
Ni me las muestras mas llanas  
Con mis barbas y mis canas  
Que cuando no las tenia;  
Ni la edad,  
Ya puesta en autoridad,  
Honras y mayor estado,  
Han contigo, Amor, bastado  
A ponerme en libertad.

Contra tus locas pasiones  
No aprovechan diligencias,  
Negocios ni ocupaciones,  
Ayunos ni confesiones,  
Embarazos ni dolencias  
Ni cuidados;  
Que, todos examinados  
En mi secreto sentido,  
Siempre los tuyos han sido  
Mas continuos y pesados.

Al flaco que defenderse  
No puede de su adversario,  
Retirarse ó esconderse  
Le suele, para valerse,  
Ser útil y necesario;  
Mas contigo,  
Amor loco y enemigo,  
No vale esta diligencia,  
Porque no hay contigo ausencia;  
Que do quiera vas conmigo.

Tus cuidados y tus penas,  
Con que el mundo se destruye,  
Por el mar y sus arenas  
Y por las tierras ajenas  
Van siguiendo á quien te huye,  
Sin dejallo.

En paz, á pié ni á caballo  
Yo, triste, pues ¿qué haré?  
Dime, Amor, ¿adónde iré?  
Que do voy allá te hallo.

De mil maneras padezco,  
Espero lo que no espero,  
De lo que tengo carezco,  
Y lo que mas aborrezco  
Es lo mismo que mas quiero.  
Soy cautivo

De amores, y fugitivo  
Tornado por los cabellos;  
No puedo vivir sin ellos,  
Y con ellos menos vivo.

Dame, Amor, ya facultad  
Que no piense en tí ni crea  
Que puedes decir verdad,  
Pues tanta dificultad

Hay en lo que se desea.  
¡Guay del triste  
A quien tú para amar diste  
Inclinación de natura,  
Y le falta la ventura

Del gozo que prometiste!  
Pon en libertad mis ojos,  
Manos, piés y corazón,  
Para excusar los enojos  
Que causa con sus autojos  
Tu mala conversacion

Trabajosa,  
Por una parte sabrosa,  
Por otra amarga y horrible,  
En un momento apacible,  
Y en el mismo rigurosa.

Y pues sin haber socorro  
He sido, Amor, tu soldado,  
Y tan viejo, que me corro,  
Dame ya carta de horro  
Para vivir descuidado,  
Sin estar

En todo tiempo y lugar  
Con mi seso peleando,  
Y de continuo pensando  
En qué poderte agradar.

¡Ay del pobre que padece  
El dolor de que querello,  
Que á cada paso se ofrece  
Ver lo que bien me parece,  
Y no poder gozar dello!

Y así ando,  
Como Tantalo, penando  
Por lo que delante está,  
Y por lo que se me va  
De las manos suspirando.

Suplicote que nos digas  
Por qué, Amor, tus desafueros  
Y sospechas enemigas  
Me cuestan tantas fatigas  
Y congojas y dineros.  
¡Oh mal grado!

Que pagado ó no pagado,  
Cuando mas me fuiste amigo  
Nunca me tomé contigo  
Sin salir descalabrado.

Entre las dificultades,  
Trabajos, rabias y quejas,  
Mudanzas y novedades,  
De tus importunidades  
Solo un consuelo me dejas,  
Que es paciencia

Forzosa con penitencia,  
Y que lo que no he alcanzado  
Al menos no me ha quedado  
Por descuido ó negligencia.

La libertad del mirar,  
Que nos das, ¿por qué se quita

A la boca del hablar  
Y á las manos de tocar  
Lo que el alma solicita?  
No es razon  
Ser de menos condicion  
Los otros miembros humanos,  
Y que los ojos ñfanos  
Lleven todo el galardón.

Leyes son muy rigurosas  
No poder gozar cualquiera  
De las mujeres hermosas  
Como de las otras cosas,  
Por ley comun y soltera,  
Sin andar

Obligados á pasar  
Tantos enojos y males,  
Al respeto de los cuales  
Es nada nuestro gozar.

¡Oh gran Dios, y cuán gran mal  
Fué poner nuestros placeres  
En un tan desconunal  
Y peligroso animal  
Como lo son las mujeres,  
Tras que andamos!

Y así el medio que buscamos  
Para nuestra enfermedad,  
Fundado en su liviandad,  
Tarde ó nunca lo hallamos.

*Quid levius vento? fulmen;*  
*Quid fulmine? flamma;*  
*Quid flamma? mulier;*  
*Quid muliere? nihil.*

¿Cuál cosa hay que ligera  
Pasa al viento y no reposa?  
El rayo que sale fuera;  
¿Y al rayo? La llama fiera;  
Y á la llama ¿qué otra cosa?  
La mujer;

Y á la mujer en su sér  
¿Qué cosa ligera y vana  
La vencerá de liviana?  
Ninguna á mi parecer.

De do viene que tu oficio,  
Amor loco, todo es viento,  
Pues no puede el edificio  
Carecer de falta y vicio  
Donde es malo el fundamento  
E imperfecto;

Y así al amante pobreto  
Nunca le falta laceria,  
Siendo vana la materia,  
Y mucho mas el sugeto.

Mas, caso que los amores  
Vayan bien por parte dellas,  
Siempre hay duelos y dolores,  
Que á los pobres amadores  
Dan mil causas de querellas  
Y fatigas.

De las mas ciertas amigas  
No se excusan mil pasiones,  
Gastos y tribulaciones,  
A que tú, Amor, nos obligas.

Cuanto mas que de las tales  
May pocas hay al presente;  
Todas son interesales.  
Ya murieron las leales  
Que en España antiguamente  
Diz que habia;

Tal uso paso sola,  
Que las Indias y mineras  
Y otras gentes forasteras  
Lo han hecho mercaderia.

Entre los daños sin cuento  
De tus yerros y mudanzas,  
No es el menor perdimiento  
La porfia y seguimiento  
De tus vanas esperanzas;  
Con las cuales

Nos causas, Amor, mas males  
Que si nos desesperases,  
Y la cuenta rematasés  
De las esperanzas tales.

Mas yo, por mi desventura,  
Nunca la vi leucida,  
Y entre una y otra locura,  
Sin tener hora segura,  
He consumido la vida  
En prision.  
Mirad qué consolacion  
Para el mal de mi querella,  
Que el mayor bien que hay en ella  
Es la desesperacion.

Gran ribaldo eres, Amor;  
El Turco no se te iguala;  
No quieres, por ser señor,  
Que ningun tu servidor  
Tenga fuerza que le vala;  
Y si alguno,  
De pesado é importuno  
Y grave de soportar,  
Se te puede comparar,  
El gran Turco es solo uno.

El es grande en demasia,  
Y tú grande sin igual;  
El en hacer mal porfia,  
Y tú de noche y de dia  
No causas de hacer mal  
A dos manos;  
El á los presos cristianos  
Fuerza su ley confesar;  
Y tú la fe renegar  
A los mas á ti cercanas.  
El no guarda fe ni si  
A hombre de su valia,  
Tan poco como tú á mí;  
Tan bien va contra el Sefi  
Como contra el rey de Hungría.  
El no popa  
A nadie en Asia ni Europa,  
De cualquiera ley que sea;  
Tú matas toda ralea  
Y haces á toda ropa.

El ha de todas naciones,  
Suertes y formas de gentes,  
Oficios y profesiones,  
Estados y condiciones,  
Por esclavos y sirvientes  
Naturales;  
Tú de estados desiguales  
Tambien tienes gran gentio,  
Y aun llega tu señorio  
A los brutos animales.  
Cabe él hay diversos grados  
De cargos, como bajanes,  
Y otros grandes y privados,  
Genizaros y soldados,  
Sanjacos y capitanes  
De su gente;  
Y así, Amor, por consiguiente,  
De los á ti sometidos  
Hay diversos repartidos  
En estado diferente.

El Turco con su grandeza  
Hace grandes á los suyos  
De dineros y riqueza;  
Y tú, de tu gentileza,  
Amor, tambien á los tuyos;  
De tal suerte,  
Que tienen que agradecerle  
El bien que de ti les viene;  
Mas ninguno dellos tiene  
Castillo ni casa fuerte.

Tú y el Turco á la fin fia  
Haceis bienes y favores  
Que salen al gallarin,  
Como fué lo de Abrain,  
A los tristes servidores;  
Cualquier don,  
Mando, gracia ó galardón  
Que dais á vuestros vasallos,  
Puede bien regocijillos,  
Mas al fin esclavos son.

Ambos tratáis con desden  
A los malos y á los buenos;

El tirano y tú tambien;  
El tiene á Jerusalem,  
Y tú á Roma, que no es menos,  
Tuya es.

De la laz y del envés  
Sois una misma sustancia;  
El tiene liga con Francia,  
Y tú das el mal francés.

Al olor de tu placer  
Se heben tristes jarabes  
Por mujeres que, á mi ver,  
Son para nos ofender,  
Como en el campo las aves;  
Que las vemos,  
Y con los ojos podemos,  
Mirando, dellas gozar,  
Mas queriéndolas tomar,  
Entre manos las perdenos.

Y si alguno las gozó,  
No por eso está pagado,  
Porque, á lo que alcanzo yo,  
Nunca nadie se hartó  
De aquello á que es inclinado.  
No hay poder  
Que baste á satisfacer  
De amores al amador  
Ni de juego al juzador  
Ni al borracho de beber.

El avariento logrero  
Cada vez sale á la plaza  
Con mas hambre de dinero,  
Y al cazador ó montero  
Nunca le basta la caza  
Que mató;  
Si otra de nuevo salió,  
Es fuerza que la desee,  
Y cada ciervo que vee  
Es el primero que vió.

No sé de dónde te vino  
Este nombre que te dan,  
Amor, aunque eres latino,  
Pues de titulo tan dño  
Tus obras tan lejos van.  
Fué postizo  
De algun loco advenedizo,  
Inventado por error;  
Porque quien te llamo amor  
No supo lo que se hizo.

Mas justo fuera arrugura  
Que amor por nombre ponerte,  
Morlaza, morbo, locura,  
Furia, rabia, mordedura,  
Mortaja, tartago, muerte.  
Mal parece  
Nombre que no se merece,  
En poder del Can-Cerberio;  
Porque el amor verdadero  
A solo Dios pertenece.

## SERMON DE AMORES,

DEL MAESTRO BUEN-TALANTE FRAY FIDEL, DE LA ÓRDEN  
DEL TRISTEL (15).

### Introducción por un cura.

Huelgo que os hayais juntado  
Los buenos de este lugar,  
Porque viene á predicar  
Un muy famoso letrado  
De Florencia,  
Extremado en toda ciencia,  
Y en bien hablar sin segundo,

(15) De esta obrilla puse varios pasajes de los suprimidos por la Inquisición en mi *Exámen filosófico de las causas de la decadencia de España*; los cuales reimprimó mister Tomás Parker en la versión inglesa de este libro, pero sin traducirlos.

Lopez de Velasco, comisionado por el Santo Oficio, hizo grandes mutilaciones en esta obrilla de CASTILLEJO. No solo le quitó el



Unico por todo el mundo  
 Para casos de conciencia.  
 En Levante  
 Fué muy notable estudiante,  
 Del Gran Turco muy bienquisto;  
 Llámánle, según he visto,  
 El maestro Buen-Talante,  
 Fray Fidel.  
 Hacen mucho caso dél  
 Cuantos saben su venida;  
 Es hombre de muy gran vida,  
 De la órden del Tristel;  
 Extranjero,  
 Mas no bozal ni grosero  
 En la lengua castellana,  
 Y en su habla palenciana  
 Se muestra ser caballero  
 Bien gracioso.  
 Es cortés y virtuoso,  
 Y notados sus primores,  
 Debiera saber de amores  
 Antes de ser religioso.  
 Fué ventura  
 Llegar á tal coyuntura,  
 Que anoche bien tarde vino,  
 Porque pasa de camino  
 La via de Extremadura.  
 Y acertó  
 A mi casa, é preguntó  
 Si tenia en qué hospedalle.  
 Yo holgué de aposcutalle,  
 Por no le decir que no.  
 Y no quisiera,  
 Agora que sé quién era,  
 É cuán digno de servicio,  
 Por todo mi beneficio  
 Que de mi casa se fuera  
 Descontento;  
 Porque tengo en pensamiento,  
 Si acabamos que predique,  
 Que su sermón edifique  
 En este nuestro convento.  
 Mas no sé  
 Si con él lo acabaré,  
 Porque ya fuera partido,  
 Mas yo lo he detenido,  
 Y tengo sobre la fe  
 Que me dió  
 De esperar hasta que yo  
 Dispense con su tardanza,  
 Porque su buena crianza  
 Hasta esto comedió  
 Mi mandado.  
 Y aun no estoy desconfiado,  
 Antes que parta de aquí,  
 Que él venga á buscar de mí,  
 Porque él tiene ya ensillado  
 Para andar,  
 Acabando de rezar,  
 Lo cual quedaba haciendo.  
 Yo, señores, os le vendo  
 Por persona singular  
 Y excelente;  
 Pésame terriblemente  
 De no le haber mas servido,  
 Y de haberle conocido,  
 Pues se va tan brevemente,  
 Sin gozalle.  
 Si pudiera encaminalle  
 Que predique entre nosotros,  
 Cada uno de vosotros  
 Puede muy bien preguntalle,  
 Si quisiere,

Cualquier duda que tuviere  
 O lo que saber querrá;  
 Que este padre le dirá  
 Quanto pedido le fuere,  
 Pues lo sabe.  
 No cumple que mas le alabe;  
 A su saber me refiero,  
 Que será fiel mensajero  
 Del saber que en él cabe;  
 Mas conviene  
 Que, en tanto que él se detiene,  
 Le pongais aquí en qué este,  
 Que hará lo que le dire;  
 Y el alma me da que viene  
 Por acá.  
 Asomar le veo ya;  
 Todo el mundo se sosiegue,  
 Que al fin fin predicará,  
 Muy rogado.  
 Yo tomo dello enidado,  
 Sin que trabaje ninguno.  
 Porque basta un importuno  
 A vencer á un bien eriado,  
 Si le apura.

(*Entra el predicador.*)

PREDICADOR.

*Deo gratias*, señor Cura;  
 Mandadme ya dar licencia,  
 Y soldadme la obediencia  
 Por el tiempo que me dura  
 La licencia,  
 Que, por ser apresurada,  
 No puedo mas asistiros;  
 Mas despues para serviros  
 Siempre quedará obligada  
 Mientras vivo;  
 Que de quien merced recibí (16)  
 Nunca jamás se me olvida,  
 Y la de vos recibida  
 En la memoria la escribo,  
 Do la llevo  
 Muy bien pintada de nuevo  
 Para siempre conocella,  
 Y si puedo agradeccella  
 É servilla como debo,  
 Si bastare,  
 Y vuestra merced mandare  
 Con las muchas que me hace,  
 Predicara, si le place.

CURA.

Si yo le suplicare  
 Un poquito,  
 Aunque menoscabo y quito  
 El tiempo del caminar,  
 Porque goce este lugar  
 De vuestro sermón bendito  
 Con placer.

PREDICADOR.

No me lo mandeis hacer,  
 Que el tiempo no sufre tanto.  
 No se entiende sino en cuanto  
 Aparejan de comer  
 Como quiera;  
 Que para jornada entera  
 Es tarde para partir,  
 Y no es razón de salir  
 A buscar qué comer fuera  
 De poblado.  
 Cumpliré vuestro mandado  
 Como debo y es honesto;  
 Mas no me hallo dispuesto  
 Ni tengo nada estudiado.

CURA.

No os dé pena;  
 Que en casa tan rica y buena (17),

título, sino tambien la forma de sermón, dándole el epígrafe de *Capítulo del amor*, según queda dicho en otro lugar.

Los ejemplares impresos del *Sermón de amores* tienen tantos y tales yerros, y se contradicen tanto, que difícilmente puede sacarse un texto correcto. Se ha hecho todo lo posible por restaurar esta obra, publicándola, si no como sátira de la pluma de su autor, al menos libre de las mutilaciones inquisitoriales.

(16) En el original antiguo habla desde aquí el cura.

(17) Parece que debe decir *llena*, al tenor del proverbio: «En casa llena presto se guisa la cena.»

Ya sabe vuestra merced  
Que nadie muere de sed,  
Pues presto se guisa cena.  
No pedimos  
Honduras, ni las sentinas,  
Ni otras habilidades;  
Bastarín moralidades,  
E muy mejor las oímos (18)  
Los de aldea.

PREDICADOR.

Ruégoos, Señor, que me sea  
Lícito ser descortés (19),  
Porque no os pese despues  
Que mi desgracia se vea,  
Si predico.

CURA.

A vuestra merced suplico  
No ponga dificultad,  
Pues yo sé bien que es verdad  
Lo que yo de vos explico (20),  
Pues lo veo;  
No maltrateis mi deseo,  
Pues vuestro saber, Señor,  
Me ha quedado fiador  
De todo cuanto yo creo,  
Y es así.  
Por eso no cabe aquí  
Encarecer ni excusar;  
Que os tengo de importunar  
Hasta que digáis que sí (21).

PREDICADOR.

Ya lo digo,  
Que por serviros me obligo  
A haceros mal servicio,  
Pues deseo con mi oficio  
Conservaros por amigo  
Verdadero,  
Por ser cierto lo primero  
En que mi dnda se os muestra;  
Mas la culpa sera vuestra,  
De mi razonar grosero  
Sin saber.  
Pensar, Señor, de vencer  
A vuestra paternidad  
En crianza y humildad (22),  
Es buscar en qué entender  
A mi costa,  
Por serviros, puesto en posta (23),  
Los dichos é los primores;  
Para tan anchos favores  
Cierto vive muy angosta  
Mi presencia.

CURA.

Suba vuestra reverencia,  
Y no arguyamos los dos;  
Hora por amor de vos  
Doy contra mi la sentencia (24).

(18) Otras ediciones dicen :

E muy mejor las vivimos.

(19) Otras ediciones dicen :

Lícito é descortés.

(20) En otras ediciones se lee :

Lo que yo de vos suplico.

(21) En otras :

Has que digáis de sí.

(22) Otras ediciones dicen :

De crianza y humildad.

(23) Otras ediciones :

Que servicios pnesto en posta.

(24) Creo, con Blasco de Garay, que no es de CASTILLEJO esta introduccion. Garay dice: «Lo mismo me parece de cierto *Sermon de amores*, el que por una entrada que tiene, y no sé si digna pedadiza de algun vano trovadorcillo que por aventura se la añadió, se llama vulgarmente de fray Puntel» (Sic).— *Prologo al Dialogo de las mujeres*.

## Comienza el sermon de amores.

TEMA.

¿Adónde irá? ¿Qué hará?  
¿Qué mal vecino es el amor! (25)

Habeis de saber, señores,  
Cuantos aqui sois venidos,  
Que todos los hoy nascidos  
Tienen su punta de amores (26);  
De la cual  
Se desapega muy mal  
La nuestra carne mezuquina,  
Porque á ello nos inclina  
La inclinacion natural  
Que tenemos;  
A cuyos grandes extremos  
Apenas hay quien resista,  
Que cuerpo que carne vista,  
Carne pide que le demos

(25) Segun CASTILLEJO, este tema es sacado de la novela intitulada *Carcel de amor*, escrita por Diego de San Pedro, alcaide de los Donceles. En algunas ediciones del *Sermon de amores* se hallan mas adelante unos versos suprimidos por la Inquisicion, en que así lo dice. No en todos los textos consultados se hallan; lo cual me hace sospechar que tal vez fueron añadidos por alguno, como la introduccion.

Yo, cuitado pecador,  
Putá vieja, ¿qué hará?  
Madre mia, ¿adónde irá?  
¿Qué mal vecino es el amor!  
¿Adónde irá?  
¿Qué mal vecino es el amor!  
Las palabras que tomé,  
Señores, por fundamento  
De este sermon que os presento,  
Señaladas las hallé  
Sabidamente  
En un tratado excelente,  
De grande doctrina y fama,  
Que *Carcel de amor* se llama,  
Muy sabido de la gente  
Española;  
Dijotas á Laureola  
Su servidor Leriano,  
Viéndose á muerte cercano  
Por amores della sola,  
Y en pasion.

La Inquisicion prohibió esta novela, notando que su mismo autor la habia reprobado. Y es así, segun parece del *Desprecio de la fortuna*, poesia de Diego de San Pedro, que se lee en antiguos cancioneros :

Mi seso, lleno de canas,  
De mi consejo engañado,  
Hasta aqui con obras vanas  
Por escrituras livianas  
Siempre anduvo desterrado.

Y pues carga la edad,  
Donde conozco mi yerro,  
Afuera la liviandad,  
Pues que ya mi vanidad  
Ha cumplido su destierro.

Aquella *Carcel de amor*,  
Que así me plugo ordenar,  
¿Qué propia para amador,  
¿Qué dulce para sabor,  
¿Qué salsa para pecar!

Y como la obra tal  
No tuvo en leerse culpa,  
He sentido por mi mal  
Cuán enemiga mortal  
Fue la lengua para el alma.

Y los yerros que ponía  
En un *sermon* que escribí,  
Como fue el amor la guía,  
Me hizo que no los vi.

Y aquellas cartas de amores,  
Eseritas de dos en dos,  
¿Qué serán, decid, señores,  
Sino mis acusadores  
Para adelante de Dios?

(26) Lopez de Velasco, al convertir el *Sermon de amores* en *Capitulo de amor*, le puso este principio :

Diceu los sabios doctores,  
Los expertos y leidos  
Que todos los hoy nascidos, etc.

Abundante,  
 Contra lo cual no es bastante  
 El socorro de razon (27);  
 Porque cuantas cosas son  
 Codician su semejante  
 De continuo,  
 Y tenemos por vecino  
 El natural apetito,  
 En el cual, como en garlito,  
 Caen por este camino  
 Los sentidos.  
 Todos van de amor heridos,  
 Dice un devoto doctor (28),  
 A las leyes del Amor  
 Muchos están sometidos (29);  
 En Oriente,  
 En Levante y en Poniente,  
 No solo los racionales,  
 Mas los brutos animales,  
 Le siguen naturalmente,  
 Y se van  
 Cuantos heridos están  
 En busca de quien los hiera.  
*Similis similem* quiere,  
 Por la pena que le dan (30)  
 Los deseos.  
 No veréis amores feos,  
 Ni caben en un subgeto;  
 No parece mal lo prieto  
 A los indios ni guineos,  
 Ni los daña.  
 Al que Amor hiere y apaña (31),  
 El hierve sin que le aticen,  
 Porque hay ojos, según dicen,  
 Que se pagan de legaña,  
 A mi ver.  
 Guárdeos Dios del bien querer,  
 Que en él ponen el tesoro.  
 Mana el cuervo granos de oro  
 A sus hijos y mujer,  
 Que es bonita.  
 Si el aguijon de amor pica,  
 Excusado es poner tregua;  
 Va el caballo tras la yegua  
 Y el asno tras la borrica  
 Rebusnando,  
 El toro sigue bramando  
 A la vaca por la sierra,  
 El perro va tras la perra,  
 A las veces arrastrando  
 Por el lodo;  
 Embebecido y beodo  
 Anda el gato por hebrero,  
 Con voces de pregonero,  
 Llanteando el día todo (32)  
 Tras la gata.  
 Ved cuánto cuervo se mata  
 En el tiempo de la brama;  
 El gamo va tras la gama,  
 Y el raton busca la rata  
 Por el suelo;  
 Las avececas del cielo,  
 Heridas, sienten amores;  
 Con ansia los ruiseñores  
 Cantan cantares de duelo  
 Dulcemente;  
 Con lengua muy elocuente  
 Se quejan las golondrinas,  
 Y el gallo con las gallinas,  
 De celoso, es diligente  
 Y lozano.

(27) Contra lo cual es bastante  
 El socorro á la razon.—*Texto antiguo.*  
 Contra lo cual no es bastante  
 El seso ni la razon.—*Texto de Velasco.*

(28) Dice un famoso doctor. — *Id.*

(29) Todos están sometidos. — *Id.*

(30) Por la pena que les dan. — *Textos antiguos.*

(31) Al que amor puede y apaña. — *Texto de Velasco.*

(32) «Llamado el día todo», dicen algunas ediciones antiguas.

Será trabajar en vano  
 Traer mas comparaciones,  
 Pues todas generaciones  
 Publican de llano en llano  
 Mi opinion.  
 La hembra por el varon  
 Ansias en su pecho siembra,  
 Y el varon ha por la hembra  
 En sus entrañas pasion;  
 Y cualquiera  
 Busca su forma primera;  
 Que Adan en el paraíso  
 Compañero no le quiso,  
 Mas demandó compañera,  
 En quien hubo  
 Los hijos que despnes tuvo  
 Por natural experiencia,  
 Mediante concupiscencia  
 Que entre ellos ambos anduvo.  
 Y esta es  
 La que nos quedó despues  
 Por herencia que heredamos,  
 De que vestidos andamos  
 De la cabeza á los piés;  
 Cuyo ardor  
 Es un amargo dultor,  
 Que por honra le han querido  
 Los doctores de Cupido  
 Que lo llamemos amor.  
 Y este es ciego,  
 Que aunque se meta en el fuego  
 No sabe por dó saltar.  
 Antes quiere allí quedar  
 Por vasallo solariego.  
 Mas mirad  
 Que para su ceguedad  
 Tiene un mozo que le adiestra,  
 Que se llama en lengua nuestra,  
 Por su nombre, *Voluntad*,  
 Que le guia;  
 Esta es sorda todavia,  
 Que á ninguno oye ni cree,  
 Y el Amor, como no vee,  
 Va tras ella en compañía  
 Zaqueando,  
 En sus piernas tropezando;  
 Y la Razon desdichada  
 A veces, de importunada,  
 Va con ellos cojeando  
 Con temor;  
 De tan gran perseguidor  
 Hecha esclava, que no fué,  
 Va diciendo: «¿Adónde irá,  
 Que me escape del Amor?  
 No lo siento;  
 Que el ligero pensamiento,  
 Aunque muda la ocasion,  
 No muda la condicion,  
 Que es penar tras cada viento  
 Que se sopla;  
 Verso ni prosa ni copla  
 No le pueden declarar,  
 Porque hoy está en Gibraltar,  
 Mañana en Constantinopla;  
 Do redundada  
 Que quien sobre amor se funda,  
 Ha de vivir so su ley,  
 Sometiendo, como buey,  
 La cabeza á la coyunda  
 Y al arado.  
 Un gentil enamorado,  
 Según cuenta Juan Bocacio,  
 Se estuvo muy de su espacio  
 Ensilado y enfrenado  
 Todo un día,  
 Porque la que bien queria  
 Holgaba de vello así;  
 Y yo por mis ojos vi  
 Otro galan que sufría  
 Sin fatiga  
 Que le saltase su amiga  
 Con sus chapines y faldas,

El desnudo y de espaldas,  
Encima de la barriga.  
Todo va  
De esta suerte por allá :  
Amores son los que reinan.  
¡Cuántos se pulen y peinan  
Que tienen arrugas ya!  
Porque Amor  
Es tan gran rey y señor,  
Que á cualquier parte que vais,  
Hallaréis, si lo buscáis,  
Sus angustias y dolor  
Lastimero.  
Todos le debemos fuero,  
Porque es señor absoluto,  
Y á pagar este tributo  
El mas hidalgo es pechero  
Sometido.  
Vasallo bien poseido,  
Pero mal gratificado,  
Eslavo nunca aborrido,  
Por mucho que haya servido;  
No se escapa  
Hombre vivo, desde el Papa,  
Reyes ni emperadores,  
Duques y grandes señores,  
Hasta quien no tiene capa,  
Desta guerra (55);  
De los que están so la tierra  
Muchos fueron lastimados.  
Es mal que á todos estados  
En sus cadenas afierra  
Y aprisiona,  
Y no conoce á persona;  
Ninguno de este cuidado  
Hallaréis privilegiado,  
Aunque sea de corona  
Ni de grados,  
Ni obispos ni perlados;  
Tambien entran en sus breves  
En él, en vez de roquetes.  
Hay mil obispos ligados  
Desta laza (56);  
Tan bien entran en la danza  
Casados como solteros;  
A pobres y caballeros  
Igualmente les alcanza  
Este pecho.  
Empadronados á hecho,  
Van los ruines y los buenos,  
Y todos, cual mas, cual menos,  
Le pagan este coñicho.  
Cortesanos,  
Labradores, ciudadanos,  
Oficiales, escuderos,  
Abades y ballesteros,  
Todos vienen á sus manos.  
De manera  
Que es una red barredora,  
Un cáncer universal,  
Un pedido desigual  
De la moneda forera  
Que se paga.  
Heridos van de esta llaga  
Las tres partes de los vivos;

(55) Así se lee en las ediciones no expurgadas por la Inquisición. Lopez de Velasco puso:

No se escapa  
Hombre vivo ni solapa  
De reyes ni emperadores,  
Duques y grandes señores,  
Hasta el que no tiene capa,  
Desta guerra.

(56) La Inquisición varió estos versos, poniendo:

No reconoce á persona,  
Ni alguno deste cuidado  
Hallaréis privilegiado,  
Aunque sea de corona,  
Sin tarlanza;  
Tambien entran en la danza  
Casados como solteros, etc.

Aun á los contemplativos (35)  
Muchas veces los amaga  
Y rodea;  
Por los yermos se pasea,  
Buscando los ermitaños;  
Por los desiertos extraños  
Se deleita y se florea,  
E se extiende  
En los conventos, y asciendo  
Sus dulzores amorosos,  
Teutando los religiosos,  
Y en su consuelo los prende  
Con dulzura.  
Es cazador de natura:  
Caza con sutiles lonjas  
Las entrañas de las monjas;  
Que no valen cerradura  
Ni paredes (56).  
Tendidas tiene sus redes  
Por casadas y doncellas,  
Y él mediante, hacen ellas  
Gentilezas y mercedes  
Y favores  
A los buenos servidores;  
Y á las veces á los ruines  
El les calza los chapines,  
Porque parezcan mayores  
De su estado;  
Este las pone en cuidado  
De vestirse y de tocarse,  
De bruñirse y de afeitarse,  
Y de tener á su lado  
El espejo,  
Con el cual toman consejo  
Cuando salen do las vean;  
Si bien aman y desean,  
Este les busca aparejo  
Diligente;  
Este delicadamente  
El corazon les ablanda;  
Este otorga la demanda,  
Sin temer inconveniente  
Ni pesar;  
Este enseña á desviar  
Los estorbos y tropiezos,  
Y á que se muerdan los bezos  
Cuando no pueden hablar.  
¡Oh amor mio,  
Cuán grande es tu poderio!  
Puedes cuanto tú te quieres;  
De los hombres y mujeres  
Ordenas á tu albedrío,  
Y les pones  
En prision los corazones.  
Viene un triste labrador,  
Abrasado de calor,  
Harto de quebrar terrones,  
En verano,  
Llena de callos la mano,  
Un arado entre sus brazos,  
Molido, hecho pedazos,  
Mas hambriento que un alano  
O camello,  
Lleno de polvo el cabello,  
Y la barriga de sopas.  
La caperuza de estopas,  
Que habréis mal asco de vello,

(35) La Inquisición puso en lugar de estos versos:

Heridos van de esta llaga  
Las tres partes de los vivos,  
Que á los severos y esquivos  
Muchas veces los amaga.

(56) La Inquisición puso:

Por los desiertos extraños  
Se deleita y se recrea  
Con dulzura;  
Es cazador de natura,  
Caza con sutiles mañas  
Las mas guardadas entrañas;  
Que no valen cerraduras  
Ni paredes.

Y en su pecho  
Trae el amor del barbecho,  
Y si antes que recree,  
A la zagala no vea,  
Nada le hace provecho.  
¿Qué afán  
Ver un pobre sacristán  
De una miserable aldea,  
Que todo el año vocea  
Por seis varas que le dan  
De palmilla!  
Vive ledo á maravilla,  
Que amor le da gran consuelo,  
Y pone el grito en el cielo  
Cuando entra Marinilla.  
¡Oh misterio! (37)  
¿Quién le trajo al monesterio,  
Amor poderoso, di,  
Que muchas veces por tí  
Mientan versos del psalterio,  
Que es donaire?  
Tú, que tienes con el fraire  
En el coro qué entender;  
Que allí le haces tener  
Los sentidos en el aire,  
Comediendo  
Lo que tú le estás diciendo;  
Por estarte contemplando,  
Va con su coro callando,  
Y el otro respondiendo  
Transportado;  
No sabe si han acabado  
O si hablan de Guiferos;  
A fray veinte y tres dineros  
Responde, de descuidado.  
¡Oh gran cosa!  
Ved una dama hermosa,  
De niña, monja metida,  
Que no supo en esta vida  
Sino vida religiosa  
E apartada;  
Tras mil torres encerrada (38)  
Con su velo é campanilla;  
Del coro al almohadilla  
Continamente abezada  
En rezar,  
¿Quién la enseña á sospirar  
Y á disimular amores?  
Quién le muestra los primores  
Del escribir y hablar?  
Quién le quita  
Del sueño, y solicita  
Holgarse de ser amada,  
Y á quedar regocijada  
Cuando alguno la visita  
Que desce?  
Quién la fuerza á que se emplee  
Con mil angustias de muerte  
En quien la hace de suerte  
Que lo que canta y que lee  
Ni lo vea? (39)  
*Domine labia mea*  
Está cantando, y solloza  
Diciendo: «¡Guay de la moza  
Que se vee y se desea!» (40)

(37) Desde aquí suprimió la Inquisición versos, hasta el que dice:

Que se vee y se desea.

(38) Otras ediciones dicen:

Tres mil torres encerrada.

(39) Otras ediciones dicen:

Que la fuerza que se emplee  
En mil angustias de muerte,  
¿Quién la hace, que no siente  
Lo que canta e lo que lee? etc.

(40) Hay una poesia antigua intitulada *Las doce coplas moniales*, que pinta las penas de una infeliz á quien habian violentado á ser monja. Véanse algunas destas coplas, suprimidas algunas, y entre ellas las que el autor adornó de pasajes latinos, sacados de libros de rezos.

Mayor que mi sentimiento  
Es el mayor de mis daños;

¿Qué dirémos  
De mil doncellas que vemos  
So las alas de sus madres,  
Temerosas de sus padres,  
Que buscan, como sabemos,  
Mil senderos,  
Mil resquicios y agujeros  
Para escribir y hablar?  
¿Quién les enseña á enviar  
Suspiros por mensajeros  
De su pena?  
Decidme: ¿quién tiene llena  
Media España de comidos?  
Quién rompe los fuertes nudos  
Que la santa Iglesia ordena?  
Suspirando  
Uno andaba, no sé cuándo,  
De amores, en su posada,  
De una honica casada,  
Y por su causa penando  
Gravemente;  
Y ella, por el consiguiente,  
Penaba por gozar dél;  
Mas su marido cruel  
Era gran inconveniente  
Para ello.  
No habiendo para havello  
Manera cierta ninguna,  
En manos de la fortuna

Gran linaje de tormento,  
Ver que en descontentamiento  
Se me van mis tristes años!

Sepultada estoy aquí,  
Do muero hasta que muera;  
¿Desventurada de mí!  
De madre libre nascí,  
¿Quién me hizo prisionera?

Yo desque monja metida,  
Inocente de mi daño,  
Hasta despues de creseida,  
Que el dolor desta herida  
Me da queja del engaño.

Desta causa, á mi pesar,  
Estoy puesta en tal abismo  
De tristeza y de penar,  
Que no lo basta á contar  
Ningun cuento de guarismo.

Júntanse tambien á esto  
Otras cosas de quebranto,  
Que hacen triste á mi gesto,  
Porque con ellas me acuerdo  
Y con ellas me levanto.

¿Qué diré de las pasiones,  
De las congojas continas,  
Pesadumbres á montones,  
Y graves reprehensiones,  
Castigos y disciplinas?

Las amigas que tomé  
Leales nunca me fueron...  
Mas ¿en quién busco yo fe,  
Pues las tetas que mamá  
Para mí no la tuvieron?

Queriendo darme mas pena,  
Como padres indignados,  
No bastó echarme en cadena,  
Y en una priston tan buena,  
Que quedaron bien vengados.

Ansí que, podré decir  
Que el tener me hizo mal,  
Pues me pudiera yo ir,  
Y me pudiera venir  
Sin tormento tan mortal.

¡Oh vosotras que escucháis  
Por este torno traidor,  
Yo vos ruego que creáis  
Que ningun mal que sintáis  
Iguala con mi dolor.

Acordaron de ponello.  
 Sucedió  
 Que el marido adoleció,  
 Hablando con reverencia,  
 De cámaras y corrençia  
 De mas nvas que comió  
 Sobre cena.  
 Dióle Dios en hora buena  
 Aquella noche tal gana,  
 Que antes de la mañana  
 Hizo mas de una docena;  
 Y otro dia,  
 Creciendo el mal todavía,  
 Y ellos viendo el aparejo,  
 Entraron en su consejo  
 Para ver lo que se haria.  
 Fué acordado  
 Que el gentil enamorado,  
 Si mas cámaras hubiese  
 Aquella noche, estuviere  
 So la cama sepultado,  
 Tras la sarga;  
 De barriga y a la larga  
 Estivose muy tendido,  
 Y el cutido del marido,  
 La boca seca y amarga,  
 Se acostó.  
 Fortuna favoreció  
 El hecho de los amantes,  
 Que si cámaras hubo antes,  
 Con doblados acudió.  
 No hubo entrado  
 En la cama el desdichado,  
 Y apenas cubrió la manta,  
 Cuando luego se levanta,  
 Con la prisa fatigado  
 De su mal.  
 Mostróse el Amor parcial  
 Para que mejor se hiciese,  
 Que era menester que fuese,  
 A fuer de España, al corral  
 De confino,  
 Por partir con el vecino;  
 Tan bien comedido estuvo,  
 Que quince veces anduvo  
 Por aquel mismo camiuo  
 Que solia;  
 Y cada vez que salia,  
 Entre tanto que tornaba,  
 El que tras la cama estaba  
 En su lugar se ponía,  
 Por guardar  
 Aquel proverbio vulgar  
 Y sentencia muy esquivá,  
 Que el que fuese á lo que iba;  
 Dice que pierda el lugar.  
 Su tormento  
 Creciendo mas con el viento  
 Y el sereno que cogía,  
 En rebatos le ponía  
 Y en prietas cada momento  
 Que venían.  
 Los dos señores, que van  
 Los dolores con que andaba,  
 Quanto mas él se quejaba,  
 Tanto mas ellos reían  
 Y holgaban,  
 Y muy sin pasion estaban  
 De su pasion y querellas.  
 Creciendo la causa dellas,  
 Las cámaras aquejaban  
 Bravamente;  
 Vinole supitamente  
 Una prieta tan terrible,  
 Que diz que no fué posible  
 Sostener el accidente  
 Presuroso.  
 Como estaba corresco,  
 Y le tomaba desnudo,  
 Con mucho trabajo pudo  
 Darse un poco de reposo,  
 Congojado

Por pasar al otro lado  
 Por cima de su mujer,  
 A cumplir su menester,  
 Do estaba el enamorado  
 So las tejas,  
 Desentierlas las orejas  
 No hallando mejor plaza,  
 Descargó la viaraza  
 Entre sus ojos y cejas  
 De través;  
 Y como puso los piés  
 Sobre él, y lo halló blando,  
 Dijo: «Mujer, ¿en qué ando?  
 ¿Qué está aquí? Que cosa es  
 Lo que piso?  
 Ella, con gentil aviso,  
 No perdida ni turbada,  
 Sino muy disimulada,  
 Respondióle de improviso,  
 Sin temor,  
 Diciendo: «¿Luego, Señor,  
 ¿Habeis acabado ya?  
 Dad presto la vuelta acá,  
 Que es dañoso ese frescor  
 Y os enfria;  
 Y trayendo todo el dia  
 Congoja de vuestros males,  
 Puse ahí dos cabezales,  
 Temiendo lo que seria.»  
 Y con esto,  
 Ayudándole de presto  
 Con las manos á subir,  
 Dió lugar á se encubrir  
 Peligro tan manifiesto.  
 Y tornado  
 A la cama el lacerado,  
 Necio, ciego, sordo y mudo,  
 Al cabo quedó cornudo,  
 Y el otro salió cagado,  
 Con perdon (41).  
 Demos hora conclusion,  
 Y digamos que en España  
 Y en Italia y Alemaña,  
 Y en todo el Setentrion,  
 En Turquia,  
 Oriente ni Mediodia,  
 Y en fin fin por todo el mundo,

41. Creo oportuno advertir que este cuento, nada decente y limpio, no fué suprimido por la Inquisición. Así se halla en todas las ediciones expurgadas.

Sobre la inmoralidad y las trapacerías de las mujeres casadas en aquel siglo, véase el siguiente cuento, tomado de la obra *Estilo de escribir cartas mensajeras*, por Gaspar de Tejada (Valladolid, 1549).

«Diceme una señora por su carta, que un caballero cortesano deseaba como la vida trasegar el vino de una mujer casada y hermosa, y que no faltaba mas de que hubiese lugar, porque las voluntades eran conformes; y que el buen cortesano se aprovechó de la industria que pudo, escribiendo una carta á un caballero andaluz, su amigo, con el buen hombre portador de la cornamusa, en que le contaba muy por extenso el negocio á que iba, de la manera que lo hacen las mozas de casa cuando sus amos están en misa, y quieren almorzar ó hacer otra cosa sin que lo vea nadie, envían los muchachos de casa con ronces, diciendo: *vé á la señora Fulana, y dile que te dé un poco de tomme acá*. Y así le detienen adonde va hasta que ven que es hora de soltarle. Esto mismo se hizo con el dicho mensajero, que llegado que fué, el caballero recibió la carta y le aposentó en su casa y le hizo los regalos que eran menester para entretenerle. Y porque le pareció que aquello no era cosa de gozarlo á solas, cabalgó una tarde, la carta en la mano, y llevó á las ancas el sobre dicho; y á los caballeros que topaba amigos ó conocidos, y aun á los enemigos, dábales á leer la carta; y como en ella se contenía todo el hecho muy á lo descubierta, el que había leído la carta decía: *Y ¿quién es el portador de esta?* Respondía el andaluz: *Este señor que traigo conmigo*. Ellos decían al paciente: *¿Sois vos, Señor?* El respondía: *Si, Señor, yo soy*. Ellos á él: *Sedlo enhorabuena*. Esto duró todo el tiempo que duró la comision. Cumplido el tiempo, volvióse á su casa con toda la paciencia del mundo, á tiempo que las cosas estaban ya sosesgadas.»

No reconoce segundo  
 Amor en su compañía,  
 Ni igualdad;  
 Con soberbia y libertad  
 Todo lo cibe y abarca;  
 Es poderoso monarca.  
 De nuestra sensualidad.  
 No aprovecha  
 Desviar á man derecha;  
 Que, por mas artes que trayas,  
 Por donde quiera que vayas  
 Hallarás su ley estrecha  
 Y extendida,  
 Guardada y obedecida  
 De todos ó de los mas;  
 En cada reino verás  
 Su bandera descogida,  
 Sus soldados,  
 Sus ansias y sus cuidados,  
 Sus pífaros y atambores,  
 Sus angustias y dolores,  
 Sus reales asentados,  
 Como digo,  
 Deste señor enemigo,  
 Que no perdona á ninguno;  
 Y séase cada uno  
 De su corazon testigo,  
 Sin engaño.  
 ¡Oh gran Dios, y cuán extraño  
 Es el amor halagüeño!  
 ¡Cuán alegre y cuán risueño  
 Cuando todo va de un paño  
 De ambas partes!  
 Cuán sin cautelas ni artes  
 Van los dos en sus peleas!  
 Mas cuando el uno coxquea  
 Son aciagos los mártres  
 Y los juéves,  
 Las horas de placer breves,  
 Largas las de mohindad;  
 El uno trata verdad,  
 Y el otro cien mil alevos  
 Y falsias,  
 Despechos, descortesias,  
 Mudanzas y novelades,  
 Desvios, dificultades,  
 Mil sobras y demasias  
 Y baldones;  
 Falsas disimulaciones,  
 Desdenes y disfavores,  
 Desgracias y desamores  
 Y mentiras á montones,  
 Y ruindades;  
 Engaños y falsedades,  
 Mentiras y trampantojos,  
 Cien mil fingidos enojos,  
 Dolores y enfermedades  
 Que levanta.  
 Con la sogá á la garganta,  
 Con muy clara voluntad,  
 Con amor y lealtad,  
 Con ansia que le quebranta  
 Y le hiende,  
 Con deseo que le enciende,  
 Con aficion que le inflama,  
 Llega el triste del que ama  
 Delante de quien le prende  
 Y cautiva.  
 La dama se muestra esquiva  
 Y finge que está ocupada;  
 Hácese grave y pesada,  
 Honesta, contemplativa  
 Y muy devota;  
 Altérase y alborota  
 De cualquier buena razon,  
 Y cuando ella dice son  
 Razones de carta rota,  
 Desatadas;  
 Las ciertas desamoradas,  
 Fingidas las amorosas,  
 Las del sí son mentirosas,  
 Las del no, determinadas,

Y de veras;  
 Nuevas formas y maneras  
 Busca para despedirse,  
 Abrevia para partirse  
 Con palabras lisonjeras  
 Coloradas,  
 Con la boca pronunciadas,  
 Mas no con la verdadera;  
 Que va cuando salen fuera  
 Como nieve van heladas,  
 Del enfado.  
 El pecador del penado  
 Trabaja por entendellas,  
 Y á las veces queda dellas  
 Alegre, mas engañado  
 Y vendido;  
 Desvelado y embebido  
 Se va pensando en aquello,  
 Y ella rie del y dello,  
 Diciendo: «Ved qué perdido;  
 ¡Qué hastio!  
 Ved con qué se viene el frio,  
 Mas necio que su zapato;  
 ¡Qué mal empleado rato!  
 Qué donoso desvario!  
 ¡Ved qué gesto,  
 Qué laco y qué mal dispuesto,  
 Qué enfadoso y qué grosero!  
 ¡No mirais qué majadero,  
 Con qué se me viene el cesto  
 Cada día?»  
 El cuitado, todavía  
 Esforzado en su pasión,  
 Yúctese á su pelicion,  
 Continuando su porfia  
 Trabajosa;  
 Y visto cuán poca cosa  
 Valen las buenas razones,  
 Con presentes y con dones  
 Hice de la desdenosa  
 Amigable,  
 Granjeando que le hable  
 Con interese siquiera.  
 Dásele desta manera  
 Algun tanto favorable  
 Con cohecho  
 Mientras dura aquel provecho,  
 Como la leña en el fuego;  
 Mas tórnase á morir luego,  
 Porque no sale de pecho  
 Encendido.  
 El miserable vencido,  
 Aunque sospecha el engaño,  
 Disimulando su daño,  
 Hace del favorecido,  
 Deseando;  
 Y tórnase suspirando  
 Con ansia de tal tardanza,  
 Entre temor y esperanza,  
 La respuesta examinando  
 Que le dió.  
 Lleva de lo que pasó  
 La memoria sospechosa.  
 Aunque no se olvida cosa  
 De cuando ella habló,  
 Va el cuitado  
 Incrédulo y confiado  
 Como si fuese el psalterio;  
 Piensa que hay algun misterio,  
 Y que puede ser fundado,  
 Sobre cierto;  
 El sentido siempre alerta  
 Por ver cuándo será hora;  
 Y quédase la señora  
 Riendo de verlo muerto  
 Y en cadena.  
 Toma gloria de su pena  
 Y que por ella se pierda;  
 Mas del ido no se acuerda  
 De cosa mala ni buena,  
 Ni le da  
 Por lo que viene ni va

Una blanca ni un cornado;  
 Y si le siente enojado,  
 Mucho mas alegre está,  
 De cruel.  
 Y por darle á beber hiel,  
 Aunque no se le da nada,  
 Fingese estar enojada  
 Y que tiene quejas dél  
 Falsamente,  
 Haciendo que el inocente  
 Compre caros los enojos,  
 Con dos ligas en los ojos,  
 Cuando sienten que le siente  
 Sus ruindades.  
 Inuelga de estas novedades,  
 Porque tiene averiguado  
 Que á costa del lacrado  
 Se harán las amistades;  
 Y aunque yerra,  
 Queda hecha mora perra  
 Contra el cautivo cristiano,  
 Porque sabe que en su mano  
 Está la paz y la guerra.  
 ¡Oh gran Dios!  
 Y ¿cómo permitis vos  
 Tan peligrosa dolencia  
 Y tan grande diferencia  
 Entre estos amantes dos?  
 ¿Cuál razon  
 Sufre que sufra pasión  
 El que trata la verdad,  
 Y viva á su voluntad  
 La que trata la traicion  
 Y falsia?  
 No puede haber en Turquía  
 Cautiverio mas esquivo  
 Que el del amante cautivo  
 Tratado con tiranía,  
 Sin favor.  
 Puede tanto el desamor  
 En el pecho de una dama,  
 Que por solo que la ama,  
 A veces al amador aborrece,  
 Sin mirar si le merece.  
 Siempre lo trata con ira,  
 Y cada vez que lo mira,  
 De un diablo le parece  
 semejanza;  
 Y cuando ya el triste alcanza  
 A contalle sus mancillas,  
 No se amansa con oillas,  
 Antes recibe venganza  
 Señalada.  
 Tan esquivia y desgraciada  
 Y tan desleñosa esta,  
 Que apenas confesará  
 Que huelga de ser amada  
 Ni servida,  
 Y de mal agradecida,  
 Le aconseja que la olvide;  
 Con la boca lo despide,  
 Con los ojos lo convida  
 Y apiada.  
 Dale á entender que se enfada  
 De que siga tal empresa,  
 No porque dello le pesa,  
 Sino porque no le agrada  
 Ni contenta.  
 De verse libre y exenta  
 Desprecia su servidumbre,  
 Y tiene por pesadumbre  
 Las lástimas que le cuenta  
 Con dulzura.  
 Mientras el malquerer les dura  
 Pecan de mala crianza;  
 No saben tener templanza,  
 Cortesia ni mesura  
 Ni castigo.  
 Este desamor que digo,  
 Aun lo guardan en la cama;  
 Que la hembra al que desama  
 Tienele por enemigo

Capital,  
 Y han por regla general  
 Con malquerencia desden;  
 No saben, no, querer bien (42),  
 Que luego no quieran mal,  
 Sin tener  
 Capacidad de poner  
 Entre dos extremos medio;  
 No se saben dar remedio  
 Entre amar y aborrecer,  
 Ni encubierta.  
 Si esta cerrada la puerta  
 De la buena voluntad,  
 La mentira y falsedad  
 Luego la veréis abierta  
 A la clara.  
 No saben torcer la vara  
 De justicia á la razon,  
 Ni dejar el corazon  
 De dar muestras en la cara  
 Conocidas.  
 Las mas falsas y sabidas  
 No pueden disimular,  
 Que, sabiéndolo mirar,  
 Luego no sean enteadidas  
 Claramente;  
 Que aunque Cupido consiente  
 Nuestros males y dolores,  
 No sufre que los amores  
 Engañen al inocente  
 Pecedor;  
 Que bien que le ciegue amor  
 A que se deje vencer,  
 Mas no le priva de ver  
 Sus daños y disfavor  
 Y mancilla;  
 Y esta es grande maravilla  
 Y alta cosa de entender,  
 En que muestra su poder  
 Amor cuando nos humilla  
 Y encarcela.  
 Sin engaño ni cautela  
 Nos enseña sus zozobras,  
 Alumbrando con sus obras  
 Como con una candela,  
 Con que vemos  
 Sus reverses, sus extremos,  
 Por experiencia de otros,  
 Cuando huye de nosotros,  
 Entonces mas le queremos  
 Y seguimos.  
 Claro está que lo sentimos,  
 Que él mismo nos desengaña;  
 Pero cuando mas se ensaña,  
 Le adoramos y servimos  
 De rodillas,  
 Con achaques y reñillas  
 Nos hace vivir contentos;  
 Y así, cumple estar atentos  
 A entender sus maravillas  
 Y secretos;  
 Porque los que son discretos  
 Y mantienen presuncion  
 Huyan de tal ocasion,  
 Por no ser della sujetos,  
 Como fueron  
 Otros muchos que perdieron  
 Por ella su autoridad;  
 Porque amor y majestad  
 Jamas se compadecieron.  
 Es de ver  
 Un ejemplo de placer:  
 Un maestro, gran letrado,  
 Era acaso enamorado  
 De una pobreta mujer,  
 Que él queria  
 Mas que á la lumbré del día,  
 Y ella tomábale cuenta.  
 Él, por tenella contenta,

(42) Otras ediciones dicen:

Nunca saben querer bien.



Dábale cuanto tenia  
 Y alcanzaba.  
 No dormia ni velaba,  
 Con el ansia que traía;  
 Y ella mas le aborrecia  
 Cuanto mas él la trataba  
 Con paciencia.  
 Creciendo la malquerencia,  
 No valiendo el interese,  
 Fué menester que sufriese  
 Sobre cuernos penitencia  
 A la rasa;  
 Que, encendida como brasa  
 De un coraje que tomó,  
 La vergüenza le perdió,  
 Y ausentósele de casa  
 En un punto.  
 El triste quedó difunto,  
 Sin poder estudiar letra,  
 Porque amor, cuando penetra,  
 Cuerpo y seso roba junto,  
 Como diestro.  
 El miserable maestro,  
 Cargado de pensamientos,  
 Anda bebiendo los vientos,  
 Trayéndolo de cabestro  
 Su pasion;  
 Va de canton en canton  
 Por las calles á buscalla,  
 Y al cabo vino á hallalla  
 Metida en un bodegon,  
 Descuidada,  
 Dando, de regocijada,  
 Risadas en alta voz,  
 Con un soldado feroz  
 A su placer abrazada.  
 ¿Qué haria  
 El sin ventura, que via  
 Tan sin pena de su pena,  
 Y tan presto tan ajena  
 La por quien el se moria?  
 Y vencido,  
 Con la pasion atrevido,  
 Desde el pié de la escalera  
 Le habló de esta manera  
 Como hombre desfallecido  
 Que se fina:  
 «¡Ah, señora Catalina!»  
 Y ella, visto que era él,  
 No hizo mas caso del  
 Que de un mozo de cocina.  
 Él porfia  
 A llamarla todavia  
 Con ansia que le forzaba;  
 Y ella, tornada mas brava  
 Que leona cuando cria,  
 Dijo así:  
 «Dotor, no cureis de mí,  
 Pues yo no curo de vos;  
 Si no, yo os prometo á Dios  
 Que os haga matar ahí.»  
 Él cuitado  
 Cayó, de desconsolado,  
 Amortecido en el suelo:  
 De un cabo le cerca duelo,  
 De otro pena y cuidado.  
 En nonada,  
 De verla tan indignada,  
 Estuvo de traspasarse;  
 Y acordó de encomendarse  
 Al huésped de la posada  
 Por dinero;  
 El cual, siendo medianero,  
 Movido de piedad,  
 Con muy gran dificultad  
 Alcanzó que ante tercero  
 La hablase.  
 Un enemigo no pase  
 Por el paso que él pasó,  
 Ni sienta lo que sintió  
 Antes que la comenzase  
 A hablar.

Comenzóla de mirar  
 Todo perdido y turbado,  
 Temblando como azogado,  
 Con miedo de la enojar.  
 A tal hora  
 Dijo: «Decid, Señora,  
 ¿Por qué holgais de mi muerte?  
 Por qué tratáis de tal suerte  
 Al que sabeis que os adora  
 Y parece?  
 Catalina, ¿qué os parece  
 Por vuestra causa cual vengo?  
 Ciertó el grande amor que os tengo  
 Tan mal pago no merece,  
 Reina mía;  
 ¿Por qué matais mi alegría?  
 Por qué enterrais mi placer?  
 ¿Qué mas queréis que tener  
 Un maestro en teologia  
 Por esclavo?  
 ¿Por qué se muestra tan bravo  
 Vuestro corazon de acero  
 Contra tan manso cordero,  
 En cuya sangre me lavo  
 Por quererós?  
 A vos os solvan dineros,  
 Vestidos y de comer,  
 Y cuanto habeis menester  
 Para muy bien manteneiros  
 En la vida;  
 Sois señora conocida  
 De mi casa sin mas cuenta;  
 De todo lo que os contenta  
 Es vuestra boca medida.  
 Pues decid:  
 ¿Por qué me tenéis en lid  
 Con vos, conmigo, con Dios,  
 que ando perdido tras vos  
 Por toda Vallalolid.  
 ¿Qué os he hecho  
 Que merezca tal despecho?  
 No tenéis otra razon  
 Sino seros mi afeicion  
 Mayor que nuestro provecho;  
 Mas, pues veis  
 Que estas dos cosas tenéis  
 Ciertas á vuestro servicio,  
 Haced de mi sacrificio,  
 Y no me desamparéis.»  
 ¡Oh señores,  
 Los que saben de dolores!  
 Contemplen en este paso  
 Cuán avariento y escaso  
 Es el amor sin amores  
 Que le hieran.  
 ¿A qué hombre no movieran  
 Palabras tan lastimeras?  
 Que aun las alimañas fieras  
 Es razon que las sintieran,  
 Siendo tal  
 Y tan crecido su mal:  
 Mas, aunque las oyó ella,  
 No le hicieron mas melía  
 Que pajas en pedernal;  
 Antes luego,  
 Encendida en vivo fuego,  
 Como vibora saltó,  
 Y con furia respondió  
 Al amante triste y ciego  
 Toda via,  
 Llena de melancolia:  
 «¿Queréis que os diga, dotor?  
 Los pasatiempos de amor  
 No han menester teologia.»  
 Ved qué pago,  
 Ved qué le prestó el halago  
 Y la razon amigable,  
 Ved si pudo al miserable  
 Serle dia mas aciago.  
 Dios nos guarde  
 De la mujer que no arde  
 En el fuego que os quemáis;

Que, por mas que la sirvais,  
Nunca la vereis, ó tarde,  
Ser piadosa.  
Quiero contar una cosa  
De infinitas que yo vi  
Mientras en el siglo fui,  
Que os parecerá espantosa,  
Mas es cierta.  
En una noche desierta  
Andábamos otro y yo,  
Y ventura nos guio  
Al rescuicio de una puerta,  
Donde vimos  
Un hombre, que conocimos  
Que pasaba de setenta,  
Puesto el triste en tal afrenta,  
Que, aunque mozos, nos movimos  
A mancilla.  
No se tenga por hablilla,  
Que lloraba de sus ojos,  
Hincados ambos binijos  
Delante de una patilla  
Que allí estaba,  
Que cierto que no llegaba  
A cumplidos trece años,  
Aunque en mentiras y engaños  
De los ochenta pasaba  
La malvada.  
Estaba en extremo airada,  
Dándole con un chapín,  
Diciendole: «Viejo ruin,  
No entreis mas en mi posada  
Ni yo os vea:  
Que sois la cosa mas fea  
Que hay en el infierno todo,  
Don Gargajiento beodo,  
Difunto que se menea,  
Balsamado;  
Tomad cuanto me habeis dado,  
Y llevadlo á los establos;  
Idos con todos los diablos,  
Monstruoso corcovado,  
Asqueroso;  
No me seais enojoso,  
Que veros es vituperio,  
Y hedeis á cimiterio,  
Culcosido, lagañoso. —  
Alma mia,  
El pobre viejo decia,  
No me des estos baldones,  
¿No te basta que me pones  
Los cuernos á mediodia?  
Sin conciencia  
Me los plantas en presencia;  
Y pues yo lo sufro y callo,  
Cese ya, Señora, el rallo,  
Ten un poco de paciencia,  
Ten empacho.»  
Ella responde: «Borracho,  
¿Y por cuales negros dueños  
Me habeis vos de pedir celos,  
Viejo ruin, rapaz, mochacho,  
Alfaquí?  
No parezcáis ante mí  
A decir esas vejees;  
Ya os lo he dicho muchas veces  
Que no me vengais aquí,  
Cazcarriento;  
Si no, hago juramento  
Por los huesos de mi padre  
Y la vida de mi madre,  
De haceros un escarmiento  
Señalado.»  
Y con corazon airado  
Dando con él en el suelo,  
Le trabó del blanco pelo,  
Y tal cual el mal pecado  
Se lo para,  
Escupiéndole la cara,  
Dándole cien mil porrazos,  
Y tan crudos chapinazos,  
Que un asno no los llevara,

Ni pudiera.  
Y él con voz muy lastimera,  
Con los ojos arrasando,  
El triste todo temblando,  
Le daba de esta manera  
Sus querellas:  
«Agora, que me desuellas  
Y me tratas como á moro,  
Agora, Juana, te adoro,  
Y beso lo que tú lluevas.»  
¡Oh Dios grande!  
El no permita ni mande,  
Ni acaeze en nuestros dias,  
Que en semejantes porfias  
Ninguno corra ni ande  
De nosotros.  
Miremos unos por otros,  
Porque no seamos vasallos;  
Que si den mansos caballos  
Si se doman bien de potros;  
Y mirad  
Que de nuestra libertad  
Solo un punto no perdamos,  
Ni pudiendo, la pongamos  
En ajena voluntad;  
Que muy presto  
Se suele perder por esto  
Lo que muy tarde cobrar.  
¡Donoso debiera estar  
Virgilio dentro del cesto  
Que colgaba,  
Y Hércules cuando hilaba  
Con aquellas mismas manos  
Con que los bravos hircanos  
Leones descarrillaba!  
¡Gran placer  
Fuera, cierto, ver coser  
Al gran rey Sard unapalo!  
*Se libera nos à malo.*  
No nos tiente la mujer  
Tan adentro;  
Bien que del primer encuentro  
¿Cuál y cuál puede escapar?  
Mas no deje aposentar  
El apetito en el centro  
Y rincón  
Del secreto corazon,  
Especialmente si viere  
Que la dama á quien él quiere  
No responde á la razon  
Del peñado.  
Pues los males que le contalo  
Hasta aqui del mal querer,  
Todos se pueden tener  
Por tortas y pan pintado.  
Los dolores  
Principales y mayores,  
Las verdaderas cos puillas,  
Las fatigas no sencillas  
De los tristes amadores  
Desamados,  
Aquestos no están contados  
Ni está dada la sentencia.  
Guarde Dios de competencia  
Los que son enamorados;  
Que esta es  
Muy peor que el mal francés,  
Cuando no son bien queridos;  
Porque han de andar tullidos  
De la cabeza á los piés.  
Yo no siento  
Otro mas grave tormento  
Ni mas terrible dolor  
Que tener competidor  
De mayor contentamiento  
Con la dama.  
El calla y ella le llama;  
Vos llamais, y no responde;  
Buscándola vos, se esconde,  
Y vase el otro á la cama.  
¡Ved qué vida!  
Con vos está desabrida,

Mas amarga que la hiel;  
 Al otro dale la miel,  
 Y con ella le convida,  
 Muy pagada.  
 Con vos habla de pasada,  
 Del otro nunca se harta;  
 Del uno jamás se aparta,  
 De vos contino se enfada  
 Y se estrecha;  
 El anda á la man derecha,  
 Y vos debajo los piés;  
 Y lo que mas dolor es,  
 Que lo mismo que él desecha  
 Deseais.  
 Muy áspera la hallais,  
 Y él muy amorosa y bianda;  
 Mas vale lo que él le manda  
 Que lo que vos suplicais.  
 No teneis  
 Cosa cierta en que os fieis,  
 Ni él cosa que le desvele;  
 Él delante della buela,  
 Y vos contino hedeis.  
 A la puerta  
 Siempre la veis rostrirterfa,  
 Y él favorable y graciosa;  
 Ya que otorgue alguna cosa,  
 Los conciertos que concierta  
 Son aviesos.  
 Él comete los excesos,  
 Y á vos se carga la culpa;  
 Él se come al fin la pulpa,  
 Y á vos os dan con los huesos  
 Sobre cena.  
 Vos no teneis hora buena,  
 Y él se lleva la vitoria;  
 Él holgando gana gloria,  
 Y vos trabajando, pena  
 Con querella.  
 Al fin lin el goza della,  
 Y vos la sentis cruel:  
 Ella se muere por él,  
 Y vos os perdeis por ella.  
 ¡Oh amor loco!  
 A propósito lo toco;  
 Dice un refran: «Yo por tí,  
 Tú por otro, y no por mí;  
 Antes me tienes en poco.»  
 ¡Ved qué abricias!  
 Con vos usa de malicias,  
 Con el otro de verdades;  
 Con vos dos mil crueldades,  
 Con el otro mil caricias  
 Y ventajas;  
 Estáis á lumbré de pajas,  
 Y el otro con buen brasero;  
 Él desecha el pan entero,  
 Y vos cogéis las migajas.  
 No hay morir  
 Que se iguale con vivir  
 Vida tan triste y amarga;  
 Llevais á cuestras la carga,  
 Y encima habeis de sufrir  
 Mil pesares,  
 Desabrimientos á pares.  
 Cosa no se os endereza;  
 Que si os duele la cabeza  
 Os curan los carcañales.  
 Pues; qué enojo  
 Es ver los cuernos al ojo!  
 Que si quereis demandallos,  
 Diz que habeis de soportallos  
 Ó que os echeis en remojo.  
 Tolerallo  
 Podeis, pero no quejallo;  
 Porque es ley siciliana,  
 Si la yegua está sin gana,  
 Dar de coces al caballo.  
 Si esperais  
 De haber lo que deseais,  
 Sois comendador de espera;  
 Que esperais que aqueste muera,

En cuya plaza quepais;  
 Y entre tanto  
 Olyidad vuestro quebranto,  
 Ensanchad el corazon;  
 Que muy ordinarios son,  
 Por mas que seais un santo,  
 Desafueiros  
 Que compran por sus dineros  
 Los amantes; porque el rey  
 Cupido no guarda ley  
 Igual con sus caballeros,  
 Que trabajan;  
 Nunca los amores cuajan  
 Cuando amor á ambos no hiere,  
 Porque cuando uno no quiere,  
 Dicen que dos no barajan.  
 Y es oficio  
 Do no basta beneficio;  
 Que por bien que hayas servido,  
 Donde no sois bien querido,  
 No vale fe ni servicio.  
 Desta cuenta  
 No se entiendo ser exenta  
 La mujer, ni Dios lo quiera;  
 Que de la misma manera  
 El amor las atormenta;  
 Y muchas dellas  
 Se queman en sus centellas,  
 Y le pagan este fuero;  
 Que amor, como justiciero,  
 Consiente que sientan ellas  
 Sus heridas.  
 Quieren y no son queridas,  
 Aman y no son amadas;  
 Por hombres viven penadas  
 De quien son aborrecidas  
 Con engaños.  
 Estos agravios y daños,  
 Estas hurlas y entremeses,  
 Estos trances y reveses,  
 Estos tormentos extraños,  
 Esta muerte,  
 Por ellas tambien se vierte,  
 Aunque no tan á menudo:  
 Tambien roen este nudo  
 Cuando les cabe la suerte  
 Lisonjera.  
 Con esta ley barredera  
 Amor las juzga y maltrata,  
 Porque quien á hierro mata  
 A hierro es justo que muera,  
 Y que trague  
 Estos tragos y se llagne  
 Con la lanza que nos llaga;  
 Porque es muy debida paga,  
 Quien tal hace que tal pague  
 Con razon.  
 De esta grave maldicion,  
 Para que mejor se crea,  
 Es buen testigo Medea,  
 Desdeñada de Jason;  
 Do se arguye  
 Y claramente concluye  
 Ser lo que digo verdad;  
 Porque es una enfermedad  
 Ser malquisto, que destruye  
 La salud.  
 Pocas usan de virtud  
 Si el amor no las calienta;  
 Porque andan en una renta  
 Desamor é ingratitud;  
 Ni se entienda  
 Que el amor de balde venda  
 Sus gozos y sus venturas,  
 Sino á vueltas de amarguras,  
 Que se venden en su tienda  
 Muy espesas.  
 Muy ciertas son sus promesas  
 Con los suyos, no lo niega;  
 Muy sabroso es su sosiego;  
 Pero no lo son sus prietas  
 Y agonias;

Muy dulces sus alegrías,  
 Mas sus pesares pesados;  
 Con un barril de lenguados  
 Vienen cuatro de acedias  
 Al mercado.  
 Aquel doctor afamado,  
 Nuestro Publio Ovidio Naso,  
 Habla muy bien en el caso,  
 Como bien acuchillado  
 Por amar.  
 Si supiésemos contar  
 Cuántas yerbas tiene el suelo,  
 Cuántas estrellas el cielo,  
 Cuántas arenas la mar.  
 Y la tierra  
 Animales de la sierra,  
 Y árboles con hoja y flores,  
 Tantos penas y dolores  
 Amor encubre y encierra;  
 Magner bueno.  
 Lleno está su placer, lleno  
 De lacras y penas muchas;  
 Porque no se toman truchas  
 Con las manos en el seno,  
 Como digo:  
 Porque no me contradigo  
 Ni revoco mis sentencias  
 Por decir las diferencias  
 Que suele el amor consigo  
 Poseer.  
 Sabed que sabe hacer  
 Que sea blanco lo prieto,  
 Y caber en un sugeto  
 Los contrarios en un sér  
 Juntamente.  
 Claro está que está doliente  
 El que enamorado está;  
 Pero mientras bien le va,  
 Con el favor, no lo siente,  
 De contento.  
 Adormece el pensamiento  
 El saber de este potaje,  
 Como cuando dan brevaaje  
 Al que quieren dar tormento.  
 ¡Oh cuán varios,  
 Muy continuos y ordinarios  
 Sucden ser estos aferes!  
 Pero para sus placeres  
 A veces son necesarios  
 Con razón.  
 Habiendo contradiccion,  
 Sabemos lo deseado;  
 Porque va tras lo vedado  
 Nuestra flaca inclinacion  
 Natural.  
 Como gentil oficial,  
 Envuelve amor en la miel  
 Los bocados de la hiel  
 Porque no sienta su mal  
 El goloso;  
 Encúbretelos, de mañoso,  
 Porque ninguno los tema;  
 Está frio, y diz que quema  
 Como caldo de raposo.  
 Más mirad  
 Que, para decir verdad,  
 Otras cosas bien miradas  
 Y con esta cotejadas,  
 No hallaréis novedad  
 Conocida.  
 ¿Qué gozos hay en la vida,  
 De cuantos podeis decir,  
 Que no los veais medir  
 Con esta misma medida  
 De cuidados?  
 Todos están aforrados  
 De zozobras semejantes;  
 Piganlo los negociantes  
 En la corte sepultados  
 Sin que mueran;  
 Aunque hagan cuanto quieran  
 Y negocien á su gana,

Del mismo negocio mana  
 Confino con que se hieran  
 Y fatiguen;  
 Que por bien bien que litiguen  
 Los que en Granada pleitean,  
 Yo os digo que no se vean  
 Sin tramas que los obliguen  
 A pasion.  
 Siempre están en confusion,  
 Temerosos en audiencia;  
 Y aunque tengan la sentencia,  
 Temen el apelacion  
 Venidera.  
 La revista que se espera  
 Los pone luego en congoja;  
 Cuando de una parte alloja,  
 Comienza en otra manera  
 A apretar;  
 Pues los que andan en la mar,  
 Aunque tengan esperanza,  
 Viento en popa y mar bonanza,  
 No dejan de revesar,  
 Sin comer;  
 Cuando mas á su placer  
 Navegan á velas llenas,  
 Van teniendo las ajenas,  
 Y suspiran por se ver  
 En la tierra;  
 Cuando la noche se cierra,  
 Ved qué tristeza les viene.  
 Decidme, ¿que vida tiene  
 El gentilhombre de guerra?  
 Tan segura?  
 Ved si le falta amargura,  
 Aunque tenga doble paga;  
 Por merced que Dios le haga,  
 Le sobra mala ventura  
 Y temores,  
 Enojos y sinsabores.  
 Peligros y diferencias,  
 Mal francés y otras dolencias,  
 Y música de atambores,  
 Que da pena.  
 Ya que la fortuna ordena  
 La vitoria, como alcalde,  
 Mirad si la da de balde;  
 Bigalo la de Ravena  
 Que sabemos.  
 Pues si comparar queremos  
 La vida del amador  
 Con la del guerreador,  
 En mil cosas la verémos  
 Semejante.  
 Anda en guerra todo amante;  
 No lo digo solo yo,  
 Porque Ovidio lo escribió  
 En verso muy elegante  
 Y polido:  
*Habet sua castra Cupido,*  
 En que tiene mas soldados  
 Y á menos costa pagados,  
 Que ningun rey ha tenido,  
 Ni es posible.  
 La edad que es conveniente  
 Al que la guerra mantiene,  
 Esa misma le conviene  
 Al amador apacible  
 Requebrado.  
 Fea cosa es el soldado  
 Que so la pica envejece,  
 Y muy leo nos parece  
 Ser el viejo enamorado  
 Y galan.  
 Los años que el capitán  
 Pelirá al fuerte guerrero  
 Demanda en el compañero  
 La dama, si se le dan;  
 Pues el mal  
 Ambos le pasan igual,  
 Ambos velan, á mi ver;  
 Y entrambos stelen tener  
 La tierra por cabezal

De barriga.  
 A la puerta de su amiga  
 El uno hace la vela;  
 El otro la centinela (45)  
 En el campo, con fatiga,  
 No con vicio (44).  
 Lengua vida es el oficio  
 Del que en la guerra se emplea,  
 Y sin fin es la tarea  
 Del amor y su bullicio  
 Tras las dueñas (43).  
 Asperos montes y peñas,  
 Ríos altos y sin puente (46),  
 Nieves grandes fácilmente  
 Pasan ambos tras sus señas (47)  
 Y banderas;  
 Ambos andan tan de veras,  
 Que habiendo de navegar,  
 No se curan de esperar  
 Otoños ni primaveras (48),  
 Ni los vientos,  
 Ni aguardan los movimientos  
 Del cielo para partir;  
 Antes piensan de salir  
 Al son de sus pensamientos  
 Con su brio.  
 Las noches del bravo frío  
 Y las nieves sobre el hielo,  
 Las lluvias grandes del cielo,  
 ¿Quién querrá por su albedrío  
 Padecerlas?  
 Quién no se excusará dellas,  
 Sino el guerrero cruel  
 O el enamorado fiel,  
 Abrasado en sus centinelas  
 Y cañor?  
 Va el jinete corredor  
 A descubrir enemigos,  
 Sus ojos hace testigos  
 Contra su competidor,  
 Y el que ama;  
 El uno por ganar fama  
 Ciudades cerca y rodea,  
 El otro ronda y pasea  
 Los umbrales de su dama  
 Cada día.  
 El uno con hatería  
 Muros y puertas destroza,  
 Y el otro, los de su moza,  
 Dando voces á poelía,  
 Por entrar.  
 Del oficio militar  
 Es acometer, pudiendo,  
 Los enemigos durmiendo,  
 Por los prender ó matar  
 Desarmados,  
 Durmiendo fueron entrados  
 Los reales del rey Reso,  
 Y el mismo gran rey fué preso,  
 Y sus caballos tomados  
 Y perdidos.  
 Del sueño de los maridos  
 Usan así les amantes,  
 Que al concierto hecho de antes,  
 Cuando duermen son vendidos  
 Sin dinero.  
 Del amante y del guerrero  
 Es pasar guardas y velas,  
 Y escapar con sus cautelas  
 De las manos del portero

Por la puerta.  
 Dudosa cosa é incierta  
 Es la guerra y sns favores,  
 Y así son los amadores,  
 Metidos en encubierta  
 De ventura.  
 Los que hoy tienen estrechura,  
 Mañana gozan y cantan;  
 Los vencidos se levantan,  
 Como de la sepultura,  
 A vencer;  
 Y aquellos que al parecer  
 Invincibles parecían,  
 Suelen, cuando mas se fian,  
 Ser vencidos y caer;  
 De manera,  
 Señores, que donde quiera  
 Hallaréis un mal vecino,  
 Y un rato de mal camino,  
 De Toledo á Talavera  
 Caminando.  
 Y por esta ley y bando  
 Echa amor á las criaturas;  
 Dales duras y maduras,  
 Porque no os vais alabando  
 Los queridos.  
 Y pues de tales gemidos  
 Ninguno vive seguro,  
 Y las penas son de juro  
 A los mas favorecidos  
 Y privados,  
 Los que son enamorados,  
 Al repartir del despojo,  
 Echen la barba en renajo,  
 Esperando ser tocados  
 Mala vez.  
 Pocas veces sale el mes  
 Sin que algun pesar hayamos;  
 Pero, si bien lo miramos,  
 Mal de muchos gozo es;  
 Y está claro  
 Que á la fin nos cuestan caro,  
 Como aqui se ha discurrido,  
 Los placeres de Cupido,  
 Aunque de carta de amparo.  
 Bien sabemos  
 Que es mejor de dos extremos  
 Mucha paz que buena guerra,  
 Y mejor estar en tierra  
 Que llevar gentiles remos  
 Por la mar.  
 Mejor es no navegar  
 Que ver la mar mansa y rasa,  
 Y mejor estar en casa  
 Que á buen meson aportar  
 Quien camina.  
 Hacemos á la contina  
 De necesidad virtud;  
 Mas mejor es la salud  
 Que la buena medicina.  
 Pues mirado  
 El fin del enamorado,  
 Claro está que es muy mejor  
 No ser el hombre amador  
 Que serlo aunque sea amado;  
 Y de verdad,  
 Mas vale con libertad  
 Pan y agua con cebolla  
 Que cabecera de olla  
 Por ajena voluntad  
 Y privanza.  
 Mas decíme, ¿quién alcanza  
 En la vida este lugar?  
 Quién nace para gozar  
 Desta bienaventuranza  
 Con sosiego?  
 Quién está en paz con el fuego  
 De su carne pedigrifeña?  
 Quién es el que con su leña  
 No hace contra si fuego  
 Do se encienda?  
 Quién hay que tenga la rienda

(43) Y el otro la centinela.

(44) Y con vicio.

(45) E al fin él acarrea  
 Del amor e su bullicio  
 Tras las breñas.

(46) Ríos altos y con puente.

(47) Pasan ambos con sus señas.

(48) No se excusan de esperar  
 Por abatir sus trincheras.

De su propia inclinacion ?  
 O ¿quién no cae en tentacion,  
 Por mucho que se delianda  
 Y abroquele?  
 Que el cuerpo sin carne huele (49),  
 Y jamás podrá estar quedo.  
 ¿Quién no muestra con el dedo  
 El lugar donde le duele  
 Señalado?  
 Quién habrá tan concertado,  
 Que á la corta, que á la luenga  
 Su gironcillo no tenga  
 De loco ó de requerbrado?

(49) Otras ediciones dicen :

Que el cuerpo su carne huele.

### Final al Amor y á la Fortuna.

Dios, que somos bien librados  
 Los hombres desde la cuna,  
 Pues nacimos sentenciados  
 A ser siempre gobernados  
 Por amor ó por fortuna.  
 El niño y ella mujer,  
 Ella ciega y él con ella,  
 Ambos locos y sin sér,  
 ¿Qué reino pueden tener  
 Donde no reine querrela? (50)

(50) Velasco, al terminar el *Capítulo de Amor*, dijo:

«El capítulo precedente de *Amor y su poder* es fragmento ó parte de una obra que por cierto respeto pareció que no se debía imprimir como estaba; y así, porque toda no se perdiese, se puso lo que de ella se pudo dejar, en la forma que se ha puesto.»

## LIBRO SEGUNDO.

### DE LAS OBRAS DE CONVERSACION Y PASATIEMPO.

#### CONTRA LOS ENCARECIMIENTOS DE LAS COPLAS ESPAÑOLAS QUE TRATAN DE AMORES.

Estando conmigo á solas,  
 Me viene un antojo loco  
 De burlar con causa un poco  
 De las trovas españolas  
 Al presente;  
 De aquellas principalmente  
 Muy altas y encarecidas,  
 Excelentes y pulidas,  
 Que mucho estima la gente;

Y de aquellos extremados  
 Que por estilo perfecto  
 Sacan del pecho secreto  
 Hondos amores penados.  
 Son del cuento  
 Garcí-Sanchez y otros ciento  
 Muy gentiles caballeros,  
 Que por esos cancioneros  
 Lechan suspiros al viento.

No se me achaque ó levante  
 Que me meto á decir mal  
 De aquel subido metal,  
 De su decir elegante;  
 Antes siento  
 Pena de ver sin cimiento  
 Un tan gentil edificio,  
 Y unas obras tan sin vicio  
 Sobre ningún fundamento.

Los requiebros y primores  
 ¿Quién los niega, de Boscán,  
 Y aquel estilo galán  
 Con que cuenta sus amores?  
 Mas trovada  
 Una copla muy penada,  
 El mismo confesará  
 Que no sabe dónde va  
 Ni se funda sobre nada.

Aunque no por un tenor,  
 Todos van por un camino,  
 También sabe Guardamino  
 Quejar su mal y dolor  
 Sin paciencia:  
 No hay del otra diferencia

Al que se cuelga de un hilo,  
 Que no ser tal el estilo  
 Sobre la misma sentencia.

Y de aquí debe venir  
 Que contando sus pasiones,  
 Las mas mas comparaciones  
 Van a parar en morir;  
 Y de suerte  
 Que nunca salen de muerte  
 Ó de perderse la vida;  
 Quitaldes esta guarida,  
 No habrá copla que se acierte (1).

Por donde los trovadores  
 Son de burlar y reir,  
 Que no se dan á escribir  
 Sino penas y dolores.  
 ¿Cosa vana,  
 Que la lengua castellana,  
 Tan cumplida y singular,  
 Se haya toda de emplear  
 En materia tan liviana!

Coplas dulces, placenteras,  
 No pecan en liviandad,  
 Pero pierde autoridad  
 Quien las escribe de veras,  
 Y entremete  
 El seso por alcabuate  
 En los misterios de amor;  
 Cuanto mas si el trovador  
 Pasa ya del caballete.

Y algunos hay, yo lo sé,  
 Que hacen obras fundadas  
 De coplas enamoradas,

(1) Garcí-Sanchez, en sus *Lamentaciones de amores*, dice:

Y ¡tú, fénix, que te quemas,  
 Y con tus alas deshaces  
 Por victoria;  
 Y despues que así te extremas,  
 Otro de ti mismo haces  
 Por memoria!  
 Así yo, triste, mezoquino,  
 Que muero por quien no espero  
 Gatardon,  
 Bóme la muerte con tino,  
 Y vuelvo como primero  
 A mi pasión.

Sin tener causa por que.  
Y esto está  
En costumbre tanto ya,  
Que muchos escriben penas  
Por remedar las ajenas,  
Sin saber quién se las da.  
Pero digo que arda en ellas  
De los pies á la cabeza,  
Decidme ; á quién endereza  
Sus coplas y sus querellas?  
Si las vende  
A la dama que le prende,  
¿Qué mayor desventura  
Que hablar por escritura  
Con quien se que no la entiende?

Cuanto mas que ni leer  
Saben las mas ni escribir,  
Y en el dar ó recibir  
Ann hay algo que hacer.  
Mal mascada  
Vais, copla desventurada,  
Y la que mas os estima  
Devana su seda encima,  
Y quedais vos alli aislada.

Ved qué donoso presente,  
Que la que mas fe aventura  
Por gozar de esta locura,  
Ni la gusta ni la siente;  
Y el provecho  
Es que la meta en su pecho  
Alguna dama loquilda,  
Y diga por maravilla :  
« ¡ Ay, qué coplas que me han hecho ! »

Pues si donde era razon  
Tan pequeño fruto hacen,  
Con los demás, aunque apiacen,  
Deshonesta cosa son ;  
Y muy vano  
Ejercicio, y aun profano,  
Publicar yo mis flaquezas,  
Livandades y bajezas,  
Y escribirlas de mi mano.

Sobra de bien y pan tierno  
Hace que los amadores  
Comparen el mal de amores  
A las penas del infierno.  
Tú, Cupido,  
Estás muy favorecido  
Pensando que aquello es,  
Mas adonde hay mal francés  
El tuyo queda en olvido.

**Final.**

Coplas y locuras mías,  
Vuestro tiempo se ha llegado  
Para aliviar el enfado  
Destos trabajosos días.  
Todas pasaréis por buenas,  
Siendo aquel que os da favor,  
Por natura mi señor,  
Y por suerte mi Mecénas.

CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS  
Y SIGUEN LOS ITALIANOS.

Pues la santa Inquisicion  
Suele ser tan diligente  
En castigar con razon  
Cualquier secta y opinion  
Levantada nuevamente,  
Resucitese Lucero (2)

(2) Resucita tú el lucero.—*Texto de Ulloa, al fin de las obras de Boscan y Garcilaso.*

Lucero fue un inquisidor que en Córdoba, á principios del siglo xvi, persiguió á muchos como herejes. Su dicho constante no dia ser mas humanitario ni mas hijo de sus buenas entrañas. Base aquí: *Dámelo judío, y darte-he-te quemado.*—Puigblanch, *quisicion sin mascara.*

A corregir en España (3)  
Una muy nueva y extraña,  
Como aquella de Lutero (4)  
En las partes de Alemania.  
Bien se pueden castigar (5)  
A cuenta de anabaptistas,  
Pues por ley particular  
Se toman á bautizar  
Y se llaman petrarquistas.  
Han renegado la fe  
De las trovas castellanas,  
Y tras las italianas  
Se pierden, diciendo que  
Son mas ricas y galanas (6).

El juicio de lo cual  
Yo lo dejo á quien mas sabe (7);  
Pero juzgar nadie mal  
De su patria natural  
En gentileza no cabe;  
Y aquella cristiana musa  
Del famoso Juan de Mena,  
Sintiendo desto gran pena,  
Por infieles los acusa  
Y de atevos los condena (8).

« Recuerde el alma dormida »,  
Dice don Jorge Manrique ;  
Y mostróse muy sentida (9)  
De cosa tan atrevida,  
Porque mas no se platique.  
Garcí-Sanchez respondió :  
« ¡ Quién me otorgase, Señora,  
Vida y seso en esta hora  
Para entrar en campo yo  
Con gente tan pecadora ! »

« Si algun Dios de amor habia,  
Dijo luego Cartagena,  
Muestre aqui su valentía  
Contra tan gran osadia,  
Venida de tierra ajena. »  
Torres Naharro replica :  
« Por hacer, Amor, tus hechos  
Consientes tales despechos,  
Y que nuestra España rica  
Se prive de sus derechos. »

Dios dé su gloria á Boscan (10)  
Y á Garcilaso, poeta,  
Que con no pequeño afán  
Y con estilo galán  
Sostuvieron esta seta,  
Y la dejaron acá  
Ya sembrada entre la gente ;  
Por lo cual debidamente  
Les vino lo que dira  
Este soneto siguiente :

**Soneto.**

Garcilaso y Boscan, siendo llegados  
Al lugar donde están los trovadores  
Que en esta nuestra lengua y sus primores  
Fueron en este siglo señalados,  
Los unos á los otros alterados  
Se miran, demudadas las colores,  
Tembiéndose que fuesen corredores  
O espías ó enemigos desmandados ;  
Y juzgando primero por el traje,  
Pareciéronles ser, como debia (11),  
Gentiles españoles caballeros ;

(3) Así Ulloa ; Velasco pone :

A castigar en España.

(4) Como aquella del Lutero.—*Texto de Ulloa.*

(5) Bien se puede castigar.—*Id.*

(6) Son mas ricas y lozanas.—*Id.*

(7) Yo lo dejo á quien lo sabe.—*Id.*

(8) Así Ulloa ; Velasco pone :

Y de atevos los condena.

(9) Así Ulloa ; Velasco pone :

Y muéstrase muy sentida.

(10) Dé Dios su gloria á Boscan.—*Texto de Ulloa.*

(11) Así Ulloa ; Velasco pone :

Pareciéndoles ser como debia.

Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje (12),  
Mezclado de extranjera poesía (13),  
Con ojos los miraban de extranjeros (14).

Mas ellos, caso que estaban  
Sin favor y tan á solas (13),  
Contra todos se mostraban,  
Y claramente bullaban  
De las coplas españolas,  
Canciones y villaneicos,  
Romances y cosa tal,  
Arte mayor y real,  
Y piés quebrados y elícos,  
Y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras  
De vocablos ya sabidos  
En vuestras trovas caseras,  
Cantan otras forasteras,  
Nuevas á nuestros oídos:  
Sonetos de grande estima,  
Madrigales y canciones  
De diferentes reñiones,  
De tercia y octava rima,  
Y otras lindas invenciones (16).

Desprecian cualquiera cosa (17)  
De coplas compuestas antes,  
Por baja de ley, y astrosa  
Usan ya de cierta prosa (18),  
Medida sin consonantes.  
Ya muchos de los que fueron  
Elegantes y discretos  
Tienen por simples pobretos,  
Por solo que no cayeron  
En la cuenta á los sonetos.

Daban en fin á entender  
Aquellos viejos autores (19)  
No haber sabido hacer  
Buenos metros ni poner  
En estilo los amores;  
Y que el metro castellano  
No tenía autoridad  
De decir con majestad  
Lo que se dice en toscano  
Con mayor facilidad.

Mas esta falta ó manquera (20)  
No la dan á nuestra lengua,  
Que es bastante y verdadera,  
Sino solo dicen que era  
De buenos ingenios mengua;  
Por lo cual en lo pasado  
Fueron todos carecientes  
Destas trovas excelentes  
Que han descubierto y hallado  
Los modernos y presentes.

(12) Sigo tambien á Ulloa, lo mismo que en las demás variantes del soneto. Velasco lee equivocadamente:

Y oyéndoles hablar nuestro lenguaje.

(13) Mezclado en extranjera poesía.—*Texto de Velasco.*

(14) Con ojos los miraron de extranjeros.—*Id.*

(15) Sin sabor y tan á solas.—*Id.*

(16) Así el texto de Ulloa; el de Velasco, seguido por Fernandez, dice:

Y en lugar destas maneras  
Y vocablos ya sabidos  
En vuestras trovas primeras,  
Cantan otras forasteras,  
Nuevas á nuestros oídos:  
Sonetos de gran estima,  
Madrigales y canciones  
De diferentes reñiones,  
Octava y tercera rima,  
Y otras bravas invenciones.

(17) Así Velasco; Ulloa pone:  
Despreciaban cualquier cosa.

(18) Ulloa dice:  
Y usaban de cierta prosa.

(19) Ulloa lee:

A aquellos viejos autores.

(20) Mas esta falta y manquera.—*Texto de Velasco.*

Viéndoles que presumían  
Tanto de la nueva ciencia (21),  
Dijéronles que querían  
De aquello que referían  
Ver algo por experiencia;  
Para prueba de lo cual,  
Por muestra de novel uso,  
Cada cual de ellos compuso  
Una rima en especial,  
Cual se escribe aquí de yuso (22).

#### Soneto de Boscan (23).

Si las penas que dáis son verdaderas,  
Como muy bien lo salté el alma mía,  
; Por qué ya no me acabad? y sería,  
Sin ellas mi morir muy más de veras (24);  
Mas si por dicha son tan lisonjeras,  
Que quieren retozar con mi alegría (25),  
Decid, ¿por qué me matan cada día?  
Con muerte de dolor de mil maneras (26)  
Nostradme este secreto ya, Señora,  
Y sepa yo de vos, pues por vos muero.  
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;  
Porque, siéndome vos la maladora,  
Mayor gloria de pena ya no quiero (27)  
Que poder yo tener tal homicida.

#### Octava rima de Garcilaso (28).

Y ya que mis tormentos son forzados,  
Aunque vienen sin fuerza consentidos (29),  
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados (30)  
Que ser por vuestra causa padecidos?  
Si, como son por vos bien empleados (31),  
De vos faesen, Señora, conocidos,  
La mas crecida angustia de mi pena (32)  
Seria de descanso y gloria lleua.

Juan de Mena, como oyó  
La nueva trova pulida,  
Contentamiento mostró,  
Caso que se sonrió  
Como de cosa sabida,  
Y dijo: «Segun la prueba,  
Oace silabas por pié  
No hallo causa por que  
Se tenga por cosa nueva.  
Pues yo mismo las usé (35).

(21) Viendo pues que presumían  
Tanto de la buena ciencia.—*Texto de Velasco.*

(22) Como se sigue de yuso.—*Id.*

(23) Ulloa no dice cuyo sea este soneto; Velasco lo pone como de Boscan, sin embargo que no se halla impreso entre las obras de este.

(24) Sin ellas el morir muy más de veras.—*Texto de Ulloa.*

(25) Y quieren reforzar con mi alegría.—*Id.*

(26) De muerte y de dolor de mil maneras.—*Id.*

(27) Mayor gloria de pena no la quiero.—*Id.*

(28) Ulloa no dice el autor de esta octava, que Velasco pone como de Garcilaso.

(29) Bien que son sin fuerza conocidos.—*Texto de Ulloa.*

(30) Que mayor alivio en mis cuidados.—*Id.*

(31) Y si como son en vos bien empleados.—*Id.*

(32) La mayor angustia de mi pena.—*Id.*

(35) Así Ulloa; Velasco pone:

Pues yo tambien las usé.

Comunmente se cree que CASTILLEJO afirma haber sido usados por Juan de Mena los versos endecasílabos. De otra manera entendi este pasaje Pedro de Cáceres y Espinosa, en la vida de Gregorio Silvestre, impresa al frente de las poesias de este ingenio. Véanse sus palabras:

«Y que en España no se supiesen, ni la trujesen los que trujeron la poesía toscana á ella, parece en que CASTILLEJO aun no supo la medida española de arte mayor, pues queriendo conferir la una y la otra, introduce á Juan de Mena, diciendo de las trovas italianas:

Juan de Mena como oyó, etc.

«De suerte que CASTILLEJO quiere probar que las composturas de Juan de Mena y Juan Boscan son una misma cosa, pues constan de once silabas. Y dejado que la española tiene doce, aunque fuera



Don Jorge dijo : « No veo Necesidad ni razon De vestir nuestro deseo (34) De coplas que por rodeo Van diciendo su intencion. Nuestra lengua es muy devota De la clara brevedad, Y esta trova, á la verdad, Por el contrario, denota Oscura prolijidad (35). »

Garci-Sanchez se mostró Estar con alguna saña, Y dijo : « No cumple, no, Al que en España nació Valerse de tierra extraña ; Porque en solas mis lecciones, Miradas bien sus estancias, Veréis tales consonancias, Que Petrarca y sus canciones Queda atrás en elegancias (36). »

Cartagena dijo luego, Como práctico en amores : « Con la fuerza de este fuego No nos ganarán el juego Estos nuevos trovadores ; Muy mal entonadas son (37) Estas trovas, á mi ver, Enfadosas de leer Y tardas de relacion (38), Y enemigas de placer. »

Torres dijo : « Si yo viera Que la lengua castellana Sonetos de mi sufriera, Fácilmente los hiciera, Pues los hice en la romana ; Pero ningun sabor tomo (39) En coplas tan altaneras, Escritas siempre de veras, Que corren con piés de plomo, Muy pesadas de caderas. »

Al cabo la conclusion Fué que por buena crianza Y por honrar la nacion

De parte de la invencion Sean dignas de alabanza (40). Y para que á todos fuese Manifiesto este favor, Se dió cargo á un trovador Que aqui debajo escribiese Un soneto en su loor.

Soneto.

Musas italianas y latinas, Gentes en estas partes tan extraña, ¿Cómo habeis venido á nuestra España (41), Tan nuevas y hermosas clavellinas? O ¿quién os ha traído á ser vetinas Del Tajo y de sus montes y campaña? O ¿quién es el que os guía ó acompaña (42) De tierras tan ajenas peregrinas? — Don Diego de Mendoza y Garcilaso Nos trujeron, y Boscan y Luis de Haro (43), Por órden y favor del dios Apolo, Los dos llevó la muerte paso á paso, El otro Soliman, y por amparo Solo queda don Diego, y basta solo (44).

(40) Así Ulloa; Velasco escribe:

Y por honrar la invencion,  
De parte de la nacion  
Eran dignos de alabanza.

(41) Decí, ¿cómo venistes á la España?—*Texto de Velasco.*

(42) ; Oh, ¿quién es el que os guía y acompaña?—*Id.*

(43) Así Ulloa; Velasco pone:

Nos trujeron Boscan y Luis de Haro.

(44) Soliman el uno, y por amparo \*  
Nos queda don Diego, y basta solo.

Gregorio Silvestre, en la *Visita de amor* (véase en sus obras, Granada, 1599, se declaró enemigo, como CASTILLEJO, de los versos italianos, en que mas tarde vino á escribir:

Unas coplas muy causadas,  
Con muchos piés arrastrando,  
A lo toscano imitadas,  
Entró un amator cantando  
Enojosas y pesadas.  
Cada pié con dos corcovas,  
Y de peso doce arrobas,  
Trovadas al tiempo viejo.  
Dios perdone á CASTILLEJO,  
Que bien habló de estas trovas.

Dijo Amor : « ¿Dónde se aprende Este metro tan prolijo,  
Que las orejas ofende?  
Por estas coplas se dijo Algarabia de allende.  
El sugeto frio y duro,  
Y el estilo tan oscuro,  
Que la dama en quien se emplea Duda, por sabia que sea,  
Si es requiebro ó si es conjuro.

« Ved si la invencion es basta,  
Pues Garcilaso y Boscan,  
Las plumas puestas por asta,  
Cada uno es un Roldan,  
Y con todo no le basta.  
Yo no alcanzo cuál engaño Te hizo, para tu daño,  
Con locura y desvario Meter en mi señorío Moneda de reino extraño. »

Con dueñas y con doncellas Dijo Vénus : « ¿Qué pretende Quien les dice sus querellas En lenguaje que no entiende El ni yo, ni vos ni ella? Sentencia al que tal hiciera Que la daara por quien muera Lo tenga por cascabel,  
Y que haga burla de él Y de cuanto le escribiere.

verdad que tuviera once, no supo que de once á doce hay mucha diferencia, por no entender la medida de los piés, la cual se descubrió en España en esta sazón, y en Granada fué el que las descubrió, que no ha dado poca perfeccion al verso.»

(34) Velasco dice :

De vestir nuestro deseo.

(35) Estas dos quintillas no se leen en el texto de Ulloa.

(36) Alude CASTILLEJO á las *Lecciones de Job apropiadas á sus pasiones de amor*, que escribió Garci-Sanchez, y mandó borrar en el *Cancionero* la Inquisicion, segun se ve en los indices expurgatorios. Comienzan las lecciones así :

Pues amor quiere que muera,  
Y de tan penada muerte,  
En tal edad,  
Pues que vó en tiempo tan fuerte,  
Quiero ordenar mi postrera Voluntad.

Véase edmo Garci-Sanchez trova el *Homo natus de muliere* :

El hombre nacido de  
Mujer vive brevemente ;  
Mas amor no me consiente,  
Porque siempre en pena está,  
Sino que viva doliente,  
De muchas tristezas lleno.  
Así como flor sali  
Y me sequé ;  
Sequémeme porque me di  
A quien mas que como ajeno  
Me trata, que en darme á mí  
Me trate.

(37) Así Ulloa; Velasco pone :

Muy malencónicas son.

(38) Así Ulloa; Velasco lee :

Tardías de relacion.

(39) Así Ulloa; Velasco pone :

Pero ningun gusto tomo.

RESPUESTA Á UN CABALLERO QUE LE ENVIÓ UNA COPLA  
MAL TROVADA.

Una copla me enviastes,  
Señor, de mala yaciça,  
Hecha con piés de estornija;  
El mal es que trasnochastes,  
Y al cabo paristes hija.  
Mas, sin mas satisfaccion  
De los yerros que hay en ella,  
Sois digno de haber perdon  
Siquiera por la pasion  
Que pasastes en hacella.

Á OTRO, POR OTRO TANTO.

Vuestras coplas recibí,  
Y es cierto que, si no fuera  
Porque no digais de mí  
Que de envidia no las vi,  
De asco no las leñera.

Y porque daros razon  
De los yerros que llevaban  
Era daros mas pasion,  
No os digo sino que son  
Cuales de vos se esperaban.

Á OTRO, POR LO MISMO.

El que las coplas hicistes,  
Todos los que las miramos  
Sabed que en deuda os quedamos  
De la risa que nos distes;  
Pero vos de vos y dellas  
Quejaros tambien podréis,  
Porque el tiempo nos debeis  
Que gastamos en leellas.

Á UNO QUE QUERIA QUE LE GLOSASE UN MOTE Á CIERTO  
ENTENDIMIENTO FUERA DE PROPÓSITO.

No sufre glosa ninguna,  
Porque huyen de rondon  
La razon y la intencion  
Por su parte cada una.  
Y de tal entendimiento  
El mote tan léjos va,  
Que no lo confesará  
Sino á fuerza de tormento.

Á UNO QUE APOSTÓ DE SACAR UNA CIFRA Ó SACAR UNA COPLA.

Pues falta no la hay en vos,  
Desempeñad vuestra prenda;  
Que esta cifra de contienda,  
Mejor me perdone Dios  
Que vuesamerced la entienda.  
Y mirad á qué me atrevo,  
Que aunque la echéis en la cama,  
Yo lo consiento y apruebo,  
Tan sin temor de su fama  
Como si fuese una dama.

RESPUESTA.

No sé si huya de vos  
O busque quien me defienda;  
Porque en tan estrecha senda  
No ternéis en mucho á dos  
Si correis suelta la rienda.  
Y aunque el mote no fué nuevo,  
Nueva querella me llama  
De vengarne con renuevo  
Si en mi prueba vuestra dama  
Cuán justamente os desama.

Á UNA DAMA Á QUIEN UN CABALLERO DEJÓ POR HEREDERA  
DE SU ALMA Y FE EN EN TESTAMENTO QUE HIZO.

¡Qué buen caballero era,  
Perdonele Dios, amen!  
Dejando tal heredera!  
Si antes de escribir muriera,  
¡Oh cómo muriera bien!  
Su pensamiento fué vano,  
Aunque sano  
Si le terciara el estilo.  
Válgale por codicilo,  
Pues lo escribió de su mano.

Mas si acuerda de aceptar  
Vuesamerced esta herencia,  
Quiéeroos, Señora, avisar  
Que no os podeis excusar.  
De pleito ni diferencia;  
Porque el alma que os dió á vos  
Es de Dios,  
Si quisiere recibirla;  
La le no pudo partirla,  
Pues no puede ser de dos.

Á UN AMIGO, CON UN PRESENTE DE VINO DE RIBADAVIA  
Y CNAS RIENDAS.

No os burleis de la invencion  
De este mi nuevo presente;  
Que se hace por razon  
Que este caballo bridon  
Espuelas no las consiente.  
Por su nombre lo veréis,  
Que deriva de lozano.  
Mirad cómo arremeteis,  
Porque á lo menos quedeis  
Con las riendas en la mano.

Á UN MAL PAGADOR.

Pues no se excusa perderos,  
Segun que camino va,  
Yerro pienso que será  
Dejar perder mis dineros.  
Y pues por tan poco precio  
Perderme, Señor, quereis,  
Mas quiero que me acuseis  
De importuno que de necio.

Á UNA QUE ESTANDO MAL CON SU AMIGO, SE CASÓ  
CON UN BARBERO.

Hi de puta, ¿qué señal  
De querer quitar haraja,  
Estando conmigo mal,  
Señora, pesar de tal,  
Echais mano á la navaja?  
Bastaba para una mora  
Los regalos y sainetes  
No dármelos ya. Señora,  
Sin que me queráis agora  
Trasquiluar á panderetes.

Á UN CABALLERO QUE TRAIA DE CONTINO UN COLLAR DE ORO  
DE MUY POCO PESO.

Por grosera cosa ser  
Los dejó toda la gente;  
Y vos, por bien parecer,  
Holgais, Señor, de traer  
El vuestro publicamente;  
Por tanto, si no quereis  
Que reniegue la paciencia,  
Suplicoos que os le quiteis,  
Salvo si no lo traéis  
En señal de penitencia.

Que en traer tan sin razon  
Collar que tan poco pesa,  
A muchos dáis ocasion,  
Señor, de murmuracion,  
Juzgándolo por empresa;  
Mas, pues para lo dejar  
Hay uso sobre razon,  
No lo debéis dilatar,  
Porque tan pobre collar  
Peor es que de jubon.

UNA GUARNICION DE TERCIOPELO QUE LE ENVIÓ UN CABALLERO.

En cueros me la envió  
Con mil golpes por la cara;  
Si el pelo no le faltara,  
El terció bien acudió;  
Pues viene sobreraida,  
Señal es que fué borron,  
Porque para guarnicion  
Viene muy desguarnecida.

LA FIESTA DE LAS CHAMARRAS.

MERCADO Á SU CHAMARRA.

¡Oh chamarra de papel!  
En hora fuerte y menguada  
Vos fuisteis invencionada,  
Pues por vos me dicen cruel.  
De cuya causa cuidado (43)  
Nace que el alma me arranca;  
Que ¿por qué, siendo vos blanca,  
Me paro yo colorado?

SU CHAMARRA Á MERCADO.

Mas me siento yo injuriada  
De vos, descortés bidalgo,  
Pues que siendo en paño algo,  
En chamarra no soy nada.  
Si quedó por mi ocasion  
Vuestro pecho sin abrigo,  
Vuestra fué la culpa, amigo;  
Vuestra fué, que mia, non.

SU CHAMARRA Á CANSECO.

Señor, vos buscáis mi mengua;  
Mucha queja de vos tengo,  
Pues sabiendo dó yo vengo,  
No teneis tiento en la lengua.  
Mis tachas parecerán;  
Que á vuestra causa mezquina  
Caballeros de Medina  
«Mal amenazado me han» (46).

CANSECO Á SU CHAMARRA.

No temáis, chamarra mia,  
Que os puedan á vos decir  
Sino que por me seguir  
Dejastes la compania.  
Si me tuvistes amor,  
No estuvistes engañada,  
Pues yo os quise deshonrada,  
Por veros de mi color.

PREGON GENERAL.

Hacer manda esta justicia  
A las chamarras presentes,  
Por los delitos siguientes,  
La reina nuestra, Malicia.

(43) Velasco pone *Cuitado*.

(46) Verso del romance viejo de *Doña Lambra y los siete infantes de Lara*.

Los hijos de doña Sancha  
Mal amenazado me han  
Que me cortarían las baldas  
Por vergonzoso lugar.

Y el pregon de su querrela  
Desta manera comienza:  
«Que salgan á la vergüenza,  
Pues osan andar sin ella.»

Comienzan.

Salgan segun su vejez,  
Hagamos honra á las cenizas.  
Salid vos, la de Manzanas,  
Hecha en el año de diez;  
No aleguéis por *leonada*;  
Que ya, por tener teson,  
Habeis perdido el *leon*,  
Y quedastes en la *nada*.

Vos, Castillejo, salid  
Con la que en azul fué novia,  
Tejada dentro en Segovia,  
Cortada en Valladolid;  
Por todo el mundo traída,  
Y en su triste senectud  
Salió de Calatayud,  
De viejo luto teñida.

Fernan Perez eche fuera  
La suya, azul, clara y vieja,  
A dar cuenta de una ceja  
Que tuvo en la delantera.  
No le valgan sus afanes,  
Aunque alegue por raída,  
Pues al cabo de su vida  
Se puso de tafetanes.

Diego Ramirez presente  
La suya, gris, tinta en lana,  
Que tiene muestras de sana  
Y secretos de doliente;  
Y pasa muy á la clara  
Vergüenza, pues la perdió  
El día que consintió  
Cuchillada por la cara.

La de Alvar Perez, morada,  
Pague por su desamor;  
Mas, pues es comendador,  
Sea antes desgraciada;  
Pero tómenla en los brazos,  
Y miren bien á la luz,  
Que al quitarla de la cruz  
No se les haga pedazos.

Sin culpa sale ni tacha,  
Al pregon, la de Tobar,  
Pues que mantuvo collar  
De seda cuando mochaicha;  
Mas los ribetes así  
Dicen, mostrando su cuero:  
«Tiempo es, el caballero,  
Tiempo es de andar de aquí (47).»

Meneses y su cuñado  
Saquen sus dos alemanas  
A pagar, pues son hermanas,  
Juntamente su pecado.  
Han cometido traicion;  
Que en Castilla se criaron,  
Y fueron Inego, y dejaron  
Lo mejor en Aragon.

La de Pinedo se olvida:  
Salga acá, dará su vuelta;  
Que aunque mal parece suelta,  
Muy peor anda ceñida;  
Y á todos ponga mancuilla;  
Que el traidor que la cortó,  
De los pliegues la quitó,  
Por crecer en la capilla.

Salid vos, la de Sarmiento,  
Vieja, oscura y leonada,  
Que por mal guarnetada  
Podéis perder casamiento;  
Y decid esta cancion,  
Llorando vuestro desastre:

(47) Versos de un romance viejo, que mas adelante se verá glorificado.

«Por mi mal os vi yo sañre,  
Que por vos salgo al pregon.»

Salinas salga, y escote  
La suya, mangas de boba,  
Que cuando moza fué loba  
De luto con capirote;  
Y por tales cuchilladas  
No se escape de pregonos,  
Aunque muestre los botones  
Con que las tiene cerradas.

La corta desvergonzada  
De Piedra salga a las todas,  
Que para mengua de todas  
Las chamarras fué criada;  
Y por tan mala invencion,  
Traje, color y planeta,  
No se escape aunque se meta  
So las faldas del sayon.

Tapia, el aposentador,  
Saque la suya á la pena;  
Que aunque su hechura es buena,  
Es muy triste su color;  
Y tambien su presuncion  
Es caso que toca al Papa,  
Porque le sirve de capa  
Sin tener dispensacion.

Salga acá la de Villoria,  
Que piensa, por ser ferrete,  
De quedar con su ribete  
*In perpetua rei memoria*;  
Mas yo, como amigo fiel,  
Que la despida le mando,  
Porque le está amenazando  
De vivir mas que no él.

Salga la desesperada  
De Canseco, y dará fe  
De cómo dos veces fué  
Su mala guerra ganada (48);  
Do cobró tales raíces  
De codicia por el mundo,  
Que aun con el amo segundo  
Anda ganando perdices.

Salga con su gruesa lana  
La de Somonte á la hora,  
Que siete veces fué mora  
Y otras tantas alemaña;  
Y al cabo de sus delitos,  
Sin que el Papa lo otorgó,  
A san Francisco negó  
Por tornarse de beinitos.

La de Mercado, alevosa,  
Hecha con tanta miseria,  
Desque revolvió la feria  
Puso piés en polvorosa;  
Que viendo que estas padecen  
Sin culpa, por su pecado,  
Dijo en secreto á Mercado:  
«A los piés, Señor; que ofrecen.»

No falta quien las acuse,  
Que las manden desterrar;  
Mas tornóse á revocar  
Porque no hay quien ya las use;  
Y es el mal que sin consuelo  
Ni esperanza quedarán;  
Que esta mengua que les dan,  
Jamás se la cubra pelo.

Á UN MAESTRESALA QUE LE MANDABAN TRAER EL MANJAR  
CON LINTERNA.

Maestresala, sentir pena  
No debeis de esta costumbre;  
Que siendo tan ruin la cena,  
Ruín ha de ser, y no buena,  
La lumbré con que se alumbra;  
Pero puédesse pensar,

De veros ir con linterna  
Acompañando el manjar,  
Que quereis con él entrar  
A cenar en la taberna.

CIERTOS CABALLEROS AL AUTOR.

Siempre en juéves de la Cena,  
Por remembranza y memoria,  
Solemos estar en pena;  
Pero vos, segun se suena,  
Diz que estuvistes en gloria.  
Los banquetes son crueles  
Do carne sola se da;  
Mas esto no se dirá,  
Pues las tortas y pasteles  
Bien las supimos acá.

RESPUESTA DEL AUTOR.

Injustamente condena  
Mi fama la falsa historia;  
Mal se habla en culpa ajena  
En una casa tan llena  
De culpa, y culpa notoria.  
Al repique de broqueles  
Estáis tan á punto ya,  
Que do quier que carne está,  
No son puestos los manteles,  
Cuando la huelen allá.

RAZONAMIENTO DE UN CAPITAN GENERAL Á SU GENTE.

Señores y compañeros  
Que salistes de Bohemia  
Por virtud, y no por premia,  
A ganar honra y dineros,  
Ya sabeis que hasta aquí,  
Mientras quiso la fortuna,  
No ha habido falta ninguna  
Por vosotros ni por mí.

Agora, por los pecados  
De alguno, veis que nos vemos  
Do de hambre perecemos,  
De toda parte cerrados.  
Veis los turcos poderosos,  
Y mas fuertes á la fin,  
Y muerto Pedro Rachin  
Y otros hombres valerosos.

Pues ya que con osadía  
Queramos acometellos,  
Antes de tocar en ellos  
Nos mata el artillería.  
Para estar aquí perdidos  
Estas causas grandes son,  
Cuanto mas que hay traicion  
Y estamos todos vendidos.

Y por nuestra mala suerte,  
Si esperamos á mañana,  
Morirémos, y no gana  
El Rey nada en nuestra muerte.  
El remedio es retraer,  
Por excusar tanto mal,  
Y el Capitan General  
Es del mismo parecer.

Y caso que de este hecho  
Alguna mengua ganemos,  
Al menos excusarémos  
De no morir sin provecho.  
Cualquier daño y perdicion  
Con la vida se repara;  
Mas vale vergüenza en cara  
Que mançilla en corazon.

Pero diga quien dijere;  
Que si es honra el combatir,  
No es menos saber huir  
Cuando el tiempo lo requiere.  
Aperciba pues cualquiera

(48) Velasco pone:

De mala guerra ganada.

Los piés, si quereis salvaros,  
Porque yo pienso llevaros,  
Si puedo, la delantera.

Á UN CABALLERO SU AMIGO EN CIERTA OCASION DE TIEMPO.

Pues estáis donde me vi  
Con tan próspera ventura,  
Gózad del bien mientras dura;  
Dejen todos para mí  
El dolor y la amargura.  
Pideme la voluntad  
Con grave necesidad  
Que no esté sin veros hoy;  
¿Qué haré; triste que soy!  
Ajeno de libertad?

Mas, pues de las ansias mías  
El remedio está apartado,  
Quédese por excusado,  
Y vuélvase mis porfias  
A cumplir vuestro mandado.  
Juno, Vénus y Diana,  
Todas tienen una gana  
De dar al dueño su cuarta;  
Mas la que menos se aparta  
Piensa que es la mas anciana.

Á UN VIZCAINO PIDIENDO AGUINALDO.

Servido no ge lo tienes,  
Aunque en gana le tenia;  
Mas mire su señoría,  
Generacio, dónde vienes.  
No mirés merecimiento  
De barbero guipuzquiano,  
Mas el razon que le cuento;  
Y Machin vaya contento  
Con guinaldo de su mano.

EL MISMO.

El Navidad es pasado,  
Y Reyes otro que si;  
Mas del copla que le dí  
Ya le tienes olvidado.  
Prometido pues me habia  
El aguinaldo, Señor.  
Mande vuesa señoría  
Que la cumpla todavía  
Con Machin, su servidor.

Á UN HERMAFRODITO.

Cuando mi madre enitada  
En el vientre me traía,  
Viéndose grave y pesada,  
Diz que á los dioses, penada,  
Consultó qué pariría.  
Felo dijo: «Varon es;»  
Marte *hembra*, y *neutro* Juno.  
Yo, naciendo, era después  
Hermafrodito, y de tres,  
Dijo verdad cada uno.

Preguntado el fin que habria  
Tras esto, dijo la Diosa  
Que con armas moriria;  
Y mas dijo, que seria  
Muerto de cruz espantosa.  
Felo dijo: «En agua espera  
Acabar su triste vida.»  
La suerte, en fin, de cualquiera  
Dellos en mí fué cumplida,  
Y por mí mal valedera.

En un árbol que hacia  
Sombra al agua me subió  
La triste ventura mía,  
Do la espada que ceñía

Abaixo se me cayó;  
Y yo, acaso desdichado,  
Tambien allí desbarré;  
Y cayendo así turbado,  
Sobre ella quedé colgado  
De las ramas por el pié.

La cabeza encontinente  
Fué en el agua zapuzada,  
Y el cuerpo quedó pendiente,  
Quedando yo juntamente  
Mal herido de mi espada.  
Y desta suerte pendiente,  
Perdí la vida y la luz.  
Al fin merecí, muriendo,  
Hembra, macho y neutro siendo,  
Muerte de agua, hierro y cruz.

ENHORABUENA DEL CASAMIENTO DEL CONDE LEONARDO  
DE NOGUEROL.

Por muchos años y buenos  
Sea, Señor, este dia,  
De salud y de alegría  
Y de prosperidad llenos;  
Y sea muy en hora buena,  
Tan en buena recibida,  
Que dure muy luenga vida,  
Sin un momento de pena;  
Y la misma tambien sea  
Con igual voluntad dada,  
Y en igual hora tomada  
Para la que en vos se emplea.  
A ambos os haga Dios  
Dichosos y sin querella,  
Pues vos fuistes digno della,  
Y ella fué digna de vos.  
Y é los dé, para que deis,  
Mas bien que vos deseais,  
Dándoos, sin que lo pidais,  
Lo que, Señor, mereceis.  
Y si parece sobrada  
La demanda, como creo,  
Déos lo que yo os deseo;  
Que no se perderá nada.

ENHORABUENA DEL DESPOSORIO DE DON PEDRO LASO  
DE CASTILLA.

Tan en hora buena sea  
Cuanto en cosa nunca fué,  
En tal punto y en tal pié,  
Cual vuesa merced desea.  
Todos os somos agora  
En gran deudo nuevamente,  
Pues ya que nos dáis señoría,  
Nos la dáis tan excelente.  
Mia es la enhorabuena,  
Aunque me toma en la cama,  
Donde he ganado por ama  
A la linda Politea.  
Pues cobrastes tal amiga,  
Alargad, Señor, el paso;  
Porque es muy bien que se diga,  
Mas no se sienta, lo laso.

EN ALABANZA.

Alabanza es no alabar  
Persona tan excelente,  
Porque es gran inconveniente  
Querer que quepa la mar  
En espacio de una fuente.  
Para daros el loor  
De que sois merecedor  
No basta mi suficiencia;  
Que mi principal herencia  
Es ser vuestro servidor.

CONTRADICTORIA EN ALABANZA DE UN CABALLERO AMIGO SUYO.

Quien quiere loaros, ilustre Señor,  
 El mismo se amengua y pierde el caudal,  
 Pues pluma ni lengua, vos siendo ya tal,  
 No pueden doraros con oro mejor.  
 Serviros, honraros es noble labor;  
 Es por yerros nuestros dejar de hacerlo.  
 Los muy grandes vuestros no son ni cabello,  
 Estando tan claros en vuestro favor.  
 Vos sois de los buenos muy cierta esperanza,  
 Mortal enemigo de toda maldad  
 Y muy grande amigo de toda bondad,  
 De males ajenos socorro y holganza.  
 Por mas ni por menos torceis la balanza,  
 Seguis lo mejor donde hay diferencia,  
 Y de lo peor huiis con prudencia;  
 Hechais vuestros senos de amor y templanza,  
 Gracioso y humano, sin mezcla de mal,  
 Menos que ninguno de vicios vencido,  
 Pesado, inoportuno á hombre nacido,  
 A todo cristiano os dais liberal.  
 Por primo ni hermano no torceis de leal,  
 Usais de virtud con todos á hecho,  
 Y la ingratitud os hace despecho,  
 Teneis á la mano verdad natural.

Á UNA BEATA MOZA, ENVIÁNDLE UNA RUECA.

Pues tomastes religion  
 Que á estar recogida os ata,  
 Por no entrar en tentacion  
 Cuando acabeis de oracion  
 Hlad, devota beata.  
 Y pues con conciencia sana  
 No podeis, aunque hayais gana,  
 Vestiros ropa de lino,  
 Por no torcer el camino,  
 Nunca hileis sino lana.

Á UNA DONCELLA QUE SE METIÓ MONJA.

Nueva planta sois, María,  
 Puesta en el huerto de Dios;  
 Desde hoy mirad por vos,  
 Que os cumple, de noche y día.  
 En buena tierra quedais;  
 Procurad de arraigaros,  
 Porque no pueda arrancaros  
 El viento cuando crezcais.

Á OTRAS DOS QUE TOMABAN EL VELO.

Señoras, con este velo  
 Vuestra libertad se entierra;  
 Presas seréis en la tierra  
 Por ser libres en el cielo.  
 Procuren vuestras mercedes  
 De gozaros tras las redes,  
 Pues moris para vivir;  
 Que ya no podeis huir  
 Aunque salteis las paredes.

COMPARACION ENTRE LAS HUELGAS DE BÚRGOS Y BELEN  
DE VALLADOLID.

Ayer, señoras, entré  
 En las Huelgas á mirar;  
 Es casa muy singular,  
 Donde sin duda hallé  
 Muehas cosas que loar:  
 Sus anchuras y grandeza,  
 Su vejez y antigüedad,  
 Sus muros y fortaleza;  
 Lo que falta en gentileza  
 Suplen con autoridad.

Tú, Belen, tierra de gloria,  
 Ciego no eres la menor;  
 Contemplado tu valor,  
 Quedaras en mi memoria  
 Escrita por la mejor.  
 De ti me saldrá cuidado  
 Que rija mi pensamiento;  
 Eres el mundo abreviado,  
 Palacio de rey privado,  
 Arca de contentamiento.

En fin, aunque de desdenes  
 Entrambas llenas estén,  
 Son el fin de todo bien:  
 Las Huelgas tienen mil bienes,  
 Diez mil sobran á Belen;  
 Una y otra bien mirada,  
 Tómome á afirmar agora  
 En la sentencia pasada:  
 Ser las Huelgas encantada,  
 Y Belen encantadora.

LA FÁBULA DE ACTEON,

TRADUCIDA DE OYDIO, MORALIZADA.

Segun Ovidio da nuevas  
 Y nos hace relacion,  
 Andando á caza Acteon,  
 Principe mozo de Tébas,  
 En peligrosa sazón,  
 Por desastre de ventura  
 Se metió por la espesura  
 De un bosque, donde nacia  
 Una fuente clara y fria,  
 Hecha á manos de natura.

En la cual, segun solia  
 Cuando el sol la fatigaba,  
 La diosa Diana estaba  
 Con sola su compañía,  
 Y desnuda se bañaba,  
 Muy segura y descuidada,  
 Sin temor de ser mirada  
 De ningun hombre mortal;  
 Del colegio virginal  
 De sus niñas rodeada.

Pues, como se viesse ser  
 En tal forma conocida  
 De Acteon, toda encendida,  
 Quisiera luego tener  
 Con que quitarle la vida;  
 Pero no pudiendo mas,  
 En aquel punto y compás,  
 Tomando del agua clara,  
 Le dió con ella en la cara,  
 Vueltos los ojos atrás,

Y dijole muy sañuda:  
 «Véte agora do quisieres,  
 Y cuenta por donde fueres  
 Cómo me viste desnuda,  
 Si bien contarlo pudieres.»  
 Luego el triste se miró  
 En el agua, y se halló  
 En ciervo todo mudado,  
 De grandes cuernos cargado,  
 Que grande espanto le dió.

Y comenzando á pensar  
 Lo que en tal caso haria,  
 Si al palacio volveria,  
 O si se debe quedar  
 En el monte todavia,  
 No sabe lo que es mejor;  
 Porque su mismo dolor  
 Ni le toma ni le suelta;  
 Vergüenza impide la vuelta,  
 Y la quedada el temor.

Así que, mientras dudaba  
 Entre dos contrarios yerros,  
 Fue sentido de sus perros,  
 Que corren con furia brava  
 Tras él por valles y cerros.

Y al fin, por sus servidores,  
Tornados perseguidores,  
Rompidas piernas y brazos,  
Acabó, hecho pedazos,  
La vida con mil dolores.

MORALIDAD DE LA FÁBULA PRECEDENTE.

Este fabuloso cuento,  
Puesto por comparacion,  
Se escribe con intencion  
Que nos sirva de escarmiento  
El castigo de Acteon.  
Por el cual así perdido,  
Se muestra ser entendido  
Cualquier persona de estado,  
A caza muy inclinado,  
Y tras ella embebecido

Por las selvas y boscajes,  
Islas, montes y labrados,  
Tras los ciervos espantados,  
Osos y puercos salvajes  
Y otros cualesquier venados,  
Con redes, cuerdas y telas,  
Bocina, guardas y velas,  
Podencos, galgos, lebreses,  
Ballestas y cascabels,  
Capirotes y pilnelas.

Por la diosa que halló,  
De cuya beldad se prende,  
La misma caza se entiende,  
Que desde una vez la vió,  
No pudo partirse dende;  
Y así, preso enamorado,  
A caza del todo da-lo  
Sin orden y sin medida,  
Aquel es en esta vida  
Su soberano cuidado.

En el cual siempre metido  
Y pensando noche y día,  
Allí pone su alegría,  
Allí todo su sentido  
Con diligente porfia;  
Aventurando a perder  
Todo cuanto puede haber,  
Peligro, cansancio, pena;  
Recibiéndola por lucena  
Por gozar de este placer.

Así se encarna el deleite  
Que aquel agua significa,  
Con que el rostro le salpica,  
Que, como mancha de aceite,  
Pega y cuade do se aplica;  
Del cual el corazón preso,  
El juicio queda leso,  
De libre tornado siervo,  
Convertido en aquel ciervo,  
Animal de poco seso.

De allí van en perdimiento  
Las cosas mas substanciales,  
Los negocios principales  
Pospuestos cada momento  
Por el trato de animales.  
Hácese por consiguiente  
Descuidado y negligente,  
bescomedido y tardío;  
En otras cosas muy frío,  
Y en esta sola herviente.

Lo cuarto, que se embaraza  
Cuando en el agua se vió,  
Significa que entendió  
Los afanes de la caza  
Cuando bien se conoció;  
Usando fuerzas y mañas  
Contra brutas alimañas,  
Batallas y escaramuzas,  
Y trepando por camuzas  
A las enhiestas montañas.

Do se sigue que de ver  
Ser deleite peligroso,

Aunque dél esté goloso,  
No puede dejar de ser  
Como ciervo temeroso;  
Mas, en fin, como cordura  
Pueda menos que natura,  
Cualquier peligro pasado  
En un punto es olvidado  
Al sabor desta locura.

Al fin le comen los canes;  
Lo cual denota de veras  
Perros de todas maneras,  
Halcones y gavilanes  
Y otras bestias placenteras;  
Cazadores y monteros,  
Caballos, mozos y perros,  
Y cuanto la caza toca,  
Que muerden y tienen boca,  
Y cuestan muchos dineros.

Mas el sentido derecho  
Es que sus mismos privados,  
Viéndolo entre los cuidados,  
Buscan con él su provecho  
Y le comen á bocados.  
Estos le hacen la guerra,  
Cada cual traba y aferra,  
Segun que tiene los dientes,  
De sus carnes inocentes,  
Hasta dar con él en tierra.

Así que, la conclusion  
Y entendimiento moral  
Desta fabula real  
Es, que cualquier Acteon  
O persona principal  
Por su placer y servicio  
Se ocupe en el ejercicio  
Del campo templadamente,  
Y no para que la gente  
Se lo conozca por vicio.

Y no se deje olvidar  
Por la caza en proveer  
Lo que mas es menester,  
Porque no venga el pesar  
A ser mayor que el placer;  
Ni menos tenga por uso,  
Para no verse confuso  
Por una vana holgura,  
De ponerse á la ventura  
Que el rey Favila se puso.

AL AÑO TRABAJOSO DE CUARENTA.

Allá irás del de cuarenta  
Por esas ondas leteas,  
Do nunca me tado seas,  
Ni se haga de ti cuenta  
Sino con las furias feas.  
Hassos hecho cien mil males,  
Muerto muchos principales,  
Y de los otros sin cuento,  
Y trocado el movimiento  
De los cursos celestiales.

Hassos abrasado el suelo  
Con tus calores alevés,  
Y con humididades breves  
Desterrádonos del cielo  
Las justas lluvias y nieves.  
Hassos dado sequedad  
En toda la cristiandad,  
Desde Grecia hasta España,  
Y traído en Alemania  
Verano por Navidad.

Has dado licencia nueva  
A Landgrave en bigamia,  
Y al de Lóndres osadia  
De dejar, hecha la prueba,  
La mujer que ya tenía.  
Hassos muerto cardenales  
Buenos, limpios y leales,  
Y escapado de la muerte

A Pero Luis el Fuerte  
Para bodas obispaes.  
Has tomado á concertar  
El turco con venecianos,  
Y al noble rey de romanos  
Hecho fuerza de tomar  
Las armas contra cristianos.  
Has muerto al rey Juan de Hungría,  
Y dado por peoria  
Un niño que en ella queda,  
Para que fray Jorge pueda  
Colocar su tiranía (49).

Así que, vé donde vas,  
Año de cuarenta triste;  
No te alabes que nos viste  
Ni vuelvas la cara atrás,  
Pues con ella nos heriste.  
No nos dejas qué comer,  
Pero bien en qué entender  
Por mil duelos por ti dados,  
Y los ríos agotados,  
Que apenas hay qué beber.

Vos, el de cuarenta y uno,  
Que venís por sucesor,  
Entrad manso y con amor;  
No nos seáis importuno  
Como vuestro antecesor.  
Dadnos el aire templado,  
Natural y concertado,  
Lleno de fertilidad,  
Y volved la sanidad  
Que estotro nos ha quitado.

Emendad vos sus aviesos,  
Corregid los temporales,  
Sed propicio á los mortales,  
Y dadnos buenos sucesos,  
Privados y generales.  
No seáis del bien escaso,  
Y entrad vuestro paso á paso,  
Próspero, alegre, dichoso,  
Por casa del generoso  
Mi señor don Pero Laso.

QUERRELLA DE UN MACHO CONTRA SU AMO, QUE LE CARGABA  
DEMASIADO HACIENDO JORNADA EN LA CORTE DE REY DE  
ROMANOS.

¿Qué es esto, noble Señor?  
Qué crueldad tan indina?  
¿Soy yo moro, ó soy traídor,  
Que con tanto disfavor  
Tratais mi carne mezquina?  
No bastándoos el sillar,  
Colgais de mí flaco cuello  
Lo que, por Dios, un camello

(49) Don Nicolás de Oliver y Fullana, en su *Recopilacion histórica de los reyes, guerras, tumultos y rebeliones de Hungría* (Colonia, 1887, obra notable por la enérgica concisión con que está escrita, dice lo siguiente:

«El rey Juan Zapolla, luego que estuvieron hechas las paces con el rey don Fernando, trató de casarse con Isabel, hija del rey Segismundo de Polonia. Celebráronse con majestuoso regocijo y suntuosas fiestas las bodas y coronacion de la Reina en los campos de Alba-Real, cubiertos de riquísimas tiendas, y á 7 de julio de 1540 parió la Reina un hijo, que, de los nombres del padre y abuelo, se llamó Juan Segismundo. Siguió catorce dias despues la muerte del padre en edad de cincuenta y tres años, príncipe de grandes prendas, si no las hubiera manchado la ambicion, que afirma Salustio, *hace prevaricar á muchos hombres*. Fué sepultado con regia pompa en Alba-Real, nombró por tutor del hijo, asistente y consejero de la Reina viuda, y gobernador de sus estados, á *Jorge Martincio*, natural de Dalmacia, educado en casa de Juan Corvino, hijo del rey Matias Huniados. Cansado de la corte, tomó el hábito de monje del órden de San Pablo, aunque sin letras, que aprendió con facilidad, y se ordenó.» Este Martincio fué muerto violentamente en 1547.

Apenas podrá llevar  
Sin dar en tierra con ello.  
Sayos, calzas y jubones,  
Cabestros, herramental,  
Botas, zapatos, calzones,  
Colgados de mis arzones,  
Como si fuese varal.  
Yo, miserable machuelo,  
Con el peso trasijado,  
Llevo, como veis, forzado,  
Los hocicos por el suelo  
Por hacer vuestro mandado.

Pero vos, sin compasion  
De cuanto sufro delante,  
Asestaime un balijon  
En mis ancas de cabron.  
Que es carga de un elefante.  
Y en la silla, otro que si,  
Un mozo se me plantó;  
Que nunca descanse, no,  
Si lo que va sobre mi  
No pesate mas que yo.

Yo voy ya para morir,  
Y ¡ojala fuese ya muerto,  
Siquiera por no sentir  
El escarnio de ver ir  
El maletón descubierto,  
Puesto á orza y recalado  
De colehon y cabezales,  
Que por ambos cornejaes  
Le salen al desdichado  
Las tripas y los pañales!

De lo cual, por lo que os toca,  
Aunque mal de muerte os quiero,  
Por el mal que me provoca  
Tengo congoja no poca.  
Porque sois buen caballero;  
Y tambien de parte mia,  
Como ya no soy mochacho,  
Verme solo triste macho,  
Con tanta caballeria,  
Me causa, Señor, empacho,

Aliviadme de esta pena,  
Pues no lo pido con vicio,  
Y quitadlo de la avena,  
Que me hallo en tierra ajena,  
Y cojo en vuestro servicio.  
Cargadme la barjuleta,  
Que me basta, y no se entienda  
Que yo pueda, aunque me hienda,  
Soportar tan gran maleta  
Con toda vuestra hacienda.

O ponedme dos cestones,  
Como esotros caballeros,  
Y no tales maletones,  
Si quereis que mis riñones  
Lleguen á Flándes enteros;  
Mas, si ya quereis que al fin  
Con mi desventura vaya,  
Porque la carga no caya  
Proveedme de un cojin  
Al menos con que la traya.

Con todo, no quiero ser  
Ingrato de la bondad  
Que usasteis conmigo ayer,  
Comenzándome á hacer  
Un poco de caridad.  
Y para mas obligaros  
A servir siempre cientemente  
En el trabajo presente,  
Acuerdo, Señor, cantaros  
El villancico siguiente:

**Villancico.**

¡Oh cuán mala que sois! Mala  
Para mí;  
Por mí mal os conocí.

En casa del coronel,  
Mi señor, gentil y bueno,



Con sola mi silla y freno  
Era muy contento él.  
Vos, Señor, como cruel,  
Echaisme el albarda así;  
Nunca yo os lo merecí.  
*¡Oh cuán mala que sois! Mala  
Para mí.*

RESPUESTA DEL AMO.

Macho falso, gruñidor,  
Que echais palabras al viento,  
¿Quién os hizo trovador?  
¿Quién os ha dado favor  
Para tanto atrevimiento?  
Osaros así atrever  
Y mostrarme así los dientes,  
Judicios son evidentes  
Que debéis, macho, tener  
En esta corte parientes.

Si sospecha de traición  
Me dais, en ello pensando,  
Pues contra mí sin razón  
Cuantos en la corte son  
Se muestran de vuestro bando,  
Hallastes procurador  
Y relator bueno, y tal,  
Mayordomo y Marichal;  
Hasta el Rey, nuestro señor,  
Os ha sido parcial.

Y aunque hay causa que me sienta  
De contraste de tal arte,  
Del cual se me sigue afrenta,  
Quiero estar con vos á cuenta,  
Puesto mi dolor aparte.  
Ya sabeis, macho malvado,  
Cuando á mi poder venistes  
Los achaques que trajistes,  
Hambriento, cojo, matado,  
Y en mi casa guarecistes.

Ya sabeis que el que me os dió,  
Si vuestra boca no miente,  
Por do quiera que os llevó  
Siempre de vos se sirvió  
Con albarda solamente.  
Yo, por haberos mancilla,  
Bien que os planto sin pasión  
Por albarda el halijon,  
Mas échoos también la silla  
Por vuestra reputación.

En lo de la cobertura  
Que pedis de la baliya,  
Bástale la hermosura  
Del pelo que la natura  
Le dió, con que se cobija;  
Y en lo que toca al cojin,  
Que asimismo habeis pedido,  
Ya está también proveido;  
Que no hay mulo ni rocin  
Que os pueda ser preferido.

La carga, si os enojó  
En este camino luengo,  
No yendo sobre vos yo,  
No puede ser mucha, no,  
Con solo lo que yo tengo.  
Mas la causa, á mi pensar,  
De vuestra melancolía  
Es, que teneis fantasía,  
Y os quereis, macho, igualar  
Con otros de mas valía.

No penseis de anteponeros  
Al de Presinga privado,  
Que lleva seda y dineros,  
Y va con dos escuderos,  
Como dueña, acompañado.  
Si le hace cortesía  
Y quiere bien su señor,  
Es por ser de su color;  
Y sin ser vos de la mía,  
Os tengo también amor.

Ni juzgueis, macho, lo vuestro  
Por lo de nadie mirado,  
Que un mozo le va de diestro,  
Tirando por el cabestro,  
Y otro detrás azotando.  
No os engañe el papaligo  
De aljófár y terciopelo,  
Que ya en tiempo de su abuelo  
Fué, según dice un testigo,  
Capirote de mochueto.

Ved el gran caballero,  
Que, aunque no es hombre cruel,  
Con sola su habla lizo  
Un buen caballo castizo  
Desmayar de miedo dél.  
Ved á Marichal, que deja  
Atrás su Turco garrido,  
Perriquebrado, peruido,  
Pagado con sola queja  
De todo cuanto ha servido.

Mirad la haca preciada  
Del gran Martín de Guzman,  
Que á la segunda jornada  
Con una carga de nada  
Desmayó, con el afán.  
Ved cuál lleva en su Castaña  
Don Hermando su maleta,  
Caballera á la jineta;  
Cosa no vista en España  
Ni en la ley de barjuleta.

Bien sé que vais envidioso  
De la haca de Tovar  
Por su descanso y reposo,  
Pareciéndoos piadoso  
Su cargo para llevar;  
Mas no se queda detrás  
A llorar duelos ajenos:  
Todos vais de quejas llenos,  
Unos por carga de mas,  
Otros por carga de menos.

Ved cómo viene envarado  
El terrible maletón,  
Remendado de mercado,  
Cubierto con un listado  
Alfamar de recatón;  
Caso que va como un gamo,  
Se roza de dos en dos,  
Diciendo: «Pluguiese á Dios  
Que llevase yo á mi amo,  
Y no, maletón, á vos.»

Y aun el pobre caballo  
Que lleva la sin ventura  
Camilla de Castillejo  
Ya tiene so el pestorejo  
Una gentil matadura.  
Ser la cama como un puño,  
Y el caballo no mayor,  
No carecen de primor,  
Porque salieron de un cuño  
Del talle de su señor.

Mirad cuál va sin reir  
El alfaraz de Jarava,  
Diciendo: «Para morir,  
Dejadme, Señor, ya ir  
A descansar á la cava.  
Bien habia yo escogido  
Adonde con vos caí,  
Sepultura para mí,  
Si vos fuéades servido  
Que yo me quedara allí.»

Ved cuál lleva su garrudo  
Y gran frison Hazalla,  
Desmembrado, aunque membrudo,  
De su cabalgar muy crudo  
Y golpazos de la silla.  
Parece costal de nueces;  
Y el pobre rocin guerría  
Por alivio y mejoría  
Que se llevasen á veces,  
Pues que van en compañía.

Ved el caballo en que va  
Cristóbal el de Meneses,  
Que el suelo le dice ya:  
«Quita tu cabeza allá,  
Guarda, rocín, no me heses.»  
Bien que el mozo, como astuto,  
Por alegrar al cuitado,  
Se pone disimulado  
Sobre el balandran de luto  
Papahigo colorado.

Con estos ejemplos tales,  
Y otros que contar podría  
De personas principales,  
Tened, macho, en vuestros males  
Sufrimiento todavía;  
Y aunque mas mas os aticen  
Malas lenguas á quejar,  
No las cureis de escuchar;  
Que aun os queda, como dicen,  
La cola por desollar.

#### Á UN CABALLO DE UN AMIGO LLAMADO TRISTAN.

Decidme cómo le va,  
En breve, señor Tristan,  
Y de duelos cómo está  
Vuestro caballo alazan;  
Porque acá dicho nos han  
Cuantos vienen de allá fuera  
Que sobre todo su afán,  
De cuartos y esparavan  
Le ha nacido una papera.

Tengo tanto sentimiento  
De veros con tal fatiga,  
Y el caballo en tal tormento,  
Que no sé cómo os lo diga.  
Cierto le tuvo enemiga  
El planeta en que nació,  
Pues le secó como espiga,  
Sin cañeras ni barriga,  
Y tan enorme quedó.

Fuera harto autorizado,  
Juzgado por su longura,  
Pues hay en el desdichado  
Media legua de andadura;  
Mas es floco de cintura,  
Aunque largo de sillar,  
Y de tan mala hechura,  
Que, aunque está sin matadura,  
Hace asco en lo mirar.

Los ojos tiene sumidos  
Y el pescuezo prolongado,  
Berramados los oídos  
Como orejas de un arado;  
Alto, pando, corcovado,  
Muy carunda la cabeza,  
De los muslos muy delgado,  
De los brazos estevado,  
Y á cada paso tropieza.

Tiene el rostro conejuno  
Y es muy corto de costillas;  
No le puede ver ninguno  
Sin ver en él maravillas;  
Muy delgado de canillas,  
Ambos á dos brazos mancos,  
Pues mirando las cuartillas,  
Son tan largas y sencillas,  
Que parece que anda en zancos.

Tiene pequeña la frente,  
Las cañeras derribadas,  
Las espuelas no las siente,  
Pe ser largas las hijadas,  
No sé, viendo sus quijadas,  
Cómo no quedais corrido,  
Siendo tan desvariadas,  
Muy gordas y muy cerradas,  
Y el pecho todo sumido.

Si alguna vez se alboroza,  
No le pueden sosegar;

De piés y manos se roza  
Solamente en pascar.  
Aunque vos, por remediar  
El daño que en él sentís,  
Siempre le sois calzar,  
Mas no lo hasta á tapar  
Un cuero de borreguis.

Otras sus tachas cubiertas  
Bien las quisiera callar;  
Pero por las descubiertas  
Están claras de juzgar.  
Vos podéis esterrolar  
Con lo que él ceha, una haza;  
Bébase toda la mar,  
Es muy malo de berrar,  
No consiente el almobaza.

Mulero, mal comedor,  
Cazcorvo, mal enfreado;  
No tiene cosa mejor  
Que ser de los piés calzado.  
Es ceceño y alusado,  
Que para galgo le basta;  
Zancudo demasiado,  
Que si en ello habeis mirado,  
Parece pollo de casta.

Pasea con muy buen tiento,  
Muy corto y muy sosegado;  
Corre con tan buen aliento  
Como un asno enalbardado.  
Es izquierdo y desbocado  
Y muy blando de caroua;  
Vos solo lo habeis librado  
De andar á vender pescado  
O moler en atahona.

No sé para qué nació  
Pestia tan sin proporción;  
La yegua que lo parió  
Debiera tener torzón.  
Causa ninguna ó razón  
Yo por cierto no la hallo  
Por que este lerdó haron  
Sin tallo ni sin facion  
Se haya de tomar caballo.

El no es para jineta,  
Mucho menos para brida;  
Pero, puesto á la carreta,  
Aun podrá ganar su vida;  
Mas, porque quede perdida  
Del todo ya su memoria,  
Ponedle por despedida  
En una huerta escondida  
En servicio de una uorta.

¿Dónde tuvistes las mentes  
Cuando tal rocín comprastes?  
Los amigos y parientes  
En ello mal injuriastes.  
Honra ninguna ganastes  
Con bestia de tan mal tallo.  
Lo que en tal gonia empleastes,  
Decidme si lo ballastes,  
Señor Tristan, en la calle.

#### SOBRE UN DESASTRE QUE ACONTECIÓ Á UN CONFESO.

(Habla con el médico.)

Mandad, señor bachiller,  
Proveer  
En un caso desastrado  
De un hombre que, de espantado,  
Está para perecer  
Si presto no es remediado.  
Ved ahina  
Lo que manda medicina  
Sobre males de esta suerte;  
Porque este queda á la muerte,  
Y entre manos se nos fina.

El hizo cierta jornada  
Bien pensada,

Y provechosa le fuera,  
 Si mal no le sucediera  
 Con una haca alquilada,  
 Que nunca llevar debiera.  
 Fué avisado  
 Este malaventurado  
 Que no la deje jamás  
 Suelta, si como Jonás  
 No quiere verse tragado.

Mas, siendo ya su caída  
 Prevenida  
 Para el trance de esta lid,  
 Descuidado y sin ardid,  
 El aviso se le olvida  
 Entrando en Valladolid.  
 Muy ufano  
 Se levanta muy temprano  
 A entender en su cobranza,  
 Y en el establo se laiza  
 Con su cebada en la mano.

Ella, en viéndole asomar,  
 Por le dar  
 Gracias por esos cuidados,  
 Arroja los bocados  
 Y empuzole á saludar  
 Con los dientes regañados.  
 Ved, Señor,  
 Qué trance de pecador,  
 Que, del miedo que cobró,  
 Ningun pulso le quedó  
 Arriba del salvo honor.

Pues en tan gran turbacion  
 Y perdicion,  
 Viéndole todo temblar,  
 Ofrecióse de llegar  
 Una moza del meson  
 A ayudarsela á tomar.  
 La rabiosa  
 Haca falsa, maliciosa,  
 Teniendo por muerto á él,  
 Arremetió muy cruel  
 A la moza piadosa.

El, en vez de socorrer  
 La mujer,  
 Viendo la haca tan fiera,  
 No se acordando quién era,  
 Huyó, por se guarecer,  
 Aprieta por la escalera;  
 Y esto visto,  
 Argüido este malquisto  
 De los que huir le vieron,  
 Respondió: « Tambien huyeron  
 Los discípulos de Cristo »

La mujer amortecida,  
 Bien mordida,  
 Harto mejor que ayudada,  
 Quedó la desventurada  
 En aquel suelo tendida,  
 La garganta magullada;  
 Y el maldito,  
 Mas medroso que contrito,  
 Por quitarse de pasion,  
 Hizose luego lanzon,  
 Y lanzóse en San Benito.

Venció el temor la codicia  
 Y avaricia,  
 Por ser su complexion flaca;  
 De un cabo teme la haca,  
 Y del otro la justicia,  
 Que recia pesquisa saca.  
 No seguro  
 Tras aquel devoto muro,  
 Acordó de caminar  
 A pié, sin le embarazar  
 Camino largo ni duro;

Y es llegado aqui el mezquino  
 Vizcaino,  
 Muerto, flaco, trasijado,  
 Y del temor ha purgado  
 Tanta cosa en el camino,  
 Que viene desainado

Y deshecho;  
 Y dice que se le ha hecho  
 Una grande opilacion  
 Encima del corazon,  
 Hácia la parte del pecho.

RESPUESTA DEL MÉDICO.

Son dolencias peligrosas  
 Y penosas  
 Las que nacen de temor,  
 Porque llevan el calor  
 A las partes vergonzosas  
 De la parte interior;  
 Y acaece,  
 Cuando al hombre se le ofrece  
 Semejante sobresalto,  
 Que el huelgo deja lo alto,  
 Y la habla se enflaquece.

Y así, puede muy bien ser  
 Yacontecer  
 Que tanto miedo sobrase,  
 Que el corazon se quedase  
 Sin sangre do se valer,  
 Y que el hombre peligrase;  
 Y al presente,  
 Tornando á vuestro doliente,  
 Tiene un bien este su mal,  
 Que pienso ser natural,  
 Y no haber sido accidente.

Y en tal caso Galieno  
 Da por bueno  
 Que se apliquen drogas vivas,  
 Alegres, confortativas,  
 Y que le hagan ajeno  
 De viandas purgativas.  
 Son pasiones  
 Que luyen las ocasiones;  
 Y Avicena manda y quiere  
 Que le hagan, si muriere,  
 La hucsa de cagajones.

SOBRE UNA CIERTA CONTIENDA CON OTRO.

Hasta aqui con piedad  
 He esperado vuestra emienda;  
 Mas, pues vuestra necedad  
 Ha vencido mi bondad,  
 Contra vos suelto la rienda;  
 Y porque ya me teneis  
 Enfadado acá dedentro  
 Con lo poco que sabéis,  
 Quiero, porque despertéis,  
 Daros, Señor, un encuentro.

Mas, por que querer poner  
 Vuestras tachas por escrito  
 Del todo no puede ser,  
 De vuestro poco saber  
 Haré proceso inluito;  
 Que si mi vida durase  
 Tanto mientras que pudiese  
 Decir lo que en vos hallase,  
 Yo sé bien que no acabase  
 De morir, aunque quisiese.

Y si no tengo paciencia  
 Para callar lo que siento  
 De vuestra gran inocencia,  
 Es que mi mesma conciencia  
 Acusa mi sufrimiento;  
 Y es razon que lo sepais  
 De mi, que tambien lo sé,  
 Para que mas no vivais  
 Engañado, ni podais  
 Decir que no os avisé.

Cuando yo la groseria  
 Que en vos cabe, do no hay cabo,  
 Tan por cabo no sabia,  
 Quise vuestra compañía,  
 De lo cual me desalabo;

Pero despues de sabido,  
 Aunque me hallé burlado  
 Y de la burla corrido,  
 Helo callado y sufrido  
 Por no mostrarme engañado;

Mas nunca medre el trapero  
 Que me vendió tan ruin paño,  
 Que no llegó al mes entero,  
 Cuando su hilo grosero  
 Me mostró claro el engaño;  
 Que vuestro primer hablar  
 Rayo del sol parecia (1)  
 De lejos en blasonar;  
 Mas cuando quise apretar,  
 Hallé la mano vacía.

Quien no os ha visto, no os vió  
 Bien si en esto no ha caído;  
 Que el que bien os conoció,  
 Teneros ha, como yo,  
 Por necio no conoció;  
 De lo cual en tal manera  
 El que os hizo proveyó,  
 Que si de saber os diera  
 La mitad, él os hiciera  
 El mas sabio que nació.

Si miran vuestro semblante,  
 Segun andáis mesurado,  
 No os tendrán por ignorante;  
 Mas si pasan adelante,  
 Necio sois disimulado.  
 No me doy, Señor, un cuarto  
 Por vuestra espada y broquel;  
 De necesidad estáis harto,  
 Necio sois antes del parto,  
 En el parto y despues dél.

Y vos, desto muy contento,  
 Por la falta de razon,  
 Armáis sobre este emiento  
 De necesidades sin cuento,  
 Gran torre de presunción;  
 Y vuestra capacidad,  
 No bastando tan en lleno  
 A daros mas claridad,  
 Vivís en la necesidad  
 Como el albur en el ceno.

Teneis-os por bien hablado,  
 Mejor os perdono Dios;  
 Mas traen-os engañado,  
 Con el seso trastornado;  
 Catad que burlan de vos;  
 Que, porque toman placer  
 De ver que desto os picáis,  
 Dicen que sabeis hacer;  
 Nas no dejan de saber  
 Cuánto de necio pecáis.

Y segun dice el cantar,  
 Sois bueno para cornudo,  
 Y por mas lo confirmar,  
 Os quiso Dios remediar  
 Con el remedio del mudo,  
 Que en carecer del oído  
 El no hablar no le empece,  
 Y el necio desproveído,  
 Con carecer de sentido,  
 No siente de qué carece.

Ni yo siento, á la verdad,  
 Remedio con que saneis  
 De tan gran enfermedad,  
 Confirmada con edad,  
 Con que al cabo moriréis;  
 Pero si teneis dolor  
 De ver vuestro perdimiento,  
 Miráos en derredor;  
 Que la cabeza, Señor,  
 Traéis muy llena de viento.

(1) En unas ediciones se lee *rara*, y en otras *raza*.

Á UN CIERTO ESCRIBANO CONFESO, BARATON Y APAÑADOR,  
 PERO BUEN COMPAÑERO.

Al muy impotente, bestial, vagabundo  
 Hernando Corneja, buharro, torzuelo;  
 Aquel contra quien de dichos abundo,  
 Aquel ante quien es lindo el mochnelo,  
 Aquel que de tierra jamás alzó vuelo,  
 Por ser como plomo su cuerpo pesado;  
 Milano tripero en cieno mudado.  
 Pihuelas de esparto, nariz por señuelo.  
 Tus cascos enormes, enorme cantamos  
 Tus ansias erneles, codicias que tocas,  
 Ardites y cuartos y tarjas que trocas,  
 Y los que en tu tinta borrados hallamos.  
 En esta provincia adonde moramos  
 De bolsas ajenas codicia tu pluma  
 Por fas y por nefas hacer grande suma;  
 Fériales a tí domingo de Ramos (2).

RECADO FALSO EN NOMBRE DE ESTE MISMO, CONTRA OTROS  
 QUE HACIAN PALACIO CON ÉL POR PASATIEMPO.

Ved qué grandeza la mía,  
 Que he subido con mi oficio  
 A tener en mi servicio  
 Aves de volatería.  
 Dos muy cobardes milanos,  
 Dos rateros cortesanos  
 Que caen á mi señuelo  
 Prenden las tripas del suelo;  
 Para mas no tienen manos.  
 No vuelan con mas de una ala,  
 Porque es muy baja la presa;  
 No toman mayor empresa  
 De cuanto monta su gala.  
 Son cernicalos galanes;  
 No llegan á gavilanes,  
 Aunque cazan codorniz;  
 Por tocarme en la nariz  
 Se abaten á ser truanes.

RECADO FALSO Á CANSEGO, DE PARTE DE UN CONCEJO DONDE  
 LE PRENDIERON SU MACHO PORQUE ENTRÓ EN UN ALCACER.

Consentir tales locuras  
 No debéis á vuestro macho,  
 Pues sabéis que no es muchacho  
 Para hacer travesturas;  
 Y mirá que siendo preso,  
 Estuvistes en perder,  
 Por un poco de alcacer,  
 Él el cuero y vos el seso.

Y no piense que aunque vuelva  
 Ha de huir, por ser bermejo,  
 La bebida del concejo  
 Como huye del espuela:  
 Que en tiempo del rey don Juan,  
 Que otro tal le aconteció,  
 Siendo de silla se vió  
 En manos de un ganapan (3).

Á UN MAESTRO MAS TEÓLOGO QUE TROYADOR, QUE ENTRE OTROS  
 MUCHOS HIZO UNAS COPLAS AL DICHO MACHO.

El proceso mal trovado  
 Que el maestro presentó,

(2) Estas dos octavas son trovas de las dos primeras de *El laberinto* de Juan de Mena:

Al muy prepotente don Juan el Segundo,  
 Aquel con quien Júpiter tuvo tal celo, etc.

(3) Aquí parece aludir CASTILLEJO á los versos de Juan de Mena sobre un macho que compró de un archipreste:

Quando ya pude tornallo  
 Mal ó bien, me di al trasache;  
 Rabiando por enviallo,  
 Dije al mozo que despacher:  
 «Toma, toma este diablo,  
 Metelo allá en el establo  
 De aquel que vi en un retablo  
 Pintado por momarrache.»

A sentenciar se llevó  
A un famoso letrado,  
El mejor que se halló ;  
El cual, visto sabiamente,  
Sin temer inconveniente,  
Como varón de conciencia,  
Pronunció luego sentencia  
En esta forma siguiente :

«Maestro que tan mal trova  
Hallamos que debe ser  
Condenado á no traer  
Monjil, bonete ni loba,  
Si no fuere de alquiler;  
Y que en su vida se vea  
Con las barbas que desea,  
Ni crezca mas adelante;  
Y aunque yerre el consonante,  
Que no lo alcance ni crea.

»Y por cuanto en su jardín  
Tales posturas no vemos,  
Justa sospecha tenemos  
Que del macho ó del rocín  
Saca los piés que leemos.  
Por lo cual se determina  
Que le cabalguen ahína  
Sobre la haca al revés,  
Y reciban todos tres  
Juntamente disciplina.

»Venga delantero el macho,  
Por guardar sus auencias;  
Que ya con los muchos días  
Habrá perdido el empacho  
De estas tales romerías;  
Y el pregon de la sentencia  
Diga y haga diferencia  
Que sufren esta justicia  
Macho y haca por malicia,  
Y el amo por inocencia.»

RECADO FALSO Y RESPUESTA EN NOMBRE DE UNAS SEÑORAS  
MONJAS Á UN CIERTO TROVADOR.

Sin nuestra respuesta os fuistes,  
Malicioso descortés;  
Señal es que os atrevistes  
Para lo que mal dijistes  
En esfuerzo de los piés;  
Y vuestros renglones falsos  
Y pensamientos livianos  
Bien publican vuestra mengua,  
Pues os servís de la lengua  
En defecto de las manos.

Y de ver que os respondemos  
No os engañe el pensamiento  
A ponerlos en extremos  
De pensar que lo hacemos  
Por vuestro merecimiento;  
Que vuestra razon culpada,  
Digna de ser desechada  
Por prolija y deshonestá,  
Justamente de respuesta  
Se juzga por excusada.

Mas por daros á entender  
Que os tenemos por grosero,  
Sin gana de responder,  
Acordamos de hacer  
Tras vos este mensajero,  
Para que por él sepáis  
Cuán falsamente juzgáis  
El son de la campanilla,  
Y os espanteis en oílla  
Por donde quiera que váis.

No penseis que á cada uno  
Es costumbre de tañerse;  
Táñese cuando entra alguno  
Cuyo mirar importuno  
Da causa para esconderse;  
Y el cubrimos con el velo  
No se hace por recelo

De ser vistas, mas de ver  
Cosa que pueda traer  
A la vista desconuelo.

Tambien se suele tocar  
Para que secretamente  
De algun secreto lugar  
Nos paremos á mirar  
Si hay algo que nos contente;  
No para mal ni pecado,  
Mas porque por lo criado  
Loemos al Criador;  
Y vuestra vista, Señor,  
Ni nos quitó deste cuidado.

Asi que, nuestro cubrir  
No nos condena ni acusa,  
Ni vos os debeis sentir,  
Pues se hizo por huir  
El peligro de Medusa.  
Podeis—os quejar de vos,  
No del velo ni de nos,  
Ni menos del esquilón,  
Que de pura compasion  
Queda doblando por vos.

OTRO RECADO FALSO CON OTRO.

Unas coplas vuestras vi,  
Señor padre fray Antonio,  
Y por ellas entendí  
Que os movistes contra mí  
Por la boca del demonio;  
Y segun vos mal habláis,  
No podeis ser bien pagado;  
Pero seréis hostigado,  
Porque sepais que os tomáis  
Con el señor del sobrado.

Yo, sobrado principal  
De casas altas reales,  
Tomarme parece mal  
Con vos, que para por tal  
Os faltaron los umbrales;  
Pero disteme pasion,  
Y es menester castigaros;  
Que, pues osastes lanzaros  
En narices de leon,  
Es forzado estornudaros.

Mas no quiero mal traer  
Del todo vuestras razones;  
Que, como solemos ver,  
No es cosa nueva roer  
En el queso los ratones;  
Pero fuistes importano  
En morder, para morderos,  
Todos los quesos enteros;  
Quedara siquiera uno  
Para vuestros compañeros.

Que, segun los mordiscais,  
En temor me dejais puesto,  
Si con gato no topais  
Primero que acá volvais,  
Quereis entrar por el resto;  
Pero podráse tener  
En ello buena manera.  
Rogad á Dios que no muera;  
Que yo os mandaré hacer  
Una gentil ratonera.

Lo que mas es de culparos  
Es que culpais su hechura.  
Motejais por motejaros;  
Que ellos y vos mostrais claros  
Los defectos de natura.  
Falta parece de seso,  
Mal aviso, acá entre nos,  
Y soberbia para Dios,  
Que no sufrais vos á un queso  
Lo que ellos sufren á vos.

Vuestro y suyo es el dolor,  
Vuestra y suya la ocasion;  
Mas lo de ellos es mejor,

Que suplen con el sabor  
La mala disposicion.  
En este nombre se ahoga  
Cuanto bien Dios os ha dado;  
Mas tóquese delicado;  
Que es peligro mentar sogá  
En casa del ahorecado.

## OTRO RECADO FALSO CONTRA EL MISMO.

Del monte de Matallana  
Diz que fuistes querrelloso;  
Mal parece el religioso  
De nada publicar gana,  
Cuanto mas de ser goloso.  
Yo mismo lo merecí,  
Que dejé partir así,  
Sin prenda, los convidados,  
Pues otros mas estirados  
La suelen dejar allí.

Acusais en la bajilla  
Las manos del polbre ollero,  
Sin considerar primero  
Que en Valencia y en Sevilla  
Puede haber barro grosero.  
No es justo pedir primores  
De los pobres pecadores;  
Que á las veces hace Dios  
(Si no, miradlo por vos)  
Otras vasijas peores.

La salsera por candil,  
Para veros, se sacó,  
Y hubo alguno que juró  
Que érades aguamañil,  
A lo que le pareció.  
Ella hizo su deber;  
No hay por qué la maltracé;  
Que si le faltó la mecha,  
De vuestra propia cosecha  
Se pudiera proveer.

Tampoco tenéis razon  
De decir mal del cabrito;  
Que, segun vuestro apetito,  
No bastará ser cabron  
Para dejaros abito.  
No tengais por cosa extraña  
Cuernos en una almofa;  
Que si á vos, padre, os nacieron,  
Por el sátiro os tuvieron  
Que vió Paulo en la montaña.

Culpa fué del cocinero  
Las sopas mal remojadas;  
Que, á estar ellas bien caladas,  
Como aleuza de santero  
Os quedarán las quijadas;  
Mas tenéis justicia poca  
Si en lo gordo se les toca,  
Porque cuando las corté,  
En mi verdad que os tomé  
La medida de la boca.

Confites sobre cocina  
Digo ser impertinentes,  
Especial en vuestros dientes,  
Porque azúcar y cecina  
Son cosas muy diferentes.  
A falta de frutas verdes  
Comed puerros, si quisierdes,  
Que sé que os darán sabor;  
Y otra vez pagad mejor  
La comida que comierdes.

PREGUNTA DE UN HONRADO BACHILLER QUE PREGUNTA DE SI  
MISMO AL AUTOR.

Segun de mi mismo yo pude juzgar,  
No sienten algunos segun que yo siento;  
Y algunos me juzgan por hombre sin tiento,  
Y yo tengo á ellos por locos de atar.

Yo os ruego que vos me querais informar,  
Y en o que dijerdes os quiero creer,  
Y en todo pregunto vuestro parecer,  
Porque yo sepa en qué soy de tachar.

## RESPUESTA DEL AUTOR.

No sé qué respuesta os pueda yo dar  
A vuestra pregunta, la cual yo léi,  
Sino quatro coplas que os quise enviar,  
Que son las siguientes escritas aquí.  
Si fueren leidas enteras en sí,  
Dirán de vos mismo lo que juzgais vos;  
Enpero si de una hiciéremos dos,  
Es lo que parece á otros y á mí.

Dechado y espejo de buena crianza,  
De necios beodos del todo quitado,  
Por muchos de modos estáis ya mareado  
En todo ya viejo, sin otra mudanza.  
Razon y reposo no os falta jamás;  
Vos nunca tuvistes en boca maldades,  
Vos nunca entendistes en viles ruindades,  
En ser virtuoso no puede ser mas.

Vos sois muy amigo de hablar verdad,  
De envidia y codicia no es vuestra costumbre,  
De amor y justicia estáis ya en la cumbre,  
Mortal enemigo de toda maldad.  
De hombres viciosos vos os apartais,  
Vos sois estandarte de sabios prudentes,  
Vos no tenéis parte con pésimas gentes,  
Con los virtuosos vivís y tratáis.

Sois acostumbrado huir de lujurias,  
Decir necedades no lo acostumbráis,  
Hablar las verdades vos nunca dudáis,  
Es muy excusado hablar con injurias.  
En vos resplandece la santa prudencia,  
La hipocresía es vuestro enemigo  
Y la cortesía tenéis por amigo,  
En vos no parece ofender en ausencia.

Vos nada entendeis en hechicería,  
En hechos honestos muy buen compañero,  
De sabios modestos vos sois el primero,  
Ni ois ni aprendeis de trafaguería.  
En murmuracion nunca sois hallado,  
No tenéis pereza en la devocion,  
En toda nobleza tenéis aficion,  
Gran odio y pasion al naípe y al dado.

## TRASFIGURACION DE UN VIZCAÍNO GRAN BEBEDOR DE VINO.

Hubo un hombre vizcaíno,  
Por nombre llamado Juan,  
Peor comedor de pan  
Que bebedor de buen vino.  
Humilde de condicion  
Y de bajos pensamientos,  
De corta disposicion  
Y de floaca complexion,  
Pero de grandes alientos.

Fué devoto en demasia,  
Especial de san Martin  
Y de los montes del Rin  
Y valle de Malvasia;  
Y con esta inclinacion,  
Aunque delicado y flaco,  
Prometió con devocion  
Obediencia y religion  
Al poderoso dios Baco;

En la cual fué tan constante,  
Que el fervor de la niñez,  
Creciendo con la vejez,  
Iba con tino adelante;  
Y con el fuego de amor  
Su rostro todo inflamado  
De aquel divino licor,  
Mudó su propia color  
En moreno y colorado (4).

(4) Otras ediciones dicen:

De moreno y colorado.

Tuvo con esto á la par  
Una rísica donosa  
De Marta la piadosa,  
Dispuesta para colar;  
Y de la continuacion  
Del estrecho coladero,  
Ilizosele en conclusion  
Sed perpetua en el pulmon  
Y callos en el gargüero.

Por lo cual fué menester,  
Sin que excusar se pudiese,  
Que siempre siempre tuviese  
Por no morir, qué beber;  
Pero junto al paladar  
Tuvo una esponja por vena,  
Que, acabada de mojar,  
Se le tornaba á secar  
Como el agua en el arena.

De suerte que todavia  
La sed se le acrecentaba,  
Porque lo que la mataba,  
Eso mismo la encendia;  
Y las ganas le crecian  
Como llamas en la fragua,  
Que se avivan y se erian  
Cuanto mas nias las rocian  
Los herreros con el agua.

Y con esta sed devota,  
Hecha natural costumbre,  
No le era mas una azumbre  
Que si bebiera una gota;  
Y de estar así embebido  
En el beber de continuo  
Andaba tan aturrido,  
Encorvado y sometido  
Al espíritu del vino.

En fin, su beber fué tal,  
Que mil veces pereciera  
Si Dios no le socorriera  
Con un amo liberal;  
Mas, no bastando á la larga  
Renta, viña ni majuelo  
A matar la sed amarga,  
Hubo de dar con la carga,  
Como dicen, en el suelo.

Mientras monedas habia,  
Que la bolsa lo bastaba,  
Con ella se remediaba  
Lo que la gana pedia;  
Pero no pudiendo dar  
Fin á tan larga demanda,  
A luego luego pagar,  
Fué menester enviar  
Sus prendas á Peñaranda.

Las mas partes de las caules,  
Por sus cuentas, rematadas  
Y en un jarro sepultadas  
Quedaron por sus cabales.  
Es lástima de decir,  
Y mayor era de ver,  
Que al tiempo de despedir,  
«Ojos que las vieron ir  
Nunca las vieron volver» (5).

Bebió calzas y jubones,  
Y en veces ciertas espadas,  
Camisas de otro labradas (6),  
Bolsas, cintas y cordones;  
Bebió gorras y pañal,  
Y papahigo y sombrero,  
Y el sayo, que era el caudal,  
Y el ajuar principal,  
Que fué las botas y cuero.

En fin, bebió sus alhajas  
Hasta no dejar ninguna,  
Consumidas una á una  
Al olor de las tinajas.

Y demas de eso, bebió  
Todo cuanto pudo haber,  
Hasta el cuero en que paró;  
Que cosa no le quedó,  
Sino el alma, que beber.

Yéndose pues á morir  
Porque el beber fallecia,  
Y si siempre no bebia  
Era imposible vivir,  
Arimado á la pared,  
Hincó en tierra los hinojos  
Por pedir á Dios merced,  
Y dijo, muerto de sed,  
Llorándole entrambos ojos:

«¡Oh dios Baco poderoso,  
Mira qué bien te he servido,  
Y no me eches en olvido  
En trance tan peligroso!  
Mira que muero por ti  
Y por seguir tu bandera,  
Y haz siquiera por mí,  
Si es fuerza morir aquí,  
Que al menos de sed no muera.»

Acabada esta oracion,  
Sin del lugar menearse,  
Súbito sintió mudarse  
En otra composicion.  
El corpezuelo se troca,  
Aunque antes era bien chico,  
En otra cosa mas poca,  
Y la cara con la boca  
Se hicieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron  
En unas zancuítas chicas,  
Los brazos en dos alicas  
Encima del asomaron;  
Cobró mas el dolorido  
Dos cornecicos por cejas,  
Por voz un cierto sonido  
A manera de ruido,  
Enojoso á las orejas.

En fin, fué todo mudado  
Y en otro sér convertido,  
Pero no mudó el sentido,  
Solicitud y cuidado.  
Quedándole entera y sana  
La inclinacion y apetito,  
Sin mudársele la gana,  
Mudó la figura humana,  
Y quedó hecho un mosquito.

VIDA BUENA Y DESCANSADA.

Bienaventurada vida,  
Si alguna lo puede ser,  
Estas cosas á mi ver  
Son, Señor, por su medida  
Las que la pueden hacer:  
Hacienda no mal ganada  
Con sudor, mas heredada;  
Campo bien agradecido,  
Lugar durable sabido,  
Y pleito jamás por nada.

Pocos cargos de que dar  
Cuenta ni tener cuidado,  
Y el ánimo sosegado;  
Buenas fuerzas á la par  
Y cuerpo sano templado,  
Prudente simplicidad,  
Y amigos con igualdad,  
Y fácil conversacion,  
La mesa sin presuncion  
Y sin pompa y vanidad.

La noche no sepultada  
En torpe borracheria,  
Mas de congojas vacia;  
Cama no desconsolada,  
Pero casta todavia;  
Sueño quieto y sabroso,

(5) Versos de un autor antiguo.

(6) «Camisas de oro labradas», dice el texto de Velasco.

Que haga con su reposo  
Breves, dulces y seguras  
Las tinieblas más oscuras  
Y el tiempo mas trabajosos.

Item, que mientras vivieres,  
Para que vivas de veras,  
Tan solamente ser quieras  
Aquello mismo que fueres,  
Y á nada no lo prefieras,  
Y que la muerte que eies,  
En tanto que no la vees,  
Porque no te dé postemas,  
En ningún tiempo la temas  
Ni tampoco la desees.

CIOSA DEL ROMANCE *Por la dolencia va el viejo*, CONTRAVI-  
CHO AL QUE DICE *Por la matanza va el viejo* (7).

Gran señora sois, Fortuna,  
Mas yo, Laceria, no menos  
Que de ruines y buenos,  
Sin diferencia ninguna,  
Tengo muchos reinos llenos.  
Perderéis la fantasía,  
Si competimos las dos;  
Porque duelos á portía  
Y negra postrimería,  
Yo las doy, yo; que no vos.

Vos usais de liviandad  
Con los de vuestro jaez,  
Yo á quien apaño una vez,  
Si le azoto en mocedad,  
Le desuello en la vejez  
En los huesos y pellejo,  
Con miserable semblante,  
No valiéndole consejo;  
*Por la dolencia va el viejo,*  
*Por la dolencia adelante* (8).

Y pensar volver atrás  
Por socorro es excusado;  
Porque del bien ya pasado,  
Cuanto caminaré mas,  
Hallará menos recado.  
Espírar y dar gemidos  
Puede, mas no bracear,  
Porque de males salidos  
*Los brazos lleva tullidos,*  
*No los puede rodear* (9).

Desplaceres y desgrados  
Van con él en compañía,  
Enojos por alegría,  
Por regocijo cuidados,  
Por sangre malenconia.  
Los pasatiempos de amores  
Aqui vienen á parar,  
Y en lugar de sus dulzores,  
*Halló en ellos mil dolores,*  
*Mas no halló á dō holgar.*

Y como necesidad  
Haga al hombre diligente,  
Aquejado reciamente  
De la grave enfermedad  
Y terrible mal presente;  
Con gana de remediallo,  
Mas que no de retozar,  
Aunque en duda de hallallo,

*Vuelve riendas al caballo,*  
*El remedio va á buscar.*

No lo busca entre las damas,  
Donde nunca se halló,  
Ni entre dulce gente, no;  
Porque es andar por las ramas  
Buscalle do se perdió;  
Mas siguiendo su destierro,  
Entre gente de pesar,  
Por fuerza mas que por yerro,  
*Vió un cirujano perro*  
*Que velaba en el ganar* (10).

No le fué mas su vision  
Que ver la de Percehú;  
Mas hizo por la salud,  
De las tripas corazon,  
De necesidad virtud;  
Y aunque de hablar le pesa,  
Porque fuese mas suave  
Y conforme á tal empresa,  
*Hablóle en lengua francesa,*  
*Como aquel que bien la sabe* (11).

No le pregunta por nuevas  
De papa ni emperador;  
Otro cuidado mayor  
Y otras mas amargas pruebas  
Le cercan en derredor.  
Con dulce rostro y humano,  
Aunque el corazon no es tal,  
Le dijo con voz de hermano:  
*« Dime, amigo cirujano,*  
*Dios te guarde para mal* (12),

» Siendo mucho menester,  
Como es, tu diligencia  
En una grave dolencia,  
Que se rie del placer  
Y burla de la paciencia;  
Sin sacarte condiciones,  
Pues eres tan singular  
En cuanto la mano pones,  
*Caballero con pasiones.*  
*¿ Si le sabrás tu sanar* (13)?

» — Segun fuere la pasion,  
Dió por respuesta, ó el vicio,  
Así valdrá el beneficio;  
Mas en cualquiera ocasion  
No faltará mi servicio.  
Y porque pueda mejor  
Mirar lo que converná  
Hacer en vuestro lavor,  
*Ese doliente señor,*  
*Decidme ¿ qué males ha?*  (14)

» — Conocida razon tienes  
De preguntar por sus males,  
El primero de los cuales  
Es que nunca tuvo bienes  
Ni persona sustanciales.  
Las venas tiene vacías,  
Que ya no sufren afán,  
Y entre otras sus valentías,  
*El era viejo de dias,*  
*Pero no gran barragan* (15).

» A su mala complexion  
Es su apetito contrario;  
Y así, tiene de ordinario  
Forzada conversacion  
Con físico y boticario.

(7) El romance no empieza así, sino de este modo:

En los campos de Alventosa  
Mataron á don Beltran;  
Nunca lo echaron de menos  
Hasta los puertos pasar.

Mas adelante se halla el verso que dice:

Por la matanza va el viejo.

(8) Por la matanza va el viejo,  
Por la matanza adelante.

(9) Los brazos lleva cansados  
De los muertos rodeare.

(10) Vido en esto estar un moro  
Que velaba en un alarbe.

(11) Hablóle en algarabía  
Como aquel que tan bien la sabe.

(12) Ruégote por Dios, el moro,  
Me digas una verdade.

(13) Caballero de armas blancas  
Si lo viste acá pasare.

(14) Ese caballero, amigo,  
Dime tú qué señas trae.

(15) Blancas armas son las suyas,  
Y el caballo es barragane.



Cuántas lacras Dios ha hecho  
Van con él do quier que él ande:  
Achaques, penas, despecho,  
*Y en el su brazo derecho*  
*Tenia un dolor muy grande* (16).

»El cual es tan pertinaz  
Y de natura tan perra,  
Que le consume y atierra,  
Y jamás le deja en paz.  
Como fué ganado en guerra.  
Cuyo principio maldito  
No se puede averiguar  
Ni lo hallarás escrito;  
*Que él, maguer que era chiquito,*  
*Lo gano por pelear* (17).

»—Cualquiera, Señor, que oyere  
Negocio tan trabajos,  
Lo terná por peligroso,  
No que yo lo desespere,  
Porque Dios es poderoso;  
Mas por el arte que sigo,  
Segun regla natural,  
No hayais á mal lo que digo:  
*Ese caballero, amigo,*  
*Morirá en el hospital* (18).

»Y pues su suerte le lleva  
A tan pobre sepultura,  
Errará si no procura  
Una cama en el de Esgueva,  
Donde el alma está segura;  
Que pensar en nuevas vidas  
De que se puedan gozar,  
Esperanzas son perdidas,  
*Porque liene dos heridas*  
*De que no puede sanar.»*

Entre las cosas contadas,  
Como veis, de ese doliente,  
Venidas naturalmente  
Y por su lanza ganadas,  
Do remedio no se siente,  
Y do no vale una nuez  
Medicina ni verdad,  
Ni sentencia de juez,  
*La una era de vejez,*  
*Cargada de enfermedad.*

De quien no sin causa temo;  
Pues se va tan de corrida  
Apartando de la vida,  
Y llegando al otro extremo,  
Do la muerte la convida.  
Esta pues de quien se reza  
Ya veis que es llaga mortal,  
Fin de toda gentileza,  
*Y la otra era pobreza,*  
*Que es un águila caudal.*

**Final.**

Pues teniendo él estas dos,  
Como parecen aquí,  
En el campo contra sí,  
Milagro será de Dios  
Si se escapare de allí.  
Mas durando el apetito,  
Sus males un bien tendrán:  
Que no morirá de ahito,  
Pues vive de día y vito,  
Como hace el gavilán.

EN ALABANZA DEL PALO DE LAS INDIAS, ESTANDO  
EN LA CURA DE ÉL (19).

Guayaco, si tú me sanas  
Y sacas de estas pependencias,  
Contaré tus excelencias  
Y virtudes soberanas  
Dulcemente;  
No por estilo elocuente  
Ni en lengua griega ó romana,  
Sino por la castellana,  
Que es bastante y suliciente;

Que, caso que la latina  
Tenga mas autoridad,  
No hay aquí necesidad  
De elocuencia peregrina;  
Y que la haya,  
No es honra nuestra que caya  
Tu loor en tanta mengua,  
Que le calle nuestra lengua,  
Y la ajena te la traya.

Si halló Marco Caton  
Causa de alabar la berza,  
Mas la terné yo, por fuerza,  
De celebrar con razon  
La virtud  
De un árbol que da salud  
Do se tiene por perdida,  
Y á las veces yuelve en vida  
El mal de la juventud.

Aunque no diera mas parte  
De gloria á nuestra nacion  
La conquista de Colon  
Que ser causa de hailarte,  
Es tamaña,  
Tan divina, tan extraña  
Esta, que por ella sola  
Puede muy bien la Española  
Competir con toda España.

Abajen los orientales  
La presuncion y la vela,  
Con sus clavos y canela,  
Y otros mil árboles tales  
Que hay entre ellos,  
Ódoríferos y bellos,  
En aquel vergel de Apolo;  
Que nuestro Guayaco solo  
Vale mas que todos ellos.

Todas las plantas preciosas  
De saludables secretos  
Comunican sus efectos,  
Ayudadas de otras cosas;  
De manera  
Que la que mas mas se esmera,  
Muy poquitas veces sana  
La dolencia mas liviana  
Si no le dan compañera.

Mas vos, guayaco gentil,  
Descubiertó nuevamente  
Por bien comun de la gente  
Y remedio de cien mil,  
Sin escudo  
Y á solas contra el mas crudo  
Mal que en el mundo se halla,  
Do la medicina calla,  
Entraís en campo desnudo.

Tiene el cedro por su altura,  
La palma por su grandeza,

- (16) En el carrillo derecho  
El tenia una soñete.
- (17) Que siendo niño pequeño,  
Se le hizo un gavilane.
- (18) Ese caballero, amigo,  
Muerto está en aquel portale.

(19) El *guayaco*, el *quayacan*, el *palo santo*, el *leño de Indias* y *cuatro leños*: tales son los nombres de un vegetal americano que se empleaba mucho en la curacion de las bubas.

Citanlo los autores de las dos apologias de ellas: uno Gaspar Lucas Hidalgo, en sus *Carnestolendas de Castilla*, y el otro Cristóbal de Mosquera, que en 1569 compuso tres apologias, á saber: la de los cuernos, la de las narices largas y la de las mismas bubas. Estas tres existen manuscritas en la biblioteca Colombina sin nombre de autor, que declaran otras copias que corren en manos de curiosos.

El laurel por su nobleza  
Y el ciprés por su hermosura,  
Excelencia;  
Mas, llegada en competencia  
La de todos con la tuya,  
De tu virtud á la suya  
Hay muy grande diferencia.

No me burlo yo contigo,  
Como el otro del nogal,  
Pues te espero liberal  
En tan gran trance conmigo;  
Porque alcanzas  
Tantas prendas y fianzas  
Por do quiera ya de amigos,  
Que tienes muchos testigos,  
Sin mi, de tus alabanzas.

En las cuales pongo aquí  
Un silencio por agora;  
Ten mi fe por fiadora  
De lo que te prometí,  
Porque creo  
Díran que te lisonjeo  
Por irme como me va;  
Hasta ver lo que será  
No acabo, mas sobreseo.

Pero ruegote y suplico  
Que alargues en mi tu mano,  
Porque pueda verme sano,  
Pues no puedo verme rico.  
;Oh guayaco!  
Enemigo del dios Baco  
Y de Venus y Cupido,  
Tu esperanza me ha traído  
A estar contento, de flaco.

Mira que estoy encerrado,  
En una estufa metido,  
De amores arrepentido,  
De los tuyos conliado.  
Pan y pasas  
Seis ó siete onzas escasas  
Es la tasa la mas larga,  
Agua caliente y amarga,  
Y una cama en que me asas.

AL AGUA, HABIÉNDOLE MANDADO QUE DERIESE VINO.

Bien sé que estáis enojada,  
Señora Linfa hermosa,  
Por una parte quejosa,  
Por otra maravillada  
De tan no pensada cosa;  
Y que con la confianza  
De los pasados favores  
Estará vuestra esperanza  
Muy cierta de mis amores  
Y segura de mudanza.

Yo conozco que teneis  
Ocasión de estar sentida,  
Teniéndoos por ofendida  
De mi fe, pues en mi veis  
Mudanza tan conocida;  
Y que de tanta alicion  
Era muy justo pensarse  
Tan dulce conversacion,  
Jamás poder apartarse  
Sin la pala y azadon.

Todo lo podeis decir,  
Señora, porque así fué,  
Y nunca jamás pensé  
Sino vivir y morir  
En la ley que comencé;  
Pero la necesidad,  
Causada de la ocasion,  
Madre de la novedad,  
Hizo fuerza á la razon,  
Sin pecar la voluntad.

Y si vos teneis espanto,  
Maravillada de ver  
Que se trocó mi querer,

Yo lo estoy, Señora, tanto,  
Que no lo puedo creer;  
Pero, si va bien mirado  
Lo que por vos he sufrido,  
Antes me debe ser dado  
Galardon por lo servido  
Que culpa por lo perado.

Cincuenta años os servi  
Como leal amador,  
Hasta que por vuestro amer  
Cerca de muerto me vi  
Y enterrado en mi dolor;  
Pero yo, con mi locura,  
De muy vuestro enamorado,  
Aun alla en la sepultura  
Nunca pude ser mudado,  
Por mal que dijo ventura.

Vos sabeis que por beheros  
Cualquiera placer dejaba;  
Tan preso de vos estaba,  
Que dejaba de quereros,  
Y por Dios os adoraba.  
Con tanta fidelidad  
Y firmeza os quise bien  
Y os mantuve la lealtad,  
Que no hay moro en Tremecen  
Que tuviese la mitad.

Mi alma, señora Linfa,  
En vos estaba metida,  
En vos mesma convertida,  
Teniéndoos por una niña  
Entre todas escogida;  
Tanto, que estando doliente,  
De que no pensé escapar,  
Me mandaba expresamente,  
Si allí muriese, enterrar  
En la boca de una fuente.

Arroyos, fuentes y ríos,  
Y especial las fuenteicas,  
Do salen las arenicas,  
Eran los deleites míos.  
Y mis glorias las mas ricas.  
Por do quiera que pasaba,  
Señora Linfa, y os via,  
Con los ojos os miraba,  
Con la boca os requeria,  
Con el alma os adoraba.

Fui tan agnado de veras,  
Y vos de mi tan amada,  
Que no temiendo de nada,  
Os bebi de mil maneras  
Y figuras transformada.  
Por no probar otra cosa,  
Os bebi tan á la larga,  
No solo fria y sabrosa,  
Pero caliente y amarga,  
Y alguna vez peligrosa.

Cuando en Madrid me hallé,  
Donde reinaba a la hora  
La fuente de la Priora,  
Por vuestra causa llegué  
Hasta la muerte, Señora.  
Y vuestra presencia bella,  
Siéndome allí defendida,  
Por gozar á hurtó de ella  
Mil veces puse la vida  
A peligro de perdella.

Ya sabeis que de camino  
Yendo á Aranda, no bien sano,  
Paseándome en verano  
Por la isla de un molino  
Que Dios me puso á la mano.  
Una fuenteica vi  
Que manaba en la ribera,  
Tan linda, que emudecí,  
Y ahina casi me perdiera  
Por un beso que le di.

Saltaban las arenillas  
Como aljófár á la cara,  
Y estaba tan fresca y clara,

Que me hinqué de rodillas  
Con gana que me hesara.  
Y mirándola muy ledo  
Con ojos enamorados,  
Estaba suspenso y quedo,  
Entre dos grandes cuidados  
Metido, de amor y miedo.

«Si te hebo, le decia,  
Dañarásme y moriré;  
Si te dejo, llevaré  
Lástima de mi alegría,  
Que por ti la perderé.  
Ninfa de tanta beldad,  
Tú, que tan bien me pareces  
Y robas mi voluntad,  
Ciertamente no careces  
De alguna divinidad.»

Así suspenso, turbado  
Y sin sentido, dudoso,  
De una parte temeroso,  
De otra muy esforzado  
Y sediento, deseoso,  
La determinacion loca  
Fué de tomarla siquiera  
Para lavarme la boca,  
Mas que en ninguna manera  
Bebiese mucha ni poca.

Esto concertado así,  
A la bocada primera  
Tornéla á echar luego fuera,  
En la segunda ofendí,  
Y perdíme á la tercera;  
La cual del todo tragada,  
Dije: «Encomiéndome á Dios,  
Que en cosa tan deseada  
Y sabrosa un trago ó dos  
No me puede dañar nada.»

Mas, tragados dos ó tres  
Mas de lo capitulado,  
El apetito malvado  
No pudo tener despnes  
Templanza en lo comenzado;  
Y dejándole tragar  
Cuanto me quiso pedir,  
Dije por me consolar:  
«¿Dónde puedo yo morir  
Mejor que en este lugar?»

En fin, fué tal el beber,  
Que mi vientre todo entero  
Se hinchó como pandero,  
Hasta que entrar ni caber  
No pudo mas en el cuero;  
Pero, según la sed era,  
Si lo sufrieran las venas,  
Yo pienso que me bebiere  
La fuente con sus arenas  
Antes que de allí partiera.

La paga de estos amores  
Y servicios tan leales  
Fueron dolencias y males,  
Y martirios y dolores,  
Cual nunca se vieron tales;  
Y por remate queria  
Aun darme vuesamerced  
Nuevo mal de hidropesia,  
Porque muriese de sed  
Aun en vuestra compañía.

Yo, vista la ingratitud  
De que usabades conmigo,  
Di la vuelta, como digo,  
Proveyendo en mi salud  
Con consejo de un amigo;  
Y fuéme fuerza hacer  
Mudanza, no de mi gana,  
Sino para guarecer,  
Trocando por lo que sana  
Lo que me daba placer.

Dejo aparte los placeres  
De que he por vos carecido,  
Que por beberos he sido

De los hombres y mujeres  
Mil veces aborrecido;  
Y aunque seas bendita,  
Me sois causa de flaqueza,  
Y el vino me resucita;  
Vos sois poner tristeza,  
Mas estotro me la quita.

Y de esta causa forzado,  
Señora Linfa, á dejaros,  
Y aunque ya conozco claro  
Los provechos que he ganado,  
No puedo bien olvidaros.  
Vuestros amores primeros  
Durarán en mi memoria,  
Pues fueron tan verdaderos;  
Mas llévans la victoria  
A la fin estos postreros.

Y aunque nuestro apartamiento  
Se hizo con mi despecho,  
Después que una vez es hecho,  
No me duelo ni arrepiento,  
Conociendo su provecho.  
Caso que me pone horror  
En aquel primer encuentro  
El vino con su sabor,  
Después que una vez va dentro,  
Es sin duda muy mejor.

Conocédle la ventaja,  
Señora Agua, con razon,  
Sin tomar dello pasion,  
Pues no debe haber baraja  
Donde no hay comparacion.  
Y no os pese del pesar  
Que tengo de haber tardado  
En negaros y dejar  
A quien sé que me ha enfermado  
Por quien me puede sanar.

Y pues esta diferencia  
Es tan grande y conocida,  
Y vos desagradecida,  
Dadme, Señora, licencia,  
Que es fuerza que me despida,  
No de ser en escondido  
Siempre vuestro servidor,  
Aunque me viesse perdido,  
Y amaros como amador,  
Pero no como marido.

Entre día y en la siesta  
Nunca seréis olvidada  
Con cualquier buena asomada,  
Y en secreto una traspuesta  
Jamás os será negada;  
Mas, como pena notoria,  
Como lo ha sido mi mal,  
Vos, que antes en mi gloria  
Fuistes parte principal,  
Quedaréis por acesoria.

Y pues de vuestro consorcio  
Me aparto tan justamente,  
Recibid como prudente  
El libelo de divorcio  
En esta carta presente;  
Que los muy buenos casados  
Por diversas ocasiones  
A veces son apartados,  
Y los padres con pasiones  
De los hijos muy amados.

Y vos, Baco, gran señor,  
Padre de las alegrías,  
Que en los mis postreros dias  
Venistes á ser autor  
De las no pensadas mias;  
Triunfá ya de los licores  
De las cisternas y pozos,  
Fuertes y ríos mayores,  
Pues vuestro placer y gozos  
De todos son vencedores.

Y vos, Pedro, gran doctor,  
Que tal consejo me distes,  
Con que los mis dias tristes

Y cubiertos de dolor  
En gloria los convertistes,  
Vivaisme mas que Noé,  
Pues nunca jamás tal hombre,  
Después dél, para mí fué;  
Que sobre esa piedra y nombre  
Mi iglesia edificaré.

## ESTANDO EN LOS BAÑOS.

Si quereis saber, señores,  
Qué es la vida destes baños,  
Es sabor de sinsabores,  
Por un placer mil dolores,  
Por un provecho mil daños.  
Es un dulce desvario  
Con que se engaña la gente,  
Do combaten juntamente  
Lo caliente con lo frío,  
Lo frío con lo caliente.

Vienen de todos estados  
Tras estos locos placeres  
Muchos mal aconsejados,  
Frailes, clérigos, casados,  
Hombres varios y mujeres,  
Caballeros y señores,  
Hidalgos y cortezanos,  
Mercaderes, ciudadanos,  
Oficiales, labradores,  
Niños, manebos, ancianos.

Las mujeres á manadas,  
Mozas y viejas barbudas,  
Muchachas, amas, criadas,  
De placer regocijadas  
Solo por verse desnudas.  
Vienen con mil ocasiones  
Casadas y por casar,  
Pero las mas á ganar.  
Los muy devotos perdones  
De parir ó de empreñar.

Andamos allí mezclados  
En el agua á todas horas,  
Después de una vez entrados,  
Los amos con los criados,  
Las mozas con las señoras.  
Es forma de purgatorio,  
Do cada cual comparece  
A pagar lo que merece,  
Sin ser á nadie notorio  
Lo que el vecino padece.

Unos de mal de riñones,  
Otros sarna y comezon,  
Catarros y hinchazonas,  
Y otras diversas pasiones  
Que no sufren relacion;  
De las cuales con la gana  
Que llevan de verse buenos,  
Van todos de placer llenos;  
Y aunque el baño no los sana,  
Encubrelas á lo menos.

Hay buena conversacion  
Entre los ya conocidos;  
Los que mas y menos son,  
Dejan la reputacion  
A vueltas de los vestidos;  
Cuentan cuentos de placer,  
De lo que acaso se ofrece  
Y por el mundo acontece;  
Mas los mas son de beber  
O cosa que lo parece.

Por consiguiente, los cuentos  
De las mujeres caseras  
Son, según sus pensamientos,  
Desposorios, casamientos,  
Vientres, partos y parteras;  
Cuántos hijos tiene Marta  
Y cómo empreña Rodrigo,  
Lo que ella pasa consigo  
Cuando su tiempo se aparta  
Del contorno del ombigo.

Hay licencia de mirar,  
Si hay algo digno de vello,  
De reir y de burlar,  
Y á veces de retozar  
Quien tiene plática de ello;  
Mas al fin, habeis de ser  
Como Tántalo, que toca  
Las manzanas con la boca,  
Y no las puede comer,  
Teniendo hambre no poca.

## ROMANCE

CONTRAHECHO AL QUE DICE *Tiempo es, el caballero.*

Tiempo es ya, Castillejo,  
Tiempo es de andar de aquí;  
Que me crecen los dolores  
Y se me acorta el dormir;  
Que me nacen muchas canas  
Y arrugas otro que sí;  
Ya no puedo estar en pie,  
Ni al Rey, mi señor, servir.

Tengo vergüenza de aquellos  
Que en juventud conocí,  
Viéndolos ricos y sanos,  
Y ellos lo contrario en mí.  
Tiempo es ya de retirar  
Lo que queda del vivir,  
Pues se me aleja esperanza  
Cuanto se acerca el morir;  
Y el medrar, que nunca vino,  
No hay ya para qué venir.  
Adios, adios, vanidades,  
Que no os quiero mas seguir.  
Dadme licencia, buen Rey,  
Porque me es fuerza el partir (20).

## GLOSA.

Aunque mi deseo se olvida,  
Bien me avisa la razon  
Que para mudar de vida  
No solamente es venida,  
Mas pasada, la razon.  
Y tomando este consejo,  
Yo mismo me digo á mí:  
Pues te vas haciendo viejo,  
*Tiempo es ya, Castillejo,*  
*Tiempo es de andar de aquí.*

Sirviendo, como debía,  
Acabé la juventud;  
Y siguiendo esta porfia,  
Voy perdiendo cada día  
Las fuerzas y la salud.  
Los días me son mayores  
De lo que puedo sufrir,  
Y las noches muy peores;  
*Que me crecen los dolores*  
*Y se me acorta el dormir.*

Pasada la mocedad  
Y el calor de su deporte,  
Es muy grande ceguedad  
Seguir sin prosperidad  
Los trabajos de la corte;

(20) Muy glosado ha sido este romance viejo. Hay una glosa no muy decente, donde se hallan sus versos de este modo:

Tiempo es, el caballero,  
Tiempo es de ir de aquí;  
Que me crece la barriga  
Y se me acorta el vestir.  
Vergüenza he de mis doncellas,  
Las que me dan de vestir,  
Miranse unas á otras,  
No hacen sino reir;  
Si tenéis algun castillo  
Donde nos podamos ir,—  
Paridlo vos, mi señora,  
Que así hizo mi madre á mí;  
Hijo soy de un labrador  
Que á cavar es su vivir.

Ni ya por sus glorias vanas  
Me doy un maravedí  
Cuando miro á las mañanas  
*Que me nacen muchas canas*  
Y arrugas otro que sí.

En fin, yo me siento tal,  
Si no se muda fortuna,  
Que á tinoque del hospital  
Daré la casa real,  
Pues no tengo otra ninguna.  
Tal me hallo, que no sé  
Cómo ni dónde me ir  
Ni cómo quedar, porque  
*Ya no puedo estar en pie,*  
*Ni al Rey, ni señor servir.*

Asimismo me fatigo  
Algún tanto y me confundo,  
Que sirviendo, como digo,  
Aunque he cumplido conmigo,  
No he cumplido con el mundo.  
Mis duelos, por conocellos,  
Me tienen rendido así;  
Que á veces por causa dellos  
*Tengo vergüenza de aquellos*  
*Que en juventud conocí.*

Porque habiendo entonces sido  
Señalado el fundamento,  
Parece que estoy corrido  
De ver que no ha respondido  
El suceso al pensamiento.  
Y de muchos cortesanos  
Que en menos estado vi  
Tienen empacho mis manos,  
*Viéndolos ricos y sanos,*  
*Y ellos lo contrario en mí*

Pero, ya que la ocasion  
De esta queja es acabada,  
No pido otro galardón  
Sino topar con mesón  
Al cabo de la jornada.  
No tengo casa ni hogar  
Adonde poder huir;  
Pues no conviene esperar,  
*Tiempo es ya de retirar*  
*Lo que queda de vivir.*

Si en treinta años que he seguido  
La conquista de ventura,  
Ella siempre me ha huido,  
Y que haga algún partido  
Será honrar la sepultura;  
Y aun en esta confianza  
No se debe hombre dormir,  
Conocida su mudanza,  
*Pues se me aleja esperanza*  
*Cuanto se acerca el morir.*

Gran estado ni interés  
No hay para qué desearlo,  
Ya qué tan caro no fuese;  
Porque, aunque agora viviese,  
No hay tiempo para gozallo.  
Pues todo va de camino  
Cuanto se puede pedir,  
*El medrar, que nunca vino,*  
*No hay ya para qué venir.*

No se entienda que el deseo  
De servir esté mudado,  
Aunque sé que devaneo;  
Mas la agustia en que me veo  
Me pone en otro cuidado;  
Y porqué con las edades  
Suelen de nuevo acudir  
Diversas enfermedades,  
*Adios, adios, vanidades;*  
*Que no os quiero mas seguir.*

Y no me tengan á mal  
Esta confesion que hago,  
Porque de lo principal,  
Que es la fe de muy leal,  
Ya tengo carta de pago;  
Pues he cumplido la ley

Hasta aquí de bien servir  
Tras el vago como buen,  
*Tradae licencia, buen Rey,*  
*Porque me es fuerza partir.*

RESPUESTA DEL AUTOR Á UN CARALLERO QUE LE PREGUNTÓ  
QUÉ ERA LA CAUSA DE HALLARSE TAN BIEN EN VIENA.

No sé si por darme pena  
Se demandais, caballero,  
Por qué yo, siendo extranjero,  
Me huelgo tanto en Viena,  
Y por morada la quiero.  
Andemos á las verdades:  
Yo confieso ser así  
Por sus buenas calidades  
Y grandes comodidades  
Que todos hallan allí.

La ciudad llana y gentil,  
Y capaz de mucha gente,  
Iglesia muy excelente,  
Cual puede ser entre mil,  
Y en lugar muy competente.  
Del un lado rodeada  
Del Danubio poderoso,  
Por la otra acompañada  
De gran llanura, poblada  
De campo muy abundoso.

Tanta abundancia y frecuencia,  
Que apenas cabe en la plaza,  
Y á las veces se embraxa;  
Salidas por excelencia,  
Y toda suerte de caza.  
Nunca falta compañía,  
Que allí acude á la cortina  
De Bohemia y su valia,  
Y de Selesia y Hungria,  
É Italia, que está vecina.

Pues la Cámara de Cuentas  
Y Regimiento real,  
Po se juzga el bien y el mal  
Y se trata de las rentas,  
Es cosa muy principal.  
Hay docta universidad  
Y devota clerecía.  
Que dan honra á la ciudad,  
Y gentes de autoridad  
Que tratan mereadería.

Yo tengo buena posada,  
Y en lugar bien conveniente,  
Proveída honestamente,  
Do, ya que no siembre nada,  
Hambre ninguna se siente,  
Porque amigos comarcanos,  
Sin que se sienta ni vea,  
Con muy liberales manos,  
Como señores y hermanos,  
Hacen que esto se provea.

De Laxamhurque me viene  
De heno, paja y avena  
Tanta copia, que anda llena  
Mi caballeriza, y tiene  
Poca envidia de la ajena.  
Crevice, otro que sí,  
Una gran copia y montón  
Me suelen venir de allí,  
Los mas hermosos que vi,  
Cuando viene su sazón.

De Enzesfelt se me envía  
El pescado muy copioso,  
Trucha y axe muy hermoso.  
Que en toda Austria no se cria  
Otro tal ni tan sabroso.  
Pájaros y salvajinas,  
Y alcachofas tan agudas,  
Tan duras, firmes y linas,  
Que no sé yo para espinas  
Cuáles pueden ser mas erudas.

De Rodan soy proveído,  
Y de otras partes vecinas,

De frutas frescas continas  
Y vino muy escogido,  
Y cabritos y gallinas,  
Hojaldres y pasteleos,  
Con sus torres y castillos,  
Y otros tales regalajos  
De rosquillas, artalejos  
Y de carne de membrillos.

Con esta provision buena,  
Ventajas y condiciones,  
Ya veis. Señor, si hay razones  
Del preferir á Viena  
Á todas otras naciones.  
Y cuando falta algo desto,  
Que pocas veces se siente,  
Hay un remedio de presto,  
Muy suficiente y honesto,  
Que continuo está presente.

En el Of hay paja y heno  
Cuanto se puede querer,  
Y en Ochoo-Marks á placer  
Mucho pescado y muy bueno,  
Cuanto se puede comer.  
El Paud-Marks es un mar  
De cosas, que de mirallas  
Tomais placer singular,  
Que no cuestan sino echar  
Mano á la bolsa y llevallas.

¿Quién te engañó, Castillejo,  
Estando bien en España,  
A venirte en Alemaña,  
Para dejar tu pellejo  
En tierra ajena y extraña?  
Si el engaño de tus ganas  
Y del mal yerro tamaño  
Fueron esperanzas vanas,  
Ya murieron, pues tus causas  
Les han hecho el cabo de año.

No me engañara esperanza  
Del interese traidor,  
Ni apetito de favor  
Ni deseo de privanza,  
Mas engañóme el amor;  
Y este dió  
Causa al yerro, porque amó  
A su rey de masiado;  
Con lo cual se han engañado  
Otros muchos como yo.

### DIALOGO

QUE HABLA DE LAS CONDICIONES DE LAS MUJERES.

Son interlocutores

*Aletio, que dice mal de mujeres,  
y Fileno, que las defiende.*

ALETIO.

Bien se conoce, Fileno (21),  
Que andais alegre y ufano.

FILENO.

¿No os parece, Aletio hermano,  
Que es bien gozar de lo bueno  
Y alaballo?  
Cuanto mas que yo me hallo  
Preso de lindos amores,  
Y tan rico de favores,  
Que peno cuando los callo.

ALETIO.

Sinrazon  
Les haceis, si tales son,  
Pues la ley de amor perleto

Nos manda tener secreto  
Lo que está en el corazón.

FILENO.

Bien seria,  
Pero yo no tomaria  
Placer grande ni sencillo  
A trueque de no decillo (22),  
Y gozar en compañía  
Mi favor;  
Porque, así como el dolor  
Duele mas siendo callado,  
El placer comunicado  
Diz que se hace mayor.

ALETIO.

En buen hora;  
Mas decidme vos agora,  
¿En qué fundais vuestra gloria?

FILENO.

En el amor y memoria  
De mi amiga y mi señora.

ALETIO.

Ceguedad.  
Ya que eso fuese verdad,  
Locura seria dañosa  
Fundar el placer en cosa (23)  
En que no hay seguridad.

FILENO.

¿Cómo no?

ALETIO.

Porque luego que crió  
Dios la primera mujer,  
Por su culpa aquel placer  
Ya veis cuán poco duró.

FILENO.

Fué engañada.

ALETIO.

Es verdad, mas no forzada;  
Y ella se dejó engañar;  
De donde para burlar  
Y mentir quedó vezada.

FILENO.

La serpiente  
Con astucia diligente  
La hizo ser pecadora.

ALETIO.

Ella fué consentidora,  
Y cobró subitamente  
Mal siniestro  
Para mal y daño nuestro;  
Y pues fraude entre ellos hubo;  
¿Qué se espera de quien tuvo  
Al diablo por maestro?

FILENO.

Si el callara,  
Ella nunca le buscara.

ALETIO.

Puede ser; mas si él no viera  
Primero quién ella era,  
Por dicha no la tentara  
Para mal;  
Y pues era el principal  
Adan en aquel vergel,  
¿Por qué no le teató á él?  
Sino por verle leal  
Y constante,  
Y no viéndose bastante  
Para tentallo y vencello,  
Dióle á ella el cargo de ello,  
Como á quien le va delante  
En engaño;  
Y así, del yerro tamaño

(21) Así la edicion de Blasco de Garay; la de Juan Lopez de Velasco y la de Fernandez dicen:

Bien se parece, Fileno.

(22) Así Garay; Velasco pone *A trueco*.

(23) Así Garay; Velasco pone:

Fundar el amor en cosa.

Dando Adam su testimonio,  
A la mujer, no al demonio,  
Echó la culpa del daño.

FILENO.

Si pecó  
Eva porque se engañó,  
Las otras ¿qué culpa tienen?

ALETIO.

De la misma cepa vienen  
Donde tal fruto nació.

FILENO.

¡Mal pecado!  
Vos debéis venir tentado  
De decir mal de mujeres  
Por estar de sus placeres  
Por ventura desechado,  
Con querella;  
Y para satisfacella  
Promoveis esta materla,  
Pregonando de la feria  
Segun ganastes en ella.

ALETIO.

Puede ser  
Que para mejor saber  
Su maldad por experiencia,  
Disfamor y malquerencia  
Me hayan sido menester (24);  
Mas yo he sido  
Alguna vez bien querido,  
Y otras tambien desdeñado;  
De unas mujeres amado  
Y de otras aborrecido;  
Y diria  
Que al fin hallo todavia  
En las unas liviandad,  
Y en las otras crueldad  
Y soberbia y tirania.

FILENO.

Ciertamente,  
Aletio, sois maldiciente,  
Lo que no pensé de vos,  
Y en cosa que es contra Dios (25)  
Y en ofensa de la gente.

ALETIO.

Cuán ajeno  
Estais en esto, Fileno,  
De lo que debéis sentir,  
Si pensais ser mal decir  
Llamar al negro moreno.

FILENO.

Mal hablar  
No se puede colorar  
Con elocuencia ninguna.

ALETIO.

Así es, si es contra alguna  
Persona particular;  
Mas si el mal  
Es comun y general  
En daño de los nacidos,  
Atapalle los oidos  
Es gran pecado mortal.  
Y ¡ojalá  
En cosa que tanto va  
Fuese tal mi habilidad  
Para decir la verdad  
Cuanta causa ella me da!

FILENO.

Por tal via  
En tan injusta porfia  
No podeis quedar sin mengua.

ALETIO.

Es verdad, porque mi lengua

No llega donde la envía  
La razon.

FILENO.

Léjos vais de mi opinion,  
Porque tengo firmemente  
Ser cosa mas excelente  
La mujer que no el varon.

ALETIO.

¿De qué modo?

FILENO.

Cuando Dios lo crió todo,  
Y formó el hombre primero,  
Ya veis que como á gusero  
Lo hizo de barro todo;  
Mas á Eva,  
Para testimonio y prueba  
Que debemos preferilla,  
Sacóla de la costilla  
Por obra sutil y nueva;  
Y mandó  
Que el hombre que así crió,  
Padre y madre desechase,  
Y á la mujer se juntase,  
Que por consorte le dió  
Singular,  
Mandándosela guardar (26)  
Como á su propia persona,  
Por espejo y por corona  
Ln que se debe mirar.

ALETIO.

Así fuera  
Si ella constancia tuviera,  
Y luego no resbalara  
Para que se conservara  
En la dignidad primera;  
Mas pecando,  
Y á nuestro enemigo dando  
Las sus orejas altivas,  
Peraió las prerogativas,  
Y tornose de su bando  
Y obediencia.  
Pero nuestra diferencia  
No es agora en conocer  
Entre el hombre y la mujer  
Cuál es de mas excelencia  
En condicion.  
Quitada está la cuestion  
Do tan clara es la ventaja,  
Y cesa toda baraja  
Tonde no hay comparacion.  
Solamente  
Hablamos aqui al presente  
De los males que la hembra  
En el mundo causa y siembra  
Y trata continuamente;  
Sus ruindades,  
Mudanzas de voluntades,  
Todo para nuestros daños;  
Trampas, mentiras, engaños  
Y flaqueza de verdades.

FILENO.

Ya que hubiese  
Alguna que tal no fuese,  
No seria bien juzgado  
Que el particular pecado  
A todas se atribuyese;  
Pues se sabe,  
Aunque yo no las alabe,  
Ser tantas las excelentes  
De pasadas y presentes,  
Que no hay lengua que lo acabe  
De contar.  
Cielos y tierras y mar  
Están poblados y llenos  
De hechos santos y buenos  
Que nos mandan pregonar

(24) Así Garay; las demás ediciones ponen *haya*.

(25) Así Garay; las demás ediciones dicen *caso*, en vez de *cosa*.

(26) Velasco y Fernandez ponen:

Mandándosele guardar.

Bienes de ellas,  
Casadas, viudas, doncellas,  
Que al mundo con su grandeza  
Adornan de gentileza,  
Como al cielo las estrellas.  
Siempre ha habido  
Por el circolo sabido  
De la tierra en derredor  
Hembras que con su valor  
Han el mundo esclarecido.  
No hay historia  
Do no se haga memoria  
De algun caso señalado  
De mujeres que han ganado  
Inmortal y digna gloria;  
Por lo cual  
El que para decir mal  
De mujeres tiene buen,  
En el queda y en él toca  
La vergüenza principal.

ALETIO.

No se entienda,  
Fileno, ni se defienda  
No haber hembras señaladas  
Que deben ser oceptadas  
De aquesta buena contienda  
Y proceso;  
Que claramente confiero  
Haber siempre, á la verdad,  
Hartas de cuya bondad  
Se puede bien decir eso;  
De las cuales,  
Verdaderas y leales,  
Vaya lejos tal afrenta,  
Y solamente esta cuenta  
Se entienda de las no tales;  
Antes estas  
Son causa que las honestas,  
Yniendo á ser conocidas,  
Queden mas esclarecidas (27),  
Adornadas y compuestas  
De virtud;  
Mas en tanta multitud  
De traidoras y alevosas,  
Las buenas y virtuosas  
Son deseo de salud.  
Entre espinas  
Suelen nacer rosas finas,  
Y entre cardos lindas flores,  
Y en fiestas de labradores  
Gloriosas clavellinas.  
A buscar  
Se va el oro y á ballar  
A molares y peñascales,  
Y las perlas orientales  
En las conchas de la mar.  
Todas cosas  
Por ser raras son preciosas.  
Menos villas hay que aldeas,  
Y al respeto de las feas  
Muy pocas son las hermosas.  
Y así, son  
Las buenas, en conclusion,  
Tomadas en especial.  
No hay regla tan general,  
Que no tenga su excepcion  
A la mano;  
No se hizo para el sano  
La ciencia de medicina,  
Y una sola golondrina  
Diz que no hace verano.  
Poderoso  
Es Dios, como piadoso,  
De estas piedras que aquí están  
Hacer hijos de Abraham  
Por caso maravilloso;  
Mas si dar  
A la verdad su lugar  
Queréis, sin tocar extremos,

De lo general hab'lemos;  
Dejad lo particular.

FILENO.

Diferente  
Es en el mundo la gente;  
Hay de mas y menos dignos.

ALETIO.

Los espíritus malignos  
No son malos igualmente.

FILENO.

Vos, amigo,  
Siempre como mal testigo,  
Respondiéndome con arte,  
A la mas siniestra parte  
Interpretáis lo que digo,  
Con falsia;  
¿Qué os parece que valdria  
El hombre sin la mujer?

ALETIO.

Lo que deja de valer  
Por su mala compañía.

FILENO.

Pues ¿qué fuera  
Del hombre si no tuviera  
Mujer con quien entenderse?

ALETIO.

Si eso pudiera hacerse,  
Mucho mejor se entendera.

FILENO.

Mal quedara  
Si Dios de ella le privara.

ALETIO.

Si fuera servido de ello,  
Muy bien pudiera hacello,  
Y á todo el mundo librara  
De pendencia.

FILENO.

Pues si Dios con su sapiencia  
Las mujeres ordenó,  
No sin causa nos las dió.

ALETIO.

Díónoslas por penitencia,  
Y pudiera  
No criarlas, si quisiera;  
Y ¡ojala no las criara,  
Y á nosotros nos formara  
De otra materia cualquiera!

FILENO.

Sin mujeres  
Careciera de placeres  
Este mundo, y de alegría,  
Y fuera como seria  
La feria sin mercaderes.  
Desabrida  
Fuera sin ellas la vida,  
Un pueblo de confusion,  
Un cuerpo sin corazon,  
Un alma que anda perdida  
Por el viento;  
Razon sin entendimiento,  
Arbol sin fruto ni flor,  
Fusta sin gobernador,  
Y casa sin fundamento.  
¿Qué valemos,  
Qué somos, qué merecemos,  
Si la mujer nos faltase,  
A la cual se enderezase  
El fin de lo que hacemos  
Y pensamos?

¿Quién es causa que seamos  
Particioneros de amor,  
Que es el mas dulce sabor  
Que en esta vida gozamos?  
Quién ternia  
Cargo de la policia,  
Y cuenta particular

(27) Así Garay; los demás dicen *quedan*.



De la casa y del hogar  
Y hacienda y granjería?  
Su consuelo,  
Tan cierto, tan sin recelo,  
En nuestras adversidades,  
Trabajos y enfermedades,  
Tenemos en este suelo.  
De ellas mana  
Cuanto bien el hombre gana,  
Y ellas son la gloria de ello,  
La guarda, firmeza y sello  
De nuestra natura humana.

ALETIO.

Bien está;  
No habéis mas de eso ya;  
Que yo os quiero conceder  
Que las hemos menester,  
Como otras cosas, acá,  
De que usamos:  
Bestias en que caminamos,  
Animales que comemos,  
Aihajas que poseemos  
Y casas en que moramos.  
Cada cosa  
Es mas y menos preciosa,  
Segun en su calidad,  
Y en nuestra necesidad  
Nos puede ser provechosa;  
Y en su sér  
Tambien tiene la mujer  
Lo que todos saben de ella;  
Mas no para encarecella  
Como vos queréis hacer;  
Que loada,  
Luego queda levantada,  
Cobrando nueva locura,  
Y sale del andadura  
En medio de la jornada,  
Y tropieza.  
En fin, es tan mala pieza  
De la haz y del envés,  
Que si la echáis á los piés,  
Se nos sube á la cabeza (28).  
Es razon  
Que sirvan de lo que son,  
Como caballos de caza  
O como yeguas de raza,  
Para la generacion.  
Vanidad  
Es de nuestra humanidad  
Andar tras sus calabazas,  
Y llevarlas por las plazas  
En pompa y autoridad (29).

FILENO.

¿No miráis,  
Aletio, que despreciais  
Lo que todo el mundo estima,  
Y lo que ha de estar encima  
Por el suelo derribais?  
No hay señor  
Tan grande ni emperador  
Que á mujeres no haya sido  
Inclinado y sometido  
Por gozar de su favor  
Y aficion;  
Y tras esta obligacion  
Van debajo de sus leyes  
Grandes, principes y reyes,  
Como lo fué Salomon  
Poderoso,  
Y su padre glorioso,  
Gran rey de Jerusalem;  
Hérodes despues tambien,  
Y el gran Hércules famoso,  
Y otros tales.

(28) Fernandez: Se subirá en la cabeza.

(29) Así Garay; otros dicen *con*.

ALETIO.

Pero no decís los males  
Que sacaron de querellas;  
Y al fin fin usaban dellas (30)  
Como de otros animales  
En manadas;  
Ascondidas y encerradas (31),  
Como se hace en Turquía,  
Do las tienen noche y dia  
En el serralte guardadas,  
Sin les dar  
Aparejo ni lugar  
De ser vistas ni de ver,  
Por quitarles el poder  
De bullir y trafagar.

Casadas.

FILENO.

Mejor fuera  
Que cualquier de esos tuviera,  
Segun usamos agora,  
Una sola por señora,  
Por mujer y compañera  
De su nido,  
En quien tuviese imprimido  
Su corazon todo entero,  
Porque el amor verdadero  
No debe ser repartido.

ALETIO.

Ya sería  
No mala tal compañía  
Si en una mujer hallase  
El hombre lo que buscasc,  
Y fuese la que él querría  
Y desea;  
Que, puesto caso que sea  
Mas hermosa que fué Elena,  
No le basta si no es buena,  
Ni buena, si fuere fea,  
O en secreto  
Tiene algun otro defecto  
Que por deluera se calla,  
Pues pocas veces se halla  
Cuerpo de mujer perfecto;  
Y á quien toca  
Gustarlo no tiene poca  
Necesidad de ventura,  
Porque no hay suerte segura  
Desde los piés á la boca.  
Y por esto,  
Como daño manifesto,  
Se debrian (por ley nueva)  
Dar las mujeres á prueba,  
Si no fuese deshonesto.  
Un caballo,  
Que, como hoy puedo comprarlo,  
Puedo mañana vendello,  
Me dejan reconocello  
Y corrello y paseallo.  
La mujer,  
Con quien he de padecer  
Hasta el fin de la jornada,  
Dánmela á carga cerrada,  
Habiendo tanto que ver  
Y tentar;  
De do suelen resultar  
Muchos casos desastrados  
A los miseros casados  
Que se dejan engañar  
Del diablo.  
En razon de esto que hablo  
Pongo por comparacion  
Un rey que tiene un monton  
De caballos en su establo,

(30) Así Garay y Velasco; Fernandez pone este verso:  
Y al fin usaban de ellas.

(31) Así Garay; otros ponen:  
Escondidas y encerradas.

Y acaece  
 Entre ellos, cuando se ofrece  
 Necesidad de buscarle,  
 No haber uno en quien se halle  
 Todo lo que pertenece.  
 ¿Que hará  
 El desdichado que está  
 Preso en una yegua sola,  
 De cuya boca ni cola  
 Ningun sabor se le da?  
 Un pobreto  
 Que por verse así sujeto  
 Le tomó nueva codicia,  
 Delante de la justicia  
 Diz que fué puesto en aprieto  
 Y acusado.  
 Probósele ser casado  
 Cinco, seis ó siete veces,  
 Por lo cual de los jueces  
 A muerte fué sentenciado;  
 Y al sacar  
 Para llevarle á ahorcar,  
 El juez le preguntó:  
 «Mal hombre, ¿qué te movió  
 Tantas veces á quebrar  
 Tan sin tiento  
 Las leyes del casamiento?  
 Di, ¿no te bastaba á ti  
 Una mujer, como á mí,  
 Como el santo sacramento  
 Nos lo ordena?»  
 Respondióle muy sin pena,  
 Como quien del se burlaba:  
 «Si bastaba, y aun sobraba;  
 Mas yo buscaba una buena  
 Sin pecado:  
 Y estaba determinado,  
 De lo cual no me arrepiento,  
 De no parar hasta ciento;  
 Mas vos me habeis atajado.»

FILENO.

Son habilllas,  
 Que en la forma de decillas  
 Se conocen, y siente  
 Cuán apasionadamente  
 Os moveis á referillas;  
 Y dejadas  
 Aparte las lastimadas  
 De esa lengua mordedora,  
 Señaladamente agora  
 Decís mal de las casadas,  
 No mirando  
 Que lo que así murmurando  
 A las mujeres ofende,  
 Por los maridos se entiende,  
 Que han de ser de su bando,  
 Pues les dais  
 Causa con lo que hablais  
 De ser vuestros enemigos.

ALETIO.

Antes me serán testigos  
 De lo que vos me negais,  
 Pues lo saben;  
 Que, caso que las alaben,  
 Vencidos de su placer,  
 No dejan de conocer  
 Los vicios que en ellas caben.

FILENO.

Bien lo creo;  
 Mas con todo eso, los veo  
 Satisfechos y contentos.

ALETIO.

No veis vos sus pensamientos,  
 Voluntades y deseo  
 Y gemidos.

FILENO.

No son todos los maridos  
 De una suerte bien tratados.

ALETIO.

Ni querría mas ducados  
 De los que hay arrepentidos.

FILENO.

Posible es  
 Que se hallen mas de tres  
 De contrarios pareceres.

ALETIO.

Sin culpa de las mujeres  
 Muy pocos dan de través  
 No forzados;  
 Mas aunque viven pagados  
 Y contentos tras sus muros,  
 No por eso están seguros  
 De no vivir engañados  
 Y sujetos;  
 Avisados y discretos  
 Y bienquistos pueden ser,  
 Mas no llegar á saber  
 De ellas y de sus secretos  
 La mitad;  
 Y vos, Fileno, pensad  
 Y creed, una por una,  
 Que hay muy pocas ó ninguna  
 Que diga entera verdad  
 Por natura.

FILENO.

Eso será, por ventura,  
 A los que ellas bien no quieren.

ALETIO.

Y aun con los que bien quisieren  
 Nunca falta dobladura.  
 Su querer  
 No les puede defender  
 De mentira todas veces.  
 Porque ellas y sus dobleces  
 No se pueden entender.  
 Su aticion  
 No nos salva de pasion,  
 De rencillas ni de enojos,  
 Porque les toman antojos,  
 Con que meten en quistion  
 Y enidados  
 A los mas de ellas amados;  
 Y nunca les faltan duelos  
 Con mil achaques y celos  
 Que de ellas son demandados.  
 Mala ó buena,  
 Nunca deja de dar pena  
 Con quejas y liviandades,  
 Bajezas y poquedades,  
 De que está la casa llena.  
 Si es hermosa,  
 Es soberbia y peligrosa,  
 Y si fea, aborrecible;  
 Si generosa, terrible;  
 Y si sabia, desdeñosa;  
 Y si fuere  
 Honesta cuanto quisiere,  
 ¿Qué vale si es desgraciada  
 Ó mal acondicionada  
 Con el hombre que tuviere,  
 Ó viciosa,  
 Desperdiciada, costosa,  
 Granjera de la ceniza,  
 Ó liviana antojadiza;  
 Que entre ellas es una cosa  
 Muy usada?  
 Una dueña, diz que honrada,  
 Mujer de pompa y arreo,  
 Adoleció de deseo  
 De una saya verdugada  
 Muy lozana,  
 Y, á su parecer, galana,  
 Que yendo á la iglesia vió,  
 De que luego le tomó  
 Infinitísima gana;  
 Y tornada  
 A casa muy congojada,  
 En sentándose á comer,

Comenzóse á entristecer  
 Y mostrar muy fatigada.  
 No comia,  
 Mas suspiraba y gemia;  
 Y como que enferma estaba,  
 La causa disimulaba  
 De la pasión que tenía.  
 El marido,  
 Congojado y afligido  
 De tan súbito accidente,  
 Cuanto ella estaba doliente  
 El estaba dolorido  
 Y cuitado;  
 Y con temor y cuidado  
 Que fuese el daño mayor,  
 Envio por un dolor,  
 Médico muy señalado,  
 Conocido,  
 El cual, muy presto venido,  
 A la mujer se llegó,  
 Y los pulsos le tocó  
 Muy atento y sin ruido;  
 Y así, yendo  
 Después de eso procediendo  
 Por sus preguntas sabidas  
 Las causas bien entendidas,  
 Luego fué reconociendo  
 La dolencia;  
 Y por hacer experiencia  
 De lo que así conoció,  
 Al marido se volvió  
 Con alegre continencia,  
 Y muy quedo  
 Le dijo: « No tengáis miedo  
 Que de este mal muera ya  
 Vuestra mujer, ó no habrá  
 Mercaderes en Toledo.  
 Su pasión  
 Procede del corazón;  
 Y, á mi parecer, sería  
 Menester darle alegría  
 Y alguna recreación  
 Y consuelo.  
 Compradle sin mas recelo,  
 Si la quisierdes ver sana,  
 Seis varas de tina grana  
 Y cuatro de terciopelo (52)  
 Carmesí;  
 Y póngaselas allí,  
 Porque se alegre de verlas,  
 Algunas onzas de perlas (53);  
 Lo demás dejadlo á mí.»  
 En un punto  
 Ya estaba allí todo junto,  
 Sin momento de tardanza;  
 Y él, con sola esta esperanza,  
 Estando casi difunto,  
 Revivió;  
 Y ella luego que lo vió  
 Se le alegraron sus ojos,  
 Y cesando los enojos,  
 Doblado sana quedó.  
 ¿Qué diré  
 De cien otras mil que sé,  
 Necias, torpes y pesadas,  
 Sucias y desalinadas,  
 Sin bien, provecho ni fe?  
 Tanto mal  
 No se puede en especial  
 Relatar en poco espacio;  
 Remítolo á Juan Boccacio,  
 Torrellas y Juvenal.

FILENO.

Cierto os son  
 En muy poca obligación

Hoy, Aletio, las casadas,  
 Siendo así vituperadas,  
 Con tan falsa relación.  
 De loar  
 Son antes, á mi pesar,  
 Como buenas y discretas,  
 Que huelgan de estar sujetas  
 Por excusar de pecar,  
 Y en paciencia  
 Sufren con gran obediencia  
 Nuestras importunidades,  
 Forzando sus voluntades  
 Por no hacer resistencia  
 Ni desman;  
 No vencidas del afán,  
 Trabajos, tribulaciones,  
 Y de muchas ocasiones  
 Que los maridos les dan  
 De flaqueza;  
 Antes con mucha firmeza,  
 Nunca haciendo mudanza,  
 Muchas veces de templanza  
 Nos vencen, y fortaleza.

ALETIO.

Eso es bueno,  
 Yo lo confieso, Fileno,  
 Y es justo que me convenza  
 Que alguna vez la vergüenza  
 Del mundo les pone freno,  
 Y el temor  
 De la fama, que es mayor,  
 De quien tienen escarmiento;  
 Mas no que su pensamiento  
 Sea por eso mejor  
 O en su ser.

Doncellas.

FILENO.

Pues no puedo convencer  
 Vuestra protervia malvada,  
 Bándola por condenada,  
 Quiero también entender  
 Y sentir  
 Lo que sabréis argüir  
 Contra las simples doncellas.

ALETIO.

Habiendo tan pocas de ellas,  
 No habrá mucho que decir.

FILENO.

¿Cómo pocas?

ALETIO.

Porque, allende que de locas  
 Pecan muchas que sé yo,  
 No son todas sanas, no,  
 Las que veis andar sin tocas,  
 Ni se crean;  
 Pero dado que lo sean  
 De la haz y del envés,  
 No pueden serlo después  
 Que ya no serlo descan;  
 Ni conviene  
 Tal nombre, por bien que suene,  
 A la virgen hoba ó necia  
 Que al nombre de que se precia  
 Conformes obras no tiene.  
 Tales fueron  
 Las vírgenes que salieron,  
 Como el Evangelio cuenta,  
 Para recibir afrenta  
 Cuando los novios vinieron;  
 Que hallaron,  
 Al tiempo que despertaron,  
 Sus lámparas apagadas,  
 Y se quedaron burladas  
 Cuando á la puerta llegaron.

FILENO.

¡Gran error!  
 Siempre asíis de lo peor;

(52) Así Garay; Velasco pone:  
 Y el cuarto de terciopelo.

(53) Así Velasco; Garay escribe:  
 Si os place, algunas perlas.

Contais las cinco excluidas,  
 Y no las cinco admitidas,  
 Por quitarles el favor  
 Que merecen,  
 Pues que veis que resplandecen  
 En el cielo coronadas,  
 Y acá de todos honradas,  
 La tierra nos esclarecen,  
 No tenemos,  
 Si conocerlo queremos  
 (No siendo vos el juez),  
 Muchas del mismo jaez,  
 A quien servicio debemos  
 Y alabanza.  
 Y esta bienaventuranza  
 Que de ellas al mundo mana,  
 Es la mas alta y ufana  
 Que en esta vida se alcanza.  
 Comparadas  
 Son a las perlas preciadas  
 Y margaritas preciosas,  
 Y á las yerbas olorosas  
 En los jardines criadas,  
 Y á las flores  
 Adornadas de colores,  
 Y al alba clara, serena,  
 Y á la linda luna llena,  
 Y al sol con sus resplandores,  
 Y á los prados  
 Floridos y no bollados,  
 Y al verano sin estío,  
 Y al delicado rocío  
 De los campos apartados,  
 Y á las aves,  
 Que con sus cantos suaves  
 Y sabrosas melodias  
 Hacen mas dulces los dias,  
 Y las noches menos gravez.  
 Tales son,  
 Haciendo comparacion,  
 Las doncellas de valor,  
 De quien mana á Dios loor  
 Y al mundo consolacion.

ALETIO.

Su partido  
 Es de vos favorecido  
 No poco pertinazmente;  
 Mas, pasado este accidente,  
 Quedaréis arrepentido.

FILENO.

No me curo  
 De amenazas de futuro  
 En tanta prosperidad;  
 Yo sé que digo verdad,  
 Lo cual me hace seguro  
 Y contento  
 De tal arrepentimiento,  
 Pues cuanto mas las alabo,  
 Tanto menos hallo el cabo  
 De tanto merecimiento.  
 Adornado  
 Está todo lo poblado  
 Del estado virginal,  
 Como sobre otro metal  
 Resplandece lo dorado.  
 No valiera,  
 Si de este don careciera,  
 Nuestra vida un caracol;  
 Fuera claridad sin sol  
 Y vestidura prosera.  
 Cesaria  
 Sin ellas la policia,  
 Las galas y los arreos,  
 Y las justas y torneos  
 Superflua cosa seria.  
 Los primores  
 Que nacen de los amores  
 Perderian su sabor,  
 Despojándose el amor  
 De sus honestos ardores  
 Y sus llamas.

Los palacios sin las damas  
 Serian cuerpos pintadas,  
 Jastamente comparados  
 A los arboles sin ramas.  
 Ellas dan  
 Nuevo espíritu al galan,  
 Con que muestre lo que vale;  
 De ellas le resulta y sale (34)  
 En el peligro y afan  
 Valentia;  
 Ellas son nuestra alegría,  
 Porque son nuestro tesoro;  
 Siendo las mujeres oro,  
 Estas son la pedreria.

ALETIO.

No condeno  
 De todo punto, Fileno,  
 Vuestra razon, pues la escucho.  
 Vos habeis hablado mucho,  
 Y es fuerza haber algo bueno;  
 Pero, dado  
 Que fuese todo brocado  
 Lo que por vos se nos vende,  
 De las doncellas se entienda  
 En quien va bien empleado,  
 De las cuales,  
 Por motivos naturales  
 Y reglas de astrologia,  
 Hay hoy muy gran carestia,  
 Y muchas menos leales  
 Que pensais,  
 Caso que lo que hablais  
 Oro fino se os antoja;  
 Pero volviendo la hoja,  
 Luego veréis cómo vais  
 Muy errado;  
 Mas vos, como enamorado  
 Y á vuestra pasion sujeto,  
 Juzgais lo blanco por prieto  
 Y lo azul por colorado.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

¿Por qué me quereis aquí  
 Dar á entender una cosa  
 Por muy sana y muy sabrosa,  
 Bonde muchas veces vi  
 Quebradma?  
 Bien que lo que se murmura  
 De ellas se disculpa en parte,  
 Porque si pecan por arte  
 Es vicio de su natura  
 Halagüena,  
 Que en naciendo las enseña  
 Desgaires y damerias  
 Y otras mil hipocresias,  
 Con que el hombre se desdeña  
 O se envicia  
 Cuando al amor se acodicia;  
 Porque en sabiendo hablar  
 Comiezan á tranpear  
 Y á descenbrir la malicia  
 Que salió  
 Del vientre que las formó,  
 Apegada como tina.  
 Si no, mirad una niña  
 Que há dos años que nació,  
 Si burlando  
 O con ella retozando  
 Le tocáis en el cabello,  
 No se hace caso de ello,  
 Antes lo sufre callando  
 Sin rilar;  
 O en cualquier otro lugar,  
 No siendo de los vedados,  
 No se le da dos cornados

(34) Así Garay; Velasco pone:

De ella se resulta y sale.

De cuanto queráis tocar;  
 M. s si yendo  
 En el juego procediendo,  
 Le tocáis en las tetillas,  
 Luego siente las cosquillas,  
 Y os rehusa sonriendo  
 Muy contenta;  
 Y creciendo en esta cuenta,  
 Cuando llega á los diez años  
 Ya saben puntos y engaños  
 Mas que un hombre de cuarenta.  
 Pues llegada  
 A los trece, aun siendo nada,  
 Ya se repica de dama,  
 Y se engrilla, aunque no ama,  
 A holgar de ser tentada (32)  
 Por amores,  
 Y de tener servidores  
 Y de saber despachallos,  
 Y á veces acariñallos  
 Con sus ojitos traidores  
 Retorcidos;  
 Y con todos sus sentidos  
 Hace ya de allí adelante  
 Guerra cruel al amante,  
 Y tapalle los oídos  
 Y los ojos,  
 Y causarle mil enojos  
 Con desdenes y desvíos,  
 Locuras y desvarios,  
 Y burlas y trampantojos  
 Setecientos,  
 Y dar sus entendimientos  
 A solo parecer bien,  
 Aunque no tengan á quien  
 Apliquen sus pensamientos  
 Y atenciones;  
 Y entre estas conversaciones  
 Y tratos de liviandad  
 Aprenden tanta riuidad,  
 Que lo callan mis renglones,  
 Por razon  
 De mas de la inclinacion  
 Que el diablo se lo dice;  
 Mas aunque él no las atice,  
 Lo sacan por discrecion.

FILENO.

Muy contrario  
 Es, Aletio, lo ordinario  
 De todo el mundo, á mi ver,  
 De ese nuestro parecer,  
 De doncellas adversario  
 Y enemigo;  
 Y si queréis ser testigo  
 De la verdad sin pasion,  
 Contra vuestra relacion  
 Confesaréis lo que digo,  
 Pues negar  
 No podéis que si loar  
 Alguna cosa queremos,  
 A una dama la solemos  
 Por mas gloria comparar.

ALETIO.

Yo os concedo  
 Ser así; mas lo que puedo  
 De esos chistes colegir  
 Son maneras de decir  
 Como rábanos de Olmedo,  
 Por la fama.  
 No es lo mesmo que se llama  
 Todas veces lo que oímos,  
 Y menos cuando decimos:  
 «Es cortés como una dama.»

FILENO.

¿Por qué via?

ALETIO.

Porque la descortesia  
 Del desprecio y del desden,  
 No sé yo gentes en quien  
 Mas que en ellas reina hoy día  
 La locura,  
 Presuncion de hermosura,  
 Esquividad y aspereza,  
 Salvo cuando las aveza  
 Amor á tener dulzura  
 Y caridad.

FILENO.

Eso no es esquividad  
 Ni desprecio desdenoso,  
 Sino celo virtuoso  
 De guardar su honestidad  
 Y concierto;  
 Y vos los hacéis gran tuerto  
 En juzgar tan al revés.

ALETIO.

Menos digo de lo que es,  
 Porque todo no lo acierto  
 A relatar,  
 Bien que por disimular  
 Con su honra así lo hacen;  
 Mas á los que las aplacen,  
 No se les saben mostrar  
 Descorteses.  
 Los enojos y reveses  
 No son á todos iguales,  
 Porque ellas son animales  
 De una haz y dos cuveses.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

Por lo que mil veces vi  
 En ellas por mi fortuna,  
 Y especialmente con una  
 Que por mi mal conocí.  
 Mi pecado  
 En cierto tiempo pasado  
 Me mostró tras un canton  
 Un diablo en condicion,  
 En ángel transfigurado;  
 Una estrella  
 Que pintar cosa mas bella  
 A lo que fuera se via,  
 Pintar ninguno podria,  
 En figura de doncella.  
 A gran pena  
 Pudo ser la linda Elena  
 Mas linda siendo muchacha,  
 Si no se tiene por tacha  
 Ser un poquito morena.  
 Gesto era  
 Que á cualquier hombre pudiera  
 Mover á nuevos antojos,  
 Y especialmente sus ojos,  
 Hermosos sobre manera.  
 Su beldad  
 En tan nueva y tierna edad,  
 Y el semblante de su cara,  
 A cualquiera asegurara  
 De su engaño y falsedad.  
 Yo, espantado  
 De gesto tan extremado  
 Y tan digno de querer,  
 No me pude contener  
 De quedar enamorado  
 Y vencido;  
 Y sintiéndome herido.  
 Fui forzado á procurar (36)  
 Los medios que suele usar  
 Un enfermo de Cupido.  
 Mas, tentadas  
 Mis humildes embajadas

(35) Así Garay; Velasco y Fernandez leen:

Ya se engrie, aunque no ama,  
 Y huelga de ser tentada.

(36) Así Garay; Velasco escribe:

Fué forzado procurar,

Con cartas y con promesas,  
 Todas salieron aviesas,  
 Por ella menospreciadas,  
 Y muy brava.  
 Yo, triste de mí, pensaba,  
 Viendo la dificultad,  
 Que de su simple bondad  
 El disfavor me manaba;  
 Y sufría  
 Mil angustias cada día  
 Alongado de esperanza,  
 Por la gran desconfianza (57)  
 Que su virtud me ponía;  
 Y en paciencia  
 Encubriendo mi dolencia,  
 Al cabo de muchos días  
 Alcancé por ciertas vías  
 A saber de cierta ciencia  
 No ser todo  
 Oro fino, sino lodo,  
 Aquello que reñecía,  
 Y que la dama tenía  
 Un disimulado modo  
 De tratar,  
 Dando á unos rejalgar  
 Y á otros dulces bocados,  
 Caso que en ser repelados  
 Todos iban á la par.  
 Avisado  
 Yo de esto, como penado,  
 Procuré, que no debiera,  
 Por medio de una tercera  
 De probar de nuevo el vado  
 De la vida,  
 Por gozar de recaída  
 De cosa tan deseada,  
 Y tomarla de quebrada,  
 Pues no pude de herida.  
 La respuesta  
 De mi segunda requesta  
 Vino un poco mas graciosa,  
 Sobre falsa, algo piadosa,  
 Y tirana sobre honesta;  
 Do mandó  
 Que cuando le pareció,  
 Como mujer de experiencia,  
 Ser tiempo de darme audiencia,  
 Al fin, al fin, me la dió,  
 Muy rogada,  
 Mostrándose tan turbada,  
 Que cualquier necio creyera  
 Ser aquella la primera  
 Vez que se vió colorada  
 Y vergonzosa;  
 Con lo cual, sobre hermosa,  
 Tan hermosa parecía  
 Y tan buena, que hacía  
 Ser la fama mentirosa;  
 Y así yo  
 No creía, loco, no,  
 Ya lo que se publicaba.  
 Porque el amor me quitaba  
 La sospecha que me dió;  
 Y ella era  
 Tan astuta y tan arteña,  
 Que bastaba por su parte  
 A disimular por arte  
 Mil delitos que hiciera;  
 Hasta que  
 Un poco mas la traté.  
 Y en ciertas veces que así  
 Nos juntamos conoci  
 A do llegaba su fe  
 Refalsada,  
 Y sentí que era taimada,  
 Y aunque muchacha, muy fina  
 Ave nueva de rapina.  
 En otras partes cebada;  
 Y vi claros

Sus pensamientos avaros  
 Y dichos engañadores,  
 Vendíendome los favores  
 Muy escasos y muy caros (58),  
 Dilatando,  
 No me asien lo ni soltando  
 Ni neganda voluntad,  
 Mas falta de libertad  
 Por su disculpa tomando,  
 No lo siendo;  
 Algunas veces fingiendo  
 Lágrimas nunca vertidas,  
 Que me fuesen referidas,  
 Per mas prenderme mintiendo,  
 Por tercero,  
 Trayéndome al retortero  
 De suerte, que conocía  
 Que por las botas lo había  
 Mas que por el escudero;  
 Bien que daba  
 Muestras con que me engañaba:  
 Con los ojos me hería,  
 Con la boca me vendía,  
 Con las manos me robaba (59).  
 Yo, cautivo,  
 Ni bien muerto ni bien vivo,  
 Aun tenía otro pesar,  
 De no la poder hablar  
 En la lengua que lo escribo.  
 Y así andando  
 A oscuras y tropezando,  
 Nunca al vado ni á la puente,  
 Ni bien sano ni doliente,  
 En los amores soñando  
 Comenzados,  
 De mi parte muy penados,  
 Leales y verdaderos,  
 De la suya lisonjeros,  
 Falsos y disimulados,  
 Sucedió  
 Que su madre adoleció  
 De dolencia repentina.  
 De que la pobre mezcquina  
 Muy brevemente murió;  
 Y ella muerta,  
 Quedando casi desierta  
 Ya la casa y sin pastor (40),  
 A las locuras de amor  
 Se dió del todo la puerta,  
 Y lugar  
 Libre para negociar,  
 Y se entraron de rondon  
 Alcahuetas á monton  
 Y galanes á la par,  
 Sin recelo;  
 Y vinole por consuelo  
 Otra su hermana mayor;  
 Mayor, pero no mejor  
 Ni de mas honesto celo  
 De su fama.  
 Allí viérades la dama,  
 Entre aquellas sus cuadrillas,  
 Hacer grandes maravillas  
 Desde el palacio á la cama,  
 No turbada  
 De verse tan rodeada  
 De gente que combatía;  
 Antes con su lozanía  
 Baha muy asegurada  
 Facultad  
 De decirle en puridad (41)

(58) Así Garay; Velasco pone *claros*.(59) Sigo á Garay; Velasco y Fernandez escriben:  
Con las manos maltrataba.(40) Así Garay; las otras ediciones ponen:  
Y la casa sin pastor,  
A las locuras de amor  
Se dió, teniendo la puerta  
Y lugar, etc.(41) Así Garay; Velasco y Fernandez escriben:  
Decirle con puridad.(57) Así Garay; Velasco pone *muy*, en vez de *la*.

Sus conceptos cada uno,  
 No desechando á ninguno  
 Ni diciéndole verdad.  
 Tal andaba  
 En las tramas que tramaba,  
 A su parecer secretas,  
 Que las mismas alcahuetas  
 Mintiendo desbarataba.  
 Ya las niñas  
 Por las contrarias esplas  
 Andaban desatinadas,  
 Yendo las manos cargadas  
 Y tornándolas vacias.  
 Yo sentia  
 Mas novedad que solia,  
 Mas faltas y mas errores,  
 Porque los competidores  
 Uno á otro se impedía;  
 De los cuales  
 Uno de los principales,  
 Que debiera serme fiel,  
 Me hizo guerra cruel  
 Por medios interesales,  
 Por su mal,  
 Porque luego otro no tal  
 Me dió de él justa venganza  
 Mal segura es la privanza  
 Del que en mujer no leal  
 Se fiare,  
 Y á su prójimo dañare;  
 Porque, segun el refran,  
 Matarás y matarte han,  
 Y á quien á ti te matare.  
 La garrida,  
 Con tales formas de vida,  
 Tan ajenas de doncella,  
 Siempre á su parecer de ella  
 Por virgen era teuida.

FILENO.

Enfadado  
 Me teneis y muy cansado,  
 Aletio, con vuestro cuento,  
 Y de estar vos descontento,  
 Viene estar apasionado (42)  
 Con dolor  
 De la falta de favor  
 Que en esa moza sentistes,  
 Porque vos no le caistes  
 En mas gracia ni sabor;  
 Mas si os fuera  
 Agradable y placentera,  
 Favorable y amorosa,  
 Dijérais otra cosa,  
 Y otro mundo os pareciera  
 De dulzura;  
 Mas no teniendo ventura,  
 Los golpes que estando bravo  
 Habeis de dar en el clavo,  
 Los dais en la herradura.

ALETIO.

Algo hay de eso,  
 Fileno, yo lo confieso;  
 Porque quien nos da ocasion  
 De despecho y de pasion  
 Es en culpa del exceso (43),  
 Ni hay quien diga  
 Bien de semejante amiga;  
 Mas aunque bien me quisiera,  
 No por eso careciera  
 De molestia y de fatiga (44).  
 Sinsabores  
 Es fruta de los amores,  
 Por muy bien que se maticen,

Porque ya sabeis que dicen  
 «Por un placer mil dolores.»  
 Ni consiento  
 Que vos tengais pensamiento  
 Que del mal que habeis oido  
 Toda la causa haya sido  
 Mi poco merecimiento;  
 Porque habia,  
 Al tiempo que lo sufría  
 De esta que mal me trataba,  
 Otra mejor que me amaba,  
 Mas que ella me aborrecia,  
 Sin faltar  
 Un punto de me mostrar  
 Con verdad y diligencia  
 Toda la benevolencia  
 Que se puede desear;  
 De la cual,  
 Siéndome tan liberal,  
 Hay causa de decir bien;  
 Pero no faltará quien  
 La tenga de decir mal,  
 Porque á mí,  
 Bien que se me daba así,  
 Permittiéndolo mis hados,  
 Otros de ella eran tratados  
 Como de estotra yo fui;  
 Y aun alguno  
 Que en parte por importuno  
 Con la primera valió,  
 De esta segunda quedó  
 De todo favor ayuno.  
 Mas aun esta,  
 Estando siempre muy presta  
 A quererme sin dobleces,  
 No me dejó muchas veces  
 De ser pesada y molesta.  
 Y así va,  
 Porque pongamos fin ya  
 Al hablar de las doncellas,  
 Que el que menos cura de ellas  
 Mejor librado será;  
 Porque, dado  
 Que seais de ellas amado,  
 Hay dos mil inconvenientes  
 De madres y de parientes,  
 Con que andais embarazado  
 Y alligido.  
 Pues si sois aborrecido,  
 ¿Qué mayor mal y mancilla  
 Que andar tras una loquilla  
 Desvelado, enloquecido  
 Por do quiera,  
 O tras una bestia fiera,  
 Desgraciada, zahareña,  
 Preciando á quien os desdeña,  
 Sirviendo do no se espera  
 Galardon?  
 Y si os cobran aficion,  
 Luego sin comedimiento  
 Os demandan casamiento  
 Y os meten en tentacion.

Monjas (45).

FILENO.

Dicho habeis,  
 Aletio, cuanto sabeis  
 De las doncellas seglares,  
 Y cosas particulares,

(45) Todo este pasaje, que trata de las monjas y de su mal vivir en aquel tiempo, solamente se halla en las ediciones de Venecia y Alcalá, y tal vez en alguna otra que no conozco. La Inquisicion mandó suprimir este pedazo de la obra de CASTILLEJO en las ediciones posteriores. Yo reimprimí los trozos mas importantes en nota al capítulo 17 de mi *Exámen filosófico de las principales causas de la decadencia de España* (Cádiz, 1852). Mi sabio amigo mister Tomás Parker los ha reimpresso en la página 149 de la elegante y fiel traducción que ha hecho de este libro (Londres, 1855.)

(42) Otras ediciones dicen:  
 Viene á estar apasionado.  
 (43) Velasco lee:  
 Es la culpa del exceso.  
 (44) Velasco pone:  
 De molestia ni fatiga.

Con que mas las ofendéis.  
Pues dejadas  
Estas ya por agraviadas  
Tan sin causa y tan sin tiento,  
Mostrad vuestro atrevimiento  
Tambien contra las sagradas.

ALETIO.

¿Cuáles son?

FILENO.

Las que están en religion,  
Ya del mundo despedidas,  
Ocupadas y metidas  
En obras de devocion  
Solamente,  
Con vida muy continente,  
Sin trálagos y lisonjas.

ALETIO.

Ya sé que se llaman monjas  
Y que es peligrosa gente.

FILENO.

¿Peligrosa?

ALETIO.

Peligrosa y deseosa,  
Y aun, si mas quereis que os diga,  
Alguna no muy amiga  
De la vida religiosa.

FILENO.

¿Cuál es esa?

ALETIO.

Alguna que, aunque profesa,  
Tomaria por partido  
Servir mas á su marido  
Que obedecer su abadesa.

FILENO.

Mal hablais;  
Parece que despreciais  
Aquel religioso estado.

ALETIO.

No confieso tal pecado.  
Y vos me lo levantais;  
Antes digo  
Que apruebo y alabo y sigo  
La religiosa doctrina,  
Y al que á ella no se inclina  
Le tengo por enemigo  
De la fe.

FILENO.

Pues luego, Aletio, ¿por qué  
Decís mal de las pobretas  
A la religion sujetas?

ALETIO.

Solo digo lo que sé  
Besta cuenta,  
Que habrá mas de cuarenta  
Discretas, nobles, hermosas,  
Y aun algunas generosas  
Que pudieran sin afrenta  
Ser señoras,  
Y querrian muchas horas  
Verse mas en sus posadas,  
Por aventura casadas,  
Que quizá verse prioras  
Del convento;  
Porque sobre el fundamento  
De nuestra natura humana,  
Les acrecienta la gana  
El mismo defendimiento,  
Por estar  
Donde para desear  
Lo que pide el apetito  
Tienen lugar infinito,  
Y poco para gozar.

FILENO.

No mirais,  
Aletio, que os condenais  
En lo que dellas decís,  
Pues con lo que las herís,

Con eso las alabais,  
Confesando  
Que padescen, descando,  
Ansias y necesidad,  
Contra su fragilidad  
De continuo peleando,  
Y en paciencia,  
En vigalias y abstinencia  
Y officios santos y buenos,  
Por los pecados ajenos  
Hacen allí penitencia  
En la edad  
Que se suele la hieldad  
Gozar con la juventud,  
Y prefieren la virtud  
A la propia voluntad,  
La razon  
Al deseo y afecion.  
Lo grave á lo deleitoso,  
Y lo amargo á lo sabroso,  
Teniendo con su pasion  
Sufrimiento;  
Cuanto mas que son sin cuento  
Las que en ser monjas se arrean,  
Y en aquello solo emplean  
Todo su contentamiento,  
Sin pensar  
En querer ni desear  
Cosa en que haya resistencia,  
Sino en sola su obediencia,  
Y en ella perseverar  
Sin graveza.  
Pues mirada la flaqueza  
Del estado mujertil,  
Apenas el varoail  
Usa de tanta firmeza  
Y constancia.

ALETIO.

Por Dios, que les es ganancia  
Ser vos su procurador,  
Y que sois buen orador,  
Si tal fuese la sustancia  
Que tratáis;  
Y ¡ojalá lo que hablais  
Fuese siempre así. Fileno,  
Y todo fuese tan bueno  
Como vos lo imaginais  
En ausencia,  
Como hombre sin experiencia  
Y cosa de léjos vista,  
Engañado por la vista  
Y por sola la apariencia  
Lisonjera;  
Testigo de lo de fuera,  
Pero no de lo de dentro,  
Sin peligro del encuentro,  
Porque veis de talaquera!  
Dios os guarde  
Del mal que en algunas arde,  
De sus temas y porñas,  
Contiendas y banderías,  
Cuando salen en alarde  
Sus pasiones,  
Con muy grandes escuadrones  
De envidias, odios, cosquillas,  
Diferencias y rencillas,  
Y corajes y quistiones  
Y barajas.  
Por el fuero de dos pajas  
Sostienen enemistades,  
Que aun al fin de sus edades  
Las llevan en las mortajas  
Apegadas.  
Despues que una vez airadas  
Se desaman ó baldonan,  
Con dificultad perdonan,  
Aunque vayan incluinadas,  
Sometidas;  
Al sacramento rendidas,  
Queriendofe rescibir,  
Algunas podria ser ir,



No del todo arrepentidas,  
Perdonando.  
Al tiempo que están rezando  
O cantando sus maitines,  
Allí suelen los chapines  
Alguna vez ir volando  
Por el coro.  
No hay saña de ningún moro  
Que haga tal impresion,  
Ni braveza de leon,  
Onza ni tigre ni toro  
Ni de alano,  
Ni con Héctor el troyano  
Fué tanto el furor de Aquiles,  
Ni el de las guerras civiles  
Que nos escribe Lucano  
De romanos,  
Ni de aquellos dos hermanos  
De Tébas y de sus llamas,  
Cuanto son los destas damas  
Cuando llegan á las manos (46).  
Y el rencor  
Crece con el desamor,  
Viendo delante contino  
Por objeto y por vecino  
El bando competidor  
Faz á faz,  
Con que se turba la paz  
Detrás de aquellas cortinas,  
Aunque están, como gallinas,  
Metidas en alcahaz.

FILENO.

Desbocado  
Vais, Aletio, y muy sobrado  
Contra quien no os lo merece,  
Sabiendo bien que acaece,  
Sin ser caso reservado,  
Algun momento  
Que por un desabrimiento  
Haya alguna inquietud  
Donde hubiere multitud  
De gentes en un convento,  
Y ocasion  
Honesta de disension,  
Como sabeis que la hubo  
Entre los mismos que tuvo  
Cristo en su conversacion.

ALETIO.

Diferencia

Hay de esa desavenencia  
A la de estas mis señoras,  
Que la tienen todas horas  
Con puntos y competencia  
De dolor,  
Hasta llegar el furor  
A venir á los cabellos.

FILENO.

Tambien entendieron elles  
Sobre cuál era mejor.

ALETIO.

Fué un nublado  
De simple pecho engendrado,  
Deshecho luego en el viento;  
Mas estotro encendimiento  
No puede ser apagado,  
Ni se cierra  
El postigo de la guerra  
En tales siervas de Dios,  
De quien habrá mas de dos  
Sobre la haz de la tierra.  
Y aun os digo  
Que, en falta de otro enemigo,  
Porque la paz se turbase,  
Que hay alguna que holgase  
De no tenerla consigo.  
Sus conquistas,  
De las unas por baptistas,  
A que son alicionadas,  
Suelen llegar á puñadas  
Contra las evaageistas,  
Sus contrarias,  
Inmortales adversarias.  
Ved si fueron los san Juanes,  
Al cabo de sus alanes  
Y fatigas ordinarias,  
Bandoleros;  
Mas, si no son caballeros,  
A las monjas no les placen,  
Y desta causa los hacen,  
Después de muertos, guerreros  
Con espada.  
Y á la bienaventurada  
Magdalena, aunque mujer,  
Hombre la quieren hacer,  
Viendo ser apostolada;  
Y en sus cantos  
No les basta darle tantos,  
Como á santa muy bendita,  
Pero quieren que compita  
Con los apóstoles santos,  
Batallando,  
Y que entre tambien en bando  
A fin de sus liviandades.  
Dejome otras liviandades  
Que quiero pasar callando,  
Por no dar  
Ocasion de os enojar,  
Ni cuenta de mas flaquezas  
Que á vueltas de las bravezas  
Las suelen aprisionar.

FILENO.

Si así fuese,  
Como por vuestro interese  
Lo decís, fuerza sería,  
Aletio, que por tal vía  
La religion padeciese,  
Recibiendo  
Tal daño; mas no lo siendo,  
Va creciendo de contino,  
Y vos por muy mal camino  
Esas cosas componiendo,  
No mirando  
Que siempre van mejorando  
Con Dios estas sus doncellas,  
Y el número santo dellas  
Mas y mas multiplicando  
Por España.  
Y una cosa es muy extraña,  
No desuada de misterios,

(46) No andaban muy en paz en aquel tiempo las gentes que iban en religion. Gaspar de Tejada, en su *Estilo de escribir cartas ensajeras cortesaneamente* (Valladolid, 1539, por Sebastian Martinez), cuenta lo siguiente: «Cerca deste lugarajo hay un monesterio, donde algunas veces voy á misa. Es de unos padres que estan en espacio. Diré á vuesamerced lo que le acaeció al superior ellos, que vino á ponellos en regla; y el cual comenzando á ordearlos, el convento ó comunidad, que en tal pararon, apelaron y motináronse; y andando en esta rebelion, cerróse la noche, y al ueno del reformador diéronle tres ó quatro cuchilladas. Al esuendo de la turba fueron allá algunos labradores á ver qué era, hallaron cerrado, y oyeron gran ruido de *fastibus et armis*, y vieron corriendo á mí á que fuese á poner paz. Yo, porque no me vieses por cobarde ó porque no me matasen villanos, licíeme on ellos, y lleváronme al monesterio. Y preguntando que qué era quello, respondieron: «Cosas de entre frailes.» Yo á ellos: «Pares, no haya mas; que no dais buen ejemplo.» Ellos á mí: «Señor, uidad con Dios; que vos no podeis alanzar el secreto destes negocios.» Yo á ellos: «Juro á tal que lo tengo de saber; porque por n sola una vez que mis ojos alcé me levantaron que había reuelio unas monjas, é segun soy desdichado, lo mismo me podria paecer agora.» Con esto sosegaron el bullicio un poco, y diéronme lugar á que saliese á una ventana y les predicase un poco. comencé el tema en romance, porque yo ni ellos no sabemos latin. «*Cuchilladas tenéis, amigo, y duélenos*, etc. Reverendo auditorio, las cuchilladas que habeis dado á fray Filano por sus pedados, tuviéradeslas vosotros, y no él. ¿Qué dirán las gentes, qué dirán los ángeles, los mártires, los confesores, que están en el celo? Y ¿qué dirá el espejo de vuestra orden de una cosa tan mala?» Con estas y otras cosas, que serian largas de escribir, los apagué por aquella noche.»

Ver llenos mil monesterios  
 Desta bendita compañía  
 Piadosa,  
 Que con vida trabajosa,  
 Ajena de libertad,  
 Conservan su honestidad  
 Y la hacen gloriosa,  
 Sin noticia  
 Del mundo ni su codicia.

ALETIO.

Mal estáis en la verdad;  
 ¿Pensáis que sola bondad  
 Las guarda, y no su malicia?

FILENO.

¿Qué decis?

ALETIO.

Esto, Fileno, que ois.

FILENO.

Oyolo, mas no lo entiendo.

ALETIO.

Entendido está, queriendo.  
 Y cierto, si lo sentis  
 A derechas,  
 Digo que son contrahechas  
 A veces sus santerías,  
 Por desmentir las espías  
 Y deshacer las sospechas  
 Y pisadas,  
 Viviendo tan recatadas  
 Como en tierra de enemigos,  
 Porque no habiendo testigos,  
 No pueden ser acusadas,  
 Ni tener  
 De se someter  
 A las lenguas que difaman,  
 Ni à las monjas que desaman  
 Dar sus brazos à torcer,  
 Ni la mano  
 Al enemigo ecreano:  
 Mas, con todas estas mañas,  
 Se les entra en las entrañas  
 El venenoso gusano  
 De Cupido,  
 Que les ablanda el sentido  
 Aunque esté como una peña,  
 Y la carne balagüena  
 Sigue luego su partido  
 Con razones  
 Que mueven los corazones  
 De las mas bravas personas,  
 Y las tornan, de leonas,  
 Ovejas en condiciones,  
 Y las ligan  
 De suerte, que se mitigan  
 Y someten à cuidados  
 Amorosos y penados,  
 Que las incitan y obligan  
 À pensar,  
 Y pensando, à desear,  
 Y deseando, à querer,  
 Y bien queriendo, à caer  
 En las ondas de la mar (47).

Y ser puede  
 Que, cuando así no sucedo  
 Por haber impedimentos,  
 Al menos los pensamientos  
 No hay torno que se los vede.

FILENO.

No lo creo,  
 Aletio, pues no lo veo,  
 Ni vos lo debéis creer;  
 Levantado debe ser  
 De algun malino deseo;  
 Ni conviene  
 Afirmarlo, pues que viene  
 De gana de decir mal.  
 Que es dolencia general  
 Y que en el mundo se tiene  
 Ya por uso  
 Patrañas son que compuso  
 Por ventura algun juglar;  
 Y queriéndolas probar,  
 Os hallaréis muy contuso.

ALETIO.

No creamos,  
 Si os place, lo que miramos;  
 Mas, segun lo que leimos,  
 Hablamos de lo que vimos,  
 Lo visto testificamos.  
 Una vi  
 En cierta tierra do ful  
 Vecino dos años buenos,  
 Con un hombre muy de menos  
 A quien dió parte de sí;  
 Y tan dada,  
 Que siendo monja encerrada,  
 Forzosamente allí puesta,  
 Del monesterio traspuesta,  
 Se le vino à la posada,  
 Do tenia  
 Por dulce la compañía  
 Que su locura le dió,  
 Mas porque ella se venció  
 Que porque él la merecia  
 Ni trataba  
 Tan bien como la gozaba;  
 Y era lástima de ver  
 Cómo tan linda mujer  
 En un hombre se empleaba  
 Tan grosero,  
 Que si llegara primero  
 Que ella el velo se tocara,  
 Pienso que no le tomara  
 Para mas que acemilero.  
 Veis aqui  
 Lo que os digo ser así,  
 Y puedo bien afirmallo  
 Mejor que no vos negallo,  
 Porque yo los conocí  
 En su morada,  
 Y la vi eabe él sentada  
 Con una saya de frisa,  
 Remendando una camisa  
 Que estaba mal baratada.  
 Y tenia  
 Otras cosas que os podria

(47) Como prueba del mal vivir de las monjas de aquel siglo, véase lo que Martin de Salinas escribía al infante don Fernando, en 22 de julio de 1524, acerca de la muerte del licenciado Vargas, tesorero general y de los consejos de Guerra y de Indias.

« Otro dia, viernes à la noche, acaeció la muerte del licenciado Vargas de la manera siguiente: parece que el dicho licenciado tenia emprendido amores con una monja en las Huélgas de Burgos, y para cumplir su voluntad habia buscado persona que le supiese guiar dentro en el monesterio, y halló un cierto carpintero que habia labrado dentro, el cual servia de mozo de caballos al dicho licenciado, y el mozo le hizo una escala con que subia por las paredes, y entraba dentro en el monesterio. A los 22 del mes pasado acordó de ir à ver su dama, y llevó consigo el mozo de caballos y un escudero suyo.... Y el licenciado entró en el monesterio, y con él el mozo de caballos; y el escudero quedó defuera. Y despues de haber holgado con su dama, queriendo salir por la

escala, sintióse un poco mal dispuesto, y no embargante esto, determinó de subir, y à los dos escalones desmayó y cayó súptitamente muerto entre la monja y su criado; y ellos, viendo de la suerte que estaba, dieron aviso al escudero, que estaba defuera, el cual entró, y no pudieron sacalle, à la cual causa hubo de ir à la ciudad, y traer sus hijos y compañía, y con cuerdas le sacaron fuera y le atravesaron en una mula, y así muerto le metieron à la alba del dia en su posada y publicaron haberse muerto en su cama de un desmayo. Y como las tales cosas no pueden ser secretas, luego se supo la verdad, y à la hora fueron secretados sus bienes, así los que consigo tenia como los que en cualquiera parte. Su fin ha sido este que à vuestra alteza escribo, y ha hecho mucho daño à su hacienda é hijos; é al presente en otra cosa no se habla en esta corte. Su majestad manda ir al obispo de Canaria à la reformacion del monesterio. » (Códice C. 71 de la biblioteca de la Academia de la Historia.)

De vista testificar,  
 Y no las quiero contar  
 Por excusar longuería  
 Sin razón;  
 Mas de ajena relación  
 Supe una vez una cosa,  
 Que, si no fué mentirosa,  
 Fué de gentil invención  
 De pecado (48):  
 Dicen que en tiempo pasado  
 Una dama de un convento  
 De harto merecimiento,  
 Cuyo nombre está callado,  
 No miró,  
 Y cuando no se cató  
 Sintió crecer la barriga,  
 Con noticia de una amiga,  
 A quien lo comunicó;  
 De la cual,  
 Como persona leal,  
 En tan terrible jornada  
 Fué servida y ayudada  
 Con corazón liberal.  
 Ella era  
 Su secreta consejera;  
 Ella la que la encubria,  
 La que por ella suplía,  
 Y al cabo fué su partera.  
 Ella daba  
 Recaudo á lo que importaba,  
 Hasta que el tiempo llegó  
 Que ver la luz deseó  
 Lo que en tinieblas estaba.  
 Y llegado,  
 Allí se hizo doblado  
 El trabajo de las dos,  
 Si no socorriera Dios,  
 Que á todo desconsolado  
 Busca y llama.  
 Estando la pobre dama  
 En dos peligros metida,  
 De una parte el de la vida,  
 Y de otra el de la fama  
 Pregonera,  
 La discreta compañera  
 Ya de antes sabiamente  
 La fingió estar doliente,  
 Y la tuvo de manera  
 Prevenida,  
 Apartada y defendida,  
 Con solamente una sarga,  
 Que al fin descargó su carga  
 Sin ser de nadie sentida.  
 Mas valió  
 Que era noche, y Dios le dió  
 Lugar para se valer,  
 Y tiempo para poner  
 En cobro lo que nació  
 Con ventura,  
 Metiendo la criatura  
 En vuelta en cierta ropita,  
 En una sutil arquita,  
 La llave en la cerradura,  
 Ordenada  
 Con tiempo y aparejada  
 Para tal necesidad,  
 Y para mas brevedad,  
 Con un buen cordel atada  
 Gentilmente,  
 Y con priesa diligente  
 Se fué con ella á un lugar  
 Do podia bien mirar  
 Cuando pasaba la gente;  
 Y en llegando,

Vió uno andar paseando  
 Calle arriba, calle abajo,  
 Que ventura se le trajo  
 Cual lo estaba descando;  
 Que allí á oscuras  
 Buscaba sus aventuras,  
 Muy callado y muy contrito;  
 Y llamándole pasito  
 Con voz llena de dulzuras  
 Y de amor,  
 Le dijo: « ¡ Ce, ce, Señor! »  
 El respondió: « ¡ Ce, Señora! —  
 ¿ Pareceos, Señor, que es hora? —  
 No la puede ser mejor,  
 Dijo él. —  
 Pues asid de este cordel,  
 Dijo ella, y desta arquilla,  
 En que ya mi hacendilla  
 Y rosarios y el joyel  
 Que sabeis;  
 Ponedlo donde quereis,  
 Y volved luego por mí  
 Al lugar que os escribí,  
 Porque allí me hallaréis;  
 Y corred. —  
 Descuelguc vuesa merced,  
 Dijo él; que es tiempo ya,  
 Y en un punto soy acá  
 A sombra de esta pared. »  
 Y tomado  
 Con sus manos el recaudo,  
 Y pensando que hurtaba  
 Bogas, y que la burlaba,  
 El al fin quedó burlado;  
 Porque yendo  
 A su posada corriendo,  
 A un amigo lo mostró,  
 Y abierto el cofre, halló  
 El pobre niño gimiendo,  
 Bien marchito,  
 Pero vivo y muy bonito,  
 Y un anillo allí con él,  
 Escondido en un papel,  
 En este tenor escrito,  
 Bien borrado:  
 « ¡ Oh vos, que llevais hurtado  
 » El tesoro que aquí va,  
 » Guardadlo, que no os será  
 » Por mí jamás demandado  
 » Ni pedido;  
 » Pero suplicoos y pido  
 » Por el ansia que me queda,  
 » Hagais de suerte que pueda  
 » Por tiempo ser conocido! »  
 El quedó  
 Corrido cuando se vió  
 Hecho por fuerza ser padre  
 Del infante, cuya madre  
 Nunca jamas conoció.

**Viudas.**

**FILENO.**

Bien sentís  
 De eso, Aletio, que decís  
 De casos así donosos,  
 Que son cuentos fabulosos  
 Como aquellos de Amadis.  
 No penseis  
 Que con ellos ofendeis  
 Las monjas santas honradas,  
 Pues se están por sí lodas (49),  
 Aunque vos las destoeis.  
 Quédense estas,  
 Y mirad si tenéis prestas

(48) En el código 113 de varios de la biblioteca de jesuitas de corte, hoy agregada á la de la real academia de la Historia, hay una relación escrita en febrero de 1545, donde se cuenta el mismo suceso de la monja y el niño encanionado como acaecido á Ehora á un platero el año anterior. La edición mas antigua que conozco de este diálogo es de Venecia (1544).

(49) Así Garay; Velasco y Fernandez ponen:

No penseis  
 Que con ellas ofendeis  
 Las doncellas no tocadas,  
 Pues se están por sí lodas.

Las manos del mal decir (1)  
Para llagar y herir (2)  
También las viudas honestas.

ALETIO.

No por cierto;  
Mas querría verme muerto  
Que á las de tal condicion  
Que honestas y cuerdas son  
Hacer agravio tan cierto.  
Mas, juzgadas  
Por esta ley, y sacadas  
Las que podeis escoger,  
No habria muchas, á mi ver,  
Que puedan ser agraviadas  
De este cuento.

FILENO.

Por Dios, que sois avariento  
De virtud y compasion,  
Pues que contra la aficion  
Mostrais el mal pensamiento.  
¿No os parece  
Que á los buenos pertenece  
Con las tristes lastimadas  
Viudas y desamparadas  
Mostrar donde se merece  
Caridad,  
Y haber de ellas piedad?

ALETIO.

En verdad yo se la he,  
Salvo aquellas que yo sé  
Que lo son por voluntad.

FILENO.

¿Hay alguna  
Tan sin bien y sin fortuna,  
Tan cruel ó tan liviana,  
Que sea viuda de gana?

ALETIO.

Mas cierto de veinte y una  
Que por sello  
No se tuercen un cabello,  
Y muchas, si se buscasen  
Y en secreto examinasen,  
Que fueron la culpa de ello.

FILENO.

Doloridas,  
Angustiadasy afligidas  
Las veo, y sin alegria,  
Llorando la compañía  
De que se hallan partidas  
En la edad  
En que mas necesidad  
Por ventura tienen de ella,  
Juntándose esta querella  
A la pena y soledad  
Que cobraron  
Cuando solas se hallaron.

ALETIO.

No os engañe su llorar,  
Porque lo suelen usar  
Con los mismos que mataron;  
Por ventura,  
O por odio que les dura,  
Tienen su muerte por buena,  
O al menos no les da pena  
Verlos en la sepultura,  
Por poder  
Mas libremente hacer  
A solas nueva moneda;  
Y la que mas llora queda  
A veces con mas placer,  
Muy pagada  
De verse ya libertada;  
Mas si alguno la visita,  
Luego está la lagrimita

En el ojo aparejada  
Por el muerto.

FILENO.

No estáis, Aletio, en lo cierto;  
Porque de estas muchas tales  
Vierten lágrimas leales,  
Sin dejar nada encubierto  
Ni fugido  
En su secreto sentido,  
Publicando con amor  
El verdadero dolor  
Que tienen por su marido,  
Como venios  
En muchas que conocemos;  
Y de las que nunca vimos,  
Por nuevas ciertas oimos  
Fidelísimos extremos  
De tristeza,  
Cual la mostró con pureza  
Y constante corazón  
Porcia, hija de Caton,  
Con grandísima firmeza.

ALETIO.

No os lo niego;  
Mas aconhortasen luego  
Las mas viudas de sus penas,  
Esas de tierras ajenas  
No las metais en el juego;  
Que son vanas,  
Muy curiosas y profanas,  
Fundadas en vanagloria,  
Por dejar de sí memoria  
Esas griegas ó romanas.  
Y al presente  
Hallaréis en el Oriente  
Y en la India occidental  
Esa costumbre bestial,  
Usos y fines de gente  
Tan perdidos  
Y á vanidad sometidos,  
Que con fiestas y placeres  
Se abraban muchas mujeres  
Cuando mueren sus maridos.  
No hablamos  
De esas, con quien no tratamos,  
Peregrinas y extranjeras,  
Sino de estotras caseras,  
Con quien damos y tomamos  
Comunmente;  
Que aunque mas las atormente  
Soledad y desconsuelo,  
Y con verdadero celo  
Queden fiel y limpiamente  
Lastimadas,  
Presto son aconhortadas,  
Al menos las de Alemania;  
Acá las de nuestra España  
Van algo mas entonadas  
De prestado;  
Mas al fin aquel cuidado  
Se les aparta y apoca,  
Quedando solo en la boca  
El nombre del mal logrado.

FILENO.

Mal seria  
Si durasen todavía  
Las congojas y dolor  
En aquel mismo tenor  
Que estaban el primer día.  
No se sigue  
Que toda viuda se obligue  
A siempre siempre llorar;  
No hay tristeza ni pesar  
Que el tiempo no la mitigue  
Y consuele;  
Y á vueltas de lo que duele,  
Siempre hay algo que hacer,  
Que les ayude á poner  
En olvido lo que suele  
Dar pasion:

(1) Sigo á Caray. De mal decir, se lee en Velasco.

(2) Leo llagar; otros escriben llegar.

La buena gobernacion  
De su casa y de sus cosas,  
Y otras obras piadosas  
Que les dan ocupacion  
Virtuosa,  
La vida triste penosa  
Con virtud aconhortando,  
Por pasatiempo tomando (5)  
La soledad trabajosa.

ALETIO.

Bien habláis ;  
Mas otra cosa olvidáis  
Con que ellas mas propiamente  
Mitigan el accidente  
Del dolor que publicáis  
Tan entero,  
Que es pasar por el primero  
Amor del otro marido,  
Y puesto aquel en olvido,  
Pensar en el venidero.  
Bien escrita  
Traen aquella muy bendita  
Sentencia consoladora:  
«La manilla de la mora  
Con mora verde se quita.»  
Y no dura  
Aquella negra tintura  
De la muerte del difunto  
Mas de llegar aquel punto  
De probar otra ventura  
Semejante ;  
De la mujer mas constante  
No se debe esperar mas,  
Porque olvidan lo de atrás  
Por ir tras lo de adelante.  
Moza ó vieja,  
Todas son de esta conseja,  
De se tornar á casar,  
Y de no lo dilatar  
Cuando hallan su pareja  
Tal con tal ;  
Muchas veces por lo cual  
Se hacen otras locuras,  
Y no pocas criaturas  
Se dejan al hospital (4),  
Desechados  
Los hijos ó maltratados,  
En poder de su padrastro,  
Sin mas respeto ni rastro  
De los padres ya pasados.  
Y entre tanto,  
Despues de aquel primer llanto,  
Mientras dura la viudez,  
Hasta que llegue la vez  
De este otro término santo,  
Son de ver  
A quien lo sabe entender  
Sus deseos, sus secretos,  
Sus desinios y concetos (5),  
Su tramar y revolver,  
Y sus cuentos,  
Motivos y pensamientos ;  
Cuanto se dice y replica,  
Cuanto se trata y platica,  
Todo huele á casamientos.  
Su ayunar,  
Sus limosnas y rezar,  
Su velar y su dormir,  
Su suspirar y gemir,  
En aquello va á parar  
De boleo ;  
Aquel es el jubileo  
Por quien hacen romerías,  
Y á veces hechicerías

Por alcanzar su deseo ;  
Y alcanzado,  
Luego sale otro nublado ;  
Por eso rogad á Dios  
Que os guarde, Fileno, á vos  
De ser con viuda casado.

FILENO.

Si se nota,  
Razon es de carta rota,  
Aletio, lo que habláis,  
Y parece que jugáis  
Con ellas á la pelota.  
Si tan dadas  
A casarse y tan penadas  
Como vos decís, están (6),  
Argumento es que serán  
Muy buenas siendo casadas ;  
De manera  
Que podrá vivir quien quiera  
Con descanso y alegría,  
Tomando por esa via  
La viuda por compañera.

ALETIO.

Muy siniestra  
Opinion es esa vuestra ;  
Y si á mi no me creéis,  
Podeis probar, y veréis  
A qué sabe la menestra  
Que os darán.  
A la hambre no hay mal pan ;  
Cuando estamos deseosos,  
Y á to dulce los golosos  
De buena gana se van.  
Y así ellas,  
Mientras saltan las centellas  
De aquel fuego y agonía,  
Con cualquiera compañía  
Ponen fin á sus querellas,  
Hasta ver  
Con el tiempo y conocer  
Si en el nuevo desposado,  
Despues de bien apalrado,  
Hay algo que aborrecer.  
Mas despues,  
Si por ventura no es  
Tan á su contentamiento,  
Luego el negro casamiento  
Comienza á dar de través  
Con desgrado,  
Y cualquier tacha ó pecado  
Que en el marido se siente,  
Es en el que está presente  
Muy mayor que en el pasado ;  
Que si fuera  
Vivo ver no le quisiera,  
Despues de muerto le ama,  
Y en su defensa le llama.  
Ved qué donosa manera  
De discante ;  
Que aunque haya tenido ante  
Por marido algun escuerzo,  
Luego toma en él esfuerzo  
Para ponerle delante  
Por memoria,  
Trayéndole por historia  
Contra el nuevo sucesor,  
Oponiéndole el amor  
Y bondad del que haya gloria ;  
Al cual quiso  
Enviar á paraíso  
Por mártir de sus enojos,  
Y allí lo tiene en los ojos,  
Como si fuera Narciso.

FILENO.

Puede ser  
Haber alguna mujer  
De seso menos templado ;

(5) Así Garay; Velasco pone : *por pasar tiempo*.

(4) Así Garay; Velasco pone : *en espectral*.

(5) Velasco pone, en contraposicion de Garay :

Sus deseosos secretos,  
Sus desinios, sus concetos.

(6) Así Garay; Velasco escribe :

Como vos decís que están.

Mas no siendo vos casado,  
¿Cómo lo podeis saber?

ALEFIO.

Si querria :  
Mas al tiempo que solia  
Mirar mas en estas cosas,  
Vi muchas harto donosas,  
De quien contar os podria;  
Mientras estuve  
En lugares por do anduve  
Tras la corte encantadora;  
Y se me acuerda aun agora  
De una huéspedada que tuve,  
Madrigada,  
Que habiendo sido casada  
Con dos maridos primero,  
Lo estaba con el tercero  
Cuando alli tuve posada.  
Los primeros  
Decia que eran caballeros,  
Grandes y ricos doctores,  
Pero no tan hacedores  
Cuales ella en vivos cueros  
Los queria,  
Ni como se los pedia  
Su corazon deseoso;  
Y el uno diz que potroso,  
Hablando con cortesía;  
Y la fama,  
Que los secretos derrama,  
Publicaba, y era cierto,  
Ser alguno de ellos muerto  
Por contiendas de la dama  
Sin paciencia;  
Que no le valió la ciencia  
De Baldo ni de Galeno,  
Padiendo, como bueno,  
Sobre cuernos penitencia  
Sin razon.  
Y por su misma ocasion  
Y otras causas de ruido  
Con el tercero marido  
Nació tambien disension  
Y quisiones,  
Enojos y turbaciones,  
Diferencias y rencillas  
Tan grandes, que á referillas  
No me bastan mis razones.  
Tal andaba  
La cosa, y ella tan brava,  
Que no se os puede decir;  
Y comenzando á reñir,  
Sus doctores alegaba,  
Blasfemando;  
Y decia suspirando :  
«Dotor Juan, ¿quién te llevó?  
Muriera contigo yo  
Para no vivir penando,  
Como muero  
Con este torpe grosero,  
Perezoso, haragan,  
Chocarrero, charlatan,  
Alfamate, mesoneo,  
Dormidor.»  
Esta forma de loor,  
Caricias y bendiciones  
Eran las salutations  
Del marido pecador  
Cada dia,  
Alegando todavía  
Con los doctores pasados,  
Que fueron martirizados  
Con la misma tiranía.  
Y el pobreto  
Pasaba, como discreto,  
Por las mas de estas quecellas,  
Sabiendo la causa de ellas,  
Y decíame en secreto,  
Sonriendo :  
«¿Veis el bien que está diciendo  
De estos doctores que canta?

Yo os voto á la casa santa,  
Que ella los mato riñendo  
Como á mí.»  
Ved ahora, Fileno, aqui  
Por los casamientos tales  
De viudas pestilenciales  
Lo que se sigue de alli,  
Por estar  
Ya muy diestras en notar  
Buenas y malas maneras;  
Y como son ya miteras,  
No se pueden engañar  
Ni rendir.

FILENO.

Mala forma de argüir  
Es que por una medida  
De esa mujer desabrida  
Queráis, Alefio, medir  
Las honradas,  
Corteses y bien criadas,  
Por el mundo repartidas,  
Honestas y comedidas,  
Continentes y templadas  
Y discretas;  
Y por pocas no perfetas  
Penseis condenarlas todas.

ALETIO.

Al fin, las mas quieren bodas,  
O públicas ó secretas;  
De las cuales  
Salen cuentos muy reales,  
Y algunos malos recados  
Y partos disimulados,  
Ascondidos en costales  
Por rincones,  
Con sutiles invenciones  
De dar color á lo hecho,  
Porque no pierdan derecho  
Sus honras y presunciones.  
Mas aun estas  
Que en demandas y respuestas  
Se saben bien gobernar,  
Se podrian perdonar,  
Porque hay otras deshonestas,  
Desmandadas,  
Y de esto tan descuidadas,  
Con el vicio á que se dan,  
Que por do quiera que van  
Dejan rastros y pisadas  
Del delito,  
Que llega á ser infinito  
Desde una vez se comienza,  
No teniendo en él vergüenza,  
Ni modo en el apetito;  
Mas tornando  
A las que lo van callando,  
¡Ay Dios, y cuán pocas son  
Las que con su tentacion  
No están siempre batallando!  
Bien que halla  
El rigor de esta batalla  
Alguna vez resistencia,  
Porque la fama y prudencia  
Suelen servir de muralla  
O de freno;  
Mas no os engañen, Fileno,  
Las tocas azabianadas  
Ni las colas arrastradas  
Por el polvo y por el cieno,  
A pensar  
Que todo se ha de juzgar  
Lo que anda en las conciencia  
Por aquellas apariencias  
Y señales de pesar  
Lisonjero,  
Ni aunque fuese verdadero;  
Porque á sombra de aquel luto  
Anda el ojo disoluto  
Y el corazon carnicero.

**Solteras.**

**FILENO.**

Ya que veo,  
Aletio, vuestro deseo  
Y propósito cruel  
De con esa lengua infiel  
Llevarlas todas arreo,  
De tal arte  
Levantando el estandar'e  
De mal decir y hablar,  
Quiero de nuevo probar,  
Y tentar por otra parte  
Las almenas,  
Y ver si culpas ajenas  
Por ventura os darán alas  
A decir bien de las malas,  
Pues decís mal de las buenas,  
Como veis.  
Veamos lo que diréis  
De las mujeres solteras.

**ALETIO.**

No son cosas decideras,  
Fileno; no me tenteís,  
Que desmayo;  
Hágoos saber que no trayo  
Suñiciencia ni caudal  
De poder bien decir mal  
De gente de tanto ensayo,  
Cautelosa;  
Mas, porque es algo dudosa  
La materia que tratáis,  
Aclaráme, si mandáis,  
Un poco mas esa cosa  
Que pedis.  
Las solteras que decís,  
Cuáles son, si lo sabeis,  
Y qué nombre les poneis  
Y lo que de ellas sentis.

**FILENO.**

Soy contento:  
Lo que de este nombre siento  
Es un linaje de gente  
Que vive mas libremente,  
De todas leyes exento;  
No obligadas  
A ser viudas ni casadas,  
Y menos á religion;  
Doncellas ya no lo son  
Ciertas ni disimuladas,  
Como quiera  
Que este nombre de soltera  
Tambien se toma por bueno.

**ALETIO.**

Ya, ya lo entiendo, Fileno,  
Y sé toda su manera:  
Son mujeres  
Que para darse á placeres  
Tienen gracias singulares,  
Y para darnos pesares  
Bastantísimos poderes;  
Son llamadas  
Mujeres enamoradas,  
Hembras del mundo profanas,  
Damas tambien cortesanas,  
Y otras menos estimadas  
Cantoneras,  
Con reverencia ramerás,  
Etcetera de esta vez,  
Y algunas de este jaez  
Con nombre de costureras,  
Y otras tales  
Personas interesales,  
Que fuera de los estados  
Arriba comemorados  
Son causa de muchos males.

**FILENO.**

De esas digo;  
No por serles enemigo,

Pues no hay causa para sello,  
Sino por ser despues de ello  
Mas abonado testigo  
Defensor.

**ALETIO.**

Careced de ese temor,  
Pues nadie puede ofendeilas;  
Ni decirse cosa de ellas  
Que no sea en su loor;  
Porque excede  
A lo que decir se puede  
Lo que decir se podría,  
Mas que el sol de mediodía  
A la noche que sucede.  
Darme os quiero  
O demandar con Homero  
A las musas su favor,  
Para contar sin error  
El ejército guerrero  
De grecianos  
Que salió contra troyanos;  
Y yo le pido tambien  
Para sentir el desden  
De tan tiránicas manos,  
Do se encierra  
Mas luenga y áspera guerra  
Que fué aquella de Elena (7),  
Porque de estas anda llena  
Toda la haz de la tierra  
De contino,  
Cuyo espíritu malino  
Y pensamiento cruel  
Nos vende por dulce miel  
Su ponzoñoso venino;  
Bestias fieras  
De mil formas y maneras,  
Lobas contino hambrientas,  
Harpías crudas, avarientas,  
Y leonas carníceras  
O halcones,  
Que viven de las prisiones  
De sus uñas y sus picos;  
Buitres que á pobres y ricos  
Arrancan los corazones;  
Sacomanos,  
Enemigos inhumanos,  
Que roban en tierra llana,  
Sedientas de sangre humana  
Y de ropas de cristianos.

**FILENO.**

No haya mas,  
Aletio, volved atrás;  
Decid mal, pero mas paso;  
Sed un poco mas escaso,  
Que vais fuera de compás.  
No consiento  
Que con tanto atrevimiento  
Os mostreis así contrario  
Al pueblo que es necesario  
Para mas adornamiento (8)  
De esta vida,  
Que á no estar así afligida  
De diversas profesiones  
De hembras y de varones,  
Sería muy desabrida  
Y muy dura  
Para toda criatura;  
Porque por el variar;  
Segun el refran vulgar,  
Es hermosa la natura,  
Y no en vano  
Formó Dios el cuerpo humano  
De miembros tan diferentes,  
Como los ojos y dientes  
Son del brazo y de la mano.

(7) Sigo á Garay; Velasco escribe así estos versos:

    Mas larga y áspera guerra  
    Que fué de aquella de Elena.

(8) Así Velasco; Garay pone *adornamento*.

Desiguales  
 Son también los animales  
 En formas y condiciones;  
 Cualesquier generaciones  
 Tienen suertes especiales  
 Que loar;  
 Los pescados de la mar,  
 Arboles, yerbas y plantas,  
 Con diversidades tantas,  
 Que no se pueden contar  
 En presencia.  
 Porque aquella diferencia  
 Y diversidad de cosas  
 Las hace muy mas hermosas  
 Y de mayor excelencia  
 Y perficion,  
 Y por la misma razon  
 Está muy bien ordenado  
 Que haya hembras en su estado  
 De diversa condicion  
 Y poder  
 Para pesar y placer,  
 Y lo que mas se requiere;  
 Y quien lo contradijere  
 Terná tan mal parecer  
 Como vos.

## ALETIO.

Librenos, Fileno, Dios  
 De hacer tal travesura,  
 Que á las obras de natura  
 Contradigamos los dos  
 Locamente;  
 Pero gran inconveniente  
 Y peligroso embarazo  
 Seria meter el brazo  
 En boca de una serpiente  
 Denodada,  
 Por decir que fué criada  
 Por la mano del Señor,  
 Y por el mismo tenor  
 En la mujer endiablada  
 Que os despecha.  
 Alabo el alma que es hecha  
 A imágen de la divina,  
 Mas no la mente malina  
 Que tiene de su cosecha  
 Natural;  
 Y aunque es tacha general  
 De todas, principalmente  
 Las tienen las que al presente  
 Entran en el memorial,  
 A las cuales,  
 Pues por leyes mundanales  
 Se permite el tal oficio,  
 Consintámosles su vicio,  
 Mas no los descomunales  
 Desafueros  
 Con que á nobles caballeros,  
 A quien Dios libres ha hecho,  
 Hacen para su provecho  
 Tributarios y pecheros.  
 Sus maldades,  
 Engaños y falsedades,  
 Trampas, mentiras, ficciones,  
 Malicias y traiciones,  
 Bajezas y poquedades  
 Y falsias;  
 Cubiertas hipocresias,  
 Tramas, astucias, cautelas,  
 Trampantojos y novelas,  
 Trafagos y burlerias  
 Y finezas;  
 Ardides y sutilezas,  
 Embustes y embaucamientos,  
 Dobleces de pensamientos,  
 Desvergüenzas y vilezas,  
 Presunciones,  
 Falsas disimulaciones,  
 Novedades y entremeses,  
 Contracambios y reveses  
 Y baratos á montones,

Y mudanzas;  
 Tratos dobles, asechaazas;  
 Alevos y deslealtades,  
 Injustas enemistades,  
 Crueldades y venganzas;  
 Demasias,  
 Belas y descortesias,  
 Enfados, ascos, hastios,  
 Esquivezas y desvios,  
 Desprecios y roberias  
 Y despojos;  
 Atrevimientos, antojos,  
 Pieros despechos, ultrajes,  
 Resabios de mil linajes,  
 Y lágrimas en los ojos  
 Asestadas,  
 Falsamente derramadas,  
 Con fingidas afeiciones  
 O falsas denegaciones  
 Indignamente tomadas  
 Por partido,  
 Para poner en olvido  
 Con sobrada ingratitud  
 El servicio y la virtud  
 Que de vos ha recibido.  
 Son diablos  
 Detrás de aquellos retablos,  
 Con que nos sacan de tiento,  
 Que aunque los alcanzo y siento,  
 Tengo falta de vocablos  
 Suficientes  
 Para hablar de estas gentes  
 Y de sus obras y menugas,  
 Aunque tuviese mil lenguas,  
 Y todas muy elocuentes.

## FILENO.

No peneis  
 Por ellas, si me crecís,  
 Ni las debeis desear (9);  
 Porque para mal hablar  
 Os basta lo que tenéis.  
 Yo no niego  
 Poder ser dañoso el juego  
 Al que á jugar quiere darse,  
 Ni dejar de calentarse  
 El que anda cerca del fuego;  
 Mas mirad  
 Que, pues tenéis libertad  
 De guardaros, useis de ella,  
 Y no cargueis la querella  
 Sino á vuestra voluntad.  
 Provocaros  
 Pueden, pero no forzaros,  
 A que gustéis de su miel,  
 De suerte que de su hiel  
 Podeis muy bien apartaros  
 Y holgar;  
 Pero no podeis negar,  
 Aletic, que muchas de ellas  
 No son hermosas y bellas  
 Y sabrosas de gozar  
 Y dispuestas,  
 Aparejadas y prestas  
 A convites y banquetes,  
 Regalos y sámetes,  
 Y regocijos y fiestas,  
 Y lindezas;  
 A galas y gentilezas,  
 Vestidos, pompas y arreos,  
 Cos. que con dulces deseos  
 Nos alivian las tristezas  
 Y pesares,  
 Con gracias particulares  
 De danzar, cantar, tañer,  
 Que suelen bien parecer  
 En los tiempos y lugares  
 Que conviene,  
 Con que el hombre se despene

(9) *Cureis*, dicen Velasco y Fernandez.



Y deleite en las oír,  
 Con libertad de decir  
 Lo que en el corazón tiene,  
 Sin ruido  
 De madre ni de marido,  
 De tornos ni campanillas,  
 Ni de tocas amarillas,  
 Que os hacen andar tullido  
 Y penado,  
 Cuando sois enamorado  
 En otras partes mejores,  
 Do el palacio y los primores  
 Suelen ser mate ahogado,  
 Por faltar  
 La libertad y lugar  
 Que sobran á las solteras,  
 Con gracias de mil maneras  
 De que se suelen hallar  
 Rodeadas,  
 Y muchas de ellas dotadas  
 De virtudes excelentes,  
 No pocas de las presentes  
 Y muchas de las pasadas,  
 Sus iguales;  
 Thais, Flora y otras tales,  
 Y Safo con armonía,  
 Y Leoncía, que sabía  
 Las siete artes liberales.

## ALETIO.

Enlodadas  
 Quedan mas que no loadas  
 De esas gracias que alegais,  
 Y cierto vos las dejais  
 En mal lugar empleadas,  
 Siendo buenas;  
 Porque esas sus cantinelas  
 Y músicas, yo las llamo  
 Los cantares del reclamo  
 O cantos de las sirenas  
 Mal sentidos.  
 Pues las galas y vestidos  
 Que tanto pueden y valen,  
 Decidme, ¿de dónde salen,  
 Sino á costa de perdidos  
 Que las dan?  
 Y el placer tras que se van  
 Es la manzana de Eva (10),  
 Que le sale al que la prueba (11)  
 Al precio de la de Adán.  
 Ni alabéis  
 Tampoco, pues no debéis,  
 Aquellas sus libertades,  
 Que son deshonestidades,  
 Si por nombre las queréis  
 Conocer;  
 Tan solteras suelen ser  
 Para mal, y desenvueltas.  
 Que conviene echarles sueltas  
 Porque las han menester,  
 Y aun trabones  
 Contra las inclinaciones  
 Que tienen de liviandad,  
 Á la cual la libertad  
 Les da grandes ocasiones;  
 Y es la entrada  
 De la costumbre malvada  
 A que despues se van dando  
 Por oficio, y ley tomando  
 La vida desvergouzada,  
 Que es la fuente  
 De do sale la corriente  
 De tanta bellaquería,  
 Teniendo por granjería  
 Vendernos públicamente  
 Sus deleites,  
 Usando de mil afeites  
 Y suiedades sin cuenta,

Por hacer mejor su venta  
 Á fuerza de los aceites  
 Y posturas,  
 Deformando sus figuras  
 Para salir por las plazas  
 Con pláticas y trapazas  
 Engañadoras, oscuras  
 Y bellacas  
 Sacaliñas, redrosacas,  
 Todas á fin de robar:  
 En lo cual son de loar  
 Las ovejas y las vacas  
 Muy mas que estas,  
 Pues se muestran mas honestas  
 Con los toros y carneros,  
 No les pidiendo dineros  
 Por las semejantes fiestas  
 De natura.  
 La yegua tiene mesura  
 De no pedir al caballo  
 Interese por dejallo  
 Gozar de su hermosura.  
 Mirad cuáles  
 Son los brutos animales,  
 Que la hembra con el macho,  
 Sin ningun precio ni empacho,  
 Se juntan como leales  
 Á placer;  
 Sola la falsa mujer  
 Pone su recreacion  
 En despojar al varon  
 Los cueros, si puede ser.

## FILENO.

Guárdense ellos  
 De no venir á perdellos;  
 Mire por si cada uno;  
 Que ellas á galan ninguno  
 Tirarán por los cabellos  
 Ni pestañas.

## ALETIO.

Tiranle por las entrañas,  
 Salteando con el gesto,  
 Urdiendo por el fin de esto  
 Diversas artes y mañas  
 Cantelosas;  
 Que bien que nos son forzosas  
 Por el rigor de justicia,  
 La fuerza de la mafia  
 Las hace muy poderosas;  
 Con las cuales  
 Hacen insultos y males,  
 Robos, fuerzas y destrozos,  
 Que en el monte de Torozos  
 Nunca se hicieron tales;  
 Son pohilla  
 De las bolsas y mancilla,  
 Y cáncer de cortesanos  
 Cruel, que no hay cirujanos  
 Que lo curen en Sevilla  
 Ni aun en Roma;  
 Son el pulgon y carecoma  
 De la viña y de la casa;  
 Vasijas en que se embasa  
 Cuanto se hurta y se toma,  
 Corre y gana;  
 Mirad la corte romana,  
 Que en estos sitios ensila  
 Cuanto Marta diz que hila  
 Y cuanto Pedro devana.

## FILENO.

No habléis,  
 Aletio, que no sabeis  
 Esas cosas cómo van;  
 Mirad que dice el refrán  
 Que creais lo que veréis (12)  
 Solamente;  
 Y cuando tierdes presente,  
 Romano vivito more.

(10) *Son*, en vez de *es*, dice Garay.(11) Garay escribe *sabe*.(12) Así Garay; *que creais lo que veis*, dice Velasco.

ALETIO.

No hay, Fileno, quien ignore  
 Que habláis como prudente  
 Concertado;  
 Y si veis que voy errado,  
 Corregidme con paciencia;  
 Pero cierto acá en ausencia,  
 De muchos soy informado  
 Que hay ramera  
 Tan hábil y tan granjera,  
 Que, á falta de mejor paga,  
 En breve tiempo se traga  
 Una calongia entera  
 Con regreso;  
 Y sin fulminar proceso  
 Se mete en la posesion,  
 Comiéndola á discrecion  
 Hasta no le dejar hueso;  
 Y mujeres que gastan en alfileres  
 Mas que algunas en faldillas,  
 No comiendo sin vajillas,  
 Y pagando de alquileres  
 Necesarios  
 Y en tributos ordinarios  
 Muy gran suma de ducados,  
 Que pienso no ser ganados  
 A coser escapularios  
 Ni á hilar.  
 Pues si queremos entrar  
 Por nuestra corte española,  
 Ella nos bastará sola  
 Para poder murmurar  
 De tal fuero,  
 Dó se va tanto dinero  
 Desde aquel tiempo que aun era  
 Viva Isabel de Herrera (15)  
 Y Quartal el despensero,  
 Su querido (14).  
 Y otras que habeis conocido  
 Despues acá mas modernas,  
 Apañadoras eternas  
 De todo lo que han podido.  
 Son langosta,  
 Que despues que se regosta  
 Á la espiga candeal,  
 No hay bolsa tan liberal,  
 Que no se le haga angosta.

FILENO.

No creais  
 Ser tanto como pensais;  
 Porque en todo hay su medida.

ALETIO.

Par Dios, que me dais la vida  
 Si esa virtud les hallais (15).  
 Mal diréis  
 Lo que de ellas entendeis,  
 Negando tan á la llana,  
 Pues solamente Fulana,  
 Que vos muy bien conoceis,  
 Bastaria,  
 Segun su gran tiranía,  
 Que muchos saben de coro,

(15) En el *Cancionero general* copilado por Hernando del Castillo se cita en las obras de burlas á esta *Isabel de Herrera*, famosa meretriz:

Vi sobre todas que estaba triunfando  
*Isabel de Herrera*, tan mere prohana,  
 Que se insaciable, toda la humana  
 Lujuria queria tener á su mando.

La decencia prohibe trasladar aquí lo demás que se lee en dicha obra acerca de la *Isabel*.

14. Velasco, á quien copia Fernandez, alteró estos versos del modo siguiente:

Viva la gran lavandera  
 Y su amigo el despensero  
 Muy querido.

Yo sigo las ediciones no expurgadas.

(15) Velasco dice *dais*.

A tragarse todo el oro  
 Que de las Indias se envia.  
 Pues los daños  
 Que demás de estos engaños  
 Y robos suelen causar,  
 No hay quien los baste á pintar,  
 Ni aun pensar en muchos años  
 Las quistiones  
 A que nos dan ocasiones,  
 Cuchilladas y ruidos,  
 De muchos que lean heridos  
 O muertos por los cantones  
 Desastrados.  
 ¡Cuántos gentiles soldados  
 Y valientes de loar  
 Han quedado al hospital  
 Y vivido deshonrados  
 Con querellas,  
 Y hecho campo por ellas,  
 Donde quedaron tendidos,  
 Y otros muchos consumidos  
 En sus brasas y centellas,  
 O cobrado  
 Males que les han durado  
 Hasta meterlos so tierra!  
 Y ellas al fin son la guerra  
 Que mas hombres ha tragado  
 En poniente,  
 Y en Italia mayormente.  
 Que es sepulcro de naciones.

FILENO.

No se excusan disensiones  
 Do quiera que hay mucha gente;  
 Y si fuese  
 Ya posible que no hubiese  
 Mujeres de esta valia,  
 No por eso dejaría  
 De valer el interese  
 Muy de veras (16).

### Alcabuetas.

No son solas las solteras  
 Las que van por tal camino.

ALETIO.

Bien deis, porque continuo  
 Andan otras aparceras  
 Cerca de estas,  
 Que no son menos molestas,  
 Y son sus colaterales,  
 Que las sirven de oficiales  
 En demandas y respuestas  
 De sus tramas.  
 Algunos las llaman amas  
 Honestas, viejas pobretas,  
 Cuyo nombre es alcabuetas,  
 Sin mas andar por las ramas.  
 Muy sin pena  
 Por cal os venden arena;  
 Es gente de rapapelo.  
 Que de nadie tienen duelo  
 Por comer á costa ajena.  
 Unas dueñas,  
 Amorosas, halagüeñas  
 En sus gestos y visajes,  
 Van y vienen con mensajes,  
 Mas son algo pedigüeñas  
 Y pesadas;  
 Y como están desarmadas  
 Algunas veces de nueelas,  
 Clupan como sanguijuelas  
 La sangre, muy mesuradas,  
 Dulcemente.  
 Es pueblo muy diligente  
 En prometer y mentir,  
 Y nunca se arrepentir,  
 Porque no se lo consiente

(16) En Garay dice Aletio este último verso.

Su maldad.  
 Ninguna seguridad  
 Os da su prometimiento,  
 Porque han hecho juramento  
 De nunca decir verdad  
 Sin cohecho;  
 Y aun con él no hay nada hecho,  
 Porque esta gente engañosa  
 No tiene fin á otra cosa  
 Sino solo á su provecho;  
 Y su intento  
 No es que vuestro pensamiento  
 Venga jamás en efeto,  
 Sino que su falso peto  
 Quede del vuestro contento.  
 Mientras tratan,  
 Ellas mismas desbaratan  
 Los negocios á las veces,  
 Y como falsos jneces,  
 Los estorban y dilatan  
 Sin constancia;  
 Y con mucha vigilancia  
 Van alargando la cura,  
 Porque mientras el pleito dura  
 Dure tambien la ganancia  
 Toda via.  
 Y erezca la robería  
 Por no mentiros en balde.

FILENO.

A nadie quita el alcalde,  
 Aletio, su granjeria  
 Con razon;  
 De cualquiera condicion  
 Que el servicio pueda ser,  
 Nadie lo quiere hacer  
 Sin esperar galardón.  
 Todos van  
 A sombra de aquel refran,  
 Que el abad, adonde canta,  
 De alli se dice que yanta  
 Y suele ganar su pan  
 Ordinario.  
 Digno es el mercenario  
 De su jornal cotidiano;  
 Ninguno trabaja en vano  
 Ni quiere ser tributario  
 Del servicio  
 Sin esperar beneficio;  
 Cuanto mas, que estas terceras  
 Algunas son verdaderas  
 Y hacen bien el oficio  
 Comenzado.  
 Que si no fuese guiado  
 Por su mano y terceria,  
 Pocas veces se vernia  
 Al fin de lo deseado.

ALETIO.

Parte son.  
 Á veces de conclusion  
 Y medio con la persona;  
 Que ella mesma se alciona  
 A teneros devocion;  
 Con las cuales  
 No van tampoco leales,  
 Porque son dobles espías,  
 Y quieren por ambas vias  
 Mejorar sus cabezales  
 Sin sudores,  
 Como buenos corredores  
 Que de ambas partes apañan;  
 Y ellas mismas las engañan  
 Por comer de los amores  
 Semejantes.  
 Asi son participantes  
 De los pechos y provechos  
 Y despachos y despechos  
 De los tristes negociantes  
 Que desdennan.  
 Ellas las joyas empeñan  
 Por tener causa y color  
 De pedir al amador,

Y las amuestran y enseñan  
 A pelear (17),  
 Fingir y disimular,  
 Rehuser y prometer,  
 Dilatar y encarecer,  
 Con nunca se les quitar  
 De la oreja.  
 Guárdeos Dios de tal pareja  
 Y de la ley en que vive,  
 Segun lo que Ovidio escribe  
 De cierta malvada vieja.  
 Sus reportes  
 De parte de sus consortes  
 Siempre van con intencion  
 De demanda y peticion,  
 Porque alli van los deportes  
 A parar;  
 Y si aquello no ha lugar  
 Por lo mucho que han llevado,  
 Vienen á pedir prestado  
 Para nunca lo tornar.  
 En rebato  
 Estáis puesto cada rato  
 Con ellas; que no hay reparo,  
 Porque os venden siempre caro,  
 Y compran de vos barato  
 Cualquier cosa.  
 Una vieja maliciosa  
 Que de esta arte conoció,  
 Me trajo una vez á mi  
 Una demanda donosa,  
 Enviada  
 Por parte de otra malvada  
 Con dos anillos grosos,  
 Harto pobres y ligeros,  
 Y una manilla quebrada,  
 Que pesado  
 Todo ello, y bien contado,  
 Cuatro escudos no valia;  
 Pero con ello queria  
 Hacer un cambio forzado,  
 Y mandaba,  
 Si servir la deseaba,  
 Que yo recibiese aquello  
 Y que pusiese sobre ello  
 Si alguna cosa faltaba;  
 Y tomados  
 A cuenta los lacrados  
 Anillos y manilla,  
 Le diese una cadenilla  
 De hasta veinte ducados;  
 Y aun sobre esto,  
 La vieja de falso gesto  
 Que vino con el mensaje  
 Pedia su corretaje  
 Para beberlo de presto  
 Tras la lumbre;  
 Y esta, en fin, es la costumbre  
 De aquella gente non santa.  
 Con que se acuesta y levanta  
 Para darnos pesadumbre  
 Y cuidados  
 Con reportes y recados.  
 Las mas veces mentirosos,  
 Pero caros y costosos,  
 Envueltos en mil enfados  
 De dolor.  
 Trabajoso es el amor  
 Que por sus manos se guia,  
 Porque os venden cada dia  
 A vuestro competidor,  
 Y malean,  
 Mienten, burlan y trampean,  
 Urdiendo tales secretas.  
 Dios nos libre de alcahuetas,  
 De cualquier edad que sean,  
 Pues probadas,  
 Si son viejas son taimadas,  
 Avezadas á robar,

(17) Velasco pone *pelear*.

Y diestras en engañar  
 Por haber sido engañadas,  
 Y maestras;  
 Y si mozas, no son diestras,  
 Porque les falta experiencia,  
 Y tienen otra dolencia,  
 Que luego van dando muestras  
 Para sí,  
 Y como toquen allí,  
 Es materia peligrosa,  
 Y no hacen despues cosa  
 Que valga un maravedi.  
 ¡Oh cuidado  
 Del cautivo enamorado  
 Que por medio de traidoras  
 Alcabuetas robadoras  
 Esperaba ser librado  
 De prison!  
 Porque cuantas ellas son,  
 Y sus madres y madrinas,  
 Hijas, mozas y vecinas,  
 Todas van con intencion  
 De pelaros,  
 Roceros y desollaros  
 Por su parte cada una,  
 Sin misericordia alguna,  
 Hasta abrirlos y sacaros  
 Los livianos  
 Con mil ardidés tiranos,  
 Astucias claras y ocultas;  
 Porque *fit cito per multas*  
 El robo donde hay mas monos.

## FILENO.

Yo no apruebo  
 Por buena, pues que no debo,  
 La libertad de tal uso,  
 Pero tampoco la acuso,  
 Porque veo que no es nuevo  
 Ni vedado.  
 Siempre jamas se han usado  
 En el mundo esas mujeres,  
 Que, como otros mercaderes,  
 Pueden vender su hilitado;  
 Muy peores  
 Son los hombres, y mayores  
 Tramposos y barafones,  
 Malvados, trincapinones,  
 Renegadores, traidores  
 Y malinos,  
 Que hacen hechos indinos  
 Y cometen mil maldades,  
 Hurtando por las ciudades  
 Y robando en los caminos.  
 Dejá estar  
 La cuenta particular  
 De semejantes estados,  
 Que siendo bien catejados,  
 No podéis mucho ganar,  
 Y volvamos  
 Al punto que atrás dejamos  
 De hablar en general,  
 Pues que ya del especial  
 En parte, Aletio, quedamos  
 Satisfechos;  
 Y si tenéis mas pertrechos  
 Que tirar sin piedad,  
 Soldados, ó confesad  
 La verdad y los provechos  
 Tan sobrados,  
 Y consuelos señalados,  
 Horas y comodidades,  
 Ventujas y autoridades,  
 Y bienes acompañados  
 De alegría,  
 Que la mujer noche y dia,  
 Por donde quiera que sea,  
 A los hombres acarrea  
 En su dulce compañía  
 Natura  
 Que es tan universal,  
 Que quien de ella ha carecido

Va fuera de lo acaecido  
 En esta vida mortal.  
 Y de aquí  
 Vemos que en el *Genesi*  
 Se escribe que Dios crió  
 Macho y hembra, y los juntó  
 En conformidad allí;  
 De manera  
 Que por esta ley primera  
 Tiene el hombre obligacion  
 Al deseo y afeicion  
 De tan dulce compañera,  
 Y á crecer  
 La autoridad y saber  
 Del poeta castellano  
 Que dice, y no en vano:  
 «Gran corona es la mujer  
 Del varon (18).»

## ALETIO.

Pasad al otro renglon,  
 Do dice, si se leer:  
 «Cuando quiere obedecer  
 A la ley de la razon (19).»  
 Y cumplilla;  
 Y con esta palabrilla  
 Queda, Fileno, borrado  
 Eso que habeis alegado  
 En favor de esta hablilla  
 O sentencia;  
 Porque si con diligencia  
 Examinarlo quereis,  
 Entre mil no hallaréis  
 Una que tenga obediencia  
 Verdadera,  
 Ni que á la razon se quiera  
 Someter de todo punto,  
 Sin que haya allí luego junto  
 Alguna falta ó manera  
 Desabrida.  
 Por una parte os convida  
 Y por muchas os despecha,  
 Mostrando bien que fué hecha  
 Para darnos mala vida.  
 ¡Oh animal  
 Mas que bruto irracional,  
 Y malvada bestia, á quien  
 Hizo Dios por nuestro bien,  
 Y ella piensa nuestro mal  
 Sin hartura!  
 ¡Imperfecta criatura,  
 Hecha para ser esclava,  
 Cruel, enemiga brava  
 Y soberbia de natura!  
 ¡Careciente,  
 General y comunmente (20),  
 De razon, orden y ley;  
 Reino loco, donde el rey  
 Se rige por accidente  
 De continuo!  
 No se puede tomar tino  
 A la hembra, ni le tiene,  
 Porque nunca va ni viene

(18) Versos de los *Proverbios* de don Lúigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana:

Gran corona del varon  
 Es la mujer

(19)  
 Cuando quiere obedecer  
 A la razon.

Alguno que era del parecer de Aletio contrahizo esta copla, diciendo:

Gran careoma del varon  
 Es la mujer  
 Si no quiere obedecer  
 A la razon.

Véase la centuria cuarto de la *Filosofía vulgar* de Juan de Malara.

(20) Velasco dice:  
 General inconveniente  
 De razon, orden ni ley.

Sino fuera de camino;  
 Desviada  
 De los medios, y allegada  
 Siempre mas á los extremos;  
 De do viene que la vemos  
 Por anteojos gobernada,  
 En el viento  
 Volando su pensamiento,  
 Ora acá, ora acullá;  
 Nunca por el medio va,  
 Mas siempre fuera de tiento  
 Y mesura;  
 O como una peña dura  
 Se queda, estando parada;  
 O corre desenfadada  
 Tras el fin de su locura,  
 Que la guía;  
 Una vez helada y fria  
 Muy mas que el invierno frio,  
 Otra como el mismo estío  
 Inflamada en demasia,  
 Nunca alcanza  
 La hembra cierta templanza  
 De guiar tras la verdad  
 Ni tener en igualdad  
 Puesta jamás la balanza  
 Del querer:  
 O vos ama, sin poder  
 Encubrir lo que padece;  
 O sin causa os aborrece  
 Hasta no poderos ver,  
 Y vengarse.  
 Si grave quiere mostrarse,  
 Pónese triste, pesada,  
 Rostrituerta, encapotada,  
 Que apenas deja mirarse;  
 Y si acuesta  
 A ser cortés y modesta,  
 Dejando la gravedad,  
 Da muestras de liviandad  
 Con risa menos honesta,  
 Y muy presto  
 Aquella gracia del gesto,  
 Con que se muestra amigable,  
 Se hace vituperable  
 En su hocico compuesto.  
 En un hora  
 Canta y gruñe, rie y llora,  
 Es sabia y loca en un punto,  
 Osa y teme todo junto,  
 Y niega al mismo que adora,  
 Y le vende;  
 Quiere y no quiere, ni entiende  
 Lo que quiere ni desea;  
 Consigo mismo pelea.  
 Contraria de si, se ofende  
 Y destruye;  
 Sigue lo mismo que buye,  
 Lo que sabe no lo sabe,  
 Concierto ninguno cabe  
 En lo que ordena y concluye  
 Con razones,  
 Porque contrarias pasiones  
 Le perturban la razon,  
 Y en una misma opinion  
 Tiene muchas opiniones.  
 Una dama,  
 De mejor gesto que fama,  
 Me acuerdo que vi en Toledo,  
 Con tanta saña y denuedo  
 Como un toro de Jarama  
 Carnicero,  
 Que en brazos de un caballero,  
 Casi bramando, decia:  
 «¡Qué desventura la mia,  
 Que no sé lo que me quiero!»  
 Y de aqui  
 Nace, como siempre vi,  
 No poder en esta vida  
 La mujer ser entendida,  
 Porque no se entiende á sí,  
 De mudable,

Inconstante, variable,  
 Vaga, vana, charladora,  
 Deslenguada, mordedora,  
 Mentirosa, intolerable,  
 Maliciosa,  
 Arrogante, imperiosa,  
 Maudona, descmedida,  
 Temeraria de atrevida,  
 Impaciente, querellosa,  
 Robadora,  
 Pesada, revolvedora;  
 Ambiciosa y avarienta,  
 Vindicativa, sangrienta,  
 Sañuda, amenazadora,  
 Envidiosa,  
 Descomunál, desdñosa,  
 Creedora de ligero,  
 Hólatra del dinero,  
 Por quien hace toda cosa  
 Lisonjera;  
 Por una parte santera  
 Y por otra muy profana,  
 Supersticiosa, liviana,  
 Adevina, hechicera,  
 Perezosa,  
 Deshonesta y lujuriosa  
 Cuando el tiempo da lugar,  
 Dotora del paladar  
 Y tragadora golosa (21),  
 Regalada;  
 Por la mayor parte dada  
 A toda delicadeza,  
 Y á ser de su gentileza  
 Curiosa y apasionada,  
 Y á locuras  
 Y deleites y blanduras,  
 Y á caricias y halagos,  
 Y á revueltas y trafagos  
 Y secretas travесuras;  
 Guardadora  
 Del odio que en ella mora,  
 Hasta que halla sazón  
 De vengar su corazón,  
 Del cual es ejecutora  
 Muy airada;  
 Malina, desvergonzada  
 Y terrible, impetuosa,  
 Corajula y furiosa,  
 Sápita y acelerada  
 Y guerrera;  
 Indomable, dura y fiera,  
 Ingrata, falsa, traidora,  
 Rebelde, pleiteadora,  
 Achacosa, insufridera;  
 Por su vicio  
 Os zahiere el beneficio,  
 Y con voces entonadas  
 Y palabras muy osadas  
 Defiende su maleficio  
 Y pecados.  
 Entre los mas sosegados  
 Siembra y enciende quistiones,  
 Conciertos y condiciones  
 No los tiene en dos cornados,  
 Ni verdades.  
 Burla de las amistades  
 Y hace de ellas barato,  
 No metiendo en el contrato  
 Sino sus comodidades,  
 Y florea,  
 Juega y mofa y lisonjea,  
 Y murmura gravemente,  
 Malsinando al inocente,  
 Aunque ofendida no sea.  
 Es parlera  
 Y no menos novelera  
 De cosas nunca sabidas,  
 Y relata las oidas

(21) Velasco dice:

Traidora, falsa y golosa.

Contino de otra manera,  
 Añadiendo,  
 Acrecentando y poniendo  
 De su casa la mitad,  
 Y de cualquier vanidad  
 Muy grande historia haciendo.  
 Pues liaros  
 De la que pensais amaros  
 No debeis, si sois discreto,  
 Porque no guardan secreto  
 Aunque muestren adoraros;  
 Y es doblado  
 El yerro si con cuidado  
 La amonesteis que lo guarde,  
 Porque tanto menos tarde  
 Lo dirá, si él es vedado,  
 Si se enoja,  
 Y si tambien se le antoja,  
 Como de su natural  
 Sea inliel y desleal  
 Y vuelva presto la hoja.  
 Pues hablar  
 De su gran disimular  
 Y fingir causas compuestas  
 Con muy sutiles respuestas,  
 Es para nunca acabar  
 En un año.  
 Trama yurde cualquier daño  
 Y maldad en un instante,  
 Aplicando su semblante  
 A la fraude y al engaño,  
 Remedando  
 Con él y representando  
 Con muy facil movimiento  
 Cualquier caso ó pensamiento (22),  
 Que la lengua va hablando  
 Falsamente.  
 No hay quien así represente  
 Cualquier fábula en su sér  
 Para dáros-la á entender  
 Al revés de lo que siente,  
 Sin conciencia.  
 Tened, Fileno, paciencia  
 Si me alargo, porque os quiero  
 Dar un ejemplo casero  
 En razon de esta sentencia.  
 Parad mientes:  
 Yendo de gentes en gentes,  
 Me vine á hallar un dia  
 En una casa do habia  
 Aposentos diferentes;  
 Y yo, estando  
 En uno de ellos cenando,  
 Entré por aquella parte  
 Una mujer de buen arte,  
 Mustia y triste, suspirando,  
 Que venia  
 Con una congoja pia  
 Y demanda de dinero  
 A cierto buen compañero  
 Que por caso alli comia;  
 Y en razon  
 De aquella su peticion,  
 Sin haber nunca tal sido,  
 Alegaba haber parido  
 Un hijo de maldicion,  
 Que tocaba,  
 Segun ella lo juraba,  
 Poniendo á Dios por testigo,  
 A un otro nuestro amigo  
 Que en ausencia se hallaba;  
 Informando  
 Punto por punto del cuándo  
 Y cómo aquello pasó,  
 Y el peligro en que se vió;  
 Humilmente publicando  
 Sus pasiones,  
 Pobrezas, tribulaciones,  
 Trabajos, peregrinajes,  
 Con meneos y visajes

Conformes á las razones  
 Piadosas  
 Y palabras dolorosas,  
 Mostrando su desventura  
 Y la de la criatura  
 Con lagrimas abundosas,  
 Tan constante,  
 Miserable y elegante,  
 Que mal año en conclusion  
 Para Tullio Ciceren,  
 Aunque estuviera delante;  
 Que pudiera  
 Vencernos de tal manera,  
 Porque todos en oïlla  
 Nos movimos á mancilla,  
 Creyendo lo que no era;  
 Y creida,  
 Luego fué bien proveida,  
 Y llevó ciertos ducados,  
 Dejándonos lastimados  
 De verla tan doborida  
 Y euitada;  
 Y luego que fué apartada  
 Fuera de aquel aposento,  
 Se fué á otro apartamiento  
 De aquella misma posada,  
 Do de habia  
 Gente, segun parecia,  
 Con quien ella mas holgaba,  
 Y con quien no se mostraba  
 Tan triste y sin alegría.  
 Yo sali  
 Dende á un poco por allí,  
 Y mirando por defuera,  
 Vila estar tan chocarrera,  
 Que apenas la conocí,  
 Asentada en una mesa cuadrada  
 Con otros, puestos de codos,  
 Alegrándolos á todos,  
 De puro regocijada,  
 Placentera,  
 De la tristeza primera  
 Ningun indicio en su cara,  
 Que pensé que le durara  
 Todo el tiempo que viviera.  
 Muy lozana  
 Hacia de la trubana,  
 Tanto, que á mi parecer,  
 En mi vida vi mujer  
 Reir de tan buena gana.  
 Yo, espantado  
 De ver un tan gran nublado (25)  
 En un momento esparcido,  
 Volvime medio corrido  
 Al aposento dejado,  
 Por proliar  
 A enviarla á llamar;  
 Vino luego alli en presencia  
 Con la misma continencia  
 Y semblante de pesar  
 Que primero,  
 Mostrando ser valedero  
 Lo llorado y referido,  
 Siendo del todo fingido,  
 Mentiroso y lisoujero.  
 ¿Qué diréis  
 A esto, pues no podeis  
 Huir de tales fianzas  
 Y cautelas y asechanzas,  
 Por bien que en ello os mireis,  
 Ni escapar  
 De sus formas de dañar?  
 Tantas son siempre las artes  
 Y astucias de todas partes  
 Que tienen para engañar  
 Los cristianos;  
 Aunque con indicios blancos  
 Las tomeis en el pecado

(22) Cosa, dice Velasco.

(25) Velasco pone:

De ver tan grande fiublado.

A vista de ojos mirado,  
Y con el burto en las manos,  
Os lo osa  
Negar, porque es poderoso  
Con sus ardidés sabidos  
De embaucaros los sentidos  
Y dorar cualquier cosa,  
Por mas fea  
Y manifiesta que sea,  
Y ninguna hay que poder  
No tenga de hacer creer  
Lo que quiere que se crea.

FILENO.

Alargado  
Os habeis, Aletio, y dado  
Causa de nuevos aferes,  
Pues decir mal de mujeres  
Es hablar en lo excusado;  
Que al fin somos  
Sus mozos y mayordomos,  
Obligados á sufrillas,  
A que ellas y servillas  
Con pies y manos y lomos  
Y hacienda;  
Porque no hay quien se defienda  
Contra su poder crecido,  
Y es fuerza quedar vencido  
Vos tambien en la contienda  
Que tenemos;  
Pero, pues seguis extremos  
Contra cosa tan sabida,  
Decidme por vuestra vida,  
¿Que consejo tomaremos  
Los soldados  
Que ya estamos ocupados (24)  
En esta guerra sabrosa?

ALETIO.

Que pues es tan peligrosa,  
Vivamos muy recatados  
Sin desmanés,  
Do los mismos capitanes  
Tienen las mismas querellas,  
Y que no temos de ellas  
Ni aun un saco de alacranes  
O de arena,  
Pues el refran las condena  
Do sabiamente señala  
«Que te guardes de la mala,  
Y no lies de la buena».

FILENO.

Es forzado  
Ser el hombre enamorado.

ALETIO.

Al freir pues lo veréis,  
Y á la fin me lo diréis,  
Cuando volvais del mercado.

FILENO

Pues decid:  
Ya que la contienda y lid  
De mujeres tanto empeece,  
Segun a vos os parece,  
¿Sabeis vos algun ardid  
Y contraste  
Tan suficiente, que haste  
A huilla ó á venciella,  
Porque el seguimiento de ella  
No nos consuma ni gaste?

ALETIO.

Yo confieso,  
Fileno, que no sé deso  
Casi nada, aunque lo sigo,  
Bien que soy del mal testigo,  
Mas no toca mas en grueso  
Mi doctrina.  
Cerner sin echar harina

Es la alquimia de tal ciencia.  
Conozco bien la dolencia,  
Mas no sé la medicina  
Ni la hallo;  
Remedio no sé buscallo,  
Que satisfaga y contente;  
Alcanzo el inconveniente,  
Pero no sé remediallo.  
Comparado  
Es en esto al ahorado  
El que enamorado es,  
Que se sube por sus piés  
Donde ha de quedar colgado.  
Es verdad  
Que muestra sensualidad,  
Con sus ardores y brios,  
De estos tales desvarios  
Nos hace necesidad,  
Que se heredan,  
Y que las mujeres puedan  
Tanto, que nos humillemos  
A ellas y las amemos;  
Pero no por eso quedan  
Desculpadas;  
Antes muy mas condenadas  
Con sus pliegues y dobleces;  
Manos se hesan á veces  
Que debrian ser cortadas.  
Así que,  
Perdonad, que no podré  
Cumplir con vuestro deseo;  
El daño conozco y veo,  
El remedio no lo sé.

FILENO.

Sea así;  
Dejaldo quedar ahí,  
Que otro dia hablarémos,  
Y solamente tratemos  
De lo que me toca á mí  
Por agora,  
Y de aquella mi señora  
Que os decia y sus amores,  
Dignos y merecedores  
De quien os ama y adora;  
Porque son  
De extremada perfeccion,  
Dulces, graciosos y bellos;  
Yo os quiero dar cuenta dellos  
Para mi consolacion.

ALETIO

Holgaria  
Yo tambien de parte mia,  
Pues vuestro placer, Fileno,  
No lo tengo por ajeno,  
Y en todo tiempo os querria  
Complacer;  
Pero tengo que hacer  
Agora, y es tarde ya;  
Quédese, si os placera,  
Para despues de comer (25).

#### DIÁLOGO ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

Á MARTIN DE GUZMAN, CAMARERO DEL REY DE ROMANOS, ENVIÁN-  
DOLE ESTA OBRA.

He acordado de presentar á vuesa merced antes que á otro esta obrecilla, por muchas causas que no digo; la menor de to cuales es mayor que yo y ella, y aun estoy por decir que vuesa merced, á quien suplico, pues sabe bien á qué saben los dolores del servir y no medrar, en la dicha obra contenidos, la reciba en su correccion y amparo; y si le pareciere digna de conmemorar y comunicar mas que

(25) En contraposicion de este libro hay uno impreso en Milan el año de 1580, escrito por Juan de Espinosa. Intitúlase *Diálogo en laude de las mujeres*. Es libro raro. Defiéndese en él con la autoridad de Ciceron el tiranicidio.

(24) Velasco lee:

Que estamos tan ocupados.

á sí solo, le ponga de su casa lo que le falta de la mia, que es buena gracia de leclla; especialmente que la materia de que trata, de sí es desabrida. y por eso mezclé con ella las burletas y refranes que á la mano me vinieron; y en recompensa y servicio del trabajo que vuesa merced ha de tomar en promovella, si á bien saliere, quedaré obligado á hacer, y lo mismo en otra alguna que vuesa merced hará á este propósito; pues, á Dios gracias, tiene mejor causa para ello que para ocuparse en llorar duelos ajenos, si el valor de su ánimo no le aconhortase de los propios. Perdone vuesa merced el atrevimiento de mis palabras; porque, demás de la libertad de criado viejo, me regocijo y huelgo de hablar con él en semejante materia, por aquel verso que dice: *Solatium est miseris socium habere penarum*; y con todas las mias seré siempre, como he sido, servidor de vuesa merced.

## DIALOGO.

Interlocutores.

Castillejo y su pluma.

CASTILLEJO.

Sus, sus péñola tardía;  
Descúbranse los engaños,  
Perded ya la fantasía,  
Dadme cuenta de treinta años  
Que os habeis llamado mia.  
Decidme, ¿qué habeis ganado  
En esta larga tardanza,  
Perdida tras confianza?  
No tengais mas mi cuidado  
Suspenso con esperanza.  
Decidme lo que habeis hecho  
Con tanta tinta y papel  
Gastado contra derecho,  
Pues de vos, della ni del  
Tengo tan poco provecho.  
Las muchas cuentas y sumas  
Y cartas de tan gran cuento,  
¿Qué es de ellas? Que á lo que siento,  
Tales palabras y plumas  
Son las que se lleva el viento.

El gavilan ó el alcon  
Por la pluma se mantiene;  
Ella le da el galardón,  
Pues volando, al fin le viene  
A las uñas la prisión.  
Vos, volando tanto há  
Cabe la real laguna,  
Por vuestra mala fortuna  
La noche se os viene ya  
Sin hacer presa ninguna.

¿Qué excusa me podeis dar  
De haber sido desastrada?  
Pues no podeis alegar  
Que no fuistes empleada  
En excelente lugar;  
So las alas y favor  
Y servicio muy leal  
Del águila principal;  
En el mundo, y la mejor  
Después de la imperial;

Cerca del esclarecido  
Infante-rey don Fernando,  
Al cual solo habeis servido  
Poco menos desde cuando  
Por nuestro bien fué nacido;  
Cuyo valor y virtud,  
Adquirido y heredado,  
Han ya tan alto volado,  
Que se halla en juventud  
Tres veces rey coronado (26).

Y aun le falta, siendo tal,  
Mucho de lo que merece

Por humano y liberal,  
Que es gracia que respandee  
En su persona real;  
Lo cual se ha bien parecido  
En muchos á quien sobró  
La dicha que me faltó,  
Que acerca del han tenido  
Mas favorable que yo.

Mas agora no digamos  
De este señor excelente  
Loores, pues no bastamos,  
Ni la materia presente  
Lo pide, de que tratamos.  
A vos, péñola, tornemos,  
De quien hemos comenzado,  
Que llevando tal recado  
De nave, velas y remos,  
Tan mal habeis navegado.

Si por caso acaeciera  
No daros tal amo Dios,  
Medrando de esta manera,  
Decid, ¿qué fuera de vos  
Con otro que tal no fuera?  
Sin duda nuestra laceria  
Llegara por su natura  
A morir de hambre pura,  
Segun la larga miseria  
De vuestra corta ventura.

Y aun con tanta mejoría  
Y ventaja de tal dueño  
Hallareis muchos hoy día  
Que con otro mas pequeño  
Han hecho mas granjería.  
Y mil no bien empleados,  
Que con plumas de gallina  
Han volado tan arriba,  
Que valen mas sus salvados  
Que toda vuestra harina.

Empacho debeis tener  
De mil vuestros conocidos  
Que comenzaron ayer,  
Y los vemos hoy subidos  
Do no se soñaban ver.  
Vos, por llegar muy temprano  
A ver salir el estrella,  
Distes causa á mi querella;  
Que otros ganan por la mano,  
Y vos perdistes por ella.

Pues de mí, si la afición  
De mí mismo no me ciega,  
Pienso que no di ocasion  
Al galardón que se os niega,  
Confesando la razon;  
Porque fe con diligencia  
Tuve siempre por ganancia,  
Y tanta perseverancia,  
Que, aunque os falte suficiencia,  
Se suple con mi constancia.

La cual y mi voluntad  
Jamás se vieron mudadas  
Por ninguna novedad,  
Antes siempre confirmadas  
Con verdad y lealtad;  
Caso que pude escoger  
Otros amos generosos,  
No para mí tan honrosos,  
Mas quizá pudieran ser  
Para vos mas provechosos.

Y pues, como veis, cumpli  
Mi deber tan á la luenga,  
Bien se colige de aquí  
Que no tengo por qué tenga  
Ninguna queja de mí.  
Y porque mas claro os diga  
En el caso mi opinion,  
De nuestro mal galardón  
Vuestra fué la culpa, amiga,  
«Vuestra fué, que mia non» (27).

(26) Don Fernando, hijo de Felipe el Hermoso, fue archiduque de Austria, rey de Bohemia y también de romanos.

(27) Versos de un antiguo romance.



Por donde estoy en cuidado  
De qué podeis ya servir  
Con que emendeis lo pasado,  
Pues en volar y escribir  
Tan mal habeis aprobado.  
Y no hallo entre las gentes  
Oficio que os pueda dar,  
Ni de qué me aprovechar  
De vos, que de mondadientes,  
Si tuviese qué mondar.

Porque, ya que yo presuma  
Jugar con vos de mas botes,  
Y por razon de ser pluma  
Emplumar con vos birotos,  
Y que en ello me consuma,  
Sé que podeis alegrar  
Para quedar excusada  
Por no servirme de nada,  
Que no podeis emplumar  
Estando tan desplumada.

Así que, no sé qué sea  
De vos y mí, ni dó vamos  
Vestidos de una librea,  
Segun con ella quedamos  
Rotos en esta pelea.  
La tierra toda tomada,  
Ninguna guarida cierta,  
La esperauza casi muerta,  
Yo rendido y vos causada,  
Y la vejez á la puerta.

PÉÑOLA.

Acabad, Señor, por Dios;  
Que hablais mas que conviene,  
En mengua de ambos á dos;  
No deis quejas á quien tiene  
Por ventura mas que vos.  
Pero, pues me lo mandais,  
Yo soy de ello muy contenta,  
De venir con vos á cuenta;  
Paga no me la pidais,  
Pues no la sufre mi renta.

Y en querellar nuevamente  
Mal de tan vieja herida,  
Como cosa de presente,  
Dais sospecha conocida  
Que hablais con accidente;  
Mas, ya que tengais razon  
De mostraros mal contento,  
Serlo de mí no consiento,  
Que escribo vuestra pasion,  
Y escribiéndola la siento.

Cuanto mas, que de haber sido  
Vuestro trabajo tan vano,  
La misma parte ha cabido  
A la pluma que a la mano  
Del poco fruto cogido;  
Que si este respondiera  
Como cualquiera pensara,  
Ya yo triste descausara,  
O á lo menos escribiera  
Cosa que mas me agradara.

De suerte que no seria  
Derecho juzgar el nuestro  
Si en esta nuestra porfia  
Fuese el daño mio y vuestro,  
Y la culpa toda mia;  
Antes hallaréis quien diga  
Que vos por vuestro interese  
Quisisteis que yo tuviese  
Alas como la hormiga,  
Para con que me perdiere.

Y pues que vos lo hecistes,  
Y segun de ello sentis,  
Por ganarme me perdistes.  
¿Para que me zalaris  
El lugar do me pusistes?  
Que por mí pueden decir,  
Como suelen, gran tocado,  
Y con el chico recado,

Siendo mi pobre vivir  
Con el nombre colgado.

Fuera por cierto mejor  
Para ganar de comer,  
Que estuviera yo, Señor,  
Con un gentil mercader  
O con un buen receter,  
Pagador ó tesorero.  
Que con una peñolada  
Pudiera en una nonada  
Rentaros mas mi tintero  
Que en toda estotra jornada.

Que las virtudes sin par  
Del señor á quien servimos,  
Bien es dejallas estar,  
Pues ni yo ni vos subimos  
Ho las podamos loar;  
Mas, ya que podais contallas  
Como debeis conocellas,  
No podeis aquí metellas,  
Pues son mas para dorallas  
Que no para comer dellas.

Ni de sus nuevos estados  
Esperéis nuevos consuelos,  
Pues lo ponen en cuidados,  
Con que vos y vuestros duelos  
Del todo estáis olvidados.  
Antes le tienen trocado;  
Que ya no se acuerda, no,  
De Alcalá, donde nació,  
Ni de Arévalo el honrado,  
Donde niño se crió (28).

Pero, pues es ya pasada  
La mas parte de la vida,  
Puedo estar muy conhortada  
De ser antes bien perdida  
Que si fuera mal ganada.  
Y vos, pues os sentis flaco  
De provecho y de merced,  
A la honra os acoged,  
Pues no caben en un saco  
Entrambos, ni en una red;

Que si otros han tenido  
Ventura sin merecella,  
Y os parece estar corrido  
De no poder vos tenella  
Habiéndola merecido,  
Partidos por de fortuna,  
Guiados por movimientos  
Del mundo y acertamientos,  
Yo no se guarda ninguna  
Orden de merecimientos.

Y en semejante dolencia,  
Medicina señalada  
Será que nuestra conciencia  
No puede ser acusada  
De culpa ni negligencia.  
Yo hice vuestro mandado,  
Vos lo que virtud obliga;  
Si dicha nos fué enemiga,  
Lo que á los otros ha dado,  
San Pedro se lo bendiga.

Razon tenéis de sentir  
Pena de haber madrugado  
Tan de mañana á servir,  
Y haberse tanto tardado  
El galardón en venir;  
Mas debeis considerar  
Que no toda medicina  
Obra bien á la continúa,  
Ni por mucho madrugado  
Amanece mas abina;

Que en suerte tan pecadora  
Cual la nuestra no conviene  
Aquel refrán por agora,  
Que «quien á la postre viene  
Dicen que primero llora».

(28) Nació don Fernando en Alcalá el 10 de marzo de 1503.

Antes, según la Escritura,  
Los postreros son primeros,  
Y los primeros postreros,  
Porque nos llamó ventura  
Para dejarnos en cueros.

Ni tengais por mejoría  
Haber sido el delantero;  
Que ya veis lo que decía  
El de la viña al obrero  
Que vino al alba del día;  
Bien que podeis alegrar  
Que sois contento de ser  
Igual en el alquiler  
Con quien vino á trabajar  
A las horas del comer.

Mas en fin no os aprovecha  
De desdicha decir mal,  
Ni buena ni mala trecha,  
Porque es fruta natural  
Propia de vuestra cosecha;  
Y al derecho y al revés  
Fué mal hado que os cubrió,  
De que soy sin culpa yo,  
Porque es como mal francés,  
Que de vos se me pegó.

Así que, ningún provecho  
Esperéis, Señor, de mí,  
Sino trabajo y despecho;  
Porque el medrar es aquí  
Como el grano del helecho;  
El remedio de lo cual  
Será tornaros soldado,  
Pues es camino trillado  
Para ir al hospital,  
Donde vais encaminado.

## CASTILLEJO.

Con sobra de libertad  
Sois, Pluma, descomodida,  
Y no es poca necesidad  
Que seais tan atrevida.  
Caso que digais verdad:  
Mas de esta vuestra simpleza  
Lo que mas me desagrada,  
Por veros tan mal errada,  
Es sentir que la pobreza  
Os hace desvergonzada.

Mas no por eso os desamo,  
Vista la causa del yerro;  
Que, aunque me quejo y reclamo,  
Bien sé que cualquiera perro  
Con rabia muerde á su amo;  
Y que del caso por quien  
Mi justa queja os acusa,  
No podeis quedar confusa,  
Temiéndola vos tambien,  
Ni os ha de faltar exusa.

Pero no puedo dejar  
De quejarme como quejo  
De vuestro mal acertar;  
Porque si de vos me dejo,  
No tengo á quien me tomar.  
Mirad cuán mal entablada  
Está mi suerte en el juego  
Del viento con que navego,  
Que con vos no gano nada,  
Y sin vos soy mate luego.

Ni me queda con vos hoy  
Suerte ninguna segura  
Por el camino do voy;  
Sino sola la locura  
De haber sido cuyo soy.  
Con lo cual seré contento,  
Ya que no puedo dichoso;  
Mas de vos siempre quejoso,  
Pues al sastre su instrumento  
Le debe ser provechoso.

Con el martillo el herrero  
Hace su casa mas rica,  
Con la lanza el caballero,

El soldado con la pica,  
Con la azuela el carpintero;  
Mantiene la lanzadera  
En su estado al tejedor,  
Las redes al pescador,  
Al tundidor la tijera,  
Y el arado al labrador.

La azada da de comer  
Y vestir al hortelano,  
Los libros al bachiller,  
La péñola al escribano  
Cuando hace su deber;  
El horno no se calienta  
Sin la paja y su servicio;  
Y en fin fin, cualquier oficio  
Saca de su herramienta  
Señalado beneficio.

Sino yo, que porfiando  
Tras el bien que nunca vi,  
Sin éf me voy acabando  
Con vos, que sois para mí  
Pluma de buitre volando;  
Y así quedamos en calma  
En nuestra navegacion,  
Esperando la sazon,  
Vos como planta de palma,  
Yo como camaleon.

Así que, no podeis ya  
Agraviaros del castigo  
Que por mi boca se os da,  
Pues de vuestra feria digo  
Segun que en ella me va.  
Y aunque mas os disculpeis,  
No me podeis sanear  
De mi daño, ni negar,  
Ya que no me aprovecheis  
De ayudármelo a contar.

Y aun esto finalmente  
Quedaré de vos pagado  
En pajas en que me asiente  
A contar de lo pasado,  
Como lloro lo presente;  
Que para lo venidero,  
Si por camino mas llano  
Por ventura no lo gano,  
Por el vuestro no lo espero,  
Pues ya me tiembla la mano.

## PLÉÑOLA.

Por dar lugar al antojo  
Hablaís, Señor, alterado,  
Y vencido del enojo.  
Mostráis haberme criado  
Para sacaros el ojo;  
Pero siendo yo obligada  
A seguir vuestro partido,  
Ya por mi mal he sabido  
Que no puede ser ganada  
Quien anda tras el perdido.

Mas si quereis corregir  
Un poquito el pensamiento,  
Para no le consentir  
Que haga torres de viento,  
Do no se puede subir:  
Y no pintarme tamaños  
Los agravios y despechos,  
Usurpando los derechos,  
Ni contar solo los daños,  
No contando los provechos;

Hallaréis que no teneis  
Razon en lo que decís  
Contra mí, ni la veréis  
Jamás de lo que pedís,  
Si pedís lo que debeis;  
Antes, si bien lo miráis  
Con corazón sosegado,  
Aunque estáis bien alcanzado,  
Eso poco que alcanzais,  
Conmigo lo habeis ganado.

Y pues sabeis que lo sé,  
Perdonadme lo que digo,

Y pondé en cuenta que  
Siendo de Ciudad-Rodrigo,  
Do nunca la corte fué,  
Conversais entre señores,  
Y á mi causa habeis venido,  
No solo a ser conocido  
De reyes y emperadores,  
Mas tambien favorecido.

Bien que podeis responder  
Que de tan bajo cimiento  
Vienen muchos á tener  
Mucho mejor cumplimiento  
De lo que han menester;  
Mas en caso semejante  
Hay siempre menos y mas;  
Vos saliendo de compás,  
Mirais los que van delante,  
No los que quedan atrás.

Esta consideracion  
Es falta de donde os viene  
El orgullo y presuncion,  
Que no dice ni conviene  
Con vuestra disposicion;  
La cual, si yo me durmiese,  
Aun os es inconveniente,  
Porque muy ligeramente  
Podeis, si por mí no tuese,  
Perderos entre la gente.

Tambien os falta un primer  
Que hace á los hombres ricos,  
Y es, que sois bullidor  
Como suelen ser los chicos  
Acerca de su señor;  
Que aunque sepais bien servir,  
Si no sabeis demandar,

Poco puede aprovechar  
Mi trabajo en escribir  
Ni vuestro filosofar.

Mas, ya que en esto faltamos,  
Será bien que lo emendemos,  
Y que de nuevo aprendamos  
Arte con que negociemos,  
O del todo nos rindamos;  
Pero, porque se requiere  
Para tal filosofia  
Mas tiempo del que hoy habria;  
Si, Señor, os pareciere,  
Quédese para otro dia.

Y pues la mas larga vida  
Está cogando de un hilo,  
Tratemos de la partida;  
Quizá mudando el estilo  
Será menos desabrida.  
Que si el bien se nos aleja,  
Ya que nunca se nos haga  
Alivio de nuestra llaga,  
Es quedar con buena queja  
A trueque de mala paga.

**Villancico final.**

*Vi los barcos, madre,  
Vilos, y no me vale.*

Yo, loco, creia  
Ser orden y ley  
Salvar cualquier rey  
Aquel que le via;  
Mas esta fe mia  
Muy vana me sale.  
*Vilos, y no me vale.*

**LIBRO TERCERO,**

**DE OBRAS MORALES Y DE DEVOCION.**

**OBRAS MORALES.**

Mal engañado me has,  
Mundo; ya siento tus daños;  
Hasme llevado treinta años,  
De lo que me pesa mas.  
Jugaste con mi moneda  
Sin poner tú solo un tanto;  
Con pérdida me levanto,  
Por no perder lo que queda.

Mas con todo mi dolor,  
Alegre quedo al partir,  
Con que te podré decir:  
«Allá quedarás, traidor.»  
No tengo de qué alabarme;  
Mas tú quedarás corrido  
De verte que me has perdido  
Donde pensabas gozarme.

Muy gran peligro y afrenta  
Es morir la libertad,  
Quedando la voluntad  
Viva, rebelde y exenta.  
Vos, Virgen, de cuya cuenta  
Es razon que esto se escriba,  
Haced que muera la viva,  
Porque la muerta consienta.

**QUERRELLA CONTRA FORTUNA.**

Sé ya contenta. Fortuna,  
Ten ya segura tu rueda;  
Cesa ya, pues no me queda  
Bien ni esperanza ninguna,  
Ni mal que venir me pueda.  
De bienes me has despojado,  
Y de males redeado  
Fuera de toda medida,  
Y hasme dejado la vida  
Porque viva lastimado.

Quieres mostrar contra mí  
Tan crudamente tus sañas,  
Y no miras que te engañas,  
Y que te ofendes á tí  
En lo mucho que me dañás;  
Porque del mal que querello  
Así te plugo hacello  
Y de tal tinta pintallo,  
Que, aunque quieras remediallo,  
Ya no bastas para ello.

No me queda, en conclusion,  
Sino el alma que perder,  
Do no basta tu poder;  
Que de tu jurisdiccion  
La quiso Dios defender.  
Que de dilatar mi muerte

No tengo que agradecerte,  
Pues la vida que dejaste,  
Ya sé que la desechaste  
Por la mas astrosa suerte.

De cuya causa mis quejas,  
En mi corazón escritas,  
No menos son infinitas  
De tí por lo que me dejás.  
Que son por lo que me quitás.  
Y si algun bien me hiciste,  
Tan presto te arrepentiste,  
Que ya no lloro. Cuitado,  
Por ver que me lo has quitado,  
Sino porque me lo diste.

Y así, no quedo dudoso  
En esta mi desventura,  
Viendo el bien cuán poco dura,  
Que aquel es mas venturoso  
Que nunca tuvo ventura;  
Que do tu felicidad,  
Mudada en adversidad,  
Se vuelve en otro color,  
Muy mayor es el dolor  
Que fué la prosperidad.

Mas, ya que así me querias  
Mostrar sanada tu cara,  
Que llevaras te bastara  
Lo que tú dado me habias,

Y lo demás me quedara.  
 Pero jugaste conmigo  
 A guisa de falso amigo,  
 Prestándome al gallarin,  
 Porque quedase á la fin  
 Lo de ambos á dos contigo.

Honra que tuve y favor,  
 Y erédito y confianza,  
 Muy gran cabida y privanza  
 Acerca de mi señor,  
 Y no pequeña esperanza;  
 Amigos, otro que si,  
 Y otras cosas que perdi,  
 Por tu mano se me dió,  
 Pero la libertad no;  
 Que con ella me nací.

Y que todo lo llevaras,  
 Salvo aquello, tuyo era;  
 Que, aunque desnudo me viera,  
 Si esta sola me dejaras,  
 En muy poco te tuviera.  
 Pero la libertad muerta,  
 Así cerraste la puerta  
 Del remedio á mi, caulivo,  
 Que ya mientras fuere vivo  
 No la espero ver abierta.

Que aquel á quien bienes das,  
 Y despues es mal andante,  
 Porque nunca se levante,  
 Tan poco puede ir atrás  
 Como pasar adelante.  
 De este arte le descabezas  
 La libertad cuando empieza,  
 Y lo dejas atajado,  
 Dándole mate ahogado  
 Entre medias de sus piezas.

¡Oh libertad deseada  
 De quien te tiene perdida,  
 Hasta allí no conocida,  
 Y despues siempre llorada!  
 Lástima es que no se olvida;  
 Joya no bien apreciada,  
 Por ningún oro comprada,  
 Y mucho menos vendida;  
 Quien te pierde sin la vida,  
 La muerte gana doblada.

De estos daños de tu mano,  
 Cuya memoria me atierra,  
 Porque el remedio se cierra,  
 El menor y mas liviano  
 Me hace muy cruda guerra.  
 Mas hay otro que senti  
 Sobre cuantos van aquí:  
 Que, por mas me lastimar,  
 Consentiste rebelar  
 Mis amigos contra mí.

Do con Job podré llorar,  
 Y con David cantaré,  
 Que aquel á quien mas amé,  
 En lugar de me ayudar,  
 Mas adversario me fué;  
 Que si mi enemigo fuera  
 De quien daño me viniera,  
 Fuera caso sufridero;  
 Pero de quien bien espero  
 Es cosa muy lastimera.

Así que, queda probado,  
 Y por mi mal queda sabido,  
 Fortuna, que me has buscado  
 Cuantos males has podido,  
 Y de ninguno guardado;  
 Y que por todas las vias  
 En que dañarme podías,  
 Quisiste mi perdimiento,  
 Condenando el pensamiento  
 A llorar noches y dias.

Causa me da que te arguya  
 Mi justa queja rabiosa;  
 Siendo yo tan poca cosa,  
 ¿Qué poquedad fué la tuya

Mostrarte tan poderosa?  
 Contra castillo tan triste  
 Mucha pólvora metiste,  
 Y maravillado estás,  
 Estando tan bajo yo,  
 Cuán en lleno me cogiste.

Y tú, no bien satisfecha  
 Con tenerme ya deshecho,  
 Aun continúas mi despecho;  
 No sé de qué te aprovecha,  
 Pues ya no soy de provecho.  
 Dejaste por mi enemiga,  
 Que de continuo me siga,  
 A mi memoria conmigo,  
 Que por do quiera que siga,  
 Acordando me fatiga.

Tus vanos bienes de aver,  
 Que hoy son causa de pesar,  
 No me dejan olvidar  
 Cuán buenos son de perder  
 Y cuán malos de ganar.  
 Das ansias en deseallos,  
 Trabajos en alcanzallos,  
 Congojas en poseellos,  
 Mil dolores en perdellos,  
 Y el mayor es acordallos.

¡Oh cara desvergonzada,  
 Halaguéna, lisonjera!  
 A aquel te muestras de fuera  
 Mas alegre y mas pagada  
 Que mas sañuda te espera.  
 Amiga de novedad,  
 Tu falsa seguridad  
 Es como la paz de Judas,  
 Que al mejor tiempo te mudas  
 Y cambias de voluntad.

Aquel que á favorecer  
 Comienzas y á levantar,  
 Sábesle tan bien cegar,  
 Que le haces entender  
 Que no le puedes faltar.  
 En cuanto pone la mano,  
 De todo se halla ufano,  
 No juega de balde treta;  
 De mil cazadas que meta,  
 Ninguna le sale en vano.

Hácesle de su caída  
 Tan seguro y confiado,  
 Y de ti tan descuidado,  
 Que de todo punto olvida  
 Que puede verse burlado;  
 Dástele tan sosegada,  
 Que no temiendo de nada,  
 Piensa tenerle de juro,  
 Y cuando está mas seguro,  
 Revuelves con tu celada.

Tan sin recelo vivimos,  
 Que aun ya despues que te vemos  
 Mudada no lo creemos;  
 De los medios nos sentimos,  
 Pero no de los extremos.  
 Y mirando lo de atrás,  
 Pensamos que volverás  
 A lo mismo que solías,  
 Hasta que de dia en dias  
 Te vas alejando mas.

Caminas por nuestros males,  
 Siempre en ellos te afirmando,  
 Y los bienes desviando,  
 Mostrando claras señales  
 Que eres vuelta de otro bando.  
 Cuanto pensamos despues,  
 Todo nos sale al revés;  
 No jugamos buena pieza,  
 Ni nos basta la cabeza  
 Do nos bastaban los piés.

Do queda que tu poder  
 Es, Fortuna, general  
 Para bien y para mal;  
 Mas del mal, por mal hacer,

Usas como principal;  
 Porque muchos abajaste,  
 Que despues no levantaste,  
 Pero de los que subiste,  
 A muy pocos sostuviste,  
 Que al fin no los derribaste.

Es tan grande tu grandeza,  
 Que á toda grandeza sobra,  
 Y toda bajaza cobra,  
 Y sobre naturaleza  
 Infinitas veces obra;  
 Porque en subir y bajar  
 Puedes, queriendo, alcanzar  
 Donde el mismo pensamiento,  
 Haciendo torres de viento,  
 Apenas puede llegar.

Y con cuanto poder tienes,  
 Muy pequeño le tuvieras,  
 Si solamente pudieras  
 Despojarnos de los bienes,  
 Y en mas no te entremetieras;  
 Mas eres tan atrevida,  
 Cruel y descomedida,  
 Que, despojados los hombres,  
 Les robas también los nombres,  
 Viéndolos ir de vencida.

Mejor es nombre de bueno,  
 Como Salomon lo reza,  
 Que multitud de riqueza;  
 Y de este haces ajeno  
 Al que abajas á pobreza.  
 Siendo el mismo que solía,  
 ¿Qué es del nombre que tenía?  
 Porque suya ya no eres;  
 Lo pierde al tiempo que quieres  
 Deshacer la compañía.

Si buenas obras obró  
 No le son galardonzadas,  
 Y muchas cosas pasadas,  
 Que por virtudes usó,  
 Por vicio le son contadas.  
 Haces por serle cruel;  
 Que del amigo mas fiel  
 Reciba menos consuelo,  
 Y que las piedras del suelo  
 Se levanten contra él.

Sea ejemplo Cipion,  
 Despues de tantas hazañas,  
 Conquistadas las Españas  
 Y librada su nacion  
 De Anibal y de sus mañas;  
 Despues de haber sojuzgado  
 A Cartago, á su senado,  
 En lugar de galardón,  
 Acusado por ladron,  
 En fin murió desterrado.

Pues su contrario Anibal,  
 Que por honra de su tierra,  
 Haciendo llana la sierra,  
 No popando ningún mal,  
 Sostuvo tan luenga guerra,  
 De sus mismos ciudadanos  
 Prometido á los romanos,  
 Baseando ajeno favor,  
 Reputado por traidor,  
 Muerte tomó por sus manos.

Y abajando desde aquí  
 A otros que menos fueron,  
 ¿Cuántos hay que recibieron  
 Grandes favores de ti,  
 Que ganando se perdieron?  
 Que á la corta, que á la larga,  
 Al que tu dulzor embarga,  
 No se te escapa ninguno  
 Que en su estado á cada uno  
 No te le muestres amarga.

Por prueba de mi intencion  
 Bastan estos alegados  
 Que los de ti lastimados  
 Sin ningún número son,

De diferentes estados;  
A los cuales no asegura  
Razon, bondad ni cordura,  
Ni seso, maña ni arte;  
Porque alegas por tu parte  
No hay razon si no hay ventura.

Y esto bien considerado,  
Muy bien puede ser tenido  
En tu mudable partido  
El perdido por ganado,  
Y el ganado por perdido.  
Pues no sabes ser igual,  
Ni guardas en especial  
Orden de cómo ni quién;  
Y tu mal puede ser bien,  
Y tu bien puede ser mal.

Pues bien lo considerando,  
¿Qué mayor mal, tras ti yendo,  
Podemos tener, viviendo,  
Que es estar siempre esperando  
Ó de continuo temiendo?  
Y con tal conocimiento,  
Pienso que mi perdimiento  
No fué pequeña ganancia,  
Por quedar en pobre estancia,  
Ya de ti libre y exento.

Que en el mal en que me veo,  
Por muy crecido bien hallo  
Ni temello ni esperallo,  
Y refrenarse el deseo  
Con miedo de descallo.  
Yaunque tengo qué llorar,  
Tengo con qué me alegrar;  
Que tengo con no tener  
Seguro de no perder,  
Pues no tengo qué ganar.

Caso que mi desconsuelo  
Muchas veces me desvela,  
Una cosa me consuela:  
Que no puede venir duelo  
Que ya lo medio me duela.  
Mas mal del que recibí  
Ya no le temo de ti,  
Ni yo espero de ti nada;  
De suerte que es acabada  
Tu posesion sobre mí.

Y de hoy mas yo me despido,  
Con temor de tus mudanzas,  
De tus vanas esperanzas;  
Ni te quiero ni te pido,  
Ni temo tus asechanzas.  
Todo cuanto puedes dar  
De placer y de pesar,  
Ya sé cuán presto se pasa,  
Y que la mas larga tasa  
No puede mucho durar.

En aquel bien soberano  
Es de poner la esperanza,  
Que si una vez se alcanza,  
No se suelta de la mano  
Ni se teme de mudanza;  
Po el Dador de la riqueza  
Usa de tanta largueza  
Y de términos tamaños,  
Que delante de él mil años  
Son un día en ligereza.

De tal orden se mantiene,  
Sin igual merecimiento,  
En tener contentamiento,  
Que el que menos gloria tiene  
Está del todo contento;  
Do los servicios pasados,  
Trabajos, penas, cuidados,  
Bien padecidos acá,  
Sin achaque son allá  
Satisfechos y pagados.

Final.

Y pues hemos de morir,  
Que no se puede excusar,

Excusado es portiar  
En de continuo seguir  
Tras lo que se ha de acabar.  
Y tú, mudable Fortuna,  
Si es verdad que eres alguna,  
Dañar puedes en el mundo;  
Que allá en el otro segundo  
No nos serás importuna.

CONSOLATORIA ESTANDO CON MIL MALES.

Quando las angustias mías  
Mas se esfuerzan contra mí,  
Que es al tiempo que los días  
Juntan con las noches frías  
La postrer parte de sí;  
Quando á los que están sin pena,  
Sin pasion y sin cadena,  
Cual yo no me pienso ver,  
Les causa nuevo placer  
La nueva noche serena;

Sino á mí, que quebrantado  
De las fatigas del día,  
Quedo con nuevo cuidado  
De sufrir el mal doblado  
Quando la luz se desvia;  
Cercado de mil dolores,  
No de burlas ni de amores,  
Los cuales gran tiempo há  
Rindieron sus armas ya  
A las trabajos mayores;

Estando muy descontento,  
Dentro de mi corazon  
Luchando con mi tormento,  
Y movido el pensamiento  
A gran desesperacion,  
No sé decir si dormia  
Ó si me lo parecia;  
Bien sé que lo procuraba,  
Y que el dolor lo estorbaba,  
Necesidad lo pedia.

Acaso súptitamente,  
Si vale mi parecer,  
Vi delante mi presente  
Una persona excelente  
En figura de mujer;  
De limpieza guarnecida,  
Con gravedad no fingida,  
Honestidad extremada,  
De tocas blancas tocada  
Y azules ropas vestida.

Espantéme á la verdad,  
Entre mi mismo turbado,  
De ver con tal novedad  
Mujer de tal calidad  
En tiempo tan no pensado;  
Y mirando mas en ella,  
Parecióme conocella  
Y habella visto sin duda,  
No con tocas de viuda,  
Sino en coña de doncella.

Mas, porque la dilacion  
No fuese mas que debía,  
Con la tal admiracion  
Hice disimulacion  
De aquella mi fantasia,  
Y dije: «¿Quién es, Señora,  
Ynesamerced, que á tal hora  
Me venis á visitar?  
¿Quién os trajo á este lugar,  
Do placer ninguno mora?»

»Porque si placeres fueron  
Los que tales se pensaron,  
De dos suertes me mintieron:  
Unos que nunca vinieron,  
Otros que ya se pasaron;  
Y hame quedado tristeza,  
Vejez, cansancio, flaqueza,  
Indignacion y amargura,

Queja, dolor, desventura,  
Enfermedad y pobreza.»

Atajó mi querellar  
La dueña con su prudencia;  
Que con gracia singular  
Dijo: «Bejad el pesar,  
Tened, hermano, paciencia,  
Porque yo, por relacion  
De vuestra tribulacion,  
Vengo por vuestro consuelo,  
Enviada desde el cielo;  
Llámome Consolacion.

»Mi comision es poner  
En vuestro mal medicina;  
Pero será menester  
Disponeros á tener  
Atencion á mi doctrina,  
Y hacer que el sentimiento  
Dé lugar al sufrimiento  
Y olvide un poco su llaga,  
Para que la razon haga  
Su ley sin impedimento. —

»Bien sea vuestra excelencia  
Venida, respondi yo;  
Que puede con su presencia,  
Saber y benevolencia  
Sanar á quien enfermó;  
Mas hállome tan cobarde  
Para salir en alarde,  
Que estoy con mucho temor  
Que este socorro y favor  
Ha ya llegado muy tarde.

»Porque tengo ya creído  
Que á mi desconsolacion,  
Estando yo tan rendido,  
No hay otro niugun partido  
Sino desesperacion;  
La cual me quita cuidado  
De andar siempre desvelado  
Tras el remedio á buscarlo,  
Y es alguno no esperar lo  
Do no puede ser hallado.

»Que lo que padezco yo  
De males nuevos y viejos  
No admite médico, no,  
Como gota que añudo  
Encima de los artojos;  
Porque esta mi triste vida  
Ha sido tan combatida  
De miserias y pesares,  
Que por docientos lugares  
No puede ser defendida.

»Caso que tal embajada  
Y con tal embajador,  
Es merced muy señalada,  
Que yo no puedo con nada  
Ser della merecedor;  
Y aunque no traya de hecho  
Bien para mí, ni provecho,  
Por la sobra de mis males,  
Os doy gracias inmortales,  
Puesto por tierra mi pecho.

»Y suplicoos, pues que así  
Fuistes de verme servida,  
Me digais, Señora, aquí  
Cómo venistes á mi  
Sin ser de mi requerida;  
Y qué fué la principal  
Causa que tan liberal  
Se me da vuestra nobleza,  
Y movió vuestra grandeza,  
A moveros de mi mal. —

»Soy contenta, respondi,  
De dar razon suficiente  
De lo que antes precedió,  
Y agora me convidó  
A la jornada presente;  
Y dos causas al fin fueron  
Las que á venir me movieron;  
De diversa calidad,

Fundadas en caridad,  
De quien ambas procedieron.

» La primera es por razon  
Del cargo que Dios me ha dado,  
Con poder y comision  
De buscar consolacion  
Al que está desconsolado;  
Y son leyes soberanas  
Que á las personas cristianas  
Acuda con medicina  
La consolacion divina,  
Cuando faltan las humanas.

» Para la cual no se miran  
Las voces del que adolece,  
Que lamentan y suspiran  
Segun le pungén y tiran  
Los dolores que padece ;  
Que el que sabe la intencion  
No juzga por la pasion  
De aquella querella loca  
Los clamores de la boca,  
Sino los del corazon.

» Y por deuda de mioficio,  
Que pide su cumplimiento,  
No por privado servicio,  
Os hago este beneficio  
Sin vuestro requerimiento;  
Y así, viendo ser llegada  
La sazón aparejada,  
Vengo, queriéndolo Dios,  
A veros sin ser de vos  
Con voz expresa llamada.

» La segunda razon que  
Me ha dado causa de veros,  
Es obligacion de fe,  
Que privadamente sé  
Mucho tiempo há teneros ;  
Desde aquella primavera  
De vuestra vida primera,  
Cuando todo parecia  
Verde y lleno de alegría  
Cuanto acerca de vos era.

» Cuando yo, desde la cuna  
Criada con gran pujanza,  
Era en estos mundos una  
Mensajera de fortuna,  
Y me llamaba Esperanza.  
Y bien se os acordara  
Que veinte y siete años há,  
Siendo vos de veinte y tres,  
Y algunas veces despues,  
Os visité por acá.

» Yo confieso que moví  
Vuestro nuevo pensamiento  
A pensar mucho de sí,  
Y con mis propios bueñis  
Vuestra cabeza de viento;  
No con falta de verdad,  
Con cautela ó falsedad,  
Sino por lo que creia,  
Juzgando por lo que via  
De aquella oportunidad.

» Y vuestro seso cebé  
De mi virtud á la clara;  
Alterada, os alteré,  
Engañada, os engañé;  
Pero ¿quién no se engañara  
Viendos en casas reales  
A par de los principales  
Y en gracia de vuestro dueño?  
Si ha salido todo en sueño,  
Engañaron las señales.

» De lo cual está sabido  
El gran daño que os alcanza  
Por el tiempo así perdido,  
Cuerpo y seso consumido  
Tras tan incierta libranza ;  
Y de tal loca porfia,  
De todo fruto vacia,  
Bien que fué, como se muestra,

La pérdida toda vuestra,  
Mas la afrenta es toda mía.

» Vos perdistes sin razon  
Sobre esta vana heredad,  
La edad y la opinion ;  
De venir en posesion  
Yo perdi la propiedad ;  
Pero para lo futuro  
Vos podéis estar seguro  
De semejantes errores,  
Y tener ya mis favores  
Por mas cierto que de juro.»

Atónito me tenia  
Con su hablar mesurada,  
Y aquello que me decia  
Los ojos me enternecia  
Con la memoria pasada ;  
Pensando con diligencia  
En la muy gran diferencia  
De aquellos tiempos floridos,  
Y en las cuitas y gemidos  
De esta mi pobre presencia.

Y con angustia le digo :  
« Oh Señora, y cuán aviesas  
Mostró sus obras conmigo  
El tiempo, que por testigo  
Quedó de vuestras promesas ;  
El cual sin ningun cuidado  
De cumplir vuestro mandado  
Se echó á dormir como muerto,  
Y si acaso le despierto,  
Vuélvese del otro lado.

» Y con su mucho tardar,  
Enfadéme tanto dello,  
Que cansado de esperar,  
Cuanto ya me puede dar  
No lo estimo en lo que hueello.  
Y ojalá se contentara  
Que yo privado quedara  
De todas mis esperanzas,  
Y otras nuevas mal andanzas  
A ello no me juntara.

» Y pues aquello faltó  
Tenido por verdadero,  
Y á vos misma os engañó,  
¿ Qué esperanza podré yo  
Tener de lo venidero?  
Si en aquella edad florida  
Vuestra le tan prometida  
No tuvo seguridad,  
¿ Cual será la de esta edad,  
Ya por el suelo caida? »

Respondió con sufrimiento,  
Y díjome : « Hermano mío,  
Estad ya de hoy mas atento,  
Y guiad el pensamiento  
Al lugar do yo lo guío ;  
Y no os desaseguréis  
De la prenda que tenéis  
Ya de mí para adelante,  
Por el ejemplo que ante  
De lo contrario poneis.

» Que sí mucho os prometí,  
Y al cabo salió fruslera,  
Caso que así lo creí,  
No pequé solo por mí,  
Sino como mensajera.  
Fortuna sorda, sandía,  
Yo ciega de su ufanía,  
Ambas hembras y sin sér,  
¿ Qué pudimos prometer,  
Que no mienta cada día?

» Especial que son profanas  
Las cosas que os prometemos ;  
Temporales y mundanas,  
Perecederas y vanas,  
Sujetas á mil extremos.  
Y no solo prometidas,  
Mas despues de poseidas,  
Fortuna con su locura

A nadie las asegura,  
Que no puedan ser perdidas.

» Quanto mas, que sus favores,  
Ya que conociesen leyes,  
Tienen por ejecutores  
A solos emperadores,  
Papás, príncipes y reyes ;  
Los cuales, ó por error,  
Por olvido ó desamor,  
Como son hombres tambien,  
No tienen respeto á quien  
Es de ello merecedor.

» Do viene ver mil astrosos,  
Indignos, ásperos, fieros  
Levantados, poderosos,  
Y á buenos y virtuosos  
Hacerse mil desafueros ;  
Y sin temor ni recelo  
Empinadas hasta el cielo  
Personas no merecientes,  
Y á otros hombres excelentes  
Derrocados por el suelo.

» Porque con la ceguedad,  
Que es de los príncipes lonja,  
Oyendo poca verdad,  
Tienen ya la voluntad  
Sometida á la lisonja.  
Esta los ablanda y liga,  
Y la otra su enemiga,  
Necesidad, los enfrena,  
Pero la virtud ajena  
Pocas veces los obliga.

» Y siendo tambien tocados  
De desagrado y tocados  
Muchas veces los citados  
Son al fin remunerados  
Como lo sois en el viento ;  
Porque liberalidad  
Y oficios de caridad  
Donde reina ingratitud  
No se hacen por virtud,  
Sino por necesidad.

» Y así, mirando el Profeta  
Esta vanidad tan loca,  
A toda gente discreta,  
Como con una trompeta,  
Amonesta con su boca,  
Escribiendo en versos claros :  
— No curéis de confiaros  
De los príncipes mortales,  
Hijos de hombres terrenales,  
Porque no pueden salvaros.—

» Y yo, viendo ser así,  
Y las trampas y accidentes  
De la vivienda de aquí,  
Con tiempo me recogí  
Por no engañar á las gentes ;  
Y con el favor divino  
Eché por otro camino,  
Mudado mi propio sér,  
Por no tener que hacer  
Con pueblo tan serpentino.

» Agora, si os placera,  
Volvamos á lo pasado  
Por que fui venida acá,  
Por que en mi memoria no está,  
Aunque suspenso, olvidado ;  
Y decidme, si os agrada,  
Qué fué la causa fundada  
Que desde Dios nos crió  
En el mundo que fundó,  
Y nos hizo de no nada,

» No quiso ni fué contento  
Que ningun hombre estuviese  
En paz con su pensamiento,  
Ni tuviese cumplimiento  
De todo lo que quisiese ;  
Sino porque esté dudoso,  
Recatado y sospechoso,  
Y nunca llegue á pensar

Que hay en el mundo lugar  
De verdadero reposo ;

»Ni piense jamás tener  
En esta mortal morada  
Algun perfecto placer,  
Pues aun la vida ha de ser  
Por poco tiempo prestada ;  
Sino que todas sus cosas  
Estén siempre sospechosas,  
Pendientes de las del cielo,  
Y de allí espere el consuelo  
Cuando le son trabajosas.

»Y en este sentido van  
Las palabras á la clara,  
Que se dijeron á Adán :  
—Comerás de hoy mas tu pan  
En el sudor de tu cara :—  
Mostrándonos que el cuidado,  
A trabajos obligado,  
Afan, cansancio, dolencia,  
Son la natural herencia,  
Y lo demás es prestado.

»Pero Dios, con su largueza,  
Con que nos gobierna y sana,  
Usó de mayor grandeza,  
Conociendo la flaqueza  
De la condicion humana ;  
Y mostrando su clemencia,  
Quiso que aun acá en presencia  
Hubiese consolaciones  
Para aliviar las pasiones  
Y entretejer la paciencia.

»Porque el hombre mas dichoso  
Y mas bienaventurado,  
Sano, sabio, virtuoso,  
Bien dispuesto, generoso,  
Maneche, rico, letrado,  
Cuando bien se mirará,  
Con queja se hallará  
De cosas que le fallecen,  
¿Qué harán los que carecen  
De todo cuanto aqui va?

»Y pues por fuerza es haber  
Mil cosas que se deseen,  
Es medio y es menester  
Consolarlas, á mi ver,  
Con otras que se poseen ;  
Y siguiendo esta razon,  
Si interviene discrecion,  
Por mano de Dios regida,  
Imposible es que la vida  
Esté sin consolacion.

»Con un honesto recao  
De vida mausa, segura,  
Puede estar aconhortado  
Un hombre que á mas estado  
No le subió su ventura ;  
Con la virtud de la ciencia  
Se consuela, y con prudencia,  
La falta de juventud,  
Y la mengua de salud  
Con ventaja de conciencia.

»Bien que el dolor corporal,  
Mientras punge y atormenta  
En esta vida mortal,  
Es de los males el mal  
Que mas quebranta y afrenta ;  
Mas la desesperacion,  
De que heicistes mencion,  
Nunca permitais que os venza,  
Porque es terrible vergüenza  
Del cristiano corazon.

»La falta de habilidad  
Con bondad está pagada,  
Y á la generosidad  
La valerosa humildad  
No le queda á deber nada ;  
Las gracias y gentileza  
Del cuerpo, y la fortaleza,  
No son de mas cuenta y peso

Que las del ingenio y seso,  
Ni tienen tanta firmeza.

»La falta de la esperanza,  
Paciencia la recompensa,  
Y lo riqueza no alcanza,  
Moderacion y templanza  
Son suficiente defensa ;  
Mayormente si miramos  
En lo que desperdiciamos  
Y superfluo que se gasta,  
Y lo poco que nos basta,  
Y lo mucho que buscamos.

»Así que, todos los males  
Y faltas, por mas que duelan,  
Con recompensas iguales  
De otros beneficios tales  
Se aconhortan y consuelan ;  
Y la pasada vitoria  
Con la presente memoria,  
Y la mala y triste suerte  
Con el fin de buena muerte,  
Y la muerte con la gloria.»

Con ánimo placentero  
Estando gozando yo  
De este sueño verdadero,  
Despertóme un ballestero,  
Que de lado me tiró ;  
Y halléme sin la dama  
En mi solitaria cama,  
Harto ledo y consolado ;  
Mas sujeto y obligado  
Al tormento que me llama.

**Final.**

*No faltas, esfuerzo ;  
Que males y afan  
Su fin se tendrán.*

Si vos, penas mías,  
Consuelo queréis,  
Ejemplo tenéis,  
En Job y Tobias.  
Los miseros días  
Que vienen y van  
Su fin se tendrán.

**DIÁLOGO**

**ENTRE MEMORIA Y OLVIDO.**

OLVIDO.

Dime tú, Memoria, di,  
Que presumes sin derecho,  
¿Por qué causa el mundo á ti  
Lea y precia mas que á mi,  
Que le soy de mas provecho?  
Tú con tu importunidad  
Les causas guerra continua,  
Yo paz y tranquilidad ;  
Fresles enfermedad,  
Yo salud y medicina.

MEMORIA.

¿Quién eres tú, desastrado,  
Que hablas tan atrevido?

OLVIDO.

Soy un pobre desechado,  
De todo el mundo olvidado,  
Y así me llaman Olvido.  
Soy libre de condicion,  
Que apenas conozco dueño,  
Y contrario á tu opinion,  
Porque no tomo pasion  
De nada, ni pierdo el sueño.

MEMORIA.

Siendo pues eso verdad,  
Que eres quien dices, amigo,  
¿Qué locura y liviandad

Es querer tú en dignidad  
Cotejarte aqui conmigo,  
Y que por una medida  
Pienses tú de ser medido  
Con mi valor en la vida,  
Siendo yo virtud sabida,  
Y tú vicio conocido.

OLVIDO.

¿Sé tú quien tú te quisieres,  
Que no me doy una paja,  
Pues con todo cuanto fueres,  
En provechos y placeres  
No te conozco ventaja,  
No te esfuerces ni te ayudes  
De fieros y fantasías ;  
Vengamos á las saludes,  
Saca á plaza tus virtudes,  
Yo tambien diré las mias.

MEMORIA.

No seas tan insolente,  
Olvido desvergonzado ;  
Porque Dios entre la gente  
Potencia mas excelente  
Que yo soy no la ha criado.  
Bien sé que la alma, por ser  
Sempiterna, es desigual ;  
Pero yo con mi saber  
Casi llevo á parecer  
Tambien cosa celestial.

OLVIDO.

Si por celestial te tienes,  
Memoria, súbete al cielo,  
Donde vas y de do vienes ;  
Que yo no pido mis bienes  
Sino en este dulce suelo,  
Donde sin ningún cuidado  
De cosas mias ni ajenas,  
De presente ni pasado,  
Soy exento y reservado  
De tus congojas y penas.

MEMORIA.

¿No sabes tú que yo soy,  
Entre las cosas criadas,  
La que en toda parte estoy,  
Y que con mi lumbré doy  
Sér y vida á las pasadas?  
Mediante lo cual tenemos  
Noticia de ellas tan cierta  
Como de las que sabemos  
Y con nuestros ojos vemos  
Cada día ante la puerta.

Pues los puntos y primores  
De tantas ciencias y artes,  
De que tan graves autores  
Y de tan diversas partes  
Fueron y son inventores ;  
La verdad y autoridad  
De todo cuanto pasó  
En la vieja antigüedad,  
¿Quién las hace en esta edad  
Manifiestas, sino yo?

¿Quién hace vivir la fama  
De los excelentes hombres,  
Que tan léjos se derrama,  
Y á muchos otros inflama  
En la invidia de sus nombres,  
Sino yo, que si durmiese,  
Y con virtud y fortuna  
La cuenta se me perdiese,  
No habria quien se moviese  
A gentileza ninguna?

Pero la gloria mediante  
De los ejemplos famosos  
Que yo les pongo delante,  
Convida á que se levante  
El alma á los virtuosos,  
Para estar siempre despiertos,  
Meuspreciando el morir,

Siendo seguros y ciertos  
Que por mí, después de muertos,  
Comenzarán á vivir.

## OLVIDO.

Quizá que concedería,  
Por complacerte, Memoria,  
Y templar nuestra porfía,  
Que de esa tu fantasía  
Llevases alguna gloria,  
Si de los hechos pasados  
Acordases solamente  
Los dignos de ser loados,  
Excelentes, señalados  
Para ejemplo de la gente;

Mas tan bien haces mención  
Y llevas de mano en mano,  
Por ejemplos y razon,  
De Calígula y Neron  
Como de Augusto y Trajano;  
Tan bien cuentas del ladron  
Malo como del bienquisto,  
Y nos das informacion  
Tan bien de la condicion  
De Júdas como de Cristo.

No te hinchas pues los senos  
De esos gozos y regalos,  
Y si por ejemplos buenos  
Haceis provecho, no menos  
Haceis daño con los malos;  
Porque el mundo pecador,  
A todo vicio inclinado,  
Siempre sigue lo peor;  
De manera que es mejor  
Quedar conmigo callado.

## MEMORIA.

Calla, miserable Olvido,  
Hijo de la misma muerte;  
No compares tu partido,  
Que ser tuyo ó no haber sido  
Todo casi es una suerte;  
Y vén en conocimiento  
De mi gracia y excelencia;  
Que yo soy de nacimiento,  
Hija del entendimiento,  
Madre de la providencia.

Mi cuidado y mi saber,  
Que no se duermen ni trocan,  
Dan aviso en proveer  
Todo lo que es menester  
De las cosas que nos tocan.  
Yo hago que el hombre entienda  
Con vigilancia y cuidado  
En su honra y su hacienda,  
Y con cordura defiende  
Lo con fatiga ganado.

Yo doy lumbré á los errores  
Que tú causas y procuras;  
Alumbro á los oradores,  
Letrados, predicadores,  
Que sin mí quedan á oscuras.  
Quito los inconvenientes,  
Y por medio de testigos  
Pongo paz entre las gentes,  
Y hago que estén presentes  
En ausencia los amigos.

## OLVIDO.

Todo eso es la verdad,  
Y está, Memoria, muy claro,  
Y sería en calidad  
De no poca utilidad,  
Si no costasen tan caro;  
Pero hágote saber  
Que el que de mucho se acuerda,  
Jamás pudo carecer  
De algun duelo ó desplacer  
Que le afija y que le muerdá.

Las dulces cosas pasadas,  
Acordadas, dan pasion,  
Y las duras y pesadas

## CRISTOBAL DE CASTILLO.

Tambien, no siendo olvidadas,  
Apretan el corazon;  
Y cuando nos apartamos  
Del lugar do bien quisimos,  
Cuanto mas nos acordamos,  
Tanto mas y mas lloramos  
La soledad que sentimos.

Alegas el bien servicio  
Que haces á los humanos,  
Pero de este tal oficio  
Poco ó ningun beneficio  
Se les signe de tus manos;  
Que á los que vienes y vas  
Con avisos singulares,  
Y á los que visitas mas,  
Por un placer que les das  
Les causas treinta pesares.

Por tu medio son mayores  
Cualesquier adversidades,  
Penas y angustias de amores,  
Y otros cualesquier dolores,  
Pérdidas y enfermedades.  
Todos los males serian  
Menores si tú cesases,  
Y los que pena ternian,  
El descanso que querrian  
Si tú no los afizases.

Enojos, enemistades,  
Iras, bravezas y furias,  
Bandos y parcialidades  
Y vanas prosperidades,  
Odios, afrentas, injurias,  
Quisiciones, guerras, batallas,  
Y cosas de este tenor  
Tú entiendes en despertallas,  
Y yo entiendo en olvidallas:  
Mira cuál es lo peor.

Y porque esta competencia  
Ya, Memoria, se concluya,  
Yo te digo, ten paciencia,  
Que hallo gran diferencia  
De mi virtud á la tuya;  
Porque es muy mas eficaz  
Para el cuerpo y para el alma,  
Pues durmiendo á su solaz,  
Los placeres tienen paz  
Y los pesares en calma.

Y que al fin soy una cosa,  
Si no lo quieres negar,  
Que, allende de ser sabrosa,  
Muchos, por ser tan preciosa,  
No la pueden alcanzar;  
Por lo cual, si se liese  
Mercado de tí y de mí,  
No dudo, dama, que hubiese  
Quien por onza de mí diese  
Mas que por libra de tí.

En cualquier cosa perdida  
Que no puede ser cobrada,  
Tú renuevas la herida;  
Yo soy solo en esta vida  
Medicina señalada.  
Por tanto, Memoria amiga,  
Piensa que estás en error,  
Y si no te da fatiga,  
Que mi mote te lo diga:  
«Olydar es lo mejor.»

## DIÁLOGO

## Y DISCURSO DE LA VIDA DE CORTE.

Interlocutores.

Lucrecio y Prudencio.

LUCRECIO.

No sé qué camino hallo  
Para tener de comer,  
Y conviéndeme buscallo,

Que á la fin es menester,  
Pese á tal;

Que veo que cada cual  
Pone todo su cuidado  
Por ser rico y principal,  
Y no vivir afrentado  
Con pobreza;

La cual, aunque no es vileza,  
Segun el dicho vulgar,  
Eslo al fin si por pereza  
Deja el hombre de llegar  
A ser algo.

Yo, pobre gentil hidalgo,  
De bienes desguarnecido,  
Si por mí mismo no valgo,  
Siempre viviré caído  
Sin reposo;  
Que al mancebo virtuoso,  
Obligado á mas valer,  
Para vivir deseoso,  
Mas le valiera no ser  
Entre gentes.

Pues confiar de parientes  
El que no tiene de suyo,  
Mas cerca tiene sus dientes,  
Y es gran cosa, ave de tuyo.  
No hay hermano  
Ni pariente tan cercano,  
Ni amigo tan de verdad,  
Como el dinero en la mano  
En cualquier necesidad.  
Cualquier cosa,  
Facil ó dificultosa,  
Se alcanza con el dinero,  
Y se nos muestra graciosa  
Donde él va por mensajero  
Del deseo.

No hay tan despierto correo,  
Ni cosa que haber se pueda,  
Aunque venga de boleo  
A cumplirse do hay moneda,  
Sin que pene  
Por ella aquel á quien viene;  
Mas el pobre pena y muere,  
Porque quien dineros tiene,  
Lícen hacer lo que quiere.

Y así va  
El mundo, do nunca habrá  
En este caso mudanza;  
Que nadie vale mas ya  
De cuanto tiene y alcanza,  
Como vemos  
En mil ruines que sabemos  
Presumen de caballeros.  
De quien gran caso hacemos  
Por solo tener dineros  
Y poder,  
Y otros que, por carecer  
De estos bienes temporales,  
Ninguno los quiere ver,  
Siendo nobles y leales;

De manera  
Que me es fuerza, aunque no quiera,  
Por no dormir en las pajas,  
Buscar camino ó carrera  
De mejorar mis alhajas,  
Y salir  
Por el mundo á descubrir,  
Sin volver la cara atrás,  
Algun modo de vivir  
Para venir á ser mas.

Mas primero,  
Segun hace el marinero  
Cuando sale de arrancada,  
Es de ver adónde quiero  
Enderezar mi jornada,  
Y mirar  
Desde luego á encaminar  
La nave á seguros puertos,  
Pues dicen que al enhornar  
Se hacen los panes tuertos;  
Que despues



Que el barco da de través  
 La enmienda suele ser dura;  
 Y así, el bien acertar es  
 Do consiste la ventura.  
 Yo, mancebo,  
 Si agora que el tiempo nuevo  
 De escoger me da lugar,  
 No lo acierto como debo,  
 Siempre tendré qué llorar.  
 Ocho estados  
 Suelen ser los mas usados  
 Del vivir entre los buenos;  
 Los cuales, aqui notados,  
 Escogeré por lo menos  
 Uno honroso,  
 A vueltas de provechoso,  
 Sin lo cual no hay nada hecho;  
 Cosa que es dificultoso,  
 Juntar honra con provecho.  
 Oficial  
 No me parece muy mal  
 Si el nombre no fuese vicio;  
 Que aunque es suyo el delantal,  
 Quien ha oficio ha beneficio;  
 Y es seguro  
 Como hacienda de juro  
 Do quier que el hombre se vea;  
 Mas la honra que procuro  
 Lo excluye por cosa fea.  
 Mercader  
 Es cosa á mi parecer  
 Tambien de harta ganancia,  
 Y que lo puede bien ser  
 El que tuviere sustancia  
 Para ello;  
 Y así, yo no puedo sello  
 Ni aun de agujas y albaquias,  
 Si de orejas y cabello  
 No hago mercaderias.  
 Mas no sé,  
 Si ya que tuviere qué  
 Vender y sacar en tienda,  
 A mi verdad y á mi fe  
 Pornia en tanta contienda  
 Y conciencia;  
 Cuanto mas, que aquella ciencia,  
 Ya que traiga utilidad,  
 Tiene á vueltas penitencia  
 Y poca seguridad,  
 Y el sentido  
 Vigilante, embebecido,  
 Con recato y con aviso  
 En mil partes repartido,  
 Y muy poco en paraiso.  
 Pues letrado,  
 Para vivir de abogado,  
 O médico principal,  
 Que demás de ser honrado,  
 Es oficio interesal,  
 Bien vernia;  
 Mas no futé la suerte mia  
 Que yo letras aprendiese,  
 Ni que con tal granjeria  
 Mi necesidad pudiese  
 Proveer.  
 Léjos van de mi saber  
 Las leyes y medicina,  
 Salvo escribir y leer  
 Y mi latin de cocina;  
 Pero, dado  
 Que las hubiera estudiado,  
 No sé cómo usara dellas;  
 Porque pienso haber pecado  
 En la forma de vendellas  
 A la gente,  
 Por ser de otras diferente  
 El uso destas dos artes,  
 Vendíendose comunmente  
 Al antojo de las partes,  
 Sin tasar  
 Lo que merecen ganar;  
 Y así se halla cirujano

Que es peor en desollar  
 Que Falaris el tirano.  
 El estado  
 De la guerra y ser soldado  
 Como muchos buenos son,  
 Es cosa tambien que ha dado  
 A muchos reputacion  
 Y dineros;  
 Señores y caballeros,  
 Personas de periecion,  
 Se precian de ser guerreros,  
 Y son desta profesion  
 Generosa;  
 Mas veo que es una cosa  
 En que anda de pasada  
 La vida muy peligrosa  
 Y la honra delicada,  
 Todo en vano;  
 Cuyo vivir inhumano  
 Nunca bien me pareció,  
 Porque es un pueblo profano,  
 Que hoy son y mañana no.  
 Y por via,  
 De la Iglesia no seria  
 Mal librado mi partido,  
 Si de cualquier canongia  
 Pudiese ser proveido,  
 Segun veo  
 Que lo son á su desco  
 Otros de menos valor,  
 Que con pompa y con arreo  
 Pasan la vida á sabor,  
 Sin cuidado,  
 Quedándoles reservado  
 Su derecho so la capa  
 De subir de grado en grado  
 Hasta llegar á ser papa  
 Cualquier prete;  
 Mas no se inclina ni mete  
 A serlo mi devocion,  
 Porque loba ni bonete  
 No son de mi condicion;  
 Ni me oso  
 Tampoco á ser religioso  
 Inclinár, que bien podria  
 Si en ello fuese dichoso  
 De alcanzar un abadía;  
 Mas es larga  
 La esperanza, y muy amarga  
 Aquella forma de vida,  
 Y aun para algunos es carga  
 Muy pesada y desabrida,  
 Y el reposo,  
 Que por deluera es sabroso  
 Y convida á tal vivienda,  
 Para otros achacoso  
 Y mezclado de contienda,  
 Que le atierra.  
 Pues quien no huelga de guerra,  
 Ni de oilla ni de vella,  
 Fresco está si se encierra  
 Do siempre viva con ella  
 Trabajado;  
 Despues de todo probado  
 Cuanto el mundo puede dar,  
 Y de ello desesperado,  
 Esto no puede faltar.  
 Yo, si quiero  
 Darne como hombre granjero  
 Al campo y á la labor,  
 Y tornarme de escudero  
 Rico, bonrado labrador,  
 No haria  
 Yerro, pues por esta via  
 Los padres del Testamento  
 Gozaron con alegria  
 De grandes bienes sin cuento,  
 Verdaderos.  
 Pues acá en los ganaderos  
 Del consejo de la Mesta,  
 De montones de dineros  
 No se hace mucha fiesta

Ni caudal;  
 Mas hay en el hombre un mal,  
 Que aunque yo quiera hacer  
 Lo mismo, no hay un real  
 Con que por obra poner  
 Tal afan,  
 Pues no alcanzo solo un pan,  
 Casa ni tierra ni villa,  
 Y como dice el retran,  
 Ni una roza en la campiña  
 Que labrar.  
 Así que, cuple pensar  
 En otra suerte de cosa  
 De que yo me pueda honrar  
 Y me sea provechosa;  
 Y no veo,  
 Para cumplir mi desco,  
 Pensando en ello de espacio,  
 Sin andar por mas rodeo,  
 Sino acogerme á palacio  
 De algun rey  
 O príncipe de mi ley,  
 Gran señor ó gran prelado;  
 Sometido como el buey  
 Mi cabeza su mandado  
 Por medrar,  
 Y en algun tiempo llegar  
 A ser lo que otros han sido,  
 Pues hay muchos que notar,  
 Que por servir han subido,  
 Dios mediante  
 Y su industria vigilante,  
 A ser grandes de pequeños,  
 Y algunos tan adelante,  
 Que son dueños de sus dueños  
 Y señores,  
 Con privanzas y favores  
 Mas que yo puedo decir,  
 Y mas riquezas y honores  
 Que ellos pudieran pedir  
 Ni querer.  
 Ya pues podrá suceder,  
 Si mi ventura lo guia,  
 Que yo tambien llegue á ser  
 Uno destes algun dia;  
 Y así, inclino  
 A tomar este camino  
 Mi voluntad sin mas ocio,  
 Caso que no determino  
 La ejecucion del negocio  
 Hasta ver  
 Cerca della el parecer  
 De Prudencio, mi pariente,  
 Que con su mucho saber  
 Dirá en ello lo que sienta  
 Claro y llano,  
 Y como fiel hombre anciano,  
 Me hablara sin engaños,  
 Cuanto mas que es cortesano  
 De cuarenta y tantos años;  
 Y no siento  
 A quien con mas fundamento  
 Comunique que á este viejo,  
 Que para mi pensamiento  
 Quede con su buen consejo  
 Descansado.  
 A la puerta está asentado,  
 Y es ya despues de comer.  
 Tomarle he regocijado;  
 Parlarémos á placer.

PRUDENCIO.

¿Dónde bueno por acá?  
 ¿Cómo va, señor sobrino?

LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, va  
 A ratos, y mal continuo.

PRUDENCIO.

¿Cómo así?

LUCRECIO.

Porque, aunque me veis aqui

Sano y bueno al parecer,  
No alcanzo ni maravedí,  
Ni aun sé de dónde lo haber.

## PRUDENCIO.

Con salud,  
Que tenéis, y juventud,  
No hay riqueza que se iguale.

## LUCRECIO.

Es verdad, mas la virtud  
Sin riqueza poco vale;  
Por lo cual,  
Como á dendo principal,  
Vengo á daros, Señor, cuenta  
De mi bien y de mi mal,  
Para atajar el afrenta  
Con que vivo;

Que visto que la recibí  
Con lo poco que aquí gano,  
He tomado por motivo  
De hacerme cortesano  
Y servir

En palacio, por venir  
A ser mejor algún día;  
Lo cual pienso conseguir  
Mejor por aquella vía,  
Que es honrosa.

Mas, porque cualquiera cosa  
Que ha de ser bien acertada  
Se hace mas ventajosa  
Con buen consejo guiada,  
Y son raros

Los buenos consejos claros,  
Quiero en esta mi ocurrencia,  
Señor Prudencio, rogaros  
Que con la mucha prudencia  
Que tenéis,  
Por el bien que me queréis  
Y gran virtud que en vos cabe,  
Vuestro parecer me deis,  
Como aquel que bien lo sabe.

## PRUDENCIO.

Yo, Lucrecio,  
Bien puedo pecar de necio,  
Como otros muchos lo son,  
Mas á lo menos me precio  
De verdad y de razon;  
Y estas dos,  
Cuanto al mundo y cuanto á Dios,  
Allende de lo que os quiero,  
Me obligan á ser con vos  
Fiel, leal y verdadero.

Claro veo  
Dispuesto vuestro deseo  
A la vida de palacio,  
Y cosa tan de rodeo  
Cumple tomalla de espacio,  
Y vagar

Para podello tratar;  
Y pues hay bien que hacer,  
Debeis aquí sentar,  
Que será bien menester  
Yo os prometo;  
Y decidme aquí en secreto  
Qué es la causa y fundamento  
De aqueste vuestro conceto,  
Voluntad y pensamiento  
Cortesano;  
Porque suele el seso humano  
A veces en escoger  
Errarse, y salir en vano  
Lo que piensa que ha de ser  
Provechoso,  
Y lo de lejos hermoso  
Tener de cerca otra vista,  
Y engañarse en lo dudoso  
Muchas veces por la lista  
La opinión.

## LUCRECIO.

Teneis, Prudencio, razon,

## CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Yo os confieso ser así;  
Pero desta mi intencion  
Yo os diré la causa aquí  
Brevemente,  
Y es, que veo mucha gente  
En palacio que de chicos  
Llegan sin inconveniente  
A ser muy grandes y ricos  
Y dichosos,  
Y los veo andar pomposos,  
Ufanos y bien vestidos,  
Honrados y poderosos,  
Privados y favoritos  
Y contentos,  
Sin temer los movimientos  
De la mar ni de la tierra,  
Ni los acontecimientos  
Ni peligros de la guerra  
Trabajosa;  
Y que es la corte una cosa  
Alegre y regocijada,  
De provechos abundosa,  
Y á vueltas dellos honrosa;  
Y á mi ver,  
Aunque dicen no caber  
En un saco honra y provecho,  
En palacio á su placer  
Duermen ambos en un lecho;  
Y he pensado  
Que yo, que soy inclinado  
Al provecho con honor,  
No podré en otro estado  
Vivir mas á mi sabor.

## PRUDENCIO.

Bien me agrada  
Esa cuenta, y bien fundada  
Va tambien vuestra esperanza,  
Si de Dios está ordenada  
Vuestra dicha y bien andanza  
Sin afán,  
Segun el dicho y refran  
Que dicen, «Todo es ventura,  
Comer en palacio pan  
A sabor y con hartura.»  
Y ¡ojalá,  
Señor Lucrecio, pues ya  
Ser cortesano queréis,  
Os vaya tan bien allá  
Como vos lo mereceis  
Y acordais!  
Aunque á la corte do vais  
Sea Dios el que os conduce,  
No es, no, como pensais,  
Todo oro lo que reluce,  
Ni es igual  
A todos en general  
En palacio la fortuna;  
Que á unos es parcial,  
Y á otros brava é importuna,  
Ruín y ceseasa;  
A unos da muy por tasa  
Los bienes muy merecidos,  
Con otros excede y pasa  
De los limites debidos  
De favor.  
Y porque entendais mejor  
Lo que de la corte pienso  
Y he visto por mi dolor,  
Tomemos mas por extenso  
La materia.  
Vos pensad que es una feria  
La corte de trafagantes,  
Donde unos pasan miseria  
Y otros viven triunfantes,  
Abastados;  
Pero bien examinados  
Los demás y los de menos,  
Todos andan de cuidados,  
Congojas y riñas llenos.  
No es bastante  
Bien ninguno, aunque abundante,

A que no pene por mas,  
Y por pasar adelante,  
O por no volver atrás,  
Y creceer;  
Pero el mas ó menos sér  
No salva sus corazones  
De invidia y de mal quereré  
Y despechos y pasiones.  
Las riquezas,  
Bienes, mandos y grandezas  
Que alegais y encareceis,  
Mezclados van de gravezas,  
Que vos, Lucrecio, no veis;  
De las cuales  
Resultan trabajos tales,  
Que á las veces es mejor  
La cama de cabezales  
En que duerme el labrador  
Muy sin pena;  
Y así, nuestro Juan de Mena  
Canta por vida segura  
La mansa pobreza (1)  
De los tragos de amargura  
Cortesanos,  
Adonde los mas cercanos  
Del favor que los convida  
Andan mas ciegos y vanos  
Y mas lejos de la vida  
Descansada,  
En la cual es todo nada  
Si falta la libertad,  
Y ha de andar siempre colgada  
De la ajena voluntad,  
Como el bucy  
Del arado, tras la ley  
Del dueño que lo posee;  
Y así, dicen que ese es rey  
El que al Rey jamás no vee,  
Ni por ello  
Se mata hasta tenello,  
Obedeciendo sus pechos,  
Pues cualquiera puede sello  
En torno de sus provechos  
Y hogar,  
Conforme al dicho vulgar  
Que dice: «Cien doblas vale,  
Y no hay mas que desear,  
Si ya de compás no sale.»  
Ser meriuo,  
Como dicen, de un molino,  
De sabios es aprobado;  
Pero no lo es ir continuo  
Tras los reyes afanado  
Locamente.  
Cuatro suertes hay de gente  
A quien esta profesion  
De palacio se consiente  
Por diferente razon:  
Los primeros  
Son nobles y caballeros,  
Y otros mancebos de corte,  
Que allí gastan sus dineros  
Por su placer y deporte,  
Por hallar  
Conversacion y lugar  
Conforme á sus ejercicios,  
Con libertad de gozar  
De sus virtudes ó vicios  
Y deseos,  
Galas y trajes y arreos,  
Danzas, juegos y primores,  
Fiestas, justas y torneos,  
Con otros hechos de amores,  
En que emplean  
Sus tiempos, y se pasean  
Por las cortes muy pulidos,  
Y las adornan y arreaan  
Como al cuerpo los vestidos;  
Y es honor,

(1) ¡Oh vida segura la mansa pobreza,  
Dádiva santa desagradecida!

Cuanto al lustre exterior,  
 En la corte el tal oficio,  
 De que el Rey ó gran señor  
 Recibe mucho servicio,  
 Y un estado  
 En ella bien empleado  
 Durante la mocedad,  
 Que la pasa sin enfado  
 La nueva gentilidad  
 Mientras dura.  
 Otros hay que la ventura,  
 Como madrastra enemiga,  
 Les dió en corte sepultura  
 Y pobreza con fatiga  
 Perdurable;  
 Cuya suerte miserable,  
 De que los mete en miseria,  
 Nunca les es favorable  
 Para salir de laceria,  
 Ni poder  
 Llegar jamás á tener  
 Sino lo que el primer dia,  
 Ni para se retræer  
 Tampoco de su porfia  
 Cortesana;  
 Y de la esperanza vana  
 Inducidos y engañados,  
 Do pensaron sacar lana  
 Se hallaron trasquilados,  
 Sin ser mas;  
 Y saliendo de compás  
 Ya su edad con lo esperado,  
 No pueden volver atrás,  
 Y quedan mate ahogado,  
 Como el peccé,  
 Que en el agua al fin perece;  
 Y segun el refran quiere,  
 El que en palacio envejece,  
 En pajas dicen que muere.  
 De estos tales  
 Se pueblan los hospitales,  
 Que no sabiendo dónde ir,  
 En los palacios reales  
 Les es forzado morir.  
 Los terceros  
 Son otros mas extranjeros,  
 Personas extravagantes,  
 Legados y mensajeros,  
 Factores y negociantes,  
 Que allí van,  
 Y en la corte donde están  
 Se tienen por peregrinos;  
 Mas con trabajo y afan  
 La siguen por los caminos  
 Y carreras,  
 Y de burlas y de veras,  
 Por el tiempo que les cabe,  
 Padecen de mil maneras,  
 Y prueban bien á qué sabe  
 Ser factores.  
 Por servir á los señores  
 O negociar de otra suerte  
 Sufren duelos y dolores,  
 Y algunas veces la muerte  
 Temerosa,  
 Tras la justicia dudosa,  
 Andando contino en vela,  
 O como la mariposa  
 En torno de la candela  
 Deslumbrados;  
 Mas los menos mal librados  
 Son estos á la verdad,  
 Pues los pleitos acabados,  
 Vuelven á su libertad  
 Ausentada.  
 La cuarta gente granada  
 Que navega con buen norte,  
 A quien es licenciada  
 De la vivienda en la corte,  
 Son aquellos  
 Que la mandan, y en pos de ellos  
 Se va la gente golosa,

Y algunos por los cabellos,  
 Aunque muestran otra cosa.  
 Estos son  
 Los que en la gobernacion  
 Tienen poder, y con ello  
 Harto cuidado y pascion;  
 Pero al fin con padecello  
 Se enriquecen.  
 Estos son los que parecen  
 Al mundo cosa divina,  
 Y les sirven y obedecen  
 Con diligencia continua  
 Muy crecida,  
 Y su boca es su medida  
 Con sobrado cumplimiento  
 De cuanto hay en esta vida,  
 Excepto contentamiento  
 Y hartura,  
 Porque quanto su ventura  
 Y astucia les acarrear  
 No basta, segun natura,  
 Al sosiego que desean;  
 Y al sabor  
 De la privanza y favor,  
 Riquezas, mandos y honores,  
 Créceles mas el ardor  
 De la corte y sus amores;  
 En la cual,  
 Segun dice Marcial,  
 Tres ó quatro communmente  
 Se gozan lo principal,  
 Los otros andan á diente.  
 Estos grados  
 Aquí, Lucrecio, contados  
 Son los que, á mi parecer,  
 En palacio perdonados  
 Y admitidos, pueden ser  
 Constreñidos,  
 Convidados y movidos,  
 Unos por necesidad  
 Y otros por embebecidos  
 En la tal prosperidad  
 Y grandeza,  
 Otros por la gentileza  
 De la edad en su razon,  
 Y algunos por la graveza  
 De accidental ocasion,  
 Que se ofrece:  
 A uno porque carece  
 De otro medio de vivir,  
 Y á otro porque florece,  
 Y huelga de se servir  
 De los buenos;  
 Los unos por estar llenos,  
 Y los otros por vacios,  
 Por cartas de mas ó menos  
 Se quedan allí estantios,  
 Aislados;  
 Mas, fuera de estos estados,  
 Que tocan en los extremos,  
 Hay otros menos forzados,  
 A quien mas culpa ponemos;  
 Y estos son  
 Los que en esta profesion  
 Cortesana ni son ricos  
 Ni hombres de presuncion,  
 Ni muy grandes ni muy chicos,  
 Que podrían  
 Apartarse, y vivirian  
 Sin la corte ni querella,  
 Y aparte carecerian  
 De cien mil trabajos de ella  
 Que hay allí;  
 Y no lo haciendo así,  
 Estos son los mas honrados,  
 Y podeis contarme á mi  
 Por uno de los culpados.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, entiendo  
 Lo que antes no sabia,  
 Y me parece ir sintiendo

Un poco mas que solia  
 De este cuento.  
 Yo tomo conocimiento  
 Que en la corte hay bueno y malo,  
 Y que tras su seguimiento  
 Se da del pan y del palo;  
 Mas si os place,  
 Lo que á mi negocio hace,  
 Mas por menudo se note,  
 Porque antes que me enlace  
 Mire por dó va el birote,  
 Y me avise,  
 Porque ninguno me pise,  
 De arrimarime á lo mas firme,  
 Para que de esto que quise  
 No venga á arrepentirme,  
 Ni lo espero;  
 Pero suplicoso y quiero  
 Que de esos estados todos  
 Me digais, Señor, primero  
 Las condiciones y modos,  
 Y su vida,  
 Para que, bien entendida,  
 Aunque sea brevemente,  
 Sepa buscalte salida,  
 Y huya de inconveniente,  
 Si pudiere  
 Y mi ventura quisiere,  
 Pues el hombre apercebido,  
 Dicen que do quier que fuere  
 Va ya medio defendido.

PRUDENCIO.

A mi ver,  
 Bien os será menester  
 Cualquier apercebimiento,  
 Lucrecio, para hacer  
 Tal jornada con buen tiento,  
 Y pensar  
 Que la corte es un gran mar,  
 Profundo y tempestuoso,  
 Por do habeis de navegar,  
 Que suele ser peligroso  
 De tormentas,  
 Contrastes y sobrevientas,  
 Con viento nunca bien cierto,  
 Do se pasan mil afrentas  
 Antes de llegar á puerto,  
 Y no llegan,  
 De dos mil que lo navegan,  
 A los puertos deseados,  
 Que en el camino se anegan,  
 Y son manjar de pescados;  
 Sin sacar,  
 Con velar y trasnochar,  
 De su hilado mazorca,  
 Y antes de ver el lugar  
 Les aparece la horca.  
 Y así andando,  
 Con fortuna navegando  
 Por las ondas de la corte,  
 Van con el mar peleando,  
 Sin mostrarseles el norte  
 Jamás claro,  
 San Telmo ni san Amaro,  
 Y en lo mas grave del mar  
 Menos socorro y anparo,  
 Aparejo ni señal  
 De bonanza.  
 Y ya que haga mudanza,  
 Sale de contrario calma,  
 De que ningun bien alcanza  
 El cuerpo, menos el alma.  
 Pues mirados,  
 Demás de esto, los estados  
 De los que tras corte guian,  
 Bien pueden ser comparados  
 A los peces que se crian  
 En las mares,  
 Tantos cuentos y millares,  
 Formas y snertes de gentes,  
 De estados particulares

Y entre sí tan diferentes.  
 Hay continas  
 En las cortes por vecinas  
 Como están las mares llenas  
 Desde muy chicas sardinas  
 Hasta muy grandes ballenas;  
 Mas pensad  
 Que, aunque son de calidad  
 Diversos y de figura,  
 En buscar su utilidad  
 Todos son de una natura  
 Y de una arte,  
 Y sin que nadie se harte,  
 Unos a otros se tragan,  
 Pero por la mayor parte  
 Los mas pequeños lo pagan,  
 Y se ahoga  
 El que al remo bien no boga  
 Por ser de fuerza mengnado,  
 Que, según dicen, la sogá  
 Quebra por lo mas delgado;  
 Y en la mar  
 Suelen los vientos soplar,  
 Dando pesar al placer,  
 Y mas veces ayudar  
 Y otras echar á perder;  
 Y estos son  
 En la corte la ambicion,  
 Favor, invidia y maldad,  
 Pobreza y uso ladron,  
 Viciosa sup.rifuidad,  
 Y otros tal  
 Nordistes y vendabales,  
 Que llevan allí de vuelo,  
 Unos á los arenales,  
 Y otros levantan al cielo;  
 La primera  
 Es viento, que por do quiera  
 Tiene fuerza principal,  
 Mas en palacio se esmera  
 Y muestra mas general,  
 Y no hay cosa  
 Tan ardua ni peligrosa,  
 Tan pública ni secreta,  
 Que la ambicion descosa  
 No la emprenda ni acometa.  
 Este viento  
 Con continuo movimiento  
 Hierre, sacude y altera  
 Las velas del pensamiento,  
 A que no pueda ni quiera  
 Ver reposo;  
 Y así, ningun ambicioso  
 Puede jamás sossegar,  
 Porque vive congojoso  
 Por subir y por mandar  
 Y poder,  
 Por las ó nefas, crecer  
 En honra y autoridad,  
 Y por ellas posponer  
 Cualquier deudo y amistad,  
 Ley y amor.  
 El segundo es el favor,  
 Viento cierzo, que cercena  
 Y sopla con gran furor  
 Hasta romper la eutena  
 De la nave;  
 Con unos blando, suave,  
 Con mar bonanza y en popa,  
 Y con otros duro y grave,  
 Por proa, donde les topa,  
 Y esto es  
 El que levanta los piés  
 En la corte á ruines gentes  
 Y hace dar de través  
 A otros bien merecientes,  
 Y desquicia  
 Las puertas de la justicia,  
 Vendiéndolas muchas veces,  
 Porque de nuestra caricia  
 Allí tuercen los jueces  
 La balanza,

Y lo que un bueno no alcanza  
 Con virtud y con razon,  
 Lo suele dar la privanza  
 A muchos que no lo son.  
 Pues pensad  
 Que la invidia y la maldad  
 Son de vientos regañones,  
 Que aun contra la caridad  
 Suelen mostrarse leones  
 Mordedores,  
 Que delante los señores  
 Y do quiera que se ballan,  
 Sirven de murmuradores  
 Y tiran piedras y callan;  
 Pues pobreza  
 Es viento que en ligereza  
 Suele entre otros señalarse,  
 Porque hambre con pereza  
 No pueden bien concertarse,  
 Ni dejar  
 Día y noche de buscar  
 De lo que padecen mengua;  
 Y de aquí vienen á hablar  
 Las picazas nuestra lengua;  
 Que ninguno  
 Se huelga de estar ayuno;  
 Y este viento de codicia,  
 Demás de ser importuno,  
 No carece de malicia,  
 Por querer  
 Por bien y mal proveer  
 Con sus dichos y pesares,  
 Y por tener de comer  
 Roballo de los altares,  
 Sin mas tiento.  
 El otro terrible viento  
 Es la costumbre de cosas,  
 Ladron público y exento,  
 Que las hace ser forzosas  
 Por tal via,  
 Que tras una bohería  
 O locura cortesana  
 Se van de noche y de día  
 Con solicitud muy vana  
 Mil perdidos,  
 Burlados, embebecidos,  
 Al hilo de la costumbre  
 De los trajes y vestidos,  
 Siguiendo la muchedumbre,  
 Que los lleva  
 Tras cualquiera cosa nueva,  
 Sin saber por qué se hace,  
 Sino porque se lo aprueba  
 El uso que les aplace;  
 Porque yo,  
 Solo despues que volvió  
 El Rey Católico á España  
 Y en Búrgos se le juntó  
 De gente nuestra y extraña  
 Gran gentío,  
 Creciendo á todos el brio  
 Con las buenas experiencias  
 He visto en el atavio  
 Mas de treinta diferencias  
 Palacianas,  
 Pareciéndoles galanas  
 Por ser de tierras ajenas,  
 Aunque algunas harto vanas  
 El uso las hace buenas;  
 Con el cual  
 Anda junto y al cabal  
 Otro viento destemplado,  
 Que es gasto descomunal,  
 Superfluo, demasiado  
 En comer,  
 Vestir, jugar y hacer  
 Otros excesos costosos,  
 Con que al fin vienen á ser,  
 De pródigos, codiciosos  
 Y tiranos,  
 Asiendo con ambas manos  
 Lo que pueden apañar

De moros y de cristianos,  
 Para tener qué gastar.  
 Suele haber  
 Tambien, según podeis ver,  
 En la mar peñas y rocas,  
 Donde se suelen romper  
 En ellas fustas no pocas,  
 Y estas son  
 En corte la indignacion,  
 Ira y saña y disfavor,  
 Con razon ó sin razon,  
 Del privado ó del señor,  
 Y sospechas  
 Derechas ó no derechas,  
 Y malas informaciones,  
 Que se tiran como flechas  
 Y enciavan los corazones  
 Y sentidos  
 De los mas bien entendidos  
 Principes y relatados,  
 A pensar ser ofendidos  
 De sus mayores privados,  
 Do el favor  
 Se convierte en desamor,  
 Y se toma en posesion  
 El mas leal de traidor;  
 Tanto puede la opinion  
 Diferente,  
 Teniendo ¡or delincuente  
 Al justo de allí adelante,  
 Al bueno por negligente  
 Y al sabio por ignorante.  
 Estos tales  
 Accidentes naturales  
 Son escollos y bajos  
 En los palacios reales,  
 Do se pierden los navios  
 Cuando topa  
 En ellos la proa ó popa,  
 Y cuando así estropeiza,  
 Algunos pierden la ropa  
 Y otros pierden la cabeza,  
 Según dan  
 Ejemplo con su desman  
 Dos condestables á una  
 En tiempo del rey don Juan,  
 Avalos y aquel de Luna  
 Sin igual,  
 Y aquel inglés cardenal,  
 Que por hacerse tan bravo,  
 Tratado tan bien y mal  
 De su rey Enrique Octavo;  
 Y tras él,  
 Su sucesor Cramuel,  
 A quien este rey nombrado  
 Al cabo fué tan cruel,  
 Habiéndolo gobernado  
 Dulcemente;  
 Mas dando en el accidente  
 De su saña sospechosa,  
 Perdieron en continente  
 Honra y vida y toda cosa  
 Con afan,  
 Y al cabo por aquí van  
 Muchos, como fué Abraán  
 Acerca de Soliman,  
 Con quien hizo amarga fin.  
 Pnes notad  
 Que en la mar sin piedad,  
 Demás destas sus tormentas,  
 Tampoco hay seguridad  
 De sus peligros y alrentas  
 Ordinarios,  
 Y ladrones y corsarios,  
 Que en palacio es cosa cierta  
 Ser malsimes adversarios,  
 Metidos en encubierta  
 Asechanza,  
 Que aunque vais con mar bonanza  
 Os saltan en poblado  
 Y os atajan la esperanza  
 Del descanso deseado.

Veis aquí  
 Por lo que antes prometí,  
 Lucrecio, entre estas y estas,  
 Lo que me parece á mi  
 Para en parte de propuestas  
 Cerca desto ;  
 Lo cual así propuesto,  
 Pues lo entendeis, como pienso,  
 A lo demás estoy presto  
 De responder por extenso.

LUCRECIO.

Señor Prudencio, vien veo  
 Cuán por órden y razon  
 Y conforme á mi deseo  
 Llevais esta relacion,  
 Como diestro.  
 Bien dice el proverbio nuestro  
 Que «El que las sabe, las tañe»  
 Así yo con tal maestro  
 Bien es que me desengañe  
 Y aperciba  
 A subir la cuesta arriba,  
 Y el trabajo á que me atrevo  
 En paciencia lo reciba,  
 Y no le tenga por nuevo  
 Puesto en él,  
 Que, aunque mancebo novel,  
 Ya sé bien que en esta vida  
 No sule ser todo miel  
 Lo que con ella convida,  
 Ni hay estado  
 Tan seguro y descansado  
 En este mundo traidor,  
 Que al fin no esté rodeado  
 De afan, peligro y dolor  
 Comunmente ;  
 Y así por el consiguiente,  
 Entiendo bien á la llana  
 No faltar inconveniente  
 En la vida cortesana,  
 Tras que voy ;  
 Pero, como dije, estoy  
 Inclinado á dalle un tiento,  
 Porque para quien yo soy  
 Otro mejor no lo siento ;  
 Cuanto mas,  
 Que tornando á lo de atrás  
 Que decis de los estados,  
 Que en el término y compás  
 En corte son aceptados  
 Los primeros  
 Mancebos libres, solteros  
 Y de fresca juventud,  
 Hidalgos y caballeros  
 Inclínados á virtud  
 Singular ;  
 En ningún otro lugar  
 De mas honra y mas deporte  
 Pueden tan bien emplear  
 Su tiempo como en la corte,  
 Triunfando,  
 Discurriendo y paseando  
 Por palacios y por salas,  
 A si y á su rey honrando  
 Con gentilezas y galas,  
 Y aprendiendo  
 Mil lindezas, que viviendo  
 Sirven despues cada dia  
 Al arte que van siguiendo  
 De proeza y cortesia,  
 De do salen  
 Despues varones que valen,  
 Grandes para gobernar  
 Y para que se señalen  
 En el arte militar ;  
 Y se eligen  
 Hombres sabios que corrigen  
 A otros con su prudencia,  
 Y que en paz y guerra rigen  
 El mundo con la experiencia  
 Con que van ;

Segun el Gran Capitan,  
 Por dichos de muchos sé,  
 De cortesano galan  
 Salió á ser el que fué ;  
 De manera  
 Que desde la edad primera  
 Parece que en el estado  
 De palacio está cualquiera  
 Hidalgo bien empleado,  
 Porque allí,  
 Segun me habeis dicho aquí,  
 Aprenden gentil crianza,  
 Y echan cargo al Rey de sí  
 Para tener esperanza  
 De medrar.

PRUDENCIO.

No os lo puede eso negar,  
 Cierto, Lucrecio, ninguno,  
 Ni nadie puede estorbar  
 Su desinio á cada uno,  
 Porque son  
 De diversa condicion  
 Los pareceres humanos,  
 Y qualquiera profesion  
 Tiene al fin sus parroquianos.  
 No hay oficio  
 De tan civil ejercicio,  
 Ni aun de sucios curtidores,  
 Que en su uso y su servicio  
 No tenga sus servidores  
 Y oficiales,  
 Y en los palacios reales  
 Tambien hay, por su natura,  
 Quien por causas especiales  
 Vaya á probar su ventura ;  
 Mas si yo  
 Al tiempo que me llevó  
 Allá mi dicha supiera  
 Lo que despues me mostró  
 La experiencia verdadera  
 No sin daños,  
 Y entendiera los engaños,  
 Creedme, Lucrecio, a mi,  
 Que aquellos mis nueve años  
 No se gastaran así ;  
 Mas yo, estando  
 So ajeno poder y mando,  
 A la corte fui llevado  
 En tiempo de don Fernando,  
 Inclito rey, señalado  
 En bondad,  
 Valor y prosperidad  
 Entre los principes buenos,  
 Siendo entonces yo de edad  
 De quinze años, y aun de menos,  
 No cumplidos,  
 Los cuales doy por servidos  
 Antes de venir allí,  
 Y los demás por perdidos  
 Despues que á la corte fui.  
 Y si fuese  
 Posible que yo pudiese  
 Tornarlos á recibir,  
 Daria buen interese  
 Por tornarlos á vivir,  
 Y pasar  
 En otra parte y lugar  
 De mas sosiego y asiento,  
 De do pudiese sacar  
 Menos arrepentimiento  
 Y manquera ;  
 Y si Dios hijos me diera  
 En quien esto emmendara,  
 Tan mal padre no les fuera,  
 Que en corte los empleara.

LUCRECIO.

¿Cómo no,  
 Señor Prudencio? Pues yo  
 No creia ni pensaba  
 Sino aquel que se crió

En corte se aventajaba  
 Con servir,  
 Conversar, ver y oír  
 Diversas cosas y gentes,  
 De donde suelen salir  
 Mas discretos y prudentes,  
 Avisados,  
 Valerosos, bien criados.

PRUDENCIO.

Y aun podeis decir pomposos ;  
 Mas muchos, desvergonzados,  
 Deshonestos y viciosos  
 Baratones,  
 Jugadores y glotones,  
 Y otras tales gallardias,  
 Con otras conversaciones  
 Y peores compañías ;  
 Pues llegados  
 Mas adelante á los grados  
 De la edad del alear,  
 En que son enamorados,  
 Comieuzan á loquear  
 Y estirarse,  
 Suspirar y requebrarse,  
 Echar ojos á las damas,  
 Y á la causa embarazarse  
 En muchos pleitos y tramas  
 Y honduras  
 De simpliczas y locuras,  
 Barajas y competencias,  
 De do manan travesuras,  
 Enojos y diferencias  
 Y quistiones,  
 Discordias y disensiones,  
 Fruta de la ociosidad,  
 A que les dan ocasiones  
 La soberbia y vanidad  
 Tras que van.  
 A no pocos tambien dan  
 Ocasion sus vanidades  
 De comer despues su pan  
 Con dolor y enemistades  
 Y enuidados,  
 Porque quedan obligados  
 A punto de honra y alreñta ;  
 De donde los afrentados  
 Viven vida descontenta  
 Con dolores,  
 Y si son afrentadores,  
 Peligrosa y mal segura,  
 Con recelos y temores  
 De la venganza futura,  
 Que merecen ;  
 Do se siguen y recrecen  
 Desastres y desvarios,  
 Con que á las veces perecen  
 En campos y desafios,  
 Y porfias,  
 Contendias y fantasias,  
 Y sospechas y querellas,  
 Do viven amargos dias,  
 Y mueren al fin con ellas  
 En ruido,  
 Como creo habeis oido ;  
 Mas, Lucrecio, de una vez  
 Que ha en la corte acacido  
 En cosa deste jaez  
 Poco há,  
 A muchos que sabeis ya,  
 Y por molestia no nombro,  
 Que les cumple acá y allá  
 Andar la barba en el hombro  
 Con pasion.  
 Y estos trances al fin son  
 Los que depriesa ó de espacio  
 Los mozos por galardon  
 Pueden sacar de palacio ;  
 Sin lo qual  
 Hay entre ellos otro mal :  
 Que aunlos mascarodos y holgados  
 Andan siempre en general

No poco necesitados  
Y corridos,  
Empeñados, y aun vendidos,  
Por valerse y sustentar  
Las galas y los vestidos  
Con que los veteís triunfar  
Con arcos;  
Ni os vengais de los deseos  
De la apariencia hermosa  
De sus justas y torneos,  
No mirando la tal cosa  
Lo que cuesta;  
Y como les es molesta,  
Porque suele, bien que agrada,  
Ser acabada la fiesta,  
Y la ropa no pagada,  
Y vacia  
La bolsa lo mas del día,  
Y aun el cofre sin dineros,  
Y á su puerta todo el día  
Los sastres y cordoneros;  
Lo cual quiero  
Probar con un caballero  
De quien no poco se gusta,  
Que habiendo sido el primero  
Mantenedor de una justa  
Bien galana,  
Otro día de mañana  
Con diligencia torzosa  
Le convino sin su gana  
Poner piés en polvorosa.  
Los placeres  
Y servicios de mujeres,  
De vestir y festejar,  
A manos de mercaderes  
Al cabo van á parar;  
Con los cuales  
Los nobles galanes tales  
Y manebos cortesanos  
Tienen tratos muy reales  
Y mohatras á dos manos.  
Mas ¿qué digo?  
De lo cual fué buen testigo  
En aquella sazón buena  
Un trapero gran mi amigo  
Y su mujer la morena,  
Que solian,  
Cuando en la corte vivian,  
Sabir destos repiquetes;  
Los cuales me referian  
De uno de los manebetes  
Deste cuento,  
Que sobre su juramento  
Le pidió ropa tiada,  
Dándole conocimiento  
Con que fuese asegurada  
De presente,  
Prometiéndole gentilmente,  
Demás del justo interesse,  
De pagarlo incontinentemente  
Que su padre se muriese,  
Que aun vivia;  
Pero, según él decía,  
Y es de creer deseaba,  
Tres años solo podía  
Vivir; y así, se obligaba  
Que valiese,  
Y si por dicha viviese  
Mas deste tiempo pasado,  
Desde allí adelante fuese  
El interesse doblado.

## LUCRECIO.

¡Oh mal hijo,  
Que por ningún regocijo,  
Fiesta ni necesidad  
Te tan secreto escondrijos  
Descubre tal poquedad  
Descortés!

## PRUDENCIO.

A la verdad así es;

Mas la corte y sus excesos  
Causa que salgan despues  
Los mozos así travisios  
Y atrevidos.  
Pues de verlos ir pulidos  
Invidia tampoco os hagais;  
Que si fuera van lucidos,  
Dentro de esa lo pagan,  
Porque andando  
A sus locuras pensando.  
Es ley de aquella su empresa  
De gallofar graueando  
La vida de mesa en mesa,  
Y agradar  
Al Duque para yantar  
Y al Conde para la cena,  
Y a servir y acompañar  
Por comer á costa ajena,  
Y hacer para aquel negro comer  
Zalemas é hipocresias,  
Y aun usar, si es menester,  
De algunas hisonjerias  
Diestramente,  
Y recibir de la gente  
A ratos algun baldon,  
Y aun beber agua caliente,  
Los de menos condiccion;  
Pues pasadas  
Ya por dicha, y no acertadas  
Las horas de comer fuera,  
El hacerlo en las posadas  
Suele ser á la ligera;  
Y es de ver  
Que el remedio suele ser  
Acogerse á los pasteles,  
Y suplir su menester  
A las veces sin mantiles,  
Porque en casa  
No hay cocina, y menos brasá,  
Olla, sartén ni caldera,  
Sino algun jarro sin asa,  
Ajar de la frontera;  
De lo cual  
Os pnedo, sin decir mal,  
Dar un ejemplo casero  
De un galán muy principal  
Y gentil aventurero,  
Que tenia  
Otro tal en compañía,  
Y ambos eran á la iguala  
La flor de la lozania,  
En su gentileza y gala  
Sñalados,  
De las damas estimados,  
En las danzas los primeros,  
Y los mas regocijados  
En hechos de caballeros;  
Y traian  
De mozos que les servian  
Harta copia y apariéncia,  
Iban á corte y venian  
Vestidos por exceléncia.  
Yo miraba  
En ellos, porque posaba  
Alli junto, y siempre via  
A un paje que tornaba  
De la plaza á mediodía  
Muy ligero  
Y aprisa, y en un sonbrero  
Le vi traer muchas veces  
Cosas de poco dinero:  
Queso, ciruelas y nueces,  
Pan y peras,  
Y semejantes maneras  
De frutas de tal linaje,  
Que yo pensaba de veras  
Ser golosinas del paje,  
O señal  
De merienda ó cosa tal,  
Que algunas veces usamos;  
Pero no lo sustancial  
De la mesa de sus amos;

Ni creyera,  
Segun su rica manera,  
Vestidos, galas y arreo,  
Que su despensa empiera  
Toda junta en un chapeo,  
Hasta que  
Ocasión dada me fué  
De visitar su posada,  
Y una vez que en ella entré  
Por cierta causa privada  
Bien honesta,  
Con ser en medio la fiesta,  
Y la tarde ya vecina,  
Ni la mesa estaba puesta  
Ni alumaba la cocina.  
La vajilla  
Era un peine y escobilla,  
Y los galanes sentados  
Tras una pobre mesilla  
En unos bancos quebrados,  
Suspirando,  
Y unas veces sollozando,  
Y con un par de vihuelas  
De rato en rato tocando,  
Comian de sus ciruelas  
Muy contentos.  
Veis aquí los cumplimientos  
Del vivir de los galanes,  
Muy altos los pensamientos,  
Mas envueltos en afates.

## LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, habria  
Sobre eso qué replicar;  
Mas, por excusar porfia,  
Quiero dejarlo pasar  
Adelante;  
Y según dijiste ante,  
La segunda profesion  
Es de gente mendicante  
Y de servil condiccion,  
Que forzados  
De su suerte y de sus hados  
Y hambre que los convida,  
Quedan en corte arrastrados,  
Como gente ya rendida,  
Sin tener,  
Para poderse valer,  
Lugar mas cierto y estable  
Do se puedan acoger.  
Que á la vida miserable  
Cortesana,  
La cual, por fuerza ó de gana,  
Tomala ya por estómure,  
Se quedan allí á la llana  
En perpetua servidumbre;  
De los cuales,  
Y sus miserias y males,  
Os ruego querais contar,  
Porque tenga de los tales  
Relacion particular,  
Cual se espera;  
Bien pues que adonde quiera  
Hay trabajos como en corte,  
Sufridos en ella ó fuera,  
Todos, en fin, por un norte.

## PRUDENCIO.

Es verdad,  
Lucrecio: pero mirad  
Que miserias y fatigas  
Sufridas con libertad  
No nos son tan enemigas  
Ni tan duras,  
Y que las pobres venturas  
Y bajeza de fortuna  
Menos relucen á oscuras  
Que al resplandor de la luna.  
Y en la vida  
Apartada y retraida  
De bullicio cortesano  
No hay tanta ocasión que pida

Al apéto liviano  
 Gollorias,  
 Con que en ver las fantasías  
 Y las ventajas ajenas  
 Andamos noches y días  
 Combatidos con mil penas  
 Y pasion  
 De envidia y de ambicion,  
 Porque lo que el ojo vee  
 Es fuerza que el corzou  
 Lo codicie y lo desee,  
 De tal arte,  
 Que muchos que en otra parte  
 Serian hombres templados,  
 En corte no hay quien los harte  
 De deseos excusados  
 Sin holganza;  
 Y en faltando la esperanza,  
 Que consueta al que padece,  
 La caridad y templanza  
 Tambien se acorta y perrece;  
 De manera  
 Que al que en otra parte fuera  
 De su fortuna contento,  
 En palacio desespera  
 De su descontentamiento,  
 Sin paciencia;  
 Y aun hay otra diferencia  
 Del uno al otro dolor,  
 Y es, que quanto á la conciencia,  
 Lo de corte es muy peor,  
 Porque acá  
 La pobreza, al que la ha,  
 A veces es meritoria,  
 Y el pobre soberbio allá  
 No tiene parte en la gloria;  
 Y los dos,  
 Como al fin los veréis vos,  
 Son mártires de quien hablo;  
 Mas el uno lo es de Dios,  
 Y el de corte es del diablo,  
 Porque allí  
 No se conocen á sí,  
 Y se truecan de tal suerte,  
 Que lo que es virtud aqui  
 En vicio se les convierte.  
 ¿No habeis visto  
 Entre los siervos de Cristo  
 Aquel padre tan honrado,  
 De su señor tan bienquisto  
 Y de sí tan confiado,  
 Que no habia  
 Cuatro horas que se ofrecia  
 A morir por amor del,  
 Y que con tanta osadia  
 Combatió por serle fiel;  
 Y en nonada,  
 Aun no bien mete la espada,  
 Ni aun amansa la furia y brio  
 De la fiera cuchillada  
 Que dió en el huerto al judío,  
 Y en entrando  
 Tras nuestro Dios, suspirando,  
 En la corte de Caifás,  
 Luego se fué retirando  
 De su esfuerzo para atrás;  
 Y el valiente,  
 Cobarde súpitamente,  
 Negó luego á su Señor  
 Por complacer á la gente  
 Que allí estaba al rededor  
 A su lado?  
 Pues á Judas el malvado  
 ¿Quién le hizo rebelar,  
 Habiéndole Dios llegado  
 A sí y al alto lugar  
 Donde estaba,  
 Sino que comunicaba  
 Con hombres de esta ralea  
 Cuando Cristo se hallaba  
 En la corte de Judea?  
 Mas, dejado

Esto aparte, por probado,  
 Quiero, por obedecer  
 A lo por vos preguntado,  
 Si supiere, responder  
 Brevemente:  
 Notad pues que de presente,  
 Y en los tiempos que ya fueron,  
 Siempre de misera gente  
 Los palacios anduvieron  
 Proveidos;  
 Unos desfavorecidos,  
 Otros á quien no les bastan  
 Los salarios y partidos  
 Al tercio de lo que gastan  
 Y querrian,  
 Especial cuando solian  
 Usarse en corte escuderos,  
 Que lo mas del mes vivian  
 Excusados de dineros  
 Y ducados.  
 Verlos heis muy estirados  
 Y ufanos al parecer,  
 Voceando de enfadados  
 De esperar para comer  
 A la una,  
 Con su pobreza importuna  
 Quejosos segun su cuenta,  
 De la contraria fortuna,  
 Que les fué tan avarienta  
 De favor;  
 Con cuidado del señor,  
 Si cabalga ó no cabalga,  
 Y fuera del corredor  
 Esperándolo que salga  
 Noche y dia.  
 Mil trabajos os podria,  
 Tomándolo de reposo,  
 Contar, que saber soñia  
 Deste pueblo deseoso  
 De que ois,  
 Cuando usaban borceguis  
 Y era el sueldo un año entero  
 Cinco mil maravedis,  
 Y el tablon del despensero,  
 Do el placer  
 Del banquete suele ser  
 Por ordinario manjar  
 Vaca cocida á comer,  
 Vaca hambre á cenar,  
 Y aun helada,  
 De sobremesa sobrada,  
 Y escudilla de cocina,  
 A veces mas apurada  
 Que caldo de melecina  
 Ó cristal,  
 Y el despensero cruel  
 Que os dice: «Muy desgraciado,  
 Haced paciencia con él  
 Hasta el dia del pescado;»  
 En el cual  
 Vuestro pecado ceial  
 Dará á los mas favorecidos,  
 Y si aquel les hace mal,  
 Un par de huevos podridos.  
 Pues hedor  
 De la chusma y tajador  
 Es pestilencia no poca,  
 Y algunos que el salvo honor  
 Hace ventaja á su boca,  
 Asentados  
 Juntos y muy apretados,  
 Con voces y confusion,  
 Y los manteles pegados,  
 De muy sucios, al tablon.  
 Dios os guarde,  
 Lucrecio, temprano ó tarde  
 Destas miserias y duelos,  
 Y de entrar en el alarde  
 De despensas y tinelos  
 De señores,  
 Y de la hambre y olores  
 De la mas limpia y mejor,

Cuanto mas de los primores  
 De la del Comendador;  
 Digo aquel  
 Cuya tasa y arancel  
 Muy por lo delgado yendo,  
 Diz que una vez vino á él  
 Su despensero diciendo,  
 Muy paciente:  
 «Toda, Señor, esta gente  
 De cas de vnesamerced  
 Se queja terriblemente  
 De la hambre y de la sed,  
 Y de mí,  
 Que no se lo merecí,  
 Y trátanme de mal modo,  
 Diciendo todos así,  
 Que la causa dello todo  
 Yo lo soy;  
 Que han dado mil voces hoy,  
 Diciendo que el año en peso  
 A la cena no les doy  
 Sino rábanos y queso;  
 Y enojados,  
 Dicen que están muy cansados  
 De tal forma de vivir,  
 Y que de muy enfadados,  
 No lo pueden mas sufrir. —  
 Gran razon,  
 Dijo él, y aun ocasion  
 Tienen esos de querella,  
 Y tu poca discrecion  
 Es toda la causa della;  
 Y el enfado  
 Del que se te han querrellado  
 Nace de causa donosa,  
 Que es darles demasiado,  
 Y siempre una misma cosa  
 A porña;  
 Pero dándoles un dia  
 Los rábanos solamente,  
 Y otra el queso, apostaria  
 Que cada cual se contente;  
 Hazlo así,  
 Y el que torciere de allí  
 Y se mostrare agraviado,  
 Yo te doy licencia á tí  
 Que lo hagas licenciado.»

LUCRECIO.

No me agrada  
 Despensa tan estirada  
 Y religion tan estrecha,  
 Ni cena tan apocada,  
 Ni poquedad tan derecha;  
 Eso tal,  
 Mas es cosa de hospital  
 Que casa de caballero,  
 Donde es menos liberal  
 El señor que el despensero;  
 Mas, ya que ese  
 Tan escaso señor fuese,  
 Otros mil habrá, do quiera  
 Que al miserable interese  
 No miren de esa manera.

PRUDENCIO.

Yo confieso  
 Ser así; mas fuera deso,  
 Hay miserias infinitas,  
 Lucrecio, que en el proceso  
 De palacio están escritas  
 Y alegadas,  
 Por necesarias forzadas,  
 Que de la gente mezquina  
 Suelen ser tambien guardadas,  
 Y especial cuando camina,  
 Con sufrir  
 En el comer y vestir  
 Diversas obras y menguas  
 Y gravezas, que decur  
 No pueden cincuenta lenguas,  
 Con jornadas

Enojosas y pesadas,  
 Y las posadas porcuinas,  
 Sucias y desventuradas,  
 Y muchas veces ningunas,  
 Por mesones,  
 Por pajares y rincones,  
 Con vientos y tempestades,  
 Y trabajos á montones  
 Y mil incomodidades;  
 Y pasando,  
 Tras los señores andando,  
 Hambre y sed, calor y frío,  
 Y otras molestias gustando  
 Del invierno y del estío,  
 Y rigores  
 Y enojosos sinsabores  
 De la via, polvo y pasiones,  
 De chinchos y sus hedores,  
 Pulgas, moscas y ratones,  
 Y otras tales  
 Vejaciones, generales  
 Al grande como al menor;  
 Mas el pobre en todos males  
 Al fin pasa lo peor.  
 Y aunque todos  
 Sufren duelos de mil modos,  
 Muy gran diferencia hallo  
 Del que va á pié por los todos  
 Al que va en un buen caballo  
 Cabalgando;  
 Pero haber de ir arrancando  
 Los pobres acemileros  
 En invierno, renegando,  
 Por puertos y atolladeros  
 Como van,  
 Ver su trabajo y afán  
 Con una carga caída,  
 A dolor os moverán,  
 Aunque es gente desmedida,  
 Regañada,  
 Mayormente en la jornada  
 Del Rey por Extremadura,  
 Hasta ser su fin llegada  
 En el lugar de aventura,  
 Do salió  
 Ya tal, que cuando llegó  
 Con pena á Madrigalejos  
 Su santa vida acabó,  
 Que no valieron consejos  
 De Avicena.  
 Pues la gran fatiga y pena  
 Que por allí se sufría  
 En tierra extraña y ajena  
 De corte, ¿quién la podría  
 Referir?  
 Tierra se puede decir  
 Por todo extremo fragosa,  
 Sin camino por do ir,  
 Pero de aguas abundosa,  
 Y trampales,  
 Lagunas y tremedales,  
 Pocos y tristes lugares,  
 Arroyos y chapatales,  
 Dehesas y colmenares  
 Apartados,  
 Do viérades atollados  
 Acemileros caídos,  
 Mozos de espuelas mojados,  
 Y los pajes ateridos  
 En la silla,  
 Que era, cierto, gran mancilla  
 Cuando allí se caminaba  
 Ver la pobre gente cilla  
 Y el trabajo que pasaba.  
 Y aun decían  
 Algunos que se dolían,  
 Que las muchas maldiciones  
 De los que allí padecían  
 Dieron prisa á las pasiones  
 Del rey bueno,  
 Tocándole tan en lleno,  
 Y alcanzándole de suerte,

Que como á extraño y ajeno  
 Le llegaron á la muerte.  
 ¿Qué os diré  
 De cosas que visto he  
 En la corte de Castilla,  
 Y á muchos andar á pié  
 Sin su gana por seguilla  
 Harto en vano,  
 Que, sin ser mas en su mano,  
 Andan con cuidado eterno  
 Por el polvo en el verano,  
 Por el lodo en el invierno,  
 Con dolor?  
 También vi, muy sin favor  
 De noble gente pobreta,  
 De casa de un gran señor  
 Ir quince en una carreta  
 Alquilada,  
 Que por fiesta señalada  
 Los íbamos á mirar  
 Al llegar de la posada  
 Y á la entrada del lugar,  
 Por reír.  
 Pues en casos de morir  
 Farsas he visto donosas,  
 Muy dignas para escribir,  
 Y de sufrir trabajosas;  
 Mas de ver,  
 Y de contar por placer,  
 Si el tiempo fuere bastante;  
 Y podéisme las creer,  
 Porque fui participante,  
 Y me vi  
 La primer noche que fui  
 A palacio á ser soldado,  
 Tal que no me conocí,  
 Entre tantos acostado,  
 Mis iguales,  
 El número de los cuales  
 Era, por nuestros pecados,  
 Sobre cinco cabezales  
 Once pajes estrellados.  
 LUCRECIO.  
 No hay, señor Prudencio, duda  
 Ser esa suerte de vida  
 Por una parte muy cruda  
 Y por otra desabrida,  
 Y aun estado  
 Harto desaventurado  
 De personas abatidas;  
 Que aunque no lo he probado,  
 Ya sé algo por oídas,  
 Y he placer,  
 Para mejor entender,  
 Que por ejemplo se muestre,  
 Porque eso tal debe ser  
 Los colechones del maestre  
 Que he oído;  
 Que aunque no lo había entendido  
 Por el cabo hasta agora,  
 Que pienso verse cumplido  
 En quien en palacio mora  
 Bajamente.  
 Mas ya que la pobre gente  
 Tan mal se siente tratar,  
 Y que es inconveniente  
 El luego perseverar;  
 Que simpleza  
 Es, padeciendo pobreza  
 Y no teniendo esperanza,  
 Tener en corte firmeza  
 Sin hacer nueva mudanza,  
 Y buscar  
 En otra parte ó lugar  
 Otro pan menos amargo  
 Y otros artes de medrar,  
 Pues es el mundo tan largo,  
 Y huir  
 De palacio, por vivir  
 Sin sus duelos y querellas,  
 A parte do sin servir  
 Carezca dellos y dellas.

## PRUDENCIO.

Vos habláis  
 Muy bien, Lucrecio, y estáis  
 En un parecer conmigo,  
 Pues en eso os conformáis  
 Con lo mismo que yo digo  
 Y querria,  
 Por ser lo que convernía  
 A muchos; y ¡ojalá fuese  
 Tal mi dicha qual seria  
 Huir el que lo pudiese  
 Bien hacer!  
 Mas hágoos, Señor, saber  
 Que la mayor desventura  
 De palacio suele ser  
 Una constante locura  
 Con que ando,  
 La boca abierta, mirando  
 A los otros que mas son,  
 Y con ellos publicando  
 Lo que niega el corazón.  
 Infinitos  
 Son los que suelen dar gritos  
 Fingidos y verdaderos  
 Contra los usos malditos  
 De la corte, y vanse en cueros  
 En pos della;  
 Que con toda su querella,  
 Jamás pueden olvidarla;  
 Bien pueden aborrecella,  
 Mas no del todo dejarla.  
 Muchos vi,  
 Comunicé y conocí  
 De la corte descontentos,  
 Que al fin quedaron allí  
 Con todos sus pensamientos  
 Y cuidados;  
 Que estaban determinados  
 De no morir cortesanos,  
 Y al cabo los vi enterrados  
 En corte por otras manos  
 Que esperaban,  
 Léjos de donde pensaban;  
 Porque al fin las cortes tienen  
 Mil retrabos do se traban  
 Los piés de los que á ellas vienen  
 De morada,  
 Mayormente esta cuitada  
 Gente pobre, cuya suerte  
 Fué de ser allí arrastrada  
 Y en prision hasta la muerte.

## LUCRECIO.

Bien está,  
 Señor Prudencio. Pues ya  
 Hemos desto hablado,  
 Tratemos, si os placera,  
 Del otro tercero estado,  
 Negociante,  
 Que, segun dijistes ante,  
 Aunque va por otro norte,  
 Es tambien participante  
 De los duelos de la corte.  
 Y aunque aquello  
 No me toca en un caballo,  
 Pues no voy á negociar,  
 Quiero saber algo dello,  
 Siquiera para avisar.

## PRUDENCIO.

Ya os podria,  
 Si vuestra suerte lo guia,  
 Ser, Lucrecio, menester  
 Andar en pleito algun dia,  
 Trafagar y revolver;  
 Que no enfada,  
 Por ser cosa muy usada  
 En palacio la codicia;  
 Y así, no se pierde nada  
 Que tengais dello noticia.  
 Y sabida  
 La condicion desabrida



Del mundo para adelante,  
Y la maldicion y vida  
Del cuitado pleiteante  
Cortesano,  
Que muchas veces en vano,  
Y en peligro de perder,  
Anda, como mal cristiano,  
Con deseo de vencer  
Y dañar;  
Y así, lo veréis andar  
Solicitó y ocupado,  
Y en todo tiempo y lugar  
Pensativo y congojado,  
Sin reposo,  
Recatado y sospechoso,  
Importuno y desabrido,  
Descontento y enfadoso,  
Y gastado y aborrido,  
Rodeado  
De congojas y cuidado,  
Esperanzas y temor,  
De casa del abogado  
A cas del procurador.

LUCRECIO.

Donde quiera  
Suelen ser desa manera  
Los pleitos, segun se suena;  
Que el que mejor fin espera  
Suele vivir con mas pena  
Congojada;  
Porque es guerra guerreada,  
Y la sentençia es la lid,  
Ahora sea en Granada,  
Ahora en Valladolid.

PRUDENCIO.

Así son,  
Lucrecio, teneis razon,  
Los pleitos de cualquier parte;  
Pero dan mayor pasion  
En corte que en otra parte,  
Porque van  
Mas á la larga, y no están  
En un lugar de continuo,  
Y es muy terrible desman  
Con pleitos en el camino  
Tener cuentas,  
Y aun con las Mil y quinientas  
Para la corte apeladas,  
Se pasan cien mil afrentas  
Antes de ser acabadas.  
Pues dolores,  
Cuidados, priesas, temores,  
Y otros males semejantes  
De los solicitadores  
Y cualesquier negociantes  
Cortesanos,  
No hay notarios ni escribanos  
Que los basten á decir.  
Ni ellos pueden darse manos  
De barbullar y mentir  
Por entrar  
A descubrir y calar  
El estado de las cosas,  
Y entender y averiguar  
Las inciertas y dudosas;  
Pero saber  
Avisar y proveer  
En los casos convenientes;  
Y así, les es menester  
Ser sabios y diligentes,  
Avisados,  
Astutos y recatados,  
Desenvueltos y sesudos,  
Graciosos, disimulados,  
Entremetidos, agudos  
Y discretos  
Para entender los secretos  
De quien entra y de quien sale;  
Lo cual todo á los pobres  
A las veces no les vale  
A dejar

De engañarse y enganar,  
Y ser ordinariamente  
Enfadados de escuchar,  
Y malquistos de la gente.  
Gentil cesa  
Es tambien, y muy honrosa,  
Ser en corte embajador,  
Que con pompa poderosa  
Representa á su señor;  
Y un legado  
Reverendo, autorizado,  
Que con debidos honores  
Va a palacio acompañado  
De nobles y servidores  
Cabe si.

LUCRECIO.

Así me parece á mí,  
Y veo ser cosa honrada  
Cuando pasan por aquí  
De Roma con la embajada  
Que se ofrece,  
Y sin duda me parece  
Una gran felicidad,  
Y cargo que respandee  
Con favor y autoridad  
Muy sin pena,  
Y que van, la bolsa llena,  
A gozar y ser honrados,  
Y comen de bolsa ajena  
Sin afanes ni cuidados.

PRUDENCIO.

Así es,  
Lucrecio; pero despues  
Hay cosas continuamente  
En que la haz del envés  
Suele ser muy diferente;  
Que llegados  
Adonde son enviados  
A corte de cualquier rey,  
Han de vivir obligados  
A condiciones y ley  
Muy estrecha.  
Si no van á man derecha  
Conforme á su comision,  
El rey do está se despecha  
Y no escucha su razon  
Con placer,  
Y aun suele acontecer  
Al que en lo tal estopieza,  
Por cumplir con su deber  
Dejar allí la cabeza  
Por nonada,  
Y alguna vez enclavada,  
Segun lo hizo con rabia  
Y soberbia acelerada  
Un haiboda de Moldavia,  
M d tirano,  
Al arador veneciano  
Porque no se le humilló  
Con el bonete en la mano  
Al tiempo que le habló.  
Y en autores  
Muy ciertos historiadores  
Hallaréis desta manera  
Afrentas que á embajadores  
Se hacen por donde quiera  
Cada dia  
Con desden y demasia,  
De que estan los libros llenos;  
Y aun me dicen que en Turquia  
Los empalau por lo menos,  
Que es peor,  
Pues el triste embajador  
Desto se descuida y calla,  
O quiere andar á sabor  
Del principe do se halla,  
Con intento  
De darle contentamiento  
Mas de lo que le es mandado,  
Es culpable atrevimiento  
Contra aquel que le la enviado

Y elegido,  
El cual quedando ofendido,  
Va en peligro el orador  
De ser por ello pugnido,  
Por ser mal negociador;  
Pero ya  
Que en la corte donde está  
No declina á los extremos,  
Y navega por do va  
Con buenas velas ó remos  
Gobernando,  
Sin faltar cómo ni cuándo,  
Su embajada como quiere,  
Y al cabo della sacando  
El fruto que mereciere,  
No penséis,  
Lucrecio, por lo que veis  
De su manera pomposa,  
Que, aunque vos no lo entendeis,  
Deja de ser trabajosa  
Y molesta;  
Que, demás de lo que cuesta  
Aquella forma de vida,  
Es una prision honesta.  
Despues de bien entendida;  
Porque, entrados  
Donde son apresentados,  
Les es menester estar  
Como dueñas encerrades,  
Sin salir á pasear  
Ni tener  
Libertad de complacer  
A su misma voluntad,  
Por no se descomponer,  
Y guardar su autoridad;  
Y guardada,  
No pueden gozar de nada,  
Excepto de ir y volver  
De palacio á su posada  
Para tornarse á esconder,  
Y esperar,  
Si se quiere recrear,  
Ya que ellos no salen fuera,  
Que los vais á visitar  
Como á gente prisionera.  
Y de allí,  
Segun de ellos aprendi,  
Su pasatiempo y deporte  
Es darse trabajo á sí  
Y guerra á toda la corte,  
Entendiendo,  
Trabajando y revolviendo,  
Inquiriendo y preguntando,  
Y con algunos mintiendo,  
Con otros disimulando,  
Por calar,  
Para saber y avisar  
De lo hecho y lo no hecho,  
Y á vueltas dello encajar  
La suya por su provecho.  
Uno habia  
(Dios nos guarde) que escribia  
Por ejercicio ordinario  
Mas cédulas cada dia  
Que hay en cas de un boticario,  
Que enviaba  
A diversos, do pensaba  
Hacer alguna levada;  
Lo cual todo se cargaba  
A cuenta de la embajada;  
Y pedia  
Lo que bien le parecia  
Con desvergüenza muy suelta,  
Y con sus tramas traia  
Toda la corte revuelta.  
Bien que son  
Ajenos de tal pasion  
Otros muchos oradores,  
Y de cualquier nacion  
Suele haber embajadores  
Generosos,  
Excelentes, virtuosos

Y sabios en negociar ;  
 Mas aun los mas oñciosos  
 No se pueden excusar  
 De pasiones ,  
 Molestas contradicciones ,  
 Trabajos , dificultades  
 De duras negociaciones  
 Y otras importunidades  
 Cortesanas ,  
 Y penas cotidianas  
 De escribir , y cosa tal ,  
 Y otras tambien no livianas  
 Caseras que pueden mal  
 Evitarse ,  
 Y que es forzado pasarse  
 Por posadas y caminos ;  
 Asi que , pueden llamarse  
 Cortesanos peregrinos ,  
 Que , acabado  
 El tiempo determinado  
 De la corte do estuvieron ,  
 Se vuelven á lo pasado ,  
 Y al fin son los que antes fueron .  
 Y el honor ,  
 Aparato y resplandor  
 Con que andan en figura  
 De algun representador ,  
 Con diversa vestidura  
 La frazada ,  
 Que despues de la jornada  
 Es como una burleria ;  
 Que la máscara quitada ,  
 Vuelve á ser lo que solia .  
 Uno vi  
 Destos una vez que fui  
 A Venecia , y por mi fe ,  
 Que apenas lo conoci  
 Quando acaso le topé ,  
 Que habia sido  
 Donde fui su conocido  
 Muy solemne embajador ,  
 Y yo muy su favorido ,  
 Gran amigo y servidor ;  
 Mas venia  
 ( ¡ Ved quién lo conoceria ! )  
 A solas como birote ,  
 Sin mas pompa y compañía  
 que su toca y capirote ;  
 De manera  
 que si no se me riyera ,  
 Y primero me hablara ,  
 Ciento no le conociera ,  
 Y de largo me pasara .

## LUCRECIO.

Señor Prudencio , dejados  
 Esos aparte , si os place ,  
 Hablemos de los privados  
 Y ricos , que es lo que hace  
 Y se sienta  
 Mas al caso desta cuenta  
 Y materia que tratamos ,  
 Y lo que agrada y contenta  
 A los que en ella miramos ,  
 Y aunque haya  
 Ocasiones con que caya  
 Alguna vez la privanza ,  
 O que por ventura vaya  
 En peligro de mudanza  
 Y revés ,  
 Que en buen vulgar cordobés  
 Se dice rico pinjado ,  
 Porque al fin gran caso es  
 Mandar y no ser mandado ,  
 Y hablar ,  
 Contratar y negociar  
 Con reyes familiarmente ,  
 Con favor particular ,  
 De los otros diferente ;  
 Ser honrado ,  
 Estimado y acatado ,  
 De todos obedecido ,

Requerido y granjeado ,  
 Aposentado y servido  
 Y alabado ;  
 Seguido y acompañado  
 De mil buenos á tropel ,  
 De nadie necesitado ,  
 Estándolo todos dél ;  
 Con mil dones  
 Y presentes á montones  
 Que les dan sin los pedir ,  
 Segun de vuestras razones  
 Se puede bien colegir .

## PRUDENCIO.

No pongais  
 En eso que así tratáis ;  
 Lucrecio , duda ninguna ;  
 Que muchos mas que pensais  
 Suele hacer la fortuna  
 Y ventura ,  
 Unas veces por natura ,  
 Otras por merecimiento ;  
 Pero las mas por locura  
 De ocasion ó acertamiento  
 Temporal ;  
 Y quando el favor real  
 A ser de veras acierta ,  
 Y se muestra liberal  
 Con privanza descubierta ,  
 Verdadera ,  
 O tambien quando cualquiera  
 En los palacios reales  
 Llega , de cualquier manera ,  
 A cargos muy principales  
 Y á mandar ,  
 Y comienza á tesorar  
 Para poner en el arca ,  
 No se puede numerar  
 Lo que junta , lo que abarca ,  
 Lo que allega ,  
 Lo que se le da y entrega ,  
 Lo que apaña y lo que traga ,  
 Y quanto mas se le pega ,  
 Tanto menos le empalaga  
 Ni le enfada ;  
 Porque sin costalle nada ,  
 Sobre lo mucho que tiene ,  
 Quanto le place y agrada  
 Ello mismo se le viene  
 De boleó ;  
 No les pide su deseo  
 Cosa , quando en un instante  
 Ya llega apriesa el correo  
 A ponérselo delante ;  
 Todos van  
 A pecharles y les dan  
 Basta bencilles los almatios ,  
 Y aun los que lejos están  
 Les son tambien tributarios  
 Y pecheros ;  
 Principes y caballeros ,  
 Los unos les dan vajillas ,  
 Otros joyas y dineros ,  
 Y algunas veces las villas  
 Y vasallos ,  
 Y forros , armas , caballos ,  
 Y otras cosas peregrinas  
 Sin cuenta , que por ganallos  
 Se les buscan muy continas  
 Sin cesar ;  
 Al fin no podeis pensar  
 Lo que amontona un privado ,  
 En quien todo va á parar ,  
 Como piedras al tablado .  
 Asi que ,  
 Quanto alegais bien lo sé  
 Y lo confieso , Lucrecio ;  
 Pero vos , por vuestra fe ,  
 No hagais dello gran precio ;  
 Y pensad  
 No ser gran felicidad ,  
 Bien entendidas las leyes ,

Mucha familiaridad  
 Con los principes y reyes ;  
 Que el favor  
 Que muestran al servidor  
 No es siempre de corazon  
 Ni lo hacen por amor ,  
 Sino por ostentacion  
 Halagnera ,  
 Afeitada por defuera  
 Por cualquier necesidad ,  
 Engañosa ó verdadera ,  
 Que mueva la voluntad  
 Y opinion .  
 Pero , ya que la eleccion  
 Proceda de buen querer  
 Y se funde en aficion ,  
 Segun suele acaecer ,  
 La privanza ,  
 La gracia , la confianza  
 Y humana benevolencia  
 Las menos veces se alcanza  
 Por méritos ni por ciencia  
 Ni bondad ,  
 Ni aun por grande habilidad ,  
 Sino por cierta ocasion ,  
 Por antojo y liviandad ,  
 Beldad ó disposicion ,  
 Que alcanzada ,  
 Quanto mas está encubrada ,  
 Encarecida y honrada ,  
 Hasta el fin de la jornada  
 Siempre vive peligrosa  
 De caída ,  
 Por holgar y estar tenida  
 A voluntad que no dura  
 Del hombre ; que en esta vida  
 No hay prenda menos segura  
 Ni durable ,  
 Mas incierta y variable ;  
 Y así lo escriben autores ,  
 No haber cosa mas mudable  
 Que el favor de los señores ,  
 Lisonjero ,  
 Y en un refran extranjero  
 Se compara en movimiento .  
 Al temporal del hebrero  
 Y á las hojas con el viento ;  
 De manera  
 Que el que en señores espera  
 Le cumple , siendo privado ,  
 Yelar bien hasta que muera  
 Por sustentar lo ganado .

## LUCRECIO.

Todavía ,  
 Si yo pudiese , querria ,  
 Con todas esas tormentas  
 Verme , Señor , algun dia  
 Metido en esas alreñas  
 Y cuidados ;  
 Porque , ya que los privados  
 Abajan de lo que fueron ,  
 Siempre valen sns salvados  
 Mas de lo que antes tuvieron ;  
 Y á mi ver ,  
 Siendo ya fuerza caer ,  
 Muy mejor puede gozar  
 El que tiene que perdér  
 Que el que comienza á ganar  
 Nuevamente ;  
 Y de mil partes de gente  
 No hay una que nos confiese  
 Por menor inconveniente  
 El tener , si se pusiese  
 En eleccion .

## PRUDENCIO.

No movais esa quistion ,  
 Lucrecio , que es odiosa ,  
 Y toda comparacion  
 Suele ser escandalosa .  
 Claro está  
 Que el que no tiene ni ha

Otra hacienda ni abrigo,  
 Por tener se meterá  
 Por puertas del enemigo;  
 Mas tornando  
 A lo que os iba contando  
 De las personas privadas,  
 Y á lo que vais apuntando  
 De sus riquezas sobradas,  
 Que aunque cayán  
 No por eso se desmayan,  
 No padeciendo pobreza,  
 Creed, Lucrecio, que aunque hayan  
 Subido de gran bajaça  
 Hasta el cielo,  
 Cuanto mas alto fué el vuelo,  
 Si de aquel mando y favor  
 Les falta despues un pelo,  
 Tanto mas es el dolor  
 Y pesar,  
 Sin poderse conhortar  
 Con todo quanto les queda,  
 Aunque no sepan contar  
 Las riquezas y moneda  
 Que allegaron;  
 Porque, como se llegaron  
 Con el poder que tuvieron,  
 No miran lo que ganaron,  
 Sino aquello que perdieron,  
 Que se acuerda;  
 Mas, ya que nada se pierda,  
 Y les dure el interés,  
 Es forzado que le muerdá  
 La conciencia al ginovés  
 Si pecó;  
 Porque vos no dudeis, no,  
 Y sabed de cierta ciencia  
 Que nadie se enriqueció  
 Mucho con buena conciencia;  
 De do viene  
 Aquel usado y solene  
 Dicho, ya no muy moderno,  
 Que es beato aquel que tiene  
 A su padre en el infierno,  
 Donde están  
 Algunos que de su afán  
 Gozan al fin sus parientes.  
 Pues los que decís que van  
 Y son tanto de las gentes  
 Estimados,  
 Servidos y aun adorados.  
 Tambien son los doloridos,  
 De muchos importunados  
 Y en secreto aborrecidos,  
 Y han de ctar,  
 Si se quieren conservar,  
 Ojo alerta de continuo  
 Por no perder su lugar  
 Ni apartarse del camino  
 Del favor,  
 Que suele con el señor  
 Durar ordinariamente  
 Mientra el caro servidor  
 Le está delante presente  
 Y le adora,  
 Lisonjea y enamora,  
 Haciendo del ladrón fiel;  
 Mas olvidase á la hora  
 Que quita los ojos dél;  
 Y apartado,  
 Aunque haya sido privado  
 De los intimos mayores,  
 Presto se halló trocado  
 Por otros nuevos amores.  
 En presencia  
 Regia con su prudencia  
 La corte allende y aquende,  
 Y en poco tiempo de ausencia,  
 Cuando vuelve no la entiende,  
 Ni aun la balla,  
 Aunque solia gobernalla,  
 Sino en grande diferencia;  
 De suerte que entra en batalla,

O al menos en competencia,  
 Por tornar,  
 Si ser puede, á reparar  
 Lo que la ausencia ha dañado,  
 Y á residir y durar  
 Mas por fuerza que de grado,  
 Como preso;  
 Y cierto que si con seso  
 Se mira lo que á esto toca,  
 Puestas ambas en un peso,  
 Veréis que no tienen poca  
 semejanza,  
 Porque la misma privanza  
 Es cárcel de muchas penas,  
 Y las riquezas que alcanza  
 Son los grillos y cadenas  
 Que los tiran;  
 Y bien que los que los miran  
 De fuera no pueden vellas,  
 Hay privados que suspiran  
 Dentro por verse sin ellas;  
 Y á mi ver,  
 Aunque van al parecer  
 Altos, lozanos y bravos,  
 Ellos se pueden tener  
 Gentilmente por esclavos,  
 Y lo son;  
 Y el turco tiene razon  
 En que al mas especial hombre,  
 Bajá ó de otra condicion,  
 Llama esclavo por renombre  
 Positivo.  
 Pues si yo, cuitado, vivo  
 Sin libertad como el bucy,  
 ¿Qué me dá mas ser cautivo  
 Del turco que de otro rey,  
 Pues le adoro?  
 Y si soy cautivo moro  
 En cadenas como perro,  
 ¿Qué importa ser mas de oro  
 La cadena que de hierro?  
 Y si queda  
 Preso el pez á do se enreda,  
 ¿Qué mas honra se le cata  
 Por ser sus redes de seda  
 O el anzuelo ser de plata?  
 Pues juntar  
 Bienes para los gozar,  
 Cosa de cebones es,  
 Que los dejan engordar  
 Para comerlos despues;  
 De los cuales  
 En los palacios reales  
 De grandes emperadores  
 No pocos ejemplos tales  
 Nos cuentan los escritores  
 Verdaderos,  
 De muy altos consejeros  
 Y riquísimos privados,  
 Que por solo seis dineros  
 Han sido descabezados  
 Y proseritos,  
 Sin haber otros delitos;  
 De que aquí, Lucrecio, daros  
 Puedo ejemplos infinitos,  
 Muy auténticos y claros  
 Con verdad;  
 Mas, por ser prolijidad,  
 Dejo muchos que pasaran.  
 Bástenos la autoridad  
 De dos solos que se ataron  
 En favor  
 Cerca del emperador  
 Nero, tirano nombrado:  
 Séneca, su juez mayor,  
 Y Pallanteos, su privado;  
 Que, sabida  
 Su muerte no merecida,  
 Ninguno habrá que no entienda  
 Haber perdido la vida  
 Por tener mucha hacienda.  
 Veis aquí

Lo que se me ofrece á mi  
 Que de privados os cuento,  
 De los cuales muchos vi  
 Ensalzados altamente,  
 Y he sabido,  
 Maguer que favorecido,  
 Ser estado cogojoso,  
 Enricado, entremetido,  
 Y a las veces peligroso,  
 Comparado  
 Al que estaba combatido,  
 Asentado en rica silla,  
 Proveido y abastado  
 De manjares y vajilla;  
 Mas tenia  
 Una espada que pendia  
 Sobre él, de un hilo colgada,  
 Cuya punta le venia  
 En la cabeza asentada.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, quedo  
 En esa parte avisado,  
 Y entiendo bien que no puedo  
 Yo llegar á tal estado  
 De valer;  
 Bien que á buscar de comer  
 Me levanta mi motivo,  
 Pero no para tener  
 Pensamiento tan altivo  
 De llegar  
 En algun tiempo á medrar  
 Con reyes tan adelante,  
 Que tenga que me guardar  
 De peligro semejante  
 De caída.  
 ¡Ojalá que la subida  
 Estuviese ya en mi mano,  
 Que para esotra herida  
 Nunca falta cirujano!  
 Y pues ya  
 De las otras cuatro está  
 Platicado como quiera,  
 Oyamos, si os placirá,  
 La quinta forma y manera  
 De sirvientes  
 En palacio residentes,  
 A quien mayor culpa distes,  
 Y de los inconvenientes  
 Que al presente propusistes  
 De vivir.

PRUDENCIO.

Lo mismo torno á decir,  
 Señor Lucrecio, aun agora,  
 Que de muchos que á servir  
 Van á corte cada hora  
 A montones,  
 Por diversas ocasiones  
 Y por causas especiales  
 De diversas profesiones,  
 De que las salas reales  
 Andan llenas,  
 Hay unos que pasan penas  
 Y molestias en gran copia,  
 Y andan en casas ajenas  
 Pndiendo estar en la propia  
 Sin pasión;  
 Mas, como los hombres son  
 No todos de una natura,  
 Voluntad ni condicion,  
 Ni menos de una ventura  
 Si porfian,  
 Ni quieren, cuando podrian,  
 Ser de las cortes exentos,  
 Ni pueden, cuando querrian,  
 Por muchos impedimentos  
 Que se ofrecen;  
 De suerte que permanecen  
 Entre quieren y no quieren  
 Hasta que allí se envejecen,  
 Y no pocas veces mueren  
 Mal su grado;

Y de los de tal estado  
Que por vicio ó por virtud  
Anda palacio poblado,  
Hallaréis gran multitud,  
Y mil gentes  
Inclinadas y obedientes  
Al servicio y sujecion,  
Bien que sean diferentes  
En estado y condicion,  
Calidades,  
Costumbres, habilidades,  
Trajes y forma de vida,  
Deseos y voluntades,  
A quien la corte convida  
A pesares;  
Los mas dellos son seglares,  
Pero clerigos tambien,  
Y religiosos á pares  
De aquella Hierusalem  
Cortesana;  
Los unos de propria gana,  
Otros por ser convidados,  
Y algunos que van por lana  
Y al fin salen trasquilados.  
Hay doctores,  
Letrados, predicadores  
Y personas de conciencia,  
Maestros y profesores  
De toda suerte de ciencia,  
Caballeros;  
Hay hidalgos y escuderos.  
Hombres de paz y de guerra,  
Y al fin, de todas maneras  
Y linajes de la tierra,  
Muy costantes  
Discipulos y estudiantes  
De aquella devota escuela,  
Que andan allí vigilantes  
En torno de la candelá  
De valer  
Por medrar y merecer,  
Para lo cual los mas buenos  
Han, Lucrecio, menester  
Dios y ayuda por lo menos,  
Y otras ciencias,  
Que son odios, competencias  
Y invidias con los iguales,  
Lisonjas y reverencias  
Para con los principales  
Y privados,  
Con quien los mas estirados,  
Pretendiendo algun favor,  
Cumple ser muy bien criados,  
Y con el rey ó señor  
Mucho mas.  
Puestos los piés por compás,  
Los ojos vivos, alertos,  
Sin osar mirar atras,  
En pié siempre y descubiertos  
Con cuidado,  
Hablando muy atentado,  
Humilde, blando y sabroso,  
Todo dulce y requiebrado,  
Y sobre falso, amoroso;  
Estimando  
En mucho cuando, alcanzando  
Haber con el Rey audiencia,  
Le estarán como adorando  
Por la tal benevolencia  
Y aficion,  
Y con muy grande atencion  
A escucharle, y cuando acaba,  
Aprobarle su razon  
Y alabar lo que él alaba,  
Aunque sea  
Por ventura cosa fea,  
Dándole luego color,  
Y caso que no lo sea,  
Tenerlo por lo mejor  
Necesario;  
Y si el Rey, por el contrario,  
De alguno dijere mal,

Mostrarse luego adversario  
Y enemigo capital  
Contra quien  
El señor muestra desden,  
Y ayudalle á que padezca,  
Aunque sepa no ser bien  
Ni ningun mal le merezca;  
Y acacee  
Que uno á otro al fin empee  
Y le melle la lanceta  
Por la ocasion que se ofrece  
De echar una lisonjeta,  
Y querer,  
Mal hablando, complacer;  
Así que, tiene lugar  
El triste de mal hacer,  
Aunque no de aprovechar,  
Y dañando,  
Hace que burla burlando  
De la mala relacion;  
Al Rey, que le está escuchando,  
Le queda mala impresion  
Permanente;  
Y aunque quiera el delincuente  
Remediarla, ya no puede,  
Porque continuamente  
El Príncipe le concede  
Sus oídos.  
Guárdeos Dios de los ladridos  
De los ocultos testigos,  
Do muchos son ofendidos  
Aun de sus mismos amigos.  
Fuera desto,  
Estando siempre de presto  
Y apresia por los señores  
No es poco duro y molesto  
A los pobres servidores,  
Ser forzado,  
Aunque mas estéis cansado,  
De ir y venir por oficio  
A palacio apresurado,  
Por no faltar al servicio,  
Muy ligero,  
Y de andar al retratero  
De la sala á la capilla,  
Tras las voces del portero  
Y al son de la campanilla;  
De manera  
Que ni dentro ni defuera  
De corte ni en la posada  
Se puede tener, ni espera,  
Hora jamás descansada  
Con sosiego,  
Sin despecho y sin reniego,  
De camino deseoso,  
De cosa que venga luego  
A estorbarle su reposo.

## LUCRECIO.

Bien lo creo,  
Señor Prudencio, y deseo  
Oír deso que decís:  
Mas pareceme que veo  
Esos de quien referís  
Tantas penas,  
Cargados de ropas buenas,  
Joyas, aforros preciados,  
Y de gentiles cadenas  
Y collares adornados,  
Que es señal  
De hacienda y de candal  
Y bienes en abundancia;  
Y así, no puede haber mal  
Donde bulle la ganancia  
Con honor.  
Y tambien mirad, Señor,  
Que la noble gente tal  
A quien abriga el calor  
De la vivienda real,  
Los estiman,  
Los ensalzan y subliman  
Por ganallos y tenellos,

Y se les pagan y arriman,  
Y se favorecen dellos,  
Por ganar  
Por su medio y mejorar  
Con el príncipe presente,  
De do les suele quedar  
En deuda perpetuamente;  
Y he notado  
Que me parece un estado  
De calidad gloriosa  
Ser el hombre así rogado  
Para tan gloriosa cosa.

## PRUDENCIO.

Tal es ella,  
Lucrecio, si el conocella  
Las gentes causa no fuese  
De menosprecio y querrela  
Cuando falta el interesse  
O esperanza;  
Que á la hora que se alcanza,  
O viene en conocimiento  
Ser el favor ó privanza  
Besos á las veces viento,  
Y en oliendo,  
O con el tiempo sabiendo  
Que bien no podeis hacelles,  
Luego os va desconociendo  
Mas de cuanto podeis selles  
Provechoso;  
Porque es ley y uso vicioso  
De las cortes, do procede  
Querer mal al poderoso  
Y mofar al que no puede.  
Bien sentís.  
Lucrecio, desto que oís,  
Que los mas andan vendidos,  
Pues esotro que decís  
De las ropas y vestidos  
Y cadenas,  
Que á las veces son ajenas,  
Es una vana locura  
De que van las cortes llenas,  
Y lo nota la Eseritura,  
Si he mirado,  
Diciendo el texto sagrado  
Ponde habla de san Juan:  
« Los que visten del cado  
En cas de reyes estan. »  
Y no son  
De mas grado y condicion  
Por ello, á mi parecer,  
Paque aquella ostentacion  
Una burla suele ser  
Muy hermosa;  
Que, aunque á la vista es graciosa,  
Muchos dellos hallaréis  
Que no tienen otra cosa  
Mas de aquello que les veis  
Sobre sí;  
Muchos de los cuales vi  
Andar arrastrando seda  
Y brocado y carmesí,  
Sin saber qué era moneda  
Ni doblon;  
Cargados de presuncion,  
Ir con su rico collar  
A comer á un bodegon  
Y á dormir en un pajar.  
Ni creáis  
Que los oros que miráis  
En algunos cortesanos  
Sean, como vos pensáis,  
Ganados allí á sus manos,  
Ni que creen  
Todos los que se engrandecen  
Por su vida, órden ni ley,  
Ni que todos se enriquecen  
Los que andan cerca del Rey;  
Que muy dura  
Es la ganancia, y oscura,  
De los que en cortes afanan,

Y muchos por su ventura  
 Pierden allí mas que ganan;  
 Que por ir,  
 Como suelen, á cumplir  
 Con sus honras á la raza,  
 Yendo ricos á servir,  
 Vuelven pobres a su casa  
 Y gastados,  
 Porque, sin otros cuidados  
 Que reyes deben tener,  
 Siempre están necesitados  
 De otros y han menester  
 Valdores,  
 Y los pobres servidores  
 Sacan dellos poco zumo;  
 De suerte que los sudores  
 Se les convierten en humo;  
 Si no fueren  
 Los que tienen mas que quieren  
 Por venturas especiales,  
 Ó los que á cargo tuvieren  
 Oficios interesales,  
 Como ya  
 Os he dicho, y así va;  
 Que á los otros desdichados  
 Solo el suelo se les da,  
 Y aun de aquel no son pagados  
 Sin ruido;  
 Que acacee estar conido  
 Y el cortesano empuñado,  
 Y no haber dél recibido  
 En dos años un ducado,  
 Trabajando  
 En este medio y sudando  
 Por caminos y carreras,  
 Hacienda y cuerpo gastando  
 De mil suertes y maneras;  
 Y sabido  
 Lo que de ello ha merecido,  
 Y lo que se espera de ello,  
 Es el hombre andar molido,  
 Y el principe no sabello.  
 Y es gran mal,  
 Siendo el servicio leal,  
 Y que el señor le reciba,  
 El galardón no ser tal,  
 Y navegar agua arriba  
 Sin favor;  
 Pero aun suele ser peor,  
 Que habiendo algunos servido  
 Gentilmente á su señor,  
 Y hecho lo que era debido,  
 En monada,  
 Por algo que no le agrada  
 Ó por cualquier sospechuela,  
 Es la gracia rematada,  
 Y apagada la candela.  
 Pues que os diga,  
 Y hasta el cabo prosiga  
 Otros duelos no livianos  
 De congoja y de fatiga  
 Que pasan los cortesanos;  
 Novedades,  
 Mudanzas, difentadas,  
 Ó de asiento ó de camino,  
 Trabajos, necesidades,  
 Y otros que de continuo  
 Se padecen,  
 Y especial los que se ofrecen  
 Al partir de algun lugar,  
 Y se juntan y reecrecen,  
 Seria nunca acabar;  
 Porque es vida  
 Sin reparo y dolorida.  
 Si no, ved si es harta plaga  
 En víspera de partida  
 No haber memoria de paga,  
 Y cuidados  
 Infinitos y pesados  
 De cosas que hay que hacer  
 Para estar aparejados,  
 Según lo que es menester;

Pues partidos,  
 Aun los mismos favoritos  
 No carecen de dolores  
 Y contiendas y ruidos  
 Con los aposentadores,  
 Trabajando,  
 Padeciendo y tolerando  
 La misma vida inquieta,  
 Y por fuerza madrugando  
 A la voz de la trompeta  
 Que los llama,  
 Y á las horas que mas ama  
 Reposo la voluntad,  
 Y que de estar en la cama  
 Tienen gran necesidad.  
 Caminando  
 El noble rey don Fernando  
 Con esa reina germana  
 De Toledo, no sé cuándo,  
 Por Córdoba la llana,  
 De pasada  
 Vi la corte aposentada  
 Toda y sus caballerizas  
 En una aldea cuitada  
 Be siete casas pajizas,  
 Y llovia,  
 Que el cielo se deshacia,  
 Sobre la reina y las damas,  
 Y por otra parte ardia  
 Todo el campo en vivas ilamas.  
 Unos daban  
 Voces porque se quemaban  
 Como si fueran herejes,  
 Y por otra parte andaban  
 Nadando los almofrejes;  
 Y veían  
 No pocos que no tenían  
 Mejor pasada que el buey,  
 Y por fuerza se metían  
 En la cámara del Rey  
 En marada,  
 La ropa toda mojada  
 Dentro y fuera del lugar,  
 Que aun al fin de la jornada  
 Tuvimos bien qué enjugar  
 Y escurrir.  
 De aquí, Lucrecio, inferir  
 Podeis, poco mas ó menos,  
 Lo que es menester sufrir  
 En palacio muchos buenos;  
 Por lo cual  
 Dije y digo que esto tal,  
 Los que pueden excusallo,  
 Es de tenerse á mal  
 El sufrirlo y hacerallo.

LUCRECIO.

Semejantes ocasiones  
 De palacio y su vivienda,  
 Y trabajos y pasiones  
 Que manan de su contienda  
 Y porfia,  
 Bien creo que cada dia  
 Son ordinarios allí;  
 Mas esto no bastaria  
 A ponerme espanto á mi,  
 Ni dejar  
 Por ello de ejentar  
 El propósito tomado,  
 Si en lo que toca al medrar  
 No fuese tan estirado,  
 Ni los dones,  
 Mercedes y galardones  
 Con tanto peito y cogijo  
 Como de vuestras razones,  
 Señor Prudencio, colijo;  
 Que sufrir  
 Trabajos por bien servir,  
 Y servir por merecer,  
 Y por merecer servir,  
 Dulce cosa es, á mi ver,  
 De prestado,

Porque, el trabajo pasado,  
 Quedará despues lugar  
 Para gozar lo ganado  
 Y tomarse á retirar.

PRUDENCIO.

¿Qué sabeis,  
 Lucrecio, si lo podréis  
 Hacer como lo pensais,  
 Y si de corte saldréis  
 Si una vez en ella entráis  
 A probar  
 Lo que sabe su manjar?  
 Porque, según su natura,  
 No os podréis acenhortar  
 Ni tolerar por ventura  
 Buenamente  
 Con paciencia suficiente  
 Las molestias enojosas  
 Que allí hay, y mayormente  
 Viendo ser infrutuosas.  
 Y si os prende,  
 Muda y enlambia, y enciende  
 Y trastrueca el pensamiento,  
 No podeis libraros dende  
 Ni dejar su seguimiento,  
 Según hace  
 Con muchos á quien aplice,  
 Como Circe á gente mucha,  
 Que la fuerza á que se enlance  
 Despues que una vez le escucha.

LUCRECIO.

Ya yo sé,  
 Por lo que entendido he  
 Hoy de vuestra relacion,  
 Que carecer no podré  
 De fatigas y pasion  
 Si una vez  
 Se me pegare la pez  
 De palacio ó su pesebre;  
 Mas quien quiere comer nuez  
 Es menester que la quiebre,  
 Aunque dura;  
 Pero desá otra locura  
 De prender mi voluntad,  
 La cosa está muy segura,  
 Porque es mi libertad  
 Muy precuada.

PRUDENCIO.

Eso de la nuez me agrada  
 Que lo hagais por despedida;  
 La cual, despues de quebrada,  
 Suele hallarse podrida,  
 Hecha heces;  
 Y las verdaderas nueces  
 Son las costumbres humanas,  
 Que en palacio muchas veces  
 Peligran y salen vanas  
 Y viciosas,  
 Y aun las de sí virtuosas;  
 Con algunas ocasiones  
 Estraga el uso de cosas  
 Y malas conversaciones;  
 De do vino  
 Aquel proverbio latino,  
*Que corruptum bonus mores  
 Colloquia prave,* y continuo  
 Se mudan con los honores.  
 Su consorte  
 Es otro antiguo deporte,  
 Que dice y habla con vos,  
 Que se aparte de la corte  
 Quien quiere estar bien con Dios;  
 Porque allí  
 Cumple, según aprendí,  
 El que quiere sacar fruto  
 Tener alas de nobli  
 Y ser doblado y astuto,  
 Lisoihero,  
 Disimulado y astero,

Mostrando doblada cara ;  
Porque no vale un ducero  
La verdad desnuda y clara,  
Fiel y pura,  
Sino usar de la natura  
De Prometeo, que podia  
Transfigurar su figura  
En todas cuantas queria ;  
Y fingir  
Sin gana á veces reir,  
Su gana á veces llorar,  
Por agradar y servir,  
Complacer y granjear  
Los privados,  
Y despues de granjeados,  
Quando ya pensais tenellos  
Con servicios obligados,  
Teneis poca parte en ellos.  
Nadie osa  
Sin su ayuda peligrosa  
Pedir un maravedi,  
Dadle aviso de una cosa,  
Y tómalas para si,  
Sin envidia  
De vos, que les habeis dado  
El aviso, y sin conciencia,  
Sobre haberos desollado,  
Quieren gracia y obediencia  
Con franqueza ;  
De suerte que su grandeza  
De provechos es desnuda ;  
Para otros es simpleza  
En sus palabras y ayuda  
Confiaros,  
Porque, en lugar de ayudaros,  
Si no interviene lo hecho,  
Suele mas veces dañaros  
Que no haceros provecho.

## LUCRECIO.

Ya que sea  
La gente de esa ralea,  
Sin amor, sin caridad,  
Y que en ellos no se vea  
Señal cierta de amistad,  
Es de creer  
Que debe siempre haber  
Otros de otra condicion,  
En quien se pueda tener  
Confianza y devocion  
Y alegria ;  
Y asi, entiendo cada dia  
Haber muchos cortesanos  
En muy dulce compaña,  
Andar juntos como hermanos  
Y parientes,  
Y parando en ello mientes  
Y pasándolo de espacio,  
Creo haber muy excelentes  
Amistades en palacio  
Por abrigo ;  
Y asi, hablando conmigo,  
Pienso hallar y tener  
En la corte algun amigo  
De quien me las creer.

## PRUDENCIO.

Vos podeis.  
Será cierto que hallaréis  
No solo, Lucrecio, alguno,  
Mas ciento si los queréis,  
Pero cual cumple, ninguno ;  
A manadas,  
De fuera y en sus posadas,  
Hallaréis mil de continuo,  
Amigos de bonetadas,  
Sálveos Dios, taza de vino,  
Con malicia,  
Porque do reina codicia  
Es fugida la aficion ;  
La regla de la amicia  
Que compuso Ciceron  
Falta y yerra ;

Que amigo de buena guerra,  
Leal, seguro y secreto,  
Es ave rara en la tierra,  
Semejante a cisne prieto.  
Mas notad  
No haber, Lucrecio, amistad  
En ninguna profesion  
De menos sinceridad  
Que los de la corte son ;  
Que notados  
Uno á uno los estados,  
Haciendo dellos testigos,  
Aun entre bravos soldados  
Suele haber fieles amigos ;  
Mas acá  
En corte apenas habrá  
Una amistad verdadera,  
Porque comunmente va  
Interesal, lisonjera  
Y fundada  
En otras cosas de nada,  
Livandades y placeres ;  
Y en esto es diferencia  
De la de los mercaderes  
Solamente,  
Que son rica, honrada gente,  
Si tambien no posesiese  
Al amigo y al pariente  
Y á cualquier otro interese,  
Por ganar.  
Así que, podeis pensar,  
Por estas razones llanas,  
Haber poco que esperar  
De amistades cortesanias  
Ni aficion  
De sola conversacion ;  
Que aunque acierta en calidades,  
Nunca hay confederacion  
De conjuntas voluntades  
Con verdad,  
Porque alli la enemistad  
Es natural y vecina,  
Y la amiga caridad  
Estranjera y peregrina ;  
Y lo bueno  
Es, que andando todo lleno  
De finezas y malicias,  
Se os meterán en el seno  
Muchos haciendo caricias  
Amorosas  
Con palabras engañosas  
Y fingiendo ofrecimiento  
Por daros á entender cosas  
Que no tiene en pensamiento,  
Y las calla  
Hasta que camino halla,  
Si en hablar no sois discreto,  
De descoseros la malla  
Y sacar algun secreto ;  
Y sacado,  
Vos pensad que le habeis dado  
Cuchillo con que os degüelle,  
Y despues de degollado,  
Aun os abra y os desucelle ;  
Mayormente  
Si del havello se siente  
Algun provecho cercano,  
No será mas negligente  
En ganaros por la mano,  
Y escondella  
Despues de haberos con ella  
Tirado la piedra y hecho  
Todo el daño, estorba y mella  
Que puede en vuestro derecho  
Y partido.  
Cosas han acaecido  
A mi mismo en esta parte,  
En que no poco ofendido  
Me senti de cruel arte  
Por aquellos  
De quien, fiándome dellos,  
Pensaba ser ayudado,

Y me hallé por creellos  
Prevenido y salteado.  
Es locura  
Y prenda poco segura  
La amistad en confusion  
De corte, porque no dura  
Mas de cuanto la ocasion ;  
Que si fueron  
Amistades que nacieron  
Por interese, aunque aplacen,  
Como por él se hicieron,  
Por él mismo se deshacen  
Y se quitan ;  
Que los que las solicitan,  
Aquellos las desbaratan,  
Y los que mas se visitan  
Son los que peor se tratan ;  
Y el primor  
De hablarse con amor  
Son armas con que se hieren,  
Que á veces los que mejor  
Se hablan, peor se quieren.

## LUCRECIO.

Bien está,  
Señor Prudencio, que ya  
Entiendo bien esa cosa ;  
Y pues con amigos va  
En corte tan achacosa,  
No querellos  
Ni perder tiempo tras ellos  
Será la cuenta derecha ;  
Y así, no pienso con ellos  
Tener amistad estrecha,  
Sino ir  
Determinado á servir  
Al señor que Dios me diere,  
Hasta medrar ó morir  
Lo mejor que yo pudiere,  
Y tener  
Confianza de valer  
Por solo mi buen servicio,  
Sin de nadie pretender  
Socorro ni beneficio,  
Que haya alli.

## PRUDENCIO.

Hacedlo, Lucrecio, así ;  
Que al fin la pena es mas leve  
Quando el hombre está de sí  
Satisfecho, como debe ;  
Y aunque en vano,  
Yendo por camino llano,  
El galardón le suceda,  
El se paga de su mano  
Con la virtud que en él queda ;  
Mas querria  
Avisaros todavia,  
Como á quien soy obligado,  
Que vais tras vuestra porfia  
Algo menos coniado ;  
Que mas quiero,  
Sea rey ó caballero  
O cualquier otro señor,  
De quien pretendo y espero  
Premio, merced ó favor,  
Sola una  
Libra y onza de fortuna  
Para ser hombre de cuenta,  
Que de otra virtud alguna  
Ni de méritos cincuenta ;  
Porque, dado  
Que el servir vaya ordenado  
De diligencia y cordura,  
Todo al fin es excusado  
Quando no tercia ventura.  
Demas desto,  
Yo, sobrino, os amonesto,  
Antes de ir esta jornada,  
Que mireis en aquel texto  
De la Escritura sagrada,  
Que guarda  
Nos manda y desconfiar

De los principes humanos,  
Pues salud y gloria dar  
No está en ellos ni en sus manos;  
Y el sentido  
De este texto referido  
Es, que los reyes no dan  
A todos por lo servido  
Igual precio del afán  
Y bondad,  
Ni miran la voluntad  
Con que el servicio fué hecho,  
Ni obra necesidad,  
Sino solo su provecho.  
¿Qué pensais,  
Lucrecio, si, como vais  
A medrar y ser honrado,  
Adoleceis y os hallais  
Sin escudo ni ducado,  
O si yendo  
En el servir procediendo,  
Sucede guerra ó motivo,  
De vuestro deber haciendo,  
Fuerdes por dicha cautivo,  
Quién será  
El que allí socorrerá  
Para vuestra enfermedad,  
O el rescate pagará  
Para vuestra libertad?

LUCRECIO.

Pienso yo  
Que el señor no olvida, no,  
Siendo la causa tan suya,  
Al que por él padeció,  
Para que se restituya  
Con honor:  
Porque, como al servidor  
Toca ser constante y fiel,  
Así conviene al señor  
No ser ingrato con él.

PRUDENCIO.

Con razon;  
Mas tras esa devocion  
No os metais en tales leyes;  
Que muchos vi de prision  
Olvidados por sus reyes,  
Que cumplidos  
Los servicios, y partidos  
Del ojo los servidores,  
Y los muertos y huidos  
Presto son de los señores  
Olvidados,  
Y pocas veces pagados  
Su grandes dificultades,  
Porque tienen mil cuidados  
Y cien mil dificultades  
Que cumplir.  
Pues la causa de haber de ir  
A palacio el que allí va  
Es ambicion de subir  
Donde por subir está.  
¿Qué simpleza  
Es prometerse riqueza  
Donde tantos la desean  
Y con tanta sutileza  
La procuran y granjean,  
Y tener  
Animo de pretender  
Oficios, cargos, honores  
Donde tantos ha de haber  
Hambrientos competidores,  
Y pensar  
De conseguir y alcanzar  
Petencias, mandos y rentas  
En parte que han de costar  
Tantos peligros y afrentas!

LUCRECIO.

Todas son  
Gran verdad en conclusion,  
Señor Prudencio, esas cosas;  
Mas cualquiera profesion

Tiene trechas trabajosas  
Bien notadas,  
Y todas examinadas  
Las de palacio, á mi ver,  
Serán las menos pesadas  
Y mas dignas de escoger  
Y seguir.  
Y bien que contradecir  
No puedo á vuestra sentencia,  
Todavía querria ir  
A verlas por experiencia;  
Salvo si  
Va de todo punto aquí  
Dais por cosa averiguada  
No me convenir á mi  
Proseguir esta jornada.

PRUDENCIO.

Yo no quiero,  
Por esto que aquí profiero  
Estorbar vuestro deseo,  
Aunque sé ser verdadero,  
Lucrecio, lo que os enseño;  
Que ya sé,  
Porque yo tambien pequé,  
Que aun en las cosas muy buenas  
No se da á las veces le  
A relaciones ajenas  
Sin probarse  
Y en presencia examinarse,  
Porque hay pocos ó ninguno  
Que quieran desengañarse  
Por consejo de otro alguno.  
Y es vedado  
En cosas asi de estado  
Y eleccion de nueva vida  
Dar consejo averiguado  
A ninguno, aunque lo pida:  
Mas yo os digo  
Como no falso testigo,  
Si mi voto se tomase,  
Que ni á pariente ni amigo  
Yo nunca le aconsejase  
Emplear  
Con codicia de medrar  
En palacio su servicio  
Mientras pudiera ocupar  
Su tiempo en otro ejercicio  
Menos duro,  
Donde sea mas seguro  
El bien, y con mas reposo,  
Y el galardón mas seguro  
Y el gozar menos dudoso,  
Sin dolor;  
Y donde, siendo menor  
Por dicha la utilidad,  
El gozo será mayor,  
Mediante la libertad;  
Que no alcanza  
Igual bienaventuranza  
Hombre en esta vida humana  
Con todo el bien y privanza  
De la vida cortesana;  
Que por ser  
May sujeta á padecer  
Destá tan preciosa prenda,  
Se debria posponer  
A cualquier otra vivienda,  
Y pensar  
Que habiendo campos de arar  
Y molinos de moler,  
Iniertas, viñas que labrar,  
Y do sembrar y coger,  
Y pudiendo  
Pasar la vida leyendo,  
En estudiar ó escribir,  
Es yerro irla perdiendo  
En la corte por servir;  
Y gastarla  
O rompella ó cautivalla  
En lo mejor de la edad  
Entre la chusma y canalla

Es desvario y vanidad,  
Huelazon,  
Necedad y presuncion,  
Y soberbias y locuras,  
Agonias y ambicion,  
Y otras tales desventuras;  
Cosas vanas,  
Altueras y profanas,  
Y muchas hsonjerias  
Que las gentes cortesanas  
Platican noches y dias,  
Muy utanos,  
Y entre mancebos livianos  
Y caballeros gloriosos,  
Galancetes y lozanos,  
Estirados y orgulluosos,  
Que vagando  
Por las calles cabalgando,  
A las veces dan y prueban,  
Ser mas bestias, bien mirando,  
Que las mismas que los llevan;  
Y otros tales,  
Hombres vanos, mundanales,  
Y pueblo de poco vaso,  
Que de virtudes morales  
Se hace muy poco caso;  
De manera  
Que pasada la carrera  
De la corte y su costumbre,  
Cuando al cabo salis fuera  
De la loca servidumbre  
Por partido,  
Veis que habeis envejecido  
Entre injurias y querellas,  
Y que habiendolas sufrido,  
Aun distes gracias por ellas.

LUCRECIO.

Evidente  
Cosa es que comunmente  
El mundo va de este modo,  
Y do hay copia de gente  
Es fuerza lo haya de todo;  
Mas tambien  
Entiendo hallarse quien  
En vejez y juventud,  
Sin engaño ni desden,  
Use en corte de virtud  
Con los buenos,  
Y se hallan por lo menos  
No pocos, á lo que siento,  
Que aun á los pobres y ajenos  
Hacen buen acogimiento,  
Hora y fiesta,  
Y sin llorar lo que cuesta,  
Reparten de lo que tienen,  
Teniendo la mesa puesta  
A cuantos entran y vienen,  
Muy sin pena.

PRUDENCIO.

Cierto, Lucrecio, muy buera  
Es esa costumbre tal;  
Pero vos de tabla ajena  
No hagais muebo caudal  
Ni reparo,  
Ni del socorro y amparo  
De mesas de caballeros,  
Que suelen costar mas caro  
Que comprado por dineros.  
Y es el enento  
Que en el uso y seguimiento  
De este tal pan de dolor,  
Ni suele quedar contento  
Quien lo come ni el señor  
Que lo da,  
El qual ha de estar y está.  
Sin haber por qué, obligado  
A cada necio que va,  
A tenelle aparejado  
De comer;  
Y el donaire suele ser

Que de aquellos que á tragar  
Van por dos que dan placer,  
Doce suelen enfadar  
Al patron,  
Porque la conversacion  
De todos no es de una suerte;  
Que unos dan recreacion,  
Y otros son la misma muerte,  
De pesados;

Y á veces los convidados  
Faltan cuando los querrian,  
Y cuando están deseniados  
Acuden mas que debrian.  
Y el que viene,  
Si el dicho señor no tiene  
May a punto la comida,  
Tambien es fuerza que pene  
Esperando su venida,  
Tras la qual,  
Como cosa principal,  
Se pierde lo mas del dia;  
Que seria menos mal  
Pasalla en una hosteria  
O meson.  
Pues si veis la confusion  
De la corte, veréis luego  
Que el mar, con su alteracion,  
No tiene menos sosiego.

Dístraido  
Anda siempre allí el sentido,  
El ánimo cuidadoso  
En mil partes repartido,  
En ninguna con reposo.  
Toda cosa,  
Aunque parezca sabrosa  
Y próspera en lo presente,  
En palacio es trabajosa,  
De descanso careciente.  
No hay lugar  
Ni tiempo tan sin pesar,  
Tan libre, tan reservado,  
Do quien sirva pueda estar  
Sin niella de algun cuidado.  
Aun comiendo,  
Comando, y aun durmiendo,  
Por respeto de servir,  
Se lia de estar siempre diciendo  
Que aun hay algo que cumplir;  
De manera  
Que do quiera y como quiera,  
La mas dulce servitud  
Desasosiega y altera  
Y es causa de inquietud  
Y amargura;  
Y el que descanso procura  
En corte, no piense habello;  
Que mientras el servicio dura  
Es imposible tenello;  
Ni lo espere  
Quien tras reyes anduviere,  
Porque ellos mismos aquí,  
Mientras otro mundo no hubiere,  
No lo tienen para sí.  
Pues pensad  
Que faltando libertad  
Al que sirve y á su dueño,  
Cualquiera prosperidad  
Debe tenerse por sueno  
Y se olvida,  
Pues la libertad perdida  
Y el trabajo, aunque se acierte,  
Anda en cuenta con la vida,  
Y el descanso con la muerte.

## LUCRECIO.

No creyera,  
Señor Prudencio, que hubiera  
En la vivienda de corte  
Tantos duelos, ni que fuera  
Tan sin placer y deporte,  
Como entiendo  
De lo que mostráis diciendo;

Que si otro lo dijera,  
Menos crédito teniendo  
Que vos, yo no lo creyera  
Sin proballo;  
Pero, como veo y hallo  
Ir tantos aquel camino,  
No facilmente á dejallo  
Me persuado ni inclino.

## PRUDENCIO.

Vos podréis  
Hacer lo que bien veréis,  
Si de vuestra condicion  
Por ventura conocéis  
Tan grande moderacion  
Y templanza,  
Que en parte que no se alcanza  
Descanso podeis pensar,  
Y do falta la esperanza,  
Tan caro suele costar;  
Porque son  
De diversa inclinacion  
Los hombres, y no se emplean;  
Unos reciben passion  
Con lo que otros se recrean;  
Y así, hay tales  
Que tienen por bien los males,  
Y otros por malo lo bueno,  
Segun veis que hay animales  
Que su deleite es el cieno,  
Agua, lodo.  
En fin, por aquí va todo;  
Que de todos es bienquisto  
El apetito beodo.  
Y yo me acuerdo haber visto  
Mas de tres,  
Aherrojados los piés,  
Deleitarse en la gadera;  
Pero gran ventaja es  
Mirarlos de talaquera  
Cómo van  
Con su miseria y afan  
Muy contentos de engañados,  
Y pocas veces están  
En un lugar reposados,  
Porque andando  
Tras reyes devanando  
En vivienda peregrina,  
Cada dia enfardelando,  
Porque siempre se camina  
Sin reposo,  
Y el que del es deseoso  
Y quieto de natura,  
Ved si le será sabroso  
No tener parte segura  
De aposento;  
Pero ya que esté de asiento  
La corte en algun lugar,  
Tampoco estará contento  
El que piensa descansar,  
Porque luego  
Desaparece el sosiego.  
Silencio y tranquilidad,  
Y suceden en el juego  
Estruendos por la ciudad  
Y clamores  
Tras los aposentadores,  
Baraundas, turbaciones,  
Alborotos y rumores,  
Voces, gritos y quisiones  
Y ruidos,  
Alharacas y alaridos,  
Y otras molestias y penas  
Y hullidos desabrídos,  
De que andan las plazas llenas,  
Y encontrones  
Por las calles y cantones,  
Que no podeis excusallo,  
Embarazos y empujones,  
Y aun pernadas de caballo,  
Noche y dia,  
Y en lugar de policia,

Entre músicas y fiestas,  
Desvergüenza y osadia,  
Juegos y otras deshonestas  
Alegrias,  
Banquetes, borracherias,  
Amores, disoluciones,  
Tráfigos y burkerias  
Y pecados á montones,  
Muy sin cuenta,  
Que do la corte frecuenta  
Suelen hacer residencia,  
Porque el vicio se aposenta  
Con muy bastante licencia  
A placer.  
Y si mas quereis saber  
Del cortesano ejercicio,  
Sabed que el aborrecer  
Es el principal oficio,  
Hazañar,  
Meter mal y blasfemar,  
Holgar, burlar y mentir,  
Revolver y trafagar,  
Murmurar y maldecir  
Muy frecuenta,  
Por do queda al que esto siente,  
Viendo el tiempo malgastarse,  
Decir del mas propriamente  
Perderse que no emplearse,  
Pues se va  
Tras solo lo que les da  
A entender la voluntad,  
Y apenas hay hombre allí  
Sin secreta enemistad;  
Y es de ver,  
A quien lo sabe entender  
Y desto tiene noticia,  
Publicarse el bica querer  
Y encubrirse la malicia,  
Componiendo  
Alegre rostro, temiendo,  
Con los ojos halgando,  
Con la boca bendiciendo  
Y con el alma tirando  
Sactadas  
Crueldes, enherboladas,  
Descando verse allí,  
Las cabezas derribadas,  
Uno á otro cabe sí  
Con rencor;  
Mas mirad otro primor.  
Que al principio aun habrá alguno  
Que os muestre y tenga amor,  
Y andando el tiempo, ninguno,  
Aunque deis  
Por ello cuanto teneis,  
Y lo hayais bien merecido;  
Y vos tampoco no teneis  
Amor á nadie cumplido  
Ni de veras;  
Que las artes y maneras  
De corte, cuando se enticuden,  
Van descubriendo mauqueras  
Con que los hombres se ofenden  
Y aborrecen;  
Y así, los que permanecen  
En palacio ineugamente  
Mas estudian que enriquecen,  
En huir de inconveniente  
Y mirar  
De quién se deben guardar,  
Sabiendo haber en amigos  
Con quien han de conversar,  
Y que aquellos son temidos  
Avisa los  
Que andan dellos rodeadas,  
Y que el tiempo y seso apenas  
Bastan para estar guardados  
De las maldades ajenas;  
Pues verdad,  
Verdadera caridad,  
En pocos vi que cupiese,  
Salvo con necesidad



O con polvo de interese;  
De lo cual  
La causa mas esencial  
Es la falta de virtud;  
Pero tambien sale el mal  
De sobra de ingratitud,  
Que buscada,

Será do quiera hallada;  
Pero la corte, á mi ver,  
Es la mas cierta posada  
Que se le puede saber;  
Do veréis  
No pocos á quien habréis  
Hecho servicios sin cuento,  
En quien despues hallaréis  
Muy poco agradecimiento  
O ninguno.

Ya diria yo de alguno,  
Y aun de muchos que alli vi,  
Especialmente de uno  
A quien fielmente servi  
Y ayudé,  
Mas yo lo que dél saqué  
Al cabo de la jornada  
Fué malquerencia sin fe  
Y enemistad declarada (2).

## LUCRECIO.

Siendo eso  
Verdad, segun del proceso  
De vuestra relacion siento,  
Yo conozco y lo confieso  
Ser necio mi pensamiento,  
Mayormente,  
Pues se usa y se consiente  
Que ingratitud prevalezca,  
Que no hay vicio entre la gente  
Que mas á Dios aborrezca,  
Ni pecado  
Claramente castigado  
En el viejo Testamento  
Con mas rigor y cuidado  
Que desagradecimiento.

## PRUDENCIO.

Con razon.  
Pues demás de esa pasion  
Del estilo, orden y trato  
De la corte, hay un monton  
De otras cosas buen barato,  
Do quien vive  
Es causa que se cautive  
En ellas muy á la clara,  
Como en sus *Cartas* lo escribe  
Fray Antonio de Guevara;  
Que á su cuenta  
Son ocho que andan en venta  
En corte, do se platican,  
Y sin empacho y afrenta  
Se pregonan y predicán  
Por verdades  
Mentiras y falsedades,  
Nuevas vanas y fingidas,  
Engañosas amistades,  
Hombres y hembras perdidas,  
Y muy finas  
Invidias alli continas  
Y malicias redobladas,  
Palabras locas malinas  
Y esperanzas engañadas;  
Y con estas  
Andan tambien muy compuestas  
Otras dolencias y males;  
Unas pesadas, molestas  
Y mas espirituales  
Y perfitas,  
Iras, zizanas secretas,  
Odios, bandos, competencias,  
Que enclavan como saetas  
Las almas y las conciencias

(2) Algunas ediciones dicen:  
Y enemistad de callada.

Y sentidos,  
Con que muchos doloridos  
Traen los bazos hinchados  
Y los livianos podridos  
Y los hígados dañados.

## LUCRECIO.

Tantas cosas me decís,  
Señor Prudencio, por ciertas,  
Que no solo me rendís  
Á meterme por las puertas  
Del crecer,  
Pero para aborrecer  
Toda vida cortesana,  
Y serle, sin la saber,  
Como á religion profana,  
Enemigo.

## PRUDENCIO.

Pues creedme por testigo,  
Lucrecio, sin duda alguna;  
Que todo cuanto aqui digo  
No es de treinta partes una  
De los males  
Continuos y generales  
Que á cada paso se ofrecen,  
Y trabajos desiguales  
Que en la corte se padecen  
Con dolor;  
La cual sin duda es mejor  
Para de lejos oílla  
Por vía de relator,  
Que para vella y seguilla  
Ni gustalla,  
Y sin entrar en batalla,  
Saber lo que pasa en ella,  
Que para experimentallla  
Con engaños y querella;  
En la cual  
El que no tiene caudal  
Ni favor está obligado;  
Y el que vale es por lo tal  
Perseguido y odiado,  
Sin poder  
Excusalle, y viene á ser  
Que ni el pobre mantenerse  
Ni alcanzar para comer,  
Ni el rico puede valerse,  
Con tormentos  
Que les dan los pensamientos;  
Y así, viven afligidos,  
Y son pocos los contentos  
Y muchos los aborrecidos  
Con pasion,  
Y es la causa la ambicion  
Con que todos van á dar  
Á enderezar su intencion  
De privanzas y medrar;  
Y así es

Que muchos mueven los piés  
Por ganar de cualquier modo,  
Y al fin uno ó dos ó tres  
Lo vienen á mandar todo  
En monton;  
Por do digo en conclusion  
Que la corte y sus cuidados  
No es buena de condicion  
Sino para los privados  
Favoridos,  
Que con los brazos tendidos  
Recogen los frutos della,  
Y mancebos atordidos  
Que no saben entendella,  
Ni entendida,  
Saben tomalle medida  
Ni tiento en ninguna cosa.  
Es verdad pues que la vida  
De palacio es muy sabrosa,  
Descansada,  
Aplacible y concertada,  
Teniendo della noticia,  
Para que, siendo gastada,  
Nos pongan mucha codicia

Sus extremos,  
Sino que alli padecemos  
Hambre, sed, cansancio y frio,  
Y duelos mas que podemos,  
Del invierno y del estio,  
Y pobreza,  
Pesadumbres y gravezas,  
Odios y persecuciones,  
Disfavores y tristezas,  
Enojos y tentaciones,  
Y otros tales  
Inconvenientes y males  
Que sin fin contar podria;  
De que las cortes reales  
Andan llenas todavia;  
Mas notad  
Que muchos, á la verdad,  
Sufren miseria importuna  
So color de libertad,  
No teniendo alli ninguna  
Conocida,  
Y porque no hay quien les pida  
Cuenta de la vida ociosa,  
Ocupada y consumida  
En holganza trabajosa,  
De do mana  
Otra costumbre muy vana,  
Que es darse á conversaciones  
Livianas, do no se gana  
Sino inútiles pasiones  
Muy pesadas  
Y aficiones excusadas  
Para mayor perdimiento;  
Por accidente tomadas,  
Y fundadas en el viento.

## LUCRECIO.

Desa suerte,  
Peor que la misma muerte  
Es la vida cortesana,  
Pues al cabo se convierte  
En una locura vana;  
Y seria  
Aun mas locura la mia  
Si lo que antes que os oyese;  
Como ignorante, queria,  
Á sabiendas lo hiciese,  
Sin estar  
Muy seguro de ganar;  
Y tengo por dicha buena  
El poder escarmentar  
Con tiempo en cabeza ajena;  
Bien que veo  
Cosas que pide el deseo,  
No yendo por otras vías  
Sin grandisimo rodeo,  
Cómo vengan á ser mías.

## PRUDENCIO.

Mucho importa  
Al hombre, si se aconhorta  
De con poco contentarse,  
Porque en esta vida corta  
No puede todo gozarse  
Á la larga;  
Antes á veces la carga  
De bienes es desabrada,  
Y se siente mas amarga  
Al tiempo de la partida.

## LUCRECIO.

Pues ¿por qué  
Con tanto cuidado y fe  
Buscan los hombres riqueza?

## PRUDENCIO.

Por Dios, Lucrecio, no sé,  
Sino por una simpleza  
De gozar  
En este mundo, y dejar  
Á los hijos cuando mueren,  
Por lo cual suelen llegar  
Á no saber lo que quieren,

Y sufrir  
Trabajos hasta morir  
Tras los reyes y señores,  
Por alcanzar con servir  
Sus mercedes y favores,  
Señorios  
Y bienes con que haldios  
Sus hijos tomen placer.

LUCRECIO.

Yo por dejar á los míos  
No querría padecer  
Un mal día;  
Mas por propia causa mía  
Y mejorar mi partido,  
Cualquier afán tomaría  
Por ser del Rey bien querido  
Y privado.

PRUDENCIO.

Va os he dicho ser estado,  
Por una parte pomposo,  
Rico, soberbio y honrado,  
Y por otra peligroso;  
Por lo cual  
Yo para mí en especial  
No querría, antes me temo  
Que el Rey me quisiese mal,  
Pero ni bien en extremo;  
Porque amor  
Es muy grave engañador,  
Y así lo son, so sus leyes,  
Las privanzas y favor  
De los príncipes y reyes;  
Y el saber  
Es, pudiendo no los ver,  
Houarlos sin conocellos,  
Y teniendo de comer,  
No tener parte con ellos;  
Porque al precio  
Que lo dan, pensad ser necio  
El que mucho lo portía,  
Y si me creéis, Lucrecio,  
Buscaldo por otra vía  
Cual quisierdes,  
Que siendo los años verdes,  
Podeis hallarlo de espacio;  
Y huid mientras pudierdes  
De la prision de palacio.

LUCRECIO.

Así espero  
Hacerlo, Señor; mas quiero  
Avisar que esta consulta  
Quede, quanto á lo primero,  
Entre nosotros oculta  
Solos dos,  
Y el tercero será Dios,  
Porque la gente no entienda  
El mal que me decís vos  
De la corte y su vivienda,  
Ni do quiera  
Sepan la triste manera  
Del proceder y vivir;  
Que no habrá después quien quiera  
Ir á palacio á servir  
De su grado,  
Y vos quedaréis culpado  
De los príncipes por ello.

PRUDENCIO.

Careced deste enuidado,  
Que no hay por qué tenello,  
Ni pensar  
Que mientras durare el mar  
Los peces han de ser pocos,  
Ni en tierra podrá faltar  
Copia de necios y locos  
De opinion,  
Que con codicia y pasión  
Se van tras el apetito;  
De que, según Salomon,  
Es el número infinito,

Que por ver,  
Y por probar y saber,  
Buscan la corte de veras,  
En quien pueden escoger  
Los príncipes como en peras.

LUCRECIO.

Pues así  
Es, y no me cumple á mí  
La tal profesion de vida,  
Segun habeis dicho aquí,  
Y yo la tengo entendida,  
Como veis,  
Suplicoo, Señor, mireis  
Por otra que mas convenga,  
Y cerca de ella me deis  
Buen consejo á que me atenga.

PRUDENCIO.

A la llana  
Harelo de buena gana,  
Lucrecio, por complaceros;  
Volveréis acá mañana,  
Y habré de satisfaceros.

## CONSILIATORIA

AL REY DE ROMANOS DON FERNANDO.

Sacra católica real majestad: De muchas trovas que en diversos tiempos he hecho, ninguna he presentado á vuestra majestad, por ser ejercicio de tan poca estima y no digno de hacerse cuenta dél; agora, por emendar lo pasado, me ha parecido ofrecer á vuestra majestad la presente obrecilla que aquí va, hecha despues que entró el año nuevo, con el regocijo dél. Suplico á vuestra majestad la reciba con su acostumbrada gracia y benignidad, y no juzgue ni condene mi seso por hacer copias, que antes de industria le ocupen en ellas, por no acabarle de perder con el enhiado de tan larga enfermedad y ocio trabajoso. Y si vuestra majestad, mientras esta dura, quisiere emplearme en este ejercicio, aunque sea poco á propósito de sus cuidados, mándeme dar el argumento de su intencion, porque sirva de algo durante el tiempo desta prision en que estoy, donde no puedo ser de provecho para otra cosa; y junto con esto, me dé vuestra majestad por libre y desculpado de la liviandad de hacer esto, en tanto que no lo estoy de la persona para ocuparme en otro oficio de mas importancia en servicio de vuestra majestad, cuya muy alta y esclarecida persona, etc. De Viena, á ocho de enero de quinientos y cuarenta y un años.

## CONSILIATORIA.

Mientras voy en seguimiento  
Desta salud fugitiva,  
Por desmentir mi tormento  
Busca el triste pensamiento  
Alguna cosa que escriba;  
Mas la memoria grosera  
Y el juicio está ya tal,  
Que de la pobre minera,

Por falta de buen metal,  
No sale sino fruslería.

De la cual, cual es ó fuere,  
Vuestra real majestad  
Tomará, si le pluguiere,  
No lo que yo mal dijere,  
Mas mi buena voluntad;  
Y con ella le suplico  
Me dé favor, porque quiero  
Ser, por lo que aquí publico,  
Mas pobre y no lisonjero,  
Que no lisonjero y rico.

Tachas de príncipes son  
Comunes, cual mas, cual meaos,  
Guiarse por aficion  
En la paga y galardón  
De los malos y los buenos;  
Y tambien no se doler  
De mal ajeno de alguno  
De quien quiera carecer,  
Ni acordarse de ninguno  
No le habiendo menester.

Otras faltas hallaría,  
Segun este mundo es,  
De que decir se podría;  
Mas para la intencion mia  
Bastan solas estas tres:  
Y de ellas á los presentes  
Príncipes y á los que fueron  
En el trato de las gentes  
Se siguen y se signieron  
Muy grandes inconvenientes;  
Porque ya por la primera,  
Que es el dar sin discrecion  
A cualquiera y como quiera,  
Es que ofende en gran manera  
La justicia y la razon.  
Allende que es cosa fea  
Aute Dios, y muy gran vicio,  
Que donde el hombre se emplea,  
Siendo igual el buen servicio,  
El galardón no lo sea.

Mas los reyes, sin mirar,  
A unos dan quanto quieren,  
O se lo dejan tomar,  
Y á otros dejan estar  
Hasta que de hambre mueren;  
Y en este tan mal partido  
Queda el príncipe engañado,  
De ambas partes ofendido,  
Del rico menospreciado  
Y del pobre aborrecido.

Y desta desigualdad  
Viene el servicio á ser duro,  
Hecho sin fidelidad,  
Que es por la necesidad  
Y por interes puro;  
Y los buenos servidores  
Se convierten en tiranos,  
Viendo que con sus señores  
Les han de valer las manos  
Mas que virtud y primores.

La cual falta de cordura  
A muchos reyes pasados  
Causó vida mal segura,  
Y les puso en aventura  
Las honras y los estados,  
Segun se puede probar  
Por ejemplos evidentes,  
Mas que podemos contar  
De príncipes excelentes  
Y muy dignos de notar.

Pero haste el rey don Juan,  
Que es persona conocida,  
El cual por este descomán  
En contiendas y en afán  
Consumió toda la vida;  
Y don Enrique el postrero,  
Su hijo, que sucedió,  
Que por dador mal granjero

Como necio se perdió,  
Siendo rey sabio primero.

Demás desto, ¿quién exenta  
A ningún rey y señor  
De haber de dar á Dios cuenta  
De su casa y de su renta  
Como cualquier labrador?  
Y de los cinco talentos  
Que el Evangelio les carga,  
¿Quién allá los hará exentos  
De dar la cuenta tan larga  
Como los mas avarientos?

Acá por ser descuidados  
En cosa que tanto va  
Son del mundo importunados,  
Y serán despues juzgados  
Por ello mismo acullá;  
Adonde como pecador  
No digno de perdonar  
Ha de ser lo aquí mal dado,  
Y lo dejado de dar  
Igualmente examinado.

¡Oh gran bien, si se ordenase  
Que ningún príncipe diese,  
Para que dando ganase  
Al que se lo demandase,  
Sino al que lo mereciese!  
Porque la liberalidad  
No hecha segun justicia  
No es franqueza ni bondad,  
Sino causa de avaricia  
Y muestra de liviandad.

De donde se sigue y viene  
El otro yerro segundo,  
Que el tal príncipe no tiene,  
Si acaso no le conviene,  
Companion de hombre del mundo,  
Ni usa de caridad  
Con aquel que la merece,  
Ni sabe que es piedad,  
Y siendo humano, carece  
De la misma humanidad.

De suerte que el mas pulido  
Y sabio servidor fiel,  
De su presencia partido,  
Luego se pone en olvido,  
Y no hay mas memoria del.  
Pues ¿qué si muere el cuidado,  
Que no se espera ver mas?  
Aunque haya sido privado,  
Ya para siempre jamás  
Queda del libro borrado.

Y en este caso, á mi ver,  
Por no perder el favor,  
Por ventaja tengo ser  
El hombre quizá mujer,  
O truhan ó cazador,  
Caballo, perro ó halcón,  
Y otras tales extremos,  
Segun fuere la afeicion  
Del príncipe que tenemos,  
Y segun su inclinacion.

Mas no por eso las gentes  
Deben culpar á los reyes,  
Que en esto son negligentes,  
Pues con sus mismos parientes  
Usan de las mismas leyes;  
Con los cuales par á par  
Tienen la memoria muerta  
Para nunca se acordar,  
Si acaso no los despierta  
Ocasion particular.

Y mirando estos errores  
El vulgo como testigo,  
Dice bien que los mayores  
Reyes y grandes señores  
No tienen deudo ni amigo,  
Ni apenas hombre de quien  
Se fién seguramente  
Sin lisonja ni desden,

Aunque sea su pariente,  
Porque á nadie quieren bien.

Mas en esto tambien ellos  
No viven muy engañados  
Con quien sabe conoçellos;  
Lo mismo hacen aquellos  
De quien van mas rodeados;  
Y por el mismo rasero  
Son medidos en Medina,  
Do precian mas el trapero,  
A fuer de la Fiorentina,  
Las hotas que al escudero.

Por tanto, si bien queremos  
Considerar nuestro estado  
Los que bajo lo tenemos,  
En algo le hallarémos  
De reyes aventajado;  
Porque á lo menos gozamos  
De los frutos de amistad  
De aquellos á quien amamos,  
Y del amor y verdad  
De los con quien lo tratamos.

Mas todo nuestro gozar  
Y toda nuestra ventaja,  
La ceguedad del reinar  
Y dñanza de mandar  
No lo estima en una paja;  
Que cuando bien lo buscareis,  
Por do quiera que quisierdes,  
Será mucho si hallares  
Rey que por nuestros placeres  
Quiera trocar sus pesares.

De do nace que, cercados  
De mil trabajos y llenos  
De sus duelos y cuidados,  
Los vemos tan apartados  
De pensar en los ajenos;  
Y así se les endurece  
El corazon de metal,  
Y el sentido se adormece  
Para no sentir el mal  
Del prójimo que padece.

Y la caridad preciosa,  
Paciente, benigna y rica,  
Que suel, de piadosa,  
Sufrir y dar toda cosa,  
Como san Pablo predica,  
Está dellas tan ajena,  
Que aunque quieran esforzarse  
Y tener la intencion buena,  
No pueden apiadarse  
De ajeno daño ni pena.

Escribese de un señor,  
Desto que quiero decir,  
Que habiéndole un servidor  
Servido con mucho amor  
Un gran tiempo sin pedir,  
Por una merced ligera  
Que le pidió finalmente,  
Como si nunca le viera,  
Conturbado contiaente  
Le preguntó cuyo era.

Ved qué memoria tan fina  
La de Claudio, emperador,  
Que habiendo por Agripina  
Hecho matar con rigor  
A su mujer Mesalina,  
Asentándose otro dia,  
Segun costumbre, á comer,  
Sin mirar lo que decia,  
Preguntó por su mujer,  
Como otras veces solia.

Al revés de tal olvido  
Entra el tercero pecado,  
Que es, por contrario partido,  
Con otros que habréis oido,  
Acuerdo demasiado,  
Cuando por utilidad,  
Como hombres interesales,  
Por antojo ó voluntad,

Tienen los príncipes tales  
De alguna necesidad.

Mediante la cual se miden  
Con él en todo lugar,  
Y le buscan y le piden,  
Y aunque el quiera que le olviden,  
No lo quieren olvidar;  
Aules, á fuer de quien ama,  
No le dejan hora cierta  
Ni en la mesa ni en la cama;  
Que ya luego está á la puerta  
El portero que los llama.

Mas esta buena ventura  
Que á muchos hombres aplace,  
No es de juro ni segura,  
Pues no dura mas que dura  
La causa por que se hace:  
Que en aquel mismo momento  
Que esta pasa, va con ella  
Aquel sopllido de viento,  
Y se vuelve en mas querella  
El mayor contentamiento.

Por lo cual los servidores  
Que saben destos ñublados,  
Procuran por sus primores  
De tener á sus señores  
Contino necesitados,  
Y huelgan de su pobreza  
Porque aquella es su abundancia,  
Su baja es su grandeza,  
Su pérdida es su ganancia,  
Y su falta es su riqueza.

Esto es tras lo que van  
Estos lobos tragadores,  
Porque, segun el refran,  
A rio vuelto tornán  
Ganancia los pescadores;  
Y á esta causa el rey debria,  
Por huir tal embarazo,  
No dar por ninguna via  
Jamás á torcer el brazo  
Sino do virtud le guia.

Gran baja es su poquedad  
Es de un rey ó emperador,  
Por propia comodidad,  
Abatir su autoridad  
A ningún otro señor;  
Cuanto mas á los menores,  
Personas viles, soeces,  
Perversos y robadores,  
Segun vemos muchas veces  
Hacerse con mil traidores;

Y darse grandes estados,  
Oficios, grandes mercedes,  
Dignidades, obispados,  
A hombres falsos, malvados,  
Mas dignos de dos paredes;  
Y hacerse en conclusion  
Por la privada salud  
Lo que nunca por razon,  
Por méritos ni virtud  
Venia en ejecucion.

Mas puede ya tanto el vicio  
Con esto, que aunque del daño  
Tengan los reyes indicio,  
Lo reciben por servicio,  
Aunque es manifiesto engaño;  
Y así se dejan vencer,  
Que aunque saben que son malos,  
Se les quieren someter,  
Y los hacen mil regalos  
Cuando los han menester.

Dióse la muerte Caton  
Por no mostrar que tenia  
Necesidad de perdon,  
Ni venir en posesion  
De César, que lo seguia,  
Y Cleopatra, mujer,  
Tambien usó de su mano  
Por no dejarse torcer

De César Octaviano,  
Ni meterse en su poder.

A la persona real  
Cosa parece muy fea  
No ser con todos igual,  
Y mostrarse interesal  
Por ningún enenito que sea;  
Y su muy gran dignidad  
Les debe poner vergüenza  
De que en magnanimidad  
Otro ninguno los venza  
De no tanta calidad.

Que á veces entre estos tales,  
So las ropas de labores,  
Se hallan viles metales,  
Y debajo de sauales  
Animos de emperadores;  
Que la gracia y gentileza  
Del ánimo liberal  
No consiste en la grandeza  
Del estado temporal,  
Sino en la propia proeza.

Lo cual si quieren tener  
Los reyes do debe estar,  
Debrian no anteponer  
Su provecho y su placer  
Al bien comun, y guardar  
Que no se ofenda ó condeno  
El nombre que Dios les dió,  
Y si necesidad viene,  
No mirar la suya, no,  
Mas la que dellos se tiene.

Y no consentir entrar  
Avaricia en sus confines,  
Ni por su particular  
Interese balagar,  
Ni someterse á ruines;  
Y huir del lisonjero,  
Y no gustar de su miel,  
Y abrazar al verdadero,  
Aunque no pretenda del  
Utilidad ni dinero.

Contra los tres que aquí reza  
Esta trova, á lo que alcanza,  
Hay enatro de mas firmeza,  
Justicia con fortaleza  
Y prudencia con templanza;  
Y estas pueden dar victoria  
Al rey que las llega á sí,  
Con que de dulce memoria  
Le quede derecho aquí,  
Y acullá de eterna gloria.

Ya no sé mas que decir,  
Mas dijera si supiera;  
Lo dicho podrá servir  
De dar causa de reir  
A quien dello hablar quiera.  
A lo cual echando el sello,  
Pongo silencio á la boca,  
Y si de lo que querello  
A alguno algo le toca,  
No deje de ver en ello.

#### Á LA CORTESÍA.

Al sonido de la fama,  
De oidas enamorado,  
Puse todo mi cuidado  
En la busca de una dama  
De valía,  
Que se llama Cortesía,  
De todo el mundo bienquista,  
Pero de ninguno vista  
Jamás de noche ni día.

Hela buscado en España,  
Francia, Italia, Esclavonia,  
Flandes, Polonia y Hungria,  
Inglaterra y Alemania;  
No he dejado,

Finalmente, en lo poblado,  
Desde el uno al otro norte,  
Reino, palacio ni corte  
Donde no la haya buscado.

Con diligencia saquez  
He dado vuelta á la tierra  
Entre la gente de guerra  
Y entre la gente de paz.  
Un correo  
Soy hecho en este desseo  
Por la tierra y por la mar;  
Oyola en cada lugar,  
Mas en ninguno la veo.

Búscola por los caminos,  
Por las calles y cantones,  
En las casas y mesones,  
Entre amigos y vecinos  
Y pacientes,  
Por las plazas, por las puentes,  
En las iglesias y altares,  
Y por todos los lugares  
Donde hay concurso de gentes.

Las mesas tambien busqué,  
Do suele ser convidada,  
Y tampoco hallé nada  
A que pueda darse fe,  
Ni pensallo.  
Búscola á pié y á caballo,  
Pregunto acá y acullá:  
«¿Dios dicea «aquí está»?  
Mas, en fin, yo no lo hallo.

Fuime á Roma en conclusion,  
Por estar allí la silla;  
Remitiéronme á Castilla,  
Do tiene su habitacion  
Natural;  
Hice allí muy principal  
Pesquisa desta doncella,  
Y no pude saber della  
Mas de la voz general.

Viendo pues que no hallaba  
Por ajena relacion  
Ninguna cierta razon  
De quien tanto deseaba  
Conocer,  
Tomé nuevo parecer.  
A dar voces en el viento,  
En demanda y seguimiento  
Desta tan linda mujer.

Y dije: «¿A dó os habeis ido,  
Cortesía, á retirar,  
Que os oye el hombre chillar,  
Y no os hallamos el nido?  
No se os cree,  
Y pienso, segun se lee  
(Perdonad si en ello peo),  
Que vois sois la voz del eco,  
Que se oye y no se vee.

»Si es así que no se puede  
Ver vuestra cara hermosa,  
Respondedme alguna cosa  
Con que mi corazón quede  
En sosiego.»  
Respondiome una voz luego,  
Que me dijo: «Amigo mío,  
Pues decís tal desvario,  
Por cierto venis muy ciego.

»Ciego de vnestros antojos,  
Pues preguntais y no veis  
Lo que continuo teneis  
Delante de vnestros ojos.  
Igualar  
Os podréis y comparar  
Al que yendo cabalgando  
En la mula, no mirando,  
Diz que la andaba á buscar.

»Semejante boberia  
Gran vergüenza os es, hermano,  
Que, siendo vos cortesano,  
No sepais qué es cortesía,

Pues do estáis  
Y por do quiera que vais  
Os es fuerza siempre verme,  
Y dejar de conocerme  
No es posible aunque querais.

»Vos me habeis visto mil veces  
Entre reyes y señores  
Y papas y emperadores,  
Y prelados y jueces  
Palacianos,  
Soldados y ciudadanos,  
Hidalgos y caballeros,  
Aunque, por serme groseros,  
No me curo de villanos.

»Siempre me teneis presente  
Por testigo y por ejemplo,  
En la calle y en el templo,  
Y en palacio especialmente.  
Paniaguada  
Soy de muchos, y criada,  
Y vos me habeis conocido  
En mil partes do he servido;  
Y dentro en vuestra posada.

»Suelo ser familiar  
De señores principales,  
Y acerca de cardenales  
Tengo infinito lugar.  
Mis primores  
A nuncios y embajadores  
Hacen siempre compañía,  
Y la santa clerencia  
Se huelga con mis amores.

»Soy amorosa y afable,  
Dulce, blanca, halagüeña,  
Alegre, mansa, risueña,  
Apacible y amigable.

Las entradas  
Con esto tengo ganadas  
Aun en casas de tiranos:  
Muchas veces beso manos  
Que querria ver cortadas.

»Enebriendo la malicia,  
Uso de benevolencia,  
De requiebro y reverencia,  
Do regalo y de caricia  
Y humildad.  
Por ganar la voluntad  
Ajena fuerzo la mia,  
Muestro gesto de alegría,  
Y Dios sabe la verdad.

»Saludo por cumplimiento  
Al que encuentro acá y allá,  
Y acompaño al que se va,  
Por dejar su pensamiento  
Sin que-rella.

Soy una simple doncella  
Al parecer, y muy llana;  
Riome de buena gana,  
Y algunas veces sin ella.

»Uso mucho de alianza  
En mis palabras compuestas,  
Y siempre van mis respuestas  
Llenas de buena crianza  
Y de amor.  
A todos presto favor  
Y procuro de agradar;  
Hacer honra y contentar  
Al pequeño y al mayor.

»Bien que hago diferencia  
De las personas y estados;  
Que á los ricos y privados  
Trato con mas apariencia  
De aficion;  
Y segun la condicion  
Del esta to de las gentes  
Tengo bocas diferentes,  
Con que doy satisfacion.

»Soy natural de Medina,  
Criada en Valladolid,  
He plateado en Madrid

Y en Toledo á la contia,  
De pasada.

Tengo trato en Granada  
Y en toda la Andalucía,  
Mas fume por mejoría  
A Roma á ser coronada.

»De morada permanente  
No tengo cierto lugar,  
Porque me conviene estar  
En todos continuamente;  
Mas diría  
Que resido todavía  
Mas en la corte romana,  
Y por ser tan cortesana  
Soy llamada cortesía.—

»Sea mucho enhorabuena  
(Dije yo), señora dama;  
Pero quien tal nombre os llama  
Sería oigen de pena  
Por errado;  
Y según lo confesado  
Por vuestra boca, Señora,  
Yo quedo burlado agora,  
Y vengo descaminado.

»Mi congoja de buscaros  
Muy peor está que estaba,  
Porque mientras no os hallaba,  
Esperaba de hallaros;  
Mas hallada,

He hallado no ser nada  
Lo que de vos esperé;  
Sé que no conseguire  
El fin desta mi jornada.

»No sois vos la que quería,  
Engañado estaba yo;  
Por el nombre se engañó  
Mi simpleza y fantasía.  
Mal recado  
Halló de lo deseado  
Con tanto fervor y gana;  
Yo venía acá por lana,  
Y volveré trasquilado.

»Por las señas que me dáis  
De vos misma, no sois vos  
Lo que busco, ó vos sois dos,  
Que dos figuras tomáis  
Cantelosas;  
Porque todas esas cosas  
Con que pensais alabares,  
Efectos tienen muy claros  
De pesadas y enojosas.

»Las enades á mi no son  
Cosa nueva ni escondida,  
Pues he pasado la vida  
Entre su conversacion  
Importuna;  
Y de todas, una á una,  
Si su nombre les poneis,  
Con el vuestro hallaréis  
No conformarse ninguna.

»Pues siendo el efecto mauco,  
Cosa de risa es el nombre,  
Como cuando suele el hombre  
Llamar al negro Juan Blanco.  
Y pensad  
Que así el vuestro á la verdad,  
Por cierta etimología,  
Con mas razon se podría  
Llamar importunidad,

»Embarazo, pesadumbre,  
Estorbo, burla, graveza,  
Necesidad y gran simpleza,  
Especie de servidumbre  
Y de enojo;  
Molestia, loco cuidado,  
Obligacion enojosa  
Y licencia trabajosa,  
Trabajo bien excusado.

»Yo pensé que cortesía  
Era una cosa real,

Cortés, prudente, leal,  
Y sabrosa en demasia,  
Y excelente;  
Pero viendo claramente  
Que vos con vuestros errores  
A todos dáis sinsabores,  
Halló que el nombre nos miente.

»No niego que alguna vez,  
Cuando vais bien corregida,  
No merezcáis ser tenida  
En mucho valor y prez  
Por tal don;  
Mas suele vuestra razon  
Perdersse porque tropieza,  
Descubriendo la cabeza  
Y cubriendo el corazon.

»Porque por la mayor parte  
Son vuestras mercaderías  
Trampas y lisonjeras,  
Por necesidad ó arte  
Fabricadas,  
Las mas de ellas aforradas  
De simpleza y de engaño;  
De do resulta mas daño  
Que de quedarse calladas.

»Mas, ya que engaño ninguno  
En vuestro trato no haya,  
No han ninguno que no caya  
En pecado de importuno  
Y pesado;  
Porque no siendo templado  
A saber tener templanza,  
Sobra de buena crianza  
Le hace ser mal criado.

»Deseando ser cumplida,  
No tenéis en ello tiento,  
Y en lugar de cumplimento,  
Soleis ser descomedida  
Y sobrada;  
Si me topais de pasada,  
Queréis sin necesidad  
Y contra mi voluntad  
Ir conmigo á mi pasada.

»Voy por mi calle seguro,  
Edifico; vos al atajo  
A darne nuevo trabajo  
Cuando menos lo procuro  
Ni lo digo;  
En parte me sois testigo  
Do no son menester dos;  
Y yo por cumplir con vos  
Dejo de cumplir conmigo.

»Visitais á quien no os llama,  
Y aun á quien con vos le pesa;  
Dáis molestias en la mesa,  
Y aun á veces en la cama;  
No hay lugar  
Donde dejándoos entrar,  
Si comenzais á argüir,  
No han lugar veros salir,  
Ó á lo menos acabar.

»Llegais en nombre de paz,  
Y sois della estorbadora,  
Y entre algunos á deshora  
Muy gran derrama, solaz  
Y placer.  
Donde tengo en qué entender  
Allí vais á embarazarme,  
A molestarne y molestarme,  
Que no me puedo valer.

»Cuando solo estar deseo  
Me matais con compañía,  
Y cuando yo la querria,  
No os halló, dama, ni os veo;  
Cuando os quiero  
Por algun caso ligero  
Jamás os puedo hallar,  
Y venisme á importunar  
Cuando menos os deseo.

»Vuestras obras, bien miradas,

Locuras son, á mi ver,  
Que se fundan en hacer  
Ceremonias excusadas.  
¿Qué mas vano  
Uso y estilo profano  
Que, sin haber para qué,  
Me hagais estar en pie  
Con el bouete en la mano,

»Y que muriendo de frio,  
Cuando he menester pellejas  
Desabrigue mis orejas  
Por cumplir un desvario  
Inventado  
Por algun desvariado,  
Cuando primero se usó,  
Ó que el tiempo lo mostró,  
Que es tambien desvariado?

»Mas, ya que sois curiosa  
De ceremonias loquillas,  
Fuera bien constitullas  
En otra suerte de cosa  
Sin despecho:  
Poner la mano en el pecho  
Ó hacer otra señal,  
Do no nos viniese mal,  
Pues no nos viene provecho.

»Pecais en que vanamente  
El tiempo haceis perder  
En hablar y responder,  
Y sembrais entre la gente  
Liviandades.  
Quitaisnos las libertades  
Con vuestros pesados modos,  
Y manan de vos á todos  
Gien mil incomodidades.

»Buscad quien os aconseje,  
Porque os vais mucho de boca,  
Y sobre tocar en loca,  
Tocais tambien en hereje  
Y pagana;  
Adorais cada mañana  
Al hombre, que es criatura,  
Y no os curais por ventura  
De Dios en una semana.

»A todos haceis favores,  
Como mujer del partido,  
Por lo qual habeis venido  
En manos de robadores;  
Por tal via,  
Que cuando su robería  
Ya vienen á ejecutar,  
Al que van á saltar  
Dicen: —Haced cortesía.—

»Del mismo modo se mide  
Tambien lo de las mujeres,  
Pues lo que toca á placere  
Por vuestro nombre se pide  
Y platica;  
Y pidiendo el que suplica  
Cortesía á la señora,  
Se entiendo luego á la hora  
Lo que aquello significa.

»Sois doblada y mentirosa  
Sobre vana y lisonjera,  
Sobre enhadosa, grosera,  
Sobre necia, maliciosa  
Burladora;  
Y así, el título, Señora,  
Que ya las gentes os dan,  
Es traeros por refran  
De falsa y engañadora.

»Sois de casta de raposa  
En la disimulacion,  
Madre de la aduccion,  
Natural de la Ventosa  
Y Llerena;  
Edificio sobre arena,  
Engaño bien manifesto,  
Y por eso dice el texto:  
—Cortesía, Juan de Mena.—

» Sois locura en que pecamos,  
Amasada con falsía;  
Por donde al que tras vos guía  
Falso cortés le llamamos,  
Cual él es;  
Dos haces con un envés  
Mostrais, y así no sois nada;  
Y si sois, seréis llamada  
Cortesía descortés.

» Habeis sido la inventora  
De títulos excusados,  
Superfluos, demasiados;  
Que crecen mas cada hora,  
Noveleros,  
Tan altos, bravos y fieros,  
Que no bastan los lenguajes  
A hablar tantos linajes  
De vocablos lisonjeros.

» Entonces Roma reinaba  
En tiempo de su senado,  
Cuando al cónsul mas hourado  
Tú solamente llamaba;  
Mas despues  
Que vos metistes los piés  
En vuestros títulos vanos,  
Fuistes rencor de romanos,  
Y todo dió de través.

» En el grado positivo  
Era costumbre hablar;  
Ya no podemos usar  
Sino del superlativo  
Con cualquiera.  
Estáis ya tan altanera  
En el hablar y escribir,  
Que la forma del decir  
Ya mil leguas del que era.

» Con vuestra nueva habilla  
Habeis del todo tirado  
El estilo, y desterrado  
Ya la virtud de Castilla  
Sin honor;  
Por afrenta y disfavor  
Ya se tiene y se recibe  
Si uno á otro acaso escribe  
*Muy virtuoso señor.*

» Por engrandeceros vos  
Ensanchais fueros y leyes;  
A los grandes haceis reyes,  
Y á los reyes llamais dios.  
Sois dolencia  
Que cuando estáis en presencia  
De quien engañar quereis,  
Todos los miembros meteis  
En negocio y en prudencia.

» La cabeza se menea,  
Inclinando las sus manos,  
Los ojos hacen caricias  
Y la boca lisonjea;  
Ocupadas  
Van en risa las quijadas,  
Las manos en el bonete,  
Los piés en el repiquete  
De reverencias sobradas.

» Toda tenéis usurpada  
La tierra con tiranía,  
Y mi consejo sería  
Que fúesdes desterrada,  
Y que os vais  
A los montes, que buscais,  
Hiperbóreos y Rifeos,  
Con vuestros locos deseos,  
Y nunca jamás volvais.»

## DIALOGO

## ENTRE LA VERDAD Y LA LISONJA.

Interlocutores.

## Adulacion y Verdad.

## ADULACION.

Si la lanza no me miente,  
En estas mis romerías,  
Yo haré que en pocos dias  
Se mejore y acreciente  
Mi partido.  
Muy bien tengo conocido  
Este mundo y sus enveses,  
Y sé que á mis entremeses  
Está todo sometido  
Y sujeto;  
Yo alcanzo bien el secreto  
De los príncipes y reyes,  
Y entre sus fueros y leyes  
Tambien pongo y entremeto  
Yo las mias.  
Mis blandas filosofías,  
Cubiertas con humildad,  
A cualquiera voluntad  
Hallan senderos y vias  
Para entrar  
A ganar y levantar  
El corazon mas seguro,  
Y hacerle, de muy duro,  
Muy blando para gozar  
De mi miel;  
Yo sé tocar en el fiel  
Del sentido mas exento,  
Y darle contentamiento  
Cuando bien se imprime en él  
Mi dulzura;  
Ya sé que de su natura  
Cualquier hombre es ambicioso  
De alabanza y deseoso  
De regalo y de blandura  
Y obediencia;  
Ya sé que tengo licencia  
Donde quiera de hablar  
Al favor del paladar  
Cuando me hallo en preseneja  
De cualquiera;  
Yo alcanzo bien la manera  
De procurarme favor,  
Benevolencia y amor  
Con mi dulce y placentera  
Relacion,  
Y con disimulacion  
Dar á entender á quien toca  
Que lo que dice mi boca  
Procede del corazon;  
Con lo cual  
Hallo siempre en general,  
No solamente las puertas,  
Mas las entrañas, abiertas  
Del mas rico y principal  
Por do voy;  
Y tan agradable soy,  
Que todo el mundo me quiere,  
Se huelga conmigo y muere  
Por estar á do yo estoy,  
Y me ama,  
Admite, allega y llama,  
Oye y escucha de grado,  
Y da lugar á su lado  
En su casa y en su cama  
Y en su mesa,  
Y me abraza y aun me besa,  
Pareciéndole hermosa,  
Porque nunca digo cosa  
De las que á ninguno pesa;  
Guardo y sigo  
En cuanto respondo y digo,

Sin cubrirlo con silencio,  
Lo que nos mandó Terencio  
Del obsequio del amigo,  
Al cual pago  
Con caricia y con halago,  
Porque, segun se refiere,  
Cual palabra te dijere,  
Un tal corazon te hago;  
Sin tener  
Otro fin ni parecer  
Sino que vayan guiadas,  
Compuestas y fabricadas  
A agradar y complacer  
Mis canciones;  
Y así, con dulces razones,  
Sin saber contradecir,  
Sé mejor persuadir  
Que cincuenta Cicerones  
Lo que quiero,  
Y por estilo ligero,  
Do quiera que es menester,  
Dar á todos á entender  
Lo falso por verdadero;  
De do mana  
Que todos tienen por sana  
La voluntad que publico,  
Y á los que la comunico  
Me miran de buena gana.  
Mas aunque  
Ya sepan como yo sé  
Ser lo que digo compuesto,  
Huelgan dello, aunque en el gesto  
Dén muestras de no dar fe  
A mi ciencia,  
La cual tiene esta excelencia,  
Que sabe y puede forzar  
A que se deje engañar  
Quien gusta de mi elocuencia  
Amorosa;  
Mas hay tambien otra cosa:  
Que no solo con hablar,  
Pero á tiempos con callar,  
Me sé mostrar oficiosa;  
Quando veo  
Que con el que lisonjeo  
Es bien ir temporizando,  
Salgo tras él, y callando  
Otorgo con su deseo  
Y lo apruebo.  
Si él se mueve yo me muevo,  
Y párome si se para,  
Mírole siempre á la cara  
Para saber lo que debo  
De hacer.  
Lo que le veo querer  
Es la ley por do me guío:  
Si él se rie yo me rio,  
Y nuestro mucho placer  
Sin tenello;  
Lo dicho, sin entendello,  
Hago que lo entiendo y creo,  
Y con alegre meneo  
Me regocijo con ello  
Dulcemente;  
Y así, por el consiguiente,  
Si le veo triste y mustio,  
Yo me entristezco y angustio  
Como quien recibe y siente  
Gran tormento  
De su descontentamiento.  
Dice, digo; niega, niego;  
Quiere, quiero; ruega, ruego,  
Y en todo con él consiento,  
Muy pagada,  
Y del todo desennidada  
De disputar ni argüir,  
Sino de solo seguir  
Lo que le place y agrada;  
Malo ó bueno.  
Destá suerte tengo lleno  
El mundo con mis amores,  
Y papas y emperadores

Me dan lugar en su seno  
 Con razon,  
 Porque sigo la opinion  
 Del filósofo Epicuro,  
 Y de Ceno no me curo  
 Ni del áspero Caton,  
 Su secuaz;  
 Huelgo de vivir en paz  
 Y no tener competencia,  
 Ni de estar en diferencia  
 Por rebelde y pertinaz,  
 Como aquella  
 Loca y áspera doncella  
 Desgraciada que allí viene,  
 Con quien todo el mundo tiene  
 Guerra, pesar y querella.

## VERDAD.

En santo lugar nacida,  
 Y en virtudes la primera,  
 Segura voy por do quiera  
 Al menos de ser vencida.  
 Maltratada puedo ser  
 Y metida al parecer  
 En prision,  
 Pero no mi corazon,  
 Que no se puede vencer.

Preso a pocas veces  
 Soy de los bravos tiranos,  
 De ignorantes y livianos,  
 Malos y falsos jueces.  
 Desdichada y perseguida,  
 De algunos aborrecida  
 Por lo menos,  
 Solamente de los buenos  
 Abrazada y conocida.

David canta que sali  
 De la tierra en este suelo,  
 Y que miro desde el cielo  
 La justicia sobre mí;  
 De donde se da á entender  
 Que se debe anteponer  
 La justicia  
 A todo el bien y codicia  
 Que en el mundo puede haber.

Yo, siguiendo este partido  
 Y mandamiento divino,  
 Procedo por el camino  
 Enseñado y cometido;  
 No siempre por el mas llano  
 Ni por el mas á la mano  
 Del provecho,  
 Sino por el mas derecho  
 Y á justicia mas cercano.

Levante la mar sus olas,  
 La tierra sus bravos vientos,  
 Muévanse los elementos  
 Contra mis fuerzas á solas,  
 Amenace disfavor  
 De cualquier rey ó señor  
 Poderoso,  
 Esté todo peligroso  
 Y cubierto de temor;

No haya esperanza de bien,  
 Merced, galardón ni pago  
 De caricia ni halago,  
 Sino desprecio y desden;  
 Desespere el esperar,  
 Truéquese por el pesar  
 El placer,  
 Aventúrese á perder  
 Lo que se puede ganar;

Húndase el cielo si quiera,  
 Que yo no curo de nada,  
 Porque estoy determinada  
 De no torcer mi carrera  
 Ni dejar abiertamente  
 De decir lo que consiento  
 La razon,  
 Sin temer persecucion  
 Ni hallar inconveniente.

No pretendo ni demando  
 Intereses ni favores,  
 Ni á los grandes ni menores  
 Voy por ellos granjeando,  
 Porque mi fin principal  
 Es sentir del bien y el mal  
 Lo que debo,  
 Para lo cual no me muevo  
 Por ganancia temporal.

Yo conozco mi valor,  
 Aunque de humilde lo callo;  
 Lo bueno y lo malo hallo,  
 Mas uso de lo mejor;  
 Por premio ni galardón  
 Doy mi brazo á la pasión  
 A torcer;  
 Tengo nombre de mujer  
 Y los hechos de varón.

Soy como el oro enterrado  
 So la tierra, como muerto,  
 Que al fin siendo descubierto,  
 Se halla limpio apurado;  
 Como la perla preciada  
 Entre el cieno sepultada  
 Y perdida,  
 Que sale clara y pulida  
 Cuando viene á ser hallada.

Tal es la virtud real  
 De mi natura divina,  
 Que al fin se muestra mas fina  
 En su precioso metal;  
 Y aunque á tiempos esté oscura,  
 Con doblada hermosura  
 Resplandece  
 Cuando despues aparece  
 En su perfecta figura.

Bien que como en esta vida  
 Es muy varia toda cosa,  
 Aunque á unos soy sabrosa,  
 A otros soy desabrida;  
 Unos se huelgan conmigo  
 Y me toman por abrigo  
 Cabe si;  
 Otros no curan de mí  
 Ni me quieren por testigo.

Mil hay que quieren que buya  
 Léjos de su compañía,  
 No por culpa y falta mía,  
 Sino por malicia suya.  
 Como enfermo que apetece  
 Y pide lo que le empeece  
 Y es vedado,  
 Y su estómago dañado  
 Lo que le sana aborrece;

Así mi sana doctrina  
 Los apetitos embarga,  
 Y á las veces es amarga  
 Como toda medicina;  
 Mas á la fin el doliente,  
 Pasado aquel accidente  
 Que le ataja,  
 Reconoce la ventaja  
 De mi virtud excelente.

La cual tiene tanta fuerza  
 Do quiera que acuesta y mira,  
 Que destuerce la mentira  
 Por mucho que ella se esfuerza;  
 Porque lo que esta gobierna  
 No puede ser cosa eterna  
 Ni secreta;  
 Solo yo soy la perfecta,  
 Inmortal y sempiterna.

Por prueba de la cual cosa,  
 Como el rey Darío quisiese  
 Saber cuál de todas fuese  
 La mas fuerte y poderosa,  
 Sus grandes sabios juntó,  
 Y juntos, les preguntó  
 Cuatro cosas,  
 Las mas fuertes y forzosas

Que entre las otras halló.

La primera dellas fué  
 El vino con sus efectos,  
 Que á los necios indiscretos  
 Fuerza y torna de su fe;  
 La segunda, tras la cual  
 Fué la potencia real  
 Soberana,  
 A quien toda fuerza humana  
 Se humilla por principal.

En el término tercero  
 Fué propuesta la mujer,  
 Cuyo valor y poder  
 Trae el hombre al retortero;  
 La cuarta luego fui yo,  
 Que á quien bien me conoció  
 Le parece  
 Que todo al cabo perece  
 Lo que á mí no se arrió.

Juntos pues á disputar  
 Sobre las cuatro opiniones,  
 Hubo puntos y razones  
 Excelentes que notar;  
 Mas al fin Zorobabel,  
 Varon fuerte, sabio y fiel,  
 Yo por guia,  
 Respondió por parte mia,  
 Y el campo quedó por él.

Entrar puedo pues en lid  
 Contra la contraria gente,  
 Y así mi nombre es frecuente  
 En los salmos de David;  
 Y los que los leerán  
 Con justicia me verán  
 En concordia  
 Y paz y misericordia,  
 Que siempre cabe mi están.

De donde, por el contrario,  
 La mentira y el engaño  
 Tienen, temiendo su daño,  
 Mi nombre por adversario;  
 Sin mí, do quiera que estoy,  
 No hay bien, porque yo lo soy  
 Esencial,  
 Y voy segura del mal  
 Por donde quiera que voy.

## ADULACION.

A mí se viene derecha  
 Esta loca maliciosa;  
 Quiero dármele sabrosa  
 Por desmentir la sospecha  
 De su pecho.  
 Por camino muy estrecho  
 Va con tino y por nivel;  
 Mas haré del ladrón fiel,  
 Como otras veces he hecho;  
 Y no en vano  
 Ganar quiero por la mano,  
 Hablándole yo primero,  
 Pues no me cuesta dinero,  
 Antes con ello lo gano  
 Donde está.—  
 ¿A qué vienes por acá?  
 Di, hermosa virgen.

## VERDAD.

Vengo á ver qué haces tú,  
 Peligrosa mujer.

## ADULACION.

¿Peligrosa?

## VERDAD.

Peligrosa y muy dañosa,  
 Serpiente disimulada,  
 Por defuera muy pintada,  
 Y dentro ponzoñosa,  
 Falsa, infiel,  
 Publicadora de miel,  
 Vendedora de veneno;  
 Donde pregonas buen vino,  
 Vendes vinagre con hiel.

## ADULACION.

Tal ó cual,  
Ninguno me quiere mal,  
Sino tú, que sin razon  
Tomas conmigo quision  
Y te muestras criminal,  
Impaciente;  
Persona tan excelente  
Como tú no es bien ser brava  
Contra mí, que soy tu esclava,  
Y te he de ser obediente,

## VERDAD.

Buenas son,  
Si tal fuese el corazón,  
Tus palabras coloradas,  
Y no fuesen desviadas  
Tan lejos de tu intenciu  
Y conciencia.

## ADULACION.

Tú, Señora, ten paciencia,  
Pues mis palabras y modos  
Sabes que son para todos  
Señal de benevolencia.  
Y aun diría  
Que por ley de cortesía  
Debo ser cortés y blanda,  
Por una regla que manda  
Saludar con alegría,  
Ser afable,  
Dulce, mansa y amigable,  
Mostrando gracioso gesto,  
Y que en todo el mundo es esto  
Natural y razonable  
Y alabado.

## VERDAD.

Y yo no llamo pecado  
Ni culpa la gentileza  
Cuando va con la limpieza  
Que conviene, y no alorado  
De falsía.

## ADULACION.

La culpa de eso no es mía,  
Sino de la misma gente,  
Que se huelga extrañamente  
Con la tal hipocresía  
Y humildad;  
Yo, viendo su voluntad  
A mis caricias tan presta,  
Huyo de lo que amonesta  
Tu grave severidad  
Enconada,  
Que por ser tan limitada  
Con todos en esta vida,  
Eres siempre aborrecida  
De quien yo soy adorada.

## VERDAD.

Quien te adora  
Está claro que te ignora,  
Y come tu rejalgar,  
O que se deja engañar  
De tu lengua encantadora  
Alquilada.  
Pero, dime: si te agrada  
Eso con que al mundo aplacas,  
Si como dices lo haces  
De cortés y bien criada,  
Liberal,  
Y con gentil natural  
Tales dulzuras pláticas,  
Por qué no las comunicas  
A todos en general  
Igualmente?  
¿Por qué vas tan diferente  
En tus tratos importunos?  
Con otros muy negligente,  
Deseal,  
Inconstante, parcial,  
Hoy aquí, mañana allí;

## CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

¿Por qué no miras á mí;  
Que con todos soy igual  
En amor?  
Con todos guardo un tenor  
De vivir por una ley;  
Tanto me doy por el rey  
Como por el labrador.

## ADULACION.

Muy gran yerro  
Es, y digno de destierro,  
Estrechar nuestra licencia,  
Y no hacer diferencia  
Entre la plata y el hierro;  
Y tratar  
A cualquiera en su lugar  
Con caricias diferentes,  
Y á los grandes y potentes  
Con honra particular  
Y gran celo;  
Pues sabemos que en el cielo  
Se guardan diversos grados  
De méritos y de estados,  
Cuanto mas acá en el suelo,  
Do conviene  
Al que de suyo no tiene  
Arrimarse al que es mas rico,  
Y valerse por su pico  
Porque de hambre no pene,  
Y hacer,  
Por el fin de mas valer,  
Cerimonias y regalos  
A los buenos y á los malos  
Quando los han menester;  
De los cuales,  
Como sean principales  
En linaje, estado y renta,  
Se debe hacer gran cuenta,  
Y obedecerlos por tales.

## VERDAD.

Yo no siento,  
En contrario de ese cuento,  
Ni digo que los mayores  
Se priven de sus honores  
Y debido acatamiento,  
Pues es dada  
De Dios y muy encargada  
La honra y autoridad  
De la superioridad,  
Y debe ser acatada;  
Pero, di:  
Ya que lo haces así,  
Y los sirves y acompañas,  
¿Por qué los burlas y engañas,  
No les diciendo de mí  
La mitad,  
Pagando con falsedad  
El bien que de ellos procuras,  
Y dejándolos á oscuras  
Por negarles la verdad,  
Y servir  
De solamente mentir?

## ADULACION.

¿Cómo quieres que la diga,  
Que les es muy enemiga,  
Y no la quieren oír  
Ni escuchar?  
Y debriaste de acordar,  
Por no andar conmigo en puntas,  
Que nos hemos vista juntas  
Ante reyes á la par,  
Y bien sabes,  
Aunque mas me desalabes,  
Que mientras mi voz les dura  
Ninguno de tise cura,  
Y en ninguna parte cabes,  
De malquista;  
Y has visto que con mi vista  
Cantan gloria y alchuya,  
Y en asomando la tuya,

El mas sabio se contrista  
Y emudece.  
El placer desaparece,  
Y se convierte en enojo;  
Hacia mí se vuelve el ojo,  
Y se alegra y favorece  
Con mis enuentes.  
Bien has visto cuán atentos  
Están á cuanto les digo;  
Cómo me abrazan consigo,  
Y quedan de mí contentos  
Con amores,  
Ora hable en sus loores  
O cosas de su provecho;  
Luego veras por su pecho  
Correr diversos sabores  
De alegría,  
Oyendo mi melodía  
Con voluntad muy despierta,  
Y se están la boca abierta,  
Mirándose á mí la mia,  
Muy pagados;  
Mas llegando tus enahados,  
Luego el gesto se les troca;  
Y en abriendo tú la boca,  
Quedan mustios y añublados  
Sin placer.  
De mí se dejan querer.  
Mostrando rostro risueño;  
A ti te ponen el ceño,  
Que apenas te pueden ver  
Ni mirar.  
Habráisme de perdonar  
Si me desmando á quien eres,  
Porque veo que me quieres  
Hacer hoy con tu hablar  
Femasia;  
Y tambien me da osadía  
Ver pobre á quien te plática;  
Que si fueses franca y rica,  
Quizá no me atrevería.

## VERDAD.

¿Aun conmigo,  
Que con razon te persigo,  
Como si quien soy no fuese,  
Pretendes el interés,  
Que tengo por enemigo  
Natural?  
Como tu fin principal,  
Con cuanto te has alabado,  
Vaya siempre enderozado  
A provecho interesal  
Importuno,  
Andando con cada uno  
De falso, por engañarte,  
O al menos por enlazarle,  
Sin confesar á ninguno  
Sus pecados;  
Antes le son alabados  
De ti por embebecellos;  
Congraciándote con ellos  
Los trases embaucados  
Y vendidos,  
Trastocados los sentidos;  
Por no conocerte á ti  
Se desconocen á sí,  
Dejándose adormidos  
Tu brevaje;  
Eres del mismo linaje  
De Morfeo, señor del sueño,  
Que representa á su dueño  
En muy diverso visage  
Y visiones.  
Los dineros que á montones  
Se tocan con mano abierta,  
Quando del sueño despierta  
Se le vuelven en carbonos;  
Y así, en sueños  
Con tus dichos halagüeños  
Das á muchos á entender  
Que es bien deberse tener



Por grandes siendo pequeños,  
 Y de astrosos,  
 Se sueñan ser valerosos,  
 Y de necios ignorantes,  
 Sabios y muy elegantes,  
 De crucles, piadosos,  
 Y de viles,  
 Generosos y gentiles,  
 Y de torpes negligentes,  
 Oficiosos y prudentes,  
 Y de Tersites, Aquiles  
 Principales  
 Se sueñan los comunales,  
 Y de malos y viciosos  
 Se piensan ser virtuosos,  
 Y de escasos, liberales  
 Aprobados;  
 De cobardes, esforzados,  
 Muy honrados, de muy ruines;  
 Lebreles siendo mastines,  
 De tus dichos conñados  
 Y dolientes.  
 Andas de gentes en gentes,  
 Como publica mujer,  
 Para vender y vender.  
 Los que te son obedientes  
 Y te creen  
 Oyente, mas no te ven  
 Ni conocen a la clara,  
 Porque te ofeitas la cara  
 Para que mas te deseen  
 Con su daño.  
 La falsa color del paño  
 Les encubre tu malicia,  
 Y faltando la noticia,  
 Crece muy mas el engaño  
 De creerte.  
 No los dejas conocer  
 Con tus astucias malditas,  
 Poique jamas no te quitas  
 La mascara, para verte  
 Descubierta.  
 Deluera parece cierta  
 Tu figura que convida;  
 Pero dentro esta escondida  
 La ponzoña tras la puerta,  
 Y en tu seno,  
 Que de abispas anda lleno,  
 En vez de dulce panar,  
 Se halla al fin rejagar,  
 Y por miel venden veneno  
 Tus colmenas.  
 Tus canciones, de amor llenas,  
 En desamor las acabas;  
 Al que con la boca alabas,  
 Con el alma le condenas  
 Y sentencias.  
 En solas las apariencias  
 Consiste tu devocion,  
 Y asi tus ardidés son  
 Riscas y reverencias  
 Excusadas,  
 Requeibros y honetadas,  
 Por mostrarte muy cortés,  
 Bosando manos y piés  
 Que querrias ver cortadas  
 Muy de veras.  
 Con tus formas lisonjeras  
 Turbas el entendimiento,  
 Quitas el conocimiento,  
 Los pensamientos alteras,  
 Que se van  
 Tras ti, y en lugar de pan,  
 Comen paja en tu pescobre;  
 Vendes el gato por liebre  
 A los que orejas te dan;  
 De tal son,  
 Que de tu conversacion  
 Mana al mundo ceguedad;  
 Eres dél enfermedad,  
 Y de reyes perdicion;  
 De los cuales

Y de los muy principales  
 Muchos por tu causa han sido  
 Los que daño han recibido  
 En sus estados reales  
 Y en su vida.  
 Tambien has sido homicida  
 De algunos emperadores  
 Y principes y señores  
 Por ser dellos admuida  
 Tu razon.  
 De su muy gran perficion  
 Derribaste el padre Adan;  
 Tú robaste á Roboan,  
 Hijo del rey Salomon,  
 De una vez;  
 Lo mas del estado y prez  
 Que su padre le dejó,  
 Por tu consejo perdio  
 De doce partes las diez.  
 Tú mataste  
 A Alejandro y le burlaste  
 Cuando en Persia le dijiste  
 Que era dios, y le vendiste  
 Cuando por Dios le adoraste.  
 Y así á Nero,  
 Gentil príncipe primero,  
 Antes que te conociese,  
 Tú le hiciste que fuese  
 Despues lobo carnicero.  
 A cristianos  
 Con tus deportes livianos  
 Tambien has hecho la guerra;  
 Muchos están so la tierra  
 Que murieron á tus manos  
 Sin abrigo.  
 Por tomarte por testigo  
 Y creer tus embarazos  
 Quedó sin armas y brazos  
 Y se perdió el rey Rodrigo  
 Y otros ciento  
 Que por abreviar no cuento;  
 Y en fin todos ó los mas,  
 Príncipes donde tú estás  
 Reciben gran detrimento  
 Y váivenes  
 En vidas, honras y bienes,  
 Con tus trampas y finezas,  
 Falsedades y vilezas,  
 Con que vas y con que vienes  
 A tentillos,  
 Movellos y halagillos,  
 Sirviendo muy diligente  
 De pelillo solamente,  
 No mas de por cogualllos  
 Por mil vias,  
 Usando chocarrerias,  
 Y abatiéndote á mil cosas  
 Muy torpes y vergonzosas,  
 Que tienes por granjerias,  
 Y sufriendo  
 Algunas veces, queriendo,  
 Vituperios y baldones,  
 Bofetadas, repelones  
 Y otras injurias riendo  
 Muy contenta;  
 No teniendo por afrenta  
 Humillarte á poquedades,  
 Bajezas y suciedades,  
 Y lealdades cincuenta  
 Cada dia.  
 Dime, ¿cómo te sabia  
 Entre tus lisonjeras  
 La saliva que comias,  
 Que Dionisio escupia  
 Gran tirano;  
 Y cuando á Galba, romano,  
 Le mandabas que hiciese  
 Otro tanto, y que dijese  
 Hallarse con ello sano,  
 Y mezclada  
 Con miel y confecionada  
 La saliva de Agripina,

Decia ser medicina  
 Excelente y delicada?  
 Siempre empleas  
 En obras torpes y feas  
 Tu enuidado, y las procuras.  
 Del que en secreto murmuras,  
 Delante le lisonjeas  
 Y engrandeces;  
 Por su servicio te ofreces  
 Con la boca á mil trabajos,  
 Y al que roes los zancajos  
 Levantas y favoreces  
 Y le allegas;  
 A los que burlas y niegas,  
 Y detras dellos blasfemas,  
 Haces delante zalemas  
 Y les suplicas y ruegas,  
 Por mostrar  
 Al que quieres adular  
 Ó por ventura vender,  
 Que desees su placer  
 Y le tienes singular  
 Aficion;  
 Y eres de la condicion  
 De las que á sus enamorados  
 Descan ver despojados  
 Del dinero y discrecion.

ADULACION.

Muy esquiva  
 Te muestras y muy altiva  
 Con quien culpa no te tieno,  
 Y estas brava, de do viene  
 Estar tan ejecutiva  
 Contra mi;  
 Y principalmente aqui  
 Tú, Señora, me condenas  
 Que hallo en bolsas ajenas  
 Lo que te niegan á ti  
 Justamente,  
 Porque eres tan impaciente,  
 Tan amarga y enojosa,  
 Que no te metes en cosa  
 Do no se enfade la gente  
 De mirarte.  
 Yo apenas me allego á parto  
 Donde no quepa y azerite,  
 Ni tú do huelguen de verte,  
 Y menos de acariciarte;  
 Ni sé puerta  
 Que para mi no esté abierta;  
 Mas á ti y á tus antojos  
 Os dan con ella en los ojos  
 Por verte tan rostruuerta,  
 Desabrida;  
 En fin, soy reprehendida  
 De ti con harto despecho  
 Porque busco mi provecho  
 Do tú quedas excluida,  
 Y granjeo  
 Lo que me pide el deseo;  
 Y no te causes en eso,  
 Porque yo te lo confieso  
 Ser así, y en ello empleo  
 Yo mis dias,  
 Y tú con tus braverias,  
 Si un poco las olvidases,  
 Y una vez desto gustases,  
 Las manos te comerias  
 Tras la fiesta;  
 Pero por mostrarte honesta,  
 Con todos tienes baraja,  
 Y si piensas ser ventaja,  
 No me hagas otra que esta;  
 Que la gloria  
 Yo te la dejo notoria  
 De guardar tu autoridad,  
 Y que de la utilidad  
 Me lleve yo la vitoria;  
 Cuanto mas,  
 Que en la honra, en que tú estás  
 Tan constante y tan fundada,

De muchos me es á mí dada  
 Que á tí te dejan atrás.  
 Y he ganado  
 Con mi seso y mi cuidado,  
 No solamente riquezas,  
 Mas honores y grandezas,  
 A que tú nunca has llegado  
 Con mil partes;  
 Y con mis agudas artes,  
 Que tú tanto vituperas,  
 Escalo yo las barreas  
 Y rompo los baluartes  
 De tres suertes;  
 Y por mas que desconciertes  
 Mis arduos y conciertos,  
 Hago los pasos abiertos  
 Y entradas de muchas suertes  
 Por do quiera;  
 Pues me llamas lisonjera,  
 Quiero serlo en mi favor,  
 Y pues siento mi valor,  
 Bien es ser yo pregouera  
 De mi ciencia.  
 Poder tanto mi prudencia,  
 Valer tanto mi razon,  
 Me confirma la opinión  
 Que tengo de mi excelencia,  
 Que florece  
 Por el mundo, y siempre crece  
 Con fruto de mil maneras;  
 Lo cual, aunque tú no quieras,  
 Es claro que no carece  
 De misterios.  
 Yo gobierno los imperios,  
 Y á tiempo los hago míos,  
 Los reinos y señorios,  
 Iglesias y monasterios,  
 Y ciudades.  
 Nuevo las comunidades  
 Y en las repúblicas ando,  
 Y tengo voto y aun mando  
 Entre sus parcialidades.  
 No hay estado  
 Ni lugar tan encerrado,  
 Donde hombres puedan entrar,  
 Que á mí virtud singular  
 Le pueda ser reservado;  
 Ni linaje  
 De personas ni lenguaje  
 Tan extraño y vizcaíno,  
 A quien sea peregrino  
 Mi reporte y mi mensaje.  
 Mis primores  
 A reyes y emperadores,  
 Papas, obispos, prelados,  
 Y en tí á todos estados  
 Inclinan á sus favores  
 Naturales;  
 Mas aunque son generales  
 Mis grandes prerogativas,  
 Andan mas listas y vivas  
 En los palacios reales,  
 Do me es dada  
 Propia natural morada,  
 Como á la trucha en el agua,  
 Y do está la forja y fragua  
 De mi oficio colocada  
 Principal.  
 No me interpretes á mal  
 Tampoco, ni me baldones,  
 Porque mis gracias y dones  
 Comunico en general  
 A quien puedo.  
 Al que tú matas de miedo  
 Yo lo esfuerzo y aseguro,  
 Hago claro de lo oscuro;  
 Y del triste alegre y ledo,  
 Y gozoso;  
 Del frio hago donoso,  
 Del ignorante letrado,  
 Y del feo y maltratado  
 Muy bien dispuesto y hermoso;

Y pulido  
 Al viejo y al consumido,  
 Y á la vieja mucho mas,  
 Los hago volver atrás,  
 Remozando en su sentido  
 Sus intentos.  
 Levanto los pensamientos  
 Y pongo orgullo á los hombres,  
 Para que precien sus nombres  
 Y vivan de sí contentos  
 Sin cuidado.  
 Si esto llamas tú pecado,  
 Yo lo tengo por virtud,  
 Porque en falta de salud,  
 El consuelo es aprobado,  
 Y es sentencia  
 Loada que en la dolencia  
 Sola la imaginación  
 Engendra consolacion,  
 Obrando con su apariencia  
 Mejoria;  
 Y así, yo por esta via  
 Cumpro con todas edades,  
 Y hago sus voluntades  
 Muy conformes á la mia,  
 Y de fieros  
 Leones torno corderos,  
 Y todas suertes de gentes  
 Me son al fin obedientes,  
 Excepto los mesoneros,  
 Con los cuales  
 Ya sé tú cuán poco vales  
 Con tus asperezas duras,  
 Mas ni yo con mis blanduras  
 Los hallo mas liberales.  
 Finalmente,  
 Dices que soy diligente  
 Con las gentes poderosas,  
 Y me les humillo á cosas  
 Que la bondad no consiente.  
 Algo hay dello,  
 Yo lo confieso y querello,  
 Porque á veces va sin gana;  
 Mas la condicion humana  
 Me fuerza para hacello,  
 Porque trato  
 Con pueblo bravo é ingrato,  
 Prelados, principes, reyes,  
 Con quien, guardando mis leyes,  
 Es menester gran recato  
 Y razones,  
 Halagos, inclinaciones  
 Humildes para ganallos,  
 Atraellos y amansallos,  
 Como á tigres y leones  
 No domados,  
 Y pueden ser comparados  
 A cualquier bravo animal  
 Cuando de su natural  
 No son acaso inclinados  
 A bondad.  
 Su locura y su maldad  
 Es menester alaballa,  
 O al menos disimulalla,  
 Y seguir su voluntad  
 Tal cual fuere,  
 Y traer quien los siguiere  
 En palmas siempre su yerro,  
 Y la mano por el cerro  
 Al que contentar quisiere.  
 Por aqui  
 Van los mas de cuantos vi,  
 Bien que hay otros diferentes,  
 De pasados y presentes,  
 Que hacen cuenta de ti  
 Y te miran;  
 Mas al fin por mi suspiran  
 Los mas dellos sin cesar,  
 Y á mí vienen á parar  
 Cuando de tí se retiran.  
 Es verdad  
 Que aunque mi sagacidad

Les tira de sus cabellos;  
 Puede mas que yo con ellos  
 La gentil necesidad  
 Valadera,  
 Que en poder es la primera  
 Con cualquier rey y señor;  
 Yo la segunda en favor,  
 Y tú apenas la tercera.

## VERDAD.

Si no gano  
 Con ese pueblo mundano  
 Lo que tú, ni soy mirada,  
 Yo quedo mejor pagada,  
 Pues me pago de mi mano,  
 Y no espero  
 Que el rey ni el caballero  
 Me paguen como les place,  
 Que pocas veces se hace  
 Con respeto verdadero.  
 Siempre va  
 Lo mas de lo que se da  
 Por los reyes y señores  
 Mas por via de favores  
 Que do la virtud está;  
 Y enriquecen  
 A muchos que no merecen  
 Parecer entre las gentes,  
 Y á otros bien merecientes  
 Dejan y desfavorecen;  
 Y aun mas digo,  
 Lo cual probaré contigo,  
 Que creyendo á lisonjeros,  
 A veces dan sus dineros  
 A quien les es enemigo.  
 Y tu aqui  
 No te ensalces por ahí  
 Ni glorifiques por eso,  
 Porque yo te lo confieso,  
 Y sé muy bien ser así  
 Segun quieres;  
 Mas no por ello te alteres  
 Ni vistas de presuncion,  
 Pues ni por esa ocasion  
 Dejas tú de ser quien eres,  
 Antiguada,  
 Como mosca que asentada  
 En una mesa real,  
 No pierde su natural  
 De sucia desventurada.  
 Ni aunque crezcas  
 En honras te ensorberzcas,  
 Pues te viene la ventura  
 Mas por ajena locura  
 Que porque tú lo merezcas,  
 Siendo tal;  
 Ni hagas mucho caudal  
 Tampoco de ver tendida  
 Tu privanza y tu cabida  
 Por el mundo en general.  
 No se dora  
 Con esto ni se mejora  
 Tu ruindad, antes ofeude;  
 Porque cuanto mas se extiende,  
 Tanto mas es pecadora.  
 Tú te engañas  
 Si piensas en lo que dañás  
 Hourarte de tus cautelas,  
 Que tiendes como las telas  
 Que fabrican las arañas  
 Asquerosas,  
 Cuyas artes cautelosas  
 Son henchir de sucias redes  
 Los campos y las paredes  
 Y toda suerte de cosas  
 No guardada.  
 No hay parte tan apartada,  
 Hoja, ramo ni rincón,  
 Do no tome posesion  
 Y quiera tener posada,  
 Por prender  
 En seguro á su placer

Los animales cuitados  
 Que hallan descaminados,  
 Como tú sueles hacer,  
 De engañosa,  
 Doblada, falsa, raposa,  
 Destlavada, novelera,  
 En público chocarrera  
 Y en secreto maliciosa.  
 ¿Qué sentías,  
 Me di, cuando, porque vias  
 Que los otros se reían,  
 Sin oír lo que decían,  
 Tú de lejos te reías?  
 ;Charlatana,  
 Que haces de la truhana  
 Delante del que escarneces,  
 Y de aquello que aborreces  
 Muestras tener mucha gana  
 Sin razon!  
 Peor es tu condicion  
 Que robar por los caminos;  
 Por oprobrio los latinos  
 Te llaman adulacion,  
 Cosa fea;  
 Y de la misma librea  
 Aceptacion, blandimento,  
 Expalpacio, y otros ciento  
 Vocablos de esta ralea,  
 Vergonzosos.  
 Los españoles honrosos  
 Otro mas propio buscaron,  
 Y lisonja te llamaron,  
 Como hombres mas curiosos,  
 Y hicieron  
 Pintarte segun sintieron  
 Convenir á tal vasija,  
 Y en figura de estornija  
 Con dos puntas te pusieron  
 Abusadas,  
 Desde el medio derribadas  
 Y agudas, dando á sentir  
 Que pueden ambas herir  
 Como lanzas amoladas  
 A quien eree  
 Lo que en tu libro se lee,  
 Y que eres, cuando mas places,  
 Falsa cara con dos haces,  
 Que una á otra no se vee,  
 Sin través,  
 Cuyo medio entre ambas es  
 Ancho, con que significan  
 Tu maldad, á quien se aplican  
 Por la parte de los piés  
 Para mal.  
 Eres, en fin, terrenal,  
 Y toda sabes al suelo;  
 Yo, como sali del cielo,  
 Gusto de lo celestial.

ADULACION.

Tú, si quieres,  
 Gusta de lo que quisieres;  
 Súbete siquiera allá,  
 Déjame á mí andar acá  
 Gozando de mis placeres  
 Terrenales;  
 Que con esas cosas tales,  
 Y por seguir tus extremos,  
 Sueles andar, como vemos,  
 Poblando los hospitales  
 De perdidos  
 Que tus quebrados partidos  
 Siguen acá, como locos;  
 Y aunque dellos hay bien pocos;  
 Esos que hay andan vendidos  
 En la tierra,  
 Do tienen continua guerra  
 Activa y pasiblemente  
 Con toda suerte de gente,  
 Que las orejas les cierra  
 Con razon,  
 Porque á todos dan pasion

Con sus importunidades;  
 Y no puede haber verdades  
 Do no intervenga quistion,  
 Mucha ó poca.  
 No puedes abrir la boca  
 Sin ser causa de contienda  
 Con que alguno al fin se ofenda  
 O á ti te tengan por loca  
 Sin sentido.  
 Continuamente has metido  
 Este mundo en discusiones  
 Con mil leyes y opiniones  
 Que por ti tienen ruido  
 Y pendencias.  
 Todas las artes y ciencias  
 Que á ciegas tras ti se van,  
 A tu causa siempre están  
 En terribles diferencias  
 Por hallarte;  
 Y tú, por no declararte,  
 Les causas guerra importuna,  
 Pareciendo á cada una  
 Que te tienen de su parte.  
 Engañados  
 Anduvieron y burlados  
 En pos de tu seguimiento,  
 Haciendo torres de viento,  
 Los filósofos pasados,  
 Preguntando  
 Por ti y en sueños hablando;  
 Y tú, con tus fantasias,  
 Siempre te les escondias,  
 Porque yéndote buscando  
 Se acabasen  
 Y ajenos de ti quedasen,  
 Como al cabolo hicieron;  
 Y asi todos se perdieron  
 Antes que á ti te hallasen,  
 Y hallada,  
 Despues de muy deseada,  
 Cristo, que al fin te mostró,  
 Muerte por ti padeció  
 Al cabo de la jornada;  
 Y despues  
 A Pedro, Paulo y Andrés,  
 Y otros tales cuya fuiste,  
 Mira qué pago les diste  
 Por armarse de tu amies  
 Y creerte;  
 Mira las formas de muerte  
 De los mártires sin cuento  
 Que por tu conocimiento  
 Les cupieron en tu suerte.  
 Lo que dan  
 Tus favores á quien van,  
 Bien lo dijo aquellos días  
 La sierra de Jeremias  
 Y la espada de san Juan,  
 Que aguzaste  
 Contra ambos, y los mataste  
 Abrazándose contigo;  
 Pues á Sócrates, tu amigo,  
 Ya sabes cuál le paraste  
 Por oírte.  
 Ya podria aquí decirte  
 De otros mas que han padecido  
 Por sostener tu partido,  
 Obedecerte y seguirte  
 Con constancia.  
 Siesto pues es la sustancia  
 Que me alegas de tu paga,  
 Muy buen provecho te haga:  
 No te arrienda la ganancia  
 Del loor.  
 Tómate todo el honor  
 Que se gana con morir;  
 Que yo mas quiero vivir  
 Y gozar á mi sabor  
 Desta vida,  
 Do ando favorecida,  
 Harta, abundosa, contenta;  
 Tú vives pobre, hambrienta,

Desechada y abatida;  
 Y perdona,  
 Que quien como tú burlona  
 A otro, cualquier que fuere,  
 No se ha de quejar si oyere  
 Las faltas de su persona,  
 A que has dado  
 Causa, habiéndome afrentado,  
 Y con tus hipocresias  
 Nuevas etimologias  
 Contra mi nombre buscado,  
 Harto dignas  
 De reirse por malignas,  
 Y en parte tambien por necias,  
 Pues de loca me desprecias  
 Y de mi letra examinas  
 La razon,  
 Cuya significacion,  
 Si la mas digna no fuera,  
 No estaria en cabecera  
 De nuestra pronuiciacion  
 Y alfabeto;  
 Por donde cualquier discreto,  
 Solo en ver mi precedencia,  
 Verá la gran diferencia  
 Y lo poco que al respeto  
 De mi vales,  
 Y que no hay por qué te iguales  
 Conmigo, que soy primera,  
 Y tú última y postrera  
 De todas cinco vocales.  
 Demás que,  
 Por partirte de la B,  
 Con dos cuernos te pintaron,  
 Y por ruin te aposentaron  
 Al cabo del A B C,  
 Sin bondad.  
 Tú, por darte autoridad,  
 Mudaste, como arrogante,  
 La vocal en consonante  
 Y llamástele Verdad  
 Mentirosa,  
 Tan oscura y tan dudosa  
 Y tan mala de entender,  
 Que con los mas sueles ser  
 Engañada ó engañosa;  
 Hoy ligera,  
 Mañana grave y severa  
 Con quien no te lo merece;  
 En lo que bien te parece  
 Muchas veces sales fuera  
 De compás.  
 Con todo el mundo te vas,  
 Y con nadie te declaras;  
 De suerte que las dos caras  
 Que me achacas, tú las has,  
 Y el que eree  
 Mejor verte, no te veo,  
 Con dudas que contravienen;  
 Todos piensan que te tienen,  
 Y ninguno te posee  
 Con muralla;  
 Eres guerra con batalla,  
 Rebusca sobre vendimia,  
 Y la ciencia del alquimia,  
 Que nadie jamás la halla,  
 De perdida;  
 Nueva de lejos oida,  
 Cuerpo fantástico vano,  
 Nombre compuesto profano,  
 Ave jamás conocida  
 Ni hallada,  
 Fama de cosa encantada,  
 Nunca vista en su figura,  
 Y si vista, grave y dura  
 Y á todo el mundo pesada.

VERDAD.

De las tales,  
 Perversas y desleales,  
 Como tú, falsa mujer,  
 Mal puedo yo vista ser

Con esos ojos carnales  
Sin sosiego.  
Mal puede juzgar el ciego  
La gracia de las colores,  
Ni el doliente de sahores,  
Ni el hielo sentir que el fuego  
Le caliente;  
No sufre constantemente  
Al llaco mirar humano  
El resplandor soberano  
Del rayo del sol fulgente;  
Bien así,  
Los que se llegan á tí,  
Cegados de tu malicia,  
Carecen de la noticia  
Y vista cierta de mí;  
Y sin guía,  
Noche se les hace el día,  
Y el sol tinieblas oscuras,  
Por culpa de sus locuras,  
Pero no por falta mía;  
Que soy llana.  
Mansa, amigable y humana,  
Humilde, dulce, feal,  
Y clara como el cristal  
A quien me mira de gana.

## ADULACION.

Yo, Verdad,  
No te quito tu bondad,  
Si la tienes ó lo eres;  
Pero déjame, si quieres,  
Gozar de mi libertad  
Sin pasión;  
Que mas quiero ser Gnaton  
Y andarme tras mis ganancias,  
Que todas las elegancias  
Y virtudes de Platon  
Ni de Ceno.

## VERDAD.

Oh, cómo tienes muy lleno  
El seso y el corazón  
De vileza y ambición,  
Y toda sabes al cieno  
De avaricia!  
Llena estás de la nequicia  
Deste siglo temporal,  
Sin tener del celestial  
Un tantico de codicia  
Ni cuidado.

## ADULACION.

Téngolo por excusado,  
Porque acá me sé valer,  
Y tomar todo placer  
Que puede ser deseado.  
Lo de allá  
En su tiempo se verá,  
Como toda cosa viene;  
Que quien bolsa y lengua tiene,  
A Roma dicen que va.  
Y aun te aviso  
Que quien bienes acá quiso,  
Para el cielo se aventaja,  
Porque son parte y alhaja  
De ganar el paraíso  
Sin ruido,  
Y aun, según habrás oído  
En esta sentencia mesma,  
La cárcel y la cuaresma  
Y el infierno dolorido,  
Y otros males,  
Y también los hospitales,  
Fueron hechos por dos fines,  
Para pobres y ruines  
Y servidores leales;  
Y do quiera  
La pobreza es gran manquera,  
Por lo cual el alemán  
En su proverbio ó refrán  
Le suele llamar ramera.

## VERDAD.

Reprobada  
Es esa razon malvada  
Por la sagrada doctrina,  
Que á la gente peregrina  
Y pobre necesitada  
Deste suelo  
Les da y dice por consuelo:  
« Bienaventurados son  
Los pobres de corazón,  
Porque dellos es el cielo. »

## ADULACION.

Gran verdad  
Es eso, y gran piedad  
Que Dios en el pobre emplea;  
Mas yo no sé quién lo sea  
De espíritu y voluntad;  
Y tú, hermana,  
Pues lo quieres ser de gana,  
Busca el galardón allí,  
Y no lo esperes aquí  
Entre la gente mundana,  
Do no tienes  
Sino ceños y desdenes,  
Desgrados y desamor,  
Careciendo de favor  
Y toda suerte de bienes  
Y placeres;  
Lo cual si saber quisieres  
Por experiencia algún día,  
Yo te haré compañía  
Y seguiré por do fueres.  
No vinamos  
Mas sobre ello, antes nos vamos  
Mano á mano á pasear  
Por el mundo, y á probar  
Esto que aquí litigamos  
Por demás;  
Que en breve tiempo verás,  
Si en paciencia lo recibes,  
Cuán burrada andas y vivas  
Por donde quiera que vas.

## VERDAD.

Soy contenta,  
Aunque se me sigue afrenta,  
De hacer la tal jornada,  
Por dejar averiguada  
Con tus mentiras la cuenta.

## ADULACION.

Caminemos;  
Sus pures, luego averigüemos  
Lo que toca á esta materia;  
Todo el mundo es una feria  
Para mí, donde podemos  
Bien proballo.  
Si en Asia quieres tentallo,  
Mancilla tengo de tí,  
Porque me sirven á mí  
Los de pié y los de á caballo  
En montón;  
Todos siguen mi opinión,  
Y allí tengo mis tesoros,  
Porque los turcos y moros  
Son desta mi profesion  
Halaguera.  
Y Africa, su compañera,  
Con la misma ley se doma,  
Después que la de Mahoma  
Sucedió por heredera,  
En la cual  
Yo soy parte principal,  
Y aquellas inclinaciones,  
Humildades y oraciones  
Son desta mi ley real  
Buena pieza;  
Todo aquello se endereza  
A mi misma y á mi toca,  
Donde, abriendo tú la boca,  
Te derriban la cabeza.

## VERDAD.

Calla ya,  
Deja estar lo de acullá,  
Que otra vez lo trataremos,  
Y de Europa tratiquemos,  
Pues nos hallamos acá  
Al presente,  
Y entremos primeramente  
Por España de rondón,  
Do soberbia y presunción  
Reina mas que en otra gente;  
Y pasemos  
A Francia, donde verémos  
La mentira triunfante,  
Y á Italia, pueblo inconstante,  
Y á Hungría, do hallarémos  
La maldad  
De toda infidelidad,  
Crueldad y tiranía,  
Y á Grecia, que ser solía  
Cuando tuvo autoridad,  
Palabrera,  
Y Moscovia la grosera,  
Y á Polonia y á Rusia,  
Donde la glotonería  
Tiene puesta la bandera;  
Y volvamos  
Sobre el norte, y descendamos  
A Alemania populosa,  
Pero ingrata y codiciosa  
Sobre cuantas hoy hallamos;  
Y bajemos  
A Flándes, donde verémos  
La miseria y la avaricia;  
A Inglaterra y su malicia  
Tras esto visitaremos  
De pasada.

## ADULACION.

Bien me place la jornada  
Por esas provincias bellas;  
Mas poner la lengua en ellas,  
Como ponés, no me agrada,  
Ni consiente  
La razon debidamente  
Que tú por tu gravedad,  
So color de ser verdad,  
Te piques de maldiciente  
General;  
Y siendo perjudicial  
Contra todos de tal arte,  
No debes maravillarte  
Que todos te quieran mal.  
Pero vamos  
Mas adelante, y veamos  
En qué corte ó qué lugar  
Debemos primero entrar,  
Que la experiencia hagamos;  
Porque veas  
Que aun en las pobres aldeas  
Te hago mucha ventaja,  
Y cese nuestra baraja,  
Por mas soberbia que seas.

## VERDAD.

Donde quiera  
Es mi virtud valedera,  
Llegando á ser conocida,  
Y tú, después de entendida,  
Quedarás por chocarrera  
Destreal;  
Mas por término final,  
Do mas noticia se toma,  
Vámonos derecho á Roma,  
Que es la patria universal.

## ADULACION.

No pudiera,  
Aunque yo te lo pidiera  
Con toda fidelidad,  
Nombrarse corte ó ciudad  
Que mas á mi gusto fuera;

Que aunque en todas,  
 Do tú te pierdes y enlodas,  
 Yo acrecienta mi caudal;  
 Pero en esa en especial  
 Hago mis fiestas y bodas  
 Principales  
 Con papas y cardenales,  
 Legados y embajadores,  
 Negociantes y señores,  
 Y gentes interesales  
 De gran cuento  
 Y mucho merecimiento,  
 Que allí acuden y allí van,  
 Y me hacen donde están  
 Gran favor y acogimiento.  
 Pero andemos,  
 Porque con tiempo lleguemos,  
 Y de camino hablando,  
 Irémos algo contando  
 Con que el cansancio pasemos.  
 ¡Cuán perdido  
 Va quien sigue tu partido!  
 Y es ya cosa muy notoria,  
 Según un cuento de historia,  
 Que por dicha habrás oído,  
 Como yo,  
 Una nao que partió  
 A buscar sus desventuras,  
 Dando en unas peñas duras,  
 Cabe un puerto se perdió  
 Peregrino;  
 Y de aquel pueblo mezquino,  
 Que allí quedaron sin luz,  
 Diz que solo un andaluz  
 Se salvó y un vizcaíno,  
 Que nadaron  
 Hasta que á tierra llegaron;  
 Y como solos se viesan,  
 Sin saber dónde estuviesen,  
 A caminar comenzaron  
 Por la tierra,  
 Andando de sierra en sierra,  
 Con trabajo y desatino,  
 Sin saber si su camino  
 Fuese de paz ó de guerra,  
 Ni do andaban,  
 O qué gentes habitaban  
 En provincia tan extraña,  
 Ni ver casa ni calaña  
 En todo cuanto miraban;  
 Y así, andando  
 Discurriendo y rodeando,  
 Sobre un valle al fin llegaron,  
 De gran multitud hallaron  
 De monazas retozando  
 Por un prado,  
 Y en medio dellas sentado,  
 Como persona real,  
 Un monazo desigual,  
 Muy compuesto y mesurado;  
 Y legados  
 Los dos pohretos cuitados,  
 Fueron vistos y sentidos,  
 Y de los monos asidos,  
 Delante del rey llevados  
 Mano á mano;  
 El cual, muy ledo y ufano  
 Con la presa semejante,  
 Habló con gentil semblante,  
 Como príncipe lozano  
 De corona;  
 Y sin mirar que era mona,  
 Preguntó con lozania  
 Que cosa les parecía  
 De su gente y su persona  
 Singular;  
 A lo cual sin dilatar  
 El andaluz avisado  
 Respondió disimulado,  
 Según el tiempo y lugar  
 Convenia,  
 Diciendo que nunca había

Visto corte mas pomposa  
 Ni persona mas hermosa  
 Ni tan bella compañía,  
 Ni creyera  
 Que en el mundo todo hubiera  
 Tan perfecta criatura.  
 Ni que la sabia natura  
 Tal cosa hacer supiera.  
 Muy pagado  
 El mono desvergonzado,  
 Levantóse, y hizo el huz  
 Al buen gentil andaluz,  
 Y sentóle á su costado  
 Por vecino;  
 Y volviendo al vizcaíno,  
 Con el gozo que tomó,  
 Lo mismo le preguntó,  
 Pensando que el mismo vino  
 Venderia.  
 El vizcaíno, que via  
 La fiesta del compañero,  
 Como simple verdadero,  
 Entre si mismo decia:  
 «Bien está;  
 Si á quien miente así le va  
 Con esta bestia enemiga,  
 Con quien la verdad le diga  
 Mucho mejor lo hará.»  
 Y volviendo  
 La cara al mono, riendo  
 Le dijo: «Monazo amigo,  
 Perdóname si te digo  
 La verdad de lo que entiendo,  
 Y esta sea,  
 Que eres la cosa mas fea  
 Y mas sucia, otro que si,  
 De cuantas yo jamás vi  
 Ni se hallan en Guinea,  
 Monstruosas,  
 Con tus nalgas asquerosas  
 Y tus vergüenzas deluera,  
 Que es una vision mas fiera  
 Que todas las espantosas  
*Ab eterno;*  
 Animal de mal gobierno,  
 Mono viejo por vocablo,  
 Por delante eres diablo  
 Y por detrás el infierno  
 Bruto y feo.»  
 Luego aquel pueblo guineo,  
 Esto oyendo, asieron dél,  
 Y con ánimo cruel  
 Le mordieron á desseo  
 Bravamente;  
 De suerte que el inocente  
 Vizcaíno desdichado  
 Quedó allí despedazado  
 Por mostrarse tu pariente.

## VERDAD.

Cual tú eres,  
 Y lo que buscas y quieres  
 Con tus bajos pensamientos,  
 Tales al fin son los cuentos  
 Que por ejemplo relieres  
 Fábuloso,  
 Al cual, por ser enojoso,  
 No hay respuesta que te dar,  
 Sino dejarlo pasar  
 Por reporte mentiroso  
 Novelero;  
 Mas, que fuese verdadero  
 Y pudiese ser así,  
 Mejor me parece á mí  
 El muerto que el chocarero  
 Que á ti mira;  
 Porque do virtud inspira,  
 Muy mayor felicidad  
 Es morir por la verdad  
 Que vivir por la mentira.

## ADULACION.

¡Bueno vas!

Siempre en tus trece te estás  
 Locamente apasionada,  
 De que al fin de la jornada  
 Poco fríto sacarás.  
 Pues do imos,  
 Pocos oímos ni vimos  
 Que sobre tí paren mientes;  
 Yo tengo cien mil parientes,  
 Tíos, hermanos y primos  
 Naturales;  
 Muy pocos de los mortales  
 Me salen de parentesco,  
 Porque yo los busco y crezco  
 Con mis artes liberales  
 Y valor,  
 Y el linaje me da honor;  
 Que al tiempo tengo por padre  
 Y á la fortuna por madre,  
 Y por marido al favor.  
 Y tenemos  
 Una hija, que queremos  
 Mas que á la lumbre del día,  
 Que se llama Cortesía,  
 Hermosa en todos extremos  
 De doncella;  
 Tú te precias de muy bella  
 Y de virgen en cabello,  
 Y no voy en contra dello;  
 Pero no lo es menos ella.  
 Pues, cuitada,  
 ¿Qué harás, desventurada,  
 Aquí en Roma, do no tienes  
 Otra ventaja ni bienes,  
 Excepto no ser casada,  
 Como yo?  
 Pero aguardate, que no  
 Te desuandes a argüir,  
 Ni puedas después decir  
 Que ninguno te avisó  
 Del pecado;  
 ¿Que ya casi hemos llegado  
 Nuestro poco á poco á Roma,  
 Y se nos muestra y asoma  
 Encima de su collado,  
 Y de hoy mas  
 Echa por donde verás  
 Que es bien que nos apartemos,  
 Con que después nos tornemos  
 A juntar cuando querrás  
 Por aquí,  
 Adonde dirá de sí  
 Cada una lo que ha sido,  
 Tú de cómo te habrá ido,  
 Yo de lo que toca á mí.

## VERDAD.

Mucho puede la maldad  
 En esta vida mezquina;  
 Lo mas del mundo se inclina  
 A la propia voluntad.  
 Esta lisonja traidora,  
 Vil esclava enlabiadora  
 De las gentes,  
 Con engaños evidentes  
 Se quiere hacer señora.  
 Lastimera cosa es ver  
 Lo que puede la malicia,  
 La desvergüenza y codicia  
 Desta maldita mujer.  
 Es un cebo general,  
 Que entre la gente carnal  
 Se platica,  
 Cuyo dulzor do se aplica  
 No se conoce su mal.

A muchos hace gran daño  
 Su afeitada razon bella,  
 Porque debajo de aquella  
 Se dice estar el engaño.  
 Es yerba de buen sabor  
 Cuanto al gusto exterior;  
 Mas comida

La ponzoña allí escondida,  
Despues engendra dolor.

De lo cual su culpa está  
Bien conocida y probada,  
Pero tiénela doblada  
El que la causa le da.  
Los reyes y los señores  
Son deste mal causadores,  
Que, olvidados  
De mí, son mal inclinados  
A falsos aduladores.

Con lo cual dan ocasion  
A que esta loca engreida  
Se me muestre así atrevida  
Con sobra de presuncion;  
Porque los humanos brios,  
Siguiendo su desvarios,  
Mas estiman  
La locura en que se arriman  
Que no los consejos mios.

Los cuales dentro del fiel  
Y sincero corazon  
Dulces y sabrosos son  
Mas que panales de miel;  
Mas do llega y solicita  
Esta lisonja maldita  
Es veneno,  
Con que el gusto de lo bueno  
O se menoscaba ó quita.

Bien que desto no me quiero  
Quejar por lo que á mi va,  
Pues el mismo Dios acá  
Pasó por este rasero;  
Que en este mundo venido,  
Del cual no fué conocido,  
Se quejaba  
Que en la verdad que hablaba  
De pocos era creído.

Esta falsa fementida,  
Nunca diciendo verdad,  
Tiene tanta autoridad,  
Que de todos es oída.  
Héla va muy confiada,  
Diligente, apresurada,  
Sin temor

De carecer de favor  
Adonde fuere escuchada.

Tras ella se van los mas,  
Juzgando por el semblante;  
Es hermosa por delante  
Y disforme por detrás.  
Yo, por contraria figura,  
Aspera parezco y dura  
A los ojos,  
Mas pasados los anteojos,  
Se conoce mi dulzura.

En esfuerzo de la cual  
No he temor, entrando en Roma,  
Que su mal celo me coma,  
Pues me come el celestial.  
Debajo desta bandera  
No temo en esta carrera  
Peligrar;  
Cuanto mas, que no hay lugar  
Do falte quien bien me quiera.

Siempre hallo alguno y veo  
Que me muestre alegre cara,  
Bien que por ser cosa rara  
La virtud dase á deseo;  
Mas ya que falte en el suelo  
La claridad y consuelo  
Que procuro,  
Tengo ganado de juro  
Aquel recurso del cielo.

Y con tal seguridad  
Quiero entrar con diligencia  
A hacer de mí experiencia  
En esta santa ciudad.  
No me puede suceder  
Con gauar y con perder

Cosa nueva,  
Ni desastre que no deba  
Recebirse por placer.

ADULACION.

El tiempo que me detengo  
En esta corte romana,  
No lo pierdo, pues se gana  
Aquello tras que yo veigo,  
Facilmente.  
Pueblo es muy conveniente  
Para mis recreaciones,  
Porque de todas naciones  
Hay gran concurso de gente,  
De lenguajes  
Diferentes y linajes,  
Suertes, costumbres, edades,  
Profesiones, calidades,  
Estados, formas y trajes  
Y opiniones.

Yo segun las aficiones  
A que cualquiera se inclina  
Aplico mi medicina  
Conforme á las condiciones  
Y maneras  
De las gentes extranjeras,  
Y las de aqui naturales,  
De mi ley, entre las cuales  
Escojo yo como en peras  
Los mejores,  
Como en yerbas de sabores  
Busca su pasto la oveja,  
O como hace la abeja  
En campo de muchas flores.  
Aqui hallo,  
Sin ir léjos á buscallo,  
Por entre estos cortesanos  
Cuanto me bastan las manos,  
Que nadie sabe negallo.  
Todos son

Casi de mi profesion,  
Y españoles mayormente,  
Como pueblo inteligente,  
Me tienen gran devocion;  
Y se dan  
A mi ciencia, tras que van,  
Tanta priésa y buena maña,  
Que ya pasan a Alemania  
Y á Italia, donde estan  
De prestado.  
Cualquier hombre trasladado  
A esta Roma, gran señora,  
Se renueva y se mejora,  
Y queda mas avisado  
En mis artes;  
Bien que hallo en todas partes  
Quien me cumple mis deseos,  
Y aun los indios y guineos  
Siguen tras mis estandartes;  
Mas aqui  
Es en fin adonde á mí  
Me sucede todo á punto,  
Porque lo tengo aqui junto  
Cuanto en muchas partes vi.  
¿Qué mas quiero

Yo, ni pido, ni aun espero,  
Sino que en tan pocos dias  
Tengo ya dos canongias,  
Plata, ropas y dinero,  
Y favores  
De prelados y señores,  
Gracias y prerogativas,  
Oficios y espectativas  
Para mis demandad res  
Y queridos;

Viendo andar aqui perdidos  
No pocos hombres honrados,  
Del mundo menospreciados,  
De todos aborrecidos  
Sin ventura,  
Por seguir tras la locura  
De aquella mi compañera,

Que por ser tan altanera  
No tiene plaza segura?  
Y yo sé  
Que despues que la dejé,  
Por aqui con su querella  
Habrá pasado por ella  
Cosas de que reiré  
Cuando venga;  
Que caso que no es muy luenga  
La ausencia hecha despues,  
Habrá visto, segun es,  
Algun duelo de que tenga  
Que contar.  
Quiero un poco aqui esperar  
Por cumplir lo concertado;  
Que, segun lo platicado,  
No puede mucho tardar  
De venir  
A reñir y debatir,  
Como por oficio tiene;  
Mas héla donde ya viene;  
No faltará qué gruñir.  
En buena hora  
Vengas ya, Verdad señora,  
Si vienes arrepretada;  
Tambien soy recien venida  
Yo, y mas contenta agora  
Que jamás.

¿Tú no sé lo que dirás  
De tus sucesos honrosos;  
Los mios son gloriosos  
Cada dia mas y mas.  
Vesme aqui,  
Que despues que me partí  
De contigo el otro dia,  
Tengo tanta mejoría,  
Que puedo comprarte á tí  
Y á tus fieros.  
Príncipes y caballeros,  
Y otras mil personas buenas,  
Me han dado las manos llenas  
De vestidos y dineros  
Y otros bienes.  
Tú me parece que vienes  
Rostrituerta y maltratada,  
Y encima descalabrada  
Y cargada de desdenes,  
Como sueles.  
Pues cumple que te consueles  
Y acouhortes de sufrir;  
Que no lo puedes huir  
Por mucho que te desveles.  
Y pues eres

Espejo de las mujeres  
En honra y autoridad,  
Y llamándote Verdad,  
La profesas y la quieres,  
Sé contenta  
De confesar sin afrenta  
Cómo te fué en esta feria,  
Y la mengua y la miseria  
Que en tu casa se aposenta  
Por alhaja;  
Y conoce la ventaja  
Que en este mundo te llevo,  
Y que, segun él, no debo  
Estimarte en una paja,  
Pues te veo  
Tan sin lustre y sin arreo,  
Y venir tan destrozada  
Al cabo desta jornada,  
Hecha con tanto deseo,  
Para prueba.

VERDAD.

Ya tú sabes no ser nueva  
Desorden en esta vida  
Que por ley desconmedida  
Lo mas del mundo se mueva,  
Y que en ella,  
Si bien quieres entendella,  
No produce la natura

Cosa quieta y segura  
Sin cuestion y sin querella ;  
Diferente  
Es lo frio y lo caliente ;  
Lo blando contra lo duro ,  
Lo claro contra lo oscuro  
Pelean continuamente ,  
Mal contento .  
Los vientos contra los vientos  
Son muy bravos adversarios ,  
Y, en fin, son en sí contrarios  
Todos los cuatro elementos  
Naturales .  
Cómense los animales  
Uno á otro con sus dientes ,  
Las gentes contra las gentes  
Con desamores mortales  
Se levantan ,  
Con el hierro se quebrantan  
Las piedras y las mineras ,  
Y las infernales fieras  
De los del cielo se espantan,  
Sin enmitenda .  
El vicio tiene contienda  
Con la virtud por oficio ,  
Y la virtud contra el vicio  
Busca con qué se defienda .  
Su mal scno

Trae de ponzoña lleno  
Contra lo bueno lo malo ,  
Y las manos en el palo ,  
Contra lo malo lo bueno .  
Y así, digo  
Que tú contienes conmigo  
Como el mal con la salud ,  
Y yo, por ley de virtud,  
Hago lo mismo contigo ,  
Sin poder  
Entre nosotras haber  
En mi presencia concordia ,  
Tregua ni misericordia ,  
Sino morir ó vencer .  
Mas, mirada  
Tu pregunta mal criada ,  
Digo que en Roma me ha ido  
Mas que bien, pues he cumplido  
Con los que soy obligada  
A quien soy,  
Y lo mismo ternás hoy  
Que siempre, de nuestras lides ;  
Mas la ventaja que pides  
Para mal, yo te la doy  
Y concedo ,  
Sin tener invidia ó miedo  
De tus bienes y favores ,  
Ni de esos tus valedores ,  
En quien fundas tu denuedo ,  
Lo cual todo  
Estimo y tengo por lodo ,  
Como cosa baladi  
Del mundo, que va tras tí,  
De tu brebaje beodo ;  
Y del cual  
Yo hago poco caudal ,  
Porque no ballando en él  
Morada cierta ni fiel,  
Me vuelvo á la celestial  
Sin error ;  
Que, segun David, cantor  
De los divinos renombres ,  
La tierra se dió á los hombres ,  
Y el cielo para el Señor,  
Que soy yo .

ADULACION.

No me pesa deso, no,  
Antes me huelgo de oillo ;  
Mas dime, ese golpecillo  
Del ojo ¿quién te lo dió ?  
¿Por qué via  
Sufriste tal demasia ?

VERDAD.

Deja, que es un cardenal,  
Porque dije que era mal  
Ir en máscara de día.

ADULACION.

Todo es nada ;  
Mas di tambien, si te agrada ,  
Pues nunca para atrás caes,  
¿Qué cosa ha sido? Qué traces  
Detrás la cofia, rasgada  
Sin provecho?

VERDAD.

Eso tambien me fué hecho  
En casa de un abogado  
Porque dije ser pecado  
De entrambas partes á hecho  
Tomar dolos ;  
Luego ciertos baladrones  
Contra mí se levantaron ,  
Y la cofia me rasgaron  
Por darme de repelones  
Con pesar .  
Mas si hubiese de contar  
Yo semejantes levadas  
De cosas por mí pasadas,  
Seria nunca acabar  
En un año .

ADULACION

En eso yo no te engaño ,  
Pues antes que te apartases,  
Te apercebi que callases,  
Y si hablaste, tu daño .

VERDAD.

Y aun por eso ,  
Conociendo cuán avieso  
Va de mi sinceridad  
El mundo con su maldad ,  
Por no escuchar tu proceso  
Determino  
De tomar otro camino ,  
Y levantando mi vuelo ,  
Dar la vuelta para el cielo ,  
Do tengo cierta contino  
La morada .  
Y tú, Lisonja malvada ,  
Pues me voy, reina sin guerra  
Sobre la haz de la tierra ,  
Para que fuiste criada .

OBRAS DE DEVOCION.

A LAS PINTURAS DE UNA IGLESIA.

Á LA SALUTACION.

Todo el mundo está esperando,  
Virgen santa, vuestro sí ;  
No detengais mas ahí  
Al mensajero dudando ;  
Dad presto consentimiento .  
Sabed que está tan contento  
De vuestra persona Dios,  
Que no demanda de vos  
Otra cosa en casamiento .

AL NACIMIENTO.

Para estar tan bien parida  
Y tan bien acompañada ,  
Mal estais aposentada ,  
Virgen, y mal proveida .  
Yo no sé, ni nadie sabe ,

De qué manera os alabe ;  
Que sin sentir embarazo  
Teneis en vuestro regazo  
Al que en el cielo no cabe .

Á LA CIRCUNCISION.

Para darnos á entender  
Que no venis á holgar,  
Queréis luego comenzar,  
Rey de gloria, á padecer ;  
Y poueis en amargura  
Vuestra carne tierna y pura  
Para mostrarnos, Señor,  
Lo que, siendo criador,  
Sufris por la criatura .

Á LOS REYES.

¿En qué conocéis que es rey,  
Reyes, este que adorais ,  
Pues lo mas que le hallais  
ES un asna con un bucy?  
Mas vuestro conocimiento  
No es de humano acertamiento ;  
La estrella os muestra el camino ,  
Y el Espiritu divino  
Alumbra el entendimiento .

Á LA HUIDA DE EGIPTO.

Aunque muy causado vais,  
Viejo bienaventurado ,  
Mayor es vuestro cuidado  
Que el cansancio que llevais .  
Seguro vais de mesones,  
Josef, mas no de ladrones ;  
Y con corazon sereno  
Pasais por el hijo ajeno  
Por estas persecuciones .

Á LOS SANTOS INOCENTES.

Tirano, no tengas duelo ;  
Que esos que matas temprano  
Plantas son que de tu mano  
Se trasponen en el cielo .  
Y el que buscas sin reposo,  
Sabe que es tan poderoso,  
Que estos, muriendo por él,  
Ganan en ser tú cruel  
Mas que siendo piadoso .

Á LA PURIFICACION.

Publicais con humildad  
En vos, Señora, defeto  
Por encubrir el secreto  
De vuestra virginidad ;  
Mas no engaña á Simeon  
Vuestra disimulacion ;  
Que cumplirse su esperanza,  
Por obra de Dios alcanza  
Ser hecho, no de varon .

EN UNA ALDEA PARA CANTAR LA NOCHE  
DE NAVIDAD.

Juicio será fuerte ,  
Aspero y cruel de muerte .

Tened memoria, mortales,  
Del juicio que vendrá,  
Adonde se os tomará  
La cuenta de vuestros males .  
Una sibila pagana,  
Que á Cristo no conoció,  
Antes lo profetizó  
Que él tomase carne humana .

Del cielo decenderá  
Y en carne será presente  
A juzgar toda la gente  
El Rey que siempre será .  
El incrédulo y el fiel  
Verán á Dios poderoso ,

Con sus santos glorioso  
Desde el siglo en el fin dél.

Las almas serán juntadas  
En su carne, como fueron  
Cuando en el mundo vivieron,  
Para ser allí juzgadas.  
Las hembras y los varones  
Sus riquezas dejarán,  
Las cuales se tornarán,  
Con mar y tierra, carbonos.

Al infierno porná espantos,  
Y las puertas quebrará  
Por fuerza, pero será  
Luz libre para los santos.  
Los malos padecerán  
Quemados de eterna llama,  
Y lo que calló la fama  
Ellos lo descubrirán.

Y Dios manifestará  
Los secretos corazones;  
Habrá flores á montones,  
Y el malo regañará.  
Perderá su claridad  
El sol y luna y estrellas,  
Y el resplandor dél y dellas  
Se tornará oscuridad.

Los ciclos se desbarán,  
Y abajarse han los collados,  
Y los valles, abajados,  
Con ellos se igualarán.  
No habrá cosa alta en la tierra  
Que puedan ver los humanos;  
Igual a los campos llanos  
Serán los montes y sierra.

La verde color del mar,  
Con sus ondas presurosas,  
Y todas las otras cosas  
Entonces han de cesar.  
La tierra perecerá,  
Los rios secara el fuego;  
Triste son sonara luego,  
Que de lo alto se oirá.

Entonces la tierra dura,  
Abriéndose, mostrará  
El infierno, donde está  
En su confusion oscura;  
Al Señor obedeciendo  
Todos los reyes del suelo,  
Caera luego del cielo  
Y piedra azulre hirviendo.

## PROFETAS.

### ISAIAS.

Yo el profeta Isaias  
Digo que concebirá  
En su vientre y parirá  
Una Virgen al Mesias,  
Y aqueste sera llamado  
Emanuel, que es Dios con nos;  
Para nos el niño Dios  
Es nacido y eucarñado.

### JEREMIAS.

Este es nuestro Dios eterno,  
Y otro no será estimado;  
Que es solo quien ha hallado  
Todo el saber verdadero,  
Y á Jacob siervo lo dió,  
Y en nuestras tierras fué visto  
Dios y hombre Jesucristo,  
Que con hombres conversó.

### DANIEL.

Al tiempo que verná aquel  
Que es santo sobre los santos  
Cesará la uncion de cuantos  
Reyes hay en Israel;

Porque es justo que en el suelo  
No reconozca la gente  
Otro rey, siendo presente  
El Rey muy alto del cielo.

### HABACUC.

Oí, Señor, tu sonido  
Y temeroso quedé;  
Tús obras consideré  
Y quedé despavorido.  
Porque oyendo la grandeza  
De la tu divinidad,  
Espantóme la humildad  
Que escogiste, y la bajeza.

### NABUCODONOSOR.

Hoy metimos tres varones  
En el horno aprisionados,  
Y ahora siendo mirados,  
Veo cuatro sin prisiones;  
Y el fuego no les empeece  
Ni les toca en los cabellos;  
La vista del cuarto dellos  
Hijo de Dios me parece.

### VILLANCICO Á LA MISMA NOCHE.

*Pues hacemos alegrías  
Cuando nace uno de nos,  
¿Cuánto mas naciendo Dios?*

Grandes huéspedes tenemos,  
Hagamos gran regocijo,  
Pues pare la Madre al Hijo  
Por quien todos hoy nacemos.  
Nunca vimos ni veremos  
Juntos otros tales dos,  
El Hijo y Madre de Dios.

### CANCION Á NUESTRA SEÑORA, VINIENDO EN LA MAR.

Clara estrella de la mar,  
Dichosa puerta del cielo,  
Madre de nuestro consuelo,  
Virgen nacida sin par;

Reina bienaventurada,  
De todos consolacion  
En todo tiempo y sazón  
Sed, pues sois nuestra ahogada;  
Mas por gracia singular,  
Las rodillas por el suelo,  
Pedimos vuestro consuelo  
Mientras estamos en la mar.

Guardad la fasta en que vamos,  
Que es nuestro cuerpo vicioso,  
Deste mar, tempestuoso  
Mundo por do navegamos.  
La quilla dél sustentar,  
Que es la carne peligrosa,  
Vaya siempre temerosa  
Adónde podrá topar;

La proa, que es el deseo,  
No se empache en lo que topa;  
La voluntad, que es la popa,  
No la hicra dexauco;  
Y el piloto gobernar,  
Que es el flaco seso humano,  
Lleve tal tiento en la mano  
Que la sepa encaminar.

El mástil, que es la razon,  
De tantas cuerdas asido,  
Vaya enhiesto, no torcido,  
No le doblegue pasion.  
Para atar y desatar  
Suban y bajen ligeros  
Otros que son marineros,  
Puestos para ejecutar.

Las velas por do se guía,

Que son los cinco sentidos,  
Sean de vientos heridos  
Que vengán sin travestia;  
Y si no pudiere andar  
Nuestra flaqueza mezcquina,  
Viento en popa á la hollina  
Sepa al menos navegar.

### Á NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

Pues no alcanzo á contemplaros,  
Madre de Dios gloriosa,  
Excusado es alabaros,  
Pero quiero suplicaros  
Que me digais una cosa,  
Que aquí se debe encerrar  
Algun misterio profundo:  
¿Cómo quisistes morar,  
Siendo Señora del mundo,  
En tan áspero lugar?

Tambien haceis vuestra estancia  
En Guadalupe en las breñas,  
Y así en la Peña de Francia;  
Yo no siento qué ganancia  
Sacais de andar por las peñas;  
Mas lo que de ello sospecho  
Es, que salis al atajo

A tomar, contra derecho,  
Para vos este trabajo  
A fin de nuestro provecho.

Por los llanos de la tierra  
Los méritos son contados,  
Por los montes y la sierra,  
Donde nos viene la guerra,  
Nuestros vicios y pecados.  
Si por llano caminamos,  
Ningun peligro tenemos;  
En la sierra nos perdemos,  
Y allí, Señora, os hallamos  
Para que no peligramos.

### HIMNO Á NUESTRA SEÑORA.

*(Ave maris Stella.)*

Pues navegais, alma mía,  
Por el mar de pensamientos,  
Do sois de contrarios vientos  
Combatida cada día;  
Para no tener fortuna  
Mirad siempre aquella estrella  
Del norte, porque sin ella  
No habréis bonanza ninguna.

Y para mas la obligar,  
Decidle por oracion  
Esta devota cancion:

«Ave, Estrella de la mar,  
Madre de Dios erradora,  
Pero Virgen de continuo,  
Dichosa puerta y camino  
Del cielo, y emperadora.

Oyendo aquel dulce *ave*  
De la boca de Gabriel,  
Con que vos, Señora, y él  
Al cielo hicistes llave,  
Fundadnos en paz segura,  
Mudando el nombre de Eva,  
Porque no se nos atreva  
Quien nuestro daño procure.

Soltadnos de las prisiones  
De nuestros viciosos luego,  
Dad lumbre á los que están ciegos  
De sus propias aficiones;  
Nuestros males apartad,  
Nuestros bienes procurando,  
Para que queden de un bando  
La razon y voluntad.

Mostráos, Virgen, ser madre  
A los tristes que padecen,



*Sumat per te nostram preceem*  
El que, siendo vuestro padre,  
Por nosotros quiso ser  
Vuestro hijo, y siendo Dios,  
Se hizo dentro de vos  
Hombre para padecer.

Singular Virgen sagrada,  
Entre todas la mas mansa,  
Y tan mansa, que descansa  
Dios dentro en vuestra morada;  
Limpiadnos, que estamos llenos  
De las culpas que eriamos,  
Y hacednos que seamos  
Muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada  
Y asegurad los caminos,  
Porque nos hallenais dmos  
Al cabo de la jornada,  
Y en tal estado acabemos  
Que do vamos deseando,  
A Jesucristo mirando,  
Siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza, por tanto,  
A Dios Padre Criador  
Y á Cristo, muy gran Señor,  
Con el Espíritu Santo;  
Una honra á todos tres,  
Sin dar ventaja á ninguno;  
Que asi es lo que es de uno,  
Que de todos ellos es.

LA VISITACION DE SANTA ISABEL.

(A instancia de una señora.)

Decid, Reina esclarecida,  
¿Dónde vais á pie, cansada,  
Por el monte apresurada,  
Siendo por madre escogida  
De Dios y estando preñada?  
Siendo señora del cielo,  
¿Cómo vais por este suelo  
Con tan poca autoridad?  
Cómo en tanta soledad  
No habeis miedo ni recelo?

Mal parece á las doncellas  
Andar fuera de poblado,  
Y tanto mas es notado  
Cuanto mayores son ellas  
En linaje y en estado.  
¿Qué negocio puede haber  
En que sea menester  
Por fuerza vuestra presencia,  
Y hacer la diligencia  
Tan excelente mujer?

Entre los grandes señores,  
Si cosas se han de tratar,  
Es costumbre de enviar  
Legados ó embajadores  
Que vayan á negociar.  
Ejemplo desto nos dió  
El ángel que descendió  
Por mensajero de Dios,  
Cuando entre él, Señora, y vos  
El casamiento trató.

Pues si bien sé conoceros,  
¡Oh Princesa celestial!  
Vos sois de sangre real,  
Y la con quien vais á veros  
Persona muy principal.  
Fuera pues mas cierta cuenta,  
Por no recibir afrenta,  
Que un gran señor ó prelado  
Llevara vuestro mandado  
A cas de vuestra parienta.

Pero, ya que camináis,  
Hermosa dama excelente,  
Sin mirar inconveniente,  
Decid, ¿cómo no lleváis  
De camino algun presente?

Parece descortesia  
Ser con otros cada día  
Tan franca, tan liberal,  
Y á vuestra prima carnal  
Visitar mano vacia.

Tambien quiero deseoso  
Saber de vuestra excelencia;  
Por eso tened paciencia,  
Pues tenéis, Señora esposo.  
Si venis con su licencia,  
Que no la debió dar él,  
Siendo sabio y tan fiel,  
Para ir sola una doncella;  
Y ya que vengais con ella,  
¿Cómo venistes sin él?

RESPUESTA.

Mas con amor que con vicio  
He preguntado, Señora;  
Quiero responder agora,  
Pues seréis de mi servicio  
Muy abonada deudora.  
Segura vais de cansaros,  
A lo menos de enojaros,  
Por cansada que os veais;  
Que el cuidado que llevais  
Basta para descuidaros.

La prieta no la condeno,  
Pues no se sufre tardanza  
Cuando corre la esperanza  
A gozar de algun fin bueno  
Que nuevamente se alcanza;  
Y asi, vos siendo avisada  
De nueva tan señalada,  
Con la gana que en vos mora,  
De llegar no veis la hora  
Y acabar vuestra jornada.

Por do puede bien creerse  
Que el misterio que os ha sido  
Por seis meses escondido,  
Si antes viniera á saberse,  
Antes hubiérades ido;  
Mas no sin causa se ordena  
Que del caso estéis ajena  
Hasta el necesario punto,  
Porque vais á cumplir junto  
El servicio y norabuenta.

Ni se sufre embajador,  
Legado ni mensajero;  
Vos lo debeis ser primero,  
Porque los gozos de amor  
No se gozan por tercero;  
Y el despacho que en vos va,  
Que se ha de mostrar allá,  
Sola vos podeis traerlo,  
Pues que para merecello  
Sola nacistes acá.

Rodeada en rededor  
De celestiales compañías,  
Con Dios dentro en las entrañas  
No hay afrenta ni pavor  
Que temer por las montañas.  
Entre los robles y pinos  
No careceis de vecinos,  
Porque á sus ángeles Dios  
Tiene mandado de vos  
Que os guarden por los caminos.

Yendo vos, llevar presente  
Con presencia tan hermosa  
Parece superflua cosa,  
Pues da gloria á toda gente  
Vuestra cara tan gloriosa;  
Cuanto mas que vuestra prima  
Es mujer de mucha esima,  
Y afrentarse ha, siendo rica,  
Tomar de la pobrecia  
Dones ni joyas encima.

Si Josef os dió licencia,  
Yo no me meto á sabello;  
Mas sé que debo creello,

Que vuestra gran obediencia  
Me da testimonio dello.  
Si vais con él ó con ella  
La Escritura no lo sella,  
Pero yo lo juraré,  
Que si él con vos no fué,  
Que vos no fuistes sin ella.

Agora pues caminad  
A vuestra visitacion;  
Que do llega la aficion,  
La razon y voluntad  
Una misma cosa son.  
Para vos está guardada  
Esta tan gran embajada,  
Despues de la de Gabriel,  
Por la cual será Isabel  
Del caso certificada.

Por eso no trabajéis  
De disimular lo hecho;  
Que seréis puesta en estrecho  
Que por fuerza confeseis  
Lo que llevais en el pecho.  
Yo quiero tras vos correr  
Por gozar deste placer;  
Que tan excelentes vistas  
De personas tan bienquistas  
Cosa será para ver.

Mas, porque es atrevimiento  
Que vaya mi torpellad  
Cabe tanta majestad,  
Haré piés del pensamiento  
Y ojos de la voluntad;  
Y si no pudiere andando,  
Seguiros he contemplando,  
Reina nuestra, cómo vais,  
Y al aposento llegais  
Desta que vais deseando.

Y llegada á su presencia,  
Con dulce rostro riendo,  
La gravedad no perdiendo,  
Con amor y reverencia  
La saludastes diciendo:  
«Dios os salve, Madre mia;  
La gracia del que me envia  
Tanta parte os dé de sí,  
Cuanta gloria me da á mi  
Con miraros este día.

«Tan penada por vos vengo,  
Tan vencida de deseo,  
Tan llena de lo que veo,  
Que ante mis ojos os tengo,  
Y de gozo no lo creo,  
Gran ventura fué la vuestra,  
Gran dicha será la nuestra,  
Oh señora prima, en quien  
Dios para fin de gran bien  
Tan gran maravilla muestra.

»Verdadera relacion  
Hirió las orejas mias;  
Que en vuestros ancianos días  
Oyó Dios la peticion  
De vos y de Zacarias,  
Y en tin os ha consolado  
Con el fruto deseado,  
Otorgado en senetud,  
Que os ha sido en juventud  
No sin misterio negado.

»Y aunque de vuestro celarme  
Tantos meses esta cosa  
Podria ser querellosa,  
No quiero de ello acordarme,  
Ni lo sufro, de gozosa.  
Con el cuerpo me he tardado,  
Pero no con el cuidado,  
Que es mayor que sé deciros,  
De gozaros y serviros  
En tiempo tan señalado.»

Con ojos bajos y graves  
La matrona generosa,  
Algun tanto vergonzosa,

Con palabras muy suaves,  
Con voz honda y poderosa,  
De Espíritu Santo llena,  
Dijo con cara serena:  
« ¡Oh hija y señora mía,  
Mensajero de alegría,  
Vos vengais en hora buena!

» Bendita vos y loada  
Entre todas las mujeres,  
Pues pueden vuestros poderes  
Abrir la puerta cerrada  
De los eternos placeres;  
Y bendito también sea  
El fruto, que se desea,  
De vuestro vientre bendito;  
El cual, siendo en sí infinito,  
Se viste nuestra librea.

» Bendito el vientre que os trajo  
Y las tetas que mamastes,  
Pues que tan alto volastes,  
Que distes con Dios abajo  
La hora que lo encarnastes.  
Tan gran merced y favor,  
Tal linaje de loor  
¿De dónde me viene á mí,  
Que me venga á ver aquí  
La Madre de mi Señor?

» Madre sois de vuestro padre;  
No disimuleis, María;  
Que Dios cuando os escogió,  
A vos os tomó por madre,  
Y á mí me quiso por tía.  
Gloria de vuestro linaje,  
Vestida de nuestro traje,  
A Dios vestís por aforo;  
Con él andais en el corro,  
Y habláis nuestro lenguaje.

» En llegando á mis oídos  
La voz y dulce canción  
De vuestra salutación,  
Concibieron mis sentidos  
Divina revelación.  
Y el infante aun no criado  
Que en mi vientre está encerrado,  
Delante su Criador,  
Lleno de gozo y de amor,  
Todo está regocijado.

» ¡Oh cuán bienaventurada  
Sois, prima, porque creistes  
Lo que del ángel oistes,  
Pues mediante su embajada,  
Hijo de Dios concebistes!  
Y las grandezas oídas,  
Por el ángel prometidas,  
Que por humilde se os dan,  
En vos y por vos serán  
Perfectamente cumplidas.

» Ya no es tiempo de callar,  
Virgen bienaventurada,  
Con el hurto sois tomada;  
Venistes á saludar,  
Y quedastes saludada.  
Descubierto es el secreto:  
Hombre parirá perfecto  
Isabel, vos hombre y Dios;  
Que en vos sola caben dos  
Contrarios en un sugeto.

» Mas no cabe presunción  
En toda vuestra morada;  
Que aunque os veis ya declarada  
De tan alta condición,  
No sois por eso mudada.  
Si os alteran los favores  
De los divinos amores,  
Por la respuesta parece.  
—La mi ánima engrandeco  
Al Señor de los señores.

» Y gozoso de verdad  
El mi espíritu y memoria,  
En Dios mi salud y gloria,

Porque miró la humildad  
Desta suerva notoria.  
Por la cual me llamarán  
Bendita, y acertarán,  
Todas las generaciones,  
Cuantas hembras y varones  
En el siglo nacerán.

» Porque hizo el que serví,  
Que es muy alto y poderoso,  
Y su nombre glorioso,  
Muy grandes cosas por mí,  
Pues se me dió por esposo.  
Y en edades venideras  
Para siempre duraderas,  
Será su misericordia,  
Que gozarán en concordia  
Los que le temen de veras.

» Su gran potencia mostró  
En brazo de vencimiento,  
Y como polvo con viento,  
Los soberbios esparció  
Lejos de su pensamiento.  
Los grandes y poderosos,  
Altivos y desdiseñosos,  
De sus sillas abajó,  
Y los bajos ensalzó  
En estados gloriosos.

» Los probecillos hambrientos  
Hinchó con sus largas manos  
De los bienes soberanos,  
Y á los ricos avarientos  
Dejó desiertos y vanos.  
Israel, que triste estaba  
Porque tanto se tardaba  
La vista de su Mesías,  
Recibió ya en nuestros días  
El niño que descaba.

» Y Dios no puso en olvido  
Su misericordia pia,  
Como desde el primer día  
Por su boca prometido  
A nuestros padres lo había;  
A Abrahán, su sirviente,  
Y después á su simiente  
En los siglos venideros,  
Habiendo siempre herederos  
De padre tan excelente.—

» ¡Oh cuán bien habeis cantado,  
Virgen y Madre bendita,  
Con un tiple que nos quita  
Cuanto tormento y cuidado  
Nos daba la ley escrita!  
Con lengua dulce y discreta  
Nos mostráis que sois eleta  
De la luz que viene ya,  
Por la cual se nos dará  
La ley de gracia perfecta.

» Y con toda esta grandeza  
Que por vos se comunica,  
Siendo tan grande y tan rica,  
Quiere tomar vuestra alteza  
Oficio de pobre y chica.  
Y con trabajo y afán  
Queréis comer vuestro pan  
Sin popar ninguna pena,  
Y servir en casa ajena  
Hasta que nazca san Juan.»

### Final.

Si yo tan gran servidor  
De vuesa merced no fuera,  
Harto mejor estuviera  
Por hacer esta labor.  
Y si no supe hacella  
Tal que no vava confusa,  
Vuestro mandado me excusa  
De las faltas que hay en ella.

Mas, pues es visitación,  
Vuesa merced la visite,  
Y á mí me descargue y quite

De tan grande obligación.  
Si fueré merecedora  
Del fuego, pague el papel;  
Que yo salvo quedo del,  
Pues cumplo con mi señora.

### HIMNO A LA CRUZ. (*Vexilla regis prodeunt.*)

Las banderas de la luz  
Del Rey que por nos padece  
Salen fuera, y resplandece  
El misterio de la Cruz.  
Por el cual el Hacedor  
De la carne en carne humana  
Fue puesto de propia gana  
En el palo del dolor.

Y encima desto, llagado  
Con hierro de cruda lauz,  
Abrió fuente de esperanza  
En su divino costado;  
De do, para nos salvar  
Del pecado que reinó,  
Agua con sangre manó  
Por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó  
David, el profeta santo,  
En versos de dulce canto  
Que en testimonio dejó;  
Pregonando á boca llena  
Por el mundo en general  
Que Dios reina sin igual  
Desde el madero de pena.

¡Oh árbol bello, hermoso,  
Resplandeciente, sagrado,  
De la púrpura adornado  
De nuestro Rey glorioso!  
Escogido por señales  
De tronco digno sin par,  
Que mereciste tocar  
Tan santos miembros y tales.

Árbol bienaventurado,  
De cuyos brazos colgó  
El precio que se nos dió  
Del siglo, por él comprado;  
Y hecho balanza y peso  
Del cuerpo precioso, tierno,  
Trajo el robo del infierno,  
Tantos tiempos allí preso.

¡Oh Cruz de consolación,  
Única esperanza nuestra,  
Dios te salve, pues te muestra  
En tiempo de tal pasión!  
Acrecienta la justicia  
A los justos sin pecados,  
Y á los miseros culpados  
Da perdón de su malicia.

A tí solo Dios y trino,  
Trinidad en un ion,  
Cuantos espíritus son  
Dan alabanza continuo.  
Pues tan caro nos compraste,  
Goberna perpetuamente  
Los que por el excelente  
Misterio de Cruz salvaste.

### LA INVENCION DE LA CRUZ. (*A instancia de una señora.*)

#### Proemios.

Vuesa merced me mandó,  
Si dello tiene memoria,  
Que le trovase la historia  
De la Cruz que nos salvó;  
De cuya causa han estado  
En batalla y diferencia,  
De un cabo mi insuficiencia,  
Y de otro vuestro mandado.

El uno dice que sí,  
El otro dice que no,  
Y quedé por juez yo  
Para serlo contra mí;  
Y di por vuestro servicio  
Contra mí mismo sentencia,  
Porque dicen que obediencia  
Vale mas que sacrificio.

Pienso que fué la intención  
De vusamerced, Señora,  
Tentar de saber agora  
Dó llega mi devoció;  
La cual de vos se querella,  
Porque tuvistes por bueno  
Darle oficio tan ajeno  
Del que suele tener ella.

Que mis vanos pensamientos,  
Que paz no saben hallar,  
Mejor supieran trovar  
La invención de mis tormentos.  
La de la Cruz de alegría  
Mal parece en mi poder;  
Porque yo no sé traer  
A cuestras sino la mía.

Mas donde tantos peones  
Ha de haber para cavar,  
Serviré yo de llevar  
En brazos los azadones;  
Y seré desta manera  
Otro Simon Cireneo,  
Tocando con el deseo  
El cabo della siquiera.

Y en el Dios que en ella muere  
Tomando esfuerzo y aliento,  
Haré vuestro mandamiento  
Lo menos mal que supiere.  
Y pues Cristóbal me llamo,  
Valme, Cristo, y se conmigo;  
Que aunque sé que no te sigo,  
Sabes que no te desamo.

**Contemplacion.**

¿Qué cavais en este suelo,  
Gran Reina, tan deseosa?—  
Busco la Cruz gloriosa  
En que el alto Rey del cielo  
Vertió su sangre preciosa.  
Y con ansia de amor quiero  
Que cojan polvo mis baldas,  
Por sacar aquel madero  
En que el divino Cordero  
Tuvo puestas sus espaldas.

Buseo el palo vencedor,  
Que siendo de su natura  
Insensible criatura,  
Sostuvo á su Criador  
Hasta dalle sepultura.  
Buseo el árbol venturoso  
Que la doliente manzana  
Que Adam comió, de goloso,  
Con fruto dulce y sabroso  
Del todo la hizo sana.

Y cuando Cristo murió  
Por la general querella,  
So la tierra se entró ella  
Porque en ella no halló  
Manos dignas de tenella;  
Y hase estado asi enterrada  
Doscientos y tantos años  
Por no ser menospreciada,  
Ni verse mal empleada  
En poder de sus extraños.

Pues en empresa tan alta,  
Y el galardón tan crecido,  
No descansa ni sentido  
Hasta que vea sin falta  
Lo que busco y lo que pido.  
Y en cosa tal cual es esta  
Es justo perder el sueño,  
Pues á Dios tanto le cuesta;

Que el trabajo en su recuesta  
Amor le hace pequeño.

Y si Dios quiere que halle  
Yo, por ser mas diligente,  
Tesoro tan excelente.  
Seré hecha por buscalle  
Gloria de toda mi gente;  
Y si por no ser yo tal,  
Siendo viva no lo veo,  
El alma, que es inmortal,  
Quedará por principal  
Heredera en mi deseo.

Mas tengo gran confianza  
En el que esta devoción  
Me puso en el corazón,  
Que cumplirá mi esperanza  
Y mi final intencion;  
Y mi seso determina  
De cavar en esta hoya,  
Confianto que, aunque inclina,  
Verán mis ojos ahina  
Esta riquísima joya.

La cual, según he sabido,  
No fué hecha de madera  
Ofrecido como quiera  
Sino de palo escogido,  
Plantado para lo que era;  
Que Adam, según supe yo,  
En grande vejez venido,  
En enfermedad cayó,  
De la cual al fin murió  
Por escotar lo comido.

Pues viéndole ya mortal  
Su hijo Set, con cuidado  
De ejecutar su mandado,  
Fué corriendo al terrenal  
Paraíso, ya cerrado,  
Y con voz apresurado,  
Como en casa conocida,  
Pidió que le fuese dado  
Del aceite deseado  
Del gran árbol de la vida.

San Miguel le respondió  
Que aquello ser no podia,  
Porque Adam perdido habia  
La gracia euando pecó  
Que de no morir tenia;  
Y que conviene que muera  
Y se parta deste mundo  
Sin el remedio que espera,  
Pues por la fruta primera  
Perdió el remedio segundo.

Pero dióle todavia  
Un ramo que se levase  
Y en el monte le plantase,  
Porque ya que Adam moria,  
En su memoria durase;  
Y dijo: «No te adolezca  
Ni desmaye el mal de Adam,  
Aunque grave te parezca;  
Que euando este árbol florezca,  
El y muchos sanarán.»

Habiendo Set este aviso,  
Consolóse en gran manera,  
Y aunque era larga la espera,  
Partióse del Paraíso  
Con cara mas placentera;  
Pero euando ya llegó,  
Aunque se dió mucha priesa,  
El padre muerto halló,  
Y en su memoria plantó  
El ramo sobre la huesa,

El cual se hizo plantando  
Árbol de gran presuncion,  
Y desde aquella sazón  
Duró hasta ser cortado  
En tiempo de Salomón;  
Que á vueltas del muy precioso  
Cedro que allí se cortaba,  
Fué traído este dichoso

Para el templo muy famoso  
Que á la sazón se labraba.

Viendo los maestros del  
Palo tan hermoso y neto,  
Liso, derecho y perfeto,  
Pouen luego mano en él,  
No sabiendo su secreto;  
Mas muy burlados se vian,  
Que mil veces lo probaban  
En la parte que querian,  
Y en cuanto el ojo volviau,  
Corto ó largo lo hallaban.

Los maestros de la obra  
Con enojo y con despecho,  
Como palo sin provecho  
Por su falta y por su sobra,  
Desecháronlo de hecho;  
Y por darle el galardón  
De su burlada porfia,  
De general opinion  
Le pusieron por pontón  
De un arroyo que allí habia.

¡Oh madero de salud,  
Por el cual es figurado  
Cristo, en tí crucificado,  
Pues declaras tu virtud  
Quando estás mas desechado!  
De humildad me das ejemplo  
Quando, puesto en aquel suelo,  
Hecho paso te contemplo  
Entonees allí del templo  
Como agora eres del cielo.

Y por eso levantaste,  
Como del Salmista oyo,  
Tu cabeza en este hoyo.  
Porque bebiste y gustaste  
De camino en el arroyo;  
Mas la reina de Sabá  
Luego vió, llegando allí,  
El misterio que en tí está,  
Pues por el agua se va  
Por no pasar sobre tí.

La cual, visto este madero,  
Y alezada su excelencia,  
Por divina inteligencia,  
Adorándole primero,  
Le hizo gran reverencia;  
Y despues que visitó  
Al muy gran rey Salomón,  
De su tierra le escribió  
Deste misterio que vió  
Muy cumplida relacion.

Y que por los poderios  
Deste madero preciado  
Seria por su pecado  
El reino de los judios  
Destruído y asolado;  
Y con don de profecía  
Alumbrado su sentido,  
Dijo que en él se pondria  
Un hombre por quien seria  
Todo el mundo remediado.

Este rey y gran señor,  
Avisado deste hecho,  
Hallóse puesto en estrecho,  
Porque temor con amor  
Batallaban en su pecho;  
Y hizo luego buscar  
Este paio, y enterrólo  
En un honesto lugar,  
El misterio singular  
Guardando para sí solo.

Pero la virtud divina,  
Que ociosa estar no consiente,  
Hizo encima allí por fuente  
La probática picma,  
Salud del pueblo doliente;  
Y aunque soterrado estaba  
Do ninguno lo sabia,  
Sus maravillas obraba;

Que los enfermos sanaba  
Cuando el agua se movia.

Mas de ciento que llegaban  
Uno no mas iba sano,  
Porque aquel pueblo villano  
No sentia ni gustaba  
Este dulzor soberano;  
Que con su conocimiento  
No queda enfermo ninguno;  
Entonces con este unguento  
Uno sanaba de ciento,  
Y ahora ciento por uno.

Pues cuando el tiempo llegó  
De padecer Jesucristo,  
El arbol de Dios bienquisto  
Sobre el agua se salió,  
Y nuevamente fué visto;  
Y el que en el templo no fué  
Hábil para el edificio,  
Aquí le sobra la fe,  
Pues se ofrece para que  
Le manden hacer su oficio.

Pues andándose buscando  
Madero de que labralle  
Cruz para crucificalle,  
Hallaron este nadando,  
Hechizo para su talle;  
Y pareciéndoles tal  
Cual pedía su malicia,  
Labran del el principal  
Tronco de la cruz real,  
Ejecutor de justicia.

Que la cruz del Rey divino  
De cuatro maderos es:  
En oliva están los piés,  
El mástil de cedro fino,  
Y el título de aciprés;  
Los brazos de palma fueron,  
Do las manos se clavaron,  
Los que en la cruz entendieron,  
Cruz de gloria la hicieron,  
Cruz de pena la pensaron.

Piedad y paz notoria  
La oliva nos representa,  
En la cual sus piés asienta,  
Y la palma la victoria,  
Do sus brazos aposenta;  
Pompa del rey se figura  
Por el cedro do se arrima,  
Por el ciprés el altura  
De la divina natura,  
Que se levanta por cima.

Y según lo que se alcanza,  
Cuatro veces fué mostrada  
La Cruz bienaventurada  
En diversa semejanza  
Antes de santificada.  
A Set en ramo se da,  
Y en árbol á Salomon  
En el Libano, do está,  
Y á la reina de Sabá  
En palo hecho ponton.

En la laguna la miran  
En madero los judíos;  
Pero con sus desvarios,  
Aunque la sacan y tiran,  
No sienten sus señorios;  
Y aunque sin forma la vieron  
Cuantos ojos la miraron,  
Dichosos diré que fueron,  
Pues en la fuente bebieron  
Do tantos bienes manaron.

Pues ¿de cuánta diferencia  
Mi bienandanza sería,  
Cuán sin igual mi alegría,  
Cuán rica mi diligencia,  
Cuán gran ventura la mía?  
¿Quién como la reina Elena,  
Quién tan digna de memoria,  
Quién de tales gozos llena,

Quién tan extraña de pena,  
Quién tan vecina de gloria,

Si la Cruz ya consagrada  
En el divino sagrario,  
Hecha ya su relicario,  
Hoy fuese por mí hallada  
En este monte Calvario;  
Y saliese este gran don  
Por las mis manos á luz,  
Y que por esta razon  
Esta fuese la invencion  
Verdadera de la Cruz?

Y será, según confío,  
Hoy descubierta por mí;  
Que no dudo estar aquí,  
Porque el espíritu mio  
Me está diciendo que sí;  
Mas, porque el propio loor  
Parece desmesurado  
En la boca del autor,  
Será otro el relator  
De este hecho señalado.

#### PROSIGUE LA INVENCION DE LA CRUZ.

Imperando Constantino,  
Emperador justo y fiel,  
Levantóse contra él  
Majencio, varon malino  
Y tirano muy cruel;  
Y como fuese señor  
En maldades poderoso,  
Púsole tanto temor,  
Que este noble emperador  
Carecía de reposo.

Y aplazada la batalla  
Entre ellos muy temerosa,  
Constantino no reposa,  
Porque en su pecho la halla  
Muy terrible y peligrosa;  
No sabiendo qué hacer,  
Guerreaba en su sentido,  
Con miedo de se perder,  
El deseo de vencer  
Y el temor de ser vencido.

Y estando en esta agonia  
Congojado y con recelo,  
Alzó sus ojos al cielo  
A hora de mediodia  
Por buscar algun consuelo;  
Y cebó supitamente  
Su vista de novedad,  
Viendo á la parte de oriente  
Una cruz resplandeciente  
De extremada claridad;

Al rededor de la cual  
Muy claras letras habia,  
Cuya sentencia decia:  
«En esta sola señal  
Vencerás esta porfia.»  
El, no pudiendo hartarse,  
Después que la vió, de vella,  
Comenzó á maravillarse,  
Sin saber determinarse  
Qué figura fuese aquella.

Pero la noche venida,  
Constantino se acostó,  
No para dormirla, no,  
Sinó para dar salida  
Al nuevo caso que vió;  
Del cual estando ignorante,  
Admirado de lo visto,  
Aparecióle delante  
Con otra cruz semejante  
El redator Jesucristo;

Y dijo: «No tengas duda,  
Rey, en lo que visto has,  
Ni del trance temas mas,  
Porque yo seré en tu ayuda,  
Y con esta vencerás.

Arma con ella tu frente  
Para trabar la pelea,  
Y rompe seguramente  
Por Majencio y por su gente,  
Por mas que valiente sea.»

El dichoso Emperador,  
Quedando muy confiado,  
Muy seguro y esforzado  
Con el divino favor,  
Perdió temor y cuidado;  
Y mandó luego quitar  
De la bandera romana  
Su divisa militar,  
Y solamente pintar  
La de la Cruz soberana.

La cual puesta en su pendon,  
Y él llevando otra en la mano,  
Muy alegre y muy ufano  
Entró con gran corazon  
Contra el soberbio tirano;  
Y tal ventura le dió  
El que llevaba en el alma,  
Que sin sangre le venció,  
Y por su muerte ganó  
Rica corona de palma.

Pues quedando vencedor,  
Vuelto su temor en gloria,  
No perdió de su memoria  
La Cruz, por cuyo favor  
Hubo tan alta victoria;  
Y sabida la verdad  
Del misterio que hay en ella,  
Propuso en su voluntad  
De poner su autoridad  
Por buscalla y por habella.

Y tomando quien le muestre  
La fe, porque era pagano,  
Tomóse luego cristiano  
Por mano de san Silvestre,  
Gran pontífice romano;  
Y queriendo caminar  
A cumplir su romería,  
El tiempo no dió lugar,  
Mas procuró de enviar  
Persona cual convenia.

No se contenta ni ordena  
Que vaya rey ni señor;  
Mas que sea embajador  
Su madre la reina Elena;  
Que no halló otro mejor.  
Sin dilacion ni tardanza  
Por cartas le certifica  
Su ventura y buena andanza,  
Y que cumpla su esperanza  
Con humildad le suplica.

Ella, contemplando bien  
Milagro tan excelente,  
Partió luego incontinentemente  
La via de Hierusalem  
Con voluntad diligente;  
Caso que cuando llegó  
Con esta nueva el correo  
A Bitina, do partió,  
Inflamada la halló  
Deste divino deseo.

De cuyos amores presa,  
Encendida y alumbrada,  
Y del hijo suplicada,  
Emprendió tan alta empresa  
Con diligencia doblada.  
Y por gran señora que es,  
Camina tan sin pasion,  
Sin guardar año ni mes,  
Que un paso da con los piés  
Y mil con el corazon.

Con trabajo y diligencia  
Llegada donde desea,  
En mandar luego se emplea  
Que vengan en su presencia  
Los letrados de Judea;

Entre los cuales se llega  
Un sabio llamado Júdas,  
Que aunque á los príncipes niega  
Lo que la Reina le ruega,  
Al fin declara las dudas.

Este á los otros avisa :  
« Sabed que nos ha juntado  
La Reina por su mandado  
Para sacar la pesquisa  
De Cristo crucificado.  
Todos negad como yo ;  
Que la Cruz, tras que ella anda,  
En que Cristo padeció,  
Yo sé dó está ; pero no  
Conseguiré su demanda. »

Ante la Reina venidos,  
Por ella son preguntados,  
La primera vez rogados,  
La segunda requeridos,  
La tercera amenazados,  
Que digan sin dilatar  
Si oyeron, saben ó han visto  
Lo que ella viene á buscar,  
Y le muestren el lugar  
Do padeció Jesucristo.

Todos responden callando,  
Por mostrar que no sabían ;  
Mas, con miedo que tenían,  
Están entre sí dudando  
Si se lo descubrirían.  
No dan respuesta ninguna,  
Porque en su boca no cabe ;  
Mas ella siendo importuna,  
Todos responden á una  
Que solo Júdas lo sabe.

El cual, por ella rogado,  
Dijo : « Señora, no sé  
Yo nada de eso, porque  
Lo que nos has preguntado  
Há muy gran tiempo que fué.  
Y estando yo por nacer  
En ese tiempo y sazón,  
Mal testigo puedo ser  
De lo que no vi hacer,  
Ni darte de ello razón. »

Ella, visto que á su zogo  
Tan contrario le hallaba,  
De mausa tornada brava,  
Mandó echar en un pozo  
Seco y hondo que allí estaba ;  
Y mandó que no le diese  
De comer hombre ninguno,  
Porque de hambre muriese,  
O que la verdad confiese  
Con la fuerza del ayuno.

El, no pudiendo sufrir  
Tan dura carcelería,  
Dió voces al sexto día,  
Que le saquen á decir  
Lo que cubierto tenía.  
Pero ya cuando salió  
Hombre nuevo y bien hecho,  
Muy otro de que allá entró,  
Porque dentro le inspiró  
Dios la verdad en su pecho.

Este Júdas fué despues  
Obispo muy señalado,  
San Quiriaco llamado,  
De Cristo gran feligrés,  
Y por él martirizado.  
De cuyo convertimiento  
Quedó, según parecía,  
El diablo mal contento,  
Que volando por el viento,  
Daba voces y decía :

« ¡ Oh Júdas falso, traidor,  
Enemigo de tu nombre,  
Digno de que de ti me asombre,  
Pues partes de tu favor  
A mi Júdas, tan gran hombre.

Confiesas al que él negó,  
Y la cruz en que fué muerto,  
Comprar hoy al que él vendió ;  
La muerte que él encubrió,  
Tú, cruel, la has descubierta ! »

Sabida pues la verdad  
Por la Reina generosa,  
Y muy alegre y muy gozosa,  
Salió con solemnidad  
A buscar la Cruz preciosa ;  
Y despues de haber llegado  
Al lugar de la justicia,  
Mostró Júdas el collado  
Donde fué crucificado  
El Justo por la malicia.

Mas no hallando dó fué puesta  
La Cruz del Rey soberano,  
Porque hizo allí Adriano  
A Venus la deshonesta  
Un muy gran templo profano,  
A fin que cuando llegaban  
Cristianos en romería,  
Pareciese que adoraban,  
No lo que ellos deseaban,  
Mas la imágen que se vía,

Mandó la Reina, celosa  
De Dios y de su servicio,  
Derribar este edificio  
Y la imágen de la diosa,  
Tienda publica de vicio ;  
Y mandó que se quemase  
Lo que de madera fuese,  
Y la piedra se apartase.  
Y que la tierra se arase,  
Porque todo pereciese.

Hincados pues los hijos,  
Júdas, el santo varón,  
Con muy limpia devocion  
Puestos en tierra los ojos  
Y en el cielo el corazón,  
Muy conrito y humillado,  
A Dios demandó con lloro  
Que le fuese revelado  
El lugar do está enterrado  
Aquel divino tesoro.

Y levantado de allí  
Con la merced que pedía,  
Dijo con gran osadía :  
« Caven, caven por aquí  
Sin temor ni cobardía. »  
No bien dichas ni formadas  
Estas palabras serían,  
Cuando están aparejadas  
Tantas espuertas y azadas,  
Que en el campo no cabían.

La Reina santa y bendita,  
Llena de gozos ufanos,  
Rodeada de cristianos,  
Los peones solicita,  
Que no se daban á manos.  
¡ Oh venturosos peones,  
Que tan santo suelo cavan ;  
Dichosos los azadones,  
Las espuertas y serones  
Que de tal tierra gozaban !

Entre los hombres al sol  
Andaba con alegría,  
Dando priesa todavía ;  
El polvo le es alcohol  
Y las piedras pedrería ;  
Y aunque es larga la labor,  
No le estorba la tardanza,  
Porque la fuerza de amor  
Pone esfuerzo al amador  
Cuando va tras la esperanza.

Ya de cansados y lasos  
Los peones desfallecen,  
Cuando tres cruces se ofrecen  
A cabo de veinte pasos,  
Que juntas les aparecen ;

Las cuales con diligencia  
Sacadas muy limpiamente,  
Sacadas con reverencia  
Fueron puestas en presencia  
De la Reina y de la gente.

Y puestas así á la par,  
Una gran duda causaban,  
Porque cuantos allí estaban  
No saben determinar  
Qual era la que buscaban ;  
Caso que cuando las vió  
Esta señora de estina,  
Y la de Cristo miró,  
Dicen que la conoció  
Por el título de encima.

Mas, por mas certificarse,  
Y salir de diferencia,  
Hicieron una experiencia,  
En que pudo bien mostrarse  
Su ventaja y excelencia.  
Un cuerpo muerto trajeron,  
Que de las audas tomaron,  
Encima del cual pusieron  
Una cruz, la que quisieron,  
De aquellas tres que sacaron.

El cuerpo se quedó entero  
Sin hacer nueva mudanza,  
Porque no llega ni alcanza  
La virtud de aquel madero  
Para mas larga probanza.  
Y quitando la primera,  
La segunda ponen luego ;  
Mas el cuerpo no se altera,  
Quedando muerto cual era  
Y en aquel mismo sosiego.

La tercera cruz se pone,  
La segunda removida ;  
La cual del muerto sentida,  
Al instante se dispone  
A recibir nueva vida ;  
Y sin que le dén la mano,  
Por si se levanta en pié,  
Mas alegre y mas lozano,  
Mas hermoso, recio y sano  
Que jamás nunca lo fué.

¡ Oh venturosa mujer,  
Reina Elena, emperadora !  
¿ Qué sentis, decid, ¿ Señora ?  
¿ Adónde llega el placer  
De que gozais esta hora ?  
Especial que en aquel punto,  
Por mas os certificar,  
Prueban la Cruz allí junto  
Encima de otro difunto  
Que llevaban á enterrar ;

El cual, fuerza virtud tanta  
Sobre su cuerpo sintiendo,  
Con vida muerta venciendo,  
Ante todos se levanta  
Vivo, alegre y riendo.  
Santa Elena ¿ qué hará  
Viendo tales maravillas ?  
A mi parecer dirá,  
Con el pueblo que allí está,  
Por el suelo las rodillas :

« ¡ Oh Cruz de mi Redentor,  
Que sin mostrar emharazos,  
Abrazaste con tus brazos  
El cuerpo de tal Señor,  
Rompió y hecho pedazos !  
¡ Tú, que mereciste ser  
Escanado de ser arrimase,  
Y serviste de doser,  
Y te supiste hacer  
Cama donde se acostase !

» Hazme que de compasion  
Se crucifique este día  
La cruel ánima mia,  
Porque sienta la pasión  
Del que tal la recibía ;

Y la crueldad esquiva  
De sus penas tan extrañas  
En mi corazon se escriba,  
Y quede con sangre viva  
Imprimida en mis entrañas.

»Toda memoria y cuidado  
Huya de mi pensamiento,  
Sino solo aquel tormento  
De Cristo crucificado,  
Llagado, muerto, sangriento.  
Nunca plega á Dios ni quiera  
Que yo en nada tome gloria  
Sino en la Cruz de madera,  
Que sirviendo de bandera,  
Me dió parte en la vitoria.»

Habiendo ganado así  
La Reina tan alto prez,  
Congojada está otra vez  
Porque le faltan allí  
Los clavos deste jaez;  
Pero fué Júdas corriendo

Adonde la Cruz hallaron,  
Y á Dios oracion haciendo,  
Viólos estar reluciendo  
So la tierra do quedaron.

Y despues que los adora,  
A la Reina los presenta,  
La cual del todo contenta  
Se halla en verse señora  
De quien por sierva se cuenta.  
Así que, la Cruz sagrada,  
Tantos tiempos escondida,  
En el desta fué hallada,  
Y en tan buen punto ganada,  
Que nunca será perdida.

En manos está de quien  
No la comerá carconia,  
Que la mitad della toma  
Para sí á Hierusalem  
Y la mitad para Roma;  
Do por la Reina traída,  
No se maltrata ni quiebra,

Y por su santa venida  
La Iglesia fiesta cumplida  
A tres de mayo celebra.

**Final.**

Lo que esta mi trova reza  
No fué, Señora, excusado,  
Pues sirve de haber mostrado  
A dó llega mi simpleza.  
Ya no dejará de ser  
Invencion de alguna cosa,  
Pues os será nueva glosa  
De mi poquito saber.

Y pues ambos lo pecamos,  
Porque la mengua excusemos,  
Será bien que lo rasguemos  
Antes que lo descubramos.  
Vuesamerced no le duela  
Darle un tajo y un revés,  
Pero mas seguro es  
Arrimarle una candela.

---

# POESIAS

DE

# FERNANDO DE HERRERA.

---

## JUICIOS CRITICOS.

---

### DEL MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.

(*Prólogo á las Obras de Garcilaso, con notas de HERRERA.*)

Si en nuestra edad ha habido excelentes poetas, tanto que puedan ser comparados con los antiguos, uno de los mejores es Garcilaso, cuya lengua sin duda escogerán las musas todas las veces que hubieren de hablar castellano. A nadie de los que con mas ardor han acometido esta empresa me parece haré agravio si despues de Garcilaso pusiere á FERNANDO DE HERRERA, pues si su modestia no lo rehusara, no sé si debiamos dalle el primero... Es suya propia la elocuencia de nuestra lengua, en la cual se aventaja tanto, ó bien escriba prosa ó bien verso, que si la pertinacia de tan loables trabajos no le estraga antes de tiempo la salud, tendrá España quien pueda poner en competencia de los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa. Pudo la aficion deste generoso espíritu, alentada solamente con el premio de la virtud, romper por tan grandes dificultades, y con la perseverancia de tan honestos ejercicios adquirir los tesoros de la verdadera elocuencia; los cuales con hidalga franqueza de ánimo ha querido comunicar á su patria, enriqueciendo con ellos la pobreza del lenguaje comun. Primeramente ha reducido á concordia las voces de nuestra pronunciacion con las figuras de las letras, que hasta ahora andaban desacordadas, inventando una manera de escribir mas fácil y cierta que las usadas. Despues, porque la forma de nuestra plática no desagradase á los curiosos por su simplicidad y llaneza, la compuso con ropas tan variadas y tan lucidas, que ya la desconocen, de vistosa y galana. Al fin, viendo que nuestros razonamientos ordinariamente discurrían sin armonía, nos enseñó con su ejemplo cómo sin hacer violencia á las palabras las torciésemos blandamente á la suavidad de los números.

---

### DE DON ALONSO DE ERCILLA.

(*Aprobacion de las Obras de HERRERA, en 1582.*)

Yo he visto este libro de sonetos y canciones en buen lenguaje y verso justo; tócanse en ellas cosas y fábulas de mucho gusto para los aficionados á la poesía, en las cuales muestra HERNANDO DE HERRERA su buen ingenio y gentil espíritu, y no hallo en ellas cosa por donde no se puedan imprimir.

---

## DE LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

(En carta á un señor de estos reinos sobre la nueva poesia.)

Nunca se me aparta de los ojos FERNANDO DE HERRERA, por tantas causas divino; sus sonetos y canciones son el mas verdadero arte de poesia. Quien quisiere saber su verdad imitele; que de Garcilaso no pienso hablar palabra, pues han llegado algunos á tanta libertad, que llaman poetas mecánicos á los que le imitan; cosa tan lastimosa, que por locura declarada carece de respuesta.

## DE FRANCISCO DE RIOJA.

(En la dedicatoria de las Poesías de HERRERA al conde-duque de Olivares.)

Los versos que hizo en la lengua castellana son cultos, llenos de luces y colores poéticos; tienen nervios y fuerza, y esto no sin venustidad y hermosura. Ni carecen de afectos, como dicen algunos; antes tienen muchos y generosos, sino que se esconden y pierden á la vista entre los ornatos poéticos; cosa que sucede á los que levantan el estilo de la humildad ordinaria. Los sentimientos del ánimo afectuosos, cuanto mas delgados y sutiles, se deben tratar con palabras mas sencillas y propias, solo porque se descubran á los ojos y hieran el ánimo con su viveza; en fin, ellos se han de ofrecer, no se han de buscar entre las palabras. Quien vistiese un cuerpo muy apuesto y gentil, ó sea en el arte ó en la naturaleza, con demasiado ornato, no haria otra cosa que oscurecer y ocultar la hermosura de sus partes... De manera que las cosas, cuanto mayores, menos se han de ocultar con los modos y figuras. La grandeza se debe reservar solamente para lo humilde, porque tenga vida y se levante á la estimacion... Con esto he dicho á vuestra señoría la causa de que los versos de FERNANDO DE HERRERA no parezcan á los ojos de muchos afectuosos, que es no verse los afectos tan desnudos como en Ausias March y en Boscán; pero algo se debe conceder á quien ilustró tanto y engrandeció las musas castellanas; que verdaderamente fué el primero que dió á nuestros números en el lenguaje arte y grandeza. Tambien hay quien diga que no se ven en sus escritos imitaciones de los antiguos; y esto, á la verdad, no merece respuesta, porque quien tuviere alguna leccion siempre se encontrará en sus obras con lugares ó traducidos ó imitados... Esparció en sus versos algunas palabras antiguas, ó por el sonido ó por la significacion, ó por dar artificiosamente antigüedad á la oracion; cosa que hicieron los ilustres poetas y escritores de no vulgar saber en las letras. Tambien redujo otras voces á su entereza, que la licencia ó la ignorancia popular habia cortado y disminuido. Fué diligentísimo en los números, cuidando siempre con arte que ayudasen á significar las cosas que trataban... Ninguna cosa hay en este autor que no sea cuidado y estudio, aun en la trasposicion de las palabras, de que usa tal vez, siendo así que se oscurece la oracion; pero lo que fuera culpable no habiendo causa para hacerlo, cuando se hace con ella es dino de toda admiracion... Nada de lo que escribió deja de ser muy lleno de arte; pero nunca la ejecutó con tan poca prudencia, que no la ocultase con destreza. En las canciones es comparable á todos los mayores poetas de España y de Italia; en las elegías á cuantos las han escrito.

## DE DON JOSÉ LUIS VELAZQUEZ.

(Orígenes de la Poesía Castellana.)

FERNANDO DE HERRERA mereció por este tiempo el renombre de *divino*, y no se puede negar que tenia espíritu y fuerzas en el decir, aunque el demasiado esmero que puso en limar sus versos los hace algo desagradables á los que aman la armonía y suavidad de la rima.



## DE DON JOSÉ MARCHENA.

*(En el prólogo á sus Lecciones de filosofía moral.)*

Los mayores poetas españoles parafraseaban los salmos hebreos, los valientes pensamientos y las osadas imágenes de Job, los encendidos suspiros de la enamorada Esposa de los Cantares. Revestíase el sublime HERRERA de todo el estro de Moisés cuando, habiendo á la cabeza de sus israelitas atravesado á pié enjuto el mar Rojo, ve el brazo de Jehová, que para el tránsito de su pueblo escogido las contenía, despeñar las olas sobre las olas, y sepultar en los abismos de la mar las cuatregas de Faraon y sus peones y sus jinetes, para entonar el canto de loor de la victoria de Lepanto; resonaba su lira lamentando la temprana muerte del rey don Sebastian, los pendones de Lusitania arrollados y derribados, sus legiones desbaratadas, derrocado y desmoronado su antiguo poderio, con son no menos doliente que el del arpa que acompañaba los lamentos de Judá, que sentado triste á las orillas del rio de Babilonia, recuerda las caras ondas del patrio Jordan, huérfano de sus hijos, el templo de Jehová yermo de víctimas, de pueblo y de sacerdotes, el alcázar de Sion sin guardas, Jerusalem viuda de sus moradores... Un estudio profundo de la lengua castellana y de los poetas españoles sus coetáneos y que le habian precedido, una severa crítica, un oído sobremanera versado en la armonía y el ritmo poético, distinguen especialmente á HERRERA, á quien apellidó su siglo con el dictado de divino, á que le hacen acreedor sus cantos líricos, puesto que el petrarquismo que en sus inacabables elegías domina infunde miedo al mas osado lector. A las dos composiciones maestras que ya de él hemos citado se ha de agregar la oda á don Juan de Austria despues de la batalla de Lepanto (1), en que introduce á Apolo celebrando el impávido esfuerzo de Marte en la rota de los gigantes, pronosticando, empero, que ha de venir día en que las hazañas del vencedor de Lepanto oscurezcan y eclipsen las del númen de la guerra. Su cancion al sueño respira la molicie tanto como la otra el ardor marcial; y con tal tino ha manejado el idioma, con maestría tal están las silabas encadenadas, que en la primera retratan sus fuertes sonidos el estrépito de las armas, el ronco estruendo de las trompas bélicas, y en la última la dulzura del sueño, el blando sosiego del mundo, de su beleño toado, el silencioso y suave vuelo de sus perezosas alas.

## AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON FERNANDO ENRIQUEZ DE RIBERA, MARQUES DE TARIFA.

*(Dedicatoria que puso HERRERA en la edicion primitiva de sus poesias.)*

Bien conozco que no ha sido mucho acertamiento haber prometido á vuestra señoría ilustrísima hacedle servicio en publicar estos versos, poco merecedores de la estimacion que les da vuestra señoría; y así, temo grandemente perder en la opinion de todos el crédito de recatado y escrupuloso en este estudio, que es lo último que me pedía quedar en consuelo, ya que me hallaba falto en las demás cosas; y por esto quisiera no haber ofrecido tan liberalmente lo que descubrirá la oscuridad y rudeza de mi ingenio. Mas tengo tanto respeto á la satisfaccion que mostró tener vuestra señoría cuando me hizo merced de ampararlos con su nombre, que quiero antes aventurarme al juicio, no solo de los hombres que saben, pero de los inorantes, que retraerme de mi propósito, cuanto mas que tiene fuerza de imperio el ruego de los príncipes, y no podía yo rehusar de obedecer á vuestra señoría sin caer en culpa. Suplico pues á vuestra señoría ilustrísima que los favorezca de la suerte que suele hacerme merced; que si por ventura merecieren ser vistos y acogidos de algunos, deberán eso á vuestra señoría, aunque no lo espero de su poco merecimiento.—Ilustrísimo Señor.—Besa las manos á vuestra señoría ilustrísima su servidor,

FERNANDO DE HERRERA.

(1) No es despues de la batalla de Lepanto, como dice Marchena, sino despues de la reduccion de los moriscos de las Alpujarras á la obediencia de Felipe II.

## PREFACION DE FERNANDO DE HERRERA A SUS VERSOS.

*(Edicion de Pacheco.)*

Bien quisiera, ya que me dispongo tan tarde á publicar estos juegos de la juventud, que fueran tales, que me librarian en parte de la culpa que suelen dar los hombres cuerdos á los que embarazan lo mejor de su vida en semejante ocupacion. Pero, ya que estoy obligado á este riesgo, si en ellos no descubriese algun rastro de la perfeccion y exeelencia que se halla en las obras de los buenos escritores, no ha sido falta de diligencia y cuidado, sino infelicidad de mi genio, que el conocerla me ha retirado muchas veces de la publicacion de estos versos; mas el deseo de agradar á quien, satisfecho dellos, piensa que merecen salir á luz, me obliga á que me sujete á la pena de este atrevimiento. Y si he de decir verdad, no ha tenido pequeña parte en mi determinacion el amor, que es tan natural en todos los que escriben, de querer ver sus obras en alguna estimacion y cuenta. Conozco de mí que no merezco esperar memoria en la edad venidera; que fuera demasiada soberbia esperarle; pero, si por estudio y trabajo y por admiracion de los antiguos se debe alguna, bien podia merecerla. Lo que ha sido en mí he hecho por acercarme á la perfeccion con la imitacion de los mejores; lo demás lo juzgará el tiempo, cierto y desapasionado censor de estas cosas, que euando son tan pequeñas como las que yo ofrezco, es simpleza querer engrandecerlas con el aparato de luengas prefaciones.

---

# POESÍAS

DE

## FERNANDO DE HERRERA.

### LIBRO PRIMERO.

#### COMPOSICIONES VARIAS.

##### SONETO PRIMERO.

Sufro llorando, en vano error perdido,  
El miedo y el dolor de mi cuidado,  
Sin esperanza, ajeno y entregado  
Al imperio tirano del sentido.  
Mueve la voz amor de mi gemido,  
Y esfuerza el triste corazón cansado,  
Porque siendo en mis cartas celebrado,  
Del se aproveche nunca el ciego olvido.  
Quien sabe y ve el rigor de su tormento,  
Si alcanza sus hazañas en mi llanto,  
Muestre alegre semblante á mi memoria.  
Quien no, huya, y no escuche mi lamento;  
Que para libres almas no es el canto  
De quien sus daños cuenta por vitoria.

##### II.

Luz en cuyo esplendor el alto coro  
Con vibrante fulgor está apurado,  
De dulces rayos bello ardor sagrado,  
Do enriqueció Eufrosina su tesoro;  
Ondoso cerco que purpura el oro,  
De esmeraldas y perlas esmaltado  
Y en sortijas lucientes encrespado,  
A quien me inclino humilde, alegre adoro;  
Cuello apuesto, serena y blanca frente,  
Gloria de amor, gentil semblante y mano,  
Que desmaya la rosa y nieve pura,  
Es esta por quien fuero al mal presente  
Que prueba su furor, y siempre en vano  
Aventajar intento mi ventura.

##### III.

Pues de este luengo mal penando muero,  
Sin que remedio alguno estorbe el daño,  
Amor me dé, en consuelo de mi engaño,  
Falso placer ajeno, aunque postrero;  
Que mi dolor anime el duro acero,  
Y en blanda saña el tibio desengaño,  
Y el desden manso, en cuya ausencia engañó  
Mi perdición, y en vano el bien espero;  
Para que de mi muerte la memoria,  
Y en voluntad ingrata mi firmeza  
Haga á la edad siguiente insigne historia,  
Que de mis esperanzas y riqueza  
Fincarán (; corto premio á tanta gloria!)  
Deseos acabados en tristeza,

P. XVI-I,

##### IV.

¡Oh, fuera yo el olimpo, que con vuelo  
De eterna luz girando resplandeece  
Cuando mengua Timbreo y Cintia crece  
En el medroso horror del negro velo!  
En lo mejor del noble hesperio suelo,  
Que cerca y baña el Bétis, y enriquece,  
Viera la alma belleza que florece  
Y esparce lumbre y puro ardor del cielo;  
Y en su candor clarísimo eucendido,  
Volviera todo en flama, como espira  
En fuego cuanto asciende al alta etra.  
Tal vigor en sus rayos escondido  
Yace, que si con fuerza alguno mira  
En ella, con mas fuerza en él penetra.

##### V.

Amor, que me vió libre y no ofendido,  
Torció, de mil despojos ricos llena,  
En lazos de oro y perlas la cadena,  
Y en nieve escondió y púrpura, atrevido.  
Con la flor de las luces yo perdido,  
Llegué y apresuré mi eterna pena;  
Tiembra el pecho tiel y me condena;  
Huyo, doy en la red, caigo rendido (1).  
La culpa de mis daños no merezco,  
Que fué el nudo hermoso, y de mi grado  
No una vez le entregara la vitoria.  
Cuanto sufro en mis cuitas y palidezco  
Hallo en bien de mis yerros engañado,  
Y del engaño salgo á mayor gloria.

##### VI.

Con el puro sereno en campo abierto  
Vuela mi alado carro, y fresco llega  
El viento arando el golfo; la paz niega  
Cielo airado, aire adverso, flujo incierto.  
Desampara huyendo el mar desierto;  
Mas el miedo y horror lo allige y ciega;  
Noto cruel, que su furor despliega,  
Las velas rompe, impide entrar el puerto.  
Cuando rie una luz en occidente  
Que alegra el orbe etéreo, y desfallece  
El soplo austrino y cesa el ponto oscuro,  
La prora vuelvo, y léjos tardamente  
La tierra sola en puntas aparece,  
Y nunca al puerto arribo que procuro.

(1) Así Fernandez; Pacheco pone *cayo*.

## VII.

Vuela y cerea la lumbre y no reposa,  
Y huye y vuelve, á su beldad rendida,  
Figura simple suya, y encendida,  
Siente que fué á su muerte presurosa;  
Mas yo, alegre en mi luz maravillosa,  
A consagrar osando voy mi vida,  
Que espera, de su bello ardor vencida,  
O perderse ó cobrarse venturosa.  
Amor, que en mi engrandece su memoria,  
Entibia mi esperanza en lento engaño,  
Y en llama ingrata ufano me consumo.  
Cuidé (; tal fué mi mal!) ganar la gloria  
Del bien que vi, y al fin halló en mi daño  
Que solo de mi incendio resta el humo.

## VIII.

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena  
Con tierno ardor, en quien amor airado  
Me enciende el corazon, y en un cuidado  
Duro y terrible siempre me enajena?  
El oro que al Gange indo en su ancha vena  
Luciente orna, y en hebras dilatado,  
Con luego cerco y terso ensortijado,  
Gentil corona en blanca frente ordena.  
¡Oh vos, que al sol vencido, prestais fuego,  
En quien mi pensamiento no medroso  
Las alas metió libre, y perdió el vuelo!  
Lazos que me estrechais, mi pecho ciego  
Abrasad, porque en prez del mal penoso  
Segura mi fe rinda su recelo.

## ELEGÍA PRIMERA.

## Esperanza enamorada.

Un divino esplendor de la belleza,  
Pasando dulcemente por mis ojos,  
Mi afan cuidadoso causa, y mi tristeza.  
Peno, pero el valor de mis enojos  
Agradezco á mi llama, por quien amo  
Dolor que da á mi estrella mis despojos.  
Nuevo amador, en nuevo ardor me inflamo  
Y me renuevo en su vigor, y espero  
Aquel bien que suspiro ausente y llamo.  
Primero es este mal. será postrero;  
Que no podrá sufrir el tierno pecho  
O mayor otro fuego ó menos fiero.  
Si amor do el hielo en el rifeo lecho  
Cobra rigor eterno me llevara,  
Se viera de mi incendio al fin deshecho.  
Cuido que el frio ponto no engrandera  
Veneno mas terrible que su vista,  
Ni que mas algun rayo penetrara.  
Mas ¿ qué fuera si acaso y cerea vista  
Tal vez de mí, y gozara yo rendido  
El precio de abrasarme en tal conquista?  
Cuantas flechas desarma en mi herido  
Corazon el tirano, tanta gloria  
Atiendo, de mis males ofendido.  
No me dará el cruel por mas vitoria  
Que las cuitas me acaben que padezco,  
Negando tanta estima á mi memoria.  
Bien sé que con mi pena no merezco  
Honrarme, y el sentido devanea  
Osado en la pasion á que me ofrezco.  
Dióme el nupio sus ojos, con que vea  
Mi sola perdicion; mas mi ventura  
Esta mi perdicion por bien desea.  
El valor, la grandeza y hermosura  
Me esfuerzan al peligro, y me sustentan  
En medio del dolor mi lumbre pura.  
El áspero trabajo que me afrenta,  
En descanso se vuelve; y si la miro,  
El daño mas molesto me contenta.  
Si sale de su pecho algun suspiro,  
Quedo ingrato á mis males, y deseo  
Y debo la razon por que suspiro.  
Corto en la mucha gloria que posco,  
Por mi excelso y felice pensamiento  
Hallo el humano nombre al bien que veo;

Y mas temo en la envidia del tormento  
El que me excusa y roba este inhumano  
Que cuanto mal me causa y cuanto sientó.  
No toca el puro fuego soberano  
A quien no muere amando, á quien perdido  
No se deja llevar de ajena mano.  
Dichoso yo, que aventuré atrevido  
La amada libertad en que vivía,  
Y me gané, venciendo, de vencido.  
Lánceme el caso vario donde enfria  
Arturo y la desnuda tierra en cielo  
Nevoso hiela, ó Febo do portía.  
De Africa el seco rostro con el vuelo  
Abrasad, y feroz con hacha ardiente  
Recocer y teñir de oscuro velo;  
Que en la impresion, ó rígida ó caliente,  
Alestará mi pecho desmayado  
Con suave beldad mi luz presente.  
Quien el deleite sabe regalado  
Del triste, y el placer que encubre y tiene  
El tierno corazon en su cuidado,  
Solo puede entender cuán bien me aviene  
En mi dulce pesar, y la holganza  
Que en mi pena á mi espíritu proviene.  
No puedo de mi afan hacer mudanza;  
Que amor no me consiente que descause  
Del dolor que sostiene mi esperanza,  
Antes quiere que en él muriendo canse.

## SONETO IX.

Pues de mi bello sol el rayo ardiente  
Mi débil vista ofende en claro día,  
Y tarde la suave llama envía  
Al pecho, que su aliento apenas siente,  
Vea yo en blanca luna su fulgente  
Esplendor, que dé fuerza al alma mía,  
No por mi daño incierta siempre y fría,  
Mas con florida luz y ardor presente.  
Que la celeste hacha será oscura,  
Y la nocturna sombra luminosa,  
Y podrá gloriarse en mis despojos;  
Y sin cobrar temor á mi ventura,  
Veré (; oh gran bien!) mi Delia piadosa  
Volver, cual á Endimion, los tiernos ojos.

## X.

Lento y pesado olvido, que del daño  
Eres que mas me aqueja, mayor parte,  
Si á mi memoria ocupas esta parte  
Que siempre me recuerda el desengaño,  
Y ajeno del amor y de su engaño  
Respiro, y mi dolor de mí se parte,  
Prometo agradecido celebrarte  
En la mesma sazón del día y año,  
De suerte que á tu nombre igual no sea  
Nemosisa, y se humille el claro asiento,  
Y á la umbrosa region rinda tu gloria;  
Si no, desierto olvido yo te vea  
Padeecer, olvidado con tormento,  
Y eterna de tus males la memoria.

## XI.

Bellas flechas del alma, ardiente llama,  
Do afina y avalora sus despojos,  
Lazos purpúreos, lúcidos manojos,  
En cuyo cerco amor mi espíritu inflama,  
Volved la luz serena á quien vos llama,  
Crespas hebras floridas, dulces ojos;  
Que los nudos bien sienten y los abrojos  
Quien pena y su mal sufre y por vos ama.  
En solo un corazon tentad el fuego  
Y el arco que, aunque solo, su firmeza  
El precio del mayor amante encierra;  
Que gastará la aljaba el niño ciego,  
Y los rayos que enciende esa belleza,  
Primero que desmaye en tanta guerra.

## XII.

Yacia sin memoria entorpecido  
Con fria sangre el corazon helado;  
Amor hizo que escriba en mi cuidado  
Cosas que me enajenen del olvido.

Vi una luz bella, en ella vi encendido  
Que el rigor corrió en llamas desatado,  
Y todo en ardor vivo transformado,  
Espero ver el tiempo al fin vencido.  
Levanto ya el cuidado y pensamiento;  
Quieren amor y honor que ensalce el vuelo  
De mas noble osadla que Perseo.  
Trabajo dulce, amado sufrimiento,  
Que sin pavor podeis llevarme al cielo,  
Acompañad eternos mi deseo.

## XIII.

## A la derrota del duque de Sajonia por Carlos V.

Do el suelo hórrido el Albis frío baña  
Al sajon, que oprimió con muerta gente  
Y rebosó espumoso su corriente  
En la esparcida sangre de Alemaña;  
Al celo del excelso rey de España,  
Al seguro consejo y pecho ardiente,  
Inclina el duro orgullo de su frente,  
Medroso, y su pujanza, á tal bazaña.  
La desleal cerviz cayó, que pudo  
Sus ondas con semblante sobrar fiero  
Y sus bosques romper con osadla.  
Marte vió, y dijo, y sacudió el escudo:  
«¡Oh gran Emperador, gran caballero!  
¡Cuánto debo á tu esfuerzo en este día!»

## XIV.

La púrpura en la nieve desteñida,  
El dulce ardor con tibia luz perdía,  
Y en los cercos y oro parecia  
Vénus desfallecer con voz vencida.  
La enemiga cruel de humana vida  
Su niebla alegremente esclarecia,  
Y mi alma el fin último traía  
En vuestros graves ojos ascondida.  
Mas aspirando amor suave y tierno  
En el hielo y las rosas, la vitoria  
Portió y consiguió en dichosa suerte.  
Centelló en vuestra faz su fuego eterno,  
Y á la belleza ufano dió la gloria  
Que en vida volvió leda la impia muerte.

## XV.

Corta alegría, inútil vanagloria,  
Deseos en ingrato afan perdidos,  
Suspiros tarde en mi dolor crecidos,  
Despojos que aborrezco, de impia historia,  
Para amargo temor de la memoria  
Vos hallais en mi daño reducidos;  
Mas, despues de mis males pretendidos,  
Mal podeis pretender mayor vitoria.  
Conozco al fin y siento bien mi engaño,  
Que el dardo que en mi pecho temblar veo  
Mostró liera experiencia de mi afrenta.  
Dejadme, pues hui, mi desengaño;  
Que ni vuestra promesa ya deseo,  
Ni el bien de vuestra pena me contenta.

## XVI.

Veo el ajeno bien, veo el contento  
Que ofrece blando amor al pobre estado;  
Y como al fin doliente, congojado,  
Busco un liviano engaño á mi tormento.  
Aparto de la pena el pensamiento,  
Y espero, osadamente aventurado,  
Nueva gloria en la fuerza del cuidado,  
Y doy valor seguro al sufrimiento.  
Surte incierto mil veces mi deseo,  
La presa desaparece por quien muero,  
Y se remonta con desden perdido.  
Temo ser otro insano Salmoeco,  
Que fingió el no imitable rayo fiero,  
Y fué con rayo abrasador herido.

## XVII.

Las hebras que cogia en lazos de oro  
Con arte vuestra blanca y tierna mano,  
Miraba, y el semblante altivo y llano  
Y la florida luz que amando adoro.  
Creia en vos del sacro excelso coro  
Que el esplendor se unia soberano;  
Porque en sombra, aunque bella, y traje humano  
No vió tal bien el orbe y tal tesoro.  
Cuando rompiste leda el dulce espanto,  
Que de vos parte ausente y solo apena,  
Preguntando: «¿Qué fuerza me arrebató?»  
Yo, que temo partirme, suelto en llanto,  
Digo: «Pienso que á muerte me condena  
Del cruel vuestro amor la saña ingrata.»

## CANCION PRIMERA:

## Alsueño.

Suave sueño, tú, que en tardo vuelo  
Las alas perezosas blandamente  
Bates, de adormideras coronado,  
Por el puro, adormido y vago cielo,  
Vén á la última parte de occidente,  
Y de licor sagrado  
Baña mis ojos tristes; que cansado  
Y rendido al furor de mi tormento,  
No admito algun sosiego,  
Y el dolor desconhorta al sufrimiento.  
Vén á mi humilde ruego,  
Vén á mi ruego humilde; ¡oh amor de aquella  
Que Juno te ofreció, tu niña bella!  
Divino sueño, gloria de mortales,  
Regalo dulce al misero afligido;  
Sueño amoroso, vén á quien espera  
Cesar del ejercicio de sus males,  
Y al descanso volver todo el sentido.  
¿Cómo sufres que muera  
Léjos de tu poder quien tuyo era?  
¿No es dureza olvidar un solo pecho  
En veladora pena,  
Que sin gozar del bien que al mundo has hecho,  
De tu vigor se ajena?  
Vén, sueño alegre, sueño, vén, dichoso;  
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.  
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza;  
Baja y esparce líquido el rocío,  
Huya la alba, que en torno resplandece;  
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,  
Y cuánta fuerza tiene el pesar mio,  
Y mi frente humedece;  
Que ya de fuegos juntos el sol crece.  
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas  
Alas suenen ahora,  
Y huya con sus alas presurosas  
La desabrida aurora;  
Y lo que en mi faltó la noche fria  
Termine la cercana luz del día.  
Una corona; ¡oh sueño! de tus flores  
Ofrezco; tú produce el blando efeto  
En los desiertos cercos de mis ojos;  
Que el aire, entretejido con olores,  
Halaga y ledo mueve en dulce afeto;  
Y de estos mis enojos  
Destierra, manso sueño, los despojos.  
Vén pues, amado sueño, vén, liviano;  
Que del rico oriente  
Despunta el tierno Febo el rayo cano.  
Vén ya, sueño clemente,  
Y acabará el dolor; así te vea  
En brazos de tu cara Pasitea.

## SONETO XVIII.

En este que prosigo, espacio inclerto,  
Armado con los riscos y espantoso,  
Descubro estrecho paso y afanoso,  
Dudosa salud siempre y daño cierto.  
Huyendo entre las peñas el desierto,  
Dilato el rastro del dolor penoso;  
Resuena áspero el viento, y el hermoso  
Cielo yace en tinieblas encubierto.

Ya corro despeñándome sin tiento,  
Ya doy en las espinas con los ojos,  
Y no hallo algún fin en mi camino.  
Cánsase y desespera el sufrimiento,  
Y no teme el peligro y los abrojos  
Cuanto llevar presente el mal continuo.

## XIX.

Crece y alienta fiero en el nemeo  
Leon, y imprime su furor presente,  
Y en el orbe terrestre esfuerza ardiente  
Las llamas el dañoso Iperioneo.  
Y cuando amor, ingrato á mi deseo,  
Descubre en su leon mas inclemente  
Los rayos, acabar indignamente  
Mi estéril esperanza triste veo.  
Abraza el corazon, do nunca el frio  
Tuvo lugar, ¡ay, oh dolor penoso,  
A quien otro ninguno es semejante!  
No puede amortiguar el llanto mio  
Este incendio; que el Bétis espumoso  
Ni todo el grande Océano es bastante.

## XX.

Ardia, en varios cercos recogido,  
Del crispante cabello en torno el oro,  
Que en bellos lazos coronado adoro,  
Dichoso en el dolor del mal sufrido.  
Vibraba el esplendor esclarecido  
Y dulces rayos, del amor tesoro,  
Por quien perdida busco siempre y lloro  
La gloria de mi daño consentido.  
Veste negra, descuido recatado,  
Suave voz de angelica armonia  
Era, mesura y trato soberano.  
Yo, que tal no esperaba, trasportado,  
Dije, en la pura luz que me encendia:  
«No encierra tal valor semblante humano.»

## XXI.

De bosque en bosque, de uno en otro llano,  
Solo, en medroso horror y en sombra oscura,  
Voy suspirando ausente, y la luz pura  
Busco, que me encubrió el amor tirano.  
Corto el río y traspaso el monte en vano;  
Que no se debe mas á mi ventura;  
El bien que la esperanza me procura  
Huye y se me desliza de la mano.  
En este duro estrecho me lamento,  
Porque sea mi daño manifiesto  
Y alguno se conduela en mi cuidado.  
No conhorta al fin esto mi tormento;  
Que tanto mi dolor es mas molesto  
Cuanto de ajeno pecho mas llorado.

## XXII.

En tu cristal movable la belleza  
Veo, Nereo padre, figurada  
De mi luz, que de rayos coronada,  
Muestra alegre su gracia y su grandeza.  
Tus ondas vibran y arden con la alteza  
De la llama titania, y la rosada  
Frente alabo, y de púrpura imitada  
En ellas, y de nieve la pureza.  
Si alzo al polo los ojos, donde junto  
Te pinta su color, presente miro  
De mi lucero el dulce ardor florido.  
Y dudoso del bien, al mesmo punto  
Vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro  
Su esplendor, y en el cielo dividido.

## XXIII.

Del fiero Marte el canto numeroso  
Y de la selva olvido, y verde prado  
La avena, porque vuelvo al fin cuitado,  
En gloria de quien turba mi reposo;  
De aquel cruel, que fuerte y poderoso,  
Terror de hombres y dioses y cuidado,  
Me forzó á tolerar el mal de grado,  
Y en mi pasion me agrada estar lloroso.

El silencio, el semblante descontento  
Y el confuso gemido es muestra abierta  
De mi penoso y luengo desvario.  
No me duele aunque inmenso, mi tormento;  
Duéleme que mi pena, á todos cierta,  
No conozca quien causa el error mio.

## XXIV.

Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza,  
Que mereció perderse en su osadia;  
Yo bien lo sospechaba, y le temia  
De su atrevida empresa la venganza.  
No me escuchó, y siguió una confianza,  
Que huyó con los bienes que tenia;  
Y conmigo en tal cuita yagonia  
Se adolece y lamenta en la mudaoza.  
Para aliviar la culpa en tanto daño,  
De Facton el rayo le recuerdo,  
Y de su intento ufano la memoria;  
Que solo ya me sirvo del engaño  
En mi mal, y en mi error penando, pierdo  
Sin sazón las promesas de mi gloria.

## SEXTINA PRIMERA.

## Poder de unas tristezas.

Un verde lauro en mi dichoso tiempo  
Solia darme sombra, y con sus hojas  
Mi frente coronaba junto á Bétis;  
Entonces yo en su gloria alzaba el canto,  
Y resonaba como el blanco cisne;  
La soledad testigo fué, y el bosque.  
Despues que al bien me dió principio el bosque,  
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,  
Y canté como cuando muere el cisne,  
El lauro me negó sus verdes hojas;  
Y en triste se trocó el alegre canto,  
Y se admiró de mi lamento Bétis.  
Yo busco el lauro junto al grande Bétis,  
Y está cerrado en el espeso bosque,  
Do apenas llega el lastimoso canto  
Que le ofreci el pasado alegre tiempo;  
Mas él huye de darme mas sus hojas,  
Y yo me quejo como suele el cisne.  
Jamás cantó tan triste el dulce cisne  
En el sonante sulco del gran Bétis,  
Como yo por el lauro y verdes hojas,  
Que me impiden tratar el duro bosque;  
Y con memoria del suave tiempo,  
Resuena todo en lástimas mi canto.  
Ya no sonaré yo el felice canto  
Que puso envidia en Bétis al gran cisne;  
Pues es contrario á mi esperanza el tiempo,  
Tristeza oirá y lágrimas ya Bétis,  
Y al cielo moveré contra aquel bosque  
Que del lauro defiéndeme las hojas.  
Pues ya no me coronó de las hojas,  
Enmudezca de hoy mas el tierno canto;  
Así vea desnudo al triste bosque,  
Y lloré mi dolor el blanco cisne  
Que tiende el lecho en el soberbio Bétis,  
Pues el lauro me falta, y deja el tiempo.  
Entristécese el tiempo, el lauro y hojas,  
El canto no me agrada, el blanco cisne  
Lamente en Bétis, y arda en fuego el bosque.

## SONETO XXV.

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,  
Y dulce de mi daño es la memoria  
Cuando renueva amor la antigua historia  
Que á su grave tormento me condena;  
Mas cuando hallo mi esperanza llena  
De bien y de promesas de vitoria,  
Un súbito dolor turba mi gloria,  
Y todos mis contentos desordena;  
Que será esta luz pura de belleza  
La fe del justo amor en poca tierra  
Vuelta, y el fuego muerto que me inflama.  
¡Oh vano ardor de la inmortal flaqueza!  
Si el fin que ofrece paz de tanta guerra  
No dejará aun ceniza de mi llama?

## XXVI.

¿A dó tienes la luz, Héspero mio,  
La luz, gloria y honor del Occidente?  
¿Estás puesto en el cielo reluciente  
En importuno tiempo y seco estío?

Lleva tu resplandor al sacro río,  
Que tu belleza espera alegremente,  
Y el céfiro te sea otro oriente,  
Hecho lucero, y no Héspero tardío.

Merezca Bétis fértil tanta gloria,  
Que solo él destas luces ilustrado,  
A tierra y cielo lleva la vitoria;  
Que tu belleza y resplandor sagrado  
Hará perpetuo, de inmortal memoria,  
Mientras correte al mar arrebatado.

## XXVII.

Las luces do el amor su fuerza apura  
Con el sereno ardor de sus centellas;  
El oro crespo, en mil sortijas bellas  
De rayos coronado, y llama pura;

Las palabras vestidas de dulzura,  
Que la armonía celestial en ellas  
Parece, el pecho duro á mis querellas,  
La mano que á la nieve vuelve oscura.

Son causa del tormento y dolor mio,  
Con muchas que callando sienten y veo,  
Y no me valen en mi esquiva suerte.

En su dureza solo el bien confío;  
Porque á vana esperanza y gran deseo  
No se debe pedir sino la muerte.

## XXVIII.

## Incendio de Troya.

El bravo fuego sobre el alto muro  
Del soberbio Ilión crecía airado,  
Y todo por mil partes derramado,  
Se envolvía confuso en humo oscuro.

Caía traspasado por el duro  
Hierro, y ardía en llamas abrasado,  
Y se rendía al ímpetu del hado  
Del Frige osado el corazón seguro.

Solo el rey de Asia, muerto en la ribera,  
Grande tronco ¡ay cruel dolor! yacía,  
Y su cuerpo bañaba el ponto ciego.

¡Oh fuerza oculta de la suerte liera!  
Que cuando Troya en fuego perecía,  
Falte á Priamo tierra y falte fuego.

## XXIX.

Acabe ya el lamento grande mio,  
Con quien inundo, Bétis, tu corriente;  
Que mi dolor acerbo no consiente  
Perpetuo estado á tanto desvario.

Este fuego en quien ardo gaste el frío,  
Rompa este yugo estrecho ya mi frente,  
Y amor en sus rendidos no me cuente;  
Que dél á luengo paso me desvío.

No me tendrá en confuso error su olvido,  
Su desden, su rigor y su tormento,  
Que tanto se cansaron en mi pena.

Mas yo ¿qué digo, ausente y ofendido,  
Si el impío ofrece siempre al pensamiento  
De mi astro fatal la luz serena?

## XXX.

Bétis, que en este tiempo solo y frío  
Escuchas mi dolor, del hondo asiento,  
Acoge en tu quieto movimiento (2)

Los últimos suspiros que yo envío;

Y, si tiene valor tu sacro río,  
Dame que en árbol verde mi tormento  
Lamente transformado, que ya siento  
Débil la voz, cual cisne, al canto mio (3);

(2) HERRERA, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, pone este soneto con las variantes que siguen:

Acoge en tu callado movimiento.

(3) Cual cisne débil voz al canto mio.

Porque con nuevas ramas tu corriente  
Cercaré coronando, y destilado

Iré en tu luengo curso y extendido (4);

Que mi luz ceñirá su bella frente  
De mis hojas, ó en llanto desatado,  
Seré en sus blancas manos recogido.

## XXXI.

Yo vi á mi dulce Lumbre que esparcía  
Sus crespas ondas de oro al manso viento,  
Y con tierno y suave movimiento  
Mi duro corazón enternecía;

Mi rustiqueza y torpe rebeldía  
Perdió, vencida, el obstinado intento,  
Y en blando y regalado sentimiento  
Trocó mi alma la aspereza mía.

Nunca me vi mas preso ni rendido,  
Y nunca vi en mi Luz mayor dureza,  
Ni mas recio desden ni largo olvido.

A término tan grave y estrechez,  
Casas, mi triste suerte me ha traído,  
Que temo de mi Lumbre la belleza.

## ELEGIA II.

## Poder de un desden.

Si ya la Luz que causa mi alegría  
Su resplandor aparta de mis ojos,  
¿Para qué quiero ver la luz del día?

¿Para ver por ventura mis despojos  
En ajeno poder, y mi memoria  
Muerta, y vueltas las flores en abrojos?

Amor, porque me dió breve vitoria,  
Y no entera, con daño de la vida,  
Que fortuna en sus hechos nueva gloria;

Mas grave sienta la inmortal herida  
Con la fuerza del mal, y triste temo  
A la alma á tales ímpetus rendida.

Espero ya llegar á tal extremo,  
Que á todos ponga lástima mi pena,  
Y no espero tornar al bien supremo.

Libre quisiera estar de la cadena  
Que en los dorados nudos me ha forzado  
A padecer el daño que me ordena.

Adonde la luz vuelvo fatigado,  
Una sombra, mi horror, un gran tormento  
Se presenta en la fuerza del cuidado.

El prado, que solía estar contento,  
Y el río de mi canto entretenido,  
Muestran de mi dolor el sentimiento.

Los árboles las ramas han perdido,  
La yerba se consume y se deshace,  
El calor en las flores esparcido.

A nadie de mi lástima le place;  
Sola mi bella Luz ¡ay dura suerte!  
Se alegra, y mi dolor le satisface.

¿A dó me volveré con mal tan fuerte?  
¿Quién podrá remediar mi desventura,  
Sino la cruda y espantosa muerte?

Aquella claridad y hermosura  
Que ya algun tiempo se llamaba mia  
Deshizo mi esperanza y mi ventura.

Pues me deja mi luz y mi alegría,  
Y no deja el dolor, quiere que muera,  
Portiando con misera agonía  
Que vanagloria de mi muerte espera.

## SONETO XXXII.

Largos, sutiles lazos espareidos  
Por el rosado cuello y blanca frente;  
Dorada diadema, ardor luciente,  
Llenos de mis despojos ofrecidos;

Tiernos y bellos ojos encendidos,  
Rayos de amor, por quien mi pecho sienta  
La herida inmortal que llevo ausente,  
Abrasada mi fuerza y mis sentidos;

(4) Iré en tu curso largo y extendido.

Dichoso yo, que merecí cadena  
De vuestras ricas hebras, y la llama  
Que de vos procedió en estos mis ojos.  
¡Oh, si pudiera acrecentar la pena  
Y avivar mas el fuego que me inflama,  
Para daros debidos los despojos!

## XXXIII.

El duro hierro agudo que la mano,  
Rica de mis despojos por vos siente,  
Y la sangre esparció que amor ardiente  
Guardó cual néctar puro y soberano:  
Gniólo amor, y abrió manso y humano  
Lugar al dolor vuestro tiernamente:  
Que el mal que siento grave y vehemente,  
Blando siente el cruel pecho tirano.  
La herida terrible que en mis ojos  
De los vuestros entró, y causo mi pena,  
Venganza toma ahora en vuestro yerro.  
No es culpa vuestra, es gloria á mis despojos;  
Y así, que os hiera el dulce amor ordena,  
Como á mi vuestros ojos, vuestro hierro.

## XXXIV.

Las hebras de oro puro que la frente  
Cercan en ricas vueltas, do el tirano  
Señor teje los lazos con su mano,  
Y arde en la dulce luz resplandeciente;  
Cuando el invierno frío se presente,  
Vencedor de las flores del verano,  
El purpureo color tornando vano,  
En plata volverán su lustre ardiente.  
Y no por eso amor mudará el puesto;  
Que el valor lo asegura y cortésia,  
El ingenio y del alma la nobleza.  
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,  
Y virtud generosa lumbre mia,  
De vuestra eterna, augélica belleza.

## XXXV.

Si á mi triste memoria en hondo olvido  
Desierta sepultase sombra oscura,  
Jamás yo ausente en misera figura  
Lamentaria el daño no debido;  
Mas presente la llevo, y voy perdido  
Por cierto error á estrecha desventura,  
Y es muerte fiera él, ya de mi ventura  
Rico despojo al corazon caído.  
De mi gloria me acuerdo para pena,  
Del mal para dolor, y nunca veo  
O piense cosa ajena de mi engaño.  
Pobre de bien mi suerte, y de afan llena  
Fue; y aunque no, bastara mi deseo  
Para no dar lugar al desengaño.

## XXXVI.

## Mario en Cartago.

Del peligro del mar, del hierro abierto  
Que vibró el fiero Cimbros, y espantado,  
Huyó la airada voz, salió cansado  
De la infelice Birsa Mario al puerto.  
Viendo el estéril campo y el desierto  
Sitio de aquel lugar infortunado,  
Lloró con él su mal, y lastimado,  
Rompió así en triste son el aire incierto (5):  
«En tus ruinas miserables contemplo  
¡Oh destruido muro! cuánto el cielo  
Trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.  
«¿Cual mas terrible caso, cual ejemplo  
Mayor habrá, si puede ser consuelo  
A Mario en su dolor el de Cartago?»

## XXXVII.

No es tan duro mi pecho, que no sienta  
La fuerza del dolor que en él descende;  
Mas amor, por mas daño, me defende  
Que descubra las llagas de mi afrenta.

Quiere que calle el mal y que consienta  
La pena que me aqueja y siempre ofiende,  
Y en fuego desusado tarde enciende  
El corazon, que en llama se sustenta.  
Si esta grave pasión no perturbara  
El pecho, bien pudiera confiado  
Llegar al dulce fin de la alegría;  
Mas ¡ay, cuánto es esta esperanza cara!  
Y por mirar su bien ¡cuánto ha pasado  
De afan y de tormento la alma mia!

## XXXVIII.

Este lauro que tiene en su corteza  
Verde escrita la honra de mi pena,  
Y en él el manso céfiro resuena  
Mi mal, su respaldor y su belleza;  
Cuando el sol elevado en mas alteza  
Se vió, me dió en sus hojas sombra llena;  
Fué el calor blando y la congoja buena,  
Y entonces me alegraba la aspereza.  
Ahora, ¡oh triste hado, avaro cielo!  
Que deja el sol ardiente el paso abierto,  
Y todo el mal y daño en mi fortuna,  
Con llanto eterno y falta de consuelo  
Miro el lauro, y padezco en el desierto,  
Por su culpa, el calor que me importuna.

## XXXIX.

Del mar las ondas quebrantarse via  
En las desnudas peñas, desde el puerto,  
Y en conflicto las naves, que el desierto  
Bóreas, bramando con furor, batia,  
Cuando, gozoso de la suerte mia,  
Aunque alligido del naufragio cierto,  
Dije: «No cortará del punto incierto  
Jamás mi nave la temida via.»  
Mas ¡ay triste! que apenas se presenta  
De mi fingido bien una esperanza,  
Cuando las velas tiendo sin recelo:  
Vuelo cual rayo, y súbifa tormenta  
Me niega la salud y la bonanza,  
Y en negra sombra cubre todo el cielo

## ELEGIA III.

## A unas lágrimas,

¡Oh suspiros, oh lágrimas hermosas,  
Gloria del alma mia y mi cuidado,  
Que de mi pena fuisteis piadosas!  
¡Oh sentimiento de amoroso estado!  
Oh prendas de mi alma y mi esperanza,  
Que reparais el mal del bien pasado!  
Si alguna vez hallare yo mudanza  
Y algun desden en quien está mi vida,  
Vos seréis mi reparo y confianza.  
No temeré por vos ira encendida,  
Si el amor no temiese; vos sois puerto  
Al alma en peligro mar perdida.  
Suspiros míos, que me tenéis muerto,  
¿Sueño yo a queste bien? Decí, ¿es fingido?  
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?  
¡Oh lágrimas, si hubiera concedido  
Amor que yo os bebiera, porque el pecho  
Regárades, que en fuego está encendido!  
No para que pudiera ser deshecho,  
Mas para que tomara blando aliento,  
Y fuera este de amor ilustre hecho;  
Y para que tuviera su aposento  
Propio en el corazon, y relevara  
Parte de mi dolor y mi tormento.  
No hay néctar dulce por quien yo os trocara,  
Ni lluvia de oro ¡oh lágrimas hermosas!  
Por quien mi alma su dolor repara.  
Tales lágrimas dulces, piadosas,  
Vénus Citerrea derramó, dejando  
A Adónis en las selvas amorosas;  
Y tales fueron los suspiros cuando  
De amor de Marte presa suspiraba,  
Ardiendo en fuego deleitoso y blando.  
Con estas bellas lágrimas bañaba

(5) La edicion de Pacheco dice en son triste.



Diana el rostro blanco tiernamente  
Cuando de Endimion triste se apartaba.

Hermosas perlas, que del oriente  
Nacidas en la concha generosa,  
Se esparcen por el último ocidente,  
Vendidas por la púrpura hermosa,  
No dan tal resplandor cual habeis dado,  
Cayendo en los colores de la rosa.

El rocío del cielo derramado,  
Y en olorosas flores esculpido,  
A vuestra gran belleza no ha igualado.  
¡Oh lágrimas dichosas, que el olvido  
Nunca podrá borrar de mi memoria,  
Con quien jamás espero ser perdido!  
¡Oh mi vida, mi alma, bien y gloria!  
Y vos, suspiros de amorosa suerte  
Por quien gané vencido la victoria,

Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
O aspereza revoque esta alegría,  
Que no podrá romper la dura muerte.  
Conmigo faltaréis á un mismo día,  
Y renovándoos los celestes ojos,  
Lloraréis en la pena y muerte mía,  
Y seréis del amor dulces despojos.

## SONETO XL.

Ardientes hebras, do se ilustra el oro,  
De celestial ambrosia rociado,  
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
Cuanto sois del amor mayor tesoro,  
Luces que al estrellado y alto coro.  
Prestais el bello resplandor sagrado,  
Cuanto es amor por vos mas estimado,  
Tanto humildemente os honro mas y adoro.  
Purpúreas rosas, perlas de Oriente,  
Marfil terso y angélica armonía,  
Cuanto os contemplo, tanto en vos me inflamo,  
Y cuanta pena la alma por vos siente,  
Tanto es mayor valor y gloria mía,  
Y tanto os temo cuanto mas os amo.

## XLI.

Viví gran tiempo en confusion perdido,  
Y todo de mi mismo enajenado,  
Desesperé de bien: que en tal estado  
Perdi la mejor luz de mi sentido.  
Mas cuando de mi tuve mas olvido,  
Rompió los duros lazos al cuidado  
De amor el enemigo mas honrado,  
Y ante mis piés lo derribó vencido.  
Ahora, que procuro mi provecho,  
Puedo decir que vivo, pues soy mío,  
Libre, ajeno de amor y de sus daños.  
Pueda el desden, Antonio, en vuestro pecho  
Acabar semejante desvario  
Antes que prevalezcan sus engaños.

## XLII.

Desea descansar de tanta pena,  
Conociendo ya tarde el desengaño,  
Mi alma, hecha á su dolor extraño,  
Y del perdido tiempo se condena.  
Ve su triste esperanza de ansias llena,  
Poco bien, mucho mal, perpetuo daño,  
Y las glorias debidas cierto engaño,  
Que el su dulce tirano al fin ordena.  
Siente sus fuerzas flacas y sin brio,  
Y su deseo vano y peligroso,  
Y medrosa levanta apenas el vuelo.  
Amor, porque no crezca en ella el frio,  
El fuego aviva do arde, y sin reposo  
Busca y gime, hallando luz del cielo.

## XLIII.

El suave color que dulcemente  
Espira, el tierno ardor de rosa pura,  
La viva luz de eterna hermosura,  
El sereno candor y alegre frente;  
El semblante do yace amor presente,  
La mano que á la nieve de blancura

Orna, pueden volver la noche oscura  
En día y claridad resplandeciente.

En vos el sol se ilustra, y se colora  
El blanco cerco, y ledas las estrellas  
Fulgaran, y las puntas de Diana.  
Tal vos contemplo, que la roja aurora  
Y de Venus la lumbrere soberana,  
En vuestra faz ardiendo son mas bellas.

## XLIV.

Alzo el cansado paso, y á la cumbre,  
Sufriendo encima esta pesada carga,  
Pruebo llegar; mas la distancia larga  
Me ofende, y mas la grave pesadumbre.  
Bien que me esfuerza una pequeña lumbrere  
Que voo léjos; pero no descarga  
Esto mi afán penoso, antes alarga  
De mi prolijo error la incertidumbre:  
Con el peso abrazado desfallezco;  
Que mi obstinada afrenta no consiente  
Que desaparezca esta empresa mía.  
Luchando con el mal, pruebo, y me ofrezco  
Al peligro, esperando ver presente  
Alegre en tantos tristes algun día.

## XLV.

El fuego que en mi alma se alimenta,  
Y consume al estéril duro frio,  
Da vida al casi muerto pecho mío,  
Y en virtud de sus llamas me sustenta.  
Justo es que muera y viva en él y sienta  
La gloria de mi dulce desvario,  
Porque de mis trabajos yo confio  
La esperanza del premio en quien me alienta.  
Como en inmenso frio junta espira  
Inmensa oscuridad, cuya tristeza  
Ocupa el corazón con grave pena;  
Así con el excelso ardor conspira  
Excelsa luz, que deja en su belleza  
Mi alma de alegría y de bien llena.

## XLVI.

De vos ausente, ocupó en llanto el día,  
Y la noche me acoge en mi lamento,  
Y para mas dolor, conmigo cuento  
Mi breve bien perdido y alegría.  
Vuestro duro rigor ya bien debria  
Enternecerse de mi sentimiento,  
Y descubrirme en tanto apartamiento  
Un rayo solo de la lumbrere mía.  
Pero si vos queiréis con este olvido  
Alentar la pasión que me maltrata,  
Lo hecho sobra ya para venganza.  
Mas aunque en soledad y aborrecido,  
No podreis, aunque mas podáis, ingrata,  
Que yo no os ame, ajeno de esperanza.

## XLVII.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio  
En sus turbadas ondas lleva el llanto;  
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,  
Que pongas justo fin al dolor mío;  
Que siga ausente sin tu desvario,  
Y en tu vana esperanza me levanto,  
Y en este paso desamparadas cuanto  
De tu promesa y tu valor confio.  
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento  
Acabe, ó que mi vida se deshaga,  
La esperanza, el deseo y osadía;  
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,  
Y el crudo golpe desta acerba llaga  
Al intimo llegó de la alma mía.

## XLVIII.

Pues la flor do crecía mi esperanza  
Quenó duro rigor de ingrato hielo,  
Y á mi ardiente deseo negó el cielo  
De fortuna mejor mas confianza,  
Do el sol con tibio rayo tarde alcanza,  
Y luenga sombra ofende el mustio suelo,

Daré ausente, olvidado, sin consuelo,  
A mi injusta osadía igual venganza.  
Mas no sufre la fuerza que padezco  
Tan corta paga en tanto atrevimiento;  
Que en la ausencia el dolor es menos fiero.  
Llega ya á estrecho tal, que no merezco  
Alabanza ni culpa en mi tormento;  
Tanto es grande mi mal, que desespero.

## SEXTINA II.

## Cautiverio amoroso.

Al bello resplandor de vuestros ojos  
Mi pecho abrasó amor en dulce llama,  
Y desató el rigor de fría nieve,  
Que entorpecía el fuego de mi alma,  
Y en los estrechos lazos de oro y hebras  
Senti preso y sujeto al yugo el cuello.  
Cayó mi altiva presunción del cuello,  
Y en vos vieron su pérdida mis ojos  
Luego que me rindieron vuestras hebras,  
Luego que ardi. Señora, en tierna llama;  
Pero alegre en su mal vive mi alma,  
Y no teme la fuerza de la nieve.  
Yo en fuego ardo, vos helais en nieve,  
Y libre del amor alzaís el cuello,  
Ingrata a los tormentos de mi alma,  
Que aun blandos á su mal no dáis los ojos;  
Mas siempre le abrasáis en viva llama,  
Y sus alas prendéis en vuestras hebras.  
Viese yo las doradas ricas hebras  
Bañadas de mi llanto, si la nieve  
Vuestra diese lugar á esta mi llama,  
Que la dureza de ese yerto cuello  
La lluvia ablandaría de mis ojos,  
Y en dos cuerpos habría sola una alma.  
La celestial belleza de vuestra alma  
Mi alma enlaza en sus eternas hebras,  
Y penetra la luz de ardientes ojos  
Con divino valor la helada nieve,  
Y lleva al alto cielo alegre el cnello,  
Que enciende el limpio ardor inmortal llama.  
Amor, que me sustentas en tu llama,  
Da fuerza al vuelo presto de mi alma,  
Y del terreno peso alzando el cuello,  
Inflamarás la luz de sacras hebras;  
Que ya, sin recelar la dura nieve,  
Miro tu claridad con puros ojos.  
Por vos viven mis ojos en su llama,  
¡Oh luz de la alma! y las doradas hebras  
La nieve rompen, y dan gloria al cuello.

## ELEGIA IV.

## Esperanza de consuelo.

Si es ley de amor que quien os ama muera  
Y pague con la vida la osadía,  
Mi pena y muerte sea la primera;  
Mas si pretende Amor; ¡oh Lumbre mía!  
Que quien merece amaros siempre viva,  
¿Por qué queréis matarme con porfía?  
Acabe ya vuestra dureza esquiva;  
Que no sufre razon tan gran cruceza,  
Ni es bien al tierno amante ser altiva.  
Si no merezco amar vuestra belleza,  
Y buscáis con la muerte mi castigo,  
Por ser indigno yo de tanta alteza,  
Este amoroso puesto es buen testigo  
De quien fué la ocasion de mi tormento,  
Dando principio al mal que yo prosigo.  
Nunca osé levantar el pensamiento  
A mas que contemplar la hermosura,  
Vuestro valor y blando acogimiento.  
Nunca me confié de mi ventura  
Tanto, que pretendiese tal victoria,  
Siendo justo perder tal coyuntura.  
Vos disteis causa á mi primera gloria,  
Vos pusisteis aliento á la esperanza,  
Prometiéndome certísima memoria.  
Creci vuestro deseo, y la bonanza

Que vi en el mar quieto y sosegado  
Dióme vuestra amorosa confianza.  
Ahora veo mi dichoso estado  
En miserable vuelto, y mi alegría  
En tristeza, y mi bien en mal trocado.  
No sé á quien yo me vuelva en mi porfía,  
Que pueda consolarme en tal fortuna,  
Sino á vos, enemiga dulce mía.  
Mis quejas os publico de una en una,  
Muéstruos mi pena y lástima presente  
Y veo que mi mal os importuna.  
Estáis á mis tormentos inclemente,  
Ingrata, esquiva, dura y desdeñosa,  
Y de vuestra memoria estoy ausente.  
Mi alma, que con vos era dichosa,  
Sin vos triste, sin vos es desdichada,  
Sin vos de su dolor jamás reposa.  
No hay quien de mi pena lastimada  
No suspire y no tenga descontento,  
Y vos estáis mas cruda y ostinada.  
¡Oh Luz, gloria de Hesperia y ornamento,  
Criada por mostrarnos la belleza  
Del alto, claro y celestial asiento!  
Mirad que si en vos falta la terneza,  
Perdeís parte mayor de vuestra gloria  
Y el mas ilustre nombre de la alteza.  
¿Sufriréis que os escriba la memoria  
Por bella y por cruel? ¡oh Lumbre mía!  
No deis á tal pecado tal victoria.  
Sed, pues que sois mi luz hermosa, pia,  
Dad á quien os adora algun consuelo  
En premio de sus penas y agonía.  
No me dejéis morir con desconsuelo,  
De vuestra crueldad desamparado;  
Baste el dolor sufrido y su recelo.  
¿Cómo sufris que muera en tal estado  
Quien era vuestro amor, vuestro contento,  
Y dulcemente fué de vos tratado?  
Mas si vuestra dureza y mi tormento  
Quiere cortar el hilo de mi vida,  
Y esto es ya de los dos postrero intento,  
En este breve espacio y despedida  
Mostrad dolor alguno de mi muerte,  
En término tan áspero ofrecida;  
Que despues no habrá pena ó mal tan fuerte,  
Que pueda deshacerme esta memoria,  
Último bien de mi infelice suerte  
Y despojo dichoso de mi gloria.

## SONETO XLIX.

Lloré y canté de Amor la saña ardiente,  
Y lloro y canto ya la ardiente saña  
Esta cruel por quien mi pena extraña  
Ningun descanso al corazon consiente.  
Esperé y temí el bien tal vez ausente,  
Y espero y temo el mal que me acompaña,  
Y en un error, que en soledad me engaña,  
Me pierdo sin provecho vanamente.  
Veo la noche antes que huya el día,  
Y la sombra crecer, contrario agüero;  
Mas ¿qué me vale conocer mi suerte?  
La dura ostinacion de mi porfía  
No cansa ni se rinde al dolor fiero,  
Mas siempre va al encuentro de mi suerte.

## L.

## A un capitán valeroso.

El trabajo de Fidia ingenioso,  
Que á Júpiter Olimpio dió la gloria,  
Fué soberbio despojo de vitoria  
Al tiempo, en nuestra injuria presuroso;  
Pero al valor de Aquiles animoso  
El siempre insigne Homero alzó la historia,  
Y dió á la fama eterna su memoria  
Con alta voz del canto generoso.  
Yo, que mal puedo ser en honra vuestra  
Nuevo Homero, consagro, luz de España,  
De mis incultos versos la armonía;  
Mas si me mira Caliope diestra,  
Valdrá, si mi deseo no me engaña,  
Mas que Fidia mortal la musa mía.

## LI.

Triste esperanza, incierta, en blando pecho  
 Por luengo tiempo inútil engendrada,  
 Que mi descanso y gloria aventurada  
 En temor truecas vano y en estrecho,  
 Huye de mí, que sobra el daño hecho;  
 Sigue en otra ocasión mejor entrada;  
 Porque en vida tan misera y causada  
 Es toda tu porfía sin provecho.

Si este lugar lloroso te contenta,  
 Busca mejor fortuna al pobre estado,  
 Y sosiego al furor del dolor mío;  
 Que atendiendo el deseo me atormenta,  
 Y caído y sin fuerzas mi cuidado,  
 Me estrecha el corazón con torpe frío.

## LII.

Razon es ya que la cansada vida,  
 Tanto tiempo sujeta al amor vano,  
 Lluya el fiero poder de este tirano,  
 Y ya deslace mi cerviz caída.  
 Perezca la esperanza aborrecida,  
 El deseo abatido y mi liviano  
 Intento; que mi bien ya está en mi mano,  
 Ya tengo mi fortuna conocida.  
 Seguro podré ver de hoy mas la suerte  
 Del misero amador, el vil denuesto,  
 El congojoso miedo, el celo frío;  
 Que no podrá respeto de mi muerte  
 Hacer que mude el curso al fin propuesto;  
 Tal ejemplo es el grave dolor mío.

## LIII.

Fueron de un corto bien que huye luego,  
 Antes que vuelva la ocasión la frente,  
 Muestras las que el Amor halló presente,  
 Con que mi alma ardió en su eterno fuego.  
 Pero glorias de un niño solo y ciego,  
 Que cedo las deshace un accidente,  
 ¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,  
 Que en su dolor no alcanza algun sosiego?  
 Fundé mis esperanzas en arena,  
 Que el viento esparce, airado, sin concierto,  
 Y rendido al temor, perdí el recelo.  
 Cayeron, y el cruel, por mayor pena,  
 En altas nubes desmayó desierto,  
 Ni alzar osando ni inclinar el vuelo.

## LIV.

Duro es este peñasco levantado,  
 Que no teme el furor del bravo viento,  
 Fria esta nieve que el soberbio aliento  
 Del aquilon arroja apresurado;  
 Mas duro es vuestro pecho y mas helado,  
 En quien la piedad no ha hecho asiento,  
 Ni el fuego de amoroso sentimiento  
 En él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.  
 Sordas las ondas son de aqueste río,  
 Pero mas sorda vos á mis clamores.  
 Que aun poco os pareció ser dura y fria.  
 Mas todo este dolor al pecho mío  
 No causa tantas penas y dolores,  
 Cuanto la soledad de la alma mía.

## ELEGIA V.

Los ojos, que son luz de la alma mía,  
 Húmedos vi tornarse con lamento,  
 La púrpura bañando y nieve fria.  
 Un tierno y congojoso sentimiento  
 Con suspiros forzados fatigaba  
 El pecho, donde inspira amor su aliento.  
 A la armonía y llanto atento estaba  
 El aire, suspendido el alto cielo,  
 Y á mi junto con ella se quejaba.  
 ¿Cuándo oyó tan suave canto el suelo,  
 Aunque tenga de Orfeo la memoria,  
 Y de Febo cubierto en mortal velo?  
 ¿Cuándo tuvo el amor tan gran victoria?  
 Cuando sintió el valor de su grandeza,  
 Sino en esta dichosa y sola gloria?

¿Qué piedad fué ver en tal tristeza  
 Los dulces ojos, que jamás vió tales  
 La luz del rojo sol puesto en alta?  
 Los dulces verdes ojos celestiales,  
 Que entre la blanca nieve y frescas rosas,  
 A quien son las de Pesto desiguales,  
 Esparcian las lágrimas hermosas,  
 Avivando el color con el rocío  
 Que cubría las flores amorosas.

¿Qué lástima era ver en el sol mío  
 El puro resplandor que me encendía,  
 Amortiguado, sin aliento y frío!  
 ¿Qué compasión mirar la gloria mía  
 Sujeta á un triste y miserable estado,  
 Y ver que Amor en ella padecía!  
 No hubiera pecho, aunque de acero armado,  
 Que al dolor no entregara sus despojos,  
 De la aspereza en piedad trocado;

El licor que bajaba de los ojos  
 Por los pechos y veste variada,  
 De lazos plateados y de abrojos,  
 En nieve con dureza congelada,  
 Convertida su forma en la figura  
 De una luciente perla bien tallada.  
 No cria con tal luz y hermosura  
 En sí el rosado y oloroso oriente  
 Perla de tan perfecta compostura.  
 Si tuviera esta perla refulgente  
 Juno, de la alta Samo sacra diosa,  
 París le diera el premio fácilmente.

Con esta fuera Venus mas dichosa.  
 Y el resplandor mas blanco de Diana,  
 Y de Febo la luz mas poderosa.  
 Llegué yo á esta mi perla soberana,  
 ¡Ay triste! inadvertido por mi daño  
 Que su luz á mis ojos fué tirana.

No me temí del amoroso engaño,  
 No pude persuadirme á tal afrenta,  
 No siendo de la ley de amor extraño.  
 A la luz que en mis ojos se aposenta  
 Iba para quejarme de la pena  
 Que la fortuna adversa le presenta;  
 Cuando cerca del mal que amor ordena  
 Miré con piedad y confiado  
 La que todas mis glorias enajena.  
 La luz y el dulce resplandor nevado  
 El corazón venció con su belleza,  
 Y la tomé en mis manos admirado.

Lloroso y con temor de su tristeza,  
 Me olvidé de la perla que traía,  
 Y á mi boca llevéla con simpleza.  
 Disuelta al punto, ¡oh dura suerte mía!  
 A las entrañas descendió, y en fuego  
 Se trasmutó la nieve dura y fria.

El corazón se abrasa ardiendo luego,  
 Como si por mí bella Luz no ardiera,  
 Y su calor dejéme á un tiempo ciego.  
 ¡Oh crudo engaño, quien jamás creyera  
 Que en un cuajado y recogido hielo  
 Oculto un fuego líquido estuviera!

¿Qué, fuera del amor, virtud del cielo,  
 Pudo mostrar en lágrimas hermosas  
 Un nuevo efecto nunca visto al suelo?  
 Estas lágrimas puras y amorosas  
 Eran fuego de amor, eran mi muerte  
 Estas lágrimas tiernas y dichosas.

Si estas pudo arrojar con triste suerte  
 Por los ojos, doblando el desvario  
 Al pecho que rindió su brazo fuerte;  
 Si estas pudo enviar en hielo frío,  
 Conociendo en la luz de su belleza  
 Mas virtud que en su fuerza el amor mío,

¿Por qué quiere que viva en su dureza  
 Siempre sujeto y preso y engañado,  
 Pues no trató conmigo con llaneza?  
 Mejor fuera que, ya que maltratado  
 Debía yo vivir en su tormento,  
 Me llevara al dolor sin ser forzado;

Y no que con su fraude y crudo intento  
 Me robara la gloria de mi pena,  
 Dejándome en confuso sentimiento,  
 Rebelde el cuello siempre á la cadena.

## SONETO LV.

## Al Bétis.

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro;  
Superior al Tajo y Duero y Ebro,  
Sagrado Ispalo río, á quien celebro,  
Corre ufano al ondoso ponto mauro.

Tu bello mirto rinde al verde lauro  
Y á las menores hojas del enebro;  
Cuanto es mayor el lauro que el enebro,  
Tanto es al mirto inferior el lauro.

Solo falta, conforme á tu alta gloria,  
Lugar en el luciente y firme cielo,  
Con el nombre de Eridano trocado.

Mas, ya que se te niegue esta vitoria,  
Serás en el dichoso hesperio suelo  
Cual Eliconio Olmeo venerado.

## LVI.

La viva llama dais y luz ardiente  
Del rosado esplendor y faz serena,  
La gracia y risa tierna, de amor llena,  
A Vénus bella, á Faeton luciente;

Al cielo el que vos dió valor presente,  
La suave armonia que resuena  
En vuestra dulce boca á su sirena,  
El olor, perlas y oro al Oriente;

La mano y color lúcido al aurora,  
Las flechas al Amor, que en mi herido  
Pecho gasta cruel con ardor ciego;

A mi triste vos place dar, Señora,  
Solo esquivo desden, ingrato olvido,  
Que en vuestro hielo encienden mi impio fuego.

## LVII.

Probó atento el artífice dichoso  
A la imágen impresa y forma pura  
Hacer no inferior la hermosa, y  
Por quien Bétis va al píelago pomposo.

La gracia dió, dió el esplendor hermoso  
Que en la nieve la púrpura figura,  
Lumbre que á la tiniebla vence oscura,  
Mas que todos osado y temeroso;

Pero la majestad de la belleza  
Tierna, y serena gloria de la frente,  
Y ojos dulces do el blando amor se cria,

No pudo, y justo fué que su rudeza  
Vuestra beldad no alcance floreciente,  
Sola entre tantas, ¡oh inclita Maria!

## LVIII.

La muerte pido, un corazon amante  
Vos me entregais, y me dejais ausente  
De las bellas lazadas de oro ardiente  
Y del sereno y celestial semblante.

¿Por qué no temo pues el mal instante,  
Aunque sus rayos Marte ya elemente  
Contraiga, si el dolor que está presente  
Causa el pecho en sus lástimas constante?

Este afán no esperado, esta partida  
El errante furor enciende fiero,  
No el trabajo cruel de enferma suerte.

Tal me hallo en la ausencia aborrecida,  
Que el dado corazon fué triste agüero  
Al duro cierto riesgo de la muerte.

## CANCION II.

## La soledad.

Algun tiempo esperé de aquellos ojos  
Gozar la dulce luz que tiernamente  
Se mostraba á mi llanto piadosa,  
Del sol cuando Diana estuvo ausente,  
Y no le desplazieron mis enojos.

Ahora, que esta sombra tenebrosa,  
Se entrepone á mi lumbre venturosa,  
Su esplendor me fallece en el desierto,  
Cercado de terror y niebla oscura,  
Y crece el mal, y el daño se apresura.  
Procuro salir dél con paso incierto,

Y doy en la espesura,  
Donde todo me estorba, y la esperanza  
Desmaya con dolor de la mudanza;  
Cualquier fulgor presente á la memoria  
Vuelve de mi perdido bien la gloria.

Fué en mi luengo camino cierta guia  
Mi luz, y mi cuidado embebecido  
Adestraba por ella el pensamiento.

Ahora, ¡ay triste! ausente y ofendido,  
En soledad confusa y agonía  
La veo oscurecida sin aliento,

Culpa de quien me causa tal tormento.  
Cuando en la asperidad del bosque espeso  
Me enselvo mas, la claridad se aparta,

Y de su ajena gloria al alma aparta;  
Temo otro nuevo error en mi progreso.  
De este agravio no harta

La fortuna, un nublado cerco opone,  
Que lluvioso el bien me descompone,  
Y mi estrella arrebatada de los ojos;  
Yo ciego voy por ásperos abrojos.

Ya subo apenas y nunca descansando  
Por yertos riscos, pasos despeñados,  
Ya en hondos valles bajo con presteza,  
Lugares de las fieras no tratados,

El pensamiento en ellos variando.  
Un frio horror y súbita tristeza  
Roba el vigor y engendra la flaqueza;

Cualquier soplo de viento que resuena  
Entre árboles desnudos quebrantado,  
Aqueja la esperanza y el cuidado,

Que piensa ser la causa de su pena;  
Pero luego, engañado,  
Hallo el cuidado y la esperanza vana,

Que, como sombra, se me va liviana,  
Mas luego en la memoria amor despierta,  
Para cobrar su bien la gloria muerta.

Salgo de esta aspereza á un verde llano,  
De flores y de violas vestido,  
Y de mi Luz el claro lampo veo;

Y la belleza el olor lleva el sentido,  
Y el sereno esplendor y soberano;  
Contemplo en su vigor cuanto deseo,  
Y es el amor semblante á mi deseo.

El pecho abierto admite el blando fuego,  
Y pruebo en la dulzura de este hecho  
Que no arde con viva fuerza el pecho.

Todo mi gran placer se turba luego,  
Al principio deshecho;  
Admirame la culpa, que no es mía,

Y procuro encenderme con porfia,  
Y tanto lo procuro por mi daño,  
Que me abraso y consumo en este engaño.

Quando oso descubrir el mal que siento,  
Hallo tanta tibieza al bien que espero,  
Que desconfio luego de mi gloria,

Y vuelvo al llanto y al dolor primero,  
Desesperado de mi pensamiento;  
Viendo muerta en mis bienes la memoria,

Olvido el dulce tiempo y dulce historia  
De mi leda fortuna y apacible.  
Veo mi mala andanza estar presente,

Y el remedio que aguardo siempre ausente.  
Torno á la soledad; que mas terrible  
Es la luz al doliente,

Y estoy en soledad con luengo llanto,  
Do suena solo y gime el triste canto,  
Y no espero volver al bien pasado,

Ni fin al vano error de mi cuidado.

## SEXTINA III.

Por este umbrroso bosque y verde selva  
Con mi prolija pena ofendo el día,  
Y cuando cerca á Febo ciega noche  
Renuevo mis gemidos en el llanto  
Y acrecienta las ondas á este río,  
Ausente de los rayos de mi Lumbre.

Tal vez pienso cuidadoso que mi Lumbre  
Hierne con el sereno ardor la selva,  
Y cansa de mis lágrimas el río;  
Mas cuando se me aparta y huye el día,

Desierto me resuelto todo en llanto,  
Y á mis ojos deseo eterna noche.

Si en el silencio oscuro de la noche  
Riela por el cielo alguna lumbré,  
Luego la que fué causa de mi llanto  
Me parece presente en esta selva,  
Y hace esclarecer un nuevo día,  
Y alegra el mustio bosque y hondo río.

Testigo de mi gloria ha sido el río,  
Que engañado me vió en profunda noche,  
Hasta que apareció rosado el día,  
Y allí representándose mi Lumbré,  
Que enriquece la fría estéril selva,  
Así dije tal vez, cesando el llanto:

«Mi sol, si á compasion vos mueve el llanto  
Que produce de lágrimas un río,  
Sufrid que rompa yo esta espesa selva,  
Y vaya envuelto siempre en dulce noche,  
Para encender mi pecho en vuestra lumbré,  
Pues me es niebla sin vos el claro día.

»; Oh qué seguro bien tendré en el día  
Que enjuguéis de estos ojos vos el llanto,  
Y enviéis á mi alma aquella lumbré  
Que consume en su fuego el tardo río!  
Que no verán mis ojos triste noche,  
Y será alegre el tiempo en esta selva.

«La selva alcanzará un perpetuo día,  
Y estancará del llanto el grande río  
En la noche en quien viere yo mi Lumbré.»

## SONETO LIX.

Después que en mí tentaron su crueza  
De Amor y vos las flechas y los ojos,  
Di honra al uno, al otro los despojos,  
Y sufrí saña de ambos y aspezoza.

El fuego que encendió vuestra belleza  
Hizo dulces y alegres mis enojos,  
Y suave entre espinas y entre abrojos  
El dolor que causaba mi tristeza.

Tuve esperanza incierta de mi ufana  
Muerte, viendo el valor de mi tormento;  
Y confié este error de mi osadía.

Mas ¡ay! que tanta gloria suerte humana  
No alcanza, y no se debe al mal que siento  
El bien que me negais, Estrella mía.

## LX.

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto;  
Que de mis esperanzas derribado,  
Me veo en tal miseria y apartado  
De aquella luz que ausente alabo y canto?

Mi alma no soporta pesar tanto,  
Y el nido que la estrecha desatado,  
Ligera irá con vuelo acelerado,  
Sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda,  
Y lenta engaña el gozo de su gloria,  
Corta, Amor, corta presto el lazo aliento;

Que solo el bien que en mí dolor me guarda,  
Por la vida que pierdo tal vitoria  
Dará, que en precio exceda á mi tormento.

## LXI.

Aquí donde florece la belleza,  
En cuyo dulce fuego el Amor prueba  
Su flecha y mil trofeos nobles lleva,  
Vi de mi luz serena la pureza.

Mi bien, que fué el valor y su grandeza,  
En mi memoria misera renueva,  
Y entre pasado afán y cuita nueva  
No espero algun remedio á mi tristeza.

De mi gloria ¡oh dichoso antiguo puesto!  
¡Cuán desigual semblante en ti contemplo!  
Cuán gran mudanza afige la alma mía!

Oscuro el día, y siempre el sol molesto  
Te hiera, y seas de mí mal ejemplo  
Hasta que en ti renazca mi alegría.

## LXII.

Mientras Amor vos entrega los despojos  
De quien suspira tierna y cuida y ama,

Yo en vano ausente ardo en tibia llama,  
Viendo trocar mis flores en abrojos.

Vos en vuestro esplendor honrais los ojos,  
Yo voy a do mi ciego error me llama;  
Vuestro sol vos regala y vos inflama,  
Yo en lenta pena enciendo mis enojos.

Dichoso vos, que nunca ó vuestra gloria  
Fué de penosas ansias ofendida,  
O sentisteis la fuerza del veneno;

Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,  
Sin triste mal de amor pasé la vida,  
Y del mas corto bien fui siempre ajeno.

## LXIII.

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho  
Ufano dulcemente con mi pena,  
Y que anadarnos pudo en su cadena  
El ya cortés amor con lazo estrecho.

Yo veo el bien que tuve ya deshecho,  
Y mi segura fe de cuitas llena,  
Y que el ingrato en tuyo afán condena  
A quien halla en su agravio satisfecho.

Yo vi que no fui indigno de la gloria  
Que en su rigor me usurpa la mudanza,  
Y en sombra del olvido ya me veo.

Entristézcome siempre en la memoria,  
Desfallezco medroso en la esperanza,  
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

## LXIV.

Si el fuego idalio el tierno canto inspira,  
Y en tu pecho, Amalteo, algun enaidado  
La estrella infunde ya que en mar turbado  
Te guía, osa herir tu culta lira.

Por ti Bétis humilde al Tebro admira,  
Tebro, mayor que el Arno celebrado,  
Y entre lucientes astros colocado,  
Envidioso Eridano lo mira.

Contigo calla el coro de Elicona,  
Que baña el cuerpo en su cristal corriente,  
Y pierde el dulce niño los despojos;

Que del materno mirto la corona  
Teje para ceñir tu sabia frente,  
O canta ó cierre siempre Amor sus ojos.

## LXV.

Si yo puedo vivir de vos ausente,  
Fálteme siempre el bien y ofenda el cielo,  
Y al débil cuerpo mio en leve vuelo  
La alma, snelta del peso, no sustente.

Si puedo respirar sin el presente  
Vigor de vuestra luz, el impio suelo,  
Lleno de eterna sombra y desconuelo,  
Entre el perdido número me cuente.

Si padezco doliente y apartado,  
Si se enajena el bien que en vos tenia,  
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?

Si muero do se pierde mi cuidado,  
A mis ojos Amor ¿por qué no envía  
Un solo rayo dulce de esperanza?

## LXVI.

**A Alfonso Ramirez de Arellano, autor  
de un soneto en su elogio.**

Alfonso, vuestro noble y grave canto,  
Con quien de eternos giros la armonía  
Asnena, celebrar de la Luz mía  
Debiera la belleza que honro y canto;

Que yo la dnra fuerza de mi llanto  
Muestro, y mal fiero y la ponzoña fría,  
Y el bien que á mi esperanza se desvía,  
Cuando en cuitos son la voz levanto.

No que á mi nombre humilde diera gloria,  
Que ya osa alzar igual por vos la frente,  
A quien ilustra el Arno, grato al cielo;

Mas estimar si puedo esta memoria  
Verá el ilustre reino de Occidente  
Cuán to en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

## LXVII.

A los que murieron en África con el rey  
don Sebastian.

Con triste voz; oh triste musa! suena  
De estos excelsos héroes la memoria,  
De quien recela el hado la victoria,  
Y las mustias exequias mustia ordena.  
Porque pueda cantar, si en tanta pena  
Da lugar el dolor, la ingrata historia,  
Esparece en tanto en honra suya y gloria  
El jacinto, amaranto y azucena.

Vos, no rendidas almas generosas,  
Con desigual asedio y dura suerte  
En la ribera Libia, que el mar baña,  
Al cielo id veneradas, id dichosas;  
Que no osará negar soberbia muerte  
Que sois eterna luz y prez de España.

## ELEGÍA VI.

## A Juan de Malara.

En tanto que, Malara, el fiero Marte  
Y el no vencido pecho del tebano  
Ensaldas por do el sol su luz reparte,  
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,  
Vivo en usadas quejas y lamento,  
Y crezco en mi dolor, teniendo en vano.

Doy culpa á la ocasion de mi tormento,  
Que no pueda ablandar de su dureza  
La fuerza y el rigor del mal que siento.

No encarezco del daño la grandeza;  
Que no soy en mi llanto ambicioso,  
Ni procuro alabanza en mi tristeza.

Sirvo mas al dolor impetuoso  
Y á la infelice suerte de mi estado  
Que al deseo de nombre ingenioso.  
Esto es último fin de mi cuidado,  
En esto espero merecer la gloria,  
Igualmente penoso y engañado.

Solo es el bien que busco y la victoria  
Agradar á mi Luz, y que mi canto  
Haga de mis trabajos la memoria.

Entre suspiros dieron y entre llanto  
La edad florida, el pensamiento incierto,  
Ley á los versos miseros que canto.

Rendida juventud mi estrago cierto  
Dudando lea, y quien en lazo eterno,  
Cual yo, espera acabar de bien desierto;

Que alguno que tuviere pecho tierno  
Celebrará en mis penas la firmeza,  
Y culpará el furor del mal interno.

En mi Luz admirando la belleza,  
El rico cerco de oro y dulces ojos,  
No alabaré el desden y su tibieza.

Hallará de amor triste los despojos,  
Oscura piedad, poca alegría,  
Claro el dolor y muchos los enojos.

Y alguna á quien la indigna suerte mia  
Y su no cierta fe inclinar apena  
Puede, dirá llorosa en su agonía:

«Si Amor, que á sus cruces me condena,  
Tanto bien me hiciera, que estrechara  
A mi y á ti en su yugo una cadena,

»Ni yo de amante ingrato me quejara,  
Ni tú de mi dureza; que antes diera  
Debido y justo premio á fe tan rara.

»Mas tú, si este cruel con diestra fiera  
Te hiere el pecho, dignamente airado,  
Que altivo de su imperio salgas fuera (6),

»A Alcides dejarás desamparado,  
Y será aquel soberbio y alto canto  
En cuitoso y humilde transformado.

Cubrirá del olvido el negro manto

Sus hechos, y tendrán fiel memoria  
Tus cuidados afanes y tu llanto.

Otra mas grave lástima y mudanza  
Te ofrecerá el dolor terrible cuando  
Faltare á tus fatigas la esperanza.

Codiciarás en vano el verso blando  
Que mitigue suave aquella saña  
Que te aflige, ya misero llorando.

Verás entonces bien que Amor se extraña  
De administrar el canto piadoso,  
Que en deleitoso ardor al alma engaña.

Estimarás entonces congoloso  
La lira que cantar mis males usa,  
Y el verso antes caído y lagrimoso;

Y al duro son del hierro y voz confusa  
Del marcial estruendo preferida  
Será por ti mi tierna y simple musa;

Y no podrás callar en tu crecida  
Desdicha y ansia; tu amoroso pecho  
Ardió siempre en su llama esclarecida.

No te pese que tenga Amor deshecho  
Tu preso corazon en dulce fuego,  
Y que esté de tu agravio satishecho.

Si te da de su gloria parte luego,  
Si consagra tu canto, si vencido  
De él, yace el vencedor olvidado,

Por ti será su cetro conocido  
De los purpúreos fines de Oriente  
Hasta el lecho de céfiro escondido;

Y de la fria Cintia al cerco ardiente  
Irá perpetuo el nombre glorioso  
Mientras encendiere en Ida el sol la frente.

El verso dulcemente generoso  
Tendrá sublime honor y soberano  
Del terso y culto Laso y amoroso.

Tal á su bella Laura el gran toscano  
Cantó con alta, insigne y noble lira,  
Guiando el niño rey su diestra mano;

Y de su Delia tal gemir la ira  
Se vió el romano amante en voz quejosa,  
Y por la ausente Némesis suspira.

Será eterna la llama milagrosa  
De aquel que ciñe Febo el verde lauro,  
Y enciende amor con fuerza poderosa;

Que do en Genil se mezcla el breve Dauro,  
Ardiendo osadamente en furia pia,  
Suena en el seno arabio y ponto mauro,

Vivirá de Vandalio la porfia,  
La aquejada pasión y el puro canto,  
Que murmurando Bétis hondo oia;

Y tú tambien harás con tierno llanto  
De tu afanada pena honrosa historia,  
Que te dará este premio el furor santo.

Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,  
Loando de mi Luz la hermosura,  
Temo que no merezco esta victoria;

Porque ausente el rigor de mi ventura  
De toda mi esperanza y bien me tiene,  
Y siempre aguardo nueva desventura

Al dolor, que penando me sostiene.

## ESTANZAS PRIMERAS.

Podrá fuerza cruel de airado cielo,  
Y hacer suerte adversa de mi hado,  
Que pise peregrino estéril suelo  
O sulque el ancho piélagos apartado;  
Y no que de la fe el seguro celo  
Se mude y dé lugar á otro cuidado,  
Y entre, á grado de la alma ó á despecho,  
Nueva llama de amor en este pecho.

No es brio de lozano pensamiento  
Ni liviana promesa y mal cumplida;  
Certeza firme sí de noble intento,  
Que durará en el curso de mi vida;  
Aunque ofendo al honor de mi tormento  
Declarando verdad tan conocida,  
Pues basta ser la causa de mi pena  
La gran beldad de vuestra luz serena.

La luz serena vuestra y beldad pura,  
Que sola en vos eterna resplandece,  
El tierno acogimiento y la dulzura

(6) HERRERA, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, puso este terceto con las variantes que se verán:

Mas tú, si amor con flecha diestra y fiera  
Te hiere el pecho, dinamente airado  
De verte, altivo, de su imperio fuera.

Do espira, y en mi alma el amor crece;  
Así me desvanecen la ventura,  
Que se pierde en el bien que no merece;  
Porque es la mayor gloria que se alcanza,  
Padecer en mi mal sin esperanza.

Tan encogido estuvo mi deseo,  
Que aun del dolor no pretendió memoria;  
Nunca se aventuró mi devaneo,  
Y puse siempre en el temor mi gloria.  
Amando me contento, y no deseo  
Esto de vos, y pierdo esta victoria,  
Si se puede decir que la ha perdido  
Quien ama tan cortés y comedido.

Volved la alegre luz de vuestros ojos,  
Y alijad en los míos su belleza,  
Porque renueva en ella los despojos  
Y aline la alma de esta vil corteza;  
No querría mas bien de mis enojos,  
Que publicarse en toda la grandeza  
Que el cielo ve, que tuve sufrimiento  
Igual á mi osadía y mi tormento.

Después que ya no pudo estar cubierto  
El dolor en que vivo, de mi extraño,  
Y amor me hizo osado al descubierta,  
Lo menos de mi afrenta fué y mi daño  
Lo mucho que sabeis; que el riesgo cierto  
Que paso en mi temor y usado engaño,  
Ni se puede decir como se siente,  
Ni sentirse de pecho diferente.

Solo espero en dolor tan inhumano  
Que conozcáis que sin algun reposo  
Lo sufro, y estoy siempre mas ufano  
Cuando en mi afán me hallo mas penoso;  
Si mereciese yo de Amor tirano  
Este bien, en mis lástimas dichoso,  
Podría ya cuidar que en vos no prenda  
Menos el vivo fuego que me enciende.

No cabe en la fortuna humilde mía  
Tanto bien; sobra haber de vos oído  
Que no vos desagrada mi osadía,  
Y place ver en este error perdido;  
El grande amor, medroso, desconfía,  
El pequeño continuo es atrevido;  
Quien ama poco espere mucho; pero  
Yo, que amo mucho, poco bien espero.

## SEXTINA IV.

Dejo la mas florida planta de oro,  
Y lloro ausente y solo aquella lumbre  
Que sigo, y siento el pecho arder en fuego;  
Mas el estrecho lazo de la mano  
Me alienta, y la dulzura de la boca,  
Que puede regalar la intensa nieve.

Yo recelé la fuerza de la nieve  
Cuando no pude ver el árbol de oro,  
Y perdí las palabras de su boca;  
Pero volvió al partir la alegre lumbre,  
Y con el blanco hielo de la mano  
Todo me destempló en ardiente fuego.

Ardió conmigo junto en dulce fuego,  
Y el rigor desató de fria nieve,  
Y el corazón me puso de su mano  
En la mía, y tendió los ramos de oro;  
Y vibrando en mis ojos con su lumbre,  
Ambrosia y néctar espiró en su boca.

Si oyese el blando acento de su boca,  
Y fuese de mi pecho al suyo el fuego  
Que procedió á mi alma de su lumbre,  
Yo jamás temería ingrata nieve;  
Y cogiendo las tersas hojas de oro,  
Crinaria mi frente con su mano.

Mas ya me hallo lejos de la mano,  
Y no escucho el sonido de su boca  
Ni veo la raíz luciente de oro;  
Y no me abraso todo y vuelvo en fuego,  
Pues crece siempre en mi dolor la nieve,  
Y ¿no ofenden mis lástimas mi lumbre?

Abre, dulce, suave, clara lumbre,  
Las nieblas, y mitiga con tu mano  
Mi sed, y la dureza de tu nieve  
Desencoge y resuelve, pues tu boca

Ené la última causa de mi fuego,  
Y contigo me enreda el tronco de oro.  
Yo espero ya, flor de oro y pura lumbre,  
Tocar la tierna mano y vuestra boca,  
Que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

## ELEGIA VII.

La llama que destruye el pecho mío,  
Y consume cruel en fuego eterno,  
Se alienta en el rigor de vuestro frío.  
¿Qué nieve que engendró sitionio invierno  
Basta contra su fuerza? ¿Qué dureza  
Cerca ese corazón medroso y tierno?

De mi encendido Etna la braveza  
No puede regalar el tardo hielo  
De vuestra blanda y áspera belleza.  
Aunque de la herviente Libia el cielo  
Con intensos ardores abrasase,  
Y siempre el rojo sirio nuestro suelo;  
Y aunque las llamas todas exhalase  
De su ahumada cumbre Tifeo,  
Y con guerra al olimpo fatigase;

Con mi dolor, con mi denuesto creo  
Que no podrán romper el hielo vuestro,  
Ni el incendio podrá de mi deseo.  
Favoreció al ardor el amor diestro,  
Que le dió vida luenga en mis entrañas,  
Y fui yo mesmo en mi pasión maestro.

Aquí tienen principio sus hazañas  
En la tibieza vuestra y en mi llama,  
Con gloria en el suceso y pena extrañas.  
Mielase en vos Amor, en mí se inflama,  
La pena que me dáis tempo por gloria,  
Vuestro desden me aparta, Amor me llama.

Gran valor y honra es la victoria  
De un vencido, y soberbios los despojos  
De un desdichado amante y sin memoria.

Conoció yo el poder de vuestros ojos,  
Rendíme, y sujeté mi libre cuello  
Con aquejada cuita á mis enojos.

Tejióme en bellos lazos el cabello,  
Que excede al oro arabio, la cadena  
Que el mal me causa y fuerza á sostenello.

La boca, en que el alado niño sueña  
Con armonía alegre y risa honesta,  
El furor acrecienta de mi pena.

Grave error, grave culpa mía es esta,  
Pues admito recelo en mi tormento,  
Y á mi osadía miedo vil molesta;

Porque mi aventurado pensamiento  
Halla bienes de amor jamás pensados,  
Y regalos de tierno sentimiento.

¡Ay! los favores casi á fuerza dados,  
La habla, la dulzura y el consuelo,  
Que dan tarde los ojos recatados,  
Trasportado me tienen en el cielo,  
Y lido en su memoria el bien contemplo,  
Que igual no estrenó amante en mortal velo!

Yo sé que muero ya y que soy ejemplo,  
Aunque ofrecido al mal de mi cuidado,  
De venturoso amor en alto templo.

Solo estoy de un afán descomhortado,  
Que del fuego que sufro una centella  
No entra en vuestro corazón helado.

Si Amor permite que esa luz, mi bella  
Llama, vibre sus rayos en mi vista,  
Y que el ardor y resente lleve en ella,

Sé que no habrá tormento que resista  
Mi gloria, y cuido ufano que el trofeo  
Alzaré vencedor en mi conquista;

Que la divina fuerza que en vos veo,  
Podría desatar la nieve fría  
Y el hielo envejecido del Rifeo.

Gloriosa, serena estrella mía,  
Relucid en el fuego que consiento,  
Y dad nuevo vigor á mi osadía;

Que á vuestra alteza inclita presento  
Mi dolor, mi cuidado, el daño cierto  
Y el blando y lastimoso sentimiento.

Los suspiros fogosos que yo vierto  
Darán fe de mis males, y admirada,

Enterneced tal vez el pecho yerto.

Sois vos mi estrella sola venerada  
De la alma, que vos honra con firmeza,  
Aunque no agradeida, no mudada.

Yo procuro hacer vuestra belleza  
Perpetua con osado y noble canto,  
Que en el tiempo asegure su grandeza.

Aliento me da Amor, con que levanto  
La voz, no inferior á eterna fama,  
Cubierto de purpúreo y rico manto.

Y en el ardor dichoso de mi llama  
Se deshará quien viere el nombre escrito,  
El nombre que en suave amor me inflama,

Tendrá jamás el término prescrito;  
Porque como su inmensa hermosura  
Y su valor, así será infinito.

Cual vuela la paloma blanca y pura,  
Tal en la gloria, que suspenso honero,  
Mi canto volará con voz segura.

Luces bellas, sortijas crespas de oro,  
Mano en nieve y en purpura teñida,  
Dulce boca, de amor dulce tesoro;

Gracia, risa, armonía nunca oída,  
Valor, ingenio, conceded la gloria  
A quien por vos de todo el bien se olvida;

Que aunque se debe al cielo esta victoria,  
Mi fe es digna que sola tal hazaña  
Celebre y alce en vuelo su memoria  
Por cuanto señorea y vence España.

### SONETO LXVIII.

De aquella ardiente luz y ardor luciente,  
En quien los ojos abre el amor ciego,  
Centellas de suave y blando fuego  
Vuelan con alas de oro dulcemente.

Unas llegan al orbe, á do presente  
Vénus, estrellas puras forma luego,  
Que le ornán mas, errando en bello fuego,  
Que el Héspero hermoso al occidente;

Mas otras, descendiendo por mi suerte,  
Para darme valor, al tierno pecho,  
Lo abrasan, condenado á eterna pena.

Yo pido, por envidia de mi muerte,  
Que en este corazon, de amor deshecho,  
Todas ponga mi alegre Luz serena.

### LXIX.

Suave Filomela, que tu llanto  
Descubres al sereno y limpio cielo,  
Si lamentaras tú mi desconsuelo,  
O si alcanzara yo tu dulce canto,

Prometer á mi cuita osara tanto (7),  
Que esperara el dolor algun consuelo,  
Y que tal vez moviera tierno celo

Los ojos cuya bella lumbre canto (8).

Mas tú con puro acento y armonía  
Tu afrenta, y gimes bárbaros despojos,  
Yo, triste, mayor daño ausente lloro (9).

Quiera Amor que tu voz la pena mia  
Resuene, ó que yo alivie mis enojos.  
Vuelto en tí, ruiñeñor blando y canoro (10).

(7) Yo prometiera á mis trabajos tanto,  
Que esperara al dolor algun consuelo.

(8) Los bellos ojos, cuya lumbre canto.

(9) Mas tú, con la voz dulce y armonía  
Cantas tu afrenta y bárbaros despojos;  
Yo lloro mayor daño en son quejoso.

(10) O haga el cielo que la pena mia  
Tu voz suene, ó yo cante mis enojos,  
Vuelto en tí, ruiñeñor blando y lloroso.

Pedro de Quirós, poeta sevillano del siglo xvii, cuyas obras están inéditas en la biblioteca Colombina, imitó este soneto en el que principia:

Ruiñeñor amoroso, cuyo llanto  
No hay robte á quien no deje enternecido,  
¡Oh, si tu voz cantase mi quejido!  
Oh, si gimiese mi dolor tu canto!

### LXX.

Velved, suaves ojos, la luz pura,  
Si á esto da lugar vuestra grandeza,  
Y templad mi dolor; que la dureza  
No cabe en vuestra inmensa hermosura.

La soberbia y desden harán oscura  
La mucha claridad de vuestra alteza,  
Y no es blason de singular belleza  
Trocar en mal el bien de mi ventura.

Despues que Amor dejó, serenos ojos,  
Por vos el celeste orbe, el dulce puesto  
Mejoró alegre en vos, y honró la tierra.

Mirad ó no mi cuita y mis enojos  
(¡Tal es mi noble afan!), yo estoy dispuesto  
Para morir ufano en esta guerra.

### LXXI.

El roto lazo habia ya del muerto  
Fuego alegre, del cnello sacudido,  
Mas fué en vano el reposo concedido,  
Y recreció mayor el desconsuelo.

Amor á vuestros ojos trajo cierto  
El corazon, y en ellos defendido,  
Allí encendió su flecha, allí herido  
Vos entregué mi pecho, al hierro abierto.

En la tibia ceniza resplandece  
De vuestra dulce luz centella ardiente,  
Y su blando calor desata el frio.

¡Oh cuál venganza al justo rey se ofrece!  
Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,  
Y siente vuestro pecho el hielo mio.

### LXXII.

Amor, ¿para qué vale el sufrimiento  
En un pecho enseñado á tanta gloria,  
Si es todo lo que guarda la memoria  
Causa de afan al alma, y de tormento?

Porque no pierde triste el flaco aliento  
Quien perdió, y no en su culpa, la victoria,  
Y de su dulce bien la alegre historia  
Vió trocar en eterno sentimiento.

¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza;  
Y ajeno en lengua ausencia de mi suerte,  
Me sostiene en dolor y llanto fiero?

Harto es al que padece en tal mudanza  
Poder honrar su vida con la muerte,  
Que lentamente llega al fin postrero.

### ESTANZAS SEGUNDAS.

Oíd atenta el son del tierno canto,  
Hermosa estrella mia; que yo veo  
En vuestra luz la llama en quien levanto  
Ardiendo prestas alas al deseo.

Por vos venzo el dolor y rindo el llanto,  
Y lleno de la gloria que posco,  
Hallo que en vos mi pena me disculpa,  
Y en mi dichoso mal estoy sin culpa.

Enciéndeme las venas este fuego,  
Las junturas y entrañas abrasadas  
Siento y nervios, y siento correr luego  
Las llamas por los huesos dilatadas.  
Mi llanto el ardor tiembla, y si sosiego,  
Las centellas resuenan alentadas.  
El fuego en la ceniza me revuelve,  
Y en lágrimas el pecho el amor vuelve.

Cuando en vos cuido, en alta fantasía  
Me arrebató y ausente me presentó;  
Y crece, contemplando, mi alegría,  
Donde vuestra belleza represento  
Las partes con que siente la alma mia,  
Enlazada en mortal ayuntamiento,  
Y recibe en figuras conocidas  
Al sentido las cosas ofrecidas (11).

(11) HERRERA puso esta octava y la siguiente en sus *Anotaciones á Garcilaso*, con las variantes que observará el curioso:

Cuando en vos pienso, en alta fantasía  
Me arrebató y ausente me presentó,  
Y crece contemplándome mi alegría  
Donde vuestra belleza represento.



Aunque en honda tiniebla sepultado,  
Y está en silencio oscuro y escondido,  
Casi en perpetua vela del cuidado  
Se aduermen, y en el dulce bien perdido,  
De esta memoria, en puro amor formado,  
Se vencen, y allí todo suspendido  
El espíritu vos halla, y tanto veo  
Cuanto pide y espera mi deseo (12).  
Con la grande igualdad que en la belleza  
Vuestra mi alma tiene semrajante,  
Que trasligure en mi vuestra grandeza  
Me fuerza, y á mi en vos, y del semblante  
Suave y luz procede con terneza  
A los ojos de vuestro humilde amante  
Un furor blando, en que me pierdo, y cuanto  
La vista alegre, crece el mal y el llanto.

Amor me hiere, y hace que mi pena  
Exceda á la que ha sido mas terrible,  
Y sufre, de mi alma hecha ajena,  
Mas dolor que el que puede ser sufrible.  
Solo estoy do se ufana y se condena,  
Y estoy do al tardo cuerpo no es posible;  
Pero gozo en mi afan de tanta gloria,  
Que si es fiero, es eterna mi memoria.

Casi sin esperar, mi Luz, vos temo,  
Y en temor infinito sirvo y amo  
Con infinito amor, y en tanto extremo  
Mas dudo cuanto siempre mas me inflamo;  
Y llega mi recelo á lo supremo  
Del peligro, y tal vez si triste llamo  
La esperanza al favor, se me retira  
Y lejos de salud mi empresa mira.

Peno, y por vos estoy sin esperanza,  
Y menos me debiera si aplacara  
La fuerza del tormento en confianza,  
Pues por mi bien honrándome penara,  
Y no por el valor que la alma alcanza;  
Y esta suerte de mal, dichosa y rara,  
Me obliga á presumir en mi cuidado,  
Ajeno de remedio y olvidado.

Tengo esperanza de mas pena, y tengo  
Por ella alguna cuenta de esta vida,  
Que aborrezco, y la cuita que sostengo,  
Menos, cuanto es mas áspera, es temida.  
Desamo el bien, y en el dolor me vengo  
De la engañada libertad perdida  
Y de mí, que temia, simple y vano,  
La gloria de morir á vuestra mano.

No tengo de vos bien, sino el cuidado  
Que siente el corazón, y es mejor parte  
Esto del don mas noble y estimado  
Que vuestra incierta piedad reparte.  
Tan secreto lo encubro y tan guardado,  
Que jamás daré de él alguna parte;  
Que solo nací yo para tenello,  
Y él para darme muerte en merecello.

No esperé yo algun bien cuando mis ojos  
Vos dieron de mi alma la vitoria;  
Los males esperé de mis despojos,  
Y ellos aplacen tanto á mi memoria,  
Que ya no trocaré de mis enojos  
El menor por el bien de mayor gloria  
Que no venga de vos, y en ellos vivo  
Tan hecho, que al descanso estoy esquivo.

Procuro, si el dolor ya nunca muere,  
Que nazca mas dolor de vuestra mano,  
Porque me esfuerce con razon y espere  
Ser digno del tormento soberano;  
Y Amor jamás podrá que desespere  
Quien ve que su sandez no salió en vano,

Las partes con que siente la alma mía  
Enlazada en mortal ayuntamiento,  
Y recibe en figuras conocidas  
Atendido las cosas ofrecidas.

(12)

Aunque en honda tiniebla sepultado  
Y está, y grave silencio y escondido,  
Casi en perpetua vela del cuidado  
Se me adormece, y en el bien crecido  
De esta memoria con amor formado  
Se vencen, y allí todo suspendido  
El espíritu os halla, y tanto veo  
Cuanto pide el amor y mi deseo.

No para confiar de bien alguno,  
Sino para otro mal mas importuno.

Solo mi bien, mi galardón crecido  
Es, que cuideis que, aunque por vos yo peno,  
Haciendo lo que deho, en lo servido  
De esperanza de premio estoy ajeno;  
Que en admitir mi pena agradecido  
Queda cuanto en mis males hay de bueno;  
Y no que vos lo agradezcáis, Luz mía;  
Que no se inclina á tanto mi osadía.  
Deuda es esta de amor, que siempre hago;  
Si la compenso, gloria no merezco,  
Pena sí, con la cual no satisfago  
Si el tormento huere, á que me ofrezco;  
Bien conozco esta culpa, y no la pago  
Por su valor en cuanto mal padezco;  
A perder de tal suerte me aventuro,  
Que en la vida la muerte me aseguro.

El premio que se guarda á la fe mía  
En fin de mis trabajos y mi engaño,  
Es quedar con mas fuerza y agonía  
Otro para pasar cruel y extraño.  
Amenázame un mal, y se desvia  
Para otro nuevo mal y nuevo daño;  
El que viene mas fiero no me mata,  
Porque de otro mayor se desbarata.

Ausente en soledad, me huelgo tanto  
Por el mal que me causa mi tristeza,  
Que es mi gloria en la fuerza de mi llanto  
Atender solo á él y á su dureza  
Las horas que pasé y el tiempo canto  
Del bien perdido, y puesto en su aspereza,  
Pienso lo que ya fui, y en ello espero,  
Que en lo que soy ahora desespero.

Si vos puede acordar alguna muestra  
De esa inmensa belleza esclarecida,  
Dadle toda la culpa, y será vuestra  
La osadía á mi alma consentida;  
Sea, si sufrís vos la culpa nuestra,  
Sea la pena sola de mi vida;  
Que mi fe del error que ufano intento  
Me asegura en mis miedos y tormento.

Aquiste piedad tan corta y justa  
Sola mi voluntad, por quien soy vuestro;  
Que será presuncion y saña injusta  
Si no dais al amor el error nuestro;  
Y si vuestro desden airado gusta  
De mi muerte, hañad el brazo diestro  
Con hierro agudo en sangre de mi pecho;  
Que yo estimaré alegre el daño hecho.  
Haced cuanto vos place y vos enseñia  
La ingrata condicion y suerte altiva;  
Que mis despojos conocer desdeña,  
Terrible á mi pasión y siempre esquivia;  
Que aunque estéis mas instable y zahareña,  
De tal parte mi lástima deriva,  
Que ni volver podrá rigor ni pena  
Mi voluntad de vos un punto ajena.

Si compasion vos mueve al dolor mio,  
Por el bien donde ledo me vi puesto  
Sea, no por el mal, en quien porlo,  
Pues de mi grado me es, y fué molesto.  
Mirad cuánto en mis ansias me contio,  
Que no salir de sujecion protesto;  
Y si cuído que en esto vos obligo,  
Sedme vos y Amor siempre mi enemigo.  
¿Cuánto me sois en deuda si he temido  
Nunca en difícil trance la mudanza!  
Mas ¿qué mal contrastar al atrevido  
Pecho puede, que honrais con la esperanza?  
Si en peligrosas ondas sacudido  
Temí, desesperado de bonanza,  
Vuestro favor me falte, que el cuidado  
Ni ausente recelé ni desdeñado.

Si en honra de mi pena vos agrada,  
Permitid cortosamente mi osadía;  
Volved con luz serena y regalada  
Los ojos que me toman la alegría,  
Porque en mortal trabajo desmayada,  
No acabeis esta infana suerte mía;  
Pero si no sufrís mi mucha gloria,  
Y entregáis al olvido mi memoria;

Aunque no lo merezca el pensamiento,  
Siempre á vuestros deseos enseñado,  
Pues buscáis, dura y áspera, el tormento  
Y última afrenta al corazón cansado,  
Porque nunca me dueña el sentimiento,  
Quejoso de no haberos agradado,  
Mis males pido solos y mi engaño,  
Y vos quedad contenta con mi daño.

## ELEGIA VIII.

## A Galatea.

El sol del alto cerco descendía,  
Y el paso lentamente apresuraba,  
Y no espiraba la aura mansa y fría,  
Cuando suspenso el curso con que lava  
El sacro muro, honor de hesperia fama,  
Bátis la frente orosa triste alzaba.

No viendo la cruel por quien derrama  
Mil suspiros florosos, en voz ajena  
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama:  
«¿Adónde estás? Escucha de mi pena  
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,  
Y á mayor mal me obliga y me condena.  
»Vén, ninfa, adonde el ciclamor florece,  
Que en la entrepuesta hiedra está sombrío,  
Y do, al timbre igualando, el pobo crece;  
»Que todo cuanto abraza este gran río  
Es mío, y será tuyo si tú vienes.  
Vén, ¡oh! vén, Galatea, al llanto mío.  
»¿Qué tardas? ¿Por qué, ingrata, te detienes?  
No cansas mi esperanza, que afilida  
Penando en confusión y en miedo tienes.

»Una guirnalda guardo retejada  
De siempre ardientes rosas. Blancas flores,  
Y de violas blandas esparcida;  
»Que enlazada en tu frente con olores  
Que cria el Oriente fortunado,  
Encenderás los sátiros de amores.  
»Cubrirá de ostro asirio un estimado  
Y rico manto el cuerpo bello y puro,  
Envidia de las naides y cuidado.  
»Consagraré á tu nombre un bosque oscuro,  
Con empinados árboles tendido,  
Que nunca ose cortar el hierro duro.

»Mas esto, Galatea, si rendido  
No ha tu allivo corazón, yo quiero  
Prometer otro don mas escogido.  
»Las torres que el tebanó alzó primero  
Mira, á quien la cerúlea y alta frente  
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;  
»Do vibra la asta Marte, que caliente  
Bañó en la sangre maúra, y llena de ira  
Pone á la aurora el yugo y occidente;

»Donde valor, virtud el cielo inspira,  
La grandeza, el imperio glorioso  
Y felice fortuna siempre aspira.  
»En estos dará Febo poderoso  
A sublimes espíritus noble aliento  
Con industria y cuidado generoso.  
»Habrá quien cante humilde su tormento,  
Quien beligeró horror y aguda espada,  
Y quien el dulce y rústico lamento;  
»Que aunque tú de pastores celebrada  
Seas en Aretusa y Mincio frío,  
Y del lascivo sulmonés cantada,  
»Si atiendes á su alegre desvarío,  
Te agradará en mis brazos blandamente  
Su canto, que suspira el dolor mío.

»Vén pues, vén, Galatea, que el ardiente  
Calor á estas mis ondas te convida,  
Templadas con el céliro presente;  
»Y en la secreta urna y escondida  
Tratarémos de amor suave y blando,  
Sin nunca desear mas dulce vida.  
»Cantando yo, tú ayudarás sonando,  
Y la zampoña y canto confundido  
Con lazo estrecho, al fin irá cesando.  
»Dichoso yo si alcanzo lo que pido;  
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo  
No aborrece los juegos de Cupido.  
»Aunque á la siracusia ninfa Alfeo

Busque, y con líia el Tebro venturoso,  
Y este con Tiro el hórrido Enipeo,  
»Ensalzaré yo el curso espacioso  
Con puras ondas, esmaltado y lleno  
De esmeraldas el suelo deleitoso;  
»Y el vaso de cristal y claro seno  
Coronaré con oro y perlas bellas,  
La aura esparciendo espíritu sereno.  
»Influndirán propicias tus estrellas  
Virtud al campo alegre y flor hermosa,  
Y arderé yo inflamado en sus centellas.  
»¿Qué líra habrá, qué cítara llorosa,  
Que no se rinda humilde y de la gloria?  
¿Qué silvestre zampoña y amorosa?  
»Será eterna y sagrada tu memoria  
En cuanto ciña el mar y Cintio vea,  
Pues das al amor mío esta vitoria,  
Mi dulce, bella, amada Galatea.»

## SONETO LXXXIII.

La luz serena mía, el oro ardiente,  
En mil cercos lucientes dividido,  
Y en dulce nieve y púrpura teñido,  
Casa, el color suave de la frente,  
Canto, y como el ingrato Amor consiente,  
Ciego en su esplendor bello, estoy herido,  
Y oscurezco sus glorias, ofendido  
De tanto bien, con líra y voz doliente.  
Oso, y aunque el deseo me levante,  
El peso es grande, y culpa mi osadía  
Quien amara el peligro de mi pena;  
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante,  
Y no es mayor su empresa que la mía,  
Pero si el vano error que me condena.

## LXXXIV.

Quando el dolor desmaya al sufrimiento,  
Estoy de todo bien desamparado,  
Y sacudir del cuello quebrantado  
Pruebo el yugo inmortal de mi tormento;  
Mas, viendo el oro terso suelto al viento,  
O entre sortijas bellas enlazado,  
Vuelvo alegre de nuevo á mi cuidado;  
¡Tan dulce me es por él el mal que siento!  
Al ardiente crispár de dulces ojos  
Del tierno y puro amor hermosa llama,  
Descubro sin temor el pecho abierto.  
Mal puedo yo negalle mis despojos  
Si blanda enciende y áspera me inflama,  
Y con el mal y el bien me tiene incierto.

## LXXXV.

Ahora, que cubrió de blanco hielo  
El oro la hermosa aurora mía,  
Blanco es el puro sol y blanco el día,  
Y blanco el color lúcido del cielo.  
Blancas todas tus viras, que reuelo  
Es blanco el arco y rayos de alegría,  
Amor, con que me hieres á porfía;  
Blanco tu ardiente fuego y frío hielo.  
Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,  
Pues tiene en blanca nieve el pecho tierno  
Contra mi fiera llama defendido?  
¡Oh beldad sin amor! Oh mi ventura!  
Que abrasado en vigor de fuego eterno,  
Muerdo en un blanco hielo convertido.

## LXXXVI.

Por estrecho camino, al sol abierto (13),  
De espinas y de abrojos mal sembrado,  
El tardo paso nuevo, y voy cansado  
A do cierra la vuelta el mar incierto.  
Silencio triste habita este desierto,  
Y el mal que hay me importa ser callado;  
Quando acaballo cuido, acrecentado  
Veo el sendero y veo el daño cierto (14).

(15)

Por un camino solo al sol abierto.

(14)

Y el mal que hay conviene ser callado;  
Quando pienso acaballo, acrecentado  
Veo el camino, y mi trabajo cierto.

A un lado empina yerto inmensa cumbre  
El monte hórrido, opuesto al alto cielo;  
Corta un despeñadero la otra parte.

Crecer la sombra y anublar la lumbre  
Siento, y no hallo, solo en mi recelo,  
A dó pueda valerme alguna parte (15).

## LXXVII.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,  
Sublime Carlo, el bárbaro africano  
Y el espantoso á todos otomano  
La altiva frente inclina quebrantada (16).

Italia, en propria sangre sepultada,  
El invencible, el áspero germano,  
Y del francés osado el pecho ufano  
Al yugo rinde la cerviz cansada (17)

Álce España los arcos en memoria,  
Y en colonas á una y otra parte (18)  
Despojos y coronas de vitoria;

Que ya en tierra y en mar no queda parte (19)  
Que no sea trofeo de tu gloria,  
Ni resta mas honor al fiero Marte (20).

## LXXVIII.

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,  
Muera en ausencia vuestra perseguido,  
Y en ciego engaño y confusion perdido,  
A remediar mi daño nunca atienda;

Y jamás la esperanza me defienda  
De ese injusto desden y tibio olvido;  
Y cuando mas me importe ser oido,  
Tarde la voz de mi dolor se entienda.

Pero si no da entrada el pensamiento  
A cosa que no sea vuestra gloria,  
Y de cuanto es ajeno se desvia,

¿Por qué negais, ingrata á mi tormento,  
Que se ufane mi mal con la memoria  
De ser la causa vos, Estrella mia?

## CANCION III.

Desnuda el campo y valle el yerto invierno,  
Y empaña en torno al cielo desvelado  
Negra faz de enemiga oscura niebla,  
Y el sereno esplendor del sol eterno  
Se confunde en una hórrida tiniebla,  
Y rendido á mis lástimas, cuitado,  
Miro el misero estado

Que mi gloria enflaquece y confianza,  
Cobrando siempre fuerzas la olvidanza,  
Y la luz que en mi bien resplandecia  
Asonbró con mudanza

En triste noche al fin mi alegre via.

Esclarece en el último ocidente  
El cielo, y los colores matizando,  
Baña y orla la tierra de su lumbre;  
Su elaridad la yerba y la flor sienta,  
Y el árbol que corona su alta cumbre;  
Mas yo, mezquino, mi dolor llorando,  
Vó en vano lamentando;

Y la luz que mostraba su grandeza  
Y me cubria de inmortal belleza,  
Cerrada nube ofusca, y de mis ojos  
La roba con presteza,

Y mi llanto acrecienta y mis enojos.

Con instable fulgor y rayos de oro

(15) A un lado levantan su grandeza  
Los ricos puntos, con el cielo iguales;  
Al otro cae un gran despeñadero.  
No sé de quién me valga en mi estrechez,  
Que me libre de amor y destos males,  
Pues remedio sin vos, mi luz, no espero.

(16) Y el bravo horror del impetu otomano  
La altiva frente humilla quebrantada.

(17) Y el osado francés con fuerte mano  
Al yugo la cerviz trae inclinada.

(18) Y en colosos á una y otra parte.

(19) Que ya en la tierra y mar no queda parte;

(20) Ni le resta mas honra al fiero Marte.

Cintia entre sombras altas aparece,  
Y lleva al dulce amante á su cuidado,  
A quien para gozar de su tesoro  
La sazón y la suerte favorece;  
Yo, laso, que me veo maltratado,  
Solo y descontentado,  
Sin mi Lumbre en desierta noche y fria,  
¿Qué traza seguiré? ¿Qué cierta guía?

¿Quién podrá en esta niebla aborrecida  
Adestrarme á la via  
Que escogí de mi bien, tan mal perdida?  
Va el píclago sulcando presurosa  
La nave, enderezada de la estrella  
Que gobierna su curso, y sin recelo  
Sufre la ira del ponto proceloso,  
Que con terror descarga toda en ella;  
Yo, en quien su saña toda vierte el cielo,  
El hondo mar del celo

Abro con frágil pino, y la luz clara  
Veo anublarse y ascouderse avara,  
Ondas gemir, subir el golfo en alto;  
¿Y cuán poco repara

Mi vida de la muerte el duro asalto!

En el horror nocturno brama airado  
Y quebranta los árboles el viento,  
Hasta que muestra el dia luz alguna,

Que retarda su impetu indignado,  
Y espira deleitoso un blando aliento;  
Mas en mi oscuridad y en mi fortuna  
Una sombra importuna

Crece, encubriendo el lustre de la aurora,  
Y su imagen los astros descolora.  
Estruendo es todo, es ira, es furia horrible,  
Y al enfermo que llora

Su mal es el remedio ya imposible.  
Al dulce ardor primero y pura llama,  
Las aves cantan ledas, y el rocío  
Las flores cerca de esplendor luciente,  
Que tiembla entre las perlas que derrama,  
Y alegre el campo un aire tierno y frío;  
Y cuando mi luz sale, el mal presente  
Lloro, y de humor caliente

El suelo con mis mustios ojos baño,  
Y no descanso con llorar mi daño;  
Que mi dolor no admite algun consuelo.  
Solo este desengaño  
Del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

## SONETO LXXIX.

Cuando el fiero tirano de Oriente  
La afrenta que sufrió, con osadía  
Se aventura á pagar, y España mia,  
Contrastas con valor su saña ardiente,  
Amor se esfuerza en mi pasión doliente,  
Y finge y me presenta una alegría  
Vana, para que sienta en mi porfía,  
Del bien cayendo, el mal mas duramente.

Yo cuido defenderme en mejor suerte,  
Y resistir seguro el duro asalto,  
Y descansar sin miedo en mi sosiego.

Cuando importa mostrar el pecho fuerte,  
Me pierdo y hallo de valor mas faltar,  
Y rindo el corazón al hierro y fuego.

## LXXX.

El sátiro que el fuego vió primero,  
En su alegre esplendor embebecido,  
Llegó á tocar, y conoció, encendido (21)  
Que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.  
Yo, que la luz vi, misero, en quien muero,  
Vuelto llama, engañado y ofrecido  
A mi dolor, no en llanto convertido,  
Cuidé triste acabar, como ya espero (22).  
Belleza y claridad nunca antes vista (25)

(21) De su vivo esplendor todo vencido,  
Llegó á tocallo, mas probó encendido.

(22) Yo, que la pura luz do ardiendo muero,  
Misero vi, engañado, y ofrecido  
A mi dolor, en llanto convertido,  
Acabar no pensé, como ya espero.

(25) Belleza y claridad antes no vista,

Dieron principio al mal de mi deseo,  
Dura pena y afán á un rudo pecho.  
Padezco el dulce engaño de la vista;  
Mas, pues me pierdo al fin con cuanto veo,  
¿Cómo todo ceniza no estoy hecho? (24)

## LXXXI.

Alcé la vista acaso, descuidado  
De mi futuro afán y cierta pena,  
bestejida del cuello la cadena,  
Que me traje en mil males enredado;  
Y queriendo mirar; y á duro hado!  
El puro ardor de aquella Luz serena,  
En quien amor me inflama y me condena  
Y con sus flechas vibra el arco armado,  
Sus ojos en los míos se encontraron,  
Y con la fuerza de su fuego el pecho  
Sintió la aguda vira en las entrañas,  
Que no livianamente me abrasaron,  
Y el golpe fiero descendió derecho  
A mostrar en mi alma sus hazañas.

## LXXXII.

Eustacio, yo seguí al Amor tirano  
Esperando en su fe, por dolor mio;  
Que al intenso rigor y ardiente estío  
Prometido descanso busqué en vano.  
Veo, y seme desliza de la mano,  
La ocasion, y aunque en este invierno frio  
Inundo en luengo llanto el hondo río,  
Siento crecer el mal mas inhumano.  
Vos, á quien Febo dió la dulce lira  
Y la arte gloriosa de Melampo,  
Remediad la pasión de un vuestro amigo;  
Que la pocion de aquella que suspira  
Por su cruel belleza el frigio campo,  
Tal vez podrá tener valor conmigo.

## ELEGIA IX.

## Gustos de amor (25).

Rubio Febo y crinado, que escondido  
En el ondoso seno de occidente,  
Dejas el cielo en torno oscurecido;  
Si en las rosadas puertas de oriente  
Rielaren tus puros rayos y oro  
Con ardor de luz nueva y roja frente,  
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;  
Que hoy vi los ojos do perdí herida  
Mi alma en la beldad que amando adoro.  
Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida,  
Ya puedo esperar bien en mi tormento,  
Sin revelar mi muerte aborrecida.  
Verás de tu sublime y rico asiento  
La trenza que en mi afán se enreda y crece,  
Suelta al tierno espirar del manso viento;  
Las luces do rendido Amor se ofrece,  
El semblante que en púrpura y en nieve  
Dulcemente mezclado resplandece.  
Pero sea, Titan, la vista breve;  
Que si tu llama en ella se detiene,  
Hará que en ti la suya el niño pruebe.  
Clarar la tierra y polo te conviene,  
Y no, ciego de aquella luz hermosa,  
Que en medrosa tiniebla te condene.  
Solamente á mi alma venturosa  
El amor concedió de su belleza,  
Y la vida y la muerte gloriosa.  
Sienta el persa animoso mi riqueza,  
Quien del Rin bebe osado la corriente  
Y del Vistula admira la grandeza,  
Mi gloria á la primera incierta fuente  
Del fario Nilo, imitador del cielo,  
Y corrá á la apartada inculta gente,  
Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,

(24) Mas si me pierdo con el bien que veo,  
¿Cómo no estoy ceniza todo hecho?

(25) Así Marchena intitula esta elegía,

Dende el curso de Ganges resonante  
Hasta el dichoso nuestro hesperio suelo,  
Yo he sido el mas felice y cierto amante,  
Y mi luz entre todas la mas bella,  
Aunque el troyano incendio Homero cante.  
No ilustra el giro excelso alguna estrella,  
O corone á la esposa de Perseo,  
O á quien de ti, Teseo, se querella,  
Igual á esta mi luz, que alegre veo  
Vibrar suaves rayos á mis ojos,  
Y contiendo en el mio su deseo,  
Que de mi luengo afán de mis enojos  
Repuso la ocasion, y abrió camino  
Fácil entre el horror de los abrojos.  
Mi alma siente ya el ardor divino  
Con dulzura amorosa, y renovado  
El regalo y sin fuerza el mal indino.  
Vi su belleza inmensa, y vi alterado  
Que el ánimo el placer me confundia,  
Y la voz me dejó desamparado.

Llegó mi bien, y vi con alegría,  
De favor blando el pecho enriquecido,  
Y escuché el tierno acento y armonía.  
Si del cielo me fuera concedido  
Levantar en grandeza el nombre mio  
Con diadema y cetro esclarecido,  
Y al Indo ardiente y al Bisalta frio  
Sujeto á mi poder, y al fiero viera  
Que riega del Danubio el grande río,  
Sin esta luz serena, por quien diera  
La vida, si Amor sufre tanta gloria,  
El imperio y tiara no quisiera;  
Que mas deseo solo y sin memoria  
Estar humilde en pobre apartamiento,  
Cantando de mi bien la ufana historia,  
Que con ella viviera mas contento;  
Y sé bien que alcanzara con su lumbre  
Gloria al dolor y grave mal que siento,  
Y á mi nombre lugar en alta cumbre.

## SONETO LXXXIII.

Si la fuerza que ponen y cuidado  
En mi dolor las lágrimas, pusiera  
La voz de mi doliente suerte, fuera  
El dulce son y llanto bien gastado;  
Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado  
Con piedad y lástima se viera,  
Y á mi estrecha esperanza no ofendiera  
Desdeñ tibio, ira injusta de mi bado.  
Mas cuido que si el misero lamento  
Para gemir mi mal, y el nuevo canto  
Que me enseña el amor, me ofrece el cielo,  
Que, enal áspide sorda al tierno acento,  
Negara al corazón, que temo tanto  
Que ablande su rigor vuestro impio celo.

## LXXXIV.

Esta desnuda playa, esta llanura;  
De astas y rotas armas mal sembrada,  
Do acabó al vencedor la iberá espada (26),  
Es de España sangrienta sepultura.  
Mostró virtud su precio, y la ventura (27)  
Negó el suceso y dió á la muerte entrada,  
Que rehuyó, dudosa y admirada  
Del héroe valor la suerte oscura (28).  
Venció otomano al español ya muerto,  
Antes del muerto el vivo fué vencido,  
Y Hesperia llora y Grecia la vitoria (29);  
Pero será testigo este desierto  
Que, si cayó muriendo, no rendido,  
Tracia le rinde y Asia el nombre y gloria (30).

(26) Do el vencedor cayó con muerte airada.  
(27) Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura.  
(28) Del temido furor la suerte dura.  
(29) Y España y Grecia lloran la vitoria.  
(30) Llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

## LXXXV.

Duro el pecho, y fué grande el sufrimiento  
Que enceló la crueza de esta llaga;  
Mas bien no sé, mezquino, ya qué haga  
En el dolor esquivo que consiento.  
Oso y fallece el ánimo al tormento,  
De mi arrojado intento justa paga;  
Pero, aunque mas la pena me deshaga,  
Acabará en silencio el sentimiento.

Tan grave el golpe fué, que el fiero arquero  
De las purpúreas alas quedó ufano  
Viéndome atravesado las entrañas.

Temblé al furor que traje y gemí; empero  
Después ¡oh simple yo! alabé la mano  
Ocasión de estas ásperas hazañas.

## LXXXVI.

Aura suave y mansa de occidente (51),  
Que con el tierno soplo y blando frío  
Halagaste el ardor del pecho mio (52),  
¿Que espíritu te mueve vehementemente?

Ni Euro espira, ni suena el austro ardiente  
En el furor desierto del estío;  
Y tú secas, cruel, el prado y río (53),  
Cual al suelo africano el sol caliente.

Mas ¡ay! tú te encendiste en mi luz bella,  
Y envidiando el bien de mi ventura,  
Las flores y ondas abrasaste luego (54).

Cesa, aura, no me enciendas mas, que en ella  
Ardo y me abraso siempre en llama pura;  
No acrecientes mas fuego á mi gran fuego (55).

## LXXXVII.

Si deseáis que muera á vuestra mano,  
¿Por qué dais vida á un corazón abierto?  
Es crueldad vengar en cuerpo muerto,  
Culpa, si la hay, de un simple error liviano.

Si con saña buscáis de Amor tirano  
Dolor eterno á un misero desierto,  
¿Por qué haceis ¡oh extraño desconcierto!  
Que mengue, y mi pasión fallezca en vano?

Poco es esto si debo yo, Luz mia,  
Que mis entrañas corte el hierro y parta,  
Y me acabe el desden que el mal me ha hecho.

Mas que mis esperanzas y alegría  
Rompa quien tanto bien, cruel, me aparta,  
¿Cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

## CANCION IV.

Desciende de la cumbre de Parnaso,  
Cantando dulcemente en noble lira,  
¡Oh tú, de eterna juventud, Talia!  
Y nuevo aliento al corazón me inspira  
Aqui, donde el torcido y luengo paso  
Bétis al hondo mar corriente envia,  
Porque de la voz mia  
Suena el canto y florezca la memoria  
Hasta el término rojo de oriente,  
Y do al húmida ardiente  
Abrasa Iperion, y en alta gloria  
El nombre de la insigne hesperia planta  
Que de Córdoba y Cerda se levanta,  
Aqui te honor, y al céfiro templado  
Ensalce este iucero venerado

Los despojos, y en árboles alzados  
Los insignes trofeos, el sangriento  
Conflicto del feroz dudoso Marte,  
Las enseñas que mueve en torno el viento,  
Los presos y los reinos conquistados

(51) Aura mansa y templada de occidente.

(52) Halagas el ardor del pecho mio.

(53) Ni Euro espira ni Austro suena ardiente  
En el furor mas grave del estío;  
Y tú abrasas el verde prado y río.

(54) Y enemiga del bien de mi ventura,  
Abrasaste las ondas y las flores.

(55) Ardo siempre y me abraso en llama pura;  
¡Ah! no añadas mas fuego á mis ardores.

Con segura prudencia, esfuerzo y arte,  
Que dieron tanta parte  
De la rota y herida y muerta Francia  
Al que fué éprez y honor del orbe hispano,  
Que al soberbio otomano  
Quebró en las jonias ondas la arrogancia,  
Y en la Ausonia adquirió el heroico nombre  
Con mas valor que cabe en mortal hombre,  
Con alas de vitoria al fin levantan  
Las vitorias que Europa y Asia cantan.

El ánimo del nieto esclarecido,  
Conforme en hechos inclitos y en fama,  
Que trajo al yugo al galo quebrantado,  
Cual del luciente Febo ardiente llama,  
Que deshace al nublado oscurecido;  
Tal parece, de luz y honor cercado,  
Puesto en sublime grado,  
Mezclando al blando Cintio y á Belona,  
Y de lauro y de yedra floreciente  
En su sagrada frente  
Doblada cñe y orna la corona;  
Pero alabar su pecho generoso  
Conviene á un grande espíritu dichoso.  
Mas ¿qué, si canto yo la soberana  
Francisca, al uno nieta, al otro hermana?

¡Oh alma enriquecida de honra y gloria,  
De grandeza real excelsa muestra,  
A quien mas favorable aspira el cielo,  
Y sus bienes rendir con larga diestra  
Se esfuerza, y causa en vos nuestra memoria,  
Que igual no ve el fulgor Cirreo, el nuestro  
Reino Tartesio al vuestro  
Nombre consagra humilde un claro templo  
De excelente valor virtud ardiente,  
Cual en la edad ausente  
Acaya dedicó por noble ejemplo  
A la armada doncella que sin madre  
Salió de la alta frente de su padre!  
¿Qué mucho que este precio vuestro sea,  
Si á vos cede la virgen Atenea?

De vos procede ¡oh sola luz de España!  
El heroico valor que mi deseo  
Inflama en nuevo ardor y glorioso.  
Ya inferior á mi la tierra veo,  
Veo el ondoso ponto que la baña,  
Cortando el giro aerio, luminoso,  
Y veo en el hermoso

Sol, do vuestras virtudes resplandecen,  
Cuanta abundancia el cielo en sí contiene,  
Que vos guarda y sostiene,  
Y el número de gracias que en vos crecen;  
Y en vuestra claridad contemplo atento  
Seso, ingenio, inmortal merecimiento,  
Y hallo alegre en vuestra lumbre pura  
Rayos de aquella inmensa hermosura.

Como el vigor de Apolo á la ancha tierra  
Hustra y junto enciende y enriquece,  
Haciendo el valle fértil, ledo el prado,  
Que con mil varios dones reflorece,  
Y el paso á la sazón estéril cierra;  
Tiene así el esplendor aventajado  
Nuestro ingenio alumbrado.

Y produce, esparciendo su riqueza,  
El fruto del espíritu divino  
Con valor peregrino,  
Y ensalza las hazañas y grandeza  
Con alta voz y con eterna lira;  
Y tanto en vos alcanza, que se admira  
Porque ve el cielo en vos y el suelo ufano  
Con tanto bien, que solra al sér humano.

Todo cuanto al terrestre cuerpo alienta,  
De la celeste fuerza deducido.  
Se halla en vos casi en igual efeto:  
De vos el hijo globo y el tendido  
Humor y el vago cerca se sustenta,  
Y el ardor de las llamas inquieto;  
Que con vigor secreto  
A tierra y agua, al aire y puro fuego,  
Cual etérea virtud y las estrellas,  
Son vuestras obras bellas  
La tierra, la agua, el aire, el puro fuego.  
¡Oh glorioso cielo en nuestro suelo!

Oh suelo glorioso con tal cielo!  
 ¿Quién podrá celebrar vuestra nobleza?  
 Quién osará alabar vuestra belleza?  
 Vuestro valor excede, soberano,  
 Al mas claro y excelso entendimiento,  
 Y ciega vuestra luz resplandeciente  
 Los ojos del humano sentimiento.  
 Yo, aunque el osado Amor me da la mano,  
 Temo del hondo Pado la corriente,  
 Y el mar, que dentro siente  
 Del atrevido jóven la caída.  
 No soy el insolente Salmonco,  
 Que imitó con deseo  
 Vano del rayo la ira embravecida.  
 Cuanto ve Delio y cuanto el polo cubre,  
 Todo en vuestra alabanza se descubre,  
 Y toda se presenta á gloria vuestra  
 La grande, ingeniosa madre nuestra.

## SONETO LXXXVIII.

Bello cerco y ondoso, que enlazado  
 En sutil vuelta y varia de ámbur pura  
 Teneis mi preso cuello, que aun procura  
 Hallarse mas revuelto y anudado;  
 Si el vigor de ese fuego renovado  
 Veo que abrasa ¡oh bien de mi ventura!  
 A aquella que me tiene, ingrata y dura,  
 Ausente y de mí todo enajenado,  
 No habrá en el suelo nuestro ni en el cielo  
 Hebras lucientes de oro terso tales,  
 No de amor tan hermosa red y llama;  
 Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo  
 Despojos de cabello ilustre iguales,  
 Honor ó rica trenza de quien ama.

## LXXXIX.

Trenzas que en la serena y limpia frente,  
 De anillos de oro crespo coronadas,  
 Formais lucientes vueltas y lazadas,  
 Donde el mayor Vulcano espira ardiente;  
 El sol, ó que aparezca en oriente  
 Con las puntas de llamas dilatadas,  
 O que las junte, de subir cansadas,  
 Se rinde á vuestra luz resplandeciente.  
 Vos, mis hermosos cerceos, anudado  
 Teneis mi cuello, y nunca espero el día  
 Principio á libertad, fin á la pena;  
 Porque alegre en el mal de mi cuidado,  
 De la prision huir no pienso mia,  
 Ni los lazos romper de esta cadena.

## XC.

Aquí do lloro en ti, fiel desierto,  
 Y aquejo con mi llanto el son del rio,  
 Vi la luz y belleza y amor mio  
 En la serena noche al cielo abierto.  
 Esperé entonces vida, espero, muerto,  
 Sepulcro ahora en este asiento frío,  
 Y en el aliento último que envío,  
 Perdon humilde haber de quien me ha muerto;  
 Porque á tanta grandeza y hermosura  
 Fué mi error temerario, y justa pena  
 La muerte, aunque menor que mis tormentos.  
 Mas nunca mi memoria será oscura;  
 Que amor no siempre á olvido me condena,  
 Pues muero osando grandes pensamientos.

## XCI.

Alma, que ya en la luz del puro cielo  
 Ardes de santo fuego, á quien suspira  
 Tu ausencia con suaves ojos mira,  
 Y alienta á levantar el flaco vuelo.  
 Ceñida en torno tú de rojo velo,  
 La llama en mi lloroso pecho inspira,  
 Porque sin odio, sin temor, sin ira  
 Desprecie el vano amor y error del suelo.  
 Loré yo tu partida, amé tu gloria,  
 Y en tu último dolor creció mi pena,  
 Para sentir continuo el mismo hado

Si la fe te renueva la memoria  
 En esta sombra, ven con faz serena  
 A consolar el corazon cuitado.

## XCII.

Justo es que la cansada incierta vida,  
 Tiempo tanto sujeta al amor vano,  
 Desdeñe al rigor impio, y del tirano  
 Yugo ose alzarse mi cerviz caída.  
 Perezca la esperanza aborrecida,  
 El deseo abatido y mi liviano  
 Intento; que mi bien ya está en mi mano,  
 Ya tengo mi fortuna conocida.  
 Seguro podré ver la indigna suerte  
 Del misero amador, el vil denuesto,  
 El congojoso miedo, el celo frío;  
 Que no podrá respeto de mi muerte  
 Hacer que mude el curso al fin propuesto;  
 ¡Tal ejemplo es el grave dolor mio!

## ELEGÍA X.

Dulce y hello dolor de mi cuidado,  
 Que el corazon, cubierto de esperanza,  
 En temor teneis puesto y engañado,  
 Si en esta de mi bien cruel mudanza  
 Mi triste afan conhorto y sufrimiento,  
 De fortuna mejor no es confianza.  
 Hallo dispuesto al mal el sentimiento  
 Para mostrar la causa de mi pena,  
 No para pretender merecimiento.  
 No sufre vuestra inmensa luz serena  
 Que miren su esplendor aquellos ojos  
 Que hacen su esperanza de bien llena.  
 Débense á la belleza mis enojos,  
 Y que se pierda en cambio la vitoria  
 De contar como vuestros mis despojos.  
 No merece la vida quien la gloria  
 Espera de su amor por bien sufrido,  
 O quien intenta mas que la memoria.  
 El que pudo llegar á tal partido,  
 Que descubrió una muestra de alegría,  
 Conténtese del bien con ser perdido.  
 Venturoso fué el claro y dulce día  
 Que señaló el favor del bien ya hecho  
 Con piedra de oriente al alma mia.  
 Si no fuera en sazón de tiempo estrecho,  
 Temor habia justo de la vida;  
 Que no era en tanta gloria diestro el pecho.  
 Pero si ser debia, bien perdida  
 Fuera si feneciera allí, y quedara  
 Recuerdo de mi suerte esclarecida.  
 El valor del deseo allí gozara  
 Si desmayado, en vuestros brazos puesto,  
 Tiernamente muriendo descansara.  
 Mas, á mi duro afan y ausencia expuesto,  
 Padezco en soledad, de bien desierto,  
 Y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.  
 Y si despues que ausente fuere muerto,  
 Se buscare la causa de mi daño,  
 Muéstrese en claridad el pecho abierto;  
 Que en él sin velo y sin error de engaño  
 Escrito el nombre se verá, mi Estrella,  
 Vuestro el favor que tuve el día, el año.  
 Veráse rutilar vuestra luz bella  
 En él con la suave fuerza ardiente,  
 Y á quien la ve que abraza su centella.  
 Que ya que vos dió el cielo al occidente,  
 Solo en el pecho mio pertenece  
 Tener lugar debido y excelente.  
 Ni amaros ni mirar la luz merece  
 El que no riude á vos los pensamientos  
 Con la primera vista que se ofrece.  
 Despues que se mudaron mis intentos  
 Pena, y holgara estar, si mas pudiera,  
 Sujeto á nuevos y ásperos tormentos.  
 No enido recelar mi suerte fiera,  
 Aunque aparte mis ojos de su lumbre;  
 Que poco duele el hado á quien lo espera.  
 Estáis, mi sol sereno, en alta cumbre,  
 Do no puede llegar nuestra baja,  
 Y de allí me miráis con mansedumbre.

Mostráis dulces vislumbres de terneza  
Para dar á mi pecho algun consuelo,  
Ocupado de lástima y tristeza.

Mas yo, que no levanto presto el vuelo,  
Culpa del ser humano, á vuestro asiento,  
Gimo desamparado en este suelo.

¿Quién me diera las fuerzas al intento  
Iguales para alzarme de la tierra,  
Do solo llegará mi atrevimiento!

Y hecho vencedor en esta guerra,  
Entrara en los lugares que deseo,  
Que la distancia y ocasion los cierra.

Dichoso tú, que al monstro Meduseo  
La soberbia y frente hórrida cortaste,  
Que en mármóreo rigor trocó á Fineo.

Pues con tálares de oro sin contraste  
Sublime al oriente y glorioso,  
Por un usado camino traspasaste.

Yo, desdichado y triste, que el hermoso  
Lucero de mi alma aun con la vista  
Cercar no puedo ya, ni espero ni oso,

Si la vida perdiere en tal conquista  
De males amorosos, esta pena  
Hay sola que á su impetu resista.

Desdenar, de dulzura tierna ajena;  
Que ofenda á vuestro pecho soberano,  
La gloria en que la muerte me condena;  
Que no se debe á mi tormento insano  
Tanto bien, que deshaga con la vida  
Mi sufrimiento y mi dolor tirano.

Pero si en esta ausencia aborrecida  
El cuidado acercáis la esquiva muerte,  
Digna de mi esperanza mal perdida,

Pienso que usais conmigo en esta suerte  
De última piedad en tiempo indino,  
Por acortar la pena á mi mal fuerte.

Y acabaráse aquel temor continuo  
En este caso injusto, y la engañada  
Opinion del ánimo mezquino.

Mi alma, alegremente aventurada,  
Volará triunfando en los despojos  
De mi alar y mi ausia, no cansada.

En tanto que se aluengan mis ojos,  
Vos ¡oh mi sol hermoso! con terneza  
Mirad mi cuita y húmedos mis ojos.

Y si el deseo ausente á la belleza  
Sin igual me llevare en algun día,  
Volviendo á mi los rayos de esa alteza,  
Tomadme á la primera suerte mia.

## SONETO XCIII.

En esta selva bórrida y desierta,  
Que tiene en temor triste el viento airado,  
Contemplo, en mis desdichas ostinado,  
Mi peligroso estado y vida incierta.

Hallo del impio amor la senda abierta,  
Que descubrió el principio á mi cuidado;  
Espacio luengo veo y no tratado,  
Salud siempre difícil, muerte cierta.

No veo árbol ramoso ni desnudo  
Que no sea mi bella fiera, y siento  
Cuajármese la sangre al pecho fria.

¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo  
Contrastar su pasion! Mas el tormento  
Que sufro no se rinde á mi porfia.

## XCIV.

Luces en quien su luz el sol renueva,  
Y Cupido su llama, y las estrellas,  
Con cuya claridad florecen bellas

Con el nocturno horror, con la alba nueva,

¿Qué pesar os destine osado y prueba  
Desmayar el vigor de esas centellas?  
¡Por qué no descubris con fuerza en ellas  
De vuestro puro fuego alguna prueba?

Así podrá con llanto, dulces ojos,  
Turbar vuestro esplendor oscuro velo,  
Cual nube rara al vivo ardor de Apolo.

Despues que al dolor dáis estos despojos,  
De luto cubre Amor su faz, y el cielo  
Confuso yace en triste sombra y solo.

## XCV.

Quejoso ya del tiempo mal perdido,  
Las armas con que al dulce rey tirano  
Ofrecido seguí, esperando en vano,  
Pongo, de mis deseos ofendido.

Basta en mi tierna edad haber crecido  
Amor, que en mi cansó su diestra mano;  
Consejo me parece ya bien sano  
Desviarme del curso proseguido.

Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,  
Y valgo á contrastar su gran dureza  
Y negar de mis males la vitoria.

Mas no sufre el cruel que en la alma mia  
Mi luz no me presente su belleza;  
Y así, me aflige y vence la memoria.

## XCVI.

Suspiro y pruebo ya con voz doliente  
Que en sus cuitas espire la alma mia (56);  
Crece el suspiro en vano y mi agonía,  
Y el mal renueva siempre su accidente.

Las penas en que solo peuo ausente (57)  
Rompe mi suspirar en noche y día,  
Y no toca ¡oh dolor de mi porfia! (58)

A quien estos suspiros no consiente.  
Suspirando no muero y no deshago  
Parte de mi pasion, mas vuelvo al llanto,  
Y cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerza amor el suspirar que hago,  
Y como el cisne acaba en dulce canto,  
Así pierdo la vida en el suspiro (59).

## XCVII.

El tiempo que se aluenga al mal extraño,  
Y mis pasos me muestra bien contados (40),  
Si término pusiese á mis cuidados,  
Sería á mi esperanza desengaño;

Que el oro que me enlaza en nuevo engaño (41)  
Los ojos, dulcemente regalados,  
Sin vigor á mis años mal gastados (42)

El remedio serian de su daño.  
Pero si en él se aumenta el dolor mio,  
Si el cabello y las lucas inmortales

Son, y eterno el valor de heroico intento (45);

Será de amor perpetuo el desvario,  
Y en los que al fin perecen, grandes males (44)  
Renacerá continuo mi tormento.

## XCVIII.

## A Alfonso Ramirez de Arellano.

Sola y en alto mar, sin luz alguna,  
Con tempestad sañosa vace y vaeito  
Mi popa abierta, y no abre el negro asiento  
Del cielo la confusa incierta luna.

Esperanza, Arellano, ya ninguna  
Procuró, ni se debe al pensamiento;  
Fallecen fuerza y arte, y triste siento  
La muerte apresurármese importuna.

Pues el amor me olvida y cierra el puerto,  
Y veo en las reliquias de mi nave

Que el ponto espance y vuelve mis despojos,

La veste y armas de este amante muerto  
Colgad, que restan del naufragio grave,  
A la ara de mis bellos dulces ojos.

(56) Que en su dolor espire el alma mia.

(57) Estas penas do solo muero ausente.

(58) Y no hieres ¡oh dolor de mi porfia!

(59) Y como el cisne muere en dulce canto,  
Así acabo la vida en un suspiro.

(40) El tiempo que se alarga al mal extraño,  
Y me muestra mis pasos bien contados.

(41) Que el oro, que me tiene en nuevo engaño.

(42) Sin valor á mis años mal gastados.

(43) Si el oro es y las lucas inmortales,

Y es eterno el valor y altivo intento.

(44) Y en las penas que á todos son mortales.

## CANCION V.

De las mas ricas trenzas y hermosas  
 Que ve de Febo el carro esclarecido  
 Estoy ausente y solo en el desierto,  
 Que á mis quejas responde con gemido;  
 De las mas puras luces y amorosas  
 Pena en mi soledad, de bien incierto,  
 Rendido á dolor cierto;  
 Ve aquellas hebras bellas  
 Y suaves estrellas  
 ; Av tormento cruel! mi suerte dura  
 Me aparta. ¿Quién en esta noche oscura  
 Me llevará al cabello y luz serena,  
 A cuya hermosura  
 Mi alma en los despojos se condena?  
 No son mas rutilantes y encendidos,  
 Cuando salen mas rojos en el día,  
 Los claros rayos de Titan luciente,  
 Que son de la enemiga dulce mia  
 Los hilos, ó enlazados ó esparcidos,  
 Con que enriquece Amor la blanca frente,  
 Donde tiene presente  
 De fuerte red y estrecha  
 Noble cadena hecha  
 A la alma, que procura ser vencida,  
 Y comportar sujeta y bien perdida  
 La fuerza de los males que merece,  
 Y en su cuitosa vida  
 Crece el amor, y el desear mas crece.  
 Las llamas que fucilan en el cielo,  
 Con quien la noche sola se corona,  
 De lumbrosas figuras esmaltada,  
 Relazando en su frente una corona  
 De cá dulo esplendor, que ilustra el suelo,  
 Vence mi luz, de puro ardor ornada,  
 Do al impio niño agrada  
 Establecer su gloria  
 Y estrenar su vitoria,  
 Y con fogosas flechas en la mano  
 En ella muestra bien si es rey tirano;  
 Y de fulgor hermoso al crispar tierno  
 No deja pecho sano,  
 Que cuanto mira, obliga á daño eterno.  
 Quanto crece la sombra y mengua el día,  
 Me enciende el fuego al corazon cuidadoso,  
 Y descubrir no puedo al dolor mio  
 Remedio; que se esfuerza el mal penoso  
 En esta miserable ausencia mia.  
 Llora, y mis ojos vierten un gran rio,  
 Que en el invierno frio  
 El rigor de la nieve  
 Disuelve en trecho breve;  
 Mas de las luces blandas la ferneza,  
 Vigor florido y llama de belleza,  
 Pudieran mitigar su fuerza ardiente,  
 Si en esta mi tristeza  
 No estuviera apartado y siempre ausente.  
 Ingrato amor, no dulce, amor amargo,  
 ¿Con qué virtud me vales, que no muero,  
 De mi dichosa Estrella no alumbrado?  
 ¿A dó está el bien? A dó el favor primero?  
 ¿Qué tiempo de destierro es este largo?  
 Los ojos, de mi todo enajenado,  
 Vuelvo al lugar amado,  
 Y en un tormento intenso  
 Paso el día, y suspenso  
 Gasto lo noche en misero lamento,  
 Y mi deseo, alzando el pensamiento,  
 Inquieta si mi Luz pensosa yace  
 Y si mi apartamiento  
 Le duele y mi pasion le satisface.  
 Mil cosas imagino que deseo;  
 Hácelas verdaderas la esperanza,  
 Ultimo bien del amador mezquino.  
 Doy crédito á mi vana confianza  
 Para adquirir el fin de mi deseo.  
 Ya corre el pensamiento sin camino  
 Por el error continuo  
 De mi antigua fortuna;  
 Halla tal vez alguna  
 Traza de su dolor, y duda y huye;

Y el fingido contento se destruye;  
 Y por el mesmo rastro que ha llevado  
 Teme entrar, y rehuye,  
 Tal vez de su peligro acobardado.  
 ¿Qué podré yo, doliente, en tal extremo,  
 Pues mi suerte á mis lástimas me inclina,  
 Sino atender el mal que Amor me diere?  
 Estoy dispuesto ya á mi pena indina,  
 Y antes que reconozca el daño, temo,  
 Porque ni el bien me venga ni lo espere;  
 Y aunque cruel me hiere,  
 No se dirá que quiera  
 Rehúsar la carrera.  
 Haga pues el dolor en mí su oficio,  
 Y acabe ya aquel fiero su ejercicio;  
 Que no podrá el tormento ser mas fuerte  
 Que honrar en sacrificio  
 Las aras de mi Lumbre con mi muerte;  
 Solo permita, ya que muero ausente,  
 Quejarme de mi afán al campo abierto,  
 Primero que á la espada entregue el cuello  
 Y al fuego abrasador el cuerpo muerto;  
 Y mis pasadas glorias que reciente,  
 Cuando el oro enlazado del cabello,  
 Crespo, sutil y bello,  
 En mi cerviz se puso,  
 Y me enredó confuso;  
 Y que escriba la causa de mi afrenta  
 En esta arena estéril y sedienta;  
 Y repitiendo de principio el daño,  
 Haré que el bosque sienta,  
 Y las fieras, la fuerza de mi engaño.  
 Será el desierto y mi pesar testigo  
 De mi liviana culpa y grave pena,  
 Y cuán en vano, triste, me deshago,  
 Porque es quien me atormenta y me condena,  
 Tibia, mudable y áspera conmigo,  
 Y no se cansa en mi mortal estrago;  
 Pero sí el mal que pago  
 Sin mi ofensa turbase  
 Un día, y me llevase  
 Mi Luz, y viese alegres yo sus ojos,  
 Serian dulce gloria mis enojos;  
 Y daria, por verme en tal estado,  
 Entregar mis despojos  
 Al olvido, á la ausencia y al cuidado.

## SONETO XCIX.

En los lucientes nudos enlazado,  
 Úfano yo sufría mi tormento,  
 Y en llama dulce ardia y puro aliento,  
 Cual ave arabia, en ella renovado.  
 Creia en tales lazos anulado  
 Se escondia el cruel que el mal que siento  
 Causa de su cadena, tan contento  
 Cuan sin memoria alguna en mi cuidado.  
 Cuando los ricos cercos relazaron  
 El oro terso, á la aura desparcido,  
 Y quedé nuevamente arido en ellos,  
 En los ramos que á suerte se enredaron  
 Me abrasé, en vivo fuego convertido,  
 Y amor se consumió en los ojos bellos.

## C.

Sombra y vano terror del pensamiento  
 Mi alma en un confuso error condena,  
 Y aparece, de horror medroso llena,  
 La sañosa aspereza que lamento.  
 Desmaya en el silencio el sufrimiento,  
 Y la ausencia ensandee mas la pena;  
 Crece y arde el desden, y el miedo enfrena  
 Las iras de un honrado sentimiento.  
 Revuelvo en la inquieta fantasia  
 Cosas que dan principio á mayor daño,  
 Y no acierto el remedio en tal mudanza.  
 ¿De qué sirve huir, si mi porfia  
 Contrasta, asegurada de su engaño,  
 Y abraza en el peligro á la esperanza?



## CI.

¿Podrá ser que este afán indigno acabe,  
Y que de mi debida gloria cobre  
Un bien pequeño, y en mi mal me sobre  
Razon con que tu nombre Amor, alabe?  
Gran bien te pido, pero en mí bien cabe;  
Mas cuando tu favor en mí mas obre,  
La esperauza se halla ya tan pobre,  
Que ni gozallo puede ya, ni sabe.  
Si no valgo este bien, ¿á cuándo aguarda  
Tu crueldad, que su furor no harta  
En lo que mas me vale y me disculpa?  
O muerte ó vida luego, que si tarda  
Cualquiera, y tu dudanza no se aparta,  
Será la dilacion la mayor culpa.

## CII.

## A Fernando de Cángas.

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento  
Muchos dias dichoso, y si el turbado  
Reino de amor no tiene fiel estado,  
Entre los presos yo viví contento.  
Despues, por dar la vela al blando viento,  
Cuando la luz del cielo se ha mostrado,  
De aquel estrecho nudo desatado,  
Esparcí con el pié la llama al viento;  
Mas la imágen de Amor airada y fiera  
Siempre delante trae á mi enemiga,  
Tal, que estoy á la orilla de Leteo.  
Si muriendo pasare su ribera,  
Escribase en mi mármol que huya,  
Y que murió luchando mi deseo.

## CIII.

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo  
Del continuo servicio de mis años?  
¿Esta es la cierta fe de tus engaños?  
¿De tus promesas este es el despojo?  
¡Ay, qué bien yo merezco el mal que escojo,  
Pues que cierro los ojos en mis daños,  
Y huyo de tus claros desengaños,  
Y contra mí tan sin razon me enojo!  
Porque no debe un noble entendimiento  
Tanto abatirse, que te dé el imperio,  
Y de tí solo penda su esperanza.  
Mas ¿qué, si yo amo y sigo mi tormento,  
Y por la gloria abrazo el vituperio,  
Y estimo por firmeza la mudanza?

## CIV.

Aquel sagrado ardor que resplandece  
En la belleza de la Aurora mia,  
Mi espíritu moviendo, al pecho envía  
La pura imágen que en mi alma crece.  
En ella está tejida, y de allí ofrece  
Al pecho su valor en compañía,  
Y de sí misma efetos altos cria,  
Con que mi ingenio y nombre se engrandece.  
Vuelo tan alto, que con rayo fiero  
O con ardiente sol fuera impedido  
Si no me diera aliento mi Luz pura;  
Mas, ya que muero como siempre espero,  
Ni en mar seré ni en rio sumergido;  
Que el mundo me será la sepultura.

## CV.

Temerario pintor, ¿por qué, di, en vano  
Te cansas en mostrar la hermosura  
De la excelsa Eliodora y la luz pura  
Y el semblante amoroso y soberano?  
Será trabajo el tuyo sobrehumano,  
Que no debe esperar lo que procura;  
Mas ¿cuándo ofreció el cielo tal ventura  
Al rudo conseguir de mortal mano?  
Si tú, muy confiado en la grandeza  
De toda la beldad que espira en ella,  
Osares descubrir alguna parte,

Pinta la mesma imágen de belleza;  
Y si puede imitar las luces della,  
Habrás llegado á perfeccion de la arte.

## CVI.

Muestras de breve bien, que huye luego,  
Antes que la ocasion vuelva la frente,  
Fueron las que el Amor halló presente,  
Con que mi alma ardió en su eterno fuego;  
Pero glorias de un niño solo y ciego,  
Que presto las deshace un accidente,  
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,  
Que no sabe qué es tiempo de sosiego?  
Alcé mis esperanzas sobre arena,  
Que el viento aparta y lleva sin concierto,  
Y no temo los golpes de mudanza;  
Cayeron, y el amor, por mayor pena,  
Quedó en las altas nubes descubierto,  
Con temor, y sin fuerza y confianza.

## ELEGIA XI.

## Al desengaño (45).

Estoy pensando en medio de mi engaño  
El error de mi tiempo mal perdido,  
Y cuán poco me ofendo de mi daño.  
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido  
Alumbra, y hallo una pequeña senda  
Do paso humano apenas está esculpido.  
Procuró antes que el breve sol descendiera  
A encubrirse en el último occidente,  
Llegar al fin desta mortal contienda.  
Y como quien se ve del daño ausente,  
Que considera su temor pasado,  
Y aun no descansa con el bien presente;  
Tal, de mi afrenta y mi dolor cargado,  
En la seguridad nunca sosiego,  
Y en el sosiego siempre estoy turbado.  
Aquel vigor, aquel celeste fuego  
Que enciende mis entrañas me levanta  
De la oscura tiniebla y error ciego.  
Veo el tiempo veloz que se adelanta;  
Y derriba con vuelo presuroso  
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.  
¡Oh cierto desengaño vergonzoso!  
Oh grave confusion de nuestro yerro,  
Claro enemigo, amigo sospechoso!  
Tú me pusiste solo en un destierro  
De cuanto me podía dar tormento,  
Y por tí á la alegría el paso cierro.  
¿Cuántas veces me diste al pensamiento  
Ocasiones de gloria, si yo osara  
Valerme del honor de tu tormento?  
Fuéme la suerte en lo mejor avara,  
Sombras fueron de bien las que yo tuve,  
Oscuras sombras en la luz mas clara.  
Ninguna, en tantas penas que sostuve,  
Puso merecimiento al amor mio  
Cuando de merecer mas cerca estuve.  
Acabe ya este grande desvario,  
O, pues no acaba, estas razones vanas,  
Que sin provecho á quien no esnecha envío.  
Tus mudanzas ¡oh tiempo! soberanas,  
Las cosas que revuelven y quebrantan,  
Movibles, graves, firmes y livianas,  
Me arrebatan el ánimo y levantan  
Deste cansado peso, que contrasta,  
Y en su diversa condicion me espantan.  
La edad robusta huye apriesa y gasta  
Las fuerzas, y se pierde la utania,  
Y á tu furor ninguna fuerza basta.  
¿Cuántas cosas mostró el sereno dia  
Alegres, que tu furia apresurada  
Entristeció en la noche y sombra fria?  
Venció vencida Troya, y derribada  
Se alzó, y en su ruina se postraron  
Los muros de Micenas estimada.  
Las vencedoras llamas abrasaron

(45) Así Marchena intitula esta elegía.

Las altas torres que labró Neptuno,  
Y á Grecia sus cenizas acabaron.  
El africano ejército importuno  
A España sepultó en sangriento lago,  
Y libre su furor dejó á ninguno.  
Mas roto sulfre igual el duro estrago  
Por la mano española, y al fin siente  
El hierro, no una vez, la gran Cartago.  
Y el que en el patrio suelo estrechamente  
Vivia oscuro, osado se aventura  
Por el remoto golfo de occidente,  
Y con valor igual á su ventura  
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,  
Sin rendirse al temor de muerte oscura.  
Arcos y claros títulos estrechos  
Son á su gloria inmensa, pues él solo  
Venec los grandes hechos con sus hechos.  
No descubre la luz del rojo Apolo  
Tal vigor y osadía y brazo fuerte  
En cuanto cerca en uno y otro polo.  
Tú, domador de toda humana gente,  
Al fin vences, abates su grandeza,  
Y entregas á los brazos de la muerte.  
Tú ejercitas ahora la riqueza,  
Las armas del soberbio turco fiero,  
Y del persa el valor y fortaleza.  
Las celadas y escudos el ligero  
Arajes vuelve en ondas espumosas,  
Del bravo trace y medo caballero.  
Osadas gentes, duras y sañosas  
A la ambicion, de cuyo grande pecho  
Es pequeño el imperio de las cosas,  
Tenid en sangre el hierro, y el estrecho,  
Paso abrid; ¡oh cruces! á la muerte;  
Vengad el daño á vuestras honras hecho;  
No volvais la fiereza y brazo fuerte  
Y el furor de la ira no vencida  
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte;  
Que ya la gloria del valor perdida,  
Nuestra virtud en ocio se remata;  
Nuestra virtud, que tanto fué temida.  
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata  
Y no le da lugar; antes procura  
Que muera á manos de la envidia ingrata.  
La ardiente Libia es triste sepultura  
Del destruido reino lusitano,  
Y eterna pena á su fatal locura.  
Bañado en noble sangre el africano  
Campo rebosa, y con dolor suspira  
Léjos Atlante, y Avila cercano.  
El impio Cimbrio osadamente aspira,  
Y espera el cetro, y sin pavor seguro  
A su marino claustro se retira.  
El alto, fuerte, inexpugnable muro  
Pasó la fuerza hispana y puso á tierra  
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.  
Mas ¡oh infame remate de tal guerra!  
Reina el vencido, y el engaño tanto  
Puede, que al mesmo vencedor destierra.  
¡Oh cuánto en vano se ha expendido! Oh cuánto  
Valor asconde aquel ingrato suelo,  
Que al turco de temor cubriera y llanto!  
No ha visto el que ve todo inmenso cielo  
Empresa de mayor atrevimiento,  
Mas firme corazon y sin recelo,  
Contumaz y cobarde movimiento,  
Furor plebeyo y desleal nobleza,  
Indigna de sufrir vital aliento.  
¿Dó está la fe que á la real alteza  
Debes? ¿A dó huyó de tu memoria,  
A dó, la religion y su firmeza?  
¿Pienzas ó esperas alcanzar victoria  
Contra Dios, contra el Rey? ¡Oh digno intento,  
Digno de vituperio, y no de gloria!  
¡Oh cómo crias en tu pecho el fuego  
Que ha de abrasar tu patria generosa,  
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!  
Cual soberbio turbion de la fragosa  
Alcázar se despeña de Apenino,  
Tal va contra tí España poderosa.  
Apresurar el paso á su destino  
Veo las cosas todas, y en mi pecho

Hacer los pensamientos un camino.  
No puedo, aunque procuro á mi despecho,  
Librarme de ellos, y á mal grado mio  
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.  
Osó temiendo, y con el mal porfio,  
Y tal vez la razon lugar me deja  
Contra mi ostinacion y desvario;  
Mas poco dura, porque al fin se aleja  
En la ocasion que viene, y quedo ufano  
De aquello que debiera tener queja.  
¿Quién pudiera traer siempre á la mano  
De la razon la voluntad perdida,  
Sin que temiera su impetu liviano!  
Varias revueltas de confusa vida,  
Dejadme respirar de mi desseo,  
Dejadme ya curar esta herida;  
Que todo cuanto pienso y cuanto veo  
Es dar aliento á la amorosa llama,  
Dar vigor sin provecho al devaneo.  
Dichoso aquel á quien jamás inflama  
Vano amor, ambicion y lo que adora,  
Y teme el vulgo incierto siempre y ama.  
Que el miedo y la esperanza engañadora,  
Con gran pecho seguro y sosegado,  
En todo trance doma, á cualquier hora;  
Y de cuanto fatiga y da cuidado  
A nuestros votos libre va, paciente,  
En todos los peligros no turbado;  
Y no sufre en su pecho ni consiente  
Que algun liviano afeto le dé asalto,  
Y ofenda su sosiego injustamente;  
Antes mayor, mas glorioso y alto  
Que lo que alcanza fortaleza alguna  
Se ve, y de ricos bienes menos falto.  
Firme y constante, sin temer fortuna,  
Con mesurado curso va continuo,  
Y cualquier ocasion le es importuna.  
No lo ve en el dudoso torbellino  
De las cosas el dia extremo, pero  
Dispuesto si á seguille en su camino.  
Nosotros, turba vil, con afan fiero  
Puestos en desear y amar estamos,  
Y en servir á este bien perecedero.  
En mil casos presentes peligramos,  
Y pocas ó ninguna vez concede  
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.  
Nuestro valor tan certamente puede,  
Que caemos de la alta pesadumbre,  
Y alzarnos casi nunca nos sucede.  
El mira de la sacra excelsa cumbre  
Los que erramos, y el gozo y vano intento  
Desprecia con aguda y pura lumbre.  
Soplo airado no bate al yerto asiento  
Del elevado olimpo si no alcanza  
A su ensalzada cima el fiero viento.  
Quien tan rastroera trae la esperanza  
Desespere llegar á tal estado;  
Que aunque tenga de sí mas confianza,  
Al fin verá que en vano se ha cansado.

## SONETO CVII.

## A Baltasar de Escobar.

Esas columnas y arcos, grande muestra  
Del antiguo valor, que admira el suelo,  
Olvidad, Escobar; moved el vuelo  
A la insignie y dichosa patria vuestra;  
Que no menos alegre acá se muestra  
O menos favorable el claro cielo,  
Antes en dulce paz y sin recelo  
Vida suave y ocio y suerte diestra.  
No con menor grandeza y ufania  
Que el generoso Tebro al mar Tirreno,  
Bétis honra al Océano pujante;  
Mas si oye vuestra lira y armonia,  
No temerá vencer, de gloria lleno,  
La corriente del Nilo resonante.

## CVIII.

¿Adónde me dejais al fin perdido,  
Ingratas horas de mi bien pasado?

¿Por qué no llevais todo mi cuidado,  
Y con favor tan corto mi sentido?

Nunca volvais del puesto conocido  
A amancillar el corazon cuidado;  
Torced antes el curso apresurado  
A la oscura region del hondo olvido.

Corred, huid con alas presurosas,  
Horas de mi dolor, y mi memoria  
Arrebatad, el vuelo acelerando.

Si sois crueles tanto, envidiosas  
Por usurpar la sombra de mi gloria,  
Que á vosotras vais mismas acabando.

## CIX.

Quien la luz de belleza amando adora,  
Si quiere ver la vuestra, al sol dorado

Y al lucero de Vénus estimado  
Mire, y la claridad de blanca aurora;

Los rayos que esparciendo muestra Flora,  
De Diana el semblante venerado,  
El valor, la grandeza, ingenio, estado  
Y cuanto el sér humano en sí atesora;

Que en ellos vuestra alteza y hermosura  
Verá, y la aurora y Flora y sol vencido,  
Y rendirse el lucero con Diana;

Mas si hermosa, blanca la luz pura  
Volveis, de casto amor dirá encendido,  
Que sois toda inmortal y soberana.

## CX.

Al mar desierto en el profundo estrecho  
Entre las duras rocas con mi nave

Desnuda tras el canto voy suave  
Que forzado me lleva á mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho,  
A quien rendí de mi poder la llave,  
Al peligro me entregan fiero y grave,  
Sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los huesos blanquear, y siento  
El triste son de la engañada gente,  
Y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento;  
Que no me da lugar el mal presente,  
Ni osar me vale en el temor perdido.

## CXI.

Estoy pensando en mi dolor presente,  
Y procuro remedio al mal instante;  
Pero soy en mi bien tan inconstante,  
Que á cualquier ocasion vuelvo la frente.

Cuando me aparto y pienso estar ausente,  
De mi peligro estoy menos distante;  
Siempre voy con mis verros adelante,  
Sin que de tantos daños escarmiente.

Noble vergüenza del valor perdido,  
¿Por qué no abrasas este frío pecho,  
Y deshaces mi ciego desvario?

Si tú me sacas de este error de olvido,  
Podré decir, en honra de este hecho,  
Que solo debo á ti poder ser mio.

## CXII.

Alegre, fértil, vario, fresco prado,  
Tú, monte y bosque de árboles hermoso,  
El uno y otro siempre venturoso,  
Que de las bellas plantas fué tocado;

Béteis, con puras ondas enlazado  
Y con ricas olivas abundoso,

¡Cuánto eres mas felice y glorioso,  
Pues eres de mi Aglaya visitado!  
Siempre tendréis perpetua primavera,  
Y del Elísio campo tiernas flores,  
Si os viere el resplander de la luz mia.

Ni estéril hielo ó sopro crudo os hiera;  
Antes Vénus, las Gracias, los Amores  
Os miren, y en vos reine la alegría.

## CXIII.

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,  
Que el desmayado corazon doliente

Ve el grave mal que mas temió, presente,  
Y no cuida rendirse al triste hecho.

Ostinada porfia esfuerza el pecho,  
Y vence endurecido este accidente;  
Honra es, y no es valor, quien no consiente  
Que el mal tejido nudo esté deshecho.

Vos, que con generoso y alto vuelo  
Alzais alegre el noble y dulce canto,  
Libre de este amoroso sentimiento,

Heredad la lira, y dad algun consuelo  
A mi pena y afán antes que el llanto  
Ultimo ponga fin á mi tormento.

## ELEGIA XII.

Por el segundo paso de mi gloria  
Amor me llevó triste y lastimado  
A perder con la vida la memoria.

Allí se renovó mi bien pasado,  
Los dichosos ligares de esperanza,  
El tiempo de mis premios engañado.

Desfalleció mi alma en la mudanza,  
Y rehuýó seguir por el camino  
Que le dió en otro estado confianza.

Vió su presente suerte y su destino,  
Y el mal que la afligia no apartarse  
Del bien, que ausente causa afán continuo.

Allí sintió sus fuerzas acabarse,  
Y como sabidora de su daño,  
En la ocasion que tiene repararse.

Mas ¿qué pudiera al fin contra el engaño  
De amor, aunque excusara su presencia,  
Si la trajó á perder su error extraño?

Si yo no me valia con la ausencia,  
¿Cómo podia verme defendido  
Presente y sin hacelle resistencia?

Por no usado tormento estoy rendido,  
Y por usado mal sufro y espero,  
Si puede ser, hallarme mas vencido;

Mas luego torno á ver mi dolor fiero,  
Y conozco su impetu y braveza,  
Y huyo y vuelvo á él, y con él muero.

Helado fué mi pecho, de esperanza  
Se vistió en otros años por bien mio,  
No se abatió al regalo y la ternura.

Lleno de noble ardor y osado brio,  
Seguro se hallaba y confiado,  
Juzgando el dulce bien por desvario.

Viviera yo contento en tal estado  
Si no viera la luz resplandeciente  
Que encendió el corazon en fuego airado.

En lazos de oro y ámbar que su frente  
Ufanos esmaltaban, dió á mi cuello  
El yugo, que padece mansamente.

Ni desatallo pude ni rompello,  
Ni pude desdenar el duro imperio;  
Que me perdió mi mal para querello.

Estoy en un estrecho cautiverio,  
Ya sin algun valor, y en mi tormento  
Descubre siempre Amor nuevo misterio.

Ahora, que reciente el daño siento  
Con la memoria dulcemente amarga,  
Busco alguna ocasion al sufrimiento.

Mis esta del dolor pesada carga  
Las fuerzas enflaquece, y mi descao.  
Para crecer mas pena, el vuelo alarga.

Bien puede mi impío rey alzar trofeo  
Solo de mis miserias, pues me lleva  
Donde mayor afrenta siempre veo.

Si desease yo segunda prueba  
De mis pasadas glorias, cobraría  
Esfuerzo en el afán, que se renueva;

Mas ya no tengo fuerza ni osadia  
Para sufrir presente el bien incierto,  
Ni me contentan casos de alegría.

Moriré solo, ausente en el desierto,  
O ante mi soberana luz presente,  
Si primero que llegue no soy muerto.

Pero temo que la aura se presente  
Del favor que tenia, y se deshaga  
Mi triste confianza vanamente.

Amor estas mis deudas tan mal paga,

Que no pretendo premio, y solo quiero  
Que de mi voluntad se satisfaga.

Promesa fué de muerte el bien primero,  
Y yo la consentí, y con la mudanza  
Muerte será por bien el mal postrero,  
Pues niego á mis trabajos la esperanza.

#### SONETO CXIV.

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron  
Con dulce flecha un corazón cuidado,  
Y que para encender mortal cuidado,  
Sus fuerzas á las mías opusieron (46).

Yo vi que muchas veces prometieron  
Remedio al mal que sufro, no cansado,  
Y que cuando me vi en mejor estado,  
Poco mis confianzas me valieron (47).

Yo veo que se ascenden ya mis ojos  
Y crece mi dolor, y llevo, ausente,  
En el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse mis despojos  
Y el caro premio de mi bien presente (48),  
Y en ciego engaño de esperanza muero.

#### CXV.

Llegado al fin del cierto desencanto,  
¿Qué debo hacer mas en mi tormento,  
Sino mostrar al ciego entendimiento  
El error de su curso, siempre extraño?

Desespero, no temo ya algun daño,  
Huyo, osando en el mal mi perdimiento;  
Y aunque no gusto bien el bien que siento,  
Huelgo hallarme libre de mi engaño.

Mas todo es vanidad, todo es braveza  
De estos mis pensamientos desvalidos,  
Que con cualquier favor harán mudanza.

Mal excusar ya puedo mi flaqueza  
Si amor á mis mejores dos sentidos  
Promete, viva lumbre de esperanza.

#### CXVI.

Yo voy; oh bello sol del alma mía!  
Buscando el nuevo ardor del sol luciente,  
Porque desamparado el ocidente,  
Vuestro esplendor no veo y ni alegría.

Podré decir que voy en noche fría  
Por donde humano paso no se siente;  
Mas llévame el osado amor presente,  
Pensando que á nacerme torna el día.

Encúbrense las luces que aparecen,  
Cuando en ellas humilde á vos me inclino,  
Y el oriente tardo se me aparta;

Que las vuestras en Ispal resplandecen,  
Y la tersa corona de oro fino,  
Do procuro que el cuerpo á veros parta.

#### CXVII.

La falda y el tendido yerto lado  
Del abrasado Etna, á do suspira  
Del peso opresso, y con furor respira  
El espantoso Encélado inflamado,

Con yerba y verdes árboles ornado  
Florece, y todo el fuego que con ira  
Resonando su cumbre excelsa espira,  
No ofende al fresco sitio variado;

Mas el cruel incendio de mi pecho  
Consume, aunque pequeña, si aparece  
La flor de la esperanza incierta mía.

Ardo todo, y en fuego al fin deshecho,  
Me rehago en su llama, y siempre crece  
Con el ardor la fuerza y la porfía.

(46) Yo vi unos ojos bellos, que hirieron  
Con dulce flecha un corazón cuidado,  
Y que para encender nuevo cuidado,  
Su fuerza toda contra mí pusieron.

(47) Y que cuando esperé vello acabado,  
Poco mis esperanzas me valieron.

(48) Y la memoria de mi bien presente.

#### CXVIII.

La red, la hacha, la cadena, el dardo  
Que en el bello esplendor alegre veo  
De mi luz, al Amor dieron trofeo,  
Y al fuego me llevaron eu que ardo.

A presa tan veloz jamás el pardo  
Saltó como el cruel á mi deseo;  
Yo resistí en mi ofensa, y no deseo  
Ser ya contra sus fuerzas mas gallardo.

El orgullo, el desden, el libre pecho  
Y ufanas esperanzas de vitoria  
Son vergüenza del daño que consiento.

Tan sujeto y sin gloria alguna y hecho  
Estoy, por mi dolor, en mi tormento,  
Que solo reina el mal en mi memoria.

#### CXIX.

Si Amor el generoso y dulce aliento  
En mi rendido pecho ardiendo inspira,  
Yo ufano ensalzare con noble lira  
La hermosa ocasion de mi tormento.

Aquel que en tierno y nuevo y alto acento  
Celebró el verde lauro en quien espira  
Erato, y á quien sigue, honra y admira  
De Italia bella el docto ayuntamiento,

Oiría en el puro Elísio prado  
Entre felices almas la armonía  
Que llevaría deleitosa la aura,

Y diría, del canto arrebatado:  
«O es esta la suave lira mía,  
O Betis, cual mi Sorgia, tiene á Laura.»

#### CXX.

Rojo sol, que con hacha luminosa  
Coloras el purpúreo y alto cielo,  
¿Hallaste tal belleza en todo el suelo  
Que iguale á mi serena luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa,  
Que nos halagas con tu fresco vuelo,  
Cuando el oro descubre y rico velo  
Mi luz, ¿trenza tocaste nias hermosa? (49).

Luna, honor de la noche, ilustre coro  
De los errantes astros y lijados (50),  
¿Consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, aura, luna, luces de oro,  
¿Oísteis mis dolores nunca usados? (51),  
¿Visteis luz mas ingrata á mis querellas?

#### CXXI.

Hebras que Amor purpura con el oro,  
En inmortal ambrosia rociado,  
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
Cuanto de él solo sois mayor tesoro.

Vos, que los bellos astros y alto coro  
Ornais, mis luces, de esplendor sagrado,  
Cuanto el impio es por vos mas estimado,  
Tanto vos homo humilde y vos adoro.

Ardientes rosas, perlas de Oriente,  
Marfil vivo y angélica armonía,  
Cuanto vos miro mas, tanto me inflamo;

Y por vos cuanta pena la alma siente,  
Tanto es mayor valor y gloria mía,  
Y tanto temo mas, cuanto mas amo.

#### CXXII.

El bello nombre quiere Amor que cante  
De mi Luz, por do en propia ó tierra ajena  
Nunca otro español pié imprimió la arena,  
Siguiendo Cintia y Delia á vuestro amante.

Seré el primero osado que levante  
La humilde voz do el Betis grande suena,  
Y que las flores coja á mano llena  
Del rico huerto nuestro y abundante.

Vos, á quien de Cefiso, Eurota, Ismeno  
Las dulces ondas banan, y del Tebro,  
Oid mi canto y dad á Amor la gloria;

(49) Cuando se cubre del dorado vello.

(50) De las errantes lumbres y lijadas.

(51) Sol puro, aura, luna, llamas de oro,  
¿Oísteis vos mis penas nunca usadas?

Porque admirando el esplendor sereno  
De mi Luz, ni al Eridano ni al Ebro  
Pensaréis honrar con la victoria.

## CXXIII.

Al puro ardor que vibran mis estrellas,  
Do Amor sus rayos tiembla en dulce fuego,  
Siente abierto mi pecho el daño luego,  
Apurando mi alma en sus centellas.

Cruales, aunque siempre luces bellas,  
Que no me sufrén consentir sosiego;  
Y es el mal que herido y preso y ciego,  
La pena es galardón que nace de ellas.

Si algún lugar me finca de esperanza,  
Es para padecer, y en dura suerte  
Nueva ocasión presente á mis enojos.

Tal me tiene este ingrato en viva muerte,  
Que puedo ya decir sin confianza:  
«Amor para mi error cerró los ojos.»

## CXXIV.

Puede oponerse, osando, mi cuidado  
Con razón al rigor del amor fiero,  
Y de este afán en que penando muero  
Buscar tarde el remedio no hallado.

Puede traer la culpa del pasado  
Error, y del presente y del que espero,  
Y darme á conocer que sigo y quiero  
Y amo mi perdición mas ostinado.

Y no podrá romper el nudo estrecho  
Ni aliviar la cerviz del grave peso;  
Que tal valor su vil temor no encierra.

Solo me muestra el mal al fin del hecho,  
Y aconseja que huya estando preso,  
Porque me haga el impio mayor guerra.

## CXXV.

¡Oh cómo vuela en alto mi deseo,  
Sin que de su osadía el premio tema (1);  
Que ya las puntas de sus alas quema,  
Dónde ningún remedio al triste veo!

Que mal podrá alabarse del trofeo  
Si cae, estando ufano, en la suprema  
Parte del fuego, en esta banda extrema,  
Y acaba con su error y devaneo (2).

Debía en mi fortuna ser ejemplo  
Dédalo, no aquel jóven atrevido  
Que horó el mar con la gloria de su nombre (3);

Mas ya tarde mis lástimas contemplo;  
Si porque osé yo muero al fin perdido,  
Jamás empresa igual osó algún hombre (4).

## CXXVI.

Cual planta que pidiendo el alto cielo,  
Muestra el verde renate y la belleza,  
Y del sonante rayo la braveza

La arroja con estruendo rota al suelo;  
Tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo;  
Mas de vuestro desden cruel dureza  
Sin gloria la derriba con tristeza  
Cuando menos debía á su revelo.

La aura que de Favonio blando espira  
No concede, indignado, á la alma mía  
Amor, que no se harta de mi daño.

Rendido al desamor y á vuestra ira,  
Sufro desesperado con porfía  
De mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

- (1) Sin que de su osadía el mal fin tema.  
(2) Si estando ufano en la región suprema  
Del fuego ardiente en esta banda extrema,  
Cae por su siniestro devaneo.  
(3) Que dió al ceruleo piélagos su nombre.  
(4) Pero si muero porque osé, perdido,  
Jamás á igual empresa osó algún hombre.

## CXXVII.

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,  
Mal grado de tu saña, Amor tirano,  
Librarme, y finé mi pensamiento vano;  
Que tú no me sufriste algún sosiego.

Tenté de tus engaños, rudo y ciego,  
Escaparme, y huyendo en campo llano,  
Vine á caer; ¡oh misero! en tu mano,  
Que tarde se conmueve á tierno ruego.

¡Cuánto, decía entonces, fortunado  
Es quien se te defiende, Señor fiero!  
Mas ¡quién, fiero Señor, se te defiende?

¡Ay! que todo es esfuerzo imaginado;  
Que tu fuerza deshace al fuerte acero,  
Y tu ingenio al mas cauto engaña y prende.

## CXXVIII.

Do el manritano ponto fiero baña  
De la soberbia Argel el fuerte muro,  
El cielo con terror y horror oscuro  
Amenazó la muerte á toda España.

Bramaba el mar, ardiendo en ira extraña;  
Bramando ardía airado el mar perjuro;  
Solo en tanto pavor domó seguro  
César del hado adverso la impia saña.

El piélagos y aliento embravecido  
Abatieron su ímpetu indignado,  
Y respiró el medroso líbio suelo.

Vé alegre, corazón nunca vencido;  
Que la victoria no te impide el hado,  
Ni el viento y mar cruel; mas todo el cielo.

## CXXIX.

Si en mano del Amor yo puse el freno  
De esta mi voluntad, no bien sujeta,  
¿De qué me espanto pues que se prometa  
Traerme tan rendido y siempre ajeno?

Tarde llevo al remedio; que el veneno  
Cruel destiembla el pecho con secreta  
Virtud; no es justo ya en edad perfeta  
Andar lleno de afán, de afrenta lleno.

Pueda abrir la razón la niebla oscura,  
Y ose romper por esta selva espesa,  
Que mil buenos descos embaraza  
Bura resolución, mas bien segura;  
Que quien teme el trabajo, y lento cesa,  
El premio de la gloria en vano abraza.

## ELEGIA XIII.

En este bosque frío, que sostiene  
Mi cibera, en el sauce levantada,  
Mas pena de mi triste amor no suene.

Céfiro la aura blanda y sosegada  
Aparte de las cenerdas que heria  
Con armonia dulce y regalada;

Que la serena Luz de la alma mía  
Cubre sus bellos rayos á mis ojos,  
Y del favor que tuve la alegría.

Vencen el sufrimiento mis enojos,  
Porque tengo en mis cuitas tierno pecho,  
No usado á caminar por los abrojos.

Ya no espero mudanza al daño hecho;  
Que amor, fortuna y mi luciente Estrella  
Me aprietan, presto siempre en duro estrecho.

Cual del fuego se informa la centella,  
Procede mi dolor del amor mio,  
Y el luengo afán de mi mortal querella.

Sigo un error y sigo un desvario  
Por el confuso rastro de mi vida,  
Y aunque alcanzo mi engaño, en él porfio.

¿Cómo podré esta suerte aborrecida  
Huir? Cómo podrá el causado cuello  
Sacudir esta carga desabrada?

Un blando hilo de un sutil cabello  
En un lazo lo aflige apremiado,  
Sin que pueda quebrallo ó deshacello.

Si fuera con acero fabricado,  
O en terribles cadenas gravemente  
De hierro duro y rígido labrado,  
Segun el corazón la pena siente,

Poco era quebrantallo entre los brazos,  
Roto con fuerza airada y saña ardiente;  
Y el esparcido peso en mil pedazos  
Mostrara el indignado sentimiento,  
Embrieto y libre el cuello de embarazos;  
Mas ¡ay! que da este áspero tormento  
Del amoroso yugo que sostengo,  
Lugar, sin que se rompa, al movimiento.  
Y cuando pienso, triste, que el bien tengo,  
El cuello hallo atado al mismo instante,  
Y de nuevo á sufrir mis ansias vengo.

Ojos, rayos de amor, fulgor crispante  
De mi alma abrasada en su veneno,  
Oid esto que dice un pobre amaute.  
Belleza inmensa y puro ardor sereno  
Po Amor su flecha, el polo sus estrellas  
Tiempla, y baña de honor y gloria lleno;  
La ilustre claridad de esas centellas  
Me inclina al fuego, y su vigor inflama  
Mi pecho en las celestes lucas bellas.

Nunca tocado fui de ajena llara,  
Ni de semblante dulce fui vengido;  
Que el vuestro la beldad mayor desama.  
Soporté mi mal siempre, no rendido,  
Subicundo á do no llega otra ventura,  
Y no esperé el favor jamás debido.

Ni ardiente sol ni fria noche os tra,  
Ni peligros que turban la osadía  
Me impidieron mirar vuestra luz pura.

Solo fué mi regalo y mi alegría,  
Con sujecion de la alma venerada,  
Cuanto pudo sufrir la suerte mia.  
¿Qué cosa vos dijisteis que admirada  
De mí no fuese? Qué memoria angusta  
Pudo ser con mas honra celebrada?

Ahora, que en mi pena gloria justa  
Yo atendía por premio á mi firmeza,  
Que de vos no presumo cosa injusta,

En esta soledad de mí tristeza,  
Do me olvidais ausente, se dilata,  
Probando en mil contrastes, mi flaqueza.  
¡Ay cuánto de mis bienes desbarata  
Esta grave mudanza! ¡Cuánto siente  
La alma, que en daño tal amor maltrata!  
Triste aquel que sus lástimas consiente,  
Y ve herir su pecho rayos de ira,  
Y está siempre á su agravio obediente.

Como el que en alto y bravo mar suspira,  
Temiendo con pavor el furor erudo,  
Y mustio el cielo oscuro en torno mira,  
El rauda soplo de Aquilon desnudo  
El horror le presenta de la muerte,  
Cuyo golpe atraviesa el duro escudo;

Así yo, del desden sañudo y fuerte  
En el golfo de olvido enajenado,  
Temo el último trance de mi suerte:

El cielo, antes quieto y sossegado  
Turbar veo, y trocarse en hielo frio  
Blando espíritu del céfiro templado.  
Crece con mi lamento el grande rio,  
Y corre entre estas peñas espumoso,  
Llevando al sacro Océano el mal mio.

Un tiempo, ledo en él y venturoso,  
Canté la gloria ufana de mi llanto  
Con lira y verso humilde y piadoso.

Bétis apareció con fresco manto  
De verdes hojas, y escuchóme atento,  
Y agrado á Galatea el vario canto.

Entonces con dichoso y noble aliento  
Crinó mi frente el árbol de vitoria,  
Y di en mi patria á amor primero asiento.

Mas ¿para qué refiero yo la historia  
De mis daños, pues hacen mis despojos  
Indignos de caber en su memoria?

¡Ay mis bellos, floridos, dulces ojos!  
No vos cause si al fin saber deseo  
Por qué vos placen tanto mis enojos;  
Que el singular honor de mi trofeo  
Perdeis con tales hechos, y no debo  
Padever la esperanza del deseo.

No soy en vuestro amor, mis luces, nuevo;  
Que dende que nací me dió por pena

Mi impio rey el afan que ausente llevo.

Puso á mi cuello preso una cadena,  
Para señal de aquella que arrastrando  
Con mi vergüenza y confusion resuena.

No sabia su fuerza, aunque penando  
Andaba en esta prueba amarga mia,  
Mi futura pasion pronosticando,

Hasta que en el alegre y triste dia  
De mí bien y mi mal crecer presente  
Vi mi ardor en la nieve vuestra fria.

Resplaudió en mis ojos dulcemente,  
Cual lucido relámpago vibrado,  
Pura vultumbre de un vigor luciente.

El error descubrió y dolor pasado,  
Incierta y rudamente padecido,  
Que siento con mas fuerza renovado.

El soldado en la guerra envejecido  
Del trabajo y horror del duro Marte  
Descansa con el premio merecido;

Yo, abrazando de Amor el estandarte,  
Traigo roto el pavés, cortado el pecho,  
Atravesado de una y otra parte;

De espantosas heridas ya deshecho,  
Que abiertas con peligro y rigor fiero,  
Me arrojaron corriendo al mismo estrecho.

Y cual si mármol fuera, ó fuera acero,  
Tal desdeñoso y áspero me trata  
Semblante blando y corazon severo.

Pues mi fatal Estrella me es ingrata,  
Lo que esperar se debe de mi daño  
Es no temer, porque el temor me mata;

Que mas vale esforzarme en el engaño,  
Y no rendirme á un simple movimiento,  
Y juzgarme en la pena por extraño;

Que con esto, si puedo, mi tormento  
Será menos terrible; y si no basta,  
Al fin acabaráse el sufrimiento

Con la vida, que opuesta al mal contrasta.

#### SONETO CXXX.

Grande fué, aunque infelice, tu osadía,  
Que por guiar ¡oh hijo de Climene!  
El carro en que gobierna solo y tiene  
Fecho el vivo esplendor que ilustra el dia,

Del fiero rayo muerto en yerba via,  
Eridano en sus ondas te sostiene;  
Glorioso sepulcro, cual conviene  
A tu alto corazon y á tu potencia.

Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,  
Y de mí sol regir los cercos de oro,  
Dichoso Automedon, con diestra suerte,  
Cai, abierto el pecho, de la cumbre,

Y perdi, no la vida, el bien que lloro;  
Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

#### CXXXI.

El corazon huido busco y llamo;  
El do el rigor esfuerza el duro hielo  
Entra, y sin miedo pisa estéril suelo;  
Yo, esquivando el dolor, mis males amo.

Las lágrimas y quejas que derramo  
No vencen su portia, y sin recelo  
Allí se pierde, y no osa alzar el vuelo,  
Y su ostinado error al fin desamo.

No porque tema ya peligro alguno;  
Que no doy mas lugar á miedo cierto,  
Ni admito en tanto afan remedio vano;

Mas porque es poquedad ser importuno  
A un lento pecho, y ser mas precio mercedo  
Que esperar la salud de ingrata mano.

#### CXXXII.

Amor, si el fuego en quien inunda el pecho,  
Que mal puede entibiar la fria nieve,  
Con tus alas avivas, muerto en breve  
Será tu ardor, y el corazon deshecho.

Procura, en esta llama satisfecho,  
Que sin cesar en mí su fuerza pruebe,  
Porque del mal mi alma el premio lleve,  
Causando el daño luengo algun provecho.

Este suave incendio me sustenta,  
Y consagra en honor de mi Luz pura  
Mis entrañas, que crecen apuradas.

Dichoso el corazón á quien alienta  
Tal virtud, que engrandee con ventura  
La gloria de mis penas renovadas.

## CXXXIII.

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente  
Toear mi pecho, y nunca ser vencido  
De oro podrá, en madejas esparcido,  
Con gloria de otra ilustre y bella frente;

Que vuestra luz, do yace Amor presente,  
Tiene, y el rico cerco recogido,  
Mi cuello y pecho preso y mal herido,  
Y dulcemente el yugo y fuego sienta.

Nací yo destinado á vuestra llama,  
Amor me dió valor para mi muerte,  
Y pago, amando á vos, la deuda nuestra.

Volando voy do el ciego ardor me inflama,  
Cual va á su fuerza el cielo, y es mi suflama,  
En vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

## CXXXIV.

La llama crece y arde, y crece luego  
El dolor que mi gloria y bien deshace;  
El pecho exhala todo, y se reliaçe,  
Cual Ticio, sin hallar algun sosiego.

No sé dó alienta Amor, do esfuerza el fuego,  
Ni de qué pena ya se satisface;  
Mal me quejo del daño que me hace,  
Si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.

Felice Meleagro, cuya muerte  
Gastó su ardiente hado; mas yo veo  
Que renace mi vida en el tormento.

No luyo la aspereza de mi suerte,  
Aunque si por la causa la deseo,  
La temo por el fiero mal que siento.

## CXXXV.

Regando enciendo todo, ardiendo baño  
Con triste humor, prolijo, el campo abierto,  
Y mi afan canso, y lloro sin concierto,  
Y el llanto con suspiros acompaño.

Esperanza y razon mi injusto daño  
Causa; esta y aquella al fin desierto  
Me tienen de salud, y tan incierto,  
Que con el bien y con el mal me engaño.

Voy como sombra pálida, y cuitoso  
Doy gemidos, y asombro el bosque oscuro,  
Que tarde en lisa y honda voz responde.

En tanta confusion, do estoy medroso,  
Una luz se me ofrece y ardor puro  
Distante, pero cerca se me asconde.

## ELEGIA XIV.

Yo siempre culparé los ojos míos,  
Que, enemigos del ocio de mi vida,  
Siguiéron de mi error los desvarios.

Por ellos llama tal fué despedida  
Al corazón, que ardiendo en las entrañas,  
Crece, con nuevo ímpetu encendida.

Todo el valor de Amor y sus hazañas,  
Su bien, su mal, su gloria y su tormento,  
Eran á mi memoria muy extrañas;

Mas cuando con un tierno sentimiento  
En mi sus rayos descubrí mi Estrella,  
Y mis daños honró mi sufrimiento,

Conoci su poder y mi querella,  
Y el temor que me afflige no apartado,  
Y no me dolió arder en su centella.

Dulce me era el dolor, caro el cuidado,  
Dichosa la memoria de mi pena,  
Ledo el tiempo lloroso de mi estado.

Aquel bello esplendor de luz serena  
Me miró blandamente de su alteza,  
Y la culpa admitió que me condena.

El bien que cabe en la mortal flaqueza  
(¿Dirélo, ó no?) me dió, si se consiente,  
Que ose yo pensar tanta grandeza;

Porque sufre que abraze mi doliente  
Pecho su llama, y snolto el torpe frio,  
Lo afine siempre en su vigor presente.

Mas ¿este, que me vale esfuerzo mio,  
Si muero en soledad, y si mis ojos  
Son causa del engaño en que porfio?

Tiranos de mi gloria y mis despojos,  
Que los llevais do esperan ser perdidos,  
Llorad, si por vos peno, mis enojos.

El uso y la virtud de mis sentidos  
Vos ocupasteis todos en mi muerte,  
Sin ser á mi remedio consentidos.

La vida vence al fin el riesgo fuerte,  
Y vos, como si hubiérades victoria,  
Este daño escogeis por mejor suerte.

Si visteis y gozasteis de la gloria,  
Si nfanos abrazais el bien primero,  
Perded ya con la vista la memoria.

Estoy tal, que otro bien de Amor no espero;  
Y vos no lo esperéis, pues tarde entiendo  
En mi mal, que es á todos el postrero.

Aborrezco el lugar do estoy muriendo;  
Ved cuán corta firmeza es esta mia,  
Porque ante de mi Luz no espíro ardiendo.

Saudedes de amorosa fantasia  
Son estas, que me traen en dudanza,  
Ausente, con temor, sin alegría.

Mis ojos, poco debo á la esperanza  
Si me duelo de vos, y temo, ajeno  
De cuita, en mis dolores la mudanza.

Y aunque en mi soledad con ansia peno,  
Nunca veré al Amor tan mi enemigo,  
Que no juzgne mi afan por justo y bueno.

La noche, que me escucha lo que digo,  
Y el cielo, de sus astros esparcido,  
Será de este mi crédito testigo.

Los ojos que huhe un tiempo aborrecido  
Por ser principio al mal de mi deseo,  
Donde quedé á mis lástimas rendido,

Mas dulces que la vida que poseo  
Son, y á mi gloria vienen tan iguales,  
Que al mérito el dolor ceder no creo.

Y aunque lleve victoria de mis males  
La que el progreso rompe al curso humano,  
Serán en mi sus bienes inmortales.

Y porque jamás esto salga en vano,  
Ante mi Lumbre afirma el amor puro  
Que nunca en bien tan alto y soberano  
Otro felice amante vió seguro.

## SONETO CXXXVI.

Verto y doblado monte, y tú, luciente  
Rio, de mi zampona conocido  
Cuando de los pastores el gemido  
Canté, y mi mal, con citara doliente,

Si en vuestra cima siempre y pura fuente (5)  
Se escucha el son de mi dolor crecido,  
Y si por el camino que han seguido  
Su afan otros llorando, voy presente (6),

Una Luz bella es causa, y un honesto  
Semblante, que tentar en cauto osara  
La origen y órden firme de las cosas.

Del curso eterno es en sazón dispuesto  
Todo; espero (la edad si no es avara) (7)  
Mostrar cuán varias son y cuán hermosas.

## CXXXVII.

## A Martin R. de Arellano.

Dura por mí fué al Tajo tu partida,  
Dejando solo el Bétis, Arellano,  
Y en llanto me obligó y dolor insano  
Tu ausencia, de mi siempre aborrecida.

(5) Si nunca en vuestra cima y pura frente,  
De oír se deja un dolor crecido.

(6) Otros tu afan llorando, voy presente.

(7) Dos bellos ojos y un semblante honesto  
Son causa que cantar bien deseara  
El principio y los fines de las cosas;  
El tiempo á todo pone en ser perfeto;  
Espero pues, si nie es la edad no avara.

Tú sabes que esparció á mi triste vida  
 Afán el cielo y cuita en larga mano,  
 Y en mi mal dulce amigo eras y hermano,  
 Y no hay quien me consuele ya en tu ida.  
 Miróme fiero el pecho mi Luz bella,  
 Y se escondió á mi vista, y con ardiente  
 Fuego á la alma abrasó, en su mal envuelta;  
 Y tú, que eras descanso á mi querella,  
 Te vas en tanto, sin dejar presente  
 Una incierta esperanza de tu vuelta.

## CXXXVIII.

Canso la vida, y siempre espero un día (8)  
 De fingido placer; huyen los años,  
 Y nacen de ellos mil sabrosos daños,  
 Que esfuerzan el error de mi porfía.  
 Son, por do salir pienso á mi alegría,  
 Tan inciertos los pasos, tan extraños,  
 Que rematan el curso en mis engaños (9),  
 Y de ellos vuelvo á comenzar la vía.  
 Descubro en el principio otra esperanza,  
 Si no mayor, igual á la pasada,  
 Y en el mismo deseo persevero;  
 Mas torno sin cesar á la mudanza (10)  
 De la suerte, en mi daño conjurada,  
 Y esperando el fin cierto, desespero (11).

## CXXXIX.

Estos ojos, no hartos de su llanto,  
 Que á tan estrecha suerte me han traido,  
 Llora sin descansar el bien perdido,  
 Si lágrimas prolijas valen tanto;  
 Que cuando mi dolor subiere cuanto  
 Debe al mal y al amor, en lento olvido  
 Solo, á la ira y al desden rendido,  
 Cual cisne espiraré en funesto canto.  
 Y este cielo, enseñado á mi lamento,  
 Podrá llevar por este campo abierto  
 Mi voz triste á la causa de mi daño;  
 Porque yo oso esperar que mi tormento,  
 Pues es venganza indigna contra un muerto,  
 O venza ó junto acabe con mi daño.

## CXL.

Si tiene á do reináis, mi pura Estrella,  
 Lugar la fe, en la pena que consiento  
 Mostrad algún pequeño sentimiento,  
 Y el premio vendrá á ser que espero de ella;  
 Pero si vos queréis que pierda en ella  
 Este bien, acabad con mi tormento;  
 Que á quien daña el valor del pensamiento  
 No es justo permitáis vivir con ella.  
 Y si estas obras, de afición ausente,  
 En vuestra voluntad tal vez la gloria  
 Gozan que se concede al venturoso,  
 Aquí do estoy diré que estoy presente,  
 Y que mas vale el mal de mi memoria  
 Que el bien que causa ajeno amor dichoso.

## CXLI.

Dulces contentos míos ya pasados,  
 Que sostuve en error de mi esperanza,  
 Lo que vuestro recuerdo mas alcanza  
 Es dolor de mis días mal gastados:  
 Porque, envuelto en deseos y cuidados,  
 Me consumo llorando la mudanza,  
 Y Amor, que reconoce su venganza,  
 Mis daños me descubre renovados.  
 ¿Qué puedo yo si ausente me condeno,  
 Sino solo al olvido y niebla fria  
 Esta memoria ingrata rendir muerta?  
 Mas ¡ay! que tiene el corazón, ajeno  
 De bien, presente siempre la Luz mia,  
 Y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

## Al señor don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de las Alpujarras.

Quando con resonante  
 Rayo y furor del brazo impetuoso (12)  
 A Encéclado arrogante  
 Júpiter poderoso  
 Despeñó airado en Etna cavernoso (15);  
 Y la vencida tierra,  
 A su imperio rebelde quebrantada (14),  
 Desamparó la guerra  
 Por la sangrienta espada  
 De Marte, aun con mil muertes no domada (13);  
 En el sereno polo  
 Con la suave cítara presente  
 Cantó el crinado Apolo  
 Entonces dulcemente (16),  
 Y en oro y lauro coronó su frente.  
 La canora armonía  
 Suspended de dioses el senado (17);  
 Y el cielo, que movía  
 Su curso arrebatado,  
 El vuelo reprimía enajenado (18).  
 Halagaba el sonido  
 Al piélago sañudo, al raudó viento (19)  
 Su fragor encogido (20),  
 Y con divino aliento  
 Las musas consonaban á su intento.  
 Cantaba la vitoria  
 Del ejército etéreo, y fortaleza (21)  
 Que engrandeció su gloria,  
 El horror y aspereza  
 De la titania estirpe, y su fiereza;  
 De Pálas atenea  
 El gorgóneo terror, la ardiente lanza,  
 Del rey de la onda egea (22)  
 La indómita pujanza,  
 Y del hereúleo brazo la venganza.  
 Mas del histonío Marte  
 Hizo en grande alabanza luenga muestra,  
 Cantando fuerza y arte  
 De aquella armada diestra  
 Que á la flegrea bueste fué siniestra (25).  
 «A tí, decía, escudo,  
 A tí, del cielo esfuerzo generoso (24),

- (12) Rayo y furor del brazo poderoso.  
 (15) Júpiter poderoso  
 En Etna despeñó vitorioso.  
 (14) A su imperio sujeta y condenada.  
 (13) De Marte, con mil muertes no domada.  
 (16) En la celeste cambre  
 Es fama que con dulce voz presente  
 Febo, autor de la lumbre,  
 Cantó suavemente,  
 Revuelto en oro la enerespada frente.  
 En el verso del texto cometió HERRERA la figura *enlyradis*, poco usada por nuestros poetas, diciendo *en oro y lauro* en vez de *en lauro de oro*, á semejanza de Virgilio, que escribió:  
*Palerisque libamus et auro.*  
 (17) La sonora armonía  
 Suspende atento al inmortal senado.  
 (18) Se reparaba, al canto consagrado.  
 (19) Al alto y bravo mar y airado viento.  
 (20) Su furor encogido.  
 (21) Del cielo y el horror y la aspereza  
 Que les dió mayor gloria,  
 Temiendo la cruzza  
 De la titania estirpe, y su bruteza.  
 (22) Cantaba el rayo fiero,  
 Y de Minerva la vibrada lanza,  
 Del rey del mar ligero  
 La terrible pujanza.  
 (23) Mas del sangriento Marte  
 Las fuerzas alabo y desnuda espada,  
 Y la braveza y arte  
 De aquella diestra armada  
 Cuya furia fué en Flegrea lamentada.  
 (24) A tí, valor del ciclo poderoso.

(8) Como la vida en esperar un día.  
 (9) Que al fin van á acabarse en mis engaños.  
 (10) Mas luego torno á la comun mudanza.  
 (11) Y esperando continuo, desespero.



Poner temor no pudo  
 El escuadron sañoso,  
 Con sierpes enroscadas espantoso (25).  
 »Tú solo á Oromedonte  
 Trajiste al hierro agudo de la muerte (26)  
 Junto al doblado monte,  
 Y abrió con diestra suerte  
 El pecho de Peloro tu asta fuerte (27).  
 »; Oh hijo esclarecido  
 De Juno, oh duro y no cansado pecho,  
 Por quién cayó vencido (28),  
 Y en peligroso estrecho  
 Mimante pavoroso fué deshecho! (29).  
 »Tú, cubierto de acero,  
 Tú, estrago de los hombres indinado (30),  
 Con sangre hórrido y fiero  
 Rompes acelerado  
 Del ancho muro el torreón alzado (31).  
 »A tí, libre ya, debe,  
 De recelo Saturnio, que el profano (32)  
 Linaje que se atreve  
 Alzar la osada mano  
 Sienta su bravo orgullo salir vano (33).  
 »Mas aunque resplandezca  
 Esta vitoria tuya conocida (34)  
 Con gloria que merezca  
 Cozar eterna vida,  
 Sin que yaga en timieblas ofendida,  
 «Vendrá tiempo en que tenga  
 Tu memoria el olvido y la termine,  
 Y la tierra sostenga  
 Un valor tan insigne,  
 Que ante él desmaye el tuyo y se le incline (35);  
 »Y el fértil Occidente,  
 Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
 Descubrirá presente,  
 Con prez y honor de España,  
 La lumbré singular de esta hazaña (36);  
 »Que el cielo le concede  
 Aquel ramo de César invencible (37),  
 Que su valor herede,  
 Para que al turco horrible  
 Derribe el corazón y ardor terrible (38).

(25) El escuadron dudoso,  
 Con enroscadas sierpes espantoso.  
 (26) Disté bravo y feroz horrible muerte.  
 (27) Y con dichosa suerte  
 A Peloro abatió tu diestra fuerte.  
 (28) Por quien Mimas vencido.  
 (29) El pavoroso Runco fué deshecho.  
 (30) Tú, ceñido de acero;  
 Tú, estrago de los hombres rabioso.  
 (31) Y todo impetuoso,  
 El grande muro rompes presuroso.  
 HERRERA despues de estos dos versos puso la siguiente estrofa, que luego suprimió, como se ve en el texto:  
 Tú encendiste en aliento  
 Y amor de guerra y generosa gloria  
 Al sacro ayuntamiento,  
 Dándole la vitoria  
 Que hará siempre eterna su memoria.  
 (32) A tí, Júpiter, debe,  
 Libre ya de peligro, que el profano.  
 (33) Alzar armada mano,  
 Sujeto sienta ser su orgullo vano.  
 (34) Esta vitoria tuya esclarecida  
 Con fama que merezca  
 Tener eterna vida,  
 Sin que de oscuridad esté ofendida.  
 (35) Vendrá tiempo en que sea  
 Tu nombre, tu valor puesto en olvido,  
 Y la tierra posea  
 Valor tan escogido,  
 Que ante él el tuyo quede oscurecido.  
 (36) En cuyo inmenso piélagos se baña  
 Mi veloz carro ardiente,  
 Con claro honor de España  
 Te mostrará la luz desta hazaña.  
 (37) De César sacro el ramo glorioso.  
 (38) Para que al espantoso  
 Turco quebrante el brio corajoso.

»Vese el pérfido bando  
 En la fragosa, yerta, aceria cumbre (37),  
 Que sube amenazando  
 La soberana lumbré,  
 Fiado en su animosa muchedumbre (40);  
 »Y allí, de miedo ajeno,  
 Corre cual suelta cabra y se abalanza  
 Con el fogoso trueno  
 De su cubierta estanza,  
 Y sigue de sus odios la venganza;  
 »Mas despues que aparece  
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,  
 Frio miedo entorpece  
 Al rebelde, y lo atierra  
 Con espanto y con muerte la impia guerra (41).  
 »Cual tempestad ondulosa  
 Con horrisono estruendo se levanta,  
 Y la nave, medrosa  
 De rabia y furia tanta (42),  
 Entre peñascos ásperos quebranta;  
 »O cual del cerco estrecho  
 El flamigero rayo se desata,  
 Con luego sulco hecho (43),  
 Y rompe y desbarata  
 Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá;  
 »La fama alzará luego,  
 Y con las alas de oro la vitoria  
 Sobre el giro del fuego,  
 Resonando su gloria  
 Con puro lampo de inmortal memoria (44);  
 »Y extenderá su nombre  
 Por do céirro espira en blando vuelo  
 Con inclito renombre,  
 Al remoto indio suelo  
 Y á do espere el rigor helado el cielo (45).  
 »Si Peloro tuviera  
 Parte de su destreza y valentia (46),  
 El solo te venciera,  
 Gradivo, aunque á porfia  
 Tu esfuerzo acrecentaras y osadia (47).  
 »Si este al cielo amparara  
 Contra las duras fuerzas de Mimante,  
 Ni el trance recelara  
 El vencedor tonante,  
 Ni sacudiera el brazo fulminante (48).  
 »Traed, cielos, huvendo  
 Este cansado tiempo espacioso  
 Que oprime deteniendo (49)  
 El curso glorioso;  
 Haced que se adelante presuroso.»

(39) Veráse el impio  
 En la fragosa, inaccesible cumbre.  
 (40) A la celeste lumbré  
 Confiado en su osada muchedumbre.  
 (41) Mas luego que aparece  
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,  
 El temor entorpece  
 A la enemiga tierra,  
 Y con ella acabó toda la guerra.  
 (42) De aquella furia tanta.  
 (43) Con largo sulco hecho.  
 (24) Y con doradas alas la vitoria,  
 Sobre el orbe del fuego  
 Resonando su gloria  
 Con puro resplandor de su memoria.  
 (45) Y llevarán su nombre  
 De los últimos soplos de occidente,  
 Con inmortal renombre,  
 Al purpúreo oriente  
 Y á do hiela y abrasa el cielo ardiente.  
 (46) De su excelso valor alguna parte.  
 (47) Aunque tuvieras, Marte,  
 Doblado esfuerzo y osadia y arte.  
 (48) Si este valiera al cielo  
 Contra el profano ejército arrogante,  
 No tuvieras recelo  
 Tú, Júpiter tonante,  
 Ni arrojaras el rayo resonante.  
 (49) Traed pues ya volando  
 ¡Oh cielos! este tiempo espacioso,  
 Que fuerza dilatando.

Así la lira suena,  
Y Jove el canto afirma, y se estremece  
El olimpo, y resuena (1)  
En torno y resplandece,  
Y Mavorite dudoso se oscurece (2).

## SONETO CXLII.

Alzo ligeras alas al deseo,  
Sigo el bello esplendor de mi alegría,  
Hállolo reluciente en la osa fría,  
Y desespero el bien que mas deseo.  
Suspenseo en un incierto devaneo,  
Que mi esperanza causa y mi porfía,  
Digo: «¿Por qué, serena Lumbre mía,  
Leda en estéril parte arder vos veo?  
»Llevar debía el céfiro vitoria,  
Siempre de vuestra llama esclarecido,  
Al enro ufano, que con él contiene;  
»Mas ¡oh! que el cielo causa mi gemido  
Por honrar gente indigna de memoria,  
Que el sol con tibio rayo apenas enciende.»

## CXLIII.

Amor con todo el fuego que el humoso  
Etna espira y las islas de Vulcano  
Me abraza el pecho, que asegura en vano  
A su mortal ardor algun reposo.  
Con la nieve que el Cáucaso nevoso  
Y el desnudo Rifeo hace cano,  
Mi alma enfria, y rompe el inhumano  
A la esperanza el paso temeroso;  
Que en los ojos do siempre el hielo y llama  
Suya en mi muerte acuerdan, lijo tiene  
El impetu y furor de su braveza;  
Y por vengarse mas, la seca rama  
Do estoy asido sin quebrar sostiene,  
Probando en nuevas penas mi flaqueza.

## CXLIV.

Un tiempo ave caristra vivi en fuego,  
Pero ya blanco cisne en ondas vivo;  
Que solo de mi mal cuitoso escribo  
Cuanto escribí de bien en mi sosiego.  
Pensé, trocando grado, trocar luego  
Suerte, y fué vano error; que Amor esquivo  
En uno y otro estado al fin cautivo  
Me oprime y en igual desasosiego.  
De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,  
Ahora de mis ojos despedido  
Corre un Istro nevoso desatado.  
No esfuerza con la nieve la creciente,  
Antes con el ardor mas encendido  
Va en abundoso curso dilatado.

## CXLV.

Ningun remedio espero en mi tormento,  
Y de mejor fortuna desespero;  
Muriendo vivo, aunque viviendo muero,  
Ajeno y ocupado en pensamiento.  
Temo el fiero dolor, y si contento  
Alguno tengo, temo el dolor fiero;  
Cansado, mi pasión abrazo y quiero,  
Y el mal que mas rehuyo mas consiento.

(1) Sacudido y resuena.

(2) El cielo y resplandece,  
Y Mavorite medroso se oscurece.

Han notado, y con razon, algunos criticos la incongruencia que hay en esto de pronosticar Apolo en presencia del olimpo y en el acto de la celebracion de la victoria alcanzada por Marte sobre los gigantes, que habia de llegar un dia en que un mortal oscureciese sus glorias. Decia á este propósito un mi amigo, censurando el descuido de HERRERA en una obra tan digna de alabanza eterna, que si Apolo tal cosa hubiera hecho, seguramente Júpiter lo hubiera enviado otra vez á guardar cabras á Admeto. Lo extraño es que HERRERA, que, segun se ve, escribió dos veces esta obra, no advirtiese el error en que habia caído.

Tan ufano estoy siempre en la tristeza,  
Que nunca ceso de alabar el día  
Que fué ocasion de merecer mi daño.  
No doy lugar al bien, y en mi estrechez,  
Perdiendo vanamente la edad mía,  
No sé hallarme libre de mi engaño.

## CXLVI.

Venció mi duro pecho Amor tirano,  
Y los nervos cortó su aguda espada  
De aquella ajena libertad amada  
Que misero suspiro y lloro en vano (3).  
El me vuelve y me trae por la mano  
A do mi afrenta y perdicion le agrada;  
Mas de su afan la vida ya cansada,  
Tornar procura al curso usado y llano (4);  
Pero es flaca osadía, y con la muerte  
Luchando, abrazo alegre el dulce engaño,  
Y me aventuro en el deseo y pierdo;  
Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,  
Que contraste gran tiempo á tanto daño,  
Ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

## CXLVII.

«¿Dó vas, dó vas, cruel, dó vas? Refrena,  
Refrena el presuroso paso en tanto  
Que de mi grave afan el luengo llanto  
Abre en prolíjo curso honda vena (5).  
»Oye la voz de mil suspiros llena,  
Y de mi mal sufrido el triste canto;  
Que ser no podrás fiera y dura tanto  
Que no te mueva al fin mi acerba pena (6).  
»Vuelve á mi tu esplendor, vuelve tus ojos  
Antes que oscuro quede en ciega niebla,»  
Decia en sueño ó ilusion perdido (7).  
Volví, halléme solo y entre abrojos,  
Y en vez de luz, cercado de tiniebla  
Y en lágrimas ardientes convertido.

## ELEGIA XV.

¿Quién me daría, Amor, una voz fuerte  
Y espíritu en mis lástimas osado  
Para cantar las cuitas de mi suerte?  
Que el luengo error de mi primer cuidado  
Ocupada me tiene la memoria,  
Y todo mi sosiego enajenado.  
Yo nací para ver, cruel, tu gloria,  
Cual Tántalo engañado y al extremo,  
Para llorar perdido mi vitoria.  
Sufro el dolor; que ya algun mal no temo  
Si, á tan estrecho paso reducido,  
De ti desesperar es bien supremo;  
Pero al freno me traes tan rendido,  
Que en mi furor enciendes la esperanza,  
Que me vuelva suspenso y confundido.  
Nuevo mal al antiguo mal alcanza;  
Y tal es el pasado y el que viene,  
Que en su rigor no siento la mudanza.  
Ni huir ni esperar ya me conviene,  
Y huyo, espero, temo ya y confío,  
Y lo que me desmaya me sostiene.  
»¿Por qué este porfioso desvarío  
No extirpas, rey ingrato, y de mi pecho  
No arrancas este indigno dolor mio?»

(3) Venció las fuerzas el Amor tirano,  
Cortó los nervos con aguda espada  
De aquella dulce libertad amada,  
Que sin vigor suspiro siempre en vano.(4) El me vuelve y me trae por la mano  
A do mi error y perdicion le agrada;  
Mas ya la vida, de su mal cansada,  
Osa tornarse al curso usado y llano.(5) Que de mi dolor grave el largo llanto  
A abrir comienza esta honda vena.(6) Que no podrás ser fiera y dura tanto,  
Que no te mueva esta mi acerba pena.(7) «Vuelve tu luz á mí, vuelve tus ojos  
Antes que quede oscuro en ciega niebla,»  
Decia en sueño ó en ilusion perdido.

Téngate ya mi daño satisfecho;  
Que poca es la venganza en el sujeto,  
Y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto  
Tu estandarte, y al carro ahorrado,  
Tu valor celebre con tierno afeto.

Si no eres en las rocas engendrado  
Del alto yerto Cáucaso espantoso,  
Y de la Armenia tigre alimentado,  
Serás á mis tormentos piadoso;  
Que de la pena ya que la alma siente  
No sé gran tiempo há lo que es reposo.

El resplandor de Febo y la fulgente  
Escuadra de las lúcidas estrellas  
Recoge al hondo seno de occidente.

Yo, mezquino, constante en mis querellas,  
Jamás descanso doy al mustio canto,  
Y se envuelven mis lágrimas con ellas.

Que no acabe en tan duro mal me espanto,  
Y que crezca á los cercos de mis ojos  
Perpetua exhalacion de ardiente llanto.

Si cuidas tú, que llevas mas despojos  
En mi pasión, ó gloria mas dichosa,  
Y por eso acrecientas mis enojos,  
Yo te protesto, Amor, por la penosa  
Historia de la vida que prosigo,  
Que la vitoria alcanzas afrentosa.

Fortuna que te sirva ¡oh mi enemigo!  
Quiere; su imperio temo, y temo el tuyo,  
Ya vasallo rebelde, infiel amigo.

En mi muerte, tirano, te destruyo,  
Pues nací para amar, y solo quiero  
Que se entienda cuán poco de ti huyo.

Bien sé que en vano me lamento y muero  
Por ablandar esa cruel dureza,  
Que sin provecho mitigar espero.

Cual revuelve la rueda con presteza  
A Ixion, que se huye y va siguiendo,  
Tal me revuelve y fuerce tu fiereza;

Y cual el triste Sisifo subiendo  
Va el gran peñasco alzado á la alta cumbre  
Siempre, descanso alguno no admitiendo;

Tal de mi afán la grave pesadumbre  
Llevando léjos voy, do ausente veo  
Triste sin alcanzar mi pura Lumbre.

El nieto ilustre del insigne Alceo,  
En mil grandes empresas glorioso,  
Se inclinó al duro yugo de Euristeo;

Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,  
Y de tu fuego, Amor, estoy herido,  
¿Por qué estaré soberbio y animoso?

Mírame ante tus piés preso y rendido,  
Y suena en mi cerviz el hierro puesto,  
Humilde á tus cruces, ofrecido.

Perdona mi dolor; que ya dispuesto  
Estó á sufrir sin quejas mi tormento,  
Y escoger por mas gloria mi desnuesto.

Aspire el deleitoso y vivo aliento  
A mi encendido pecho, porque en llama  
Se temple el hielo en que enfriarme siento.

Ya que mi muerte no se excusa, inflama  
Mi alma en el vigor de la Luz mia,  
Porque ensalce mi nombre eterna fama;

Que el helado rigor y nieve fria  
De su olvido y desden turba y detiene  
A tu fuego el valor con osadía.

Si volver por los tuyos te conviene,  
Por mis ojos arroja en sus entrañas  
El fuego que abrasado al orbe tiene;

Que si yo veo, Amor, tales hazañas,  
Daré, en justo rescate de tal pena,  
Mi hierro y el ardor con que te ensañas;

Porque su libre cuello en la cadena  
Ver, y encenderse el frío de su pecho,  
Es todo el bien que tu poder ordena,  
Si tu poder se extiende á tan gran hecho.

#### SONETO CXLVIII.

Quando pienso, cansado del tormento,  
Que con mi afrenta Amor herirme pudo  
De una serena luz con rayo agudo,  
Y que rendí el valor y entendimiento,

P. xvi.

Vuelvo triste á mirar mi perdimiento;  
Mas tan solo me hallo y tan desnudo  
De fuerza, que romper el débil mudo  
Que me enlazó el deseo nunca intento.

Seguir el mesmo curso en el cerrado  
Laberinto, y sufrir ya mas desnuesto  
No debo si en mí queda algun sentido.

Acabe el vano error de mi cuidado;  
Pero ¿qué digo, simple? Yo protestado  
Que hablo enajenado y ofendido.

#### CXLIX.

Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?

Mi alma de lamento se mantiene;  
Con él crece el ardor y se sostiene,  
Y la lluvia se alienta en sus despojos.

Un tiempo esperé premio á mis enojos,  
Mas tarde es ya que mi pasión previene;  
Pero acabar en lágrimas conviene  
A quien de flores nacen los abrojos.

En llanto me consumo, y cuando espero,  
Grande y nuevo milagro, dar memoria  
A mi nombre resuelto en triste rio,

Ocorre el fuego, en él me abraso y muero,  
Desvaneciéndome en llama con mas gloria  
Justo aunque grave bien al dolor mio.

#### CL.

Al sereno esplendor de luz ardiente,  
De celestial zafiro á la belleza  
La alma, volando en torno con presteza,  
Las alas rojas mueve dulcemente.

Amor, que de este cielo nunca ausente  
Respira, le descubre su grandeza,  
Y de gloria mil bienes y riqueza,  
Que sola ella los conoce y siente.

En este engaño siempre va, y se olvida  
De quien, cuidadoso de su afán, la llama,  
Y en conocido error causa y porfia;

Porque espera tal vez allí, encendida  
De aquellas puras luces en la llama,  
Hallar sepulcro igual á su osadía.

#### CLI.

##### Al Bétis.

Corre soberbio al mar del llanto mio,  
Bétis claro, sagrado honor de rios,  
Y no acaben mis grandes desvarios  
Donde se acaba en él tu grande rio;

Antes oyan mi afán y desvario  
Entre el fuego y rigor de hielos frios,  
Y se conducían de los males míos  
Libia ardiente y desnudo Islando frio;

Y el Indo, que primero ve la aurora,  
Y el otro que mas tarde alumbró Apolo,  
Hagan memoria eterna de mis daños;

Y tú lamenta esta postrera hora  
En que muero, de bien ausente y solo,  
Rico de pensamientos, pobre de años.

#### CLII.

No espero en mi dolor lo que deseo,  
Que tanto bien no cabe en mi mal fiero;  
Mas deseo ya solo, lo que espero,  
Acabar en mi ciego devaneo (8).

Tan cansado me tiene este deseo,  
Que del misero efecto desespero,  
Y engañado en mi intento persevero,  
El vano error que sigo, al cabo veo (9).

Pero ¿qué vale ver el mal presente,  
Si portio y contraste, no espantado,  
A los asaltos bravos de Amor crudo (10)?

No temo y oso todo libremente,  
Porque es al corazón desesperado  
La dura obstinacion vulcanio escudo (11).

(8) Que es acabar en este devaneo.

(9) Y al cabo el vano error que sigo veo.

(10) A los bravos asaltos de Amor crudo.

(11) La obstinacion impenetrable escudo.

## ELECIA XVI.

Si este inmortal dolor y sentimiento  
 Que me fuerza a pechar sin esperanza  
 No puedo desatir del pensamiento;  
 Si esta fortuna subita y mudanza  
 A una prolija ausencia me condena,  
 ¿Por que tengo en mi daño confianza?  
 Quien vio mi día y vio mi luz serena  
 Podrá juzgar a cuánto mal me llevezo  
 En noche de tiniebla y de horror llena.  
 Tormento nuevo en viejo mal padezo;  
 Que quiere este impio rey que solo sienta  
 Lo que espero ninguno y no merezo.  
 Luto en mi soledad, que me prescanta  
 Siempre el pasado bien y la ventura,  
 Y la perdida gloria me atormenta.  
 Rayos de amor, i amensa hermosura,  
 Que suspiro y deseo y busco ausente,  
 Yo ved la claridad excoela y pura:  
 Que si veo los cerros y oro ardiente  
 Que vos ciñe y corona en rizo velo,  
 Descansare del furo y voz doliente,  
 Y en el herboso, fiero y fértil suelo  
 Que el padre y sereno Bétis deleitoso  
 Baña, agradable al alto y claro cielo,  
 Azzate a vuestro nombre generoso,  
 Cnal fue en Paflo a Bione consagrado,  
 Un templo insinergente santuoso,  
 Do quien el peligroso mar enleado  
 Hubiere del amor, ya salvo en puerto,  
 A las aras atento y humillado,  
 Los votos que en el aecho gofio incierto  
 Prometió, pagará, dejando escuita  
 La causa del peligro y temor cierto.  
 Mas voy por do yo salí la infelizia  
 Fuerza de mi pasión y suerte indina  
 Que alguna muestra de esperanza admita;  
 Y antes que pueda ver la luz divina  
 Vuestra, a aquel rigor ultimo á la vida  
 Vendrá del mal, en que mi ardor me inclina;  
 Y en breve espacio fincará perdida  
 La esperanza desierta y el deseo,  
 Triunfando de mi muerte aborrecida.  
 Nunca temi el dolor del mal que veo;  
 Que entró al descuido amor blando y sereno  
 Para aquistar de mi el mayor trofeo.  
 En tal sazón ya sin remedio peno;  
 Que lo que menos duele es el tormento.  
 ¡Tanto de mi me aparto y enajero!  
 Quien abrir del mar ciego el alto asiento  
 En mi ligera nave verme pudo  
 Con alegre bonanza y manso viento,  
 Y viese el cielo oscurecer, desnudo  
 De luces, horrascoso el punto, el fiero  
 Noto con negro horror soplar sañudo;  
 An que su pecho armase duro acero,  
 En tan cuínel turbanza y suerte mala,  
 Dónde solo y sin fuerzas desespeio,  
 De humana compasión se vencería,  
 Si puede un grave caso sucedido  
 Turbar de mortal pecho la alegría.  
 Ya que estoy a mis lastimas rendido,  
 De mis hermosos ojos, triste, ausente,  
 En soledad y en confusión perdido,  
 A do torciere el paso ira presente  
 El florido esplendor de la belleza,  
 Que me tiene abrasado en fuego ardiente.  
 Por difíciles riesgos y aspereza  
 En la nocturna s envia celebrada  
 Será del canto mio su grandeza;  
 Adonde no se halla alguna entrada  
 De hombre ó fiera mostrará el desierto  
 Su figura en los árboles labrada.  
 Allí mi error y engaño y desconcierto  
 Escrito, y en mi llanto lamentado,  
 Será de mi dolor testigo cierto.  
 Aquel tierno semblante venerado,  
 La bella luz do el cielo gracias llueve,  
 La rica falda de oro ensortijado,  
 Y el suave color de rosa y nieve,  
 Las perlas por do amor alegre envia

La voz al corazón y el daño alevé,  
 Presentes en mi triste compañía  
 Para temor del alma, á la memoria  
 Renovarán la ufana suerte mia,  
 Y del perdido bien de la victoria  
 Darán las ocasiones que huyeron  
 En el progreso luengo de mi historia.  
 No sé por dó los lados inducieren  
 Esta mi soledad en el extremo  
 Que en el principio nunca prometieron.  
 Vos, ojos, de quien cuido solo y temo  
 Morir penoso ausente, cuando fuere  
 De mi dolor el término supremo,  
 Iluminos en mi muerte á quien vos viere  
 Vos descubrid, y vuestra faz llorosa  
 Muestre cómo mi mal vos duele y hiere;  
 Porque sea mi suerte mas dichosa  
 Que en vida, en muerte, y el tormento mio  
 Venza a la vuestra condicion sañosa.  
 ¿Por qué en ausencia por el bien porfio,  
 Si en presencia me niegan el derecho,  
 Y me engaño en tan alto desvario?  
 Destinado naci para este hecho,  
 Y sujeto á belleza ingrata y dura,  
 Siempre alligido y triste y roto el pecho.  
 La aurora pareció con veste oscura,  
 Présaga de mi afán, y el nuevo día  
 Mudo el semblante ledo y luz segura.  
 Jamás gocé algun hora de alegría,  
 Que no fuese hñida de tristeza,  
 Si merecí tal bien en mi osadía.  
 No culpo yo el rigor y la dureza  
 De mi luciente Estrella en tanto engaño,  
 Mi obstinacion si culpo, y mi firmeza.  
 Debía no huir mi desengaño;  
 Mas consiento la pena, y no rehúso,  
 Si atrace la ocasion, sufrir el daño;  
 Pero la ausencia así me descompono  
 De toda la paciencia, que no hallo  
 En mi el lugar que la razon dispuso.  
 Sufriendo peno y muero, y siempre callo,  
 Pues me conozco al fin de Amor tirano  
 Humilde y pobre y sin valor vasallo.  
 Yo sé que un tierno pecho y soberano  
 Del mequino se acuita y condolece,  
 Y procura su bien con larga mano;  
 Mas á quien la ventura desfallece,  
 Y no vale esperanza, es bien la muerte,  
 Pues en la vida misera el mal crece.  
 Ya no mas buscare, si el dolor fuerte  
 Desmayá, porque estoy determinado  
 En seguimiento siempre de mi suerte;  
 Y de esta soledad acompañalo,  
 Con un deseo en otro convertido,  
 De mis glorias iré desamparado;  
 Y cuando no pudiere haber olvidio,  
 Que difícil será, no es ya tan largo  
 El tiempo en los trabajos consuando,  
 Que no me halle luego el trance amargo;  
 Y al cuerpo suelta el alma en vuelo presto,  
 Causada dejará el pesado cargo;  
 Y en sombra yacerán y oscuro puesto  
 Mis dolores, conmigo sepultados,  
 Y cesarán del vago error molesto;  
 Que ahora no reposan mis cuidados.

## SONETO CLIII.

## Al doctor Martín Martínez.

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,  
 Y del Bétis ondoso el curso ufano  
 Dejas, y el precio antiguo italiano  
 Miras en el sepulcro del olvido,  
 ¿Por ventura, del yugo sacudido,  
 La cerviz alzas libre, y del tirano  
 Amor en ti desmaya el furor vano.  
 O en fiero ardor espiras encendido?  
 Que yo en la patria sin mi Luz me veo  
 Triste, preso, herido, solo, ausente,  
 Y perseguido siempre de un cuidado.  
 Sin esperanza aviva mi deseo,  
 Y apenas de este río á la corriente  
 Descubro el mal que sufro no cansado.

## CLIV.

Mi Luz, así en la vuestra bella frente  
 Nunca ofenda las rosas hielo frío,  
 Y así blando al ingrato señor mío  
 Vea en esas estrellas yo presente.  
 Que me digáis, humilde amante ausente,  
 Si en vuestro corazón hallo desvío,  
 Si vuestro pecho tierno el desvario  
 Dulce como en mi tiempo alegre siente;  
 Porque por esa púrpura templada  
 En blanca y pura nieve y por los ojos  
 Suaves, do respira mi esperanza,  
 Que en la mas luenga ausencia y apartada  
 No vos negó mi alma los despojos,  
 Ni en mi temió el amor jamás mudanza.

## CLV.

Cuando cantar deseo la belleza  
 Vuestra y serena luz, que humilde honro,  
 El esplendor y puros rayos de oro,  
 Do alícan los de Febo su riqueza,  
 Reconozco el valor y la grandeza  
 En quien de eterno ardor celeste coro  
 Ensalzó de sus bienes el tesoro,  
 Y desigual me inclino á tanta alteza.  
 Dadme favor alguno en vuestra gloria,  
 De honesto amor oh llama generosa,  
 Y de nuestra edad oh raro ejemplo,  
 Porque á la eternidad de la memoria  
 Por precio de beldad maravillosa  
 Consag্রে nuestro nombre yo en su templo.

## CLVI.

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,  
 A desatar esta secreta llaga  
 Que no me deja reposar, y haga  
 Ante quien temo el justo oficio el llanto;  
 Que cuando descubriere de esto cuanto  
 Mostrarse se debe á quien tan mal se paga  
 De mi mal, podrá ser que se deshaga  
 La sombra del peligro y de mi espanto.  
 Si no, escondido en esta oscura niebla  
 Acabe á gusto ajeno, mas de suerte  
 Que falte del remedio la esperanza;  
 Porque quien siempre yace en la tiniebla  
 No espere ver la luz sino en la muerte;  
 Que la gloria de amor tarde se alcance.

## CLVII.

## Al conde de Gelves.

Señor, si este dolor del mal que siento  
 Veo desvanecer en mi memoria,  
 Y en olvido yacer la triste historia  
 Que fué dura ocasion á mi tormento,  
 De España con voz alta y noble aliento  
 Cantaré los triunfos y vitoria,  
 Y daré entre su honor y eterna gloria  
 Al valor vuestro insigne igual asiento;  
 Mas un dulce esplendor, un cerco y oro,  
 Que en crespas hebras arde, una armonia  
 Y gracia que florece y orna el suelo,  
 Una belleza á quien suspenso adoro,  
 Impiden esta altiva empresa mía,  
 Y en su furor me llevan hasta el cielo.

## CANCION VII.

## A don Luis Ponce de Leon, duque de Arcos.

¡Oh clara luz y honor del Occidente,  
 Espíritu real, do puso el cielo  
 De su inmenso valor grandeza tanta,  
 En quien cubierta de oro el vario velo,  
 Con puro ardor de púrpura luciente  
 La gloria su riqueza esparce y planta;  
 Si el molesto dolor que me quebranta  
 Y me instiga á cantar la grave pena  
 Que aborrezco y procuro,  
 Me dejase algun tanto ya seguro

Del fuego en que mi pecho ardiendo sucua,  
 Y del cruel rigor del hielo duro  
 Que me condena á doloroso llanto  
 Y á perpetua cadena,  
 Consagraria en honra vuestra el canto.  
 Mas yo siguiendo voy con paso incierto  
 En horror de la noche, en ciego día,  
 Por los riscos y cerros no tratados,  
 Léjos el fulgor bello y la Luz mía,  
 Que me lleva á morir en temor cierto  
 Adonde solo entraron desdichados;  
 Que esto es premio á mis penas y cuidados.  
 Ya en la doblada imagen espartana  
 La coronada frente  
 Muestra la quinta vuelta el sol caliente,  
 Despues que abierto el corazón, con hierro  
 Me trajo amor al yugo obediente;  
 Siempre sonó de allí mi lira triste  
 En mi luengo destierro,  
 Y el desden, que en mi daño mi Luz viste.

La memoria, los hechos valerosos  
 Las columnas, del fiero armado Marte  
 Los trofeos alzados, que en rocío  
 Sangriento manan; la destreza y arte  
 De los inclitos pechos generosos  
 Que bañó Bétis, Tajo y Duero frío,  
 A que aspiraba el rudo canto mío,  
 Oscurecidos yacen en olvido;  
 Solo es amor mi canto,  
 Los ojos bellos y oro puro canto.  
 ¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,  
 Y entregado á la fuerza de mi llanto!  
 Recíbeme la noche y deja el día,  
 Celebrando perdido

El sereno esplendor de la Luz mía.  
 Aquel que el glorioso y rico lauro  
 Coronó con sus verdes hojas de oro,  
 Que con suave y culta noble lira,  
 Igual de Grecia y de Castalia al coro,  
 Suspende el indio piélago y el mauro,  
 Y con el canto al mismo Febo admira,  
 Y osadamente levantarse aspira  
 Con felice armonia á la memoria  
 Y romana alabanza,  
 Del itálico honor clara esperanza,  
 Y de las almas grandes con vitoria;  
 Aquel vuestro valor dichoso alcanza  
 Solo á esculpir en el etéreo velo  
 Con venturosa historia;  
 Que no mi canto, ajeno de consuelo.  
 El peso inmenso y movimiento ardiente  
 Sufre y sustenta apenas el grande Atlante,  
 Que siente grave, y la cerviz inclina;  
 Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,  
 Temo caer con él, y juntamente  
 Mi deseo ilustrar con fama indina;  
 Y la muerte que á Eridano destina  
 El impetu paléneo acelerado  
 En la corriente umbrosa  
 Que hubo del hecho el nombre, do en llorosa  
 Honra el dudoso eletro fué engendrado,  
 La suerte acerba suya y lastimosa  
 Aparta mi esperanza y mi deseo,  
 Y el miserable hado  
 De quien perdió el caballo de Perseo.

Vuestro valor excelso, la grandeza  
 Del ánimo, la gloria verdadera,  
 El alto y vigilante pensamiento  
 A Esmirna ya cansado y Mantua hubiera,  
 Y del cisne dirceo aquella alteza  
 De no imitado vuelo y grave acento,  
 Y de Olmeo al insigne ayuntamiento,  
 Cuanto mas una pobre estéril vena,  
 Aunque el oro abundoso  
 Que Ermo tuerce en sus ondas y el dichoso  
 Tajo con su luciente y rica arena,  
 Y del Idáspes medo el curso ondoso  
 Sonasen de mi canto en la corriente  
 De vuestra gloria llena,  
 Y la pluvia que Ródas vió presente.  
 Querer cerrar en poco el bien que el cielo  
 Largo y felice ofrece al nombre vuestro,

Será como quien piensa y osa en vano  
 Dinumerar del mar sagrado nuestro  
 Las ondas, ó en el seco ardiente suelo  
 Las arenas que mira el africano,  
 O los astros del cerco soberano.  
 Mejor es con silencio á vuestra fama  
 Dar la gloria debida,  
 Y venerar tanta virtud crecida,  
 Que luce y resplandece en viva llama,  
 Como estrella del polo esclarecida;  
 Que contra el tiempo y todo el rigor crudo  
 La lumbre en que se inflama  
 Es de inmortal firmeza eterno escudo.

## SONETO CLVIII.

Profundo y luengo, eterno y sacro rio,  
 Que el ancho curso tuyo y grande frente  
 Mezclas en el mar hondo de Occidente,  
 Y en el junto el amargo llanto mio;  
 De mi deseo vano, en quien portio,  
 De esperanza y remedio siempre ausente,  
 En esta soledad por tu corriente  
 llago ocasion á nuevo desvario.  
 Tú, si del canto mio un tiempo oiste  
 El tierno son, aunque mayor que el Ebro,  
 Y yo; cuánto menor que el claro Orfeo!  
 Admite en estas ondas mi voz triste;  
 Que serás en los males que celebro  
 Solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

## CLIX.

No puedo sufrir mas el dolor fiero  
 Ni ya tolerar mas el duro asalto  
 De vuestras bellas luces; antes falto  
 De paciencia y valor en el postrero  
 Trance, arrojando el yugo, desespero,  
 Y por do voy huyendo el suelo esmalto  
 De rotos lazos, y alzo osado en alto  
 El cuello, y verme libre alegre espero (12).  
 Mas ¿qué vale mostrar estos despojos  
 Y la ufanía de alcanzar la palma  
 De un vano atrevimiento sin provecho?  
 El rayo que salió de vuestros ojos  
 Puso su fuerza en abrasar mi alma,  
 Dejando casi sin tocar el pecho.

## CLX.

Cubre en oscuro cerco y sombra fría  
 Del cielo puro el esplendor sereno (15)  
 La noche triste, y lloro, de afán lleno,  
 Perdido el bien que tuve y mi alegría.  
 Ningun alivio en la miseria mia  
 Hallo, de ningun mal me siento ajeno (14);  
 Cuanto en la confusión nublosa peno,  
 Padezco en la purpúrea luz del día (15).  
 En otro yerto Cáucaso el cuidado  
 Profundo mio y mi mortal deseo  
 El pecho despedaza que renueva;  
 Do nunca en mi tormento no cansado  
 Pudiera el hijo inclito de Alceo  
 Mostrar de su valor segunda prueba (16).

## CLXI.

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado  
 Ufano y sin temor; mas mi destino  
 No sufrió que este bien fuese continuo;  
 Que no dura en amor un dulce estado.

- (12) De rotos lazos, y levanto en alto  
 El cuello osado, y libertad espero.  
 (15) Del cielo puro el resplandor sereno,  
 La húmida noche, y yo, de dolor lleno,  
 Llora mi bien perdido y mi alegría.  
 (14) Hallo, de ningun mal estoy ajeno.  
 (15) Padezco en la rosada luz del día.  
 (16) En otro nuevo Cáucaso enclavado,  
 Mi cuidado mortal y mi deseo  
 El corazon me comen renovado;  
 Do no pudiera el sucesor de Alceo  
 Librarme del tormento no cansado,  
 Que excede al del antiguo Prometeo.

Desierto de remedio y engañado,  
 Cual misero y errante peregrino  
 Por los montes voy solo, sin camino,  
 De mi mismo y de Amor desamparado.  
 En medio del dolor, en la memoria  
 Tal vez consiento sombras de alegría,  
 Que engañan dulcemente la esperanza.  
 Mas esto es la segur que de mi gloria  
 Corta lo extremo; que en la suerte mia  
 Del bien nace en mis daños la venganza.

## CLXII.

Cuando miro el fino oro al manso viento  
 En lucientes rieles esparcido  
 O en hermosas lazadas recogido,  
 Mil causas justas hallo á mi tormento;  
 Cuando la llama y luz de puro aliento  
 Rutilar veo en torno, y que el vencido  
 Pecho tiene en su fuego convertido,  
 Mil causas justas hallo al mal que siento;  
 Cuando escucho la angélica armonía  
 Y admiro el valor vuestro y gentileza,  
 Mil causas hallo justas á serviros;  
 Mas cuando en la humildad contemplo mia,  
 Y en vuestro dulce afeto y su nobleza,  
 No hallo causa justa á mas suspiros.

## ELEGÍA XVII.

Pues la luz que escogí por cierta guía  
 Sombra oscura del cielo me defiende,  
 Lloro conmigo, Amor, la pena mia.  
 Ya sobre mi nublosos horror descendiendo  
 Y me atige la suerte, y rinde á llanto,  
 Que el fuego que me abraza airado enciende.  
 En lágrimas deshago el triste canto,  
 Y en ellas ya debria estar deshecho  
 El duro corazon, que sufre tanto.  
 ¿Qué áspera condicion de fiero pecho  
 En tan siniestro caso me levanta  
 Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?  
 ¿Cómo explicar podré congoja tanta,  
 Si faltan las palabras, si el efeto  
 Triste el sentido misero quebranta?  
 ¿Qué podré ya temer, qué tierno afeto  
 Habrá que ablande en parte mi dureza,  
 Pues vivo en tal dolor con mal secreto?  
 ¿Quién me impide mirar la gran belleza,  
 El celestial semblante y armonía  
 Que desterraban toda mi tristeza?  
 Ya para mi se ha oscurecido el día;  
 Y pues en las tinieblas me lamento,  
 Lloro conmigo, Amor, la pena mia.  
 El puro fuego, aquel divino aliento  
 Que en el blando y rendido pecho mio  
 Mi sol bello envió de su alto asiento,  
 Se altera con rigor en hielo frio,  
 Y acaba de la vida, ya suspensa,  
 La parte que estrenó mi desvario.  
 Y la virtud de la alma y fuerza inmensa  
 Que me llevaba sin graveza al cielo,  
 Entorpecida está de nieve intensa.  
 Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo  
 A algun favor; que estoy desconfiado,  
 Sin bien, oscuro y derribado al suelo.  
 Queda solo este bien á mi cuidado,  
 Renovar con dolor esta memoria;  
 Amor, horemos mi dichoso estado.  
 ¿A dó el favor antiguo, á dó la gloria  
 De mi pasado tiempo y venturoso?  
 A dó tantos despojos y vitoria?  
 Collados altos, bosque deleitoso,  
 Fuente abundosa y agradable puesto;  
 Testigos de mi bien y mi reposo,  
 ¿A dó las luces y el semblante honesto,  
 El oro en rico cerco recogido  
 Con bello error en torno ó descompuesto?  
 ¿A dó el coral lustroso y encaudido  
 Y el color dulce de suave rosa,  
 Tiernamente tal vez descolorido?  
 ¿A dó la blanca mano y generosa  
 Que el yugo puso blandamente al cuello,

Y fué prenda á mi alma dolorosa?

¿A dó el ardor luciente del cabello,  
A dó mas que mástil y no tocada  
Nieve, del pecho tierno el candor bello?

¿A dó la perfeccion nunca imitada  
De aquella imágen viva y hermosa,  
Con envidia de todas admirada?

¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura  
Puede apartarme el bien de mi desco?  
De mi grave temor ¿quién me asegura?

En un mismo lugar aquí, y no veo  
La Luz que al alma da virtud ercida,  
Y pierdo el bien que siempre ver desco.  
¡Grande dolor! Pero en cautiva vido  
Bien to debe abrazar quien la consiente,  
Y salvo sustentar esta caida.

Si donde el sol se ascende de la gente,  
O á do en rosado carro va la Aurora  
Con purpúreo celaje y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,  
Me llevase esta Luz serena y bella,  
Que humilde reconozco por señora,  
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,  
Por la tniebla y claridad del dia  
Buscando iria mi fatal Estrella.

Y ahora una enemiga compañía  
El paso al bien abierto me deshace;  
Llora conmigo, Amor, la pena mia.

En esta soledad me satisface  
Cuanto es triste y á muchos insufrible,  
Y todo extraño desconcierto aplice.

¿Quién espera en Amor, si aborrecible  
Su bien y su mal es en su mudanza,  
Y cuanto mas halaga mas terrible?

Si pudiese perderse la esperanza,  
¡Oh cuán breve seria el ciego engaño  
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriria el desengaño  
Presente al cielo, que mis cuantas mira,  
La vanidad y causa de su daño.

Misero quien estima y quien admira,  
Simple, tan frágil fuerza, y olvidado  
De sí, su perdicion busca y suspira.

Pues yo ausente aun no estoy desesperado,  
Para que no desmaye el dolor crudo;  
Amor, hloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oiga el impetu sañado  
De Vulturmo, y las lleve resonando  
Do lperion asconde el rayo agudo;

Y traspase de allí al caliente bando  
Y á la llena region de fria nieve,  
Mi cuidado y dolor multiplicando.

Mi daño alcance quien sulcando debe  
Abrir el hondo lago de Neptuno,  
Y quien ¡oh Marte! á tu furor se atreve.

Si se hallare desdichado alguno  
Que tuvo bien y lo perdió, este puede  
Consuelo en mi tener mas oportuno.

Escrita mi infelice historia quede  
En bronce, y llore de mi gloria muerta  
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.

Si algun amante en esta parte incierta  
Llegare lleno de mortal fatiga,  
Y con dolor herido y cuita cierta,

Señale en esta arena y mustio diga:  
«Aquí no entra quien no es desdichado,  
Y aquí la suerte á todo afan obliga.»

En tanto que se acerca el impio hado  
Y nos escucha esta ribera fria,  
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.

Llore Bétis los versos que me oia,  
Y tú, que no te ofendes de mis males,  
Llora conmigo, Amor, la pena mia.

Las aves con sus cantos desiguales  
Acompañan la voz de mi lamento,  
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento;  
Que el corazon que tengo es bien bastante  
Para qualquier profundo sentimiento.

Mas este que padezco va delante  
A todos cuantos tiene el amor fiero,  
Ni puede alguno ser su semejante.

Desconfio, aborrezco, amo, espero,  
Y llega á tal extremo el desconcierto,  
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Testigo es de mis males el desierto,  
Que me ve en su desnuda y roja arena  
Vencido del dolor y casi muerto.

Cándida luna, que con luz serena  
Oyes atentamente el llanto mio,  
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo rio  
Lamentando mi mal con su ruido,  
Y me cubre del cielo el manto frio.

Repara el corao inestable á mi gemido,  
Y pues amor tocó tu exento pecho,  
Duélete de quien ama tan perdido.

Así el dormido jóven, satisfecho  
Del hermoso fu'gor de tu luz pura,  
Amanceille jamás tu alegre lecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura  
Para mirar el tiempo ufano y budo  
Cuando pnde esj'rar de mi ventura,

En este mal, en que me vence el miedo,  
Ofrece algun remedio á tanto daño,  
Pues valerme en mis arias nunca puedo;

Que en este mi infortunio y mal extraño  
Por ventura la suerte ofreciera  
Algun flaco reparo á tal engaño.

Mas, pues Divina sigue su alta via,  
Y acógida á mis lágrimas me niega,  
Llora conmigo, Amor, la pena mia.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,  
Y roto del mar negro en la onda tierra,  
Cruel fortuna á lástimas me entrega,

De este sonante rio en la ribera  
Esperaré, si soy de tal bien dino,  
Que mi esquiva pasión conmigo muera.

Y seré en esta tierra triste indino  
Ejemplo del dolor que amor presenta  
Al mas dichoso an ante y mas mezzquino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta  
Arena que el sol hierre en luego dia,  
Y un verso que declare así mi afrenta:

«Dió ausencia y soledad, siendo su guia,  
A un misero amador injusta muerte;  
Amor, que siempre fué en su compañía,  
Yace con él en una mesma suerte.»

#### SONETO CLXIII.

¿Qué espíritu encendido amor envia  
En este frio corazon esquivo,  
Que á la alba en calor grande el pecho avivo(17),  
Y ardo al aparecer del nuevo dia?

Yo me inflamo si á Febo se desvia  
La sombra, y cuando de aquel puesto altivo  
Declina el sol, me quemo en fuego vivo,  
Y abraso cuando tuerce al mar la via (18).

Centella soy si el lubrican parece,  
Llama cuando se ven las luces bellas,  
Y el blanco rostro á Delia se colora.

Fuego soy cuando el orbe se adormece,  
Incendio al esconder de las estrellas,  
Y ceniza al volver de nueva aurora (19).

#### CLXIV.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio  
En sus turbadas ondas mezela el llanto;  
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,  
Que el cierto fin termine el dolor mio.

Sigo ausente sin bien tu desvario,  
Y en tu vana esperanza me levanto;  
Y ahora desamparas todo encanto

De tu incierta promesa mas confio.

Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento  
Acabe ó que en mi vida se deshaga  
El desigual deseo y la osadía;

(17) Que con la alba en calor el pecho avivo.

(18) Y abraso cuando al mar tuerce la via.

(19) Y ceniza á volver de nueva aurora.

Que en tanto afan ya falta el sufrimiento,  
Y el golpe de esta siempre acerba llaga  
Lo íntimo penetra de la alma mía.

## CLXV.

Clara, suave Luz, alegre y bella,  
Que el safiro y color del puro cielo  
Templáis de la esmeralda con el velo (20)  
Que resplandee en una y otra estrella;  
Fulgur divino, lúcida centella (21),  
Por quien libre mi alma en alto vuelo  
Las alas rojas bate y luce el suelo,  
Ardiendo vuestro dulce fuego en ella;  
Si yo no solo abraso el pecho mío,  
Mas tierra y giro aerio, y en mi llama  
Doy principio inmortal de incendio eterno (22),  
¿Por que el rigor no puedo y vuestro fío  
Antiguo regalar? Por qué no inflama (25)  
Mi estio ardiente á vuestro helado invierno?

## CLXVI.

Cuando de mi Luz bella el desden siento  
Y fenecer mi gloria en tibió olvido,  
Huyo señero y triste, aborrecido,  
Ei aspero dolor de mi tormento.  
Mis vanas esperanzas represento,  
El poco bien, el mucho mal sufrido,  
Y ausente, despagado y ofendido,  
Mi libertad porada osado intento.  
Pero si vos despues rendido el cuello  
Y viéredes colgados mis despojos,  
Dadme las duras armas de amor ciego;  
Que en las trécentes hebras del cabello  
Y alegre lucilar de dulces ojos  
Precio me pierdo todo, y ardo en fuego.

## CLXVII.

Vuelvo al ufano corazon el día  
En que mi Luz mostró su luz hermosa  
Y relió su afe y amorosa,  
Bella en mis ojos igualmente y pia;  
Y acenóndome que el sol que descendia  
Paró al ardiente Elegon la espumosa  
Rienda, y con su tardanza espaciosa  
Sintió el infano polo ausencia fía.  
Entonces, inflamado en dulce fuego,  
Mi gloria atabo y bien, y alegre digo:  
¿Cual buena suerte alcanza á mi ventura?  
No el cetro del romano envió y griego,  
Porque imperio mayor tiene consigo  
Quien ama soberana hermosura.

## CLXVIII.

El color bello en el humor de Tiro  
Ardió, y la nieve vuestra en llama pura,  
Cuando, Estrella, vibrastes con dulzura (24)  
Los rayos por quien misero suspiro.  
Vivo esplendor de lúcido safiro,  
Serenó cielo, eterna hermosura,  
Pues merecí alcanzar esta ventura,  
Acoged blandamente mi suspiro.  
Con él mi alma en el celeste luego  
Vuestro abrasada viene, y se transforma  
En la belleza vuestra soberana;  
Y en tanto gozo, en su mayor sosiego,  
Su bien en cuantas hada alegre informa;  
Que en el polo menor la gloria gana (25).

## ELEGÍA XVIII.

A la muerte de don Pedro de Zúñiga,  
hijo del duque de Béjar.

Luego que el pecho me hirió el esquivo  
Y triste son del caso sucedido,  
Enfrió el corazon un hielo vivo.  
Quise, empero, turbar á mi sentido  
Y vencer á la fama con engaño;  
Que tanto mal no debe ser creído;  
Mas el quejoso sentimiento extraño  
En el común dolor que se veía  
Me descubrió cuánto era grande el daño.  
¿Cuán de otra suerte ¡ay misero! fugía  
El sucesó y memoria de las cosas  
Que en la pompa real se me ofrecia!  
Mas ¡oh mis esperanzas gloriosas  
Cuán mal saute! ¡Cuán mal dividies, muerte,  
La unión de tantas gracias venturosas!  
¿Qué corazon se ve tan duro y fuerte,  
Que no acabe en sus lágrimas deshecho,  
Que no estalle estrechado de tal suerte?  
¿Murio ¡ay dolor! y no rompí mi pecho?  
¿Qué mal, qué pena espera mi dureza  
besnes de este cruel y acerbo hecho?  
¿Qué señales daré de mi tristeza?  
Suspiros tristes y florosa acento,  
Que condenen del hado la aspezeza,  
Y ea exequias de eterno sentimiento  
Estos versos, que sean los despojos  
Del bien que ya perdí, del mal que siento.  
¿Lágrimas quién dará para mis ojos?  
¿Suspiros quién al corazon doliente?  
¿Quién palabras que espinen como abrojos?  
Ya veo, ya conozco aquí presente  
Aquel semblante en viva luz cubierto,  
Con pura claridad resplandeciente,  
Y me culpa su espíritu desierto  
Si Horó, que en region de la alegría  
Está, desapareando el cuerpo muerto.  
Grande causa de llanto es esta mía,  
Fues contemplo cuán alta confianza,  
España, te robó un oscuro día.  
Pero si vuelvo, intento esta mudanza,  
Y veo á quien suspiro venerable  
Donde el poder terreno tarde alcanza.  
Envidia es, no congoja lamentable,  
Al que huve en la senda peligrosa  
Los trabajos del suelo miserable.  
¿Quién llora porque goce en paz dichosa,  
Lejos de estos curipos de la vida,  
La alma de quien amó mas gloriosa?  
Allí la ambicion vana y sin medida,  
O ho y codicia, y miedo y error ciego,  
Su quietud no alteran escogida;  
Mas la simpleza amable y el sosiego  
Que en celestes espíritus presenta  
De la inmortal belleza ardiente fuego.  
Nuestra misera vida ¿á quién contenta?  
¿Quién desea luchar en las cadenas  
Donde la alma se cansa y atormenta?  
Nuestras glorias, de afán y dolor llenas,  
Sin bien, sin esperanza, sin consuelo,  
Descubren con mas cutitas nuevas penas  
Nunca alzamos los ojos en el cielo,  
Opresos con la carga y peso humano,  
Que á la alma impide levantar el vuelo.  
Revueltos en deseo y tenor vano,  
Temblamos, enenigos de la gloria,  
De aquel felice asiento soberano.  
¿A quién no ofende la cruel memoria  
Do mas ensancha Bétis la alta frente,  
Y da al mar de sus ondas la vitoria?  
Hambre, peste, furor de Marte ardiente,  
Rigor del cielo nunca mitigado  
Y ansioso temor del mal ausente.  
Entonces ¡oh dolor! el impio hado  
Arrebató aquel jóven animoso  
Con la cumbre de un moate quebrantado.  
Quedó tendido el cuerpo generoso  
Sin vida en la desnuda tierra, helada

(20) Teñis de la esmeralda con el velo.

(21) Divino resplandor, pura centella.

(22) Mas la tierra y el cielo, y en mi llama  
Doy principio inmortal de fuego eterno.(23) ¿Por qué el rigor de vuestro antiguo frío  
No puede ya encender? ¿Por que no inflama.

(24) Cuando, Estrella, volvísteis con dulzura.

(25) Su bien en cuantas almas hada informa;  
Que en el comunicar mas gloria gana.



Con el horror del golpe impetuoso.  
 No cala con tal furia acelerada  
 El rayo penetrante, despedido  
 De la nube, con impetu rasgada.  
 Turbó sus ondas bélicas con gemido,  
 Y sus ninfas lloraron a su amante,  
 Y del león sonó el feroz rugido.  
 Jamás dolor á este semejante  
 Sintieron las riberas caudalosas  
 Que toca el hondo piélagos de Atlante.  
 Crecieron las membranzas congiosas  
 Con su muerte, y Hesperia fué testigo  
 Del llanto y de las quejas lastimosas.  
 A ti, ¡oh gran Pedro! á ti, su estrecho amigo,  
 Lleva ahora también de nuestro río  
 Léjos la suerte, desigual consigo.  
 Quema el fogoso ardor del seco estío  
 La bella flor, y de la tierna planta  
 Las hojas el nevoso invierno frío;  
 Mas Céforo suave las levanta  
 Hielmosas, con alegre y blando vuelo,  
 Y Filomela en ellas dulce canta.  
 Nosotros, cuando rompe el mortal velo  
 Y fallece el vital y amado aliento,  
 Jamás el pié impiñimos en el suelo.  
 Breve, dudosa vida con tormento,  
 Cierto temor, deseos no acabados  
 Son de nuestra miseria el fundamento.  
 Aspera y justa ley, que los cuidados  
 Y amor desvanecido y íeigo enfrena  
 De humanos corazones engañados.  
 Yo mismo aquel dolor que me condena  
 Busco, y mi perdición, y hago queja  
 Del cielo, que mis ímpetus refrena.  
 ¡Cuán pocas veces la pasión nos deja!  
 Cuán presto la alegría queda muerta,  
 Y no siendo aun hallado, el bien se aleja!  
 Como desierta, oscura, via incierta,  
 Que se revuelve en sí, sin dar camino  
 A quien, de ella saliendo, apenas acierta;  
 Así es la vida nuestra, que continuo  
 Seguimos ofuscados, sin que atienda  
 A remediar el ánimo mezquino;  
 Hasta que allana el fin de la contienda  
 El yerto paso, y con tormento interno  
 Muestra el mortal rigor abierta senda.  
 Entonces de la tierra el amor tierno  
 Y la gloria caduca á la alma ingrata  
 Son congoja y temor de fuego eterno.  
 Las esperanzas todas desbarata  
 La muerte, y al que en vicio sepultado  
 Yace, en pena inmortal affige y trata.  
 Dichoso tú, que al cielo arrebatado,  
 Alegre relucir ves las estrellas,  
 Y uso de tus piés el mar hinchado;  
 Y del viento los soplos, las centellas  
 Que ilustran esparcido el aire errante,  
 Y nuestras voces oyes y querellas;  
 Y al Rey del alto olimpo triunfante,  
 Que la tierra gobierna y pone freno  
 Al mar, que no se extienda resonante;  
 De gloria y piedad celeste lleno,  
 Ruegas por nuestras culpas, por ventura  
 De amor santo alargando el ancho seno.  
 Aunque la voz del llanto y veste oscura  
 No sufra de tu suerte la alegría  
 Que goza de la excelsa hermosura,  
 Permite que tu muerte y pena mía  
 Publique en cuanto la grandeza hispana  
 Dilata la pujante monarquía.  
 Afeto son de la rudeza humana  
 Estos suspiros, que osan, y lamento,  
 Mostrar su afán y tu honra soberana;  
 Porque perpetuo siempre el sentimiento  
 Con memoria sera del bien perdido,  
 Pues eras nuestra gloria y ornamento.  
 Yo, al amor que te debo agradecerlo  
 (Si algo pueden mis versos), te prometo  
 Que no asconda tu nombre ingrato olvido (26);

Antes por do el Tarteso va quieto  
 Al vaso inmensurable de Nereo,  
 Y acoge en su profundo al sol secreto;  
 Do los abetes mira Febo Ideo,  
 Que lleva del mar nuevo a la corriente,  
 El español muriendo en su di seo;  
 Y do el limite rojo de oriente (27)  
 Viste de pura luz la bella aurora,  
 Do rigida impresion Islanda siente;  
 Do el Indo hebe el Nilo y se eolora,  
 Será con mas estima venerado,  
 No solo por tu ausencia, de quien llora,  
 Mas de quien tu valor aventajado,  
 Y oye la excelcencia de tu gloria;  
 Porque, siempre de todos celebrado,  
 Hará igual con el tiempo tu memoria.

## SONETO CLXIX.

Hórrido invierno, que la luz serena  
 Y agradable color del puro cielo  
 Cubres de oscura sombra y turbio velo  
 Con la mojada faz, de nieblas llena,  
 Vuelve a la fria gruta y la cadena  
 Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo (28)  
 Que oprime con rigor el duro suelo,  
 Las furias de tu ímpetu refrena;  
 Que en tanto que en tu ira enbravecido,  
 Asaltas el divino hispalio río (29),  
 Que corre al sacro seno de occidente,  
 Yo, triste, en nube eterna del olvido  
 (Culpa tuya), apartado del sol mio,  
 No me enciendo en los rayos de su frente.

## CLXX.

Cual dejando el olimpo soberano,  
 Por la columna ebúrnea y roja frente  
 Las ondas y sortijas de luciente  
 Oro mi luz movió en semblante humano.  
 En ellas centellando Amor tirano,  
 Me anudó el corazón con red ardiente,  
 Y blando puso el yugo a mi doliente  
 Cuello entonces la tierna y blanca mano.  
 Promesa fué este dulce acogimiento  
 Para el bien de esperanza glorioso  
 Y fin del peso que sufrí cansado.  
 ¿Qué no podré esperar de mi tormento,  
 Si en hebras que el sol mira envileñoso  
 Me hallo estrechamente relajado?

## CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro río,  
 El grave y mustio son de mi lamento,  
 Y confuso en tu grande crecimiento,  
 Mezela en el ponto inmenso el llanto mio (30).  
 Los suspiros ardientes que á ti envío,  
 Antes que los derrame airado viento (31),  
 Acoge en tu sonante movimiento,  
 Porque se asconda en ti mi desvario.  
 No sean mas testigos de mi pena  
 Los árboles, las peñas, que solian  
 Responder y quejarse á mi gemido;  
 Y en estas ondas altas y esta llena  
 Corriente que mis lagrimas porrian  
 Vencer, vivan mi mal y amor crecido (32).

## CLXXII.

Del fresco seno lúcido la aurora  
 De tierno hielo perlas esparcia,

(27) HERRERA puso este verso en su canción á la pérdida de don Sebastian:

- (28) Del nevoso Aquilon, y en aquel hielo.  
 (29) Asaltas el divino hesperio río.  
 (30) Y mezclado en tu grande crecimiento,  
 Lleva al padre Nereo el llanto mio.  
 (31) Antes que los derrame leve viento.  
 (32) Y en estas ondas y corriente llena,  
 A quien vencer mis lagrimas porrian,  
 Viva siempre mi mal y amor crecido.

(26) HERRERA puso este terceto en sus *Anotaciones á Garcilaso* con la variante que sigue:

Que tu nombre no asconda eterno olvido.

Y con purpúrea frente alegre abría (55)  
 El esplendor suave que atesora.  
 El sereno conlin de Euro y de Flora (54)  
 Con la rosada llama que encendía  
 Delio, aun no rojo bien, al nuevo día (53)  
 Esclarece y esmalta, orla y colora.  
 Cuando sale mi Luz, y en oriente  
 Desmaya el puro ardor, ¡oh vos del cielo (56)  
 Y en los hombres! si tanto se consiente,  
 Digo con vuestra paz que en mortal velo,  
 Mas que vos bella apareció y fulgente  
 Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo (57).

## CLXXIII.

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,  
 Que desdeñó el valor nunca vencido  
 De su inmortal espíritu encendido,  
 Quedar mortal, sujeto al común fuero;  
 Tal yo, que en la serena lumbre muero  
 De mi Estrella indamado, aunque el perdido  
 Dolor me trae misero, rendido,  
 Eterno en su vigor vivir espero;  
 Mas ¡cuánto desigual es nuestra suerte!  
 Que el veneno acabó su fuerte pecho,  
 Y del error nació su grande gloria;  
 Pero mi luz no se preció en mi muerte,  
 Y yo en sus rayos vivo, incendio hecho;  
 Perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

## CLXXIV.

Dichoso fué el ardor, dichoso el vuelo  
 Con que, desamparado de la vida,  
 Lo learo en su gloria esclarecida  
 Nombre insigne al salado y hondo suelo (58),  
 Y quien despeñó el rayo dende el cielo  
 En la onda del Eridano encendida,  
 Que llorosa lamenta y afligida  
 Lampecie en el hojoso y duro velo (59).  
 Pues de uno y otro eterna es la osadía  
 Y el generoso intento, que á la muerte  
 Negaron el valor de sus despojos,  
 Yo, mas dichoso en la alta empresa mia,  
 Que en el olimpo me encumbrió mi suerte (40),  
 Y ardi vivo en la luz de vuestros ojos.

## CANCION VII.

Este lugar desierto  
 Y este silencio oscuro y escondido,  
 Do el sol no halla abierto  
 El paso al carro ardiente,  
 Testigos de mi dulce bien perdido  
 Son, y del daño cierto;  
 Memoria amarga de mi gloria ausente,  
 Do cansa al pensamiento  
 El molesto dolor de mi tormento.  
 Aquí junto á las flores,  
 Al pié de este alto lauro coronado,  
 Volaban los amores  
 Por la purpúrea frente,  
 Que el cerco, en hebras de oro relazado,  
 Con los varios colores  
 De las dichosas piedras de Oriente

- (55) Del fresco seno ya la blanca aurora  
 Perlas de hielo puras esparcia,  
 Y con serena frente alegre abría  
 El esplendor suave que atesora.  
 (54) El lucido conlin de Euro y de Flora.  
 (53) Delio, aun no rojo, al tierno y nuevo día.  
 (56) Desmaya el vivo lustre ¡oh vos del cielo.  
 (57) Pareció mas que vos bella y fulgente  
 Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo.

(58) En las *Anotaciones á Garcilaso* se halla este soneto con variantes:

- Dió nombre á su memoria esclarecida  
 Icaro en el salado y hondo suelo.  
 (59) Y quien el rayo derribó del cielo,  
 Culpa de la carrera mal regida,  
 Que Lampecie llorosa y afligida  
 Lamenta en el hojoso y duro velo.  
 (40) Pues al cielo llegué con nueva suerte,

A la aura descubria,  
 Y al Amor mesmo de su amor heria.  
 Volaban rociando  
 Con la ambrosia el rosado apuesto cuello,  
 Y suspenso mirando  
 Su luz, yo ardia en fuego,  
 Preso en sortijas bellas del cabello;  
 Y vi mi muerte cuando  
 Vi en sus ojos opuesto el niño ciego,  
 Y en su nevado pecho  
 Quedó espíritu dulce el Amor hecho.  
 Perlas, que en rojo seno  
 Y del Niseo Idáspes relucian  
 En el curso sereno,  
 Muchas coronas juntas  
 Formaban en las trezas que ceñían  
 El oro, de ámbar lleno,  
 Y esparciendo distantes ricas puntas  
 Por la frente, ardió luego  
 Mi alma presurosa en vivo faego.  
 Cuál fué mi acerba pena  
 Viendo en su pura luz nacer mi muerte,  
 Conoce quien ordena  
 Que muera en tibio olvido  
 Con esquivo cuidado de mi suerte.  
 ¡Cuán presto desordena  
 Amor lo que desea un afligido!  
 Que luego en la mudanza  
 Corta el vuelo, sin tiempo á la esperanza.

Pequeña fué mi gloria,  
 Pero grande el afán y grande el daño  
 Que dejó en la memoria  
 De belleza deseo,  
 Y dejó á la alma triste cierto engaño;  
 Que en su misera historia  
 Vuelve y revuelve el simple devanco;  
 Y lleva por despojos  
 Fuego en el corazón, llanto en los ojos.  
 Vago y sereno rio,  
 Tú, que alegre aspirabas á mi canto;  
 Alto monte, y tú, frío  
 Bosque, solo y oscuro,  
 ¡Cuántas veces oído habeis mi llanto?  
 Cuántas el pesar mio  
 Vuestro silencio perturbó seguro,  
 Sin ver de aquella ingrata  
 Menos desden ó voluntad mas grata?  
 Su nombre en la corteza  
 Vuestra extendiendo, en llanto deshacia  
 Mis ojos con terneza,  
 Y en el lugar donde ella  
 Se reclinó, cuitoso me tendia;  
 Y atento en su belleza,  
 Hasta que daba luz la Idalia estrella,  
 Allí estaba llorando,  
 Y en mis quejas al cielo importunando.  
 Pasó mi bien ligero  
 Cual niebla, que la esparce y rompe el viento;  
 Quedóme dolor fiero,  
 Que nunca de mi parte,  
 Y en su memoria desmayarme siento,  
 Y siempre desespero  
 Que el tiempo en mí deshaga alguna parte;  
 Y puesto en tal extremo,  
 Ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

## ELEGIA XIX.

Si el grave mal que el corazón me parte,  
 Y tiene siem; re en áspero tormento (41),  
 Sin darme de sosiego alguna parte,  
 Pusiese fin al misero lamento  
 Que en mis ojos conoce lastimoso  
 Solo en eterna pena propio asiento,  
 Podría yo vuestro dolor quejoso  
 Consolar, como bien ejercitado,  
 Señor, en mi pasión y afán cuitoso (42);

- (41) Y siempre tiene en áspero tormento.— *Edición 1.ª*  
 (42) Pusiese fin al misero lamento  
 Que en los húmidos cercos de mis ojos  
 Conoce solo su perpetuo asiento;  
 Podría yo, Señor, vuestros enojos

Pero nunca permite Amor airado,  
O que levante la cerviz cansada (45),  
O en algo desocupe mi cuidado.

Por la prolija senda y no acabada  
De mi dolor prosigo, y mi porfía  
En el mayor peligro es mas osada.

En silencio de oscura noche fria  
Me aflige el miedo triste del olvido (44),  
Ausente de la luz de la alma mia;

Y en la sombra del aire desparcido  
Se me presenta la vision dichosa,  
Cierto descanso al ánimo afligido;

Mas veo mi serena Luz hermosa  
Cubrirse, porque en ella haber espero  
Sepulcro, cual perdida mariposa (43).

Entonces me derriba el dolor fiero,  
Y mi llorosa faz fijando en ella,  
Como cisne que hierre el son postrero (46),

Digo: Luz de mi alma, pura Estrella,  
Si vos turba el osado intento mio (47),  
Y por eso celais la imágen bella,

Ponedme, no en rigor de duro frio (48),  
Mas donde á la abrasada Africa enciende  
El hórrido calor del seco estio (49);

Y allí veréis que al corazon no ofende  
Su fuerza toda; que el sutil veneno  
Que de vos lo penetra, lo defiende.

No me escondais el resplandor sereno;  
Que siempre he de seguir vuestra belleza,  
Cual Clice al sol, de ardientes rayos lleno.

Amo, mas con temor, vuestra grandeza  
Para afinar ufano en vuestro fuego (50),  
Lo que esta en mí defiende vil corteza (1).

Que es mucha gloria mia yo no niego (2);  
Pero por este paso en alto vuelo  
Do sin vos no es posible, osando llego (5);

Y separada del umbroso velo,  
Como desea estar, mi alma pura  
Se halla, y mira leda el claro cielo (4).

Espero á vuestra sola hermosura,  
Por bien tan excelente, con memoria,  
Del tiempo y su furor hacer segura (5).

No grabaré en columnas vuestra historia,  
Ni en las tablas con lumbres engañadas,  
Ni vos daré con sombras falsas gloria (6);

Mas en eternas cartas y sagradas,  
Con la virtud que Febo Apolo inspira  
De las Cirreas cumbres ensalzadas.

Y si á do opreso Atlante no respira  
Con la pesada carga, y á do suena  
Turbado el alto Ganges, lleno de ira;

Y si á do el hondo Argiro la ancha vena  
Derrama, y el Duina grande y frio (7)  
Las tardas ondas con el hielo enfreua,

No pudiere alcanzar el canto mio,  
Honrará vuestra gloria y mis enojos (8)  
Cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro rio.

Seré dichoso yo, el que los despojos  
Con pecho humilde y con rendida frente

Consolar, como bien ejercitado,  
Del ansioso afan en los despojos.  
Que yo levante la cerviz cansada.

En el silencio de la noche fria  
Me hierre el miedo del eterno olvido.

Sepulcro, como simple mariposa.

Cual cisne hierre el aire en son postrero.

Si os perturba el osado intento mio.

Ponedme, no en horror de duro frio.

El cáldido vapor del seco estio.

Para apurar en vuestro sacro fuego.

Lo que en mí guarda esta mortal corteza.

Que sea inmensa gloria yo no niego.

Do es sin vos imposible alcanzar, llego.

Se halla alegre en el luciente cielo.

Yo espero á vuestra sola hermosura,

Por tanto bien, con inmortal memoria

Hacer del tiempo y su furor segura.

Y sombras falsas os daré la gloria.

Y si á do el Nilo la secreta vena

Derrama, y á do el Duina grande y frio.

Al menos honrará vuestra grandeza.

Osé entregar, mi Luz, á vuestros ojos (9).

Así le digo; y viendo el oriente,  
Do el cielo y tierra tocan, esmaltado,  
Y que mi Luz se asocia en occidente,

Al triste ministerio del enaidado  
Vuelvo, ofendido de mi pena intensa (10),  
De vida sí, no de pasion causado.

En tal suerte con la alma al mí el suspenso  
Me halla el canto vuestro, que florece,  
Y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa (11);

Y al rudo ingenio osentro mio ofrece  
Con eterno valor perpetua fama,  
Del ardor premio justo, que en vos crece (12).

Si do el deseo noble que me inflama  
Fuese mi voz, seria, en honra vuestra,  
Una siempre inmortal y viva llama (15);

Mas fortuna no sufre, al fin siniestra,  
Que intente este gran bien; y así, me deja  
Hacer solo esta corta y simple muestra (14).

El tracio amante, á cuya dulce queja  
El severo Pluton enternecido  
Rinde aquella que en sombra se le aleja (15),

Cuando en el frio Ródope y tendido  
Yugo del alto y áspero Pangeo

Llorando se acuitó y gimió perdido (16),

Y traje al son del numero febeo

Las penas, fieras y árboles mezclados,

Y el coro que bañó el florido Olmeo (17),

Con inmortales versos y sagrados

En la escondida niebla refería

Los principios del mundo comenzados,

El sol ardiente, Cintia blanca y fria,

Los celestiales giros y pureza (18)

De la alta inmensa luz, y la armonía.

Arrebatado en la mayor grandeza  
Del tenebroso cerco reluciente,

Cantó el candor profundo y su riqueza;

Mas porque al mortal ánimo doliente,

De sentir su belleza excelsa indino,

Turbaba aquel fulgor y ardor presente (19),

Con otro canto menos puro y dino,

Pero sublime y que rudeza humana

Haye, y sigue difícil el camino (20),

Volvió á herir la lira soberana,

Honrando á quien la bella Melpomene

Con blandos ojos mira, y la profana (21)

Multitud despreciada lo sostiene.

Do alegre nunca verse el héroe puede;

Que el favor largo suyo jamás tiene (22).

A este solo el felice bien concede

Que libre, cuando llegue la impia muerte,

(9) Seré el primero yo que con pureza  
De corazon y con humilde frente  
Osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.

(10) Al lloroso ejercicio del cuidado  
Vuelvo, de mis trabajos perseguido.

(11) En tal mísero estado aquí perdido  
Me halla el canto vuestro, que esclarece  
Y guarda vuestra gloria del olvido.

(12) Y al rudo ingenio y nombre mio ofrece  
Eternamente no causada fama,  
Merced del ardor sacro que en vos crece.

(13) Si do el deseo justo que me inflama  
Fuese mi voz, seria en honra vuestra  
Una inmortal y siempre viva llama.

(14) Pero no sufre la fortuna vuestra  
Que intente tanto bien; y así, me deja  
Desplegar solo esta pequeña muestra.

(15) Vuelve aquella que en sombra del se aleja.

(16) Cantó llorando con dolor perdido.

(17) Y atento el coro que bañó el Olmeo.

(18) Los celestiales giros y belleza.

(19) Indino de sentir su hermosura,  
Se ofuscaba en aquella luz presente.

(20) Con otra voz menos excelsa y pura,  
Pero sublime y que rudeza humana  
Desdena, y solo la virtud procura.

(21) Volvió á sonar la lira soberana;  
Honrando á quien la bella Melpomene  
Léjos de tanta multitud profana.

(22) Con blandos ojos mira y lo sostiene  
En alteza, do nunca ver se puede  
El gran varon que su favor no tiene.

De su furor y olvido y sombra quede (25).

Aquel también que mereció tal suerte  
Que el sacro ve su ensalce su alabanza (24),  
No temera el azudo hierro fuerte.

Tal, de las ansas gloria y esperanza,  
Dió a la inmortalidad el paso abierto  
Quien celebró de Grecia la venganza (23);

Y el otro no menor (y no es incierto)  
Lo que tú, Euna, almas, que el trovano  
Piadoso canto, y al dantino muerto (26).

Tal el suave espíritu tomara  
Huyó con Delia el lago Estigio lento (27),  
Y el blando, el terso y el gentil Toscano (28).

Por esta senda sube con aliento  
El culto Lasso, prez y honor de España,  
Mezclado en el pierro ayuntamiento (29).

Do, si al descomio Amor no engaña,  
Pienso en la cumbre veros venturoso,  
Que riega, y la Castalia hufa baña (50),

Si en medio el curso no perdeis dudoso (51)

La via llava a vos, y no ofendido  
Llevais por ella el paso trabajado (52).

El rico Tajo vuestro conocido  
Será por vos do extiende el curso el Indo (53),  
Y el collado de Cintia, esclarecido (54)  
Con tal honra, será otro nuevo Pindo.

#### SONETO CLXXV.

Ya pues que no resiste ni esperanza  
De esta ausencia mortal el golpe fiero,  
Y cuído que será dolor postrero.

Este que renació en vuestra mudanza,  
Acabado con mis ansias la venganza;  
Que si de esta ocasion injusta muero,  
Libre, que en vida triste nunca espero,  
Sentiré en tanto afán tal vez bonanza.

Y si vos no sufris que mi tormento  
Ponga término al daño con la muerte,  
Porque jamás descanse de mi pena,

Diré contra mi mal que mas contento  
Estoy con la dureza de mi suerte,  
Pues esto quiere en mí quien me condena.

#### CLXXVI.

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
Por este campo estéril y ascendido;  
Todo calla, y no cesa mi gemido,  
Y lloro ausente el bien que vi engañado (55).

Crece el esquivo y crece mi cuidado,  
Que nunca mi dolor pone en olvido;  
El curso al fin acaba, aunque extendido,  
Pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué aprovecha en un duro afán presente  
Rehuir, si se esculpe en la memoria (56),  
Y frescas muestra siempre las señales?

Vuela Amor en mi alcance, y no consiente

(25) A este solo tanto bien concede,  
Que cuando lleve la imolable muerte,  
Libre de su furor, viviendo quede.

(24) Que el sacro verso haga del memoria  
No temera su agudo hierro fuerte.

(23) Tal por este camino dió á la gloria  
De la inmortalidad el paso abierto  
Quien celebró de Grecia la victoria.

(26) Y el otro mayor que él si no es incierto  
Lo que la fama almas, que el trovano  
Puso en Italia y cantó a Turno muerto.

(27) Huyó con Delia del mortal tormento.  
(28) Y el puro, el terso y el gentil Toscano.

(29) Por esta senda sube al alto asiento  
Lasso, gloria inmortal de toda España,  
Mezclado en el sagrado ayuntamiento.

(50) Yo espero veros siendo colocado  
En la alta cumbre que Castalia baña.

(51) Si en medio el curso no dejais cansado.

(52) Llevais por ella el paso acostumbrado.

(53) Será por vos, adonde riega el Indo.

(54) Y el collado de Cintia esclarecido.

(55) Y lloro la desdicha de mi estado.

(56) ¿Que vale contra un mal siempre presente  
Apártarse y huir, si en la memoria  
Se estampa y muestra frescas las señales?

En mi afrenta que olvide aquella historia  
Que descubrió la senda de mis males.

#### CLXXVII.

A do inclino los ojos, allí veo  
De mi ingrata enemiga la belleza,  
Y en dulce sentimiento de ternera  
Cuitoso con mi pena devaneo

Cuanto deho en mi mal á mi deseo,  
Que entibia mi dolor con tal destreza;  
Que cuando mas envuelto en mi tristeza,  
Descubro lo que busco y mas desseo.

Si este engañoso velo de mi daño  
No sustentara el pecho, acostumbrado  
Al perpetuo furor de mi tormento,  
Ya fuera muerto; mas dañoso engaño,  
Que me enlazas de nuevo en mi cuidado,  
¿Por qué me huyes mas veloz que el viento?

#### CLXXVIII.

¿Nací yo por ventura destinado  
Al amoroso engaño, y ofrecido  
En mi ofensa á desden, á ingrato olvido (57),  
Sujeto siempre á miserable estado?

Rompa la aguda espada el impuesto  
Nudo, pues de mi industria nunca ha sido  
Suelto por mi dolor, que en mal perdido  
El mas cruel dolor es acertado (58)

Cuelgen de este alto robe los despojos  
De mi penoso error, y la que incierto  
Me sostuvo esperanza un tiempo, muera (59);  
Que ya no doy lugar á bellos ojos

Ni á dulce risa y habla lisonjera (60):  
Y en él se escriba: «Amor quedó aquí muerto.»

#### CLXXIX.

Mi bien, que tardo fué á llegar, en vuelo  
Pasó, cual rota niebla por el viento,  
Y creció siempre horrible mi tormento (61)  
Después que me cercó el temor y el hielo.

Alzaba mi esperanza al alto cielo;  
Pero en el comenzado movimiento  
Cayó muerta, y llorando sin aliento,  
Me lastimo, desierto en este suelo (62),

Donde, pagado solo de mi llanto,  
Huyo aun livianas muestras de alegría (63),  
Ausente, aborrecido y olvidado.

Triste memoria indina esfuerza el canto,  
Y quejoso en la instante pena mía,  
Descanso cuando gimo mas cuitado (64).

#### CLXXX.

No espero mas de Faeton inciente  
Ni de la blanca Cintia noche ó día;  
Discurra Iperion por otra via,  
Y Proserpina ocupe el Oriente;

Porque los dulces rayos de la frente  
Que el cielo de la Estrella ilustran mia,  
Son mi Apolo y mi Delia, cierta guia  
En la oscura tiniebla y luz presente.

En tanta gloria ofende mi flaqueza;  
Que tolerar no puedo en ella atento,  
Cual águila, el ardor de su belleza.  
Dichoso yo sí, como el gran deseo  
De cegar en la causa del tormento,  
Argos fuera tal vez, despues Fínico.

(57) HERRERA, EN SUS *Anotaciones á Garcilaso*:

Al amoroso fuego, y que encendido  
Me vea á desden grave, á duro olvido.

(58) El remedio cruel es acertado.

(59) De mi engañado amor, y la esperanza  
Muera que un tiempo me sostuvo muerto.

(60) Ni á falsa risa y vana confianza.

(61) Y fué siempre terrible mi tormento.

(62) Llorando estoy, desierto en este suelo.

(63) Do solo, satishecho de mi llanto,  
Huyo todas las muestras de alegría.

(64) Membranzas tristes viven en mi canto;  
Y puesto en la presente pena mía,  
Descanso cuando estoy mas lastimado.

## LIBRO SEGUNDO.

## ELEGIA PRIMERA.

Mi Luz, el esplendor de esa belleza  
 Dió aliento al simple mío y débil canto,  
 Y de Pieria me encubrió en la alteza.  
 Ni del pedido carro el miedo tanto,  
 Ni el fuego me cortó el atrevimiento,  
 Que Faetusa por mí acabase en llanto.  
 Llegó á mi solo bien el pensamiento;  
 Que solo se debía á mi ventura  
 Tal bien, tal esperanza y tal tormento.  
 Tanto puede el valor y hermosa  
 De vuestros ojos, que temer ya dudo  
 Que me encubra en olvido muerte oscura.

No alcanzara tal bien mi ingenio rudo  
 Si vuestro alegre espíritu amoroso  
 No armara al miedo el corazón desnudo.  
 Creció el ardor con ímpetu dichoso,  
 Y abrasó en su virtud mi tibio pecho,  
 Vuelto ligero todo y generoso.

El gran toscano amante, que deshecho  
 De amor, cantó su pena dulcemente,  
 Y quien de Adria lo sigue en el estrecho:

Y aquel por quien Sebeto alza la trente  
 Con guirnaldas hermosas y corales,  
 Do Pausilipo al mar airado siente;

Y quien del rico Tajo los cristales  
 Mezcla, no inferior al Arno río,  
 Tierno en encarecer sus propios males,  
 No igualan con la pena y dolor mío;  
 Bien que suena menor al fin mi lira,  
 Ni fué tal su famoso desvario.

Mas pues mi alma misera suspira  
 Por vos, mis ojos, donde nuevo y vivo,  
 Flaqueza es mía si á exceder no aspira.

En no acabado incendio yo me avivo,  
 Y hallo efectos que jamás pensados  
 Pueden ser de otro pecho á vos esquivo.

Estos pasos, que llevo tan contados,  
 El temor, el respeto, la esperanza,  
 Los favores sin tiempo enajenados,

En dudoso recelo y confianza  
 Me tienen trasportado, y mi porfía  
 Sigue por toda parte su mudanza.

Si adonde el rojo sol su luz desvia,  
 O á do hiere su fuerza ardiente arena,  
 Me pudiese poner la suerte mía,

Entre el hielo desierto con mi pena  
 Estaría contento, entre la llama  
 Sonando en mis piés presos la cadena.

Yo sé con qué vigor amor inflama  
 Sujetas voluntades, y que nieve  
 Lento en amado corazón derrama.

Yo sé que, aunque de nuevo ingrato pruebe  
 Su saña en mí, no olvidaré el cuidado  
 Ni el daño luengo ni el descanso breve;

Que solo á do estuviere y apartado,  
 La imagen de belleza soberana  
 Ya sabe que en mi pecho he transformado;

Donde jamas entró beldad profana  
 Despues que vi su luz, y á su desseo  
 Queló mi voluntad rendida y llana.

Y allí, cuando á occidente el rayo ideo  
 Va, ó la aurora su limite esclarece,  
 Con la mas pura lumbré arder la veo.

Mi alma goza el bien que amor le ofrece,  
 Y humilde envia nuevos los despojos;  
 Y cuanto mas vencida, tanto crece  
 En ella el fuego vuestro, bellos ojos.

## SONETO PRIMERO.

De la luz en que espira amor herido  
 Al corazón altivo y desdeñoso  
 Pasó, rompiendo el rayo glorioso  
 La sombra, en que dormía, del olvido.  
 Dolióme entonces mucho haber perdido  
 Un punto y vi, en mi mal dolor dudoso,  
 Gloria cierta, afán breve, bien dichoso,  
 Y el deseo en sus votos ya vencido.  
 De hoy mas amo y adoro cuantos daños,  
 Celoso de mi suerte, Amor procura,  
 Bienes viendo exhalar sus ojos bellos.  
 Eternos corran mis felices años,  
 Y á mi alma abrasada en llama pura  
 Siempre enlace la red de sus cabellos.

## II.

Si fuera esta la misma de belleza  
 Luz que mi dulce rey pintó serena,  
 Juzgando lo que siento de mi pena,  
 Pensara en ella ver vuestra grandeza;  
 Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza  
 No admite, y del deseo me condena;  
 Que Amor no sufre, oh celestial sin ena,  
 Ni sufre veros cerca vuestra alteza.  
 Y es justo; que si viera de otra suerte,  
 Creciera con tal ímpetu mi llama,  
 Que mis cenizas fueran los despojos.  
 Mas, oh dichoso yo si de tal muerte  
 Acabara; que el fuego que me inflama,  
 Cual fénix, me avivara en vuestros ojos.

## III.

Tú gozas la luz bella en elaro día,  
 Dichoso Endimion, de tu Diana;  
 Mi Luz yo veo con la luz temprana,  
 Y deseando pierdo mi alegría.  
 Tú duermes blando sueño en noche fría,  
 Hasta que sale la alba roja y cana;  
 Yo velo con herida nunca sana  
 La sombra siempre y luz sin la Luz mia.  
 En tu rosada frente y dulces ojos  
 Delia suspira, y tu robado aliento  
 De su pasado afán le aquista gloria;  
 Yo mi Luz sin dolor de mis enojos  
 Veo con rayos de oro en alto asiento,  
 Ingrata al que padece en su memoria.

## IV.

El suave esplendor de la belleza,  
 Que alegre en vos espira dulcemente,  
 Y ta serena luz do Amor presente  
 Templá los puros rayos de terneza,  
 En el mas claro asiento de la alteza  
 Vos hacen entre tantas diferente,  
 Que por vos glorioso el Occidente  
 Su nombre solo ensalza con grandeza.  
 Mas el valor, el noble entendimiento,  
 El espíritu, el intento generoso,  
 Ascende á la region de luz serena;  
 Y fuera del humano sentimiento  
 De envidia, sin temor llamarnos oso  
 ; Oh sola en nuestra edad, bella sirena!

## V.

Cuán bien, oscura noche, al dolor mío  
 Conformas, y resuenas á mi llanto,

Murmurando con sordo y triste canto  
Entre estas duras peñas, alto río.  
Oyame este desnudo cielo frío  
Si tanto con mis quejas me levanto;  
Mas, pues no espero bien en daño tanto,  
Vana es la queja y mal en que porfío.  
Rompa del corazón mas tierna parte  
Mi gran pesar, acábase encubierto,  
Y a tal agravio falte la memoria;  
Que no es justo que en esta ú otra parte  
Se diga que perdi, sin culpa muerto,  
Las debidas promesas de mi gloria,

### CANCION PRIMERA.

Amor, tú que en los tiernos, bellos ojos,  
Bañados dulcemente en lluvia de oro,  
Centellaste, las alas esparciendo,  
Y mi pecho encendiendo,  
Nuevamente aquistaste los despojos;  
Tu habcha pido y tu favor adoro  
Para ensalzar la Luz de mi cuidado.  
Las trenzas que aura mueve  
Por el mármoleo cuello, que la nieve  
Pura vence en blancura, y el rosado  
Color, que yace al fin con pena grave  
En sombra desteñido  
Tiernamente de viola suave,  
Do me enredé otra vez preso y perdido,  
Y en la robada forma de belleza  
Cantaré tu valor y su grandeza.

Cual fucila en la sola noche oscura,  
Honor del cielo y astros, el lucero,  
De ti, Venus hermosa, Amor hermoso;  
Tal con ardor dichoso  
De mi Luz el vigor y hermosura  
En el horror se descubrió primero,  
Y la niebla rompió, mostrando el día  
En el nubloso manto,  
Y con el regalado y dulce llanto  
Enterneció el dolor á la alma mia.  
Rocio celestial, que en vario lustre  
Las nubes hace bellas,  
Cuando esparce sus rayos Febo ilustre  
No iguala en el color á sus centellas;  
Que en perlas, esmeraldas y safiros  
Trajeron de mi pecho mil suspiros.

No mereció esta lluvia el suelo indino,  
Aunque el repuesto sitio y escondido  
Enriquezca por ella alegre Flora,  
Que ya excede á la aurora;  
Ésta, de quien el cielo era bien dino,  
Herido destiló el amor ufano,  
Y quien dejó las ondas de Citera  
Por el asirio amante.  
Esta, ocasion instante  
De mi afán y mi muerte lastimera,  
En fuego me abrasó, dando á mis males  
Nueva suerte de pena  
Y origen á mis cuitas desiguales.  
No habrá canto agradable de sirena,  
Ni de perseida circe tal engaño,  
Que cual mi Luz llorosa cause daño.

Las hebras esparcidas por el cuello,  
Cual oro en hilos vuelto y derramado  
Sobre el terso márfil, que el manso viento  
Toca lido y contento,  
Cogidas unas van en lazo bello,  
Sin arte libres otras y cuidado.  
Cuál juega errando incierta por la frente,  
Cuál cubre un sutil velo;  
Así el dorado ardor y luz del cielo,  
Aun no encellan las nubes de occidente,  
En unas hace amor el yugo, y tiene  
En otras fabricada  
La red en que mi amado error sostiene,  
Presas de ricas piedras y esmaltada,  
De todas vida y muerte se me ofrece,  
Y siempre en el dolor mi suerte crece.  
No he visto yo de púrpura encendida  
Desvanecer la gracia á nueva rosa,  
Que solo se descubra su blancura,

Que así quede tan pura,  
Tan bella, tierna y de color perdida,  
Cuanto mi Luz, turbada y lastimosa.  
Blanco alabastro el rostro parecía,  
Blando y descolorido,  
De pasión y de lástima ofendido,  
Que me robó el sosiego y alegría.  
La alba, cuando enlazado al hombro ciñe  
El manto entretejido,  
Que la concha sidonia en orlas tiñe,  
Se riude á su semblante enternecido;  
Tal es Amor hermoso y Venus bella,  
Cual mi pura y luciente y clara Estrella.  
La luz medrosa pues, y esmaltes de oro  
Sin orden apartados, la belleza  
Del rostro blandamente desmayado,  
Si no fuera el cuidado  
Que tengo suyo, y el valor que honoro,  
Me inclinara al poder de su grandeza.  
Y aunque de su señal halló apuntada  
Mi frente, y preso el cuello  
Del glorioso cerco del cabello,  
Mi alma se sintió y paró alterada,  
Las alas sacudió, y ardió en el fuego  
Que en sus centellas luce;  
Quedé, cual rudo amante, opreso y ciego.  
Crece la llama súbita y reluce  
En las entrañas mías, y conmigo  
De mi mal en la ausencia soy testigo.

Bien creo yo que puede una luz bella  
Arder en amoroso pecho y tierno,  
Y desatallo en la ceniza ardiente;  
Mas que pueda á mi ausente  
Pecho atraer la fuerza de mi estrella,  
Y abrasar en un Etna ó Vesbio eterno,  
Estando triste, sin cuidado, ajena  
Del apuesto ornamento  
Y llena de cuitoso sentimiento,  
Que mueve mas á lástima que á pena,  
Y que en ella se admira aquella gloria  
De eterna hermosura  
Con el dolor que siente en la memoria  
Y en la virtud que resta en su figura;  
Esto es prez de belleza soberana.  
Que no debe alabar lengua profana.

Ya no procure Amor para mi daño  
La dorada raíz, el vario nudo,  
La luz, púrpura, nieve y el rocío,  
Pues no es al dolor mio  
Remedio alguno del tormento extraño  
Luz llorosa, oro suelto y el desnudo  
Color de no tocada y blanca nieve;  
Que en ellos estoy solo  
Atento, como Clície al rojo Apolo.  
Y aunque ya mi temor en vano pruebe  
Sacarme de este fuego que me enciende,  
Ni el amor lo permite,  
Ni quiero de la llama que me ofende  
Huir, ni que el pavor mi afrenta evite;  
Porque yo sé que gano con la muerte  
Presente nueva vida y alta suerte.

Tú, sacro Amor, que con doradas alas  
Atraviesas del austro al oriente,  
Y abres con tu fuerza el mar sonante,  
Y á Febo, al arrogante  
Marte subiendo vences, y alto igualas  
A Jove y sobrepujas; tú presente,  
Pues viste la Luz mia, dame aliento  
Para extremar sus glorias,  
Tus engaños, tus fuerzas y vitorias,  
Mi firmeza, mi cuita y mi llamento.  
Yo no demando premio ni deseo;  
Que bien sé que no debo  
Esperar algún bien á mi deseo;  
Mas por el mal que siempre humilde llevo,  
Te pido, no remedio, sino alguna  
Mudanza en el tenor de mi fortuna.

Tú esculpiste, admitiendo bien mis ojos  
La belleza, en el pecho su semblanza,  
Y en él resplandeciendo por las venas,  
De su forma no ajenas,  
Cobro aliento y reparo á mis enojos,

Y descubro á mis ansias esperanzas.  
De aquí nace el valor que de la tierra  
Me alza á la inmensa alteza,  
Y hace que aborrezca esta corteza,  
Que lo mejor que es mío dentro encierra;  
Y el puro ardor me vuelve en pura llama,  
Y en la sagrada cumbre  
La vista hermosa mas me llama  
De la inmortal, celeste, impírea lumbre;  
Y todo el bien, Amor, de tí proviene,  
Y el ancho mundo en tu poder sostiene.

## SONETO VI.

Serena Luz, presente, en quien espira (1)  
Divino amor, que enciende y junto enfrena  
Pecho gentil, que en la mortal cadena  
Al alto olimpo glorioso aspira (2);  
Ricos cercos y oro, do se mira (3)  
Tesoro celestial de eterna vena;  
Armonía de angélica sirena,  
Que entre las perlas y el coral respira,  
¿Cuál nueva maravilla, cuál ejemplo  
De la inmortal grandeza nos descubre  
La sombra del hermoso y puro velo? (4).  
Que yo en esa belleza que contemplo,  
Aunque á mi flaca vista ofende y cubre,  
La inmensa busco y voy siguiendo al cielo.

## VII.

En sortijas y flores de oro ardiente,  
De perlas y rubíes coronada,  
Con hermosas figuras enlazada,  
Cereó mi Luz la bella y blanca frente.  
Los olores que siembra el oriente,  
Y la ámbar que en sus hebras fué sagrada,  
Se movieron con la aura sosegada,  
Cual en el manso mar el sol luciente.  
Espíritus de amor en aquel fuego  
Armaron las saetas y cadena,  
Y ardió el cruel, herido y preso cuello.  
Yo, traspasado el pecho, quedé ciego;  
Mas fué mucho mayor mi acerba pena,  
Que en llama eterna me enredó el cabello.

## VIII.

Si intentas imitar mi luz hermosa,  
Templar, oh grande artífice, procura  
En el candor de nieve llama pura,  
Y confundir los lirios con la rosa;  
Y será el color de ellos la amorosa  
Terneza que florece con dulzura  
Suavemente en su gentil figura,  
Si la arte es para tanto poderosa.  
Mezcla cinamo negro y sirio nardo,  
Casia, encienso, en que cubre el rico nido  
Vivo el arabio fénix en su muerte;  
Que si no te atraviesa el duro dardo  
De su vista, dichoso y atrevido,  
Dar podrás muestra alguna de esta suerte.

## IX.

Cual de oro era el cabello ensortijado,  
Y en mil varias lazadas dividido,  
Y en cuanto en mas figuras esparcido,  
Tanto de mas centellas ilustrado.  
Tal, de lucientes hebras coronado,  
Fébo aparece en llamas encendido;  
Tal discurre en el polo esclarecido (5)  
Un ardiente cometa arrebatado.  
Debajo el puro, propio y sutil velo,  
Amor, gracia, valor, y la belleza (6)  
Templada en nieve y púrpura se vía.

Pensara que se abrió esta vez el cielo,  
Y mostró su poder y su riqueza,  
Si no fuera la luz de la alma mía.

## X.

En esta helada parte, do no envía  
Su agudo rayo el sol á intensa nieve,  
Quiere Amor que en ausencia el dolor lleve,  
Siempre en sombra y horror y en luz del día.  
De estos ojos el llanto se desvía  
Jamás, y si deseanso un tiempo breve,  
Con soledad llorosa pluvia llueve  
De ellos continuo á la alma triste mía.  
No me rinde mi mal, que en él ya hecho  
Estoy á padecer; mas verme ausente  
Y en una vida muerta condenado,  
Do el fuego me atormenta en vano el pecho,  
Do veo sin remedio el bien presente  
Para mas confusion de mi cuidado.

## XI.

En vano error de dulce engaño espero,  
Y en la esperanza de mi bien portio;  
Y aunque veo acalarme, el desvario  
Me inclina del amor adonde muero (7).  
Ojos, de mi deseo fin postrero,  
Sola ocasion al alto furor mio,  
Abrid la luz, romped el temor frio  
Que me derriba opreso en dolor fiero (8);  
Porque es mi pena tal, que tanta gloria  
No cabe en ella, y pierdo el seso cuando  
Al mal que no merezco osando llevo (9).  
Pues venzo mi pasión con la memoria,  
Y con la honra de saber pensando  
Que á Troya no encendió taa bello fuego (10).

## ELEGIA II.

## Rendimiento enamorado (11).

Esta amorosa Luz, serena y bella,  
Que en el usado curso á la alma mía  
Es eterno esplendor, y al cielo estrella;  
Esta, que en sombra oscura, en el ardo día,  
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,  
Quedando toda en sí nevada y fria;  
De mi dolor, del grande agravio hecho  
Con su valor me paga, y aunque muero,  
Me hallo en mi tormento satisfecho.  
Amor me trajo el mal, y en él espero  
Volver al bien perdido; y si esto niega  
El sentido, acabó el dolor primero.  
Sufco el áspero mar en noche ciega,  
Siguiendo portoso mi deseo,  
Que sin pavor al piélago se entrega.  
Yo, que al fin naufragar al triste veo  
Entre las altas ondas, ¿qué esperanza  
Busear podré al temor con que peleo?  
No procuro á mi daño seguridad  
En la fortuna mía, ni pretendo  
Mis culpas mejorar en la mudanza;  
Ni ya luyo ni oso, ni deliendo  
Mi alma del peligro, ni me excuso  
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.  
Todo para mi pena se dispuso,  
Y lo debo, pues di ocasion en ello,  
Su flecha cuando Amor al pecho puso.  
Mi osado orgullo y mi lozano cuello,  
La razon y el gallardo pensamiento

(7) Y aunque veo perderme, el desvario  
Me lleva del amor adonde muero.

(8) Sola ocasion del alto furor mio,  
Tended la luz, romped aqueste frio,  
Temor que me derriba en dolor fiero.

(9) Porque mi pena es tal, que tanta gloria  
En mí no cabe, y desespero cuando  
Veo que el mal no debo merecello.

(10) Que nunca á Troya ardio fuego tan bello.

(11) Así la intituló Marchena.

(1) Serena luz en quien presente espira.

(2) El noble pecho que en mortal cadena  
Al alto olimpo levantarse aspira.

(3) Ricos cercos dorados, do se mira.

(4) Aquesa sombra del hermoso velo.

(5) Tal discurre en el cielo esclarecido.

(6) Amor, gracia y valor y la belleza.

Que dieron enredados de un cabello.  
 No siente en el yusano oscuro color,  
 Los cien brazos y cuerpo relazado,  
 Egeon con sus nodos mas tormento.  
 Las trenzas de oro crespo, ensortijado,  
 Que cual cometa ardiente resplandecen,  
 Esparecidas con arte ó sin cuidado;  
 De quien las tersas hebras se enriquecen  
 Del radiante hilo de Latona,  
 Y en color y belleza se engrandecen,  
 Juntas en ricos cerros y corona,  
 Entre lucientes pieles amoldadas,  
 Do ni impio rey alegre se corona;  
 En sus hermosas vueltas y sagradas  
 El corazon llevaron, y herido,  
 Halló el error y muerite en sus lazadas.  
 De allí quedé sujeto y sin sentido,  
 Sino para dolor, y de alegría,  
 Tu cual to amando viva, despedido,  
 Conmigo este mi afan y suerte mia  
 Temprano acabará con pena indina,  
 Que no dura en dolor lengua porfia.  
 Pues consiente mi excelsa Luz divina  
 Que celebre la gloria de tu nombre,  
 Y al cuerpo humano el fuego suyo afina,  
 Hacer subliane espero su renombre,  
 Y que en sus fines últimos la aurora  
 Y el negro Molo y fijo mar lo nombre.  
 Lucece el verde laureo en voz canora  
 El tierno, dulce y amador Toscano,  
 La belleza y el bien que humildemente honora;  
 Que yo canto, aunque el duro Amor tirano  
 En mis entrañas fiero el odio ineita,  
 El valor de mi Lumbre soberano.  
 Y si en mi pena y lastima infinita  
 Se me concede espacio de reposo,  
 Su memoria en el tiempo será escrita.  
 En tanto, á do alza Bétis deleitosa  
 Las verdes cañas y la ovasa frente  
 Del puro vaso de cristal hermoso,  
 Y con llena, espumosa, alta corriente  
 Entra donde Neptuno la ancha y honda  
 Ribera ocupa y cibe de Occidente,  
 En la rica, dorada y fértil onda  
 Platé los sacros juegos en su gloria,  
 Y que el coro de nayades responda;  
 Y el árbol generoso de victoria  
 Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto  
 Por si no espera honrarse en tal memoria.  
 ¡Cuántas veces rei del blando llanto  
 De Laso, cuyo igual no sufre España!  
 Ni tiene á quien venere y precie tanto!  
 Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña  
 Me pareció, y aquel temor, fingido,  
 Que allora siento bien su fuerza extraña.  
 Amor, que no comporta un atrevido  
 Y libertado pecho, el arco fiero  
 Terció, y al desarmar dió un gran sonido.  
 Pásome el corazon, y con severo  
 Imperio me usurpó el dichoso estado  
 Tu que ufano enidé vivir primero.  
 Quedé siempre cautivo y sojuzgado  
 De tales dos estrellas, que en el cielo  
 A todas la beldad han despojado;  
 Y en la púrpura red y rico velo  
 De la hermosa frente vi mi vida  
 Fresca, sin esperar algun consuelo;  
 Mas tal bien y tal honra vi ofrecida  
 A los trabajos míos, que contento  
 Justamente la di por bien perdida.  
 De allí el soberbio y animoso intento  
 Osemo de mi canto quedar pudo,  
 Que solo dio lugar á mi tormento;  
 Y aquel rayo de Jupiter sañudo,  
 Y los fieros gigantes derribados,  
 Principio de mis versos grande y rudo;  
 Y el valor de españoles olvidados  
 Finieron; que pudieron en mi pena  
 Mas mis nuevos dolores y cuidados.  
 Entre armas y entre hierro mal resuena  
 Causado el noble espíritu amoroso  
 Del mal, que su sosiego desordena.

Dichoso quien en verso generoso  
 Celebra las hazañas inmortales  
 Y el vigor y el esfuerzo valeroso,  
 O quien en las regiones celestiales  
 Termina el vuelo, y de su cumbre mira  
 La vanidad y cosas de mortales.  
 Quien de una bella Luz arde y suspira,  
 Quien se ve condenado al mal presente,  
 Que de su pensamiento no retira,  
 No puede contemplar al sol luciente  
 Ni admirar la virtud y el nombre ajeno;  
 Que amor tanto reposo no consiente.  
 Basta el dolor en que muriendo peno,  
 Si cabe esta memoria en el mal mio,  
 Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.  
 Mas yo temo que yace en horror frio  
 (Que el animo es presago de su daño)  
 Del olvido, en que triste desconfio  
 Fue siempre á mi deseo Amor extraño,  
 Indució mi congoja y sentimiento,  
 Y me encubrió la sombra de mi engaño;  
 Mas, pues que desconfiarte el pensamiento,  
 O siga olvido ó el desden me hiera,  
 Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.  
 Por do me lleva injusta suerte fiera  
 Irán conmigo solos mis enojos  
 Hasta el fin miserable que me espera;  
 Y si epre volveré los mustios ojos  
 Donde quedó (y do yo quedar desco)  
 Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.  
 Si de ellos levantare algun trofeo  
 Mi Luz, espero ver que por ventura  
 Tierra se muestre y mansa á mi deseo.  
 No es de roca engendradora albestre y dura;  
 Es blanda y cortesmente piadosa,  
 Y causa mi pasión mi desventura.  
 En color de suave y pura rosa,  
 Dulces ojos y angélica armonia,  
 Y noble trato y gracia deleitosa  
 No reina crueldad, ni ser podria  
 Que en celestial belleza se hallase  
 Desco de la pena y muerte mia.  
 Si á los hondos estrechos me llevase  
 Amor del indo Océano, ó perdido  
 En la africana arena me abrasase,  
 Firme siempre estaria, no rendido;  
 Que en pecho, mas que fino diamante,  
 Está lijo el cuidado y esculpido.  
 Si puede ser que Iperion levante  
 Primera luz de España, y que el corriente  
 Gánges no entre en el golfo resonante.  
 Esperar se podrá que el pecho ardiente  
 Oprima el frio intenso de la nieve  
 O mitigue su fuego vehemente.  
 La lluvia que en mi faz continuo llueve  
 Regalar puede bien el duro hielo,  
 Aunque apretar su fuerza Aquilon prueba.  
 Gracias humilde hago al alto cielo,  
 Que, ya que me perdi en mi daño cierto,  
 Mostró en mi tiempo esta mi estrella al suelo.  
 Amor, cuando el pesado cuerpo muerto  
 Mi espíritu dejare, á mi Luz bella  
 Presenta mi peligro descubierto:  
 Que una lágrima puede sola de ella  
 Renovarme la gloria de la vida.  
 ¡Dichosa si tal bien hallase en ella!  
 En tanto que mi suerte aborrecida  
 Me aqueja, cantaré desamparado  
 Mi presente fortuna y la perdida,  
 De todas esperanzas apartado.

## SONETO XII.

A Fernando Melendez de Cangas.

Ya que nubiosa sombra cubre, y frio,  
 La blanca frente de este monte alzado,  
 Y del grave Aquilon aliento helado  
 Retarda el lento curso al hondo rio,  
 Siento de ingrata mano al pecho mio  
 Nieve arrojada, y siento desmayado  
 Mi fuego, y culpo mi deseo osado  
 Y de Amor el tirano señorío;



Que por un vano h'ien, que huye luego  
Y me deja dolor eterno, pierdo  
De libertad amada la nobleza.

Mas ¡oh qué aierta mal quien anda ciego!  
Y el que cuida, Fernando, ser mas cuerdo,  
Descubre en tal hazaña mas flaqueza.

## XIII.

Canté quejas y afán de injusta pena  
Que padece cuitoso y ofendido,  
A todas las desdichas ofrecido

En que el amor a un misero condena.  
Fué el premio en libia voluntad ajena  
Polor con esperanza, á do perdido  
Deseo me inclinó, y al fin vencido,  
Trayo á fuerza arrastrando la cadena.

Tú, á quien rinden su gloria insignes ríos,  
Favorece, Tarteso padre, el canto  
Que tierno y simple en honra tuya espira;  
Que si me dan lugar los males míos,  
No solo oírás de amor gemido y llanto,  
Mas hazañas que Marte airado inspira.

## XIV.

La hidra de amoroso pensamiento,  
Que rota del acero siempre crece,  
Contienda áspera á la alma triste ofrece,  
Rendida á la impia fuerza del tormento.

Si del olvido justo y sentimiento  
La aguda espada en ella se entorpece,  
Y con su daño fértil reverdece,  
Por un cuidado muerto alzando ciento,  
Forzoso es el socorro al ya cansado  
Alcides del trabajo, porque en fuego  
Con el desden la acabe el duro hierro;

Mas recelo que en Juno Amor trocado,  
La suba al cielo, y crezca en vano luego  
Con nueva confusion mas grande el yerro.

## XV.

Pienso en mi pena atento y mal presente,  
Y procuro algun medio al daño instante;  
Pero soy en mi bien tan inconstante,  
Que vuelvo á la ocasion la incierta frente.

Cuando me aparto y cuido estar ausente,  
Menos de mi peligro estoy distante;  
Voy siempre con mis culpas adelante,  
Sin que de tantos yerros escarmenten.

Noble vergüenza mia, que el perdido  
Valor sientes, ¿por qué no abrasa el pecho  
Y vence tu virtud mi desvario?

Si del error y sombra del olvido  
Me sacas, diré, en honra de este hecho,  
Que solo debo á ti poder ser mio.

## XVI.

De mi blanca sirena la luz pura  
De tierna y bella nieve se vestía,  
Y entre aquel frío dulce Amor traía  
Llamas en que mi alma ardiendo apura.

Al son suave, lleno de dulzura,  
Mi preso corazon con gloria mia  
Deja el cuerpo, y las alas, de alegría,  
A perderse en sus ojos apresura.

Cuando el hielo se rompe y encendido  
Reluce, y el color de ardiente rosa  
Y el pecho afina en su beldad serena;

Y yo, con tanto bien enriquecido,  
Me renuevo con vida gloriosa  
En la inmensa virtud de mi sirena.

## XVII.

Voy por esta desierta, estéril tierra,  
De antiguos pensamientos molestando,  
Sin el bello esplendor del sol rosado  
Que de sus puras luces me destierra (12).

(12)

Yo voy por esta solitaria tierra,  
De antiguos pensamientos molestando,  
Sin el bello esplendor del sol rosado,  
Que de sus puras luces me destierra.

El paso á la esperanza se me cierra,  
De una ardua cumbre a un cerro vó enriscado,  
Con los ojos volviendo al apartado  
Lugar, so'o principio de mi guerra.

Tanto bien representa la memoria,  
Y tanto mal encuentra la presencia,  
A que desmaya el corazon vendido (15).  
¡Oh crueles de-pojos de mi gloria,  
Desconfianza, olvido, celo, ausencia!  
¿Por qué estrechais á un misero rendido? (14).

## CANCION II.

A doña Leonor de Milan, condesa de Gelves.

Esparce en estas flores  
Pura nieve y rocío,  
Blanca y serena luz de nueva aurora,  
Y con varios colores  
Estrene el bosque frio (13)  
Los esmaltes de Céforo y de Flora (16),  
Pues la excelsa Eliodora  
Descubre su belleza  
Do con ledo semblante  
Bétis corre pujante  
Y del Ponto acrecienta la grandeza;

Y vos, astros hermosos,  
Mirad la última Hesperia venturosos (17).  
Rojo sol, que el luciente (18)  
Cercos de tu corona  
Sacas del hondo piélago, mirando  
Del Ganges la corriente (19),  
El Darien, la Sona  
Y del divino Nilo el fértil bando,  
Si tú llegares cuando  
Esta cándida Estrella  
Alza el celeste velo (20),  
Dando alegría al suelo  
De los floridos ojos la luz bella (21),  
De aquellos rayos ciego,  
Arderás en tus llamas hecho fuego.

Luna, que resplandeces  
Sola, fria, argentada  
En el callado cielo tenebroso,  
Y tu sombra enriqueces (22)  
En la hacha inflamada  
De Titan con vigor maravilloso (23);  
Si el lucero hermoso  
Do el tierno amor se apura (24)  
Mareas encendida  
En su virtud crecida (25),

- (13) Que me desmaya el corazon vencido.  
(14) ¿Por qué cansais á un misero rendido?  
(15) Se vista el bosque frio.  
(16) De los esmaltes de la rica Flora.  
(17) Ya muestra su belleza  
A do con alta frente  
Da Bétis su corriente,  
Llevando al mar tendida su grandeza;  
Y vos, lumbreros del cielo,  
Mirad felices nuestro hesperio suelo.  
(18) Rojo sol, que el dorado.  
(19) El Ganges derramado.  
(20) Esta serena Estrella  
Alza al rosado cielo.  
(21) Los ojos de esta Venus casta y bella.  
(22) En el callado velo tenebroso,  
Y tu luz enriquece.  
(23) Del sol con resplandor maravilloso.  
(24) Do el tierno amor se alienta.  
(25) En llama esclarecida  
Que á limpias almas en vigor sustenta,  
Correrás por la cumbre  
Con grande y siempre eterna y clara lumbrero.

Después de estos versos se lee en la edicion primitiva de Mariana la siguiente estrofa, que luego suprimió en sus correcciones:

Junta á inmensa belleza  
Ya está la cortesía  
Y suma honestidad y humilde trato;  
Con valor y grandeza,

Con mas claro esplendor y hermosura  
Volarás por la cumbre,  
Y la tierra ornarás de eterna lumbre.

El sacro rey de rios,  
Que nuestros campos baña,  
Al bello aparecer de este lucero  
Cubrió los vados fríos  
Al pié de la montaña  
Do vió su Febo fulgarar primero (26),  
Del oro que el ibero  
En las cavernas hondas  
Halló, y con flores puras  
Compuso en mil figuras (27),  
Y con perlas el curso de las ondas,  
Y rutilando el cielo,  
Suave olor en torno esparció el suelo (28).

Las gracias amorosas  
Con las ninfas un coro  
Tejieron en el claro ondoso seno,  
Y de purpúreas rosas  
Envueltas en el oro  
Con ámbar olorosa y flores lleno (29),  
Dulce despojo ameno  
Del revestido prado,  
Las guirnaldas mezclaron,  
Y alegres coronaron  
Los lazos del cabello ensortijado (30);  
Que cual de las estrellas,  
Por el aire volaron sus centellas.

El alto monte verde  
Que de Pálas es gloria  
Su tristeza ya pierde,  
Sintiendo en sí los piés de su señora,  
Y le da la victoria  
Aquel do Prometeo gime y llora,  
Y aquel do la sonora (31)  
Lira de Tracia espira  
Y el olimpo, que sube  
Y vence á la aeria nube,  
Y Atlante, que del peso aun no respira (32),  
Pues su cumbre sostiene  
La belleza que el cielo en tierra tiene.

Yo entretejer quisiera  
Su nombre esclarecido  
Entre la blanca luna y sol rosado (33),  
Y su gloria pusiera  
En el pepló extendido  
Que en otra edad Aténas vió estimado,  
Cuando, el tiempo llegado,  
Minerva es celebrada.  
¡Dichoso el año y día  
Y quien ve el año y día!  
Herido yace allí con asta airada (34)  
El áspero Tifeo,  
Que muerto pierde todo su deseo.

Mas, pues que la rudeza  
De este mi indigno canto,

En el dichoso día  
Que el cielo largo la volvió mas grato,  
Vivo y puro retrato  
De inmortal hermosura,  
Rayo de amor sagrado,  
Que á su consorte amado,  
Consigno junto, en fuego eterno apura,  
Y si parte le ofende  
Es que el velo mortal su bien comprende.

- (26) Do vió resplandecer su sol primero.  
(27) Procura, y con las flores  
Compuso en mil colores.  
(28) Y esclareciendo el cielo,  
esparció olor suave en torno el suelo.  
(29) Con ámbar oloroso y flores lleno.  
(30) El cabello sutil, crespo y dorado.  
(31) Y donde la sonora.  
(32) El sagrado Heliceona  
Con florida corona,  
Y do Atlante, del peso, no respira.  
(33) Entre la blanca luna y sol dorado.  
(34) Y es quien ve el año y día,  
Allí herido está con asta airada.

Que un deseo produce simple y llano (35),  
No puede á su belleza  
Dar nombre y gloria cuanto  
Se debe al valor suyo soberano,  
Y mi intento es en vano,  
Cisnes que la corriente  
De Bétis vais cortando,  
El cuello levantando,  
Do el Indo rompe el mar, llevad presente  
Su nombre y canto mio  
Do el Bálteo seno hiela el cielo frio (36).

## SONETO XVIII.

Pura, bella, suave Estrella mia,  
Que sin temor de oscuridad profana (37),  
Vestís de luz serena la mañana,  
Y la tierra encendeis desnuda y fria;  
Pues vos, á quien mi alma triste envía  
Mil suspiros, moveis la soberana  
Vuestra empresa, cual inclita Diana (38),  
Contra Vénus y Amor con osadia,  
Yo seré como aquel que su belleza  
Con hierro amancilló, y el casto hecho  
Lo mostró con mas gloria y hermosura;  
Pero, si luna sois, tendré en la alteza  
Latmia del cazador el tierno pecho (39),  
Y no del que honró Arcadia la figura.

## XIX.

Fértil, riente, lido y fresco prado,  
Tú, monte y bosque húmido y hermoso,  
El uno y otro siempre venturoso,  
Que de las bellas plantas fué tocado;  
Bétis, con puras ondas ensatzado  
Y con ricas olivas abundoso,  
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,  
Pues quedas de mi Aglaya acompañado!  
Tendréis perpetua y dulce primavera  
Y del Elisio campo tiernas flores  
Si vos viere el fulgor de la Luz mia.  
Ni estéril soplo ni rigor vos hiera;  
Antes Vénus, las gracias, los amores  
Vos miren, y en vos reine la alegría.

## XX.

A vuestro grave y muerto hielo frio,  
Temiendo el niño ciego su aspereza,  
Opuso con inútil rustiqueza  
El leve y vivo ardiente luego mio.  
Su nieve muestra y llama el fuego y frio,  
Y reluchando esfuerza su grandeza;  
El fuego al frio ablanda la dureza  
Y dispone veloz cual suelto rio.  
Quedó Amor del asalto glorioso,  
Y vos y yo contentos nos hallamos,  
Pero todo mi bien turbóse luego;  
Que por un triste caso y lastimoso  
Con mi afrenta y dolor ambos quedamos,  
Con mayor frio vos, y con mas fuego.

- (35) Deste mi débil canto,  
Causado de un deseo simple y vano.  
(36) En la edicion primitiva se lee este fin:  
De Bétis vais cortando,  
El canto vuestro alzando,  
Su nombre y gloria resonad presente,  
Y oyan Céfito y Flora  
Su inmensa hermosura con la aurora  
Di humilde á esta luz pura;  
Sufrá vuestra belleza  
Mi rústica simpleza.  
(37) Que sin que os dañe oscuridad profana.  
(38) Pues vos, por quien suspiros mil envía  
Mi alma, cual castisima Diana,  
Moveis la empresa vuestra soberana.  
(39) Pero tendré de Ladmo en la esperanza,  
Si luna sois, del cazador el pecho.

## XXI.

## Por la condesa de Gálves.

¿Quién osa desnudar la bella frente  
Del fugente esplendor y luz del cielo?  
¿Quién veda el ornamento y gloria al suelo  
De las crespas lazadas de oro ardiente?  
Impio Febo esta lástima consiente  
Con envidia sacrilega y con celo (41),  
Después que ve cubrir de oscuró velo  
La llama de sus hebras reluciente.  
Con dura mano arranca los despojos  
Y atiende á mejorar cuanto perdía,  
Y altivo de sus rayos se corona (42).  
Porque ya puedan ver mortales ojos  
Con luz serena siempre un claro día  
En sus lúcidas trenzas y corona (43).

## ELEGIA III.

¿Qué señales presentes de tristeza  
Me roban la esperanza de alegría,  
Y me rinden sujeto á su dureza?  
¿Qué noche de dolor me cierra el día?  
Y ¿qué niebla del cielo oscurecida  
Destiñe el fulgor puro á la Luz mía?  
¡Oh misero quien sufre en triste vida  
Los asaltos de amor, y ya no siente  
Remedio á su fortuna aborrecida!  
¿No veré yo mi Luz resplandeciente  
Que esclarezca en mis ojos, y el hermoso  
Ardor y crespos lazos de la frente?  
Aun no es grave este mal: que si penoso  
Esperase después mudar ventura  
Y ver aquel semblante generoso,  
No vendría á tener por desventura  
La soledad, que muerta en quien bien ama,  
Pierde en él su rigor la muerte oscura.  
Y tornaría aquella ardiente llama  
Con la vista á abrasarme en la presencia  
Del fuego en que mi alma ausente inflama.  
Temo, empero, que en esta lengua ausencia  
Me desaparezca solo en el camino,  
Y desfallezca el mal con la paciencia.  
El cielo, que entre el cerco cristalino  
De sus astros intenta sostenella,  
Claro día podrá tener continuo.  
Será, si esparce mi luciente Estrella  
Su esplendor y su fuerza al frío suelo,  
Mas dichosa la tierra y siempre bella.  
Mas hermoso el purpúreo, abierto cielo;  
Pero yo mas mezquino y desdichado,  
Y entregado á perpetuo desconsuelo.  
¿Qué corazón tendré en mi mal, quitado?  
Qué dureza habrá en mí, si yo no muero  
De terrible dolor atravesado?  
Tu ánimo, presago lastimero  
De mi infelice suerte, el cuerpo al punto  
Desnuda del sutil vigor ligero.  
Que como en el amor le fuiste junto,  
Justo es que en tal estrecho no te alejes  
De aquel divino y celestial trasunto.  
Y antes que el peso inutil veloz dejes,  
Lleva del muerto amante la memoria,  
Aunque, tardando, con razón te quejes.  
Sienta el misero cuerpo alguna gloria  
(Si puede sentir bien helado y frío),  
Y tu goza felice tu vitoria.  
Mas ¡oh dolor! Oh extraño desvario!  
¿Quién me ofreció este mal de triste muerte?  
¿De qué nace este vil recelo mio?

(40) Del puro resplandor y luz del cielo  
¿Quién niega el ornamento y gloria al suelo?

(41) El impio Febo este dolor consiente  
Con sacrilega envidia y mortal celo.

(42) Con dura mano lleva los despojos  
Y quiere mejorar cuanto perdía,  
Y altivo, de sus trenzas se corona.

(43) Porque vean los mortales ojos  
Siempre con viva luz un claro día  
En sus sagrados cercos y corona.

Es de alta y soberana, eterna suerte  
Esta mi sola lumbre de belleza,  
Y el hado, opuesto á ella, es poco fuerte.

Tan rara perfección, tanta grandeza  
No sufre, como yo, mortal mudanza;  
¿Es luego eterno su valor y alteza?  
Pero en el golfo airado sin bonanza,  
Donde se halla nunca algun sosiego,  
Y falta en el peligro la esperanza,  
Se cansa y se fatiga el vital fuego,  
Y desea arribar al rico asiento  
Do segura desprece el furor ciego.  
Esto es lo que recelo descontento;  
Y porque el corazón, jamás rendido,  
Se desmaya y se muere al sufrimiento,  
Siempre envidado tal cayó en olvido;  
Que si el temor que tengo me hiriera,  
Hallara amor el paso defendido.

Si la pasión de la alma consintiera,  
Venciera esta aflicción que me atormenta,  
Y descansado de este afán viviera;  
Mas amo y busco y hallo al fin mi afrenta,  
Y sigo el ancho paso de mi daño  
Por donde la ocasión me lo presenta.  
Nueva pena y temer, furor extraño,  
Y vos, en quien mi rostro se humedece,  
Lágrimas, esperanza, error y engaño,  
¿Por qué el usado brio en mí fadece,  
Pues en esta sospecha no estoy cierto?  
Por qué el frío mis venas entorpece?  
Si es porque muera ausente, ya estoy muerto  
Después que mis dos luces me dejaren  
Con soledad penando en el desierto,  
Todas las esperanzas me faltaron,  
Y contra la fortuna de mi vida  
Amor y el cielo airados conspiraron.

Ella será temprano mal perdida;  
Que en tan terrible mal muy poco puede  
La fuerza que en sí tiene enflaquecida.

Si amor este deseo me concede,  
Que faltando primero del aliento  
Libre de este pesar y afrenta quede,  
Daré por bueno yo mi apartamiento,  
Y triste, sepultado en este ajeno  
Campo, descansaré de mi tormento;  
Que mi lucero el esplendor sereno  
Difundirá á mi túmulo dichoso,  
De eterna y nueva lumbre siempre lleno;  
Y entonces con el vuelo glorioso,  
Ilustrando la sombra de occidente,  
Al cielo se alzaré vitorioso.

Saturno frío, el impio Marte ardiente  
Tendrán do sus clarísimas centellas  
Virtud y luz mas pura y excelente,  
Y el coro de las candidas estrellas.

## SONETO XXII.

Un tiempo, aunque fué breve, osé atrevido,  
Por ventura atendiendo la vitoria,  
Quejarme, y de mi afán mostrar la historia  
A quien me trae en ciego error perdido.

Ahora, ó con mas lástima ofendido,  
O cierto de la falta de mi gloria,  
No hago de mis males mas memoria  
Que si yacieran solos en olvido.

Pero el silencio al fin no puede tanto,  
Que en soledad no rompa, y lo que impide  
Su vista escribo, del dolor forzado.

Comienza el día, y doy principio al canto  
Y llanto que en la noche amor despidió,  
Y llanto y canto avivan mi cuidado.

## XXIII.

Inmenso ardor de eterna hermosura  
En vuestra dulce faz se me aparece,  
Y en mis entrañas arde y siempre crece  
Con inmortal incendio virtud pura.  
Con alteza y valor vuestra figura  
Sin igual en mi alma resplandece,  
Y pues ufana sufre, bien merece  
Algun corto favor de su ventura.

No puede ser mayor vuestra belleza,  
Y no es ya justo que cegueis mis ojos,  
Su lucez gastando en tanto fuego;  
Que si al pecho mostrais vuestra grandeza,  
Muriendo en llama no daré despojos,  
Los que pudiera dar viviendo ciego.

## XXIV.

Mi pura Luz, si olvidas el fértil suelo  
Que Bétis enriquece en Occidente,  
Y abre las frías nubes con ardiente  
Rayo, esparciendo en torno el rico velo,  
El asiento mas dino será el cielo  
Al sacro esplendor suyo reluciente,  
Y de allí con las llamas de su frente  
Romperá el rigor duro al torpe hielo;  
O ya que aun no se debe á la belleza  
Sin el riesgo de ausencia, será el grado  
Propio el pecho do yace obdecida;  
Que á tal valor del mundo la grandeza,  
O la alma en sus centellas encendida  
Es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

## XXV.

Nunca mi mal terrible sentiria,  
Ni descansar querría de mi pena,  
Si cuidase tal vez que mi serena  
Luz alegre y suave me sería;  
Mas no sufre la indina suerte mia  
Esta gloria, y de si la aparta ajena,  
Y á rendir la esperanza me condena,  
Porque osé y di lugar á esta osadia.  
Haga el cielo que pierda en menor daño  
La memoria de aquel atrevimiento  
Que tuve en ver mi afan no aborrecido,  
Cuando agradó á mi bien que en dulce engaño  
Sufriese ufano y ledo el mal que siento;  
Mas ¿qué vale á quien muere en tibio olvido?

## XXVI.

## A Cristóbal Mosquera de Figueroa.

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,  
Osé cantar, Mosquera, el mal que siento,  
Y díome al tierno canto ufano aliento  
El sol en cuyo ardor estuve ciego.  
Osé mostrar mi llanto en blando ruego  
A quien á amor desprecia y su tormento,  
Y el humilde quejarse de mi lamento  
Me dió osadia y dió esperanza luego.  
Ahora, que la luz yo pierdo ausente,  
Y crece mi dolor con su belleza,  
Notad el grande error de mi porfia.  
Lloro el pasado bien y el mal presente,  
Y puesto en soledad de mi tristeza,  
La esperanza me falta y la osadia.

## CANCION III.

## Por la vitoria de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tu rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon, feroz guerrero;  
Sus escogidos principes cubrieron  
Los abismos del mar y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego  
Los tragó, como arista seca el fuego.  
El soberbio tirano, confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva  
Y las manos aviva  
Al ministerio injusto de su estado,  
Derribió con los brazos suyos graves  
Los cedros mas excelsos de la cima  
Y el árbol que mas yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas y atrevido

Pisando el bando nuestro y defendido.  
Temblaron los pequeños, confundidos  
Del impio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movió el airado cuello aquel potente;  
Cercó su corazon de ardiente saña  
Contra las dos Ilesperias, que el mar baña,  
Porque en tí confiadas le resisten,  
Y de armas de tu fe y amor se visten.  
Dijo aquel insolente y desdoso:  
«¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos,  
O valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Balmacia y Ródas en las guerras?  
¿Quién las pudo librar? Quién de sus manos  
Pudo salvar los de Austria y los germanos?  
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardallas de mi diestra vencedora?  
»Su Roma, temerosa y humillada,  
Los cánticos en lágrimas convierte;  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
Cuando vencidos mueran;  
Francia está con discordia quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte  
Quien honra de la luna las banderas;  
Y aquellas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa,  
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?  
»Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
Y me dan por salvarse ya la mano.  
Y su valor es vano;  
Que sus luces cayendo se oscurecen.  
Sus fuertes á la muerte ya caminan,  
Sus virgenes están en cautiverio,  
Su gloria ha vuelto al petro de mi imperio.  
Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio,  
Cuanto el sol alto mira todo es mio.»  
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
Esurpe quien su fuerza osado estima,  
Prevaleciendo en vanidad y en ira,  
Este soberbio mira,  
Que tus aras afea en su vitoria.  
No dejes que los tuyos así oprima,  
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe;  
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;  
Que hechos ya su oprobrio, dice: «¿Dónde  
El Dios de estos está? ¿De quién se asconde?»  
Por la debida gloria de tu nombre,  
Por la justa venganza de tu gente,  
Por aquel de los miseros gemido,  
Y vuelve el brazo tendido  
Contra este, que aborrece va ser hombre;  
Y las honras que celas tú consiente,  
Y tres y cuatro veces el castigo  
Esfuerza con rigor á tu enemigo,  
Y la injuria á tu nombre cometida  
Sea el hierro contrario de su vida.  
Levantó la cabeza el poderoso  
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago  
Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se ballaron.  
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso  
Hagamos de su sangre un grande lago;  
Deslagamos á estos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente,  
Y dividiendo de ellos los despojos,  
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»  
Vinieron de Asia y portentosa Egipto  
Los árabes y leves africanos,  
Y los que Grecia junta mal con ellos  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder y número infinito,  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz dellas,  
Ocuparon del piélagos los senos,

Puesta en silencio y en temor la tierra,  
Y cesaron los nuestros valerosos,  
Y callaron dudosos,  
Hasta que al fiero ardor de sarracenos  
El Señor eligiendo nueva guerra,  
Se opuso el jóven de Austria generoso  
Con el claro español y belicoso;  
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,  
Sin recelo los impíos esperaban  
A los que tú, Señor, eras escudo;  
Que el corazón desmudo  
De pavor, y de fe y amor vestido,  
Con celestial aliento confiaban.  
Sus manos á la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindiéronse temblando y desmayaron;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,  
Como la arista queda  
Al impetu del viento, á estos injustos,  
Que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad segnisté,  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando  
Las alas de su cuerpo temerosas  
Y sus brazos terribles no vencidos;  
Que con hondos gemidos  
Se retira á su cueva, do silvando  
Tiembla con sus culebras venenosas,  
Lleno de miedo torpe sus entrañas,  
De tu leon temiendo las hazañas;  
Que, saliendo de España, dió un rugido  
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
Del sublime varon y su grandeza,  
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,  
Que tu día es llegado,  
Señor de los ejércitos armados,  
Sobre la alta cerviz y su dureza,  
Sobre derechos cedros y extendidos,  
Sobre empinados montes y crecidos,  
Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá á la luz del cielo,  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos llorarán su afrenta.  
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza  
Egicia y gloria de su confianza,  
Triste que á ella pareces, no temiendo  
A Dios y á tu remedio no atendiendo,  
¿Por qué, ingrata, tus hijas adormaste  
En adulterio infame á una impia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos,  
Y con ojos enjutos  
Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente?  
Dios vengará sus iras en tu muerte:  
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,  
Que en tus naves estabas gloriosa,  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si hacías guerra,  
De temor la cubrias con suspiro,  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto  
Y derribar tus inclitos y fuertes,  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar; que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento.  
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,

Tú, que sigues la luna,  
Asia adúltera, en vicios sumergida?  
Quién mostrará un liviano sentimiento?  
Quién rogará por tí? Que á Dios enciende  
Tu ira y la arrogancia que te ofende,  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,  
Y de tus pinos ir el mar desnudo,  
Que sus ondas turbaron y llanura,  
Viendo tu muerte oscura,  
Dirán, de tus estragos espantados:  
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
El Señor, que mostró su fuerte mano  
Por la fe de su príncipe cristiano  
Y por el nombre santo de su gloria,  
A su España concede esta vitoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;  
Que despues de los daños padecidos,  
Despues de nuestras culpas y castigo,  
Rompiste al enemigo  
De la antigua soberbia la dureza.  
Adórente, Señor, tus escogidos,  
Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!  
Y la cerviz rebelde, condenada,  
Perezca en bravas llamas abrasada.

## SONETO XXVII.

## Por la vitoria de Lepanto.

Hondo Ponto, que bramas atronado  
Con tumulto y terror, del turbio seno  
Saca el rostro, do torpe miedo lleno  
Mira tu campo arder ensangrentado;  
Y junto en este cerco y enconrado  
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,  
Y cubierto de humo y fuego y trueno,  
Huir temblando el impio quebrantado.

Con profundo murmurio la vitoria  
Mayor celebra que jamas vió el cielo,  
Y mas dudosa y singular hazaña;  
Y di que solo mereció la gloria  
Que tanto nombre da á tu sacro suelo  
El jóven de Austria y el valor de España.

## XXVIII.

Si trasformar pudiese mi figura  
Como el Ideo Júpiter solía,  
En blanco cisne vuelto ya sería,  
Mirando de mi Leda la luz pura;  
Y sin algun temor de muerte oscura,  
En honra suya el canto ensalzaria,  
Su frente y bellos ojos locaria,  
Eusandeciendo ntano en tal ventura;  
Mas en liciente pluvia convertido,  
Perderia el eletro la fineza,  
Si el velo esparce snuelto en rayos de oro;  
Pero sicado en la falda recogido,  
Y junto al esplendor de la belleza,  
Tendria el precio del mayor tesoro.

## XXIX.

Mi bello Sol, si voy de vos ausente  
A parte extraña, do el dolor me ofende,  
Y el fuego que mi alma presa enciende  
En dulce ardor continuo está presente.  
Aunque el color purpureo de oriente,  
Do el sol menor de vuestra luz deciendo,  
Vea cerca, y do el manto oscuro tiende  
El apartado extremo de ocidente,  
Conmigo irá el amor, igual en parte  
Con la mitad de la alma que me alienta,  
Que el resto vive en vuestra faz, que adora;  
Y dividido en una y otra parte,  
Presente con el bien que me sustenta,  
Siempre veré resplandecer mi aurora.

## XXX.

Aquí do me persiguen mis cuidados.  
Solo, sin mi Luz bella y ofuscado.

En noche de dolor siempre escondido,  
Lamento mis deseos engañados.

Vuelvo a ver mis contentos ya pasados  
Para mayor afán; que el bien perdido  
Mas duele al que se ve en confuso olvido,  
Y contra sí sus males conjurados.

Cuanto intento alentar mi acerba pena,  
Y cuanto fundo en esperanza y tengo,  
Todo gasta y destruye mi tormento.

Vos, que rota de amor la impia cadena,  
Respiráis del trabajo que sostengo,  
Dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

#### ELEGÍA IV.

Yo cuidé, dulce bien del alma mía,  
Que primero con muerte al cuerpo ausente  
Desamparara en tierra sola y fría.

Y que el rigor pudiera del presente  
Dolor humedecer en vuestros ojos  
La pura claridad y luz ardiente;

Que apartado y rendido á mil enojos,  
Alestar las congojas de mi vida.

Acercando al mal nuevos despojos;

Mas vivo ya en ausencia aborrecida,  
Y no natico en la sombra del olvido,  
Dónde fincó mi gloria oscurecida.

Si esto sufro, ¿qué afán no habré sufrido?  
Qué puede ya imprimir el sentimiento  
En este corazón endurecido?

Mayor es que el dolor el sufrimiento,  
Y tal es el dolor, que debe el pecho  
Justamente acabarse al mal que siento.

De heladas rocas ásperas fui hecho,  
Y me crió la fiera tierra hircana.

Pues no estoy de mis lastimas deshecho.

En esta parte estéril y profana,

Do la noche con tela tenebrosa

Vence á la luz de Hebo soberana,

Vuestra inmensa belleza y generosa

Conidgo veo atento, y considero

Las modestias de ausencia lastimosa.

Alguna vez me tiene el dolor fiero

Tan opresso en sus ansias y cansado,

que á mi despecho temo y desespero.

Bétiis, de mi lamento acercando,

Vuelve mis tristes lágrimas, sonando

En el veloz Océano no zelado.

Y creo que do la alba el rojo bando

Con las flores purpura, y la luz pueva

Alre el sol los colores matizando,

Es mi mal conocido; que la prueba

Que amor extrema en mí, señal que sea

Quiere á do sus desdichas to-lea lleva.

Si mi alma procura y ver desea

Vuestra serena faz, arde en su fuego

Sin que en ella su gloria y su bien vea.

Porque el dulce tirano, que en mi diego

Pecho está siempre, ofrece á la memoria

Mi pérdida y dolor presente luego.

La muerte, si viérete, será gloria;

Pero á tan duro corazón no quiere

Dar alguna esperanza de victoria.

Un continuo temor me afflige y hiere:

Que ya, si no me mata el mal de ausencia,

No habrá por qué mi muerte amor espere;

Porque yo, que vivía en la presencia

Venturoso, despo, estando aieno

Y ausente, poner fin á mi dolencia.

Mi alma, en el dolor bello y sereno

Preso de vuestra frente, me tendría

Siempre de vuestra luz ufano y lleno;

Y con el precio igual á mi osadia,

Gozara merecer; que por vos muerto,

Consagré á vuestro honor la vida mía.

Y á quien de bien alguno estaba incierto,

¿Qué mayor gloria diera su fortuna,

Si solo y sepultado en el desierto,

Mereciera gozar de sola una

Lágrima de esos bellos, tiernos ojos,

Lo que esperar no pude en suerte alguna?

Dichosos mas que flores los abrojos,

Que desa rica pluvia rociados;  
Honrarán la ocasion de mis enojos.

No sepulcros de mármoles labrados,  
Reliquias de memoria gloriosa,  
Fueran cual fuera el mio celebrados.

Mas ¡oh mi eterno Sol y Luz hermosa,  
Que ni bañado de ese llanto puro,  
Ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa!

Antes, como rendido ya y seguro  
En las penas de amor, me veo ausente,  
Sin temer el dolor acerbo y duro.

A un frío y lento pecho vuelve ardiente  
El uso del amor, y quien bien ama,  
Esperando su gloria, el mal no siente.

Mi pecho, que arde y en su afán se inflama,  
Si en su tormento ingrato desfallece,  
Otro aliento no siente que su llama;

Pero en sola esta llama aviva y crece,  
Y solo espira en la ligera fuerza  
De aquel movable ardor, que no perece.

El temor amoroso, que se esfuerza  
En mi alma, sujeta al mal instante,  
A perder la esperanza y bien me fuerza.

El mesurado trato y el semblante,  
La bella luz en quien amor espira,  
El oro en crespas ondas rutilante;

Si un tierno amante gime ya y suspira,  
Que en otro tiempo alegre con ventura  
Gozó mirar presente, y ya no mira;

Y desierto en la noche siempre oscura,  
Lamenta con dolor solo y perdido,  
Que no merece ver su hermosura;

Cúlpenle si la vida aborrecido  
Desea, y si esperar mas bien pretende,  
Por no perder ya mas que lo perdido.

De tal causa mi lastima deciente,  
Que aun vitupero en tanto mal mi suerte  
Si algun pequeño espacio no me ofende.

Por el paso que voy á ver mi muerte  
Tanta envidia merezco, que no siento  
En alguno dolor de mi mal fuerte.

Después que vi y gocé de mi tormento,  
Y conocí el valor desa belleza  
Y de mi libertad y pensamiento,

Mis entrañas cerco vuestra grandeza,  
Y ocupó vuestro nombre mi memoria,  
Y amor hizo en mi asiento de firmeza.

Sin vos estuve ajeno de mi gloria,  
Y quedé, siempre amando, á amar forzado,  
Llevando desta fuerza la victoria.

Siempre vive en mi alma venerado  
Vuestro valor y gracia y cortesía,  
De quien se halla rico mi cuidado.

Pero si ahora lejos de alegría  
Padezco, á vuestros ojos yo lo debo,  
Que prometieron bien á mi portia.

Vuestra beldad merece el mal que llevo;  
Que no es bien que asegure la esperanza,  
Pues á tan alta empresa al fin me atrevo.

Si el amor prometiera confianza  
Sin temor de peligro y desventura,  
Y no tocara el bien con la mudanza,

Ofendiera el agravio esa luz pura;  
Porque es deuda de pena y de tormento  
Osar tanto, ofrecido á la ventura.

Mas á la ausencia, en que morir me siento,  
No hallo causa alguna, y solo espero  
Acabar con la vida el sufrimiento.

En esta soledad padezco y muero,  
Y en la razon mis penas entretengo,  
Para dar nueva fuerza al dolor fiero.

Tal vez que suspendido acaso tengo  
El ímpetu de males, me levanto,  
A do sin esperanza me sostengo.

Allí rompo las venas de mi llanto,  
Y de la pluvia exhala el fuego ardiente,  
Que en ceniza convierte el mortal manto,

Etna, que el duro hielo y frio siente  
En sus coronas altas ensalzado,  
Y con el blanco velo reluciente,

Cuando del impio Encelado abrasado,  
Es con serpientes ásperas herido,

Y se revuelve de uno y otro lado;

El fuego, en nube espesa reducido

De ardientes globos y furor humoso,

Arroja con horrisono estampido.

El estruendo de peñas tempestoso

Con alto horror resuena en torno y brama,

Y tiembla todo el monte cavernoso.

Mi pecho, que de fuera es nieve, y llama

Dentro, cuando el amor lo mueve y hierre,

Gime, y sonando el bravo ardor derrama.

Rebosan mil incendios cuando quiere

Feroz, que á la alma abraza su erueza,

Sin jamas condolerse de quien muere.

El ravo, que sepulta con fiereza

Al terrible gigante que del cielo

Penso regir soberbio la grandeza,

No iguala al que en eterno desconsuelo

Me deja atravesado, sin la culpa

Que el tuvo en el terrestre patrio suelo.

Sola una cosa habrá con que me culpa

Amor, que es en ausencia tener vida;

Mas el descomio me disculpa.

Aunque apartado siempre en mi perdida

Soledad tan hermosa y estimada

Vos hallo, que doy la honra merecida,

Con el mismo respeto venerada

Estáis, y con el mismo sentimiento

Y tierno afecto humilde siempre amada;

Ya veo vuestros ojos, y consiento

Por los míos la pena que proviene,

Ya temo el rostro airado y descontento;

Ya el temor con ligeras alas viene,

Y me deja sin luz de bien incierto,

Y preso la tristeza el pecho tiene;

Ya veo con mi gloria el cielo abierto,

Que vos contemplo alegre y piadosa.

Y honrais con vuestras plantas el desierto.

Consuelo son de ausencia congoposa

Estas muestras de vana fantasía,

Aunque es cierta mi pena lastimosa.

La esquiva soledad y mi portia,

La tristeza y temor de mi cuidado

Me dividen de vos, ¡oh alma mia!

Muera pues quien de vos está apartado,

Acábase en la vida la memoria;

Que á un prolijo dolor desesperado

Mal puede venir bien que le dé gloria.

#### SONETO XXXI.

¡Oh cara perdición! oh dulce engaño!

Suave mal, sabroso descontento,

Amado error del tierno pensamiento;

Luz que nunca descubre el desengaño;

Puerta por la cual entra el bien y el daño,

Descanso y grave pena del tormento,

Vida del mal, vigor del sufrimiento (44),

De confusion revuelta cerco extraño;

Vario mar de tormenta y de bonanza,

Segura playa y peligroso puerto,

Sereno, inestable, oscuro y claro cielo;

¡Por qué, como me diste confianza

De osar perderme, ya que estoy desierto

De bien, no pones á mi afan consuelo? (45).

#### XXXII.

Solo y medroso ya del daño cierto (46)

Que en la guerra de amor temido habia,

Tarde con mejor suerte al fin huia

Seguro, en tempestad tan grande, al puerto;

Mas de un golpe en el medio curso incierto (47),

Cuando con mas descuido proseguia,

Amor, que en vuestros ojos me atendia,

(44) Descanso y pena grave del tormento,  
Vida del mal, alma del sufrimiento.

(45) De bien, no pones á mi mal consuelo?

(46) Solo y medroso del peligro cierto.

(47) Con fortuna mejor tarde huia  
En tanta tempestad seguro al puerto;  
Mas en el paso del camino incierto.

Atravesó, cruel, mi pecho abierto (48);

Y antes que yo pudiera de mi pena (49)

Alabar la ventura, envidioso

Huyó con vos, y me olvidó perdido;

Cual huye el parto del de Enfiates sueña,

Y revuelve el caballo presuroso,

Dejando al fiero contendor herido.

#### XXXIII.

En esta soledad, que el sol ardiente,

Y reluyen sus rayos, estoy puesto (50),

A todo mal de ingrato amor dispuesto,

Triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente,

Finjo y oculto tal vez estar presente,

Alegre en el dichoso y fresco puesto (1),

Y en la gloria me pierdo; que el molesto

Dolor de la alma aparta este occidente.

Nunca silencio y soledad oscura

Pueden dar á quien ama tal contento,

Si no se cambiasse la alegría.

Poco en memoria el bien de amor me dura;

Que aun en este ocioso apartamiento

No se afirma en segura fantasia.

#### XXXIV.

Fleca esperanza en todas mis porfias,

Desseo vano en desigual tormento,

Y inútil fruto del afan que siento (2),

Lágrimas sin descanso y ansias mias,

Sufrid que una hora alegre en tantos dias

Tristes merezca un triste descontento (3),

Y que pueda sentir tal vez contento

La gloria de fingidas alegrías.

No es justo, no, que siempre quebrantado

Me oprima el mal, y me deshaga el pecho

Nueva pena de antiguo desvario.

Mas ¡oh! que temo tanto el dulce estado,

Que, como perdí al bien todo el derecho (4),

Abrazo ufano el grave dolor mio.

#### XXXV.

Huyo la blanda voz y el tierno canto,

Que celeste armonia espira y sueña,

Festa, de España luz, gentil sirena;

Mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.

Bien sé que este placer acaba en llanto;

Que esto es imágen cierta de mi pena,

Y amor injusto siempre me condena,

Porque sirvo y padezco y suño tanto.

Ulises, que pudiste venturoso

Sulcar seguro y sin temor del daño

El golfo de la bella Leucosia,

¿Cuánto fueras mas grande y valeroso

Si tentaras perderte en este engaño

Oyendo á la inmortal sirena mia?

#### CANCION IV.

Ya bien podrás hartar de tu crueza,

Amor, en mi herido pecho el hierro,

Y tu rabia ensañar en mis entrañas,

Mas no podrás hacer que mi dureza

Dude ya mayor mal, ni en mi destierro

Que la vengza el temor de tus hazañas.

Son tales tus extrañas

Leyes y condicion, que ya no espero

Remedio, ni lo quiero;

(48) De un golpe atravesó mi pecho abierto.

(49) Y antes que yo pudiese de mi pena.

(50) No ofende con sus rayos, estoy puesto.

(1) Tal vez me finjo y creo estar presente  
En el dichoso, alegre y fresco puesto.

(2) Vano deseo en desigual tormento,  
Y inútil fruto del dolor que siento.

(3) Una hora alegre en tantos tristes dias  
Sufrid que tenga un triste descontento.

(4) Que, como al bien no esté enseñado y hecho;

Antes ufano abrazo el daño todo  
 Desta mi perdición; que el dolor fiero  
 No da lugar al bien en algún modo.  
 Vengate en mí, cruel, que estoy desierto,  
 En pena vivo siempre, en gloria muerto.  
 No deja respirar el golpe crudo  
 Al triste corazón, ni deja el llanto  
 Que quiebre su furor; antes los ojos  
 Secos y el rostro de pasión desnudo  
 Fingen ledo semblante, pero cuanto  
 Procuran encerrar, de sus enojos  
 Son misereros despojos  
 De ostinación confusa y clara afrenta.  
 ¿Quién habrá que consienta  
 Tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,  
 Sin que memoria alguna dél se sienta?  
 Mas ¡oh cuánto es mejor que esté perdido  
 En silencio, pues cabe tal cuidado  
 Solo en mi corazón desesperado!  
 Es cuanto pienso lástima, es tormento;  
 El bien me causa, aflige la alegría  
 Que sin envidia en otra gente veo.  
 Temo el favor, procuro el descontento,  
 Reposo en la mudanza, esquivo mía,  
 Y tan ajeno estoy de buen deseo,  
 Que olvidarme desee  
 De todo lo que fué mi bien y gloria.  
 ¿Qué presta la memoria  
 De perdidos contentos en un triste?  
 ¿Qué pequeño triunfo, qué vitoria  
 Tan corta, Amor, en acabarme hubiste?  
 Tuviste, Amor, vitoria de tal suerte,  
 Que estoy vencido al fin, mas duro y fuerte.  
 Los ojos abro solo á ver mi daño,  
 Y holgarme con él sin confianza,  
 Pues desamparo ya sin ella el miedo;  
 Y valgo tanto ya en el desengaño,  
 Que, aunque me siento extraño de esperanza,  
 Como volver á ella nunca puedo,  
 Cobrotanto denuedo.  
 Que, si tal vez me acuerdo que la tuve,  
 Y con ella sostuve  
 Dos males que me dió tu mano fiera  
 Cuando en mas bien con mas favor estuve,  
 Al orrezco los días y primera  
 Ocasión que me trajó al desvario,  
 Y alabo esta ventura del mal mío.  
 El rayo de los tiernos ojos bellos,  
 El color dulce y pura faz serena,  
 Que mi soberbia frente quebrantaron;  
 El rico y terso lazo de cabellos,  
 Que prendieron mi alma en su cadena,  
 Y mil trofeos della levantaron,  
 Y en tu templo colgaron  
 Mis despojos, Amor, y poca parte  
 Serán para estimarte.  
 Osado pecho tengo y generoso,  
 Que se atreve á mostrarse, sin dudarte,  
 Contrario de tu nombre poderoso;  
 Bien puedes revolver en guerra luego  
 Contra mí el aire, el mar, la tierra, el fuego.  
 Si en cuantos impio ofendes hay alguno  
 Que se espante de ver mi atrevimiento,  
 Y tenga de mi pérdida recelo,  
 Crea que mi dolor me fué importuno;  
 Y que un desesperado pensamiento  
 Se obliga mal á recibir consuelo.  
 Pero yo ¿qué recelo,  
 Que contra tí, oh cruel, oh mi enemigo,  
 Pocas injurias digo?  
 Y pues llevo en el daño á tanto extremo,  
 Que estoy solo en estrecho, sin amigo,  
 Esfuérzome en el mal y no le temo;  
 Que no rehuye alguna desventura  
 Quien tiene tan perdida la ventura.

## SONETO XXXVI.

Cual rociada aurora en blanco velo  
 Descubre el candor nuevo al claro día (5);

(5) Muestra la nueva luz al claro día.

Cual sagrado lucero, del sol guía,  
 Sus rayos abre ufano al puro cielo (6);  
 Cuál Vénus á honrar parte el fértil suelo (7)  
 De Cipro, y va en hermosa compañía  
 Con ella Amor, las gracias y alegría,  
 Que Céforo las lleva en blando vuelo;  
 Tal salistes, mi Luz serena y bella (8),  
 Al día y cielo y suelo dando gloria.  
 Y aquistastes de todos los despojos (9).  
 Tendió á aquel punto Amor su red, y en ella  
 Las alas quemó, preso, y la vitoria  
 Rindió de la alma mía á vuestros ojos (10).

## XXXVII.

Sol, que con alas de oro vas luciente,  
 Y al Euro tu primer ardor colora,  
 Mostrando al blanco cerco de la aurora  
 La fogosa corona y roja frente;  
 Cuando el ondoso claustro de ocidente  
 Entrares, donde reina alegre Flora,  
 Si la luz que este asente amante adora  
 Vieres, lleva esta triste voz doliente:  
 «Después que vos dejé, mis bellos ojos,  
 Y en puras perlas hebras enlazadas,  
 La noche oscureció al sereno día;  
 »El bien me falta, y sobran los enojos,  
 Y en horas de tristeza mal contadas  
 Ningun lugar me queda de alegría.»

## XXXVIII.

Tiempo fué de dolor el que yo tuve  
 Sujeto á dara voluntad ajena;  
 Tiempo fué en que perdí mi grande pena;  
 Mas en perder mas fiero mal sostuve.  
 Tiempo fué de mi afrenta aquel do estuve  
 Atado y sin valor en la cadena;  
 Tiempo fué en que cerré á la luz serena  
 Los ojos, y en error perdido anduve.  
 Tiempo es ya que no duerman en su engaño  
 Mis sentidos; ya es tiempo que deshaga  
 La razón mi porfía y devaneo;  
 Que ya no es justo conocer el daño  
 Y abrazar la ocasión aunque en la llaga  
 Siempre abierta respire mi deseo.

## XXXIX.

Ya que la grande fe del amor mío  
 Y el eterno dolor de mi tormento  
 No pueden descubrir un sentimiento  
 Liviano en vuestro ingrato pecho frío.  
 Mostrad con mas desden mayor desvío,  
 Porque con el afán que triste siento,  
 O acabe en triste muerte el descontento,  
 O huya este confuso desvario;  
 Antes, pues mas no sufre el mal presente,  
 Volved, fiera enemiga de mi gloria;  
 La dulce libertad que yo tenía;  
 Porque de vos ya pierdo osadamente,  
 Sin esperanza alguna, la memoria;  
 Mas ¡ay cómo me engaña esta osadía!

## XL.

Bien puede el vano error y la porfía  
 De mi ardiente deseo desenfrenado  
 Llevarme en su furor arrebatado,  
 Y oscurecerme el cielo en claro día;  
 Que al fin la luz serena que me guía  
 La vista abre de nuevo á mi cuidado,  
 Y de imprevisto horror todo ocupado,  
 Repugno á la perdida suerte mía.  
 Respiro ya del importuno peso;  
 Yaunque no arrojo el yugo sacudido,  
 No me oprime la fuerza del tormento.

- (6) Sus rayos abre y tiende al limpio cielo.  
 (7) Cual va Vénus á honrar el fértil suelo.  
 (8) Tal ó mas pura, esclareciente y bella.  
 (9) Salistes aquistando mil despojos.  
 (10) Entregó de mi alma á vuestros ojos.



Ni libre canto ya, ni lloro preso,  
Ni sano de mi llaga ni herido;  
Dudoso está en confuso sentimiento.

## XLI.

Ya comienza á mudar su faz el cielo  
Sereno de mis días no turbados,  
Ya toman á estrecharme mis cuidados,  
A amor en fuego vuelve el tibio lielo.  
Incauto en tantos daños alzo el vuelo  
De atrevidos deseos no causados,  
Que van en lo que siguen tan cebados,  
Que pierden al peligro ya el recelo.

Ufano intento, débil esperanza  
Y pocas fuerzas hacen que fallezca  
En medio del camino la osadía.

Cuando trocare el caso esta mudanza,  
Será para que siempre en mal padezca  
Quien yerra y persevera en su porfía.

## ELEGIA V.

Las quejas y suspiro y llanto luengo  
Demi pasado daño, en tanto extremo  
Descubran la pasión del mal que tengo.

Presente está el cruel dolor que temo,  
Y conmigo no finca la esperanza,  
Que de mi triste afán fué el bien supremo.

Miserables efectos de mudanza,  
Que roban de mi dulce primavera  
Las flores con perpetua malandanza.

Perdida bien en otro tiempo fuera  
La vida, cuando lleno de alegría  
Mi muerte mas plañida ser pudiera.

Pero en esta mezquina suerte mía  
¿Qué consuelo tendré, si en tal estado  
Mi niebla oscureció á la luz del día?

Si yo me hubiera tanto recelado  
De peligros de amor, con mas paciencia  
Sufriera este dolor necesitado;

Mas quien favorecido en la presencia  
Estuvo siempre, no esperó á su gloria,  
Que unciera la fuerza de la ausencia.

Antiguas ocasiones y memoria  
Y mis nuevos trabajos representan  
La esperada promesa de vitoria.

Los bienes y los males mas me afrentan  
Cuando inquiero razon para librarme  
De los lazos de amor, que me atormentan.

Pueden mis pensamientos animarme  
Para mostrar ausente sufrimiento,  
No osando en el peligro conhortarme.

No se debe á mi grave sentimiento  
Ya compasión alguna; antes conviene  
Un extraño linaje de tormento.

En tanto mal no sé por qué sostiene  
Mi espíritu la vida, ni si es justo  
Que en misero temor se canse y pene.

Amor me lleva ausente por su gusto,  
Para extremar en mí toda crueza,  
Y obedezco por fuerza el mando injusto.

Si mi pecho constante con dureza  
Se vió sin confianza y osadía,  
Conocerá su ímpetu y braveza.

No doy lugar al bien en que me vía,  
Después que, puesto solo en el desierto,  
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Cuanto al dolor terrible ya estoy muerto;  
Pero en la honra de sufrir tan vivo,  
Que á su rigor opongo el pecho abierto.

Quien me juzgó otro tiempo muy esquivo  
No me culpe si estoy sin fuerza alguna;  
Que con el mal perdí el intento altivo.

Culpeme si abrazare esta importuna  
Cuita en el corto espacio de mi vida,  
Si otra vez esperare en tal fortuna.

Yo tengo la esperanza aborrecida,  
Y tengo amor, y sé que no me engaño;  
Pero no sé en qué parte en mí se anida.

No siente quien no sabe qué es el daño  
De amor desesperado, cual el mío,  
Revuelto en el horror del desengaño.

No espero, y amo y huyo ya y porfio,  
Y si busco pretexto á mi ventura,  
Es inútil, pues temo y desconfío.

No se vió cual la mía desventura;  
Mas mirando á la causa do procede,  
Bien debida al furor de tal locura,  
El temor de no ver tanto en mí puede,  
Que derriba mis vanos fundamentos,  
Y ver mi adversa suerte no concede.

Cuidé tener seguros mis intentos  
Cuando en mar sosegado navegaba  
Con próspera bonanza y frescos vientos;

Mas ensañóse tempestad tan brava,  
Que las crespadas ondas de alegría  
En altos montes de agua levantaba.

Corrió fortuna allí la nave mía,  
Y sin que me valiera confianza,  
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Ya tarde puedo yo aguardar mudanza,  
Si no espero remedio, ni lo pido,  
Ni me asegura amor mas esperanza.

Tan misero me veo y confundido,  
Y rendido á la pena, que imposible  
Será cual yo hallar otro perdido.

El afán que padezco es insufrible;  
Mas por aquella luz do amor florece,  
Cuanto es mas grave me es mas apacible.

Favor de la ventura no merece  
Quien, por temor del mal, del bien rehuye,  
Y al peligro su vida nunca ofrece.

El suceso en mil casos varios huye,  
Cuando se pesa mas y considera,  
Y toda la esperanza se destruye.

A la entrada difícil y carrera  
Del amoroso y ciego laberinto  
No aproveché temer mi suerte fiera.

Amor halló mi pecho en el procipto  
Tan gallardo y soberbio, que no pudo  
Ser mas bravo el que rige á Delo y Cinto.

Mas vibrando sañoso el rayo crudo,  
Temblóme el corazón, y desmayado  
Dejé caer, medroso, el fuerte escudo.

Allí, cuando yo fui desamparado,  
Fuera justa la muerte por castigo,  
Pues perdí mi temor y mi cuidado.

¿Confío yo mi vida á mi enemigo,  
Muéstrole la ocasión para mi pena,  
Y laméntome de él como de amigo?

Ya no daré razon tan cierta y buena,  
Que me excuse de afrenta en mi porfía,  
Ni habrá ya á quien admire mi cadena.

En soledad estoy sin alegría,  
Y me asombra el dolor, porque en un hora  
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Gime conmigo el sol, conmigo llora  
El héspero, y la noche se lamenta,  
Y conmigo te quejas, roja aurora.

¿Quién es tan olvidado, que consienta  
Y procure lugar para su muerte,  
Tomando la ocasión que se presenta?

No recelo el dolor del trance fuerte,  
Sino que estoy ausente, y que si muero,  
No puede haber memoria de mi suerte.

Si fuera piedra yo, si duro acero,  
Comportara mis ansias; mas, cuitado,  
No tengo en tanto mal el pecho fiero.

El ánimo, en mis llamas abrasado,  
Después de roto el nudo alzaré el vuelo  
Al trono donde está sacrificado;

Yo quedaré desierto en este suelo,  
Premio digno á mi lástima penosa,  
Y lo espera quien ve mi desconuelo.

Tú, si bañare tu ribera oncosa,  
Tartésio río, mi sepulcro, suena,  
Hiriendo triste en él, con voz quejosa,

Pues no se condolece de mi pena  
Un pecho ingrato y sin amor, lloroso,  
Sus iras impías y mi mal resuena.

Podrá ser que en la muerte venturoso,  
Alcance claro nombre y escogido  
De constante amador y no dichoso.

Pero, ya que me veo al fin partido,

De mis bellas estrellas desterrado,  
De lo puedo ni espero ser oído,  
Y que a molesta ausencia condenado,  
Relecho, contrastando al dolor mío,  
Protesto que en mí mal no soy culpado.  
No para atender bien, que en pecho frío  
No cabe compasión, de mal extraño,  
Ni admite amor tan áspero desvío;  
Mas para no dar fuerzas al engaño,  
Por donde me conduce solo, ausente,  
Con que pueda culparme en tanto daño.

Y pues amor mis lástimas consiente,  
No quiero yo vedar á mi memoria  
Cosas con que mi pena se acrecienta.  
Los favores, que fueron rica historia  
Y dichosos despojos de alegría,  
Los perdidos contentos de mi gloria,  
Sean triste desdicha y suerte mía,  
Pues en seguro y llano y lido estado  
Mi niebla oscureció á la luz del día.  
Mas porque no se ofenda el bien pasado,  
Aunque es agravio injusto al pensamiento,  
Quiero el dolor por él sufrir doblado.

Pero tengo tan tierno el sentimiento,  
Que me enflaquece, y temo la caída;  
Que mal se pierde tanto lasamiento.  
El riesgo no me turba de la vida;  
Que abandono el temor con el desseo,  
Y la esperanza yace confundida.

Bien puedo ya decir que no deseo,  
Mas dudo la memoria que persigue  
Mi alma, á do mis bienes, triste, veo.

Amor; qué bien ó qué valor consigue,  
Trocando á cada paso mi tristeza?  
Qué gloria de mal nuevo se le sigue?  
Si yo me viera rico y en grandeza,  
Si estuviera rebelde y no vencido,  
Si pudiera perder en mi pobreza,

Mostrara en mí la fuerza de su olvido,  
Vengara su desden su airado pecho,  
Y trajera continuo perseguido;  
Mas á quien olvidado ya y deshecho  
Esta de su furor, á quien no siente,  
A quien llegar no puede á mas estrecho,

¿Para que lo maltrata? Que ni ausente,  
Ni preso y desdenado ni sujeto,  
Tengo mas que sentir que me atormente.  
Si algun bien esperara, yo prometo  
Que de grado escogiera este importuno  
Dolor, que no permite estar secreto.

Mis males cuento todos de uno en uno;  
Hallo poca razon, y no me atrevo  
A consolar mi ofensa con alguno.  
Confortóme con esto, que no de lo  
Mas á mí bien que no haya merecido,  
Y que en estos mis males no soy nuevo.

Y así, triste y lloroso me despidió  
Del alma, que me da el postrer aliento,  
Si del cielo no soy favorecido.  
La voluntad rendida le presento  
Otra vez, y consagro los despojos  
De este mal y cuitoso apartamiento;

Que no es mucho que guarde mis enojos  
Con las ricas memorias de alegría,  
Pues voy solo y ausente de sus ojos.  
Pero si la infelice suerte mía  
La mueve tiernamente á mi cuidado,  
Oír á mi niebla de la luz del día;

Y siendo de sus rayos inflamado,  
Aquí, do estoy ausente en dolor fiero,  
Renovaré la gloria al mal pasado.  
Después de tanta sombra el sol espero,  
Que el día ilustrará á la noche oscura,  
Y en aquel dulce bien de amor primero  
Los ojos fijaré en mi lumbré pura.

## SONETO XLII.

En la oscura tiniebla del olvido  
Y fría sombra, do tu luz no alcanza,  
Amor, me tiene opreso sin mudanza (11)

(11) Amor, me tiene puesto sin mudanza.

Este fiero desden aborrecido;  
Porque de su aspeza perseguido (12),  
Hecho misero ejemplo de venganza,  
Del todo desampare la esperanza  
De volver al favor y al bien perdido.  
Tú, que sabes mi fe y que ves mi llanto,  
Rompe las densas nieblas con tu fuego (13),  
Y tórneme á la dulce suerte mía.  
Mas ¡oh! si oyese yo tal vez el canto  
De mi ingrata cruel, saldria luego (14)  
A la pura region de la alegría.

## XLIII.

Ya siento el dulce espíritu de la aura,  
Que mansamente murmurando aspira;  
Ya veo el puesto adonde amor me tira,  
Y á do su muerte llama el fuego instaura.  
¿Cuál amador de Cintia ó Delia ó Laura  
Temió mas el desden, la ardiente ira,  
Que yo la Luz que tiernamente mira  
Mí mal, y de la pena me restaura?

Como al que espantó el rayo con el trueno  
Y lumbré, que aun le queda en la memoria  
El alto estruendo del terror pasado;  
Tal yo, que estuve triste y siempre lleno  
De males, huyo en muestras de mi gloria,  
Temiendo el bien que no esperé, engañado.

## XLIV.

Tú, que con la robusta y ancha frente  
Y grandes hombros sustentaste alzado,  
Rey africano, el polo apresurado  
Y cerco de los astros reluciente (15);

Y tú, que cuando Atlante temblar siente  
La inmensa carga, sin doblar cansado  
El yerto cuello tuyo levantado (16),  
Sufriste tanto peso osadamente;

Aunque en valor no igual ni en la grandeza,  
No vos invidio yo, porque el sereno  
Cielo y estrellas, donde amor se cria (17)

Y donde reina eterna la belleza,  
Sostuve glorioso y de bien lleno,  
Cuanto sufrió la corta suerte mía.

## XLV.

Amor en mí se muestra ardiente fuego (18),  
Y en las entrañas de mi Luz es nieve;  
Fuego no hay que ella no torne nieve,  
Ni nieve que no mude yo en mi fuego.

La fría zona abraso con mi fuego,  
La tórrida mi Luz convierte en nieve (19);  
Pero no puedo yo encender su nieve,  
Ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.

Contrastan igualmente hielo y llama;  
Que fuera de otra suerte el mundo hielo,  
O su máquina toda viva llama;

Mas fuera; que resuelto ya en el hielo (20),  
O el corazón desvanecido en llama,  
Ni temiera mi llama ni su hielo.

- (12) Porque de su crueza perseguido.  
(13) Rompe las nieblas con tu ardiente fuego.  
(14) De mi enemiga, que saldria luego.  
(15) Rey africano, todo el consagrado  
Cerro de las estrellas reluciente.  
(16) El vigor de tu cuello levantado.  
(17) Yo no os invidio, aunque en la grandeza  
Y en valor desigual, porque el sereno  
Cielo y estrellas, do el amor se cria.  
(18) Amor en mí se muestra todo fuego.  
(19) La ardiente mi luz vuelve helada nieve.  
(20) Mas fuera; porque ya resuelto en hielo.

Este juego de consonantes, indigno del talento de Herrera, se halla en varios poetas de los siglos XVI y XVII. Sirva de prueba y ejemplo esta octava en que el doctor Alonso de Acebedo pretendió descubrir el caos en su poema *La Creacion del mundo* (Roma, 1615).

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra  
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,

## XLVI.

Hurta las glorias de esperanza incierta,  
 Vanos efectos, días mal gastados  
 Dieron triste principio á mis cuidados  
 Y ocasion á mis lástimas abierta.  
 De mi favor y mi alegría cierta  
 Los pasos fueron súbito cortados,  
 Y fueron mis dolores renovados  
 Con la memoria de mi gloria muerta.  
 Ahora queda inútil esperanza,  
 Frio, calor, temor, suspiro y llanto,  
 Y solo amor en mi engañada suerte.  
 No deseo tornar en confianza;  
 Que no hay corazón que sufra tanto,  
 Ni aun bien que me defienda de la muerte.

## XLVII.

Solo de unos honestos dulces ojos  
 Tengo lleno mi alto pensamiento;  
 Solo de una belleza cuido y siento,  
 Que da justa ocasion á mis enojos;  
 Solo me prende un lazo, que en manojos  
 De oro esparce el amor al manso viento;  
 Solo de una grandeza mi tormento  
 Procede, que enriquece mis despojos.  
 No escucho otra voz ni amo, y no me acuerdo  
 De otra gracia jamás, ni espero y veo  
 Otro valor igual en mortal velo;  
 Si no fuese saber que ausente pierdo  
 La gloria que se debe á mi deseo,  
 Nunca mas bien de amor me diese el cielo.

## XLVIII.

Llevarme puede bien la suerte mia  
 Al destemplado cerco y fuego ardiente  
 De la abrasada Libia ó donde siente  
 Profija sombra Tile y noche fria (21);  
 Que en la niebla tendré la luz del día (22),  
 Templanza en el calor, aunque esté ausente  
 De vos, mi bien, y niegue el inclemente  
 Amor dulce esperanza á mi porfia (25).  
 Y no podrá mi áspero tormento,  
 Y el inmenso dolor que temo tanto,  
 Turbarme un solo punto de mi gloria;  
 Que en medio de mi grave sentimiento,  
 De mi hielo y mi llama alegre canto  
 De mi dichoso afán la rica historia (24).

## XLIX.

Aquí yo vi el luciente y puro velo  
 Por los hermosos hombros esparcido,  
 Que se puso en mi cuello, y saculido  
 A la anra, el oro retocó en su velo.  
 Cual baja el bello Amor del alto cielo  
 Con crispante esplendor esclarecido,  
 Tal mi Luz pareció con encendido  
 Vigor, que hace ilustre y rico el suelo.  
 Mis ojos, que gozaron esta gloria,  
 Son dichosos, y guardan la alegría  
 Para el dolor que el alma presa siente.  
 ¡Oh qué dulce holganza á la memoria,  
 Bulce bien y regalo de aquel día,  
 Que siempre alabo en soledad ausente!

(21)

Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra  
 Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;  
 Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra  
 Discordes tierra y mar, fuego, aire y cielo,  
 Era el cielo en mar, aire en fuego, en tierra,  
 Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.

(22)

De la abrasada Libia ó do se siente

(25)

Casi perpetua sombra y noche fria.  
 Que en la niebla tendré lumbre del día.

(24)

De vos, mi bien y amor, siempre inclemente  
 Me niegue la esperanza de alegría.  
 De mi dichoso mal la rica historia.

## L.

## A don Pedro Tello.

En tanto que en el fiero hórrido seno  
 De la antigua Cartago el estandarte  
 De España hourais, y al sarraceno Marte  
 El pecho de temor mostrais ajeno,  
 Yo aquí, do el rico Bétis, de honor lleno,  
 El fértil curso ufano en vueltas parte,  
 Dando de mí al amor la mejor parte,  
 De mi incierta esperanza me enajeno.  
 Mi Luz bella y sus lazos y oro cauto,  
 Y aunque el valor insigne vuestro admiro,  
 De luero á vos no invidio la corona;  
 Que á mayor premio el ánimo levanto  
 Si mi divina Luz, por quien suspiro,  
 De sus hermosas hebras me corona.

## LI.

Pensoso vuelvo á la alma del pasado  
 Tiempo el dolor que tuve, y el presente,  
 Ya que razon alguna no consiente  
 Que en dulce error padezca enajenado.  
 El cuello yo levanto deslazado,  
 Que la señal del yugo impresa siente;  
 ¿Cuál tuyo, óh impio Amor, grave accidente,  
 Digo, podrá mudar mi ufano estado?  
 Yo sé bien cuánto duele una esperanza  
 Que huye y un temor que crece en pena,  
 Y cuán vano es el fin de mi deseo;  
 Mas deshaces, cruel, mi confianza  
 Simple, que á tus engaños me condena,  
 Y voy alegre al mal que temo y veo.

## LII.

Las armas fieras cante el triste hado  
 Del soberbio Lion, ceniza hecho  
 El impio orgullo, el temerario pecho  
 Con saeta celeste atravesado;  
 El mar nunca primero navegado,  
 Y duras peñas del concurso estrecho,  
 De centauros el impetu deshecho,  
 O Egeon con cien brazos inclinado;  
 Quien en la Aonia selva ornó su frente,  
 Habitador de la Cirrea cumbre,  
 Para vencer la muerte con memoria;  
 Que yo solo, si Amor tal bien consiente,  
 Mi pura Estrella, canto vuestra lumbre,  
 Que me alina en las llamas de su gloria.

## LIII.

¿Por qué abrasas en nuevo encendimiento,  
 Impio, ingrato Señor, mi ciego pecho (25)?  
 Que ya casi olvidado del mal hecho,  
 En soledad vivía del tormento (26).  
 Cuando mas descuidado y mas contento  
 Revuelves á meterme en tal estrecho,  
 Obligarme, cruel, que á mi despecho  
 Procure contrastar tu fiero intento.  
 Las armas en el templo ya colgadas  
 Visto y el acerado escudo embrazo,  
 Y en mi venganza salgo á la batalla.  
 Mas ¡ay! queni á las flechas que templadas (27)  
 En la luz de mi Estrella están, ni al brazo  
 Tuyo resistes bien segura malla (28).

## LIV.

¿Quién rompe mi reposo? Quién desata  
 El dulce sueño al corazón cansado?  
 Quién despierta el temor de mi cuidado?  
 Quién mi sosiego amado desbarata?

(25)

¿Por qué renuevas este encendimiento,  
 Tirano Amor, en mi herido pecho?

(26)

Vivía en soledad de mi tormento.

(27)

Mas ¡ay! que á las saetas que templadas.

(28)

Tuyo no puede resistir la malla.

La fuerza de mi afán, que me maltrata,  
Turbando mi descanso; y tan pagado  
Estoy del mal, que en él enajenado,  
De lo mas el sentido se recata.

Fuera yo á mi pasión no agradecido  
Si no buscara extremos en la pena,  
Como en la presunción de mi osadía.  
El bien de mi dolor tan bien sufrido  
Es pensar que cuán fiero me condena,  
Tanto es mayor con él la gloria mía.

## LV.

Ojos en quien mi espíritu respira  
Tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;  
Ojos no, mas purísimas estrellas,  
Rayos que el sol menor celoso mira;

Rico puesto, á do solo amor espira,  
Bichoso en las eternas luces bellas,  
Y sus llamas afina, y tiempo en ellas,  
Siempre fiero y cruel, la aguda vira ;  
No alcanza nombre alguno á la belleza  
Vuestra; y así, no digo cuánto siento,  
Que tanto bien no cabe en voz humana.

Baste que para osar á vuestra alteza  
Vos llame ¡oh dulce causa á mi tormento!  
Ojos de mi sirena soberana.

## LVI.

Céfiro renovó en mi tierno pecho  
Floridas ramas de esperanza cierta,  
A mansa lluvia, á sol templado abierta,  
Y todo se mostraba en mi provecho ;  
Cuando de hielo un crudo soplo hecho  
De aquella parte de calor desierta,  
Abate en tierra mi esperanza muerta,  
Y el trabajo en un punto fué deshecho.

Quedó en el mesmo puesto el hielo frío,  
Que con el fuego en mi dolor confunde,  
Y vence alguna vez, otra es vencido.

De allí siempre temí en el pecho mio  
La nieve; que aunque el fuego me defiende,  
Medroso estoy del daño recibido.

## LVII.

Salen mil pensamientos al encuentro  
Cuando estoy mas ajeno, y pueden tanto,  
Que apenas de mis males me levanto,  
Y doy en el peligro siempre dentro (29).

Sin recelo mi afrenta sigo, y entro  
Osando ¡oh ciego error! para mas llanto;  
Alcanzo, aunque me esfuerzo, á valer cuanto  
A las mudanzas debo en que me encuentro (50).

El esquivo dolor no es el que hace (51)  
La guerra que padezco de mi daño;  
Que el mal no espanta á quien lo tiene en uso.

El bien que espero y temo me deshace (52);  
Que yo sé bien por el ausente engaño  
Juzgar de este presente el fin confuso.

## ELEGÍA VI.

¡En debes asconder, sereno cielo,  
Tus luces, y tejer de oscuro manto  
En torno luengamente el ancho velo,

Y España deshacerse en mustio llanto,  
Y volver en un triste sentimiento  
Siempre la dulce voz y alegre canto,

Y bétis remover del hondo asiento  
Negras ondas, creciendo el mar hinchado  
El curso de su misero lamento,

Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado  
Pudo airado robar la luz hermosa  
Al suelo eternamente despojado.

Perpetua sombra y niebla tenebrosa  
Desconhorte los pechos espantados

(29) Y ya me hallo en el peligro dentro.

(50) Y aunque me esfuerzo al fin, no puedo cuanto  
Debo en tantas mudanzas con que encuentro.

(51) No es ta tristeza ni el dolor quien hace.

(52) El bien que temo y dudo me deshace.

De dureza tan áspera y llorosa.

Acábense con este los cuidados,  
Las congojas antiguas y el gemido  
Por todos los sucesos desdichados.

El sol de hermosura esclarecido,  
Rayo de la divina hermosura,  
Yace en fria tiniebla oscurecido.

Quien pudo ver la luz suave y pura,  
Clarísima Eliodora, de tus ojos,  
Nunca esperó tan grande desventura.

Las ricas hebras, lúcidos manojos  
De oro terso, sutil y ensortijado,  
Son ya de muerte miseros despojos.

Vese el dulce color amortiguado,  
Y sin vigor la bella y blanca frente,  
Y queda el cuello apuesto derribado.

El blando trato, el corazon clemente,  
La gracia generosa y cortesia,  
La fe y modestia y la virtud presente

Entrega un desdichado y cruel día  
En duros brazos de la muerte fiera,  
Cuando menos al miedo se debía.

Esta engañosa vida lisonjera,  
Desierta y en confuso error perdida,  
Después de tanto mal, ¿qué bien espera?

Con esta triste y última partida  
Es dulce vida ya la amarga muerte,  
Y amarga muerte ya la dulce vida.

Ningun caso tan áspero ó tan fuerte  
Estrago, y ningun impetu sañoso  
Del cielo que contrasta nuestra suerte

Puede, aunque quebrantando proceloso  
Arranque gruesos muros bien trabados,  
Y se confunda el orbe temeroso,

Rendir los corazones levantados;  
Que el valor glorioso los alienta  
Entre peligros mil nunca turbados.

Mas esta, que enemiga se presenta,  
Y deshace cruel con impia mano  
La verde flor, indina de esta afrenta,

Al mas excelso pecho y sobrehumano  
Desnuda de la usada fortaleza  
Que contra su rigor se opone en vano.

Terrible mal, pero comun tristeza,  
Que desbarata la ambición profana,  
Freno de vanas pompas y grandeza,

Contra esta furia rigida, tirana,  
Solo finca un reparo no ofendido,  
Que es la ardiente virtud y soberana.

Rompa el cielo en mil rayos encendido,  
Y con pavor horrisono cayendo,  
Se despedace en hórrido estampido.

Tal es, que este furor y horror tremendo,  
Y cuanto conspirare por su daño,  
Rendido ante ella quedará gimiendo.

Bien puede al hombre ciego y della extraño  
Enflaquecer, y su memoria injusta  
Acabar del olvido en lento engaño;

Mas nunca podrá haber vitoria justa  
De quien se aparta, y singular continuo  
Sigue y alcanza al bien con gloria angusta.

Bichoso aquel espíritu divino  
Que la alta frente descubrió seguro,  
Sin temer el comun peligro indino,

Y al estrellado claustro y ardor puro  
Encuénbró el fácil vuelo en paz, purgado  
De corteza mortal y error oscuro.

Si amor de la virtud jamás cansado,  
Si piedad, si corazon honesto,  
Si sufrimiento apenas enseñado,

Y si ánimo humillado y bien dispuesto,  
Si trabajos de inmenso sentimiento,  
Si á santas obras pecho firme y puesto,

Pueden de este apartado y grave asiento  
Colocarte ¡oh sin par bella Eliodora!  
En los giros de eterno movimiento,

Tú serás en el cielo nueva aurora,  
Antes luciente sol que muestre al día  
La riqueza y valor que en tí atesora;

Y cuando la desnuda noche fria  
Oscurezca el fulgor, serás lucero  
Que descubra en su horror serena vía.

Y viendo el color tuyo verdadero  
 Variado en la púrpura y la nieve,  
 Y el oro que igual nunca vió el fibero,  
 Dirá quien te mirare, si osar debe  
 En tanto mal, ingrato á tu belleza :  
 «¿El impio hado á tanto bien se atreve?»  
 Tú jamás descansaste en la estrechez  
 Que tu alma ofendia, y padeviste  
 Dolor, y siempre alanes y tristezza.  
 No quiso el claro olimpo, ni pudiste  
 Ya esperar mas trabajos, y dejaste  
 Alegre al cielo todo, á España triste.  
 Contigo arrebatado nos llevaste  
 El deseo de amor honesto y santo  
 Con el que en nuestros pechos inflamaste.  
 Yo canté tu valor, y ahora canto  
 El premio merecido de tu gloria,  
 Aunque á la voz impide el tierno llanto.  
 Mas en mí no desmaya la memoria  
 De tu virtud, de quien el tibio olvido  
 Desespere ganar jamás vitoria ;  
 Y veo que es el llanto mal perdido,  
 Porque descansas libre ya y segura,  
 Y la ocasion de mi dolor olvido.  
 No podia tu inmensa hermosura,  
 Tu valor, tu divino entendimiento  
 Contento sosegar en sombra oscura ;  
 Y desdeñando el duro ligamento,  
 Deslazaste, y en leve vuelo suelta,  
 Pisas el cerco etéreo y firme asiento.  
 Si puede renovarte alguna vuelta  
 La memoria del suelo despreciado,  
 En dichosa alegría y bien envuelta,  
 Da esfuerzo á este mi espíritu cuidado  
 Para sufrir la acerba y luenga pena  
 De esta vida, la lástima y cuidado,  
 Que ya de la esperanza se enajena,  
 Ya su intento engañado y error siente,  
 Y en tormento molesto se condena.  
 Que en tu hora inclinado el Occidente,  
 El frio Ebro, el Tajo caudaloso  
 Venerará este dia humildemente.  
 Y Bétis, que contigo fué dichoso,  
 Pero ya desdichado, que te pierde,  
 Y triste y sin el ancho curso hondoso,  
 En medio de su fértil campo verde  
 Hará que el coro todo se levante  
 De ninfas que con dulce voz conenrde ;  
 Y metiendo en el piélago de Atlante  
 La frente por su abierto y hondo seno  
 Con impetu extendido resonante,  
 Dará ocasion que el mar, de peñas lleno,  
 Alee el canto en tu gloria, rodeando  
 Sus bandas, de otra alguna voz ajeno ;  
 Hasta que el claro son multiplicando,  
 Entre, volviendo el paso, en el Egeo,  
 En el último Euxino reparando,  
 Yo, si el cielo, presente á mi deseo,  
 No corta el hilo frágil de esta vida,  
 Y al canto aspira espíritu febeo,  
 Espero tu memoria esclarecida  
 Hacer insigne ejemplo de la fama,  
 Prenda solo á mis lágrimas debida.  
 Y quien oír pudiere de tu llama  
 Viva el puro esplendor y la belleza  
 Que por cuanto el sol cerca se derrama,  
 Culpará de sus hados la dureza,  
 Que le negó admirar en este suelo  
 La luz excelsa de inclita grandeza.  
 Alma dichosa, tú, que al alto cielo  
 Enriqueces alegre, y gloriosa  
 Te cubres de púrpureo y sutil velo,  
 Vuelve á mirar á España lastimosa  
 En tu partida, que de bien ya ajena,  
 Yace en terreno afeto congojosa.  
 Esta triste ribera, de afan llena,  
 Que vió desaparecer su blanca aurora,  
 Con mustio verso marmurando suera.  
 La sublime y bellissima Etofoora,  
 Roto el cansado y grave peso frio,  
 Abrasada en la eterna luz que adora,  
 Es tuteta del sacro hesperio rio.

## CANCION V.

A don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina

Príncipe excelso, á quien el hondo seno,  
 Por su luciente curso y extendido,  
 El sacro padre Oceanó inclinado  
 Ofrece, de respeto humilde lleno,  
 En el corriente estrecho celebrado  
 El tributo debido,  
 Si del diuceo cisne esclarecido  
 La sacro grande y sonora, el alto canto,  
 Y de Cirra el aliento en mi inspirara,  
 Yo nunca las hazañas ensalzara  
 De aquel que causó en Troya último llanto,  
 Ni el que, ofendido tanto  
 De la sañosa Iuno, limpio en guerra  
 De fieras y tiranos la ancha tierra ;  
 Antes pensara, alzando osado el vuelo  
 Por la inmensa region de vuestra gloria,  
 Sin perder el dichoso atrevimiento,  
 Entre los puros astros que orna el cielo  
 Con cercos de lumbroso movimiento  
 Vuestra insigne memoria  
 Entrelazar, negando la vitoria  
 Del claro nombre al tiempo desdeñoso ;  
 Mas, aunque el valor vuestro y su grandeza  
 No admiten de mis versos la rudeza,  
 Y de fearlo el suceso peligroso  
 Me vuelva temeroso,  
 Y el riesgo á que me obligo atento veo,  
 No puedo contrastar á mi deseo.  
 Si el noble, liberal y cortés hecho,  
 Y piedad del ánimo excelente  
 No sufrió que la sangre generosa,  
 Aunque contraria con discorde pecho,  
 De la estirpe real y gloriosa  
 Casa vuestra en la ardiente  
 Libia acabase presa indignamente,  
 Premio teneis ya de esta cortesía ;  
 Que toda cuanto es grande admira España  
 La hora singular de esta hazaña,  
 Y vencida la invidia, se desvia  
 De su antigua porfia,  
 Y á su pesar conoce en tanta muestra  
 Que solo pudo ser tal obra vuestra.  
 Vos, que cual sol, que luce entre las nieblas,  
 Resplandeceis en esta edad oscura,  
 A renovar la bella edad pasada  
 Cuando, venciendo alegre las tinieblas,  
 Fué la sola virtud mas estimada,  
 Pues ya por vos procura  
 Subir á su grandeza y lumbré pura,  
 Y del olvido ingrato, en quien se asconde,  
 Vuestro favor invoca y vuestra mano  
 Pide, y osa elevar el vuelo ufano  
 A su difícil yerta cumbre, donde  
 El premio igual responde ;  
 No la desampareis, que en vos espera  
 Vibrar su llama y descubrir entera.  
 No esperéis en el marmol esculpido  
 O en el sujeto bronce bien labrado,  
 Que figurado vuestro nombre espire,  
 Que en breve espacio yace oscurecido,  
 Aunque el ingenio juuto y arte inspire  
 De Fidia aventajado ;  
 Que este es mortal trabajo limitado ;  
 Porque el divino coro de Elicona,  
 Intento á vuestra gloria, el árbol verde,  
 Que su esplendor florido nunca pierde,  
 Teje en hojas de roble y lo corona  
 De una inmortal corona,  
 Para ceñir en torno de oro ardiente,  
 Con siempre eterno nombre vuestra frente.  
 Nunca la luz jamás y la grandeza,  
 Que de amable virtud el fuego inflama,  
 Y el brio generoso el alto pecho,  
 Despues de la fatal comun tristezza,  
 Cuando al valor se niega su derecho,  
 Centellará en la llama,  
 Do la memoria mas vos busca y llama,

Si la sagrada musa, agradecida,  
No deshace la sombra del olvido;  
Es vano intento, es ciego error perdido,  
Cuidar que pueda alguno alcanzar vida  
A su nombre delida,  
Si este favor pujante no proviene  
De aquella inclita voz de Melpomene.  
¿Cuántos famosos príncipes encubre?  
Cuántos heroicos pechos encerrados  
Tiene el silencio oscuro en negro velo?  
El tiempo vencedor asconde y cubre  
Todo cuanto valor ilustró al suelo.  
De aquellos que admirados  
Y fueron de los hombres venerados,  
Aun rastro de su gloria no se alcanza.  
Vos de tanta engañada muchedumbre  
Distinto vos vereis en alta cumbre,  
Con pocos alcanzando esta alabanza;  
No engañéis la esperanza  
Que de vos nos promete y hace cierta  
La natural virtud que está encubierta.

Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,  
No meaos en la paz que en dura guerra,  
De los vuestros clarísimos mayores,  
Cuyo valor sublime, enyos pechos  
Quebrantaron los bárbaros furores;  
Que nuestra rica tierra  
Por donde el africano mar la tierra  
Alegaron en sangre, y la abrasada  
Arenosa Numidia, helada y fría,  
Roto su orgullo todo y su porfía  
Venida, en vristes lágrimas bañada,  
Se les rindió humillada;  
Y Atlante con horror temió presente,  
Gimiendo el postrer hado amargamente.

Del mas preciado nombre y glorioso  
Que España, de las gentes domadora,  
Puede alabarse, sois felice lumbre;  
Grande honor, gran cuidado trabajado  
Para pedir las puntas de su cumbre,  
Porque la roja aurora,  
Y la lista que intenso ardor colora,  
Y la que en hielo terpe se condena,  
Y las partes del orbe mas extrañas  
Conocen el fulgor de sus bahañas;  
Que su valor en todas crece y suena  
Con luz de gloria llena.  
Vos, a igualar sus hechos obligado,  
Solo seréis de todos admirado.

## SONETO LVIII.

Si puede celebrar mi rudo canto  
La luz de vuestro ingenio y la nobleza,  
Tendrá perpetua gloria con grandeza  
De fama en el dorado y rico manto;  
Pero si de mi mal no me levanto,  
Y amor me ocupa todo en la belleza,  
Sola y grave ocasion de mi tristeza,  
Por quien suspiro y me deshago en llanto,  
Será en cuanto sostenga la alma aña  
El duro peso, sin temor de olvido,  
Siempre vuestro valor de mi estimado;  
Porque el sosiego y trato y cortesía  
A vos todo me tienen ofrecido.  
¡Oh ilustre honor del nombre Maldonado,

## LIX.

Tal vez abrasa con vapor fogoso,  
Tal vez enfria con horror helado,  
Be la africana fuente desatado  
El cristal en el mesmo trato ondoso,  
Cuando el cielo en la sombra está medroso,  
Hierve en ardor su curso destemplado,  
Y cuando yace el sol mas inflamado,  
Corre un invierno de rigor nevoso.  
Son tales los milagros que en mi pecho,  
Sujeto y condenado a tu crueza,  
Haces, fiero tirano y señor mio,  
Que estoy en el calor un hielo hecho,  
Y un fuego de inmortal naturaleza  
En la fuerza y vigor del mayor frio.

## LX.

## A don Alvaro de Bazau, marqués de Santa Cruz.

Asconde, tardo Bágrada, en tu seno  
La fierá armada de tu osada gente,  
Y arrancaudo los cuernos de la frente,  
Pierde el orgullo, ya de esfuerzo ajeno;  
Que á todo el aucho ponto pone freno,  
Vengando con la aguda espada ardiente  
Los insultos que sufre el Occidente,  
El domador del cita y sarraceno (55).  
Verás la tierra presa, el mar saugriento,  
Y al nombre de Bazau temblar medroso  
El corazon mas bravo y arrogante.  
Y atado en hierro el cuello descontento,  
Renderse al brazo suyo poderoso  
Cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

## LXI.

Ausente pienso en mi dolor conmigo,  
Si alguna vez estuve tan contento,  
Que no diese al cuitoso sentimiento  
El lugar que se debe al mas amigo;  
Y hallo al fin en este mal que sigo  
Que nunca un hora libre de tormento  
Puede alcanzar; que al cabo el pensamiento  
Es mi mayor contrario y enemigo.  
Bien que pruebo traer á la memoria  
Sombras de un bien que descubri tan vano,  
Que se desapareció luego á mis ojos;  
Mas esto no me puede causar gloria;  
Antes da siempre á mi dolor la mano  
Para que no se acaben mis enojos.

## LXII.

## A Luis Barahona de Soto.

Vos celebrando al son de noble lira,  
Insine Soto, vuestra dulce pena,  
Del Dauro la ribera teneis llena,  
Y el bosque verde vuestro nombre admira (54).  
Yo aqui, do amor en mi dolor conspira,  
Solo en esta desierta ardiente arena  
Mis ojos rompo triste en honda vena (53),  
Y el grande Bétis con mi mal suspira.  
Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego  
De vuestra fénix renovais la gloria,  
Que no podrá cubrir niela de olvido.  
Yo, misero, sin bien, herido y ciego,  
Avivo de mis males la memoria,  
Desesperado y nunca arrepentido.

## ELEGIA VII.

¿Qué honor vos pudo dar, bella enemiga,  
Rendir mi pecho, que con tal cuidado  
Buscastes la ocasion de mi fatiga?  
Si yo naci sujeto y obligado  
A perderme en las ondas del mar fiero,  
Cual navegante misero engañado,  
¿Por qué con dulce canto y lisonjero  
Suspense, me llevastes compelido  
Al dolor grave en que lloroso muero?  
Bien conocia yo, ¡amé perdido!  
De vuestro corazon el falso engaño,  
Y el aspero rigor de vuestro olvido.  
Inña, temeroso de mi daño,  
La luz de vuestros ojos y belleza,  
Como si del amor naciera extraño.  
No me valió vestirme de dureza  
Contra las crudas flechas del tirano,  
Que solo se contenta en mi tristeza.  
Porque viendo que el golpe de su mano  
No abría bien el corazon constante,  
Y que su intento sucedia en vano,

(55) El domador del cita y agareno.

(54) Y el verde bosque, que de vos se admira.

(53) Rompo mis ojos en profunda vena.

Y que el arco de duro diamante  
Perdía su vigor, vuelto indignado  
Contra mi presunción tan arrogante,  
Se puso en vuestros ojos regalado,  
Blando, lleno de tierna cortesía,  
Suave y dulcemente lastimado.

Con esto mi firmeza y mi porfía  
Rota, quedó vencida y entregada  
A vuestra voluntad siempre la mía.  
Mostrásteisvos alegre y agrada  
Tanto del grave afán que por vos siento,  
De rigor y desden tan apartada,

Que os di mi libertad, y el pensamiento  
Ocupé solo en vos, y fué mi gloria  
Merecer en virtud de mi tormento.

Ahora, que soberbia en la vitoria,  
Vos descubris á mi pasión esquiva,  
A mi nombre negais vuestra memoria;

En vuestro pecho no sufrís que viva  
De tanto amor una pequeña parte  
Sin deslazar mi ánima cautiva.

Este es el mal que me deshae y parte  
El corazón mezquino, y con cruzes  
A mil varios peligros lo reparte.

Si ofende al valor vuestro y su grandeza  
Que os tanto fiar de mi cuidado,  
Que adore mi humildad vuestra belleza,

No merezco por ello ser culpado;  
Porque conozco bien cuán poco alcanza  
Al cielo alto mi vuelo desmayado;

Pero vos alentastes mi esperanza,  
Y vuestra luz me dió merecimiento  
Para abrazar tan alta confianza.

La honra de mi noble pensamiento,  
Mi fe y amor, á sola vos debido,  
Son dignos de mas grato acogimiento.

Memorias tristes de mi bien perdido  
Me siguen siempre, y me molestan tanto,  
Que deseo acaballas en olvido.

Deshecho todo en miserable llanto,  
Hago testigos este prado y frente  
Del mal que sufro ausente en mustio canto.

Solo un cuidado tengo que contente  
El corazón cuitado en tanta pena,  
Que descansan ninguno me consiente;

Y es, que al fin quedo en esta suerte ajena  
Alegre de haber muerto á vuestra mano  
Antes que despedace esta cadena.

Mas yo ¿qué digo? ¿á quién me quejo en vano?  
A un bello rostro y corazón de fiera,  
Tierno en vista y en obras inhumano.

Mejor será que antes que yo muera  
En este error huya mi suerte dura,  
Y lo que la razón me ofrece quiera.

Esta luz soberana y hermosa,  
Que tanto hacer pueden en mi daño,  
Se cubran para mí de sombra oscura.

Otra extraña región y cielo extraño  
Me conviene buscar, porque perezca  
En la ausencia la causa de mi engaño.

Do nunca á la memoria se me ofrezca  
El dulce nombre iré, y á do conmigo  
Siempre ocasión de justo desden crezca.

Mas ¿qué valdrá? que nunca mi enemigo  
Se aparte de mi pecho y me presente  
Mi pura Estrella en mi favor consigo?

A vos, mi bien, así jamás consienta  
El cielo que la luz de esa belleza  
Del tiempo la comun ofensa sienta,

Pido que no sufráis que mi firmeza  
Acabe sin que sea agradecida,  
Conforme al merecer de esa grandeza.

¿Por ventura será cosa debida  
A vuestro gran valor ser vos llamada  
Ingrata, desleal, desconocida?

La dulce Vénus, madre regalada  
Del fiero Amor, estaba lastimosa,  
Y en fatiga continúa congojada (56),

Porque su hijo, cuya poderosa  
Diestra rinde herido y humillado  
Cuanto cerca del sol la luz fogosa,  
Aunque bello y en ella figurado,  
Cual parto de su inmensa hermosura,  
Divinamente puro y acabado,

No crecía en grandeza y compostura  
Igual á la belleza, y que vivía  
Mucho tiempo sujeto á tal ventura;

Doliéndose del daño, no sabía  
Qué remedio tuviese una extrañeza  
Nunca vista jamás hasta aquel día.

Al fin, del triste caso la graveza  
La llevó á consultar, por mas seguro,  
De las secretas cosas la certeza.

Témis, que revelaba lo futuro,  
Viendo su confusión, le dice: «Olvida,  
Vénus, este temor del hado oscuro.

«Este tu Amor, en esa edad florida  
Si no crece, aunque solo es engeñado,  
Es por oculta causa y escondida,

«Puede solo nacer y ser criado,  
Y no crecer; si quieres tú que crezca,  
Pare otro hijo, Contramur llamado;

«Con tal suerte, que el uno favorezca  
Mirando al otro hermano en crecimiento,  
Cobrando cuerpo que al igual belleza;

«Pero si el uno falta, a un movimiento  
Ambos acabarán forzosamente,  
Y este es decreto de infalible asiento.»

Volvió Vénus alegre, y juíamente  
Al regalo del dulce amado Marte,  
Y cuanto dijo Témis vió presente.

Jauro Afrodiseo. Antes lo trasladó en prosa, del modo que á continuación se puede leer:

«Había engeñado Vénus á Eros, que es el amor. El niño era agraciado y hermoso, porque mostraba en su rostro la figura y belleza de su madre, en ninguna cosa degenerando de la belleza de ella; pero no podía crecer en grandeza y estatura de cuerpo, que respondiese á la hermosura; y así, quedó mucho tiempo en aquel hábito con que nació. Congojada y falta de consejo su madre, maravillábase desta extrañeza, y no entendía qué causa impidiese su crecimiento; y no menos que ella se fatigaban las Cárites, diosas de las gracias, que tenían á su cargo la crianza del niño. Al fin fueron á consultar el oráculo de la diosa Témis, que pronunciaba lo que estaba por suceder de los hados, porque aun no había comenzado Apolo á presidir en Delfos, ni revelaba aun los secretos de las cosas escondidas en oscuridad; y humildemente le suplicaron que buscase y les descubriese algun remedio para aquella no acostumbrada calamidad, digna de toda gran admiración. Entonces respondió Témis:—Yo libraré vuestro ánimo desta congoja, porque aun no habeis conocido bien la naturaleza y el ingenio deste niño; porque este tu verdadero Amor, oh Vénus, puede por ventura nacer solo, pero no puede crecer solo. Y si tú quieres que él crezca en la proporción justa del cuerpo, tienes necesidad de otro hijo llamado *Anteros*, que con recíproco y trocado amor satisfaga y compense las fuerzas de la benevolencia. Y será esta naturaleza á los dos hermanos, quel uno al otro se presta y den con igual cambio el crecimiento y grandeza, y mirándose trocamente, serán autores de su aumento, cobrando cuerpo con igual grandeza y estatura. Pero si faltare el uno, acabarán ambos forzosamente.—Con esta respuesta de Témis, vuelta Vénus á los regalos de Marte, engeñando otro hijo, á quien puso por nombre *Anteros*, como si dijésemos *Contramur*. Entonces con maravillosa novedad comenzó súbitamente Cupido á crecer en grandeza de cuerpo, y naciéndole repentinamente las alas, las extendió con lozanía y hermosura, corriendo y volando con el cuerpo igual á la belleza del rostro. Parecía que los dos hermanos competían en portada contienda cuál de ellos crecía mas hermoso y mas grande. Admirábanse los dioses, y mas su madre, de ver crecer tan excelente generacion suya. Así creció el Amor, que siendo sujeto á esta suerte, muchas veces es perseguido y molestado de admirables y nunca oídos trabajos y fatigas; porque unas veces crece, otras mengua, y forma de nuevo á cobrar la grandeza perdida del cuerpo; mas de tal manera, que siempre está necesitado de la presencia de su hermano, el cual si ve crecer, contiene y se esfuerza en precedelle; pero si lo halla pequeño, muchas veces aun contra su voluntad se desmaya y derriba; porque el Amor, si no responden con agradecimiento de amor, no crece, antes se acaba.»

(56) HERRERA, en sus *Anotaciones á Cas silas*, puso este Apólo-  
go, tomado de uno de Porfirio, que se atribuía tambien á Ale-

Amor luego creció, mirando aparte  
A su hermano, y de sí con gran porfia  
El uno daba al otro mejor parte.

El uno y otro en igualdad crecía,  
Hermoso en la figura y la grandeza,  
Que á Citerea admiración ponía.

Señora, si al amor que á vuestra alteza  
Tengo fallece amor agradecido  
En parte alguna á mi mayor firmeza,

No digo que por mí será perdido;  
Que mi fe tal error nunca ha pensado;  
Mas es amor tan tierno y tan sentido,  
Que temo que se acabe mal mi grado.

## SONETO LXIII.

Amor, en un incendio no acabado  
Ardi del fuego tuyo, en la florida  
Sazon y alegre de mi dulce vida,  
Todo en tu viva imagen trasladado;

Y ahora ¡oh vano error! en este estado,  
No con llama en cenizas escondida,  
Mas descubierta, clara y encendida,  
Piedo en tu lo mejor de mi cuidado.

No mas; baste, cruel, ya en tantos años  
Rendido haber al yugo el cuello yerto,  
Y haber visto en el fin tu desvarío.

Abra la luz la niebla á tus engaños  
Antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto  
Sea el fuego del tardo hielo mío,

## LXIV.

**A la muerte de don Alvaro de Bazan,  
marqués de Santa Cruz.**

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,  
La virtud militar y la vitoria  
Grandes ciudades presas en memoria,  
Y todo el noble mar que á Grecia baña.

Tú solo, tú con singular hazaña  
Ganaste vencedor tan alta gloria:  
Que las voces se cansan de la historia  
Que tus inclitos hechos acompaña.

El furor de Otomano quebrantado  
Sera justo despojo que esculpido  
En lengua de la fama alee tu nombre.

Con tal blason, valor nunca donado,  
Ingenio y arte hacen que vencido  
No pueda ser del tiempo un mortal hombre.

## LXV.

El triste afán del corazón doliente,  
Con la memoria de mis males llena,  
Vó repitiendo solo por tu arena,  
Sacro rey de las aguas de Occidente.

Las ondas acrecienta á tu corriente,  
Socorriendo á tu curso con la vena  
De mis ojos llorosa, y junto suena  
El suspiro, que esfuerza á la creciente.

Al fin gasto el humor y cesa el viento,  
Y exhala el fuego con incendio tanto,  
Que de húmido te hace ardiente río.

En vano intentas á este encendimiento  
Resistir, pues no pudo el grave llanto  
Quebrantar su furor del dolor mío (57).

## LXVI.

Como en la cumbre excelsa de Mimante,  
Do en eterna prisión arde y procura  
Alzar la frente airada, y guerra oscura  
Mover de nuevo al cielo el gran gigante,

Se nota de las nubes, que delante  
Vuelan y encima, en horrida figura,  
La calidad de tempestad futura,  
Que amenaza con aspero semblante;

Así de mis suspiros y tristeza,  
Del grave llanto y grande sentimiento  
Se muestra el mal que encierra el duro pecho.

Por eso no vos canse mi flaqueza,  
Bella Estrella de amor; que mi tormento  
No cabe bien en vaso tan estrecho.

## LXVII.

Fiero dolor, que el corazón cuitado  
Tanto alliges y cansas; dolor fiero,  
Que por templar mi mal con honra quiero  
Llamar solo dolor desesperado;

Pues al extremo ha tu rigor llegado,  
Y del amor ningún remedio espero,  
Acaba ya mi vida, ó, pues no muero,  
Acábesse contigo mi cuidado,

Porque si del furor de mi tormento  
Puedo alentar, ya nunca mas vitoria  
Daré de mí al autor de tu cruzada;

Y el horror de la pena y mal que siento  
Quedará siempre vivo en mi memoria,  
Para huir continuo tu dureza.

## LXVIII.

Preso en la red de Amor dorada y pura,  
Y ardiendo en vivos rayos de belleza,  
Mueve el sutil pincel, y con destreza  
Su fuerza en vuestra luz mostrar procura.

La arte á su fin llegó, la hermosura  
Al intento excedió en estrema alteza;  
En ella infunde él mismo su grandeza,  
Y espíritu se hace en su figura.

Su llama en él enciende á quien la mira,  
Y en la virtud, que halla soberana,  
Lleva la alma abrasada en alto vuelo;

Y con la gloria eterna, que le inspira,  
Goza, excelsa y bellissima Diana,  
El sereno esplendor del alto cielo.

## LXIX.

Esta sola desierta, ardiente arena,  
Fatal sepulcro al último occidente,  
De armas rotas, de muerta y presa gente  
Y de sangrientos rios está llena.

Infamia y honra en un error condena  
Al corazón cobarde y al valiente:  
El premio es desigual; que el uno siente  
Perpetua gloria, el otro eterna pena.

Con un súbito estrago y espantoso  
Y confuso desórden acabando,  
Cedió el valor heróico al africano.

Grave crimen del vulgo temeroso;  
Que, pues murió, muriera peleando  
Do murió, todo el reino lusitano.

## LXX.

**A Fernando de Cángas.**

Fernando, yo sulqué con viento lleno  
Del dulce amor el grande mar abierto;  
Y libre de temor, sin buscar puerto,  
Atravesé de un seno en otro seno.

En medio el curso se turbó el sereno  
Cielo, y revuelto todo el ponto incierto,  
Rompe mi flaca nave, y ya desierto  
De salud, en las ondas voy ajeno.

Si en esta tempestad es tal mi suerte,  
Que escape de peligro, nunca el fiero  
Tirano llevará de mi vitoria;

Mas antes que en olvido cubra muerte  
Mi nombre humilde, celebrar espero  
Del español beligero la gloria.

## LXXI.

Si no sufría ya la adversa suerte  
Que mas viviera el reino lusitano,  
Ardiera en guerra fiera, y Marte insano  
Moviera del contrario el brazo fuerte.

Cuanta saña y furor la furia vierte,  
Hierro, fuego enemigo de impia mano  
Armara, y no entregara al africano  
Los cobardes despojos en su muerte.



No es vergüenza morir, y la vitoria  
Y vida, el honor no, rendir osado  
Al impetu de Libia violenta.

Fuera sin culpa misero con gloria,  
Honrarse en la queja de su ludo,  
Y faltara á sus lágrimas la afrenta.

## LXXII.

Soberbio Tajo, que en la gran corriente  
Entrabas de Neptuno impetuoso,  
¿Por qué con tardo paso y temeroso  
Vas humilde abatiendo tu creciente?

Si el fiero Luco osado alza la frente,  
Domador de tu ejército famoso,  
No debes tú por eso estar medroso,  
Ni el furor libio recelar presente;

Que en tu favor el Ebro grande, el Duero  
Y el sacro ondoso Bétis á porfia  
El valor juntarán, la fuerza y arte.

Luego verás al nómida guerrero  
Perder roto el orgullo y la osadía,  
Y cautivo humillado venerarte.

## CANCIÓN VI.

## Por la pérdida del rey don Sebastian.

Voz de dolor y canto de gemido  
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
Hagan principio acerbo á la memoria  
De aquel día fatal, aborrecido,  
Que Lusitania misera suspira,  
Desnuda de valor, falta de gloria;  
Y la llorosa historia

Asombre con horror funesto y triste  
Dende el áfrico Atlante y senó ardiente  
Hasta do el mar de otro color se viste,  
Y do el limite rojo de oriente,  
Y todas sus vencidas gentes fieras  
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados  
En sus caballos y en la muchedumbre  
De sus carros, en tí, Libia desierta,  
Y en su vigor y fuerzas engañados,  
No alzaron su esperanza á aquella cumbre  
De eterna luz, mas con soberbia cierta  
Se ofrecieron la incierta  
Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,  
Con yerto cuello y corazon ufano  
Solo atendieron siempre á los despojos!  
Y el Santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñado  
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno  
De indignacion, de ira y furor, que puso  
En soledad y en un profundo llanto,  
De gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
El nuevo sol, presago de mal tanto,  
Y con terrible espanto  
El Señor visitó sobre sus males,  
Para humillar los fuertes arrogantes,  
Y levantó los bárbaros no iguales,  
Que con osados pechos y constantes  
No busquen oro, mas con hierro airado  
La ofensa venguen y el error culpado (38).

Los impíos y robustos, indinados,  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor, y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo afearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura;  
Y con frente segura  
Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tornó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza;

(38) En la edicion primitiva puso HERRERA:

No busquen oro, mas con crudo hierro  
Venguen la ofensa y conculcado yerro.

Cayó en unos vigor, cayó denuedo;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son estos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los beligeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto en cruda guerra,  
Cuanto el mar indo encierra,  
Y soberbias ciudades destruyeron?

¿Dó el corazon seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron, y perdieron  
Tanto heroico valor en solo un día;  
Y lejos de su patria derribados,  
No fueron justamente sepultados (39)?

Tales ya fueron estos, cual hermoso  
Cedro del alto Libano, vestido  
De ramos, hojas, y con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso,  
Sobre empinados árboles crecido (40),  
Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo su sombra, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo,  
Y en sus hojas las fieras engendraron,  
Y hizo á mucha gente umbroso velo;  
No igualó en celsitud y en hermosura (41)  
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presuncion su pecho,  
Desvanecido todo y confiado,  
Haciendo de su alteza solo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho,  
A los impíos y ajenos entregado,  
Por la raiz cortado;

Que opreso de los montes arrojados,  
Sin ramos y sin hojas y desnudo,  
Huyeron del los hombres, espantados,  
Que su sombra tuvieron por escudo;  
En su ruina y ramos cuantas fueron  
Las aves y las fieras se pusieron.  
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
Murió el vencido reino lusitano,  
Y se acabó su generosa gloria,  
No estés alegre y de ufania llena;  
Porque tu temerosa y flaca mano  
Hubo sin esperanza tal vitoria,  
Índina de memoria;  
Que si el justo dolor mueve á venganza  
Alguna vez el español coraje,  
Despedazada con aguda lanza,  
Compensará muriendo el hecho ultraje;  
Y Luco amedrentado, al mar inmenso  
Pagará de africana sangre el censo.

## SONETO LXXXII.

## A Francisco de Medina.

Ya que en vano contraste al dolor fiero,  
Y faltándome el bien, crece el tormento,  
Y la esperanza sin ningun aliento  
Me olvida, y de remedio desespero,

(39) Variantes de la edicion de 1382:

¿Son estos por ventura los famosos,  
Los fuertes y beligeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto, en cruda guerra,  
Cuanto enfrena y encierra  
El mar Indo, y feroces destruyeron  
Grandes ciudades? ¿Dó la valentía?  
¿Cómo así se acabaron, y perdieron, etc.

(40) Variantes de la edicion de 1382:

Tales fueron aquestos, cual hermoso  
Cedro del alto Libano, vestido  
De ramos, hojas con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso  
Sobre empinados árboles subido, etc.

(41) En celsitud y hermosura.—Edicion de 1382.

Este desierto puesto solo quiero,  
Pues lo aquejé mil veces mi lamento;  
Que al triste cuerpo, siempre descontento,  
Sea el sepulcro de su mal postrero.  
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano  
Tal vez imperio, á lástima movido,  
Este verso cortad en mi memoria:  
«No aquí vace que amó firme en vano,  
Y cuando esperó bien, aborrecido  
La vida lo dejó, y huyó su gloria.»

## LXXIV.

Fria ceniza de mi ardiente fuego,  
Y rotas hebras del mal firme nudo,  
Que me enlazó, de cenizas ya desnudo,  
Vos miro alegre y libre en mi sosiego.  
No es este el tiempo, no, en que anduve ciego,  
Ni la ocasion que así perderme pudo;  
Que contra el mal embraza el fuerte escudo  
Razon, y el feudo antiguo ya vos niego.  
La luz pura, en mi oscura niebla abierta,  
Me descubre el error que proseguia,  
Y lleva osando por el paso estrecho.  
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,  
Y sin fuerza vosotros, ¿qué porfia  
Vos mueve á molestar mi duro pecho?

## LXXV.

Cuando rendia la arrogante frente  
El ya vencido reino lusitano,  
Y de Filipo el brazo soberano  
Ponia el freno estrecho al Occidente.  
Con fiero influjo, con señal ardiente,  
Que dió sospecha y dió temor no en vano,  
El cielo se llevó con dura mano  
La luz mas pura de Austria y excelente;  
Mas, de estrelladas hebras coronada,  
Esculpíó entre los astros su belleza,  
Do alegre mira el rico hesperio suelo.  
¿Cuanto puedes virtud, que arrebatada  
De esta humildad á la inmortal grandeza,  
Eres amor y eres honor del cielo!

## LXXVI.

Donde el dolor me inclina vuelvo el paso (42)  
Tan cansado y perdido, que no tengo  
Para arribar fuerza, y nunca vengo  
A conceder holganza al cuerpo laso.  
El mal me sigue de uno en otro paso,  
Perpetuo y grave tal, que lo sostengo  
Por entender que en mi las penas vengo (43),  
Que por amor cruel ausente paso.  
Si en este afán, que ha de acabarse tarde,  
Osara esperar bien, fuera descanso  
Dulce y regalo mi mortal congoja;  
Mas ya remedio no vendrá que guarde  
El corazon caido, y mas me canso  
Cuando el trabajo intenso en algo alfoja.

## LXXVII.

Alma bella, que en este oscuro velo  
Cubriste un tiempo tu vigor luciente,  
Y en hondo y ciego olvido gravemente  
Fuiste escondida sin alzar el vuelo;  
Ya, despreciando este lugar, do el cielo  
Te encerró y apuró con fuerza ardiente,  
Y roto el mortal nudo, vas presente  
A eterna paz, dejando en guerra el suelo,  
Vuelve tu luz á mi, y del centro tira  
Al ancho cerco de inmortal belleza,  
Como vapor terrestre levantado,  
Este espíritu opreso, que suspira  
En vano por huir desta estrechez,  
Que impide estar contigo descansado.

(42) Donde el dolor me lleva vuelvo el paso.

(43) Solo por entender que en mi me vengo  
De cuanta pena por amor y o paso.

## LXXVIII.

En noche sola voy con sombra, oscuro,  
Sin bien, perdido, ajeno de reposo,  
Con débil paso y corazon medroso,  
Buscando del amor lugar seguro.  
Siento al lado del arco el golpe duro,  
Y de mayor peligro receloso,  
Vuelvo sujeto á mi dolor penoso,  
Y en mal antiguo nuevo mal procuro.  
El yerto, hórrido risco despeñado,  
Y la montaña áspera parece  
Llana senda al deseo que me lleva.  
Culpa no es débil, que siempre va engañado;  
Mas la razon, que ve, ¿por qué se ofrece  
Al conocido error que nunca aprueba?

## LXXIX (44).

Osé y temí, mas pudo la osadía  
Tanto, que desprecié el temor cobarde;  
Subí á do el fuego mas me enciende y arde  
Cuanto mas la esperanza se desvia.  
Gasté en error la edad florida mia;  
Ahora veo el daño, pero tarde;  
Que ya mal puede ser que el seso guarde  
A quien se entrega ciego á su porfia.  
Tal vez pruebo (mas ¿qué me vale?) alzar  
Del grave peso que mi cuello oprime,  
Aunque falta á la poca fuerza el hecho.  
Sigo al fin mi furor, porque mudarme  
No es honra ya, ni justo que se estime  
Tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

## LXXX.

## A Pompeyo.

Después que Mitridates rindió al hado  
El fiero pecho, y Asia sacudida,  
Cayó rota, y la tierra, al fin vencida,  
Vió el mar de los piratas despojada,  
Lo que no pudo el medo, el parto osado,  
Ni virtud de Sertorio esclarecida,  
Una vil, fúaca diestra la temida  
Cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado;  
Y el cuerpo, mal cubierto de la arena,  
Triste ultraje y cruel de humana gloria,  
Desierto yace. ¡Oh cuánto en ti la dura  
Suerte discorde se mostró y ajena!  
Pues edulciendo tierra á tu vitoria,  
La tierra falleció á tu sepultura.

## LXXXI.

## A Felipe II.

Ya que el sujeto reino lusitano  
Inclina al yugo la cerviz paciente,  
Y todo el grande esfuerzo de Occidente  
Teneis, sacro Señor, en vuestra mano,  
Volved contra el suelo hórrido africano  
El firme pecho y vuestra osada gente,  
Que su poder, su corazon valiente,  
Que tanto fué, será ante el vuestro en vano.  
Cristo os da la pujanza de este imperio  
Para que la fe nuestra se adelante  
Por do su santo nombre es ofendido.  
¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio  
Bastará alzar la frente, que al instante  
No se derribe á vuestros piés rendido?

## LXXXII.

Al marqués de Santa Cruz, en la rendicion  
de las Terceras.

«Yo, que el temor al piélago Adriano  
Quité, y de Etolia en el famoso estrecho

(44) Con este soneto empieza la edicion principe de la poesia  
de HERRERA. Lope, al alabar á este en *El laurel de Apolo*, recuerda  
este soneto:

«Cuando en sus rimas comenzó diciendo:  
«Osé y temí, mas pudo la osadía.»

Quebré el orgullo, y sin valor deshecho  
 Deje primero el impetu otomano,  
 » En este peligroso golfo insano,  
 Do Francia llora rota el crudo hecho,  
 Osando en tu valor, con fuerte pecho  
 Pongo tin al imperio lusitano.  
 » Alargue el njar su derramado seno,  
 Que en todo él pienso ser vitoriosa,  
 Siguiendo en cualquier trance tu bandera. »  
 España así con esplendor sereno  
 Dijo al grande Bazan en la dudosa  
 Conquista de la presa ya Tercera.

## ELEGIA VIII.

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,  
 Que duramente me consume el pecho,  
 Por estas venas mías se derrama?  
 Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho;  
 Cese, Amor, el rigor de mi tormento,  
 Basten los males que en mí mal has hecho.  
 Este dolor, que nuevo siempre siento,  
 Esta llaga mortal, continuo abierta,  
 Este grave y perpetuo sentimiento,  
 Esta corta esperanza y siempre incierta,  
 Este vano deseo peligroso,  
 Esta, fin de mis penas, muerte cierta (45),  
 Tal me tienen confuso y temeroso,  
 Y sin valor perdido y quebrantado,  
 Que ni aun huir de mis pasiones oso.  
 No es amor, es furor jamás cansado,  
 Rabia es que despedaza mis entrañas  
 Este eterno dolor de mí cuidado.  
 ¿Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,  
 Atravesar un corazón rendido,  
 Un corazón que dulcemente engaña?  
 Ya que me tienes preso y tan herido,  
 Que en mi pecho no hallas lugar sano,  
 No me acabes, cruel, en duro olvido.  
 Mi fe y mi pensamiento soberano,  
 De mi grande osadía la nobleza,  
 No sufren que me dejes de la mano.  
 Nací para inflamarme en la pureza  
 De aquellas vivas luces que al sagrado  
 Cielo ilustran con rayos de belleza;  
 Y de sus flechas todo trasapado,  
 Por gloria estimo mi quejosa pena,  
 Mi dolor por descanso regalado.  
 Tal es la dulce Luz que me condena  
 Al tormento, y tal es, por suerte mía,  
 De mi enemiga la beldad serena;  
 Mas, aunque sin igual fué mi osadía  
 Y el mal que sufro, por tu fuego juro  
 Que contrastar no puedo á mi porfía;  
 Y cuanto en él mi corazón apuro  
 Y afino, tanto mas crece el deseo,  
 Y un temor con que nunca me aseguro.  
 ¿Quién me daría, Amor, que el bien que veo  
 Gozase solo y libre de recelo  
 En aquella verdad con que lo creo?  
 Que nunca mi ofensor, medroso celo,  
 Que tan grave me aligie y desharata,  
 Podría derribarme por el suelo.  
 ¡Ay, cuánto tu crueza me maltrata!  
 Ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,  
 Que continuo me aviva y siempre mata!  
 Bella Señora, si mi voz causada  
 Alcanza tanto bien que no os ofende,  
 Oídla blandamente sosegada.  
 Luz de eterna belleza, en quien me enciende  
 Y gasta Amor, y en un lloroso río  
 Vuelto, contra sus llamas me defiende;  
 Si os puede enternecer el dolor mío,  
 Comiencen á ablandaros mis enojos,  
 No deis ya mas lugar á mas desvío.  
 No me neguéis esos divinos ojos,  
 Que todo en vos me han ya trasfigurado,  
 Llevándose consigo mis despojos.  
 Si ausente estoy de vos, muero cuitado,

Y vivo alegre solo cuando os miro;  
 ¡Mas ay, cuán poco duro en este estado!  
 Que cuando á verme en vos presente aspiro,  
 Mi enemiga fortuna no consiente  
 Que falte causa al mal por quien suspiro;  
 Y así, estoy ante vos solo y ausente.

## CANCION VII.

Con dulce lira el amoroso canto  
 En alabanza de los bellos ojos,  
 Causa de mi error luengo y desvarío,  
 Probé, y aunque robaron los despojos  
 De mi gloria el dolor y el grave llanto,  
 Que acrecentó las ondas á este río,  
 Oyendo el canto mío  
 Febo y el coro eterno de Helicon,  
 De mirto delicado y oloroso,  
 En honra de mi intento cuidadoso,  
 Tejiendo de sus manos la corona,  
 Dijeron, enlazándose la frente,  
 Que cantase de Amor la fuerza ardiente.  
 Yo entonces, de mis males ofendido,  
 Puse en olvido al bellicoso Marte  
 Y los fieros gigantes fulminados,  
 Y celebré en la Hesperia alguna parte  
 Del dulce tiempo en mi dolor perdido;  
 Aunque en los años en amor gustados.  
 Mis penosos cuidados  
 El espacio mejor todo ocuparon,  
 Y dende allí huyó de mi memoria  
 De los iberos inclitos la gloria  
 Y cuantos hechos grandes acabaron  
 En tierra y mar, en uno y otro polo,  
 Igualando en el curso al mismo Apolo.  
 Y justo fué que entre el furor del hierro  
 El flaco son de esta mi humilde lira  
 Perdiese, si la tuvo, su osadía.  
 Mi débil canto á débil gloria aspira.  
 El desden, pena acerba, y mi destierro  
 Puede llorar la triste musa mía,  
 Y la antigua porfía  
 De mi dolor. ¿Quién á Mavorte crudo,  
 De adamantina túnica cubierto,  
 Cuando en la áspera Tracia el campo abierto  
 Mueve, teñido en sangre el duro escudo,  
 Podrá escribir, si al fin le falta el vuelo,  
 Y se despéña dende el alto cielo?  
 Bien veo, oh gloria generosa y lumbre  
 De la invencible y bien dichosa España,  
 Que en vano el canto levantar intento,  
 Y que es mas temeraria esta hazaña  
 Que la de aquel que en la celeste cumbre  
 Pensó regir del carro el movimiento.  
 Destállece mi aliento  
 Cuando presumo alzar vuestra grandeza  
 Y aquellos altos soberanos pechos  
 De los mayores vuestros, cuyos hechos  
 Exceden toda humana fortaleza.  
 No cabe, no, en la inculca musa mía  
 Tanto valor y heroica valentía.  
 Mas un deseo, que á alabaros mueve  
 Y compele mi ánimo, no deja  
 Que tenga en mí lugar el temor vano;  
 Y aunque Amor forme toda justa queja  
 Que en honra ajena yo las voces pruebe  
 De la lira ofrecida de su mano,  
 Tanto entiendo que gano  
 En celebrar el nombre glorioso  
 De vuestro leon claro y excelente,  
 Que olvido sin temor su flecha ardiente,  
 Y con furor divino y venturoso  
 Subir de un giro en otro presto espero  
 Al orbe do reside Marte fiero.  
 Ya con no usado vuelo me sublimo  
 Con fuertes alas por el grande campo  
 Del líquido sereno, y confiado  
 En el inestable globo el paso estampo,  
 Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,  
 Y en el sanguino, do feroz armado  
 Marte, nunca aplacado,  
 Vibra la asta cruel y arroja fuego,

(45) Fin de mis penas, esta muerte cierta.

Sin miedo entro, do veo tan extrañas  
De los abuelos vuestros las hazañas,  
Que cuando á dalles justa estima llego,  
Veo que mi osadía en vano emprende  
Lo que su luz clarísima deliende;  
Que espíritu tan alto y generoso  
No dudará cantar el brazo fuerte,  
Y el corazon indómito que pudo  
Con singular valor y diestra suerte  
Romper en tierna edad al espantoso  
Moro, y despues, de vil temer desuado,  
Ser de tantos escudo  
En el asedio de la presa Alhama.  
¿Por quién Genil temblando volvió el paso,  
Lloroso, ensangrentado, triste y laso,  
Oyendo del divino héroe la fama,  
Que al bárbaro feroz y su denuedo  
Hizo siempre cubrir de frio miedo?

Pirámides sublimes levantadas,  
Ostentacion de la soberbia humana,  
Grandes colosos de elevada cumbre,  
El tiempo domador buyendo allana;  
Mas las obras insines y extremadas,  
Ardiendo con fulgor de eterna lumbre  
Entre la muchedumbre  
De tantos que oscurece el torpe olvido,  
Sobran la inmensidad de luengos años,  
La muerte, invidia, tiempo y sus engaños  
Con su esplendor venciendo esclatrecido,  
Y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,  
Que lo sigais al glorioso templo.

Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,  
En una y otra suerte siempre entero,  
El amor de virtud firme y constante  
No safre que su ímpetu ligero  
El tiempo contra vos muestre inclemente,  
Ni que el fatal olvido se adelante;  
Antes piden que cante

En honra vuestra aquel suave Orfeo  
Que revocó del reino inexorable  
Su esposa, y que de vos continuo hable  
Con grave lira el escritor Dirceo.  
Y vuele vuestra luz hasta la amora  
Dende los fines de Favonio y Flora.

Quisiera yo que fuera tal mi canto,  
Que mereciera la grandeza vuestra,  
Y me inspirara Clio y Melpomene;  
Mas pobre vena y temerosa diestra  
No me dejan alzar el vuelo tanto,  
Que lo menor que en vos yo siento suene.  
Quien lo poco que tiene

Ofrece no merece alguna culpa,  
Y en una empresa tan dudosa y alta  
Quien se atreviere, si liciere falta,  
Haber osado vale por disculpa;  
Y pues vuestro valor es soberano,  
No os merece ensalzar ingenio humano.

Mas, cual fuere, acoged mi simple musa;  
Que yo, si no me engaña mi esperanza,  
Pienso en la eternidad de la memoria  
Esculpir vuestro nombre y alabanza,  
Y hacer la futura edad confusa  
Que invidie á la que goza vuestra gloria.  
No estrenará vitoria  
Ira del cielo, fuego, hierro airado,  
Ni envejecido curso sin reposo,  
Ni el tiempo, no cansado y presuroso,  
Del canto á vuestro nombre consagrado;  
Antes por la desierta Libia ardiente  
Torcerá el gran Danubio su corriente.

## SONETO LXXXIII.

A Juan Antonio del Alcázar.

Osé subir con poca diestra suerte  
Al florido Helicon, y donde baña  
El cristal de Ipoerene la campaña,  
Y Castalia las puras ondas vierte,  
Para alabar el pecho osado y fuerte  
Los grandes hechos que honran nuestra España;  
Mas no se debe á mi tan gran hazaña,  
No es vencedor mi canto de la muerte.

Por no entregarme al ocio descuidado,  
Antonio, escribo, y mi serena Estrella  
Voy con mis rudos versos ofuscando;  
Mas, si en sus vivos rayos inflamado  
Me veo, vos veréis en gloria de ella  
Honrando á España ir vuestro Fernando.

## LXXXIV.

Dejad ya de seguir el paso incierto  
Del militar honor, y aquel cuidado  
De igualar al ahuelo celebrado,  
Y en paz tomad, Señor, seguro puerto.

Ya vuestro sol va al occidente cierto,  
De dolencia y afan y años cargado.  
¿Qué esperáis? Romped ya el embarazado  
Camino, y escoged el mas abierto.  
Harta gloria habeis dado á nuestra España  
Con el valor y la real largueza,  
Que sin igual en vos conoce el suelo.  
Creed que no será menor hazaña  
Vivir con vos de hoy mas, y dar al cielo  
Parte de vuestras obras y grandeza.

## LXXXV.

Aunque el dolor que la alma triste oprime  
No deja respirar al buen deseo,  
Si tal vez descargado el peso veo,  
Y el duro afan que menos me lastime,

Podrá ser, por ventura, que se estime  
Mi canto igual con el del tracio Orfeo,  
Y que el sacro furor del gran Timbreo  
En la celeste cumbre me sublime.

Entonces, cuando ya vencida incline  
La invidia, entre los pocos que sostiene  
Mostrará vuestro nombre la memoria;  
Y allí el valor y el corazon insine  
Vuestro honrarán las musas de Hiprocrene,  
Del hesperio leon oh excelsa gloria.

## LXXXVI.

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto  
Que respirando de su ardor injusto,  
Pruebo á sentir este pequeño gusto  
De ver mi rostro humedecido en llanto;

Que nunca el alto Etna con espanto  
Los grandes miembros y el rebelde busto  
Del impio que cayó con rayo justo  
Puede encender, ni nunca encendió tanto.

No amortiguan mis lágrimas tu fuego,  
Antes avivan su furor creciendo,  
Aunque venzan del Nilo la corriente.  
Si suelto en agua rompo el nudo luego,  
¿Qué mas te agrada desatallar ardiendo?  
¿Es menos mal lo que es mas diferente?

## LXXXVII.

Sigo por un desierto no tratado,  
Sin luz, sin guía, en confusion perdido,  
El vano error que solo me ha traído  
A la miseria del mas triste estado.

Cuanto me alargo mas, voy mas errado  
Y á mayores peligros ofrecido;  
Dejar atrás el mal me es defendido,  
Que el paso del remedio está cerrado.

En ira enciende el daño manifesto  
Al corazon caído, y cobra aliento,  
Contra la instante tempestad osando.

O venceré tanto rigor molesto,  
O en los concursos de su movimiento  
Moriré, con mis males acabando.

## LXXXVIII.

Dulces halagos, tierno sentimiento,  
Regalos amorosos, blando engaño,  
Que á un rudo pecho y de su error extraño  
Ocasión siempre fuistes de tormento (43),

(43) Regalos blandos y amoroso engaño,  
Que á un rudo pecho y del amor extraño,  
Fuistes grave ocasion de su tormento.

¿Qué dura fuerza y grande movimiento  
 Vos deshizo, y abrió el cubierto daño (47)?  
 ¿Por qué no me consuela el desengaño,  
 Ya que me ofende ver mi perdimiento?  
 No me distes herida tan liviana,  
 Que en lo íntimo de la alma no tocara,  
 Yaciendo en ella eternamente abierta (48).  
 ¿Faltastes porque nunca yo alcanzase  
 Del bien, que tuve en esperanza vana,  
 De alegría segura un hora cierta (49).

## ELEGIA IX.

No baños en el mar sagrado y cano  
 Tu estrellada corona, noche oscura,  
 Antes de oír este amador ufano.  
 Y tú, ¿briendo la húmida hondura (50),  
 Alza las verdes hebras de la frente (1),  
 De náyades lozana hermosura.  
 Aquí, do el grande Bétis ve presente  
 La armada vencedora que el Egeo  
 Con sangre coloró de turca gente (2),  
 Quiero decir la gloria en que me veo;  
 Pero no cause envidia este bien mio  
 A quien aun no merece mi deseo.  
 Sosiega el curso tuyo, insigne río (5),  
 Oye mi gloria, pues también oíste  
 Mis quejas en tu ondoso asiento frío (4).  
 Tú amaste, y como yo también supiste  
 Del mal dolerle, y celebrar la gloria  
 De los pequeños bienes que tuviste.  
 Corta será en mi bien la alegre historia  
 De mi favor; que corta es la alegría (5)  
 Que tiene algún lugar en mi memoria.  
 Cuando en el claro cielo se desvia  
 Del sol luciente el alto carro apena (6),  
 Y casi igual espacio muestra el día,  
 Con voz que entre las perlas blanda suena,  
 Teñida en puro ardor de fresca rosa,  
 De honesto miedo y tierno y de amor llena (7),  
 Me dijo así la bella desdenguosa  
 Que me negaba un tiempo la esperanza,  
 Sorda y dura á mi lástima llorosa (8):  
 «Si por firmeza y dulce amar se alcanza  
 Premio de Amor, tener yo espero y debo (9)  
 De los males que sufro mas holganza.  
 »Mil veces, por no ser ingrata, pruebo  
 Vencer tu mucho amor, mas nunca puedo (10);  
 Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.  
 »Si en sufrir mas me veneces, yo te excedo  
 En pura fe y afetos de ternura;  
 Vive y confía, osado amante y ledo » (11).  
 No sé si oí, si fui de su belleza  
 Arrebatado, si perdí el sentido;  
 Sé que allí se perdió mi fortaleza.  
 Turbado dije al fin: «Por no haber sido  
 Este sublime bien de mí esperado (12),  
 Pienso que debe ser (si es bien) fingido.  
 »Señora, bien sabéis que mi cuidado

Todo se ocupa en vos; que yo no siento  
 Ni pienso sino en verme mas penado.  
 »Mayor es que el humano mi tormento,  
 Y al mayor mal igual esfuerzo tengo,  
 Igual con el trabajo el sufrimiento (15).  
 »Las que por vos padezco y que sostengo  
 Penas me dan valor, y siempre crece  
 Mi fe cuando en mis males me entretengo (14).  
 »No quiero concederos que merece  
 Mi mal tal bien que vos prohibeis el daño (15);  
 Mas ama quien mas sufre y mas padece.  
 »No es mi pecho tan rudo ó tan extraño,  
 Que no sienta en el dulce afán primero (16)  
 Si en esto que dijistes cabe engaño.  
 »Armado un corazón de fuerte acero (17)  
 Tengopara sufrir, y está mas fuerte  
 Cuanto mas el asalto es bravo y fiero.  
 »Dióme el cielo la causa de esta suerte (18),  
 Y yo la procuré, y hallé el camino  
 Para poder honrarme con mi muerte.»  
 Lo que mas entre nos pasó no es dino (19),  
 Noche, de oír, el austro presuroso,  
 Ni el viento, de tus lechos mas vecino.  
 Mete en el ancho piélago espumoso  
 Tus lenguas trenzas negras y semblante (20);  
 Que en tanto que tú yaces en reposo,  
 Podrá Amor darme gloria semejante.

## SONETO LXXXIX.

Al triste humor que misero destilo,  
 ¿Cómo no falto? Cómo crece tanto  
 En medio de la vena de mi llanto  
 De ardientes ondas este eterno Nilo?  
 La llama esfuerza mi lloroso hilo,  
 Las lágrimas mi fuego, porque cuanto  
 Templallos pruebo, en mi dolor levanto  
 De su concurso un mal mezclado estilo.  
 No inundó mayor lluvia el duro suelo  
 De la ancha tierra, ni Etna de su cumbre  
 Exhaló mayor llama sin sosiego.  
 Deucalion y quien pensó del cielo  
 Regir incauto la perpetua lumbre,  
 Mas agua aquí hallarau y mas fuego.

## XC.

Yo cuidé, cuando en duro hielo el justo  
 Desden refriar pudo el fuego ardiente (21)  
 Del corazón, y con osada frente  
 Se opuso contra Amor liero y robusto,  
 Que no bastara á derribarme el gusto  
 Ni á torcerme el intento otro accidente;  
 Que ya me conocia diferente  
 Y libre de un tirano tan injusto;  
 Mas al primer sonido del asalto  
 Desamparo la fuerza, y el escudo  
 Rindo y armas, temblando antes del hecho.  
 Bien sé que en lo que debo á la honra falto;  
 Mas el temor, que de ella está desnudo,  
 Y otra fuerza mayor venceen mi pecho.

## XCI.

¿Cuidado yo! ¿De cuál furor perdido,  
 Olvido el sentimiento mejor mio?  
 Al peligroso error y desvario  
 Por do voy, ¿á do vuelo aborrecido?  
 El orgullo del austro embravecido,  
 El cielo oscuro y solo y horror frío

- (47) Os deshizo, y mostró el cubierto daño.  
 (48) Quedando en ella eternamente abierta.  
 (49) Segura un hora de alegría cierta.  
 (50) Y tú, alza de la húmida hondura.  
 (1) Las verdes hebras de la bella frente.  
 (2) Manchó con sangre de la turca gente.  
 (5) Sosiega el curso, tú, profundo río.  
 (4) Mis quejas en tu puro asiento frío.  
 (5) Breve será la venturosa historia  
 De mi favor; que breve es la alegría.  
 (6) Cuando del claro cielo se desvia  
 Del sol ardiente el alto carro apena.  
 (7) Con blanda voz, que entre las perlas suena,  
 Teñido el rostro de color de rosa,  
 De honesto miedo y de amor tierno llena.  
 (8) Sorda á mi llanto y ansia congojosa.  
 (9) Premio de amor yo tener bien debo.  
 (10) Vencer tu amor, pero al fin no puedo.  
 (11) Vive de hoy mas ya confiado y ledo.  
 (12) Este tan grande bien de mí esperado.

- (15) Igual con el trabajo el sentimiento.  
 (14) Las penas que por sola vos sostengo  
 Me dan valor, y mi firmeza crece  
 Cuanto mas en mis males me entretengo.  
 (15) Mi afán tal bien que vos sintais el daño.  
 (16) Que no conozca en el dolor primero.  
 (17) Dióme el cielo en destino aquesta suerte.  
 (18) Un corazón de impenetrable acero.  
 (19) Lo demás que entre nos pasó no es dino.  
 (20) Tus negras trenchas y húmido semblante.  
 (21) Yo bien pensaba, cuando el desden justo  
 Refrió en duro hielo el fuego ardiente.

No me ponen temor; que al fin porfio,  
Y venzo la razon con el sentido.  
No cierto yo los ojos á mi daño:  
Que quien me tiene opreso no consiente  
Que merezca en mi mal hallar disculpa.  
Delito es voluntario, no es engaño;  
Pero si es; que en voluntad doliente  
Siempre amor da ocasion á nueva culpa.

## XCII.

Pensé, mas fué engañoso pensamiento,  
Armar de intensa nieve el pecho mio (22),  
Porque el rayo de Amor no al lento frio  
Rompiese el rigor duro en vivo aliento (22).  
Procuré no rendirme al mal que siento,  
Y fué todo mi esfuerzo desvario;  
Mi libertad perdi y mi usado brio (24),  
Cobré un dolor perpetuo en mi tormento.  
La llama al hielo destempló en tal suerte (25),  
Que, gastando su humor, quedó ardor hecho,  
Y es inextinguible fuego cuanto espiró (26).  
No puede este mi incendio darme muerte (27);  
Que cuanto de su fuerza mas deshecho,  
Tanto mas de su eterno afán respiro.

## ELEGIA X.

En tanto que el furor del seco estío  
Arde y deja de sombra ya desierto  
Cuanto de Bétis parte el hondo rio,  
Vos en sosiego y en seguro puerto  
Vivis, luz de Cabrera, descansado  
De los peligros de este mar incierto.  
No os turba el corazon grave cuidado,  
Ni la molestia y desigual tristeza,  
Ni un trabajo con otro encadenado.  
De la ambicion, el fasto y la grandeza  
No os cansa; que sabeis cuán poco dura  
En cosas tan caducas la firmeza.  
Lo que el vulgo confuso ama y procura  
Huis, y en las tinieblas veis la lumbre  
Que la virtud descubre en su faz pura.  
Subiendo su alta y su difícil cumbre,  
Miráis abajo tanto error y engaño  
De la ignorante y ciega muchedumbre.  
Y apartando del cierto bien el daño,  
Mostráis no haber gastado vanamente  
El tiempo, causador del desengaño.  
Y cuando el ocio algun lugar consiente,  
Con vuestra bella esposa recogido,  
Vuestro pasado amor haceis presente.  
Y en su dulce memoria entretenido,  
Referis con señales de alegría  
Cuando por ella os vistes mas perdido.  
Y satisfecho bendecis el día  
Que poseor os hizo un lido estado  
Del bien que en esperanza os ofendia.  
Mas yo, misero amante, enajenado  
De mí, siempre rendido y temeroso,  
En fragil tabla corto el mar turbado.  
Solo, sin esperanza, sospechoso,  
Seguido de mi perpetuo descontento,  
Nunca en mi mal admito algun reposo.  
Cuando quise perderme en mi tormento,  
Fuera acabar la vida mejor suerte  
Que abrazar un eterno sentimiento;  
Mas mi hado no quiere que yo acierte  
A huir los peligros, y me obliga  
A padecer, viviendo, inmortal muerte.  
Yo vi, no sé si será bien que diga  
O si calle mi mal; yo vi me quiza  
Mi dulce y hermosísima enemiga.

- (22) Armar de duro hielo el pecho mio.  
(25) Porque el fuego de amor al grave frio  
No desatase en nuevo encendimiento.  
(24) Perdí mi libertad, perdí mi brio,  
Cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.  
(25) La llama al hielo destempló en tal suerte.  
(26) Y es llama, es fuego todo cuanto espiró.  
(27) Este incendio no puede darme muerte.

Ya otras veces la vi, y perdi continuo,  
Temiendo mi dolor, aquella gloria  
Debida solo á espíritu divino;  
Mas esta vez, que comenzó la historia  
Prolifa y no acabada de mi pena,  
Su imágen pintó Amor en mi memoria.  
Aunque la mortal suerte no es tan llena  
De bien, que alcance el nombre soberano  
De esta mi pura y celestial Sirena;  
Mi pecho, que sufrió de Amor tirano  
Los mas bravos asaltos y dureza,  
Y mereció mas honra que hombre humano,  
Cuando atento notó la gran belleza,  
Las luces, donde amor solo respira  
Y del color suave la pureza,  
Cual mariposa que á perderse aspira  
En la llama, corriendo con engaño  
Al dulce facilitar que en ella mira,  
Tal se arrojó; mas, cierto de mi daño,  
A consumirme en este sacro fuego,  
Y aunque veo mi mal en él, me engaño.  
Mas ¡oh deseo vano y ciego!  
¿Por qué me haces renovar memorias  
Que no me sufren consentir sosiego?  
Amor, en tus despojos y victorias  
Cuenta esta mia, y cuenta juntamente  
Esta gloria mayor entre tus glorias.  
Si yo pensaba descansar ausente  
Y libre de mis males acabados  
El breve curso de esta edad presente,  
Ya estoy con nuevas penas y cuidados  
Sujeto, derribado y tan rendido,  
Que soy solo entre amantes desdichados.  
Pero ¿cuánto es mejor ser yo perdido  
Y lamentar por ella, que contento  
Ser de alguna jamás favorecido?  
Amor, inspira en mi el divino aliento  
Para dejar perpetuo en letras de oro  
Su valor, mi firmeza y mi tormento;  
Que en cuanto baña y cerca el seno moro,  
Y el Indo riega y el Danubio frio,  
El nombre eterno irá que siempre honoro;  
Y el caudaloso y rico Bétis mio,  
De verde sauz la frente coronado,  
Humillará á su voz el grande rio;  
Y cuando por ventura mi cuidado  
Pudiere relajar de tanta pena,  
Que me fatiga el corazon cansado,  
Diré: «Dulce y bellísima Sirena,  
Cuya suave voz y tierno canto  
Con celeste armonía espira y suena,  
»Si puede mi tormento valer tanto,  
Que satisfaga en parte mi osadía,  
Yo á padecer me obligo siempre en llanto;  
»Pero sufrid que piense la alma mia,  
Por haberse ofrecido á vuestra alteza,  
Que merece perderse en su porfia,  
»No condeneis ingrata su firmeza  
En sombra del olvido, y desdeñosa  
Su vuelo no turbeis con aspereza.  
»Sed, pues tan bella sois, sed piadosa,  
Porque bien debe ser favorecido  
Quien en tan alta empresa espera y osa;  
»Y en honra de mis males busco y pido  
Solo una corta muestra de esperanza  
De ser perpetuamente mas perdido;  
»Que en mi fortuna injusta la bonanza  
No procuro ni atiendo, y solo quiero  
Que mi pasion no alivie la mudanza.  
»Otras cosas diria; mas el fiero  
Dolor me aqueja tanto, que cuidado,  
De todo mi remedio desespero.  
»Vos, que sabeis cuán mal este enidado  
Puede arrancarse de un vencido pecho,  
Con inmortales nudos enlazado,  
»Vivid de vuestro estado satisfecho  
Con la bella Isabela dulcemente,  
En yugo honesto con blandura estrecho.  
»Yo, pues mi dura suerte no consiente  
Que pueda descansar de mi querella,  
Solo, sin esperanza, firme, ausente,  
Seguiré siempre mi cruel estrella.

## SONETO XCHII.

Hacer no puede ausencia que presente  
No vos tenga, mi Estrella; que en la hora  
Que se viste de púrpura la aurora (28)  
En su rosada falda estáis luciente.

Cuando Febo esclarece el oriente,  
En su espléndida imagen vos colora,  
Y en sus rayos florecen á deshora  
Con puro ardor las hebras y la frente (29);

Cuando, honor de los astros, el lucero  
Ilustra el orbe, entre los brazos veo (50)  
De Vénus encenderse esa belleza

Allí vos hablo, allí suspiro y muero;  
Mas vos, dulce enemiga á mi deseo,  
Despreciais el dolor en mi tristeza (51).

## XCIV.

Huyo apriesa medroso el horror frío  
Y la aspereza y aterido invierno,  
Y espero de Favonio el soplo tierno (52)  
Contra su fuerza y contra el seco estío;

Mas, Herrera, en el grave estado mio  
Me ofende el prevenir, y al fin dicierno  
Céforo breve y aquilon eterno,  
Y siempre en un error, por mal porfio.

Al cabo habrá de ser que el destemplado  
Estío acabe en fuego, ó en tanta nieve  
Rígida bruma el pecho endurecido (55).

Vos, que en sosiego, si de amor cansado  
Estáis ó si pasion presente os mueve,  
Tened dolor de verme tan perdido.

## XCV.

## A Marco Bruto.

Al fin yaces ¡oh del valor latino (51)  
Ultima gloria! por tu fuerte mano,  
Tentado habiendo reducir en vano  
La libertad al orbe, de ella indino.

Tu virtud te guio, perdió el destino;  
Pero pudo tu esfuerzo soberano  
Mostrar que fuiste capitan romano,  
Y solo sucesor de Bruto dino.

¡Oh si ajena ambicion no te moviera  
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,  
Siguiera tu hazaña la ventura!

Que ninguno tu igual en Roma hubiera;  
Mas trájote en desprecio el hado crudo  
Del grave seso y la virtud segura.

## XCVI.

Tú, que del sacro imperio de Occidente,  
Francia, fuiste cabeza, y del cristiano  
Valor, misera ya, el orgullo insano  
Pierde, y humilla al fin la yerta frente;  
No tientes del ibero pecho ardiente,  
Siguiendo el odio ciego del tirano,  
Mas el poder y esfuerzo soberano;  
Que á injusta empresa el cielo es inclemente.

¿A dó huyó el deseo que tentas  
De imitar piadosa las hazañas

Del grande Carlo y fuerte Godofredo?

Mas, oh mezquina, en impio error porfias,  
Y enciendes fiera el fuego en tus entrañas,  
Y corres á tu muerte ya sin miedo.

(28) No os vea yo, mi estrella, en cualquier hora;  
Que cuando sale la purpúrea aurora.

(29) Y cuando el sol alumbrá el oriente,  
En su dorada imagen os colora,  
Y en sus rayos parecen á deshora  
Rutilar los cabellos y la frente.

(50) Cuando ilustra el bellísimo lucero  
El orbe, entre los brazos puros veo

(51) Mas vos, siempre enemiga á mi deseo,  
Os mostrais sin dolor á mi tristeza.

(52) Y el aura espero de Favonio tierno.

(55) Rígido invierno el pecho endurecido.

(54) Mejor estaria este verso así:

Yaces al fin, oh del valor latino.

## XCVII.

Esta rota y cansada pesadumbre,  
Osada muestra de soberbios pechos;  
Estos quebrados arcos y deshechos  
Y abierto cerco de espantosa cumbre,  
Descubren á la ruda muchedumbre  
Su error ciego y sus términos estrechos;  
Y solo yo en mis grandes males hechos  
Nunca sé abrir los ojos á la lumbre.

Pienso que mi esperanza ha fabricado  
Edificio mas firme; y aunque veo  
Que se derriba, sigo al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio aun ostiado,  
Que la razon oprime en el deseo?  
De ver su error y padecer mas daño.

## CANCION VIII.

Si alguna vez mi pena  
Cantaste tiernamente, lira mia,  
Y en la desierta arena  
De este campo extendido  
Dende la oscura noche al claro día  
Rompiste mi gemido,  
Ahora olvida el llanto,  
Y vuelve al desusado y alto canto (55).

No celebro los hechos  
Del duro Marte, y sin temor osados  
Los valerosos pechos,  
La siempre insigne gloria  
De aquellos españoles no domados;  
Que para la memoria  
Que canto me da aliento  
Febo á la voz y vida al pensamiento.

Escriba otro la guerra,  
Y en turca sangre el ancho mar cuajado,  
Y en la abrasada tierra  
El conflicto terrible,  
Y el lusitano orgullo quebrautado  
Con estrago increíble;  
Que no menor corona  
Teje á mi frente el curso de Helicóna.

A la grandeza vuestra  
No ofenda el rudo son de osada lira;  
Que en lo poco que muestra,  
Glorioso Fernando,  
Aunque desnuda y sin destreza espira,  
El curso refrenando  
El sacro hesperio rio,  
Mil veces se detuvo al canto mio.

El linaje y grandeza,  
Y ser de tantos reyes decendiente;  
La pura gentileza  
Y el ingenio dichoso,  
Que entre todos vos hacen excelente (56),  
Y el pecho generoso  
En esa edad florida (57),  
De vos prometen una heroica vida.

No basta, no, el imperio,  
Ni traer las cervices humilladas  
Presas en cativerio  
Con vencedora mano,  
Ni que de las banderas ensalzadas  
El cita y africano  
Con medroso semblante,  
Y el indo y persa sin valor se espante;

Que quien al miedo obliga  
Y rinde el corazon, y desfallece  
De la virtud amiga,  
Y va por el camino  
De la profana multitud perece,  
Sujeto al yugo indino,  
Pierde la gloria y nombre,  
Pues siendo mas, se hace menos hombre.  
Los héroes famosos  
Los niervos al deleite derribaron;

(55) Y vuelve al alto y desusado canto.

(56) Que entre todos os hacen excelente.

(57) Y la virtud florida.

Que ni en los engañosos  
Gustos ni en lisonjeras  
Voces de la sirenas peligraron;  
Antes las ondas fieras  
Atravesando fueron,  
Por do ningunos escapar pudieron.  
Seguid, Señor, la llama  
De la virtud, que en vos sus fterzas prueba;  
Que si bien vos inflama  
De su amor en el fuego,  
Viendo su bella luz, con fuerza nueva,  
Sin admitir sosiego,  
Buscaréis en el suelo  
La que consigo os alzaré en el cielo.  
No os desvanzca el pecho  
La soberbia ignorante y engañada,  
Ni lo mostréis estrecho;  
Que para aventajaros  
Entre las sombras desta edad culpada  
Debeis siempre esforzaros;  
Que solo aquello es vuestro  
Que á vos de beis y á vuestro brazo diestro (38).

Aquel que libre tiene  
De engaño el corazon, y solo estima  
Lo que á virtud conviene,  
Y sobre cuanto precia  
El vulgo incierto su intencion sublima,  
Y el miedo menosprecia,  
Y sabe mejorarse,  
Solo señor merece y rey llamarse;  
Que no son diferentes  
En la terrena masa los mortales;  
Pero en ser excelentes  
En valor y hazañas  
Se hacen unos de otros desiguales.  
Estas glorias extrañas,  
En los que resplandecen,  
Si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.

Por el camino cierto  
De las divinas musas vais seguro,  
Do el cielo os muestra abierto  
El bien, á otros secreto,  
Con guía tal, que en el peligro oscuro  
De perturbado afeto  
Venciendo el duro asalto,  
Subiréis de la gloria en lo mas alto.  
Y porque las tenebras,  
Fatal estorbo á la grandeza humana,  
No ascundan en sus nieblas  
El valor admirable,  
Haré que en vuestra gloria soberana  
Siempre Talia hable;  
Y que la bella Flora  
Y los reinos la canten de la aurora.

## SONETO XCVIII.

Barbara tierra, que en tu frio seno  
Cubres los grandes encinos derribados  
De aquellos españoles que, domados,  
Dejaron de terror el orbe lleno,  
Mira en los altos troncos el ajeno  
Trofeo, y gime viendo alli colgados  
Los despojos, jamas nunca esperados  
En tanto honor del impio sarraceno.  
Y tú, mar, que manchaste tu corriente  
Con generosa sangre, suena airado,  
Y decid ambos tristes desta suerte:  
«Heróicas almas, gloria de Occidente,  
Id dichosas; que ya el acerbo hado  
Lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

## XCIX.

Rompió la prora en dura roca abierta  
Mi frágil nave, que con viento lleno  
Veloz cortaba el piélago sereno,  
Y apenas escapó al fin de muerte cierta (39).

- (38) Que solo es vuestro aquello  
Que por virtud pudistes merecello.  
(39) Y apenas escapó de la muerte cierta.

Afirme el pié yo en tierra; que la incierta  
Onda no me tendrá en su instable seno (40),  
Ni la vana esperanza podrá ajeno  
Traerme de mis glorias, ya desierta.  
Si la sombra del daño padecido  
Puede mover, Filipo, vuestro pecho,  
Huid sulcar del ponto la llamura;  
Y creed que ninguno de Cupido  
Seguro navegó el profundo estrecho,  
Que no perdiere al caso la ventura (41).

## C.

## A Fernando de Cángas.

Deste tan grave peso que cansado  
Sufro, Fernando, y sin valor contraste,  
Procura alzar el cuello; mas no basto;  
Que al fin doy con la carga desmayado.  
De mil flaquezas mias afrentado,  
Me enciendo en ira y la paciencia gasto;  
Pero nunca leon hambriento al pasto  
Va como yo al error de mi cuidado;  
Mas, aunque imprima en mi mi mejor parte,  
Ved si estoy ya de amor aborrecido,  
Oso al fin, y me opongo á mi desseo;  
Y en estos trances de dudoso Marte  
Será de mí, si soy varon, vencido  
Otro mayor que el africano Anteo.

## CI.

Despoja la hermosa y verde frente  
De los arboles altos el turbado  
Otoño, y dando paso al viento helado,  
Queda lugar á la aura de occidente.  
Las plantas que ofendió, con el presente  
Espíritu de céfiro templado  
Cobran honra y color, y espárese el prado  
Olor de bellas flores dulcemente;  
Mas ¡oh triste! que nunca mi esperanza,  
Después que la abatió desnuda el hielo,  
Torna avivar para su bien perdido.  
¡Cruda suerte de amor, dura mudanza,  
Firme á mi mal, que el variar del cielo  
Tiene contra su fuerza suspendido!

## CII.

Esperé un tiempo, y fué esperanza vana,  
Librar desta congoja el pensamiento  
Subiendo de Castalia al alto asiento,  
Do no puede alcanzar musa profana.  
Para cantar la honra soberana  
Ved cuán grande es, Giron, mi atrevimiento,  
De quien con inmortal merecimiento  
Contrasta al hado, y su furor allana;  
Que bien sé que es mayor la insigne gloria  
De quien Mélas bañó y el Mincio frio,  
Que de quien lloró en Tebro sus enojos.  
Mas ¿qué haré, si to la mi memoria  
Ocupa Amor, tirano señor mio?  
Qué, si me fuerzan de mi Luz los ojos?

## CIII.

Error fué disponer el tierno pecho,  
Usado en el dolor de amor esquivo (42),  
A nueva libertad; que al fin cautivo  
Vuelvo, no sé si diga á mi despecho.  
Pudo traerme el erudo á tal estrecho,  
Que abrió la fuerza de un semblante altivo  
La vena que encendió en un fuego vivo  
Al corazon, ya en vano un huelo hecho (43);

- (40) Onda del mar no me tendrá en su seno,  
Ni de mí me podrá traer ajeno  
Vana esperanza, de salud desierta.  
(41) Y creed que en el golfo de Cupido  
Ninguno navego, que al fin deshecho  
No se perdiere, fulto de ventura.  
(42) Error fué vano disponer el pecho,  
Enseñado al dolor de amor esquivo.  
(43) Que abrió en la fuerza de un semblante altivo  
La vena que de nuevo en fuego vivo  
Encendió al corazon, ya un huelo hecho.



Mas ¿qué mucho? ¿No vemos inflamarse  
Un pedernal herido, y encontrado  
Un hierro en otro, despedir centellas?  
¿Cómo puede mi pecho no abrasarse  
Al golpe del amor, si está tocado  
Siempre en el fuego de mis dos estrellas?

## CIV.

## Al Bétis.

Así perturbe lluvia nunca ó viento  
Tus bellas ondas, sacro hesperio río,  
Y á tu nombre se incline el Ebro frío,  
Y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;  
Si á piedad te mueve mi tormento,  
Do siempre muero y sin temor porlo,  
Ausente entre mil males del bien mio,  
Sin que pueda ann valerme el pensamiento,  
En estos troncos guarda mi cuidado,  
Y en estas peñas mi gemido y pena  
Tus naides suenen con lloroso canto;  
Que nadie habrá que habiendo aquí aportado,  
Lea mi mal, y con la faz serena  
Pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

## CV.

Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado,  
Siguiendo tu esperanza prometida,  
El mas florido tiempo de mi vida,  
Sin nombre, en ciego olvido sepultado.  
Ya no mas; baste haber siempre ocupado  
El pensamiento y la razon perdida  
En tu gloria y mi infamia aborrecida;  
Que quien muda la edad trueca el cuidado.  
Yo he visto á los piés puesto un duro hierro,  
Y torcello la mano del cativo,  
Y desatar de aquel nudo fuerte;  
Mas ¡oh! que ni el desden ni mi destierro  
Pueden borrar del corazon esquivo  
Lo que nunca podrá gastar la muerte.

## CVI.

La fria falda y cumbre de Pirene,  
Que parte al franco y al osado ibero,  
Cuando hiela desierto aquilon fiero  
Tanta copia de nieve no sostiene,  
Cuanto hielo en mi pecho el temor tiene  
Cuando aparta sus rayos mi lucero,  
Y retraido su esplendor primero,  
De avivarme en su bella luz se astiene.  
Libia arenosa, aunque el ardor presente  
Del sol te abrasa, si del hielo mio  
El rigor sientes, perderás la fama;  
Que mayor fuego me encendió este ausente  
Corazon; mas en mí ya acaba el frio  
El vigor, y deshace de su llama.

## ELEGIA XI.

A la pequeña luz del breve día  
Y al grande cerco de la sombra oscura  
Veo llegar la corta vida mia.  
La flor de mis primeros años pura  
Siento perder su fuerza en todo, y siento (44)  
Otro deseo que mi bien procura.  
Voluntad diferente y pensamiento  
Reina dentro en mi pecho, que deshace  
El no seguro y flaco fundamento.  
Lo que mas me agradó no satisface  
Al ofendido gusto, y solo admito  
Lo que sola razon intenta y hace.  
Del ancho mar el término infinito,  
La inmensa tierra, que su curso enfrena,  
Al bien que estimo son lugar finito.  
Lo que la gloria vana alcanza apenas (45),  
Por quien se cansa la ambicion profana,  
Y en mil graves peligros se condena,

La virtud menosprecia soberana,  
Y contenta de sí, no para en cosa  
De las que admira la grandeza humana.

Yo léjos por la senda trabajosa  
Sigo entre las tinieblas á su lumbré,  
Abrasado en su llama gloriosa.

Y si no rompe antes que á la cumbre  
Suba, el hilo mortal, hallarme espero  
Libre desta confusa muchedumbre;

Porque ya veo apresurar ligero  
Y volar como rayo acelerado,  
Del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen como saeta que el armado  
Arco arroja, los días, no parando,  
Invidiosos del no firme estado.

Va el tiempo, siempre avaro, derribando  
Nuestra esperanza, y llévase consigo  
Las cosas todas del terreno bando.

Esta caduca vida, por quien sigo  
Lo que en su gusto conformar no debe,  
Y soy de mí por ella mi enemigo,

Sombra es desnuda, humo, polvo, niere,  
Que el sol ardiente gasta con el viento  
En un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prision do el pensamiento  
Repara, y ve en la niebla una luz clara  
De la razon, que oprime al sentimiento.

Y como quien mi libertad prepara,  
Siento que, de mi sueño entorpecido,  
Me llama, y desta suerte se declara:

«¡Oh misero, oh anegado en el olvido,  
O en cimeria tiniebla sepultado,  
Recuerda de ese sueño adormecido!

«Estás en ciego error enajenado,  
Que contigo se eria y envejece,  
¿Y no das tin á tu mortal cuidado?

«¿Por ventura, mequino, te parece  
Que el sol no toca el medio de su alteza,  
Y la cercana noche te oscurece?

«En tanto que está verde esta corteza  
Frágil, y no la cubre torpe hielo,  
Y blanca nieve llena de graveza,

«Vuelve por tí, refrena el presto vuelo,  
Y coge al tiempo la mal suelta rienda;  
No te condene de ignorancia el velo;

«Porque si vas por esta abierta senda,  
Serás uno en la errada y ciega gente,  
Do nunca el fuego de virtud te encienda.

«Cuanto Febo de aurora al occidente,  
Y cibe desde el austro hasta Arturo,  
Perece sin virtud indinamente,

«Aquel dichoso espíritu seguro  
De estos asaltos vivirá contigo,  
Que fuere en obras y en palabras puro.

«Fuerza es de la virtud, y no destino,  
Romper el hielo y desatar el frio  
Con vivo fuego de favor divino.

«Desampara tu osado desvario,  
No des mas ocasion á tanto engaño;  
Que la edad huye cual corriente río.

«Serán de tu fatiga premio extraño  
Dolor confuso, vergonzosa afrenta,  
Tristes despojos de tu eterno daño.

«Si esto no te congoja y descontenta,  
¿Qué puede dar congoja y descontento  
A quien del suelo levantarse intenta?

«Tú te acabas en misero tormento,  
Pensando vanamente ser dichoso,  
Y contigo tu incierto fundamento.

«Arranca de tu pecho desdeñoso  
La impia raíz, que cria tu esperanza  
Falsa en loco deseo y engañoso;

«Y no es otra tu gloria y confianza,  
Sino perder y aborrecer, cuitado,  
A tí, por quien descansa en la mudanza.»

Este sano consejo y acertado  
La venda de los ojos me descubre,  
Y me hace mirar con mas cuidado.

Viéndome en el error, y que se encubre  
La luz que me guiaba en el desierto,  
Un frio miedo el corazon me cubre;

Mas yo no puedo de mi engaño cierto

(44) Siento, Medina, ya gastarse, y siento.

(45) Lo que la vana gloria alcanza apenas

Librarme, porque el fuego espira ardiente  
Que al mal me tiene vivo y al bien muerto;

Y cuando espero con la luz presente  
Sacalla del incendio, con dulzura  
Extraña la alma presa se resiente.

Al resplandor de la belleza pura  
Corre encendida con tan alta gloria,  
Que ni otro bien ni otro placer procura;  
Porque Amor me refiere á la memoria  
De mi dulce pasión el triste día  
Que le dió nueva causa á su vitoria.

Yo ya del mil peligros recogía  
El corazón cansado con reposo,  
Y conmigo indignado, así decía:

«Después de este trabajo congojoso,  
Razon será que en agradable estado  
Viva algún tiempo alegre y no medroso.

»¿Qué fuerza del Amor, qué brazo airado  
Penetrará mi pecho endurecido  
Con un hielo perpetuo y ostinado?

»No sufra el cielo ya que mas perdido  
Ser pueda yo en tan luengo desvario;  
Baste el tiempo en engaños expendido (46).

»El grave yugo y duro peso frío  
Que oprime á la alma y entorpece el vuelo  
Al generoso pensamiento mío

»Decienda roto y sacudido al suelo;  
Que la cerviz ya siento deslazada,  
Ya niego el feudo á Amor, ya me rebelo.

»Será el prado y la selva de mi amada,  
Y cantaré como canté la guerra  
De la gente de Flegra conjurada (47);  
»Y levantando la alma de la tierra,  
Subiré á las regiones celestiales,  
Do todo el bien y quietud se cierra.

»La vanidad de miseros mortales  
Miraré, despreciando su grandeza,  
Causa de siempre miserables males.»

En estos pensamientos y nobleza  
Pasar contento y ledo yo pensaba  
De esta edad corta y breve la estrechez;  
Que aun ya de la cruel tormenta y brava  
No estaba enjuto mi húmido vestido,  
Ni apena el pié en la tierra yo afirmaba,  
Cuando Amor, que me trae perseguido,  
En tempestad mas áspera pretende  
Que yo peligre, en confusión perdido.

Con tal belleza el corazón me ofende,  
Que no puede huir su nueva pena,  
Ni del mal que padece se deliende.

Un furor bello, que con luz serena  
Me representa una inmortal figura,  
En perpetuo tormento me condena.

De la suave faz la nieve pura,  
La limpia, alegre y mesurada frente,  
Do mostrarse la púrpura procura,

Y apena osa, y al fin osadamente  
Quiere mostrarse, fueron en mi daño  
Causa de este pestífero accidente.

Cuál yo quedase, hecho de mí extraño,  
Sábelo Amor, que en la miseria mía  
Me da ocasion para mayor engaño.

Suspiro y lloro cuanto es luengo el día (48),  
Y nunca cesan el suspiro y llanto  
Cuanto es luenga la noche oscura y fría (49).

La dulce voz de aquel su dulce canto  
Mi alma tiene toda suspendida;  
Mas no es canto la voz, es fuerte encanto;  
Que tras su viva fuerza y encendida  
Me lleva compelido sin provecho,  
Para perder en tal dolor la vida.

Duro jaspe cercó su tierno pecho,  
Do Amor despunta con trabajo vano  
Las flechas todas del carcax deshecho;

El rostro, do escribió Amor de su mano:  
«Dichoso quien por mi pena y suspira,

Si cabe tanto bien en pecho humano.»

De este bien y peligro me retira,  
Y hace que levante el pensamiento  
A la grandeza que en su lumbrera mira.

A todos pone espanto mi tormento,  
Y ¿á quién no espantará el dolor que paso?  
Y lo menos descubro en lo que siento.

Yo voy siguiendo de uno en otro paso  
A mi bella enemiga presurosa,  
Y la pienso alcanzar con tardo paso.

Cuando la pura aurora y luminosa  
Muestra la blanca mano al nuevo día,  
Veo la de mi Estrella mas hermosa;

Mas cuanto mi fortuna me desvia  
De su grandeza, tanto mas osado  
Por ella sigo la esperanza mía.

Tus viras en mi pecho traspasado  
Ya no caben, Amor, porque está lleno  
De tantas como en él has arrojado.

En la luz bella y resplandor sereno  
Estabas de sus ojos escondido,  
Y me penetré dellos el veneno.

De allí arrojaste, en ímpetu encendido,  
Flechas de mi enemiga, y tu vitoria  
Dellos nació, y fui dellos yo herido.

Amor, tú bien les debes esta gloria;  
Que, si no fuera por la fuerza dellos,  
En mí ya se perdía tu memoria.

Tal es la nieve de los ojos bellos,  
Tal es el fuego de la luz serena,  
Que hielo y ardo á un mesmo punto en ellos.

Del frío Euxino á la encendida arena  
Que el sol requema en Africa abrasada  
No se ve cual la mía otra igual pena;

Pero podrá dichosa ser llamada  
Por quien me causa esta pasión interna,  
Con invidia de todos admirada.

Así fuese yo el cielo que gobierna  
En cerco las figuras enclavadas,  
Para siempre mirar su luz eterna;

Así sus puras luces y sagradas  
Volviese siempre á mis vencidos ojos,  
Y me abrasase en llamas regaladas;

Como todas mis ansias, mis enojos  
Serian bien y gloria, y mi tormento  
Descanso en el ardor de mis despojos.

Mal podré yo decir mi sentimiento,  
Si el dolor no me deja de la mano,  
Si viene su rigor al sufrimiento.

Grande esperanza en un deseo vano  
Es la molesta causa de mi pena,  
Y un ciego error de dulce amor tirano.

No me espanto que esté mi Estrella ajena  
De amor, pues he el amor todo ocupado,  
Y del solo mi ánima está llena;

Que en él todo se ha toda transformado;  
Y así, amo solo, y ella sola amada  
Es, no amando un amor tan extremado.

Tal vez suele poner la faz rosada  
De aquel color que suele al tierno día  
Mostrar la fresca aurora rociada;

Y te digo: «Señora dulce mía,  
Si pura te, debida á vuestra alteza,  
Merece algún perdon de su osadía,

»Vuestro excelso valor y gran belleza  
No se ofendan en ver que oso y espero  
Premio que se compare á su grandeza.

»Tanto peno por vos, tanto vos quiero,  
Y tanto di, que puedo ya atrevido  
Decir que por vos vivo y por vos muero.»

Así digo; y en esto embebecido,  
Con dulce engaño desamparo el puerto,  
Y me abandono por el mar tendido.

Sopla el fiero aquilón, de bien desierto,  
Las ondas alza, y vuelve un torbellino,  
Y el cielo en negra sombra está cubierto.

No puedo ¡ay oh dolor, ay oh mezquino!  
Remediar el peligro que recela  
El corazón en su dolor indino.

Bien fuera tiempo de coger la vela  
Con presta mano, y revolver á tierra  
La prora que cortando el ponto vuela;

(46) Baste el tiempo en engaño expendido.

(47) Alusión á su perdido poema *La Gigantamaquia*.

(48) Suspiro y lloro cuanto es largo el día.

(49) Cuanto es larga la noche oscura y fría.

Mas yo para morir en esta guerra  
Nací inclinado, y sigo el furor mio  
Por donde del sosiego me destierra.  
El que deste amoroso desvario  
Vive libre, si puedo ser culpado  
Por volver à este mal con tanto brio,  
Sepa que deho mas à mi cuidado.

## SONETO CVII.

## A Felipe de Ribera.

Este dolor que nace en mí y se cria,  
Si tal vez, desdeñoso del, me atrevo  
A dalle muerte, con furor de nuevo  
Torna à crecer sin miedo en su porfía.  
Poca defensa hace la alma mia,  
Que en el último extremo, ya no pruebo  
Poner el pecho al trance, como debo,  
Mas cansado que ajeno de osadía.  
Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,  
No me culpeis; que el mal que así recelo  
Combate con gran impetu conmigo;  
Cual fiero Anteo, siendo derribado,  
Que, tocando la dura faz del suelo,  
Mas feroz revolvia al enemigo.

## CVIII.

## Al marqués de Santa Cruz.

Tú, que vengando con la armada mano  
El ya perdido honor del Occidente,  
Teñiste del Ionio la corriente  
Con la vertida sangre de otomano;  
Y volviendo, en el piélagos africano  
Venciste el reino antiguo y tiria gente,  
Y del francés y escoto el pecho ardiente  
Rompiste, y la pujanza del germano;  
Y de reindir cansado el mar y tierra,  
Descansas ya en la paz del alto cielo;  
Que la tierra era poca à tanta gloria;  
Ahora, que amenaza cruda guerra  
El impio cita y tiembla todo el suelo,  
Vén, ó envía à los tuyos la victoria.

## CIX.

Aquí do estoy ausente y escondido  
Lloro mi mal; pero es el dolor tanto,  
Que en mis ojos desmaya el triste llanto,  
Y fallece en silencio mi gemido.  
Por esta oscura soledad perdido,  
Huyo y vo alejándome; mas cuanto  
Me aparto, el mal me sigue y pone espanto,  
Y no me vence en tanto afan sufrido.  
Duro pecho, porfía no cansada,  
Rebelde condicion, que osa y contrasta  
A tan grande mudanza y desventura,  
Llebadme por la senda acostumbrada  
De mi error al peligro; que ya hasta  
Ver el fin sin tentar nueva ventura.

## CX.

Rayo de guerra, grande honor de Marte,  
Fatal ruina al bárbaro africano,  
Que en la temida España del romano  
Imperio levantaste el estandarte;  
Si la voz de la fama en esa parte  
Do estás puede llegar al reino vano,  
Teme con el vencido italiano  
Del osado español la fuerza y arte.  
Otro mayor que tú en el yugo indino  
Lo puso, y un gran Leiva la victoria  
De Italia conquistó en sangrienta guerra.  
Y al fin un nuevo César, que al latino  
En clemencia y valor ganó la gloria,  
Y añadió mar al mar, tierra à la tierra.

## CANCION IX.

## Al santo rey don Fernando.

Inclinen à tu nombre, oh luz de España,  
Ardiente rayo del divino Marte,  
Camilo y el beliger africano  
Y el vencedor de Francia y de Alemaña,  
La frente armada de valor y de arte,  
Pues tú con grave seso y fuerte mano  
Por el pueblo cristiano  
Contra el impetu bárbaro sañudo  
Pusiste osado el generoso pecho.  
Cayó el furor ante tus piés desnudo,  
Y el impio orgullo vándalo deshecho,  
Con la fulminea espada traspasado,  
Rindió la acerba vida al fiero lado.  
De ti temblaron todas las riberas,  
Todas las ondas, cuantas juntamente  
Las columnas del grande Briareo  
Miran, y al tremolar de tus banderas  
Torcíó el Nilo, medroso, la corriente,  
Y el monte Libio, à quien mostró Persco  
El rostro medusco,  
Las cimas altas humilló rendido  
Con mas pavor que cuando los gigantes  
Y el áspero Tifeo fué vencido.  
Prostráronse los bravos y arrogantes,  
Temiendo con espanto y con flaqueza  
El vigor de tu excelsa fortaleza.  
Pero en tantos triunfos y victorias,  
La que mas te sublima y esclarece,  
De Cristo oh excelso capitán, Fernando,  
Y remata la cumbre de tus glorias,  
Con que à la eternidad tu nombre ofrece,  
Es que, peligros mil sobrepujando,  
Volviste al sacro baudo,  
Y à la cristiana religion trajiste  
Esta insigne ciudad y generosa:  
Que en cuanto Febo Apolo de luz viste,  
Y ciñe la grande orla espaciosa  
Del mar cerúleo, no se ve otra alguna  
De mas nobleza y de mayor fortuna.  
Cubrió el sagrado Bétis de florida  
Púrpura y blandas esmeraldas llena,  
Y tiernas perlas la ribera ondoza,  
Y al cielo alzó la barba revestida  
De verde musgo, y removió en la arena  
El movible cristal de la sombrosa  
Gruta, y la faz honrosa  
De juncos, cañas y coral ornada,  
Tendió los cuernos húmidos, creciendo  
La abnndosa corriente dilatada,  
Su imperio en el Océano extendiendo;  
Que al cerco de la tierra en vario lustre  
De soberbia corona hace ilustre (50).

(50) Al citar el gran Lope de Vega en una de sus obras esta estrofa, prorumpió en la siguiente exclamacion, famosa entre las famosas: «Aquí no excede ninguna lengua à la nuestra; perdonen la griega y la latina.»

Esta estrofa me parece que fué inspirada por el recuerdo de los siguientes versos, que, traduciendo à Claudiano, puso HERRERA en las *Anotaciones à Garcilaso*, precedidos de estas palabras: «Claudio en el noveno consulado de Honorio pinta diferentemente esta tristeza del Po con grandísima belleza y gallardia, porque todo su cuidado puso en la pompa de las palabras y en las figuras y modos de decir hermosamente.» Esto mismo puede aplicarse à los versos de la canción de HERRERA. Los que se leen en las dichas anotaciones son:

Levantó en alto la sublime frente  
De su corriente blanda y agradable,  
Y relucieron los dorados cuernos  
Con rociado rostro, desapareciendo  
Viva lumbré por todas las riberas;  
No cubre y ciñe con humilde caña,  
El vulgar ornamento de otros rios,  
A su mojada crin, porque dan sombra  
A su cabeza los floridos ramos  
De las hijas del sol, y el ambar puro  
Corriendo va por todos sus cabellos.

Como se ve, HERRERA quiso aventajarse à Claudiano, excediendo à sí mismo como traductor.

Tú, después que tu espíritu divino,  
De los mortales todos desatado,  
Subió ligero á la celeste alteza,  
Con justo culto, aunque en lugar no dino  
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;  
Hasta que ahora la real gradeza  
Con heroica largueza  
En este sacro templo y alta cumbre  
Trasfiero tus despojos venerados;  
Do toda esta devota muchedumbre  
Y sublimes varones humillados,  
Honran tu santo nombre glorioso,  
Tu religion, tu esfuerzo belicoso.  
Salve, oh defensa nuestra, tú, que tanto  
Domaste las cervices agarenas,  
Y la fe verdadera acrecentaste;  
Tu cubriste á Ismael de miedo y llanto,  
Y en su sangre ahogaste las arenas  
Que en las campañas bélicas hollaste;  
Tú solo nos mostraste  
Entre el rigor de Marte violento,  
Entre el peso y molestias del gobierno,  
Juntas en bien trabado ligamento  
Justicia, piedad, valor eterno,  
Y como puede, despreciando el suelo,  
Un príncipe guerrero alzarse al cielo.

## SONETO CXI.

Subo, con tan gran peso quebrantado,  
Por esa alta, empinada, aguda sierra,  
Que aun no llego á la cumbre, cuando yerra  
El pié, y trabuco, al fondo despeñado.  
Del golpe y de la carga maltratado,  
Me alzo apenas, y á mi antigua guerra  
Vuelvo; mas ¿qué me vale? que la tierra  
Mesma me falta al curso acostumbrado.  
Pero, aunque en el peligro desfallezco,  
No desamparo el peso, que antes torno  
Mil veces á cansarme en este engaño.  
Crece el temor y en la porfia crezco,  
Y sin cesar, cual rueda vuelve en torno,  
Así revuelto á despeñarme al daño.

## CXII.

¿Adónde está el placer que yo sentia  
En pensar que de vos era querido?  
Adónde el bien que tuve me ha huido,  
Cuando mas mi esperanza prometia?  
¡Cuán presto gustais ver, Señora mia,  
Deshecho el lazo en vos de amor tejido,  
Aunque á vuestro desgrado mas torcido,  
Lo siente mi cerviz en su porfia!  
Excusé siempre, y recelé dudando  
Vuestra altiva exención; mas en mi daño  
No me pude valer de mi cordura;  
Que Amor vos tuvo, y disteme burlando  
Dulces promesas, arras del engaño,  
Que da fin no debido á mi ventura.

## CXIII.

Tú, que en la tierna flor de edad lucente,  
Jerónimo, moriste, y apartado  
De los tuyos el piélago sagrado  
Honraste con tu cuerpo eternamente,  
Recibe, no de mármol excelente  
Digno sepulcro, del mortal cuidado  
Breve gloria, do al fin yace olvidado,  
Mas lágrimas de triste amor ardiente.  
Recibe esta memoria de mi pena,  
Que te será perpetua por ventura,  
Pequeña prenda del amor estrecho.  
Tú gozas de la pura luz serena,  
Tú tienes todo el mar por sepultura,  
Y siempre eterno vives en mi pecho.

## ELEGIA XII.

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo  
Fuerza con que levante mi esperanza,  
Quejarme de las penas que sostengo.

No temo ya ni siento la mudanza  
Que en la sombra de un bien me dió mil daños,  
Nacidos de una vana confianza.

Luenga experiencia en estos cortos años (1)  
De tantos males trueca á mi deseo  
El curso, enderezado á sus engaños.

Pienso mil veces, y ninguna creo,  
Que he de llegar a tiempo en que descanse  
Del grave afán en que morir me veo.

Mas, porque tu furor tal vez se amanse,  
No tienes condicion que se condeala  
De ver que yo de padecer no cause.

Tendi al próspero céfiro la vela  
De mi ligera nave en mar abierto,  
Dónde el peligro en vano se recela.

El cielo, el viento, el golfo siempre incierto  
Cambiaron tantas veces mi ventura,  
Que nunca tive un breve estado cierto.

Anduve ciego viendo la luz pura,  
Y para no esperar algun sosiego,  
Abri los ojos en la sombra oscura.

La fria nieve me abrasó en tu fuego,  
La llama que busqué me hizo hielo;  
El desden me valió, no el tierno ruego.

Subí sin procurallo hasta el cielo;  
Que se perdió en tal hecho mi osadia.  
Cuando me aventuré me vi en el suelo.

No estoy ya en tiempo donde á la alegría  
Dé algun lugar, ni puedo á mi cuidado  
Sacar del vano error de su porfia.

¿Dó está la gloria de mi bien pasado,  
Que como en sueño vi tal vez delante?  
¿A dó el favor á un punto arrebatado?

Misera vida de un mezquino amante,  
Siempre en cualquier sazón necesitada  
Del bien que huye y pierde en un instante.

Mal puedo hallar fin á la intrincada  
Sendra por donde solo voy medroso,  
Si no la tuerzo ó rompo en la jornada.

Tan alcanzado estoy y menesteroso,  
Que desespero de salud y pienso  
Que vale osar en hecho tan dudoso.

Mas; oh cuán mal en este error dispenso  
Las cosas que contienen mi remedio!  
¡Con cuánto engaño voy al mal suspenso!

Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;  
Yo no sé si me rindo ó me defiendo,  
Ni sé hallar á tanto daño un medio.

Nuevo fuego no es este en que me enciendo;  
Pero es nuevo el dolor que me deshace;  
Tan ciega la ocasion, que no la entiendo.

La soledad abrazo, y no me aplice  
El trato de la gente; en el olvido  
El cuidado mil cosas muda y hace.

En árboles y peñas esculpido  
El nombre de la causa de mi pena,  
Honro con mis suspiros y gemido.

Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena  
Primero el llanto, con la voz quejosa  
Decir mi mal; mas el temor me enfrena.

Pienso, y siempre me engaño en cualquier cosa  
Que encuentra con el vago pensamiento  
La atrevida esperanza y temerosa.

Disteme fuerza, Amor, disteme aliento  
Para emprender una tan gran hazaña,  
Y me olvidaste en el segúido intento.

No tiene el alto mar, cuando se ensaña,  
Igual furor, ni el impetu fragoso  
Del rayo tanto estraga y tanto daña,

Cuanto en un tierno pecho y amoroso  
Se embravece tu furia cuando siente  
Firme valor y corazon brioso.

¿Qué me valió hallarme diferente  
En tu gloria, que huye, y conocerme  
Mayor en tu vencida y presa gente? (2).

Ni tu podias mas ya sostenerme,  
Ni yo en tan grande bien pude, mezquino,  
Aunque mas me esforzaba, contenerme.

(1) Larga experiencia en estos cortos años.  
(2) Superior entre tu presa gente?

Siempre fui de tan alta gloria indino,  
Y tambien de este fiero mal que paso;  
Ni tú ni yo acertamos el camino.

Una ocasion y otra á un mesmo paso  
Se me prescutan, que perdí, y conmigo  
Me culpo y avergüenzo en este paso.

Tú solo puedes ser, Amor, testigo  
De aquellos dias dulces de mi gloria  
Y cuán ufano me hallé contigo.

No te refiero yo mi alegre historia  
Con presuncion; antes la traigo á cuenta (5)  
Para mas confusion de mi memoria.

No es tanto el grave mal que me atormenta,  
Que no merezca mas, pues viendo abierto  
El cielo al bien, me hallo en esta afrenta.

Austro cruel, que en breve espacio has muerto  
La bella flor en cuyo olor vivía,  
Y me dejaste de salud desierto,

Siempre te hiera nieve, y sombra fria  
Te cerque, y á tu soplo falte el vuelo,  
Impío ofensor de la ventura mia.

Yo me vi en tiempo libre de recelo,  
Que aun el bien me dañaba; ahora veo  
Que el mas misero soy que tiene el suelo.

Desespero, y no mengua mi deseo,  
Y en igual peso están villano miedo,  
Osadía, cordura y devaneo.

Estos cuidados, que olvidar no puedo,  
Me desatían á sangrienta guerra,  
Porque esperan vencerme ó tarde ó cedo.

El hijo de Agenor la dura tierra  
Labra, y le ofende el fruto belicoso  
Que en armadas escuadras desencierra.

A mí de mi trabajo sin reposo  
Nace de cuitas una lúeste entera,  
Que me trae afligido y temeroso.

Del lago Argivo la serpiente fiera  
No se multiplicó con tal espanto  
Como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto  
Del mal tal vez, y luego desfallezco,  
Y me acuso de haber osado tanto.

El tormento que sufro no encarezco;  
Que pasar mal no es hecho de alabanza;  
Mas descanso en decir cómo padezco.

Horas que tuve un tiempo de holganza,  
Cuando pensaba que era agradecida  
Mi pena, tomad ya de mi venganza.

Yo soy, yo, el que pensé en tan dulce vida  
No mudar algun punto de mi suerte;  
Yo soy, yo, el que la tengo ya perdida.

El corazon en fuego se convierte,  
En lágrimas los ojos, y ninguno  
Puede tanto, que venza por mas fuerte.

A tí me vuelvo, amigo no oportuno,  
Antes cruel contrario, antes tirano,  
Robador de mis glorias importuno.

Tú me traes á una y otra mano  
Sujeto al freno, y voy á mi despecho  
Por fragoso camino y por lo llano (4).

Condicion tuya es rendir el pecho  
Feroz; oso decir que ya te olvidas  
De ella con quien me pone en tanto estrecho.

¿Tu arco y flechas dónde están, temidas?  
¿Dó está el ardiente hacha abrasadora  
De tantas almas á tu ley rendidas?

¿Eres tú aquel que al padre de la aurora,  
Vencedor de la fiera temerosa,  
Quebró el orgullo y sojuzgó á deshora?

Aquella diestra y fuerza poderosa  
Que derriba los pechos arrogantes,  
¿Dó está ocupada ó dónde está ociosa?

Puedes vencer los ásperos gigantes,  
Los grandes reyes abatir, trocando  
A un punto sus intentos inconstantes,

Y ¿no te ofendes ver ahora, cuando  
Mas tu valor mostrabas, que perdiste  
Las honras que ganaste triunfando?

Misero Amor, ¿tan poco, di, pudiste,  
Que un tierno pecho, á tanta furia opuesto,  
Sin temor te desprecia y te resiste?

Ya conozco el engaño manifiesto  
En que vivi; ninguna fuerza tienes,  
Jamás á quien te huye eres molesto.

Solo en mi triste corazon te vienes  
A mostrar tu poder; no mas; oh crudo!  
Que ni quiero tus males ni tus bienes.

¿Ves este pecho de valor desnudo,  
Abierto, traspasado á tantas flechas?  
Hará de tu desden mi fuerte escudo.

Aunque pesadas vengan y derechas,  
Puede tanto el agravio de mi ofensa,  
Que sin efecto volverán deshechas.

No sé, cuitado, si hacer defensa  
Será mas daño; que tu dura fuerza  
Ya siento cada hora mas intensa (5).

¿Quién puede haber tan bravo, quién, que tuerza  
Un impetu tan grande, y que destaga  
Tu furor cuando mas furor lo esfuerza?

Tan dulce es el dolor de esta mi llaga,  
Que en sentirme quejoso soy ingrato,  
Porque en mi pena el mal es mucha paga.

Atrevido deseo sin recato,  
Memoria que del bien ya tuve, ufana,  
Mueven mi lengua al triste mal que trato.

Engaño es este de esperanza vana,  
Que piensa en sus mudanzas mejorarse,  
Lustable siempre y sin valor liviana.

No pueden las raices arrancarse  
Que en lo hondo del pecho están trabadas,  
Donde pueden del pecho asegurarse.

No esperen pues tus penas, nunca usadas,  
Ni espere amor la voluntad de aquella  
Que las tiene en mi daño concertadas,

Hacer que de ellas yo me aparte y de ella  
Me olvide un punto, porque el vivo fuego  
Que nace de su luz serena y bella,

Cual siempre, me trairá vencido y ciego.

## SONETO CXIV.

## A Sevilla.

Reina del grande Océano dichosa,  
Sin quien á España falta la grandeza,  
A quien valor, ingenio y la nobleza  
Hacen mas estimada y generosa,

¿Cuál diré que tú seas, luz hermosa  
De Europa? Tierra no, que tu riqueza  
Y gloria no se cierra en su estrechez;  
Cielo sí, de virtud maravillosa.

Oye y se espanta y no te erree el que mira  
Tu poder y abundancia; de tal modo  
Con la presencia ve menor la fama.

No ciudad, eres orbe; en tí se admira  
Junto cuanto en las otras se derrama,  
Parte de Espana mas mejor que el todo.

## CXV.

No siento ya del modo que sentía  
Del dulce amor los hechos, ni el contento  
Que en el tierno dolor de mi tormento  
Y en mi sola tristeza descubría;

Porque esto que perpetuo yo fingía  
No alcanza mi doliente sentimiento,  
Y no se puede ¡ay! hado violento!

Guardar bien tanto en la memoria mia.  
Pierdo triste el sentido con la pena  
Que tengo en verme en tal estado puesto,

Lleno de confusion, de bien desierto.  
Del cuello flojo arrastra la cadena  
A mi despecho, y voy al fin dispuesto  
Para salir de grado el daño cierto.

## CXVI.

Vos, que ajeno del mal en que rendido  
Fuistes al duro Amor, alzais la frente,

(5) Con presuncion; antes lo traigo á cuenta.  
(4) Por el fragoso y el camino llano.

(5) La siento cada hora mas intensa.

Y libre ya de su dolor presente,  
Señor, vivis alegre y no ofendido.  
No oséis que del todo sacudido  
Habeis el yugo á la cerviz doliente,  
Ni estéis ulano; porque el fuego ardiente  
En la muerta ceniza está escondido;  
Que no tal vez la lumbré de esperanza  
Descubrirá camino, cuando luego  
Volveréis, como yo, al error pasado;  
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,  
Que no déis mas lugar al furor ciego,  
Seréis de mi mas que varon llamado.

## CXVII.

Si de nuestra amistad el nudo estrecho  
Por desden ó liviano movimiento  
(Que culpa no conozco en mi ni siento)  
Quereis que sea sin razon deshecho;  
Aunque no me saldrá del firme pecho  
Del justo amor el gran merecimiento,  
Y he de llevar continuo, descontento,  
La injusta pena de este injusto hecho,  
Romped los lazos ya de esta cadena  
Que suelto á mi pesar, si al cabo os place  
Poner fin triste á nuestro dulce trato.  
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena,  
Pues tarde sé que en esto satisface  
A tanta voluntad un pecho inguato.

## CXVIII.

Temor me impide, esfuerza la esperanza,  
Y cuanto me entorpece, Allouso, el hielo,  
Tauto el ardor me alienta y alza el vuelo,  
Y llega do el deseo apenas alcanza.  
Fijo la vista, sin temer mudanza,  
En la luz bella de mi eterno cielo,  
Y oso traer una centella al suelo,  
Que abrasará con él mi confianza.  
Si fue con pena inmensa la osadía  
Que robó el fuego á la celeste rueda  
Terror y ejemplo á humano atrevimiento,  
Podré alabarme en la fortuna mía;  
Que aunque mi grande afán al suyo exceda,  
Deseo que no acabe mi tormento.

## CXIX.

## A Luis Barahona de Soto.

Soto, no es justo que tu canto suene,  
Y honre solo al humilde Dauró frio;  
Mas digno es del el sacro Bétis mio,  
Que el nombre tuyo en tanta estima tiene.  
Las venas de Castalia y de Pirene  
Rebosarán por tí en su ondoso rio,  
Y vendrá á conocelle señorío  
Quien fué sepulcro al hijo de Climene.  
Aqui es la rica Arabia y el dichoso  
Nido en que tu inmortal fénix enciende  
El fuego que en tí afina su belleza.  
Ven al florido asiento y oloroso;  
Haye el desierto, do su luz se ofende  
Y de tu excelso ingenio la grandeza.

## CXX.

El frigio nudo deslazar procura  
El grande vencedor del Oriente,  
Y en vano causa, aunque mil modos tiene,  
Contra aquella difícil ligadura.  
Con arte no, con fuerza se aventura  
Al fin, y rompe con la espada ardiente  
Toda su confusion, y juntamente  
Cumple ó burla del hado la ventura.  
Yo, que mal puedo con industria alguna  
Desatar este lazo que mi cuello  
Oprime y de valor muestra desmido,  
Hacer debo lo mesmo en mi fortuna;  
Mas puedo mal; que no es cortar un nudo,  
Fernando, quebrantar este cabello.

## ELEGIA XIII.

De aquel error en que viví engañado  
Salgo á la pura luz, y me levanto  
Tal vez del peso que sufrí causado.  
Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
Que anduve de mí mesmo aborrecido,  
Sujeto siempre á la miseria y llanto.  
Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán perdido  
Rendí el lozano corazón sin miedo  
A los dañados gustos del sentido.  
Mas sé que aunque me esfuerzo apenas puedo  
Abrazar la razon, porque el engaño  
No se me aparta de la vista un dedo.  
Y no me vale, aunque en mí bien me engaño,  
Pensar quién soy ni deducir del cielo  
La clara origen contra un dulce daño.  
¡Cuán mal se limpian del corpóreo velo  
Las manchas, y cuán tarde se desata  
De su pasión quien anda en este suelo!  
Mil buenos pensamientos desbarata  
La ocasion, á deleites ofrocida,  
Cuando menos el hombre se recata.  
Mas estos son peñascos de la vida,  
Do se rompe la nave en mar ondoso,  
Si no va con destreza bien regida.  
¿Quién es tan temerario y desdeñoso,  
Que se entregue á la muerte en esperanza  
Del caso siempre incierto y peligroso?  
Quien quisiera hartarse en la venganza  
De mis males, hallara á su deseo  
Colmada la medida sin mudanza,  
Si, conociendo yo mi devaneo,  
No diera al vano gusto de la mano  
Y alzara de la tierra al fiero Anteo.  
Grande trabajo es, aunque no es vano,  
Querer mudar una costumbre larga;  
Grande es, pero es el premio soberano.  
Traje en los hombros esta grave carga  
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
En quien de todo el cielo el peso carga.  
No soy despues del daño tan constante,  
Que no tiemble en pensar lo que sufría,  
Y de mi ostinacion, que no me espante.  
Ahora voy por una llana vía  
A la seguridad del bien que sigo,  
Do será no acertar desdicha mía (6).  
Considero, apartado yo conmigo,  
Del rojo sol la inmensa ligereza  
Y en cuanto infunde su calor amigo;  
La tibia, instable luna, la grandeza  
Del ancho mar, su vario movimiento,  
El sitio de la tierra y su firmeza.  
Juzgo cuánto es el gusto y el contento  
De gozar la belleza diferente,  
Que en sí contiene este terrestre asiento,  
Y cuán dulce es vivir alegremente  
Espacios largos de una edad dichosa (7),  
Y contemplar tan alto bien presente,  
Do en esta vista y luz maravillosa  
El ánimo encendido ensalce el vuelo  
A la profunda claridad hermosa;  
Y allí se afine de aquel torpe velo  
Que en sí lo traje opreso, y no le impida  
La gruesa niebla ni el error del suelo.  
¡Cuánta miseria es perder la vida  
En la purpúrea flor de la edad pura,  
Sin gozar de la luz del sol crecida!  
¡Cuán vana eres, humana hermosura!  
Cuán presto se consume y se deshace  
La gracia y el donaire y apostura! (8).  
La bella virgen, cuya vista aplice  
Y regala al sentido, en tiempo breve  
Al mesmo que agrado no satisface.  
No así tan presto aparta el viento leve  
Y disipa las nieblas, y el ardiente  
Sol desata el rigor de helada nieve,

(6) Do no acertar será desdicha mía.

(7) Espacios largos de una edad dichosa.

(8) La gracia y el donaire y compostura.

Como á la tierna edad la flor luciente  
Huye y los años vuelan, y perece  
El valor y belleza juntamente.  
¡ Cuán breve y cuán caduca resplandece  
Nuestra gloria! Cuán súbito en el punto  
Que deleita á los ojos desaparece!

Mas ; oh, si ser pudiese que este punto  
De breve vida alegres en sosiego  
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!

Cuál, de ambicion y de avaricia ciego,  
Sulca el piélago inmenso, peregrino,  
Y ve del sol mas tarde el claro fuego ;  
Cual, ardiendo en furor de Marte indio,  
Arma el osado pecho en duro hierro  
Contra el estrecho deudo y el vecino ;  
Cuál, de sí mismo puesto en un destierro,  
Niega su voluntad por otra ajena,  
Y sigue inferior el mayor yerro.

Lisonjeros halagos, dulce pena,  
Buscando mal del desvario humano,  
Traen de gusto la esperanza llena.

Ningun monte ó desierto, ningun llano  
A do pueda llegar gente atrevida  
Nos librará del ciego error profano.

Ira, miedo, codicia aborrecida  
Nos cercan, y huir no es de provecho ;  
Que las llevamos siempre en la luida.

Cierto y congojoso tiene el pecho  
Quien espera ; no goza ni sosiega  
Si sus vanos contentos no ha deshecho.

Quien sabe que se goza, y nunca entrega  
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,  
De la virtud á la alta cumbre llega.

Estos deleites, que seguí sin freno,  
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron  
Siempre de confusion y temor lleno.

Ni fueron firmes ni fieles fueron ;  
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,  
Que no, huyó con cuantos me huyeron.

Seguro gozo puede ser ninguno,  
Ninguno puede ser perpetuo en cuanto  
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.

Sola virtud, tú sola puedes tanto,  
Que el gozo dar perpetuo y bien seguro  
Puedes si en amor tuyo me levanto.

Lugar puede hallarse tan oscuro  
Do se asconda algun tiempo el error cierto,  
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.

La vergüenza del propio desconcierto,  
El miedo, vengador de nuestras penas,  
Nos muestran nuestra falta en descubierto.

El delito y las culpas son ajenas  
De nuestra condicion ; pero nacimos  
Con flaquezas de mil miserias llenas (9) ;

Y tan mal nuestros bienes conocimos,  
Y dimos tanta mano al torpe gusto,  
Que solos sus regalos admitimos.

¿ Dó está el deseo ya del honor justo?  
Dó el amor verdadero de la gloria?  
Dó contra el vicio el corazon robusto?

Gran hazaña es gozar de la vitoria  
Del bravo contendor, y los despojos  
Guardar para blason de la memoria ;

Pero es mucho mayor ante los ojos  
Que miran bien, por la no usada senda  
Caminando entre peñas y entre abrejos,

Sobrepujar en áspera contienda  
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,  
Do no alcance el mublado ni le ofenda.

Mas ¿quién podrá subir sin viva tumbre?  
Quién sin favor que aliente su flaqueza,  
Y le alce de esta grave pesadumbre?

Si yo pudiese bien en la belleza  
Fijar mis ojos, musa soberana,  
Y contemplar cercano tu grandeza,

Del ciego error y multitud profana,  
Que se entorpece en la tiniebla oscura,  
No seguiria la opinion liviana ;

Antes con libertad libre y segura (10),

Abrasado en tu amor, ocuparía  
La vida en admirar tu hermosura.  
Y aquí do el Bétis desigual varía  
El curso y vuelve y trueca la creciente,  
Un apartado puesto escogería,  
Do la ambicion de tanta errada gente,  
Los deseos injustos, la esperanza,  
Dulce engaño del ánimo doliente,  
En este estado, libre de mudanza,  
No podrian turbarme del sosiego  
Que en la discreta soledad se alcanza.  
Roupa los senos otro del mar ciego  
Con prestas alas de su osada nave,  
Do no se aventuró romano ó griego ;  
Llegue do el sacro Océano se trabre  
Con el piélago Austral, y no causado  
Cerque el golfo que el hielo torna grave ;  
Que bien puede alabarse, conofado  
De haber visto, tratado y conocido,  
Y mil varios peligros allanado ;  
Pero no habrá gozado ni entendido  
Los bienes que el silencio en el desierto  
Da á un corazon modesto y bien regido,  
Fuera de todo humano desconcierto.

## SONETO CXXI.

Mira, del sacro Amor oh bella esposa,  
Este luciente espejo que Urania  
Te ofrece, el cual de la inmortal Sofia  
Es don que muestra su virtud hermosa.

Alija en él la vista generosa,  
Su concierto percibe y armonía,  
Y conociendo tu valor, desvia  
Los ojos de esta niebla tenebrosa ;

Porque, si bien estimas tu grandeza,  
No te podrá teñir el claro velo  
Humo ó sombra de error y de mancilla ;

Antes, ardiendo en fuego de pureza,  
Alzarás con tal fuerza el noble vuelo,  
Que merezcas la eterna y alta silla.

## CXXII.

No bastó el daño al fin y estrago fiero  
Del fuerte muro y del sidonio techo,  
Y el cuello haber traído al yugo estrecho  
De quien domó al Tesin y al grande Ibero ;

Sino á un infame Dárdano extranjero,  
A quien ; oh Roma! padre tuyo has hecho,  
Decir que di rendida el limpio pecho,  
Y pagué al impio amor injusto fuero.

¿ Tanto pudo la envidia? ¿ Pudo tanto  
La musa de Virgilio mentirosa,  
Que osó manchar mi nombre esclarecido?

Mas la verdad, mayor que su alto canto,  
Dirá que menos casta y generosa  
Lucrecia fué que la fenisa Dido.

## CXXIII.

Podrá imitar la singular destreza  
Del pintor el semblante generoso  
Y el rayo de esas luces amoroso,  
Si tanto cabe en la mortal bajeza ;

Mas ¿cómo imitará tanta grandeza,  
Tantos bienes que el alto y poderoso  
Olimpo os dió, si al que es en ver dichoso  
Ciega la luz de esa inmortal belleza?

No puede merecer la suerte humana  
Bien de tanto valor, porque encogiera  
En este corto espacio todo el cielo.

Baje Amor, ¡oh Francisca soberana!  
Y descubra esa imagen verdadera,  
Para que nunca envidie al cielo el suelo.

## CANCIÓN X.

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,  
Pues el silencio ocupa este desierto,  
Romper la voz y quejas de mi llanto.  
Sufri la fuerza del dolor molesto  
Cuando en el mal cabia algun concierto;

(9) Con mil flaquezas de miseria llenas.

(10) Antes con voluntad libre y segura.

Ya ni esfuerzo ni seso valen tanto,  
Que le resistan cuanto  
Pensé y osé esperar; mas, ¡oh perdido,  
Cuán bien merezco verme en tal estado!  
¿De qué sirve injuriar al alligido?  
Que la pena que siento  
Es harta confusion de mi cuidado.  
Asemda al fin el triste apartamiento  
De este cerrado bosque mi lamento.

Vos, que por luenga edad tenéis en uso,  
Arboles altos, de escuchar atentos  
Quejas de otros amantes desdichados,  
Oíd tristes mi llanto y mal confuso;  
Que nunca pena igual á mis tormentos  
Ni cuidado se vió cual mis cuidados.  
En pasos bien contados  
Perdí el camino, no en la sombra oscura,  
Que fuera á mi dolor algun consuelo  
Hallar disculpa; mas la lumbre pura  
Siguiendo atentamente,  
Erré por donde me guiaba el cielo.  
Pensando á la ocasion tener la frente,  
Perdí todo mi bien, halléme ausente.

Procuré quebrantar mi esquivo suerte,  
Poniendo el pecho osado á todo trance;  
Que el dolor dió licencia á mi osadía.  
Creció el furor de males, y en alcance  
No vino de ellos, no, la dura muerte,  
Que pusiera remedio á mi porfía.  
Triste y acerbo día,  
Que siempre estará vivo en mi memoria;  
Mas ¿dó me lleva mi pasión ajeno?  
Desesperado bien y muerta gloria,  
Vos, ¡oh! vos me trajistes  
Adonde sin remedio en vano peno,  
Y como si debieran ser, me distes,  
Sin un alegre día, tantos tristes.

Ahora veo tarde el desengaño;  
Mas llega á tiempo que aprovecha poco:  
Que pierde en mi fortuna el bien su efecto.  
Aunque pensar contar parte del daño  
O descubrir de este dolor que toco  
Será imposible; pero en este aprieto  
Alguna vez prometo

Romper por el camino mas espeso  
Para salir del mal, y es error mio,  
Porque me lleva con el mismo exceso  
Por la revuelta senda  
Donde me causa el ciego desvario,  
Y desespero el bien, y á suelta rienda  
Voy adonde no habrá quien me defienda.

Segura es la fortuna al miserable;  
Porque de mayor daño falta el miedo;  
Yo en última miseria estoy, y temo,  
Si ya no mayor mal, mal variable;  
No es mucho que lo tema, pues no puedo  
Asegurarme. ¡Oh mi dolor supremo!  
Sácame de este extremo,  
Entégame á los brazos de la muerte,  
Pues no sé quién mi afrenta satisfaga,  
Y es de linaje tal y de tal suerte,  
Que es mejor no tocalla,  
No pudiendo sanar esta mi llaga.  
¡Triste quien solo y sin vigor se halla  
Herido y sin escudo en la batalla!

Bien sé que mi pasión secreta entiendo  
Solo quien conoció mi pensamiento,  
Y que esta queja otro ninguno alcanza;  
Mas, como quien ventura ya no atiende,  
No oso mostrar mi grande sufrimiento,  
Y confuso en mis ansias y mudanza,  
Tomo de mi venganza.  
¿Qué no pudiera al fin mover mi llanto,  
Si otro con menor causa mover pudo  
El negro lago y sombras del espanto?  
Oyóse su requesta.  
Náufrago, temo el piélagos sañudo;  
Pero no era sazón de quejas esta  
En ocasion tan grave y tan molesta.  
Quiero hablar mas claro, y la vergüenza  
Que tengo de mí solo no concede  
Que pueda respirar el dolor fiero.

Crece el mal siempre, y siempre en él comienza  
La esperanza del bien; ninguno puede  
No engañarse en su daño lisonjero  
Si sigue al mal primero  
El bien que se conforma á su deseo.  
Descubriome la usanza de mis males,  
Por el pasado engaño, este que veo;  
Que me tuvo dudoso  
En cuanto descubría sus señales,  
Y quedé tan cobarde y sospechoso,  
Que ni aun mirar de lejos es bien oso.

## SONETO CXXIV.

Si para que yo sienta cuánto fuego  
Abraza vuestro pecho a la luz pura,  
Y á los rayos de eterna hermosura  
Quereis que llegue deslumbrado luego,  
No me digais que mire con sosiego  
Su resplandor y su gentil figura;  
Mas que huya su ardor, si la ventura  
Puede librarme ya encendido y ciego.  
¿Qué maravilla es que en viva llama  
Os consumais, teniendo el sol presente,  
Y siendo vos á su calor de cera?  
Conoce el mal ajeno quien bien ama,  
Y mi pasión en su presencia siente  
La fuerza de la vuestra mas entera.

## CXXV.

Fué gloria de mi alto pensamiento  
Oír y ver vuestra beldad serena,  
Y de firmeza arder mi alma llena,  
Desesperando el fin de su tormento.  
Si como merecí mi atrevimiento  
La honra y el valor de tanta pena,  
Consintiera el cruel que me enajena  
No ofenderos el bien del mal que siento,  
Pensara merecer con la fe mia  
Nombre de vuestro; mas á tanta alteza  
La humilde mortal suerte no conviene.  
Mas, ya que no vos cause mi osadía,  
No pretendo consuelo á mi tristeza,  
Sino que consintais que por vos pene.

## CXXVI.

Pues cubre el orbe en asombrado velo  
La negra oscuridad, y las estrellas  
Miran, errando en torno en formas bellas,  
Dudosas el desierto y hondo suelo,  
Tú, noche, á quien mis lágrimas revelo,  
Y al gemido respondes triste de ellas,  
Oye mi mal, atiende á mis querellas,  
Así á tí sola sirva el vago cielo;  
Que no quiero que el día vea el llanto  
De estos ojos mezquinos; que en tal pena  
No conviene la luz al dolor mio.  
Escucha tú, que del color el manto  
De mi ventura tienes, ¡oh serena  
Noche! mi queja en tu silencio y frio.

## CXXVII.

Estos que al impío turco en cruda guerra,  
Al moro, al anglo y al escoto airado,  
Y vencen al tudesco y al dudado  
Francés, y al belga en su cercada tierra,  
Y los estrechos que el mar hondo encierra  
Sobran, pasando por lugar vedado  
Con valor cual vió nunca el estrellado  
Cielo, que tantas cosas mira y cierra,  
Bien muestran en la gloria de sus hechos  
Que son tus hijos, ¡oh felice España!  
Honra del alto imperio de Occidente.  
Alabe Roma los famosos pechos  
De los suyos; que nunca, y no me engaña  
El amor, fué á esta igual su osada gente.

## ELEGÍA XIV.

Si el presente dolor de vuestra pena  
Sufre escuchar de la pasión que siento  
Esta mi musa, de dulzura ajena,



Estad, Señor, un breve espacio atento  
 A las llorosas lástimas que canto  
 Solo, puesto en olvido y descontento;  
 Que si yo puedo declarar bien cuánto  
 Estrago hace amor en mis entrañas,  
 En vano no será el quejoso llanto.  
 Mas ¡cómo las crucezas y hazañas  
 Del fiero usurpador de la alma mía  
 Decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?  
 Seguro, alegre, en quietud vivía,  
 Con libertad y corazón ufano,  
 Mostrando contra Amor grande osadía.  
 Pensaba, mas al fin pensaba en vano,  
 Que contra la dureza de mi pecho  
 No pudiera el rigor de este tirano.  
 No me valió; que al cabo á mi despecho  
 Rendi á su yugo el quebrantado cuello,  
 Y fué mi orgullo sin valor deshecho.  
 Un sutil hilo pudo de un cabello,  
 Mas bello que la luz del sol dorado,  
 Traerme preso sin jamás rompello;  
 Y unos ojuelos de color mezclado,  
 Que prometen mil bienes sin dar uno,  
 Tomaron el imperio en mi encaido.  
 Vilos, y me perdi; mas ¡oh importuno  
 Remedio, que no viéndolos me pierdo  
 Del mayor mal que tuvo amante alguno!  
 El seso pierdo cuando estoy mas cuerdo;  
 Pero amor es furor; quien no está loco  
 Dirá que hablo sin algun acuerdo.  
 Las cosas que de amor apunto y toco  
 No alcanza esa profana y ruda gente;  
 Vos sí, que de su mal no sabeis poco.  
 Yo voy por un camino diferente  
 En los males que tengo, y nunca espero  
 Sanar de este dolor que la alma siente.  
 Al bien medroso, al mal osado y fiero,  
 Y estoy de gloria y ufania lleno  
 Cuando en la fuerza del tormento muero.  
 Si puedo alguna vez hallarme ajeno  
 De mi pasión, ocupo la memoria  
 En cuán poco merezco lo que peno.  
 No cabe en mi pensar que tanta gloria  
 Se debe á mi dolor, ni que se entienda  
 De mi afán la dichosa y rica historia (11).  
 No hallo ya razon que me detienda  
 De perdicion, pues corro tras mi engaño,  
 Y me despeño sin cobrar la rienda.  
 De un día en otro voy al fin del año,  
 Desvanecido y lleno de esperanza,  
 Sin abrazar el claro desengaño.  
 Pienso y entiendo que hacer mudanza  
 Podrá valerme; mas la cruda vida  
 De Amor, ó cerca ó lejos, todo alcanza.  
 Mil veces contra mí me pongo en ira,  
 Y culpo mi temor y mi flaqueza,  
 Que del honrado intento me retira;  
 Mas ¿quién tiene tan grande fortaleza?  
 Quién ve libre del mal aquel semblante  
 Y pura flor de angélica belleza?  
 No soy pena ni duro diamante  
 Tal furor tierno vive en estos ojos,  
 Que de su luz se enciende en un instante.  
 Son pequeños, no alcanzan mis enojos  
 A merecer la gloria del mal mio,  
 Ni verse juntos entre sus despojos.  
 Nevoso invierno y abrasado estío  
 Destruyen mi esperanza de tal suerte,  
 Que me acaba el calor y mata el frío (12).  
 Mas que otro pudo ser, mi pecho es fuerte,  
 Pues no fallece en tal dolor, sufriendo  
 Los extremos efectos de la muerte.  
 Cual suele Febo aparecer trayendo  
 La luz y los colores á las cosas  
 Cuando del sacro mar sale luciendo,  
 Tales sus dos estrellas gloriosas  
 Dan á mi alma claridad divina,  
 Que me enciende en mil llamas amorosas  
 Y cual se muestra el cielo si declina

La luz, y con la sombra tenebrosa  
 El horror de la noche se avvicina,  
 Tal yo sin su bellad maravillosa  
 Estoy confuso y lleno de recelo,  
 Desierto y triste, en soledad penosa.  
 Las ricas hebras del dorado velo  
 Vencen á las que cercan á Ariana  
 En el eterno resplandor del cielo.  
 ¡Cuánto me engaña esta esperanza vana  
 En contar de mí afan la triste historia,  
 Y el desden de mi estrella soberana!  
 No sufre mi fortuna tanta gloria,  
 Que espere merecer alguna parte  
 De mi dolor lugar en su memoria.  
 El fiero estruendo del sangriento Marte,  
 De que tiembla medroso el lusitano,  
 Atónito de tanto esfuerzo y arte,  
 Incita este mi canto humilde y llano  
 En su alabanza; pero apenas puedo  
 Juntar las musas al furor usano.  
 Otro que tenga espíritu y denuedo  
 Podrá cantar igual a tan gran hecho;  
 Que yo en decir mis males estoy ledo.  
 El dolor que padece vuestro pecho  
 Permita, y la serena luz ardiente  
 Y el oro que os enlaza en nudo estrecho,  
 Que yo ¡oh sublime gloria de Occidente!  
 Ose mostrar en este rudo canto  
 Lo que el deseo publicar consiente;  
 Que si como pretendo yo levanto  
 La voz, el indio extremo, el lapón frío,  
 Y aquel que el alto Febo abraza tanto,  
 Y quien habita el amazoní rio,  
 Honrarán vuestro nombre generoso,  
 Admirados de oír el canto mio.  
 ¿Cuándo será aquel día en que el hermoso  
 Rayo de amor y celestial lucero  
 Hiera este campo y rio venturoso?  
 Bétis, que al grande Océano ligero  
 Con curso ufano contrastar porfias,  
 Sin espantarte su semblante fiero,  
 Con creciente mayor que la que envías  
 Rebosa, y salgan del ondos seno  
 Tus ninfas á ayudar las voces mías.  
 Descubra el cielo el resplandor sereno,  
 Y virtud nueva infunda á tu ribera,  
 Y al campo, de mil flores siempre lleno.  
 La luz de hermosura verdadera,  
 Por quien suspira el venturoso amante,  
 Por quien en esperanza desespera,  
 De rosas con luz pura, semejante (13)  
 A la bella y divina cazadora,  
 Se te muestra, y ya casi está delante.  
 Pinta pues variando, orna y colora  
 De perlas y esmeraldas tus cristales,  
 Y tus arenas enriquece y dora;  
 Y cifre con mil ramos de corales  
 La venerable frente, á cuya alteza  
 Son los mas grandes rios desiguales,  
 Y ofrece humildemente á su belleza  
 Los nobles dones que abundante cria  
 De tu fértil corriente la riqueza.  
 Venid diciendo: «Ya, Señora mía,  
 Merezca ya por vos aquesta tierra  
 El bien que mereció esa tierra fría,  
 »En esta parte el largo cielo encierra;  
 Tanto puede alcanzar la suerte humana,  
 Cuanto aparta de otras y destierra.  
 »Sola vuestra grandeza soberana  
 Le falta para ser siempre dichosa;  
 Venid pues, oh clarísima Diana,  
 »Este prado y ribera venturosa,  
 Este bosque, esta selva y esta fuente  
 Vos llama y vos suspira deseosa (14).  
 »Ceñid vuestra serena y limpia frente  
 De este florido cerco, entrelazado  
 De los ricos esmaltes de Oriente.  
 »Humilde don, mas debe ser preciado;  
 Que yo doyo solo á vos estos despojos,

(11) De mis afanes la dichosa historia.

(12) Que me mata el calor y acaba el frío.

(13) Con pura faz de rosas, semejante.

(14) Os llama y os suspira deseosa.

A pagar mayor censo condenado.  
 » Ya son eternas flores los abrojos,  
 Y el frío invierno vuelto ya en verano  
 Con la cercana luz de vuestros ojos.  
 » En medio de este abierto y fértil llano  
 Alzará de mis ninfas todo el coro  
 Un templo á vuestro nombre soberano;  
 » Y con guirnaldas en las hebras de oro  
 Tejerán vueltas, y traerán consigo  
 Las que en sus ondas cria el seno moro,  
 » Y todas juntas cantarán conmigo  
 Del sagrado himeneo en alabanza,  
 De que el cielo ha querido ser testigo.  
 » Venid, oh gloria nuestra y esperanza;  
 Deshaga vuestra vista el sentimiento  
 De quien tanto se ofende en la tardanza.»  
 Mas ¿dónde me arrebató el pensamiento?  
 ¿Dó en tan alta grandeza me levanto  
 Con vano y temerario atrevimiento?  
 Vos tenéis, gran Marqués, de esto que canto  
 La culpa, y me hicistes atrevido;  
 Que yo de mí no pienso ni oso tanto.  
 Mi ruda musa solo en mi gemido  
 Se ocupa, y en memoria de los días  
 Que á tan misero estado me han traído.  
 Sabrosa perdición, dulces engaños,  
 Siempre temido mal, eterna pena,  
 Que sufrí, triste, de mis tiernos años.  
 Gloria de mil desdichas dieron llena (15)  
 Al simple canto, á cuya rustiqueza  
 Abrió el Amor una profunda vena.  
 Mas para celebrar la gran belleza  
 De la inmortal Diana y su luz pura,  
 Y del mucho amor vuestro la grandeza,  
 Ni puedo ni merezco tal ventura.

## SONETO CXXVIII.

## A Garcilaso.

Musa, esparce purpúreas, frescas flores  
 Al tñmulo del sacro Laso muerto;  
 Los lazos de oro suelte sin concierto  
 Vénus, floren su muerte los amores;  
 Arda la rota aljaba y pasadores,  
 La mirra casia y cuanto el encubierta  
 Pénix quema, y con verso grave y cierto  
 Cante su gloria Febo y tus dolores.  
 Laso, por quien el Tajo al rico Tebro  
 Y excede al Arno puro, sepultado  
 Yace entre verdes hojas de amaranto.  
 Incline al nombre claro que celebro  
 Sus coronas Parnaso, y admirado,  
 Venere el alto y noble y tierno canto (16).

## EGLOGA PRIMERA.

## SALICIO.

Entre los verdes árboles do suena  
 Bétis con altas ondas extendido,  
 Llevando al mar la frente de ovas llena,  
 Alcon y Tirsis tristes con gemido  
 Lloraban de Salicio tiernamente  
 El miserable caso sucedido.  
 Cual simple tortolilla gime y siente  
 El caro esposo que perdió muriendo,  
 Y su dolor descubre en son doliente,  
 Viólos llorar el rubio sol, naciendo  
 Del bosque, al uno y otro descuidado;  
 Viólos llorar la luna apareciendo.

(15) Dieron la gloria de desdichas llena.

(16) Este soneto y la siguiente égloga se hallan al frente de las obras de Garcilaso (edición de HERRERA). El autor, al poner una y otra composición, dijo que fueron hechas «en los primeros años de la edad floreciente, cuando son menos culpables los descuidos y el error de la noticia destas cosas; y así, espero que merecerán perdon las muchas faltas destas versos».

En mi opinión, el soneto puede muy bien competir con el famoso idilio de Bion en la muerte de Adonis. ¡Lástima, en verdad, que los tercetos estén asonantados!

Alcon sobre el un brazo recostado,  
 «Salicio, dijo, del ganado fuerte  
 Un tiempo gloria y su mayor cuidado,  
 » Dolor cruel ahora y dura suerte  
 Entre nosotros siempre aborrecida,  
 ¿Quién te llevó con rigurosa muerte?  
 » Contigo el dulce Amor perdió la vida;  
 No resueña tu canto en la aspereza  
 Al tierno son del aura desparcida.  
 » Cual Febo cuando oía su tristeza  
 Y suspiros de amor y alan penoso  
 De Anfriso la corriente ligereza,  
 » Cnbra el cielo el color claro y hermoso;  
 Llorad vos, ninfas, del sonante río  
 Multiplicando el curso doloroso;  
 » Llorad, lauros y plátano sombrío,  
 Y tú, Fauno, en el suelo reclinado,  
 Y contad en su muerte el dolor mío.  
 » Valles, crezca el suspiro apresurado  
 Por una y otra parte, y no cesando,  
 Suenen llanto confuso todo el prado.  
 » Decid, hijas de Bétis, suspirando,  
 Y el cisne entre sus ondas espumosas  
 Alee el lloroso cuello lamentando.  
 » Ahí, ahí pinta, Jacinto, en tus hermosas  
 Y tristes letras con el mal presente,  
 Y derrama mil quejas lastimosas.  
 » Oh Febo, Febo, ahora en el corriente  
 Xanto ó en Delo estés, vén ya ceñido  
 De fuestro ciprés la triste frente;  
 » Quebranta el arco de oro guarnecido,  
 Despedaza los duros pasadores,  
 Pues tu gloria y cuidado es ya perdido.  
 » Vén, no esparciendo al aire tus olores,  
 Citea, ni en mirto coronada  
 Ni mezclando las rosas á las flores;  
 » Mas con cerúlea veste congojada,  
 Y en triste hábito venga la alegría  
 Con negras hachas y con luz turbada.  
 » Y tu, lloroso Amor, en compañía,  
 Rotas flechas y aljaba y arco, alzando  
 Con las gracias del llanto la armonía.  
 » Traed, valles, suspiros, vos llorando,  
 Y el lamentable acento vaya luego  
 Por campo y selva y bosque resonando.  
 » Oh crudas parcas, duro hado ciego!  
 ¿Correrá el río con perpetua fuente?  
 ¿Vivirán estas peñas en sosiego?  
 » Salicio, honor de la silvestre gente,  
 ¿No se verá en la selva, en este cielo  
 Nunca se verá mas estar presente?  
 » Como la flor purpúrea, á quien el hielo  
 Del penetrable invierno y rigor frío,  
 O dañó el rojo Sirio el tierno velo.  
 » Corred, largas ondas del gran río,  
 Durad vos, peñas, alargad la vida;  
 Que á vos el hado es amoroso y pio.  
 » Mas ya no otro Salicio en la escondida  
 Selva ni en alto monte y valle abierto  
 Sonará su zampoña conocida.  
 » Gimen los montes mudos y el desierto  
 Y las matosas peñas inclinadas,  
 Do el aire hierre; ya Salicio es muerto.  
 » Sus ondas Tajo, en lágrimas trocadas,  
 Bañó la gruta oscura en tristes sonos,  
 Y las montosas vueltas y apartadas.  
 » La vana imágen busca tus razones  
 Por las selvas callada, que no siente  
 El blando y tierno son de tus canciones;  
 » Que ya no te responde dulcemente  
 Y no imita tus labios, y se acunde  
 Filomela con mustia voz doliente.  
 » Y al canto de palomas ya responde  
 El llanto con murmurio, suspirando,  
 Que al dolor de tu muerte corresponde;  
 » Y nosotros, los versos resonando,  
 Con simple avena alzamos tus loores.  
 Decid, náyades tristes, lamentando,  
 ¿Quién sonará entre rústicos pastores  
 La zampoña que al mismo Febo espanta,  
 Y aun espira tu canto y tus amores?  
 » Lloro y los versos Galatea canta

Que te oía, aunque dura, helada y fiera,  
Y con su voz al cielo los levanta;

»Y no los del ciclope en la ribera,  
Cuyo nombre, en el canto celebrado,  
De mi memoria está del todo fuera.

»A ti, de verde hiedra coronado,  
Todos nuestros pastores rodearon,  
Y te dieron la gloria en todo el prado.

»Oyendo tus canciones se admiraron  
Las driades, los faunos su aposento  
Por oírte cantar desampararon.

»Lloróte, pastor sacro, el frío asiento  
Del claro Tórnes y ribera umbrosa  
Con mas dolor y con mayor lamento

»Que á sus pastores dos con voz quejosa  
Sicilia, y á Sincero y Meliseo  
Sebeto con corriente no abundosa.

»Nunca sintió, mezclada con Aifeo,  
Aretusa en sus ondas tal gemido,  
Ni el Ebro por la muerte de su Orfeo.

»Yo te lloro, Salicio, enternecido,  
Tú el canto que engendró el dolor consiente,  
Pues mas de amor que de arte va vestido;

»Que si algun tiempo el rudo son doliente  
De Bétis pasa la ribera llena,  
Que mete en el gran mar la altiva frente,

»Tú verás en el verso que resucena  
Tu memoria y tu nombre glorioso,  
Do el puro Tébros y donde el Arno suena.»

Aquí el pastor con llanto lastimoso  
Paró, y al triste canto dió un gemido  
Del hondo rio el curso presuroso.

Tírsis luego siguió el son esparcido,  
Y atentas á su voz, fueron cesando  
Las ondas en el vaso recogido:

»No resoneis ya, niñas, lamentando;  
Dejad vos, montes y peñascos fríos,  
Las quejas que extendisteis suspirando.

»Ahora derramad, pastores míos,  
En la pintada tierra frescas flores,  
Traed sombra á las fuentes y á los ríos.

»Venid vosotros, faunos amadores,  
A las driades bellas descubriendo  
Vuestro amor, vuestros celos y dolores;

»Porque Salicio, al cielo alto subiéndolo,  
Así lo quiere; y llenos de alegría,  
Alzad el canto, versos componiendo;

»Y junto aquella pura fuente fría  
Este verso cantad en el sagrado  
Lauro que de sus hojas lo coñia;

»Porque si algun pastor allí cansado  
Llegare, pueda vello y dar memoria  
Del tûmulo que cerca está labrado.

»Salicio, al campo y á pastores gloria,  
En brazos de las musas muere puesto,  
Y en el cielo está vivo con vitoria.

»Yo te pondré, Salicio, despues de esto,  
Dos consagradas aras, levantando  
Una á tí y otra á Febo en este puesto.

»Pues te igualas en canto dulce y blando;  
Y aquí pondré dos vasos espumosos,  
Ambos con leche nueva rebosando.

»Vendrán aquí pastores venturosos,  
Menalca, Olimpio y Epolo, que en danza  
Imitarán los sátiros vellosos.

»Y cuando honrare con antigua usanza  
Tu sepulcro, esparciendo el dulce vino,  
Serás de los pastores esperanza,

»Y pedirémos tu favor divino  
Para guardar el pasto y campo lleno  
Contra el rigor del duro cielo indino.

»Tu tûmulo adornando el verde seno  
De Flora cubrirá, que al fresco prado  
Las rosas quitará y color ameno.

»Aquí vendrán en coro concertado  
Faunos, sátiros, Pan, Cintio hermoso,  
Las náyades de Bétis venerado,

»Las niñas del monte alto y confragoso,  
Las de árboles y selvas, consagrandolo  
En honra tuya el canto numeroso

»Aquí soplará manso el viento blando  
Del templado Favonio, habra continuo

Verano nuevo, y Clóris con su bando.

»Palma, plátano, pobo, álamo y pino,  
El grande ciclamor, el lauro verde,  
Que á tu divina frente bien convino,

»Extenderán con son que nos acuerde  
De tí las hojas, y con rico manto  
Mostrará el prado que el color no pierde.

»Nacerá siempre eterno el amaranto,  
Narciso y eliocriso deleitoso,  
Y suave jacinto y tierno acanto.

»Torcerá el curso el rio no espumoso,  
Con blandas ondas largo y extendido,  
Para regar el campo espacioso.

»Cantare han con dulcísimo sonido  
Las selvas y los bosques altamente  
En verso noble y canto esclarecido.

»Arbol no habrá que á Febo mas contente  
Que el que tu nombre escrito en sí tuviere;  
Tu nombre, entre pastores excelente.

»Y cuando el viento de través hiriere,  
Resonará en el aire con tu gloria  
El árbol que sus hojas como viere.

»Por tí al Tajo dará el nombre y vitoria  
El puro Eurótas y el nevoso Ebro,  
Que refiere de Orfeo la memoria;

»Y el mismo grande y caudaloso Tébros  
Inclinará sus ondas, admirado  
Del canto y del avena que celebro.

»En tanto que en el monte levantado  
El jabali espumoso tenga asiento,  
Y cayere el rocío al verde prado,

»En todo el pastoral ayuntamiento  
Será tu nombre eterno, y la dulzura  
Y tierna voz del amoroso acento.»

Calló Tírsi, y del bosque la espesura  
Hirió el viento en señal de su grandeza,  
Y resonó Salicio con voz pura  
El rio y de los montes la aspereza.

## SONETO CXXXIX (17).

¡Oh breve don de un agradable engaño,  
Dulce mal del contento aborrecido,  
Cuán presto pierdes el color florido,  
Y muestras los despojos de tu daño!

El oro, vuelto en plata, un blanco paño  
Cubre, y el color vivo y encendido  
De los ojos, sin fuerza ya y perdido,  
De tu venecido orgullo es desengañio.

Acabas, y tu dulce tiranía,  
Y al fin, si acabas, mueres con vitoria  
De nuestro error en devaneo tanto;

Mas quien por tí se olvida y desvaria  
Del camino, perece sin memoria,  
Con mayor culpa, en un perpetuo llanto.

## CXXX.

## A Francisco Pacheco.

Ya el rigor importuno y grave hielo  
Desnuda los esmaltes y belleza  
De la pintada tierra, y con tristeza  
Se ofende en niebla oscura el claro cielo;  
Mas, Pacheco, este mesmo hórrido suelo  
Reverdece, y pomposo su riqueza  
Muestra, y del blanco mármol la dureza  
Desata de Favonio el tibio vuelo;  
Pero el dulce color y hermosura  
De nuestra humana vida cuando huye  
No torua, ¡oh mortal suerte, oh breve gloria!  
Mas sola la virtud nos asegura;  
Que el tiempo avaro, aunque esta flor destruye,  
Contra ella nunca osó intentar vitoria.

## REDONDILLAS.

Faeton con ardor ciego  
Del sol llevó los caballos,

(17) Este soneto y el siguiente se hallan en la edición principal de las obras de HERRERA. Pacheco no lo puso en la suya, con todo de estarle dedicado el segundo.

Con que el mundo abrasó en fuego,  
 Porque no supo guialpos;  
 Y de un rayo derribado,  
 Puso fin a su ventura,  
 En el río sepultado,  
 Cuyo nombre siempre dura.  
 Yo, que de mi sol hermoso  
 Presumi la pura lumbre,  
 Y atrevido y animoso  
 No desmayo en la alta cumbre,  
 Si quiere Amor que del cielo  
 Encendido baje y muerto,  
 Lugar pequeño es el suelo  
 Para tanto desconcierto.

## ELEGIA XV (18).

Desterrado el invierno frío y cano,  
 La tierra se vestía en mil colores  
 Con vivo lustre y fuerza del verano;  
 Y esparecidas las rosas y las flores,  
 Con aura fresca espiran dulcemente  
 En el aire tendido sus olores;  
 Cuando la alba salía de oriente  
 Cubierta de oro y púrpura hermosa,  
 El variado manto reluciente,  
 Y alegrando á la tierra deleitosa,  
 Con rociadas gotas regalaba  
 A la yerba florida y abundosa.  
 Yo entonces en el campo me hallaba  
 Cogiendo el fresco del templado aliento,  
 Que blandamente entre árboles sonaba.  
 Traía la marea un movimiento  
 Suave y tierno, en torno desparcido,  
 Que hería con dulce sentimiento.  
 Vi el campo en flores varias revestido,  
 Que del rocío estaban esmaltadas,  
 Con que mas su belleza ha florecido;  
 Vi las húmidas rosas levantadas  
 Abrir las hojas bellas, que primero  
 Tenían todas juntas y cerradas,  
 Y alegres con la vuelta del lucero,  
 Mostraban su color entremezclado,  
 Mas hermoso que nunca y mas entero.  
 No sé si la alba había á rosas dado  
 O tornado el color, y si á las flores  
 Había el día nuevo retocado.  
 Uno el rocío y unos los colores,  
 Uno el día, y de Venus amorosa  
 Ambos, y por ventura unos olores;  
 Mas aquel con mas fuerza poderosa  
 Por el aire se tiende en grande alteza,  
 Acá mas cerca espira el de la rosa.  
 La reina de las gracias y belleza,  
 En su flor mesma y astro reluciente  
 Pinta del puro rojo la fineza.  
 Las flores ya extendían juntamente,  
 Con hermosas figuras reluciendo,  
 Su color y postura diferente.  
 Unas en punta suben, esparciendo  
 Sus tiernas hojas al abierto cielo,  
 Otras una corona van tejiendo,  
 Otras se tuereen al herboso suelo,  
 De verde, azul y jaldé señaladas  
 Con violado ó con purpúreo velo;  
 Y casi unas con otras enlazadas,  
 Heridos los colores van mudando,  
 Y á los ojos engañan ayntadas.  
 Esto miraba atónito yo, cuando  
 Vi toda su belleza ir de caída,  
 El resplandor y olores olvidando.  
 Maravilléme viendo así perdida  
 La beldad y la edad de tantas flores,  
 Y muerta ya la rosa aun no nacida.  
 Tanta belleza y varios resplandores  
 Un día mesmo adorna y descomponer,  
 Ofreciendo y robando sus colores.

(18) Es traducción libre de Ausonio, que empieza:

*Ver erat, et blando mordentia frigora, sensu, etc.*Se imprimió por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Nosotros nos quejamos porque pone  
 Naturaleza con avara mano  
 Tan breve gracia en flores que compone.  
 Aun no salen los dones del verano,  
 Cuando ella los derriba con la muerte,  
 Dejando al tiempo del despojo ufano.  
 Cuan largo el día, es tan larga suerte  
 De las rosas, que junto en un momento  
 Su juventud en senectud convierte.  
 La que ya vió nacer el blando aliento  
 Del nuevo sol, morir aquesta vido  
 Cuando del mar bajaba al hondo asiento;  
 Mas bien les ha la suerte concedido  
 Si así mueren tan presto, que naciendo,  
 Sucedan á su término cumplido.  
 Coged las rosas vos que vais perdiendo,  
 Mientras la flor y edad, Señora, es nueva,  
 Y acordáos que va desfalleciendo  
 Vuestro tiempo, y que nunca se renueva.

## SONETO CXXXI (19).

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!  
 Cuando la no esperada edad forzosa  
 Del oro, que aura inueve deleitosa,  
 Mude en la blanca plata la fineza,  
 Y tiña al rojo lustre con flaqueza  
 En la amarilla viola la rosa,  
 Y el dulce resplandor de luz hermosa  
 Pierda la viva llama y su pureza,  
 Dirás, mirando en el cristal luciente  
 Otra la imagen tuya: «Este desco  
 ¿Por qué no fué en la flor primera mia?  
 »¿Por qué, ya que conozco el mal presente,  
 Con esta voluntad con que me veo  
 No vuelve la belleza que solía?»

## REDONDILLAS (20).

No así en el nuevo verano  
 Despoja al prado hermoso  
 El vapor mas inhumano  
 Del estío caluroso,  
 Cuando abraza el mediodía  
 Con el sol, que está inflamado  
 En su carrera tardía,  
 Y arroja en el mar sagrado  
 A la breve noche fría;  
 Y el lilio, el color perdido,  
 Se desmaya y desfallece,  
 Y del verde astil florido  
 La dulce rosa perece;  
 Como el lustre reluciente  
 Que arde en la tierna belleza  
 Robar y perder se siente,  
 Y deshace su viveza  
 Cualquier pequeño accidente.  
 Ningun día no llevó  
 Despojos de hermosura,  
 Y huyendo, nos mostró  
 La beldad no estar segura.  
 ¿Qué sabio fia en bien vano?  
 Goza si el tiempo lo deja;  
 Mas ya te apremia liviano,  
 Y á la hora que se aleja  
 Otra peor va á la mano.

## EPIGRAMA (21).

Quando el osado Leandro,  
 Olvidado de temor,

(19) Traducido de otro de Tomás Mocenigo, que empieza:  
*E sempre á me più disdegnosa e fiera, etc.*Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.(20) Traducción de unos versos de Séneca en el Hipólito, q  
 empiezan:*Non sic prata novo veré decernit, etc.*Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

(21) Traducido del de Marcial:

*Cum pteret dulces audax Leander amores, etc.*Salió á luz por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Iba por el mar estrecho  
 A gozar su dulce amor,  
 Cansado y puesto en peligro  
 Del mar lleno de furor,  
 Ya que las hinchadas aguas  
 Causaban su perdición,  
 A las ondas que lo siguen  
 Dijo así el triste amador,  
 Como si jamás las ondas  
 Se muevan á compasión:  
 «Perdonadme mientras llego  
 A do dejé el corazón,  
 Y mostrad en mí á la vuelta  
 Vuestro impetu y furor.

## EPISTOLA (22).

**A Cristóbal de las Casas,** por su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* (Venecia, 1576).

Bien debe coronarte Febo Ideo,  
 Casas, la ingeniosa y docta frente  
 Con las hermosas hojas de Peneo,  
 Pues tú primero diste á la corriente  
 Del rey de ríos, Bétis generoso,  
 Las perlas que Arno y Po en sus ondas sienten.  
 Ya el casto amor y fuego deleitoso  
 De aquel por quien va Laura con vitoria,  
 Premio justo de ardor maravilloso,  
 Y quien dió á Mergilina insigne gloria,  
 Y aquel grave escritor de Marte airado,  
 Que de Rugier celebra la memoria,  
 Y todo el coro á Cintio consagrado,  
 Que la rica Toscana ha producido,  
 Igual de Augusto al tiempo afortunado,  
 Roto el velo de error oscurecido  
 Con la luz que les das, al claro día  
 Salen de las tinieblas del olvido.  
 Grande, pero dichosa, tu osadía,  
 Que consiguió este fin de una esperanza  
 Que solo en noble corazón se ería.  
 Ahora nueva vida Lanra alcanza,  
 Y á tí debe lo mesmo que al toscano,  
 Pues reparas del tiempo la mudanza.  
 En tanto que hiriere Amor tirano  
 A su reudida escuadra, y en los ojos  
 Se viere de quien aman inhumano,  
 Y por un breve bien largos enojos  
 Diere en quien mas espera, en su criteza  
 Trocando y renovando sus despojos,  
 Deste trabajo tuyo la grandeza  
 Celebrarás con eterna vida,  
 Que no sienta del tiempo la dureza.  
 Y España, á tu memoria agradescida,  
 Tu nombre cantará perpetuamente  
 Entre los que la hacen conocida.  
 Bétis levantará la altiva frente,  
 De esmeraldas lucientes adornado,  
 Tu gloria murmurando en su corriente,  
 Y llevando su curso al mar sagrado,  
 ¡Casas! resonará en el seno Mauro;  
 Y de allí al Indo extremo dilatado  
 Irá el nombre en que Delio ilustra el lauro.

## TRADUCCION (23).

Corra mi edad callada  
 Y sin ser de los nobles conocida,  
 Y cuando así mis años  
 Sientan los duros daños  
 De la muerte inclinada,  
 Viejo, sin nombre, acabaré mi vida  
 Entre la humilde plebe desvalida.

## TRADUCCION (24).

Dime, te ruego, Lidia;  
 Di por todos los dioses, ¿por qué á Sibáris  
 Quieres perder, amándote?  
 Di, ¿por qué ha aborrecido el campo Marcio,  
 Pues tiene fuerza y ánimo  
 Para sufrir el polvo y el sol cálido?  
 ¿Por qué entre iguales jóvenes  
 A caballo no prueba la milicia,  
 Ni rige con freno áspero  
 La dura boca del bridon de Francia?  
 ¿Por qué se muestra tímido,  
 Y no toca del Tebro el vaso líquido?  
 ¿Por qué la lucha rígida  
 Lluve mas que la sangre de la víbora,  
 Y no descubre cárdicos  
 Los fuertes brazos con las armas hórridas,  
 Llevando la vitoria  
 Con disco y dardo que traspase el término?  
 ¿Por qué en grave silencio  
 Se asconde, como el animoso Tésalo  
 Poco antes que en Asia  
 Se destruyese el ilion de Dárdano,  
 Porque en varonil hábito  
 No fuese á muerte del trojano ejército?

## ELEGIA XVI.

**A la muerte del maestro Juan de Malara.**

No se entristece tanto cuando pierde  
 Desnudo el ramo fértil y florido,  
 Ya sin vigor cortado, el árbol verde,  
 Cuanto yo viendo suelto y dividido  
 De la alma el lazo estrecho con la muerte,  
 Que velo no podrá cubrir de olvido.  
 ¡Oh duro corazón, que en mal tan fuerte  
 No rompes! ¿Cuándo esperas ablandarte?  
 ¿Después de esta terrible y grave suerte?  
 De mi alma murió la mayor parte;  
 Y el cielo, que en mi llanto es buen testigo,  
 Ve que nunca el dolor de mí se aparte.  
 ¡Oh ejemplo de virtud y caro amigo,  
 Que en mis entrañas vives juntamente!  
 Lo mismo que ya fuiste eres conmigo;  
 Que la fe del amor jamás consiente  
 Que la muerte consuma con tu vida  
 La llama que mi pecho ardiendo siente.  
 Cortóse el paso á la amistad crecida;  
 Que nuestro dulce trato es acabado,  
 Y el corazón de amarte no se olvida.  
 Pensaba yo que el cuerpo desatado  
 De los nudos de la alma antes viviera  
 Que yo sin tí esperar solo, apartado.  
 Al fin pasé esta vida lastimera,  
 Y la sufrí. ¿Qué aguardo? ¿Por qué al ciclo  
 No te muestras mi guía verdadera?  
 Cansado ya, procuro alzar el vuelo  
 Al lugar glorioso y soberano;  
 Que al ánimo es pequeño asiento el suelo.  
 Amor terreno y un deseo vano,  
 Cuidado y engañosa la esperanza  
 No me dejan un punto de la mano.  
 ¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza,  
 Que solo amor celeste en mí respire  
 Con segura firmeza y confianza?  
 Divino celo al corazón inspire,  
 Y le dé tal virtud, que solo sienta  
 El alto bien que á mortal pecho admira.  
 No me deje caer en esta afrenta,  
 Donde me veo en confusión perdido,  
 Donde el mal que conozco me atormenta.  
 Tú, que en el cielo estás esclarecido,  
 Ruega por mí al Señor de cielo y tierra  
 Porque no muera en sombra del olvido.  
 Valga la peligrosa y larga guerra  
 Que en mi alma se traba noche y día

(22) No se halla esta epístola en las colecciones de poesías de HERRERA.

(23) De Séneca en el *Thiestes*:

*Nullis nota Quiritibus, etc.*

(24) De la oda de Horacio:

*Lidia, dic per omnes, etc.*

Hállanse estas dos poesías en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Con quien el paso á bien obrar me cierra.

Despues que llevó muerte oscura y fria  
De tu mortal cuidado los despojos,  
Huyó de mi el contento y la alegría.

Lágrimas abundaron en mis ojos,  
Y por tu arrebatado apartamiento  
En mi se renovaron los enojos.

El inmortal y claro ayuntamiento  
Celebró los troleos de tu gloria,  
Y gimió Bétis, lleno de lamento.

Sonó una voz llorosa en tu memoria,  
El ingenio y bondad junto acabaron;  
Cuando el hado gozó de tu victoria

El valle y alto monte suspiraron,  
Y á Hispális, vestida en negro manto,  
Pluvias y ciegas nubes ocuparon.

Contigo pereció el alegre canto,  
Y en reliquias del daño doloroso  
Quedó grave y quejoso y triste llanto.

Bétis, que al sacro Océano espumoso  
Llevaba el son de tu dorada lira,  
Altivo y con grandeza glorioso

Mudo en su gruta oscura se retira,  
Y en el profundo vaso con gemido  
Las tardas ondas discurriendo mira.

De tu canto quedaba suspendido  
El español osado y el romano,  
Y el francés orgulloso y atrevido.

Por tí el ilustre príncipe tebano  
Es mas famoso y vive su memoria,  
Que por vencer al bárbaro africano.

Aunque se estime con eterna gloria  
Por la fiera de Arabia embravecida,  
Mas valor le dará tu noble historia.

Era trueno tu voz; pero tu vida  
Claro rayo que puro resplandece  
Con llama presurosa y encendida;

Que tu virtud y nombre refflorece  
Con perpetua memoria, y sube al cielo  
La fama, que con honra tuya erece.

Aunque tú me dejaste en este suelo,  
Queda con bios, oh alma venturosa,  
Cubierta de purpúreo y rico velo;

Que si mi pena grave y dolorosa  
Me da lugar en la pasión que siento,  
Yo cantaré su gloria generosa.

En tanto lo que sufre mi lamento  
Permite estos llorosos versos míos,  
Triste muestra de duro sentimiento:

«Aquí yace sin vida el cuerpo frio  
De Malara, que roto el mortal mudo  
Donde á Vandahia riega el grande rio,  
Voló al cielo su espíritu desnudo» (25).

## EGLOGA II.

VENATORIA.

A Diana.

De aljaba y arco tú, Diana, armada,  
Que por el monte umbroso y extendido  
Fatigas á las fieras presurosa,

Huye del alto Ladmo, desdichada,  
Donde tu cazador duerme escondido;  
Que ya otra cazadora mas hermosa

Persigue impetuosa  
Al jabali espumoso y enojado,  
Que ya otra mas hermosa cazadora

Al ciervo sigue ahora.  
Si Endimion la viere, tu cuidado,  
Venciendo de la sierra la braveza,

Te dejara por ella con tristeza.  
A Endimion no dejes tú, Diana;  
Queda con él, no siga al amor mío,  
Tu amor Endimion esté contigo.

En la callada noche, en la mañana,  
Al sol ardiente, al importuno frió,  
Mi dulce cazadora esté conmigo.

Este bosque es testigo  
Cuántas veces la llamo y busco en vano;  
La aurora me oye sola sin su amante,  
Y se ofrece delante

Cuando espera las fieras en lo llano,  
Suspira ella su amor, yo lloro el mío;  
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.

Hermosa cazadora, que has llevado  
Del frió bosque mi herido pecho  
Con el cabello de oro suelto al viento

Y de flores y rosas coronado,  
¿Eres Napea deste valle estrecho,  
¿Eres Napea deste valle estrecho,  
Que alcanza con ligero movimiento

Al jabali sediento  
Y del ciervo la planta voladora?  
Que tu paso, tu voz y tu belleza,

Mas que mortal grandeza,  
Descubre á tu Menalio, que te adora.  
Tal va Cintia con traje soberano

Y enciende en fuego al amador Silvano.  
¿Qué dios; ¿oh Clearista! te ha ofrecido  
A mis ojos, corriendo yo una fiera

Si me llevó, dejándome perdido.  
Porque en llama inmortal ardiendo muera?  
De tus luces probó el tirano ciego

Con mi daño su fuego;  
Mas tú, habites el bosque oscuro y prado  
O la tendida selva deste rio,  
Jamás del pecho mío

Se apartará el amor que me ha abrasado.  
El bosque y prado, del amor testigo,  
A amante aprenderá tambien conmigo.

O la ligera garza levantando,  
Mire alalcon veloce y atrevido,  
O espere al jabali cerdoso y fiero,

O la aura entre los árboles gozando;  
Con silencio y voz muda en lo escondido  
Del pecho solo lloraré primero

El dolor en que muero.  
Sin tí el feroz caballo, el rayo ardiente  
Del imitado trueno y la sabrosa

Caza me es enojosa;  
Pues tú me dejas misero y doliente,  
Todo me agradará y sera mi gloria

Si vuelves y de mí tienes memoria.  
¿Por qué huyes y quieres que sin lumbre  
En estas breñas muera con tormento,

Y no miras tu amante, que te llama?  
Baja de esa fragosa y alta cumbre;  
Que, segun el ruido grave siento

Por entre una y otra espesa rama  
Que las hojas derrama,  
Un feroz jabali se ha recogido.

Con el arco en la blanca y tierna mano  
Baja; que antes que al llano  
Llegues, atravesado y extendido

De mi venablo y muerto, la espumosa  
Cabeza llevarás vitoriosa.

No fies, Clearista, en tu belleza;  
Que vendrá el dia en que las hebras de oro  
Mude la edad ligera en blanca plata;

Antes muera que vea tu tristeza.  
Mas ¿para qué suspiro, triste, y lloro  
Por quien á mis querellas es ingrata?

Si tu dureza mata  
A quien te sigue, aquel que te aborrece  
¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?

Pero ¿quién no me culpa,  
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?  
Suspenso en el amor y en el deseo,

Al fin doy en ciego devaneo.  
Mas vos, amores, rojos dulcemente,  
Dejad las ondas claras de Citera,

Y á mi ninfa herid con vuestra llama,  
Que su hermosa flor perder no siente  
Sin fruto inútil en la edad primera;

Y tú, Latonia, pues amor te inflama,  
Caudando el monte te llama,

(25) No fué esta elegía publicada por Pacheco en su coleccion, sin embargo de conocerla. Púsole en la vida de Juan de Malara, que dejó inédita con otros apuntes de los hechos de ingenios andaluces. En el *Semanario Pintoresco* (2 de febrero de 1843) vió por vez primera la luz esta elegía.

Por el dormido amante, y ya el tormento  
 Conoces del amor, si he vencido  
 Tus aras y colgado  
 Del jabali temible y violento  
 La alta frente y del ciervo la ramosa,  
 Muéstrate á mis dolores piadosa.  
 Si contigo viviera, ninfa mía,  
 En esta selva, tu sutil cabello  
 Adornara de rosas y cogiera  
 Las frutas varias en el nuevo día,  
 Las blancas plumas del gallardo cuello  
 De la garza olreciendo, y te trajera  
 De la silvestre fiera  
 Los despojos, contigo recostado;  
 Y en la sombra cautando tu belleza,  
 Y en la verde corteza  
 De tu frondosa encina mi cuidado  
 Extendiendo, conmigo lo llevaras  
 Y sobre mi las flores esparcieras.  
 ¡Ah cuántas veces entre aqueste juego  
 A tu cuello los brazos rodeara,  
 Y en tus ojos mis ojos encendiendo,  
 Cuando mas descuidada de mi fuego  
 A tu boca el espíritu hurtara,  
 Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,  
 Dulcemente muriendo.  
 Esto preciara mas que ver el vuelo  
 Del halcon, mas que dar de un golpe muerte  
 Al jabali mas fuerte,  
 O alcanzar por el ancho y largo suelo,  
 Junto al agua, herido y sin aliento,  
 El ciervo que atrás deja el presto viento.  
 No dudes, ven conmigo, ninfa mía;  
 Yo no soy feo, aunque mi altiva frente  
 No se muestra á la tuya semejante;  
 Mas tengo amor y fuerza y osadía,  
 Y tengo parecer de hombre valiente;  
 Que al cazador conviene este semblante  
 Robusto y arrogante.  
 Irémos á la fuente, al dulce frío,  
 Y en blando sueño puestos, al ruido  
 Del murmurio esparcido  
 Del agua, tú en mis brazos, amor mío,  
 Y yo en los tuyos blancos y hermosos,  
 A los faunos haría envidiosos;  
 Mas si te agrada ó si te agradas,  
 Ven conmigo á esta sombra, do resuena  
 La aura en los ciclamoros revestidos  
 De yedra, do se vió jamás que entrase  
 Alzado el sol con luz ardiente y llena.  
 Aquí hay álamos verdes y crecidos  
 Y los pobos floridos,  
 Y el fresco prado riega la alta fuente  
 Con murmurio suave y sosegado;  
 Aquí el tiempo templado  
 Te convida á huir el sol caliente.  
 Ven, Clearista, ven ya, ninfa mía;  
 Este prado te llama y fuente fría (26).

## REDONDILLAS (27).

Hermosos ojos, serenos;  
 Serenos ojos, hermosos,  
 De dulzura y de amor llenos,  
 Lisonjeros y engañosos,  
 Quien no os ve pierde la vida,  
 Y el que os ve halla su muerte;  
 Mas quien muere desta suerte  
 Cobra la vida perdida.

(26) Hállase esta égloga en la edición príncipe de las obras de HERRERA. Pacheco no la reimprimió en la que hizo. Despues ha visto de nuevo la luz pública en otras colecciones.

(27) Esta composicion y las dos que siguen fueron impresas por vez primera en la *Revista andaluza*, periódico que por los años de 1840, 1841 y 1842 se publicaba en Sevilla. El erudito don Juan Colon y Colon las sacó del olvido. No honran seguramente la memoria de HERRERA. A no estar publicadas, no ocuparían lugar en la presente coleccion, caso de que hubieran sido por mí conocidas.

Cuan lo veros merecí,  
 Tan contento me hallé  
 Con el gozo que sentí,  
 Que todo el mundo olvidé;  
 Y viendo tanta belleza  
 Fué tan grande mi placer,  
 Que vivo ya sin mas ver,  
 Con extremo de tristeza;  
 Porque no consistente Amor  
 Que viva sin sus enojos,  
 Que es hacer flaco el dolor  
 Que nace de vos, mis ojos.  
 Soberbio en el pensamiento  
 De estar en vuestra memoria,  
 Solo me acaba la gloria  
 De penar en tal tormento;  
 Y con tan alta locura  
 Consigo de mi pasion,  
 Por favor de mi ventura,  
 Lo que no cabe en razon.  
 Cuando me aflige el deseo  
 Destallezco en mi tormento;  
 Mas por una hora que os veo,  
 Mil años vivo contento.  
 Torno siempre de mi pena  
 Al descanso de miraros,  
 Y alaba mi suerte buena  
 Porque tan bien supe amaros;  
 Pero despues que os miré  
 Vi un mal que nunca senti,  
 Y troqué el bien que perdí  
 Por los males que gané.  
 Ojos en cuya blandura  
 Nos hace el Amor la guerra,  
 Y en dichosa sepultura  
 A cuantos os miran cierra,  
 ¡Por qué en mi pecho sembrais  
 Tan dulce y ciego furor,  
 Que no os viendo sin dolor,  
 Sin respeto me tratais?  
 Poco ó nada me debeis  
 En querer yo mis enojos;  
 Es fuerza que me habeis  
 Cuando me miran mis ojos.  
 Adonde quiera que os veo  
 Todos mis males olvido,  
 Y en vuestra luz encendido  
 Llevais cual hado el deseo.

## QUINTILLAS.

Vos, que sabeis conocer  
 Lo que yo supe entender,  
 Podeis bien considerar  
 Cuánto mas nuestro en callar  
 Lo que me debeis doler.  
 Causado ya de la vida,  
 Pero nunca del deseo,  
 Conmigo solo peleo  
 Con la voluntad perdida  
 Al dolor en que me veo;  
 Y no hallo otro tormento  
 En el grave sentimiento  
 De mi pasion inmortal,  
 Sino abrazar mas mi mal  
 Cuando mas crece el tormento.  
 Sufro mas penas que puede  
 Mi cuidado comportar,  
 Y de tanto bien amar  
 Solo por dolor me queda  
 Padecer sin descansar,  
 Por ventura vuestros ojos,  
 Hermosa luz celestial,  
 En mi dolor desigual  
 Pueden solo dar enojos,  
 Y no remediar el mal.  
 Vuestras manos me acabaron  
 Los bienes que en mí hicieron,  
 Y aunque ellos me deshicieron,  
 Mis deseos me mataron  
 Cuando ante vos me trajeron.  
 No cabia en mi memoria

Presumir esta vitoria  
De ser de vos bien querido;  
Nadie fué jamas nacido  
Que alcanzase tanta gloria.  
Acerté solo en miraros  
Cuando mas tenia veros,  
Para errar siempre en quereros;  
Mas, pues yo merecí amaros,  
Cómo merecí perderos?

.....  
Ninguno sufrió tormento  
Que igual sea al que yo siento;  
Y en penas siempre mortales,  
Ninguno alcanzó mis males,  
Ninguno mi sufrimiento.

## REDONDILLAS.

Daba por veros un hora  
Serena y sin turbación  
Los bienes que mi señora  
Promete por galardón;  
Pero no sufre ventura  
Este espacio de alegría,  
Porque el bien huye y no dura  
En alguna cosa mia.  
Confuso y aborrecido,  
Medroso y desesperado,  
¿Para qué temo el olvido,  
Si muero al fin olvidado?  
Si la esperanza no falta,  
Siempre doblará mi pena;  
Que cuanto sube mas alta,  
Tanto mas peligro ordena.  
Solo me queda presente  
De mis bienes la memoria,  
Y jamás estará ausente  
De mi pecho aquesta gloria.  
Amor muestre su dureza  
Y encienda su crueldad;  
Que ya nunca su aspereza  
Mudará mi voluntad;  
Que en memoria del tormento  
Permiso mi perdición,  
Porque igualo el pensamiento  
Con mi desesperación.  
En tal lugar me levanto,  
Que desespero el remedio;  
Mas quien piensa y osa tanto,  
A su mal no busca medio.  
Yo, que de mí sol hermoso  
Presumí la pura lumbre,  
Atrevido y animoso,  
No desmayo en alta cumbre.  
Si quiere Amor que del cielo  
Encendido baje muerto,  
Lugar pequeño es el cielo  
Para tanto desconcierto (28).  
¿Oh vanidad, don perdido,  
Que se conoce engañado!  
¿Para qué pretendo y pido  
Lo que me ha de ser negado?  
Quien no debe esperar bien,  
Sus fantasías deshaga;  
Que los golpes del desden  
No dejan cerrar la llaga.

Mas crean que no poráño  
Por la mudanza que viene;  
Porque solo el desvario  
A la esperanza entretiene;  
Y la fuerza del deseo  
Me consume de tal suerte,  
Que á mis males yo veo  
Otro bien sino la muerte.

## SONETO CXXXII.

Ardo. Amor, y no enciende el fuego al hielo,  
Y con el hielo no entorpezco al fuego;  
Contrasta el muerto hielo al vivo fuego,  
Todo soy vivo fuego y muerto hielo.  
No tiene el frio polo tanto hielo  
Ni ocupa el cerco ceterio tanto fuego;  
Tan igual es mi pena, que ni el fuego  
Me ofende mas, ni menos daña el hielo.  
Muero y vivo en la vida y en la muerte,  
Y la muerte no acaba ni la vida,  
Porque la vida crece con la muerte.  
Tu, que puedes hacer la muerte vida,  
¿Por qué me tienes vivo en esta muerte?  
Por qué me tienes muerto en esta vida?

## CXXXIII.

**A una obra espiritual que escribió don Luis Ponce de Leon.**

Vuestro canto y aliento excelso y pio  
Con armonia dulce así resuena,  
Que se le rinde el cisne cuando suena  
En el corriente vaso del gran rio.  
Dichoso vos, á quien no seca el frio,  
Mas puro fuego de virtud serena;  
Y yo, pues vuestro noble canto ordena  
Vida inmortal al nombre humilde mio,  
Ya veo transferirse d' Helicóna  
La cumbre y de Parnaso la ribera  
Al asiento de náyades ondoso,  
Y que del laureo verde la corona  
Os da Bétis, oh gloria de Ribera,  
Y del leon mas fuerte y generoso.

## CXXXIV (29).

**A la muerte de don Luis Ponce de Leon.**

Aquí, donde tú yaces sepultado,  
Oh gloria de Leon mas excelente,  
El valor todo yace de Occidente  
Con invidia de Marte derribado.  
No culpes la dureza de tu hado,  
Qu'en tierra ajena tu dolor consiente,  
Pues cuanto ves del anstro al oriente  
Es sepulcro á los fuertes consagrado.  
Sera eterna en nosotros tu memoria,  
Y puesto en el dorado y alto asiento,  
Defenderás mejor tu patrio suelo.  
No queda ya á la muerte mayor gloria,  
Pero queda igualado el sentimiento,  
Tristeza á España y alegría al cielo!

(29) Estos dos sonetos últimos han sido sacados de un manuscrito que se intitula *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, por Francisco Pacheco.

Debo las copias que han servido de original á la bizarría de mi queridísimo amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno.

(28) Los ocho versos anteriores se encuentran repetidos en las redondillas de la página 358.



---

# POESÍAS

DE

## DON FRANCISCO DE MEDRANO.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE DON NICOLAS ANTONIO.

(En su *Biblioteca Nova.*)

«Publicata una cum DON FRANCISCI DE MEDRANO, eximii poetae, variis carminibus.»

---

#### DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(En los *Orígenes de la poesía castellana.*)

Las poesías líricas de DON FRANCISCO DE MEDRANO, publicadas al fin del poema los *Remedios de amor*, de don Pedro Venegas de Saavedra, son de las mejores de aquel siglo, y se conoce el buen gusto con que se aplicó su autor á imitar la gravedad y juicio de Horacio... La traducción del *Arte poética* de Horacio, hecha por don Vicente Espinel, es excelente, y se encuentra al fin de sus poesías. También la tradujo en verso castellano don Luis de Zapata, y se publicó en Lisboa, 1592. Fray Luis de León tradujo algunas odas, que están con sus demás poesías impresas. Otras muchas se hallan traducidas con singular acierto por DON FRANCISCO MEDRANO entre sus rimas.

---

# POESIAS

DE

## DON FRANCISCO DE MEDRANO.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SONETO PRIMERO.

A Fernando de Soria Galvarro (1).

Sé que allá corre el mundo asaz ligero  
Donde, fatal ministro de su muerte,  
Pródigamente ponzoñoso vierte  
Mas de dulzura el verso lisonjero;  
Bien como á infante pues, que sin entero  
Seso, el remedio de su mal no advierte,  
Beba lo falso y á beber acierte,  
Yendo engañado al bien, lo verdadero.  
Solo aquel tocó el punto que prudente  
Con lo dulce templó lo provechoso,  
Y ¿á quién fué Apolo, á quién fué así elemento?  
Yo, Soriano, lo intento, codicioso  
Del pró comun; tú apruebas que lo intente;  
Suceso den los ciclos venturoso.

#### II.

A Flora.

Tus ojos, bella Flora, soberanos,  
Y la bruñida plata de tu cuello,  
Y ese, curvada del oro, tu cabello,  
Y el marfil torneado de tus manos;  
No fueron, no, los que de tan ufanos  
Cuanto unos pensamientos pueden serlo,  
Ficieron á los míos, sin querello,  
Tan á su gusto victoriosos llanos.  
Tu alma fué la que venció la mía,  
Que espirando con fuerza aventajada  
Por ese corporal apto instrumento,  
Se lanzó dentro en mí, donde no había  
Quien resistiese al vencedor la entrada,  
Porque tuve por gloria el vencimiento.

#### III.

A san Pedro, en una borrasca, viniendo de Roma.

Pescador soberano, en cuyas redes  
Los mayores monarcas han estado  
Dichosamente presos, y cambiado  
En gloria sus prisiones, y en mercedes:  
Tú, que abrir y cerrar el cielo puedes  
Con poderosa llave á tu ganado,  
Y alcanzar en la tierra has alcanzado  
Con columnas de pórfido y paredes,  
Los ojos vuelve al mar enfurecido;  
Y pues tal vez osó mojar tu planta  
Aun siendo hollado de tu fe animosa,  
Su hinchazon rompe, acalla su ruido,  
Y enseñado discípulo, levanta  
Mi fe y mis piés con mano poderosa.

#### IV.

En la playa de Barcelona, volviendo de Roma.

Pláceme ver el mar cuando se enoja  
Y á montes de agna montes acumula,  
Y al experto patron que disimula,  
Prudente, su temor, puesto en congoja.  
Tambien me place verlo cuando moja  
La orilla mala vez, y en leche adula  
A quien sus culpas llevan ó su gula  
A cortejar cualquier birreta roja.  
Turbio me place y pláceme sereno;  
Verlo seguro, digo, dende afuera,  
Y este medroso ver, y este engañado;  
No porque me dé gusto el mal ajeno,  
Mas por hallarme libre en la ribera  
Y del mar falso asaz desengañado.

#### ODA PRIMERA.

A don Alonso Santillan, alférez real de los galeones (2).

Santiso, ¿ahora, ahora la riqueza  
De los ingas invidias, y guerrero  
Ya oprimes con acero  
La frente, y con destreza  
Juegas ya el hierro fiero?

Fabricas al flamenco é inglés pirata  
Cadenas, y amenaza tú estandarte  
A aquella oculta pante  
Do sediento de plata  
Osó penetrar Marte.  
Sea, y ufano tus rebeldes huella,  
Dellos violento dueño apoderado;  
¿Servirte han de su grado  
Eslava la doncella  
O el mozo aprisionado?

Ardes por oro; bebe, bebe, y tanto  
El avaro, y mas que Atalo poseas;  
Poder matar no crea  
Su sed. ¿fáltale, oh, cuánto  
A quien mucho desea!

Bien posible será volver el rio  
Que de altas cumbres viene despeñado  
A sus fuentes de grado,  
Verse helado el estío,  
Y el invierno abrasado,

Cuando tú aquellas con razon divinas  
Letras del Aristótil que estimaste  
Ya, y Sédulo aquistaste,  
¿En cuales disciplinas  
Mal constante trocaste!

La ciencia noble en mercantil cuidado,  
Y la que sobre todas alabanzas  
Toga modesta, en lanzas,  
Habiendo de tí dado  
Tan otras esperanzas.

(1) Este soneto es como prefacio y dedicacion de los demás. Así se lee en el libro original de MEDRANO.

(2) Imitacion de la oda xxix del libro primero de Horacio: *Idi, beatiss nune*, en que se reprende á Iccio por su mudanza de filósofo en soldado por la codicia.

## II.

A fray Pedro Maldonado, por la constancia.

Firmo constante á las dificultades  
El pecho ofrece, y ciérralo prudente  
Al orgullo insolente  
En las prosperidades.

Ya te embista el dolor, ya la alegría,  
Atrás se vuelvan sin hacerte ofensa,  
Y sabio recompensa  
Uno con otro día.

Vive despacio, olvida cuerdamente  
Lo pasado, no temas lo futuro;  
Mas con seso maduro  
Goza del bien presente;  
Que todo es humo y sombra y desaparece;  
Dejará Eutropio sus preciosos lares,  
Sus rentas, sus lugares  
Y cuanto lo envanece

Dejará, y del tesoro amontonado  
Con afán gozará cual heredero;  
Que no acata el dinero  
Ni á la privanza el hado.

Todos serémos, todos, cuán temprana  
Victima de la muerte. ¿Qué cansamos  
La vida? Hoy, hoy vivamos;  
Que nadie vió á mañana.

## III.

A N., hermosa y astuta dama de Sevilla (3).

Si pena alguna, Lamia, te alcanzara  
Por cada voto que perjura quebras;  
Si al menos una de tus rubias hebras  
En caña se trocara,

Creyérale; mas luego que engañosa  
La fe rompes debida al juramento,  
Tú, de la juventud comun tormento,  
Despiertas mas hermosa.

Falta pues, Lamia bella, al siglo honrado  
De tu difunta madre sin recelo;  
Falta á tu vida mesma, falta al cielo  
La fe que les has dado;

Pues de ver cuánto número confie  
De mozos en tus juras, y que artera  
Burlas al mas atento que te espera,  
Todo el cielo se rie.

Mas ¿qué? la juventud para tí crece  
Toda, crecete nuevos servidores,  
Y de los que hoy desprecias amadores  
Ninguno te aborrece.

De ti la madre teme á su querido  
Hijo, teme de tí el viejo avariento,  
Teme la esposa que tu dulce aliento  
Detenga á su marido.

## SONETO V.

Vine y vi, y sujetóme la hermosura  
De un serafín que en apariencia humana  
A los mortales ojos tal se allana,  
Que aunque flacos, sostengan su luz pura.

Así mirarse deja con segura  
Vista el temprano sol de la mañana,  
Y entre nubes de nieve, tinta en grana,  
Permite á nuestra vista su figura.

Vencióme, y tan dichoso fui vencido  
Cuanto sin tiempo de gozarme en sello,  
Porque me priva ausencia de gozallo;

Que de muy sin ventura siempre ha sido  
Llegar al bien, y vello ya y tocalle,  
Y para mas dolor luego perdello.

## VI.

Al licenciado Cristóbal de Mesa, en su poema  
de la *Restauracion de España*.

Hizo astillas el yugo, y la coyunda  
Afrentosa rompió con que oprimida

Se vió España, la espada no vencida  
Que imperio nuevo al gran Pelayo funda.

Tanto malgrado el tiempo con profunda  
Invidia olvida gloria tan crecida,  
Y á los ojos del sol y á nueva vida  
Hoy la ofrece tu pluma sin segunda.

A aquella la morisima infame muerta,  
A esta el olvido barbaro vencido,  
Y á una y otra su gloria dehe España.

Mas, si una de los moros la liberta,  
Y si otra la liberta del olvido,  
¿Cuál hace de las dos mayor hazaña?

## VII.

Estaba de mi edad en el florido  
Abril, que fruto asaz me prometia,  
Y de mi Flora en el regazo un día  
Vi reposar al niño Amor dormido.

Las alas que tan alto lo han subido,  
Por no bajar, abandonado habia;  
Yo, que de celos y de invidia ardia,  
Tenté con ellas usurparle el nido.

Volar tenté; mas, de la luz medroso  
De tus soles, ¡oh Flora! mudé intento,  
Con el fracaso de learlo avisalo;

Que es mal valor tal vez ser temeroso,  
Y no siempre fortuna da al osado  
Favor, ni quiere el gusto ser violento.

## VIII.

Borde Tórmes de perlas sus orillas  
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora  
Hurte para adornarlas, á la aurora  
Las rosas que arrebolan sus mejillas.

Viertan las turquesadas maravillas  
Y junquillos dorados que atesora  
La rica gruta, donde el viejo mora,  
Sus driadadas en cándidas cestillas,

Para que pise Margarita ufana,  
Tierra y agua llenando de favores;  
Mas si uno y otro mira con desvio.

Ni las ninfas de Tórmes viertan flores,  
Ni rosas hurte Flora á la mañana,  
Ni su orilla de perlas borde el rio.

## ODA IV.

A Felipe III, entrando en Salamanca.

Ilustre jóven, cuya rubia frente  
En edad tan dichosa el oro ciñe,  
Cuya diestra ya rige el cetro justo,  
Ya del venablo vengativo tiñe  
Los aceros en púrpura caliente  
Del fiero Jabali, del oso adusto,  
Entra gozoso, cual tu padre agosto,  
En pacífica toga, alegre mira  
De la ciudad vistosa el rico adorno,  
La turba que te adora y ciñe en torno,  
Cuál pasma, cuál te aclama, cuál se admira.

Manso escucha la lira,  
Goza en julio del mayo que te ofrece  
Tierra que huellas de los piés merece.

Y si bien la florida adolescencia  
Tus mejillas, adulta, apenas cubre,  
Y en ellas vierte sus primeras flores,  
Y aun están lejos del lluvioso octubre  
Los frutos que madura la experiencia,  
Pues los da el seso y el valor mejores,  
Entre estos gustos que cual ruseñores  
Las memorias aduermen y cuidados,  
Prudente advierte ¡oh sin igual monarca!

Que cuanto el uno y otro mundo abarca,  
Cuanto atalayan dellos las dos osas  
Que el mar huyen medrosas,  
Tanto en este sustentas y aquel hombro,  
Siendo envidia á la tierra, al cielo asombro.

Aplica, Señor, pues sabio el oído,  
Y en él retumbaran los atambores  
Del inconstante galo é inglés pirata;  
Tiende la vista pródigo, y de flores

Mira el aire sutil enriquecido,  
 Que las despliega blando y las dilata.  
 Mira en el golfo de crespada plata  
 Mil portátiles torres fabricadas,  
 Y en la campaña joves mil valientes,  
 Escupiendo de sí rayos ardientes,  
 Cuerpos de acero y almas de ira armadas,  
 Con la muerte aliadas,  
 En una voz y en un conforme hipo  
 De escurecer el nombre de Filipo.  
 Alienta, alienta tu nativo iustinto,  
 Generoso leon, y con la cola,  
 Que atrás de mil hazañas vas dejando,  
 Azota tu coraje, pues no es sola  
 La sangre de un invicto Carlos Quinto,  
 De un Juan y de un Alfonso y de un Fernando  
 La que en tus venas arma está tocando;  
 Mas la de una Isabel y otras mujeres  
 Que á sus piés derribaron con la rueca  
 El orgullo del idolo de Meca,  
 Y con sus vestes, Galia y sus haberes  
 Temió sus alfileres,  
 Del capitau francés glorioso ultraje,  
 Y gloria eterna de tu real linaje.  
 Ponga ya al malo horror, dé audacia al bueno  
 Ver que tu justa indignacion se enoja;  
 Desciña el oro y el acero oprima,  
 Nuvo David, esa melena roja;  
 Sienta España la espuela, sienta el freno  
 Quien desbocado no te sufre encima,  
 Y esa diestra, Señor, tal vez esgrima  
 Contra cien mil estoques una espada,  
 Tal una lanza oponga á cien mil dardos,  
 Y tal vez de tus jóvenes gallardos  
 Con el baston gobierne respetada  
 La poderosa armada,  
 Hasta que el galo y el inglés molesto  
 Rindan al yugo tuyo el cuello enhiesto.  
 Del hispano atambor rimbombe el parche,  
 Y al aire asorde tu sonora trompa;  
 El acero luciente al sol destlumbre,  
 Tu armada la salobre plata rompa,  
 Mientras que por la tierra el campo marche  
 Vitorioso, cual tiene de costumbre.  
 Suspire en afrentosa servidumbre  
 El pueblo que en desprecio del halago  
 Su castigo imprudente solicita;  
 Con muda lengua adore y fe marchita  
 Al vencedor pendon de Santiago,  
 Que desde el aire vago  
 Escupirá de rayos un diluvio  
 Contra el fiero britano y franco rubio.  
 Que pues ni en fe ni en religion ni en celo  
 Era mayor Teodosio, y la perdidia  
 De tus émulos lleva delantera  
 A los suyos, mal grado de la envidia,  
 Espera venturoso ver el cielo  
 Conducido, Señor, a tu bandera,  
 Militando por tí en escuadra fiera  
 La piedra, el huracan, la nube oscura,  
 Rayos, truenos, relámpagos, dragones,  
 Y otras cien mil aéreas impresiones,  
 Si ya con luces solas de fe pura  
 (Pues la insignia en tí dura  
 Del vellocino), cual Gedeon celoso,  
 Vencedor no salieres milagroso.  
 Verás risueño entonces sus banderas;  
 Prospere el cielo agüeros tan felices,  
 Besar la tierra humildes por ejemplo,  
 Arrastradas sus naves infelices  
 A horro por tus ágiles galeras,  
 Y de su gran despojo ornado el templo.  
 Mil tablas luego y piedras mil contemplo,  
 Eternizados tus trofeos en ellas  
 Por pompa deste siglo y por invidia  
 Del pincel y buril de Ceuci y Fidia;  
 Y subir de tí, asida á las estrellas,  
 La fama, y colgar dellas  
 Tu nombre, aunque Tercero, sin segundo,  
 Para favor y emulacion del mundo.  
 Cancion, si hallas lugar entre los cisnes  
 Que el Tórnes rompen, y entre sus espumas,

Vueltas para mejor pulirse en ojos,  
 Piés ostentan y picos de oro rojos  
 Y de cándida plata blancas plumas,  
 De altiva no presumas;  
 Pasa entre las demás llana y sin ceño,  
 Cual se precia de ser tu humilde dueño.

## SONETO IX.

Al mismo, entrando en las escuelas de Salamanca:

Soberano Señor, cuyo semblante  
 Tal vez nos representa á Marte crudo  
 Con el estoque vengador desnudo  
 Y la túnica estrecha de diamante,  
 Tal nos pone pacífico delante  
 Preso el caballo con curioso fiudo  
 De lauro, y con un libro por escudo,  
 No menos sabio á Apolo que elegante.  
 Honra ahora las letras, y con ellas,  
 Emulo de tu padre y de sus leyes,  
 Da á la paz el dominio de tu tierra.  
 De tu abuelo despues sigue las huellas,  
 Pues igualmente es propio de los reyes  
 Amar la paz y ejercitar la guerra.

## X.

A Fernando de Soria Galvarro.

Vos ¡oh comun Señor! esta criatura  
 Vuestra hiciste del polvo, y vuestro aliento  
 Le prestó ser y vida y movimiento,  
 Y la razon derecha y la figura.  
 Yo ciego, y, como ciego, la dulzura  
 Seguí, de un breve y falso bien sediento  
 (¿Qué útil pudo al polvo traer el viento?),  
 Y olvidéos, fuente llena y siempre pura.  
 ¡Oh agravio sin igual! ¿Qué recompensa  
 Dar puedo, si aun me duelo escasamente,  
 Y otra repito luego y otra ofensa?  
 Largádmelas, Señor: que si las sañas  
 Guardais vos, un tan franco y tan paciente  
 Dios, ¿en quién habrá fáciles entrañas?

## ODA V.

A Luis Ferri, entrando el invierno (4).

Ves, Fabio, ya de nieve coronados  
 Los montes, ves el soto ya desnudo,  
 Y con el hielo agudo  
 Los arroyos parados.  
 Llégate al fuego, y quitame delante  
 Esos leños mayores. ¡Oh qué brasa!  
 ¡Y qué á sabor las asa  
 Nise y el Alicante!  
 ¿Qué tales? Come bien, que están suaves  
 Las batatas, y bebe alegremente;  
 Que no serás prudente  
 Si necio ser no sabes.  
 Remite á Dios, remite, otros cuidados;  
 Que él sabe y puede encarcerar los vientos  
 Cuando mas turbulentos  
 Los mares traen hinchados.  
 Huye saber lo que será mañana;  
 Salga la luz templada ó salga fria,  
 Tú no pierdas el dia,  
 No, que jamás se gausa.  
 Y mientras no con rigorosas nieves  
 Tu edad marchita el tiempo y tus verdores,  
 Coge de sus amores,  
 Coge, las rosas breves.  
 Ahora da lugar la noche oscura  
 Y larga al instrumento bien templado,  
 Y al requiebro aplazado  
 Ocasion da segura.  
 Baja á la puerta, de su madre en vano  
 Guardada, con pié sordo la doucella,  
 Y por debajo della  
 Te deja asir la mano.

(4) Es imitacion de la oda de Horacio á Talarco, libro primero oda ix: *Vides ut alta stet nive candidum.*

«Suelta (risueña), que esperar no puedo»,  
Dice, y turbada, «Suelta, no me ofenda.»  
Quitarle has tú la prenda  
Del mal rebelde dedo.

## VI.

Al licenciado Antonio Rosel (5).

Mas dulcemente vivirás, Licino,  
Si ni continuo el golfo sulcar osas,  
Ni huyendolo, á las costas peligrosas  
Animas tu camino;  
Quien quier que ama el mediano rico estado  
Seguro, ni la choza le envilece,  
Y templado, del rey no le envanece  
El palacio invidiado.

Mas veces hate el viento los crecidos  
Pinos, y caen mas presta y gravemente  
Las altas torres, hiere el rayo ardiente  
Los montes mas erguidos.

Espera en el dolor, en la alegría  
Teme el ánimo bien disciplinado  
Otra suerte; que el cielo, un día nublado,  
Serénase otro día.

No porque vaya mal hoy, adelante  
Irás así; Apolo mismo tal vez usa  
Del arco y de la flecha y de la musa,  
Tal vez y del discaute.

Fuerte en los casos arduos y alentado,  
Te muestra sabio él mismo; en la serena  
Bonanza amainarás la vela, llena  
Del favor demasiado.

## SONETO XI.

Veré al tiempo tomar de tí, Señora,  
Por mi venganza, hurtando tu hermosura;  
Veré el cabello vuelto en nieve pura,  
Que el arte y juventud encrespa y dora.

Y en vez de rosas, en que tiene ahora  
Tus mejillas la edad ¡ay! mal segura,  
Lilios sucederán en la madura,  
Que el pesar quiten y la envidia á Flora.

Mas, cuando á tu belleza el tiempo ciego  
Los filos embotare, y el aliento  
A tu boca hurtare soberana,

Bullir verás mi herida, arder el fuego  
Que ni mueve la llama, calmo el viento,  
Ni la herida, embotado el hierro, sana.

## XII.

A Fernando de Soria Galvarro.

En el secreto de la noche suelo,  
Sorino, contemplar las luces bellas,  
Y mudo platicar así con ellas,  
Porque invidioso no me estorbe el suelo:

«Ya, ya, soberbios astros, vuestro cielo  
Flora pisa inmortal con firmes huellas:  
Ya, eternamente hermosa, pisa estrellas;  
Y ¡cuál sin ella yo! mas cese el duelo.

»Tú fuiste, Flora, y vos, que la robaste,  
Divinas luces, para mí inhumanas,  
Pues solo y vida y seso me dejastes.

»Mas, porque tú no toda mueras, Flora,  
Ni en las miserias vivas toda humanas,  
Viva yo y pene, y tú los cielos mora.»

## XIII.

Ya senti de la muerte el postrer hielo  
Correr á largo paso por mis venas,  
Y dos nubes, de angustia y rabia llenas,  
Un mar dende mis ojos dar al suelo,  
Cuando, así ardiendo en compasivo celo,  
A Flora vi turbar sus dos serenas  
Luces, por no aliviar solo mis penas,  
Mas pudo en el abismo abrirme un cielo.

«Véte, me dijo triste, y si el camino  
Así te es grave, pide á tu deseo  
Alas para volver, y á mi esperanza.»

Dichoso mal, que alcanza tan divino  
Remedio; amable infierno, donde veo,  
No ya por fe, ni bienaventuranza.

## XIV.

Suelta la carta y brújula el piloto,  
Causado de luchar con agua y viento;  
Azota de la nave el mar hambriento  
Este costado abierto y aquel roto.

Del impio marinero, ya devoto,  
Envuelto en voces sube el sentimiento  
Al cielo, que desprecia mal contento  
Del pasajero humilde el casto voto.

Embiste el caso en un escollo duro,  
Y al mas dichoso, en una tabla asido,  
Escupe el mar en las arenas muerto.

Yo lucho con la ausencia y sostenido  
De mi esperanza, ¿llegaré seguro,  
Flora, á tus ojos? Muera yo en tal puerto.

## ODA VII.

A don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla.

Tú escribes, otro Pindaro, otro Homero,  
Aquellos, ó deidades celestiales,  
O héroes milagrosos,

Que en pacífica toga ó en acero  
Sangriento, ya prudentes, ya espantosos,  
Tus inmortales versos  
Con hechos merecieron gloriosos.

Nosotros, oh don Juan, abrir el labio  
Cantando el singular valor de Alcides,  
El mal sano de Elena

Robo y fuego, la astucia de algun sabio  
Gran dictador, la cueva inmensa llena  
De Curcio, ó á Tídides,  
De sus deidades par, con flaca avena.

Pequeños, tanto acometer no osamos,  
Ni las á tí debidas alabanzas;  
Que entre los inmortales

Héroes luz desta edad te saludamos.  
Tú, don Juan, tú á tamaña alteza iguales  
Versos único alcanzas,  
Debido ya á las mentes celestiales.

¿Quién diuamente escribe a Marte fiero  
En malla luminoso de diamante,  
O al mozo aventurado

Breve dueño del orbe, ó ya severo  
A Júpiter tonando, quebrantado  
El orgullo arrogante  
De quien turbar la paz del cielo ha osado?

Nosotros, si ayer algo conferimos  
Con amigos, si el tiempo nos provoca  
Con calores terribles,

Honestamente ociosos escribinos  
Fáciles mesas, sombras apacibles,  
Y tal vez, si nos toca  
Humano ardor, no torpes ni insensibles.

## VIII (6).

¿Qué pide al cielo el bien disciplinado  
Filósofo? De Creso no el tesoro  
Ni de Midas el oro

Ni de Augusto el estado,  
Ni el trigo que Sicilia fértil siega,  
Ni las vacadas de Calabria gruesas,  
Ni las anchas delesas

Que el Guadalquivir riega.

Poden aquellos á quien dió fortuna  
Viña, y la plata con primor labrada  
Sirva al que estima en nada  
El golfo y lo importuna,

Y sulca tres y mas veces sin pena,

(5) Imitacion de la oda x del libro 2.º de Horacio á Licinio Murina: *Bectius vives, Licine, neque altum*, en que se aconseja mediana é igualdad de ánimo en la próspera y adversa fortuna.

(6) Imitacion de la oda xxxi del libro primero de Horacio: *Quid dedicatum poscit Apollinem*. Pide el poeta á Apolo, no riquezas, sino vida ocupada en placeres inocentes, con salud y juicio.

Caro á los cielos mismos; yo, contento  
 Con poco, el mar violeto  
 Veré dende la arena,  
 Y al cielo pediré sola una honesta  
 Y mediana fortuna con buen seso,  
 Una vez de peso,  
 Ni á mi ni á otro molesta.

## IX (7).

Si las vertientes últimas bebieras  
 Del Tánais, oh Amaranta, y de un molesto  
 Y barbaro marido esposa fueras,  
 De mi en tu puerta, opuesto  
 Al cierzo, te dolieras.

¿Oyes con qué ruido entre la puerta  
 Y entre los cidros del jardín rebrama  
 El viento que furioso te despierta,  
 Y sereno derrama  
 El cielo escarcha yerta?  
 La altivez deja, odiosa en las mujeres;  
 Teme no vuelva atrás de los favores  
 La rueda, y pues Penélope no eres,  
 No así á tus pretensores  
 Difícil perseveres.

¡Oh! aunque ni las dádivas ni el ruego  
 Doblarte puedan, ni la ansiosa pena  
 De los amantes, ni saber que el fuego  
 De la hermosa Filena  
 Arde á tu espozco ciego,  
 Duélaste deste humilde tu rendido,  
 No ya igual á los duros pedernales,  
 Pues no así siempre ser podré sufrido  
 De tus duros umbrales  
 Y del hielo crecido.

## SONETO XV.

De Fernando de Soria Galvarro al autor, al cual pidió que en el mismo argumento escribiese otro en concurrencia.

Flavio, ¿qué? ¿Admiras ver mal detenida  
 Alguna rara lágrima, ó amante  
 Que mucho tiempo ardió, trocar semblante  
 Alguna vez y fastidiar la vida?  
 ¿Por qué ríes la historia aborrecida  
 De mi amor infeliz, cuando delante  
 De la ocasion me juzgas inconstante,  
 Y ves que vierte sangre la herida?  
 ¿Pienzas que amamos? No; mas del pasado  
 Ardor centellas son, y del violento  
 Fuego humo ó cenizas que han quedado.  
 Así verás despues que calmó el viento,  
 El golfo, con las olas agitado,  
 Conservar luengo espacio el movimiento.

## XVI.

Escrito del autor en el mismo argumento.

¿Qué ansias, Flavio, son estas? Qué montones  
 De fatigas me embisten designales?  
 O ¿cómo eterno juzgarás mis males  
 De este aparato inmenso de pasiones?  
 Pues, Flavio, no amo, no, que á sinrazones  
 Mi amor calmó; tú cuántas piensa y cuáles,  
 Pues de lo que fué aun restan las señales,  
 Estas que grandes ves alteraciones.  
 Así por dicha viste enfurecidos  
 Los mares, ya del ábrego violento  
 Estremecer la tierra con bramidos;  
 Y en las olas, despues que calmó el viento,  
 Batiendo unas con otras los quejidos,  
 Luengo espacio durar y el movimiento.

## XVII.

Al sepulcro de don Rodrigo de Castro, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Mientras que la alma con seguras huellas,  
 En diadema de luz vuelto el capelo,  
 Del mundo desdeñosa, pisa el cielo,  
 Y al sol da luz, invidia á las estrellas,

Tú, helada piedra, en competencia de ellas  
 El cuerpo guarda, que inmortal, del suelo,  
 Nueva Fenix hermosa, alzará el vuelo,  
 De luz cubierto en vez de plumas bellas.

El Tibre y Bétis, ambos invidiosos,  
 Te acatarán por el sin par tesoro  
 Que á su pesar, una felice, adquieres.  
 Los astros, influyendo en ti amorosos,  
 Te ofrendarán por tigo granos de oro,  
 Neptuno perlas, y guirnaldas Céres.

## XVIII.

Al mismo sepulcro.

Recibe, oh mármol sacro, unos despojos,  
 Con quien del cielo y tierra en uno tienes  
 La esperanza de aquel, de esta los bienes,  
 Y de uno y otro en ti favor los ojos.

No por las perlas y topacios rojos,  
 De las manos adorno y de las sienas,  
 Que al cielo usurpas provído en rehenes,  
 Breve consuelo á así justos enojos,

Mas por los polvos que ambicioso espera  
 Para crecer el cielo su riqueza,  
 Despojando tus senos de alabastro;

Por quienes hoy el mundo en tí venera  
 Los elemos puros de nobleza,  
 Osorio, Andrade, Portugal y Castro.

## ODA X.

Voto por el viaje de don Alonso Santillan (8).

Asi de Cipro la valiente diosa,  
 Asi los dos hermanos  
 De Elena, estrellas claras, luz piadosa  
 Te dén, y los tiranos

Vientos en cárcel, céfiro templado  
 Te ponga al mar sosiego.

¡Oh nave á quien Santiso va fiado,  
 Que lo vuelvas te ruego,

Cuanto lo espera salvo su llorosa  
 Patria, y de bien cumplido,  
 Y mi media alma guardes cuidadosa  
 Del mar enfurecido!

Con tres hojas mal sano armó de accro  
 Su pecho codicioso  
 Quien de una frágil tabla fió el primero  
 Su vida al mar furioso.

¡Sin recelar que el Africo violento  
 Airado contrastase  
 Con el fiero Aquilon, y el turbulento  
 Noto el mar ensañase.

¿Qué linaje temió de muerte cruda  
 Quien con ojos enjutos  
 Vió los escollos yertos, la Bermuda  
 Y los caimanes brutos?

Si porque Dios prudente dividía,  
 Cuando zanjaba el mundo,  
 De la Europa la América, y ponía  
 Por muro el mar profundo;

Si los bajeles impios, despreciando  
 Los acuerdos divinos,  
 El mar como la tierra van rayando  
 Con sendas y caminos,

Mal usada á sufrir la gente humana  
 Todo mal, lo vedado  
 Ciega apetece, y la fatal manzana  
 Probó aquel mal osado

Primer hombre; tras ella los ardores  
 De las fiebres y el resto  
 Entró al mundo de penas y dolores,  
 Y el vivir fué molesto.

Y la que de nos léjos habia estado,  
 Horrible muerte esquivá,  
 Se avencinó con paso acelerado,  
 Y es siempre intempestiva.

Dédalo osó romper, dicen, el viento

(7) Es imitación de la oda x del libro 3.º de Horacio: *Extremum Tanaim si biberes, Lyce.*

(8) Es imitación de la oda de Horacio á Virgilio cuando este se encaminaba á Atenas. Libro primero, oda III: *Sic te diva potens Cypri.*

Con ambicioso vuelo,  
Negado al hombre, y escalar violento  
Tentó Nembrot el cielo.

Nada difícil es á los mortales,  
¿Qué no montes hollamos?  
Y á Dios, de furias llenos infernales,  
Mal enojar osamos.  
Y nuestra vida torpe no consiente  
Con vicios portentosos  
Que deponga su diestra omnipotente  
Los rayos espantosos.

## XI (9).

El entero varon, de culpas puro,  
Por do quiera sin flecha enherbolada  
Y sin arco, Sabino, y sin cargada  
Aljaba irá seguro,

Ora atraviése páramos desiertos,  
De humanas plantas no jamas hollados,  
Ora cerradas breñas ó empinados  
Y mal seguros puertos.

Tal vez pasé con religioso autojo  
De ver el gran pastor que el Vaticano  
Mora, los montes donde el africano  
Caudillo perdió un ojo;

Y de Flora cantando la belleza,  
Sin armas, con que dél me defendiera,  
Huyó un lobo de mí, que mayor fiero  
No vió naturaleza.

Véame pues en la region ardiente,  
Negra y estéril, con eterno abaso;  
Véame en la que siempre arriba el frio,  
Y al sol no ve luciente;

Que en cuanto el cielo vueltas multiplica  
Para que el sol al mundo luz envíe  
Amaré á Flora, la que dulce rie,  
La que dulce platica.

## SONETO XIX.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

Aquella sola, Flavio, suerte una  
Justamente es del sabio suspirada,  
Que ni falta en lo azaz ni sobra en nada,  
Limitada igualmente y no importuna.

Quiero, á fuer de la toga, la fortuna  
Limpia, de mí medida y concertada,  
Ni con grandeza pródigo sobrada  
Ni corta y miserablemente ayuna.

Llegue á los piés al tanto que ceñida  
No bese el suelo, no, la toga, y sea  
Tal mi suerte, que sirva y luzca toda.

No, Flavio, no la quiero desceñida  
Ni arrastre, no; que el desaliño afea,  
Y no honra lo que arrastra, sino enloda.

## XX.

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

El cielo experimenta aquel propicio  
A quien lo azaz da Dios con parca mano,  
Fortuna honesta, y seso y cuerpo sano,  
De los extremos léjos y del vicio.

No envidies, no, mal pródigo, Salicio,  
En el que ves espléndido tirano,  
De la humana grandeza el humo vano,  
Y un mundo y otro atento á su servicio.

Cuando Guadalquivir con avenida  
Soberbia hinchado sobre sus riberas,  
Lánzase al mar con mas veloz corrida,  
Bien así las que ves precederas

Glorias, tarde aquistadas, desta vida,  
Cuando mas crecen, huyen mas ligeras.

## XXI.

Esta que te consagro fresca rosa,  
Primicia, Galatina, del verano,

Haya virtud, tocándola tu mano,  
De hablarte muda así, tirana hermosa:

«Esa faz, esa misma que envidiosa  
Vió la mañana y admiró el temprano  
Sol, con desprecio la verá y ufano  
El hespérico va mustia y mentirosa.  
»Yo nací hoy tal, que a emulacion del día  
Robé los ojos; ya no soy cual era;  
Que la belleza es breve tiranía.»

Y tú ¡av! dirás: «¡Oh nunca hermosa fuera  
Si así de breves marchitarme habia  
Para mas llorar siempre que me viera!»

## XXII.

El rmbi de tu boca me rindiera,  
A no me haber tu bello pié rendido;  
Hubiérame tus manos ya prendido,  
Si preso tu cabello no me hubiera.

Los del cielo por arcos conociera,  
Si tus ojos no hubiera conocido;  
Fuera su polo norte á mí sentido,  
Si la luz de tus ojos no lo fuera.

Así te plugo al cielo señalarte,  
Que no ya solo al norte y arco bello  
Tus cejas venzan y ojos soberanos;

Mas, queriendo á tí mesma aventajarte,  
Tu pié la fuerza usurpa, y tu cabello  
A tu boca, Amarilli, y á tus manos.

## ODA XII.

Ya, ya, y fiera y hermosa  
Madre de los amores, quebrantado  
Desamparé tu enseña, y tú, invidiosa,  
A mí, ¿Tú á mí maisano, y derramada?

¿Qué te podré yo ser? Al vulgo vano  
tisa y silbo afrentoso;  
Al sabio ¡oh cuánto espanto! y al pidooso,  
¡Cuál fabula al profano!

Del venusto semblante  
La ya florida tez huyó marchita,  
Y el pelo que en la frente alzó arrogante  
Cresta, desnudo otono lo ejercita.  
Ni contender con el rival podria,  
Ni esperar vanamente  
Crédulo amor reciproco en la ardiente  
Llama sabrosa mia.

Puedo apenas sufrirme  
Inútil carga, y ¿hurlas; oh hermosa!  
O provocarme seria? Y ¿conducirme  
A tu milicia esperas, peligrosa?  
Su Cipro ¡ay! Vénus ha desamparado,  
Y en fuego convertida  
Y en belleza (ya tal se mostró en Ida),  
Toda en mí se ha lanzado.

Ardenme aquellos ojos  
Negros de la Amarilli, que serenos  
Roban el sol; aquellos sus ojos  
Ardenme, de sal mas que de ira llenos;  
Su dulcemente acerba rebeldia,  
Y de su negro pelo

El oro, el fuego. Arabia y Mongibelo  
¿Tal fuego, oro tal cria?

¿Quién trocará prudente  
Por cuanto el Inga atesoró, el cabello  
De Amarilli, y por todo el rico Oriente  
Cuando ella tuercó? ¡Oh cómo hermosa, el cuello  
A mis ardientes besos, y rogada,  
Con sana facil niega  
Lo que ella mas que el mismo que le ruega  
Dar quisiera robada!

## XIII (10).

Al licenciado Francisco Flores, capellan de los Reyes Nuevos de Toledo.

No tiene lustre alguno la ocultada  
Plata en las avarientas venas, Floro,

(10) Imitacion de la oda II del libro 2.º, de Horacio, á Cayo Crispo Salustio, nieto del famoso historiador del mismo nombre. Prueba que el buen uso de las riquezas y la templanza hacen al hombre dichoso: *Nullus argento color est avaris.*

(9) Imitacion de Horacio, oda xxii del libro primero, á Aristio Fusco, sobre que la inocencia de vida en todo lugar está segura: *Integer vitae scelerisque purus.*

De la tierra, y estimo en nada el oro,  
Que me sirve de nada.

Vivirá de Alejandro glorioso,  
Pese á la invidia, el apellido cuanto  
Rodare el sol, no por valiente tauto,  
Cuanto por dádivoso.

Y reinarás mas luenga y noblemente  
Si tu ambicioso corazon rindieres  
Que si cuanto ve el sol oriente adquieres,  
Y ve el sol occidente.

No será que el hidrópico remita  
La sed, si mal de sí compadecido,  
Mas bebe y mas; pero si bien sufrido,  
La causa della quita,

Vencerla ha; y solo es rey el que desea  
Nada, con lo que tiene satisfecho;  
No aquel, no, á quien codicia rompe el pecho,  
Bien que un mundo posea.

Entre las aves al imperio aspira,  
No por herencia ó sangre, la que osada  
A su valor, con vista no turbada  
Al sol derecha mira;

Y á aquel solo varon uno es debido  
El cetro, yo juez, que mira, Floro,  
Y sufrir osa el resplandor del oro  
Con ojo no torcido.

### SONETO XXIII.

A don Alonso de Santillan, que se embarcaba en los galeones  
de la armada de las Indias.

Tú sulcas; oh Santiso! el mar furioso,  
Y de este sol huyendo la tardanza,  
Te avecinas al otro en esperanza  
Del hado, que te aguarda mas piadoso;

Y sabio el rostro opones y animoso  
A una y otra fortuna sin mudanza;  
Uno te ve y te admira la bonanza;  
Y uno el Euro mas turbio y proceloso.

Yo quedo en tierra firme y mal constante;  
De dolor embestido y de alegría,  
Altero por momentos el semblante;  
Mas si un mar brama dentro en la alma mia,  
No fuera, no, cual tú lo ves delante.  
Júpiter ¿cuántas formas mudaría?

### XXIV.

Mustia la vid, de aquella y de esta vara  
Llora el robo, y del fruto que le espera  
Mal cierta, á la hoz culpa. ¡Oh si supiera,  
Oh como si supiera no llorara!

El rústico novel con mano avara  
Fia á la tierra en breve sementera  
El grano, de cogerlo en fértil era  
Medroso; el bien esperto; ¡oh cómo osara!

El otoño enriquece, y el estío  
Corona al uno y otro de racimos  
Y de espigas los senos y las sienas.

Sufre y osa, varon corazon mio;  
Que á la paciencia y á la audacia vimos  
Ricas y coronadas de mil bienes.

### XXV.

A don Gutierre de Ocampo.

Cuanta la tierra es toda comparada  
Con el jamenso cóncavo del cielo  
Un punto breve, y deste punto el hielo  
Dos partes y una el sol tiene abrasada,

De otras que restan dos, que está ocupada  
De tierra con los mares, ¡que de suelo  
Yermo está por inútil, oh Marcelo!  
Y á nos un quinto resta deste nada.

Sobre él naciones tantas á porfia  
Sangrientas, y sin fin se mueven guerra  
(Durarles ha su posesion, ¿qué día?);

Mas, pues tal es, y á éstos llaman bienes,  
En el quinto de un punto, que es la tierra,  
Para te envanecer ¿qué parte tienes?

### XXVI.

A las ruinas de Itálica, que ahora llaman Sevilla la Vieja,  
juato de las cuales está su heredamiento Mirar-Buena.

Estos de pan llevar campos ahora,  
Fueron un tiempo Itálica, este llano  
Fué templo; aquí á Teodosio, allí á Trajano  
Puso estatuas su patria vencedora.

En este cerco fueron Lania y Flora  
Llama y admiracion del vulgo vano;  
En este cerco el luchador profano  
Del aplauso esperó la voz sonora.

¡Cómo feneció todo! ¡ay! Mas seguras,  
A pesar de fortuna y tiempo, vemos  
Estas y aquellas piedras combatidas;  
Mas, si vencen la edad y los extremos  
Del mal piedras calladas y sufridas,  
Suframos, Amarilis, y callemos.

### ODA XIV (11).

Huyó la nieve, y árboles y prados  
De hoja y grama se vistieron;  
La tierra se reveza, y amenguados  
Los rios, no la embisten.

El año te amonesta que no esperes  
Bienes aquí inmortales;  
Y el día, que arrebató los placeres  
Y gustos no cabales,

Amansa del invierno yerto el frio  
Con favonios templados,  
Y el verano ahuyentan del estío  
Los soles quemados.

Este fallece luego que el sabroso  
Otoño nos madura  
Los frutos, y el invierno perezoso  
Por tornarse apresura;

Mas los daños del tiempo presurosas  
Las lunas los reparan,  
Y restituye el céfiro las rosas  
Que los cierzos robaran.

Nos, de peor condicion, si tal vez una  
A aquella luz cedemos,  
¿En qué abril, á qué viento, con qué luna  
Renovarnos podremos?

### XV (12).

¿Quién es; ¡oh Pirra! el mozo delicado  
Que, en ámbares bañado y entre flores,  
Hoy goza tus amores?

¿Para quién has trenzado  
Tus rubias hebras con sencillo aseo?  
¡Ay, cuántas veces, ay, tu fe y su hado  
Ya llorar ha mudado!

Y admirará el Egeo,  
Con vientos negros áspero, en la fiera  
Tormenta nuevo, el que te cree y te adora  
Por hecha de oro ahora,

El que siempre te espera  
De otro cuidado ajena y siempre amable,  
No advertido del viento mentiroso,  
Que le espira amoroso

Aquel ¡oh miserable!  
A quien tu faz de nuevo resplandece;  
A mi del mar y la tormenta esquivada  
Una tabla votiva  
Libre al templo me ofrece.

### XVI.

A Fernando de Soria Galvarro.

Todos erramos, todos,  
En cuantos bienes sin acuerdo amamos,  
Y aunque por varios modos,  
Todos, Sorino, ciegameamente erramos;

(11) Es imitación de la oda de Horacio á Torcuato (VII del libro 4.º), convidándolo á disfrutar de una vida deliciosa mientras pueda: *Difugere nives: redeunt jam gramina campi.*

(12) Imitación de la oda V del libro primero de Horacio: *Qui multa.*



Mas ¿qué jamás huimos,  
 O qué guiados de razon, seguimos?  
 Nadie principio ha dado  
 Con tan dichoso pié á felice empresa,  
 Que no de haberla osado  
 Confiese malcontento que le pesa;  
 Ya lo muelle nos daña  
 De la paz, de la guerra ya la saña.  
 España triste gime  
 De la fortuna en la mas alta cumbre;  
 Que la sobra y oprime  
 De su gran majestad la pesadumbre;  
 Y máquinas que el cielo  
 No apoya vienen con su peso al suelo.  
 Ríe Francia hollada  
 Del español jinete y del infante,  
 Su gente acudillada  
 Contra sí mesma, y de su fe inconstante  
 Los sucesos siniestros,  
 Horror y asombro de los siglos nuestros.  
 De fruto y paz copiosa  
 Italia, emulacion de sus vecinas,  
 Sorbe con sed rabiosa  
 Cuanto sudan de América las minas,  
 Y con juicio ciego  
 Cansado llama y largo á su sosiego.  
 Allá Grecia remisa  
 Sufre el yugo tirano, y el pié besa  
 Que la cerviz le pisa,  
 De así gentiles pechos digna empresa;  
 ¿Dónde tus soberanos  
 Ingenios, Grecia? Dónde están tus manos?  
 Yo, si oponer conviene  
 En parangon á tan crecidas cosas  
 Lo que apenas sér tiene  
 A sombra de provincias tan gloriosas,  
 Que se gozan errando,  
 De mi acertado error me iré gozando.  
 No á mi peso rendido  
 Ni á mi lloroso estrago así risueño,  
 De la paz no ofendido,  
 Ni alegre esclavo de tan triste dueño,  
 Como á dicha se precia  
 De errar España, Francia, Italia y Grecia;  
 Mas, en prision dichosa,  
 Asido al carro do triunfando sale  
 De entrambos victoriosa  
 La que mas que este mundo y aquel vale;  
 La que es de las estrellas  
 Emulacion y pasmo á todas ellas;  
 Aquella hermosa, aquella  
 En fuerte hora nacida para dueño  
 De cuantas almas huella  
 Con pié señor ó con sabroso ceño,  
 De cuantas mide al dia,  
 Única en todo y sin igual María.  
 Alegre iré y ufano  
 Entre los grandes presos venturosos,  
 Que del ciego tirano  
 Órnan el triunfo, y ellos envidiosos  
 De mi suerte y ajenos  
 De emulacion irán y rabia llenos.  
 Verán que erré yo solo  
 Por fuerza de belleza mas divina,  
 Que fué la que dió á Apolo,  
 Y á Jove dió figura peregrina.  
 ¡Oh yerro venturoso,  
 El que nació de objeto tan hermoso!

## SONETO XXVII.

A don Juan de Arguijo.

Si con poco nos basta, ¿por qué, Argio,  
 Porque no, y animoso yo y prudente,  
 Mi breve censo estimaré igualmente  
 Que de América el ancho señorío?  
 Dulce es de un gran monton de plata mio  
 Suplir mi falta, y ¿no es tan suficiente  
 Cogida el agua de una breve fuente  
 A mitigar la sed, como de un rio?  
 Bebe pues de él; que suele arrebatado  
 Guadalquivir con súbita avenida

Llevarse á quien lo bebe mal templado.  
 ¿Quién hay, quién hay que con lo asaz se mida?  
 Ni claros este apurara afanado,  
 Ni entre ondas fieras perdera la vida.

## XXVIII.

¡Oh tú, que al sol tan desdénosa miras,  
 Y de verte mas bella que él te engries!  
 ¿Por qué en mi dolor triste alegre ries  
 Despues que las osadas flechas iras?  
 Reserva esas en risa envueltas iras  
 Para cuando mas cuerda te desvies  
 De ese que porque de él tu pecho fies  
 Colora con lisonjas sus mentiras.  
 Cambia, Amarili, cambia pensamiento,  
 Da luz á la razon; que es grave daño  
 Haberte á error ó deslealtad rendido.  
 Mas ¡oh, cómo eres ciego. Amor! al viento  
 Das y a la ingratitud un bien tamaño,  
 Debiéndolo á los años que he servido.

## XXIX.

No sé cómo ni cuándo ni qué cosa  
 Sentí que me llenaba de dulzura;  
 Sé que llegó á mis brazos la hermosura,  
 De gozarse conmigo cudiciosa;  
 Sé que llegó, si bien con temerosa  
 Vista resisti apenas su figura;  
 Luego pasmé como el que en noche oscura,  
 Perdido el tino, el pié mover no osa.  
 Siguió un grangozo á aqueste pasmo ó sueño;  
 No sé cuándo ni cómo ni qué ha sido,  
 Que lo sensible todo puso en calma.  
 Ignorarlo es saber; que es bien pequeño  
 El que puede abarcar solo el sentido,  
 Y este pudo caber en sola la alma.

## XXX.

A don Juan de Arguijo, contra el artificio.

Cansa la vista el artificio humano  
 Cuanto mayor mas presto; la mas clara  
 Fuente y jardin compuestos dan en cara  
 Que nuestro ingenio es breve y nuestra mano.  
 Aquel, aquel descuido soberano  
 De la naturaleza, en nada avara,  
 Con lengua admiracion suspende y para  
 A quien lo advierte con sentido sano.  
 Ver cómo corre eternamente un rio,  
 Cómo el campo se tiende en las llanuras,  
 Y en los montes se anula y se reduce,  
 Grandeza es siempre nueva y grata, Argio,  
 Tal, pero es el autor que las produce  
 ¡Oh Dios inmenso! en todas tus criaturas.

## ODA XVII (15).

Cuando tú me encareces  
 ¡Oh Amarili! de Julio el talle hermoso,  
 Y mirando enmudeces  
 A Julio con descuido mal curioso,  
 ¿Ay cómo arde en mi pecho  
 Infernal rabia, y con dolor esquivo  
 Revienta á mi despecho  
 Por los ojos el llanto fugitivo!  
 Y cambiando colores,  
 Indicacion da el rostro fatigado  
 De cuán fieros ardores  
 En mi alma lentamente se han lanzado.  
 Quéname ver señales  
 De burlas en tus brazos de alabastro,  
 Quéname en los colores  
 De tus labios ver de otro fuego el rastro.  
 No, si tú bien me escuchas,  
 Con mozos libres, so color de juego,  
 Osada emprendas luchas;

(15) Es imitacion de la oda xiii del libro primero de Horacio. El argumento, segun las palabras de Biedma, es desavenir de la amistad de Telefo á Lidia: *Cum tu Lydia Telephi.*

Que allí oculto de Venus yace el fuego.  
 ¡Oh tres veces dichosos  
 Los que anda con lazo Amor tan fuerte,  
 Que celos rigurosos  
 Primero no lo rompan que la muerte.

## XVIII (14).

Si de renta mas cuantos  
 Que los ingas y chinos alcanzares,  
 Y tus muchos cimientos  
 Las tierras ocuparen y los mares,  
 Ni la certera flecha  
 De la muerte huirás, ni de su miedo  
 La importuna sospecha  
 Tenerte dejará el ánimo ledo.  
 ¡Oh! mejor el gitano,  
 Sin patria conocida ni solares,  
 Vive, y el africano  
 En movedizas casas y aduares;  
 A quien fruto crecido,  
 No con lindes tasado ni mojonos,  
 El campo agradecido  
 Rinde, y de trigo fértiles montones;  
 Y con labor de un año  
 Llenos, holgar permiten á la tierra,  
 Y al que administra oganio  
 Igual otro sucede, paz y guerra.  
 Allí al varon no rige,  
 Soberbia con la dote, su casada,  
 Ni el vicio mal corrige,  
 Del poderoso adultero fiada.  
 Gran dote es la nobleza  
 Y honestidad allí de los mayores;  
 El pecar gran vileza,  
 Y su precio morir con los favores.  
 ¡Oh tu, quien quier que seas,  
 De los siglos prudentes inmortales  
 Si escrito ser deseas  
 Padre del pueblo en públicos anales,  
 Osa entrenar severo  
 Cuerdamente la vida licenciosa,  
 Y al siglo venidero  
 Virtud que inite ofrece generosa.  
 Pues tal es, que envidiosos  
 En los presentes la virtud odiamos,  
 Y de ella codiciosos,  
 Si á los ojos fallece, la buscamos.  
 ¿Qué sirven las querellas  
 Si el castigo las culpas no descrece?  
 ¿Qué las leyes, cual ellas  
 Vanas, si exento el pueblo, no obedece.  
 Ni ya el estéril suelo  
 De la tórrida ardiente siempre y solo,  
 Ni ya el eterno hielo  
 De los siete triones y del polo,  
 Al mercader desvía  
 De sus torpes ganancias. Vence artero  
 Con pertinaz porfia  
 Tamaño golfo un breve marinero,  
 Y presta la pobreza  
 ¡Grande oprobio! hoy paciencia y ardimiento  
 Para cualquier vileza,  
 Y pone en torpe olvido el santo intento;  
 O al comun, do la fama  
 Y aplauso popular con gloriosos  
 Apellidos nos llama,  
 O al mar vecino los rubies preciosos;  
 Y el oro inútil demos,  
 ¡De todo mal cuán ciertas ocasiones!  
 Y si nos mal queremos,  
 Las maldades, si bien somos varones.  
 De la torpe avaricia  
 Las letras no se aprendan, no, primeras;  
 Mas beba en la puericia  
 Disciplinas el ánimo severas.  
 No cual hoy, que no gusta

Ni andar sabe á caballo el ahembrado  
 Mozuelo, y la robusta  
 Caza teme, ó ¿el naipe así y el dado?  
 Y tú, ¡oh padre perjuro  
 Y trefe á tus amigos y usurero,  
 ¿Con recambios el juro  
 Apresuras y el censo á ese heredero?  
 Está bien, y sin tasa  
 Crezca la hacienda, crezca; mas ¿qué importa,  
 Si la codicia escasas  
 Siempre en un no sé qué la llora corta?

## SONETO XXXI.

De Fernando de Soria al autor.

No puedo desatar deste cuidado  
 Un punto mi engañado pensamiento,  
 Que está, cual Ixion en su tormento,  
 A la cadena y dura rueda atado.  
 En balde del camino comenzado  
 Apartarlo con fuerza ó maña intento,  
 Si de mi sangre y mal está sediento  
 El tirano de Amor fiero y airado.  
 Medrano, ¿qué haré? Romper los lazos  
 No puede fuerza flaca ya y rendida,  
 Ni vencer tanto monte de embarazos.  
 Mostradme vos de afuera la salida,  
 Sin remitirla á mi vigor ni brazos;  
 Que si es así no la hallaré en mi vida.

## XXXII.

Respuesta del anterior soneto.

Si ya de la razon el rayo ha dado  
 Luz á nuestro cerrado pensamiento;  
 Si estimais cuerdo ahora por tormento  
 Lo que un tiempo placer se os ha antojado,  
 Osad, osad romper el anudado  
 Lazo que el alma os mide y el aliento;  
 Que por si tiene al cielo un noble intento,  
 Y á la fortuna tiene el que es osado.  
 Diréis, Sorino: ¿Cómo y tantos lazos  
 Romper podrá una fuerza ya rendida,  
 Y vencerá un tal monte de embarazos?  
 En el Dios muerto para darnos vida  
 Hallaréis fuego vos, hallaréis brazos  
 Que abraze el monte y libre os dén salida.

## XXXIII.

Otra respuesta en el mesmo argumento.

Despierto al fiero incendio y del cercado  
 Veis ya, veis que el caballo fué don griego,  
 Y no mujer Elena, sino fuego;  
 Mal admitido don, bien mal buscado.  
 ¿Qué teméis? Qué esperais así ocupado,  
 Sordo á las voces, y á las llamas ciego?  
 Salid por medio de ellas, salid luego;  
 No esperéis, no; huid, y habréis triunfado.  
 Mas ya, si con el uso envejecido  
 Para vencer huyendo un mal tamaño,  
 La fuerza os ha, Fernando, fallecido,  
 En sus hombros el nuevo desengaño,  
 Por do estuviere el fuego mas tendido,  
 Sacaros sin lesion podrá y sin daño.

## XXXIV.

Vive engañada mi fortuna loca  
 Si de mi centro desasirme piensa,  
 Porque no vió del mar la furia inmensa  
 Opuesta á su rigor mas firme roca.  
 Será que con distancia mucha ó poca  
 El sentido divida sin defensa  
 De su gusto. Mas ¿cómo hará ofensa  
 Al alma do su bien ó mal no toca?  
 ¿Qué? Destiérreme á Italia ó á Castilla,  
 Que mientras de Amarili arder me veo,  
 Mas distante es mi ardor, mas infinito.  
 ¿Quién pero forma desto maravilla,  
 Si es tan madre la ausencia del deseo  
 Como la privacion del apetito?

(14) Imitacion de la oda xxiv del libro 5.º de Horacio: *Intactis apulentiore*. Es contra los vicios de su siglo, originados de la insaciable sed de oro.

## ODA XIX.

A Francisco de Acosta, en la muerte del padre José de Acosta, su hermano.

¿Quién pondrá freno y término al deseo  
De una vida, Faustino, así preciosa?  
¡Oh, cómo fuera digno aquí el empleo  
De tu voz numerosa  
Y de tu lira, Orfeo!

Eterno sueño al grande Acosta oprime,  
Cuya par no vió el sol, y la fe pura  
Y la entereza sin consuelo gime  
Sobre la sepultura;  
Ni hay quien no se lastime.  
Faltó en dolor de muchos, mas ninguno  
Al tuyo igual. Tú aquel piadoso en vano  
Al cerrado sepulcro, tú aquel uno  
Al cielo soberano  
Demandas importuno.

Bájase fácil á la hoya oscura;  
Pero dar paso atrás y á aquesto aliento  
Y luz comun volver, ¡oh cómo es dura  
Provincia! no es intento  
Permitido á criatura.

Es grave asaz la pérdida y temible,  
Y fiero es el dolor que della avino;  
Mas si enmendar el hado es imposible,  
Modéralo, Faustino,  
La paciencia invencible.

## XX.

No estimes, no, por afrentoso el nudo  
Que con esclava te enlazó tan bella,  
Pues otra ya menos hermosa que ella  
A Aquiles arder pudo.

Agamenon, la prez y honor del griego  
Bando, ¿triumfo no fué de su cautiva?  
Y otra la condicion de Ayace aliva  
Rendir pudo á su fuego.

¿Qué, Tirso, no será, que illustre padre  
Engendrase á tu Fili, y que los cielos  
Le diesen, como á ti, nobles abuelos,  
Si no bien igual madre?

Su aquel ánimo, al menos generoso,  
Aquel su corazon, así arredrado  
De interés y doblez, no fué heredado,  
No, de padre afrentoso.

¿Y el rostro? ¿Dó se vió par hermosura?  
¿Qué pié, qué manos tan á torno hechas!  
Sano la alabo, Tirso; ¿qué sospechas?  
Ya la edad me asegura.

## SONETO XXXV.

Hecho en concurrencia del que se sigue de Fernando de Soria, que te pidió que escribiese en este argumento.

Solo uno el hombre nace despojado  
De bien todo, y de todos invidioso;  
Miseró él solo, y solo él ambicioso,  
Para nada despierto y enseñado.

A florar sí, que solo esto de grado  
Le dió naturaleza, y tan vicioso  
Y tan rudo animal, y así lloroso  
Para dueño de todos fué criado.

El solo ni ofender ni defenderse  
En diferencia tanta de animales,  
Ni comer puede ó sabe, ni moverse.  
¡Oh loco! y pensará nacer de tales  
Principios para solo envanecerse!  
¡Cuál es la presuncion de los mortales!

## XXXVI.

De Fernando de Soria á Bartolomé Leonardo de Argensola.

El hombre solo en tantos animales,  
Leonardo, nació al llanto; él solo atado  
Es el día en que nace, desamado,  
Sin defensa ni piés contra los males.

Así empieza la vida: á los umbrales  
Della ofreciendo llanto anticipado,

P.xvi-l,

No entonces por algun otro pecado  
Que el de nacer para miserias tales.  
A él fué dada insaciable sed de vida;  
El solo cuida de la sepultura,  
Y en su alma brama un mar de ansia y afeto,  
Por do algunos dijeron: «No es natura  
Madre, sino madrastra aborrecida.»  
Mira si error oiste mas discreto.

## ODA XXI.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

La inexpugnable torre y la ferrada  
Puerta y los canes, tristes veladores,  
Asaz pudieran conservar guardada  
De osados amadores  
A Danaes encerrada,  
Si Venus, ingeniosa, no burlara  
De Acrisio, padre y guarda recatado  
De la virgen, si no se transformara  
Jove en metal sagrado,  
Que el camino allanara.

Penetra victorioso las escuadras,  
Y romper quiere el oro por las peñas  
Duras, mas que los rayos poderoso,  
¿Qué fuerte á sus enseñadas  
No se allana medroso?

Desmentidas las puertas mas leales  
De los pueblos Filipo abrió con dones,  
Y venció émulos reyes; sus iguales  
Son ¡oh cuántas prisiones!  
Las dádivas reales.

Sigue al oro el cuidado congojoso  
Y la sed de mas oro. Yo prudente  
El fausto siempre aborreci ambicioso,  
Flavio, luz del presente  
Siglo, por ti dichoso.

Quien mas negare á su deseo mendigo,  
Habrá del cielo mas; de los que nada  
Codician el estrecho bando sigo,  
De la chusma afanada  
Tras la plata enemigo.

Dueño, y mas noble de unas pocas plantas  
Que si me diera luz la fama ciega,  
Porque en mis torres ocultara cuantas  
Mieses Sicilia siega,  
Polbre en riquezas tantas.

Con un arroyo breve de agua pura,  
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,  
En desprecio me viene quien la anchura  
Del indio imperio alcanza  
Con suerte mal segura.

Y aunque ni las abejas calabresas  
Me labran miel, ni vinos regalados  
De Ribadavia añejos ven mis mesas,  
Ni ocupar mis ganados  
De Alcudia las dehesas,

No pobreza importuna me atormenta,  
Ni tú lo permitieras, y enfrenada  
La codicia, ni así del fisco aumenta  
Mi hacienda limitada  
La mal habida renta,

Como la del que siempre afana en vano.  
Fáltale á quien de poca es enemigo,  
Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sauo  
Dios le dió bien amigo,  
Lo asaz con parca mano!

## XXII (15).

Menos veces te baten las cerradas  
Ventanas ya mauechos porfiados,  
Ni te rompen el sueño, y desvelados  
No traen así alteradas

Tus vecinas; y tú, que los umbrales  
Solicita y los quicios fatigabas,  
Menos ya, menos oyes las aldabas,  
Y las noches cabales

(15) Es imitación de la oda xxiv del libro primero de Horacio: *Parcius junctas quaerant fenestras.*

Duermes, Licisca, ó horas insidiosa,  
La memoria ocupando en las portias  
Luengas de los rivales que traías  
En guerra peligrosa;  
Y vieja y sola ya, cuando la luna  
Descree mas ó el céfiro mas crece,  
Cuando te enciende Vénus y enfurece,  
Acusas importuna

Los mozos, que desprecian con enfado  
Rosas que desmayó una tarde fría,  
Y de las que hoy apenas abrió e día  
Se coronan de grado.

## SONETO XXXVII.

Al retrato de Luciano de Negron, arcediano de Sevilla, por mano de Francisco Pacheco, pintor y insigne retratador.

Este breve retrato los mayores  
Dos varones que al mundo dió Sevilla  
Nos ofrece á los ojos; maravilla  
Ambos y emulacion á los mejores.  
Los primores del cielo, los primores  
Del arte aquí la envidia vió amarilla,  
Y sobrada de entrambos la rodilla  
Dobla, y suelta la lengua en sus loores.  
En tí ¡oh Negron! sin limite así crece  
La ciencia y la bondad, que en todos mengua;  
La pintura ¡oh Pacheco! en tí se suma.  
Mi pluma y lengua para y se enmudece  
Por no llegar á tu virtud mi lengua,  
Por no llegar á tu pincel mi pluma.

## XXXVIII.

En unas grandes máquinas de fuegos que se hicieron sobre el rio de Sevilla en el nacimiento del príncipe de Castilla.

Arde la llama, y á la oscura y fria  
Noche el festivo incendio vence, y cuanto  
De estruendo y fuego horror fué ya en Lepanto  
Sirve al gusto brevísimo de un día.  
Sola una tú lo atiendes, alma mía,  
De pñecer no alterada ni de espanto,  
Siendo en tan nueva luz y en fuego tanto  
La admiracion comun y la alegría.  
Arde ¿quién duda? en tu mas noble parte  
Mas fiera llama y mas tambien luciente,  
¿Qué te podrá alegrar ó qué admirarte?  
Así, presente el sol, no hay luz hermosa  
Ni grande; así ningun pincel valiente,  
Presente la verdad, parecer osa.

## XXXIX.

Las almas son eternas, son iguales,  
Son libres, son espíritus, Maria;  
Si en ellas hay amor, con la portia  
De los estorbos crece y de los males.  
Nacimos en fortuna desiguales,  
No en gustos; La violencia nos desvia;  
El tiempo corre le to y deja el día  
De sí hasta en los mármoles señales.  
Mas tú ni á tiempo alguno ni á violencia,  
Ni á aquello desigual de la fortuna,  
Ni temas á la mas polija ausencia;  
Que si nuestras dos almas son á una,  
¿En quién, si no ya en Dios, habrá potencia  
Que las gaste ó las fuerce ó las destina?

## XL.

A don Juan de Arguijo.

Ya sonda turbio el ábrego, ya hinchado  
Se encoua sordo y turba el golfo Argio,  
Ya el aquilon arrebatado y lio  
Crece en montes las olas, ensañado.  
Rompense unas con otras, y erizado  
Brama espantalie el mar, lanzando impio  
Espumas contra el cielo, y tu navío  
Vacila entre las ondas, afanado.  
¿Qué? depon el temor, á humilde playa

Dios el que admiras pílagro insolente  
Rincho, «y esta, le dijo, sea tu raya.  
»Jamás de aquí con ambicioso autojo  
Osés pasar; aquí tu vanamente  
Espantosa hinchazon rompe y tu enojo.»

## ODA XXIII (16).

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

Ya, Salicio, al arado las reales  
Fábricas dejarán pocas yugadas;  
Estanques ocupadas  
Tendrán, y al mar iguales,  
Las hoy tierras labradas.  
Sucedirá á las rústicas encinas  
El solitario plátano lascivo,  
Y al tomillo nativo  
Las flores peregrinas  
Del ciclamor estivo.  
Todo ministra al gusto del sentido  
Ciego; ¿qué á la razon? Tras el privado  
Bien, ¡oh reino amenguado!  
Al comun preferido,  
Corres desalenta lo.  
De cidros y de mirtos olorosos  
Bosques nos guardarán templanza y flores  
En los soles mayores;  
No así los gloriosos  
Nuestros progenitores.  
No del vnculto Wamba la severa  
Disciplina ó del Cid en nuestra curia  
Con así grave injuria  
De la nacion sufrida  
Tan profana lujuria.  
De los particulares era estrecho  
El censo; el comun grande asaz servia  
A quien lo poseia,  
De abrigo y sombra el techo,  
No al ocio y fantasia.  
Del público con virgenes sillares  
Y robres que el cepillo despreciaban  
Los pueblos reparaban,  
Y á Dios nuevos altares  
Y templos levantaban.

## XXIV (17).

A don Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Sosiego pide á Dios en su desierta  
Y alta mar el piloto, á quien la luna  
Nubes roban con tristes, y ninguna  
Le luce estrella cierta;  
Sosiego el alemán infante arrado,  
Sosiego el volador jinete moro;  
Que no con perlas, Niño, ni tegoro  
El sosiego es comprado;  
No la América toda es de provecho  
Ni las bromencas tardas ni españolas,  
O á mitigar las ensañadas olas  
Que baten el real pecho,  
O á arredrar dél los tímidos cuidados,  
Que importunos sin término rodean  
Los techos que al gran dueño lisonjean,  
Con oro artesonados.  
Vivese bien con poco, y quien codicia  
De sus abuelos el hogar pequeño,  
No romperá con miedo el fácil sueño,  
Ni con bruta avaricia.  
¿Qué tiramos en vida, mal valientes,  
Tan breve, á tan proljas pretensiones?  
Que inquirimos, sollicitos, regiones  
Con otro sol caliente?  
Sube á caballo, y en la nao primero  
Entra que yo el cuicado congosojo,  
Mas ligero que el gano y que el nevoso  
Aquilon mas ligero.  
A lo presente el ánimo alentado,

(16) Imitacion de Horacio, libro 2.º, oda xv: *Jam p'ruca aratro.*

(17) Imitacion de Horacio, libro 2.º, oda xvi, á Cropsio: *Optim*  
*duos rogat in patenti.*

Del porvenir no cuide, y la precisa  
Ocasión de pesar temple con risa;  
Que no hay bien consumado.

Robó a Alejandro el hado intempestivo,  
Al rgóse, invidioso de Adriano,  
Y á tu por dicha el tiempo dará humano  
Lo que á ti niega esquivo.

De apriscos á ti un ciento en torno ciñen,  
Mil vacas para ti las nubes crecen,  
Y para ti el rebacho ensorberbeccn  
Mil yeguas, y se tiñen

Tus paños una y otra vez en grana;  
A mi una grey dió el cielo, de vil precio,  
Un grato ingenio, un señorial desprecio  
De la chusma profana.

## XXV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

Vimos'ta ya, Lencido, ya la vimos  
Ser de Guadalquivir madre arenosa  
Esta que pueblan hoy, madre hermosa,  
Ricas plantas de fértiles racimos,  
Y si la edad, pues tanto es poderosa,  
Estos pagos de viñas  
Y estas de mieses hoy rubias campiñas,  
¿A ser volverán rio?  
¿Qué no esperar podré en el dolor mio?  
Traeráme un sol, traerá á mi compañía  
A Amarilis gozosa,  
Si ya llorosa me la robó un dia.

## SONETO XLI.

Quien te dice que ausencia causa olvido  
Mal supo amar, porque si amar supiera,  
¿Qué la ausencia? La muerte nunca hubiera  
Las mientes de su amor adormecido.

¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido  
Del acertado hierro, cuando quiera  
Huir medroso con veloz carrera  
Las manos que la flecha han despedido?

Herida es el amor tan penetrante,  
Que llega al alma, y tuva fué la flecha  
De quien la mia dichosa fué herida.

No temas pues en verme así distante;  
Que la herida, Amarili, una vez hecha,  
Siempre, siempre y do quiera será herida.

## XLII.

Cuando invidioso el tiempo haya robado  
El tu cabello, espanto ahora de Flora,  
Y el verano, que alegre gozo ahora  
Y la flor de mi edad haya robado,

No seré, no, Amarili, á tu sagrado  
Nombre ingrato que la alma humilde adora,  
Ni el fuego celestial que en esta hora  
De la edad sentía el invierno helado;

Mas del cisne imitando la costumbre,  
Con acento, por dicha mas divino,  
Te cantare, para morirte luego;

Y como llama que vigor y lumbrere  
Cobra cuando su fin es las vecino,  
Mas resplandecerá mi hermoso fuego.

## XLIII.

Otra vez, Amarili, el proceloso  
Invierno ensaña el mar y ciega el dia;  
Otra vez flaca y rota nave mia  
El cielo experimenta invidioso.

El se ostenta en tu daño poderoso  
Y ¿un cielo santo iras tamañas cria?  
¿Oh, cómo no te basta la osadía!

Piloto has menester sabio, y no ocioso.  
¿Tememos? No, Amarili, aunque veamos  
O embestir ei bajel en los mas yertos  
Escolllos ó sorberlo ya el abismo.

¿Qué temeré, si juntos así estamos?  
Que una ola mesma nos sepulte muertos,  
O salvos nos dé al templo un voto mismo.

## ODA XXVI (18).

A don Alonso de Medrano, su hermano.

Al cielo si las manos levatares  
Y los ojos, Muardo, vergonzosos;  
Si con votos pidiolos  
Sus iras aplacares,

No sentirá los astros pestilentes  
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,  
Ni los hielos tu prado,  
Ni los soles ardientes.

El rico, á quien el oro ensorberbece,  
Diez escogidas vacas, las mas gozosas  
Que pastan sus dehesas,  
A Dios en voto ofrece.

A ti, de un hogar pobre humilde dueño,  
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;  
Darle has la mejor preuda  
De tu redil pequeño;

Que si imploraren su deidad ajenas  
Tus manos de venganza y de codicia,  
Hallarla han mas propicia  
Que las del rico, llenas.

## XXVII (19).

Aun la tierna cerviz no es poderosa  
Del yugo y de igualar con el usado  
Compañero el arado,  
Ni bien tolerar osa  
El peso demasiado

Del encudido toro que la asalta.  
Ahora solo gusta tu novilla  
De retozar bohila  
Con las otras, y salta  
Del Bétis á la orilla.

El apetito deja mal seguro  
Del hermoso racimo, que aun acedo  
Está; llegará cedo  
El otoño maduro,  
Y probarlo has sin miedo.

Ella te buscará; que la edad fiera  
Corre sin freno, y cuantos, no sentida,  
Años hurta á tu vida,  
Los añade ligera  
A su niñez florida.

Tu la espera la mas sabrosa y bella  
Que ha visto el sol, y el suelo producido;  
Mas con seso advertido  
Piensa que será della  
Lo que de otras ha sido.

## SONETO XLIV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

La violencia, Lencido, de los hados  
¿En qué los ofendi? Llévame mi vida,  
Llévate, oh Amarilis, ofrecida  
A mal seguros golfos y apartados.

¿Cómo pues yo de ajenos y cuidados  
Batido miro el mar con tan erguida  
Frente y muda paciencia, no vencida  
Destos escollos ventos y callados?

Cedo á la fuerza cuerdo, y cedo al dia,  
La esperanza alargando, y si no engaña  
Su arte al sabio, Amarilis será tía.

Así del pece es dueño, cuando siente  
Fuerzas en él mayores que en la caña,  
Si le da cuerda el pescador prudente.

(18) Imitacion de la oda xxiii del libro 3.º de Horacio: *Caelo si tuleris manus*, dirigida á Phidyle, acerca de que el don ofrecido á los dioses con manos puras, no por ser corto ó pobre es menos acepto que los sacrificios mas magníficos.

(19) Imitacion de la oda v de Horacio, del libro 2.º: *Nondum subacta*.

## ODA XXVIII.

A don Alonso de Santillan.

Fló, Santiso, España sus banderas  
De tu constancia y fe; tú al mar violento,  
Y expuesto vas al viento  
Y á las escuadras fieras  
Del bolandés sangriento.

El se apresta, y á duro cautiverio  
Reducir nuestras gentes se asegura,  
Y por darse apresura  
Al español imperio  
En el mar sepultura.

Llegue; que puños hallará y consejo  
Buenos así, que cuando á ver su muerte  
De su engaño despierte,  
Cual medroso conejo  
Huir quiera, y no acierte.

Tu al menos, cuando el viento ó mar derrame  
A los tuyos, ansioso de mas gloria,  
La muerte ó la victoria  
Al cautiverio infame  
Preliere; ten memoria

De aquella hermosa y varonil gitana  
Que ver pudo con frente no turbada  
Vencida y destrozada  
Por la gente romana  
Su poderosa armada;

Y ni siguió la vergonzosa huida,  
Ni la alteró cual hembra el ya desnudo  
Puñal, de industria agudo;  
Mas al pecho, atrevida,  
Aplicó el áspid crudo.

Tal es. Osó con ánimo robusto  
A morir generosa antes que viva  
Verse llevar cativa,  
Triunfando de ella Augusto.  
¡Mujer asaz altiva!

## XXIX (20).

Oyó el cielo mi voto, Elisa; el cielo  
Lo oyó, Elisa; eres vieja, y linda quieres  
Parecer, y á placeres  
Aun te das sin recelo,

Y al amor, lento ya, con inconstante  
Voz despiertas; él, pero, ama de Flora,  
La hermosa, la cantora,  
El sin igual semblante,

Y con alas de tí huye livianas;  
De tí, á quien ya las rugas de la frente,  
De tí, á quien negro el diente  
Afean, y las canas.

Ni la púrpura rica ni el precioso  
Rubí pueden volverte ya el pasado  
Tiempo que te ha robado  
El día presuroso.

¿Dó bnyó la beldad, ¡ay! dó el que te orna  
Color, dó el brío? ¿De aquella qué has, de aquella  
Que amores salian della,  
Que de mí me robaba?

Dichosa y conocida y de cien sales  
Llena faz, tras de Clori; á Clori ha dado  
Breves años el hado,  
Y con la cuerva iguales

Los dió á tí; porque pueda la traviesa  
Juventud no sin risa ver la ardiente  
Hacha así lentamente  
Convertida en pavesa.

## XXX.

A Fernando de Soria, volviendo el autor de Roma y de Madrid á Sevilla:

Sorino, rindo al cielo  
Gracias veces sin par porque piadoso  
A mi nativo suelo  
Y del desierto al señorío reposo  
Hoy me ha restituido,  
De desengaño asaz enriquecido.

(20) Imitacion de la oda xiii del libro 4.º de Horacio: *Audivere, Lyce, dii mea vota.*

El avaro medroso  
Las olas vea con el euro hinchadas  
Del mar impetuoso,  
Y de fuego las nubes vea prendidas,  
Despechado el piloto,  
La nave abierta, un árbol y otro roto.  
De la muerte le oprima  
El miedo antes que el agua, si el tesoro  
Mas que la vida estima,  
O como á Creslo lo macice el oro,  
Pues osa, de él sediento,  
Luchar con el mar fiero y con el viento.

A la corte, enemiga  
De verdad y reposo, siga el vano;  
A la mentira siga  
Del privado soberbio, que la mano  
Indina y loca frente  
Promete ornarle con rubis de Oriente.

Dóblele agradecido  
Una y otra rodilla; el pensamiento  
Traya desvanecido,  
En sustentarle el paladar contento;  
Falto de seso y sueño  
Espire, si tal vez lo vió con ceño.

Y tú, que el triunfo creces  
Del amor fiero, puesto en su cadena,  
De que libre tres veces  
Te viste, de contrarios la alma llena  
Trae; que en sus gustos gime,  
Sobrada de la carga que la oprime.

Sufre los levaneos  
De un rapaz ciego y de una hembra loca,  
Sujeto á sus deseos  
Y al inconstante aliento de su boca.  
¿Cuál mas duro castigo  
Dar puede el cielo airado á un su enemigo?

Que yo, experimentado  
En iguales peligros, dende afuera  
Seguro, el mar turbado,  
Miro inquieta la corte lisonjera  
Y al Amor retozando,  
Y á los que aquí y allí van peligrando.

No porque ajeno daño,  
Tirano afecto, alegre mi sentido;  
Mas porque es bien tamaño  
De tan sin par peligro haber salido,  
Que puede ser comprado  
Con las ansias de haber en él buscado.

Así paso la vida,  
Dueño de mí y del tiempo, ¡haber inmenso!  
En nada sometida,  
Cual yo la vi y la lloro, al duro censo  
Y al peligro crecido  
Del mar y de la corte y de Cupido.

## SONETO XLV.

¡Ay de mí! siempre, vana fantasía,  
Sin término dilatas tu remedio.  
¿Cuándo será que libre de este asedio  
De males me amanezca libre un día?  
Rendirme será infame cobardía;  
¿Aguardaré? La muerte antes que el tedio  
De una esperanza. Osar solo es el medio.  
Osemos; que es dichosa la osadía.  
Hoy pondrás fin á vida tan amarga;  
Hoy, si bien sales hoy, corazón mio,  
De tí sacudirás tan grave carga.  
¿Quién aguarda á mañana mal prudente?  
Que acabe de correr espera un río,  
Y él corre y correrá perpetuamente.

## ODA XXXI.

A don Alonso de Santillan, que volvia de las Indias.

¡Oh mil veces conmigo reducido  
Al postrer punto de la vida odioso!  
¿Cuál astro poderoso  
Hoy te ha restituido  
A tu suelo dichoso?  
Santiso, la mitad del alma mía,  
Contento alegremente los ardores

De los soles mayores,  
Contigo no sentía  
Del cierzo los rigores.

Ambos del mar huimos proceloso  
La saña; á mi por medio del cerrado  
Peligro mi buen hado  
Alegre y victorioso  
A puerto me ha sacado;  
A ti, segunda vez mal advertido,  
La resaca sorbió del mar hambriento,  
Y al arbitrio del viento  
Y al caso permitido  
Te viste, y sin aliento.

Cumple tu voto, y grato al cielo santo,  
Con lágrimas gozarás; ya el sereno  
Rostro baña y el seno;  
Que yo, Santiso, al tanto  
Te espero en Mirar-Bueno.

¡Oh, fuere á mi vejez firme reposo  
Este lugar! De mis navegaciones  
Y peregrinaciones,  
¡Oh término dichoso  
Fírese, y de mis pasiones!

Este rincón, de todos los del suelo  
Me place más, do brota la primera  
Y la rosa postrera,  
Do siempre es uno el cielo,  
Do siempre es primavera.

Este á la mesa espléndida y al vino  
Y al brindis te convida. ¡Oh cuerd' exceso!  
Dulce me es ser travieso,  
Cobrado mi tal amigo,  
Dulce perder el seso.

## SONETO XLVI.

¿Qué busco, ciego yo, con tan mortales  
Yausiasas buscas? Pienso que podría  
Satisfacer la sed inmensa mía  
Un mar de aquestos... ¿bienes diré, ó males?  
¿No vi ya? No probé cuán desiguales  
Son de aquello preciso que ofrecía  
Su vanamente hermosos! flor que el día  
Robó, descubridor de engaños tales?  
Paremos ya, paremos; que el sosiego  
En solo aquel, mi bien, que sin mudanza  
Mueve cuanto ve el sol, hallar podremos.  
Mas ¡ay! que cuando verlo pienso y llego  
Ya á asirlo, me deslumbra, y sin tardanza  
Cual rayo pasa, y ciegos lo perdemos.

## ODA XXXII.

Profecía del Tajo en la pérdida de España (21).

Rendido el postrer godo á la primera  
Y última hermosura que en el suelo  
Vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,  
Moviendo invidia al cielo  
De su adorada fiera.  
La real corona y cetro el ciego amante  
Derrribaba, y ¿qué no? á los pies de aquella;  
Huéllalo todo altiva, y con semblante  
Fiero otra vez lo huella;  
Y él ¡ay! pasó adelante.

¡Oh mal dulce deleite! Puso luego  
Calma enojosa en su corriente el río  
Para advertir, aunque ofendido, al ciego  
Rey en su desvarío  
Del hierro así y del fuego

Que le amenaza: «En punto desdichado  
Ofendiste á esa hermosa, ¡oh godo injusto!  
Que vengará con tanto y tal soldado  
Africa, de tu gusto  
Y de tu real estado

»Despojándote. ¡Ay, ay! ¡Cuánta fatiga,  
Cuánto afán al caballo y al valiente  
Infante anaga! A lanza y á loriga

Mueves contra tu gente;  
¡Cuánta diestra enemiga!  
»Ya suena el atambor, ya las banderas  
Se despliegan al viento, ya obedientes  
Al acicate, corren en hileras  
Los jinetes ardientes  
Y las yeguas ligeras.

»No excusas, no, la lanza y el trenzado  
Arnés, en solo el ámbar y el curioso  
Peine ¡oh varón! oh rey! ejercitado.

¿No ves cuán espantoso  
Baja el campo formado?

»Mirá cómo Tarife atravesando  
Osado por las huestes, y valiente  
Tu enseña abate, y Muza destrozando,  
Aombro de tu gente,  
Los campos va talando.

»Conocerás allí al munca vencido  
Alanzor, que en tu mengua se engrandece;  
Mas al Conde ¡ay! ¿no ves cuan sin sentido,  
Y hierve y se enfurece,  
Buscándote ofendido?

»No así medroso gano, no así presto  
Será que del hambriento lobo huya,  
Cual llaco tú del cúmulo molesto,  
Halliendo á aquesta tuya  
Prometido no aquesto.

»Traera, preságo yo, al godo su día,  
Tras no muchos diciembres, la africana  
Armada, que ya el cielo airado guía;  
Caerá tu soberana  
Y antigua monarquía.»

## SONETO XLVII.

A Fernando de Soria.

Yo vi romper aquestas vegas llanas,  
Y crecer vi y romper en pocos meses  
Estas ayer, Sorino, rubias mieses,  
Breves manojos hoy de espigas canas.

Estas vi que hoy son pajas mas ufauas,  
Sus hojas desplegar para que vieses  
Vencida la esmeralda en sus envases,  
Las perlas en su haz por las mañanas.

Nació, creció, espigó y granó en día  
Lo que ves con la hoz hoy derrocado,  
Lo que entonces tan otro parecía.

¿Qué somos pues, qué somos? Un traslado  
Desto, á una mies, Sorino, mas tardía;  
Y ¡y á cuántos sin granos los han segado!

## ODA XXXIII (22).

Respuesta á otra de Juan Antonio del Alcázar, en que  
le convidaba á una casa de recreacion sobre el río.

No inquietas cuidadoso  
Lo que maquina el tureo y el britano,  
Dueño de nuestros mares alreentoso,  
¡Oh Flavio! ni te altere el miedo vano  
De sí podrá cualquiera laiga reuta  
Servir al uso breve de la vida,  
Que del profano exceso  
A grandeza modesta reducida,  
Con tu profundo seso  
Pequeño censo hacer podrá contenta.

Atrás huye ligera  
La alegre juventud (¡quién la alcanzara!)  
Mas ¡oh! antes de irse, ¡asirla quién pudiera,  
Y la tez nueva y fresca de la cara!  
La vejez llega siempre intempestiva,  
Y aquellos pierde, aquellos orgullosos  
Amores, con el ceño  
Grave, y de los sentidos deseosos  
Desvia el facil sueño  
Sabroso ¡oh cuánto ya á la edad lasciva.  
Si los ojos al suelo  
Próvidos inclinamos, ¡cómo hermosa  
Cuando se rie con la luz el cielo,

(21) Imitacion de la oda xv del libro primero de Horacio: *Pastor cum traheret*, en donde el poeta propone á Antonio el ejemplo de París para apartarlo de Cleopatra. Véase el artículo de Madrano.

(22) Imitacion de la oda viii del libro 2.º de Horacio: *Quid bell'cosus*.

Sus hojas abre al nuevo sol la rosa!  
 Y tú, ingrato, ¿de envidia la marchitas?  
 Al cielo si volvemos, en la luna  
 No un semblante hallamos;  
 ¿Por qué pues con prudencia así importuna  
 El ánimo causamos  
 Menos que para trazas infinitas?  
 De jemos bien prudentes,  
 Oh mi dulce Me cénas, oh mi amparo,  
 Penas que nos oprime insolentes;  
 Y allí a la orilla, allí del Bétis claro  
 (Casas, á ti, gran dueño suyo, estrechas  
 A la pequñez nuestra gran palacio)  
 Vivamos desceñidos,  
 Descuidados vivamos y despacio,  
 Del rio entretenidos,  
 Pocas, fáciles horas y derechas.  
 Tú así como rogando  
 Lo mandas, mas o'ulta fuerza tiene,  
 Fuerza de ley, aquel tu imperio blando.  
 ¿Podrélo resistir? Barquero viene,  
 Toldado el barco y fresco. Mueve, mueve  
 Los remos á compás, y apriesa; lenta-  
 Mente vamos do armada  
 De paz ya espera fácil, ya contenta,  
 La mesa coronada  
 De flores y de frutas y de nieve,  
 Y de amistad sabrosa,  
 Sazon de todo. Y ¿Julio tuvo en precio  
 De un breve cetro la ambicion medrosa?  
 Y ¿era varon? ¡Oh deslumbrado! oh necio!  
 Suena la lira, Anfriso; y tú, Nerea,  
 Dame agua. Beso el búcaro, bebamos,  
 Por los pechos se vierta;  
 Todo es salud. ¡Oh así vivir podamos!  
 La ventana esté abierta,  
 Por si bullere un soplo de marea.

## SONETO XLVIII.

A don Diego de Quifones.

¿Quién jamás en tan luengo y espacioso  
 Proceso de los siglos ha nacido,  
 Y en mundo tan sin términos tendido,  
 Que usurpar ose el nombre de dichoso?  
 El sobresalto solo temeroso  
 De cambiar suerte á aquel (si alguno ha sido)  
 Que mas pródigo el cielo ha enriquecido  
 Para hacerlo infelice es poderoso;  
 Y ¿á cuántos, Sergio, á cuántos traen á extremos  
 Males, extremos bienes, estos bienes  
 Que los blasfemas junto y los adoras?  
 Mas cuando otras miserias no acusemos,  
 ¿Cómo bien será alguno aventurado,  
 Si hombre ninguno hay sabio á todas horas?

## XLIX.

A Filipo III, luego que heredó y se casó.

Majestad soberana, en quien el cielo  
 Tanto valor encierra y saber tanto,  
 Que ya á la envidia sobras, ya al espanto,  
 Hollando sabio el mar, valiente el suelo.  
 Ennio de tu padre y Je tu abuelo,  
 Rompe con la memoria por Lepanto,  
 Y adora en Asia el monumento santo  
 Guardado para pompa de tu celo.  
 El cielo esta victoria solicita,  
 Y á Marte y Pálas ha juntado en uno  
 (Del siro y persa victorioso bando).  
 Un mundo es poco para cada uno,  
 Pues ni Isabel fué mas que Margarita,  
 Ni debes tú ser menos que Fernando.

## L.

No siempre fiero el mar zahonda el barco,  
 Ni acosa el galgo á la medrosa liebre,  
 Ni sin que ella alojé ó él se quiebre,  
 La cuerda siempre trae violento el arco.  
 Lo que es rastrojos hoy, ayer fué charco,  
 Frio dos horas antes lo que es fiebre;

Tal vez al yugo el huey, tal va al pesebre,  
 Y no siempre severo esta Aristarco.  
 Todo es mudanza, y de mudanza vive  
 Cuanto en la mar aumento de la luna,  
 Y en la tierra del sol vida recibe.  
 Y solo yo, sin que haya brisa alguna  
 Con que del gozo al dulce puerto arribe,  
 Prosigo el llanto que empecé en la cuna.

## LI.

Si por ser, Amarili, el amor fuego  
 Lo pintan los filósofos desuado,  
 Y la belleza tuya sola pudo  
 Dar entrada en mi alma á aqueste ciego;  
 Pues bella y sabia eres sin par, te ruego  
 Quieras soltarme aqueste sutil nudo.  
 ¿Por qué, de ti arredrado, ardiendo sudo,  
 Y tiemblo helado cuando á ti me llevo?  
 Diras que eres mi fuego y que aborrezco  
 El morir abrasado cuando veo  
 Tus llamas cerca, y de temor me enfrio;  
 Mas ¿cómo, si arder todo en ti deseo?  
 Fiebre debe de ser lo que padezco;  
 Que para mas arder comienza en frio.

## LII.

A la renunciacion que hizo el emperador Cárlos en el hijo y el hermano.

De sostener cual nuevo Atlante el mundo  
 El siempre augusto Cárlos ya cansado,  
 «Gentes, dice, no vistas he domado,  
 Hollado el suelo, hollado el mar profundo.  
 »Hecho el persa monarca á mi segundo,  
 Preso al francés, al moro leyes dado,  
 El cielo en ambos hombros sustentado,  
 Mas grave con las glorias que en él fundo.»  
 Luego, del mundo desdeñoso y harto,  
 «Tú gobierna (al hermano le decia)  
 De Roma el ancho imperio y de Alemaña.»  
 Y al hijo: «Tú de la invencible España  
 Y del indio tendrás la monarquía,  
 Y entre ambos junte amor lo que yo parto.»

## LIII.

Robóme ¡oh Julio! una cobarde fiera  
 (Fiera y cobarde, Julio, cruel sería),  
 La mitad me robó del alma mía,  
 Y tú: un vives, mitad?; ¿Quién lo creyera!  
 Ira al fin mujeril; que no cupiera  
 En varon semeje; nte villanía  
 Necia; los que el amor y el cielo unia,  
 ¿Quién, sino tú apartarlos pretendia?  
 ¿Qué se puede? Vivamos divididos,  
 Dulce Amarillis mía, en esperanza  
 De vencer con paciencia y vida el hado.  
 Julio, ¿quién desordena mis sentidos?  
 Iba á hablarte, y hanme arrebatado,  
 Ya el amor, ya el dolor, ya la venganza.

## ODA XXXIV.

A Fernando de Soria (25).

¡Ay Sorino, Sorino, cómo el día  
 Huyendo se desliza,  
 Y unos atropellando y otros años,  
 A la muerte corremos á porfia!  
 ¿Tanta prisa á volvernos en ceniza!  
 Y á tales desengaños,  
 Mal ciegos, con afanes ¡ay! tamaños,  
 ¿Tras una sombra de ambicion mentida  
 Fatigamos la vida?  
 En vano temerosos desviamos  
 De nos á Marte airado,  
 Y al mar con Euro y Noto enfurecido,  
 En vano los malosanos excusamos  
 Abregos del otoño destemplado;

(25) Imitacion de la oda ix del libro segundo de Horacio: *Neu pagaces.*



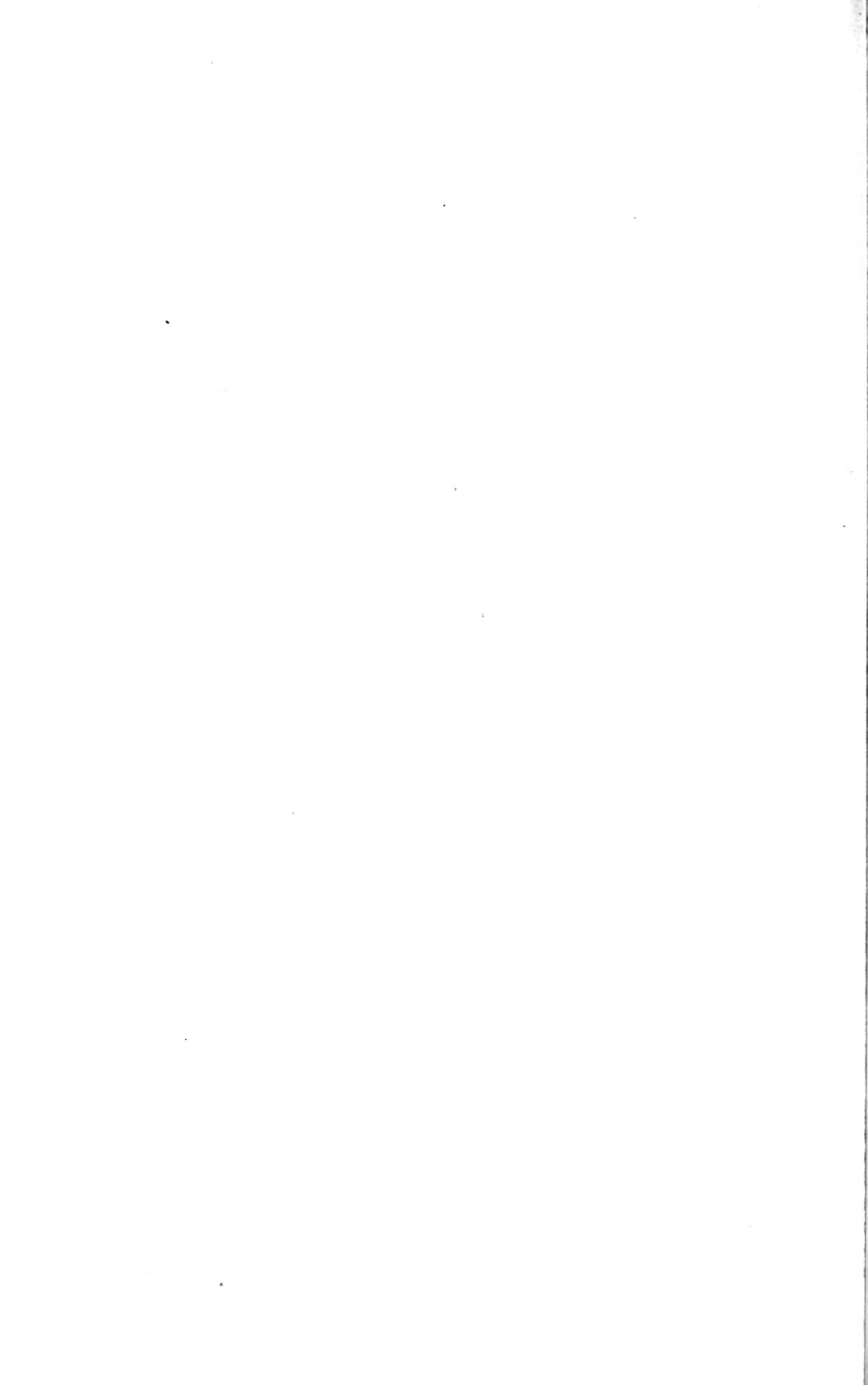
Tal vez una el temido  
 Y no excusado golfo del olvido  
 Navegarémos: rústicos sayales  
 Y púrpuras reales  
 No atiendas, no, si en vaso cristalino  
 El vino resplandece  
 A menosprecio del rubí, y despierta  
 Tu paladar su dulce peregrino.  
 Entra suave; y; cómo, cómo empece  
 La ponzoña encubierta  
 De su tan breve duracion, y muerta  
 La alma huye! Así vibora engañosa  
 Ofende envuelta en rosa.  
 Ni te desvele el vano crecimiento  
 Del serse y del eridado  
 (Un par de siempre males compañeros);  
 Mas al sér de las cosas breve atento  
 Aprende á ser, no sabio demasiado,  
 Y mezcla á los severos  
 Consejos, necios ratos placenteros.

¡Oh, cómo es gran saber ser en debido  
 Lugar desentendido!

## SONETO LIV.

A Dios nuestro Señor.

¿Cómo esperaré yo que de mi pena  
 Tantas las quejas toquen en tu oído,  
 Si con la lengua libertad te pido,  
 Y el corazón se goza en la cadena?  
 Tú, Señor uno, ves cuánto esté ajena  
 La voz, que te importuna, del sentido;  
 Y así, en bandos injustos dividido,  
 ¿Ver placada tu faz podré y serena?  
 Tal es; haber piedad de un quebrantado  
 Corazon aun es obra que en un crudo  
 Pecaó mortal halló tal vez entrada;  
 Mas tirar del infierno á un obstinado  
 Mal grado suyo, en ti, uno, caber pudo,  
 Arbitro de la muerte y de la vida.



# FRAGMENTOS POETICOS

DE

## PABLO DE CÉSPEDES.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

(En un *Discurso leído en la real academia de San Fernando* en 14 de julio de 1781.)

DEDICADO continuamente CÉSPEDES á las artes y á las letras, hizo en uno y otro los mas brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaría para darle un lugar muy distinguido entre los menos literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué menos feliz que su pluma, pues escribía y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caracteres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino lo reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

---

#### DE DON JUAN AGUSTIN CEAN BERMUDEZ.

(En el tomo primero del *Diccionario de los ilustres profesores de las Bellas Artes*; Madrid, 1800.)

Su poema de la pintura, cuyos trozos conservamos por el celo de Francisco Pacheco, es superior al que escribió en latin Du-Fresnoy, y á los de Le-Mierre y Watelet en francés, por su metro plan y division, por la elevacion y claridad de ideas, por la pureza del idioma y por la armoniosa versificacion de sus octavas rimas.

---

#### DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofia moral y elocuencia*.)

Dos clases hay de poemas filosóficos: los primeros, que con mas propiedad se llaman didascálicos, y son aquellos en que se dan preceptos de un arte ó ciencia, como las geórgicas de Virgilio, el de la naturaleza de Lucrecio y el de la agricultura de Arato. De esta especie es el de PABLO DE CÉSPEDES sobre la pintura, del cual, por desgracia, solamente pocos fragmentos nos han quedado... Lo poco que de él... poseemos será materia de eterno desconsuelo por lo que de él hemos perdido. El episodio, en que con el motivo de la tinta introduce el elogio de los escritores que han ilustrado el linaje humano, de los grandes poetas, y especialmente de Virgilio, nada tiene que envidiar al mas perfecto de cuantos en las geórgicas de este leemos.

---

## FRAGMENTOS

DE

# EL ARTE DE LA PINTURA (1).

### LIBRO PRIMERO.

MUEVE al alma un deseo que la inclina  
A seguir desigual atrevimiento;  
Arde, que nos parece ser divi a  
Inspiracion de pretendido intento;  
Si el desierto vigor donde se afina,  
En mi avivase el fugitivo aliento,  
Diria el arteficio soberano  
Sin par do llegar pudo estudio humano.

¿Cuál principio conviene á la noble arte?  
¿El dibujo, que él solo representa (2)  
Con vivas líneas que redobra y parte,  
Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?  
El concierto de músculos y parte  
Que a la invencion las fuerzas acrecienta?  
El bello colorido y los mejores  
Modos con que florece, ó los colores? (3).

Comenzaré de aqui: «Pintor del mundo,  
Que del confuso caos tenebroso  
Sacaste en el primero y el segundo  
Hasta el último dia del reposo  
A luz la faz alegre del profundo,  
Y el celestial asiento luminoso  
Con tanto resplandor y hermosa  
De varia y perfectísima pintura,

» Con que tan léjos del concierto humano  
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,  
Y el traslucido esmalte soberano  
Con inflamadas luces y distintas  
Muestras tu diestra y poderosa mano  
Cuando con tanta maravilla pinta  
Los grandes signos del etéreo claustro  
De la parte del Elice y del Austro;

» Al ufano pavon alas faldas  
De oro bordaste y de matiz divino,  
No vive el rosicler, do la esmeralda  
Recluce y el zafiro alegre y fino;  
Al fiero pardo la listada espalda,  
La piel al tigre en modo peregrino,  
Y la tierra amenísima que esmalta  
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

» Todo fiero animal por tí vestido  
Va diverso en color del vario glo;  
Todo volante género atrevido,  
Que al aire y niebla hiende en presto vuelo;

(1) Sigo el texto de Pacheco en *Arte de la pintura*, y tambien el orden con que puso estos fragmentos.

(2) Toda esta estancia se halla en el texto de don Ramon Fernandez sin interrogancia. El segundo verso dice en este:

Pel dibujo, que él solo representa.

(3) Modos con que florece, y los colores.

Los que cortan el mar, y el que tendido  
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.  
De tí, mi inculco ingenio, enfermo y poco,  
Fuerzas alcance, yo a tí solo invocó.»

#### DE LA FORMACION DEL HOMBRE.

Un mundo en leve forma reducido,  
Propio retrato de la mente eterna,  
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido  
Morador de su regia sempiterna,  
Y el aura simple de inmortal sentido  
Inspiró dentro en la mansion interna,  
Que la exterior parte avive, y mueva (4)  
Los miembros frios de la imágen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,  
En extremo bien hecha y ajustada,  
De un color hermosísimo, confuso,  
Que entre blanco se muestre colorada;  
Como si alguno entre azucenas puso  
La rosa en bella confusion mezclada,  
O del indio marfil traslucida y pinta  
La limpia tez con la sidonia tinta.

#### LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS PARA LA PINTURA (5).

Será entre todos el pincel primero  
En su cañon atado y recogido,  
Del blanco pelo del silvestre vero  
(El bégido es mejor y en mas tenido);  
Sedas el jabali cerdoso y fiero  
Parejas ha de dar al mas crecido;  
Será grande ó mayor, segun que fuere  
Formado á la ocasion que se ofreciere (6).

Un junco que tendrá ligero y firme  
Entre los dedos la siniestra mano (7),  
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,  
Y el tenido pincel vacile en vano;  
De aquellas que cargó de tierra firme  
Entre oro y perlas navegante mano,  
De ébano ó de marfil, asta que se entre  
Por el cañon y con el pelo enciente (8).

Demás un tablancillo relumbrante  
Del arbol bello de la tierra pera,

(4) Que la parte exterior avive, y mueva.—*Texto de Fernandez*.  
(5) Pacheco dice que estas estancias son del libro primero. Segun se ve en el *Arte de la pintura* de este autor, preceden las siete primeras á la que empieza:

Una ampolla de vidrio cristalina.

Se restituyen pues á su lugar, no obstante que don Ramon Fernandez y otros las colocan al fin de los Fragmentos.

(6) Segun Pacheco, alusion á las brochas.

(7) Segun el mismo, el tiento.

(8) Segun el mismo, astas de los pinceles

O de aquel otro que del triste amante  
 Imitare el color en su madera,  
 Abierto por la parte de delante,  
 Do salga el grueso dedo por defuera;  
 En él ascenarás por sus tenores  
 La variedad y mezcla de colores (9).

Un pórvido cuadrado, llano y liso,  
 Tal que en su tez te mires limpia y clara (10),  
 Donde podrás con no pequeño aviso  
 Trillarlos con sutil mixtura y rara;  
 De tres piernas la máquina de aliso,  
 De una á otra poco mas que vara (11),  
 Las clavijas pondrás en sus encajes,  
 Donde á tu mano el cuadro alcés ó bajas.

De macizo nogal y sazonado  
 Derecha regla, que el perfil recuadra,  
 Tendrás tambien, de acero bien labrado,  
 No faltará ocasion, la justa escuadra;  
 El compás del redondo fiel trabado,  
 A quien el propio nombre al justo cuadra,  
 Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta  
 El salto donde el paso mas se aumenta.

Demás de esto, un cuchillo acomodado (12),  
 De sus perdidos filos ya desnudo (13),  
 Que incorpore el color, y otro delgado  
 Que corte sin sentir, fino y agudo (14);  
 Los despojos del pájaro sagrado,  
 Cuya voz oportuna tanto pudo  
 De la Tarpea roca en la defensa,  
 Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro  
 Creció del mar en el extremo seno,  
 La que guarde el carmin y guarde el oro,  
 El verde, el blanco y el azul sereno;  
 Un ancho vaso de metal sonoro,  
 De frescas ondas transparentes lleno,  
 Do molidos á olio en blando frio,  
 Del calor los defienda y del estío (15).

Una ampolla de vidrio cristalina,  
 Que el perfecto barniz guarde, distinta  
 De otra do se conserva y do se alina  
 Olio con que mas cómodo se pinta (16);  
 Con estas otra que á la par destina (17)  
 A la letra, y dibujo obscura tinta,  
 De caparrosa hecha, agalla y goma,  
 Con el licor que da la fértil Soma.

#### DE LA DURACION DE LA TINTA.

Tiene la eternidad ilustre asiento  
 En este humor por siglos infinitos,  
 No en el oro ó el bronce, ni ornamento  
 Pario ni en los colores exquisitos;  
 La vaga fama con robusto aliento  
 En él espárece los cancecos gritos (18)  
 Con que celebra las famosas lides  
 Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,  
 Y el hado en su favor constante y cierto)  
 Con la soberbia sepultura y bella (19)

(9) Segun Pacheco, tablon de peral ó de boj.

(10) Segun el mismo, losa.

(11) Segun el mismo, el caballete.

(12) Segun el mismo, cuchillo de templar colores.

(13) En la coleccion de Fernandez, en la de Quintana y otros se lee así el verso:

De sus pórvidos filos ya desnudo.

Sigo el texto de Pacheco.

(14) Segun Pacheco, el cuchillo de cortar plumas.

(15) Segun el mismo, colores en sus conchas dentro y fuera del agua.

(16) Así Pacheco; Fernandez y Marchena leen:

Olio con que mas cómoda se pinta.

(17) Así Pacheco; Fernandez, Marchena y otros dicen:

Con estas otras que á la par destina.

(18) Fernandez, Marchena y otros escriben:

En él espárece los sonoros gritos.

(19) Con la soberbia sepultura bella.—*Textos de Fernandez y otros.*

De las cenizas del esposo muerto  
 La maguánima Reina, si en aquella  
 Noche oscura de olvido y desconcierto  
 La tinta la dejara y los colores  
 De versos y cruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados  
 En los latinos montes hasta el cielo,  
 Anfiteatros y arcos levantados  
 De poderosa mano y nobre celo,  
 Por tierra desparcidos y asolados,  
 Son polvo va que cubre el yermo suelo;  
 De su grandeza apenas la memoria  
 Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un día  
 Deshizo el reino tan temido y fuerte;  
 Crece la inculta yerba do crecía  
 La gran ciudad, gobierno y alta suerte;  
 Viene espantosa con igual porfia  
 A los hombres y mármoles la muerte;  
 Llega el fin postrimero, y el olvicio  
 Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, surbura vana  
 Somos, que aun no bien vista desaparece;  
 Breve suma de números que allana  
 La Parca cuando multiplica y crece;  
 Tirana suerte en condicion humana,  
 Que con nuestros despojos enriquece.  
 Deuda cierta nacemos y tributo  
 Del gran tesoro del hambriento Pluto (20).

Todo se anega en el Estigio lago:  
 Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos;  
 El ancho imperio de la gran Cartago  
 Tuvo su fin con los soberbios techos;  
 Sus fuertes muros de espantoso estrago  
 Sepultados encierra en si y deshechos,  
 El espacioso puerto, donde suena  
 Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso  
 El hierro agudo á la ciudad de Marte;  
 Ella lo sabe y Trasimeno ondoso,  
 Que en su sangre hervió de parte á parte,  
 Caverna ahora del leon velloso,  
 Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,  
 A do no humano acento, mas bramidos  
 De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis tambien menos amigos  
 Los tristes hados con discurso extraño,  
 No tanto por los golpes enemigos,  
 Mas por vuestro valor, último daño (21),  
 ¡Oh Numancia! oh Sagunto! que testigos  
 Ahora sois de humano desengaño;  
 Caisteis, mas quitó vuestra venganza  
 Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué? Si la edad hambrienta lleva (22)  
 Las peñas enricadas y subidas,  
 El fiero diente y su crueza ceba  
 De piedras arrancadas y esparcidas;  
 Las altas torres con extraña prueba  
 Al tiempo rinden las eternas vidas;  
 Hiéndese y abre el duro lado en tanto  
 El mármol liso, el simulacro sauto.

Del gran Señor la omnipotente mano,  
 Que las ruedas formó del ancho mundo  
 Y cuanto adorna el pavimento humano,  
 Y el mar y cuanto asconde en el profundo,  
 ¿No vemos que refrena ó va á la mano  
 De la natura el gran poder sonando?  
 Pues todo cuanto á luz sacar le place  
 Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,  
 Que ya ceniza y polvo las contemplo?

(20) Fernandez omitió esta octava.

(21) Mas por vuestro valor ó último daño.—*Texto de Fernandez.*  
 Mas por vuestro valor el postrer daño.—*Texto de Marchena.*

(22) Así Pacheco; Fernandez lee:

¿Que si el tiempo y la edad hambrienta lleva.

Marchena pone:

Que así el tiempo y la edad hambrienta lleva.

¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde  
Atrios y gradas del asirio templo,  
Al cual de otro gran rey nunca responde,  
De alta memoria peregrino ejemplo?  
Solo el decoro que el ingenio adquiere  
Se libra de morir ó se diliere.

No creo que otro fuese el sacro río  
Que al vencedor Aquiles y ligero  
Le hizo el cuerpo con fatal rocío  
Impenetrable al homicida acero,  
Que aquella trompa y sonoro brio  
Del claro verso del eterno Homero,  
Que viviendo en la boca de la gente,  
Ataja de los siglos la corriente;

Como se opuso con igual aliento  
El verso grande de Maron divino,  
Cuando con paso andaz de ilustre intento  
Del áurea eternidad halló el camino;  
Puso en el trono del púrpúreo asiento  
La noble tinta del poeta Anfino  
Al magnánimo Eneas, no el inico  
Pasaje y la creciente de Numico.

#### PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO.

Primero romperás lo menos duro  
Deste arte, poco á poco conquistando;  
Procura un órden, por el cual seguro  
Por sus términos vayas caminando;  
Comienza de un perfil sencillo y puro  
Por los ojos y partes figurando  
La faz; ni me desplugo deste modo  
Un tiempo lineal el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el continuo  
Trabajo hace práctico y despierto,  
Y despues que tendrás seguro el tino  
Con el estilo firme y pulso cierto,  
No cures atajar luengo camino  
Ni por allí te engañe cerca el puerto;  
Vedan que el deseado fin consigas  
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza  
Cuantos produce al esplendor del cielo,  
No primero los arma de firmeza  
Ni con osado pié buellan el suelo;  
Que el sabor de la leche la ternieza  
Funde y condense del púrpúreo velo (25);  
Y como va creciendo el alimento,  
Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida allega al punto  
Adulta edad de mas perfecto estado,  
El sustento dispone, y dalo junto  
Al cuerpo y al vigor acomodado;  
No quieras adornar mas tu trasunto  
De lo que conviniere al primer grado;  
Que cuanto mas en él te detuvieres,  
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte  
Descubre en tu favor felice agujero,  
No puede, segun esto, sucederte  
Menos el resto que el sudor primero;  
Por ende con ahinco antepouerte  
Pretende entre los otros delantero,  
Llevando siempre, y vencerás, por guía  
La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia y la suerte graciosa  
Con que el diseño sube al sumo grado  
No pienses descubriría en otra cosa,  
Aunque industria acrecientes y cuidado,  
Que en aquella excelente obra espantosa,  
Mayor de cuantas se han jamás pintado,  
Que hizo el Bonarrotto de su mano  
Divina en el etrusco Vaticano (24).

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo  
Alzándose, extendió las alas tanto,

Que puesto eneima el estrellado cielo,  
Una parte alcanzó del fuego santo,  
Con que tomando enriquecido al suelo,  
Con nueva maravilla y nuevo espanto  
Dió vida con eternos resplandores  
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra oscura  
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene  
Cuando con llama relumbrante y pura  
Esta luz clara se aparece y viene;  
Vistióse de no vista hermosa  
El siglo inculto y rudo, á quien conviene  
Con titulo vencer debido y justo  
La fortunada edad del gran Augusto (23).

¡Oh, mas que mortal hombre, ángel divino!  
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,  
Es tu sér; que del cereo impireo vino  
Al estilo y pincel vida y concierto;  
Tú mostraste á los hombres el camino  
Por mil edades escondido, incierto,  
De la reina virtud; á ti se debe  
Honra que en cierto dia el sol renueve.

## LIBRO II.

#### DE LA PROPORCION DE LOS HOMBRES.

Y aunque en la proporcion generalmente  
De los antiguos muchos difirieron,  
Una intento seguir, la mas corriente  
Que en las mayores obras eligieron;  
Yo la ví y observé en aquella fuente  
De perenne saber, de do salieron  
Nobles memorias de valiente mano,  
Que ornán la alta Tarpeya y Vaticano.

Del alto de la frente, do el cabello  
Se comienza á espesar oscurecido,  
Hasta donde adornado de su vello  
El perfil de la barba es mas crecido  
Y do mas bajo se avvicina al cuello,  
En tres partes iguales dividido,  
La medida será con que midieres  
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

#### DE LA PROPORCION DE LOS ANIMALES.

El estudio no menos y el cuidado  
Que pusiste en humanas proporciones,  
A cualquier animal representado  
Aplicaras por partes y razones;  
Al corzo ligerísimo, al venado,  
Pero en particular á los leones  
Con fuerte garra y con lanudas crines,  
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebel, el crudo alano  
Pintado, ser de grande ornato hallo;  
El jabali espantoso, el tigre lircano,  
Y otros en grande numero que callo;  
Mas sobre todo ten siempre á la mano  
El bizarro dibujo del caballo,  
Con que tanto enriquece la pintura  
El aliento, caudal y hermosura (26).

#### PINTURA DE UN CABALLO.

Muchos hav que la fama ilustre y nombre  
Por estudio mas alto ennobleciera  
Con obras famosísimas, do el hombre  
Explica el artificio y la manera;  
Solo el caballo les dará renombre  
Y gloria en la presente y venidera  
Edad, pasando del dibujo esquivo  
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

(25) Funde y condensa en el corpóreo velo. — *Texto de Fernandez.*

(24) Segun Pacheco, en el *Arte de la pintura*, alude aquí CÉSPEDES al fresco del Juicio final hecho por Miguel Angel.

(23) Segun Pacheco, alude CÉSPEDES al tiempo del emperador Carlos V. Fernandez lee este último verso:

La fortunada edad del grande Augusto.

(26) El aliento, el caudal y la hermosura. — *Texto de Fernandez.*

Que parezca en el aire y movimiento  
La generosa raza do ha venido;  
Salga con altivez y atrevimiento  
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;  
Estríbe firme el brazo en duro asiento  
Con el pié resonante y atrevido,  
Animoso, insolente, libre, ufano,  
Sin tener el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,  
Con la cabeza descarnada y viva;  
Llenas las cuencas, ancho y dilatado  
El bello espacio de la frente alta;  
Breve el vientre rollizo, no pesado  
Ni caído de lados, y que aviva  
Los ojos eminentes; las orejas  
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho  
Con los músculos fuertes y carnosos;  
Hondo el canal dividirá derecho  
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;  
Llena el anca y errecida, largo el trecho  
De la cola, y cabellos desdenosos,  
Ancho el hueso del brazo y descarnado,  
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdén ser postrero  
Si acaso caminando ignota puente  
Se le opone al encuentro, y delantero  
Precede á todo el escuadrón siguiente (27);  
Seguro, osado, denodado y fiero  
No dude de arrojarle á la corriente  
Raudal, que con las ondas retorcidas  
Resuena en las riberas combatidas.

Si de léjos al arma dió el aliento  
Ronco la trompa militar de Marte,  
De repente estremece un movimiento  
Los miembros, sin parar en una parte;  
Crece el resuello, y recogido el viento,  
Por la abierta nariz arliendo parte;  
Arroja por el cuello levantado  
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas  
De la fiera cerviz con fiero asalto,  
Cuando con los relinchos encendidas  
El aire y blanca nieve á Pelio alto,  
Las matas mas cerradas esparcidas  
Al vago viento igual de salto en salto,  
En el encuentro de su ninfa bella,  
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Gilro iba en suma,  
Y los de Marte atroz iban y tales;  
Fuego espiraba la albicante espuma  
De los sangrientos frenos y bozales;  
Tal con el tremolar de líbia pluma (28)  
Volaban por los campos desiguales  
Con ánimos y pechos varoniles  
Los del carro feroz del grande Aquiles (29),

A los cuales excede en hermosura  
El cisne volador del señor mío (30);  
Que la victoria cierta se asegura  
De otro cualquiera en gentileza y brio;  
Va delante á la nieve helada y pura  
En color, y en correr al Euro frío,  
Y á cuantos en su verso culto admira  
La ronca voz de la pelagosa lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto  
Digno engrandece de corona y cetro,  
Cuyo esplendor se extiende y crece harto  
Mas vivo y puro que el diurno eletro;  
Rendido el persa, el agareno y parto  
A su valor con sonoros plietro;  
Si, el suelo tiene aun quien venza y quiebre  
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Cuales en torno el carro levantado  
De uncidos ferocísimos leones  
Van alabrigo del materno lado  
De estrellas los ardientes esenadrones;  
No menor gozo tienta el pecho amado  
Ver tu salir de ti tales varones,  
Cuya virtud enal el celeste fuego  
Reluce, y mas el gran marqués de Priego (31).

Este, por quien de gloria coronada  
Viste de eterno honor mil ornamentos,  
Córdoba, de laureles adornada  
Y de palmas sus altos fundamentos;  
Luz de su ilusire patria, levantada  
Encima á cualesquier merecimientos;  
Y es bien razon que en serlo della sea  
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.

Y si tú, grave citara, pretendes  
Seguir este subido heroico intento,  
Y el valor celebrar donde te enciendes  
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,  
No consenten tus fuerzas lo que emprendes,  
Que pocas son, y el ya cansado aliento;  
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera  
Que ya tomaste á proseguir primera.

## DE LA PERSPECTIVA.

Si enseñarte pudiese los conceptos  
Escritos, y la voz presente y viva  
Los primeros abriera, y los secretos  
Que encierra en sí la docta perspectiva;  
Como extendidos por el aire y rectos  
Los rayos salen de la vista esquiua;  
Como al término llegan de su intento,  
Do paran como en basa y fundamento;

Osaré confesar que alguna parte  
El continuo trabajo alcanzar puede,  
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,  
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,  
De mirar dónde acaba y dónde parte  
El corte de las líneas, y dó quede  
Señalado el escorzo con certeza  
En breve forma y con mayor belleza.

## DEL ESCORZO.

Acórtase por esto, y se retira  
El perfil que á los miembros ciñe y parte,  
Y asimismo escondiéndose á la mira,  
Y desmiente á la vista una gran parte,  
Donde una gracia se descubre y mira  
Tan alta, que parece que allí el arte,  
O no alcanza de corta, ó se adelanta  
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman *escorzo*, introducido  
Que en la habla comun se entienda y nombre,  
De tierras extranjeras conducido,  
Trajo con la arte misma el mismo nombre;  
Ora pues ni el trabajo conocido  
Tal vez te haga acobardar ni asombre,  
Ni la dificultad severa pueda  
Romperle el paso á la sublime rueda.

## LA PINTURA DE ALEJANDRO POR APÉLES.

¿Qué diré de la tabla que desvia  
El fulminante brazo y los colores?  
Vivo parece, y viva fuerza envía  
El golpe entre fingidos resplandores,  
Al cual se rindió el Asia, y la porfia  
De los partos huyendo vencedores,  
Y la pintura tan subida y nueva,  
Que con relinchos su caballo aprueba.

27) Preceda á todo el escuadrón siguiente. — *Texto de Fernandez.*

28) Tal con el tremolar de Lidia pluma. — *Texto de Marchena.*

29) Asi Pacheco; Fernandez y Marchena dicen:

Las del carro feroz del grande Aquiles.

30) Segun Ceán Bermúdez, aquí aludió CÉSARES al marqués do Iago, de quien se habla en la nota siguiente.

(31) Segun Ceán Bermúdez, fue don Pedro Fernandez de Córdoba y Aguilar, tercer marqués de Priego, cuya casa se señaló por la mejor casta de caballos.

## DE LA CUADRICULA.

Bien hay donde extender la blanca vela  
 Por ancho campo, donde el fin no es cierto (32),  
 Y traer mil preceptos que la escuela  
 Tuvo de los antiguos y el concierto;  
 Mas mientras la intencion mas se desvela,  
 Mas cerca pide el deseado puerto;  
 Con todo, descubrir el lir se debe  
 Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz, sabrás que hay una  
 Industria con que muchos han obrado,  
 Y acudiendo el favor de la fortuna (33),  
 Y el suceso al estudio y al cuidado,  
 Sus pinturas ilustres una á una  
 Las colocaron en tan alto grado,  
 Tan firmes, que la fuerza no ha podido  
 Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido (34).

Harás de cuatro listas bien labradas,  
 Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,  
 Y otros iguales trechos señaladas  
 A la redonda sean del recuadro;  
 De señal á señal atravesadas (35)  
 Vayan las hebras á encontrarse en cuadro,  
 Cual el vario ajedrez suele mostrarse,  
 Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás como quisieres la figura  
 En tabla ó en papel representarla,  
 En la cual se descubra en la escultura  
 Un movimiento vivo en que mirarla;  
 De suerte la acomoda en la postura,  
 Que habrás despues con tintas de pintarla,  
 Si aspira el noble pecho á la alta gloria  
 Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto  
 De esta figura y de tu opuesta vista,  
 La membrana ó papel tendrás dispuesto,  
 Do tu dibujo con razon consista;  
 Un trazo suba por derecho enhiesto,  
 Y corra por través la ciega lista  
 Con otros tantos cuadros y señales,  
 Todas al justo ó todas desiguales.

Y luego mirarás por dónde pasa  
 Cierto el contorno de la bella idea,  
 De rincon en rincon, de casa en casa  
 De aquella red que contrapuesta sea;  
 A tus cuadrados los perfiles casa  
 Con oscura ematite, do se vea (36)  
 El escorzo tan justo, con efecto  
 Igual en todo al imitado objeto.

## DE LA IMITACION DE LA NATURALEZA.

Y pues ya sale y resplandece y dora  
 Con belleza de luz del nuevo dia  
 El cielo oscuro la florida aurora,  
 Y alza la faz rosada al aura fria,  
 A vos llamo y á vos convoco ahora,  
 Ilustre y animosa compañía,  
 Que conmigo entendido aquella parte  
 Habeis de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar, si al vivo  
 Desluzce el matiz y apenas llega,  
 Si con humilde ingenio lo que escribo  
 Mal el verso declara ó mal despliega?

(32) Por ancho campo, donde el fin es cierto. — *Texto de Ferrandez.*

(33) Y acudiendo el favor en la fortuna. — *Texto del mismo.*

(34) Del tiempo oscurecerlos, ni el olvido. — *Texto del mismo.*

(35) El texto de Pacheco dice:

De señal la señal atravesadas.

(36) Segun Pacheco, alude al lápiz negro.

Del natural pretende alto motivo  
 Seguir que á solo estudio no se entrega;  
 Del natural recoge los despojos  
 De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y si supieres  
 Buscarlo, hallarás cuanto buscares;  
 No te canses mirarlo, y lo que vieres  
 Conserva en los diseños que sacares;  
 En la honrosa ocasion y menesteres  
 Te alegrará el provecho que hallares;  
 Y con vivos colores resucita  
 El vivo que el pincel é ingenio imita.

No me atrevo á decir ni me prometo  
 Todas las bellas partes requeridas  
 Hallarse de continuo en un sugeto,  
 Todas veces sin falta recogidas;  
 Aunque las cria sin ningún defecto,  
 A todas en belleza preferidas,  
 Naturaleza, tú entresaca el modo,  
 Y de partes perfectas haz un todo.

## DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA.

En el silencio oscuro su belleza,  
 Desnuda de alectadas fantasias,  
 Le descubre al pintor naturaleza  
 Por tantos modos y por tantas vias,  
 Para que el arte atienda á su lindeza  
 Con nuevo ardor cuando en las cumbres frias  
 La luna embiste blanca y en cabello  
 Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas  
 De arboresdos silvestres y sombríos,  
 Los sacros bosques, selvas extendidas  
 Entre corrientes de cerúleos rios;  
 Vivos lagos y perlas esparcidas  
 Entre esmeraldas y jacintos frios  
 Contemple, y la memoria entretenida  
 De varias cosas queda enriquecida.

## PREDICCIÓN DE SÍ MISMO.

Si dispusiese el soberano cielo,  
 Cuyo imperio corrige y ley gobierna  
 Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,  
 Y el estado mortal siguiendo alterna,  
 Que despues que dé vuelta el leve vuelo  
 Del tiempo, que consume y desgobierna  
 Cuanto produce y cria el universo,  
 Viviese la memoria de mi verso,

Será quizá que entre otros desvarios  
 En que dan los que aquesta humana senda  
 Huellan, mirase en los preceptos míos  
 Uno que alzarse á la virtud pretenda,  
 Y añadiendo al cuidado nuevos bríos,  
 Levantar á su antiguo honor empresa  
 Esta arte ya perdida y desechada,  
 Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estubo,  
 Y pasaron mil años, escondida,  
 En tanto que la niebla oscura tuvo  
 De la ignorancia la verdad sin vida,  
 Hasta que aventajadamente hubo  
 Quien la ensalzó do ahora está subida;  
 Mas, como todas cosas, nunca puede  
 Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié ni permanece  
 Cosa jamás criada en un estado;  
 Este hermoso sol que resplandece  
 Y el coro de los astros levantado,  
 El vago aire y sonante, y cuanto crece  
 En la tierra y el mar de grado en grado  
 Mueven, como ellos cambian vez y asientos,  
 Y revuelven los grandes elementos,



## FRAGMENTO

# EN ELOGIO DE FERNANDO DE HERRERA <sup>(37)</sup>.

A FRANCISCO PACHECO.

Bien puedo confiar de la bonanza  
Que tantas veces prometió el engaño,  
Y trocar en dolor tierna esperanza,  
Que el corazón alimentó en mi daño;  
Mas ya no mas, no burle confianza  
Con mentirosa faz al desengaño,  
Y cambie el aura presurosa y viva  
La fortuna, el amor mi mente esquiva.

Volví mis ojos con descuido un día,  
Con descuido volví los ojos míos  
A dos soles bellísimos, y vía  
Con un casto desden mostrarse pios.  
¡Oh qué breve contento! Oh qué alegría  
Cadauca! Oh bienes de mi bien vacíos!  
Niebla oscura y cruel cubrió el tesoro  
Que vi por las patentes puertas de oro.

¿Qué hago pues? ¿Adónde iré, que pueda  
O remediar ó desterrar mis males?  
Allá quizá do el gran planeta veda  
Aliento á los ardientes arenales,  
Y con perpetua sed la Libia queda  
Yerma de gentes, bosques y animales,  
O con pié vago por contrarios axes  
De Scítia fiera o del gortinío Oaxes.

Dichoso tú, pues tan dichoso hubiste  
El raro don del cielo soberano,  
Donde el cielo, ¡oh Pacheco! en que consiste  
La flor suprema del ingenio humano,  
Que con vivos colores mereciste  
Llegar do llega artificiosa mano,  
Y con el verso numeroso en suma  
A emparejar con el pincel la pluma.

Tú, que del torpe olvido soñoliento  
Levantaste la imágen verdadera  
Contra la ley del tiempo y movimiento  
Al divino Fernando de Herrera;  
A tí pues toca con sublime acento  
Celebrar sus despojos de manera,  
Que no envidie de Mausolo la gloria  
Ni de la antigua Méfis la memoria.

Tú, Pacheco, en la sombra opaca y fría  
Enseñas sosegado al monte, al llano,

El nombre á resonar, que en tí confía  
Vivir, y al tiempo no resiste en vano;  
Dichoso si los dos en compañía  
El sagrado argumento mano á mano  
Proseguirán contigo; ver espero  
El ecchionio Pindaro y Homero.

Dos que exceden al rayo almo y sereno  
Que á la bermeja aurora va delante,  
Dos esparcidas luces del terreno  
Que el hermano ilustró del mauro Atlante:  
Don Juan de Arguijo, en el aonio seno  
Criado en Pindo ú Olmo resonante,  
Y Juan Antonio del Alcázar, guía  
De valor, de nobleza y cortesía.

Carta ninguna habrá que aceta sea  
De laureado Febo y rubio, cuanto  
Aquella en cuya frente escrito lea  
El nombre de Herrera ilustre bando.  
Herrera el bosque resonar se vea,  
Y forme al viento volador su canto,  
El verde mirto y el laurel florido,  
*Y el álamo de Alcides escogido.*

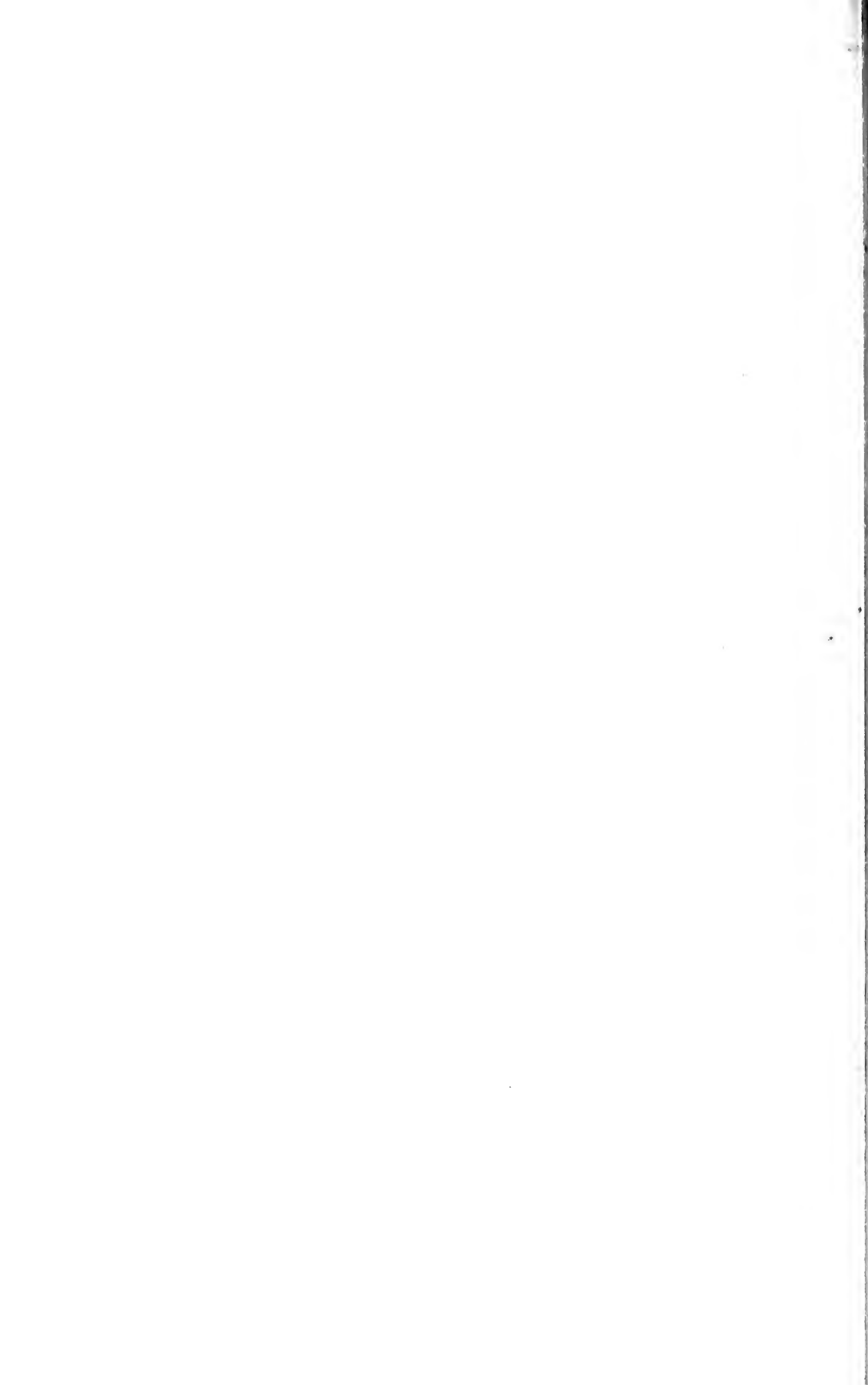
Desplegaba ya el aura el áureo velo  
Do resplandece su inmortal tesoro,  
Y el aire alegre en el color de hielo  
Muestra un misto matiz de fuego y oro.  
Ni recoge del todo el dubio cielo  
Las bellas luces del ardiente coro,  
Ni el cándido ligustro y amaranto  
Rehuye en parte el colorido manto.

En aquella sazón con paso lento  
La reina del amor y hermosura,  
Dejando el mar cerúleo y el asiento  
De Nereo y la onda mal segura,  
Sulcaba el campo del sereno viento  
Entre una niebla transparente y pura,  
Arriba acaso, do con voz, Fernando,  
Triste cantaba y con acento blando.

Repite dulcemente sus querellas  
Al vario son de resonante plectro,  
A la par los dos soles y las bellas  
Idalias flores y esplendor de electro;  
Culpa el fiero destino y las estrellas  
Señoras y el soberbio indigno cetno  
Que te sujeta á dura ley y esquivia,  
Que del mal de que muere espire y viva.

Como el concierto oyó la cipria diosa,  
La voz suave y la meonia lira,  
Revuelve el carro de obra artificiosa,  
Donde el oro y valor menos se admira,  
Hace callar la escuadra numerosa  
Que el rico peso por el aire tira;  
Todas se ven emudecer, y en tanto  
Vénus comienza el regalado canto.

(37) Este fragmento fué publicado por vez primera en el *Semario pintoresco* (número 38, año de 1845). Hállase al fin de la vida de Herrera en el manuscrito intitulado *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, por Francisco Pacheco*. Para el texto me he servido de una copia que me ha facilitado mi erudito amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno. Pacheco dice al copiar estos versos: «Aunque muchos aventajados ingenios hicieron versos en su alabanza, me acordé poner aquí parte de un elogio de PABLO DE CÉSPEDES, por ser persona á quien estimó mucho Fernando de Herrera.»



# POESIAS

DE

## FRANCISCO PACHECO.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SONETO PRIMERO.

En loor de Fernando de Herrera (1).

Goza, oh naci6n osada, el don fecundo  
Que te ofrezco en la forma verdadera  
Que imaginé del culto y gran Herrera,  
Y el fruto de su ingenio alto y profundo.  
Ya que amaste al primero, ama el segundo,  
Pues pudo el uno y otro en su manera,  
Aquel honrar del Tajo la ribera,  
Este del Bétis, y los dos el mundo.

El dulce y grande canto el espumoso  
Océano á naciones diferentes  
Lleve, y dilate ufano su pureza,

Porque tu nombre ilustre y generoso  
No invidie ya otras liras mas valiente,  
Ni del latino ó griego la grandeza.

#### II.

A la muerte de Miguel Angel.

(Traduccion del que escribió Laura Batiferra  
de gli Ammannati.)

Razon es ya que el mármol duro, helado,  
Que espíritu de ti recibió ardiente,  
Vierta lágrimas tristes, pura frente  
Vuelto, de vida y honra despojado;

Razon es que el color vil ó preciado  
Que á tanta forma ministró valiente,  
Persuadiendo verdad en lo aparente,  
Sin valor muera en su primer estado;

Razon es ya que el alto ilustre templo  
Que adornaste con sacro y real decoro,  
Oscuro quede del dolor vecino;

Y que liroso de Aganipe el coro  
Viva, pues no de hoy mas, cual raro ejemplo,  
Versos te oirá cantar, Angel divino.

#### III.

A Diego de Silva Velazquez (2).

Vuela, oh jóven valiente, en la ventura  
De tu raro principio; la privauza

Honre la posesion, no la esperanza  
Del lugar que alcanzaste en la pintura.

Animete la augusta alta figura  
Del monarca mayor que el orbe alcanza,  
En cuyo aspecto teme la mudanza  
Aquel que tanta luz mirar procura.

Al calor deste sol tiembla tu vuelo,  
Y verás cuánto extiende tu memoria  
La fama por tu ingenio y tus pinceles;  
Que el planeta benigno á tanto cielo  
Tu nombre ilustrará con nueva gloria,  
Pues es mas que Alejandro, y tú su Apéles.

#### IV.

Andrómeda y Perseo.

La vírgen del color patrio teñida  
En duro lazo aguarda en alta roca,  
Por la voraz armada horrible boca  
El triste fin de su fatal partida.

Por azabache y perlas conocida  
Pluvia y cabello que la cubre y toca  
Fué del jóven vendido, á quien provoca,  
Por no morir, á darle dulce vida.

Y mi parte inmortal por culpa oscura  
Del dragon casi ya en la boca tiera,  
Aun á su libertad niega el deseo;

Y aunque fuerza del cielo la asegura,  
Ni el daño teme ni el remedio espera;  
¡Tanto es ingrata al celestial Perseo!

#### V (3).

A Cristo.

Pudieron numerarse las señales  
Que en vuestra carne delicada y pura  
¡Oh imagen de la eterna hermosura!  
El reparo imprimió de nuestros males;

Aunque fueron en si tantas y tales,  
Que el ingenio, no solo á la pintura,  
Vencen, y tú; oh sagrada vestidural  
A trasladar en tí su gloria vales.

Mas el amor que ceta el rojo velo  
¡Quién lo podrá contar, si aun el efeto  
La arte i oble á formar lo no es bastante?

Fué sin principio, eterno sera; ¡Oh cielo!  
¿Cómo á tan grande amor no me sujeto?  
¿Qué hago; oh piedra! en deuda semejante?

(1) Hállase este soneto al frente de la edición de las obras de Fernando de Herrera hecha por Pacheco.

(2) Léese este soneto en el *Arte de la pintura* con el epigrafe siguiente: «A Diego de Silva Velazquez, pintor de nuestro católico rey Felipe IV, habiendo pintado su retrato á caballo, le ofreció su suegro Francisco Pacheco, estando en Madrid, este soneto.»

(3) Pacheco dice en el *Arte de la pintura*: «Es decir, el Señor que me estrechamente consigo aquella veste incorporea sutil que representa sus escogidos, estando bañado en su propia sangre, para que, teñida en la flor della, quede hecha púrpura real.»

## VI.

A don Fernando Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá (4).

Osé dar nueva vida al nuevo vuelo  
Del que cayendo al pie del cielo dió fama,  
Príncipe excelso, viendo que me llama  
El honor de volar por vuestro cielo.  
Temo á mis alas, ni subir recelo;  
Oh gran Febo! á la luz de vuestra llama;  
Que tal vez en mi espíritu derrama  
Esta imaginacion un mortal hielo.  
Mas promete al temor la confianza  
No del jóven la muerte, antes la vida  
Que se debe á una empresa gloriosa;  
Y esta por acercarse á vos se alcanza;  
Que no es tan temeraria mi subida,  
Puesto que es vuestra luz mas poderosa.

## MADRIGAL.

(Traduccion del Marino.)

A una imágen de la Virgen con Cristo muerto en su regazo,  
obra de Miguel Angel.

No es piedra esta Señora  
Que sostiene piadosa, reclinado  
En sus brazos, al muerto Hijo helado;  
Mas piedra eres ahora  
Tú cuya vista á su piedad no llora,  
Antes eres mas duro;  
Que á muerte tal las piedras con espanto  
Se rompieron, y aun suelen hacer llanto.

A LA IMÁGEN DE LA NOCHE,

obra de Miguel Angel.

(Traduccion de unos versos latinos.)

La noche, que en accion dulce al reposo  
Rendida ves, de un ángel fué esculpida  
En esta piedra, y dale el sueño vida;  
Llámala y hablará, si estás dudoso.

(Traduccion de la respuesta de Miguel Angel.)

Dormir y aun ser de piedra es mejor suerte,  
Mientras la invidia y la vergüenza dura,  
Y no ver ni sentir me es gran ventura;  
Pues calla ó habla bajo, no despierte.

SOBRE LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA.

Fragmento (5).

¡Cuán frágil eres, hermosura humana!  
Tu gloria en esplendor es cuanto dura  
Breve sueño, vil humo, sombra vana.  
Eres humana y frágil, hermosura,  
A la mezclada rosa semejante,  
Que alegre se levanta en la luz pura;

(4) «Así tambien comencé el año de 1605 á pintar de colores los lienzos de fábulas del camarín de don Fernando Enriquez de Ribera, tercero duque de Alcalá, á la sazón que Pablo de Céspedes estaba en Sevilla, el cual quiso ver cómo manejaba el temple, y yo le mostré el primer lienzo que hice para muestra... Esta era la fábula de Dédalo y su hijo Icaro, cuando, derrotidas las alas, cae al mar por no haber creído á su padre. Y me acuerdo que viendo el desnudo del mancocho pintado, dijo Céspedes que aquel era el temple que habian usado los antiguos, y que él se acomodaba al que habia aprendido en Italia, llamado aguzado... Pues este lienzo en el techo vi que conseguia lo que habia deseado, concerté la obra en mil ducados, y ofrecí con el lienzo un soneto al Duque, que por descansar y dar gusto al lector lo pongo aquí.»—FRANCISCO PACHECO, *Arte de la pintura*.

(5) «Hurtaré estos versos de una epístola que envié á don Juan de Jáuregui estando (este) en Roma, y pasan por variedad y por pintura.» PACHECO, *Arte de la pintura*.

Pero vuelta la vista en un instante,  
Cuanto cambia el azul el puro cielo  
Las hojas trueca en pálido semblante.  
Yace sin honra en el humilde suelo;  
¿Quién no ve en esta flor el desengaño,  
Que abre, cae, seca el sol, el viento, el hielo?

Á LA MUERTE DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Habiendo llevado el cielo  
El primer Lope del mundo,  
¿Qué mucho lleve el segundo,  
Si no los merece el suelo?  
Mas déjanos un consuelo  
Con pérdida tan extraña:  
Que cuanto sol y mar baña  
Celebrará la memoria  
De los dos, que fueron gloria  
La mayor que tuvo España.

## EL PINCEL.

Enigma.

De un humilde animal vengo,  
Soy blando de condicion,  
Y sin lengua doy razon  
De todo, aunque no la tengo;  
Y aun parece mas que humano,  
De mi poder la grandeza,  
Porque otra naturaleza  
Hago al que me da la mano.

Lo que estimo sobre todo,  
Que no solo artificiales,  
Pero sobrenaturales  
Cosas hago en alto modo.

Todo cuanto quiero hago,  
Y lo vuelvo á deshacer;  
Sin término es mi poder  
Y sin término mi estrago.

Es mi poder en el suelo  
Tan semejante al Eterno,  
Que puedo echar al infierno  
Y puedo llevar al cielo;

Y aqui para entre los dos,  
Llega mi poder á tanto,  
Que no solo haré un santo,  
Pero haré al mismo Dios.

Á PABLO DE CÉSPEDES.

Fragmento.

Mas; oh cuán desusado del camino  
Que intenté proseguir tomé la vía,  
Honor de España, Céspedes divino!

Vos podéis la ignorancia y noche mia,  
Mas que Apéles y Apolo, ilustremente  
Volver en agradable y claro día;

Que en vano esperará la edad presente  
En la muda poesia igual sugeto,  
Ni en la ornada pintura y elocuente.

A la futura edad prometo  
Que el nombre vuestro vivirá seguro  
Sin la industria de Sostrato, arquitecto.

El faro excelsa torre, el grande muro,  
Mansoleo, pirámides y templo,  
Simulacro, coloso en bronce duro,

Vuelto todo en cenizas lo contemplo;  
Que el tiempo á dura muerte condenadas  
Tiene las obras nuestras para ejemplo.

Mas si en eternas cartas y sagradas  
Por nos se extiende heroica la pintura  
A naciones remotas y apartadas,

Cercando de una luz excelsa y pura  
En el sagrado templo la alta fama,  
En oro esculpirá vuestra figura.

Ahora para la luz de vuestra llama  
Sigo el intento y fué de mi deseo,  
Encendido del celo que me inflama.

## LA DEVOCION INDISCRETA.

## Cuento.

Era en la sazón dichosa  
 Cuando ajena de alegría  
 A su esposo y rey hacia  
 Honras la sagrada esposa;  
 Y andando en su movimiento,  
 Un loco encontró un lanzon,  
 Y al punto le dió atición  
 De guardar un monumento.

Puesto en su ejercicio pio,  
 Vido acercarse á rezar  
 A un honrado del lugar,  
 Pero en fama de judío.

Con la aprehension ó el celo  
 Enarboló la cruel  
 Asta, con que dió con él  
 Mas que aturrido en el suelo;

Y al pueblo, que le cercó  
 Para vengar esta injuria,  
 Daba voces con gran furia:  
 ¿Hemos de guardar ó no?»

Fabio mío, la razón  
 Siga un camino quieto;  
 Que nunca el celo indiscreto  
 Alcanzó reformation.

## EPIGRAMA.

Sacó un conejo pintado  
 Un pintor mal entendido;  
 Como no fué conocido,  
 Estaba desesperado;

Mas halló un nuevo consejo  
 Para consolarse, y fué,  
 Poner de su mano al pié  
 De letra grande *conejo*.

## EPIGRAMA (6).

Pintó un gallo un mal pintor,  
 Y entró un vivo de repente,  
 En todo tan diferente,  
 Cuanto ignorante su autor,  
 Su falta de habilidad  
 Satisizo con matallo;  
 De suerte que murió el gallo  
 Por sustentar la veidat (7).

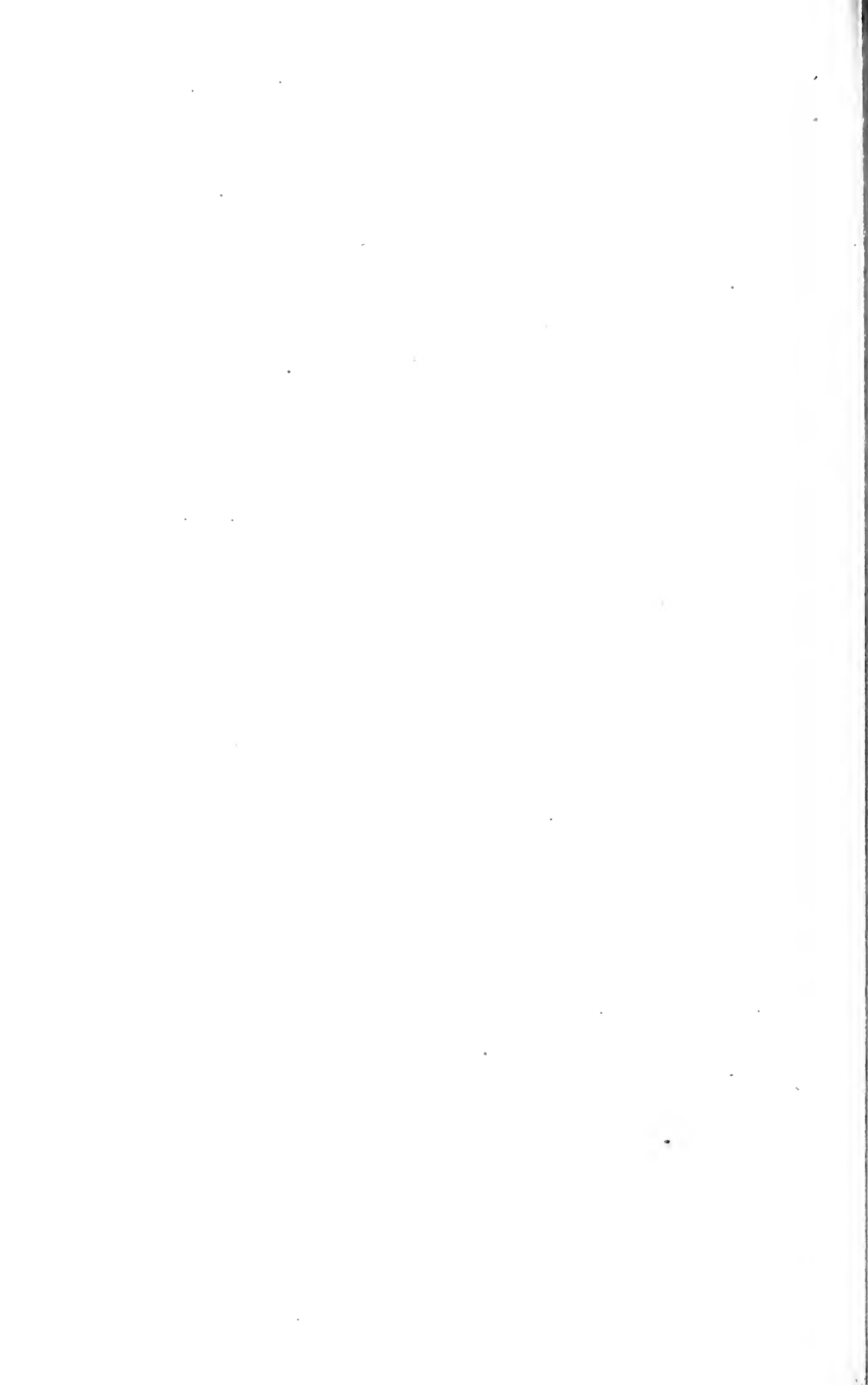
## SONETO VII (8).

En medio del silencio y sombra oscura,  
 Manto de horribles formas espantosas,  
 Veo la bella imágen de tres diosas,  
 Compuesta de oro, grana y nieve pura.  
 Su ornato, resplandor y hermosura  
 Son partes para mí tan poderosas,  
 Que aunque enlazado estoy en varias cosas,  
 Me arrebatá, entretiene y asegura.  
 ¡Oh vos, luces del cielo las mayores!  
 Digo, con vuestra paz, que sois vencidas  
 De dos soles que en gloria juzgo iguales,  
 Y que precíu sus claros resplandores  
 Tanto, que en estas sombras extendidas  
 No envidio vuestros rayos celestiales.

(6) Este epigrama fué primero publicado por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*. Reimprimiolo PACHECO en el *Arte de la pintura*. Corre equivocadamente como obra del conde de Villamediana entre las poesías de este autor. Tradújolo en lengua francesa monsieur de Gramvenville.

(7) Porque dijo la verdad. — *Edición de las obras de Villamediana*.

(8) Publicó este soneto Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres*.



# POESIAS

DE

# FRANCISCO DE RIOJA.

---

## JUICIOS CRITICOS.

---

### DE DON J. J. LOPEZ DE SEDANO.

(En el tomo iv de *El Parnaso español*, Madrid, 1770.)

Las obras de este excelentísimo poeta español, aunque son bastantes, no existen impresas ni conocidas. No les falta requisito de cuantos pide la buena poesía, ni de hermosura de pensamientos, ni de propiedad de imágenes, ni de pureza de estilo, ni de armonía y dulzura de la versificación, que no resalten en ellas, principalmente del fondo de moral sobre que las establece; porque no ignorando nuestro autor, como poeta tan docto, que las poesías de asuntos amorios ó tomados de imágenes simples y materiales, pero desnudas de ejemplo ó moralidad provechosa, no tienen mas utilidad que el mérito del buen lenguaje y la viveza de las pasiones, para darlas mas realce dirigió todas sus obras á ejemplos y alusiones morales de mucha oportunidad y conveniencia.

---

### DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*.)

Mas quien elevó hasta el ápice de la perfeccion la poesía lírica fué su paisano, y acaso su discípulo, Rioja (1). El afecto que la célebre cancion á las ruinas de Itálica anima es la melancolía filosófica que las vastas reliquias de los edificios en que se ufanaba el humano poderio en los mortales infunde. Tremendos documentos de la flaqueza del hombre y la fuerza de la naturaleza, el mocho que sus derribadas columnas carcome, el amarillo jaramago que en los fragmentos mal seguros de sus medio allanadas paredes crece, nos están contino señalando la honda sima que á nosotros, las obras nuestras, nuestros vicios y nuestras virtudes nos ha de sepultar un dia. La aniquilada potencia del pueblo-rey que fundó á Itálica, los soberbios edificios de esta colonia, la gloria de sus hijos, señores los unos del universo, ilustres otros por sus tareas literarias, todo se retrata con viveza á la mente del autor. Las regaladas termas, el vasto anfiteatro, los palacios que habitaron los Césares, hijos de Itálica, las piedras que publicaban sus hazañas, todo

(1) Marchena habla de Fernando de Herrera.

ha sido víctima del tiempo y la muerte. La sacra Troya, la altiva Roma, la docta Atenas se le representan entonces; y tan nobles ruinas aumentan su dolor. Por fin, en el silencio de la noche oye una lamentable voz que grita *cayó Itálica*, eco repite *Itálica*; y al oír tan claro nombre lanzan profundos gemidos las nobles sombras de los altos varones que en su antiguo esplendor la poblaron... La epístola satírica de Rioja combate con fuerza la loca solicitud de los que pasan la vida pretendiendo cargos y humillándose ante los palaciegos; pero mas bien es un elogio de la vida exenta de ambicion y codicia, que la expresion de un enérgico encono contra los ambiciosos. Los únicos contra quien se irrita el virtuoso y filósofo poeta son los frailes hipócritas que, encenagados en los vicios mas torpes, predicán la virtud en las plazas y sitios públicos:

No quiera Dios que imite á los varones  
 Que gritan en las plazas macilentos,  
 De la virtud infames bistriones;  
 Esos inmundos trágicos atentos  
 Al aplauso vulgar, cuyas entrañas  
 Son infectos y oscuros monumentos.  
 ¡Qué plácida resuena en las montañas  
 El aura, respirando blandamente!  
 Qué gárrula y sonante por las cañas!

---



POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA.

SONETOS AMOROSOS.

I.

Súplica al Guadalquivir (2).

Corre con albos piés al espacioso  
Océano, veloz tarteso río,  
Así no ciña el abrasado estío  
Tu dilatado curso glorioso,  
Y di á mi amor que crece tu espumoso  
Seno á las muchas lágrimas que envío,  
O esparza la dudosa luz rocío,  
O muestre Cintia lustre generoso:  
Que viendo en mustio son mi afan ardiente  
De tí con crespas lengua resonado  
En verde prado ó en sedienta arena,  
Será que blandas luces al herviente  
Humor inuestre, ya en vano derramado,  
Mi acerba y dulce y clara luz serena.

II.

A la vid.

Sube, frondosa vid, y en extendido  
Ramo corona la desnuda frente  
De este infelice pobo que al corriente  
Cristal yace, de honor destituido;  
Sube, así no amancille el aterido  
Invierno en duro hielo tu excelente  
Cima, ni Febo, cuando mas ardiente  
Muestra á tu gloria el rayo embravecido;  
Que pues cuando en su lustre florecía  
Te dió el áspero tronco y dilatado  
Seno, donde luciese tu ufanía,  
Es razon, sacra vid, que el despojado  
Leño de verde y fresca lozanía  
Ornes agora en su funesto estado.

III.

A unos álamos blancos (5).

Ya del sañudo Bóreas el nevoso  
Soplo cesó, y el triste invierno helado,  
Dando paso al divino ardor templado,  
Huyó al profundo centro tenebroso;  
Y vuelve el verde honor al espacioso  
Seno vuestro, del hielo despojado,  
Sacros pobos, que ornais el intrincado  
Curso del claro Guadiamar ondoso.  
¡Felices vos, que ufanos al suave  
Rayo de Febo coronais la frente,  
Libres del yerto humor que os oprimia!  
Mas ¡triste yo, que de importuno y grave  
Hielo siento oprimir la frente mía,  
Léjos de ver mi altiva luz ardiente!

IV.

A un río.

Ménova, que con turbia y alta frente  
Vuelas veloz al gran tarteso río,  
Horrible á fuerza del pluvioso y frío  
Austro, la selva oprime tu corriente;  
Y vi yo quando en la sazón ardiente,  
Corriendo apena, de cristal vacío,  
Ella te defendió del cano estío,  
De tu ceñudo humor mustia y doliente.  
No des al aire pues, oh río sagrado,  
Raíces de tan fiel y generosa  
Selva, que te asombró al estivo fuego.  
Templa la saña y el confuso y ciego  
Hervir de tu profunda agua espumosa,  
Asi discurras puro y dilatado.

V.

A unos labios.

Marchite ¡oh! nunca frío y cano hielo  
De tus labios la dulce y blanda rosa,  
Do la gracia de amor siempre reposa,  
Ni otro sitio envidiando ni otro cielo.  
De ellos nunca á herir levanta el vuelo  
Ni bacha eruda ó flecha rigurosa,  
Que una blanda palabra generosa  
Arma y enciende en el purpúreo velo.  
De éstos pues blandos, rojos y suaves  
Labios, do se arma Amor, y que encendieron  
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,  
Nunca ¡oh tiempo! permitas que los graves  
Hielos de edad la purpura ardiente  
Amortigüen, y llama en que me ardieron.

VI.

Al Héspero.

Salve, oh mancebo, flor de la hermosa  
Llama que enciende y cerca el puro cielo;  
Cuanto menos que Cintia generosa,  
Tanto luces mas cándido en el suelo.  
Apacible destierra en la sombrasa  
Noche el horror de su medroso velo;  
Que aun no vibra su bacha luminosa  
Vénus, mirando al gran señor de Delo.  
Luce en su vez ¡oh Héspero dichoso!  
En su silencio, y con tu luz me invia  
A mi dulce esplendor y mi cuidado;  
Y si tal vez sentiste el amoroso  
Fuego que así encendió mi pecho helado,  
Dame no errar por tenebrosa via.

VII.

Al Guadalquivir.

Otro tiempo profundo y dilatado  
Te vi correr, ¡oh sacro hesperio río!  
Y ya te ciñe el abrasado estío,  
Y tu luciente mármol seca arado.

(2) Mas parece el estilo de Herrera que de RIOJA.

(5) Mas parece el estilo de Herrera que de RIOJA. Lo mismo puede decirse de algunos de los sonetos que van en esta colección.

Triste pensaba yo nunca sobrado  
Sentir tal vez el ardimiento mío,  
O helase el Tanaís el invierno frío,  
O regalase el sol su curso helado;  
Pero si tú, gran lustre de occidente,  
Bétis, siendo deidad del inhumano  
Tiempo, la ves y sientes la crueza,  
No desespero de mi ardor insano;  
Vuelta veré en ceniza la grandeza  
Mientras Febo rayare en oriente.

## VIII.

Lánguida flor de Vénus, que escondida  
Yaces y en triste sombra y tenebrosa,  
Verte impiden la faz del sol hermosa  
Hojas y espigas, de que estás ceñida;  
Y ellas el puro lustre y la vistosa  
Púrpura en que apuntar te vi teñida  
Te arrebatan, y a par la dulce vida  
Del verdor que descubre ardiente rosa.  
Igual es, mustia flor, tu mal al mío;  
Que si nieve tu frente descolora  
Por no sentir el vivo rayo ardiente,  
A mí, en profunda oscuridad y frío,  
Hielo también de muerte me colora  
La ausencia de mi luz resplandeciente.

## IX.

A don Juan de Arguijo.

Ya la hoja que verde ornó la frente  
Desta selva, don Juan, en el verano,  
Tiende amarilla por el suelo cano  
Fuerza de helado espíritu inelente;  
Y la ova que en agua vi pendiente  
De un hueco risco con verdor lozano,  
Mustio ya y sin color, despojo vano,  
Bétis esplava con mayor corriente;  
Y yo así bien no desigual mudanza  
Siento en mi mal; que ya mi ardor intenso  
Cambia el hielo en ceniza vana y fría.  
¿Quién esperó igual bien? ¡Oh grata usanza  
Del tiempo, pues fallece á par del día,  
Si un hermoso verdor, un fuego inmenso,

## X.

Imitación de Horacio.

Aunque pisaras Lajla, la sedienta  
Arena que en la Libia Apolo enciende,  
Sintieras ¡ay! que el aquilon me ofende,  
Y del hielo y rigor la lluvia lenta.  
Oye con qué ruido la violenta  
Furia del viento en el jardín se extiende,  
Y que apenas aun la puerta se defiende  
Del soplo que en mi daño se acrecienta.  
Pon la soberbia, oh Lajla, y blandos ojos  
Muestra, pues ves en lágrimas bañado  
El umbral que adorné de blanda rosa;  
Que no siempre tu ceño y tus enojos  
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,  
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

## XI.

Sobre la inconstancia.

Claro y tranquilo el mar me conducía  
A que sulcara su profundo seno,  
Y apenas entré, cuando el color sereno  
Huyó de Bóreas con la saña fría.  
Crespos montes de humor al cielo vía  
Subir, y el mar, de oscura sombra lleno,  
Cambiar varios semblantes, y el terreno  
Asiento entre las olas parecía.  
Entonces ¡ay, oh mezquino! un mortal hielo  
Me cubría, y el hueco leño roto  
Luchaba con las aguas fatigado.  
En tanto afán, con voz ya incierta al cielo  
Moví á piedad; libróme, é hice voto  
De fiar nunca en ponto sosegado.

## XII.

El dolor de la ausencia.

Cuando entre luz y púrpura aparece  
La alba, y despierto ¡ay triste! y miro el día,  
Y no hallo la dulce Lajda mía,  
Alba y púrpura y luz se me oscurece.  
Lloro, y crece mi llanto cuanto crece  
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,  
Y un torpe hielo así me ata y resfria,  
Que aun la voz para alivio me fallece.  
Y á un tiempo apura amor con alto fuego  
En este ancho desierto el pecho mío,  
Donde el pesar lo aviva mas y enciende.  
Lloro pues y ardo; así mi amor se extiende  
Tanto, que á luz y á sombra y á rocío  
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

## XIII.

A una selva.

¡Ay, amarilla selva, que desnuda  
Yaces, y en cano y vorto humor cubierta!  
¿Cómo tu horrida faz en mi despierta  
Nuevo mal á mi incendio y llama eruda!  
Sientome ¡ay, triste! arder cuando se muda  
Tu frente, y se descubre blanca y yerta;  
Y cuando el alma tierra mas desierta  
Se ve de luz, mi llama es mas aguda.  
Pero ¡qué mucho, oh selva, si la ardiente  
Hacha con que te alienta el claro día  
Declina tanto al Austro pluvioso!  
Y yo estoy tan cercano al fulgurante  
Rayo, que de sus luces siempre envía  
Mi dulce ardor, Aglaya, y glorioso.

## XIV.

Exhortación á amar.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente  
¡Oh Aglaya! lisa tez, ni que tu boca,  
Que al mas helado á blando amor provoca,  
Bañe siempre la rosa dulcemente.  
¿Ves el sol, que nació resplandeciente,  
Cuál con luz desvanece tibia y poca?  
Y tú sorda á mis ruegos como roca  
Estás, en quien se rompe alta corriente.  
Goza la nieve y rosa que los años  
Te ofrecen; mira, Aglaya, que los días  
Llevan tras sí la flor y la belleza;  
Que cuando de la edad sientas los daños  
Has de envidiar el lustre que tenias,  
Y has de llorar en vano tu dureza.

## XV.

A un fresno.

Cuando te miro ¡oh fresno! así al helado  
Soplo del aquilon calvo la frente,  
Y altivo y blando soplo de occidente,  
De púrpuro verdor la cima ornado,  
Alegre vuelvo á mi infelice estado,  
Y esfuerzo así mi corazón doliente:  
«Espera, no importunes al inciente  
Cielo con voces y con llanto airado.  
»Tiempo será que tan crecida pena  
Acabe, y tú luz goces, si oprimido  
Yaces ahora en tan profundo hielo.  
»Y si el volver del incansable cielo  
Da á un mudo tronco el verde honor perdido,  
¿Cómo á tí no tu pura luz serena?»

## XVI.

De un naufragio.

Yo acabaré infelice en el ondoso  
Golfo que ensaña y turba el viento airado,  
Pues en nevoso invierno sulqué osado  
Piélagos así profundo y proceloso.  
Ya me arrebató el ponto furioso,  
Y miro el leño en piezas desatado.

Entre la espuma errar, ¡ay yo cuitado!  
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.

Yo acabaré, pues me rei imprudente  
Del manso mar, que inmenso me rodea,  
Y volverá en sus olas mis desnudos  
Huesos. No fie de cristal luciente,  
Tome ejemplo en mí mal quien no desca  
Ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

## XVII.

Del escarmiento.

Onda náufraga, ¡oh cuál tu leda frente,  
Mientras el ocio fácil poseía,  
Otra vez me la engañado, que creía  
Siempre tranquilo tu cristal luciente!

Ya no miro encrespase dulcemente  
El mar con la aura que occidente invía;  
Mas espumosos montes que á porfia  
Levanta al cielo el euro furiente.

Tres veces fueron ya que el hondo Egeo  
Rompi mal cauto con aguda prora,  
Náufrago, y tantas lo sulqué amigoso.

Debiera escarmantar, porque no ahora,  
Opuesto en vano al mar impetuoso,  
Llorara el cierto fin en que me veo.

## XVIII.

Pertinacia de un afecto amoroso.

Este sediento campo, que abundoso  
De roja mies contemplo en el estío,  
Vi cubierto de humor luciente y frío  
En el hórrido invierno y proceloso.

Y este de luengos cuernos caudaloso,  
Bétis, correr con nuevo orgullo y brio  
Vi ya, y deserece, y con angosto río  
Entra en el ancho piélagos espumoso.

Mas nunca ¡ay, oh dolor! mi incendio veo  
Menguarme un punto, ó rohe soplo helado  
Honra á la selva, ó tibio la corone.

Y el hado aun en tal grave mal dispone  
Que muera en mí importuno devaneo,  
En lágrimas y en fuego desatado.

## XIX.

A Lesbía.

¿En qué excelso lugar, Lesbía, formada  
La nieve fué de tu hermosa frente?  
La que á Moncayo coronó luciente  
No es blanca, á su pureza comparada.

¿Con cuál purpúrea llama retocada  
Fué á partes su belleza floreciente,  
Que desmaya y abraza ocultamente  
A la alma mas soberbia y mas helada?

Tus puras luces, dulcemente atroces,  
¿Qué rayo celestial cerca y enciende?  
¿Cómo suspende tu razon divina?

Mas ¡oh necio, cuán poco las veloces  
Palabras pueden! Lesbía peregrina,  
Quien menos habla en tí, menos te ofende.

## XX.

Poder del amor.

Donde con presto paso y frente leda,  
Fedro amigo, caminas diligente,  
Llevas ¡oh cuán en vano! la hacha ardiente  
Que esparce de la cumbre el humo en rueda.

¿Ignoras por ventura cuánto pueda  
Mas extender su luz resplandeciente  
La llama que en mí pecho acerbamente,  
Y dulce el engañoso amor hospeda?

Esa puede apagar fuerza de viento,  
Y la lluvia que ya se precipita  
Con impetu del cielo y con ruido;

Pero de Vénus el ardor que siento,  
Si la misma deidad no le marchita,  
Nunca será de otro poder rendido.

## XXI.

A Fabio.

Fabio, tú viste, y luego á la amorosa  
Hacha ardiste; no culpo la presteza;  
Que es nueva admiracion la alma belleza  
De la en tí dulcemente poderosa.

Los cándidos jazmines y la rosa  
Que en su frente esparció naturaleza  
¿Quién vió jamás, y quién la alta belleza  
Y llama de sus luces gloriosa?

Y tú, prudente, que el correr no ignoras  
Del puro sol, á oscura noche fría  
Ardes en viendo lumbré soherana.

Arde, que huyen las veloces horas,  
Y no se sabe si al presente día,  
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

## XXII.

A Lesbía.

¡Oh cómo cuando vi tu blanca frente,  
Lesbía, yo parecí! Cómo encendido  
Con nueva llama el pecho endurecido  
Ya siento regalar sabrosamente!

Mas ¡cuál admiracion, si á un excelente  
Y peregrino amor se ve rendido,  
De altivas luces quien miró atrevido  
Resplandor que vibraron refulgente?

Pero que en transparente, tersa y para  
Nieve se asconda del helado ciego  
La no venciada hacha abrasadora,

Y que muera en incendios cada hora  
Quien de nieve tocó humana figura,  
¿Oh admiracion! Oh no entendido fuego!

## XXIII.

A un pintor.

No canses el ingenio ni la mano  
En imitar las luces á la nieve,  
Leño, de aquella faz con que se atreve  
Arte sublime á competir en vano.

Que ni el negro cabello simple y vano,  
Que tal vez por la frente el aura nieve,  
Imitará la tinta aunque mas pruebe  
Sobrar en fuerzas al saber humano;

Y ¿podrá las palabras y el aliento  
Mentir temple ingenioso de colores?  
¡Oh! no hagas tan grave injuria al arte.  
Cuando el calor me pintes á las flores,  
Y la llama del sol y el movimiento,  
De Egle podrás la mas difícil parte.

## XXIV.

A Manlio.

Manlio, las pocas horas que solia  
Contar al suelo, al ocio y al engaño,  
Dolor tuyo y tu incendio con extraño  
Sentimiento á mí mente les debía.

Y ni en la sombra ni en la luz del día  
Me da apenas alguna desengaño,  
Ni la piedad lo ofrece de tu daño,  
Llama que no será ceniza fría.

Pues érame escarmiento, peregrina  
Forma de padecer, porque temiera  
Error, cual tú, por un Vesubio ciego;

Mas ¿cómo ¡ay! si es la causa tan divina?  
¿Oh bien dichoso, aunque abrasado muera!  
¿Quién pudo arder en tan ilustre fuego?

## XXV.

Consuelo á una hermosura eclipsada por la edad.

Sin razon contra el cielo, Aglaya mía,  
Mueves airada el labio porque há dado  
Veloz fin ya á tu lustre y al dorado  
Pelo que en tu alba frente relucía,

Si la flor que aparece al mediodía  
El crespo seno, en purpura bañado,

Con color se ve en tierra desmayado  
Antes que él mismo al mar-tuerza la via;  
Porque el fuego y la nieve dulcemente  
En tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa  
Sea que una breve flor? Templá la saña;  
Que la fatal disposicion no engaña,  
Si á quien alta belleza floreciente  
La edad le da de la purpúrea rosa.

## XXVI.

Ardo en la llama mas hermosa y pura  
Que amante generoso arder pudiera,  
Y necia envidia, no piedad severa,  
Tan dulce incendio en mi apagar procura.  
¡Oh, cómo vanamente se aventura  
Quien con violencia y con rigor espera  
Que un alto fuego en la ceniza muera,  
Mientras un alma á sabor en él se apura!  
Si yo entre vagas luces de alba frente  
Me abraso, y entre blanda nieve y roja,  
Es culpa de tu amor no hacer caso.  
No es la lumbre del sol mas poderosa,  
Y agrada mas naciendo en el oriente  
Que cuando se nos muere en el ocaso.

## XXVII.

De los rosados cercos donde snena  
Dulcemente ofendido el puro aliento  
Pendés ufano. ¡oh búcaro sangriento!  
Dando á envidioso amante acerba pena.  
Mas que á la mano de artificio llena,  
Tanto bien debes al ardor violento,  
Y mas que á su primero nacimiento,  
Aunque de rara fué y purpúrea arena.  
No así de amor sucede al rayo airado,  
Que alto, encendido en mi alma se eterniza.  
Ardo sin dicha entre la llama ciego;  
Mas ¡ay! que sientes tanta gloria helado,  
Y si el favor no se comprehende al fuego,  
Filis, yo no lo envidio en la ceniza.

## XXVIII.

Prende sutil metal entre la seda  
Que el pelo envuelve y cñe ilustremente,  
El rico lazo que de excelsa frente  
Sobre el puro alabastro en punta queda;  
O prende la vistosa pompa y rueda  
Del traslucido velo refrulgente  
Debajo el cuello tierno y floreciente,  
En quien ó ni el pesar ni el tiempo pueda;  
Que en mí será tu aguda punta ociosa,  
Y de nuevo herir ó dar favores  
No puede otra virtud en ti escondida.  
Mientras hay viva nieve y blanda rosa,  
Y en desmayados ojos resplandores  
Arbitros de la muerte y de la vida.

## XXIX.

Filís, la destemplanza con que suena  
Tu voz á mi desdeu siempre me advierte  
Que también para ti guardó la suerte  
El fuego á que severa me condena.  
A tratar nueva injuria como ajena,  
Filís, mal puede ser que el arte cierte;  
Que no hay remedio á no prevista muerte  
Ni prevencion en no advertida pena.  
En vano á persuádimte te dispones  
Con forzada razon tus falsos hielos,  
Si tus alientos no te son propicios.  
¿Sabes que dieron provídos los cielos  
Al humano secreto las acciones,  
Solás de su verdad fieles indicios?

## XXX.

Rompo con lisa frente las prisiones,  
Filís, que tus engaños fabricaron;  
Lágrimas tu mentir acreditaron  
Contra hábitos de fieles presunciones.  
¡Oh cuántas veces, Filís, á tus acciones,  
Que mal ardiente llama en mí apagaron,

En mis hielos piedad solicitaron,  
Y turbaron prudentes prevenciones!  
Pero ya de tu llanto la elocencia  
Y de tus modos el silencio, el arte  
No podrá introducir nuevos engaños;  
Y yo mas quiero á solas envidiarte  
Que ver siempre obstinada la prudencia  
Al persuadir de tantos desengaños.

## XXXI.

¿Qué secretos no vistos en mis males  
Inventas, Cloe? Miro las acciones  
Que fabricaron á mi paz prisiones,  
Como cuando en tus gracias siempre iguales  
También las puras luces celestiales,  
Contra quien no hay humanas prevenciones;  
Mas ¿qué oculto veneno en ellas pones,  
Pues las siento, muriendo, desiguales?  
¡Oh modos eficaces y elocentes,  
Cómo habláis en las injurias mías  
Lo que niegan palabras y favores!  
Que no entendida fuerza de temores  
Descubris en silencio; ¡ay! florecientes  
Mis glorias llevan los veloces días.

## XXXII.

Movié mi fuego á compasión los días,  
Y llevaron veloces y severos,  
Fili, á tus ojos dulcemente fieros  
La flor que perturbó las paces mías;  
Y á los que en competencias y en porfías  
De pretender vió tu verdor primeros,  
Aun la piedad no hace lisonjeros  
De las cenizas que contemplan frias;  
Como si fuera al tiempo permitido  
Volver, y por las luces de tu frente  
Rayo de risa centellando ardiera;  
Fueras con tu belleza mas prudente,  
Y el hermoso color nunca se viera  
Con tanto aplauso á sombras reducido.

## XXXIII.

Hiere con saña el mar y con porfía  
La seca arena á su crueldad desnuda,  
Y el agua, siempre en el herir mas cruda,  
Temblor envuelto en su furor le envía;  
Pero nunca á sus ímpetus desvia  
La frente el polvo numeroso, ó duda  
Permanecer en su constancia muda,  
Por mas que oculto se repare el día.  
Solo ofendiendo el ponto entre sus iras,  
Suspira en el silencio del arena,  
Como si alguna vez fuera ofendido;  
Tal, Lisí, entre las lágrimas suspiros,  
Y el repetido aliento en mi mal sueña,  
Mudo yo á tu furor y endurecido.

## SONETOS MORALES.

## I.

Pasa, Tírsis, cual sombra incierta y vana  
Este nuestro vivir, y como nieve  
Al tibio rayo, desvanece en breve  
Todo apacible bien y gloria humana.  
Mira cuánto en color, cuánto en lozana  
Juventud confiar el hombre debe,  
Si así acabó Medrano en vuelo leve,  
Subido ya á la estancia soberana.  
Siento tu fin veloz, aunque no incierto;  
Triste imagino á aquel que nos aguarda  
Solo por no avenirle en pena, en lloro.  
Tírsis, deja este mar, vuelve ya al puerto  
La nave y busca el celestial tesoro;  
Que á nos quizá tan triste fin no tarda.

## II.

Este que ves, oh huésped, vasto pino,  
Util solo á la llama ya en el puerto,  
Selva frondosa un tiempo en descubierta  
Cielo dió amiga sombra al peregrino.

De la cumbre eitoria al ponto vino  
 Por la mordaz segur el tronco abierto,  
 Y despues alta máquina el incierto  
 Golfo abrió siempre con linchado lino.  
 Vientos, agua sufrió; llegó al aurora,  
 Veloz nave, rompió luengos caminos,  
 Y á su patria volvió soberbia y rica;  
 Mas no firme á sufrir del mar ahora  
 Los impetus, por voto á los marinos  
 Dioses Cástor y Pólux se dedica.

## III.

Almo, divino sol, que en refulgente  
 Carro sacas y escondes siempre el día  
 Y otro, y el mismo naces tras la fría  
 Sombra que huye la alba luz ardiente.

Pura y cándida Iliú, que luciente  
 Eres del cielo honor, si se desvia  
 El áurco rayo que tu hermano envía  
 A tu hermosa faz resplandeciente,

Venid ambos, venid, lustre del cielo,  
 Fáciles á mis ruegos; tú, Lucina,  
 Seas blanda á Celia en la cercana hora.

Y pues te honra, oh Febo, con divina  
 Voz, dá al infante, cuando sienta el hiel  
 Del aire, ingenio y dulce voz sonora.

## IV.

A las ruinas de una ciudad sepultada en el mar.

Este ambicioso mar, que en leño alado  
 Sulcas hoy, pesadumbre peregrina,  
 De fundacion en otra edad divina,  
 Ha entre soberbias olas sepultado.

Cuando se ve ceñido y retirado  
 Aparece admirable alta ruina,  
 Y la llaman; oh Manlio! Salmedina,  
 Que sombra de su nombre aunno ha quedado.

¿Quién creyera que envidia de grandeza  
 En lisonjero ponto se hallara?  
 Oh mal segura fe de agua inconstante!

Borró desta ciudad la ilustre alteza  
 Por dilatarse, como ya borrara  
 El ancho imperio y el poder de Atlante.

## V.

Date en qué ejercitar el sufrimiento  
 Y la grandeza de ánimo fortuna,  
 ¿Y desmayas así? Ocasión alguna  
 Menospreciar debieras de tormento.

¿Sabes que es infelice el siempre exento  
 De padecer debajo de la luna;  
 Que un mal sufrido, y aspezeza una  
 Número da entre dioses y alto asiento?

Mira cómo del hierro y la herida  
 La mal derecha vid orna su frente  
 Con verde veste y con purpúrea gloria.

Pues la inclita Sagunto, por sufrida,  
 Mas que á sus fuertes muros y á su gente,  
 Debe á la adversidad su alta memoria.

## VI.

Manlio, si alguna vez la igualdad mia,  
 De la fortuna en el mayor aprieto,  
 Te causó admiracion, verme sujeto  
 A tan facil rigor, risa podria;

Pero si sabes bien de valentía,  
 No engañe lo exterior tu alio conceto;  
 Que ¿quién sabe si mas violento efeto  
 Hizo este mal en mí que en otro haria?

Nave que pudo al mar embravecido  
 Firme sufrir, y al viento mas airado,  
 Ya vi perder un arenoso asiento.

Y el vidrio, á luenga edad nunca rendido,  
 Ni del agua y la llama sojuzgado,  
 Lo vence y lo consume el blando aliento.

## VII.

En vano del incendio que te inflama  
 Eternidad presumes, aunque extienda

Su fuerza mas, y el pecho tuyo encienda;  
 Que fin breve y veloz tiene quien ama.

Si furioso y violento se derrama  
 Por tus venas en áspera contienda,  
 Por mas que el rojo humor se le defienda,  
 Pasto sera de su ambiciosa llama.

No temas pues del inconstante y ciego  
 Vulgo ser habla un poco, que alterado  
 Súbito, como el mar su furia deja;

Que si soberbio ardor así te aqueja,  
 Serás en breve al no sonante fuego  
 En humo y en ceuzas desatado.

## VIII.

A las ruinas de la Atlántida.

Este mar, que de Atlante se apellida,  
 En inmensas llamas extendido,  
 Que á la tierra amenaza embravecido,  
 Y ella tiembla á sus olas impelida,

Cubre, Antonio, la parte mas lucida  
 Del orbe, y yace envuelta en alto olvido;  
 Vivir el hombre apenas ha podido,  
 Y fué mayor que el Africa encendida.

En un sol y una sombra esta grandeza  
 La agua cubrió; di, ¿y temas alterado  
 De tus males eterna la aspezeza?

¿Oh cuán cerca te juzgo de engañado  
 Si imaginas en animos firmezas!  
 Que todo huye cual sombra ó viento airado.

## IX.

¿Es esta vez, oh Manlio, la primera  
 Que sentiste las iras temeroso  
 Del agua y del vulturno proceloso,  
 O que llegaste á ver la muerte fiera?

¿Por qué la frente con la paz severa  
 Turbas ora con llanto vergonzoso?  
 De estas olas y viento impetuoso  
 En vano acusas la celeste esfera;

Que no ignorabas tú cuán mal seguras  
 Son del mal las lisonjas, y cuán ciertas  
 A deslizarse sus tranquilas horas.

Llora la humana condicion, si lloras,  
 Manlio, y que al mar de ayer nunca despiertas  
 Las mientes con que hoy mides tus venturas.

## X.

Temes en vano el rayo que te ofende  
 Ser en polvo y en humo convertido,  
 Aunque del pecho tuyo en lo escondido  
 Tanto con ambicioso ardor se extiende.

El regalo ¿á cuál ánimo defiende?  
 Antes lo tiene débil y oprimido,  
 Solo constante te hará y sufrido  
 A padecer el fuego que te enciende.

Como el barro, que diestra mano informa  
 De la impelida rueda al movimiento,  
 Apenas estable en su primer figura,

Que mientras al agua y viento se conforma  
 Yace frágil, y firme sufrimiento  
 Le dé la llama con que eterno dura.

## XI.

¿Sabes cuán raro bien sigue á las horas,  
 Y que podras apenas en el día  
 Contar alguno, y la tristeza mia  
 Ya admiras y ya culpas y ya lloras?

Engañaste si piensas que mejoras,  
 O borras así el mal que el cielo envía;  
 ¿No ves que al sol, como á la sombra fría,  
 Siempre acompañan penas voladoras?

Juzgó, Manlio, tu mente que sin duda  
 El ánimo y el tiempo se mudara  
 Si otro el lugar y si otro el aire fuera;

Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara  
 E incógnitas naciones anduviera?  
 Que el cielo, ¡ay! y no el ánimo, se muda.

## XII.

Vime del Adria en la soberbia fiera  
El vigor y el aliento desmayado;  
Luego ya de las olas arrojado,  
Soy naufrago despojo en la ribera.  
Don Juan, ¿en mi ventura quién creyera  
Tan súbita piedad de ponto airado?  
Temime entre sus iras sepultado,  
Y salvo á un tiempo me contemplo fuera.  
Colgar húmida veste en sacro templo  
Al eterno y comun Señor por voto;  
Seré acaso escarminio al atrevido.  
Mas como á mí, inconstante, si al sentido  
No asiste en viva imágen para ejemplo,  
Viento, y turbado mar y pino roto.

## XIII.

Levanto el cuerpo, que sustento apena,  
Desta playa, que el ponto hiere y baña,  
Libre ya de los impetus y saña  
Que teme y tiembla la azotada arena;  
Y miro la agua, de piedad ajena,  
Que entre montes de espuma con extraña  
Cruceza me volvió, cómo ahora engaña,  
Que mansamente por la playa suena;  
Pero yo, que me vi en el trance extremo  
Tantas veces, y sé cuánta distancia  
Hay de su alegre á su turbada frente,  
Huyo su imágen, aunque vanamente;  
Que si conozco su mudanza, temo  
Como igual á sus olas mi constancia.

## XIV.

¿No viste siempre en firme lazo atadas  
La piedad y la fe á la mansedumbre?  
Ya en líquida y sonante pesadumbre  
Son con frecuente ejemplo desatadas.  
Mira cuántas ciudades fabricadas,  
Que al cielo amenazan con su cumbre,  
Y arriba fueron por su excelsa lumbré,  
Callan entre las aguas sepultadas.  
Este pues tan cruel, tan ambicioso  
Humor, que lame fiero altas ruinas,  
Es fiel y pio á la tierra un tronco helado.  
¿Oh afectos ¡oh piedad, que al proceloso  
Ponto ilustran tus obras peregrinas,  
Y á mi ni aun sombra fria no haya tocado!

## XV.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento  
Deposito, Señor, el barro mio?  
Llama á polvo fiar mojado y frio  
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.  
¿Qué superior, qué puro movimiento  
Habrá en ardor á quien el peso impio  
Festa tierra mortal apaga el brio,  
Y los esfuerzos á su ilustre asiento?  
Piedad este encendido soplo aguarda,  
Que en mí se halla duramente atado,  
Mientra el postrer desmayo se difiere;  
Y si entre tanta oposicion dejado  
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda;  
Que un breve fuego aun sin contrarios muere.

## XVI.

## A Itálica.

Estas ya de la edad canas ruinas,  
Que aparecen en puntas designales,  
Fueron anfiteatro, y son señales  
Apenas de sus fábricas divinas.  
¿Oh á cuán misero fin, tiempo, destinas  
Obras que nos parecen inmortales!  
Y temo, y no presumo, que mis males  
Así á igual feuecer los encaminas.  
A este barro que llama endureciera  
Y blanco polvo humedecido atara,  
¿Cuanto admiró y pisó número humano!  
Y ya el fausto y la pompa lisonjera  
De pesadumbre tan ilustre y rara  
Cubre yerba y silencio y horror vano.

## XVII.

En mi prision y en mi profunda pena  
Solo el llanto me hace compañía,  
Y el horrendo metal que noche y dia  
En torno al pié moleestamente suena.  
No vine á este rigor por culpa ajena,  
Yo dejé el ocio y paz en que vivía,  
Y corrí al mal, corrí á la llama mia,  
Y muero ardiendo en áspera cadena.  
Así del manso mar en la llanura,  
Levantando la frente onda lozana,  
La tierra al agua en que nació prefiere;  
Mueve su pompa á la ribera ufana,  
Y cuanto mas sus cercos apresura,  
Rota mas presto en las arenas muere.

## XVIII.

No se acredita el dia, antes se infama  
Con la injuria que hace á la belleza;  
Húyenos con oculta ligereza,  
Y va tras él la mas ilustre llama.  
¿Qué breve fin no temerá quien ama?  
Clori, la dulce flor y la pureza  
De tus luces y nieve con presteza  
Desvaneciò y enmudeciò la fama (4).  
Así en el aire discurrir lucientes  
Vi de la tierra alientos estivales,  
Y morir cuanto mas resplandecientes;  
Y así á importunas lluvias celestiales  
Formarse en la agua cercos transparentes,  
Sin dejar de su pompa aun las señales.

## XIX.

## A la fugacidad del tiempo.

Como se van las aguas de este rio  
Para nunca volver, así los años,  
Y solo dejan infalibles daños,  
Que reparar no puede voto mio.  
Fundamos esperanzas al estío  
Desde el invierno, ¡oh ciego error! oh engaños!  
Y nos huyen los tiempos por extraños  
Modos, y huye el floreciente brio.  
La dulce atrocidad de aquellos ojos,  
Ante quien ya perdi color y aliento,  
Tras si la lleva á mas andar el dia.  
Vive tú á la opinion, de honor sediento;  
Que yo al ocio plebeyo viviria,  
Si apenas hay de lo que fui despojos.

## XX.

Si mides tu ambicion con tu fortuna  
Mientras la edad sin detenerse vuela,  
Sin causa, Fabio, tu razon desvela,  
Que haya á tu suerte oposicion alguna.  
En lo interior del orbe de la luna  
No esperes paz al bien que el alma anhela;  
Antes, oh Fabio, al sufrimiento vela  
Alegre al que contrario lo importuna.  
Como la siempre floreciente llama  
Por quien renace y por quien muere el dia,  
Que igual raya en el cielo y resplandece,  
Ya montañas de nubes á porfia  
En su mayor oposicion parece  
Que de hermosas luces las inflama.

## XXI.

## A un ánimo incontrastable.

¿Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!  
Pues cuando el orbe, en piezas dividido,  
Cae con impetu horrendo, y con ruido  
Intrepido te hieren sus ruinas,  
Emulas, Manlio, son de las divinas  
Tus acciones; del número embestido,  
Ni pasas á sus voces advertido,  
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.

(4) Así el texto de Fernandez; Sedano lee:  
Desvaneciò y enmudeciò aun la fama.

Así al luciente cerco de la luna,  
Rayando en muda noche el oriente,  
Furioso can latiendo va erizado,  
Y ella igual y segura y refulgente  
Sube mal advertida á la Importuna  
Voz del can simple, en daño suyo airado.

## XXII.

¡Oh rotos leños y mojado lino,  
Horror á la ambicion mas lisonjera,  
Que mal fundado error tu luz primera  
En la selva turbó robusto pino!  
Y tú, atrevida yerba, que camino  
A fábrica naval diste en la fiera  
Agua, ya por su injuria en la ribera  
Eres triste escarmiento al peregrino.  
¡Oh mil veces dichoso el que igual cuenta  
Largas horas en ocio entre sus lares,  
Superior á vulgares opiniones!  
Que ni la suerte envidiará sedienta,  
Ni, inútil peso, temerá en los mares  
Escudriñar sus íntimas regiones.

## XXIII.

Cánsome en fabricar lenta fortuna  
Con el error que á los humanos lleva;  
Mas la experiencia a mi razon le prueba  
Que igual me ha de seguir la de la cuna.  
Esta luz, para mi nunca oportuna,  
Solamente en mi daño se renueva,  
Ni sé qué mas á sus orientes deba  
Que la vez de los casos importuna.  
Y estoy ya tan de parte del engaño,  
Que fabulosas glorias me propone,  
Que accion no acuso de funesta suerte;  
Así á sus leyes ambicion dispone  
El ánimo, y en tanto errar no advierte  
La verdad, que le avisa el desengaño.

## XXIV (3).

Quintinio Mesio, pintor.

(Traducción de un epigrama latino de Sampsonio) (6).

El cántabro metal formé en la llama,  
Que impelido y secreto soplo alienta,  
Cual ciclope en el monte, que alimenta  
Los eternos incendios que derrama;  
Y Amor, que raras glorias dió á quien ama,  
Mi pecho ardió con hacha violenta,  
Y con desden solicitó mi afrenta  
En la soberbia lumbre que me inflama.  
Pintor, émulo amante, preferido  
Vi, y al hierro sonante el pincel mudo,  
Pintar me hizo Amor; mis tablas muestra  
Breve martillo, oh Publio; así en ti pudo  
Ser Vulcano pintor introducido  
Cuando á Eneas Dione arrojó la diestra.

Á SAN CRISTÓBAL (7).

(Traducción de unos versos latinos de Francisco Pacheco  
[el tío].)

Cristóbal y fortísimo gigante  
Es á quien, caminando en las tinieblas,  
La fe, de maravillas obradora,  
Amanece; no teme de las sombras

(5) Pacheco pone este soneto en el *Arte de la pintura*, diciendo que «solicitada una honesta doncella en Flándes de un pintor y un herrero, alcionada á la pintura, quisiera que trocaran oficios por admitir al herrero por marido, que era gentil manco de hasta treinta años, el cual no estimó. Sintiendo él esto mucho, por conseguir su virtuoso intento se aplicó á la pintura, aunque era famoso en su oficio.»

(6) Hállase este epigrama en el libro de Domingo Lampsonius, intitulado *Elogia in effigies pictorum celeberrimorum Germaniarum inferioris*, 1572, en 4.º

(7) Pacheco en el *Arte de la pintura* publicó estos versos de Rioja. Los versos latinos del tío fueron escritos para el san Cristóbal de la catedral de Sevilla.

Las vanas amenazas, ni anegarse  
En las ondas inmensas de las cosas;  
Estriba siempre en Dios. Tal te creemos,  
¡Oh grande entre los santos! y del templo  
Te ponemos ejemplo á los piadosos  
En los sacros umbrales, y á tus aras  
Ofrecemos honores merecidos.

## SILVAS.

## I.

A la rosa.

Pura, encendida rosa,  
Emula de la llama  
Que sale con el día,  
¿Cómo naces tan llena de alegría,  
Si sabes que la edad que te da el cielo  
Es apenas un breve y veloz vuelo?  
Y no valdrán las puntas de tu rama (8)  
Ni tu púrpura hermosa  
A detener un punto  
La ejecucion del hado presuroso.  
El mismo cerco alado,  
Que estoy viendo riente,  
Ya temo amortiguado,  
Presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu crespo seno  
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,  
Y oro de su cabello dió á tu frente.  
¡Oh fiel imágen suya peregrina!  
Bañóte en su color sangre divina  
De la deidad que dieron las espumas;  
Y esto, púrpura flor, y esto ¿no pudo  
Hacer menos violento el rayo agudo?  
Róbate en una hora,  
Róbate licencioso su ardimiento  
El color y el aliento;  
Tiendes aun no las alas abrasadas,  
Y ya vuelan al suelo desmayadas.  
Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Mustia tu nacimiento ó muerte hora.

## II.

Al clavel.

A tí, clavel ardiente,  
Envidia de la llama y de la aurora,  
Miró al nacer mas blandamente Flora;  
Color te dió excelente,  
Y del año las horas mas suaves.  
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo  
Rompe luciente sol las canas nieves  
Con mas caliente rayo,  
Tiendes igual las hojas abrasadas;  
Mas ¿quién sabe si á Flora el color debes  
Cuando debas las horas mas templadas?  
Amor, Amor sin duda dulcemente  
Te bañó de su llama refulgente  
Y te dió el puro aliento soberano;  
Que eres flor encendida,  
Pública admiracion de la belleza,  
Lustre y ornato á pura y blanca mano,  
Y ornato, lustre y vida  
Al mas hermoso pelo  
Que corona nevada y tersa frente;  
Sola merced de Amor, no de suprema  
Otra deidad alguna.  
¡Oh flor de alta fortuna!  
Cuántas veces te miro  
Entre los admirables lazos de oro,  
Por quien lloro y suspiro,  
Por quien suspiro y lloro,  
En envidia y amor junto me enciendo.  
Si forman por la pura nieve y rosa,  
Diré mejor por el luciente cielo,

(8) Así el texto de Sedano; otros leen:  
Y ni saldrán las puntas de tu rama.

Las dulces hebras amoroso velo,  
 Quedas, clavel, en cárcel amorosa  
 Con gloria peregrina aprisionado.  
 Si al dulce labio llegas, que provoca  
 A suave deleite al mas helado,  
 Luego que tu encendido seno toca,  
 A tu color sangriento  
 Vuelves ¡ay, oh dolor! mas abrasado.  
 ¿Dióte naturaleza sentimiento?  
 ¡Oh yo dichoso á habérseme negado!  
 Hable mas de tu olor y de tu fuego  
 Aquel á quien envidias de favores  
 No alteran el sosiego.

## III.

A la rosa amarilla.

¿Cuál suprema piedad, rosa divina,  
 De alta belleza transformó colores  
 En tu flor peregrina,  
 Teñida del color de los amores?  
 Cuando en tí floreció el aliento humano,  
 Sin duda fué soberbio, amante y necio  
 Cuidado tuyo y llama,  
 Y tu descuido suyo y su desprecio;  
 Distes voces al aire, fiel en vano.  
 ¡Oh triste, y cuántas veces  
 Y cuántas, ay, tu lengua enmudecieron  
 Lágrimas que copiosas la ciñeron!  
 Mas tal hubo deidad que conmovida  
 (Fuese al rigor del amoroso fuego  
 O al pio afecto del humilde ruego),  
 Borró tus luces bellas  
 Y apagó de tu incendio las centellas,  
 Desvaneció la púrpura y la nieve  
 De tu belleza pura  
 En corteza y en hojas y astil breve.  
 El oro solamente  
 Que en crespos lazos coronó tu frente,  
 En igual copia dura,  
 Sombra de la belleza,  
 Que pródiga te dió naturaleza  
 Para que seas, oh flor resplandeciente,  
 Ejemplo eterno y solo de amadores,  
 Sola eterna amarilla entre las flores.

## IV.

Al jazmín (9).

¡Oh, en pura nieve y púrpura bañado,  
 Jazmín, gloria y honor delcano estío!  
 ¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,  
 Hermosa flor, que competir presume  
 Con tu fragante espíritu y colores?  
 Tuyo es el principado  
 Entre el copioso número que pinta  
 Con su pincel y con su varia tinta  
 El florido verano.  
 Naciste entre la espuma  
 De las ondas sonantes,  
 Que blandas rompe y tiende el ponto en Clío,  
 Y quizá te formó suprema mano,  
 Como á Venus también, de su rocío;  
 O si no es rumor vano,  
 La misma blanca diosa de Citera  
 Cuando del mar salió la vez primera,  
 Por do en la espuma el blando pié estampaba  
 De la playa arenosa,  
 Albos jazmines daba,  
 Y de la tersa nieve y de la rosa  
 Que el tierno pié ocupaba,  
 Fiel copia apareció en tan breves hojas.  
 La dulce flor de su divino aliento  
 Liberal escondió en su cerco alado,  
 Hizo inmortal en el verdor tu planta,  
 El soplo la respeta mas violento  
 Que impele, vuelto en nieve, el cierzo frío,  
 Y la luz mas flamante

Que Apolo esparce altivo y arrogante.  
 Si de suave olor despoja ardiente  
 La blanca flor divina,  
 Y amenaza á su cuello y á su frente  
 Cierta y veloz ruina,  
 Nunca tan licenciosa se adelanta,  
 Que al incansable suceder se opone  
 De la nevada copia,  
 Que siempre al mayor sol igual florece,  
 E igual al mayor hiello resplandece.  
 ¡Oh jazmín glorioso!  
 Tú solo cres cuidado deleitoso  
 De la sin par hermosa Citera,  
 Y tú también su imagen peregrina.  
 Tu cándida pureza  
 Es mas de mi estimada  
 Por nueva emulación de la belleza  
 De la altiva luz mía,  
 Que por obra sagrada  
 De la rosada planta de Dione;  
 A tu excelsa blancura  
 Admiración se debe  
 Por imitar de su color la nieve,  
 Y á tus perfiles rojos  
 Por emular los cereos de sus ojos.  
 Cuando renace el día  
 Fegoso en oriente,  
 Y con color medroso en occidente  
 De la espantable sombra se desvia,  
 Y el dulce olor te vuelve  
 Que apaga el frío y que el calor resuelve,  
 Al espíritu tuyo  
 Ninguno habrá que iguale,  
 Porque entonces imitas  
 Al puro olor que de sus labios sale.  
 ¡Oh, corona mis sienes,  
 Flor que al olvido de mi luz previenes.

## V.

A la arreholera.

Tristes horas y pocas  
 Dió á tu vivir el cielo,  
 Y tú, á su eterna ley mal obediente,  
 A no fáciles iras lo provocas;  
 Alzas la tierra frente,  
 ¿Dónde en llama ó en púrpura bañada?  
 De tu gran sombra en el oscuro velo,  
 Y mustia y encogida y desmayada,  
 Llegas á ver del día  
 La blanca luz rosada.  
 ¡Tan poco se desvia  
 De tu nacer la muerte arreholada!  
 Si es pues de alto decreto  
 Que el tiempo breve de tu edad incluyas  
 En solo el cerco de una noche fría,  
 ¿Qué te valdrá que huyas  
 Con ambicioso afeto  
 De acrecentarle instantes á la vida?  
 No inquietes atrevida  
 El cano seno á los profundos mares,  
 Que por ventura negaran camino  
 En daño tuyo á tu serrado pino,  
 Y en vez de la acogida  
 Que en las pardas entrañas  
 Hallaste siempre de la tierra dura,  
 Hallaras en sus aguas sepultura.  
 Dime, ¿cuál necio ardor te solicita  
 Por ver de Apolo el refulgente rayo?  
 ¿Qué flor de las que en fuga copia el mayo  
 Vierte, su grave incendio no marchita?  
 ¡Oh, cómo es error vano  
 Fatigarse por ver los resplandores  
 De un ardiente tirano  
 Que impio roba á las flores  
 El lustre y el aliento y los colores!  
 Y tú, admirable y vaga,  
 Dulce honor y cuidado de la noche,  
 Si la llama y color el sol se apaga,  
 ¿Cuál mayor dicha tuya  
 Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?  
 No es mas el lucido curso de los años

(9) Sedano publicó incompleta en el *Parnaso español* esta silva (tomo IV). Después la reimprimió íntegra (tomo IX).



Que un espacioso número de daños.  
Si vives breves horas,  
¡Oh cuántas glorias tienes!  
Tú las divinas sienes  
Ciñes de la callada noche oscura,  
Y no una vez ofrece á las auroras  
La soñolienta diosa  
De tus colores bellos  
Tintas para su frente y sus cabellos.  
Deja el mar ambiciosa;  
Que por tu errar inmenso y dilatado  
No añadirá fortuna  
Hora á tu edad alguna,  
Ni por mudar lugar tan apartado,  
Que otro sol lo visite y otra luna;  
Y pasa en ocio y paz aventurada  
De tu vivir el tiempo oscuro y breve,  
Esperando aquel último desmayo  
A quien tu luz y púrpura se debe.

## VI.

Al verano.

Fonseca, ya las horas  
Del invierno aterido,  
Aunque tarde, se fueron,  
Y su vez agradable permitieron  
Al céfiro florido.  
Ya el verano risueño  
Nos descubre su frente,  
De rosas y de púrpura ceñido.  
Remite el aire el desabrido ceño,  
Y el sol libra sus rayos  
De las nubes oscuras,  
Y con luces mas vivas y mas puras  
Regalando la nieve  
Al blando pié de los parados rios (10),  
Las prisiones de hielo alegre quita,  
Y su antiguo correr les solícita.  
Viste de yerba el suelo,  
Y de verdor lozano  
Frentes que desnudara el cierzo cano;  
En la copia de flores que aparece  
Por los troncos desnudos,  
Que rara y breve hoja cubre apenas,  
Esperanzas ofrece  
Del rústico al sudor, premio mal cierto,  
Bien que sabroso engaño  
De los frutos que espera  
En el copioso ramo y en la era.  
La pesadumbre líquida no crece  
Con el sudor de los oscuros vientos (11),  
Que ásperos la levantan y remueven  
De sus hondos asientos;  
Mas antes ya serena y clara gime  
Con el peso de máquinas aladas,  
Que su tranquila y lisa frente oprime.  
Filomena con voces acordadas  
Se oye sonar en los confusos senos  
De ramas intrincadas  
Y en los prados amenos.  
¡Oh, cómo es el verano  
Tiempo el mas genial y mas humano (12)  
Que otro alguno que da el volver del cielo!  
¡Oh cuál número y cuánto trae de flores!  
¡Oh cuál admiracion en sus colores!  
De la imagen de Amor, ardiente rosa,  
Las encendidas alas,  
Que fueron ya de sus espinas galas (13),  
Con el color, con el olor divino  
Son lustre y ornamento al blanco lino,  
Do al gusto se ministra coronando  
La mesa regalada  
Y fruta sazónada  
Con el puro rocío blanqueando.

(10) Sedano lee:

Al blanco pié de los parados rios.

(11) Con el furor de los oscuros vientos.—*Texto de Sedano.*(12) Tiempo mas genial y mas humano.—*Id.*(13) Que fueron ya de sus espinas galas.—*Id.*

Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento  
De flores esparcido,  
Y el cristal veneeciano,  
A quien la agua, de helada,  
La tersa frente le dejó empañada!  
¡A cuál vaga lazada de oro crespo,  
A cuál púrpura y nieve  
Por do las gracias y el Amor se mueve,  
No aumentó hermosa peregrina  
Alguna flor divina?  
¡Oh florido verano!  
Si á mi afecto se debe,  
Camina á lento paso,  
Deja el volar, deja el volar ligero  
Para tiempo mas triste y mas severo.  
Tú, cándido y suave y blando espira,  
Y tardo te retira (14);  
Pero sordo y difícil á mi ruego,  
VeloZ pasas volando (15),  
Al humano linaje amonestando,  
Viendo las rosas que su aliento eria  
Cómo nacen y mueren en un dia;  
Que las humanas cosas,  
Cuanto con mas belleza resplandecen,  
Mas presto desvanecen.  
¡Y tú la edad no miras de las rosas?  
Arde, Fonseca, en el divino fuego (16)  
Que dulcemente engaña tu cuidado;  
Toma ejemplo del tiempo, que nos huye,  
Y en sus flores de tardos nos arguye,  
Y no dejes pasar en ocio un punto;  
Que tan excelsa llama  
A nueva gloria y resplandor te llama.  
¡Y sabes si á este dia claro y puro  
Otro podrás contar ledo y seguro,  
O si del bello incendio que te apura  
Ha de lucir eterna la hermosa? (17).

## VII.

A un pintor que no acertaba á pintar á Apolo en una tabla de laurel (18).

Mancho el pincel con el color en vano  
Para imitar ¡oh Febo! tu figura  
En tabla de laurel, ó los colores  
No obedecen la mente ni la mano,  
O huye tambien Dafne tu pintura,  
Arbol, aun no olvidando tus amores.  
Perdió la grana y nieve que solia  
Teñir su boca y frente,  
El casto afecto no con que vivia,  
Pues aun lo guarda en la corteza dura;  
Si perdió solamente  
El color y hermosa,  
Y anima el duro tronco Dafne esquiva,  
En tu desden aun á tu imagen viva.  
A la aurora pinté en el horizonte  
Entre inflamadas nubes y distintas,  
Con puras luces y rosado arreo.  
De la pinfa que habita el hueco monte  
Mentí con los pinceles el deseo,  
Cuerpo dando á la voz con varias tintas.

(14) Así Sedano; Fernandez lee:

Y tarde te retira.

(15) VeloZ pasa volando.—*Texto de Sedano.*(16) Arde en aquel ilustre y blando fuego.—*Id.*

(17) Así el texto de don Ramon Fernandez; Sedano escribe:

O si el hermoso incendio que te apura  
Lucirá con eterna hermosa?(18) «Si no tienen por verdad el ingenioso y poético pensamiento de Libanio, solista griego, traído á nuestra lengua en una valiente silva por don FRANCISCO DE RIOJA, honra desta ciudad, que porque, á mi ver, viene aqui muy á propósito, con el darémos glorioso remate á este discurso. Introduce pues un famoso pintor que, habiendo salido gloriosamente con su intento en sus obras, se queja en una, donde queriendo pintar la imagen de Apolo, y poniendo toda la industria de su arte, la tabla de laurel sobre que pintaba le resistia, no admitiendo semejante forma.» — Pacheco, *Arte de la pintura.*

Y tú, Marte soberbio, aunque guerrero,  
 Contra mí no vibraste el limpio acero  
 Porque con los colores te mostrara  
 Espirando fiereza;  
 Sola está virgen prueba su dureza  
 En mí, porque intentara  
 Que, leño informe, Apolo la abrazara.  
 Dafne al arte ha vencido,  
 Venció ya Dafne al arte;  
 ¡Oh Cintio! culpa tuya (19).  
 ¿Do está el arco? ¿do está el divino aliento?  
 A tan flaco poder mengua es que huya,  
 Y que de él se remita alguna parte.  
 Dime, ¿la antigua llama  
 Con imperio en tu sangre se derrama?  
 Que el desden solo puede en un rendido.  
 Ya tu desprecio, y no el del arte, siento;  
 Que se queda sin gloria, intonso Apolo (20),  
 Tu fábula, y sin lustre al mundo solo.

## VIII.

A la tranquilidad.

*(Imitación de Horacio.)*

Ocio á los dioses pide  
 Pálido, con helada voz é incierta,  
 El que en mal firme nave  
 Aspero mira el campo del Egeo,  
 Y aquel que apenas con el peso grave  
 De las armas respira  
 Cuando el metal horrible, envuelto en humo,  
 Hierro ó plomo despide,  
 Y el que entre el fuego y el furor no acierta  
 A hacer en el ocio de sí empleo,  
 Lo huelga frecuentar con el deseo.  
 Yo pues, ¿cuánto me engaño si presumo  
 Entre el polvo que vuelto en llama espira  
 El hueco bronce, ó entre turbias olas,  
 Ocio hallar en frágil leño. ¡Oh Mario,  
 No venal por la purpura ni el oro!  
 En vano me aconsejas que sulquemos  
 Mares que en breve airados temeremos.  
 Mas doy que vuelen nuestras naves solas,  
 No con alas de lino, el ponto vario,  
 Y que lleguen al puerto, y las arenas  
 Ya pisemos de playas peregrinas;  
 Y doy que luego las profundas minas,  
 No como siempre avaras, el tesoro  
 Nos ofrezcan que esconden en sus venas  
 Por los montes de oro levantados;  
 ¡Ay! que no libra el oro y la grandeza  
 De alborotos la mente,  
 Ni la region con otro sol caliente.  
 Daste al agua atrevido y su aspereza,  
 Y huyes esta patria, este elemento  
 Que primero espiraste  
 Y en quien primeras lágrimas vertiste.  
 No huyas; que aunque huyas al abismo,  
 No podrás de tí mismo,  
 Y todos los pesares  
 Que en la tierra tuviste  
 También te han de seguir por altos mares.  
 No dejes por un pino el firme asiento,  
 Donde mas de una vez el ocio hallaste.  
 ¿Sabes que los cuidados voladores  
 Suben ligeros mas que airado viento  
 A las naves mayores?  
 Sábeslo, y la codicia  
 Tu alta razon pervierte.  
 Mira que la avaricia  
 A nadie quita la debida muerte  
 O le aumenta al vivir un solo día.  
 Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,  
 No he de buir de mi nativo suelo,  
 Y aunque de mí te alejes,

(19) Fernandez pone:

; Oh Cintio, culpa es tuya!

(20) Así el texto de Pacheco; Fernandez lee:

Que si queda sin gloria, illustre Apolo.

Pacheco no pone, sin embargo, que se queda. Siempre hay confusión en los dos últimos versos.

Como dices, á mas benigno cielo,  
 Que es lo que mas de tí sentir podría;  
 Que ya en segura paz y en descaudado  
 Ocio alegre, desprecio  
 El diverso sentir de vulgo necio,  
 Sin esperanza alguna  
 De mas blanda fortuna;  
 Y aguardo sosegado el día postrero,  
 Que verá poco alegre mi heredero.

## IX.

A la constancia.

*(A Francisco Pacheco.)*

¿Ves cómo las riberas permanecen  
 Firmes, Pacheco, al ponto embravecido,  
 Que aunque al horrendo golpe se estremecen  
 Con el temor quizá del gran ruido,  
 Después de roto un mar con igual frente,  
 Animosas aguardan el siguiente?  
 Tal juzga mi firmeza,  
 Aunque cambio semblante  
 A los golpes del vulgo enfurecido;  
 Que el ánimo constante  
 No ostenta su grandeza  
 En negar á los males sentimiento,  
 Mas solo en no abatirse á su apereza.  
 Armense ciento á ciento  
 Los que muerden con rabia envidiosa,  
 Y furiosos en mí su fuerza prueben;  
 Que en lo adverso constancia se acredita.  
 ¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento  
 Con frente no marehita!  
 Que los valientes ánimos mas deben  
 A la acerba ocasion que á la dichosa,  
 Porque en el daño su valor se aumenta,  
 Como el estéril campo, que acrecienta  
 Su virtud abrasado  
 En incendio sonante, y dilatado;  
 Su vicio se destierra,  
 Y la copia de frutos producida  
 Debe mas á la llama que á la tierra.  
 ¡Oh, cuánto es infelice quien la vida  
 Breve pasa olvidado!  
 Siempre igual, cuando nace y cuando muere,  
 Yace en alto silencio sepultado!  
 ¡Y cuánto aquel dichoso  
 Que la comun envidia mereciere,  
 Pues que vive envidiado, no envidioso,  
 De cuanto bien reparte la fortuna  
 Debajo el arco de la blanca luna!  
 Presente la virtud no resplandece  
 Como debe, con honra no manchada,  
 Antes es perseguida y denostada;  
 Mas descubrese ausente, y aparece  
 El puro lustre suyo,  
 Y entonces aun del contrario es deseada.  
 Con este fundamento nunca huyo  
 Mientras vivo, Pacheco, peregrino,  
 Del enemigo el diente mas agudo,  
 Ni formo queja alguna  
 Del mas amigo en mi alabanza mudo;  
 Que en el último día  
 Comenzará á vivir la gloria mía.  
 Tú pues que en la pintura con destreza  
 A la naturaleza  
 Ya vences y ya igualas,  
 No temas de enemiga  
 Pluma ó de acerba lengua lo que diga;  
 Que tu nombre divino  
 El tiempo llevará sobre sus alas,  
 Y por tu ingenio y arte  
 Dirá del orbe en la escondida parte,  
 Nunca en tus alabanzas importuno;  
 Que antes te envidia que te imita alguno.

## X.

A la riqueza.

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa  
 Riqueza, y cómo á sombra de alegría  
 Y de sosiego engañas!

El que vela en tu alcance y se desvía  
 Del pobre estado y la quietud dichosa,  
 Ocio y seguridad pretende en vano,  
 Pues tras el luengo errar de agua y montañas,  
 Cuando el metal precioso coja a mano,  
 No ha de ver sin cuidado abrir el día.  
 No sin causa los dioses te escondieron  
 En las entrañas de la tierra dura;  
 Mas ¿qué halló difícil y encubierto  
 La sedienta codicia?  
 Turbó la paz segura  
 Con que en la antigua selva florecieron  
 El abeto y el pino,  
 Y trájolos al puerto,  
 Y por campos de mar les dió camino.  
 Abrióse el mar y abrióse  
 Altamente la tierra,  
 Y saliste del centro al aire claro,  
 Hija de la avaricia,  
 A hacer á los hombres cruda guerra.  
 Saliste tú, y perdióse  
 La piedad, que no habita en pecho avaro.  
 Tantos daños, riqueza,  
 Han venido contigo á los mortales,  
 Que aun cuando nos pagamos á la muerte,  
 No cesan nuestros males,  
 Pues el cadáver que acompaña el oro  
 O el costoso vestido,  
 Solo por opulento es perseguido;  
 Y el último descanso y el reposo  
 Que tuviera en pobreza le es negado,  
 Siendo de su sepulcro comovido.  
 ¡A cuántos armó el oro de crueza,  
 Y á cuántos ha dejado  
 En el último trance ó dura suerte!  
 Pierde su flor la virginal pureza  
 Por tí, y vese manchado  
 Con adulterio el lecho no esperado.  
 Al menos animoso,  
 Para que te posea,  
 Das, riqueza, ardimiento licencioso.  
 Ninguno hay que se vea  
 Por tí tan abastado y poderoso,  
 Que carezca de miedo.  
 ¿Qué cosa habrá de males tan cercada,  
 Pues ora pretendida, ora alcanzada,  
 Y aun estando en deseos,  
 Pena ocultan tus ciegos devaneos?  
 Pero cánsome en vano, decir puedo;  
 Que si sombras de bien en tí se vieran,  
 Los inmortales dioses te tuvieran.

## XI.

## A la pobreza.

Desde el infausto día  
 Que visité con lágrimas primeras  
 Me tienes ¡oh pobreza! compañita;  
 Aunque tan buena como dicen fueras,  
 Por ser tanto de mi comunicada,  
 Me vieras á ser menospreciada.  
 Diré tus males, sin que mucho alonde  
 En ellos; que es muy raro  
 Lo que por glorias tuyas contar puedes.  
 Tal vez el que en su casa un monte ascende  
 De Numidia y de Paro  
 En aras y paredes,  
 Cuando entre el blando lino se rodea,  
 Fuesto de los cuidados en el fuego,  
 Sin conocerte alaba tu sosiego,  
 Y nunca, aunque lo alaba, lo desea.  
 Llegas á ser de alguno al fin loada;  
 Mas de ninguno apenas deseada.  
 Si eres tú de los males  
 El que nos trata con mayor crueza,  
 ¿Cómo podrá ninguno codiciarte?  
 Despues que nació el oro,  
 Y con él la grandeza,  
 Murió tu ser, murió tu igual decoro,  
 En otra edad divino;  
 Si, por eso, pobreza, en toda parte  
 Con enfermo color andas contino.

P.xvii.

Con preciosos metales  
 Siempre veo levantado  
 Lo que tienes tú sola derribado.  
 ¿Qué ciudad populosa  
 Se sabe que por tí se haya fundado?  
 Qué fuerza inexpugnable y espantosa  
 Por tí se ha fabricado?  
 El suave color, la hermosura,  
 Solo en tu ausencia con su lustre dura.  
 Pintame la belleza  
 Mayor que imaginares,  
 Compuesta de jazmines y de grana,  
 Si con vestido tuyo la adornares,  
 Su lustre pierde y gracia soberana,  
 Pues cuando el agro invierno,  
 Hijo tuyo sin duda,  
 Que como tú tambien, siempre desnudo,  
 Roba al bosque el verdor, y lo despoja,  
 Pobre por tí su frente,  
 Ni su sombra codicia ya la gente  
 Ni sus ramas las aves.  
 Y si yo vanamente no discierno,  
 ¿Cuándo armarse pudieron vastas naves  
 Donde se vió tu sombra?  
 Cuando ejércitos gruesos?  
 El número infinito de sucesos  
 Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?  
 Hablen los nunca sepultados huesos  
 Que en las playas blanquean,  
 De tantos que por falta de sustento  
 Al mar rindieron el vital aliento.  
 ¿Cuántos has escondido  
 En los anchos desiertos  
 Para que al mal seguro caminante  
 Asalten encubiertos?  
 O ¿en cuántas partes se verá teñido  
 El campo con la sangre de los muertos?  
 No hay voz, aunque de hierro, que bastante  
 Sea á decir los males que acarrear  
 Duras necesidades.  
 Los que pobres habitan las ciudades,  
 ¿Qué afrenta no padecen?  
 Lo que por sus ingenios merecieron,  
 ¡Oh pobreza! por tí lo desmerecen.  
 ¿Qué pobre hubo discreto?  
 ¿Cuándo tuvo amistades,  
 Que aun con pequeño honor correspondieron?  
 Cuando con la pobreza algun respeto  
 Jamás se tuvo á las tendidas canas,  
 Que tú de blanca nieve, edad, coloras?  
 ¡Oh de la humana gente mentes vanas!  
 No cuideis á despecho  
 De vuestra pobre y misera fortuna  
 Levantaros al cerco de la luna.  
 Mirad que cuantos hijos van saliendo  
 Del nunca en vano frecuentado lecho,  
 Tantos esclavos hoy os van creciendo  
 Que ocupéis en mezquina servidumbre,  
 No sin tormento vuestro, no sin llanto;  
 ¿Qué vale ¡oh pobres! levantaros tanto?  
 Mirad que es necio error, necia costumbre  
 Soltar á la soberbia así la rienda;  
 Que yo apenas, humilde y sin contienda,  
 Puedo contar en paz algunas horas  
 De las que paso en el silencio obscuro,  
 Ovidado en pobreza y no seguro.

## XII (21).

Herviente ardor en los primeros años  
 Así rigió tu acero,  
 Que su furor temblaba Marte fiero,  
 Llorando al mismo tiempo los engaños  
 De Lais y Flora, á Yénus obediente.  
 Luego, en edad mas alta y floreciente,  
 Al britano pirata, al enemigo

(21) Fernandez dice en su coleccion:  
 «Este fragmento y el siguiente se han sacado del códice donde  
 están las poesías de RÍOJA. Parecen semejantes á las cosas que él  
 hacia, y por eso los hemos colocado aqui, sin que nos atrevamos  
 á asegurar que sean efectivamente suyos.»

Belga, que con airada y fuerte mano  
 Infestaba la paz del Océano,  
 Fuiste horror y castigo.  
 Ya fiel á la natura, que te llama  
 Con las musas el templo de la Fama,  
 Tan culto el plectro suena,  
 Que iguala, si no vence, tu camena  
 La de Minturno y Taso,  
 Y es esplendor del español Parnaso.  
 Así lebrez valiente y generoso,  
 De la ira llevado,  
 Indómito y furioso,  
 Rompe los hierros á que estaba atado,  
 Y á la primera voz del dueño ausente,  
 Confuso, la prision dura consiente,  
 Venciendo con leal naturalidad  
 La llama juvenil de su liereza.

## XIII.

## Al fuego.

El fuego que emprendió leves materias,  
 Ligeras y atrevidas,  
 Cuanto fueron mas fáciles y aerias,  
 Cuanto mas estorbadas y oprimidas,  
 Tanto con mas espíritu se esfuerza  
 A levantar en sus ardientes alas  
 Los palacios augustos  
 Y los montes mas altos y robustos;  
 Mas apenas tonante  
 De los cóncavos senos de la mina  
 El aire se arrebató  
 Y en círculos de humo se dilata,  
 Cuando no se ve mas que la ruina,  
 Rotas columnas y deshechas basas,  
 Ceniza y polvo obscuro  
 Del alta mole y del trabado muro.  
 Impia hazaña y fiera,  
 Por conseguir el natural intento  
 Resolver la firmeza al grave asiento  
 De inmutable montaña;  
 Impia y atroz hazaña  
 Y cruda condicion, dar al deseo  
 Imperio de tirano  
 Y al vano afecto poderosa mano.  
 No así vagante llama  
 Tiende el cabello sobre antigua selva,  
 Y rompe y se derrama  
 Por los hojosos senos, ambiciosa  
 De conservar su luz maravillosa,  
 Y esforzada del viento,  
 Discurre por el bosque á paso lento.  
 Esplende y arde en el silencio obscuro,  
 Emula de los astros;  
 Arde y esplende al rutilante y puro  
 Cándido aparecer de la mañana,  
 Y sobra y vence al sol siempre segura.  
 Abrasadora del verdor del pino,  
 Levanta entre sus ramas  
 Globos de fuego y máquinas de llamas,  
 Y en el sólido tronco y mas secreto  
 Del laurel y el abeto  
 Estalla y gime y luce,  
 Nunca del Euro ó Noto escurecida  
 Ni de la inmensa lluvia destruida;  
 Tal en mi pecho inapagable incendio  
 Eterno se sustenta,  
 Y tal como violenta  
 Y vana y leve exhalacion buyerón  
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

## CANCION.

## A las ruinas de Itálica (22).

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
 Campos de soledad, mustio collado,  
 Fueron un tiempo Itálica famosa;  
 Aqui de Cipion la vencedora

Colonia fué; por tierra derribado  
 Yace el temido honor de la espantosa  
 Muralla, y lastimosas  
 Reliquia es solamente  
 De su invencible gente.  
 Solo quedan memorias funerales  
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;  
 Este llano fué plaza, allí fué templo;  
 De todo apenas quedan las señales.  
 Del gimnasio y las termas regaladas

crito en la biblioteca Colombina). RIOJA aprovechó algunos versos de su paisano, dejando la cancion con mayor mérito. El principio de la suya es semejante á un soneto al mismo asunto que escribió Medrano, como puede verse en sus poesías. La cancion de Rodrigo Caro, que ha sido en varias ocasiones publicada, dice así:

Este es, si no me engaño, el edificio  
 De Publio Scipion, de Roma gloria,  
 Colonia de sus gentes victoriosas;  
 Con él el tiempo ejerció su oficio,  
 Y porque se leyese su memoria  
 Dejó aquestas reliquias espantosas,  
 Que las manos rabiosas  
 De el alarbe fiero  
 En el día postrero  
 Le consagró en sus aras inmortales.  
 Los muros, ya que tan ilustres fueron,  
 Combatidos de arietes cayeron  
 Para campos de incultos matorrales.  
 ¡Qué de dorados lazos tragó el fuego,  
 Qué de soberbias torres sumió luego  
 El hondo abismo!; Aun apenas vemos  
 Iguales en la tierra sus extremos!  
 Aqueste destrozado anfiteatro,  
 Donde por daño antiguo y nueva afrenta  
 Renace ahora el verde jaramago,  
 Ya convertido en trágico teatro,  
 ¡Cuán miserablemente representa  
 Que su labor se iguala con su estrago!  
 ¡Cómo, desierto y vago,  
 La grita y vocería  
 Que oírse en él solia  
 Se ha convertido en un silencio mudo,  
 Que aun siendo herido en cavernosos huecos,  
 Apenas vuelve mis dolientes ecos,  
 De su artificio natural desnudo!  
 Mas, si para entender estos despojos  
 Los oídos del alma son los ojos,  
 Aunque confusos miran lo presente,  
 Mil voces de dolor el alma siente.  
 En esta turbia y solitaria fuente,  
 Que un tiempo sus purísimos cristales  
 En mármol y alabastro derramaba,  
 Dejando el padre Bétis su corriente,  
 Con debido laurel las inmortales  
 Siervas del docto Sillio coronaba,  
 Y claras le mostraba  
 En sus ondas azules  
 Las fases y curules  
 Con que á Roma y al mundo mandaria,  
 Y aquel sangriento y lamentable estrago  
 Que por los hados de la gran Cartago  
 En grave y alto estilo cantaria.  
 ¡Bétis! ¡ah Bétis! Sordo pasa el río.  
 Sillio ¿dónde estás? ¡Sillio, Sillio mio!  
 Sillio desapareció, y la fuente ahora  
 Con el agua que vierte á Sillio llora.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
 Columna de la paz, honor de España,  
 Felice triunfador, regio Trajano,  
 Ante quien muda se postro la tierra  
 De las islas que el mar pérsico baña  
 Hasta el limite patrio gaditano;  
 Aquí de Elio Adriano,  
 De Teodosio excelente,  
 De su padre valiente  
 Rodaron de marfil y oro las cunas;  
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines  
 Coronados los vieron los jardines,  
 Que ahora son zarzales y lagunas;  
 La casa para el César fabricada,  
 Hoy del lagarto vil es habitada;  
 Casas, jardines, césares murieron,  
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.  
 Mas, ya que en balde lloro tu ruina,  
 Y con el mio tu dolor renuevo,  
 ¡Oh! para siempre Itálica famosa!  
 Pues de toda tu historia peregrina  
 Solo el dolor y la memoria llevo,  
 A quien te mira como yo, forzosa,

(22) Esta poesía, según opinion común entre los literatos, está escrita á imitación de una sobre el mismo asunto que compuso en 1604 Rodrigo Caro. Hallase en el *Memorial de Utrera* (manus-

Leves vuelan cenizas desdichadas;  
Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,  
Impio honor de los dioses, cuya afrenta  
Publica el amarillo jaramago,  
Ya reducido á trágico teatro,  
¡Oh fábula del tiempo! representa  
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.  
¿Cómo en el cerco vago  
De su desierta arena  
El gran pueblo no suena?  
¿Dónde pues, fieras, ¡ay! está el desnudo  
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
Todo desapareció, cambió la suerte  
Voces alegres en silencio mudo;  
Mas aun el tiempo da en estos despojos  
Espectáculos fieros á los ojos,  
Y miran tan confusos lo presente,  
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra  
Que ve del sol la cuna y la que baña  
El mar, tambien vencido, gaditano.  
Aquí de Elio Adriano,  
De Teodosio divino,  
De Silio peregrino  
Rodaron de marfil y oro las cunas.  
Aquí ya de laurel, ya de jazmines  
Coronados los vieron los jardines,  
Que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada  
¡Ay! yace de lagartos vil morada;  
Casas, jardines, césares murieron,  
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
La vista en luengas calles destruidas;  
Mira mármoles y arcos destrozados,  
Mira estatuas soberbias que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas,  
Y ya en alto silencio sepultados  
Sus dueños celebrados.  
Así á Troya figuro,  
Así á su antiguo muro,  
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,  
¡Oh patria de los dioses y los reyes!  
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,  
Fábrica de Minerva, sabia Atenas,  
Emulacion ayer de las edades,  
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,  
Que no os respetó el hado, no la muerte,  
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama  
En buscar al dolor nuevo argumento?  
Basta ejemplo menor, basta el presente,  
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,  
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;  
Tal genio ó religion fuerza la mente  
De la vecina gente,  
Que refiere admirada  
Que en la noche callada  
Una voz triste se oye, que, llorando,

Permíteme piadosa,  
En pago de mi llanto,  
Que vea el cuerpo santo  
De Geroncio, tu mártir y prelado;  
Dame de su sepulcro algunas señas,  
Y cavaré con lágrimas las peñas  
Que cubren su sarcófago sagrado;  
Pero mal pido tu único consuelo,  
Pues solo aqúese bien te dejó el cielo.  
Guarda en las tuyas sus reliquias bellas  
Para envidia del mundo y las estrellas.  
¡Ay, despoñada y de conceptos llena,  
Itálica hermosa,  
Que los que comunicas lastimosa  
Los borra al producir la grave pena;  
Y como muda lloras tu ruina,  
Lágrimas y silencio es tu doctrina!

*Cayó Itálica dice, y lastimosa,*  
Eco reclama *Itálica* en la hojosa  
Selva que se le opone, resonando  
*Itálica*, y el claro nombre oido  
De *Itálica* renuevan el gemido  
Mil sombras nobles de su gran ruina;  
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido  
Huésped, á tus sagrados manes debo,  
Les dó y consagro, *Itálica* famosa.  
Tú, si lloroso don han admitido  
Las ingratas cenizas, de que llevo  
Dulce noticia asaz, si lastimosa,  
Permíteme, piadosa  
Usura á tierno llanto,  
Que vea el cuerpo santo  
De Geroncio, tu mártir y prelado.  
Muestra de su sepulcro algunas señas,  
Y cavaré con lágrimas las peñas  
Que ocultan su sarcófago sagrado;  
Pero mal pido el único consuelo  
De todo el bien que airado quitó el cielo.  
Goza en las tuyas sus reliquias bellas  
Para envidia del mundo y las estrellas (25).

## EPÍSTOLA MORAL (24).

Sobre la vida del filósofo.

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al mas astuto nacen canas (25).  
El que no las limare ó las rompiere (26),  
Ni el nombre de varon ha merecido,  
Ni subir al honor que pretendiere.  
El ánimo plebeyo y abatido  
Elija, en sus intentos temeroso,  
Primero estar suspenso que caído;  
Que el corazon entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.  
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente  
Que supo retirarse la fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.  
Esta invasion terrible é importuna (27)  
De contrarios sucesos nos espera  
Desde el primer sollozo de la cuna (28).  
Dejémosla pasar como á la liera  
Corriente del gran Bétis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su ribera.  
Aquel entre los héroes es contado  
Que el premio mereció, no quien le alcanza  
Por vanas consecuencias del estado.  
Peculio propio es ya de la privanza,  
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia  
Con su temida espada y su balanza.  
El oro, la maldad, la tiranía  
Del inícuo procede y pasa al bueno.  
¿Qué espera la virtud ó qué confia?  
Ven y reposa en el materno seno  
De la antigua Romúlea, cuyo clima  
Te será mas humano y mas sereno;  
Adonde por lo menos, cuando oprima  
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:  
«Blanda le sea,» al derramarla encima;  
Donde no dejarás la mesa ayuno  
Cuando te falte en ella el pece raro  
O cuando su pavon nos niegue Juu.  
Busca pues el sosiego dulce y caro,  
Como en la obscura noche del Egeo

(25) Los modernos colectores de poesías acostumbrañ suprimir esta última estancia por creerla indigna de RÍOJA. Es verdad que este ingenio anduvo en ella mas cristiano que poeta.

(24) Sedano puso esta epístola en el tomo primero de *El Parnaso español* como obra de Bartolomé Leonardo de Argensola.

(25) Así Sedano; Fernandez, Marchena y otros leen:

Y donde al mas activo nacen canas.

(26) Y el que no las limare ó las rompiere.—*Texto de Sedano.*

(27) Esta invasion protija é importuna.—*Id.*

(28) Desde el primer sollozo hasta la cuna.—*Id.*

Busca el piloto el eminente faro;  
 Que si acortas y ciñes tu deseo,  
 Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;  
 Que la opinion vulgar es devaneo.»  
 Mas precia el ruiseñor su pobre nido (29)  
 De pluma y leves pajas, mas sus quejas  
 En el bosque repuesto y escondido,  
 Que agradar lisonjero las orejas  
 De algun principe insigne, aprisionado  
 En el metal de las doradas rejas,  
 Triste de aquel que vive destinado  
 A esa antigua colonia de los vicios,  
 Augur de los semblantes del privado.  
 Cese el ansia y la sed de los oficios;  
 Que acepta el don y burla del intento  
 El idolo á quien haces sacrificios,  
 Iguala con la vida el pensamiento,  
 Y no le pasarás de hoy á mañana,  
 Ni quizá de un momento á otro momento.  
 Casi no tienes ni una sombra vana  
 De nuestra antigua Itálica, y ¿qué esperas (30),  
 Oh error perpetuo de la suerte humana?  
 Las enseñanzas grecianas, las banderas  
 Del senado y romana monarquía  
 Murieron, y pasaron sus carreras (31).  
 ¿Qué es nuestra vida mas que un breve día (32)  
 Do apenas sale el sol cuando se pierde  
 En las tinieblas de la noche fría?  
 ¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,  
 Seco á la tarde? ; Oh ciego desvario!  
 ¿Será que de este sueño me recuerde (33)?  
 ¿Será que pueda ver que me desvío  
 De la vida viviendo, y que está unida  
 La cauta muerte al simple vivir mio?  
 Como los rios, que en veloz corrida (34)  
 Se llevan á la mar, tal soy llebado  
 Al último suspiro de mi vida.  
 De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
 O ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,  
 Sin ninguna noticia de mi hado?  
 ;Oh, si acabase, viendo cómo muero,  
 De aprender á morir antes que llegue  
 Aquel forzoso término postrero;  
 Antes que aquesta mies inútil siegue  
 De la severa muerte dura mano,  
 Y á la comun materia se la entregue!  
 Pasáronse las flores del verano,  
 El otoño pasó con sus racimos,  
 Pasó el invierno con sus nieves cano (35);  
 Las hojas que en las altas selvas vimos  
 Cayeron, ;y nosotros á porfia  
 En nuestro engaño inmóviles vivimos!  
 Temamos al Señor que nos envia  
 Las espigas del año y la hartura,  
 Y la temprana lluvia y la tardía (36).  
 No imitemos la tierra siempre dura  
 A las aguas del cielo y al arado,  
 Ni la vid, cuyo fruto no madura.  
 ¿Piensas acaso tú que fué criado  
 El varon para rayo de la guerra (37),  
 Para sulcar el piélagos salado,  
 Para medir el orbe de la tierra  
 Y el cerco donde el sol siempre camina?  
 ;Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

(29) Mas quiere el ruiseñor su pobre nido.—*Texto de Sedano.*

(30) Así el texto de Marchena; Sedano dice:

Casi no tienes ni una sombra vana  
 De nuestra antigua Itálica, y esperas.

Don Ramon Fernandez lee:

Casi no tienes ni una sombra vana  
 De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?

(31) Murieron acabando sus carreras.—*Texto de Sedano.*

(32) ¿Qué es nuestra vida mas que un breve día?—*Id.*

(33) Así Sedano y Marchena; Fernandez escribe:

¿Será que de este sueño se recuerde?

(34) Como los rios en veloz corrida.—*Texto de Sedano.*

(35) Pasó el invierno con sus nieves cano.—*Id.*

(36) Y la temprana mies y la tardía.—*Id.*

(37) Así Marchena; Sedano, Fernandez y otros leen:

El varon para el rayo de la guerra.

Esta nuestra porcion, alta y divina,  
 A mayores acciones es llamada  
 Y en mas nobles objetos se termina.  
 Así aquella que al hombre solo es dada (38),  
 Sacra razon y pura, me despierta,  
 De esplendor y de rayos coronada;  
 Y en la fria region dura y desierta  
 De aqueste pecho enciende nueva llama (39),  
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.  
 Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,  
 Y callado pasar entre la gente,  
 Que no afecto á los nombres ni la fama (40).

El soberbio tirano del Oriente,  
 Que maciza las torres de cien codos  
 Del cándido metal puro y luciente,  
 Apenas puede ya comprar los modos  
 Del pecar; la virtud es mas barata,  
 Ella consigo misma ruega á todos.  
 ;Pobre de aquel que corre y se dilata (41)  
 Por cuantos son los climas y los mares,  
 Perseguidor del oro y de la plata!

Un angulo me basta entre mis lares (42),  
 Un libro y un amigo, un sueño breve,  
 Que no perturben deudas ni pesares,

Esto tan solamente es cuanto debe  
 Naturaleza al simple y al discreto (43),  
 Y algun manjar comun, honesto y leve.  
 No, porque así te escribo, hagas conceto  
 Que ponga la virtud en ejercicio (44);  
 Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio (45),  
 Y el ánimo enseñar á ser modesto;  
 Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
 De sólida virtud; que aun el vicioso  
 En sí propio le nota de molesto (46);

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
 Este camino sea al alto asiento,  
 Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
 Aquella Inteligencia que mensura  
 La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,  
 Luego materia acerba y desabrida,  
 Y perfecta despues, dulce y madura;

Tal la humana prudencia es bien que mida  
 Y dispense y comparta las acciones  
 Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones  
 Que gritan en las plazas macilentos,  
 De la virtud infames histriones (47);

Esos inmundos trágicos, á tentos  
 Al aplauso comun, cuyas entrañas  
 Son infectos y oscuros monumentos (48).

¿Cuán callada que pasa las montañas  
 El aura, respirando mansamente!

(38) Así aquella que á solo el hombre es dado.—*Texto de Sedano.*

(39) De aqueste pecho enciende viva llama.—*Id.*

(40) Que no afecto los nombres ni la fama.—*Textos de Sedano, Fernandez y otros.*

(41) ;Misero aquel que corre y se dilata!—*Texto de Sedano.*

(42) Un angulo me falta entre mis lares.—*Id.*

(43) Fernandez, Marchena y otros leen:

Naturaleza al parco y al discreto.

(44) Que ponga la verdad en ejercicio.—*Texto de Sedano.*

(45) Basta que empiece á aborrecer el vicio,  
 Y del camino enseñe al que es modesto.—*Id.*

(46) En sí propio le trata de modesto.—*Id.*

(47) Copio el texto de Marchena; Sedano escribe:

No quiera Dios que siga los varones  
 Que moran nuestras plazas macilentos.

Fernandez pone:

Ni quiera Dios que imite estos varones  
 Que moran nuestras plazas macilentos.

(48) Así Sedano, Marchena y otros; Fernandez lee:  
 Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Qué gárrula y sonante por las cañas! (49);  
 ¡Qué muda la virtud por el prudente!  
 Qué redundante y llena de ruido (50)  
 Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
 En las costumbres solo á los mejores,  
 Sin presumir de roto y mal ceñido (1).

No resplandezca el oro y los colores  
 En nuestro traje, ni tampoco sea  
 Igual al de los dóricos cantores.  
 Una mediana vida yo posea,  
 Un estilo común y moderado,  
 Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
 Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
 Como en el vaso Murino preciado;  
 Y alguno tan ilustre y generoso,  
 Que usó, como si fuera plata neta,  
 De cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfecta  
 Alguna cosa? ¡Oh muerte! vén callada (2),  
 Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada  
 De fuego y de rumor; que no es mi puerta  
 De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra se cubierta,  
 Su esencia la verdad, y mi albedrío (3)  
 Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío (4),  
 Ni al arte de decir, vana y pomposa,  
 El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa  
 Que el vicio la virtud? Es menos fuerte (5)?  
 No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
 Se arroja al mar, la ira á las espadas,  
 Y la ambición se rie de la muerte.

Y ¿no serán siquiera tan osadas  
 Las opuestas acciones, si las miro  
 De mas ilustres genios ayudadas?

(49) ¡Qué calada que pasa á las montañas  
 El aura, respirando blandamente!  
 ¡Qué jarrula sonante por las cañas.—*Texto de Sedano.*

(50) Que redundante altera de ruido.—*Id.*

(1) Sin presumir de roto ó mal ceñido.—*Id.*

(2) Alguna cosa ó muerta ó encallada.—*Id.*

(3) Su esencia la verdad y el albedrío.—*Id.*

(4) No te burles de mí cuando confío.—*Id.*

(5) Que el vicio la virtud ó menos fuerte.—*Id.*

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
 De cuanto simple amé; rompi los lazos.  
 Vén y verás al alto fin que aspiro (6),  
 Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

## SEXTINA (7).

Crespas, dulces, ardientes hebras de oro,  
 Que ondas formais por la caliente nieve,  
 ¿Cuándo veré salir las albas luces,  
 Contento de encenderme en vuestro fuego,  
 Que deje de volver al triste llanto,  
 Bañado en cana espuma como cisne?

Igual entonces al tebano cisne,  
 Siempre ilustrara los celajes de oro,  
 Por quien el corazón destilo en llanto,  
 O asombren sueltos la púrpura nieve  
 Que esparce rayos de invisible fuego,  
 O recojan en áurea red sus luces.

Mas mientras viere tus divinas luces  
 No dejaré de andar enal blanco cisne,  
 Cantando en muerte el amoroso fuego  
 En que me encienden, y los cereos de oro  
 Que me desatan, como el sol la nieve,  
 Por los ojos continuo en dulce llanto.

Siempre resuelto estoy en puro llanto,  
 Salgan de Febo ó del Dragon las luces,  
 Cayá dulce rocío ó caya nieve;  
 Y aunque mas dulce cante que albo cisne,  
 Nunca veré el compuesto en nieve y oro  
 Con blandos ojos á mi ardiente fuego.

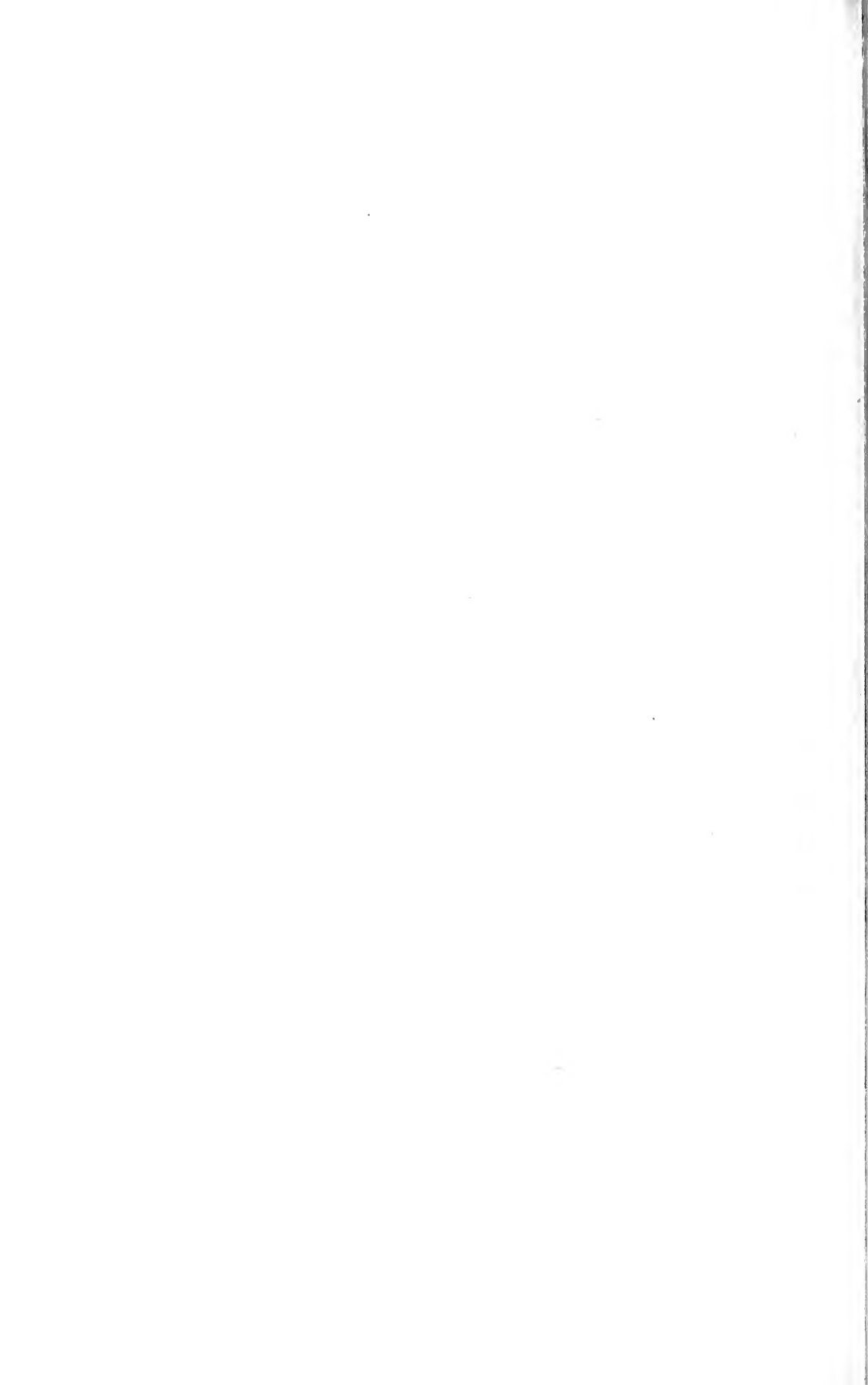
¡Oh, si ya consumiese el duro fuego  
 El miserable corazón en llanto,  
 Y nunca viesen mas bordarse en oro  
 El cielo á la mañana aquestas luces!  
 Pues ando siempre en ondas, como cisne,  
 Cuando sale la noche y cae la nieve.

Bien sé, triste, que puede arder la nieve  
 Cuando se acabe mi infinito fuego,  
 Y que habitar en él bien puede el cisne  
 Cuando toque piedad del grave llanto  
 A mi Eliodora en sus acerbos luces,  
 Y cuando esté ligado en lazos de oro.

Pues no me enlaza el oro ni la nieve,  
 Den fin tus luces á mi ardiente fuego,  
 Y en llanto y muerte cantaré cual cisne.

(6) Vén, y verás el grande fin que aspiro.—*Texto de Sedano.*

(7) Hállase en el tomo viii de *El Parnaso español*. No se reimpri-  
 mó en la coleccion de Fernandez. El estilo mas parece de Her-  
 rera que de Rioja.





# POESIAS

DE

## DON JUAN DE ARGUIJO.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE LOPE DE VEGA.

(*En la dedicatoria de la Dragontea al mismo ARGUIJO.*)

Si como de amigos familiares, fueran de todos vistos los versos que vuestra merced escribe, no era menester mayor probanza de lo que aquí se trata; que huyendo toda lisonja, como quien sabe cuánto vuestra merced la aborrece... dudo que se hayan visto mas graves, limpios y de mayor decoro, y en que tan altamente se conoce su peregrino ingenio.

---

#### DEL MAESTRO FRANCISCO MEDINA.

(*En los Apuntamientos á los sonetos de ARGUIJO; Sevilla, 1841.*)

O yo estoy tan olvidado de esta facultad, ó es el autor de los sonetos tan aventajado en ella, que los dientes de la lima no hallan en qué hacer presa, por mas que los aguce la mala intencion de quien tiene mas de Zoilo que de Aristarco.

---

#### DE RODRIGO CARO.

(*En los Claros varones en letras, naturales de Sevilla.*)

DON JUAN DE ARGUIJO, veinte y cuatro de Sevilla, no solo elegantisimo poeta, sino el Apolo de todos los poetas de España.

---

#### DE LORENZO GRACIAN.

(*En la Agudeza y arte de su ingenio; Madrid, 1674.*)

DON JUAN DE ARGUIJO, uno de los mayores ingenios de España... atiende mas á la profundidad y gravedad del concepto que á la verbosa altanería.

---

## POESÍAS

# DE DON JUAN DE ARGUIJO.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SONETO PRIMERO.

Dido y Eneas.

De la fenisa reina importunado  
El teucro huésped, le contaba el duro  
Estrago que asoló el troyano muro (1)  
Y echó por tierra el Ilión sagrado;  
Contaba la traicion y no esperado  
Engaño de Sinon falso y perjuro,  
El derramado fuego, el humo oscuro,  
Y Anquises en sus hombros reservado;  
Contó la tempestad que, embravecida,  
Causó á sus naves lamentable daño,  
Y de Juno el rigor no satisfecho;  
Y mientras Dido escucha enternecida  
Las griegas armas y el incendio extraño,  
Otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

#### II.

Troya.

El que soberbio á no temer se atreve  
La fuerza oculta del violento hado (2),  
Y en alegre fortuna confiado,  
De los dioses creyó el aplauso leve,  
Ejemplo tome de mi gloria breve,  
En cuyo fin dejó el egipcio armado  
El turbio Nilo, y vino el seita osado (5)  
Que el puro Tánaís y el Oronta bebe.  
Troya fui, de los dioses obra ilustre,  
Honor del Asia, hermosa, rica y fuerte (4),  
Madre de reinos, y del mundo espanto.  
Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre  
Solo han quedado ¡oh miserable suerte! (5)  
Cenizas viles y afrentoso llanto.

#### III.

La constancia.

Aunque en soberbias olas se revuelva (6)  
El mar, y conmovida en sus cimientos  
Gima la tierra, y los contrarios vientos  
Talen la cumbre en la robusta selva (7);  
Aunque la ciega confusion envuelva  
En discordia mortal los elementos,  
Y con nuevas señales y portentos  
La máquina estrellada se disuelva,

(1) El texto de Colon dice:

Estrago que abrasó el troyano muro.

(2) La varia fuerza del mudable hado.—*Texto de Colon.*

El maestro Medina decia que *mudable* «epiteto es que no le he visto dar al hado, aunque veo se lo da vuestra merced por el efecto. Yo dijera *la varia* fuerza del violento hado.»

(5) Al claro Nilo, y vino el seita osado.—*Texto de Colon.*

(4) De la Asia honor, hermosa, rica y fuerte.—*Id.*

(5) Solo ha quedado ¡miserable suerte! —*Id.*

(6) Aunque en furiosas ondas se revuelva.—*Id.*

(7) Talen la cumbre de robusta selva.—*Id.*

No desfallece ni se ve oprimido  
Del varon justo el ánimo constante (3),  
Que su mal como ajeno considera;  
Y en la mayor adversidad sufrido,  
La airada suerte con igual semblante  
Mira seguro y alentado espera.

#### IV.

A Baco.

A tí, de alegres vides coronado,  
Baco, gran padre domador de Oriente,  
He de cantar; á tí, que blandamente  
Tiemplas la fuerza del mayor cuidado;  
Ora castigues á Licurgo airado,  
O á Penteo en tus aras insolente,  
Ora te mire la festiva gente (9)  
En sus convites dulce y regalado,  
O ya de tu Ariadrea al alto asiento  
Subas ufano la mortal corona (10),  
Ven fácil, ven humano al canto mío;  
Que si no desmerece el sacro aliento (11),  
Mi voz penetrará la opuesta zona,  
Y al Tibre envidiará el Hispalio río.

#### V.

A la muerte de Ciceron (12).

Deten un poco la cobarde espada,  
Cruel Pompilio, ingrato, y considera  
La injusta empresa que á tu brazo espera,  
Y largos siglos ha de ser llorada.  
¿Posible es que se ve tu mano armada  
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera  
En igual recompensa de la fiera  
Muerte, á tu ingratitud recomendada?  
¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria  
Del recibido bien, que al obstinado  
Ninguna cosa de su error le muda!  
Desciende el golpe sobre la alta gloria  
De la latina lengua; derribado (15)  
Deja el valor, y la elocuencia muda.

(8) Del varon fuerte el corazon constante.—*Texto de Fernandez.*

(9) Ora te halle la festiva gente.—*Texto de Colon.*

(10) Subas ufano la inmortal corona.—*Id.*

(11) Que si no desmerezo el sacro aliento,  
Mi voz quebrantará la opuesta zona,  
Y al Tibre inundará el Hispalio río.—*Texto de Fernandez.*

El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos*:

«La fanfarría poética de este último terceto parece de algun trovador nacido y crecido en la *rúa nova de Lisboa*. Salga por ende de Castilla.

«Este soneto sería bueno á sus solas, pero no lo parece puesto en decena de otros mejores; podemos decir del lo que dijo el cazador vizcaíno del ruiseñor que mató: «Amigo, amigo, todo sois palabras.» Habiale agradado el estruendo del canto, mas no le agradó la sustancia del cuerpo.»

(12) El maestro Medina dice:

«Vos, soneto, sois el mejor que leí en mi vida, y sin tocaros, os venero de lejos.»

(15) De la latina lengua y derribado.—*Texto de Colon.*

## VI.

Júpiter á Ganimédes.

No temas ; oh bellissimo troyano !  
Viendo que, arrebatado en nuevo vuelo,  
Con corvas uñas te levanta al cielo  
La feroz ave por el aire vano.

¿Nunca has oído el nombre soberano  
Del alto olimpo, la piedad y el celo  
De Júpiter, que da la lluvia al suelo  
Y arma con rayos la tonante mano,

A cuyas sacras aras humillado,  
Gruesos toros ofrece el teucro en Ida,  
Implorando remedio á sus querellas ?

El mismo soy ; no al águila eres dado  
En despojo ; mi amor te trae, olvida  
Tu amada Troya y sube á las estrellas (11).

## VII.

Psíquis á Cupido.

A tu divina frente ; oh poderoso  
Niño ! una venda con trabajo y arte  
Teji de oro y colores, donde parte  
Dibujé de tu triunfo glorioso (15) ;

En ella se ve atado al vitorioso  
Carro el gran Febo, que la luz reparte,  
Preso Mercurio, encadenado Marte,  
Y Vulcano con muestras de celoso.

No se pudo librar con las reales (16)  
Insiguías Jove ; mal pudiera Psique  
Resistir, si á estos rindes la fiera (17).

Agravan mi prision mayores males.  
Pues es fuerza que á un niño sacrifique (18)  
Mi firme amor, y á un ciego mi belleza.

## VIII.

Del tiempo.

(A Fernando de Saavedra.)

Mira con cuánta priesa se desvía  
De nosotros el sol, al mar vecino,  
Y aprovecha, Fernando, en tu camino  
La luz pequeña de este breve día.

Antes que en tenebrosa noche fría  
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,  
Y aventurado en manos del destino,  
Vagues errando por incierta vía.

Hagante ajenos casos enseñado,  
Y el miserable fin de tantos pueda  
Con fuerte ejemplo apereibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado (19)  
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda  
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

## IX.

Al Guadalquivir, en una avenida.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,  
Hasta donde tu nombre se dilata,  
Preciosos dones de luciente plata (20),  
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo (21) ;

Para enya corona, como á solo  
Rey de los rios, entreteje y ata  
Pálas su oliva con la rama ingrata  
Que contempla en tus márgenes Apolo ;

Claro Guadalquivir, si impetuoso  
Con crespas ondas y mayor corriente (22)  
Cubrieres nuestros campos mal seguros,

De la mejor ciudad, por quien famoso  
Alzas igual al mar la altiva frente,  
Respecta humilde los antiguos muros.

## X.

Fabio y Licori, ramera.

De la astuta Licori á los umbrales  
Te vió saliendo el sol, ¡oh Fabio amigo!  
Creció en su luz el día, y fué testigo  
De tu lamento y quejas desiguales.

Oyó tambien el Héspero tus males,  
La blanca luna se dolió contigo ;  
Mas el ingrato dueño, tu enemigo,  
Ni aun de corta piedad mostró señales.

¿Cuál otro galardón en tal porfía,  
Inútil yedra de su puerta, esperas ?  
¿Hasta cuándo tu propio engaño adoras ?

Huye la liera Circe y cruel arpía,  
Que alegre en ver que por su causa mueras,  
Riendo está lo mismo que tú lloras.

## XI.

Vénus en la muerte de Adónis.

Después que en tierno llanto desordena  
Citerca la voz por el violento

Fin de su Adónis, y con triste acento  
El bosque Idalio á su dolor resuena,

Y en flor sobre el acanto y azucena  
Hermosa trueca el misero y sangriento  
Joven, modera el grave sentimiento,  
Y el impetu á sus lágrimas enfrena ;

Y no hallando en su tristeza medio (23),  
Vuelve al usado ornato, y reflorrece  
Del ya sereno rostro la luz pura ;

Así el pesar con la razon descrece  
Desesperado el bien ; que tal vez cura  
A un grande mal la falta de remedio.

## XII.

Las estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora (24)  
Bienes la primavera, da colores

Al campo y esperanza á los pastores  
Del premio de su fe la bella Flora (25) ;

Pasa ligero el sol adonde mora  
El canero abrasador, que en sus ardores (26)  
Destruye campos y marchita flores,  
Y el orbe de su lustre descolora ;

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta  
Adornar Baco de sus dones quiere (27) ;  
Luego el invierno en su rigor se extrema (28).

¡Oh variedad comun, mudanza cierta !  
¿Quién habrá que en sus males no te espere ?  
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

## XIII.

Apolo á Dafne.

«Victorioso laurel, Dafnes esquivá,  
En cuyas verdes hojas la memoria

De tu rigor y de mi triste historia (29)  
Quiere el amor que eternamente viva.

«La antigua palma y abundante oliva (30)

A ti de hoy mas inclinarán su gloria ;

Tú cenirás en premio de vitoria

Del fuerte vencedor la frente altiva.»

Dijo el hurlado Cintio, y á la dura (31)

Cortezas asido, la contempla, y luego

Repite : «¡Dafne fiera ! ¡Mármol frío !

«Del rayo ardiente vivirás segura ;

Que no es bien que consienta ajeno fuego

Quien pudo resistir al fuego mio.»

(14) Tu amada Troya, y sube á mis estrellas.—*Texto de Colon.*(15) Retraté de tu triunfo glorioso.—*Id.*(16) Ni se pudo librar con las reales.—*Id.*(17) Resistir si á estos rindes la fiera.—*Id.*(18) Siendo fuerza que á un niño sacrifique.—*Id.*(19) Larga jornada, plazo limitado.—*Id.*(20) Preciosos dones y luciente plata.—*Id.*(21) Y cuando envidia el Tajo y el Pactolo.—*Id.*(22) Con prestas ondas y mayor corriente.—*Id.*(23) Y no hallando á su tristeza medio.—*Texto de Colon.*(24) Vierte alegre su copia, en que atesora.—*Id.*(25) Da el premio de su fe la bella Flora.—*Id.*(26) El canero destructor, que en sus ardores.—*Id.*(27) Baco de dulces dones vestir quiere.—*Id.*(28) Sigue el invierno, y su rigor se extrema.—*Id.*(29) De tu desden y de mi triste historia.—*Id.*(30) La antigua palma y la abundosa oliva.—*Id.*(31) Dijo el crinado Apolo, y á la dura.—*Id.*

## XIV.

Sísifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga  
El grave peso que en sus hombros lleva  
Sísifo al alto monte, y cuando prueba  
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga  
Suerte cruel su nuevo afán renueva (32);  
Vuelve otra vez á la difícil prueba,  
Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdicha mía,  
Pues algun tiempo alivia en su tormento  
Los hombros, á tal carga desiguales (33).

Sufro peso mayor con tal porfía;  
Que un punto no perdona al pensamiento  
La importuna memoria de mis males.

## XV.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho  
De Colatino la consorte amada,  
Y en la tirana fuerza disculpada,  
Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con hierro agudo el casto pecho,  
Y abre camino al alma, que indignada  
Baja á la obscura sombra, do vengada.  
Aun duda si su agravio ha satisfecho (34).

Venció al paterno llanto endurecida,  
Y de su esposo el ruego, que no basta,  
Menospreció con un fatal desvío (35).  
«Ceda al debido honor la dulce vida (36);  
Que no es bien, dijo, que otra menos casta (37)  
Ose vivir con el ejemplo mio.»

## XVI.

Casandra.

Cuando en horror medroso y ciego espanto  
Por los teucros discurre Alecto airada,  
Y el impio acero de la griega espada  
Hace crecer con frigia sangre el Janto,

Entre los gritos y confuso llanto (38)  
De la misera gente descurrida  
Alza la voz Casandra, arrebatada  
De profético aliento y furor santo (39).

«En tus cenizas, dice, ¡oh patria cara!  
Se guarda el fuego cuya llama ardiente  
Hará costosa á Grecia esta victoria.

»Otra renacerá de tí mas clara  
Troya, por quien tu nombre eternamente  
Vuelva á vivir en mas dichosa historia.»

## XVII.

La avaricia (40).

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,  
Que en impia mesa su rigor provoca,  
Medir queriendo en competencia loca  
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano  
El árbol fugitivo casi toca;  
Huye el copioso Eridano á su boca,  
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras  
Que el cercano manjar en largo ayuno  
Al gusto falte y á la vida sobre,

¿Cómo de muchos Tántalos no miras  
Ejemplo igual? Y si codicias uno,  
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

## XVIII.

Ulises.

El griego vencedor que tantos años  
Vió contra si constante la fortuna;  
El que pudo sagaz de la importuna  
Circe vencer los mágicos engaños;

El que en nuevas regiones y en extranos  
Mares temer no supo vez alguna;  
El que, bajando á la infernal laguna,  
Libre volvió de los eternos daños,

Los ojos cubre y cierra los oídos  
De las sirenas á la vista y canto,  
Y se manda ligar á un mástil duro;  
Y negando al objeto los sentidos,  
La engañosa belleza y fuerte encanto  
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

## XIX.

Piramo

«Tú, de la noche gloria y ornamento,  
Errante luna, que oyes mis querellas;  
Y vosotras, clarísimas estrellas,  
Luciente honor del alto firmamento,

»Pues ha subido allá de mi lamento (41)  
El son y de mi fuego las centellas,  
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!  
Si la merece; mi amoroso intento.»

Esto diciendo, deja el patrio muro  
El desdichado Piramo, y de Nino  
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.

¡Pronóstico infeliz, presagio duro  
De infaustas bodas, si ordenó el destino  
Que un tumulto por tálamo escogiera!

## XX.

Al mismo asunto.

El triste fin, la suerte infortunada (42)  
(Ajeno premio de la fe constante)

Del uno y otro miserable amante,  
A quien perdió una noche y una espada,  
Oculta en sombra oscura esta labrada (43)

Piedra. Tú, peregrino caminante,  
Repara el grave caso, con semblante  
Pío suspende el curso á tu jornada;

Que darás tiernas lágrimas no dudo  
A estas cenizas, donde aun dura ardiente (44)  
El fuego que causó desdicha tanta (45);

Debida compasión al mal que pudo  
Mudar color en la cercana fuente,  
Y el de su fruto en la silvestre planta (46).

## XXI.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,  
Que los altos pirámides afrenta  
Del egipcio soberbio, y no contenta,  
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo (47)  
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,  
Cuyas cenizas, de su amor sedienta,  
Bebe con ansias de inmortal deseo (48).

«En vano, dice, pretendió la muerte (49)  
De tí, dulce Mausolo, dividirme,

(32) Suerte cruel su duro afán renueva.—*Texto de Colon.*

(33) Los hombros á la carga desiguales.—*Id.*

(34) Aun duda si su ofensa ha satisfecho.—*Id.*

(35) Desestimó con un mortal desvío.—*Id.*

(36) Ceda el debido honor la dulce vida.—*Texto de Fernandez.*

(37) Que no es justo que otra menos casta.—*Texto de Colon.*

(38) Entre las quejas y confuso llanto.—*Id.*

(39) El maestro Medina tiene por admirables estos enartetos.

(40) Este soneto, antes que por Fernandez, fue publicado por Espinosa en las *Floras de poetas ilustres*, y despues por Gracian en la *Agudeza y arte de ingenio*.

(41) Pues han subido allá de mi lamento.—*Texto de Colon.*

(42) El nuevo fin, la suerte infortunada.—*Id.*

(43) Encierra en sombra oscura esta labrada.—*Id.*

(44) A las cenizas donde aun dura ardiente.—*Id.*

(45) El fuego en que cayó desdicha tanta.—*Texto de Fernandez.*

(46) Y el de su fruto en la insensible planta.—*Id.*

(47) Del tierno y casto pecho nuevo empleo.—*Texto de Colon.*

(48) Bebe con ansias de mortal deseo.—*Id.*

(49) Mal podrá, dice, la enemiga muerte.—*Id.*

Y en largo olvido sepultar tu gloria (1);  
 »Que de su injuria basta á defenderte (2)  
 Mi pecho, mas que el bronce y mármol firme,  
 Y eternizar mi amor y tu memoria.

## XXII.

Ariadna.

«¿A quién me quejaré del cruel engaño,  
 Arboles mudos, en mi triste duelo?  
 ;Sordo mar! ; Tierra extraña! ; Nuevo cielo!  
 ; Fingido amor! ; Costoso desengaño!  
 »Huyó el pérfido autor de tanto daño,  
 Y quedé sola en peregrino suelo (3),  
 Do no espero á mis lágrimas consuelo;  
 Que no permite alivio mal tamaño (4).  
 »Dioses, si entre vosotros hizo alguno  
 De un desamor ingrato amarga prueba,  
 Vengadme, os ruego, del traidor Teseo.»  
 Tal se queja Ariadna en importuno (5)  
 Lamento al cielo, y entre tanto lleva  
 El mar su llanto, el viento su deseo.

## XXIII.

Narciso.

Crece el insano amor, crece el engaño (6)  
 Del que en las aguas vió su imagen bella;  
 Y él, sola causa en su mortal querella,  
 Busca el remedio y acrecienta el daño.  
 Vuelve á ver en la fuente ; caso extraño! (7)  
 Que della sale el fuego; mas en ella  
 Templarlo piensa, y la enemiga estrella  
 Sus ojos cierra al fácil desengaño (8).  
 Fallecieron las fuerzas y el sentido  
 Al ciego amante amado; que á su suerte  
 La belleza fatal cayó rendida (9);  
 Y ahora, en flor purpúrea convertido,  
 La agua, que fué principio de su muerte,  
 Hlaze que crezca, y prueba á darle vida.

## XXIV.

Orfeo.

«Desiertas selvas, monte yerto y frio,  
 Ródope, que en el cielo tocar osas (10);  
 Vosotras, de Estrimon ondas hermosas,  
 A quien vencer presume el llanto mio,  
 »Seréis testigos largo tiempo, fio,  
 De mi dolor y quejas lastimosas (11),  
 Que en vano esparzo al aire, y con piadosas  
 Voces al rey del lago obscuro envío.»  
 Así cantando llora el trácico amante;  
 Y á sus blandos acentos enmudece (12)  
 El viento, y la agua su corriente enfrena;  
 Y enternecidas truecan el semblante  
 Las fieras; corto alivio! mientras crece  
 Del ya perdido bien la justa pena.

- (1) Ni en largo olvido sepultar tu gloria. — *Texto de Colon.*  
 (2) Que de su injuria puede defenderte. — *Texto de Fernandez.*  
 (3) Así Espinosa y así Gracian; Fernandez y Colon escriben:  
 Huye el pérfido autor de tanto daño,  
 Y quedo sola en peregrino suelo.  
 (4) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez pone:  
 Pues no permite alivio mal tamaño.  
 (5) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez escribe:  
 Tal se quejaba Ariadna en importuno.  
 (6) Crece el insano ardor, crece el engaño. — *Texto de Colon.*  
 (7) Vuelve á verse en la fuente, ; caso extraño!  
 Del agua sale el fuego mas en ella. — *Texto de Fernandez.*  
 (8) Sus ojos cierra al frágil desengaño. — *Id.*  
 (9) La costosa beldad cayó rendida. — *Id.*  
 (10) De Ródope, que al cielo toca osas. — *Texto de Colon.*  
 (11) De mi dolor y quejas lamentosas. — *Id.*  
 (12) Y á los tiernos acentos enmudece. — *Id.*

## XXV.

Al mismo.

A tí en los versos dulce y numeroso (15)  
 ; Oh primer padre de la lira, Orfeo!  
 Lloró por largo tiempo de Nereo  
 Cuanto contiene el término espacioso;  
 A tí lloró Estrimon, á tí el fragoso  
 Ródope y altas cumbres de Pangeo (14),  
 A ti las niñas del sagrado Alfeo,  
 Obligadas del canto generoso.  
 Tus divididos miembros, no estimados  
 Del bacanal furor, que osadamente  
 Los esparció por el ingrato suelo,  
 Como á precioso don en sus sagrados  
 Senos Ebro recoge, y la prudente  
 Cabeza Lésbos, y la lira el cielo.

## XXVI.

Andrómeda y Perseo:

Expuesta en firme escollo al mar insano (15)  
 La no culpada hija de Cefeo,  
 Mueve á piedad el reino de Nereo,  
 Remedio á su dolor pidiendo en vano,  
 Cuando rompiendo el aire con liviano  
 Vuelo se muestra el vencedor Perseo,  
 Que con el gran despojo meduseo  
 Orna glorioso la triunfante mano.  
 De la doncella el llanto y la hermosura  
 Enviaron á un tiempo al pecho fuerte  
 De lástima y amor agudas flechas.  
 Del mar la libra y de la bestia dura,  
 Trocando en vida la temida muerte,  
 Y en nupciales cantares las endechas.

## XXVII.

La tempestad y la calma.

Yo vi del rojo sol la luz serena  
 Turbarse, y que en un punto desaparece (16)  
 Su alegre faz, y en torno se oscurece  
 El cielo con tiniebla de horror llena.  
 El austro proceloso airado suena,  
 Crece su furia, y la tormenta crece,  
 Y en los hombros de Atlante se estremece  
 El alto olimpo y con espanto truena;  
 Mas luego vi romperse el negro velo  
 Deshecho en agua, y á su luz primera (17)  
 Restituirse alegre el claro día,  
 Y de nuevo esplendor ornado el ciclo  
 Miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera  
 Igual mudanza á la fortuna mia?

## XXVIII.

La recaída.

Otras dos veces del furioso noto  
 Probé las iras en el mar turbado,  
 Y no volver jamás á tal estado,  
 Arrepentido, prometí y devoto.  
 De la deshecha jarcía y leño roto  
 Di los despojos al altar sagrado,  
 Y apenas pisé el puerto deseado,  
 Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;  
 Y ahora, que continua y fiera lucha,  
 Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,  
 Y sus enojos aplacar porfío,  
 Mis sordas voces sin piedad escucha  
 El justo cielo. ; Oh inútil desengaño,  
 Cuán tarde llegas al remedio mio!

- (15) A tí, en los dulces versos numeroso. — *Texto de Colon.*  
 (14) Ródope y altas cumbres del Pangeo. — *Id.*  
 (16) En duro escollo expuesta al mar insano. — *Id.*  
 (17) Turbarse, y que en un punto desfallece. — *Texto de Fernandez.*  
 (17) Deshecho en agua y á la luz primera. — *Id.*

## XXIX.

Horacio Cocles.

Con prodigioso ejemplo de osadía  
 Un hombre miro en la romana puente(18)  
 Resistir solo de la etrusca gente  
 El grueso campo que pasar porfia.  
 Ni la enemiga fuerza le desvia,  
 Ni de su vida el cierto fin presente (19);  
 Que su valor dejar no le consiente  
 La difícil empresa en que insistía (20).  
 Oigo del roto puente el son fragoso  
 Cuando al Tibre el varon se precipita  
 Armado, y sale de él con nueva gloria;  
 Y al mismo punto escucho del gozoso  
 Pueblo las voces, que aclamando grita:  
 «¡Viva Horacio; de Horacio es la victoria!»

## CANCION (21).

En la fiesta que la ciudad de Jerez hizo á los mártires  
 Eutiquio y Estéban.

Celebra ufana el venturoso día  
 ;Oh cesárea ciudad! en que levantas  
 A divinos honores la memoria  
 De aquellos sacros héroes por quien cantas,  
 Llena de pio afecto y alegría,  
 Los inchitos trofeos y alta gloria,  
 Y con clara victoria  
 Contra el olvido avaro, que pretende  
 Sus nombres esconder, sus nombres lleva,  
 Y con ellos tu fama á la mas nueva  
 Region, por donde el mar su curso extiende,  
 Y en cuanto de su luz Febo Enriquece  
 Del rojo toro el argentado pece.

Las suntuosas aras que dedicas  
 A los nuevos patronos, ya obligados  
 De tu amor noble y generoso celo,  
 Ornen, á su firmeza dedicados,  
 Claros diamantes, esmeraldas ricas,  
 Y el zafiro, que imita al puro cielo.  
 Ante el devoto suelo  
 Tiendan sus hojas los olivos sacros,  
 Humillense las palmas vitoriosas;  
 Blancos jazmines, encendidas rosas  
 Coronen sus ilustres simulacros,  
 Y el mas precioso olor entre el incienso  
 Pague á los aires agradable censo.

Plectro dorado en acordada lira  
 Resuene dulcemente los gloriosos  
 Hechos, que exceden al valor humano;  
 Blandas canciones, versos numerosos,  
 Que del sagrado monte Cinto inspira,  
 Canten aquel esfuerzo soberano  
 Que al soberbio tirano  
 Burló de sus intentos la esperanza.  
 Y tú, divina Euterpe, pues segura  
 Con tu favor, á tanto se aventura,  
 Mi voz esfuerza, que á subir no alcanza  
 Loca osadía, si á tan alto empleo  
 Es desigual la lira y voz de Orfeo.

Mas enfrene mi vuelo en su carrera  
 La memoria del jóven imprudente  
 Y flacas alas, en su mal rendidas;  
 Vosotros, que de Bétis dignamente  
 Ilustrais, blancos cisnes, la ribera,  
 Alzad las voces largo espacio oidas;  
 Cantad las ofrecidas  
 Victimas al cuchillo, el celo ardiente,  
 Religiosa piedad y fe sincera  
 De Honorio, Eutiquio, Estéban; ved que espera  
 Vuestras canciones la festiva gente.

(18) Un hombre miro en el romano puente. — *Texto de Fernandez.*

(19) Ni la enemiga furia le desvia,  
 Ni de la vida el cierto fin presente.—*Texto de Colon.*

(20) La temeraria empresa en que insistía. — *Id.*

(21) Esta cancion fué publicada por el padre Martin de Roa en sus *Santos de Jerez.*

Succe, suene el dulcísimo contento,  
 Que enfrena el agua y enmudece al viento.

Cual canta el triste fin y estrago de Asta,  
 De Asta cruel las miserables ruinas,  
 Fábricas, templos, máquinas deshechas,  
 Los reales alcázares, la vasta  
 Mole de sus murallas peregrinas,  
 Inútil polvo y vil ceniza hechas;  
 Y las tristes endechas  
 Trueque, anunciando venturosa suerte  
 A ti, Jerez, que alegre te aperceibes  
 A la celebridad con que recibes  
 Mos hijos á quien Asta dió la muerte.  
 Honor, felicidad, corona ilustre  
 Te pronostique con eterno lustre.

Cual celebre el afecto poderoso,  
 Y al devoto espectáculo presentes  
 Junte en grata concordia las edades;  
 Diga cómo sus diestras las lucientes  
 Antorchas ornan, cómo ante el precioso  
 Altar con nuevo ejemplo á las ciudades,  
 Rendidas voluntades  
 Entre espléndidos dones sacrifican,  
 Y con humilde ruego confiados,  
 El firme patrocinio á sus cuidados  
 Como remedio mas seguro aplican;  
 Y vos, lumbres clarísimas del cielo,  
 Mirad propicias el vandalo suelo.

Huya medroso el escuadron de males  
 Que furioso amenaza, y asegure  
 Tan alta proteccion nuestro deseo;  
 La dulce paz eternos años dure,  
 Ofrezcan ya con manos liberales  
 Copiosos frutos Cérés y Lico;  
 Por sus ondas Nereo  
 Seguro paso muestre al conducido  
 Tesoro que el Américo apartado  
 A nuestras playas rinde, y el nombrado  
 Guadalete, perdiendo de su olvido  
 El nombre, de este dia y de su gloria  
 Conserve eternamente la memoria.

## EPÍSTOLA.

Aquí, donde el rigor del hado misero  
 Me conduce á vivir entre los árboles,  
 Léjos, á mi pesar, de los domésticos  
 Lares, mi pensamiento melancólico  
 Corre á veces por sendas tan difíciles,  
 Llenas de espinas y de abrojos ásperos,  
 De ponzoñosas y revueltas viboras,  
 Que acobardan el paso al mas intrépido;  
 Donde no encuentra sino casos fútiles,  
 Historias tristes y sucesos trágicos,  
 Que cansan la memoria. Como Sisifo  
 La grave carga del peñasco horrible  
 Discurre por su mal con priesa súbita,  
 Que excede el curso del ligero Hipómenes,  
 Y ve de males un inmenso número;  
 Mas, como no descubre fin ni limite  
 Del incierto viaje, teme viéndose  
 De desventuras en un anchó piélago,  
 Y arrepentido, busca otros mas fáciles  
 Caminos, que le vuelvan al pacífico  
 Puerto de do partiera tan impróvido.

Mas, tarde lo procura, y un ejército  
 De daños hace á su demanda obstáculo;  
 Hoy con duros martirios, como en Lippara  
 La membruda cuadrilla de los cálibes,  
 Le combaten con una fuerza indómica,  
 Y le deshacen en pequeños átomos.  
 Otras veces levanto el flaco espíritu  
 Al corto arrimo de consuelos débiles,  
 Y á mi mismo me engaño, prometiéndome,  
 Como si fuese cierto, un fin fantástico,  
 Y sobre tanto mal, sucesos prósperos,  
 Una salud segura y tiempos fértiles;  
 Pues no da pluvias siempre el austro húmedo,  
 Que tal vez se convierte en blando céfiro,  
 Y el fiero mar, que amenazó colérico  
 Al cielo con sus ondas, reprimiéndolas,

Serena sesgo sus cristales plácidos,  
Y olreó paso á la ambicion hidrópica.

Mas ¿qué aprovechan esperanzas frágiles  
Con que me alienta el mentiroso oráculo  
De la imaginacion con falsa máscara,  
Que á sus bienes soñados, como fábula;  
Quiere que preste entendimiento crédulo?  
Salgo de aqueste error, y cual frenético  
Al tema usado vuelvo, y de propósito  
Hago segunda vez nuevo catálogo.

¿Cuál gente vió jamás de la pretérita  
Edad, desde do vive el scita frígido  
Hasta do quema el sol á los etíopes,  
De desventuras tan crecido cúmulo?  
¿Cuándo tan fiero se mostró el beligeró  
Marte, vestido de acerada túnica,  
Como despues que del furor británico  
Se vió ofendida la ribera bética  
Con gruesas naves que sostiene el Támesis?  
¿En qué siglo se vieron los maléficós  
Planetas á la vida tan opósitos?  
O ¿cuándo mas apriesa de Proserpina  
Pobló los tenebrosos regnos Atropos?  
¿Qué bien nos queula, ó cuál infausto género  
De males no acrecienta justas lagrimas?

Entre estos pensamientos tan inútiles,  
Por dar, si puedo, algun alivio al ánimo,  
Determiné escribiros esta epístola  
Con el divino aliento de Melpómene,  
Que inspira las camenas elegiacas.  
Perdonadme si, en vez de alegre plática,  
Os entristece mi afligido cántico;  
Que no permite el tiempo versos líricos.  
Este el exordio fué, y este el epilogo  
Tambien habrá de ser de mis esdrújulos.

Digo pues que el rigor del mal pestifero  
Muestra en esta ciudad su fuerza indómita  
Con no menor estrago que vió Nápoles  
En nuestra edad, cuya ruina insólita  
Aun no ha acabado de llorar Parténope.  
Pero ¿qué fuerza oculta de malévolas  
Estrellas hierre á las ciudades inclitas  
Con semejante plaga castigándolas?  
Cual en su daño ve la region Bélgica,  
Y de la antigua Grecia la metrópolis,  
Y la que mira el fin del Tajo aurífero,  
A quien hizo famosa el señor de Itaca.  
Mas sobre todas, deste suelo vandalo  
La mejor parte con dolor legitimo,  
Poderoso á mover en las Euménides,  
Del no visto contagio nueva lástima,  
Confusa atiende de sus hijos únicos  
El grave mal y enfermedad mortifera,  
Sin que les pueda socorrer la fisica.

Discurren presurosos con Tesifone  
Sus dos hermanas, de la muerte pálida  
Fieros ministros, y su ardiente cólera  
Hace mil suertes en robustos jóvenes,  
En tiernos niños y en hermosas vírgenes,  
Sin reservar la senectud flemática;  
Que todos son sus obedientes súbditos.  
Baten la humilde casa del mecánico,  
Y con igual denuedo los alcázares,  
Y aun desprecian la estimada púrpura  
Como el tosco sayal y vasto cáñamo;  
Y hacen en medio de las plazas públicas  
Los despojos del mal, duro espectáculo,  
Que aun á los nobles no permite Némesis  
La pompa funeral y honroso tñmulo.  
Todo es suspiros y dolor acérrimo,  
Y de llanto materia abundantísima.

Bien predijeron esto los astrólogos,  
Atentos á mirar el curso rápido  
De airados euros, y la madre prósida  
Naturaleza con señales lúgubres  
No se abstuvo en mostrar el daño próximo.  
Largo tiempo corrieron vientos áfricos,  
Que del vapor confuso y nubes tétricas  
Poblaron la region del aire lúcido.  
Armó de rayos el tonante Júpiter

La fuerte diestra, y con estruendo horrisono  
Hizo temblar, airado, el orbe esférico,  
Y al peso estremeciése el homlbro atlántico,  
Bramó Orion y las llorosas Iliadas,  
Que la ciudad volvieron largo océano.  
Saltó soberbio el Bétis por sus márgenes,  
Y acometió á romper la fuerte fábrica  
Que cine en torno el edificio de Hércules.  
Resonó por el aire en son tristísimo  
El endechoso canto de aves funebres,  
Y el pico anunciador y los murciélagos  
Infaustos discurren como atónitos,  
Dejando sus nocturnas casas lóbregas,  
Sin extrañar el resplandor olimpico;  
Y las fieras que habitan en las cóncavas  
Cavernas de los montes y las rústicas  
Y humildes chozas se volvieron pavidas;  
Y ahora el sol, de los planetas príncipe,  
Su luz vital, á los mortales pródiga,  
Doliente nos la muestra, escasa y trémula,  
Y al levantarse del dorado tálamo  
Parece que rehusa del Zodiaco  
La sabida carrera, y los aligeros  
Caballos con un paso lento y tímido  
Del carro tiran la luciente máquina,  
Triste portento, que llegando á Géminis,  
Su alegre faz nos representa turbida,  
Como si viera en el diciembre rígido  
Del Capricornio las estancias húmidas.

Tal canta quien se vió del campo Tésalo  
En el contorno y extendidos términos,  
El heroico escritor de la Farsálica;  
Ni á ti, ciudad antigua del gran Priamo,  
Sobre quien se mostró la fuerza Argólica,  
Faltó en su acervo tin igual pronóstico.  
Mas ¡ay dolor cruel! que cuando el impetu  
De males que amenazan el fin último  
Debiera á cada cual de su propósito  
Reducir con razon á mejor método,  
Con loco frenesí se están inmóviles,  
Sin sentimiento, duros mas que mármoles;  
Y tan soberbios como el alto Livano,  
Se prometen vivir años nestóricos,  
Siguiendo de sus gustos falsos ídolos.

¡Dichoso vos que del antigua Iliberis  
Gozaís los campos y vistosos carmenes  
Aventajados al romano Tivoli,  
Y mas de estima que los huertos Pénsiles,  
Con que á la Babilonia ornó Semiramis,  
Veis correr del Genil el agua líquida,  
Que del nevado risco despoñándose,  
Al canto se acomoda de los pájaros  
Con apacible y no aprendida música;  
Y retirado del bullicio y tráfago,  
Gastais el tiempo en los estudios útiles,  
Vuestra suerte gozad con beneplácito  
Del cielo, que se os muestra tan benévolo,  
Y no olvidéis á quien por justo titulo  
Debeis amor y voluntad reciproca.

## SILVA.

A la vihuela.

En vano os apercibo,  
Dulce instrumento mio,  
Si templar mi dolor con vos pretendo;  
Y la grandeza de mi mal ofendo,  
Si alentado contio  
Que pueda el corto alivio que recibo  
Con vuestro blando acento,  
De mi antiguo tormento  
En la memoria introducir olvido.  
¡Oh, como en vano tanto bien os pido!  
¿Sois por ventura la famosa lira  
Del que al mar arrojado  
Supo aplacar su ira,  
O la que pudo en número acordado  
Ceñir de muro á Tébas? Sois acaso  
Aquel plectro divino  
Que por nuevo camino  
A las ondas Estigias halló paso

Para bajar seguro  
De la infelice gente al reino oscuro?  
Mayor hazaña fuera  
Suspender mi dolor y pena fiera.  
Respenderéis que no desprecie ahora  
La antigua compañía  
Que en soledad tan larga me habeis hecho,  
Ya cuando huye de la noche el día,  
O ya cuando el aurora  
La anuncia, y deja de Titan el lecho,  
O cuando el sol en la mitad del cielo,  
Piadoso de mi mal, oye mi duelo.  
El comun beneficio  
De la dulce armonía  
Alegaréis, y aquel piadoso oficio  
Con que á sufrir esfuerza  
Su cautiverio aquel, su prision este.  
Apenas hay trabajo á quien no preste  
Algun alivio: el que con remo á fuerza  
Hiere la blanca espuma,  
Su desventura suma  
Cuida olvidar, y al son de la cadena  
Cantando, intenta mitigar su pena.  
Así lo experimento  
En medio de mis males,  
; Oh suave instrumento!  
Pero cuántame caro alivios tales,  
Cuando el discurso, un rato suspendido  
Con el grato sonido,  
Cobra para afligirme fuerza nueva,  
Con que despues mis lágrimas renueva,  
Y de la amarga historia  
Mi enemiga memoria  
Yuelve al usado empleo,  
Y relucha mas fuerte como Anteo.  
Ya me tiene enseñado  
La continua miseria de mi estado  
Que es socorro engañoso, corto y leve  
El que me dais, y que admitir no debe  
La música sonora  
Quien sus desdichas sin remedio llora.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS DE SAN GREGORIO  
NACIANCENO (22).

Fácil al blando ruego,  
Y en vil precio obligada  
A ser victima impura de amor ciego,  
Codiciosa ramera  
Corría apresurada  
A los profanos lares  
Del impúdico jóven que la espera.  
Mas apenas pisó de la primera  
Puerta el umbral, cuando ocupó sus ojos  
La imágen venerable y fiel trasunto  
Del grande Polemon, que al mismo punto  
Con eñeaz modestia, bien que mudo,  
Su culpa acusar pudo;  
Y usurpándole á Venus los despojos,  
Eufrenó el libre paso,  
Reprimió el torpe afecto,  
Venció el ardor lascivo.  
; Qué otro mayor efecto  
Esperarse debiera  
Si presente le viera,  
Si le mirara vivo?

SONETO XXX.

A Rómulo, que mató á su hermano Remo.

Las armas tomó apriesa el esforzado  
Quirino, de su hermano mal seguro,  
Y en la nueva ciudad el primer muro  
Con la sangre fraterna fué manchado.  
Primero dividido que fundado,  
Sintió el pueblo en su daño el hierro duro,

Presagio cierto del rigor futuro,  
Que amenazaba el disponer del hado.  
No consintió á sus ojos ver presente  
Algun igual al ánimo ambicioso,  
Ni sufrió compañero la corona.  
Al natural amor venció impaciente  
El amor de reinar, mas poderoso,  
Pues á su mismo hermano no perdona.

XXXI.

A Fabio contra Anibal Africano.

Mientras que de Cartago las banderas  
Triunfar intentan del valor romano,  
Y esperar vitorioso el africano  
Pisar del vago Tibre las riberas,  
Tú, grande dictador, entre las fieras  
Trompas, con lento pié y segura mano,  
Sin sangre alguna derribaste el vano  
Orgullo de las armas extranjeras.  
No te venció de la opinion contraria  
El opuesto rumor á tu alabanza,  
Que fácilmente lo desprecia el sabio.  
; Oh prudente esperar, oh voluntaria  
Constancia, por quien Roma ver alcanza  
A Anibal roto, y vencedor á Fabio!

XXXII.

A Dido (23).

La tirana codicia del hermano,  
Impia ocasion del fin de tu Siqueo,  
Huiste fiel por el airado Egeo,  
Elisa, hasta el término africano;  
Donde reliquias del ardor trojano  
Encendieron en ti nuevo deseo,  
Y entregaste en infausto himeneo  
Al Teucero engañador la fe y la mano.  
Despreciaste, en tu daño presurosa,  
La merecida fama, que destruyes  
Con el engaño que obstinada quieres.  
; Oh en ambas bodas poco venturosal!  
Muriendo el uno, perseguida huyes;  
Huyendo el otro, desdenada mueres.

XXXIII.

A Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo.

Julia, si de la Parca el furor ciego  
Permitiera en tu vida mas tardanza,  
No viera Roma en su mayor pujanza  
De las guerras domésticas el fuego;  
Que semejante en el piadoso ruego  
A las sabinas, la furiosa lanza  
Redujeras, depuesta la venganza,  
A paz alegre y á comun sosiego.  
Al detenido daño y armas fieras  
Tu acelerada muerte abrió camino,  
Rota la fe, que violentada estaba.  
Tú sola el istmo destas ondas eras;  
Mas acabó la fuerza del destino  
Vida que tantas muertes excusaba.

XXXIV.

A Julio César mirando la cabeza de Pompeyo.

Presenta ufano á César vitorioso  
El tirano de Ménfis inclemente  
La temida cabeza que al Oriente  
Tuvo al son de las armas temeroso.

(23) Imitacion de un famoso epigrama de Ausonio Gallo, que dice:

*Infelix Dido, nulli benè nupta marito;  
Hoc pereunte fugis; hoc fugiente peris.*

Está elegantemente traducido en lengua castellana por don Manuel Salinas,

; Ay Dido desdichada;  
Con marido ninguno bien casada!  
Muere el uno, y te pones en huida;  
Huye el otro, y te quitas tú la vida.

(22) Publicó esta version Francisco Pacheco en el *Arte de la yntura*. Sigo su texto, apartándome del de don Ramon Fernandez por lo incorrecto.



No pudo dar el corazón piadoso  
Enjutos ojos ni serena frente  
Al don funesto; mas gimió impaciente  
De tal crueldad, y repitió lloroso:  
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída  
Serás ejemplo de la humana gloria  
Y cierto aviso de su fin incierto.  
» ¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!  
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!  
Vivo te aborrecí, te lloro muerto (24).»

## XXXV.

A Curcio.

La sima horrible con espanto mira (25)  
En su gran plaza Roma, y el dudoso  
Portento, grave al pueblo vitorioso,  
No enseñado á temer, suspenso admira.  
En tanta confusión turbado aspira  
A buscar el remedio, y presuroso  
Consulta si de Jove poderoso  
Se pudiese aplacar la justa ira.  
Asegura el oráculo invocado  
De daño al pueblo si á la grande cueva (26)  
Lo más ilustre ofrece de su gloria.  
Curcio, de acero y de valor armado,  
Se arroja dentro, y deja con tal prueba  
Libre la patria, eterna su memoria (27).

## XXXVI.

A Diógenes.

Con una lumbre en la mayor del día  
Corre la llena plaza atentamente  
Diógenes, mostrando entre la gente  
Buscaba alguna cosa que no vía;  
Mas el confuso pueblo, que atendía,  
La causa pide, y el varón prudente  
«Hombres busco,» responde, y diligente  
Con nuevo ahínco vuelve á su porfía.  
¡Qué maravilla que buscase un hombre  
El sabio entre aquel número perdido,  
Que imitaba de fieras las costumbres,  
Si en los que agora tienen este nombre,  
Y en mejor tiempo, lo mal poco sentido,  
Lo hallarán apenas muchas lumbres!

## XXXVII.

A los gigantes que combatieron el cielo.

Oprime el Etna ardiente á los osados  
Encélado y Tifón, que el claro asiento  
De Júpiter con vano atrevimiento  
Conquistar intentaron confiados;  
Donde sus pensamientos castigados  
Con pena digna de tan loco intento,  
En las cavernas yacen, con violento  
Rayo de la alta cumbre derribados.  
Vió el cielo la ambición que impetuosa  
Cual fuego á lo más alto se avecina,  
Y con el fuego castigarla quiso;  
Porque la tierra advierta temerosa  
Cómo de la soberbia en su ruina  
No queda sino el humo por aviso.

(24) El texto de Colón dice:

Vivo te aborrecí, y te lloro muerto.

(25) Aunque Colón tuvo por inédito este soneto, hállase en las *Flores de poetas ilustres*, que ordenó y publicó Pedro de Espinosa. El texto de este dice:

La horrible sima con espanto mira  
En la gran plaza Roma, y el dudoso  
Portento al grave pueblo vitorioso.

(26) Al pueblo de temor si á la gran cueva.—*Texto de Espinosa.*(27) Libre su patria, eterna su memoria.—*Id.*El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos*:«*Libre la patria.*—*Salva.* Libre se refiere á cautividad ó tiranía, y el portento amenazaba mayor mal, total ruina y destruímento. Además que libre es de flacos unido para este lugar. La patria, porque es común; su memoria, porque es de él propia.»

## XXXVIII.

A Pompeyo.

Del vencedor huyendo, á Lésbos deja  
Pompeyo, roto en la farsalia guerra;  
Con su esposa se embarca, y á la tierra  
Que inunda el Nilo, por su mal se aleja;  
Que el hado riguroso que le aqueja,  
Y al extranjero reino le destierra,  
En la seguridad que busca encierra  
El fin que dió á Cornelia eterna queja.  
Fiera tormenta en el buscado puerto  
El gran Pompeyo halla en vez de abrigo.  
¿Quién las mudanzas de la suerte ignora?  
¿Quién no reeclara el suceso incierto,  
Si da la muerte el obligado amigo,  
Si el enemigo vencedor le llora?

## XXXIX.

A Polimnéster, que mató á Polidoro.

Vuelta en ceniza Troya, y su tesoro  
En despojo del dóllope extranjero,  
El codicioso Polimnéster fiero  
La muerte ordena al tierno Polidoro.  
¿A qué no obligarás, hambre del oro,  
Sacrilega codicia del dinero,  
Si quebrantas el inviolable fuero  
Del sagrado hospedaje y real decoro?  
Con justa indignación reprueba el suelo  
La culpa avara del cruel tirano,  
Que poco gozará tales despojos.  
Nueva venganza le previene el cielo;  
Porque de una mujer la débil mano  
Hará que su castigo vea sin ojos.

## XL.

A Alejandro, envidioso de Aquiles.

Sobre el sepulcro del ilustre griego  
Que honró con sus cenizas el Sigeo  
Mejor que á Cartia el rico mausoleo,  
Alejandro paró, y exclamó luego:  
«¡Oh gloria de la Grecia, claro fuego,  
Cuya llama las nieblas del Leteo  
No bastan á encubrir, ni su trofeo  
Robar podrá jamás olvido ciego.  
» A tí, dichoso jóven, guardó el cielo,  
Porque eterno tu nombre al mundo fuera,  
Del grande Homero la divina historia;  
» Que si de aquella pluma el alto vuelo  
Faltara, un mismo túmulo cubriera  
Tu mortal suerte y tu inmortal memoria.»

## XLI.

A Apolo y Dafne.

Con presto curso y con veloz denuedo  
Sigue Apolo la hija de Peneo;  
Hurtó el uno las alas al deseo,  
Y al otro le prestó sus piés el miedo.  
«¿Por qué te alejas, si alcanzar te puedo,  
Le dije, de mi amor oh digno empleo?  
¿Piensas, cual Arctusa de su Alfeo,  
Huir de mí, que al vago viento excedo?»  
Alentó la carrera, y ya vencida  
Cuidó tener de Dafne la dureza;  
Tanto se le acercó el amante ciego;  
Mas del piadoso padre socorrida,  
Trocando en árbol su mortal belleza,  
Burló sus brazos y avivó su fuego.

## XLII.

A Cartago.

Este soberbio monte y levantada  
Cumbre, ciudad un tiempo, hoy sepultura  
De la grandeza, cuya fama dura  
Contra la fuerza de la suerte airada,  
Ejemplo cierto fué en la edad pasada,  
Y será fiel testigo á la futura,  
Del fin que ha de tener la más segura  
Pujanza, vanamente confiada.

Mas en tanta ruina nueva gloria  
No os pudo fallecer, ¡oh celebrados!  
De la atigna Cartago ilustres muros!  
Que mucho mas creció vuestra memoria  
Porque fuistes del tiempo derribados  
Que si permanecierades seguros.

## XLIII.

Al mismo asunto.

No los mármoles rotos que contemplo,  
Reliquias nobles de la gran Cartago,  
Ni de Numancia el miserable estrago,  
Ni los despojos del efesio templo;  
No de Sagunto el fin, unico ejemplo  
De la lealtad y de su injusto pago,  
Descrecen mi dolor, ni satisfago  
Con su memoria el mal que nunca templo.  
Bien que prueba tal vez la fantasia,  
Mas en vano, aliviar su desventura  
Con el desastre de sucesos tales;  
Mas la razon advierte que confia  
En remedio engañoso si procura  
Con los ajenos consolar sus males.

## XLIV.

A Hércules.

El jabalí de Arcadia, el leon nemeo,  
El toro á los cien pueblos pavoroso,  
Cayeron á mis pies, y victorioso  
De la hidra me vió el lago Lerneo.  
El cau de tres gargantas y Tifeo,  
Fieras guardas del claustro tenebroso,  
No burlaron mi intento generoso,  
Ni le valió caer al fuerte Anteo.  
Ejemplos de mi ilustre vencimiento  
Son Aceloo, Busiris y Diomedes,  
Y el rey á quien huir Hesperia mira;  
Mas ¿por qué ufano mis vitorias cuento,  
Cautivo en tu prision? ¿Cuánto mas puedes  
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

## XLV.

A don Enrique de Cuzman.

Enrique, cuatro veces el estío  
Robó al florido campo sus colores,  
Y al verano otras tantas vertió flores  
Por los márgenes verdes de este río,  
Despues que lisonjero desvario,  
Sulcando el falso mar de los amores,  
Cerri fortuna, y roto entre clamores  
Dados en vano, se ahogó el navio.  
Libre á tierra sali, besé la arena,  
Y los despojos de la undosa furia  
Pagué, cumpliendo el voto, al sacro templo.  
¿Qué me llama otra vez la faz serena  
Del mar? Vuelva por mí mi propia injuria,  
Y de la ajena basta en ti el ejemplo.

## XLVI.

Al gran señor del Asia y venerado  
Padre de tantos reyes; suerte fiera!  
Falta sepulcro, y yace en la ribera  
Sin cabeza y sin nombre el cuerpo helado.  
Y cuando se ve en Troya derramado  
Mas fuego que contiene la alta esfera,  
Falta al desnudo tronco la postretra  
Llama, y solo le baña el ponto airado.  
En tí admiramos de la humana suerte  
La inconstancia, ¡oh ejemplo sin segundo!  
En tí las vueltas de la incierta vida.  
¿Cuál voz habrá que dignamente acierte  
A lamentar tu fin? ¿Cuándo vió el mundo  
Ni grandeza mayor ni igual caída? (28).

## XLVII.

A la amistad.

Contienden por morir en importuna  
Porfia Orestes y el focense amigo,  
Niso se ofrece al rútilo enemigo,  
Y sigue de su tencro la fortuna.  
En la fe de Damon sospecha alguna  
No sufre Pitias, aunque ve el castigo,  
Ni rehusa bajar Teseo contigo,  
Pirotoo, fiel á la infernal laguna.  
Pólux con Cástor parte el don divino,  
Y porque el Orco satisfecho quede,  
Muriendo compra la fraterna vida.  
Teme vivir el jóven Prenestino  
Faltando Caspio. Tales cosas puede  
De la amistad la fuerza no vencida.

## XLVIII.

A Orfeo.

Pudo con diestra lira y dulce canto  
Bajar Orfeo á la region oscura,  
Y del dolor que eternamente dura  
La fuerza suspender y el triste llanto.  
Del divino contento pudo tanto  
La fuerza, y de su fe constante y pura,  
Que á recobrar su prenda mal segura  
Halló entrada en los reinos del espanto.  
Venturoso amador, si no rompiera  
El precepto fatal, y conservara  
El bien que con tan largo afan conquista;  
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera  
Que cuanto con la voz dulce ganara,  
Vuelva á perder con la atrevida vista.

## XLIX.

Pues ya del desengaño la luz pura  
Descubre el vano error de mi cuidado,  
Y del camino que escogi engañado  
Me reduce á otra senda mal segura,  
¿Cómo no rompo el lazo que en tan dura  
Prision me tiene gravemente atado?  
¿Por qué tardo? ¿Qué espero, sepultado  
Del ciego olvido en la region oscura?  
¿Ah entoso temor, tarda pereza,  
Que estorbais la vitoria al desengañado!  
Rindase á su valor vuestra porfia;  
No se diga, culpando mi flaqueza:  
«Al que atrevido se arrojó en su día,  
Para seguir el bien faltó osadía.»

## L.

A Icaro.

Osaste alzar el peligroso vuelo,  
Icaro, vanamente confiado  
En mal seguras alas, y olvidado  
Del sano aviso, te acercaste al cielo,  
Donde el ardor del que gobierna Delo,  
Deshaciendo tus plumas, castigado  
Te arrojó al mar, á quien tu nombre has dado,  
Y sepultura á ti en el hondo suelo.  
Por mas cierto camino el sabio viejo  
De tal peligro discurrió ligero,  
Y á Febo dedicó el cumano templo (29).  
¡Oh, si guardar supieras su consejo,  
Y no quedara en tu castigo duro  
De las rendidas alas el ejemplo!

## LI.

A Arion, músico.

Mientras llevado de un delfin piadoso  
Pasa Arion el mar, suspende el viento  
Y las aguas enfrena el blando acento  
De la citara y canto artificioso.

(28) El maestro Medina enmienda en sus *Apuntamientos*:

O grandeza mayor ó igual caída;

haciendo que la interrogacion sola niega, y así, es superflua la voz de negar ni, ni.

(29) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos*:\* Y á Febo dedicó. — Levantó. Mas propio es de un artífice labrar un templo que dedicarlo; no sabemos que Dédalo lo dedicó, mas sabemos que lo edificó. *Pesuitque immania templa.*\*

Las nereidas, dejando el espumoso  
Albergue, al dulce son de su instrumento  
Tejen en concertado movimiento  
Festivo coro en el teatro undoso.

Tétis, Nereo y Dóris con espanto  
Oyceron su armonía; ni faltaste,  
Grande Neptuno, y tú, Glauco, saliste.  
¡Oh inmensa fuerza del suave canto!  
Si la fiera codicia no amansaste,  
Aguas, vientos, delfín, dioses venciste.

## LII.

A Nucio Scévola:

Ofrece al fuego la engañada diestra  
Aute el rey enemigo el esforzado  
Scévola, y de aquel yerro no culpado,  
Con denueado espantoso el pesar muestra (30).

Del fuerte corazón la insigne muestra  
El ofendido rey miró turbado,  
Y aquella mano respetó admirado,  
Que supo errando á tantas ser maestro.  
«No castigéis, le dijo, valeroso  
Mancebo, el fuerte brazo, cuyo engaño (31)  
Me dió vida y á dárte la me mueve.

»Lloy Roma por tu intento generoso  
Verá que, libre de tan cierto daño,  
Mas á tu hierro que á sus fuerzas debe.»

## LIII.

A Julio César.

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte  
Llega en oscura noche al pobre techo  
Do Amiclas con seguro y libre pecho  
Ni teme daño ni recela muerte.

Ya que llamar segunda vez advierte,  
Rogado deja el mal compuesto lecho,  
Y en frágil barca el peligroso estrecho  
Corta, présago de siniestra suerte.

Brama furioso el mar, sintiendo el peso  
Que sostiene, y al tímido piloto  
César anima y dice: «Rema, amigo,

»Y olvida el miedo de infeliz sucesos;  
Aunque mas se contrasten Euro y Noto,  
La fortuna de César va contigo.»

## LIV.

A una estatua de Niobe que labró Praxitéles.

(De Ausonio.)

Viví, y en dura piedra convertida,  
Labrada por la mano artificiosa  
De Praxitéles, Niobe hermosa,  
Vengo segunda vez á tener vida.

A todo me volvió restituida,  
Mas no al sentido, la arte poderosa,  
Que no lo tuve yo cuando furiosa  
Los altos dioses ofendí atrevida.

¡Ay triste, cómo en vano me consuelo  
Si ardiente llanto espira el mármol frío,  
Sin que mi antigua pena el tiempo cure,

Pues ha querido el riguroso cielo,  
Para que sea eterno el dolor mio,  
Que, faltándome la alma, el llanto dure!

## LV.

A Leandro.

En la pequeña luz de Sesto pone  
Desde el puerto los ojos, y atrevido  
Rompe Leandro el mar, que embravecido,  
A sus intentos con furor se opone.

Mas él, cuidando que la muerte abone  
Su grande amor, se ofrece al conocido  
Peligro, y de las ondas ya vencido,  
A amansallas en vano se dispone.

«Ondas, dijo muriendo, si consiente  
Vuestro furor de un triste amante el ruego,  
Sed por un rato á mi dolor piadosas;  
»Frenad el curso á la veloz corriente,  
Mostráos benignas solo mientras llego,  
Y cuando vuelva me anegad furiosas.»

## LVI.

A César viendo la estatua de Alejandro en Cádiz.

De Alejandro el trasunto, muda historia  
Que animó en bronce artificiosa mano,  
Do lijó sus columnas el tebano,  
César mira, envidioso de su gloria.

Viendo que en corta edad larga vitoria  
Ganó del orbe el macedon afano,  
De sus años lamenta el curso vano,  
Que aun no ha dado principio á su memoria.  
«Tú, ilustre jóven, dice, solo viste  
Glorioso fin de tu alto pensamiento;  
Tú al mundo grande, á tí pequeño el mundo.  
«¿Quién á la excelsa cumbre que subiste  
Podrá llegar? Ni ¿cuál osado intento  
Presume ser á tu valor segundo?»

## LVII.

A Damócles, que no quiso ser rey.

Si sobre su cabeza ve pendiente  
De un sutil hilo la desnuda espada;  
Si cada punto espera ver llegada  
La postrera hora, y mira el fin presente,

¿Qué mucho que despida de su frente  
Damócles la corona, y la estimada  
Púrpura menosprecie, que obligada  
A tal temor y á tal peligro sienta?

En aparente bien cubierto daño  
Descubrió del imperio codicioso,  
Y en caduco placer tormento fiero.

Hazaña fué de un claro desengaño,  
Que el cetro renunciase el ambicioso,  
Y dijese verdad el lisoujero.

## LVIII.

A Faeton.

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,  
Bello hijo del sol, la dulce vida;  
La memoria no pudo, que extendida  
Dejó la fama de tan alto intento (32).

Glorioso aunque infelice pensamiento  
Disculpó la carrera mal regida,  
Y del paterno carro la caída  
Subió tu nombre á mas ilustre asiento.

En tal demanda al mundo aseguraste  
Que de Apolo eras hijo, pues pudiste  
Del alcanzar la empresa á que aspiraste.

Término ponga á su lamento triste  
Climene, si la gloria que ganaste  
Excede al bien que por osar perdiste.

## LIX.

En segura pobreza vive Eumelo  
Con dulce libertad, y le mantienen  
Las simples aves, que engañadas vienen  
A los lazos y liga sin recelo.

(32) Dice el maestro Medina en sus *Apuntamientos*, á propósito del primer cuarteto de este soneto:

«Vicios juzgan ser los lógicos atribuir á una causa por efecto el que no lo es, como si dijésemos: *El vino pudo quitar á Lot el uso de la razón, pero no el brío para hacer madres á sus hijas*. Efecto del vino es privar de razón, pero no lo es privar de fuerza para engendrar; bien así se puede decir ser efecto del atrevimiento quitar la vida, pero no lo es quitar la fama, antes la dió á muchos que sin ella no fueran conocidos; por esto pienso no es la sentencia de este primer cuarteto de la viveza que se imagina.»

(30) El texto de Colon dice *afecto* en vez de *denueado*. Sigo la orrección del maestro Medina.

(31) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos*: *Mancebo, el fuerte brazo*. — Soldado; no sé la edad que tenía Scévola, pienso que sería mejor *Soldado*, en que es palabra mas general y decente á un rey que no conocia en particular á Scévola.»

Por mejor suerte no importuna al cielo,  
Ni se muestra envidioso á la que tienen  
Los que con ansia de subir sostienen  
En flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras luengos años no le espanta,  
Ni la recibe con indigna queja,  
Mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin, muriendo con pobreza tanta,  
Ricos juzga sus hijos, pues les deja  
La libertad, las aves y la liga.

## LX.

Si pudo de Anfon el dulce canto  
Juntar las piedras del tebano muro (33);  
Si con suave lira osó seguro

Bajar el tracio al reino del espanto;  
Si la voz regalada pudo tanto,  
Que abrió las puertas de diamante duro,  
Y un rato suspendió de aquel oscuro

Lugar la pena y miserable llanto;  
Y si del canto la admirable fuerza  
Enternece los fieros animales,  
Si enfrena la corriente de los rios (34),  
¿Qué nueva en mi dolor se esfuerza,  
Pues con lo que descrecen otros males (35),  
Se van acrecentando mas los míos?

## LXI.

## A Curcio.

Ya el jóven fuerte que con muestra hermosa  
Y con doradas armas refulgente  
Librar intenta la romana gente  
De la profunda sima peligrosa,

Abrevia la carrera presurosa;  
Que no sufre tardanza el impaciente  
Amor de gloria, y con alegre frente (36)  
Se arroja en la caverna prodigiosa.

¡Dichoso tú, que contra injustos hados,  
Comprando tantas vidas con la muerte (37),  
No recibí tu pensamiento engaño.

Yo, que en mas hondo abismo de cuidados  
Me arroje, ¿qué esperar podré en mi suerte,  
Si á nadie causó bien mi mortal daño?

## CANCIÓN.

En la sazón dichosa  
Que viste Flora el campo de colores,  
Y con artificiosa  
Labor le diferencia de mil flores,  
Quedando nuestro suelo  
Hecho un retrato del octavo cielo;

Y en el mayor reposo  
De una serena noche, que la falta  
De Febo luminoso  
Puso en olvido, porque el prado esmalta,  
Descubriendo mas clara  
La esposa de Titan su alegre cara,

(33) Colon dió como inédito este soneto, sin embargo de estar impreso en las *Flores de poetas ilustres* y en la *Agudeza y arte de ingenio*:

Juntar las piedras del troyan muro.  
(*Textos de Espinosa y Gracian.*)

(34) Domestica los fieros animales  
Y enfrena la corriente de los rios.  
(*Textos de Espinosa y de Gracian.*)

(35) ¿Qué nueva pena en mi dolor se esfuerza,  
Que con lo que descrecen otros males.  
(*Texto de Colon.*)

Sigo el de Espinosa y el de Gracian.

(36) Tambien dió Colon como inédito este soneto. Hállase en las *Flores de poetas ilustres*:

Deseo de gloria y con alegre frente.  
(*Texto de Espinosa.*)

(37) Así el texto de Espinosa; el de Colon dice:

Dichoso tú, que contra infaustos hados,  
Tantas vidas comprando con la muerte.

Del Bétis en la orilla  
Está el pastor Arcicio recostado;  
La mano en la mejilla,  
Todo en sudor y lágrimas bañado,  
Con tan copiosa vena,  
Que abrió camino en la menuda arena.

Al rumor que sonaba  
Del céfiro que sueña blandamente,  
Y al agua que pasaba  
Se quejaba el pastor tan tiernamente  
Como si dar pudiera  
Con llorar el remedio que quisiera;

Y aunque el alegre puesto  
Pastara á consolar un afligido,  
Tan al contrario de esto  
Siente el efecto Arcicio, y tan rendido  
Le tiene su ventura,  
Que le es dañoso lo que á muchos cura.

Allí flora su suerte,  
Y de Tirercio el fin apresurado,  
Pastor á quien la muerte  
Con injusto furor y rostro airado  
Hizo sentir sus daños  
En juveniles y floridos años.

Siente tambien la falta  
De una firme amistad, mayor tesoro  
Y dádiva mas alta  
Que otorga al mundo el estrellado coro;  
Y en tales ocasiones  
No sobra el llanto, sobran las razones;

Porque si alguna cosa  
Entre la humana puede y mortal gente  
A un alma generosa  
Ocasionar tan misero accidente,  
Es perder un amigo  
Que fué del pensamiento fiel testigo.

No con tantos gemidos  
En la egipciana playa Codro anciano  
Quemó los esparcidos  
Huesos del gran Pompeyo, que el tirano  
Mató dentro en su tierra,  
Do se acogió de la sangrienta guerra;

Ni con dolor tan fiero  
Lloró el Tebacio, músico divino,  
El caso lastimero  
De su consorte, á quien el cruel destino  
Le trajolamentando,  
Por las selvas de Ródope vagando;  
Y al fin ningunos males  
Humanos pechos han sentido tanto,  
Que hayan de ser iguales  
A nuestro Arcicio, cuyo triste llanto  
Fué tanto mas copioso  
Cuanto á cualquier de aquellos mas famoso;

Que todo lo merece  
La limpia fe de un verdadero pecho  
Que al amigo se ofrece  
Cuando, de su bondad ya satisfecho,  
Le tiene la experiencia,  
Que en tales casos es la mejor ciencia;

Y mas en un sugeto  
Como Tirercio, á quien con larga mano  
Y poderoso efeto  
Hizo tan rico el cielo soberano  
De celestiales dones,  
Que fué un nuevo alguacil de corazones.

Mas, porque nadie extrañe  
Cómo es posible que á un pastor grosero  
Tal virtud acompañe,  
Este suceso trataré primero  
Que prosiga mi intento,  
Volviendo luego al comenzado cuento.

En Córdoba dichosa,  
A quien sus hijos por extrañas tierras  
Han hecho ser famosa,  
Cuál escribiendo las civiles guerras,  
Cuál en modos suaves  
Dejando libros de sentencias graves,

El amigo de Arcicio  
Aquí nació, no en pastoril cabaña,  
Sujeto al ejercicio  
Que acostumbra el pastor en la campaña,  
Ni á guardar el gaudío  
Ni al tratar del zurrón, honda y cayado;

Antes entre parientes  
Y en medio del bullicio peligroso  
Del trato de las gentes  
Vivió un tiempo, no poco temeroso  
De verse en un estado  
Poco seguro y menos sosegado.

Fué con la edad creciendo  
Este temor en los primeros años,  
Hasta que, conociendo  
Cuán cerca está de peligrosos daños  
La incanta muchedumbre,  
Su vista aclara la divina lumbre.

Ve crecidos enojos,  
Tristes envidias, ásperas mudanzas,  
Atrevidos antojos,  
Un número infinito de esperanzas  
Postradas por el suelo  
De quien se levantaba hasta el cielo;

Ve al pobre descontento,  
Y al rico en medio de su plata y oro  
Mas falto de contento  
Cuando está mas sobrado de tesoro;  
Que á muchos acaece  
Menguar el gusto si el estado crece.

Solo juzga por buena  
La pacífica vida del que á solas  
La suya en paz ordena,  
Libre del mundo y sus hinchadas olas,  
Sin buscar pretensiones,  
Infierno de ambiciosos corazones.

Siguiendo aqueste intento  
E inspiración que á su deseo convino,  
Dejó su patrio asiento,  
Guiando á la ribera su camino,  
Donde tú, fuerte Alcides,  
Al sacro Bétis con tus torres mides.

Estaba en estos llanos  
Arcicio, otro pastor, de cuyos tratos,  
Aunque humildes y llanos,  
Tanto gustó Tircerio algunos ratos,  
Que en amistad estrecha  
De las dos almas una quedó hecha.

No el Tebano y Teseo,  
Ni Plotino y Amelio, que mostraron  
Un conforme deseo,  
En amistad tan firme se trataron,  
Ni Tolomeo y Galétes,  
Ni Timágoras, Celio y Malétes;

Que los que de mayores  
Amigos alcanzaron nombre y gloria  
Le fueron inferiores,  
Aunque se nos renueve la memoria  
De Niso y del Troyano  
Que en sus versos celebra el Mantuano.

Hasta en los mayores  
De Tircerio erigió un amor secreto,  
Porque entre los zagales  
Otro pastor que fuese mas discreto  
No pisó la campaña  
Que Tórmes riega ó el Henáres baña;

Pero de este nudo fuerte  
No duró mucho en tan feliz pujanza;  
Que la envidiosa suerte  
En lo que está mas libre de mudanza  
La furia insana muestra  
De su voltaria y mal segura diestra.

Ofreció el tiempo airado  
A Tircerio forzosas ocasiones  
Para dejar el prado,  
El caro amigo y los demás garzones  
Que habitaban la vega,  
Y al rigor de esta ausencia el pecho entrega.

Llegó á los prados bellos

Que términos al suelo hispano ponen,  
Aunque no gozó de ellos,  
Porque los hados en su mal disponen  
Que la Parca atrevida  
También los ponga allí á su dulce vida.

Apenas las columnas  
De Hércules vido en la arenosa tierra,  
Cuando con importunas  
Fiebres le hizo la Parca cruel guerra,  
Que usurpó los despojos  
Que á Arcicio ocasionaron sus enojos;

Pero su justa pena  
Y doloroso llanto á todas horas  
Con abundante vena  
Contadlo vos, ¡oh ninfas moradoras  
De Pierio! que á tanto  
No se puede obligar mi débil canto.

Mil veces á la orilla  
Del claro Bétis, en la noche oscura,  
Mueve á nueva mançilla  
Los que habitan del agua la hondura,  
Y en la sazón presente  
Esta es la causa del dolor que siente;

A cuyo triste acento,  
Y al son de sus querellas lastimosas,  
Del húmedo aposento  
Las náyades salieron presurosas  
A do estaban las driades  
Con las endechedoras amadriades;

Y á un punto se juntaron  
Sátiros, faunos, Pan, que conducidos  
De sus voces, llegaron  
Á tal tiempo, que Bétis con gemidos  
En las cavernas hondas  
Su casa oscureció con turbias hondas;

Mas ya que el dolor fiero  
Dió lugar que la muerte lamentase  
Del dulce compañero  
Antes que Febo el curso apresurase,  
De sus glorias deshechas  
Celebraron el fin estas endechas:

«¡Oh dioses moradores  
Del sacro olimpo, que con rostro enjuto  
Mirais nuestros dolores,  
Y libres ya deste mortal tributo,  
Con eterno consuelo  
Las sillas ocupais del alto cielo!

»Si el rigor é inclemencia  
Vuestros benignos pechos ya renuncian,  
¿Cómo aquesta sentencia  
Contra la firme fe del mio pronuncian?  
;Por qué como á enemigo  
Privan á Arcicio de su fiel amigo?

»Si vuestras justas leyes  
Como atrevido acaso he quebrantado,  
Pues sois supremos reyes,  
Haced que sea mi yerro castigado,  
Sin admitir disculpa,  
Y no padezca quien está sin culpa;

»Que yo estoy satisfecho  
De que vuestra piedad sacra y inmensa  
De su hidalgo pecho  
Jamás ha recibido injusta ofensa;  
Que sus glorias mayores  
Eran daros continuo mil loores;

»Mas, pues todos lo hicistes,  
A vuestra voluntad el cuello inclino;  
Sin duda fué que vistes  
Que no era de tal bien el suelo dino;  
Y así, la Parca cruda  
Cortó la hebra, de piedad desnuda;

»Y pues su golpe fiero  
Tan presto de tal bien pudo privarme,  
A ella volverme quiero;  
Quizá hallaré remedio con quejarme  
A mi pena crecida,  
O fin mas breve de mi triste vida.

»Parca cruel, airada,  
Reina de agravios, contra cuyas leyes

Sirven poco ó no nada  
Coronas altas de temidos reyes,  
Por ser tus armas tales,  
Que al cetro hacen y al cayado iguales;

»Tú, que mas glorias tienes  
Cuando las nuestras en pesares tornas;  
Tú, que de ajenos bienes  
Tus cavernosos páramos adornas;  
Tú, que en ser cruel y fiera  
Los privilegios gozas de primera;  
»Tú, que al mas fuerte pecho  
Con tu mano sujetas y acobardas,  
Y basta el triste lecho,  
Sin respetar las vigilantes guardas,  
Con tu guadña llegas,  
Y al duro yugo de tu ley lo entregas;

Tú, que en nuestra memoria  
La tuya engendras cual cicuta amarga;  
Tú, que á mi triste historia  
Materia has dado tan copiosa y larga  
Para que en este prado  
Llore el fin triste de Tirceño amado;

»Mas dura, inexorable,  
Cual suele ser el animoso viento  
Cuando el mar variable  
Parece que le muda de su asiento;  
Mas temida que Arturo  
Y el tempestuoso Orion cuando está oscuro:

»Si tu crueldad celebras,  
Y de ser impia cobras arrogancia,  
¿Cómo conmigo quiebras  
La triste y desabrida consonancia,  
Dándome ajena vida,  
Si en tus manos quedó la mia perdida?

»¿Cómo tu golpe esquivo  
Hizo en un corazon tales efectos,  
Que muera y quede vivo?  
Pero son cautelosos tus secretos,  
Y menos entendidos  
Cuanto de mi con mas dolor sentidos.

»No pienses que apetezco  
La vida amarga que gozar me dejas;  
Que aunque vivo parezco,  
Solo viven en mí mis justas quejas;  
Y si mas me concedes,  
Muerte será; que vida dar no puedes;

»Pero si lo parece,  
Dada por mano tuya no la quiero;  
De grado Arcicio ofrece  
La suya al golpe de tu brazo fiero.  
Si puedes ser piadosa,  
Sélo siendo conmigo rigurosa;

»Pero cánsome en vano;  
Que si en llamarte por mi bien me empleo,  
Tu poco cortés mano  
Hará el tiro al revés de mi deseo;  
Que al que huye destruyes,  
Y del cuidado, que te busca, huyes.

»Seráme necesario  
Al trocado contigo armar el fuego,  
Pues haces lo contrario  
De mi tan justo cuan humilde ruego;  
Pido que te detengas;  
Quizá vendrás diciendo que no vengas.

»Sin causa me detengo  
Si aplico leña al fuego que me quema.  
¿Triste, que ya no tengo  
Ni bien que espere ni dolor que tema!  
Cierto es el desengaño  
Que quien no espera bien no tema el daño.

»Tú; ¡oh celestial teatro!  
Y vosotras, estrellas, sabidoras  
De nuestro limpio trato,  
Habeis sido testigos que á las horas

Que Febo está en oriente  
O ya traspuesto dora el occidente,  
»Cuando la noche oscura  
Al mundo hace acostumbrado ultraje,  
La amarilla figura  
Del caro amigo en desusado traje  
Ante mí se presenta,  
Con que las fuerzas al dolor aumenta;

»Y aun el pasado día,  
¿A cuántos esto ¡ay triste! ha sucedido!  
Soñaba que tenia  
Presente al que ya lloro por perdido,  
Y que con él hablando  
Andaba, nuestros campos paseando.

»Con tal acaecimiento  
Alegre estaba yo; mas la fortuna,  
Que en caso de contento  
No supo detenerse en cosa alguna,  
Hizo mi pena cierta,  
Huyendo el sueño por la ebúrnea puerta.

»Salté desparovido,  
Y cual otra Lampecie congojada,  
Que al hermano atrevido,  
Faeton, con voz amarga y lastimada  
Llamaba insanamente,  
Orillas del Eridano inclemente;

»Así yo en este llano,  
Turbando de las aves el reposo,  
Llamaba el nombre en vano  
De Tirceño, y con eco doloroso  
Las selvas acudieron,  
Y los montes *Tirceño* respondieron.

»Oh alma felice tanto  
Cuanto es rabiosa mi crecida pena  
Y sin igual quebranto,  
Que en esta vega, de amargura llena,  
Es la mas rica y grave  
Que ha visto Bétis ni que el Tajo sabe!

»Pues de este trago esquivo  
Saliste, cual la fénix, renovado,  
Para Dios siempre vivo,  
Segura de perder tan firme estado,  
Ten ahora memoria  
De quien celebra tu pasada historia;

»Porque en la mia de suerte  
La perfeccion de la amistad se halla,  
Que ni la dura muerte  
Ni nueva voluntad podrá apartalla;  
Antes mas cada día  
Lloraré tu perdida compañía.

»Los versos mal compuestos  
De mi corto caudal y tosca pluma  
Con honores funestos  
Dedicaré á tu nombre en breve suma;  
Que por solo este empleo  
Codiciaré la lira de Tirteo.

»Será tu sepultura  
De mí no pocas veces visitada,  
Y con víctima pura  
De mis humildes manos ofrendada,  
Coronando mis sienas  
De los cipreses que en tu campo tienes;

»Aunque por mas dichoso  
Entre tantos trabajos me tuviera,  
Si del dulce reposo  
Que tú tienes, gozando yo estuviera,  
Y no donde me dejas.»  
Así dió fin á sus piadosas quejas;

Que con la pesadumbre  
Del dolor grave se traspuso cuando  
Febo, autor de la lumbre,  
La altura de los montes va rayando;  
Que de ellos alcanzado,  
Al sueño entregó el cuerpo fatigado.

# POESIAS

DE

## BALTASAR DEL ALCÁZAR.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Los versos de BALTASAR DEL ALCÁZAR descubren tal gracia y sutileza, que no solo lo juzgo superior á todos, sino entre todos singular, porque no vemos otro que haya seguido lo particularísimo de aquella suerte de escribir. Suelen los que escriben donaires, por lograr alguno, perder muchas palabras; mas este solo autor usa lo festivo y gracioso mas cultivado que las veras de Horacio. No sé que consiguiese Marcial salir tan corregido y limpio de sus epigramas. Y lo que mas admira es, que á veces con sencilla sentencia ó ninguna hace sabroso plato de lo mas ríto, y labra en sus burlas un estilo tan torneado, que solo el rodar de sus versos tiene donaire, y con lo mas descuidado despierta el gusto. En fin, su modo de componer, así como no se deja imitar, apenas se acierta á descubrir.

---

#### DE FRANCISCO PACHECO.

Las cosas que hizo este ilustre varon viven por mi solicitud y diligencia; porque siempre que le visitaba, escribia algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su felice memoria. Pero entre tantos sonetos, epístolas, epigramas y cosas de donaire, la *Cena jocosa* es una de las mas lucidas obras que compuso, y el *Eco*, de lo mas trabajoso y artificioso que hay en nuestra lengua.

---

## POESÍAS

# DE BALTASAR DEL ALCAZAR.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ.

Deseais, señor Sarmiento,  
Saber en estos mis años,  
Sujetos á tantos daños,  
Cómo me porto y sustento.  
Yo os lo diré en brevedad,  
Porque la historia es bien breve,  
Y el daros gusto se os debe  
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente,  
De rayos acompañado,  
Me dan un huevo pasado  
Por agua, blando y caliente,  
Con dos tragos del que suelo  
Llamar yo néctar divino,  
Y á quien otros llaman vino  
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso  
Toca en la meridional,  
Distando por un igual  
Del oriente y del ocaso,

Me dan asada y cocida  
De una gruesa y gentil ave,  
Con tres veces del suave  
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene  
A dar en el mar hesperio,  
Desamparando el imperio  
Que en este horizonte tiene,  
Me suelen dar á comer  
Tostadas en vino mulso.  
Que el enflaquecido pulso  
Restituyen á su sér.

Luego me cierran la puerta,  
Yo me entrego al dulce sueño;  
Dormido soy de otro dueño,  
No sé de mí nueva cierta.

Hasta que habiendo sol nuevo,  
Me cuentan cómo he dormido;  
Y así, de nuevo les pido  
Que me dén néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,  
Veo que se va cayendo;  
Voile puntales poniendo,  
Porque no caiga tan presto.

Más todo es vano artificio;  
Presto me dicen mis males  
Que han de faltar los puntales  
Y allanarse el edificio.

#### SECRETO PARA CONCILIAR Y SACUDIR EL SUEÑO.

No es el sueño cierto lance;  
Variedades tiene el sueño (1);  
Ya lo alcanza presto el dueño,  
Ya no puede d'alle alcance.

Este tan vario accidente  
Suele á veces dar disgusto;

(1) Sus caprichos tiene el sueño.

Yo le corrijo y ajusto  
Con el aviso siguiente :  
Cuando el sueño se detiene  
Rezo por poder pasar (2),  
Y en comenzando á rezar,  
En el mismo punto viene.  
Si carga mas que debía,  
Pienso en las deudas que debo,  
Y el sueño huye de nuevo,  
Como la sombra del día.

Ved el áspero y cruel  
Cuán manso vuelve al oficio,  
Y con cuán poco artificio  
Hago lo que quiero de él,  
Con tanta puntualidad,  
Que como galán y dama,  
Tenemos á mesa y cama  
Perpetua conformidad.

Revelome este secreto  
Una vieja de Antequera  
Que desde la vez primera  
Hizo verdadero efeto.

Y así, por larga experiencia  
He venido á conocer  
Que con rezar y deber  
Se repara esta dolencia.

#### EPIGRAMA PRIMERO.

En un muladar un día  
Cierta vieja sevillana,  
Buscando trapos y lana,  
Su ordinaria granjería,

Acaso vino á hallarse  
Un pedazo de un espejo,  
Y con un trapillo viejo  
Lo limpió para mirarse.

Viendo en él aquellas feas  
Quijadas de desconsuelo,  
Dando con él en el suelo,  
Le dijo : « Maldito seas. »

#### UNA CENA (3).

En Jaen, donde resido,  
Vive don Lope de Sosa,  
Y diréte, Inés, la cosa  
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero  
Un criado portugués...

(2) Rezo para reposar.

(3) Sedano publicó del modo siguiente esta poesía; yo sigo el texto de Fernandez.

En Ronda, donde resido,  
Mora don Diego de Sosa,  
Y diréte, Inés, la cosa  
Mas brava de él que has oido:

Tenia este caballero  
Un criado portugués...  
Pero cenemos, Inés,  
Si te parece, primero.



Pero cenemos, Inés,  
Si te parece, primero.  
La mesa tenemos puesta,  
Lo que se ha de cenar junto,  
Las tazas del vino á punto,  
Falta comenzar la fiesta.  
Comience el vinillo nuevo,  
Y échole la bendición;  
Yo tengo por devoción  
De santiguar lo que bebo.  
Franco fué, Inés, este toque;  
Pero arrójame la hota,  
Vale un florin cada gota  
De aqueste vinillo aloque.  
¿De qué taberna se trajo?  
Ma ya... de la del Castillo;  
Diez y seis vale el cuartillo;  
No tiene vino mas bajo.  
Por nuestro Señor, que es mina  
La taberna de Alcocer;  
Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina.  
Si es ó no invención moderna,  
Vive Dios, que no lo sé,  
Pero delicada fué  
La invención de la taberna;  
Porque allí llevo sediento,  
Pido vino de lo nuevo,  
Mídenlo, dánmelo, bebo,  
Págolo y voime contento.  
Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo;  
Solo una falta le hallo,  
Que con la priesa se acaba.  
La ensalada y salpicon  
Hizo fin; ¿qué viene ahora?  
La morcilla, ¡oh gran señora,  
Digna de veneracion!  
¿Qué oronda viene y qué bella!  
¿Qué través y enjundia tiene!  
Páreceme, Inés, que viene  
Para que demos en ella.  
Pues sus, encójase y entre;  
Que es algo estrecho el camino.

La mesa tenemos puesta,  
Lo que se ha de comer junto,  
Y el vino y tazas á punto;  
Pues comiéndose la fiesta.  
Rebana pan; bueno está;  
La ensaladilla es del cielo,  
¿Y el salpicon y el ajo,  
No miras qué tufo da?  
Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo;  
Sola una falta le hallo:  
Que con la priesa se acaba.  
Echa vino, y por tu vida,  
Que le des tu bendición;  
Yo tengo por devoción  
De santiguar la bebida.  
Bueno fué, Inés, este toque,  
Franco fué; mas yo ¿qué hago?  
Vale un florin cada trago  
De aqueste vinillo aloque.  
La taberna de la esquina  
Le suele á veces vender;  
Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina.  
Echa otra vez, serán dos,  
Ya que la cosa va rota;  
¿Quién de él tuviera una bota  
Para mas servir á Dios?  
La ensalada y salpicon  
Hizo fin; ¿quién viene agora?  
La morcilla, ¡oh gran señora,  
Digna de veneracion!  
¿Qué oronda sale y qué bella!  
Qué bizarro garbo tiene!  
Yo sospecho, Inés, que viene  
Para que demos en ella.  
Pues sus, encójase y entre;  
Que sale angosto el camino,  
No echés agua, Inés, al vino;  
No se escandalice el vientre.

No echés agua, Inés, al vino;  
No se escandalice el vientre.  
Echa de lo tras añejo,  
Porque con mas gusto comas;  
Dios te guarde, que así tomas,  
Como sabia, mi consejo.  
Mas di, ¿no adoras y precias  
La morcilla ilustre y rica?  
¿Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.  
¿Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
Y asada por esas manos,  
Echas á cebar lechones.  
El corazon me revienta  
De placer; no sé de tí,  
¿Cómo te va? Yo por mí  
Sospecho que estas contenta.  
Alegre estoy, vive Dios;  
Mas oye un punto sutil,  
¿No pusiste allí un candel?  
¿Cómo me parecen dos?  
Pero son preguntas viles;  
Ya sé lo que puede ser:  
Con este negro heber  
Se acrecientan los candelis.  
Probemos lo del pichel,  
Alto licor celestial;  
No es el aloquillo tal,  
Ni tiene qué ver con él.  
¿Qué suavidad, qué clareza!  
Qué rancio gusto y olor!  
Qué paladar! qué color!  
¿Todo con tanta fineza!  
Mas el queso sale á plaza,  
La moradilla va entrando,  
Y ambos vienen preguntando  
Por el pichel y la taza.  
Prueba el queso, que es extremo,  
El de Pinto no le iguala;  
Pues la aceituna no es mala,  
Bien puede bogar su remo.  
Haz pues, Inés, lo que sueles,

Ande apríase el tras añejo,  
Porque con mas gusto comas;  
Dios te guarde, que así tomas,  
Como sabia, el buen consejo.  
Mas di, ¿no adoras y precias  
La morcilla ilustre y rica?  
¿Como la traidora pica!  
Tal debe de estar de especias.  
¿Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
Y asada por esas manos,  
Hechas á cebar lechones.  
¿Vive Dios, que se podia  
Poner al lado del Rey!  
Al fin puero á toda ley,  
Que hinche tripa vacía.  
Probemos lo del pichel,  
Alto licor celestial;  
No es el aloquillo tal,  
Ni tiene qué ver con él.  
¿Qué suavidad, qué clareza!  
Qué cuerpo rancio y olor!  
Qué paladar, que color!  
¿Todo con tanta fineza!  
El corazon me revienta  
De placer, y á tí te veo  
Muerta de risa; yo creo  
Que debes de estar rontenta.  
Mas el queso sale á plaza,  
La moradilla va entrando,  
Y ambos vienen preguntando  
Por el pichel y la taza.  
Prueba el queso, que es extremo;  
El de Pinto no le iguala,  
Y la aceituna no es mala;  
Bien puede bogar su remo.  
Pues haz, Inés, lo que sueles;  
Dame de la bota llena;  
Bebamos, hecha es la cena;  
Levántense los manteles.  
Ya, Inés, que habemos cenado, etc.

Daca de la bota llena  
Seis tragos ; hecha es la cena ,  
Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado  
Tan bien y con tanto gusto,  
Parece que será justo  
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
Que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan, yo me duermo ;  
Quédese para mañana.

#### DIALOGO ENTRE UN GALAN Y EL ECO.

- GALAN. En este lugar me vide  
Cuando de mi amor partí ;  
Quisiera saber de mí,  
Si mi suerte no lo impide.
- ECO. Pide.
- GALAN. Temo novedad ó truco,  
Que es fruto de una partida ;  
Mas ¿quién me dice que pida  
Con un término tan seco ?
- ECO. Eco.
- GALAN. ¿La que siguió con tal priesa  
Las pisadas de Narciso ?  
La que por Jupiter quiso  
Ser contra Juno traviesa ?
- ECO. Esa.
- GALAN. ¿Qué andas por aquí buscando,  
Bella ninfa ? ¿Es á tu amor,  
O vencida del dolor,  
Andas tus males llorando ?
- ECO. Ando.
- GALAN. Así Narciso te vea  
Con mas piedad que solia,  
Que informes al alma mia  
De las cosas que desea.
- ECO. Sea.
- GALAN. Respóndeme pues del cerro  
Cavernoso : ¿haberme ido  
Fué yerro, no habiendo sido  
Necesario mi destierro ?
- ECO. Yerro.
- GALAN. Hora debió ser menguada,  
Donde reinó el interés ;  
La lealtad y fe de Inés  
¿Qué han medrado en mi jornada ?
- ECO. Nada.
- GALAN. El caso va descubierta,  
Algun desconcierto ha hecho ;  
¿Es cierto lo que sospecho  
De haber hecho desconcierto ?
- ECO. Cierto.
- GALAN. ¿Vistele romper el hilo  
Que amó nuestra amistad ?  
No quieras con liviandad  
Hacerme cera y pavilo.
- ECO. Vilo.
- GALAN. A vilo no hay que dudarse,  
Yo te doy entera fe ;  
Mas lo que viste ¿qué fué ?  
¿Fué olvidarme ó fué mudarse ?
- ECO. Darse.
- GALAN. ¿Qué, en tales trances y puntos  
Inés con otro se halla !  
Di cómo los viste, y calla  
Las circunstancias y adjuntos.
- ECO. Juntos.
- GALAN. Ella fué nave sin lastre,  
Que dió conmigo al través ;

Y ¿de qué calidad es  
El autor de mi desastre ?

- ECO. Sastre.
- GALAN. Mira no se lo levantes ;  
Antes que la conociese  
Pudo ser que sastre fuese,  
Mas no en tiempos semejantes.
- ECO. Antes.
- GALAN. Pues ya no usando el oficio,  
Que mucho es que se engañase,  
¿Quién la obligó á que olvidase  
Mi tierno amor y servicio ?
- ECO. Vicio.
- GALAN. Acaba de resumirte ;  
De este vicio y perdicion,  
¿Cuál fué la cierta ocasion ?  
Que tenga yo que servirte.
- ECO. Irte.
- GALAN. Pues presto vine, mas tarde  
Para corazon tan vario ;  
¿Quiere bien á mi contrario ?  
Dimelo, así Dios te guarde.
- ECO. Arde.
- GALAN. Arda, pues tan poco valgo,  
Que dejo arder esos fuegos ;  
¿Resistió mucho á los ruegos  
De ese venturoso hidalgo ?
- ECO. Algo.
- GALAN. ¿Las amorosas porfias  
Y recaudos importunos  
Duraron meses algunos ?  
Dilo, pues que lo entendias.
- ECO. Días.
- GALAN. La paga parece breve ;  
Y pues que lo redujeron  
A dias, di cuántos fueron,  
Aunque mi mal se renueve.
- ECO. Nueve.
- GALAN. Corta en palabras anduvo,  
Propiedad de vizcainos ;  
Y ¿hubo acaso en los vecinos  
Quien tanta ventura tuvo ?
- ECO. Hubo.
- GALAN. Pues á propósito llega,  
Dime el nombre sin tardanza  
De aquel que el mar en bonanza  
Y el viento á popa navega.
- ECO. Vega.
- GALAN. Primero que me partiese  
Tuve yo del mal espina ;  
No es Vega, junto a la esquina,  
Con quien tuve el interese.
- ECO. Ese.
- GALAN. Que cometió aquel delito  
Que todos saben del trigo,  
Por quien le vino el castigo  
Que en flor lo dejó marchito.
- ECO. Chito.
- GALAN. ¿Que calle? Donosa estás.  
¿No fué público el engaño,  
Y él no me ha hecho mas daño  
Que yo le haré jamás ?
- ECO. Mas.
- GALAN. Al fin su amor fué al desgaire ;  
Debió ser, porque en efeto  
Cuanto le di fué un soneto  
Y otros versos de donaire.
- ECO. Aire.
- GALAN. Yo se los di por dinero  
De mas valor y provecho ;

- Mas ¿qué son versos en pecho  
Sin amor, hecho de acero?
- ECO. Cero.
- GALAN. Por experiencia lo vi,  
Que realmente en mis amores  
Codicio fruto, y no flores;  
¿Tú no lo entendiste así?
- ECO. Si.
- GALAN. ¿Cómo la ingrata olvidó  
Lo que mostraba estimar!  
Y él ¿de qué ardido supo usar,  
Que tan presto la rindió?
- ECO. Dió.
- GALAN. Acertó, y es el decoro  
Que ha de guardar el que ama;  
Pero ¿qué le dió á la dama  
Que tan sin término adoro?
- ECO. Oro.
- GALAN. Artillería es que expugna  
La mayor fuerza de amor;  
Y ¿hubo á caso en su favor  
Del galan tercera alguna?
- ECO. Una.
- GALAN. Digolo porque esta allana  
Cualquier duda y la atropella;  
Bien sé que fué hermana de ella,  
Pero no sé cuál hermana.
- ECO. Ana.
- GALAN. Si alguna tercera hubiere,  
Esa ha de ser, y otra no;  
La madre ¿cómo calló,  
Visto el deshonor que adquiere?
- ECO. Quiere.
- GALAN. Mis versos quisiera solos  
Cobrar, pero no me atrevo;  
¿Dióles al amante nuevo,  
O por ventura escondiédolos?
- ECO. Diólos.
- GALAN. ¿Que á tal cosa se dispuso  
La desenvuelta muchacha!  
¿Y él puso en los versos tacha,  
Sabiendo quien los compuso.
- ECO. Puso.
- GALAN. Hallárialos oscuros,  
Versos inútiles, cojos,  
Duros, bajos, y tan flojos,  
Que se caen de maduros.
- ECO. Duros.
- GALAN. Bien sabe de cortesano;  
¿No está llano que en blandura  
Son sin igual, y en lisura,  
Y en estilo castellano?
- ECO. Llano.
- GALAN. Pero el sugeto fué indino,  
No me espanto; y la infiel  
¿Vino á murmurar con él  
También del verso divino?
- ECO. Vino.
- GALAN. ¿Quién tan gran maldad hiciera  
Por un amante segundo?  
¿Cómo ha de llamalla el mundo  
Cuando el caso se refiera?
- ECO. Fiera.
- GALAN. Poco es fiera, yo le hallo  
Mejor nombre que le den;  
Mas calla, que yo tambien  
Me corro de publicallo.
- ECO. Callo.
- GALAN. Que sufra yo una querrella  
Tan justa no quiera Dios,
- Muera el uno de los dos;  
¿Cuál será, di, ninfa bella?
- ECO. Ella.
- GALAN. ¿La palomilla sin hiel  
Ha de morir? ¡ay dolor!  
¿Cuál hallas tú que fué autor  
De este delito cruel?
- ECO. El.
- GALAN. Pues muera, que yo no soy  
De quien es bien que se alabe.  
¿Cuándo quieres que te acabe?  
Porque resolutio estoy.
- ECO. Hoy.
- GALAN. Mucha prisa es para mí;  
Pero hoy no me determino;  
Oye otro nuevo camino  
Mejor del que yo entendí.
- ECO. Di.
- GALAN. Rematar este debate  
Con muerte, hay Dios que lo vede,  
Pues mátele Dios, que puede,  
Y asegúrase el remate.
- ECO. Mate.
- GALAN. Si yo lo mato me pierdo,  
Porque no hay caso escondido;  
¿Qué te parece que ha sido  
Todo este mi nuevo acuerdo?
- ECO. Cuerdo.
- GALAN. Viva lo que Dios mandare;  
Solo me di lo que haga  
Del sexo que así me estraga,  
Para que mi mal repare.
- ECO. Pare.
- GALAN. ¿Cómo ha de parar un potro  
Cerrero y desenfrenado?  
Y ¿cuál amor hay eriado  
Que me haga olvidar este otro?
- ECO. Otro.
- GALAN. Ya te entiendo, y es exceso;  
¿Quieres decir que procure  
Nuevo amor, que el viejo cure  
Por haber salido avieso?
- ECO. Eso.
- GALAN. No osaré intentar tal cosa,  
Porque quizá es escapar  
De una desventura, y dar  
En otra mas peligrosa.
- ECO. Osa.
- GALAN. Y cuando me aventurara,  
¿Qué dama fuera mejor  
Para servir sin temor  
Que con otro se mezclara?
- ECO. Clara.
- GALAN. De su madrastra he sabido  
Que es bellísima y honrada,  
Blanda, humilde y avisada;  
Pero tiene un mal marido.
- ECO. Ido.
- GALAN. Ya sé que se fué á la guerra;  
Mas hay quien le profetice,  
Si no yerra el que lo dice,  
Que será presto en la tierra.
- ECO. Yerra.
- GALAN. Quieres decir que mintió.  
¿Al fin fin no ha de volver  
A su casa y su mujer,  
Como al partir lo ordenó?
- ECO. No.
- GALAN. Pues el mayor sobresalto  
Me allanas, yo he de probar

Por tu consejo asaltar  
Ese peligroso salto.

ECO.

Alto.

GALAN. Que ya entiendo que lo manda  
Quien la rueda mueve y guía;  
Y siendo así, niña mía,  
Yo me parto en la demanda.

ECO.

Anda.

## IMITACION DE UN APÓLOGO.

Quiso Mercurio saber,  
Juzgándose sin segundo,  
La estimacion que en el mundo  
Su deidad pudo tener.

Y halló ser necesario  
Para enterarse del hecho,  
Irse á la tienda derecho  
De un insigne estatuario.

En esto pues resumido,  
Hizo al punto su viaje,  
Mudando el divino traje  
Para no ser conocido.

Sin mirar cuán fácil es  
Al escarbar la gallina  
Descubrir la aguda espina  
Que le lastima los piés.

Vido llena la oficina  
De tablas artificiosas,  
Todas de dioses y diosas  
De belleza peregrina.

Tambien vió la suya entre ellas,  
Que á su parecer ultraja  
Las demás con la ventaja  
Que el sol hace á las estrellas.

Hallóse á todo presente  
El artífice discreto,  
Con quien el Dios inquieto  
Tuvo el coloquio siguiente:

«Esta tabla principal  
De Júpiter ¿cuánto vale?  
—Esa de ordinario sale  
Vendida en medio real.

¿Y esta de la diosa Juno  
En qué se suele vender?  
—Esta, por ser de mujer,  
Suele venderse por uno.

¿Y esta del famoso dios  
Mercurio en qué suele dallas?  
—De balde suele llevalla  
Quien me compra esotras dos.»

Amargóle esta verdad,  
Pero juzgo sin pasion  
Que la propia estimacion  
No suele dar calidad,

Y que los que mas están  
Con su estimacion casados,  
Solo tienen de estimados  
Lo que los otros les dan

## CANCION.

Pues el pago de mi fe,  
Juana, es verme cual estoy,  
Al rey de Francia me voy,  
No me preguntes á qué.

Sufriendo las sinrazones  
Que me hiciste, me han salido  
Dos bñitos tras el oido,  
Que parecen lamparones.

Si lo sou yo no lo sé;  
Mas por la duda en que estoy  
Al rey de Francia me voy,  
No me preguntes á qué.

Si no fueras melindrosa  
Pasara con buen gobierno,  
Sin intentar sobre invierno  
Jornada tan trabajosa;

Pero, como en ella esté  
Tan cursado como estoy,

Al rey de Francia me voy,  
No me preguntes á qué.

## CANCION.

Tres cosas me tienen preso  
De amores el corazon:  
La bella Inés, el jamon (4)  
Y berengenas con queso.

Esta Inés, amantes, es (5)  
Quien tuvo en mi tal poder,  
Que me hizo aborrecer  
Todo lo que no era Inés.

Trájome un año sin seso,  
Hasta que en una ocasion  
Me dió á merendar jamon  
Y berengenas con queso.

Fué de Inés la primer palma,  
Pero ya juzgase mal  
Entre todos ellos cual  
Tiene mas parte en mi alma.

En gusto, medida y peso  
No le hallo distincion;  
Ya quiero Inés, ya jamon,  
Ya berengenas con queso.

Alega Inés su beldad,  
El jamon que es de Aracena,  
El queso y la berengena  
La española antigüedad (6).

Y está tan en liel el peso,  
Que, juzgado sin pasion,  
Todo es uno: Inés, jamon  
Y berengenas con queso.

A lo menos este trato (7)  
Destos mis nuevos amores  
Hará que Inés sus favores  
Me los venda mas barato.

Pues tendrá por contrapeso,  
Si no hiciere la razon,  
Una louja de jamon  
Y berengenas con queso.

## SOBRE LOS CONSONANTES.

Quisiera la pena mia  
Contártela, Juana, en verso;  
Pero temo el fin diverso  
De cómo yo lo querría;

Porque si en verso refiero  
Mis cosas mas importantes,  
Me fuerzan los consonantes  
A decir lo que no quiero.

Ejemplo: Inés me provoca  
A decir mil bienes della;  
Si en verso la llamo bella,  
Dice el consonante *loca*;

Y así, vengo á descubrir  
Con término descompuesto,  
Que es una loca, y no es esto  
Lo que yo quiero decir.

Y si la alabo de aguda,  
Y mas ardiente que fuego (8),  
A la aguda dice luego  
Su consonante *picuda*.

Y así la llamo en sustancia  
Picuda quizá sin sello,  
A lo menos sin querello,  
Por solo la consonancia;

El verso en todo me impide,  
Y podrán hacerme cargo  
Que en la relacion me alargo  
Mas de lo que el cuento pide;

Aunque puede haber descuento  
Si el mentir no es excesivo,  
Pues si miento en lo que escribo,  
Por los consonantes miento.

(4) La dulce Inés, el jamon. — *Texto de Sedano.*

(5) Una Inés, amantes, es. — *Id.*

(6) Su andaluzá antigüedad. — *Id.*

(7) Servirá este nuevo trato. — *Id.*

(8) Presta, ardiente como fuego. — *Texto de Fernandez.*

Demás desto, tengo duda  
Que mi verso te contente,  
Mirado menudamente,  
Porque despuntas de aguda;  
Y no siendo cual deseas,  
Te fastidian versos malos,  
Y será darte de palos  
Obligarte á que los leas.

Pues, Juana, si hago función  
De tratar contigo en prosa,  
Tú eres limpia y melindrosa,  
Y es mi prosa un poco sucia;

Porque por ser tan añejo  
Ya en los años, suelo usar  
En escribir y en hablar  
Palabras del tiempo viejo;

Y la experiencia me avisa  
Que no será maravilla  
Que la esperada mancilla  
La conviertas toda en risa;

Y así, si yo no me engaño,  
Parecerá menos feo  
Desamparar mi deseo  
Que seguillo con mi daño.  
Y de estas dificultades  
Resulta, si bien lo miras,  
Que en el verso irán mentiras,  
Y en la prosa necedades.

## CONSEJOS Á UNA VIUDA.

Deja el llanto y la tristeza,  
Gloria de las Isabeles,  
Que son verdugos crueles  
De tus años y belleza.

La pérdida del marido  
Considera que pasó,  
Y el pasar no reparó  
Cosa de lo ya perdido;

Y sustentar la herida  
Siempre abierta del dolor  
No promete bien mayor  
Del que le das á tu vida;

Porque la tienen de suerte  
Tus lágrimas y crueldad,  
Que la luz de tu beldad  
Se ha vuelto sombra de muerte.

Si quieres ver manifiesto  
El ciego error en que estás,  
Toma el espejo, y verás  
El estado en que te ha puesto;

Porque visto el daño, espero,  
Compadecida de tí,  
Que recibirás de mí  
Lo que aconsejarte quiero.

Deja el triste luto aparte,  
Pon los alegres doseles,  
Y arma la cama en que sueles  
Con tu Adónis recrearte.

Ardan los ricos pebetes  
Que en tus regalos consumes  
Y usa de nuevos perfumes,  
Y de varios ramilletes.

Cubre de perlas el cuello;  
Da lustre á la tez hermosa,  
Cobra tu color de rosa  
Y esparce al viento el cabello.

Ponte la rica cintura  
Con los curiosos zarcillos,  
Los brazaletes y anillos  
Adornen tu hermosura.

Haz ventana para ver  
Los ratos desocupados,  
Desvanece á los mirados  
Si lo merecieren ser.

Tus ojos cojan y lleven  
Las banderas y despojos  
De las almas y los ojos  
De los que á verte se atreven.

La arpa ya olvidada encuerda,  
Tañe y canta letra mía,

Pues que tu dulce armonía  
Con la del cielo concuerda.

Bebe clarete, que quita  
Melancolias y alegría;  
Di luego mal de tu suegra,  
Y ande la risa y la grita.

Recibe á brazos abiertos  
Cualquier placer que viniere;  
Si Venus algo pidiere,  
No te acuerdes de los muertos;

Porque en cualquiera razon  
Que madama se declara,  
Mas vale vergüenza en cara  
Que mancilla en corazon.

Tus afligidas doncellas,  
Que ya no se lo desean,  
Ten por bien que no lo sean;  
Serás adorada de ellas.

Y en satisfaccion y á cuenta  
De un hecho tan cortesano,  
Te darán ripio á la mano  
Para que vivas contenta.

Adepues tu planta bella  
Siempre verde y regalada,  
De contentos cultivada  
Por el fruto que habrás della;

Y así vivirás ufana  
Largo tiempo, y al fin dél  
Podrás usar, Isabel,  
El oficio de Diana.

## EPIGRAMA II.

Magdalena me picó  
Con un alfiler un dedo (9);  
Dijele, picado, quedo,  
Pero ya lo estaba yo.

Rióse, y con su cordura  
Acudió al remedio presto;  
Chupome el dedo, y con esto  
Sané de la picadura.

## III (10).

Mostróme Inés por retrato  
De su belleza los pies;  
Yo le dije: «Eso es, Inés,  
Buscar cinco piés al gato.» \*

Rióse; y como eran bellos,  
Y ella por extremo bella,  
Arremeti por cojella,  
Y escapóseme por ellos.

## EL PINTOR PROTÓGENES (11).

Intentó con osadía  
Protógenes los pinceles  
Vencer y el arte de Apéles  
Y su ufana valentía;

Para lo cual sabiamente  
De la Grecia las mas bellas  
Y aquestas cinco doncellas  
Buscó y halló diligente.

Del ornato las despoja,  
Y libres de compostura,  
Desenbrió su hermosura,  
Sin dejarles ni una hoja.

Contemplaba su belleza  
Y admiraba cada parte,  
Atendiendo siempre al arte,  
Nunca á la naturaleza.

(9) Con un alfiler el dedo. — *Texto de Espinosa.*

(10) *Flores de poetas ilustres.*

(11) Según dicen otros autores, este caso fué de Génsi. Trae estos versos Pacheco en su *Arte de la pintura*, diciendo: «Galánamente pintó este caso — aunque atribuido á Protógenes — don Melchor del Alcázar, florido ingenio sevillano, que murió en la corte, de treinta y siete años, el de 1627, en estas coplas castellanas.» Como se ve, los versos del texto fueron obra de Melchor, hermano de Baltasar.

La gracia y color sacó  
De esta , y la parte mas bella  
Y artificiosa de aquella,  
Y una imagen acabó,  
Tal que á Vénus, que el hermoso  
Velo estrellado oscurece,  
Por trasunto se la ofrece  
De Apéles vitorioso;  
Pero si atrevido osara  
Hoy la luz de mi cuidado  
Retratar, della abrasado,  
Tabla y pincel arrojara ;  
Y de sus rayos vencido,  
Éfano de padecer,  
No cuidara de vencer,  
Cuidara de ser vencido.

FRAGMENTO DE UN ELOGIO AL RETRATO DE FRANCISCO PACHECO,  
PINTADO POR ESTE MISMO (12).

Alli sujetó la idea  
De su arte no vencida,  
Deseada, mas no habida  
Jamás de quien la desea ;  
Y él , glorioso de tenella ;  
Con ingenio soberano  
Va sacando de su mano  
Divinos traslados della ;  
Y así, no es de humano intento  
Lo que Pacheco nos pinta ;  
De otra materia es distinta,  
De celestial fundamento ,  
Pues con destreza invencible  
Lo que es espiritual,  
Dándole retrato igual,  
Le forma cuerpo visible.

#### EPIGRAMA IV (13).

Revelóme ayer Luisa  
Un caso bien de reir ;  
Quiérotelo, Inés, decir  
Porque te caigas de risa :  
Has de saber que su tia ..  
No puedo de risa, Inés ;  
Quiero reirme, y despues  
Lo diré, cuando me ria.

#### V (14).

Donde el sacro Bétis baña  
Con manso curso la tierra  
Que entre sus muros encierra  
Toda la gloria de España,  
Reside Inés la graciosa,  
La del dorado cabello ;  
Pero ¿ á mí qué me va en ello ?  
Maldita de Dios la cosa.

#### MADRIGAL (15).

Dejó la venda, el arco y el aljaba  
El lascivo rapaz, ; donosa cosa !  
Por coger una bella mariposa  
Que por el aire andaba.  
Magdalena la ninfa, que miraba  
Su descuido, hirtóle  
Las armas y dejóle  
En el hermoso prado,  
Como á muchacho bobo y descuidado.  
Ya de hoy mas no da Amor gloria ni pena ;  
Que el verdadero amor es Magdalena.

(12) Hállanse en el *Arte de la pintura* de Pacheco, precedidos de estas palabras : « Con mucha gracia explicó esto Baltasar del Alcázar en las coplas castellanas del elogio que hizo á mi retrato. »

(13) *Flores de poetas ilustrés.*

(14) *Id.*, *id.*

(15) Coleccion de Sedano , tomo ix.

#### ODA (16).

##### Al amor.

Suelta la venda, sucio y asqueroso,  
Lava los ojos llenos de legañas,  
Cubre las carnes y lugares feos,  
Hijo de Vénus.

Deja las alas, las doradas flechas,  
Arco y aljaba y el ardiente fuego,  
Para que en falta tuya lo gobierne  
Hombre de seso.

Cuando tu madre se sintiere de esto  
Puedes decille que como á muchacho  
Loco, atrevido, vano, antojadizo,  
No te queremos ;

Y que pues tiene de quien ella sabe  
Mil cupidillos, que nos dé, de tantos,  
Uno que rijá su amoroso imperio,  
Menos infame.

Tú, miserable , viéndote sin honra,  
Vnévete á casa de tu bella madre,  
Porque te vista ; que andas deshonesto,  
Picaro hecho.

Ponlo por obra, porque no me hagas  
Que aude el azote ; mas, si no me engaño,  
De estos azotes y aun de mí te ries,  
Fiero tirano.

#### LETRILLA PRIMERA (17).

*De la dama que da luego,  
Sin decir «vuelva á la tarde»,  
Dios os guarde.*

De la que á nadie despide,  
Y al que le pide á las nueve,  
A las diez ya no le debe  
Nada de lo que le pide ;  
De la que así se comide,  
Como si no hubiese tarde,  
*Dios os guarde.*

De la que no da esperanza,  
Porque no consiente medio  
Entre esperanza y remedio,  
Que el uno al otro se alcanza ;  
De quien desde su crianza  
Siempre aborreció dar tarde,  
*Dios os guarde.*

De la que en tal punto está,  
Que de todo se adolece,  
Y al que no le pide ofrece  
Lo que al que le pide da ;  
De quien dice al que se va  
Sin pedirle que es cobarde,  
*Dios os guarde.*

De la que forma querella  
De quien en su tierna edad  
Le impidió la caridad  
Y los ejercicios de ella ;  
De la que si fué doncella  
No se acuerda, por ser tarde,  
*Dios os guarde.*

#### II (18).

*Sé te casas con Juan Perez,  
¿ Qué mas quieres ?*

Si te trae del mercadillo  
Saya y manto de soplillo,  
Y un don para el colodrillo,  
Prendido con alfileres,  
*¿ Qué mas quieres ?*

(16) Coleccion de Sedano, tomo ix.

(17) *Id.*, *id.*

(18) *Id.*, *id.*

Si es de tan buena conciencia,  
Que llevará con paciencia  
Sobre cuernos penitencia  
La vez que se los pusieres,  
*¿Qué mas quieres?*

Si te permite que veas  
Y goces lo que desees,  
Y al fin, pasa porque seas  
La peor de las mujeres,  
*¿Qué mas quieres?*

Si para tu condicion  
Le desees dormilon,  
Y él duerme mas que un lirion  
Cuando menester lo hubieres,  
*¿Qué mas quieres?*

Si el Juan Perez es de hechura  
Que todo el año procura  
Que todos por tu figura  
Te hagan dos mil placeres,  
*¿Qué mas quieres?*

## EPIGRAMA VI (19).

Tiene Inés por su apetito  
Dos puertas en su posada:  
En una un hoyo á la entrada,  
En otra colgado un pito.

Esto es avisar que cuando  
Viniera alguno pidiendo,  
Si ha de entrar, entre cayendo;  
Si no cayendo, pitando.

## EPIGRAMA VII (20).

Tu nariz, hermana Clara,  
Ya vemos visiblemente  
Que parte desde la frente;  
No hay quien sepa dónde para.

Mas, puesto que no haya quien,  
Por derivacion se saca  
Que una cosa tan bellaca  
No puede parar en bien.

## DIALOGO ENTRE DOS PERRILLOS.

¿Cómo os llamais, gentil hombre?

— Zarpilla, Señor, me llamo.

— Pues ¿por qué? — Porque mi amo  
Quiso ponerme este nombre.

— ¿Quién sois ó de dónde ó cómo?

— Gozquejo soy sevillano,  
Y de un alcaide inhumano;  
Que ojalá no fuera suyo.

— ¿Tan mal te va en tu posada?

¿Qué es esto de par del ojo?

— Si no lo habeis por enojo,  
Sacóme una rebanada.

— ¿De dónde, cómo ó por quién?

— Daré relacion cumplida

Del discurso de mi vida,

Para que lo entendais bien.

Yo, Señor, naçi en Sevilla,

De padres gozques honrados,

Y entonces, por mis pecados,

No me llamaban Zarpilla.

Era un sastre á quien servia,

Y con los años aviesos

Vine á quedarme en los huesos,

De lo poco que comia.

Dióme despues un bellaco

En el pié con un ladrido.

Considerad un gozquillo

Hambriento, cojuelo y flaco.

Todo el dia echado al sol,

De tal manera me vi,

Que no diérades por mí

Lo que vale un caracol.

(19) Hállase en las *Flores de poetas ilustres*.

(20) *Flores de poetas ilustres*.

Viéndome en tan mala vida,

Acordé buscar señor

Que me tratase mejor

En esto de la comida.

Fuíme de mi amo el sastre,

Di conmigo dondestoy,

Y cuán venturoso soy

Lo veréis en mi desastre.

Topé un señor de buen arte,

Que me quiso en pocos dias,

Puesto que mis monerías

Y donaires fueron parte.

La pasada vida estrecha

Y la codicia del pan

Me hacian ser truhan

Sin serlo de mi cosecha.

Daba saltos en el aire,

Triscaba por complacelle,

Y acertaron á caelle

Estas cosas en donaire,

Y con esto me hartaba.

Limpiéme, que estaba sucio,

Púseme tan gordo y lucio,

Que mil gozques me envidiaban.

Y estando así, sucedió

Que un gato, mi compañero,

Comió á mi amo un silguero,

Que privaba como yo.

Siendo mi amo informado

Del homicida cruel,

Quisiera vengarse de él,

Mas no quiso mi pecado.

No acertó donde él quisiera,

Ni donde quisiera yo;

Que de acertar, si acertó;

Que acertar nunca debiera.

Yo estaba en el otro cabo,

Y viendo el golpe venir,

Con el temor de morir,

llice broquel de su rabo.

Fué tan bellaco el broquel,

Que lo rebano por medio,

Y rebano sin remedio

Cuanto abroquelé con él.

Llevóme el cruel ingrato

Lo que falta de esta pieza;

Y así pagó mi cabeza

Lo que hizo la del gato.

## SONETOS

DIRIGIDOS Á GUTIERRE DE CETINA.

## I.

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,  
Que al deseo igualara que la inclina  
A celebrar, carisimo Cetina,  
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo,  
Viérades, en honor del patrio suelo,  
La clara fama que la rueda empina  
Del gran hijo de Tétis, como indina,  
Cubierta á vuestros piés de negro velo;  
Mas ya que el hado le negó esta palma (21)  
Al tardó ingenio, porque tal supuesto (22)  
Pide mas alta (23), numerosa suma,  
Yo os celebro, Señor, dentro mi alma,  
Donde os veréis en aquel punto puesto  
Do no llegó (24) el ingenio ni la pluma.

## II.

Si el llanto, Febo, á tu deidad indino,  
Que los desiertos tésalos (25) oian;  
Si los ojos de amor que te hacian (26)

(21) Esta gloriosa palma.

(22) De alabaras me impide y el sugeto.

(23) Pide alabanzas de infinita.

(24) Habré de celebrarlos en mi alma.

(25) Campos tésálicos.

(26) Si los hermosos ojos que podlan.

Quedar en este mundo (27) por vecino;  
 Si los rubios cabellos de oro fino,  
 Que con el fresco viento se esparcian;  
 Si aquellas blancas manos que teñian  
 Presa tu libertad, siendo divino,  
 Está ya oscurecido en tu memoria (28)  
 O por el tiempo ó grave inconveniente (29),  
 Vuelve á la vida tu amorosa historia (30);  
 Y honra de hoy mas tu lauro eternamente (31),  
 Pues le vemos ceñir con nueva gloria (32)  
 Del gran Cetina la ingeniosa frente (33).

## ROMANCE.

El pastor mas triste  
 Que en el valle y sierra  
 Páce su ganado  
 La fragante yerba,  
 Con lágrimas dice  
 A la causa de ellas  
 Sus ansias mortales,  
 Que mucho le aquejan:  
*Morena bella,*  
*Tóquete de mi fuego*  
*Una centella.*

Del alado dios  
 Un rayo te encienda,  
 Pues al de tus ojos  
 No hallo defensas,  
 Aunque para verte  
 En ceniza vuelva  
 Lo que mas deseo  
 Y menos deseas.  
*Morena bella, etc.*

Me llamas, Belisa,  
 Mas falso que Enéas,  
 Y sin conocerme,  
 Por tal me condenas;  
 Si á otro cielo adoro,  
 Fálteme la tierra,  
 Y el de tu hermosura  
 Me falte en ausencia.  
*Morena bella, etc.*

La luz de tu rostro,  
 Que mis ojos ciega,  
 Destierre del mio  
 Las tristes tinieblas;  
 Hasta que te ablandes  
 Crezcan mis endechas,  
 Crezcan mis suspiros,  
 Mis lágrimas crezcan.  
*Morena bella, etc.*

Y que cuando caigan  
 De las altas sierras  
 Las oscuras sombras  
 De la noche negra,  
 Hacia su majada  
 El pastor da vuelta,  
 Y en el monte y valle  
 El eco resuena,  
*Morena bella, etc.*

## REDONDILLAS.

Esclavo soy, pero cuyo  
 Eso no lo diré yo;

- (27) Detenerte en el mundo.  
 (28) Si por el tiempo, robador del gusto.  
 (29) O por otro cualquier grave accidente.  
 (30) Ha hecho en tu memoria nuevo truco.  
 (31) De hoy mas podrás honrar mas propiamente.  
 (32) Tu olvidado laurel, que es premio justo.  
 (33) De la ingeniosa frente de Pacheco.

Hállanse estos sonetos en la traducción de la *Historia de la literatura española de Sismondi*. Van con las mismas variantes allí indicadas, por las cuales se ve que el segundo fué corregido y dedicado á Francisco Pacheco.

Que cuyo soy me mandó  
 Que no diga que soy suyo (34).

Cuyo soy jurado tiene  
 De ahorcarme si lo digo;  
 Libreme Dios de un castigo  
 Que á tales términos viene.

¿Yo horro, siendo de un cuyo  
 Tal cual quien me cautivó?  
 Bien librado estaba yo  
 Si dijera que soy suyo.

Ando á ganar para mí;  
 Mas no quiero libertad;  
 Que esto de mi soledad  
 Por ser esclavo la di.

Harto he dicho; pero cuyo  
 Puedo yo ser, eso no;  
 Dígalo quien me mandó  
 Que no diga que soy suyo.

Púsome en el alma un clavo  
 Su dulce nombre y la ese,  
 Porque ninguno pudiese  
 Saber de quién soy esclavo.

Quien quisiere saber cuyo  
 Lea donde se escribió,  
 Y verá quién me mandó  
 Que no diga que soy suyo.

Quiero al fin decir quién es,  
 Si no me lo estorba el miedo.  
 Soy de Inés... ¡Perdido quedo!  
 Señores, no soy de Inés.

Burlando estaba en el cuyo.  
 ¡Mal haya quien me engañó!  
 No estaba en mi seso, no,  
 Si he dicho que soy suyo.

## OTRAS.

Tengo la cabeza rota,  
 En esta cama tendido,  
 Del cruel dolor herido.  
 Que el médico llama gota.

Las horas que el sufrimiento  
 Con el alivio cobraba,  
 Eran que se preparaba  
 Para el futuro tormento.

Considerando mi mal  
 Y el que padece un amante,  
 Hálléle tan semejante,  
 Y el martirio tan igual,

Que vengo á dar por sentencia,  
 Compadre mio y señor,  
 Que entre la gota y amor  
 No hay ninguna diferencia.

(34) El padre Benito Bemigio Noydens, en la *Historia moral del dios Momo* (Madrid, 1666), dice: «El que se precia de buen ingenio tambien se precia de buen entindimiento. No escriba cosa que ofenda los oídos y manche el alma, que es bien de ponderar que há pocos años andaba un cantar profano que un poeta habia inventado, y era, como dicen los cortesanos, muy valido, y era este: «Esclavo soy, pero cuyo, etc.» Y sucedió que sacando un sacerdote los espíritus de una endemoniada, preguntó por curiosidad (que siempre se ha de huir en tales casos) al demonio qué sabia. Respondió que era músico. Hizo el sacerdote traer una vihuela, y de tal manera meneaba los dedos de la villana, que parecia el hombre mas diestro del mundo; y diciéndole que cantase, dijo:

Esclavo soy, pero el cuyo  
 No puedo negarlo yo,  
 Pues cuyo soy me mandó  
 Que dijese que era suyo,  
 Pues al infierno me envié.»

Bien merece glosa el cantar del demonio. Como se ve por esta cita del padre Noydens, el diablo tenia en lo antaño muy buen gusto literario, y era aficionado á los versos de BALTASAR DEL ALCAZAR, hasta el punto de servirse de ellos para sus glosas y otras diabluras literarias. Esto siempre honra á nuestra literatura, pues aunque el aplauso de los malos no debe lisonjear mucho, sin embargo, aplauso es.



La gota generalmente  
De un humor caliente empieza,  
Que corre de la cabeza  
Como de su propia fuente;  
Así amor de fuego viene,  
Que en la cabeza se cria  
Cuando la encuentra vacía  
Del seso que le conviene.

Si la gota quita el sueño,  
La paciencia y el comer,  
No es amor ni suele ser  
Mas hidalgo con su dueño;

Y si el cuitado paciente  
Ayes entona diversos,  
El amador hace versos,  
Que descubren lo que siente.

En las coyunturas duele  
La gota con mas vigor,  
Y en coyunturas amor  
Hacer maravillas suele;

Y si suele dar en cama  
La gota con el mas fuerte,  
Amor de la misma suerte  
Con el amante y su dama.

Cuando el mal al pié descende.  
Y el dolor hiere sin tasa,  
La sombra y aire que pasa  
Todo lo agravia y ofende.

Así quien de veras ama  
Tales celos forma y cria,  
Que aun el aire no querría  
Que le tocase á su dama.

Cuando la gota convida  
A que echen la sangre fuera,  
Al amante una tercera  
Le chupa la sangre y vida.

Al gotoso en su dolor  
Suelen por todas las vias  
Aplicarle cosas frias  
Que resistan el dolor;

Y aplicada de este modo  
La nieve de larga ausencia  
En la amorosa dolencia  
Suele curarla del todo.

Al gotoso comunmente,  
Cuando mas salud alcanza,  
Si el tiempo hace mudanza,  
Luego la salud lo siente;

Y al galan que sin razon  
Su dama se le retira,  
Luego veréis que suspira,  
Y enferma del corazon.

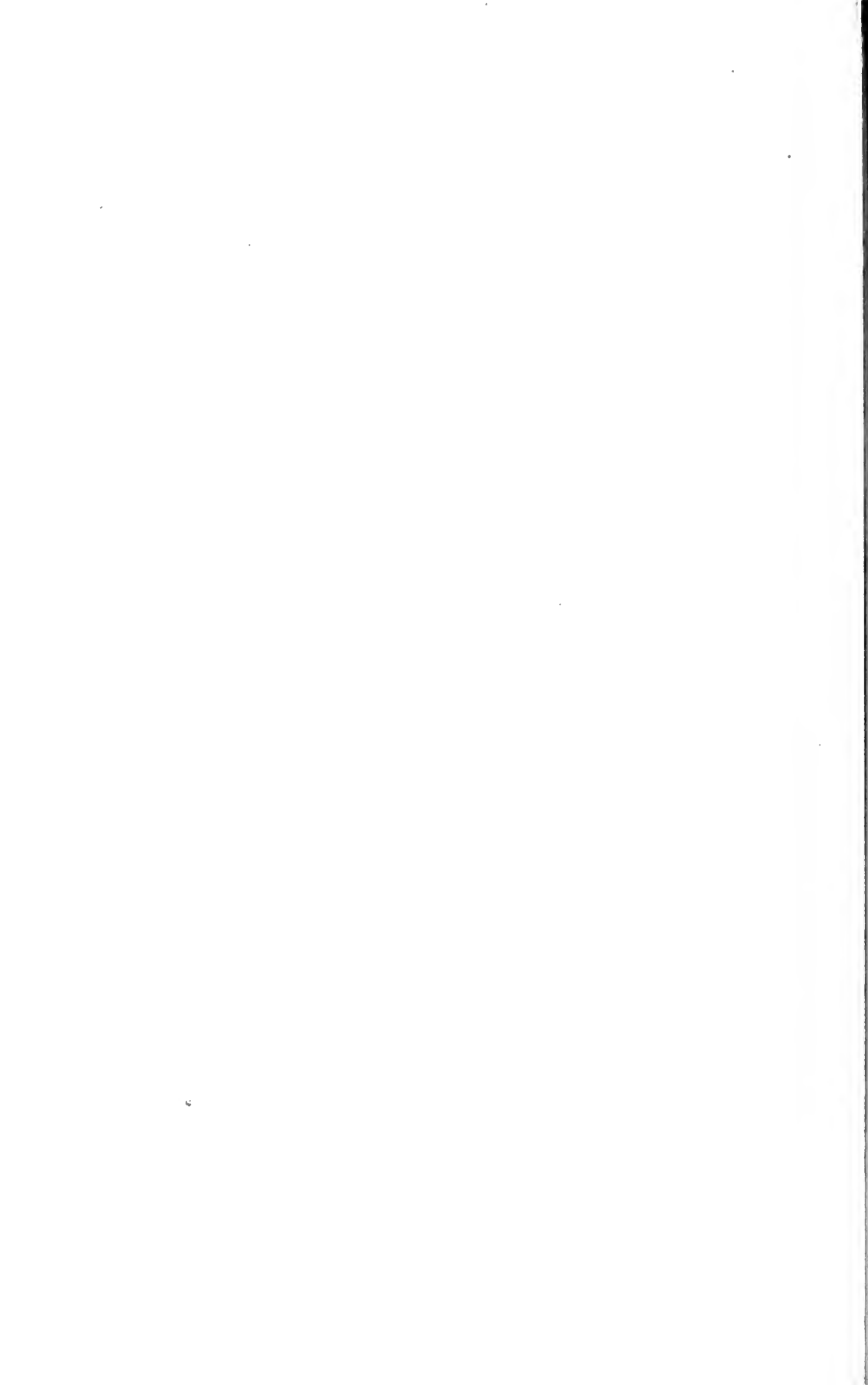
Cuando la gota se ensaña,  
Lo que mas es menester  
Es la templanza en comer,  
Porque todo exceso daña;

Y el galan no vale un cuarto,  
Si lo da de comedor,  
Porque en el juego de amor  
Se suele morir de harto.

La gota curada en vano,  
Viene el negocio á parar  
Por un tiempo en cojear  
Con un bordon en la mano;

Así amor por galardón  
Regala con mal francés,  
Y no se tiene en los piés  
El galan sin su bordon.

Esto es, en resolución,  
Lo que me movió á tener  
Un tau nuevo parecer:  
Juzgad si tengo razon.



## POESÍAS

# DEL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

### COMPOSICIONES VARIAS.

EPITAFIO Á UN JABALÍ QUE MATÓ LA DUQUESA DE OSUNA,  
QUE FUÉ HERMOSÍSIMA SEÑORA.

Un jabali yace aquí,  
Muerto por una deidad;  
Muriera de vanidad  
Otra vez á estar en sí.  
No fué solo el jabali  
El muerto; que no hallarás  
Caminante que jamás  
Quede en la selva con vida;  
Que este murió de la herida,  
Y de envidia los demás.

CELEBRA EL DOCTOR UN TIRO QUE LA MISMA DUQUESA HIZO  
Á UNOS GORRIONES.

Belisa á cinco tiró  
Gorriones, y á cuatro dellos  
Antes con sus ojos bellos  
Que con el tiro mató.  
El otro solo quedó,  
Y luego se fué á un desierto,  
Y sobre un peñasco yerto  
Escribió el pico dorado:  
«Aquí yace un desdichado  
Que murió de no haber muerto.»

FINJE QUE UNA DAMA RECELA QUE SU AMANTE LA OLVIDASE  
EN AUSENCIA.

*Pregunta.* Viva Bras, aunque es partido;  
Mas su fe huen siglo haya.

*Respuesta.* Aunque es partido Pelaya,  
Seguro está tu partido;  
Porque habiendo merecido  
Ver tus bellos ojos Bras,  
Que en matar dejan atrás  
Los mas activos venenos,  
Ni debe abatirse á menos  
Ni puede aspirar á mas.

CELEBRA EL DOCTOR UN DICHO DEL PADRE MAESTRO FARFAN  
DE SAN AGUSTIN.

Determinaron echar  
Un novicio que solia  
A todos cuanto podia  
De las celdas agarrar.  
Viendo al padre lamentar,  
Farfan en esta ocasion

P. XVI-I.

Dijo con gran compasion:  
«Todos lo hemos lamentado;  
Que nos tenia robado  
Hasta el mismo corazon.»

Á DOÑA ANA DE MENDOZA Y MELGAREJO, CUANDO TOMÓ EL  
HÁBITO DE RELIGIOSA EN EL CONVENTO DE SAN LEANDRO.

Mucho os pareceis, Señora,  
A Dios en los atributos.  
Pues dais de esas manos frutos  
Que aun el pensarlos ignora.  
Calificada está agora  
En esta pródiga accion  
Vuestra real condicion;  
La mia pide que os dé,  
Yo no sé, Señora, qué,  
Si teneis mi corazon.

Á LA CRUZ Y TRIBULACION.

Los que me vieron en cruz  
Mil parabienes me dén;  
Que en la cruz está mi bien,  
Pues mi bien está en la cruz.

Á UNA CONTEMPLACION QUE TENIA EL DOCTOR, Y DESEÁNDOLA,  
NO LA QUERIA LOGRAR.

SONETO.

Si desdicha en amor desdicha fuera,  
Yo fuera mas que todos desdichado,  
Pues siempre pretendi desesperado,  
Porque nunca alcancé lo que quisiera;  
Mas si dejar de amarte yo pudiera,  
Al punto diera fin á mi enaidado,  
Con la experiencia ya desengañado  
De que mi amor sin fruto en vano espera.  
Quisiera no quererte por gozarte;  
Que es ya desdicha en mi haberte querido,  
Pues si te gozo tengo de perderte.  
No quiero bien si he de dejar de amarte;  
Que el amarte no mas mi vida ha sido,  
Y no quiero gozarte por perderte.

Á UNA DAMA QUE FINGIENDO DESCUIDO ENSEÑÓ LAS LIGAS  
AL DOCTOR.

Cubrid las ligas, amiga,  
Sin meterme en tentacion;  
Que no soy yo gorrion  
Para que me armeis con liga.

27

Halláisme ya tan de paz  
Y tan templado á los viejos,  
Que no bastan rapacejos  
Para tornarme rapaz.  
No esperéis á que os lo diga  
Por segunda monición;  
*Que no soy yo gorrion*  
*Para que me armeis con liga.*

La receta que os parece  
Que ha de ponerme osadía  
Es rosa de Alejandria,  
Que me estraga y enllaquece.  
Acabad de echar, amiga,  
A la janla el pabellon,  
*Que no soy yo gorrion*  
*Para que me armeis con liga.*

Aunque puede en la refriega  
Armar la liga morada,  
No es de la liga esta armada,  
Ni contra el turco navega.  
No penseis que me pierda  
Tan moderada ocasion;  
*Que no soy yo gorrion*  
*Para que me armeis con liga.*

Á UN CLÉRIGO QUE NO QUISO PRESTAR AL DOCTOR LA MULA,  
Y ERA MUY PUERCO.

Cierto abad de Cantillana,  
Tan viejo como guardoso  
(Dejo aparte lo asqueroso,  
Que eso dirá la sotana),  
Su mulilla rabicana  
Jamás la quiso prestar,  
Verificando á la par  
Con evidencias notorias  
En sí dos contradictorias:  
*No dar mula y muladar.*

Á UN FRAILE VIEJO, MENTIROS Y FALTO DE DIENTES.

Vuestra dentadura poca  
Dice vuestra mucha edad,  
Y es la primera verdad  
Que se ha visto en vuestra boca.

Á UNA HECHURA DE UN SANTO CRISTO DE CERA.

Pecador, que estás temblando  
De mi justicia severa,  
Llégate; que soy de cera  
Y fácilmente me ablando.

EPITAFIO Á DOÑA LUISA MALDONADO, MUJER QUE FUÉ DE DON  
FERNANDO MELGAREJO, Á QUIEN POR MAL NOMBRE LLAMABAN  
BARRABÁS.

Quien vivió con Barrabás  
Yace en esta losa fría;  
Que la vida que tenía  
No pudo sufrirla mas;  
Y así, nos queda el consuelo  
En muerte tan á deshora,  
Que, pues Barrabás la llora,  
Sin duda que está en el cielo.

ROMANCE (1).

De amor con intercadencias,  
Que es de linaje de pulsos

(1) Este romance ha corrido hasta ahora impreso como de don Luis de Góngora. En el código de las *Obras del doctor Juan de Salinas* se lee:

\* En las obras de don Luis de Góngora, que recogió é imprimió don Gonzalo de Hoces y Córdoba el año de 1633, pusieron el ro-

que por momentos se mueve (2),  
Y se para por minutos,  
Abrenuncio.

De doncellas alcorzadas,  
Que siendo plantas sin fruto,  
Pretenden adoracion  
Por lo blanco y por lo rubio,  
Abrenuncio.

De terceras disonantes,  
Que pegan en mí de agudo,  
Teniéndome por tan necio,  
Que no entiendo el contrapunto,  
Abrenuncio.

De peticiones en tercio,  
Hechas con traza y estudio,  
Y dichas después á versos,  
Como salmos de nocturno,  
Abrenuncio.

De damas que si os ofrecen  
Medio cornado de gusto,  
A fuer de la vida eterna  
Esperan ciento por uno,  
Abrenuncio.

De afeiciones repartidas  
Mas que pecho ni tributo.  
Que en admitir variedades  
Son el arca del diluvio,  
Abrenuncio.

De reinas en cuyas cortes,  
Sin guardar á nadie el turno,  
Habla, si es rico, Toledo,  
Y calla, si es pobre, Búrgos,  
Abrenuncio.

De tablas de malos léjos,  
Damas que aunque quieran mucho  
Hacen las mismas obsequias  
Al ausente que al difunto (3),  
Abrenuncio.

De las que no se enternecen  
No siendo de oros el triunfo,  
Si les tañen mas guitarras  
Que fueron contra el Maluco,  
Abrenuncio.

De poetas que no escriben  
Sino Apolo el rubicundo,  
Y por mas soles que gastan,  
No deja de hacer oscuro,  
Abrenuncio.

De tiples que meten letra,  
Y dan tan bajos los puntos,  
Que podian ser polilla  
Del serrallo del Gran Turco,  
Abrenuncio.

manee que comienza *De amor con intercadencias*, y lo hizo el doctor SALINAS; el cual, viéndolo en la dicha impresion, hizo esta:

Delito á mis ojos es,  
No de los menos atroces,  
Entrarse violentas hoces  
En ajena y pobre mies;  
Estas mis querellas pues  
Aunque en metáfora van,  
Por ventura sacarán  
Algun *miserere mei*,  
Como al adúltero rey  
La conseja de Natan.

Hijo ingrato, así disfamas,  
En pobres paños nacido,  
A tus padres, y engreido,  
A caballero te llamas.  
El festivo entre las damas  
Ya en soledades se ve,  
Do no huella humano pié;  
O yo no alcanzo el misterio,  
O me cometió adúltero  
La musa con quien casé.\*

(2) *Que por momentos aguja*, dicen otras ediciones.

(3) En muchas ediciones se lee:

Al presente que al difunto.

De cascos desvanecidos,  
Bonetes que tienen humos  
De nuncios del Padre Santo,  
Pudiendo estar en el Nuncio,  
Abrenuncio.

De fanfarrones del ampa,  
Que pretenden, por lo rufo,  
Dar á las damas en votos  
Lo que ellas quieren en jaros,  
Abrenuncio.

De varas que al primer toque,  
Cual de otro Moisen segundo,  
Sacan arroyos de plata  
De los peñascos mas duros,  
Abrenuncio.

De discretos putativos  
En el aplauso del vulgo,  
Que por mas que anden compuestos,  
Son simples en todo el mundo,  
Abrenuncio.

De buenas caras al olio,  
Que á para fuerza del unto  
Piensan dejar encubiertos  
Los defectos del dibujo,  
Abrenuncio.

De otras mil cosas que veo  
En estos siglos caducos,  
Que las he por expresadas,  
Y de mi porque las sufro,  
Abrenuncio.

Á DOÑA MANUELA DEL ALCÁZAR, CUANDO NIÑA SE FUSO  
CHAPINES LA PRIMERA VEZ, Y ERA HERMOSÍSIMA.

Peces que á vuestro albedrío  
En deleitoso país  
Por el seno discurreis  
Deste claro y manso río,  
Huid por consejo mio  
Del corvo anzuelo á la mar;  
Que á Filis vi preparar,  
Famosa en la pesquería,  
El corcho que no tenía  
En su caña de pescar.

Guarte, Gil, de entre esos riscos  
De una zagala en chapines,  
Como dos mil serafines,  
Como dos mil basiliscos.  
Cien mil arcos berberiscos  
Con hélicas algazaras  
No matizan tantas jaras  
De vivos esmaltes rojos,  
Como un flechar de sus ojos.  
¡Ay de ti, si lo miraras!

## DECIMAS.

EN ALABANZA DE LA ROSA EN COMPETENCIA DEL JAZMÍN.

El que eligió en el jardín  
El jazmín no fué discreto,  
Que no tiene olor perfeto  
Si se marchita el jazmín;  
Mas la rosa hasta su fin,  
Porque aun su morir se alabe,  
Tiene olor mas dulce y suave,  
Fragancia mas olorosa;  
Luego mejor es la rosa,  
Y el jazmín menos suave.

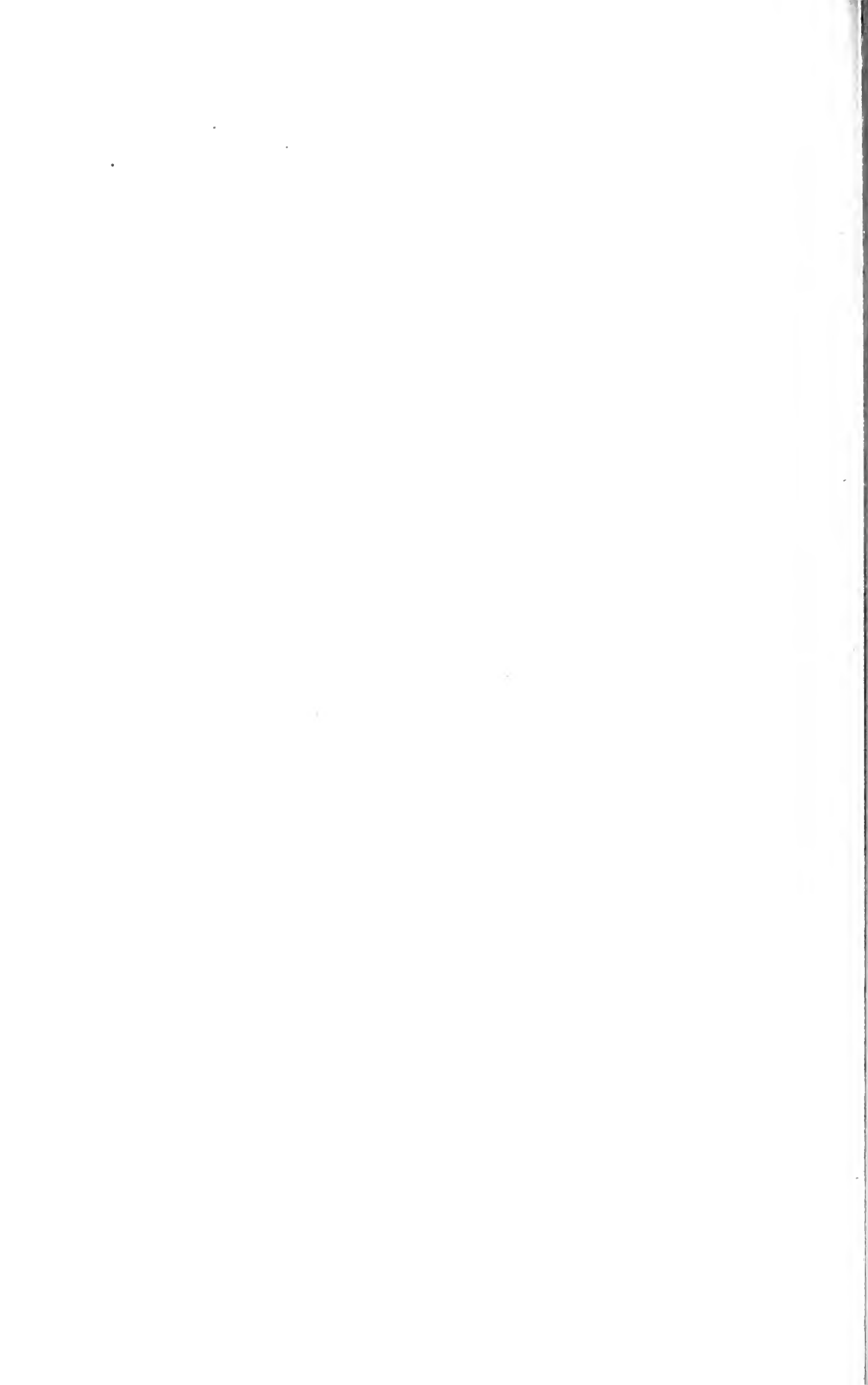
Tú, que rosa y jazmín ves,  
Eliges la pompa breve  
Del jazmín, fragante nieve  
Que un soplo al céfiro es;  
Mas conociendo despues  
La altiva lisonja hermosa  
De la rosa, envidadosa  
La antepondrás á mi amor;  
Que es el jazmín poca flor,  
Mucha fragancia la rosa.

ENVIÓ EL DOCTOR Á UNA RELIGIOSA UNAS PLUMAS PARA ESCRIBIR  
Y ARENILLA PARA LAS CARTAS.

Las plumas símbolo son  
Del vuelo á que el alma santa  
Fervorosa se levanta  
En alta contemplacion;  
Y porque en esa region  
Cuando soplaré violento  
De la vanidad el viento  
No os precipite y arrastre,  
Las arenas son el lastre  
Del propio conocimiento.

CONSOLANDO Á UNA PERSONA QUE PADECIA TRABAJOS.

No te amargues en lo fuerte  
De tan duras extorsiones;  
Que en su rigor te dispones  
Para mas dichosa muerte,  
Pues llegando á empobrecerte,  
No habrá en las horas postreras  
Ricas prendas lisonjeras  
De que con dolor te acuerdes,  
Turbaudo con lo que pierdes  
El gozo de lo que esperas.



## POESIAS

# DE PEDRO DE QUIRÓS.

### COMPOSICIONES VARIAS.

#### SONETO PRIMERO.

A Itálica.

Itálica, ¿dó estás? Tu lozanía  
Rendida yace al peso de los años.  
¿Quién á la luz que dan tus desengaños  
En la sombra veloz del tiempo fia?

Cedió tu pompa á la fatal porfia  
De tirana ambicion de los extraños;  
Mas hízote el ejemplo de tus daños  
Libro de sabios, de ignorantes guía.

Mal dije; no humilló tus torres claras  
Tiempo ni emulacion con manos fieras;  
Que, á resistirte, de los dos triunfaras.

Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,  
Ni á tus héroes mas triunfos les hallaras,  
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

#### II.

Al último duque de Alcalá.

El coronado yelmo, el real escudo,  
Primor que admiras del cincel valiente,  
De esta urna de pórvido luciente  
Lengua es que rompe su silencio mudo.

Sellado el mármol ocultar no pudo  
Tanto sol retirado al occidente;  
Que sus glorias la fama reverente  
En bronce graba con buril agudo.

Alma del tiempo es esta pira grave,  
Que al postrimer Afán le da reposo,  
Cuyo nombre en su fama apenas cabe;

Su fama, que es el triunfo mas glorioso  
Que á la inmortalidad torció la llave;  
Deidad, le veneró Marte dichoso.

#### III.

A una perla, alusion á la Virgen María.

Del cristalino piélago se atreve  
Tal vez marina concha á la ribera,  
Y el fulgor puro de la luz primera  
Su seo, menor que su avaricia, bebe.

De la preciosa perla apenas debe  
Quedar fecunda el alba lisonjera  
Cuando at mar se retira, porque fuera  
Ve los rayos del sol manchar su nieve.

En el mar de la gracia ¿quien no mira  
Que eres ¡oh Virgen! tú la perla pura  
Por cuya luz aun la del sol suspira?

Mancha el sol de tu perla la blancura;  
Mas que en tí no haya mancha ¿á quien admira,  
Si aun al sol presta rayos tu hermosura?

#### IV.

¡Oh tú, cualquier que fueses, el primero  
Que á verdes canas el erubio diste,  
Y rotos dientes con marfil supliste,  
Seas pasto infeliz del Cancerbero!

Por tí, á pesar de casi un siglo entero  
De años que tiene doña Guzmia, insiste  
En que es niña, y del malo se reviste  
Porque yo por sus rugas no me muero.

Niña dentipostiza y trencicana,  
No quieras que arrastrando el apetito,  
Por tí sea yo mártir del demonio.

¡Ay! olvidame; así, cuando mañana  
Rapagona te llame aquel bendito,  
Nadie diga: «¡Oh qué falso testimonio!»

#### V.

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto  
No hay robre que no deje enternecido,  
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!  
Oh, si gimiera mi dolor tu canto!

Esperar mi desvelo osara tanto,  
Que mereciese por lo bien sentido  
Ser escuchado, cuando no creído,  
De la que es de mi amor hermoso encanto;

¡Qué mal empleas tu raudal sonoro  
Cantando la alba y á las flores bellas!  
Canta tú; oh ruiseñor! lo que yo lloro.

Acomoda en tu pico mis querellas;  
Que si las dices á quien tierno adoro,  
Con tu voz llegarás á las estrellas.

#### REDONDILLAS.

Dulce Ardenia bella,  
A quien mi albedrío  
Llama norte mio  
Como el mar su estrella;  
Por quien de llorar  
Tus duros enojos

Son rios mis ojos ,  
 Que corren al mar ;  
 Agora que el manso  
 Vicuto el mar serena  
 Y ofrece á mi pena  
 La noche descanso ;  
 Mientras llojüero  
 Va el viento veloz ,  
 Escucha la voz  
 De tu marinero.  
 Oye , no te abscondas ,  
 La luz manifiesta  
 De un sol que se acuesta  
 En las rubias ondas ;  
 Oye los suspiros  
 De quien firme te ama ,  
 Si porque te llama  
 No son tus retiros ;  
 Si hay en tí afición ,  
 Dueño hermoso , vén.  
 Las horas del bien  
 ; Oh qué tardas son !  
 Si amor no te obliga  
 Cuando me despeña ,  
 Dame alguna seña  
 Para que te siga.  
 En vano te alejas ,  
 Pues para alcanzarte  
 El amor reparte  
 Plumas á mis quejas ;  
 Si buyes de amar ,  
 Buscarte es error ;  
 Que quien no halla amor ,  
 Nada puede hallar.  
 Sin tí se ven solas ,  
 Y en sus escarceos  
 A mudos gorgéos  
 Te llaman las olas.  
 Su voz cristalina  
 Acordes rompieran  
 Si heridas se vieran  
 De tu luz divina.  
 Y la noche obscura  
 Luciera tan clara,  
 Que el día envidiara  
 Su alegre bermosura.  
 No mar , sino cielo  
 Debiera llamarse ,  
 A poder copiarse  
 En el mar tu velo.  
 Mas fuera mi mal ;  
 Que no hallo un amante  
 En lienzo inconstante  
 Firme original.  
 A tus niñas bellas  
 Haciendo reflejo,  
 No estimara espejo  
 Ser de las estrellas.  
 Gozara bonanza  
 El mar de mis ojos ,  
 Pues libre de enojos  
 Viera su esperanza.  
 Sin tí nada veo  
 De serenidad ,  
 Porque es tu beldad  
 Fin de mi deseo.

### CANCION PRIMERA.

El tiempo que vivieron  
 Sin ser tuyos mis ojos , Celia mía ,  
 A cuanto entonces vieron  
 Miran hoy como noche , porque el día ,  
 Vestido de arrebóles ,  
 No pudo amanecer sin tus dos soles.  
 Ya de tus luces bellas ,  
 Mi amor , si mariposa no encendida ,  
 Será por medio de ellas  
 El ave rara que en Arabia anida ,  
 Pues si abrasado yace ,  
 Fénix será el amor que en tí renace.

; Ay dulce , hermoso dueño !  
 Si es sueño grave mi felice suerte ,  
 Como hay vida que es sueño ,  
 Sea mi vida dilatada muerte ,  
 Porque esté mas segura  
 Vida que es muerte , sueño que es ventura.  
 Morir por adorarte ,  
 Aunque sin esperar el merecerte ,  
 Amar por solo amarte ,  
 Tener por dulce fin solo el quererte ,  
 Es gloria donde el alma  
 Tiene sin interés su fe por palma.  
 Mas ; ay , Celia divina !  
 Que cuando me acredito mas de amante  
 Y cuando mas camina  
 Mi amor en su propósito constante ,  
 En un grave tormento  
 Vacila el alma , gime el pensamiento.  
 No sé si declararé  
 Podrá su pena el corazon difunto ,  
 Pues con imaginarte  
 De mas dichoso amor posible asunto ,  
 En lágrimas deshecho ,  
 Triste á los ojos se traslada el pecho.  
 Ya te he dicho la causa ,  
 Con brevedad , de mi insufrible daño ;  
 Que no es bien hacer pausa  
 En el dolor quien teme un desengaño ;  
 Mal mi pasión resisto ...  
 ; Ay Celia , quién tu luz no hubiera visto !

### II.

Altivo pensamiento ,  
 No afectes ardimiento soberano ,  
 Porque es atrevimiento  
 Seguir tanta deidad con vuelo humano.  
 Mira que la ventura  
 Está , cuando mayor , menos segura.  
 Pensamiento atrevido ,  
 Para estar de tí mismo confiado  
 Eres tan desvalido  
 Como de nobles causas engendrado ;  
 Teme , si al sol te igualas ,  
 Que á su calor se quemarán tus alas.  
 No busques tanta gloria ,  
 Pues te falta caudal para el empleo ;  
 Imposible victoria  
 Es la que pretendió solo el deseo ,  
 Y á una luz tan divina  
 El atreverse es la primer ruina.  
 Incontrastable muro  
 Mal combatir intenta tu cuidado ;  
 Mas rebelde , mas duro  
 Le hallarás mientras fueres mas osado ;  
 Que está en un amor muerto  
 Dormido el gusto , y el rigor despierto.  
 En la luz de su esfera  
 Rigor fatal conocerás de muerte ,  
 Si con alas de cera  
 De learo sigues la ambiciosa suerte.  
 Mira que es desvario  
 Esperar que amor venza un mármol frio.

### MADRIGAL.

Tórtola amante , que en el robre moras ,  
 Endechado en arrullos quejas tantas ,  
 Mucho alivias tus penas . si es que lloras ,  
 Y pocos son tus males , si es que cantas.  
 Si de la que enamoras  
 El desden te desvia ,  
 No durará el desden , pues tu porfia  
 Está un pecho de pluma conquistando.  
 ¿ Podrá un pecho de pluma no ser blando ?  
 ; Ay de la pena mía ,  
 En que medroso y triste estoy llorando ,  
 Y eternecer procuro  
 Pecho de mármol , cuanto blanco , duro !



## ROMANCE.

Hería el sol en las ondas,  
Que unas con otras combaten,  
Desconcertados los vientos,  
Desafiados los mares;

Amedrentados los riscos  
O gimen ó se deshacen;  
Que no á la vista tan fieros  
Son como el cierzo cobardes.

En la sorda playa queiebran  
Las olas que flecha el aire,  
Amenazando al romperse  
A medio mundo tragarse.

En una pobre barquilla,  
Que aun parece que no cabe  
En todo el mar, que furioso  
La arroja de una á otra parte,

Remando á vista de tierra,  
Una de abril fiero tarde  
(Que ni es abril siempre flores,  
Ni siempre enero buracanes),

Al compás de la tormenta  
Y al tenor de sus pesares  
Así cantaba Daliso,  
Mas que venturoso, amante:

«Amarilis ingrata,  
Desde que te vi  
*El mar no me mata,*  
*El amarte sí.*

» Aunque el mar juró  
Sus olas por bravas,  
Tú eres quien me acabas;  
Que las olas no.  
Mi muerte temí  
Al temerte ingrata;  
*El mar no me mata,*  
*El amarte sí.*

» Si mi pecho vieras,  
Bien conocerías  
Cuánto mas podías  
Que las aguas fieras,  
Pues es para mí  
La tormenta grata;  
*Que el mar no me mata,*  
*El amarte sí.»*

Mientras al viento dispensa  
Estos acentos suaves,  
De enamorados delínes

Le escucha escuadron nadante;  
Pero al golpe de las olas  
Se rinde el barquillo frágil,  
Y busca Daliso tierra

En hombros de los cristales.  
Viendo que las aguas fueron  
Sepulcro á su leño errante,  
Sentado sobre una roca,  
Vuelve á decir y á quejarse:

«Amarilis ingrata,  
Desde que te vi  
*El mar no me mata,*  
*El amarte sí.»*

## REDONDILLAS.

Al breve hermoso pié de una dama.

Zagala, yo vi tu pié;  
Si digo lo que sentí,  
En mi mucho fuego fué  
La poca nieve que vi.

Dándome pié para hablar,  
Mudo estoy, mi te te empeño;  
Y es que no hallo qué glosar  
Sobre pié que es tan pequeño.

Flecha que el alma penetra,  
Pues ves mi pluma turbada,

Vén tú, y al pié de la letra  
El pié á la letra traslada.

Del bello pié y de mi amor,  
Lisi, sólo decir sé  
Que cuanto puede el amor  
Lo puedes tú con tu pié,

Pues con él así triunfaste.  
Lisi divina, esta vez,  
Que por el pié derribaste  
La torre de mi altivez.

Hoy me hace pagar aprisa  
Amor la deuda forzosa,  
Si no al pié de la francesa,  
Al tuyo, española hermosa;

Y para dejar deshecha  
La dureza que mostré,  
En vez de punta de flecha  
Se valió de puntapié.

Aunque del bien que hoy me ofrece  
Casi quiero presumir  
Que darme el pié mas parece  
Que es ayudarme á subir.

No mi bien nacido amor  
Profanará el tiempo osado,  
Pues mi dicha y tu favor  
Con tan buen pié ha comenzado.

Esta esperanza alentó,  
Dulcisima Lisi, el ver  
Que amor que de piés nació  
Dichoso promete ser.

Si albergue en tu pecho hallara  
Dichosa fuera mi fe,  
Pues no hay duda que medrara  
En casa de tan buen pié;

Mas en mi dulce penar,  
Amado ó aborrecido,  
A tus piés siempre he de estar,  
Como agora estoy, rendido.

## EPIGRAMA PRIMERO.

Amarilis, si no fuera  
Por el desden que padezco,  
El amor de que adolezco  
Mi vida acabado hubiera.

De amor la llama hace fiera  
Del pecho ardiente despojos;  
Llanto causan tus enojos;  
Mas templase en proporción  
El fuego del corazón  
Con el llanto de los ojos.

## II.

A una que se casó con un calvo.

Hoy la tierna Lisi pudo  
Darse á tallado velado  
En copete mal velado  
Y en barba bien copetudo;  
Muestra el capitel desnudo  
Cascos, dureza y osario;  
O ya salga temerario,  
Pobre ó necio el tal testuz,  
Temo que haya mucha cruz,  
Lisi, donde hay tal calvario.

## III.

Signiome Filis, hui;  
Segui yo á Filis, huyó.  
;Oh, si mi no fuera sí!  
Oh, si mi si fuera no!

## IV.

No amaba yo, vi á Leonor ;  
 Miré incauto, hirióme hermosa ;  
 Rie mi amor rigurosa ;  
 Lloro tierno su rigor.  
 Nieve fui, sol es mi ingrata ;  
 Mi llanto admirar no debe ;  
 Que hiriendo el sol á la nieve,  
 En arroyos la desata.

## V.

Bellos ojos tiene Filis,  
 Cienarda hermoso cabello,  
 Cristal es de Elisa el cuello,  
 Rubí el labio de Amarilis ;  
 ¿Cuál de tan dulces despojos  
 Quisiera emprender tu fuego,  
 Amor? Pero siendo ciego,  
 ¿Quién duda que quieres ojos?

---

# POESIAS

DE

## DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

---

### JUICIOS CRITICOS.

---

#### DE LOPE DE VEGA.

*(En una respuesta á un señor de estos reinos, en que da su parecer en razon de la nueva poesia.)*

El ingenio de este caballero... en mi opinion... es el mas raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su patria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos... Escribió en todos estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho mas honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos toda erudicion y dulzura, dos partes de que debe constar el arte... Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, á lo que siempre he creido, con buena y sana intencion, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas.

---

#### DE FRANCISCO CASCALES.

*(En carta á Luis Tribaldos de Toledo.)*

¿Quién puede presumir de un ingenio tan divino, que ha ilustrado la poesia española á satisfaccion de todo el mundo, ha engendrado tan peregrinos conceptos, ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas y felicemente recibidas con general aplauso, ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estilo sumo lo que ni la lengua puede encarecer ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambajiosos hipérbatos y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion?

*(En carta á don Francisco del Villar.)*

Digo pues, conformándome con vuestra merced, que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y mas eminente de España en la poesia, sin excepcion alguna, y que es el cisne que mas bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero,

como yo concedo esto, me ha de conceder vuestra merced y todos los doctos que han de ser en esto solamente oídos, que aquella oscuridad perpetua debe ser condenada.

---

## DE DON JOSÉ PELLICER Y TOBAR.

(*En el Fénix; Madrid, 1630.*)

El príncipe de los poetas españoles, nuestro gran cordobés DON LUIS DE GÓNGORA, solo comparable á Píndaro de los griegos, cuyas obras salieron á luz póstumas con nombre del Homero español, título desigual, si no por el genio, por lo escrito; que DON LUIS jamás escribió poema épico. Solo vagó como Claudiano, igualando á Marcial en las sales.

---

## DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la República literaria.*)

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en DON LUIS DE GÓNGORA, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió despues queriendo retirarse del vulgo y afectar la oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló despues tanto mas estimado, quanto con mas cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

---

## DE FRAY ANDRÉS FERRER DE VALDECEBRO.

(*En el Templo de la Fama; Madrid, 1680.*)

A todas estas estatuas hacian frente en órden diferente otras tan valientes y famosas, y se leía el letrero de la primera, que decia: *El Taso*. Este ¿no es el *Torcuato*? Sí, y puede ser collar de oro del mismo Apolo. Le hacia lado la de *Garcilaso*, príncipe de lo lírico, y á ambas otra con culto artificio fabricada, y decia la letra de la tarjeta: GÓNGORA, *natural de Córdoba*. Este no ha tenido segundo ni quien le imite, y si igualaran á los versos los asuntos, habia de tener mejor lugar que Homero.

---

## POESIAS

# DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

### SONETOS.

#### I.

A la historia de Felipe II que escribió Luis de Cabrera,  
su coronista.

Vive en este volúmen el que yace  
En aquel mármol, rey siempre glorioso;  
Sus cenizas allí tienen reposo,  
Y dellas hoy él mismo aqui renace.

Con vuestra pluma vuella, y ella os hace,  
Culto Cabrera, en nuestra edad famoso;  
Con las suyas le haceis victorioso  
Del francés, belga, lusitano y trace.

Plumas de un fénix tal, y en vuestra mano  
¿Qué tiempo puede haber que las consuma?  
Y ¿qué invidia ofenderos, sino en vano?

Escriba, lo que vieron, tan gran pluma,  
De los dos mundos uno y otro plano,  
De los dos mares una y otra espuma.

#### II.

A la segunda parte de la dicha historia de Felipe II.

Segundas plumas son, oh lector, cuantas  
Letras contiene este volúmen grave;  
Plumas siempre gloriosas, no del ave  
Cuyo túmulo son aromas tantas;

De aquel si cuyas hoy cenizas santas  
Breve porfido sella en paz suave;  
Que en poco mármol mucho fénix cabe,  
Si altamente negado á vuestras plantas.

De sus hazañas pues hoy renacido,  
Debe á Cabrera el fénix, debe el mundo,  
Cuantas segundas hate plumas bellas.

A Cabrera, español Livio segundo,  
Eternizado, cuando no ceñido  
De iguales hojas que Felipe estrellas.

#### III.

A la *Austriada*, que en octava rima compuso Juan Rufo,  
jurado de Córdoba.

Cantastes, Rufo, tan heroicamente  
De aquel César novel la augusta historia,  
Que está dudosa entre los dos la gloria,  
Y á cuál se deba dar ninguno siente.

Y así la fama, que hoy de gente en gente  
Quiere que de los dos la igual memoria  
Del tiempo y del olvido haya victoria,  
Cine del lauro á cada cual la frente.

Debeis con gran razon ser igualados,  
Pues fuisteis cada cual único en su arte:  
El solo en armas, vos en letras solo,

Y al fin ambos igualmente ayudados:  
El de la espada del sangriento Marte.  
Vos de la lira del dorado Apolo.

#### IV.

A la fábula de Faeton, que compuso el conde de Villamediana.

En vez de las Heliadas, agora  
Coronan las Piérides el prado,  
Y tronco la mas culta levantado,  
Suda electro en los números que llora.

Plumas vestido, ya las aguas mora  
Apolo, en vez del pájaro nevado,  
Que á la fatal del jóven fulminado  
Alta ruina, voz debe canora.

¿Quién pues, verdes cortezas, blanca pluma  
Les dió, quien de Faeton el ardimiento?

A cuantos dora el sol, á cuantos baña  
Terminos del Océano la espuma,  
Dulce fias tu métrico instrumento,  
Oh Mercurio, del Jupiter de España.

#### V.

Al obispo de Sigüenza, pasando por Córdoba, donde le hicieron  
unas fiestas de toros y juego de cañas.

¡Oh de alto valor, de virtud rara  
Sacro esplendor, en toda edad luciente,  
Cuya fama los términos de oriente  
Ecos los hace de su trompa clara!

Vuestro cayado pastoral, hoy vara,  
Dará flores, y vos gloriosamente  
Del pellico á la púrpura ascendiente,  
Subiréis de la mitra á la tiara.

No es voz de fabulosa deidad esta,  
Consultada en oráculo profano,  
Sino de la razon muda respuesta.

Deja su urna el Betis, y lozano,  
Cuantos engendra toros la floresta  
Por vos fatiga en hábito africano.

#### VI.

A don Antonio Venégas, obispo de Sigüenza.

Sacro pastor de pueblos, que en florida  
Edad pastor, gobiernas tu ganado  
Mas con el silbo que con el cayado,  
Y mas que con el silbo con la vida;

Canten otros tu casa esclarecida,  
Mas tu palacio, con razon sagrado,  
Cante Apolo, de rayos coronado,  
No humilde musa, de laurel ceñida.

Tienda es gloriosa, donde en lechos de oro  
Victoriosos duermen los soldados,  
Que ya despertaran á triunfo y palmas;

Milagroso sepulcro, mudo coro  
De muertos vivos, de ángeles callados,  
Cielo de cuerpos, vestuario de almas.

#### VII.

A un niño, hijo del conde de Salinas.

Del leon que en la selva apenas cabe,  
O ya por fiero ó ya por generoso,

Que á dos sarmientos, cada cual glorioso,  
 Obedeció mejor que al garzon grave (1),  
 Real cachorro y pámpano suave  
 Es este infante, en tierna edad dichoso,  
 Cupido con dos soles, que hermoso,  
 De ángel tiene lo que el otro de ave.  
 La alta esperanza en él se ve lograda  
 Del claro padre y de la antigua casa  
 Que á España le da héroes, si no leyes;  
 Tal, que do el norte hiela al mar, su espada  
 Temida, y donde el sol la arena abrasa,  
 Triunfador siempre, coma con sus reyes.

## VIII.

Al conde de Lemos, desde Monfort, donde el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, fundó una universidad.

Llegué á este monte fuerte, coronado  
 De torres convecinas á los cielos,  
 Cuna siempre real de tus ahuelos,  
 Del reino escudo y silla de tu estado.  
 El tiempo vi á Minerva dedicado,  
 De cuyos geométricos modelos (2),  
 Si todo lo moderno tiene celos,  
 Tuviere envidia todo lo pasado.  
 Sacra erección de príncipe glorioso,  
 Que ya de mejor púrpura vestido,  
 Rayos cune de luz, estrellas pisa.  
 ¡Oh cuánto deste monte imperioso  
 Descubrió! Un mundo veo; poco ha sido,  
 Que seis orbes se ven en tu divisa.

## IX.

A los campos de Lepe, á las arenas  
 Del abreviado mar en una ría,  
 Extranjero pastor llegué sin guía,  
 Con pocas vacas y con muchas penas.  
 Muro real, orlado de cadenas,  
 A cuyo capitel se debe el día,  
 Ofreció á la turbada vista mía  
 El templo sacro de las dos sirenas (3).  
 Casta madre, hija bella, veneradas  
 Con humildad de prósperos vaqueros,  
 Con devoción de pobres pescadores,  
 Si ya á sus aras no les di terneros,  
 Dieron mis ojos lágrimas cansadas,  
 Mi fe suspiros y mis manos flores.

## X.

Vencidas de los montes Marianos  
 Las altas cumbres, con rigor armadas,  
 De calvos riscos, de hayas levantadas,  
 Cunas inacesibles de milanos;  
 Y el río que á piratas africanos  
 Espadañas opone en vez de espadas,  
 Testigos son las torres coronadas  
 De Lepe, cuando no lo sean los llanos.  
 Pisado el yugo, al Tajo y sus espumas,  
 Que salpicando os dorarán la espuela,  
 El nido venerad humildemente  
 Del Fénix hoy que reinos son sus plumas;  
 ¿Qué mucho si el oriente es, cuando vuela,  
 Una ala suya, y otra el occidente?

## XI.

A la armada en que los marqueses de Ayamonte pasaban á ser vireyes de Méjico.

Velero bosque, de árboles poblado,  
 Que visten hojas de inquieto lino;  
 Puente instable y prolija, que vecino  
 El occidente haces apartado;  
 Mañana ilustrará tu seno alado (4)  
 Soberana beldad, valor divino,  
 No ya el de la manzana de oro lino,

Griego premio, hermoso, mas robado.  
 Consorte generosa del prudente  
 Moderador del freno mejicano,  
 Lisonjeen el mar vientos segundos;  
 Que en su tiempo, cerrado el templo á Jano,  
 Coronada la paz, verá la gente  
 Multiplicarse imperios, nacer mundos.

## XII.

A la duquesa de Ayamonte, enviándole unas piedras bezares.

Corona de Ayamonte, honor del día,  
 Estas piedras quedó un enfermo á un sano,  
 Hoy os tiro, mas no escondo la mano,  
 Porque no digan que es cordobesa;  
 Que dar piedras á vuestra señoría  
 Tirarlas es por medio de ese llano,  
 Pesadas señas de un deseo liviano,  
 Lisonjas duras de la musa mía.  
 Término sean pues y fundamento  
 De vuestro imperio, y de mi fe constante  
 Tributo humilde, sino ofrecimiento.  
 Camino, y sin pasar mas adelante,  
 A vuestra deidad hago el rendimiento  
 Que al monte (5) de Mercurio el caminante.

## XIII.

A los poetas de la casa del marqués de Ayamonte.

Cisnes de Guadiana, á sus riberas  
 Llegué y á vuestra dulce compañía,  
 Cuya suave métrica armonía  
 Desata montes y reduce fieras;  
 No á escuchar vuestras voces lisonjeras,  
 Sino al segundo ilustrador del día  
 Consagrarle la humilde musa mía,  
 Que cantó burlas y eterniza veras;  
 Al Apolo de España, al de Ayamonte  
 Culto honor. Si labraren vuestras plumas  
 Digna corona á su gloriosa frente,  
 Flores á vuestro estilo dará el monte,  
 Candor á vuestros versos las espumas  
 De Helicon darán, y de su fuente.

## XIV.

Al marqués de Ayamonte, enseñándole un retrato de la Marquesa.

Clarísimo Marqués, dos veces claro,  
 Por vuestra sangre y vuestro entendimiento  
 Claro dos veces, otra y otras ciento  
 Por la luz de que no me sois avaro;  
 De los dos soles que aquel pincel raro  
 Dió de su luminoso firmamento  
 A vuestro seno, ilustre atrevimiento  
 Que aun en cenizas no saliera caro,  
 ¿Qué águila, Señor, dichosamente  
 La región penetró de su hermosa aura  
 Con copiaros los rayos de su frente?  
 Cebado vos los ojos de pintura,  
 En noche camináis, noche luciente;  
 Que mal será con dos soles oscura.

## XV.

Al marqués de Ayamonte.

Alta esperanza, gloria del Estado,  
 No solo de Ayamonte, mas de España,  
 Si quien me da su lira no me engaña,  
 A mas os tiene el cielo destinado.  
 De vuestra fama oír el clarín dorado,  
 Emulo ya del sol, cuanto el mar baña;  
 Que trompas hasta aquí han sido de caña  
 Las que memorias han solicitado.  
 Alma al tiempo dará, vida á la historia  
 Vuestro nombre inmortal, ¡oh digno esposo  
 De beldad soberana y peregrina!  
 Coronense estos muros ya de gloria,  
 Que serán cuna y nido generoso  
 De sucesion real, si no divina.

(5) Otros leen *monton*.

(1) Algunas ediciones dicen *baston* en vez de *garzon*.

(2) Otros leen *desvelos*.

(3) Otros leen *santo*.

(4) Otros leen *alcado*.

## XVI.

A un retrato de don Juan de Acuña, presidente de Castilla.

Este que en traje lo admirais togado,  
Claro no á luces hoy de lisonjero  
Pincel, sino de claro caballero,  
Esplendor del buen día que lo ha dado;  
Este, ya de justicia, ya de estado,  
Oráculo en España verdadero,  
A quien por tan legal, por tan entero,  
Sus balanzas Astrea le ha fiado,  
Clava serán de Alcides en su diestra,  
Que de monstros la edad purgue presente,  
Y á los siglos invidia sea futuros.  
Este pues, gloria de la nación nuestra,  
Don Juan de Acuña es; huir valiente  
Al tiempo lo vincule en bronce duros.

## XVII.

A don Cristóbal de Mora, primer marqués de Castel-Rodrigo,  
gran privado de Felipe II.

Arbol de cuyos ramos fortunados  
Las nobles moras son quinas reales,  
Teñidas en la sangre de leales  
Capitanes, no amantes desdichados,  
En los campos de Tajo mas dorados  
Y que mas privilegian sus cristales,  
A par de la sublime palma sales,  
Y mas que los laureles levantados.  
Gusano, de tus hojas me alimentos (6);  
Pajarillo, sosténgame tus ramas,  
Y ampáreme tu sombra, peregrino.  
Hilaré tu memoria entre las gentes,  
Cantaré enmudeciendo ajenas famas,  
Y votaré á tu templo mi camino.

## XVIII.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, que estaba en Granada.

Hojas de inciertos chopos, el nevado  
Cabello, oirá el Genil tu dulce avena,  
Sin invidiar al Dauro en poca arena  
Muelo oro de sus piedras mal limado;  
Y del leño vocal solicitado,  
Perdonará no el mármol á tu vena,  
Ocioso, mas la siempre orilla amena  
Cañoro ceñirá muro animado.  
Camina pues, oh tú, Anfon segundo,  
Si culto no revocador snave  
Aun de los moradores del profundo;  
Que el Bétis hoy, que en menos gruta cabe,  
Urna suya los términos del mundo  
Lagrimosos hará, en tu ausencia grave.

## XIX.

A don Luis de Ulloa, un caballero de Toro que pasó  
por Córdoba.

Generoso esplendor, si no lucente,  
No solo es ya de cuanto el Duero baña  
Toro, mas del zodiaco de España,  
Y gloria vos de su murada frente.  
¿Quién pues region os hizo diferente  
Pisar amante? Mal la fuga engaña,  
Mortal saeta, dura en la montaña,  
Y en las ondas mas dura de la fuente.  
De venenosas plumas os lo diga  
Corcillo atravesado, restituya  
Sus trofeos el pié á vuestra enemiga.  
Tímida fiera, bella ninfa huya,  
Espiritu gentil, no solo siga,  
Mas bese en el arpon la mano suya.

## XX.

Al licenciado Soto de Rójas, abogado en la real chancillería  
de Granada.

Poco despues que su cristal dilata,  
Orla el Dauro los márgenes de un Soto,

(6) La mora es la hoja que come el gusano de seda.

Cuyas plantas Genil besa devoto;  
Genil, que de las nieves se desata.

Sus corrientes por él cada cual trata,  
Las escuche el antipoda remoto,  
Y el culto seno de sus minas roto,  
Oro al Dauro le preste, al Genil plata.  
El pues de rojas flores coronado,  
Nobles en nuestra España por ser Rojas,  
Como bellas al mundo por ser flores,  
Con rayos dulces mil de sol templado  
Al mirto peña y al laurel las hojas,  
Monte de musas ya, jardin de amores.

## XXI.

A la tercera parte de la *Historia pontifical*, que escribió el doctor  
Babia, capellan de la capilla real de Granada.

Este que Babia al mundo hoy ha ofrecido  
Poema, si no á números atado,  
De la disposición antes limado  
Y de la erudición despues tamado,  
Historia es culta, cuyo encañecido  
Estilo, si no métrico, peinado,  
Tres ya pilotos del bajel sagrado  
Hurta al tiempo y redime del olvido.  
Pluma pues que claveros celestiales  
Eterniza en los bronceos de su historia (7),  
Clave es ya de los siglos, y no pluma.  
Ella á sus nombres puertas inmortales  
Abre, no de caduca, no, memoria;  
Que sombras sella en túmulos de espuma.

## XXII.

A un retrato de don Alvaro Bazan, primer marqués  
de Santa Cruz.

No en bronceos que caducan mortal mano,  
Oh católico sol de los Bazanes,  
Que ya entre gloriosos capitanes  
Eres deidad armada, Marte humano,  
Esculpirá tus hechos, si no en vano,  
Cuando describir quiera tus afanes,  
Y los bien repartidos tafetanes (8)  
Del turco, del inglés, del lusitano.  
El un mar de tus velas coronado,  
De tus remos el otro encañecido,  
Tablas serán de cosas tan extrañas.  
De la inmortalidad el no cansado  
Pincel las logre, y sean tus hazafñas  
Alma del tiempo, espada del olvido.

## XXIII.

A don fray Diego de Mardónes, obispo de Córdoba, en la dedica-  
cion de unos villancicos que le hizo Juan Risco, maestro de ca-  
pilla de la santa iglesia de Córdoba.

Un culto Risco en venas hoy suaves  
Concettuosamente se desata,  
Cuyo néctar, no ya líquida plata,  
Hace cañoras aun las piedras graves.  
Tu pues que el pastoral cavado sabes  
Con mano administrar al cielo grata,  
De vestir digno manto de escarlata  
Y de heredar á Pedro en las dos llaves,  
Este, si numeroso, dulce escucha  
Torrente, que besar desea la playa  
De tus ondas, ¡oh mar! siempre serenas.  
Si armonioso leño selva mucha  
Atraer pudo, vocal risco atraya  
Un Mardónes hoy todo á sus arenas.

## XXIV.

A la retórica que compuso el padre Francisco de Castro,  
de la compañía de Jesus.

Si ya el griego orador la edad presente,  
O el de Arpina dulcísimo abogado,  
Merecieran gozar, mas enseñado  
Este quedara, aquel mas elocuente,

(7) Gracian lee *tiempos*.

(8) Otros leen *reportados*.

Del bien decir bebiendo en la alta fuente,  
Que en tantos rios hoy se ha desatado  
Cuantos en culto estilo nos ha dado  
Libros vuestra retórica excelente.

Vos reducis ; oh Castro ! á breve suma  
El difuso canal desta agua viva ;  
Trabajo tal el tiempo no consuma ,  
Pues de laurel ceñido y sacra oliva ,  
Haceis á cada lengua , á cada pluma  
Que hable néctar y que ambrosia escriba.

## XXV.

A la toma de Larache, fuerte de Africa, año de 1610.

La fuerza que infestando las ajenas,  
Argentó luna de menguante plata ,  
Puerto hasta aqui del bégico pirata ,  
Puerta ya de las líbicas arenas ,  
A las señas de España sus almenas  
Rindió al fiero leon que en escarlata  
Altera el mar, y al viento que lo trata  
Imperioso aun obedece apenas.  
Alta haya de hoy mas volante lino  
Al Euro dè , y al seno gaditano  
Flacas redes seguro humilde pino ;  
De que ya deste ó de aquel mar tirano  
Leño holandés disturbe su camino,  
Prenda su libertad bajel pagano.

## XXVI.

A la grandeza y dilatacion de Madrid, corte de los reyes  
de España.

Nilo no sufre márgenes ni muros ;  
Madrid, ¡ oh peregrino, tú, que pasas !  
Que á su menor inundacion de casas  
Ni aun los campos de Tajo están seguros.  
Emula la verán siglos futuros  
De Ménfis no, que el término le tasas ;  
Del tiempo sí, que sus profundas basas (9)  
No son en vano pedernales duros.  
Dosel de reyes, de sus hijos cuna  
Ha sido y es, zodiaco luciente  
De la beldad, teatro de fortuna.  
La invidia aquí su venenoso diente  
Cebiar suele, á privanzas importuna ;  
Camina en paz, refiérelo á tu gente.

## XXVII.

A la pasada de los condes de Lémos por los puertos  
de Guadarrama.

Montaña inaccesible, opuesta en vano  
Al atrevido paso de la gente,  
O nubes humedezcan tu alta frente,  
O nieblas ciñan tu cabello cano.  
Caistro el mayoral, en cuya mano  
En vez de baston vemos el tridente,  
Con su hermosa Clóris, sol luciente  
De rayos negros, serafín humano.  
Tu cerviz pisa dura, y la pastora  
Yugo te pone de cristal, calzada  
Coturnos de oro el pié, armiños vestida.  
Huirá la nieve de la nieve agora,  
O ya de los dos soles desatada,  
O ya de los dos blancos piés vencida.

## XXVIII.

A la consagracion de don Pedro Gonzalez de Mendoza,  
arzobispo de Granada.

Consagróse el seráfico Mendoza,  
Gran dueño mio, y con invidia deja  
Al bordon flaco, á la capilla vieja,  
Báculo tan galan, mitra tan moza.  
Pastor, que una Granada es vuestra choza,  
Y cada grano suyo vuestra oveja,  
Pues cada lengua acusa, cada oreja  
La sal que busca, el silbo que no goza.

Silhelas desde allá vuestro apellido,  
Y al Genil, que esperándoos peina nieve,  
No frustreis mas sus dulces esperanzas ;  
Que sobre el márgen, para vos florido,  
Al son alternan del cristal que mueve,  
Sus niñas coros y sus faunos danzas.

## XXIX.

A una galeria que en la casa arzobispal de Sevilla hizo el cardenal y arzobispo don Fernando Niño de Guevara, donde pintó todos los papas y padres del yermo.

Oh tú, cualquiera que entras, peregrino,  
Si mudo admiras, admirado para  
En esta bien por sus cristales clara,  
Y clara mas por su pincel divino,  
Tebaida celestial, sacro Aventino,  
Donde hoy te ofrece con grandeza rara  
El cardenal heroico de Guevara  
Freno al deseo, término al camino.  
Del yermo ves aquí los ciudadanos,  
Del galeon de Pedro los pilotos ;  
El arca allí, donde hasta el día postrero  
Sus vestidos esperan, aunque rotos,  
Algunos celestiales cortesanos.  
Guarnécelos de flores, pasajero.

## XXX.

A una casa de placer del conde de Salinas, orillas de Duero.

De rios soy el Duero acompañado  
En estas apacibles soledades,  
Que despreciando muros de ciudades,  
De álamos camino coronado.  
Este que siempre veis alegre prado  
Teatro fué de rústicas deidades,  
Plaza agora, á pesar de las edades,  
Beste edificio, á Flora dedicado.  
Aqui se hurta al popular ruido  
El sarmiento real, y sus cuidados  
Parte aquí con la alegre primavera.  
El yugo de esta puente he sacudido  
Por hurtarle á su ocio mi ribera.  
Perdonad, caminantes fatigados.

## XXXI.

Al Escorial, convento de San Jerónimo, dedicado á san Lorenzo,  
á quien llaman octava maravilla, por haberlo erigido con grandísimas expensas el rey Felipe II para sepulcro de los reyes de España.

Sacros, altos, dorados capiteles,  
Que á las nubes robais los arreboles (10),  
Tébo os teme por mas lucientes soles,  
Y el cielo por gigantes mas crueles.  
Depon tus rayos, Júpiter ; no celes  
Los tuyos, sol ; de un templo son faroles,  
Que al mayor mártir de los españoles  
Erigió el mayor rey de los fieles.  
Religiosa grandeza del monarca  
Cuya diestra real al Nuevo Mundo  
Abrevia y el Oriente se le humilla,  
Perdone el tiempo, lisonjee la parca  
La verdad desta octava maravilla,  
Los años deste Salomon segundo.

## XXXII.

A don Tomás Tamayo de Vargas, coronista de su majestad, exhortándole á la publicacion y ilustracion de las obras de Garcilaso, natural de Toledo, príncipe de los poetas castellanos.

Tú, cuyo ilustre entre una y otra almena  
De la imperial ciudad, patrio edificio,  
Al Tajo mira en su humido ejercicio  
Pintar los campos y dorar la arena,  
Descuelga de aquel lauro en hora buena  
Aquellas dos, ya mudas en su oficio,  
Reliquias dulces del gentil Salicio,  
Heroica lira, pastoral avena.

(10) Así el texto de Espinosa ; *Itoc* lee :  
Que á las nubes borrais sus arreboles.

(9) La edicion de Faria dice *profanas* en vez de *profundas*.



Llégalas ; oh clarísimo mancebo!  
Al docto pecho, á la suave boca,  
Poniendo ley al mar, freno á los vientos ;  
Sucede en todo al castellano Febo,  
Que agora es gloria mucha y tierra poca  
En patria, en profesion, en instrumentos.

## XXXIII.

A don Diego Paez de Castillejo y Valenzuela, veinticuatro de Córdoba.

No entre las flores, no, señor don Diego,  
De vuestros años áspid, duerma breve  
El ocio, salamandra mas de nieve  
Que el vigilante estudio lo es de fuego.  
De cuantas os clavó flechas el ciego,  
A la que dulce mas la sangre os bebe  
Hurtadle un rato alguna pluma leve,  
Que el aire vago solicite luego.  
Quejáos, Señor, ó celebrad con ella  
El desden ó el favor de vuestra dama,  
Sirena dulce, si no estingue bella.  
Escribid, que á mas gloria Apolo os llama,  
Del cielo la haréis tercera estrella,  
Y vuestra pluma vuelo de la fama.

## XXXIV.

A una casa de placer de don Antonio de Venégas, obispo de Pamplona, que está en una aldea llamada Burlada.

Este á Pomona, cuando ya no sea  
Edificio al silencio dedicado  
(Que si el cristal le rompe desatado,  
Suave el ruiseñor le lisonjea),  
Dulce es refugio, donde se pasea  
La quietud, y donde otro cuidado  
Despedido, si no digo burlado,  
De los términos huye desta aldea.  
Aquí la primavera ofrece flores  
Al gran pastor de pueblos, que enriquece  
De luz á España y gloria á los Venégas.  
Oh peregrino, tú, cualquier que llegas,  
Paga en admiracion las que te ofrece  
El huerto frutas y el jardín olores.

## XXXV.

A una montería que hizo Felipe III nuestro señor, con la Reina nuestra señora.

Clavar victorioso y fatigado  
Al español Adónis vió la aurora  
Al troneo de una encina vididora  
Las prodigiosas armas de un venado.  
Conducida, llegó á pisar el prado,  
Del blanco cisne que en las aguas mora,  
Su Venus alemana, y fué á tal hora,  
Que en sus brazos depuso su enidado.  
«Este trofeo, dijo, á tu infinita  
Beldad consagro;» y la lisonja creo  
Que en ambos labios se la dejó escrita.  
Silbó el aire, y la voz de algun deseo,  
«Viva Felipe, viva Margarita,  
Dijo, los años de tan gran trofeo.»

## XXXVI.

Al sol peinaba Clori sus cabellos  
Con peine de marfil, con mano bella;  
Mas no se parecia el peine en ella  
Como se oscurecia el sol en ellos.  
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos,  
Segunda mayor luz descubrió aquella  
Delante quien el sol es una estrella,  
Y esfera España de sus rayos bellos.  
Divinos ojos, que en su dulce oriente  
Dan luz al mundo, quitan luz al cielo,  
Y espera idolatrarlos occidente.  
Esto amor solicita con su vuelo,  
Que en tanto mar será un arpon luciente,  
De la cerda inmortal mortal anzuelo.

## XXXVII.

Descaminado, enfermo, peregrino,  
En tenebrosa noche, con pié incierto,  
La confusion pisando del desierto,  
Voces en vano dió, pasos sin tino.  
Repetido latir, si no vecino,  
Distinto oyo de can siempre despierto,  
Y en pastoral albergue mal cubierto  
Piedad halló, si no halló camino.  
Salió el sol, y entre arumíños escondida,  
Soñolienta beldad con dulce saña  
Saltó al no bien sano pasajero.  
Pagara el hospedaje con la vida;  
Mas le valiera errar en la montaña  
Que morir de la suerte que yo muero.

## XXXVIII.

Soneto cuatrilingüe: castellano, latino, toscano y portugués.

Las tablas del bajel despedazadas,  
Signum naufragii pium et crudele,  
Del templo sacro con le rotte vele,  
Ficaron nas paredes penduradas.  
Del tiempo las injurias perdonadas,  
Et orionis vi nimbose stella  
Racoglio l' smarrite pecorelle  
Nas ribeiras d' ó Betis espalhadas,  
Volveré á ser pastor, pues marinero  
Que Dio non vuo che col suo strale sprona,  
Do austro os sopros è do Oceano as agoas;  
Haciendo al triste son, aunque grosero,  
Di questa canna, gita selvaggia donna,  
Saudade á as feras, è aos peneos magoas.

## XXXIX.

A las damas de palacio.

Hermosas damas, si la pasion ciega  
No os arma de desden, no os arma de ira,  
¿Quién con piedad al andaluz no mira,  
Y quién al andaluz su favor niega?  
En el terreno ¿quién humilde ruega,  
Fiel adora, idolatra suspira?  
Quién en la plaza los bohoridos tira,  
Mata los toros y las cañas juega?  
En los saraos ¿quién lleva las mas veces  
Los dulcísimos ojos de la sala,  
Sino galanes de la Andalucia?  
A ellos les dan siempre los jueces,  
En la sortija el premio de la gala,  
En el torneo el de la valentia.

## XL.

La dulce boca que á gustar convida  
Un humor entre perlas destilado,  
Y á no invidiar aquel licor sagrado  
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,  
Amantes, no toqueis si quereis vida;  
Porque entre un labio y otro colorado  
Amor está, de su veneno armado,  
Cual entre flor y flor sierpe escondida.  
No os engañen las rosas, que al aurora  
Diréis que, aljofaradas y olorosas,  
Se le cayeron del purpúreo seno;  
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,  
Que despues huyen del que incitan hora,  
Y solo del amor queda el veneno.

## XLI.

A una dama que, habiéndola conocido hermosa niña, la vió despues hermosísima mujer.

Si Amor entre las plumas de su nido  
Prendió mi libertad, ¿qué hará agora,  
Que en tus ojos, dulcísima señora,  
Armado vuelva, ya que no vestido?  
Entre las violetas fui herido  
Del áspid que hoy entre los bilios mora;  
Igual fuerza tenias siendo aurora  
Que ya como sol tienes bien nacido.

Saludaré tu luz con voz doliente,  
 Cual tierno ruiseñor en prision dura  
 Despide quejas, pero dulcemente  
 Diré cómo de rayos vi tu frente  
 Coronada, y que hace tu hermosura  
 Cantar las aves y llorar la gente.

## XLII.

; Oh marinero, tú, que cortesano,  
 Al palacio le fias tus entenas,  
 Al palacio real, que de sirenas  
 Es un segundo mar napolitano,  
 Los remos deja, y una y otra mano  
 De las orejas las desvia apenas;  
 Que escollo es, cuando no sirte de arenas,  
 La dulce voz de un serafín humano.  
 Cual su acento tu muerte será clara  
 Si espira suavidad, si gloria espira  
 Su armonía mortal, su beldad rara,  
 Huye de la que, armada de una lira,  
 Si rocas mueve, si bajeles para,  
 Cantando mata al que cantando mira (11).

## XLIII.

Ilustre y hermosísima María,  
 Mientras se dejan ver á cualquier hora  
 En tus mejillas la rosada aurora,  
 Febo en tus ojos y en tu frente el día;  
 Y mientras con gentil descortesia  
 Mueve el viento la hebra voladora  
 Que la Arabia en sus venas atesora  
 Y el rico Tajo en sus arenas eria;  
 Antes que de la edad Febo eclipsado,  
 El claro día vuelva en noche oscura,  
 Huya la aurora del mortal nublado;  
 Antes que lo que hoy es rubio tesoro  
 Venza á la blanca nieve su blancura.  
 Goza, goza el color, la luz, el oro (12).

## XLIV.

Mientras por competir con tu cabello,  
 Oro bruñido, el sol relumbra en vano;  
 Mientras con menosprecio en medio el llano  
 Mira á tu blanca frente el lilio bello;  
 Mientras á cada labio, por cogello,  
 Siguen mas ojos que al clavel temprano,  
 Y mientras triunfa con desden lozano  
 Del luciente marfil tu gentil cuello;  
 Goza cuello, cabello, labio y frente,  
 Antes que lo que fué en tu edad dorada  
 Oro, lilio, clavel, marfil luciente (15),  
 No solo en plata ó viola truncada  
 Se vuelva, mas tú y ello juntamente  
 En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

## XLV.

Ya que con mas regalo el campo mira,  
 Pues del nubloso manto se desnuda,  
 El rojo sol, y aunque con lengua muda  
 Suave Filomena ya suspira,  
 Templá, noble garzon, la noble lira,  
 Honren tu dulce plectro y mano aguda

(11) Otros leen: *al que matando mira*.

(12) Este soneto tiene las variantes que siguen:

*Hermoso dueño de la vida mia,*  
 Mientras se dejan ver á cualquier hora  
 En tus mejillas la dorada aurora,  
 Febo en tus ojos, y en tu frente el día;  
 Mientras que con gentil descortesi.  
 Mueve el viento la hebra voladora  
 Que el Arabia en sus venas atesora  
 Y el rico Tajo en sus arenas eria;  
 Antes que de la edad Febo eclipsado,  
 Y el claro día vuelto en noche oscura,  
 Haya el aurora de inmortal cuidado,  
 Y antes que lo que hoy es rubio tesoro  
 Venza la blanca nieve en su blancura,  
 Goza, goza el color, la luz el oro.

(13) *Cristal en vez de marfil dice el texto de Faria.*

Lo que al son torpe de mi avena ruda  
 Me dicta Amor, Caliope me inspira.

Ayúdame á cantar los dos extremos  
 De mi pastora, y cual parlaras aves,  
 Que á saludar al sol á otros convidan,  
 Yo ronco y tú sonoro despertemos  
 Cuantos en nuestra orilla eistes graves  
 Sus blancas plumas bañan y se anidan.

## XLVI.

A unos ábamos.

Verdes hermanas del andaz mozuelo  
 Por quien orilla el Po dejastes presos  
 En verdes hojas y en troncos gruesos (14)  
 El delicado pié, el dorado pelo;  
 Pues entre las ruinas de su vuelo  
 Sus cenizas bajar en vez de huesos,  
 Y sus errores largamente impresos  
 De ardientes llamas vistes en el cielo (15),  
 Acabad con mi loco pensamiento  
 Que gobernar tal carro no presume  
 Antes que lo desate por el viento  
 Con rayos de desden la beldad suma,  
 Y las reliquias de su atrevimiento  
 Envuelva el desengaño en poca espuma.

## XLVII.

No destrozada nave en roca dura  
 Tocó la playa mas arrepentida,  
 Ni pajarillo de la red tendida  
 Voló mas temeroso á la espesura;  
 Bella ninfa la planta mal segura,  
 No tan alborotada ni afligida,  
 Hurtó de verde prado que escondida  
 Vibora regalaba en su verdura,  
 Como yo, Amor, la condicion airada,  
 Las rubias trenzas y la vista bella  
 Huyendo voy, con pié ya desatado,  
 De mi enemiga, en vano celebrada,  
 Adios, ninfa cruel; quedaos con ella,  
 Dura roca, red de oro, alegre prado.

## XLVIII.

Verdes juncos del Duero á mi pastora  
 Tejieron dulce y generosa cuna;  
 Blancas palmas, si el Tajo tiene alguna,  
 Cubren su pastoral albergue agora.  
 Los montes mide y las campañas mora,  
 Flechando una dorada media luna,  
 Cual dicen que á las fieras fué inoportuna  
 Del Eurótas la casta cazadora.  
 De un blanco armiño el esplendor vestida,  
 Los blancos piés distinguen de la nieve  
 Los coturnos que calza esta homicida;  
 Bien tal pues montaraz y endrrecida  
 Contra las fieras solo un arco mueve,  
 Y dos arcos tendió contra mi vida.

## XLIX.

Tras la bermeja aurora el sol dorado  
 Por las puertas salia del oriente,  
 Ella de flores la rosada frente,  
 Y él de encendidos rayos coronado.  
 Sembraban su contento ó su cuidado,  
 Cual con voz dulce, cual con voz doliente,  
 Las tiernas aves con la luz presente,  
 En el fresco aire y en el verde prado.  
 Cuando salió bastante á dar Leonora  
 Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,  
 Cantando de su rico albergue, y luego  
 Ni oí las aves mas ni vi la aurora;  
 Porque al salir, ó todo quedó en calma,  
 O yo, que es lo mas cierto, sordo y ciego.

(14) Así Espinosa; Hoces y Faria leen:

En verdes hojas ya y en troncos gruesos.

(15) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen *suelto*.

## L.

Ni en este monte, este aire, ni este río  
Corre liera, vuela ave, pece nada,  
De quien con atención no sea escuchada  
La triste voz del triste llanto mío;  
Y aunque en la fuerza sea del estío  
Al viento mi querrela encomendada,  
Cuando á cada cual dellos mas le agrada,  
Fresca cueva, árbol verde, arroyo frío,  
A compasión movidos de mi llanto,  
Dejan la sombra, el ramo y la hondura,  
Cual ya por escuchar el dulce canto  
De aquel que de Strimon en la espesura  
Los suspendía cien mil veces. ¡ Tanto  
Puede mi mal y pudo su dulzura!

## LI.

Tres veces de Aquilon el soplo airado  
Del verde honor privó las verdes plantas,  
Y al animal de Coleos otras tantas  
Ilustró Febo su vellón dorado,  
Después que sigo, el pecho traspasado  
De aguda flecha, con humildes plantas  
¡ Oh rubia Clori! tus pisadas santas  
Por las floridas señas que da el prado.  
A vista voy, tiñendo los alcores  
En roja sangre, de tu dulce vuelo,  
Que el suelo pinta de cien mil colores (16):  
Tanto, que ya nos siguen los pastores  
Por los extraños rastros que en el suelo  
Dejamos, yo de sangre, tú de flores.

## LII.

Al tramontar del sol la ninfa mía,  
De flores despojando el verde llano,  
Cuántas troncaba la hermosa mano,  
Tantas el blanco pié crecer hacía.  
Ondéábale el viento que corría  
El oro fino con error galano,  
Cual verde hoja de álamo lozano  
Se mueve al rojo despuntar del día:  
Mas luego que ciñó sus sienas bellas  
De los varios despojos de su falda,  
Término puesto al oro y á la nieve,  
Juraré que lució mas su guirnalda  
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,  
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

## LIII.

En el cristal de tu divina mano  
De amor hebi el dulcísimo veneno,  
Néctar ardiente que me abrasa el seno,  
Y templar con la ausencia pensé en caso;  
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano  
Es arpon de oro tu mirar sereno,  
Que cuanto mas ausente dél, mas peno,  
De sus golpes el pecho menos sano (17).  
Tus cadenas al pié, lloro al ruido  
De un eslabon y otro mi destierro,  
Mas desviado, pero mas perdido.  
¿ Cuándo será aquel día que por yerro  
¡ Oh serafín! desates, bien nacido,  
Con manos de cristal nudos de hierro?

## LIV.

A un ruiseñor.

Con diferencia tal, con gracia tanta  
Aquel ruiseñor llora, que sospecho  
Que tiene otros cien mil dentro del pecho (18),  
Que alternan su dolor por su garganta;  
Y aun creo que el espíritu levanta,  
Como en información de su derecho,  
A escribir del cuñado el atroz hecho  
En las hojas de aquella verde planta.  
Ponga pues fin á las querellas que usa,

(16) Otros leen : *que el cielo pinta.*

(17) Faria lee: *de tus golpes.*

(18) *Dentro en el pecho*, dice Espinosa.

Pues ni quejarse ni mudar estancia  
Por pico ni por pluma se le veda;  
Y flore solo aquel que su Medusa  
En piedra convirtió, porque no pueda  
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

## LV.

Si ya la vista, de llorar cansada,  
De cosa puede prometer certeza,  
Bellísima es aquella fortaleza  
Y generosamente edificada.  
Palacio es de mi bella celebrada,  
Templo de amor, alcazar de nobleza,  
Nido del fénix de mayor belleza  
Que bate en nuestra edad pluma dorada.  
Muro que sojuzgais el verde llano,  
Torres que defendeis el noble muro,  
Almenas que á las torres sois corona;  
Cuando de vuestro dueño soberano  
Merezcais ver la celestial persona  
Representadle mi destierro duro.

## LVI.

Descripción de una dama.

De pura honestidad templo sagrado,  
Cuyo bello cimiento y gentil muro  
De blanco nácar y alabastro duro  
Fué por divina mano fabricado;  
Pequeña puerta de coral preciado,  
Claras lumbreras de mirar seguro,  
Que á la esmeralda fina el verde puro  
Habeis para viriles usurpado;  
Soberbio techo, cuyas cimbras de oro (19)  
Al claro sol, en cuanto en torno gira,  
Ornan de luz, coronan de belleza;  
Idolo bello, á quien humilde adoro (20),  
Oye piadoso al que por ti suspira,  
Tus himnos canta y tus virtudes reza.

## LVII.

A un arroyo.

¡ Oh claro honor del líquido elemento,  
Dulce arroyuelo de luciente plata (21),  
Cuya agua entre la yerba se dilata  
Con regalado son y paso lento (22);  
Pues la por quien helar y arder mesiento (23),  
Mientras en ti se mira, Amor retrata  
De su rostro la nieve y escarlata  
En tu tranquilo y blando movimiento,  
Véte como te vas; no dejes hoja  
La undosa rienda al cristalino freno  
Con que gobiernas tu veloz corriente;  
Que no es bien que confusamente acoja  
Tanta belleza en su profundo seno  
El gran señor del húmido tridente.

## LVIII.

Raya, dorado sol, orna y colora  
Del alto monte la lozana cumbre,  
Sigue con agradable mansedumbre  
El rojo paso de la blanca aurora;  
Suelta las riendas á Favonio y Flora,  
Y usando al esparcir tu nueva lumbre  
Tu generoso oficio y real costumbre,  
El mar argenta y las campañas dora,  
Para que desta vega el campo raso  
Bordes, saliendo Flérida, de flores (24);

(19) *A cuyas hebras de oro.* — *Texto de Espinosa.*

(20) Así Espinosa y Hoces; Faria lee:

Alto de amor, dulcísimo decoro.

(21) Así Espinosa y Hoces; Faria lee: *de corriente plata.*

(22) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria escriben:

Con regalado son, con paso lento.

(23) Pues ya por quien helar. — *Texto de Faria.*

(24) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria pusieron:

Borde, saliendo Flérida de flores.

Parece mas natural que el obsequio sea dirigido á Flérida, y no

Mas si no hubiere de salir acaso,  
Ni el monte rayes, ornes ni colores,  
Ni sigas de la aurora el rojo paso,  
Ni el mar argentes ni los campos dores.

## LIX.

Varia imaginacion, que en mil intentos,  
A pesar gastas de tu triste dueño (25),  
La dulce mudiccion del blando sueño,  
Alimentando vanos pensamientos,  
Si traes los espiritus atentos (26)  
Solo á representarme el grave ceño  
Del rostro dulcemente zahareño,  
Gloriosa suspension de mis tormentos,  
El sueño, autor de representaciones,  
En su teatro, sobre el viento armado,  
Sombras suele vestir de buito bello.  
Siguelo: mostrárate el rostro amado,  
Y engañarán un rato tus pasiones  
Dos bienes, que serán dormir y vello.

## LX.

Cual parece al romper de la mañana  
Aljófar blanco sobre frescas rosas (27),  
O cual por manos hecha artificiosas  
Bordadura de perlas sobre grana,  
Tales de mi pastora soberana  
Parecian las lágrimas hermosas  
Sobre las dos mejillas milagrosas  
De quien mezcladas leche y sangre mana.  
Lanzando á vueltas de su tierno llanto  
Un ardiente suspiro de su pecho,  
Tal que al mas duro canto enterneciera,  
Si enternecer bastara un duro canto:  
Mirad qué hará con un corazon hecho (28)  
Que al llanto y al suspiro fué de cera.

## LXI.

¿Cuál del Ganges máfil ó cuál de Paro  
Blanco marmol, cual ébano luciente,  
Cual ámbar rubio ó cual oro fulgente (29),  
Cuál fina plata ó cuál cristal tan claro,  
Cuál tan menudo aljófar, cual tan caro  
Oriental zafir, cual rubi ardiente,  
O cual en la diéhosa edad presente,  
Mano tan docta de escultor tan raro,  
Bulto de ellos formara, aunque hiciera  
Ultraje milagroso á la hermosura  
Su labor bella, su gentil fatiga,  
Que no fuera figura al sol, de cera,  
Delante de sus ojos su figura,  
Oh rubia Clori, oh dulce mi enemiga?

## LXII.

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,  
Que lanza el corazon, los ojos llueven,  
Los troncos bañan y las ramas mueven  
Destas plantas, á Alcides consagradas,  
Mas del viento las fuerzas conjuradas  
Los suspiros desatan y remueven,  
Y los troncos las lágrimas se beben.  
Por ellos y por ellas derramadas (30).  
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo  
Que dan mis ojos, invisible mano  
De sombra ó de aire me lo deja enjuto,  
Porque aquel ángel fieramente humano  
No crea mi dolor; y así, es mi fruto  
Llorar sin premio y suspirar en vano.

que Flérida borde el campo, sin duda para que el poeta se recree. Como se ve, el texto legitimo parece ser el de Espinosa.

(25) Así Espinosa; Hoces y Faria leen *dulce*.

(26) Así Espinosa; el texto de Hoces y Faria dicen: *pues traes*.

(27) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen: *blancas rosas*.

(28) Todas las ediciones dicen equivocadamente *habrá por hará*.

(29) Así Hoces; Espinosa lee: *a cual oro excelente*. Lo mismo lee Faria.

(30) Así Espinosa; Hoces y Faria dicen:

Mas ellos, y por ellas derramadas.

## LXIII.

A la sangría del tobillo de una dama.

Herido el blanco pié del hierro breve,  
Saludable si agudo, aniga mia,  
Mi rostro tínes de melancolia  
Mientras de rosicler tínes la nieve.  
Temo, que quien bien ama temer debe,  
El triste fin de la que perdió el día,  
En roja sangre y en ponzoña fria  
Bañado el pié que descuidado mueve.  
Temo aquel fin, porque el remedio para  
Si no me presta el sonoro Orfeo  
Con su instrumento dulce su voz clara.  
Mas ¡ay! que cuando no mi lira, creo  
Que mil veces mi voz te revocara,  
Y otras mil te perdiera mi deseo.

## LXIV.

No enfrene tu gallardo pensamiento (31)  
Del animoso jóven mal logrado  
El loco fin, de cuyo vuelo osado  
Fué ilustre tumba el liquido elemento (32).  
Las dulces alas tiende al blando viento,  
Y sin que el torpe mar del miedo helado  
Tus plantas moje, toca levantado  
La encendida region del ardimiento.  
Corona en puntas la dorada esfera  
Do el pájaro real su vista afina,  
Y al noble ardor regálese la cera;  
Que al mar, do su sepulcro se destina,  
Gran honra le será, y á su ribera  
Que le hurte su nombre tu ruina.

## LXV.

A unos álamos.

Gallardas plantas, que con voz doliente  
Al osado Faeton llorastes vivas,  
Y ya sin envidiar palmas ni olivas,  
Muertas podeis ceñir cualquiera frente,  
Así del sol estivo al rayo ardiente  
Blanco coro de náyades lascivas  
¡Recie mas vuestras sombras fugitivas  
Que verde niágen de escondida fuente;  
Así bese, á pesar del seco estio (33),  
Vuestros troncos, y á un tiempo piés humanos,  
El raudo corso deste undoso río,  
Que lloréis, pues llorar solo á vos toca  
Locas empresas, ardimientos vanos,  
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

## LXVI.

Caminando en dias lluviosos.

Cosas, Celalva mia, he visto extrañas:  
Rasgarse nubes, deshocarse vientos (34),  
Altas torres besar sus fundamentos,  
Y vomitar la tierra sus entrañas;  
Luras puentes romper cual tiernas cañas  
Arroyos prodigiosos, rios violentos,  
Mal vadeados de los pensamientos,  
Mal vadeados peor de las montañas;  
Los dias de Noé, gentes subidas  
En los mas altos pinos levantados.  
En las robustas hayas mas crecidas.  
Pastores, perros, chozas y ganados  
Sobre las aguas ví, sin forma y vidas,  
Y nada temi mas que mis cuidados.

## LXVII.

A una dama vestida de leonado.

Del color noble que á la piel vellosa  
De aquel animal dió naturaleza,

(31) No pene tu gallardo pensamiento. — *Texto de Espinosa*.

(32) El húmedo elemento. — *Id.*

(33) Así Espinosa; Hoces escribió: *Y así bese*.

(34) Otros leen *casarse*, y otros *casarse*.

Que de corona ciñe su cabeza,  
 Rey de las otras, liera generosa,  
 Vestida vi á la bella desdenosa,  
 Tal, que juzgué, no viendo su belleza,  
 Según decía el color con su tiezeza,  
 Que la engendró la Libia ponzoñosa;  
 Mas viéndola, que Alcides muy ufano  
 Por ella en tales paños bien podía  
 Mentir su natural, seguir su autojo,  
 Cual ya en Lidia torció con torpe mano  
 El huso, y presumir que se vestía  
 Del nemco leon el gran despojo.

## LXVIII.

A la enfermedad grave de una dama.

Sacra planta de Alcides, cuya rama  
 Fué tóldo de la yerba, fértil soto,  
 Que al tiempo mil libreas le habeis roto,  
 De verdes hojas, de menuda grama,  
 Sed hoy testigos destas que derrama  
 Lágrimas Licio, y de este humilde voto  
 Que al rubio Febo hace, viendo á Cloto  
 De su Clori romper la vital trama.  
 Ardiente morador del sacro coro,  
 Si libre á Clori por tus manos deja  
 De alguna yerba algun secreto jugo,  
 Tus aras tendrá este blanco toro,  
 Cuya cerviz así desprecia el yugo  
 Como el de amor la enferma zagaleja.

## LXIX.

A una casa de campo de una dama á quien celebraba.

¡ Oh piadosa pared, merecedora  
 De que el tiempo os reserve de sus daños,  
 Pues sois tela do justan mis engaños  
 Con el fiero desden de mi señora!  
 Cubra esas nobles salas desde agora (35),  
 No estofa humilde de flamencos paños,  
 Do el tiempo pueda mas, sino en mil años  
 Verde tapiz de yedra vividora;  
 Y vos, aunque pequeño, fiel resquicio,  
 Porque del carro del cruel destino  
 No pendan mis amores por trofeos,  
 Ya que secreto, sedme mas propicio  
 Que aquel que fué en la gran ciudad de Nino  
 Barco de vistas, puente de deseos.

## LXX.

A Guadalquivir, rio de Andalucía.

Rey de los otros rios caudaloso (36),  
 Que en fama claro, en ondas cristalino,  
 Tosca ghirnalda de robusto pino  
 Ciñe tu frente y tu cabello undoso,  
 Pues dejando tu nido cavernoso  
 De Segura en el monte mas vecino,  
 Por el suelo andaluz tu real camino (37)  
 Tuercos soberbio, raudos y espumoso,  
 A mí, que de tus fértiles orillas  
 Piso, aunque ilustremente enamorado,  
 La noble arena con humilde planta (38),  
 Dime si entre las rubias pastorcillas  
 Has visto que en tus aguas se han mirado  
 Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

## LXXI.

A los celos.

¡ Oh niebla del estado mas sereno,  
 Furia infernal, serpiente mal nacida!  
 Oh ponzoñosa vibora escondida  
 De verde prado en oloroso seno!  
 ¡ Oh entre el néctar de amor mortal veneno,  
 Que en vaso de cristal quitas la vida!

Oh espada sobre mí de un pelo asida,  
 De la amorosa espuela duro freno!  
 Vuélvete al lugar triste donde estabas,  
 ¡ Oh celo, del favor verdugo eterno!  
 Ó al reino, si allá cabes, del espanto (39);  
 Mas no cabrás allá, que pues há tanto  
 Que comes de tí mesmo y no te acabas,  
 Mayor debes de ser que el mismo infierno.

## LXXII.

A Juan Rufo, jurado de Córdoba.

Culto jurado, si mi bella dama,  
 En cuyo generoso mortal manto  
 Arde como en cristal de templo santo,  
 De un limpio amor la mas ilustre llama (40),  
 Tu musa inspíro, vivirá tu fama  
 Sin invidiar tu noble patria á Manto (41),  
 Y ornarte ha, en premio de tu dulce canto,  
 No de verde laurel caduca rama,  
 Sino de estrellas inmortal corona.  
 Haga pues tu dulcísimo instrumento  
 Bellos efectos, pues la causa es bella;  
 Que no habrá piedra, planta ni persona  
 Que suspensa no siga el tierno acento,  
 Siendo tuya la voz, y el canto de ella.

## LXXIII.

Contra los que dijeron mal de las Soledades de don Luis.

Con poca luz y menos disciplina  
 Al voto de un muy crítico y muy lego  
 Salió en Madrid la Soledad, y luego  
 A palacio con lento pié camina.  
 Las puertas le cerró de la Latina  
 Quien duerme en español y sueña en griego (42),  
 Pedante gofo, que de pasion ciego,  
 La suya reza, y calla la divina.  
 Del viento es el pendon pompa ligera,  
 No hay paso concedido á mayor gloria,  
 Ni voz que uo la acusen de extranjera.  
 Gastando pues en tanto la memoria  
 Ajena invidia mas que propia cera,  
 Por el Carmen la lleva á la vitoria.

## LXXIV.

Sentéme á las riberas de un bufete  
 A jugar con el tiempo á la primera;  
 Pasose el año, y luego á la tercera  
 Carta bruñuleada me entró un siete.  
 Hizo mi edad enarenta y cinco, y me te  
 Una corona la ambicion fallera,  
 Y aunque es de falso, dice que la quiera  
 La que traigo debajo del bonete.  
 Piérdese un vale, que el valer hogaño  
 No es muy seguro; no haya mazo alguno  
 Cuya madera pueda dar cuidado.  
 Entróme en la baraja, y no me engaño;  
 Que aunque pueda ganar ciento por uno,  
 Yo no quiero ver vacas en mi prado.

## LXXV.

A cierta dama que se dejaba vencer del interés  
 antes que del gusto.

Mientras Corinto, en lágrimas deshecho,  
 La sangre de su pecho vierte en vano,  
 Vende Lice á un decrepito indiano  
 Por cien escudos la mitad del lecho;  
 Mas ¿quién se maravilla deste hecho,  
 Sabiendo que halla ya paso mas llano,  
 La bolsa abierta, el rico pelicano,  
 Que el pelicano pobre abierto el pecho?

(39) En Hoces y Faria están trocados estos versos. El que es aquí primero es en sus textos segundo, y el segundo es primero. Sigo á Espinosa.

(40) De un limpio amor la mas profunda llama. — Texto de Espinosa.

(41) A tanto, dice el texto de Espinosa

(42) Alusion á Quevedo.

(35) Equivocadamente dicen las demás ediciones *falla*.

(36) Así Espinosa y Hoces; Faria y otros leen: *rio caudaloso*.

(37) *Por el monte*, dice Faria.

(38) *Tu noble arena*, dice Espinosa.

Interés, ojos de oro como gato,  
Y gato de doblones, no amor ciego,  
Que leña y plumas gasta, cien arpones  
Le flechó del aljaba de un talego.  
¿Qué Tremecen no desmantela un trato,  
Arriando á este trato cien cañones?

## LXXVI.

A la bajada de muchos señores caballeros de Madrid á sororrer  
la fuerza de la Maamora, que estaba cercada de moros (45).

¡A la Maamora, militares cruces!  
¡Galanes de la corte, á la Maamora!  
Sed capitanes en latin ahora  
Los que en romance há tanto que sois duces.  
¡Arma, arma, ensilla, carga! ¿Qué arcabuces?  
No gofo, sino aquella cantimplora,  
Las plumas riza, las espuelas dora,  
Armese España ya contra avestruces.  
Pica, Bulón, ¡oh tú, mi dulce dueño!  
Partiendo me quedé, y quedando paso  
A acumularte en Africa despojos.  
¡Oh tú, cualquier que el agua pisas leño,  
Escuche la vitoria yo, ó el fracaso  
A la lengua del agua de mis ojos.

## LXXVII.

A una señora de Cuenca, á quien llevó cartas de otras señoras de  
Córdoba, y le pagó el porte con hacer muestra de unas donce-  
llas suyas muy feas.

¿Son de Tolú, ó son de Puerto-Rico,  
Ilustre y hermosísima María,  
O son de las montañas de Bugía  
La fiera mona y el disforme mico?  
Gracioso está el balcon, yo os certifico;  
Desnudado de hoy mas de celosia,  
Goce Cuenca una y otra monería,  
Dén á unos de cola, á otros de hocico.  
Un papagayo os dejaré, Señora.  
Pues ya tan mal se corresponde á ruegos  
Y á cartas de señores principales,  
Que os repita el parlero cada hora  
Cómo es ya mejor Cuenca para ciegos,  
Habiéndose de ver visiones tales.

## LXXVIII.

A la ciudad de Valladolid, estando allí la corte.

Valladolid, de lágrimas sois valle,  
Y no quiero deciros quien las llora;  
Valle de Josafat, sin que en vos hora,  
Cuanto mas dia, de juicio se halle.  
Pisado he vuestros muros calle á calle,  
Donde el engaño con la corte mora,  
Y cortesano sucio os hallo agora,  
Siendo villano un tiempo de buen talle.  
Todos sois condes, no sin nuestro daño;  
Dígalos el andaluz, que en un infierno  
Debajo de una tabla escrita posa.  
No encuentro al de Buendía en todo el año,  
Al de Chinchon si agora, y el invierno  
Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

## LXXIX.

A la confusion de la corte.

Grandes mas que elefantes y que abadas,  
Títulos liberales como rocas,  
Gentiles-hombres solo de sus bocas,  
Ilustre cavaglier, llaves doradas;  
Hábitos, capas digo remendadas,  
Damas de haz y envés, dueñas con tocas,  
Carrozas de á ocho bestias, y aun son pocas,  
Con las que tiran y que son tiradas;

Gata-riberas, ánimas en pena,  
Con Bártulos y Baldos la milicia (44),  
Y los derechos con espada y daga;  
Casas y pechos todo á la inalcia,  
Lodos con perejil y yerba-buena;  
Esta es la corte; buena pro les haga.

## LXXX.

Entrando en Valladolid, estando allí la corte.

Llegué á Valladolid; registré luego  
Desde el bonete al clavo de la mula;  
Guardo el registro, que será mi bula  
Contra el enidado del señor don Diego.  
Busqué la corte en él, y yo estoy ciego,  
O en la ciudad no está ó se disimula;  
Haciendo penitencia vi á la gula,  
Que Platon para todos está en griego;  
La lisonja hallé y la ceremonia  
Con luto, idolatrados los caciques,  
Amor sin fe, interés con sus birotes (43).  
Todo se halla en esta Babilonia,  
Como en botica grandes alambiques,  
Y mas en ella títulos que botés.

## LXXXI.

A la misma ciudad.

¿Vos sois Valladolid? Vos sois el valle  
De olor? ¡Oh fragrantísima ironía!  
A rosa oleis, y sois de Alejandria,  
Que pide al cuerpo mas que puede dalle.  
Serenísimas damas de buen talle,  
No os andeis cocheando todo el dia,  
Que en dos mulas mejores que la mia  
Se pasea el estiércol por la calle.  
Los que en esquinas vuestros corazones  
Asais por quien alguna noche clara,  
O vertió el pebre y os mecló sin clavos,  
¿Pasais por tal, que sirvan los balcones,  
Los dias á los ojos de la cara,  
Las noches á los ojos de los rabos?

## LXXXII.

A la tela de justar de Madrid, que la sacaron al campo.

Téngoo, señora Tela, gran mancilla.  
— Dios la tenga de vos, señor soldado.  
— ¿Cómo estáis acá fuera?— Hoy me han echado,  
Por vagamunda, fuera de la villa.  
— ¿Dónde están los galanes de Castilla?  
— ¿Dónde pueden estar sino en el Prado?  
— ¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?  
— Mas respeto me tienen; ni una astilla.  
— Pues ¿qué haceis ahí?— Lo que esta puente,  
Puente de anillo; tela de cedazo,  
Desear hombres como rios ella,  
Hombres de duro pecho y fuerte brazo.  
— Adios, Tela; que sois muy maldiciente,  
Y esas no son palabras de doncella.

## LXXXIII.

A una creciente del rio Manzanares.

Duélete de esa puente, Manzanares;  
Mira que dice por ahí la gente  
Que no eres rio para media puente,  
Y que ella es puente para treinta mares.  
Hoy arrogante te ha brotado á pares  
Humildes crestas tu soberbia frente,  
Y ayer me dijo humilde tu corriente  
Que eran en marzo los caniculares.  
Por el alma de aquel que ha pretendido  
Con cuatro dragmas de agua de achicoria  
Purgar la villa y darte lo purgado,  
Me di cómo has menguado y has crecido,  
Cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria.  
— Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado.

(45) Los nombres de los principales caballeros que acudieron al socorro de la villa de la Maamora se hallan en un curioso y raro librito intitulado: *Discurso historial de la presa que del puerto de la Maamora hizo el armada real de España en el año 1614*, por Agustín de Horozco. Madrid, por Miguel Serrano, 1615.

(44) Así Farla; Hoces lee *abades*.

(45) Así Hoces; Farla lee *bigotes*.

## LXXXIV.

A la puente segoviana de Madrid, que está sobre el río Manzanares.

Señora doña puente Segoviana,  
Cuyos ojos están llorando arena,  
Si es por el río, muy en hora buena,  
Aunque estés para viuda muy galana.  
De estrangurria murió; no hay castellana  
Lavandera que no llore de pena,  
Y Falano Sotillo se condena  
De olmos negros á loba luterana.  
Bien es verdad que dicen los doctores  
Que no es muerto, sino que del esío  
Le causan parasismos los calores;  
Que á los principios de diciembre frío  
De sus mulas harán estos señores  
Que los orines dén salud al río.

## LXXXV.

A Pisuerga, río que pasa por los muros de Valladolid.

Jura Pisuerga á fe de caballero  
Que de vergüenza corre colorado  
En pensar que de Esgueva acompañado  
Ha de entrar á besar la mano á Buero.  
Es sucio Esgueva para compañero,  
Culpa de la mujer de algún privado,  
Y perezoso para darle el lado,  
Y así ha corrido siempre muy trasero.  
Llegados á la puente de Simáucas,  
Teme Pisuerga; que una estrecha puente  
Temella puede el mar sin cobardía.  
No se le da á Esguevilla cuatro blancas;  
Mas ¿qué mucho, si pasa su corriente  
Por mas estrechos ojos cada día?

## LXXXVI.

Al auto general de la fe que se celebró en la ciudad de Granada (46).

Bien dispuesta madera en nueva traza,  
Que un cadahalso forma levantado,  
Admiración del pueblo desgranado  
Por el humilde suelo de la plaza (47);  
Cincuenta mujercillas de la raza  
Del que halló en el mar enjuto vado,  
Y la jurisprudencia de un letrado,  
Cuyo ejemplo confunde y embaraza (48);  
Dos torpes, seis blasfemos, la corona  
De un fraile mal abierta y peor casada,  
Y otro dos veces que él no menos ciego;  
Cinco en estatua, solo uno en persona,  
Encomendados justamente al fuego,  
Fueron el auto de la fe en Granada.

(46) En el códice S 106 de la biblioteca Nacional se lee este mismo soneto contrahecho y con el epigrama y las variantes que siguen:

*Soneto de Diego de Soto y Aguilar, cuyo es lo escrito en el auto de la fe.*

Bien dispuesta madera en nueva traza,  
De cadahalso en forma levantado,  
Admiración del pueblo ya sentado  
En el húmido suelo de la plaza;  
Trece mujercillas de la raza  
Del que halló en el mar enjuto vado  
Y la jurisprudencia de un letrado,  
Cuyo ejemplo contunde y amenaza;  
Diez torpes, seis blasfemos, la corona  
De un fraile mal abierta sin ardid,  
Y otro no menos que él dos veces ciego;  
Cuatro estatuas y siete en persona  
Encomendados justamente al fuego  
Fueron el auto de la fe en Madrid.

El auto este se hizo en 4 de julio de 1652.

(47) Por el húmido suelo de la plaza. — *Texto de Faria.*

(48) Así Hoces; Faria lee *amenaza*.

## LXXXVII.

A Esgueva, río que pasa por medio de Valladolid, donde echan todas las inmundicias de la ciudad.

¡Oh qué malquisto con Esgueva quedo,  
Con su agua turbia y con su verde puente!  
Miedo le tengo, y hallará la gente  
En mis calzas los titulos del miudo.  
Quiere ser río, yo se lo concedo;  
Corra, que necesaria es su corriente,  
Con orden y ruido el que consiente  
Antonio en su regilla de ordo-pedo (49).  
Camine ya con estos pliegos míos  
Peon particular, quitado el parte (50),  
Y ejiecte en mis versos sus enojos;  
Que le confesaré de cualquier arte  
Que, como el mas notable de los rios,  
Tiene llenos los márgenes de ojos.

## LXXXVIII.

El Conde mi señor se va á Nápoles,  
Y el Duque mi señor se va á Francia;  
Príncipes, buen viaje, que este día  
Pesadumbre daré á mos caracoles.  
Como sobran tan doctos españoles,  
A ninguno ofreci la musa mia;  
A un pobre albergue si de Andalucía,  
Que ha resistido á grandes, digo á soles.  
Con pocos libros libres, libres digo  
De expurgaciones, paso, y me paseo (51),  
Ya que el tiempo me pasa como higo.  
No espero en mi verdad lo que no creo;  
Espero en mi conciencia lo que digo,  
Mi salvacion, que es lo que mas deseo.

## LXXXIX.

A la salida de la corte del duque de Humena, embajador del rey de Francia.

Despidióse el francés con grasa buena  
(Con buena gracia digo, señor Momo);  
Hizo España el deber con el Bandomo,  
Y el pagar lo hará con el de Pena.  
Reales fiestas le pidió al de Humena  
La ya engastada Margarita en plomo.  
Aunque no hay toros para Francia como  
Los de Guisando su comida y ceua.  
Estrellóse la gala de diamantes  
Tan al tope, que alguno fué topacio,  
Y á un don Cristóbal muióse finezas.  
Partióse al fin, y tan brindadas antes  
Nos dejó las saludes de palacio,  
Que otro día enfermaron sus altezas.

## XC.

Contra los que dijeron mal del Polifemo de box Luis.

Pisó las calles de Madrid el fiero  
Monoculo, galan de Galatea,  
Y cual suele tejer bárbara aldea  
Soga de gozques contra forastero;  
Rigido un hachiller, otro severo,  
Critica turba al fin, si no pigmea,  
Su diente aña y su veneno emplea  
En el disforme ciclope cabrero.  
A pesar del lacero de su frente,  
Lo hacen oscuro, y él en dos razones,  
Que en dos truenos libró de su accidente,  
«Si quieren, respondió, los pedantones  
Luz nueva en hemisferio diferente,  
Dén su memorial á mis calzones.»

## XCI.

A lo poco que hay que fiar en el favor de los señores de la corte.

Señores cortegiantes, ¿quién sus dias  
De codicioso gasta ó lisonjero

(49) Así Hoces; Faria lee *vido-pedo*.

(50) Y con particular, dice Faria.

(51) Así Faria; otros leen *expugnaciones*.

Con todos estos principes de acero,  
Que me han descompredado las encías?

Nunca yo tope con sus señorías,  
Sino con media libra de carnero,  
Tope manso, alimento verdadero  
De jesuitas, santas compañías.

Con nadie hablo, todos son mis amos,  
Quien no me da, no quiero que me oneste;  
Que un árbol grande tiene gruesos ramos.

No me pidan que lie ni que preste,  
Sino que algunas veces nos veamos,  
Y sea el fin de mi soneto este.

## XCH.

A cierto caballero que juzgaba lo que no entendía.

Música le pidió aver su albedrío  
A un descendiente de don Peranzúles;  
Templáronle al momento dos bales  
Con mas cuerdas que jaricas un navío.

Cantáronle de cierto amigo mio  
Un desafío campal con dos gazules,  
Que en ser por unos ojos entre azules,  
Fué peor que gatesco el desafío.

Romance fué el cantado, y que no pudo  
Dejarlo de entender, si el muy discreto  
No era sordo, ó el músico era mudo;

Y de que lo entendió yo os lo prometo,  
Pues envío á decir con don Bermudo  
Que vuelvan á cantar aquel soneto.

## XCHH.

A un señor titulado, que queriendo por Luis salir de la corte, le pidió le esperase para venirse juntos, y por Luis le esperó mas de un mes, pagando de vacío las mulas, y el señor se vino sin avisalle.

De chinchas y de mulas voy comido;  
Las unas culpa de una cama vieja (1),  
Las otras de un señor que me las deja  
Veinte días y mas, y se ha partido.

De vos, madera añeja, me despió,  
Miembros de algun navio de vendeja,  
Patria comun de la nacion hermeja,  
Que un mes sin deudo de mi sangre ha sido.  
Venid, mulas, con cuyos piés me ha dado  
Tal cox el que quizás tendrá mancilla  
De ver que me comeis el otro lado.

Adios, corte envainada en una villa,  
Adios, toril de los que has sido prado;  
Que en mi rincon me espera una morcilla.

## XCIV.

No mas moralidades de corrientes,  
Bieu sean de arroyuelos. Bien de rios,  
Corran apurados ó tardios;  
Que no me hizo Dios conde de Fuentes.

A un rincon desviado de las gentes  
Apelaré de todos sus desvios,  
Cooza que abrigue ya los años míos,  
Aunque pajas me oneste impertinentes.

Miñaros de mi rey, mis desengaños  
Los piés os besan desde acá, sea miedo  
Ó reverencia á sátrapas tamaños.

Adios, mundazo, en mi quietud me quedo.  
Por esconder mis postrimeros años  
Al señor Nuncio, digo, al de Toledo.

## XCV.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, disuadiéndole de salir al toro á la tarde, por ser muy manso.

Sali, señor don Pedro, esta mañana  
A ver un toro que en un nacimiento  
Con mi mula estuviera mas contento  
Que alborotando á Córdoba la llana.

Romper la tierra he visto en su avezana (2)  
Mas prójimos con paso menos lento (3),

Que él se entró en la ciudad tan sin aliento,  
Y aun mas, que me dejó en la barbacana.

No desherreis vuestro zagal; que un clavo (4)  
No ha de valer la causa, si no miente  
Quien de la cuerda apela para el rabo.

Perdonadme el hablar tan cortesmente  
De quien, ya que no alcalde por lo bravo,  
Podrá ser, por lo manso, presidente.

## XCVI.

Por nifería un picarillo tierno (5),  
Huron de faltriqueras, sutil caza,  
A la cola de un perro ató por maza,  
Con perdon de los clérigos, un cuerno (6).

El triste perrinchon en el gobierno  
De una tan gran carroza se embaraza;  
Gritale el pueblo, haciendo de la plaza,  
Si allá se alegran, un alegre infierno.

Llegó en esto una viuda mesurada,  
Que entre los signos, ya que no en la gloria,  
Tiene á su esposo, y dijo: «Es gran bajeza  
«Que un gozque arrastre así una ejecutoria  
Que ha obedecido tanta gente honrada,  
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza» (7).

## XCVII.

Al título de la reina nuestra señora doña Margarita.

No de fino diamante ó rubi ardiente (8),  
Luces brillando aquel, este centellas,  
Crespo volúmen vió de plumas bellas  
Nacer la gala mas vistosamente,

Que obscuro el vuelo, y con razon doliente (9),  
De la perla católica que sellas,  
A besar te levantas las estrellas,  
Melancólica aguja, si lucente.

Pompa eres de dolor, seña no vana  
De nuestra vanidad; digalo el viento,  
Que, ya de aromas, ya de luces, tanto  
Humo te debe. ¡Ay ambicion humana,  
Prudente pavon, hoy con ojos ciento,  
Si al desengaño se los das y al llanto!

## XCVIII.

Al mismo asunto.

Máquina funeral, que de esta vida  
Nos dices la mudanza, estando queda,  
Pira, no de aromática arboleda,  
Si á mas gloriosa fénix construida;

Bajel en cuya gavia esclarecida  
Estrellas hijas de otra mejor Leda  
Serenan la fortuna de su rueda,  
La volubilidad reconocida;

Farol lucente sois, que solicita  
La razon, entre escollos naufragante,  
Al puerto, y á pesar de lo lucente,  
Oscura concha de una Margarita  
Que, rubi en caridad, en fe diamante,  
Renace á nuevo sol ya en nuevo oriente.

## XCIX.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reiaa nuestra señora doña Margarita de Austria.

A la que España toda lamilde estrado,  
Y su horizonte fué dosel apenas,  
El Bétis esta urna en sus arenas  
Majestuosamente ha levantado.

¡Oh peligroso, oh lisonjero estado,  
Golfo de escollo, playa de sirenas!  
Trofeo son del agua mil entenas,  
Que, aun rompídas, no sé si han recordado.  
La Margarita pues, lucente gloria

(4) Zagal se llamaba un caballo deste caballero.

(5) Por niferar, dicen Faria y Gracian.

(6) Con perdon del bonete, un lego cuerno.—*Texto de Gracian.*

(7) *Texto de Gracian; otros dicen: y se la ha puesto.*

(8) Así Gracian; otros leen y rubi.

(9) Otros leen oscura.

(1) De una encina vieja.—*Texto de Faria.*

(2) Avezana es una cuadrilla de yuntas de arados.

(3) *Mis prójimos, dice el texto de Faria.*



Del sol de Austria, y la concha de Baviera,  
Mas coronas ceñidas que vió años,  
En polvo ya el clarín final espiera,  
Siempre sonante á aquel cuya memoria  
Antes peinó que caras desengaños.

## C.

A la capilla de nuestra Señora del Sagrario, que para entierro su-  
yo reedificó santuosísimamente en la santa iglesia de Toledo el  
cardenal arzobispo della, don Bernardo de Rojas y Sandoval.

Esta que admiras fábrica, esta prima  
Pompa de la escultura, oh caminante,  
En pórfidos rebeldes al diamante,  
En metales mordidos de la lima,  
Tierra sella que tierra nunca oprima;  
Si ignora cómo, el pie enfrena elegante,  
Y esa inscripción consulta que elegrante  
Informa bronce, mármoles anima.  
Generosa piedad urnas hoy bellas  
Con majestad vincula, con decoro  
A las heroicas ya cenizas santas  
De los que á un campo de oro cinco estrellas  
Dejando azules con mejores plantas,  
En campo azul estrellas pisan de oro.

## CI.

A la muerte de tres niñas hijas del duque de Feria.

Entre las hojas cinco generosa,  
Si verde pompa, no de campo de oro,  
Prendas sin pluma a ruiseñor canoro  
Degolló mudas sierpe venenosa;  
Al culto padre, no con voz piadosa,  
Mas con gemido alterno y dulce lloro,  
Armoniosas lágrimas al coro  
De las aves oyó la seiva umbrosa.  
Lloró el Turia cristal, á cuya espuma  
Dió poca sangre el mal logrado terno,  
Terno de aladas cítaras suaves.  
Que rayos hoy, sus cuerdas y su pluma,  
Brillante siempre luz de un sol eterno,  
Dulcemente dejaron de ser aves.

## CII.

Al sepulcro de Dominico Griego, excelente pintor.

Esta forma elegante, oh peregrino,  
De pórfido luciente dura llave,  
El pincel niega al mundo mas suave,  
Que dió espíritu al leño, vida al livo.  
Su nombre, aun de mayor aliento dino  
Que en los clarines de la fama cabe,  
El campo ilustra de ese mármol grave:  
Venerálo, y prosigue tu camino.  
Yace el Griego; heredó naturaleza  
Arte, y el arte estudio, iris colores,  
Febo luces, si no sombras Morfeo.  
Tanta urna, á pesar de su dureza,  
Lágrimas beba y cuantos suda olores,  
Corteza funeral de árbol sabco.

## CIII.

Pálida restituye á su elemento  
Su ya esplendor purpúreo casta rosa,  
Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,  
Gloria del sol, lisonja fué del viento.  
El mismo que espiró suave aliento  
Fresca, espira marchita, y siempre hermosa,  
No yace, no, en la tierra, mas reposa  
Negándole aun el hado lo violento.  
Sus hojas sí, no su fragancia, flora  
En polvo el patrio Bétis, hojas bellas,  
Que aun en polvo el ne terno Tajo dora.  
Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas  
Flores que ilustra otra mejor aurora,  
Cuyo caduco aljófár son estrellas.

## CIV.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma, mujer del primer duque don  
Francisco de Rojas y Sandoval, gran privado de Felipe III.

Ayer deidad humana, hoy poca tierra;  
Aras ayer, hoy túmulo; ¡oh mortales!  
Plumas, aunque de águilas reales,  
Plumas son; quien lo ignora, mucho yerra.  
Los miembros que hoy este sepulcro encierra.  
A no estar entre aromas orientales,  
Mortales señas dicen de mortales;  
La razon abra lo que el mármol cierra.  
La fenix que ayer Lerma fué su Arabia  
Es hoy entre cenizas un gusano,  
Y de conciencia á la persona sabia.  
Si una urca se traga el Oceano,  
¿Qué espera un bajel luces en la gabia?  
Tome tierra, que es tierra el ser humano.

## CV.

A la muerte violenta que Francisco Ravaillac dió al rey  
Enrique IV de Francia.

El Cuarto Enrico yace mal herido  
Y peor muerto de plebeya mano,  
El que rompió escuadrones y dió al llano  
Mas sangre que agua Oriona tan medecido.  
Glorioso francés esclarecido,  
Conducidor de ejércitos, que en vano  
De lilijs de oro el ya cabello cano,  
Y de guardia real ibas ceñido.  
Una temeridad astas desprecia,  
Una traicion cuidados mil cagaña;  
Que muros rompe en un caballo Grecia.  
Armas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España!(10)  
Beloas de dos mundos fiel te precia,  
Y armada teme la nacion extraña.

## CVI.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma.

Lilio siempre real nací en Medina  
Del cielo con razon, pues nací en ella;  
Ceñí de un duque excelso, un que flor bella,  
De rayos mas que flores frente dina.  
Lo caduco esta urna peregrina,  
Oh peregrino, con majestad sella  
Lo fragante, entre una y otra estrella,  
Vista no fabulosa de ermita.  
Estrellas son de la gárgolda griega,  
Lisonjas luminosas de la mia,  
Señas oscuras, pues ya el sol corona  
La suavidad que espira el mármol. Llega:  
Del mundo illo es; que aun no perdoaa  
El santo olor á la ceniza fria.

## CVII.

Ceñí la no, asombrada sí, la frente  
De una y de otra ver la fama obscura,  
A los púos dejando de Señora  
Su urna lagrimosa, en san blifiente  
Llora el Bétis no bños de su fuente,  
En poca tierra ya muéca hermosura (11),  
Ternos rayos en una piedra dura  
De un sol antes caduco que luciente.  
¿Cuán triste sobre el pórfido se mira  
Casta Venus llorar su cuarta gracia,  
Si lagrimas las perlas son que vierte!  
¡Oh Antonio, oh tú, del músico de Tracia  
Prudente imitador! tu dulce lira  
Sus privilegios rompa hoy á la muerte.

## CVIII.

A la muerte de dos damas de Córdoba.

Sobre dos urnas de cristal labradas,  
De vidrio en pedestales sostenidas,  
Llorando esta dos niñas ya sin vidas  
El Bétis en sus húmidas amoradas;

(10) Otros leen: *arcas burló el fatal cuchillo.*

(11) En poca tierra ver mucha hermosura

Tanto por su hermosura dél amadas,  
Que, aunque las demás niñas doloridas  
Se muestran por tan tierno fin sentidas (12),  
El, derramando lágrimas cansadas,  
«Almas, les dice, vuestro vuelo santo  
Seguir pienso hasta aquesos sacros nidos,  
Do el bien se goza sin temer contrario;  
Que vista esa belleza y mi gran llanto  
Por el cielo, serémos convertidos,  
En Géminis vosotras, yo en Acuario.

## CIX.

Famoso monte, en cuyo vasto seno  
Duras cortezas de robustas plantas  
Conservan aquel nombre en partes tantas (15)  
De quien pagó á la tierra lo terreno;  
Así cubra de hoy mas cielo sereno  
La siempre verde cumbre que levantas,  
Que me escondas aquellas letras santas  
De que á pesar del tiempo has de estar lleno.  
La corteza do están desnuda, ó viste  
Su villano troncon de hierba verde,  
De suerte que mis ojos no las vean.  
Quédense en tu arboleda, ella se acuerde  
De fin tan tierno, y su memoria triste,  
Pues en troncos está, troncos la lean.

## CX.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Pender de un leño, traspasado el pecho,  
Y de espinas clavadas ambas sienas,  
Dar tus mortales penas en rehenes  
De nuestra gloria, bien fué heróico hecho;  
Pero mas fué nacer en tanto estrecho (14),  
Donde para mostrar en nuestros bienes,  
Adónde bajas y de dónde vienen,  
No quiere un portalillo tener techo.  
No fué esta mas bazaña; oh gran Dios mio! (15)  
Del tiempo, por haber la helada ofensa  
Vencido en tierna edad con pecho fuerte (16);  
Que mas fué sudar sangre que haber lrio (17),  
Sino porque hay distancia mas inmensa  
De Dios á hombre que de hombre á muerte.

## CXI.

Al monte Santo de Granada.

Este monte, de cruces coronado,  
Cuya siempre dichosa excelsa cumbre  
Espira luz y no vomita lumbre,  
Etna glorioso, Mongibel sagrado,  
Trofeo es dulcemente levantado,  
No ponderosa y grave pesadumbre,  
Para oprimir en Flegra la costumbre (18)  
Del bando contra el cielo conjurado.  
Gigantes miden sus ocultas faldas,  
Que á los cielos hielos hicieron fuerza, aquella  
Que los cielos padecen fuerza santa.  
Sus miembros cubre y sus reliquias sella  
La bien pisada tierra; veneraldas  
Con tiernos ojos, con devotas plantas.

## CXII (19).

Urnas plebeyas, túmulos reales  
Penetrad sin temor, memorias mías,  
Por donde ya el verdugo de los dias  
Con igual pié dió pasos desiguales;

(12) Así Espinosa; Hoces y Faria leen: *de su tierno fin sentidas*.  
(15) Así Espinosa; Hoces lee *contienen*. Lo mismo pone Faria.  
(14) Pero qué fué nacer en tanto estrecho?— *Textos de Faria y de Gracian*.

(15) *No fué esta gran hazaña*, dicen Hoces y Faria. Sigo el texto de Espinosa.

(16) Espinosa lee: *veniendo en flaca edad*.

(17) Espinosa escribe: *que hacer frio*.

(18) Así Espinosa; Hoces lee:

Para oprimir sacrilega costumbre.

(19) Segun parece del códice de Ribas Tafur, *Loy del señor Guerra y Orbe*, este soneto no es de GÓNGORA.

Revolved tantas señas de mortales,  
Desnudos huesos y cenizas frias,  
A pesar de las vanas, si no pias,  
Caras preservaciones orientales;  
Bajad luego al abismo, en cuyos senos  
Blasfeman almas, y en su prision fuerte  
Hierros se escuchan siempre y llanto eterno,  
Si quereis, oh memorias, por lo menos  
Con la muerte libraros de la muerte  
Y el infierno vencer con el infierno.

## CXIII.

A la purísima Concepcion de nuestra Señora, donde se glosó el último pié en un certámen poético:

*Virgen pura, si el sol, luna y estrellas.*

## GLOSA.

Si ociosa no asistió naturaleza,  
Admirada, á la tuya, oh gran Señora,  
Concepcion limpia, donde ciega ignora  
Lo que muda admiró de tu pureza,  
Diganlo, oh Virgen, la mayor belleza  
Del dia cuya luz tu manto dora,  
La que calza nocturna brilladora,  
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.  
*Pura* la iglesia ya, *pura* te llama  
La escuela, y todo pio afecto sabio  
Cultas en tu favor da plumas bellas;  
¿Qué mucho pues, si aun hoy sellado el labio,  
Si la naturaleza aun hoy te aclama  
*Virgen pura, si el sol, luna y estrellas?*

## CXIV.

A la beatificación de san Ignacio, en un certámen poético, donde se glosó el último pié:

*Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.*

## GLOSA.

En tenebrosa noche, en mar airado (20),  
Al través diera un marinero ciego  
De dulce voz y de homicida ruego,  
De sirena mortal lisonjeado,  
Si el fervoroso celador cuidado  
Del grande Ignacio no ofreciera luego  
Farol divino su encendido fuego  
A los cristales de un estanque helado.  
Trueca las velas el bajel perdido,  
Y escollos juzga que en el mar se lavan,  
Las voces que en la arena oye lascivas;  
Besa el puerto, altamente conducido  
De las que para norte suyo estaban  
*Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.*

## CXV.

A unas fiestas de cañas y toros en la plaza de Valladolid.

La plaza un jardin fresco, los tablados  
Un encañado de diversas flores,  
Los toros doce tigres matadores,  
A lanza y á rejon despedazados;  
La jineta dos puestos coronados  
De principes, de grandes, de señores;  
Las libreas bellísimos colores,  
Arcos del cielo, ó propios ó imitados;  
Los caballos, fabonios andaluces,  
Gastándole al Perú oro en los frenos,  
Y los rayos al sol en los jaeces.  
Al trasponer de Febo ya las luces  
En mejores adargas, aunque menos,  
Pisurga vió lo que Genil mil veccs.

## CXVI.

Deja el monte, garzon bello, no fies  
Tus años dél y nuestras esperanzas;  
Que murallas de red, bosques de lanzas  
Menosprecian los fieros jabalies.

(20) *En temerosa noche*, dice Gracian.

En sangre á Adónis, si no fué en rubies,  
 Tñeron mal celosas asechanzas,  
 Y en urna breve funerales danzas  
 Coronaron sus huesos de alhelies.

Deja el monte, garzon; poco lucente  
 Venablo en Ida aprovechó al mozoelo,  
 Que estrellas pisa agora en vez de flores.  
 Cruel verdugo el espumoso diente,  
 Torpe ministro fué al ligero vuelo;  
 No sepas mas de celos y de amores,

## CXVII.

Volvio al mar Aleion, volvió á las redes  
 De cáñamo, exensando las de hierro;  
 Con su barquilla redimió el destierro,  
 Que era desvío y parecía mercedes.

Redujo el pié engañado á las paredes  
 De su alqueria y alragoso cerro (21)  
 Que ya con el venablo y con el perro  
 Pisa Lesbín, segundo Ganimédes,

Gallardo hijo suyo, que los remos  
 Menospreciando con su bella hermana,  
 La montería siguen importuna,

Donde la ninfa es Febo y es Diana,  
 Que en sus ojos del sol los rayos vemos,  
 Y en su arco los cuernos de la luna.

## CXVIII.

Contra los que dijeron mal de las Soledades de don Luis.

Restituye á tu mudo horror divino,  
 Amiga soledad, el pié sagrado,  
 Que cautiva lisonja es del poblado  
 En hierros breves pájaro ladino.

Prudente cónsul, de las selvas dino,  
 De impedimentos busca desatado  
 Tu elanstro verde, en valle profanado  
 De fiera menos que de peregrino.

¿Cuán dulcemente de la encina vieja  
 Tortola viuda al mismo bosque incierto  
 Apacibles desvíos aconseja!

Endeche el siempre amado esposo muerto  
 Con voz doliente; que tan sorda oreja  
 Tiene la soledad como el desierto.

## CXIX.

A una enfermedad de don Antonio de Pázos, obispo de Córdoba.

Deste mas que la nieve blanco toro,  
 Robusto honor de la vacada mia,  
 Y destas aves dos, que el nuevo dia  
 Saludaban ayer con dulce flora,

A tí, el mas rubio dios del alto coro,  
 De sus entrañas hago ofrenda pia,  
 Sobre este fuego, que venicido envia  
 Su humo al ámbar y su llama al oro;

Porque á tanta salud se ha reducido  
 El nuestro sabio docto pastoreico (22),  
 Que aun los que por nacer estan lo vean,  
 Ya que de tres coronas no ceñido,

Al menos mayoral del Tajo, y sean  
 Grana el gaban, armiños el pellico.

## CXX.

A Juan de Villégas Cebállos, gobernador del estado de Luque.

En villa humilde sí, no en vida ociosa,  
 Vasallos riges con poder no injusto,  
 Vasallos de tu dueño, si no angusto,  
 De estirpe en nuestra España generosa.

Del bárbaro ruido á curiosa  
 Dulce leccion te hurta tu buen gusto;  
 Tal del muro abrasado hombro robusto  
 De Anquise reunió la edad dichosa.

No invidies, oh Villégas, del privado  
 El palacio gentil, digo el convento,  
 Adonde hasta el portero es presentado.

De la tranquilidad pisa contento  
 La arena enjuta, cuando en mar turbado  
 Ambicioso bajel da lino al viento.

## CXXI.

A este que admiramos en luciente,  
 Emulo del diamante, limpio acero,  
 Cual nos lo ha dado España caballero,  
 Que es de la guerra Marte y rayo ardiente (23),

Laurel ceñido pues debidamente,  
 Las coyundas le lian del severo  
 Suave yugo, que al lombardo fiero  
 Le impidió sí, no le oprimió la frente.  
 ¿Qué mucho, si frustró su lanza arneses,  
 Si fulminó escuadrones ya su espada,  
 Si conculcó estandartes su caballo?

Del Cambresi lo digan los franceses;  
 Mas no lo digan, no; que en trompa alada  
 Musa aun no sabrá culta celebrallo.

## CXXII.

A Liofares risueños de Abilela (24)  
 El blanco alterno pié fué vuestra risa  
 En cuantos ya tañeis coros, Belisa,  
 Undosa de cristal, dulce vihuela,

Instrumento hoy de lágrimas; no os duela,  
 Su epiciclo, de donde nos avisa  
 Que rayos ciñe, que zaliros pisa,  
 Que sin moverse, en plumas de oro vuela.

Pastor os duda amante, que si triste (25)  
 La perdió su deseo en vuestra arena,  
 Su memoria en cualquier region la asiste;

Lágrimas informante de su pena  
 En las cortezas que el aliso viste,  
 En los suspiros cultos de su avena.

## CXXIII.

A fray Hortensio Félix Paravicino, de la órden de la Santísima Trinidad, predicador de su majestad, diciéndole del sufrimiento y tolerancia con que el confesor del Rey despachaba los muchos negocios que tenía.

Al que de la conciencia es del Tercero  
 Filipo digno oráculo prudente,  
 De una y otra saeta impertinente,  
 Si mártir no le vi, le vi terrero.

Tanto pues le ceñía ballestero  
 Cuanta le estaba coronando gente,  
 Dejándole el concurso el expediente  
 Hecho pedazos, pero siempre entero.

Hortensio mio, si esta llamo audiencia,  
 ¿Cuál llamaré robusta montería,  
 Donde cien flechas cosen un venado?

Ponderé en nuestro dueño una paciencia,  
 Que en la atencion modesta fué alegría  
 Y en la resolucion sucinto agrado.

## CXXIV.

Al tronco descansaba de una encina  
 Que invidia de los bosques fué lozana,  
 Cuando segur legal una mañana  
 Alto horror me dejó con su ruina.

Laurel que de sus ramas hizo dina  
 Mi lira, ruda sí, mas castellana,  
 Hiciero luego fatal su pompa vana  
 Culpa tuya, Caliope, fulmina (26).

En verdes hojas como el de Minerva  
 Arbol culto, del sol yace abrasado,  
 Allífar sus cenizas de la verba.

¿Cuánta esperanza niente á un desdichado!  
 ¿A qué mas desengaños me reserva?  
 A qué escarmientos me vincula el hado?

(23) Otras ediciones dicen:

Que de la guerra Flándes rayo ardiente.

(24) Otros leen *visela*.

(25) Así Faria; otros leen: *duda amante*, en vez de *duela*.

(26) Así Hoces; Faria lee: *culpa mia*.

(21) Que *al fragoso cerro*, dice Faria.

(22) Así Faria; otros leen: *pastor rico*.

## CXXV.

A una dama que estando dormida le picó una abeja en la boca.

Al tronco Filis de un laurel sagrado  
Reclinado el convexo de su cucllo,  
Lamia en ondas rubias el cabello,  
Lascivamente al aire encomendado.  
Las hojas del clavel, que había juntado  
El silencio en un labio y otro bello,  
Intentaba violar, y pudo hacello,  
Sátiro mal de vedras coronado;  
Mas la invidia interpuesta de una abeja  
Dulce, libando púrpura al instante,  
Previno la dormida zagaleja.  
El semidios, burlado, petulante,  
En atenciones tímidas la deja  
De cuanto bella tanto vigilante.

## CXXVI.

En la manchada holanda del tributo  
Que todas las kalendas paga Lice  
Cogio una rana Clito, el infelice  
Esposo suyo, felizmente astuto.  
Púsole en odio el adulterio, fruto  
Del rancido, segun Plinio dice;  
De hoy mas ni Tolomeo á Berenice  
De casta alabe, ni á su Porcia Bruto.  
¡Oh César! Oh repúblicas! Oh reyes!  
Si Lice excede á egipcias y á romanas,  
Edificalde á Clito estatuas y arcos.  
Perezca la ley julia, vengan ranas,  
Pesquen los magistrados por los charcos,  
Pues mas pueden las ranas que las leyes.

## CXXVII.

Deprecación á la Virgen nuestra Señora por la salud del rey nuestro señor don Felipe III.

En vez, Señora, del cristal luciente,  
Licuores nabateos espirante,  
Los faroles, ya luces de levante,  
Las banderas ya sombras de occidente;  
Las fuerzas litorales que á la frente  
Harán de Africa gémino diamante,  
Tanto disimulado al fin turbante  
Con generosidad expulsó ardiente.  
Votos de España son, que hoy os consagra  
Sufragios de Felipe, á cuya vida  
Aun los siglos del fénix sean segundos.  
Fiebre pues tantas veces repetida  
Perdone al que es católica visagra,  
Para mas gloria vuestra, de ambos mundos.

## CXXVIII.

Erase en Cuenca lo que nunca fuera,  
Erase un caminante muy ayuno;  
Pidió un mollete, si había tierno alguno,  
Y diéronle un bizcocho de galera.  
Esta impiedad fué un ángel la arrobera;  
Y si pidiera mas el importuno,  
Le dieran los peñascos uno á uno  
Que Jácar baña en su áspera ribera.  
De bizcochos apela el caminante  
Para piedras: que en Cuenca eso se usa,  
Y deso están las piedras tan comidas.  
Quizá vieron el rostro de Medusa  
Estos peñascos, como lo vió Atlante,  
O damas son de pedernal vestidas.

## CXXIX.

Esta de flores, cuando no divina,  
Industriosa unión, que ciento á ciento  
Las abejas, con rudo no argumento,  
En ruda si confunden oficio;  
Cómplice Prometeo en la rapina  
Del voraz fué, del liebre elemento,  
A cuya luz suave es alimento,  
Cuya luz su reciproca es mina.  
Esta pues confusion, hoy coronada  
Del esplendor que contra sí fomenta,

Por la salud ¡oh Virgen Madre! erijo  
Del mayor rey, cuya invencible espada  
En cuanto Febo dora y Cintia argenta  
Trompa es siempre gloriosa de tu hijo.

## CXXX.

Al título que la villa de Madrid hizo á las honras del rey nuestro señor don Felipe III.

Este funeral trono, que luciente,  
A pesar de esplendores tantos, piensa  
Fragante luto hacer la nube densa  
De los aromas que lloró el Oriente;  
Avaro riega con rigor decente,  
Y ponderoso oprime sin ofensa  
En breve, mas real polvo, la inmensa  
Jurisdiccion de un cetro, de un tridente.  
Rey de ambos mundos, freno de ambos mares,  
Rey pues santo, que ya Africa dió almenas  
A sus pendones y á su Dios altares;  
Que las reliquias expelió agarenas  
De nuestros ya mas de hoy seguros lares,  
Rayos ciñe en regiones mas serenas.

## CXXXI.

Al conde de Lénos, que fué virey de Nápoles.

Florido en años, en prudencia cano,  
Riberas del Sebeto, rio que apenas  
Humedecen sus aguas sus arenas,  
Gran freno moderó tu cuerda mano;  
Donde mil veces escuchaste en vano  
Entre los remos y entre las cadenas,  
No ya ligado al árbol, las sirenas  
Del lisonjero mar napolitano.  
Quede en mármol tu nombre esclarecido,  
Firme á las ondas, sordo á la armonia,  
Blason del tiempo, escollo del olvido.  
¡Oh águila de Castro! que algun dia  
Será para escribir tu exceso unido  
Un cañon de tus alas pluma mía.

## CXXXII.

Ave real, de plumas tan desnuda,  
Que aun de carne voló jamás vestida,  
Cuya garra, no en miembros dividida,  
Inexorable es guadaña aguda;  
Lisonjera á los cielos ó sañuda  
Contra los elementos de una vida  
Florida en años, en beldad florida,  
Cual menos, piedad advierte ó duda (27).  
No á deidad fabulosa hoy arrebatada  
Garzon que en vez del venatorio acero  
Cristal ministro impuro, si no alado,  
Espíritu que en citara de plata  
Al Jupiter dirige verdadero  
Un dulce y otro cántico sagrado.

## CXXXIII.

Aunque á rocas de fe ligada vea  
Con lazos de oro la hermosa nave  
Mientras en calma humilde, en paz suave,  
Serenó el mar la vista lisonjera,  
Y aunque el céfiro esté, porque lo crea,  
Tasando el viento que en las velas cabe,  
Y el fin dichoso del camino grave  
En el aspecto celestial se lea (28),  
He visto blanqueando las arenas  
De tantos nunca sepultados huesos,  
Que el mar de amor tuvieron por seguro,  
Que de él no fio si sus flujos gruesos  
Con el timon ó con la voz no enfrenas,  
¡Oh dulce Arion, oh sabio Palinuro!

(27) Otros leen:

Cual menos piedad árbitra lo duda.

De cualquier modo me parece mal.

(28) Faria dice: *se vea*, pero es error.

## CXXXIV.

Camina mi pensión con piés de plomo,  
El mio, como dicen, ya en la huesa;  
Mas yo, á ojos cerrados, tenue ó gruesa,  
Por dar mas luz, al mediodía la tomo.

Mereed de la tijera, á punta ó lomo  
Me conhorta de mirtas una mesa;  
*Ollay* la mejor voz es portuguesa,  
Y la mejor ciudad de Italia *Como*.

No mas, no, borecegui ni chimenea;  
Basten los años, que ni aun breve raja  
Los profanó de encima ó de acetituno.

¡Oh cuánto tarda lo que se desea!  
Llegue; que no es pequeña la ventaja  
De comer tarde al acostarse ayuno.

## CXXXV.

Al rey nuestro señor don Felipe IV, ausente de la Reina  
nuestra señora.

Claro arroyuelo de la nieve fria  
Bajaba mudamente desatado,  
Y del silencio que guardaba el prado  
Con labios de claveles se reía.

Con sus floridos márgenes partía,  
Si no su amor Fileno, su cuidado;  
No ha visto á su Belisa, y la dorado  
El sol casi los términos del día.

Con lágrimas turbando la corriente,  
El llanto en perlas coronó las flores,  
Que ya volvieron en cristal la risa.  
Llegó en esto Belisa,  
La alba en los blancos lilios de su frente,  
Y en sus divinos ojos los amores  
Que de un casto veneno  
La esperanza alimentan de Fileno.

## CXXXVI.

Al marqués de Velada, que habiendo en unas fiestas reales muerto  
un toro y queriendo esperar otro, su majestad le mando salir  
de la plaza.

Con razon, gloria excelsa de Velada,  
Te admira Europa, y tanto, que celoso  
Su volador mentido pisa el coso,  
Piel este día, forma no alterada.

Bajó tu fresno, y extinguió tu espada  
En su sangre su espíritu fogoso,  
Si de tus venas ya lo getoroso  
Poca arena dejó calificada.

Lloró su muerte el sol, y del segundo  
Lunado signo su esplendor vistiendo,  
A la satisfacción se disponía,

Cuando el monarca deste y de aquel mundo  
Dejar te mandó el circo, previniendo  
No acabes dos planetas en un día.

## CXXXVII.

Pidiendo cierta mereed el autor á su majestad, y tratando  
de partirse á su casa, hizo este soneto.

De la merced, Señor, destituido (29),  
Pues que lo quiso así la suerte mia,  
De mis deudos iré á la compañía,  
No poco de mis dendas oprímido.

Si haber sido del Cármen culpa ha sido  
Sobre el que se me dió hábito un día,  
Huélgame que es templada Andalucía,  
Ya que descalzo parto al patrio nido.

Miñimo pues, si capellan indino  
Del mayor rey, monarca al fin de cuanto  
Pisa el sol, lamen ambos Oceanos,

La fuerza obedeciendo del destino,  
El cuadregesimal voto en tus manos,  
Desengañado haré corrector santo.

## CXXXVIII.

A un libro que compuso el floecelado Fresno.

De vuestras ramas no la heróica lira  
Suspende Apolo, mas en lugar della  
La avena pastoral, ya niñula bella,  
Que en caña algun dios rústico suspira,

Si dulce sopla el viento, dulce espira.  
Su voz y dulcemente se querella,  
Tanto, que el áspid no la oreja sella,  
Mas escucha la música sin ira.

Sois Fresno al fin, cuya agradable sombra  
Mata el veneno, y así el docto coro  
De las niñfas con casto movimiento

Seguro pisa la florida alfombra,  
Y el pié descalzo del coturno de oro,  
Cüendo el tronco, honrando el instrumento.

## CXXXIX.

El conde mi señor se va á Nápoles  
Con el Gran Duque; principes, adios;  
De acémilas de haya no me fio,  
Fauales sean sus ojos ó faroles.

Los mas caridondos girasoles  
Imitará, siguiéndolos, mi albedrio,  
Y en vuestra ausencia, en el provecho mio (50)  
Será un torrezno el alba entre las coles.

En sus brazos Parténope festiva,  
De aplausos coronado Castilnovo,  
En clarines de pólvora os reciba;  
De las orejas yo teniendo al lobo,  
Incluso esperaré en cualquier misiva  
Beneficio tan simple, que sea bobo.

## CXL.

¿En año quieres que plural cometa  
Inlusto corte á las coronas luto,  
Los vestigios pisar del griego astuto?  
Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta.

Con lanza espere otro y con trompeta  
Mosquito Antoniano resuelto,  
Y á pesar del verano mas enjuto (51),  
Amor con botas, Venus con bayeta;

Fresco verano, clavos y cañeta,  
Nieve mal de una estrella dispensada,  
Aposento en las gabias el mas bajo;  
El primer día folion, y pela  
El segundo en cualquiera encrucijada,  
Inundaciones del noturno Tajo.

## CXXI.

A un libro del *Perfecto copilar*, que compuso don Juan de Aguado  
y Castilla, veinticuatro de Córdoba.

Generoso don Juan, sobre quien llueve  
La docta erudición su licor puro,  
Con que nos dais en flor fruto maduro,  
Y un bien inmenso en un volumen breve;

Déle la eternidad, pues se le debe,  
Para perpetuo acuerdo en lo futuro  
A vuestro vulto heróico en mármol duro  
Glorioso entalle de inmortál relieve,

Pues hoy da vuestra pluma nueva gloria  
De Córdoba al clarísimo senado,  
Y pone ley al español lenguaje

Con doctrina y estilo tan purgado,  
Que al olvido hará vuestra memoria  
Ilustre injuria, valeroso ultraje.

## CXXII.

A un excelente pintor extranjero, que le estaba retratando.

Hurtas mi vulto, y cuanto mas le debe  
A tu pincel, dos veces peregrino,  
De espíritu vivaz el breve fino  
En los colores que sediento bebe,  
Vanas cenizas temo al fino breve,  
Que émulo del barro le imagino,

(29) Así Faria; otros leen: señores despedido.

(50) Otros dicen: *proverbio mio*.

(51) Así Faria; otros leen: *y aunque á pesar de tiempo*.

A quien (ya etéreo fué, ya divino)  
Vida le fió muda, esplendor leve.

Belga gentil, prosigue el hurto noble;  
Que á su materia perdonará el fuego,  
Y el tiempo ignorará su textura.

Los siglos que en sus hojas cuenta el roble,  
Arbol, los cuenta sordo, tronco, ciego;  
Quien mas ve, quien mas oye menos dura.

## CXLIII.

Yacen aquí los huesos malogrados  
De una amistad que al mundo será una,  
O ya para experiencia de fortuna,  
O ya para escarmiento de cuidados.

Nació entre pensamientos, aunque hourados,  
Grave al amor, á muchos importuna,  
Tanto, que la mataron en la cuna  
Ojos de envidia y de ponzoña armados.

Breve una los sella como huesos,  
Al fin, de malograda criatura;  
Pero versos los honran inmortales,  
Que quedarán en el sepulcro impresos,  
Siendo la piedra Filisimena dura,  
Baliso el escultor, ciucel sus males.

## CXLIV.

La aurora, de azahares coronada (52),  
Sus lágrimas partió con vuestra bota,  
Ni de las peregrinaciones rota  
Ni de sus conductores esquilmada;  
De sus risueños ojos desatada,  
Fragranté perla cada breve gota,  
Por serática abeja fué devota,  
A bota peregrina trasladada.

Uvas os debe Clio, mas ceiales;  
Mínimas en el hábito, mas pasas,  
A pesar del perifrasis absurdo.

Las manos de Alejandro hacéis eçcasas,  
Segunda la capilla del de Háles,  
Izquierdo Estéban, si no Estéban zurdo.

## CXLV.

Al conde de Villamediana, curioso en piedras preciosas, caballos  
y pinturas.

Las que á otros negó piedras Oriente,  
Enulos brutos del mayor lucero,  
Te las expone en plomo su venero,  
Si al metal ya no atadas, mas luciente.

Cuanto en tu camarín pincel valiente,  
Bien sea natural, bien extraño,  
Afecta mudo voces, y parlero

Silencio en sus vocales tintas miente;  
Miembros apenas dió al soplo mas puro

Del viento su fennada madre bella,  
Iris, pompa del Bétis, sus colores;

Que fuego el espirando, humo ella,  
Oro te muerden en su freno duro,  
;Oh esplendor generoso de señores!

## CXLVI.

Los blancos lilios que de ciento en ciento  
Hijos del sol nos da la primavera,  
A quien del Tajo sou en la ribera  
Oro su cuna, perlas su alimento;

Las frescas rosas, que ambicioso el viento  
Con pluma solicita lisonjera,  
Como quien de una y de otra hoja espera  
Purpúreas alas, si lascivo aliento (53);

A vuestro gentil pié cada cual debe  
Su beldad toda; ¿qué hará la mano,  
Si tanto puede el pié, que ostenta flores?

Porque vuestro color venza su nieve,  
Venza su rosicler, y porque en vano,  
Hablando vos, espiren sus olores.

## CXLVII.

Al viaje que hizo al Andalucía el rey nuestro señor Felipe IV, el  
año de 1624, que nevó y llovió en toda aquella tierra excesiva-  
mente.

Los dias de Noé bien recelara  
Si no hubiera, Señor, jurado el cielo  
En su arco tu piedad, ó hubiera el hielo  
Dejado al area ondas que surecara.

Denso es mármol la que era fuente clara  
A ninfas que peinaba undoso pelo;  
Montes corona de cristal el suelo;  
Atado el Bétis á su márgen, para.

A inclemencias pues tantas no perdona  
El fénix de Austria al mar, fiando al viento,  
No aromáticos leños, sino alados.

Aun á tu iglesia mas que á su corona  
Importan tus progresos acertados;  
Serena aquel, aplaca este elemento.

## CXLVIII.

A una enfermedad de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Los rayos que á tu padre son cabello,  
Barba, Esculapio, á ti peinas en oro;  
Tu facultad en lira humilde imploro,  
Díete números Clio para ello.

Asiste al que dos mundos, garzon bello,  
Veneran rey y yo deidad adoro;  
Purpureara tus alas blanco toro  
Que ignore yugo su lozano cuello.

Piedras lavó ya el Ganges, yerbas Ida;  
Escondió á otros la de tu serpiente,  
O mas limada hoy ó mas lamida;

En polvo, en jugo virtuosamente  
Soliciten salud, produzgan vida,  
Humano primer fénix siglos cuente.

## CXLIX.

A Licito, caballero muy necio y muy rico.

Lugar te da sublime el vulgo ciego,  
Verde ya pompa de la selva oscura;  
Que no sin arte religion impura  
Aras te destinó, te hurtó el fuego (54).

Mudo mil veces yo, la deidad niego,  
No el esplendor á tu materia dura;  
Idolos á los troncos la escultura,  
Dioses hace á los idolos el ruego.

En lenguas mil de luz por tantas de oro  
Fragrantes bocas el humor sabo  
Te aclama, ilustremente suspendido.

En tus desnudos hoy muros ignoro  
Cuántas de grato senas te deseo,  
Leño, al lio con lisonjas desmentido.

## CL.

Mariposa, no solo no cobarde,  
Mas temeraria, fatalmente ciega,  
Lo que la llama al fénix aun le niega,  
Quiere obstinada que á sus alas guarde,

Pues en su daño arrepentida tarde,  
Del esplendor solicitada, llega  
A lo que hace, y ambiciosa entrega  
Su mal vestida pluma á lo que arde.

Yace gloriosa en la que dulcemente  
Inesa le ha prevenido aguja breve,  
Suña felicidad a yerro sumo.

No á mi ambicion contrario tan luciente,  
Menos altivo, si cuanto mas leve,  
Cenizas la hará si abrasa el humo.

## CLI.

Menos solicitó veloz saeta,  
Destinada señal, que mordió aguda,  
Agonal carro por la arena muda  
No coronó con mas silencio meta;

Que presurosa corre, que secreta.  
A su fin nuestra edad, y ¿quién lo duda? (55)

(52) Se cree que este soneto es contra Quevedo.

(53) Así Faria; otros leen: y lascivo.

(54) Otros leen: al fuego.

(55) Otros leen: á quien lo duda.

Fiera que sea de razon desnuda;  
Cada sol repellido es nu cometa.  
Confíesalo Cartago, ¿y tú lo ignoras?  
Peligro correes, Lieio, si porlitas  
En seguir sombras y abrazar engaños.  
Mal te perdonarán á tí las horas;  
Las horas, que limando están los días,  
Los días, que royendo están los años.

## CLII.

En la capilla estoy, y condenado  
A pasar sin remedio desta vida,  
Siento la culpa mas que la partida,  
Por hambre expulso como sitiado.  
Culpa ha sido el ser yo tan desdichado,  
Mayor de condicion tan encogida,  
De ambas me acuso en esta despedida,  
Por morir á lo menos confesado.  
Examine mi suerte el hierro agudo,  
Que á pesar de sus filos, me prometo  
Alta piedad de vuestra excelsa mano;  
Ya que mi encogimiento ha sido mudo,  
Los números, Señor, deste soneto  
Lenguas sean y lágrimas no en vano.

## CLIII.

A la ciudad de Córdoba y su fertilidad.

¡Oh excelso muro, oh torres levantadas  
De honor, de majestad, de gallardia!  
Oh gran río, gran rey de Andalucía,  
De arenas nobles, ya que no doradas!  
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas,  
Que privilegia el cielo y dora el día!  
¡Oh siempre gloriosa patria mía,  
Tanto por plumas cuanto por espadas!  
Si entre aquellas ruinas y despojos  
Que enriquece Genil y Darro baña  
Tu memoria no fué alimento mío,  
Nunca merezcan mis ausentes ojos  
Ver tus muros, tus torres y tu río,  
Tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

## CLIV.

Oro no, rayo sí, flamante grana,  
Como vuestra purpurea edad agora,  
Las dos que admite estrellas vuestra aurora,  
Y soles, expondrá vuestra mañana.  
Ave, aunque muda ya, emula vana  
De la mas culta, de la mas canora,  
En este, en aquel sauce que decora  
Verdura sí, bien que verdura cana;  
Insinuare vuestra hermosura cuanta  
Contiene hoy vuestro albor y dulce esfera  
En horas no caducas este día (56).  
Responda pues mi voz á beldad tanta;  
Mas no responderá aunque Apolo quiera;  
Que la beldad es vuestra y la voz mía.

## CLV.

Peinaba al sol Belisa sus cabellos  
Con peine de marfil, con mano bella;  
Mas no se parecia el peine en ella,  
Como se oscurecia el sol en ellos.  
En cuanto pues estuvo sin cogellos,  
El cristal solo, cuyo márgen huebla,  
Bebía de una dulce y otra estrella  
En tinieblas de oro rayos bellos.  
Fíleno en tanto, no sin armonía,  
Las horas acusando, así invocaba  
La segunda deidad del tercer cielo:  
«Ociosa. Amor, será la dicha mía,  
Si lo que debo á plumas de tu aljaba  
No lo fomentan plumas de tu vuelo.»

(56) Otros leen: *vuestro día*.

## CLVI.

A una dama que, quitando del dedo una sortija de diamantes,  
se hirió con un alfiler, de que salió mucha sangre.

Prision del nácar era articulado  
De mi firmeza un émulo liciente,  
Un diamante ingeniosamente  
En oro tambien él aprisionado.  
Clóris pues, que su dedo apremiado  
De metal aun precioso no consiente,  
Gallarda un día, sobre impaciente,  
Lo redimió del vinculo dorado.  
Mas ¡ay! que insidioso laton breve  
En los cristales de su bella mano  
Sacilego divina sangre bebe;  
Purpura ilustró meos indiano  
Marfil, envidiosa sobre nieve,  
Claveles deshojó la aurora en vano.

## CLVII.

Cuantas al Duero le he negado ausente,  
Tantas al Bétis lágrimas le fio,  
Y de centellas coronado el río,  
Fuego tributa al mar de urna ya ardiente.  
Volean desta agua y destas llamas fuente  
Es, ingrata señora, el pecho mio;  
Los suspiros lo digan que os envío,  
Si la selva lo calla que lo siente.  
Cencenas deste Eridano segundo  
Cenizas son, igual mi llanto tierno  
A la de Faeton loca experiencia.  
Arde el río, arde el mar, humea el mundo;  
Si del carro del sol no es mal gobierno,  
Lágrimas y suspiros son de ausencia.

## CLVIII.

Cuantos forjare mas hierros el bado  
A mi esperanza, tantos oprímido  
Arrastraré cantando, y su ruido (57)  
Instrumento á mi voz será acordado;  
Jóven mal de la invidia perdonado,  
De la cadena tarde redimido,  
De quien, por no adorarle, fué vendido,  
Por haberle vendido fué acordado.  
¿Qué piedra se le opuso al soberano  
Poder, calificado aun de real sello,  
Que el remedio frustrase del que espera?  
No tanto de la industria opuso en vano  
Legal prudente aquesto, atento aquello,  
Que pide admiracion, culto venera (58).

## CLIX.

Sople rabiosamente conjurado  
Contra mi leño el anstro embravecido;  
Que me ha de hallar el último gemido,  
En vez de tabla, al ancora abrazado.  
¿Qué mucho, si del árbol desatado,  
Deidad no ingrata mi esperanza ha sido  
En templo que, de velas hoy vestido,  
Se venera de mástiles besado?  
Los dos lucientes ya del cisne pollos,  
Que Leda hijos adoptó, mi entena  
Los testifique, dellos ilustrada.  
¿Qué fiera del cuitado que entre escollos,  
Que entre montes que ceta el mar de arena,  
Derrotado seis lustros há que nada?

## CLX.

A una montería que hizo el rey don Felipe IV, nuestro señor,  
orillas de Manzanares, en que mató un jabali.

Teatro espacioso á su ribera  
El Manzanares hizo verde muro,  
Su corvo márgen y su cristal puro  
Hundosa puente á Calidonia fiera.

(57) Otros leen *arrostrare*.

(58) Así Faria y otros; Hoces pone así el segundo terceto:

Conducido alimenta de un cabello  
Uno á otro profeta, nunca en vano  
Fué el esperar aun entre tanta fiera.

En un hijo del Céfitro la espera,  
Garzon real, vibrando un fresno duro,  
De quien aun no estaré Marte seguro,  
Mintiendo cerdas en su quinta esfera.

Ambiciosa la fiera colmilluda,  
Admitió la asta, y su mas alta gloria  
En la deidad solicitó de España.

Muera feliz mil veces, que sin duda  
Siglos ha de lograr mas su memoria,  
Que frutos ha heredado la montaña.

## CLXI.

Al serenísimo infante cardenal, arzobispo de Toledo, hermano  
de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Purpúreo creced ya, raro luciente  
Del sol de las Españas, que en dorado  
Doseil el Tiber os verá sagrado  
Leyes dar algun dia á su corriente,  
De coronas entonces vos la frente,  
Vuestro padre de orbes coronado,  
Deba el mundo un redil, deba un cayado  
A vuestras llaves y á su espada ardiente.

Creced á fines tan esclarecidos,  
;Oh vos, á cuyo glorioso manto  
Sombras son rubicundos esplendores,  
Y en quien debidamente repetidos  
De vuestros dos se ven progenitores  
El nombre, lo católico, lo santo!

## CLXII.

Sea bien matizada la librea,  
Las plumas de un color, negro el bonete,  
La manga blanca, no muy de roquete,  
Y atada al brazo prenda de Niquea;

Cifra que hable, mote que lo sea,  
Bien guarnecida espada de jinete,  
Borcegui nuevo, plata y tafilete,  
Jaez propio, bozal no de Guinea;  
Caballo valenzuela bien tratado,  
Lanza que junte el cuento con el hierro,  
Y sin veleta el Amadis que espera  
Entrar cuidadosamente descuidado,  
Firme en la silla, atento en la carrera,  
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

## CLXIII.

A Vicente de Santana, músico de don Diego de Vargas, corregidor  
de Córdoba, que se venia á comer sin convidarle.

A ganas de comer descomedidas  
Convite cordobés, Vicente hermano;  
Que á pájaros que vienen á la mano  
Basta un valdrés y tres plumas fugidas.

A tordos que así buscan sus comidas,  
Cañaverál en ellos, pues es llano  
Que en Castillejo y en el Bejarano  
Cebándolos están uvas podridas.

A Santana con hambre peregrino  
San Lázaro le hospede, y sea este año,  
Porque de sus carneros algo le ase.

Claridad mucha causa mucho daño;  
Atrollad, Musa, vuestro pergamino,  
Y dejad maliciosos en su clase.

## CLXIV.

No sé qué escriba á vuestra señoría,  
Que las nuevas de acá todas son viejas;  
Falta de pan y sobra de pellejas,  
Claro tenor y escura valentía;

Pocos caballos, mucha infantería,  
De la estéril cebada dando quejas,  
Yeguas que correrán veinte parejas  
Si el jinete no alojá ó se reslria;  
Envidia propia, soledad extraña,  
El gasto enano, el animo gigante,  
Dada la extrema-uncion á la comedia;

El dinero arrimándose á una caña,  
La milicia pidiendo con un guante,  
Y mas habra, si Dios no lo remedia.

## CLXV (59).

Una vida bestial de encantamento,  
Arpias contra bolsas conjuradas,  
Mil vanas pretensiones engañadas,  
Por hablar un oidor mover el viento;

Carrozas y lacayos, pajes ciento,  
Hábitos mil con virgenes espadas,  
Damas parleras, cambios, embajadas,  
Caras posadas, trato fraudulento;

Mentiras arbitreras, abogados,  
Clérigos sobre mulas, como mulos,  
Embustes, calles sucias, fodo eterno;

Hombres de guerra medio estropeados,  
Títulos y lisonjas, disimulos:  
Esto es Madrid, mejor dijera infierno.

## CLXVI.

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá  
Fulminas lovenetos? Yo no sé  
Cuánta pluma ensillaste para el que  
Sirviéndote en la copa aun hoy está.

El garzon Frigio, á quien de bello da  
Tanto la antigüedad, besara el pié  
Al que mucho de España esplendor fué,  
Y poca, aunque fatal, ceniza es ya.

Ministro, no grifauón, duro sí,  
Que en Liparis Estéropo forjó,  
Piedra digo bezar de otro Perú,  
Las hojas inllamó de un alheli,  
Y los acrocerannos montes no,  
;Oh Júpiter, oh tú, mil veces tú!

## CLXVII.

A una rosa.

Ayer naciste, y morirás mañana,  
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?  
;Para vivir tan poco estás lucida,  
Y para no ser nada estás lozana!

Si te engañó tu hermosa vana (40),  
Bien presto la verás desvanecida,  
Porque en esa hermosa está escondida (41)  
La ocasion de morir muerte temprana.

Cuando te corle la robusta mano,  
Ley de la agricultura permitida,  
Grosero aliento acabará tu suerte.  
No salgas, que te aguarda algun tirano;  
Dilatá tu nacer para tu vida (42);  
Que anticipas tu sér para tu muerte.

## CLXVIII (45).

Sella el tronco sangriento, no le oprime,  
De aquel dichosamente desdichado,  
Que de las inconstancias de su hado  
Esta pizarra apenas lo redime.

Piedad comun en vez de la sublime  
Urna que juntamente le han negado,  
Padron le erige en bronce imaginado,  
Que el tiempo en vano en las memorias lime.

Risueño con él, tanto como falso,  
El mundo cuatro lustros en la risa  
El cuchillo quizá envainaba agudo.  
;Desde el sitial, despues al cadahalso,  
Precipitado! ;Oh cuánto nos avisa!  
Oh cuánta trompa es su ejemplo mudo!

## CLXIX.

Al año climatérico de su edad.

En este occidental, en este ;oh Licio!  
Climatérico lustro de la vida,  
Todo mal afirmado pié es caída,  
Toda fácil caída es precipicio.

(59) En un códice que posee mi erudito amigo, el señor Guerra y Orbe, se asegura que no es de GÓNGORA este soneto.

(40) Si tu hermosa te engañó mas vana.—*Texto de Gracian.*

(41) Así Gracian en el *Arte de ingenio*; otros leen: *tu hermosura.*

(42) Dilátate en nacer para tu vida.

(45) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderon.



Caduca el paso, ilústrese el juicio,  
Desatándose va la tierra unida;  
¿Qué prudencia del polvo prevenida  
La ruina aguardó del edificio?  
La piel, no solo sierpe venenosa,  
Mas con la piel los años se desnuda,  
Y un hombre no; ¿ciego discurso humano!  
; Oh aquel dichoso que, la ponderosa  
Porción depuesta en una piedra muda,  
La leve da al zafiro soberano!

## CLXX.

Ser pudiera tu pira levantada,  
De aromáticos leños construida,  
; Oh téxiz! en la muerte, si en la vida  
Ave aun no de sus pies desengañada.  
Muere en quietud dichosa y consolada,  
A la region ascende esclarecida,  
Pues de mas ojos que desvanecida  
Su pluma fué, tu muerte es hoy llorada.  
Purificó un cuchillo en vez de llama (44)  
Su sér primero, y gloriosamente  
De su vertida sangre renacido,  
Atas vistiendo, no de mortal fama,  
De cristiano valor si, de fe ardiente,  
Mas deberá á su tumba que á su nido (45).

## CLXXI (46).

Al Santísimo Sacramento.

Rebelde y pertinaz entendimiento,  
Sed preso.—¿Quién lo manda?—Dios glorioso.  
—¿Por qué?—Porque con ánimo dudoso  
Negaste la obediencia al Sacramento.  
—¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?  
—La voluntad y afecto piadoso.  
—¿Quién es el carcelero riguroso?  
—La te, que enseña el conocimiento.  
—Y la cárcel ¿cuál es?—La Iglesia santa.  
; Oh cárcel! clara luz deste hemisferio (47),  
Dulce prision, que tal tesoro encierra;  
Do el fruto deste altísimo misterio  
Se goza con dulzura y gloria tanta,  
Que excede cuanto bien hay en la tierra.

## CLXXII.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reina  
nuestra señora doña Margarita de Austria.

Icaro de bayeta, si de pino  
Cielope no, tamaño como el rollo,  
Volar quieres con alas á lo pollo,  
Estando en cuatro pies á lo pollino.  
¿Qué Dédalo te induce peregrino  
A coronar de nubes el meollo,  
Si las ondas, que el Bétis de su escollo  
Desata, han de infamar tu desatino?  
No des mas cera al sol, que es bobería,  
Fúnebral avestruz, máquina alada,  
Ni alimentos gacetas en Europa.  
Aguarda á la ciudad; que á mediocidad,  
Si maese Dueño no encapitotada,  
La servirá maese Borracho en sopa (48):

## CLXXIII.

A un manecbo que siendo donado de las monjas Corpus Christi  
de Córdoba, se fué, y volvió muy galán y casado de la corte.

Soror don Juan, ¿ayer silicio y jerga,  
Holanda y sedas hoy? Ayer donado,  
Hoy galán? Ayer dueña y hoy soldado?  
¿Disciplinas anoche, y hoy panduerga?  
Algun demonio que en la corte alberga  
Nos lo quiso enviar papirrandado;

(44) Purificó el cuchillo se lee en algunas ediciones.

(45) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderon.

(46) En un códice del siglo xvi, que para en poder del señor  
Guerra y Orbe, se afirma que no es de Góngora este soneto.

(47) Otros leen :

; Oh cárcel clara! luz deste hemisferio,

(48) Otros leen *maese Bochorno*.

¿Quién noslo encadenó? Quién lo ha enredado  
Mas que una calabaza de Písnega?

Esclavo es fugitivo, y en cadenas (49)  
Vuelve á su dueño, mas cadenas de oro  
No son de esclavo, no, del Sacramento.  
Mejor se la darán que en las ajeas  
En la casa de Luna, y aposento  
Mucho mejor que en el meson del Toro.

## CLXXIV.

A un caballero que colgó en una capilla de un título un alfanje  
y una bandera.

¿Qué es? ¿hombre ó mujer lo que han colgado?  
—Uno y otro: él dorado, ella amarilla;  
—¿Cómo es su nombre? Alfanje y banderilla,  
Moros ambos, y cada cual herrado.  
—¿Qué quieren ser?—Vergüenza de un soldado,  
Aunque él los cuelga aquí por maravilla.—  
—¿Qué piden á la Iglesia?—Su capilla,  
Si á necesidades vale lo sagrado (50).  
Pues maldito diablo, reconoce  
Tu sentencia de olvido, y da la gloria  
Al Conde tu señor de esos despojos.  
Y pues quien fama y número á los doce  
Le da, no cuelga señas de vitoria (51),  
No hagas lenguas tú de nuestros ojos.

## CLXXV.

A una junta de estudiantes en una casa que habia padecido incendio,  
y era de un convento, y se juntaban á murmurar en ella.

Señores académicos, mi mula,  
Si el pienso ya no se lo desbarata,  
En los cuadriles dicen que se mata  
Por ser de la academia de la gula.  
Su determinacion no disimula  
De entrar en la academia, do se trata  
De convertir en nuncio la anunciata,  
Y su congregacion en farandula.  
Teme la casa quien está mirando  
Entrar buñuelos y salir apodos,  
Y piensa que segunda vez se abrasa;  
Y la verdad, no está muy mal pensando;  
Que allí en lenguas de fuego hablan todos.  
; Padre Ferrer, cuidado con la casa!

## CLXXVI.

A cierto hidalgo pobre que juntó de limosna el dote de dos hijas  
para entrartas en religion.

Antes que alguna caja luterana  
Convierta en Hermandad el mochilero,  
Y antes que algun abad y ballestero  
Le dé algun sacazo á Sebastiana,  
Procuradles hoy antes que mañana,  
Como padre cristiano y caballero,  
A la una un seráfico mortero,  
A la otra una dominica campana.  
Si faltare la casa de los locos,  
No os faltará Aguilar, á cuyo canto  
Salta Pan, Venus baila, Icaro entona.  
El se aprovechará de vuestros ecos,  
De su rabazo vos, que es todo cuanto  
Se pueden dar un galgo y una mona.

## CLXXVII.

Al sepulcro de una mujer.

Yace debajo desta piedra fria  
Mujer tau santa, que ni escapulario  
Ni cordon ni correa ni rosario  
De su cuerpo jamás se le caía.  
Trajo veinte y dos años, día por día,  
Un cilicio de cerdas ordinario;

(49) Otros leen: *fugitivo de cadenas*.

(50) Otros leen :

Si vale á necesidades lo sagrado.

(51) Otros leen, en vez de *te da, creció*.

Todo el año ayunaba á san Hilario,  
Porque nunca hilaba ni cosía.  
Fué su casa un devoto encerramiento,  
Donde iban á hacer los ejercicios  
Y á llorar sus pecados las personas.  
Murió sin olio, no sin testamento,  
En que mandó á una prima sus oficios,  
Y á cuatro amigas cuatro mil coronas.

## CLXXVIII.

A los túmulos que hicieron las ciudades de Jaen, Ecija y Baza  
á las honras de la reina nuestra señora doña Margarita.

¡Oh bien haya Jaen, que en lienzo prieto,  
De luces mil de sebo salpicado,  
Su túmulo paró, y de pié quebrado  
En dos antiguas trovas sin conceto.  
Ecija se ha esmerado, y os promete  
Que en bultos de papel y pan mascado  
Gastó gran suma, aunque no ha acabado  
Entre catorce abades un soneto.  
Todo es obras de araña con Baeza,  
Donde fiel vasallo el regimiento,  
Pinos corta, bayetas solicita.

Hallaron dos, y tomau una pieza  
Para el tumbo real ó monumento.  
¡Nunca muriera doña Margarita!

## CLXXIX.

A una enfermedad muy grave que tuvo en Salamanca don Luis,  
de que le tuvieron tres dias por muerto, y sanó.

Muerto me lloró el Tórmes en su orilla,  
En un parasimal sueño profundo,  
En cuanto don Apolo el rubicundo  
Tres veces sus caballos desensilla.  
Fué mi resurreccion la maravilla  
Que de Lázaro fué la vuelta al mundo;  
De suerte que yo soy otro segundo  
Lazarillo de Tórmes en Castilla.

Entré á servir un ciego, que me envía  
Sin alma vivo, y en un dulce fuego,  
Que ceniza le hará la vida mía.

¡Oh qué dichoso que seria yo luego,  
Si á Lazarillo le imitase un día  
En la venganza que tomó del ciego!

## CLXXX.

Gracias os quiero dar sin cumplimiento,  
Dulce fray Diego, por la dulce caja;  
Tal sea el ataud de mi mortaja,  
Y de mis guerras tal el instrumento.

Consagrad, musas, hoy vuestro talento  
A la monja que almiar tal le baja,  
Pues quien suele acabar en una paja  
Sella agora el estómago contento.

Cualquier regalo de durazno ó pera  
Acoto suyo, si podrá un amigo  
Acotar un discipulo de Escoto.

Confieso que de sangre entendí que era  
Cámara aquella, y si lo fué, yo digo  
Que servidor seais, y no devoto.

## CLXXXI.

Al sol, porque salió estando con una dama, y le fué forzoso  
dejarla.

Ya besando unas manos cristalinas,  
Ya anudándome á un blanco y liso cuello,  
Ya esparciendo por él aquel cabello  
Que Amor sacó entre el oro de sus minas;

Ya bebiendo en aquellas piedras finas (1)  
Palabras dulces mil sin merecello,  
Ya cogiendo de cada labio bello

Purpureas rosas sin temor de espínas,  
Estaba, oh claro sol, euidioso,  
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,  
Mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,  
Porque no dén los tuyos mas enojos,  
Rayos, como á tu hijo, te dén muerte.

(1) Otros leen *Quebrando*.

## CLXXXII.

A la pareja que corrieron don Bernardino de Mendoza  
y el marqués de Astorga.

Yo vi vuestra carrera, ó lo imagino,  
Pues solo deja señas de ereida;  
Yo os vi tan nno, que os sobró una vida,  
Veloz Marqués, alado Bernardino.

La saeta en el aire cristalino  
No solo aleazaréis, haréis dormida;  
Tarde os puse la vista en la partida;  
Tarde, porque primero fué el camino.

La vista os une, el número os diliere;  
Ambos dicen verdad, aunque ninguno  
De su verdad efectos manifiesta.

Dejad que os mire aquel que atento os viere,  
Y haced por pareceros otra fiesta;  
Que de igual nadie alaba lo que es uno.

## CLXXXIII.

A las fiestas del nacimiento del príncipe don Felipe Dominico  
Victor, y á los obsequios hechos al embajador de Inglaterra.

Parió la Reina; el luterano vino  
Con seiscientos herejes y herejías,  
Gastamos un millon en quinze dias  
En darles joyas, hospedaje y viuo.

Hicimos un alarde ó desatino,  
Y unas fiestas que fueron tropellas,  
Al ánglico legado y sus espías  
Del que juró la paz sobre Calvino.

Bautizamos al niño Dominico,  
Que nació para serlo en las Españas;  
Hicimos un sarao de encantamiento;  
Quedamos pobres, fué Lutero rico;  
Mandaróse escribir estas hazañas  
A don Quijote, á Sancho y su jumento (2).

## CANCIONES.

## CANCIONES HEROICAS.

## I.

A la toma de Larache, plaza fuerte de Africa, que se entregó por  
trato con Muley Jeque, rey de Fez, año de 1610.

En roscas de cristal serpiente breve (3),  
Por la arena desnuda el Luceo yerra (4);  
El Luceo, que con lengua al fin vibrante,  
Si no niega el tributo, intima guerra  
Al mar, que el nombre con razon le bebe,  
Y las faldas hesar le hace de Atlante.  
Desta pues siempre abierta, siempre hante (3)  
Y siempre armada hoca,

Cual dos colmillos, de una y otra roca,  
Africa (ó ya sean cuernos de su luna,  
O ya de su elefante sean colmillos)  
Ofrece al gran Filipo los castillos;  
Carga hasta aquil, de hoy mas militar pompa (6);  
Y del fiero animal hecha la troupa  
Clarín ya de la fama, oye la cuna,  
La tumba ve del sol, señas de España,  
Los muros coronar que el Luceo baña (7).

(2) Este soneto se atribuye por don Juan Antonio Pellicer, en la  
*Vida de Cervantes*, á DON LUIS DE GONGORA.

(3) Pellicer lee:

En rocas de cristal serpiente breve,  
Por la arena desnuda el Luceo yerra;  
El Luceo, que con lengua al fin vibrante,  
Si no niega el tributo, intima guerra.

(4) Así Hoccs; Faria, así en este verso como en el siguiente,  
lee *Luceo*.

(5) Hoccs lee equivocadamente *tirante*. Sigo á Faria.

(6) *Caigan*, dice Hoccs. Sigo á Faria.

(7) *Luceo*, segun Faria.

Las garras pues, las presas españolas  
Del rey de fieras, no de ameros mundos,  
Ostenta el río, y gloriosamente  
Arrogán losé márgenes segundós (8),  
En vez de escamas de cristal, sus olas  
Guedejas visten ya de oro luciente.  
Breña, y monospañándolo serpente,  
Leon ya no pagano,  
Lo aombra reverente el Oceano.  
Brana, y cuantas la Libia eugendra fieras,  
Que lo escuchaban, elefante apenas,  
Saracundo ahora piélagos de arenas,  
Lo dista que interponen, lo e-candido,  
Al imperio feroz de su bramido.  
Respóndente confusas las postreras  
Cavernas del Atlante, á cuyos ecos,  
Si Fez se estremeció, tembló Marruecos.

Gloriosa y del suceso agradecida,  
Dirige al cielo España en dulce coro  
De sacros cisnes cánticos suaves,  
A la alta de Dios sí, no á la de un moro (9)  
Eubara majestad reconocida,  
Por las fuerzas que le ha entregado llaves  
De las mazmorras de Africa mas graves.  
Forzadas no ya donde  
De las ragnas que ardiente el Etna esconde  
Llamas vomita, y sobre el yunque duro  
Gime bronce, y Estéropo no huelga,  
Sino en las oficinas donde el belga  
Rebelde anhele, el berberisco suda,  
El brazo aquel, la espada este desnuda,  
Forjando las que un muro y otro muro  
Por guardas tiene llaves ya maestras  
De nuestros mares, de las flotas nuestras.

Al viento mas opuesto abeto alado  
Sus bajas plumas crepúsculo el seno,  
De cuanta Potosi tributa hoy plata,  
Leño frágil de hoy mas al mas sereno;  
Cupos fie de cáñamo anudado,  
Seguro va sus remos de pirata,  
Piloto el interés, sus cables ata;  
Cuando ya en el puerto,  
Del soplo occidental del golfo incierto,  
Pescadora la industria llacas redes,  
Que dio á la playa desde su barquilla (10),  
Graves revoca a la espaciosa orilla  
La libertad al fin, que saltada,  
Señas ó de cautiva ó despojada  
Dió un tiempo de Neptuno á las paredes,  
Hoy bálsamo, espirantes cuelga ciento  
Faroles de oro al agradecimiento.

Vuestra, oh Filipo, es la fortuna, y vuestra  
Del Africa será la monarquía;  
Vuestras banderas nos lo dicen, puesto  
Duro yugo á los términos del día,  
En los mundos que abrevia tanta diestra;  
Que si á las armas no, si no al funesto  
Son de las trompas, que no aguardó á esto,  
Avila su colona  
A vuestras piés rindió, á vuestra fortuna.  
Calpe desde su opuesta cumbre espera  
(Aunque lo ha dividido el mar en vano)  
El término segundo del tabaco,  
Complicado al primero, y penetrada  
La ardiente Libia vuestra ardiente espada;  
Que el Tigris no en su bárbara ribera,  
El Eilo si con milites decoro,  
La sed os temple ya en celada de oro.

Verás canción del César africano  
Al nieto Augusto, armada un día la mano,  
Hacer de Atlante en la silbosa cumbre,  
A las purpúreas cruces de sus señas,  
Nuevos calvarios sus antiguas peñas.

(8) Así Faria; otros escriben *arrojándose*.

(9) A la alta de Dios, no á la de un moro.—*Texto de Faria*.

(10) Así Faria; otros en vez de *playa* leen *puerna*.

II.

A la armada que el rey Felipe II, nuestro señor, envió contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra  
Desde el Lucéres Preneu al moro Atlante,  
Y al ronco son de trompas helocosas  
Haz, cavufla en durísimo diamante,  
De tus valerosos hijos feroz muestra  
De bajo de tus señas victoriosas,  
Tal, que las flacamente poderosas  
Fieras naciones contra tu armada (11),  
Al claro resplandor de sus espadas  
Y á la de tus arneses hera lumbre,  
Con mortal pesadumbre  
Ojos y espaldas vuelvan (12),  
Y como al sol las nieves, se resuelvan;  
O cual la blanca cera desatados (13)  
A los dorados luminosos fuegos  
De los velnos gradados,  
No menos que de fe, de vista ciegos (14);

Tú, que con celo pio y noble saña  
El seno undoso al húmido Neptuno  
De selvas inquietas las poblado,  
Y cuantos en tus reinos uno á uno  
Empuñan lanza contra la Bárbaria,  
Su perdonar al tiempo, has enviado  
En número de todos tan sobrado,  
Que á tanta leño el húmido elemento  
Y á tanta vela es poco todo el viento,  
La que en sangre del inglés pirata  
Teñirá de escarlata  
Su color verde y cano  
El rico de ruinas Oceano;  
Y aunque de lejos con rigor traídas (15),  
Lustrarán tus playas y tus puertos (16)  
De banderas rompibles,  
De naves destrozadas y hombres muertos (17).

Oh ya esta católica y potente,  
Templo de fe, ya templo de herejía,  
Lumbre de Marte, escudela de Minerva (18),  
Digna de que las sienas que algún día  
Ornó corona real de oro luciente  
Cina ghirnaldia vil de estéril yerba;  
Madre dichosa y obediente sierva  
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,  
Ricos de fortaleza, y de fe ricos;  
Agora condenada á infamia eterna  
Por la que te gobernia  
Con la mano ocupada  
Del luso en vez del cetro y de la espada;  
Mujer de muchos, y de muchos auera!  
Oh reina infame (19); reina no, mas loba  
Libidinosa y tierra!  
*¡Fiamma d'el ciel su le tue treccie piova!*

Tú en tanto mira allá á los otomanos,  
Las jonias ondas, que el Sicano bebe (20),  
Sembrar de armados arboles y untenas,  
Y con tirano orgullo en tiempo breve,  
Domando cuellos y ligando manos,  
Y sus remos hiriendo las arenas,

(11) Así Espinosa y Faria; Hoces escribe:  
Tierras, naciones contra sus armadas.

(12) Espinosa lee:  
Ojos y espaldas vuelvan.

(13) Así Espinosa; Hoces y Faria leen:  
Y como al sol las nieblas se resuelvan,  
O cual la blanda cera desatados.

(14) Sigo el texto de Espinosa; Hoces y Faria ponen:  
Queden como de fe, de vista ciegos.

(15) *Cuidas*, dice Faria.

(16) Así Espinosa.

(17) De naves destrozadas, de hombres muertos.—Así Hoces.  
Sigo á Espinosa.

(18) *Compo de Marte*, escriben Hoces y Faria.

(19) *Oh reina torpe!*—*Textos de Hoces y Faria*. Sigo el de Espinosa.

(20) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen:

Las jonias aguas que el Sicano bebe.

Despoblar islas y poblar cadenas.  
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje  
No enciuda en ti un católico coraje,  
Mira, si con la vista tanto vuelas,  
Entre hinchadas velas  
El soberbio estandarte  
Que á los cristianos ojos, no sin arte,  
Como en desprecio de la cruz sagrada,  
Mas desenvuelve mientras mas tremola (21),  
Entre lunas bordada  
Del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas,  
Y advierte bien (en tanto que tu esperas  
Gloria naval de las bretañas lides)  
No se calen rayendo tus riberas,  
Y pierdan el respeto á las columnas,  
Llaves tuyas y término de Alcides (22);  
Mas si con la potencia el tiempo mides (23),  
Enarbola, oh gran madre, tus banderas (24),  
Arma á tus hijos, vara tus galeras (25),  
Y sobre los castillos y leones  
Que ilustran tus pendones  
Levanta aquel leon fiero  
Del tribu de Judá, que honró al madero;  
Que él hará que tus brazos esforzados  
Llenen el mar de bárbaros nadantes,  
Que entreguen anegados  
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion, pues que ya aspira  
A trompa militar mi tosca lira,  
Despues me oirán (si Febo no me engaña)  
El carro helado y la abrasada zona (26)  
Cantar de nuestra España  
Las armas y los triunfos y corona (27).

## III.

Al año de 1600, que fué el tercero del reinado de Felipe III,  
nuestro señor.

Abra dorada llave  
Las puertas de la edad y el nuevo Jano,  
Pues entre siglos sabe  
Que el tercer año guarda el tiempo cano,  
Contando día por día  
Para el tercer Felipe, á quien le envia.

Hoy lo introduzga á España,  
De paz vestido y de vitoria armado;  
La copia á la campaña  
Rubias espigas de con pié dorado,  
La salud pise el suelo,  
Purgando el aire y aplacando el cielo.

Traiganos hoy, Lucina,  
Al palacio real real venera  
De nuestra perla fina,  
Madre de perlas, y que serlo espera  
De un sol luciente agora,  
Si há pocos años que nació la aurora.

Venga alegre, y con ella  
Vengan las gracias, que dichosas parcas,  
Rayos de amiga estrella,  
Hilen estambre digno de monarcas;  
Cuide real fortuna  
Del dulce movimiento de la cuna.

Felicidades sean  
Las que administren sus primeros paños,  
Las virtudes se vean

(21) Mas desenvuelve y mientras mas tremola. — *Texto de Espinosa.*

(22) Claves tuyas y término de Alcides. — *Id.*

(23) Mas si con la importancia el tiempo mides. — *Texto de Hoces y Faria.*

(24) Arbola; oh gran monarca! tus banderas. — *Texto de Espinosa.*

(25) Arma á tus hijos para tus galeras. — *Id.* Sigo el de Hoces. *Varar*, segun Covarrubia, era echar al agua algun bajel, llevándole por algunos maderos, que llamaban *varas*.

(26) El carro helado á la abrasada zona. — *Texto de Hoces; Faria dice: carro alado.*

(27) Así Espinosa; Hoces escribe:

Las armas, los triunfos, las coronas.

Mover el pié de sus segundos años,  
Unas y otras edades  
Virtudes sean y felicidades.

Armada á Pálas veo,  
Sollar el huso y empuñar la lanza (28);  
Lisonja es del deseo,  
Corresponde el deseo á la esperauza.  
Principe tendrá España;  
Que nunca una deidad tanto se engaña (29).

## IV.

A la armada en que pasaron los marqueses de Ayamonte á ser  
vireyes de Méjico.

Verde el cabello undoso,  
Y de la barca el pié escamas vestido,  
Aliento sonoro  
Daba Triton á un caracol torcido,  
Y en las alas del viento  
Voló el son para el último elemento.

Cuantos las aguas moran  
Antiguos dioses y deidades nuevas,  
Por las ondas que doran  
Los rayos de la luz dejan sus cuevas,  
Y ocupan los vacios  
Que á la playa perdonan los navios.  
«¿Veis, dice el dios marino,  
Estas que de la barra á las arenas  
Despliegan blanco lino,  
Solicitan timon, calan entenas?  
Nubes son, y no naves,  
Carros de un sol en dos ojos suaves.

»En estos ojos bellos  
Febo su luz, Amor su monarquía  
Abrevian, y así en ellos  
Parte á llevar al occidente el día  
Con naval pompa extraña  
La gloria de los Zuñigas de España.

»Si á un sol los caracoles  
Dejan su casa, dejan su vestido  
A estos divinos soles,  
El fondo es bien dejar mas escondido,  
Y coronar su popa  
Cuernos del toro que traslada Europa.

»Serenísimas plumas,  
Vista del Alcion el austro insano;  
Perlas sean las espumas,  
Y las olas cristal del Oceano;  
No hay cristal de roca  
Que en solo el nombre cada bajel toca.

»Regale sus orejas  
En dulce si, mas bárbaro instrumento,  
De corales y almejas,  
De las niñas el coro y su conuento  
No lisonjee aquel sueño,  
Que la falsa armonia al griego leño.»

## V.

Del mar, y no de Huelva,  
Los escollos, el sol los muros raya,  
Gimiendo el Alcion, era en la playa  
Ruisenor en la selva,  
Cuando pescador pobre  
Mucho despide, red de poco robre.

Al que le escuchó en vano  
Golfo, á pesar del norte siempre inquieto,  
Se queja del Amor, á quien sujeto  
Obedece, tirano,  
En las prisiones bellas  
De la esfera mayor de sus centellas.

Escollo cristalino,  
A quien el pescador cuanto padece,  
Sentado, en su crueldad dulce le ofrece,  
Sin hallar el divino  
Canto alivio á sus quejas.  
¡Triste del que á una roca pide orejas!

(28) Otras ediciones dicen *huso* en vez de *huso*.

(29) Otros leen: *Te engaña*.

VI.

Por este culto bien nacido prado,  
 Que torres lo coronan cónicas,  
 Que guarnece el cristal de Guadiana,  
 Su monte deja Apolo de dos frentes  
 Con una y otra musa soberana,  
 Sacro escuadrón de abejas, si no alado,  
 Susurrante y armado  
 De iras de marfil, de plectros de oro;  
 Esto pues docto enjambre y dulce coro,  
 Maravillas libando, no ya aquellas  
 Efímeras de flores  
 Que á la madre gentil de los amores  
 Leben, y á sus estrellas,  
 Tan breve ser, que en un día que adquieren  
 Alegres nacen y caducas mueren,  
 Sino otras maravillas,  
 Que marchitar en vano  
 Pretende el tiempo desde las orillas,  
 Que los términos besan del tebano,  
 Hasta el hombro robusto  
 Del español Atlante,  
 Del muro de diamante  
 Del Pirineo adusto;  
 Sacas plantas, perpetuamente vivas,  
 Emulas no de palmas ni de olivas,  
 Que en duracion se burian y en grandeza  
 De cuantas ostentó naturaleza;  
 Sino de las piramides de Egipto,  
 De la estatua de Rodas,  
 Puesto que ya son todas  
 Polvos de lo que della está escrito;  
 Inculcas se cria en y difusas  
 En lo que España encierra;  
 Pero ya por la tierra  
 Aumento las hace las musas;  
 Que en este prado solo  
 Las ha querido recoger Apolo;  
 Donde sus sombras solicitan sueño,  
 Tal, que el Dios se ha dormido  
 En el campo florido,  
 Y mudo pende su canoro leño,  
 Para quien luego apela  
 El docto enjambre que sin alas vuela,  
 Y con arte no poca  
 Las flores trasladando de su boca  
 A la sacra vihuela,  
 Dulzuras acrecientan á dulzuras.  
 El rubio dios recuerda,  
 Y pulsando una dulce y otra cuerda,  
 La métrica armonía  
 Que en Delfos algun día  
 Al tiempo le hurtó cosas futuras,  
 De suavidad agora el prado baña.  
 Erudición de España,  
 Goza lo que te ofrece  
 Este jardín de Pecho,  
 Dulce felicita nuevo,  
 Que torres honran y cristal guarnece;  
 Goza sus bellas plantas;  
 Que maravillas tantas  
 Admiraciones son y deserojos,  
 Néctar del gusto y gloria de los ojos.

CANCIONES AMOROSAS.

I.

A una dama, presentándola unas flores.

De la florida falda  
 Que hoy de perlas bordó el alba luciente,  
 Tejidos en guirnalda  
 Traslado estos jazmines á tu frente,  
 Que piden, con ser flores,  
 Blanco á tus sienas y á tu boca olores.  
 Guarda destes jazmines  
 De abejas era un escuadrón volante,  
 Ronco si de cianes,  
 Mas de puntas armado de diamante;  
 Pasetas en huída,  
 Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido  
 Jazmines al cabello descaado,  
 Y mas besos te pido  
 Que abejas tuvo el escuadrón armado;  
 Lisonjas son iguales  
 Servir yo en flores, pagar tú en panales.

II.

Corceilla temerosa,  
 Cuando sacudir sientes  
 Al soberbio Aquilón con fuerza fiera  
 La verde selva umbrosa,  
 O murmurar corriente,  
 Entre la yerba corre tan ligera,  
 Que al viento desafia  
 Su voladora planta,  
 Con ligereza tanta,  
 Huyendo va de mí la niña mía,  
 Encomentado al viento  
 Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado  
 Hace de sus cabellos  
 Mil crespos nidos por la blanca espalda,  
 Y habiéndose abrigado  
 Lascivamente en ellos,  
 A luchar baja un poco con la falda,  
 Donde, no sin decoro,  
 Por brújula, aunque breve,  
 Muestra la blanca nieve  
 Entre los lazos del coturno de oro;  
 Y así, en tantos enojos,  
 Si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo pues, ciego y turbado,  
 Viéndola cómo mide  
 Con mas ligeros pies el verde llano,  
 Que del arco encorvado  
 La saeta despide  
 Del parto fiero la robusta mano,  
 Y viendo que es mi mengua (50)  
 Lo que á ella le sobra,  
 Pues nuevas fuerzas cobra,  
 Apelo de los pies para la lengua,  
 Y en alta voz le digo:  
 «No huyas, niña, pues que no te sigo.»

Enfrena, oh Clori, el vuelo,  
 Pues ves que el rubio Apolo  
 Pone ya fin á su carrera ardiente;  
 Ten de ti misma duelo,  
 Deponga un rato solo  
 El honesto sudor tu blanca frente.  
 Bastante muestra has dado  
 De cruel y ligera,  
 Pues en tan gran carrera  
 Tu bellissimo pié nunca ha dejado  
 Estampa en el arena,  
 Ni en tu pecho cruel ni grave pena.

Ejemplos mil al vivo  
 De niñas te pondria,  
 Si ya la antigüedad no nos engaña;  
 Por cuyo trato esquivo  
 Nuevos conoce hoy día  
 Troncos el bosque y piedras la montaña;  
 Mas sirvate de aviso  
 En tu curso el de aquella,  
 No tan cruda ni bella,  
 A quien ya sabe que el pastor de Anfriso  
 Con pié menos ligero  
 La siguió niña y la alcanzó madero.

Quédate aquí, caucion, y pon silencio  
 Al fugitivo canto;  
 Que razon es parar quien corrió tanto.

III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,  
 De nieves impedidos,  
 Me contienen tus dulces ojos bellos!  
 Qué de rios del hielo tan atados,

(50) Así Faría; Hoces escribe:

Y viendo que en mi mengua,

Del agua tan crecidos,  
Me debienden el ya volver á vellos!  
Y; cuál, burlando de ellos (31)  
El noble pensamiento,  
Por verte viste plumas, pisa el viento!

Ni á las tinieblas de la noche oscura  
Ni á los hielos perdona,  
Y á la mayor dificultad engaña;  
No hay guardas hoy de llave tan segura,  
Que nieguen tu persona,  
Que no desmienta con discreta maña,  
Ni emprenderá hazaña  
Tu esposo cuando lidie,  
Que no registre él, y yo no envidie (32).

Allá vuelas, lisonja de mis penas,  
Que con igual licencia  
Penetras el abismo, el cielo escalas;  
Y mientras yo te aguardo en las cadenas  
Desta rabiosa ausencia,  
Al viento agravian tus ligeras alas.  
Ya veo que te calas  
Donde bordada tela  
Un lecho abriga y mil dulzores cela (33).

Tarde batiste la envidiosa pluma,  
Que en sabrosa fatiga  
Vieras (muerta la voz, suelto el cabello)  
La blanca hija de la blanca espuma,  
No sé si en brazos diga  
De un fiero Marte, de un Adónis bello,  
Y anudada á su cuello,  
Podrás verla dormida,  
Y á él casi trasladado á nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,  
Entre templada nieve  
Evaporar contempla un fuego helado,  
Y al esposo en figura casi muerta,  
Que el silencio le bebe  
Del sueño, con sudor solicitado;  
Dormid, que el dios alado,  
De vuestras almas dueño,  
Con el dedo en la boca os guarda el sueño;

Dormid, copia gentil de amantes nobles,  
En los dichosos nudos  
Que á los lazos de amor os dió himeneo;  
Mientras yo, desterrado destes robles  
Y peñascos desnudos,  
La piedad con mis lágrimas granjeo (34);  
Coronad el deseo  
De gloria, en recordando  
Sea el lecho de batallas campo blando.

Cancion, di al pensamiento  
Que corra la cortina,  
Y vuelva al desdichado que camina.

## IV.

A don Diego Lopez de Haro, que murió niño.

Donde las altas ruedas  
Con silencio se mueven,  
Y á gemir no se atreven  
Las verdes olorosas alamedas,  
Por no hacer ruido  
Al Létis, que entre juncias va dormido,

Sobre un peñasco roto,  
Al tronco recostado  
De un Fresno levantado,  
Que escogió entre los árboles del soto  
Porque su sombra es flores,  
Su dulce fruto dulces ruiñeñores;

Coridon se quejaba  
De la ausencia importuna,  
Al rayo de la luna,  
Que al perezoso río le hurtaba,  
Mientras que él no lo sienta,  
Espejos claros de cristal luciente.

«Injusto Amor, decia,

Pues permites que muera  
En extraña ribera,  
Que por extraña tengo ya la mía,  
Válgame contra ausencia  
Esperanzas armadas de paciencia.»

## V.

Vuelas, oh tortolilla,  
Y al tierno esposo dejas  
En soledad y quejas,  
Vuelves despues gemiendo,  
Recíbete arrullando,  
Lasciva tú, si él blando;  
Dichosa tú mil veces,  
Que con el pico haces  
Dulces guerras de amor y dulces paces.

Testigo fué á tu amante  
Aquel vestido tronco  
De algun arrullo ronco;  
Testigo tambien tuyo  
Fué aquel tronco vestido  
De algun dulce gemido (35);  
Campo fué de batalla,  
Y tálamo fué luego;  
Arbol que tanto fué perdone el fuego.

Mi piedad una á una  
Contó, aves dichosas,  
Vuestras quejas sabrosas;  
Mi envidia ciento á ciento  
Contó, dichosas aves,  
Vuestros besos snaves.  
Quieca besos contó y quejas,  
Las flores cuente á mayo,  
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes  
Que de una tortolilla  
Amor tenga manquilla,  
Y que de un tierno amante  
Escuche sordo el ruego  
Y mire el daño ciego;  
Al fin es Dios alado,  
Y plumas no son malas  
Para lisonjear á un Dios con alas.

## VI (36).

Dichosa pastorecilla,  
Que del Tajo en la orilla,  
Por ella mas que por su arena rico,  
Viste sincera y pura  
Blancura de blancura,  
Nieve el pecho y armiños el pellico,  
Y al viento suelta el oro encordonado  
Cuando vestirse quiere de brocado;

A sombras de un aliso,  
Que al ruiñeñor ya quiso  
Servir de jaula de sus dulces quejas,  
Despues que han argentado  
De plata el verde prado,  
Reduce á sus rediles sus ovejas,  
Do las ordeña, compitiendo en vano  
La blanca leche con la blanca mano.

Sus piés la primavera,  
Calzados, la ribera  
De perlas siembra, el monte de esmeraldas;  
Siguenla los pastores,  
Coronados de flores,  
Porque á sus piés les deben sus guirnalidas,  
Y siervos coronados pagan ellos  
Sus libres pasos á sus ojos bellos.

Pastorecilla dichosa,  
Si ya te hizo esposa  
Dulce propria eleccion, no fuerza ajena,  
Al de plumas lozano  
Avestruz africano,  
Que vuela rey en su desnuda arena,  
Menosprecia la tórtola, y en suma  
Mas arrullos escoge y menos pluma.

(31) Otros leen *que*, y otros *cuán*.

(32) *Que no la rey:stre*, dicen muchos editores.

(33) Así Faria; Espinosa y Hoecs leen: *mis dulzores*.

(34) Faria lee *mil* en vez de *mis*.

(35) *Ronco gemido*, dice el texto de Faria.

(36) Hállase esta cancion en la comedia, *Las firmezas de Isabela*.

CANCIONES LÍRICAS.

I.

A una golondrina.

A la pendiente cuna  
Vuelves, al que fiaste nido estrecho,  
Oh huésped importuna,  
De las retamas frágiles de un techo,  
Que arboleda celosa aun no le fia  
De cuanta le concede luz el día.  
¡Oh tú, de las parleras  
Aves la menos dulce y mas quejosa!  
¿Por qué el silencio alteras  
De una paz muda sí, pero dichosa,  
Que en tu ruido presuma  
Que miente voz la envidia y viste pluma?

Magníficas orejas  
Ofendan en alcazares dorados  
Tus repetidas quejas,  
Mientras yo entre estos sauces levantados  
Aplauso al miséñor le nuce breve  
Sobre la yerba que este cristal bebe.

¿Cuál, di, bárbara arena,  
De sierpes, has dejado, engendradora,  
Por turbar la serena  
Dulce tranquilidad que en este mora  
Tan grato como pobre albergue, donde  
Sellado el labio, la quietud se esconde?

Aquí pues al cuidado  
Niego estos quicios, niego la cultura  
De ese breve cercado,  
Cuyo líquido soto plata es pura  
De arroyo tan oblicuo, que no deja  
La fragancia salir, entrar la abeja.

II.

Tenia Mari-Nuño una gallina  
En poner tan continua  
Cuanto la vieja atenta á su regalo.  
Sucedió un año malo,  
Tal, que el pasto faltándole suave,  
Negó su feudo el ave;  
Perdone Mari-Nuño,  
Que la overa se cierra cuando el puño.

Mucho nos dicta en la parableja  
De nuestra buena vieja  
Monseñor interés. Sangró una ingrata  
Cierto jayan de plata,  
Enano Potosí, cofre de acero  
De un hobo perulero,  
A quien le dejó apenas  
Sangre real en sus lucientes venas.

Sintiendo los deliquios ella luego,  
Con la venda del ciego  
La sangradura le ata, y se retira.  
¿Quién de lo tal se admira,  
Si en dueñas hoy y todo su partido  
Lo mas obedecido  
Es lo que acuña el cuño?  
Quien quisiere pues huevos abra el puño.

Aguila, si en la pluma, no en la vista,  
El togado es legista,  
Atento al pleito de su litigante,  
Si no á la rutilante  
Bolsa, de cuatro mil soles esfera.  
¿Ciego de aquel que espera  
Vista, aunque no sea poca,  
De un aguileno cósanne esta boca!

Con qué eficacia el pendolar ministro  
Reduce su registro  
De la ley de escritura á la de gracia,  
Batida su eficacia  
De un acicate de oro; el papel diga  
A cuánto rasgo obliga  
El dorado rasguño,  
Y qué overas cerró un cerrado puño.

Que peine oro en la barba tu hijo Febo,  
¿Quien lo tendrá por nuevo,

Si no peina en las palmas de las manos?  
Cualquiera matasanos,  
Si Toledo no vió entre puente y puente,  
A barbo dar valiente  
Carrete, mas prolijo  
Que á rico enfermo tu barbado hijo.  
Cuantos, ó mal la espátula desata,  
O desmiente la plata,  
Fármacos, oro son á la botica,  
Candales que lambica,  
Y simples hablen tantos como gasta.  
Envaínad, musa basta,  
El que ha pillado cuño,  
Quien os la pegará quizá de puño.

CANCIONES FÚNEBRES.

I.

A la nueva falsa que vino de la muerte del conde de Lémos, virey de Nápoles, y por saberse luego la falsedad, no se acabó esta canción.

Moriste en plumas, no en prudencia cano.  
Gloria de Castro, envidia de Caistro,  
Cisne gentil, cuyo final acento  
Entre fieras naciones oyó el Istro (37),  
Lágrimas, y al segundo río africano  
Señas, aunque vocal de sentimiento.  
Moriste, y en las alas fué del viento,  
Lastimando su dulce voz postrera  
Las orillas del Ganges, la ribera  
Del rey del Occidente,  
Flechero paraguay, que de veneno  
La aljaba armada, de piedad el seno,  
Tu lin sintió doliente.

¡Oh tú, que de Severo en las arenas  
Mueres, cisne llorado de sirenas,  
Brazos te fueron de las gracias cuna,  
Y de las musas sueño el armonía,  
En tus primeros generosos paños.  
Dichoso el esplendor vieras del día  
Si la que el oro ya de tu fortuna  
El estambre hilara de tus años,  
¡Oh de la muerte irrevocables daños,  
Si de la envidia no ejecución fuera,  
Parca cruel, mas que las tres severa!

Si alimentan tu hambre  
Sierpes del Ponto y áspides del Nilo,  
¿Cuál pudo humedecer livor el hilo  
De aquel vital estambre?  
Camisa del centauro fué su vida,  
Aun antes abrasada que vestida.  
No entre delicias, no, si ya eriado  
Entre grandezas de la falda amada,  
A la magistral férula saliste  
En letras fuego, en generosa espada  
De Quiron, no biforme ejercitado,  
Togado Aquiles cultamente fuiste,  
Cuando de flores ya el bulto se viste  
Al fogoso caballo Valenzuela.  
Purpúreas plumas dándole tu espuela,  
En el oficio duro

De la robusta caza las riberas  
Del Sil te vieron fatigar las fieras,  
Y aun á su cristal puro  
De tu lanza llegar atravesado  
El mismo viento en forma de venado.  
De semidioses hija, bella esposa,  
Que nácár su color, perlas su frente,  
Corona de crepúsculos el día.  
La tea de himeneo mal luciente  
Te condujo ya al tálamo, y la rosa  
Que á las perlas del alba aun no se abría  
Libaste en paz; mas ¡ay! que la armonía  
Del coro virginal, gemido alterno  
De ave nocturna ó pájaro de averno,

(37) Así Faria; Hoces pone:

Entre fieras nació, resacó al Istro.

Interrumpió, no en vano,  
 Tu (á pesar de prodigios tantos) hecho,  
 Si abejas los amores, corcho el lecho;  
 El néctar soberano,  
 Despreciadas de Júpiter dormido,  
 Al ventilar al lado de Cupido.

## II.

Al sepulcro del gran duque de Medina-Sidonia, don Alonso Perez de Guzman.

## Alcidon. — Lícidas.

## ALCIDON.

Perdona al remo, Lícidas, perdona  
 Al mar en cuanto besa  
 Maravillas, no bárbaras, en esa  
 Aguja que de nubes se corona;  
 El tridente de Tétis, de Pelona  
 Incluye el asta, ó cuanto  
 Sella esplendor, desmiente gloria humana,  
 Esa al márgen del agua construida,  
 Si no índice mudo desta vida,  
 Pompa aun de piedras vana,  
 Urna hecho dudosa, jaspe tanto,  
 De poca tierra, no de poco llanto.

## LÍCIDAS.

Erré, Alcidon, la codiciosa mano,  
 Siguió las ondas, no en la que ejercitan  
 Piedad ó religion, sobre los remos,  
 Los marinos rellujos aguardemos  
 Que su lecho repitan.

## ALCIDON.

Lamer en tanto mira al Oceano,  
 Lícida, el mármol que Neptuno viste  
 De tantas, si no mas, náuticas señas,  
 Que mi itares ya despojos Marte,  
 Y las que informó el arte  
 De afecto humano peñas,  
 Bulto exprimiendo triste.

## LÍCIDAS.

¿Quién, dime, con aquella de quien dudo  
 Cual mas dolor ó majestad ostente,  
 Plumas una la frente,  
 Palmas otra, y el cuerpo ambas desnudo (58)?

## ALCIDON.

Mal la pizarra pudo  
 Lisonjearles el color, aquella  
 Hará del sol edades ciento agora,  
 Templo de quien el sol aun vivo es estrella,  
 La grande América es, oro sus venas,  
 Sus huesos plata, que dichosamente,  
 Si Ligurina dió marinera  
 A España en uno y otro alado pino,  
 Interés ligurino  
 Su rubia sangre hoy día  
 Su médula chupando está luciente;  
 Esotra naval, siempre infestadora  
 De nuestras playas, Africa, es temida,  
 Si no por los que engendran sus arenas,  
 Por los que visten púrpura leones,  
 En tantos hoy católicos pendones,  
 Cuantas le ha introducido á España almenas,  
 De quieto tímido Atlante á mas lucida,  
 A región mas segura se levanta,  
 Debida á tanta fuga ascension santa.

## III.

Al sepulcro de Garcilaso de la Vega, excelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.

Piadoso hoy celo culto,  
 Cíncel hecho de artifice elegante,  
 De mármol espirante  
 Un generoso anima y otro bulto

Aquí, donde entre jaspes y entre oro  
 Talamo es mudo, tímulo cauro;

Aquí, donde coloca  
 Justo afecto en aguja no eminente,  
 Si no en urna decente,  
 Esplendor mucho, si ceniza poca,  
 Bien que, milagros despreciando egipcios,  
 Pira en ruina haya este monte de edificios.

Si tu paso no en la  
 Tan bella en mármol copia, oh caminante,  
 Esa es la ya sonante  
 Emula de las trompas, ruda avena,  
 A quien del Tajo deben hoy las flores  
 El dulce lamentar de dos pastores.

Este el corvo instrumento  
 Que el albano cantó, segundo Marte,  
 De sublime ya parte  
 Pendiente, cuando no pulsarlo al viento,  
 Solicitarlo oyó, selva confusa,  
 Ya docta sombra, ya invisible musa.

Vestido pues el pecho  
 Túnica Apolo de diamante gruesa,  
 Parte la dura huesa,  
 Con la que en dulce lazo el blando lecho,  
 Si otra inscripción deseas, véte ceo;  
 Lámina es cualquier piedra de Toledo.

## IV.

Al sepulcro de tres niñas, hijas del duque de Feria.

Tres violas del cielo,  
 Tres de las flores ya breves estrellas  
 Fragante mármol sellas,  
 Que aljofaró la muerte de su hielo,  
 Si las trenzas no están ciñendo ahora  
 De una alba que crepúsculos ignora.

## CANCIONES SACRAS.

## I.

A la traslación de una reliquia del santo príncipe Hermenegildo al colegio de su nombre, de la compañía de Jesus, en Sevilla.

Hoy es el sacro y venturoso día  
 En que la gran metropoli de España,  
 Que no te juró rey, te adora santo;  
 Hoy con devotas ceremonias haña  
 El blanco clero el aire en armonía.  
 Los pechos en piedad, la tierra en llanto;  
 Hoy á e los sacros himnos, dulce canto,  
 Ayuda con silencio la nobleza,  
 Haciendo devocion de su riqueza;  
 Hoy pues agresta tu labna escuela  
 A la docta abeja, la,  
 No sin devota emulacion, imita,  
 Vuela al campo, las flores solicita,  
 Campo de erudicion, flor de alabanzas,  
 Por honrar sus est dias de tí y uellas,  
 En tanto que tú alcanzas  
 Ver á Dios, vestir luz, pisar estrellas.

Hoy la curiosidad de tu tesoro  
 Con religiosa vanidad ha hecho  
 Extraña ostentacion, alta reseña;  
 Hoy cada corazon deja su pecho,  
 Cual en púrpura envuelto, cual en oro,  
 Y su valor devotamente enseña  
 Quien lo que, con industria no pequeña,  
 Labró costoso el persa, extrañó el china  
 Rica labor, fatiga peregrina  
 Alegremete en sus paredes cuelga;  
 Quién de ilustrarlas huelga  
 Con modernos angélicos pinceles,  
 Milagrosas injurias del de Apéles,  
 Quién da á la calle y quita á la floresta,  
 De suerte que los grandes, los menores (59),  
 En tu solemne fiesta  
 Veen pompa, visten oro, pisan flores.

(58) Así Faria; Hoces lee: y el cuerpo mas desnudo.

(59) Así Hoces; Espinosa lee: los mejores.



Príncipe mártir, cuyas sacras sienes,  
Aun no impeditas de la real corona,  
La fierca espada honró del arriano;  
Tú, cuya mano, al cetro si perdona,  
No á la espada, que en ella agora tienes (40),  
Digna palma, si bien heróica mano,  
Pues eres uno ya del soberano  
Campo glorioso de gloriosas almas  
Que cinen resplandor, que enristran palmas,  
Donde se triunfa y nunca se combate,  
Mi lengua se desate  
En dulces modos y los aires rompa  
A celestial soldado, ilustre pompa (41),  
Conozca el Canero ardiente, el carro helado,  
¡Oh católico sol de vice-godos!  
La espada que te ha dado  
Vida á ti, gloria á Bétis, luz á todos.

Estas aras que te ha erigido el clero,  
Y estas que te cantamos alabanzas,  
Juntas con lo que tú en el cielo vales,  
A Filipo le valgan el Tercero,  
En quien de nuestro bien las esperanzas  
Están como reliquias en cristales;  
Logra sus tiernos años, sus reales  
Pensamientos, católico, segunda,  
Tal, que su espada por su Dios confunda  
La nueva torre que Babel levanta,  
Y ardiendo en saña santa,  
Haga que adore en paz quien no lo ha visto  
El gran sepulcro que mereció á Cristo;  
Que pues de sus primeros nobles paños  
Invocó á su deidad por su abogada,  
Es bien que veen sus años  
Larga paz, feliz cetro, invicta espada.

Y tú, ¡oh gran madre, de tus hijos cara!  
Emula de provincias gloriosa,  
En lo que alumbrá el sol, la noche ciega,  
Ciudad mas que ninguna populosa,  
Para quien no tan solo España ara,  
Y siembra Francia, mas Sicilia siega,  
No porque el Bétis tus campañas riega;  
El Bétis, río y rey tan absoluto,  
Que da leyes al mar, y no tributo;  
Ni porque agora escalen su corriente  
Velas del Occidente,  
Que, mas de hojas que de viento llenas,  
Hacen montes de plata tus arenas;  
Mas por haber tu suelo humedecido  
La sangre deste hijo sin segundo,  
En ti siempre ha tenido  
La fe escudo, honra España, invidia el mundo.

CANCION HEROICA.

A la creacion del cardenal don Enrique de Guzman, hijo de don Diego Lopez de Haro, marqués del Carpio, y de doña Francisca de Guzman, hermana del conde de Olivares, duque de San Lúcar la Mayor, gran privado del rey nuestro señor don Felipe IV.

Generoso mancebo,  
Mas purpureo en la edad que en el vestido,  
Menos en rosicler creciente Febo  
A enviarte ha salido;  
Tú en tanto esclarecido  
Del rubi, en hilos reducido á tela,  
Dignamente serás hoy agregado  
Al colegio sagrado,  
Fecundo seminario de Claveros.  
¡Oh cuánta beberás en tanta escuela  
Religion pura, dogmas verdaderas,  
Gobierno prudencial, profundo estado,  
Política divina;  
Consisterio del Santo  
Espiritu asistido.  
Digalo tanto dubio decidido,  
Tanta sana doctrina.  
Aclamaré á los tales  
Príncipes, mucho mas es cardenales,

(40) Asi Espinosa; Hoces y Faria teen, en vez de *espada, palma*.

(41) Asi Espinosa; Hoces y Faria ponen *trompa*.

Flamante en celo el mas antiguo manto,  
Si bien toda la purpura de Tiro  
Grana es en polvo al último suspiro.  
Tu exaltacion instada  
De Felipe fué el Cuarto, de monarca  
Que al sol fatiga tanto  
Lustralle sus dos mundos en un día,  
Al siempre Urbano santo,  
Octavo en nombre, y en prudencia uno,  
Santísimo piloto de la barca,  
Que repetido en el Pedro le lia;  
No fué el ruego importuno  
Del católico, pues si dilatada  
Tu creacion, la gracia te fué heclia,  
¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha  
Estos dos de la Iglesia tutelares!  
Ya, jóvenes cristianisimo, con ellos  
Liberarán tres abejas lilios bellos,  
Y melificarán, no en cerehos vanos,  
Sino en la que abrirán nuestros leones  
Bocas de paz, tan dulce alimentadas,  
Llaves dos tales, tales dos espadas,  
Escondiendo con velos nuestros mares;  
Cuantos les dió sacrilegos altares  
Europa á la herejia  
Extirparán un día  
Y otro; no solo, no, abominaciones,  
Darán de Babilonia al fuego entrando  
Los muros de Sion; mas alternando  
Himnos sagrados, cánticos divinos,  
Abrirán paso á cuantos peregrinos  
Tan libres ya podrán, como devotos,  
Besando el marmol desatar sus votos.  
El Conde-Duque, cuya confianza  
Reclinatorio es de su gran dueño,  
Cuan bien su providencia  
Timon del basto ponderoso leño,  
Gobierno al fin de tanta monarquia,  
Lamiendo escollos ciento,  
Lo ha conducido en paz á salvamento.  
Este pues pompa de la Andalucía,  
Gloria de los clarisimos Sidones,  
De los Guzmanes, digo, de Medina,  
Solicitó suave tu capelo;  
¿Qué mucho ya, si el cielo,  
Entre los muchos que te inclnye dones,  
Sobrino te hizo suyo de una hermana  
Valerosa y real sobre divina?  
Digalo el Bétis, de quien es Diana;  
El Carpio, de quien es deidad, lo diga.  
Tú á la fortuna amiga  
Atomo no perdones de propicia;  
Goza la dignidad cardenalicia,  
Unos dias clavel, otros viola,  
La ingenuidad observes española,  
La duplicidad huyas extranjera;  
Tus colegas admiren la severa  
Dulce afabilidad que te acompaña;  
Que al duodécimo lustre, si no engaña  
Cuanto abrazan las zonas,  
Te espera el Tiber con sus tres coronas.

OTRA.

A la serenísima infanta María, ya reina de Hungría,  
que mató un jabatí de un arcabuzazo.

Las duras cerdas que vistió celoso  
Marte, viste hoy amante,  
Ya deidad fulminante,  
El planeta ofrecido belicoso,  
De un plomo muere al rayo glorioso.  
Muere, dichosa fierca;  
Que España ilustrará la quinta esfera,  
Bellísima, pues tu Ciuitia española  
Cerdosos brutos mata  
En cuanto de tu hermano,  
No esplendor soberano,  
Sombras si de las señas que tremola,  
Altamente desata  
Vapores de la envidia coligados,  
Ejércitos, provincias, potentados.

## CANCION HEROICA.

A las *Lusitadas* de Camoens, que tradujo de portugués en castellano  
Luis Gomez de Tapia.

Suena la trompa bélica  
Del castellano cálamo,  
Dándole lustre y sér á las *Lusitadas*,  
Y con su ritmo angélica  
En el celeste tálamo  
Encumbra su valor entre las hiadas,  
Napeas y hamadriadas.  
Con amoroso cántico  
Y espíritu poético  
Celebren nuestro Bético  
Del mauritano mar al mar Atlántico,  
Pues vuelva su Caliope  
Desde el blanco francés al negro etiope.  
Aquí la fuerza indómita  
Del Pacheco diestrisimo  
Descubre de su rey el pecho y ánimo.  
La envidia deja atónita  
Con su valor rarísimo,  
Y el Samorin soberbio pusilánimo  
Muéstrase aquí magnánimo,  
Alburquerque y sócico  
Capitan integérrimo,  
Que al amador misérrimo  
Crudamente castiga el hecho ilícito,  
Y á Goa y su potencia  
Dos veces la sujeta á su inocencia.

Almeida, que á los árabes  
Con la venganza honrada  
Sus muros y edificios va talándoles,  
Y á los rines y alábares,  
Debajo de la Tórrida,  
Con valerosa espada domeñándoles,  
Y mayor pena dándole  
Con el hijo beligeró,  
Que en el seno cambáico  
Contra el moro y hebráico  
Muere mostrando su furor armigero,  
Sirviéndole de túmulo  
De mamelucos el sangriento cúmulo.  
Cuanta pechos heróicos  
Te dan fama, clarifica  
¡Oh Lusitania! por la tierra cálida;  
Tanta versos estóicos  
Te dan gloria mirífica,  
Celebrando tu nombre y fuerza válida.  
Digalo Castálida,  
Que al soberano Tapia  
Hizo que mas que en árboles,  
En bronce, piedras, mármoles,  
En su verso eterna tu prosapia,  
Dándole el odorífero  
Lauro por premio del gran dios Lucífero.

## CANCION FÚNEBRE.

Al sepulcro del rey Felipe III, nuestro señor.

Suspenda, y no sin lágrimas, tu paso,  
¡Oh peregrino errante!  
Este augusto depósito, este vaso,  
Émula su materia del diamante,  
Su forma de la mas sublime llama  
Que a Egipto construyó bárbara fama.  
No admires, no, la variedad preciosa  
De piedras, de metales;  
No el arte que sudando estudiosa,  
Glorias dara á los siglos de si tales,  
Que caduco no muera el tiempo, y ellas  
Besando permanezcan las estrellas.  
Híntale al esplendor, bien que profano,  
Altamente debido,  
La atención toda, no al objeto vano,  
Ciego la lies al mejor sentido;  
Abran las puertas exterioridades  
Al discurso, al discurso á las verdades.  
Rey yace excelso, sus cenizas sella  
Esta augusta eminente.

Quién fué, muda lo está diciendo aquella  
Piedra animada de *hic jacet* valiente,  
Religion sacra, que doliente en vulto,  
El un pecho da á celo, el otro al culto.

Su fin, ya que no acerbo, no maduro,  
Dulcemente llorando,  
Acusa la clemencia al mármol duro,  
De sus vertidas bien lágrimas blando,  
El árbol de Minerva suspendida  
La invicta espada que cidió su vida.  
La liberalidad, si el jaspe llora,  
Ver, caminante, puedes,  
Tan copiosa de lágrimas ahora  
Cuanto fué cuatro lustros de mercedes;  
Desatada la América sus venas,  
Suplió magnificencia tantas penas.  
¡Oh! quel mórbido jaspe mira, y luego  
¡Oh! huésped! soleniza,  
No del furil mentida la que el fuego  
En el paler bebió de la ceniza,  
Sino aquella que fué por excelencia  
O pureza fecunda ó continencia.

Estas virtudes, altamente santo,  
Ejercitó el tercero  
De los Felipes; tú, deshecho en llanto,  
Las venera, y prosigue ¡oh pasajero!  
Tus pasos antes que se acabe el día,  
Porque es breve aun del sol la monarquía.

## OCTAVAS.

## OCTAVAS SACRAS.

A la descension de la Virgen nuestra Señora á dar la casulla á su  
capellan san Ildefonso en la santa iglesia de Toledo.

Era la noche: en vez del manto oscuro,  
Tejido en sombras y en horrores tinto,  
Crepúsculos mintiendo al aire puro,  
De un árbol ni confuso ni distinto,  
Turbada así de Tesalo conjuero  
Su esplendor corvo la deidad de Cinto,  
A densa nube fria, que dispensa  
Luz como nube y rayos como densa,

Fulgores arrojando, se presiente  
Nocturno sol en carro no dorado,  
En trono si de pluma, que inciente  
Canoro nicho es, dosel alado;  
Concentuoso coro diligente,  
A tanto ministerio destinado,  
En hombros pios querúbicos María  
Viste al aire la púrpura del día.

Al cerro baja, cuyos levantados  
Muros, alta de España maravilla,  
De antigüedad salian coronados  
Por los campos del aire á recinilla;  
En tantos la aclamó plectros dorados,  
Cuantas se oyeron ondas en su orilla,  
Glorioso el Tajo en mostrar cristales  
A empiresas torres ya, no imperiales.

Busca al pastor que del metal precioso  
Sacro es cayado su torcido leño,  
Docto conciliador del veneroso,  
Helvediano áspid, no pequeño.  
Hallólo; mas hurtándose al reposo  
Que los mortales han prescrito al sueño,  
El templo entraha cuando al santo godo  
Alta le escondió luz el templo todo.

El luminoso horror tan mal perdona,  
Cuan bien impide su familia breve,  
Pues con la menos tímida persona  
Un término de mármol fuera leve;  
Agnila pues al sol que lo corona,  
Intrepido Ildefonso rayos bebe,  
Fieles á una pluma que ha pasado,  
Con lo que ha escrito de lo que ha volado.

Postrarse humilde en el que tanta esfera  
Majestados rosicler le atiende,  
Y absorto en la de luz region primera,

Se libra tremolante ó inmóvil pende (42);  
Le lo que ilustre luego reverbera,  
Se remonta á lo fulgido que enciende,  
Eje eutoriendo en la revista  
Todos los privilegios de la vista.

Desde el sitial la Roma esclarecido  
Ornamento le viste de un bracedo,  
Cuyos altos no le era concedido  
Al scalin pisar mas levantado;  
Invidioso aun antes que vencido,  
Carbunclo va en los cielos engastado,  
En bordadura pretendio tan bella  
Poco ruli ser mas que mucha estrella.

De las gracias reciprocas la suma  
Que el don satisficieron soberano,  
Que celebraron la divina pluma,  
Otra la califique en otra mano;  
Inyendo con su océano la espuma,  
El margen restituye menos cano,  
Que iluminado el templo restituye  
Extenuada luz que á su luz huye.

¡Oh Virgen siempre, oh siempre gloriosa!  
Aun de humildes dignada afectos puros,  
Fábrica te construye sumtuosa  
De jaspes varios y de bronces duros,  
Pastor, mas de virtud tan poderosa,  
Que al tiempo de obeliscos y de muros  
Devorador sacrilego se atreve  
Con la que te erigió piedra mas breve.

Augusta es gloria de los Sandovales,  
Argos de nuestra fe tan vigilante,  
Que ciento ilustran ojos celestiales  
Aun la que arrastran purpura flamante;  
De los que estolas ciñen inmortales  
Crezca glorioso el escudron ovante,  
Quen devoto consagra hoy á tu bullo  
Tan digno trono cuan debido culto.

#### OTRA FÚNEBRE.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á la reina  
nuestra señora doña Margarita de Austria.

En esta que admirais de piedras graves  
Labor no egipcia, aunque á la llama imita,  
Ungüentos privilegian hoy suaves,  
La muerta humanidad de Margarita (43);  
Si de cuantos la pompa de las aves  
En su funeral leños solicita,  
Hay quien distile aroma tal en vano,  
Resistiendo sus troncos al gusano.

#### OTRA VARIA (44).

En sola su confusa montería  
Hay donde un buen oído se dilate,  
El corvo cuerno atruena, el alca pía,  
El caballo relincha, el perro late,  
El cascabel no olvida su armonía  
Si se sacude el pájaro ó se abate;  
Así que, todo hace un dulce yerro,  
Caballo, cascabel, cuerno, alcon, perro.

#### OCTAVAS SACRAS.

A la beatificación de san Francisco de Borja, de la compañía  
de Jesus.

Ciudad gloriosa, cuyo excelso muro  
Fábrica iné sin duda la una parte  
De la lira de Apolo, si del duro  
Concento la otra del furor de Marte,  
Cuyos campos el céliro mas puro  
Jardinerero cultiva no sin arte,  
A tus cisnes canoros no sea injuria  
Que ánsar del Bétis cuervo sea del Turia.

Obscuro pues la voz como la pluma,  
Cantaré el generoso Borja santo,

Si de su gloria la pureza suma  
No ofenden las tinieblas de mi canto;  
Depuso el fausto, parto de la espuma,  
La púrpura ducal creciendo tanto,  
Le indujo horror la mas esclarecida  
Corona en un carlaver deliada.

Fomentando este horror un desengaño,  
Que á trompa final suena, solicita  
Crecer humilde el numero al baño,  
Del silbo, del cayado jesuita;  
¡Del palacio á un redil! efecto extraño  
De impulso tan divino, que heredita  
Al mayoral y alienta su ganado,  
Apostólico este, aquel sagrado!

Religioso Quiron, no solo ignata (45),  
Sino excede en virtud al mas perfecto,  
Sucediendo silencios á la gala,  
Que aun el mas venia! liman afecto;  
El ayuno á su espíritu era un ala,  
La oracion otra, siempre fiscal recto  
De su conciencia; bien que garza el Santo,  
Las plumas peina orillas de su llanto.

Tempestades previendo, suela esta ave  
Graznar cantando al despuntar del día.  
El remedio despues tormenta grave,  
Que antes amenazó su profecía,  
Al que á Dios mentalmente hablarle sabe,  
Mucho de lo futuro se le fia:  
Bajel lo digna de quien fué piloto,  
De escollos mil besado, y nunca roto.

Pisando pompas quien del mejor cielo  
En su celda la luz bebía mas clara,  
El sacro honor renuncia del cepelo,  
Glorioso ingreso á la tercer tiara;  
Hurtase al mundo, que en tocando el suelo,  
Sierpe se hace aun de Moiseu la vara;  
Religioso sea pues beatificado  
Quien duque pudo ser canonizado.

#### OCTAVA (46).

Al Santísimo Sacramento.

El pelicano rompe el duro pecho  
Con pecho, con amor, con osadia;  
Deja del mismo pecho manjar hecho,  
Con que á su pecho los hijos cria;  
¡Oh eterno pecho, que en amor desliecho,  
Tu pecho das con pecho y valentia,  
Porque el pecho del hombre regalado  
Con tu pecho á tus pechos se ha criado!

### TERCETOS.

#### TERCETOS HEROICOS.

A la historia de Felipe II que escribió Luis Cabrera, su cronista.

Escribis ¡oh Cabrera! del Segundo  
Filipo las acciones y la vida,  
Con que el cielo adquirió, si admiró el mundo.

Alto asunto, materia esclarecida,  
Digna, Libro español, de vuestra pluma,  
Y pluma tal á tanto rey debida.

Léase pues deste prudente Numa  
El largo cetro, la gloriosa espada,  
En culto estilo ya con verdad suma,  
Sea la felicísima jornada  
En sus primeros años florecientes  
Lisonja de mi oreja fatigada.

Provincias, mares, reinos diferentes,  
Peregrino gentil pisó ceñido  
De enjambres, no de ejércitos de gentes.

Cual ya el único pollo bien nacido,  
De crestas vuela, de oro coronado,  
Si bien de plata y rosicler vestido,

(42) Faria lee *inmóvil*.

(43) Así Faria; otros leen *humildad*.

(44) Segun un códice del señor Guerra y Orbe, no es de Gósgora esta octava.

(45) Así Faria; otros leen *cyron*.

(46) No es de Gósgora esta octava, segun un códice del señor Guerra y Orbe.

Que de tropas de aves rodeado,  
La variedad matiza del plumaje,  
El color de los cielos tu quesado;  
Tal el jóven procede en su viaje,  
Fénix, mas no admirado del dichoso  
Arabe en nombre, bárbaro en linaje,  
Ni del egipcio un tiempo religioso,  
Si no hospedado del liel lombardo,  
Temido del helvecio helicoso.

Tantos siguen al príncipe gallardo,  
Que el río que vadean cristabino,  
O al mar no llega, ó llega con pié tardo.  
Hierva, no de otra suerte que el camino,  
De prúvidas hormigas, ó de abejas  
El aire al colmenar circunvecino.  
Balcónes, galerías son y rejías  
Del número que ocurre á saludarlo  
Las altas hayas, las encinas viejas.

A los piés llega al fin del Quinto Carlo,  
Que en sus brazos lo acoge, y tiernamente  
Lo abraza, y no desiste de abrazarlo (47).

### TERGETOS BURLESCOS.

A lo poco que hay que fiar de los favores de los príncipes  
cortesanos; por lo cual se sale de la corte.

¡Mal haya el que en señores idolatra  
Y en Madrid desperdicia sus dineros,  
Si ha de hacer al salir una mohatra!

Arroyos de mi huerta lisojeros;  
Lisojeros mal dije, que sois claros,  
Dios me saque de aquí y me deje veros.  
Si corréis sordos, no quiero hablarlos,  
Mejor es que corráis murmuradores;  
Que llevo muchas cosas que contaros.

Tenedme, aunque es oño, rui-señores,  
Ya que llevar no puedo ruerciaños,  
Que entre pámpanos son lo que entre flores.

Si yo tuviera veinte mil ducados,  
Tiplónes convocara de Castilla,  
De Portugal bajetes mermelados (48),

Y á fe que á la pajisima capilla  
Tiorbas de cristal vuestras corrientes  
Prestaran dulces en su verde orilla;  
Pájaros suplan pues faltas de gentes,  
Que en voces, si no métricas, suaves,  
Consonancias desatan diferentes,

Si ya no es que de las simples aves  
Contiene la república volante  
Poetas, ó burlescos sean ó graves;

Y qualque madrigal sea elegante,  
Librándome el lenguaje en el concerto,  
El que algún culto ruiseñor me cante,

Pródigo dulce que corona el viento,  
En unas mismas plumas escondido  
El músico, la musa, el instrumento;

Mas ¿dónde ya me había divertido?  
Ríseñas aguas, que de nuestro dueño  
Con razon os habéis siempre reído,

Guardad entre esas guijas lo ríseño  
A este dómine lobo que pensaba  
Escaparse de tal por lo aguileno,

Celebrando con tirla, y aun con baba,  
Las fiestas de la corte, poro me  
Que hacérselas á Júdas con octava,

Cantar pensé en sus márgenes amenos  
Cuantas Dianas Manzanares mira,  
A no arromadizarme sus serenos.

La lisonja, con todo, y la mentira,  
Modernas musas del favonio coro,  
Las cuerdas le rozaron á mi lira.

¿Yalló por dicha al leño mio canoro,  
Si puede ser canoro leño mio,  
Clavijas de marfil ó trastes de oro?

Sequedad lo ha tratado como á rio;  
Punte de plata fué que hizo alguno  
A mi fuga quizá de su desvío.

No mas, no, que aun á mí será importuno,  
Y no es mi intento á nadie dar enojos,  
Sino apelar al pájaro de Juano.

Gastar quiero de hoy mas plumas con ojos,  
Y mirar lo que escribo; el desengaño  
Preste clavo y pared á mis despojos.

La adulacion se queden, y el engaño,  
Mintiendo en el teatro, y la esperanza  
Dando su verde un año y otro año;

Que si en el mundo hay bienaventuranza,  
A la sombra de aquel árbol me espera,  
Cuyo verdor no conocí mudanza.

Su flor es pompa de la primavera,  
Su fruto, ó sea lo dulce ó sea lo acedo,  
En oro engasta, que al romperlo es cera.

Allí el murmurio de las aguas ledo,  
Ocio sin culpa, sueño sin cuidado  
Me guardan, si acá en polvos no me quedo,

Mofido del dictámen de un tetrado,  
En la tahona de un relator, donde  
Siempre hallé para mí el rocín cansado.

¡Dichoso el que pacífico se esconde  
A este civil ruido, y litigante,  
O se concierta ó por poder responde,

Solo por no ser miembro cortegiano  
De sierpe prodigiosa que camina  
La cola, como el gámbaro, delante!

¡Oh soledad de la quietud divina,  
Dulce prenda, aunque muda ciudadana  
Del campo, y de sus ecos convecina!

¡Sabrosas treguas de la vida urbana,  
Paz del entendimiento, que lambica  
Tanto en discursos la ambición humana!

¿Quién todos sus sentidos no te aplica?  
Ponme sobre la mula; verás cuánto  
Mas que la espuela esta opinión la pica.

Sea piedras la corona, si oro el manto  
Del monarca supremo; que el prudente  
Con tanta obligacion no aspira á tanto.

Entre pastor de ovejas y de gente  
Un político medio lo conduce  
Del pueblo á su heredad, della á su fuente (49).

Sobre el aljófar que en las yerbas luce,  
O se reclina, ó toma residencia  
A cada vara de lo que produce.

Tiéndese, y con debida reverencia  
Responde, alta la gamba, al que le escribe  
La expulsion de los moros de Valencia.

Tan cerimoniosamente vive,  
Sin dársele un cuartín de que en la corte  
Le den título á aquel, ó el otro prive

No gasta así papel, no paga porte  
De la gaceta que escribió las bodas  
De doña Calamita con el Norte.

Del estadista y sus razones todas  
Se burla visitando sus frutales,  
Mientras el ambicioso sus baibodas.

No pisa pretendiente los umbrales  
Del que trae la memoria en la pretina,  
Pues della penden los memoriales.

El márgen de la fuente cristalina  
Sobre el verde mantel que da á su mesa,  
Platos le ofrece de esmeralda fina.

Sírvele el huerto con la pera gruesa,  
Emula en el favor, y no comprada  
De lo mas cordial de la camuesa.

A la gula se queden la dorada  
Rica bajilla, el bacanal estruendo;  
Mas basta, que la mula es ya llegada.  
A tus lomos, oh rucia, me encomiendo.

(47) Estos tercetos parecen fragmentos de una larga epístola.

(48) Otros leen equivocadamente *bajetas*, en vez de *bajetes*.

(49) Así Faria; otros leen *frente*.

## FÁBULA

## DE POLIFEMO Y GALATEA.

## Al excelentísimo señor Conde de Niebla.

Estas que me dictó rimas sonoras,  
Culta sí, aunque bucólica falta,  
¡Oh excelso Caudal en las purpúreas horas  
Que es rosa la alba y rosicler el día,  
Agora, que de luz tu niebla doras,  
Escucha al son de la zampoña mía,  
Si ya los muros no te ven de Huelva  
Peinar el viento ó fatigar la selva (1).

Templado pula en la maestra mano  
El generoso pájaro su pluma (2),  
O tan mudo en la alcándara, que en vano  
Ann desmentir el caso: bel presuma;  
Tascando haga el freno de oro cano  
Del caballo andaluz la ociosa espuma;  
Gima el lebrer en el cordón de seda,  
Y al cuerno en lin la citara suceda (3).

Treguas al ejercicio sean robusto (4)  
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto  
Debajo escuchas de dós el agosto (5)  
Del músico jayan el lirio canto;  
Alternan con las musas hoy el gusto;  
Que si la nia puede ofrecer tanto  
Clarín, y de la fama no segundo,  
Tu nombre oíran los términos del mundo.

## FÁBULA.

Donde espumoso el mar siciliano  
El pié argenta de plata al Líbico (6),  
Bóveda (7) de las fraguas de Vulcano  
O tumba de los huesos de Tifeo,  
Pálidas señas cenizoso un llano,  
Cuando no del sacrilego desseo,  
Del duro oficio da; allí una alta roca  
Bordaza es a una gruta de su boca.

Guarnición tosca deste escollo duro  
Troncos robustos son, á cuya greña  
Menos luz debe, menos aire puro,  
La caverna profunda que á la Peña;

(1) Así Pellicer; Hoces, Salcedo, Faria y otros leen:

Peinar el viento y fatigar la selva.

(2) Pellicer lee *alcondora*.

(3) Así Hoces, Salcedo y otros; Pellicer y Faria escriben:  
el fin.

(4) *Treguas del ejercicio*, dice Cascales.

(5) Otros ponen: *del dosel*.

(6) Pellicer escribe: «Dicen que *argentar de plata* es lo mismo que *dorar de oro y platear de plata*, y dándose por entendido algun andaluz que lo notó, que es frase provincial y solo usada en la Andalucía, donde *argentar* sirve al oro y plata, y se dice *argentar de oro y argentar de plata*; y esto es mas frecuente en los boreguies.»

Salcedo Coronel dice que si le fuera licito, enmendara: *El pié calza de plata al Líbico*, porque, habiendo dicho pié, se diría con mas propiedad *calzar*.

Yo, en mi *Gran diccionario de la lengua española*, digo en la voz *argenteria* que es conjunto de oro y plata ó de monedas, y cito un pasaje de las *Éroticas* de Villégas, donde se lee, al tratarse de la lluvia de oro de Itanea:

Ya diosas me cercaban,  
Ya diosas me ocurrían,  
Y ni cesaba el canto  
Ni Júpiter venía;  
Yo, celoso, dejélos,  
Y á ti volví, Licinnia,  
Como amante que temo  
Lluvias de argenteria.

También es bordadura de oro, plata, azabache, etc. Arguijo, en su *Relacion de las fiestas de toros y cañas*, escribe: «Lanzas, desnudas con banderillas y cometas azules y plata, mangas de holan, cuajadas de argenteria de oro... y argenterias negras.»

(7) En algunas ediciones se dice: *Bóveda ó de las fraguas*.

Caligine ó lecho el seno ó oscuro  
Ser de la negra noche nos enseña (8),  
Infame turba de nocturnas aves,  
Gimicado tristes y volando graves.

Deste pues formidable de la tierra  
Bostezo el arcaicoico vano,  
A Polifemo, horrorde aquella sierra (9),  
Barbara chozas es, albergue umbrío  
Y redil espacioso, donde encierra  
Cuanto las en abres ásperas calvia  
De los montes esconde, copia bella  
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Era un monte de miembros eminente  
Este que, de Neptuno hijo fiero,  
De un ojo ilustra el orbe de sufrente,  
Émulo casi del mayor lucero;  
Ciclope, á quien el pino mas valiente  
Bastón le obedecía tan ligero,  
Y al grave peso junto tan delgado,  
Que un día era bastón y otro cayado.

Negro el cabello, imitador mudo  
De las oscuras ondas del Leteo (10),  
Al viento, que lo peina proceloso,  
Vuela sin orden, pende sin asco:  
Un torrente es su barba impetuoso,  
Que adusto hijo deste Pirineo  
Su pecho inunda, ó tarde ó mal ó en vano  
Solcado aun de los dedos de su mano (11).

No la Trimería en sus montañas fieta  
Armó de cruzidad, calzó de viento,  
Que redima feroz, salve ligera  
Su piel manchada de colores ciento;  
Pellico es ya la que en los bosques era (12)  
Mortal horror al que con paso lento (13)  
Los bueyes á su albergo reducia,  
Pisando la dudosa luz del día.

Cerado es, cuanto mas capaz, mas lleno.  
De la fruta el zurrón casi abortada,  
Que el tardo otoño deja al blando seno  
De la piadosa yerba encomendada;  
La serva, á quien le da rugas el heno,  
La pera, de quien fué cuna dorada  
La rubia paja, y pálida tutora  
La niega avara, y pródiga la dora (14).

Erizo es el zurrón de la castaña,  
Y entre el membrillo, ó verde ó datilado,  
De la manzana hipócrita, que engaña,  
A lo paído no, á lo arrebolado;  
Y de la cucina, honor de la montaña,  
Que pabellón al sío fué dorado,  
El tributo, alimento... unque grosero,  
Del mejor mundo, del caudal primero.

Cera y cáñamo unió, que no debiera,  
Cien cañas, cuyo barbero ruido  
De mas ecos que unió cáñamo y cera  
Albogue es duramente repetido (15);

(8) Así Pellicer; otros escriben: *nos lo enseña*.

(9) Así Hoces, Salcedo, Faria y otros; Pellicer, refiriéndose á manuscritos de Górgona, dice:

Al cabrero mayor de aquella sierra.

(10) Así Pellicer; otros escriben *aguas* en vez de *ondas*.

(11) Así Pellicer, concertando *solcado* con *torrente*; otros leen *salcada*, con alusión á *barba*.

(12) Pellicer dice que algunos manuscritos leen:

Pellico es del jayan la que antes era.

(13) *Fiero terror*, en vez de *mortal horror*, pone Pellicer.

(14) Según Pellicer, en algunos manuscritos se lee la mitad de esta estrofa distintamente, y *no sé si dga mejor* (son sus palabras):

La delicada serva, á quien el heno  
Rugas le da en la cuna, la optada  
Camuesa, que el color pierde amarillo  
En tomando el acero del cuchillo.

(15) Así Salcedo Coronel; Pellicer y otros leen:

*Albogues* duramente es repetido.

Salcedo explica el verso diciendo:

«De mas ecos que juntó el cáñamo y cera es repetido duramente *albogue*. Esto es, los ecos que formaba duramente el instru-

La selva se confunde, el mar se altera,  
Rompe Triton su caracol torcido,  
Sordo huye el bajel a vela y remo;  
Tal la música es de Politeino.

Niña de Ióris, hija la mas bella  
Adora que vió el reino de la espuma;  
Galatea es su nombre, y dulce en ella  
El terno Vénus de sus Gracias suma;  
Son una y otra luminosa estrella  
Lucientes ojos de su blanca pluma.  
Si roca de cristal no es de Neptuno,  
Pavon de Venus es, cisme de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea  
La alba entre liliis caudidos deshoja;  
Duda el Amor cuál mas su color sea,  
O purpura nevada ó nieve roja;  
De su frente la perla es Éritrea  
Emula vana; el ciego dios se enoja,  
Y condenado su esplendor, la deja  
Pender en oro al nacar de su oreja.

Invidia de las niñas y envidado  
De cuantas honra el mar deidades era,  
Pompa del marinero, niño alado,  
Que sin fual conduce su venera;  
Verde el cabello, el pecho no escamado,  
Romero sí, escucha á Glauco la ribera  
Ladricar á pisar la bella ingrata  
En carro de cristal campos de plata.

Marino jóven las erráticas sienas  
Del mas tierno coral cisme Palemo,  
Rico de cuantos la agua engendra bienes  
Del fero odioso al promontorio extremo.  
Mas en la gracia igual, si en los desdenes  
Perdonado algo mas que Polifemo  
De la que no le ovó, y calzada plumas,  
Tantas flores pisó como él espumas.

Huye la bella niña, y el marino  
Amante nadador ser bien quisiera,  
Ya que no áspid á su pié divino,  
Dorado como á su veloz carrera (16);  
Mas ¿cuál diente mortal, cuál metal fino  
La faga suspender podrá ligera  
Que el desden solicita? Oh cuánto yerra  
Delfin que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece,  
Copa es de Baco, huerto de Pomona;  
Tanto de frutas esta la enriquece,  
Cuanto aquel de racimos la corona;  
En carro que estival trillo parece,  
A sus campañas Ceres no perdona,  
De cuyas fertilisimas espigas  
Las provincias de Europa son hormigas.

A Páles su viciosa cumbre debe  
Lo que á Ceres, y aun mas, su vega llana,  
Pues si en la una granos de oro llueve,  
Copos nieve en la otra mil de lana;  
De cuantos siegan oro, esquilan nieve  
O en pipas guardan la esquilada grana,  
Bien sea religion, bien amor sea,  
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras no: que el margen donde para  
Del espumoso mar su pié ligero.  
Al labrador de sus primicias ara,  
De sus esquilmos es al ganadero;  
De la copia á la tierra poco avara  
El cuerno vierte el hortelano entero  
Sobre la nimbria que tejió prolija,  
Si artificiosa no, su honesta hija.

mento de Polifemo repetían que era *alboque*, ó en los ecos repetidos de tantas voces se conocía que el instrumento que la formaba era *alboque*.

Pellicer interpreta de este modo:

«Cuyo estruendo bárbaro, grande... repetían mas ecos que unieron cáhamo y cera *alboques*; de modo que si el instrumento constaba de cien cañas ó cien cicutas, que es aquella distancia que hay de nudo á nudo en la caña, el eco repetía cuatrocientas voces.»

(16) *En su veloz carrera.*—*Texto de Pellicer.*

Arde la juventud, y los arados  
Peinan las tierras que sulcaron antes  
Mal conducidos, cuando no arrastrados,  
De tardos bueyes. cual su dueño errantes,  
Sin pastor que los silbe, lo ganados  
Los crugidos ignoran resonantes  
De las hondas, si en vez del pastor pobre  
El césiro no silba, ó cruje el robre.

Mudó la noche el can; el día dormido  
De cerro en cerro y sombra en sombra yace;  
Bala el ganado, al misero halido  
Nocturno el lobo de las selvas nace;  
Cébase, y fiero deja humedecido  
En sangre de una lo que la otra parece.  
Revoca Amor los silbos, á su dueño  
El silencio del can siga ó el sueño (17).

La fugitiva niña en tanto, donde  
Harta un laurel su tronco al sol ardiente  
Tantos jazmines cuanta yerba esconde (18),  
La nieve de sus miembros da á una fuente;  
Dulce se queja, dulce se responde (19)  
Un ruiseñor á otro, y dulcemente  
Al sueño da sus ojos la armonía  
Por no abrasar con tres soles el día.

Salamandra del sol vestido estrellas,  
Latiendo el can del cielo estaba, cuando  
Polvo el cabello, húmidas centellas,  
Si no ardientes aljofares sudando,  
Llegó Acis, y de ambas luces bellas  
Dulce ocidente viendo al sueño blando,  
Su boca dió y sus ojos en un pido  
Al senoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido.  
De un fauno medio hombre y medio fiera (20),  
En Simétis, hermosa niña, habido,  
Gloria del mar, honor de su ribera;  
Al bello iman, al idolo dormido,  
Acero sigue, idolátra venera (21);  
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,  
Rinden las vacas y fomenta el robre.

El celestial humor recién cuajado  
Que la almendra guardó entre verde y seca,  
En blanca mimbre se lo puso al lado,  
Y un copo en verdes juncos de manteca (22);  
En breve corcho, pero bien labrado,  
Un rubio hijo de una encina hueca,  
Dulcísimo paual, á cuya cera  
Su néctar vinculó la primavera.

Caluroso al arroyo da las manos,  
Y con ellas las ondas á su frente

(17) Pellicer dice:

*A su dueño*

El silencio del can siga, ó el sueño.

Así se ha de leer, no

*O á su dueño*

El silencio del can sigan, y el sueño,

que no hace sentido; lo que quiso don Luis decir, es que los silbos que habia de dar el pastor no los daba, por obedecer al amor, ora durmiese de día ó callase de noche, como su can.»

(18) Salcedo dice que estos versos deben entenderse así:

«Le da tantos jazmines á una fuente cuanta yerba esconde con la nieve de sus miembros; esto es, recostada al margen de una fuente, le da tantos jazmines en lo cándido de sus miembros cuanta yerba esconde la nieve de ellos mismos. Así entiendo yo este lugar, aunque don Gabriel del Corral, cuyo ingenio y erudición honran felizmente á España, me dijo le entendia de otra manera: que recostada Galatea cerca de una fuente en la parte superior, retratándose en sus aguas, le daba en su imágen tantos jazmines cuanta yerba escondia la nieve de sus miembros, oprimiéndola con ellos.»

(19) Pellicer dice que así se ha leer, no *dulce le responde*, como se ve en algunos manuscritos é impresos.

(20) Así Pellicer; otros suprimen en este verso la *y*.

(21) Así Pellicer; los demás dicen equivocadamente:

El bello iman, el idolo dormido.

Que acero sigue, idolátra venera.

(22) Así Pellicer, Salcedo y otros; Hoces, Faria y algunos mas leen:

Y un poco en verdes juncos de manteca.

Entre dos mirtos que , de espuma canos ,  
 Dos verdes garzas son de la corriente ;  
 Vagas cortinas de volantes vanos  
 Corrió Favonio lisonjeramente ,  
 Ala de viento , cuando no sea cama  
 De frescas sombras , de menuda grama .

La ninfa pues la sonora plata  
 Bulir sintió del arroyuelo apenas ,  
 Cuando , á sus verdes márgenes ingrata ,  
 Segur se hizo de sus azucenas (23) ;  
 Huyera , mas tan frio se desata  
 Un temor perezoso por sus venas ,  
 Que á la precisa fuga , al presto vuelo  
 Grillos de nieve fué , plumas de hielo .

Fruta en mimbres halló , leche exprimida  
 En juncos , miel en corcho , mas sin dueño ,  
 Si bien al dueño debe , agradecida  
 Su deidad culta , venerado el sueño ;  
 A la ausencia mil veces ofrecida  
 Este de cortesía no pequeño  
 Indicio la dejó , aunque estaba helada ,  
 Mas discursiva y menos alterada .

No al ceclope atribuye , no , la ofrenda ;  
 No á sátiro lascivo ni á otro feo  
 Morador de las selvas , cuya rienda  
 El sueño aloja que alojó el deseo (24) ;  
 El niño dios entonces de la venda ,  
 Ostentacion gloriosa , alto trofeo  
 Quiere que al árbol de su madre sea  
 El desden hasta allí de Galatea .

Entre las ramas del que mas se lava  
 En el arroyo , mirto levantado ,  
 Carcax de cristal hizo , si no ataja ,  
 Su blanco pecho de un arpon dorado ;  
 El monstruo de rigor , la licra brava  
 Mira la ofrenda ya con mas cuidado ,  
 Y aun siente que á su dueño sea devoto ,  
 Confuso alcaide mas , el verde soto .

Llamarálo , aunque muda , mas no sabe  
 El nombre articular que mas querría (25) ,  
 Ni lo ha visto , si bien pincel suave  
 Lo ha bosquejado ya en su fantasia ;  
 Al pié no tanto ya del temor grave  
 Fia su intento , y tímida en la umbría  
 Cama de campo , y campo de batalla ,  
 Fingiendo sueño al cauto garzon halla .

El bulto vió , y haciéndolo dormido ,  
 Librada en un pié , toda sobre él pende ,  
 Urbana al sueño , bárbara al mentido  
 Retórico silencio que no entencide ;  
 No el ave reina así el fragoso nido  
 Corona inmóvil mientras no deciede  
 Rayo con plumas al milano pollo  
 Que la eminencia abriga de un escollo ;

Como la ninfa bella , compitiendo  
 Con el garzon dormido en cortesía ,  
 No solo para , mas el dulce estruendo  
 Del lento arroyo enmudecer querría ;  
 A pesar luego de las ramas , viendo  
 Colorido el bosquejo que ya había  
 En su imaginacion Cupidó hecho  
 Con el pincel que le clavó en su pecho ,

(23) Todas las ediciones dicen :

Seguir se hizo de sus azucenas.

Conformándome con el texto de Pellicer , pongo en el mio *segur*.

Este erudito interpretaba :

« Cuando ingrata al lecho que la ofreció la margen , marchitó pisando las azucenas , ó se levantó en pié , con que quedaron muertas , faltándoles los miembros de Galatea . »

(24) Pellicer dice :

« Aloja el sátiro la rienda al deseo , déjase llevar del apetito , y á este deseo le da mas rienda viendo entregado al sueño lo que apetece... Algunos leen *el sueño ajaja* , pero mal , porque no hace sentido alguno , porque la rienda no se *ajaja* , sino se *aloja*. »

Salcedo decía que non Luis puso *ajagir la rienda por ajustar*.

(25) Otros leen *quería* ; sigo á Pellicer.

De sitio mejorada , atenta mira  
 En la disposicion robusta aquello  
 Que , si por lo suave no la admira ,  
 Es fuerza que la admire por lo bello ;  
 Del casi trasmontado sol aspira  
 A los confusos rayos su cabello ;  
 Flores su bozo es , cuyas colores ,  
 Como duerno la luz , niegan las flores .

En la rústica greña yace oculto  
 El aspid del intonso prado ameno  
 Antes que del peinado jardin rendido  
 En el lascivo regalado seno ;  
 En lo viril desata de su bullo  
 Lo mas dulce el Amor de su veneno ;  
 Bebelo Galatea , y da otro paso  
 Por apurarle la poizonza al vaso .

Acis , aun mas de aquello que dispensa  
 La brújula del sueño vigilante ,  
 Alterada la ninfa esté ó suspensa ,  
 Argos es siempre atento á su semblante ,  
 Lince penetrador de lo que piensa ,  
 Ciñalo bronco ó múrelo diamante ;  
 Que en sus paladiones Amor ciego ,  
 Sin romper muros introduce fuego .

El sueño de sus miembros sacudido ,  
 Gallardo el jóven su persona ostenta (26) ,  
 Y al marfil luego de sus piés rendido ,  
 El coturno besar dorado intenta ;  
 Menos ofende el rayo prevenido  
 Al marinero , menos la tormenta  
 Prevista le turbó ó pronosticada ;  
 Galatea lo diga , saltuada .

Mas agradable , menos zahareña (27) ,  
 Al mancebo levanta venturoso ,  
 Dulce ya concediéndole y risueña  
 Paces no al sueño , treguas sí al reposo ;  
 Lo concavo hacia de una peña  
 A un fresco sitial dosel umbroso ,  
 Y verdes celosias unas liedras ,  
 Trepada troncos y abrazando piedras .

Sobre una alfombra que imitara en vano  
 El tirio sus matices , si bien era  
 De cuantas sedas ya hiló gusano ,  
 Y artifice tejó la primavera ,  
 Reclinados al mirto mas lozano ,  
 Una y otra lasciva , si ligera ,  
 Paloma se caló , cuyos gemidos ,  
 Trompas de amor , alteran sus oídos .

El ronco arrullo al jóven solicita ;  
 Mas con desvios Galatea suaves  
 A su audacia los términos limita ,  
 Y el aplauso al contento de las aves ;  
 Entre las ondas y la fruta imita  
 Acis al siempre ayuno en penas graves ,  
 Que en tanta gloria inferno son no breve ,  
 Fugitivo cristal , pomos de nieve .

No á las palomas concedió Cupido  
 Juntar de sus dos picos los rubies ,  
 Cuando al clavel el jóven atrevido  
 Las dos hijas le ciupa carmesies ;  
 Cuantas produce Palo , engendra Guido  
 Negras violas , blancos alhelies  
 Lleven sobre el que Am. quiere que sea  
 Tálamo de Acis ya y de Galatea .

Su aliento humo , sus relinchos fuego ,  
 Si bien su freno espumas ilustra  
 Las columnas Eton que erigió el griego ,  
 Do carro de la luz sus ruedas lava ,  
 Cuando de amor el fiero jayán ciego  
 La cerviz le oprimió á una roca brava ,  
 Que á la playa , de escollos no desnuda ,  
 Lanterna es ciega y atalaya es muda .

Arbitro de montañas y ribera ,  
 Aliento dió en la cumbre de la roca  
 A los albuges que agregó la cera ,  
 El prodigioso fuelle de su boca ;

(26) Así Pellicer ; otros leen : *la persona*.

(27) Así Pellicer ; otros ponen : *y menos zahareña*.

La niña los oyó, y ser mas quisiera  
Breve flor, yerba humilde, tierra poca,  
Que de su nuevo tronco vid lasciva,  
Muerta de amor, y de temor no viva;

Mas, cristalinos pámpanos sus brazos,  
Amor la implica si el temor la añuda  
Al infelice olmo que pedazos  
La seguir de los celos hará aguda;  
Las cavernas en tanto, los ribazos  
Que ha prevenido la zampoña ruda,  
El trueno de la voz fulminó luego;  
Referido, Piérides, os ruego.

«Oh bella Galatea, mas suave  
Que los claveles que troncó la aurora,  
Blanca mas que las plumas de aquel ave (28)  
Que dulce muere y en las aguas mora;  
Igual en pompa al pájaro que grave  
Su manto azul de tantos ojos dora  
Cuantas el celestial zafiro estrellas;  
Oh tú que en dos incluyes las mas bellas!

»Deja las ondas, deja el rubio coro  
De las hijas de Tétis, y el mar vea,  
Cuando niega una luz un carro de oro (29),  
Que en dos las restituye Galatea;  
Pisa la arena, que en la arena adoro  
Cuantas el blanco pié conchas plata,  
Cuyo bello contacto puede hacerlas,  
Sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas  
A mis gemidos son rocas al viento,  
O dormida te hurten á mis quejas  
Púrpúreos troncos de corales ciento,  
O al disonante número de almejas,  
Marino, si agradable no, instrumento,  
Coros tejendo estés, escucha un día  
Mi voz, por dulce, cuando no por mia.

»Pastor soy; mas tan rico de ganados,  
Que los valles impido mas vacíos,  
Los cerros desparezco levantados  
Y los caudales seco de los ríos (30);  
No los que de sus ubres desatados,  
O derivados de los ojos míos,  
Leche corren y lágrimas; que iguales  
En número á mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores,  
Senos que ignora aun la golosa cabra,  
Corchos me guardan mas que abeja flores  
Liba inquieta é ingeniosa labra (31);  
Troncos me ofrecen mayores  
Cuyos enjambres, ó el abril los abra,  
O los desate el mayo, ámbar destilan  
Y en rucas de oro rayos del sol litan.

»Del Júpiter soy hijo de las ondas,  
Aunque pastor; si tu desden no espera  
A que el monarca de esas grutas hondas  
En tronco de cristal te abraza nuera,  
Polifemo te llama, no te escondas;  
Que tanto esposo adora la ribera  
Cual otro no vió Febo mas robusto  
Del perezoso Bolga al Indo adusto (32).

(28) Así Salcedo y otros; Pellicer dice *aquella*. Añade además que en algunos manuscritos se lee *blanda* en vez de *blanca*.

(29) Así Pellicer; otros ponen: *la luz*.

(30) Pellicer, Salcedo y otros así escriben este verso; otros ponen *caudales* en vez de *caudales*.

(31) Así Pellicer; otros suprimen la *y*.

(32) Así Pellicer; los mas de los editores de Góngora leen:

Del perezoso Belga al Indo adusto.

Pellicer dice:

«Así se ha de leer *Bolga*, no *Belga*. Dos explicaciones tiene este verso; ó lo podemos entender desde Bulgaria á la India, por los rios ó por las provincias de estas dos naciones... Dirán que no es buena frase desde Septentrion á Oriente. Aquí don Luis solo pone los dos extremos de calor y frío de Scitia y Etiopía, para significar la distancia que hay de una zona á otra.»

Salcedo escribe:

«Llama don Luis al *Belga* perezoso. No sé qué le pudo mover, siendo este epíteto opuesto totalmente á su naturaleza, porque

»Sentado, á la alta palma no perdona  
Su dulce fruto mi robusta mano;  
En pié, sombra capaz es mi persona  
De innumerables cabras el verano.  
¿Qué mucho, si de nubes se corona  
Por igualarme la montaña en vano,  
Y en los cielos desde esta roca pnedo  
Escribir mis desdichas con el dedo?

»Marítimo Alcion, roca eminente  
Sobre sus huecos coronaba el día,  
Que espejo de zafiro fué luciente  
La playa azul de la persona mia;  
Miréme, y lucir vi un sol en mi frente  
Cuando en el cielo un ojo se veía;  
Neutra el agua, dudaba á cuál fe preste (33),  
Al cielo humano ó al ciclope celeste.

»Registra en otras puertas el venado  
Sus años, su cabeza colmillada  
La fiera, cuyo cerro levantado  
De helvecias picas es muralla aguda;  
La humana suya el caminante errado  
Vió ya á mi cueva, de piedad desnuda,  
Albergue hoy, por tu causa, al peregrino,  
Do halló reparo, si perdió el camino.

»En tablas dividida rica nave  
Besó la playa miserablemente,  
De cuantas vomitó riquezas grave  
Por las bocas del Nilo el Oriente;  
Yugo aquel día, y yugo bien suave,  
De fiero mar a la sauda frente  
Imponiéndole estaba, si no al viento,  
Dulcísimas coyundas mi instrumento;

»Cuando entre globos de agua entregar veo  
A las arenas ligurina haya,  
En cajas los aromas del Sabeo,  
En cofres las riquezas de Cambaya,  
Delicias de aquel mundo, ya troleo  
De Scila, que ostentado en nuestra playa  
Lastimoso despojo fué dos días  
A las que esta montaña eugendra arpias.

»Segunda tabla á un ginovés mi gruta  
De su persona fué, de su hacienda;  
La una reparada, la otra enjuta,  
Relacion del naufragio hizo horrenda;  
Luciente paga de la mejor fruta  
Que en yerbas se reclina ó en hilos penda,  
Colmillo fué del animal que el Ganges  
Sufrir muros le vió, romper falanjes.

»Arco digo gentil, brñüda aljaba,  
Obras ambas de artífice protijo,  
Y de Malaco rey á deidad Java (34)  
Alto don, según ya mi huésped dijo;  
De aquel la mano, desta el hombro agrava;  
Convencida la madre, imita al hijo;  
Serás á un tiempo en estos horizontes  
Vénus del mar, Cupido de los montes.»

Su horrenda voz, no su dolor interno,  
Cabras aquí le interrumpieron cuantas  
Vagas el pié, sacrilegas el cuerno  
A Baco se atrevieron en sus plantas;  
Mas, conculcado el pámpano mas tierno,  
Viendo el fiero pastor, voces él tantas,  
Y tantas despidió la honda piedras,  
Que el muro penetraron de las hiedras.

De los ñudos con esto mas suaves  
Los dulces dos amantes desatados,  
Por duras gñijas, por espinas graves  
Solicitan el mar con piés alados;

son animosos, atrevidos, armigeros, fuertes, inquietos y sumamente arrojados. Yo creo que fue yerro de los manuscritos, y que don Luis dijo *del belicoso Belga*, y no del *perezoso*. Desta duda nos sacará la interpretación de Pedro de Ribas, y aunque yo no me conformo en este sentido, la pondré para que el lector elija lo que mas gustare.» Lee Pedro de Ribas:

Del perezoso Bolga al Indo adusto.

Aquí se habla de los dos rios, el Bolga y el Indo.

(33) Así Salcedo, Pellicer, Faria y otros; algunos leen: *se preste*.

(34) Otros leen *Maluco* en vez de *Malaco*.



Tal redimiendo de importunas aves,  
Incauto meseguero sus sembrados  
De liebres dirimió copia así amiga (55),  
Que vario sexo unió y un sulco abriga.

Viendo el fiero jayan con paso mudo  
Correr al mar la fugitiva nieve,  
Que á tanta vista el libico desnudo  
Registra el campo de su adarga breve,  
Y al garzon viendo, cuantas mover pudo  
Celoso trueno, antiguas bayas mueve,  
Tal antes que la opaca nube rompa  
Previene rayo luminante trompa.

Con violencia desgajó infinita  
La mayor parte de la excelsa roca (56),  
Que al jóven, sobre quien la precipita,  
Urna es mucha, pirámide no poca;  
Con lágrimas la ninfa solicita  
Las deidades del mar, que Acis invoca;  
Concurren todas, y el peñasco duro  
La sangre que exprimió cristal fué puro.

Sus miembros lastimosamente oprimos  
Del escollo fatal fueron apenas,  
Que los piés de los árboles mas gruesos  
Calzó el líquido aljófár de sus venas;  
Corriente plata al fin sus blancos huesos  
Lamiendo flores y argentando arenas (57),  
A Dóris llega, que con llanto pio  
Verlo lo saludó, lo aclamó rio.

## SOLEDADES.

### Al excelentísimo señor Duque de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante  
Cuantos me dictó versos dulce musa,  
En soledad confusa  
Perdidos unos, otros inspirados (58).  
; Oh tú, que de venablos impellido,  
Muros de abeto, almenas de diamante,  
Eates los montes, que de nieve armados,  
Gigantes de cristal, los teme el cielo;  
Donde el cuerno, del eco repetido,  
Fieras te expone, que al tenido snelo  
Muertas, pidiendo términos disformes,  
Espumoso coral le dan al Tórnes,  
Arrima a un fresno el fresno, cuyo acero  
Sangre sudando, en tiempo hará breve  
Purpurear la nieve,  
Y en cuanto da el solícito montero,  
Al duro roble, al pino levantado,  
Erucos vividores de las peñas,  
Las formidables señas  
Del oso que aun besaba, atravesado,  
La asta de tu lucien' o jahalina,  
O lo sagrado supla de la encina  
Lo angusto del dosel ó de la fuente,  
La alta ceneta lo majestuoso  
Del sitial á tu deidad debido.  
; Oh Duque esclarecido!  
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,  
Y entregados tus miembros al reposo  
Sobre el de grama césped no desnudo,  
Déjate un rato hallar del pié acertado,  
Que sus errantes pasos ha votado;  
A la real cadena de tu escudo  
Floure suave, generoso mudo.  
Libertad, de fortuna perseguida:  
Que á tu piedad Euterpe agradecida,  
Su canoro dará dulce instrumento,  
Cuando la fama no su trompa al viento.

(55) Otros leen : *así copia.*

(56) Así Salcedo, Pellicer y otros; algunas ediciones leen : *La mayor puerta.*

(57) Otros ponen :

Lamiendo flores, argentando arenas.

(58) Y otros inspirados, dicen algunas ediciones.

## SOLEDAD PRIMERA.

Era del año la estacion florida  
En que el mentido robador de Europa  
Media luna las armas de su frente,  
Y el sol todos los rayos de su pelo,  
Luciente honor del cielo  
En campos de zaliro paco estrellas,  
Cuando el que administrar podia la copa  
A Júpiter mejor que el garzon de Ida,  
Náufrago y desdenado, sobre ausente,  
Lagrinosas de amor dulces querellas  
Da al mar, que condolido  
Fué á las ondas, fué al viento,  
El misero gemido,  
Segundo de Arion dulce instrumento,  
Del siempre en la montaña opuesto pino  
Al enemigo noto,  
Piadoso miembro roto,  
Brave tabla, del'in no fué pequeño  
Al inconsiderado peregrino  
Que á una Libia de ondas su camino  
Fió, y su vida á un leño;  
Del Océano pues antes sorbido,  
Y luego vomitado  
No léjos de un escollo coronado  
De secos juncos, de calientes plumas,  
Alga todo y espumas,  
Halló hospitalidad donde halló nido  
De Júpiter el ave.  
Besa la arena, y de la rota nave  
Aquella parte poca  
Que le expuso en la playa dió á la roca;  
Que aun se dejan las peñas  
Lisonjear de agradecidas señas.  
Desnudo el jóven, cuanto ya el vestido  
Océano ha bebido,  
Restituir le hace á las arenas,  
Y al sol lo extiende luego,  
Que lamiéndolo apenas  
Su dulce lengua de templado fuego,  
Lento lo embiste, y con suave estilo  
La menor onda chupa al menor hilo.  
No bien pues de su luz los horizontes,  
Que hacian desigual, confusamente  
Montes de agua y piélagos de montes,  
Desdorados los sienten,  
Cuando entregado el misero extranjero  
En lo que ya del mar redimió fiero,  
Entre espinas crepusculos pisando,  
Riscos que aun igualara mal volando  
Volez é inrémida ala,  
Menos cansado que confuso, escala.  
Venida al fin la cumbre  
Del mar siempre sonante,  
De la muda campaña  
Arbitro igual é inexpugnable muro,  
Con pié ya mas seguro  
Decina al vacilante  
Breve esplendor de mal gustinta lumbre,  
Farol de una cabaña  
Que sobre el cerro está, en aquel incierto  
Golfo de sombras anunciando el puerto.  
« Rayos, les dice, cuando no de Leda  
Trémulos hijos, sed de mi fortuna  
Término luminoso » Y recelando  
De envidiosa bárbara arboleda  
Interposicion, cuando  
De vientos no conjuracion alguna,  
Cual haciendo el villano  
La fragosa montaña fácil llano,  
Atento sigue aquella,  
Aun á pesar de las tinieblas bella,  
Aun á pesar de las estrellas clara,  
Piedra, indigna tiara,  
Si tradicion apócrifa no miente,  
De animal tenebroso, cuya frente  
Carro es brillante de nocturno dia;  
Tal diligente, el paso  
El jóven apresura,  
Midiendo la espesura  
Con igual pié, que el raso

Fijó, á despecho de la niebla fría,  
 En el carbunclo, norte de su aguja,  
 O el austro brame ó la arboleda cruja.  
 El can ya vigilante  
 Convoca, despidiendo al caminante,  
 Y la que desviada  
 Luz poca pareció, tanta es vecina,  
 Que yace en ella la robusta enclina,  
 Mariposa en cenizas desatada.  
 Llego pues el mancebo, y saludable,  
 Sin ambicion, sin pompa de palabras,  
 De los conducidores fué de cabras,  
 Que á Vulcano tenían coronado:  
 \*; *O bienaventurado*  
*Albergue á cualquier hora,*  
 Templo de Páles, alquería de Flora!  
 No moderno artificio  
 Borró diseños, bosquejé modelos,  
 Al cóncavo ajustando de los cielos  
 El sublime edificio;  
 Retamas sobre robre  
 Tu fábrica son pobre,  
 Do guarda, en vez de acero,  
 La ignorancia al cabrero  
 Mas que el silbo al ganado.  
 ; *O bienaventurado*  
*Albergue á cualquier hora!*  
 No en ti la ambicion mora  
 Hidrópica de viento,  
 Ni la que su alimento  
 El áspid es gitano;  
 No la que en vulto comenzando humano,  
 Acaba en mortal fiera,  
 Esfinge bachillera,  
 Que hace hoy á Narciso  
 Ecos solicitar, desdeñar fuentes,  
 Ni la que en salvas gasta impertinentes  
 La pólvora del tiempo mas preciso;  
 Ceremonia profana  
 Que la sinceridad burla villana  
 Sobre el corvo cayado.  
 ; *Oh bienaventurado*  
*Albergue á cualquier hora!*  
 Tus umbrales ignora  
 La adulacion, sítena  
 De reales palacios, cuya arena  
 Besó, y á tanto leño  
 Trofeos dulces de un canoro sueño,  
 No á la soberbia está aquí la mentira  
 Dorándole los pies en cuanto gira  
 La esfera de sus plumas,  
 Ni de los rayos baja á las espumas  
 Favor de cera alado.  
 ; *Oh bienaventurado*  
*Albergue á cualquier hora!* (59).  
 No pues de aquella tierra, engendradora  
 Mas de liebrezas que de cortesía,  
 La gente parecia  
 Que hospedó al forastero  
 Con pecho igual de aquel candor primero,  
 Que en las selvas contento,  
 Tienda el fresco le dió, el robre alimento.  
 Limpio sayal, en vez de blanco lino,  
 Cubrió el cuadrado pino,

(59) Solís introduce, en su comedia *Amor es arte de amar*, el fragmento siguiente de las *Soledades*, con las variaciones que se verán:

; *Oh bienaventurado*  
 Albergue á cualquier hora!  
 No en ti la ambicion mora  
 Ni á ti llega el cuidado,  
 ; *Oh bienaventurado!*  
 ; *Oh bienaventurado!*  
 Retamas sobre robre  
 Tu fábrica son pobre,  
 Tu cetro es el cayado,  
 ; *Oh bienaventurado!*  
 ; *Oh bienaventurado!*  
 Do guarda, en vez de acero,  
 La ignorancia al cabrero  
 Mas que el silbo al ganado,  
 ; *Oh bienaventurado!*

Y en boj, aunque rebelde, á quien el torno  
 Forma elegante dió sin culto adorno;  
 Leche que exprimir vió la alba aquel dia,  
 Mientras perdían con ella  
 Los blancos liliós de su frente bella,  
 Gruesa le dan y fría,  
 Impenetrab e casi á la cuchara,  
 Del sabio Alcimedon invencion rara;  
 El que de cabras fué dos veces ciento  
 Esposo casi un lustro, cuyo diente  
 No perdonó a racimo aun en la frente  
 De Baco, cuanto mas en su sarmiento,  
 Triunfador siempre de celosas lides,  
 Lo coronó el Amor; mas rival tierno,  
 Breve de barba y duro no de cuerno,  
 Redmió con su muerte tantas vides,  
 Servido ya en cecina,  
 Púrpúros hilos es de grana fina.  
 Sonre corchos despues mas regalado  
 Sueño le solicitan pieles blandas,  
 Que al príncipe entre holandas  
 Púrpura tiria y milanés brocado.  
 No de humosos vinos agravado  
 Es Sisifo en la cuesta y en la cumbre;  
 De ponderosa vana pesadumbre (40)  
 Es, cuanto mas despierto, mas burlado.  
 De trompa militar no, ó destemplado (41)  
 Son de cajas, fué el sueño interrumpido;  
 De can sí embravecido,  
 Contra la seca hoja  
 Que el viento repeló á alguna coscoja.  
 Durmió, y recuerda en fin, cuando las aves,  
 Esquilas dulces de sonora pluma,  
 Señas dieron suaves  
 De la alba al sol, que el pabellon de espuma  
 Dejó, y en su carroza  
 Ravó el verde obelisco de la choza.  
 Agradecido pues el peregrino,  
 Deja el albergue, y sale acompañado  
 De quien lo lleva, donde levantado,  
 Distante pocos pasos del camino,  
 Imperioso mira la campaña  
 Un escollo, apacible galería,  
 Que festivo teatro fué algun dia  
 De cuantos pisan faunos la montaña.  
 Llegó, y á vista tanta  
 Obedeciendo la dudosa planta,  
 Imóvil se quedó sobre un lentisco,  
 Verde balcón del agradable risco.  
 Si mucho poco mapa le despliega,  
 Mucho es mas lo que nieblas desatando,  
 Confunde el sol y la distancia niega;  
 Muda la admiración, hal la callando,  
 Y ciega un rio sigue, que luciente  
 De aquellos montes hijo,  
 Con forceido discurso, aunque prolijo,  
 Tiranía los campos útilmente;  
 Orladas sus orillas de frutales,  
 Si de flores, tomadas no á la aurora,  
 Derecho corre mientras no provoca  
 Los mismos altos el de sus cristales;  
 Tiene un trecho de sí, y se alcanza luego;  
 Desviase, y huciendo los desvios,  
 Errores dulces, dulces desvarios  
 Hacen sus aguas con lascivo fuego,  
 Engazando edificios en su plata,  
 De quintas coronado, se dilata  
 Majestuosamente,  
 En brazos dividido caudalosos  
 De islas, que paréntesis frondosos  
 Al periodo son de su corriente  
 De la alta gruta donde se desata (42)

(40) Así Pellicer, Faria y otros; Hoces lee *poderosa*.

(41) Así Pellicer; otros leen: *ó de templado*, en vez de *destemplado*.

(42) Este y los trece versos que le preceden no se hallan en las ediciones de Hoces, Faria y otros. En su lugar se lee lo siguiente:

Orladas sus orillas de frutales,  
 Quiere la copia que su cuerno sea,

Hasta los jaspes líquidos, adonde  
 Su orgullo pierde y su memoria esconde.  
 «Aquellas que los árboles apenas  
 Dejan ser torres hoy, dijo el cabrero  
 Con muestras de dolor extraordinarias,  
 Las estrellas nocturnas luminarias  
 Eran de sus almenas (45).  
 Cuando el que ves sayal fué limpio acero,  
 Yacen agora sus desinidas piedras;  
 Visten piadosas yedras,  
 Que á ruinas, estragos,  
 Sabe el tiempo hacer verdes halagos.»  
 Con gusto el jóven y atencion le oia,  
 Cuando torrentes de armas y de perros,  
 Que si precipitados no los cérrros,  
 Las personas tras de un lobo traia.  
 Tiempo discreto y dulce compañía  
 Dejar hizo al serrano.  
 Que del sublime espacioso llano  
 Al huésped al camino reduciendo,  
 Al venatorio estuendo  
 Pasos dando veloces,  
 Número crece y multiplica voces;  
 Bajaba entre si el jóven admirado,  
 Armado, á Pan ó Semicaprio á Marte  
 En el pastor mentidos, que con arte  
 Cuyo principio dió al discurso, cuando  
 Rémorra de sus pasos, fué su oido  
 Dulcemente impedido  
 de canoro instrumento, que pulsado  
 Era de una serrana junto á un tronco  
 Sobre un arroyo, de quejarse ronco,  
 Mudo sus ondas, cuando no enfrenado.  
 Otra con ella mostraraz zagala  
 Juntaba el cristal líquido al humano  
 Por el arcaduz bello de una mano,  
 Que al mo menos pecia, al otro iguala.  
 Del verde margen otra las mejores  
 Rosas traslada y lílios al edoello,  
 O por lo matizado ó por lo bello.  
 Si Aurora no con rayos, sol con flores;  
 Negras pizarras entre blancos dedos  
 Ingeniosas tiene otra que dando  
 Que aun los peñascos la escucharan quedos.  
 Al son pues deste rudo (44)  
 Sonoroso instrumento,  
 Lasciva el movimiento,  
 Mas los ojos le presta,  
 Altera otra, bailando, la floresta.  
 Tantas al fin el arroyo ó a tantas  
 Montañas da el prado, que dirias  
 Ser menos las que verdes hamadrias  
 Abortaron las plantas;  
 Inundacion hermosa  
 Que la montaña hizo populosa  
 De sus aldeas todas  
 A pastorales bodas.  
 De una encina embebido  
 En lo cóncavo el jóven mantenía  
 La vista de hermosura y el oido  
 De métrica armonia;  
 El sileno buscaba  
 De aquellas que la sierra dió hacantes,  
 Ya que ninfas las niega ser errantes  
 El hombre sin aljaba,  
 O si del Termocónte,  
 Emulo el arroyuelo desatado  
 De aquel fragoso monte,  
 Escuadron de amazonas desarmado,  
 Tremola en sus riberas  
 Pacificas banderas.  
 Vulgo lascivo erraba  
 Al voto del mancebo,

Si el animal armaron de Amaltea;  
 Dábanos cristales,  
 Engazando edificios en su plata,  
 De muros se corona,  
 Rocas abraza, islas aprisiona,  
 Hasta los jaspes líquidos, adonde, etc.

(45) Otros leen *fueros*.(44) Algunos leen *mudo*.

El vago de ambos sexos sacudido,  
 Al tiempo que, de flores impeado  
 El que ya serenaba  
 La region de su frente rayo nuevo,  
 Púrpura ternucuela conducida  
 De su madre, no menos enramada,  
 Entre albugues se ofrece acompañada  
 De juventud florida (45).  
 Cual dellas las pendientes sumas graves  
 De negras baja, de crestadas aves,  
 Cuyo lascivo esposo vigilante  
 Doméstico es del sol nuncio canoro,  
 Y de corni barbado, no de oro  
 Cúe, si no de púrpura, turbante,  
 Quien la cerviz oprime  
 Con la manchada copia  
 De los cabritos mas retozadores,  
 Tan golesos, que gime  
 El que menos peinar puede las flores  
 De su guinada propia.  
 No el sitio, no, fragoso,  
 No el torcido taladro de la tierra,  
 Privilegio en la sierra  
 La paz del con-juelo temeroso;  
 Trofeo ya su número es a un hombre,  
 Si cargá no y asombro.  
 Tú, ave peregrina,  
 Arrogante esplendor, ya que no bello,  
 Del ultimo occidente  
 Penda el rugoso nécar de tu frente  
 Sobre el crespo zaliro de tu cuello,  
 Que Himeneo á sus mesetas te destina (46).  
 Sobre dos hombros larga vara ostenta  
 En cien aves cien piro de rubies,  
 Tafiletos calzados carmesies,  
 Emulacion y alreña  
 Aun de los berberiscos,  
 En la inculta region de aquellos riscos,  
 Lo que lloró la aurora,  
 Si es néctar lo que llora,  
 Y antes que el sol enjuga,  
 La abeja que madurga  
 A libar flores y á chupar cristales,  
 En celdas de oro líquido en pañales  
 La orza contenía  
 Que un montañés traía.  
 No excedía la oreja  
 El pululante ramo  
 Del ternezuelo gamo,  
 Que mal llevar se deja,  
 Y con razon, que el cálamo desdeña  
 La sombra ana de lisonja tan peñeña.  
 El arco del camino pues torcido,

(45) Pelticcer escribe en su *Comento*:

«En algunos manuscritos halló en pos de los versos de arriba un trozo no vulgar, que dice:

«Treinta robustos montañeses dueños  
 De las que á los pitones  
 En la tierra hujuela temer vieras.  
 No va á la vaca, no en las empulguerás  
 Del arco de titana,  
 Dameria serrana.

«Como si dijera que la juventud florida que venia acompañando  
 ja ternucuela eran treinta mancebos, hermanos ó deudos de las  
 montañesas, que temian mas los encuentros de la ternucuela y sus  
 cuernecillos con melindres de damas, que á la vaca que venia en-  
 maromada ó con guindaleta. En los manuscritos que enmendó por  
 Lris no se hallan estos versos; pero no obstante, quise estampar  
 para que se entienda la bondad de sus escritos, pues las  
 limaduras son del mismo metal que lo demás.»

(46) El mismo Pelticcer dice lo siguiente:

«La edicion de Madrid lee así, pero en muchos manuscritos se  
 lee diferente, aunque ambas con un mismo sentido:

«Tú, ave peregrina,  
 Cuya rana en los últimos remates  
 Del occidente queda,  
 Sea, si enoja no, pompa á tu celda,  
 Que en cuanto tu collar se altera  
 A ser todo zaliro, y no grande,  
 Destinada la veo  
 A goloso himeneo.»

Que habian con trabajo  
 Por la fragosa cuerda del atajo  
 Las gallardas serranas desmentido,  
 De la cansada juventud vencido  
 Los fuertes hombros con las cargas graves,  
 Treguas hechas suaves,  
 Sueño le ofrece á quien buscó descanso  
 El ya sañudo arroyo, agora manso.  
 Merced de la hermosura que ha hospedado,  
 Efectos, si no dulces, del contento  
 Que en las lucientes de marfil clavijas  
 Las duras enerdas de las negras guijas  
 Hicieron á su curso acelerado  
 En cuanto á su furor perdonó el viento.  
 Menos en renunciar tardo la cucina  
 El extranjero errante  
 Que en reclinarse el menos fatigado  
 Sobre la grana que se viste fina  
 Su bella amada, deponiendo amante  
 En las vestidas rosas su cuidado.  
 Saludólos á todos cortesmente,  
 Y admirado no meos  
 De los serranos que correspondido,  
 Las sombras solícita de unas peñas,  
 De lágrimas los tiernos ojos llenos,  
 Reconociendo el mar en el vestido,  
 Que beberse no pudo el sol ardiente  
 Las que siempre dará cerúleas señas.  
 Político serrano,  
 En canas grave, habló desta manera :  
 « ¿Cuál tigre, la mas fiera  
 Que clima inflamó hircano,  
 Dió el primer alimento  
 Al que ya deste ó aquel mar primero  
 Surcó labrador fiero  
 El campo nudoso en mal nacido pino,  
 Vaga Grecia del viento,  
 En telas hecho antes que en flor el lino?  
 Mas armas introdujo este marino  
 Monstruo, escamado de robustas hayas,  
 A las que tanto mar dividió playas,  
 Que confusion y fuego  
 Al frigio muro el otro leño griego.  
 Náutica industria investigó tal piedra,  
 Que cual abraza vedra  
 Escollo, el metal ella fulminante  
 De que Marte se viste, y lisonjera  
 Solícita el que mas brilla diamante  
 En la nocturna capa de la esfera;  
 Estrella nuestro polo mas vecina,  
 Y con virtud no poca  
 Distante la revoca,  
 Elevada la inclina  
 Ya de la aurora bella  
 Al rosado balcón y á la que sella  
 Cerúlea tumba fria  
 Las cenizas del dia.  
 En esta pues fiándose atractiva,  
 Del norte amante dura, alado rolle  
 No hay tormentoso cabo que no doble  
 Ni isla hoy á su vuelo fugitiva.  
 Tifis el primer leño mal seguro  
 Condujo, muchos luego Palinuro,  
 Si bien por un mar ambos, que la tierra  
 Estanque dejó hecho,  
 Cuyo faroso estrecho  
 Una y otra de Alcides llave cierra,  
 Piloto hoy la codicia, no de errantes  
 Arboles, mas de selvas incoustantes,  
 Al padre de las aguas Oceano,  
 De cuya monarquía  
 El sol que cada dia  
 Nace en las ondas, y en las ondas muere,  
 Los términos saber todos no quiere,  
 Dejó primero de su espuma caño,  
 Sin admitir segundo  
 En inculcar sus limites al mundo.  
 Abetos suyos tres aquel tridente  
 Violador á Neptuno,  
 Conculcado hasta allí de otro ninguno,  
 Besando las que al sol el occidente  
 Le corre el lecho azul de aguas marinas,

Turquesadas cortinas.  
 A pesar luego de aspides volantes,  
 Sombra del sol y ósigo del viento,  
 De caribes flechados, sus banderas  
 Siempre gloriosas, siempre tremolantes,  
 Rompieron los que armó de plumas ciento  
 Lestrigones el istmo, aladas lieras;  
 El istmo que al Oceano divide  
 Y sierpe de cristal puntar le impide  
 La cabeza del norte coronada  
 Con la que ilustra el sur cola escamada  
 De antárticas estrellas.  
 Segundos leños dió a segundo polo  
 En nuevo mar, que le riadó no solo  
 Las blancas hijas de sus conchas bellas,  
 Pero los que lograr no supo Midas  
 Metales homicidas,  
 No le bastó despues á este elemento  
 Conducir orcas, alistar ballenas,  
 Mararse de montañas esponjosas,  
 Inflamar blanqueando sus arenas  
 Con tantas del primer atrevimiento  
 Señas, aun á los buitres lastimosas,  
 Para con estas lastimosas señas  
 Temeridades enfrenar segundas.  
 Tu, Codicia, tu pues de las profundas  
 Estigias aguas torpe marinero.  
 Cuantos abre sepuleros el mar fiero  
 A tus huesos desleñas.  
 El promontorio que Eolo sus rocas  
 Candelados hizo de otras nueva grutas,  
 Para el austro de alas nunca euntas,  
 Para el cierzo espirante por cien bocas  
 Doblaste alegre, y tu ostinada entena  
 Cabo le hizo de esperanza buena.  
 Tantos luego astronómicos prosagios  
 Frustrados, tanta náutica doctrina,  
 Debajo de la zona aun mas vecina  
 Al sol, calmas vencidas y naufragios,  
 Los reinos de la aurora al fin besaste,  
 Cuyos purpúreos senos perlas netas,  
 Cuyas minas secretas  
 Hoy te guardan su mas precioso engasto;  
 La aromática selva penetraste,  
 Que al pajar de Arabia, cuyo vuelo  
 Arco alado es del cielo,  
 No corvo, mas tendido,  
 Pira le erige, le construye nido.  
 Zodiaco despues fué cristalino  
 A glorioso pino,  
 Emulo vago del ardiente coche  
 Del sol, este elemento  
 Que cuatro veces habia sido ciento  
 Dosel al dia y tálamo á la noche,  
 Cuando halló de fugitiva plata  
 La visagra, auaque estrecha, abrazadora  
 De un Oceano y otro siempre uno,  
 O las columnas bese ó la escarlata,  
 Tapete de la aurora.  
 Esta pues nave agora  
 En el húmido templo de Neptuno  
 Varada pende á la inmortal memoria  
 Con nombre de Vitoria.  
 De firmes islas no la inmóvil flota  
 En aquel mar del alba te describo,  
 Cuyo número, ya que no lascivo,  
 Por lo bello agradable y por lo vario  
 La dulce confusion hacer podia.  
 Que en los blancos estanques del Eurota  
 La virginal desnuda montería  
 Haciendo escollos ó de mármol pario  
 O de terso marfil sus miembros bellos,  
 Que pudo bien Acteon perderse en ellos.  
 El bosque dividido en islas pocas,  
 Fragante productor de aquel aroma  
 Que traducido mal por el Egipto,  
 Tarde le encomendó el Nilo á sus bocas,  
 Y ellas mas tarde á la golosa Grecia;  
 Clavo no, espuela si del apetito.  
 Que en cuanto conocella tardó Roma  
 Fué templado Caton, casta Lucrecia;  
 Quédese, amigo, en tan inciertos mares,

Donde con mi hacienda  
 Del alma se quedó la mejor prenda,  
 Cuya memoria es bñite de pesares. »  
 En suspiros con esto,  
 Y en mas anegó lágrimas el resto  
 Del discurso prolijo (47)  
 Que el viento su caudal y el mar su hijo.  
 Consolallo pudiera el peregrino  
 Con las de su edad corta historias largas,  
 Sí, vinculados todos á sus cargas,  
 Cual próvidas hormigas á sus niéces,  
 No comenzaran ya los montañeses  
 A esconder con el número el camino,  
 Y el cielo con el polvo. Enjugo el viejo  
 Del tierno humor las venerables canas,  
 Y levantando al forastero, dijo:  
 «Cabo me han hecho, hijo,  
 Beste hermoso tercio de serranas;  
 Si tu neutralizad sulre consejo,  
 Y no te fuerza obligacion preñisa,  
 La piedad que en mi alma ya te hospeda  
 Hoy te enviara al que nos guarda el sueño,  
 Política almeña,  
 Verde nardo de aquel lugar pequeño  
 Que á pesar de esas frescas se divisa;  
 Sigue la leñend tropa conmigo,  
 Y veras curioso y honrarás testigo  
 El tálamo de nuestros labradores,  
 Que de tu calidad señas mayores  
 Me dan que del Océano sus paños,  
 Ó razon hasta donde sobran años.»  
 Mal pudo el extranjero agradecido  
 En tercio tal negar tal compañía  
 Y en tan noble ocasion tal hospedaje.  
 Alegres pisan la que, si no era  
 De otros calle y de álamas carrera,  
 El fresco de los céfiras ruido,  
 El denso de los árboles colaje  
 En duda ponen cuál mayor hacia  
 Girra al calor ó resistencia al día.  
 Coros tejendo, voces alternando,  
 Sigue la dulce escuadra montañesa  
 Del perezo arroyo el paso lento,  
 En cuanto el hurta blando  
 Entre los olmos que robustos besa  
 Pedazos de cristal que el movimiento  
 Libra en la balda, en el cóturno ella  
 De la colana bella,  
 Ya que celosa basa...  
 Dispensadora del cristal no escasa.  
 Sirenas de los montes su contento  
 A la que menos del sañado viento  
 Pudiera antigua planta  
 Temer ruina ó recelar fracaso,  
 Pasos hiciera dar el menor paso  
 De su pé ó su gaitana.  
 Pintadas aves, cilaras de pluma  
 Coronaban la hábara capilla  
 Mientras el arroyuelo para oilla  
 Hace de blanca espuma  
 Tantas orejas cuantas guijas lava,  
 De donde es fuente adonde arroyo acaba.  
 Vencedores se arrojan los serranos  
 Los consignados premios otro día,  
 Ya al formidable salto, ya á la ardiente  
 Lucha, ya á la carrera polvorosa.  
 El menos ágil cuantos comarcanos  
 Convoca el caso, él solo desafia,  
 Consagrando los palios á su esposa,  
 Que á mucha fresca rosa  
 Beber el sudor hace de su frente (48),

(47) Así Hoces, Pellicer y otros; Faria lee:

De su discurso el montañés prolijo.

(48) Pellicer dice:

«El sentido que esto tiene no es muy fácil; yo decía que los serranos, fatigados en el cansancio y fatiga de las cargas que llevaban, sudaban y llegaban al rostro sus mujeres, y entre las rosas de sus mejillas enjugaban el sudor; pero nuestro amigo don Gabriel de Roa, gran poeta, gran amigo de don Luis y grande imitador suyo, de cuyo manuscrito me he valido, me advirtió que

Mayor aun del que espera  
 En la lucha, en el salto, en la carrera.  
 Centro apacible un círculo espacioso  
 A mas e amijos que una estrella rayos  
 Hacia, bien de pobos, bien de alisos,  
 Donde la primavera,  
 Calzada abril y vestida mávos,  
 Gentil es sara de cristal meloso  
 A un pedernal ornado de narcisos.  
 Este pues centro era  
 Meta mibrosa al vaquero convecino  
 Y delicioso termino al distante  
 Donde aun cansado mas que el caminante  
 Concurría el camino.  
 Al contento se abaten cristalino  
 Sedientas las serranas,  
 Cual simples en botanices al reclamo  
 Que les miente la voz, y verde vela  
 Entre la no espigada mies la tela.  
 Místicas hojas viste el menor ramo  
 Del álamo que peña verdes canas;  
 No céfiras ea él, no ruiseñeres  
 Lisajear pudieron breve rato  
 Al montañés, que ingrato  
 Al fresco, á la azucema y á las flores,  
 Del sitio pisa ameno  
 La fresca yerba, cual la arena ardiente  
 De la Libia, y á cuantas da la fuente  
 Serpes de aljofar, aun mayor veneno  
 Que á las del Ponto tímido atribuye,  
 Segun los piés, segun los labios huye.  
 Pasaron todos pues, y regulados  
 Cual en los equinocios sulcar vemos  
 Los piélagos del aire libre algunas  
 Volantes no galeras,  
 Si no grullas veleras,  
 Tal vez creciendo, tal menguando lunas,  
 Sus distantes extremos  
 Caractères tal vez formando alados  
 En el papel diáfano del cielo  
 Las plumas de su vuelo (49).  
 Ellas en tanto en bóve las de sombras,  
 Pintadas siempre al fresco,  
 Cubren las que sí en telar turquesco  
 No ha sabido imitar verdes alfombras.  
 Apenas reclinaron la cabeza  
 Cuando en número iguales y en belleza,  
 Los márgenes matiza de las fuentes  
 Segunda primavera de villanas,  
 Que parientas del novio aun mas cercanas  
 Que vecinos sus pueblos, de pre-sentes  
 Prevenidas concurren á las bodas.  
 Mezcladas hacen todas  
 Teatro dulce, no de escena muda,  
 El apacible sitio, espacio breve  
 En que á pesar del sol enajada nieve,  
 Y nieve de colores mil vestida,  
 La sombra vió florida  
 En la yerba menuda.  
 Viendo pues que igualmente les quedaba  
 Para el lugar á ellas de camino  
 Lo que al sol para el lóbrego occidente,  
 Cual de aves se caló turba canora  
 A robusto negad que acequia lava  
 En cerendo vecino  
 Cuando á nuestros antipodas la aurora  
 Las rosas gozar deja de su frente,  
 Tal sale aquella que sin alas vuela  
 Hermosa escuadra con ligero paso,  
 Haciéndole atalayas del ocaseo  
 Cuantos humeros cuenta la aldehueta.  
 El lento escenadron luego  
 Alcanzan de serranos,  
 Y disolviendo allí la compañía,  
 Al pueblo llegan con la luz que el día  
 Cedió al sacro volcan de errante fuego,  
 Á la torre de luces coronada,

lo que don Luis quiso decir allí era que cada zagala limpiaba á su esposo con pedruzcos de rosas desahujadas el sudor de su frente. A mi se me hace duro; otro lo decida.»

(49) Pellicer omite este verso.

Que el templo ilustra y á los aires vanos  
 Artificiosamente da exhalada  
 Luminosas de pólvora saetas,  
 Púrpúros no cometas,  
 Los fuegos pues el joven solemniza,  
 Mientras el viejo tanta acusa tea  
 Al de las bodas dios, no alguna sea  
 De nocturno Faeton carroza ardiente,  
 Y miserablemente  
 Campo amanceza estéril de ceniza  
 La que anocheció aldea.  
 De Alcides le llevo fuego á las plantas,  
 Que estaba no muy lejos,  
 Trezándose el cabello verde á cuantas  
 Da el fuego luces y el arroyo espíjos.  
 Tanto garzon robusto,  
 Tanta ofrecen los alamos zagala,  
 Que abreviara el sol en una estrella  
 Por verla menos bella  
 Cuantos sulula rayos el Bengala,  
 Del Ganges cisne adusto.  
 La gaita al balle solicita el gusto  
 A la voz el Salterio;  
 Cruza el Trion mas lijo el hemisferio,  
 Y el tronco mayor danza en la ribera;  
 El eco, voz entera,  
 No hay silencio á que pronto no responda;  
 Fanal es del arroyo cada onda,  
 Luz el reflejo, el agua vidriera,  
 Términos le da el sueño al regocijo,  
 Mas al cansancio no: que el movimiento  
 Verdugo de las fuerzas es prolijo.  
 Los fuegos, cuyas lenguas ciento á ciento  
 Desmintieron la noche algunas horas,  
 Cuyas luces, del sol competidoras,  
 Fingieron día en la tiniebla oscura,  
 Muñeron, y en si mismos sepultadas,  
 Piedras son de su misma sepultura.  
 Vence la noche al fin, y trinda mundo  
 El silencio, aunque breve, del ruido;  
 Solo gime ofendido  
 El sagrado laurel del hierro agudo.  
 Deja de su esplendor, deja desnudo  
 De su frondosa pompa al verde aliso  
 El golpe no remiso  
 Del villano membrudo,  
 El que resistir pudo  
 Al animoso austro, al euro roueo,  
 Chopo gallardo, enyo liso tronco  
 Papel fué de pastores, aunque rudo;  
 A revelar secretos va á la aldea,  
 Que impide amor que aun otro chopo lea.  
 Estos árboles pues ve la mañana  
 Mentir florestas y emular viñes,  
 Cuantos muro de líquidos cristales  
 Agricultura urbana  
 Recordó al sol, no de su espuma cana,  
 La dulce de las aves armona,  
 Siuo los dos topacios que batía  
 Orientales alabas Himeneo.  
 Del carro pues febeo  
 El luminoso tiro,  
 Mordiendo oro el eclíptico zafiro,  
 Pisar quería, cuando el populoso  
 Lugarillo, el serrano  
 Con su huésped, que admira cortesano,  
 A pesar del estambre y de la seña,  
 El que tapiz frondoso  
 Tejió de verdes hojas la arboleada,  
 Y los que por las calles espaciosas  
 Fabrican arcos rosas,  
 Oblicuos nuevos, pénsiles jardines,  
 De tantos como violas, jazmines.  
 Al galan novio el montañés presenta  
 Su forastero; luego al venerable  
 Padre de la que en si bella se esconde  
 Con ceño dulce y con silencio afable,  
 Beldad pavlera gracia muda ostenta,  
 Cual del rizado verde boton donde  
 Abrevia su hermosura virgen rosa,  
 Las cisuras cañera  
 Un color que la púrpura que cela

Por trínula concele vergonzosa;  
 Digna la juzga esposa  
 De un héroe, si no auusto, esclarecido,  
 El jóven, al instante arrebatado,  
 A la que, naufragante y desterrado,  
 Lo condenó a su olvido.  
 Este pues sol que á olvido le condena,  
 Cenizas hizo las que su memoria  
 Negras plumas vistió, que infelizmente  
 Sordo engendran gusano, cuyo diente,  
 Minador antes lento de su gloria,  
 Inmortal arador fué de su pena;  
 Y en la sombra no mas de la azucena,  
 Que del clavel procura acompañada  
 Luitar en la bella labradora  
 El templado color de la que adora,  
 Vibora pisa tal el pensamiento.  
 Que la alma por los ojos desatada  
 Señas diera de su arrebatamiento,  
 Si de zampañas ciento  
 Y de otros, aunque bárbaros, sonoros  
 Instrumentos, no en dos festivos coros  
 Yúgenes bellas, jóvenes lucidos,  
 Llegaran conducidos.  
 El numeroso al fin de labradores  
 Concurso impaciente  
 Los novios saca; él de años floreciente,  
 Y de candal mas floreciente que ellos;  
 Ella la misma pompa de las flores,  
 La misma esfera de los rayos bellos.  
 El lazo de ambos enellos  
 Entre un lascivo enjambre iba de amore:  
 Himeneo añudado,  
 Mientras invocan su deidad la alterna (59)  
 De zagalejas cándidas voz tierna  
 Y de garzones este acento blando.

## CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, vén donde te espera  
 Con ojos y sin alas un Cupido,  
 Cuyo cabello intonso dulcemente  
 Ni-ga el vello que el bulto ha colorido;  
 El vello, flores de su primavera,  
 Y rayos el cabello de su frente,  
 Niño amó la que adora adolescente,  
 Villana Psiques, ninfa labradora  
 De la tostada Ceres. Esta agora  
 En los inciertos de su edad segunda  
 Crepi-seulos vincule tu coyunda  
 A su ardiente deseo.  
 Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

## CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, donde entre arrebolos  
 De honesto rosicler previene el dia  
 Aurora de sus ojos soberanos;  
 Virgen tan bella, que hacer podía (61)  
 Tórrida la Noruega con dos soles  
 Y blanca la Etiopia con dos manos,  
 Claveles del abril, rubies tempranos.  
 Cuantos engasta el oro del cabello,  
 Cuantos del uno ya y del otro cuello  
 Cadenas, la concordia engaza rosas,  
 De sus mejillas, siempre vergonzosas,  
 Púrpúreo son trofeo.  
 Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

## CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y plumas no vulgares  
 Al aire los hijuelos don alados  
 De las que el bosque bellas ninfas cela;  
 De sus careajes, estos argentados,  
 Flecha mosquetas, nieve azabares;  
 Vigilantes aquellos, la aldehuela  
 Rediman del que mas ó tarlo vuela,  
 O infausto gime pajar nocturno;  
 Mudos coronen otros por su turno  
 El dulce lecho conyugal, en cuanto

(59) Pellicer lee *invoca*.(61) Pellicer lee *podría*.

Lasciva abeja al virginal acanto  
Néctar le elupa bibleo.

Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y las volantes ptas  
Que azules ojos con pestañas de oro  
Sus plumas son, conduzgan alta diosa,  
Gloria mayor del soberano coro.  
Fie tus nudos ella, que los días  
Disuelvan tarde en senectud dichosa,  
Y la que Juno es hoy á nuestra esposa,  
Casta Lucina (en lunas designales)  
Tantas veces repita sus umbrales,  
Que Niove inmortal la admire el mundo,  
No en blanco mármol por su mal fecundo,  
Escollo hoy de Leteo.

Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y nuestra agricultura  
De copia tal á estrellas deba amigas  
Progenie tan robusta, que su mano  
Toros dome, y de un rubio mar de espigas  
Inunde liberal la tierra dura;  
Y al verde jóven floreciente llano  
Blancas ovejas suyas hagan caño  
En breves horas caducar la yerba;  
Oro le expriman líquido á Minerva,  
Y los olmos casando con las vides,  
Mientras coronan pámpanos á Alcides  
Clava empuñe Lyeo.

Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y tantas le dé á Páles  
Cuantas á Pálas dulces preudas esta,  
Apenas hija hoy, madre mañana  
De errantes liliós; y mas la floresta  
Cubran corderos mil, que los cristales  
Vistan del río en breve undosa lana,  
De Arágnos otras la arrogancia vana  
Modestas acusando en blancas telas,  
No los hurtos de amor, no las cautelas  
De Júpiter compulsen, que aun en fino  
Ni a la lluvia luciente de oro fino (1)  
Ni al blanco cisne creó.

Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

El dulce alterno canto  
A sus umbrales revoco felices  
Los novios del vecino templo santo.  
Del yugo aun no domadas las cervices,  
Novillos (brevé término surcado)  
Restituyen así el pendiente arado  
Al que pajizo albergue los aguarda;  
Llegaron todos pues, y con gallarda  
Civil magnificencia el suegro anciano,  
Cuantos la sierra dió, cuantos el llano  
Labradores convida (2)  
A la prolifa rústica comida  
Que sin rumor previno en mesas grandes.  
Óstente crespas blancas esculturas  
Artífice gentil de dobladuras  
En los que damaseó manteles Flándes,  
Mientras casero lino Ceres tanta  
Ofrece agora cuantos guardó el heno  
Dulces pomos, que al curso de Atalanta  
Fueron dorado freno,  
Manjares que el veneno  
Y el apetito ignoran igualmente  
Les sirvieron, y en oro no luciente  
Confuso Baco ni en bruñida plata  
Su néctar le desata,  
Sino en vidrio, topacios carmesies  
Y pálidos rubies.

Sellar del fuego quiso regalado  
Los golosos estómagos el rubio  
Imitador suave de la cera,  
Quesillo, dulcemente apremiado  
De rústica vaquera  
Blanca hermosa como, cuyas venas  
La distinguían de la leche apenas (3).  
Mas ni la encarecida nuez esquivá;  
Ni el membrillo pudieran amudado,  
Si la sabrosa oliva  
No serenara el bacanal diluvio,  
Levantadas las mesas, al canoro  
Son de la ninfa un tiempo, agora caña,  
Seis de los montes, seis de la campaña  
(Sus espaldas rayando el sutil oro  
Que negó al viento el hácar bien tejido),  
Terno de gracias bello, repetido  
Cuatro veces en doce labradoras  
Entró bailando numerosamente;  
Y dulce musa entre ellas (si consiente  
Bárbaras el Parnaso moradoras),  
« Vivid felices, dijo,  
Largo curso de edad nunca prolijo,  
Y si prolijo, en nudos amorosos  
Siempre vivid esposos;  
Venza no solo en su candor la nieve,  
Mas plata en su esplendor sea cardada  
Cuanto estambre vital Cloto os trastada.  
De la alta fatal rúbrica al huso breve,  
Sean de la fortuna  
Aplausos la respuesta  
De vuestras gaujeras;  
A la reja importuna,  
A la azada molesta  
Fecunda os rinda (en desiguales días)  
El campo agradecido  
Oro trillado y néctar exprimido.  
Sus morados cautuosos, sus copadas  
Escinas la montaña contar antes  
De que vuestras cabras, siempre errantes;  
Que vuestras vacas, tarde ó nunca herradas.  
Corderillos os brote la ribera,  
Que la yerba menuda  
Y las perlas exceda del rocío  
Su número, y del río  
La blanca espuma, cuantos la tijera  
Vellones les desnuda,  
Tantos de breve fabrica, aunque ruda,  
Albergues vuestros las abejas moren,  
Y primavera tantas os desfloren,  
Que cual la Arabia madre ve de aromas  
Sacros troncos sudar fragantes gomas,  
Vuestros corchos por uno y otro poro  
En dulce se desaten líquido oro.  
Próspera al fin, mas no espumosa tanto  
Vuestra fortuna sea,  
Que alimente la envidia en vuestra aldea  
Aspidos mas que en la region del llanto;  
Entre opulencias y necesidades  
Mediantes vinientes competentes  
A vuestros descendientes  
(Previniendo amb os daños) las edades.  
Ilustren obeliscos las ciudades  
A los rayos de Júpiter expuesta,  
Aun mas que á los de Febo, su corona,  
Cuando á la cloza pastoral perdona  
El cielo, fulgurando la floresta;  
Cisnes pues una y otra pluma en esta  
Tranquilidad os halle labradora  
La postrimera hora,  
Cuya lámina cifre desengaños,  
Que en letras pocas lean muchos años.  
Del himno culto dió el último acento  
Fin mudo al baile, al tiempo que seguida  
La novia sale de villanas ciento  
A la verde florida plizada,  
Cual nueva fénix en llamantes plumas  
Matutinos del sol rayos vestida,  
De cubutas sulca el aire acompañada  
Monarquía canora;

(1) Otros leen equivocadamente *pluma*.

(2) Sigo el texto de Pellicer; Hoces, Faria y otros leen:

Cuantos la sierra dió, cuantos dió el llano  
Labradores convida.

(3) Así Pellicer; otros leen: *la distinguieron*.

Y vadeando nubes, las espumas  
 Del rey corona de los otros ríos ;  
 En cuya orilla el viento hereda agora  
 Pequeños no vacíos  
 De funerales bárbaros trofeos,  
 Que el Egipto erigió á sus Ptolomeos.  
 Los árboles que el bosque habian fingido,  
 Umbroso coliseo ya formando,  
 Despejan el egido,  
 Olímpica palestra  
 De valientes desnuos labradores.  
 Llegó la desposada apenas , cuando  
 Feroz ardiente muestra  
 Hicieron dos robustos luchadores  
 De sus músculos, menos defendidos  
 Del blanco lino que del vello obscuro.  
 Abrazáronse pues los dos, y luego  
 Humo anhelando el que no suda fuego,  
 De recíprocos nudos impedidos,  
 Cual duros olmos de implicantes vides,  
 Hiedra el uno es tenaz del otro muro.  
 Mañosos , al fin hijos de la tierra,  
 Cuando fuertes no Alcides ,  
 Procuran derribarse , y derribados,  
 Cual pinos se levantan arraigados  
 En los profundos senos de la sierra.  
 Premiólos honra igual ; y de otros cuatro  
 Ciñe las sienas gloriosa rama.  
 Con que se puso término á la lucha.  
 Las dos partes rayaba del teatro  
 El sol, cuando arrogante jóven llama  
 Al expedido salto  
 La bárbara corona que le escucha.  
 Arras del animoso desafío  
 Un pardo gaban fué en el verde suelo.  
 A quien se abaten ocho ó diez soberbios  
 Montañeses , cual suele de lo alto  
 Calarse turba de envidiosas aves  
 A los ojos de Ascalafó, vestido  
 De perezosas plumas. Quién de graves  
 Piedras las duras manos impedido,  
 Su agilidad pondera , quién sus nervios  
 Desata estremeciéndose gallardo.  
 Besó la raya pues el pié desnudo  
 Del suelo mozo , y con airoso vuelo  
 Pisó del viento lo que del egido  
 Tres veces ocupar pudiera un dardo.  
 La admiracion, vestida un mariscal frío,  
 Apenas arquear las cejas pudo ;  
 La emulacion , cazada un duro hielo,  
 Torpe se arraiga , bien que inmune noble  
 De gloria , aunque villano, solicita  
 A un barquero de aquellos montes , grueso,  
 Membrado, fuerte rob'e (4),  
 Que , ágil á pesar de lo robusto,  
 Al aire arrebatá , violentando  
 Lo grave tanto, que lo precipita,  
 Icaro montañés , su mismo peso,  
 De la menuda yerba el seno blando  
 Piélagó duro liecho á su ruina.  
 Si no tan complenuto, mas adusto  
 Serrano le sucede.  
 Que iguala y aun excede  
 Al ayuno leopardo,  
 Al corcillo travieso, al mufion sardo,  
 Que de las rocas trepa á la marisma  
 Sio dejar ni aun pequeña  
 Del pié ligero bipartida seña (5) ;  
 Con mas felicidad que el precedente (6)  
 Pisó las huellas casi del primero  
 El adusto vaquero.  
 Pasos otro dió al aire, al suelo coces,  
 Y premiados gradualmente,  
 Advocaron á si toda la gente  
 Cierzos del llano y austros de la sierra ;  
 Mancebos tan veloces ,  
 Que cuando Cérés mas dora la tierra ,

Y argenta el mar desde sus grutas hondas  
 Neptuno, sin fatiga  
 Su vago pié de pluma  
 Saltar pudiera miseres , pisar ondas,  
 Sin inclinarse espiga,  
 Sin violar espuma.  
 Dos veces eran diez , y dirigidos  
 A dos olmos que quieren abrazados  
 Ser palios verdes , ser frondosas metas,  
 Salen cual de torcidos  
 Arcos , ó nerviosos ó acerados ,  
 Con silbo igual , dos veces diez saetas.  
 No el polvo desaparece  
 El campo, que no pisan á la yerba ;  
 Es el mas torpe una herida cierva,  
 El mas tardo la vista desvanece ,  
 Y siguiendo el mas lento ,  
 Cojea el pensamiento.  
 El tercio casi de una milla era  
 La prolija carrera  
 Que los herculeos troncos hace breves ;  
 Pero las plantas leves  
 De tres sueltas zagales  
 La distancia sincopan tan iguales,  
 Que la atencion confunden judiciosa.  
 De la Penéida, virgen des leñosa,  
 Los dulces fugitivos miembros bellos  
 En la corteza no abrazó reciente  
 Mas firme Apolo, mas estrechamente ,  
 Que de una y otra meta gloriosa  
 Las duras basas abrazaron ellos  
 Con triplicado nudo ;  
 Arbitro Alcides en sus ramas, dudo  
 Que el caso decidiera,  
 Bien que su menor hoja un ojo fuera  
 Del línce mas agudo.  
 En tanto pues que el palo neutro pende  
 Y la carroza de la luz descende  
 A templarse en las ondas , flameo,  
 Por templar en los brazos el deseo  
 Del galán novio, de la esposa bella  
 Los rayos anticipa de la estrella,  
 Cerúlea agora , ya purpúrea guía  
 De los dulcosos términos del día.  
 El juicio al de todos indeciso  
 Del concurso ligero.  
 El padrino con tres de limpio acero  
 Cuchillos corvos absolvello quiso.  
 Solicita Junon , Amor no omiso,  
 Al son de otra zanpona que conduce  
 Ninfas bellas y sátios lascivos ,  
 Los desposados á su casa vuelven ,  
 Que coronada luce  
 De estrellas fijas , de astros fugitivos ,  
 Que en sonoro humo se resuiven.  
 Llegó todo el lugar, y despedido ,  
 Casta Venus , que el liecho ha prevenido (7)  
 De las plumas que baten mas suaves  
 En su volante carro blancas aves,  
 Los novios entra en dura no estacada ;  
 Que siendo Amor una deidad afada,  
 Bien previno la hija de la espuma  
 A batallas de amor campos de pluma.

## SOLEDAD SEGUNDA.

Entrase el mar por un arroyo breve  
 Que á recibillo con sediento paso  
 De su roca natal se precipita,  
 Y mucha sal no solo en poco vaso ;  
 Mas su ruina bebe  
 Y su lía cristalina mariposa,  
 No alada, sino undosa ,  
 En el farol de Tétis solicita.  
 Muros desmantelando pues de arena,  
 Centauro ya espumoso el Oceano,  
 Medio mar, medio ría,  
 Dos veces huella la campaña al día,  
 Escalar pretendiendo el monte en vano,

(4) Hoces lee : *alado rob'e*.(5) Pellicer pone : *del pié partido*.

(6) Pellicer omite este verso.

(7) Otros leen *previudo*.



De quien es dulce vena  
 El tardo ya toriente  
 Arrepentido, y aun retrocediente.  
 Era! lozano así novillo tierno,  
 De bien nacido enervio  
 Mal lunada la frente,  
 Retrógado cedió en desigual lacha  
 A duro toro, aun contra el viento armado,  
 No pues de otra manera  
 A la violencia mitcha  
 Del padre de las aguas, coronado  
 De blancas ovas y de espuma verde,  
 Resiste obedeciendo, y tierra pierde.  
 En la incierta ribera,  
 Guarnición desigual á tanto espejo,  
 Descubrió el alba á nuestro peregrino  
 Con todo el villanaje ultramarino,  
 Que á la fiesta nupcial, de verde tejo  
 Toldado, ya capaz traido pino.  
 Los escollos el sol rayaba cuando  
 Con remos gemidores  
 Dos pobres se aparecen pescadores,  
 Nudos al mar de cáñamo fiando:  
 Ruiseñor en los hosques no mas blandos,  
 El verde robre que es barquillo agora,  
 Saludar vió la aurora,  
 Que al uno en dulces quejas y no pocas,  
 Ondas endurecer, liquidar rocás.  
 Señas mudas la dulce voz doliente  
 Permitió solamente  
 A la turba, que dar quisiera voces  
 A la que de un ancon segunda haya,  
 Cristal pisando azul con piés veloces,  
 Salíó improvisa, de una y otra playa  
 Vínculo desatado, instable puente.  
 La prora diligente  
 No solo dirigió á la opuesta orilla,  
 Mas re!ujo la música barquilla  
 Que en dos cuernos del mar caló no breves  
 Sus plomos graves y sus corchos leves.  
 Los senos ocupó del mayor leño  
 La marítima tropa,  
 Usando al entrar todos  
 Cuantos les enseñó corteses modos  
 En la lengua del agua rada escuela,  
 Con nuestro forastero, que la popa  
 Del canoro escogió batel pequeño (8);  
 Aquel, las ondas escarchando, vuela,  
 Este con perezoso movimiento  
 El mar encienstra, cuya espuma cana  
 Su parda aguda prora  
 Resplandeciente cuello  
 Hace de augusta coya peruana (9),  
 A quien hilos el sur tributó ciento  
 De perlas cada hora;  
 Lágrimas no espújó mas de la aurora  
 Sobre violas negras la mañana.  
 Que arrolló su espolon con pompa vana  
 Cadueo aljófár, pero aljófár bello.  
 Dando el luéspeel licencia para el o,  
 Recurren no á las redes, que mayores  
 Mucho Océano y pocas aguas penden,  
 Sino á las que anabiefosas menos penden,  
 Laberinto nudoso de marino  
 Dédalo, si de leño no, de lino,  
 Fábrica escrupulosa, y aunque incierta,  
 Siempre murada, pero siempre abierta.  
 Liberalmente de los pescadores  
 Al deseo el estero corresponde,  
 Sin vallele al lascivo ostion el justo  
 Arnés de hueso, donde  
 Lisonja breve al gusto,  
 Mas incentiva, esconde;  
 Contagio original quizá de aquella

Que, siempre hija bella,  
 De los cristales, una  
 Venera fue su enca  
 Mallas visten de cáñamo al leaguado,  
 Mientras en su piel lu orica fiado  
 El congrio, que viscosamente liso (10),  
 Las telas burlar quiso.  
 Tejido en ellas, se que!ó burlado,  
 Las redes califica menos gruesas,  
 Sin romper hilo alguno,  
 Pompa el salmón de las reales mesas,  
 Cuando no de los campos de Neptano,  
 Y el travieso robalo.  
 G!oso de los consules regalo.  
 Estos y muchos mas, mos desnudos,  
 Otros de esemas faciles armados,  
 Dió la ría pescados,  
 Que nadando en un piélagó de nudos,  
 No agravan poco al negligente robre,  
 Espaciosamente dirigido  
 Al bienaventurado albergue pobre,  
 Que de carrizos fráguiles tejido,  
 Si fabricado no de gruesas cañas,  
 Bóvedas le coronan de espidanos.  
 El peregrino pues, haciendo en tanto  
 Instrumento el batel, fuerlas los remos,  
 Al céfiro encomienda los extremos  
 Deste métrico flauto:

«Si de aire articulado  
 No son dolientes lagrimas suaves  
 Estas mis quejas graves,  
 Voces de sangre, y sangre son del alma.  
 Fielas de tu calama,  
 ¡Oh mar! quien otra vez las ha fiado  
 De tu fortuna aun mas que de su halo.

» ¡Oh mar, oh tú, supremo  
 Moderador piadoso de mis daños!  
 Tuyos serán mis años,  
 En tabla redimidos poco fuerte,  
 De la bebida muerte,  
 Que ser quiso en aquel peligro extremo  
 Ella el forzado y su guadana el remo.

» Regiones pisé ajenas;  
 Oh clima propio, planta mia perdida,  
 Tuya será mi vida,  
 Si vida me ha dejado que sea tuya  
 Quien me fuerza á que haya  
 De su prisión, dejando mis cadenas  
 Rastro en tus ondas mas que en tus arenas.

» Andaz mi pensamiento  
 El cémit escaló, plumas vestido,  
 Cuyo vuelo atrevido,  
 Si no ha dado su nombre á tus espumas,  
 De sus vestidas plumas  
 Conservarán el desvanecimiento  
 Los anales diáfanos del viento.

» Esta pues culpa mia  
 El finon alternar menos seguro (11)  
 Y el báculo mas duro  
 Un lustro ha hecho á mi dudosa mano,  
 Solicitando en vano  
 Las alas sepultar de mi osadia  
 Donde el sol nace ó donde muere el día.

» Muera, enemiga amada,  
 Muera mi culpa, y tu desden le guarde,  
 Arrepentido tarde,  
 Suspiro que mi muerte haga lada,  
 Cuando no le suce!a,  
 O por breve ó por tibia ó por cansada,  
 Lágrima antes enjuta que llorada.

» Naufragio ya segundo,  
 O flos pongan de homicida hierro  
 Fin duro á mi destierro;  
 Tan generosa fe, no fácil honda,  
 No poca tierra esconda,  
 Urna suya el Océano profundo,  
 Y obeliscos los montes sean del mundo.

(8) Otros leen *bajel*.

(9) Segun Pellicer, los incas del Perú llamaban á su emperatriz *coya*, que es lo mismo que señora:

«Esta *coya* trae al cuello tantas sargas de perlas, que en esa alegoría dice por sus liras que la prora del batelillo rodeada de espuma parecia garganta de *coya*.»

(10) Así Pellicer; otros ponen *viscosamente*.

(11) Otros leen *altera*.

»Tímulo tanto debe  
Agradecido Amor á mi pié errante;  
Líquido pues diamante  
Calle mis huesos, y elevada sima  
Selle sí, mas no oprima,  
Esta que le haré ceniza breve,  
Si hay ondas mudas y si tierra hay leve» (12).

No es sordo el mar (la erudición engaña),  
Bien que tal vez sañudo,  
No oiga á piloto, ó le responda fiero;  
Serenó disimula mas orejas  
Que sembró dulces quejas  
Canoro labrador, el forastero  
En su undosa campaña.  
Espugioso pues se helió y mudo  
El lagrimoso reconocimiento,  
De cuyos dulces números no poca  
Concentuosa suma  
En los dos giros de invisible pluma  
Que fingén sus dos alas, hurtó el viento;  
Éco vestida, una cavada roca  
Solicitó curiosa, y guardó avara  
La mas dulce, si no la menos clara  
Silaba, siendo en tanto  
La vista de las chozas fin del canto.  
Yace en el mar, si no continuada  
Isla, mal de la tierra dividida,  
Cuya forma tortuga es perezosa;  
Diganlo cuantos siglos há que nada  
Sin besar de la playa espaciosa  
La arena de las ondas repetida.  
A pesar pues del agua que la oculta,  
Concha, si mucha no, capaz ostenta  
De albergues, donde la humedad contenta  
Mora y Pomona se venera culta.  
Dos son las chozas, poire su artificio,  
Mas, aunque caduca su materia,  
De los manebos dos la mayor cuna;  
De las redes la otra y su ejercicio  
Competente oficina,  
Lo que agradable mas se determina,  
Del breve islote ocupa su fortuna;  
Los extremos de fausto y de miseria  
Moderando, en la plancha los recibe  
El padre de los dos, émulo cano  
Del sagrado Nereo, no va tanto  
Porque á la par de los escollos vive,  
Porque en el mar preside comarcano  
Al ejercicio piscatorio, cuanto  
Por seis hijas, por seis deidades bellas,  
Del cielo espumas y del mar estrellas.  
Acogió al huésped con urbano estilo,  
Y a su voz, que los juncos obedecen,  
Tres hijas suyas candidas le ofrecen,  
Que engaños construyendo están de hilo;  
El huerto le da esotras, á quien debo  
Su púrpura la rosa, el lilio nieve.  
De jardín culto, así en fúgida gruta,  
Saltó al labrador lluvia inurovisa  
De cristales incógnitos á la soña,  
O á la que torció llave el fontanero,  
Urna de Acuario, la mitada peña  
Lo embiste incauto, y si con pié grosero  
Para la fuga apela, nubes pisa,  
Burlándolo aun la parte mas enjuta.  
La vista saltó un poco menos  
Del huésped admirado  
Las no líquidas perlas, que al momento  
A los cortesés juncos, porque el viento  
Nudos le halle un día, bien que ajenos,  
El cáñamo remiten anudado,  
Y de Vertumno al término labrado  
El breve hierro, cuyo corvo diente  
Las plantas le mordia cultamente.  
Ponderador saluda afectuoso  
Del esplendor que admira el extranjero  
Al sol, en seis luceros dividido,  
Y honestamente al fin correspondido  
Del coro vergonzoso,

(12) Otros leen: *y si hay tierra.*

Al viejo sigue, que prudente ordena  
Los terminos confunda de la cena  
La comida prolíja, de pescados,  
Haros muchos, y todos no comprados,  
Impidiéndole el día al forastero;  
Con dilaciones sordas le divierte  
Entre unos verdes carrizales, donde  
Armonioso número se esconde  
De blancos cisnes, de la misma suerte  
Que gallinas domésticas al grano,  
A la voz concurren del anciano.  
En la mas seca, en la mas limpia anea  
Vivificando están muchas sus huevos,  
Y mientras dulce aquel su muerte anuncia  
Entre la verde junca,  
Sus pollos este al mar conduce nuevos,  
De Espío y de Nesea (15),  
Cuando mas obscurcen las espumas,  
Nevada envidia, sus nevas plumas.  
Hermana de Faeton, verde el cabello,  
Les ofrece el que, jóven ya gallardo,  
De flejosas mimbres garbin parlo  
Tosco le ha encordonado; pero bello,  
Lo mas liso trepó, lo mas sublime  
Venció su agilidad, y artificio  
Tejió en sus ramas inconstantes nidos,  
Donde celosa arrulla y rouca gime  
La ave lasciva de la cipria diosa;  
Mástiles coronó menos crecidos,  
Gabia no tan capaz; extrajo todo,  
El designio, la fábrica y el modo.  
A pocos pasos le admiré no menos  
Montecillo, las sienas laureales,  
Traviesos despidiendo moradores  
De sus confusos senos,  
Conejuelos que, el viento consultado,  
Salieron retozando á pisar flores;  
El mas tímido al fin, mas ignorante  
Del plomo fulminante.  
Cóncavo fresco (á quien gracioso indulto  
De su caduco natural permito  
Que á la encima vivaz robusto imite,  
Y hueco exceda al alcorneco inulto),  
Verde era pompa de un vallete, oculto  
Cuando frondoso alcázar, no de aquella  
Que sin corona vuela y sin espada  
Susurrante amazona, Dido alada,  
De ejército mas casto, de mas bella  
Republica, ceñida, en vez de muros,  
De cortezas; en esta pues Cartago  
Reina la abeja, oro brillando vago,  
O el jugo heba de los aires puros.  
O el sudor de los cielos cuando liba  
De las mudas estrellas la saliva;  
Burgo eran suyo el tronco informe, el breve  
Corcho, y moradas pobres sus vacíos,  
Del que mas solicita los desvíos  
De la isla, plebeyo enjambre leve.  
Llegaron luego donde al mar se atreve,  
Si promontorio no, un cerro elevado,  
De cabras estrellado,  
Iguales, aunque pocas,  
A la que, imagen décima del cielo,  
Flores su ceneno es, rayos su pelo.  
«Estas, dijo el isteño venerable,  
Y aquellas que, pendientes de las rocas,  
Tres ó cuatro, desean para ciento,  
Redil las ondas y pastor el viento,  
Libres discurren su nocivo diente,  
Paz hecha con las plantas inviolable.»  
Estimando seguía el peregrino  
Al venerable isteño,  
De muchos pocos numeroso dueño,  
Cuando los suyos enfrenó de un pino  
El pié villano, que groseramente  
Los cristales pisaba de una fuente.  
Ella pues sierpe, y sierpe al fin pisada,  
Aljófár vomitando fugitivo  
En lugar de veneno,  
Torcida esconde, ya que no enroscada,

(15) Otros leen *Galatea.*

Las flores, que de un parto dió lascivo  
 Aura fecunda al matizado seno  
 Del hurto, en cuyos troncos se desata  
 De las escamas que vistió de plata.  
 Seis chopos, de seis hiedras abrazados,  
 Tirsos eran del griego dios, nacido  
 Segunda vez, que en paupavos desmiticó  
 Los cuernos de su frente;  
 Y cual mancebos tejen amudados  
 Festivos coros en alegre égido,  
 Coronan ellos el encanecido  
 Suelo de filios, que en fragantes copos  
 Nevó el mayo á pesar de los seis chopos.  
 Este sitio las bellas seis hermanas  
 Escogen, agraviando  
 En leve espacio mucha primavera  
 Con las masas, cortezas ya livianas  
 Del árbol que ofreció á la edad primera  
 Duro alimento, pero sueño blando,  
 Nieve hilada, y por sus manos bellas  
 Caseramente á telas reducida,  
 Mantelcs blancos fueron.  
 Sentadas pues sin ceremonias, **ellas**  
 En torneado fresco la comida  
 Con silencio sirvieron.  
 Rompida el agua en las menudas piedras,  
 Cristalina sonante era florba,  
 Y las confusamente acordes aves  
 Entre las verdes rosas de las hiedras  
 Muchas eran, y muchas veces nueve  
 Aladas musas, que de pluma leve  
 E ugañada su oculta lira corva,  
 Metros inciertos sí, pero suaves,  
 En idiomas cantan diferentes,  
 Mientras cenando en porlidos lucientes,  
 Lisoquean apenas  
 Al Júpiter marino tres sirenas.  
 Comieron pues, y rudamente dadas  
 Gracias al pescador á la divina  
 Próvida mano, «; Oh bien vivióis años!  
 Oh causas, dijo el huésped, no peinadas  
 Con boj dentado ó con rayada espina,  
 Sino con verdaderos desengaños!  
 Pisad dichoso esta esmeralda bruta,  
 En mármol engastada siempre undoso,  
 Jabilando la red en los que os restan  
 Felices años, y la humedecida  
 A poco rato enjuta,  
 Próxima arena de esa opuesta playa,  
 La remota Cambaya  
 Sea de hoy mas á vuestro leño ocioso,  
 Y el mar que os la divide, cuanto cuestan,  
 Océano importuno  
 A las quinas del viento aun veneradas  
 Sus ardientes vientos,  
 Su esfera lapidosa de luceros.  
 Del pobre albergue á la barquilla pobre  
 Geómetra prudente el orbe mida  
 Vuestra planta impedida,  
 Si de púrpureas conchas no istriadas,  
 De trágicas ruinas, de alto robre,  
 Que el tridente acusando de Neptuno,  
 Menos quizá dió astillas  
 Que ejemplos de dolor á estas orillas.  
 —Días ha muchos, oh mancebo, dijo  
 El pescador anciano,  
 Que en el uno cedi y el otro hermano  
 El duro remo, el cáñamo prolijo;  
 Muchos ha dulces días  
 Que cisnes me recuerdan á la hora  
 Que huyendo la aurora  
 Las causas de Titon, halla las mias,  
 A pesar de mi edad, no en la alta cumbre  
 De aquel morro difícil, cuyas rocas  
 Tarde ó nunca pisanor cabras pocas,  
 Y milano venció con pesadumbre,  
 Sino de estotro escollo al mar pendiente,  
 De donde ese teatro de Fortuna  
 Descubrió ese voraz, ese profundo  
 Campo ya de sepuleros, que sediento,  
 Cuanto en vasos de abeto, nuevo muudo,  
 Tributos digo américos, se bebe

En tómulos de espuma paga breve.  
 Bárbaro observador, mas diligente,  
 De las inciertas formas de la fuma,  
 A cada conjunción su pesqueria,  
 Y á cada pesqueria su instrumento,  
 Mas ó menos nodoso atribuido,  
 Mis hijos dos en un batel despido,  
 Que el mar eribando en redes no comunes,  
 Vieras ineluctivos algun día,  
 (Entre un vulgo nadante, digno apenas  
 De escama, cuanto mas de nombre) atunes  
 Vomitar ondas y azotar arenas.  
 Tal vez des le los muros destas rocas  
 Cazar á Tetis veo  
 Y pescar á Diana en dos barquillas,  
 Nauticas venatorias maravillas;  
 De mis hijas oírás ambiguo coro,  
 Menos de aljaba que de red armado,  
 De cuyo, si no alado  
 Harpon vibrante, supo mal Proteo  
 En globos de agua redimir sus boas.  
 Torpe la mas veloz, marino toro,  
 Torpe, mas toro al fin, que el mar violado  
 De la purpura viendo de sus venas,  
 Bufando mide el campo de las ondas,  
 Con la animosa cuerda, que prolija  
 Al hierro sigue que en la boca huye,  
 O gulas ya la privilegien ondas  
 O escollos desta isla divididos  
 La quésis nueva mi gallarda hija,  
 Si clotono, de la escamada liera  
 Ya hila, ya devana su carrera,  
 Cuando desatinada pide ó cuando  
 Vencida restituye  
 Los términos del cáñamo pedidos.  
 Rindióse al fin la bestia, y las almenas  
 De las sublimes rocas salpicando,  
 Las peñas embistió peña escamada,  
 En rios de agua y sangre desatada.  
 Eñre luego, la que en el torcido  
 Luciente nacar os sirvió no poca  
 Bienesña parte de la dulce fuente,  
 De Filódores émula valiente,  
 Cuya asta breve desangró la foca,  
 El cabello en estambre azul cogido  
 (Celoso alcañle de sus trezas de oro),  
 En segundo batel se engolfó sola.  
 ¿Cuántas voces le di, cuántas en vano  
 Tiernas derramé lágrimas, temiendo,  
 No al fiero tiburón, verdugo borreando  
 Del naufrago ambicioso mercadante,  
 Ni al otro cuyo nombre  
 Espada es, tantas veces esgrimida  
 Contra mis redes, ya contra mi vida;  
 Sino algun siempre verde, siempre cano  
 Sátiro de las aguas petulante,  
 Violador del virginal decoro,  
 Marino dios, que el vulto feroz hombre,  
 Corvo es del fin la cola.  
 Sorda á mis voces pues, ciega á mi llanto,  
 Abrazado, si bien de fácil cuerda,  
 Un plomo fio grave á un corcho leve,  
 Que algunas veces despedido, cuanto  
 Penda ó nade, la vista no lo pierda;  
 El golpe solicita, el bulto mueve  
 Prodigiosos moradores ciento  
 Del líquido elemento,  
 Láminas uno de viscoso acero  
 (Rebeldé aun al diamante); el duro lomo  
 Hasta el luciente vi partido extremo,  
 De la cola vestido;  
 Solicitado sale del ruido,  
 Y al cebarse en el cómplice ligero  
 Del suspendido plomo,  
 Eñre, en cuya mano al flaco remo  
 Un fuerte dardo habia sucedido,  
 De la mano á las ondas gemir hizo  
 El aire con el fresco arrojado;  
 De las ondas al pez con vuelo mudo  
 Deidad dirigió amante el hierro agudo,  
 Entre una y otra lámina salida  
 La sangre halló por do la muerte entrada.

Onda pues sobre onda levantada,  
Montes de espuma concitó herida  
La tierra, horror del agua, cometiendo  
Ya á la violencia, ya á la fuga el modo  
De sacudir el asta,  
Que alterando el abismo ó discurrendo  
El Océano todo,  
No perdona al acero que la engasta.  
Elire en tanto al cañamo torcido  
El cabo rompí, y bien que al ciervo herido  
El can sobra, siguiéndole la flecha,  
Volviase, mas no muy satisfecha,  
Cuando cerca de aquel peinado escollo  
Bervir las olas vió templadamente,  
Bien que haciendo círculos perfectos:  
Escogió pues de cuatro ó cinco abetos  
El de cuchilla mas resplandeciente,  
Que atras esado remolcó un gran sollo.  
Desembarcó triunfando,  
Y aun el siguiente sol no vimos, cuando  
En la ribera vimos convecina  
Dando al través el monstru, donde apenas  
Su género noticia, pias arenas,  
En tanta playa halló tanta ruina.  
Aun en esto marina  
El discurso, y el dia juntamente  
Trémula, si veloz les arrebató,  
Alas batiendo liquidas, y en ellas  
Dulcissimas querellas  
De pescadores dos, de dos amantes  
En redes ambos y en edad iguales.  
Dividiendo cristales  
En la mitad de un óvalo de plata.  
Venía á tiempo el nieto de la espuma  
Que los mancebos daban alternantes  
Al viento quejas, órganos de pluma,  
Aves digo de Leda,  
Tales no oyó el Caistro en su arboleda,  
Tales no vió el Meandro en su corriente.  
Infuncionando pues suavemente  
Las ondas el Amor, sus flechas remos,  
Hasta donde se besan los extremos  
De la isla y del agua no los deja.  
Fieblas, gloria en tanto  
De la playa, Micon de sus arenas,  
Envidia de sirenas,  
Convocacion su canto  
De músicos delirios, aunque mudos,  
En números no rudos  
El primero se queja  
De la culta Leucipe,  
Décimo esplendor bello de Agauipe;  
De Coris, el segundo  
Escollo de cristal, meta del mundo.

LICIDAS.

¿A qué piensas, barquilla,  
Pobre ya eua de mi edad primera,  
que cisme te conduzgo á esta ribera?  
A cantar dulce, y á morir me luego;  
Si te perdona el fuego  
Que mis huesos vinculan en su orilla,  
Tumba te bese el mar, vuelta la quilla.

MICON.

Cansado leño mío,  
Hijo del bosque y padre de mi vida,  
De tus remos agora conducida,  
A desatarse en lágrimas cantando,  
El doliente, si blando,  
Curso del llanto métrico te fio,  
Nadante una de canoro río.

LICIDAS.

Las rugosas veneras,  
Fecundas no de aljofar blanco el seno,  
Ni del que enciende el mar tirió veneno,  
Entre crespos buscaba caracoles,  
Cuando de tus dos soles  
Fulminado, ya señas no ligeras (14)  
De mis cenizas dieron tus viberas.

MICON.

Distinguir sabía apenas  
El menor leño de la mayor urca  
Que velerá un Neptuno y otro surca,  
Y tus prisiones ya arrastraba graves;  
Si dudas lo que sabes,  
Lee cuanto han impreso en tus arenas,  
A pesar de los vientos, mis cadenas.

LICIDAS.

Las que el cielo merevedes  
Hizo á mi forma, ¡oh dulce mi enemiga!  
Lisonja no, serenidad lo diga  
De limpia consultada ya laguna,  
De los de mi fortuna  
Privilegios, el mar á quien di redes,  
Mas que á la selva lazos Ganimedes.

MICON.

No hondas, no luciente  
Cristal, agua al fin dulcemente dura,  
Envidia califique mi figura  
De musculosos jóvenes desnudos;  
Meos dió al bosque mudos  
Que yo al mar, el que á un dios hizo valiente  
Mentir cerdas, celoso espumar diente.

LICIDAS.

Cuantos pedernal duro  
Bruñe nacares boto, agudo raya  
En la oficina undosa desta playa,  
Tantos Palemo á su Leucote bella (15)  
Suspende, y tantos ella  
Al flaco da, que me construyen muro,  
Junco frágil, carrizo mal seguro.

MICON.

Las siempre desiguales  
Blancas primero ramas, despues rojas,  
Del árbol que nadante ignoró bijas,  
Pompa Triton de la agua á la alta gruta (16)  
De Nisida tributa.  
Ninfa por quien lucientes son corales  
Los rudos troncos hoy de mis umbrales.

LICIDAS.

Esta, en plantas no escrita,  
En piedras si, firmeza honre Himeneo,  
Calzándole talaes mi deseo:  
Que el tiempo vuela. Goza pues agora  
Los llios de tu aurora,  
Que al tramontar del sol mal solicita  
Abeja aun negligente flor marchita.

MICON.

Si fe tanta no en vano  
Desafia las rocas donde impresa  
Con labio alterno mucho mar la besa,  
Nupcial la califique tea luciente;  
Mira que la edad miente,  
Mira que del almendro mas lozano  
Parca es interior breve gusano.

Invidia convocaba, si no celo,  
Al balcon de zafiro  
Las claras, aunque etiopes, estrellas,  
Y las osas dos bellas,  
Sediento siempre tiro  
Del carro perezoso, honor del cielo;  
Mas ¡ay! que del ruido  
De la sonante esfera,  
A la una luciente y otra fiera  
El piscatorio cántico impedido,  
Con las prendas bajarán de Ceceo  
A las vedadas hondas  
Si Tétis no desde sus grutas ondas  
Enfrenara el deseo.  
¡Oh cuánta al peregrino el amebéo  
Alterno canto dulce fué lisonja!

(14) Otros leen *Licore*, y otros *Licote*.(16) Asi Pellicier; otros escriben: *trompa Triton del agua*.(14) Asi Pellicier; otros ponen *fulminando*.

¿Qué mucho, si avarienta ha sido esponja  
 Del néctar numeroso  
 El escollo mas omo?  
 Qué mucho, si el caudor bebió ya puro  
 De la virginal copia en la armonía  
 El veneno del ciego incensioso  
 Que dictaba los números que oía?  
 Generosos afectos de una pia  
 Delicente afinidad, bien que amorosa,  
 Por bella mas, por mas divina parte  
 Solicitan su pecho á que sin arte  
 De colores profijos  
 En oracion impet্রে officiosa  
 Del venerable isleño,  
 Que admita yernos los que él trató hijos;  
 Litoral hizo, aun antes  
 Que el convecino ardor, dulces amantes.  
 Concediolo risueño,  
 Del forastero agradecidamente  
 Y de sus propios hijos abrazado,  
 Mercurio destas nuevas diligente;  
 Coronados traslada de favores  
 De sus barcas Amor los pescadores  
 Al flaco pié del suegro deseado.  
 ¡Oh del ave de jupiter vendido  
 Pollo, si alado no, lince sia vista,  
 Político rapaz, cuya prudente  
 Disposicion especlio estadista  
 Clarisimo ninguno  
 De los que el reino miran de Neptuno!  
 ¡Cuán dulce te adjudicas ocasiones  
 Para favorecer, no á dos supremos  
 De los volubles polos ciudadanos,  
 Sino á dos entre cañano garzones!  
 ¿Por que? Por escultores quizá vanos,  
 De tantos de tu madre bultos canos.  
 ¿Cuántas al mar espumas dan sus reinos?  
 Al peregrino por tu causa venas  
 Alcázares dejás, donde excedida  
 De la sublimidad la vista, apela  
 Para su hermosa, ara,  
 En que la arquitectura  
 A la geometria se revela,  
 Jaspes esbada y púrpilas vestida,  
 Pobre choza, de redes impedida,  
 Entra agora, y lo dejás;  
 Vuécia rapaz, y plumas dando á quejas,  
 Los dos reduce al uno y otro leño  
 Mientras perdona tu rigor al sueño.  
 Las horas, va de núnchos vestidas,  
 Al bayo cuando no esplendor overo  
 Del luminoso tiro, las pendientes  
 Ponían de emálitos lucicantes  
 Covachas impedidas,  
 Mientras de su barroca el extranjero  
 Baticamente salía despedido  
 A la barquilla, donde le esperaban  
 A un reno cada joven ofrece.  
 Dejaron pues las azotadas rocas  
 Que mal las ondas lavan  
 Del libor aun purpúreo de las focas,  
 Y de la firme tierra el heno blando  
 Con las palas segundo,  
 En la cumbre modesta,  
 De una desigualdad del horizonte,  
 Que deja de ser monte  
 Por ser cunta floresta,  
 Antiguo descubrieron blanco muro,  
 Por sus piedras no menos  
 Que por su edad majestuosa cano;  
 Mármor al fin tan por lo pario puro,  
 Que al peregrino sus ocultos seios  
 Negar pudiera en vano.  
 Cuántas del Océano  
 El sol trenzas desata  
 Contaba en los rayados capiteles,  
 Que espejos, aunque esféricos, fieles,  
 Bruñidos eran óvalos de plata.  
 La admiracion que al arte se le debe,  
 Ancora del batel fué perdonado  
 Poco á lo fuerte, y á lo bello nada  
 Del edificio, cuando

Roca los saltó tronpa sonante,  
 Al principio distante,  
 Vectua luego, pero siempre incierta;  
 Llave de la alta puerta,  
 El duro son, veniendo el foso breve,  
 Levada ofreció puente no leve,  
 Troja inquieta contra el aire armada;  
 Lisonja, si confusa, regulada  
 Su orden de la vista, y del oido  
 Su agradable ruido,  
 Verde, no mu lo, coro  
 De cazadores era,  
 Cuyo número indigna la ribera;  
 Al sol levantó apenas la ancha frente  
 El veloz hijo ardiente  
 Del céltiro lascivo,  
 Cuya fecunda madre al genitivo  
 Soplo, vistiendo miembros Guadalete  
 Florida ambrosia, al viento dió junete.  
 Que á mucho humo abriendo  
 La fogosa nariz, en un sonoro  
 Relincho y otro saludó sus rayos,  
 Los overos si no esplendores bayos,  
 Que conducen el dia,  
 Les responden, la céltica ascendiendo.  
 Entre confuso pues, celoso estruendo  
 De los cabalios ruda hace armada,  
 Cuanto la generosa cebraeria  
 Besde la Mauritania á la Noruega  
 Insidia ceba alada,  
 Sin luz, no siempre ciega, aprisionada,  
 Sin libertad no siempre,  
 Que á ver el dia vuelve  
 Las veces que en fiado al viento dada (17),  
 Repite su prision y al viento desuelve.  
 El nebl. que relámpago su pluma,  
 Rayo su garrá, su ignorado nido.  
 O lo esconde el olimpo ó deusa es nube,  
 Que pisa cuando sube  
 Tras la garza argentada el pié de espuma.  
 El sacre, las del Noto alas vestido,  
 Sangriento ciprieta, aunque nacido  
 Con las palomas, Vénus de tu carro.  
 El gerifalte, escándalo bizarro  
 Del aire, honor robusto de Galanda,  
 Si bien jayan de cuanto rapaz vuécia  
 Corvo acero su pié, flaca pilucla,  
 Del pié lo impide blanda;  
 El bahari, á quien fié en España cuna  
 Del Pirineo la ceniza verde,  
 O lo alta basa que el Océano muerde  
 De la egipcia coluna,  
 La delicia volante  
 De cuantos ciénen libico turbante;  
 El borni, cuya ala  
 En los campos tal vez de Meliona  
 Galan siguió valiente, fatigando  
 Timbla fiebre, cuando  
 Intenpensiva saltó leona  
 La melionosa gala,  
 Que de trágica escena  
 Mucho teatro hizo poca arena.  
 Tú, infestador, en muestra Europa nuevo  
 De las aves nacido, Alto, donde  
 Entre las conchas hoy del sur esconde  
 Sus muchos rayos Felo,  
 ¿Debes por dicha cebo?  
 Templar te supo, di. bárbara mano  
 Al insultar los aires? Yo to duro  
 Que al preciosamente inca desuado  
 Y al de plumas vestido mejicano,  
 Frade vulgar, no industria generosa  
 Del Aguila les dió á la mariposa.  
 De un mancho serrano  
 El duro brazo débil hace junco,  
 Examinando con el pico adunco (18)  
 Sus pardas plumas el azor britauo,  
 Tardo, mas generoso,

(17) *Sollar en fiado* era término juridico de las audiencias, segun Pellicer.

(18) *Adunco*, lo mismo que *torcido*.

Terror, de tu sobrino ingenioso,  
 Ya envidia tuya, bédalo, ave agora  
 Cuyo pie tira púrpura colora  
 Grave, de perezosas plumas globo,  
 Que a luz lo condenó incierta la ira  
 Del bello de la estigia deidad robo  
 Desde el guante hasta el hombro a un jóven cela ;  
 Esta emulacion pues de cuanto vuela  
 Por dos topacios bellos con que mira,  
 Termina torpe era  
 De pompa tan ligera,  
 Can de lunas prolijo, ¡pue animoso  
 Enzo será de bien profunda ría ,  
 Bien de serena playa,  
 Cuando la fulminada prision caya  
 Del nebla, á cuyo vuelo  
 Tan vecino á su cielo  
 El cisne perdonara, luminoso  
 Número y confusion gimeudo , hacia  
 En la vistosa taja para el grave ;  
 Que aun de seda no hay vuelo snave.  
 En sangre claro y en persona agosto,  
 Si en miembros no robusto,  
 Principe le sucede, abreviada  
 En modestia civil real grandeza.  
 La espumosa del Bétis ligereza  
 Bebió no solo, mas la desatada  
 Majestad en sus ondas, el luciente  
 Caballo que colérico mordía  
 El oro que suave lo enfrenaba,  
 Arrogante, y no ya por las que daba  
 Estrellas su cerúlea piel al día,  
 Sino por lo que sienta  
 De esclarecido y aun de soberano  
 En la rienda que besa la alta mano,  
 De cetro digna. Lubrica no tanto  
 Culebra se desliza tortuosa  
 Por el pendiente calvo escollo , cuanto  
 La escuadra descendia presurosa  
 Por el peinado cerro a la campaña,  
 Cual al mar debe con término prescripto  
 Mas sabandijas de cristal que á Egipto  
 Horrores deja el Nilo que lo baña.  
 Rebelde niña, humilde agora caña ,  
 Los márgenes oculta  
 De una laguna breve,  
 A quien doral consulta  
 Aun el copo mas leve  
 De su volante nieve.  
 Ocioso pues, o de su fin présago,  
 Los filos con el pico prevenia  
 De cuantos sus dos alas aquel día  
 Al viento esgrimirán cuchillo vago (19).  
 La turba aun no del apacible lago  
 Las orlas inquieta,  
 Que tímido perdona á sus cristales  
 El doral. Despedida no saeta  
 De nervios partos igualar presuma  
 Sus puntas desiguales ,  
 Que en vano podrá pluma  
 Vestir un leño como viste un ala.  
 Puesto en tiempo, corona, si no escala,  
 Las nubes, desmintiendo  
 Su libertad el gillo torneado  
 Que en sonoro metal lo va siguiendo  
 Un bahari templado,  
 A quien el mismo escollo,  
 A pesar de sus pinos eminente,  
 El primer vello le concedió pollo,  
 Que al Bétis las primeras ondas fuente.  
 No solo, no, del pájaro pendiente  
 Las caladas registra el peregrino,  
 Mas del terreno cuenta cristalino  
 Los juncos mas pequeños,  
 Verdes hilos de aljofares risueños.  
 Rápido al español alado mira  
 Peinar el aire por cardar el vuelo,

Cuya vestida nieve anima un hielo,  
 Que torpe á unos carrizos lo retira,  
 Infieles por raros,  
 Si firmes no por trémalos reparos.  
 Penetra pues sus inconstantes senos,  
 Estimándolos menos  
 Entredichos que el viento;  
 Mas á su daño el escuadron atento,  
 Expulso lo remite a quien en suma  
 Un grillo y otro enmudeció en su pluma.  
 Cobrado el bahari, en su propio luto,  
 O el insulto acensaba precedente,  
 O entre la verde yerba  
 Avara escondida cuerva,  
 Púrpúreo caracol, éniulo bruto  
 Del rubí mas ardiente,  
 Cuando solicitada del ruido,  
 El nácar á las flores ti torcido,  
 Y con siniestra voz convoca cuanta  
 Negra de cuervas suma  
 Infamó la verdura con su pluma,  
 Con su número el sol. En sombra tanta  
 Alas desplegó Aescalafon prolijas,  
 Verde peso ócapaulo (20),  
 Que de césped ya blando,  
 Jaspe lo han hecho duro blancas guijas.  
 Mas tardó en desplegar sus plumas graves  
 El deforme fiscal de Proserpina,  
 Que en desatarse, al polo ya vecina,  
 La disonante niebla de las aves;  
 Diez á diez se calaron, ciento á ciento,  
 Al oro intuitivo, invidiado  
 Beste genero alado,  
 Si como ingrato no. como avariento,  
 Que á las estrellas hoy del firmamento  
 Se atreviera su vuelo  
 En cuanto ojos del cielo (21).  
 Poca palestra la region vacia  
 De tanta envidia era ,  
 Mientras desenlazado la cimera  
 Restituyen el día  
 A un gerifalte, boreal arpia,  
 Que despreciando la vestida nube,  
 A luz mas cierta sube  
 Gémit ya de la turba fugitiva.  
 Auxiliar taladra el aire luego  
 Undoso sacre, en globos no de fuego,  
 En oblicuos si engaños,  
 Mitiendo remision á las que huyen ,  
 Si la distancia es mucha;  
 Griego al fin. Una en tanto que de arriba  
 Descendió fulminada en poco humo,  
 Apenas el laton segundo escucha,  
 Que del inferior peligro al sumo  
 Apela entre los trópicos gritanos  
 Que su ecliptica incluyen,  
 Repitiendo confusa  
 Lo que tímida excusa,  
 Breve esfera de viento.  
 Negra circumvestida piel al duro  
 Al terno impulso de valientes palas;  
 La avecilla parece  
 En el de muros liquidos que ofrece  
 Corredor el diáfano elemento,  
 Al gémimo rigor, en cuyas alas  
 Su vista libra toda al extranjevo (22).  
 Tirano el sacre de los menos puro  
 Basta primer region, sañudo espera  
 La desplumada ya, la breve esfera,  
 Que á un hote corvo del fatal acero  
 Dejó al viento, si no restituido.  
 Heredado en el último graznido (25).

(20) *Poso*, segun Pellicier, es un montoncillo de tierra y piedras que hacen los cazadores para que el buho se pose y las aves acudan á los osos.

(21) Pellicier antepone este verso al que precede.

(22) Pellicier dice: *toda libra*.

(25) Pellicier dice:

«Hasta aqui llegan mis manuscritos de las *Soledades* de DON LUIS; pero sabiendo que añado un fragmento de cuarenta y tres

(19) Pellicier dice:

«Hasta aqui llegó la impresion de Madrid de las obras de DON LUIS; pero en mis manuscritos se prosigue esta soledad así.»

Destos pendientes agradables casos  
 Vencida se apeó la vista apenas,  
 Que del hotel, cosido con la playa,  
 Cuantos da la causada turba pasos,  
 Tantos en las arenas  
 El remo perezosamente raya,  
 A la solicitud de una atalaya  
 Atento, á quien doctrina ya cetrera  
 Llamó cataribera.  
 Ruda en esto política, agregados  
 Tan mal ofrece como contruidos  
 Bucólicos albergues, si no facas  
 Piscatorias barracas,  
 Que pacen campos, que penetran senos,  
 De las ondas no menos  
 Aquellos perdonados  
 Que de la tierra estos admitidos.  
 Pollos, si de las propias no vestidos,  
 De las maternas plumas abrigados,  
 Vecinos eran destas alquerías,  
 Mientras ocupan á sus naturales,  
 Glauco en las aguas, y en las yerbas Páles.  
 ¡Oh cuántas cometer piraterías  
 Un cosario intentó y otro volante,  
 Uno y otro rapaz, digo milano,  
 Bien que todas en vano  
 Contra la infantería, que piante  
 En su madre se esconde, donde halla  
 Voz que es trompeta, pluma que es muralla.  
 A media rienda en tanto el anhelante  
 Caballo, que el ardiente sudor niega,  
 En cuantas le densó nieblas su aliento  
 A los insignios de ser muros llega  
 Céspedes, de las obras mal atados;  
 Aunque ociosos, no menos fatigados,  
 Quejándose venían sobre el guante  
 Los randos torbellinos de Noruega.  
 Con sordo luego estrépito despiega,  
 Injuria de la luz, horror del día,  
 Sus alas el testigo que prolifia  
 Desconfianza á la sicana diosa  
 Dejó sin dulce hija,  
 Y á la estigia deidad con bella esposa.

Este pues digno sucesor del claro  
 Gomez Diego, del Marte, cuya gloria  
 A las alas hurtó del tiempo avaro  
 Cuantos le prestó plumas á la historia (25);  
 Este, á quien guardará marmores Paro,  
 Que engendre el arte, anime la memoria (26),  
 Su primer cuna al Duero se le debe,  
 Si cristal no fué tanto, cuna breve.

Del Sandoval, que á Denia aun mas corona  
 De majestad que al mar de mirros ella,  
 Isabel nos le dio, que aun no perdona (27)  
 Los rayos que él a la menor estrella;  
 Hija del que la mas luciente zona  
 Pisa glorioso, porque humilde huella  
 (General de una santa compañía)  
 Las insignias ducales de Gauda.

Alta resolucion, merecedora  
 Del que ya le previene digno culto,  
 Su nieto generoso, oculto agora (28),  
 Bien que prescribe su esplendor lo oculto (29);  
 Debido nicho la piedad le dara  
 La devocion al no formado culto,  
 De bálamo en el oro, que no pende,  
 Alimenta los rayos que le enciende.

Jóven despues el nido ilustró mio,  
 Redil ya numeroso del ganado,  
 Que el silbo oyó de su glorioso tio,  
 Pastor de pueblos bienaventurado,  
 Con labio alterno aun hoy el sacro rio,  
 Besa el nondre en sus aboles grabado;  
 Tanta le mereció Córdoba, tanta  
 Veneracion á su memoria santa.

Dulce helia en la prudente escuela  
 Ya la doctrina del varon glorioso,  
 Ya centellas de sangre con la escuela  
 Solicitaba al trueno generoso;  
 Al caballo veloz, que envuelto vuela  
 En polvo ardiente, en fuego polvoroso;  
 De Quiron no biforme aprenden luego  
 Cuantas ya fulminó armas el griego.

Tal vez la sierra que mintió el amante  
 De Europa con rejón luciente agita,  
 Tal, escondiendo en plumas el turbante,  
 Escaramuzas bárbaras iuita;  
 Dura pala, si puño no pujaute,  
 Viento dando á los vientos, ejercita  
 La vez que el monte no fatiga basto,  
 Hipólito galan, Arlónis casto.

De espumas sufre el Bétis argentado  
 Remos que le conduzgan, ofreciendo  
 El oro al tierno Alcides, que guardado  
 Del vigilante fué dragon horreado;  
 Delicias solicita su cuidado  
 A las nudosas redes, exponiendo  
 Lo que incógnito mas sus aguas mora,  
 Que extraña el cónsul, que la gula ignora.

Napea en tanto á descubrir comienza  
 Bien peinado el caballo mal enjuto,  
 Siendo al Bétis un rayo de su trenza  
 Lo que es al Tajo su mayor tributo;  
 Salió al fin, y hurtando con vergüenza  
 Sus bellos miembros á Silvano astuto,  
 Que infamar le vió un álamo prolijo,  
 Esto en sonantes nácares predijo:

«Crece, oh de Lerma tú, oh tú, de España  
 Bien nacido esplendor, firme colana,  
 Que al bien creces comun, si no me engaña  
 El oráculo ya de tu fortuna;  
 Cloto el vital estambre de luz baña  
 Al que Mercurio le previene cuna,

(25) Pellicer dice que el duque de Lerma tuvo muchos ascendientes con el nombre de Diego Gomez; pero que, á su parecer, el poeta habla de Diego Gomez de Sandoval, primer marqués de Denia.

(26) Otros leen *informe* en vez de *engendre*. Sigo á Pellicer,

(27) Así Pellicer; otros ponen: *que at sol perdona*.

(28) Pellicer escribe: *nieto glorioso*.

(29) Algunos dicen: *esplendor oculto*.

PANEGIRICO AL DUQUE DE LERMA (24).

Si arrebatado merecí algún día  
 Tu dictámen, Euterpe, soberano,  
 Bese el corvo marfil hoy desta mia  
 Sonante lira tu divina mano,  
 Emula de las trompas su armonía,  
 El séptimo Trion de nieves cano,  
 La adusta Libia sorda aun mas lo sienta  
 Que los aspides frios que alimenta.

Oiga el canoro hueso de la fiera  
 Pompa de sus orillas la corriente  
 Del Ganges, cuya bárbara ribera  
 Baño es supersticioso del Oriente;  
 De venenosa pluma, si ligera,  
 Armado lo oiga el Marañon valiente,  
 Y débale á mis números el mundo  
 Del fénix de los Sandos un segundo.

Segundo en tiempo sí, mas primer Sando  
 En togado valor, digalo armada  
 De paz su diestra, diganlo trepando  
 Las ramas de Minerva por su espada,  
 Bien que desnudos sus aceros, cuando  
 Cerviz rebelde ó religion postrada  
 Obligan á su rey que fuerza grave  
 Al templo del bifronte dios la llave.

ersos á su *soledad segunda*, hice diligencia para haberle... Pude lanzar este fragmento, que continuó don Luis, persuadido por el mismo don Antonio Chacon.

(24) Pellicer imprimió por vez primera este panegirico en sus *Lecciones solennnes á las obras de Góngora*, diciendo: «Si mi juicio vale, es la que yo mas estimo de cuantas he leído tuyas.»

Al santo Rey, que á tu consejo cano  
Los años deberá de Octaviano.»

Signió á la voz (mas sin dejar rompido  
A Juno el dulce transparente seno)  
Aplauso celestial, que lúe al oído  
Tronpa luciente, armonioso trueno;  
A mayoral en esto promovido  
Su pastor sacro, el márgen pisó ameno,  
En que de velas coronado el Béis,  
Los primeros abrazos le da á Tétis.

No despues mucho lazos tejó ignales  
De Calope el hijo intonso al bello  
Garzon augusto, que á coyundas tales  
Rindió no solo, mas expuso el cuello;  
Abeja de los tres líos reales,  
Dándole Amor sus alas para ello,  
Dulce aquella libó, aquella divina  
Del ciclo flor, estrella de Medina (50).

Feidad que en isla no que errante haña  
Incierto mar, luz gémina dió al mundo,  
Sino Apolos lucientes dos á España,  
Y tres dianas de valor fecundo;  
Gloria del tiempo Uceda, honor Saldaña,  
Orbes son del primero y del segundo,  
Sidonios muros besan hoy la plata  
Que ilustra la alta Niebla que desata (51).

La antigua Lémos de real corona  
Inelito es rayo su menor almena  
A la segunda hija de Latona,  
Que de Sebeto am no pisó la arena,  
Cuando al silencio métrico perdona  
La tantos siglos ya muda sirena,  
Cantando las que envidia el sol estrellas,  
Negras dos, cinco azules, todas bellas (52).

De un duque esclarecido la tercera  
Cintia el siempre feliz titamo honora  
La que bien digna de mayor esfera,  
Su luz abrevia Peñaranda agora;  
Al padre en tanto de su primavera  
Los verdes años ocio no desflora,  
Marqués ya en Fenia, cuyo excelso muro  
De africanos piratas freno es duro (53).

Al régimen atento de su estado,  
A sus penates lo admitió el prudente  
Filipo, afecto á su elocente agrado,  
Aun entre acciones mudas elocente.  
Ya (mal distinto entonces) el rosado  
Propicio albor del Héspero luciente,  
Que ilustra dos eclípticas agora,  
Purpureaba al Sandoval que hoy dora (54).

Sceptro superior, fuerza suave  
A la gracia (si bien implume) hacia  
Del pollo fénix hoy, que apenas cabe  
En los prolifjos términos del día;  
De quien será en los siglos la mas grave,  
La mayor gloria de su monarquía;  
Eleccion grata al cielo aun en la cuna,  
Si á la emulacion álica importuna.

A la envidia, no ya á la que el veneno  
Del Quelidro, que mas el sol calienta,  
Sino el alado precipicio ajeno  
De las frustradas ceras alimentada;  
Esta pues que el mas cenito seno  
De los augustos lares pisa lenta,

(50) Alude GÓNGORA al casamiento del Duque con doña Catalina de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli.

(51) Segun Pellicer, el orbe del primer Apolo fué Uceda, de donde fué duque don Cristóbal de Sandoval y Rojas, hijo mayor del Duque. El orbe del segundo fué Saldaña, de donde fué conde Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque, por haber casado con la señora condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantazgo. La mayor de las hijas casó con el conde de Niebla, que luego fué duque de Medina-Sidonia.

(52) Casó la hija segunda del Duque con el conde de Lémos. Por haber estado en Nápoles habla aqui del rio Sebeto el poeta.

(53) La hija tercera del Duque casó con el de Peñaranda.

(54) Segun Pellicer, hizole Felipe II gentil-hombre. El Príncipe, siendo aun niño, comenzó á inclinarse al que luego fué su valido.

Celante altera el juicio terno  
De los satrapas ya de aquel gobierno (55).

Mentida un Tulio, en cuantos el Senado (56)  
Ambages de oratoria le oyó entata,  
La hidra acusa, que del levantado  
Apenas muro la estructura oculta;  
Temor induce, y el temor cuidado,  
Tan ponderosamente, que resulta  
La merced castigada que en Valencia  
Los estabones arrastró de ausencia (57).

¡Oh ceguedad! Acuerdo intenta humano  
Fatal corregir curso fácilmente;  
Tal ya de su reciente mies villano  
Diverfir pretendió raudo torrente;  
Mucho le opuso monte, mas en vano (58),  
Bien que desenfreada su corriente,  
A cuanta Ceres innadó vecina  
Riego le fué la que temió rinita.

Salé al fin, y del Turia la rihera  
Vestida siempre de frondosas plantas,  
Dulce continuada primavera  
Lejura muchas veces á sus plantas.  
De apacibilidad hace severa  
Homenaje reciproco otras tantas  
El Virey, confirmando su gobierno,  
Osculo de justicia y paz aiterno.

Examinó tres años su divino  
Talento, el que no solo de alabanza,  
Mas de premio patentes bien dino  
Al periodo fué de la privanza;  
Dejando al Turia sus delicias, vino  
Donde ya le tejó su esperanza  
Los verdes rayos de aquel árbol solo  
Que los abrazos mereció de Apolo.

Camina pues de afectos aplaudido  
A expectacion tan infalible iguales,  
Cual del puente espacios que las roido  
Con dieate oculto, Guadiana, sales;  
De los campos apenas con tenido,  
Que templo sou lucóitico de Páles,  
La ceremonia en su recibimiento,  
Oro calzada, plumas le dió al viento.

No del impulso conducido vano  
De la ambicion, al pié de su gran duccio  
Ascende, en enva poderosa mano  
Dos mundos continente son pequeño;  
Alas batiendo luego, al sobrano  
Sucesor se remonta, en cuyo ceño  
Se rie el alba, Febo reverbera,  
Aguila generosa de su esfera.

Menos dulce á la vista sulfasface  
Cristal, ó de las rosas ocupado  
O del clavel que con la aurora nace,  
De aljófares purpureos coronado;  
Que un pecho augusto job cuánta al favor yace  
En líbica no arena, en variado  
Jaspe luciente si, pálida insidia,  
Bebiendo celos, vomitando envidia!

Servía y agradaba, esta le cuente  
Felicidad (y en urna sea dorada  
Piedra), si breve, la que mas luciente  
La antigüedad tenia destinada;  
Servía, y el enfermo Rey prudente  
(De su vida la meta ya pisada)  
Con su hijo asentia en el alato,  
Dignando de dos gracias un sugeto.

Al mayor ministerio proclamado  
De los fogosos hijos fué del viento,  
Que al Béis se bebieron ya el dorado,  
Ya el purpúreo color de su elemento;

(55) La envidia alteró celosa, segun Pellicer, los tres validos de Felipe II, viendo que privaba con el Príncipe el Duque. Eran el marqués de Velada, el conde de Chinchon y don Cristóbal de Moura.

(56) Otros leen: *mentido un Tulio*.

(57) Los validos de Felipe II hicieron nombrar virey de Valencia al Duque.

(58) Otros leen: *pero en vano*.



De sus miembros en esto desatado  
El Rey padre, luz nueva al firmamento  
En nueva imagen dió. Pórfido sella  
La porción que no pudo ser estrella.

El heredado Auriga, Faeton solo  
En la edad, no Faeton en la osadía (59),  
A la diadema de luciente Apolo  
En sombra oscura perdióse algún día.  
Luto vestir al uno y otro polo  
Hizo, si aueragar no su monarquía  
En lágrimas, que pio esguo luego  
De lunerales piras sacro fuego.

Entre esplendores pues alimentado (40)  
De flores ya suave, agora cera,  
Y el dulcemente arena lagrimado,  
Que fragante del aire luto era,  
Los oráculos hizo del Estado  
Digna merced del Sandoval primera  
El Júpiter novel, de mas coronas  
Ceñido que sus orbes dos de zonas.

Su hombre ilustra luego suficiente  
El peso de ambos mandos soberano,  
Cual la estrellada máquina luciente  
Doctas fuerzas de monte hoy africano;  
Ministro escogió tal, á quien valiente  
Absuelto de sus vinculos en vano  
El inmenso hará, el celestial orbe  
Que opreso gima, que la espalda corve.

Próvido el Sando al gran consejo agrega  
De espada votos, y de toga armados,  
Que cuarto apenas admitió colega  
La ambición de los triunviros pasados;  
De competente número la griega,  
La prudencia romana sus senados  
Establecieron; bárbaro hoy imperio  
Concede á pocos tanto ministerio.

Tan exbausta, si no tan acabada,  
Halló no solo la real hacienda,  
Mas lagrimosa aun á la insaciable  
Del interés voracidad horrenda;  
Que España, del Marqués solicitada,  
Generosa á su rey le hizo ofrenda,  
Siglos de oro arrogándose la tierra,  
Copia la paz y crédito la guerra.

Confirnióse la paz, que establecida  
Dejó en Berlins Filipo ya Segundo,  
Que las ultimas sombras de su vida  
Puertas de Jano, horror fueron del mundo.  
De álamos temió entonces vestida  
La urna del Eridano profundo,  
Sombras que le hicieron no ligeras,  
Sus heliades no, nuestras banderas.

Alegre en tanto vida luminosa  
El hijo de la musa solicita  
A la tea nupcial, que perezosa  
Le responde su llama en luz crinita;  
En sus conchas el Salo la hermosa  
Guardó al Tercer Filipo Margarita,  
Cuyo candor en mejor cielo agora  
Suave es risa de perpetua aurora.

Esta pues gloria nuestra, conducida  
Con esplendor real, con pompa rara  
De Graz con mayor fausto recibida  
Del Octavo Clemente fué en Ferrara;  
De joya tal quedando enriquecida  
Tan gran corona de tan gran tiara,  
En leños de Liguria, el mar incierto  
Vencido, Vinaroz le dió su puerto.

De Valencia inundaba las arenas  
España entonces, que á su antiguo muro,  
Digno si, mas capaz tálamo apenas  
Del hinenco pudo ser fáturo,  
Desatadas América sus venas  
De uno ostentó y otro metal puro;  
¿Qué mucho, si pisando el campo verde  
Plata pisa el caballo que oro muerde?

Del leño aun no los senos inconstante  
La bella Margarita habia dejado,  
Y de su esposo ya escuchaba amante  
Lisonjas dulces a Mercurio alado;  
Al Sandoval en ceñiros volante  
De treinta veces dos acompañado  
Títulos en España esclarecidos,  
En graua, en oro el alba, el sol vestido.

Con pompa recibida al lin gloriosa,  
La perla boreal fué soberana  
En ciudad vacamente generosa  
De nacion generosamente vana.  
Dulce un dia despues la hizo esposa,  
Flamante el Castro en púrpura romana;  
Fuése el Rey, fuése España, y reverencia  
Pisó el mar lo que ya inundó la gente.

Esperaba sus reyes Barcelona  
Con aparato, cual debia, oportuno  
A rayo ilustre de tan gran corona,  
A murado tridente de Neptuno;  
Ninguna de las dos real persona,  
Ni de los cortesanos parlió alguno,  
Sin arra de su fe, de su amor seña.  
Aquella grande, estotra no peñena (41).

Al santuario luego su camino  
Del monte dirigieron aserrado,  
Donde el báculo viste peregrino  
Las paredes que el mástil derrotado;  
Deste segundo en religion casino  
Sus pasos votan al Pilar sagrado;  
Ufana al recibillos se alborozza,  
Mirándose en el Ebro, Zaragoza.

Del reino convocó los tres estados  
Al servicio el Marqués, y al bien atento  
Del interés real, y convocados,  
Dacío logró magnífico su intento;  
Sus parques luego el Rey, sus deseados  
Lares repite, donde entró contento,  
Cuando a la pompa sucedia el decoro  
En estoque desnudo, en palio de oro.

Entre el concerto pues nupcial oyendo  
Del Arno los silencios, nuestro Sando  
Las armas solicita, cuyo estruendo  
Freno fué duro al florentin Fernando (42);  
El Fuentes bravo (43), aun en la paz tremendo,  
Vestido acero, bien que acero blando.  
Terror fué á todos mudo, sin que entonces  
Diestras fuesen de Júpiter sus bronces.

La quietud de su dueño prevenia la  
Sin elusion de sangre, la campaña  
De Carrion le duele, humedeida,  
Fértil granero ya de nuestra España,  
Pobre entonces y estéril, si perdida,  
La mejor tierra que Pisuerga baña (44);  
La corte les infunde, que del Nilo  
Signió inundante el Ructuoso estilo.

De la esterilidad fué, de la inopia  
Carrion dulcemente perdonado,  
Las espigas, los pomos de la copia  
A Júpiter debidos, hospedado;  
Pisuerga sacro por la urna propia,  
Y sacro mucho mas por el cayado,  
En muros tanto, en edificios medra,  
Que sus márgenes hosques son de piedra.

Vigilante aqui el Demia, enantos pudo  
Prevenir leños fia á Juan Andrea,  
Que á Argel su remo les conduzga mudo,  
Si castigado hay remo que lo sea;  
Venda el trato al genizaro membrudo,  
Cuando al corso no hay turco que no crea  
Su bajel, que no importa, si en la playa

(39) Casó á los reyes el cardenal arzobispo de Sevilla don Pedro de Castro.

(40) Fernando de Médicis, quinto duque de Florencia.

(41) Salió contra el florentin á campaña don Pedro Enriquez de Acebedo, conde de Fuentes.

(42) Mandó el Duque que se regasen con zanjas los campos de Carrion, estériles entonces.

(37) Felipe III no quiso coronarse rey hasta hacer á su padre las exequias.

(40) Pellicer lee: *entre el esplendor*.

El mar se queda, que el bajel se vaya (45).

¡ Oh Argel! Oh de ruinas españolas  
Voraz ya campo tu elemento impuro!  
Oh, á cuántas quillas tus arenas solas,  
Si no fatal, escollo fueron duro!  
Imitem nuestras flumulas tus olas,  
Tremolando purpúreas en tu nuro,  
Que en cenizas te espero ver sulcado (46)  
O de tus ondas ó de nuestro arado.

No ya esta vez, no ya la que al prudente  
Cardona (47), desmentido su aparato,  
Las velas que silencio diligente  
Convocaba, frustró segundo trato;  
Volviéndose los dos, que llama ardiente,  
Si vanas previas de naval recato,  
La justicia vibrando está divina  
Contra esta pirática sentina.

En el mayor de su fortuna halago,  
La que en la rectitud de su guadña  
Astrea es de las vidas en Buitrago.  
Rompió cruel, rompió el valor de España  
En una Cerda. No mayor estrago,  
No, cavendo ruina mas extraña,  
Hiciera tu astro, formando el mundo,  
Enjugando el Océano profundo;

Que de Lerma la ya duquesa, dina  
De pisar gloriosa luces bellas,  
Que á su virtud del cielo fué Medina  
Cuna, cuando su tálamo no estrellas,  
Cuantas niega á la selva convecina  
Lagrimosas dulcísimas querellas,  
Da á su consorte ruiseñor viudo,  
Músico al cielo, y á los hombres mudo.

Prorogando sus términos el duelo,  
Los miembros nobles que en tremendo estilo  
Trompa final convocará del suelo,  
En los bronceos selió de su lucilo;  
De Pisuerga al undoso desconselo  
Aun la urna incapaz fuera del Nilo.  
¿Qué mucho, si afectando vulto triste,  
Llora la emulacion, y luto viste?

Parte en el Duque la mayor inviera  
El sentimiento y aun el llanto agora,  
Si la serenidad no le trujera  
A la del Infantado sucesora;  
La que el tiempo le debe primavera  
Al Favonio en el tálamo de Flora,  
Siempre bella, florida siempre, el mundo  
Al Diego deberá Gomez segundo (48);

Al que delicia de su padre, agrado  
De sus reyes, aplauso de la corte,  
En coyunda feliz tan grande estado,  
El dote fué menor de su consorte;  
Mecenas español, que al zozobrado  
Barquillo estudioso ilustre es norte (49).  
¡ Oh cuánta le darán acciones tales  
Jurisdiccion gloriosa en los mortales (50)!

No despues mucho, madre esclarecida  
A Margarita hizo el mejor parto  
Que ilustró el hemisferio de la vida  
Desde el adusto can al gélido Arcto.  
Pálas en esto, láminas vestida,  
Quinto de los planetas, quiere al cuarto

(45) Pellicer dice:

«Intentose la jornada de Argel; fué por general de la armada Juan Andrea de Oria. Negocióse que se diese Argel por trato en tiempo que los bajeles moros salian en corso. Fué infeliz esta jornada. Por eso dice don Luis que no importa que salga la armada de Argel y deje sin guarnicion la playa, si se queda el mar, porque sola la playa de Argel, sin bajetes que la defendian, se está defendida.»

(46) Pellicer lee: *Te pienso ver*.

(47) Alude Góngora á la anterior tentativa de apoderarse de Argel, hecha por el duque de Cardona.

(48) Habla del casamiento de la condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantado, con Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque. Este era Mecenas de Góngora.

(49) Pellicer lee: *Siempre es norte*.

(50) Otros leen: *A los mortales*.

De los Filipos, duramente hecho  
Genial cuna su pavés estrecho.

Sus gracias Vénnis á ejercer conduce  
El ministerio de las parcas triste;  
Cardó una el estambre, que reduce  
A sutil hebra quien el liso viste;  
Devaúdolo otra lo traduce  
A los giros volubiles que asiste,  
Mientras el dulce de las musas coro (1)  
Saeño le alterna dulce en plectros de oro.

Agradecido el padre á la divina  
Eterna majestad, himnos entona  
En regulados coros, que termina  
La devocion de su real persona;  
Piadoso luego rey, cuantas destina  
Penas rigor legal, tantas perdona  
A los que al sol de sus cadenas gimen  
En los tenaces vinculos del crimen.

Señas dando festivas del contento  
Universal, el Duque las futuras  
Al primero previenen sacramento,  
Que del Jordan lavó aun las ondas puras;  
Emulo su esplendor del firmamento,  
Si piedras no lucientes, luces duras  
Construyeron salon, cual ya dió Aténas,  
Cual ya Roma teatro dió á sus scenas.

Diligencia en sazón tal afectada,  
O casual concurso mas solemne,  
Del rey hizo britano la embajada,  
Y el aplauso que España le previene;  
De la vocal en esto diosa alada,  
Aunque litoral Calpe, aunque Pirene,  
Siempre fragoso conatoó la trompa  
A la alta espectacion de tanta pompa.

Ambicioso el Oriente, se despoja  
De las cosas que guarda en si mis bellas,  
Ceilan cuantas su esfera exhala roja  
Engasta en el mejor metal centellas;  
De sus veneros registro cambioja  
Las que á pesar del sol ostentó estrellas,  
El esplendor, la vanidad, la gala,  
En el templo, en el coso y en la sala.

Desmentido altamente del brocado,  
Vineno de prolijos leños ata  
El palacio real con el sagrado  
Templo, errecion gloriosa de no ingrata  
Memoria al Duque, donde abreviado  
El Jordan sacro en márgenes de plata,  
Dispensó ya el que, digno de tíara,  
De la fe es nuestra vigilante vara.

Ingenioso polvorista luego  
Luminosos milagros hizo en cuanto  
Purpúreos ojos dando al aire ciego,  
Mudas lenguas en fuego llovió tanto,  
Que adblada la noche de este fuego.  
No echó menos las joyas de su manto,  
Que en la fiesta hicieron subsecuente  
La gala mas lucida, mas lucente.

Pisó el cémit, y absorto se embaraza,  
Rayos dorando el sol en los doseles,  
Que visten, si no un fenix, una plaza,  
Cuyo plumaje piedras son noveles,  
De Dafne coronada mil, que abraza  
En mórbidos cristales, no en laureles;  
Turbado las dejo porque celoso  
A Júpiter bramár oyó en el coso.

No en circos, no, propuso el Duque atroces  
Juegos, ó gladiatorios ó ferales,  
No en ruedas que hurtaron ya veloces  
A las metaz, al polvo las señales;  
En plaza si magnífica feroces  
A lanza, á rejon muertos animales,  
Flechando luego en céltros de España  
Arcos celestes una y otra caña.

Apenas confundió la sombra fria  
Nuestro horizonte, que el salon brillante,

(1) Así Pellicer; otros leen: *Culto de las musas*. Sin duda fué para evitar la repeticion de la voz dulce.

Nuevo epicielo al gran rubí del día,  
Y de la noche fué al mayor diamante  
Por la láctea despues segunda vía.  
Un orbe desató y otro sonante (2)  
Astros de plata, que en lucientes giros  
Batieron con alterno pié zaliros.

Prolija prevencion en breve hora  
Se disolvió, y el lúcido topacio,  
Que occidental balcon fué del aurora,  
Angulo quedó apenas de palacio.  
De cuantos la edad mármores devora,  
Igual restituyendo al aire espacio  
Que ámbito á la tierra, mudo ejemplo  
Al desengaño le fabrica templo.

Solicitado el holandés pirata  
De nuestra paz ó de su aroma ardiente,  
No solo no al Ternate le desata,  
Mas su coyunda á todo aquel oriente;  
Del mar es de la aurora la mas grata,  
Cuando no la mejor del continente,  
Ista Ternate, pompa del maluco,  
Deste inquirida siempre y de aquel buco.

Esta pues que de aquel gran mundo ha sido  
Universal emporio de su clayo  
Al político campo, al de torcido  
Labio y cabello tormentoso caho,  
Donada fué de quien por su apellido  
Y por su espada ya dos veces bravo,  
Mayor será trofeo la memoria  
Que el adelantamiento á su victoria (3).

Gracias no pocas á la vigilancia  
Del Duque atento, cuya diligencia,  
Próxima siempre á la mayor distancia,  
Sombra individua es de su presencia;  
Veneciana estos dias arrogancia,  
De vana procedida preeminencia,  
Al sacro opuesta celestial clavero,  
Esgrimió casi el obstinado acero.

¡Oh del mar reina tú, que eres esposa,  
Cuyos abetos el leon seguros  
Conduce sacro, que te hace undosa  
Cibéles, coronada de altos muros!  
Alcion de la paz ya religiosa,  
Los reinos serenastes mas impuros;  
¡Oh Venecia, ay de tí! Sagrada hoy mano  
Te niega el cielo que desquicia á Jano.

¡Ay mil veces de tí! Precipitada,  
Mas república al fin prudente, ¿sabes  
La que á Pedro le asiste cuánta espada  
A sus dos remos es, á sus dos llaves?  
De una y de otra lámina dorada  
Sus miembros aun no el Fuentes hizo graves,  
Que señas de virtud dieron plebeya  
Las togadas reliquias de Aquileya.

Confuso hizo el arsenal armado  
Reseña militar, naval registro  
De sus fuerzas, en cuanto oyó el senado  
Alto del Rey Católico ministro;  
Néstor mancebo en sangre, y en estado  
Castro excelso, dulzura de Caistro;

(2) Pellicer lee :

Un orbe y otro desató sonante.

(3) Alude el poeta á don Pedro Bravo de Acuña, conquistador de Ternate.

Este pues, variando estilo y vulto,  
Duro amenaza, y persuade culto (4).

Oracion en Venecia rigurosa,  
En Lombardía trompas elocuentes,  
Violencia hicieron judiciosa  
A la mayor corona de prudentes.  
Adria, que sorbió ríos ambiciosa,  
Tímida agora, recusando Fuentes,  
Reducida resiste, humilde cede  
Al Quinto Paulo y á su santa sede.

Jacobo, donde al Támesis el día  
Mucha le esconde sinuosa vela,  
Legítimas reliquias de Maria,  
Sucesion adoptada es de Isabela;  
Lo materno que en él, ceniza fría  
De nuevos dogmas, semivivo ecla,  
A paz con el Católico le induce  
Alecto que humea, si no luce.

Este pues embrión de luz, que incierto  
Vivir apenas esplendor no sabe,  
La nunca extinta púrpura de Alberto  
Alentó pia, fomentó suave;  
España á ministerio tan experto  
Varon delega, cuya mano grave,  
Alternando instrumentos, persuada  
O con el caduceo ó con la espada.

El Tásis fué de Acuña esclarecido,  
Ya de Villamediana honor primero,  
El que á tan alto asunto delegado,  
Suavemente le trató severo;  
El de sierpes al fin leño impedido,  
El fulminante aun en la vaina acero  
La paz solicitaron, que Bretaña,  
Que deberá al glorioso Conde España.

Alma paz, que despues establecida  
Del Velasco, del rayo de la guerra,  
La tantos años puerta concluida  
Abrió al tráfago el mar, abrió la tierra;  
Iris santa, que el simbolo ceñida  
De la serenidad á ligalaterra,  
A España en nudo las implica blando,  
De los odios reciprocos (5) ovando.

No menos corvo rosicler sereno  
El país coronó agradable, donde  
En varios de cristal ramos el Reno  
Las sienas al Océano le esconde;  
El belicoso de la Haya seno,  
Bélgico siempre título del Conde,  
Tronco del néctar fué, que fatigada  
Labró la guerra, si la paz no armada (6).

A la quietud deste rebelde polo  
Asistió el Duque entonces indulgente,  
Que por deseulazarle un rato solo,  
No ya depona Marte el yelmo ardiente;  
Su arco Cintia, su venablo Apolo,  
Arimado tal vez, tal vez pendiente,  
A un tronco este, aquella á un ramo fia,  
Ejercitados el siguiente día.

(4) Segun Pellicer, en tanto que en el arsenal de Venecia se hacia alarde de la gente de guerra, oró en el Senado don Francisco de Castro, embajador de Felipe III.

(5) Concluyó las paces con Inglaterra el condestable de Castilla don Juan Fernandez de Velasco. El *ovando* aqui no es apellido, sino verbo. Equivale á *triumfando*.

(6) Alude don Luis de Góngora á las treguas que hizo Felipe III con los holandeses por espacio de doce años.

## DÉCIMAS.

## DÉCIMAS AMOROSAS.

Flechando vi con rigor (7)

A una niña soberana  
En el arco de Diana  
Las saetas del Amor.  
El corcillo volador,  
Con ver su muerte vecina,  
Aguarda, y la dura encina,  
Blanco de sus tiros hecha,  
En el hierro de su flecha  
Besó su mano divina.

Ved cuán milagrosa y cuánta  
Es su fuerza, pues la espera  
Con voluntad una fiera  
Y con respeto una planta;  
Dulcísima fuerza y tanta,  
Que herido della el viento,  
Silba cada vez contento,  
Deseando que á porfia  
Cien veces le fleche al día,  
Por tener heridas ciento.

Esto que alcanza y sujeta  
Sin que alas valgan ni piés,  
No es fuerza de amor ni es  
Celeridad de saeta,  
Sino la virtud secreta  
De la mano y del cabello,  
Que da al arco marfil bello  
Y á la cuerda oro sutil,  
Conocido del marfil  
Desde que ondeó en su cuello.

Deste pues arco que adoro,  
Cuando tejieron la cuerda,  
Su apellido dió la Cerda  
Y sus cabellos el oro;  
Corvo honor del casto coro,  
Y emulacion, sino celo,  
Del que con torcido vuelo  
Da al aire colores vanos,  
Que por serlo de sus manos  
Dará el ser arco del cielo.

## OTRAS.

Pintado he visto al Amor,  
Y aunque lo he visto pintado,  
Está vivo y aun armado  
De dulcísimo rigor;  
Ni es ciego, aunque es flechador,  
Porque sus divinos ojos  
No hieren ni dan enojos;  
Que en solo un casto querer  
Se dilata su poder  
Y se abrevian sus despojos.

No con otro lazo engaña  
Ni á otras prisiones condena  
Que á la gloriosa cadena  
Á los Zúñigas de España;  
Allí pues donde el mar baña  
Las murallas de Ayamonte,  
Sol de todo su horizonte,  
Duras redes manda armar,  
Como Tétis en el mar,  
Como Diana en el monte.

El arco en su mano bella,  
Su esposo la dura lanza,  
El con el caballo alcanza  
Al que con las flechas ella;  
Al venado, que de aquella  
Montaña tantos inviernos  
A los robles casi eternos

(7) Otros leen *flechar*.

Les hurtó la antigüedad (8)  
Con los años de su edad,  
Con las puntas de sus cuernos.

Al jabalí, en cuyos cerros  
Se levanta un escuadron  
De cerdas, si ya no son  
Caladas picas sin hierros (9);  
De armas, voces y de perros  
Seguido, mas no alcanzado,  
Muere al fin atravesado,  
Y no sé de cuál primero,  
O del rejon, que es ligero,  
O del arpon, que es alado.

## OTRAS.

A don Diego de Córdoba, primer marqués  
de Guadalcazar, viniendo de la corte.

No os dirémos, como al Cid,  
Que en Cortes habeis estado,  
Porque, aunque disimulado,  
Sé que venis de Madrid;  
Señor don Diego, venid  
Mil veces en hora buena,  
Aunque os hayan puesto pena;  
Del palacio haced plaza.  
Si no os ha puesto mordaza  
La que os puso en su cadena.

Decidnos, Señor, de aquellas  
Flores y luces divinas  
En palacio clavellinas  
Y en el firmamento estrellas;  
Ángeles que plumas bellas  
Baten en sus hierarquías (10),  
Donde son buenos los días;  
Pero las noches son malas,  
Porque al coger de las alas  
Sienten las plumas muy frías.

Galantísimo señor  
Deste cielo, la primera  
Sea el puerto y la carrera  
De las Indias del amor;  
El mas hermoso, el mejor  
Extreméño serafín  
Que dió á España Medellín.  
¡Dichosa la tierra que  
Pisa el cristal de su pié  
En la planta del chapin! (11)

Allí donde entre alhelies  
Guadiana se desata  
La pluma peinó de plata  
Con el pico de rubies  
Esta de tantos neblies  
Garza real perseguida,  
Y á quien sus flores le anida  
El Tajo glorioso, el vuelo  
Que en puntas corona el cielo  
De ave tan esclarecida (12).

Si la gloria de Chacon  
De la cabeza á los piés

(8) Así Hoces y Verges; Faria lee:  
Les juró la antigüedad.

(9) Así Faria; Hoces y Verges leen:  
Celadas, picas sin hierros.

(10) Así Faria; Hoces y Verges leen:  
Baten sus hierarquías.

(11) Otros leen: *en la plata*.  
(12) Así se lee esta décima en las obras  
que he consultado, si bien los últimos ver-  
sos no tienen claro sentido.

Azúcar y almendras es,  
Dulce sera el corazon.  
Néctar sus palabras son;  
Mas sepa quien no lo sabe  
Que de agudas flechas grave  
En sus palabras Cupido.  
Como abeja está escondido  
En el panal mas suave.

A la bellissima Cerda  
Para el arco que da enojos,  
Saetas pide á sus ojos,  
Y á su apellido la cuerda.  
El niño dios porque pierda  
La libertad y el oficio,  
Quien se la da en sacrificio.  
¡Venturoso el ermitaño  
Que trajese todo el año  
Destas Cerdas el silicio!

Mucho tiene de admirable  
La deidad de Monterey,  
Pues al mismo amor da ley  
Por lo bello y por lo afable;  
Cuando dulcemente hable,  
Cuando dulcemente mire,  
¿Quién habrá que no suspire  
Cuando corone su frente  
De los rayos del oriente?  
Quién habrá que no se admire?

De la beldad de las Navas,  
Dice Amor que cuando mira,  
Dorados arpones tira  
Mas que tiene en sus aljabas;  
Las dos pues reales pavas  
De la Coruña y Bedmar  
Muy bien pueden coronar  
El palacio con sus plumas,  
Que escurecen las espumas  
Del uno y del otro mar.

Aquella belleza rara  
Que adora el Ebro por diosa,  
Sol es de Villahermosa,  
Hermosísimo de cara (15);  
Aurora luciente y clara  
Deste sol aragonés,  
Si no naciera despues  
Fuera su hermana divina;  
Mas si no es luna menina,  
Estrella de Vénus es.

De la que nació en el mar  
Las veneras lunas son,  
Y su hijo en el blason  
Nos la hace venerar;  
De aquel fénix singular,  
Honor de los Pimenteles,  
Buscad, oh amantes fieles!  
En estas conchas la perla,  
Si dejan sus ojos verla,  
Que son caribes crueles!

Decídmeme de aquella dama  
Gloria del nombre de Ulloa,  
Que pues la envidia la loa,  
No es bien la calle la fama;  
Cuarta gracia Amor la llama  
En el palacio real,  
Y á fe que no dice mal  
El dios que hiela y abraza;  
Que el titulo de su casa  
Y las gracias todo es sal.

La extranjera soberana  
Que en las montañas no solo,  
Mas en cuanto pisa Apolo

(15) Otros leen *hermosísima*.

No la desvió Diana ;  
; Oh venturosa alemana,  
Que privas á cualquier hora  
Con la casta cazadora,  
Dichoso el que en ti aventura  
El logro de tu hermostura  
Y el favor de tu señora!

Aquel resplandor rosado  
De la luz que al mundo viene,  
Aunque es Albarado, tiene  
Mas de Alba que de Albarado ;  
No amanece, y da cuidado  
A los dulces ruiseñores,  
Que esperan entre las flores  
Saludar al rayo nuevo  
Del lucidísimo Febo,  
Que ha de daros los albores.

Al Mondego dió cristal,  
Si de oro al Tajo no arena,  
Doña Beatriz de Villena,  
Trofeo de Portugal ;  
Y á la que no tiene igual  
En hermosura y saber,  
Gloria, majestad y ser  
De los Osorios de Astorga,  
Amor dice que le otorga  
Sus armas y su poder.

Puesta en el brinco pequeño  
De Altamira la alta,  
Hallaréis que el solo esmalta  
Cuántas joyas os enseño ;  
Creceará, y quitará el sueño  
A la beldad y á la gala ;  
En el balcón y la sala  
Prestará rayos al sol,  
Sin que haya ángel español  
Que no venza ala por ala.

Las blancas tocas, Señor,  
No perdono de la guarda,  
Mayor si, pero gallarda  
Tanto como la menor ;  
Santo y venerable honor  
De su patria y de su estado,  
Mas pastora de un ganado,  
Que está convidando al lobo ;  
Yo sé decir, aunque bobo,  
Que á Argos diera cuidado.

## OTRAS.

La que ya fué de las aves  
Mas enriosa y menos cuerda,  
Cuando lazos de tu Cerdá  
La perdonaron suaves  
A los dulcemente graves  
Rayos de tus ojos bellos,  
Vuelve á examinarse y vellos,  
Fiada en que le harán salva  
Las aves que con el Alba  
Saludaba al sol en ellos.

Emula del mayor vuelo  
Y de la vista mas clara,  
Vuela, y deslumbrada, para  
En el cristalino cielo  
De tus manos, que al hijuelo  
Desarmaron de la Diosa,  
Donde altamente reposa,  
Contenta ya en ser igual,  
Si no al águila real,  
A la simple mariposa.

Muere fénix, y abrasada,  
Culta le renace pluma  
De los cisnes, que la espuma  
Del Tajo ilustran sagrada,  
Dignamente celebrada ;  
Pues ya que tus soberanos  
Ojos, tus intentos vanos  
Luminosamente hicieron,  
Urna de alabastro fueron  
A sus cenizas tus manos.

## OTRA.

Esta bayeta aferrada  
En plata, señora mía,  
Luto es de mi alegría,  
Bien nacida y mal lograda ;  
Y esta por vos desatada  
Hacha en lágrimas de cera,  
A tener lengua, os dijera  
Cuál me trae vuestro desden ;  
Que no es alárabe quien (14)  
Me vistió desta manera.

## DÉCIMAS LIRICAS.

De un monte en los senos, donde  
Daba un tronco entre unas peñas,  
Dulces sonoras señas  
De los cristales que esconde,  
Eco que al latir responde  
Del sabueso diligente,  
Condujo en perlas su frente (15),  
Fatigada cazadora,  
Que blancos lílios finé una hora  
A las orlas de su fuente.

*Montaña que eminente  
Al viento tus encinas  
Sonantes cuernos son roncás bocinas,  
Toca, toca, toca,  
Monteros convoca  
Tras la blanca cierva,  
Que sudando aljofar,  
Corona la yerba.*

Treguas poniendo al calor,  
Lisonjean su fatiga,  
No sé enádes plumas diga,  
Del Céjiro ó del Amor ;  
No á blanca ó purpúrea flor  
Abeja mas diligente  
Liba el rocío luciente,  
Que las dos alas sin verlas  
Desvanecieron las perlas,  
Que envidia el nácar de Oriente.

*Montaña que eminente, etc.*  
De Clori bebe el oído  
El son del agua risueño,  
Y al instrumento del sueño  
Cuerdas ministra el ruido ;  
Duerme, y Narciso Cupido,  
Cuando mas está pendiente  
(No sabe el cristal corriente)  
Sobre el dormido cristal,  
Fiera rompiendo el jaral,  
Rompe el sueño juntamente.

*Montaña que eminente  
Al viento tus encinas  
Sonantes cuernos son roncás bocinas,  
Toca, toca, toca,  
Monteros convoca  
Tras la blanca cierva,  
Que sudando aljofar,  
Corona la yerba.*

## DÉCIMAS BURLESCAS.

Musa que sopla y no inspira,  
Y sabe por lo traidor  
Poner los dedos mejor  
En mi bolsa que en su lira,  
No es de Apolo (que es mentira)  
Hija nusa tan bellaca,  
Sino del que hurtó la vaca  
Al pastor ; á tal persona  
Pongámosle su Helicóna  
En las montañas de Jaca.

(14) Otros leen *alarache*.

(15) Otros ponen:

Condujo perlas su frente.

Musa que en medio de un llano  
Llevando gente consigo,  
Traujo al mayor amigo (16)  
De frances en castellano ;  
Musa que á su melio hermano,  
Hijo del planeta rojo,  
O por trato ó por autojo,  
Sin besarlo lo vendió,  
No estoy muy seguro yo,  
Y pues me ha besado en el ojo.

Remítirle el proceso  
A quien me pusiere dulas  
En darte nombre de Judas  
Por el trato ó por el beso ;  
Y aun acumularle á eso  
La mano de Judas quiero,  
Pues me juró un caballero  
Que en casa de una señora  
La semana pecadora  
Mató vela y candelero.

Y en delitos tan soeces,  
Ved qué gramáticas usa,  
Que ha declinado su musa  
Por *templum templi* mil veces ;  
Y á pesar de los jueces  
Y de las leyes, acierta  
Con el templo y con la puerta,  
Si no es que dicen por yerro  
Que entra el gato como el perro  
Porque liallo la puerta abierta.

## OTRAS.

A don Pedro Sotés, truhan que estando en  
Córdoba y viviendo á su posada una noche  
á deshora, no le quisieron abrir, y  
durmió al sereno

Sotés, así os guarde Dios,  
Que dice la noche helada  
(Que la Frenfria nevada  
Es un Mongibel con vos ;  
Y así, infiero que la tos  
Os llevaría al ataud  
Con prolija lentitud,  
que causan vuestras frialdades (17),  
Porque de gracia y sepades  
Teneis lo que de salud.

Tanto sabeis enriar  
Al que por desdicha os topa,  
Que le haréis pedir ropa  
En día canicular ;  
¿ Qué mucho, si haceis temblar,  
En marzo y Andalucía  
La que os hace compañía,  
Cuando todo el mundo os niega  
La que en diciembre y Noruega  
Pudiera ser noche fría?

Ventosidad y no poca  
Saco de vuestra fatiga ;  
Yo fio que ella os lo diga,  
Pues las noches tienen boca ;  
Aunque la tendre por loca  
Si estimándoos en un clavo,  
No os habla por otro cabo ;  
Porque, señor don Sotés,  
Es noche, y noche de un mes  
Que sabe volver de rabo.

## OTRAS.

Contra los que dijeron mal de la *Solidadec*.

Por la estafeta he sabido  
Que me han apolojizado,  
Y á fe de poeta honrado,  
Ya que no bien entendido,

(16) Otros leen *redujo*.(17) Otros leen: *lo causan*.

Que estoy muy agradecido  
De su ignorancia tan crasa,  
Que aun el sombrero les pasa,  
Pues imputa oscuridad  
A una opaca soledad  
Que a la vez no enciende en su casa.

Melindros son de lechuzas,  
Que en lo umbroso poco vuela  
Quien en las tinieblas suele  
No perdonar una ausencia;  
Musa mía, sed hoy Muza;  
Si empuña, si embraza acaso  
Lanza y adarga el Parnaso,  
Defended el honor mío,  
Ataque no está, yo lo fio,  
En la Vega Garcilaso (18).

## OTRAS.

Esa palma es, niña bella,  
Para vuestra profesion,  
Aunque mas antiguas son  
Las de vuestras manos que ella;  
Temo, vestertina estrella,  
Que esa vuestra edad de hierro  
La profesion hará entierro  
Antes que la palma lleve  
En esa mano de nieve  
Muchos datiles de perro.

Borlas lleva diferentes,  
Burlas digo, y desengañas,  
Tantas como vuestros años  
Y menos que vuestros dientes;  
Aleza de los prudentes  
Sois, pues dicen mas de dos  
Que siendo tan muda vos,  
Queréis profesar en dia  
Que tantas lenguas envía  
El Espiritu de Dios (19).

## OTRAS.

Una moza de Alcobendas  
Sobre su rubio trenzado  
Pidió la fe que le he dado,  
Porque eran de oro las prendas;  
Concertados sin contiendas  
Nuestros dulces desenojos,  
Me pidió sobre sus ojos  
Por lo menos un doblon;

(11) Don Juan Pablo Forner dice en sus *Reflexiones sobre la leccion critica de Huerta* (Madrid, 1786):

«En la coleccion del *Parnaso español* se han reimpresso tambien otros dos sonetos en culto del mismo Lope, dirigidos evidentemente contra las *Soledades* de Góngora; bien que no quedaron sin respuesta, pues para mi aquellos versos de este en defensa de sus *Soledades*, que dicen:

«Musa mía, sed hoy Muza,  
Si empuña, si embraza acaso  
Lanza y adarga el Parnaso.  
Defended el honor mío,  
Aunque no está, yo lo fio,  
En la vega Garcilaso,

se dispararon evidentemente contra la mordacidad de Lope, dando á entender Góngora en la traviesísima alusion que contienen, dos cosas: una, que Lope era el caudillo de los que le satirizaban; y otra, que aunque tenia el apellido de Vega, no por eso residia en él el espíritu de Garcilaso, que tuvo el mismo apellido; y por consiguiente, era enemigo poco temible.»

(19) Dúdase que sean de Góngora estas dos décimas.

Yo, aunque de esmeraldas son,  
Se lo libre en Tremecén;  
¿Díce bien?

En el dedo de un doctor  
Engastado en oro vi  
Un finísimo rubí,  
Porque es siempre este color  
El antidoto mejor  
Contra la melancolia;  
Yo por alegrar la mía  
Un rubí desaté en oro;  
El rubí me lo dió Toro,  
El oro Ciudad-Real;  
¿Díce mal?

## OTRAS.

Habiendo ido don Luis á hacer unas informaciones á Galicia, hizo estas decimas.

¡Oh montañas de Galicia,  
Cuya (por decir verdad)  
Espejura es su cüedad,  
Cuya maleza es malicia,  
Tal, que ninguno codicia  
Besar estrellas pudiendo,  
Antes os quedais haciendo  
Desiguales horizontes:  
Al fin, gallegos y montes  
Nadie dirá que os ofendo.  
¡Oh si tú, cuyos cristales  
Desatas ociosamente,  
Mal coronada tu frente  
De castaños y nogales!  
¡Qué bien de los naturales  
Vas murmurando, y no paras!  
Perdonen tus aguas claras  
De Baco el poder injusto,  
Si ellos te niegan el gusto  
Y ellas te niegan las caras.

¡Oh posadas de madera,  
Arcas de Noé, adonde  
Si llamo al huésped, responde  
Un bucy y sale una liera!  
Entróme, que non debiera,  
El cansancio, y al momento  
Lágrimas de ciento en ciento  
A derramallas me obliga,  
No se cuál primero diga,  
Ilumo ó arrepentimiento.

¡Oh labrante mujeriego  
De tierras de holandas non,  
Cuyas aguijadas son  
Flechas del amor gallego!  
Vuestra castidad no os niego,  
Antes digo será eterna,  
Pues descalza la mas tierna,  
Lleva la que menos ara.  
Pierna que guarda su cara,  
Cara que guarda su pierna (20).

¡Oh Narcisos de sayal,  
Antipodas de la gala,  
Cuyo pié entra en cualquier sala  
Sin guante de Fregenal!  
Puedo decir, y no mal,  
De Galicia y sus confines,  
Sin disculpar escarpines,  
De los cheiros del Algaba,  
Que á Génova y aun á Italia  
Se la gana en juanetines.

## OTRAS.

Contra las costumbres (21).

Ya de mi dulce instrumento  
Cada cuerda es un cordel,

(20) Otros leen *guarde*.

(21) Esta composicion debiera estar entre

Y en vez de vihuela, él  
Es potro de dar tormento;  
Quiza con celoso intento  
De hacerme decir verdades  
Contra estados, contra edades,  
Contra costumbres al fin;  
No las comente el ruin  
Ni las tuerza el enemigo,  
Y *digan que yo lo digo*.

Del mercader, si es lo mismo,  
Con vara y pluma en la mano  
Condenare en castellano  
Que irse al infierno en guarismo;  
Desátteme el silogismo  
Sus pulgadas y sus cerros,  
Su conciencia y sus dineros,  
Y tengan por cosa cierta  
Que si le cierran la puerta,  
En el ciclo no hay postigo;  
Y *digan que yo lo digo*.

Ver sus tocas blanquear  
A la viuda, eso me mueve,  
Que ver cubierta de nieve  
El puerto del muladar;  
Déjase á solas pasar  
De cualquiera forastero,  
O peon ó caballero,  
Y con sus amigas llora  
A su esposo la señora  
Como la Cava á Rodrigo;  
Y *digan que yo lo digo*.

Viendo el escribano que  
Dan á su legalidad,  
Por ser poco él de verdad,  
Nombre las leyes de fe,  
Su pluma sin ojos ve,  
Y su bolsa, aunque sin lengua,  
Por la boca crece y mengua  
Las razones del culpado,  
La bolsa hecha abogado,  
Y la pluma hecha testigo;  
Y *digan que yo lo digo*.

Como consulta la dama  
Con el espejo su tez,  
¿No consultará una vez  
Con la honestidad su fama?  
Aspid al vecino llama  
Que la muerde el carcañar  
Cuando sale á visitar  
El copete y la corona,  
Y á los dos no les perdona  
Desde la joya al bodigo;  
Y *digan que yo lo digo*.

Milagros hizo por cierto  
Un alcaide, y lo vi yo,  
Que siendo vivo, le dió  
Almas de oro á un gato muerto,  
Y aun es de tanto concierto,  
Que se iguala y no se ajusta,  
Y si acaso á doña Justa  
Algo entre platos le viene,  
Deja la verdad, y tiene  
A Platon por mas amigo;  
Y *digan que yo lo digo*.

Entrase en vuestros rincones  
Comadreado la vieja,  
Bien como la comadreja  
En uido de gorriones;  
Con madejas y oraciones  
Os quiebra ó degüella en suma,  
Ora en huevos, ora en pluma,  
La honra de vuestra hija;  
Destas terceras clavija

las letrillas. Pónese, sin embargo, entre las décimas por hallarse así en las demás ediciones. Lo mismo se puede decir de los versos siguientes.

Sea la rama de un quejigo ;  
Y digan que yo lo digo.

De doctor mal entendido,  
De guantes no muy estrechos,  
Con mas homicidios hechos  
Que un catalan foragido ;  
Si son de puñal buido  
Las hojas de su Galeno,  
Y si partir puede el freno  
Y el dinero con su mula,  
Mate, y sirvale de bula  
La carta que trae consigo ;  
Y digan que yo lo digo.

## OTRAS.

Cuán venerables que son,  
Cuán digno de reverencia,  
Las tocas de la apariencia,  
El tanto de la opinion ;  
¡ Oh Coridon, Coridon !  
Venza las tortolas bido  
En uno y otro gemido ;  
Turbe el agua á lo viudo ;  
Que á fe que el hierro desnudo  
Desmienta al monjil vestido.

De un serafin quintañon  
El menos hoy blanco diente,  
Si una perla no es lucente,  
Es un desnudo piñon ;  
¡ Oh Coridon, Coridon !  
Antojos calzais de necio,  
Pues no entendeis á Vejecio ;  
Pero entenderéislo al fin  
Si el quintañon serafin  
Muerde duro ó tose recio.

Galan no pasea el balcon  
De la reclusa doncella,  
Que no lo conozca ella,  
Y no conoce varon ;  
¡ Oh Coridon, Coridon !  
Fresco estais, no sé qué os diga,  
Si el amor, por lo que obliga  
Un conocimiento desos,  
Le sacó prendas con lutesos  
Del cofre de la barriga.

Solicita devocion  
El rostro de la beata,  
El gema, digo, de plata  
Eugastado en un grünon ;  
¡ Oh Coridon, Coridon !  
No hay flor de abeja segura ;  
Poca plata es su figura,  
Poca; mas con todo eso,  
En oro le paga el peso  
Quten en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincón  
Penelope mientras yerra  
Por mar Ulises, por tierra  
Genizas ya el lion ;  
¡ Oh Coridon, Coridon !  
Ella en tierra y él en mar  
Papillas pudieran dar  
A un gitano, puesto que él  
Menos urdió en su bajel  
Que ella tejió en su telar.

## OTRA.

En hábito de ladron  
Juez de términos fué,  
Señor licenciado, el que  
Limitó vuestro mojon ;  
De Tiro hizo un tiron  
Vuestra ropa danasquina,  
Porque era de seda fina ;  
Que solo es bien se conceda  
A los mejores la seda  
Que se concedió á la China.

## OTRA.

A una oposicion de maestros de capilla.

Los edictos con imperio  
Maese Lobo ha prorogado  
Hasta que varie el grado  
De su vocal magisterio ;  
Si no tiene otro misterio,  
El nuevo término corra,  
Y juegue en tanto á la morra  
Nuestro pretendiente boho,  
O apele de un maese Lobo  
Para otro maese Zorra.

## OTRA.

A una décima que el conde de Villamediana no hizo en favor del Polifemo y Soledades (22).

Royendo sí, mas no tanto,  
El mar con su alterno diente,  
El escollo está eminente,  
Que del ciclope oyó el canto ;  
Como si la envidia en cuanto  
Cisne angustamente dino  
De sital cristalino  
Su pluma hace elegante,  
Si baston no de un gigante,  
Báculo de un peregrino.

## DÉCIMAS BURLESCAS.

A unas fiestas de toros y juego de cañas en la corte, donde no asistieron los reyes.

¡ Qué cantarémos agora,  
Señora doña Talia,  
Con que todo el mundo ria  
Cuando todo el mundo llora ?  
Inspirádmelo, Señora,  
Y sea novedad que importe ;  
Porque el gusto de la corte  
Pide nuevas á un poeta  
Muclias mas que á una estafeta,  
Con mucho menos de porte.

No hagamos el instrumento  
Púlpito de pesadumbres ;  
Que esto de enmendar costumbres  
Es peligroso y violento ;  
Nuevo dulce pensamiento  
Rasque cuerdas al laud,  
Sea fiscal la virtud  
De los vicios ; que yo en suma  
Soy fiador de mi pluma  
Y alcáide de mi salud.

Cada décima sea un pliego  
De casos nuevos ; que es bien  
Cuando mas cosas se ven  
Hurtarle el estilo al ciego ;  
De los toros y del juego  
Generoso primer caso  
Salga el aviso á buen paso ;  
Que hoy, Musa, con pié ligero

(22) Así se lee este epigrafe en las ediciones de Góngora. Sin embargo, Pellicer dice :

« Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque (de Lerma), príncipe de excellentísimas partes, á quien llama Merénas don Luis, porque escribió el Conde de Saldaña en su defensa contra los que decian mal de su Polifemo y Soledades, á lo cual hizo esta décima DON LUIS.»

Del monte Picardo os quiero (25),  
Y no del monte Parnaso.

Juegan cañas, corren toros,  
Cortesianos caballeros,  
Por lo gallardo Rugeros,  
Y por lo lindo Melobos,  
Con vistoso trajes moros ;  
¿ Quién suspende, quien engaña  
Al gran teatro de España ?  
Quien es todo admiracion,  
Valiente con el rejon  
Como galan con la caña.

Desearóse este dia  
Con las reales personas  
Los rayos de sus coronas  
Gloriosa infanteria ;  
Y las que el cielo nos fia  
Luces divinas, aquellas  
Que si piedra son estrellas,  
Estrelladas de diamantes,  
A unos fueron Braham íntes,  
A otros Angelicas bellas.

## OTRAS.

A la toma de Larache, puerto y plaza fuerte de Africa, que se entregó por trato al marques de San German (24).

Larache, aquel africano  
Fuerte, ya que no galan,  
Al glorioso San German,  
Rayo militar cristiano,  
Se encomendó, y no fué en vano,  
Pues cristiano luego al moro,  
Y por mas pompa y decoro,  
Siendo su compadre el mismo,  
Diez velas llevó al bautismo,  
Con muchos escudos de oro.

A la española el Marqués  
Lo vistió, y dejar le manda  
Cien piezas, que aunque de Holanda,  
Cada una un bronce es ;  
Dellas les hizo despues  
A sus lienzos guarnicion ;  
Y viendo que era razon  
Que un lienzo aspirase olores,  
Oliendo lo dejó á flores,  
Si mosquetes flores son.

## OTRAS.

A un rejon que dió á un toro Simon Bonami, enano (25).

Pensé, Señor, que un rejon  
Era romperlo en un toro,  
Quebrar la lauz en un moro,  
O un venablo en un leon ;  
Pero despues que Simon  
Hace esta caballeria,  
Sepa vuesa señoria  
Que va se desembaraza  
Por baja el toro en la plaza (26),  
Como en la carniceria.

Viendo pues que el que se humilla  
Libra mejor en el caso  
En fiestas que al poderoso  
Lo derriban de la silla,

(25) Verges lee *picaro*.

(24) Según un manuscrito del señor Guerra y Orbe, parece que estas decimas no son de Góngora.

(25) Lope de Vega dice en la *Dorotea* :  
« Bonami, un criado de su majestad, monstruo hermoso de la naturaleza, pues en la mayor pequenez que puede alcanzar el pensamiento, era perfectísimo.»

(26) Otros, en vez de *baja*, leen *vaca*.

Yo apostaré que en Castilla  
Se humillan los mas lozanos,  
Y que exponen mis hermanos,  
Los mas doctos sacristanas,  
Sobre el *dimisit inanes*,  
Que perdonó á los enanos.

## OTRA.

A una empanada de jaball que le envió el  
marqués del Carpio, habiéndolo muerto él  
mismo.

En vez de acero brñido,  
Que da horror, aunque da luz,  
En los montes de Adamuz  
Cerdas Marte se ha vestido  
Contra el Adónis querido  
De la Venus de Guzman,  
Tan valiente, si galan,  
En este robusto oficio,  
Que rompiéndole el silicio,  
Nos ha dado al dios en pan.

## OTRA.

A una dama sevillana, devota de don Luis,  
que amenazaba con él á quien le hacia  
disgusto.

Con la estafeta pasada  
Me dió aviso un gentil-hombre  
De que asombráis con mi nombre  
Y que matais con mi espada;  
Vivis, Señora, engañada;  
Que el amor que os he propuesto  
No es hijo de Marte en esto;  
Antes es de él tan distinto,  
Que si me habláis en el quinto,  
No os he de hablar en el sexto.

## OTRA.

A don Juan de Guzman, corregidor que fué  
de Córdoba, corredor en las ferias de una  
yegua que el autor le daba al duque de  
Bejar.

Ya que al de Béjar le agrada  
Ser hoy de Feria, es muy justo  
Vuele en mi yegua su gusto  
La carga mas remontada;  
Mas será cosa acertada,  
Señor, que abrace mi intento  
Sus escudos mas de ciento  
Y de contado, porque  
Don Luis no la sigue á pié,  
Corriendo ella mas que el viento.

## OTRA.

Truena el cielo, y al momento  
La dueña enciende devota  
Cera, que la menor gota  
Es puntal de su aposento (27);  
Vos, Luis, para el intento  
Traéis en las calzas cera,  
Pero no en la faltriquera,  
Porque gustáis ser tenido  
Mas por hombre proveído  
Que por persona *sin-cera* (28).

(27) Faria lee *puñal* en vez de *puntal*.

(28) He visto en un manuscrito esta décima como obra de don Juan Salinas. Sin embargo, en todas las ediciones que he consultado de Góngora se pone como de este autor; la cual me parece indigna de su ingenio, aunque sea suya propia.

## OTRA.

A unos jugadores de pelota que en Medina  
del Campo detuvieron al poeta un dia y  
le pagaron el carruaje, y él les volvió otro  
dia el dinero por mano de don Felipe de  
Guzman (29).

De puños de hierro ayer,  
En este mismo lugar  
Fui gran hombre en el sacar,  
Y hoy lo soy en el volver;  
Los dineros van á ser  
Restituídos por vos  
Del (por la gracia de Dios)  
Don Felipe al de Guzman,  
Que porque faltas harán  
Los quiero dejar á dos.

## OTRA.

A una monja, enviándole un cuarto  
de ternera.

Con mucha haneza trata  
Quien, debiéndolo en escudos,  
Viene a pagar en menudos  
A quien le regala en plata;  
De las terneras que mata  
Don Alonso de Guzman  
Hoy presentado me han  
Ese cuarto de ternera;  
Tomadle, que yo quisiera  
Que fuera de tafetan.

## OTRA.

A Marcos de Torres, jurado de Córdoba,  
administrador del lavadero de la lana.

Marco de plata excelente  
Y torre segura y alta,  
Pues que monieur de Peralta  
Ha llegado alegremente,  
Baje el espíritu ardiente  
Hablando en lenguas de fuego;  
Que serémos alla luego  
Con naipes, dinero y gana,  
Y quizá iremos por lana,  
Y vos trasquilara el juego (30).

## OTRA.

A Marcos de Torres, jurado de Córdoba, ad-  
ministrador del lavadero de lana, dete-  
niéndole un músico errado suyo para que  
cantase á una dama.

Pastor que en la vega llana  
Del Bétis derramas ovejas,  
Ya entre lana sin ovejas,  
Y ya entre ovejas sin lana,  
Yo entretengo hasta mañana  
A tu músico zagal,  
Que á un idolo de cristal,  
Que es diamante de desden,  
Quiero que le cante bien  
Lo que yo le quiero mal.

## OTRA.

El lienzo que me habeis dado  
Por dos cosas me importuna,  
Por lo delgado la una,  
Otra por lo presentado;

(29) Algunos no consideran de don Luis esta décima.

(30) Algunos no reconocen por de Góngora esta décima ni la que le sigue.

Holanda, niña, que ha andado  
Entre redes no queria  
Que fuese caza algun dia  
Designal para los dos,  
De tórtolas para vos,  
Para mi de montería.

## OTRA.

A una monja, enviándole dos conejos.

Dos conejos, prima mia,  
Envío á vuesamerced,  
Tan muertos en una red  
Como aquel que los envía;  
Hagaseles este dia  
En vuestra celda el entierro,  
Porque por dicha ó por yerro  
Mudeis, Señora, de estilo;  
Que si mata red de hilo,  
Bien matará red de hierro.

## OTRA.

No me pidais mas, hermanas,  
Castañas con este frio,  
Que enjertas os las envío,  
Y las volveis regoldanas,  
Fruta que por las mañanas,  
Habiendo batallas bellas,  
Hace parir las doucellas,  
Milagros de monjas son,  
Que sin obra de varon  
Paren hijos para ellas.

## DÉCIMAS FUNEBRES.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á  
la reina nuestra señora doña Margarita.

La perla que esplendor fué  
De España y de su corona  
Yace aqui, y si la perdona  
;Oh peregrino! tu pié,  
A este duro mármol que  
Hoy en polvo la merece  
Compungido lo agradece;  
Si no lo estás, yo aseguro  
Ser menos el mármol duro  
Que entre ella y tu pié se ofrece.

## OTRA.

Ociosa toda virtud  
Muerto su ejercicio Hora  
La perla que engusta agora  
El plomo deste ataud.  
Reina que en muda quietud  
Duermes, y el silencio santo  
A dos mundos, y aunque es tanto,  
Es mucho que no le rompa  
O de su fama la trompa  
O de sus reinos el llanto.

## OTRA.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, á quien  
un toro le mató un caballo llamado Fron-  
talete.

Murió Frontalete, y hallo  
Que el cuerno menos violento  
Le sacará sangre al viento,  
Pues mató vuestro caballo;  
Hipérbole es recelarlo;  
Mas yo, don Pedro, recelo,  
Después que no pisa el suelo  
Vuestro Flegonte español,  
Que á los caballos del sol  
Matará el toro del cielo.



## OTRA.

Al sepulcro de Simon Bonamí, enano.

Yace el gran Bonamí, á quien  
Será esta piedra no leve,  
Que ocupa por lo breve  
Una sortija mas bien;  
De Atropos aun no el desden  
En tierra lo postró ajena:  
Que un gusano tan sin pena  
Se lo tragó, que al enano  
Le sobró mas del gusano  
Que á Jonás de la ballena.

## DÉCIMAS VARIAS.

A don Diego Paez de Castillejo, animándole á que hiciese versos.

Por mas daños que presumas,  
Vuela, learo español,  
Que al templo ofreces del sol  
En poca cera tus plumas;  
Blanco túmulo de espumas  
Haga el Bétis á tus huesos,  
Que tus gloriosos excesos,  
Si de mi musa los días,  
Los venerarán los días  
En los álamos impresos.

## OTRA.

A don Diego de Argote, llamado el Moreno, entrando en la corte con unas cuartanas.

Sin duda os valdrá opinion  
En palacio y en la villa  
El recibiros Castilla  
Con achaques de Leon;  
Prolijos achaques son;  
Mas el curallos condeno,  
Si no pretende un moreno,  
Como lienzo ó como hilado,  
Salir cuando mas curado,  
Mas blanco, si no mas bueno.

## OTRA.

A la fábula de Facton, que en octavas rimas compuso el conde de Villamediana.

Cristales el Po desata,  
Que al hijo fueron del sol,  
Si trémulo, no farol,  
Túmulo de undosa plata;  
Las espumosas dilata  
Armas del sanudo toro  
Contra arquitecto canoro,  
Que orilla el Tajo eterniza  
La fulminada ceniza,  
Simétrica urna de oro.

## OTRA.

Al licenciado Enrique Vaca de Alfaro, médico y cirujano, que escribió un libro acerca del modo de curar los heridos de la cabeza (51).

Vences, en talento cano,  
A tu edad, á tu experiencia,

(51) Hállase esta décima al frente del libro intitulado *Proposición quirúrgica y censura judiciosa en las dos vías curativas de heridas de cabeza, comun y particular, y elección de esta*, etc. (Sevilla, 1618.)

El retrato del doctor Enrique Vaca de Alfaro existe en el museo de Cádiz. Representa al doctor en el acto de reconocer con la tegra la cabeza de un niño. Me parece original de Francisco Pacheco.

## DÉCIMAS.

Así con tu sabia ciencia (52)  
Como con tu diestra mano;  
¡Oh Enrique, oh del soberano  
Febo imitador prudente!  
Güa tu gloriosa frente  
Tu verde honor, pues es dina,  
Ya por el arte divina,  
Ya por la pluma elocuente.

## DÉCIMAS LÍRICAS.

## Bras, Carillo.

BRAS.

Al hermoso dueño mío,  
Carillejo, le dirás  
Que mas ardo cuanto mas  
De sus ojos me desvío.

CARILLO.

Bras, el Apemino frió  
Tanto ardor templaré luego.

BRAS.

La jurisdiccion le niego;  
Antes hacerlo presumo  
Etna suspirando humo,  
Cuando no llorando fuego.

CARILLO.

El mar será no pequeño  
De esas llamas enemigo.

BRAS.

¿Qué podrá el mar, si conmigo  
Navega mi dulce dueño?

CARILLO.

Mal redimirá tu leño (55)  
La que en el Tajo se queda.

BRAS.

Si á la naval arboleda  
Dieran las ondas enojos,  
Ausentes sus bellos ojos,  
Estrellas serán de Leda.

CARILLO.

Tierras interpuestas ciento  
Divertirán tu cuidado.

BRAS.

El iman, cuanto apartado,  
Mas procede al polo atento.

CARILLO.

Valerse del pensamiento.

BRAS.

¿Qué fuera de mi sin él?

CARILLO.

Su inconstancia es infiel.

BRAS.

Inquieta es el abeja,  
Y poco su vuelo deja  
De coronar el clavel.

CARILLO.

¡Ay si el viento se te oponente!

BRAS.

Al norte que ausente miro  
Conduzga solo un suspiro (54),  
Y á las velas no perdono.

CARILLO.

Quien el pié en la ausencia pone,  
Y los pisa, inmortal siente  
El veneno de su diente.

(52) Así se lee en el libro de Vaca de Alfaro. En otras ediciones de Góngora así:

Así con tu docta ciencia.

(53) Verges lee *remediara*.

(54) Verges lee *conduzgo*.

BRAS.

Bien puedes atribuirme  
Inmensidades de firme  
A cada paso de ausente.

## OTRA LÍRICA.

Atrevida confianza,  
Girando con paralelos,  
Emulacion de los cielos,  
Sublime proeza alcanza;  
Fija en nivel la balanza  
Con alecto fugitivo  
Fulgor de maucebo altivo,  
Y para casos supremos,  
Orientes uno, si extremos,  
De amor el ocaso vivo.

## DÉCIMA LÍRICA.

A una caída que dió de un caballo un hijo de don Rodrigo Calderon.

Caballo, que despediste,  
No solo un bello español,  
Mas con los rayos del sol  
La dura tierra barriste,  
Viste ya de plumas, viste;  
Que si en esto no sucedes  
Al ave real, no puedes  
Debidamente llevarlo;  
Que el águila aun es caballo  
Indigno de Ganimédes.

## DÉCIMA BURLESCA.

Casado el otro se halla  
Con la del cuerpo vellido,  
De quien perdonado ha sido  
Por ser don Sancho que calla;  
Los ojos en la muralla,  
Su real vez acrecentado  
De uno y otro que entra armado,  
Y sale sin alborozo  
Por aquel postigo mozo  
Que nunca fuera cerrado.

## DÉCIMA BURLESCA.

A una inscripcion que cierto caballero puso en el sepulcro de don Paseual, obispo de Córdoba, que comienza con muchos imperativos: *Scitote legito neque operato, hospes, etc.*

Detente, buen mensajero,  
Aunque te parezca tarde;  
Que Dios de inscripciones guarde  
De un pedante caballero.  
Don Paseual soy, que ya muero  
En la region de los vivos  
Tras tantos imperativos;  
Si quies saber mas, detente,  
Que harto mas cortesmente  
Te lo diran los archivos.

## DÉCIMAS BURLESCAS.

A don Juan de Góngora y Castillejo, estudiante niño, en un coloquio.

Don Juan soy de Castillejo,  
Ilustrísimo Señor,  
Famoso predicador,  
Sin barbas, mas con despejo.  
No siempre caballo viejo  
Echa en la plaza caireles;  
Que potros tambien noveles  
Ilustran los pedernales;

Vemos, si no por bozales,  
Perdidos por cascabeles.

Vengo á vuestra señoría,  
Dios sabe con qué dolor,  
A quejarme del autor  
Desta pueril compañía,  
Que excluyó toda esta mia  
Persona y autoridad  
Del coloquio, y en verdad  
Que perdió un buen compañero,  
Porque sin mi y por enero  
Todo ha de ser frialdad.

## OTRA BURLESCA.

Doctor barbado, cruel  
Como si fuera doctora,  
Cien enfermos á esta hora  
Se están muriendo por él;  
Si el grave mortal papel  
Donde venenos receta  
No es tacho de su escopeta,  
Póliza es homicida,  
Que el banco de la otra vida  
Al seteno vista aceta.

## OTRA LÍRICA.

Esta hermosa prision,  
Que tan dulce me lastima,  
Limarla deseo, y la lima  
Nuevo acrecienta eslabon;  
Indignada la razon,  
Mi libertad solicita,  
Y los medios que ejercita,  
Cual hizo aleando el ave  
El sutil lazo mas grave,  
Mas los imposibilita.

## DÉCIMA BURLESCA.

A la muerte de un perrillo de falda llamado Flor.

Yace aquí Flor, un perrillo  
Que fué en un catarro grave  
De ausencia, sin ser jarabe,  
Comedor de culantillo;  
Saldrá un clavel á decillo,  
La primavera, que Amor,  
Natural legislador,  
Medicinal hace ley,  
Si en yerba hay lengua de huey  
Que de perro la haya en flor.

## OTRA BURLESCA (75).

A un poeta que para describir unas fiestas en octavas se valió de algunos amigos suyos.

Ya de las fiestas reales  
Sastre, y no poeta, seas,  
Si á octavas como á libreas  
Introduces oficiales;  
De ajenas plumas te vales,  
Corneja, desmentirás  
La que delante y detrás  
Génima concha te viste;  
Calépagó siempre fuiste,  
Y galápagó serás.

## DÉCIMA LÍRICA.

A una dama que te daba el sol en el rostro por una vidriera.

Ni á rayo el sol perdonó,  
Ni á esplendor suyo dorado,

(75) Se cree escrita contra el poeta jorobado Alarcon.

El dia que examinado  
Del cristal por do pasó;  
Generoso hoy embistió,  
Y os felicito importuno,  
Sin valor quedando alguno,  
De vuestros ojos vencido,  
Si bien alega corrido  
Que fueron dos contra uno.

## OTRA.

A fray Gregorio de Pedrosa, electo obispo de Leon, que no quiso dejar el hábito por el de obispo.

El mas insigne varon  
De su órden, el que ya  
Que á san Jerónimo ha  
Dejado por un leon,  
Su celo, su devocion,  
Ni á la cogulla ni al manto  
Perdonan, y no me espanto  
Que su modestia hoy no quiera  
Vestir la piel de la fiera  
Sobre el hábito del santo (56).

## OTRA.

A un alguacil de corte, que en unas fiestas reales mató un toro de una cuchillada.

No hay que agradeceros nada  
Cuando agradecerlo importe,  
Si es vuestra vara de corte,  
Que lo fuese vuestra espada;  
La resolucion honrada,  
Mas que la dichosa suerte,  
Canta la fama de suerte  
Que nos dice en trompas de oro  
Que no solo os temió el toro,  
Pero que os huyó la muerte.

## DÉCIMA BURLESCA.

¡Oh jurisprudencia, cuál  
Por esos lodos he visto  
Con caperucilla un mixto  
De médico y colegial;  
Peticones á real  
Hace de su misma mano,  
Y cual si fuera Ulpiano,  
Informaciones á tres,  
Y aun con esto dicen que es  
«Carisimo en Cristo hermano».

## DÉCIMA FÚNEBRE.

A la muerte de don Rodrigo Calderon.

Cuanto el acero fatal  
Glorioso hizo tu fin,  
Cuesta á la fama el clarin  
De mas canoro metal;  
Si yo promulgare mal (57)  
El acto tan superior,  
Ninguno podrá mejor  
Que tu muerte referir,  
Siendo su lengua el cuchillo  
Que examinó tu valor.

## DÉCIMA LÍRICA.

Siempre le pedi al Amor,  
Divina Filis, despues  
Que mi rendimiento es  
Ejercicio á tu rigor,

(56) Algunos no tienen por de GÓNGORA esta décima.

(57) Otros leen *ahí* en vez de *yo*.

Que á una pena otra mayor  
Le suceda, y pues que sabe  
Cuanto el penarme es suave,  
Por ti concederme quiera  
Vida en que nunca se muera,  
Muerte en que nunca se acabe.

## OTRA.

Tropezó un día Dantea,  
Ninta del mar, por quien son  
Grosera la discrecion,  
Y la hermosura fea,  
Si caida es bien que sea  
Tropiezo tan á compás,  
A la que presume mas  
De hermosa y de entendida,  
Darle quiso esta caida  
Para dejársele atrás.

## OTRA BURLESCA.

Al licenciado Cristóbal de Heredia, su administrador, pidiéndole los alimentos de medio mes adelantado.

Señor, pues sois mi remedio,  
Y sabeis que me he comido  
Medio mes, que no me he vivido,  
Enviadme el otro medio;  
Yo no hallo causa ni medio  
Cómo vivir sino holgado,  
A lo menos descuidado,  
Porque faltándome el mes,  
Pienso que la causa es  
Opilacion ó preñado.

## OTRAS.

Tu beldad, Clori, adoré  
Culto, aunque á tu sombra dí,  
Sacrificándote en mi,  
Cuanto me dictó mi sé;  
Gloriosa pues llamesé,  
Que aun en tus ojos lucia  
Cuando yo victima ardía  
En tus aras; mas despues  
Desvaneció el interés  
La pobre ceniza mia.

Oro te suspende y plata,  
Que lo que consume el fuego  
Humo es inútil y juego  
Del aire que lo desata;  
Ni á los metales mas grata  
Que al afecto del amante,  
Le corriste en un instante  
A su hermosura divina  
Desde la primer cortina  
Hasta el ultimo volante.

Tanto en pocos dias, y tal  
Vistió sus paredes voto,  
Que quebró por lo devoto  
Ateista su caudal;  
Y con aversion igual  
A su fe primera, el culto  
Negando á tu bello vulto,  
El esplendor juzga en vano  
De todo mármol humano,  
Si bien dulcemente esculto.

Perdóneme tu piedad  
Si acusare tu juicio,  
Pues segundo sacrificio  
Pides á mi voluntad;  
Si codicia ó libertad  
Absolvieron un recelo,  
Si escapé lamido el pelo  
De tu llama undoso engaño,  
Victima siendo otro año,  
Me quieres correr tu velo.

## DÉCIMAS.

## OTRA BURLESCA.

Al serenísimo infante-cardenal don Fernando, pidiéndote una empanada de capon en mazapan que le habia prometido el conde de Villallor, portugués.

Un conde prometedor,  
Que Portugal dió á Castilla  
(Tal conozca yo su villa  
Como conozeo su flor),  
Me remitió á vos, Señor,  
Para que me deis en pan  
Y en adobo un Florian,  
Suavisimo bocon,  
Si le visten al capon  
Sotana de mazapan.

## OTRAS LÍRICAS.

El pensar cómo pensar  
Dar alivio al pensamiento  
Es pensar en un tormento  
Pesado mas que el pesar;  
No en sus escollos el mar  
Tantas ondas rompe al año,  
Cuantos mi cuidado extraño  
Pensamientos rompe al día;  
Dirán que es melancolia,  
Y no es sino desengaño.

Hacen esperanzas vanas  
Lisonjas que son enojos,  
A una razon con antojos  
Y á una experiencia con canas;  
Alas se visten livianas  
De pensamientos, y en suma,  
Sean de cera ó sean de pluma,  
Sale el sol de la verdad,  
Y de tanta variedad  
Hace sepulcro la vida.

Mal solicitan sirenas  
Sueño al forzado que vemos  
Desvelado entre los remos  
Dormir sobre las cadenas.  
Lisonjas no mudan penas,  
Que unas mismas penas son.  
Mudando imaginacion,  
Beba el viento, que sin duda  
Muda el color, mas no muda  
Su paso el camaleon (38).

## OTRA.

A la muerte violenta que dieron al conde de Villamediana, sin saber quién.

—Mentidero de Madrid,  
Decidnos, ¿quién mató al Conde (59)?

(58) Otros leen : *al camaleon.*

(59) Esta décima se atribuye falsamente á Góngora. No se si tambien falsamente á Lope se atribuye esta respuesta:

Atenciones de Madrid,  
No busqueis quién mató al Conde,  
Pues su muerte no se esconde.  
Con discurso discurríd,  
Que hay quien mate sin ser Cid  
Al insolente Lozano;  
Discurso fué chavacano  
Y mentira haber fingido  
Que el matador fué Vellido,  
Siendo impulso soberano.

Igualmente sin razon se da por autor de esta otra décima al mismo Góngora:

Aquí yace, aunque á su costa,  
Un monstruo en decir y hacer;  
Por la posta vino á ser,  
Y se acabó por la posta.  
Puerta en el pecho no angosta

—Ni se sabe ni se esconde.  
—Sin discurso discurríd.  
—Dicen que lo mató el Cid (40)  
Por ser el conde lozano.  
—; Disparate chavacano!  
La verdad del caso ha sido  
Que el matador fué Vellido  
Y el impulso soberano.

## DÉCIMAS.

Musas, si la pluma mia  
Es vuestro plectro, dejad  
Agora aquella deidad  
En su casta monteria;  
Y si quereis todavía  
El instrumento hacer dardo  
Contra el corcillo gallardo,  
Dejad el bosque y venid;  
Que las calles de Madrid  
Arrabales son del Pardo.

Venid, musas, que una res  
Adone quiera se mata,  
Y el que en Indias menos trata,  
Ese mayor corzo es;  
Vuestros numerosos piés  
Caleen coturnos dorados;  
Que de las selvas cansados  
Los cónsules están ya,  
Y Vénus mandado os ha  
Parecer en sus estrados.

El mas rígido Caton  
Brujulea á una chacona,  
Y Lucrecia bien perdona  
Al baile, pero no al son.  
Cosquillas del alma son  
Y lisonjas del sentido  
Las dulces burlas que os pido  
Hoy en la corte de España;  
Que Veras en la montaña  
Tiene solar conocido.

Ya los melindres están  
Tan fuertes, que Flor de Lis  
Se come entero un anís  
Como si fuera un gañán;  
Blandimarte, su galán,  
Lo diga, cuyos aceros,  
O los gasta en conchiteros,  
O á figones se los debe,  
Porque ya tanto se bebe,  
Que el mas armado anda en cueros.

Si en casa de un bachiller  
De tres hojas de *Digesto*  
Entra el otro con mal gesto,  
Y sacan buen parecer,  
Válganle á su fea mujer  
Tantas letras, que es dolor  
Que él le compre el resplandor,  
Y salgan de su posada,  
Ella en vista condenada,  
Y él en costas, que es peor.

Una casa de brocado  
De tres altos tiene Dido,  
Y en cada cual, bien servido,  
Un Enéas hospedado;  
Tómales muy bien tomado,  
No el puñal, sino el dinero;  
Que ella ya no toma acero,  
Y una bolsa es buena daga

Le abrió el acero fatal.  
Caminante, en caso tal,  
Que da luz con su vaiven,  
Poco importa correr bien  
Si se ha de parar tan mal.

(40) Otros leen :

Decid que le mató el Cid.

Y en otro verso :

Lo cierto del caso ha sido.

Cuando á la vela se haga  
El troyan forastero.

Una toledana fina  
Contra un pobre cortesano  
Desnudó su blanca mano  
De la vaina rebelina;  
Dejóse en una esquina  
Desnudo como un quejigo;  
Mas ¡qué mucho!, si yo digo,  
Y con experiencia harta,  
Que no hay manos que á su marta  
No dejen garras y abrigo!

Desde el alba á la oracion  
Pasean la forastera,  
Como si su casa fuera  
La ermita de San Anton;  
Y es el mal que es un figon  
El pascudo tambien,  
Y en la calle no lo ven,  
Porque anda trasero y bajo,  
Que ginoveses y el Tajo  
Por cualquier ojo entran bien.

En el prado tenia un paje  
Parada una perdz bella,  
Mientras encaraba en ella  
Ganhuédes su lenguaje;  
Ella batiendo el plumaje  
Se le levantó al mozoeto,  
Y en levantándose al vuelo  
La derribó un arcabuz;  
Que al arca hacen el buz  
Las pajaritas del cielo.

Como si fuera empanada,  
Repulgando está la niña  
Con los cogollos de piña (41),  
Quien la tiene concertada;  
Que no es bien que sepa nada  
Del desconcierto que ha habido  
Quien ha de ser su marido  
Con el favor de algun conde,  
Que lo ha hecho proveer donde  
Lrá oliendo á proveído.

## II.

A una oposicion de un canonicato de la santa iglesia de Toledo, que llevó el doctor Cámara.

Cierto opositor, si no  
El mas valiente, á lo menos  
Votos perdonando ajenos,  
El mismo se proveyo;  
Calpante algunos, no yo (42).  
Siempre me ha hecho entender  
Que sabiendo habia de ser  
Cámara el canonizando,  
Se hizo cámara cuando  
Pretendió mejor leer.

## III.

A unos caballeros devotos de monjas.

En trescientas santas Claras  
Estáis, señores, penados;  
O sous espejos quebrados,  
O teneis trescientas caras,  
Reglas son de amor muy raras,  
Que nunca dejó en su arte  
El maestro Durandarte;  
Mas podeis decir los dos  
Que teneis mucho de Dios,  
Pues estais en toda parte.

(41) Otros leen : *en los cogollos.*

(42) Otros leen : *mas yo.*

## IV.

A una monja, enviándole un menudo de ternera con muchas flores.

Presentado es el menudo,  
Y de que os sabrá mejor  
Que los que el padre prior  
Trajo de París no dudo;  
No ya de flores desnudo,  
Que ceñuras y rigores  
Desos vuestros superiores  
Nunca ha permitido que entre  
En fruto allí ningún vientre;  
Y así, es fuerza que entre en flores.

## OTRA.

Con Marfisa en la estacada  
Entra Tristán mal guarnido,  
Que su escudo, aunque rendido,  
No lo rasgó nuestra espada.  
¿Qué mucho, si levantada  
No se vió en lance tan crudo,  
Ni vuestra vergüenza pudo  
Cuatro lágrimas llorar  
Siquiera para dejar  
De orin tomado el escudo?

## OTRA.

De la estafeta pasada  
Supe por un gentil-hombre  
Cómo matais con mi nombre  
Y cómo herís con mi espada.  
Estáis, Señora, engañada;  
Que el amor que os he propuesto  
No es hijo de Marte en esto;  
Antes es de él tan distinto,  
Que si me habláis por el quinto,  
No os he de hablar por el sexto.

## OTRA.

A una monja, enviándole una cesta de ciruelas monjes.

Recibid ambas á dos  
La cesta que para mí  
Es de ciruela monje,  
Y de fraile para vos;  
Y así este verano Dios  
Abanillo de buen aire  
Os dé, que hagais donaire  
En quitando el laurel fresco  
De fruta que todo es enesco  
Por lo que tiene de flaire (45).

## OTRA.

A la comedia de la *Gloria de Niquea*, que escribió el conde de Villamediana.

¿Quién pudo á tanto tormento  
Dar gloria en tan breve suma?  
Otra no fué que tu pluma.  
Otro no fué que tu aliento.  
A tu canoro instrumento  
Auxaxtarax lisonjea,  
Porque tuyo el nombre sea  
Que hoy se repite feliz,  
Ó á la espada de Amadis,  
Ó á la gloria de Niquea (44).

(45) Esta décima no se halla en todas las ediciones de las poesías de Góngora. Una de las que la tienen es la de Faria, y muy incorrectamente, según se ve en el texto.  
(44) Parece de Góngora esta décima. Hállase impresa entre las obras de Villamediana como del mismo conde, cosa inverosímil.

## EPIGRAMA PRIMERO (45).

A una cortesana.

Una fuente Ana la bella  
Se abrió junto á la comun,  
Y mil pudiera, según  
Que entraron caños en ella.  
La fuente purgando va,  
Y queda claro y notorio  
Que en doña Ana el purgatorio  
Adonde el infierno esta.

## II.

A un predicador.

En predicando el prior  
Va por la iglesia arropado,  
Aunque lo que ha predicado  
No le costó su sudor.  
Dí, si le vieres, Miguel,  
Que esto en vanagloria topa;  
Que el que lo oyó no se arropa,  
Y está mas cansado que él.

## DÉCIMAS.

A don Gaspar de Ezpeleta, habiendo caído de un caballo en unas fiestas celebradas en la plaza de Valladolid.

Cantemos á la jineta,  
Y lloremos á la brida  
La vergonzosa caída  
De don Gaspar de Ezpeleta.  
¡Oh si yo fuera poeta,  
Qué gastara de papel  
Y qué nota hiciera de él!  
Dijera á lo menos yo  
Que el majadero cayó  
Porque cayesen en él.

Dijera del caballero,  
Visto su caudal y traza,  
Que ha entrado poco en la plaza,  
Y menos su despensero;  
Que si cayera en enero  
Quedara con santo honrado,  
Aunque el apóstol sagrado,  
Cuando Dios le hizo fiel,  
Cayó de alumbrado, y él  
Cayó de desalumbrado (46).

## LETRILLAS.

## I.

*La vaga esperanza mía  
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!  
Quién alas de cera viste,  
¡Cuán mal de mí sol las fia!*

Atrevida se dió al viento  
Mi vaga esperanza, tanto,  
Que las ondas de mi llanto  
Infamó su atrevimiento;  
Bien que todo un elemento  
De lágrimas urna es poca,  
Que diré á cera tan loca  
Ó á tan alada osadía:

*La vaga esperanza mía  
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!  
Quién alas de cera viste,  
¡Cuán mal de mí sol las fia!*

(45) En algunas ediciones no se leen estos epigramas. Aquí se ponen copiados de la de Faria.

(46) Don Juan Antonio Pellicer atribuye, en su *Vida de Cervantes*, estas décimas á Góngora.

## II.

*Vuela, pensamiento, y diles  
A los ojos que te envío,  
Que eres mío.*

Celosa el alma te envía  
Por diligente ministro,  
Con poderes de registro  
Y con malicias de espía;  
Trata los aires de día,  
Pisa de noche las salas  
Con tan invisibles alas  
Cuanto con pasos sutiles.  
*Vuela, etc.*

Tu vuelo con diligencia  
Y silencio se concluya  
Antes que venzan la suya  
Las condiciones de ausencia,  
Que no hay liar resistencia  
De una fe de vidrio tal  
Tras un muro de cristal,  
Combatido de esmeriles.  
*Vuela, etc.*

Mira que tu casa escombres  
De unos soldados hambres,  
Que perdonando sus hambres,  
Amenazan á los hombres;  
De los tales no te asombres,  
Porque, aunque fuercen los tales  
Mostachazos criminales,  
Cíñen espadas civiles.  
*Vuela, etc.*

Por tu hora y por la mía  
Besta gente te descartes (47),  
Mas te serán estos Martes (48)  
Mas aciagos que el día;  
Que la lanza de Argalia,  
Es ya cosa averiguada  
Que pudo mas por dorada  
Que por fuerte la de Aquiles.  
*Vuela, etc.*

Si á músicos entrar dejás,  
Ciertos serán mis enojos,  
Porque aseguran los ojos  
Y saltan las orejas;  
Cuando ellos ajenas quejas  
Canten, ronda, pensamiento,  
Y la voz, no el instrumento,  
Les quiten tus alguaciles.

*Vuela, pensamiento, y diles  
A los ojos que te envío,  
Que eres mío.*

## III.

*Ya no mas, cequezuelo hermano,  
Ya no mas.*

Baste lo llechado, Amor,  
Mas munición no se pierda;  
Alloja al arco la cuerda  
Y la causa á mi dolor;  
Que en mi pecho tu rigor  
Lo muestran las plumas juntas,  
Y en las espaldas las puntas  
Dicen que muerto me has.

*Ya no mas, etc.*  
Para el que á sombras de un robre  
Sus rústicos años gasta  
El segundo tiro basta,  
Cuando el primero no sobre;  
Basta para un zagal pobre  
La punta de un alfiler;  
Para Bras no es menester  
Lo que para Fierabras.  
*Ya no mas, etc.*

Tan asateado estoy,  
Que me pueden defender

(47) Otros leen *la*.

(48) Otros ponen *les*.

Las que me tiraste ayer  
De las que me tiras hoy;  
Si ya tu alba no soy,  
Bien á mal tus armas echas,  
Pues á ti te faltan flechas,  
Y á mi donde quepan mas.

*Ya no mas, ceguezuelo hermano,  
Ya no mas.*

## IV.

*No son todos ruisenores  
Los que cantan entre flores,  
Sino campanitas de plata,  
Que tocan al alba;  
Sino trompeticas de oro,  
Que hacen la salva  
A los soles que adoro.*

No todas las voces ledas  
Son de sirenas con plumas,  
Cuyas humildes espumas  
Son las verdes alamedas,  
Si suspendido te quedas  
A los suaves clamores.

*No son todos,* etc.

Lo artificioso, que admira,  
Y lo dulce, que consuela,  
No es de aquel violin que vueta  
Ni desotra inquieta lira;  
Otro instrumento es quien tira  
De los sentidos mejores.

*No son todos ruisenores  
Los que cantan entre flores,  
Sino campanitas de plata,  
Que tocan al alba;  
Sino trompeticas de oro,  
Que hacen la salva  
A los soles que adoro.*

## LETRILLAS BURLESCAS.

## I.

A un Falano de Arroyo (49).

*Arroyo, ¿en qué ha de parar  
Tanto anhelar y subir? (50)  
Tú por ser Guadaluquivir,  
Guadaluquivir por ser mar;  
Carrillejo en acabar  
Sin caudales y sin nombres,  
Para ejemplo de los hombres (1).*

Hijo de una pobre fuente,  
Nieto de una dura peña,  
A dos pasos los desdeña,  
Tú mal nacida corriente;  
Si tu ambicion lo consiente,  
En qué imaginas me di;  
Murmura, y sea de ti,  
Pues que sabes murmurar.

*Arroyo, etc.*

¿Qué dias tienes reposo?  
¿A qué noches debes sueño?  
Si corres tal vez risueño,  
Siempre caminas quejoso;  
Mucho tienes de furioso,

(49) Créese que esta letrilla está dirigida contra don Rodrigo Calderon, porque en medio de su vafimiento, queria mas pasar por hijo adulterino del duque de Alba el viejo que por legitimo de Francisco Calderon, persona bien nacida y honrada.

O Góngora fué ingrato para con su favorecedor el marqués de Siete-Iglesias, ó la letrilla, á pesar de lo que se dice, no va encaminada contra este.

(50) Otros leen:

Tanto arribar y subir.

(1) En algunos manuscritos no se leen estos tres versos.

Aunque no en el tirar cantos,  
Y así tropiezas en tantos  
Cuando te quies levantar.  
*Arroyo, etc.*

Si tu corriente confiesa  
Sin intermision alguna  
Que la cabeza en la cuna  
Y el pié tienes en la huesa,  
¿Qué fatal desdicha es esa  
En solicitar tu daño?  
Pésame el del desengaño  
La vida te ha de costar.

*Arroyo, ¿en qué ha de parar  
Tanto anhelar y subir?  
Tú por ser Guadaluquivir,  
Guadaluquivir por ser mar;  
Carrillejo en acabar  
Sin caudales y sin nombres,  
Para ejemplo de los hombres.*

## II.

A dos hijos de un zapatero rico, que gastaron lo que les dejó su padre.

*Los dineros del sacristan  
Cantando se vienen,  
Cantando se van.*

Tres hormas, si no fué un par,  
Fueron la llave maestra  
De la pompa que hoy nos muestra  
Un hidalgo de solar;  
Con plumajes á volar  
Un hijo suyo salió,  
Que asuela cuanto él soló,  
Y la hijuela loquilla  
De ámbiar quiere la gervilla  
Que desmienta al cordoban.  
*Los dineros, etc.*

Dos troyanos y dos griegos,  
Con sus colosas porfias,  
Arman á Elena en dos dias  
De joyas y de talegos;  
Como es dinero de ciegos,  
Y no ganado á oraciones,  
Recibí dueñas con dones  
Y un portero rabricano;  
Su grandeza es un cuano,  
Su melarquia un truhan.

*Los dineros, etc.*

Labra un letrado un real  
Palacio, porque sepades  
Que interés y necesidades  
En piedras hacen señal;  
Hácelo luego hospital  
Un halconero pelon,  
A quien hija y corazon  
Dió en dote; que ser le plugo,  
Para la mujer verdugo,  
Para el dote gavilan.

*Los dineros, etc.*

Con dos puñados de sol  
Y cuatro tumbados de dolo  
Repite el otro soldado  
Para conde de Tirol;  
Fénix lo hacen español,  
Collar de oro y plumas bellas,  
Despidiendo estas centellas  
De sus joyas; mas la suerte  
En gusano lo convierte,  
De pájaro tan galan.

*Los dineros, etc.*

Herencia que á fuego y hierro  
Malogró cuatro parientes,  
Halló al quinto con los dientes  
Peinando la calva á un puerro;  
Heredó por dicha ó hierro,  
Y á su gula no perdona;  
Pavillos nuevos capona  
Mientras francolíncs ceba,

Y al fin en su mesa Eva  
Siempre está tentando á Adan.  
*Los dineros del sacristan  
Cantando se vienen,  
Cantando se van.*

## III.

*Allá darás, rayo,  
En casa de Tamayo.*

De hospedar á gente extraña,  
O llamenca ó ginovés,  
Si el huésped overo es  
Y la huéspeda castaña,  
Segun la raza de España,  
Sale luego el potro bayo.  
*Allá darás, etc.*

Alguno hay en esta vida  
Que se yo que es menester  
Que á su querida mujer  
(Nunca fuera tan querida)  
Tomen antes la medida  
Que á él le corteen el sayo.  
*Allá darás, etc.*

Con su lacayo en Castilla  
Se acomodó una casada;  
No se le dió al señor nada,  
Porque no es gran maravilla  
Que el amo deje la silla,  
Y que la ocupe el lacayo.  
*Allá darás, rayo,  
En casa de Tamayo.*

## IV.

*Dineros son calidad,  
Verdad (2).*

*Mas ama quien mas suspira,  
Mentira.*

Cruzados hacen cruzados,  
Escudos pintan escudos,  
Y tabures muy desnudos  
Con dados ganan condados;  
Ducados dejan ducados,  
Y coronas majestad,  
*Verdad.*

Pensar que uno solo es dueño  
De puerta de muchas llaves,  
Y afirmar que penas graves  
Las paga un mirar risueño (5),  
Y entender que no sou sueño  
Las promesas de Martira,  
*Mentira.*

Todo se vende este dia,  
Todo el dinero lo ignala;  
La corte vende su gala,  
La guerra su valentia;  
Hasta la sabiduria  
Vende la universidad,  
*Verdad.*

No hay persona que hablar deje  
Al necesitado en plaza;  
Todo el mundo te es mortlaza,  
Aunque él por señas se queje;  
Que tiene cara de hereje  
Sin fe la necesidad (4),  
*Verdad.*

(2) Lope de Vega, en su comedia *El premio del bien hablar*, dice:

Mas presumo yo que mira  
Del oro la cantidad;  
*Dineros son calidad,  
Dijo el cordobés Lucano.*

En la misma comedia elogia una cosa, diciendo que es

Soneto de don Luis, *Séneca* nuevo.

(5) Otros leen: *las pague.*

(4) Sigo el texto de Verges. Todas las

Siendo como un algodón,  
Nos jura que es como un hueso,  
Y quiere probarnos eso  
Con que es su cuello almidón,  
Goma su copete, y son  
Sus bigotes alquitira,  
*Mentira.*

Cualquiera que pleitos trata,  
Aunque sean sin razón,  
Deje el río Marañón,  
Y entre en el de la Plata;  
Que hallara corriente grata  
Y puerto de claridad,  
*Verdad.*

Siembra en una artesa berros  
La madre, y sus hijas todas  
Son perros de muchas bodas,  
Y bodas de muchos perros;  
Y sus vernos rompen hicros  
En la toma de Algecira  
*Mentira.*

## V.

Si las damas de la corte  
Quieren por dar una mano  
Dos piezas de toledano,  
Y del milanés un corte,  
Mientras no dan otro corte,  
*Busquen otro;*  
*Que yo he nacido en el potro* (5).

Si por unos ojos bellos,  
Que se los dió el cielo dados,  
Quieren ellas mas ducados  
Que tienen pestañas ellos,  
Alquien quien quiera vellos,  
*Y busquen otro*, etc.

Si un billete cada cual  
No hay tomallo ni leello  
Mientras no le ven por sello  
Llevar el cuño real,  
Dama de condicion tal,  
*Buscad otro*, etc.

Si á mi demanda y pafia,  
Mostrándose muy honestas,  
Dan mas recias las respuestas  
Que cañones de cruzia,  
Para tanta artilleria  
*Busquen otro*, etc.

Si algunas damas bizarras,  
No les quiero decir viejas,  
Gastan el tiempo en pellejas,  
Y ellas se aforran en garras,  
Vayan al Perú por barras,  
*Y busquen otro*, etc.

Si la del dulce mirar  
Ha de ser con presuncion,  
Que ha de acudir á razon  
De á veinte mil el millar,  
Pues fué el mio de alquitar,  
*Busquen otro*, etc.

Si se precian por lo menos  
De que duques las requestan  
Y á marqueses sueños cuestan  
Y á condes muchos serenos,  
A servidores tan llenos  
*Huelto otro;*  
*Que yo he nacido en el potro.*

## VI.

Un buhonero ha empleado  
En higas hoy su caudal,  
Y aunque no son de cristal,  
Todas las ha despachado;

ediciones que he visto, y casi todos los códigos que he manejado, dicen equivocadamente:

Y aun fe la necesidad.

(5) Asi Verges; otros leen:  
*Que yo soy nacido en el potro.*

Para mi le he demandado  
Cuando verdades no diga  
*Una higa.*

Al necio que le dan pena  
Todos los ajenos daños,  
Aunque sea de cien años (6),  
Alcanza vista tan buena,  
Que ve la paja en la ajena,  
Y no en la suya dos vigas,  
*Dos higas.*

Al galán que le dan jaque  
Con una dama atreguada,  
Y mas bien peloteada  
Que la Coruña del Draque,  
Y fiada del zumaque,  
Le desmiente dos barrigas,  
*Tres higas.*

Al marido que es ya llano,  
Sin dar un maravedí,  
Que le binche el alholí  
Su mujer cada verano,  
Si piensa que grano á grano  
Se lo allegan las hormigas (7),  
*Cuatro higas* (8).

Al que pretende mas salvas  
Y ceremonias mayores  
Que se deben por señores  
A los Infantados y Albas,  
Siendo nacido en las malvas  
Y criado en las hortigas,  
*Cinco higas.*

Al pobre pelafustan (9)  
Que de arrogancia se paga,  
Y presenta la viznaga  
Por testigo de faisán,  
Viendo que las barbas dan  
Testimonio de las migas,  
*Seis higas.*

Al que de sedas armado,  
Tal para Cádiz camina,  
Que ninguno determina  
Si es bandera ó si es soldado;  
De su voluntad forzado,  
Llorado de sus amigas,  
*Siete higas.*

(6) Otros leen: *cundo sea.*

(7) Otros leen: *se lo llegan*, y otros, *se lo llevan.*

(8) En algunos manuscritos esta copla es la tercera, y termina:

Se lo allegan las hormigas,  
*Tres higas.*

Desde luego se comprenderá que la que es aquí tercera está suprimida.

En pos de la que se anota se leen estas dos:

Al bravo que echa de vicio,  
Y en los corrillos blasona  
Que mil vidas amontona  
A la muerte en sacrificio,  
No teniendo del oficio  
Mas que mostacho, y ligas,  
*Cuati higas.*

Al pretendiente encañado,  
Que puesto que nada alcanza,  
Da pistos á su esperanza  
Cuando mas desesperado,  
Figurando que ha ganado  
El fruto de sus espigas,  
*Cinco higas.*

Despues de esta sigue:

Al que pretende mas salvas.  
Y luego:

Al pobre pelafustan.  
Concluyendo en la que empieza:  
Al mozuelo que en Cambray.

(9) Otras ediciones leen equivocadamente:  
*Al potro pelafustran.*

Al mozuelo que en Cambray  
En púrpura y en olores  
Quiere imitar sus mayores,  
De quien hoy memorias hay,  
Que los rayos de conray  
Aforraban en lorigas,  
*Ocho higas.*

A la viuda de Siqueo,  
Si no es ya de regadio,  
Pues calienta el lecho frio  
Con suspiros del deseo,  
Ya que son, á lo que erco,  
Por novenas sus fatigas (10),  
*Nueve higas.*

## VII.

*Cada uno estornuda  
Como Dios le ayuda.*

Sentencia es de bachilleres,  
Despues que se han hecho piezas,  
Que cuantas son las cabezas  
Tantos son los pareceres;  
En materias de mujeres  
Se revoca esta sentencia;  
Que hay espuelas de licencia  
Sin haber freno de duda.

*Cada uno*, etc.

Cansase el otro doncel  
De querer la otra doncella,  
Que es bella, y deja de velta  
Por una madre cruel;  
Y apenas se cansa el,  
Cuando sobra quien le cuadre,  
Porque para un mal de madre  
Cien escudos son la ruda.

*Cada uno*, etc.

Este no tiene por bueno  
El amor de la casada,  
Porque es dormir con la espada,  
Por que la vibora en el seno;  
Aquel del cercado ajeno  
Le es la fruta mas sabrosa;  
Cual coge mejor la rosa  
De la espina mas aguda.

*Cada uno*, etc.

Muchos hay que dan su vida  
Por edad menos que tierna,  
Y otros hay que los gobierna  
Edad mas endurecida;  
Cuál flaca y descolorida,  
Cuál la quiere gorda y fresca,  
Porque amor no menos pesca  
Con lombriz que con aluda.

*Cada uno estornuda  
Como Dios le ayuda.*

## VIII.

—¿Por qué llora la Isabelitica,  
Que cheribica? (11)

—Cheriba un ochavo de oro,  
Dame un cuallo de pata y lloro.

¿Quién del amor hizo bravos

Los mas dulces desenojos?

—¿Quién dió perlas á tus ojos,

Que no las redima á ochavos?

—Un viejo de los diablos

Que adora y no saquifica.

—¿Por qué llora, etc.

—Ya en pajaritos no tato,

Que se los come la gata,

Ni en cuantos, aunque de pata

Milenta vomite el gato.

(10) En otras ediciones se lee:  
Por mas buenas tus fatigas.

Y en otras: *poco buenas.*

(11) Segun un codice del señor Guerra y Orbe, no es de Góngora esta letrilla.

—Pague ese buen viejo el pato,  
Pues tal polla mortífica.  
—*¿Por qué llora, etc.*  
—Serle quiero sanguijuela,  
Pues babosa es para mí.  
—Las venas del Potosí  
Sabrás chmpar, Isabela.  
—Esto mi señora abela  
Me lo enseñó desde chica.  
—*¿Por qué llora, etc.*  
—¿Es galán? — Sobre Martín  
Cae su gala si lo es.  
—¿Sirvete con algún tres?  
—Servidor es muy ruin.  
—No hay barbero viejo al fin  
Que no sea de Malpica.  
—*¿Por qué llora la Isabelítica  
Que cheribica?*

## IX.

*Buena orina y buen color,  
Y tres higas al dolor.*  
Cierta dotor medio al mud  
Llamar solia, y no mal,  
Al vidrio del orinal  
Espejo de la salud;  
Porque el vicio ó la virtud  
Del humor que predomina  
Nos lo demuestra la orina  
Con clemencia y con rigor.  
*Buena orina, etc.*

La sanidad, cosa es llana  
Que de la color se toma,  
Porque la salud se asoma  
Al rostro como á ventana,  
Si no es alguna manzana  
Arrebolada y podrida,  
Como cierta fermentada  
Galeota del amor.  
*Buena orina, etc.*

Balas de papel escritas  
Sacan médicos á luz,  
Que son balas de arcabuz  
Para vidas infinitas;  
Plumas doctas y eruditas  
Gasten; que de mi sabrán  
Que es mi aforismo el refrán  
Vivir bien, beber mejor.  
*Buena orina, etc.*

¡Oh bien baya la bondad  
De los castellanos viejos,  
Que al vecino de Alaejos  
Hablan siempre en puridad,  
Y al santo que la mitad  
Partió con Dios de su manto (12)  
No echan agua, porque el santo  
Sin capa no habrá calor.

*Buena orina y buen color,  
Y tres higas al dotor.*

## X.

*Manda Amor en su fatiga  
Que se sienta y no se diga;  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga y no se sienta.*

En la ley vieja de Amor  
A tantas hojas se halla  
Que el que mas sufre y mas calla,  
Ese librará mejor;  
Mas ¡triste del amador  
Que muerto á enemigas manos,  
Le hallaren los gusanos (15)  
Secretos en la barriga!  
*Manda Amor, etc.*

(12) Alude á los famosos vinos de Alaejos  
y de San Martín.

(13) Otros leen *hallaron*.

Muy bien se puede culpare (14)  
Por necio cualquier que fuere  
Que como leño sufre  
Y como piedra callare;  
Mande Amor lo que mandare,  
Que yo pienso muy sin mengua  
Dar libertad á mi lengua,  
Y á sus leyes una higa.  
*Manda Amor, etc.*

Bien sé que me han de sacar  
En el auto con mordaza  
Cuando Amor sacare á plaza  
Delinquentes por hablar;  
Mas yo me pienso quejar,  
En sintiéndome agraviado,  
Porque el mar viene alterado  
Cuando el viento lo fatiga,  
*Manda Amor, etc.*

Yo sé de algún joveneto  
Que tiene muy entendido  
Que guarda mas bien Cupido  
Al que guardó su secreto;  
Mas si murió el imperfecto  
De amoroso torozon,  
Morirá sin confesion  
Por no culpar su enemiga.  
*Manda Amor en su fatiga  
Que se sienta y no se diga;  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga y no se sienta.*

## XI.

Que pida un galán Menguilla  
Cinco puntos de gervilla,  
*Bien puede ser;*

Mas que calzando diez Menga,  
Quiera que justo le venga,  
*No puede ser.*

Que se case un don Pelote (15)  
Con una dama sin dote,  
*Bien puede ser;*

Mas que no dé en pocos dias (16)  
Por un pan sus damerias,  
*No puede ser.*

Que la viuda en el sermon  
Dé mil suspiros sin son,  
*Bien puede ser;*

Mas que no los dé á mi cuenta  
Porque sepan dó se sienta,  
*No puede ser.*

Que esté la bella casada,  
Bieu vestida y mal celada,  
*Bien puede ser;*

Mas que el bueno del marido  
No sepa quién dió el vestido,  
*No puede ser.*

Que anochezca cano el viejo,  
Y que amanezca bermejo,  
*Bien puede ser;*

Mas que á creernos estreche  
Que es milagro y no escabeche,  
*No puede ser.*

Que se precie un don Pelon  
Que se comió un perdigon,  
*Bien puede ser;*

Mas que la biznaga honrada  
No diga que fué ensalada,  
*No puede ser.*

Que olvide á la hija el padre

(14) Otros leen mas acertadamente:  
Muy bien hará quien culpare.

(15) El doctor Alcalá, en el *Alonso, mozo de  
muchos años*, cita este verso diciendo:

Que se case un don Guillote.

(16) Otras ediciones escriben:  
Mas que no dé algunos dias  
Por un pan las damerias.

De buscallo quien le cuadre,

*Bien puede ser;*  
Mas que se pase el invierno  
Sin que ella le bosque yerno,  
*No puede ser.*

Que la del color quebrado  
Culpe al barro colorado,  
*Bien puede ser;*

Mas que no entendamos todos  
Que aquestos barros son lodos,  
*No puede ser.*

Que por parir mil loquillas  
Enciendan mil candelillas,  
*Bien puede ser;*

Mas que público y secreto  
No tenga algun cirio efeto,  
*No puede ser.*

Que sea el otro letrado  
Por Salamanca aprobado,  
*Bien puede ser;*

Mas que traiga buenos guantes  
Sin que acudan pleiteantes,  
*No puede ser.*

Que sea médico mas grave  
Quien mas aforismos sabe,  
*Bien puede ser;*

Mas que no sea mas experto  
El que mas hubiere muerto,  
*No puede ser.*

Que acuda á tiempo un galán  
Con un dicho y un refrán,  
*Bien puede ser;*

Mas que entendamos por eso  
Que en floresta no está impreso,  
*No puede ser.*

Que oiga Menga una cancion  
Con piedad y atencion,  
*Bien puede ser;*

Mas que no sea mas piadosa  
A dos escudos en prosa,  
*No puede ser.*

Que sea el padre presentado  
Predicador afamado,  
*Bien puede ser;*

Mas que muchos puntos ajenos  
No sean estudios ajenos,  
*No puede ser.*

Que una guitarrilla pueda  
Mucho despues de la queda,  
*Bien puede ser;*

Mas que no sea necesidad  
Despertar la vejeidad,  
*No puede ser.*

Que el mochilero ó soldado  
Deje su tercio embarcado,  
*Bien puede ser;*

Mas que le crean de la guerra  
Porque entró roto en su tierra,  
*No puede ser.*

Que se emplee el que es discreto  
En hacer un buen soneto,  
*Bien puede ser;*

Mas que un menguado no sea  
El que en hacer dos se emplea,  
*No puede ser.*

Que quiera una dama esquivar  
Lengua muerta y bolsa viva,  
*Bien puede ser;*

Mas que halle sin dar puerta  
Bolsa viva y lengua muerta,  
*No puede ser.*

Que el confeso al caballero  
Socorra con su dinero,  
*Bien puede ser;*

Mas que le dé porque presta  
Lado el dia de la fiesta,  
*No puede ser.*

Que junte un rico avariento  
Los doblones ciento á ciento,  
*Bien puede ser;*

Mas que el sucesor gentil  
No lo gaste mil á mil,  
*No puede ser.*

Que se pasee Narciso  
Con un cuello en paraíso,  
*Bien puede ser;*

Mas que no sea notorio  
Que anda el cuerpo en purgatorio,  
*No puede ser.*

## XII.

*Ande yo caliente (17),  
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno  
Del mundo y sus monarquias,  
Mientras gobiernan mis días  
Mantequillas y pan tierno,  
Y las mañanas de invierno  
Naranjada y aguardiente,  
*Y riase la gente.*

Coma en dorada bajilla  
El príncipe mil cuidados  
Como pildoras dorados;  
Que yo en mi pobre mesilla  
Quiero mas una morcilla  
Que en el asador reviente,  
*Y riase la gente.*

Cuando cabra las montañas  
De plata y nieve el enero  
Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas,  
Y quien las dulces patrañas  
Del rey que rabió me cuente,  
*Y riase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles;  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando á Filomena  
Sobre el chopo de la fuente,  
*Y riase la gente.*

Pase á media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
Que yo mas quiero pasar  
De Yépes á Madrigar (18)  
La regalada corriente,  
*Y riase la gente.*

Pues Amor es tan cruel,  
Que de Piramo y su amada  
Hace talamo una espada,  
Do se junten ella y él,  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente,  
*Y riase la gente.*

## XIII.

Da bienes fortuna  
Que no están escritos:  
*Cuando pitos flautas,  
Cuando flautas pitos.*

¡Cuán diversas sendas  
Suele seguir (19)  
En el repartir  
Honras y haciendas!

(17) Otros leen *andeme*.

(18) Verges lee:

De Yépes y Madrigar.

(19) En todas las ediciones se lee equivocadamente:

¡Cuán diversas sendas  
Se suelen seguir! etc

En un error gramatical de semejante clase no pudo haber incurrido don Luis. Debe escribirse el verso:

Suele seguir,  
haciendo diéresis.

## DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

A unos da encomiendas,  
A otros sambenitos.  
*Cuando pitos, etc.*

A veces despoja  
De choza y apero  
Al mayor cabrero,  
Y á quien se le antoja  
La cabra mas coja  
Pare dos cabritos (20).  
*Cuando pitos, etc.*

Porque en una aldea  
Un pobre maneco  
Hurtó solo un huevo,  
Al sol bambonea (21),  
Y otro se pasea  
Con cien mil delitos.  
*Cuando pitos flautas.  
Cuando flautas pitos.*

## XIV.

Al nacimiento de nuestro Señor cantaron  
estas letrillas sacras en la santa iglesia de  
Córdoba. Les dió tono el maestro Juan Rus-  
co, que lo era de aquella iglesia.

—*Cuando toquen á mailines,  
Toquen en Jerusalem,  
Tañan al alba en Belén,  
Tañan, tañan,  
Que profecias no engañan.*

—¿Por qué? Di.  
—Por lo que oírás por ahí  
A cien alados clarines.

—¿Cuándo? ¿Esta noche? ¡Oh qué hue-

—Toda pues gaita convoque (22) [no.  
Los pastores;

Dulces sean ruiseñores  
Del sol que nos ha de dar,  
No en cuna de ondas el mar,  
Sino en pesebre de henos  
Un portal desta campaña.

—Taña el mundo, taña,  
Toque el alba, toquen.  
—¡Oh lo que esta noche harán  
Cuando oigan las campanas  
Los que ilustran con sus canas  
Las tinieblas de Abraham!  
Mas no las conocerán.  
David sí, cuyo ruido  
Lisonja será á su oído  
De concertados violines,  
*Cuando toquen, etc.*

Abra el limbo orejas, abra,  
Dios eterno; que no dudo  
Que rompa el silencio mudo  
Desta noche tu palabra.  
No carabela, no zabra  
Traerá el aviso (que es mucho);  
Laud sí, donde ya escucho  
Zalemas de serafines.

*Cuando toquen á los mailines,  
Toquen en Jerusalem,  
Tañan al alba en Belén,  
Tañan, tañan,  
Que profecias no engañan.*

## XV.

**Gil.—Carillo.**

GIL.

No solo en campo nevado  
Yerba producir se atreve

(20) Otros leen:

Parió dos cabritos.

(21) Algunos escriben:

Al sol bambolea,

que es lo mismo.

(22) Otros leen *loca*.

A mi ganado,  
Pero aun es hiel la nieve  
A las flores que da el prado.

CARILLO.

¿De qué estás, Gil, admirado,  
Si hoy nació  
Cuanto se nos prometió?

GIL.

¿Qué, Carillo?

CARILLO.

Toma, toma el caramillo,  
Y vén cantando tras mí.  
Por aquí, mas ¡ay! por allí  
Nace el cárdeno alheli.

GIL.

Vé, Carillo, poco á poco;  
Mira que  
Ahora pisó tu pié  
Un narciso, aquí mas loco  
Que en la fuente.

CARILLO

Tente por tu vida, tente,  
Y mira con cuánta risa  
El blanco lirio en camisa  
Se está burlando del hielo.

GIL.

Lástima es pisar el suelo.

CARILLO.

Pisalo, mas como yo,  
Queaditico.

*Pisaré yo el polvico  
Menudico;  
Pisaré yo el polvó,  
Y el prado no (23).*

GIL.

¿Oyes voces?

CARILLO.

Voces oigo,

Y aun parecen de gitanos;  
Bien layan los avellanos  
Deste arroyo,  
Que hurtádonos los han.

GIL.

Al Niño buscando van,  
Pues que van cantando dél  
Con tal coro:  
«Tamaraz, que zon miel y oro (24);  
Tamaraz, que zon oro y miel.  
A voz el cachopinito,  
Cara de roza,  
La palma os guarda, hermoza  
Del Egipto.  
Tamaraz, que zon miel y oro;  
Tamaraz, que zon oro y miel.»

CARILLO.

¡Qué bien suena el cascabel!

GIL.

Grullas no siguen su coro

(23) Estos versos debieron ser estribillo en coplas antiguas. Cervantes, en *La elección de los alcaldes*, pone lo siguiente:

Pisaré yo el polvico

A tan menudico,

Pisaré yo el polvó

A tan menudó.

Pisaré yo la tierra

Por mas que esté dura,

Puesto que me abra en ella

Amor sepultura,

Pues ya mi buena ventura

Amor la pisó

A tan menudó.

Pisaré yo lozana

El mas duro suelo,

Si en él acaso pisas

El mal que recto;

Mi bien se ha pasado en vuelo.

Y el polvo dejó

A tan menudó.

(24) *Támaras*, lo mismo que *dátiles*.



## LETRILLAS.

Con mas órden que esta grey.

CARILLO.

Cántenle endechas al bucy,  
Y á la mula otro que tal,  
Si ellos entran el portal.

GIL.

Alcones cuatrerros son  
En procesion.

CARILLO.

Ya las retamas se ven  
Del portal entre esos tejos.  
«Miroos desde léjos,  
Portal de Belen;  
Miroos desde léjos,  
Pareceisme bien.»

GIL.

Brasildo llega tambien  
Con todos sus zagalejos.

CARILLO.

¡Oh qué entrada  
Tan sonora y tan bailada  
Se puede hacer!

GIL.

¡Oh qué ajeno  
Me siento de mí y qué lleno  
De otro; tocad el rabel.

¿Qué dirémos del clavel  
Que nos da el heno?  
Mucho hay que digamos dél,  
Mucho y bueno.

Dirémos que es blanco, y que  
Lo que tiene de encarnado  
Será mas disciplinado  
Que ninguno otro lo fué;  
Que de las hojas al pié  
Huele á clavos, y que luego  
Que un leño se arrime al fuego  
De su amor,  
Agua nos dará de olor,  
Píadoso hierro cruel.

¿Qué dirémos del clavel  
Que nos da el heno?  
Mucho hay que digamos dél,  
Mucho y bueno.

## XVI.

Vén al portal, Mingo, vén,  
Seguro el ganado dejas;  
Que aun entre el lobo y ovejas  
Nació la paz en Belen.

La paz del mundo escogido  
En aquel ya leño grave,  
Que el hombre á la tierra alabe,  
Casa fué, caverna y nido;  
Hoy pastor se ha establecido  
Taño, que en cualquiera otero  
Retozar libre el cordero,  
Y manso el lobo se ven.

Vén al portal, etc.

Sobra el can, que ocioso yace  
Las noches que desvelado,  
Y rediles del ganado  
Los términos son que paze;  
El siglo de oro renace  
Con nuestro glorioso Niño,  
A quien esta piel de armiño  
De mí fé será rehen.

Vén al portal, Mingo, vén,  
Seguro el ganado dejas;  
Que aun entre el lobo y ovejas  
Nació la paz en Belen.

## XVII.

Portugués.—Castellano.

PORTUGUÉS.

¿A que tangem em Castela?

CASTELLANO.

A mailines.

PORTUGUÉS.

Noite he boa.

CASTELLANO.

Si.

PORTUGUÉS.

¿E facen como em Lisboa  
A frutinha de panela?

CASTELLANO.

Mucha.

PORTUGUÉS.

¿Jantarémos della?

CASTELLANO.

Luego que confeseis vos  
Que nació el hijo de Dios  
Noche tal,  
No en Belen de Portugal,  
Sino en Belen de Judea.

PORTUGUÉS.

¿Zombais de Afonso Correa,  
Castejao?

CASTELLANO.

Ñafete, que el recién nacido  
No es portugués.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete, que se ha derretido  
Como el sebo.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete que va corrido,  
Corrido va.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

Ovis cao.

CASTELLANO.

Parientes somos.

PORTUGUÉS.

Deos naceo em Portugal,  
E da mula do portal  
Proceden os machos romos,  
Que tem os frades heromos  
No mosteiro de Belem.

CASTELLANO.

¿Quién lo alumbró deso?

PORTUGUÉS.

¿Quem?

CASTELLANO.

¿El sebo de alguna vela?

PORTUGUÉS.

¿A que tangem, etc.

CASTELLANO.

Dejó tambien casta el bucy?

PORTUGUÉS.

Geração ficou no extremo.

CASTELLANO.

¿Luego era toro?

PORTUGUÉS.

Era o demo.

Era muita que os darey  
Pancada.

CASTELLANO.

¿A mí?

PORTUGUÉS.

A vos á ó rey.

CASTELLANO.

Liquidado se ha.

PORTUGUÉS.

Falades,

Haga nuestras amistades  
Muncha enmelada hojuela.

¿A que tangem em Castella?

CASTELLANO.

A mailines.

## XVIII.

¿Cuál podeis, Judea, decir  
Que os dió meos luz, el ver  
La noche dia al nacer,  
O el dia noche al morir?

Las piedras sabrán oír  
Antes que yo responder,  
Sabránse al menos romper,  
Para mas os confundir.

¿Cuál podeis, etc.

Si esta noche ó noche tal  
Flores os sirvió la nieve,  
Zodiaco hecho breve  
De mucho sol un portal,  
Adonde un bruto animal,  
Viéndose rayos su pelo,  
Aun con el toro del cielo  
Se desdeña competir,

¿Cuál podeis, etc.

Si en espirando Dios, luego  
Del sol os niega la luz,  
Y en las tinieblas su cruz  
Os fué columna de fuego,  
¿Cuál dareis, ingrato y ciego  
Pueblo, competente excusa,  
Si esta noche nos acusa  
Los días que dejais ir?

¿Cuál podeis, Judea, decir  
Que os dió meos luz, el ver  
La noche dia al nacer,  
O el dia noche al morir?

## XIX.

Niño, si por lo que tienes  
De cordero, tus favores  
Sienten antes los pastores  
Que el mundo todo, á quien vienes,

El pastor de sus bienes  
Liberal,  
Rico, si no tu portal  
Ha hecho tu templo santo,  
Viva cuanto

Las piedras que ya doló.

Esto, Niño, pido yo,  
Y yo tambien,  
Y todos. Amen, Amen.

Al que le concede el mundo  
Los méritos que le ha dado,  
En nuestra España el cayado,  
Tercero, si no segundo,  
Mar de virtudes profundo,  
Santo ejemplar de pastores,  
Tan modesto en los favores  
Cuan sufrido en los desdeños.

El pastor, etc.

Años pues tan importantes,  
Iguales en la edad sean  
Á las piedras que desean  
Para esto ser diamantes;  
No pise las zonas antes  
Que bese el Tiber su pié  
Con esplendor tanto, que  
Nieguen carboncelos sus siencias.

El pastor de sus bienes

Liberal,  
Rico, si no tu portal  
Ha hecho tu templo santo,  
Viva cuanto  
Las piedras que ya doló.

## XX.

Al Guallehejo (25)

Del Señor Alá,

Ha, ha, ha.

Hace vosaze  
Zalena é zala,

(25) Es de moriscos.

Ha, ha, ha.  
 Baila Mahamú, baila,  
 Fala la laila.  
 Taña la zambra la jabena,  
 Fala la laila.  
 Que amor del Nenio me mata,  
 Me mata,  
 Fala la laila.  
 — Aunque entre el mula, é il vaquilio  
 Nacer en este pajar,  
 O estrellas mentir, ó estar  
 Califa, vos Chequitilio;  
 Choton, no lo oiga el cochilio  
 De aquel Heródes marluz,  
 Que maniana hasta el cruz  
 Eu sangre estarás bermejo.  
*Al Gualete, etc.*

Sè del terano enemigo,  
 Hoves, vosanze de rabia,  
 Roncon teneis, yo en Arabia  
 Con el pasa é con el hego.

Yo estar Xequé, se conmeço,  
 A dar manteca seniora,  
 Mel vos é serva madora  
 Comerás senior al vejo.

*Al Gualetehejo*  
*Del Señor Alá,*  
*Ha, ha, ha.*

## XXI.

*Esta noche un amor nace,*  
*Niño y Dios, pero no ciego,*  
*Y tan otro al fin, que hace*  
*Paz su fuego.*

Con las pajas en que yaco  
 De una Virgen (aun después  
 De ser madre) pura cuanto  
 Lo dice el sol, que es su manto,  
 Nace el Niño Amor que ves;  
 No es tu arco, no, el que es  
 Pompa del otro rapaz;  
 El simbolo sí de paz,  
 Que ambos polos satisface.

*Esta noche, etc.*

No venda el Amor divino  
 De sus ojos la alegría;  
 Vendaránsela algun día,  
 Que lo hagan adivino;  
 Sus bellos miembros el lino,  
 Ya que no sus soles vista;  
 Que mal puede el heno á vista  
 Abrigar de quien le paze.

*Esta noche un amor nace,*  
*Niño y Dios, pero no ciego,*  
*Y tan otro al fin, que hace*  
*Paz su fuego.*

## XXII (26).

—; *Oh qué vimo, Mangalena,*  
*Oh qué vimo!*

—; Dónde, primo?

—No portalo de Belena.

—; *Qué fu?*—Entre la hena  
 Mucho sol con mucha raya.

—Caya, caya,

Por en Dios que no miento.

—Vamo allá.—Toca instrumentó.

—Elamú, calambú, calambú,  
 Elamú.

—Tu prima sará al momento  
 Escravita do nacimiento.

—E *¿qué será, primo, tú?*

—Saro bu,

Se chora, ó menin Iesu.

—Elamú, calambú, calambú,  
 Elamú.

—Cosa vimo que creya

Pantará mucha gerquia,  
 Cantando con melodia  
 A un niño, que é Diosa, é ya Reya,  
 Ma tan desnuda, que un bueya  
 La está contino vabando.  
 —Veamo, primo, volando  
 Tanta gloria é tanta pena.  
 —; *Oh qué vimo, etc.*

Someme, é vendo me á rosa,  
 De Gericongo Maria,

—Entra, dijo, prima mia,

Que negra so, ma hermosa.

—; *Entraste?*—Si, é maliciosa

A mula un coz me tiró.

—Caya, que no fu coz, no.

—Pos *¿qué fu?*—Invidia, morena.

—; *Oh qué vimo, Mangalena,*

*Oh qué vimo!*

## XXIII.

A la venida de los Reyes á adorar á nuestro  
 Señor recién nacido.

## Pastores.—Negros.

PASTOR PRIMERO.

*¿Qué gente, Pascual, qué gente,*  
*Qué polvareda es aquella?*

PASTOR SEGUNDO.

La astrología de Oriente,  
 Cuyo postillon luciente  
 Es una estrella.

NEGRO.

Praza.

PASTOR PRIMERO.

*¿Quién nos atropella?*

NEGRO.

Mechora, rey de Sabá,  
 Guan, guan, gua,  
 Morenica de Zafalá.

PASTOR PRIMERO.

Hi, hi, hi,

*¿Qué Rey tan fuera de aquí*  
*Hoy nos ha venido acá!*

PASTOR SEGUNDO.

Ha, ha, ha.

NEGRO.

*¿Rie la pastora?*

PASTOR PRIMERO.

Si.

NEGRO.

Paparico, poco á poco,  
 Que samo enfadado ya.

PASTOR SEGUNDO.

Ha, ha, ha.

NEGRO.

Entra, primo.

PASTOR PRIMERO.

Fuera allá,

No piense el Niño que es coco  
 El rey que á adorar lo va.

Hormiguero, y no en estío,  
 Negros hacen el portal.

NEGRO.

Hormiga sa juro á tal,

Hormiga, ma non vacío.

PASTOR SEGUNDO.

*¿Qué traeis?*

NEGRO.

A la rey mio;

Incienso ofrece sagrado.

PASTOR PRIMERO.

Humo al fin el humo ha dado.

NEGRO.

Sa de Dios al fin presente.

PASTOR PRIMERO.

*¿Qué gente, Pascual, qué gente,*  
*Qué polvareda es aquella?*

## XXIV.

A la purificacion de nuestra Señora.

La vidriera mejor  
 En sus brazos de cristal  
 Entra al sol hoy celestial  
 En la capilla mayor,  
 A cuyo resplandor,  
 Sin que mas luz espere,  
 Simeon fénix arde  
 Y cisne muere.

## XXV.

A lo mismo.

## Bras.—Carillo.

BRAS.

*¿Oh qué verás, Carillejo,*  
*Hoy en el templo!*

CARILLO.

*¿Qué, Bras?*

BRAS.

*Corre, vuela, calla, y verás*  
*Cómo en las manos de un viejo*  
*Pone hoy franca*  
*La Palomica blanca,*  
*Que pone, que pare;*  
*Que pare como virgen,*  
*Que pone como madre.*

Subamos, Carillo, arriba,  
 Subamos donde ya asoma  
 La deseada paloma  
 Con el ramo de la oliva;  
 La esperanza siempre viva  
 De Simeon hoy la guarda,  
 Dejándose su edad tarda  
 La edad del fénix atras.

*Corre, vuela, calla y verás, etc.*

Entre uno y otro gemido  
 Del leal ofrecimiento (27),  
 Escucha el linal acento  
 De aquel cisne encanecido;  
 Ya, Señor, ya me despido  
 De mi vida con quietud,  
 Pues he visto tu salud,  
 Y la nuestra mucho mas.

*Corre, vuela, calla y verás*  
*Cómo en las manos de un viejo*  
*Pone hoy franca*  
*La Palomica blanca,*  
*Que pone, que pare;*  
*Que pare como virgen,*  
*Que pone como madre.*

## XXVI.

A la Virgen de Villaviciosa, por la salud y  
 vida de don Diego de Mardónes, obispo  
 de Córdoba.

Virgen, á quien hoy fiel  
 Tantas arras sabe dar  
 A su esposa,  
 Sed propicia, sed piadosa,  
 Pues sois estrella del mar,  
 Y es un mar de dones él  
 Al padre de una piedad  
 Tan generosa, tan rara,  
 Que á pesar de la tiara  
 Le deben la santidad;  
 Si virtud vale, su edad  
 Prolija sea y dichosa,  
 Sed propicia, sed piadosa.  
 Inmortal casi prescriba  
 Los términos de la muerte;  
 Que quien vive desta suerte,  
 Desta suerte es bien que viva;  
 No cual otra fugitiva  
 Su memoria sea gloriosa,  
 Sed propicia, sed piadosa.

(27) Otros leen *legal*.

## XXVII.

A lo mismo.

*Serrana que en el alcor  
De un pastor fuiste servida,  
Conservad la vida  
De nuestro pastor.*

¿Quién, Señora, su favor  
A pios afectos niega?  
¡Ay que os lo pido,  
Mas ay, que os lo ruega  
El balido  
De un ganado agradecido!

Albergue vuestro el vacío  
De un alcornoque fué rudo,  
Tanto de un pastor ya pudo  
El devoto afecto pio;  
Por el y por su cabrio  
Renunciastes el poblado;  
Sin duda que es un cayado  
El arco de vuestro amor.

*Serrana, etc.*

Si lo pastoral ya tanto.  
Serrana, os llevò gallarda,  
Guardad hoy al que nos guarda  
Generoso pastor santo.  
Tiempo le conceded cuanto  
Le desean sus rebaños;  
Que á fe que venza los años  
Del roble mas vividor.

*Serrana que en el alcor  
De un pastor fuiste servida,  
Conservad la vida  
De nuestro pastor.*

## XXVIII (28).

A la procesion que vispera del Còrpus se  
hace al Sagrario.

Juana. — Crara.

JUANA.

Mañana sá Corpus Crísta,  
Mana, Crara;  
Alcoholemo la cara,  
E labémono la vista.

CRARA.

*¡Ay Jesú, cómo samo trista!*

JUANA.

¿Qué tiene pringa, Señora?

CRARA.

Samo negra pecadora,  
E branca la Sacramenta.

JUANA.

La alma sá como la dienta,  
Crara, mana,  
Pongamo fustana,  
E bailemo alegre;  
Que aunque samo negra,  
Sa hermosa tú.

Zambambu, morenica de Congo,  
Zambambu,  
Zambambú, qué galana me pongo  
Zambambú.

Vamo á la Sagraria, prima,  
Veremo la procesiona;  
Que aunque negra, sa persona  
Que la perra me eslima;  
A ese mármolo te arrima.

CRARA.

Mas tinta sudamo Juana  
Que dos prumas de escribana.  
¿Quién sa aquel?

JUANA.

La perdiguera.

(28) Es de negros.

P.xvi-i.

¿Y esotro chupa-madera?

CRARA.

La señora chirimista.

JUANA.

*¡Ay Jesú, cómo samo trista!*

JUANA.

Mira la cabilda cuánta  
Va en rengre nombre Señora,  
Cuya virtud me enamora,  
Cuya majestá me espanta.

CRARA.

Si viene la obispa santa,  
Chilemola.

JUANA.

¡Ay qué Cravela!  
Pégate, Crara, coela,  
La mano le besará,  
Que mano que tanto da  
En Congo aun será bienquista.

CRARA.

*¡Ay Jesú, cómo samo trista!*

## XXIX.

Gil. — Bras.

GIL.

*¿A qué nos convidas, Bras?*

BRAS.

A un cordero que costó  
Treinta dineros no mas,  
Y luego se arrepintió  
Quien lo vendió.

GIL.

¿Bastará á tantos?

BRAS.

Y es de modo  
Que lo comerá uno todo,  
Y no lo acabarán mil.

GIL.

Toca, toca el tamboril,  
Suene el cascabel,  
Y vamos á comer dél.

BRAS.

De rodillas reclinado (29),  
No con báculo, no en pié,  
Llega al Cordero que fué  
Por el otro figurado;  
Cómelo, Gil, que mechado  
De tres clavos lo halarás.

GIL.

*¿A qué nos convidas, Bras?*

BRAS.

De hierro instrumento no,  
De palo sí lo aso ya;  
Tan mal con el hierro está  
Quien dellos nos redimió;  
Amor dió el fuego y juntó  
Leños que el fénix jamás.

GIL.

*¿A qué nos convidas, Bras?*

## XXX.

*El pan que veis soberano  
Un solo es grano,  
Que en tierra virgen nacido.  
Suspendido  
En el madero,  
Se da entero  
Adonde mas dividido.*

Cuanto el altar hoy ofrece  
Desde el uno al otro polo,  
Pan divino, un grano solo,

(29) Otros leen inclinado.

Lleguen fres, ó lleguen trece;  
Invisiblemente crece  
Su unidad, y de igual modo  
Se queda en sí mismo todo,  
Que se da todo al cristiano.  
*El pan, etc.*

Este grano, eterno pues,  
Inmensamente pequeño,  
Del vital glorioso leño  
Cayó en la piedra despues;  
La piedra que días tres  
En sus senos le abscondió,  
Y nos le restituyó  
Aun mas entero y mas sano.

*El pan que veis soberano  
Un solo es grano,  
Que en tierra virgen nacido,  
Suspendido  
En el madero,  
Se da entero  
Adonde mas dividido.*

## XXXI (30).

*A la dina dana dina, la dina dana,  
Vuelta soberana.  
A la dina dina dana, la dana dina,  
Mudanza divina.*

Maldonado, Maldonado,  
El de la perzona zuelta,  
Dina dana.

Volteador afamado,  
Dale á tu alma una vuelta,  
Dana dina.

Que si contrita y aznelta  
Llega á comer este pan,  
No la taza le darán,  
Zino el cáliz que hoy se gana.

*A la dina dana dina, la dina dana;  
Vuelta soberana.*

Querida, la mi querida,  
Bailemoz y con primor,  
Dana dina.

Mudanza hagamos de vida,  
Que ez la mudanza mejor,  
Dina dana.

Entre en mi alma el Ceñor,  
No como en Heruzalen,  
Que aunque cuatrero de bien,  
No aseguro la pollina.

*A la dina dina dana, la dana dina,  
Mudanza divina.*

## XXXII.

— *¿Qué comes, hombre?*  
— *¿Qué como? Pan de ángeles.*  
— *¿De quién? — De ángeles.*  
— *¿Sabe bien? — Y cómo.*

Fuerza da tanta y valor  
Este pan, que en virtud dél,  
Huyendo de Jetzabel,  
Llegó al monte del Señor  
Profeta, en cuyo favor  
Fuego llovió el cielo airado,  
Y escudron de acero armado  
Resistencia hizo de plomo.

— *¿Qué comes, hombre, etc.*

Deste pues divino pan  
Cualquier bocado suave  
Enciender los pechos sabe  
Que mas helados están;  
No hay cual la de Zeilan,  
Que hoy los manjares se altera  
Fragrante, si mas grosera,  
Corteza de cinamomo.

— *¿Qué comes, hombre?*  
— *¿Qué como? Pan de ángeles.*  
— *¿De quién? — De ángeles.*  
— *¿Sabe bien? — Y cómo.*

(30) Es de gitanos.

## XXXIII.

*Oveja perdida, vén  
Sobre mis hombros; que hoy,  
No solo tu pastor soy,  
Sino tu pasto tambien.*

Por descubrirte mejor  
Cuando balabas perdida,  
Dejé en un árbol la vida,  
Donde me subió tu amor;  
Si prenda quieres mayor,  
Mis obras hoy te la dén.

*Oreja, etc.*

Pasto al fin yo tuyo hecho,  
¿Cuál dará mayor asombro,  
¿El traerte yo en el hombro,  
O traerme tú en el pecho?  
Prendas son de amor estrecho,  
Que aun los mas ciegos las ven.

*Oveja perdida, vén  
Sobre mis hombros; que hoy,  
No solo tu pastor soy,  
Sino tu pasto tambien.*

## XXXIV.

Alma niña, ¿quieres, di,  
Parte de aquel, y no poca,  
Blanco mana que está allí?  
—Si, sí, si.

*Cierra los ojos, y abre la boca.  
—¡Ay Dios, ¿qué comí,  
Que me sabe así?*

Alma ¿quien han reducido  
Contrición y penitencia  
Al estado de inocencia,  
Si golosa te ha traído  
El maná que está incluido  
En aquel cristal de roca,  
*Cierra los ojos, y abre la boca.*

Niega, alma, en esta ocasion  
A la vista; que la fe,  
Cerrados los ojos, ve,  
Mas que abiertos la razon;  
Argumento y presuncion  
Vano es aquí y allá loca.  
*Cierra los ojos, y abre la boca.*

## XXXV.

Que pretenda el mercader,  
Sin que al grande y sin que al chico  
Restituya un alfiler,  
En nombre de Dios tener  
Lo que ganó en Puerto Rico,  
*¡Oh qué lindico!*

Que disimule un pariente,  
Sin que á risa me provoque,  
Que en el espejo luciente  
Nunca se ha visto la frente  
Coronada de alcornoque,  
*¡Oh qué lindoque!*

Que una necia que bien charla,  
Dama entre picaza y mico,  
Me quiera obligar á amarla,  
Siendo su pico de parla  
Y de Jetafe su hocico,  
*¡Oh qué lindico!*

Que piense un bobalicon  
Que no hay quien su dama toque,  
Y en la casa del rincon  
Se que la tomó un peon,  
Y que no la quiere un Roque,  
*¡Oh qué lindoque!*

Que pretenda un estudiante,  
Sin que sea galán ni rico,  
Rendir á doña Violante  
Con hacer muy de lo amante,  
Sin dejar flaco el bolsico,  
*¡Oh qué lindico!*

## XXXVI.

Tejió de piernas de araña  
Su barbaça un cotegial,  
Pensando con ella el tal  
Gobernar á toda España;  
Cuando el impulso se engaña (51)  
De los cursos que no tiene,  
Pisándose á Madrid viene  
La barba desde Sigüenza,  
*Tenga vergüenza.*

Alguno conozco yo  
Que médico se regula  
Por la sortija y la mula,  
Por el ejercicio no;  
Toda su vida salió  
A vender de balde peste;  
Nadie le llama, ni aqueste  
El ocio no le avergüenza,  
*Tenga vergüenza.*

El marido de la bella  
Que nos vende por fiel,  
Vistiéndose aquello él  
Que ganó desnuda ella;  
Paciente sus labios sella,  
Buscándole ella por eso  
Entre dos plumas de hueso  
Una de oro en rica trenza,  
*Tenga vergüenza.*

La mayor legalidad,  
Si el preso tiene dinero,  
Salvadera hace el tintero  
Que salvó su libertad;  
Que es mentira la verdad  
Al que es litigante pobre,  
Gato aun con tripas de cobre  
No halla gato que no venza,  
*Tenga vergüenza.*

En tener á dos repara (52)  
Doña Fulana Interés,  
Que solo de esgrima es  
Esto de guardar la cara;  
De sí ya tan poco avara,  
El cuatrin no menos pilla  
De Oliveros de Castilla  
Que á un bilero de Olivenza,  
*Tenga vergüenza.*

Cuanto hoy hijo de Eva,  
Afrentando lo galán,  
Se desmiente en un Jordan  
Que en ondas de tinta lleva,  
Forma sacando tan nueva,  
Que lo extrañan por lo sucio,  
Rocin que parando rucio,  
Morcillo á comer comienza,  
*Tenga vergüenza.*

## XXXVII.

Ponderemos la experiencia,  
Lo que es el dinero hoy,  
Porque yo dosel le doy  
Y tarima á su excelencia;  
Tomando mayor licencia,  
Pues el cuño me perdona,  
Le daré siempre corona,  
Y mas definir no quiero  
*Qué es dinero.*

Desvanecido un pelon,  
Y aun á titulo aspirante,  
Cera gasta de Levante  
Mientras enristra blandon;  
Tan superflua ostentacion,  
Si no presuncion tan necia,  
Cera alumbre de Venecia,  
Y á mi de Génova acero,  
*Que es dinero.*

(51) Otros leen : *cuanto el impulso.*

(52) Otros leen *de dos, y otros, dedos.*

Visitado en su posada  
De una dama fué un amante,  
Y al escudero portante  
De porte le dio una espada;  
Yo quiero que la Colada  
Sea de Cid campeador;  
Armado vuelve mejor  
De un escudo un escudero,  
*Qué es dinero.*

Fuelles de seda calzado,  
Calzones digo, un cencerro,  
Que ascendió de edad de hierro  
A siglo mas que dorado;  
Menos agora fizado  
Con terciopelado estruendo,  
Por la calle va diciendo,  
Hoy tratante, ayer herrero,  
*Qué es dinero.*

Pendolista, si enemigos  
Granjeó su pluma tantos,  
Pocos mas ó menos, cuantos  
Su bella mujer amigos,  
Deje de inducir festigos  
Y conduzca infanteria;  
Vendiendo la escribania  
Quédese con el tintero,  
*Qué es dinero.*

## XXXVIII.

*Que haya gustos en la villa,  
¿Qué maravilla?  
Y en la corte dulce y agro,  
¿Qué milagro?*

Que en la corte, do se junta  
Tanta risa y tanto lloro,  
Hay quien nos tome el oro  
Y absuelva cualquier pregunta,  
Quien apunta y quien despunta,  
Y entre damas y entre Roques,  
Quien á tretas, quien á emboques,  
Os da toda la cartilla,  
*¿Qué maravilla?*

El que vive en el aldea  
Cultivando su heredad,  
Allí culpa nuestra edad  
Adonde nada desea;  
*¿Qué mucho que bueno sea,*  
Y que mas en fil que un peso (53),  
Ni evite ni trate en grueso,  
Si él engorda con lo magro?  
*¿Qué milagro?*

El que por favores hecho  
Poderoso en el juzgado  
Esté puesto á ser pagado  
Mas que permite el derecho;  
Que quiera sacar provecho,  
Pues la esposa que le dan,  
Como á nuestro padre Adán,  
Le salió de la costilla,  
*¿Qué maravilla?*

Si el que poca renta tiene  
Da á su dama en un vestido  
Todo el tributo caído,  
Y libra el tercio que viene;  
Cuando ya no se mantiene  
Por la justa que mantuvo,  
Que por lo que dulce tuvo,  
Empiece á tener por agro,  
*¿Qué milagro?*

Que don Alvaro de Luna  
Suba á la cumbre en buen hora,  
Pues con su menguante agora  
Las cabezas importuna;  
Por la justa de tanta fortuna,  
Para llegar al poder  
A muchos hizo caer,  
Que le armasen zancadilla,  
*¿Qué maravilla?*

(53) Otros leen : *y que mas en fiel.*

Si el abad de poca renta,  
A luer de obispo, pasea  
Con lacayos de librea,  
Ahorrada en la pimienta;  
Si le alcanzan en la cuenta,  
Y en vano la disimula,  
Que se baje de la mula  
Por ver que el camino es agro,  
¿Qué milagro?

## XXXIX.

*Será lo que Dios quisiere.*

Todo el mundo está trocado,  
Solo reina el recibir,  
Ya nos venden el vivir,  
Y vivimos de prestado;  
El que tuviere un ducado  
Se verá grande en un día;  
La balanza mas vacía  
Subirá mas fácilmente;  
Todo será diferente,  
Y si algo desto no fuere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

Ya no hay cosa verdadera,  
Ni quien decilla presuma,  
Mil aves vuelan sin pluma,  
Y el sol da luz por vidriera;  
Las honras serán de cera,  
Y el oro será el calor;  
Cogerás el fruto en flor,  
Los racimos en agraz,  
Y del que por bien de paz  
A madurarse viniere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

Que habrá gran copia imagino  
De médicos y letrados,  
Los mas dellos graduados  
Por un conde palatino;  
Con la fe de un pergamino  
Destruyen media Castilla,  
Uno en mula y otro en silla,  
Y cuando el mas docto emprenda  
Vuestra vida ó vuestra hacienda,  
O mejor con vos lo liciere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

Del mercader y escribano  
Será lo que siempre ha sido,  
Que el mas pobre y mas perdido  
Va al infierno mas temprano;  
Téngales Dios de su mano,  
Y el viénes de la Pasión  
Les dé quien por un doblon  
Se arroje, y que pierda el miedo;  
Mas decir seguro puedo  
Que del que los absolviere  
*Será lo que Dios quisiere.*

De las de saya ó monjil,  
Si ya no fuere en la cuna,  
No se hallará virgen una  
Después de las once mil;  
No les dieron de marfil  
Muros á su honestidad;  
Y así, tengo por verdad  
Que de la madre ó la hija  
Que recibe la sortija,  
Ó el juguete recibiere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

De vinda que mucho flora  
Jamás me enterneció el llanto,  
Porque sé bien que otro tanto  
Sabrá alegrarse á deshora;  
¿Cuál es el necio que ignora  
Que despues de echar las llaves,  
O estén tristes ó estén graves,  
Porque la melancolia  
Va con las tocas de día,  
Y á la noche que viniere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

En cualquier estado al fin  
Mil mudanzas ha de haber;  
Ya no se ha de conocer

Cuál es bueno y cuál ruin;  
Téngase bien á la cruz  
El que está mas levantado,  
Porque el mundo descansado  
Sirve ya por el cruzes,  
Y cuando agora al través  
Su pináculo no diere,  
*Será lo que Dios quisiere.*

## XL.

*Milagos de corte son.*

Que tenga el engaño asiento  
Cerca de alguna grandeza,  
Y que pueda la riqueza  
Dar á un necio entendimiento;  
Que percieza el buen talento  
Si á decir verdad aspira,  
Y que tenga la mentira  
Título de adulación,  
*Milagos de corte son.*

Que don Milano afeitado (54)  
Ajeno linage infame,  
Y que Mendoza se llame  
Por lo que tiene de hurtado;  
Que diga ser mas soldado  
Que en su tiempo el de Pescara,  
Y que ya se llame Guevara  
El que no es mas que Ladron,  
*Milagos de corte son.*

Que el soldado de Pavia  
Cuente y jure hazanas grandes  
Porque tuvo niño en Flandes  
Achaques de afeitecia;  
Su caudal es bizzarria,  
Y por lo bravo se llama  
Al dormir, leon sin cama,  
Y al comer camaleon.  
*Milagos de corte son.*

Que la dama escabechada  
Preste al aire trenzas rojas  
Y que engañe con las hojas  
Como parra vendimiada;  
Que la piladora dorada,  
Receta de mano suya,  
Con afeite de alcluya,  
Cubra arrugas de pasion,  
*Milagos de corte son.*

Que no vean mil maridos  
Cosas que las verá un ciego,  
Y que á las voces del fuego  
Quieran tapar los oidos;  
Que se precien de entendidos  
Y presuman de valientes,  
Y no fueron mas pacientes  
Los asnos de san Anton,  
*Milagos de corte son.*

Que estés, Amor, tan quebrado  
Y tan corto de caudal,  
Que ya te pidan señal  
Como á cuerpo endemoniado;  
Que te precies de letrado,  
Aunque los aires penetras,  
Y escriban todas tus letras  
En la estampa de un doblon,  
*Milagos de corte son.*

## XLI (55).

*Absolvamos el sufrir,  
Desatemos el callar,  
Mucho tengo que llorar,  
Mucho tengo que reir.*

Deseadó he desde niño

(54) Las ediciones que hemos visto dicen  
todas equivocadamente:

Que de un milagro afeitado.

Verges lee:

Que don Milagro afeitado.

(55) Por algunos se ha atribuido á Quevedo  
esta letrilla, que en manuscritos é impresos

Y antes, si puede ser antes,  
Ver un médico sin guantes  
Y un abogado lampiño,  
Un poeta con abito,  
Un romance sin orillas,  
Un sayon con pantorrillas,  
Y unas ferias sin prestar.  
*Mucho tengo que llorar.*

Al humo le debe cejas  
La que al sepulcro cabellos,  
De ojos graves, porque dellos  
Am las dos niñas son viejas;  
Este nico de tus rejas,  
Y de los muchachos juego,  
Mojado ayer de un ciego,  
Hoy se nos quiere morir.  
*Mucho tengo que reir.*

Con la gala el interés  
Indignado ha descubierta  
Que no se dé perro muerto  
Sin ella, aun en Leganes;  
Cuánta verdad esto es,  
Madrid, que es grande, lo diga,  
Aunque dice cierta amiga  
Que es mejor Galapagar.  
*Mucho tengo que llorar.*

Médico es, aunque lego,  
Que á la menor calentura,  
Su cara no siendo cura,  
Da el olio y entierra luego;  
Y aunque la ciencia le niego,  
Le concederé de grado  
Un pergamino arrollado  
Y un engastado zahir.  
*Mucho tengo que reir.*

Trajo en dote un serafín  
Casa de jardin gallardo,  
Con dos balcones al Pardo  
Y un postigo á Balsain;  
Mientras pisan el jardin  
Visitas, el marido,  
Haciendo espejo un balcon,  
Sus canas ve pardear.  
*Mucho tengo que llorar.*

Pnes no levanta la espuma  
Con remo en el agua aquel (56)  
Que ya levantó en papel  
Testimonios con su pluma,  
Porque otro tal no presuma  
Que ley se establezca en vano,  
Quiténle la destra mano,  
Y mienta un guante el pulgar.  
*Mucho tengo que llorar.*

## XLII.

*Caido se te ha un clavel  
Hoy á la Aurora del seno,  
¿Qué glorioso que está el heno,  
Porque ha caido sobre él!*

Quando el silencio tenía  
Todas las cosas del suelo,  
Y coronada de hielo  
Reinaba la noche fria,  
En medio la monarquía  
De finiebla tan cruel,  
*Caido se te ha, etc.*

De un solo clavel ceñida  
La Virgen, aurora bella,  
Al mundo se lo dió, y ella  
Quedó enal antes florida;  
A la púrpura caida  
Siempre fué el heno fiel.  
*Caido se te ha, etc.*  
El heno pues, que fué dino,  
A pesar de tantas nieves,

se lee como de Góngora. Podrá ser de Quevedo, pero en el estilo mas parece obra del Marcial cordobés.

(56) Otros leen: con el remo.

De ver en los brazos leves  
Este Rosicler divino,  
Para su lecho fue lino,  
Oro para su dosel.

*Caido se le ha un clavel  
Hoy á la Aurora del seno,  
¿Qué glorioso que está el heno,  
Porque ha caído sobre él!*

## XLIII.

—El racimo que ofreció  
La tierra ya prometida,  
Esta noche esclarecida  
En agraz he visto yo.

—*Mas que no,  
Porque ha mucho que pasó.  
—Mas que sí,  
Porque ha poco que le ví.*

—¿Dónde? Di.  
—En el heno que le dió  
Un portallilo pequeño,  
Mientras lo cuelga de un leño  
El pueblo que alimentó;  
El bello racimo que  
Trajeron por cosa rara,  
Entre dos en una vara,  
De aquesta figura fué.  
—¿Sabeslo tú?—Yo lo sé  
De quien lo profetizó.  
—*Mas que no, etc.*

—Entre dos se trajo aquel,  
Y aqueste será Sion  
Entre uno y otro ladrón,  
Siendo la inocencia él.  
—¿Adivinas?—Mas fiel  
Fué ya quien lo adivinó.  
—*Mas que no,  
Porque ha mucho que pasó.  
—Mas que sí,  
Porque ha mucho que le ví.*

## XLIV.

Ya que rompí las cadenas  
De mis grillos y mis penas,  
De extender con mucho error  
La jurisdiccion de Amor,  
Que agora me da por libre,  
*Dios me libre.*

Y de andar mas por escrito  
Publicando mi delito,  
Sabiendo de ajenas vidas  
Tantas culpas conocidas,  
De que puedo hacer alarde,  
*Dios me guarde.*

De dama que se atribula  
De comer huevos sin bula,  
Sabiendo que de su fama  
Un escrúpulo ni drama  
No podrá lavar el Tibre,  
*Dios me libre.*

Y del mercader devoto,  
De conciencia maniroto,  
Que acrecentando sus rentas,  
Pasa á menudo sus cuentas,  
Y da las ajenas tarde,  
*Dios me guarde.*

De doncella con maleta,  
Ordinario y estafeta,  
Que quiere contra derecho,  
Pasando por el estrecho,  
Llegar entera á Colibre,  
*Dios me libre.*

Y del galán perfumado,  
Para holocaustos guardado,  
Que hace cara á los afeites  
Para dar á sus deleites  
Espaldas, como cobarde,  
*Dios me guarde.*

De dama que de un ratón  
Huye al último rincón,

Desmayada de mirallo,  
Y no temerá á caballo  
Que Ruger su lanza vibre,  
*Dios me libre.*

Y de galán que en la plaza  
Acuchilla y amenaza,  
Y si sale sin terceros,  
Hará como don Gaiferos.  
Aunque Melisendra aguarde (57),  
*Dios me guarde.*

De doncella que entra en casa  
Porque guisa y por que amasa,  
Y hará mejor un guisado  
Con la mujer del honrado  
Que con clavos y gengibre,  
*Dios me libre.*

Y de amigo cortesano  
Con las insignias de Jaro  
Desvelado en la cautela,  
Cuyo soplo á veces hiela  
Y á veces abrasa y arde,  
*Dios me guarde.*

## XLV.

*No me llame fea, calle;  
Que la llamaré vieja, madre.*

Abra los ojos y vea  
Lo que la verdad señala,  
Que no hay moza que sea mala  
Ni vieja que no lo sea;  
La mujer moza es librea (58),  
Y la vieja despreciada.  
Es como fiesta quitada,  
Que mandan que no se guarde.  
*No me llame fea, calle, etc.*

La mujer mas celebrada,  
Si tiene el rostro arrugado,  
Es, cual vid que se ha secado,  
Muy buena para quemada;  
No viva tan confiada,  
Sino tenga por muy cierto  
Que es carne de cuervo muerto (59)  
La vieja de mejor carne.  
*No me llame fea, calle, etc.*

En palacio la princesa,  
En la ciudad la señora,  
En la aldea la pastora  
Y en la corte la duquesa;  
Madre, á ninguna le pesa  
Que le digan que es perfecta;  
Que la mas noble y discreta  
Se pierde porque la alaben.  
*No me llame fea, calle;  
Que la llamaré vieja, madre.*

## XLVI (40).

*Con el son de las hojas  
Cantan las aves,  
Y responden las fuentes  
Al son del aire.*

Quando á las sospechas  
De mi pensamiento  
Canto á mi instrumento  
Llorosas endechas:  
Quando agudas flechas  
Del tirano Amor  
Creven mi dolor,  
Insufrible y grave,  
*Responden las fuentes  
Al son del aire.*

Su dulce armonía  
Me ofende y me enoja;  
Que á un triste es congoja

(57) Otros leen : *guarde.*(58) Otros leen : *la mejor moza.*(59) Otros leen : *cuervo muerto.*

(40) En algunos códices se atribuye á GÓNGORA esta letrilla.

La misma alegría.  
Quando sale el día  
Salgo á suspirar,  
Y cuando á llorar  
Me obligan mis males,  
*Responden las fuentes  
Al son del aire.*

## XLVII.

*A toda ley, madre mia  
(Lo demas es necedad),  
Regalos de señoria  
Y obras de paternidad (41).*

Aunque tan ajenos son,  
Señora, mis verdes años  
De maduros desengaños  
Y perfecta discrecion,  
Oid la resolcion  
Que me dió el tiempo despues  
Que me disteis al Marques,  
Y yo me di á fray Gareia.

*A toda ley, madre mia, etc.*

Narcisos, cuyas figuras  
Dan por paga los pobres  
Que libran, de muy jinetes,  
Mi yerro en sus herraduras,  
Ganimedes en medidas  
Enamerados y bellos;  
Yo creo que para ellos  
Vuestramerced no me cria.

*A toda ley, madre mia, etc.*

Orlandos enamorados,  
Que despues dan en furiosos,  
En las paces belicosos,  
En las guerras envainados,  
De bigotes engomados  
Y de astróloga contera,  
¡Nunca Dios me haga auera  
De la hermana de su tia!

*A toda ley, madre mia, etc.*

Canónigos, gente gruesa,  
Que tienen á una cutada  
Entre viejas conservada,  
Como entre paja camuesa;  
Dan poco y piden apriesa,  
Celan hoy, celan mañana,  
Muy bumilde es mi ventana  
Para tanta celosia.

*A toda ley, madre mia, etc.*

Almibarados poetas,  
Por quien la beldad no acaba  
De ser nido y ser aljaba  
De Amor y de sus saetas;  
Danme canciones discretas,  
Y es darme á mi sus canciones  
Gastar en Guineas razones,  
Y cruces en Berberia,

*A toda ley, madre mia, etc.*

Basta un señor de vasallos  
Y un grave y potente fraire;  
Los demas los lleve el aire  
(Si el aire quiere llevarlos);  
Hagan riza sus caballos,  
Acuchillen sus personas,  
Recen sus tercias y nonas  
Y celebren su poesia.

*A toda ley, madre mia, etc.*

A estos solos dos mi amor  
Y mis contentos aplico,  
Madre: al uno porque es rico  
Al otro porque es heclior;  
El fraile es á mi sabor,  
El Marques me lleva en coche;  
Démosle al uno la noche  
Y al otro démosle el día.

(41) Como se verá en otro lugar de esta coleccion, don Francisco de Trillo y Figueroa hizo con este mismo estribillo una letrilla.

*A toda ley, madre mia  
(Lo demas es necesidad),  
Regalos de señoría  
Y obras de paternidad.*

## XLVIII.

*No sé qué me diga, diga.*

Que el principe Belisardo  
Ayer venga de la rota,  
Y sin venille la flota  
Ande lozano y gallardo;  
Que ayer vista sayo pardo,  
Y hoy cadena de oro saque,  
Y que sin tener achaque  
En la mano traiga liga,  
*No sé qué me diga, diga.*  
Que ande doña Berenguela  
De día compuesta en coche,  
Y por gatera de noche,  
Hecha norte y centinela;  
Que esté de continuo en vela,  
Y después al desposado  
Le den el trigo segado,  
Creyendo que está en espiga,  
*No sé qué me diga, diga.*

Que traiga doña Doncella  
Consigo cierto embarazo,  
Y diga que es mal de bazo;  
Y el padre venga á crecilla,  
Y mire mucho por ella,  
Y le riña porque bebe;  
Mas al cabo de los nueve  
No tenga tanta barriga,  
*No sé qué me diga, diga.*

## XLIX.

*Que no hay tal andar como estar en casa;  
Que no hay tal andar como en casa estar.*

Si hace la ocasion ladron,  
Y putas el aparejo,  
Tome de mí este consejo  
La flaca de complexion:  
Mire bien lo que al raton  
Le cuesta por campear.  
*Que no hay tal andar, etc.*

Nacen alas á la hormiga,  
Como dicen, por su mal,  
Pues pierde vida y caudal  
Luego que el vuelo le obliga,  
Y asimismo da en la liga  
El pájaro por volar.  
*Que no hay tal andar, etc.*

De las que van al sermon  
Por ser tan santo no hablo,  
Puesto que hay vez en que el diablo  
Las toma por su bordon,  
Y así es segura ocasion  
La de coser y labrar.  
*Que no hay tal andar, etc.*

¡Cuántas hay en casa honradas,  
Que fuera dejan de serlo,  
Y mil doncellas sin serlo,  
Por no haber sido casadas!  
Estaciones de casadas  
En cuernos suelen parar.  
*Que no hay tal andar, etc.*

Concluyo pues con decir  
Que la mujer mas perfeta  
Es peligrosa escopeta  
En dejándola salir,  
Que la frente os ha de herir  
Si la dejais disparar.

*Que no hay tal andar como estar en casa;  
Que no hay tal andar como en casa estar.*

## L.

*En el almoneda  
Ten la barba queda.*

Mancebo orgulloso,  
Que aunque barbas peinas,  
Es tu edad tan corta  
Como tu experiencia,  
Ni en amor confies  
Ni en mujeres creas;  
Que su fe es fingida  
Y su ley es secta.  
Olvidadas quieren,  
Queridas desprecian,  
Lo bueno aborrecen,  
Lo malo desean.  
Son julio en calor,  
Octubre en tibieza,  
Febrero en mudanza  
Y marzo en la vuelta.  
Son quien de ellas hace  
Amor almoneda;  
Con lascivo engaño  
A verlas se lleva.

*En el almoneda, etc.*

Hallarás figuras,  
En Damasco hechas,  
Quiero decir damas  
Que es un asco vellas.  
Verás trasformada  
En blanca una negra,  
Que lo que parece  
No darás por ella.  
Verás convertidas  
En rubias mil trenzas,  
Que las martirizan  
Porque se conviertan.  
Hallarás de dientes  
Algunas acetas,  
Con vecinos menos,  
Que el arte los puebla.  
Advertido de esto,  
Mira lo que mercas;  
Y porque despues  
No te tires de ella,  
*En el almoneda, etc.*

Doncella hallarás  
Que ya ha sido suegra,  
Y con todo agneso,  
Quiere ser doncella.  
Casada hay que libra  
En sí misma letras  
Para el mismo día  
Que á casar la llevan.  
Vindas de Siqueo  
Hay que á quien las ruega  
Solamente el sí  
Tienen de Siqueas.  
Hallarás allí  
Mil sueltas solteras,  
Que sí el mal es patria,  
Son finas francesas.  
Estas y otras cosas  
Similes á estas  
Verás por el tiempo  
Que durare el verlas.

*En el almoneda  
Ten la barba queda.*

## LI.

*Si en todo lo cago  
Soy desgraciada,  
¿Qué queréis caga?*

Labré á mi despecho  
Una pieza mala,  
No pude hacer sala,  
Y camara he hecho;  
Quedará sin techo,  
Y el cuerpo vacío,  
Que un servidor mio

Cual banco quebró,  
Y me recibio  
Peor que una daga.  
*Si en todo, etc.*

Camisas corté,  
Y ante todas cosas,  
De mil mariposas  
Las fallas labré;  
Si mal hecho fué,  
La aguja lo ha hecho,  
Cuyo ojo es estrecho  
Para seda floja,  
Y dame congoja  
Que el lienzo se estraga.

*Si en todo, etc.*

Presentóme quien  
Mis gustos regula,  
Con ligos de mula,  
Pasas de Jaen,  
De Lisboa tambien  
Cuanto tiene nombre,  
Si el asno del hombre  
Rompió de una coz  
Barros de Estremoz,  
Conserva de Braga.

*Si en todo, etc.*

Sali con trabajo  
De mi casa un día,  
A hora que corria  
Grande aire de abajo;  
El aire me traje  
Un papel con porte,  
Que á un ciego en la corte  
Fué (salvo su honor)  
Alcoholador,  
Si no fué biznaga.

*Si en todo, etc.*

Corriendo inquieta,  
Un día cai;  
Con el ojo di  
En parte secreta;  
Oli cual mosqueta,  
Aunque no tan bien,  
Regada de quien  
Mis servicios niega,  
Y la flor que riega  
Mil servicios paga.

*Si en todo, etc.*

Aire erco que es  
Con flaqueza extraña  
Quien me ha hecho caña,  
Y flauta despues;  
Organo con pies,  
Que sin saber donde,  
Organista esconde,  
Fuelle y follador;  
Del papa al pastor  
Es bien satisfaga.

*Si en todo lo cago*

*Soy desgraciada,  
¿Qué queréis caga?*

## LII.

*Clavellina se llama la perra;  
Quien no lo creyere bájese á otella.*

No tiene el soto ni el valle  
Tan dulce, olorosa flor,  
Que todo es aire su olor,  
Comparado con su talle;  
Alábenla, y cuando calle  
Pongan todos lengua en ella.  
*Clavellina, etc.*

Dios se lo perdona á quien  
Clavellina la llamo;  
Palma la llamara yo  
Y los que la han visto bien,  
Porque rellena la ven  
De datiles toda ella.  
*Clavellina, etc.*

No hay cosa que así consuele,  
Porque si no, se me antoja,  
Otros huelen por la hoja,  
Y este por el ojo huele;  
Gusto da mas que dar suele  
Otra clavellina bella.

*Clavellina se llama la perra;  
Quien no lo creyere bájese á oella.*

## LIII.

*¿Qué lleva el señor Esqueva?  
Yo os diré lo que lleva (42).*

Lleva este río crecido,  
Y llevará cada día,  
Las cosas que por la vía  
De la cámara han salido,  
Y cuanto se ha proveído,  
Segun leyes de Digesto,  
Por jueces que antes desto  
Lo recibieron á prueba.

*¿Qué lleva, etc.*

Lleva el cristal que le envía  
Una dama y otra dama,  
Digo el cristal que derrama  
La fuente de mediodía,  
Y lo que da la otra vía,  
Sea pebete ó sea topacio  
Que al fin damas de palacio  
Son ángeles de hijos de Eva.

*¿Qué lleva, etc.*

Lleva lágrimas cansadas  
De cansados amadores,  
Que de puros servidores,  
Son de tres ojos lloradas;  
De aquel digo acrecentadas,  
Que una nube le da enojo,  
Porque no hay nube deste ojo  
Que no truene y que no llueva.

*¿Qué lleva, etc.*

Lleva pescado del mar,  
Aunque no muy de provecho,  
Que salido del estrecho,  
Va á Pisuegra á desovar;  
Si antes era calamar  
O si antes era salmon,  
Se convierte en camaron  
Luego que en el río se ceba.

*¿Qué lleva, etc.*

Lleva, no patos reales  
Ni otro pájaro marino,  
Sino el noble palomino,  
Nacido en nobres pañales;  
Colmenas lleva y panales,  
Que el río les da posada;  
La colmena es vidriada,  
Y el panal es cora nueva.

*¿Qué lleva, etc.*

Lleva, sin tener su orilla  
Arbol, ni verde ni fresco,  
Fruta que es de todo cuesco,  
Y de madura, amarilla;  
Hácese della en Castilla  
Conserva en cualquiera casa,  
Y tanta ciruela pasa,  
Que no hay quien sin ella beba.

*¿Qué lleva el señor Esqueva?  
Yo os diré lo que lleva.*

(42) Manuscritas corren entre los curiosos con nombre de Quevedo (sean ó no sean) las siguientes décimas contra GÓNGORA, por la letrilla *¿Qué lleva el señor Esqueva?* Nada tienen de ingeniosas, y mucho de lo que censuran en el poeta cordobés. El ejemplo que he copiado me parece muy incorrecto. Enmiende el lector lo que yo no he podido.

Vos, que coplas componéis,  
Ved que dicen los poetas  
Que siendo para secretas,  
Muy públicas las iracis;

## LIV.

*Mandadero es el arquero,  
Si que era mandadero.*

Vió una monja celebrada  
Tras la reja el niño Amor,  
Bien que viuda de color,  
Y de Amor bien requebrada;  
Ser su devoto le agrada,  
Y á ella no el recibillo,  
Aunque fuera de membrillo,  
Tan en carnes por enero.

*Mandadero, etc.*

Admitiólo en su servicio  
La bellísima señora,  
Y desde la misma hora  
No le perdona el oficio;  
A cuantos en sacrificio  
Le dan el alma le envía;  
Préstente horas al día  
Y paciencia al mensajero.

*Mandadero, etc.*

Gólica diz que tenéis  
Y por la boca purgais;  
Ya que satírico estáis,  
A todos nos dais matraeca;  
Descubierta habeis la cacca  
Con las cacas que cantais.

De vos dicen por ahí  
Apolo y los de su bando  
Que sois poeta nefando,  
Pues cantais cu..... así.

.....  
Vuestras obras yo no cante,  
Aunque me lo mande Apolo,  
Que es voz de rebel tan solo  
De un rabadán ignorante.

No hay música donde estén  
Vuestros inmundos trabajos;  
Que si suenan mal los bajos,  
Los tiples no suenan bien;  
Y cuando todos les den  
De las que el mundo levanta,  
Que hombre ó mujer que canta,  
Si tiene cabeza cuerda,  
A coplas y pies de mi...  
Hará pasos de garganta.

Que alabe será muy justo  
Vuestros versos mi voz sola,  
Porque, como son de cala,  
Se pegan á cualquier gusto.  
Desde el seita al negro aduslo,  
Y desde el Tajo dorado  
Al Nilo tan celebrado,  
No hay ingenio tan machucho  
Ni crecido mas que mucho,  
Si crece de estercolado.

O por gracia ó por antojo,  
El nombre de sucio os dan,  
Siendo, de puro galan.  
Vuestros achaques de ojo;  
Haceis versos por antojo,  
Que solo los bien nacidos  
Celebramos atrevidos,  
Que en esta conversaci.n,  
Por ser sucios, como son,  
No pueden ser admitidos.

Son tan sucias al mirar  
Las coplas que dais por ricas,  
Que las dan en las boticas  
Para hacernos vomitar;  
Un nombre hay ando á buscar  
Que os cuadre derechamente,  
Y hallo que os llama un valiente  
Que de Córdoba os conoce,  
Poeta de entre once y doce,  
Que es cuando vacia la gente.

Ya mi parecer sin duda  
Es que las coplas pasadas,  
Segun están de cagadas,  
Las hicisteis con ayuda;  
Mas vale que tengais muda  
La lengua, y con necesidades  
Hejad las vascosidades;  
Mirad que sois en tal caso  
Albañal donde el Parnaso  
Purga sus necesidades.

Acabó tarde el garzon,  
Aunque comenzó á las ocho,  
Y cortó con un bizcocho  
La cólera a la oracion.  
Reniego de la adicion,  
Porque Toledo no es  
Para menos que los pies  
De un rocín y un cancionero.  
*Mandadero, etc.*

A un galan lleva un recado,  
A un frade lleva un billete,  
Una demanda á un bonete,  
Una pregunta á un letrado,  
Unos celos á un casado,  
A un viudo un parabien,  
A un pelon lleva un desden,  
Un pesame á un majadero.

*Mandadero es el arquero,  
Si que era mandadero.*

## LV.

*Aprended, flores, de mi  
Lo que va de ayer á hoy,  
Que ayer maravilla fué,  
Y hoy sombra mia aun no soy (43).*

La aurora ayer me dió cuna,  
La noche ataud me dió,  
Sin luz muriera si no  
Me la prestara la luna,  
Pues de vosotras ninguna  
Deja de morir así.

*Aprended, etc.*

Consuelo dulce el clave  
Es a la brevedad mia,  
Pues quien me concedió un día,  
Dos apenas le dió a él;  
Efimeras del vergel,  
Yo cárdena, él carnesí.

*Aprended, etc.*

Flor es el jazmín y bella,  
No de las mas vividoras,  
Pues vive pocas mas horas  
Que rayos tiene de estrella;  
Si el ambar florece, es ella  
La flor que contiene en si.

*Aprended, etc.*

El alheli, aunque grosero  
En fragancia y en olor,  
Mas días ve que otra flor,  
Pues ve los de mayo entero;  
Morir maravilla quiero,  
Y no vivir alheli.

*Aprended, etc.*

A ninguna flor mayores  
Términos concede el sol  
Que al sublime girasol,  
Matusalen de las flores;  
Ojos son aduladores  
Cuantas en él hojas ví.

*Aprended, flores, de mi  
Lo que va de ayer á hoy,  
Que ayer maravilla fué,  
Y hoy sombra mia aun no soy.*

## LVI.

*No vayas, Gil, al sotillo;  
Que yo sé  
Quien novio al sotillo fué,  
Que volvió hecho novillo.*

Gil, si es que al sotillo vas,  
Mucho en la jornada pierdes;  
Verás sus álamas verdes,

(43) No hay redondilla que mas se haya  
glosado que esta de:

*Aprended, flores, de mi.*



Y alernoque volverás;  
Alla en el sotillo oirás  
De algun ruiseñor las quejas,  
Y en tu casa á las cornejas,  
Y ya tal vez al cuclillo.

*No vayas, Gil, etc.*

Al sotillo floreciente  
No vayas, Gil, sin temores,  
Pues mientras miras sus flores  
Te enamoran toda la frente;  
Hasta el agua trasparente  
Te dirá tu perdición,  
Viendo en ella tu armazon,  
Que es mas que la de un castillo.

*No vayas, Gil, etc.*

Mas si vas determinado,  
Y allá te piensas holgar,  
Procúra no merendar  
Desto que llaman venado;  
De aquel vino celebrado  
De Toro no has de beber  
Por no dar en que entender  
Al uno y otro corrillo,

*No vayas, Gil, al sotillo;*

*Que yo sé*

*Quien novio al sotillo fué,*

*Que volvió hecho novillo.*

## LVII.

*Hágasme tantas mercedes,  
Temerario pensamiento,  
Que no te fies del viento  
Ni penetres las paredes.*

Pensamiento, no presumas  
Tanto de tu humilde vuelo,  
Que el sugeto pisa el cielo,  
Y al suelo bajan las plumas;  
Otro baño las espumas  
Del Mediterráneo mar  
Pudiendo mas bien volar  
Que tú agora volar puedes.

*Hágasme tantas mercedes, etc.*

No penetres lo escondido  
De aquel corazon amado  
Mientras labras su enfilado  
Con las aguas del olvido,  
Pues un montero aurevido  
Sabes que pagó sus yerros  
En las bocas de sus perros  
Y en los nudos de sus redes.

*Hágasme tantas mercedes,  
Temerario pensamiento,  
Que no te fies del viento  
Ni penetres las paredes.*

## LVIII.

*Cual mas, cual menos,  
Toda la lana es pelos.*

Despues que de talanquera,  
Ciego Amor, los toros veo  
Que se corren en tu plaza,  
Mansos, aunque tienen cerneros,  
Como estoy subido en alto,  
Mil cosas miro y contemplo,  
Unas que me causan risa  
Y otras que me ponen miedo.  
No hay lego que no sea fraile  
Ni fraile que no sea lego;  
Todos son hombres al fin,  
Aunque en hábito diverso.

*Cual mas, etc.*

Desde aqui miro doncellas  
Que ya dos veces parieron,  
Y en posesion virginal  
Se casaron despues desto.  
Otras que lo son sin duda,  
Pero tal duda no absuelvo,

Porque en allegando al quinto,  
No hay quien no sepa del sexto.  
Al fin, unas y otras pasan  
Por industria ó por euredo,  
Unas doncellas selladas,  
Y otras que lo son sin sello.  
*Cual mas, etc.*

Desde aqui miro viudas  
Que debajo el monjil negro  
Se encarnado el color  
Del alorro que traen dentro.  
Otras muy contemplativas,  
Con un gran rosario al cuello,  
Cuyas cuentas de perdon  
Se pasan contando cuentos;  
De unas murmuran la gala,  
De otras murmuran lo honesto,  
Y para decir verdad,  
De mujeres en efecto,  
*Cual mas, etc.*

Tambien he visto doncellas  
Sueltas, sin rienda ni freno,  
Unas de gestos hermosos  
Y otras de gestos bien gestos;  
Unas visten tiritaña  
Y otras seda y terciopelo;  
Unas son de cuatro y ocho,  
Otras de cincuenta y ciento.  
De aquestos precios, al fin,  
Al mas barato me atengo;  
Que toda esta mercancia,  
Por barata ó de gran precio,  
*Cual mas, cual menos,  
Toda la lana es pelos.*

## LIX.

De aquel buen siglo dorado  
Quedó la memoria sola,  
Porque, como el mundo es bola,  
Todo el mundo anda rodado;  
Ya viste seda y brocado  
Quien vestia lana y jerga,  
Y que el mundo no se pierda  
Con semejaña locura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

Que la niña hermosa y bella  
Se nos venda por honrada,  
Y que la madre talmada  
Trate solo de vendella;  
Que se nos haga doncella  
La que tan libre ha vivido,  
Y que al fin halle marido  
Que supla la soldadura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

Que el novicio pretendiente,  
Lebrado del A, B, C,  
Le provean porque fué  
Pasa aqui del Presidente;  
Que en exámen de inocente  
Haya salido aprobado,  
Y valga mas este grado  
Que alguna colegiatura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*  
Que el médico laureado  
En sus curas salga cierto  
Mas por los hombres que ha muerto  
Que no por los que ha sanado;  
Que de un dolor de costado  
Con ventosas y sangrias  
Despache un hombre en tres dias,  
Y que le paguen la cura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

Que la chocante casada,  
Con su escuela de danzantes,  
Tenga diversos penantes,  
Penados por su penada;  
Que tengan unos entrada  
Cuando otros tienen salida,  
**Y que sabiendo esta vida,**

Tenga el marido cordura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

Que el marido á su mujer  
Halle copete altanero  
Sin gastar de su dinero  
Lo que vale un alfiler;  
Y sentándose á comer  
Entre diversos presentes,  
Y que habiendo estos pacientes,  
Tengan los campos verdura,  
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

## LX.

Digamos de lo que siento,  
Maldiciente musa, en tanto  
Que la viuda flore tanto,  
Disimulando un contento,  
Que traiga mano de adviento,  
Y de pasena la camisa;  
Que traiga el alma de risa,  
Y se arañe por el muerto,  
*¡Bien por cierto!*

Que quiera doña Justicia  
Dejar ricos herederos  
Ennoblecendo sus fueros  
A la ley de la malicia;  
Que trueque por avaricia  
La espada por el escudo,  
Deje el derecho desuido  
Por casarse con un tuerto,  
*¡Bien por cierto!*

Que saque al rayo del sol  
Al que es duro de mollera;  
Que le sirva de escalera  
Al que le hace caracol;  
Que al cerrar del español  
Esté al militar ruido,  
Para su infancia dormido,  
Y ronque estando despierto,  
*¡Bien por cierto!*

## LXI.

Hermosa es y con dinero  
Doña Blanca de Bourbon,  
No la quiere, aunque pelon,  
El natural caballero;  
A cualquiera forastero  
Darla su padre desea.  
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

Hermosa mujer teneis,  
Sois pobre y de bajo estado,  
Don Belianis, empenado,  
Os pide que le mandeis;  
Pagárselo no podeis,  
Y él en pediros se emplea.  
*¡Plega á Dios que orégano sea!*  
Llevais vuestro amigo fiel  
A ver la dama que amais;  
Vos una vez le llevais,  
Y otra vez os lleva el;  
Vos fiaisos mucho dél,  
Y él engañaros desea.  
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

Tierra dicen que comió  
La niña en su opulacion,  
Y fué la trasformacion  
Despues que Adán se formó;  
Yo no sé qué fué ó qué no,  
Sé que sanó en el aldea.  
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

Don Gil con doña Teodora  
Casó el año del diluvio;  
El es como el oro rubio,  
Y ella blanca como aurora,  
Y nacen de la señora  
Los hijos de taracea.  
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

## LXII.

*Tenga yo salud,  
Qué comer y quietud  
Y dineros que gastar,  
Y andese la gaita  
Por el lugar.*

No hago yo á nadie el buz  
Por ninguna pretension;  
Tenga mi bota y jamon,  
Aunque me acueste sin luz;  
Mis braseos sin areabuz,  
No para quien mal me quiere,  
Mas porque si sed tuviere,  
La pueda mejor matar.  
*Y andese, etc.*

Viva yo sin conocer,  
Y retirado en mi aldea,  
A quien la merced rodea  
Porque no la sabe hacer;  
No vea á nadie comer,  
Si no comiere á su lado,  
Ni me hable nadie sentado  
Si en pié tengo de escuchar,  
*Y andese, etc.*

No me cojan sepan-cuantos  
Deba de sus quimeras;  
Tenga mi puerco y esteras  
El día de Todos Santos;  
Inguemos años por tantos  
Tras la cama yo y Pascuala,  
Pues no se paga alcabala  
De engendrar y bostezar,  
*Y andese, etc.*

El médico y cirujano  
Sean para mí gobierno,  
Calentador en invierno  
Y cantimplora en verano.  
Acuésteme yo temprano,  
Y levánteme á las diez,  
Y á las once el almírez  
Toque á la panza á mascar,  
*Y andese la gaita  
Por el lugar.*

## LXIII.

Hay unos hombres de bien  
En este nuestro arrabal,  
Que de todo dicen mal,  
*Y dicen bien.*

Hay unos adonde moro,  
Que á poco que les aticen,  
Sobre cualquier cosa dicen  
Como pasamanos de oro;  
Y aunque pierdan el decoro,  
Nunca la memoria pierden,  
Antes de cuanto se acuerden  
Dicen, dén adonde dén,  
*Y dicen bien.*

Dicen que no hay meson ya  
Sin campana y oratorio,  
Aunque, como es diversorio,  
No admiten Virgen allá;  
Pero aunque sin Dios está,  
No está del todo perdido,  
Que representa el marido  
El animal de Belen,  
*Y dicen bien.*

Dicen que hay casas de fama  
Como ajedrez en valor,  
Que cualquier pieza menor  
Entrando llega á ser dama;  
Entra moza y sale ama,  
Y tal, que sin ser Dios eria  
Si antes villano tañia,  
Allí aprende saltarán,  
*Y dicen bien.*

Dicen que ya las doncellas  
Son de casta de pelotas,  
Que si están, de saltar, rotas

Se remedian con cosellas;  
Y cosida cualquier de ellas,  
Como de primero salta,  
Y si hubiese alguna falta,  
Luego la remedia alguien,  
*Y dicen bien.*

De las casadas cualquiera  
Dice, y al fin lo que pasa,  
Que astas de carnero en casa  
Buscan perdigones fuera;  
Y si acaso está en espera  
Su mal seguro marido,  
Como si fuera al mar-ido,  
Ni le encuentran ni le ven,  
*Y dicen bien.*

Que hay beatas me dicen  
Entre monjas y casadas,  
Que si no santificadas,  
Ellas mismas se bendicen,  
Y á ninguno contradicen  
Que á comprar va á su almoneda,  
Antes, si lleva moneda,  
Tocará pieza tambien (44),  
*Y dicen bien.*

## LXIV.

De unos enigmas que traigo  
Bien claras y bien dudosas  
Pide la definición  
Un hombre que las ignora.  
Ser una dama de corte  
De estas que corren agora,  
Morena cuando amanece  
Y blanca de allí á dos horas,  
*¿Qué es cosicosa?*

Tener una buena vieja  
Pobre hacienda y hija hermosa;  
Ser Mari-Hernandez ayer  
Y de allí á un mes doña Aldonza;  
Tener galas y galanes,  
Labrar casas, comprar joyas,  
Haber parido una vez,  
Venderse por virgen otra,  
*¿Qué es cosicosa?*

Tener hermosa mujer  
Sin tener hacienda propia  
Mas de aquella que en el rostro  
Le puso la gran pintora;  
Comer los dos sin traello,  
Vestir sin que cueste cosa,  
Y tener lo mas del año  
Bien bastecida la bodega,  
*¿Qué es cosicosa?*

Partirse á una comision  
Un buen hombre, y cuando torna  
En su casa hallar enferma  
De mal de bazo á su esposa;  
Estar un año sin verla,  
Y en una semana sola  
Que la trató su marido  
Parir y publicar honra,  
*¿Qué es cosicosa?*

Que pretendan dos casarse,  
Que es averiguada cosa  
Que el uno nació en Vizcaya  
Y el otro en Constantinopla;  
Que por ser pobre no halle  
El vizcaíno una novia,  
Y halle ciento por ser rico  
El sucesor de Mahoma,  
*¿Qué es cosicosa?*

Que se esté en su encerramiento  
La doncella virtuosa,  
Que en sus manos y en su aguja  
Se encierra su hacienda toda;

(44) Algunos códices dicen:  
Tocará pieza tambien.

Y que siendo la virtud  
La mas estimada joya,  
Nadie por mujer la pida  
Porque le faltan esotras,  
*¿Qué es cosicosa?*

Que traiga una buena viuda  
Negro luto y blancas tocas,  
Que en vida de su marido  
Fue tan libre como agora;  
Que no le temiese vivo,  
Y muerto esté tan medrosa,  
Que todas las noches dé  
Orden de no dormir sola,  
*¿Qué es cosicosa?*

## LXV.

Que por quien de mí se olvida  
En fuego amoroso pene  
*No me conviene;*  
Que los regalos que hago  
Me paguen con un desden,  
*No me está bien.*

Que me desunde adquiriendo  
Solo el gusto de mi dama,  
Cuando ella se está en la cama  
A sueño sueito durmiendo;  
Que me esté desvaneciendo  
Por una desvanecida  
Que de mí solo se olvida,  
Y con ciento se entretiene,  
*No me conviene.*

Que me tenga cada día  
De sus favores ayuno,  
Y no se pase ninguno  
Que no coma á costa mía;  
Y que su madre y su tia  
Le den licencia que pueda  
Recibir de mí moneda,  
En lo demás no la dén,  
*No me está bien.*

Que pague yo adelantado  
Siempre la posada de ella,  
Y que cuando voy á ella  
Me digan que no hay posada,  
Y que la tenga ocupada  
Algun mi competidor,  
Que de mi vianda y favor  
A mi costa se mantiene,  
*No me conviene.*

Que porque no se concluya  
Mi deseado favor,  
Siendo sin regla mi amor,  
Continuo este con la suya;  
Que de darme este bien huya,  
Y yo la dé y no la goce,  
Y á mis ojos otros doce  
La gocen y no la dén,  
*No me está bien.*

## LXVI.

Que un galan enamorado  
Por ver á quien le desvela  
Esté puesto en centinela  
Una noche entera armado;  
Y que esté tan rematado  
En su cuidadoso penar,  
Que se venga á encatarrar  
De tanto estar al sereno,  
*¡Oh qué bueno!*

Pero que su dama quiera  
Tratarlo con tal rigor.  
Que conociendo su amor,  
Quiera permitir que muera,  
Y que se muestre tan fierca,  
Que por hacerle pesar  
Guste de verle penar,  
Y aun lo tenga por regalo,  
*¡Oh qué malo!*

Que un marido á su mujer  
Aloje tanto la rienda,  
Que le deje el día de hacienda  
Ir de veinte y un alfiler,  
Y que el tal no eche de ver  
Lo que crece aquel toldillo,  
Que aunque mas roce sopillito  
Será de sudar ajeno,  
*¡Oh qué bueno!*

Mas que llegue á tal estado  
Su soberbia y vanidad  
Que quiera hacer igualdad  
Con la de coche y estrado,  
Y que el marido informado  
Le quiera abajar el punto,  
Y ella por buen contrapunto  
Le responda con un palo,  
*¡Oh qué malo!*

Que dé un galán á una dama,  
Si ella le guarda el decoro,  
Algunos escudos de oro  
Que mas aviven su llama,  
Si está continuo á su cama  
Y le lava y le almidona,  
Y es en efecto persona  
Que no pasa del treinteno,  
*¡Oh qué bueno!*

Pero que á muchos amantes  
Les sepa una dama astuta,  
Encareciendo su fruta,  
Pedir chapines y guantes,  
Haciéndolos San Cervantes  
No habiendo en Tajo nacido,  
Siendo en efecto fingido  
Todo su amor y regalo,  
*¡Oh qué malo!*

Que un hidalgo, aunque sea pobre,  
Se precie de ser hidalgo,  
Queriendo estimarse en algo  
Aunque en hacienda no sobre,  
Y que por momento cobre  
Nuevo crédito entre gentes,  
Y que de sus ascendientes  
Esté de blasones lleno,  
*¡Oh qué bueno!*

Pero que el que ayer llevaba  
De San Andrés la encomienda,  
Hoy en pretender entienda  
Otra cruz de Calatrava,  
Y quiera poner aljaba  
En el arco de Cupido,  
Queriendo ser preferido,  
Siendo otro Sardanapalo,  
*¡Oh qué malo!*

## LXVII (45).

*Paloma era mi querida,  
Y si que era palomilla.*

Sus alas le dió el Amor,  
Y al sol águila con él,  
Caudalosamente fiel,  
Le registró su esplendor;  
Reconcentrando su ardor  
En los soles de sus ojos,  
¿Qué mucho que por despojos  
Rayos su vista despida?

*Paloma era, etc.*

Desconfiada de sí,  
Opouerse no se atreve,  
Al tierno pecho la nieve  
Al dulce pico el rubí;  
Feliz esposo, que allí  
Le concede su alcion,  
Que en néctar el corazón

Del cebo le sea bebida.

*Paloma era, etc.*

Cuando se asentó su esposo  
De su nido y de su lecho,  
Fué rasgando el blanco pecho  
Su pelicano amoroso;  
Ella, negada al reposo,  
Por su ausencia querellosa,  
Solo en lágrimas reposa,  
Solo en suspiros anida.

*Paloma era, etc.*

El dulce arrullo y gorgceo,  
Cuando mas la regalaba,  
Cuando su pico le daba,  
Echa menos su deseo;  
Destá memoria trofeo,  
La tiene en su confianza,  
Y trinando en la esperanza,  
Lo que es muerte trueca en vida.

*Paloma era mi querida,  
Y si que era palomilla.*

## EPIGRAMA III (46).

A una cortesana, haciéndole una promesa  
que el autor había de cumplir.

Que habias de reuditte, Juana,  
Dijiste ayer por ayer,  
Luego que hoy había de ser,  
Hoy me dices que mañana.

No me hagas ayunar  
Tu fiesta, ¡ay mis alegrías!  
Caes, Juana, todos los días,  
Y quiéreste hacer guardar.

## IV.

A una cortesana caída.

Cayó Inés; yo no niego  
Que los piés le vi á Inés,  
Porque con aquellos piés  
Hice aquesta copla luego.

En tierra, mi cielo, estás;  
Contigo en tierra ¿quién dió?  
— ¿Quién dió? Inés respondió...  
No dice la copla mas.

## ROMANCES.

## I.

Donde esclarecidamente  
Guarnecen antiguas torres  
El cristal del Océano,  
En que se mira Ayamonte,  
Dos términos de beldad  
Se levantan junto adonde  
Los quiso poner Alcides  
Con dos columnas al orbe.

El uno es la blanca Naís,  
El otro la rubia Clóris,  
Cuyas frentes de jazmines  
Son auroras de sus soles;  
Deidades ambas divinas,  
Veneradas en los bosques,  
En tantos templos de amor  
Cuantos son los cazadores.

Aras son devotas suyas  
Cuantos en barquillos pobres  
O las redes ó los remos  
En el Océano esconden.

(46) En algunos manuscritos y en algunas (aunque pocas) ediciones de Góngora se leen estos epigramas; van aquí copiados de la de Faria.

Cuanto el campo á los monteros  
Y el mar da á los pescadores,  
Sacrificio es de su fe,  
Y fe de sus corazones.

Arde el monte, arde la playa,  
Y en los árboles del monte  
Arde algun silvestre dió,  
En algun antiguo roble.

¿Que mucho, si entre las ondas  
Que en los escollos se rompen  
Olfrece el mar las ceñizas  
De algunos marinos dioses?

Ellas, en vano seguidas  
De suspiros y de voces,  
El ciervo hacen ligero  
Aljaba de sus arpones;

En cuyo alcance prolíjo  
Deben á sus piés veloces  
(A pesar de los coltrunos)  
Las selvas diversas flores.

Si al campo el cristal calzado  
Viste de varios colores,  
El nácar desnudo al mar  
Perlas da que le coronen,

Cuando requieren las masas,  
O cuando las velas cogen (47),  
Hustrado con dos lunas  
Las tinieblas de la noche,

A cuyos rayos lucientes  
Vieras las ondas entonces  
Negar las blancas espumas  
A sus resacas y golpes,

Por no dejallas vencidas  
En aquella playa noble,  
A manos de la blanquera  
Que hoy la nieve reconoce.

## II.

Famosos son en las armas  
Los moros de Canastel,  
Valentisimos son todos,  
Y mas que todos hacen,  
El Roldán de Berberia,  
El que se ha hecho temer  
En Orán del castellano,  
En Genta del portugués.

Tan dichoso fuera el moro  
Cuan dichoso podrá ser,  
Si le bastara el adarga  
Contra una flecha cruel,

Que de un arco de rigor  
Con un arpon de desden  
Le despidió Belerifa,  
La hija de Ali-Muley.

Atento á sus demasias  
En amar y aborrecer,  
Quiso el niño dios vendado  
Ser testigo y ser juez.

Miraba el fiero africano  
Rendido mas de una vez  
A una esperanza traidora  
Y á un desengaño fiel,

Ya rindiendo á su enemiga  
Y entregándole a merced  
Las llaves del albedrío,  
Los pendones de la fe;

Mirábalo en los ramblares  
(Ora á caballo, ora á pié)  
Rendir el fiero animal  
De las otras fieras rey,

Y de la real cabeza  
Y de la espantosa piel  
Ornar de su ingrata mora  
La respetada pared.

Mirábalo el mas galan  
De cuantos Africa ve  
En servicio de las damas  
Veñir morisco alquicel,

(45) Está impresa como de Góngora esta letrilla en las *Delicias de Apolo*, por José Alfay. (Zaragoza, por Juan de Ibar, año 1670.)

(47) Otros leen: *los velos*.

Sobre una yegua morcilla,  
Tan extrema en el correr,  
Que no logran las arenas  
Las estampas de sus piés;  
Admirablemente ornada  
De un rico y bravo jaez  
(Obra al fin en todo digna  
De artefice corlohés),  
Solicitar los balcones  
Donde se anida su bien,  
Comenzando en armonía  
Y feneciendo en tropel.  
No le dió al hijo de Vénus  
El moro poco placer,  
Y detestando el rigor  
Que se usaba contra él.

Miraba á la bella mora  
Salteada en su vergel  
De un cuidado, que es amor,  
Aunque no sabe qué es (48).

Ya en el oro del cabello  
Engastando algun elavel,  
Ya á las lisonjas del agua  
Corriendo con vana sed.  
De pechos sobre un estanque  
Hace que á ratos estén  
Bebiendo sus dulces ojos  
Su hermoso parecer.

Admiradas sus cantivas  
Del cuidado en que la ven,  
Riseña le dijo una  
(Y aun maliciosa tambien):

«Así quiera Dios, Señora,  
Que alegre yo vuelva á ver  
Las generosas almenas  
De los muros de Jerez.

»Como esa curiosidad  
Es euna (á mi parecer)  
De un amor recién nacido,  
Que volará antes de un mes.»

Sembró de purpúreas rojas  
La vergüenza aquella tez,  
Que ya fué de blancos liliós,  
Sin sabella responder.

Comenzó en esto Cupido  
A disparar y á tender  
La mas que mortal saeta,  
La mas que nudosa red;  
Y comenzó Belerifa  
A hacer contra Amor despues  
Lo que contra el rubio sol  
La nieve suele hacer.

## III.

Apeóse el caballero  
(Vispera era de San Juan)  
Al pié de una Peña fria,  
Que es madre de perlas ya,  
Tan liberal, aunque dura,  
Que al mas fatigado mas  
Le sirve en fuente de plata  
Desatado su cristal.

Lisonjeado del agua,  
Pide al sol, ya que no paz,  
Templadas tregnas al menos,  
Debajo de un arayan.

Concedíaseles, cuando  
Vió venir de un colmenar  
Muchos siglos de hermostrá  
En pocos años de edad.

Con un cántaro una niña,  
Digo una perla oriental,  
Aracada de su aldea,  
Si no lo es de la beldad.

Cantando viene contenta,  
Y valiente por su mal  
(Clavija hecha instrumento),  
Este atrevido cantar:

«Al campo te desafia  
La colmeneruela;  
Ven, Amor, si eres dios, y vuelva;  
Vuela, Amor, por vida mía;  
Que de un cantarillo armada,  
En la estacada  
Mi libertad te espera cada día.

»Este cántaro que ves  
Será contra tu fiereza  
Morrión en la cabeza,  
Y embrazándolo, pavés.

Si ya tu arrogancia es  
La que solia,  
Al campo te desafia  
La colmeneruela;  
Ven, Amor, etc.»

Saludéla el cal alero,  
Cuyo sobresalto al pié  
Grillos le puso de hielo,  
Y yendo á limallos él.

Amor, que hace donaire  
Del mas bien templado arnés,  
Embebida ya en el arco  
Una saeta cruel,

Perdona al pavés de barro,  
No á la que abraza al pavés,  
Escondiéndole un arpon  
Donde las plumas se vén.

Llegó el galán á la niña,  
Y en un bello rosieler  
Convirtió el color morado,  
Y saludóla otra vez.

Ella, que sobre diamantes  
Tremolar plumajes ve  
Y brillar espuelas de oro,  
Dulce le miró y cortés.

Lo lindo al fin, lo luciente,  
Si la saeta no fué,  
Esta lisonja alianza,  
Que ella escucha sin desden:

«Colmenera de ojos bellos  
Y de labios de clavel,  
¿Qué hará aquel  
Que halla flechas en aquellos  
Cuando en estos busca miel?

Dimelo tú, y sepalo él;  
Dimelo tú, si no eres cruel.

»Colmeneruela animosa  
Contra el hijo de la diosa,  
Si ve tus ojos divinos  
Y esos dos claveles finos,  
¿Qué hará aquel, etc.»

Desde el árbol de su madre,  
Trincheado Amor allí,  
Solicita la venganza  
Del montaraz serafín.

Segunda flecha di-para,  
Tal, que con silbo sutil  
Las plumas de la primera  
Las viste de carmesi.

Tomóle el galán la mano,  
Cometiéndole á un rubi  
Que le prenda el corazon  
En su dedo de marfil.

La sortija lo ejecuta,  
Y Amor, que fuego y ardid  
Está fomentando en ella,  
Le hace decir así:

«Tiempo es, el caballero,  
Tiempo es de andar de aquí;  
Que tengo la madre brava,  
Y el veros será mi fin.»

Él, contento, fia su robo  
De las ancas de un rocín;  
Y ella, amante, ya su fuga  
Del caballero gentil.

«Decidle á su madre, Amor,  
Si la viniere á buscar,  
Que una abeja le lleva la flor  
A otro mejor colmenar;  
Picar, picar,  
Que cerquita está el lugar.

»Decilde que no se aflija,  
Y perdone al tanto tierno,  
Pues granjeó galán yerno  
Cuando perdió bella hija.  
»El rubi de una sortija  
Se lo podrá asegurar,  
Que una abeja le lleva la flor  
A otro mejor colmenar.»

## IV.

Las flores del romero,  
Niña Isabel,  
Hoy son flores azules,  
Mañana serán miel.

Celosa estás, la niña,  
Celosa estas de aquel  
Dichoso, pues lo buscas  
Ciego, pues no te ve.

Ingrato pues te enoja  
Y confiado, pues  
No se disculpa hoy  
De lo que hizo ayer.

Enjuguén esperanzas  
Lo que lloras por él;  
Que celos entre aquellos  
Que se han querido bien  
Hoy son flores azules, etc.

Aurora de ti misma,  
Que cuando amanecer  
A tu placer empiezas,  
Te eclipsa tu placer.

Seréncense tus ojos,  
Y mas perlas no des,  
Porque al sol le está mal  
Lo que al aurora bien.

Desata como nieblas  
Todo lo que no ves;  
Que sospechas de amantes  
Y querellas despues  
Hoy son flores azules,  
Mañana serán miel.

## V.

Servía en Oran al Rey  
Un español con dos lanzas,  
Y con el alma y la vida  
A una gallarda africana,

Tan noble como hermosa,  
Tan amante como amada,  
Con quien estaba una noche,  
Cuando tocaron al arma.

Trescientos Genetes eran  
Deste rebato la causa,  
Que los rayos de la luna  
Descubrieron las adargas;

Las adargas avisaron  
A las mudas atalayas,  
Las atalayas los fuegos,  
Y los fuegos á las campanas;

Y ellas al enamorado,  
Que en los brazos de su dama  
Oyó el militar estruendo  
De las trompas y las cajas (49).

Espuelas de honor le pican  
Y freno de amor le para;  
No safir es cobardía,  
Inguatitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,  
Viéndole tomar la espada,  
Con lágrimas y suspiros  
Le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,  
Bañen mis ojos la cama;  
Que ella me será tambien,  
Sin vos, campo de batalla.  
»Vestios y salid apriesa,

(49) De las trompetas y cajas. — Texto de Verges.

(48) Los ejemplares impresos dicen: *quien*  
es.

Que el general as aguarda ;  
 Yo os bago á vos mucha sobra  
 Y vos á él mucha falta.  
 »Bien podeis salir desnudo,  
 Pues mi llanto no os ablanda,  
 Que tenéis de acero el pecho,  
 Y no habeis menester armas.»  
 Viendo el español brioso  
 Cuánto le detiene y habla,  
 Le dice así : « Mi señora,  
 Tan dulce como enojada,  
 »Porque con honra y amor  
 Yo me quede, cumpila y vaya,  
 Vaya á los moros el cuerpo,  
 Y quede con vos el alma.  
 »Concededme, dueño mio,  
 Licencia para que salga  
 Al rebato en vuestro nombre,  
 Y en vuestro nombre combata.»

## VI.

Entre los sueltos caballos  
 De los vencidos cenetes,  
 Que por el campo buscaban  
 Entre lo rojo lo verde (50),  
 Aquel español de Oran  
 Un suelto caballo prende,  
 Por sus relinchos lozano  
 Y por sus cercejas fuerte,  
 Para que lo lleve á él,  
 Y á un moro cautivo lleve,  
 Que es uno que ha cautivado,  
 Capitan de cien Cenetes.  
 En el ligero caballo  
 Suben ambos, y él parece,  
 De cuatro espuelas herido,  
 Que cuatro vientos lo mueven.  
 Triste camina el alarbe,  
 Y lo mas bajo que puede  
 Ardientes suspiros lanza  
 Y amargas lágrimas vierte (51).  
 Admirado el español  
 De ver cada vez que vuelve  
 Que tan tiernamente flore  
 Quien tan duramente hiere,  
 Con razones le pregunta  
 Comedidas y corteses  
 De sus suspiros la causa,  
 Si la causa lo consiente.  
 El cautivo, como tal,  
 Sin excusarlo, obedece,  
 Y á su piadosa demanda  
 Satisface desta suerte :  
 « Valiente eres, capitan,  
 Y cortés como valiente ;  
 Por tu espada y por tu trato  
 Me has cautivado dos veces.  
 »Preguntado me has la causa  
 De mis suspiros ardientes,  
 Y débote la respuesta  
 Por quien soy y por quien eres.  
 »Yo naci en Gélves el año  
 Que os perdisteis en los Gélves,  
 De una herberisca noble  
 Y de un turco mata-siete.  
 »En Tremecen me crié  
 Con mi madre y mis parientes  
 Despues que murió mi padre,  
 Cosario de tres bajeles.  
 »Junto á mi casa vivía,  
 Porque mas cerca muriese,  
 Una dama del linaje  
 De los nobles Melioneses,

(50) Otros leen :

Entre la sangre lo verde.

(51) Otros escriben :

Y tiernas lágrimas vierte.

Y parece que debe ser así, por lo que luego se dice.

»Extremo de las hermosas,  
 Cuando no de las crueles,  
 Hija al fin destas arenas,  
 Engendradora de sierpes.  
 »Éra tal su hermostra,  
 Que se hallaran claveles  
 Mas ciertos en sus dos labios  
 Que en los dos floridos meses.  
 »Cada vez que la miraba  
 Salía el sol por su frente (1),  
 De tantos rayos vestido  
 Cuantos cabellos contiene.  
 »Juntos así nos criamos,  
 Y Amor en nuestras niñeces  
 Hirió nuestros corazones  
 Con arpones diferentes.  
 »Labró el oro en mis entrañas  
 Dulces lazos, tiernas redes,  
 Mientras el plomo en las tuyas  
 Libertades y desdenes.

»Mas, ya la razon sujeta,  
 Con palabras me requiere  
 Que su crueldad le perdone  
 Y de su beldad me acuerde ;  
 »Y apenas vide trocada  
 La dureza desta sierpe,  
 Cuando tú me cautivaste ;  
 Mira si es bien que lamente.  
 »Esta, español, es la causa  
 Que á llanto pudo moverme ;  
 Mira si es razon que flore  
 Tantos males juntamente » (2).

Conmovido el capitan  
 De las lágrimas que vierte,  
 Parando el veloz caballo,  
 Que paren sus males quiere.  
 « Gallardo moro, le dice,  
 Si adoras como relieres,  
 Y si como dices amas,  
 Dichosamente padeces.  
 »¿Quién pudiera imaginar,  
 Viendo tus golpes crueles,  
 Que cupiera alma tan tierna  
 En pecho tan duro y fuerte ?  
 »Si eres del Amor cautivo,  
 Desde aquí puedes volverte ;  
 Que me pedirán por robo (5)  
 Lo que entendi que era suerte.

(1) Otros leen :

Salía un sol por su frente.

(2) Mucho se contradicen las ediciones y los manuscritos que hemos examinado cuando colocan las coplas de este romance. Yo sigo el texto de Verges, por parecerme mas razonable la leccion que allí se pone. En otras ediciones se hallan las coplas en este orden :

Cada vez que la miraba...  
 Mas ya la razon sujeta...  
 Juntos así nos criamos...  
 Labró el oro en mis entrañas...

Casi en todas las ediciones se pone por conclusion del romance la copla que empieza :

Y apenas vide trocada  
 La dureza de esta sierpe.

En mi texto se restituye á su lugar verdadero ; porque, si antes no dice el moro que es correspondido de la hermostra á quien ciego amaba, ¿ cómo le habia de responder el capitan español

Y no quiero por rescate  
 Que tu dama me presente  
 Ni las alfonbras mas finas  
 Ni las granas mas alegres ?

(5) En las ediciones que hemos visto, menos la de Verges, se lee equivocadamente :

Que me pedirán por voto ;

lo cual nada quiere decir. *Por hurto*, escribe Gracian,

»Y no quiero por rescate  
 Que tu dama me presente  
 Ni las alfonbras mas finas  
 Ni las granas mas alegres.  
 »Anda con Dios, sufre y ama,  
 Y viviras si lo hicieres,  
 Con tal que cuando la veas  
 Pido que de mí te acuerdes.»  
 Apeose del caballo,  
 Y el moro tras él descende,  
 Y por el suelo postrado,  
 La boca á sus pies ofrece.  
 « Vivas mil años, le dice,  
 Noble capitan valiente,  
 Que ganas mas con librarme  
 Que ganaste con prenderme.  
 »Alá se quede contigo  
 Y te de victoria siempre  
 Para que extiendas tu fama  
 Con hechos tan excelentes.»

## VII.

Aqui entre la verde juncia  
 Quiero, como el blanco cisne  
 (Que envuelto en dulce armonía,  
 La dulce vida despide),  
 Despedir mi vida amarga,  
 Envuelta en endechas tristes,  
 Y querellarme de aquella  
 Tan hermosa como libre.  
 Descanse entre tanto el arco  
 De la cuerda que le allige,  
 Y pendiente de sus ramas,  
 Orne esta planta de Alcides,  
 Mientras yo á la tortolilla  
 Que sobre aquel olmo gime  
 Le hurto todo el silencio  
 Que para sus quejas pide.  
 ¡ Bellisima cazadora,  
 Mas fiero que las que sigues  
 Por los bosques, cruel verdugo  
 De mis años infelices !  
 Tan grandes son tus extremos  
 De hermosa y de terrible,  
 Que están los montes en duda  
 Si eres diosa ó eres tigre.

Préciate de tan soberbia  
 Contra quien es tan humilde,  
 Que considerados bien,  
 Todos los monteros dicen  
 Que los dos nos parecemos  
 Al roble, que mas resiste  
 Los soplos del viento airado.  
 Tu en ser dura, yo en ser firme.  
 En esto solo eres roble,  
 Y en lo demás flaca mimbre,  
 No solo á los recios vientos,  
 Mas á los aires sutiles.  
 Ya no persigues cruel  
 (Despues que á mi me persigues)  
 A los ciervos voladores  
 Ni á los fieros jabalges.  
 Ni de tu dichoso allargue  
 Las nobles paredes visten  
 Los despojos de las fieras  
 Que, como á mí, muerte diste.  
 No porque no gustes dello,  
 Sino porque no te obligue  
 El encontrarme en la caza  
 A que siquiera me mires.  
 Los monteros te suspiran  
 Por todos estos confines,  
 Y el mismo monte se agravia  
 De que tus pies no le pisen,  
 Por el rastro que dejabas  
 De rosas y de jazmines,  
 Tanto, que eran á sus campos  
 Tus dos plantas dos abrites.  
 Haz tu gusto : que yo quiero  
 Dejar (pues dello te sirves)

El espíritu cansado  
Que mis flacos miembros rige.  
Conseguirémos en esto  
Ambos á dos nuestros fines;  
Tú el de cruel en dejarme,  
Yo el de leal en morirme.  
Tú, rey de los otros rios,  
Que de las sierras sublime  
De Segura al Oceano  
El fértil terreno mides,  
Pues en tu dichoso seno  
Tantas lágrimas recibes  
De mis ojos, que en el mar  
Entran dos Guadalquivires.  
Inégoate que su crueldad  
Y mi firmeza publicues  
Por todo el húmido reino  
De la gran madre de Aquiles,  
Porque no solo en las selvas,  
Mas los que en las aguas viven,  
Covozcan quién es Daliso  
Y quién es la ingrata Nise.

## VIII.

Aquel rayo de la guerra,  
Alferez mayor del reino,  
Tan galan como valiente  
Y tan noble como fiero,  
De los mozos envidiado,  
Y admirado de los viejos,  
Y de los niños y el vulgo  
Señalado con el dedo:  
El querido de las damas  
Por cortésano y discreto,  
Dijo hasta allí regalado  
De la fortuna y el tiempo;  
El que vistió las mezcuitas  
De venturosos trofeos,  
El que pobló las mazmorras  
De cristianos caballeros;  
El que dos veces armado  
Mas de valor que de acero,  
A su patria liberto  
De dos peligrosos cereos;  
El gallardo Abenzulema  
Sale á cumplir el destierro  
A que le convida el Rey,  
O el amor, que es lo mas cierto.  
Servia á una mora el moro  
Por quien el Rey anda nuneito,  
En todo extremo hermano,  
Y discreta en todo extremo.  
Fíole unas flores la dama,  
Que para él flores fueron,  
Y para el celoso rey  
Yerbas de mortal veneno,  
Pues de la yerba tocado,  
Lo manda desterrar luego,  
Culpando su lealtad  
Para disculpar sus celos.  
Sale pues el fuerte moro  
Sobre un caballo overo.  
Que á Guadalquivir el agua  
Le bebió, y le pació el heno,  
Con un hermoso jaez,  
Rica labor de Marruecos,  
Las piezas de filigrana,  
La mochila de oro y negro.  
Tan gallardo iba el caballo,  
Que en grave y atroso huello  
Con ambas manos media  
Lo que hay de la cincha al suelo.  
Sobre una marlota negra  
Un blanco albornoz se ha puesto,  
Por vestirse los colores  
De su inocencia y su duelo.  
Bordó mil hierros de lanzas  
Por el capellar, y en medio  
En arábigo una letra,  
Que dice: «Estos son mis yerros.»

Bonete lleva turquí,  
Derridado al lado izquierdo,  
Y sobre él tres plumas presas  
De un precioso camafeo.  
No quiso salir sin plumas,  
Porque vuelen sus deseos,  
Si quien le quita la tierra  
Tambien no le quita el viento.  
No lleva mas de un alange,  
Que le dió el rey de Toledo,  
Porque para un enemigo  
El le basta y su derecho.  
Esta suerte sale el moro  
Con animoso denuedo  
En medio de los alcides  
De Arjona y de Marmolejo.  
Caballeros le acompañan,  
Y le sigue todo el pueblo,  
Y las damas por do pasa  
Se asoman llorando á verlo.  
Lágrimas vierten agora  
De sus tristes ojos bellos  
Las que desde sus balcones  
Aguas de olor le vertieron.  
La bellísima Balaja,  
Que florosa en su aposento,  
Las simazonas del Rey  
Le pagaban sus cabellos,  
Como tanto estruendo oyó,  
A un balcon salió corriendo,  
Y emudecida le dijo,  
Dando voces con silencio:  
«Véte en paz, que no vas solo,  
Y en tu ausencia ten consuelo;  
Que quien te echa de Jaen  
No te aclarará de mi pecho.»  
El con el mirar responde:  
«Yo me voy y no te deajo;  
De los agravios del Rey  
Para tu firmeza apelo.»  
En esto pasó la calle,  
Los ojos atrás volviendo  
Cien mil veces, y de Andújar  
Tomó el camino derecho.

## IX.

Los rayos le cuenta al sol (4)  
Con un peine de marfil  
La bella Jacinta un día  
Que por mi dicha la vi  
*En la verde orilla  
De Guadalquivir.*  
La mano oscurece al peine;  
Mas ¡qué mucho, si el abril  
Le vio oscurecer los lilijs,  
Que blancos suelen salir  
*En la verde orilla,* etc.  
Los pájaros la saludan,  
Porque piensan, y es así,  
Que el sol que sale en oriente  
Vuelve otra vez á salir  
*En la verde orilla,* etc.  
Por solo un cabello el sol  
De sus rayos diera mil,  
Solicitando envidioso  
El que se quedaba allí,  
*En la verde orilla  
De Guadalquivir.*

## X.

Ciego que apuntas y atinas,  
Caduco dios y rapaz  
Vendado, que me has vendido,  
Y niño mayor de edad,  
Por el alma de tu madre,  
Que murió siendo inmortal,

De envidia de mi señora,  
Que no me persigas mas.  
*Déjame en paz, Amor tirano,  
Déjame en paz.*  
Baste el tiempo mal gastado  
Que he seguido á mi pesar  
Tus inquietas banderas,  
Foragido capitán.  
Perdóname, Amor, aquí,  
Pues yo te perdono allá,  
Cuatro escudos de paciencia,  
Diez de ventaja en amar.  
Amadores desdichados,  
Que seguis milicia tal,  
Decidme, ¿qué buena guía  
Fodeis de un ciego sacar?  
De un pájaro ¿qué firmeza?  
Qué esperanza de un rapaz?  
Qué galardón de un desnudo?  
De un tirano ¿qué piedad?  
*Déjame en paz,* etc.  
Diez años desperdiçé,  
Los mejores de mi edad,  
En ser labrador de amor  
A costa de mi caudal.  
Como aré y sembré cogí;  
Aré un alterado mar,  
Sembré en estéril arena,  
Cogí vergüenza y afán.  
*Déjame en paz,* etc.  
Una torre fabriqué  
Del viento en la vanidad,  
Mayor que la de Nembrot,  
Y de confusion igual.  
Gloria llamaba á la pena,  
A la cárcel libertad,  
Miel dulce al amargo acibar,  
Principio al fin, bien al mal.  
*Déjame en paz, Amor tirano,  
Déjame en paz.*

## XI.

En el caudaloso rio  
Donde el muro de mi patria  
Se mira la gran corona (5),  
Y el antiguo pié se baña,  
Desde su barca Alecion  
Suspiros y redes lanza,  
Los suspiros por el cielo  
Y las redes por el agua,  
*Y sin tener mancilla  
Miraba su amor desde la orilla.*  
En un mismo tiempo salen  
De las manos y del alma  
Los suspiros y las redes  
Hacia el fuego y hacia el agua.  
Ambos se van á su centro,  
Do su natural los llama,  
Desde el corazon los unos,  
Las otras desde la barca,  
*Y sin tener mancilla,* etc.  
El pescador entre tanto,  
Viendo tan cerca la causa,  
Y que tan lejos está  
De su libertad pasada,  
Hacia la orilla se llega,  
Adonde con igual causa  
Hieren el agua los remos  
Y los ojos della el alma,  
*Y sin tener mancilla,* etc.  
Y aunque el deseo de verla  
Para apresurar le arma  
De otros remos la barquilla,  
Y el corazon de otras alas,  
Porque la ninfa no huya,  
No llega mas que á distancia  
De donde tan solamente  
Escuche aquesto que canta:

(4) Los rayos le contó al sol. — *Texto de Verges.*(5) Se ciñe la gran corona. — *Texto de Verges.*

*Dejadme triste á solas  
Dar viento al viento y olas á las olas.*

Volad al cielo, suspiros,  
Y mirad quién os levanta  
De un pecho que es tan humilde  
A partes que son tan altas.

Y vosotras, redes mías,  
Calaos en las ondas claras,  
Adonde os visitaré  
Con mis lágrimas cansadas (6).  
*Dejadme triste á solas, etc.*

Dejadme vengar de aquella  
Que tomó de mi venganza  
De mas leales servicios  
Que arenas tiene esta playa;

Dejadme, nudosas redes,  
Pues quereis, y es cosa clara  
Que mas que vosotras nudos  
Tengo para llorar causas.  
*Dejadme triste á solas, etc.*

## XII.

La mas bella niña

De nuestro lugar,  
Hoy viuda y sola  
Y aver por casar,

Viendo que sus ojos  
A la guerra van,  
A su madre dice

Que escucha su mal:  
*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,

En tan tierna edad  
Tan corto el placer,  
Tan largo el pesar,

Y me cautivastes  
De quien hoy se va  
Y lleva las llaves

De mi libertad,  
*Dejadme llorar, etc.*

En llorar conviertan

Mis ojos de hoy mas  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar,

Pues que no se pueden

Mejor ocupar,

Yéndose á la guerra

Quien era mi paz.

*Dejadme llorar, etc.*

No me pongais ireno

Ni querais culpar;

Que lo uno es justo,

Lo otro por demás.

Si me quereis bien

No me hagais mal;

Harto peor fué

Morir y callar.

*Dejadme llorar, etc.*

Dulce madre mia,

¿Quién no llorará,

Aunque tenga el pecho

Como un pedernal,

Y no dará voces

Viendo marchitar

Los mas verdes años

De mi mocedad?

*Dejadme llorar, etc.*

Váyanse las noches,

Pues ido se han

Los ojos que hacian

Los míos velar;

Váyanse, y no vean

Tanta soledad

Después que en mi lecho

Sobra la mitad.

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

## XIII.

Las redes sobre el arena

Y la barquilla ligada

A una roca que las ondas

Conviernten la piedra en agua,

El pobre Alcíon se queja

Por ver á la hermosa Glauca,

Fuego de los pescadores

Y gloria de aquella playa.

Buscándola con los ojos,

En altas voces la llama:

«Glauca, dice, ¿dónde estás?

¿Por qué nueva ocasion tardas?

»Haste arrepentido acaso

De haber dado tu palabra

De llegar á mis rediles

Antes que el lucro salga?

»Oh perjura, si á mi fe

Y á tu juramento faltas,

Esperen mayor tributo

De mis ojos estas aguas!

»Glauca mia, ¿no respondes,

O gustas de ver mis ansias

Porque á costa de mis daños

De mi fe te satisfagas?

»Si es esto, yo te perdono

Todo el tiempo que dilatas

En mostrar á tu Alcíon

De su bien y mal la causa;

Mas, triste, ¿cuántos agüeros

Y señales de mudanza!

El fiero viento se esfuerza

Y las olas van mas altas,

»Los delfines van nadando

Por lo mas alto del agua,

Tormenta amenaza el mar,

Siñ duda se muda Glauca.»

Venia la niña bella

Por la ribera descalza,

Dando cuerda á los anzuelos

Y requiriendo las nasas.

El rubio cabello al viento

De tal suerte, que quedaban

Mas que en sus anzuelos peces,

Entre sus cabellos almas,

Viendo con cuánta pasión,

Mas que nunca aljofaradas,

Competian en blancura

Las espumas con sus plantas;

Mas la hermosa pescadora,

Que estas voces escuchaba,

No pudo sufrirlas mas,

Y juró burla harto pesada;

Y viendo que el pescador

Con atención la miraba,

De peces privando el mar,

Y al que la mira del alma,

Llena de risa, responde:

«Mi Alcíon, no haya mas, basta;

Perdona el haber tardado,

Pues ganas con mi tardanza.»

Corriendo por la ribera,

Colérica, acelerada,

A su albergue se volvió,

Y el pescador á su barca.

## XIV.

A Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,

Que la guerra entre nos robles

Lo dejó por escondido

O lo perdonó por pobre (7),

Do la paz viste pellico

Y conduce entre pastores

Ovejas del monte al llano

Y eabras del llano al monte,

Mal herido y bien curado,  
Se alberga un dichoso jóven,  
Que sin clavarle Amor flecha,  
Le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,  
Los ojos con mucha noche  
Lo halló en el campo aquella  
Vida y muerte de los hombres.

Del palafren se derriba,  
No porque al moro conoce (8),  
Sino por ver que la yerba  
Tanta sangre paga en flores.

Limpiale el rostro, y la mano  
Siente al Amor que se esconde  
Tras las rosas, que la muerte  
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas

Porque labren sus arpones

El diamante del Gatay

Con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,

Ya le entra, sin ver por dónde,

Una piedad mal nacida

Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,

Ya despide el primer golpe

Centellas de agua, ¡oh piedad!

Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus lagas,

Que si no sanan entonces,

En virtud de tales manos

Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,

Mas ella sus velos rompe

Para ligar sus heridas;

Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba

Cuando el cielo la socorre

De un villano en una yegua

Que iba penetrando el bosque.

Enfréncale de la bella

Las tristes pidiadas voces,

Que los firmes troncos mueven

Y las sordas piedras oyen;

Y la que mejor se halla

En las selvas que en la corte

Simple bondad al pio ruego

Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone

Un cuerpo con poca sangre,

Pero con dos corazones.

A su cabaña lo guia,

Que el sol deja su horizonte

Y el humo de su cabaña

Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella,

Do una labradora acoge

Un mal vivo con dos almas,

Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma

Para lecho les compone,

Que será tálamo luego

Do el garzon sus dichas logre.

Las manos pues, cuyos dedos

Destá vida fueron dioses,

Restituyen á Medoro

Salud nueva, fuerzas dobles,

Y le entregan, cuando menos,

Su beldad y un reino en dote,

Segunda envidia de Marte,

Primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre

De cupidillos menores

La choza, bien como abejas,

Hueco tronco de alcornoque.

¿Qué de nudos le está dando

A un áspid la envidia torpe,

Contando de las palomas

Los arrulllos gemidores!

(6) Con mil lágrimas, dice el texto de Verges.

(7) Y lo perdono por pobre. — Texto de Hoecs.

(8) Así Verges; Hoecs lee *mozo*.

¡Que bien la destierra Amor,  
Haciendo la cuerda azote,  
Porque el caso no se infame  
Y el lugar no se inicione!  
Todo es gala el africano,  
Su vestido espira olores,  
El lunado arco suspende  
Y el corvo allange depone.

Tórtolas enamoradas  
Son sus roncós atambores,  
Y los volantes de Vénus  
Sus bien seguidos pendones.  
Desnuda el pecho anda ella,  
Vuela el cabello sin órden;  
Si lo abrocha, es con claveles,  
Con jazmines si lo coge.

El pie calza en lazos de oro,  
Porque la nieve se goce,  
Y no se vaya por piés  
La hermosa del orbe.

Todo sirve á los amantes,  
Plumas les baten veloces,  
Arecillos lisonjeres,  
Si no son murmuradores.  
Los campos les dan alfombras,  
Los árboles pabellones,  
La apacible fuente sueño,  
Música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas,  
En que se guarden sus nombres  
Mejor que en tablas de mármol  
O que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra  
Ni blanco chopo sin mote;  
Si un valle *Angélica* suena,  
Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas  
Deja que sombras las moren,  
Profanan con sus abrazos  
A pesar de sus errores.

Choza pues, tálamo y lecho,  
Contestes destes amores,  
El cielo os guarde, si puede,  
De las locuras del Conde.

## XV.

Clóris el mas bello grano,  
Si no el mas dulce rubí,  
De la Granada á quien lame  
Sus cáscaras el Genil,

Enjaulando unos claveles,  
Estaba en el Jaragüi,  
Purpíreas aves con hojas,  
Muda pompa del abril,

Bien que muda su fragancia  
Era un cañero ámbar gris,  
Que ella no oye por ser roma,  
Sorda digo de nariz.

De cañas labra sutiles  
Prision tan cerrada al fin,  
Que el aire dudaba entrar,  
Porque dudaba salir.

Entre estos nudos abeja,  
Que haciendo puntas mil,  
Tratar quiso como á flor  
Un ruiseñor carmesí,

Pagará su gotosina,  
El cerrar la clave, si  
En el quinto no pecara  
Mandamiento de maril.

Un dedo picó, el menor,  
De la arquitecta gentil,  
Juzgándolo quinta hoja  
De una blanca flor de lis.

Cuánto lo siente la moza  
Otro lo diga por mí,  
Que de casos criminales  
Soy coronista civil.

Lloró aljófár, lloró perlas,  
Pienso yo que un celemin,  
Y aun este *pienso* no es mío;

Puntualmente fué así.

Discursos ha hecho el ocio,  
Y aun se ha dejado decir  
Que el abejuela era breve  
Y el ceguezuelo ruin.

Mal venerado el Amor  
Deste romo seralín,  
Sus armas envainó todas  
En el aguijón sutil.

Ganando pues cielo á dedos  
El rapaz con este ardid,  
Perdió Clóris tierra á palmos  
Entre uno y otro alhelí.

Solicítábala entonces  
El señor don Belianis,  
Mostachos hasta los tuíos,  
Con rumbos de Paladin.

Tenia de mal francés  
Lo que de obispo Turpin,  
Y en español la dejó  
Trompa hecha de Paris.

Dió pares luego uno á Francia,  
Que estaba léjos de allí,  
Si no al Darro, al Duero digo,  
Y aun güele mal en latin.

Glorioso Cupidillo,  
En las ramas de un jazmin  
Colgando sus agridulces  
Instrumentos de herir,

A enjaular flores convida  
Las damas del Zacatín  
En cañas cuantas relinán  
Los trapiches de Motril.

## XVI.

Cuatro ó seis desnudos hombros  
De dos escollos ó tres  
Ilurran poco sitio al mar,  
Y mucho agradable en él.

Cuanto lo sienten las ondas  
Batido lo dice el pié,  
Que pólvora de las piedras,  
La agna repetida es.

Modestamente sublime  
Ciñe la cumbre un laurel,  
Coronando de esperanzas  
Al piloto que lo ve.

Verdes rayos de una palma,  
Si no luciente, cortés,  
Norte frondoso conducen  
El derrotado bajel.

Este ameno sitio breve,  
De cabra apenas montés  
Profanado, escaló un dia  
Mal agradecida fe,

Jóven digo, ya esplendor  
Del palacio de su rey;  
El hueco anima de un tronco  
Nueve meses habrá ó diez.

A quien, si lecho no blando,  
Sueño le debe fiel.  
Brame el austro, y de las rocas  
Haga lo que del ciprés.

Arrastrando allí estabones  
De su dorado desden,  
Yerbas cultiva no ingratas  
En apacible vergel.

¡Oh cuán bien la solicita  
Sudor fácil, y cuán bien  
Emulas responden ellas  
Del mas valiente pincel!

Confusas entre los liltos  
Las rosas se dejan ver,  
Bosquejando lo admirable  
De su hermosura cruel.

Tan dulce, tan natural,  
Que abejuela alguna vez  
Se caló á besar sus labios  
En las hojas de clavel (9).

(9) Otros leen: *de un clavel*.

Sierpe de cristal vestida,  
Escamas de rosicler,  
Se escondia ya en las flores  
De la imaginada tez,  
Cuando velera paloma,  
Alado si no bajel,  
Nubes rompiendo de espuma,  
En derrota suya un mes,  
Le trajo, si no de oliva,  
En las hojas de un papel,  
Señas de serenidad,  
Si al arco de Amor se cree.

## XVII.

Segun vuelan por el agua  
Tres galeotas de Argel,  
Un aquilon africano  
Las engendró á todas tres.

Y segun los vientos pisa  
Un bergantín ginovés,  
Si no viste el temor alas,  
De plumas tiene los piés.

Mortal caza vienen dando  
Al fugitivo bajel  
En que á Napoles pasaba  
En conserva del Virey,

Un español con dos hijas,  
Una sol y otra clavel,  
Que tuvieron á Leon  
Por oriente y por vergel.

Derrotólo un temporal,  
Y ya que no dió al través,  
A vista dió de Morato,  
Renegado calabrés.

El Tagarote africano,  
Que la español garza ve,  
En su noble sangre prensa  
Esmaltar el cascabel.

Peinándole va las plumas;  
Mas el viento burla del,  
Interpuesto entre las alas  
Y entre la garra cruel.

Ya surcan el mar de Denia,  
Ya sus altas torres ven,  
Grandeza de un duque agora,  
Titulo ya del Marqués.

De sus torres los descubren,  
Y en distinguiendo después  
La cruz en el tafetan,  
La luna en el alquicel,

Ocho ó diez piezas disparan,  
Que en ocho globos ó diez  
Envuelven de negro humo  
Al cosario su interés.

Los brazos del cuerpo ocupa  
Con fatiga y con placer  
El bergantín destrozado  
Desde la quilla al garcés.

El leonés, agradecido  
Al cielo de tanto bien,  
De libertad coronado,  
Dice, si no de laurel:

« ¡Oh puerto, templo del mar,  
Cuya húmida pared  
Antes faltará que tablas  
Señas de naufragios dén,

Fortaleza imperiosa,  
Terror de Africa y desden,  
Yugo fuerte y real espada,  
Que reprime y que da ley,

Defensa os debo y abrigo;  
Mi libertad vuestra es,  
Y mi lengua desatada  
En alabanzas tambien.

Con tus altos muros viva  
Tu inclito dueño, á quien,  
Como á ti el Mediterraneo,  
La envidia le bese el pié.

Immortal sea su memoria  
En la gracia de su rey,  
Por galardón proseguida,



Si comenzó por merced ;  
Que servicios tan honrados,  
Y de Acátes tan fiel,  
Inmortalidad merecen,  
Si no de vida, de fe.

## XVIII.

Al campo salió el estío  
Un serafín labrador,  
Que el sol en su mayor fuerza  
No puede ofender al sol,  
Bien que de su blanca frente  
Ventecillo adulator,  
Si aljófares suda el nácar,  
Aljófares le enjugó.

A dorar pues con su luz  
Tantas espigas salió,  
Cuantas al pié se le inclinan  
Sin esperar á la hoz;

Que no puede una beldad,  
Si la tierra dos á dos  
Emulos liliós aborta  
Del pié que los engendró;  
Porque no pise rastros  
La alba de Villa Mayor,  
Sol de Uclés, y de Cupido  
El mas lucente arpon.

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,  
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar  
Mas almas con el mirar  
Que tú con la hoz espigas.

SEGADOR.

Si lo mejor ya te di  
Que en tus altares humea,  
Vuelva hoy, Amor, á la aldea  
Tan libre como sali.

AMOR.

¿Tienes alma?

SEGADOR.

Creo que sí.

AMOR.

Pues ¿qué guardas, segador,  
Si yo, con ser el Amor,  
Sus armas temo enemigas?

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,  
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar  
Mas almas con el mirar  
Que tú con la hoz espigas.

## XIX.

A doña Elvira de Córdoba, hermana  
del señor Zuheros.

Cuantos silbos, cuantas voces  
La Nava oyó de Zuheros,  
Sentidas bien de sus valles,  
Guardadas mal de sus ecos,  
Vaqueros las dan buscando (10)  
La hermosa por lo inenos,  
Cerrera lucente hija  
Del toro que pisa el cielo.

¿Qué buscades, los vaqueros?  
Una hay novilleja, una,  
Que hierre con media luna  
Y mata con dos luceros.

No contiene el bosque gruta,  
Ni tronco ha roído el tiempo  
Que no penetre el cuidado,  
Que no escudriñe el deseo.

(10) Otros leen :

Vaqueros la van buscando.

La diligencia, calzada  
En vez de abaracas el viento.  
Los montes huella y las nubes,  
Turbantes de sus cabezas.

¿Qué buscades, etc.

Aserrar quisiera escollos  
La juventud, infiriendo  
Que peñascos viste duros  
Quien se niega á silbos tiernos.

Tan sorda piedad acusa  
Si rumiando no beñenos,  
La alcanzaron tantas veces  
En la region del silencio.

¿Qué buscades, los vaqueros?

Una hay novilleja, una,  
Que hierre con media luna  
Y mata con dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.

La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! quedático, quedo.

Un no sé qué celestial,  
Que tiene de obscuro y claro,  
Para zafiro muy raro,  
Muy azul para cristal,  
La niega con llave tal,  
Que eierra el paso al denuedo.

Pediros, etc.

Deidad previno celosa  
Este diáfano muro,  
Donde el pié vague seguro  
De la novilla hermosa.  
Desmintiendo aquí reposa  
Tanta prevención ó miedo.

Pediros, etc.

Dulce la mira la aurora  
Entre purpúreos albores  
Paecer la que trenzó flores,  
Beber las perlas que llora.  
Los cuernos del sol la dora  
Que corona el mayo ledo.

Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.

La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! quedático, quedo.

## XX.

Contando estaban sus rayos  
Aun las mas breves estrellas  
En el cristal que guarnecen  
Los claros muros de Huelva,

Cuando á las serenidades  
Cometieron dulce ofensa,  
De la playa y de la noche,  
Poco leño y muchas quejas.

¡Ay cómo gime!

Mas ¡ay cómo suena  
El remo á que nos condena  
El niño Amor!  
Clarín que rompe el albor  
No suena mejor.

Quejas de un pescadorcillo,  
Honor de aquella ribera,  
Que una roca solícita,  
Sorda tanto como bella.

Con un remo y otro creo  
(Ondas terminando y tierra)

Que su fe escribe en el agua,  
Que su fe escribe en la arena.

¡Ay cómo gime!  
Mas ¡ay cómo suena  
El remo á que nos condena  
El niño Amor!

Clarín que rompe el albor  
No suena mejor.

Lisonja del Oréano  
Fué, y de la noche tambien,  
Cuanta celebra beldad  
Y cuanto acusa de den.

Del llanto pues numeroso  
Lo que pudo recoger,  
A pesar de las tinieblas,  
Eco piadosa, esto fué :

Viviré mi fe.

Viviré como desdichado ;  
Viviré,  
Moriré.

Dulce escollo, que aun agora  
Raya el sol que no se ve,  
Viva mi fe.

Si eres alabastro el pecho,  
Cuando no cristal el pié,  
Viviré como desdichado.

¿Qué roca de ti no sabe  
Aun mas de lo que yo sé?  
Viva mi fe.

Pues tu nombre en tu dureza  
Con tu dureza grabé,  
Viviré como desdichado.

Desátmenme ya tus rayos ;  
Que yo los perdonaré.  
Viva mi fe.

Sepultero el mar á su abuelo,  
Si no á Licidas, le dé (11).  
Viviré como desdichado.

Salió Clóris de su albergue,  
Dorando el mar con su luz,  
Por señas que á tanto oro  
Holgó el mar de ser azul.

Cañamo anudando, engaña  
El ejercicio comun,  
Esto liando del viento,  
Y él lo escuchó con quietud :

«Pues nacistes en el mar,  
Nadad, Amor, ó creed  
Que os ha de pescar la red  
Que veis agora anudar.

Par, par, par ;

Que vuele y sabe nadar.

»Ciego nieto de la espuma,

Par, par, par ;

Monstruo con escama y pluma,

Par, par, par ;

Nadad, pez, y volad, pato,

Par, par, par ;

Que en estas redes que trato

El pato habeis de pagar.

»Pues nacistes en el mar,

Nadad, Amor, ó creed

Que os ha de pescar la red

Que veis agora anudar.

Par, par, par ;

Que vuele y sabe nadar.»

## XXI.

Cuando estuvo en Cuenca don Luis.

En los pinares de Jucar  
Vi bailar unas serranas  
Al son del agua en las piedras  
Y al son del viento en las ramas.

No es blanco coro de ninfas  
De las que aposenta el agua  
O las que venera el bosque,  
Seguidoras de Diana.

(11) Otros leen : sino allicidas, y otros :  
Si no allí, si das, le dé.

Serranas eran de Cuenca,  
Honor de aquella montaña,  
Cuyo pié besan dos ríos  
Por besar dellas las plantas.  
Alegres coros tejían,  
Dándose las manos blancas  
De amistad, quizá temiendo  
No la truequen las mudanzas.  
*¿Qué bien bailan las serranas,  
Qué bien bailan!*  
El cabello en crespos nudos  
Luz da al sol, oro al Arabia,  
Cuál de flores impedido,  
Cuál de cordones de plata.  
Del color visten del cielo,  
Si no son de la esperanza,  
Palmillas que menosprecian  
Al zafiro y la esmeralda.  
El pié (cuando lo permite  
La brujeta de la falda) (12)  
Lazos calza, y mirar deja  
Pedazos de nieve y nácar.  
Ellas, cuyo movimiento  
Honestamente levanta  
El cristal de la columna  
Sobre la pequeña basa,  
*¿Qué bien bailan las serranas!  
Qué bien bailan!*  
Una entre los blancos dedos  
Hiriendo lisas pizarras,  
Instrumento de marfil  
Que las musas lo envidiaran,  
Las aves emudeció,  
Y enfrenó el curso del agua;  
No se movieron las hojas,  
Por no impedir lo que canta:

*Serranas de Cuenca  
Iban al pinar,  
Unas por piñones,  
Otras por bailar.*  
Bailando y partiendo  
Las serranas bellas  
Un piñon con otro,  
Si ya no es con perlas,  
De Amor las saetas  
Huelgan de trocar,  
*Unas por piñones,  
Otras por bailar.*  
Entre rama y rama  
Cuando el ciego dios  
Pide al sol los ojos  
Por verlas mejor,  
Los ojos del sol  
Las veréis pisar,  
*Unas por piñones,  
Otras por bailar.*

## XXII.

En el baile del egido  
(Nunca Menga fuera al baile)  
Perdió sus corales Menga  
Un disanto por la tarde (15).  
Dicen que se los dió en ferias  
Tres ó cuatro días antes  
El Piramo de su aldea,  
El sobrino del alcalde.  
Los corales no tenían  
Los extremos que ella hace,  
Y porque de cristal fuesen,  
Lloró Menguilla cristales.  
*¿Quién oyó, zagales,  
Desperdicios tales,  
Que derrame perlas  
Quién busca corales?*  
Veinte los buscaron perdidos;  
Y no es mucho en casos tales  
Que un perdido haga veinte,  
Pues un loco ciento hace.

(12) Otros leen *brujuela*.(15) Otros leen: *un día santo*.

En el egido los buscan;  
Que yendo Menga á lavarse,  
Se los dejó entre la juncia  
Del arroyo de los sauces,  
Do en pago de su blancura  
Menosprecian arrogantes  
Blancas espumas que orlan (14)  
El verde y florido márgen;  
Que la nieve es sombra oscura  
Y el marfil negro azabache  
Con la garganta de Menga,  
Columna de leche y sangre,  
*¿Quién oyó, zagales, etc.*  
Ya el cura se prevenía  
De los antojos, que saben  
En rúbricas coloradas  
Hacer las letras mas grandes,  
Cuando albricias pidió á voces  
Bartolito con donaire,  
Por haber hallado Menga  
En sus labios sus corales.  
Los ojos fueron de antojos,  
Los que descubrieron antes,  
En la juncia los claveles,  
En la arena los granates.  
Y viendo purpurear  
Las rojas prendas del ángel,  
Al son dijo del salterio  
Que tañía Gil Perales (15):  
*¿Quién oyó, zagales,  
Desperdicios tales,  
Que derrame perlas  
Quién busca corales?*

## XXIII.

Frescos airecillos,  
Que á la primavera  
Destejeis guirrualdas  
Y esparceis violetas,  
Ya que os han tenido  
Del Tajo en la vega  
Amorosos hurtos  
Y agradables penas,  
Cuando del estío  
En la ardiente fuerza  
Alamos os daban  
Frondosas defensas;  
Alamos crecidos  
De hojas inciertas,  
Medias de esmeralda,  
Y de plata medias;  
De donde á las ninfas  
Y á las zagalejas  
Del sagrado Tajo  
Y de sus riberas  
Mil veces llamastes,  
Y vinieron ellas  
A ocupar del río  
Las verdes cenefas:  
Y vosotros luego,  
Calándoos apriesa  
Con lascivos soplos  
Y alas lisonjeras,  
Sueño les trujistes  
Y descuido á vueltas,  
Que en pago os valieron  
Mil vistas secretas,  
Sin tener desvelo,  
Envidia ni queja,  
Ni andar con la falda  
Luchando por fuerza;  
Agora pues, aires,  
Antes que las sierras  
Coronen las cumbres  
De confusas nieblas,  
Y que el águila  
Con dura inelencencia

(14) *Las blancas espumas que orlan*, dicen todas las ediciones.(15) Otros leen: *que tenía*.

Desnude las plantas  
Y vista la tierra  
De las secas hojas  
Que ya fueron tregua  
Entre el sol ardiente  
Y la verde yerba,  
Y antes que las nieves  
Y el hielo conviertan  
En cristal las rocas  
Y en vidrio las selvas,  
Batid vuestras alas,  
Y dad ya la vuelta  
Al templado seno  
Que alegre os espera.  
Veréis de camino  
Una niña bella,  
Que pisa orgullosa  
Del Bétis la arena;  
Montaraz, gallarda,  
Temida en la sierra  
Mas por su mirar  
Que por sus saetas.  
Agora la halleis  
Entre la maleza  
Del frágoso monte,  
Siguiendo las fieras,  
Agora en el llano  
Con planta ligera  
Fatigando el corzo,  
Que herido vuela,  
Agora clavando  
La armada cabeza  
Del antiguo ciervo  
En la encina vieja;  
Cuando ya cansada  
De la caza vuelva  
A dejar al río  
El sudor en perlas,  
Y al pié se recueste  
De la dura peña,  
De quien ella toma  
Lección de dureza,  
Llegáos á oreilla,  
Pero no tan cerca,  
Que lleveis suspiros  
Que han corrido á ella (16);  
Si está calurosa,  
Soplad desde afuera,  
Y cuando la ingrata  
Mejor os entienda,  
Decidle, airecillos:  
«Bellísima Leda,  
Gloria de los bosques,  
Honor del aldea,  
»Enfermo Daliso  
Junto al Tajo queda,  
Con la muerte al lado  
Y en manos de ausencia;  
»Suplicate humilde,  
Antes que le vuelvan  
Su fuzo en ceniza,  
Su destierro en tierra,  
»En premio glorioso  
En su amor merezca,  
Ya que no suspiros,  
A lo menos letra  
»Con la punta escrita  
De tu aguda flecha  
En el campo duro  
De una dura peña;  
»Porque no es razon  
Que razon se lea  
De mano tan dura  
En cosa mas tierna.  
»Adonde le digas:  
—Muere allá, y no vuelvas  
A adorar mi sombra  
Y arrastrar cadenas.—»

(16) Las ediciones que hemos visto escriben equivocadamente:

Y ha corrido á ella.

## XXIV.

¡Oh cuán bien que acusa Alcino,  
Orfeo de Guadiana,  
Unos bienes sin firmeza  
Y unos males sin mudanza!  
Pulsa las templadas cuerdas  
De la cítara dorada,  
Y al son desata los montes  
Y al son enfrena las aguas.

¡Oh cuán bien canta su vida,  
Cuán bien llora su esperanza!  
Y el monte y el agua escuchan  
Lo que llora y lo que canta.

*La vida es corta y la esperanza larga,  
El bien huye de mí y el mal se alarga.*

El bien es aquella flor  
Que la ve nacer el alba,  
Al rayo del sol caduca,  
Y la sombra no la halla.

El mal la robusta encina;  
Que vive con la montaña,  
Y de siglo en siglo el tiempo  
Le peina sus verdes canas.

La vida es ciervo herido,  
Que las flechas le dan alas,  
La esperanza el animal  
Que en sus piés mueve su casa.

*La vida es corta y la esperanza larga,  
El bien huye de mí y el mal se alarga.*

## XXV.

Castillo de San Cervantes,  
Tú, que estás junto á Toledo,  
Fundóte el rey don Alonso  
Sobre las aguas de Tejo.

Robusto, si no galán,  
Mal fuerte, peor dispuesto,  
Pues que tienes mas parientes  
Que un hijo de un racionero.

Lampión debes de ser,  
Castillo, si no estoy ciego,  
Pues siendo de tantos años,  
Sin barba cana te veo.

Contra ballestas de palo  
Dicen que fuiste de hierro,  
Y que anduviste muy hombre  
Con dos morillos bñderos.

Tiempo fué, papeles hablen,  
Que te respetaba el reino  
Por juez de apelaciones  
De mil católicos miedos.

Ya menospreciado ocupas  
La esperanza de ese cerro,  
Mohoso como en diciembre  
El lanzon del vinadero.

Las que ya fueron corona  
Son alcandara de cuervos,  
Almenas que, como dientes,  
Dicen la edad de los viejos.

Cuando mas mal de ti diga,  
Dejar de decir no puedo,  
Si no tienes fortaleza,  
Que tienes prudencia al menos.

Tú, que á la ciudad mil veces,  
Viendo los moros de léjos,  
Sin ser Espíritu Santo (17)  
Hablaste en lenguas de fuego,

En las orillas agora (18)  
Del sagrado Tajo viendo  
Debajo de los membrillos  
Engerirse tantos miembros,

Lo callas á los maridos,  
Que es mucho á fe, por aquello  
Que tienes de San Cervantes,  
Y que ellos tienen de ciervos.

(17) Algunos textos dicen:  
Sin ser nave tronadora.

(18) Otros leen:  
En las ruinas agora.

Entre todas las mujeres  
Serás bendito, pues siendo  
En el mirar atalaya,  
Eres piedra en el silencio.  
Mira, Castillo de bien,  
Que hagas lo que te ruego,  
Aunque te he obligado poco  
Con dos docenas de versos.

Cuando la bella terrible,  
Hermosa como los cielos,  
Y por decillo mejor,  
Aspera como su pueblo,

Si alguna tarde saliere  
A desfrutar los almendros,  
Verdes primicias del año  
Y dulcísimo alimento;

Si de las aguas del Tajo  
Hace á su beldad espejo,  
Ofrécele tus ruinas

A su altivez por ejemplo;  
Háblale mudo mil cosas;  
Que bien sabrás, pues sabemos  
Que á palabras de edidcios  
Orejas los ojos fueron.

Dírsle que con tus años  
Regule sus pensamientos  
Que es verdugo de murallas  
Y de bellezas el tiempo;

Que no crean á las aguas  
Sus bellos ojos serenos,  
Pues no la han lisonjeado,  
Cuando la murmuran luego.

Que no fie de los años  
Ni aun un mínimo cabello,  
Ni le perdone los suyos  
A la ocasion, que es gran yerro.

Que no se duerma entre flores;  
Que recordará del sueño  
Mordida del desengaño  
Y del arrepentimiento;

Y abrirá entonces la pobre  
Los ojos, ya no tan bellos,  
Para bailar con su sombra,  
Pues no quiso con su cuerpo.

¡Oh, qué diría de ti,  
Si tú le dijese esto,  
Antigualla venerable,  
Si no quieres ser trofeo!

Mi musa te antepondrá  
A San Angel y á San Telmo,  
Aunque no quisiese Roma,  
Y Malta quisiese menos;

Que aunque te han desmantelado,  
Y no con tantos pertrechos,  
A tulliduras de grajos  
Te defenderás mas presto.

## XXVI.

En tanto que mis vacas,  
Sin oillos condenan  
En frutos los madroños  
Desta fragosa sierra,

Quiero cantar llorando  
A sombras de esta Peña,  
De áspera, invencible,  
Segunda Galatea;

Que pues osó fiarte  
En intrincadas trepas  
Sus verdes corazones  
Esta amorosa hiedra,

Fiarle podré yo  
Lagrimosas endechas;  
Mas ¡ay triste, que es sorda  
Segunda Galatea!

*Mal haya quien emplea  
Su fe en la que con arco y con aljaba  
Parece niño Amor, y es fiera brava!*

Divina cazadora,  
Que de seguir las hieras,  
Has dado en imitallas,  
Y para mí excedellas,

De esa tu media luna  
Junta las empulgueras,  
Y al desden satisfaga  
La mas volante flecha;  
Que saldra á recabilla,  
Por jublar sus penas,  
En el pecho que huyes,  
El alma que desdeñas.

No pudo decir mas,  
Porque entre la madeza  
Un jubal espumoso  
Le saltó sus quejas.

Lebreles le forzaron  
A tomar la defensa  
Y á despreciar venablos  
Y perros que le aquejan.

El vaquero, admirado  
De que rompiendo telas,  
Huya, «¡Oh fiera, te dice,  
Segunda Galatea!

»*Mal haya quien emplea  
Su fe en la que con arco y con aljaba  
Parece niño Amor, y es fiera brava!*

## XXVII.

Sobre unas altas rocas,  
Ejemplo de firmeza,  
Que encuentra noche y día  
El mar, estando quedas,

Aquel pescadorcillo,  
A quien su nieta bella  
Dejó el año pasado  
La red sobre el arena,  
¡Oh, cómo se lamenta!

De una parte las aguas,  
De otra parte las sierras (19),  
Y de entrambas el viento  
Le escuchan y se enfrenan;

Que á todas ellas hacen  
Igual sabrosa fuerza (20),  
Lo dulce de la voz,  
La razon de las quejas.

¡Oh, cómo se lamenta!  
«¿Hasta cuándo, enemiga,  
Competirá en dureza  
Tu duro corazon

Con las mas duras piedras?  
»*Hasta cuando haras  
Al son de mis querellas  
Lo que al latido hace*

*De los canes la cierva?*  
¡Oh, cómo se lamenta!  
»Hoy hace un año, ingrata;

Que huyendo ligera,  
No te conoce el suelo,  
Y atrás el aire dejas;

»Hoy hace un año, ingrata,  
Que el mar, como por pena  
De que tú no las pises,  
Azota estas riveras.

¡Oh, cómo se lamenta!  
»Tu vuelo en todo el mundo,  
Por olas ó por tierra,  
Lo mas ligero alcanza,  
Lo mas libre sujeta.

»Si apuesta se te escapa,  
Dime, ¿qué te aprovechan  
Los filos de tus alas,  
Las puntas de tus flechas?»  
¡Oh, cómo se lamenta!

## XXVIII.

Los montes que el pié se lavan  
En los cristales del Tejo,

(19) Asi algunos códices. En los impresos se lee *fieras*.

(20) Sigo el texto de Verges, como mas exacto. Las demas ediciones dicen disparatadamente:

Quando las frentes se miran  
En los zaliros del cielo,  
Tiranizados tenia  
Un cerdoso animal fiero,  
Terror del campo y ruina  
De venablos y de perros.  
Buscándolo errante un día,  
Perdido, un galan montero,  
Segunda envidia de Marte,  
Primer Adónis de Vénus,  
Escaleando la montaña  
Y penetrando sus senos  
Lo dejó la blanca luna  
Y lo halló el luciente Febo.  
*¡Oh, perdido primero  
Tras un jabali fiero,  
No te pierdas agora  
Tras esa que te huye cazadora!*  
La luz le ofreció una nube,  
Que en duda pone á los cerros  
A cuál se deben sus rayos,  
Al sol ó sus ojos bellos.  
De tres arcos viene armada,  
El uno contra los ciervos,  
Contra los hombres los dos,  
Blanco el uno, los dos negros.  
De un cordon atraillado  
Un diligente sabueso,  
El viento solicitaba,  
Y desafiaba el viento.  
Apenas vió el jóven cuando  
Las cumbres vence huyendo,  
El la sigue, ambos calzados,  
Ella plumas y él deseos.  
*¡Oh, perdido, etc.  
Flores le valió la fuga  
Al fragoso verde suelo,  
Varias de color, y todas  
Hijas de su pié ligero.  
A las malezas perdona  
Mal su fugitivo vuelo,  
Ellas, si, al coturno de oro  
Engastes del cristal tierno.  
¡Oh, cobarde hermosura!  
Dese el garzon sin aliento,  
No huyas de un hombre mas  
Que sabes huir del tiempo.»  
Volviendo los ojos ella  
Por flecharle mas el pecho,  
De que le alcance aun la voz  
Acusa al aire con ceño.  
*¡Oh, perdido primero  
Tras un jabali fiero,  
No te pierdas agora  
Tras esa que te huye cazadora!**

## XXIX.

Las aguas de Carrion,  
Que á los muros de Palencia,  
O son grillos de cristal  
O espejo de sus almenas,  
Un pescador extranjero  
En un barquillo acrecienta,  
Llorando su libertad,  
Mal perdida en sus riberas.  
*¡Oh, qué bien llora!  
Oh cómo se lamenta!*  
Vió la ninfa mas hermosa  
Que dió al aire rubias trenzas  
En el coro de Diana,  
Que bajaba de las selvas  
Tras un corcillo herido,  
Que de bien flechado vuela,  
Porque en la fuga son alas  
Las que en la muerte son flechas.  
*¡Oh, qué bien llora! etc.  
Las redes al sol tendia  
Sobre la caliente arena,  
Cuando se vió saltado  
De la cazadora bella.  
Mas acrecientan sus ojos*

Que trae su aljaba saetas,  
Y tanto mas ponzoñosas  
Cuanto es mas desden que yerba.  
*¡Oh, qué bien llora! etc.  
¡Oh, tierra para los hombres,  
Perseguidora de fieras!  
Decia al son de los remos,  
Que gimen cuando él se queja.  
»De tí murmuran las aguas  
Por disimular mis quejas,  
Que no alcanzas lo que sigue,  
Y matas lo que te espera.»  
*¡Oh, qué bien llora!  
Oh cómo se lamenta!**

## XXX.

Esperando están la rosa  
Cuanta contiene un vergel  
Flores hijas del amor,  
Bellas cuanto puede ser  
Ella, aunque con majestad,  
No debajo de dosel,  
Sino sobre alfombras verdes,  
Purpurea se dejó ver.  
Como reina de las flores  
Guarda la cñe tiel,  
Si son arcebas las espigas  
Que en torno della se ven.  
Al aparecer la hicieron  
Una inclinacion cortés,  
Y con muy buen aire todas,  
Que mal pudieran sin él,  
No la hicieron reverencia,  
Aunque todas tienen piés,  
Porque su inmovilidad  
Su mayor disculpa fué.  
El vulgo de esotras yerbas,  
Sirviéndoles esta vez  
De verdes lenguas sus hojas (21),  
La saludaron tambien.  
Quién pretende la privanza  
De tan gran señora, y quién,  
Admirando su behtad,  
No osa descubrir su fe;  
Que el Cupido de las flores  
Es la abeja, y si lo es,  
Sus flechas abrevia á todas  
En el aguijon cruel.  
Ella pues las solicita,  
Y las despoja despues;  
Por señas, que sus despojos  
Son dulces como la miel.  
Los colores de la reina  
Vistió galan el clavel,  
Principe que es de la sangre,  
Ya un aspirante á ser rey.  
En viéndola dijo: «¡Ay,  
Un jacinto.» Y al papel  
Lo encomendó de sus hojas,  
Porque se puede leer.  
Ambar espira el vestido  
Del blanco jazmin de aquel  
Cuya castidad lasciva  
Vénus hipócrita es.  
La fuente deja el Narciso,  
Que no es poco para él,  
Y va no se mira á sí,  
Admirando lo que ve.  
*¡Oh, qué celoso está el lilio!*  
Un mal cortesano que  
Calza siempre borceguí,  
Debe de ser portugués.  
Mosquetas y clavellinas  
Sus damas son; ¿qué mas quies,  
Oh tu, que pides lugar,  
Que bel mirar y oler bien? (22).

(21) Otros leen *ojos*.

(22) En vez de

leen otros: Que bel mirar y oler bien,

Que ver, mirar y oler bien.

Las azucenas la sirven  
De duenas de honor, y á fe  
Que sus diez varas de holandá  
Las envidian mas de diez.  
Meninas son las violetas,  
Y muy bien lo pueden ser  
Las primicias de las flores,  
Que antes huelen que se ven.  
Deste real paraíso  
Verde junta es un laurel  
De tres dulces ruiñesiores  
Que cantan á dos y á tres.  
Guarda-damas es un triste  
Francidisimo ciprés,  
Efecto al fin de su fruta  
Para lo que yo me sé.  
Bufones son los estanques,  
Y en qué lo son lo diré:  
En lo frio lo primero,  
Que se me ha de conceder;  
En el murmurar continuo  
Y en el reirse tambien,  
Aunque hacen poco ruido,  
Con ser hombres de placer.  
En el pedir, y no agua,  
Que no es de agua su interés,  
Ni piden lo que no beben,  
Por siempre jamás, amen.  
Este de la primavera  
El verde palacio es,  
Que cada año se erige  
Para poco mas de un mes.  
Las flores á las personas  
Ciertos ejemplos les dén;  
Que puede ser yermo hoy  
El que fué jardín ayer.

## XXXI.

Loa de una comedia que se representó delante del obispo de Córdoba, don fray Diego de Mardones, por sus criados. Dijo la un deudo suyo.

No vengo á pedir silencio,  
Que la comica española  
No calza los zuecos que  
La antigüedad rigurosa.  
A solicitar, si, vengo  
Una de las muchas trompas  
Del moustruo que todo es pluma  
Del ave que es ojos toda.  
De la fama, que sin duda  
Muda á su pesar agora,  
Ha concurrido á este acto,  
O miembros vestida ó sombras;  
Mas no creo será bien  
Que tanta prudencia rompa  
Tan vocinglero instrumento;  
Mienta pues ajenas formas,  
Y á mí plectro agradecido  
De citara numerosa,  
Musa hoy culta me dicte  
Cuanto el Boristenes oya.  
En vez de prólogo quiero,  
Pues lo llama España loa,  
Ofender suavemente  
Las orejas siempre sordas  
De tu prudencia al encanto  
De la mágica lisonja,  
¡Oh modelo de prelados,  
Cuando no primera copia!  
De tu patria ca santo,  
Luciente de España gloria,  
Sufré tus prerogativas  
Un breve rato, ó perdona  
O excusa al que parte indigna  
Es de tu casa Mardona,  
Que en antiguo valle ilustra  
Las montañas generosas.  
Permite que por mí lira  
El mundo todo conozca  
Tu calificada cuna,

Tu educación virana  
 Y en tu adolescencia  
 Tu siempre afecto,  
 Al hábito que honra;  
 De que Barbastudio,  
 Tu persevera.  
 Decorado con grave  
 Honor del poeta;  
 Y de la cátedra,  
 Tu penitente preciosa  
 Tu humilde que  
 De los lucas coloca;  
 Aun la obliu se le debe  
 Mas, ¿á la antorcha,  
 El candor mal  
 Y puede el monte corona,  
 Ciudades vencido del Duque  
 Lo odor, tus religiosas  
 Tu euciente homenaje  
 Capro de tu persona;  
 De tus piés con trita su alma,  
 Como herida corza,  
 B dietamo solicita  
 Tres veniales hojas.  
 Con envidia luego santa  
 Ilipo á tus piés se postra,  
 Y en cada rodilla suya  
 No menos que un orbe dobla.  
 De su conciencia clauero  
 Tres años, las dos heroicas  
 Le introdujiste virtudes,  
 Justicia y misericordia.  
 De méritos, ya de edad  
 Cargado, y de las que coronan  
 Aun las espaldas de Atlante,  
 Comisiones onerosas,  
 Córdoba te mereció,  
 Cuando pudiera bien Roma  
 Impedir tus venerables  
 Siens con sus tres coronas.  
 Aquí pues de tu piedad  
 Señas has dado no pocas;  
 Léase en Búrgos aquel  
 Capitulo de tu historia:  
 En el insigne convento  
 Digo de san Pablo, pompa  
 De la provincia por ti,  
 Si admiracion no de Europa.  
 Las piedras de tu palacio  
 Lenguas sean de tus sombras;  
 Que lenguas de piedra es bien  
 Que eternicen tu memoria.  
 Desta santa iglesia hable  
 La fábrica caudalosa,  
 Que agradecida, ser quiere  
 De sus reliquias custodia.  
 Diganlo, si no, las mudas,  
 Las cotidianas ondas  
 Del profundo, del inmenso  
 Océano de limosnas  
 Que inunda la ciudad; antes  
 Que en él pierda ya la sombra,  
 Me vuelvo á la que me espera  
 Compañía, aunque bisoña.  
 Que por tener las vacantes  
 De los estudios no ociosas  
 Le ha hecho al tiempo un engaño,  
 A que yo os convido agora.

## XXXII.

A la ciudad de Granada.

Ilustre ciudad famosa,  
 Infel un tiempo, madre  
 De Cegries y Gomeles,  
 De Muzas y Reduanes,  
 A quien dos famosos rios  
 Con sus húmidos caudales,  
 El uno baña los muros  
 Y el otro purga las calles;

Ciudad, á pesar del tiempo,  
 Tan populosa y tan grande,  
 Que de tus ruinas solas  
 Se honraran otras ciudades;  
 De mi patria me trujiste,  
 Y no á darme memoriales  
 De mi pleito á tus oidores,  
 De mi culpa á tus alcaldes,  
 Sino á ver de tus murallas  
 Los soberbios homenajes,  
 Tan altos, que casi quieren  
 Hurtarle el oficio á Atlante;  
 Y á ver de tu fuerte Alhambra  
 Los edificios reales,  
 En dos cuartos divididos  
 De leones y comares;  
 Do están las salas manchadas  
 De la mal vertida sangre  
 De los no menos valientes  
 Que gallardos Benecorajes;  
 Y las enadras espaciosas  
 Do las damas y galaes  
 Ocupaban á sus reyes  
 Con sus zambras y sus bailes;  
 Y á ver sus hermosas fuentes  
 Y sus profundos estanques,  
 Que los veranos son leche  
 Y los inviernos cristales;  
 Y su cuarto de las frutas,  
 Fresco, vistoso y notable,  
 Injuria de los pinceles  
 De Apéles y de Timántes;  
 Donde tan bien las húngaras  
 Imitan las naturales,  
 Que no hay hombre á quien no burien  
 Ni pájaro á quien no engañen;  
 Y á ver sus secretos baños,  
 Do las aguas se reparten  
 A las sostenidas pilas (25)  
 De alabastro en pedestales;  
 Do con sus damas la reina  
 Lavándose algunas tardes,  
 Compelan en blancura  
 Las espumas con sus carnes;  
 Y de tu chancillería  
 A ver los seis tribunales,  
 Donde cada dosel cubre  
 Tres ó cuatro majestades,  
 Y á ver su real portada,  
 Labrada de piedras tales,  
 Que fuera menos costosa  
 De rubies y diamantes,  
 Para cuyo noble intento,  
 Porque mas presto se acabe,  
 Echan á culpas de cera  
 Condenaciones de jaspes;  
 Y á ver tu sagrado templo,  
 Donde es vencida en mil partes  
 De la labor la materia,  
 Y la natura del arte,  
 De cuya fabrica ilustre  
 Lo que es piedra injuria hace  
 Al fino oro que perfila  
 Sus molduras y follajes,  
 De claraboyas ceñido  
 Por do los rayos solares  
 Entran á dorar á quien  
 Les da la lumbré que valen,  
 Cuyo cuerpo aun no formado  
 Nos promete en sus señales  
 Mas fama que los que Roma  
 Edificó á sus deidades,  
 Y que aquel cuyas cenizas  
 En nuestras memorias arden  
 De aquella á quien por su mal  
 Vió el que mataron sus carnes,  
 Y al de Salomon, aunque eran  
 Sus piedras rubios metales,

(25) Otros leen:

Y á las sostenidas pilas.

Marfil y cedro sus puertas,  
 Plata fina sus mbrales,  
 Y á ver su hermosa torre,  
 Cuyas campanas suaves  
 Del aire con su armonía  
 Ocupan las raridades;  
 Tan perfecta, aun no acabada,  
 Que no solo los que saben  
 Mas del arte dicen que es  
 Obra de arquitecto grande,  
 Mas del partido lo bello,  
 Lo hermoso del filabre,  
 Aunque con lenguas de fuego,  
 Lom al maestro sage;  
 Y á ver tu real capilla,  
 En cuyo templo vace  
 Con su cristama Belona  
 Aquel católico Marte,  
 A cuyos gloriosos enperos,  
 Aunque muertos, inmortales,  
 Por reliquias de valor  
 España los debe altares;  
 Y á ver tu fértil escuela  
 De Bártaulos y de Abades,  
 De Galenos y Avicenas,  
 De Escotos y de Tomases;  
 Y á ver tu colegio insigne,  
 Facto, que puede igualarse  
 A los que el agua del Tórnes  
 Beben y las del Henares;  
 Cuyas becas rojas vemos  
 Poblar universidides,  
 Plazas, audiencias y sillas  
 De iglesias mil catedrales;  
 Y á ver el templo y la casa  
 De los jerónimos frailes,  
 Donde esta el mármol que sella  
 El gran Gonzalo Fernandez,  
 Digo los heroicos huesos  
 De aquel sol de capitanes;  
 A quien mi patria le dió  
 El apellido y los padres;  
 Cuyas armas siempre fueron,  
 Aunque abolladas, triunfantes  
 De los franceses estoques  
 Y de los turcos allanges;  
 De que dan gloriosas señas  
 Las banderas y estandartes,  
 Los velmos y los escudos,  
 Tablachines y turbantes  
 De los geizaros fieros  
 Y de los barbaros Trachos,  
 De los segundos Reinaldos  
 Y de los nuevos Roldanes;  
 Que á solo honrar su sepulcro  
 De trofeos militares,  
 Unos rompieron el mar  
 Y otros bajaron los Alpes;  
 Y á ver tu Albaicin, castillo  
 De rebeldes voluntades,  
 Cuerpo vivo en otro tiempo,  
 Ya lastimoso cadaver;  
 Y á ver tu apacible vega,  
 Donde combatieron antes  
 Nuestros cristianos maestros  
 Con tus paganos alcaides;  
 Y á ver tu Generalife  
 Y aquel retrato admirable  
 Del teneno de Ceitoso  
 De nuestros primeros padres,  
 Do el ingenio de los hombres  
 De murtas y de arrayanes  
 Ha hecho á naturaleza  
 Dos mil vistosos ultrajes,  
 Donde se ven tan al vivo  
 De brótano tantas naves,  
 Que dirán, si no se mueven,  
 Que es por faltalles el aire;  
 Y á ver los carmenes frescos  
 Que al Darro cenefa hacen  
 De aguas, plantas y edilicios,  
 Formando un lienzo de Flándes,

Do el céfiro al blando chopo  
 Nueve con soplo agradable  
 Las hojas de argenteria  
 Y las de esmeralda al sauce,  
 Donde hay de árboles tal greña,  
 Que parecen los frutales,  
 O que se prestan las frutas,  
 O que se dan dulces paces;  
 Y del verde Dinadamar  
 A ver los manantiales,  
 A quien las plantas cobijan  
 Porque los troncos se bañen,  
 Entre cuyos verdes ramos  
 Juntas las diversas aves,  
 A cuatro y á cinco voces  
 Cantan motetes suaves;  
 Y á Jaragui, donde espiran  
 Dulce olor los frescos valles,  
 Las primavera de gloria,  
 Los otoños de azahares (24);  
 Cuyo suelo viste Flora  
 De tapetes de Levante,  
 Sobre quien vierte el abril  
 Esmeraldas y balajes;  
 Y á ver de tus bellas damas  
 Los bellos rostros, iguales  
 A los que en sus jeraquias  
 Las doradas plumas batan,  
 Por quien, nevado Genil,  
 Es muy justo que te alabes  
 Que excedes al sacro Ibero,  
 Y al rubio Tajo deshaces,  
 Pues en tus nobles orillas  
 Milagros de heldad nacen,  
 Envidia de otras riberas,  
 Eclipse de otras beldades,  
 Tan gallardas sobre bellas,  
 Que no han visto las edades  
 Ni mantos de mayor brio  
 Ni mirar de mas donaire,  
 Tan discretas de razones  
 Y tan dulces de lenguaje.  
 Que dirán que entre sus perlas  
 Destila Amor sus panales;  
 Estas son, ciudad famosa,  
 Las que del Duero al lidaspé  
 Te dan el honor y el lustre  
 Que al oro dan los esmaltes.

(24) Al leer este precioso romance de Góngora, no puedo menos de traer á la memoria las lindísimas redondillas de Lope en loor de Granada:

Dale en tu desden entrada,  
 Así veas tu persona  
 Con la famosa corona  
 De nuestra imperial Granada.  
 Gozarás oro de Barro,  
 Verde jaspe de Genil,  
 Del Albarcin la sutil  
 Toca de tu frente, Lauro.  
 Daráte Generalite  
 Flores que esa mano arranque,  
 Comares en blanco estanque  
 Te dará dorado esquite.  
 Vivarramba sus balcones  
 Para que en fiestas estés,  
 Y para dorar tus pies  
 Vivalmazan sus pseudones.  
 Celebrados carmesies  
 La calle que es de tu nombre,  
 Granada, porque te asombre,  
 Granos de rojos rubies.  
 Vivatambin con soldados  
 Te hará salva cada día,  
 Zacatín y Alcaicería  
 Te darán tela y brocados.  
 La vega, con su verdura;  
 Rojo trigo y verdes parras,  
 Si nieve las Alpujarras,  
 Corridas de tu blancura.  
 Dinadamar su corriente,  
 Todos los campos sus frutos,  
 Mis vasallos sus tributos,  
 Y yo el laurel desta frente.

En tu seno ya me tienes  
 Con un deseo notable  
 De que alimenten mis ojos  
 Tus muchas curiosidades,  
 Dignas de que por gozarlas,  
 No solo se desamparen  
 Las comarcas del Bétis,  
 Mas las riberas del Ganges,  
 Y que se pasen por verlas,  
 No solo dudosos mares,  
 Mas las nieves de la Scitia,  
 De Libia los arenales.  
 Pues eres, Granada ilustre,  
 Granada de personajes,  
 Granada de serafines,  
 Granada de antigüedades,  
 Y al fin la mayor de cuantas  
 Hoy con el tiempo combaten,  
 Y que mira en cuanto alumbra  
 El rubio amador de Dafne.

## XXXIII.

Tendiendo sus blancos paños  
 Sobre el florido ribete  
 Que guarnece la una orilla  
 Del frisado Guadalete.  
 Halló el sol una mañana  
 De las que el abril promete  
 A la violada señora  
 Violante de Navarrete,  
 Moza de manto tendido,  
 Lavandera de rodete,  
 Entre hembras luminaria  
 Y entre lacayos cohete.  
 Quiso á un mozo de nogal,  
 De mostacho á lo turquete,  
 Cuyas espaldas pudieran  
 Dar tablas para un bufete,  
 De la cámara de Marte  
 Gentil-hombre, mata-siete,  
 Como lo muestra en la cinta  
 La llave de un pistolette;  
 Que viste colete de ante,  
 Virgen de todo piquete,  
 No tanto porque el flamenco  
 Lo dió á prueba de moquete,  
 Cuanto porque el español  
 En las lides que le mete  
 Hizo mas fuga con él  
 Que Guerrero en un motete (25).  
 Déjola ya por un paje  
 Bien peinado de copete,  
 Que arrima á una guitarrilla  
 Su poquito de bajete;  
 Dignísimo citarista  
 De un canicular bonete,  
 Poeta de Andalucía,  
 Como cristiano Hamete.  
 Por hacelle pues á solas  
 De sus pechugas banquete,  
 Sobre la piadosa sombra  
 De un álamo su alcañete.  
 Descalzar le ha visto el alba  
 Botines de tafíete  
 Y lavar cuatro camisas  
 Del veinticuatro Alderete.  
 Los blancos paños cubrían  
 El verde claro tapete (26)  
 Que dió flores á Violante  
 Para mas de un ramillete,  
 Cuando por la puente abajo  
 Del lavadero acomete  
 Un mozueto vellori (27),  
 Entre lacayo y corchete;

(25) Algunos leen: que Jusquin.

(26) Algunos leen:

Y el verde y blanco tapete.

(27) Lo mismo que vellori. El Carrasco, como luego se ve, era mulato.

Y llegando á  
 De celos hasta lleno  
 Y de vino hasta á  
 Esto á los aires ca,  
 «Violante, que á  
 Pelota de mi trinquempo fuiste  
 De mis botones ojal  
 Y de mis cintas ojete  
 «Palomeque y Fuen.  
 Me han dicho que es ul  
 Idoló de tus cuidados, etc  
 Y de tu libertad brete;  
 «Un músico que tremoi  
 Las plumas de un martine  
 Bujia en lo delicado,  
 Y en lo moreno pebete.  
 «Llamaránte á desafío  
 Los renglones de un billete,  
 Cuando yo presuma dél  
 Que lo lea y que lo aceté;  
 «Y entonces vistase el pollo  
 Sobre un jaco un coselete,  
 Que yo le torceré el alma  
 Como tuercas tú un roquete.  
 «— Mas quisiera, le responde,  
 Una lonja entre un mollete,  
 Que tus bravatas, Carrasco,  
 Humos de blanco y clarete.  
 «Quiero bien á ese galán,  
 Y si no te viene mal, véte,  
 Que arena viene pisando  
 El de lo perdiguillete (28).»  
 Con un suspiro que fuera  
 Respuesta de un morterete,  
 Respondió Carrasco el bravo  
 Cuando hablar mas le compete.  
 Llegó entonces Jimenillo,  
 Y torciendo el de florete,  
 Guarnecido de oro y pardo,  
 Con el mulato arremete,  
 Haciendo que una guitarra  
 Las negras sienes le apriete,  
 Música siembra en sus cascos  
 Y en el campo pinabete.  
 Mostróle las herraduras  
 El sevillano jinete  
 Al tiempo que el jerezano  
 Le aseguraba un puñete.  
 Participó del Violante;  
 Mas tyvolo por juguete,  
 Guardándole á su Medoro  
 Con un abrazo un rosquete.

## XXXIV.

No me bastaba el peligro  
 De una grave enfermedad,  
 Que pues no me mató ella,  
 Riespiro para inmortal (29);  
 Sino condenarme agora  
 A depender á labrar  
 Un hisonjero imposible  
 Y un su ave perdonar.  
 ¿Qué te ha hecho, crudo Amor,  
 Esta pobre libertad,  
 Blanco de tus demasías,  
 No las llamo flechas ya?  
 Forastero bien venido,  
 Si vais para la ciudad,  
 Y acaso os metiere en ella  
 Amor ó necesidad,  
 Guardáos mil veces, os digo,  
 De un basilisco mortal,  
 Que está su mayor pozoña  
 En su mas dulce mirar;  
 De un angel el mas hermoso  
 Que vistió la humanidad,  
 Que de cruel y de bello

(28) Otros leen pardiguillete.

(29) Otros escriben reptilo, y otros reptilo.

Tiene dudoso lo nto,  
Témela el Amoistad  
Que han confirm  
Mayor que se pi  
De mujer y deas almas,  
Todo en dañal,  
Ya yo lo sé pe sus flores  
Que he pisadhtar.  
Aspid que sonda Amor  
Armado seldad  
De saetas (tremolan  
En los ojos de paz.  
Traidoras! desco,  
Aseguntad,  
Fíase la fieras puntas  
Y dan es desleal.  
Del arca desta alevosa,  
Las la conozcais,  
Para más de los extremos  
Son gloriosa beldad,  
De si canta se suspende  
Lmonia celestial,  
Lflora enjuga al alba  
Y lagrimas de cristal.  
Con mi ejemplo y estas señas.  
aballero, caminad;  
que ella me condena á muerte,  
Y yo me voy á enterrar.

## XXXV.

¡Qué necio que era yo antaño,  
Aunque ogaño soy un bobo;  
Mucho puede la razon,  
Y el tiempo no puede poco!  
A fe que dijo muy bien  
Quien dijo que eran de corcho  
Cascos de caballo viejo  
Y caseos de galan mozo.  
Servi á Amor cuatro años.  
Que sirviera mejor ocho  
En las galeras de un tureo  
O en las mazmorras de un moro.  
Lisonjas majaba y celos,  
Que es el esparto de todos  
Los majaderos cautivos  
Que se vencen de unos ojos.  
Destá dura esclavitud  
Hace un año por agosto  
Me redimió la merced  
De un tabardillo dichoso.  
A este mal debo los bienes  
Que en dulce libertad gozo,  
Y vame tanto mejor  
Cuanto va de cuerdo á loco.  
Heme subido á Tarpeya  
A ver cuál se queman otros  
En tan vergonzosas llamas,  
Que su honor volará en polvo;  
Y he de ser tan inhumano,  
Que á quien otra vez piadoso  
Ayudara con un grito  
Acudiré con un soplo.  
Haganse tontos cenizas,  
Que con cenizas de tontos  
Discretos cuehan sus paños,  
Manchados, pero no rotos.  
Quince meses há que duermo,  
Porque há tantos que reposo  
Sobre piedras como piedra,  
Sobre plumas como plomo.  
No rompen mi sueño celos,  
Ni pesadumbres mi ocio,  
Ni serenos mi salud,  
Ni mi hacienda mal cobro.  
Tengo amigos los que bastan  
Para andarme siempre solo,  
Y vame tanto mejor, etc.  
Con doblados libros hago  
Los dias de mayo cortos,

Las noches de enero breves  
Por lo lazio y por lo tosco.  
Cuando há de echarme la musa  
Alguna ayuda de Apolo,  
Desataése el ingenio,  
Y algunos papeles borro.  
A devocion de un ausente,  
A quien ausente y devoto  
Con tiernos ojos escribo  
Y con dulce pluma lloro,  
Discreciones leo á ratos,  
Y necedades respondo  
A tres ninfas que en el Tajo  
Dan al aire trenzas de oro,  
Y á la que ya vió Pisuergra,  
La aljaba pendiente al hombro,  
Seguir la casta Diana  
Y eclipsar su hermano rojo.  
Salgo alguna vez al campo  
A quitar al alma el molino  
Y dar verde al pensamiento,  
Con que purgue sus ojos.  
En mi aposento otras veces  
Una guitarrilla tomo,  
Que como barbero templo  
Y como bárbaro toco.  
Con esto engaño las horas  
De los dias perezosos.  
Y vame tanto mejor, etc.  
Pagaba al tiempo dos deudas  
Que tenia tras de un torno:  
Mas ya há dias que á la iglesia  
Del desengaño me acodo;  
En cuyo lugar sagrado  
Me ha comunicado Astolfo  
Todo el licor de su vidrio  
Y la razon sus autojos;  
Con que veo á la fortuna  
De la fabrica de un trono  
Levantar un cadahalso  
Para la estatua de un monstruo,  
Y por las calles del mundo  
Arrastrar colas de potros  
A guisar de carro triunfal  
Se apeó en el Capitolio.  
Veo pasar como humo,  
Afirmado el tiempo cojo  
Sobre un cetro imperial  
Y sobre un cayado corvo.  
Despues que me conocí,  
Estas verdades conozco,  
Y vame tanto mejor  
Cuanto va de cuerdo á loco.

## XXXVI.

Levantando blanca espuma  
Galeras de Barbarroja,  
Ligeras le daban caza  
A una pobre galeota  
En que alegre el mar surcaba  
En mallorquin con su esposa,  
Dulcísima valenciana,  
Bien nacida quanto hermosa (50).  
Del Amor agradecido,  
Se la llevaba á Mallorca,  
Tanto á celebrar las pascuas  
Cuanto á festejar las bodas;  
Y cuando á los sordos remos  
Mas se humillaban las olas,  
Mas se ajustaba á la vela  
El blando viento que sopla,  
Espíandola detrás (51)  
De una cala insidiosa

- (50) Así Verges; otros leen:  
Bien nacida, si hermosa.  
(51) Otros leen:  
Espíandola detrás.

Estaba el fiero terror  
De las playas españolas.  
Sobresaltola en un punto;  
Que por una parte y otra  
Sus cuatro enemigos leños  
Tristemente la coronan.  
Crece en ellos la codicia  
Y en estotros la congoja,  
Mientras se queja la dama,  
Deramando fiero aljofar:  
Favorable y fresco viento,  
Si eres el galan de Flora,  
Valgame en este peligro  
Por el regalo que gozas.  
Tu, que embravecido puedes  
Los hapeles que te enojan  
Lambustillos en la arena  
Con mas daño que en las rocas;  
Tu, que con la misma fuerza,  
Quando al humilde perdonas,  
Sueles de arnadas reales  
Escapar barquillas rotas,  
Salga esta vela á lo menos  
Destas manos rigorosas,  
Qual de garras de alou  
Blancas alas de paloma.

## XXXVII.

Sin vela y sin esperanza (52)  
Bonpe en mal seguro leño  
Su serenidad al mar,  
Y á la noche su silencio,  
Un pobre pescadorcillo,  
Ausente de sus deseos,  
Lo que hay del mar andaluz  
A los valencianos senos.  
A calar salió sus redes;  
Mas el hijuelo de Venus,  
Suspendiendole de oficio,  
Le condenó á pensamientos.  
A dulces memorias dado,  
Y arrebatado á su cielo,  
Los remos deja á las aguas  
Y la red ofrece al viento.  
¡Barquero, barquero,  
Que se llevan las aguas los remos!  
No teme enemigas velas  
O de renegado griego  
O de enemigo pirata  
De la laguna al estrecho (55),  
Porque el amor lo asegura,  
Que no hay cosario tan fiero,  
Otro para un enepio sin alma  
Embista un bajel sin dueño.  
Y así, la incierta derrota  
Prosigne, velando en sueños (54),  
Animosamente vivo,  
Humilde poseador muerto.  
Lagrimas vierten sus ojos,  
Suspiros lanza su pecho  
Por pagar al mar y al aire  
Forzados y marineros.  
¡Barquero, barquero,  
Que se llevan las aguas los remos!

## XXXVIII.

En dos Incientes estrellas,  
Y estrellas de rayos negros,  
Dividido he visto el sol  
En breve espacio de cielo.

(52) Casi todas las ediciones que he visto dicen:

Sin Leda y sin esperanza.

(55) Otros leen:

De la laguna el estrecho.

(54) Otros escriben: velando sueños.

El luciente oficio hacen  
De las estrellas de Vénus,  
Las mañanas como el alba,  
Las noches como el lucero.  
Las formas perfilan de oro,  
Milagrosamente haciendo,  
No las bellezas oscuras,  
Sino los oscuros bellos;  
Cuyos rayos para él  
Son las llaves de su puerto,  
Si tiene puertos un mar  
Que es todo golfo y estrechos.  
Pero no son tan piadosos,  
Aunque si lo son, pues vemos  
Que visten rayos de luto  
Por cuantas vidas han muerto.

## XXXIX.

Criábase de Albanes  
En la corte de Amurates,  
No como prenda cautiva  
En rehenes de su padre,  
Sino como se criara  
El mejor de los sultanes,  
Del Gran Señor, regalado,  
Querido de los bajos.  
Gran capitán en las guerras,  
De los soldados escudo,  
Espejo de los galanes;  
Recien venido era entonces  
De vencer y de ganalles,  
Al hugaro dos banderas  
Y al Soli cuatro estandartes;  
Mas, ¿qué aprovecha domar  
Invencibles capitanes  
Y contraponer el pecho  
A mil peligros mortales,  
Si un niño ciego le vence,  
No mas armado que en carnes,  
Y en el corazon le deja  
Dos arpones penetrantes;  
Dos penetrantes arpones,  
Que son los ojos suaves  
De las dos mas bellas turcas (55)  
Que tiene todo Levante:  
Que no hay turquesas tan finas,  
Que a sus ojos se comparen;  
Discretas en todo extremo,  
Y de gracias singulares.  
No le defendió el escudo,  
Hecho de finos diamantes,  
Porque el amoroso fuego  
Es al rayo semejante;  
Que el duro hierro en sus manos  
Disminuye y lo deshace;  
No para en hierro el amor,  
Pues sin errar tiro sabe  
Poner en el alma el hierro  
Y en la cara las señales.  
Fue tan desdichado en paz,  
Cuanto en la guerra triunfante;  
Rendido en paz de mujeres,  
Siendo en guerra un fiero Marte;  
Bien conoció su valor  
Amor, pues para enlazarle,  
Por tener sujeto amor  
Al que sujetó al dios Marte,  
Un lazo vio que era poco,  
Y quiso con dos vendalle.

## XL.

Amarrado á un duro banco (56)  
De una galera turquesca,  
Ambas manos en el remo

(55) Otros dicen:

De las mas hermosas turcas.

(56) *Amarrado al duro banco*, dicen otras ediciones. Sigo el texto de Verges.

Y ambos ojos en la tierra,  
Un forzado de Dragut  
En la playa de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadema.  
«Oh sagrado mar de España,  
Famosa playa y serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!  
»Pues eres tú el mismo mar  
Que con sus crecientes besas  
Las murallas de mi patria,  
Coronadas y soberbias.

»Tráeme nuevas de mi esposa,  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros  
Que me dice por sus letras:  
»Porque si es verdad que llora  
Mi cautiverio en su arena,  
Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas.  
»Dame ya, sagrado mar,  
A mis demandas respuesta:  
Que bien puedes si es verdad,  
Que las aguas tienen lenguas;  
»Pero, pues no me respondes,  
Sin duda alguna que es muerta,  
Aunque no lo debe ser,  
Pues que yo vivo en su ausencia:  
»Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado,  
A nadie matarán penas.  
»En esto se descubrieron  
De la religion seis velas,  
Y el comité mandó usar  
Al forzado de su fuerza.

## XLI.

La desgracia del forzado,  
Y del cosario la industria,  
La distancia del lugar  
Y el favor de la fortuna,  
Que por la boca del viento  
Les daba á soplos ayuda  
Contra las cristianas cruces  
A las otomanas lunas,  
Hicieron que de los ojos  
Del forzado a un tiempo huyan;  
Balee patria, amigas velas,  
Esperanzas y ventura.  
Vuelve pues los ojos tristes  
A ver como el mar le hurta  
Las torres y de las naves (57)  
Las velas, y le da espumas.  
Y viendo mas aplacada  
En el comité la furia,  
Vertiendo lágrimas dice,  
Tan amargas como muchas: [mo,  
¿De quién me quejo con tan gran extre-  
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?  
»Ya no esperen mas mis ojos,  
Pues agora no lo vieron,  
Sin este remo las manos,  
Y los piés sin estos hierros;  
»Que en esta desgracia mia  
Fortuna me ha descubierta  
Que cuantos fueren mis años  
Tantos serán mis tormentos.  
¿De quién me quejo, etc.  
»Velas de la religion,  
Enfrenad vuestro denuedo;  
Que mal podréis alcanzarnos,  
Pues tratáis de mi remedio.  
»El enemigo se os va,  
Y favorecélo el tiempo,  
Por su libertad no tanto,

(57) Otros leen *nubes*; y algunos:

Las torres y le da nuevas  
Las velas y las espumas.

Cuanto por mi ca  
¿De quién me quejo.  
»Quedaos en aquí  
De mis pensamientos  
Quejaos de mi desvío;  
Y no echéis la culpa.  
»Y tú, mi dulce susto.  
Rompe los aires ardier  
Visita á mi esposa bella  
Y en el mar de Argel te  
¿De quién me quejo contar? [mo,  
Si ayudo yo á mi daño con  
mo?]

## XLII.

De Tishe y Píramo quiero,  
Si quisiere mi guitarra,  
Contar la historia y ejemplo  
De firmeza y de desgracia.  
No se quién fueron sus padres  
Mas bien sé quién fué su patria;  
Todos lo que yo sabeis,  
Y para introduccion basta.  
Era Tishe una pintura  
Hecha en lamina de plata,  
En brinco de oro y cristal  
De un rubí y dos esmeraldas.  
Su cabello eran sortijas,  
Memorias de oro y del alma;  
Su frente el color bruñido  
Que da el sol hiriendo al nácar;  
Sus labios la grana fina,  
Sus dientes las perlas blancas,  
Porque, como el oro en paño,  
Guarden las perlas en grana.  
Desde la barba al pié Vénus,  
Su hijuelo y las tres gracias  
Deshojando están jazmines  
Sobre rosas encariadas.  
La alegría eran sus ojos,  
Si no eran la esperanza  
Que vistió la primavera  
El día de mayor gala.  
La edad, ya habeis visto el diente,  
Entre mozucla rapaza,  
Pocos años en chapines,  
Con reverendas de dama.  
Señor padre era un buen hijo,  
Señora madre era una paíla  
Dulce, pero simple gente,  
Conserva de calabaza.  
Regalaban á Tisbicha  
Tanto, que si la mochacha  
Pedia leche de cisnes,  
Le traian ellos natas.  
Mas ¿qué mucho, si es la niña,  
Como quien no dice nada,  
La niña de sus dos ojos,  
Los ojos de sus dos almas?  
Los brazos del uno fueron,  
Y del otro eran las faldas,  
Los primeros años cuna,  
Los siguientes almohada.

## XLIII.

Guarda corderos, zagala;  
Zagala, no guardes fe;  
Que quien te lizo pastora  
No te excusó de mujer.  
La pureza del armino,  
Que tan celebrada es,  
Vistela con el pellico  
Y desaudala con él.  
Deja á las piedras lo firme,  
Advirtiéndole que tal vez,  
A pesar de su dureza,  
Obedecen al cielo.  
Resiste al viento la cucina  
Mas con el villano pié  
Que con las hojas corteses,



Que á cualquier céfiro creen (58).

Aquella hermosa víd  
Parte abrazada al olmo ves  
Parte pámpanos discreta  
Con el vecino laurel.

Tortolilla gemidora,  
Depuesto el casto desden,  
Talamo lizo segundo  
Los ramos de aquel ciprés.

No para un abeja sola  
Sus hojas guarda el clavel,  
Beben otras el aljofar  
Que guarda su rosicler.

El cristal de aquel arroyo,  
Undosamente líel,  
Niega al ansente su imágen  
Hasta que le vuelva á ver.

La inconstancia al furda plumas  
Al hijo de Venus, que  
Poblando dellas sus alas,  
Viste sus flechas tambien.

No pues tu libre albedrio  
Lo tiranice interés,  
Ni amor, que de singular  
Tiene mas que de inliel.

Sacude preciosos yugos,  
Coyundas de oro no dén,  
Sino cordones de lana,  
Al suelto cabello ley.

Mal hayas tú si constante  
Mirares al sol, y quien  
Tan águila fuere en esto,  
Dos veces mal haya y tres.

Mal hayas tú si mirares  
En lasciva candidez  
Las aves de la deidad  
Que primero espuma fue.

Solicitando prolija  
La ingratitude de un doncel,  
Ninfá de las selvas va,  
Vocal sombra vino á ser.

Si quieres pues, zagaleja,  
De tu hermosura cruel  
Dar entera voz al valle,  
Desprecia mi parecer.

## XLIV.

Al pié de un árbol robusto,  
Sacro honor del encinar,  
Que há muchos años que el héris  
Le calza el pié de cristal.

Tan robusto, que compute,  
No sé cuál pondere mas,  
Con los montes en dureza,  
Con los siglos en edad.

Sobre un pedernal torcido  
Está Fileno, si hav  
Pedernal con ramas dende  
Hay troncos de pedernal.

Baston fué, y á pocas horas  
La fuerza de amor es tal,  
Que baston que fué de encina,  
Cavado de mimbre es ya.

Desdeñado anda Fileno  
De la mas nueva beldad  
Que engendrô con rayos negros  
La blanca espuma del mar.

(58) Así la edición de Pedro Verges (Zaragoza, 1645).

Las demás dicen equivocadamente:

Que con las hojas corteses,  
Á cualquier céfiro cree.

## XLV.

Estando en Valladolid un médico sin criado,  
dejó un macho que traía suelto, y fuése á visitar al Almirante, y el macho llegó á comer alcácel que estaba segado para dar verde, y cuando bajo su amo dió á huir, y por cogerlo se ensució los piés en el estriércol, y se le cayó la capa y se le ensució, de que se fue á lavar á Esgueva; y el Almirante pidió á don Luis celebrase este suceso.

Cuando la rosada aurora,  
O violada si es mejor,  
Escojan los epitetos,  
Que ambos de botica son,

Las alboradas de abril  
Vierte desde su balcón.  
Como en posesion del día,  
Perlas que desata el sol,

Entre ciertos alcaceles  
Una sarta se halló  
Destas orientales perlas  
El machuelo de un doctor.

Fióselas el aurora,  
Mas él, de buen pegador,  
En solo un abrir de ojo  
En doblones las pagó.

Al ruido de la paga,  
Que con trompetas havió,  
Ya que no con atabales,  
A dar la satisfacion,

Salió el sol, y halló al machuelo  
Y al médico, su señor,  
Que habia cotado el dinero  
Con un pié y aun con los dos.

Estaba el varon cual veis,  
Si es macho cada varon,  
Hecho un macho por la lega  
Que en la moneda habló.

Remedio contra extrañeros,  
Que el oro fino español  
Traducen en ginovés  
Para pasallo mejor.

Yo les doy que pasen esto  
Que el macho desembolsó,  
Y en su lengua lo traduzgan  
Con observancia y rigor.

No rocín de perulero,  
Digo de conquistador,  
Con mas oro y menos clavos  
En aquel tiempo se herró,

Que se herró nuestro Esequelapio,  
Bien hañados de rampion,  
Parque tiene malos caseos,  
Y así lo alianzaron hoy.

Filosofo en el desprecio  
Aun mas que en la profesion,  
Debajo de los piés tiene  
El tesoro que se halló.

Tanta riqueza aborrece,  
Hecho un Midas, y aun peor;  
Que otro pidió si tuvo,  
El tiene, mas no pidió.

Hecho un sol y hecho un mayo,  
Quiere que cada terron  
Oro engendre, y cada verba  
Trascienda no siendo flor.

Liberal parte con todos  
De lo que el macho le dió,  
A patadas como mula,  
O con mosca ó sin trabon.

El macho piensa que baila,  
Y porque no talte son,  
Ya que ha engonado las cerdas,  
Su rabclilo toró.

Dióle viento, y fué organillo,  
Donde con admiracion  
Oyó su troupa el soldado  
Y su zampoña el pastor.

Que instrumentos manuales,  
Como organillo y violon,  
Taña un macho con un ojo,  
Ni se ha visto ni se oyó.

No solo quiso tañer,  
Sino meter una voz,  
Y debió entender su amo  
La letra de la cancion,

Pues á un arbol de aquel prado  
Pidió aprisa un varejon,  
Para llevarle en compás;  
Mas el macho no aguardó.

Hizo fuga á cuatro piés,  
Y el médico la siguió;  
Que es bestial músico el hombre,  
Y fué siempre en proporcion.

Dejó la capa corriendo  
Sobre cierta provision  
De Merida, que á un correo  
Por detras se le cayó.

Pasó atrás su animadejo,  
Que alzaba el pié en ocasion,  
Para pedille calzado  
Mas que para dalle coz.

Fatigolo por el campo,  
Y despues que lo canso,  
Manso se dejó coger,  
Muy contento y muy burlon.

El médico, como tal,  
Daseaba, y con razon,  
Si capa, como la suya  
Cualquiera predicador.

Volvio al lugar donde estaba,  
Y sin consideracion  
Se arrebozo luego en ella,  
Si no es que se emborraco.

Siente un no sé que, y entiende  
Que es el zapato: mas no,  
Que está lejos el zapato,  
Y es mas vecino el olor.

fiúele la capa, y sospecha  
Que entre tanto que el corrió  
Se ha enjertado en su capilla  
Algun pobre labrador.

Alarga la mano y halla  
Los recaudos del peon:  
El sello, mas no el papel,  
Sino en cera, que es peor.

Es amarilla la cera,  
Y en viendola continúa  
Que hav diluido en la capilla,  
Y con mucha compasion.

Si hisopo fue por agua  
A Esgueva, y toda la dió  
A la sepultura, y dijo  
Con sentimiento y dolor:

«Oh vos, cualquiera que entrastes  
Hoy en mi jurisdiccion,  
honde mi capa de paño,  
Si no de tunba, os sirvió!

Sed principe ó sed plebeyo,  
Seas decir al menos yo  
Que fuera gnante de ambar  
Lazaro puesto con vos.

Fuistes galan del terrero,  
Desdeñado del Amor,  
Que estás suspirando aqui  
El desden que allá os mató;

O sois juez agraviado  
En muy baja provision,  
Porque oleis á proveido,  
Muy mal y muy sin razon:

O sois privado de quien,  
No solo aqui os despió,  
Mas os eubo su mal ojo,  
Que es hasilisco un señor.

Sed cualquiera cosa de estas;  
Que yo hago traslacion  
De vuestros huesos á Esgueva,  
Aunque todo pulpa sois.

Desenterrador me hago,  
Sobre médico que soy;

Que esto es mucho mas que ser Médico y enterrador.

Alla vais, cómanos peces,  
Si no hay otro, cual Arion,  
Dellin de algun espinazo,  
Que salga en vuestro favor.

## XLVI.

Tenemos un doctorando,  
Discretos y generosos  
Oidores de las tibiezas,  
Que con empacho supongo;

Tenemos un doctorando  
Criado en un oratorio,  
En una casa de orates,  
Por no decirle de locos;

Tan comensal, tan hermano  
Aun de los mas furiosos,  
Que un *orate-frates* suyo  
Será pulla para todos.

Este pues doctorandico  
Quiere en la octava del Corpus,  
Por autorizar el suyo,  
Hacer burla de nosotros.

Hanos convidado á verlo,  
Y creo que lo hacen pocos  
De los que le están mirando,  
Si no se ponen antojos.

Bien es verdad que su ciencia  
Se paga ya muy al doblo,  
Porque no nos puede ver,  
Y no penseis que es por odio,

Sino por la oblicuidad  
De sus dos serenos ojos,  
Tan serenos, que lo tienen  
Romadizado y con mocos.

Este pues doctoranduco (59)  
Amaneció con golondros  
De doctor una mañana  
Que se le alteró el meollo.

Pidióle borla el testuzo;  
Entre vano y vergonzoso  
Le dijo á su señor tío:  
«*Pater noster*, yo soy pollo

»Del huevo que ya empollastes,  
Con vuestra pluma me honro;  
Dejadme caer en esta  
Tentacion de semidocto.

»Ya que lo soy de la haz,  
Hacedme del revés tordo,  
Doctor digo, y sea una borla  
Giralda del Capitolio.»

Correspondióle su tío,  
Y aunque algo escrupuloso,  
De su talento á la costa  
Jinetes ofreció de oro.

Conócelo porque ha sido  
Del ya menguado auditorio  
De sus sermonicos uno,  
Y no ha querido ser otro.

Conoce lo que predica  
(Reventando muy de toscó),  
Frustreras italianas,  
Por monseñor de Bitonto.

Conoce lo que no tiene,  
Ni mas partes ni mas tomo  
Que las de santo Tomás  
Y del siempre agudo Escoto;

Conócelo, mas la honra  
Le hizo decir: «Si otorgo,»  
Aunque agora la vergüenza  
Lo tiene como un madroño.

Hanos traído pues hoy  
Este nieto de pusposdos  
(Por lo cumplido de piés,  
Segun la regla de Antonio)  
»Donde me ha obligado á mi,  
Por lo que tiene de potro

Tortural y aun apretante,  
Si no de borrico y romo,  
A deciros las verdades  
Que he callado y ya conozco  
Deste discipulo mio,  
Este ya mi oyente sordo (40).

Lo que trabajé con él  
Sábelo el santo glorioso  
Que celebramos hoy, pues  
Quizá quedo menos ronco

De dar voces al desierto  
Y de convertir escollos,  
Que yo de explicarle puntos  
Que hoy le he de dar por el rostro.

Es tan rudo su merced,  
Que puede sanar él solo  
Mal de madre, muchos mas  
Que darlos un alboroto.

Presume con todo eso  
Su merced de ingenioso;  
Mas en su ingenio de seda,  
Que repite para torno,

Donde creo que ha torcido  
La deste cándido copo,  
Desta borla blanca digo,  
Que ha pretendido baboso,

Y que ha hilado gusano  
Donde se ha de quedar bobo,  
Que es capullo para unos  
Lo que es borla para otros,

Concédale pues el claustro  
Deste doctoral adorno;  
Sirva de tilde la insignia  
A la Q de nuestro coco.

Que hay señor Q tilde que  
Hanlo crecido de hombros  
Dos hebras de seda mas  
Que cuatro dedos de corcho.

Vanidad de vanidades;  
Tanto levanta del polvo  
Su mitra á la cogujada  
Como su capelo al hongo.

Defecto natural suple  
Mal remedio artificioso;  
Mono vestido de se la  
Nunca deja de ser mono.

Consuélese voacé,  
Y goce en siglos dichosos  
El debido honor á estudios  
De un *Tostado* en nuestro borno.

El magisterio romped  
Por lo que teneis de tronco  
Los años de las encinas  
De nuestro romano *Soto*.

Seais por lo autorizado  
Mucho mas grave que el plomo,  
Metal que igualmente ignora  
La facilidad y el moho.

Hágaos por bienquisto el vulgo  
El mismo aplauso que á un toro;  
Victor os aclamen letras  
De escolástico y redondo (41).

Tan pegado á las paredes  
Vivais, que algun envidioso  
Os rempuje algun suspiro  
Cuando no os diga un responso.

Sonando al fin vuestro nombre  
Desde el Cancro al Capricornio,  
Trompas de la fama digan  
Que se gradúan ya trompos.

## XLVII.

Murmuraban los rocines  
A la puerta de palacio,  
No en sonoros relinchos,  
Que eso es ya muy de caballos,

Sino en su bestial idioma,  
Ni gruñendo ni rifando,  
Para mejor engañar  
Las varas de los lacayos.

Cabecijuntos murmuran,  
Tres á tres y cuatro á cuatro,  
De sus amos lo primero,  
Por mas parecer criados.

Un castaño comenzó  
Rocin portugués fidalgo,  
Cuyo pelo es un erizo,  
Por ser fruta de castaño.

Con mas paramentos negros  
Que el rocín de Arias Gonzalo,  
Que en la cadera y el luto  
Mas es tumba que caballo.

«Sirvo, les dijo, á un ratiño,  
Macias enamorado,  
Tan flaco en las carnes él,  
Como yo en las carnes flaco.

»Como un esclavo le sirvo,  
Aunque nunca me ha herrado  
Ni la cadera con S  
Ni la herradura con clavo.

»Dos cosas pretende en corte,  
Y ambas me cuestan mis pasos:  
La verde insignia de Avis  
Y un seralín castellano;

»Porque en Africa su abuelo  
Mató un leon cuartanario,  
Desde una palma subido,  
De cuarenta arcabuzazos.

»Fatiga tanto al portugués,  
Y al Amor fatiga tanto,  
Que no irá cruzado el pecho  
Sin ir el rostro cruzado;

»Porque el padre de la moza  
Me dicen que le ha jurado  
De darle la cruz en leño,  
Que pide al Consejo en paño.»

Apenas el portugués  
Acabó sus quejas, cuando  
Una remendada pia,  
De un comiscal cortesano,

Mordiéndole el freno tres veces,  
Y otras tres humo espirando  
(Que es colera de que escriben  
Autores arrocinados),

«Sirvo, les dice, á un pelon,  
Que no solo há veinte años  
Que come de aventurero,  
Mas que duerme de prestado.

»Con esta gualdrapa corta,  
Y tan corta, que ha guardado  
Mejor que si fuera cuello  
La medida del dozavo.

La tercia parte me cubre  
Deste dudoso espinazo,  
Que puede ser mojonera  
De un término pleiteado.

No hay alcon hoy en Noruega,  
Donde el sol es mas escaso,  
Tan solícito en cebarse  
Como mi dueño ó mi daño.

Que volando pico al viento,  
Sale muy bien santiguado  
A escuchar los almirces  
De las casas do hacen plato.

Entrase donde los oye,  
Limpiándose los zapatos,  
Y déjame á la pared  
Pegado como gargajo.

No sé cómo lo reciben;  
Mas si sé que días hartos,  
Mirándome á mi los pajes,  
Esto salen murmurando:

«Juro á Dios que en el comer  
Es el dueño deste laoco,  
Sabañon en el invierno,  
Salpellido en el verano.»

Desciende luego tras ellos  
A mi pesar, porque al cabo,

(40) Otros leen: *deste ya mi oyente*.

(41) Otros ponen:

Solo escolástico y redondo.

(59) Otros leen: *doctoranduncio*.

Ya que no hay cebada, hay ocio,  
Que no es mal pienso el descanso.

»Cobijame los cuadriles,  
Y sale podenqueando  
Nuevas que el día siguiente  
Valgan cocido y asado.»

De un procurador de Cortes  
Habló allí un rocín mas largo  
Que una noche de diciembre  
Para un hombre mal casado.

«Escuchado he vuestras quejas  
Con las orejas de un palmo,  
Y á no sentir yo mis duelos,  
Sintiera vuestros trabajos.

»Diez años tiramos juntos  
Por toda tierra de campos  
Yo y un tío de Babieca  
El carreton de Lain Galvo.

»Servi á condes, servi á reyes,  
Hasta que por varios casos  
*Tendimus in latium*, digo,  
Me mirais tendido y lacio.

»Trájome á Madrid mi dueño,  
Donde apenas hay establo  
A do quepa mi largueza  
Si no duermo como galgo.

»La calle Mayor abrevio,  
Y la carrera del Prado  
Desde el copete á la cola  
La ocupo, si no la paso.

»Como tan largo me ven,  
Piensan todos los muchachos  
Que soy algun pasadizo  
De la posada á palacio.

»Por descendiente me juzgan  
Los que me miran de espacio,  
En la materia y la forma  
De aquel caballo troyano.

»Y si como tanto hierro,  
Como se queja mi amo,  
Ya que no lo esté de griegos,  
Estaré lleno de armados.

»De noche me quita el freno,  
Porque dice que lo gasto,  
Y lo pongo en cuatro dias  
Como soneto limado.»

No le consintió acabar  
Un extranjero cuartago,  
Porque entendió que tenia  
Razones de su tamaño.

«No sirvo, dijo, á pelones,  
Como vosotros, cuitados,  
Sino á un extranjero rico,  
Miserable por el cabo.

»Y advertí que siendo aquestos  
Hombres miseros y avaros,  
Veréis que se llaman todos  
O Césares ó Alejandro.

»La paja me da por libras,  
La cebada por puñados,  
Y para engañar mi hambre  
Este artifice de engaños,

»Unos antojos me pone  
De unos vidrios tan doblados,  
Que hacen de una paja ciento,  
Y cuatrocientos de un grano.

»Pero bien me satisface  
Desta burla y deste agravio  
Un día, cuya memoria  
A la vengauza consagro.

»Solía decir, trayéndome  
Por las caderas la mano:  
— Como un banco estás, amigo,  
Poco te luce el regalo. —

»Tantas veces me lo dijo,  
Que una dellas por un lado  
Le di muy bien á entender  
Que tenia piés el banco.»

Dieron entonces las once,  
Y al mismo punto dejaron  
Su plática los rocines,  
Sus quinolas los lacayos.

Cualquier docto en esta lengua  
Podrá mañana temprano  
Ir á escuchar otro poco  
Las mulas de los letrados.

## XLVIII.

A un caballero de Córdoba que decía que  
Córdoba se llamo Sansueña, y que por  
una reja que tenia en su casa sacó don  
Gaiíferos á Melisendra, y así destes como  
de otros chistes que pasaban por otros  
caballeros ridiculos hizo este romance.

Desde Sansueña á Paris  
Dijo un medidor de tierra  
Que no habia un paso mas  
Que de Paris á Sansueña.

Mas hablando ya en juicio,  
Con haber quinientas leguas,  
Las anduvo en treinta dias  
La señora Melisendra

A las ancas de un *polaco*,  
Como Dios hizo una bestia,  
De la cincha allá frison,  
De la cincha acá litera.

Llevábala don Gaiíferos,  
De quien habia sido ella,  
Para lo de Dios esposa,  
Para lo de amor cadena.

Contemple cualquier cristiano  
Cuál llevaria la francesa  
Lo que el griego llama malgas  
Y el francés asentaderas.

Caminaban en verano,  
Y pasábalo en las ventas  
Los dos nietos de Pepino  
Con su abuelo y agua fresca.

Desdichado de ti, Pierres,  
Que en un rocín con soletas  
Valles y barrancos saltas,  
Y en el campo llano vuelas.

Con este escudero solo  
Y una espada ginovesa,  
Que se la prestó Roldan  
Para el robo de su Elena,

Atravesaron á España  
Cuando mas estaba llena  
De ermitaños de Marruecos,  
Fray Hamete y Fray Zulema.

Andando pues ya pisando  
De las faldas pirineas  
Los ribetes de Navarra,  
Zureidos ya con su lengua,

Apeóse don Gaiíferos  
A hacer que ciertas yerbas  
Huelan mas que los jazmines,  
Aunque nunca tan bien huelan.

Melisendra melindrosa,  
Cansada tambien, se apea  
Para oír del señor Pierres  
De Paris aquestas nuevas:

»Despues que dejaste á Francia,  
Como todo ha sido guerras,  
Trocaron los monsiures  
Las madamas en banderas.

»Quedó la corte tan sola,  
Que en la juvenil ausencia  
Valian veinte y cinco años  
Veinte y cinco mil de renta.

Quedaron todas las damas  
De su inclinacion depuestas,  
El apetito con hambre  
Y los ojos con dieta.

»Desayunábase á dias,  
Y cortábanse las flemas  
Con dos garnachas maduras  
Magnificas de Venecia.

Venturosa fuiste tu,  
Que tuviste en esta era  
Un moro para la brida  
Y otro para la jineta.

»Don Guarinos el galan,  
Pretendiendo á Berenguela,  
Vistio uno lacayo y tres pajes  
De una liada libra.

»Fuése rompiendo el vestido,  
Fuése acercando la denda,  
Y fué buyendo la dama  
De su gala y su pobreza.

»Don Godofre el heredado,  
Hijo de Dardín Dardena,  
Desempuendrando la calle,  
Los ligados nos empiedra.

»Sirve á doña Blanca Orlens;  
Y como no hay mas que verla,  
Las gafas es doña Blanca  
Y el terrero doña Negra.

»Doña Alda, vuestra vecina,  
La que Amor rindió á la puerta  
Del templo de San Bionis,  
Cada rato pide iglesia.

»Fuése á la guerra Tristan,  
El marido de Lucrecia,  
Y ella busca otro Tarquimo  
Que le rasque la mollera.

»Dicen que cuando escribiste  
A tu prima la doacella,  
Rugero leyó la carta  
Y otro le quitó la nema;

»Y que ella despues ceja,  
La vez que se saurga acá,  
Que le aprietan bien la cinta,  
Mas no que saquen lanceta.

»Por madama de Valois  
Se cargaron de rodela  
Cuatro ó seis caballeros,  
Como cuatro ó seis entetas.

»Veialos con salud,  
Veialos con paciencia,  
Ni sé cuándo la hablaban  
Ni cuando reñian por ella.

»Reimundo con sus tres pajes  
Mil musicas dió á la puerta  
De una dama que lo oía  
Abrazada de un poeta;

»Y el socarron otro día  
Les enviaba una letra,  
Escondiendo el dulce caso  
Entre almudadas de seda.

»Hallaras á Flor de Lis  
Haciendo cuando la veas,  
De las hermosas de Francia  
Lo que el sol de las estrellas.

»Jinetes la solicitan,  
Caballeros la pasean,  
Y ella dice que da á un paje  
Lo que á tantos años niega.

»Dijo bien Dudon un día,  
Viendo dalle tantas vueltas,  
— Basta, señores, que andamos  
Tras la paja muchas bestias. —

En esto llevo Gaiíferos  
Atando las agujetas,  
Y porque el aire de abajo  
Corria, pican apriesa.

## XLIX.

A un caballero que se jactaba de que des-  
cendia de cuatro grandes, y no era así, ni  
él era de buenas costumbres.

«¿Quién es aquel caballero  
Que á mi puerta dijo: Abrid?  
— Caballero soy, Señora,  
Caballero de Moelin.

»Nieto soy de cuatro grandes  
De á tres varas de medir,  
Tan deudo del conde Claros,  
Que me acueste sin candil.

»Mi hacienda es un escudo  
Orlado de treinta mil,

No maravilléis de juro,  
Sino insignias del Soli.  
»Los carteles de mi escudo  
Lo pueden ser de un jardín:  
Un espino y dos romeros  
Y cuatro flores de lis;  
»Que verde soy de linaje,  
No lo sepa algún rocín,  
Que me tendrá en gualdado  
Estas mañanas de abril.  
»Sangre mas que una morcilla,  
Honra mas que palafin,  
Dona Blanca esta en Sidonia,  
En mi bolsa ni un centí.  
»Toda la tierra Le corrido,  
El mar he visto en latin,  
*Mare vidi* muchas veces,  
Pero no *maravé*.  
»La necesidad que tiene  
El anima de un gentil,  
La brujula de un gitano,  
La conciencia de un neblí.  
»En el real de don Sancho  
Me libraron un castrón  
Cuando las tinieblas visten  
Los gatos de vellorí.  
»Dos hombres de armas y yo  
Salamos por ahí  
A cautivar ferrocucos  
Que corrian el país.  
»Tal vez no sola la capa  
Nos dejaba san Martín,  
Sino tambien el espada  
Con que solia partir.  
»Gentilhombres hice á muchos  
Sin ser rey, á muchos di  
Espaldarazos sin darles  
El lagarto carmesí.  
»Soy un Cid en quitar capas,  
Perdóneme el señor Cid,  
Quédesele el *Campeador*,  
Y el *capeador* para mí.  
»Mi camisa es la tizona,  
Que tiene filos de brin,  
Y no hasido la colada (42)  
Después que me la vesti.  
»Si me hiere, Dios lo sabe,  
A lo menos sé decir  
Que tengo hambre con ella,  
Como mujer varonil.  
»; Oh cuánto puede Señora,  
Un cuello de caniquí!  
Si no es rosa desta espina,  
El miente como ruin.»

## L.

Salíendome estotro día,  
Candídísimo lector,  
A tomar el sol, que ogaño  
Se usa tomar hasta el sol,  
Reventando el pensamiento,  
De moral alimento,  
Como gusano de seda,  
Mi necia imaginacion.  
»Baboseando cuidados,  
Y ajenos, que es lo peor,  
Hiló su carcel la simple  
En dos toras de reloj.  
»Qué impertinente clausura  
Y qué prepotente error,  
Fabricar de ajenos yerros  
Las rejas de su prision  
En moneda de piedad!  
Bobernas son de á dos,  
Que no valen ni aun en plata  
Un centí, aunque sea limon.  
»Que el vaso de oro en que os sirve  
Vuestro gusto su licor

(42) Así el texto de Verges.

Sea penado para mí  
Si es glorioso para vos,  
*Caridades excusadas*  
*Mia fe son.*  
»Que las flechas veniales  
De vuestro mortal amor,  
Que á vos no os pasan el sayo,  
Me pasen á mí el jubon:  
»Que los alcones del otro  
Poderoso gran señor,  
Doliéndome de sus gastos,  
Los cebe en mi corazón,  
*Caridades, etc.*  
»Que me duela del tabur  
Lo que hasta el alba perdió,  
Riendi el alba igualmente  
Su pérdida y mi dolor:  
»Que la vindez me lastime  
De la que moza quedó,  
Si fué el responso del muerto  
Del vivo amonestacion,  
*Caridades, etc.*  
»Que sienta la ociosidad  
Del vagamundo doctor,  
Que herrando nunca su mula,  
Todas las curas erró:  
»Que á su mujer le dé el palo  
Un marido, y sudeis vos,  
Pagándole ella en madera  
Lo que el en leña le dió,  
*Caridades excusadas,*  
*Mia fe, son.*  
»En este capullo estubo  
El juicio de don Yo  
Dos horas; lector, *adio*,  
Que en Bergamasco es *adios*.

## LI.

Trepan los gitanos,  
Y bailan ellas:  
*Otro nudo á la bolsa*  
*Mientras que trepan.*  
»Gitanos de corte,  
Que sobre su rueda  
Les mostró fortuna  
A dar muchas vueltas.  
»Si en un costal otros  
Han dado cien trepas,  
En un zurron estos  
Darán cuatrocientas.  
»Desvanecen hombres;  
Mas ¿quién hay que pueda,  
Viendo andar de manos,  
No dar de cabeza?  
»Y si unos (45) dan brincos,  
De rubies y perlas  
Otros como locos  
Tiran estas piedras.  
*Otro nudo, etc.*  
»Canta en vuestra esquina  
Una canción tierna  
El paje con plumas,  
Pájaro sin ellas;  
»Blanco ruseñor,  
Que en noche serena  
Dulce os adormece  
Y dulce os requiebra.  
»Si tu amo en tanto  
Que hierros de reja,  
Que os suspende el quiebro,  
La hija os requiebra,  
»Deste ruseñor  
Os guardad, que os echa,  
Como alano al paje,  
Que os asga la oreja.  
*Otro nudo, etc.*

(45) Así la edicion de Verges; otros dicen equivocadamente:

Y si nos dan brincos.

A vos canta el paje,  
Buen viejo; que á ella  
Letrillas de caubio  
Le cantan tercioras.  
»Que no hay pie de copla  
De ningún poeta  
Como los de un blanco,  
Y mas si no quiebra.  
»No os fiéis del quicio,  
Requerid la puerta,  
Que dada la unción,  
Sin habla os espera.  
»Bajad si por dicha  
No quereis que mientras  
Forma el paje puntos  
Meta el amor letra.  
*Otro nudo, etc.*  
»En Valladolid  
No hay gitana bella  
Que no liaga mudanzas  
Estándose queda.  
»El pié sobre corcho  
;Mirad qué firmeza!  
Mueve con buen aire,  
Mi honra y la vuestra.  
»Al son de un pandero,  
Que á su gusto suena,  
Des hace cruzados,  
Que es buena moneda.  
»Y si conde mas rico,  
Que baila con ella,  
Conde de gitanos,  
Desnudo le deja.  
*Otro nudo, etc.*  
»Miran de la mano  
La palma que lleva  
Dátiles de oro;  
»La que no, no es buena.  
»De las vidas hacen  
Cabe de á paleta,  
Que pasan las rayas  
Hasta las muñecas.  
»Estrellas os hallan;  
Que mujeres destas  
En medio del día  
Hacen ver estrellas.  
»Búscanos el aspa:  
Mas, según dan vueltas,  
Antes hallarán  
Las devanaderas.  
*Otro nudo, etc.*  
»Sobre cuatro palmos  
De una vara estrecha  
Hace el mercader  
Cien mil ligerezas.  
»Vuela por el mundo  
La pluma en la oreja,  
Dando extraños saltos  
De una en otra feria,  
»Sin tener caída,  
Porque sobre seda  
Caidas de gato  
Nunca dieron pena.  
»Fardos á Logroño  
Se cargan apriesa,  
Que para preparar  
Se escombra la tienda.  
*Otro nudo á la bolsa*  
*Mientras que trepan.*

## LII.

A vos digo, señor Tajo,  
El de las niñas y ninfos,  
Boquirubios toledanos,  
Gran regador de membrillos;  
»A vos el vanaglorioso  
Por el extraño artificio,  
En España mas sonado  
Que nariz con romadizo;  
»Famoso entre los poetas,  
Tan leído como escrito,

Y de todos celebrado,  
Como el día del domingo,  
Por las musas pregonado  
Mas que jumento perdido,  
Por río de arenas de oro,  
Sin habéros las cernido;  
Llamado sois con razon  
De todos sagrado río,  
Pues que pasáis por en medio  
Del ojo del Arzobispo.  
Vos, que en las sierras de Cuenca,  
Mirad qué humildes principios,  
Nacéis de una fuentejilla  
Adonde se orina un risco;  
Vos, que por pena cada año,  
De vuestros grandes delitos,  
Os meuean las espaldas  
Mas de docientos mil pinos;  
Acordáos de todo aquesto,  
Y bajad el toldo, amigo,  
Cuando furioso regáis  
Los jardines de Filipo;  
Quando vuestras aguas sean  
Munición de mil tiros,  
Admiración de los ojos,  
Bateria de castillos;  
Quando mil nevados cisnes  
Pasen vuestros vados fríos,  
Quando beben vuestras aguas  
Mil ciervos de Jesucristo.

## LIII.

Manzanares, Manzanares,  
Vos, que en todo el acatamiento  
Duque sois de los arroyos  
Y vizeconde de los ríos,  
Soberbio correis, mi pluma,  
Miércoles sea corvillo  
Del polvo canicular.  
En que os veréis convertido.  
Bien es verdad que os harán  
Marqués de Poza en estío  
Los que, entrando á veros sucios,  
Saldrán de veros no limpios.  
No os desvanzeáis por esto,  
Que de la piedra sois hijo,  
Pues tomastes carne undosa  
En las entrañas de un risco.  
Enano sois de una puente,  
Que pudierais ser marido,  
Si al besalla en los tres ojos  
Le llegarais al tobillo.  
Al tobillo, mucho dije,  
A la planta apenas digo,  
Y esa no siempre desnuda,  
Porque calzada ha vivido.  
Solicidad diligente,  
Alcanzandoos á vos mismo,  
Los abrazos de Jarama,  
Minotauro cristalino,  
Para que sirvais la copa  
A los parientes del signo  
Que lame en su pié diamantes  
Y pisa en abril zapatos.  
Y sepa luego de vos  
Todo cuervo masculino  
Que de sus agitaciones  
Está ya acabado el circo.  
La real plaza del Fénix  
De Pisuerga ilustre olvido,  
Teatro de carantoñas,  
Cadahalso de castigos.  
Decidles á esos señores  
Que há mas que fueron novillos  
Que serán sin duda encinas  
Deste hermoso edificio.  
Espectáculo feroz,  
Emulo de los antiguos,  
Mas desmuentido en España  
De dos cañazos moriscos.

Decidles que á tanta fiesta  
Prevengan los mas lucidos  
Sus martinetes de hueso,  
Pompa de tantos cintillos;  
Que estudien ferocidad,  
Y de sus corvos enchillidos,  
Si tienen sangre las sombras,  
Beban la sangre los filos;  
Que salgan de los toriles  
Entre feroces y tibios,  
Sin bramar á lo casado  
Ni escarbar á lo galino;  
Mas si escarbaren, que sea  
Para dar luz al abismo (44)  
O sepuleros á los muertos  
Que no se comieren vivos.  
Toros sean de Diomedes,  
A cuyo rocín morcillo  
El pienso mas venial  
Fué un celemin de homicidios;  
Que aspire á ser leones  
Para que los haga erizos,  
Pluralidad generosa  
De rejonés bien rompídos;  
Que más se querrá un bicorne  
Que verse hecho un sotillo  
De tresnos azafrañados,  
Desbarragando pollinos.  
Perdoun que el asonante  
Rebuzno ha hecho el relincho  
Del que morirá cornado,  
Y escudos costó infinitos.  
Los menos pues criminales  
Por esta vez consentimos  
Que ronden, que prendan capas,  
Y dén en liado silbos;  
Porque un silbo es necesario  
Para cómicos delitos,  
Munición de mosqueteros,  
Que pretendo por amigos;  
Que al fin para embravecerse  
Vacunos armen garitos  
Del juego del hombre, padre  
De chachos ó de codillos;  
Y á fe que reyes fallados  
Y matadores vencidos  
Hagan á los bueyes toros,  
Y á los toros basiliscos.

## LIV.

Erase una vieja  
De gloriosa fama,  
Amiga de niñas,  
De niñas que labraa (45).  
Para su contento  
Alquiló una casa  
Donde sus vecinas  
Hagan sus coladas.  
Con la sed de amor  
Corren á la balsa  
Cien mil sabandijas  
De natura varia,  
A que con sus manos,  
Pues tiene tal gracia  
Como el unicornio,  
Bendiga las aguas.  
Tambien acudia  
La vida honrada,  
Del muerto marido  
Sintiendo la falta,  
Con tan grande extremo,  
Que allí se juntaba  
A llorar por él  
Lágrimas causadas.

(44) Sigo el texto de Verges, Faria y otros; algunos leen:

Para dar fin al abismo.

(45) Sigo el texto de Verges. Otras ediciones dicen:

Antigua de niñas.

## LV.

A la fabula de Leandro y Ero (46).

Aunque entiendo poco griego,  
En mis greguescos he hallado  
Ciertos versos de Musco,  
Ni muy duros ni muy blandos.  
De dos amantes la historia  
Contiene, tan pobres ambos,  
Que ella para una linterna,  
Y él no tuvo para un barco.  
Dice pues que doña Ero  
Tuvo por padre á un hidalgo,  
Alcaide que era de Sexto,  
Mal vestido y bien barbado.  
Su madre una buena griega,  
Con mas partos y pospartos  
Que una vaca, y el castillo  
Una casa de descalzos.  
Cernicados de uñas negras  
En las almenas criados,  
Muchos dones á un caudil,  
Y temporadas todo el año.  
Tambien dice este poeta  
Que era hijo don Leandro  
De un escudero de Avido,  
Polbrissimo, pero honrado.  
Grandes hombres padre y hijo  
De regalarse el verano  
Con gigotes de pepuro,  
Y los inviernos de nabo.  
La politica del deate  
Cometian luego á un palo,  
Vaya, y no de vagamundos,  
Pues no los ha desterrado.  
Era pues el manecibito  
Un Narciso iluminado,  
Birote de amor, no pobre  
De plumas y de ponachos.  
De su barrio y del ajeno  
Diligentísimo braeo,  
Grande ornador de esquinas,  
Pero ventor por el cabo;  
Citarista, aunque nocturno,  
Y Orfeo tan desgraciado.  
Como tan enfermo las aguas  
Que convocó el dulce canto,  
Puesto que ya de Aulion  
Imitando algunos pasos,  
Llamó á si muchas mas piedras  
Que tuvo el muro tebanio.  
Este pues galan un día,  
No se sí á pié ó á caballo,  
Salió, Dios en hora buena,  
No muy bien acompañado.  
Cualquier lector que quisiere  
Entrarse en el campo largo  
De las obras de Boscán,  
Se podra ir con él despacio:  
Que yo á pié quiero ver mas  
Un toro suelto en el campo  
Que en Boscán un verso suelto,  
Aunque sea en un andamio.  
Y así, no se dónde fueron  
Ni cómo se convocaron  
Los devotos convecinos  
De templo tan visitado.  
Sé al menos que concurrieron  
Cuantos baba comarcanos  
El sepulcro de la que iba  
A las ancas de su hermano.  
Esto solo de Musco  
Entendi, y abreviando,  
A la vela ó romería  
Llegó en un rocín muy flaco.

(46) No sé por qué se cree que este romance fué escrito contra Quevedo. No he alcanzado á comprender en qué estaban las alusiones.

El noble alcaide de Sexto  
Y la alcadesa en un asno,  
Con perdón de los cofrades,  
Doña Ero en un cuartago,  
Gallarda de capitoto  
Y de sombrero bordado,  
Que le prestó para ello  
La mujer de un veinticuatro.  
Los demás caballeros  
En la torre se quedaron,  
Cual sin pluma, cual con ella,  
Y todos de hambre piando.  
Alborotó la aula Ero,  
Que el muro del velo blanco  
Tenía dos saeteras (47)  
Para dos ojos rasgados,  
A quien se calaron luego  
Dos o tres torzuelos bravos,  
Como á buho tal, y entre ellos  
El Avideño bizarro  
Piola cual gorrion,  
Cacareóla cual gallo,  
Arrullóla cual palomo,  
Izola ruedas cual pavo.  
Ella del guante al descuido  
Desenavañando una mano,  
Lo aseguro y le dió un bello  
Cristalino cinturazo.  
Quedó aturrido el mozuelo  
Y medio desatinado,  
Alambar dejó de amor  
Caérsele por los labios.  
Poco fue lo que le dijo,  
Mas tan dulce, aunque tan bajo,  
Que hecho sacristan Cupido,  
Le corrió el velo al retablo.  
Dejó caer el rebozo,  
Y descubrió el sepan cuantos  
Esta buena cara vieren  
Que han de morir anegados.  
Crepúsculo era el cabello  
Del día entre oscuro y claro,  
Rayos de una blanca frente,  
Si hay marfil con negros rayos.  
De ébano quiere el Amor  
Que las cejas sean dos arcos,  
Y no de ébano bruido,  
Sino recién aserrado.  
Los ojizos negros dicen:  
«Aunque negros, gente sano,  
Condes somos de Buendía,  
Si no somos condes claros.»  
Los títulos me perdonen,  
Y el dibujo prosigamos,  
Que si no los tuvo Grecia,  
Los pidió á España prestados.  
La nariz algo aguilota,  
Que lo corvo vinculado  
Lo dejó Ciro á los griegos,  
Como alfange en mayorazgo.  
De rosas y de jazmines  
Mezcló el cielo un encarnado,  
Que por darlo á sus mejillas,  
Se lo hurtó al alba aquel año.  
En dos labios dividido,  
Se ríe un clavel rosado,  
Guarda-joyas de unas perlas  
Que envidia el mar indiano.  
Lo torneado del cuello,  
Y del pecho el alabastro  
Tentaciones son, Señor;  
*Sed libera nos á malo.*  
Entre lo que no se ve  
Y lo que brujuleamos  
Metió una basquiña verde  
El baston terciopelado.  
Estas eran las bellezas  
De aquel idolo de mármol,

(47) Unos leen *saeteras*, y otros *sacetas*.  
Lo mismo dicen ambas lecciones.

Que á razones y á pellizcos  
Tenía ya al mozuelo blando.  
Favorecióles la noche,  
Prestándoles tiempo, y tanto,  
Que se contaron sus vidas,  
Y sus muertes concertaron.  
Señora madre devota  
Se estuvo siempre rezando,  
Y señor padre poltron  
Se salió á dormir al patio.  
Con esto dieron lugar  
A que el galán diese asalto  
Y escalase el pecho bobo,  
Sin tocar nadie á rebato.  
Celebrada pues la fiesta  
Por aquellos mismos pasos,  
Si bien con otros intentos,  
Que vinieron, se tornaron.  
Pulgas pican al pelon,  
Y tiéñenlo tan picado,  
Que diera al tiempo las plumas  
De su sombrerillo pardo,  
Para que lo sincopara  
El término señalado  
A los gustos no cumplidos  
Y á los días malogrados.  
Llegó al fin, que no debiera,  
En un día muy mublado  
Y una noche muy lluviosa,  
Luto el uno, el otro llanto.  
Apenas dejó de amor  
Las cintas se ató del manto,  
Y no del manto de lustre,  
Sino de soplos del austro,  
Cuando el mozuelo orgulloso  
Hacia el mar alborotado  
Un pié con otro se fué  
Descalzando los zapatos.  
Llegó desnudo á la orilla,  
Donde estuvieron un rato,  
Las faldas de la camisa  
A las olas imitando,  
Haciendo con el estrecho,  
Que ya le parece ancho,  
Lo que el día de la purga  
El enfermo con el vaso.  
La trémula seña aguarda  
Que de luz corone lo alto,  
Si tanta distancia puede  
Vencella farol tan flaco.  
Présaga al fin del suceso,  
Turbada salió del caso,  
Y cobarde al fiero soplo  
Del animoso contrario.  
Leandro, en viendo la luz,  
La arena besa, y gallardo,  
«¡Oh de la estrella de Vénus,  
Le dice, ilustre traslado!  
»Norte eres ya de un bajel  
De enatro remos por banco;  
Si naufragare, serás  
Santelmo de su naufragio.  
»A tus rayos me encomiendo;  
Que si me ayudan tus rayos,  
Mal podrá un brazo de mar  
Contrastar á mis dos brazos.»  
Esto dijo, y repitiendo  
*Ero y Amor*, cual villano  
Que á la carrera ligero  
Solicita el rojo palió.

## LVI.

Continuacion del anterior.

Arrojóse el mancebito  
Al charco de los atunes,  
Como si fuera el estrecho  
Poco mas de media azumbre.  
Ya se va dejando atrás  
Las pedorreras azules

Con que enamoró en Avido  
Mit mozuelas agridulces.  
Del estrecho la mitad  
Pasaba con pesadumbre,  
Los ojos en el candil,  
Que del fin temblando luce,  
Cuando el enemigo cielo  
Disparó sus arcabuces,  
Se desataco la noche  
Y se orinaron las nubes.  
Los vientos desenfundados  
Parece que entonces huyen  
Del orden donde los tuvo  
El griego de los embustes.  
El fiero mar alterado,  
Que ya subrió como un yunque  
Al ejército de Jérjes,  
Hoy un mozuelo no sufre.  
Mas el animoso jóven  
Con los ojos cuando sube,  
Con el alma cuando baja,  
Siempre su norte descubre.  
No hay niña de Vesta alguna  
Que así de su fuego cuide  
Como la dama de Sexto  
Cuida de guardar su lumbre.  
Con las almenas la ampara,  
Porque ve lo que le cumple;  
Con las manos la defiende  
Y con las ropas la cubre.  
Pero poco le aprovecha,  
Por mas remedios que use:  
Que el viento con su esperanza  
Y con la llama concluye.  
Ella, entonces derramando  
Dos mil perlas de ambas luces,  
A Vénus y Amor promete  
Sacrificios y perfumes.  
Pero Amor, como flovia  
Y estaba en cueros, no acude,  
Ni Vénus, porque con Marte  
Está cenando unas ubres.  
El amador, en perdiendo  
El farol que lo conduce,  
Menos nada y mas trabaja,  
Mas teme y menos presume.  
Ya tiene menos vigor,  
Ya mas veces se zabelle,  
Ya ve en el agua la muerte,  
Ya se acaba, ya se hunde.  
Apenas espiró, cuando,  
Bien fuera de su costumbre,  
Cuatro palanquines vientos  
A la orilla lo sacuden.  
Al pié de la amada torre  
Donde Ero se consume  
No deja estrella en el cielo  
Que no maldiga y acuse.  
Y viendo el difunto cuerpo,  
La vez que se lo descubren,  
De los relámpagos grandes  
Las temerosas vislumbres,  
Desde el alta torre envía  
El cuerpo á su amante dulce,  
Y el alma donde se quemar  
Pastillas de piedra azufre.  
Apenas del mar salta  
El sol á rayar las cumbres,  
Cuando la doncella de Ero,  
Temiendo el suceso, acude;  
Y viendo hecha pedazos  
Aquella flor de virtudes,  
De cada ojo derrama  
De lágrimas dos almudes.  
Juntando los mal logrados  
Con un punzon de un estuche,  
Hizo que estas tristes letras  
Una blanca piedra ocupe:  
«Ero somos y Leandro,  
No menos necios que ilustres,  
En amores y firmezas  
Al mundo ejemplos comunes.

»El amor, como dos huevos,  
Quebrantó nuestras saludes;  
El fué pasado por agua,  
Y yo estrellado fin tuve.  
»Hogamos á nuestros padres  
Que no se pongan capuces;  
Sino, pues un fin tuvimos,  
Una tierra nos sepulte.»

## LVII.

## A la fábula de Piramo y Tisbe (48).

La ciudad de Babilonia,  
Famosa, no por sus muros,  
Fuesen de tierra cocidos,  
O sean de tierra crudos;  
Sino por los dos amantes  
Desdichados hijos suyos,  
Que, muertos, y en un estoque,  
Han peregrinado el mundo;  
Citarista dulce, hija  
Del archipoeta rubio,  
Si al brazo de mi instrumento  
Le solicitó el pulso,  
Digno sugeto será  
De las orejas del vulgo;  
Popular aplauso quiero,  
Perdónenme sus tribunos.  
Piramo fueron y Tisbe,  
Los que en verso hizo culto  
El licenciado Nason.  
Bien como ó bien narigudo.  
Dejar el dulce candor  
Lastimosamente oscuro  
Al que túmulo de seda  
Fue de los dos casquilucios,  
Moral que los hospedó,  
Y fué condenado al punto,  
Si del Tigris no en raíces,  
De los amantes en fruto.  
Estos pues dos babilonios  
Vecinos nacieron mucho,  
Y tanto, que una pared  
De oídos no muy agudos  
En los años de su infancia  
Oyó á las cunas los tumbos,  
A los niños los gorgoros  
Y á las amas los arrullos.  
Oyólos, y aquellos días  
Tan bien la audiencia le supo,  
Que años despues se hizo  
Rajas en servicio suyo.  
En el interin nos digan  
Los mal formados rasguños  
De los pinceles de un ganso  
Sus dos hermosos dibujos.  
Terso marfil su esplendor  
No sin modestia interpuso  
Entre las ondas de un sol  
Y la luz de dos carbunelos.  
Libertad dice florada  
El corvo suave luto  
De unas cejas, cuyos arcos  
No serenaron diluvios.  
Luciente cristal lascivo,  
La tez digo de su vulto,  
Vaso era de claveles  
Y de jazmines confusos.  
Arbitro de tantas flores,  
Lugar el olfato obtuvo  
En forma, no de nariz,  
Sino de un blanco almadrucos.  
Un rubi concede ó niega,  
Segun alternar le plugo.

(48) Contra este romance se escribió una redondilla que decía:

Este romance compuso  
El poeta Soledad,  
En lo largo la ciudad,  
Babilonia en lo confuso.

Entre doce perlas notas  
Veinte aljófares menudos.  
De plata bruñida era  
Proporcionado cañuto  
El órgano de la voz  
La cerbatana del gusto.  
Las pechugas, si hubo fenix,  
Suyas son; si no, lo hubo,  
De los jardines de Venus  
Pomos eran no maduros.  
El ecetera es de marmol,  
Cuyos relieves ocultos  
Ultraje morbido hicieran  
A los divinos desuados.  
La vez que se vistió Pirás  
La gamacha de Licurgo,  
Cuando Pálas por vellosa  
Y por zamba perdió Juno,  
A esta desde el primero (49)  
Umbral de su primer lustro,  
Niña la estimó el Amor  
De los ojos que no tuvo.  
Creció deidad, creció envidia  
De un sexo y otro, ¡qué mucho  
Que la fe erigiese aras  
A quien la emulacion culto?  
Tantas veces de los templos  
A sus posadas redujo  
Sin libertad los galanes,  
Y las damas sin orgullo,  
Que viendo quien la vistió,  
Nueve meses que la trujo,  
De terciopelo de tripa  
Su peligro en los concursos,  
Las reliquias de Tisbica  
Engastó en lo mas recluso  
De su retrete, negado  
Aun á los átomos puros.  
¡Oh Piramo! lo que hace  
Joveneto ya robusto,  
Que sin alas podía ser  
Hijo de Venus, segundo  
Narciso, no el de las flores,  
Pompa que vocal sepulcro  
Construyó á su boboneilla  
En el valle mas profundo.  
Sino un Adónis caldeo,  
Ni jarifo ni membrudo,  
Que traía las orejas  
En las jaulas de dos tufos.  
Su copetazo pelusa,  
Si tafetan su testuzo,  
Sus mejillas mucho raso,  
Su bozo poco vellado;  
Dos espadas eran negras  
A lo dulcemente rufo  
Sus cejas, que las doblaron  
Dos estocadas de puño.  
Al fin en Piramo quiso  
Encarnar Cupido un chuzo,  
El mejor de su armeria,  
Con su herramienta al uso.  
Este pues era el vecino,  
El amante y aun el cuyo  
De la tórtola doncella  
Gemidora á lo vuido;  
Que de las penas de amor  
Encarecimiento es sumo  
Escuchar ondas sediento  
Quien siente frutas ayuno.  
Intimado el entredicho  
De un ladrillo y otro duro,  
Llorando Piramo estaba  
Apartamientos conjuntos,  
Cuando fatal carabela,  
Emula, mas no del humo,  
En los corsos repartidos (50)

(49) Así Pellicer; otros leen:  
A esta desde el glorioso.

(50) Pellicer dice que algunos manuscritos leen: *corsos repetidos*, pero mal.

Aterró puerto seguro.  
Familar tapetada,  
Que aun á pesar de lo adusto,  
Alba fué, y alba á quien debe  
Tantos solares amucios,  
Calificarle sus pasas  
A fuer de aurora propuso;  
Los criticos me perdonen  
Si dijere con ligustros.  
Abrazóla sobacada (1),  
Y no de clavos malucos,  
En nombre de la azucena,  
Desmentidora del tulo,  
Siendo aforismo aguileño,  
Que matar basta á un diluto  
Qualquier olor de costado,  
O sea morcillo ó rucio (2).  
Al estoraje de Congo  
Volvamos, Dios en ayuso,  
A la que cuatro de á oelo  
Argentaron el pantullo.  
Abispa con libramiento  
No voló como ella anduvo,  
Menos un torno responde  
A los devotos impulsos  
Que la murlata se gira  
A los pensamientos mudos;  
¡Oh destino inducior  
De lo que has de ser verdugo!  
Un día que subió Tisbe,  
Ilumedeando discursos,  
A enjugarlos en la cuerda  
De un inquieto columpio,  
Halló en el desvan acaso  
Una rima que compuso  
La pared sin ser poeta,  
Mas clara que las de alguno (3).  
Había la noche antes  
Soñado sus infortunios,  
Y viendo el resquicio, entonces,  
«Esta es, dijo, no lo dudo;  
»Esta es, Piramo, la herida  
Que en aquel sueño importuno  
Abrió dos veces el mio  
Cuando una el pecho tuyo,  
»La fe que se debe á sueños  
Y á celestiales influjos  
Bien lo dice de mi aya  
El incrédulo repulgo.  
»Lo que he visto á ojos cerrados  
Mas auténtico presumo  
Que del amor que conozco  
Los favores que desembro.  
»Efecto improviso es,  
No de los años diurno,  
Sino de un niño en lo flaco  
Y de un dios en lo oportuno (4).  
»Pared que nació conmigo,  
Del amor solo el estudio,  
No la fuerza de la edad,  
Desatar sus piedras pudo;  
»Mas ¡ay! que taladro niño  
Lo que dilatara astuto;  
Que no poco daño á Troya  
Breve portillo introdujo.  
»La vista que nos dispensa  
Le desmienta el atributo  
De ciego en la que le ata  
Oceiosa venda el abuso.»  
Llegó en esto la morena  
Los talaes de Mercurio,  
Calzada en la diligencia

(1) Otros leen *sobarcada*; Pellicer dice que aquí se entiende que abrazó á la negra, que venia oliendo á *sobaquina*.

(2) Es decir, sea de blanca ó de negra, el olor del costado.

(3) Este alguno es Quevedo; otros leen: que la de alguno.

(4) Pellicer pone *importuno*.

De diez argentados puntos;  
Y viendo extinguidos ya  
Sus poderes absolutos  
Por el hijo de la tapia,  
Que tiene veces de nuncio,  
Si distinguirse podía  
La turbación de lo turbio,  
Su ejercicio ya frustrado  
Le dejó el ébano sucio.  
Otorgó al fin el infausto  
Abocamiento futuro,  
Y citando la otra parte,  
Sus mismos autos repuso.  
Con la pestaña de un lince  
Barrenando estaba el muro,  
Si no adormeciendo Argos  
De la suegra sustitutos,  
Cuando Piramo, citado,  
Telares rompiendo inmundos,  
Que la emula de Pálas  
Dió á los divinos insultos,  
«Barco ya de vistas, dijo,  
Augusto no, sino agosto,  
Que ve las hecho tu lastre,  
Nadas mas cuando mas surto,  
«Poco espacio me concedes,  
Mas basta; que á Palinuro  
Mucho mar le dejó ver  
El primero breve surco.  
«Si á un leño conductor  
De la conquista ó del hurto,  
De una piel fueron los dioses  
Remuneradores justos,  
«A un bajel que pisa inmóvil  
Un Mediterráneo enjuto  
Con los suspiros de un sol  
Bien le deberán coluros.  
«Tus bordes beso, piloto,  
Ya que no tu quilla buzo,  
Si revocando su voz (5)  
Favorecieras mi asunto.»  
Dando luego á sus deseos  
El tiempo mas oportuno,  
Frecientaron el desvan  
Escuela ya de sus cursos.  
Lirones siempre de Febo,  
Si de Diana lechuzos,  
Se bebían las palabras  
En el polvo del conducto.  
¿Cuántas veces impaciente  
Metió el brazo, que no cupo,  
El garzon, y lo atentado  
Lo revocaron por nulo!  
¿Cuántas el impedimento  
Acusaron de consuno,  
El pozo que es de por medio,  
Si no se besan los cubos!  
Orador Piramo entonces,  
Las armas jugó de Tulio;  
Que no hay aspid vigilante  
A poderosos conjures.  
Amor, que los asistía,  
El vergonzoso capullo  
Desnudo á la virgen resa  
Que desprecia el tirio jugo.  
Abrió su esplendor la boba,  
Y a seguillo se dispuso;  
Trágica resolución,  
Digna de mayor coturno.  
Media noche era por filo,  
Hora que el farol nocturno,  
Reventando de muy casto,  
Campaba de muy sañudo,  
Cuando tropezando Tisbe,  
A la calle dió el pié zurdo,  
De no pocos endechada  
Caniculares abullos.  
Dejó la ciudad de Nino,  
Y al salir funesto buho

Aléandara hizo umbrosa  
Un verdinegro aceituno.  
Sus pasos dirigió donde  
Por las bocas de dos brutos  
Tres ó cuatro siglos há  
Que está escupiendo Neptuno.  
Causada llegó á su márgen,  
A pesar del abril, mustio,  
Y lagrimosa, la fuente  
Enrouqueció su murmurio.  
Olmo que en jóvenes hojas  
Disimula años adultos,  
De su vil florida entonces  
En los mas lascivos nudos,  
Un rayo sin escuderos,  
O de luz ó de tumulto,  
Le desvaneció la pompa,  
Y el tálamo descompuso.  
No fué nada: á cien tejas  
Dió ceniza; ¡oh cielo injusto!  
Si tremendo en el castigo,  
Portentoso en el indulto.  
La planta mas convecina  
Quedó verde, el seco junco  
Ignoró aun lo mas ardiente  
Del acelerado incurso.  
Cintia caló el papahigo  
A todo su plenilunio  
De temores vellorios,  
Que ella dice que son nublós.  
Tisbe entre pavores tantos  
Solicitando refugios,  
A las ruinas apela  
De un edificio caduco.  
Ejecutarlo queria,  
Cuando la selva produjo  
Del egipcio ó del tebano  
Un alcorno trinifo,  
Que en un próximo cebado,  
No sé si merino burdo,  
Babeando sangre, hizo  
El cristal liquido impuro.  
Temerosa de la fiera  
Aun mas que del estornudo  
De Jupiter, puesto que  
Sobresalto fué machucho.  
Huye, perdiendo en la fuga  
El manto; ¡fatal descuido,  
Que pronuncio hara  
Al señor Piramiburro!  
A los estragos se acoge  
De aquel antiguo reducto,  
Noble ya, edificio agora  
Jurisdiccion de Vertumno.  
Alondra no con la tierra  
Se cosió al menor barrunto  
De esmerjon, como la triste  
Con el tronco de un sauco.  
Bebió la fiera, dejando  
Torpemente rubicundo  
El cendal que fué de Tisbe,  
Y el mente penetró inculto (6).  
En esto llegó el tardon,  
Que la rouda le detuvo  
Sobre el quitalle el que fué  
Aun envainado verdugo.  
Llegó (pisando cenizas  
Del lastimoso trasunto  
De sus bodas) á la fuente  
Al término constituto;  
Y no hallando la moza,  
Entre ronco y tartamudo  
Se enjugó con sus palabras,  
Regulador de minutos.  
De su alma la mitad  
Cita á voces, mas sin fruto;  
Que seocarrón se las niega  
El eco mas campanudo.  
Troncos examina huecos,

Mas no le ofrece ninguno  
El paual que solicita  
En aquellos senos rudos.  
Madama Luna á este tiempo,  
A petición de Saturno,  
El velo corrió al melindre,  
Y el papahigo depuso  
Para leer los testigos  
Del proceso ya concluso,  
Que publicar mandó el hado,  
Cual mas, cual menos perjuro;  
Las huellas cuadrupedales  
Del coronado abrenuncio,  
Que en esta sazón bramando  
Tocó á visperas de susto;  
Las espumas que la yerba  
Mas sangrienta las expuso;  
Que el signo las babeó,  
Pompa rugiente de Julio.  
Indignamente extragado  
Los pedazos mal difusos  
Del velo de su retablo,  
Que ya de sus duelos juzgo,  
Viélos, y al reconocellos  
Mármol obediente al duro  
Cinzel de Lisipo, tanto  
No ya desmintió lo esculto,  
Como Piramo lo vivo,  
Pendiente en un pié á lo grullo,  
Sombra hecho de si mismo,  
Con facultades de bulto.  
Las señas repite falsas  
Del engaño á quien le indujo  
Su fortuna, contra quien  
Ni lanza vale ni escudo.  
Esparcidos imagina  
Por el fragoso arabuco,  
¿Eburneos diré ó divinos?  
Divinos digo y eburneos,  
Los bellos miembros de Tisbe,  
Y aqui otra vez se traspuso  
Fatigando á Praxilétes,  
Sobre copiallo de estuco.  
La Parec en esto, las manos  
En la ruca y en el huso,  
Como dicen, y los ojos  
En el vital estatuto,  
Inexorable sonó  
La dura tijera, á cuyo  
Mortal son Piramo vuelto  
Del parásimo profundo,  
El acero que Vulcano  
Templó en venenosos zumos,  
Verticemente mortales  
Y mágicamente infusos,  
Valeroso desnudo,  
Y no como el otro Mucio  
Asó intrépido la mano,  
Sino el asador trajujo  
Por el pecho á las espaldas.  
¿Oh tantas veces insulto,  
Cuántas vueltas á tu yerro  
Los siglos dieran futuros!  
¿Tan mal te oía la vida,  
O bien, hi de puta puto,  
El que sobre tu cabeza  
Pusiera un cuerno de juró?  
De violas coronada  
La aurora salió con zuño,  
Cuando un gemido de á ocho  
(Aunque mal distinto el cuño),  
Cual engañada avecilla  
De cautivo contrapunto,  
A implicarse desalada  
En la hermana del engrudo,  
La llevó donde el cuitado  
En su postrimero turno  
Desperdiçaba la sangre  
Que recibió por embudo.  
Ofrecele su regazo,  
Y yo le ofrezco en su muslo  
Desplumadas las delicias

(5) Otros leen: *mi voz*.(6) Así Pellicer; otros leen: *el bosque*.



Del pájaro de Catulo (7).

En cuanto boca con boca,  
Confitándole disgustos  
Y heredándole aun los trastos  
Menos vitales, estuvo;  
Espiró al fin en sus labios;  
Y ella con semblante enjuto,  
Que pudiera por sereno  
Acatarrar á un centurio  
Con todo su morrion,  
Haciendo el alma trabuco  
De un ¡ay! se cayó en la espada  
Aquella vez que le cupo.

Prodigio desató el yerto,  
Si cruel un largo flujo  
De rubres de Ceilan  
Sobre esmeraldas de Muso.  
Hermosa quedó la muerte  
En los filios amatuntos  
Que salpicó dulce hielo,  
Que tiñó palor venusto.

Lloraron con el Eufrates,  
No solo el fiero Danubio,  
El siempre Arájes flechero,  
Cuando parto y cuando turco;  
Mas con su llanto lavaron  
El Baccetoro diurno,  
Cuando sale el Ganges loro,  
Cuando vuelve el Tajo rubio.

El blanco moral de cuauto  
Humor se bebió purpúreo  
Sabrosos granates fueron  
O testimonio ó tributo.

Sus muy reverendos padres,  
Arrastrando luengos lutos  
Con mas colas que cometas,  
Con mas pendientes que pulpos,  
Jaspes y demás colores

Que un áulico dismulo  
Ocuparon en su huesa,  
Que el siro llama sepulcro;  
Aunque es tradicion constante,  
Si los tiempos no confundo  
De cronógrafos, me atengo (8)

Al que calzare mas justo,  
Que ascendiente pio de aquel  
Desvanecido Nabuco,  
Que pació el campo medio hombre,  
Medio fiera y todo mulo,  
En urna dejó decente  
Los nobles polvos inclucos,  
Que absolvieron de ser huesos  
Cinamomo y calambuco.

Y en letras de oro: «Aquí yacen  
Individuamente juntos,  
A pesar del Amor, dos,  
A pesar del numero, uno.»

## LVIII.

Al pié de un álamo negro,  
Y mas que negro bozal,  
Pues há tanto que no sabe  
Sino gemir ó callar,  
Algo apartado de Esgueva,  
Porque el sucio Esgueva es tal,  
Que ni aun los alamos quieren  
Dalle sus piés á besar,

(7) Pellieer dice: «Es una malicia de  
don Luis de muy buen aire; pero quedese  
en malicia, sin que le demos explicacion.»  
El traductor ó imitador de Catulo fué don  
Estéban Manuel de Villégas, que empieza  
así sus Delicias:

Mis dulces cartinelas,  
Mis suaves delicias,  
A los veinte limadas,  
A los catorce escritas.

(8) Otros leen: cronólogos.

Estaba en lo mas ardiente  
De un dia canicular,  
Entre dos cigarras, que  
Le cantan el sol que fa,  
Un miéroleos de ceiza,  
Vestido de humanidad,  
A cuya mesa ayunaron  
Los mártres de Carnaval,  
Un hidalgo introduciendo  
En las cuchilladas paz  
De un follado incorregible,  
Puesto que mayor de edad;  
Que la vejez de unas calzas  
Desgarros contiene mas  
Que la juventud traviesa  
Del cantado escarraman.  
Repararlas pretendia,  
Si se pueden reparar  
Cuchilladas tan mortales  
Con una aguja no mas.  
Mecanica valentia,  
Bien que su temeridad  
Lo va entrando en un confuso  
Laberinto criminal.

Donde fincara, no obstante  
Que con fin particular  
Envaíe su dueño el mismo  
Deladísimo dedal;

Porque le ha metido el hilo,  
Y ha de quedarse ó andar  
Requiriendo a fojas ciento  
Las verdes bragas de Adan.

Congójala esto de suerte,  
Que desatado nos da  
Lo rengifo en el sudor  
A veinte mil el miliar;  
Porque el sudor de un hidalgo  
Todo ha de ser calidad,  
Tanto, que su escarpin diga  
A cien pasos el solar.

Mayores el sol hacia  
Las sombras del árbol ya,  
Cuando el prado pisó alegre  
La portada del lugar.

Temiendo pues que la gente  
No gustase de pasar  
Por las que fueron calzadas  
A vista del arrabal,  
Justicia en dos puntos hecho,  
Si vara de tafetan,  
Por lo menos llama cuantos  
De laton esbirros trae,

Alfileres que le prendan  
Lo que pendiendo de atrás  
Nos hacia su pendeñcia  
Sentir no bien y ver mal.  
Consiguiólo, y atacando  
Las que por su antigüedad  
Primadas fueron de España,  
A mi voto en Portugal  
A solicitarse fué

Dos mulas de cordoban,  
Que le hierran de ramplon  
Vecinos de Fregenal.  
Infante quiere seguir  
A los principes que irán  
Con su majestad á Irun  
El octubre que vendrá.

Previene pues carruaje,  
No alegue anterioridad,  
Cualque marqués de Alfarache  
O eonde de Rabanal.

Porque si no, Montesino  
Montañas desea catar  
A Francia, y con el de Guisa  
Tener estrecha amistad;  
Que tanta hambre, no solo  
Cata á Paris la ciudad,  
Sino á la mesa redonda  
Do los doce comen pan.

Penetrar quiere aquel reino,  
Pues á la necesidad

Debe cuanto lemosino

En Francia puede gastar.  
Seguro de encontrar noues  
Donde tantos pares hay,  
Si ya no es que en latin  
Son mas francos que en vulgar.  
No está España para pobres,  
Donde esconde cada cual  
En el arca de Noé  
Lo que vais á demandar.  
Las espaldas vuelven todos  
Al pedir con prisa tal,  
Que al que buscáis con un peto  
Le hallaréis con espaldar.

Esto pues hara a Reginfo,  
Llevando mas de real  
En las venas que en la bolsa,  
Seguir á su majestad.

## LIX.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, un caba-  
llero de Cordoba.

Temo tanto los serenos,  
Seremísimo compadre,  
Que a mis picados deseos  
Les doy la casa por carcel.

Escapé de las quemadas  
Con un romadizo grave;  
Porque sienes de poetas  
No se entienden con el aire.

Y así, guardo mi persona  
Debajo de treinta llaves,  
Porque donde no hay salud,  
Ni hay gracia ni habra sepades.

Sabe Dios, señor don Pedro,  
Si no fuera allá, y Dios sabe,  
Si no temiera los bordes  
De los candeteros graudes,

Ya que los de las bujias,  
Cual pecados veniales,  
Gastaron de agua bendita  
Lo que aborrraron de sangre;

Temoos mucho, porque se  
Que padecieron tres naipes  
Muerte y pasión porque algunos  
Pecadores se salvaron;

Pecadores que se ponen  
Por lo menos a llevarse  
Desde la oreja al bigote  
Los puntos que no lograstes.

Mas al fin en esas cartas  
La cólera desarmastes,  
Como el toro, que en la capa  
Ejecuta su coraje.

Sin duda el lagarto rojo,  
Que os marca la mejor parte  
Del pecho, cuando perdeis  
Os da bocados mortales,

O lo que tiene de espada  
Lo muestra en atravesarse  
Por el tierno corazon  
Que afligidas alas bate.

Gallarda insignia, esplendor  
De reales estandartes,  
Que das esfuerzo en las guerras  
Y calidad en las paces,

Si ya en tu virtud hicieron  
Los antiguos capitanes  
Rios de sangre africana,  
Montes de cuerpos alarbes,

No permitas que un cruzado,  
En tu orden militante,  
Soberbias armas empuñe  
Y humildes cristianos mate.

Con todo eso, saldre al campo,  
Con tal que no muera nadie  
Y que al balcon de la alcoba  
Nos parta el sol de la tarde,

Hasta la hora que Reyes,  
Mulatero gerifalte,

Se ceba en pechos de grajas  
Y en piernas de alcarabanes.  
Buenas noches, gran señor  
Del pueblo de Gruimague,  
Y tan buenas, que el doctor  
Nos ronde los arrabales.

### LX.

Despuntando mil agujas  
En vestir al moriscote,  
Ya de puro terciopelo,  
Ya de agnado chamelote,  
No mas capellar con cifra  
Ni mas adarga con mote;  
Que ni yo soy boticario  
Ni Albayaldos era bote;  
Galanes los que acaudilla  
El del arco y del birote,  
O tengais el bozo en flor  
O espinas en el bigote,  
Escuchad los desvarios  
De un poeta nonigote  
En euarenta consonantes  
Destilados del cogote;  
Escuchad las desventuras  
Del mas triste galeote  
Que dió en las conchas de Vénus  
Las espaldas al azote.  
Partir quiere á la visita  
De un pastor y sacerdote,  
Que se casa con su iglesia,  
Con euarenta mil de dote.  
Alborótale esta ausencia,  
Y no es mucho el alborote;  
Que en casa del condenado  
Suenan mal cuerda y garrote;  
Porque en otra ida y venida  
Cierta fullero angelote  
A la honra le dió pique  
Y á la hacienda capote.  
Esperando esta pelota  
Dicen que está un don Pelote,  
Para que haciendo él falta,  
La toque del primer bote.  
Para volar su perdiz  
Ha jurado un tagarote,  
Que en viéndole con espuelas,  
Se quitará el capirote.  
Y cierto amigo que tiene  
Su poco de Escariote  
Dice que quiere probar  
La conserva de pipote.  
Conjurado se han los tres  
De hacer al pobre zote  
Vecino de las riberas  
De Jarama ó de Torote.  
¡A las armas, mozalbitos,  
Que un uavio filipote  
Os espera en el Ferrol!  
¡Plegue a Dios que se derrote!  
Haced en legalaterra  
Nobilísimo cerote,  
Reduciendo al calvinista,  
Saqueando al hugonote;  
Que sin venir de Bretaña  
No puede haber Lanzarote,  
Aunque sea el que mimistra  
A Júpiter el zambrote.  
Pejad eammar al triste  
Macías ó mazacote,  
A la ausencia y á los celos  
Componiendo un estrambote.  
Dejado vuelva á jugar  
Con su querida en un trote;  
El dice que de picado,  
Yo digo que de guillote.  
Dejad que ella en su partida  
Creeza el mar y el suelo agote,  
Fingiendo ofender su rostro,  
Sin dársele un papirote.

Que le jure que en su ausencia  
Se vestirá de picote,  
Se tocara lienzo crudo  
Y se cubrirá anascote;  
Y en hábito de culebra  
Luego otro día se eusote,  
Donde algún mártir asado  
Se lo sirvan en gigote.  
Dejadlo, por vida mía,  
Y de camino se note  
Que no hay fianza segura  
Ni posada sin escote.

### LXI.

Ahora, que estoy despacio,  
Cantar quiero en mi bandurria  
Lo que en mas grave instrumento  
Cantara; mas no me escuchan.  
Arrimense ya las veras  
Y celebrense las burlas;  
Pues da el mundo en niñerías,  
Al fin como quien caduca.  
Libre un tiempo y descuidado,  
Amor, de tus garatusas,  
En el coro de mi aldea  
Cantaba mis aleluyas;  
Con mi perro y mi huron  
Y mis calzas de gamuza,  
Por ser recias para el campo  
Y por guardar las velludas,  
Fatigaba el verde suelo,  
Donde mil arroyos cruzan  
Como sierpes de cristal  
Entre la yerba menuda,  
Ya cantando orilla el agua,  
Ya cazando en la espestrá  
Del modo que se ofrecían  
Los conejos ó las musas.  
Volvía de noche á casa,  
Dormía á sueño y soltura,  
No me despertaban penas  
Mientras me dejaban pulgas;  
En la botica otras veces  
Me daba muy buenas zurras  
Del triunfo con el alcalde,  
Del ajedrez con el cura;  
Gobernaba de allí el mundo,  
Dándole á soplos ayuda  
A las católicas velas  
Que el mar de Bretaña surcan;  
Y hecho otro nuevo Alcides,  
Trasladaba sus columnas  
De Gibraltar al Japon  
Con su segundo *plus ultra*;  
Daba luego vuelta á Flándes,  
Y de su guerra importuna  
Atribuía la palma,  
Ya á la fuerza, ya á la industria;  
Y con el beneficiado,  
Que era doctor por Osma,  
Sobre Antonio de Lebrija  
Tenía cien mil disputas.  
Argüíamos tambien,  
Metidos en mas honduras,  
Si se podían comer  
Espárragos sin la bula.  
Veníame por la plaza,  
Y de paso vez alguna  
Para mí compraba pollos,  
Para mis vecinas turmas (9).  
Comadres me visitaban,  
Que en el pueblo tenía muchas;  
Ellas me llaman compadre  
Y taíta sus criaturas.  
Lavábanme ellas la ropa,  
Y en las obras de costura

(9) Algunos leen equivocadamente *plumas*.

Ellas ponían el dedal  
Y yo ponía la aguja.  
La vez que se me ofrecía  
Caminar á Extremadura,  
Entre las mas ricas dellas  
Me daban cabalgadura.  
A todas quería bien,  
Con todas tenía ventura,  
Porque á todas igualaba  
Como tijeras de murtas (10).  
Esta era mi vida, Amor,  
Antes que las flechas tuyas  
Me hicieran su terrero  
Y blanco de desventuras.  
Enseñásteme, traidor,  
La mañana de San Lúcas  
En un rostro como almendras  
Ojos garzos, trenzas rubias.  
Tales eran trenzas y ojos,  
Que tengo por muy sin duda  
Que cayera en tentación  
Un viejo con estangurria.  
Desde entonces acá sé  
Que matas y que aseguras,  
Que das en el corazon  
Y que á los ojos apuntas;  
Sé que nadie se te escapa,  
Pues cuando mas de ti huya,  
No hay vara de Inquisicion  
Que así balle al que tú buscas;  
Sé que es tu guerra civil  
Y sé que es tu paz de Judas;  
Que esperas para batalla  
Y convidas para justa;  
Sé que te armas de diamante  
Y nos das lanzas de juncia,  
Y para arneses de vidrio  
Espada de acero empuñas;  
Sé que es la del rey Fineo  
Tu mesa, y tu cama dura  
Potro en que nos das tormento;  
Tu sueño, sueño de grullas;  
Sé que para el bien te duermes  
Y que para el mal madrugas,  
Que te sirves como grande  
Y que pagas como mula.  
Perdona pues mi bonete;  
No muestres en él tu furia;  
Válgame esta vez la Iglesia;  
Mira que se descomulga (11).  
Levantas el arco y vuelves (12)  
De tus saetas las puntas  
Contra los que sus juicios  
Significan bien sus plumas;  
Mas con los que cinen armas  
Bien callas y disimulas;  
De gallina son tus alas,  
Véte para hi de puta.

### LXII.

Triste pisa y afligido  
Las arenas de Pisuerga  
El ausente de su dama,  
El desdichado Zulema,  
Moro alcaide, y no Bellido (13),  
Amador con ajaqueca,  
Arrocinado de cara  
Y carigordo de piernas;  
  
(10) Otros leen: *tijeras de mula*.  
(11) Faria lee:  
Mira bien que descomulga.  
(12) Algunos leen en imperativo los dos  
verbos de este verso, pero no vienen bien  
con los que luego se hallan.  
(13) Atusión al romance:  
Moro alcaide, moro alcaide,  
El de la bellida barba.

No lleva por la marlotá  
Bordada cifra, ni empresa  
En el campo de la adarga;  
Ni en la banderilla letra;  
Porque es el moro idiota,  
Y no ha tenido poeta  
De los sastres deste tiempo,  
Cuyas plumas son tijeras.  
Los ojos tiene en el río,  
Cuyas ondas se lo llevan,  
Y envueltas entre las ondas  
Lleva sus lágrimas tiernas.  
Tanto llora el hi de puta,  
Que si el año de la seca  
Llorara en dos hazas mías,  
Acudiera á diez hanegas.  
Los espacios que no llora  
De memorias se alimenta,  
Porque le dan las memorias  
Lo que los ojos le niegan.  
Pienso se da de memorias,  
Rumiando glorias y penas,  
Como rábanos mi mula,  
Y una mora berengenas.  
Contempla luego en Velaja (14),  
La cual, mientras la contempla,  
Olas de imaginacion  
O se la traen ó la llevan.  
Y ella se está merendando  
Duraznitos en su huerta,  
Y tirándole los huescos  
Al que tal pasa por ella.  
Ojos claros, cejas rubias  
Al vivo se le presentan,  
Lanzando rayos ós ojos  
Y flechas de amor las cejas.  
El Moro, contemplativo,  
A los de su dama vuela,  
Como á los ojos del bulho  
Cernicalos de uñas prietas.  
«Ay Mora bella, le dice,  
No menos dulce que bella,  
No estraguen tu condicion  
Las condiciones de ausencia.  
»—¡Ay, Moro, mas gemidor  
Que el eje de una carreta!  
Fues no soy tu mora yo,  
No me quiebres la cabeza.  
»—Recibe allá este suspiro  
Y este llanto desta tierra,  
Donde el rey me ha desterrado  
Y mis cuidados me entierran.  
»—Llore alto, moro amigo,  
Suspire recio y con fuerza,  
Que han de andar llanto y suspiro  
Mas de noventa y seis leguas.»  
En esto, ya saltado  
De una varonil vergüenza,  
A lavar el tierno rostro  
De su caballo se apea.  
También se apea el galan,  
Porque quiere en el arena  
Sembrar perejil guisado  
Para vuestras reverencias.

## LXIII.

Hermana Marica,  
Mañana, que es fiesta,  
No irás tú á la amiga  
Ni yo iré á la escuela.  
Pondráste el corpiño  
Y la saya buena,  
Cabezon labrado,  
Toca y alba negra;  
Y á mi me pondrán  
Mi camisa nueva,  
Sayo de palmita,

Media de estameña;  
Y si hace bueno  
Traeré la montera  
Que me dió la Pascua  
Mi señora agüela,  
Y el estadal rojo  
Con lo que le cuelga,  
Que trujo el vecino  
Cuan lo fué á la feria.  
Irémos á misa,  
Verémos la iglesia,  
Darános un cuarto  
Mi tia la offera.  
Compráremos dél,  
Que nadie lo sepa,  
Chochos y garbanzos  
Para la merienda;  
Y en la tardecita,  
En nuestra plazuela,  
Jugaré yo al toro  
Y tú á las muñecas  
Con las dos hermanas,  
Juana y Madalena,  
Y las dos primillas,  
Marica y la tuerta;  
Y si quiere madre  
Dar las castañetas,  
Podrás tanto dello  
Bailar en la puerta;  
Y al son del adufe  
Cantará Andreñuela;  
«No me aprovecharon,  
Madre, las yerbas;»  
Y yo de papel  
Haré una librea,  
Teñida con moras  
Porque bien parezca,  
Y una caperza  
Con muchas almenas;  
Pondré por penacho  
Las dos plumas negras  
Del rabo del gallo,  
Que acullá en la huerta  
Anaranjeamos  
Las Carnestolendas;  
Y en la caña larga  
Pondré una bandera  
Con dos borlas blancas  
En sus trauzaderas;  
Y en mi caballito  
Pondré una cabeza  
De guadameci,  
Dos hilos por riendas;  
Y entraré en la calle  
Haciendo corbetas  
Yo y otros del barrio,  
Que son mas de treinta.  
Jugarémos cañas  
Junto á la plazuela,  
Porque Bartolilla  
Salga acá y nos vea;  
Bartola, la hija  
Pe la panadera,  
La que suele darme  
Tortas con manteca,  
Porque algunas veces  
Hacemos yo y ella  
Las bellaquerías  
Detrás de la puerta.

## LXIV.

Hanme dicho, hermanas,  
Que tenéis cosquillas  
De ver al que hizo  
A hermana Marica.  
Porque no mováis (15)  
El mismo os evúa

De su misma mano  
Su persona misma,  
Digo su agüela  
Filomocosa,  
Ya que no pintada,  
Al menos escrita;  
Y su condicion,  
Que es tan peregrina  
Como cuantos vienen  
De Francia á Galicia.  
Cuan to a lo primero  
Es su señoría  
Un bendito zote  
De muy buena vida,  
Que come á las diez  
Y cena de dia,  
Que duerme en mollido  
Y bebe con guindas;  
En los años mozo,  
Viejo en las desdichas,  
Abierto de sienes,  
Cerrado de encias;  
No es grande de cuerpo,  
Pero bien podría  
De cualquier higuera  
Alcanzaros higas;  
La cabeza al uso,  
Muy bien repartida,  
El cogote atrás,  
La corona encima;  
La frente espaciosa,  
Escombrada y limpia,  
Amueque con rincones,  
Cual plaza de villa;  
Las cejas en areas,  
Como ballestillas  
De sangrar á aquellos  
Que con el pie firman;  
Los ojos son grandes,  
Y mayor la vista,  
Pues conoce un gallo (16)  
Entre cien gallinas;  
La nariz es corva,  
Tal que bien podría  
Servir de alquitara  
En una botica;  
La boca no es buena,  
Pero á mediodia,  
Le da ella mas gusto  
Que la de su niña;  
La barba ni corta  
Ni mucho crecida,  
Porque así se ahorra  
Cuellos de camisas;  
Fué un tiempo castaña,  
Pero ya es morcilla;  
Volverán penas  
En rucia ó tordilla;  
Los hombros y espaldas  
Son tales, que habria,  
A ser él san Blas,  
Para mil reliquias;  
Lo demás, señoras,  
Que el manto cobija,  
Parte son visiones,  
Parte maravillas.  
Sé decir al menos  
Que en sus niñerías  
Ni pide á vecinos  
Ni falta á vecinas.  
De su condicion  
Deciros podría,  
Como quien la tiene  
Tan reconocida,

neutro; porque no mováis, significa porque no abortéis; otros leen:

Porque no os mováis.

La primera leccion conviene mas á la mañica de Góscora.

(16) Otros leen equivocadamente galgo.

(14) Otros leen *belaja*, y otros *athoja*.

(15) Así Verges, Faria y otros; aquí no está *noter* como verbo activo, sino como

Que es el mozo alegre,  
 Aunque su alegría  
 Paga mil pensiones  
 A la melarquía.  
 Es de tal humor,  
 Que en salud se cria  
 Muy sano, aunque no  
 De los de Castilla;  
 Es mancebo rico  
 Desde las mantillas,  
 Pues tiene, demás  
 De una sacristía,  
 Barcos en la tierra,  
 Y en el río viñas,  
 Molinos de aceite  
 Que hacen harina;  
 Un jardín de flores,  
 Y una muy gran silva  
 De varia lección,  
 Adonde se crián  
 Árboles que llevan,  
 Despues de vendimias,  
 A poder de estiércol  
 Pasas de leña;  
 Es enamorado  
 Tau en demasia,  
 Que es un mazacote,  
 ¿Qué digo? un Macías (17);  
 Aunque no se muere  
 Por aquestas niñas  
 Que quieren con presa  
 Y piden con pinta,  
 Bales un botín,  
 Dos octavas rimas,  
 Tres sortijas negras,  
 Cuatro clavellinas;  
 Y á las damiselas  
 Mas graves y ricas  
 Costosos regalos,  
 Joyas peregrinas;  
 Porque para ellas  
 Trae cuanto de Indias  
 Guardau en sus senos  
 Lisboa y Sevilla;  
 Tráeles de las huertas  
 Regalos de limas,  
 Y de los arroyos  
 Joyas de la China.  
 Tampoco es amigo  
 De andar por esquinas  
 Vestido de acero,  
 Como de palmilla;  
 Porque para el  
 Del Ave-María  
 A el cuarto del Alba  
 Anda la estantigna;  
 Y porque á su abuela  
 Oyó que tenían  
 Los de su linaje  
 No mas de una vida.  
 Así desde entonces  
 La conserva y mira  
 Mejor que oro en paño  
 O pera en almibar;  
 No es de los curiosos  
 A quien calificau  
 Papeles de nuevas  
 De estado ó milicia;  
 Porque son, y es cierto,  
 Que el Bernia lo afirma,  
 Hermanas de leche  
 Nuevas y mentiras;  
 No se le da un b'edo  
 Que el otro le escriba,  
 O dosel le cubra  
 O adórnele mitra;  
 No le quita el sucño  
 Que de la Turquía

Mil leños esconda  
 El mar de Sicilia,  
 Ni que el inglés baje  
 Hácia maestras islas,  
 Despues que ha subido  
 En la que le envía.  
 Es su reverencia  
 Un gran caonista,  
 Porque en Salamanca  
 Oyó teología,  
 Sin perder mañana  
 Su leccion de prima,  
 Y al anochecer  
 Leccion de sobrina;  
 Y así, es desde entonces  
 Persona entendida  
 Si á su oído tañen  
 Una chirimía;  
 De las demás lenguas  
 Es gran humanista,  
 Señor de la griega  
 Como de la escita;  
 Tiene por mas suyas  
 La lengua latina  
 Que los alemanes  
 La persa ó la egipcia;  
 Habla la toscana  
 Con tal policia,  
 Que quien la oye, dice  
 Que nació en Coimbra;  
 Y en la portuguesa  
 Es tal, que dirían  
 Que mamó en Logroño  
 Leche de borricas;  
 De la cosmografía  
 Pasó pocas millas,  
 Aunque oyó al infante  
 Las Siete Partidas (18);  
 Y así entiende el mapa  
 Y de sus medidas,  
 Lo que el mapa entiende  
 Del mal de la orina;  
 Sabe que en los Alpes  
 Es la nieve fría,  
 Y caliente el fuego  
 En las Filipinas;  
 Que nació Zamora  
 Del Duero en la orilla,  
 Y que es natural  
 Búrgos de Castilla;  
 Que desde la Mancha  
 Llegan á Medina  
 Mas tarde los hombres  
 Que las golondrinas;  
 Es hombre que gasta  
 En astrología  
 Toda su pobreza  
 Con su picardia;  
 Tiene su astrolabio  
 Con sus baratijas,  
 Su compás y globos  
 Que pesan diez libras;  
 Conoce muy bien  
 Las Siete Cabrillas,  
 La Boeina, el Carro  
 Y las tres Marias;  
 Sabe alzar figura,  
 Si halla por dicha  
 O rey ó caballo  
 O sota caída;  
 Es fiero poeta,  
 Si le hay en la Libia,  
 Y cuando le toma  
 Su mal de poesía  
 Hace verso suelto  
 Con Alejandria,  
 Y con algarrobas  
 Hace redondillas;

(18) Alusión al libreo de los Viajes del infante don Pedro de Portugal por las siete partes del mundo.

Compone romances  
 Que cantan y estiman  
 Los que carlan paños,  
 Y ovejas esquilan;  
 Y hace canciones  
 Para su enemiga,  
 Que de todo el mundo  
 Son bien recibidas (19),  
 Pues en sus robatos  
 Todo el mundo limpia  
 Con ellas de ingleses  
 La Fuenterrabia;  
 Finalmente, él es,  
 Señorazas mías,  
 El que dos mil veces  
 Os pide y suplica  
 Que con los gorriones  
 De las plumas ricas  
 Os hagais gorrionas  
 Y os mostreis arpias;  
 Que no sepulteis  
 El gusto en capillas,  
 Y que á los bonetes  
 Queráis las bonitas (20).

## LXV.

Diez años vivió Belerma  
 Con el corazón dilantado  
 Que le dejó en testamento  
 Aquel francés hoquirrubio.  
 Contenta vivió con él,  
 Aunque á mi me dijo alguno  
 Que viviera mas contenta  
 Con trescientos mil de jurro.  
 A verla vino doña Alda,  
 Viuda del conde Rodolfo,  
 Conde que fue en Normandía  
 Lo que á Jesucristo plugo;  
 Y hallándola muy triste  
 Sobre un estrado de luto,  
 Riéndose muy despacio  
 De su llorar importuno,  
 Sobre el muerto corazón,  
 Envuelto en un paño sucio,  
 Le dice: «Amiga Belerma,  
 Cese tan necio diluvio,  
 Que anegará vuestros años  
 Y ahogará vuestros gustos.  
 Estése allá Durandarte  
 Donde la suerte le cupo;  
 Buen pozo haya su alma,  
 Y pozo que esté sin cubo.  
 Si él os quiso mucho en vida,  
 También le quisistes mucho,  
 Y si tiene abierto el pecho,  
 Queréllese de su escudo.  
 ¿Qué culpa tuvistes vos  
 De su entierro, siendo justo  
 Que el que como bruto muere,  
 Que le entierren como bruto?  
 Muriera él acá en París,  
 A do tiene su sepulcro,  
 Que allí le hicieran lugar  
 Los antepasados suyos.  
 Volved luego á Montesinos  
 Ese corazón que os trujo,  
 Y envialde á preguntar  
 Si por gavilan os tuvo.  
 Descosed y desnudad  
 Los tocás de angeo erudo,  
 El monjilon de bayeta  
 Y el manto basto peludo;  
 Que aun en las viudas mas viejas  
 Y de años mas caducos

(19) Verges lee:

Son bien entendidas.

(20) Es decir, que quieran á los clérigos, y no á los fraites.

(17) Otros leen:

Que diga un Macías.

Las tocas eubren á enero  
Y los mujiles á julio,  
Cuanto y mas una muchacha  
Que le faltan dias algunos  
Para cumplir los treinta años,  
Que yo desdichada cumpto  
Seis hace, si bien me acuerdo,  
El dia de santo Nullo,  
Que perdí aquel malogrado  
Que hoy entre los vivos busco.

Holguéme de cuatro y ocho,  
Haciéndoles dos mil hurtos,  
A las palomas de besos  
Y a las tórtolas de arrullos.

Senti su fin; pero mas  
Que muriese sin ver fruto,  
Sin ver flujo de mi vientre,  
Porque siempre tuve puño;

Mas no por eso ultraje  
Mi buena tez con rasguños;  
Cabal me quedó el cabello,  
Y los ojos casi enjutos.

Aprended de mí, Belerma;  
Holguémonos de consumo,  
Llévese el mar lo llorado,  
Y lo suspirado el humo.

No hileis memorias tristes  
En este aposento oscuro;  
Que, cual gusano de seda,  
Moriréis en el capullo.

Haced lo que en su fin hace  
El pájaro sin segundo,  
Que nos habla en sus cenizas  
De pretérito y futuro.

Llorad su muerte, mas sea  
Con lagrimillas al uso;  
De lo mal pasado nazca  
Lo porvenir mas seguro.

Porgámonos á la par  
Dos tojitas de repulgo,  
Ceja en arco, manos blancas  
Y dos perritos lanudos.

Yedras verdes somos ambas,  
A quien dejarán sin muros  
De la muerte y del amor  
Baterias é infortunios.

Busquemos por dó trepar,  
Que lo que de ambas presumo,  
No nos faltarán en Francia  
Pared gruesa, tronco duro.

La iglesia de San Dionis  
Canonigos tiene muchos,  
Delgados, cariaguileños,  
Carihartos y espaldudos.

Esojamos como en peras  
Dos clérigos capotunicos (21),  
De aquestos que andan en mulas  
Y tienen algo de mulos;

Destos Alejandro Magnos,  
Que no tienen por disgusto,  
Por dar en nuestros broqueles,  
Que demos en sus escudos.

De todos los doce pares  
Y sus nones ahernunco,  
Que calzan bragas de malla,  
Y de acero los pantuflos.

¿De qué nos sirven, amiga,  
Petos fuertes, yelmos lucios?  
Armados hombres queremos,  
Armados, pero desmudos.

De vuestra mesa redonda  
Francos paladines hubo,  
Donde ayunos os sentais,  
Y os levantais mas ayunos.

La de cuadro esquinas quiero;  
Que la ventura me puso

En casa de cuatro picios,  
De todos cuatro picudo;  
Dónde sirven la Cuaresma  
Sabrosísimos besngos,  
Y lurnas en el Carnal,  
Con su caldillo y su zumo.»  
Mas iba á decir doña Alda;  
Pero á lo demás dió un nudo,  
Porque de don Montesinos  
Entró un pajecillo zurdo (22).

## LXVI.

Noble desengaño,  
Gracias doy al cielo  
Que rompiste el lazo  
Que me tenia preso.

Por tan gran milagro  
Colgaré en tu tiempo  
Las graves cadenas  
De mis graves yerros.

Las fuertes coyundas,  
El yugo de acero,  
Que con tu favor  
Sacudi del cuello,

Las húmidas velas  
Y los rotos remos  
Que escapé del mar  
Y ofrecí en el puerto,

Y de tus paredes  
Serán ornamento,  
Gloria de tu nombre,  
Y de amor desecuento.

Y así, pues que triunfas  
Del rapaz arquero,  
Tiren de tu carro  
Y sean tu trofeo

Locas esperanzas,  
Vanos pensamientos,  
Pasos esperecidos,  
Livianos deseos.

Rabiosos cuidados,  
Ponzoñosos celos,  
Infernales glorias,  
Gloriosos infiernos.

Compóngante himnos,  
Y digan sus versos  
Que libras cautivos  
Y das vista á ciegos.

Ante tu deidad  
Hónrense mil fuegos  
Del sudor precioso  
Del árbol sabco.

Pero ¿quién me mete  
En cosas de seso  
Y en hablar de veras  
En aquestos tiempos?

Porque el que mas trata  
De burlas y juegos,  
Ese es quien se viste  
Mas á lo moderno.

Ingrata señora,  
Desde tu aposento,  
Mas dulce y sabrosa  
Que nabo en adviento,

Aplicame un rato  
El oído atento,  
Que quiero hacer auto  
De mis devaneos.

¿Qué de noches frias  
Que me tuvo el hielo  
Tal, que por esquima  
Me juzgó tu perro,

Y alzando la pierna  
Con gentil denuncio,  
Me argentó de plata  
Los zapatos negros!  
¿Qué de noches destas,  
Señora, me acuerdo  
Que andando á buscar  
Chinas por el suelo,  
Para hacer la seña

Por el agujero,  
Al tomar la china  
Me ensucie los dedos!  
¿Qué de dias anduve

Cargado de acero  
Con harto trabajo,  
Porque estaba enfermo!  
Como estaha flaco,

Paroia cencerro,  
Hierro por de fuera,  
Por de dentro hueso.  
¿Qué de meses y años

Que viví muriendo  
En la peña pobre  
Sin ser Belenébros;  
Dónde me acaeció  
Mil dias enteros

No comer sino uñas,  
Haciendo sonetos.  
¿Qué de necesidades  
Escribí en mil pliegos,  
Que las ríes tú agora,  
Y yo las confieso!

Aunque las tuvimos  
Ambos en un tiempo,  
Yo por discreciones  
Y tú por rejué-bros.

¿Qué de medias noches  
Canté en mi instrumento:  
«Socorre, Señora,  
Con agua mi fuego.»

Dónde, aunque tú no  
Socorriste luego,  
Socorrió el vecino  
Con algun caldero.

Adios, mi señora,  
Por que me es tu gesto  
Chimenea el verano  
Y nieve el invierno,

Y el brazo me tienes  
De guijarros lleno,  
Porque creo que bastan  
Seis años de necio.

## LXVII.

«Ensíllenme el asno rucio  
Del alcalde Anton Llorente,  
Dénme el tapador de corcho  
Y el gaban de paño verde,  
»El lauzon en cuyo hierro  
Se han orinado los meses,  
El caso de calabaza  
Y el vizcaíno machete,  
»Y para mi caperza

Las plumas de tordo dénme,  
Que por ser Martín el tordo,  
Serviran de martinetes.  
»Pondrele el orillo azul

Que me dió para penelle  
Teresa la del Villar,  
Hija de Pascual Vicente;  
»Y aquella palana en cuadro,  
Donde de latón se ofrecen  
La madre del virotero

Y aquel dios que calza arneses,  
»Tan en pelota y tan juntos,  
Que en ciegos nudos los tienen,  
Al uno redes y brazos

Y al otro brazos y redes;  
»Cuyas figuras en torno  
Acompañan y guarnecen

(22) C. B. Depping, en su *Colección de romances*, llama pesimo á este de Góngora, sin duda por no haber comprendido que es de burlas. Creyó el buen alemán, por lo que se ve, que los consejos de doña Alda no eran hijos del donaire.

(21) Otros leen equivocadamente:  
Dos deligos capotunicos.  
Sigo el texto de Faria.

«Famos de nogal y espinas,  
Y por letra pan y nueces.»

Esto decía Galayo  
Antes que al Tajo partiese  
Aquel yegüero florón,  
Aquel jumental jinete,  
Natural de do nació,  
De yegüeros descendiente,  
Hombres que se proveen ellos,  
Sin que los provean los reyes.

«Trajéronle la patena,  
Y suspirando mil veces,  
Del dios garañón miraba  
La dulce Francia y la suerte.

«Piensa que será Teresa  
La que descubra, y prenden  
Agudos rayos de envidia,  
Y de celos nudos fuertes.

«Teresa de mis entrañas,  
No te gazmies ni ajaqueques;  
Que no faltarán zarzas  
Para los perros que muerden.

«Aunque es largo mi negocio,  
Mi vuelta será muy breve,  
El día de San Ciruelo  
O la semana sin viérsenos.

«No te pareces á Vénus,  
Ya que en beldad te pareces,  
En hacer de tantos huevos  
Tantas frutas de sartenes.

«Cuando sola te imagines,  
Para que de mí te acuerdes,  
Ponle á un pantullo aguilón  
Un reverendo bonete.

«Si creciere la tristeza,  
Una lonja cortar puedes  
De un jamón, que bien sabrá  
Tornarte de triste alegre.

«Oh cómo saba la lonja  
Mas que á todos cuantos leen,  
Y rabos de puercos mas  
Que lenguas de bachilleres!

«Mira, amiga, tu pantullo,  
Porque verás, si lo vieres,  
Que se parece á mi cara  
Como una leche á otra leche.

«Acuérdate de mis ojos,  
Que están cuando estoy ausente  
Encima de la frente,  
Y debajo de la frente.»

En esto llegó Bandurriño,  
Diciéndole que se apreste;  
Que para sesenta leguas  
Le falta tres veces veinte.

A dar pues se parte el bobo  
Estocadas y reverses  
Y tajos orilla el Tajo  
En mil hermosos broqueles.

## LXVIII.

A un hermano del autor.

En la pedregosa orilla  
Del turbio Guadalmeñato,  
Que al claro Guadalquivir  
Le paga el tributo en barro,  
Guardando unas flacas yeguas  
A la sombra de un peñasco,  
Con la mano en la muñeca  
Estaba el pastor Galayo;

Pastor pobre y sin abrigo  
Para los hielos de mayo,  
No mas de por estar roto  
Desde el tronco á los mos alto.  
Quejábase reciamente  
Del Amor, que lo ha matado  
En la mitad de los lomos  
Con el arpon de un tejado.

Por la linda Teresona,  
Niña que siempre ha guardado

Orillas de Vecinguerra (25)  
Animales vidriados,

Hija de padres que fueron  
Pastores deste gauado,  
El uno orilla de Esgueva,  
El otro orilla del Darro.

«Basta pues Galayo andaba  
Tiesamente enamorado,  
Lanzando del pecho ardiente  
Reguéldos amartelados.

No siente tanto el desden  
Con que della era tratado,  
Cuanto la terrible ausencia  
Le comia medio lado;

«Aunque para consolarse  
Sacaba de rato en rato  
Un cordón de sus cabellos,  
Y tejido de su mano,

Tan delicado y curioso,  
Tan curioso y delicado,  
Que si el cordón es tomiza,  
Los cabellos son esparto.

«Con lágrimas le enmudece  
El yegüero desdichado,  
Aunque despues con suspiros  
Quedó enjuto y perfumado.

Y en un papelón de estraza,  
Habiéndole antes besado,  
Lo envuelve, y saca del seno  
De su pastora un retrato,

«Que en un pedazo de angeo,  
No sin primor ni trabajo,  
Con una espátula vieja  
Se lo pintó un boticario.

Y clavando en él la vista,  
Con tono romadizado  
Estos versos cantó al son  
De un mortero y de su mano:

«Dulce retrato de aquella  
Enemiga desabrida,  
Que para acabar mi vida  
No tiene en sus ojos mella.

«La paciencia se me apoca  
De ver cuán al vivo tienes  
La frente entre las dos sienes  
Y los dientes en la boca;

«Y que es tal el regalado  
Mirar de tus ojos bellos,  
Que el que está mas lejos dellos,  
Ese está mas apartado;

«Y así, aunque me hagan guerra,  
Mirándolos me estaria  
Toda la noche y el día,  
Comiendo turmas de tierra.

«Retrato pues soberano,  
Que, se un es tu primor,  
Tuvo al hacerte el pintor,  
Cinco dedos en la mano.

«Si no quies verme difunto,  
Segun por tí me derriego,  
Mirame, pues ves que tengo  
La nariz tan en su punto;

«Mirame, niña gentil,  
Que ayer me miré en un charco,  
Y vi que era rubio y zarco,  
Como Dios hizo un candil.»

## LXIX (24).

*Que se nos va pascua, mozas,  
Que se nos va la pascua.*

Mozuelas las de mi barrio,  
Loquillas y confiadas,  
Mirad no os engañe el tiempo,  
La edad y la conlianza.  
No os dejéis lisonjear  
De la juventud lozana,

(25) Otros leen *vecinguera*.

(24) Pónese esta composición en este lugar por ser una mezcla de romance y de fábula.

Parque de caducas flores  
Teje el tiempo sus guirnaldas.  
*Que se nos va, etc.*

Vuelan los ligeros años,  
Y con presurosas alas  
Nos roban, como arpias,  
Nuestras sabrosas viandas.  
La flor de la maravilla  
Esta verdad nos declara,  
Porque le hurta la tarde  
Lo que le dió la mañana.

*Que se nos va, etc.*  
Mirad que cuando pensais  
Que hacen la señal del alba  
Las campanas de la vida,  
Es la queda, y os desarma

De vuestro color ilustre,  
De vuestro donaire y gracia,  
Y quedais todas perdidas  
Por mayores de la marca.

*Que se nos va, etc.*  
Yo sé de una buena vieja  
Que fué un tiempo rubia y zarca,  
Aunque al presente le cuesta  
Harto caro el ver su cara;

«Porque su bruñida frente  
Y sus mejillas se hallan  
Mas que roquete de obispo  
Encogidas y arrugadas.

*Que se nos va, etc.*  
Y sé de otra buena vieja,  
Que un diente que le quedaba  
Se lo dejó esotro día  
Sepultado en unas natas;

Y con lágrimas le dice:  
«Diente mío de mi alma,  
Yo sé cuándo fuistes perla,  
Aunque agora no sois nada.»

*Que se nos va pascua, mozas,  
Que se nos va la pascua.*

Por eso, mozueltas locas,  
Antes que la edad avarea  
El rubio cabello de oro  
Convierta en luciente nácar,  
Quered cuando sois queridas,  
Amad cuando sois amadas;  
Mirad, bobas, que de tras  
Se pinta la ocasion calva.

## LXX.

A la muerte de doña Luisa de Cardona, monja en Santa Fe de Toledo.

Moriste, ninfa bella,  
En edad floreciente;  
Que la muerte entre flores  
Se esconde cual serpiente.

Moriste, y Amor luego  
Rompió el arco impaciente;  
Casto Amor, no el que tira  
Flechas de oro luciente.

Ninguno hay en la selva  
Que tu tan no lamente,  
O sátiro sea duro  
O virgen inocente.

Hasta el dios que sus cuernos  
Con guirnaldas desniente,  
Por dadas á tu urna  
Las niega ya á su frente.

Eco, de nuestras voces  
Universal oyente,  
No es ya sino de quejas  
Fiel correspondiente.

Al viento la arboleda,  
Mas que nunca obediente,  
Con él tu muerte gime  
Y él con ella siente.

La casta cazadora  
Seguiste puntualmente,  
Ya en los montes armada,  
Ya desnuda en la fuente.

Ligera á los piés fuiste  
Del corcillo, y valiente  
Del jabali cerdoso  
Al espumoso diente;  
De cuya profesion  
Testigo sulciente,  
En el laurel sagrado  
La alfaba sea pendiente.  
Tumba es hoy de tus huesos,  
Casta, si no decente,  
El árbol cuyas ramas  
No temen rayo ardiente;  
El árbol que teniendo  
Tu memoria presente,  
No ya de aves lascivas  
Torpe nido consiente.

Tierno gemido apenas  
De tórtola doliente  
Que muerto esposo llora,  
No que lo llame ausente;  
Adonde de las ninfas,  
Diez á diez, veinte á veinte,  
Si el llanto es ordinario,  
El concurso es frecuente.  
¡Oh alma, que eres ya  
Deidad respandeciente.  
Daliso, porque el tiempo  
Su prescripcion no intente;  
El tiempo, de memorias  
Fiscal tan insolente,  
Que á la inmortalidad  
No perdona accidente.

Aquí, donde hasta el Bétis  
Sintió tu fin reciente (25),  
Llorando por los ojos  
Desta su antigua puente,  
No túmulo te erige  
De mármol diferente  
Donde el sol uno á uno  
Sus muchos rayos cuente,  
Ni ocupada la industria  
De artefice excelente,  
Labrará á tus cenizas  
Vasija competente,  
Sino un padron humilde  
Con la inscripcion siguiente,  
Que piedad solicite  
Y su fe represente:  
«Suspende ¡oh caminante!  
El paso diligente,  
Y cuando no admirado,  
Condolido, detente.  
»Memoria soy de un sol  
Que el Turia fué su oriente,  
Y su occidente el Tajo;  
Dilo de gente en gente.»

## LXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Cuantos silvos, cuantas voces  
Tus campos, Belén, oyeron,  
Sentidas bien de sus valles,  
Guardadas mal de sus ecos,  
Pastores las dan, buscando  
El que, celestial Cordero,  
Nos abrió piadoso el libro  
Que negaban tantos sellos.  
¿Qué buscáis, los ganaderos?  
— Uno ¡ay! Cordero, que su cuna  
Los brazos son de la luna,  
Si duermen sus dos luceros.  
No pastor, no abrigó fiero  
Frágil choza, albergue ciego,  
Que no penetre el cuidado,  
Que no escudriñe el deseo.  
La Penitencia, calzada,

(25) Equivocadamente leen muchos:  
Aquí donde está el Bétis  
Creo tu fin reciente.

En vez de abarcas el viento,  
Cumbrés pisa coronadas  
De parapiños del cielo.  
¿Qué buscáis, los ganaderos?  
— Uno ¡ay! Cordero, que su cuna  
Los brazos son de la luna,  
Si duermen sus dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

PASCUAL.

¿De qué?

GIL.

No deis mas paso;

Que dormir vi á un Niño.

PASCUAL.

Paso.

GIL.

Quedo ¡ay! queditico, quedo.

Tanto he visto celestial,

Tan luminoso, tan raro,

Que á pesar hallarás claro

De la noche, este portal.

Enfrena el paso, Pascual,

Deja á la puerta el denuedo;

Pediros albricias puedo.

## LXXII.

Al Santísimo Sacramento.

¿Quién pudiera dar un vuelo

Por todo lo que el sol mira,

Y solicitar las gentes

A cena jamás oída!

Cena grande, siempre cena

A cualquiera hora del día,

Donde en poco pan se sirve

Mucha muerte ó mucha vida.

Esta si es comida,

Y tan singular,

Que Dios nos convida

A Dios en manjar.

Mire pues como se sienta

A mesa el hombre tan limpia,

Que aun los espíritus puros

Criaturas son indignas.

Nupciales ropas el alma,

Blanca, digo, estofa vista,

Que á pesar del oro es

La mas blanca la mas rica.

Esta si es comida, etc.

¡Oh tres y cuatro mil veces

Magnificencia divina!

¡El Verbo eterno hecho hoy grano

Para la humana hornija!

¿Quién pues hoy no se desata

En voces agradecidas?

Alternen gracias los coros

Y responda la capilla:

Esta si es comida,

Y tan singular.

Que Dios nos convida

A Dios en manjar.

## LXXIII.

A la beatificación de santa Teresa de Jesús  
hizo box Lris este romance en nombre  
del vicario de Trasierra, aldea de Córdo-  
ba, en Sierra-Morena.

De la semilla caída,

No entre espigas ni entre piedras,

Que acudio á ciento por uno

A la agradecida tierra,

Media fué, y media colmada,

La santa que hoy se celebra

De Avila, segun dispone

Ley de medidas expresa;

Bien que de semilla tal,

No solo quiere ser media,

Sino costal de buriel,

Cuando no balda de jerga.

Patriarca pues de á dos,  
Dividida en dos fué entera,  
Medio monja y medio fraile,  
Soror Angel, fray Teresa.

Monja ya y fraile beata,

Hoy nos la hace la Iglesia

Triun en los estados y una,

Si única no en la esencia.

Al Carmelo subió, adonde

Con flores vió y con centellas

Zarza quizá alguna, pues

Se descalzó para verla.

Bajo de él, legisladora

En tablas mas que de piedra

De su antigua institucion

La recopilacion nueva,

Celante y caritativa,

Tisbita como Elisea,

En el carro y con el manto

Baja de sus dos profetas.

Baja pues, y en pocos años

Tantas fundaciones dejó,

Cuantos pasos da en España,

Orbe ya de sus estrellas.

Moradas, divino el arte,

Y celestial la materia,

Fabricó arquitectalada,

Si no argumentosa abeja.

Tanto y tan bien escibió,

Que podrá correr parejas

Su espíritu con la pluma

Del prelado de su iglesia.

Pues abulenses los dos,

Ya que no iguales en letras,

En nombre iguales, él fue

Tostado, Almadada ella.

Grande en Avila apellido,

Por quien tuvo de nobleza

Lo que de beldad, y ambas

Lo que el pavon de soberbia.

Lisonjearonla un tiempo

Las rosas, las azucenas

Que en el cristal de su forma

Incluyó naturaleza;

Mas á breve desengaño

Caldea su primavera,

Frágil desmintió el cristal

Ser de roca su firmeza;

Desengaño judicioso,

Que con perzosa fuerza

Interno royó gusano

La verde laseva ye fra;

Cuya sombra suspendida,

Frutos mil de penitencia,

De ciudad no populosa,

Mas de provincias e teras.

No encaneció igual ceniza,

Oh Niñive, tu cabeza

Al sayal de las capillas.

Que exactamente hoy blanquea

En nuestra Europa de tanto

Ciudadano ancoreta,

Que escondido en si, es su cuerpo

Gruta de su alma estrecha (26).

¡Oh con plumas de sayal

Penitente, pero bella,

Carmelita jerarquía,

Gloria de la nacion nuestra!

¡Oh religion propagada

Antes que nacida, apenas

Plantada, ya floresciente,

Fecunda sobre doncella!

¡Oh cuán muda que procedes!

Oh cuánto discurrees lenta!

¿Qué mucho si es tu instituto

Cantar bajo y calzar cuerdas?

Perdona si entre los cisnes

Saludo tu sol corveja;

Tu sol, que alba tiránica

(26) Otros leen urna.

Y espumas del Tórmes sellan;  
Perdona si desatado  
Mi pobre espíritu en lenguas,  
Metal no ha sido canoro,  
Muda caña si de aquella  
Santa, de familias madre,  
Que en dos viñas á una cepa  
Condojo de un sexo y otro  
Obreros á horas diversas;  
Cuyos cilicios limando  
Aun los hierros de sus rejas,  
Salvados le dan al cielo,  
Hechos cedazos de cerdas (27).  
Desta pues virgen prudente,  
A cuya imperial linterna  
El olio que guardó viva  
Está destilando hoy muerta,  
A la beatificación  
Laureada hasta las cejas,  
Ha convocado Córdoba  
Sus Lucanos y Seneças.  
Si extrañaren los vulgares  
Y acusaren la licencia,  
Escapularios del Carmen  
Mis escapatorias sean.  
Todo va con regla y arte;  
Que, á Dios gracias, arte y regla  
Nos dejó Antonio, produzga  
Todo escuchante la oreja.  
*At Carmen potest produci,*  
Como verdolaga en huerta,  
A cualquiera pié concede  
La autoridad nebrisenia,  
Como sea pié de Carmen,  
Calce cáñamo ó baqueta;  
Y así, *quod scripsi, scripsi,*  
A dos de octubre, en Trasierra (28).

## LXXIV.

Al tronco de un verde mirto,  
Enamorado Fileno,  
Dos escuadrones vió armados  
En la campaña de un sueño.  
Amor conducia en las señas,  
Que tremolaban deseos,  
Esperanzas Bradamantes  
Entre cuidados Rugeros.  
Las perezosas banderas  
Seguían del tardo tiempo,  
Horas en el mal prolijas,  
Días en el mal ligeros.  
Cerraron pues las dos haces,  
Y el bello garzon durmiendo,  
Que cerrados ya los ojos,  
Aun mas Cupido es que el ciego,  
«A ellos, dicen, á ellos;  
*Cierra, cierra,*  
*Arma, arma,*  
*Cierra, cierra,*  
*Suenen las trompetas, suenen,*  
*Guerra, guerra.*  
»A ellos, dice, soldados;  
Embestildes, advirtiendo  
Que láminas son de pluma  
Cuantas mienten el acero;  
»Mas perdonad á sus alas,  
Aunque las perdone el viento;  
Que el fomentar su tardanza  
Disminuir es su velo.  
»No bagais volver las espaldas  
A los enemigos nuestros;  
Huyendo quiero los días,  
Pero no retrociende.  
»Las horas vuelven atrás;  
Que si el bien saben que espero,  
Por hacerme desdichado

(27) Otros escriben *pedazos*.

(28) Fué escrito para la justa literaria hecha en Córdoba el año 1615.

Joven me harán eterno.  
»A ellos, dicen, á ellos;  
*Cierra, cierra,*  
*Arma, arma,*  
*Cierra, cierra,*  
*Suenen las trompetas, suenen,*  
*Guerra, guerra.*  
Yedra vididora  
Dichosa vestia,  
Luciente alcaria  
De aquel sol que adora,  
Garzon siempre bello,  
Que un cordero al cuello  
Su ganado es;  
Desta yedra pues  
Fia el sueño breve.  
Cuando perlas bebe  
La causa en las flores,  
Cuando ruiseñores  
En el mirto verde.  
»Recuerde, dicen, recuerde  
Quien amores tiene.  
*Que un sol con dos soles viene,*  
*dulce mas que el arroyuelo,*  
*Que las azucenas pisa.*  
Llegó Belisa,  
De rayos se bordó el cielo,  
Y el zagal,  
Aunque es águila real,  
Su luz apenas sostiene;  
*Que un sol, etc.*  
Gallardo mas que la palma  
Que besa el aire sereno  
Salió Fileno;  
En sus ojos salió el alma  
A recibilla,  
Y amorosa tortolilla  
Hizo el caso mas solene;  
*Que un sol con dos soles viene,*  
*dulce mas que el arroyuelo,*  
*Que las azucenas pisa.*

## LXXV.

»Ave de plumaje negro,  
Si bien de tanto esplendor,  
Que despreciando sus rayos,  
Vuestras plumas viste el sol,  
»No por vuestra beldad sola  
Reina de las aves sois,  
Sino porque ministras  
Armas que fulmine Amor.  
»Gloria será siempre vuestra,  
Y durará. ¿Cuál mayor,  
Vestir luces á un planeta,  
O prestar rayos á un dios?  
»Muchos siglos coroneis  
Esta dichosa region,  
Que cuando os mereció ave,  
Seráin os admiró.  
»Honesta permitid ya  
Que los ojos de un pastor  
Lo menos luciente os sufran,  
Examinándose en vos;  
»De un pastor que en vez de ovejas  
Sigue el impulso veloz  
De vuestras hermosas alas  
Con las de su corazón.  
»¿Cuántas veces remontada  
De la esfera superior,  
De donde os perdía mi vista,  
Os cobraba mi atención,  
»Solicité vuestro nido,  
Que hallarse apenas dejó  
Sobre un escollo, de quien  
Aprendistes el rigor!  
»Visitolo, y si desierto  
Lo halla mi devoción,  
Cuantos juncos dejais frios  
Abraso en suspiros yo.  
»Cenizas lo digna cuantas  
Están humeando hoy;

Que humedecidas despues,  
Aun no olvidan el calor.  
»¡Oh reina de cuanto vuela,  
Envidia de cuantos son  
Águilas por privilegio,  
Por naturaleza no!  
»Perdonad el aire un día,  
Si no merecemos dos;  
Que el Tajo os espere cisne,  
Cuando no su margen flor.»  
Esto cantaba Feliso  
Al dulce doliente son  
De ninfa que agora es caña,  
De caña que agora es voz (29).

## LXXVI.

A la batalla de Lepanto.

Desbaratados los cuernos,  
Y la batalla rompida,  
Sus escuadras leño á leño,  
Sus leños astilla á astilla;  
Aluchali hecho á la mar  
Con vergonzosa huida,  
Muerto el bajá, y coronada  
De su cabeza una pica;  
Redimidos los forzados,  
Mas por la merced divina,  
Que la trinidad humana,  
Tres personas y una liga;  
*Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,*  
*Triunfos de la liga,*  
*Sea á tan gran vitoria*  
*Trompa la fama y pluma la memoria.*  
Glorioso parte don Juan  
Con estruendo y armonia  
De tiros y de clarines,  
Dejando entre aquellas islas  
Un mar de sangre y de fuego,  
Y por espumas ceuzas  
Fúe, si no son turbantes  
Que van buscando la orilla.  
*Vitoria dicen los fuegos,*  
*Vitoria la artilleria,*  
Las piedras dicen *vitoria*,  
Que los vencedores pisan.  
*Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,*  
*Triunfos de la liga,*  
*Sea á tan gran vitoria*  
*Trompa la fama y pluma la memoria.*

## LXXVII.

En la fuerza de Almería  
Se disimulaba Hacen,  
Abencerraje hurtado  
A la indignación del Rey.  
Entre el cuchillo y la cuna  
Interpuso Mahamet  
La parte del capellar,  
Que lo bastó á defender.  
Negado pues al rigor,  
Galan se criaba él,  
Tan hijo y mas del alcaide,  
Que Celidaja lo es;  
Celidaja, que en sus años  
Virgen era rosa, á quien  
Del verde nudo la aurora  
Le desata el rosicler;  
Beldad ociosa crecía  
En sus jardines tal vez,  
Al son de un laud con ramas,  
Que eran cuerdas de un laurel;  
Coros alternando y zambras  
Con sus moras, hasta que  
Daba al céfiro su frente  
Aljólares que beber;  
De cuya dulce fatiga  
Apelaba ella despues

(29) Está en duda si fué ó no de Gongora este romance.



Al baño, que le templaban  
Curiosidad y placer.

Un día en que le dieron

Los jardines del vergel  
Estrellas fragantes mas  
Que claras la noche ve,

Averiguando la ballo  
Los días de casi tres  
Lustros de su tierna edad  
Aquel niño dios, aquel

Fénix desnudo, si es ave,  
Pollo siempre, sin deber  
Segundas vidas al sol,  
Nieto del mar en la fe.

Por no alterar á la mora,  
En un listado alquicel,  
Manto del Abencerraje,  
Desnintió su desnudez;

Fiando á un mirto sus armas,  
Verde frondoso dosel  
De un mármol que ni Lucrecia  
Ni fuente deja de ser;

Pliega el dorado volúmen  
De sus alas el doncel,  
Redimiendo ciegas lucec,  
Que mas vendadas mas ven.

Del Abencerraje luego  
Copia hecho tan fiel,  
Que los dudara el concurso,  
Equivocado juez,

La ocupacion inquiriendo,  
Donaire hace y desden  
De que solicite niña  
La que excusara mujer.

«Ejerced, le dice, hermana,  
Vuestra hermosura, y creed  
Que tan vana es la de hoy  
Como ingrata la de ayer.

»Fugitivos son los dos;  
Usad desos dones bien,  
Que en un cristal guardéis frágil  
Lo caduco de un clavel.

»Si os regulais con las flores  
Que visten esa pared,  
Horas son que antes el día  
Las ve morir que nacer.

»Gozáos en sazón; que el tiempo,  
Tesoro ya infiel  
De ese oro que peñais,  
De ese marfil que escondeis,

»Desengaños restituye;  
Necia en el espejo fué  
La memoria, mudad antes  
Parecer que parecer» (50).

Extrañando la doctrina  
Del jóven que hermano cree,  
La vergüenza á Celidaja  
Le purpureó la tez.

El ya fraternal engaño,  
Mal bebido en su niñez,  
Disolvia cuando Amor,  
Sintiendo el dichoso pié,

Del que ya conduce amante,  
Cuanto cautelo el pincel  
Desvaneció, y en su forma  
Pisando nubes se fué.

## LXXVIII.

En lágrimas salgan mudos  
Afectos, que hasta hoy  
Aun en suspiros el alma  
Al aire se las fió.

Afectos que, el pié en ur. grillo,  
Andan en el corazón,  
Y se fueran por los ojos  
A no revocarlos yo.

Salgan por los ojos pues  
Estrellas sin esplendor  
Entre ondas sin ruido

(50). Otros leen: *que parecier.*

Desmintiendo lo que son;

Que recato aun al silencio

Señas teme, si no voz;  
Tanta á la divina causa  
Se debe veneracion.

Adoro en perfiles de oro  
Dos bellas copias del sol  
Tan bellas, que él pide rayos  
A cualquiera de las dos;

Adóralas, y tan dulce,  
Tan mortal culto les doy,  
Que no penetra sus aras,  
Si no es la imaginacion.

Por no profanar grosero  
Su sagrado templo, estoy  
Entre celos y temores  
Que la envidia me causó,

Previendo diligente  
El mas luciente arpon  
Que viste plumas de fuego  
En la aljaba del Amor,

Para ejercitarlo el día  
Que ausencia haga un garzon,  
Mas que yo, si venturoso,  
Pero mas amante no.

Entre tanto la lisonja  
Me junta á la emulacion;  
Que á una deidad el silencio  
Mudo es adulador.

## LXXIX.

Al rey don Felipe IV nuestro señor, y á la  
Reina nuestra señora.

Las esmeraldas en yerba,  
Los alcázares de quien,  
Si jardinero el Jarama,  
El Tajo su alcaide es,

Fileno, que lo narciso  
Despreció por lo clavel,  
Con Belisa coronaba  
Divino lilo francés;

Pastores que, en vez de ovejas  
Y de corderos, tal vez  
Rayos del sol guarda ella,  
De abril guarda flores él.

Amor, que indignas sus flechas  
De tan altos pechos ve,  
Los vinientos de flimeneo  
Nudos hizo de su red.

De algun álamo lo diga  
La corteza, que les fué  
Bronce en la legalidad,  
Y en la obediencia papel.

Cuantos afectos le deben  
Los ecos del Aranjuez,  
Que naciendo á ser deseos,  
Suspiros fueron despues.

A cuya casta armonia  
Breves ofreció un laurel,  
Para número sus hojas,  
Para láminas su pié.

Dulces le tejen los rios,  
Si en sus márgenes se ven  
Alegres coros de niñas  
Dos á dos y tres á tres.

Un día claro y ameno  
Que los cisnes de la espuma  
Tiorba fueron de pluma,  
Esto el aire oyó sereno:

«Viva el amor de Fileno  
Cuando se excede á la par (51)  
De la fe de su Belisa;  
Que no hay mas que desear.

»Viva la fe de Belisa,  
Cuando no mayor, igual  
Al amor de su Fileno;

Que no hay mas que desear.  
»Siempre amantes, venzan siempre

(51) Otros leen *excede.*

La reciproca amistad  
De las vides con los olmos;  
Que no hay mas que desear.

«Sus años sean felices  
En número y en edad  
Las encinas destos solos;  
Que no hay mas que desear.

»Y no sabiendo jamás  
Lo que la fortuna es,  
Bese la envidia sus piés;  
Que no hay mas que desear.

## LXXX.

A tres damas de palacio.

Las tres anoras que el Tajo,  
Teniendo en la lúnea el pié,  
Fué dilatando el morir  
Por verlas antes nacer,

Las gracias de Venus son,  
Aunque dice quien las ve  
Que las gracias solamente  
Se le igualan en ser tres.

Flores que dió Portugal,  
La menos bella un clavel,  
Dudoso á cuál mas le deba,  
Al ámbar ó al rosider.

La que no es perla en el nombre,  
En el esplendor lo es,  
Y concha suya la misma  
Que cuna de Venus fué.

Luceos ya de palacio,  
Ninfas son de Aranjuez,  
Napeas de sus cristales,  
Driadas de su vergel.

Tirano Amor de seis soles,  
Suave cuanto cruel,  
Si mata á lo castellano,  
Derrite á lo portugués.

Francelisa es quien abrevia  
Los rayos de todos seis;  
Sé que fulmina con ellos;  
Como los vibran no sé.

En un favor homicida  
Ervaina un dulce desden,  
Sus filos atrocidad  
Y su guarnicion merced.

Forastero á quien conduce  
Cuanto aplauso pudo hacer  
A los años de Fileno  
Belisa, lilo francés.

De los tres dardos te excusa,  
Y si puedes, mas de aquel  
Que resuscita al que ha muerto  
Para matallo otra vez.

## LXXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Nace el Niño, y pelo á pelo  
Deja el cabello á su Madre;  
Que esto de dorar las cumbres  
Es muy del sol cuando sale.

Leves reparos al frío  
Son todos, pero mas graves  
Que los alientos de un buev,  
Que, aunque calientan, son aire.

De flacos remedios usa;  
Que á valerse de eficaces,  
Estufar pudiera el norte  
La menor pluma de un angel.

Tiembla pues, y afecta el henó  
Cuando pudiera prestalle  
Colcos de preciosa lana,  
Moscovia en pelo suave.

Parte lo niega la yerba  
Del rigor helado, y parte  
Engaña el sueño, negando  
Sus favores celestiales;

Mas luego lo restituyen  
Ganaderos que los traen,  
O resplandores que ignoran,  
O conceptos que no saben.

Y viendo en tanto diciembre  
Que los campos mas fragrantes  
Nace un Niño junto á un bucy  
Que el sol en el Toro nace,

*Támen en coros, támen  
Salterios pastorales,*  
Instrumentos que, sonoros,  
De los celestiales coros  
Son dulces competidores,  
Mercediendo sus temores  
Que ángeles los acompañen.  
*Támen en coros, etc.*

Mas que no el tiempo templados  
Suenan dulces instrumentos,  
Cielos trasladan los vientos,  
Auroras pisan los prados;  
Queriendo en los mas nevados  
Que los abrils se engañen.  
*Támen en coros, támen,  
Salterios pastorales.*

## LXXXII.

Pensó rendir la mozuela  
El alférez de mentira,  
Soldado por cien mil partes,  
Y rompió por las mismas.

Pensó que la sujetara  
El gavion de la liga,  
Y de las terciadas plumas  
La crespas volateria.

Y la capa verde oscura,  
Golpeada la capilla  
En mas inciertos reveses  
Que una mula, y sea la mia.

Y la salta en barca azul,  
Con mas pendientes de alquimia  
Que la noche de San Juan  
Saca toda la justicia.

Y los gregüescos de seda  
Aforrados en telilla,  
Mucho mas acuchillados  
Que mulatos en esgrima.

Y la espada en tiros cortos  
Mal pendiente de la cinta,  
Por las obras temerosa,  
Por las palabras temida.

Pensó con lo dicho el hombre  
Sujetar la mujercilla,  
Torciendo rubios bigotes,  
Ayudados de alquitira.

«Hablandola con los ojos,  
Pisando de gallardia,  
Suspirando por la calle  
Y apuntalando su esquina.

«Camafeo de la moza  
Ser el necio pretendia,  
Y á la verdad era feo,  
Aunque cama no tenia;

«Pero tenia un rasguño  
Del bigote para arriba,  
Que le hizo de merced  
El padre de las pupilas;

«Y aun creo que al otro lado  
Le hubiera hecho otra firma,  
A no tenerlo ocupado  
Con no sé qué mineria.

«Con un cierto hofeton  
Que en la casa de Sevilla  
Llevó, vencido en la entrada  
Con las manos menos limpias.

«Una pues alegre noche,  
Que lo halló por su desdicha  
Alumbrando con su cara  
Su calleja sin salida,

«Llegándose poco á poco  
Debajo la ventanilla,

Como estudiante francés,  
Este salmo le decia:

«Yo soy de Santo Domingo,  
Una ciudad de Castilla,  
Donde, aunque es de la Calzada,  
Hay descalzas hidalgias;  
«Bien nacido como el sol,  
Gracias á los Chavarrias (52);  
Inquieto fui desde niño,  
Inclinado á la milicia.

«Apenas tenia quince años,  
Cuando un día á mediodia  
Dejé mi tierra por Flándes,  
Sepulcro de nuestras crismas;

«Donde padecí peligros  
Tan grandes, que juraria  
Que no me halló la muerte  
Porque triunfeis de la vida.

«Cuando en el cerco de Ipre (53)  
Estaba yo en Gravelinga (54)  
Con un brazo romadizo,  
Sonando la bateria.

«Nunca sali de mi tienda  
Mientras Anvers padecia (55),  
Porque no me acabó un sastre  
Unas calzas amarillas.

«Y aun allí por gran ventura  
No me halló una culebrina,  
Que me pasó por los ojos  
Poco mas de media milla.

«Otra vez que hubo en Brusélas  
Una pendencia reñida  
Puse paz desde un terrado,  
Aunque casi no me oian.

«Y aun me acuerdo, por mas señas,  
Que todo el mundo decia  
Que, á ser yo de la pendencia,  
Me prendiera la justicia.

«Dejé al fin guerras y Flándes  
Porque era tierra tan fria,  
Y yo, triste, andaba enfermo  
De cámaras cada dia.

«Como partí de allá pobre,  
Atravesé á Picardia,  
Y en un bergantín el mar  
De la Rochela á Galicia.

«Del golfo destas desgracias,  
Señora, he llegado á vista  
De vuestra merced. Dios quiera  
Que fuese en su enjuta orilla.

«Bien le debo á la fortuna  
El fin de tantas desdichas;  
Mas otra fuerza mejor  
De todas ellas me libra;

«Porque al salir de mi tierra  
Saqué, entre muchas reliquiás,  
Algunas plumas de gallo,  
Pero mas de la gallina.

«Asado vivo por vos,  
Y quisiera, reina mia,  
Que, ya que habeis sido el fuego,  
Fuérades tambien parrillas.»

«Atenta escucha la moza  
 Toda su oracion prolija,  
Unas veces con enfado,  
Pero mas veces con risa.

«No le respondió palabra;  
Mas ella y otra su prima  
Le exprimieron al asado  
El zumo de una jeringa.

(52) Otros leen : á las gavarillas.

(53) Otros leen Chipre.

(54) Otros escriben *grave liga*, sin advertir que eso mismo quiso decir Góngora al sonsonete de *Gravelingas*.(55) Otros escriben *hambre* en vez de *Anvers*. Góngora, que está tratando de Flándes, juega con los vocablos á lo que suenan por manera de donaire.

## LXXXIII.

Lloraba la niña,  
Y tenia razon,  
La prolija ausencia  
De su ingrato amor.  
Dejóla tan niña,  
Que apenas creyó  
Que tenia los años  
Que há que la dejó.

Llorando la ausencia  
Del galán traidor  
La balla la luna  
Y la deja el sol;

Añadiendo siempre  
Pasion á passion,  
Memoria á memoria,  
Dolor á dolor.

*Llorad, corazon;  
Que tenéis razon.*

Dicele su madre :  
«Hija, por mi amor,  
Que se acabe el llanto  
Ó me acabe yo.»

Ella le responde :  
«No podrá ser, no ;  
Las causas son muchas,  
Los ojos son dos.

«Satisfagan, madre,  
Tanta sinrazon,  
Y lágrimas floren  
En esta ocasion

«Tantas como dellos  
Un tiempo tiró  
Flechas amorosas  
El arquero dios.

«Ya no canto, madre,  
Y si canto yo,  
Muy tristes endechas  
Mis canciones son ;

«Porque el que se fué,  
Con lo que llevó,  
Me dejó el silencio,  
Se llevó la voz.

*«Llorad, corazon;  
Que tenéis razon.»*

## LXXXIV.

Al nacimiento de nuestro Señor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
Quién ha visto lo que yo?*

Yacia la noche cuando  
Las doce á mis ojos dió

El reloj de las estrellas,  
Que es el mas cierto reloj;  
Yacia digo la noche,  
Y en el silencio mayor.

Una voz dieron los cielos,  
Amor divino,  
Que era luz aunque era voz,  
Divino amor.

*¿Quién oyó, etc.*

Ruiseñor no era del alba,  
Dulce hijo el que se oyó;  
Viste alas, mas no viste  
Vulto humano el ruiseñor.

De varios pues instrumentos  
El confuso acorde son,  
Gloria dando á las riberas;  
Amor divino

Para la tierra anunció  
Divino amor.

*¿Quién oyó, etc.*

Levantéme á la armonia,  
Y cayendo al resplandor,  
O todo me negó á mí,  
O todo me negó yo.

Tiranizó mis sentidos  
El soberano cantor.  
Que ni era ave ni hombre;

Amor divino  
Era mucho de los dos,  
Divino amor.  
*¿Quién oyó, etc.*  
Restituidas las cosas  
Que el éxtasis me escondió,  
Al blanco céfiro hizo  
De mis ovejas pastor.

Dejélas, y en vez de nieve,  
Pisando una y otra flor,  
Llegué donde el hielo vi,  
Amor divino,  
Peinarle rayos al sol,  
Divino amor.

*¿Quién oyó, etc.*  
Humilde en llegando até  
Al pesebre la razon,  
Que me ha valido mas luz  
Que la cátedra mejor.  
O balar un cordero,  
Cordero que fué leon,  
Leon que, si niño nace,  
Amor divino  
Es niño, mas siempre dios,  
Divino amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
¿Quién ha visto lo que yo?*

## LXXXV.

Dejad los libros agora,  
Señor licenciado Ortiz,  
Y escuchad mis desventuras,  
Que á fe que son para oír.  
Yo soy aquel gentil-hombre,  
Digo aquel hombre gentil,  
Que por su dios adoró

A un cieguézuelo ruin;  
Sacrifiqué mi gusto,  
No una vez, sino cien mil,  
En las aras de una moza  
Tal cual os la pinto aqui.  
El cabello es de un color  
Que ni es cuarto ni florin,  
Y la azabache trente

Ni azabache ni marfil;  
La ceja entre parda y negra,  
Muy mas larga que sutil,  
Y los ojos mas compuestos  
Que son los de *quis vel qui*;  
Entre cuyos bellos rayos  
Se deriva la nariz,  
Terminando las dos rosas,  
Frescas señas de su abril;  
Cada labio colorado

Es un precioso rubí,  
Esmaltado entre el aljófar (56)  
Que el alba suele vestir;  
El aliento de su boca,  
Todo lo que no es pedir,  
¡Mal haya yo si no excede (57)  
Al mas suave jazmin!

Con su garganta y su pecho  
No tienen que competir  
El nácar del mar del Sur,  
La plata del Potosí.

La blanca y hermosa mano,  
Hermoso y blanco alguacil  
De libertad y de bolsa,  
Es de nieve y de neblí.

Lo demás, letrado amigo,  
Que yo os pudiera decir,  
Por mi fe que me ha rogado  
Que lo calle el faldellín;

Aunque por brújula quiero,  
Si estamos solos aqui,

(56) Así Verges; las demás ediciones dicen:

Y cada diente el aljófar.

(57) Otros leen *vence*,

Como á la sota de bastos  
Descubrirnos el botín.

Cinco puntos calza estrechos;  
Esto, Señor, basta al fin (58);  
Si hay seralines trigueros,  
La moza es un seralín.

Pudo conmigo el color,  
Porque una vez que la vi  
Entre mas de cien mil blancas,  
Ella fué el maravedí;

Y porque no sin razon  
El discreto en el jardín  
Coge la negra violeta  
Y deja el blanco alhelí.

Dos años fué mi cuidado,  
Lo que llaman por ahí  
Los jacaundos respeto.  
Los modernos tahalí (59);

En cuyos alegres años (40)  
Desde el ave al perejil,  
Por esta negra Odisca  
La bucólica le di.

Sus piezas en el invierno  
Vistió flamenco tapiz,  
Y en el verano sus piezas  
Andaluz guardameci.

Hoy desechaba lo blanco,  
Mañana lo carmesi,  
Hasta que en la peña pobre  
Quedó ermitaño Amadís.

Preguntado á mi vestido,  
Que riéndose de mí,  
Si no habla por la boca,  
Habla por el bocaci.

Ya iba quedando en cueros  
A la lumbre de un caudil,  
Casi pasando el estrecho  
De no tener y pedir,

Cuando, Dios en hora buena,  
Me fué forzoso el partir (41)  
A la ciudad de la corte (42),  
A la villa de Madrid.

Comenzó á mentir congojas,  
A suspirar y gemir  
Mas que viuda en el sermón  
De su padre fray Martín.

Dijo que acero sería  
En esperar y sufrir;  
Fué despues cera, y si acero,  
Ella se tomó el orin.

Ternisima me pidió  
Que, ya que quedaba así  
La ovejuela sin pastor,  
No la deje sin mastín;

Y así, le dejó un mulato  
Por espía y adalid,  
Que á mi me espío en saliendo,  
Y se lo vino á decir.

Dejéle en su antiguo lustre,  
Y luego que me parti  
Echó la carnaza afuera;  
¡Oh maldito borcegui!

Púsome el cuerno un traidor  
Mercadante corchapín,  
Que tiene bolsa en Oran  
É ingenio en Mazalquivir;

Rico es y mazacote  
De los mas lindos que vi,  
Precioso, pero pesado  
Como palo de Brasil.

¡Oh interés, y cómo cres,  
O por fuerza ó por ardil,  
Para los diamantes sangre,  
Para los bronces buril!

(58) Otros leen *este*, y otras *haste*.

(59) Así Verges; otros escriben *tahalí*.

(40) Otros leen *días*.

(41) Así Verges; otros equivocadamente

leen *forzados*.

(42) Otros escriben:

A negocios de importancia.

Déme Dios tiempo en que pueda.  
Tus proezas escribir,  
Y quítemelo en bien hora  
Para los hechos del Cid.  
Y vos, tronco, á quien abraza  
La mas injuriosa víd  
Que este lagrimoso valle  
Ha sabido producir,  
Vivid en sabrosos nudos,  
En dulces trepas vivid  
Siempre juntos, á pesar  
de algun loco paladín.

## LXXXVI.

A don Antonio Ponce de Leon y Chacon,  
señor de la villa de Polvoranca, siendo  
Colmenar, muy amigo de don Luis.

(No se acabó este romance.)

Con su querida Amarilis  
Va Danteo á Colmenar,  
Tan bella como divina,  
Tan culto como galán.

No han dejado, no, su albergue,  
Y ya lo siente el lugar;  
Que imaginada su ausencia  
Aun induce soledad.

La sierra que los espera,  
Rejuvenecida ya,  
Sus canas greñas de nieve  
Suelta en trenzas de cristal,

Arroyos que ignoran breves  
La monarquía del mar,  
No ya el prevenir delicias  
A su cáñamo ó sedal.

Frutas conseja en sus valles,  
Indulto verde, á pesar  
Del tiempo, al dedo garzon  
Y á la hermosa deidad.

Obediencia jura el monte  
Al venablo del zagal  
Y á las flechas de la niñfa,  
Que aun vuelan en el carcaj.

Dara al valiente montero,  
Si no el cerdoso rival  
De Adonis la tierra alada  
Que las selvas en edad

Venza, y en ramas su frente,  
Y á la bella montaraz  
Un corzo expondra en la forma,  
Y en la fuga un vendaval.

Agradecida Amarilis,  
Flores las abejas mas  
Deberan á su coturno  
Que al novillo celestial.

De las coriezas Danteo  
Del alcornoque vivaz  
Fabricará albergues rudos,  
Mas distinto cada cual.

A los enjambres copiosos,  
Que politicos haran  
Lo que su numero breve  
Su economia capaz.

## LXXXVII.

Al corral saltó Lucia,  
Y Lucia en el corral  
Echo al sol como al sol mismo  
Todo su parti-cular.

Besato su servidumbre,  
Concediendo libertad  
A las aguas y á los vientos  
Por delante y por detras.

Con tal furia, que pudieran  
A toda priesa arminar  
Las velas, y en alto vuelo  
Moler en el Quintanar.

## LXXXVIII.

Salieron los elementos  
De aquella cautividad,  
Como suele por agosto (45)  
Temerosa tempestad.  
Dos columnas la sustentan,  
Que pueden determinar  
La tierra, mas no hay *plus ultra*  
Do quiera que ellas estan (44).

Mienten pintores de Vénus (45);  
Poetas bien lo dirán,  
Que vos sola sois la diosa  
Del amor y del amar.

Maltrato sabrosamente  
Sus carnes, porque verán  
Las manos que eran de nieve  
Entre la rosa y coral.

Al fin se rascó Lucía,  
Cuando aquí, cuando acullá,  
Desde el principio del mundo  
Hasta la posteridad.

Dió vuelta á Fuenterrabia  
Y recorrió su arrabal,  
Y acabó donde comienza  
El pecado original (46).

(45) Otros leen :

Como suele en el agosto.

(44) Otros leen : *que ellos*.

En algunos códices sigue á esta copla la siguiente :

¡Oh qué buen tomo que tienen!  
Mas fácil era abarcar  
Dos postes de los que tiene  
Una iglesia catedral.

(Manuscritos de la Biblioteca Nacional.)

(45) Otros leen :

Mienten pesiles de Vénus.

(46) En algunas copias manuscritas de poesías de Góngora he visto con grandes variaciones este romance. Ignoro si son de Góngora ó si de alguno de sus discípulos ó admiradores.

Al corral salió Lucía, etc.

Con tal furia, que pudiera  
Cinco parvas aventar,  
Y apagar dos monumentos  
De una vez con un soplar.  
Salieron los elementos  
De aquella cautividad,  
Como suele por agosto  
Temerosa tempestad;  
Dos columnas la sustentan,  
Siendo testigo o-cular  
El contraste de los vientos,  
De aquel testigo carnal.  
Con fuerza le abrió el levante  
La tajea natural,  
Y el poniente hizo su oficio,  
Como en batalla naval.  
Lamaba un fuerte aguacero  
Por la puerta principal,  
Y por el postigo falso  
Respondían : *¡lá van!*  
Maltrato sabrosamente  
Sus carnes mirando andar  
Las manos, que eran de nieve,  
Entre pez, rosa y coral.  
Al fin se rascó Lucía,  
Tentando aquí y acullá,  
Desde el principio del mundo  
Hasta la posteridad.  
Dió vuelta á la fuente roja  
Y recorrió su arrabal,  
Y acabó donde comienza  
El pecado original.  
Por la Gran Bretaña dió  
Noticia, aviso y señal  
De las cartas que le trajó  
El correo mensual.  
Divertida con las aguas  
Que arroja el astro lunar,  
Descubrió los caracoles  
En las orillas del mar.  
Se miró como al soslayo  
Toda la capacidad,  
Y de aquel tan bello monte

Labrando estaba Artemisa  
Aquel famoso sepulcro  
Que fué milagro de Grecia,  
Y maravilla del mundo.

Llorando la noche y día  
El malogrado difunto,  
Sus impertinentes ojos  
Parecen arroyos turbios.

Consolábala una dama  
Mas elegante que Julio,  
Boquiabierta de labios,  
Nariz corva y rostro enjuto.

«Deja ese llanto, le dice,  
Porque ya está puesto en uso  
Que no llegue el sentimiento  
Mas que á cumplir con el vulgo.

«Si el estado que te queda  
Supieses bien, yo presumo  
Que estarias mas contenta  
Que con su renta el Gran Turco.

«Si es muerte la esclavitud,  
Y la libertad bien sumo;  
Si quedas libre, hoy comienzas  
A tener vida de gusto.

«Compañía de varón  
Ni la apruebo ni la culpo,  
Que voluntaria es suave,  
Y pesada si es con yugo.

«Bien parece un hombre en casa,  
Pero si continuo es uno  
Es muerte civil, y mas  
Si acierta á ser calvo ó zurdo.

«El primer mes de marido  
Puede salirse á lo sumo,  
Y es suma felicidad  
Cuando se muere al segundo.

«El mas afable es celoso,  
El mas discreto importuno;  
Si es mozo es desperdiciado,  
Y avariento si es caduco.

«El estado de casado  
Solo ha de servir de punto  
O escala para subir  
Al de viuda seguro.

«De una cama y de una mesa  
La mujer dueño absoluto,  
Dicen algunos doctores  
Que engorda y alegra mucho.

«Comer siempre de un manjar  
¿A quién no causa disgusto?  
Y mas cuando acierta a ser  
Algo desabrido ó sucio.

«Un marido es vaca eterna,  
Mejor es que hoy á tu gusto  
Des un sazonado pavo,  
Mañana un lego besugo.

«Si te da pena ese traje,  
A que te obliga el difunto,  
Viste el truco de colores  
Y la corteza de luto.»

Con esto templó Artemisa  
Su pensamiento confuso,  
Medio arrepentida ya  
De haber labrado el sepulcro (47).

## LXXXIX.

La que Persia vió en sus montes,  
Emula en tiempo de Cintia,  
Perseguir hombres y fieras,  
Fiera de hombres perseguida,

La falda se vió bajar.  
Se pegó la contentosa,  
Limpiando el canaveral  
De las gotas del rocío,  
Y se volvió á su telar.

(47) En mi opinion, este es uno de los mas hermosos romances de Góngora, no

Desdeñando ya la caza  
Por las belicas fatigas,  
Trucea en generoso acero  
La sangrienta jabalina.

Trajo el turco á la guerrera (48)  
Contra la santa conquista  
Para amparo de su gente,  
Para horror de la enemiga.

Tan valiente sobre hermosa,  
Que en duda estan las heridas  
A cuál reconocen mas,  
A su espada ó á su vista.

Ambiciosa pues de gloria,  
Los peligros solicita,  
Perdona á la turba infame  
Por llea ó por fugitiva.

Solo afecta á sangre noble (49)  
Cuanta en vano de fendida  
Vierte, si el honor lo calla,  
El rojo campo lo diga.

En su dulcemente fiero  
Rostro las armas desvian,  
Por dar lugar á la muerte,  
Los remedios de la vida.

Sigue aprisa victoriosa  
A un español, gran ruina  
De paganos, cuyos hechos  
Envidiosamente admira.

Invincible caballero,  
Que en gente adversa y amiga,  
Soberbio aquellos le temen,  
Estos humilde le estiman.

A un duro golpe ligero  
Vuelve el jóven, que imagina  
Fuego la espada que sienta  
En las centellas que brilla.

Menos globos de cristal  
Prefada nube graniza  
Que él llueve heridas al yelmo,  
Al yelmo sonante esquila.

Muelles rompe, y descubiertas  
Las bellezas impedidas,  
Depone el brazo la espada (50),  
Depone el pecho la ira.

Tremolar luz, arder rosas,  
Blanquear nieve vecina,  
Vió cuales nunca vió esfera,  
Jardin culto, helada cima.

Mientras él mira suspenso  
Sus bellezas, multiplica  
Ella hepidas fuertes todas,  
Pero ninguna se atida;

Que otra de las que sus ojos  
Suavemente fulminan  
Le penetra el corazon,  
Menos sangrienta y mas viva.

Buscando la soledad,  
Huye al fin, poque la siga,  
Y herido no la yerre,  
Aunque le yerre no herida.

Era apacible campana,  
Que á dulces de amor ceñian,  
No de Marte á lides fieras,  
Dos montañas convecinas.

Aquí el valiente guerrero

obstante que jamás haya sido citado entre los buenos, y que no esté immune de algunas afectaciones.

Rivas Tafur creía que no era de Góngora. El señor Guerra y Orbe lo atribuye á don Antonio de Paredes.

(48) Así Faria; otros leen:

Trújola el turco á la guerra.

(49) Casi todos los textos dicen:

Solo afecta sangre noble.

(50) Verges, con Hoecs, lee:

Depone el uno la espada.

Faria escribe:

Depón la mano la espada.

Espera á la que venia  
Furiosa, dando á la tierra  
La celada y la rodilla.

«Oh bella, dice, oh cruel,  
Mas cuando tus ojos miran  
Que cuando hiere tu mano,  
Con ser tan ejecutiva!

»No te defendi mi sangre,  
Mi alma sí, que cautiva,  
Mucho merece por tuya,  
Si mucho pierde por mia.  
»Entre las partes de humana,  
Que tanto niegas divina,  
Hoy piadosa megas ser  
Dura destas peñas hija.»

Al pecho pues de la airada,  
Blanda la voz, estos mina  
Pedernales rara fuerza,  
Gallarda por lo remisa.

Mansa ya responde, y de ja  
La que el jóven prevenia  
Relacion de su linaje,  
Historia de sus desdichas,  
Para otro tiempo oportuno  
Que dichoso la permita;  
Porque las sombras descendien  
Y las cajas se retiran.

## XC.

Ojos eran fugitivos  
De un pardo escollo dos fuentes,  
Humedecciendo pestañas  
De jazmines y claveles;

Cuyas lágrimas risueñas,  
Quejas repitiendo alegres  
Entre concetos de llantos  
Y murmurios de corrientes,  
Lisonjas hacen lindas  
Tantas al sol, cuantas veces  
Memorias besan de Dafne  
En sus amados laureles.

Despreciando al fin la cumbre,  
A la campaña se atreven,  
Adonde un mármol labrado  
Les peinase las corrientes.

Sus cortinas abrochaba,  
Digo sns márgenes breves,  
Como un alamar de plata,  
Una bien labrada puente.

Dichas las ondas pasaban  
Entre pirámides verdes,  
Que ser quieren obeliscos,  
Sin dejar de ser cipreses;

Y entre palmas que celosas  
Confunden los chapiteles  
De un edificio, á pesar  
De los árboles luciente,

Cristales son vagarosos  
Destos bellos muros, deste  
Galán Narciso de piedra  
Desvanecidos sin verse;

Y con razon, que es alcázar  
De la divina Sirene,  
Arco fatal de las fieras,  
Arpon dulce de las gentes.

Armaudo el hombro de plumas  
Cintia por las que suspende,  
Cupido por las que bate  
En el ámbito del Bétis.

Un día pues que pisando  
Inclenencias de diciembre,  
Treguas hizo su cetrino  
Entre la nieve y la nieve,

Sagaz el hijo de Venus,  
Atrevido como siempre,  
Una piel le vistió al viento,  
Que aun las montañas le temen.

Coreil'o no de las selvas,  
Sino del viento mas leve,  
Hijo veloz de su aljaba,

Cuatro ó seis flechas desmiente.

Signelo, y en vez de cuantos  
A los campos mas recientes  
Blancas hueltas les negó,  
Blancos filios les concede.

Joven coronado entonces,  
No sin esplendor, las sienas  
De los tremulos despojos  
De un volado martinete.

Cebando estaba las hondas  
De un estanque transparente  
Su balneari, que de hambriento,  
Picaba los cascabeles.

Alterado del ruido,  
Tienta el acero que pende,  
Cobra el caballo que pae.  
Si pae quien hierro muerde;

Mas saltado despues  
Del bellissimo accidente,  
Si intempestuoso se opone,  
Desalubrado se ofrece.

Con media luna de un sol  
Que á rayos y flechas pierde,  
Tras de un ciervo que no huye,  
Sino al amor obedece,

Engañó á la cazadora,  
Conducido desta suerte,  
A ilustrar carro lascivo  
De virginales laureles.

## XCI.

Herido Amor con las armas  
De una susurrante liera,  
Con suspiros rompe el aire,  
Con llanto baña la tierra.

Dulcemente solicita  
Su madre entre amargas penas,  
Que amorosa le regala,  
Que agradable le consuela.

¡Ay abejuela, abejuela!  
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;  
Mejor fuera, mejor,  
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.

Venus, que á la boca y ojos,  
Que voces manan y perlas,  
Con un lienzo y con dos labios  
Llanto enjuga, chupa néctar.

Hijo, dice, de tus ojos  
Daré á tus manos la venda,  
Porque defiendas el daño,  
Porque mires la cautela.

¡Ay abejuela, abejuela!  
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;  
Mejor fuera, mejor,  
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.

## XCII.

Conocidos mis deseos,  
Admitidos por constantes,  
Merezcan por ofendidos  
Licencia para quejarse.

De escuchar obligaciones  
Grandes libertades nacen,  
De conseguir beneficios  
Estrechas cautividades.

Viva libre el que no admita,  
Quien no se obliga no pague;  
Satisfacciones á deudas,  
Si no prefieren, igualen.

Es la gratitud un toque  
De buena ó villana saugre;  
Hombildes tocan bajezas,  
Nobles desdembren quilates.

Favores que se limitan  
Con acciones desiguales  
Arrepentimiento indician,  
Arguyen amor con arte.

Desdenosa á mis caricias,  
Con las ajenas afable,

Mas que bonanza aseguran  
Gustos de amor inconstantes (1).

Ejecutar tiramas,  
Preciarse de libertades,  
Confianza es en el dueño,  
Menos precio en el amante.

Corta en las satisfacciones,  
Larga siempre en dar pesares,  
O la pérdida no estima,  
O es dar al olvido alcance.

Imaginadas ofensas  
Que agravian entrambas partes,  
Ajeno valor se ofende,  
El mismo recibe ultraje.

Guerra de amor y desden  
No sustentan ni combaten  
Uniformes elementos,  
Contrarios en calidades.

Tus helados Mongibelos,  
A mis ardientes volcanes  
Si se oponen, no destruyen  
Esferas de amor tan grandes.

Sola, oh mis tirana Filis,  
No imprimes de amor señales,  
Y de sus caminos dejas  
Los que en el aire las aves.

Fugete libre laurel  
A los rayos fulminantes;  
Que humildes fuegos te observan  
Para desdenes de Dafne (2).

## XCHH.

Clóris divina en todo,

A cuya discrecion  
Tributo da rendida  
Del orbe la mayor;

En cuyos ojos claros  
El aligero dios  
Puso de luz saetas,  
Fuertes rayos cifro.

Ministrado gracioso  
Con suave rigor  
Tus negras cejas arcos  
A su tirano arpon;

Niña pues, cuyo agrado  
Y decir socarron  
Al mas triste suspende  
Su penoso dolor,

Escucha del que tiene  
Opreso el corazon  
De las crueles viras  
Del ciego tirador;

Del rapaz cuya ley  
A nadie perdono.  
Desde el zagal inculco  
Al cetro superior;

El que su furia emplea  
Contra el que se mostró  
Mas exento á su yugo,  
Mas libre á su prision.

Como entre gustos varios  
Fu tiempo estuve yo,  
Ignorando sus flechas,  
Despreciando su ardor,

Y tanto, que el aldeo  
Mi altivez celebró,  
Dandome por renombre  
El mas libre garzon.

Porque de mis zagalas,  
Clara afrenta del sol,  
No escuchaba las penas,  
Burlaba la aficion;

Mas a questo tirano  
Mi libertad robó,  
Mostrandome de Aminta  
El no humano valor;

Aminta, a quien el Tórmes  
En su cristal veloz

(1) Otros leen: *gustos de amor*.

(2) Rivas Tafur no lo cree de Góngora.

La venera deidad,  
Supremo le da honor,  
Idolatra á su elgite  
Con sacra admiracion  
Que victimas humildes  
Propicia no admitió.  
Y desdenando afectos  
Con ajeno favor,  
Añiquiló mi gloria,  
Mi esperanza frustró.  
Trasunto soy de aquel  
Admético pastor  
Que humana signió niña  
La que laurel gozó;  
Si bien feliz en algo  
Sus bienes coronó  
El ramo á quien adorna  
No extinguido verdor;  
Y á mi ciprés funesto,  
Publicando que estoy  
Muerto á las manos fieras  
Del vengativo Amor.

## XCIV.

Por las faldas del Atlante (5),  
No como precipitado,  
Sino como conducido,  
Arroyo descendiendo claro  
A fecundar los frutales  
Y á dar librea á los cuadros  
De las huertas del Jarife,  
Del jardin de su palacio,  
Divertido en caracoles,  
Como jinete africano,  
Comienza en cristal corriendo  
Y acaba perlas sudando.  
Sus ondas besa la copia,  
Mas nada lo tiene vano,  
Sino el desatar aljófar  
A los deliciosos baños  
Donde Amor fomenta el fuego  
Con las señas de sus dardos  
Para templarle á Jarifa  
Uno con otro contrario.  
Jarifa, Cintia africana,  
Que absuelto el hombro del arco,  
En las termas de su abuelo  
El sudor depona casto.  
En tanto pues que se baña,  
Y se compite lo blanco,  
Y aun se desniente en lo terso,  
Sus miembros y el alabastro,  
Con dulce pluma Celinda,  
Y no menos dulce mano,  
En un laud va escribiendo  
Lo que Amor le va ditando:  
«¡Otra arco y aljaba, ¿quién dice que soy  
El hijo de Vénus, la hermana del sol?  
Quien dice (4) que soy  
El hijo de Vénus,  
Dice bien;  
La hermana del sol,  
Dice mejor.  
La cuna real,  
Que con esplendor  
Abrigo inquieto  
En la infancia os dió,  
Arbol fué en las selvas  
Que sombra prestó  
En la melodia  
De algun ruiseñor.  
Esta cuna es pues  
Quien solicitó  
A su natural  
Vuestra inclinacion,  
Quien dice que soy, etc.

(5) Otras ediciones leen: *Atlante*.(4) Otras leen: *quien dicen*.

Si ignoras, cruel,  
Cuántas dehen hoy  
Vuestro mirar almas,  
Fieras vuestro arpon,  
El reino lo diga  
Donde mas por vos  
Tiene que el Jarife  
Vasallos Amor.  
El monte lo diga.  
Cuyos troncos hoy  
Visten por cortezas  
Pieles de Leon.  
*Quien dice que soy  
El hijo de Vénus,  
Dice bien;  
La hermana del sol,  
Dice mejor.*

## XCV.

En la beldad de Jacinta  
Dulcemente se encubrió  
Con bellísimos disfraces,  
Cauteloso, el niño Amor.  
Entre hermosas lisonjas  
Suavisimas, traidor,  
Sus flechas mintió engañosas.  
Sus venenos engañó.  
Vi rosas, vi azules lirios,  
Brillante vi el resplandor  
Del oriente en sus cabellos,  
Vi marfil, vi plata, y no  
El áspid vi que lascivo  
En las flores se engastó,  
Pedazos de primavera,  
Que el alba á Jacinta dió.  
El bello pues, el luciente  
Disimulo de traicion,  
Del glorioso ya deseo  
Con facilidad triunfó.  
Solicito el pensamiento,  
Por la vista se perdió,  
Y entre auroras y entre soles  
Sombras mil dulces bebió.  
Rico ya se coronaba  
De glorias el corazon.  
Snares bebiendo en oro  
Rigores del ciego dios.  
Risueños cristales, donde  
Con artificio celó  
Cuanta el Amor en su fuego  
Viva esfera alimentó.  
Volantes letras, cenizas,  
Tumbas del incendio son,  
Declarando en sus oscuros  
De las llamas el rigor.  
El Amor solicitando  
La frente de la ocasion,  
El corazon mas amante,  
Pide á Jacinta favor.  
Vénus nueva, deidad bella,  
De las gracias el honor,  
De mis bienes la corona,  
De mis males el temor,  
Tu rostro me favorezca,  
Pues al abril su color  
Para rosas y jazmines  
Púrpura y nieve prestó,  
Dulce ya voz en tu boca  
Cuanto ámbar aspiró,  
Entre sus hojas lascivas,  
El clavel, hijo del sol.  
No huya la blanca nieve  
La mano, á quien envidió  
Pompa el copo del aurora,  
Desatado su candor.  
Propicios tus ojos bellos,  
No ahrevien su resplandor;  
Nortes luminosos guien  
Mi naufragante alicion (5).

(5) Dúidase que sea de Góngora.

## XCVI.

La cítara que pendiente  
Muchos días guardó un sauce,  
Solicitadas sus cuerdas  
De los céliros suaves,  
Amarilis restituye,  
Que orillas de Manzanares  
Viste arminos por trofeo,  
Pisa espumas por ultraje.  
El dulce pues instrumenta,  
Pisados viendo sus trastes  
De los que suavemente  
Articuló Amor cristales,  
Órgano fué de marfil,  
Bien que le faltaba el aire,  
Porque enmudeció los soplos  
Del viento mas aspirante;  
A cuyo son la pastora  
Cantando, dejó llamarse  
Filomena de las gentes,  
Amarilis de las aves;  
El curso enfrenó del río,  
Y á su voz el verde margen,  
Respondiendo en varias flores,  
Aplausos hizo fragrantes.  
De golosos cupidillos  
Mudo la corona enjambre,  
Libandole en la armonia  
Cuanto respira azahares.  
Asistir quisieran todos  
A esta lisonja que hacen  
El que amudaron esposo  
Los mismos lazos que amante;  
Al siempre culto Danteo,  
Envidia de los zagales,  
En valor primero á todos,  
En dichas segundo á nadie.  
Manteniendo pues los ojos  
En lirios que dulces nacen  
En la frente de Amarilis,  
A caducar nunca ó tarde,  
Nectar bebe numeroso  
Entre perlas y corales,  
Escuchando á la sirena,  
Que tremola plumas de ángel:  
«Quiéreme el Aurora  
Por su ruiseñor,  
Busque otro mejor;  
Que yo canto agora  
A mi dulce amor.  
El alba me envia  
Cuanto jazmin bello  
Trenza en su cabello  
El nácar del dia;  
Poca es mi armonia  
Para tanta flor.  
Busque otro mejor, etc.  
»La aurora no sabe  
Que mujer casada  
Es ave enjaulada,  
Si muda no es ave;  
Y á mi voz suave  
Saluda otra flor.  
Busque otro mejor;  
Que yo canto agora  
A mi dulce amor (6).»

## XCVII.

Las auroras de Jacinta,  
Nuevas esferas de Amor,  
De cuyos rayos apenas  
Es un rayo todo el sol;  
Aquella deidad del Tajo,  
Con quien sus corrientes son  
Mucho cristal para río,  
Aunque para espejo no,  
Verdes galanes del soto  
Olmos la reciben hoy,  
Que la tuvieron por nieve

(6) Rivas Tafur no lo tiene por de Góngora.

Y la juzgaron por flor.  
Música arroyo la duerme,  
Cristalino ruiseñor;  
Jacinta le paga en perlas  
Lo que en plata le cantó.  
A las lisonjas del prado  
El calzado jazmín dió,  
Veneno para el abril,  
Y para el Mayo favor.  
Serranos de Manzanares,  
Milagros hace el Amor:  
Yo he visto llorar al alba,  
Yo he visto celoso el sol.

## XCVIII.

La mas lucida belleza  
Que, ya en ojos, ya en cabellos,  
El sol reconoce rayos  
Y estrellas envidia el cielo,  
Ambiciosa de sus luces,  
Jamás sale de su centro,  
Comptiéndose á sí propia,  
Siendo competencia y premio.  
De su voz en la armonía  
Lisonjea tierra y viento;  
Tanto se agradan, que vuelven  
A repetilla en los ecos.  
Vencimientos suyos canta,  
Y con tan blancos acentos,  
Que hace dulces los estragos  
Y apacibles los trofeos.  
Las sirenas de los mares,  
Las aves de los desiertos,  
En sus competencias vanas,  
Glorioso triunfo la dieron;  
Porque así el cielo dispone,  
Dándole en la tierra asiento,  
Que aunque solo en uno vive,  
Triunfa ya en dos elementos.

Remedio á sus perfecciones,  
La libertad de un desco,  
Que la miraba invencible,  
Paga tanto atrevimiento.

Como fuego tan lucido,  
Es el que aspira en su pecho,  
Halla en las lincea tormente;  
Como en las llamas tormente;

Y abrasándose en la guerra  
De aquel generoso incendio,  
Dijo al cristal fugitivo  
De Manzanares risueño:

«Fugitivos cristales,  
Corred y volad;  
No esperéis á mi fuego,  
Que os ha de abrasar.

»Manzanares, que no escaso  
Distrito, aunque hermosa tierra,  
Vuestro oriente es una sierra,  
Y á otro río nuestro ocaso,  
Alentad mas vuestro paso,  
Huid con velocidad.

No esperéis, etc.  
»Cristal, que en monte elevado  
Rústico origen tenéis,  
Y luego en la corte os veis  
De su pompa festejado,  
Jamás libre y desatado,  
Seguro asiento tomad.  
No esperéis á mi fuego,  
Que os ha de abrasar.

## XCIX.

Lluvias de mayo y de octubre,  
Mas que debidos rigores,  
Bordaba el sol por las cumbres  
Entre rubios tornasoles,  
Cuando un pequeño deudor  
De grande opinion al Tórnes  
En lomos de Manzanares  
Forzoso ejercicio escoge.

Lágrimas riegan la tierra,  
Que con corvo arado rompe,  
Y sembrando atrevimientos,  
A coger iras se pone.  
Imperfecto deja el surco,  
Bordado de las colores  
De un ave que por el cielo  
Dulces acentos descoge;  
Rubia y crespa la corona,  
Por ojos tiene dos soles,  
Que sobre fondos azules  
Hacen dos cielos conformes;  
Bruñidas hojas de plata  
El cuello altivo componen,  
Por donde con dulces pasos  
El aire de su voz corre;  
Rizas negras plumas visten  
Sus alegres resplandores,  
Naufragio de cuantos ojos  
Hlan navegado pasiones;  
Sobre fogosos rubies,  
Que diez diamantes componen,  
Labrados todos en largo,  
Sus hermosas manos pone.  
Al dulce batir las alas  
El villano estremeciése,  
Porque en la imagen del ave  
La de Amarilís conoce.  
Sintió la flecha en las plumas,  
Que le atravesó de un golpe,  
Y con las ansias herido,  
Comenzó á decir á voces:  
«Cielo son tus ojos  
En ser azules,  
Y en los rayos que arrojan  
Parecen nubes.»

## C

Menguilla la siempre bella,  
La que bailando en el corro,  
Al blanco fecundo pié  
Sucedén claveles rojos;

La que dulcemente abrevia  
En los orbes de sus ojos  
Soles con flechas de luz,  
Cupidos con rayos de oro;

Esta deidad labradora,  
Desde donde nace arroyo  
Hasta donde muere río,  
Tajo la venera undoso.

Gil desde sus tiernos años  
Aras le erigió devoto,  
Humilmente celando  
Tanto culto aun de sí propio.

Profanóla alguna vez  
Pensamiento que amoroso  
Volando en cera, atrevido  
Nadó, en desengaños loco (7).

Del color de la violeta  
Solicitaba su rostro  
En la villana divina  
El afecto mas ocioso.

Esperanzas pues de un día,  
Prorogando engaños de otro,  
A silencio al fin no mudo  
Respondió mirar no sordo.

Sus zafiros celestiales  
Volvió un suspiro tan solo,  
Tan pequeño de cobarde,  
Cuan mal distinto de ronco.

La divinidad depuesta  
Desde aquel punto dichoso,  
Mirarse dejó en la aldea  
Y saludar en el soto.

Con mas alientos que mayo  
Un blanco sublime chopo

En su puerta amaneció,  
De tan bello sol coloso.

En las hojas de la yedra  
A su muro dió glorioso  
Cuantos corazones verdes  
Papitar hizo Favonio.

Las fiestas de san Ginés,  
Cuando sobre nuestro coso  
Fulminó rayos Jarama  
En relampagos de toros.

Mientras distingue las fieras  
El garzon, pavor hermoso,  
La púrpura robó á Menga,  
Y le restituyó el robo.

Cambiar le hicieron semblante;  
Mas guardandola el decoro,  
En los peligros el miedo,  
En las victorias el gozo,

Pascó Gil el tablado,  
De aquella hermosura tronco,  
Que en los crepusculos niega  
El temor y el alborozo.

Nevó jazmines sobre él,  
Tan desmentidos sus copos,  
Que engañaran á la envidia,  
Si no le volvieran loco.

Desde entonces la malicia  
Su diente armó venenoso  
Contra los dos, hija infame  
De la intencion y del ocio.

Mucho lo siente el zagal,  
Pero Menguilla es de modo  
Que, indignada contra sí,  
Se venga en sus desengaños.

Las verdes orlas excusa  
De la fuente ó de los olmos,  
Por no verse en sus cristales,  
Por no leerse en sus troncos.

A los desvios apela,  
Partiendo en los mas remotos,  
Con el céfiro suspiros,  
Con el eco soliloquios.

Llora Gil estas ausencias  
Al son de su leño corvo,  
En humores que suaves  
Desataran un escollo.

Sus dichas llora, que fueron  
En el infelice logro  
Pajarillos que serpiente  
Degolló en su nido pollos.

Caduearon ellos antes  
Que los floridos despojos,  
Y el que nació favor casto  
Murió aplauso riguroso.

En los tormentos lo inquiera,  
Doliéndose los contornos  
De que le niegue un recato  
Lo que concediera un ocio (8).

Teme que esta retirada,  
Si las flechas no le ha roto  
Al amor recién nacido,  
Las arme de ingrato plomo.

Buscandola en vano al fin,  
Imitar al babilonio  
Ya queria, y de su espada  
Buscar por la punta el pomo,

Cuando la brujula incierta  
Del bosque le ofreció undoso  
Todo su bien no perdido,  
Aunque no ganado todo,

Porque sin cometer fuga,  
Teatro hizo no corto  
Aquel campo de un rigor  
Que árbol es ya de Apolo.

## CI.

«Porque corre á despoñarse  
Medio asombrado un arroyo,

(7) Así Verges; otros leen:  
Nació en desengaños tonto;  
y otros nadó.

(8) Otros leen otro.

El paso quiere impedirle  
Un arrayan piadoso;

»Y aunque con mil cortesías  
Le va obligando á su tronco,  
Por entre piés, hecho sierpe,  
Se le escapa bullicioso.

«El llevarse cuanto encuentra  
Es de sus celos asombro,  
Y al fin con precipitarse  
Da á su olvido testimonio.

«Corría y andaba manso,  
Y una nube embraveciólo  
Con piedras que le arrojó,  
De que ya corre quejoso.

«Lleva el color demudado,  
Pues los corderillos todos  
Que le bebian cristal,  
Ya le beben coral rojo.

«Tambien le sacó de madre  
El encontrarse con otro  
De su misma pretension,  
Mas libre y mas poderoso.»

Este ejemplo le contaba  
Un pastorcillo celoso  
A una zagala por quien  
Hoy le sucede lo propio (9).

## CII.

Tú, noche, que alivias  
Los cansados miembros,  
Cuyas negras horas  
Convidan á sueño;

Dulce encubridora  
De los que despiertos,  
De amorosas luces  
Sacan lances bellos:

Tú, en cuyo regazo  
El grande y pequeño  
Suspende la vida  
Y afloja el deseo;

Aplica á mis quejas  
El oído atento,  
Pues dellas el día  
Y de mi va leyendo,

Mientras mi enemiga  
En el casto lecho  
Duerme sin cuidado  
De mis pensamientos.

En pasados siglos,  
Noche, si me acuerdo,  
Sus trompetas roncás (10)  
Mis ojos rindieron,

A mi lengua mudo  
Y á tus ojos ciego,  
Sin darme, cuidado,  
Presentes tormentos.

Aquel tiempo fué se,  
Que en fin era bueno,  
Y ojalá el presente  
Hiciera lo mismo.

Ahora cuidado  
Usurpó los fueros,  
Y entre las tinieblas  
Oigo, miro y peno.

Hecho centinela  
De mis devaneos,  
A mi bien dormido,  
Y á mi mal despierto,

Canto con los gallos  
Cantares finestos,  
Respondo á mi alma,  
Laudes á mi cielo,

Quejas al amor,  
Honras á mi cuerpo,  
Endechas al daño,  
Plegarias al tiempo.

Canto al cabo de año  
Con nocturno entero

De mis esperanzas,  
Que ya se murieron.  
Contemplo los cursos,  
Pensando conceptos  
Para engrandecer

A quien me ha deshecho.  
Consumo las horas  
Haciendo sonetos,  
Y en ellos alarde

De mis daños ciertos.  
Pero ¿qué me importa  
Cantar mil sucesos  
A quien no es posible

Que les dé remedio?  
Ora estés velando,  
Ora estés durmiendo,  
Ingrata señora,

Escucha mis versos.  
Podráslos cantar  
Las noches de invierno,  
Los mártes aciagos,

Que son propios dellos.  
Cuando yo vivía  
Mas libre y exento,  
De mi gusto esclavo,

Solo á mi sujeto,  
Burlaba de Amor  
Y de sus pecheros,  
Porque en mi opinion

Todos eran necios;  
Y no andaba errado;  
Que quien sirve á un ciego,  
O no tiene vista

O es poco discreto.  
No cuidaba de ojos  
Garzos ni risueños,  
De tiernas palabras

Ni blandos rodeos;  
No me suspendían  
Cejas ni cabellos,  
Nariz alilada

Ni nevado pecho;  
No en fuego me helaba,  
Ni quemaba en hielo,  
Ni me alborotaban

Temerarios celos;  
No me despertaban  
Amorosos miedos,  
Ni dueñas ni doñas

Me traían suspenso;  
No gastaba arengas  
En dulces requiebros,  
Ni lágrimas vivas

Ni suspiros recios;  
Nunca con mujeres  
Hablaba con seso,  
Porque me preciaba

De ser lisonjero;  
Nunca me vió nadie  
En anocheciendo  
Andar hecho trasgo,

Cargado de hierro.  
Estas prevenciones  
Poco me valieron;  
Que en fin vine á dar

Al despeñadero.  
Vite una mañana,  
Y quedé suspenso  
De unas cejas negras

Y unos ojos negros.  
Perdime de vista,  
Y dejando el puerto,  
En el mar de Amor

Me entré á vela y remo.  
Comencé á ser otro;  
Descubrite el pecho,  
Mas tú le cubriste

De amoroso fuego.  
Hallóte mi amor  
Falsa por extremo,  
Las palabras cera,  
Las obras acero;

Herviente en las causas,  
Tibia en los afectos;  
Fácil en promesas,  
Y mudable en hechos.

Blanda en los halagos,  
Dura en los remedios,  
Viva en mis tragedias,  
Muerta en mis trofeos;

En presencia gloria,  
En ausencia infierno,  
En público oveja,  
Y tigre en secreto.

Pues no eres eterna,  
Ni el tiempo es eterno,  
Ni tu serás moza  
Cuando yo sea viejo,

Si pasa tu flor,  
Quedarte has en seco,  
Rica de destienes,  
Pobre de contento.

Llorarás entonces  
Lo que no echas menos,  
Y querrás comer,  
Y no habrá pan tierno;  
Pero tente, pluma,  
Que aunque no me aduermo,  
Hablas con un robre,  
De asperezas hecho (11).

## CIII.

A un tiempo dejaba el sol  
Los colchones de las ondas,  
Y el orinal de mi alma  
La bacera de su choza;

El porque tres veces quiere  
En las tres doradas bolas  
De las torres de Marruecos  
Ver su caraza redonda;

Y ella porque sus corderos,  
En tanto que el alba flora,  
Se longanicen las tripas  
De esmeraldas y de aljófar,

A cuenta de los poetas,  
Que baratan estas joyas  
Entre los que en avellanás  
Les pagan á qué quies, boca.

De luz pues y de ganado  
Se cubre la vega toda  
Al aire de la armonía  
Que despide una zampona,

Profundamente tañida  
De un cuitado que la sopla  
Quizás tan profundamente,  
Que no hay Judas que la oiga.

Guarda el pobre unas ovejas,  
Si el que se las deja á solas  
Las guarda, y á sus rediles  
No las vuelve, ó vuelve pocas;

Culpa de un dios que, aunque ciego,  
Clava una saeta en otra,  
Y calienta, aunque desnudo,  
El muro helado de Troya,

Cuando criminante y bella  
Salió ministrando aljófar,  
Del sacro Bétis la ninfa  
Que vió España mas hermosa;

Tan celosa de su padre,  
Que el lado aun no la perdona,  
Y si hay sombras de cristal,  
La ninfa se ha vuelto sombra.

Viola en las selvas un día  
En una virginal tropa  
De secuaces de Diana,  
Saeateando una corza.

(11) Otros leen, y no mal:  
De esperanzas seco;  
y otros, nada bien:  
De esperanzas hecho.

(9) Rivas no lo cree de GÓNGORA.

(10) Otros leen: *tus trompetas*.



Nunca la viera el cuidado,  
Y no dejara en mal hora  
Por el campo su hacienda,  
Por el río su memoria.

Desde entonces los carneros  
Van perdiendo sus esposas,  
Y de lanas de bayeta  
Les va el lobo haciendo lobas.  
Río abajo, río arriba,  
Pasos gasta, viento compra,  
Que lo vende por suspiros  
Y vale misericordia.

Tantos días, tantas veces  
Oyó su voz lastimosa  
El río desde su urna,  
Lleno de néctar y alfójar;  
Y lo halló entre unos carrizos  
Ventoseando mas coplas  
En daño de los que dicen  
De su preñada señora.

Que lo oía entre unos sauces,  
Haciendo desden y pompa  
Del pastor y de sus versos,  
Zahareña y amorosa.

De las plumas de una mimbres  
Dos corta el viejo garzotas,  
Y en el envés de la niña  
Me las desnuda de hojas.

Cansado pues el pastor  
De invocar piedad tan sorda,  
De mi bella pastorcilla  
El dulce favor implora.

Un rato le ruega humilde  
Que su lira sonora  
Al aire haga y al río  
Cualque suave lisonja.

Descendíole sus ruegos  
Clóris, y luego á la hora  
Verba y flores á porfia  
Le tejieron una alfombra.

Pulsó las templadas cuerdas,  
Y al punto el cielo se asombra,  
El aire se purifica,  
La ribera se convoca.

Las niñas que de aquel solo  
Los muchos árboles honran,  
Vistiéndose miembros bellos,  
Desnudan cortezas toscas.

A un verde arrayan florido  
Se calaron dos palomas,  
Blancas señas de que el aire  
La madre de Amor corona.

Un dulce lascivo enjambre  
De hijuelos de la Diosa,  
Vertiendo nubes de flores,  
Jazmines llueven y rosas.

Sofrenó el sol sus caballos  
Por oír á mi pastora,  
Tanto, que besó algun signo  
Las caderas luminosas;

Y fué tal la sofrenada,  
Que con las licientes colas  
Ensueñaron y barrieron  
Dos tachones de la zona.

Su verde cabello el Bétis  
Descubrió y su barba oncosa,  
Y el húmido cuerpo luego,  
Vestido de juncos y ovas.

La hija aguarda que el padre  
Todo el campo reconozca,  
Y á las detenidas aguas  
Fia luego la persona.

Salió de espumas vestida,  
Y por lo que es vergonzosa,  
Calzada una celosía  
De caracoles y conchas.

## CIV.

Recibi vuestro billete,  
Dama de los ojos negros,  
Con mil donaires cerrado  
Y con mil ansias abierto.

En fe de los treinta escudos  
Que en vuestro renglon tercero  
Vienen en un *alma mia*

Disimulados y envueltos,  
Os envío ese inventario  
De las partidas que tengo;  
Que es como si os enviara  
Las del infante don Pedro;

Porque en materias de escudos  
Solo tengo un pavés viejo,  
Y en moneda de reales  
Yo soy de un lugar realengo,

Y cuanto á las alcabalas,  
Tengo un grande privilegio,  
Que, como no hay que vender,  
Ni las pago ni las debo.

De los navios de Indias,  
Poderosos y soberbios,  
Me viene la dulce nueva  
Cómo llegaron al puerto.

Cúpome de particion  
De molinos de agua y viento,  
El molino de mis dientes,  
Que no muele á todos tiempos;

De dehesas y cortijos,  
Viñas, huertas y majuelos,  
Me cupieron los caminos  
Y la ciudad por linderos.

No se me quejan las fuentes  
Ni los claros arroyuelos  
Que los enturbian cabezas  
Señaladas de mi hierro.

Al fin mis hatos se incluyen  
En los que cñen mi cuerpo,  
Y en un *agnus Dei* de alquimia  
Se rematan mis corderos.

Solo el adorno de casa  
Es señora de momento,  
Porque en un momento es visto,  
Y se acaba en un momento.

Tambien tengo alguna plata:  
Por ser poca no la cuento,  
Que es una santa patena  
Que heredé de mis abuelos.

No tengo paños de corte,  
Mas no me faltan enteros;  
Porque ya tengo la corte;  
Solo el paño es el que espero.

Tambien para mi salud,  
Que es la prenda que mas quiero,  
Hay muy gentiles gallinas  
En mi mozo y en su dueño.

En cosas dulces, Canarias  
No ignora la que poseo,  
Pues gozo una linda sarna,  
Rascada con cinco dedos.

Al fin que, señora mia,  
Dicho por menos rodeos,  
Si yo tengo un solo cuarto  
Muera de cuatro contruecho.

Sin duda que se hallaron  
En mi triste nacimiento  
Las estrellas en ayunas,  
Pues tal hombre en mi influyeron.

Aguarde que otra vez nazca  
En mas venturoso agüero,  
Que por desnudo mi madre  
Me puede parir de nuevo (12).

## CV.

Mil años há que no canto,  
Porque há mil años que lloro

(12) Rivas Tafur no lo tiene por de Góscora.

Cuidados del mal pasado,  
Que ha puesto fin á mis tonos.

Ingrato mundo, de ti  
Estoy de veras quejoso,  
Pues con tan poca razon  
Me castigas á mi solo.

Ello consiste en ventura;  
Que mil pecados conozco  
Mas graves que el mio algunos,  
Y mas sin castigo todos.

Pues vive Dios, que en mi vida  
Lleve mujer para otro,  
Ni he procurado privanza  
Por bajo ni humilde modo.

Consuélome con que el tiempo  
No tiene los piés de plomo;  
Que si es Mercurio en las alas,  
Con sus verdades me abono.

Muchos faltan de la plaza  
Que los vi salir al coso;  
Muchos se llevan los días,  
Todo se va poco á poco.

Yo he visto con calzas largas  
Algun señor de los godos,  
Que va se humilla á greguescos,  
Como inglés, cortos y angostos;

Y he visto con mas salud  
Algun pastor boquirrojo,  
Que á paso de buey camina,  
Y balaba como un corzo;

Y aun alguna dama he visto  
Que tiene acabado el rostro,  
Con arrugas por lo mico,  
Con juanetes por lo mono;

Ralo y lamido el cabello,  
Y sin pestañas los ojos,  
Dos dientes menos y negros (15),  
La nariz mas larga un poco;

Lacio el brio y agostado,  
Y de no pocos agostos,  
Y para tener el tiempo,  
Un brazo mas largo que otro.

Mas ¿por qué me maravillo,  
Y con el tiempo me toco?  
Los bueyes fueron beceros  
Y los mastines cachorros.

Yo conoci un aguileño  
Que agora ha dado en ser romo,  
Y un gordo que fué muy flaco,  
Y un flaco que fué muy gordo.

Los sombreros eran altos,  
Ya son bajos y redondos;  
Colechones eran las calzas,  
Ya no consisten alforros;

Desbarrigados los sayos,  
Los jubones á lo corto;  
Lacayos se visten pita  
Y ramera telas de oro.

Sin duda se acaba el mundo;  
¡Oh cuatro veces dichoso  
El que en un pobre sayal  
Del mundo se pone en cobro!

De la prematica nueva  
Se anda descuidado y sordo,  
Ni mira en sedas ni puntas (14),  
Almidon, filete ni oro.

Y si descubren mujeres  
Sus bellos rostros hermosos,  
Da gracias á Dios por ello,  
Y miralos vergonzoso.

Y aunque es el trabajo grande  
De la obediencia y del coro,  
Cuán bueno es saber que hay  
En conventos retitorio.

Cuando miro las crueldades  
Desta nuestra edad de lodo,  
Aunque no la merecemos,  
Vivir de hierro mohoso,

(15) Otros leen:

Los dientes menos y negros.

(14) Otros leen: ni mora en sedas ni puntas.

El mas bajo estado envidio,  
A peso de oro lo compro (15),  
Por quien yo trocara el mio,  
Y aun en esto liciera poco.  
¿Qué villano va á sus viñas  
Con las alforjas al hombro,  
Por quien no trocara á Ovidio  
*De Tristibus y de Ponto?*  
¿Qué marinero embreado  
O qué velador piloto,  
Que forzado de galera,  
Qué negro de Monicongo?  
¿Qué recuerdo de la Alcarria,  
Que pobre importuno y roto  
De los de sopa francesa  
O de jerónimo brodio?  
¿Oh venturosos picaños,  
Que del señor poderoso  
En vagamundos corrillos  
Estáis murmurando el toldo!  
No os habeis dieciplinado  
Por la armada, ni á vosotros  
Os piden lanzas de ristre,  
Sobrándolos lanzas á todos.  
¿Qué se os da que nunca llueva,  
Pues el año mas costoso  
A un mismo precio comeis  
Pan y vino y carne abondo?  
¿Qué se os da que vaya el Draque  
De nuestras naves en corso,  
Y que se lleve de España  
Los trabajados tesoros?  
Sobre Juanilla y Lucia  
A veces andais al morro  
Por cuernos averiguados,  
No por cuidados celosos.  
¿Qué cardenal come en Roma  
Mas seguro y mas sabroso,  
Pues nunca á nadie en la tierra  
Se dió veneno en mondongo? (16).  
Ya en efeto hemos nacido,  
Y aunque seamos de lodo,  
Sabemos bien en el mundo  
Quién es oveja y quien lobo.  
Alleguémonos al bueno,  
Huyamos del mentiroso;  
Que importa vivir en paz,  
Sufrir mucho y hablar poco.

## CVI.

Así Riselo cantaba  
En su rabel de tres cuerdas,  
Aquel de la capa blanca  
Y de las costillas negras;  
El que tiene por remate  
Una burlada sirena,  
Divisa contra engañosas  
Que cantan y desesperan,  
Como hizo aquella fácil,  
De cuya voz no se acuerda;  
Porque Amor, que es ave y niño,  
Si no le regalan vueta.

(15) Otros leen : *á pesar de oro.*(16) Aunque en las colecciones antiguas corre este romance como de GÓNGORA, don Francisco de Rojas, en su ingeniosa comedia *Donde hay agravios no hay celos*, lo atribuye á Lope de Vega. Véanse sus palabras :

En ser hombre desigual  
Por mas me vengo á tener,  
Porque yo mas quiero ser  
Pícaro que cardenal.  
Esto tengo por mas bueno  
Que ser señor y aun reinar;  
Que allá suele en el manjar  
Disimularse el veneno.  
Pues ser pícaro dispongo;  
Que, como Lope advirtió,  
A ningún hombre se vió  
Darle veneno en mondongo.

Digo pues que así cantaba  
Con su tiple de corneja,  
Oyéndole cuatro esquinas,  
Dos calles y una taberna :  
«Vamos horros en los gustos,  
Aldeana, que revientas  
Por mostrarme que en tu lumbre  
Mil corazones se queman.  
»A lo simple nos queramos,  
Sea nuestra fe de cera,  
Cada cual siga su antojo,  
Pues que la gracia no es denda.  
»Franca de celos te hago,  
Porque los llamó mi abuela  
Brujas que á las almas niñas  
Les ebujan la sangre nueva.  
»Y yo, que soy bachiller  
Por Alcázar de Consuegra,  
Los comparo á los erizos,  
Que á quien los toma penetran.  
»No quiero que á nuestras vidas,  
Que son dos palomas duendas,  
Las tientes esos pecados  
Que la voluntad infernan.  
»Si te vas por la mañana,  
Yo te aguardaré á la siesta,  
Y si á la noche faltares,  
Dormiré aunque no parezcas.  
»Si quieres tener visitas,  
Sin miedo puedes tenerlas;  
Que aunque yo esté solo un año,  
Vé galana á la merienda,  
»Y si me convidaren  
Déjame ser Peroentrellas.  
Ya no quiero que me digas  
Que un señor de cruz bermeja  
»Te promete montes de oro  
Por galopar tu vega,  
Ni tampoco que te tañan  
Con cajas ni con trompetas  
»A que seas capitana  
De faldellín por bandera;  
Porque pienso que lo dices  
Aplicando la conseja,  
»Para que ligeras anden  
Mis pesadas faltriqueras.  
Bien se me trasluce á mí  
Que el arco de Amor se flecha  
»Por las poderosas manos  
De su consejo de hacienda.  
Vénus, la diosa de Chipre,  
Ya es matrona ginovesa,  
»Guarismo sabe su niño,  
Multiplica, suma y resta.  
Ya el rapaz anda vestido,  
Las alas aforra en tela,  
»Y el que esperanzas comia,  
Pavos come y tortas cena.  
A la discrecion le ha dicho  
Que compre y no diga perlas,  
»Y á la gentileza pobre  
A pintura le condena.  
Con la flota está casado,  
Mujer tosca y marinera,  
»Que se acuesta con bizcocho  
Y de millones se empreña.  
Su secretario es el dar,  
Un mozo que allana sierras,  
»Robador de voluntades  
Y cumplidor de promesas.  
Por esto, aldeana mía,  
Quiero yo segrir la seta  
»De aquellos cuyas entrañas  
Parecen carne y son piedras.  
Si no merezco tus glorias,  
No me revistan tus penas,  
Y si por dicha te agrado,  
Mas verdad y menos tretas (17).»

(17) Según Guerra y Orbe, es de Pedro de Liñan Riza.

## CVII.

¿Ah mis señores poetas!  
Descúbranse ya esas caras,  
Desaudease aquesos moros  
Y acabense ya esas zambras.  
»Váyase con Dios Gazul,  
Lleve el diablo á Celindaja,  
Y vuelvan esas marlotas  
A quien se las dió prestadas;  
»Que quiere doña Maria  
Ver bailar á doña Juana  
Una gallarda española,  
Que no hay danza mas gallarda;  
»Y don Pedro y don Rodrigo  
Vestir otras mas galanas,  
Ver quien son estos danzantes  
Y conocer estas damas;  
»Y el señor alcaide quiere  
Saber quien es Abenámbar,  
Estos Cegries y Aliátaras,  
Y dulces Zaides y Audallas (18);  
»Y de que repartimiento  
Son Celinda y Guadalara,  
Estos moros y estas moras  
Que en todas las bodas danzan;  
»Y por hablarles mas claro,  
Así tengan buena pasena,  
¿Ha venido á su noticia  
Que hay cristianos en España?  
»¿Quiéren que diga el hereje  
De nuestra fe sacrosanta (19)  
Que de los nombres de pila  
Se nos sigue alguna infamia?  
»¿Saben si alguna nacion,  
Pera, scita ó otomana,  
A nuestros nombres celebran,  
Y cantan nuestras hazanas? (20).  
»Si dicen que no lo ignoran,  
¿Por qué los cuentan y cantan  
En nombre de los moriscos,  
Abatiendo nuestras lanzas;  
»Y cubren nuestras naciones  
De alquiceles y almalañas,  
Y mil falsos testimonios  
A los moriscos levantan?  
»Están Fátima y Jarifa  
Vendiendo higos y pasas,  
Y cuenta Lagarto Hernandez  
Que danzan en el Alhambra;  
»Estáanse los Aliátaras (21),  
Tejiendo esteras de palma,  
Y Almadan sembrando coles,  
Y levántanles que rabian.  
»Viene Arbolan todo el dia  
De cavar cien aranzadas  
Por un puño de harina  
Y una tarja horradada;  
»Viene el otro delincuente,  
Y sácale á la mañana  
A la jineta, vestido  
De verde y flores de plata;  
»Y al Cegri, que con dos asnos  
De echar agua no se cansa,  
El otro disciplinante  
Píntale rompiendo lanzas;  
»Hace Muza sus bañuelos  
Dice el otro : «Aparta, aparta,  
Que entra el valeroso Muza,  
Caballero de unas cañas.  
»Los de la santa hermandad,  
Por delitos que otros hagan,  
Os saquen samaritanos  
A birotazos el alma.  
»Dejais un fuerte Bernardo,  
Vivo honor de nuestra España,

(18) Otros leen : *á dulces zaides*, y otros, *adutees*.(19) Otros leen : *que nuestra fe*.(20) Otros ponen *cuentan*.(21) Otros leen *estando*.

Asombro de la morisma,  
 Terror general de Francia;  
 Dejais un Cid Campeador,  
 Un Diego Ordoñez de Lara,  
 Un valiente Arias Gonzalo  
 Y un famoso Rodrigo Arias;  
 Un gran Gonzalo Fernandez,  
 Lustre y honor de mi patria,  
 Siendo tan grande en el nombre  
 Como temida su espada;

Y aquellos héroes famosos,  
 Dignos de gloriosa fama,  
 Que eternizó sus memorias  
 La conquista de Granada.  
 Celebran elusinas moriscas  
 Vuestros cantos de cigarra,  
 Hechos pobres mendigantes  
 Del Albaicín á la Alhambra.  
 Si importa celar los nombres,  
 Porque lo impiden las causas,

¿Por qué no vais á buscarlos  
 Á las selvas y cabanas,  
 Á las banderas francesas  
 Ó á las legiones romanas,  
 Á Cartago ó á Sagunto  
 Ó á la infelice Numancia?  
 Más ¿do vuestras, pluma mía?  
 Teute, que vas desmundada;  
 Que haces mal en condenar  
 Venerebles ignorancias (22).

## CVIII.

Viniendo de Portugal el rey don Felipe III, año de 1619, llegó á Guadalupe, y á la entrada de la iglesia habia un arco triunfal bien adornado, y en lo mas alto una nube, la cual fué bajando cuando su majestad llegó, y abriéndose, se descubrió la Justicia y Religion, y dijeron estos versos alternativamente.

**Religion.—Justicia.**

## RELIGION.

En buen hora, oh gran Filipo,  
 Volvais vuestra luz adonde  
 Castilla os recibe en tantos  
 Generosos corazones.

En hora buena, volviendo  
 De Guadalupe á los montes,  
 Que con llaneza os reciben,  
 De vuestro pié se coronen;  
 Y al lusitano bien puestos,  
 Gran Neptuno y fuerte jóven,  
 Con el tridente y el cejro,  
 Ley al mar, freno á los orbes;

Y ya el castellano os mira  
 De paz en sus horizontes,  
 En lauro vuelto el tridente,  
 Los rayos en esplendores,  
 Ya tributarios dejando  
 Cuantos el oriente esconde,  
 Como á vuestra planta ricos,  
 Adustos á vuestros soles.

(22) Rivas Tafur no cree de Góngxora esta poesía, donosa burla de los compositores de romances moriscos. Los que se dedicaban á escribirlos no eran, por cierto, ingenios de la nacion vencida. Los cristianos, que odiaban tanto á los moriscos, recibian placer en cantar á sus héroes y en leer sus hazañas y sus costumbres. Es esta una de las muchas contradicciones en que caen los hombres.

Los moriscos escribieron varios libros en prosa y verso sobre cosas de su ley y sobre viajes por España. Estos libros se compusieron en lengua castellana, unos escritos con caracteres árabes y otros con caracteres españoles. En la biblioteca Nacional y en la de mi amigo el arabista don Pascual de Gayangos se conservan algunos. En muchos hay recopilados romances hechos por ingenios cristianos. Cuando los moriscos se dedicaban á escribir versos no se cuidaban de cantar á sus héroes, sino de reir de la religion que por la fuerza aparentaban profesar, ó de encarecer la que tenian por verdadera. Véanse algunas muestras:

No es gobierno el dividido;  
 Tierra y cielo rige un Dios,  
 Un reino no sufre á dos  
 Ni dos pájaros un nido.

(*Ibrahm de Bolfad, en el códice CC., 169, biblioteca Nacional.*)

Con *biz milah* comenzamos,  
 Su santo nombre invocamos,  
 No hay otro dios sino él;  
 Todos necesitan de él,  
 Y á él solamente adoramos.

(*El mismo, en el lugar citado.*)

Cuervo maldito español,  
 Pestifero cancerbero,  
 Que estás con tus tres cabezas  
 A la puerta del infierno, etc.

(*Juan Alonso Aragonés, códice 174, biblioteca Nacional.*)

Dejad cuidados aparte,  
 Y oid, padres reverendos;  
 Que quiero de vuestra le  
 Decir algunos acentos, etc.

(*El mismo autor, en el códice citado.*)

De vuestros votos llamado  
 Con tantas aclamaciones,  
 Volveis donde paga en templos  
 Castilla tantos favores.

No ya en sus ondas os llama  
 El mar de España por donde  
 Nuestro castellano Tajo  
 Muriendo tiene mas nombre;  
 No en Lisboa toman tierra  
 Los navales escudrones,  
 Que en tanto mar no cabian,  
 Guiados de tantos nortes;  
 No en dos veneros admiran,  
 Como en sus olas entoaees,  
 La casta Venus francesa,  
 El español bello Adonis;  
 Isabel, digo, y Filipo,  
 Que en lazos de oro conformes,  
 Viven calzando himeneos,  
 Cotonos de resplandores.

No al Olimpo desembarca  
 La admiracion de sus dioses,  
 Que del cielo no es estrella,  
 Por ser del mar rubia Glóris;  
 La infanta, digo, Maria,  
 Que en muchas aclamaciones,  
 En Portugal breve rayo,  
 Esfera de amor conoce.

No, en fin, prodigiosa en arcos,  
 Como ya su ciudad noble  
 Os mostró el poder que encierra,  
 Madre de tantas naciones.

Castilla en vuestra venida  
 Levanta nuevos blasones,  
 Que al cielo asombren gigantes,  
 Que al sol alia ren Factones;  
 Que al mar de vuestra grandeza  
 La humildad en que os adore,  
 Como á la mar van los rios,  
 Hamildes cristales corre;

Que a los que España venera,  
 Despues que un siglo mayores  
 Depongais el cejro juntos,  
 En paz muchos siglos goce.

Si no diademas divinas  
 A los años de sus flores  
 Hace que a los dos el cielo  
 Laureles eternos brote;  
 Que á la bellissima infanta,  
 Que adoran y reconocen  
 Por su aurora estas montañas,  
 Por su Diana estos bosques,  
 Los cultos en que la esperan,  
 Porque su deidad invoquen  
 Los que de esas son, en tantas  
 Hermosas admiraciones;

Y vos, Carlos y Fernando,  
 Que, como lucos menores,  
 Volveis de Felipe al cielo  
 Divinas exhalaciones;

Pues á este templo votastes  
 Vuestras peregrinaciones,  
 Por recibir como estrellas  
 Luceros tan superiores,

Pecidles que aqui de tantos  
 Heroicos antecesores  
 Los trofeos santos cuelgan  
 En banderas y pendones;  
 Que del sagrado Filipo  
 Entre arabigos olores

La memoria de su olvido  
Vive en perdurables bronce;  
Que en las aras de una imagen  
(A cuyos puros candores  
De sus nevados piés vacen  
Dulces aladas legiones),  
A las luces consagradas  
De aquesta paz de los hombres,  
Devotos de sus promesas,  
Arden lucientes faroles,  
Decídes tambien...

JUSTICIA.

Detento,

El dulce aliento recoge;  
Que para llegar al cielo  
Todas las alas son torpes.  
Sárvate al fin de escarmiento  
Que por ardientes regiones  
Uno se abrasó las plantas  
Y otro á las aguas dió nombre;  
Y si quieres saber cuánto  
En ilustres protecciones  
Este santo templo debe  
A los reyes españolés,  
Detente á mayor Falla,  
Oye lo que vi una noche  
Que á nuestro rey esperando  
Hallé en imaginaciones,  
En el templo de la fe,  
Que en moralidad compone,  
En trompa vuelta la lira,  
Mi voz á escuchar disponte:

«Yace á la parte del templado Oriente,  
Adonde luz de lumbre misteriosa  
Campos ilustra del olimpo ardiente,  
El templo sacro de la fe gloriosa,  
La fama vi que al templo indeficiente,  
En auales eternos generosa,  
Por cantos de triunfos inmortales,  
Volando alienta trompas de cristales.  
»Argos atentos desembrían mis ojos  
Por sacros vultos de ejemplar firmeza,  
Que en luz derados y con sangre rojos,  
Alectaban gloriosa fortaleza;  
Dejándome llevar de otros despojos,  
O por afecto o por naturaleza,  
Una y otra admiré piadosa hazaña  
De los reyes católicos de España.  
»Divertido en sus inclitas historias,  
Los triunfos vi de Alfonso el Castellano.  
Aquel piadoso rey cuyas memorias  
Tiembla en estatua el barbaro africano;  
Faltaron plumas para tantas glorias,  
Por mas laureles que abrevió su mano;  
Pero el mayor que se erigió ostentoso  
Alzó á este templo el príncipe glorioso.  
»Pues aun no bien destas montañas frías,  
Que el pié divino de una virgen dora,  
Amanecieron infinitos dias  
En breves siglos de una breve aurora,  
Cuando eran luces en ofrendas pías  
De la que calza humilde brilladora  
A las que ciñe estrellas altamente  
Del rey Alfonso el culto reverente;  
»Aquel Alfonso, digo, coronado  
De honores mas que esta montaña estrellas,  
Nunca bastantemente celebrado,  
Aunque igualmente venerado de las;  
Digalo en mar de sangre el rio Salado,  
Cristales vivos en sangrientas huellas,  
Si excedieron despues sus troncos gruesos,  
Horribles montes de desnudos huesos.  
»Tumba poca el Salado en su corriente,  
Que á los montes abriendo sus entrañas,  
Breve fueron sepulcro á tanta gente,  
Que embarzó con sangre las campañas;  
Mármoles coronó gloriosamente,  
Si no son todos mármoles de hazañas,  
Donde al pié de la Virgen una á una  
Hueste alada son cercos de la luna.  
»Ocupaba despues grave distancia

Aquel Pedro que hicieron riguroso,  
O del propio valor la vigilancia,  
O del ajeno error el daño ocioso;  
Mas el que no cedió grave distancia  
Culto debe Maria tan piadoso,  
Que abriendo montes y cortando riscos,  
Crespas le alzó montañas de obeliscos.

»El palacio lo diga no distante,  
Rara admirando en él la arquitectura,  
Obra toda de artífice elegante,  
Pompa toda mayor de la escultura;  
Termino fué apacible al caminante,  
Estancia al peregrino fué segura,  
Que á sus aras llegó donde devoto  
Su camino absolvió, cumplió su voto.

»Plumas del fénix contenian la historia,  
A no alterables siglos reservada,  
De aquel Segundo Enrique, cuya gloria  
A España fué segunda edad dorada;  
De Alejandro venciendo la memoria,  
En mayores mercedes ocupada,  
Múscos votos le ofreció su celo  
Por excusarle este cuidado al cielo.  
»Emulacion famosa á los futuros  
Siglos despues de aquel gran rey contemplo;  
Aquel don Juan Primero, en quien mas puros  
Viven los fuegos deste sacro templo;  
Deponga Atlante los celestes muros,  
Pues hay Alcides con tan alto ejemplo,  
Pues Argos hay que en prendas celestiales  
Halló los ojos en su fe inmortales.

»Oh santa religion, oh verdaderos  
Hijos de aquel gran padre en lumbres bellas,  
Que á tantos grados os gradúa luceros,  
Si á tanto sol os examina estrellas!  
Vosotros sois los ángeles primeros  
En quien la Virgen estampó sus huellas;  
Que viendo el Rey tan santa compañía,  
Guarda real os hizo de Maria,  
»Ya José la tutela ha de dejaros;  
Que os encargan los orbes cristalinos,  
Viendo que el sol, perplejo de miraros,  
La luz se le cayó á sus piés divinos;  
Vos, que á los rayos de otro sol mas claros  
Por vuestro pecho abris tantos caminos,  
Gran Jerónimo, en quien la vestidura  
Dos veces es sangrientamente pura.

»Preciosos, padre, de que en glorias tantas  
Hijos tenéis que espiritus ardientes  
Son, ya venciendo las legiones santas,  
Seráficos volantes y obedientes;  
Coronados todos de sus puras plantas,  
Llegad al cielo vuestras sacras frentes,  
Que eternizados en sus lucas bellas,  
Estampas usurpáis á las estrellas.

»Cecido miré luego ilustremente  
Aquel inmortalmante generoso,  
Aquel Tercero Enrique, aquel Doñiente,  
Que fué menos mortal que no piadoso;  
¿Qué honor no debe al príncipe excelente  
Este templo por él mas suntuoso?  
Muerto vivió; que eterno ser recibe (25)  
El que en la lengua de los hombres vive.

»Sacro el cayado el Rey á su primero  
Prior del Tajo dió, y el rio sagrado  
En tantas voces le aclamó ligero  
Cuantas ondas brilló cristal dorado;  
Trocó el cayado en el mayor lucero  
De humildad el lustre no aceptado,  
Con que vió el mundo que vencido habia (24)  
Lo que dejó con lo que merecia.

»Augusto en fama, en fe majestuoso,  
Segundo en nombre, en el valor primero  
Miré á don Juan, cediendo afectuoso  
Su real corona á grave consejero;  
Dando, digo, al prior mas religioso  
Las llaves todas de su reino entero,  
Viendo que Pedro á sus consejos graves  
Le fiara la púrpura y las llaves.

(25) Otros leen: muerto murió.

(24) Otros leen habria.

»El Cuarto Enrique á sus divinos soles  
Aras alzó; tan altos son empleos,  
Que horrandole al sol sus arreboles,  
Aleazar son murado de trofeos;  
Diganlo cuantos arden hoy faroles,  
Cuantos lúmean árboles sabeos,  
Que testimonios de su amor fragrantes,  
Son sacrificios de su fe constantes.

»La piedad de su pecho generosa,  
De la Reina su madre el celo ardiente,  
Así admitió la Virgen gloriosa  
Su religion, así pagó obediente,  
Que á él labrándole pira suntuosa,  
Urna á ella erigiéndole luciente,  
Una y otra á su nombre construida,  
Tierra sella de tierra no oprimida.

»En simulacros de la fama aparte  
Dos vi ceñidos de inmortal corona,  
Rayo el uno beligeró de Marte,  
Asta el otro triunfante de Belona;  
No leo los nombres, informando el arte,  
¿Este es Fernando? ¿Esta Isabel? Peróna  
¿Oh fama! si sus glorias excedidas  
No son mas que por ellos conocidas.

»Digalo aquí aquel triunfo verdadero,  
Si arbolando la cruz nuestros pendones,  
Auto de fe se celebró el primero,  
Principio dando á sus inquisiciones;  
Aqui los padres de la fe, el severo  
Sagrado horror á heréticas naciones  
Intimó, tropezando su cabeza,  
Allí los pies de su mayor pureza.

»En dos columnas del horror cristiano  
Todo el templo fijaba al cielo ardiente,  
Cárlos el uno era, Marte humano;  
Filipo el otro, Júpiter prudente;  
Del uno á levantar la atíva mano,  
Del otro á revolver la heroica frente;  
Temblaron tierra y mar, porque á sus hechos  
Tierras y mares les venían estrechos.

»Furioso Cárlos á pesar de Juno,  
Nuevos argos varó á estos horizontes;  
Colgó aqui el gran tridente de Neptuno  
Conculcando sus piélagos de montes,  
Culto Filipo, sin dejar ninguno,  
Cuantos árboles sudan del Orontes  
Trasladó á su capilla en mas decoro,  
Ardiendo enteros en faroles de oro.

»Los dos miraba atentamente cuando  
¿Oh tercero Filipo! descubria  
Tu rostro, que dos orbes ilustrando,  
A dos opuestos mundos hace mi dia;  
Vi que el cielo su imperio contemplando,  
Con la tuya partió su monarquía,  
Y vi en ti retratado honor y palma,  
Cárlos darte el valor, Filipo el alma.

»Salud, te dije, á ti, que á dos Apolos.  
Seguro, el carro de las luces pides,  
Cuando á los cielos, que te dejan solos,  
Con vivos rayos de tu sol los mides!  
Sigue la gloria de abreviar dos polos,  
Nunca intentada de ningún Alcides;  
Que bien podrás con pasos tan seguros  
Paralelos cenir, pisar colinas.

»Salve, oh tú, en quien serán mas altamente  
Vital incendio, luces funerales,  
Que al segundo morir tú solamente  
Hallar podrás renombres inmortales!  
Alza, oh gran rey, la coronada frente,  
A quien surven los cielos de fanales,  
Que para globos de tus piés segundos  
Imperios brotarán, nacerán mundos.

»Sierras de Guadalupe, al sol lozano  
Primera cuna, cuando á vos se han ido,  
¿Oh virgen pura, oh serafin humano!  
De vuestra eterna pompa dividido,  
Pues monte sois de sus montañas cabo,  
Pues temple sois de sus trofeos vestido,  
Bajad las frentes á sus luces bellas,  
Orbe ya hermoso de sus cinco estrellas.

»De aquestas, digo, lúces cinco hermo  
Que á Guadalupe honrando, mira el suelo

Su dia en claveles y su sol en rosas,  
Hoy, que á sus rayos corre Amor el velo,  
Hoy, que confundido gracias amorosas,  
Que trunza la hieldad del cielo,  
Quiere Filipo que á su templo sacro  
Aplausos sean de eterno simulacro;

»Fu, que han cenlo en los montes firmamentos,  
Dejaste idolatrado del oriente,  
Los Lusitanos de la luz sediento,  
Bañados de tu luz resplandoriente;  
Hoy, que á estos montes ilustra te atentos,  
A la que á tu trastra pupura luciente  
Vuelves luz entre estos patrios lares,  
Que pagaran tus votos con altares.

»Llega; que si á tu fenic traes ornado  
De aquella hermosa flor de la francesa,  
Esfera celestial de su cuidado,  
Lustre mayor de la española empresa,  
Dos luceros aqui te han esperado,  
Que á tu cielo corrieron mas aprisa,  
Que, como del sol rayos verdaderos,  
Vuelven á ti según la vez luceros.

»Ardan las teas nupciales, obedientes,  
Lilios de esta el talamo p rdoneo,  
Donde templando Amor flechas ardientes,  
Dulce enjambe de amores le coronó;  
De imperios mas que de laurel las frentes,  
Por mas que tiempo en marrales blasone,  
Siglos enian los dos en desengaños  
De mas coronas que felices años.

»Virgen, que el pié del mayor rey conduces  
Al templo tuyo, que en igual decoro  
Ha de vestir de las triunfales cruces  
Que espera en Asia restaurar del moro;  
Pues son sus votos no extinguibles lucos,  
En plata haciendo ilustre alenta al oro,  
Recibe los que en rayos, si no en flores,  
Cinco te ofrece eternos resplandores.

Dije, cuando del templo cristalino,  
Así extenuados los gloriosos velos,  
Cesó la fama, que en metal divino  
Armoniosos factos dió á los cielos;  
Halléme al fin del inmortal camino,  
Que no arribara el que idolatra Deios,  
Porque Taha mejor los trunfos cante  
De la fe sacra, en citara sonante.

## RELIGION.

Abrevia el difícil paso,  
Suspende la voz soaura,  
Que me llevan los sentidos  
La lira, mudada en trompa.

Deja á Marte riguroso,  
Desentazada la gola;  
De paz le mira, no encaudo  
Por los ojos fuego arroja.

Escucha mas dulcemente  
Mi citara numerosa,  
Que al grande Filipo ocama  
De Guadalupe las glorias.  
Si de antecesoros tantos  
Pasais eternas memorias,  
Reliquias son en cristales,  
Pues en un pecho estan todas.

Si de los reyes de España  
Revueltas tantas historias,  
Cuyos despojos al tiempo  
En mil banderas tremolan,  
Mira el valor de Filipo,  
Pues que con su vista sola  
Es trideme á todo el mar,  
Es rayo á la tierra toda.

Si al pié desta Virgen bella  
Que estas montañas corona,  
Tan altas, que se levanta  
Entre sus plantas la aurora,  
Tan en los cielos sus cuambres  
La imagen tan en su gloria,  
Que es el mas vivo traslado  
Del original que adoran,

Publicos afectos puros,  
 Afectos lúcentes, pompas,  
 En mármoles entallados,  
 En desatadas aromas,  
 Nuestro rey, viniendo á verla  
 Con presencia generosa,  
 El mayor culto á su fe  
 Erigió á sus aras propias.  
 El solo á ver sus altares,  
 El á su nieve gloriosa  
 Desde su grandeza vino  
 Con la grandeza española;  
 En cuyas memorias pias,  
 Devotamente lustrosas,  
 En dos pirámides altas,  
 Que los indios montes roban,  
 Arden encendidos votos,  
 Lucen eternas antorchas,  
 Que la luz del cielo esconden,  
 Que los rayos del sol borran.  
 Espira en humos fragrantés,  
 Sube en llamas olorosas  
 Cuanto la Fenicia suada  
 Y cuanto la Arabia llora.

Gran rey, cuya monarquía,  
 El sol que nace en las ondas,  
 Trayendo el sol de Maria  
 Vuestras estrellas hermosas;  
 Las dos perlas, digo, á quien  
 Han de ceñir mas coronas  
 Que los pocos mayos suyos,  
 Que abríes muchos despojan,  
 La beldad de nuestra infanta,  
 Que nació con la que goza  
 A la tierra por deidad,  
 A los cielos por lisonja;  
 Carlos y Fernando, en quien  
 Porque á sus nombres responda  
 Terror, crecen glorioso  
 De las naciones remotas;  
 Hoy, en fin, que habeis dejado  
 Sin alma á toda Lisboa,  
 Famosa en vuestras entradas,  
 En vuestra vista ostentosa,  
 Esta admitid, que á esas plantas,  
 Religion afectuosa,  
 En recibiros festiva,  
 Aplausos humildes postra (26).

## CIX (27).

Una bella cazadora  
 Cebado estaba un halcon,  
 Cuyo dueño fugitivo  
 Tal oficio le dejó.  
 De una simple corderilla  
 Le está dando el corazón,  
 Y componiendo las alas,  
 Que mudaba á la sazón.  
 «¿Cómo te pareces, dice,  
 A aquel falso que huyó,  
 En el comer corazones  
 Y en mudar la fe y amor!  
 »Come de este corazón,  
 Pues el que se fué  
 Te dejó su condicion.  
 »Si tu dueño se te ha ido,  
 Y el corazón me robó,  
 Porque tú no le parezcas,  
 Mi corazón no te doy;  
 »Porque tú, por imitalle,  
 Serás segundo ladrón,  
 Y sin corazón ó alma,  
 Triste, ¿cuál quédara yo!»  
 Por consolarse con él,  
 En la mano le tomó,  
 Y regalándole el pico,  
 Le repite esta canción:  
 »Come de este corazón, etc.  
 »Préstame, amigo, tus alas  
 Para alcanzar al traidor,  
 Tu pico para prenderlo,  
 Tus uñas para prisión.  
 »A pié lleva un escudero  
 Con mis armas y blasón;  
 Que el tiempo que fué mi esclavo  
 Bien pude hermanarle yo.  
 »Come de este corazón,  
 Pues el que se fué  
 Te dejó su condicion.»  
 Este pájaro es de Tírsi,  
 Admirable cazador,  
 Que en los álamos de Chipre  
 Tiene su nido y nacion.

## CX.

Por una negra señora  
 Un negro galán doliente  
 Negras lágrimas derrama  
 De un negro pecho que tiene.

Habló una negra noche,  
 Y tan negra, que parece  
 Que de su negra pasión  
 El negro luto le viene.  
 Lleva una negra guitarra,  
 Negras las cuerdas y verdes,  
 Negras también las clavijas,  
 Por ser negro el que las tuerce.  
 «Negras pascuas me dé Dios,  
 Si mas negro no me tienen  
 Los negros amores tuyos  
 Que el negro color de aliende.  
 »Un negro favor te pido,  
 Si negros favores vendes,  
 Y si con favores negros  
 Un negro pagarse debe.»  
 La negra señora entonces,  
 Enfadada del negrete,  
 Con estas negras razones  
 Al galán negro entrístece:  
 «Vaya muy en hora negra  
 El negro que tal pretende,  
 Pues para galanes negros  
 Se hicieron negros desdenes.»  
 El negro señor entonces,  
 No queriendo emnegrecerse  
 Mas de lo negro, quitose  
 El negro sombrero y fuése (28).

## CXI.

En aquel siglo dorado,  
 Cuando floreció Amalís  
 Y el mes de mayo vivía  
 Pared en medio de abril,  
 En unas vistas secretas  
 Detrás de un zaquizami,  
 De la sabijonda Urganda  
 Tuvo un hijo Gandalín,  
 Mas valiente que Macías,  
 Mas derretido que el Gid,  
 Mas sabido que Roldán,  
 Mas membrudo que Merlin.  
 Este andaba á caza y pesca  
 Por la orilla del Genil,  
 En la mano esparavel  
 Y en los hombros un neblí.  
 Al filo de melodía,  
 No mas que por su nariz,  
 Señalaba las doce horas  
 En el tronco de un brasil;  
 A la sombra que hacían

Cuatro flores de alheli,  
 Aqujado de la hambre,  
 Que era comedor gentil,  
 Sacó poquito á poquito  
 De las bolsas de un cojín  
 Dos varitas de virtudes  
 De traza y valor sutil;  
 Y vuelta la cara al cielo,  
 Porque habia de estar así,  
 Tomando la mayor de ellas,  
 Le comenzó de decir:  
 «Varica, la mi varica,  
 Por la virtud que hay en tí,  
 Pues que gerigonza entiendes,  
 Que me traigas que muguir.»  
 Apenas cerró los labios,  
 Cuando al son de un añafil  
 Vió ponerse unos manteles  
 De d-llgado caniqui,  
 Un barril de vino blanco  
 Y de tinto otro barril,  
 Del metal de las entrañas  
 Del cerro de Potosí;  
 Dos cuchillos de Malinas  
 Y un safero de marfil,  
 Y un platillo de ensalada  
 De verbas trescientas mil;  
 Entre dos roscas de Utrera,  
 Que por estos ojos ví,  
 Unas lonjas de tocino  
 Como corchos de chapín.  
 Desde aquí á las acentunas  
 No les dió merienda así  
 El bruto Sardanapalo  
 Al Gran Turco y al Sofí.  
 Estando la mesa puesta,  
 Poblarla de lo que oís,  
 Debíaca comerlo so'o;  
 Mas no lo pudo sufrir:  
 Y volviendo a ver al cielo,  
 Porque habia de estar así,  
 A la segunda varica  
 Le dice el mozo Celín:  
 «Así te otorguen los cielos  
 De venturas un cabiz,  
 Que me traigas una dueña  
 Con quien mis dichas partir.»  
 Fué á revolver la cabeza,  
 Y vido cerca de sí  
 La doncella Dinamarca  
 Atándose un cenojil;  
 Y aunque se habian ya visto  
 En las salas de París,  
 Mirábanse el uno al otro  
 Y hartábanse de reir.

(26) Segun Rivas Tafur, no es de Góngora esta poesia.

(27) Romancero de don Agustin Duran.

(28) Romancero de Duran.

## CXII.

Dejad los libros un rato,  
 Señor licenciado Ortiz,  
 Porque tengo que contaros  
 De cosas tan un catriz;  
 Y es el cuento, mi señor,  
 De una doña Beatriz,  
 Poco mas alta en valor  
 Que nido de codorniz.  
 Fuila un día á visitar,  
 Y dijo: « Señor don Luis,  
 ¿Qué manda vuestra merced?  
 — Servirla, mi emperatriz;  
 ¿Es negocio de importancia,  
 Señora, á lo que venís?  
 Respondi á lo sevillano.  
 — Bien poquito mas de un tris.»  
 Luego mostró mas revueltas  
 Que trae granos el maíz,  
 Diciendo: « No soy mujer  
 De las con quien vos cutís;  
 Y muy poquito aprovecha  
 Sotana y sobrepelliz  
 Para lo mucho que euesta  
 Sacar la primer raiz.»  
 Parecióme su respuesta  
 No de mozueta aprendiz;  
 Díjela: « Empadronadora  
 Mas que la iglesia matriz,  
 Sin que doncella os hagais,  
 Sabemos de qué vivís.  
 Pues si cerrais una puerta,  
 Otras doscientas abris,  
 Y que sois mas conocida  
 Que el meson de Anton Ruiz,  
 O en Valladolid nombrado,  
 Por pleiteante, Moriz,  
 Y en Lisboa los fidalgos  
 Del linaje de Moñiz,  
 O en Vizcaya los que llaman  
 De Oñez y de Madrid,  
 Y que sois mas ordinaria  
 Que en botica almofariz,  
 O en meson los cabezales  
 Ordinarios de terliz,  
 Y que os sacara un podenco,  
 Aunque le falte nariz,  
 Por el rastro que dejais,  
 Como en nieve la perdiz.»  
 Y como vi que miraba  
 Retuerta como cambiz,  
 Díje: « No soy terciopelo  
 Para hacer arpon con giz.»  
 Respondióme: « Mi señor,  
 Aunque bachiller venís,  
 Nada habeis de negociar  
 Si no me contribuís.»  
 Viéndola pues tan resuelta  
 En la manera que ois,  
 Y yo sin nada que darle,  
 Renegué de su matiz,  
 Y eché de ver que la honra  
 De gente de este país  
 Está cubierta y ciarada  
 Con amarillo barniz.

## CXIII.

Juéves era, juéves;  
 Despertóme al alba  
 La inquietud con furia  
 De una triste causa.  
 Como enfermo hice,  
 Nunca tal pensara,  
 Agasajo al día,  
 Desprecio á la cama;  
 Troquéla en vestido,  
 Y vi lo que llaman  
 Risa del aurora  
 Por labios de grana,  
 Aunque amanecía

La luz embozada,  
 Con hocico el cielo,  
 El sol con lagañas  
 De ámbar, decían  
 Unas voces pardas:  
 « ¡Agua va, señores!  
 Que las nubes vacían  
 Cuando Anica en corto  
 Por mi calle baja,  
 Huyendo el aviso,  
 Flechando la aljaba,  
 Cubriendo el semblante  
 La linda rapaza,  
 Lo lascivo enseña,  
 Lo divino tapa.  
 Al tiempo que aplica  
 Su embozo á la cara,  
 Por celajes mira,  
 Por tronera mata.  
 Cuando airado pisa,  
 Parece que calza  
 Chapin de granizo,  
 Que cayendo salta  
 Picante y menudo.  
 Su paso imitaba  
 Mucho á la pimienta,  
 Algo á la mostaza.  
 Vistese á lo cielo,  
 Tápase á lo falsa;  
 Lo celoso ofrece,  
 Lo amoroso guarda;  
 Con hizarro talle  
 Ostenta gallarda  
 Alma en las acciones,  
 Azogue en el alma.  
 Yo la vi, señores,  
 Yo vi que mostraba  
 Nieve en sus muñecas  
 Y nieve sus llamas.  
 No pensé que fuera  
 Tan bella y honrada,  
 Tan briosa y noble,  
 Tan hermosa y casta.  
 Con solo un ceceo  
 Intenté llamarla,  
 Pues vi que mi afecto  
 Bosquejó mis ansias;  
 Pero sus desdenes  
 Mi engaño declaran,  
 Y al desden entregan  
 Tanta conlianza.  
 Llaméla corrido,  
 No por enojarla,  
 Lo que dice el vulgo  
 Nombre de las pascuas.  
 De vergüenza dicen  
 Que vistió la cara,  
 Aumentó rigores,  
 Prometió venganzas;  
 Hallé, aunque jamás  
 Verlo imaginaba,  
 Hermoso el enojo,  
 Discreta la rabia» (29).

## CXIV.

Gran filósofo me han hecho  
 Casos adversos y tristes;  
 Un libro del tiempo soy  
 En quien su mudanza escribe.  
 Tan á prueba de desdichas  
 Me tiene el hado infelice,  
 Que no hay mal que me congoje  
 Ni bien que me regocije.  
 Eráclito fui un tiempo,  
 Que di en llorar y adigirme,

(29) Alfay pone como de GÓNGORA este romance, en sus *Poesías varias de grandes ingenios*.

Y ahora á reir me doy  
 Porque á Demócrito imite.  
 Desde aquellas soleadas,  
 Habitación apacible,  
 Miro en la plaza del mundo  
 Los que á sus fiestas asisten.  
 Desde aquí miro la suerte  
 Que con los grandes y humildes  
 Hace la fortuna varia,  
 Toro veloz y terrible.  
 Desde aquí me estoy riendo  
 De que un ambicioso envíe  
 El ver llevar á un privado  
 Mayor peso que el de Alcides.  
 Riome de ver que un viejo  
 Labre palacios insignes,  
 Cuando en el de siete paes  
 La muerte le hace bruides;  
 De que ningún pleiteante  
 En tener justicia estubo,  
 Siendo el dinero y favor  
 Las leyes que el mundo rigen;  
 De la sujecion tan grande  
 Con que los señores viven,  
 Pues por no descomponerse  
 A duras penas se rien;  
 Del que en público se azota  
 Y en secreto es el origen  
 De vicios, como si á Dios  
 Algo pudiera encubrirse.  
 Riome del que en su tierra  
 Tiene parada apacible,  
 Y hacienda y vida le acaban  
 Pretensiones insulribles;  
 Del que secreto importante  
 A ninguna mujer dice,  
 Del garitero que juega,  
 Del que tiene hacienda y sirve;  
 Del que pudiendo ir armado,  
 Con sencillas armas rieme;  
 Del que ha en amistad  
 De escribanos y alguaciles;  
 De aquel que es rico, y de avaro,  
 Apenas come ni viste,  
 Y deja su hacienda á quien  
 En breve la desperdicie;  
 Del que quiere bien á monjas,  
 Y en un locutorio asiste  
 Lo mas del tiempo, trocando  
 Necesidades por melindres;  
 Y riome del galán  
 Que piensa que hay mujer firme;  
 Del que dice que es su error  
 Fuerza de estrella infelice;  
 Del que por quitar un v.....  
 Paga una suma increíble,  
 Y saca descalabrado  
 El.... Dios nos guarde y nos libre;  
 Del que no siendo señor  
 Sacres sustenta y nebles,  
 Y á diez ducados le salen  
 Cualquiera par de perdices.  
 Riome de que un poeta  
 Forraje, trace y fabrique  
 Maquinas para ser rico,  
 ¡Harto gracioso imposible!  
 Riome de un licenciado  
 Que, siendo en extremo simple,  
 Quiera enmendar á un discreto  
 En virtud de seis latines;  
 De la que quiere mezclar,  
 Siendo por extremo libre,  
 Enterezas de Lucrecia  
 Con flaquezas de Pasifés;  
 Y de un marido Anteon  
 Que en público cela y rieme,  
 Y a costa de su mujer  
 Como bebe, calza y viste;  
 Del que teniendo setenta,  
 Busca una niña de quince,  
 Sin mirar que compra viña  
 Que él paga y otros esquilmen.

Y de mi me estoy riendo  
De cuando di en afligirme,  
Sabiendo á cuán breve espacio  
El bien y el mal se remite.

## CXV.

Compiitando con los cielos  
Las sierras de Guadalupe,  
Esmeraldas son sus valles,  
Plata y aljófar sus cumbres.  
Lloraba perlas la aurora  
Sobre violetas azules,  
Encubriendo las estrellas  
Y desterrando las nubes,  
Cuando mas bella Lisarda  
Las ásperas sierras sube,  
Dando al mundo y dando al cielo  
Gloria, envidia, sombra y lumbre.  
La nieve descendiendo al valle,  
La estéril tierra produce  
Mil verbas que la enternecen,  
Mil flores que la dibujan.  
No hay planta que no se alegre  
Ni pájaro que no anuncie  
El nuevo sol que amanece,  
Aunque el del cielo se turbe.  
Lisarda sobre una Peña,  
Venturosa en que la ocupe,  
Los campos de Calatrava  
Entre los montes descubre;  
Y porque apacienta en ellos  
Un fiel serrano que sufre  
Memorias que desesperan  
Y esperanzas que consumen,  
Mirando campos y sierras  
Que enternece las presume,  
Enamorando los cielos,  
Hizo que atentos la escuchan:  
*¡Sierras venturosas de Guadalupe!*  
*¿Qué es de mi esperanza, que en vos la*  
*Qué es de mi vida perdida* [puse?]  
Por gustos de vida incierta?  
Mas flor esperanza muerta,  
¿Cómo puedo tener vida?  
¿Qué es de mi leve homicida?  
Piedras y árboles. ¿qué es de él?  
Mas ¡ay! que un tirano cruel  
La luz de mi gloria encubre.  
*¡Sierras venturosas de Guadalupe!*  
*¿Qué es de mi esperanza, que en vos la*  
[puse?]

## CXVI.

Con ropilla y sin camisa,  
No por falta de tenella.  
Que una que le dió su madre  
Le perdió la lavandera;  
Su jubón por zaragüelles  
Y el sombrero por chinelas,  
Y por reparo del cierto  
Una capa de bayeta;  
Al sol, que, muerto de risa,  
De lástima le calienta,  
Esto cantaba Fernandez.  
Cosiendo sus pedorreras:  
« Desdichado del hidalgo  
Que con sobra de nobleza  
Y con falta de dinero  
Viene á pleitear á esta tierra.  
Soy de Cangas de Tineo,  
Desciendo por línea recta  
Del infante don Pelayo;  
¡Ved que honrada descendencia!  
Y agora por mi desdicha  
Venido soy á esta tierra,  
Do traigo sobre una moza  
Un pleito con una vieja.  
Levantóme la falsaria  
¡Jesucristo me defienda!

Que fui malo de mi cuerpo  
En un molino con ella.  
Y aun el fiso testimonio  
No para aquí, porque llega  
A que con doce testigos  
Prueba que estaba doncella.  
No sé quién jurar tal pudo,  
¡Defienda Dios mi inocencia!  
Que bien sé que soy de carne  
Y tengo algunas flaquezas.  
Mas decid, testigos falsos,  
¿Cuándo en Castilla la Vieja  
Vido el cielo cuos vos blancos  
Ni doncellas montañesas?  
Dejando el pleno á una parte,  
Ya que el pleito no me deja,  
Aunque no para medrar,  
Para echar la sarna fuera.  
A ruego de buenos hombres,  
¡Plugüera a Dios no los viera!  
Asenté con un pleiteante  
En San Martin de la Vega.  
Por la costa concertamos  
De serville esta cueresma,  
Do á pura fuerza de ayunos  
Me han convertido en poeta.  
Pensarán que estoy burlando;  
Pues no es así como quiera,  
Que del trato de mi amo  
Hago agora una comedia.  
Toda la primer jornada  
Trata de que nunca almuerza,  
La segunda que no come,  
La tercera que no cena.  
Estos torzosos ayunos  
Me han tornado la cabeza  
Mas liviana que una caña,  
Y me han helado la vena.  
Y tiéneme de tal suerte  
La forzosa penitencia,  
Que no quiero decir mas,  
Ni puedo, aunque mas quisiera (50).

## CXVII.

Comadres, las mis comadres,  
Con quien tuve, no lo niego,  
Correspondencias quebradas  
Tocantes al trato muerto;  
Mucho del bello placer  
Y mucho del pesar bello,  
Que si triaca me distes  
Ponzoña hebi primero;  
Todas mezclais, mal pecado!  
Favores con menosprecios,  
Esperanzas con agravios,  
Con fe grande grandes celos.  
Oídmeme si estáis despacio:  
Que os doy voces desde lejos,  
Sentado al tronco de un pino,  
Testigo de mi destierro.  
Ya sabéis que entre vosotras  
Tuve solaces diversos,  
En verano en lo regado,  
Y en el hogar el invierno;  
Y que el marzo entre mis arcas  
Anduvo tan grande cierto,  
Que de ellas me aventó el oro  
De la hija de mi suegro.  
Para pagar este soplo  
Vine a vender mis barbechos;  
De ellos la cadena sale;  
Los botones ya los tengo.  
Esto, amigas y señoras,  
Se quede aquí, porque quiero  
Deciros cuál volveré  
Ante vuestro acatamiento;  
Porque si me reservais

De algunos forzosos censos,  
Visite vuestros estrados,  
Y si no, que huya de ellos.  
En las fiestas de tres altos  
Sortijas, toros, torneos,  
Del libro de vuestros vivos  
Me podréis borrar por muerto;  
Que si me pedis ventanas,  
Diré que veais los juegos  
En las de vuestras narices,  
Puestas en el primer suelo.  
Comedia con arrequives  
De soledad y aposento  
Para las graves, y esotras  
Alhombra con silla en medio.  
Merienda, río, aguadores  
Que porteen vuestros cuerpos,  
Puerta de Guadalajara  
Y tercios de casa ó vedo;  
Porque la media ataja,  
Medida con tacos dedos,  
Helada, espumilla y cortes  
No lo sufre mi decreto.  
La preñada que tuviere  
Antojos de terciopelo,  
Que los trueque en damerlas,  
Viagra, barros ó yeso;  
Si el sábado la toquera  
O el portugués que da lienzo  
Viniere estando yo allí,  
Que pagueis sin pedir trueco;  
Que aunque pasen por la calle  
Innumerables fruteros  
No despegueis vuestras bocas,  
Y el por qué á mi Dios lo dejo.  
En pago de esta evención  
Obligó mi pobre pecho  
A todos los menoscabos  
Que puede sufrir un cierto.  
Ellas son bajezas grandes,  
Yo pecador las confieso;  
Mas contra necesidades  
¿Qué pundoior habra enhiesto?  
Si estando yo con vosotras  
Viniesen vuestros don Diegos,  
Que como á piedra sin fruto  
Me lanceis en cualquier centro;  
Que no llame á vuestras puertas  
Si no de tal á tal tiempo,  
Porque no espante la caza  
Si aguardais peñantes frescos;  
Que aunque seais mas comunes  
Que fué la estrella de Venus,  
Jure que estais mas cerradas  
Que en Vizeaya los conceptos;  
Que no tome silla baja  
Ni os pueda tocar al pelo  
Hasta que con castañeta  
Me llameis como a podenco;  
Que aunque necias y afeitadas  
Estéis, os salude el gasto  
Como en Francia, y os escucho  
Seis horas sin ral ó en medio.  
No se ha visto sufrir  
En todo el mundo universo  
Cuya paciencia por yanque  
Quebraute tan pocos ciertos.  
Prolijo he sido, señoras;  
Que como estoy en el yermo,  
Ajeno de ocupaciones,  
Escribo mas que diez presos.  
Pues ¿cómo mas secretarios  
Que tiene el mundo secretos,  
Respondeidme, aunque negadéis  
La paz de vuestros conciertos.  
¡Esta guerra bruta y sola  
A dos del mes en que el cuerno  
Derrama Amaltea hermosa,  
De fruta y de flores lleno.

(50) Segun Rivas Tafur, no es de Gongora este romance.



## CXVIII (31).

«Soledad que affige tanto,  
¿Qué pecho habrá que te sufra?  
Libertad preciosa y cara,  
¡Mal haya quien note busca!  
Por una parte paredes,  
Por otra rejas tan juntas,  
Que ni el sol por ellas entra  
Ni las penetra la luna.  
En los balcones candelados,  
En las puertas llaves duras,  
Y dura la condicion  
Que nos cierra y que nos culpa.  
El invierno en lo sombrío,  
El verano en las estufas;  
Medio encantados los ojos,  
Y la lengua casi muda.  
De pesares todo el año,  
De placer hora ninguna;  
Soledad que affige tanto,  
¿Qué pecho habrá que te sufra?  
A los discretos nos niegan,  
Y cuando necios nos buscan,  
Nos sacan á que nos muelan  
Con razones importunas.  
Eternos son nuestros males,  
Nuestros bienes de fortuna!  
Libertad preciosa y cara,  
¡Mal haya quien no te busca!»

A questo cantaban  
A sus almohadillas  
Dos niñas labrando  
Pechos de camisa.  
Cerrólas su madre,  
Fuése por la villa  
A dar parabienes  
Y á consolar viudas.  
«¿Qué ha visto en el tiempo,  
Dijo la mas chica,  
Señora, que cierra  
Lo que no solia?  
¿Quién canta de noche?  
¿Quién habla de día?  
¿Quién hay que nos lea?  
¿Quién que nos escriba?  
Estrechura tanta  
Plegue á Dios no sirva  
De que el sufrimiento  
Desespere aprisa.  
En corrillos andan  
Todas las vecinas,  
Sembrando sospechas,  
Cogiendo malicias.  
El gusto pasado  
Se trocó en acibar,  
La soltera en cárcel,  
En llanto la risa.  
A lo que es recato  
Llamarán caída  
Que ha dado el honor,  
Ligera y altiva.  
Madre, la mi madre,  
Medo guarda vna;  
Mas hace quien ruega  
Que no quien castiga.  
Si la planta nace  
De sayo torcida,  
Tarde la enderezan  
Varas que la arriman.  
Escuchais consejos  
De dueñas valdras,  
Que en la iglesia pasan  
Cue itas y mentiras;  
Y sobre nosotras,

Vuestras enemigas,  
Pareceis mublado  
Que atruena y graniza.  
Yo de mi cosecha  
Me soy teatna,  
Medrosa de engaños  
Y esperanzas tibias.  
No echéis tantas llaves,  
Porque no se diga  
Que no hay que fiar  
De quien no se lia.»

## CXIX (32).

Galanes, los que teneis  
Las voluntades cautivas  
En el Argel de vros ojos  
Que la voluntad os privan;  
Los que á los soles de agosto  
Y á la escarcha de Castilla  
Sois en invierno y verano  
Medio hombres y medio esquinas;  
Los que hilando los bigotes  
Y alzando el cabello arriba,  
Idolatrais una necia  
Detrás de una celosia;  
Oid á un colfade vuestro,  
Que se escapó de la liga  
Hoy hace treinta semanas,  
Un miércoles de Ceniza.  
Salud y gracia. Sepades  
Que me vi por una niña  
No dormir en treinta noches  
Ni comer en cuatro dias.  
Tropecé en un desengaño,  
De suerte que la caída  
Me costó dentro de un mes  
Dos purgas y seis sangrias.  
Ya vivo con arancel,  
Ya no soy quien ser solia,  
Ya duermo y como á mis horas,  
Y ando mostrenco en la villa.  
*Tararira,*  
No tiene el Rey tal vida.  
Ya me levanto á las siete,  
Y puesta camisa limpia,  
Me miro y pongo al espejo  
Bien ó mal las lechuguillas.  
Ya no me aprieta el zapato,  
La cuera ni la ropilla,  
Ya llevo las medias flojas,  
Y mal atadas las ligas.  
Almuerzo como un tudesco  
Despues que vuelvo de misa,  
Si es verano en el jardin,  
Si es invierno en la cocina.  
De setiembre á Navidad,  
Como bandujo y morcillas,  
Y desde diciembre á enero  
Rico solomo y salechichas.  
Las turmas de marzo á mayo  
Como con lunadas fritas,  
Y desde mayo hasta agosto  
Pernil hiambre con guindas.  
Bebo con nieve, y aguado  
Cuando hay calor excesiva;  
Pero cuando el tiempo hiela,  
Como el Redentor lo cria.  
A las once como siempre  
La olla de una ama limpia  
Con algun torrezno asado  
Y con otra niñeria  
Si hay palomino, la pierna;  
Si hay cabrito, las costillas;  
Si gallina, la cadera;

Y si perdiz, la tetilla,  
*Tararira,* etc.  
Cuando dicen que á doña Alda  
Dió don Juan una basquiña,  
Echole calzas de tonto  
Aunque venga de la China;  
Cuando quieren alterar  
Sobre quien priva ó no priva,  
Pregunto dónde ha de ser  
Y qué ventanas se alquilan;  
Cuando veo algunas damas  
De las de casa y bajilla,  
Ríome de aquellos tontos  
Pobres por hacerlas ricas;  
Y cuando al fin el ser hombre  
Me aprieta con mucha prisa,  
Busco quien no me conozca  
Ni me detenga ni pida.  
El gusto traigo de mezela;  
Porque donde una vez pica  
No volveré si me diesen  
El tesoro de las Indias.  
Cuando encuentro por las calles  
Los ministros de justicia  
Me acuerdo de los tejados  
Por donde anduve en camisa.  
Traigo con llave la espada  
Y con antejos la vista,  
Y en la parte sospechosa  
He puesto una zapatilla.  
*Tararira,*  
No tiene el Rey tal vida.

## CXX (33).

Hermosas depositarias  
De mil almas novelescas,  
Las que seguis de Cupido  
Los pifanos y banderas  
Un consejo os quiero dar,  
Y atended que no os lo diera  
Si de puro acuchillado  
Los sesos no se me vieran;  
Y no colijais tampoco  
Que alguna pasion me ciega;  
Que yo, como libre, hablo  
Del tiempo que no lo era.  
No pongais vuestra aficion  
En mocitos de esta era,  
Que son como basiliscos,  
Que matan y luego vuelan.  
Huid como del demonio  
De estos de calzas tudescas,  
Que es de Alejandro su vista  
Y de duende su moneda.  
No os fieis de sus palabras  
Ni os engañen con endechas,  
Que tienen las bolsas duras  
Y las palabras muy tiernas.  
Tienen de bronce las manos,  
Las faltriqueras de piedra,  
Y la moneda de plomo,  
Mas falsa que sus promesas.  
No os engañen los que agora  
Se ciñen como maletas,  
Que de apretar las barrigas,  
No tienen sustancia en ellas.  
Finalmente, os aconsejo,  
Parroquianas de esta feria,  
Que de estos almidonados  
No se ocupe el alma vuestra;  
Porque hay mocito espigado  
Que con cuatro plumas negras  
Piensa escalar vuestra casa  
Y torcer vuestras madejas.  
Al que es hijo de vecino  
Tapiadle ventana y puerta,

(31) Este romance fué publicado en el *Romancero general* sin nombre de autor. Como de Góngora se halla en muchos manuscritos. No difiere de su estilo ni es indigno de su ingenio.

(32) Este romance se halla en el *Romancero general* como obra anónima. En manuscritos antiguos de poesías de Góngora, se pone entre ellas.

(33) Sin nombre de autor está en el *Romancero general*. Los manuscritos lo dan por de Góngora.

Que piensa que le debéis  
De alcabala cama y mesa;  
Y si entrare en vuestra casa  
No dando provecho en ella,  
Abridle con una mano,  
Y con otra echalde fuera.  
Y el orden de vuestra vida  
De hoy mas mirad que sea  
Ver ante *omnia* el *plus ultra*;  
Que ya quien fia no medra.  
Aquel que quisiere hablarlos  
Traiga de azul la librea  
O véntase de oro fino,  
Color contra la tristeza.  
Traiga las armas del Rey  
En el escudo por muestra;  
*Philippus, rex Hispaniarum*,  
Diga el mote de la letra.  
Al que estas letras arroja,  
Hermanas, para leerlas.  
Si de esta suerte viniere  
Bien podeis abrir la puerta.  
Fíleno, aquel que decia  
Que érades Circes y peñas,  
Agora os da por consejo  
Que os convertais en Medeas;  
Porque si blandas os hallan,  
Como blandas os refriegan,  
Y venis á quedar todas  
Como granadas abiertas.

## CXXI (34).

No viene á mí el sobrescrito,  
Señora, de aquesta carta;  
Bien la puede dar á otro,  
Que yo no como cebada,  
Ni creo tan de ligero  
El preñado que me achacan,  
Pues que las bulas de Roma  
Se encuentran desde la data.  
Contemos las conjunciones  
Por meses y por semanas,  
Y si viene bien la cuenta  
Metamos la cria en casa;  
Pero si no viene bien,  
¿Por qué quiere la bellaca  
Jugar con otro las piernas  
Y cargarme á mí las cabras?  
No quiera la fugitiva  
De la aborrecida patria  
Hacer con otros el flete  
Y que pague yo la barca.  
Desista de ser fullera,  
No haga pandillas tantas;  
Que si ella es cuchillo agudo,  
Yo soy raposa avisada.  
¿Cómo quiere que reciba  
El requeson que me guarda,  
Si estaba llena la encella  
Cuando yo llegué á apretalla?  
Pues no quiso ser mi mula,  
No quiero ser su guadrupa;  
Bien puede dar esas quejas  
A quien la hizo preñada.  
Su preñado me parece  
A la puente segoviana,  
Que se hizo en una noche  
Sin cal, arena, ni agua.  
Su duda que el diablo hizo  
Este milagro en España,  
Y diablo debo yo ser,  
Pues su preñado me achaca.  
Para haberse criado en villa  
Poco sabe de crianza,  
Pues me pide el aginaldo  
Sin darme las buenas pascuas.

(34) Está en el *Romancero general* como de GÓNGORA.

Al otro que se las dió,  
Con paz, al uso de Francia,  
Le haga esas cosquillas,  
Porque yo no sufro albarda.  
Pidale que contribuya  
Para el gasto de las anias;  
Que no he de dar yo mantilla,  
Sirviendo el otro de manta.  
Aunque soy malo á sus ojos,  
Tengo la conciencia sana;  
No quiero coger el fruto  
Que otro sembró con sus vacas.  
Libreme Dios de lo ajeno,  
Pues es cosa averiguada  
Que la codicia del mundo  
Es la polilla del alma.  
Son los partos de mujeres  
Como nubes que traen agua,  
Que aunque ignoramos dó vienen,  
Sabemos dónde descargan.  
Decir que ella lo parió  
Es verisima probanza;  
Mas que parió de mi solo  
Es duda que no se alcanza.  
Así que, señora mía,  
No escarbe mas la cernada,  
Porque es todo polvareda.  
Pues pide injusta demanda.  
Déjeme, pues que la dejo,  
Y quédese en hora mala;  
Que no la he de levantar,  
Pues que se echó con mi carga.

## CXXII (35).

« Junto á una fuente clara  
Lloraba Galatea  
De sus divinos ojos  
Por lágrimas estrellas.  
Cristal y luces llora,  
Y en el cristal que aumenta  
Agua y luces agravan,  
Plata y rayos pelean;  
De ausente pastorcillo,  
Que ingrato dueño deja  
Desperdiciar al aire  
Imperios de oro en trenzas,  
El mas hermoso agravio  
Que vió la primavera,  
Rojo desden del día,  
Del alba blanca afrenta.  
Ayer bajó embozada  
Al baile de su aldea,  
Avara con los cielos,  
Y con abril soberbia;  
Que resistir entonces  
Amor ni el sol pudieran  
A tanta nieve en rayos,  
Tanto cristal en flechas.  
Ambar cernió su coña,  
Su boca llovió perlas,  
Y vinculó esmeraldas  
Su breve pié á las yerbas;

(35) Están impresas como de GÓNGORA estas endechas por Alfay, en sus *Delicias de Apolo*.

Gracian, en su *Agudeza y arte de ingenio*, escribe:

« Fómase de ordinario el encarecimiento ensalzando el objeto y ponderando su exceso en sí ó en algunas de sus circunstancias, DON LUIS DE GÓNGORA, en estas endechas suyas, aunque no van en sus obras, como vi otras muchas:

« Al pié de una corriente  
Lloraba Galatea  
De sus divinos ojos  
Por lágrimas estrellas,  
Ambar cernió su coña, etc.»

Que dulcemente muero,  
Que vanamente esperan  
Los pensamientos míos  
Piedad de tal belleza.»  
Esto cantaba Lauro  
A la beldad mas nueva  
Que llenó de suspiros  
Los ecos y las selvas.

## CXXIII (36).

En las orillas del Tajo,  
Cuyas márgenes coronan  
Piélagos de oro en arenas  
Que ciñen su frente undosa,  
Crepúsculos matutinos  
Besmiente ya virgen rosa,  
Deidad de los montes bella,  
Que el cielo adoró pastora;  
Seguida en vano de Delio,  
Salió compitiendo á Flora  
La juventud mas lucida,  
De un sexo y otro la pompa.  
Ella del coro de Vénus  
Admiracion gloriosa;  
El trasunto propio en si  
Del que es nieto de las ondas.  
Tanta beldad á los campos  
Segunda parece aurora,  
Si á un mar de rayos apela  
De los ojos á las hojas.  
El lustro apenas primero  
Remitió Amor, que en su concha  
Nunca lo pueril preserva,  
Nunca lo inmortal perdona.  
Suaves mil lazos dió  
A las dos almas, que gozan,  
Si mucho de lo divino,  
Humanidades graciosas.  
Afectó Marlisa bella  
Aclamaciones no impropias,  
Llevándose los aplausos  
De cuantas bellezas borra.  
Delicioso va sugeto  
Fué á Delio, cuyas memorias,  
Hurtándose á obligaciones,  
Sucedieron al aljofar.  
Reciprocóse lo tierno,  
Inútil fué su lisonja,  
Creciendo violado el ocio  
Las que duplicaron glorias.  
Mil veces de los rubios  
Solicitó las dos rosas,  
Puertas que á menudas perlas  
Muros de púrpura forman.  
Otras, librándose al tacto,  
Fiando en audacias sordas,  
Divinidades intenta,  
Que frustra cristal, ya roca.  
Adelantado el deseo,  
Atravientos aborta  
Del idolo de hermosura  
Que idolatró á todas horas.  
Arbitrios intenta vanos,  
Pero ser audaz ¿ qué importa  
Cuando la ocasion se niega  
Y Amor sus gustos revoca?  
Ó fué olvido ó fueron celos,  
Pasion sacrilega y loca,  
Tiranos si de sus logros,  
Eclipse de sus victorias,  
De una zagala que el cielo  
Crió libertada, hermosa,

(36) Alfay publicó en sus *Delicias de Apolo* este romance como de GÓNGORA. Si es cierto que el ingenio cordobés lo escribió, así como el que precede, no anduvo á la verdad muy feliz en la manera de expresar los afectos.

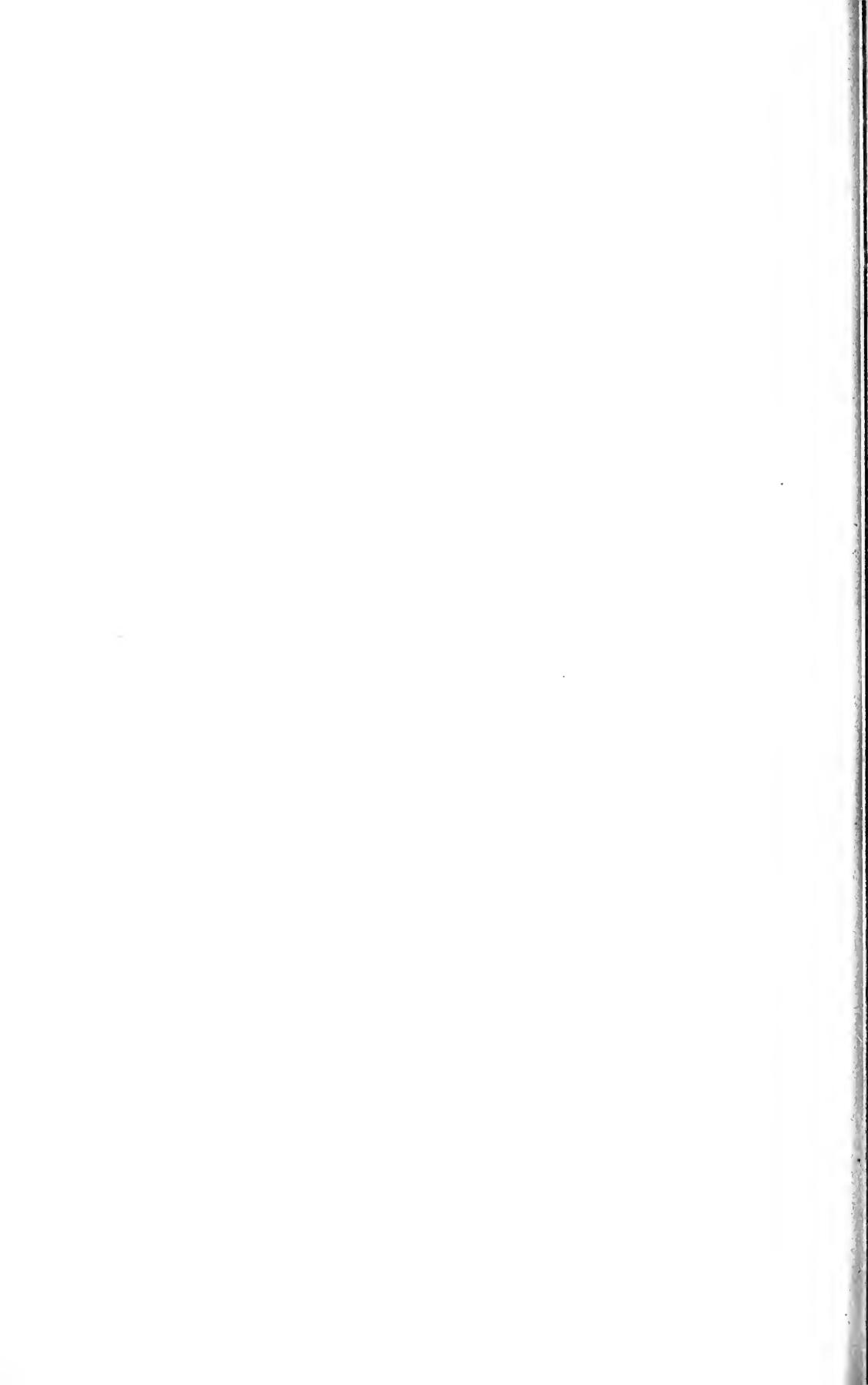
## ROMANCES.

Del garzon no venerada,  
 Quien solo á Marfisa adora.  
 Celosa la mayor luz  
 Que aquellas montañas honra,  
 Lícito favor le implica,  
 Si de desprecios le informa.  
 Frustrando correspondencias  
 Del que su desdicha llora,  
 Por no admitir desengaños,

A desdenes se convoca.  
 Delio, que ve reducidos  
 A ruina lastimosa  
 Actos de firmeza heróicos,  
 Fe profanada por sola,  
 De cuantas deidades lava  
 La corriente caudalosa,  
 Nuevo músico de Tracia,  
 Sonoro concerto invoca;

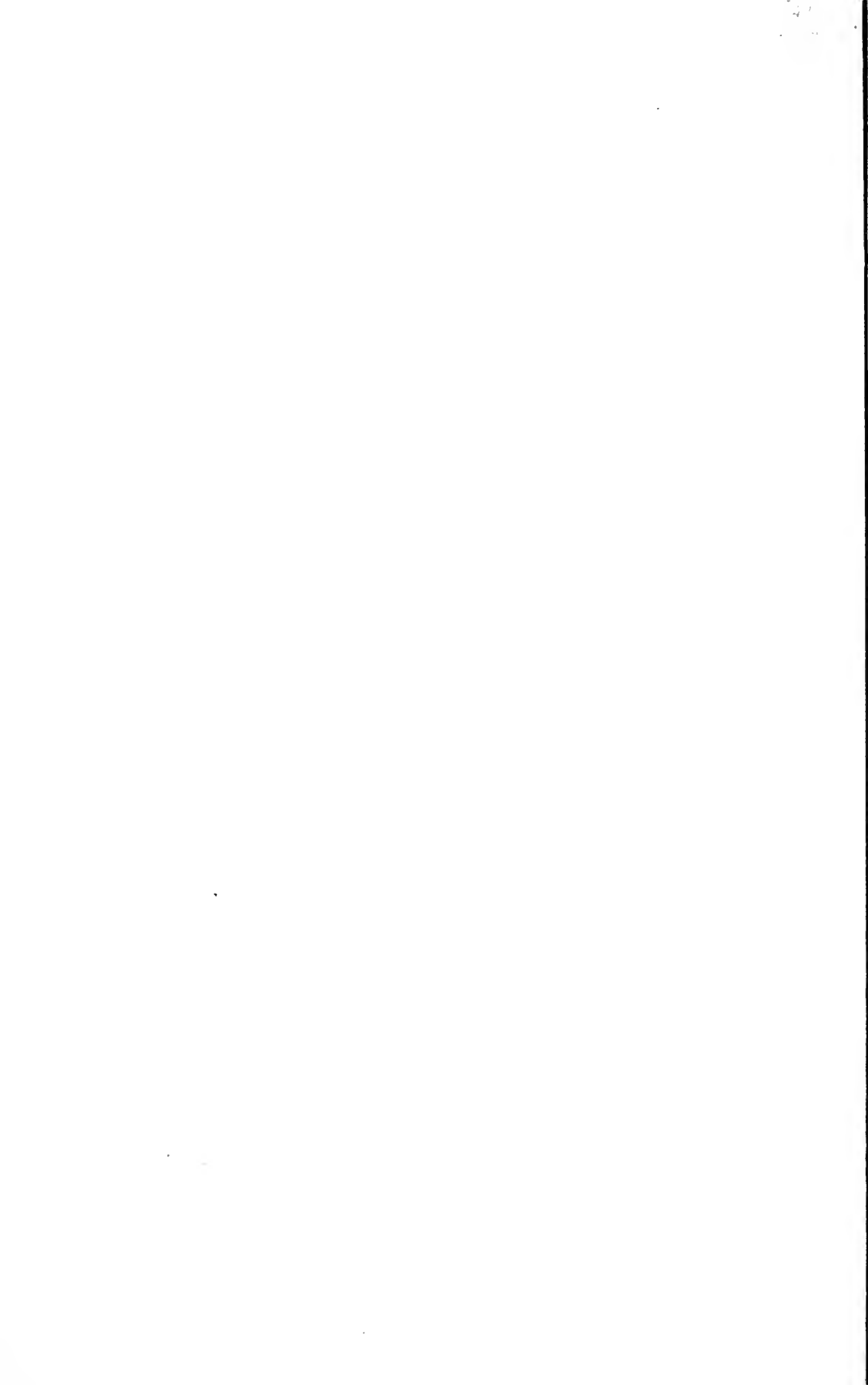
Y por extinguir suave  
 Afectos de sus congojas,  
 A destinos de la ausencia  
 Hoy condena su persona;  
 Cuyo amor, cuyas finezas,  
 Con elección generosa  
 Fianado a píncel valiente,  
 Inmortal ad una trompa.

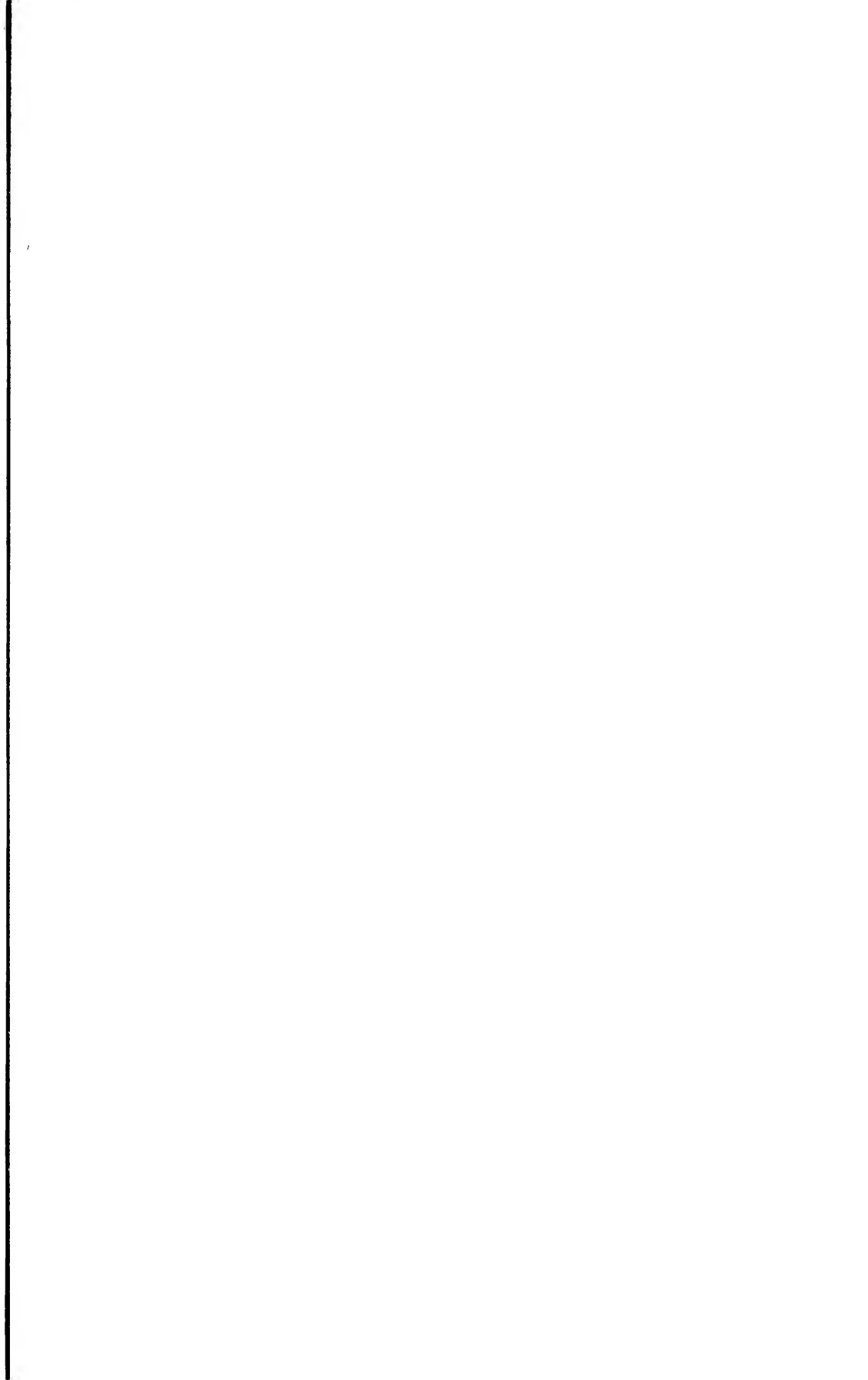
FIN DE LAS POESÍAS DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE,  
 Y DEL TOMO PRIMERO DE POETAS CASTELLANOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

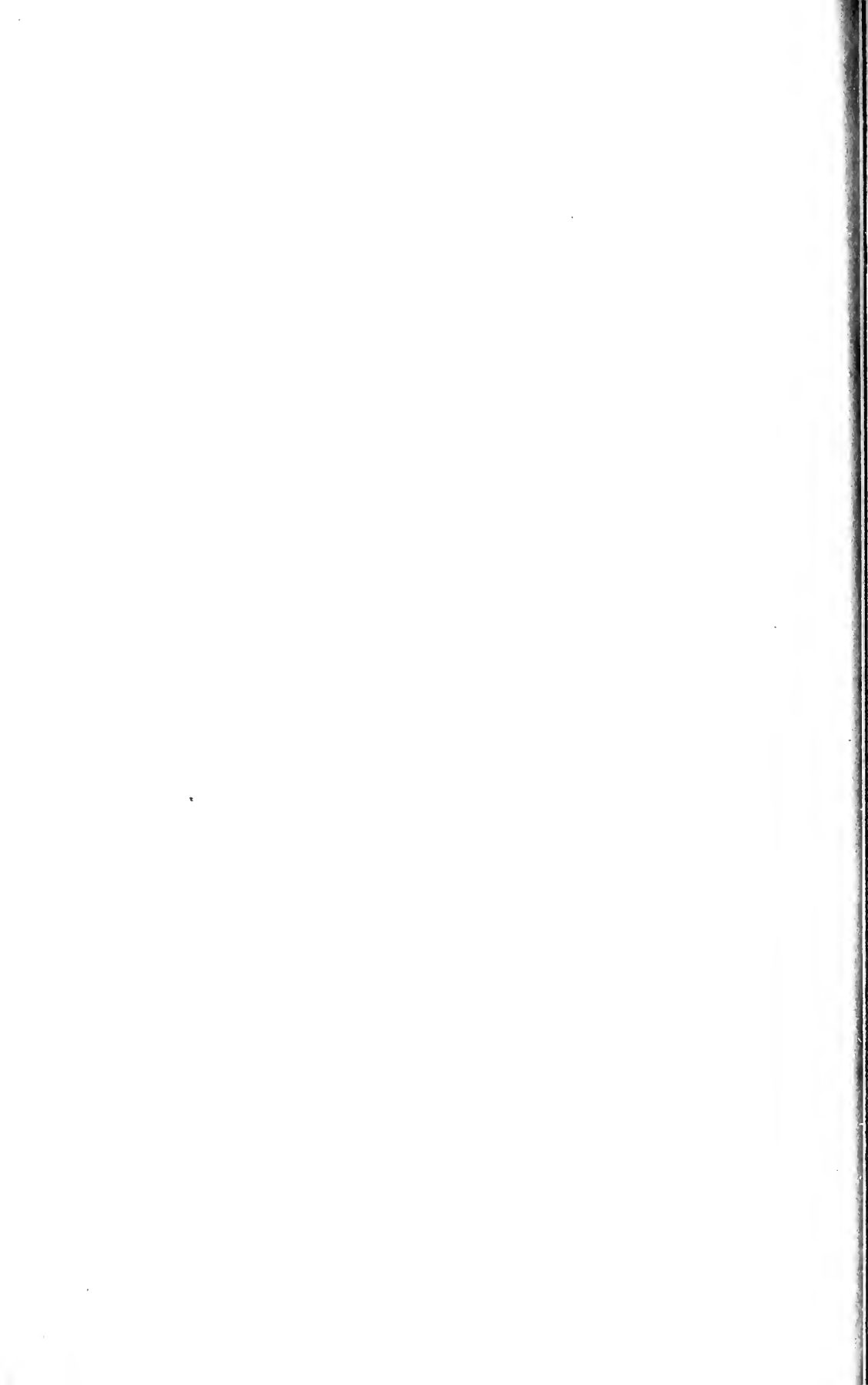


# INDICE.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
PRÓLOGO. . . . .	v	DON FRANCISCO DE MEDRANO.—Juicios críticos. . . . .	345
APUNTES BIOGRÁFICOS DE LOS AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO. . . . .	ix	Poesías. . . . .	344
GARCILASO DE LA VEGA.—Juicios críticos. . . . .	1	PABLO DE CÉSPEDES.—Juicios críticos. . . . .	361
Poesías. . . . .	5	Fragmentos de el arte de la pintura.—Libro primero. . . . .	362
X GUTIERRE DE CETINA.—Juicios críticos. . . . .	59	Libro segundo. . . . .	364
Poesías. . . . .	40	Fragmento en elogio de Fernando de Herrera. . . . .	367
DIEGO HURTADO DE MENDOZA.—Juicios críticos. . . . .	51	FRANCISCO PACHECO.—Poesías. . . . .	369
Poesías. . . . .	52	FRANCISCO DE RIOJA.—Juicios críticos. . . . .	375
X CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.—Juicios críticos. . . . .	105	Poesías. . . . .	375
Poesías.—Libro primero. De las obras de amores. . . . .	107	DON JEAN DE ARGILLO.—Juicios críticos. . . . .	391
Libro segundo.—De las obras de conversacion y pasado tiempo. . . . .	156	Poesías. . . . .	392
Libro tercero.—De obras morales y de devocion. . . . .	209	X BALTASAR DEL ALCÁZAR.—Juicios críticos. . . . .	405
X FERNANDO DE HERRERA.—Juicios críticos. . . . .	255	Poesías. . . . .	406
Poesías.—Libro primero. . . . .	257	DOCTOR JEAN DE SALINAS.—Poesías. . . . .	417
Libro segundo. . . . .	299	PEDRO DE QUIRÓS.—Poesías. . . . .	421
		DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.—Juicios críticos. . . . .	425
		Poesías. . . . .	427













PQ  
6171  
A2B5  
t.32

Biblioteca de autores  
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE  
SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

